

HISTORIA DE INGLATERRA.

HISTORIA

DE

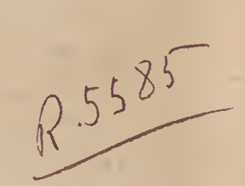
INGLATERRA

POR

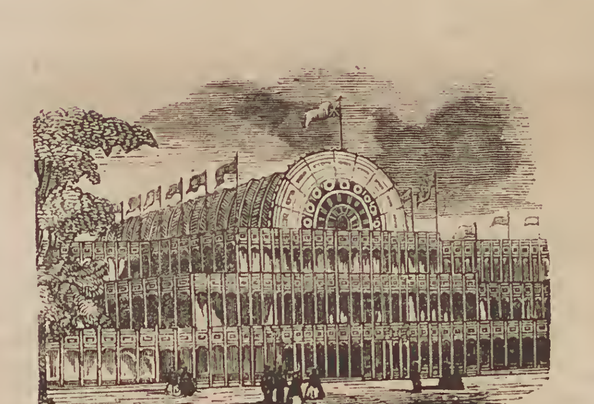
OLIVERIO GOLDSMITH,

CONTINUADA HASTA 1815 POR CH. COOTE, Y DESDE ESTA ÉPOCA HASTA EL REINADO DE VICTORIA I, CON NOTAS SACADAS DE TIERRY, DE BARANTE, DE NORVINS, DE THIERS, ETC.

Edicion ilustrada con 452 grabados.









MADRID:
IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION,
Á CARGO DE ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.
1855.



NOTICIA

DE LA VIDA Y OBRAS

DE OLIVERIO GOLDSMITH.

In a wit a man, simplicity a child.
POPE.

Acontece á menudo que un ligerísimo pensamiento revela de improviso lo que numerosas y bien estudiadas páginas no han podido descubrir. Así sucede con las pocas palabras que hemos tomado de un ilustre poeta, las cuales resumen toda la historia de Goldsmith, hombre tan rico de ingenio como sencillo de corazon, y cuyo carácter, firme y puro por un lado, ligero y débil por otro, dió á su vida social y literaria fases tan variadas y diversas, matizándola de una manera, ya agradable y deslumbradora, ya tierna y lastimosa, y presentándola sucesivamente tan apacible como penosa, tan alegre como triste. Las pocas palabras citadas, de una concision tan fiel y elocuente, revelan al mismo tiempo el mérito del escritor y su rectitud, tantas veces admirada y tan pocas imitada, la bondad de su alma, que le hizo tan inagotable en buenas acciones como amable en el trato, y la ingenua gracia derramada en todas sus pinturas y escritos; encanto poderoso que provenia de un corazon ardiente y benéfico, únicamente animado por los bellos ensueños de la inocencia, segun los cuales todo es posible para el ejercicio de las virtudes y bien de la humanidad. «Hombre por el ingenio, y niño por la sencillez,» apenas podia vivir mas que para sus encantadoras poesías, y no veia casi nada de las realidades viciosas del mundo y de sus semejantes. A vista de este cuadro son fáciles de entrever las muchas amarguras y desengaños que Goldsmith debió de haber sufrido en su carrera harto breve.

Oliverio Goldsmith nació en 1729, y era hijo de un eclesiástico de Irlanda, favorecido por las virtudes mucho mas que por las riquezas. Es bastante incierto el punto de su nacimiento; y bien sea Elphin, condado de Rosscommon, como quieren algunos, ó Pallas, condado de Longford, como pretenden otros, y Johnson el primero, lo cierto y glorioso para él es que la Irlanda se honra de ser su patria. Destinado Oliverio en un principio al comercio, no encontraba en los áridos y frios estudios de la aritmética mas que un alimento insuficiente para las necesidades de su viva y precoz inteligencia, y no se entretenia su curiosa y exigente imaginacion mas que con la relacion de las interminables aventuras que jamás se cansaba de contarle su maestro de escuela, veterano de la reina Ana. De aquí sin duda provino su gusto por la vida errante y aventurera, y su pasion por viajar, que se desarrollaron en él algunos años después.

Su madre fué la única persona de la familia que comprendió bien las tendencias de la naturaleza de Oliverio, y que lamentándose muchas veces de la escasez de su fortuna, que repartida entre nueve hijos, no le permitia dar á este la instruccion que parecia reclamar su organizacion intelectual, tuvo una gran parte en el cambio de su primer destino, porque recurrió á la generosidad de algunos parientes, que mas favorecidos que ella por los dones de la fortuna, se interesaron por Oliverio, y apartándole de la carrera á que se sentia tan

poco dispuesto, le hicieron abrazar la de las ciencias.

Una significativa frase del niño Oliverio decidió por fin á su padre á condescender á los incesantes ruegos de su muger. Bailando aquel un dia en una reunion de niños, dispuesta por un tio suyo, le chocó al tañedor del violon la fealdad y el desagradable aspecto de Oliverio, desfigurado por las huellas de las viruelas que acababa de pasar, y sin el menor miramiento le ridiculizó comparándole con Esopo. Oliverio, á la sazon de nueve años, respondió: «mientras baila Esopo le toca su mono.» Desde luego conoció el buen ministro irlandés que si continuaba en contrariar con la terquedad que hasta entonces las inclinaciones de su hijo, tal vez llegaria dia en que se arrepintiese de semejante conducta; por lo que, renunciando á sus primeros proyectos, consintió en que Oliverio abandonase el comercio y se dedicase á los estudios preliminares, para entrar en la universidad de Dublin.

A los quince años fué admitido en ella, y al poco tiempo obtuvo el grado de bachiller en artes: después estudió la física, la medicina y la anatomía con los mejores profesores de dicha universidad. Mas dos fatales circunstancias perjudicaban á sus estudios, y contribuian á quitarle poco á poco la aptitud y constancia necesarias: su invencible propension al placer, y la dureza y violencia brutal de su preceptor. Casi siempre dominaba á Oliverio, ó una gravedad que le llevaba á la melancolía, ó una jovialidad seductora, que unida á la benevolencia de su cándido y abierto carácter, le hacia escesivamente amable á sus amigos, cuyo número creció en poco tiempo mucho mas de lo que convenia á sus recursos y estudios, porque era obsequioso hasta olvidarse enteramente de sí mismo, generoso hasta la prodigalidad, y loco con sus compañeros hasta esponerse á los mas duros castigos por el pasatiempo mas insignificante.

Una tarde tuvo Oliverio la malhadada idea de dar en su cuarto un baile á sus amigos. Esta infraccion de los reglamentos de la universidad era acreedora sin duda á un castigo, é imperdonable á los ojos del rígido profesor. Nada hay que pueda dar una justa idea de la indignacion y del furor del pedagogo, cuando al entrar en el aposento de Oliverio le encontró bailando con el mayor entusiasmo á él y á sus amigos con lindas parejas, después de haberse saboreado con una buena cena, cuyos restos cubrian todavía la mesa. Tirarla de un puntapié, buscar al anfitrion, molerle á golpes, y dispersar la reunion cuando mas embelesada estaba con sus juegos y amores, todo fué cosa de un instante. De aquí resultó que Oliverio, avergonzado de la injuria que habia recibido, y enteramente desalentado con la implacable dureza de su maestro, abandonó el colegio y vendió su ropa y libros, con cuyo importe anduvo errante por la ciudad de Dublin, probando por espacio de algunos dias las delicias de la independencia; situacion que entonces mas que nunca le pareció la mas apetecible del mundo.

Completáronse tan rigurosamente los requisitos de este primer ensayo de libertad de Oliverio, que le sucedió estar sin comer en treinta y seis horas mas que un puñado de guisantes que le dió una jóven, cuyo manjar le pareció tan esquisito, que aseguró después se le habia figurado no haber comido nunca cosa mejor. Empero habia motivos para qué se desvanecieran algun tanto sus ilusiones acerca de las ventajas de la independencia; y así fué que, habiéndole sobrevenido momentos de calma y sangre fria, su hermano mayor Enrique, á quien siempre profesó el mas tierno afecto, valiéndose de su influencia sobre él, le reconcilió con su preceptor y le volvió al colegio. Pero el carácter de este hombre orgulloso y duro, tan en desacuerdo con la índole afectuosa y sencilla de Goldsmith, era poco á propósito para restituirle el ánimo y la energía que habia perdido. Oliverio, hasta entonces estudioso, aunque ligero y muy propenso al placer, hízose perezoso: los desórdenes y revueltas de los estudiantes eran los pasatiempos que mas parecian agradarle. Así es que se le vió figurar en 1747 en un motin que tenia por objeto nada menos que soltar los presos de Newgate; y en suma, habian llegado á ser sus placeres predilectos las escenas de tumulto y confusion de que poco antes hubiera huido.

Oliverio perdió á su padre en medio de estos estravíos juveniles, especie de borrasca moral que dejaba en suspenso su verdadera vocacion y ocultaba su natural carácter, aun á los ojos de los que tenian el mayor interés en observarle y estudiar su genio. Esta primera prueba de los pesares de la vida despedazó su corazon, pero tambien ilustró su entendimiento; y siendo mas gravoso que nunca á su numerosa familia, conoció la necesidad de vivir por sí mismo. Al efecto se esforzó, aunque en vano, por satisfacer los deseos de su tio, que queria hacerle abrazar el estado eclesiástico, á que siempre habia manifestado poca inclinacion; pero no habiendo sido admitido por la insuficiencia de sus exámenes, se encargó de dirigir la educacion de un jóven. Mas no podia agradar mucho tiempo este estado de dependencia á un espíritu entusiasta de todo lo que era libertad, porque renovándose en su memoria los recuerdos de las relaciones que le habian encantado en su infancia, se deleitaba mucho con las innumerables aventuras de su primer maestro de escuela, hombre escelente, que sabia el arte de entretenerle instruyéndole.

Este retroceso á una época en que por primera vez entreviera Goldsmith los placeres de la vida errante y libre, despertó con fuerza las impresiones de la infancia, que se graban tan profundamente, y desde entonces se apasionó por los viajes. Permitíanle satisfacer esta pasion sus economías de un año de dependencia; y habiendo obtenido el consentimiento de su familia, se dirigió á Cork, donde pagó su flete para América. Mas como vientos contrarios retuviesen por espacio de algunas semanas el buque en el puerto, Oliverio recorria durante este tiempo la ciudad y sus alrededores, confiado en la palabra del capitan y aguardando sin ninguna inquietud el momento que este creyese favorable para darse á la vela. Pero un dia se encontró al regreso de una de sus escursiones con que habia partido dicho capitan con el dinero que le dió anticipadamente. Este desgraciado principio le desconcertó de tal modo por su falta de recursos, que renunciando á ir á visitar el Nuevo Mundo, volvió á tomar el camino de la casa paterna, en que contó con tanta gracia su mala ventura, que ni su madre ni su tio se atrevieron á hacerle la menor reconvencion.

Fué pues preciso á Oliverio aplazar para tiempo mas propicio el placer de viajar; sentia de nuevo la necesidad de una vida laboriosa y lucrativa, mas á ningun precio queria volver á la penosa de preceptor; por lo que resolvió marchar á Londres para dedicarse al estudio de las leyes. El noble objeto de esta carrera se presentaba risueño á su alma franca y entusiasta por la virtud. ¿Qué cosa mas gloriosa para el hombre que comprende la mision que ha recibido del cielo, que abogar por la causa del infortunio y defender los sagrados derechos de la humanidad? Hallábase enteramente preocupado Goldsmith con estas ideas y con su noble porvenir, sin acordarse de que acaso podria ser él mismo el mas terrible escollo para el buen éxito, cuando fué llevado por un amigo á una casa de juego. En ella un estafador, á quien tuvo por hombre de bien, le arrebató el dinero que le habian dado para sus estudios; y así, encontrándose nuevamente sin un maravedí, se vió en la precision de abandonar á Londres y regresar al seno de su familia, que estaba demasiado pobre para reparar inmediatamente la pérdida del dinero, á que acababa de arrastrarle su debilidad.

Esta vez se creyó Oliverio con vocacion determinada para la medicina, y así marchó á la universidad de Edimburgo con la firme resolucion de dedicarse de veras á una profesion tan útil para la humanidad. Púsose á estudiar con ardor; pero á pesar de sus sinceros propósitos de enmendarse, le distrajo á menudo su natura-

leza, demasiado fácil y apta para los placeres. Y realmente no parecia sino que todo se conjuraba contra él, y que sus virtudes le eran tan funestas como sus debilidades. Tenia dos cosas á que nunca sabia resistirse: la ocasion de holgar con sus amigos y la de hacer un bien. La oficiosidad, que si bien es una virtud pura y santa, se debe desconfiar á veces de ella, porque puede comprometer tanto como un vicio, era en él una necesidad inherente á su ser, y á trueque de satisfacerla no reparaba en nada. Así sucedió que habiendo salido fiador de una cantidad bastante considerable por un amigo suyo, fué arrestado y puesto en prision el dia menos pensado. Salió pronto de ella por el celo de sus amigos, y especialmente del doctor Sleigh; mas en seguida se embarcó para Rotterdam, se dirigió á Leyde para completar sus estudios, de aquí pasó á Bruselas, recorrió muchas ciudades de Flandes, residiendo por algun tiempo en Strasburgo, y por último se fijó en Lovaina, donde se graduó de bachiller. Como era jóven y vigoroso, hizo estos viajes á pié; y tal modo de caminar, tan análogo á su genio pensativo y filosófico, fué muy favorable al proyecto que tenia entonces de estudiar las costumbres de los diferentes países y las ridiculeces de las diversas sociedades que frecuentaba. Pero desgraciadamente estas no fuéron siempre buenas, y á las malas compañías, de que nunca tuvo valor de desprenderse, fué á lo que debió la pasion del juego, pasion funesta que impidió constantemente todos sus progresos.

A pesar de los sinsabores que ocasionaban á Goldsmith sus pérdidas y locas prodigalidades, siempre estaba dispuesto á no rehusar servicio alguno y á hacer obsequios á los que amaba. Recorria un dia las calles de Leyde contemplando con bastante tristeza el estado de sus recursos, casi enteramente agotados, y sin saber á qué medios podria apelar para continuar en dicha ciudad: de repente hieren su vista unas hermosísimas flores; se detiene, y acordándose de que su hermano Enrique, que era su mas querido y mejor amigo, las apreciaba apasionadamente, saca su bolsillo, toma las últimas monedas que poseia, y compra las flores para enviárselas. Quedándose con este dispendio en el mas completo abandono, se puso á pensar acerca del partido que habia de tomar, y abrazó sin vacilar uno que hasta entonces solo le habia ocurrido confusamente: tal fué el de aprovecharse durante sus viajes de sus cortos conocimientos en la lengua francesa y de su mediana habilidad para tocar la flauta. Este arbitrio le salió mejor que los demás que anteriormente habia ensayado en vano: el conocimiento del francés le aseguraba la mas caritativa hospitalidad en todas las casas religiosas en que se detenia, y la flauta le proporcionaba acogida muy favorable de parte de los paisanos de Flandes y Alemania, quienes después de escucharle encantados le ofrecian con la mejor voluntad una cama, buena cena y provision para la jornada del siguiente dia. «Con respecto á »los ricos y á los grandes, referia el mismo Oliverio, ra»ra vez me ocurria pararme en sus puertas, porque »debo confesar que era desagradable mi talento á la de»licadeza de sus oidos, y porque cualesquiera que fue»sen mis esfuerzos por agradarles, nunca me ofrecie»ron la menor recompensa.»

Continuando de este modo su filosófico viaje, visitó sucesivamente Goldsmith la Francia, la Alemania y la Suiza. Desde este último país fué de donde envió á su hermano la primera parte de su poema intitulado *El Viajero*, bellísima produccion que abunda en sencillas pinturas, y en la que se refleja tanta viveza de imaginacion como de sentimiento. En Ginebra fué recomendado á una respetable familia, y destinado por la mediacion de sus parientes para acompañar á un jóven muy rico que deseaba llevar á alguno en sus viajes, sirviéndole mas bien de amigo que de ayo. Congeniaron bastante bien por espacio de algunos meses. Mas el hombre con quien Oliverio tenia que estar en contínuo contacto era tan parco como él pródigo. De ciertas contrariedades nace á veces una singular conformidad entre los individuos mas opuestos en la apariencia; pero de otras no resulta mas que antipatía y alejamiento: esto último es lo que sucedió entre la naturaleza vulgar y mezquina del jóven rico y la noble y generosa del pobre. Despidiose Oliverio en Marsella á consecuencia de un ligero disgusto, y volvió muy contento á su flauta, á sus canciones y á su querida independencia. Visitó las hermosas ciudades de Italia, deteniéndose por algun tiempo en Pádua, donde tomó el grado de doctor en medicina; volvió á Francia; allí perfeccionó sus conocimientos, y por fin regresó á su patria, pobre de dinero como habia salido, pero rico de ideas, de saber y de filosofía.

A pesar de hallarse Oliverio animado de nobles deseos, estaba desnudo de esa ambicion que devora á los hombres, profanando ó sofocando el genio, y no le merecia la fortuna mas que una consideracion secundaria, sin que la privacion de sus favores ni alterase la serenidad de su alma, ni turbase los goces de su vida, tan contempladora como la de un sabio, y tan loca como la de un jóven caprichoso é inconstante. El hombre, insaciable en sus deseos, era á los ojos de Goldsmith el mas insensato y digno de lástima. «¿Qué importa la fortuna? »decia: donde estan las riquezas se ve tambien el séqui»to de las inquietudes y los cuidados. ¿Me faltará nun»ca lo bastante de los bienes de la tierra? ¡Se necesita »tan poco para ser feliz!» Empero su estado de desnudez al regresar á su patria, su aislamiento en Londres, donde le tenian por estranjero, y donde su mal aspecto y peores modales inspiraban desconfianza ó desprecio, le sumergieron por algunos dias en melancólicas reflexiones. Además de su talante asaz grosero, que estaba lejos de prevenir en su favor, tenia un acento irlandés que aumentaba el desagrado hácia su persona, y contribuia á acarrearle las repulsas mas bochornosas y las recepciones mas aflictivas. Compadecido un químico de su situacion, y prendado de su probidad y sencillez, le recibió en su casa para ocuparle en el laboratorio. Allí vivió hasta el momento en que se encontró con su amigo el doctor Sleigh, á quien antes debió su libertad. Sin perder tiempo se trasladó á casa de este. «Esto sucedió »en un domingo, cuenta el mismo Oliverio: como es na»tural, hallábame vestido á la sazon con mi mejor ropa »y ataviado todo lo mejor posible; pero habia mucho tiem»po que la miseria me hacia pagar tan crueles impues»tos, que llevaba en mi rostro sus profundas huellas; »por cuya causa Sleigh no me reconoció sino á duras »penas. Cuando se convenció de quién era yo, ¡oh! en»contré su corazon con tan ardiente amistad como an»tes, y desde entonces no abrió su bolsillo mas que para »mí, ni yo le miraba sino como mio.»

Como Goldsmith era harto delicado para vivir á espensas de la amistad, aceptó muy gustoso la proposicion que al mismo tiempo le hicieron de servir al doctor Milner de profesor ayudante en la escuela de Peckham, y poco después se hizo médico. Empero por mas que trabajaba y se esforzaba el pobre Oliverio, nada conseguia, porque su cualidad de irlandés era un obstáculo constante en todas partes, y desprovisto su saber de la «impudencia necesaria», no le ofrecia mas que un arbitrio muy precario. Ocupábase en escribir en sus largas horas de ócio y soledad, y en esta época es cuando sus primeros trabajos literarios le hicieron entrever un porvenir mas próspero, en atencion á que el público parecia recibir, con mas aprecio que toda su ciencia médica, los artículos críticos que hacia insertar en la Revista de Montley. Desde entonces se entregó seriamente á la literatura.

Además fué favorecido en esta difícil carrera por una circunstancia que le fué muy propicia, de que casi todos los libreros con quienes se relacionó fuéron con él tan generosos y sumamente probos, que toda su vida les conservó un estremado reconocimiento, y no cesó de considerarlos como sus mas positivos protectores. Este singular favor, que tan rara vez acompaña á la gloria de

los autores, es demasiado curioso para no ocupar un lugar en la historia de este hombre interesante, á quien la fortuna y el mundo desdeñaron por tan largo tiempo: y si dichos libreros le dispensaron semejantes pruebas de consideracion y aprecio, en cambio encontraron en Goldsmith una conciencia no menos recta, una delicadeza no menos rara, y sobre todo la mas asombrosa modestia. Diole cien guineas el librero á quien ofreció su gracioso poema de la *Aldea abandonada*, recibiéndolos el mismo dia en que remitió su manuscrito. Apresuróse Oliverio al siguiente á ver á un amigo suyo para referirle el negocio que acababa de hacer. «¡Cierto, le dijo »el amigo muy admirado, que es una retribucion enor»me, que nunca hubiera yo esperado!—Ni yo tampoco, »repuso el autor con una cándida modestia que hizo »sonreirse al otro: conozco que esta suma es muy su»perior al mérito de mi manuscrito; no tengo un mo»mento de reposo desde que la he recibido, y estoy re»suelto á devolverla.» Y en efecto, yendo á casa del librero le obligó á tomar sus cien guineas, y se obstinó en que no se le pagase mas que á razon del despacho de la obra, que felizmente para él tuvo una aceptacion brillante.

De tal manera fué como Oliverio se vió impulsado á dedicarse enteramente á una carrera en que todo parecia querer sonreirle é indemnizarle de sus anteriores privaciones; de suerte que hácia fines de 1759, dos años despues de su regreso, se encontró en una posicion bastante ventajosa para reemplazar el miserable retrete en que se habia albergado hasta entonces, con una cómoda y hermosa habitacion, situada en Green-Arbour-Court, que bien pronto dejó, merced á la generosidad del librero Newbury, para quien trabajaba sin descanso, por otra habitacion en Wine-Office-Court, en Fleet-Street. Entonces fué cuando se ocupó de su inimitable *Vicario de Wakefield*, modelo de naturalidad y graciosa sencillez, que le adquirió su reputacion de novelista y le proporcionó para siempre la amistad del célebre Johnson, cuya particularidad debe acaso citarse como el mejor elogio que pudiera hacerse de dicha obra.

Hallábase por lo tanto Goldsmith en la aurora de su prosperidad, la cual, con mas prevision y prudencia en su conducta y menos prodigalidad y flaqueza, pudiera haberle conducido en poco tiempo á una independencia verdadera. Pero ni las privaciones de su juventud, ni la indiferencia con que el mundo le miraba mientras fué desgraciado, ni el egoismo de los hombres, ni todas las severas lecciones de la vida le instruyeron apenas, y nada fué bastante poderoso para librarle de su propension al placer, de su funesta pasion por el juego, y de su insaciable necesidad de hacer un favor y practicar la liberalidad sin cálculo ni discernimiento. No tardó en verse chasqueado: una mañana, despues de agotar los últimos recursos en obsequiar á uno de sus numerosos amigos, que se aprovechaban de sus progresos y alardes de fortuna, se vió obligado por los acreedores á estar arrestado en su hermosa morada de Fleet-Street. Felizmente Johnson se interesó por él y contribuyó á hacerle vender con mucho lucro el manuscrito de su *Vicario*, por el cual le dieron sesenta libras esterlinas, y satisfaciendo con esta cantidad una parte de sus deudas, pudo salir de la desagradable posicion á que le redujo nuevamente su imprudencia.

Nunca hubo hombre tan estraño á la intriga como Oliverio, ni poseyó menos el arte de hacerse valer y sacar partido de las ocasiones favorables que le ofreció la fortuna algunas veces. Carecia totalmente del instinto, siempre útil, de aprovechar las coyunturas, cualidad que las mas de las veces sirve tan grandemente hasta á las personas mas ordinarias: era el hombre de mundo menos capaz de asir la ocasion por su único cabello, y no estaba destinado sino á malograrla donde quiera que la encontrase. Apenas el duque de Northumberland acabó de leer con gran placer la última de sus obras, le envió atento recado una mañana para que fuese á verle. Goldsmith, impaciente por corresponder á la lisonjera invitacion de su Gracia, se atavió lo mejor que pudo, se preparó para hacer los cumplimientos del caso, y se presentó en el palacio del noble lord. Fué introducido inmediatamente y conducido á un suntuoso aposento, en el que despues de aguardar algunos instantes, vió entrar á un hombre de fisonomía agradable y de un esterior elegante. Al instante se inclinó nuestro filósofo y ejecutó con respetuosa deferencia el cumplimiento preparado; mas por la irónica sonrisa de aquel á quien se dirigia, y por algunas palabras, conoció su torpeza en tomar al ayuda de cámara del duque por el duque mismo. Desconcertóle tan completamente esta ridícula equivocacion, que al ver al lord que apareció en aquellos instantes, apenas tuvo bastante presencia de espíritu para tartamudear algunas palabras de escusa, habiendo sido incapaz de decir ni una sola espresion en cuanto al cumplimiento que tan en vano acababa de prodigar. Atribuyendo el duque á timidez aquella turbacion de Oliverio, se esforzó en animarle, asegurándole que deseaba complacerle, y hasta rogándole que le pidiese lo que quisiera. Pero el buen doctor estaba lejos de sacar partido para sí mismo de la oportunidad que se le presentaba: merced á su escelente corazon, que era lo que dominaba en su persona, y no le solia faltar como la memoria, lo único de que se acordó fué de solicitar el ascenso de su hermano, que cargado de familia vivia en Irlanda con la módica renta de ministro de parroquia.

Tenia el buen Goldsmith, aunque filósofo, entre otras debilidades, la de ser escesivamente sensible á los favores de los grandes. Afectole profundamente el deseo manifestado por el duque de Northumberland de verle y serle útil, y hablaba á cada paso del honor que habia recibido. Esta espansion un tanto vana le atrajo una aventura tan bochornosa, aunque de otro género, como su torpeza de casa del duque. Una mañana le entregaron una carta de letra desconocida, en que le decian que un hombre de alto coturno, encantado por la lectura de una de sus últimas obras, tenia vivos deseos de conocerle, y que le suplicaban se dignase designar un punto en que el mayordomo del alto personaje pudiese tener el honor de encontrarle para conducirle inmediatamente á la presencia de su Gracia. Goldsmith, sorprendido y deslumbrado, respondió sin vacilar, designando para la cita un café que acostumbraba frecuentar, y al cual se dirigió á la hora convenida. Al instante se adelantó hácia él y le saludó un hombre de porte decente y reservado. «¿Teneis la bondad de seguirme, señor?» le preguntó con aire respetuoso, é inclinándose de nuevo: «Milór os aguarda con impaciencia.»—«Estoy á vuestras órdenes,» respondió Goldsmith, y empezó á seguir al otro. Mas no bien pusieron los piés en Pall-Mall, cuando el mayordomo de su Gracia, que no era sino uno de esos ingeniosos y respetables funcionarios públicos encargados especialmente de velar por la seguridad personal de los deudores, le intimó la prision al estupefacto doctor, pidiéndole el permiso de conducirle á su débido destino. Mr. Hamilton, amigo suyo, impresor de la *Revista crítica*, pagó la suma debida y sacó al pobre Goldsmith de la cautividad.

Su desmedida liberalidad era una locura que no se le ocultaba á él mismo, pues confesaba francamente que tenia la debilidad de llevar el ejercicio de la caridad hasta el estremo de quedarse en la posicion del desgraciado á quien socorria: aun este esceso de tan rara virtud se le convirtió en un orígen perpetuo de penas, de enredos y dificultades pecuniarias. Fuéronle asimismo perjudiciales su buena fé y confianza, que llegaba á menudo á rayar en imprudencia, y le espusieron mas de una vez á comprometer, no solo su bolsillo, sino hasta su crédito de escritor, como sucedió en una ocasion en que cometió la imprudencia de confiar á un supuesto literato la descripcion de la China, que le habian encar-

gado. Hallándose por entonces muy ocupado Goldsmith, envió al impresor el manuscrito sin revisarle por falta de tiempo: ya estaba hecha la mitad de la tirada, cuando advirtió que el autor habia colocado la India entre la China y el Japon, y que ponia al emperador chino entre los hijos de Mahoma.

En una de las malas situaciones, tan frecuentes en su vida, fué nombrado Oliverio profesor de historia por influjo de Reynold, uno de los hombres distinguidos que apreciando sus talentos le profesaban verdadera amistad. Era sin duda un consuelo este título honroso, que no exigia trabajo alguno; pero como nuestro doctor estaba lleno de angustia, se hallaba poco dispuesto á apreciar el valor de un cargo de puro honor. «¡Ah! esclamó al saber su nombramiento, ¿qué »me importan los honores? ¡No me sirven mas que »lo que servirian unos puños al hombre que no tuviese »camisa!»

Pero el menor destello de prosperidad le reanimaba súbitamente y despertaba su buen humor, sin hacerle mas previsor. En uno de los casos en que le favorecia la fortuna alquiló á medias con un amigo una casa de campo en que recibia con frecuencia hombres de mucho mérito, entre los que se contaban lord Nugent, el doctor Nugent, sir Reynold, Beaucler, Dyer, Burke, Fox, Percy, Garryk, Colman y el ilustre Johnson, quien al paso que reconvenia á Goldsmith por sus debilidades quizá con alguna dureza, le hacia siempre mas justicia que ningun otro de sus contemporáneos. «Goldsmith, decia algunas veces, es el hombre mas »sábio con la pluma en la mano, y el mas necio que »conozco cuando no la tiene.» Citaba su prosa como modelo de elegancia y naturalidad. «Era hombre, aña»dia, de tan gran variedad y acierto en sus composi»ciones, que no parecia sino que habia nacido espre»samente para sobresalir en todo género de escritos: »sabia el arte particular de ser minucioso sin fatigar, y »lacónico sin aridez: su estilo era rico sin superabun»dancia, exacto sin aspereza ni violencia, fácil y cor»recto sin flojedad.»

Siempre que sus imprudencias é incorregibles prodigalidades le forzaban á trabajar para reparar sus pérdidas ó librarse de las amenazas de sus acreedores, se encerraba en el espresado retiro, y no salia hasta después de concluir la tarea que se hubiese impuesto: cuando iban á distraerle los importunos se refugiaba en algun cortijo solitario, donde vivia ignorado semanas enteras. En la soledad fué donde compuso sus mejores obras, los lindos poemas del *Viajero*, de la *Aldea abandonada* y una parte del *Vicario*. En estas tres producciones, que han colocado á Goldsmith á la altura de los primeros poetas y novelistas, se echa de ver en todas sus páginas la sencilla candidez del hombre á quien las debilidades de la naturaleza y las locuras del mundo habian subyugado muchas veces sin corromperle.

El poema del *Viajero*, que comenzó en Suiza y encierra parte de sus propias aventuras, es como un reflejo continuado del alma pura y benévola del poeta. Johnson pensaba que este era el mejor poema que habia aparecido después de los de Pope. La *Aldea abandonada*, obra escrita en el mismo estilo, y que parece ser la continuacion del *Viajero*, es notable sobre todo por su agradable sencillez y la naturalidad seductora de sus pinturas y caractéres. El retrato del buen maestro de escuela, trazado bajo la influencia de los recuerdos de la infancia, es un tipo de gracia y sentimiento. En el *Vicario de Wakefield*, la mas bella de sus producciones, pinta á su propia familia, y todas sus deliciosas escenas de la vida doméstica son las mismas de que tantas veces fué testigo en el hogar paterno. Hay tanto candor, tanta verdad y tan piadosa filosofía en el argumento de esta historia sencilla y casta, que ni siquiera se halla un detalle en que no se detenga uno con particular encanto. Goldsmith tenia ante sus ojos, al escribir esta amena historia, la imágen de su padre, de su madre y de su muy amada familia: hay en ella escenas que solo observadas con el corazon pueden escribirse así y escitar sin episodios, sin catástrofes ni nada de estraordinario, tanto interés y placer.

Ya como poeta ó novelista, ya como autor cómico ó moralista, ya como crítico ó historiador, Goldsmith debe ser colocado, segun la opinion del mismo Johnson, en la categoría de los primeros escritores. Sus *Ensayos sobre las costumbres*, que aparecieron sucesivamente en un periódico de entonces, brillan sobre todo por el gusto y la facilidad del estilo: el *Ciudadano del mundo*, ó Coleccion de cartas chinas, que se publicó del mismo modo, abunda en críticas finas. Sus cuentos morales estan llenos de naturalidad y gracia, en especial el del marinero inválido, el mas apreciado por los optimistas. Sus prefacios é introducciones eran muy buscadas. Sus triunfos le hicieron emprender una *Historia de la Tierra y de la Naturaleza*, mediana quizá por el fondo y la exactitud, pero notable por un estilo seductor y por la brillantez de imaginacion que ostentan, lo cual hacia decir á su amigo Johnson: «La »historia natural de Goldsmith es tan entretenida como »un cuento persa.»

Dos solas comedias conserva el teatro: *El Hombre de bien*, que fué una de las buenas piezas de la época, aunque no tuvo mucha aceptacion, y *Los desprecios de una noche*. Esta última comedia logró tan feliz éxito, que provocó los celos de un autor envidioso y probablemente desconocido, que hizo insertar en un diario un artículo asaz injurioso contra Goldsmith. Sobreveníanle á este algunas veces accesos, aunque pasajeros, de cólera violenta. Apoderose de él tan terrible indignacion con la lectura del artículo, que sin mas reflexion se dirigió á casa del que le publicó, y sin casi esplicarle el motivo de su visita, le acometió á bastonazos y descargó sobre las espaldas del envidioso la cólera que le dominaba. El doctor Kenrick, que estaba en una pieza inmediata, acudió al advertir el lance, y después de separar á los combatientes llevó consigo á Oliverio, á quien obligó á subir á su carruaje. Al dia siguiente se lamentaron los periódicos de tan irregular manera de vengarse y de tan manifiesta violacion del derecho de gentes. Goldsmith, algo calmado, hizo insertar en un periódico esta respuesta justificativa:

«Como en ninguna de las circunstancias de mi vi»da, ni en ninguno de mis escritos he abusado nunca »del poder de la prensa, que siempre he tenido por un »deber el respetar, me tomo la libertad de emitir aquí »mi opinion.

»La prensa es á mis ojos la protectora mas pode»rosa de nuestra libertad, la única garantía segura »y vigilante de los derechos del débil contra las »usurpaciones del fuerte. Pero por desgracia de poco »tiempo á esta parte se ha olvidado del interés públi»co, que es su verdadera mision, para estraviarse en el »terreno de las personalidades de la vida privada, y ha »dejado de combatir al fuerte para oprimir al débil. »Ninguna condicion, por ignorada y oscura que sea, »es respetada por ella: por todas partes se hacen sen»tir sus abusos; y sus armas, hasta ahora tan útiles y »saludables, se han convertido de repente en armas »de tiranía y de vergüenza. De este modo va sembran»do la prensa en derredor de sí los elementos de su »propia ruina. Los grandes se le han vuelto hostiles »por principio, los pequeños por terror, y bien pronto »todas las clases de la sociedad, viéndose en la necesidad »de renunciar á los beneficios que derramaba hasta aho»ra, se limitarán á no reclamarla otro favor que el de una »salvaguardia contra sus insultos. ¿Qué se debe hacer »para poner término á esta licencia, que perjudica in»distintamente á todos los miembros de la sociedad, y »deja al vicio sin freno ni vigilancia? Lo ignoro; pero »lo que puedo decir es, que fuera de desear que pues»to que la ley no nos concede proteccion alguna con-

»tra los insultos de la prensa, tampoco la conceda al »calumniador contra el castigo que hubiere provocado. »Las injurias recibidas públicamente son con razon las »mas amargas y sensibles: no responder á ellas sino »con el silencio del desprecio, es no dar, al menos en »la apariencia, mas que una débil importancia á la »opinion del mundo: recurrir á la proteccion de las »leyes, es esponerlas demasiado á hacer patente á la »luz de mediodía su debilidad é insuficiencia, lo que »viene á ser una mortificacion y una amargura mas pa»ra la sociedad. Por lo tanto, todos sus miembros deben »considerarse como guardianes del honor y la libertad »de la imprenta, y esforzarse con celo en impedir la »procaz licencia de usurpar el lugar de la verdadera li»bertad.»

Mucho mas estensos que sus demás obras son los trabajos de Goldsmith en historia, en los cuales abundan sin confusion los hechos, y la narracion es siempre fácil y agradable. Las *Cartas sobre la Historia de Inglaterra* y la *Historia de Inglaterra* son sus obras mas completas en este género. Las primeras se atribuyeron por mucho tiempo á lord Lyttleton por la elegancia de su estilo. En cuanto á la *Historia de Inglaterra*, cuya traduccion hemos emprendido, además del encanto del estilo propio de todas las producciones de Goldsmith, y del interés que sabe dar siempre á su narracion, se distingue por una gran imparcialidad de opiniones; mérito generalmente raro en las historias inglesas, escritas todas bajo tres influencias, casi siempre ciegas y apasionadas, el espíritu de partido, el de doctrina religiosa, y un orgullo nacional exagerado.

La honradez y naturalidad de Goldsmith contribuian mas que su talento á hacerle amable en la vida privada: su conversacion, habitualmente sencilla y vulgar, era animada con sus amigos, y rara vez carecian de objeto sus anécdotas y chanzas: tenia ocurrencias ingénuas y palabras oportunas que le hacian alguna vez muy divertido, y su jovialidad franca y comunicativa formaba el embeleso de sus amigos. Un dia le reconvenia el conde de Lisburne en un banquete de académicos, de que desatendia la poesía por compilar la historia y escribir novelas. «Milord, respondió Goldsmith, »cuando hago la corte á las Musas me dejan morir de »hambre; desde que me he olvidado de su culto, co»mo, bebo, estoy bien vestido y disfruto de las dulzuras »de la vida.» Trabajaba en una obra periódica con los doctores Kenrick, Bickerstaff y otros muchos; mas á pesar de todos sus esfuerzos, no tuvo salida y cesó al poco tiempo. «Vaya una obra, le dijo á Goldsmith un »amigo, que ha vivido bien poco; en verdad que ha »muerto repentinamente.—No tal, respondió Goldsmith, »esta obra ha tenido un fin comun á otras muchas, y no »ha muerto sino por haber sido cuidada por demasiados »médicos.»

El asíduo trabajo á que su desarreglo le forzaba á dedicarse con demasía, alteró su salud, ya resentida hacia muchos años, y apresuró el término de su vida. Goldsmith no tenia mas que 45 años cuando fué atacado por una fiebre nerviosa que le arrebató en pocos dias.

Se ha calculado que durante los catorce años que Goldsmith consagró á la carrera de las letras, ganó mas de ocho mil libras esterlinas, suma considerable en aquel tiempo, una parte de la cual fué disipada indudablemente en locuras; pero otra muy grande se invirtió en liberalidades y beneficios, por los que tan escelente corazon no recibió siempre el premio debido.

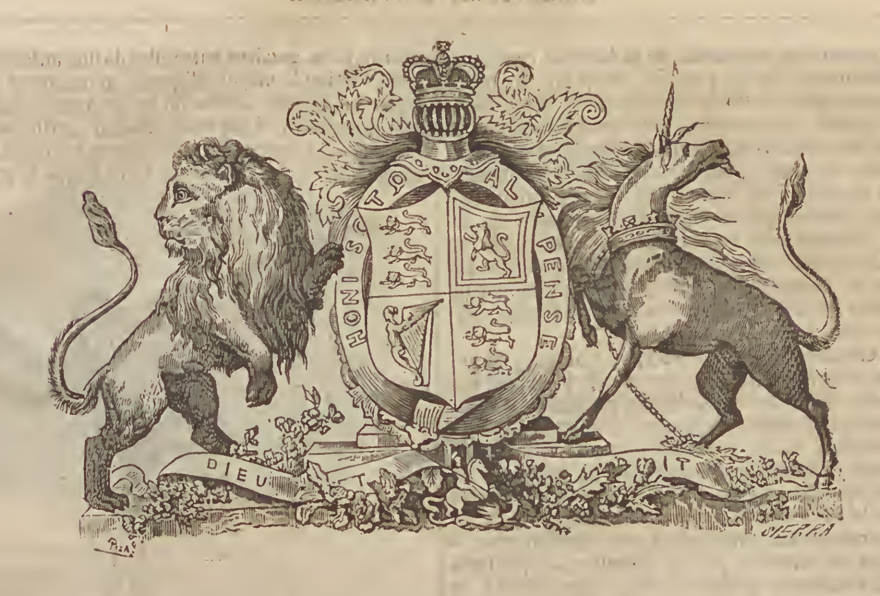
Desde luego se pensó en depositar sus restos en la abadía de Westminster: al pronto hubo obstáculos; pero mas tarde se elevó en aquel lugar un monumento de mármol á su memoria. Hé aquí el sentido del epitafio latino que su amigo Johnson hizo grabar en este monumento, colocado entre el sepulcro del poeta Gay y el del duque de Argyle.

«A la memoria de Oliverio Goldsmith, poeta, natu»ralista, filósofo é historiador; hombre á quien no solo »no fué estraño ningun género de escrito, sino que los »honró todos, ya sea que quisiese divertir, ya que qui»siera enternecer, porque ejercia sobre el corazon un »poder muy grande y eficaz; ya, en fin, que como ge»nio sublime y brillante quisiese mostrar sus facultades. »Su estilo era elegante y noble, su lenguaje siempre »castizo y puro. Su memoria vivirá en la de los hom»bres, mientras haya entre ellos vínculos de afecto, »mientras la amistad sea inseparable del honor, y la »lectura sirva de placer á las personas.

»Nació en 29 de noviembre de 1729 en Fernes, pro»vincia de Leinster, en Irlanda, allí donde Pallas legó su »nombre; fué educado en Dublin, y murió en Londres »el 4 de abril de 1774.»

Así acabó un hombre cuyas virtudes fuéron provechosas á los demás y casi nunca á sí mismo, cuyas cualidades contribuyeron constantemente á los placeres de unos, al bienestar de otros, y cuyos defectos ó flaquezas no hicieron nunca mal á nadie mas que á sí mismo.





HISTORIA
DE INGLATERRA.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LOS BRETONES ANTES DE LA LLEGADA DE LOS ROMANOS.

El orígen de casi todos los pueblos se halla envuelto en tinieblas que en vano los sábios han tratado de disipar. Sus penosas investigaciones no han producido mas que conjeturas, cuya patente incoherencia bastaria por sí sola para demostrar cuán inciertos son los datos de que han partido: ignórase aun qué nacion fué la primera que pobló á la Gran Bretaña, país antiguamente inculto y habitado por bárbaros, ni de dónde ha provenido su nombre. Nos basta saber que mucho tiempo antes de César, los romanos conocian esta bella isla bajo la denominacion actual: se cree que el nombre que lleva le fué dado por los comerciantes del continente que hacian el comercio con los insulares.

Estos comerciantes, que iban de las costas de las Galias, formaron algunos establecimientos á las orillas del mar: los antiguos habitantes eran conocidos bajo el nombre de *Briths*, á causa de pintarse los cuerpos de azul para distinguirse de los estranjeros; estos, bajo el pretesto de alianza y de tratados de comercio, invadieron las costas y se apoderaron de los apostaderos en que habian obtenido permiso de residir, é introdujeron la agricultura; pero los habitantes del interior apenas tenian relaciones con los recien venidos, á quienes miraban como usurpadores de sus propiedades, y rehusaron por mucho tiempo toda especie de relaciones que tendiesen á su civilizacion.

Los habitantes de estas tierras eran numerosos: sus chozas estaban diseminadas ó reunidas, segun que la fertilidad del suelo lo permitia. Numerosos rebaños los surtian de lacticinios; la caza les proporcionaba el resto de su manutencion. Su traje, como el de otras naciones salvajes, parecia adoptado para inspirar pavor. Llevaban largos cabellos, y no conservaban mas que



Cabañas de los antiguos bretones.

el bigote: cubrian la cintura con pieles de animales, y lo demás del cuerpo aparecia desnudo y caprichosamente pintado de azul.

Las mercancías esportadas de la Bretaña consistian principalmente en cueros y estaño, metal que no creian los naturales que le hubiese en otra parte fuera de su isla. Los países mas vecinos, como los mas lejanos, le buscaban con igual ánsia. Encontrábanse tambien algunas minas de plata; pero la falta de obreros entendidos hacia descuidar su esplotacion. Habia igualmente algunas de hierro, que se empleaba para hacer las armas y en fabricar una moneda grosera que corria en el país. La de cobre se introdujo del estranjero (1). En las costas se encontraban tambien perlas; pero por no ser ni claras ni trasparentes como las orientales, hacian poco caso de ellas.

Las costumbres de los bretones, su idioma y su religion tenian grande analogía con las de los galos, sus vecinos del continente. Su gobierno consistia en muchos pequeños principados sumisos á la autoridad de jefes respectivos. Es de creer que esta clase de dominacion haya sido la primera en todas las naciones no civilizadas, que han debido fundarla sobre el principio natural de la autoridad paterna y del gobierno de la familia. Ignórase si los principados eran hereditarios, ó si se elegian los príncipes por su valentía, su sabiduría ó su edad. Cuando un peligro próximo amenazaba á la patria, se convocaba una asamblea general y se elegia un jefe, que era responsable de todo, al cual se le confiaba desde luego el poder supremo, y su voluntad decidia la paz ó la guerra. Debe creerse que rara vez habria unanimidad en negocio de tamaña importancia, y que antes de conciliar todos los intereses, las diversas tribus, no pudiendo ponerse de acuerdo, vendrian frecuentemente á las manos y se derrotarian unas á otras.

Sus fuerzas consistian principalmente en infantería; sin embargo, podian en ocasiones apuradas reunir una caballería numerosa. En los combates se servian de carros (2), cuyos ejes, guarnecidos de guadañas, hacian



mortales heridas. Mientras que estos carros sembraban por todas partes el terror y la muerte, los guerreros que los conducian, redoblando su ardor, dirigian sus venablos contra el enemigo, se detenian de repente y se lanzaban á las filas, fingiendo á veces retirarse, para causar en seguida la confusion en el seno de los cuadros enemigos y precipitarse sobre ellos con nuevo furor. Nada en efecto debia ser mas terrible que estos carros, conducidos con furia á los puntos de mayor peligro: sin embargo, es de creer que estas máquinas eran mas aterradoras que mortales, porque después que este pueblo ardiente y valeroso adquirió algunos conocimientos en el arte de la guerra, abandonó el uso de los carros armados de guadañas para combatir de una manera mas regular.

La religion de los bretones formaba una de las partes mas importantes de su gobierno. Los druidas (3), que eran los jefes, gozaban entre ellos de una autoridad respetable. Ponian la mayor diligencia en mantener en el concepto del pueblo la idea de su profunda ciencia en el arte de conocer el porvenir; hacian sacrificios públicos y secretos, y pretendian adivinar la voluntad del cielo. Jamás hubo supersticion mas terrible que la suya. Ade-



Guerrero breton.

más de las severas penas que tenian derecho de aplicar en el mundo, inculcaban tambien la doctrina de la trasmigracion eterna de las almas, dando por este medio á su autoridad una estension proporcionada al terror que sabian inspirar. Inmolaban víctimas humanas, que quemaban metidas en vastos ídolos de madera bastante



Un druida.

grandes para consumir de una vez multitud de personas. Los druidas clavaban sus cuchillos en los corazones de los prisioneros de guerra, y predecian el porvenir, segun el modo con que la sangre fluia de la herida de los desgraciados que acababan de matar.

(1) La moneda inglesa mas antigua que se conoce es de Breton-Comius, que se acuñó sirviendo á César.

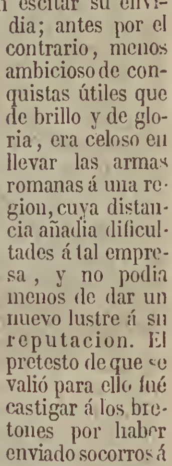
(2) César ha hecho una descripcion muy animada de la destreza de los bretones en el manejo de sus carros de guerra; á causa de hallarse tan ejercitados en el uso de ellos eran las continuas guerras interiores. Cæsaris Com., lib. IV.

(3) Los druidas se dividian en tres diferentes clases: los *bardos*, que eran los historiadores heróicos y poetas genealogistas: los *vates*, músicos sagrados, poetas religiosos y pretendidos profetas: la tercera clase, que era la mas numerosa, se dedicaba á los demás oficios de religion, y eran los conocidos generalmente por el nombre de *druidas*. Su jefe supremo era el primer druida. Tambien habia sacerdotisas, conocidas con el nombre de *druidesas*, y se dividian en tres clases: la primera era la de las que profesaban la virginidad y se dedicaban á la adivinacion, siendo reverenciadas por el pueblo; la segunda, de mugeres que aunque casadas pasaban la mayor parte del tiempo ocupadas en servicio de la religion; y á la última pertenecian las que se ocupaban en los oficios serviles de los templos. El sacerdocio en los tiempos mas antiguos era hereditario, especialmente entre los celtas.

Cuatro grandes piedras formaban sus altares; tres estaban colocadas de lado y la cuarta encima: muchas de ellas existen todavía hoy.


Monumento druídico.

A una doctrina bien pensada para mantener la ignorancia é imprimir la credulidad, los druidas añadian una austeridad de costumbres que contribuia tambien á aumentar su influencia. Vivian en los bosques, en las cavernas y en los huecos de los árboles: su alimento consistia únicamente en granos: comian bellotas y no bebian mas que agua. Esta severidad estremada escitaba no solo el respeto, sino casi la adoracion del pueblo; y el desprecio que manifestaban por todo lo que los hombres estiman y buscan con tanto ardor, era un objeto de asombro y de admiracion contínua. De aquí el derecho que obtuvieron sin gran trabajo para castigar crímenes que se suponia que ellos no podian cometer, y para corregir debilidades de que nadie osaba hacerlos capaces.



Idolos (1).

Su autoridad llegó á ser tal, que obtuvieron hasta el derecho de vida y muerte sobre el pueblo, y ni los príncipes ni las asambleas generales hubieran establecido ley alguna sin su dictámen ó su consentimiento. Nadie podia ser condenado á prision ó á muerte sin que la sentencia hubiese sido aprobada por ellos; y en tiempo de guerra, el vencedor no habria osado apropiarse el botin hecho al enemigo antes que ellos hubiesen escogido la parte que les convenia.

La austeridad de los druidas debió influir sobre las costumbres del pueblo, que eran sencillas y severas, pero mezcladas al mismo tiempo de una crueldad y ferocidad estraordinarias. El valor natural de los bretones no iba acompañado ni de perseverancia ni de generosidad: para tener una justa idea de lo que este pueblo era entonces, es preciso comparar su primitiva rudeza á la de las ordas salvajes de nuestros dias. Sóbrio tal vez mas por necesidad que por eleccion, infatigable en el trabajo, inconstante en sus gustos, audaz, temerario y propenso á la rapiña; tal era este pueblo salvaje en su orígen. Poco interés hay en ocuparse de los acontecimientos de este primer período; los detalles de sus costumbres bárbaras no harian mas que desagradar al lector, y con poco fruto se detendria el historiador á desenvolver minuciosamente los motivos de la conducta de un pueblo animado sin cesar por pasiones tan violentas y tumultuosas.

(1) Los principales ídolos de los sajones eran los que presidian á los dias de la semana, y á los cuales se les daba culto en el dia correspondiente.

CAPITULO II.

DESDE LA CAIDA DE JULIO CÉSAR HASTA EL ABANDONO DE LA BRETAÑA POR LOS ROMANOS.

(55 años antes de J. C.)

Envueltos los bretones en una especie de barbarie, no podian esperar mas que de un vencedor la cultura de sus costumbres y el verdadero desarrollo de su carácter. Cualesquiera que sean los males inevitables que arrastra tras sí un conquistador, resultan siempre ventajas inapreciables para una nacion bárbara, subyugada por otra mas ilustrada; y gana respecto á las costumbres, á las artes y á los adelantos de la vida lo que pierde de su independencia.

Los bretones vivian ignorantes y salvajes, pero libres, cuando Julio César, habiendo sometido á los galos y deseando aumentar mas la brillantez de su nombre, resolvió hacer la conquista de un país que pareció prometerle un triunfo seguro. No eran las riquezas ni la fama de sus habitantes las que podian escitar su envidia; antes por el contrario, menos ambicioso de conquistas útiles que de brillo y de gloria, era celoso en llevar las armas romanas á una region, cuya distancia añadia dificultades á tal empresa, y no podia menos de dar un nuevo lustre á su reputacion. El pretesto de que se valió para ello fué castigar á los bretones por haber enviado socorros á los galos mientras les hacia la guerra, y dado asilo á los que se habian puesto al abrigo de su resentimiento. No se espantaron los naturales cuando supieron las intenciones hostiles de César; y conociendo su inferioridad, se esforzaron en aplacarle con muestras de sumision. Recibió este á sus embajadores con


Julio César.
De una moneda de cobre del Museo Británico.

política, los exhortó á perseverar en los sentimientos que manifestaban; pero no desistió por eso de hacer preparativos para llevar á cabo sus proyectos. Cuando las tropas destinadas á esta espedicion estuvieron dispuestas, se embarcó para la Bretaña á media noche, y á la mañana siguiente, al llegar á la vista de Douvres, divisó las rocas y las alturas inmediatas cubiertas de gentes para oponerse á su desembarco.

No permitiéndole la agitacion del mar tomar tierra en el lugar donde entonces se hallaba, eligió como preferente una playa situada á unas ocho millas de allí (se cree que fué en Déal), donde el plano inclinado del suelo y lo despejado del terreno le parecieron á propósito para la ejecucion de su designio. Los bretones, casi desnudos y groseramente armados, no podian menos de ser débiles adversarios para los romanos, que acababan de conquistar á los galos, y que hacia mucho tiempo estaban habituados á la victoria. Con todo, los insulares hicieron una vigorosa resistencia; el combate fué reñido, y las pérdidas y ventajas iguales.

Los bretones eligieron por su jefe á Cassibelauno; pero sea que los pequeños príncipes que estaban á sus órdenes envidiasen su rango, sea que desconfiasen de su fidelidad, se negaron á secundarle y le abandonaron de repente. Muchos de ellos, habiéndose retirado con sus fuerzas, se dispersaron en el interior del reino; otros se sometieron al yugo de César; y el mismo Cassibelauno, debilitado y desanimado por tan gran número de defecciones, consintió al fin en aceptar condiciones, aun cuando era dueño del campo de batalla. Fuéron estas, que el número de rehenes pedidos desde un principio, y que habian de ser remitidos al continente, serian dobles, y que los bretones se reconocerian tributarios de los romanos.

De tal manera se celebró en Roma esta conquista lejana, que el Senado prescribió veinte dias de fiesta, á fin de celebrar las ventajas del vencedor. César, después de haber descubierto mas bien que subyugado las partes meridionales de la isla, volvió á las Gálias con todo su ejército, abandonando á los bretones sin haber hecho ninguna innovacion en sus costumbres, en su religion ni en sus leyes; pero estos, apenas se rehicieron del terror que los invasores les habian inspirado, no tardaron en dar motivos de descontento, despreciando el cumplimiento de las condiciones del tratado; y dos provincias solas enviaron los rehenes estipulados. César no se incomodó por esta infraccion, que le daba pretesto para volver á la Bretaña y acabar una conquista que no habia hecho mas que comenzar.

En la primavera siguiente se embarcó para este país llevando ochocientos buques; se detuvo en el mismo lugar en que hizo el primer desembarco, y arribó sin resistencia. Informados los bretones de su invasion, reunieron un ejército para salir á su encuentro y se disponian á combatir con valor; pero poseidos de terror al aspecto de las fuerzas enemigas y de la flota que cubria todo el mar, se retiraron, olvidando sus antiguas disensiones, para no atender mas que al peligro comun y á la defensa de sus bienes y de su libertad. Mas era ya tarde: Cassibelauno, proclamado nuevamente jefe del ejército, hostigó algun tiempo á los romanos, haciendo renacer por un momento la esperanza y el valor en el corazon de sus compatriotas; pero ¿qué podian hacer unas tropas tan indisciplinadas contra la esperiencia y la destreza de César?

Batiolas este, y llegó á penetrar en el país; pasó el Támesis en presencia del enemigo; tomó é incendió la capital de Cassibelauno; hizo á Mandubrancio, su aliado, soberano de los Trinobantes (1), y después de obligar á los bretones á someterse de nuevo á los romanos, tomó por segunda vez el camino de las Gálias sin haber subyugado realmente, como sucedió en la vez anterior, á la belicosa nacion que acababa de vencer en el campo de batalla.

Como César no habia dejado en la isla ninguna autoridad encargada del cuidado de hacer cumplir con exactitud las estipulaciones del tratado, se cree que el tributo convenido no fué pagado jamás puntualmente.

El emperador Augusto á su advenimiento al trono formó el proyecto de pasar á la Bretaña, proyecto que le hizo abandonar súbitamente la revuelta inesperada de los de la Pannonia. Algunos años después le formó de nuevo, y ya comenzaba á ponerle en ejecucion, cuando los bretones le enviaron embajadores para darle seguridad de que en lo sucesivo le pagarian religiosamente el tributo acostumbrado: satisfecho Augusto, renunció por entonces á su espedicion.

El año siguiente, siendo infieles todavía á sus últimas promesas, el emperador, decidido á castigarlos, mandó hacer grandes preparativos para un desembarco en el país; pero un nuevo embajador enviado á propósito bastó para calmar el resentimiento del príncipe, y la paz se restableció por entonces: Augusto, por otra parte, parece que reconoció en los últimos momentos de su reinado el peligro de dar mayor estension al imperio romano, y desde su lecho de muerte aconsejó á su sucesor que no tratase de engrandecerle mas.

Tiberio siguió las máximas de Augusto, y convencido igualmente de que el imperio era demasiado vasto, ninguna tentativa hizo contra los bretones.

Algunos soldados romanos habian quedado en las costas de la Bretaña; los habitantes, después de haberlos socorrido, los trataron con la mayor humanidad y los enviaron á su general. Estas disposiciones benévolas ocasionaron en fin relaciones amistosas, y establecieron buena inteligencia entre las dos naciones. La nobleza bretona pasó á Roma á instruirse é ilustrarse, y desde entonces los salvajes bretones empezaron á hacer algunos progresos en las artes y en las ciencias que tienden al desarrollo del ingenio humano. El arte de la guerra fué el primero que cultivaron estos pueblos bárbaros; y aunque no se determinaron á adoptar enteramente la manera de combatir que estaba en uso entre los romanos, los imitaron sin embargo en algunos puntos, principalmente en las armas y en la colocacion de sus tropas en batalla.

Su perseverante crueldad hácia los estranjeros se dulcificó con el tiempo, y principiaron á establecer relaciones comerciales con las otras naciones; pero no por eso dejaron de vivir como pastores y cazadores, prueba cierta de que este país estaba entonces poco habitado (1). Un pueblo cazador nunca puede ser numeroso, porque cifra su subsistencia necesariamente sobre una vasta estension de país que no admite muchos habitantes, mientras que el pueblo labrador, que con su trabajo fertiliza la tierra hasta su parte mas mínima, aspira siempre á acrecentarse, y no puede menos de prosperar y enriquecerse por la vecindad de aquellos á quien sostiene.

Las sombrías estravagancias de Calígula y sus amenazas de invasion en Bretaña sirvieron mas bien para cubrirle de ridículo que para poner en peligro á los bretones. Cerca de un siglo después disfrutaban en paz de su libertad, cuando los romanos, bajo el reinado de Claudio, pensaron sériamente en someterlos á su yugo. Colocose Plaucio á la cabeza de esta espedicion, la cual obtuvo muy pronto el éxito que alcanzaban ordinariamente las armas romanas.—A. de J. C. 53.

Dispuestas todas las cosas para esta invasion, pasó Claudio á Bretaña y se le sometieron varios estados pequeños, que mas políticos que sus vecinos, y aprovechándose de los recursos de su comercio, consintieron en comprar la paz á precio de su libertad. Pero las provincias del interior de la isla prefirieron su sencillez natural á los descubrimientos del lujo, introducidos por una nacion estranjera, y quisieron mas bien presentar su pecho al hierro de los romanos que humillarse á su dominacion.

(1) *Trinobantes* ó *Trinonantes* ó *Trinonates*, pueblos de los paises de Essex ó de Middlesex.

(1) Así, cuando dice César que este pueblo era numeroso, que levantaba precipitadamente grandes ejércitos, debe dudarse de su veracidad. Es muy difícil aun ahora reunir en Inglaterra ejércitos considerables, sin embargo de que la poblacion es diez veces mas numerosa que entonces: probablemente César exageró el número de los bretones para aumentar la gloria de haberlos sometido. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

La costa meridional y todo el país adyacente fué presa del vencedor, que aseguró estas posesiones haciendo campos atrincherados, construyendo fortalezas y estableciendo colonias. Las otras provincias permanecieron tranquilas, sea porque no se hubiesen visto espuestas á ningun peligro, sea porque los habitantes hubieran tomado la resolucion de ser pacíficos espectadores de la devastacion que debia acompañar al ejército enemigo.

Caractaco fué el primer rey que con esfuerzos vigorosos trató de reconquistar la libertad de su país, y de rechazar á los vencedores, insolentes á la vez que rapaces. La venalidad y corrupcion de los pretores y de los oficiales romanos, encargados de recaudar los impuestos en Bretaña, contribuyeron á escitar la indignacion de los naturales, y los indujeron á sacudir un yugo que solo soportaban por fuerza. Caractaco, guerrero salvaje, llegó, aunque con fuerzas inferiores, á fatigar á los romanos con su tenaz resistencia, que duró por espacio de nueve años; pero habiendo sido puesto Ostorio Scápula á la cabeza de los ejércitos del imperio, obtuvo mas ventajas que sus predecesores. Aumentó mucho sus conquistas en la Bretaña; supo penetrar hasta el mismo país de los Silures (1), nacion belicosa que estendia su dominacion hasta las orillas de la Severn, y alcanzó á Caractaco. Este general estaba apostado ventajosamente en una montaña inaccesible, cuya falda bañaba un torrente rápido y profundo. Cuando avistó al enemigo el desgraciado héroe, se apresuró á reunir sus tropas, compuestas de diferentes tribus; después de haberlas colocado en batalla, recorrió todas las líneas, y les exhortó á defender por última vez su libertad, sus bienes y su vida. Llenos de ardor los bretones, le respondieron con estrepitosas aclamaciones. Desplegaron en efecto en la fuerza del combate un arrojo estraordinario; pero ¿qué servia un valor sin disciplina contra un ejército tan hábil en el arte de la guerra, y embravecido por una larga série de conquistas y de gloria?

Trofoe anglo-romano.

Los intrépidos bretones, á pesar de su tenaz resistencia, fuéron completamente batidos, y pocos dias después el mismo Caractaco cayó en manos de los vencedores entregado por Cartismándua, reina de los Brigantes (2), en cuyos estados se habia refugiado. La noticia de la captura de este general fué recibida en Roma con grande júbilo, y Claudio ordenó que fuese trasladado de la Bretaña, á fin de dar un espectáculo al pueblo romano. El dia elegido para esta fiesta, el emperador subió al trono é hizo traer ante él á todos los cautivos, entre los cuales se hallaba Caractaco. Se le presentó el botin cogido al enemigo, así como los súbditos del jefe breton; su familia vino en seguida é imploró con vergonzosas lamentaciones la clemencia del emperador. Apareció en fin Caractaco. Notábase en su continente altivez y dignidad. Lejos de mostrarse abatido por el inmenso concurso de espectadores reunidos para verle, mirábalos con calma y entereza, paseando su vista por la pompa que le rodeaba. «¡Ah! esclamó, ¡cómo un pueblo que »tiene tanto esplendor y magnificencia ha podido envidiar una humilde »choza de la Bretaña!»

Cuando llegó á presencia del emperador, asegúrase que le dirigió el siguiente discurso: «Si mi »moderacion hubiera igualado á mi »nacimiento y á mi »fortuna, habria llegado á esta ciudad »no como cautivo, »sino como amigo. Mi desgracia actual y mi tenaz resistencia aumentan, lo confieso, el esplendor de vuestra »victoria. Pero si hubiera consentido en rendirme desde »el principio de la guerra, ni mi desventura ni vuestra »gloria llamarian la atencion del universo, y mi destino »hubiera quedado sepultado en el olvido. Al presente »estoy á vuestra discrecion imperial; pero reflexionad »que si me perdonais la vida vendré á ser un monumen»to eterno de vuestra clemencia y de vuestra mode»racion.»

Compadecido el emperador de las desgracias del héroe breton, y vencido por este ingenioso discurso,



mandó que sus cadenas, así como las de los otros cautivos, fuesen rotas inmediatamente. El primer uso que hicieron de su libertad fué para ir á prosternarse á los piés de la emperatriz Agripina, que segun se asegura habia intercedido vivamente en su favor.

Sin embargo, los bretones, á pesar de sus desgracias, no estaban aun subyugados, y los romanos continuaban mirando su isla como un campo fértil que ofrecia á la gloria militar nuevos laureles que coger.

Durante la ausencia de Paulino, general romano, que habia sido encargado de someter la isla de Anglesey, los bretones hicieron el último esfuerzo en el reinado de

(1) *Silures:* estos pueblos de la Gran Bretaña habitaban las orillas del mar que separa á Inglaterra de la Irlanda. Dícese que fueron de España. Tenian la piel morena, los cabellos cortos y rizados; sus costumbres eran diferentes de las de los bretones.

(2) *Brigantes:* dábase este nombre á razas compuestas de diferentes naciones que vivian generalmente de rapiñas y habitaban las montañas. De aquí es de donde acaso proviene la palabra *brigante.* Habia *brigantes* en Inglaterra, en los condados de York, de Durham, de Lancaster, de Westmorelant y de Cumberland. Los *brigantes* de Irlanda habitaban los condados de Weefort y de Kilment. Se llamaban frecuentemente *birgantes,* del Birgus que bañaba su país. Encontrábanse *brigantes* unidos á las colonias de los galos en Italia, en Alemania y en España,

Neron para recobrar su libertad.—A. de J. C. 60.—Esta pequeña isla, separada de la Bretaña por un estrecho, estaba consagrada á los druidas, y habia ofrecido hasta entonces una segura retirada á los bretones. Los romanos juzgaron necesario someterla, á fin de estirpar la religion, que mantenia á los habitantes en su ódio á las leyes estranjeras. Paulino, el mayor general de su siglo, fué el encargado de esta espedicion. Los bretones, animados de un ardor fanático, hicieron un esfuerzo desesperado para reunir el mayor ejército posible, y desplegaron los terrores de la religion druídica para oponerse al desembarco en este último asilo de sus supersticiones y de sus libertades. Los sacerdotes y los habitantes de la isla se colocaron en batalla sobre la ribera; las mugeres daban gritos de desesperacion y proferian las mas terribles imprecaciones.

Este espectáculo pasmó de tal modo á los romanos en los primeros momentos, que permanecieron inmóbiles, y no opusieron al pronto ninguna resistencia al ataque de los bretones; pero Paulino, exhortando á su ejército á despreciar las amenazas de una turba de fanáticos, escitó á sus soldados al combate, y estos recobrando su audacia, arrojaron á los bretones del campo de batalla, quemaron á los druidas en las mismas hogueras destinadas por ellos á los enemigos cautivos, y destruyeron todas las moradas y altares consagrados al culto de sus dioses.

Algun tiempo después, prevalidos de nuevo los bretones de la ausencia de Paulino, resolvieron salir del estado de servidumbre abyecta en que se hallaban sumergidos, por medio de una insurreccion general. Muchos motivos contribuian á escitar su justo resentimiento; primero la enormidad de los impuestos que los romanos hacian pesar sobre ellos con estremado rigor, y después la insolencia y la dureza de estos vencedores, que les echaban en cara la miseria de que ellos mismos eran la causa. Pero lo que movió mas que otra cosa á los bretones á levantarse abiertamente, fué el trato bárbaro que los romanos acababan de hacer sufrir á Boadicea, reina de los Icenis (1). Prasatago su esposo habia legado al morir la mitad de sus posesiones á los romanos y la otra á sus dos hijas, esperando con el sacrificio de una parte de su reino asegurar el reposo de su familia: este cálculo tuvo bien diferente resultado. Inmediatamente después de su muerte el procurador romano se apoderó de todos sus dominios, y cuando Boadicea, viuda del monarca, se atrevió á representar la injusticia de su conducta, ordenó fuese azotada, mientras que el pudor de sus hijas recibia á su presencia los mas crueles ultrajes.

Estas violencias bastaron para provocar la revolucion general de la isla. Los icenis, interesados mas que nadie en esta querella, fuéron los primeros en tomar las armas, y todas las otras provincias se apresuraron á seguir su ejemplo. Boadicea, muger de gran belleza y ánimo varonil, se puso á la cabeza del ejército, que ascendia á doscientos treinta mil hombres.

Irritados por sus padecimientos, y animados de la necesidad de venganza, atacaron con buen éxito muchas de las plazas ocupadas por el enemigo. Paulino volvió al socorro de Londres, que era ya una colonia floreciente; pero cuando llegó, conoció que valia mas para la seguridad general abandonar esta ciudad al furor del enemigo. Londres fué reducida á cenizas, y todos los habitantes que en ella habia se encontraron degollados. Los romanos, así como los demás estranjeros, cuyo número subia á setenta mil, fuéron inhumanamente pasados á cuchillo.

Entusiasmados con tal suceso los bretones, cesaron desde este momento de temer los choques con el enemigo, y se atrevieron á presentarse delante de Paulino, que los aguardaba á pié firme con un cuerpo de diez mil hombres. La batalla fué larga y sangrienta; la misma Boadicea se dejó ver sobre un carro con sus dos hijas, y arengó á las tropas con una firmeza varonil; pero su táctica irregular y su valor indisciplinado no pudieron resistir á la sangre fria é intrepidez de los romanos, que hicieron una terrible carnicería; ochenta mil hombres perecieron en el campo de batalla, y fuéron infinitos los prisioneros. La reina Boadicea se envenenó por no caer en manos del vencedor irritado (1).

Poco tiempo después Neron separó á Paulino de un gobierno en que por actos reiterados de crueldad y de injusticia se habia hecho inhábil para calmar los espíritus, y contener á un pueblo exasperado con la desgracia. Vespasiano envió á Cereal á la Bretaña; los talentos de tan bravo general contribuyeron á aumentar el terror de las armas romanas. Julio Frontinio sucedió á Cereal en autoridad y en reputacion. Pero el capitan que consiguió definitivamente la dominacion romana en la isla fué Julio Agrícola, que gobernó este país en los reinados de Vespasiano, de Tito y de Domiciano, distinguiéndose por su valor y su humanidad.

Agrícola, considerado como uno de los mas célebres personajes de la historia, formó un plan regular para someter y civilizar la Bretaña, y hacer de ella una adquisicion ventajosa para sus conquistadores. Como los habitantes de la parte septentrional eran los menos dóciles, encaminó sus victoriosas armas á aquella parte, y derrotó al enemigo en los encuentros que tuvo. Invadió las montañas y bosques inaccesibles de la Caledonia (2), y ahuyentó con su presencia á aquellos feroces habitantes, que prefiriendo el hambre á la esclavitud, querian mas bien vivir en contínua guerra que someterse al yugo del vencedor.

Pero no consiguió la entrada en esta comarca, inculta é inaccesible, sin probar grandes dificultades. Galgaco, á la cabeza de un ejército numeroso, le opuso una resistencia vigorosa; pero fué desbaratado en una batalla decisiva, con gran pérdida de los suyos.—A. de J. C. 84.—Coronando tan buenos resultados las empresas del general romano, creyó que por entonces no debia perseguir mas al enemigo; pero hizo embarcar un cuerpo de ejército á bordo de su escuadra, ordenando al comandante recorrer toda la costa de Bretaña que no habia sido reconocida desde el año anterior por ser una isla. La flota, después de ejecutar sus órdenes, se dirigió hácia la parte septentrional, sometió las Orcades (3); y después de haber dado la vuelta á toda la isla, llegó al puerto de Sandwich sin haber esperimentado ninguna desgracia.

En estas espediciones militares no desatendió Agrícola las artes ni la civilizacion; hizo ensayos para dulcificar la rudeza de los naturales, que consentian en reconocer su poder, é introdujo entre ellos las leyes, las costumbres y la instruccion romana. Les enseñó á desear y á procurarse las comodidades de la vida; les enseñó tambien el arte de la agricultura, y á fin de asegurar su futura tranquilidad hizo construir una muralla y estableció guarniciones entre ellos y sus vecinos del Norte. Dejando aislada de esta manera la parte mas salvaje y árida del país, puso Agrícola las provincias romanas al abrigo de las invasiones de aquellos habitantes feroces y miserables.

Casi enteramente subyugados los bretones, comenzaron entonces á renunciar toda esperanza de recobrar su antigua libertad; y la esperiencia, que les habia hecho conocer tantas veces la superioridad del ejército romano, los determinó por fin á someterse y contentarse con una vida tranquila y apacible. En esta época

(1) Los *Icenis* ó *Icenin*, pueblos de la Gran Bretaña en el Essex y las orillas del l'Ouse ó Iken (*Icinus*).

(1) Estos últimos desastres fuéron el sepulcro de la libertad inglesa. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

(2) La Escocia.

(3) Las *Orcades* ú Orkney, islas de la Escocia, forman una provincia con las de Shetland. Son en número de treinta, mas no todas habitadas.

los vencedores, mas deseosos de guardar sus posesiones que de hacer nuevas conquistas, se ocuparon mas bien de prevenir que de castigar las irrupciones de los inquietos habitantes del Norte.

Parece que reinó una paz profunda en Bretaña, aun muchos años después del gobierno de Agrícola, y la historia no hace casi mencion de los sucesos que ocurrieron en aquellos tiempos; en ella no se ven sino varias sediciones entre las legiones romanas que estaban de guarnicion, y algunos actos de usurpacion de parte de ciertos gobernadores. En cuanto á los naturales, totalmente subyugados y enervados, parecian hallar en las artes y en el lujo introducidos entre ellos, una compensacion á la pérdida de su independencia. Los que se sacrificaran por ella habian muerto hacia mucho tiempo. La flor de la juventud era arrastrada lejos de la patria para emplearla en el servicio estranjero; los que quedaban en el país, criados en la sumision y en la servidumbre, tenian tan pocos deseos de escitar turbulencias, que lejos de hallar insoportable el yugo, habian llegado al estremo de gloriarse de él y de mirarle como una garantía de su seguridad. En adelante nada podia arrancar el poder de los romanos en la Bretaña sino las disensiones y las turbulencias de los mismos, época terrible que no tardó en llegar.

Roma, que desde muchos siglos atrás daba sus leyes á las naciones y hacia pesar las cadenas de la esclavitud y de la opresion sobre todo el mundo conocido, comenzó en fin á hundirse bajo el peso de su propia grandeza; todos los pueblos, formando como una liga general, se levantaron con el objeto de revindicar su libertad natural y de reconquistar la independencia, de que estaban injustamente privados, á través de tantas generaciones. En aquellos tiempos de efervescencia, los emperadores se vieron obligados á reforzar sus legiones con las tropas destinadas á defender las provincias fronterizas. En los momentos en que el corazon del imperio se hallaba amenazado, se cuidaba poco de los medios de defender sus límites. Las provincias mas remotas quedaban entonces frecuentemente sin guarniciones, y la debilidad del gobierno daba ocasion á insurrecciones contínuas de los habitantes de ellas, en las cuales se multiplicaban los disturbios á proporcion que los enemigos del pueblo romano se aumentaban.

Durante estas turbulencias la juventud bretona fué enviada muchas veces á las Gálias para apoyar con sus débiles recursos á los diversos pretendientes del imperio, que desgraciados en sus proyectos, no dejaban tras de sí sino el nombre de tiranos. Como las fuerzas romanas se disminuian por momentos en Bretaña, los Pictos (1) y los Escoceses, que espiaban una ocasion favorable para hacer una invasion en el territorio de sus vecinos, avanzaron atrevidamente y arrasaron las provincias septentrionales; no estando guardados los estrechos por las tropas romanas, los atravesaron en barcas de madera cubiertas de cuero, y derramaron por todas partes el asesinato y el terror. Rechazados sin embargo por fuerzas superiores, se retiraron cargados de botin, dispuestos á renovar sus latrocinios tan luego como pudiesen.

Habiéndose retirado los romanos que todavía estaban en la isla, su partida fué favorable á los proyectos de aquellos pueblos salvajes, cuyas reiteradas tentativas se frustraron muchas veces; pero el poco vigor que mostraron entonces los bretones contribuia á aumentar la audacia de sus enemigos.

El hábito que habian adquirido de recurrir á Roma en todas las circunstancias difíciles, hizo que dirigiesen una súplica á los emperadores, á fin de obtener pronto socorro. Les enviaron una legion, y los bárbaros se vieron precisados á retirarse todavía por esta vez á sus montañas; volvieron á aparecer tan luego como los soldados del imperio dejaron el país; y aunque rechazados por una segunda legion que muy presto enviaron desde Roma en auxilio de los bretones, sin embargo no abandonaron sus proyectos hostiles: habian conocido perfectamente la debilidad de sus adversarios para no sacar de ella todo el partido posible.

En el reinado de Valentiniano el jóven comenzó á temblar por su capital el imperio romano. Fatigado el gobierno con lejanas espediciones, anunció á los pueblos de la Bretaña, debilitados por el lujo y por las costumbres relajadas, que no esperasen en lo sucesivo ninguna proteccion estranjera. Se volvió á llamar á todas las tropas romanas que aun permanecian en la isla, así como un gran número de indígenas empleados en el servicio militar. Los romanos se despidieron de los bretones, les dejaron la libertad de elegir un gobierno y un rey; les dieron las mejores instrucciones para remediar sus calamidades; les estimularon á instruirse con ardor en el arte militar, y á reparar sus fortificaciones y sus murallas. Ayudaron á los habitantes á reconstruir una (1), que el emperador Severo ha-



bia hecho levantar, obra para la cual no tenian ellos oficiales bastante hábiles; prepararon así su despedida de la manera mas amigable, y dejaron á la Bretaña para no volverla á pisar mas, después de haber sido sus dueños por espacio de cuatro siglos.

Se puede preguntar si las artes que introdujeron los romanos entre los bretones les fuéron mas perjudiciales que ventajosas, cuando se considera que los progresos de la civilizacion no hicieron sino escitar la codicia del enemigo y dar ocasion á contínuas invasiones, sin fortificar á los bretones y proporcionarles medios de resistencia. Los caminos públicos, las casas de campo, las diferentes escuelas instituidas para la educacion de la juventud, el infinito número de monedas que se acuñaron, las estátuas, los ladrillos de diversos colores y tantas otras cosas notables, son indudablemente una prueba de que los bretones hicieron adelantos considerables en las artes durante la paz, sin que por eso se retrasasen en el de la guerra, y puede ser una tentativa nociva á los intereses de una nacion el introducir en ella á la vez tantas ventajas. Las artes y las comodidades de la vida no se deben desarrollar sino gradualmente en todos los países, ni propagar con demasiada rapidez, pues es necesario una larga série de años para que una nacion bárbara pueda adoptar enteramente y sin peligro las costumbres de sus conquistadores.

(1) Los Pictos, llamados así, segun se dice, porque se pintaban la cara, eran unos pueblos Scytas que se unieron á los indígenas de la Escocia. Descendian probablemente de aquellos bravos bretones que por amor á la libertad habian rehusado constantemente someterse á los tiranos, y huido de su país avasallado. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(1) Esta es la famosa muralla que separaba antiguamente la Inglaterra de la Escocia, de la que subsisten todavía algunos trozos que el tiempo no ha podido destruir. La solidez del cimiento y la dureza de las piedras han persuadido á los habitantes de los lugares vecinos, de que ha sido construida por mano del diablo, y los mas supersticiosos tienen gran cuidado de recoger hasta sus menores fragmentos, que mezclan en los cimientos de sus casas para comunicarlas la misma solidez.

De aquí es que todos los esfuerzos que los romanos hicieron á fin de acelerar la civilizacion de los bretones, no sirvieron sino para hacer de ellos una presa mas



Barco sajon.

seductora á sus enemigos, y prepararles las desgracias del porvenir.

CAPITULO III.

LOS BRETONES Y LOS SAJONES.—HEPTARCHIA.

Viéndose los bretones abandonados á sí mismos, no consideraban la reconquista de su libertad sino como una nueva calamidad. Contando mucho tiempo hacia con los socorros de los estraños, no encontraban en sí mismos ni fuerza ni voluntad para defenderse. Lejos de poner en práctica las lecciones que habian recibido de los romanos, agravaron sus miserias y se abandonaron al desaliento hasta llegar á ser despreciables. No acostumbrados á los peligros de la guerra, y poco hábiles en el cuidado del gobierno civil, eran incapaces de formar ó de ejecutar plan alguno para rechazar las incursiones de los bárbaros. Aunque los soldados romanos se hubiesen alejado, las familias ó los descendientes de ellos estaban esparcidos en todo el país, pero sin ningun jefe que pudiera dirigirlos. Para colmo de los



Jefe anglo-sajon.

males de este pueblo enervado, el corto número de hombres que habian conservado su valor, y que con sus esfuerzos hubieran podido salvar la patria, no se ocupaban en manera alguna de los peligros que la cercaban. Cada cual pretendia el supremo poder, tratando de satisfacer sus votos y su ambicion, formándose un partido, y añadiendo á los males de las invasiones enemigas los horrores de la guerra civil.—A. de J. C. 430.

Sin embargo, los Pictos y los Escoceses reunidos empezaron á mirar á la Bretaña como territorio suyo, y avanzando con fuerzas imponentes atacaron la muralla que los separaba. Esta fortificacion de piedra que existia desde muy antiguo, estaba deteriorada tanto por los ultrajes del tiempo como por la inercia de los pueblos que protegia. Descuidadas las reparaciones, ó hechas con tierra, dejaban una porcion de puntos de fácil acceso á las irrupciones de un enemigo intrépido. Los invasores, pues, destruyeron sin dificultad las fortificaciones, que no se pensó en defender, y asolaron impunemente todo el país, en tanto que los bretones buscaban un precario asilo en los bosques y en las montañas.

Acudieron por tercera vez á Roma esperando obtener á fuerza de importunidad los socorros que les rehusaba por motivos de prudencia. Aecio, general de Valentiniano, acababa de conseguir importantes ventajas sobre los godos, y parecia reanimar la esperanza de volver al imperio romano su antiguo esplendor, á la cual no habia aun renunciado. A este general, cuando se hallaba en todo el brillo de su gloria, fué á quien dirigieron sus súplicas: «Los bárbaros, le dijeron, nos »echan hácia el mar, el mar nos rechaza hácia ellos; no »nos resta mas que ó morir á sus manos ó ser sepulta»dos en los abismos.»—A. de J. C. 446.

Todo fué en vano: los romanos, rodeados de naciones bárbaras que ponian cada dia el imperio en peligro, no pudieron prestar su auxilio á aliados tan lejanos y tan incapaces de servirles á su vez.

Los bretones, abandonados á sí mismos, se entregaron á la desesperacion. No sembraron los campos, y los horrores del hambre se añadieron á los estragos de la guerra. Bien pronto aquella se hizo sentir aun entre los mismos bárbaros, que careciendo después de todo, en una tierra devastada por ellos, y siendo fatigados y acosados por los bretones, que se habian rehecho por el esceso de su desgracia, se retiraron cargados de botin.

Viendo los bretones alejarse el peligro, salieron de sus montañas y volvieron á emprender los trabajos de la agricultura. La recoleccion del año siguiente fué tan abundante, que pronto olvidaron sus pasadas desgracias. Pero de estos mismos bienes nacieron calamidades. Después de haber carecido de todo, no supieron disfrutar con moderacion, y se entregaron á tales escesos, que acabaron por enervar sus cuerpos y sus ánimos.

Ocupándose así en disfrutar del reposo que les daba la paz, no pensaban de ningun modo en impedir las nuevas invasiones de un enemigo que amenazaba volver á aparecer. A todas las desgracias que pesaban sobre la Bretaña se añadian en este momento las disputas de teología. El cristianismo habia sido introducido allí; ignórase precisamente la época (1); pero los discípulos de Pelagio, nacido en Bretaña, se habian aumentado considerablemente, y el clero, mirando sus opiniones como heréticas, se ocupaba con mucha mas vehemencia y cuidado en detener su curso, que en inspirar la resolucion de resistir al enemigo comun. Otra calamidad mas horrible aun afligió bien pronto á los bretones. Una enfermedad contagiosa se desarrolló en las provincias meridionales de la isla, y vino á privar totalmente á

(1) La tradicion de los ingleses es que introdujo allí el cristianismo José de Amerisca. Lucio, que vivia en el siglo II, envió á pedir al papa Eleuterio misioneros que instruyeran á sus súbditos en las verdades santas del Evangelio. El papa los envió, y Lucio recibió el bautismo con muchos de sus bretones. Tertuliano, que vivia al mismo tiempo, dice que la Bretaña, que era inaccesible á los romanos, estaba sometida á Jesucristo. Lo que podia decirse principalmente de las islas Hebraidas ó de aquella parte septentrional de la Gran Bretaña que no estaba sometida á los romanos: San Atanasio hace mencion de los obispos bretones que asistieron al concilio de Sardica; y Restituto, prelado del mismo país, suscribió el primer concilio de Arlés, celebrado en 314.

los desgraciados habitantes de la posibilidad de intentar una justa defensa.

En este deplorable estado de debilidad y de miseria fué cuando los bretones tuvieron noticia de los grandes preparativos de sus feroces vecinos del Norte, determinados á hacer una nueva invasion en el mediodía. Eligieron por su general y soberano á Vortigern, en el cual pusieron toda su confianza. Este príncipe ambicioso se habia elevado, segun se decia, á la dignidad suprema, manchado con el asesinato de su



Arquero sajon.

predecesor: nuevas desgracias fuéron el resultado de tal eleccion. Vortigern, en vez de procurar reanimar el valor de su pueblo y hacer uso de las fuerzas y recursos del reino, no pensó mas que en servirse para sus planes de un socorro estranjero; los sajones le parecieron la nacion mas valiente y mas dispuesta á interesarse en su favor.

Eran los sajones una rama de aquellas naciones del Norte, que lanzándose de su fria morada inundaron como un torrente el resto de Europa y la impusieron nuevas leyes, después de haberse esparcido por varios reinos. Algun tiempo antes de la conquista de César en las Gálias, una parte de estos pueblos, bajo el nombre de suevos, se habian apoderado de un estenso país de la Germania. Por su fuerza y su valor se hicieron temibles á todas las otras tribus. Se dividieron en seguida en muchas naciones, y cada una de ellas subyugó el país en que penetró. La Francia, la Germania y la Inglaterra se contaron en el número de sus conquistas.

Entre las dos edades estremas de una nacion, la de su primitiva rudeza y la de su mayor civilizacion, hay una época intermedia que parece esencialmente propia para la vida belicosa. A esta época de civilizacion era precisamente á la que habian llegado los sajones, cuando los bretones reclamaron su socorro. Vestian con cierta elegancia, que á pesar de la influencia de las instituciones romanas, los bretones en general estaban muy lejos de esperar. Sus mugeres llevaban trajes guarnecidos y rayados de púrpura. Los cabellos, formando trenzas ó bucles, caian sobre sus espaldas, que dejaban desnudas, así como los brazos y el pecho.

Su gobierno era una monarquía electiva; sin embargo, alguna vez la hicieron república. Los jefes eran escogidos por su mérito, y volvian á la clase ordinaria cuando su autoridad ó sus talentos dejaban de ser necesarios (1). No tenian para su manutencion mas que una mezquina subsistencia; los honores que se les daban y el reconocimiento público, eran la sola recompensa de sus fatigas y de sus peligros. La esclavitud fué desconocida entre ellos, y la muerte les parecia preferible á la servidumbre. Ammiano-Marcelino cuenta, que habiendo hecho los romanos un número considerable de prisioneros, resolvieron esponerlos en el anfiteatro como gladiadores para diversion del pueblo. La mañana del dia consagrado á este espectáculo se encontraron sin vida en su prision todos los sajones, habiendo preferido una muerte voluntaria á la vergüenza de servir de objeto de diversion á los crueles vencedores.

La castidad de este pueblo era igualmente notable. Sus habitantes tenian todo su orgullo en el número de hijos, y su mayor mérito en la destreza para la guerra. Adoptaron la manera de combatir y la disciplina de los romanos, á quienes muchas veces habian hostigado y derrotado. Siglo y medio antes de esta época hicieron frecuentes incursiones á las costas de Bretaña, y se retiraron de ellas cargados de los despojos que habian sido resultado del pillaje y de las exacciones. En aquel tiempo eran enemigos peligrosos para los romanos que allí estaban establecidos, y uno de los oficiales de estos últimos, con el título de Conde de la Costa sajona, estaba encargado de oponerse á sus incursiones.

Los sajones, pueblo inquieto y atrevido, miraba la guerra como un comercio, la victoria como una ventaja dudosa; pero el valor como una gloria cierta é indispensable. A toda nacion belicosa se la reputa cruel y sangrienta, y como tales se nos ha representado á los sajones; pero es preciso advertir que fuéron sus enemigos los que trazaron tal retrato.

A este pueblo pidió Vortigern socorros contra los pictos y los escoceses, cuyas vejaciones se renovaron todos los dias.—A. de J. C. 449.—Pero los sajones no se decidieron á coadyuvar á su causa sino después de las mas apremiantes invitaciones. Witickind, historiador contemporáneo y digno de fé, nos ha trasmitido el tenor de su súplica. «Los desgraciados bretones, arruinados y casi destruidos por las contínuas invasiones de los bárbaros, invocan vuestro auxilio, valientes sajones, y os suplican humildemente que los protejais. Poseedores de un vasto y fértil país, se refugian al amparo de vuestro valor, y en recompensa estan prontos á prestaros todos los servicios que de ellos gusteis exigir.»

Ninguna cosa mas agradable podia haber para los sajones que esta demanda de un pueblo contra el cual abrigaban desde tiempos muy remotos los designios mas crueles. El resultado fué cual se podia desear: mil quinientos sajones á las órdenes de los hermanos Hengist y Horsa desembarcaron en la isla de Thanet (1). Pocos dias permanecieron en la inaccion, pues unidos á los bretones, marcharon contra los pictos y los escoceses, que se habian adelantado hasta el condado de Lincoln, y alcanzaron sobre ellos una victoria completa.

Hengist y Horsa, igualmente famosos por su valor que por su nacimiento, gozaban de grande reputacion entre sus compatriotas; eran mirados como nietos de Odin, á quien adoraban como Dios de este pueblo, y esta fábula no contribuyó poco á aumentar su influencia. La fertilidad del país en que habian entrado como aliados, les recordó la pobreza y la esterilidad del que les habia visto nacer, con cuyo motivo comprometieron á un gran número de conciudadanos á tomar parte en aquella espedicion. No fué difícil persuadirlos á que entrasen en una empresa en que podian prometerse á la vez satisfacer su valor y su ambicion, y enviaron cinco mil hombres de refuerzo, que atravesaron el mar en diez y siete bajeles.—A. de J. C. 451.

Entonces, aunque ya muy tarde, comenzaron los

(1) Su rey ó jefe no era mas que el primer ciudadano, y hasta en sus leyes habian fijado precio á su cabeza. Se sabe que en todos los pueblos bárbaros se redimia el asesinato por cierta cuota.

(1) Esta isla ya no existe. Estaba situada en el condado de Kent. El canal que la separaba del continente está cegado.

bretones á concebir temores de sus nuevos amigos, cuyo número se aumentaba á medida que los socorros eran menos necesarios. Mucho tiempo hacia que cifraban su seguridad en una sumision pasiva; por lo cual se decidieron á sufrir con paciencia y resignacion los ataques que se dirigieron contra sus derechos. Pero los sajones, determinados á romper abiertamente, marchaban sin detenerse á su fin. Se quejaron de la negligencia con que atendian al pago de los impuestos y al abasto de las provisiones; les amenazaron con hacerse justicia si no se apresuraban á reparar tales agravios. Entre tanto formaron secretamente un tratado con los pictos, y se unieron á los que acababan de combatir. Los bretones, indignados con esta perfidia, tomaron por fin las armas, y deponiendo á Vortigern, causa de estas nuevas calamidades, se reunieron á las órdenes de su hijo Vortimer.

Los bretones eran cristianos, los sajones idólatras; y el ódio que estos dos pueblos concibieron el uno contra el otro, se aumentaba con la diferencia de religiones. En las batallas que se dieron, el furor ocupaba el lugar de la disciplina, el valor rayaba en la mas loca temeridad, y para obtener la victoria se recurria antes á ella que á la prudencia y habilidad de las maniobras. Las relaciones que de esto hacen los analistas bretones y los historiadores sajones discrepan enteramente: los progresos hechos en la isla por estos estranjeros, prueban lo bastante que la ventaja estaba de su parte. Sin embargo, debe suponerse que los compraron á precio muy subido. Combatíale en Eglesfort con encarnizamiento, y el general sajon Horsa perdió allí la vida. Pero una victoria suponia muy poco contra un enemigo que renovaba sus fuerzas cada dia. Hengist, después de la muerte de su hermano, quedó de primer jefe, y luego que recibieron las de su patria numerosos refuerzos, llevó el terror y la devastacion á lo mas recóndito de la Bretaña. No perdonó ni al sexo, ni á la edad, ni al rango: el horror y la desesperacion le precedian por donde quiera que iba. Las sagradas funciones de los sacerdotes no hacian ya inviolables sus personas; eran degollados al pié de los altares; no se encontraban por todas partes sino montones de cadáveres, y la única gracia que podia obtener un pueblo tan desgraciado era la esclavitud mas vergonzosa. Parecia imposible la huida; pero con todo, gran número de personas consiguieron abandonar esta desgraciada isla. Los fugitivos buscaron un asilo en Armorique, que después se llamó tambien Bretaña (1); estableciéronse en este país, que los recibió con hospitalidad, donde encontraron costumbres semejantes á las suyas, y un lenguaje que tenia alguna identidad con su idioma natal.

Los historiadores bretones en la relacion que hacen de la conquista de su patria, señalan por causa de ella la traicion mas bien que el valor de sus sajones. Dicen que Vortigern, arrastrado por una fatal pasion hácia Rowena, hija de Hengist, cedió al padre de la jóven princesa, por casarse con ella, la fértil provincia de Kent, de la que los sajones jamás pudieron ser espulsados. Dicen tambien que á la muerte de Vortimer, que aconteció poco después de la victoria obtenida en Eglesfort, fué restablecido en el trono su padre Vortigern. Añaden que este débil monarca aceptó de Hengist un festin, en que fuéron asesinados cobardemente trescientos nobles bretones, quedando prisionero el mismo Vortigern.

De cualquier modo que sea, lo que no tiene duda es que la causa de los bretones declinó gradualmente, y que apenas encontraron un apoyo pasajero en el valor de uno ó dos de sus nuevos reyes. Después de la muerte de Vortimer, Ambrosio, natural de Bretaña, aunque de orígen romano, fué investido del poder supremo, y sus esfuerzos reanimaron el ódio de sus súbditos contra los opresores, y despertaron alguna energía en su alma. Hábil en aprovecharse del entusiasmo que habia inspirado, cayó sobre los sajones, penetró hasta las posesiones que habia usurpado, y recobró una parte de ellas. Hengist sin embargo conservó casi todas sus conquistas, y estableció una nueva tribu de sajones al mando de su hermano Hocta en el Northumberland. Reservó para sí el reino de Kent, que comprendia tambien el Middlesex y el Essex, y eligió para capital á Cantorbery. Después de su muerte sus dominios recayeron en sus descendientes.

Hengist murió hácia el año 488, y muchas otras tribus de la Germania, escitadas por el buen éxito de sus compatriotas, determinaron crearse una nueva patria y oprimir á su vez á un pueblo ya demasiado infeliz.

Hacia algunos años—A. de J. C. 477—que bajo el mando de Oella y de sus tres hijos, un cuerpo numeroso de sajones habia fundado un nuevo reino. Comprendia el condado de Surrey, el de Sussex, la New-Forest, y se estendia hasta las fronteras de Kent. Era conocido con el nombre de Sajonia meridional. Los esfuerzos de los bretones y la oposicion que hicieron, no dieron otro resultado que la efusion de sangre, sin poder recobrar sus propiedades conquistadas.

Otra tribu á las órdenes de Cerdic y de su hijo Kenric desembarcó en el Oeste y tomó el nombre de Sajones occidentales. Los naturales defendieron el terreno con un valor digno de mejor éxito; pero los sajones, reforzados por la Germania y secundados por sus compatriotas establecidos en la isla, vencieron completamente á los bretones. Su rey Arturo (1) impidió largo tiempo á los usurpadores gozar pacíficamente de sus conquistas; pero el número prevaleció al fin, y Cerdic formó el tercer reino sajon en la isla con el nombre de Sajonia occidental, comprendiendo los condados de Hants, de Dorset, de Wilts, de Berks y la isla de Wight (2)—A. de J. C. 519.

Oponiéndose á esta invasion de los sajones fué como el rey Arturo adquirió su brillante renombre. Aunque su valentía y esfuerzos no fuéron coronados por la victoria, su nombre se halla rodeado de tan esplendente gloria en todos los anales fabulosos de aquel tiempo, que es preciso hacer mencion de él. El orígen de este príncipe es desconocido; algunos autores le suponen hijo del rey Ambrosio; otros le consideran solamente sobrino; otros en fin afirman que habia nacido en la Cornouaille, y que era hijo de Gurlois, rey de esta provincia. De todos modos es cierto que si el valor hubiera bastado para salvar á los bretones, Arturo habria llevado á cabo esta empresa. Segun Nenio y otros historiadores, venció á los sajones en doce batallas sucesivas. Cuéntase que mató por su mano en Caerbaden, condado de Berks, cuatrocientos cuarenta soldados enemigos. Pero los sajones eran demasiado numerosos y valientes para que esfuerzos pasajeros pudieran detenerlos en sus conquistas: una paz poco durable era el resultado de estas victorias. El enemigo conservaba sus posesiones y adquiria otras nuevas. Este príncipe en su decrepitud tuvo el dolor de verse condenado á ser tranquilo espectador de la usurpacion, obligado como estaba á ocuparse de sus pesares domésticos. Su primera muger habia sido robada por Meluas, rey del condado de Somerset, que la retuvo cautiva en Glastombury durante un año. Habiendo en fin Arturo descubierto el lugar de su prision, avanzó á la cabeza de un ejército, y el raptor, por la mediacion de Gildas-albanio, entregó á la prisionera. No hay noticia de su segunda muger: la tercera fué seducida por su sobrino Mordred. Esta traicion ocasionó una pelea: el rey y su infame sobrino se batieron y se mataron mútuamente.

El imperio de los sajones se afirmaba cada dia en

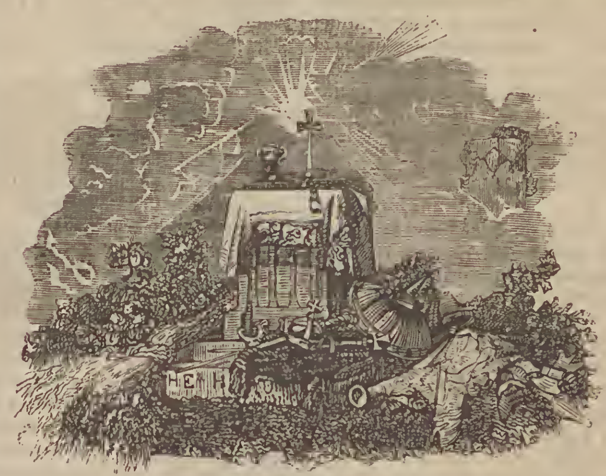
(1) Antigua provincia de Francia. Para distinguir las dos Bretañas, se dió á la de Inglaterra el nombre de *Gran Bretaña.*

(1) Arturo era príncipe de los Silures.
(2) La isla de Wight era en otro tiempo un pequeño reino.

las provincias que habian subyugado, y la isla parecia ser una presa de que todos podian llevar su parte. Una colonia de aventureros salió todavía de la Germania á las órdenes de Uffa; se apoderó de los condados de Cambridge, de Suffolk y de Norfolk; y su comandante, con el título de rey de los estangles ó ingleses del Este, fundó en Bretaña el cuarto reino Sajon.—A. de J. C. 573.

Otro cuerpo de estos aventureros formó un reino con el nombre de Sajonia oriental ó Essex, comprendiendo el Essex y el Middlesex y una parte del condado de Hortford, perteneciente al reino de Kent, en que se fundó el quinto principado sajon.

El de Merci fué el sesto que los sajones establecieron—año de J. C. 585,—y se estendia desde las orillas de la Severn hasta las fronteras de los dos últimos reinos que se acaban de nombrar.



Atributos de Heptarchia.

El sétimo y último reino fué el de Northumberland, que era el mas poderoso y el mas estenso. Hethelfrid reunió en su persona las soberanías de Bernicie, comprendiendo el condado actual de Northumberland, el obispado de Duram y el de Deiri, del cual espulsó á su cuñado Edwin. Los condados de Lancaster y de York eran dominios dependientes de este reino.

Formados así los principados, tomaron el nombre de Heptarchia sajona. Los bretones, agobiados por contínuas guerras y hasta por sus victorias, abandonaron las fértiles comarcas, refugiándose en las montañas del país de Gales y de Cornuaille. Los naturales que no huyeron y que habian podido escapar de la carnicería, estaban reducidos á la condicion mas abyecta, y cultivaban para sus amos los campos que habian pertenecido á sus padres. Todas las obras de los romanos fuéron destruidas: los nuevos conquistadores no querian mas que gozar de las comodidades de la vida, sin imprimir ningun carácter de grandeza á los estados que habian sometido.

Se abolieron desde luego las costumbres romanas y bretonas; su lengua, que hasta entonces habia sido la latina ó la céltica, sufrió una completa alteracion, y no se habló mas que el sajon ó el inglés. Las tierras, divididas antes en colonias ó gobiernos, fuéron distribuidas en condados, á los que se dieron nombres sajones. Sin embargo, los conquistadores tomaron las leyes del pueblo que oprimian: establecieron la forma despótica de su gobierno, sin conservar sus ventajas. Muchas costumbres originarias de la Germania, practicadas desde largo tiempo en la isla, no sufrieron mas que los cambios debidos á los progresos de la civilizacion; contándose en este número las armas, los títulos de nobleza, y el jurado para el castigo de diversos delitos.

Dueños entonces los sajones de lo que habia sido objeto de su ambicion, y no encontrando obstáculos entre los naturales, comenzaron á desunirse. Un país dividido así en muchas soberanías pequeñas, no puede menos de estar espuesto á frecuentes disensiones: la rivalidad y la ambicion son unos aguijones poderosos para las turbulencias y querellas intestinas. Las páginas de las historias estan llenas de guerras y de revoluciones de estos estados; pero se hace una relacion tan árida, tan poco interesante, tan llena de aventuras inverosímiles, que trasladándolas aquí no se satisfarian ni el criterio, ni la curiosidad del lector. Así, en lugar de entrar en el detalle difuso de batallas tumultuosas, de vergonzosas traiciones y de sucesiones dudosas, vamos á hablar del establecimiento del cristianismo entre los sajones, lo cual tuvo lugar durante este período desnudo de interés.

La religion cristiana esperimentó desde luego en Bretaña las mas grandes persecuciones de parte de aquellos guerreros idólatras y crueles, que creian honrar á sus falsos dioses quemando las iglesias, manchando los altares con la sangre de los sacerdotes, y degollando á todos los que la profesaban. El deplorable estado de la religion llamó vivamente la atencion del papa Gregorio el Grande, y resolvió enviar misioneros á Bretaña. Este proyecto no era mas que el resultado del propósito que habia formado muchos años antes de su elevacion á la dignidad que ocupaba: pasando un dia por la plaza en que se vendian en Roma los esclavos, vió muchos niños cuya hermosura le admiró: preguntó de qué país eran, y habiéndole dicho que ingleses y paganos, esclamó: *¡Si fuesen cristianos, no serian ingleses, sino ángeles!* (1) Desde este momento abrigó un vivo deseo de convertir y de ilustrar aquella nacion, sumida en las tinieblas de la ignorancia y de la superstición, y se decidió á marchar á la Bretaña. El pueblo que le amaba, habiendo tenido conocimiento de su proyecto, no quiso dejarle partir. San Gregorio, sin embargo, no dejó de tomar interés por los que él mismo hubiera querido salvar. Cuando fué elegido papa



Sacerdote sajon.

mandó á un monje llamado Agustin (2) y á muchos otros hermanos de la misma órden que fuesen á predicar la fé en Bretaña. No sin repugnancia é indecision se resolvieron estos buenos padres á llenar su peligroso cometido. Sin embargo, algunas circunstancias favorecian su empresa.

Ethelberto, rey de Kent, se habia desposado con Bertha, hija única de Chariberto, rey de París, y uno

(1) *Non angli sed angeli forent si essent christiani.*
(2) Este es San Agustin, que fué obispo de Cantorbery, y era prior del monasterio de San Andrés de Roma.

de los descendientes de Clodoveo; pero antes de formar esta alianza se habia comprometido á dejar á esta princesa practicar libremente su religion. La jóven reina cristiana fué acompañada á Cantorbery, adonde era llamada á reinar por Luidhardo, prelado galo. Este celebró los santos misterios en una iglesia dedicada á San Martin, hecha por los romanos cerca de los muros de Cantorbery. La conducta ejemplar, los sermones elocuentes de este obispo, el celo y las plegarias de la reina produjeron la mas viva impresion en el espíritu del monarca y de sus súbditos, disponiéndolos en favor del cristianismo. La adopcion general de esta religion santa en todo el continente preparaba tambien quizá á los idólatras á mirarla sin prevencion; y las tentativas de Agustin y de sus hermanos se hacian menos peligrosas que lo que habian creido al principio.

Luego que desembarcó en la isla de Thanet este piadoso monje, mandó al rey de Kent un intérprete anunciándole que era enviado de Roma con la mision de enterarle á él y á su pueblo de la palabra de Dios. Aguardando la contestacion permanecieron al raso Agustin y sus compañeros, sin atreverse á entrar en ninguna casa, porque segun la creencia que tenian no podian, sin pecar gravemente, habitar la morada de ningun sajon, pues todos estaban, segun se decia, entregados á la nigromancia. El rey mandó que se proporcionase prontamente á los misioneros cristianos todo lo que necesitasen, y él mismo fué á visitarlos, sin declararse empero en su favor.

Agustin, animado con este recibimiento favorable, y creyendo ver en él esperanzas de buen éxito, predicó el evangelio, procurando en el esceso de su celo llamar los milagros en apoyo de sus exhortaciones. Sus cuidados, la vehemencia de sus discursos, la austeridad de su vida, los ejemplos de los que le acompañaban, produjeron por fin el resultado apetecido. El rey abrazó la religion cristiana, y un gran número de sus súbditos pidieron voluntariamente el bautismo. Los templos paganos se purificaron y convirtieron al momento en cristianos, y se repararon las iglesias degradadas. Para facilitar mas la propagacion de la fé, el papa ordenó al misionero Agustin que desterrase los ídolos, pero que no destruyese sus altares, pensando con razon que seria menos difícil atraer al pueblo á aquellos mismos lugares que acostumbraba á reverenciar, que llevarle ante nuevos altares. Tambien permitió que se le dejase celebrar las fiestas, las comidas y los juegos, segun tenia de costumbre, junto á los lugares en que eran adorados sus ídolos. Esta sagaz condescendencia sedujo al pueblo, obligándole á abandonar prontamente sus antiguas creencias para seguir una religion que se le presentaba sin venganzas ni terror, y que lejos de condenar toleraba los placeres que mas apreciaba, placeres que solo eran inmorales cuando se abusaba de ellos. Agustin fué consagrado obispo de Cantorbery, y ejerciendo la supremacía en todas las iglesias británicas, al paso que sus compañeros se habian dispersado por el país, terminó una conversion que habia principiado tan felizmente (1).

El segundo reino de la Heptarchia que abrazó el cristianismo fué el Northumberland. Edwin, rey entonces de este país, era sabio, activo y valiente, y se habia casado con Ethelburge, hija de Ethelberto. Esta jóven princesa, aspirando á la gloria de su madre, que convirtió á su marido y á sus súbditos, miró como el mas precioso de sus derechos el de ejercer libremente su religion. El obispo Paulino la habia acompañado al Northumberland. Edwin, en virtud de las gestiones de la reina para que renunciase al culto de los falsos dioses y que abrazase el cristianismo, sin embargo de que no trataba de hacerlo sino por conviccion, tuvo frecuentes conferencias con el obispo. Discutió sus argumentos, los meditó en la soledad, y después de maduras y serias reflexiones, declaró que era cristiano. Una conversion bien asombrosa ocurrió poco después: el jefe supremo de la superstición pagana fué convertido por Paulino; aquel proclamó en voz alta su conversion, y el pueblo entero siguió el ejemplo del rey y del gran sacerdote.

Earpwoldo, rey de los Estangles, abrazó igualmente el cristianismo; pero posteriormente á la muerte de Edwin se hizo de nuevo idólatra á instancias de su muger: después de su fallecimiento, Sigeberto su cuñado, que habia sido educado en Francia, restableció la religion cristiana é introdujo entre sus súbditos algunas nociones de las ciencias.

La hija de Oswig, rey de Northumberland, que profesaba la religion cristiana, empleó tambien todo su crédito para convertir á su esposo y á su pueblo. Feliz resultado tuvieron sus esfuerzos, pues que abrazó el cristianismo aquel reino, el mas poderoso de la Heptarchia. Sin embargo, los preceptos de esta religion alcanzaron por entonces poca influencia sobre las costumbres de aquella nacion salvaje. Offa, uno de los sucesores de Perda, mató á traicion á Etelberto, rey de los estangles, en un festin á que le habia convidado. Pero para espiar este crímen hizo grandes concesiones al clero, donó á las iglesias el diezmo de sus rentas, y emprendió una peregrinacion á Roma, á fin de obtener del papa la absolucion que le facilitaron sus riquezas; se obligó tambien á pagar cierta cantidad anual á una congregacion inglesa establecida en Roma, y con la idea de aumentar esta suma impuso á todo el reino una nueva contribucion, conocida con el nombre de tributo de San Pedro, gravámen que en lo sucesivo fué gran manantial de abusos eclesiásticos.

En el reinado de Essex, el jóven Seberto, sobrino de Etelverto, rey de Kent, cuya conversion hemos citado, se determinó, siguiendo los consejos y el ejemplo de su tio, á abrazar el cristianismo y hacerlo adoptar á sus súbditos; pero después de su muerte sus hijos reincidieron en la idolatría, y desterraron de sus estados á Melito, obispo cristiano, porque se opuso á que comiesen el pan de la comunion. Sigeberto el Bueno dos ó tres reinados mas tarde destruyó todavía muchos restos del paganismo, y Offa, cuarto de este nombre, después de una peregrinacion á Roma, renunció al mundo, encerrándose en un claustro, en que pasó el resto de sus dias.

Son desconocidos los medios por los cuales se introdujo la religion cristiana en el reinado de Sussex; pero como era la mas débil de todas las soberanías, es probable que hubiese sido dirigida en sus opiniones por sus vecinos mas poderosos. En el reinado de Cissa, que duró sesenta y seis años, el Essex recayó en poder del reino de Wessex (1), y su conversion debió verificarse en esta época.

El reino de Wessex, que al fin absorbió todos los otros, merece particular atencion: este principado, fundado por Cerdic, como hemos visto (2), era el mas belicoso y mas activo de todos los estados sajones establecidos en Bretaña. El ánimo tenaz con que los naturales habian intentado rechazar á los conquistadores, escitando á aquellos á desplegar todo su valor, hizo desarrollar en ellos los talentos militares, que llegaron al mas alto grado, y que no disminuyeron cuando estuvieron en posesion de sus conquistas.

Kenric, hijo de Cerdic, subió al trono después de él, y tuvo por sucesor á Ceaulin, príncipe mas ambicioso

(1) Los sajones, aun después de haber abrazado el cristianismo, conservaron sus vicios y alguna vez recordaron su antigua ferocidad. Se asegura, por ejemplo, que estos nuevos convertidos degollaron en un campo, cerca de Caerlon, mil doscientos bretones que no querian reconocer á Agustin por santo. El cristianismo mal entendido ha sido muchas veces mas funesto á la sociedad que el paganismo. No hay ninguna historia de los pueblos paganos en que no se vean inmoladas á la fé gran número de víctimas humanas. (*Lettres sur l'histoire d'Angleterre.*)

(1) O Wetssey, al oeste de Inglaterra.
(2) Bajo el nombre de Sajonia Occidental.

y emprendedor todavía que los que le habian precedido. Suscitando guerras contínuas á los bretones, reunió á sus dominios una gran parte de los condados de Deron y de Sommerset. No satisfecho con sus conquistas sobre los enemigos naturales, atacó á los mismos sajones, y habiéndose hecho temible á los demás soberanos, formaron estos contra él una liga general, y sucumbiendo á los esfuerzos reunidos de todos, fué despojado del trono, y acabó sus dias en el destierro lleno de miseria.

Sus dos hijos le sucedieron, y despues de otros dos reinados poco notables, Kynegile heredó la corona. Este príncipe abrazó el cristianismo á instancias de su yerno Oswaldo, rey de Northumberland. Despues de una sucesion de reyes, cuyos nombres no se han conservado siquiera, Ceadwalla, guerrero emprendedor, subió al trono, y sometió enteramente el reino de Sussex, que agregó á sus demás posesiones. Algunas otras tentativas que hizo mas tarde sobre el Kent, fuéron rechazadas con tanto vigor, que abandonó toda hostilidad contra este territorio.

Ina, su sucesor, fué el mas ilustre y célebre de todos los reyes que gobernaron la Inglaterra durante la Heptarchia. Este monarca reunia á los talentos militares de Ceadwala, la prudencia, la urbanidad y la justicia; así es que la civilizacion hizo progresos bajo su reinado. Llevó la guerra á los bretones, que todavía estaban por espulsar del condado de Sommerset, y despues de haberles vencido totalmente, los trató con una humanidad, que hasta entonces habia sido desconocida por los conquistadores sajones.



Guerreros sajones.

Apenas hacia un año que Ina ocupaba el trono de Wessex, cuando fué declarado soberano de los anglo-sajones; prueba evidente de la confianza que habian inspirado sus cualidades. Las leyes que dió sirvieron de base al código publicado despues por Alfredo el Grande. Convocó una asamblea general del clero, en la que se decidió que las iglesias y los monasterios que habian sufrido las injurias del tiempo ó las vejaciones de los bárbaros, fuesen reedificados ó reparados. En fin, despues de un reinado de treinta y ocho años, de vuelta de la peregrinacion que habia hecho á Roma, se encerró en un claustro, donde terminó sus dias. Ethelardo Cudred, Sigeberto, Cenulplo y Brithric, le sucedieron en virtud de sus derechos hereditarios á la corona, en línea mas ó menos recta.

Bajo el reinado de este monarca fué cuando Egberto, biznieto de un sobrino del rey Ina, comenzó á darse á conocer y á hacerse querer de los sajones occidentales. Su mérito y su nacimiento le daban derechos á la benevolencia del pueblo; pero temiendo que la gran popularidad que habia adquirido inspirase celos á Brithric, marchó secretamente á Francia, y llegó á la corte de Carlo Magno, que en aquella época era la mas brillante y civilizada de Europa. En esta escuela el jóven Egberto hizo rápidos progresos en las artes, y se perfeccionó tanto en la profesion de las armas, que superó á sus mas hábiles compatriotas.

Los sucesos favorables ofrecieron bien pronto á este príncipe la ocasion de desplegar sus cualidades naturales y sus conocimientos. Habiendo sido envenenado Brithric por su muger Eadburge, los nobles le llamaron de Francia para colocarle en el trono de sus mayores.—A. de J. C. 800.

Todo sonreia entonces á Egberto, y un concurso de acontecimientos lisonjeros parecia haberle preparado la esclusiva posesion de todos los reinos de la isla. En toda la Heptarchia era mal observada la regla de sucesion al trono, y no se podian rehusar las pretensiones de los que se creian con derecho; los colaterales podian aspirar lo mismo que los herederos en línea directa. Resultaba de aquí que el monarca reinante no veia mas que rivales en los príncipes de la sangre, y que solo su muerte podia asegurarle el reino. Este motivo, y mas aun la piedad, que inclinaba á un gran número de príncipes á renunciar al mundo, ó á observar el voto de castidad hasta en el estado de matrimonio, habian acabado con las familias reales, escepto en el reino de Wessex. Egberto era entonces el último descendiente de los conquistadores de la rama de Odin, y este príncipe, además de su mérito personal, tenia los derechos mas legítimos á los siete reinos unidos.

Es indudable que Egberto habia formado mucho tiempo hacia el proyecto de someter la Heptarchia á su persona; pero para alejar toda sospecha de semejante designio, atacó á los bretones en la Cornuaille, y se interpuso como mediador entre los príncipes sajones, cuyas diferencias se hacian cada dia mas difíciles de conciliar. Su moderacion en esta empresa, la prudencia que mostró en su gobierno, y sus acreditados talentos, tanto en la paz como en la guerra, aumentaron de tal modo su renombre, que fué bien pronto unánimemente mirado como jefe de la Heptarchia.

Pero una superioridad aparente no podia bastar á la ambicion de Egberto. Queria formar un reino grande y floreciente, y un solo gobierno vigoroso, destruyendo todos los pequeños estados. El rey de Merci fué el primero que le dió pretesto para volver á tomar una parte de las posesiones que habian estado en otro tiempo anejas á sus dominios. Beornulf, soberano de este país, y que como Egberto aspiraba á reinar sobre la Heptarchia, aprovechándose de la ausencia del rey de Wessex, ocupado entonces en reprimir á los bretones, entró en sus estados con un ejército considerable. Egberto corrió al momento para oponerse á la marcha de su adversario; sus tropas eran menos numerosas que las de

Beornulf, pero tenian mas arrojo y ardor. Los dos ejércitos se encontraron en Wilton, y los de Merci fuéron completamente deshechos.

Mientras que el vencedor Egberto proseguia sus conquistas, envió á Ethelwolf, su primogénito, con un ejército al reino de Kent. Baldred reinaba entonces allí, pero sus súbditos soportaban con impaciencia su yugo. Así que fué fácil decidirlos á recibir otro señor y echar á Baldred. Bien pronto acudieron á Egberto los sajones orientales, y una parte de Surrey, descontentos de haber sido subyugados por los de Merci, enviándole embajadores para pedirle su proteccion y su socorro contra esta nacion, cuya tiranía no querian soportar por mas tiempo. El rey de Merci fué muerto tratando de oponerse á su defeccion.

Dos años después, Ludecan, su sucesor, sufrió la misma suerte. Withlaf se puso entonces á su cabeza; pero arrojado de provincia en provincia por las armas victoriosas de Egberto, se refugió en la abadía de Croiland. Este se hizo así señor de todo el reino de Merci. Sin embargo, para acostumbrar al pueblo á su dominacion, permitió á Withlaf continuar gobernando, con la condicion de reconocerse vasallo y tributario suyo, satisfaciendo así su ambicion personal, y contemplando al pueblo con conservarle las formas de su antiguo gobierno.

El rey de Northumberland fué el último en someterse á la autoridad de Egberto. Pero guerras civiles y usurpaciones sucesivas habian debilitado su estado; los derechos de sus soberanos eran disputados, y este reino se encontró bien pronto en la imposibilidad de resistir á las pretensiones de Egberto. Viendo los habitantes en este cambio alguna esperanza de un estado de cosas mas ventajoso y la garantía de un gobierno estable, enviaron diputados al conquistador para reconocer su autoridad y prestarle el juramento de fidelidad como á soberano suyo. Toda la Heptarchia se encontró así reunida bajo su dominacion. Pero para dar mas brillo y mas esplendor á su poder, congregó en Winchester un consejo, compuesto de todo el clero y de gran número de legos, en el cual fué reconocido y coronado solemnemente rey de Inglaterra; desde este momento los reinos unidos llevaron este nombre (1).

Cerca de cuatrocientos años después de la primera irrupcion de los sajones en Bretaña fué cuando todos estos pequeños estados se encontraron por fin reunidos en una sola monarquía, forma de gobierno que parecia ofrecerles mas ventajas, paz y seguridad que todos los que le habian precedido. Hácia esta época poco mas ó menos fué cuando las artes y las ciencias, cuyos bienes no habian sido realmente conocidos hasta entonces mas que de los griegos y de los romanos, se esparcieron en toda la Europa y empezaron á sacar á los pueblos de su estado de barbarie. Los ingleses de este tiempo deben ser considerados como civilizados, si se les compara á los bretones cuando la invasion de César; habíanse hecho inmensos progresos en la construccion y utilidad de las casas, en el alimento, en el lujo de los vestidos y en ciertas comodidades de la vida. ¡Pero cuán lejos se hallaba todavía este pueblo de conocer los placeres intelectuales! Solo el clero tenia instruccion, y sin embargo no era de él de quien debia esperarse la propagacion de las luces; sus dogmas ordenaban ocultar á los ojos del pueblo todo lo que podia aclarar su razon. Un eclipse era todavía mirado como el presagio de los mayores males; la mágia no solo era reputada como honorífica, sino que muchos del clero se creian magos. Los sacerdotes, lejos de destruir estas opiniones, se servian de ellas para acrecer su poder y su autoridad.

(1) Dase aun á este país el nombre de Inglaterra, para distinguirle del de Gales, en el cual se habia refugiado un gran número de bretones no sometidos, y de la parte septentrional habitada por los pictos y los escoceses. *(Lettres sur l'histoire d'Angleterre.)*

El respeto que entonces habia hácia los eclesiásticos era tal, que cuando alguno de ellos se presentaba en público, el pueblo se reunia alrededor suyo con todas las señales de la mas profunda veneracion, recibiendo cada una de sus palabras como las de un oráculo. Las prácticas claustrales eran miradas como mucho mas meritorias que las virtudes activas; creian que la adoracion de los santos y de las reliquias importaba mas que el amor de Dios; las donaciones á las iglesias expiaban y reparaban las violencias y los crímenes. La nobleza, cuyo deber hasta entonces habia sido conservar el honor y esfuerzo militar en toda su integridad, comenzaba á preferir la ociosidad y la tranquilidad del claustro al tumulto y á la gloria de los combates; y las recompensas hechas para animar y honrar el mérito de los guerreros, eran prodigadas á la crédula indolencia y á la supersticion monacal.

CAPITULO IV.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE EGBERTO HASTA GUILLERMO EL CONQUISTADOR.

(Años de J. C. 827 á 1066.)

Debia esperarse que un príncipe sábio, dichoso y tranquilo soberano de un grande estado y de un pueblo numeroso, no solamente haria disfrutar las ventajas de una paz durable, sino que pensaria tambien en preparar la felicidad de las generaciones futuras. Pero las circunstancias dieron á su reinado un aspecto enteramente diferente del que sin duda habia esperado. A pesar de que los habitantes de las provincias, fatigados de sus mútuas disensiones, habian perdido todo deseo de revueltas y conservaban para el último descendiente de sus reyes la sumision y adhesion que le merecian su nacimiento y los servicios hechos á su patria, tal es la instabilidad de las cosas humanas y la falencia de las conjeturas que parecen mejor fundadas, que Egberto, apenas subió al trono de la Heptarchia, tuvo que luchar con un poderoso adversario, y sus súbditos se alarmaron á la aproximacion de un enemigo, hasta entonces desconocido, que amenazaba á la isla con nuevas invasiones.

Un enjambre numeroso de aquellas naciones que ocupaban el país á que sirve de frontera el mar Báltico, y que eran conocidas con los nombres de Danesa y Normanda, se habian esparcido hacia algun tiempo por las costas occidentales de Europa, precediéndoles



Guerrero danés.

por todas partes, la muerte y la devastacion; estos pueblos, que eran los ascendientes de aquellas mismas naciones que venian á ocupar, podian ser considerados como la rama originaria de numerosas colonias sajonas que invadieron la Bretaña algunos siglos antes. Los normandos se apoderaron de las costas septentrionales de la Francia; en cuanto á los daneses, sus tentativas se dirigieron mas particularmente contra la Inglaterra; el primer desembarco que hicieron en la isla tuvo lugar en 787, época en que Brithric reinaba en el Wessex. Una tropa poco numerosa desembarcó en este reino y examinó el estado del país, retirándose á sus buques después de haber pillado todo lo que encontró sin defensa. Siete años mas tarde los daneses hicieron una segunda irrupcion en el Northumberland, en el cual saquearon un monasterio; pero habiéndoles impedido una tempestad volver á sus buques, fuéron batidos y degollados por sus habitantes.

Como cinco años después de la elevacion de Egberto al trono de Inglaterra, fué cuando sus invasiones se hicieron verdaderamente formidables. Desde entonces continuaron con una crueldad siempre creciente, y pronto se vió amenazado de nuevo el reino de todos los males de la esclavitud.

Después que los sajones se establecieron en Bretaña descuidaron enteramente su importancia marítima, y habiéndoles sucedido los daneses en la dominacion de los mares, no encontraron obstáculo alguno á su desembarco en la isla de Sheppey ó Sheppi, dependencia de la provincia de Kent, la cual saquearon, marchándose cargados de botin. Al año siguiente tuvo lugar su tentativa en Kharmouth, en el condado de Dorset, en donde desembarcó un ejército de quince mil hombres. Egberto los combatió con furor, pero no pudo rechazarlos; quedaron dueños del campo de batalla, y él se vió obligado á retirarse durante la noche. Dos años después desembarcaron en la Cornuaille; los bretones se unieron á ellos, y abandonaron hasta los confines de Devonshire. Egberto los deshizo totalmente en una batalla campal en Hengsdwn-Hill cerca de Kellington. Esta victoria restituyó un momento de seguridad; pero la muerte de Egberto vino á poner término á la prosperidad de su pueblo, y dió al enemigo mas audacia que nunca en sus tentativas de invasion.

Ethelwolf, hijo de Egberto, subió al trono; pero este príncipe no tenia ni la energía ni los talentos de su padre. Educado en un claustro, guardaba las reglas del órden mientras vivió su hermano mayor; pero á su muerte se hizo relevar de los votos, dejó la capilla y se casó.

Apenas se sentó en el trono, cuando presentándose los daneses con una flota de treinta y seis velas, desembarcaron en Southampton; y aunque fuéron rechazados entonces después de una sangrienta batalla, sin embargo, las pérdidas y los obstáculos parecia que aumentaban su ánimo y su tenacidad, porque insistian en su plan de desembarco, y realizándolo todos los años marcaban su paso con las huellas del pillaje, la matanza y la desolacion. Aunque rechazados continuamente, no dejaban por eso de conseguir su objeto, que era saquear los lugares por donde pasaban y cargarse de botin. Evitaban en lo posible los encuentros ordenados; se estendian por toda la comarca, y llevaban consigo todo lo que podian, hasta los mismos habitantes, que muchas veces se veian obligados á seguirlos. Cuando fuerzas superiores á las suyas se oponian á sus empresas, eran bastante prudentes para no arriesgar el combate, y se retiraban entonces á sus bajeles. De esta manera, con contínuos desembarcos en diferentes puntos, tenian en una alarma perpétua á todas las provincias de la Inglaterra, y cada ciudad, temerosa de su propia seguridad, no osaba socorrer á las otras. Los clérigos y los monjes no se hallaban escluidos de esta calamidad general, sino que por el contrario estaban espuestos particularmente al resentimiento de los idólatras daneses, que hacian de ellos el principal objeto de sus furores.

Este estado de duda y de terror duró algun tiempo. Los ingleses eran ya vencedores, ya vencidos, cuando de repente los daneses—A. de J. C. 852—que no habian decaido de ánimo, resolvieron formar un establecimiento en el país y desembarcaron en la isla de Thanet, en que se fijaron. Ethelwolf les presentó batalla, pero en vano; no pudo hacerles abandonar una conquista que habian disputado por tanto tiempo. Este buen resultado presto fué seguido de otros, y la isla de Sheppey, que convenia mas que la primera á su sistema de pillaje, fué para ellos una nueva conquista.

Ethelwolf, monarca débil de un país desdichado, se ocupaba mucho mas en las prácticas monacales que en el cuidado de reunir fuerzas suficientes para oponerse á la invasion de los daneses. Para manifestar mejor su devocion y respeto al papa envió á su hijo Alfredo á Roma, á fin de que recibiera allí la confirmacion; y no contento con esta prueba de fervor, marchó allá él mismo en peregrinacion. Después de haber pasado un año en esta ciudad, y enriquecido á la iglesia con sus liberalidades, volvió á Inglaterra para casarse con Judith, hija del emperador Carlos el Calvo. Mas al desembarcar se halló con que lejos de ser pacífico poseedor de su reino, como él se creia, hasta su mismo título se le disputaba.

Ethelvaldo, segundo hijo de Ethelwolf, y heredero de la corona por la muerte de su hermano mayor, viendo el estado lamentable en que habia caido el reino á causa de la escesiva devocion del rey, formó una conspiracion para destronarle; pero los ingleses estaban divididos en dos bandos, unos por los derechos del padre y otros por los que alegaba el hijo; parecia inevitable una guerra civil que debia completar las calamidades de esta época deplorable; sin embargo sucedió todo lo contrario. El reino se dividió en dos porciones. Ethelwolf se contentó con reinar en la parte oriental de la monarquía, gobernando su hijo la occidental, que era el país menos poderoso y el mas espuesto á las invasiones.

La buena concordia que se estableció entre los dos príncipes hizo que se reuniesen los estados del reino y ratificasen esta concesion, é impusieron en seguida el diezmo de todas las rentas en favor del clero.

Ethelwolf murió dos años después de este arreglo. En su testamento dejaba dividido el reino entre sus dos hijos; Ethelvaldo continuó gobernando la parte del reino que le habia sido señalada, y Ethelberto sucedió á su padre en el gobierno de las provincias orientales. —A. de J. C. 857.—Ethelberto, que se habia casado con Judith, su madrastra, á pesar de todos los obstáculos que se les ofrecian, tuvo un reinado corto y manchado de crímenes, que le hicieron odioso á la posteridad. El reinado de su hermano fué mas largo y mas honroso; pero su territorio continuó siendo invadido por los daneses, que cometieron en él los mayores escesos.

Ethelredo, que sucedió á Ethelberto su hermano—A. de J. C. 866—era un príncipe valiente; pero á pesar de su valor no pudo conseguir rechazar las incursiones de los enemigos. Sin embargo, fué poderosamente secundado en sus esfuerzos por Alfredo, su hermano menor, que después fué llamado el Grande, y que aunque privado por el rey su padre de una gran parte de su patrimonio, habia sacrificado su resentimiento al interés público. Bajo el reinado de Ethelredo penetraron los daneses en el Merci, tomando cuarteles de invierno en Nottingham, y no se consiguió su espulsion de allí sin vencer grandes dificultades: se establecieron luego en Reading, y devastaron el país con reiteradas escursiones. El rey, acompañado de su hermano, marchó contra ellos á la cabeza de los sajones occidentales; y después de muchas sangrientas batallas y de recíprocas ventajas, Ethelredo recibió

una herida mortal, dejando á Alfredo heredero de un reino próximo á su ruina.—A. de J. C. 871.

Hallábase la Inglaterra en la situacion mas triste cuando este príncipe subió al trono. Los daneses habian sometido ya el Northumberland, la Estanglia y penetraron en el interior de Wessex. Los de Merci se habian ligado con Alfredo; la sumision de las otras provincias era precaria, y las tierras quedaban sin cultivo por el temor contínuo de invasiones. Eran destruidas las iglesias, quemados los monasterios, y la esperanza misma se desvanecia ante el horror del presente y los terrores del porvenir. La sabiduría y la virtud de un hombre solo bastaron para restituir el órden y la seguridad. Apareció Alfredo, y con esto huyeron todas las calamidades y comenzó á entreverse la bonanza.

Este príncipe parecia haber nacido para ser no solamente un defensor de su trabajada patria, sino un grande hombre. Desde su infancia habia dado á conocer las grandes cualidades que después inmortalizaron su reinado. Cuando su padre le envió á Roma, el papa Leon le recibió como á ungido del Señor y le consagró rey. Alfredo, á su regreso, fué objeto de los mas tiernos afectos de sus padres, y esta ternura ocasionó el descuido en su educacion. A los doce años ignoraba todavía los mas sencillos elementos de las ciencias: leyendo un dia unos poemas sajones compuestos en honor de héroes de la antigüedad, se avergonzó de repente de su ignorancia, se desarrolló su ingenio, y no solamente quiso obtener una gloria semejante, sino trasmitirla á la posteridad. Alentado por la reina su madre y escitado por su talento penetrante, hizo tan grandes progresos, que bien presto se halló en estado de leer y de apreciar las mejores obras escritas en su lengua; en poco tiempo estudió los autores latinos; y formando su gusto estos conocimientos, contribuyeron al engrandecimiento de sus nobles y generosas ideas.

Apenas tomó posesion del trono, se vió precisado Alfredo á marchar contra los daneses, que se habian apoderado de Wilton, y que hacian sus habituales estragos en los países circunvecinos. Avanzó á encontrarlos con un ejército poco numeroso y reunido precipitadamente; se dió la batalla, pero el valor tuvo precision de ceder al número, y fuéron vencidos los ingleses; no podia abatir esta desgracia á Alfredo, que en pocos dias se halló de nuevo en estado de combatir. Los daneses, temiendo su valor y actividad, le propusieron la paz, que aceptó: por el convenio que firmaron se obligaban á evacuar el reino; pero en lugar de efectuar su retirada, no hicieron mas que mudar de lugar, quemando y destruyendo todo lo que encontraban á su paso.

Alfredo luchaba diariamente con un enemigo contra el cual era inútil la fuerza y que se burlaba impunemente de los tratados; conoció pues que en vano intentaria resistir á los esfuerzos de aquellos bárbaros, que parecia se multiplicaban para embestirle por todas partes. Todos los años arrojaba el mar nuevos refuerzos de tropas, y cada vez se estendian mas lejos y eran mas devastadoras sus invasiones. En vano echaba Alfredo á los daneses de las tierras en que se establecian; en vano conseguia sobre ellos ventajas que les obligaban á hacer tratados, porque los rompian tan pronto como hallaban ocasion, y volviendo á la carga con una perseverancia infatigable, enervaban el ánimo de los ingleses, que dados naturalmente á la superstticion, creian ver en la impunidad de los ultrajes de sus enemigos la prueba de que la buena causa se habia perdido, y de que Dios habia retirado su proteccion al rey. ¡Qué efectos tan funestos produjo esta idea! Unos, abandonando su patria, se retiraron á las montañas de Gales; otros buscaron un asilo en el continente; otros en fin, impelidos por una ciega demencia, se entregaron á los conquistadores, y rescataron la vida á trueque de su libertad. En medio de esta defeccion general, Alfredo hizo los mayores esfuerzos para hacerlos volver al honor y para que comprendiesen lo que debian á su patria y á su rey; pero todo era inútil; le fué preciso ceder á la imperiosa voz de la necesidad, y dejar libre curso á las desgracias que le oprimian.

Despojándose entonces este desgraciado monarca de las insignias de su grandeza, despidió á los sirvientes que le habian permanecido fieles, tomó un traje de paisano, y vivió durante algunos meses en la cabaña de un pastor que le empleó en guardar sus rebaños. Sin embargo, aunque abandonado de todos y recelando ser un enemigo cada hombre que se le acercaba, no pudo resolverse á dejar su ingrata patria, y conservaba la esperanza de reconquistar algun dia su trono y su gloria. El retiro que habia elegido estaba situado en el condado de Sommerset, en la confluencia de los rios Parret y Thone. Allí sufria con ánimo y resignacion su infortunio, buscando el olvido de sus males en el estudio de la música, y esperando del porvenir mejor suerte. Muchas veces tuvo que sufrir la grosería de sus huéspedes, y se cuenta que habiéndole encargado un dia la muger del pastor á cuyo servicio se habia puesto, el cuidado de unas tortas que estaban cociéndose en el horno, le reprendió severamente por haberlas dejado quemar.

Antes de encerrarse en su retiro el rey habia confiado su proyecto á una porcion de amigos fieles, que juraron consagrar las vidas en defensa de su causa y morir antes que abandonarla. Este pequeño número de leales amigos se habia retirado á los bosques y al pantano del condado de Sommerset, y permaneciendo en espectativa para no perder ninguna de las circunstancias que les pareciesen favorables, no desperdiciaban medio alguno de incomodar al enemigo siempre que se les presentaba ocasion. Hacian contínuas irrupciones sobre la retaguardia de los daneses, poseedores entonces de todo el país, y se retiraban en seguida á las guaridas que habian hecho inespugnables. Sus ventajas reanimaron en fin algun tanto el valor de los ingleses, y cada dia veíase aumentar el número de los partidarios de Alfredo. Bien pronto se agregaron á su valeroso cuanto desgraciado monarca, pareciéndoles las fuerzas que habian podido reunir bastante considerables para esperar satisfactorios resultados.

Por este tiempo Ubba, jefe de los daneses, sembraba el terror por todo el país de Gales, talándole sin encontrar ningun obstáculo; una sola plaza se atrevió á resistirle. El conde de Devosuhire se habia encerrado con algunos soldados en el castillo de Keuwith; este valiente guerrero, viendo que no podia sostener un sitio, y convencido del peligro de tratar con enemigos tan pérfidos, resolvió hacer un esfuerzo desesperado y abrirse paso espada en mano por medio de los sitiadores. Esta proposicion fué acogida con entusiasmo por todos sus compañeros; y cuando los daneses, fiados en su número, despreciaban á los ingleses, se vieron de repente acometidos con furor y puestos en completa derrota. Ubba, su general, perdió allí la vida.

Esta victoria despertó el ardor de los sajones. Alfredo, queriendo aprovecharse de disposiciones tan favorables para tomar la ofensiva, hizo conocer á sus súbditos el lugar de su retiro, y les encargó estuvieran prontos á marchar con todas las fuerzas así que se les diese la señal. Era necesario, para no esponerse á éxitos dudosos, enterarse del número y de la posicion de los daneses. No viendo el rey á su alrededor nadie á quien poder encargar esta comision, él mismo tomó de su cuenta la tarea peligrosa de marchar á la descubierta de las tropas enemigas. Penetró en el campo danés con traje de pastor y un arpa en la mano, y desplegó todos sus talentos para hacerse querer de los soldados; lo consiguió de tal modo, que le condujeron á la pre-

sencia de Guthrum, su príncipe, quien le invitó á pasar algunos dias con él. Alfredo, mientras tanto, pudo enterarse bien del descuido y confianza de los daneses, del desprecio que mostraban hácia los ingleses, y



del poco órden y disciplina que observaban creyendo no tener ya nada que temer. Fué testigo de los escesos á que se entregaban, y de la prodigalidad con que gastaban sus bienes, tan mal adquiridos. Cuando se creyó suficientemente instruido de todo lo que tanto interés tenia en saber, se volvió á su retiro, y habiendo enviado emisarios á todas partes sin perder tiempo, señaló como punto de reunion el bosque de Selvood. Sus órdenes fuéron cumplidas con alegría, y un numeroso ejército se encontró en pocos dias en el campo del honor.

Alfredo atacó á los enemigos con impetuosidad por el punto que le pareció mas débil, y tuvo la gloria de ponerlos en desordenada fuga, mediante la sorpresa y espanto que les causó el ver reaparecer un ejército de ingleses, cuando ellos ni aun habian imaginado que pudiesen estos pensar en reponerse de sus derrotas; y á pesar de la superioridad del número de los sorprendidos, no escaparon del degüello general sino encerrándose en las plazas fuertes. No habiendo nada dispuesto para sostener un sitio, se vieron obligados á rendirse á discrecion en menos de quince dias.—A. de J. C. 879.—El general vencedor permitió á los que no quisieron abrazar el cristianismo embarcarse para Flandes, bajo el mando de uno de sus generales, llamado Hastings. Guthrum, su soberano, se convirtió, y el rey Alfredo le sirvió de padrino, siguiendo su ejemplo treinta caballeros.

Pero siempre infieles á sus tratados, los daneses, embarcados con Hastings é ingratos hácia el que les habia permitido tan generosamente ausentarse sin castigo de un país que habian asolado, resolvieron volverse atrás, y probar todavía fortuna. Desembarcaron en las costas de Kent y avanzaron hácia Rochester, esperando sorprender este pueblo antes que pudiera ser socorrido. Pero bien pronto se vieron obligados á retroceder, sabiendo que Alfredo avanzaba contra ellos.

Este, para poner en lo sucesivo su reino al abrigo de semejantes devastaciones, hizo equipar una flota, á favor de la cual destruyó seis navíos daneses en el puerto de Harwich. A la sazon no habia otro que le diese entrada mas que el de Londres, donde reforzó la guarnicion, reparó y aumentó las fortificaciones, y embelleció la ciudad con gran número de edificios. Confió el gobierno de esta plaza á su yerno Ethelredo, dejando de este modo asegurado el reino contra las ulteriores invasiones del estranjero.

Alfredo estaba entonces en el apogeo de su gloria, y poseia un territorio mucho mas considerable que el de todos sus predecesores. Los reyes de Gales le prestaban homenaje por sus posesiones; los northumbesr eran gobernados por un rey de su eleccion, y parecia que ningun enemigo podria amenazarle en el porvenir.



Moneda británica. Moneda de Alfredo. Moneda de Camilo.

Durante este estado de calma y de prosperidad se ocupó Alfredo en cultivar las artes, en fomentarlas, y en reparar los estragos que la guerra habia ocasionado en su reino. Después que reedificó las poblaciones destruidas por los daneses, creó una milicia regular para defensa del reino; empadronó y armó á todos los ciudadanos, y les señaló los empleos y deberes que tenian que cumplir. Los unos fuéron destinados al cultivo de las tierras, y los otros á rechazar los ataques del enemigo. Era necesaria una fuerza naval para poner el reino al abrigo de las invasiones, y se ocupó con tanta actividad en instruir á sus súbditos en el arte de la navegacion, que en muy poco tiempo se halló en estado de armar una escuadra de ciento veinte buques de guerra, para proteger las costas y asegurar la tranquilidad de su pueblo.

Con todo, estas precauciones no impidieron que el jefe de los daneses intentase todavía muchos desembarcos. Apareció á la vista de Kent con una flota de trescientas treinta velas, y á pesar de la resistencia que le opusieron las tropas de Alfredo, halló Hastings el medio de apoderarse de Bamflete, cerca de la isla de Canvely, en el condado de Essex.—A. de J. C. 893.—Pero no permaneció allí por mucho tiempo: su guarnicion fué muerta cruelmente por un cuerpo de ejército compuesto en su mayor parte de habitantes de Londres, quedando prisioneros su muger y dos de sus hijos. Pero Alfredo, siempre clemente, consintió en devolvérselos, con la condicion de que se ausentáran al momento.

Los daneses, estangles y northumbres no fuéron mas felices en sus tentativas. Su amor por el pillaje los impelió de nuevo á embarcarse en una flota de doscientos cuarenta bajeles, y á presentarse frente á Execter; pero Alfredo, que estaba prevenido, les recibió de tal manera, que esparció entre ellos el terror, y los obligó á internarse en el mar, sin que osasen proseguir su temeraria empresa.

Todavía tuvo peor éxito que los precedentes el tercer cuerpo de piratas daneses que se presentó después. Habiendo tomado y fortificado estos bandidos á Shoburg, á la embocadura del Támesis, después de la retirada de Hastings, dejaron allí una guarnicion y rodearon la costa hasta Bodington, en el condado de Bluscester, en donde reforzados por un cuerpo de galos formaron trincheras y se dispusieron á la defensa; pero embestidos de repente por las fuerzas del rey, al instante se vieron reducidos á tal estremo, que fuéron obligados á comer sus caballos, pereciendo de hambre la mayor parte. Careciendo de todo medio de salvacion, se determinaron á hacer una salida desesperada; la mayor parte murió en el campo de batalla; los que habian escapado, perseguidos por las tropas de Alfredo, fuéron totalmente batidos y dispersados.

Los piratas northumbres no tuvieron mejor suerte. Mientras destruian las provincias occidentales cayó sobre ellos el rey, les apresó veinte buques, y después de haber hecho juzgar á todos los prisioneros en Winchester, los mandó ahorcar como á piratas y enemigos comune de las naciones.

Cuando Alfredo restituyó la paz y la seguridad á su reino por una vigilancia contínua y una severidad necesaria, se ocupó de los medios de aumentar las luces de una nacion que hasta entonces no habia podido proteger sino por la fuerza de sus armas. Se pretende que formó un código de leyes; pero las que existen todavía en nuestros dias y se le atribuyen á él, parece que son las que siguieron sus ascendientes los sajones, y á las cuales es probable que no hubiese hecho mas que dar su sancion. Los juicios por jurados, las multas y otros castigos de esta especie son de una época muy anterior, aunque se cree que se le deben á él. Los esfuerzos que hizo en seguida en favor de la cultura de las ciencias y de los progresos de la instruccion, contribuyeron poderosamente á la mejora de las costumbres, y á la reforma de los hábitos bárbaros y depravados de su pueblo.

Los ingleses, antes de la subida de Alfredo al trono, estaban envueltos en una ignorancia bárbara y grosera, que era resultado de los contínuos desórdenes del gobierno, y de los estragos de los daneses. El mismo se quejaba de que en esta época no hubiese podido hallar en todo el reino un solo sacerdote que entendiese el misal latino.

Para remediar esta falta de luces atrajo á su reino los sábios mas célebres de Europa, y fundó, ó mejor dicho, restableció la universidad de Oxford, concediéndola gran número de privilegios. Su propio ejemplo escitaba al pueblo á amar el estudio. Dividia ordinariamente el tiempo en tres porciones iguales: la primera consagrada al reposo, al alimento y al paseo; la segunda al despacho de los negocios, y la tercera al estudio y á la piedad. En poco tiempo hizo admirables progresos en la gramática, la retórica, la filosofía, la arquitectura y la geometría. Escelente historiador y buen músico, cultivaba tambien la poesía, y se le cita como el mejor poeta de su siglo. Ha dejado muchas obras, cuya mayor parte existen aun, y entre ellas una traduccion sajona de la Pastoral de Gregorio I, las *Consolaciones filosóficas de Boecio*, y la *Historia eclesiástica de Beda*. Convencido de que en un siglo en que las luces estaban tan atrasadas tendrian poco atractivo las ciencias especulativas, se aplicó á trasmitir sus ideas morales á sus súbditos por medio de alegorías y de historietas, y se asegura que tradujo del griego las fábulas de Esopo (1).

Alfredo emprendió con el mismo ardor el estudio de las artes mecánicas. Hasta la época de su reinado



no se habia hecho uso para las construcciones mas que de madera; pero él edificó palacios de ladrillo, y la nobleza siguió su ejemplo. Se establecieron en el reino manufacturas de todas clases; el que inventaba algun instrumento ingenioso ó contribuia á su perfeccion, era siempre generosamente recompensado. Hasta las comodidades de la vida comenzaron á conocerse en su reinado, y los ingleses, testigos de los felices resultados de las artes, empezaron en fin á apreciar los beneficios de la civilizacion; el amor á la justicia y á la industria principió á penetrar en sus almas. Desgraciadamente la muerte vino á acortar un reinado glorioso, que por espacio de veintinueve años habia sido consagrado al engrandecimiento y felicidad de Inglaterra.

Alfredo murió en lo mejor de su edad y en su sano conocimiento, después de haber sido modelo de los príncipes y ornamento de la humanidad.—A. de J. C. 901.

Las virtudes mas opuestas se encontraban reunidas en este príncipe, hallándose perfectamente combinadas para hacer de él la gloria de su siglo. Para dar completa idea de su carácter, seria necesario amontonar todas las cualidades que constituyen la perfeccion humana. Ofrecia la rara amalgama de la perseverancia y de la flexibilidad, de la moderacion y del mas intrépido valor; á una justicia severa reunia una indulgencia y una bondad estremadas; á una voluntad firme las maneras mas dulces; y como si la naturaleza se hubiera complacido en completar tambien sus brillantes cualidades con el mas amable esterior, se hallaba dotado de todas las ventajas físicas, de robustez y de una estatura majestuosa, de los modales mas graciosos y nobles, de un aire de franqueza y de la fisonomía mas agradable. En una palabra, los historiadores se han complacido de tal modo en pintar á este héroe, que generalmente han pasado en silencio las faltas que pudo tener, pagando su tributo á la naturaleza humana. Alfredo tuvo de su muger Ethelswitha, hija del vizconde de Merci, tres hijos y otras tantas hijas. El primogénito, Edmundo, murió sin sucesion, viviendo su padre; su tercer hijo Ethelward, dominado por la pasion á las letras, se entregó esclusivamente al estudio y no salió de la vida privada. Su segundo hijo Eduardo le sucedió en la corona.

Apenas este príncipe subió al trono cuando los derechos le fuéron disputados por Ethelwardo, su primo carnal, que se habia formado un considerable partido entre los northumbres. La fortuna pareció por de pronto favorable á este pretendiente; pero pereció en una batalla, y su muerte libró á Eduardo de una competencia peligrosa. Los turbulentos northumbres no se abatieron, á pesar de la pérdida de su jefe, y durante todo aquel reinado no cesaron de renovar sus insurrecciones. Eduardo dió muchas batallas á estos rebeldes, y consiguió sobre ellos diferentes victorias, las cuales probaron que si era inferior á su padre en la instruccion de las ciencias, le igualaba en virtudes militares. Edificó muchos castillos y fortificó diferentes poblaciones; derrotó á Turketul, jefe de las tropas danesas, y le obligó á retirarse con los suyos; conquistó la Estanglia, y acabó por someter á su autoridad hasta á los mismos northumbres. En todas estas conquistas fué ayudado por su hermana Ethelfleda, viuda de Ethelredo, conde de Merci, que después de la muerte de su marido habia conservado el gobierno (1).

En el momento en que Eduardo, después de haber tranquilizado enteramente el reino y afirmado su autoridad, empezaba á ocuparse de la felicidad de sus pueblos, la muerte vino á detener la ejecucion de sus proyectos (2).—A. de J. C. 923 (3).

(1) Fundó tres monasterios y la universidad de Oxford, y además de las obras mencionadas, tradujo al inglés la historia de Orosio, y compuso ó recogió una coleccion de crónicas. Su reinado, segun unos, fué de veintiocho años, y segun otros de veintinueve y medio. (Polidorio Virgilio, lib. 5. Genebrard *in Chron.* Matthieus de Westmonter, Balæus et Pitseus de Scrip. Angl.)

(1) Como las guerras habian amortiguado el celo religioso en Inglaterra, y las iglesias estaban sin pastores, Eduardo, por órden del papa Juan X, convocó una asamblea eclesiástica, que fué presidida por Phlegmom, arzobispo de Cantorbie, y en ella se fundaron cinco obispados.

(2) La galantería no fué desconocida en el reinado de Eduardo. Se enamoró de la bella Egwina, hija de un simple pastor, que habia recibido una educacion brillante, y el cetro se unió con el cayado. El famoso Scott florecia entonces. Tambien bajo su reinado se fundó la universidad de Cambridge. (*Lettres sur l' Histoire d'Angleterre.*)

(3) De su primera muger tuvo dos hijos, que murieron en la

Sucedióle Athelstan, su hijo natural. La ilegitimidad de su nacimiento no era entonces un obstáculo suficiente para escluirle del trono. Este príncipe encontró, como su padre, alguna oposicion al principio de su reinado. Alfredo, caballero de su familia, entró, segun se dice, en una conspiracion á favor de los hijos legítimos de Eduardo, demasiado jóvenes aun para ponerse á la cabeza del gobierno. Acusado Alfredo negó esta imputacion, y ofreció demostrar su falsedad por un juramento hecho en presencia del Papa. La proposicion fué aceptada, y se asegura que tan pronto como Alfredo protestó de su inocencia sobre las santas reliquias, le acometieron unas convulsiones, que tres dias despues le ocasionaron la muerte (1).



Las contínuas turbulencias suscitadas por los northumbres daneses fueron la principal ocupacion de los primeros tiempos de este reinado; se vieron no obstante obligados á rendirse, y Athelstan, para vengarse de Constantino, rey de Escocia, que habia prestado su apoyo á los revoltosos, asoló su país hasta el punto de conseguir que este monarca se viese determinado á hacerle la mas humillante sumision. Todas estas protestas, arrancadas por la fuerza, no podian ser sinceras; y bien pronto se vió la prueba en el descubrimiento que hizo de hallarse Constantino en una nueva confederacion con un cuerpo de piratas daneses y algunos príncipes galos, que miraban con envidia la grandeza progresiva de Athelstan. En Brunsburg, sito en el Northumberland, se dió una batalla sagrienta, en que el monarca inglés consiguió otra gloriosa victoria. Restablecida la calma después de este último suceso, Athelstan gobernó pacíficamente su reino.

Este soberano es considerado como uno de los reyes sajones mas activos y mas hábiles. Formó algunas alianzas con los príncipes del continente, y en su época se tradujo la Biblia á la lengua sajona. Murió en Gloucester después de haber reinado 16 años. Edmundo su hermano le sucedió.—A. de J. C. 941.

A su advenimiento al trono tuvo este príncipe, como sus predecesores, disturbios que calmar en el Northumberland; mas con su actividad y su vigilancia consiguió sujetar á los rebeldes. El fin constante de sus esfuerzos durante su reinado fué reprimir los escesos de un pueblo reboltoso, que consintió al fin abrazar el cristianismo en espiacion de sus crímenes. Edmundo, el primer monarca que estableció en Inglaterra la pena capital, convencido del peligro de una escesiva indulgencia respecto de ciertos culpables, y de la insuficiencia de las multas y otros castigos de este género, con los ladrones, por ejemplo, ordenó que en lo sucesivo cuando se cogiese una cuadrilla de facinerosos, el de mas edad fuese condenado á la horca. Esta ley fué mirada entonces como muy severa (1), porque todas las penas de sus primeros ascendientes eran dulces y humanas; así que el rigor que este monarca creyó deber emplear con semejantes criminales fué la causa de su muerte. Sus virtudes, sus talentos y su templanza le auguraban un reinado largo y afortunado; pero en una fiesta que se celebraba en el condado de Gloucester, un famoso criminal llamado Leolf, que habia sido desterrado del reino, tuvo la audacia de presentarse en la pieza en que comia el rey, y colocarse á la mesa entre los grandes de la corte. Edmundo, enfurecido de esta insolencia, le mandó salir de la habitacion; habiendo rehusado obedecer, el príncipe, cuyo carácter era violento, se lanzó sobre él y le asió por los cabellos: el facineroso, sin poderse contener en el esceso de la cólera, sacó un puñal y le clavó en el corazon del monarca, que espiró en el seno de su asesino. Este fué muerto en el acto; pero su muerte no era mas que una insignificante compensacion de la pérdida de un rey, merecedor por tantos títulos del amor de su pueblo.

Siendo los hijos demasiado jóvenes para tomar las riendas de un gobierno tan difícil como el de Inglaterra, su hermano Edredo fué elegido para reemplazarle, y tuvo que luchar como los que le habian precedido con un pueblo rebelde y refractario. Siguiendo su costumbre los northumbres daneses hicieron nuevas tentativas para sacudir el yugo de los ingleses, precisando al rey á poner guarniciones en los principales pueblos de esta provincia, y un gobernador tambien inglés en cada uno de ellos, á fin de reprimir en su orígen las insurrecciones.

Los monjes, contentos hasta entonces con ocuparse en los negocios eclesiásticos, comenzaron á apoderarse de la direccion de los civiles; y llamando en su socorro la supersticion, sembraron sagazmente en el espíritu del pueblo temores, que dieron en su favor el fruto de una autoridad ilimitada que duró muchos siglos.

Edredo habia entregado ciegamente la direccion de su conciencia á Dunstan, abad de Glastonbury, canonizado despues, y que ocultaba bajo las apariencias de la piedad, una ambicion desmesurada.



Dunstan.

Hacia mucho tiempo que el clero se componia de individuos seculares que, aunque vivian en comunidad, no estaban separados de la sociedad en que podian ser útiles. Les era permitido el matrimonio, y su ocupacion principal era la educacion de la juventud bajo la autoridad de los superiores temporales. Habiendo sido considerado el celibato clerical como un medio el mas propio para asegurar su independencia y robustecer el poder del papa en Europa, la corte de Roma le recomendó con calor á todos los eclesiásticos en general, y mas particularmente todavía á los monjes.

niñez, y seis hijas, de las cuales fueron cinco religiosas y la otra casó con el rey de Francia, llamado Carlos el Simple. De su segunda esposa tuvo dos hijos, Edmundo y Eldredo, reyes los dos; y dos hijas, una religiosa, y otra casada con un príncipe de Aquitania. (Malmesbury, *Historia de Inglaterra*.)

(1) En otro tiempo se juraba sobre las reliquias y libros santos. La opinion popular era que los que hacian juramentos falsos quedaban heridos de muerte. Se justificaban tambien de una acusacion por los juicios de Dios. El acusador y el acusado se batian, quedando condenado el vencido. Habia igualmente las pruebas del agua hirviendo, del hierro encendido, y otros medios ridículos, que han tenido gran crédito en otro tiempo.

(1) ¿Qué dirian nuestros mayores si viesen las leyes penales de sus descendientes? (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre*.)

El carácter supersticioso de Edredo y el celo desmedido de Dunstan sirvieron de mucho al papa y contribuyeron á la adopcion de esta nueva medida en Inglaterra. El uno y el otro secundaron con ahinco el poder del soberano pontífice, y se estableció por fin la órden de los Benedictinos bajo la direccion de Dunstan. Edredo se habia sometido enteramente á los consejos de su director, tanto para los negocios del gobierno como para los de la conciencia, y si la muerte del príncipe, que aconteció en el año décimo de su reinado, no hubiese detenido los deseos de este sacerdote celoso y disimulado, el reino hubiera llegado á ser una provincia del papa.—A. de J. C. 955.

Como los hijos de Edredo eran todavía demasiado jóvenes para el gobierno, les sucedió Edwy su sobrino. Este príncipe unia á todos los atractivos personales gran ardor marcial y otras relevantes cualidades. Hubiera podido hacer la dicha de su pueblo, á no tener cerca de sí un enemigo peligroso, de cuyas asechanzas no era capaz de preservarle todo su mérito. Dunstan que no dejó de gobernar durante el reinado precedente, estaba resuelto á no ceder un ápice de su autoridad, y así se suscitó una discusion violenta entre Edwy y los monjes desde el principio de este reinado. Ni sus virtudes, ni sus gracias personales pudieron dulcificar el furor de aquellos fanáticos ambiciosos. Los clérigos seculares parecia que le habian elegido como escudo para oponerlo á los monjes, que teniendo de su parte y por jefe á Dunstan, persiguieron al desgraciado príncipe durante su vida con una animosidad implacable, y después de su muerte se esforzaron tambien en empañar su memoria.

Dunstan, que en esta época hace un papel mas brillante que los mismos reyes, habia nacido de padres nobles en el occidente de Inglaterra. Después de una juventud disipada, deseoso de restablecer la buena reputacion que habia perdido á causa de sus escesos, se entregó á las austeridades de la vida monástica, se apartó enteramente del mundo, y se encerró en una celdilla tan reducida, que ni podia estar de pié ni echado. Un retiro tan severo y las contínuas mortificaciones no podian menos de exaltar su espíritu, y así pronto se llenó su cerebro de las visiones mas estravagantes. Las frecuentes revelaciones que se le hacian, segun decia él, le dieron celebridad en muy poco tiempo, y las violentas tentaciones que resistia sin cesar, sin sucumbir nunca, elevaron al mas alto punto la reputacion de su santidad. Se dice que el diablo vino á visitarle un dia bajo la forma de una hermosa muger; pero Dunstan, sabedor de su superchería y fatigado con sus importunidades, tomó unas tenazas de hierro ardiendo, le agarró por las narices en el momento que asomaba la cabeza por la ventana de su celda, y le tuvo en tal situacion hasta que el espíritu maligno alborotó la vecindad con sus alaridos. Semejantes absurdos y mil mas tan ridículos andaban muy válidos por todas partes, y los monjes que veian al pueblo dispuesto á darles crédito, se aprovechaban hábilmente y empleaban con ardor todos los medios que podian contribuir á la propagacion de su doctrina. Los crucifijos, los altares y hasta los mismos caballos hablaron y declamaron fuertemente contra el clero secular (1). Todos estos fingidos milagros, apoyados con vehementes sermones, acabaron de persuadir al pueblo. Desde este momento Dunstan fué mirado como el favorecido de Dios: su poder se hizo superior al de los reyes que habian recibido su autoridad de los hombres, al paso que Dunstan se creia que habia recibido la suya del cielo.

(1) Es tanto mas sorprendente la imbécil credulidad de este siglo, cuanto que estaban ya esparcidos por el pueblo los conocimientos clásicos y se cultivaban las bellas artes. El tiempo ha respetado dos discursos pronunciados entonces por los monjes, los cuales respiran elegancia y claridad, y parecen dictados por el buen gusto. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

Debe suponerse que el poder de Edwy era bien débil contra el que este monje ambicioso habia llegado á obtener, y que la primera falta que cometiese habria de acarrearle necesariamente las mas funestas consecuencias. El artificioso monje halló medio de hacerle caer en una el mismo dia de su coronacion.

Habia en la corte una dama jóven de sangre real llamada Elgive, cuya hermosura hacia tan viva impresion en el corazon del jóven monarca, que se decidió á tomarla por esposa á pesar de los consejos de sus ministros, y del parentesco que existia entre ambos, lo cual era un impedimento segun las leyes canónicas. El dia de su coronacion, mientras que reunida toda la nobleza en la pieza del festin se entregaba á una alegria ruidosa, el rey preocupado de su amor se retiró á la habitacion de la reina, á disfrutar con ella y con su madre los dulces placeres de una conversacion amable y tierna. Dunstan que conoció su ausencia, y que advirtió el motivo de la retirada, le siguió, y entrando de repente en la cámara, dió libre curso al furor de su celo: después de haber dirigido al príncipe las reconvenciones mas amargas, le separó del lado de la reina de una manera muy ultrajante. El rey violentamente irritado y resuelto á castigar el insulto recibido, escuchó con interés los consejos que le dieron los enemigos de Dunstan, y le mandó dar cuenta del dinero que le habia sido confiado en el reinado precedente, pues él era quien administraba las rentas de Eduardo. Habiendo rehusado el orgulloso monje la obediencia, Edwy le hizo despojar de las rentas eclesiásticas y civiles, y mandó que fuese desterrado del reino. Pero su destierro no sirvió sino para aumentar la reputacion de santidad que habia adquirido entre el vulgo. El arzobispo de Cantorbery, Odon, abrazó con tanto calor su partido, que pronunció sentencia de divorcio entre Edwy y Elgive. Las censuras eclesiásticas fueron seguidas de tan terribles efectos, que el rey en la imposibilidad de resistir á la Iglesia, consintió en sacrificar á la muger que amaba tan tiernamente. Odon envió una partida de soldados al palacio con órden de apoderarse de la reina: la arrancaron de los brazos de su esposo, y se cometió la barbarie de señalarla la cara con un hierro encendido. No contentos con esta horrible venganza sus verdugos, la trasportaron á Irlanda, y la prohibieron que jamás pudiese salir de allí; pero la sumision á una órden tan cruel fué momentánea, y tan pronto como se la curaron las heridas, se escapó y marchó á unirse con el rey, á quien nunca dejó de considerar como su esposo. El infortunio la aguardaba sin embargo para dejar caer sobre ella los mas terribles golpes. Detenida por una partida que el implacable arzobispo apostó para observarla, sufrió una muerte cruel; la cortaron las pantorrillas, hicieron pedazos su cuerpo, y la desgraciada espiró en la mas dolorosa agonía.

No tardaron los súbditos de Edwy, cegados por la supersticion y escitados por Dunstan, en rebelarse casi todos contra el rey. Este furibundo monje volvió á Inglaterra, y porque no se dudase que habia tenido parte en esta revolucion, se puso con descaro á la cabeza de los descontentos. Eligieron á Edgar, hermano del rey, que apenas contaba trece años, y le dieron posesion de todas las provincias septentrionales del reino. Viendo Edwy que su poder y el número de sus partidarios iban á menos cada dia, se determinó en fin á consentir la division de sus estados; pero su muerte que sucedió dos años después, libertó á sus enemigos de toda inquietud, y dió á Edgar la posesion pacífica é íntegra de la corona.—A. de J. C. 959.

Colocado en el trono por la influencia de los monjes, este príncipe aparentó sagazmente dejarse dirigir en todo por ellos.

Ha habido siempre en el pueblo inglés una preocupacion favorita ventajosa al soberano, cuando ha

sabido doblegarse á ella con destreza. La santidad de los monjes era la idea dominante de este siglo. Edgar aparentó estar completamente de acuerdo sobre este punto con sus súbditos, y no se ocupó mas que en aumentar su felicidad y su gloria personal. Pocos monarcas ingleses han tenido un reinado mas dichoso y mas brillante. No solamente logró apaciguar las guerras civiles que se movieron en su reino, sino que además le puso al abrigo de invasiones estranjeras. Supo dar á su poder un aumento tan grande y un prestigio tan poderoso, que tuvo en el mas servil respeto á los demás príncipes sus vecinos, y se cuenta que obligó un dia á ocho reyes tributarios suyos á remar en ocasion que navegaba por el Deé.

Los monjes, cuyo poder aumentó, alabaron en sumo grado sus cualidades; sin embargo, las costumbres de este príncipe fuéron con frecuencia un ultraje á la castidad y á la obediencia, sobre las cuales fundaban ellos el edificio de su santidad, y su irregular conducta estuvo bajo este punto en oposicion directa con los preceptos que profesaban: la primera prueba que dió el rey de su incontinencia, fué robar á una religiosa llamada Editha, y violentarla. Los monjes para castigar esta accion bárbara y sacrílega, le condenaron á abstenerse de llevar la corona durante siete años. La pena se limitó á esto, y después hasta fué permitido á esta muger vivir con el rey, sin que semejante comercio se mirase como escandaloso.

Un acontecimiento muy singular dió lugar á otra amistad de Edgar con una muger llamada Elfleda la Bella. Un dia que habia entrado en casa de uno de sus cortesanos, quedó prendado de la belleza de su hija. Determinado á satisfacer la pasion que le inspiró, la pidió para pasar la noche con ella. La madre de la jóven, temiendo el poder del rey y conociendo la impetuosidad de su carácter, exigió de su hija que aparentase consentir á sus deseos. Llegada la noche, la señora de la casa sustituyó en lugar de su hija á una de sus sirvientas, que tambien era bella, y cuando por la mañana el rey descubrió la estratagema, en lugar de manifestar su descontento se rió de la aventura, y encantado de la belleza de Elfleda, se enamoró, y desde este momento la hizo su querida favorita; el ascendiente que alcanzó sobre él, duró hasta el momento de su casamiento con Elfride. La historia de esta muger es demasiado notable para pasarla en silencio.

Corria entonces en Inglaterra la fama de la belleza de una jóven llamada Elfride, hija del conde de Devoushire. No queriendo el rey dar crédito á lo que se decia, envió á Athelwold su favorito á asegurarse de si su decantada hermosura era tan incomparable como se contaba. Así que Athelwold llegó al castillo del conde, su primer cuidado fué hacerse presentar á la jóven. Apenas la vió, se enamoró apasionadamente de ella, por hallarla mas encantadora aun de lo que esperaba; olvidando entonces las órdenes de su señor, no se ocupó mas que en darla á entender su amor, y la pidió en matrimonio á su padre. El favorito del rey era un partido demasiado brillante para ser desairado; el conde le aceptó por yerno, y el casamiento de Elfride y de Athelwold se celebró en secreto.

De vuelta á la corte, el favorito contó al rey que la riqueza de Elfride y su alto nacimiento eran las únicas causas verdaderas de la celebridad de que gozaba, y que al verla se habia admirado de que alabaran con tal entusiasmo una belleza tan comun. El rey satisfecho no habló mas, y Athelwold triunfante, creyó poderse felicitar por el éxito de su ardid.

Persuadido de que el rey habia renunciado totalmente á sus proyectos sobre Elfride, hizo un dia recaer diestramente sobre ella la conversacion, y le dijo que si la fortuna de la hija del conde de Devoushire era poco considerable para un soberano, lo era inmensa para cualquiera de sus súbditos, y le pidió respetuosamente permiso para dirigir sus obsequios á Elfride, como la heredera mas rica del reino. El rey consintió con gusto en una peticion tan razonable en la apariencia, y Athelwold cansado de tener oculta su muger, ratificó públicamente su casamiento.

Pero continuó siempre poniendo gran cuidado en conservarla lejos de la corte y sobre todo de la presencia del rey, cuya estremada inclinacion hácia el bello sexo conocia bien á fondo, y cuyas ventajas personales y seducciones temia con razon. Desgraciadamente no pudo siempre ocultar su tesoro á los ojos de todos. Los favoritos no estan libres nunca de enemigos secretos, que espian sin cesar la menor ocasion de perderlos. Pronto supo Edgard la verdad; pero disimulando su resentimiento, se contentó con anunciar su intencion de visitar el país habitado por la bella Elfride, y ordenó á Athelwold que le siguiese, lo cual hizo este con sumision, pero no sin repugnancia. Llegados cerca del lugar en que habitaba dicha dama, Edgar le manifestó que hacia tiempo deseaba conocer á su muger, de la que habia oido hablar en otra época, y ya que se hallaba tan cerca tenia intencion de hacerla una visita. Athelwold se estremeció á esta proposicion, é hizo vanos esfuerzos para disuadir al rey de su propósito. Todo lo que pudo conseguir fué preceder al monarca á fin de disponer las cosas para su recibimiento. Así que llegó Athelwold, corrió al cuarto de su muger, se echó á sus piés, y la descubrió la estratagema de que se habia valido para ser su



Edgar.

esposo, suplicándola ocultase sus atractivos cuanto le fuese posible á los ojos del príncipe, tan propenso á apasionarse. Sorprendida Elfride, y agitada de un secreto despecho al pensar en el rango de que se veia privada, y al que hubiera podido aspirar, prometió á su esposo satisfacer sus miras; pero, sea por vanidad ó sea por deseo de venganza, se vistió con el mayor esmero, y se presentó radiante de belleza á los ojos del monarca, que apenas la vió se enamoró perdidamente, y resolvió en su interior no perdonar medio alguno á trueque de poseerla. A fin de obrar con mas seguridad cuidó de ocultar sus intenciones, y se retiró con aparente indiferencia, pero llevando en el fondo de su corazon el firme propósito de vengarse de Athelwold. Poco tiempo después fué enviado el cortesano al Northumberland, bajo el pretesto de negocios importantes, y se le encontró asesinado en un bosque. Algunos aseguran que fué muerto por mano del mismo rey (1); otros pretenden que solo lo fué por órden suya. De cualquier modo que sea, Elfride poco después de este suceso fué llamada á la corte, y no oponiéndose nada á la pasion de Edgar por ella, se celebró el casamiento con la mayor pompa (2).

(1) Hume parece adoptar la version, de que habiendo el rey invitado á su favorito á una cacería, le dió de puñaladas por su propia mano.

(2) Encuéntranse en esta historia preciosos vestigios de las costumbres antiguas. Desde luego se vé que las mugeres eran entonces admitidas en la corte. Nótase tambien que los hombres y las mugeres no vivian separados como en otros países. En fin, aunque los ingleses estuviesen ya civilizados, se echa de ver en sus acciones una ferocidad salvaje, que les hacia distar mucho

Tales fuéron los criminales amores de un rey á quien los monjes han querido presentar como el ser mas perfecto de la especie humana. Su reinado fué feliz, gracias á la ciega complacencia de este príncipe para con ellos y á las preocupaciones populares; pero resultaron de esta complacencia una porcion de males que recayeron sobre sus sucesores. Murió á los cuarenta y dos años de su edad y diez y seis de su reinado,—(A. de J. C. 975)—y fué reemplazado por su hijo Eduardo, nacido del primer matrimonio con la hija del conde Ordemer.

Los monjes fueron tambien los que por su interés colocaron en el trono á Eduardo llamado el Mártir. Este reinado, que no duró mas que cuatro años, nada tuvo de notable sino el fin trágico y memorable del príncipe. Aunque desde un principio esperimentó de parte de Elfride su madrasta una oposicion constante y se mostró siempre su enemiga, Eduardo profesó una tierna amistad al hijo de esta princesa, y aprovechaba con afan todas las ocasiones de manifestarla su respeto y adhesion. Pero Elfride unia á la belleza y gracias de su sexo el alma mas perversa y cruel, y lejos de moverla el proceder noble y generoso del monarca, abrigaba en el fondo de su corazon un odio implacable que deseaba satisfacer ardientemente.

Cazando un dia Eduardo cerca de Corfe-Castle, castillo que habitaba Elfride, aprovechó la circunstancia de la proximidad para hacerla una visita. Se dirigió á casa de su madrastra sin acompañamiento, y devorado por una sed estraordinaria pidió de beber así que llegó; mas en el momento en que á caballo todavía llevaba á sus lábios la copa que le presentaron, uno de los criados de Elfride le dió por detrás una puñalada. Sintiéndose herido el rey picó su caballo, pero habiéndose desmayado á causa de la mucha sangre que perdia, cayó de la silla; uno de sus piés quedó enredado en el estribo y fué arrastrado hasta que espiró. El rastro de la sangre contribuyó al hallazgo de su cuerpo, que fué sepultado en Wareham (1).



Sucedióle Ethelredo II, hijo de Edgard y de Elfride.—A. de J. C. 979—Este monarca débil é irresoluto fué tan incapaz de gobernar su reino como de proveer á su seguridad. Después de las disensiones, de las estravagancias y vicios sin cuento que han hecho notables algunos de los primeros reinados, no tiene nada de particular que la nacion debilitada y estraviada por la superstición, hubiera llegado á ser incapaz de defenderse; así es que otro pueblo menos enervado y vicioso supo aprovecharse oportunamente de este momento de crisis. Los daneses, antiguos é irreconciliables enemigos de la Inglaterra, se hacian cada dia mas temibles; la debilidad ó inesperiencia de Ethelredo les ofrecian una ocasion favorable de renovar el pillaje, cuya costumbre no habian olvidado aun. Llenos de confianza desembarcaron en diversos puntos de las costas, y llevaron por todas partes la devastacion y el terror. Los ingleses, poco dispuestos á defenderse contra tales enemigos, no hicieron sino una débil resistencia, y recurrieron á la sumision y á la perfidia para conjurar la tempestad que no osaban arrostrar.

Persuadidos los pueblos del Norte de que la Inglaterra estaba indefensa, hicieron un desembarco formidable bajo las órdenes de Sweyn ó Suenon II, rey de Dinamarca, y de Olave (1), rey de Noruega. Se hicieron á la vela hácia el Humber (2), y cometieron por todas partes los mas horribles estragos. Opusiéronles los ingleses un ejército numeroso, que fué rechazado después de una horrorosa carnicería. Los daneses entusiasmados con este suceso, avanzaron audazmente hasta el centro del reino. Ethelredo, que habia contenido ya otra invasion á costa de dinero, resolvió poner de nuevo en práctica este mismo medio. Envió embajadores á los dos reyes para que les ofreciesen víveres y un tributo, con la condicion de que cesasen en su pillaje y abandonasen el reino. Semejantes proposiciones no sirven frecuentemente sino para escitar al enemigo á nuevas hostilidades, y esto cabalmente aconteció en aquella ocasion. Suenon y Olave aceptaron las condiciones de Ethelredo, y acuartelándose pacíficamente en Sovthampton, recibieron la suma de diez y seis mil libras esterlinas.—A. de J. C. 994—Olave, fiel á su promesa, volvió á su patria para no pisar mas la Inglaterra; pero Suenon fué menos escrupuloso, y el tratado que habia celebrado no tuvo otro efecto que la momentánea suspension de las desgracias que preparaba á los ingleses.

Haciéndosele insoportable su suerte al pueblo, determinó por fin defenderse; pero la debilidad del rey, la desavenencia entre la nobleza, la perfidia de algunos y la apatía de otros, enervaron sus mútuos esfuerzos. Los daneses, dispuestos siempre á aprovecharse de la mala situacion de sus enemigos, volvieron á aparecer poco tiempo después. El último tratado, tan afrentoso para los ingleses, no podia menos de aumentar las pretensiones del enemigo en proporcion de la imposibilidad en que se hallaba el partido contrario de rechazar á los vencedores; y así es que desde luego aumentaron sus peticiones hasta la suma de veinte y cuatro mil libras esterlinas, que la recibieron luego, sirviéndoles de poderoso estímulo para otras exacciones. Un nuevo motivo vino muy pronto á aumentar el odio recíproco de estos dos pueblos, y el resentimiento les hizo mirar á los daneses la violacion de los tratados como justa represalia.

Muchos años hacía que se habian establecido en diferentes partes del reino, y sin estar íntimamente ligados con los ingleses, habian conservado con ellos relaciones gratas y apacibles. Su superioridad militar era tan generalmente reconocida, que los reyes de Inglaterra habian cuidado siempre de mantener á sus espensas tropas danesas, teniéndolas acuarteladas en las provincias. Estos militares gastaban un lujo tan estraordinario, segun los antiguos autores ingleses, que se peinaban una vez al dia y se bañaban otra por semana. Semejante esmero, considerado entonces como una afectacion hasta afeminada, los hicieron tan agradables al bello sexo, que seducian á las mugeres y á las hijas de los ingleses, deshonrando la mayor parte de las familias.

Además, á cada invasion de sus compatriotas, no omitian medio alguno de acreditar á estos su adhesion alentándoles á hacer armas contra aquellos mismos entre quienes les era permitido vivir. Tan pérfida conducta acabó de irritar al pueblo inglés contra los daneses, y juró vengarse. Motivos suficientes habia en un

de los siglos civilizados de Grecia y de Roma. Pero un hecho mas admirable pinta todavía mejor la época. El asesino, el sacrílego, el adúltero Edgar fué colocado en el catálogo de los santos por los monjes que escribieron su historia. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(1) El rey Eduardo fué colocado en el número de los mártires. La Iglesia celebra su fiesta el 18 de marzo.

(1) Olaus ó Olaw ú Olaf.

(2) Rio caudaloso en el condado de Yorck.

siglo tan bárbaro para concebir el odioso proyecto de una matanza general. Por una política comun á los príncipes débiles, resolvió Ethelredo pasarlos á todos á cuchillo. Esta maquinacion dirigida con misterio y ejecutada con rigor, dió el resultado de que en un solo dia fuéron degollados sin piedad todos los daneses establecidos en Inglaterra; pero matanza tan horrorosa en la invencion, como cruel en la ejecucion, bien lejos de poner fin á las desgracias de Inglaterra, solo sirvió para prepararla mayores calamidades.

Mientras los ingleses se felicitaban recíprocamente por la destruccion de sus inveterados enemigos, noticioso de su crueldad Suenon, rey de Dinamarca, y no respirando sino sangre y venganza, apareció en las costas occidentales, seguido de una considerable flota. En vano intentaron los ingleses reunir sus fuerzas; la perfidia y la infamia de que estaban manchados, contribuyeron á diseminar y dispersar una gran parte de sus tropas. Pronto vino á poner el colmo á la miseria general una horrible hambre causada en parte por la intemperie de la estacion y el abandono del cultivo. Los ingleses para contener el furor del enemigo ofrecieron una suma de treinta mil libras esterlinas, que aceptadas sin vacilar, no produjeron, segun costumbre, mas que una paz momentánea.

Los ingleses que á la sazon habian llegado á equipar una flota, recobraron alguna esperanza; pero esta misma flota se deshizo sin haberles proporcionado utilidad alguna. En tal estado, no pudiendo calmar la justa indignacion de los vencedores, los padecimientos de los vencidos se agravaban mas y mas cada dia, y la nacion entera era juguete de todos los horrores de la guerra. La discordia y la desconfianza mútua cundieron por todo el reino; la consternacion era universal, y los cortos intervalos de reposo que llegaban á obtener, eran comprados á peso de dinero. El único partido que les quedaba á los ingleses era la sumision al monarca danés, jurarle fidelidad, y entregarle rehenes que le garantizasen de su sinceridad.—A. de J. C. 1013—Ethelredo despavorido é incapaz de energía alguna, dejando la Inglaterra en poder de Suenon, su victorioso rival, se escapó á Normandía.

Habiendo muerto este seis semanas despues, creyó Ethelredo favorable la ocasion para restituir la libertad á sus desgraciados súbditos, y así se apresuró á regresar á Inglaterra y á ocupar otra vez el trono. La adversidad debia haberle escarmentado; pero su indolencia, su credulidad y cobardía fueron contínuos obstáculos para que no se reprodujese ninguna especie de prosperidad. Después de haber visto al enemigo apoderarse poco á poco de la mayor parte de su reino y de haber rehusado ponerse á la cabeza de sus tropas y defender la sombra de libertad que todavía quedaba á su pueblo, se retiró á Londres, donde terminó por muerte natural un vergonzoso reinado de treinta y siete años. Dejó dos hijos, y el mayor, Edmundo, heredó un trono sin gloria, é infortunios sin cuento.—A. de J. C. 1016.

Edmundo, llamado Cuerpo de Hierro, á causa de la vigorosa defensa que opuso á sus enemigos, no llegó, á pesar de su valor y la intrepidez de su carácter, ni á obtener la posesion del trono ni á labrar la felicidad de la nacion. Tuvo por adversario al monarca mas poderoso y activo de Europa, que era Canuto, denominado el Grande, quien habia sucedido á Suenon, rey de Dinamarca, y mandaba tambien las fuerzas danesas de Inglaterra. La guerra suscitada entre estos dos soberanos fué sostenida con perseverancia. La primera batalla que se dió fué dudosa: bien pronto le siguió otra en que quedaron victoriosos los daneses. Habiendo llegado el valeroso Edmundo á formar un nuevo ejército, se preparaba para combatir tercera vez; pero cansadas de tantos disturbios las noblezas inglesa y danesa, obligaron á los dos reyes á venir á un arreglo y á consentir en un tratado que dividia el reino en dos porciones iguales. Canuto se reservó las provincias septentrionales y Edmundo conservó la parte meridional. Poco después de este tratado sobrevino la muerte de este príncipe,


Canuto.

que fué asesinado al cabo de un mes en Oxford por dos criados suyos. Este acontecimiento hizo á Canuto señor de todo el reino.

Pero si por una parte se satisfizo la ambicion de este monarca con la posesion de la corona de Inglaterra, por otra fué cruelmente humillado su orgullo con las concesiones que tuvo que hacer, á trueque de obtener la adhesion de los nobles, cuya codicia y ambicion se vió precisado á contentar. Empero á medida que se consolidó su poder, fué cambiando de conducta, y aun llegó á condenar á muerte á muchos señores á quienes sus defecciones al último soberano hicieron odiosos á sus ojos, y los juzgó con razon incapaces de servirle con sinceridad. No mostró menor severidad con respecto al pueblo. Una vez impuso á todo el reino un tributo de setenta y dos mil libras esterlinas, y otra once mil solo á la ciudad de Londres.

Después de consolidar Canuto su nuevo poder á costa de todos los que por su influencia ó riquezas podian oponerle alguna resistencia, trató de desplegar su carácter bajo un aspecto mas agradable, y dió muchas pruebas de clemencia. No sin fundamento representan algunos historiadores á este príncipe como el mas grande hombre de aquel siglo bárbaro, y las sátiras dirigidas contra él por algunos escritores ingleses, mas bien


Puerta normanda en Yorch.

parecen dictadas por odio y por espíritu de preocupacion que por un sentimiento de verdad.

El primer acto de Canuto para reconciliar á los ingleses con su gobierno, fué el de enviar á Dinamarca

á la mayor parte de los daneses que habian ido con él: no hizo distincion alguna entre este pueblo y los ingleses relativamente á la distribucion de la justicia, aunque en una asamblea general de los estados del reino restableció las costumbres sajonas. Confundidas de esta suerte las dos naciones, acabaron por vivir en buena inteligencia, considerándose felices ingleses y daneses, por respirar en paz despues de los disturbios y sangrientas guerras de que habian sido víctimas por tanto tiempo. Para mejor afianzar la union de los pueblos y asegurar completamente su adhesion, el rey se casó con Emma, hermana de Ricardo, duque de Normandía, que en todos tiempos habia acreditado un vivo interés por los ingleses.

No teniendo ya Canuto que temer ninguna revolucion en el interior de su reino, hizo un viaje á Dinamarca para rechazar el ataque del rey de Suecia. El conde inglés Godwin se distinguió mucho en esta espedicion adquiriéndole su valor la brillante reputacion, que fué el fundamento de la inmensa fortuna que logró su casa en los reinados siguientes.

Pronto tuvo que hacer Canuto otro viaje á Dinamarca. Después, dirigiendo sus armas contra la Noruega, echó á Olave de este reino, y le agregó á su imperio; con lo cual era á la vez rey de Inglaterra, de Dinamarca y de Noruega, y fué mirado desde entonces como el príncipe mas poderoso y el guerrero mas valiente de Europa. Sus brillantes hazañas, la fortuna que parecia ser su favorita, y la calma feliz de que gozaba su pueblo, contribuyeron á dulcificar su carácter, naturalmente feroz; de modo que este príncipe, que desde el principio de su reinado dió tantas muestras de severidad, parecia que al fin queria espiar sus antiguas crueldades con obras de penitencia y devocion, edificando iglesias, fundando monasterios, y señalando rentas para la conservacion de muchas capillas. Emprendió tambien una peregrinacion á Roma, donde permaneció bastante tiempo. Además de los diferentes privilegios que obtuvo del papa para las escuelas de Inglaterra, logró que todos los príncipes por cuyos estados pasó renunciasen á los enormes tributos que solian exigir á los peregrinos ingleses.

La piedad que descolló en Canuto en los últimos años de su reinado, y el valor que desplegó en la primera parte de su brillante vida, fuéron dos puntos de que no cesó de ocuparse la adulacion de sus cortesanos, quienes con cierta afectacion decian delante de él que su imperio era supremo, y que todo debia estar sumiso á su menor insinuacion. Incomodado Canuto de tan escesiva lisonja, quiso reprimirla para lo sucesivo: al efecto, segun cuentan, se hizo conducir á la orilla del mar en el momento de subir la marea, y dirigiéndose al líquido elemento dijo: «Tú estás bajo mi »poder, y así yo te ordeno que te retires; la tierra en »que estoy es mia; yo te prohibo que avances mas, y »que te atrevas á humedecer las plantas de tu sobera»no.» Luego permaneció sentado un rato fingiendo estar aguardando que el mar le diese una prueba de sumision; mas como se acrecentasen y empezasen á aproximársele las olas, se volvió á los cortesanos que le rodeaban, y mirándoles con sonrisa les dijo, que los títulos de señor y soberano únicamente eran propios del que ha creado la tierra y los mares, y que él solo tenia facultad de hacer que le obedeciesen. Así vivió muchos años, querido, temido y respetado por su pueblo, y mereció verdaderamente el renombre de *Grande* por su poder, y aun mas por sus virtudes. Murió en Shaftesbury á los diez y nueve años de su reinado, dejando tres hijos, Sweyn, Haroldo y Hardicnute. Swey fué rey de Noruega, Hardicnute se posesionó de Dinamarca, y Haroldo reemplazó á su padre en el trono de Inglaterra.— A. de J. C. 1035.

Haroldo, llamado Piés de liebre, por su ligereza para correr, encontró al subir al trono alguna oposicion de parte de su hermano menor Hardicnute; mas habiendo intervenido los nobles en esta querella, se hizo una transaccion, en que se convino que Haroldo poseyese á Londres y las provincias situadas al norte del Támesis, y Hardicnute las meridionales, y que hasta tanto que pudiese reinar por sí mismo este príncipe, gobernase en su lugar la reina Emma, su madre. Corta fué la duracion de este tratado. Habiendo traido Emma de la Normandía á sus dos hijos mayores, Eduardo y Alfredo, descendientes de los antiguos reyes sajones, hizo Haroldo á este las mas espresivas protestas de amistad, y le obligó con instancias á ir á Londres; pero dió al mismo tiempo órdenes secretas para que se apoderasen de él. Seiscientas personas de su comitiva fuéron asesinadas de la manera mas bárbara, y hecho prisionero Alfredo, le sacaron los ojos y le encerraron en el monasterio de Ely, donde falleció al poco tiempo. Apenas supieron Eduardo y Emma la suerte del desgraciado príncipe, se apresuraron á huir al continente, y no encontrando ya Haroldo oposicion alguna, se apoderó de todo el reino.

No gozó largo tiempo del fruto de su perfidia, pues falleció al cabo de cuatro años con muy poco pesar de sus súbditos, dejando la corona á su hermano.— A. de J. C. 1039.

El derecho de Hardicnute á la corona fué unánimemente reconocido por los ingleses y daneses, y así este príncipe se apresuró á presentarse en Inglaterra, donde fué recibido con las mayores demostraciones de alegria. Pero apenas se concluyó la ceremonia de su coronacion, dió una prueba de su impiedad y mala índole, profanando el cuerpo de su hermano del modo mas bárbaro. Despues de exhumarlo mandó que le cortasen la cabeza y le arrojasen al Támesis. Habiendo sido hallado el cadáver por un pescador, fué enterrado de nuevo; pero tan luego como el rey lo supo, le hizo desenterrar segunda vez y volverle á arrojar al rio. Tan abominable accion no tuvo el éxito que esperaba, porque sobrenadaron los restos mortales y fueron por fin sepultados con tanto sigilo, que el rey nada pudo averiguar.

Despues impuso una exorbitante contribucion para pagar los gastos de su viaje de Dinamarca á Inglaterra, contribucion tanto mas escandalosa, cuanto que el reino se veia amenazado entonces por el hambre. Quien mas eficazmente le ayudó en estos actos de rigor fué Godwin, duque de Wessex, que en el anterior reinado habia sido vil instrumento de la perfidia y opresion de Haroldo. No le puso al duque su baja adhesion á Hardicnute al abrigo del resentimiento de la reina Emma, que tenia muchos motivos para creer que él habia contribuido á la muerte del príncipe Alfredo, su hijo; por lo cual llegó ella á conseguir que Alfrico, arzobispo de Yorck, le acusase de complicidad en este asesinato, y pidiese justicia contra su crímen. Godwin halló medio de burlar el peligro que le amenazaba, halagando la avaricia del rey, á quien ofreció una magnífica galera adornada preciosamente, y dirigida por ochenta remeros, cada uno de los cuales llevaba un brazalete de oro de diez y seis onzas de peso. Encantado el rey con tal regalo, permitió á Godwin que se justificase por juramento, y este audaz malvado juró que ninguna parte habia tenido en la muerte de Alfredo.

Afortunadamente para los ingleses, este violento é injusto reinado no fué sino de corta duracion, porque Hardicnute murió á los dos años en Lambeth, á consecuencia de un hartazgo en las bodas de un señor danés. Lejos de ser llorada su muerte, la celebró el pueblo con regocijos y burlas; y el aniversario de Hardicnute fué designado con el nombre de Hock-Holiday, *ó dia santo de fiesta* (1).

Eduardo—A. de J. C. 1041—llamado el Confesor

(1) Esta fiesta fué instituida, segun Hume, al principio del reinado de Eduardo el Confesor, en celebridad del triunfo del partido inglés sobre el danés.

por causa de su estremada piedad, tenia muchos rivales con mas derecho que él á la corona. Existian descendientes directos de la casa sajona; y aunque muy distantes de Inglaterra por tener su domicilio en Hungría, podian sin embargo reclamar el trono como he-



Eduardo.

rencia suya. Sweyn, hijo primogénito de Canuto, vivia aun, pero estaba ocupado á la sazon en la guerra que mantenia contra Noruega. Era pues peligrosa para Eduardo cualquiera dilacion en asegurarse la posesion del cetro, y así debia adelantarse á sus contrarios, que se le podian disputar con justicia. Pero aunque su poder era grande, no bastaba para conseguir su objeto; se vió precisado por tanto á recurrir á Godwin, cuyo poderoso influjo era lo único que le podia asegurar la victoria. Hacia largo tiempo que era este personaje enemigo de la casa de Eduardo; pero reflexionando entonces que convenia á sus intereses abrazar su partido, mudó de conducta, y resolvió colocar la corona sobre la cabeza de este príncipe.

Los ingleses, que gemian tanto tiempo hacia bajo el yugo estranjero, no pudieron contener su alegría al ver restablecida sobre el trono la raza de sus antiguos reyes (1). Su entusiasmo llegó á motivar algunas tropelías contra los daneses; pero el carácter dulce del nuevo monarca logró apaciguar estos trastornos, y poner en armonía las dos naciones. Fué desapareciendo poco á poco toda clase de diferencia entre estas dos razas, y al cabo de doscientos años de discordia volvió por fin á aparecer la paz y á restablecerse el órden. La estancia de los daneses en Inglaterra no produjo cambio ninguno en las leyes, costumbres, idioma, ni en la religion del pais; y no quedan en el dia mas restos de su dominacion que los castillos que edificaron y algunas familias que conservan aun sus apellidos. Cuando los normandos vinieron posteriormente á sojuzgar á su vez á estas dos naciones, se unieron ambas con mas intimidad que nunca, y formando desde entonces un solo pueblo, deja la historia de hacer desde esta época distincion ninguna entre ellas.

Los primeros actos de este reinado le dan una apariencia de estremado rigor, porque se apoderó de todas las donaciones hechas por los reyes anteriores, y mandó encerrar en un monasterio á su madre Emma, que no habia cesado de intrigar contra él.

Educado en la corte de Normandía, mostraba en todas ocasiones una predileccion muy marcada por las costumbres, leyes, y hasta por los naturales de aquel pais. Nunca pudo tener cariño ninguno á su muger Editha, hija de Godwin; y bien fuese por una piedad mal entendida, ó por efecto de una invencible repugnancia, se negó constantemente á hacer uso con ella de los privilegios del matrimonio (2).

(1) No solo se concluyó entonces la dominacion danesa, sino tambien las invasiones de este pueblo. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(2) Por haber guardado esta continencia ha sido colocado en el catálogo de los santos. Se dice asimismo que hacia milagros, que volvia la vista á los ciegos, etc. Pero esta mal entendida virginidad dió origen á una infinidad de desgracias que cayeron sobre el reino. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

Cualquiera que fuese la opinion que hubiera formado el pueblo de la conducta del rey, es lo cierto que Godwin volvió á ser enemigo suyo, y jefe de la oposicion que no tardó en manifestarse contra el monarca. Aquel señor, cuyo poder habia crecido demasiado, principió á quejarse públicamente de la influencia de los normandos en los negocios, y bien pronto se manifestó ostensiblemente el odio que les profesaba. Eustaquio, conde de Boloña, y cuñado de Eduardo, habia venido á la corte de Inglaterra á visitar al rey, y fué recibido con las mayores muestras de honor y consideracion. A su vuelta quiso detenerse en Douvres, y envió á uno de su comitiva á prepararle alojamiento; se suscitó una riña entre este y los vecinos de la ciudad, y el criado del conde fué muerto en la disputa. Ofendido este por semejante atentado, intentó vengarse con ayuda de los de su comitiva; pero habiendo tomado los habitantes las armas, no tardaron en venir á las manos, animados unos y otros de igual furor. Despues de un sangriento y obstinado combate, se vió precisado el conde á emprender la fuga con la pérdida de unos veinte hombres, á cuyo número ascendió tambien la de los otros.

Irritado por esto que calificaba de insulto el conde de Boloña, volvió á la corte que estaba entonces en Gloucester, y pidió justicia al rey. Acogió Eduardo con gran ardor las quejas de su cuñado; envió á llamar á Godwin que estaba encargado del gobierno de Douvres, y le mandó presentarse inmediatamente allí, y castigar á los habitantes por el crímen que acababan de cometer. Encontró Godwin en esta órden una circunstancia favorable para sus proyectos, y no dejó de aprovecharse prontamente de ella, y asegurar el favor del pueblo; se negó por tanto á obedecer los mandatos del rey, y se declaró en abierta rebelion contra él.

Trasladóse bajo el pretesto de reprimir algunos desórdenes á las fronteras del pais de Gales, y reunió secretamente en él un ejército considerable, con el cual intentó sorprender al rey, que se hallaba en Gloucester sin el menor recelo de lo que se tramaba contra él. Pero informado Eduardo de la traicion de Godwin, se apresuró á reunir con sigilo las fuerzas que creyó necesarias; procuró ganar tiempo entre tanto con fingidas negociaciones, y tan luego como se vió en estado de defenderse, cambió repentinamente de lenguaje, y atacó á Godwin, quien viéndose en la imposibilidad de resistir á las fuerzas superiores del monarca, licenció sus tropas, y se apresuró á buscar un asilo en los estados de Baudoin, conde de Flandes. Sus bienes, que eran de gran cuantía, fueron confiscados lo mismo que los de sus hijos, y pareció que se desvanecia por el momento el lustre de esta familia.

Pero era demasiado sólido el prestigio de este potentado para desaparecer tan fácilmente. Apoyó su causa el conde de Flandes, y puesto Godwin á la cabeza de una formidable armada, desembarcó en la isla de Wight (1), adonde fué á reunírsele su hijo Haroldo con una escuadra que habia juntado en Irlanda. Se le incorporó igualmente un gran número de sus partidarios y vasallos, y haciéndose á la vela hácia el Támesis, se presentó de improviso delante de Londres, llenando de terror y confusion á sus habitantes. El rey fué el único que en esta ocasion se mostró resuelto á defenderse. La nobleza, cuya mayor parte era adicta á Godwin, logró hacer un convenio, por el cual se estipuló que Eduardo alejaría del reino á todos los empleados estranjeros, entre quienes se contaba el Primado, y que Godwin daria rehenes para garantía de su buena conducta futura; pero la muerte de este rebelde, ocurrida poco despues (2), impidió la realizacion de

(1) Situada en la costa meridional de Inglaterra, y que hacia parte del Hampshire, pequeño reino en otro tiempo.

(2) Estando comiendo un dia con el rey al tiempo que se hablaba de la muerte del príncipe Alfredo, observó que Eduardo le miraba suspirando. Entonces dijo Godwin que siempre habia

semejante tratado, que dejaba reducida casi á la nada la autoridad del rey.—A. de J. C. 1053.

El poder y las plazas de Godwin pasaron á su hijo Haroldo que le igualaba en ambicion, y le escedia en virtud y mérito. Su conducta dulce y afable logró estinguir el odio que desde muy atrás abrigaba Eduardo contra su familia, y le atrajo, si no el aprecio de este príncipe, cuando menos su benevolencia. Con su generosidad y graciosos modales adquirió Haroldo el afecto de su pueblo, y no contribuyó poco á aumentarle mas y mas cada dia la modestia con que parecia ejercer su influencia. Con tan hábil conducta no solo llegó á derribar á Algar, duque de Merci, á quien el rey le opuso como rival, sino que obtuvo para su hermano Tosti el ducado de Northumberland despues de la muerte de Siward, que por mucho tiempo gobernó con gloria esta provincia.

Así resultó que con su sagacidad, su poder y su verdadero mérito cautivó tanto Haroldo el favor del pueblo, que se empezó á designarle como el mas digno de suceder al monarca reinante.

Un rumor de tal naturaleza no podia menos de causar á Eduardo violento disgusto; y así siempre que pensaba en escoger su sucesor en la familia de Godwin, sentia estremada repugnancia. Atormentado por la inquietud que le ocasionaba la prodigiosa influencia de Haroldo, llamó de Hungría á su sobrino Eduardo, descendiente directo de los reyes sajones. Este príncipe marchó al instante;—A. de J. C. 1057—pero murió apenas puso los piés en Inglaterra. Sus derechos pasaron á su hijo Edgar-Atheling, que era demasiado jóven todavía para reinar, y de carácter débil é inactivo para que prometiese nada de bueno al pueblo que era llamado á gobernar. A pesar de que los pocos años y la inesperiencia de Edgar ofrecian nuevas dificultades, temiendo el rey la ambicion de Haroldo, no podia resolverse á aumentar la importancia de una familia que se habia elevado sobre las ruinas de la autoridad real, y manchado con la sangre de su mismo hermano. Cuéntase que en medio de esta incertidumbre puso los ojos en Guillermo, duque de Normandía, y que estuvo á punto de designarle como el mas á propósito para que le reemplazase.

Haroldo sin embargo no desperdiciaba ocasion alguna de patentizar al rey su sumision y respeto; pero redoblaba tambien su afabilidad con el pueblo, aumentando así su prestigio y preparando hábilmente el camino que debia conducirle al trono. Hasta la fortuna favorecia al parecer sus designios, pues dos acontecimientos que tuvieron lugar en esta época, contribuyeron á afirmarle mas y mas el favor popular, que con tanto ardor buscaba hacia mucho tiempo.

El primero fué el brillante triunfo que obtuvo contra los galos que habian renovado sus hostilidades á las órdenes del príncipe Griffith á quien hizo tributario de la corona. El segundo no fué menos honorífico para él. Su hermano Tosti, que habia sido nombrado gobernador de Northumberland, exasperó de tal modo al pueblo con su tiranía, que se alzó contra él y le arrojó del gobierno. Informado el rey de esta insurreccion, dió órden á Haroldo para que repusiese á su hermano en su cargo y castigase á los insurgentes. Preparábase Haroldo á la cabeza de un ejército á vengar el insulto hecho á Tosti, cuando una diputacion enviada por el pueblo que fuera gobernado con tanta dureza, salió á protestarle que ellos no habian tenido intencion alguna de rebelarse, y que solo habian tomado las armas para libertarse de la crueldad é injusticia de su gobernador. Le enumeraron las estorsiones de que habian sido víctimas, y los padecimientos que les acarrearon las arbitrariedades de su hermano; y habiéndole dado las pruebas mas inequívocas de las violencias de este, apelaron á la justicia y equidad del mismo Haroldo, quien convencido de las demasías del gobernador, sacrificó á su deber el cariño fraternal, y no solo alcanzó del rey el perdon de los insurrectos, sino que tambien logró que confirmase la eleccion de jefe que habian hecho. Desde este momento fué Haroldo el ídolo del pueblo; y es necesario confesar que su carácter y conducta contribuyeron á justificar tal entusiasmo, y que sus virtudes hubieran sido realmente acreedoras á la admiracion de los ingleses, si no hubiesen tenido por orígen una ambicion desmesurada.

Seguro Haroldo del afecto de los ingleses, dejó de ocultar por mas tiempo sus secretos designios, y manifestó claramente su deseo de poseer la corona. Esforzábase en insinuar, siempre que tenia ocasion, que el presunto heredero del trono era por su edad y cortos alcances incapaz de regir un reino, que solo podia ser confiado á un hombre maduro y esperimentado, y de una integridad acreditada.

Añadia que únicamente un monarca nacido en Inglaterra podia mandar á los ingleses, y que tan solo un guerrero hábil podia ser capaz de defenderlos contra los enemigos estranjeros, que diariamente los estaban amenazando. Fácil era conocer el objeto que tenian semejantes discursos, y lejos de desaprobar las intenciones de Haroldo, esforzábanse todos en secundar y aprobar sus designios.

Agobiado Eduardo por la edad y las enfermedades, é imbuido su espíritu en todas las ideas supersticiosas, propias de su siglo, no dejaba de conocer, sin embargo, el peligro á que estaba espuesto su gobierno; pero carecia de la energía y resolucion necesarias para remediar semejantes males, y las insuficientes medidas que tomó, relativamente á la sucesion del trono, no produjeron resultado alguno. Sorprendióle una enfermedad en medio de todas estas incertidumbres, y murió el 5 de enero á los sesenta y cinco años de edad y veinticinco de su reinado.—A. de J. C. 1066.

Este príncipe, á quien honraron los monjes con los nombres de *Santo* y *Confesor*, solo tuvo débiles títulos á semejantes distinciones. El que mas acreedor le hizo á la santidad fué la falta total de pasiones, que nunca tuvo ocasion de combatir, ni la gloria de vencer. La indolencia, la irresolucion y la credulidad fueron los rasgos mas notables de su carácter, y mas que á su energía debió á la debilidad de sus enemigos la tranquilidad de su reino. En suma, Eduardo tuvo pocas virtudes propias de un rey, pero tampoco tuvo vicio alguno notable, y no dejó en pos de sí recuerdo ninguno capaz de empañar su memoria. Es el primer rey que por su supuesta santidad pasa por haber tenido el privilegio de tocar los lamparones y curarlos (1).

Elevado Haroldo al trono tanto por sus virtudes como por sus intrigas, no encontró al subir oposicion de ningun género. Secundaron sus pretensiones los ciudadanos de Londres, partidarios de la monarquía electiva: el clero abrazó su causa con ardor, y el pue-

sido muy fiel á la casa real, y que no era capaz de haber tenido participacion en aquel parricidio, y añadió que pedia á Dios que le ahogara con el bocado que tenia en la boca si no era verdad lo que decia. Su sentencia fué ejecutada sobre la marcha; porque queriendo el cielo castigar este perjurio, cayó muerto al instante.

(1) Los reyes de Francia tenian el privilegio de tocar los lamparones y de curarlos, segun cuentan. Por esta razon se llamaba este mal el *mal del rey*. Santo Tomás de Aquino atribuye esta prerogativa á la santa redoma enviada del cielo para el rey Clovis. Los reyes de Inglaterra, rivales siempre de los de Francia, quisieron tener el mismo derecho. Eduardo III curaba todos los escrofulosos. La reina Isabel tocó á un católico y le curó á pesar de estar escomulgada. Jacobo I tocó al marqués de Tresnel, embajador de Francia; y Jacobo II hizo con honor la misma operacion en San Germain-en-Laye. Despues de la reina Ana los príncipes ingleses no volvieron á tocar lamparones. Brompton, con la aprobacion de Godescart, hizo remontar este privilegio hasta San Eduardo el Confesor, y Shakespeare ha hecho mencion en una de sus comedias de este milagro. Se guarda tambien en Westminster el anillo de este santo rey, con el cual curaba los calambres y epilepsias.

blo, que hacia mucho tiempo le amaba, le reconoció con alegría por su soberano. Mostróse Haroldo digno de esta confianza general, por los primeros actos de su reinado y por las eficaces medidas que tomó para que se administrase justicia con imparcialidad; ordenó que fuesen revisadas las leyes y reformados los abusos; que fueran castigados los perturbadores del reposo público, como tambien los que se habian aprovechado de la debilidad del reinado anterior para enriquecerse. Sin embargo, ni su valor, ni su justicia, ni el amor de sus súbditos pudieron evitarle las desgraciadas consecuencias de una usurpacion.

Los primeros ataques contra su autoridad tuvieron orígen en su hermano Tosti, que se habia refugiado en Flandes, y que envidioso de su elevacion, se esforzó todo lo que pudo para inducir á los príncipes del continente á que formasen una liga contra Haroldo, al que presentaba como tirano y usurpador. Obtuvo al mismo tiempo del conde de Flandes muchos buques, y despues de haber hecho un desembarco en la isla Wight, que hizo tributaria, asoló toda la costa; pero habiéndole salido al encuentro Morcar que le habia sucedido en el gobierno de Northumberland, fué batido y completamente derrotado.

No tardó en encontrar auxilios en Harfagar, rey de Noruega, quien se presentó en la embocadura del rio Humbert con una flota de doscientas velas, y logró reunir las dispersas tropas de Tosti. En vano intentaron oponerse á sus progresos los condes de Merci y Northumberland con nuevas tropas que levantaron, pues fueron derrotados prontamente, y York cayó en poder del enemigo.

Informado Haroldo de este desastre, se apresuró á reunir su ejército y á marchar al socorro de sus súbditos, á quienes espresó el mas ardiente deseo de mostrarse digno de su amor. Habia dado demasiadas pruebas de justicia y prudencia en la administracion de su reino, para que ninguno dejase de alistarse prontamente en sus banderas. Tan luego como alcanzó al enemigo en Stanford, se preparó para dar la batalla. Sangriento fué el combate, pero quedó la victoria por Haroldo, y los noruegos fueron completamente desbaratados, muriendo su rey Harfagar así como Tosti en el campo de batalla. Los que se escaparon debieron su salvacion al valor de un esforzado noruego, quien, segun cuentan, defendió él solo un puente sobre el Derwent y detuvo al ejército inglés, matando cuarenta de los soldados mas valientes con su hacha de armas; pero al cabo fué herido de un flechazo, y murió en el campo de batalla.



Juramento de Haroldo (1).

Prosiguiendo Haroldo su victoria, se apoderó de la flota noruega, que estaba en el rio Housse; teniendo la generosidad de dar libertad á Olave, hijo de Harfagar, y le concedió hasta veinte navíos para su regreso. Nunca se habia visto en Inglaterra una batalla tan importante ni tan terrible, porque cada ejército se componia de sesenta mil hombres. La noticia de esta victoria causó en todo el reino inesplicable alegría, hallándose orgullosos los ingleses por tener un monarca que tanto celo mostraba por defenderlos y vengarlos de los insultos que se les dirigian. Así es que fué recibido con gran entusiasmo; pero cuando se regocijaban por este triunfo, llegó la noticia de una invasion la mas formidable que hasta entonces hubo contra Inglaterra. Guillermo, duque de Normandía, acababa de desembarcar en Hastings á la cabeza de un numeroso ejército, compuesto de los soldados mejor disciplinados, y se presentaba reclamando el trono de Inglaterra.—Año de Jesucristo 1066, 29 de setiembre.

Guillermo, llamado después el Conquistador, era hijo natural de Roberto, duque de Normandía, y de una hermosa jóven de Falesia, llamada Arleta, de quien se enamoró este viéndola pasar por debajo de su ventana. Guillermo, que fué el fruto de este amor, debió su elevacion á su nacimiento, y principalmente á su mérito personal, porque estaba dotado por la naturaleza de estraordinario vigor de espíritu y cuerpo, de incomparable valor y de bella y noble alma. Imbuido el anciano duque Roberto en todas las preocupaciones de su siglo, como la mayor parte de los príncipes contemporáneos, pensó contra la opinion de toda su nobleza, en hacer una peregrinacion á Jerusalen. Resuelto á ejecutar su proyecto, lejos de escuchar las representaciones de sus súbditos, les mostró á su hijo Guillermo, á quien amaba tiernamente, y les recomendó á sus cuidados, exigiéndoles juramento de que le serian fieles. Como el príncipe no tenia mas que diez años de edad, le puso bajo la tutela del rey de Francia, y al poco tiempo partió para la Palestina, de donde no habia de volver nunca, dejando al jóven Guillermo un trono rodeado de peligros que debian aumentarse con su juventud, su inesperiencia y la ilegitimidad de su nacimiento.

Efectivamente, fué muy agitada la minoría de este príncipe con los disturbios, las intrigas y las diversas oposiciones que se suscitaron; de suerte que á duras penas pudo la regencia nombrada por Roberto defender al gobierno contra tantos males reunidos. Así el jóven príncipe llegó á la mayor edad sin haber triunfado de ninguno de los obstáculos que le colocaban en situacion tan embarazosa; pero las grandes cualidades que desplegó inesperadamente en todos los asuntos y en el campo de batalla, reanimaron muy luego el valor de sus partidarios y llenaron de terror á sus enemigos. Opúsose simultáneamente á los ataques de sus súbditos rebeldes y á las invasiones estranjeras, y su acendrado valor, con la ayuda de una prudencia admirable, no tardó en hacerle triunfar de todos sus adversarios.

Habiendo logrado Guillermo restablecer la tranquilidad en sus estados, comenzó á llevar mas lejos sus miras. Algunas insinuaciones que le habia hecho Eduardo el Confesor en los últimos años de su reinado sobre la incertidumbre en que estaba con respecto á la eleccion de sucesor, despertaron su ambicion haciéndole concebir el deseo de conquistar el trono de Inglaterra.

Está poco averiguado si Eduardo designó en realidad á Guillermo para sucederle, á pesar de sus incesantes pretensiones. Lo que no admite duda es que Ha-

(1) Al subir al trono Haroldo esperimentó una fuerte oposicion por parte de Guillermo, duque de Normandía, que alegaba que le pertenecia la corona porque se la habia legado Eduardo el Confesor. Despues de todas sus gestiones apeló á la lealtad de Haroldo para que jurase si era cierto que una vez que estuvo en Normandía habia prometido sostener las reclamaciones del duque. Haroldo prestó el juramento sobre unas cajas cubiertas con tapices, sin saber que contenian unas reliquias, y de este modo al asegurar en sus sienes la corona cometió un acto de monstruosa impiedad. Este hecho se halla representado en una tapiceria que se halla en Normandía, de que es copia este grabado.

roldo se vió obligado, en el viaje que hizo á las costas de Normandía con el objeto de ver á este príncipe, á reconocer sus derechos y á prometer su cooperacion para los indicados proyectos de conquista. Haroldo sin embargo habia avanzado demasiado en el camino de la ambicion para retroceder, y así no se creyó comprometido á cumplir la promesa que se le habia exigido; por lo cual, cuando el duque de Normandía le pidió cuenta de su infidelidad, le declaró que la promesa le fué arrancada en momentos en que carecia de libertad para rehusarle cosa alguna (1).

Fundando pues Guillermo sus derechos de sucesion principalmente en la designacion hecha á su favor por Eduardo el Confesor cuando visitó á este monarca, se preparó al saber su muerte, á sostener las pretensiones que Haroldo rehusaba admitir, recurriendo á la fuerza para asegurar lo que habia empezado á obtener por sus intrigas, toda vez que ya no habia otro medio de terminar la contienda que el de las armas. Al efecto ordenó á sus súbditos que se aprestasen para la marcha.

Hacia mucho tiempo que los normandos eran muy afamados entre todos los guerreros de Europa, de suerte que en esta época habian llegado ya al apogeo de la gloria militar. La corte de Guillermo era el centro de la cultura; y así todos los que ansiaban obtener alto renombre corrieron á servir á las órdenes de jefe tan valiente. Bien pronto se difundió por todo el continente el rumor de la invasion proyectada, y en su consecuencia multitud de hombres distinguidos por sus talentos y su nacimiento, se apresuraron á porfía á ofrecer sus servicios á este príncipe, que llegó á verse embarazado por tan grande número de valientes guerreros. No fué el último el mismo papa en favorecer las pretensiones del duque; pues sea que le hubiese engañado la aparente justicia de los derechos de este, ó sea que hubiese concebido esperanzas de aumentar su poder con el nuevo gobierno, no vaciló en declarar usurpador á Haroldo, lanzando una bula de excomunion contra él y sus partidarios, y enviando al duque de Normandía una bandera consagrada (2) á fin de acrecentar su confianza y su ardimiento.



Todo parecia favorecer los planes de Guillermo, quien se encontraba á la cabeza de un ejército de lo mas florido, compuesto de sesenta mil hombres equipados completa y brillantemente. Eran tales la disciplina de las tropas, la hermosura de los caballos, el brillo de las armaduras y del uniforme militar, que nunca se habia visto cosa semejante en Europa. Embarcóse este numeroso y lucido ejército á principios del estío en una escuadra de tres mil buques, y despues de haber estado detenido algun tiempo por la contrariedad de los vientos, abordó en Penvensey, en la costa de Sussex. Segun cuentan, Guillermo tropezó y cayó al echar pié á tierra (1); mas lejos de mostrarse turbado por este accidente que podia producir una funesta impresion en los supersticiosos normandos, tuvo bastante serenidad para esclamar que ya *tomaba posesion del pais.*

Lejos de imitar á todos los vándalos conquistadores á que hacia mucho tiempo estaba acostumbrada la Inglaterra, no manifestó Guillermo intencion alguna de saquear el país en que acababa de penetrar; y así, despues de formar sus campamentos, estuvo muy tranquilo cerca de quince dias, ora que quisiese dejar descansar á sus tropas, ora que tuviese deseos de conocer la opinion del pueblo relativamente á sus pretensiones á la corona de Inglaterra. Envió su escuadra á Normandía con el objeto de cerrar todos los puntos de huida á los cobardes; avanzó hácia Hastings costeando la orilla del mar; y apenas llegó hizo publicar un manifiesto declarando los motivos que le habian hecho emprender aquella espedicion.

No tardó en salir de su aparente reposo por la aproximacion de Haroldo que se presentaba resuelto á defender vigorosamente sus derechos y á no dejarse despojar de una soberanía que habia recibido del pueblo, único que, segun él decia, tenia facultad de darla á quien juzgase digno de ella. Avanzaba este envalentonado por la victoria que acababa de conseguir de los noruegos, trayendo tras de sí numerosos batallones con el aumento de todos los que pudo atraer á su causa en los diferentes países que atravesó, y su ejército se componia de soldados activos y valientes, cuyo ardor era estremado, contando tambien con su acreditada fidelidad. Por otra parte las fuerzas de Guillermo se componian de los mejores mozos del continente, y corrieron á alistarse en sus banderas los guerreros mas célebres de la Bretaña, de Boloña, de Flandes, del Poitou, del Maine, de Orleans, de la Francia y de la Normandía. Nunca, ni antes ni despues, fué disputada la corona de Inglaterra por ejércitos tan formidables.

La víspera de la batalla hizo Guillermo á Haroldo la proposicion de terminar la contienda por un combate singular, á fin de economizar la sangre de tantos millares de hombres; pero Haroldo la rehusó, y respondió

(1) «Ya que consientes en servírme, le dijo Guillermo, es »menester que te comprometas á fortificar el castillo de Douvres, »á abrir en él un pozo de agua permanente, y á entregarlo todo »á mis soldados: es tambien preciso que me des á tu hermana »para que se case con uno de mis barones, y que tú mismo te »desposes con mi hija Adela; además quiero que al despedirte »me dejes para seguridad de tu promesa uno de los dos rehenes »que me reclamas, el cual permanecerá bajo mi custodia y te le »devolveré en Inglaterra cuando me presente como rey.» Haroldo conoció por estas palabras el peligro en que se hallaba: para salir de la dificultad accedió verbalmente á las exigencias del normàndo; y asi resultó que el que habia tomado dos veces las armas para arrojar á los estranjeros de su país, prometió entregar á un estranjero la fortaleza principal del mismo país, con la reserva de faltar mas adelante á tan indigno compromiso creyendo comprar con una mentira su salud y reposo. *(Aug. Thierry.)*

(2) Con un cabello de San Pedro. Este papa era Alejandro II.

(1) ¡Dios nos ampare! Esta es mala señal, esclamó su gente al verle caer; pero Guillermo, levantándose al instante, dijo: ¿Qué es eso? ¿qué es lo que os sorprende? He asido esta tierra con mis manos, y con el favor de Dios; todo lo que hay en ella es vuestro. Esta agudeza desvaneció al momento el efecto de los malos presagios. *(Aug. Thierry.)*

con arrogancia que él dejaba al Dios de los ejércitos el cuidado de decidir la cuestion. Dispusiéronse ambas partes con igual ardimiento á desplegar su valor, esperando con impaciencia el momento del combate. Los ingleses pasaron la noche en la mayor algazara y desórden, y los normandos en oraciones y actos de devocion.

Al amanecer formaron en batalla los dos ejércitos y se prepararon al combate. Haroldo capitaneaba á pié á sus tropas, y estimulaba su valor participando de los mismos peligros. Guillermo iba á caballo y conducia á sus valientes soldados cantando el himno guerrero de Orlando, uno de los héroes de su país.

Principiaron el combate los normandos por una nube de flechas que llenando á los ingleses de sorpresa y espanto, sembró el desórden entre ellos, y como sus filas estaban muy cerradas, casi todos los tiros eran mortales. Habiéndose acercado mucho los combatientes, en pocos momentos destrozaron los ingleses á los normandos con los golpes de sus alabardas. Reinaban el terror y la confusion en las filas de estos; mas Guillermo, viendo el peligro, voló con un cuerpo escogido al socorro de los suyos, á quienes reanimó su sola presencia y restableció el combate. Recorria tambien sus filas, y hacia tantos esfuerzos por penetrar en las de los enemigos, que le mataron tres caballos. Viendo que la línea inglesa continuaba siendo impenetrable, fingió una retirada con la cual logró el éxito que esperaba: los ingleses rompieron sus líneas, y Guillermo, aprovechando esta ventaja, esparció de nuevo el desórden entre ellos, haciendo que á una señal convenida volviesen á la carga los normandos y se lanzasen con furor sobre los ingleses, á quienes persiguieron hasta las montañas. Reducido Haroldo al último estremo, se esforzó todavía en reunir sus tropas y en inspirarlas nuevo ardor; y aunque estaba agobiado de fatiga, reapareció á la cabeza de los soldados de Kent obligándoles con su valor é intrepidez á recobrar el puesto del honor. Aun entonces pareció por algunos momentos que la victoria se pronunciaba en su favor, y un gran número de normandos quedaron en el campo de batalla. Igual bravura y constancia se manifestaron de una y otra parte, no cesando los jefes de reanimar con su ejemplo el ardor de sus soldados cuando parecia que se apagaba.

La fortuna, incierta hasta entonces, como si hubiese tenido dificultad en escoger entre dos héroes tan valientes el uno como el otro, se pronunció al fin de un modo decisivo: habiéndose lanzado Haroldo contra la infantería normanda, fué atravesado por una flecha, alcanzando igual suerte á dos hermanos suyos que combatian á su lado y no habian cesado de distinguirse por su intrepidez. Haroldo cayó con la espada en la



mano en medio de una multitud de muertos y moribundos, lo cual fué causa de que se reconociese con dificultad su cadáver despues de la batalla. No bien se supo su muerte, cuando abandonó el valor á los ingleses, quienes cedieron el terreno por todas partes y fueron perseguidos por los victoriosos normandos que hicieron en ellos horrible carnicería. El triunfo pues de esta memorable batalla que duró desde el amanecer hasta el anochecer, fué enteramente de los estranjeros, siendo la corona de Inglaterra la recompensa del vencedor.—A. de J. C. 1066, 14 de octubre.—Perecieron quince mil normandos, y aun fué mucho mas considerable la pérdida de los ingleses. Al dia siguiente le presentaron el cuerpo de Haroldo á Guillermo, y este le envió generosamente á su madre sin pedirle rescate alguno.

En esta época es cuando desapareció de Inglaterra la disnatía sajona que llevaba mas de seiscientos años de dominacion. Es digno de notar que hasta el reinado de Alfredo, los reyes de esta raza estuvieron sumidos en la mas grosera ignorancia, y que despues de él parece que los cegaron y subyugaron completamente la supersticion é influencia de los monjes. En todo este tiempo puede decirse que no era electiva ni hereditaria del todo la corona; y así unas veces recaia en el sucesor designado por el precedente monarca, y otras en quien por sus servicios al estado, ó por sus intrigas é influencia lograba ser elevado al trono. Los sajones conservaron una gran parte de las leyes y costumbres de sus ascendientes los germanos, y tambien adoptaron gran número de las. que encontraron establecidas entre los bretones por los romanos. A imitacion de estas diferentes naciones tomaron los soberanos el nombre de reyes, y algunos el de *basileo*; palabra griega cuya significacion era desconocida en el país que ocupaban. Los nobles se apropiaron como los romanos el título de *duques*, así como el derecho de vender y comprar las clases pobres del pueblo. Esta bárbara costumbre, introducida por los griegos y romanos, fué adoptada por las naciones subyugadas por ellos.

El derecho canónico, frecuentemente en contradiccion con la autoridad civil, traia tambien su orígen de Roma: los sacerdotes y los monjes que se esforzaban por mantenerlo habian sido en su mayor parte educados en



Abadía de la Batalla (1).

esta ciudad. No se deben pues atribuir á los sajones las leyes y costumbres que durante su dominacion rigieron en Inglaterra, puesto que gran número de ellas se derivan de los bretones y romanos; mas todas ellas, cualquiera que fuese su orígen, fueron abandonadas y reemplazadas por instituciones normandas á la caida de la monarquía sajona. Cambió enteramente el aspecto de las cosas, y los nuevos señores establecieron nuevos preceptos; las leyes fuéron corregidas y mejoradas; pero trascurrieron mas de cuatrocientos años antes que reapareciese el gusto del pueblo inglés por las artes, las ciencias y la filosofía. Es sorprendente que á pesar de la série de tantos acontecimientos, de tantas innovaciones en la disciplina militar, y de tantos cambios de gobierno, hubiese hecho la civilizacion tan pocos progresos. La causa de ello fué quizá la autoridad sin limi-

(1) Fué fundada por Guillermo en conmemoracion de esta batalla.

tes de la Iglesia, por cuanto dominado el pueblo por la influencia absoluta del clero, no investigaba mas que los conocimientos que este le permitia adquirir, y temia las luces que se le enseñaba á mirar como peligrosas. Esta supersticion é ignorancia fueron la causa de que los hombres permanecieran por mucho tiempo incapaces de juzgar y apreciar la dignidad de su naturaleza, mientras que solo el clero estuvo en plena posesion de una instruccion de que sacó mucho partido. Un monje del décimo siglo era tan á propósito como uno del diez y ocho para propagar y esparcir, si hubiera querido, las primeras luces que pueden iniciar al hombre en el conocimiento de sí mismo, y descubrirle los secretos de la naturaleza.

CAPITULO V.

GUILLERMO EL CONQUISTADOR.

(Desde el año de J. C. 1066 al de 1087.)

Difícil seria pintar la consternacion de los ingleses despues de la batalla de Hastings. La muerte de su rey, la matanza de la flor de su nobleza, y la dispersion del ejército entero, pusieron el colmo á su desesperacion;



Guillermo.

y no les quedó otro recurso para lo sucesivo que el de someterse humildes al vencedor, quien sabiendo el espanto de los vencidos, se saboreó mucho con las delicias de la victoria. Despues de perseguir á los fugitivos, y conceder algun descanso á sus soldados, puso Guillermo sitio á Douvres (1), de cuya plaza se apoderó tras de una débil resistencia, y luego la fortificó con nuevos reductos. En seguida se dirigió á Londres, y solo su presencia bastó para sembrar en esta ciudad la confusion y el miedo. Vacilaron por algun tiempo sus habitantes entre el temor y la fidelidad á su soberano; pero no viendo á nadie que con su valor ó autoridad pudiese defender su independencia, se sometieron á la ley de la necesidad.

Edgar-Ateling, heredero legítimo del trono, era un príncipe débil, tan desprovisto de valor como de ambicion; y de todos los que hubieran sido capaces de tomar las riendas del gobierno, los unos habian perecido, y los otros estaban muy lejos para prestar su apoyo. El clero, que tenia una gran parte en las deliberaciones, se declaró abiertamente por un príncipe cuyas pretensiones habian sido reconocidas por la corte de Roma, y sus armas bendecidas por la Santa Sede. Fué pues preciso decidirse á abrazar un yugo estranjero, y á reconocer un imperio que no era posible rechazar.

Tan pronto como Guillermo pasó el Támesis por Wallingford, se presentó el primado Stigand á rendirle pleito homenaje á nombre del clero, y no tardó el mismo Edgar, que acababa de ser elegido rey, en dirigirse acompañado de su principal nobleza al campo de Guillermo, y en declarar que reconocia su autoridad.

Viéndose Guillermo de este modo pacífico poseedor de un trono que no habia sido alcanzado sino despues de grandes dificultades por muchos de los reyes que le ocuparon antes que él, aceptó la corona con la condicion que se le impuso de gobernar el reino segun las costumbres establecidas en el país. Aunque tenia derecho á dar leyes mas bien que á recibirlas, prefirió ser rey de Inglaterra por la voluntad de sus súbditos antes que por la fuerza de las armas; porque si bien le agradaba el título de conquistador, queria tambien que su autoridad fuese mirada como legítima.

A fin de dar á su usurpacion toda la sancion posible, hízose coronar en Westminster por el arzobispo de York, y pronunció el juramento que estaba á la sazon en uso entre los reyes sajones y daneses, de proteger y defender la Iglesia, de observar las leyes del reino, y gobernar el pueblo con imparcial justicia. Despues que dió todas las garantías que deseaban los ingleses, su primer cuidado fué el de recompensar los servicios de los numerosos guerreros valientes que participaron de su fortuna. Dió á los barones normandos que habian defendido su causa, todas las tierras de los barones ingleses que fueron mas enemigos suyos; á los que no pudo recompensar con dinero ó con tierras, nombró para los cargos vacantes en el reino, y á otros diseminó por las abadías ricas hasta que se presentase ocasion de patentizarles su gratitud de alguna manera. Esta medida, que fué muy poco gravosa para los intereses del clero, fué muy ventajosa para los del pueblo, porque con ella se libró este de una carga pesada que aquel tenia mas medios para soportarla.

Pero lo que alarmó mucho á los ingleses, fué el ver pasar la autoridad real y todos los honores militares á las manos de los compatriotas de Guillermo, quien desarmó la ciudad de Londres y muchas otras, por temor de que se insurreccionasen, y puso en ellas guarniciones de normandos.

Despues de afirmar su gobierno, y someter completamente á los ingleses con una mezcla de dulzura y firmeza, se decidió Guillermo á regresar al continente, á fin de gozar de su triunfo, recibiendo las felicitaciones de sus antiguos súbditos. Al efecto dejó la regencia á su hermano Odon, arzobispo de Bayeux, y



Guillermo el Conquistador.

á Guillermo Fitz-Osborne, y para mas asegurar la tranquilidad del reino durante su ausencia, se llevó consigo á la mayor parte de la nobleza inglesa, cuyo prestigio y maquinaciones le podian inspirar recelo, con el pretesto

(1) Se ignoran los detalles de este sitio: y todo lo que nos dicen los historiadores, es que la ciudad de Douvres fué incendiada, y que, sea por terror ó por traicion, entregaron la fortaleza los que la guarnecian. Desde allí marchó Guillermo sobre la capital. *(Aug. Thierry.)*

de dar mayor realce á su corte, y preferir su presencia á la de todos los demás señores. Acompañado pues de los nobles cautivos, se presentó en Normandía, donde fué recibido por sus antiguos súbditos con demostraciones de admiracion y placer. Permaneció algun tiempo en la abadía de Jecamp, adonde le envió un embajador el rey de Francia para felicitarle por sus triunfos. Como Guillermo amaba el fausto, recibió esta embajada con estraordinaria magnificencia, á la cual contribuyeron á porfía los cortesanos ingleses, deseosos de complacer á su nuevo soberano, y desplegando un lujo y una riqueza que deslumbraron á los estranjeros.

Esta exagerada ostentacion fué probablemente lo que irritó el orgullo de los normandos, y los escitó á tratar con desprecio á una nacion que parecia querer elevarse sobre ellos.

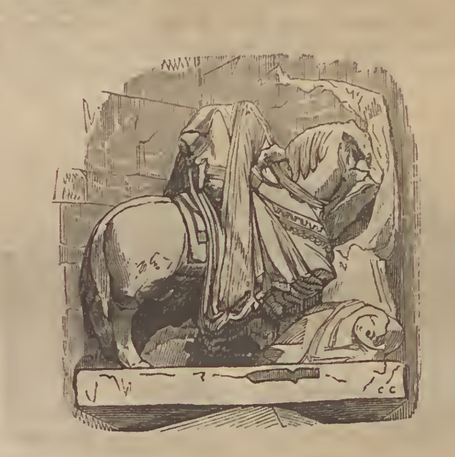
Durante este tiempo, la ausencia del vencedor producia en Inglaterra los mas funestos efectos. No conteniéndose ya las tropas en los debidos límites de la justicia, se hacian continuamente culpables por sus vejaciones y estorsiones en el pueblo; de suerte, que dominados los ingleses por el temor que les inspiraba la presencia de los estranjeros, se aprovecharon con mucho anhelo de esta ocasion favorable para recobrar su libertad. Los dos gobernadores dejados por Guillermo para cuidar del reino, no cesaban de oprimir al pueblo á fin de tener el derecho de confiscar sus bienes para provecho de sí mismos, ó de recaudar impuestos que pudiesen enriquecerlos sin hacer correr sangre. Cansados de quejarse inútilmente los habitantes de Kent, que fueron los primeros que se vieron espuestos á aquellos ultrajes, recurrieron á Eustaquio, conde de Boloña. Este consintió en socorrerlos, y atacó con ellos la guarnicion de Douvres; pero los normandos, que estaban alerta, rechazaron á los acometedores, é hicieron prisionero al sobrino del conde Eustaquio. Sin embargo, este golpe no fué bastante para que Edric-le-Jorestier desistiese del proyecto de vengarse de la rapacidad de los normandos, devastando en represalias sus posesiones.

Estas hostilidades, si bien poco importantes, aumentaban diariamente el descontento de los ingleses: empezaba el pueblo á conocer, aunque muy tarde, que la fuerza triunfa muchas veces de la equidad. Tramóse una conspiracion para esterminar á los normandos, degollándolos como en otro tiempo se habia hecho con los daneses, y al efecto llegó á haber tanto ardor y animosidad, que el conde Coxo fué muerto por sus vasallos por haber rehusado el ponerse á la cabeza de los rebeldes.

Apresuróse Guillermo á regresar á Inglaterra apenas supo los disturbios que agitaban el reino, y llegó bastante á tiempo para impedir la ejecucion del complot sanguinario. Ya habian tomado los conspiradores todas sus medidas, hasta el punto de señalar para el degüello el miércoles de ceniza, ínterin los normandos, segun la costumbre de la época, asistian sin armas á los oficios divinos; pero la repentina vuelta de Guillermo desconcertó todos los planes, y muchos conjurados se descubrieron por la fuga, sirviendo esta cobardía de prueba contra los que no se movieron.

Desde entonces perdió el rey todo rastro de confianza en los ingleses, y los miró como á irreconciliables enemigos suyos. Hizo construir en el reino tan gran número de fortalezas, y formar tan respetables ejércitos, que llegó á no temer en ningun concepto los esfuerzos revoltosos y pasajeros de la multitud descontenta, resolviéndose á tratar á Inglaterra como nacion conquistada; á satisfacer su ambicion y la de sus cortesanos con la confiscacion de los bienes de sus súbditos rebeldes, y á consolidar su poder humillando á todos los que eran capaces de oponerle alguna resistencia. El primer acto de arbitrariedad fué el restablecimiento del impuesto llamado danegeld (1), que habia sido abolido por Eduardo el Confesor como un tributo odioso. Esta medida suscitó muchos rumores y quejas, y estallaron algunas insurrecciones en diferentes puntos del reino; mas Guillermo, que confiaba en sus fuerzas, marchó contra los rebeldes, y los obligó al instante á recurrir á su clemencia. Así fué como los habitantes del Exeter y de Cornouaille, despues de irritar al rey, se sometieron humildemente y obtuvieron el perdon.

Pero estas revueltas nada valieron en comparacion de la que poco despues tuvo lugar en el norte, y amenazó al reino con las calamidades mas funestas.—A. de J. C. 1068.—Fué provocada por las intrigas de Edwij y de Morcar, los dos señores mas poderosos de Inglaterra, á quienes se reunieron desde luego Blethyn, que gobernaba en el norte del reino de Gales, Malcolm, rey de Escocia, y Suen, que lo era de Dinamarca, porque tambien se decidieron estos dos á reconquistar su antigua libertad. Empero Guillermo, con su valor y actividad, destruyó tales proyectos aun antes de que pudiesen ponerse en ejecucion, avanzando contra los sublevados á marchas forzadas á la cabeza de un poderoso ejército. Su sola presencia bastó para intimidar á los dos condes, que lejos de oponer la menor resistencia, no pensaron mas que en someterse é implorar la clemencia de Guillermo. Satisfecho este con aquellas muestras de sumision, les perdonó sin vacilar, y poco despues hizo la paz con Malcolm, rey de Escocia, quitando por este medio á los rebeldes toda esperanza de obtener en adelante auxilios estranjeros.



Restos de una estátua ecuestre de Guillermo, en Caen.

Pero á pesar de los triunfos de Guillermo, estaban sumidos sus súbditos ingleses y normandos en la situacion mas deplorable, abrumados por todos los males que podian causar la insolencia y el odio, no pareciendo sino que se habian juntado la tiranía, la traicion, la suspicacia y el asesinato para colmar las desgracias de este pueblo. Los normandos insultaban continuamente á los ingleses, y en vano reclamaban estos la proteccion de los jefes, cuya parcialidad era muy conocida; de modo que no pudiendo invocar las leyes para conseguir el castigo de los ultrajes que recibian sin cesar, tuvieron que recurrir á venganzas particulares. Raro era el dia en que no se cometia algun asesinato, y continuamente se estaban encontrando por los caminos y bosques cadáveres de normandos, que eran muertos sin que fuese posible descubrir á los culpables. Perpetuábanse de tal modo estas horribles venganzas, que los normandos llegaron á echar de menos el reposo y la tranquilidad de su patria, y hasta quisieron dejar el servicio algunos de los que desempeñaban empleos importantes. Guillermo, para prevenir estas defecciones y atraer otros estranjeros al reino, se vió obligado á col-

(1) Tributo de los niños que nacian. Era una capitacion impuesta sobre los niños que venian al mundo. *(C. I.)*

mar á estos de favores (1); pero como no por eso dejaban de seguir los impuestos, fueron sucediéndose nuevas insurrecciones.

Los habitantes de Nortumberland, que no podian tolerar el yugo estranjero, atacaron á su vez á la guarnicion normanda de Durham, y aprovechándose del descuido del gobernador, le sorprendieron y degollaron con setecientos hombres que mandaba. El de York tuvo la misma suerte, y los insurgentes, reforzados por los daneses y algunos jefes escoceses, atacaron el castillo que estaba defendido por una guarnicion de tres mil hombres. Su comandante, Mallet, pensando mejorar la defensa de la ciudadela, pegó fuego á algunas casas que habia junto á ella; pero esta diligencia fué para su perdicion, porque el incendió se propagó al momento y fué presa de las llamas la ciudad entera. Juntáronse los habitantes á los daneses en medio de su desesperacion, dieron el asalto, y penetraron en la ciudadela, pasando á cuchillo á toda la guarnicion.

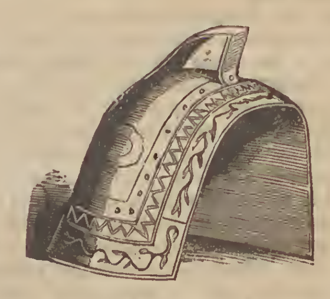
Este transitorio triunfo reanimó el espíritu de insurreccion en todo el reino. Las provincias de Sommerset, de Dorset, de Cornouaille y de Devon se unieron á la misma causa, resolviéndose á sacudir el yugo estranjero y á recobrar su libertad.

Tranquilo y firme Guillermo en medio de estas numerosas escenas de alzamiento y confusion, reunió sus fuerzas y las condujo hácia el norte, en la creencia de que su sola presencia bastaria para reprimir los esfuerzos de la multitud imprudente y exaltada. Efectivamente, se retiraron ó se sometieron los insurgentes de todos los puntos en que él se presentó. Los daneses regresaron á su país sin haber hostilizado nada, muy contentos de no ser castigados con mas severidad. Watheoff imploró el perdon y aun llegó al favor, á pesar de haberse resistido por largo tiempo en la ciudadela de York. Edrico, otro jefe de los northumbres, se sometió á Guillermo, y alcanzó igualmente su perdon. El resto de los insurgentes se dispersó, dejando á los normandos dueños absolutos de todo el reino. Edgar-Atheling, que habia tomado parte en esta revuelta, se refugió á Escocia, donde vivió algun tiempo, hasta que habiendo solicitado el perdon, obtuvo el permiso de volver á Inglaterra, y aun llegó á adquirir el favor del rey. Ya no salió de la vida privada, satisfecho con una brillante fortuna y con su suerte tranquila y segura; y acaso fué mas feliz que si hubiese logrado el alto puesto á que deseó llegar en un momento de ambicion.



Entrada de la torre de Londres.

Convencido Guillermo de no conseguir nunca, mas que á medias, la sumision de un pueblo que tantas veces le habia manifestado su odio, tomó la firme resolucion de renunciar á la indulgencia y á la dulzura, y poner á los ingleses en la imposibilidad de rebelarse en lo sucesivo. En su consecuencia ordenó la devastacion completa de la provincia de Northumberland, y fueron incendiadas las casas, destruidos los instrumentos de la labranza, y dispersados los habitantes. Esta rígida órden hizo perecer, á lo que se asegura, mas de cien mil personas, ya por hambre ya por violencia; y hasta se pretende que aun hoy dia ofrece este país señales de su antigua despoblacion. A esta terrible medida siguió la confiscacion de los bienes de la nobleza inglesa, los cuales pasaron á los normandos (1). De este modo quedaron reducidas á la mendicidad todas las antiguas y respetables familias; viéronse apartados los ingleses de todos los caminos que podian conducirles á los honores ó á la fortuna, y además sufrieron la cruel mortificacion de observar que la autoridad adquirida por Guillermo no se emplearia en adelante mas que en oprimirlos, y que solo se recompensaria cada muestra de su sumision con insultos y ultrajes.



Campana para tocar al cubre-fuego.

Sin embargo, las violencias de Guillermo no llegaron hasta el estremo de reemplazar las leyes de Inglaterra con las de su país (2). Contentóse con añadir algunas innovaciones, como por ejemplo, ordenar que se hiciesen en lengua normanda las defensas de los litigios en los primeros tribunales. Pero todos sus esfuerzos para hacer adoptar el idioma francés fueron inútiles, y es de notar que este idioma, no tanto se introdujo en Inglaterra bajo los reyes normandos, cuanto en los dos ó tres reinados que precedieron al de Guillermo.

Las leyes feudales, llevadas á Inglaterra por los sajones, fueron modificadas por él al tenor de lo que se practicaba en sus estados de Normandía. Á escepcion de los dominios de la corona, dividió todas las tierras de Inglaterra en baronías, y confirió estas, con ciertas condiciones, á la mayor parte de sus partidarios estranjeros, que eran designados con el nombre de caballeros ó vasallos, otorgándoles el derecho de distribuirlas entre terratenientes, quienes tenian para con sus señores el

(1) Es enorme la lista de los dones hechos por Guillermo á los que le ayudaron en la conquista. Al conde de Bretaña concedió novecientos setenta y tres feudos; al de Richmont cuatrocientos cuarenta y dos, etc. Spelman calculó que en la vasta provincia de Norfolk no habia mas de sesenta y seis propietarios de tierras en tiempo de este conquistador. *(Nota de Brissot de Varville aux Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(1) Uno que pasó el mar con una mala casaca se presentó despues en un caballo de batalla, y ceñido con tahalí militar: otro que llegó como pobre caballero, levantó muy pronto bandera capitaneando una compañía, cuyo grito comun era el nombre de su jefe. Los carniceros de Normandía y tejedores de Flandes, que tenian algo de valor y de fortuna, se trasformaban al instante en Inglaterra en altos hombres y en varones ilustres, de modo que sus nombres viles y oscuros en una de las orillas del estrecho, eran nobles y gloriosos en la otra. *(Aug. Thierry.)*

(2) No obstante, dos ordenanzas mortificaron mucho á la nacion. Por la una fueron despojados los ingleses de sus armas, y por la otra se les prohibió tener luz en sus casas despues de las ocho de la noche, para lo cual se tocaba á esta hora una campana, que era la señal de apagar el fuego y las luces. Practicábase en el continente esta costumbre, llamada la *cobertera*, la cual fué para los isleños un nuevo género de servidumbre. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

mismo deber que estos para con el rey. Ningun inglés fué incluido en la primera clase de barones, y el corto número de aquellos á quienes se les permitió la conservacion de sus bienes, se consideró muy feliz con ser comprendido en la segunda clase. Estos barones ejercian toda especie de jurisdiccion en sus dominios, y tenian tribunales en que administraban justicia á sus vasallos. No solo se estendian las leyes feudales á los legos, sino tambien á los clérigos, los cuales, durante el régimen de los reyes sajones, se habian arrogado la facultad de no ser juzgados sino por sí mismos. Guillermo restringió este poder absoluto, sometiendo al clero á las mismas leyes que á los demás súbditos. Los eclesiásticos declamaban que era una tiranía, mirando como injustas y ofensivas las obligaciones que se les imponian: mas como la autoridad del rey estaba basada sobre un poderío que ni el clero ni el papa mismo podian ya destruir, todas las quejas fueron inútiles (1).

No obstante, queriendo Guillermo que el clero fuese adicto á su causa cuanto era posible, no nombró para las altas dignidades de la Iglesia mas que á compatriotas suyos, y hasta depuso á Stigand, arzobispo de Cantorbery, bajo un frívolo pretesto, siendo el verdadero motivo de esta medida, que no debia un natural del país estar investido con una dignidad tan elevada.

Para humillar completamente el orgullo del clero, puso tambien Guillermo el mayor empeño en abolir diferentes prácticas supersticiosas que se seguian entonces en Inglaterra, y se esforzaba el clero en sostener. Quitó pues la prueba del *Ordeal* (2) y la del *Campo cerrado*. El Ordeal, de orígen pagano, estaba todavía en uso entre los sajones cristianos. Esta prueba se hacia ó por el agua ó por el fuego, y no se empleaba mas que en las causas criminales, cuando las sospechas no estaban apoyadas en ninguna prueba evidente, aunque lo estuviesen en presunciones vehementes. Cuando se practicaba por el fuego, era conducido el acusado á una plaza destinada á este uso, en donde se ponian unos hierros candentes á distancias iguales. Sobre ellos tenia que andar dicho acusado con los ojos vendados, y si se libraba de esta prueba sin ninguna quemadura era absuelto. Cuando se hacia por el agua, se echaba á ella al reo atado de piés y manos: si se hundia era declarado inocente, y si sobrenadaba (3) era condenado como convicto del crímen por revelacion del cielo.

El combate en campo cerrado tenia lugar entre el acusador y el acusado, en una liza preparada al efecto. Absolvíase completamente al vencedor, y el vencido era ajusticiado como criminal, si sobrevivia á las heridas recibidas en el combate. Guillermo abolió estas costumbres por injustas y contrarias á la religion, sometiendo todas las causas al juicio de doce personas de clase igual á la del acusado. Esta manera de juzgar por jurados estaba en uso hacia mucho tiempo entre los sajones y los normandos, y así Guillermo no hizo mas que confirmarlo y sancionarlo con toda la fuerza que podia dar un soberano cuya potestad era absoluta é incontestable.

Interin se ocupaba el conquistador en recompensar á sus compatriotas, castigar á los refractarios y formar leyes para bien de todos, llegó á saber que amenazaba una insurreccion á sus estados del continente, y que su presencia era en ellos necesaria.—A. de J. C. 1073.— No queriendo, sin embargo, retirar sus tropas de Inglaterra, llevó á Normandía un ejército considerable, compuesto de ingleses en su mayor parte, cuya bravura logró reducir pronto á los revoltosos. Así, por un capricho inesplicable de la fortuna, se vió por una parte á los normandos penetrar en Inglaterra para sojuzgar á sus habitantes, y por otra que los ingleses eran enviados á Normandía para someter á su vez á los de este país. Guillermo no tuvo tiempo para gozar de sus triunfos, porque repentinamente recibió la noticia de una conspiracion, mas terrible que todas las anteriores, que se formaba en Inglaterra, entrando en ella ingleses y normandos.

Habiendo sido elevados hasta el estado de independencia los estranjeros que obtuvieron los favores de Guillermo en Inglaterra, se habituaron á disfrutar de su autoridad, en términos de no poder soportar por mucho tiempo el imperio absoluto del conquistador. Aumentábase de dia en dia el número de descontentos en la alta nobleza, y muchos no aguardaban mas que la ausencia del rey para rebelarse abiertamente, señalándose entre ellos Roger, conde de Hertford, hijo y heredero de Fitz-Osborne, favorito del rey. Aquel hidalgo, bien por deferencia ó bien en virtud de la ley feudal, pidió licencia á este para casar á su hermana con Ralph de Guader, conde de Norfolk, mas el rey se opuso formalmente á tal proyecto. Roger, á pesar de esto, despreciando la prohibicion real, llevó á cabo aquel matrimonio con la mayor magnificencia, reuniendo al efecto á todos sus amigos y los de Guader.

Los parientes de los novios, que conocian el carácter de Guillermo, no tenian ninguna duda de que se resentiria. Empero hablándose de este punto en el banquete de la boda, los convidados, acalorados por los vapores del vino, prorumpieron en invectivas contra el monarca, y su sistema de gobierno vino á ser objeto de censura. Reprobáronse los impuestos por escesivos, y porque no eran mas que un medio de recuperar con una mano lo que habia dado con la otra; y afectando que compadecian á los ingleses reducidos por el rey á la mendicidad, exageraron los vicios de este representándole como el soberano mas imperioso é inflexible. Ninguno de los asistentes, predispuestos naturalmente y estimulados además por el calor de la conversacion y los placeres de la mesa á aprobar semejantes especies, puso límites á su pretendido celo, y hasta llegaron á formar el proyecto de rebelarse todos y sacudir el yugo que los agobiaba. De los mas exaltados en este caso fué el conde Waltheoff, á quien Guillermo habia ya perdonado una rebelion; pero apenas se serenó, no sin gran espanto, conoció el compromiso que contrajo en momentos de embriaguez y acaloramiento, y se estremeció por las fatales consecuencias que podian resultar de su conducta á él mismo y á su país. En este estado de perplejidad recurrió á su muger, que era sobrina del rey, y la reveló todo lo que habia, porque no desconfiaba de su fidelidad. Pero se equivocó cruelmente: la pérfida, que hacia mucho tiempo era infiel á su marido, ansiaba con ardor una ocasion de separarse de él á toda costa, y así no vaciló en trasmitir al instante á Guillermo el secreto que acababa de confiarle Waltheoff, añadiendo cuanto era necesario para pintar la conducta de su esposo con los colores mas odiosos, para que el resentimiento del rey fuese todo lo mas implacable. Por el mismo tiempo, atormentado Waltheoff por los remordimientos, revelaba toda la conspiracion á Lanfranco, su confesor; y este, mediante una patética exhortacion, le movió á hacer la misma revelacion al rey. Desgraciadamente se le anticipó su muger; y así Guillermo, despues de oir á Waltheoff, no hizo mas que agradecerle con frialdad la prueba de lealtad y arrepentimiento que le daba, porque la descripcion de su perfidia, hecha por su muger, causó tal impresion en el ánimo del príncipe, que resolvió vengarse.

Cuando supieron los conspiradores la marcha de Waltheoff á Normandía, conocieron que sus planes habian sido descubiertos, y así se apresuraron á correr á las armas antes de tomar todas las medidas. El conde de Hertford fué preso por el baron Walter de Lacy, señor poderoso muy adicto á la causa del rey. El conde

(1) En vano hirió los oidos del rey normando el ruido de las palabras de excomunion. Guillermo tenia sacerdotes para contradecir á los sacerdotes sajones, así como tenia espadas para vencer las sajonas. *(Aug. Thierry.)*

(2) *Ordeal* se compone de dos palabras sajonas, *or* y *dela*, que significaban el *gran juicio* ó el *juicio de Dios*.

(3) Porque se suponia que el agua que estaba bendecida le arrojaba como culpable. *(C. I.)*

de Norfolk fué derrotado por Odon, hermano de Guillermo, y á los que se hicieron prisioneros se les cortó la mano derecha, para servir de escarmiento é intimidar á los que en adelante quisiesen formar maquinaciones parecidas.

Habíase ya retirado á Dinamarca el conde de Norfolk cuando Guillermo regresó á Inglaterra: todo estaba pues concluido, y no tenia este otra cosa que hacer que castigar á los culpables; lo cual hizo con su acostumbrado rigor, ahorcando á muchos, sacando á otros los ojos, y contentándose con cortar las manos á algunos. No hubo misericordia para el infortunado Waltheoff, á pesar de que quiso espiar su falta con una confesion pronta y sincera. El ser inglés y rico era sobrado motivo para que su crímen fuese irremisible, y así fué juzgado, condenado y muerto. Su esposa, que le vendió de una manera tan odiosa, no gozó mucho tiempo los frutos de su perfidia, porque poco despues, perdiendo el favor del rey, y abandonada del mundo, tuvo que pasar el resto de su vida en medio del desprecio, de los remordimientos y de la miseria.

Aseguran algunos que Waltheoff fué sacrificado por la crueldad de Odon, y no por la venganza del rey. Sea lo que fuere, lo cierto es que Waltheoff y Fitz-Aubert, noble normando que tambien fué decapitado por el mismo crímen, son las únicas personas de distincion que fueron ajusticiadas en el reinado de Guillermo el Conquistador.

Despues de restablecer la paz en el reino, apagando con sangre las últimas chispas de la rebelion, regresó al continente para perseguir á Guader que se habia refugiado á los estados del conde de Bretaña; mas como este príncipe protegia con todo empeño al perseguido, Guillermo desistió de sus ideas de venganza, y tomó el prudente partido de hacer con el conde breton un tratado en que fué comprendido Guader.

Al ver Guillermo que por fin habia consolidado su poder y asegurado la tranquilidad de sus dominios, esperaba descansar de sus trabajos, y que en lo sucesivo no habria rivales que le suscitasen querellas, ni enemigos bastante poderosos para resistirle. Aguardaba tambien que la calma y la prosperidad harian honor á los últimos años de su reinado; mas no tardó en conocer lo mucho que se equivocaba con el descubrimiento de otros enemigos, que estaba lejos de sospechar, y que llenaron todo el resto de su vida de pesares y amargura. Sus mismos hijos promovieron nuevos disturbios; y como no era fácil que por apaciguarlos ó consiguiendo el triunfo le resultara gloria ni provecho, era preciso que de una manera ó de otra se despedazase.

Tenia cuatro hijos: Roberto, Ricardo, Guillermo y Enrique, y además muchas hijas (1). Su hijo mayor Roberto, llamado Pierna corta, parecia haber heredado toda la bravura de su familia y nacion; pero era atrevido sin prudencia y emprendedor sin cálculo ni prevision. Su ardiente deseo de adquirir una fama brillante, le tenia impaciente y le hacia suspirar por el momento en que su padre concluyese su carrera de gloria, y aspiraba apasionadamente á la independencia, hácia la cual le impelian su carácter y la fuerza de algunas circunstancias. Cuando su padre no era mas que duque de los normandos, le habia prometido el gobierno del Maine, provincia de Francia, que consiguió someter, é igualmente le habia designado por sucesor suyo en Normandía; mas cuando el jóven príncipe reclamó el cumplimiento de estas promesas, recibió una repulsa formal del rey, quien le respondió con ironía que *no acostumbraba quitarse su ropa antes de acostarse.*

Roberto (2) dejó conocer á las claras el descontento que le animaba, y desde entonces no cesó de manifestar en todas las ocasiones oportunas la envidia que le inspiraban sus dos hermanos Guillermo y Enrique, porque Ricardo habia sido muerto poco tiempo antes en una cacería por un ciervo. Los dos jóvenes príncipes, por sus asíduos cuidados y pruebas de afecto, habian llegado á adquirir mucho ascendiente en el corazon de su padre, y por consecuencia se acarrearon la prevencion de Roberto, el cual, siendo naturalmente dispuesto á la violencia y al deseo de venganza, encontró muy luego pretesto para una ruptura. Un dia en que estaban jugando juntos Guillermo y Enrique, convinieron en echar agua á la cabeza á su hermano mayor en el momento en que dejando su aposento atravesase la galería. Roberto, arrebatado de cólera, atribuyó una intencion maligna á esta ligera chanza, é irritándose mas y mas con las palabras de uno de sus favoritos, desenvainó su espada y se lanzó al cuarto de sus hermanos, resuelto á vengar el insulto que acababa de recibir. Todo el castillo se conmovió y llenó de terror al instante, y solo á duras penas pudo conseguir el mismo rey el restablecer la paz, sin que por mas esfuerzos que hizo le hubiese sido posible apagar la profunda animosidad que desde aquel momento se despertó entre sus hijos. Roberto, seguido de muchas personas que le eran adictas, se retiró á Rouen (1) en la misma noche, con intencion de sorprender el castillo; pero no pudo lograrlo, merced al cuidado y vigilancia del gobernador.

Encendióse entonces la tea de la discordia en todo el reino.—A. de J. C. 1077.—El carácter popular del príncipe y la afabilidad de sus modales indujeron á abrazar su causa á toda la juventud noble de Normandía, del Maine, del Anjou y de la Bretaña, y hasta su misma madre le apoyó, á lo que se dice, y le aconsejó secretamente que se resistiese con tenacidad. Estas disensiones de familia tuvieron por espacio de muchos años turbada la Normandía, y al fin se vió precisado Guillermo á recurrir á Inglaterra para defender su autoridad contra su propio hijo. Levantó pues un ejército inglés, al cual hizo pasar al continente, y así obligó á Roberto y sus partidarios á abandonar el teatro de la guerra. Convencido este príncipe de la imposibilidad de resistir por mas tiempo, se refugió al castillo de Gerberoy, en donde le ofreció un asilo seguro el rey de Francia.—A. de J. C. 1079.

Poco despues de su llegada fué allí sitiado por su padre. Defendióse vigorosamente la guarnicion, que era numerosa y conocia la gravedad de su delito. Hubo muchos combates singulares bajo los muros de la fortaleza; y quiso el azar que viniesen allí á las manos el rey y su hijo, quienes toda vez que iban cubiertos con sus cascos, no pudieron conocerse y se atacaron con igual furor. Despues de combatir mucho tiempo, hirió el príncipe á su padre en un brazo, y le derribó de su caballo. Cuando Roberto se disponia á acometer de nuevo, y probablenente iba á quitar la vida al rey, este pidió socorro. Roberto reconoció al instante la voz de su padre, y horrorizado de la idea del crímen, que tan próximo estuvo á cometer, se apeó precipitadamente, corrió á levantar al monarca, y luego arrojándose á sus pies, le pidió con mucho ahinco el perdon de su falta, prometiendo para en adelante la sumision mas ilimitada á la voluntad paterna. Pero no era fácil de aplacar el resentimiento de que estaba animado el corazon del monarca y padre; y por otra parte, la humillacion que sentia este por haber sido vencido acrecentaba tanto su cólera, que lejos de perdonar á su hijo le dió su maldicion, y lanzándose al caballo que este le presentaba, volvió á su campo. Reflexionando despues sobre el arrepentimiento que le protestó su hijo, se aplacó su encono, y al regresar á Rouen se conformó en olvidar su falta, volviendo poco despues los dos á

(1) Las hijas fueron Cecilia, abadesa de la Trinidad en Caen; Gertrudis, muger de Bandoüin de Bolonia, rey de Jerusalem; Constanza, casada con Alain Gerjus, conde de Bretaña; y Alix, esposa de Enrique, conde de Blois.

(2) Segun algunos escritores, este príncipe es el protagonista del drama *Roberto el Diablo.*

(1) Guillermo y su hijo habitaban á la sazon en el castillo del Aguila en Normandía.

Inglaterra, de donde el padre envió al hijo á combatir contra Malcolmo, rey de Escocia. Roberto rechazó al enemigo, y salió con gloria de esta espedicion.

Restablecidas la paz y la tranquilidad en el reino, —A. de J. C. 1081—le fué permitido á Guillermo ocuparse de nuevo de todo lo que podia contribuir á la felicidad interior de sus súbditos. Con esta intencion mandó escribir el Domesday-book (1), libro que contenia un estado general de todas las tierras del reino, de su estension en cada distrito, de sus propietarios, de sus censos, de sus valores, de la cantidad de praderas, pastos, bosques y tierras de labor, así como del número de colonos, vasallos y villanos que vivian en estas tierras.

Este estado facilitó á Guillermo el arreglo de los impuestos, de manera que no tuviesen que pagar los habitantes mas que cuotas proporcionadas á su fortuna.

A fuerza de inquirir y examinar todos los medios posibles de economizar, llegó á asegurar una renta considerable á la corona, y en la distribucion que hizo de las tierras á los que le habian seguido se reservó para sí la propiedad de mil cuatrocientos feudos. Su renta fué tal por fin, que superó segun cuentan las de todos los príncipes que le habian precedido y reinaron despues; de suerte que ningun rey de Inglaterra disfrutó de tan grande opulencia, ni fué capaz de ostentar en su corte tanto esplendor y magnificencia, ni tuvo tantos cargos honoríficos que confiar, tantos favores que distribuir, ni tantas liberalidades que derramar, ni por consiguiente hubo ninguno de tan gran poder, ni que fuese obedecido con tanta exactitud y sumision.

La caza era el placer favorito de Guillermo, como lo era de los normandos y antiguos sajones. Para satisfacer este gusto despobló una estension de treinta millas en el pais de Hampshire (2), desterrando á los habitantes y destruyendo las poblaciones (3), sin que desgraciadamente para su gloria, otorgase compensacion alguna á los infelices que así despojaba de sus medios de subsistencia. Privóse á toda la nobleza del derecho de cazar en los bosques reales, de que gozó con los gobiernos sajones, y se establecieron leyes muy severas contra los que usurpasen esta parte de las regias prerogativas. Sacábanse los ojos á cualquiera que mataba un gamo, un javalí y hasta una liebre, en tanto que podia redimirse el asesinato de un hombre con una módica multa ó con una avenencia.

Puede presumirse que la fortuna de los ministros de Guillermo sería proporcionada á las riquezas y al poder de su amo. Era tan considerable la fortuna de Odon, obispo de Bayeux, que concibió el proyecto de comprar la Santa Sede, y se decidió á llevarle á cabo en una de las ausencias de Guillermo, equipando en la isla de Wight un buque que cargó con inmensos tesoros. Ya se disponia para embarcarse, cuando vientos contrarios vinieron á detenerle: mientras tanto Guillermo supo el secreto designio de su hermano, y resolviéndose á impedir la esportacion de tan gran cantidad de dinero, volvió prontamente de Normandía, llegando á Inglaterra á la sazon en que Odon iba á embarcarse. Al momento dió órden de detener á este; pero por el respeto de su carácter de prelado no se atrevieron los oficiales á efectuarlo, y Guillermo se vió precisado á hacerlo él mismo. Odon, sorprendido de prision tan inesperada, apeló al papa, alegando que solo este podia juzgarle en la tierra, porque no estaba como obispo sometido á ninguna potestad temporal. El rey contestó que no le prendia como obispo de Bayeux, sino como conde de Kent, y que en este concepto era en el que le queria residenciar de su administracion. Así pues, Odon fué llevado preso á Normandía, y no obstante sus representaciones y amenazas que hizo con el papa Gregorio (1), estuvo allí en reclusion todo el resto del reinado de Guillermo.

Uno de los acontecimientos que afectaron mas vivamente á este monarca, fué la muerte de la reina Matilde, á la que siempre habia amado con ternura (2).

No bien repuesto de este funesto golpe, recibió la noticia de una insurreccion general en el Maine, cuya nobleza habia manifestado constantemente un estremado odio al gobierno normando.

Al llegar Guillermo al continente, se encontró con que los insurgentes eran alentados y sostenidos secretamente por el rey de Francia, cuya política fomentaba los disturbios y disensiones en la nobleza de estas diferentes provincias, con el objeto de debilitar el poder de los normandos. Segun se asegura, no contribuyó poco á aumentar el descontento de Guillermo una burla del monarca francés. Habiéndose puesto aquel muy gordo, estuvo bastante tiempo enfermo en cama; y al saber Felipe esta novedad, dijo en tono de burla, que al rey de Inglaterra le duraba mucho el parto. De tal manera irritó á Guillermo esta zumba, que envió á decir al de Francia, que tan pronto como se hallase en estado de salir á misa, iria á ofrecer un número tan grande de cirios á su catedral, que todo el reino de Francia veria la llama.

Efectivamente, apenas se restableció —Año de J. C. 1087,—formó un respetable ejército, con el cual entró en la isla de Francia, y destruyó y abrasó sin resistencia alguna todas las poblaciones que encontró á su paso, hasta apoderarse de la ciudad de Nantes, que la redujo á cenizas. Pero estas hostilidades fueron muy luego detenidas por un accidente que le sobrevino, y poco despues terminó su vida. Habiendo puesto su caballo el pié sobre las cenizas cuando todavía abrasaban, brincó con tanta violencia que le derribó, hiriéndose gravemente contra el arzon de la silla. De esta herida se le originó una recaida que le obligó á volverse á Rouen. Agravábase tan rápidamente su enfermedad, que bien pronto conoció la aproximacion de la muerte; por lo cual empezó á dirigir sus pensamientos hácia una vida futura de que hacia tanto tiempo le tenian alejado sus ambiciosas miras. Atormentado por el terror y los remordimientos al pensar en el pillaje y las crueldades de que era culpable, hizo para espiar sus faltas considerables donaciones á muchas iglesias y monasterios, y dió libertad á un gran número de presos que lo estaban injustamente: consintió tambien á la hora de la muerte en libertar de la cautividad á su hermano Odon, contra quien siempre tuvo mucha animosidad, y por esto hubo bastantes dificultades que vencer para que otorgase esta gracia. Legó la Normandía y el Maine á Roberto, que era el hijo á quien menos habia querido; no dejando á Enrique mas que cinco mil libras esterlinas y los bienes de su madre, sin la menor porcion de territorio. Aunque hubiese renunciado á la idea de conservar en su familia la corona de Inglaterra, á la cual conocia entonces no tener derecho alguno, sin embargo, manifestó el deseo de que le sucediese su hijo Guillermo (3), príncipe que habia sido siempre el objeto de su

(1) O libro de las tasas reales, que es el gran catastro de Inglaterra ó el registro de todos los bienes en tierras del reino con su valor. Este libro, hecho en tiempo de Guillermo el Conquistador, se conserva todavía en el tribunal del real tesoro. *(C. I.)*

(2) Este bosque, llamado Newforest (Bosque Nuevo), ocupaba el sitio de treinta y seis parroquias que destruyó el Conquistador, echando á sus habitantes. *(Aug. Thierry.)*

(3) Hablando el lord Lyttelton de estas crueles devastaciones ocasionadas por el *Formador de bosques*, dice que este cruel tirano fué tan acreedor como Atila al epíteto de *Azote de Dios*, y que ningun otro destructor de naciones pudo haber causado tantos estragos en país enemigo, como Guillermo en su reino.

(1) Gregorio VII.

(2) Los consejos de esta muger contribuyeron mas de una vez á dulcificar el ánimo del conquistador, y á disponerle á la clemencia. Despues de su muerte, Guillermo se abandonó sin reserva á su genio tiránico. *(Aug. Thierry.)*

(3) «No dejo á nadie (dijo) en herencia el reino de Inglater»ra porque yo tampoco lo he heredado, sino adquirido por la

prediliccion, y á quien le envió inmediatamente las debidas cartas, así como escribió tambien al arzobispo de Cantorbery reclamando su auxilio.

Cuando acabó de arreglar sus asuntos temporales, fué trasladado en una litera á un pueblecillo inmediato á Rouen, en donde despues de ocuparse de los intereses de su alma, exhaló el último suspiro á los sesenta y cinco años de edad, habiendo reinado cincuenta y tres en Normandía y cerca de veintiuno en Inglaterra. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de Rouen, fundada por él mismo.

Mientras se le tributaban los últimos honores, ocurrió un incidente notable. Al tiempo que los prelados y todo el clero iban en el mas religioso silencio, conduciendo el cuerpo del rey á su último asilo, apareció súbitamente un desconocido en una eminencia gritando: que él se oponia á que se sepultasen los restos del conquistador en un lugar del que se apoderó injustamente. «En ese paraje, gritó, estuvo la morada de mi »padre. Yo emplazo al alma que ha salido de ese cuerpo, »que comparezca ante el tribunal divino, para que allí »se me haga justicia y encuentre la espiacion de la »opresion de que ha sido víctima.» Al ver la serenidad é intrepidez de aquel hombre, se llenaron de sorpresa y terror los obispos y todos los asistentes; se tomaron informes acerca del asunto, y acreditada la justicia de las reclamaciones, se le otorgó al reclamante una indemnizacion por los perjuicios que habia sufrido.

Guillermo es acreedor á un título ilustre por su genio vasto y valor sobresaliente; mas no se puede negar que un gran número de defectos empañó sus brillantes cualidades. Su amor á la gloria y su profunda política estaban ligadas á la crueldad, al deseo de venganza y á la rapacidad. La gloria, empero, era su pasion dominante; y si fué mezquino, no lo fué sino por esceso de ostentacion. Aunque ardiente é impetuoso en sus empresas, era sereno, prudente é infatigable en los peligros. Muchos escritores normandos hacen subir su estatura hasta cerca de ocho piés. Tenia una actividad estremada y muy discreta: su fuerza era tal, que ninguno de sus cortesanos podia manejar su arco. Hablaba poco, y no se mostraba afable y afectuoso sino con Lanfranco, arzobispo de Cantorbery: con todos los demás era grave y hasta austero.

En suma, aunque este príncipe se hubiese hecho muy temible para todos y odioso para un gran número, sus talentos y su política fueron suficientes para trasmitir el poder á su posteridad, de modo que el trono de Inglaterra está ocupado aun el dia de hoy por sus descendientes.

CAPITULO VI.

GUILLERMO EL ROJO.

(Desde el año de J. C. 1087 hasta el de 1100.)

Guillermo, llamado el *Rojo*, á causa del color de sus cabellos, no bien vió la carta que el rey su padre habia escrito á Lanfranco en su favor, cuando se apresuró á tomar todas las medidas necesarias para asegurarse el trono de Inglaterra. Habiendo llegado á este país antes que la noticia de la muerte del rey, su primer cuidado fué apoderarse del tesoro que su padre habia dejado en Winchester, y que ascendia á la suma de sesenta mil libras esterlinas; mas luego puso todos sus intereses en manos del primado, que siempre le habia manifestado mucho afecto, y que reconociendo la legitimidad de sus derechos, se apresuró á coronarle. Por este tiempo Roberto, designado por su padre para duque de Normandía, tomaba tranquilamente posesion de su territorio, y era acogido con unánime placer por unos súbditos que le querian y deseaban con impaciencia su advenimiento al trono.

»fuerza y á costa de sangre: le dejo en manos de Dios, contentándome con desear que le consiga y prospere en él mi hijo »Guillermo.» *(Aug. Thierry.)*



Guillermo II.

Al principio del reinado de Guillermo II, los ingleses empezaron á creer que era equivocado el concepto de duro y brutal quo hasta entonces les habia merecido el carácter de este príncipe, porque abrigaba las miras mas grandes en virtud de los consejos del primado Lanfranco, hombre de la mayor dulzura é indulgencia, y cuya conducta siempre habia tenido por norte el bien general. Empero los barones normandos que conocian el carácter de Guillermo mucho mejor que los ingleses, estaban convencidos que su aparente dulzura no seria sino de corta duracion, y que probablemente cuando llegase el momento en que se consolidára su poder, arrojaria la máscara que se habia puesto.

Descontenta toda la nobleza normanda de la particion del imperio hecha por el rey difunto, deseaba con ardor que volviese al mismo estado en que estaba bajo Guillermo el Conquistador, y que Roberto fuese el único y verdadero poseedor de todos los dominios de su padre. El carácter del príncipe era tan amable, como odioso el de su hermano Guillermo. Roberto era franco, generoso y benéfico, y llevaba tan lejos la bondad, que no podia resolverse sin gran pena á lastimar á nadie con una repulsa. Tanta bondad, que por lo mismo que era estremada degeneraba en debilidad, no desagradaba á sus cortesanos, á quienes hacia concebir esperanzas ambiciosas; y así urdieron una temible conspiracion contra Guillermo el Rojo, poniéndose su tio Odon á la cabeza de los conjurados para lograr mejor el triunfo.

Guillermo, noticioso del peligro que le amenazaba, redobló sus esfuerzos para captarse el afecto de los ingleses, halagándolos con las mas brillantes promesas, y luego salió al frente de un numeroso ejército á combatir á todos los que pretendian disputarle sus derechos. Al mismo tiempo escribió Odon á Roberto para hacerle saber la conspiracion tramada en favor suyo, invitándole á que tomara parte en ella con urgencia, y procuraba con los mayores esfuerzos inflamar su ambicion, mostrándole la grandeza de la empresa y el lustre de la recompensa con que sería premiada.

No vaciló Roberto en dar las mayores seguridades de sus deseos de entrar en el plan, prometiendo enviar pronto á los conjurados un refuerzo; pero sobreponiéndose su indolencia natural á su ambicion, en lugar de emplear el dinero en levantar tropas para sostener á sus partidarios de Inglaterra, le prodigó para gastos y larguezas inútiles, difiriendo de tal modo su salida, que malogró la ocasion de triunfar. En el ínterin se ocupaba Guillermo con la mayor actividad en disipar la insurreccion antes de la llegada de su hermano, sin la cual era difícil llevar el complot á cabo. La sola presencia del rey bastó para someter á los revoltosos, que habian tomado ya posesion de algunas fortalezas, confiados en las promesas de Roberto; pero bien pronto se vieron precisados á implorar la clemencia del rey, que si bien les concedió la vida, confiscó todos sus bienes y los desterró del reino.

Libre Guillermo de los peligros que tuvo que temer, y poseyendo con mas tranquilidad su herencia, volvieron á dominarle las pasiones anteriores, y á dar pruebas de sus perversas inclinaciones é ingratitud á los ingleses, que principalmente habian contribuido á afirmarle en su trono.

Habiendo muerto Lanfranco poco despues de estos disturbios, tal acontecimiento libertó al príncipe de la especie de freno que hasta entonces habia tenido, dando un curso mas libre á sus violentas y tiránicas tendencias. A consecuencia de sus órdenes se hizo una nueva estadística de las tierras y de todos los proletarios del reino, y se aumentaron los impuestos. Ni los privilegios de la iglesia, que tan sagrados eran en aquellos siglos de ignorancia, estuvieron al abrigo de sus usurpaciones: apoderóse de los obispados vacantes, y puso á pública subasta las abadías que se le antojaban. No contento con ejercer el despotismo dentro de sus estados, se resolvió á estender su autoridad hasta los de su hermano, y al efectó marchó á Normandía á la cabeza de un numeroso ejército—A. de J. C. 1091;—pero uniéndose estrechamente la nobleza de ambos países por motivos ó vínculos de interés comun, logró atraer á los dos príncipes á un acomodamiento, conviniéndose en un artículo, que si el uno muriese sin posteridad heredase todas sus posesiones el que sobreviviera. Enrique, el mas jóven de los tres hermanos, reclamó en vano contra la injusticia de semejante tratado: fué tambien inútil su empeño en recurrir á la suerte de las armas, aunque encerrándose en una pequeña fortaleza situada en las costas de Normandía (1), quiso defenderse contra los comunes esfuerzos de sus hermanos. Despojáronle estos del corto patrimonio que le habia quedado, y en union con los pocos que se le mantuvieron fieles, se vió reducido á arrastrar por espacio de muchos años una vida errante y á veces miserable.

Durante el sitio puesto por Guillermo y Roberto á la fortaleza en que se encerró el príncipe Enrique, hubo algunos incidentes dignos de ser referidos, que pueden servir para dar á conocer el carácter de aquellos dos príncipes. Paseándose un dia Guillermo á caballo, á alguna distancia del campo inglés, fué sorprendido de improviso por dos caballeros, que saliendo de la ciudadela, corrieron hácia él y le atacaron con furor. Matáronle el caballo en los primeros golpes, y así se vió en la imposibilidad de defenderse: ya levantaba el brazo uno de los antagonistas para herirle de golpe mortal, cuando Guillermo gritó con voz amenazadora: «Detente, malvado: yo soy el rey de Inglaterra.» Detuviéronse efectivamente los dos soldados, poseidos de terror y de respeto, apresurándose á levantar al rey y ofreciéndole con muestras de pesar y sumision uno de sus caballos. Reconocido Guillermo á tal proceder, y afectado por los remordimientos que habian sentido tan súbitamente, ordenó que le siguiese el que le habia ofrecido su caballo, admitiéndole desde entonces á su servicio.

Algun tiempo despues dió Roberto otra prueba mas magnánima de bondad. Habiendo sabido que la guarnicion sitiada esperimentaba gran escasez de agua, le lastimó tan vivamente la idea de lo que debia sufrir su hermano, que al momento dió órden para que se le proveyese del agua necesaria, enviándole ademas muchos toneles de vino para su mesa. Guillermo reprendió fuertemente á Roberto por esta generosidad, llamándola inoportuna; mas este, exasperado de reconvencion tan dura, le respondió: «¿Hemos de dejar morir de sed á nuestro hermano? ¿dónde hallaremos otro si le perdiésemos?

No son dignas de ser referidas las discordias intestinas y constantes que hubo entre Roberto y Guillermo por causa del tratado que celebraron, porque las disensiones de estos tiranuelos, no tanto sirvieron para satisfacer su ambicion y su gloria, cuanto para aniquilar al pueblo con calamidades. Una ruptura que tuvo lugar entre Guillermo y Malcolmo, rey de Escocia, fué motivo para que este fuese preso y muerto al sitiar el castillo de Aluwick.

Nuevas querellas vinieron á despertar la mala inteligencia que habia entre los dos príncipes de mas edad. —A. de J. C. 1093.—Pero mientras Guillermo hacia esfuerzos por usurpar las posesiones de Roberto, una incursion de los de Gales esparció en Inglaterra el terror y le distrajo de sus proyectos, por lo cual volando á las armas, rechazó al enemigo obligándole á refugiarse á sus montañas.— A. de J. C. 1094.—Otra conspiracion de los barones normandos amenazó nuevamente á Inglaterra con consecuencias mas funestas; pero fué desbaratada al poco tiempo, y Roberto Mowbray (1), conde del Northumberland, que estaba á la cabeza de la maquinacion, fué cogido y encerrado en una cárcel, donde murió despues de treinta años de reclusion. Habiendo negado el conde de Eu que hubiese tomado parte en la conspiracion, luchó con su acusador en presencia de la corte de Windsor (2) siendo vencido por este, lo cual se tuvo por prueba bastante de su culpabilidad, y así se le hizo sufrir la castracion y se le sacaron los ojos. Fueron tambien descubiertas otras maquinaciones, que por lo mismo no sirvieron mas que para enriquecer al rey, quien no se olvidaba en tales casos de apoderarse de los tesoros reunidos con la intencion de destronarle.



Guillermo II el Rojo.

Sin embargo de lo mucho que ocupaban á Guillermo los pasajeros disturbios y las infructuosas conspiraciones, no dejó de tratar de otros asuntos de una importancia mucho mas real y notable. Vamos á hablar de las cruzadas.

Pedro el Ermitaño, hombre dotado de celo ardiente, de piedad exaltada y de un valor á toda prueba, habia hecho una peregrinacion á Jerusalen con el objeto de visitar el Santo Sepulcro. La crueldad con que los cristianos eran tratados por los mahometanos, poseedores de aquella ciudad, escitó de tal modo su indignacion, que cuando regresó concibió el atrevido proyecto de libertar la Tierra Santa del yugo de los infieles, volviendo á los cristianos la cuna de su religion. Dió parte de sus pensamientos al papa Urbano II, el cual aprobó

(1) En el monte de San Miguel.

(1) Una de las causas de esta conspiracion era el derecho esclusivo de los bosques de Inglaterra, establecido por Guillermo el Conquistador y mantenido por su hijo. Mowbray era hijo de un baron normando, que poseia él solo doscientas ochenta granjas en Inglaterra. *(Aug. Thierry.)*

(2) A pesar de que Guillermo habia abolido los juicios de Dios. *(C. I.)*

el temerario proyecto, pero sin favorecerlo á las claras. Desde entonces comenzó Pedro, animado del entusiasmo mas ardiente, á predicar la cruzada, esforzándose por todos los medios en escitar entre los príncipes cristianos el deseo de ir á conquistar la Tierra Santa. Recorrió los reinos con los piés y la cabeza desnudos, predicando con ardor infatigable, é inspirando un santo heroismo y un entusiasmo sagrado á todos los que le oian.

Habiendo circulado por todas partes la fama de esta grande empresa, prelados, nobles y príncipes, todos quisieron concurrir á ella. Celebróse un concilio en Clermont, en que el mismo papa exhortó á proseguir esta gloriosa conquista, y todos los asistentes, animados de un mismo sentimiento, esclamaron como por inspiracion: «Esa es la voluntad de Dios, esa es la voluntad de Dios.» Desde este momento vino á ser el Oriente el punto de reunion de las naciones del Occidente. Los hombres de todas las clases corrieron á las armas con entusiasmo, y se apresuraron á poner sobre el hombro derecho la enseña de la cruz, como muestra de alistarse en la sagrada causa.

Pero no fueron olvidados completamente los intereses temporales, á pesar del universal entusiasmo que se propagó por toda la Europa: así, muchos señores ambiciosos no vendieron á bajos precios las propiedades que tenian en sus países, sino con la esperanza de obtener mayores fortunas, y de adquirir moradas mas ricas en las dulces comarcas del Asia.

Roberto, duque de Normandía, fué uno de los que abrazaron con mas calor el proyecto de la cruzada, cuya espedicion caballeresca se adaptaba perfectamente á su carácter valiente y ávido de gloria; y como por otra parte se hallaba fatigado de los disturbios que agitaban contínuamente sus estados, y además era amigo de la novedad, se aprovechó de muy buena gana de una oportunidad que satisfacia al parecer todos sus deseos. Para procurar el dinero necesario para los gastos de empresa tan costosa, empeñó su ducado de Normandía á su hermano Guillermo, por la corta suma de diez mil marcos. Atento el rey de Inglaterra á todo lo que podia ser favorable á su codicia, prometió sin vacilar la suma que le pedia su hermano, la cual se proponia sacar de su clero, cuyas riquezas conocia. En efecto, sin curarse nada de los rumores y del descontento de aquel, le obligó á pagar la suma entera, tratando de cubrir su injusticia y estorsiones con el pretesto de piedad. Luego que Roberto se proveyó del dinero necesario para su espedicion, se preparó á salir hácia la Tierra Santa, mientras que Guillermo, obrando con mas prudencia y acierto, quedó poseedor tranquilo de sus estados y los de su hermano.

Así sucedió que la Normandía volvió á reunirse otra vez á Inglaterra, resultando de aquí las largas guerras que por algunos siglos agobiaron á Francia é Inglaterra, despoblando los dos reinos, sin que ni al uno ni al otro se siguiese de ellas aumento alguno en su poderío.

Empero Guillermo, satisfecho con la adquisicion, hizo un viaje á los estados, que en virtud del convenio celebrado con su hermano debian pertenecerle por espacio de cinco años. Insaciable todavía su ambicion, no tardó en pedir al rey de Francia—A. de J. C. 1096—una parte del territorio vecino, pretendiendo ser dependencia del ducado de Normandía, y hasta quiso sostener sus pretensiones con las armas. Pero aunque las posesiones territoriales del rey de Inglaterra se aumentaron considerablemente con la adquisicion del Maine y la Normandía, todavía se le hacia poco su poder, y siempre estuvieron dispuestos al parecer sus nuevos súbditos, hombres orgullosos é independientes, mas bien á disputarle que á reconocerle sus derechos; por lo cual se tuvo que ocupar constantemente en reprimir las turbulencias que se suscitaban en la Normandía: apenas conseguia disipar una insurreccion, se descubria otra que venia á causarle nuevas inquietudes.

En medio de estas disensiones suscitó una contienda desagradable con Anselmo, arzobispo de Cantorbery, prelado de carácter altivo y de mucha preocupacion, contienda relativa á los derechos del clero. A la sazon se hallaba la Iglesia sumida en un cisma, por causa de Urbano y Clemente, que pretendian el papado. Anselmo, que ya habia reconocido la autoridad del primero, determinó sin el consentimiento del rey hacerla reconocer por toda la Inglaterra. Como Guillermo, á imitacion de su padre, habia prohibido á sus súbditos el someterse al poder de un papa á quien él no hubiese reconocido, se irritó tanto con la audacia de Anselmo, que convocó un concilio en Rockingham con intencion de deponer al prelado; pero los miembros de aquel, lejos de obedecer al rey, declararon que nadie mas que el papa tenia derecho de fulminar censuras contra su primado. Una nueva ofensa vino todavía á agravar la contienda. Requerido Anselmo á que prestase su contingente de tropa para una espedicion proyectada contra los de Gales, no obedeció sino con repugnancia, enviando unos soldados tan mal equipados, que Guillermo le amenazó con su cólera. A medida que se aumentaba el resentimiento de una y otra parte, se aumentaban tambien las pretensiones, y no tardaron en llegar las cosas al estremo de pedir Anselmo permiso al rey para retirarse á Roma, no considerándose seguro por mas tiempo en el reino. Guillermo accedió sin dificultad á la demanda; pero para mortificar al prelado, antes de su marcha envió á un oficial con el encargo de reconocer el equipaje y apoderarse de todos los tesoros que en él encontrase, so pretesto de poner en ejecucion la ley que prohibia toda esportacion de dinero. No contento con esta vejacion, hizo confiscar además todas las temporalidades de este prelado, y se apoderó de sus bienes.



Almetes de Guillermo el Conquistador.

Esta violacion pública de los derechos de la Iglesia, tan sagrados en aquella época, no sirvió mas que para exasperar al papa y á todo el clero contra el rey de Inglaterra, á quien llegó á amenazar Urbano con sentencia de excomunion. Guillermo hizo poco caso de tal amenaza, la cual no surtió ningun efecto, porque el pontífice estaba muy ocupado con la cruzada para atender seriamente á ningun otro asunto. Guillermo era poco inclinado á la religion, no favoreciendo nada la preocupacion y orgullo estremado de los doctores de aquel siglo, para darle una idea ventajosa de la sabiduría de ellos. Cuéntase que una vez aceptó cincuenta marcos de plata de un judío, cuyo hijo habia abrazado el cristianismo, y que por esta suma prometió emplear todo su poder para que el jóven volviese al judaismo. Efectivamente, Guillermo puso en práctica la dulzura, y luego las amenazas para conseguir su objeto; mas como todos sus esfuerzos fueron infructuosos, envió á llamar al padre, y despues de informarle que el recien convertido persistia inalterable en la fé católica, le devolvió la mitad del dinero, guardándose la otra mitad en pago de lo que se habia molestado. Cuéntase tambien que un dia hizo comparecer á su presencia á unos sabios teólogos y á unos rabinos muy instruidos; que les mandó que discutiesen delante de él acerca de di-

versos puntos de sus religiones, advirtiéndoles que siendo para él tan indiferente la una como la otra, le era enteramente igual cualquiera de entrambas que le convenciese; pero que estaba decidido á abrazar la doctrina que fuese sostenida con argumentos mas fuertes.

Este príncipe, que ningun interés se tomaba por las cosas de la religion, siéndole tan indiferente aprobarla como vituperarla, no tuvo al parecer otro afan que el de estender sus estados y hacer conquistas. El conde de Poitu y de Guiena, inflamado del deseo de ir en la cruzada, habia reunido una inmensa multitud de guerreros que ardian igualmente por tener parte en aquella espedicion; pero careciendo de dinero recurrió á Guillermo, y le ofreció empeñarle todos sus estados sin curarse de la suerte de los infortunados súbditos de quienes disponia. El rey aceptó la oferta con su acostumbrada codicia, é hizo preparar una flota y un ejército para ir á tomar posesion de las ricas provincias que se le habian otorgado; pero un accidente vino á poner fin á todos sus ambiciosos proyectos y á libertar al mundo de un tirano mercenario.

La division favorita de Guillermo era la caza, el único placer de los príncipes de este siglo bárbaro en que casi enteramente se ignoraban las bellas artes. El Bosque-Nuevo (1) era regularmente el sitio en que cazaba y pasaba las horas que no invertia en los negocios de gobierno. Pretendese que un dia al tiempo de montar á caballo para dirigirse á cazar, se le presentó un monje y le amonestó que se abstuviese en aquella ocasion de su placer favorito, porque en la noche precedente tuvo un sueño en que se le figuró que la vida del rey estaba amenazada. Guillermo se echó á reir de semejante aviso, y despues de mandar que se recompensase al supersticioso monje, le encargó que en lo sucesivo tuviese sueños mas favorables, marchándose en seguida al sitio de la caza con Walter Tyrrel, caballero francés, que le acompañaba en todas las correrías por su famosa destreza en disparar el arco. Encontrándose los dos cazadores separados de su comitiva hácia la caida de la tarde, el rey se apeó de su caballo con la intencion de descansar y de aguardar á su gente. En los mismos momentos apareció un ciervo en aquel sitio: Guillermo disparó su arco apuntando al animal; pero no habiéndole herido mas que ligeramente, se echó á huir el ciervo, y el rey le persiguió con la esperanza de alcanzarle. Como los rayos del sol que se iba á poner ofuscaban la vista, el rey llevaba la mano delante de los ojos para distinguir mejor los objetos; perro Tyrrel, que tambien fué arrastrado á la misma persecucion, lanzó una flecha que fué á dar al rey en el corazon, cayendo muerto en el acto. El inocente autor de esta muerte, horrorizado del crímen que acababa de cometer involuntariamente, picó á su caballo y se dirigió á la costa, donde se embarcó para Francia, incorporándose allí á los cruzados que estaban disponiéndose á salir para Jerusalen. El cuerpo de Guillermo fué hallado por algunos paisanos que atravesaban el bosque, y colocándole sobre un caballo le trasladaron á Winchester, donde fué enterrado al dia siguiente en la catedral, sin pompa ni la menor ceremonia. Muy pocos fueron los que sintieron aquella desgracia, y ninguno de los cortesanos asistió á los funerales.



Estátua de Roberto, Duque de Normandía, en el sepulcro de la catedral de Glocester.

No es dificil el hacer la pintura de un príncipe cuyos muchos vicios apenas estaban compensados con una sola virtud. Pariente ingrato é inhumano, príncipe avaro y al mismo tiempo pródigo, vecino peligroso y siempre pronto á usurpar los bienes agenos; en suma, Guillermo era constantemente pérfido.

No obstante, existen todavía algunos monumentos que prueban que no siempre malversó las rentas del reino de una manera reprobable ó frívola. La torre de Londres, su puente y Westminster-Hall fueron edificados por él.

Guillermo II murió á los cuarenta años de edad, y á los trece de reinado. Como no fué casado no dejó posteridad legítima, por lo cual recaia la sucesion naturalmente en Roberto, su hermano mayor; pero la distancia en que se hallaba le puso en la imposibilidad de hacer valer sus derechos.

CAPITULO VII.

ENRIQUE PRIMERO, LLAMADO EL SABIO (1).

(Desde el año de J. C. 1100 al de 1135.)

Dos pretendientes aspiraban á la corona de Inglaterra: Roberto, que segun se ha dicho estaba ocupado en la guerra santa, y Enrique, su hermano menor, que no se habia movido de Inglaterra. Si Roberto se hubiera hallado en Normandía al acaecer la muerte de Guillermo II, indudablemente hubiera sido elegido sin oposicion, atendida su popularidad y el tratado existente entre él y su hermano.

Roberto se habia distinguido en la Palestina por su intrepidez, su afable carácter y una generosidad sin límites. Despues de la toma de Jerusalen se resolvió á regresar á su patria á gozar en paz de la gloria que habia adquirido combatiendo á los infieles; pero en lugar de tomar el camino directo para Inglaterra, quiso pasar por Italia, en donde se enamoró de la hermosa Sybilla, hija del conde Converiano; se casó con ella, y ya no pensó mas que en consagrar al amor el tiempo que debiera haber empleado en reconquistar su reino.



Enrique el Sábio.

Enrique estaba cazando en el Bosque-Nuevo, cuando le llegó la noticia de la muerte de su hermano.

(1) El de Guillermo el Conquistador, en la parte del Northumberland que hizo devastar.

(1) Era llamado así por la aficion que tenia al estudio. Habia oido decir á su padre que un rey ignorante era poco menos que un busto coronado; y se resolvió á adoptar todos los medios para que no le comprendiera esta calificacion.

Apresuróse sin perder tiempo á regresar á Winchester para apoderarse del tesoro real, creyendo que este era el medio mas seguro de conseguir su objeto. Sabedor el tesorero Guillermo de Breteuil de la muerte del rey, se opuso vivamente á las pretensiones de Enrique, hasta atreverse á declararle que el dinero confiado á su custodia pertenecia, así como la corona, á Roberto, y que él estaba firmemente decidido á permanecer fiel á este y á defender sus derechos. La contienda iba á ser sangrienta; pero habiéndose juntado á Enrique algunos de sus partidarios, forzaron á Breteuil á entregar el tesoro, muy esperanzados de que una parte de él se invertiria en recompensarles este servicio. Tan pronto como Enrique se vió en posesion del objeto de sus deseos, se marchó á Londres, en donde se hizo proclamar rey inmediatamente; y una vez revestido con las insignias de la dignidad real, empezó al instante á ejercer sus prerogativas. Los varones y el pueblo consintieron sin dificultad en reconocer unos derechos que de ninguna manera podian repeler, y así se sometieron por no esponerse á las calamidades de una guerra civil (1).

Cuando muchos pretendientes se disputan un trono, sucede á menudo que suele hacerse árbitro el pueblo, en cuyo caso recobrá una parte de los derechos naturales que le fueron arrebatados. Conoció además Enrique que el medio de asegurarse el título usurpado era el de mostrarse indulgente con sus súbditos, y que solo el afecto de ellos podia consolidar su poder. Así pues, su primera diligencia fué el hacerles muchas gracias, otorgando una carta, devolviendo á la Iglesia todas sus inmunidades, aboliendo los escesivos tributos que habian aruinado el pueblo en los reinados anteriores, y concediendo á los varones y á los militares la facultad de disponer de sus bienes por testamento. Al mismo tiempo condonó todas las sumas debidas á la corona, decretó una amnistía general, y prometió confirmar y observar todas las leyes de Eduardo el Confesor. Semejantes concesiones no podian menos de agradar al clero y al pueblo: manifestóse pues un contento general; y el rey, que con sus bellas promesas no buscaba mas que el afirmar su poder, se esforzó en justificar la gloriosa reputacion que acababa de adquirir con la dulzura aparente de su gobierno.

Para asegurar mas y mas las simpatías del pueblo, Enrique alejó de la corte á todos los compañeros de los escesos de su hermano y á los que habian contribuido al establecimiento del poder arbitrario. Despojó de sus dignidades é hizo encerrar en la torre á Ralph Hambard, favorito de Guillermo II, quien por tal circunstancia era odioso al pueblo. Llamó á Anselmo, arzobispo de Cantorbery, que habia sido desterrado en el reinado precedente, y le restituyó sus primeras dignidades. Pero lo que principalmente le conquistó el favor popular y puso sus derechos á cubierto de todo peligro, fué la alianza que se apresuró á contraer.

Los ingleses conservaban siempre una memoria muy grata y afectuosa de sus monarcas sajones, á quienes no veian sino con mucho pesar escluidos del trono. Existian todavía algunos descendientes de aquella raza, en cuyo número estaba Matilde, sobrina de Edgar-Atheling, jóven que despues de renunciar á toda suerte de pretensiones de un rango supremo á que tenia derecho de aspirar, acababa de pronunciar sus votos y de tomar el velo. Enrique puso los ojos en ella para esposa, creyendo que era la que mas le convenia. El único obstáculo que habia se destruyó bien pronto en un concilio adicto á su interés, convocado al efecto. Matilde (2) pues, relevada de sus votos, fué restituida al mundo, y su matrimonio con Enrique se celebró del modo mas solemne y pomposo. Con esta union se apaciguó al fin la contienda existente hacia tanto tiempo entre los sajones y los normandos, y se confundieron sus recíprocos intereses.



Matilde.

En esta época, tan lisonjera para Enrique, fué cuando Roberto regresó de los paises estranjeros, volviendo á tomar posesion de sus estados. Luego trató de hacer valer sus derechos á la corona de Inglaterra; pero en esta ocasion, como en todas las anteriores, Roberto llegó demasiado tarde para que un éxito feliz pudiese coronar sus esfuerzos. Empero, como era capaz de una resolucion firme y valerosa, se decidió á defender sus derechos hasta el último estremo. La reputacion brillante que acababa de adquirir en Oriente no contribuia poco á favorecerle, habiendo sido estimulado luego su ardimiento por Hambrard, que se escapó de la torre con muchos nobles ingleses y normandos. Hasta los marineros, entusiasmados por él y seducidos por la alta nombradía de que gozaba, se rebelaron en favor suyo presentando la mayor parte de la flota que habia sido equipada para impedir su paso.

A pesar de que parecia que Enrique despreciaba todos aquellos preparativos, tenia demasiada penetracion para no echar de ver la incertidumbre que dominaba á sus súbditos al considerar sus derechos y los de su hermano. En tal situacion apeló á la devocion estremada que entonces habia, oponiendo la influencia religiosa á los sentimientos de equidad que se despertaban en el corazon del pueblo. Mostró las mayores consideraciones á Anselmo, afectando reverenciar su santidad y sabiduría, y logrando en cambio de estas protestas de respeto y sumision que el prelado emplease toda su influencia en afirmarle en el trono, ya asegurando á los nobles la sinceridad de las promesas hechas por el rey, ya recorriendo por sí mismo todas las filas del ejército para exhortar á los soldados á defender al príncipe que recompensaria su valor. De esta suerte llegó el usurpador á encadenar la fidelidad de la nacion. El ejército, decidido por las exhortaciones de Anselmo, marchó contra Roberto que acababa de desembarcar con grandes fuerzas en Portsmouth.—A. de J. C. 1101.

Cuando se encontraron los dos ejércitos, se presentaron poco dispuestos á combatir; y previendo los jefes de los dos partidos que mas se perderia que ganaria dando una batalla, vinieron á hacerse proposiciones de acomodamiento. Despues de muchas dificultades se

(1) El derecho de suceder pertenencia á Roberto; pero como Enrique estaba en el mismo país, nada puede dar una idea mejor de lo poco que se miraba entonces al derecho hereditario, como la facilidad con que el mismo Enrique se apoderó de la corona por acuerdo unánime de todas las clases. *(Letres sur l'Histoire d'Anglaterre.)*

(2) Habiéndola preguntado el arzobispo Anselmo si se habia consagrado á Dios, respondió que no, y aun negó que hubiese llevado nunca el velo por propia voluntad. «Yo me he presentado velada muchas veces, dijo, porque cuando en mi juventud estaba bajo la tutela de mi tia Cristina, para preservarme de lo que ella llamaba libertinaje de los normandos, tenia costumbre de poner en mi cabeza un pedazo de tela negra. Delante de ella yo llevaba siempre este pedazo; pero tan pronto como se alejaba, lo quitaba y andaba descubierta con cólera.» La verdad de esta declaracion fué comprobada con testigos, y se celebró el casamiento. *(Aug. Thierry.)*

hizo un tratado por el cual se estipuló que Roberto, mediante cierta suma, abandonaria todas sus pretensiones á la Inglaterra, y que si el uno de los dos muriese sin descendencia, heredase sus posesiones el otro.

Tan pronto como se ratificó este tratado, fueron licenciados los dos ejércitos; y Roberto, despues de pasar dos meses con su hermano en armonía, al parecer completa, se separó de él y volvió á gobernar pacíficamente sus estados.

Aunque se restableció la paz entre las dos naciones, no quedó realmente satisfecho el resentimiento de un monarca ofendido, que tenia poder para vengarse. No tardó Enrique en descubrir su intencion de castigar á todos los jefes del partido que se habian declarado contra él, lo cual llevó á cabo bajo diferentes pretestos y con repetidas persecuciones. El conde de Shrewsbury, Arnulf de Montgaumery, y Roger, conde de Lancaster, fueron desterrados del reino confiscándoles todos sus bienes. Con un rigor parecido fueron tratados Roberto de Pontefract, Roberto Mallet, Guillermo de Warenne y el conde de Cornouaille. Informado Roberto de la triste suerte de sus fieles normandos, pasó á Inglaterra á interceder en su favor.—A. de J. C. 1103.—Pero Enrique le recibió con mucha frialdad, y hasta llegó á reunir un consejo para deliberar el modo con que habia de tratar al duque. Conociendo este que su libertad corria peligro, se apresuró á pedir permiso para regresar á Normandía; pero no le fué otorgado sino con la condicion de que habia de renunciar á la renta que le fué prometida por el primer tratado. Roberto se consideró muy dichoso con comprar su libertad á este precio.

No solamente fueron los peligros que él corrió las consecuencias de su indiscreta visita, sino que lejos de sostener la esclarecida reputacion que habia adquirido, iba perdiendo mas y mas cada dia el aprecio de sus súbditos. Inhábil completamente para los negocios, descuidaba los intereses mas sagrados de su gobierno, no ocupándose mas que en sus placeres. Sus criados le robaban hasta el estremo, segun se refiere, de tener que estar muchas veces en la cama por falta de vestidos. Sus súbditos, gobernados por unos ministros avaros que los despojaban sin misericordia y los oprimian con el peso de la tiranía, estaban sumidos en la situacion mas deplorable, y la Normandía entera se habia convertido en teatro de violencias y robos contínuos.

Cansados los normandos de una situacion tan miserable, y testigos del acierto con que Enrique administraba sus estados, se resolvieron á acudir á él con la esperanza de que con su mediacion se restableceria el órden, y que si consentia en tomar las riendas de su gobierno, su prosperidad seria igual á la de los ingleses. Enrique, ansioso de aprovecharse de cuanto podia favorecer su ambicion, no vaciló en abrazar la causa de los normandos, y tuvo buen cuidado en ocultar el estremado deseo de mando que le animaba, con las apariencias de un celo ardiente por remediar sus males.—Año de Jesucristo 1104.—En el siguiente año se presentó en Normandía á la cabeza de un formidable ejército (1): se apoderó de varias de las principales ciudades, y patentizó por la rapidez de sus progresos que hacia mucho tiempo meditaba la conquista del país.

Roberto, que ya habia empeñado ó abandonado la mayor parte de sus dominios, disipaba el tiempo en recreos frívolos, pasando su vida en la mas culpable indolencia. Durante algun tiempo miró al parecer con la indiferencia mas completa los progresos de su hermano; pero despertado al fin de su letargo por la desesperada situacion de sus negocios, adoptó de repente la estraña resolucion de apelar al afecto natural de Enrique, á quien midiéndole por los sentimientos de su propio corazon, le juzgaba generoso é imprudente. Enrique, no solo le recibió con frialdad, sino hasta con desprecio, y no tardó en hacerle comprender que por su imprevision y la debilidad de su conducta habia perdido todos los títulos á la estimacion de sus iguales. Indignado Roberto con tal recibimiento, dejó lleno de irritacion á su hermano, espresándole sus vehementes deseos de vengarse; pero Enrique no pareció hacer caso de aquellas amenazas.

Roberto conservaba la loca esperanza de mostrarse todavía temible, á pesar de la situacion desesperada á que estaba reducido.—A. de J. C. 1106.—Alentado por la alta reputacion de caballero que se habia conquistado en la Tierra Santa, se resolvió á recobrar por el valor lo que habia perdido por la indolencia. Formó un poderoso ejército con la cooperacion del conde de Mortagne y de Roberto de Belesmes, enemigos mortales de Enrique, y se dirigió al encuentro de este con el designio de terminar su querella en una batalla decisiva.

Interin estaban frente á frente los dos ejércitos, el clero empleó su mediacion para que los dos príncipes viniesen á un arreglo; mas como Enrique exigia que Roberto renunciase su autoridad y la mitad de su renta, sus proposiciones fueron desechadas con desprecio, y los dos ejércitos se prepararon para el combate. Entonces apareció Roberto en el teatro en que siempre se habia distinguido de una manera gloriosa, animando con su ardor y ejemplo á los soldados, quienes marcharon hácia el enemigo con el mismo valor que en otro tiempo hizo temblar á los infieles.

Al pronto no encontró resistencia alguna: su primer choque hizo retroceder al ejército inglés, y por un momento pareció que la victoria se pronunciaba á su favor; mas la posicion de su ejército estaba muy lejos de ser tan ventajosa en el costado en que mandaba Belesmes, quien fué puesto en derrota por uno de los generales del rey de Inglaterra. Aprovechándose de ella el vencedor, acudió al socorro del centro con un nuevo cuerpo de caballería. Reuniéndose entonces el ejército inglés, desplegó nuevo valor, mientras que cansadas y acobardadas las tropas de Roberto, retrocedieron por todos los costados, á pesar de su ejemplo y esfuerzos por volverlas al combate. Aunque seguro de la pérdida de sus mas valientes guerreros y de la derrota de su ejército, rehusó sin embargo el salvarse con la fuga, y volvió con furor hácia el enemigo, á quien todavia despreciaba; pero no tardó en caer prisionero con diez mil de los suyos, entre los cuales se contaba una parte de los mas ricos barones adictos á su causa. La reduccion completa de la Normandía fué el resultado de esta victoria. Enrique tornó triunfante á Londres, llevando en pos de sí cautivo á su hermano, quien despues de haber dado muchas veces pruebas brillantes de bravura, de franqueza y generosidad, no solo se encontraba privado de su patrimonio y de sus amigos, sino hasta de su libertad. Olvidándose Enrique de la magnanimidad con que su hermano se habia portado con él en otra ocasion, le retuvo prisionero el resto de su vida, que duró veinte y ocho años todavia, muriendo despues de tan larga cautividad en el castillo de Cardiff, condado de Glamorgan. Pretenden algunos que se le hizo perder la vista aplicándole á los ojos una plancha de cobre rusiente. Su desapiadado hermano se esforzó en calmar las reconvenciones de su conciencia, fundando la abadía de Reading, obra que era mirada entonces como una espiacion suficiente de los crímenes mas atroces.

Luego que Enrique regresó á Inglaterra, se ocupó en reformar algunos abusos introducidos por sus cortesanos, quienes siéndoles permitido por la ley feudal el vivir en los dominios del rey mientras él estuviese fuera del reino, se habian aprovechado de este dere-

(1) Para esta espedicion dispuso una enorme exaccion de dinero, cuyos recaudadores cometieron las violencias mas crueles con todos los sajones, espulsando de sus pobres albergues á los que nada tenian que dar, arrebatando las puertas y ventanas, y tomando hasta los ultimos muebles. *(Aug. Thierry.)*

cho para cometer impunemente toda suerte de escesos. Con el objeto de remediar tales desórdenes, publicó el rey un decreto disponiendo que todos los que en lo sucesivo se sirviesen de la autoridad real para devastar los países adonde pasasen, serian castigados con la pérdida de la vista. Hubo tambien algunas disputas entre el rey y el arzobispo Anselmo con respecto á los asuntos de la Iglesia, y despues de muchas dificultades consintió al fin Enrique en renunciar su derecho de conceder las investiduras eclesiásticas, contentándose con recibir el homenaje de los obispos por sus posesiones y privilegios temporales. Fué abolido el matrimonio de los sacerdotes; prohibióse á los legos el casarse hasta el sétimo grado, y se suprimió tambien la moda de llevar el pelo largo, la cual era muy vituperada por el clero.

Estos diferentes reglamentos sirvieron para ocupar á Enrique durante la paz; mas las contínuas inquietudes que le daba el descontento de sus súbditos normandos, y sus temores relativamente á la sucesion, no le permitieron vivir largo tiempo en reposo. Queria impedir que su sobrino Guillermo, hijo de Roberto, fuese su sucesor, y con tal objeto se esforzaba por todos los medios que estaban al alcance de su poder por asegurar la corona á Guillermo, su propio hijo.

No tenia mas de seis años el de Roberto, cuando fué puesto al cuidado de Helie de Saint-Saen, noble de mucho honor, quien desempeñó los deberes de su cargo con una fidelidad desconocida en aquel siglo de barbarie. Penetrando las intenciones de Enrique, y convencido de que trataba de apoderarse del príncipe su pupilo, se fugó y condujo al jóven Guillermo á la cor-



EL CONDE DE ANJOU.
Copiado de un manuscrito de la Bib. Harl.

te de Foulques, conde de Anjou, que le prestó su proteccion. Errante de corte en corte el noble fugitivo, logró burlar los artificios de un tio poderoso y temible, que nada perdonó para apoderarse de él, tanto por la dulzura como por las amenazas. Luis VII, rey de Francia, tomó parte en esta contienda, y abrazó la causa del jóven príncipe, á cuyo favor procuró tambien interesar al papa; mas no habiéndolo conseguido, se resolvió á arrancar por la fuerza de las armas lo que no pudo obtener por medio de negociaciones. Se declaró la guer-



Enrique I.

ra entre él y Enrique, diéronse muchas batallas, pero ninguna fué de resultados decisivos.

En una de ellas que tuvo lugar en Noyon,—A. de J. C. 1119—ciudad que Luis proyectó sorprender, se distinguió de una manera igualmente notable el valor de tio y sobrino. El jóven príncipe Guillermo, que habia heredado toda la bravura de su padre, cargó con tal impetuosidad á la vanguardia del ejército inglés, que esta se replegó sobre el cuerpo principal mandado por el mismo rey, cuyos esfuerzos parecieron al pronto insuficientes contra un ataque tan vigoroso. En el momento en que reuniendo todo su valor, trataba de rechazar el torrente del enemigo, que acababa de caer sobre él con tanto furor, un caballero normando, llamado Guillermo Crispin, descargó sobre su cabeza dos sablazos tan terribles, que abrieron el casco y le hirieron gravemente. Enfurecido el rey á vista de su sangre que corria por su rostro, volvió el golpe con tal fuerza, que su adversario fué derribado y hecho prisionero. Esta accion decidió la victoria á favor de los ingleses, que persiguieron á los franceses haciéndoles una horrible carnicería. Por fin vinieron los dos monarcas á un convenio, en el cual fueron desatendidos completamente los intereses del jóven Guillermo.

Desde entonces hasta su muerte, que sobrevino ocho años despues, hizo este valiente jóven todos los esfuerzos posibles para lograr la posesion de los estados á que tenia unos derechos hereditarios tan justos y fundados, sin omitir medio alguno para hacerlos valer; pero desgraciadamente careció de los recursos necesarios para un feliz éxito.

En esta época parecia sonreir la fortuna á Enrique y reservarle una prosperidad duradera. Era señor de dos estados poderosos, y ya estaba reconocido por heredero legítimo de ellos su hijo predilecto Guillermo. Su hija Matilde, de edad de ocho años, y ya desposada con Enrique V emperador de Alemania, se habia marchado á la corte de este para ser allí educada. Así pues, todo parecia prometer al rey de Inglaterra un porvenir muy dichoso, cuando de repente se oscureció esta brillante perspectiva por desgracias imprevistas que derramaron el dolor y el llanto sobre el resto de su vida.

Lo poco que le habia costado el usurpar la corona, hizo temer á Enrique que sus descendientes fuesen suplantados á su vez con la misma facilidad; por lo cual tomó la resolucion de hacer reconocer en todos los estados de Inglaterra á su hijo por sucesor suyo. En consecuencia, llevó á este desde luego á Normandía, para que recibiese el homenaje de los barones de este ducado. Regresaba triunfante á Inglaterra despues de esta ceremonia, llevando consigo una numerosa comitiva compuesta de la principal nobleza. Su hijo y muchos jóvenes nobles, compañeros de sus recreos, se

hallaban juntos en uno de los buques de la flota. El rey, que se dió á la vela en Barfleur, impelido por un viento favorable, perdió muy luego de vista la tierra; pero el príncipe se detuvo por un incidente imprevisto, y mientras tanto estuvieron bebiendo hasta el estremo de embriagarse completamente los marineros y el capitan, llamado Tizt-Stephen, de modo que cuando empezaron á navegar, se dirigieron á la punta de una roca, en que se hizo pedazos el buque. El príncipe, que saltó á una chalupa, hubiera podido salvarse si no hubiera sido llamado por los gritos de Maude, su hermana natural. Olvidando éntonces los riesgos que él mismo iba á correr, y no pudiendo resolverse á dejar perecer una persona tan querida sin tratar de socorrerla, mandó á los marineros que remasen hácia la nave, y que hiciesen todo lo posible para arrancar á su hermana de una muerte cierta. Al ver la chalupa, todos los que se habian quedado en el buque se arrojaron en tropel á ella, haciéndola hundirse. Mas de ciento cuarenta jóvenes, señores de las primeras casas de Inglaterra, perecieron con el infortunado Guillermo. El único que tuvo la dicha de escaparse de la muerte, fué un carnicero de Rouen, agarrado al mástil de la nave, siendo salvado á los dos dias por unos pescadores.

Divisando el capitan del buque al carnicero, que traqueado por las olas luchaba entre la vida y la muerte, se esforzó por nadar hácia él, y le preguntó si se habia salvado el príncipe. Al saber que habia perecido, aquel hombre valiente fué presa de la desesperacion: «Yo no le puedo sobrevivir» esclamó; y arrojándose al fondo del mar, desapareció para siempre.



Monedas de Guillermo I y II y Enrique I.

Los ayes de los infortunados que perecian llegaron hasta la ribera y aun hasta la nave del rey, quien al pronto ignoró su desgracia, y conservó durante tres dias la esperanza de que su hijo habria sido arrojado á algun puerto lejano de Inglaterra. Al cabo supo la espantosa noticia: el dolor que esperimentó le hizo perder el conocimiento, y desde este funesto instante hasta el de su muerte, jamás volvió á asomarse la sonrisa á sus lábios.

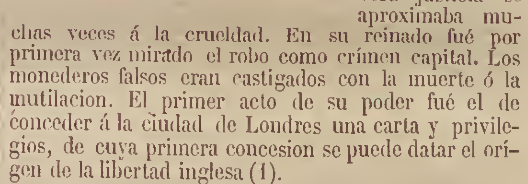
Ningun interés ofreció el resto de la vida de este príncipe. Todos sus ambiciosos proyectos se hallaban satisfechos, y parecia estar mas deseoso de reposo que de conquistas. Sin embargo, volvió á su actividad ordinaria, cuando su hija Matilde regresó viuda por la muerte del emperador de Alemania. La casó en segundas nupcias con Godofredo Platagenet (1), hijo mayor del conde de Anjou, y se ocupó con ardor en asegurarla su sucesion, obligando á los barones normandos á reconocerla por heredera de todos sus estados.

Algun tiempo después dió á luz esta princesa un hijo que recibió el nombre de Enrique, y para asegurar todavía mejor la corona á Matilde, el rey obligó á toda la nobleza de Inglaterra y Normandía á renovarle el juramento de fidelidad. Aunque á la sazon parecian los barones asaz dispuestos á prometer lo que el monarca les exigia, con todo no cumplieron su palabra hasta tanto que no se vieron obligados á ello (2).

No sobrevivió mucho tiempo Enrique á estas últimas disposiciones. Cayó enfermo de repente por haberse escedido demasiado en comer lamprea, pescado que le gustaba mucho, y murió en San Dionisio, pequeña ciudad de Normandía, donde á la sazon se hallaba, á los sesenta y ocho años de edad y treinta y seis de reinado. Su hija Matilde quedó por su testamento única heredera de todos sus estados.—Año de Jesucristo 1135, 1.º de diciembre.

Si consideramos el carácter de Enrique con imparcialidad, echaremos de ver que este príncipe fué tal vez acreedor á ser admirado mas bien que querido.

Indudablemente estuvo dotado de la capacidad y del valor necesario para los triunfos obtenidos por sus armas; mas no se puede dejar de calificar de escandalosos dichos triunfos al pensar en el infortunado Roberto y su cautiverio. La figura de Enrique era de una hermosura varonil; su aire gracioso; sus maneras de mucho atractivo; sus ojos brillantes y serenos, y su mirada penetrante. Sus conocimientos en literatura le adquirieron el dictado de sábio: eran tales su elocuencia y el arte con que sabia persuadir, que el papa, después de una entrevista tenida con él, se hizo uno de sus mas entusiastas admiradores, asegurando que merecia la preferencia entre todos los príncipes de Europa. Fué muy aficionado á las mugeres, y dejó un buen número de hijos naturales. La caza era uno de sus recreos favoritos, y para satisfacerla agrandó los bosques que en los reinados anteriores fueron destinados á la misma diversion. Su severa justicia se aproximaba mu-



chas veces á la crueldad. En su reinado fué por primera vez mirado el robo como crímen capital. Los monederos falsos eran castigados con la muerte ó la mutilacion. El primer acto de su poder fué el de conceder á la ciudad de Londres una carta y privilegios, de cuya primera concesion se puede datar el orígen de la libertad inglesa (1).

CAPITULO VIII.

ESTÉBAN.

(Desde el año de J. C. 1135 hasta el de 1154.)

Entre todos los medios de que echó mano el rey difunto para asegurar la corona á su posteridad, como el mas político y seguro habia sido mirado por él la elevacion de sus parientes inmediatos. Roberto y sus partidarios eran los únicos adversarios que habia que temer, y ningun otro podia disputar el trono en lo sucesivo. Con el designio pues de consolidar su poder, tuvo Enrique una generosidad sin límites con los hijos de su hermana Adela, que estuvo casada con el conde de Blois, á los cuales colmó con los favores de la fortuna, contando con que siéndole adictos y agra-

(1) *Plantaginesta:* llamado así por causa de la costumbre que tenia de poner una rama de ginesta florida en su capucha. *(Augusto Thierry.)*

(2) Los señores estaban siempre prontos á jurar lo que el Rey les mandaba, pero no lo observaban mas que hasta la muerte de este. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(1) El poder de los barones y del clero se aumentó mucho en este reinado. Cada señor era un pequeño tirano, y por mantenerse en su poderío fué por lo que escogieron un rey que tuviese el cetro en las manos de ellos. Eligieron pues á Estéban, siendo ámpliamente absueltos por los obispos del juramento de fidelidad hecho á Matilde. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

decidos, estarian dispuestos á defenderle contra las tentativas de su hermano Roberto, y no abrigarian la menor esperanza de subir algun dia al trono, toda vez que se hallaban á muy grande distancia de él. Así pues,



Estéban.

algunos años antes de su muerte logró que marchasen á Inglaterra Estéban y Enrique, los dos hijos mas jóvenes de su hermana, á quienes los recibió con las mayores muestras de consideracion y de tierno afecto. A Estéban le casó con la hija de Eustaquio, conde de Boloña, que no tenia otro heredero que esta hija. Así, este enlace hizo á Estéban poseedor de una fortuna inmensa, y además le cedió el rey su tio los cuantiosos bienes que antes habian pertenecido á Roberto Mallet en Inglaterra, y los del conde de Mortagne en Normandía.

Enrique fué nombrado abad de Glastonbury, y obispo de Winchester.

Con tantas mercedes Enrique y Estéban llegaron á ser los señores mas poderosos del reino. Pero tan inmensas riquezas y tan gran poder no tardaron en convertirse en un vivo aguijon para el ambicioso Estéban, el cual, conociendo su superioridad, y alentado por la facilidad con que su tio habia usurpado el trono, se resolvió á lanzarse á la misma carrera, y osó pretender la corona. Con tal objeto puso todos sus cuidados en vida del rey en conquistar el afecto del pueblo y de la nobleza inglesa. Efectivamente, su valor y actividad le captaron la estimacion de los barones; su generosidad y mañosa popularidad le atrajeron las simpatías de todos.

No bien fué conocida la muerte del rey, cuando Estéban, prevaliéndose de su poder é influencia, trató de asegurarse la posesion de lo que hacia tanto tiempo deseaba. Se apresuró á dejar la Normandía, se embarcó para Inglaterra, y tomó tierra en Douvres; pero noticiosos de sus intenciones los habitantes de esta ciudad, le cerraron las puertas negándose á recibirle. En seguida se fué á Cantorbery, donde le trataron con tan poco miramiento como en Douvres: mas no se desanimó por eso, y prosiguiendo su camino llegó á Londres, en cuya ciudad al instante fué saludado como rey por la clase baja del pueblo.

Contando ya con el populacho, pensó en grangearse el afecto del clero. Al efecto se valió de la influencia del obispo de Winchester, su hermano, cuyos esfuerzos consiguieron muy pronto un éxito completo. El arzobispo de Cantorbery que habia prestado juramento de fidelidad á Matilde, pareció que se resistia al principio; mas habiendo afirmado con juramento Hugues Bigot, mayordomo mayor de palacio, que Enrique I habia espresado el deseo de que su sobrino fuese reconocido por heredero suyo, no vaciló mas el arzobispo, y le consagró sin escrúpulo alguno.

Hízose pues Estéban rey de Inglaterra por una de aquellas súbitas revoluciones, muy comunes en las naciones sumidas en la barbárie. El pueblo seducido por su afabilidad le recibió sin pena por soberano suyo; sometióse igualmente el clero, influido por las intrigas del obispo de Winchester, y los nobles á su vez accedieron á reconocer los derechos, aunque muy débiles, del nuevo rey, y á favorecer sus pretensiones con la esperanza de aumentar su propio poder y sus riquezas.

Los primeros actos de un usurpador son siempre populares. Estéban, para afirmar su vacilante trono, dió una carta y otorgó muchos privilegios á los diferentes órdenes del Estado: permitió á la nobleza cazar en los bosques reales; confirió al clero todos los beneficios vacantes, y para acabar de ganar al pueblo (1) restableció las leyes de Eduardo el Confesor. Despues se apoderó del tesoro real, que estaba en Winchester, sirviendo una gran parte de él para hacer ratificar su nuevo título al papa.

Un trono usurpado, segun va referido, no podia ser conservado mas que á fuerza de concesiones ilimitadas: la nobleza y el clero eran cada dia mas exigentes: los barones reclamaban en recompensa de su sumision la facultad de fortificar sus castillos, que muy luego los pusieron en estado de defensa. El rey, por temor de acarrearse su irritacion, se vió precisado á otorgarles sus demandas, por mas perjudiciales que fuesen á su autoridad. No tardó el clero en imitar un ejemplo tan pernicioso; y así en muy poco tiempo se vió llena toda Inglaterra de fortalezas independientes, en que pusieron los nobles guarniciones de vasallos ó de vagamundos mercenarios procedentes del continente. Nada puede dar cabal idea de la miseria á que fué reducido el reino en esta terrible época de aristocracia. La manutencion de aquellas nuevas tropas vino á ser un manantial inagotable de rapiñas y vandalismo, de que contínuamente era víctima el pueblo: la profunda animosidad de los nobles entre sí mismos fomentaba en todas partes guerras perpétuas. La construccion de un castillo fortificado precisaba al instante á los barones vecinos á hacer otro tanto; y de este modo se convirtió bien pronto la Inglaterra entera en teatro de tiranías y hostilidades (2).



Estéban, conde de Blois.

En vano quiso aquietar las quejas del pueblo con una victoria obtenida por el rey contra los escoceses en Northallerton—A. de J. C. 1138.—La miseria habia

(1) Entiéndase por esta palabra las clases privilegiadas. *(C. I.)*

(2) La mayor de todas las calamidades que pueden afligir á un reino, es sin duda el poder despótico en manos de todos los señores. La tiranía de un monarca no recae nunca mas que sobre el estrecho círculo de los que le rodean; pero el gobierno arbitrario de una infinidad de tiranos subalternos estiende su vara de hierro hasta las últimas clases del pueblo, que ni aun ellas pueden esperar justicia. En suma, los barones mantenian sus privilegios, y el clero sus inmunidades; mas el pueblo era esclavo. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

llegado al mas alto punto, para que pudiese ser olvidada con triunfos de tal naturaleza, por brillantes que fuesen; y como el rey no consiguió la corona sino por medio de la usurpacion, tuvo que tolerar en los demás la misma injusticia que le habia servido para elevarse hasta el trono.

Muy luego vinieron nuevos abusos á acrecentar las desgracias del pueblo y á llenar de lágrimas y disgusto todo el reino. Los barones eclesiásticos, que habian levantado su poder sobre las ruinas de la autoridad real, empezaron, á ejemplo de los varones seglares, á edificar castillos poniendo guarniciones, creidos que sus sagrados privilegios serian mas respetados con el crecimiento de su autoridad temporal. Conociendo Estéban, aunque muy tarde, las peligrosas consecuencias de un número tan grande de fortalezas, se resolvió desde luego á destruir las de los clérigos, á quienes su estado parecia que debia alejar de las ocupaciones guerreras. Al efecto se prevalió de una discordia que se suscitó entre la gente del obispo de Salisbury y la del conde de Bretaña, arrestando á aquel prelado, y obligándole, así como al obispo de Lincoln, á entregarle las fortalezas que ambos acababan de levantar.

Esta medida fué considerada por el clero como una violacion de la carta otorgada por el mismo Estéban á su advenimiento al trono, y prorumpió en invectivas contra tal infraccion. Hasta su mismo hermano el obispo de Winchester defendió los privilegios de la iglesia creyéndolos atacados en demasía, y congregó un sínodo en que los prelados ofendidos declamaron fuertemente contra el ultraje del rey, quien en lugar de responder en persona, envió á un baron para que le defendiese y amenazase á sus acusadores.

En ocasion tan crítica para los intereses de Estéban fué cuando se divulgó la noticia del arribo de Matilde á Inglaterra, y que iba resuelta á despojarle de la corona.

Matilde, que estaba en Normandía á la muerte del último rey, se vió en la imposibilidad de oponerse á los rápidos progresos de su rival: no fueron mas felices sus esfuerzos en el continente que en su patria; y los barones normandos, que temian ver la Normandía separada de Inglaterra, se pronunciaron en su mayor parte á favor de Estéban poniéndole en posesion del gobierno. Hasta el mismo Godofredo, esposo de Matilde, renunció sus derechos con la condicion de que se le habia de dar una pension; mas no bien accedió á este convenio, cuando le pesó, y una nueva circunstancia vino á estimularle á hacer valer los derechos de su muger. Roberto, conde de Gloucester, hijo natural del rey difunto, se habia opuesto desde un principio al advenimiento de Estéban al trono, y estuvo aguardando ocasion favorable para declararse contra él. Al efecto, trazado con sus partidarios el proyecto de insurreccion, se retiró al continente yendo á la corte de Matilde: desde allí envió al rey un reto manifestándole con altanería que desde aquel momento cesaba de mirarse como súbdito suyo, lo cual no tardó en patentizarlo sosteniendo de hecho las pretensiones de Matilde, á quien siguió á Inglaterra desembarcando con ella en la costa de Sussex.

Esta princesa, acompañada no mas que por ciento cuarenta caballeros, se refugió al castillo de Arundel, no tardando la justicia de sus derechos en atraer tan numerosos partidarios, que al momento se hicieron superiores sus fuerzas á las de su adversario—Año de Jesucristo 1139.

Informado Estéban de la llegada de Matilde, se apresuró á asediar el castillo de Arundel en que estaba secretamente protegida por la reina viuda. Esta fortaleza, demasiado débil para sostener una larga defensa, no habria podido resistir por largo tiempo, si no se hubiera representado al rey que no le era dado sin violar el respeto debido á la reina viuda, tomar por fuerza un castillo que la pertenecia. A pesar de la barbárie de aquel siglo, habia sentimientos de generosidad caballeresca que arrastraban en pos de sí en muchas circunstancias; y así Estéban permitió á Matilde retirarse á Bristol, adonde fué conducida con toda seguridad.

Sería prolijo referir las muchas acciones que tuvieron lugar de parte á parte: baste saber que las fuerzas de Matilde se aumentaban de dia en dia, ínterin parecia disminuirse por instantes el poder de su adversario, cuyas tropas se componian en general de estranjeros mercenarios, mas habituados al pillaje que á las conquistas, y mandados por barones turbulentos.



Castillo de Arundel.

En medio de tal estado de fluctuacion ladeábase el reino hácia su ruina, y cada cual pretendia la victoria. Convirtiéronse los castillos de la nobleza en albergue de salteadores audaces que robaban y devastaban impunemente sopretesto de defender la causa que habian abrazado. Las tierras quedaron incultas bien pronto; fueron destrozados ó abandonados los instrumentos de labranza, y una horrible hambre, consecuencia inevitable de aquel general desórden, vino á agobiar á la vez á opresores y oprimidos.

Despues de infinito número de batallas inútiles que agravaban mas y mas las calamidades del reino, una victoria alcanzada por las tropas de Matilde hizo al fin entrever el término de tan larga discordia. Mientras Estéban marchaba á sitiar la ciudad de Lincoln, acudió por su parte el conde de Gloucester con un cuerpo de tropas á fin de secundar los esfuerzos de los sitiados. Empeñóse un terrible combate entre ambos ejércitos—Año de J. C. 1141;—y despues de un choque violento, las alas del ejército real, que se componian de caballería, fueron puestas en dispersion, y siguiendo la infantería este ejemplo, abandonó al instante á Estéban. Toda la raza de Guillermo el Conquistador estaba dotada de bravura. Estéban, abandonado de los suyos y embestido por muchos, combatia solo y á pié en medio de los enemigos, resistiéndose largo tiempo á sus esfuerzos reunidos con una intrepidez asombrosa. Habiéndosele roto su hacha de ármas, tiró de su espada y se defendió valerosamente contra los que le rodeaban por todas partes; mas despues de haberse resistido de un modo superior á lo que se podia aguardar de un hombre solo, fué obligado á rendirse prisionero. Condújosele á Gloucester, donde al pronto fué tratado con respeto; mas poco despues, á causa de algunas sospechas, fué puesto en prision y cargado de cadenas.

Al pronto pareció que estaban abatidos completamente Estéban y su partido; y así Matilde fué puesta en posesion de sus derechos, que se le reconocieron como incontestables, siendo desde entonces legítima soberana mediante el homenaje que fueron á rendirla todos los barones. Hasta el mismo obispo de Winchester abandonó la causa de su hermano y abrazó la de Matilde, reconociendo la justicia de las pretensiones de ella, á quien llevó en procesion á la catedral y la bendijo de la manera mas solemne. Prestóla igualmente el

arzobispo de Cantorbery juramento de fidelidad, y poco tiempo despues se reunió y reconoció los derechos de Matilde un consejo eclesiástico, á que ningun lego fué admitido, á escepcion de los diputados de la ciudad de Londres. En seguida fué coronada en Winchester con toda la pompa posible.

Un trono adquirido con tan justos títulos, parecia estar á cubierto de todo peligro; mas es tal la incertidumbre de las cosas humanas, y fueron tales las consecuencias de la escesiva preponderancia alcanzada por los barones, que á Matilde le duró muy poco tiempo la posesion de la corona. Esta princesa, además de la desventaja de su sexo que enervaba su influencia sobre un pueblo belicoso, se habia resuelto á reprimir el poderío de la nobleza, que no la dejó mas que una sombra de autoridad; pero como no tenia un carácter bastante firme ni político para poner en ejecucion sus proyectos, no hizo mas que desviar con su orgullo á aquellos cuyo apoyo la fué preciso para subir al trono.

Empezó por desechar la súplica que se la hizo para que restituyese la libertad á Estéban, y luego rechazó abiertamente la peticion de los habitantes de Londres para que suavizase la severidad de las leyes normandas, y restableciese las de Eduardo el Confesor: se empeñó tambien en tratar á los nobles con un desprecio á que no estaban habituados hacia mucho tiempo, y bien pronto empezó la nacion á echar de menos al rey que habia espulsado, y á arrepentirse del movimiento que habia efectuado en favor de Matilde. El obispo de Winchester, que acaso nunca la fué adicto con sinceridad, no omitió medio alguno para irritar á los descontentos, y fomentar el espíritu de sedicion; y así, cuando creyó que el pueblo estaba dispuesto á una revuelta, envió fuerzas compuestas de amigos y vasallos suyos á bloquear la ciudad de Londres, en donde tenia la reina su residencia. Tomáronse al mismo tiempo medidas eficaces para incitar al pueblo á una insurreccion, y apoderarse desde luego de la reina; pero advertida esta á tiempo de las maquinaciones, se fugó á Winchester, cuyo obispo, su enemigo secreto, tuvo buen cuidado de acompañarla, á fin de espiar con mas seguridad la ocasion de perderla.

Bien pronto las fuerzas del obispo se hicieron bastante fuertes para resistir á las de la reina, y se declararon abiertamente contra ella, sitiándola en la misma ciudad en que poco antes habia recibido la bendicion episcopal. Defendióse Matilde por algun tiempo, hasta que llegando la ciudad á ser presa de la hambre, se vió precisada á huir, dejando prisionero á su hermano el conde de Gloucester que la acompañaba. Este fué canjeado por Estéban, quien no obstante estuvo todavía cautivo por algun tiempo. Por una revolucion tan súbita fué destronada Matilde, y obligada á buscar un refugio en Oxford, y Estéban fué reconocido de nuevo por rey de Inglaterra, sacándosele del calabozo para ser repuesto en el trono.

La guerra civil y todas sus funestas consecuencias resucitaron entonces con mas furor que nunca. Diéronse muchas batallas, recurriendo á diferentes estratagemas los gefes de ambos partidos para lograr sus fines. Matilde escogió para huir la ocasion en que todo estaba cubierto de nieve, y consiguió escaparse de Oxford vestida de blanco, y acompañada de cuatro caballeros con trajes del mismo color. Una vez fué derrotado Estéban en Wilton, y tuvo que huir del conde de Gloucester; pero mas adelante Matilde se vió precisada á abandonar el reino, y la muerte de dicho conde que era el alma de su partido, vino á dar el último golpe á su causa—A. de J. C. 1147.

Empero todavia tardó la fortuna en declararse de una manera decisiva por el usurpador, el cual no estaba tranquilo á pesar de que la fuga de Matilde le dejó libre poseedor del reino, y de estar investido su hermano de una autoridad superior eclesiástica. Estéban conocia demasiado que las fortalezas levantadas por los nobles contribuian á fomentar el espíritu de independencia, y que no ofrecian menores riesgos que las que habian quedado en poder del enemigo. Por esta razon trató de apropiárselas; pero la tentativa no sirvió sino para alejar todavía mas de sí un gran número de partidarios. El clero por su parte volvió á declararse en favor de sus adversarios; y el papa, irritado de que Estéban se hubiese resistido á enviar representantes al concilio general de Reims, puso á todo su partido en entredicho. Por esta sentencia inusitada hasta entonces en Inglaterra, se prohibió el culto divino, y cesaron todos los actos de religion, menos los del bautismo y de la extremauncion.

En tan desgraciadas circunstancias todos aguardaban otra revolucion; pero la sumision de Estéban á la Santa Sede vino á suspender el golpe funesto que amenazaba al reino.

Hasta entonces Estéban no tuvo por enemigos mas que hombres que no sosteniendo sino las pretensiones de otro, carecian en realidad del prestigio popular que sabe ganar los corazones; pero á la sazon iba á entrar en liza con un adversario que cada dia se hacia mas temible. Este era Enrique, hijo de Matilde, el cual acababa de cumplir diez y seis años, y daba las mayores esperanzas de llegar algun dia á ser un valiente guerrero y consumado político. Acostumbrábase entonces que los jóvenes nobles recibiesen la órden de caballería antes de permitírseles llevar armas: Enrique rogó á su tio David, rey de Escocia, que ejecutase en su obsequio esta ceremonia. Con tal designio y con el objeto secreto de reanimar el partido de su madre, se dirigió á Inglaterra con una numerosa comitiva de caballeros, soldados y nobles, tanto ingleses como estranjeros—A. de J. C. 1149.—El príncipe fué armado caballero por el rey de Escocia, cuya ceremonia tuvo lugar en Carlisle, capital del condado de Cumberland, en medio de una multitud inmensa reunida al efecto. La fuerza, la destreza en los ejercicios militares, y sobre todo, la juventud del príncipe escitaron un entusiasmo general, y cada cual deseaba en su interior una revolucion á favor de Enrique.

Luego de su regreso á Normandía, fué por consentimiento de su madre investido con este ducado, cuyos habitantes hacia algun tiempo se habian rebelado contra ella. Bien pronto le puso en posesion de aquellos estados la muerte de su padre Godofredo-Plantaginesta, y poco después se aumentó su poder por su casamiento con Leonor, hija y heredera del duque de Guiena y Poitu; con lo cual añadió á sus dominios un inmenso territorio.

Cuando Enrique se hizo tan poderoso, resolvió reclamar su herencia, y disputar á Estéban el trono que le habia usurpado. Cerciorado de antemano que la mayoría del pueblo estaba á su favor, hizo una invasion á Inglaterra—A. de J. C. 1153,—en donde al instante vino á incorporársele la mayor parte de los barones del reino. El rigor de la estacion, pues era invierno, no interrumpió nada la ejecucion de sus proyectos: dirigióse á sitiar á Malmsbury, y la tomó despues de derrotar un cuerpo de enemigos que quiso oponerse á su marcha. Poco despues se le sometieron sin resistencia Reading, y mas de otras treinta fortalezas.

Asustado Estéban del poder y de la influencia de su jóven rival, hizo todo lo posible para oponerse á sus designios, y defender una corona cuya herencia parecia desear Enrique con tanto ardimiento. Reunió un consejo en Londres, y propuso que queria asociar á su gobierno un sucesor, que era su hijo Eustaquio, príncipe débil y sin mérito alguno. Estéban avanzó hasta manifestar el deseo de coronarle inmediatamente; pero la repulsa del arzobispo de Cantorbery le causó mucha mortificacion; y como no era ocasion de escuchar su resentimiento y ocuparse en venganzas, como quiera que iba adelantándose su rival á pasos agigantados hácia el trono, se apresuró á

volar á su encuentro, socorriendo á Wallinford, que estaba sitiado por Enrique. Tan pronto como estuvo cerca de la ciudad é hizo descansar á la tropa, se dispuso Estéban para el combate. Apostados los dos ejércitos á un cuarto de milla el uno del otro, se mantuvieron en esta situacion dudosa aguardando todos los dias una accion decisiva. La interposicion de Guillermo, conde de Arundel, puso término á semejante incertidumbre, apaciguándose la contienda sin efusion de sangre ni de una parte ni de otra.

La muerte del hijo mayor de Estéban, que aconteció mientras se hacia el tratado, decidió la cuestion definitivamente, conviniendo ambas partes en que Estéban continuase reinando por toda su vida, y que la justicia fuese administrada á su nombre; pero que después de su fallecimiento le sucederia Enrique, y que el hijo del mismo Estéban, llamado Guillermo, heredaría la Boloña y todas sus posesiones patrimoniales. Después que los barones hubieron consentido en este acomodamiento que satisfacia al reino entero, Enrique evacuó la Inglaterra, y el rey Estéban volvió á ocupar pacíficamente su trono, bien que no fué ya de larga duracion su reinado. Murió en Cantorbery ó sus cercanías el 25 de octubre—A. de J. C. 1154,—y fué sepultado en la abadía de Jeversham, á dos leguas de dicha ciudad.

La reputacion de un soberano depende casi siempre de su buena ó mala fortuna. Ninguno de los proyectos de Estéban tuvo resultados notables, si se esceptua el que le condujo al trono: equilibráronse de tal modo sus virtudes y sus defectos, que la opinion acerca de él debe quedar dudosa. Si se juzgan sus cualidades por el lado del bien que hizo á sus súbditos, parecerán muy poco ventajosas, puesto que nunca estuvo Inglaterra en situacion tan miserable como bajo su reinado; pero si se considera á este príncipe por el lado de su conducta privada, pocos monarcas merecen mayores elogios. Activo, generoso y valiente, su anhelo constante fué destruir la poderosa aristocracia que oprimia al pueblo. Mas toda la habilidad de un jefe, por político y enérgico que fuese, no podia bastar entonces para estirpar un vicio tan profundamente arraigado y tan poderosamente protegido. Los defectos pues de este monarca, no tanto provenian de él, como de la influencia de la época y del espíritu indomable del pueblo que gobernaba. En resúmen, estuvo dotado de cualidades y de sólidas virtudes, que hubieran podido hacer la felicidad de sus súbditos, si no hubiese reinado en una época funesta de disturbios y guerras intestinas de que la nacion era víctima contínuamente.

CAPÍTULO IX.

ENRIQUE II, PLANTAGINESTA.

(Desde el año de J. C. 1155 hasta el de 1189.)

Hasta aquí hemos visto á los barones y al clero enriquecerse con los despojos de la majestad real, agrandando su poder á costa de la independencia del monarca y de la decadencia de sus títulos; pero ahora Enrique Plantaginesta, por sus derechos hereditarios, su preponderancia, su mérito personal y el consentimiento general, podia aspirar al trono y á conservar todas las prerogativas de la dignidad real (1). Hallábase ocupado en asediar la fortaleza de uno de sus barones revoltosos, cuando recibió la noticia de la muerte de Estéban. Seguro de la legitimidad de sus derechos á la corona de Inglaterra, no creyó que debia abandonar su empresa, y así continuó en las operaciones contra aquella plaza, haciéndola rendir al poco tiempo. En seguida se embarcó para Inglaterra, en donde fué recibido con aclamaciones por el pueblo entero, que cansado de las borrascosas competencias de que era víctima hacia mucho tiempo, acogió con entusiasmo á un rey legítimo que conciliaba todos los partidos y restablecia al fin el órden y la tranquilidad en el reino.

El primer acto gubernativo de Enrique fué para sus súbditos un feliz presagio del nuevo gobierno. Seguro como estaba este príncipe de su fuerza, empezó por corregir un gran número de abusos, y por recuperar la posesion de los privilegios que habian sido arrebatados al trono por la debilidad y credulidad de sus predecesores. Despidió prontamente todas las tropas mercenarias, que cometian hacia mucho tiempo innumerables desórdenes en el reino: mandó que fuesen destruidas todas las fortalezas levantadas desde la muerte de Enrique I, á escepcion de algunas que consideró convenientes para la seguridad del reino, apoderándose al efecto de ellas: arregló el valor de la moneda, retirando de la circulacion la alterada: recobró muchos de los beneficios concedidos á las iglesias y á los monasterios en los reinados anteriores: á varias ciudades dió cartas por las cuales la libertad y los privilegios de los ciudadanos se hacian independientes de toda autoridad menos la del rey, cartas que fueron el fundamento de la libertad inglesa. Los debates que habian tenido lugar algun tiempo antes sobre la cuestion de si el rey, mas bien que los barones ó el clero, debia tener el poder despótico sobre el pueblo, se reprodujeron bajo nuevo aspecto, y una cuarta clase salida de entre los opulentos del pueblo se creyó con la facultad de aspirar desde luego á la administracion del reino. De este modo fué como se dió el primer golpe al régimen feudal, y empezó á desenvolverse la libertad en toda la nacion inglesa.



Enrique II.

Desde los primeros momentos de este feliz reinado comenzó al fin la Inglaterra á respirar en paz: reapareció la agricultura, y todos esperimentaban los venturosos efectos de la administracion del jóven monarca. No obstante, algunos barones humillados provocaron ligeras insurrecciones, que no tardaron en ser reprimidas, obligándose á los rebeldes á tornar á los límites del deber. Hubo igualmente muchas incursiones de los de Gales, que fueron forzados á someterse y á regresar á sus montañas. Por fin, se afianzaron el órden y la tranquilidad en todo el reino; y así, convencido Enrique de que no era ya necesaria su presencia para contener á los revoltosos, se decidió á hacer una espedicion al continente, adonde le llamaba á la sazon el mal estado de las cosas.

Como los acontecimientos que tuvieron lugar en el continente no deben ocupar aquí sino un puesto muy subalterno, bastará decir que el valor y la prudencia de Enrique ayudaron tanto á su ambicion, que dilató considerablemente sus estados, haciéndose muy pronto dueño de la tercera parte de la monarquía francesa, tanto por su casamiento como por sus derechos hereditarios. Poseia del lado de su padre el Anjou y la Turena, del

(1) Los únicos títulos que pueden poner á un monarca en el trono, son el derecho hereditario y el consentimiento universal de la nacion. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

de su madre la Normandía y el Maine, y del de su muger la Guiena, el Poitou, la Saintouge, la Auvernia, el Perigord, la Angoumois y el Limousin. Poco tiempo despues añadió la Bretaña á sus numerosas posesiones, desposando á su hijo, todavía niño, con la heredera de este ducado, que tambien era niña, y apoderándose de aquella provincia sopretesto de ser tutor de su hijo. En vano trató Luis el Jóven, rey de Francia, de oponer su mal afirmado poder á los ambiciosos proyectos de Enrique; ningun efecto surtieron las muchas negociaciones que hubo entre los dos príncipes. Por fin acordaron una tregua en la guerra, y muy pronto se concluyó entre ellos un tratado de paz por la mediacion del papa.

Como Enrique llegó á ser el príncipe mas poderoso de Europa, siendo como era soberano legítimo de Inglaterra, poseedor de gran parte de Francia y señor absoluto de los orgullosos barones que habian intentado restringir su poder, se prometia reinar sin oposicion en lo sucesivo; pero aconteció muy al revés de lo que aguardaba, y tropezó con muchas dificultades para someter una clase cuya resistencia estuvo muy lejos de prever.



Enrique II, Plantaginesta.

A tal punto habia llegado á la sazon la influencia temporal del clero, que tendia á anular la autoridad del mismo soberano. Los eclesiásticos no solo se consideraban exentos de los tributos ordinarios del estado, sino que querian además estar al abrigo de todo castigo. Durante los disturbios del reinado precedente habian arrancado un privilegio que los hacia independientes de toda autoridad esceptuando la de la Iglesia, y se esforzaban por mantener esta prerogativa en todo su vigor. Fácilmente se puede suponer que tal ley que ponia á cubierto los crímenes, no podia menos de aumentar su número: así es que refiere la historia que en la primera época del reinado de Enrique II fueron perpetrados muchos asesinatos por eclesiásticos, sin que ninguno de los culpables recibiese el justo castigo de su crímen (1). Al contrario, parecia que se gloriaban los obispos de una inmunidad que los ponia fuera del alcance de la justicia.

La edad avanzada, el carácter moderado de Teobaldo, arzobispo de Cantorbery, y sobre todo su negativa meritoria á coronar á Eustaquio, hijo de Estéban, habian prevenido á Enrique en favor de aquel, y le impidieron durante su vida hacer gestion alguna para reprimir los vicios del clero; pero apenas murió dicho prelado, se ocupó con valor de un proyecto que no habia hecho mas que diferir. Con esta mira, á fin de encontrar menos oposicion entre los eclesiásticos, nombró para el arzobispado vacante á Tomás Becket, con cuya adhesion esperaba poder contar.

El célebre Tomás Becket, el primer hombre de orígen inglés, que después de Guillermo el Conquistador fué elevado á un empleo importante, era hijo de un ciudadano de Londres. Despues de recibir su primera educacion en las escuelas de esta capital, fué á París, en donde estuvo estudiando algun tiempo. A su regreso obtuvo el empleo de gerif, y despues habiendo sido recomendado al arzobispo de Cantorbery, convencido este de la prudencia y acierto de la conducta de Tomás, le otorgó algunas pingües dignidades en la iglesia; pero él, no contento con unos adelantos tan modestos, procuró hacerse apto para cargos mas elevados. Viajó por Italia deteniéndose en Bolonia, en donde estudió el derecho civil, adquiriendo tan grande instruccion, que á su regreso fué promovido por su protector al arcedianato de Cantorbery, empleo tan lucrativo como honorífico.

Al advenimiento de Enrique, Tomás fué recomendado á este monarca como un súbdito muy notable, y acreedor á ser ascendido. Habiéndose asegurado el rey por un detenido exámen de que efectivamente su talento y conocimientos hacian á Tomás digno de la mas alta confianza, le elevó á la dignidad de canciller, que era el primer cargo civil del reino. Los honores y la fortuna parecian haberse reunido entonces para colmarle de favores, pues fué nombrado preboste de Beverley, dean de Hastings, y gobernador de la Torre; se le puso en posesion de los honores de Eye y de Berkham, y para elevarle todavía mas, le fué confiada la educacion del príncipe Enrique, hijo y heredero del rey.

Sus gastos eran tan inmensos como sus rentas: tenia mesa franca para toda clase de personas: el lujo de su casa, la pompa de su comitiva, la suntuosidad de sus ajuares, y lo estremado de su liberalidad, correspondian á la elevacion de su fortuna. Sus aposentos ofrecian una mezcla singular de la antigua rusticidad de su siglo, y del esplendor de su posicion: brillaban en ellos el oro y la plata, y sin embargo, los pisos no estaban cubiertos en invierno sino con yerba ó paja nueva, y en verano mas que con hojas verdes ó juncos. Contábase en su comitiva considerable número de caballeros, y los principales barones tenian por un honor el ser admitidos á su mesa. El mismo rey se complacia en tomar parte en las diversiones de Tomás. Tenia cincuenta y dos secretarios para llevar cuenta exacta de las prelacías que vacaban, así como de sus propios empleos. Cuando pasaba el mar, le acompañaban siempre cinco buques, y en una embajada con que se le envió á París, su magnificencia y la de su comitiva, que se componia de mil personas, asombraron á todo el mundo. Como no era todavía mas que diácono, ninguno de los placeres de moda era incompatible con su carácter. Se entretenia á menudo en la caza con alcon y en la ordinaria, en el ajedrez y en la justa, juegos en que tenia tan gran destreza, que aun los caballeros mas ejercitados le temian.

Su familiaridad con el rey era tal, que se cuenta que un dia paseándose los dos á caballo por las calles de Londres, encontraron un mendigo. «¿No seria justo, dijo »el rey clavando los ojos en el pobre que temblaba de »frio, que se diera un abrigo á este hombre en una es»tacion tan cruda?—Señor, respondió el canciller, haceis »bien en compadeceros de la desgracia de ese infortu»nado.—Pues siendo así, esclamó el rey, quiero vestirle »al instante.» Al mismo tiempo tiró de la capa del canciller, quien procuró defenderse algunos momentos; pero despues de una lucha en que estuvieron espuestos á caer muchas veces, Tomás abandonó su capa, que inmediatamente la dió el rey al mendigo, el cual no conociendo el elevado rango de su bienhechor, se sorprendió mucho con tan buena fortuna.

Mientras Becket fué canciller, tuvo un génio com-

(1) Ninguno de estos asesinatos fué castigado ni aun con la degradacion. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

placiente y alegre; pero cuando, contra el consejo de Matilde, le fué conferido el arzobispado de Cantorbery, su conducta ofreció un aspecto diametralmente opuesto. No bien tomó posesion de esta dignidad que le hacia por toda su vida el segundo personaje del reino, cuando se esforzó en revestirse de un carácter de santidad, á que su conducta precedente parecia tan opuesta. Sin consultar la voluntad del soberano, le devolvió los sellos del cargo de canciller, manifestando que en lo sucesivo no podia dedicarse mas que á intereses de naturaleza mas sagrada.

Aunque conservó todavía la pompa y el esplendor de su acompañamiento, adoptó para su persona la austeridad mas rigurosa, llevando sobre su cutis un cilicio que renovaba tan pocas veces, que estaba lleno de inmundos insectos. Su ordinario alimento se reducia á pan, y su bebida á agua, que hacia muy desagradable mezclándola con yerbas amargas. Sus espaldas estaban desgarradas por el uso frecuente de las disciplinas, y todos los dias lavaba de rodillas los piés á trece pobres. Su esterior ofrecia la apariencia de la mortificacion y de la tristeza, y solo los que eran muy piadosos merecian su intimidad. En fin, sacrificaba todas las dulzuras de la vida á la austeridad mas severa, haciéndose difícil de creer que semejantes muestras de abnegacion y santidad no fuesen preparadas muy de antemano, y que no mirase él mismo como meritorias las escesivas penitencias que se imponia.

Aunque tarde, al fin conoció Enrique el objeto á que el ambicioso Becket aspiraba. Su empeño en hacer dimision del cargo de canciller comenzó á despertar las sospechas del rey, quien acabó de convencerse bien pronto de lo mucho que se habian equivocado acerca del carácter de Tomás. Habíase apresurado este, luego que se vió arzobispo, á poner en vigor los antiguos derechos que tenia en las tierras que en otro tiempo habian pertenecido al clero, y cuyos derechos quedaron sin efecto desde Guillermo el Conquistador. Es cierto que Enrique se incomodó contra Becket y le obligó á desistir de muchas de sus pretensiones; pero tambien conoció muy bien que debia prepararse á encontrar en lo sucesivo en el mismo que hasta entonces le habia parecido tan flexible y complaciente, un adversario violento y obstinado, dispuesto á neutralizar todos los proyectos formados por él para humillar al clero.

Empero á pesar de una oposicion tan inesperada, no desistió Enrique de su resolucion de emplear todos los medios para destruir los abusos introducidos entre los eclesiásticos, los cuales, sopretesto de ser independientes del poder temporal, se entregaban cada vez mas á una desenfrenada licencia. En el reinado anterior habian recibido las sagradas órdenes muchos haraganes é ignorantes, á fin de gozar de la indulgencia ilimitada que la iglesia dispensaba á los vicios. En fuerza de la costumbre, los obispos ordenaban sin dificultad á todos los que se les presentaban; y así los hombres perniciosos que no teniendo beneficio alguno no pertenecian á ninguna diócesis, y por consiguiente no estaban sujetos á jurisdiccion alguna, cometian impunemente los crímenes mas atroces.

Entre los medios que el clero puso en práctica para sacar dinero, habia introducido el de vender el perdon de los pecados, cuyo privilegio producia á los sacerdotes sumas considerables. Estos abusos, así como otros parecidos, recaian sobre el pueblo, que se habia acostumbrado á creer que una completa sumision á los preceptos de la Iglesia era el medio mas seguro de expiar las faltas. Pero un príncipe de penetracion tan superior como Enrique no podia dejarse dominar por la ignorancia y los absurdos de su siglo. Fácil le fué descubrir la verdad, y por un atrevido esfuerzo se decidió á libertar á su pueblo de todos los privilegios eclesiásticos de que era víctima contínuamente.

Pronto se le presentó ocasion de poner en práctica su plan de reforma. Habiendo seducido un eclesiástico de la diócesis de Sarum á la hija de un criado del conde de Worcester, para evitar los efectos de la venganza asesinó el culpable al padre de ella. La atrocidad de este crímen escitó la indignacion del pueblo; pero habiendo mandado el rey que el asesino fuese juzgado por el magistrado civil, Becket se opuso á ello alegando los privilegios de la Iglesia, y haciendo encerrar en la cárcel del obispo á dicho asesino, para que no se apoderasen de él los oficiales del rey. No se incomodó este de que aquel fuese juzgado por un tribunal eclesiástico, y que luego compareciese ante un tribunal civil; pero Becket pretendió que era injusto juzgar dos veces á un hombre por un solo delito, apelando en prueba de la equidad de sus opiniones al tribunal de Roma (1).

Aprovechándose Enrique de la circunstancia de patrocinar la Iglesia á las claras á los mas infames criminales, atacó resueltamente las inmunidades. Convocó una asamblea de todos los prelados de Inglaterra, les requirió la entrega del asesino á la justicia, y que hiciesen una ley para castigar en lo sucesivo los crímenes de aquella especie. Retiráronse los prelados á deliberar; pero prevenidos por el arzobispo, se negaron á entregar el preso, escudándose con los decretos del papa.

El rey, que queria obligarlos á poner su negativa en evidencia, les requirió si querian ó no someterse á las leyes y costumbres antiguas del reino. Ellos respondieron artificiosamente que se sometian, á escepcion de lo concerniente á su órden. Irritado el rey con una respuesta tan capciosa, abandonó al instante la asamblea y envió á Becket la órden de que le devolviese todos los honores y castillos que habia conservado por la dignidad de canciller. Tan pronto como se le quitaron estos bienes, el prelado se ausentó de Londres sin acordarse de la asamblea.

Despues de haberse esforzado por algun tiempo por vencer el descontento del rey, Becket se vió en la precision de ceder y de prometerle sin reserva la exacta observancia de las leyes y costumbres antiguas del reino. El rey, satisfecho con haberle obligado á esta sumision, convocó en Clarendon un consejo general compuesto de la nobleza y de todos los prelados, y les propuso aquella grave é importante decision, cuya aprobacion procuró lograr de ellos—A. de J. C. 1164.

Es de creer que en esta época semejantes congresos mas bien eran convocados para dar autencidad á los decretos del rey, que para establecer leyes que pudiesen servir de regla á la posteridad. Hízose un gran número de reglamentos que despues fueron conocidos con el título de *Constituciones de Clarendon*, habiendo pasado sin oposicion todos los artículos. Acordóse que los eclesiásticos acusados de algun crímen fuesen juzgados por tribunales civiles en lo sucesivo; que los legos no pudiesen serlo por los tribunales espirituales, á no ser que hubiese testigos jurídicos é intachables; que el rey juzgaria en último recurso de todas las causas eclesiásticas; que los arzobispos y obispos disfrutarian de los mismos derechos que los barones del reino, y estarian obligados á levantar todas las cargas ordinarias de las personas de su rango; que los bienes confiscados á favor del rey no se pondrian en custodia ni en las iglesias ni en las dependencias del clero, y que los hijos de los *villanos* (2) no podrian ordenarse sin consentimiento de sus señores.

Acordáronse estos artículos y algunos otros menos importantes, ascendiendo todos al número de diez y seis, los cuales fueron firmados por todos los obispos presen-

(1) Todo el castigo impuesto á este criminal fué la privacion de su beneficio, y el confinamiento á un monasterio. Poseido el rey de horror por tal injusticia, prorumpió en reconvenciones contra Becket, quien le respondió que un eclesiástico no podia ser condenado á muerte, y que un rey no tenia derecho para entrometerse en los asuntos de la Iglesia. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

(2) Llamábanse villanos los plebeyos que vivian en las aldeas.

tes y por el mismo Becket, si bien antes de hacerlo mostró alguna repugnancia. No faltaba mas que la ratificacion del papa á aquellos reglamentos; en cuyo particular fué defraudado Enrique, porque Alejandro III, á la sazon soberano pontífice, los condenó en los términos mas fuertes, los abrogó, anuló y rechazó esplícitamente, no consintiendo en ratificar de los diez y seis mas que seis, que juzgó demasiado insignificantes para merecer su censura.

No se concibe cómo podia esperar Enrique que el papa se avendria á ratificar unos artículos que tendrian que destruir infaliblemente su autoridad en el reino. Puede presumirse que un hombre del carácter de Becket habria esperimentado una mortificacion estrema por haber firmado lo que el papa rehusaba confirmar; por lo cual dió en tales circunstancias las mayores muestras de profundo arrepentimiento, redoblando sus austeridades para castigarse á sí mismo por la criminal complacencia que tuvo en ceder al rey, y negándose á ejercer sus funciones hasta despues de haber obtenido la absolucion del soberano pontífice.

Este esceso de humildad del prelado no pareció sino un insulto mas á Enrique. El anterior afecto de este á aquel no tardó en convertirse en odio manifiesto, que fué creciendo de dia en dia; y como el rey queria limitar por los medios regulares la autoridad del arzobispo, solicitó del papa que enviase á sus estados un legado que por la naturaleza de su mision tuviese un poder superior al del prelado. El papa accedió prontamente á esta demanda, y designó el legado, aunque añadiendo á su mision una cláusula, que fué la de no hacer nada que pudiese perjudicar al arzobispo. Unos poderes tan limitados no podian agradar al rey ni satisfacer su objeto; por lo cual desechó con enojo la comision.



Becket.

En seguida echó mano Enrique de otros medios para acallar su resentimiento contra Becket, persiguiéndole en justicia por algunas tierras dependientes de su primacía; y no habiendo podido presentarse el arzobispo al llamamiento del rey por causa de una enfermedad, esta falta de exactitud fué mirada como un insulto. Convocóse un gran consejo en Northampton, en que el prelado defendió su causa en persona; mas no por esto dejó de ser condenado como culpable de desprecio hácia el tribunal del rey, y por haber faltado á la fidelidad jurada á su soberano. Todos sus bienes y castillos fueron confiscados, y el obispo de Winchester fué obligado á publicar la sentencia dada por el tribunal contra Tomás.

No contento el rey con esta primera venganza, reclamó la suma de trescientas libras esterlinas que Becket habia recibido por los honores de Eye y de Berkham, hallándose en posesion de ellos. El arzobispo quiso dar seguridades de que pagaria esta suma por no aumentar el enojo del rey: al dia siguiente entabló este otra pretension contra él por una suma de mil marcos que le prestára en otra época; y en fin, como Enrique estaba cada vez mas irritado, á esta pretension se siguió la órden de que Becket rindiese cuenta del dinero que habia recibido y gastado en todo el tiempo que fué canciller. El cargo del rey ascendió á cuarenta mil marcos; y ya porque Becket no pudiese presentar el saldo de sus cuentas, ó porque no pudiese encontrar fianzas, se vió en absoluta imposibilidad de satisfacer una demanda tan exorbitante. Ni aun sus amigos estuvieron conformes en los consejos que le dieron, persuadiéndole unos que resignase su silla á fin de lograr un finiquito completo; otros que se acogiese enteramente á la clemencia del soberano, y algunos en fin, que ofreciese diez mil marcos para satisfacer á todas las demandas.

Ninguno de estos pareceres siguió el arzobispo; pero armándose de la intrepidez propia de su carácter, se revistió con sus hábitos episcopales, y dirigiéndose al palacio del rey, penetró hasta su cuarto con la cruz levantada delante de sí como signo de proteccion ó para intimidar al monarca. Este, que se hallaba en un gabinete retirado, se irritó de la audacia de Becket, é hizo llamar á los prelados y á la nobleza, á quienes se quejó fuertemente de la conducta del arzobispo. Reunióse todo el consejo para condenar aquella muestra de escesivo orgullo, reconviniendo al prelado por lo inconstante que era en sus ideas, y objetándole que despues de haber firmado las constituciones de Clarendon, no debiera ser el primero en infringirlas. Inútiles fueron las amenazas y argumentos del consejo: Becket estaba resuelto á resistir, y era ya demasiado tarde para hacer variar su resolucion. Declaró pues de la manera mas solemne que se ponia bajo la proteccion del soberano pontífice, y que apelaba á él de todas las penas que le quisiesen imponer sus inícuos jueces. Despues de estas palabras se retiró de palacio é hizo pedir permiso al rey para alejarse de Northampton; pero habiéndosele negado, se escapó disfrazado y halló medio de pasar al continente.

Es sin duda curioso de saber cómo un hombre de nacimiento tan oscuro como Becket osaba oponerse á un monarca tan poderoso como Enrique (1). Componíase el estado en esta época, como todavía siguió algunos siglos despues, de tres poderes muy distintos con intereses separados y casi independientes los unos de los otros. Estos tres poderes eran el del rey, el de los barones y el del clero, pues el pueblo, considerado aisladamente, apenas tenia influencia alguna. El mas moderno de estos tres poderes era el del clero, que habiendo llegado á usurpar derechos que no estaban sancionados, se esforzaba en suplir esta falta con una artificiosa popularidad, identificando al efecto su causa con la del pueblo, que hasta entonces habia sido reputado indigno de formar parte de la nacion constituida. Por esta razon el clero adquirió una preponderancia que imponia á cada paso á los demás órdenes del estado. Como el poder del rey no residia mas que en una persona, no tenia contacto alguno con las clases inferiores de la sociedad; y los nobles á su vez, educados con la altiva idea de su independencia, estaban habituados á no mirar á los hombres inferiores á ellos sino como á esclavos. Solo el clero, obligado por los deberes de su ministerio á tener relaciones con las clases mas bajas, así como con las mas elevadas, supo ganar el afecto del pueblo, que forzado á una vida de esclavitud, mas bien queria someterse á los hombres que se rozaban con él y parecia que se interesaban por su bienestar, que á los seres orgullosos que le tenian siempre á una distancia tan humillante, y

(1) Cualquiera que fuese el móvil de Tomás Becket, bien fuese la ambicion, ya su propension á la resistencia y pertinacia, ya la conviccion de un deber religioso, ya un sentimiento íntimo y mal definido de hostilidad nacional, á semejante motivo se agregaba otro que valia mucho mas, el de las razas sojuzgadas por los ascendientes del rey, de quien Becket se habia declarado adversario. Hé aquí lo que eleva en la historia esta gran intriga sobre las discordias que habia entre la corona y la mitra. *(Aug. Thierry.)*

no le consideraban al parecer sino como un instrumento hecho para servir á su ambicion. Esto esplica la causa de haber sido sostenido tan fuertemente en los siglos de que hablamos el partido del clero por el pueblo, y la de Becket descausase con razon en su apoyo en las críticas circunstancias en que se encontraba.

La persecucion de este prelado y su valor, unido á tanta apariencia de santidad, le prepararon en el continente la acogida mas favorable. El rey de Francia, que aborrecia á Enrique, afectó compadecerse de la situacion de Becket; y el papa, cuya causa habia defendido con tanto celo, le honró con muestras de la mayor distincion, recibiendo en el ínterin á los embajadores del rey de Inglaterra con frialdad y menosprecio. Considerándose Becket seguro en su puesto, mostró todavía mayor humildad, resignando su silla de Cantorbery en manos del papa, á fin de recibirla de nuevo con mas solemnidad, y ser tenido por lo mismo por mas santo.

Los favores que se prodigaban á un desterrado, traidor y perjuro (así estaba concebida la sentencia condenatoria dada en Inglaterra), provocaron en el mayor grado posible la indignacion de Enrique; y cuando vió que sus embajadores eran tratados con menosprecio, que su esperanza de obtener una conferencia del papa se habia frustrado, y que su rigor con el arzobispo aumentaba de dia en dia el descontento de sus súbditos, ya no puso límites á su resentimiento. En semejante situacion resolvió declararse independiente del pontífice, y sacudir un yugo que hacia tanto tiempo oprimia á su pueblo. Al efecto envió órdenes á sus ministros para que prohibiesen bajo penas muy severas toda clase de apelaciones al papa ó al arzobispo: vedó igualmente el recibir rescriptos de ninguno de los dos, y el que se recurriese á su autoridad; declaró traidor á cualquiera que de parte de los mismos pronunciase entredicho contra el reino; y por este crimen condenó á los eclesiásticos seculares á ser castrados ó á perder los ojos, á los regulares á que se les mutilase los pies, y á los legos á la pena de muerte.

El papa y el arzobispo respondieron por su parte con escomuniones, y se esforzaron con todo su poder por conmover los fundamentos de la autoridad real. Becket se comparó á Jesucristo, que fué condenado por un tribunal lego, y pretendió que este Señor era crucificado de nuevo por la persecucion que estaba sufriendo á la sazon la Iglesia en su persona. No se limitó Tomás á las quejas, sino que publicó una censura escomulgando á los principales ministros del rey designándolos por sus nombres, y á todos los que observasen ó favoreciesen las constituciones de Clarendon. Hasta llegó á amenazar al rey con escomunion si no se arrepentia inmediatamente; y para dar mas fuerza á esta censura logró que fuese ratificada por el papa.

Cualquiera que hubiese sido al principio el desprecio de Enrique á aquellos anatemas, despues comenzó á considerarlos mas temibles de lo que al pronto habia creido, y acabó por desear en su interior un arreglo (1); pero el único medio que le quedaba para terminar la disputa, era recurrir al papa para que consintiese en ser árbitro entre él y el arzobispo, cuyo medio no prometia ningun resultado favorable. Empero notando que su prestigio iba disminuyéndose de dia en dia entre sus súbditos, y que sus rivales del continente sabian aprovecharse diestramente de lo crítico de su posicion, se decidió á obtener á toda costa la proteccion del soberano pontífice.

Como el papa se hallaba tambien amenazado continuamente por un enemigo poderoso, que era Federico I, temia que se uniese á él el rey de Inglaterra, cuya habilidad y medios conocia, y hasta estaba sorprendido de que no hubiese seguido ya alguna insurreccion á las amenazas y escomuniones de Becket.

Tendian pues las recíprocas disposiciones de ambos partidos á una transaccion pronta; pero su mútua envidia y el temor de perder alguna de sus ventajas en la negociacion, pusieron trabas al tratado tan deseado por el uno como por el otro. Una vez se rompieron las negociaciones por la negativa del rey á firmarlas sin añadir: *salvos los derechos de su dignidad real;* otra por rehusarse el arzobispo á firmar sin añadir: *sin perjuicio del honor de Dios y de los derechos de la Iglesia.* Por otra vez mas quedaron sin efecto las conferencias; y cuando en una cuarta entrevista parecia que entrambas partes estaban de acuerdo y que iba á realizarse el tratado, Becket reclamó al rey el ósculo de paz: Enrique se negó á otorgar este favor, y así se promovieron nuevas discusiones que duraron bastante tiempo todavía, no desperdiciando el arzobispo durante ellas ninguna ocasion de desconcertar las miras del rey y de acusar á sus ministros.

Allanáronse por fin todas las dificultades, merced á la mediacion de un legado, por lo cual al paso que el rey permitió al arzobispo regresar á Inglaterra, este á su vez consistió en renunciar al ósculo de paz (1).—A. de J. C. 1170.—Acordóse el ceremonial de su entrevista, y al acercarse en ella el prelado, avanzó á su encuentro el rey de la manera mas graciosa, y conversó con él con soltura y afabilidad (2). Despues de firmados los artículos del tratado, Becket acompañó al rey á caballo, y conforme caminaban le pidió justicia contra el arzobispo de York por haber usurpado sus derechos coronando durante su ausencia al jóven príncipe. Enrique le respondió con dulzura que la jóven reina no seria coronada por nadie mas que él. Becket, trasportado de gozo por esta prueba de bondad del rey, se apeó de su caballo al instante y se precipitó á los pies de su soberano, quien habiéndose tambien apeado al mismo tiempo, alzó á Tomás y le ayudó á volver á montar.

Eran tan ventajosos los términos del tratado para el prelado, que lo que le sugirió aquel movimiento de humildad fué la fuerza de la gratitud. Acordóse por dicho tratado que no abandonara el arzobispo ninguno de los derechos de la Iglesia, y que conservara todas las pretensiones que habian sido el orígen de la contienda; que Becket y sus adictos recuperáran sus dignidades; que todos los que desde la ausencia del primado fueron puestos en posesion de beneficios dependientes de la silla de Cantorbery serian espulsados, y Becket podria reemplazarlos á su arbitrio.

En cambio de estas concesiones el rey no obtenia mas que la ventaja de ver á sus ministros absueltos de la sentencia de escomunion lanzada contra ellos, y la seguridad de que sus estados estarian á cubierto del entredicho que les amenazara.

Satisfecho el arzobispo con el triunfo que habia logrado sobre el rey, se resolvió á no disminuir nada el

(1) A la negativa de los legados del papa en cuanto á levantar la escomunion lanzada contra el reino, replicó el rey: «¡Vive Dios! que ya no quiero oir nunca hablar del papa: obrad como os plazca; pero sabed que yo no hago caso ni de vosotros ni de vuestras escomuniones, ni me curo de ellas mas que de una bicoca.» *(Aug. Thierry.)*

(1) El espectáculo de estas contiendas teológicas ha hecho decir á Hume que hubiera sido mejor que estuviesen reunidas las dos potestades en una sola mano. Hume se equivoca, porque esta reunion es una de las causas principales del despotismo, como se vió en el reinado de Enrique VIII. *(Nota de Brissot de Warville á las Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(2) Cuando Becket se fué á tomar permiso del rey de Francia, le dijo este: «¿Con que os vais á marchar? Ni aun por mi peso en oro os hubiera dado yo semejante consejo: creedme, no os fieis de vuestro rey ínterin no os dé el ósculo de paz.» Habiendo llegado á darle unas cartas de Roma dudas sobre la sinceridad de aquella reconciliacion, solicitó al rey de Inglaterra otra entrevista antes de embarcarse, la cual se verificó en Chaumont cerca de Amboise. Esta vez no hubo mas que frialdad en los modales del rey, y los de su servidumbre afectaron no tener miramientos con el arzobispo: la misa que se celebró en la capilla real fué de difuntos, porque así los concurrentes no se daban mútuamente el ósculo de paz del Evangelio. *(Augusto Thierry.)*

poder que acababa de adquirir de nuevo; por lo cual se echó de ver muy luego que de aquella aparente reconciliacion no resultaria mas que una paz momentánea. No es posible dar una justa idea de la arrogancia de la conducta del prelado desde que regresó á Inglaterra. En lugar de retirarse pacíficamente á su diócesis y de vivir allí con la modestia propia de un súbdito que acababa de recibir de su soberano un perdon tan generoso, se mostró mas audaz y orgulloso que nunca. Atravesó el pais de Kent con todo el esplendor y magnificencia de un sumo pontífice, y al aproximarse á Southwark salieron á recibirle el clero y los legos de todas las categorías y edades, celebrando su entrada triunfal con himnos de alegría. Seguro del afecto del pueblo, comenzó entonces á lanzar sus rayos contra los que habian manifestado oposicion á sus intereses. El arzobispo de York fué el primero contra quien pronunció sentencia de suspension por haber coronado durante su ausencia al hijo mayor de Enrique; los obispos de Londres y Salisbury fueron escomulgados; Roberto de Broc y Nigel de Sackville sufrieron la misma censura, y muchos de los prelados y ministros mas principales que asistieron á la coronacion del jóven príncipe fueron envueltos en la misma desgracia. Un hombre fué anatematizado por haber hablado contra el prelado, y á otro se le impuso la misma pena por haber cortado la cola de un caballo suyo.

Hallábase Enrique en Normandía, ínterin el primado desplegaba de una manera tan triunfante su orgullosa preponderancia. Llenóse de una violenta indignacion al saber semejante conducta, y ya no hubo límites para su cólera cuando fueron á quejársele los prelados escomulgados y suspensos, prorumpiendo en amargas reconvenciones contra el arrogante prelado á quien, segun decia, habia sacado del estado mas humilde para ser el tormento de su vida y sembrar contínuamente cizaña en su gobierno. El arzobispo de York, que se hallaba presente, dijo al rey imprudentemente que no debia esperar el disfrutar de la menor tranquilidad en tanto que viviese el de Cantorbery: entonces esclamó Enrique en el calor de su resentimiento, que si él hubiera estado rodeado de amigos, no hubiese sido por tan largo tiempo el blanco de los insultos de un súbdito tan hipócrita é ingrato. Estas palabras, que fueron demasiado bien comprendidas, estimularon á cuatro de la servidumbre régia á satisfacer el secreto deseo que parecia encerraban. Los cuatro gentiles-hombres eran Reginaldo Fitz-Urse, Guillermo de Tracy, Hugo de Morville y Ricardo Brito, quienes se comunicaron inmediatamente su proyecto haciendo juramento de vengar la causa del rey. Poco tiempo despues abandonaron la corte en secreto para embarcarse en distintos puertos, encontrándose al siguiente dia en el castillo de Saltwood, á seis millas de Cantorbery.



Castillo de Rochester.

Su súbita partida y algunas amenazas que soltaron, hicieron sospechar al rey el funesto designio de ellos, por lo cual se apresuró á despachar un correo prohibiéndoles el cometer ninguna violencia. Mas estas órdenes llegaron demasiado tarde, pues reunidos los conspiradores á otras personas de confianza, se dirigieron á Cantorbery con toda la celeridad que su sanguinario proyecto requeria. Llegados á esta ciudad, se encaminaron en derechura al palacio de Becket, y habiendo penetrado hasta donde este se hallaba, le reconvinieron con furor por la temeridad y arrogancia de su conducta, como si hubiesen querido gozarse con el terror de él antes de atentar contra su vida. Empero Becket no dió muestras de amedrentarse, y aun se defendió con la entereza y valor que presta el sentimiento de la inocencia, desconcertando al pronto con la fuerza y candor de sus respuestas á los cuatro asesinos, quienes luego volvieron á enardecerse al oir que acusaba de ingratos á tres de ellos, que en otro tiempo habian estado á su servicio. Como durante este violento altercado hubiese llegado la hora de vísperas, Becket se marchó á ellas, y toda vez que no tenia guardias, le siguieron los conspiradores resueltos á consumar su crimen. Tan pronto como llegó el prelado al altar en que iba á conseguir el martirio, aquellos se precipitaron sobre él y le abrieron



la cabeza con muchos golpes, cayendo muerto sobre las gradas del altar de San Benito, que al instante se inundó con la sangre del arzobispo.

Las circunstancias de este asesinato, el lugar en que fué cometido, y el valor con que el prelado mostró resignarse á su destino, hicieron una impresion profunda en el espíritu público. Apenas se divulgó la noticia de aquella muerte, todos acudieron á ver al difunto, y mojaron en su sangre las manos, santiguándose con ella como con la sangre de un mártir. El clero, que tenia interés en que Becket fuese considerado como santo, y muchas personas que, segun el espíritu de aquel siglo, tenian sinceridad en sus creencias, alabaron públicamente la gran piedad de Tomás, ensalzaron su gloria, y se esforzaron en hacerle objeto de pública veneracion. No tardó el éxito en coronar sus esfuerzos. Obráronse milagros sin cuento en su sepulcro; y como el pueblo estaba á la sazon bajo la influencia de la credulidad y supersticion, adoptó ciegamente todo lo que quiso hacerle creer el clero. Las reliquias de Tomás Becket tuvieron virtud, no solo para resucitar hombres, sino tambien vacas, perros y caballos. Circuló la fama de que se habia levantado de su féretro para encender los cirios que debian servir en sus funerales, y que al terminarse la fúnebre ceremonia estendió la mano para dar su bendicion al pueblo; con todo lo cual se tuvo á Becket por santo, y se sospechó que su asesinato habia sido dispuesto por el rey.

Fué escesiva la consternacion de Enrique al saber esta muerte: no tuvo la menor duda de que él seria mirado como culpable de ella, y además vió con dolor que las circunstancias de dicha muerte iban á reportar á la Iglesia las mismas ventajas á que en los años anteriores se habia él opuesto. Todas estas consideraciones le causaron una pena inevitable, en fuerza de la cual estuvo encerrado con tanto rigor, que rechazó los cuidados de sus criados, hasta negarse, por espacio de tres dias, á tomar alimento alguno. Temiendo los cortesanos las consecuencias de una tal desesperacion, se decidie-

ron al fin á interrumpir la soledad del rey para inducirle á mirar por sí mismo en un acontecimiento sin remedio.

Habiéndose convencido el papa de la inocencia de Enrique, accedió á perdonarle, con la condicion de que en lo sucesivo habia de someterse enteramente á la Iglesia y obedecer escrupulosamente lo que la Santa Sede ordenase. Todo se arregló á medida de sus deseos, habiendo sido reintegrados los mismos asesinos en todos sus honores y dignidades; y el rey, para distraer el espíritu público de un suceso tan triste, emprendió una espedicion contra Irlanda (1).

Hallábase entonces este país poco mas ó menos en la situacion en que lo estaba la Inglaterra cuando la primera invasion de los sajones. Habíanse convertido muy pronto los naturales de Irlanda al cristianismo, y durante tres ó cuatro siglos continuaron distinguiéndose entre todas las naciones por su instruccion y progresos en la civilizacion. No habiendo sido turbados todavía por invasiones estranjeras, acaso porque su pobreza no escitaba la rapacidad de los conquistadores, habian gozado sin interrupcion de una vida pacífica que consagraron por largo tiempo á la piedad y al estudio de las ciencias propias para fomentar el espíritu religioso y estender la influencia del cristianismo en aquel país. Los monumentos que han existido hasta nuestros dias en Irlanda, son una prueba incontestable de su celo y de los progresos que entonces hicieron en las artes y en las ciencias. Pero despues retrogradaron, y su posteridad degenerada estaba, en la época de que hablamos, sumida en la barbarie mas completa; lo cual debe atribuirse á las frecuentes invasiones de los daneses y noruegos, que por fin penetraron en aquel país y establecieron allí su autoridad después de asolarlo del todo. Condenados entonces los irlandeses á la servidumbre mas dura, volvieron á caer en la ignorancia y brutalidad; de modo que, cuando impelidos á rebelarse contra sus vencedores, consiguieron espulsarlos totalmente, no tenian ningun hombre eminente cuya instruccion pudiese serles útil; y así, siéndoles imposible recobrar su primera civilizacion, continuaron viviendo en un estado de deplorable barbarie. Las ciudades se convirtieron en ruinas; las tierras cultivadas sirvieron de prados á los rebaños, y los bosques y cuevas vinieron á ser el refugio de los habitantes. Debilitóse el sentimiento de la religion en su ánimo, y trasformados en tiranos los pequeños príncipes de aquel país, no se ocupaban mas que en continuos actos de vandalismo contra los territorios vecinos, siendo apenas bastante la fuerza para reprimir tales desórdenes.

En la época en que Enrique proyectó la invasion de Irlanda, constaba esta isla de cinco reinos pequeños denominados Leinster, Meath, Munster, Ulter y Connaught, en los que habia la costumbre de que uno de los jefes que gobernaban estas provincias tomase el mando general en tiempo de guerra, que fuese mirado como soberano de todas ellas, y tuviese un poder semejante al de los antiguos monarcas de Inglaterra. Rodrigo O'Connor, rey de Connaught, estaba en posesion de este título en la época de que hablamos. Dermot M. Morrogh, príncipe de Leinster, tirano corrompido, habia robado la hija del rey de Meath; y este, ayudado por O'Connor, hizo una invasion en los estados del raptor, arrojándole de su gobierno. Dermot, despues de sufrir un castigo tan justamente merecido, recurrió á Enrique, que á la sazon se hallaba en la Guiena, prometiéndole hacer su reino tributario de la corona de Inglaterra, si queria acceder á socorrerle y ayudarle á recuperar sus derechos. Enrique aceptó esta oferta; pero estando por entonces ocupado en intereses mas importantes, dió á Dermot un despacho real, permitiendo á todos sus súbditos el prestar auxilio al príncipe irlandés en la espedicion que queria verificar para reconquistar su corona. Conseguida esta autorizacion, se dirigió Dermot á Bristol, en donde, vencidas algunas dificultades, concluyó un tratado con Ricardo, llamado Strongbow, conde de Pembroke, el cual se comprometió á defender los intereses de Dermot, con la condicion de que este le habia de dar á su hija Eva para esposa, y le habia de declarar heredero de todos sus estados. Dermot consintió á todo, y al mismo tiempo hizo alianza con Roberto Fitzstephen y Mauricio Fitzgerald, á quienes, en recompensa de su apoyo, les prometió donar la ciudad de Wexford y los cantones inmediatos, que entonces pertenecian á los Esterlings ó descendientes de los noruegos.

Contando Dermot con estos auxilios regresó secretamente á Irlanda, en donde permaneció oculto durante el invierno en el monasterio de Fernes que él habia fundado. Roberto Fitztephen fué el primero que en la primavera siguiente cumplió su palabra, abordando en aquella isla acompañado de treinta caballeros, sesenta escuderos y trescientos arqueros, no tardando Mauricio Prendergast en reunirse á ellos con diez de los primeros y sesenta de los últimos. Con tan pocas fuerzas se decidieron sus jefes á sitiar á Wexford, que debia ser de ellos á consecuencia del tratado. Rindieron al instante esta ciudad, y poco despues Mauricio Fiztgerald, seguido de ciento cincuenta hombres, se incorporó á los vencedores, con lo cual, reunidas todas las fuerzas, se formó un pequeño ejército que llenó de terror á los isleños. Rodrigo, el soberano de la isla, trató de oponerse á los esfuerzos del enemigo; mas fué derrotado, y el príncipe de Ossoy obligado al poco tiempo á someterse y á dar rehenes para seguridad de su ulterior conducta.

Dermot, reintegrado en sus estados hereditarios, comenzó á alimentar esperanzas de estender los límites de su poderío, haciéndose dueño de toda Irlanda. Apresuróse con tal objeto á despachar un correo á Strongbow, que no habia osado pasar á este país á consecuencia de una prohibicion formal del rey de que nada hiciese. Dermot procuró inflamar la ambicion de aquel, esponiéndole la gloria que podia resultarle de tal conquista, y todas las ventajas que de ella debia sacar con respecto á su fortuna, haciéndole relacion de la timidez de los irlandeses, por lo cual era segura la victoria sobre estos. Seducido Strongbow con semejante lenguaje, envió desde luego á Raimundo, gentil-hombre de su servicio, con diez caballeros y sesenta arqueros. Reunidas todas las fuerzas inglesas, llegaron á ser irresistibles; pues aunque todo lo mas componian mil hombres, era tal el estado de barbárie en que se hallaban los naturales del país, que en todas partes fueron derrotados. La ciudad de Waterford se rindió sobre la marcha; Dublin fué ganada por asalto, y así Strongbow, habiéndose desposado con Eva, llegó á ser poseedor de aquel pequeño reino, después de la muerte de Dermot.

No encontrando resistencia alguna las tropas inglesas, y estando la isla, por decirlo así, enteramente subyugada, Enrique envidió los triunfos de sus súbditos, y quiso tener parte en la gloria que acababan de adquirir, á cuyo efecto se dirigió á Irlanda—A. de J. C. 1171—á la cabeza de quinientos caballeros y algunos soldados, no tanto para conquistar el disputado territorio, cuanto para tomar posesion de él. Recibió el homenaje de los pequeños soberanos denominados *chieftains*, y dejó á la mayor parte de ellos en posesion de sus antiguos dominios. En un país tan despoblado y mal cultivado, habia demasiadas tierras para satisfacer á los ambiciosos ingleses que acompañaron al rey. Strongbow fué creado senescal de Irlanda, Hugo de Lacey, gobernador de Dublin, y Juan de Courcy obtuvo una patente que le daba la facultad de conquistar la provincia de Ulster.

El clero irlandés, que tenia muy en cuenta la civilizacion de los ingleses para aumentar su consideracion

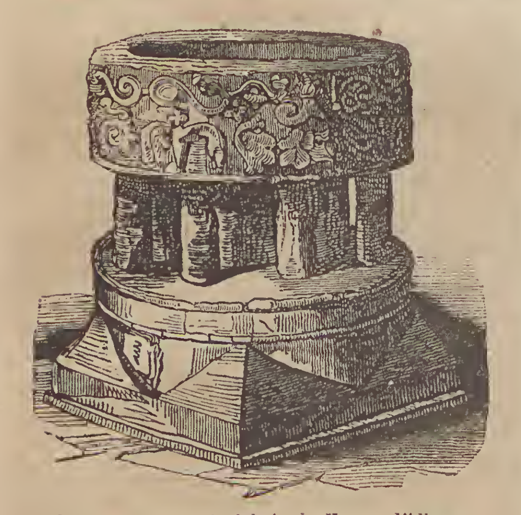
(1) Antes de emprender esta conquista le fué precisa, segun la costumbre de la época, la aprobacion de la corte de Roma. El papa Adriano, satisfecho de su sumision, le otorgó por una bula un reino que no tenia poder para darle. *(Letres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

y poder, acogió muy contento á los vencedores. Como hemos dicho, desde el principio de la espedicion habia recibido Enrique la aprobacion del papa Adriano IV, quien por medio de una bula le dió facultad para apoderarse de la isla; y habiendo sido confirmados los derechos de aquel en las nuevas circunstancias por el papa Alejandro III, desde este momento los reyes de Inglaterra fueron reconocidos para siempre por soberanos de Irlanda. Con esto, á costa de insignificantes esfuerzos, de corto dispendio de dinero y de poca efusion de sangre, esta hermosa isla vino á ser un estado de la corona de Inglaterra, á la cual no ha cesado despues de guardar fidelidad.

Difundióse con esta conquista un regocijo general entre los ingleses, y con ella parecia que Enrique habia logrado el apogeo de su gloria, por cuanto era poseedor no disputado de uno de los estados mas poderosos de Europa, y al mismo tiempo padre de una posteridad numerosa que acrecentaba el esplendor y la estabilidad de su corona, vencedor de todos sus enemigos, y adorado de todos sus súbditos. Su hijo mayor Enrique habia sido consagrado rey de Inglaterra, y todos le miraban como á heredero legítimo del trono; Ricardo, hijo segundo, fue investido con los ducados de Guiena y Poitou; el tercero, Godofredo, era heredero por su muger del de Bretaña; y el mas jóven, Juan, debia ser rey de Irlanda. Tal era la perspectiva de grandeza que se presentaba á los ojos de Enrique; mas esta elevacion de que acaso podia enorgullecerse, vino á ser un manantial de amargura para el resto de su vida, y de contínuos disturbios para su gobierno.

El amor tuvo sobre este príncipe un gran poder. La reina Leonor, que habia sido repudiada por incontinente por su primer esposo, y con quien no se casó Enrique sino por motivos de ambicion, le llegó á desagradar, y buscaba en otras mugeres la felicidad que no podia darle la suya.

Cítase entre sus damas á la bella Rosamonda, á quien sus gracias y su prematura muerte hicieron tan célebre las novelas y baladas de este siglo. La severa crítica ha desechado como fabulosas la mayor parte de estas narraciones; pero aunque no puedan ser miradas



Pila bautismal en la iglesia de Hayes, Midlesex.

aquellas especies de escritos como unos pasajes exactos de la historia, sirven cuando menos para dar una idea de las costumbres de aquella época. Rosamonda Clifford era la muger mas bella que nunca hubo en Inglaterra, si se han de creer las noticias de los romanceros y poetas de aquel tiempo (1): amóla Enrique con constancia; y para ponerla al abrigo del resentimiento de la reina, que era muy celosa, hizo construir para ella una morada secreta en un laberinto de Woodstock-Park, en cuya misteriosa vivienda pasaba Enrique todas las horas que podia robar á su imperio.

Empero estos amores secretos llegaron á ser conocidos por la reina, quien guiada, segun se pretende, por un ovillo de seda á la habitacion de su hermosa rival, la forzó á beber veneno poniéndola un puñal al pecho. Cualquiera que sea la verdad de esta historia, no se debe dudar que esta altiva princesa, que ya se habia hecho culpable por su mala conducta anterior, lo fué tambien por sus escesivos celos, y que ella fué quien primero sembró el gérmen de la discordia entre el rey y sus hijos.

El jóven príncipe Enrique, que habia sido coronado rey futuro de Inglaterra, fué el primero que comenzó á mostrarse ofendido de que á pesar de sus derechos no se le diese parte en la administracion del reino. En todos tiempos habia dejado ver en su conducta este príncipe el orgullo hereditario en la raza normanda. Cuéntase que queriendo el dia de su coronacion dar el rey todo el esplendor y majestad posibles á esta ceremonia, le sirvió él mismo á la mesa, haciéndole observar al tiempo de presentarle la copa, que ningun príncipe habia sido tratado hasta entonces con tanta magnificencia. «Nada tiene de estraordinario, respondió el jóven príncipe, ver al hijo de un conde servir al hijo de un rey.» Desde este momento su ambicion se mostró insaciable, y asió con mucha ánsia la primera ocasion que se presentó para hacer valer sus pretensiones.

No tardó en ser imitado este ejemplo del príncipe Enrique por Godofredo y Ricardo, á quienes aconsejó la reina que sostuviesen tambien sus derechos á los dominios que se les habian designado. El rey rehusó condescender á sus poco respetuosas demandas, y entonces se retiraron á la corte del rey de Francia, quien instigando secretamente su rebelion les prestó proteccion y auxilios. La reina Leonor, que se disfrazó de hombre con intencion de escaparse igualmente y de refugiarse á la misma corte, fué arrestada por órden del rey y encerrada en una cárcel. Así sucedió que Enrique vió oscurecerse de dia en dia la brillante perspectiva que tanta dicha le habia prometido: sus hijos, no bien habian llegado á la edad viril, cuando se agitaban por repartirse las posesiones de su padre; á lo cual los animaba la reina, no avergonzándose muchos potentados de Europa de prestar su apoyo á unos hijos ingratos, y de sostener sus pretensiones injustas.

La misma conducta de sus súbditos era poco á propósito para resarcir al rey Enrique de los tormentos que encontraba en el seno de su familia: cansados los corrompidos barones de su vigilancia y sábia administracion, comenzaban á desear un príncipe débil á quien pudiesen adular ó intimidar: el clero, que no habia olvidado todavía la muerte de Becket, influia sobre el pueblo, que continuaba en reverenciar su memoria como la de un santo mártir. Soportando Enrique tan penosa situacion con el valor y la constancia que nunca habia dejado de manifestar en todo el curso de su vida, se preparó á sostener unas contiendas que ni gloria ni provecho podian reportarle. Veinte mil soldados, alguna gente que reclutó en Irlanda, y un corto número de barones de acrisolada fidelidad, fueron las únicas fuerzas con que se dispuso á resistir á sus enemigos.

Los jóvenes príncipes habian adquirido demasiado crédito en el continente para no formar una liga poderosa en favor suyo. Además del rey de Francia se declararon por ellos, Felipe, conde de Flandes, Mateo, que lo era de Boloña, Theobaldo de Blois y Enrique de Eu. El rey de Escocia Gillermo tomó tambien parte en esta liga; y en su consecuencia, para invadir los vastos

(1) Los historiadores y poetas de aquella época hablan de la bella Rosamonda con todo el calor del entusiasmo. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

estados de Enrique se trazó un plan que no tardó en poner en ejecucion, acometiendo por un lado sus posesiones continentales los condes de Flandes y de Boloña, y por otro el rey de Francia á la cabeza de un poderoso ejército que con su popularidad y presencia enardecian los príncipes ingleses.—A. de J. C. 1173 —Pero Enrique encontró medios para hacer frente por todos lados á sus enemigos: el conde de Boloña murió de resultas de la grave herida que recibió en el asalto de la ciudad de Driencourt, y con esta muerte no pasaron mas adelante los progresos del ejército flamenco: los franceses fueron obligados á levantar el sitio que habian puesto á Vernuil, y atacando Enrique su retaguardia, la derrotó haciendo muchos prisioneros. Lejos de adelantar nada los barones de Bretaña que se declararon en favor de los príncipes, fueron completamente deshechos, buscando en vano un refugio en la ciudad de Dol, donde cayeron prisioneros de guerra. Estos triunfos abatieron el orgullo de los confederados, é hicieron desvanecer sus esperanzas. El rey de Francia pidió una entrevista al de Inglaterra, y este se apresuró á otorgársela. En esta conferencia tuvo Enrique la mortificacion de ver á sus tres hijos aumentando el cortejo de su mortal enemigo, y lo que sobre todo acrecentó su dolor fueron sus demandas, que lejos de hacerlas mas moderadas, las elevaron á proporcion de la imposibilidad en que se hallaban de lograrlas por la fuerza.

Pero mientras Enrique se ocupaba en reprimir la insolencia de sus enemigos esteriores, sus súbditos amenazaban el reino con nuevos disturbios. Los nobles estaban dispuestos á rebelarse contra él, y una irrupcion del rey de Escocia favoreció al parecer sus proyectos de insurreccion: el conde de Leicester invadió á Suffolk á la cabeza de un cuerpo de flamencos; mas fué rechazado con pérdida; el de Ferrari, Roger de Mowbray y otros muchos de igual rango tomaron las armas, mientras que para aumentar el desórden que dominaba en el reino cayó el rey de Escocia sobre las provincias del norte con un ejército de ochenta mil hombres, llevándolo todo á fuego y sangre. Enrique se apresuró á regresar á Inglaterra, despues de desconcertar los proyectos de sus enemigos en Francia—año de Jesucristo 1174;—pero como nunca se olvidaba su larga disputa con Becket, estaba en sus intereses el persuadir al clero y al pueblo que era inocente en la muerte del arzobispo. Al efecto procuró disculparse cerca del papa, á quien le hizo las mas solemnes promesas de someterse rigurosamente á lo que de él exigiese la Iglesia, y ofreció cruzarse el próximo dia de Navidad, y servir por espacio de tres años, si su santidad lo ordenaba, contra los infieles, bien en España, bien en la Palestina, é igualmente se comprometió á no oponerse en nada á las apelaciones á la corte de Roma. Estas concesiones parecieron suficientes para el papa; mas como Enrique conocia las ideas del pueblo, creyó necesario humillarse todavía mas; y como tal vez consideraba sus desgracias actuales por un efecto de la cólera del cielo, se resolvió á ir á hacer penitencia ante las reliquias de Tomás de Cantorbery, cuyo nombre se dió á Becket despues de su canonizacion. Tan pronto como llegó á la vista de la iglesia de Cantorbery, bajó del caballo y marchó con los pies desnudos hasta la ciudad: luego se prosternó ante la urna del santo, y estuvo allí un dia entero orando en ayunas y velando toda la noche junto á las reliquias: hizo tambien al convento una donacion de cincuenta libras esterlinas por año para mantener contínuamente cierto número de cirios alrededor del relicario; y no satisfecho con estas muestras de humildad, reunió el capítulo de los monjes, se despojó delante de ellos de sus vestiduras, y poniéndoles á cada uno una disciplina en la mano les presentó sus espaldas desnudas: al siguiente dia se le dió la absolucion, y salió para Londres despues de recibir la buena noticia de una victoria obtenida contra los escoceses en el mismo dia que habia sido absuelto.

Reconciliado Enrique con la Iglesia, y habiendo logrado recabar la opinion pública, vió que su poder volvia á tomar nuevo vigor; y desde entonces cada victoria que alcanzaba la atribuia á la proteccion del santo cuyo resentimiento acababa de aplacar, y sus triunfos dieron cada dia mas fuerzas á la confianza de sus súbditos. La ventaja obtenida sobre los escoceses fué decisiva. Despues de cometer su rey Guillermo devastaciones sin cuento en las provincias septentrionales, juzgó oportuno retirarse á la aproximacion del ejército inglés mandado por Ralph de Glanville, el jurisconsulto mas célebre de Inglaterra. Habiéndose acampado Guillermo en Alnwick, se creia á cubierto de todo ataque por la mucha distancia del enemigo; pero se equivocaba: enterado Glanville de su posicion, hizo andar á marchas forzadas á sus tropas, y se acercó al campo escocés á favor de una densa niebla. Los escoceses estaban lejos de sospechar en medio de su ciega seguridad el peligro que les amenazaba, y así fueron presa de la sorpresa y del terror al verse atacados por el enemigo, á quien creian muy distante de allí. Guillermo trató de rechazar á los acometedores con un cuerpo de cien hombres de caballería; pero sus esfuerzos fueron inútiles, siendo cercados y hechos prisioneros al instante. Las tropas al saber la derrota de su rey, se apresuraron á huir por todas partes, regresando á su país del modo que les fué posible.



Leonor de Guyena.

Entonces tomaron el mejor aspecto los asuntos de Enrique: sometiéronse al momento los barones que se habian rebelado y los que estaban para rebelarse, entregando sus castillos al vencedor, y así se restableció en pocas semanas una perfecta tranquilidad en toda la Inglaterra. El jóven Enrique, que estaba á punto de embarcarse para ir á secundar los esfuerzos de los insurgentes, abandonó el proyecto de su espedicion al ver que todo se habia apaciguado; y en vano fué tambien el sitio puesto á Rouen por Luis; pues volando Enrique al socorro de esta ciudad, rechazó las tentativas del rey de Francia. Por fin, hubo una tregua, y en la conferencia que tuvo lugar entre los dos monarcas, Enrique otorgó á sus hijos condiciones mucho menos ventajosas que las que en otro tiempo habian desdeñado aceptar. Las mas importantes fueron las pensiones para su subsistencia, algunos castillos para su residencia, y un perdon general á los rebeldes que los habian apoyado. De este modo se libró Inglaterra una vez mas de las innumerables calamidades que amenazaban arruinarla, y el rey se encontró en aptitud para ocuparse de la gloria y felicidad de sus súbditos.

Su primera diligencia fué el imponer á su prisionero el rey de Escocia un castigo proporcionado á la culpable conducta que con él habia tenido, obligándole á firmar un tratado por el cual Guillermo se reconocia vasallo del rey de Inglaterra con todos sus barones y obispos, y exigiéndoles además que hasta tanto que se

cumpliese el convenio le entregase las fortalezas de Edimburgo, Herlig, Berwick y Jedburgh. Por humillante que fuese para Guillermo el tratado, fué rigorosamente ejecutado; y él, los barones y prelados de Escocia hicieron homenaje en la catedral de York al rey de Inglaterra, siendo este considerado desde entonces como soberano de la isla entera, con la sola escepcion de las montañas del país de Gales.

Sus reglamentos interiores fueron tan acertados como lo fué su conducta política: estableció severas penas contra los ladrones, asesinos, monederos falsos é incendiarios, mandando que estos crímenes fuesen castigados con la amputacion de la mano y del pié derechos. La prueba del ordeal por medio del agua, que subsistió hasta entonces á pesar de la prohibicion de Guillermo el Conquistador, fué casi enteramente abolida con haber ordenado Enrique que todos aquellos á quienes se les probase jurídicamente un crímen fuesen condenados á destierro, aunque se hubiesen justificado por medio del ordeal. Dividió el reino en cuatro provincias, y nombró jueces ambulantes para vigilar sobre la ejecucion de la justicia en los diferentes distritos que les fueron asignados, á fin de reprimir la tiranía de los barones y proteger al pueblo: restableció los juicios por jurados que habian caido en un olvido casi completo por la bárbara costumbre de los combates en campo cerrado: hizo demoler todos los nuevos castillos que habian sido levantados durante la anarquía; y para poner á su reino completamente á cubierto de toda invasion, creó una milicia con la obligacion de estar aprestada de todo lo indispensable para defender sus estados en caso de peligro.

Mas no fueron bastantes su prudencia y acierto para contener la turbulencia y ambicion de sus hijos, que no contentos con haberse rebelado una vez contra su padre, se hicieron enemigos los unos de los otros, persiguiéndose mútuamente con encarnizamiento. Ricardo, á quien Enrique habia hecho señor de la Guiena, y que ya habia dado pruebas de su valor y talentos políticos y militares con haber humillado el orgullo de sus barones, se negó á obedecer á su padre y á rendir homenaje de su ducado á su hermano mayor—Año de Jesucristo 1183.—Habiendo reunido sus armas el jóven Enrique y Godofredo, llevaron la guerra á los estados de su hermano; y mientras el rey se esforzaba en apaciguar aquellas diferencias suscitadas entre sus propios hijos, conoció que todos ellos conspiraban contra él secretamente. No se sabe cuál hubiera sido el resultado de esta conspiracion que se frustró con la prematura muerte del jóven Enrique en Martel á consecuencia de una aguda fiebre á los veintiocho años de edad, despues de haber manifestado el mas profundo arrepentimiento de su ingrata conducta para con su padre.

Ninguna posteridad dejó este príncipe, por lo cual Ricardo vino á ser su heredero, y no tardó en desplegar la misma ambicion ardiente que habia estraviado á su hermano mayor, resistiéndose á las órdenes del rey, negándose á ceder la Guiena, y hasta haciendo preparatívos para atacar á su hermano Godofredo que estaba en posesion de la Bretaña. La reina fué quien logró desvanecer esta discordia; mas no bien habia sido restablecida la calma, cuando Godofredo, abandonándose á toda la violencia de su carácter, pidió imperiosamente que el Anjou fuese incorporado á sus estados de Bretaña. Como le fué rehusada esta demanda, recurrió al culpable arbitrio á que ya lo habia hecho antes para precisar al rey á consentir á sus deseos. Retiróse pues Godofredo á la corte del rey de Francia, y se dispuso á formar un ejército contra su padre; mas este se libertó del nuevo peligro por la muerte de su hijo en París en un torneo—A. de J. C. 1186.—No fué sentida sino por su padre la pérdida de este príncipe, que era odiado generalmente, complaciéndose el pueblo en designarle con el deshonroso nombre de *hijo de perdicion*.

Empero la muerte de este hijo rebelde no conjuró completamente el peligro que amenazaba á Enrique. Felipe Augusto, rey de Francia, le disputó por algun tiempo la tutela de Arturo, hijo de Godofredo; y por la muerte de este, heredero de la Bretaña, y algunos otros motivos contribuyeron tambien á inflamar la animosidad que habia entre los dos monarcas. Habiendo logrado Felipe estraviar otra vez á Ricardo de sus deberes, exigió que este se casase con su hermana Adelaida, amenazando á Enrique con una invasion formidable si se negaba á esta alianza.—A. de J. C. 1188.

A consecuencia de tales pretensiones, hubo una conferencia entre Gisors y Trie debajo de un gran olmo, que, segun se cuenta, cubria un espacio inmenso de tierra. Un nuevo incidente ocurrido en esta asamblea reunida para discutir los mútuos derechos de ambos soberanos, vino á distraer su atencion y á alejar toda especie de negocios particulares. Presentóse allí el arzobispo de Tiro revestido con unos hábitos miserables, de modo que solo su aspecto era bastante para inspirar la compasion mas viva. Venia de la Tierra Santa, en que habia sido testigo de la situacion deplorable á que estaban reducidos los cristianos que habian ido á defender el Santo Sepulcro: habia visto el triunfo de los infieles, y así pintó patéticamente las angustias de los celosos defensores de la cruz, alabando su bravura y lamentándose de sus desgracias. Un siglo antes habian conquistado los cristianos á Jerusalen; pero los sarracenos, si bien abatidos al pronto por este triunfo, se rehicieron de su caida; y animados de nuevo valor, llegaron por fin á vencer á una multitud de guerreros, los cuales, siendo en su mayor parte célibes por voto, no se habian reproducido segun las leyes ordinarias. Fué pues vuelta á tomar la ciudad santa por las armas victoriosas de Saladino, habiendo sido sometida á su poder toda la Palestina á escepcion de algunas ciudades marítimas. Nada quedaba ya de aquellas conquistas tan celebradas que habian elevado la gloria é inflamado el celo de los hijos de Occidente; ningun vestigio se encontraba ya de lo que un siglo antes habia estimulado la ambicion de los guerreros mas famosos de Europa.

Sorprendiéronse dolorosamente los cristianos de Occidente al recibir tan fatales noticias: todos los de la asamblea derramaron lágrimas; y renunciando los dos reyes á su animosidad, juraron dedicarse absolutamente á rescatar á Jerusalen y á aniquilar el yugo de los infieles. Cruzáronse al instante entrambos monarcas, imitando su ejemplo muchos de sus principales vasallos; y como tomó parte en la misma confederacion el emperador Federico I, todo el mundo concibió firmes esperanzas de que ningun obstáculo sería bastante poderoso contra tantos esfuerzos reunidos. Pero el destino de Enrique era el de ver desbaratarse sin cesar sus mejores proyectos por la ingratitud de sus hijos.

Como Ricardo deseaba hacia mucho tiempo para sí solo toda la gloria de aquella espedicion, y ni aun podia soportar la idea de tener á su padre por cooperador, hizo un convenio con el rey de Francia, quien le prometió secundar sus esfuerzos y ayudarle á conseguir el objeto á que tan ardientemente aspiraba. Para que Felipe tuviese un pretesto con que atacar á Enrique, Ricardo intentó una incursion en el territorio del conde de Tolosa, vasallo del rey de Francia, quien se prevalió de tal circunstancia para llevar la guerra á las provincias de Berri y Auvernia.

Habiendo llegado Enrique á saber aquella secreta union, trató á su vez de asolar las posesiones del monarca francés. Tuvieron lugar muchas conferencias, pero sin éxito alguno; por lo cual al fin se vió precisado Enrique á renunciar á la esperanza de cruzarse, y á declarar guerra á Francia y á su hijo mayor, ligados contra él. Esta liga hacia al parecer progresos de dia en dia, pues La Jerté-Bernad cayó en sus manos, Maus fué tomado por asalto, y le abrieron sus puertas Amboise, Chaumont y Chateau-Loire. Tours fué combatida; y así el rey, que se retiró á Saumur, se preparaba á

ver frustradas todas sus empresas con las noticias que recibia todos los dias de la cobárdía y perfidia de sus gobernadores—A. de J. C. 1189.

Mientras Enrique se hallaba en este estado de desaliento, ofrecieron su mediacion el duque de Borgoña, el conde de Flandes y el arzobispo de Reims, y llegaron á conseguir que se hiciese un tratado, en cuya virtud el rey de Inglaterra se sometió á muchas concesiones humillantes, siendo una de ellas, que Ricardo se casaría con la princesa Adelaida, y sería coronado rey de Inglaterra en vida de su padre: otra, que Enrique pagaria mil marcos al rey de Francia en indemnizacion de los gastos de la guerra; otra, que se comprometiesen los barones ingleses á hacer observar el tratado á su soberano, y que en el caso de que lo violase, se reunirian á Felipe y Ricardo para obligar á Enrique á respetarlo; otra en fin, que este habia de otorgar una amnistía general á todos aquellos súbditos suyos que habian abrazado la causa de Ricardo.



Moneda de Enrique I.

Tales fueron las humillantes condiciones impuestas á un príncipe mas habituado á dar órdenes que á recibirlas. ¡Pero cuáles fueron su asombro y dolor, cuando habiendo pedido la lista de los barones á quienes acababa de perdonar, vió entre el número de rebeldes á Juan, su muy querido hijo! Hacia mucho tiempo que Enrique sufria con valor y resignacion las enfermedades que le aquejaban; supo resistir al profundo pesar que le habia causado la ingratitud de sus hijos; vió con calma á uno de ellos llegar á ser su vencedor, despojándole de su poder, y reduciéndole al estremo de suplicarle en su vejez: todos estos males reunidos los soportó con una firmeza inalterable; pero cuando vió al hijo de su corazon en el número de sus enemigos, no le fué posible contener su justa indignacion: dió lugar al mas violento dolor; maldijo el dia en que recibió la existencia, y pronunció sobre sus ingratos hijos una maldicion que nunca quiso retractar. Cuanto mas sensible y tierno era su corazon, tanto mas cruelmente se resintió de la bárbara conducta de ellos.

No vislumbrando ya en el porvenir esperanza alguna de consuelo, Enrique perdió insensiblemente la energía que le habia sostenido hasta entonces. Una fiebre lenta, resultado de sus pesares, terminó muy luego una vida cuyos últimos años habian sido presa de las penas. Murió en el castillo de Chinon cerca de Sumur. Su hijo natural Godofredo, el único que le habia permanecido fiel, acompañó su cuerpo hasta la abadía de Joutevrault.

Habiendo entrado Ricardo el dia siguiente en la sala en que fué depositado el cuerpo de su padre, se llenó de terror y remordimientos á su vista; y como en los mismos instantes salió sangre de la boca y de las narices del cadáver, este incidente no dejó de ser mirado como un prodigio, é interpretado al tenor de las ideas supersticiosas del siglo, como la prueba mas terrible del crimen de Ricardo. Este, incapáz de soportar aquel espectáculo que le despedazaba el corazon, esclamó que él era el asesino de su padre, y manifestó un sincero, pero tardío arrepentimiento, de la criminal conducta que habia llevado al sepulcro al autor de sus dias.

Así murió Enrique—A. de J. C. 1189—á los cincuenta y siete de edad, y treinta y cinco de un reinado durante el cual desplegó todos los talentos de un hábil político, la sabiduría de un legislador, y la magnanimidad de un héroe. Su estatura era mediana, robusta y bien proporcionada; su fisonomía viva y agradable; su conversacion dulce é interesante; su lenguaje fácil, persuasivo y siempre sazonado de oportunidades. Amaba la lectura, gustaba de la conversacion de las personas instruidas, y cultivaba las ciencias y estudios cuando se lo permitian los negocios del reino. Poseyó mas erudicion que ningun príncipe de su siglo. La literatura, las costumbres, las leyes y las artes hicieron rápidos progresos en su reinado; la instruccion de los sacerdotes sajones, que hasta entonces se habia limitado al estudio de la historia eclesiástica y de los leyendarios, se amplió hasta las sutilezas de la filosofía escolástica. El espíritu caballeresco contribuyó á dulcificar las groseras costumbres de la nobleza. No obstante, la civilizacion se hallaba lejos de estar adelantada, y las ciudades en que eran mas cultivadas las artes, ofrecian todavía ejemplos notables de la barbárie de los siglos precedentes. Era comun el ver en Londres á los hijos y parientes de los principales ciudadanos formar entre sí una sociedad, y reunirse en número de ciento y mas para robar y saquear á los vecinos ricos. Era tan peligroso el salir de noche, que los habitantes de la ciudad se veian precisados á encerrarse en sus casas á la caida de la tarde. Una noche atacó una cuadrilla de estos bandidos la casa de un rico: ya habian logrado agujerear la pared á martillazos, y se disponian á entrar en la casa á viva fuerza, cuando se presentó en el sitio el propietario armado de pies á cabeza y ayudado por sus criados, oponiendo á aquellos una vigorosa resistencia, hasta llegar á cortar la mano al primer ladron que queria entrar, y defendiéndose con tanto valor, que dieron lugar á los vecinos para que se reuniesen y marchasen á socorrerlos. Habiéndose decidido, con la esperanza del perdon, el bandido á quien se le cortó la mano á revelar los nombres de sus cómplices, salió entre estos uno llamado Juan Senex, hijo de una de las familias mas ricas y mejores de Londres. Probado su crímen por la prueba del ordeal, aunque ofreció quinientos marcos para rescatar la vida, el rey los rehusó é hizo que fuese ahorcado.

Enrique no dejó mas de dos hijos legítimos: Ricardo que le sucedió, y Juan que no heredó ningun estado, lo cual le valió el nombre de *Juan sin Tierra*. Tuvo tambien tres hijas legítimas: Matilde, que se casó con el duque de Sajonia; Leonor con Alfonso, rey de Castilla, y Juana con Guillermo, rey de Sicilia. Tuvo ademas de Rosamonda dos hijos naturales: Ricardo, llamado *Larga espada*, que se casó con la hija y heredera del conde de Salisbury, y Godofredo, que despues fué nombrado arzobispo de York.

CAPITULO X.

RICARDO PRIMERO, LLAMADO CORAZON DE LEON.

(Desde el año de J. C. 1189 hasta el de 1199.)

Elevado por fin Ricardo al trono que nadie podia ya disputarle, no se mostró dispuesto á fomentar para lo sucesivo la insubordinacion y desobediencia, pues su primera diligencia fué la de alejar de sí á todos los que le habian ayudado en su rebelde conducta, con grande asombro de ellos, que en lugar de los honores y de la confianza que aguardaban, se vieron tratados con el mas profundo desprecio. Ricardo llamó á su servicio á todos los antiguos ministros de su padre, convencido de que los que habian sido constantemente fieles á su primer soberano, lo serian tambien á su sucesor.

Apresuróse tan pronto como subió al trono á restituir la libertad á su madre, y tuvo á bien colmar de favores á su hermano Juan, quien en cambio no le pagó despues sino con desagradecimiento. Pero el rey, cuyo carácter no era propenso á la desconfianza, no pensó en juzgar á su hermano de un modo desfavorable, y te-

niendo ardientes deseos de adquirir una fama brillante, se ocupaba muy poco de vigilar por su propia seguridad. Un gusto pronunciado por las aventuras novelescas, y un celo exaltado por el cristianismo, eran el espíritu del siglo y lo único por donde podia adquirirse gloria. Ricardo estaba dominado mas que nadie de estas ideas, y todas sus acciones se dirigian á ellas constantemente.



Ricardo I.

Los judíos, cuya poblacion se habia aumentado considerablemente en el reino, fueron los primeros sacrificados al fanático entusiasmo del pueblo, siendo degollados en gran número por los habitantes de Londres el dia de la coronacion del rey. Habiéndose refugiado quinientos de aquellos infortunados al castillo de York, encontrándose en la imposibilidad de defender la plaza, prefirieron matarse unos á otros antes que entregarse á la furia de sus perseguidores. Degolladas las mugeres y los niños, fueron arrojados desde lo alto de los muros sus cadáveres ensangrentados sobre los enemigos que se esforzaban por escalar las murallas: los hombres pegaron fuego á los edificios, y se sepultaron en medio de las llamas.

Tan horrible carnicería, por impolítica y atrozmente injusta que fuese, lejos de manchar los primeros momentos del reinado de Ricardo, fué considerada por el contrario como el principio mas glorioso de su gobierno, y el pueblo formó de aquel acontecimiento los mas lisonjeros presagios acerca de la grandeza de su soberano.

Efectivamente, no tardó Ricardo en justificar, al menos en un concepto, las novelescas esperanzas de sus súbditos: dominado mas bien por el amor de la gloria que por la supersticion, formó el proyecto de una espedicion á la Tierra Santa, y trató de reunir los fondos necesarios para tamaña empresa. Habiéndole dejado su padre un tesoro de mas de cien mil marcos, se dedicó á aumentarlo por toda clase de medios, aun los mas contrarios al bien público, y mas peligrosos para la autoridad real: enagenó las rentas y dominios de la corona, así como los puestos de confianza y los cargos que daban mas poder; otorgáronse privilegios, cartas, castillos y empleos á los mejores licitadores; y cuando los ministros mas esclarecidos le representaron el peligro de semejantes ventas, respondió que venderia la misma Londres si le fuese posible encontrar comprador. No hubo mas que un solo hombre bastante íntegro para retirarse de los negocios, cuando los empleos puestos á pública subasta fueron en algun modo envilecidos y deshonrados: este hombre fué el célebre jurisconsulto Glanville, quien hizo dimision de su cargo de justicia mayor, y habiéndose cruzado, se preparó á marchar á la Tierra Santa. Ricardo se guardó de quejarse de una dimision que poco tiempo despues le dió libertad para vender esta dignidad, que la compró en mil marcos Hugo, obispo de Durham. Ricardo pues perdió enteramente de vista toda otra consideracion, estraviado por la pasion de la gloria.

Recayeron numerosas exacciones sobre el pueblo, empleándose sucesivamente las promesas, las amenazas y reconvenciones para amedrentar á los tímidos y seducir á los que oponian alguna resistencia. Habiendo tenido un celoso predicador el atrevimiento de hablar al rey acerca de su conducta, y de aconsejarle audazmente que se separase de tres hijas suyas que eran la soberbia, la avaricia y la sensualidad, el rey le respondió inmediatamente: «amigo mio, vuestro consejo es »justo, y así yo elijo esposos dignos de ellas: destino »la soberbia á los templarios, la avaricia á los monjes, »la sensualidad á mi clero.»

Tan pronto como se posesionó Ricardo de todo el dinero que necesitaba para su espedicion, y vendió sus derechos al rey de Escocia por una suma asaz módica, se embarcó para la Tierra Santa, adonde era llamado por reiterados mensajes del rey de Francia, preparado á la sazon á emprender el mismo viaje.

La primera entrevista fué en las llanuras de Vecelay, en las fronteras de la Borgoña. Los dos ejércitos reunidos subieron á cien mil hombres, todos animados de un ardor igual, brillando entre ellos la flor de la nobleza y de la caballería—A. de J. C. 1190.—Obligáronse allí los dos soberanos con el mas solemne juramento á ayudarse mútuamente, y luego se separaron dirigiéndose el uno hácia Génova, y el otro hácia Marsella, con el designio de juntarse á sus escuadras que debian salir de estos puertos. Poco tiempo despues de su embarco se vieron precisados por la mala estacion á refugiarse á Mesina, capital de Sicilia, y allí tuvieron que estar todo el invierno. Ricardo se acuarteló en los arrabales, posesionándose de un fortin que dominaba la ensenada, y Felipe alojó sus tropas en la ciudad, ligándose estrechamente con el rey de Sicilia.



Ricardo, Corazon de Leon.

Ignórase lo que dió lugar á una discordia que se suscitó muy pronto entre los sicilianos é ingleses, y por consiguiente si la causaron las intrigas del rey de Francia ó el proceder violento del de Inglaterra (1). Lo cierto es que no tardaron los de Mesina en tratar á los ingleses con arrogancia, cerrando sus puertas, armando sus murallas, y presentándose á desafiar á Ricardo. A pesar de haberse portado este hasta entonces como ami-

(1) Ninguna parte tuvo el rey de Francia en esta discordia: lo que la ocasionó fué el estar Ricardo habituado en Inglaterra á hacer todo lo que queria con los villanos y paisanos. Habia cerca de Mesina sobre la orilla del estrecho un convento de monjes griegos, muy fuerte por su posicion, y habiéndole parecido á Ricardo aquel punto á propósito para poner sus almacenes, echó á los monjes y puso allí guarnicion. Ofendidos los habitantes de Mesina de semejante conducta llena de arrogancia y desprecio hácia ellos, cerraron las puertas, y negaron la entrada en la ciudad á los ingleses. *(Aug. Thierry.)*

go, echó mano á la mediacion de Felipe para apaciguar aquella contienda; pero ínterin estaban conferenciando sobre el particular los dos monarcas, salió de la ciudad un cuerpo de sicilianos y atacó con impetuosidad á los ingleses. Este insulto fué bastante para irritar al monarca inglés, quien naturalmente ufano con su superioridad, se lanzó con tanto furor sobre los de Mesina, que la ciudad fué tomada, y plantado sobre sus muros el pabellon de Inglaterra.

Felipe, que miraba esta plaza como su cuartel, se indignó de la conducta de Ricardo, y mandó á algunos soldados suyos que arrancasen aquella señal de insulto. Apresuróse Ricardo á manifestarle que él se hallaba dispuesto á quitar el estandarte inglés, toda vez que desagradaba á su aliado; pero que no habia poder bastante sobre la tierra para hacérselo quitar por fuerza. No fué necesaria otra cosa para encender entre los dos monarcas una mútua envidia, que lejos de estinguirse, se inflamó mas y mas por la oposicion de sus caractéres.

Pasábase el tiempo en quejas y reconciliaciones contínuas, y reinaba la desconfianza entre ambos príncipes, y las intrigas del rey de Sicilia contribuian probablemente á irritar al uno contra el otro. Dando por fin de mano á todo resentimiento ante la magnitud de la empresa, se embarcaron para la Tierra Santa, adonde el rey de Francia llegó mucho tiempo antes que el de Inglaterra—A. de J. C. 1191.—La escasez de conocimientos que habia entonces en el arte de la navegacion, hizo que este viaje, tan fácil hoy dia, fuese largo y peligroso. Asaltada la escuadra de Ricardo por una tempestad, fueron arrojados dos de sus buques sobre las costas de Chipre. Isaac, príncipe de esta isla, impulsado por su aficion á la rapiña ó por el deseo de acobardar el resto de la escuadra, saqueó los buques que acababan de barar, haciendo poner cadenas á los marineros y soldados. Pero habiendo llegado Ricardo poco despues, vengó terriblemente la injuria: desembarcó sus tropas, desafió al tirano, tomó la ciudad por asalto, y obligando á Isaac á rendirse á discrecion, se apoderó de la isla, que desde entonces fué una de sus posesiones. Allí fué donde se casó con Berenguela, hija del rey de Navarra, la cual le acompañaba en la espedicion y habia sido preferida á Adelaida, hermana de Felipe, cuyas gracias eran mucho menores y mas dudosa su castidad.

Apenas el ejército inglés pisó el suelo de la Palestina, pareció que la fortuna se declaraba en favor de los cristianos, y entonces trataron de concertarse los reyes de Francia é Inglaterra olvidándose de sus secretos celos. Sitiaron juntos á Acre: mientras el uno atacaba la ciudad, el otro guardaba la trinchera, y por sus hábiles y bien sostenidas operaciones forzaron á capitular á la guarnicion despues de una larga y tenaz resistencia, prometiendo aquella entregar los prisioneros cristianos y el madero de la Santa Cruz, con la condicion de que habia de ser respetada la vida de los sitiados. Estas fueron las únicas ventajas de una empresa que inundó toda la Asia de sangre y despobló la Europa de sus mas valientes guerreros.

Ya porque Felipe se hubiese cansado del ascendiente tomado por Ricardo, ó ya porque estuviese envidioso de su superioridad y de la popularidad que este se habia adquirido, tan pronto como se terminó el asedio de Acre, declaró su intencion de regresar á Francia alegando el mal estado de su salud, aunque para no destruir las amigables disposiciones de Ricardo hácia él, le dejó diez mil hombres al mando del duque de Borgoña.

El rey de Inglaterra se quedó solo á la cabeza del ejército, y voló de victoria en victoria. Bajo sus órdenes sitiaron los cristianos la ciudad de Ascalon, á fin de atacar luego con mas ventajas la de Jerusalen. Trató de oponerse á su marcha Saladino (1), el mas famoso de los monarcas sarracenos, situándose en el camino con un ejército de doscientos mil hombres. Esta fué la célebre jornada en que Ricardo se encontró frente á frente con un adversario tan digno de su valor. Al principio fueron deshechas las dos alas del ejército inglés; pero Ricardo, que conducia en persona al cuerpo principal, restableció el combate al instante. Dispersáronse los sarracenos en el desórden mas completo,



pereciendo treinta mil de ellos en el campo de batalla. Rindióse Ascalon á consecuencia de esta victoria: otras poblaciones menos considerables siguieron el mismo ejemplo—A. de J. C. 1192;—y Ricardo, dirigiendo sus pasos hácia Jerusalen, vió al fin el blanco de sus largas y ardientes esperanzas. Pero desconcertáronse de improviso sus ambiciosos proyectos, y se halló precisado, con gran pesar suyo, á detenerse en medio de su caballeresca carrera.

Habíase apagado de tal modo el ardimiento de sus soldados por el hambre y las fatigas de la guerra, que se hicieron incapaces de apoyar los esfuerzos de su jefe. Rendidos de vencer, aun los guerreros mas valientes parecia que no codiciaban otras conquistas, y Ricardo, abrumado por este revés, conoció la necesidad de transigir con Saladino. Acordóse pues una tregua de tres años, estipulándose que las ciudades marítimas de la Palestina continuarian en poder de los cristianos, y que á estos les seria permitido ir en peregrinacion á Jerusalen con toda seguridad y sin riesgo alguno.

Despues de haber terminado Ricardo esta espedicion, de que mas bien le resultaron prestigio y gloria que ventajas positivas, trató de regresar á su reino para gozar pacíficamente en él de los laureles que acababa de recoger á costa de tantos peligros. Estuvo vacilante sobre el camino que debia tomar: el temor de caer en manos de Felipe, cuyo resentimiento le daba cuidado, le impidió el atravesar la Francia, y así se dirigió por el Norte embarcándose en el mar Adriático; mas habiendo naufragado cerca de Aquilea, se disfrazó de peregrino con la esperanza de atravesar de incógnito la Alemania. Desgraciadamente no pudo ocultarse de tal modo que no se llegase á sospechar su rango. Siendo perseguido por el gobernador de Istra, que le buscaba para ponerle preso, vióse precisado á dejar el camino directo de Inglaterra y á pasar por Viena como fugitivo. En esta ciudad le hicieron tambien traicion su liberalidad y gastos; y aunque vestido de peregrino, fué detenido por Leopoldo, duque de Austria, quien sin pudor ni piedad le hizo aprisionar y cargar de ca-

(1) La magnanimidad y generosidad de Saladino eran notables. Habiendo llegado á saber una vez durante esta campaña que Ricardo estaba peligrosamente enfermo, y que para conseguir su alivio necesitaba frutas frescas que no era posible proporcionarle, las envió con profusion, salvando de este modo la vida del único enemigo temible. *(Vita Saladini.)*

denas. Este príncipe estuvo á las órdenes de Ricardo en el sitio de Acre, y recibió de él algunas injurias, por lo cual conservaba un vivo resentimiento, y así se asió con placer á la ocasion de vengar sus agravios. Acaso tuvo tambien alguna parte la codicia en semejante conducta; porque esperaba lograr una suma considerable por el rescate de tal prisionero, y no dudaba que los ingleses estarian prontos á darla inmediatamente para librar al rey de la esclavitud.

Enrique VI, emperador de Alemania, que era igualmente enemigo jurado de Ricardo desde que supo la alianza concertada entre este y Tancredo, rey de Sicilia, demandó al duque de Austria que le entregase el prisionero, prometiéndole en recompensa de tal servicio una suma considerable. Así, el rey de Inglaterra, que por largo tiempo llenó el mundo con su brillante fama, fué hundido indignamente en un calabozo, y cargado de cadenas por dos pérfidos príncipes que esperaban grandes ventajas de la desgraciada situacion del preso.

Los ingleses tardaron mucho tiempo en saber el cautiverio de su belicoso monarca. Habia en aquella época tan pocas comunicaciones entre los reinos, que segun se cuenta, la noticia se supo por un pobre que punteaba un dia el arpa junto á la fortaleza en que estaba encerrado Ricardo. Habiéndole gustado á este lo que tocó el músico, tomó su arpa y repitió lo que acababa de oir. Esta rara casualidad hizo descubrir el sitio de su cautividad.

Mientras Ricardo, victorioso en vano, se consumia en una miserable cárcel, tomaban el mas desfavorable aspecto los asuntos de su reino. Los dos jefes principales del gobierno eran poco á propósito para atraerse las simpatías de los ingleses: el uno habia comprado á peso de oro el rango que ocupaba, y el otro no se habia elevado sino á fuerza de adulacion y bajos artificios. El obispo de Durham era avaro é ignorante, y Longchamp, canciller del reino, hombre naturalmente presuntuoso, lo era todavía mas por la seguridad de poseer el favor de su soberano.

Dos hombres de carácter tan opuesto no podian dejar de llegar pronto á una enemistad insuperable: Longchamp llevó la osadía hasta el estremo de poner preso á su colega, quien á trueque de recobrar la libertad se vió precisado á dimitir su poder. Habiendo sabido Ricardo los disturbios ocurridos por tal motivo en su reino, escribió á Longchamp mandándole reponer al obispo de Durham en sus empleos; pero semejante mandato fué menospreciado, negándose á obedecerlo el altivo y terco prelado sopretesto de que él conocia mejor que nadie las secretas intenciones del rey. Continuó pues en gobernar solo el reino; y como no desconocia que su imperiosa conducta le esponia á sérios peligros, aumentó el número de sus guardias, y nunca salia de su palacio sino rodeado de ellos.

Entre los muchos enemigos que su escesivo poder y arrogancia le acarrearon á Longchamp, solo uno hubo bastante atrevido para reprobar abiertamente sus acciones. Este fué Juan, el hermano del rey, quien ofendido en otro tiempo por este prelado, se aprovechó de la ocasion favorable del descontento general para atacar su autoridad, reuniendo al efecto en Reading un consejo compuesto de la nobleza y el clero, y citando á Longchamp á comparecer ante ellos. Este se irritó mucho, y no queriendo someterse al poder de un consejo que le tenia un ódio tan inveterado, se negó á obedecer y se encerró en la torre de Londres: de allí logró fugarse, y atravesó el mar con traje de muger; por lo cual fué destituido, recayendo en el arzobispo de Rouen su cargo de justicia mayor.

No bien fueron conocidas estas disputas por el rey de Francia que ya habia regresado de la Tierra Santa, cuando se esforzó por sacar partido del resentimiento de Longchamp para aumentar las turbulencias de Inglaterra. En efecto, no le costó mucho el corromper la fidelidad de Juan prometiéndole ponerle en posesionde todos los bienes que Ricardo tenia en el continente.

En estas circunstancias fué cuando supieron los ingleses la funesta noticia del cautiverio de su monarca querido y de los indignos tratamientos que habia recibido. Irritada la reina viuda de la injuria hecha á su hijo favorito, escribió cartas apremiantes al papa Celestino escitando su piedad é indignacion; mas ningun éxito tuvieron sus esfuerzos. El pueblo acreditó su dolor de una manera estrepitosa; el clero proclamó en alta voz á Ricardo defensor de la fé y mártir de la iglesia, y desde entonces no hubo mas que un eco unánime para alabar la magnitud de sus hazañas y deplorar la enormidad de su desgracia.

Pero si bien habia un gran número cuya desesperacion era sincera, no faltaban otros que se alegraron secretamente de las desdichas de Ricardo, é hicieron todo lo que pudieron para prolongar su cautividad. De este número eran, no solo el rey de Francia, su antiguo y mortal enemigo, sino tambien Juan, su hermano, quien olvidándose de los lazos de la sangre, del deber y del reconocimiento, pasó á Francia por invitacion de Felipe, y en una conferencia que tuvieron convinieron en hacer todo lo posible para que la prision de Ricardo fuese perpétua. Juan se obligó á entregar á Felipe una gran parte de la Normandía, y este á su vez á poner á aquel en posesion del trono de su hermano. Pretenden algunos que Juan hizo homenaje de la corona de Inglaterra al rey de Francia.

A consecuencia de este tratado invadió Felipe la Normandía, se hizo dueño de las fortalezas despues de una aparente resistencia, y á escepcion de Rouen, todo se sometió á la autoridad del monarca francés. Juan por su parte hizo los mayores esfuerzos para apoderarse del trono de Inglaterra; y tan luego como llegó á Londres alegó sus derechos como heredero directo de su hermano, pretendiendo haber recibido la noticia positiva de su muerte. Mas el traidor fué burlado en sus esperanzas, siendo desechados tales derechos por todos los barones, los cuales tomaron tan acertadas medidas para oponérsele y poner el reino al abrigo de sus pretensiones, que se vió obligado á regresar al continente y á confesar abiertamente su alianza con el rey de Francia.

El infortunado Ricardo sufria entre tanto todos los insultos y humillaciones que la maldad y tiranía de sus enemigos podia discurrir. Para que con mas impaciencia desease el recobro de su libertad y obligarle á prometer una cantidad mayor por esta, el emperador le trataba con un bárbaro rigor, teniéndole en una situacion semejante á la de los mas viles criminales. Pero el espíritu de Ricardo era demasiado superior para dejarse abatir por aquellos golpes; y por lo mismo que ignoraba los apuros á que podria ser reducido y las concesiones que acaso se veria forzado á hacer, escribió al justicia mayor de Inglaterra que no obedeciesen ninguna órden suya, si parecia contraria á su honor y al bien de la nacion.

Estas precauciones fueron felices para Ricardo, pues tratando el emperador de intimidarle y de justificar su crueldad, ó bien de aumentar el precio del rescate, le acusó ante la dieta de Worms de que era criminal, reconviniéndole á presencia de toda la asamblea por haberse ligado con Tancredo, usurpador de Sicilia, por haber convertido las armas de la cruzada contra un príncipe cristiano, por haber insultado al duque de Austria delante de Acre, por haber impedido los progresos del ejército cristiano, por sus altercados con el rey de Francia, y por haber concertado una tregua con Saladino, y dejado á Jerusalen en manos de los infieles. Ricardo oyó con indignacion acusaciones tan frívolas; pero quiso responder á ellas, defendiéndose con tanta energía ante los príncipes que componian la dieta, que estos no pudieron prescindir de reprobar altamente la

conducta del emperador, á quien el papa le amenazó además con escomunion.

Viendo entonces el bárbaro monarca que no le era posible retener por mas tiempo á su augusto prisionero, se decidió á escuchar proposiciones de acomodamiento. Ajustóse el rescate en ciento cincuenta mil marcos, que vienen á ser poco mas ó menos trescientas mil libras esterlinas, cuya tercera parte debia ser pagada antes de restituir la libertad á Ricardo, y para seguridad de lo restante habian de darse sesenta y siete rehenes.

Habiéndose conformado Ricardo con este tratado, envió á Inglateraa á Huberto, uno de los fieles caballeros que le habian acompañado á la Tierra Santa, con las condiciones del tratado por el cual debia recobrar la libertad, y autorizándole para colectar el dinero necesario al efecto.

Todo enfiteuta éstaba, segun la ley feudal, obligado á contribuir con un tanto al rescate de su señor en el caso de caer este cautivo. Fué pues impuesta á todos los feudos del reino la cantidad correspondiente, y percibido el dinero por unos jueces ambulantes, superando con mucho con tal motivo el celo del pueblo á la fria exactitud del deber. Todos quisieron contribuir á libertar á su soberano, de modo que se reunieron al instante sumas considerables: las iglesias y los monasterios fundieron su plata; los obispos, abades y nobles dieron una cuarta parte de sus rentas anuales, y el clero inferior contribuyó igualmente con la décima parte de su diezmo. Completada así la cantidad necesaria, la reina Leonor y el justicia mayor se embarcaron para Alemania.



Traje de Ricardo y sus caballeros.

Entre tanto que Inglaterra se ocupaba con celo de la redencion de su soberano, esforzábase Felipe con todo su poder en prolongar la cautividad de Ricardo. Como conocia la asombrosa avaricia del emperador, le hizo nuevas proposiciones mucho mas ventajosas que las que acababan de aceptarse para el rescate del prisionero. Además de una suma igual á la que este habia prometido, Felipe ofreció su hija al emperador para esposa, si se comprometia á retener al rey de Inglaterra un año mas en prision (1). Entonces conoció el emperador que se habia apresurado demasiado á concluir el tratado con Ricardo, arrepintiéndose amargamente de su precipitacion.

Hubiérase resuelto de buena gana á sacrificar las consideraciones del honor y la justicia; pero temia el resentimiento de los príncipes de Alemania, que por la ley feudal tenian facultad para castigar á su soberano por una conducta criminal, y continuó vacilante entre los temores y la avaricia hasta el dia designado para dar al rey la libertad. Verificóse la ceremonia de la soltura con gran pompa en Metz en presencia de toda la nobleza alemana—A. de J. C. 1194:—la reina Leonor pagó la suma convenida, dió rehenes por el resto, y así el rey de Inglaterra consiguió al fin su libertad.

Empero el emperador no podia soportar esta idea sin esperimentar toda la agitacion de las pasiones rencorosas, ni pensar sin amargura que aquel á quien miraba como á su enemigo iba á recuperar la felicidad que él se habia esforzado en vano por arrebatar. Con desesperacion era como veia desvanecerse las lisonjeras esperanzas que le hiciera concebir la detencion del ilustre prisionero; borráronse todos los temores que habia esperimentado por el próximo resentimiento de sus súbditos, y abandonándose á su sórdida codicia, se resolvió á apoderarse de nuevo de Ricardo, dando órdenes para que se le persiguiese y aprisionase. Felizmente llegaron muy tarde los emisarios: convencido Ricardo de la perfidia del emperador, é informado secretamente de las proposiciones del rey de Francia, habia dado órden para que se le aguardase en la embocadura del Escalda. Embarcóse tan pronto como llegó á este punto, y aunque el viento le fué contrario, ya estaba lejos de la costa cuando llegaron á Amberes sus enemigos.

Nada puede pintar el júbilo de los ingleses al volver á ver á su monarca despues de tantas hazañas y padecimientos. Entró en triunfo en Londres, en cuya ocasion desplegaron los ciudadanos tal lujo y magnificencia, que los señores alemanes que acompañaron al rey, declararon que si su soberano hubiera recelado toda aquella riqueza de los ingleses, no hubiera convenido tan fácilmente en dejar escapar su presa.

Poco despues de su regreso, Ricardo se hizo coronar de nuevo en Winchester; luego convocó un consejo general en Nottingham en que confiscó todos los bienes de su indigno hermano, y en seguida, haciendo los preparativos necesarios para vengarse del rey de Francia, se embarcó para la Normandía con un ejército considerable.

Al dia siguiente de su desembarco presentóse el infiel Juan á echarse á los pies de su soberano y hermano, á quien tan cruelmente habia ofendido. No sin manifestar un vivo resentimiento fué como recibió Ricardo á un príncipe que se habia ligado contra él con su mas mortal enemigo. Empero por la mediacion de la reina Leonor, se avino á perdonar á su hermano. «Yo le perdono, dijo el rey, y desearia poder olvidar »sus agravios tan fácilmente como él se olvidará del per»don que le otorgo.»

No fué infructuosa esta indulgencia, pues hizo impresion en el culpable, cuyo corazon no estaba enteramente cerrado á los sentimientos de humanidad: enternecido con la generosa conducta de su hermano, le

(1) Tentado el emperador por tan brillantes promesas, quiso faltar á su palabra; mas se opusieron á ello los miembros de la dieta que habian jurado guardarla fielmente, y valiéndose de su potestad hicieron dar libertad al cautivo hácia fines de enero de 1194. *(Aug. Thierry.)*

sirvió con fidelidad en lo sucesivo, y aun le prestó servicios importantes en diferentes guerras que poco tiempo despues tuvo Ricardo con el rey de Francia.

Todas estas hostilidades, de que ningun resultado ventajoso hubo ni para una ni otra parte, no sirvieron mas que para alimentar la recíproca animosidad de ambas naciones, sin adelantar nada relativamente á sus derechos y mútuas pretensiones. El suceso mas notable que se encuentra en las prolijas descripciones de estas hostilidades, es la prision del obispo de Bauvais que fué cogido por Ricardo combatiendo á la cabeza de sus vasallos. El papa pidió su soltura y le reclamó como hijo de la Iglesia: el rey envió á su santidad la cota de malla ensangrentada que llevó el prelado el dia de la batalla, preguntándole si la reconocia por la ropa de su hijo (1).

Inflamábase cada vez mas la mútua animosidad de entrambos partidos. Incansables los dos monarcas en vengar los insultos que se hacian contínuamente, mandaban á menudo sacar los ojos á sus prisioneros, y eran rotos al momento los tratados que concluian. La mediacion de un legado logró por fin reducir á ambos príncipes á un acomodamiento que permitió vislumbrar la paz por tanto tiempo deseada—A. de J. C. 1196.

A pesar de todo empezaba á encenderse de nuevo la guerra, cuando la muerte de Ricardo vino de repente á poner término á tan perpétuas discordias.

Vidomar, vizconde de Limoges y vasallo de la corona, encontró en el campo un tesoro, del cual envió parte al rey, quedándose para sí lo demás—A. de J. C. 1199;—mas Ricardo, como señor feudal, pretendió que tenia derecho al todo, é insistió en que se le entregase la totalidad. Habiéndose negado á ello Vidomar, el rey asedió el castillo de Chalus por creer que en él estaba escondido el dinero. Ricardo recorria el cuarto dia de sitio el recinto del castillo, á fin de descubrir el punto mas ventajoso para atacarle, cuando le fué atravesado un hombro por una flecha que le disparó un arquero llamado Beltran de Gourdon. No era peligrosa la herida; pero de tal modo se enconó por la torpeza del cirujano que trató de sacar la flècha de las carnes, que al instante se notaron los síntomas mas alarmantes.

Conociendo Ricardo próximo su fin, hizo testamento por el cual legaba el reino á su hermano Juan, así como todos los tesoros, á escepcion de la cuarta parte que distribuyó á sus sirvientes. Luego mandó que fuese llevado á su presencia el arquero que le habia herido, y le preguntó: «¿Qué injuria te hice yo para quitarme la vida?—Vos matásteis, con vuestras mismas manos, á mi padre y á mis dos hermanos, le respondió Beltran, y teníais intencion de hacerme ahorcar. Yo estoy ahora á vuestra disposicion, y la idea de mis tormentos puede vengaros; mas yo los soportaré con alegría por el consolador pensamiento de que he libertado al mundo de un tirano.»

Conmovido Ricardo con esta respuesta, ordenó que se le entregase al arquero una suma de cien chelines y que se le dejase en libertad; pero el general en jefe Marcadé le hizo prender como á malvado, y ahorcarlo despues de haberle desollado vivo.

Ricardo falleció á los cuarenta y dos años de edad y á los diez de su reinado, no dejando mas que un hijo natural llamado Felipe.

Este monarca reunia todas las cualidades heróicas que pueden hacer nacer el entusiasmo en un siglo bárbaro; pero tenia muy pocas de las que atraen la admiracion y el amor de un pueblo civilizado. Era franco, magnánimo, generoso y valiente hasta con esceso; pero cruel, orgulloso y vengativo: no economizaba ni la sangre ni los tesoros de sus súbditos: sus inútiles espediciones contribuyeron á debilitar su reino, y las guerras que emprendió, mas bien fueron motivadas por el deseo de satisfacer su venganza, que el de aumentar la felicidad de sus súbditos. El pueblo adquirió en su reinado una preponderancia que se acercó á la independencia: hasta entonces aquel nunca se habia hecho culpable de sedicion, sino por las provocaciones de los barones; pero en esta época se atrevió por primera vez á defender sus derechos y á elegir un jefe en sus filas. Los plebeyos de Londres pusieron á su cabeza á uno llamado William-Fits-Osbert, por otro nombre Larga-Barba, que habia estudiado leyes, y despues abandonó su profesion para abrazar la causa del pueblo con un entusiasmo poco ordinario, llamándose á sí mismo el salvador del pobre.

En una ocasion en que estaban comprometidos los intereses del pueblo, Larga-Barba se dirigió á Normandía y osó representar al rey la opresion á que se hallaban reducidos los ciudadanos, por haberles aumentado injustamente los tributos. Habiendo conseguido una rebaja, adquirió tal celebridad su reputacion en la clase baja, que mas de cincuenta mil personas del pueblo formaron una asociacion, comprometiéndose á defenderle y obedecerle. Los sucesos mas deplorables fueron los resultados de semejante sociedad: cada dia se perpetraban nuevos asesinatos, pero se ignora si Larga-Barba fué el verdadero instigador de ellos. Como el rey se hallaba á la sazon ausente, el justicia mayor intimó á Larga-Barba que fuese á dar cuenta de su conducta ante el consejo; mas se presentó con una comitiva tan formidable que nadie se atrevió á entablar la acusacion contra él.

Perseguido algun tiempo despues por los ministros de justicia, mató á uno de estos, y en seguida huyó con su manceba escondiéndose en la iglesia de Santa María del Arco, en que se defendió algun tiempo con mucho valor. La plebe le abastecia de todo lo necesario, y sus simpatías por él hacian esperar que le apoyaria y defenderia en un peligro estremo; pero no sucedió así. Obligado por fin á salir de su asilo por el humo de un monton de paja mojada que encendieron á propósito delante de la puerta, fué prendido, juzgado y condenado, siendo arrastrado por las calles de Lóndres atado á la cola de un caballo, y luego ahorcado con ocho de sus cómplices (1). Tan pronto como murió, el pueblo empezó á honrar la memoria de un hombre á quien no tuvo valor de defender, apoderándose del patíbulo y venerándolo casi tanto como al madero de la santa cruz. La tierra en que aquel estuvo plantado fué mirada como un preservativo contra toda especie de enfermedades y desgracias; y si el clero no hubiera detenido el torrente de aquella superstícion popular, probablemente se hubieran tributado al recuerdo de Larga-Barba honores semejantes á los que en el reinado precedente se habian otorgado á Santo Tomás de Cantorbery.

CAPITULO XI.

JUAN SIN TIERRA.

(Desde el año de J. C. 1199 hasta el de 1216.)

Atendidos sus derechos hereditarios, ningun motivo tenia el príncipe Juan para temer que el trono le fuese disputado. El rey de Francia, único que podia apoyar las pretensiones de un rival, hacia mucho tiempo que se habia declarado en su favor, no cesando durante la vida de su hermano de darle pruebas de sinceridad y de afecto. Juan no dudaba pues de modo

(1) Alusion á las palabras de los hijos de Jacob, cuando le enviaron la túnica ensangrentada de José.

(1) Esta es la primera ocasion en que se ve al pueblo separarse de los barones y del clero, hacer cuerpo aparte y combatir por sus privilegios. Larga-Barba puede ser mirado como la primera víctima inmolada al espíritu que desde entonces agitó siempre al pueblo por la conservacion de sus privilegios, y apresuró la revolucion que restituyó á la humanidad sus derechos. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

alguno del apoyo de un soberano tan adicto al parecer á sus intereses; pero no tardaron las cosas en cambiar de aspecto.

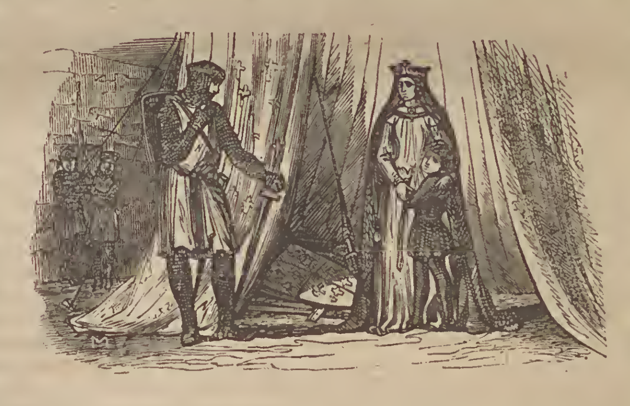
Tan pronto como falleció Ricardo I, Felipe dió á conocer que todos sus testimonios de amistad fueron impulsados, no tanto por servir á Juan, cuanto por sembrar la discordia en Inglaterra, y que el verdadero móvil de su conducta habia sido el engrandecimiento



Juan I.

de su poderío. Cuando Ricardo regresó de la Tierra Santa, designó para heredero suyo á Arturo, hijo de su hermano Godofredo, príncipe jóven, que á la edad de doce años parecia prometer por sus precoces cualidades llegar á ser digno de la corona. Este competidor peligroso fué alejado á instancias de la reina viuda; pero Felipe, que ya no buscaba mas que ocasiones de perjudicar á los intereses de Juan, se decidió á favorecer las pretensiones del jóven Arturo, y muchos barones del continente se declararon igualmente á su favor.

Juan, después de apresurarse á tomar posesion del trono de Inglaterra, se preparó al instante á defender sus estados del continente, y á recuperar las provincias que se habian pronunciado por su sobrino Arturo. Encendióse pues la guerra con mas animosidad que nunca; y solo despues de muchas batallas y victorias indecisas fué como los dos príncipes vinieron á una transaccion, terminándose su contienda sin haber producido otra cosa que la muerte de una multitud de sus súbditos—A. de J. C. 1200.



Ocasionóse el tratado por una circunstancia la mas favorable. Temiendo Arturo y su madre Constanza la perfidia del rey de Francia, fueron á ponerse en manos de Juan, y le devolvieron las provincias que se habian alzado por ellos; con lo cual el monarca se vió soberano pacífico de todos los estados anejos á la corona de Inglaterra.

Pero como era incapaz de conservar con un prudente comportamiento el poder que la mútua envidia de sus enemigos habia contribuido á proporcionarle, empezó á escandalizar las ideas morales de su tiempo con su casamiento con Isabel, hija del conde de Angulema, con la cual se desposó cuando todavía vivia su primera muger, y á pesar de que aquella princesa lo estaba tambien con el conde de la Marca—Año de Jesucristo 1201.—Tan criminal conducta, que fué generalmente desaprobada, provocó una insurreccion; mas lograron disiparla sus esfuerzos, y enorgullecido con sus triunfos, se mostró mas dispuesto que nunca á cometer impunemente nuevas violencias.

Como todavía subsistia la costumbre de decidir por el duelo toda especie de disputas, Juan se resolvió á valerse de él para vengarse de sus barones refractarios, escojiendo al efecto cierto número de malvados á quienes tuvo á sueldo con el título de *campeones* suyos. Estos asesinos estaban encargados de defender su causa cuando algun noble osaba oponerse á sus usurpaciones y actos arbitrarios. Unos defensores tan execrables inspiraron tanto descontento y disgusto á los orgullosos barones, que no tardó en estallar una nueva insurreccion mas peligrosa que la primera. Esforzóse Juan por apaciguarla con promesas y pérfidas muestras de pesar, que no sirvieron sino para irritar todavia mas á sus enemigos y aumentar la aversion que su odiosa conducta inspiraba á todos sus súbditos.

Un funesto acontecimiento atrajo muy pronto sobre el rey Juan el ódio de todo su pueblo. Como el jóven Arturo y su madre se acogieron tan imprudentemente á su proteccion, no tardaron en conocer el peligro á que se habian aventurado, y así muy luego dejaron de esperar proceder alguno generoso de parte de un príncipe cuyo carácter era profundamente corrompido. A consecuencia pues de los graves recelos que concibieron de la sinceridad de su conducta hácia ellos, se escaparon de Maus donde estaban prisioneros, retirándose á Augers y dirigiéndose de aquí al lado del rey de Francia, resueltos otra vez á recurrir á él.

Como estaba en los intereses de Felipe el tratarlos amigablemente, los recibió con las mayores muestras de consideracion, prometiendo sostener con todo su poder la causa de Arturo—A. de J. C. 1202.—Sometiéronse al instante muchas ciudades á la autoridad del jóven príncipe: el éxito pareció coronar su empresa; pero su ardor les vino á ser fatal. Arturo, hombre de un carácter audaz y apasionado por la gloria, puso sitio á una fortaleza en que estaba la reina viuda, defendida únicamente por una débil guarnicion; pero habiendo avanzado Juan en momentos en que menos esperado era, fué hecho prisionero el jóven príncipe con los principales barones rebelados. La mayor parte de los cautivos fué enviada á Inglaterra; mas el infortunado Arturo fué encerrado en el castillo de Falaise.

Satisfecho Juan con tener en su poder un rival cuyas pretensiones le inquietaban, pensó sériamente desde entonces en los medios mas seguros de ponerse al abrigo de todo temor en lo sucesivo, y no se le ocurrió otro espediente que el que regularmente se presenta á la imaginacion de los tiranos, resolviéndose por consiguiente á matar al jóven príncipe.

No está bien averiguado el medio por que á este valiente é infortunado príncipe se le quitó la vida: solo se sabe que después que fué aprisionado no se oyó mas hablar de él—A. de J. C. 1203.—La version mas probable de este horrible acontecimiento es, que habiendo propuesto el rey á uno de su servidumbre, llamado Guillermo de la Braye, que asesinase á Arturo, respondió el honrado servidor que él era noble y no verdugo, y que á consecuencia de esta negativa Juan recurrió á otra persona, que habiendo consentido en cometer el atentado, se dirigió con tal intencion al castillo en que estaba encerrado Arturo. Pero otra vez pareció que

se diferia la fatal muerte de este príncipe, porque le quiso salvar Huberto de Bourg, gentil-hombre del rey y gobernador de la plaza, manifestando que él mismo se encargaba de la ejecucion, con cuyo motivo se volvió asesino.

Tan benéfica estratagema no surtió sino un triste resultado, pues se vió precisado á descubrirla el mismo Huberto á causa de que al saber la noticia funesta de la muerte del príncipe, sus súbditos juraron tomar la mas terrible venganza, y para aplacar su resentimiento les reveló el secreto de la supuesta muerte, asegurándoles que Arturo estaba todavia bajo su custodia.

Convencido Juan de que sus emisarios se dejaban dominar de la compasion, tomó la resolucion de ejecutar por sí mismo su sanguinario proyecto. Al efecto hizo trasladar á Arturo al castillo de Rouen, situado á las orillas del Sena, adonde se dirigió tambien él á media noche. Llegado allí mandó que llevasen á su presencia al jóven príncipe. Una cautividad dolorosa, la soledad continuada y sus inmensas desgracias habian enflaquecido el valor y la energía de este noble jóven, quien no dudando que su muerte era cierta, se arrojó á los piés de su tio implorando su piedad de la manera mas patética, y suplicándole que le otorgase la vida. El terrible Juan tenia el alma demasiado empedernida para dejarse enternecer: sin respeto ni lástima á la edad de su víctima, á los vínculos sagrados que existian entre ellos, y á su mérito personal, le mató á puñaladas con su propia mano, y luego atando una piedra al cadáver lo arrojó al Sena.

Este crímen tan atroz, si bien libertó al rey Juan de un rival cuyas brillantes cualidades aumentaban mas y mas su odio inveterado, preparó el camino de su ruina futura, y como quiera que en la prosperidad se habia mostrado enemigo de sus iguales, en cambio fué abandonado en su desgracia.

Detestado del mundo entero en todo el curso de su reinado, solo sostuvo su poder protegiendo á aquellos cuya adhesion necesitaba, y oprimiendo con los efectos de su resentimiento á los que se atrevian á oponerle resistencia. La pérdida de sus posesiones francesas siguió de cerca al fallecimiento del infeliz Arturo (1), y no sin que Juan hubiese intentado defenderlas sitiando á Alenson, una de las ciudades que se habian rebelado; mas la actividad de su rival Felipe hizo nulos todos sus esfuerzos, logrando en un torneo que hubo por entonces atraer á su partido un gran número de caballeros que consintieron de muy buena gana en ligarse contra el asesino, á quien precisaron á levantar el sitio.

Despojado Juan de sus estados, se vió reducido á devorar sin ningun arbitrio su ignominia: no obstante, era tal la absurdidad de su orgullo, que decia á menudo á los que le rodeaban que era capaz de reconquistar en un dia lo que á los franceses les costó ganar un año entero.

No pudo ya resistir mucho tiempo la Normandía á las armas de Felipe. El Castillo-Alegre, una de las fortalezas mas considerables de este país, fué tomado despues de un tenaz sitio—A. de J. C. 1204.—Sometióse todo el ducado al vencedor; y mientras Juan, sin pensar mas que en su propia seguridad, huia cobardemente á Inglaterra, Felipe estendia sus conquistas y proseguia con ardimiento la victoria, agregando de nuevo á la monarquía francesa un país que estuvo desmembrado de ella por espacio de tres siglos.

Despojado Juan de todas sus posesiones continentales, se resolvió á saciar al menos su venganza en el reino que reconocia su autoridad todavía. Apenas llegó á Inglaterra empezó á echar la culpa de sus desgracias á los barones que, segun decia, se habian desertado de sus banderas en Normandía: para castigar esta supuesta falta, y con el pretesto de aprestar otra espedicion, impuso sumas considerables sobre sus bienes, mandando á todos que se dispusiesen á acompañarle; pero por un repentino capricho aplazó la ejecucion de su proyecto para tiempo mas oportuno.

Embarcóse en el siguiente año, y al ver sus preparativos cualquiera hubiera dicho que tenia deseos de reparar por su conducta actual su anterior cobardía; pero volvió muy luego sin haber hecho la menor tentativa—A. de J. C. 1205.—Trascurrido otro año, prometió definitivamente que iba á rehabilitar su reputacion por medio de un golpe decisivo: embarcóse para la Rochela, y marchando á Augers le redujo á cenizas: mas noticioso de que el enemigo se disponia á avanzar á su encuentro, hizo reembarcar prontamente sus tropas, volviendo otra vez á Inglaterra cubierto de vergüenza y desprecio—A. de J. C. 1206.

La conducta de Juan habia inspirado hasta entonces mas bien ódio que menosprecio; pero luego adquirieron la conviccion de que se le podia ofender impunemente, y que por mucho que fuese el resentimiento de los ultrajes de sus enemigos, era demasiado pusilánime para tratar de vengarse de ellos.

Este príncipe vicioso unia á todos estos defectos una falta de política que no podia menos de ser nociva á los intereses de su reino. El clero obraba hacia mucho tiempo como un cuerpo independiente de la corona: solo el papa tenia el derecho de confirmar las elecciones, y los eclesiásticos no reconocian mas que su autoridad. No obstante, desde algunos años atrás la eleccion de los arzobispos era objeto constante de disputas entre los obispos sufragáneos y los monjes agustinos: cada cual tenia pretensiones que trataba igualmente de sostener, y en tal estado se hallaban las cosas cuando falleció Huberto, arzobispo de Cantorbery. Los agustinos eligieron secretamente á su subprior Reginaldo; pero los obispos reclamaron contra este nombramiento, pretendiendo que era una infraccion manifiesta de sus privilegios; de lo cual resultó una contienda teológica en que llegó á ser estremado el ardor de una y otra parte. Un príncipe diestro se hubiera aprovechado hábilmente de una coyuntura tan favorable, y hubiera sabido sacar partido de aquella disputa para debilitar el escesivo poder del clero; pero como Juan nada tenia de político, se puso al lado de los obispos sufragáneos, y Juan de Grey, que lo era de Norwich, fué elegido por unanimidad.

Para decidir los derechos de uno y otro partido era indispensable recurrir á la santa sede; por lo cual los obispos enviaron un agente para defender su causa cerca del papa, mientras que los agustinos diputaron por su parte á doce monjes para el mismo objeto. Inocencio III ocupaba á la sazon la silla pontificia: su poder era sin límites, y sus talentos igualaban á la veneracion de que disfrutaba: se asió con avidez á la circunstancia favorable que Juan dejaba escapar, y anuló las pretensiones recíprocas de ambos partidos como ilegales y no canónicas. Mandó á los monjes que escogiesen al cardenal Estéban Longton, nacido en Inglaterra y entonces retirado en la corte de Roma, á quien sus virtudes y mérito hacian digno de este título—A. de J. C. 1207.

La iglesia romana aspiraba desde mucho tiempo hacia á esta usurpacion de poder, con la firme resolucion de mantenerla. El derecho de nombrar para las mas altas dignidades del reino era un privilegio que daba á la santa sede una autoridad que en vano se habia pretendido hasta entonces, y al efecto se emplearon

(1) Constanza, infortunada madre del príncipe asesinado, invocó la proteccion de los pares franceses, quienes habiéndosela otorgado, intimaron al rey de Inglaterra á que compareciese á defenderse: este despreció tal órden, y en su consecuencia aquellos le confiscaron todas sus tierras y posesiones. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

Este estraño castigo podia tener algun viso de justicia en cuanto al vasallo desleal, pero no en cuanto á los súbditos de la corona. ¿Podia disponerse así de estos? Es decir que se les miraba como á rebaños que mudan de amo y pastores: ni siquiera se sospechaba que pudiesen tener el derecho de impedir tales disposiciones. *(Nota de Brissot de Warville.)*

por el papa medios de persuasion adaptados á la inteligencia del imbécil Juan para cerrarle los ojos á un insulto tan grave. Aquel escribió á este una carta afectuosa enviándole por presente cuatro anillos de oro engastados de piedras preciosas, y encareciéndole que observase la forma de ellos, su número, su materia y su color. La forma circular era, segun decia el papa, el emblema de la eternidad, para la cual le encargaba que se preparase: el número cuatro representaba las virtudes cardinales, que igualmente debia esmerarse en ponerlas en práctica: la materia preciosa de que estaban fabricados indicaba con el oro la sabiduría, el mas precioso de todos los dones, que debia trabajar con celo por adquirir: el verde de la esmeralda simbolizaba la fé; el azul del zafiro la esperanza; el rojo del rubí la caridad, y el brillo del topacio las buenas obras. Juan recibió esta dádiva, y se admiró de su mérito; empero no por eso persistió menos en negarse á admitir á Estéban Langton para el arzobispado de Cantorbery.



Juan Sin Tierra.

Como todas las disposiciones de este príncipe eran hijas de la violencia, envió dos caballeros de su servidumbre, que por la brutalidad de su carácter eran dignos de ser instrumentos de tal soberano, con la órden de espulsar á los monjes de su convento y apoderarse de sus rentas. Incomodóse vivamente el papa con semejante medida; mas convencido de que Juan cederia en aquella diferencia, no aflojó nada de sus pretensiones. Empezó por emplear los medios de dulzura, rogando y solicitando; pero desengañado muy pronto de que eran inútiles, apeló á las amenazas, enviando por fin al rey tres prelados ingleses con la comision de intimarle, que si continuaba en resistir con tanta tenacidad, pondria el reino en entredicho.

Con tan terrible amenaza todos los demás prelados se echaron á los piés del rey, y le suplicaron de la manera mas apremiante que no atrajese sobre ellos la cólera del santo tribunal, exhortándole á que se conformase con el nombramiento del nuevo primado, y á que restituyese los monjes al convento de que tan indignamente habian sido arrancados. Estas súplicas no sirvieron mas que para aumentar el enojo del rey, el cual despues de desahogar abiertamente su furor juró por *los dientes de Dios*, que era su juramento ordinario, que si el papa osaba poner á su reino en entredicho, desterraria todo el clero y confiscaria sus bienes. Esta vana amenaza acabó de irritar al pontífice, quien sabiendo la debilidad del rey y el poco amor que inspiraba á sus súbditos, no titubeó en lanzar la sentencia de entredicho, tan temida por la nacion entera—A. de J. C. 1208.

Este instrumento de venganza servia á la corte de Roma para llenar de terror al pueblo, puesto que con tan terribles rayos quedaba inmediatamente suspendido el culto divino, así como la administracion de sacramentos, á escepcion del bautismo, siendo además cerradas las iglesias y quitadas de los altares las imágenes de los santos. Ya no recibia la tierra bendita los muertos, los cuales eran arrojados á las zanjas ó á los caminos públicos sin ninguna ceremonia fúnebre: celebrábanse las bodas en los cementerios, y se prohibia el uso de carnes lo mismo que en los tiempos de penitencia: eran vedados los placeres y las diversiones: no era permitido cortar la barba, ni saludarse recíprocamente, ni en suma tener para su propia persona ninguna atencion ni cuidado. Con una sentencia tan formidable todo parecia calculado para inspirar un terror religioso y hacer nacer el temor de la venganza divina.

En vano quiso el rey, interponiendo toda su autoridad, amenazar, castigar y oponer su poder temporal á las censuras eclesiásticas; en vano trató de condenar al destierro ó á la prision á los que le ofendian con sus palabras; en vano se empeñó en proceder con el mayor rigor contra los partidarios de Langton, y en que las concubinas de los clérigos fuesen encerradas: todo fué inútil contra una calamidad que se acrecentaba mas y mas con las lamentaciones y la desesperacion del clero. La nacion entera se hallaba subyugada por la preponderancia de la corte de Roma, y Juan pudo desengañarse que de dia en dia se iba haciendo mas despreciable y odioso á sus súbditos. Los barones, á muchas de cuyas familias habia deshonrado con sus amores licenciosos, se convirtieron en implacables enemigos suyos, y el clero no cesaba de presentarle al pueblo como un tirano impío que no podia menos de atraer la cólera del cielo. Así, todo parecia que se conjuraba contra Juan, á quien ya no le quedaba de aquella autoridad tan vigorosamente consolidada por su padre, mas que tristes vestigios que todavía no habian podido acabar sus numerosos vicios.

Conociendo el papa que su venganza habia producido todos los efectos previstos, y que el rey se habia hecho mas odioso que nunca á sus súbditos, se decidió á descargar el último golpe, aprovechándose del estado de dolor y consternacion en que el pueblo inglés se hallaba sumido.

Habia inventado la iglesia de Roma una gradacion de anatemas tal, que el miedo contínuo de un castigo mas grave solia poner en perpétua angustia á los refractarios ya heridos por una primera sentencia.

A consecuencia pues del entredicho, vino la sentencia de escomunion que escluia al príncipe impío de la sociedad humana; y no bien fué pronunciado contra él tan terrible anatema, cuando ninguno de sus súbditos quiso ya reconocer su autoridad—A. de J. C. 1209.—El clero fué el primero que dió el ejemplo: Godofredo, arcediano de Norwich, hizo dimision del cargo importante que tenia en el tribunal de la tesorería; lo cual exasperó tanto al rey, que mandó prenderle inmediatamente y cubrirle la cabeza con un casquete de plomo hasta que muriese. Por temor de igual tratamiento abandonaron el reino secretamente muchos obispos: aterrada tambien la mayor parte de la nobleza con la tiranía de Juan, se ausentó por un movimiento espontáneo, y no trataron los que estuvieron quietos mas que de fraguar con calor una conspiracion contra él—A. de J. C. 1211.

La sentencia del papa relevaba á los ingleses del juramento de fidelidad á su soberano Juan, y declaraba escomulgado á cualquiera que osase tener con él comercio alguno, bien fuese en la mesa, bien en su consejo, ó aunque no fuera sino en conversaciones privadas. Empero persistiendo el rey en su obstinacion, el papa se decidió á emplear el último arbitrio que le quedaba, que era el de pronunciar contra Juan la sentencia de deposicion, trasladando el reino á manos de otro.

El monarca no podia encontrarse en situacion mas deplorable: furioso con los ultrajes que recibia, indignado contra su pueblo, y no viendo alrededor de sí mas que enemigos de quienes todo lo debia temer, solo la soledad le ofrecia un amparo contra los terrores que le acosaban, por lo cual se asegura que estuvo encerrado toda una noche en el castillo de Nottingham, sin permitir que se le acercase ninguno de su servidumbre. Noticioso de que el rey de Galles habia tomado parte en aquella cuestion ligándose contra él, mandó que todos los rehenes galleses fuesen muertos al instante. Desconfiando de la fidelidad de sus barones, cuyo aborrecimiento no se le podia ocultar, les exigió sus hijos é hijas para garantía de su conducta futura. Habiéndose dirigido al castillo de Guillermo de Braouse los encargados de ejecutar órdenes tan odiosas, les manifestó la muger de este baron atrevidamente que jamás confiaria sus hijos á un hombre que habia asesinado de un modo tan cruel á su mismo sobrino.

Irritóse tanto Juan de semejante reconvencion, que envió una porcion de emisarios á apoderarse de la persona de Braouse, quien se habia apresurado á huir á Irlanda con su muger é hijos; pero aun allí los persiguió la implacable venganza real, y habiéndose llegado á descubrir el retiro de los infortunados, hizo prender á la esposa y á los hijos, encerrándolos en un estrecho calabozo en que los dejó morir de hambre. El desdichado padre encontró medio de escapar y refugiarse en Francia.

El papa, que habia tomado la resolucion de despojar á Juan y trasmitir el reino de Inglaterra á manos de otro, puso los ojos en un príncipe cuyo poderío era capaz de defender sus derechos y que no deseaba mas que aceptar el reino: este príncipe era Felipe Augusto, rey de Francia, á quien su hábil política y preponderancia hacian á propósito para tal empresa; y toda vez que ya habia despojado á Juan de sus posesiones continentales, debia estar naturalmente dispuesto á arrebatarle lo que le quedaba. Ofreciole pues el papa el reino de Inglaterra: Felipe admitió muy contento la proposicion, y prometió al pontífice abrazar su causa con celo—A. de J. C. 1212.—El papa, con la mira de aumentar mas las fuerzas de Felipe, hizo publicar por toda la Europa una cruzada contra el rey depuesto, exhortando á toda la nobleza, caballeros y hombres de todas las clases á reunirse bajo la bandera francesa y á tomar las armas contra el perseguidor de la Iglesia.

Felipe, no menos activo por su parte, levantó un ejército considerable y mandó á todos los vasallos de su corona que le siguiesen á Rouen: reunió una escuadra de mil setecientas velas en los puertos de Normandía y Picardía, y se preparó á invadir un reino que en su imaginacion ya creia suyo—A. de J. C. 1213.

Por mas deplorable que fuese la situacion de Juan, no obstante podia, haciendo el último esfuerzo, oponerse al enemigo; y por detestado que aquel rey fuese, la enemistad natural que habia entre Francia é Inglaterra, la memoria de Ricardo y las reliquias del antiguo poder, le pusieron á la cabeza de sesenta mil hombres, avanzando hácia Douvres (1).

La Europa contemplaba atentamente los importantes preparativos que se hacian de una y otra parte, y aguardaba con impaciencia el golpe decisivo de que iba á resultar el triunfo de la Iglesia ó la destruccion de su preponderancia; pero ni Felipe ni Juan tenian bastante habilidad para ponerse en guardia contra la sagaz política del pontífice que los hacia agitar. Este no queria valerse del poder de Felipe mas que para amedrentar al hijo rebelde de la Iglesia, y no para destruirlo: Inocencio esperaba sacar mas ventajas de su reconciliacion con un príncipe de carácter tan débil y despreciable, que de su alianza con un monarca fuerte y victorioso, en razon á que este, no encontrando ya conquista alguna digna de su ambicion, acabaria quizá por volver sus armas contra el que contribuyera á aumentar su gloria.

El papa por lo tanto encargó secretamente á su legado Pandolfo que aceptase la sumision de Juan si se la ofrecia, y al efecto le dictó las condiciones con que podria tratar en tal caso. En virtud de esta mision, el legado atravesó la Francia, en donde al ver los preparativos del armamento de Felipe le felicitó esplícitamente por el celo que manifestaba por aquella gran espedicion. Desde allí se dirigió á Douvres, de donde, segun algunos, envió un espreso con el pretesto de negociar con los barones. Apenas llegó á Inglaterra, tuvo con Juan una entrevista, en la cual pintó enérgicamente á este príncipe desnudo de esperanzas las desgracias á que su obstinacion le esponia, describiéndole el número de sus enemigos, el odio de sus súbditos y la conspiracion secreta que se habia formado contra él en sus mismos estados, tratando de este modo de convencerle de que el único medio de ponerse á cubierto del peligro que le amenazaba, era el de acogerse á la proteccion del papa, que estaba pronto, lleno de misericordia, á recibir en su seno á un pecador arrepentido. Juan se hallaba demasiado preocupado por los riesgos inminentes de su situacion para no asirse de muy buena gana al medio de salvacion que se le ofrecia; y así, reconociendo la verdad de las exhortaciones del legado, hizo juramento de someterse á todo lo que el papa le impusiera.

Desde que el artificioso italiano obtuvo de Juan la promesa de aceptar unas condiciones que todavía ignoraba, supo manejar tan diestramente el ánimo de los barones, así como asustar al rey, que le indujo á que prestase el juramento mas estraordinario de que hacen mencion las historias (1). Poniéndose Juan de rodillas, y colocando sus manos entre las del legado, se espresó en presencia de todo el pueblo en los términos siguientes:

«Yo, Juan, por la gracia de Dios, rey de Inglaterra »y señor de Irlanda, dono por propia voluntad y por »consejo de mis barones á la Iglesia de Roma, al papa »Inocencio y á sus sucesores legítimamente elegidos, el »reino de Inglaterra y todas las prerogativas de mi »corona, á fin de expiar mis pecados. De aquí adelante »yo me consideraré como vasallo del papa: seré fiel á »Dios, á la Iglesia de Roma, al papa mi señor y á sus »legítimos sucesores. Ademas prometo pagarle un tri»buto anual de mil marcos, setecientos por el reino de »Inglaterra y trescientos por Irlanda.»

Despues de haber prestado Juan semejante homenaje, y consentido en reconocer á Langton por primado, recibió de nuevo la corona que creia haber perdido; y mientras tanto, enorgullecido el legado con su triunfo, miraba con desprecio la promesa del tributo que el rey se comprometia á pagar.

Felipe pues fué defraudado á pesar de sus brillantes preparativos en las ambiciosas esperanzas de la conquista que meditaba, y conoció al fin que habia sido juguete del soberano pontífice. A pesar de la opinion y amenazas de este, se decidió á continuar una guerra que solo á ruegos suyos habia emprendido, reuniendo al efecto á todos los barones, y dándoles parte del proceder irregular de la corte de Roma. Todos juraron apoyarle, á escepcion del conde de Flandes que declamó contra la impiedad de tal guerra.

(1) No es posible referir todas las vejaciones que causó Juan sin Tierra para sostener esta guerra. Arrancó á los nobles la sétima parte de sus bienes muebles, y algun tiempo despues los obligó á darle dos marcos y medio por cada feudo de caballería; les quitó sus mugeres é hijas; les vedó el cazar, é hizo arrancar los setos de los campos próximos á sus bosques, á fin de que fuesen allí á pacer las fieras. No cesó en todo su reinado de echar impuestos y de exigir enormes sumas por via de empréstitos. *(Note de Brissot de Warville, aux lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(1) La historia hace mencion de otro caso semejante. Un rey de Portugal donó su reino á la Vírgen Santísima por un acta formal que conservaban los cartujos.

Interin el rey de Francia se ocupaba en hacer entrar á este súbdito rebelde en su deber, el almirante inglés atacó los buques franceses en sus puertos, destruyendo cien de ellos y apoderándose de otros trescientos. No pudiendo Felipe impedir que cayesen los restantes en manos del enemigo, se apresuró á pegarles fuego, abandonando por consiguiente toda especie de planes contra Inglaterra.

Reintegrado Juan en sus derechos por los actos mas bajos y las humillaciones mas vergonzosas—A. de J. C. 1214,—no mostró de modo alguno haber renunciado á su crueldad y arrogancia. Habiendo pronosticado un ermitaño llamado Pedro de Pontefract, que el rey perderia en este mismo año la corona, por tal prediccion temeraria fué encerrado en el castillo de Corfe, y Juan trató en seguida de formarle causa y castigarle como á impostor. El pobre ermitaño, que probablemente era un visionario, alegó que habia salido cierta su profecía, toda vez que el rey habia cedido su corona al papa, de quien acababa de recibirla de nuevo. Este argumento, que infaliblemente hubiera prevalecido con cualquier otro, en aquel cruel príncipe no sirvió mas que para agravar el crímen del ermitaño, el cual fué arrastrado, atado á la cola de un caballo en la ciudad de Warehaur, y luego ahorcado con su hijo.



El conde de Salisbury.

Los actos reiterados de barbárie, las espediciones inútiles y las humillaciones de toda especie, acabaron de hacer á Juan el blanco de la execracion universal.

Tan odioso y despreciable en su vida pública como en la privada, insultaba á los barones con su arrogancia, y deshonraba las familias con su vida licenciosa, al paso que atormentaba á sus súbditos con su tiranía y los empobrecia con exacciones. Mas desde el momento en que renunciara á la independencia de su reino en favor de una potencia estranjera, pretendieron sus súbditos tener derecho á una porcion del poder que tan libremente habia abandonado á la corte de Roma.

Muy luego empezaron á ligarse en secreto contra Juan los magnates, aunque todos sus planes se frustraron por acontecimientos imprevistos. En semejantes circunstancias nada les pareció mas favorable para sus designios que la cooperacion del primado Langton, quien por su adhesion á los intereses de sus compatriotas parecia querer subsanar las circunstancias perniciosas de su nombramiento.

Ora que este prelado fuese realmente adicto al pueblo, ora que fuese enemigo secreto del rey, ora que esperase acrecentar en aquel mútuo conflicto la preponderancia del clero, ora, en fin, que fuese impelido por todos estos motivos reunidos, concibió el plan de reformar el gobierno, que se hallaba en estado de fluctuacion constante (1). Convocóse en San Pablo un concilio, compuesto de los prelados y jefes del clero, con el pretesto de examinar las pérdidas sufridas por los obispos desterrados. El primado tuvo una conferencia particular con cierto número de barones, á quienes espuso enérgicamente los vicios de su monarca, y les enseñó una copia de la carta de Enrique I, felizmente encontrada en un monasterio, haciéndoles notar que las obtenidas á la coronacion de los reyes habian sido tan poco observadas, que al momento habian dejado de guardarse, cayendo despues en un profundo olvido.

No habia á la sazon en todo el reino mas que una sola copia de aquella importante carta, la cual fué hallada en las ruinas de un antiguo monasterio, y contenia tantos artículos conformes con las reglas de la justicia, que Langton exhortó á los barones confederados á insistir en que fuese restablecida. Todos ellos juraron perder la vida antes que renunciar á sus derechos, fundados en la razon y en la naturaleza, y así fué haciéndose cada dia mas poderosa la liga, no tardando en componerse de casi todos los barones de Inglaterra.

Una nueva asamblea mas numerosa que la primera fué convocada por Langton en San Edmondsbury con un pretesto de devocion. Allí reprodujo el primado la carta de Enrique I, y renovó sus exhortaciones á los barones para que perseverasen con celo en su laudable proyecto. Enardecidos los nobles con la elocuencia de aquel, y no menos alentados por su número, como escitados por las injurias contínuas que recibian, juraron ante el altar mayor apoyarse unos á otros y declarar guerra al rey hasta que obtuviesen de él una satisfaccion completa, conviniendo en presentar en cuerpo su peticion despues de la pascua de Navidad. En seguida se separaron con la resolucion de ponerse en estado de defensa, levantando tropas y fortificando sus castillos.

Consecuentes á sus promesas, se dirigieron á Londres con todo aparato militar, hácia principios de enero —A. de J. C. 1215,—y presentándose al rey le pidieron que, conforme á la promesa que habia hecho el dia en que fué absuelto de la escomunion, confirmase las leyes de Eduardo el Confesor. Juan, lejos de responder favorablemente á esta peticion, se consideró ofendido de la presuncion de los barones, y hasta quiso sacarles una promesa firmada por ellos, comprometiéndose á no solicitar jamás ni exigir privilegio alguno para lo sucesivo. Los barones se negaron á ello atrevidamente, considerando semejante pretension como un rasgo del poder mas arbitrario; por lo cual manifestaron tan tenaz resistencia, que alarmándose el rey de una oposicion tan unánime, pidió tiempo con la esperanza de ver si podia romper su alianza, ofreciendo que en las próximas pascuas daria una respuesta defini-

(1) La preferencia que daba el rey Juan á sus súbditos del Poiou, era uno de los principales motivos del odio del pueblo anglo-normando, y sobre todo de los barones. El temor, al ver que se ejecutaban gradualmente en provecho de los clérigos del Poiou las destituciones eclesiásticas con que la conquista normanda lastimó al clero de raza inglesa, reunió á los obispos y á todo el clero anglo-normando al partido de los barones contra el rey Juan, aunque á la sazon tuviese este grande amistad con el papa... *(Aug. Thierry.)*

tiva, y añadiendo para seguridad de su palabra la garantía del arzobispo de Cantorbery, del obispo de Ely y del conde Mariscal.

Los barones aceptaron estas promesas y se retiraron á sus castillos á esperar pacíficamente el cumplimiento de ellas, contando con sus propias fuerzas para el caso de que el rey los obligase á hacer uso de ellas.

El gobierno de un monarca tan vicioso y débil como Juan, ofrecia á la libertad la mas favorable coyuntura, no sirviendo la obstinada resistencia de este príncipe mas que para realzar el lustre y la gloria de una lucha de aquella naturaleza. Aunque otorgó á los barones las seguridades mas inequívocas de sus buenas disposiciones, nada habia mas lejos de su voluntad que el deseo de satisfacerlas. Con la esperanza de desunirlos recurrió al poder de la Iglesia, cuya influencia habia esperimentado en sus últimos infortunios; y para atraerse el favor del clero le concedió una carta, por la cual desistia de todos los derechos de que ya estaba en posesion, queriendo aparentar con ello que daba liberalmente lo que ya no podia rehusar.

Cruzóse para complacer todavía mejor á la Iglesia; y con la esperanza de gozar de los privilegios concedidos á los cruzados, apeló al papa implorando su proteccion sobre la usurpacion de los barones.

No se descuidaron estos por su parte en recurrir al soberano pontífice quejándose de que habian sido atacados sus mas sagrados privilegios, y suplicándole que interpusiese su autoridad entre ellos y el rey. El papa no vaciló en abrazar el partido de Juan, que estaba pronto á abandonarlo todo por su propia seguridad, que pagaba con exactitud el tributo estipulado, y aprovechaba todas las ocasiones de agrandar la preponderancia del clero, posponiendo una confederacion de barones con la cual solo á duras penas podria conservar sus intereses, y cuyos primeros esfuerzos se dirigirian acaso á trastornar su autoridad.

Escribió pues á Langton y á los obispos reconviniéndolos por haber favorecido las disensiones de Inglaterra, y mandándoles que restableciesen la paz entre los dos partidos. Exhortó tambien á los barones á que aplacasen al rey sometiéndose humildemente, y en recompensa de su pronta obediencia les prometió interesarse por aquellas de sus demandas que le pareciesen fundadas en justicia; pero al mismo tiempo anuló su confederacion, prohibiéndoles toda otra de cualquier especie para lo sucesivo.

Ni los obispos ni los barones hicieron caso de las amonestaciones del papa, poniendo en ridículo los proyectos de cruzada del rey, sin que nada pudiese inducirlos á cambiar de determinacion. Hacia mucho tiempo que el clero y la nobleza sospechaban las miras ambiciosas de la corte de Roma, y que no consultando el soberano pontífice mas que sus intereses particulares, descuidaba los de la nacion y de la Iglesia. Consintieron de grado en reconocer su autoridad para todo lo que era relativo á las leyes del deber y de la justicia; y así, separando las miras políticas de las sábias y religiosas, se manifestaron prontos á conformarse con el papa en lo relativo á las unas, y á rehusar formalmente las otras.

En su consecuencia, los barones y obispos echaron mano de todos los medios posibles para provocar el espíritu de rebeldía en toda la nacion, de modo que apenas quedó en el reino un solo hombre que no se comprometiese clara ó secretamente en esta liga.

Cuando llegaron las fiestas de la Pascua, época en que el rey habia prometido darles la respuesta, se reunieron los barones en Hamford con mas de dosmil caballeros y un prodigioso número de partidarios. Enorgullecidos con sus fuerzas avanzaron hasta Brackley, y á unas veinte millas de Oxford que es donde entonces residia la corte. Al saber Juan que se acercaban los revoltosos, envió al arzobispo de Cantorbery, al conde de Pembroke, y algunos otros de su consejo á informarse de lo que querian, y á saber qué privilegios eran los que reclamaban de una manera tan imperiosa. Los barones le enviaron un pliego que contenia los principales artículos de sus demandas, cuya mayor parte versaba sobre el restablecimiento de la carta de Enrique I y la ejecucion de las leyes de Eduardo.

No bien se enteró el rey de la peticion, cuando poniéndose furioso, preguntó por qué no exigian tambien los barones que les entregase el reino, y juró que jamás se conformaría con unas demandas tan contrarias á sus intereses.

Los confederados confiaban demasiado en sus fuerzas para temer los efectos del resentimiento de Juan: eligieron á Roberto Fitwalter para su general, y despues de darle el título de mariscal del ejército de Dios y de la Santa Iglesia, se aprestaron á hacer la guerra al rey. Sitiaron á Northampton, tomaron á Bedford, y fueron recibidos con júbilo en Londres, desde donde escribieron circulares á toda la nobleza, y á los que hasta entonces no se habian declarado en su favor, amenazándolos que en caso de negativa ó dilacion devastarian sus propiedades.

Abandonado el rey por todos sus súbditos, permaneció con el miserable acompañamiento de siete caballeros en Odiham, que está en el Hampshire, esforzándose en vano por conjurar la tempestad que le amenazaba, por la mediacion de sus obispos y ministros. No sospechando de modo alguno de que el primado se hubiese ligado contra él, recurrió á la autoridad de Langton rogándole que lanzase los rayos de la Iglesia sobre los rebeldes que se habian atrevido á tomar las armas contra su soberano, y pintando al efecto como impía la conducta de aquellos, toda vez que él se habia inscrito en el sagrado órden de la cruzada.

Langton dejó al tirano desahogar su cólera en vanas quejas, y declaró que no pronunciaria censura alguna, porque no habia ningun culpable, prometiendo no obstante satisfacer sus deseos, si queria alejar del reino todas las tropas estranjeras que habia reunido. El imbécil Juan, creyendo á Langton sincero, licenció un gran número de alemanes y flamencos que tenia á su servicio; con lo cual, desnudo de todo apoyo, juzgó que era un deber en el primado el cumplir su promesa, y que le pondria bajo la egida de la Iglesia, por lo mismo que se habia descartado de toda defensa temporal. Pero con gran sorpresa suya el arzobispo se negó de la manera mas formal, no solo á escomulgar á un simple baron, sino tambien á obedecer ninguna órden suya. Juan pues, poseido de dolor y resentimiento, comenzó desde entonces á perder toda esperanza de triunfar; y de este modo, así como él se habia burlado cruelmente de la fortuna de sus semejantes, no tenia derecho alguno para quejarse de que sus súbditos se alegrasen secretamente de sus infortunios.

Destituido de todo recurso, y convencido de que mas valia tener un poder limitado que sacrificar la corona y quizá la vida, se resolvió á someterse, pero con la condicion de remitir al papa la decision de sus diferencias, ó á ocho barones nombrados por mitad por cada parte. Los barones desecharon con desden semejante proposicion; y entonces, desengañado el rey de que nada podia ya esperar, se rindió á discrecion, asegurando á aquellos que accedia con placer á todas sus demandas. Celebrada una entrevista, resultó de ella el tratado mas importante que hasta entonces hubo en Inglaterra.

El punto escojido para reunirse los comisarios del rey y los barones, fué Runide, entre Staines y Windsor. Aquel lugar se hizo célebre por un acontecimiento tan memorable como fué el de haberse enarbolado en Inglaterra el estandarte de la libertad. Los barones llegaron el 5 de junio, seguidos de un número considerable de guerreros y caballeros, presentándose los del rey dos dias despues. Ambos partidos se acamparon

separadamente como unos enemigos declarados. Estas especies de debates son en general de corta duracion: resueltos los barones á conseguir lo que deseaban, hicieron pocas concesiones, y los comisarios del rey, que en su mayor parte estaban por aquellos, no hicieron oposicion alguna. Conformáronse las opiniones prontamente, y á los pocos dias el rey, con una complacencia aparente, pero sospechosa, firmó y selló la carta que se le exigia.



Esta célebre acta, conocida con el nombre de *carta magna* (1), es el fundamento de la libertad inglesa. Por los artículos de esta carta se concedieron y aseguraron los mas importantes privilegios á las diferentes clases del reino que ya estaban en posesion de un poder escesivo. En cuanto al pueblo, mirado todavia como esclavo, debia trascurrir mucho tiempo antes que pudiese participar de la proteccion de las leyes, y ser considerado como parte de la sociedad.

Fueron confirmadas todas las libertades primitivas del clero, y removidos todos los obstáculos puestos á las apelaciones á la corte de Roma, dándose permiso á todos para recurrir á ella libremente; y se acordó que todas las multas á que fuera condenado el clero fuesen proporcionadas á sus bienes temporales, y no á sus posesiones eclesiásticas.

Los artículos relativos á la nobleza tuvieron por objeto el suavizar los rigores de la ley feudal. Los tributos de los condados, de las baronías y de los feudos de la caballería, fueron arreglados á justicia: á los barones se les otorgó el derecho de entrar al cabo de un año y un dia en posesion de las tierras de sus vasallos que las perdiesen por crímen de traicion, siéndoles tambien concedida la tutela de sus enfitéutas de menor edad, aun en el caso de que estos tuviesen igualmente tierras de la corona por un feudo diferente. Todo noble armado caballero por el rey podia, aunque fuese menor, gozar de los privilegios de un hombre de mayor edad, con tal que fuera guardia noble de la corona. Asimismo se dispuso que los herederos se casasen de un modo adecuado, y que se informase á los próximos parientes del matrimonio antes que fuese contraido.

Todo *scutaje*, ó cuotas que se exigian al pueblo en ciertas ocasiones por el soberano, fueron abolidas, menos en los tres casos siguientes: durante la cautividad del rey, cuando armaba caballero á su hijo primogénito, y cuando casaba á su hija mayor.

Ordenóse que cuando en lo sucesivo se habia de reunir el gran consejo, los prelados, condes y grandes barones del reino fuesen convocados por un *writ* (1) especial, y los barones de segundo órden por el gerif.

Vedósele al rey el apoderarse de las tierras de los barones por deudas de la corona, si el deudor poseia bienes muebles suficientes para responder de ellas. Prohibióse á los vasallos el vender una parte de su tierra con intencion de libertarse de sus deberes para con su señor.

Las cláusulas principales otorgadas con respecto á los intereses del pueblo, se redujeron á que todos los privilegios é inmunidades otorgadas por el soberano á los barones fuesen igualmente concedidos por estos á sus vasallos; que se estableciesen un solo peso y una sola medida en todo el reino; que los mercaderes pudiesen hacer sus tratos sin estar sujetos á ningun impuesto ni á cuota alguna arbitraria, y que los hombres libres disfrutasen de la facultad de salir y volver al reino á su arbitrio.

Londres y las demás ciudades y pueblos conservaron sus antiguas libertades, inmunidades y franquicias, prohibiéndose exigir de ellos subsidios, á no ser que el gran consejo los acordase. Ninguna ciudad ni individuo podian desde entonces ser obligados á hacer ó á conservar puentes, á menos que lo estuviesen por leyes antiguas.

A los hombres libres se les dió derecho para disponer de sus bienes á su voluntad: en caso de morir intestados entraban sus herederos en posesion de todo lo que les pertenecia. A los empleados de la corona se les quitó la facultad de tomar caballos, carros ó leña sin consentimiento del propietario. Resolvióse que los tribunales de justicia habian de ser estacionarios, y dejarian en lo sucesivo de seguir á la persona del rey; que serian accesibles para todos, y que en adelante no pudiese venderse, rehusarse ó diferirse la justicia. Quitóse al gerif el derecho de conocer de los pleitos de la corona, é igualmente se le prohibió poner á nadie en juicio por un simple rumor ó sospecha, sin que hubiese deposicion de testigos fidedignos.

Ninguna persona libre podia ser arrestada, encarcelada, proscrita, desterrada, herida, injuriada ni desposeida de sus bienes enfitéuticos sino por un juicio legal de los de su misma clase y por la ley del país; y á todos los que habian sido atropellados de alguno de estos modos en el reinado de entonces y en los dos anteriores, se les habilitó para recuperar sus derechos y posesiones.

Por último, ningun hombre libre podia ser condenado mas que á una multa proporcionada á su falta, y calculada de modo que no causase su ruina completa.

Tales fueron los artículos convenidos en favor de aquella parte del pueblo compuesta de comerciantes, descendientes de nobles ó del clero bajo, la cual era independiente de un señor inmediato.

Pero la clase de hombres que cultivaba la tierra, formando á la sazon, segun todas las probabilidades, la mayoría de la nacion, no sacó en su favor mas que una sola cláusula, que establecia que ningun villano ó labrador pudiese ser privado de sus carretas, arado é instrumentos de labranza para pago de una multa. Por lo demás, sus propiedades fueron consideradas como si hiciesen parte de las del estado.

Esta importante carta fué aceptada, firmada y ratificada por entrambos partidos (2); pero temiendo los

(1) La gran carta, ó carta de las comunes libertades, otorgada por el rey Juan á sus súbditos en el año de 1215, nos parece un documento importante, porque es el fundamento de la libertad inglesa, y ha servido de base á las constituciones sucesivas.

Sábese que el original de esta gran carta, escrita en pergamino, se habia perdido; mas fué encontrado en el pasado siglo en manos de un sastre que iba á hacer con él unos patrones para polainas. Por lo demás, se nota que esta carta, poco favorable al pueblo, daba la autoridad al clero y á los barones, y que la quitaba al rey. (*C. I.*)

(1) *Writ*, órden ó mandato escrito. Los del príncipe se llaman *writ original*, y los de los tribunales *writ judicial*. (*C. I.*)

(2) El artículo principal, si no en cuanto á sus resultados ulteriores al menos en cuanto al interés del momento, fué aquel por el cual se comprometia el rey á despedir inmediatamente del reino á todos los soldados estranjeros que habia. Este artículo fué recibido al parecer con entusiasmo por todos los habitantes de Inglaterra, sin distincion de origen, y para los de raza inglesa quizá tenia mas mérito que los otros artículos. El antiguo odio nacional contra la dominacion estranjera, inútilmente fomentado por los ánimos desde que ya no fué posible impedir las conse-

barones la perfidia del rey, trataron de asegurar la estricta observancia de tan solemne acta, exigiéndole que se designasen veinticinco de ellos para ser guardadores de las libertades públicas, cuya incumbencia debia ser el amonestar al rey si obraba de un modo contrario á sus obligaciones y á las ordenanzas de la carta, y si se resistia á las reclamaciones, declararle guerra y embestir sus castillos.

Mostróse Juan con su doblez acostumbrada, dispuesto á someterse pasivamente á todas estas condiciones, por mas injuriosas que fuesen á la majestad real, y aun envió órdenes á los gerifs para que todo el mundo jurase obediencia á los veinticinco barones. Asimismo prometió que en adelante sufriria su gobierno una reforma total, favorable á la libertad é independencia del pueblo. Alucinados sus súbditos con estas promesas, empezaron á entrever una perspectiva mas afortunada, de suerte que cada cual se lisonjeaba con la esperanza de que el carácter del rey se habria al fin dulcificado con sus infortunios.

Mas no fué sino de corta duracion esta dulzura aparente, cuyo puesto ocupó muy luego la natural crueldad de este príncipe. Cuanto mas se empeñaban los barones en ligarle y hacerle dependiente de su voluntad, tanto mas se impacientaba él por sacudir el yugo que le habian impuesto. No le habian afectado mas que levemente la sumision que tuvo que hacer al papa y los ultrajes recibidos del rey de Francia, toda vez que en estos casos fué humillado por unos príncipe iguales á él; pero el sentimiento penoso de su sujecion á la voluntad de sus vasallos llenaba su alma de cólera y amargura, y así se resolvió á vencer á toda costa su mala fortuna y á recobrar su primitivo poderío. Hízose Juan sombrío, taciturno y reservado; huyó del trato de sus cortesanos, retirándose á la isla de Wight, como si en la soledad quisiese ocultar su vergüenza. Allí escogitó los medios de vengarse, enviando al pronto al continente emisarios encargados de alistar un considerable número de tropas estranjeras: luego despachó un correo al papa quejándosele de la insurreccion de sus súbditos. Este no vaciló en abrazar con calor la causa del rey, publicando en seguida una bula que anulaba enteramente la carta; y habiendo llegado al mismo tiempo las tropas estranjeras con que contaba Juan para llevar á cabo sus designios, dejó á un lado el disimulo, y volvió á obrar como tirano desenfrenado, cuyo carácter le convenia mas que otro alguno.



Moneda de Juan.

Lograda por los barones la carta, se adormecieron muy luego con una fatal confianza, sin tratar de prevenirse contra la invasion de una fuerza estranjera. Así, el rey fué dueño del campo de batalla al aparecer en él á la cabeza de un ejército de alemanes, brabanzones y flamencos, todos llenos de ardor y animados de la esperanza de dividir entre sí el reino. Nada fué capaz de hacerles frente. Embestido el castillo de Rochester, tuvo despues de una resistencia tenaz que rendirse á discrecion. Exasperado Juan por la dilatacion del asedio, quiso hacer ahorcar al gobernador y á toda la guarnicion, no obstante las leyes de la guerra; mas á ruego de uno de sus generales determinó que no fuesen muertos mas que los prisioneros de inferior clase.

Despues de tomar una fortaleza tan importante, dividióse el ejército en dos cuerpos principales: á la cabeza del uno se dirigió el rey hácia el Norte, sometiendo todas las ciudades y fortalezas que encontraba sobre la marcha: el otro cuerpo, mandado por el conde de Salisbury, consiguió iguales ventajas, rindiéndose al acercarse muchas ciudades, y poniendo en grave peligro á la misma Londres. Las tropas mercenarias perpetraron en su marcha las mas horribles crueldades, é impelidas á la vez por su rapacidad natural y la ferocidad de Juan, asolaron bárbaramente todos los países por donde pasaron.

No se veia en los campos mas que las llamas de las casas y castillos que se abrasaban. Estaban pintadas la consternacion y desesperacion en los rostros de los infelices habitantes, á quienes atormentaban sin piedad los soldados para obligarlos á descubrir los sitios en que habian escondido sus riquezas. La devastacion y la carnicería acompañaban al rey á todas partes, de modo que las tierras que no eran de su propiedad particular, eran miradas por él como país enemigo, convirtiéndolas en teatro de sus atroces hazañas.

Reducidos los barones á la situacion mas deplorable al ver destruidas sus propiedades, aniquiladas sus libertades, y espuestas sus personas á la venganza del tirano mas implacable, llegaron á perder toda esperanza de defenderse por sí mismos. Incapaces de levantar en Inglaterra un ejército bastante considerable para oponerse á los progresos del devastador, y no viendo, aun cuando se le sometiesen, garantía alguna para el porvenir, se decidieron á recurrir al antiguo enemigo de su país, Felipe Augusto, rey de Francia, proponiendo reconocer por soberano suyo á Luis, primogénito de este monarca, con la condicion de que los habia de proteger contra el mónstruo que se habia hecho el destructor de la nacion entera.

No podia haber proposicion mas agradable para el ambicioso Felipe, que tanto tiempo hacia ardia en deseos de unir la Inglaterra á sus demás posesiones; y así contestó al instante á los barones que aceptaba sus ofertas, exigiendo no obstante veinticinco rehenes para garantía de ellas.

Tan pronto como se le otorgaron los rehenes, preparó la espedicion sin demora, á despecho de las prohibiciones del papa que le amenazó con escomunion, como en efecto lo hizo con Luis algun tiempo despues.

Primero envió Felipe un cuerpo de siete mil hombres, á los que siguió muy luego un ejército formidable mandado por el príncipe Luis, que se desembarcó en Sandwich sin la menor oposicion.

Juan, que ya creia seguro el triunfo, fué súbitamente detenido en su marcha por la llegada del ejército francés que él estaba lejos de esperar, y vió desvanecerse á la vez todos sus proyectos de venganza y ambicion. El primer efecto de la presencia de este ejército en Inglaterra fué la desercion de la mayor parte de las tropas estranjeras, mercenarias de Juan, las cuales se negaron á servir contra el heredero de su rey. Igualmente abandonaron la causa de aquel muchos señores de distincion, y sus castillos iban cayendo de dia en dia en manos de sus enemigos.

Parecia pues que todo se conjuraba para causar la ruina completa de Inglaterra. Si triunfaba el partido de Juan, un implacable tirano seria en lo sucesivo el azote de los ingleses; y si Luis, Inglaterra se someteria para siempre á una monarquía poderosa, y vendria á ser una provincia de Francia. Empero ninguno de los dos adversarios fué quien venció, sobreviniendo por fortuna de improviso unos acontecimientos que la prudencia humana no podia prever, ni la política mas hábil sugerir.

cuencias de la conquista, se concentró contra el corto número de advenedizos que el rey habia enriquecido y colmado de honores. *(Aug. Thierry.)*

Despues de tratar Luis en vano de aplacar el resentimiento del legado que le habia escomulgado, tomó la resolucion de desafiar al mismo papa, y dirigió su ejército contra el castillo de Rochester, tomándolo inmediatamente. Desde allí marchó á Londres, en donde le rindieron homenaje los barones y el pueblo, haciéndole juramento de fidelidad despues de recibir de él la promesa de confirmar sus libertades y privilegios. Aunque no fué coronado rey de Inglaterra, no por eso dejó de ejercer una autoridad soberana otorgando cartas y distribuyendo empleos; pero por lisonjera que fuese la perspectiva que se le ofrecia, habia siempre entre los ingleses y franceses una profunda rivalidad que amenazaba sordamente todos los ambiciosos proyectos de Luis, y era consecuencia indefectible de su imprudencia en manifestar en todas ocasiones una preferencia visible por sus compatriotas, á quienes no cesaba de proteger en menoscabo de los súbditos que empezaba á gobernar.

Un incidente vino á acrecentar la desconfianza que Luis inspiraba á los ingleses. El conde de Melun, individuo de su corte, declaró en el lecho de la muerte á los que le rodeaban, que la intencion secreta de Luis era el esterminar como traidores á los barones ingleses, y conferir sus dignidades y bienes á los franceses, cuya fidelidad seria mas segura. Por dudosa que fuese tal revelacion, tuvo tanta influencia en el espiritu público, que el conde de Salisbury y otros muchos señores que habian abandonado el partido de Juan volvieron á él, lo cual contribuyó mucho á reanimar su causa.

Entonces Juan logró reunir un cuerpo respetable de ejército, con el cual contaba reconquistar su corona. Resuelto á penetrar en el interior del reino á la cabeza de sus tropas, salió de la ciudad de Lynn, á la cual colmó de favores en recompensa de su fidelidad, y se dirigió hácia el condado de Lincoln; pero tomando su ruta por la ribera del mar, cuando estaba inundada por la alta marea, cuyo inconveniente no supo, ó ignoró los riesgos á que se esponia, perdió sus carros, tesoros y todo su convoy, y solo á duras penas pudo salvarse él mismo y llegar á la abadía de Swinsted, en donde la pesadumbre de las pérdidas que acababa de sufrir, y la desesperada situacion de sus negocios, le ocasionaron una fiebre violenta que presentó al instante síntomas alarmantes.

Encontrándose al dia siguiente en la imposibilidad de montar á caballo, se hizo conducir en una litera al castillo de Sleaford, y desde allí á Newark, en donde murió despues de testar, á los cincuenta y un años de edad, y diez y ocho de su reinado—A. de J. C. 1216.

El carácter de este mónstruo, tan funesto para sus súbditos como para sí mismo, está muy enérgicamente indicado por los muchos hechos de su reinado, para que sea necesario añadir nada á este retrato. Dejó dos hijos legítimos: Enrique, á la sazon de nueve años, y Ricardo que no tenia mas que siete. Tuvo tres hijas: Juana, casada con Alejandro II, rey de Escocia; Leonor, esposa del conde de Pembroke, é Isabel, que se desposó con el emperador Federico II. Ninguno de sus numerosos hijos ilegítimos se hizo notable.

CAPITULO XII.

ENRIQUE III.

(Desde el año de J. C. 1216 hasta el de 1272.)

Libertados por fin los ingleses de un tirano que amenazaba al reino con una destruccion completa, tenian sin embargo que temer todavía un competidor peligroso, que no aspiraba á la corona de Inglaterra, sino para hacerla una dependencia de la monarquía francesa. La parcialidad que Luis manifestaba por sus compatriotas, la cual en ningun caso trataba de disimular, contribuia á malquistar con su gobierno á los ingleses. La desconfianza que constantemente mostraba acerca de la fidelidad de los barones, exasperaba cada vez mas la rivalidad existente hacia mucho tiempo entre las dos naciones, y así todo parecia conjurarse á hacer antipático al monarca francés á sus nuevos súbditos.

Habiendo vacado el gobierno del castillo de Hertford, fué reclamado con justo título por Roberto Fitz-Walter, magnate que habia desplegado el mayor celo por la causa de Luis. Empero tales derechos fueron desechados, previendo desde luego los ingleses que bajo el nuevo reinado serian escluidos de todos los cargos de importancia, y que solo los estranjeros disfrutarian del favor del soberano.



Enrique III.

No fué infructuosa la escomunion lanzada contra Luis por el papa, puesto que apenas fué pronunciada, empezó á mirar el pueblo como impía una causa hácia la cual sentia una aversion invencible.

Unos sentimientos de tal naturaleza arrastran al pueblo á favorecer los derechos de un compatriota, por débiles que sean. Así sucedió con los del jóven príncipe Enrique, hijo de Juan, que á la sazon no contaba mas de nueve años. El conde de Pembroke, señor tan distinguido por su mérito como por su valor, habia sido siempre fiel al rey en todas las vicisitudes de la fortuna, y era al ocurrir la muerte de Juan gran mariscal de Inglaterra, y por consiguiente general en jefe de los ejércitos. Resuelto este personaje á sostener los derechos del jóven príncipe, por despreciados que entonces fuesen, hizo coronarle solemnemente á los obispos de Winchester y de Bath en Gloucester; y para aumentar y robustecer la nueva autoridad, convocó en Bristol un gran consejo de barones, quienes le nombraron tutor del rey jóven y protector del reino (1).

Este primer acto de vigor agradó generalmente al pueblo y le atrajo á los intereses del príncipe Enrique. A nombre del rey otorgó Pembroke una nueva carta de libertades, parecida casi en todo á la que habia sido exigida al rey difunto, y otra que fijaba la jurisdiccion y límites de los bosques reales. Esta fué llamada la *carta foresta*, y por ella fueron devueltos al pueblo todos los que habian estado cercados desde el reinado de Enrique II, haciéndose nuevas ordenanzas al efecto. Desde entonces dejaron de incurrir en la pena capital las infracciones de las leyes sobre bosques, mitigándose los castigos y recobrando todos los propietarios el derecho de cortar madera de aquellos, disponiendo de ella como mejor quisiesen.

A estas medidas que causaron una satisfaccion general, añadió Pembroke una actividad y prudencia que arruinaron insensiblemente el poderío del monarca francés. Las cartas dirigidas á nombre del jóven rey á todos los barones descontentos, dieron á estos la segu-

(1) Es de notar que á la cabeza del partido que se pronunció abiertamente contra la influencia estranjera, se distinguia un francés llamado Simon de Monfort. Este fué quien por primera vez, despues de la conquista, convocó al pueblo á tratar sobre los asuntos públicos con los obispos y barones de Inglaterra. *(Aug. Thierry.)*

ridad mas completa de que en lo sucesivo serian gobernados con arreglo á los privilegios que les habian sido otorgados, y les pintaban vivamente los riesgos que corrian aceptando un soberano estranjero, que no trataba mas que de oprimirlos y de imponerles un yugo humillante.



Enrique III.

Estas consideraciones, presentadas con energía, surtieron el resultado que Pembroke aguardaba. El partido que habia abrazado la causa de Luis, se fué debilitando de dia en dia por la desercion de los jefes mas poderosos. Los condes de Salisbury, Arundel, Warena y Guillermo Mariscal, primogénito del protector, volvieron al partido del jóven rey, y bien pronto se manifestaron todos los demás dispuestos á seguir su ejemplo. Aumentáronse pues de tal modo en poco tiempo las fuerzas del protector, que se determinó á marchar á buscar al enemigo—A. de J. C. 1217;—pero se vió precisado á retirarse al primer movimiento del ejército francés. El conde de Perche, que mandaba por Luis, enorgullecido con la ventaja que acababa de conseguir sobre Pembroke, avanzó hasta Lincoln, penetrando en la ciudad y atacando el castillo, que redujo al instante al último apuro.

Persuadido el protector de que era preciso dar un golpe decisivo, reunió todas sus fuerzas para volar al socorro de una plaza tan importante; y tales ventajas logró sobre los franceses, que los forzó á encerrarse en la ciudad y á guarecerse tras de sus muros. Habiendo recibido la guarnicion del castillo un refuerzo considerable, hizo una salida vigorosa contra los acometedores, á quienes tambien atacaron con decision por la parte de afuera los ingleses, escalando las murallas y penetrando en la ciudad espada en mano. Lincoln fué entrada á saco, y el ejército francés enteramente deshecho, muriendo su jefe y cayendo prisionero un gran número de oficiales.

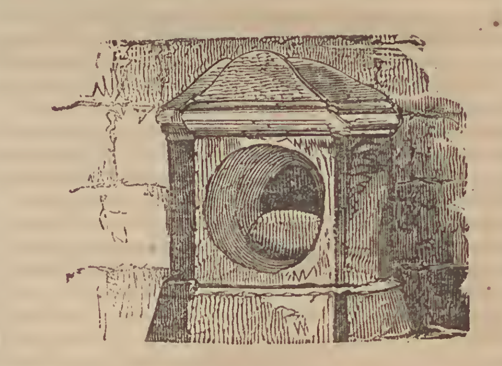
Esta derrota no fué para los franceses sino el preludio de otra mas importante. Una armada que les llevaba socorro de hombres y dinero, fué atacada por los ingleses mandados por Felipe de Albiney, y dispersada con pérdida considerable. Segun se refiere, fué debida esta victoria á una estratagema empleada por Albiney, quien habiendo ganado el viento á los franceses, mandó á los suyos echar cal viva á los ojos de los enemigos, lo cual les cegó en términos de serles imposible defenderse.

Las reiteradas pérdidas del ejército francés proporcionaron al fin la paz del reino. Conociendo Luis que su causa era enteramente desesperada, pensó en salvarse á sí mismo considerándose dichoso de poder dejar la Inglaterra con condiciones honrosas. Despues de acordar la paz con el protector, accedió á retirarse del reino, exigiendo en cambio una amnistía general para todos los que habian abrazado su causa. Así se acabó la guerra civil que por algun tiempo inundó el reino de sangre, y amenazaba destruir para siempre su constitucion y su felicidad.

La muerte de Juan y la abdicacion de Luis eran los dos acontecimientos mas favorables para el bien de la nacion. El uno fué el resultado del azar, y el otro de la prudencia é intrepidez del conde de Pembroque, que no fué bastante feliz para gozar por largo tiempo de sus gloriosos triunfos.

El jóven rey era de un carácter diametralmente opuesto al de su padre: á medida que iban desarrollándose sus facultades, se descubrian la dulzura, la clemencia y la humanidad: prometia ser afable y bondadoso con sus inferiores; pero parecia que carecia de las cualidades necesarias para hacerse temible á los enemigos: desprovisto de actividad y de vigor, presentábase poco á propósito para la guerra, y absolutamente incapaz para mandar un ejército: ajeno á toda desconfianza y suspicacia, era fácil de ser engañado. Un rey dotado de carácter tan dulce y débil al mismo tiempo, no servia para llevar las riendas de un gobierno como el de Inglaterra, en aquella época en que cada órden del Estado aspiraba á la independencia, y se esforzaba por libertarse de la autoridad real.

Pedro, obispo de Winchester, y Huberto de Burgh, justicia mayor, reemplazaron al protector; pero ninguna autoridad de aquella clase era capaz de dominar á un pueblo habituado hacia mucho tiempo á las discordias civiles y á propósito para aprovechar la menor ocasion de exagerar los agravios mas ligeros que se le hicieran, considerándolos como injusticias manifiestas. Los nobles eran entonces los tiranos del pueblo: habiendo llegado á destruir casi enteramente la autoridad real, y alentados por la debilidad de una minoría, no eran las leyes mas que unos instrumentos puestos para su defensa, y por cuyo medio solo ellos debian gobernar: retenian por fuerza los castillos reales de que se habian apoderado durante los precedentes disturbios; oprimian á los vasallos, devastaban las propiedades de sus vecinos débiles, é inducian á todos los vagamundos á ponerse á cubierto de las leyes acojiéndose á la proteccion de ellos. Con respecto á aquellos cuyo rango y dignidad eran superiores á los nobles, eran sin cesar el blanco del resentimiento y odio de estos.



La piedra de Londres.

Huberto de Burgh, á quien estaba confiada la direccion del gobierno, descubrió muchas conspiraciones formadas contra su autoridad y persona, y los conspiradores, lejos de ocultar sus proyectos criminales, confesaban abiertamente la intencion que abrigaban de quitarle aquel cargo. Cuando les intimó que le entregasen los castillos, no solo se negaron á ello, sino que muchos, sostenidos por los condes de Chester y de Albemarle, se ligaron para sorprender á Londres, avanzando al efecto hasta Waltham. Empero habiendo sido burlados semejantes proyectos por la vigilancia del go-

bierno, no por eso renunciaron á la esperanza de realizarlos; por lo cual, reuniéndose de nuevo en Leicester, trataron de apoderarse del rey, aunque sin mas éxito que la vez anterior.

La Iglesia fué obligada á intervenir en estas conmociones peligrosas; los obispos y los prelados amenazaron á los barones con sentencia de escomunion si persistian en el proyecto de atentar contra la libertad del rey y retenian mas tiempo los castillos de este. Semejante amenaza produjo buen resultado, siendo entregadas muchas fortalezas, cuyo número ascendió á mas de mil, segun se cuenta.



El templo (1).

Aunque Enrique hubiese reportado esta ventaja por la perseverancia y sabiduría de sus ministros, los fundamentos de su imperio eran muy débiles todavía, como se patentizó por una contienda que muy luego se suscitó entre él y su hermano Ricardo.

Este, que por las inmensas sumas que habia atesorado era tenido como el príncipe mas rico de Europa, espulsó injustamente de su morada á un baron de inferior rango. El rey ordenó á su hermano que devolviese el castillo á su propietario: negándose el príncipe con obstinacion á obedecer, formó contra el monarca una temible conspiracion, reuniendo en muy poco tiempo los conjurados un ejército á que el rey no pudo resistir por falta de valor y de fuerzas.

Fué pues preciso mirar como una accion legítima la usurpacion de Ricardo, cuyo resentimiento no logró aplacar el rey su hermano sino con dones mucho mas importantes que el hogar que habia sido el orígen de la discordia (2).

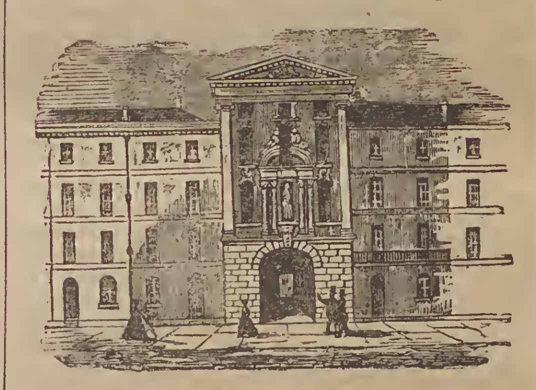
De esta suerte Enrique se veia precisado sin cesar á someterse á la voluntad de sus imperiosos vasallos. No habia en la corte mas que una sola persona dispuesta á defender los intereses del rey, la cual era Huberto de Burgh, quien sin embargo llegó á ser alejado por aquel de su lado por un repentino capricho, dejándole espuesto, sin ningun miramiento á su fidelidad y abnegacion, á las persecuciones de sus enemigos—A. de J. C. 1231.

Entre los frívolos agravios que se imputaron á este ministro, se le echó en cara el haber logrado el afecto del rey por medio de sortilegios, y el haber enviado al príncipe de Galles una joya hurtada del tesoro, la cual hacia invulnerable al que la llevase. Convencido Huberto de que su perdicion estaba decretada, se refugió á una iglesia; pero se llegó á obtener una real órden para arrancarle del lugar santo; Enrique, débil é irresoluto, la revocó; luego la reiteró, haciendo por fin llevarla á cabo. Empero habiendo tomado el clero parte en el asunto, precisó al rey á restituir á su asilo al desgraciado ministro, quien volviendo á caer otra vez en manos del monarca, fué encerrado en el castillo de Devizes, de donde logró escapar. Algun tiempo despues Enrique se mostró dispuesto á devolverle su favor; pero Huberto de ningun modo quiso correr en su servicio nuevos peligros.

Como no pueden vivir los príncipes sin dejarse gobernar por favoritos, al instante fué ocupado el puesto de Huberto por Pedro de Roches, obispo de Winchester, natural de Poitu, hombre tan notable por su despotismo como por su habilidad y valor. Siguiendo el consejo de este prelado, Enrique trajo á su lado un gran número de paisanos de aquel y otros estranjeros, quienes poco escrupulosos en los principios del honor, y no poseyendo ninguna fortuna en sus países, adoptaron con facilidad las ideas de su protector. Todos los cargos y mandos fueron concedidos á aquellos estranjeros sin moralidad, cuya avaricia y rapacidad igualaron muy presto á su orgullo é insolencia.

Una parcialidad tan injusta á favor de los estraños debia provocar naturalmente la envidia de los barones, quienes se atrevieron á declarar al rey que si no accedia á alejar de la corte á todos los estranjeros, echarian á estos y á él del reino. Pero el obispo de Winchester tomó tan bien sus medidas, que consiguió atraer á su partido á muchos de los mas poderosos de entre los descontentos, y que á los que persistieron en su oposicion se les confiscasen sus bienes á favor de los que le eran adictos (1).

El rey miraba con indiferencia estas violencias, satisfecho con las ventajas que le resultaban de ellas, y sin inquietarse por las consecuencias que se le podian seguir de medidas tan injustas. Sin embargo, estrechado por las vivas instancias del arzobispo de Cantorbery, que estaba á la cabeza de otro partido de descontentos, fué obligado á hacer salir del reino al ministro y á los estranjeros; y como la proteccion dispensada á estos era el motivo principal de las quejas de los súbditos, entonces concibieron los ingleses esperanzas de que renaceria la calma entre ellos, y que en lo sucesivo se verian libres de toda dominacion estraña.



Hospital de San Bartolomé.

(1) Iglesia de Londres edificada por los templarios en tiempo de Enrique II.

(2) Estaba en los intereses de los señores el tomar parte en la rebelion de Ricardo, y el sostener su usurpacion, porque si él restituia, se les obligaria tambien á ellos á restituir.

(1) Con la mira de hacerse independiente de los barones, Enrique imaginó mil pretestos ridículos para exigir tributos sin intervencion de ellos. Iba de convidado á casa de los mas ricos, y esperaba siempre un regalo en la puerta, y arrancaba á los judíos sumas considerables. (Brissot de Warville advierte que del conde de Cornouailles tomó prestados cinco mil marcos, y que le autorizó para cobrarlos de los judíos de Inglaterra.) No eran mas sagrados para Enrique los bienes de los menores. Apoderábase sin escrúpulo de sus herencias, y además el pueblo tenia el dolor de ver que aquel dinero se perdia en manos de indignos favoritos, de estranjeros sin mérito, y de viles aduladores que pululaban en tan corrompida corte. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

Pero no tardaron en desvanecerse sus esperanzas por el casamiento del rey con Leonor, hija del conde de Provenza—A. de J. C. 1236.—Enrique puso todo su afecto en los provenzanos, colmándolos de favores y enriqueciéndolos con la liberalidad mas imprudente. Empleos, dignidades, tesoros, todo les fué prodigado, no quedando á los jóvenes señores de Inglaterra otro arbitrio para hacer su fortuna y medrar, que el de casarse con mugeres de aquel pais. Cuando tan loca munificencia hubo agotado el real tesoro, Enrique revocó todas las donaciones que otorgó anteriormente, á trueque de poder continuar satisfaciendo la codicia de sus nuevos favoritos.

Una predileccion tan funesta para el bien de la nacion exasperó tanto á los ingleses, que apenas les fué posible contenerse en los justos límites, aumentándose todavía mas su descontento cuando vieron llegar un nuevo enjambre de estranjeros de la Gascuña con Isabel, madre del rey, la cual se habia casado hacia algun tiempo con el conde de la Marca.

Juntábase á esta absoluta falta de economía y de las exacciones sin cuento, el mal éxito de las muchas espediciones hechas al Continente: en fin, llegó á ser tal la irritacion de los ánimos, que cada cual formó en su interior la resolucion de vengar la injuria comun, tan pronto como se presentase ocasion favorable.

Tambien contribuia la codicia de la corte de Roma á acrecentar los perjuicios del pueblo. No advirtió el clero de Inglaterra al defender con calor los intereses del papa, esforzándose por estender su preponderancia, que obraba de una manera diametralmente opuesta á los suyos propios, y que una vez apoderado el soberano pontífice de la investidura de todos los beneficios y prelacías, procuraria llenar los puestos vacantes con personas que le fueran adictas. Efectivamente, cuando aquel conoció que su poder se habia firmemente consolidado, no trató ya mas que de hacerle valer para su provecho y enriquecer á la Iglesia por diferentes medios. Diéronse todos los beneficios del reino á italianos, cuya mayor parte fué enviada á Inglaterra sin otro objeto—A. de J. C. 1253,—distribuyéndose las dignidades con tal injusticia, que, segun se cuenta, solo el capellan del rey tenia setecientos beneficios.

Tamaños abusos eran demasiado abultados para no chocar á los menos perspicaces. Alzóse el pueblo contra los eclesiásticos italianos insultándolos, saqueando sus casas y devastando sus campos; mas estas violencias no fueron sino obstáculos pasajeros para las usurpaciones del papa, quien, prosiguiendo en su intento, exigió las rentas de todos los beneficios vacantes, la veintena de todas las rentas eclesiásticas sin escepcion, el tercio de las que escedian de cien marcos anuales, y la mitad de las que disfrutaban los no residentes. Reclamó los bienes de todos los eclesiásticos muertos *ab intestato* (1), pretendió el derecho de heredar todo el dinero ganado por la usura, y dió órden de sacar contribuciones voluntarias; mas los perjuicios que se le inferian al pueblo por los clérigos estranjeros eran todavía mas tiránicos que todas estas exacciones.

Habiendo precisado algunos asuntos al legado que habia entonces en Inglaterra á visitar á Oxford antes de su despedida, fué recibido en esta ciudad con todo el esplendor posible, haciéndose para su mesa los preparativos mas esquisitos y los gastos mas estraordinarios. Estimulados por la curiosidad ó el hambre, entraron un dia algunos estudiantes de la universidad en la cocina del legado, á la sazon de estarse preparando su comida, sorprendiéndose al observar el lujo con que se servia aquel dignatario. Escitado un pobre estudiante irlandés por tantas cosas apetitosas como veia en derredor de sí, se aventuró á pedir algo al cocinero, que era italiano, lo mismo que todos los criados del legado; mas aquel, en lugar de socorrer al pobre irlandés, le echó agua hirviendo á la cara dando muestras de complacerse en semejante acto de crueldad. Tanto se irritó de este suceso un estudiante gallés que estaba presente, que agarrando un arco, apuntó al cocinero y le mató de un flechazo.

Apoderóse tan gran pavor del legado cuando supo el motivo del tumulto que se formó por aquel suceso, que se retiró á la torre de la iglesia permaneciendo oculto en ella hasta la noche. Cuando se aseguró de que podia salir sin riesgo, se apresuró á ir á ver al rey, que á la sazon se hallaba en Londres, y se le quejó con calor del ultraje que acababa de recibir. Como el rey era tan sumiso á la Iglesia, dió lugar al enojo, y prometió al legado una pronta satisfaccion, haciendo matar á los que le habian ofendido. El legado, entregado enteramente al sentimiento de la venganza, se conformó desde luego con aquella proposicion: no obstante, las protestas de sumision y pesar que hizo la universidad, consiguieron aplacarle. Todos los estudiantes que tuvieron parte en la ofensa, fueron condenados á ser despojados de su ropa y á marchar descalzos y con una soga al cuello á casa del legado: habiéndose sometido á esta penitencia, fueron absueltos despues de implorar el perdon humildemente.

No tardaron en llegar á ser los abusos de la corte de Roma mas escandalosos que nunca, con motivo de una transaccion que se celebró entre el rey y el papa. Hacia algun tiempo que la Iglesia romana habia reducido al reino de Sicilia al mismo estado de vasallaje que la Inglaterra; pero habiendo usurpado Manfredo aquel reino sopretesto de conservarlo para el legítimo heredero, se mostraba decidido á libertarse de la autoridad del papa.

Convencido el pontífice de que no podian bastar sus solas fuerzas para lograr sus intentos, recurrió á Ricardo, hermano del rey de Inglaterra, cuyas inmensas riquezas conocia, ofreciéndole para sí y sus herederos el reino de Sicilia si lo arrancaba de las manos del usurpador. Hallábase Ricardo demasiado penetrado de la dificultad de semejante empresa para encargarse de ella, y así la rehusó esplícitamente.

Habiéndosele hecho á Enrique la misma proposicion, este débil monarca, deslumbrado por la gloria de tal conquista, aceptó con mucho ahinco las ofertas del papa, dando al efecto á este ámplios poderes para invertir todo el dinero que juzgase necesario para la espedicion, sin reflexionar acerca de sus consecuencias ni consultar con el parlamento (1). Esta facultad era lo que el papa deseaba; y no bien lo logró, cuando cargó á Enrique una deuda de mas de cien mil marcos

Púsose el rey muy descontento por la enormidad de aquella suma, mayormente á vista de lo poco que se habia adelantado; mas no queriendo descomponerse con el papa, se resolvió á recurrir al parlamento demandando un subsidio.

Es fácil de imaginar que en aquel estado de indignacion universal los barones se hallarian mas dispuestos á prorumpir en quejas que á otorgar auxilios: así, no pudieron decidirse á prodigar su dinero para favoritos sin mérito y espediciones que no ofrecian probabilidad alguna de ventaja. El mismo clero se pronunció con firmeza contra el soberano pontífice, declarando abiertamente el obispo de Londres, que *si el rey y el papa le arrancaban la mitra de la cabeza, la reemplazaria con un casco.*

No obstante, fueron obligados los obispos y abades á contribuir á aquel absurdo dispendio, cuyo ejemplo se negaron obstinadamente á seguir los barones, y con-

(1) La Iglesia de Roma se consideraba como heredero natural de los sacerdotes que fallecian sin testar, porque estos podian ser entonces muy ricos. *(C. I.)*

(1) Habíase dado este nombre hacia algun tiempo á las asambleas de los principales señores conservadores de la carta.

tinuando en ser refractarios, en lugar de dar dinero, respondieron con reconvenciones y amenazas, esponiendo al rey su ofensiva parcialidad por los estranjeros, las injurias que habian recibido de sus favoritos, los injustos embargos que sus empleados habian hecho á los mercaderes, y los abusos de que el pueblo era víctima hacia mucho tiempo.

El parlamento fué disuelto, y poco despues convocado otro, aunque inútilmente. Empero el estado de Enrique exigia que se procurase dinero á toda costa; y en semejante situacion no se descuidaba el legado en aumentar los conflictos de aquel pidiendo tambien para sí mismo. Vióse pues precisado Enrique á recurrir á los súbditos que mas adictos le eran reclamando su cooperacion.



San Dunstan.

Poco despues trató nuevamente de sacar dinero con el pretesto de una cruzada, manifestando que queria reconquistar sus provincias francesas. Todos sus esfuerzos y tentativas humillantes fueron inútiles.

Por fin, no dudando los barones de la penuria á que el rey se hallaba reducido, se compadecieron de él y accedieron á concederle un subsidio, con la condicion de que les habia de dar cumplida satisfaccion. En efecto, despues de recibir el rey una suma considerable, renovó la carta con una pompa y solemnidad estraordinarias. Reuniéronse todos los prelados y abades, y hallándose con cirios encendidos, se leyó en su presencia la *carta magna*, y pronunciaron sentencia de escomunion contra cualquiera que en lo sucesivo la infringiese—A. de J. C. 1263:—en seguida arrojando al suelo los cirios, esclamaron: «Que el alma que sea perjura á su promesa difunda hedor y se corrompa en el infierno.»

Tomó tambien parte el rey en esta ceremonia, y añadió: «Con el auxilio de Dios observaré inviolable- »mente todo lo que prometo: lo juro como hombre, »como cristiano, como caballero y como rey coronado »y consagrado.»

Tales fueron las protestas solemnes que hizo Enrique; mas no bien recibió el dinero que necesitaba, cuando se olvidó de las promesas realizadas de una manera tan auténtica y pública.

Aunque por el último pacto se comprometió formalmente á dirigirse por los consejos de ministros ingleses, no por eso dejó de serlo como siempre por los estranjeros, entre los cuales el de mas importancia era Guillermo de Valence, hombre que no solo se hallaba colmado de honores y dignidades, sino que además disfrutaba de todos los cargos mas lucrativos. Esta imprudente preferencia de Enrique, unido á un número infinito de injusticias, impulsó al fin á Simon de Monfort, conde de Leiscester, á hacer una tentativa para variar el gobierno, arrancando el cetro de la débil é insegura mano que tan mal lo empuñaba.

Este magnate era hijo del famoso general que mandó contra los albigenses, secta de entusiastas que poco tiempo antes habia sido destruida en Saboya. Estaba casado con la hermana del rey, y por su preponderancia y habilidad habia llegado á adquirir mucho prestigio en el reino, siendo tan querido por los nobles como por el pueblo. El rey era la única persona cuyos favores desdeñaba Leicester, quien hacia tan poco caso de su ódio ó amistad, que habiéndole llamado Enrique traidor un dia, le dió un mentís formal, añadiendo con orgullo que si no fuera su soberano, le obligaria á arrepentirse de tal insulto.

Como Leicester era demasiado poderoso para no ser mas que un súbdito, aspiraba secretamente al trono difundiendo por todas partes las quejas mas amargas contra la injusticia del rey, su parcialidad é incapacidad para el gobierno. Cuando creyó que habia ocasion favorable para la ejecucion de sus designios, convocó una asamblea de los principales barones, y disimulando la ambicion que le devoraba con la máscara del interés público, les representó fuertemente la necesidad de reformar el gobierno y de poner término á la opresion en que gemia el pueblo, así como á la violacion de los privilegios de la nobleza, á las contínuas rapiñas que sufria el clero, y á la perfidia del monarca. La elocuencia seductora de Leicester surtió todo el efecto que podia desear; y como por otra parte tenia tanto prestigio y popularidad, los barones hicieron resolucion de remediar tantos males y de apoderarse de la administracion del reino.

Cuando fué convocado el parlamento por el rey, presentáronse los conjurados en la cámara armados de piés á cabeza, lo cual sorprendió tanto á Enrique, que apenas los vió les preguntó cuál era su intencion. Ellos respondieron respetuosamente que le miraban como á su soberano y tenian intencion de sostener el poder de él, pero que exigian les hiciese justicia y reparase los agravios de que era culpable contra ellos. El rey, que siempre estaba dispuesto á prometer todo lo que se le pedia, les respondió al instante que se hallaba pronto á darles las mayores satisfacciones, y al efecto convocó otro parlamento en Oxford para formar otro plan de gobierno y elegir las personas á quienes confiar la primera autoridad.

Reunióse pues este parlamento, llamado despues el *parlamento loco*, para organizar una reforma. Veinticuatro barones revestidos de una autoridad suprema fueron comisionados para remediar los abusos introducidos en la gobernacion, siendo Leicester su presidente.

Los primeros actos de esta junta tuvieron en realidad por objeto el bien del pueblo, ocupándose en arreglar las formas esteriores de la cámara de los comunes, y mandando que cada provincia escojiese cuatro caballeros para la comision de averiguar las quejas de cada cual, é informar acerca de ellas al próximo parlamento—A. de J. C. 1258, 11 de junio.—Estableciése que hubiese tres sesiones anuales; que se nombrase un nuevo sherif (1) cada año; que no fuese confiada á los estranjeros la custodia ó guarda de los castillos; que no se plantasen nuevos bosques, y que no se permitiese arrendar las rentas de ninguna provincia.

Estas disposiciones eran tan justas, que muchas de ellas se conservan todavía. Pero por desgracia el ver-

(1) Juez mayor encargado de hacer ejecutar las leyes, de nombrar los jurados, y de despachar los negocios civiles y criminales. *(C. I.)*

dadero objeto de aquella confederacion, no tanto era el asegurar la tranquilidad y el satisfacer al pueblo, cuanto el conseguir un poder de que muy luego iban á usar arbitrariamente los barones. Acordada la constitucion, lejos de resignar estos la autoridad que habian usurpado, se manifestaron resueltos á confirmarla, sopretesto de que todavía no habian acabado de formar todos los reglamentos necesarios para el bien de la nacion, y de que la potestad de que ellos se hallaban revestidos era el único escudo que tendria el pueblo en adelante contra la perfidia del rey.

Declararon pues que conservarian sus poderes todo el tiempo que les pareciese oportuno. Con esto sufrió una variacion completa el gobierno; los principales ministros de la corona fueron depuestos, reemplazándoles las hechuras de los veinticuatro barones, quienes llegaron á la audacia de exigir á cada uno de los ciudadanos el juramento de obedecer implícitamente á todas las disposiciones presentes y futuras que dieren; y no contentos con reducir la autoridad real casi á nada, hasta debilitaron las fuerzas del parlamento concediendo á doce personas escojidas por ellos toda la potestad parlamentaria en los intervalos de cada sesion.

De este modo, despues de hollar aquellos orgullosos nobles la majestad real, envilecieron tambien los derechos del pueblo amenazando al reino con la oligarquia.

La primera oposicion con que tropezaron salió de la nueva autoridad que hacia poco habian introducido en la constitucion. Los caballeros de las provincias, que desde algun tiempo antes se reunian por lo regular en una cámara separada, notaron bien pronto diferentes abusos y llevaron sus quejas á la asamblea principal de los barones—A. de J. C. 1262.—Aquellos hombres enérgicos y patriotas declamaron fuertemente contra la lentitud de los trabajos de los veinticuatro reformadores, patentizando por primera vez el espíritu de firmeza y resistencia que despues nunca ha dejado de existir. Dijeron que aun el rey se conformó con todas las proposiciones que se le presentaron, que nada habian hecho los barones hasta entonces por el bien general, y que solo sus intereses personales parecian ser el blanco de su conducta; y llegaron á recurrir al príncipe Eduardo, primogénito del rey, suplicándole que interpusiese su autoridad para salvar la nacion del peligro que la amenazaba.

Eduardo, á la sazon de veintidos años, daba brillantes esperanzas; su talento y sus virtudes hacian presagiar que seria un hombre de los mas notables de su siglo, y que repararia con su prudencia y sabiduría los innumerables daños causados por la imbecilidad de su padre. La conducta que tuvo en aquellas circunstancias contribuyó á dar al pueblo la mas alta idea de su piedad y justicia. A la súplica que se le hizo contestó: que habiendo jurado, aunque á pesar suyo, ser fiel á las constituciones de Oxford, se hallaba decidido á no faltar en nada á su juramento; lo cual no obstante, envió un mensaje á los barones mandándoles que terminasen su mision y cumpliesen sus deberes, en la inteligencia de que si se separaban de ellos aguardasen de su parte la oposicion mas vigorosa.

Asustados los barones de aquellas amenazas, publicaron un nuevo código de leyes, que no contenia sino cosas de poca importancia, con las cuales esperaban sin embargo deslumbrar al pueblo y engañarle, hasta que afianzasen su autoridad sobre fundamentos bien sólidos. Con diferentes pretestos y dilaciones forjadas, continuaron en conservar su poder por espacio de tres años, á pesar de que el pueblo, conociendo por fin á las claras su objeto, no cesaba de quejarse altamente de su perfidia. El papa mismo llegó á indignarse de una usurpacion tan manifiesta, y relevó al rey y á sus súbditos del juramento prestado en Oxford.

No faltaba al pueblo mas que un jefe atrevido para sacudir el yugo tiránico que le sojuzgaba, mas no habia á quién recurrir—A. de J. C. 1263.—Como el rey era tan débil é irresoluto, estaba en cierto modo de concierto con los que tan opuestos se habian manifestado á los intereses de él. El clero, que en otro tiempo abrazara el partido del pueblo y contribuyera á la reforma, habia llegado á ser un cuerpo independiente, y se mezclaba poco en los disturbios del estado, limitándose á contemplarlos friamente como mero espectador: en situacion tan deplorable, no le quedaba otro arbitrio al pueblo que apelar de nuevo al príncipe Eduardo, que ya en su tierna edad habia dado pruebas de valor, de prudencia y perseverancia. Aunque Eduardo conocia los males á que su padre se habia espuesto por su lijereza é inconstancia en las promesas, rehusóse al pronto á aprovechar la ventaja que le ofrecia la absolucion general del papa, resistiéndose por algun tiempo á las vivas instancias del pueblo; mas al fin se dejó convencer y se determinó á ocuparse sériamente del bien público. Convocóse un parlamento que restituyó al rey la posesion de toda su autoridad, á pesar de los inútiles esfuerzos de los barones que trataron de apoderarse de él en Winchester; pero habiéndose trastornado todos sus planes, se vieron precisados á conformarse con lo que les fué imposible impedir.



Soldados del siglo XIII.

El conde de Leicester, menos desalentado que los demás por los sucesos adversos, conservaba la esperanza de destruir por entero el poder que ya habia llegado á envilecer, y con tal designio formó una confederacion poderosa con el príncipe de Galles, quien á la cabeza de treinta mil hombres marchó á invadir la Inglaterra—A. de J. C. 1263.—Apresuróse Leicester á reunir sus fuerzas á las de aquellos bárbaros, y en poco tiempo vióse espuesto todo el reino á la devastacion de un ejército sin disciplina. Los ciudadanos de Londres abrazaron esta causa, y capitaneados por su corregidor Tomás Fitz-Ricardo, hombre de carácter violento y de costumbres corrompidas, cayeron sobre los judíos y otros muchos habitantes ricos de la ciudad, llevando por todas partes la destruccion y el saqueo.

No se limitó á la ciudad de Lóndres el furor de estos facciosos, sino que se estendió á la mayor parte de las grandes poblaciones del reino, mientras que el rey, lamentándose con su acostumbrada pusilanimidad del espíritu sedicioso del siglo, se esforzaba en vano en recurrir á la proteccion del santo padre.

Cansada la nacion de aquel estado angustioso, y no viendo esperanzas de salvacion mas que en una transaccion con los insurgentes, se resolvió á concluir un tratado con las condiciones mas ventajosas para el rey y su partido. Los reglamentos de Oxford fueron nuevamente confirmados, y los barones reintegrados en la administracion del reino. Apoderáronse estos de todas las fortalezas y castillos del rey; llegaron á nombrar los empleados de la casa real, y convocaron un parlamento en Westminster para establecer sobre bases seguras el

plan de su gobernacion. Decretóse en esta asamblea que se conservase la autoridad de los veinticuatro, no solo durante el reinado de Enrique, sino tambien en el del príncipe Eduardo.

Si el imbécil monarca se mostró dispuesto de nuevo á someterse á unas condiciones tan humillantes, el jóven príncipe, por el contrario, se negó con firmeza á conformarse con ellas, y apeló al rey de Francia comprometiéndose á estar á la decision de este.

Este monarca justo y piadoso, que era Luis IX, reconoció desde luego que los derechos del príncipe habian sido formalmente violados: declaróse pues en su favor, y contando Eduardo con esta proteccion tomó las armas, último recurso de la dignidad real oprimida—A. de J. C. 1263.

El rey por su parte llamó á todos sus vasallos militares, tomando en poco tiempo mucho incremento sus fuerzas por la union de los barones que le habian permanecido fieles. Aprestóse pues á combatir; sus primeras tentativas fueron felices, sometiéndosele y abriéndole sus puertas Northampton, Leicester y Nottingham. Alentado con estas ventajas, Enrique penetró en el condado de Derby con intencion de llevarlo todo á sangre y fuego en los estados del que habia abrazado la causa de sus enemigos.

Hallábase el conde de Leicester asediando á Rochester, cuando supo los progresos del rey. Sin pérdida de tiempo levantó el sitio y se retiró á Londres, cuyos ciudadanos se le incorporaron en número de quince mil. Decidiéronse los dos ejércitos, que constaban de fuerzas aproximadamente iguales, á empeñarse en un combate definitivo, y Leicester haciendo alto á dos millas de Lews, condado de Sussex, envió al rey proposiciones de paz, no dudando que las rehusaria. Efectivamente, habiendo sido rechazadas desdeñosamente, se prepararon entrambos partidos á luchar con mucha animosidad, avanzando el conde hácia Lews, en donde las tropas del rey se hallaban dispuestas á recibirle.

El ejército real estaba en tres divisiones: el príncipe Eduardo mandaba el ala derecha; Ricardo, hermano del rey, que algun tiempo antes habia sido elegido rey de los romanos, capitaneaba la izquierda, y Enrique se habia encargado del centro.

Las tropas del conde iban en cuatro cuerpos: el primero á las órdenes de Enrique de Moutfort, hijo del general; el segundo á las del conde de Gloucester; el tercero á las del de Leicester, y el cuarto, compuesto de los ciudadanos de Londres, á las de Nicolás Seagrave. Para animar á los insurgentes, les dió una absolucion general el obispo de Chichester, prometiéndoles que los que pereciesen en la accion recibirían infaliblemente en el cielo la recompensa de sus sacrificios por una causa tan meritoria.

El primero que atacó fué el príncipe Eduardo, el cual colocado en el puesto del honor se lanzó con tanto furor sobre la milicia de Londres, que no pudiendo esta resistir tal carga, fué dispersada al momento, siendo perseguida por espacio de cuatro millas, haciendo en ella una gran carnicería Eduardo por el deseo que tenia de vengar los insultos hechos recientemente á su madre (1) por los habitantes de Londres. Pero mientras este príncipe se aprovechaba tan imprudentemente de su victoria, Leicester, guerrero hábil, atacaba con tanto ímpetu el ala izquierda, que al instante la puso en derrota haciendo prisionero al rey y su hermano.

Fué un espectáculo horrible para el jóven príncipe cuando á su vuelta vió cubierto el campo de batalla con los cadáveres de sus amigos, acreciéndose mas y mas su dolor al saber que su padre y tio habian caido prisioneros. Esforzóse al pronto por reanimar el ardor de sus tropas; pero en tanto que el artificioso Leicester le entretenia con supuestas negociaciones, su desalentado ejército fué bruscamente rodeado por el enemigo, y él mismo obligado á rendirse y someterse á las condiciones que al vencedor le plugo imponerle.

Las condiciones fueron análogas á la triste situacion de Enrique. Él y otro general llamado Enrique de Almain quedaron prisioneros en lugar del rey y del príncipe Ricardo, á quienes se les prometió la libertad. Acordóse ademas que los reglamentos de Oxford continuasen observándose como antes, sin perjuicio de ser examinados por diez franceses nombrados por el rey de Francia, tres prelados y otros tres grandes señores; que estos seis personajes designasen á su arbitrio otros tres que serian revestidos con plenos poderes para hacer las ordenanzas convenientes para la gobernacion y para poner término á las convulsiones que hubo hasta entonces. Tal fué el tratado de paz llamado despues la *Mire de Lews*.

Pero no contento el insaciable Leicester con las enormes ventajas que acababa de obtener, se resolvió á apoderarse completamente de un poder por tanto tiempo disputado. Muy lejos de deferir al arbitrio del rey de Francia, segun se habia convenido, violó todas sus promesas, y aunque el príncipe Eduardo fué encerrado en el castillo de Douvres como rehen por su padre y tio, el conde conservó prisionero á Ricardo y tuvo al rey en esclavitud dejándole solo alguna apariencia de libertad. Para poner el colmo á su perfidia, hizo servir Leicester el nombre de su soberano para los actos mas perjudiciales á los intereses de la corona, y aunque en todas partes fueron desarmados los realistas, continuó teniendo á sus partidarios en estado de defensa.

El débil monarca, espectador impasible de su misma derrota y del estado de degradacion en que estaba sumido, fué arrastrado de plaza en plaza tras de su vencedor, y se vió forzado á dar á sus gobernadores la órden de entregar sus castillos en manos de su mortal enemigo. Por fin, lograda por Leicester la usurpacion de toda la autoridad real, llegó bien pronto á alzar la máscara desplegando con impudencia toda la odiosidad de su carácter. Apoderóse de los estados de diez y ocho barones, como por parte de los despojos que habia conseguido en la batalla de Lews, así como del monopolio de todas las lanas que suministraba Inglaterra al comercio estranjero; y para mas afianzar su autoridad, ordenó que el poder supremo fuese ejercido por un consejo de nueve personas escojidas por otras tres, que eran el mismo conde, el de Gloucester y el obispo de Chischester.

A pesar de todo este poder no estaba Leicester tan seguro que no temiese la coalicion de potencias estranjeras y las maquinaciones del partido realista. El rey de Francia, á ruego de la reina de Inglaterra que se habia acojido á su corte, se preparaba para reintegrar á Enrique en su autoridad: el papa no escaseaba los rayos de la Iglesia, y otros muchos príncipes heridos de compasion por las desdichas de la real familia, estaban conformes en su interior en desear la ruina del usurpador. Empero, de la misma situacion estremadamente infeliz en que estaba sumido el reino, fué de donde brotó al fin la prosperidad de los tiempos posteriores.

Con la mira de consolidar un poder injustamente adquirido, recurrió Leicester al pueblo bajo, clase de la nacion casi ignorada hasta entonces. Al efecto convocó un parlamento, queriendo que además de los barones de su partido y muchos eclesiásticos que no eran terratenientes inmediatos de la corona, asistiesen á él dos caballeros de cada provincia y diputados de los pueblos que hasta la sazon habian sido tenidos por muy insignificantes para figurar en el parlamento. De aquí data

(1) En el momento en que los habitantes de esta ciudad robaban y degollaban á los judíos y á los ricos, la reina que vivia en la torre se asustó de tal modo del tumulto, que se decidió á huir por el agua al castillo de Windsor; pero al acercarse al puente se amontonó en derredor de ella la plebe, gritando que era preciso ahogar á aquella hechicera, abrumándola de injurias, tirándola á la cabeza huevos podridos y lodo, y aterrándola hasta el estremo de volver á la torre no atreviéndose á huir. *(Hume.)*

la creacion de la cámara de los comunes—A. de J. C. 1265, 20 de enero.

Desde la decadencia del sistema feudal habia llegado el pueblo á conseguir alguna consideracion. La institucion de las cartas gremiales por las cuales las clases reducidas á la mas dura esclavitud podian libertarse del pesado yugo que las oprimia, no solo acrecentó la preponderancia del pueblo, sino tambien su ardiente deseo de hacerse libre. El número de aquellas pequeñas repúblicas, así puede llamárselas, se aumentaba á medida que se desarrollaban las artes, las cuales llegaron muy pronto á ser tan importantes, que se les reputó dignas de tomar parte en el consejo y de sentarse en el parlamento. Este fué el orígen de una institucion que despues ha sido la salvaguardia de la libertad británica y el objeto de la admiracion de todas las naciones; aquella por tanto nació de la ambicion desmesurada de un baron orgulloso que se proponia seducir al pueblo con el mágico nombre de libertad para mejor tiranizarle y hacerle esclavo.



Un noble en traje de montería.

El parlamento convocado por Leicester con la esperanza de que los miembros apoyarian sus miras, no fué tan favorable como él se habia creido. Muchos barones de los que hasta entonces habian sido sus celosos partidarios, parecia que estaban causados de ambicion tan desmesurada, y la mayoría del pueblo que veia que la variacion de jefe estaba lejos de haberle proporcionado la felicidad, empezaba á desear el restablecimiento de la real familia en el trono.

No tardó en encontrarse Leicester en la imposibilidad de resistir á los votos unánimes de la nacion; pero quiso por lo menos convertir en mérito su condescendencia. Resolvióse pues á restituir la libertad al príncipe Eduardo, que habia sido conducido á Westminster-Hall y declarado libre por todos los barones; pero aunque se le sacó del cautiverio, era demasiado político Leicester para no hacerle vigilar con cuidado por emisarios encargados de espiar sus menores pasos y de oponerse á toda suerte de tentativa que pudiera traerle su anterior poderío.

El príncipe Eduardo, que tenia demasiada perspicacia para no conocer que él no era mas que el instrumento de la ambicion del conde, aguardaba con impaciencia la ocasion de recobrar la suspirada libertad de que solo gozaba una sombra. Presentóse por fin aquella. Disgustado el conde de Gloucester del poder arbitrario de Leicester, se alejó de la corte, retirándose á sus estados situados en las fronteras del país de Galles. Irritado este al verse abandonado, y resolviéndose á vengar la conducta de aquel, se apresuró á perseguirle, y para dar á sus armas y á su poderío un aparato mas imponente se llevó consigo al rey y al príncipe. Entonces fué cuando el jóven Eduardo se aprovechó con ardor de la ocasion por tanto tiempo esperada.

Paseándose un dia á caballo con los encargados de vigilarle les propuso una carrera. Efectuáronla; y así que se aseguró que ya no se hallaban en estado de seguirle los fatigados corceles, montó en otro que le dió el conde de Gloucester, y era de una estremada ligereza para correr: dirigiendo luego un gracioso saludo á todos los que le rodeaban, metió espuelas y huyó velozmente. Persiguiéronle por algun tiempo los emisarios del conde, hasta que les precisó á retroceder la vista de un cuerpo de tropas de Gloucester. Este suceso fué considerado como muy favorable para el partido realista, el cual se reunió inmediatamente, concurriendo á aumentar los partidarios del rey, así como su ardor, el acreditado valor del jóven príncipe, los contínuos padecimientos que el pueblo tenia hacia largo tiempo, y el apoyo del conde de Gloucester cuyo poder era muy grande.

No tardó Leicester en ponerse en la imposibilidad de resistir á los realistas, y á pesar de sus esfuerzos, de dia en dia se iba disminuyendo la preponderancia que tanto le habia costado conquistar. Su mismo hijo se desgració en una tentativa que hizo para introducir un refuerzo en Londres, siendo sorprendido por el jóven Eduardo, quien le derrotó completamente.

Ignorante el conde de la suerte de su hijo, pasó el Serven con la esperanza de volver á juntarse sin dilacion; pero en lugar de las tropas que aguardaba, se encontró con el infatigable Eduardo que se preparaba á darle batalla. A una estratagema fué á lo que este príncipe debió en parte su triunfo de aquella jornada. Mientras hacia dar á sus tropas un rodeo para atacar al conde por la espalda, mandó á otro cuerpo avanzar con los estandartes que acababa de cojer al ejército de Londes: Leicester se engañó al verlos creyendo que era el refuerzo aguardado, y se dispuso á combatir.

Por fin conoció su error el orgulloso é infortunado general, teniendo desde luego por segura su destruccion al ver el órden y regularidad con que el enemigo avanzaba sobre él por todas partes. Poseido de terror no pudo menos de esclamar: «Dios tenga misericordia »de nuestras almas, ya que van á perecer nuestros »cuerpos.»

No le abandonaba sin embargo absolutamente la esperanza de salvarse: reuniendo en derredor de sí á los soldados, los exhortó á combatir con ardor, esponiéndoles que iban á ganar ó á perderlo todo. Al mismo tiempo forzó al rey á vestirse una armadura, y poniéndole á la cabeza del ejército le obligó á combatir contra su propia causa.

Ambos partidos se lanzaron furiosos el uno contra el otro; pero debilitadas las tropas del conde por el hambre á que se vieron reducidas en las montañas de Galles, no pudieron resistir la impetuosidad del ataque del príncipe Eduardo.

Durante esta terrible jornada Leicester dió pruebas de una intrepidez asombrosa, y conservó un ardor siempre igual desde las diez de la mañana hasta las nueve de la noche. Habiéndole matado el caballo, y hallándose precisado á luchar á pié, se vió al fin en la necesidad de pedir cuartel; pero su adversario se le rehusó con una barbárie que no puede sorprender al considerar aquel siglo. El rey, que habia sido colocado á la cabeza del ejército, recibió una herida en la espalda, y como iba oculto debajo de su armadura, estuvo á punto de ser muerto por un soldado: «yo soy el rey Enrique de Winchester,» gritó, con lo cual un caballero del ejército real

se precipitó hácia él y le salvó. El príncipe Eduardo, que conoció la voz de su padre, corrió á su lado haciéndole trasladar en seguida á un lugar seguro.



El cuerpo de Leicester fué encontrado entre los muertos, teniendo un tal Mortimer la crueldad de mutilarlo y enviarlo á su infortunada viuda como testimonio de los triunfos del partido realista.

Esta victoria fué decisiva; de modo que los que hasta entonces fueron perseguidos vinieron á su vez á ser perseguidores. El rey, á quien sus largos padecimientos le habian hecho vengativo, se resolvió á descargar su venganza sobre los de Londres, que siempre habian estado dispuestos á abrazar el partido de sus enemigos. Llegó no obstante á dejarse disuadir, aunque no sin dificultad, de la idea de destruir aquella ciudad, rindiéndose á las muestras de sumision que le dieron al momento los ciudadanos de Londres, y contentándose con privarla de las insignias militares y fortificaciones, y con imponer una contribucion enorme sobre los habitantes.

El corregidor sedicioso Fitz Ricardo fué aprisionado pagando su perdon con la pérdida de una parte de sus rentas. De los rebeldes, unos se sometieron y otros fueron perseguidos con rigor, siendo demolidos sus castillos; con lo cual apenas hubo un refractario que en lo sucesivo se atreviese á oponerse á la autoridad real—A. de J. C. 1266.

Entre el corto número de los que persistieron todavía obstinadamente, habia uno llamado Adan de Gourdon, que en otro tiempo habia sido gobernador del castillo de Dunster, y á quien su valor y fuerza le habian adquirido gran reputacion. Este baron impetuoso se mantuvo algun tiempo en los bosques de Hampshire y devastó los condados de Berks y de Surrey. Precisado el príncipe Eduardo á dirigirse á esta provincia con un cuerpo de tropas para someter á aquel rebelde, le atacó con mucho ardor é intrepidez, y saltando con algunos valientes por encima de las trincheras del punto en que Gourdon estaba encerrado, se presentó impensadamente á la vista del enemigo, á quien batió é hizo pedazos. Gourdon conoció al príncipe al instante y voló hácia él. Empeñóse un combate singular entre estos dos valientes adversarios, los cuales lucharon por largo tiempo con igual suerte, hasta que la fortuna de Eduardo triunfó al fin sobre la del baron: un tropezon que dió Adan, fué causa de que recibiese una herida que le puso fuera de combate, obligándole á rendirse.

Eduardo, tan generoso como valiente, no solo le otorgó la vida, sino que además lo presentó la misma tarde á la princesa su esposa en Guildfort, le consiguió el perdon, así como la devolucion de sus bienes, y le dispensó su favor.

No fué Gourdon ingrato á tamaña prueba de generosidad: desde aquella época sirvió siempre fielmente á Eduardo, acompañándole á todas partes, combatiendo á menudo á su lado, y participando de los mismos peligros á que el príncipe se esponia.

Así fué como este supo por su magnanimidad hacer menos humillante la victoria para los vencidos. La constitucion, que por tan largo tiempo habia estado menoscabada por las discordias civiles, recobró todo su vigor, y restablecida la paz en el reino, Eduardo pudo por fin esperar que en lo sucesivo no estaria en manos de barones rebeldes el destruir la potestad real.

Empero el conde de Gloucester, que era quien mas se habia esforzado por restablecer al rey todos sus derechos, creyó muy pronto que no habia recompensa bastante para sus servicios, y se atrevió á arriesgarse abiertamente á otra revuelta. Al instante fué sometido por el príncipe, que le obligó á firmar un compromiso prometiendo pagar veinte mil marcos en el caso de volver á sublevarse.

Al ver Eduardo libre al reino de los trastornos que lo habian desgarrado, sintió despertarse en él el espíritu de caballería y el ardiente deseo de gloria que siempre se habia notado en sus hechos: y así se determinó á emprender una espedicion contra los infieles. Las cruzadas eran á la sazon el objeto principal de la ambicion de todos los guerreros, para quienes toda otra guerra era insignificante, y mezquinos los triunfos en comparacion de los que se lograsen contra los enemigos de la religion y de Cristo. Este célebre campo de batalla, siempre inundado de sangre, era el teatro de todos los guerreros mas valientes, de los cristianos mas piadosos y poderosos, y de los príncipes mas ambiciosos.

Con tal objeto santo y caballeresco, condenado despues por las costumbres é ideas posteriores á pesar de que se fundaba en motivos los mas nobles, fué con el que Eduardo se embarcó para la Tierra Santa, seguido de un ejército considerable, y se dirigió al campo del rey de Francia, Luis IX, que á la sazon estaba delante de Túnez—A. de J. C. 1270.—Allí tuvo la pena de saber que este escelente monarca habia fallecido poco antes de su llegada: afligido, aunque no desalentado con tan triste noticia, prosiguió su viaje arribando felizmente á la Palestina.

No bien se ausentó Eduardo de Inglaterra, cuando la salud del viejo rey empezó á trastornarse; y así este en vista de la situacion crítica de su vida y de la tranquilidad del reino, escribió muchas cartas á su hijo para que se apresurase á regresar cuanto antes. Volvian á amenazar los disturbios disipados por Eduardo, y los barones, hábiles en valerse de la debilidad del rey, oprimian de nuevo al pueblo impunemente: cuadrillas de ladrones infestaban varias provincias, y la plebe de Londres tornaba á tomar su acostumbrada licencia.


Moneda de Enrique III.

La posicion de Enrique llegó á ser mas embarazosa que nunca con la muerte de su hermano Ricardo—A. de J. C. 1272,—que desde largo tiempo le ayudaba con sus consejos. El rey, cada vez mas cansado, y no sintiéndose ya con fuerzas para sostener el cetro que le estaba confiado, deseaba ardientemente el regreso del valiente Eduardo. Por fin, agobiado por el peso de los negocios y por los achaques de la edad, ordenó que le trasladasen á cortas jornadas de San Edmonsbury á Westminster; y llamando allí al conde de Gloucester, le hizo jurar que mantendria la paz en el reino y que defenderia la autoridad y los intereses de su hijo. Espiró en la misma noche, y á la mañana siguiente el gran sello fué entregado al arzobispo de York y á los lores del consejo privado.

Enrique murió á los sesenta y seis años de edad y cincuenta y siete de reinado, que fué el mas largo de todos los de los anales de Inglaterra.—A. de J. C. 1272. —Las cualidades de este príncipe eran mucho mas á propósito para la vida privada que para la pública, y su facilidad, sencillez y dulzura le hubieran asegurado en un rango medio la felicidad que no pudo lograr en el trono.

Empero, á pesar de las calamidades de tal reinado y la imbecilidad de este príncipe, al pueblo inglés le resultó un bien inapreciable, cual fué la libertad que la supo conservar bajo el cetro de los altivos é imperiosos monarcas que sucedieron á Enrique. El espíritu de libertad que se habia esparcido por toda la nacion insensiblemente, no cesó despues de manifestarse siempre que era preciso, en términos de que á medida que las órdenes mas elevadas del estado fueron perdiendo su poder absoluto, el pueblo supo aumentar su influencia y sacar partido de todas las circunstancias favorables que se le presentaron.

Las desgracias pues que las guerras civiles atrajeron sobre el pueblo fueron mucho menos deplorables de lo que debieran, al considerar las ventajas que resultaron con la formacion de la constitucion actual.

CAPÍTULO XIII.

EDUARDO I.

(Desde el año de J. C. 1272 hasta el de 1307.)

Interin el infortunado Enrique luchaba en vano contra el espíritu rebelde de sus súbditos, su hijo Eduardo, portándose con valor en la Palestina, realzaba la gloria del nombre inglés y hacia temblar á los infieles.



Eduardo I.

Habiendo arribado este príncipe hácia la parte de la ciudad de Acre, á la sazon en que los sarracenos trataban de sitiarla, voló sin vacilar al socorro de esta plaza persiguiendo al enemigo, sobre el cual consiguió diferentes victorias, que á pesar de su mucha importancia no fueron decisivas. Sin embargo, era tal el terror que causaron á aquel, que se decidió á deshacerse por traicion del valeroso guerrero á quien no podia vencer en el campo del honor.

Hacia mucho tiempo que una tribu de fanáticos mahometanos habia tomado posesion de una montaña inaccesible de la Siria, siendo gobernados por un pequeño príncipe conocido entre los ejércitos cristianos por el *Viejo de la montaña*, y cuyos súbditos eran llamados *asesinos*, palabra que originó despues el título odioso con que se designa al que mata á sus semejantes. Estos fanáticos, ciegamente entregados á su jefe, y estimulados por una supersticion horrible, habian jurado la destruccion de todo príncipe ó jefe cristiano que fuese enemigo de ellos. Era inútil amenazarlos con castigos, pues á pesar de conocer los peligros á que se esponian, todo lo arrostraba en fuerza de su firme resolucion de esterminar á los que llegaban á profesar un odio implacable.

La capital de esta tribu habia sido tomada poco tiempo antes por los tártaros, que pasaron á cuchillo á todos los habitantes; pero habiéndose salvado algunos, educados como estaban en la escuela de la supersticion y del fanatismo, uno de ellos formó el proyecto de asesinar al príncipe de Inglaterra.



Eduardo I (1).

Para conseguir el permiso de ver á este príncipe, finjió el asesino que tenia que entregarle de parte del gobernador de Joppe unas cartas que trataban de una negociacion. Este negocio le dió libre acceso al príncipe, que se complacia en conversar en francés, cuya lengua comprendia muy bien el asesino, y así se entretuvo este por algun tiempo entrando y saliendo con libertad en los aposentos de aquel.

Introdújose en ellos como siempre el viernes de Pentecostés, y encontrando solo á Eduardo, como este le dijese que el calor estremado que hacia le habia precisado á dejar sus vestidos entreabiertos, esto fué para el infiel una circunstancia favorable, y se determinó á aprovecharla inmediatamente. Después de mirar alrededor y asegurarse que nadie podia verle, sacó un puñal de su seno y se lanzó sobre el príncipe para herirle; pero Eduardo, que adivinó al instante la intencion del asesino, supo conservar bastante presencia de ánimo para tener el golpe, no siendo herido mas que en un brazo; y como viese que el malvado le queria acometer de nuevo, logró derribarle, y arrancándole de las manos el arma fatal se la clavó en su seno.

Los criados del príncipe acudieron al ruido, y saciaron su venganza en el cuerpo del pérfido, que tan indignamente acababa de abusar de las leyes de la hospitalidad. Hallándose emponzoñado el puñal, se hacia muy peligrosa la herida del príncipe, y no tardaron en manifestarse síntomas alarmantes. Conociendo este el riesgo que corria, hizo testamento y se preparó con valor y firmeza á dejar de existir, contento con morir por una causa que le aseguraba la vida eterna; mas tambien le sacó la fortuna de este peligro por medio de un hábil cirujano inglés, quien logró con profundas incisiones estraerle la carne corrompida por el veneno, siendo tan eficaz la curacion, que en quince dias se restableció el príncipe.

Una cura tan inesperada fué mirada como milagrosa por el supersticioso ejército, afirmando muchas personas que el príncipe debia la vida á la piedad y ternura de la princesa Leonor, su esposa, la cual á riesgo

(1) Era llamado de largas piernas porque las tenia de estremada longitud y muy delgadas.

de perderse ella misma, chupó la llaga y estrajo el veneno.

Como quiera que sea, es probable que el peligro que acababa de correr, le apresuró á Eduardo á escuchar las proposiciones de transaccion que poco tiempo despues le fueron ofrecidas por el soldan de Babilonia, á cuyos embajadores recibió con las mayores muestras de consideracion, concluyendo con ellos una tregua de diez años, diez semanas y diez dias.

Tan pronto como hubo terminado los asuntos de la Palestina lo mas favorable que fué posible, embarcóse Eduardo para Sicilia, adonde llegó con felicidad, y allí fué donde recibió las tristes noticias de la muerte de su padre y de su hijo Juan. Esta última desgracia la suportó con resignacion; mas el fallecimiento de aquel le sumió en una estrema desesperacion: por lo cual el rey de Sicilia no pudo prescindir de manifestarle su sorpresa, respondiéndole Eduardo que por dolorosa que fuese la pérdida de un hijo, dejaba la esperanza de ser reparada algun dia, pero que la de un padre era irreparable.

Aunque la muerte del rey de Inglaterra aconteció en una época en que el heredero se hallaba tan lejos del reino, no obstante se tomaron tan buenas medidas, que la corona le fué trasmitida sin la menor turbulencia. La alta reputacion que el príncipe se habia adquirido durante las últimas conmociones, le atrajo la estimacion y el afecto de toda la nacion inglesa; de modo que en lugar de los sentimientos de oposicion que se debian aguardar de parte de unos súbditos tan indomables y divididos en opiniones, pareció que un solo deseo único los reunió en aquellas circunstancias, haciendo votos cada cual por el regreso de un príncipe tan querido, á quien se ansiaba recibir en triunfo.



Leonor.

Noticioso Eduardo del estado de tranquilidad en que se hallaba el reino, no creyó necesario apresurarse á ir á tomar posesion del trono, y así pasó cerca de un año en Francia antes de tornar á Inglaterra. Los honores que recibia en el continente, y las aclamaciones con que era acojido en todos los puntos por donde transitaba, ofrecian demasiados encantos á un príncipe jóven y amante de la gloria, para que renunciase á ellos al instante. Además, no pudo resistir al deseo de dar pruebas de su bravura en un torneo á que fué invitado por el conde de Chalons que le desafió á combatir. Animado el rey del espíritu caballeresco de aquel siglo, aceptó el desafio, y propuso lidiar con sus caballeros contra todos los que quisiesen entrar en la liza. Favorecióle tambien la fortuna en esta ocasion; pero sus triunfos cambiaron el teatro de los juegos en arena de discordia.

Como el conde de Chalons fué vencido, á los sentimientos de una emulacion noble sucedió tal furor en él, que atacó sériamente á los ingleses; de modo que el teatro en que no debian desplegarse mas que la destreza y los talentos, se cubrió bien pronto con una sangre vertida inútilmente. Eduardo y sus caballeros sostuvieron su superioridad logrando nuevos triunfos.

Desde Chalons el nuevo rey se dirigió á París, en donde fué recibido con magnificencia por Felipe III, rey de Francia, á quien hizo homenaje por los territorios que los reyes de Inglaterra tenian en aquel reino. Desde París pasó á Gascuña, á fin de reprimir la insolencia de Gaston de Beurn que se habia sublevado durante la ausencia de Eduardo, quien desde allí se trasladó á Montreuil á apaciguar algunas diferencias que se suscitaran entre los ingleses y flamencos. Por fin, despues de tantas batallas, peligros y fatigas sin cuento, volvió á entrar en sus estados en medio de las aclamaciones de todo su pueblo, siendo coronado del modo mas solemne en Westminster por el arzobispo de Cantorbery—A. de J. C. 1274.

La alegría del pueblo inglés en estas circunstancias fué indecible: las fiestas y regocijos continuaron por espacio de quince dias á espensas del rey, y fueron soltados quinientos caballos con la particularidad de que los apropiasen los que pudiesen cojerlos en la carrera. El rey de Escocia y otros muchos príncipes acudieron á realzar la solemnidad de aquellas fiestas, é hicieron homenaje á Eduardo por los territorios que dependian de la corona de Inglaterra. Nada faltaba ya á la felicidad del pueblo, ni tenia este que pedir mas que su continuacion, la cual todos podian esperar fundadamente de la justicia, economía y prudencia del rey.

Colocado Eduardo sobre un trono pacífico, vió al fin debilitarse de dia en dia todos los intereses opuestos á los suyos. Los barones estaban cansados de sus mútuas disensiones: el clero, apurado por las numerosas exacciones del papa, no estaba acorde mas que para detestarle: el pueblo odiaba al clero, como lo patentizaba por los muchos ataques contra los conventos. Mas por discordes que estuviesen ciertas órdenes del estado, se mostraban conformes en un punto, que era el de querer y reverenciar al rey.

En un estado de cosas tan favorable habia por consiguiente pocos motivos para emplear medidas opresoras contra el pueblo, que lleno de confianza en el rey, le otorgó los impuestos que pidió, y que indudablemente hubieran sido negados á su predecesor de una manera terminante. Eduardo era prudente naturalmente; de modo que, aunque rey absoluto, se contentaba con no hacer uso mas que de un poder moderado, no queriendo mostrarse terrible sino contra sus enemigos.

Su primer cuidado fué el corregir los abusos que en los últimos años del reinado de su padre se habian introducido en el gobierno: queria, distribuyendo exactamente la justicia, proteger y reformar todas las clases del estado; por lo cual no descuidó ninguna ocasion de examinar atentamente la conducta de los magistrados y jueces, destituyendo sin distincion á los que se hacian culpables por negligencia, ó eran susceptibles de dejarse corromper. De este modo estableció una severa administracion de justicia que se observó constantemente en todo su reinado. Es verdad que era rígido con el pueblo; mas este rigor fué provocado á menudo por la licencia desenfrenada de aquel siglo.

Los judíos fueron los únicos que no participaron de aquella igual distribucion de la justicia; pues educado Eduardo con respecto á ellos en las preocupaciones que aumentó su espedicion á la Tierra Santa, ninguna compasion tuvo de los padecimientos de aquellos infortunados. Impúsoles muchos tributos arbitrarios; ahorcó á la vez doscientos ocho por monederos falsos; confiscó los bienes de otros, y todos los que eran de esta religion fueron totalmente espulsados del reino. Semejante rigor, por mas irregular que fuese, pareció agradar al pueblo, que aborrecia á los judíos, no solo por sus dogmas, sino mas principalmente por su usura y contínuas estorsiones.

Empero era demasiado noble el alma de Eduardo para sentirse satisfecha con las vanas alabanzas que le ocasionara un acto de opresion cruel. Resolvióse á to-

mar las armas contra Llewelyn, príncipe de Galles, quien se habia negado á rendirle homenaje, y parecia tratar de libertarse de toda dependencia de la corona de Inglaterra. Los galleses, pueblo que habia conservado fielmente desde muchos siglos antes sus leyes, su idioma, sus costumbres y creencias, descendian de los antiguos bretones salvados de las invasiones de los romanos y sajones. Hasta la época de que se habla, nadie habia atentado contra su libertad, ni ejército alguno estranjero habia hollado todavía el suelo de aquella tierra. Como su corto número los ponia en la imposibilidad de hacer frente á sus poderosos vecinos, su defensa principal eran las inaccesibles montañas que formaban las murallas naturales del país.

En todas las ocasiones en que la Inglaterra estaba esclusivamente ocupada en sus discordias intestinas, ó en que las guerras continentales habian alejado del reino las fuerzas, era como una ley constante para los galleses el enviar sus tropas irregulares á devastar los puntos mal custodiados en que pudiesen penetrar. Nada es mas nocivo para un país que la vecindad de tales principados independientes, gobernados por varios jefes, y guiados por opuestos intereses: la rivalidad y mútua desunion de estos pequeños gobernadores no pueden menos de llegar á ser molestas á la generalidad y perjudiciales á su bienestar; y así, cualquiera que sea el partido que se sobreponga á los demás, siempre se paga bien caro el lustre de un triunfo momentáneo.

Convencido Eduardo de esta verdad, deseaba largo tiempo habia someter aquel pueblo vagamundo, y con tal intencion habia ordenado á Llewelyn que fuese á rendirle homenaje. Habiéndose rehusado el príncipe gallés á obedecer á aquella intimacion, á no ser que el rey de Inglaterra le entregase como rehen á su propio hijo, Eduardo, ateniéndose á semejante negativa, tomó pretesto para declarar la guerra á Llewelyn, y levantando un ejército considerable se dirigió hácia el país de Galles, contando con el triunfo—A. de J. C. 1277.

Al aproximarse, no queriendo el príncipe gallés entregarse á las vicisitudes de un combate, se retiró á las inaccesibles montañas de Snowdon con la resolucion de defenderse en ellas hasta el último estremo: estas escarpadas montañas eran las fortalezas naturales que, durante muchos siglos, habian protegido á sus ascendientes contra las tentativas de los normandos y sajones. Siendo Eduardo tan discreto como valiente, fué reconociendo cuidadosamente todo el terreno hasta lograr penetrar en el centro del territorio de Llewelyn, marchando á sorprender al ejército gallés en su último asilo. Al principio Llewelyn hizo poco caso de los progresos del enemigo, suponiendo que no trataria mas que de una invasion pasajera y que se alejaria al instante: esta esperanza dió lugar muy pronto á la consternacion mas viva, cuando vió que el rey ponia sus tropas al pié de la montaña y rodeaba al ejército gallés con el designio de rendirle por hambre. Desprovisto de almacenes y encerrado en un estrecho recinto, sin provisiones para sus tropas ni pastos para sus ganados, no le quedaba otro recurso que morir ó rendirse. Convencido el infortunado príncipe de Galles de la imposibilidad de hacer ningun esfuerzo para conservar su independencia, se sometió á discrecion, siendo precisado á aceptar las condiciones que al vencedor le plugo imponerle.

Llewelyn accedió á pagar cincuenta mil libras esterlinas por los gastos de la guerra: además se obligó á rendir homenaje á la corona de Inglaterra; á permitir á todos los barones, á escepcion de los cuatro mas próximos á Snowdon, á jurar fidelidad á la misma corona, á abandonar el territorio situado entre Cheshire y el rio de Conway; á satisfacer las justas demandas de su familia (1), y á dar rehenes para seguridad de su sumision.

Empero solo fué de corta duracion la tranquilidad que siguió á este tratado: la opresion del vencedor y el orgullo ofendido de la nacion conquistada, no pudieron existir largo tiempo sin producir nuevas disensiones. Los lores de las Marcas (1) cometian continuamente violencias contra sus vecinos los galleses; y aunque Eduardo condonó al príncipe las cincuenta mil libras estipuladas en el tratado, algun tiempo despues le impuso nuevas condiciones mas humillantes todavía que las primeras: entre otras cosas le exigió en Worcester la promesa de que no mantendria en su principado á ninguna persona que pudiese desagradar al rey de Inglaterra—A. de J. C. 1281.—Semejante demanda era demasiado ofensiva para ser aceptada, y así los galleses volaron de nuevo á las armas. Un cuerpo de tropas mandado por David, uno de los hermanos de Llewelyn, asoló el país, tomó el castillo de Hawarden, hirió gravemente á sir Roger Clifford, juez de las Marcas, haciéndole prisionero, y llegó á poner sitio al castillo de Rhudlan.



Puerta del templo en Londres.

Luego que Eduardo supo estas hostilidades, juntó un ejército numeroso y se puso en camino, resuelto á esterminar á Llewelyn y toda su familia, y á reducir á su pueblo á un estado tal de esclavitud, que en lo sucesivo estuviese imposibilitado para sublevarse y turbar á sus pacíficos vecinos—A. de J. C. 1282.

Sin embargo, los esfuerzos del rey no fueron coronados con los buenos resultados de costumbre. Al hacer los ingleses un puente de barcas para atravesar el estrecho de la Menay, lord Latimer y de Thonic que mandaban un cuerpo de tropas, quisieron pasarlo antes de estar concluido, para patentizar su valor á los ojos del enemigo. Los galleses, que estaban observando, permanecieron quietos en sus fortalezas, hasta el momento en que la alta marea fué á cerrar la estremidad del puente y á cortar toda retirada á los acometedores. Entonces salieron aquellos de sus montañas dando feroces gritos, y no escuchando mas que su furor pasaron á cuchillo á todas las tropas que habian atravesado el estrecho.

Esta victoria reanimó su valor, y desde luego creyó aquel supersticioso pueblo que el cielo se declaraba á su favor, al tenor de una profecía de Merlin, que anunciaba que Llewelyn llegaria á restablecer el imperio de

(1) Sus dos hermanos, David y Rodrigo, habian sido despojados por él de su herencia, y recurrieron á Eduardo para que les hiciese justicia.

(1) Llamábase así á la nobleza que habitaba en las fronteras de Galles y Escocia.

Brutus en Bretaña; y como además habia predicho un adivino que el mismo Llewelyn atravesaria algun dia las calles de Londres con una corona en la cabeza, tales desvaríos bastaron para determinar á este príncipe á aventurarse á una batalla decisiva contra los ingleses. Con tal designio avanzó hácia el Radnorshin y pasó el rio Wye; pero sus brillantes esperanzas fueron al momento burladas, siendo sorprendido su ejército y destrozado por Eduardo Mortimer, ínterin él conferenciaba con un baron de aquella comarca.

Aterrado al regresar con los triunfos del enemigo, y no pudiendo ya dudar de su deplorable situacion, se lanzó desesperado á las filas inglesas, entre las que encontró al instante la muerte que con tanto ardor buscara. Conociéndole un capitan inglés, le cortó la cabeza y la envió á Londres, en donde fué recibida con demostraciones de regocijo. Fácilmente se comprende la barbarie de aquel siglo por las fiestas feroces que con tal motivo tuvieron los ciudadanos de Londres, quienes pusieron una corona de plata en la cabeza del muerto para que se cumpliese la prediccion del adivino, colocándola despues sobre una picota, á fin de que la plebe pudiese saciar su vista con tal espectáculo.

Acobardados los súbditos de este desdichado príncipe con la pérdida de su idolatrado jefe, se sometieron forzosamente al vencedor; mas no obedecian sino con repugnancia, ni servian á sus nuevos señores mas que con frialdad y disgusto. David, el hermano de Llewelyn, tuvo poco tiempo despues una suerte semejante á la de este. Abandonado de todos los suyos, se vió precisado á esconderse en las cavernas del país, en las que vivió por algun tiempo, hasta que descubierto su asilo fué cojido, juzgado y condenado como traidor. La crueldad mas horrible acompañó á la ejecucion de la sentencia, siendo ahorcado y descuartizado por haber defendido con valor sus posesiones hereditarias y la espirante libertad de su patria.

Con él acabó el gobierno separado del territorio de Galles, el cual entró á hacer parte de Inglaterra, siendo erigido en principado que desde entonces pertenece al primogénito de la corona.

Esta conquista estraña que podia ser mas gloriosa para la nacion inglesa, acrecentó no obstante la prosperidad del reino. En cuanto á los galleses, confundidos desde entonces con los ingleses, se habituaron insensiblemente á los vencedores, aunque solo al cabo de muchos siglos fué como se estinguió la inveterada animosidad entre ambas naciones.

Por lo mismo, Eduardo tuvo que vencer las mayores dificultades: jamás se encorvó pueblo alguno con mas repugnancia bajo un yugo estranjero. Los bardos de aquel país, que principalmente se ocupaban en cantar las acciones gloriosas de sus antepasados, parecieron peligrosos al rey, quien, temiendo que alimentarian en el ánimo de los galleses un secreto deseo de recobrar su primera libertad, mandó con una política bárbara, aunque á la sazon poco sorprendente, que todos fuesen desapiadadamente degollados.

Eduardo trató de dulcificar, segun se refiere, este acto de severidad con otra medida política y mas oportuna para halagar la vanidad de aquel pueblo y entretener su supersticion: quiso que la reina de Inglaterra tuviese sus partos en el castillo de Caernavon, y apenas dió á luz un hijo, lo presentó el rey á los lores galleses, como natural de su país y destinado á gobernarlos algun dia. Semejante idea les agradó á los lores, y celebraron con alegría el nacimiento del príncipe, considerándole desde luego como á jefe que debia reinar sobre ellos, y distinguirlos del pueblo inglés, que á la sazon tenia otro príncipe destinado á ser heredero presuntivo de la corona de Inglaterra.

Pero la muerte prematura de este infante, llamado Alfonso, hizo poco tiempo despues al jóven Eduardo, que habia sido creado príncipe de Galles, único heredero de la monarquía inglesa; y desde entonces entrambas naciones han estado siempre confundidas en una sola.

Una vez lograda esta importante conquista, allanó el camino á otra mas importante todavía, por mas que no fuese seguida de ventajas tan duraderas. Alejandro III, rey de Escocia, murió de una caida del caballo sin dejar otro heredero del reino que su nieta Margarita. Esta jóven princesa murió igualmente, y su muerte ocasionó fuertes disputas sobre la sucesion al trono de Escocia, reclamado á la vez por doce pretendientes—A. de J. C. 1291.—Los regentes del reino, viendo á la nacion dividida en tantas facciones como pretendientes, no quisieron encargarse de resolver una cuestion de tan grande importancia; y así los nobles de todas las opiniones convinieron unánimemente, despues de largos debates, en someterse al arbitraje del rey de Inglaterra.

Los numerosos candidatos llegaron á reducirse á tres, que eran los descendientes del conde de Huntingdon por la línea femenina. Juan Hasting hacia valer los derechos de su madre como coheredera del trono; Juan Baliol pretendia asimismo como nieto de la hija mayor del conde, y Roberto Bruce como hijo y heredero directo de la segunda hija de Huntingdon.



Baliol.

Esta contienda fué remitida al arbitrio del rey de Inglaterra, el cual, aunque ya tenia tomada su resolucion largo tiempo hacia con respecto á la herencia de aquel reino, dió órden sin embargo de examinar el asunto con toda la detencion posible, á fin de ponerse en disposicion de responder á todos los argumentos que pudiesen objetarle de una parte y de otra. Las investigaciones que se hicieron en las antiguas crónicas, proporcionaron el descubrimiento de diferentes pasajes que podian ser interpretados en su favor; y así sin mas dilacion, en lugar de admitir los derechos de los aspirantes á la corona, hizo valer atrevidamente los suyos, apoyando sus pretensiones en un ejército formidable que condujo en persona á la frontera de Escocia.

Llenáronse de asombro los barones escoceses con una declaracion tan inesperada; pero á pesar de su indignacion no osaron oponerse, y convinieron en ir al castillo de Horam, situado en la ribera meridional del Tweed, en donde Eduardo habia convocado un parlamento. Allí presentó las pruebas de la superioridad de sus derechos, que él creia incontestables, y pidió que fuesen reconocidos por los barones, rogándoles no obstante que los examinasen con imparcial justicia, deliberando entre sí sobre lo que juzgasen mas oportuno.

En medio de la sorpresa, los barones no supieron al pronto qué responder. Cuando una cuestion es enteramente indefensible, es difícil decidirse á combatirla. Ellos por lo tanto continuaron guardando un silencio que Eduardo consideró como un consentimiento tácito: dirigiéndose entonces á los pretendientes de la corona, les preguntó si reconocian la superioridad de sus derechos; mas segun ya lo habia fundadamente previsto, ninguno se atrevió á irritar con su repulsa

al que por unanimidad habia sido elegido árbitro. Roberto Bruce fué el primero que accedió á reconocer la superioridad de Eduardo, y los otros no tardaron en seguir el mismo ejemplo.

Hecho pues Eduardo señor *ligio* (1) del reino, pensó en examinar cuál de los pretendientes burlados sería mas á propósito para gobernar la Escocia bajo sus órdenes; y para dar á esta investigacion apariencias de imparcialidad nombró al efecto cien comisarios, cuarenta de los cuales fueron escojidos de entre los partidarios de Juan Baliol, otros cuarenta de los de Roberto Bruce, y los veinte restantes de los del rey de Inglaterra. Cuando los referidos comisarios se reunieron en Berwick, Eduardo se ausentó hácia el mediodia con el pretesto de que queria dejarlos deliberar sin coaccion alguna.

Giraba la discusion principalmente sobre la cuestion de averiguar si Baliol, que descendia de la hija mayor de Huntingdon, pero de un grado mas lejano, debia ser preferido á Bruce, que era hijo de la mas jóven de las tres hermanas. Los derechos de sucesion estaban establecidos en aquella época como poco mas ó menos lo estan hoy dia en Europa. No solo los comisarios investigadores, sino hasta los mejores jurisconsultos se pronunciaron en favor de Baliol: con lo cual, reconociendo el rey la superioridad de sus derechos, le puso en posesion del cetro escocés y de todas las fortalezas que provisionalmente habian pasado á sus manos, despues de recibirle de nuevo el juramento de fidelidad á la corona de Inglaterra.

Así fué como Baliol fué puesto en el trono de Escocia, no tanto como rey, cuanto como vasallo de Eduardo, cuyo primer acto bastó para convencer á los escoceses que su intencion era ensanchar su prerogativa todo lo posible.

En lugar de acostumbrarlos gradualmente al nuevo yugo que les habia impuesto, y de no hacerles sentir su preponderancia sino por pasos lentos é imperceptibles, empezó al instante á dejarles entrever que su secreto deseo era el mandar como amo en aquel país.

Un mercader de Gascuña presentó á Eduardo una peticion, por la cual le hacia saber que el difunto rey de Escocia, Alejandro, le estaba debiendo una suma considerable, y que todas las gestiones que habia hecho cerca de Baliol habian sido inútiles, sin que hasta entonces hubiese podido lograr que se le pagase. Asióse Eduardo con ardor de esta ocasion de ejercer sus nuevos derechos, y así requirió al rey de Escocia que compareciese en Westminster á responder en persona á la queja del mercader.

En el espacio de un año envió á Baliol seis requerimientos acerca de cosas tan insignificantes como la referida; y por fin fué tal su conducta, que no tardó en conocer el pobre rey de Escocia que él no tenia mas que el vano nombre de soberano. Impaciente por libertarse del yugo de un amo tan imperioso, consiguió que le relevase el papa de su juramento de fidelidad—A. de J. C. 1295.—Entonces formó con Felipe el Hermoso, rey de Francia, un tratado que fué entre ambas naciones el orígen de una union que, durante muchos siglos, habia de ser fatal para los intereses de Inglaterra; y para confirmar esta alianza, el rey de Escocia convino en casar á su hijo mayor con la hija de Felipe.

Eduardo, para quien no eran un misterio estas negociaciones, se esforzó por parar el golpe que le amenazaba, convirtiéndose en agresor. En consecuencia, intimó á Juan que cumpliese esplícitamente los deberes de vasallo, y que le enviase un número mayor de tropas para rechazar una invasion de los franceses, con quienes hacia algun tiempo se hallaba en contienda. Mandóle además que le entregase algunas de las principales fortalezas, y que se dispusiese á comparecer en el parlamento convocado para Newcastle.

Segun ya lo habia previsto, ninguna de sus órdenes cumplió el rey de Escocia; por lo cual, decidido Eduardo á forzarle á obedecer, marchó contra él á la cabeza de treinta mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería—A. de J. C. 1296.—Como los escoceses tenian poca confianza en la fuerza y valor de su rey, nombraron un consejo de doce nobles para que le ayudasen, ó, hablando mas propiamente, para que vigilasen sus pasos: luego levantaron un ejército de cuarenta mil hombres, y marcharon hácia las fronteras que Eduardo se preparaba á atacar.

Desgraciadamente para ellos, algunos nobles de los de mas importancia, entre los que se contaban Roberto Bruce y su hijo, se esforzaron por reconquistar el favor del rey con una pronta sumision, lo cual no contribuyó poco á intimidar y desalentar al resto de los partidarios de Baliol. Los progresos de las armas inglesas fueron rápidos y ruidosos. Berwick fué tomada por asalto, cayendo prisionero el gobernador, sir William Douglas, y siendo pasada á cuchillo la guarnicion, compuesta de siete mil hombres.

Orgulloso Eduardo con tales triunfos, se apresuró á enviar al conde de Warenna con diez mil hombres á sitiar á Dumbar. Conociendo los escoceses toda la importancia de esta plaza, volaron á su socorro avanzando con el grueso del ejército, á cuya cabeza iban los condes de Mar, de Bruchan y de Lenox: el número estaba por su parte; pero el valor y la disciplina estaban enteramente por la de los ingleses. Fué de corta duracion el combate: introdújose la confusion en las filas escocesas, y murieron quince mil hombres: el castillo de Dumbar y toda la guarnicion se rindieron al dia siguiente. Eduardo, que mandaba el cuerpo principal del ejército, fué siempre avanzando, seguro de marchar á la victoria; y en efecto las fortalezas mas importantes le abrieron sus puertas casi sin resistencia, sometiéndose al vencedor todos los partidos meridionales.

No fué tan fácil el reducir las provincias del Norte, que estaban defendidas por montañas inaccesibles y bosques impenetrables. Para hacerse dueño de ellos, llevó Eduardo de Irlanda y de Galles cierto número de hombres, que habituados á aquella especie de guerra, eran mas á propósito para perseguir y descubir al enemigo en sus guaridas. Pero Baliol hizo inútiles todos los preparativos; pues reflexionando que en las circunstancias en que se encontraba era preferible una sumision pronta á una obstinada resistencia, se resolvió á salir de sus desiertos y montañas, temiendo allí perecer de hambre, y despues de protestar á Eduardo el mas profundo arrepentimiento, se apresuró á concluir la paz.

Para darle una satisfaccion cumplida resignó solemnemente la corona en manos del mismo monarca. Todos los escoceses siguieron el ejemplo de Baliol; con lo cual hecho Eduardo señor absoluto del reino, tomó todas las precauciones necesarias para afirmar en él su imperio, y abolir la diferencia que hasta entonces habia existido entre Inglaterra y Escocia; diferencia peligrosa, pues propendia á mantener en este último país las ideas de independencia.

Hizo destruir los archivos y todos los monumentos antiguos que contribuian á alimentar el orgullo nacional en los pechos de los escoceses, é igualmente mandó quitar una piedra, que segun la tradicion habia sido la almohada de Jacob, y en ella solian sentarse los reyes de Escocia cuando eran consagrados, porque estaban en la

(1) Esta espresion es poco usada. Dícese vasallo ligio, *ligatus*, porque está ligado por obligaciones estrechas. Por señor ligio debe entenderse señor que liga. Un hombre ligio, un feudo ligio, estaban en efecto ligados al soberano de un modo mas estrecho que los otros vasallos. Los deberes del homenaje ligio obligaban á esponer los bienes y la vida misma por el servicio del señor feudal, y á combatir contra todos sus enemigos, cualesquiera que fuesen, á no ser que lo fuese el mismo padre del hombre ó vasallo ligio. (*C. I.*)

persuasion de que aquella piedra era el símbolo de su independencia, y que en donde quiera que se le colocase, su imperio estaba seguro. El gran sello de Baliol fué inutilizado, y este infortunado monarca conducido á Londres como prisionero, y encerrado en la Torre: dos años despues se le dejó en libertad; mas fué desterrado del reino, y se retiró á Francia, en donde vivió el resto de su vida y murió sin haber hecho tentativa alguna para reconquistar su trono; siendo probablemente mas feliz en la vida privada que con los triunfos mas brillantes en la carrera de la ambicion.



La calma que sucedió á la conquista de la Escocia determinó á Eduardo á dirigir sus ambiciosas miras hácia el continente, con la esperanza de recuperar una parte de los territorios de que habia sido despojada la Inglaterra en los reinados de sus débiles predecesores. Hacia poco tiempo que habia tenido lugar una ruptura entre ingleses y franceses por un motivo de poca importancia. Habiéndose encontrado un buque normando y otro inglés en la costa cerca de Bayona, tenian entrambos necesidad de hacer aguada en un mismo manantial, y sobre quién habia de hacerlo primero se suscitó entre ellos una contienda. Esta, á pesar de no haber costado la vida mas que á un normando, vino á ser una chispa de discordia entre ambas naciones. El rey de Francia, á quien los normandos acudieron en queja, los exhortó á vengarse y á que no le importunasen mas con tal asunto. Contentos aquellos con la aprobacion real, y no escuchando mas que su resentimiento, se apoderaron de un buque inglés en el canal y ahorcaron parte de la tripulacion entre unos perros. Exasperados los ingleses con tamaña crueldad, juraron vengarla; con lo cual tocando el furor á su colmo de una y otra parte, no tardó el mar en convertirse en teatro de piratería y carnicería. No habia que esperar cuartel ni del lado de los ingleses ni del de los normandos: los marineros perecian á centenares. Por fin la contienda llegó á ser demasiado séria para que entrambos soberanos continuasen por mas tiempo espectadores impasibles.

Abriéronse algunas negociaciones para una transaccion; pero calculando Eduardo que era inevitable una ruptura ruidosa, dió órdenes para reconquistar su territorio de la Guiena, apresurándose al mismo tiempo á hacer tratados con muchos príncipes vecinos suyos, lo cual no consiguió sino á costa de sus poco cuantiosas rentas. El ejército que envió al territorio francés habia sido reclutado en las prisiones de Inglaterra, y así se componia de los rateros y ladrones de los reinados precedentes. Juan de Bretaña, conde de Richemond, su comandante, consiguió al principio algunas ventajas; pero despues fué rechazado por el ejército francés, capitaneado por Carlos, hermano del rey de Francia. Empero como no era fácil desalentar á Eduardo y hacerle desistir de su propósito, renovó sus esfuerzos en la Guiena, adonde envió un nuevo ejército de siete mil hombres mandados por su hermano el conde de Lancastre. Este príncipe logró al pronto algunas ventajas sobre los franceses en Burdeos; pero acometido repentinamente por una enfermedad violenta, falleció en Bayona.

Viendo el rey de Inglaterra que todas sus tentativas contra la Francia eran hasta entonces infructuosas, se resolvió á atacarla por otro lado—A. de J. C. 1297.—Formó alianza con Juan, conde de Holanda, á quien dió á su hija Isabel por esposa. Hizo además otro convenio con Guy, conde de Flandes, al cual prometió pagar una suma de setenta y cinco mil libras esterlinas si recobraba sus posesiones hereditarias. En seguida se ocupó con ardor en juntar el dinero necesario para una empresa tan importante; mas solo á costa de muchas dificultades de parte del clero y pueblo fué como obtuvo lo que demandaba; de modo que cuando abrió la campaña de Flandes habia ya pasado la estacion favorable para la guerra. En consecuencia entrambos reyes, el de Francia y el de Inglaterra, se allanaron á un arreglo, por el cual consintieron en someter sus diferencias á la decision del papa, y esta mediacion los trajo á afianzar su alianza en un doble matrimonio, el de Eduardo, que á la sazon estaba viudo, con Margarita, hermana de Felipe, y el del príncipe de Galles con Isabel, hija del mismo Felipe.

Este además accedió á devolver la Guiena á la Inglaterra y abandonar á su aliado el rey de Escocia, con la condicion de que Eduardo habia de hacer lo mismo con el condado de Flandes; con lo cual despues de gastos inmensos y de preparativos inútiles, se quedaron los dos monarcas lo mismo que antes, resolviéndose cada cual á emplear su preponderancia sobre los príncipes vecinos menos capaces de oponerles resistencia.

Los dispendios verificados para semejante espedicion fueron insoportables, no solo para la persona del rey de Inglaterra, sino tambien para la nacion; y así amenazaron la seguridad del trono. En la época en que Eduardo emprendió la guerra contra la Francia, necesitó de subsidios considerables para poner en ejecucion sus grandes proyectos, para lo cual recurrió á su parlamento. Entonces fué cuando dió á este ilustre cuerpo la forma que ha conservado hasta nuestros dias. Los progresos del comercio y de la agricultura habian hecho pasar una gran parte de la propiedad nacional de las manos de la nobleza á las del pueblo; de modo que en lo sucesivo fué indispensable el consentimiento de los de esta última clase siempre que se trataba de obtener los subsidios de que el rey necesitara. En consecuencia dió este órdenes á los gerifs para que enviasen al parlamento, como en reinados precedentes, dos caballeros de cada provincia y dos diputados por cada poblacion, revestidos del poder de sus constituyentes para otorgar las demandas que la salud del estado exigiese. Los gastos de estos diputados debian ser costeados por las poblaciones que los enviasen, porque estaban muy lejos de mirar como un honor aquella mision, y nada les era mas desagradable que el ser elegidos para desempeñar el cargo de diputado.

No obstante, la autoridad de estos miembros de los comunes se acrecentó por la práctica: su union les dió mayor importancia, y en cambio de los recursos que otorgaron adoptaron la costumbre de presentar al rey peticiones para la reforma de los abusos que observaban y juzgaban nocivos al bien de la nacion. Cuanto mas se aumentaron las necesidades del reino, tanto mas se conoció la urgencia de satisfacer las mismas peticiones: de lo cual supieron aprovecharse tan bien los miembros de los comunes, que despues de suplicar por largo tiempo, acabaron por exigir: y una vez llegados á ser los poseedores de la propiedad nacional, toda la preponderancia se concentró poco á poco en sus manos.

Así se constituyó este parlamento, al cual recurrió Eduardo para hacer la guerra á Francia. De los barones y caballeros consiguió la duodécima parte de sus bienes muebles, la octava de los de los pueblos, y quiso exigir la quinta de los del clero; mas en esto encontró una resistencia inesperada. Esta corporacion, agobiada ya por los impuestos, estaba decidida á valerse de todos los medios posibles antes que someterse á nuevas estorsiones. El papa habia publicado poco tiempo antes una bula por la cual prohibia al clero pagar ningun tributo á los príncipes temporales sin consentimiento de la corte de Roma. Los eclesiásticos de Inglaterra, alegando los escrúpulos de su conciencia, se negaron á conformarse con las demandas del rey, á quien le representaron que debian obediencia á dos soberanos; pero que siendo el uno espiritual y el otro temporal, su felicidad eterna los obligaba á obedecer al primero, aun cuando fuera contra la voluntad del segundo.

Habiendo mortificado mucho á Eduardo semejante declaracion, refutó con energía los argumentos de los eclesiásticos. Los privó de su proteccion temporal, y mandó á sus jueces que no recibiesen ningun asunto que ante ellos llevase el clero, y que por el contrario, decidiesen todos los procesos en que los eclesiásticos fuesen atacados ó demandados, administrando justicia contra ellos á todo el mundo, y negándosela á los mismos, aun en el caso en que tuviesen razon evidentemente.

Caido pues el clero de la proteccion del príncipe y de las leyes, tuvo que sufrir innumerables insultos y durezas, en tanto que los oficiales del rey permanecian espectadores indiferentes de tales injurias, y no necesitaban incurrir ni en el ódio ni en la venganza de las víctimas que impunemente se negaban á defender. Cuando los eclesiásticos se atrevian á salir de sus casas, se les arrebataban sus caballos y se les despojaba de su ropa: hasta el mismo primado fué atacado en el camino real quitándole todo su equipaje. Unos tratamientos tan indignos llegaron á someter al clero, el cual consintió al fin en depositar en una iglesia que se designó el dinero que se le exigia, yendo á recojerlo los empleados reales. De esta manera el clero obedeció al rey sin incurrir en el desagrado del papa.

Por grande que fuese esta cantidad, no podia bastar para las necesidades del estado; y así el rey tuvo que recurrir de nuevo á medidas arbitrarias para conseguir dinero. Estableció pues un derecho de cuarenta chelines por cada saca de lana, é intimó á todos los gerifs de las provincias que les suministrasen dos mil cuarteles de trigo y otros tantos de avena, sin reparar en los medios necesarios para lograr el objeto. A estas provisiones dió el nombre de préstamo, y prometió devolver el equivalente cuando las necesidades del estado fuesen menos apremiantes. Solo con mucho descontento fué como se soportaron tantos actos de despotismo: el clero se hallaba exasperado, el pueblo se quejaba abiertamente de las exacciones de que era víctima, y los barones, celosos de sus privilegios y de la libertad nacional, no disimulaban ya su estremo disgusto.

Este espíritu de oposicion comenzó á manifestarse cuando el rey ordenó al condestable Humphrey Bohun y á Roger Bigod, mariscal de Inglaterra, que tomasen el mando del ejército que trataba de enviar á Gascuña, en tanto que él mismo se dirigia á Flandes. Estos dos poderosos señores se negaron á obedecer, declarando que los deberes de sus cargos solo los obligaban á acompañarle á la guerra y no á mandar los ejércitos: por lo cual hubo un vivo altercado, y el rey irritado esclamó dirigiéndose al condestable: «Vive Dios, conde, ú os »vais allá, ó si no sereis ahorcado.—Vive Dios, señor, »respondió el altivo baron, que ni iré ni seré ahor»cado.»

Esta oposicion precisó al rey á renunciar el proyecto de reconquistar la Guiena. Entonces conoció que habia llevado demasiado lejos el uso de su prerogativa real, y que habia traspasado los límites del poder: por lo tanto, no ocultándosele ya la necesidad de reconciliarse prontamente con los barones, la Iglesia y el pueblo, recurrió á su sagacidad natural; procuró escusar su conducta, encareció con vehemencia las necesidades urgentes de la corona, y prometió que á su regreso de Flandes corregiria los abusos, restituiria á las leyes su vigor, é indemnizaria á sus súbditos las pérdidas que tuviesen que soportar. Estas seguridades calmaron á los descontentos, y apagaron la discordia que principiaba á encenderse en Inglaterra.

Sin embargo, los dos señores seguidos de un cuerpo considerable de infantería y caballería, se apoderaron de las puertas de Londres, y obligaron al consejo del rey á firmar la *gran carta ó carta magna*, y á añadir una cláusula que ponia á la nacion para siempre al abrigo de toda clase de impuestos, ínterin el parlamento no prestase su consentimiento. El consejo accedió luego á estas condiciones, y el rey, á quien se envió la carta á Flandes, donde á la sazon se hallaba, consintió tambien en firmarla despues de alguna vacilacion. A su regreso confirmó las tales concesiones; y cualquiera que fuese su interior repugnancia á ceder, se determinó no obstante á dar su asentimiento á todos los artículos que le fueron presentados.

La gran carta pues fué definitivamente establecida y confirmada hasta en sus menores circunstancias, despues de un siglo largo de debates, por uno de los príncipes mas poderosos y altivos que habian empuñado el cetro de Inglaterra.

Es probable que las turbulencias que tuvieron lugar por entonces en Escocia, contribuyeron á apresurar la confirmacion definitiva de esta carta. Aquel orgulloso pueblo, tan fácilmente vencido poco tiempo antes, alimentaba todavia un espíritu de independencia que ningun rigor podia reprimir, ni derrota alguna subyugar. El conde de Warena habia sido nombrado justicia mayor de aquel reino: su prudencia y moderacion igualaban á su valor; y así, despues de someter al mismo pueblo por la fuerza de las armas, le protegia y gobernaba con justicia. Por desgracia, el mal estado de su salud le obligó á abandonar aquel reino y á entregar la administracion en manos de dos ministros incapaces de gobernar. El uno, llamado Ormesby, era notable por el rigor y la crueldad de su carácter, y el otro, nombrado Creningham, era propenso á la bajeza y avaricia. Bajo tal administracion habia que esperar poca estabilidad en el gobierno.

Las injusticias sin número de estos dos jefes precisaron muy pronto al infortunado pueblo á rebelarse abiertamente. Algunos de los que fueron forzados por las armas de Eduardo á refugiarse en las inaccesibles montañas, aprovecharon con ardor aquella ocasion de reconquistar su libertad, siendo guiados por Wallace, tan célebre en la historia de Escocia. Este era el hijo menor de un hidalgo que habitaba en la parte occidental del reino, y hacia temblar á sus enemigos con su estatura gigantesca, su fuerza estraordinaria, y su intrepidez asombrosa. Su heróica alma, su ardiente amor á la independencia, y sus ideas de patriotismo que rayaban en el mas alto grado, escitaban el entusiasmo é inflamaban el ardor de sus compatriotas.

Todos los que habian incurrido en alguna falta contra el gobierno inglés por orgullo, temeridad ó ambicion, se reunieron á aquel hombre emprendedor, que soportaba con una paciencia inconcebible las fatigas, el hambre y todos los males sin cuento que aun las gentes educadas en medio de los riesgos y adversidades encuentran superiores á las fuerzas humanas: por lo tanto no tardó en ser el principal objeto de la admiracion y afecto de sus compatriotas. Empezó sus operaciones por algunos ataques y ligeras escaramuzas contra los ingleses; pero aumentándose de dia en dia sus fuerzas, vino á hacerse temible, y al poco tiempo ya no se hablaba mas que de sus brillantes hazañas.

Al principio solo los fugitivos y desesperanzados fueron los que se reunieron á sus banderas; pero luego los hombres atrevidos y emprendedores, y todos los que ardian por el celo de la libertad de su país, acudieron en tropel á alistarse bajo sus estandartes. Confiando Wallace en sus fuerzas formó el proyecto de atacar á Ormesby, el indigno ministro inglés que vivia en Scone. Este tirano halló medio de escaparse de la venganza; mas sus bienes sirvieron para recompensar á los insurgentes. Desde entonces empezaron los escoceses á ser harto poderosos para que los ingleses encargados de gobernarlos pudiesen esperar su reportamiento. Sir William Douglas fué uno de los primeros en manifestar abiertamente sus simpatías por la causa de Wallace, á quien Roberto Bruce sirvió en secreto contribuyendo á aumentar su partido.



Roberto Bruce.

En tal situacion apresuróse el conde de Warena á organizar un ejército de cuarenta mil hombres en el norte de Inglaterra, para rechazar la inesperada insurreccion de los escoceses que habian pasado las fronteras y empezaban á asolar las comarcas en que penetraban.

Warena entró súbitamente en Annaudale, y sorprendió al enemigo en Irwine. Los escoceses, muy inferiores en fuerzas, fueron precisados á capitular y á prometer rehenes para seguridad de su fidelidad futura. Muchos grandes señores renovaron su juramento al rey de Inglaterra, reuniéndose á su ejército, aunque con repugnancia y con el secreto designio de aprovechar la primera ocasion favorable de recobrar su libertad. Solo Wallace se negó á someterse, retirándose hácia el norte, seguido de algunos fieles amigos resueltos á continuar la guerra todo lo que fuese posible. Warena marchó en su persecucion, y los alcanzó en las inmediaciones de Stirling, al otro lado del rio de Forth. Viendo el terreno favorable que habia escojido el enemigo, trataba de no empeñar ninguna accion; pero instado vivamente por Creningham, hombre orgulloso y cuyo juicio estaba cegado por un estremo deseo de venganza, el viejo conde desistió de su idea é hizo pasar el rio á una parte del ejército para empezar el ataque.

Wallace, seguro de su superioridad, dejó pasar el puente á cierto número de ingleses, y luego avanzando atrevidamente hácia ellos antes que sus filas pudieran formarse en regla, los atacó con tanta impetuosidad, que los puso en completa derrota, pereciendo unos en el rio y siendo los demás despedazados. Creningham fué del número de estos: su memoria era tan odiosa para los escoceses, que desollaron su cuerpo y con su pellejo cubrieron las sillas.

El conde de Warena se retiró á Berwick con el resto del ejército, y mientras tanto apoderáronse los vencedores de muchos castillos mal fortificados y poco preparados para sostener un sitio. Wallace regresó en seguida á Escocia, satisfecho de haber salvado su país, y cargado de un inmenso botin que por algun tiempo libertó al reino de la hambre que le amenazaba.

Eduardo, que estaba en Flandes á la sazon en que los ingleses esperimentaron este descalabro, apresuróse á regresar, impaciente por restablecer su autoridad y recobrar sus antiguas conquistas—A. de J. C. 1298.—Como todavía no se habian apaciguado enteramente las quejas del pueblo, tomó las medidas populares que le parecieron oportunas para satisfacer á los descontentos. Restituyó á los ciudadanos de Londres el derecho de elegir sus magistrados, de cuyo privilegio estaban privados desde los últimos años del anterior reinado: ordenó que se formase cuenta exacta de la cantidad de trigo de que se habia apoderado arbitrariamente para el servicio del ejército, lo cual dió esperanzas de que tendria intencion de pagar el valor correspondiente á los propietarios.

Habiendo llegado por estas hábiles medidas, si no á satisfacer al pueblo, al menos á sosegarle, puso en movimiento todas las fuerzas de Inglaterra, y á la cabeza de mil hombres marchó hácia el norte, resuelto á tomar venganza de la última sedicion de los escoceses.

Fácil es de creer que aunque estos estuviesen completamente unidos, no podian resistir á un ejército tan considerable mandado por un rey á quien su valor é intrepidez habian hecho célebre; pero como estaba muy distante de reinar entre ellos una buena inteligencia, sus perpétuas desavenencias contribuyeron á debilitar los medios de defensa y á facilitar el triunfo á Eduardo. Cada uno de los tres jefes que mandaban á los escoceses, pretendia tener igual autoridad: estos tres concurrentes eran el gran maestre de Escocia, Comyn de Badenoch y Guillermo Wallace. Instruido este último de la envidia á que daba orígen, ofreció renunciar al mando; pero su partido se opuso á ello, y juró no obedecer á ningun otro jefe.

Situóse en Falkirk el ejército escocés, y se preparó para resistir el ataque de los ingleses, cuyo ejército se componia de tres divisiones, cada una de las cuales formaba un cuerpo completo armado de lanzas: se llenaron de arqueros los intervalos, colocóse la caballería á retaguardia, y se fortificó con empalizadas el frente del ejército.

Aun cuando la posicion del enemigo era sumamente ventajosa, hizo Eduardo muy poco caso de ello: tal era la confianza que tenia en su habilidad y en la superioridad de sus fuerzas, que escedian con mucho á las contrarias. Marchó pues contra el enemigo; y en el momento de avanzar á la cabeza de sus tropas, lanzaron los escoceses unos gritos tan terribles, que asustado el caballo que montaba Eduardo, le derribó y pisoteó. Volvió á montar el intrépido monarca, aunque gravemente herido, y mandó que principiasen el combate las tropas del país de Galles; pero estas opusieron una resistencia muy débil á los escoceses, que combatian con estraordinario valor. Eduardo, que habia echado de ver la debilidad de aquellas, avanzó en persona á la cabeza de otro batallon, se apoderó de las empalizadas, y cargó por sí mismo al enemigo con tal ímpetu, que no les permitió defenderse por mas tiempo.

Wallace mientras tanto hacia todos los esfuerzos posibles para sostener y rechazar el ataque de los ingleses; pero habiendo abandonado el campo la division que mandaba Comyn, quedaron espuestas la suya y la del gran maestre á la carga de los arqueros ingleses, que en aquella época principiaban á distinguirse sobre todos los de las demás naciones. Sostuvo Wallace por algun tiempo aquel combate desigual; pero convencido bien pronto de que se veia espuesto á ser cercado, se decidió á abandonar el campo, y se retiró lentamente con los escasos restos de sus fuerzas al otro lado del rio Carron.

Tal fué la famosa batalla de Falkirk, en la que alcanzó Eduardo una completa victoria. Cuarenta mil escoceses segun unos, y doce mil segun otros, quedaron sobre el campo de batalla, mientras que los ingleses es fama que solo perdieron cien hombres.

No era suficiente este desastre para abatir el ánimo de la nacion escocesa; despues de un momento de reposo, aquel pueblo valiente, apenas repuesto de sus derrotas, volvió á formar nuevos proyectos para la defensa de su libertad. Wallace, que con sus talentos y su valor se habia grangeado la confianza de sus compatriotas, les demostró que era mas digno todavía de su estimacion con rehusar generosamente las recompensas que tenia derecho para reclamar. Habia notado lo muy envidiosa que se mostraba la nobleza de sus victorias y superioridad; y como sabia que estos sentimientos habian de redundar en perjuicio del país, resignó la regencia del reino y se retiró á la vida privada. Propuso á Comyn como el mas á propósito para reemplazarle, y lisonjeado este señor con semejante preferencia, se esforzó en hacerse digno de la confianza de Wallace y la de su nacion.

Amenazó de nuevo al enemigo; y sin contentarse con una guerra defensiva, hizo muchas incursiones en las provincias meridionales del reino, que creia Eduardo estaban enteramente subyugadas. Atacó además un cuerpo de ejército que estaba situado en Roslin cerca de Edimburgo, y alcanzó una victoria completa. Bien pronto se estendió la fama de las armas escocesas, y esparció un terror tal en las guarniciones inglesas que habian quedado en aquel reino, que no tardaron en evacuar las fortalezas todas de que se habian posesionado poco tiempo hacia. Animados los escoceses con sus ventajas, sintieron renacer de nuevo su ardimiento, que parecia aumentarse á proporcion de las pérdidas que habian esperimentado; pero por mala que fuese la suerte de Eduardo en aquella ocasion, no era fácil disminuir la actividad emprendedora de un guerrero como él.

Despues de haber equipado una considerable escuadra y reunido un numeroso ejército, marchó sobre las fronteras de Escocia y se presentó ante el enemigo con tan superiores fuerzas, que no pudieron los escoceses conservar esperanza alguna de resistir—A. de J. C. 1303.—Quedó encargada la escuadra de suministrar al ejército de tierra todos los víveres necesarios; y marchando las tropas sin impedimento ninguno, atravesaron el reino de un estremo á otro, talando los campos y obligando á todos los nobles á que diesen muestras de sumision.

Empleó Eduardo en esta conquista dos años enteros, durante los cuales parecia, segun el estremado rigor de que se valió, que queria hacer pagar caros á los escoceses los disturbios que habian ocasionado. Abolió todas las leyes y costumbres escocesas para sustituirlas con las inglesas; arrasó y destruyó enteramente todos los monumentos antiguos, y no perdonó medio alguno para borrar hasta el último recuerdo de su antigua independencia.

Ya no restaba mas que un obstáculo para destruir totalmente la monarquía escocesa. Este terrible obstáculo era Guillermo Wallace, que persistiendo valerosamente en defender su libertad, erraba de montaña en montaña seguido de un corto número de hombres, conservando á despecho de todo aquella libertad tan querida.

Mas no tardaron en frustrarse las débiles esperanzas que sus fieles partidarios procuraban alimentar. Wallace fué vendido y puesto en manos del rey por su amigo Juan Montheith, á quien habia revelado el sitio de su asilo en las inmediaciones de Glasgow—A. de J. C. 1305.—Fué sorprendido durmiendo. El rey para dar á los escoceses un severísimo escarmiento, mandó que Wallace fuese conducido á Londres cargado de cadenas: al entrar en esta ciudad se reunieron muchos espectadores para ver á un hombre que tantas veces habia llenado el país de consternacion y espanto.

Al dia siguiente de su llegada, Wallace fué juzgado como traidor en Westminster-Hall, en que estuvo colocado en una silla elevada con la cabeza coronada de laurel por irrision. Acusado de varios crímenes, los negó sin responder mas que, *no soy culpado*. Recusó la jurisdiccion del tribunal, declarando igualmente que era injusto imputarle el crímen de traicion contra un príncipe cuyos derechos á la corona de Escocia jamás los habia reconocido, y que toda vez que él no habia nacido en Inglaterra, era una barbaridad juzgarle por leyes estranjeras.

Los jueces, que consideraban á Eduardo como soberano inmediato de Escocia, ningun caso hicieron de la defensa de Wallace, á quien declararon reo de alta traicion, condenándole á ser ahorcado, arrastrado por cuatro caballos, y descuartizado; cuyo castigo era el ordinario de los crímenes de aquella especie. Esta sentencia fué ejecutada con desusado rigor, habiéndose espuesto al público la cabeza y los miembros del infeliz Wallace en las primeras poblaciones de Inglaterra. Así acabó el hombre que con una constancia tan admirable y una conducta tan llena de valor, defendió á su patria por espacio de muchos años contra un usurpador injusto.

Uno de los que mas sintieron el trágico fin de Wallace fué Roberto Bruce, conde de Carrick. Este noble, cuyo padre habia sido uno de los aspirantes á la corona de Escocia, y que todavia sostenia secretamente sus derechos, hacia entonces parte del ejército inglés; mas nunca fué adicto con sinceridad al rey, que le forzó á reconocer su autoridad, y así en una entrevista que tuvo con Wallace poco antes de ser vendido este valiente guerrero, le confirmó su constante decision de libertar de la esclavitud á su patria.

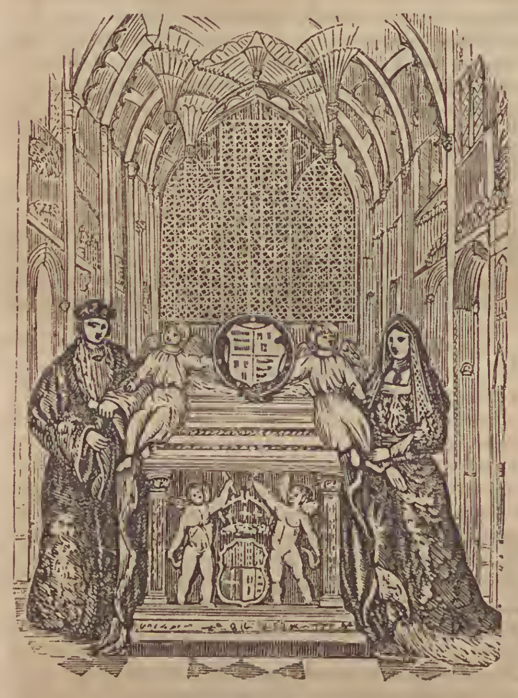
Empero, como á la sazon era ya demasiado viejo, se vió en la precision de renunciar á la lisonjera esperanza de ser el libertador de su país, y encomendó este glorioso cuidado á su hijo, que tambien se llamaba Roberto Bruce, y abrazó con ardor semejante proyecto. Este jóven señor era activo, bravo y prudente, y parecia que se reunian muchas circunstancias favorables para secundar sus designios. Juan Baliol, á quien Eduardo habia destronado y precisado á refugiarse en Francia, habia fallecido en este país hacia algun tiempo: su único hijo se hallaba prisionero; y así nadie podia oponerse á las pretensiones del jóven Roberto mas que Comyn, que era regente del reino, y á quien no tardó en atraerle á su partido.

Creyendo Roberto que podia contar con un feliz éxito, se decidió á libertar á su patria del yugo de Inglaterra; y aunque se hallaba empleado en la corte de Eduardo, empezó á preparar secretamente lo necesario para la revolucion. El rey, noticioso de todo, se contentó con hacerle rodear de espías, para que observasen su conducta y sus menores movimientos. Bruce continuó ocupándose con calor en sus proyectos, á pesar de que no dudaba que se sospechaba de él y estaba circundado de personas que vigilaban todos sus pasos. Un jóven señor amigo suyo, no atreviéndose á prevenirle á las claras el peligro que corria, buscó el medio de hacerlo procurando que le pasasen un par de espuelas doradas y una bolsa llena de oro. Roberto al recibir un tal presente, comprendió su sentido y se preparó á huir al momento, teniendo la precaucion de hacer herrar sus caballos al revés, á fin de que los que saliesen en su persecucion no pudiesen descubrir sus huellas sobre la nieve que á la sazon caia.

Viajó con tanta rapidez, que desde Londres á Lockmaben, entre cuyos puntos hay la distancia de cuatrocientas millas, se trasladó en solos siete dias, lo cual fué mirado entonces como un viaje muy veloz—A. de J. C. 1306.—Habiendo descubierto Bruce la traicion de Comyn, que no le apoyaba sino para mejor venderle á Eduardo, se decidió á vengar en la primera ocasion tamaña perfidia. Noticioso de que se hallaba en Dunefrin, dirigióse allí Bruce, quien encontrándole en efecto en los claustros de los franciscanos, le echó en cara en los términos mas duros su traicion, y tiran-

do de la espada se la hundió instantáneamente en el pecho. «¿Ha muerto el traidor?» le preguntó su amigo Sir Tomás Kirkpatrik á Bruce. «Creo que sí» respondió este. «¿Qué?» repuso el otro, «¿no estais seguro de ello? *Yo quiero asegurarme...*» y lanzándose sobre Comyn á tiempo en que recibia la absolucion al pié del altar, le clavó el puñal en el corazon.

Es sensible que una empresa comenzada con accion tan criminal, hubiese llegado sin embargo á lograr triunfos. Por este asesinato, no solo se hacia Bruce acreedor al resentimiento de Eduardo, sino que envolvia á todo su partido en el mismo crímen; y ya no quedaba otro arbitrio á los escoceses para lo sucesivo, que el llevar á cabo con un valor desesperado lo que principió por un acto de crueldad. Arrojaron al momento á todas las tropas inglesas que habia en el reino; Bruce fué coronado solemnemente rey de Escocia por el obispo de San Andrés en la abadía de Scone, y un sin fin de partidarios decididos á sostener sus derechos, acudió á alistarse en sus banderas. Con esto, el anciano rey de Inglaterra, á pesar de haber conquistado dos veces el reino de Escocia, perdonando á los culpables, y de haber recojido los laureles de la victoria, en todas partes recibiendo pruebas de sumision general, vió perdido el fruto de todos sus esfuerzos; conoció que era preciso empezar de nuevo, y que solo la destruccion completa de los escoceses podia asegurarle la tranquilidad para lo sucesivo.



Sepulcro de Leonor X.

Ninguna dificultad era bastante para arredrar á este príncipe, tan emprendedor como valiente; y así, no obstante su avanzada edad, se resolvió á descargar el último golpe, y á hacer temblar otra vez mas á los escoceses. Ofreció una venganza implacable á la nacion entera, y juró que su enojo no quedaria satisfecho sino cuando hubiese reducido á aquel pueblo á la esclavitud mas rigurosa. Intimó á los prelados, á la nobleza y á todos los caballeros del reino, que fuesen á Carlisle, que designó para punto de reunion general; y al mismo tiempo envió á Escocia un cuerpo de ejército mandado por Aymar de Valence, el cual comenzó á ejecutar el castigo con que el rey habia amenazado, consiguiendo una victoria completa contra Bruce cerca de Methuen, condado de Perth.

Este belicoso jefe luchó con un valor estraordinario: tres veces fué desmontado, y otras tantas se levantó y renovó el combate; mas al fin se vió precisado á emprender la fuga, y á refugiarse con algunos de los suyos en las islas occidentales. Hechos prisioneros el conde de Athol, sir Simon Fraser y sir Cristóbal Seton, fueron ejecutados como traidores en el campo de batalla.

Despues de golpe tan funesto para los escoceses, poniéndose el irritado monarca á la cabeza de su ejército formado en dos divisiones, penetró en Escocia ardiendo en deseos de vengarse, y esperando encontrar en la oposicion del pueblo un pretesto para castigar. Pero como este príncipe nunca era cruel sino por motivos de política, no pudo determinarse á tratar con rigor á los infortunados habitantes que no le hicieron resistencia alguna. Aplacóse su cólera viendo la sumision de estos, y fuéle imposible resolverse á esterminar á los que no opusieron á su furor mas que la resignacion y la paciencia; y así sobre quien hizo caer principalmente el peso de su resentimiento fué sobre la nobleza. La hermana de Bruce y la condesa de Buchon fueron encerradas en unas jaulas de madera, que las pusieron colgadas de las almenas de una fortaleza, y los dos hermanos de Roberto perecieron en manos del verdugo.

Bruce continuaba escitando nuevas conmociones desde las montañas á que se habia refugiado, y aunque vencido muchas veces, persistia tenazmente en una oposicion que ninguna esperanza ventajosa ofrecia. Semejante conducta no sirvió mas que para acrecentar la cólera del rey, quien se decidió á no otorgar gracia alguna, poniendo en movimiento un nuevo ejército y volviendo á entrar en Escocia, resuelto á destruir á todos los insurgentes que tan encarnizados se mostraban contra su gobierno.

Ninguna esperanza restaba ya á los escoceses rebeldes, y una venganza pronta y terrible era la única perspectiva que se les presentaba, sin que entonces pudiesen contar para salvarse ni con su valor, por mucho que fuese, ni con sus montañas: ya llegaba al colmo su desesperacion, cuando la muerte de Eduardo vino á poner término á sus temores, y á preservar á su patria del último grado de servidumbre. El rey murió de disenteria cerca de Carlisle.

Antes de dar el último suspiro, encargó á su hijo el acabamiento de la empresa que habia principiado, y que no descansase hasta subyugar totalmente la Escocia. Falleció á los sesenta y nueve años de edad y treinta y cinco de reinado—A. de J. C. 1307, en julio,—despues de haber trabajado por los intereses verdaderos del reino mas que todos los que le habian precedido y le han sucedido, á escepcion de Enrique VII. Fueron constantes los desvelos de Eduardo por la felicidad de sus súbditos; y si alguna vez hizo un uso cruel de su poder, fué siempre en la persuasion de que lo exigia el bien general (1).

Tenia una estatura alta y un aspecto majestuoso: sus facciones eran regulares, sus ojos negros, y su mirada penetrante, todo lo cual inspiraba respeto y temor. A una constitucion robusta agregaba una fuerza y destreza muy notables: su figura era hermosa, aunque las piernas, que eran demasiado largas y delgadas, carecian de proporcion. Por esta circunstancia se le puso el título de *Piernas largas*.

Entre muchas virtudes, contaba una que en aquel siglo bastaba para adquirirle la verdadera gloria, y era

(1) El reinado de Eduardo no es apreciable, porque aumentó el poder del pueblo, miró al clero y á los barones como á rivales, y para abatirlos elevó á los comunes. Además publicó una ley prohibiendo imponer tributo alguno sin consentimiento de estos. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

el ardiente celo que manifestó por las guerras de la Tierra Santa, haciéndole célebre la piedad y el valor que desplegó en la Palestina. Formó sábios reglamentos que procuró llevarlos á ejecucion rigurosamente, y confirmó los derechos del pueblo. Era el hombre mas hábil del reino en todos los ejercicios militares, y sus triunfos en Escocia le valieron el título de Conquistador. Por dudoso que haya sido su mérito bajo ciertos conceptos, no se le puede rehusar un grado de verdadera superioridad, comparándole con la mayor parte de los príncipes que le precedieron y le han sucedido: no puede menos de convenirse que Inglaterra adquirió en su reinado, no solo gran preponderancia, sino tambien una felicidad duradera. Este príncipe supo con una administracion prudente y severa restringir el poderío de los barones, que á la sazon formaban una liga de pequeños tiranos y pretendian gozar ellos solos de completa libertad y de una autoridad absoluta. Todas sus tentativas en este reinado fueron débiles y mal dirigidas, y por lo tanto infructuosas.

Eduardo, aunque monarca absoluto, fué bastante prudente para no hacer uso de todos sus privilegios. Fué en verdad severo, y algunos miran su estremada severidad como una tacha en su memoria; mas debe recordarse con gratitud que es el príncipe á quien es deudor el pueblo inglés de una distribucion imparcial de la justicia. Los que antes de este reinado se sublevaban del seno del pueblo, eran castigados de la manera mas cruel en el patíbulo; mientras que los nobles, que eran mucho mas culpables, toda vez que eran los instigadores de aquellas insurrecciones, eran tratados con una indulgencia que los alentaba á rebelarse de nuevo.

Por tanto, lo que sobre todo contribuyó á hacer justamente célebre el reinado de Eduardo, fué el grado de poder que entonces adquirió el pueblo. Como el rey no consideraba al clero y á los barones sino como á rivales suyos, no trató jamás de oponerse realmente á los esfuerzos lentos, pero seguros, que el pueblo hizo para destruir la preponderancia del uno y desconcertar la autoridad del otro.

Eduardo tuvo de su primera muger, Leonor de Castilla, catorce hijos, de los que cinco hijas murieron jóvenes: de sus cuatro hijos, el único que vivió fué su sucesor Eduardo II.

CAPÍTULO XIV.

EDUARDO II.

(Desde el año de J. C. 1307 hasta el de 1327).

El regocijo que por lo general esperimenta el pueblo al advenimiento de un nuevo príncipe, borra pronto el dolor causado por el fallecimiento del monarca precedente: no se recuerdan ya las faltas de este mas que con resentimiento y desprecio, en tanto que el atractivo de la novedad presta á aquel todo el mérito que cada cual desea.

Ofrecia pues el jóven príncipe brillantes esperanzas; y como se aguardaba mucho de él, todas las órdenes del estado se apresuraron á jurarle fidelidad. Era á la sazon de veintitres años de edad: su figura era agradable, dulce su carácter, y ninguna propension manifestaba al vicio: empero no tardó en descubrir cuán poco á propósito era para reemplazar á un monarca tan grande como su padre. Más deseoso de gozar del poder que de afirmarlo, y cegado por la adulacion de sus cortesanos, creyó haber hecho bastante para la gloria con haber aceptado el trono. En lugar de proseguir la guerra contra la Escocia, segun se lo habia encargado su padre desde el lecho de la muerte, no dió paso alguno para impedir los progresos de Bruce. Su viaje á aquel país fué mas bien un paseo fastuoso que una espedicion militar; de modo que no teniendo ya Bruce que temer á un valeroso conquistador, salió atrevidamente de su refugio y alcanzó una victoria importante sobre Aymar de Valence, jefe de las tropas inglesas.

El jóven Eduardo contempló esta victoria con cobarde indiferencia, y lejos de reprimir la audacia del enemigo, se apresuró á venir á un acomodamiento. Los barones ingleses, que en el anterior reinado estuvieron constantemente refrenados, vieron entonces que el cetro habia caido en manos débiles, y que así podian sin temor tratar de recobrar su antigua independencia.

Para confirmar los funestos presentimientos que se hacian ya acerca de su reinado, Eduardo llamó á un valido suyo que habia sido desterrado en tiempo de su padre por haber tratado de corromper sus costumbres. Llamábase este favorito Pedro Gaveston, hijo de un caballero gascon que habia servido al rey difunto. Dotado aquel hombre de talento y de todos los atractivos personales que pueden seducir, se insinuó en el afecto del príncipe; pero por desgracia carecia completamente de las cualidades y del discernimiento que hacen nacer la estimacion. Era hermoso, valiente, astuto y activo; mas al mismo tiempo afeminado, inmoral y frívolo. Estos vicios estaban muy en armonía con los gustos del jóven monarca, quien conociendo sin tardanza que no podia vivir sin su privado, le llamó al instante, viviendo con él desde entonces en la mayor intimidad. Ninguna recompensa le parecia á Eduardo digna del mérito de Gaveston, á quien aun antes de su regreso del destierro le confirió el condado de Cornouailles, que hacia poco habia recaido en la corona; le casó con una sobrina suya, y le regaló la suma de treinta y dos mil libras esterlinas, que el finado rey reservara para mantener ciento cuarenta caballeros que se habian comprometido á llevar su corazon á Jerusalen.



Eduardo II.

Tal cúmulo de favores no dejó de provocar la envidia y aun la indignacion de los barones. Gaveston, ufano con su poder, lejos de tratar de apagar el resentimiento de ellos, se hizo altivo é imperioso, tratando con desprecio y burla á la nobleza inglesa, de la cual probablemente recibiria muestras desdeñosas. Cuando habia que desplegar lujo y magnificencia, él eclipsaba siempre á los señores mas grandes del reino, y se complacia en mortificar á sus rivales, no solo con su esplendor, sino tambien con su insolencia.

El ódio de los barones llegó á su colmo cuando vieron á este presuntuoso valido nombrado regente del reino durante el viaje que el rey tuvo que hacer á París para casarse con la princesa Isabel, con quien hacia tiempo habia contraido esponsales—A. de J. C. 1308.—No se descuidaron, tan pronto como llegó esta princesa, que era imperiosa é intrigante, en atraerla á su partido y en que concibiese animosidad contra Gaveston, quien no obstante parecia que todo lo miraba sin inquietud. Poco tardó en formarse contra él una conspiracion, á cuya cabeza se pusieron la reina Isabel y el conde de Lancastre, magnate que gozaba de mucho crédito. Comprometiéronse con juramento los conjurados á

echar á Gaveston, empezando desde luego á perder todo respeto á la autoridad real, que veian con indignacion en manos de un favorito tan despreciable.

Precisado por fin el rey á ceder á los clamores de los barones, alejó á Gaveston del reino, nombrándole lord lugarteniente de Irlanda. Mas solo fué de corta duracion esta condescendencia del monarca, quien habituado como estaba á la compañía de su privado, conoció muy pronto la imposibilidad de vivir sin él; y así, habiendo conseguido que el papa relevase á Gaveston del juramento que habia hecho de no volver nunca á Inglaterra, volvió á llamarle á pesar de que todos le aborrecian, saliendo á recibirle hasta Chester al regresar de Irlanda.



Eduardo II.

Poco despues juntó el rey un parlamento—A. de J. C. 1309,—en que todavía tuvo bastante influencia para hacer aprobar su conducta; lo cual sirvió para aumentar su ridículo capricho y para hacer á Gaveston mas odioso que nunca. Infatuado este de sí mismo, olvidando sus pasados infortunios, é incapaz de prever los que el porvenir podia reservarle, recobró todo su orgullo y arrogancia adquiriéndose cada dia nuevos enemigos.

Fácilmente puede concebirse que los esfuerzos de un rey débil y de un favorito despreciado serian vanos contra las fuerzas reunidas de toda la nobleza, secundadas en secreto por la reina. Resolvióse la caida de Gaveston, en cuya ruina debia ser envuelto el mismo Eduardo. Congregóse un parlamento tumultuoso á pesar de la prohibicion del rey, presentándose en él mucha gente armada—A. de J. C. 1310, 16 de marzo.—Dictáronse leyes al monarca, á quien se le obligó á firmar una órden poniendo la gobernacion del reino en manos de doce personas elegidas por los miembros del parlamento, las cuales debian tambien administrar la casa real y formar reglamentos para el bien del Estado y honor del soberano. Esta comision habia de durar año y medio.

Pusiéronse en ejecucion varios de estos reglamentos, pareciendo algunos ventajosos á la nacion, como por ejemplo, el que establecia que los gerifs en lo sucesivo fuesen elegidos entre los propietarios; el que escluia á los estranjeros de los arrendamientos del rey; el que prohibia la alteracion de la moneda, y el que revocaba todas las donaciones exorbitantes hechas recientemente por la corona—A. de J. C. 1311.—El rey, viéndose enteramente despojado de su autoridad, accedió con resignacion á todas aquellas concesiones; mas cuando supo que Gaveston debia ser desterrado del reino para siempre, no le fué posible disimular su disgusto. Dirigióse á York, desde donde, libre del terror que le habia inspirado la preponderancia de los barones confederados, obligó inmediatamente á su valido á regresar de Flandes adonde habia sido desterrado, declarando que semejante castigo era injusto y contrario á las leyes, y reintegrándole abiertamente en todos sus honores—A. de J. C. 1312.

No fué necesario mas para esparcir la alarma en el reino. Los barones volaron á las armas; el conde de Lancastre se puso á la cabeza de la confederacion; Guy, conde de Warvick, entró furioso en ella, y los de Warena, Pembroke y Hereford abrazaron la misma causa, en tanto que asociándose tambien á ella el arzobispo de Cantorbery, arrastró consigo la mayoría del clero, y por consiguiente la gran masa del pueblo.

El infortunado monarca, en lugar de oponerles resistencia, no pensó mas que en buscar su propia seguridad. Contento con tener á su favorito, se embarcó con este en Tynemouth, haciéndose á la vela hácia el castillo de Scarborough, en el cual dejó á Gaveston, considerando aquella fortaleza como un asilo seguro. Desde allí volvió á Yorck, ya porque tuviese intencion de poner un ejército en movimiento y marchar contra sus enemigos, ó ya porque esperaba aplacar el descontento general con su presencia. Mientras tanto el conde de Pembroke se apresuró á ir á sitiar á Scarborough que hubiera sido inespugnable si la guarnicion hubiera estado suficientemente abastecida: mas Gaveston, seguro del mal estado de aquella plaza, tomó al momento el partido de capitular, estipulando que él permaneceria prisionero dos meses en manos de Pembroke, con la esperanza de que en este intervalo se harian esfuerzos para conseguir un acomodamiento.

Empero Pembroke, que trataba de no dejar escapar á Gaveston del mal paso que habia dado, le hizo conducir al castillo de Deddington, cerca de Bambury, en donde á pretesto de otras ocupaciones le dejó con una corta guardia. Noticioso de ello el conde de Warvick, marchó á sitiar el castillo en que Gaveston estaba encerrado, haciéndose al instante dueño de su persona.

Cuando los condes de Lancastre, Hereford y Arundel supieron el hecho de Warvik, se trasladaron inmediatamente al castillo de este nombre, adonde lo habia sido tambien Gaveston, para decidir sobre la suerte de este prisionero. No fué larga la conferencia, en la cual se acordó por unanimidad que se le castigase como enemigo del reino. Ni aun se le dió tiempo para prepararse á morir, pues sin pérdida de tiempo se le llevó á un sitio llamado Blacklowhill, en que un verdugo gallés, provisto de todo lo necesario para la ejecucion, le cortó la cabeza.

Parece que en esta época reinaba en la nacion un espíritu de crueldad mas odioso todavía que el de los siglos de barbárie é ignorancia. Quizá los asesinatos que cristianos y sarracenos perpetraban contínuamente los unos contra los otros en las cruzadas, producian el funesto efecto de familiarizar al pueblo con los espectáculos de sangre, y enseñaban á los cristianos á degollarse entre sí con un placer semejante al que esperimentaban matando infieles, á los que rara vez daban cuartel.

Al pronto parecia que el rey era presa de todo el resentimiento que podia inspirarle tal injuria; mas tan débil en sus afecciones como en sus sentimientos de venganza, se aplacó al instante perdonando á los culpables luego que hubieron dado muestras de sumision y arrepentimiento. Apareció pues restablecida de nuevo la tranquilidad entre los facciosos—A. de J. C. 1313,—y el furor que animó á los ingleses entre sí se dirigió entonces contra los escoceses, considerados como enemigos comunes.

Los ingleses habian declarado la guerra algun tiempo antes á esta nacion, con intencion de recuperar la autoridad que sobre ella tuvieron en el reinado precedente. Habiéndose acordado poco despues una tregua, fueron tan mal observadas las condiciones por una y

otra parte, que se renovó el ódio antiguo, con lo cual se decidió el rey á poner en movimiento todas las fuerzas militares de Inglaterra, aumentándolas con refuerzos considerables levantados en el continente y en las demás posesiones de la Gran Bretaña. El ejército de Eduardo ascendió á cien mil hombres, mientras que Bruce, rey de Escocia, no pudo llegar á reunir mas que un cuerpo de treinta mil valientes—A. de J. C. 1314.

Encontráronse los dos ejércitos en Bannockburn, en Escocia, á dos millas de Stirling, confiando el uno en la superioridad de sus fuerzas, y el otro en la ventaja de su posicion. Bruce tenia una montaña á su derecha y un pantano á su izquierda: el frente del ejército estaba defendido por un arroyo, en cuyas márgenes hizo abrir muchas zanjas profundas, plantando en ellas estacas agudas. Ocultáronse cuidadosamente todos estos preparativos á los ojos del enemigo. Habiendo principiado el ataque los ingleses, chocáronse con igual furor los cuerpos de caballería, declarándose la suerte en favor de Bruce, cuya intrepidez y valor fueron muy notables. Embistióle en combate singular un hidalgo de la familia de Hereford, llamado Enrique de Bohun; mas Bruce de un hachazo le hendió la cabeza hasta la barba.

Solo la noche suspendió aquel combate, cuyo principio habia sido tan favorable. Renovóse con ardor al rayar el siguiente dia. Habiendo hecho la caballería inglesa nueva tentativa para atacar al ejército escocés, tropezó con las estacas que estaban ocultas en los fosos, y fué á caer impensadamente en la celada preparada por Bruce. El conde de Gloucester, sobrino del rey, fué muerto en el combate; esta pérdida desalentó á los ingleses, cuyo espanto llegó á su colmo al advertir en un collado inmediato un nuevo ejército, que parecia aprestarse á caer sobre ellos. El supuesto ejército no se componia mas que de los bagajeros y demás gentes que seguian el campo escocés, provistos por el rey de estandartes, para darles la mayor apariencia formidable que fuese posible. Tuvo feliz éxito la estratajema: acobardados los ingleses con sus pérdidas, y atormentados por sus temores, se entregaron á la fuga por todos lados, y arrojando sus armas fueron perseguidos hasta Berwick, dejando en el camino un buen número de muertos y heridos.

Solo con mucha dificultad fué como se escapó el mismo Eduardo refugiándose en Dumbar, en donde fué recibido por el conde de la Marca, trasladándose desde allí por mar á Berwick. Esta batalla fué decisiva para Escocia, cuyo reino aseguró su independencia; y tal fué la influencia que tuvo en el ánimo de los ingleses aquella derrota, que ni aun en muchos años despues pudo ninguna superioridad numérica determinarlos á luchar de nuevo con tan terribles adversarios.

Desastres de tal naturaleza tienden siempre á menoscabar la autoridad real. Con esta derrota y las varias insurrecciones de los galleses é irlandeses que ocurrieron, conoció el rey que todavía no habia llegado al término de sus tormentos, y que mayores le estaban reservados por sus propios súbditos, cuya turbulencia y arrogancia iban en aumento. Los nobles, siempre díscolos, se valian de la ocasion que les brindaba la mala situacion de su monarca, para debilitar el poder de este y levantar el suyo sobre las ruinas de la autoridad real.

No bien regresó el infortunado Eduardo de su humillante espedicion, cuando el conde de Lancastre y su partido renovaron sus demandas con mas vigor que nunca, llegando á recobrar su antiguo poderío. Confiósele de nuevo el gobierno, y se acordó que fuesen desempeñados todos los cargos por personas elegidas á pluralidad de votos por el parlamento, el cual escitado por los principales barones, puso en efecto toda la autoridad en sus manos. La nobleza pues cobró nueva preponderancia, á medida que las calamidades de la nacion fueron aumentándose. El objeto de esta faccion, no tanto fué el reprimir la audacia de los enemigos del reino, como el fomentar en secreto nuevos odios, y el dar fuerza á ligas estranjeras.

Viendo el rey que sus súbditos estaban contínuamente en oposicion con él, no tuvo otro arbitrio que el buscar un nuevo valido en quien colocar su confianza, y cuyas relaciones y familia pudiesen ofrecerle un apoyo. El nombre del nuevo favorito era Hugo Spenser, que descendia de una noble familia inglesa, y juntaba á algun mérito real todos los atractivos personales que pueden encantar. Su padre, noble mucho mas apreciable que él, era respetable además de su edad avanzada por su vida irreprensible, durante la cual se habia distinguido por su sabiduría, valor é integridad; mas sus brillantes cualidades se eclipsaron desde el instante en que padre é hijo participaron del favor del rey. Los barones turbulentos, y Lancastre á su cabeza, los miraron como á rivales, é incitaron al pueblo á despreciar á unas personas cuyas distinciones oscurecian las suyas.

El rey, débil é injusto, en lugar de aprovecharse de la sabiduría y prudencia de sus validos, no pensó mas que en robustecer su partido, dándoles mucho poderío; con cuyo designio casó al jóven Spenser con su sobrina, confiriéndole posesiones considerables en las fronteras de Galles, hasta hacerse injusto despojando á muchos lores de sus bienes, para acumular todas las riquezas en el que amaba. Tan arbitrario acto vino á ser el pretesto que los enemigos del rey ansiaban hacia mucho tiempo. Los condes de Lancastre y de Hereford corrieron á las armas: los lores Audley y Amori, que eran los despojados, se juntaron á ellos, y reunieron todas sus fuerzas—A. de J. C. 1321.—Su primer paso fué el pedir al rey la espulsion ó reclusion del jóven Spenser, amenazándole que en caso de negativa conseguirian por la fuerza lo que no les quisiese otorgar de grado.

No bien hubieron hecho esta declaracion, cuando dieron pruebas de su resolucion, invadiendo y devastando las propiedades del jóven Spenser, no tardando las de su padre en tener la misma suerte. Despues de saciarse los insurgentes en el pillaje, marcharon á Londres á satisfacer su venganza é imponer por sí mismos el castigo que se les habia rehusado.

Habiéndose introducido sin dificultad en la ciudad, se dirigieron al parlamento, al cual le suplicaron con tanta instancia, que accedió á pronunciar sentencia de destierro perpétuo contra los dos Spenser, con la confiscacion de todos sus bienes; mas un acto de tal naturaleza, arrancado por la violencia, no podia ligar al rey sino en tanto que la necesidad le obligase. Habiendo reunido Eduardo algun tiempo despues un pequeño ejército para castigar á uno de aquellos revoltosos barones por haber insultado á la reina (1), juzgó ocasion favorable para castigar tambien á todos sus enemigos á la vez, y para volver á llamar á entrambos Spenser, cuyo alejamiento no podia soportar. Así, encendióse de nuevo la guerra civil, volviendo el reino á verse sumido en todos los horrores de la muerte y de la devastacion.

El rey, habiendo tomado la iniciativa á sus adversarios, se apresuró con una marcha forzada á presentarse en las fronteras de Galles, centro de las principales fuerzas del enemigo. Empero Lancastre no se

(1) La reina habia recibido, yendo en romería á Cantorbery, un insulto que no lo echó en olvido; y fué que el gobernador del castillo de Leeds, que se encontraba en el camino, la negó la entrada en aquel. Ella por lo tanto persuadió á su débil esposo que la ocasion era favorable para libertarse del yugo que le imponian los barones; que el castigo del gobernador de Leeds los intimidaría, etc. Este consejo fué abrazado con avidez. El rey levantó un ejército sin oposicion; asedió el castillo de Leeds; fué hecho prisionero el gobernador, y la reina tuvo el placer de saciar su venganza haciéndole cortar la cabeza. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

descuidó en ponerse en estado de defensa; y así, convocando á todos sus vasallos, juntando á sus partidarios, y reforzado por el conde de Hereford, hizo frente al rey—A de J. C. 1322.—Para robustecer su partido se coligó públicamente con el rey de Escocia, pues ya lo estaba en secreto; mas toda su actividad fué inútil en aquellas circunstancias. Acosóle el rey tan vigorosamente á la cabeza de treinta mil hombres, que no tuvo tiempo de reunir sus fuerzas, y en su fuga de un punto á otro fué detenido en el camino por sir Andrés Harcla, quien le batió matando al conde de Hereford, y haciéndolo á él prisionero.

Como Lancastre no tuvo compasion alguna de Gaveston en otro tiempo, tampoco debia esperar ninguna entonces á favor de sí mismo. Fué condenado por un tribunal militar, siendo puesto en un miserable caballo, y conducido á una eminencia cerca de Pontefract, en que despues de ser tratado ignominiosamedte, fué decapitado por un habitante de Londres (1). El pueblo, cuyo favorito habia sido recientemente, le abandonó en su desgracia dirigiéndole injurias al ir caminando al suplicio; y hasta sus mismos vasallos, á fin de alejar de sí toda sospecha, se mostraron mas empeñados que ningun otro en insultarle en su desdicha (2).

Fueron tambien ejecutados como unos diez y ocho de los principales insurgentes, despues de haber sido juzgados de una manera mas legal: los demás se fugaron y buscaron un refugio en el continente.

Esta conspiracion, tan victoriosamente destruida, no sirvió mas que para acrecentar el orgullo y la codicia del jóven Spenser, quien en propio provecho mandó verificar muchas confiscaciones, y á trueque de castigar á sus enemigos, se hizo culpable de diferentes actos de injusticia y rapiña, preparando así él mismo su ruina que no estaba lejana.

El rey de Francia, diestro en aprovecharse de la debilidad de Eduardo, se resolvió á apoderarse de todas sus posesiones estranjeras. Despues de una embajada sin éxito de parte del rey de Inglaterra para disuadir al monarca francés de semejante designio, la reina Isa-



La reina Isabel.

bel pidió permiso para pasar á la corte de Francia á fin de tratar de conjurar la tempestad que amenazaba á su reino—A. de J. C. 1325.—El recibimiento de Cárlos el Hermoso fué amigable; mas ella no varió nada sus proyectos, y él no se mantuvo menos resuelto á no escuchar proposicion alguna de convenio, ínterin no consintiese Eduardo en ir en persona á rendirle homenaje por las posesiones que tenia de la corona de Francia.

El rey de Inglaterra no podia aceptar semejante condicion, ni su favorito Spenser se sentia dispuesto por su parte á aprobar tal paso. En situacion tan embarazosa, la reina propuso un nuevo espediente que se creyó á propósito para orillar todas las dificultades. Consistia aquel en que Eduardo cediese la posesion de la Guiena á su hijo, á la sazon de trece años, y en que este pasase á París á prestar el homenaje que el rey de Francia exigia á su padre. Trasladóse en efecto el jóven príncipe á París; mas la reina de Inglaterra, muger altiva y ambiciosa, no bien tuvo á su hijo en su poder, se resolvió á retenerle cautivo hasta conseguir la espulsion de los Spenser, que por su influencia sobre el rey llegaron á serla odiosos.

A consecuencia de esta determinacion, Isabel dilató algun tiempo las negociaciones, y cuando la rogó con instancias el rey que regresase, respondió altivamente que no volveria á Inglaterra sino despues que los Spenser fuesen desterrados del reino.

Semejante respuesta le valió mucho á la reina; pues se grangeó en Inglaterra el favor del pueblo; aumentóse el descontento general contra los Spenser, y aquella pudo disfrutar libremente de la compañía de un señor jóven llamado Mortimer, á quién profesaba el mas tierno afecto. En una de las insurrecciones pasadas habíase visto condenado este jóven como criminal de alta traicion; pero habiendo sido conmutada su sentencia en prision perpétua en la Torre, tuvo la dicha de escaparse y de refugiarse en Francia, en donde no tardó en señalarse en su partido por un encono violento contra los Spenser.

Las gracias personales, y principalmente sus prendas y desprecio soberano del valido, le hicieron tan agradable á los ojos de la reina, que de partidario llegó á ser amante venturoso. Entonces se convirtió la corte de esta princesa en refugio de todos los descontentos que abandonaron su patria ó fueron desterrados de ella, manteniéndose sin interrupcion una correspondencia secreta con los parciales que vivian en Inglaterra, y mostrándose todos dispuestos, no solo á destruir á los favoritos, sino tambien á destronar al mismo rey.

Para apoyar los esfuerzos de la reina armaron los principales nobles á sus vasallos, y se declararon abiertamente contra los Spenser—A. de J. C. 1326.—El conde de Kent, hermano del rey, se dejó arrastrar al bando de los insurgentes; el de Norfolk entró en él secretamente; el de Leicester, heredero del de Lancastre, estaba naturalmente ligado á la misma causa; el arzobispo de Cantorbery dió su aprobacion á todas las medidas de la reina; y seducido el pueblo por los artificios que tienen tanta influencia sobre los débiles é ignorantes, se adhirió tambien á los rebeldes.

Interin toda la Inglaterra parecia estar dispuesta para insurreccionarse, la reina aprestaba todo lo necesario para su espedicion. Acompañada de tres mil hombres armados, pasó dese Dordrecht á la costa británica abordando sin oposicion en el condado de Suffolk.

No bien se presentó en esta provincia, cuando hubo un alzamiento general á su favor: los obispos de Ely, de Lincoln y de Hereford la trajeron todos sus vasallos, y Roberto de Watteville que habia sido enviado para oponerse á sus progresos, abandonó el partido del rey para seguir el de la reina.

En vano trató el desafortunado monarca en situacion tan peligrosa de convocar á sus amigos, y de reducir á su deber á los rebeldes. Desprovisto de toda esperanza, se vió precisado á abandonar la capital al furor de la faccion dominante; y apenas salió de aquella, el populacho, al cual ya no le enfrenaba el miedo, se entregó á todos los escesos posibles, apoderándose de

(1) Fué condenado á ser descuartizado como traidor; mas se le conmutó la pena en atencion á su rango.

(2) No se debe juzgar de los sentimientos del pueblo por los clamores del populacho. Las *Cartas sobre la Historia de Inglaterra* dicen que la memoria de Lancastre fué venerada, que hasta se le consideró como mártir, y que el clero estaba por él, porque luego que fué enterrado se obró una infinidad de milagros en su sepulcro. Por lo demás, es todavia un problema el saber, segun las mismas *Cartas*, si Lancastre tuvo el designio de hacerse proclamar rey, ó si solo era simple defensor de la libertad pública. *(C. I.)*

Walter Stapleton, obispo de Exeter, en el momento de atravesar la ciudad, cortándole la cabeza sin ninguna formalidad, y arrojando el cuerpo al Támesis. El pueblo corrió en seguida á la Torre, y no tuvo conmiseracion con ninguno de los que se atrevieron á oponerse á sus tentativas. El rey, casi enteramente abandonado de sus súbditos, conocia con dolor que el espíritu de rebelion y deslealtad dominaba, no solo en la capital, sino tambien en todo el reino. La poca confianza que le quedaba en la guarnicion del castillo de Bristol, de que era gobernador el viejo Spenser, se desvaneció con todas sus esperanzas amotinándose toda ella contra este desdichado anciano, el cual fué entregado á los furiosos barones, y condenado por ellos á la muerte mas ignominiosa.



Moneda de Eduardo II.

Fué ahorcado vestido con su armadura, y el cadáver hecho pedazos y arrojado á los perros: llevada la cabeza á Winchester, fué puesta en una picota, y abandonada á los insultos del populacho.

Así murió un anciano venerable de noventa años, despues de haber ganado en el curso de su larga vida una reputacion honrosa, que en vano trató de empañar la maldad de sus enemigos. Su ciega ternura al hijo, y su escesiva indulgencia á la ambicion de que este jóven se hallaba devorado, fueron la única causa de las desgracias que le abrumaron en sus últimos años; pero por terrible que fué su ruina, no quedó en su reputacion ninguna mancha deshonrosa.

No le sobrevivió mucho tiempo su infeliz hijo, el cual fué cojido en un oscuro convento de Galles con algunos otros partidarios que tambien habian disfrutado de los favores del rey. Los implacables vencedores se resolvieron á satisfacer su venganza añadiendo el insulto á la crueldad. No teniendo paciencia la reina para aguardar las formalidades de un proceso, ordenó que Spenser fuese sacado á la presencia del pueblo irritado, y presentándose ella misma en el lugar de la ejecucion, parecia gozar de un placer salvaje alimentando sus ojos con el espectáculo del suplicio del desventurado. El cadalso preparado para este tenia cincuenta piés de altura. Su cabeza fué enviada á Londres, cuyos habitantes la recibieron con feroz alegria, esponiéndola en el puente. Otros muchos señores sufrieron la misma suerte. Todos hubieran sido sin duda merecedores de compasion en su desdicha, si ellos mismos no hubiesen dado anteriormente el ejemplo de una inhumanidad semejante, justificando así en alguna manera el rigor de que estaban siendo víctimas.

El rey, que pensaba encontrar un refugio en el territorio de Galles, fué perseguido y alcanzado muy pronto por sus triunfantes enemigos. Desnudo de toda esperanza de socorro en aquel país, se embarcó para Irlanda; mas no dejó de acompañarle su mala estrella. Fué rechazado por vientos contrarios, y cayó en manos de sus enemigos, los que para espresar el contento que les causaba su captura, le trataron del modo mas indigno.

Le condujeron á Londres en medio de los insultos y de la algazara del pueblo—A. de J. C. 1327,—y le encerraron en la Torre. Poco despues se formuló una acusacion contra él, en la que no se le reconvenia mas que por su incapacidad para reinar, por su indolencia, su amor al placer y por su facilidad de dejarse gobernar por malos ministros. Fué depuesto por el parlamento, asignándosele una pension para su subsistencia: su hijo Eduardo, de edad de catorce años, fué designado para sucederle, habiéndose nombrado á la reina para regente durante la minoría.

No sobrevivió mucho tiempo á sus desgracias el infortunado monarca: miserable juguete de sus carceleros inhumanos, fué arrastrado de prision en prision. Primeramente le pusieron bajo la custodia del conde de Leicester: mas como este señor manifestase á su soberano algunas muestras de lástima y respeto, el desdichado Eduardo fué encomendado á la vigilancia de lord Berckeley, de Maltravers y de Gournay, con órden de custodiarle un mes cada uno.

Berckeley se portó con algunos miramientos; mas los otros dos guardianes se mostraron resueltos á privar á Eduardo de toda clase de consuelo, tratándole del modo mas escandaloso, de modo que parecia que no se proponian otra cosa que apresurar su muerte abrumándole de padecimientos. Entre los diferentes actos de crueldad de que echaron mano, cuéntase que le rasuraron para divertirse en medio de los campos, sirviéndose de agua sacada de un cenagoso hoyo.

Era preciso que estuviese muy envilecido el ánimo del pueblo inglés, para dejar cometer tales ultrajes en un monarca cuyo mayor crímen era una escesiva pasion á sus validos.

Hasta aquella ocasion soportó Eduardo con paciencia todas las indignidades que se le hicieron sufrir; mas entonces pareció abandonarle su valor. Echando sobre los bárbaros que le insultaban sin misericordia una mirada majestuosa aunque triste, derramó lágrimas, y esclamó que acaso llegaria tiempo en que seria tratado con mas respeto y decoro. Pero las esperanzas del infeliz fueron vanas. Viendo los perseguidores que sus atrocidades eran inútiles, y temiendo alguna revolucion en favor de su víctima, se resolvieron á poner término á sus temores haciéndole perecer.



Templario (1).

En su consecuencia, dirigiéronse Gournay y Maltravers al castillo de Berckeley en donde estaba encerrado Eduardo, y trataron acerca del medio de hacerle morir sin que apareciese ningun signo esterior de vio-

(1) Durante este reinado fué abolida la órden de los templarios.

lencia. Al efecto le tendieron en un lecho sujetándole con una mesa que pusieron sobre él; y al través de un cuerno dispuesto á propósito, le introdujeron por el ano un hierro rusiente que le abrasó los intestinos sin dejar ninguna señal sobre el cuerpo. Los verdugos esperaban que con tan cruel artificio permaneceria su crímen oculto; pero los gritos de su víctima fueron oidos á alguña distancia del castillo, é hicieron recelar el asesinato, que no tardó en ser descubierto por la confesion de uno de los cómplices. La idea de un castigo tan horrible y tan poco proporcionado á las faltas de aquel desgraciado príncipe, debia inspirar un sentimiento muy justo de compasion, y hasta lavar las injusticias de que se habia hecho culpable.

Eduardo dejó dos hijos y dos hijas: Eduardo III que le sucedió; Juan que murió de poca edad; Juana que se casó con David Bruce, rey de Escocia; y Leonor, que lo estaba con Reginaldo, conde de Gueldre.

CAPITULO XV.

EDUARDO III.

(Desde el año de J. C. 1327 hasta el de 1377.)

El parlamento que habia elevado al trono al jóven Eduardo durante la vida de su padre, nombró un consejó de regencia compuesto de doce miembros para que dirigiesen todos los actos del gobierno. Mortimer, el amante de la reina, debia naturalmente pretender sentarse entre estos miembros, pero se rehusó artificiosamente á hacer parte de ellos. Esta aparente moderacion ocultaba una ambicion desmesurada; de modo que ínterin figuraba no querer ser del parlamento, influia en secreto en todas las medidas del consejo de regencia. Disponia de la mayor parte de las rentas de la corona en provecho de la reina viuda, y se molestaba muy poco en consultar á los ministros sobre los asuntos políticos. De tal modo estaba rodeado y cercado el mismo rey por las hechuras del favorito, que no se podia lograr acceso á él. En suma, hallábase toda la autoridad soberana en manos de Mortimer y de la reina, que no se cuidaba de ocultar su pasion criminal.



Eduardo III.

Un gobierno así organizado no podia ser de larga duracion; el menor choque debia bastar para derrocar un poder que ni en la fuerza ni en la virtud se apoyaba. Una invasion de los escoceses dió el primer golpe á la autoridad de Mortimer, y el talento del jóven Eduardo le abatió completamente. Los escoceses, que ninguna parte tuvieron en las últimas turbulencias de Inglaterra, y no se habian declarado por ninguno de los bandos, se resolvieron á aprovecharse del estado precario de la nacion. Sin consideracion al convenio celebrado entre ambos reinos, trataron de sorprender el castillo de Norham. A estas primeras hostilidades no tardó en seguir una invasion formidable en las provincias septentrionales, yendo un ejército de veinte mil hombres á amenazar á Inglaterra.

Aunque Eduardo se encontraba en una edad demasiado tierna, anunciaba ya aquel ardimiento marcial que despues le hizo tan célebre. Resolvióse á cortar la retirada al enemigo, poniéndose en marcha á la cabeza de sesenta mil hombres hácia mediados de julio; pero después de perseguir en vano á los escoceses en los bosques y pantanos, y de fatigas increibles, sin descubrir otras señales del enemigo que los estragos que causó en las poblaciones incendiadas á su tránsito, no le quedó otro arbitrio que el prometer una recompensa al que llegáse á descubrir el lugar en que los dichos escoceses estaban apostados. Noticioso de esto el enemigo, envió á decir al rey que los escoceses se hallaban prontos á darle una batalla; pero habian tomado una posicion tan ventajosa en las orillas del rio Ware, que Eduardo creyó imprudente atacarlos; y por mas tentativas que hizo para que variasen de situacion, no pudo inducirlos á combatir con iguales ventajas.

En estas circunstancias ocurrió la primera ruptura entre el rey y Mortimer. El jóven monarca, lleno de ardor, se resolvió á arrostrar todos los peligros para impedir á los devastadores la fuga impunemente. Mortimer sin embargo opuso su influjo al valor del rey, y evitó un combate decisivo, do que podian resultar las mas fatales consecuencias contra su autoridad, ya se ganase ó perdiese la batalla. Pero poco despues, los escoceses mandados por Douglas hicieron una irrupcion nocturna en el campo inglés, penetrando hasta las tiendas del rey. Despertóse felizmente este en los críticos momentos, y se defendió con valor contra el enemigo, perdiendo á su gentil hombre y al capellan que murieron combatiendo á su lado. La oscuridad de la noche favoreció la evasion de Eduardo; y los escoceses habiéndoseles frustrado sus esperanzas de apoderarse de él, se retiraron al instante abandonando sus tiendas y no dejando detrás de sí á nadie mas que seis prisioneros ingleses, á quienes rompieron las piernas para que no fuesen á avisar á sus compatriotas.

La fuga repentina de los escoceses fué una circunstància desagradable para el ejército inglés, que se hallaba poseido de admiracion y ardimiento por el valor del jóven monarca, cuya intrepidez no se dudaba que hubiera alcanzado la victoria. Todo el mal éxito de aquella empresa recayó sobre el valido de la reina; y desde entonces empezó el pueblo á desear vivamente la desaparicion de una autoridad usurpada, que sin cesar se interponia entre el monarca y sus súbditos, no dejando estos escapar ninguna ocasion de agravar las faltas de los gobernantes, y de ensalzar el mérito naciente del jóven soberano.

Viéndose Mortimer en una situacion tan precaria, tomó la resolucion de alcanzar á toda costa la paz con Escocia, para afirmar su poder vacilante—A. de Jesucristo 1328.—Concluyóse efectivamente entre las dos naciones un tratado por el cual renunciaba la Inglaterra á toda espécie de título de soberanía sobre el reino de Escocia. Los escoceses en cambio consintieron en pagar una suma de treinta mil marcos. Otra medida que Mortimer juzgó necesaria para su propia seguridad, fué el apoderarse de la confianza del conde de Kent, hermano del rey difunto, hombre sencillo y de un carácter muy dulce, quien persuadido por aquel de que todavía vivia su hermano, adoptó enteramente sus ideas con la intencion de restablecer á Eduardo II en el trono, restituyéndole la libertad, y reintegrándole en todos sus derechos.

Pero el despreciable cortesano, que solo inventara aquella fábula para perder al conde de Kent, le intimó algun tiempo despues que compareciese ante el parlamento, en el que fué acusado y condenado, siendo ejecutado antes que hubiese podido tener lugar el jóven

rey para interponer su autoridad en favor del mismo Kent—A. de J. C. 1330.

Al paso que Mortimer se deshacia de sus enemigos, cuidaba de enriquecerse con sus despojos. Los bienes del desgraciado conde fueron aplicados al hijo mas jóven de aquel: apoderóse por sí mismo de la antigua fortuna de los Spenser, y su poderío llegó á ser tan formidable, como odiosas y repugnantes eran sus corrompidas costumbres.

En tan crítica situacion para Inglaterra, se decidió Eduardo á destruir una autoridad detestada de toda la nacion, y que menoscababa la potestad régia: mas era tal la influencia del favorito, que fueron indispensables para derribarle tantas precauciones como para restablecer los derechos del trono. Hacia algun tiempo que la reina y Mortimer residian en el castillo de Nottingham, fortaleza muy guardada, cuyas puertas se cerraban cuidadosamente todas las noches llevándose las llaves á la reina. Concertóse entre el rey y algunos barones que entraron en sus designios, de apoderarse de Mortimer en aquella fortaleza. En consecuencia revelaron su proyecto á sir Wilian Elaud, gobernador del castillo, quien prometió servirles é introducirlos por un camino subterráneo, escondido á la sazon bajo de escombros, y únicamente conocido de una ó dos personas.



Eduardo III.

Por allí fué por donde los nobles adictos á los intereses del rey penetraron de noche en el castillo, y se apoderaron de Mortimer, sin que le fuese posible hacer ninguna resistencia: encontráronle en una habitacion inmediata á la de la reina, la cual se esforzó inútilmente por protegerle, y en vano suplicó que perdonasen á «su querido Mortimer.» Sordos á sus ruegos los barones, no tuvieron ninguna compasion de la que tantas veces la habia rehusado á los demás. El parlamento, que estaba reunido entonces, condenó á su amante, sin que se le hubiese permitido la defensa ni examinado ningun testigo. Fué ahorcado en un lugar llamado Elmes, á una milla de Londres, y su cuerpo estuvo espuesto durante dos dias.

Pronuncióse la misma sentencia contra algunos de los partidarios de Mortimer, particularmente contra Gournay y Maltravers, los asesinos del rey; mas pudieron escaparse y librarse del suplicio pasando al continente. La reina, que era la mas culpable, debió su salvacion á la dignidad de su rango; pero fué despojada de todo el poder que ejerció hasta entonces, y encerrada para el resto de su vida en el castillo de Risings, concediéndosela para su subsistencia una pension anual de tres mil libras esterlinas. No volvió á recobrar la libertad, y todos los años le hacia el rey una visita de ceremonia. Por lo demás fué abandonada y espuesta al odio y á la execracion universal. Vivió veinticinco años todavía, para ofrecer al mundo el miserable ejemplo de la ambicion burlada, y del crímen castigado justamente.

Libertado por fin Eduardo de una autoridad constantemente en oposicion con la suya, se determinó á hacerse popular por un medio siempre eficaz sobre el espíritu de los ingleses. Sabia que un monarca guerrero es mas á propósito que otro alguno para agradar á un pueblo belicoso. La debilidad del gobierno escocés, por ser á la sazon de menor edad su jefe, le ofrecia ocasion favorable para renovar las hostilidades, y el espíritu turbulento de los nobles de aquel país contribuyó á decidirle á la ejecucion del proyecto. Además, otro pretendiente aspiraba al trono, que era Eduardo Baliol, hijo de Juan, que habia sido coronado rey de Escocia. Resuelto el rey inglés á apoyar las pretensiones de este jefe, le dió permiso para levantar tropas en la misma Inglaterra para apoyar las que habia llevado del continente; y á la cabeza de solos tres mil aventureros consiguió Baliol una importante victoria sobre los escoceses, que perdieron doce mil hombres—A. de Jesucristo 1311.

Este triunfo, al cual siguieron algunos otros, acobardó de tal suerte á los escoceses, que su ejército se dispersó y aquel reino fué subyugado por un puñado de hombres. Baliol, por uno de los caprichos inesperados de la fortuna, asaz comunes en aquellos siglos bárbaros, fué coronado rey de Escócia, y todos los que corrieron los mayores peligros se apresuraron á reconocer su autoridad. Empero no gozó por mucho tiempo de aquella fortuna. Por otro capricho de esta igualmente súbito, fué atacado y destruido por Archibaldo Douglas, y obligado á refugiarse en Inglaterra en una situacion deplorable.

Una tentativa tan infructuosa de parte de Baliol solo sirvió para acrecentar el ardor de Eduardo, quien aceptó con gusto la oferta que aquel le hizo de reconocerse por su vasallo, lo cual estaba entonces en sus intereses.

Preparóse pues Eduardo con todas sus fuerzas para reponer al rey depuesto en un gobierno que en lo sucesivo estaria sometido á Inglaterra. Al efecto obtuvo de su parlamento un subsidio que no le fué otorgado sino con repugnancia; y á la cabeza de un ejército bien ordenado y disciplinado marchó á poner sitio á Lerwich, que fué obligada á capitular despues de una vigorosa resistencia.

Por tratar de socorrer esta ciudad hubo entre escoceses é ingleses una batalla general que se dió en Halidown-Hill, al norte de Lerwich, triunfando la fortuna de Eduardo. El general escocés Douglas fué muerto, y poco despues puesto en derrota todo su ejército. Esta victoria fué debida en parte á la estraordinaria destreza de los arqueros ingleses, que á la sazon eran los mas célebres de Europa. Todos los nobles escoceses de la primera distincion fueron muertos ó hechos prisioneros, pereciendo treinta mil de los suyos en la accion, mientras que la pérdida de los ingleses no fué mas que de quince hombres solamente: es increible una diferencia tan grande—A. de J. C. 1333, 19 de julio.

Tan importante victoria decidió el destino de Escocia: vióse Baliol dueño del reino sin mucha dificultad, y Eduardo tornó triunfante á Inglaterra despues de asegurar las principales ciudades escocesas incorporándolas á la monarquía inglesa.

Pero todas estas victorias fueron mas brillantes que útiles al bien de la nacion: no tardaron los escoceses en descubrir una aversion invencible al régimen inglés; de modo que apenas se retiraron las fuerzas de Eduardo de Escocia, se rebelaron aquellos de nuevo contra Baliol, á quien casi espulsaron del reino—A. de J. C. 1335.—La vuelta de Eduardo los redujo otra vez

á la sumision; mas tan pronto como se alejó, renovaron al instante sus insurrecciones. En vano empleó Eduardo sucesivamente el lenguaje de la persuasion y los terrores de la guerra para forzarlos á someterse: perseveraron en su repugnancia á obedecerle, contribuyendo mucho las promesas de auxilio que les hacia la corte de Francia á aumentar cada dia sus esperanzas de triunfo.

Como la Francia hacia mucho tiempo que dejaba adormecida su mala inteligencia con Inglaterra, vino á ser el objeto de la rivalidad y ambicion de Eduardo.

Nuevos acontecimientos comenzaron entonces á prepararse; acontecimientos que debian por mas de un siglo sumir la monarquía francesa en todos los horrores de la guerra, y esponer este reino al riesgo de caer en poder de Inglaterra, haciendo dudar á toda la Europa si la cuestion se habia de ventilar por el derecho de las armas ó por el de sucesion. En aquella época la Francia ni era tan estensa ni tan poderosa como hoy dia. Algun tiempo antes se le habian incorporado muchas provincias de importancia, como el Delfinado, la Provenza y el Franco Condado: sin embargo, mas bien se hallaba enervada que sostenida por estos principados vecinos, cuyos pequeños soberanos, supuestos súbditos del rey, no eran realmente sino rivales temibles para este.

En la época de que hablamos, este reino era presa de desdichas sin cuento, y el mismo rey participaba de las calamidades generales. Los tres hijos de Felipe el Hermoso habian en pleno parlamento acusado á sus mugeres de adúlteras, las cuales por consiguiente fueron condenadas á estar en reclusion por el resto de sus dias. Luis Hutin, sucesor del mismo Felipe, habia hecho ahogar á la suya condenando á sus amantes á ser desollados vivos.

No habiendo dejado dicho Luis al fallecer mas que una hija, su hermano Felipe el Largo se apoderó de la corona en perjuicio de su sobrina, alegando la ley sálica que escluia del trono á las mugeres. Esta ley sin embargo, ni era muy conocida ni estaba bastantemente confirmada por ejemplos anteriores para que debiese ser mirada como regla invariable. Hasta entonces solo lijeramente se habia examinado la cuestion de si las hembras podian suceder en la corona; y como las leyes deben establecerse juzgando de lo que acontecerá por lo que ya ha acontecido, y no se encontraba ningun antecedente á propósito para resolver el caso, la cuestion se quedó por decidir.

No obstante, habia adjudicado varias veces el parlamento la sucesion á la línea femenina, puesto que el Artois fué dado en otro tiempo á una hembra en perjuicio de heredero varon. En muchas ocasiones habia sido gobernada la Champaña por mugeres, al paso que en otros casos fueron declaradas inhábiles para suceder en la corona.

Nótase por lo tanto que el derecho de sucesion variaba con el poder, y que en caso igual era desconocida ó despreciada la justicia.

Carlos el Hermoso, hermano mas jóven del rey, envidioso de la fortuna de este que era el mayor, combatió sus pretensiones sosteniendo que la hija de Luis Hutin era la heredera legítima del trono. Despues de haberse discutido esta cuestion con calor entre los dos hermanos, fué llevada al parlamento, el cual juzgando á tenor de la ley sálica, la decidió en favor de Felipe el Largo. Solo reinó poco tiempo este monarca, que murió sin dejar mas que dos hijas. Carlos el Hermoso, no teniendo ya que temer á ningun pretendiente varon, se apoderó á su vez del trono, disfrutando de él pacíficamente por espacio de algunos años. Mas no fué de larga duracion su reinado, pues falleció quedando su muger en cinta.

Como no habia heredero directo, la regencia fué reclamada por dos personas que alegaban iguales derechos. Estos pretendientes eran Eduardo III, rey de Inglaterra, que sostuvo sus títulos como nacido de Isabel, hija de Felipe el Hermoso y hermana de los tres últimos reyes de Francia, cuyos títulos creia le hacian heredero legítimo de esta corona, y Felipe de Valois que á la sazon desempeñaba el gobierno como heredero varon mas cercano. En su consecuencia, este habia sido nombrado regente del reino, y habiendo dado á luz al poco tiempo la reina viuda una hija, fué elegido rey por unanimidad, y coronado en medio de universales aclamaciones de sus súbditos.

Diósele el sobrenombre de Felipe el Afortunado, y á este título se juntaron todas las cualidades mas propias para asegurar la felicidad de un pueblo. Una de las señales mas notables de la venturosa fortuna que le aguardaba, fué el homenaje que tuvo que rendirle su rival Eduardo, quien al efecto pasó espresamente á Amiens; mas como la ambicion se aumenta por lo regular á medida que el poderío, á aquel paso humillante para Eduardo no tardó en seguir una declaracion de guerra, disponiéndose este de nuevo á disputar una corona de la cual acababa de declararse vasallo.

Entre los que mas contribuyeron á ayudar á Eduardo en esta guerra y á determinarle á que tomase el título de rey de Francia, hubo un cervecero de Gante llamado Santiago Arteveld, hombre que tenia una influencia inmensa para un simple súbdito y que era uno de los seres que, segun Maquiavelo, deben ser halagados ó destruidos por los reyes. Habia gobernado por algun tiempo á sus compatriotas con una autoridad mas absoluta que la de ningun soberano, poniendo y deponiendo los magistrados á su arbitrio, y estando siempre acompañado de guardias que á la menor señal suya degollaban inmediatamente á cualquiera que tuviese la desgracia de desagradarle.

Eduardo, influido y apoyado por este hombre, se resolvió á emprender la conquista de Francia. Nada empero quiso hacer sin consultar antes con el parlamento, y despues de conseguir su aprobacion, obtuvo por via de subsidio una cantidad considerable de lanas que se propuso cambiar con los flamencos—A. de J. C. 1338.—Seguido entonces de un cuerpo de tropas inglesas y de una parte de la nobleza, se embarcó para Flandes sin pensar en otra cosa que en su proyectada conquista.

El primer acto de Eduardo fué el manifestar su pretension á la corona de Francia, el apropiarse el título de rey de este territorio, y el dar á Felipe, su rival, el nombre ultrajante de usurpador. Este por su parte hacia grandes preparativos para rechazarle, y hasta le desafió á un combate singular con condiciones iguales—A. de J. C. 1339.—Eduardo aceptó el reto, porque en todas las acciones de este género afectaba mostrar el carácter de un héroe; mas habiendo sobrevenido algunos obstáculos, no se realizó el combate, y así continuó la guerra en la forma ordinaria, esforzándose cada partido por sacar las ventajas que se podia.

El primer triunfo fué conseguido por los ingleses en un combate naval que tuvo lugar en las costas de Flandes—A. de J. C. 1340.—Los franceses perdieron doscientos treinta buques, muriendo dos de sus almirantes y veinte mil marineros. Cuéntase que ningun cortesano de Felipe se atrevió á participarle un suceso tan funesto, y que su bufon fué quien con una chuscada le descubrió la pérdida que hubo.

Siguió á esta victoria y á algunas otras operaciones igualmente afortunadas una tregua que fué observada por ambas partes, hasta que la ambicion de Eduardo fué despertada de nuevo por las instigaciones del conde de Montfort, que despues de haber estado en otro tiempo en posesion de la Bretaña, recurrió á él para hacer valer sus derechos.

Una proposicion de tal naturaleza se amoldaba demasiado á los ardientes deseos del monarca para que la desechase. Conociendo pues al instante las ventajas que

le podian resultar, escuchó con gusto las promesas que Montfort le hizo de apoyarle en sus designios, y así abrazó la causa de este príncipe activo y valiente, uniéndose ambos por interés estrechamente. Tal auxilio debia abrirle la entrada en el centro de Francia, lo cual no podia esperar por la parte de Flandes á causa de las muchas fortificaciones que habia en sus fronteras.

Mas poco tiempo despues se desvanecieron tan lisonjeras esperanzas por la prision de Montfort, cuyos proyectos fueron descubiertos, y sitiado y cojido en la ciudad de Nantes—A. de J. C. 1341.

Pero Juana de Flandes su esposa supo reemplazarle. Esta célebre muger, una de las mas estraordinarias de su siglo, trató valerosamente de reparar la vacilante fortuna de su familia. Reunió los habitantes de Rennes en cuya ciudad vivia, y tomando en brazos á su hijo hizo con elocuencia la pintura de sus desgracias, proponiéndose despertar en el pecho de los bretones el celo y adhesion á su causa. Poseidos de ternura y admiracion los habitantes de Nantes, abrazaron con calor aquella causa, así como otras muchas ciudades de Bretaña, jurando defenderla. Noticioso el rey de Inglaterra de tan nobles esfuerzos, se empeñó en mandar auxilios cuanto antes á la ciudad de Hennebon en que Juana se encerró resuelta á sostener el asalto del enemigo.



Westminster.

No se equivocó esta condesa en su opinion acerca de la vigilancia y actividad de Carlos de Blois, rival de Montfort. Impaciente aquel por apoderarse de una plaza tan importante como Hennebon, y todavía mas ansioso por hacer prisionera á la condesa, se presentó con un ejército considerable á sitiar esta ciudad, dirigiendo las operaciones con una actividad infatigable—A. de J. C. 1342.—No fué menos vigorosa la defensa, haciendo la guarnicion muchas salidas. La condesa en persona conducia los soldados á los peligros con un valor y energía sorprendentes. Habiendo notado un dia que el ejército de Carlos habia abandonado un cuartel del campo para dar un ataque general, se puso á la cabeza de trescientos caballos, salió por una poterna, puso fuego á las tiendas y bagajes del enemigo, pasó á cuchillo á los vivanderos y demás gentes que seguian al mismo ejército, y en fin causó tan gran terror, que los sitiadores renunciaron á su proyecto de ataque para cortarla toda comunicacion con la ciudad. Burlada pues la condesa por el enemigo, se retiró á Auray, en donde estuvo cinco ó seis dias; y reuniendo un cuerpo de quinientos caballos, se abrió paso por medio del campo contrario en que combatió valerosamente, consiguiendo entrar triunfante en la fortaleza, cuyos fieles guardadores la recibieron con el mayor entusiasmo.

Empero un valor tan poco secundado no podia resistir largo tiempo á los contínuos ataques de un enemigo superior, cuya actividad era infatigable, habia logrado abrir muchas brechas en las murallas, y se temia por instantes un asalto general que podia ser fatal para los sitiados. Determináronse estos por lo tanto á proponer una capitulacion: ya habian comenzado las conferencias, cuando hallándose la condesa en una torre mirando con ansiedad hácia al mar, vió buques á alguna distancia: gritando entonces que los socorros que ella esperaba iban á llegar, prohibió proseguir la capitulacion.

No fueron vanas sus esperanzas: la escuadra que habia visto traia un cuerpo de hidalgos ingleses y seis mil arqueros que Eduardo enviaba en ayuda de Hennebon, y habia estado retenida largo tiempo por vientos contrarios. Entraron en el puerto á las órdenes de sir Walter Manny, uno de los generales mas valientes de aquella época. Tan inesperado socorro sirvió para rehacer el ánimo decaido de los bretones y para mantener su ardor hasta la terminacion de la tregua, que proporcionaria á Eduardo la libertad de renovar la guerra abiertamente.

Cuando llegó aquel momento, este aportó en Morbihan, cerca de Vannes, con un ejército de doce mil hombres: y haciéndose al instante dueño de la campaña en que ningun enemigo se atrevió á presentarse, dió á sus armas el esplendor mas brillante sitiando algunas de las principales fortalezas. De tan vigorosas operaciones resultó otra tregua que no tardó en ser infringida.

Ninguna de las dos partes observó el tratado sino en cuanto convenia á sus intereses, y ambos adversarios se vituperaron mútuamente de pérfidos.

Eduardo envió al conde de Derby á defender la provincia de la Guiena, encargándole que sacase todo el partido posible de las ventajas que se presentasen—A. de J. C. 1344.—Sus primeros triunfos fueron rápidos y brillantes; mas apenas acabó sus preparativos el rey de Francia, el conde esperimentó una resistencia que no aguardaba y le obligó á estar á la defensiva. Rindiéronse muchas fortalezas á los franceses, y desde entonces pareció disminuirse la preponderancia inglesa en el continente.

En tal situacion decidióse Eduardo á marchar en persona en socorro de sus súbditos y aliados, embarcándose en Southampton con una escuadra de cerca de mil velas de todas dimensiones. Llevaba en su comitiva, además de la nobleza principal de Inglaterra, á su primogénito el príncipe de Galles, llamado despues el príncipe Negro. Este jóven, que no tenia mas de diez y seis años, era notable por su talento y valor, superiores á su edad. Componíase el ejército inglés de cuatro mil caballos, diez mil ballesteros, diez mil infantes galleses y diez mil irlandeses, que desembarcaron sin novedad en la Hogue, en Normandía, cuyo país escojió Eduardo para teatro de la guerra.

La noticia del desembarco de Eduardo y del estrago que hacian sus tropas diseminadas por todo el territorio, sembró la confusion en la corte de Francia. La rica ciudad de Caen fué tomada y saqueada sin misericordia; las ciudades y aldeas de los contornos de París sufrieron la misma suerte, y atemorizados los franceses no tuvieron otro arbitrio que romper todos sus puentes para detener el furor del enemigo.

Apresurábase Felipe en el interin á concluir sus aprestos de guerra. Colocó á Godemar de Faye, uno de sus generales, con un cuerpo de ejército en las márgenes opuestas del Soma, cuyo rio debia pasar Eduardo, mientras que el mismo Felipe avanzó á la cabeza de cien mil hombres á batallar con los ingleses. Viéndose Eduardo á pesar de sus victorias espuesto a peligro de ser envuelto y á morir de hambre en un país

enemigo, prometió un premio á cualquiera que le indicase el medio de vadear el Soma. Hízole este servicio un rústico, y dándose priesa Eduardo, tuvo todavía tiempo para que su ejército pasase el rio antes que Felipe le alcanzara.

Puestos los dos ejércitos el uno en frente del otro, aguardaban todos los dias el darse una batalla, siendo iguales su ardor é impaciencia. Aunque las fuerzas eran desproporcionadas, porque el ejércitó inglés no pasaba de treinta mil hombres, al paso que el francés se componia de ciento veinte mil, Eduardo no quiso dejar de aprovecharse de la impetuosidad de sus tropas arriesgando una batalla. Al efecto escojió un terreno ventajoso cerca de Crecy, determinándose á aguardar allí tranquilamente el ataque del enemigo. Ordenó su ejército en una pendiente suave dividiéndolo en tres columnas: la primera mandada por el jóven príncipe de Galles, la segunda por los condes de Northampton y de Arundel, y la tercera que hacia de reserva, por el mismo rey.

Viendo que su pequeño ejército estaba en peligro de ser cercado, atrincheró sus flancos colocando todo el bagaje en un bosque que habia á retaguardia y que tambien hizo atrincherar. Dispuesto todo, el rey y el príncipe de Galles se ocuparon en cumplir sus deberes piadosos recibiendo el sacramento de la Eucaristía. El aspecto del rey anunciaba la calma é intrepidez de un hombre resuelto á vencer ó morir. Recorrió todas las filas exhortando á los soldados á defender el honor de su patria: su firmeza y elocuencia inflamaron á todos aquellos valientes con un ardimiento que rayó muy pronto en entusiasmo. Pretenden algunos que en esta ocasion puso Eduardo al frente de su ejército algunas piezas de artillería, invencion nueva entonces; lo cual no contribuyó poco á sembrar el desórden en las filas enemigas.



La reina Felipa.

Animado Felipe por el resentimiento, y confiando en la superioridad numérica de sus fuerzas, atendia á buscar el choque mas que á tomar las medidas necesarias para asegurarse el éxito de la batalla. Algunos de sus generales le aconsejaron que difiriese el combate para el dia siguiente, á fin de que repuesto su ejército de las fatigas de una marcha forzada, se presentase en mejor órden que el que le permitia la precipitacion del momento. Mas no fué posible reprimir la impaciencia de las tropas, y así era muy tarde para suspender un ataque que tan vivamente se deseaba dar. Estimuláronse unas filas á otras sin que ningun jefe fuese capaz de contener la impetuosidad del soldado. Formóse el ejército en tres líneas de modo que correspondiesen á las de los ingleses: Juan, rey de Bohemia, mandaba el primer cuerpo compuesto de quince mil ballesteros genoveses á las órdenes de Antonio Doria; el conde de Alenzon, hermano del rey, conducia el segundo, y el mismo Felipe iba á la cabeza del tercero.

El rey de Francia mandó á los arqueros genoveses que cargasen al enemigo, y así principió hácia las tres de la tarde la famosa batalla de Crecy—A. de J. C. 1346, 26 de agosto.—Empero estaban tan cansados los arqueros, que en lugar de obedecer gritaron súbitamente que no podian entrar en combate sin descansar algun rato. El conde de Alenzon, noticioso de lo que pasaba, se presentó á ellos y los reconvino por una conducta tan cobarde, ordenándoles que atacasen inmediatamente. Lejos de disminuirse la general repugnancia, se aumentó mas con una lluvia considerale que vino á caer en aquellos momentos, aflojando de tal modo las cuerdas de los arcos, que las flechas que lanzaron no produjeron sino poco efecto, mientras que los arqueros ingleses, que habian tenido la precaucion de conservar guardados los suyos, fueron de repente favorecidos por los rayos del sol que turbó los ojos del enemigo, y echando entonces á volar una nube de flechas, asestaron tan diestramente, que no se vió ya entre los genoveses mas que desórden y terror.

El jóven príncipe de Galles tuvo bastante presencia de ánimo para aprovecharse de tal confusion y conducir sus soldados á la carga. La caballería francesa, que á las órdenes del conde de Alenzon habia hecho cara desde luego al enemigo, sostuvo el combate, y empezaba á cercar el ejército inglés, cuando los condes de Northampton y Arundel acudieron á socorrer al príncipe, que era el primero que se distinguia en medio del peligro, precisando á la fortuna á pronunciarse en favor suyo en todos los puntos en que él se presentaba. Entonces se hizo terrible el combate, siendo tal el valor del jóven guerrero, que llenó de sorpresa y admiracion aun á los soldados mas esperimentados.

Temblando los dos condes por la vida del príncipe, despacharon un oficial al rey suplicándole que enviase un refuerzo al mismo príncipe. Eduardo estaba observando el combate desde una colina, y preguntó con aparente calma si habia sido muerto su hijo. Respondiéndole el oficial que vivia y daba pruebas de valor, le replicó: «Decid á mis generales que no quiero mandar »socorro alguno á mi hijo: yo le reservo toda la gloria »de esta jornada. Dejadle que se muestre digno de la »noble profesion para la que ha sido armado caballero: »decidle que quiero que solo á su mérito se deba la victoria.»

Trasladadas estas palabras al momento al príncipe y á sus generales, produjeron nuevo ardor, y atacando de rechazo á la caballería francesa mataron al conde de Alenzon, que era el jefe francés mas valiente. Tan funesto suceso decidió la fuga de los franceses, quienes privados de su bravo capitan perdieron el valor, entró la confusion en sus filas, y precipitándose sobre ellas la infantería gallesa, acabó de matar á sablazos á los que habian sobrevivido al furor del primer ataque.

En vano quiso el rey de Francia sostener por sí mismo el combate: por mas que animó á sus soldados con la voz y con su ejemplo, la victoria se habia pronunciado decisivamente á favor de los ingleses. En el momento en que hacia un esfuerzo mas para dar la cara al enemigo, Juan de Hainaut, horrorizado del peligro á que se esponia, agarró las riendas de su caballo, y forzándole á retroceder le sacó del campo de batalla.

En tan memorable combate fueron muertos treinta mil franceses, en cuyo número se encontraron Juan, rey de Bohemia, otro Juan, rey de Mallorca, Ralphe, duque de Lorena, nueve condes, veinticuatro barones, mil doscientos caballeros, mil quinientos hidalgos y cuatro mil ginetes.

Hay algo de singular en la suerte del rey de Bohemia, quien á pesar de estar enteramente ciego quiso tomar parte en la batalla. Cuando supo el mal éxito de esta, que su hijo Carlos habia sido retirado herido mortalmente, y que el príncipe de Galles arrollaba todo lo que se le presentaba delante, mandó á sus caballeros que le llevasen á lo mas recio de la pelea, y que le espusiesen á los golpes del jóven vencedor. Obedeciéronle los caballeros, quienes metiéndose con él entre las filas enemigas, hallaron la muerte que buscaban.

La mayor parte del ejército francés fué pasado á cuchillo, el resto tomó la fuga, y solo la noche interrumpió la carnicería. Al regresar el rey de Inglaterra al campamento, se arrojó á los brazos del príncipe de Galles y esclamó: «Noble y valeroso hijo, continúa en mos»trarte tal como hoy te has mostrado: te has portado »con raro valor, y eres digno de la corona que será tu »herencia.»

En la madrugada siguiente apareció una densa niebla que vino á favorecer de nuevo á los ingleses. Una parte de la milicia de Rouen que habia acudido á reunirse al ejército francés, fué puesta en derrota por aquellos en el primer ataque. Los fugitivos se dejaron engañar por la vista de las banderas francesas colocadas por los vencedores en unas alturas vecinas, y apresurándose á marchar adonde estaba aquella señal fueron degollados sin misericordia.

Nunca alcanzaron los ingleses victoria mas famosa ni que menos sangre les costase que esta, pues no perdieron mas que un escudero, tres caballeros y un corto número de soldados. Encontróse entre los despojos el casco del rey de Bohemia, que tenia por cimera tres plumas de avestruz con estas palabras: *ich dien*, que significaba en aleman, yo sirvo. Juzgóse digna de ser conservada esta divisa para perpetuar la memoria de la victoria, y así fué añadida á las armas del príncipe de Galles, y adoptada despues por todos sus sucésores.

Del triunfo de Crecy resultaron muy importantes ventajas. Eduardo, tan moderado en sus conquistas como prudente en sus medidas, deseaba asegurarse para lo sucesivo una entrada fácil en Francia. Con este designio se dirigió á poner sitio á Calais, ciudad defendida entonces por Juan de Diena, jefe hábil y esperimentado, que la tenia bien abastecida para la resistencia. Conociendo el rey la dificultad de tomar á viva fuerza una ciudad tan importante, se determinó á reducirla por hambre, escojiendo al efecto un terreno á propósito para el campamento, levantando trincheras alrededor de las murallas, y haciendo todas las provisiones necesarias para que sus soldados pudiesen sostener la campaña en todo el invierno. Estas operaciones, aunque lentas, tuvieron buenos resultados. En vano trató el gobernador de oponer una noble resistencia y de hacer salir de la ciudad todas las bocas inútiles, que Eduardo tuvo la generosidad de permitir que atravesasen su campo: todo fué en vano. Calais fué tomada despues de un bloqueo de once meses, en que dominaron todos los horrores de la guerra y del hambre —A. de J. C. 1347.

La tenaz resistencia de los habitantes habia irritado tanto á Eduardo, que declaró muchas veces que cuando se apoderase de la ciudad vengaria á los que perdiese durante el asedio; por lo cual solo á duras penas fué como se resolvió á recibir las muestras de sumision de los habitantes y á perdonarles la vida, con la condicion de que se le entregasen seis de los ciudadanos principales para disponer libremente de ellos.

Cuando se decidió á mitigar su resentimiento, mandó que fuesen llevados los seis ciudadanos á su campamento con la cabeza y los piés desnudos y con el cordel al cuello, como criminales dispuestos á ser ajusticiados. Al saber semejante órden en la ciudad, cundió el terror y la consternacion entre sus habitantes. ¿Quiénes serán bastante generosos para sacrificarse por la salvacion de sus compatriotas, y aplacar con el precio de su vida la cólera del vencedor? En tan cruel incertidumbre presentóse uno de los principales habitantes de la ciudad llamado Eustaquio de San Pedro, y declaró que él estaba pronto á sufrir los tormentos necesarios para salvar á sus compatriotas. Otros cinco siguieron tan noble ejemplo, y vistiéndose como criminales corrieron á echarse á los piés de Eduardo presentándole las llaves de la ciudad. A pesar de unas muestras tan patéticas de abnegacion y rendimiento, parecia que no se calmaba el furor del rey, quien probablemente los hubiera hecho perecer, si la generosa conducta de aquellos héroes no hubiera atraido la admiracion de la reina, conmoviéndola vivamente. Echándose á los piés de su esposo intercedió con tanta elocuencia, que el rey enternecido por fin consintió en perdonar á los desgraciados.

Logrado por Eduardo con la toma de Calais un punto por donde en todos tiempos podria introducir en Francia sus tropas y retirarlas libremente, se resolvió á emplear todos los medios que estaban en su mano para añadir fuerza y estabilidad á aquel reciente triunfo. Mandó á los franceses que abandonasen la ciudad y la repobló completamente con ingleses: estableció además el comercio de lana, cueros, estaño y plomo, artículos principales que producia la Inglaterra, y eran buscados en el continente. Los ingleses fueron obligados á trasportar allí sus bienes, y desde entonces acudieron allá los comerciantes estranjeros á comprar sus mercancías. Por este medio llegó en poco tiempo la ciudad á ser rica, populosa y floreciente; y aunque algun tiempo despues fué sorprendida por traicion, no dejó de continuar durante mas de dos siglos en manos de los ingleses, desafiando todo el poder militar de Francia.

El acontecimiento que hizo fracasar la restitucion de Calais á los franceses, fué la perfidia de uno llamado Aymard de Pavía, italiano, que habia sido nombrado gobernador de la ciudad. Este hombre prometió entregársela á aquellos, y estaba para ejecutarse el plan, cuando fué descubierto por Eduardo, quien obligó á Aymard á continuar en la trama, haciendo creer á los franceses que seguia siempre decidido por ellos. Habiéndose designado dia para la introduccion de estos en la ciudad, el rey se preparó á recibirlos al frente de fuerzas considerables—A. de J. C 1349.—Todos los franceses que entraron en Calais fueron degollados: la guarnicion, mandada por Eduardo y sir Walter Manny, salió á perseguir á los demás, y tuvo lugar un sangriento combate en que el rey luchó cuerpo á cuerpo con Eustaquio de Ribeaumont, hombre de mucha fuerza y valor, derribándole y haciéndole prisionero.

Con esto se avivó la guerra con mas furor que nunca entre Francia é Inglaterra, arruinando de igual modo á vencedores y vencidos. Un azote mas terrible todavía que el de la guerra vino á desolar en aquella época las infelices provincias de Europa. Una peste mas espantosa que ninguna de las que refieren las historias, esparció en todas las comarcas de Occidente su maligna influencia, despues de hacer horrorosos estragos en Asia y Africa. Originaria, segun se cuenta, del gran reino de Cathay, habia salido de la tierra por un olor de azufre emponzoñado, que no solamente destruia á todos los habitantes, sino que dañaba aun á las plantas y minerales con su malignidad. A lo que se dice pereció la cuarta parte del pueblo. La tal plaga se difundió con tanta violencia en Londres, que en el espacio de un año se enterraron en el cementerio de Charter-House como unas quince mil personas—A. de J. C. 1349.

En medio de los estragos de tan terrible azote venia á aumentar las calamidades públicas la ambicion siempre creciente de Eduardo y Felipe por nuevas conquistas. Empero el comercio y la industria acudieron á remediar aquellos estragos. Estas artes útiles que hasta entonces habian sido desdeñadas por los príncipes, se convirtieron para el porvenir en manantial de riqueza, y repararon las pérdidas de la poblacion. Hacia algun tiempo que las artes pacíficas habian recobrado nuevo lustre en Italia, y se estendian gradualmente por todo el Occiente. Cada dia se hacian conocer mas las comodidades de la vida, á pesar de que casi enteramente eran ignorados todavía los placeres intelectuales. En esta época en que los goces de los sentidos rayaban en lo mas alto, fué cuando el hombre comenzó

á sentir la necesidad de buscar placeres de una naturaleza mas escojida.

No estuvo Inglaterra libre de guerras intestinas durante tan terrible época; pues en tanto que Eduardo recojia en el continente los laureles de la victoria, los escoceses, siempre dispuestos á aprovechar las ocasiones de saquear y de vengarse, invadieron las fronteras. Poniéndose su rey David Bruce á la cabeza de un numeroso ejército, verificó en Inglaterra una irrupcion inesperada, que en aquella situacion sembró la alarma entre los ingleses, aunque sin intimidar su valor. Lionel, hijo de Eduardo, nombrado gobernador del reino durante la ausencia de su padre, era demasiado jóven todavía para tomar el mando de un ejército; pero las brillantes victorias del continente y el espíritu de caballería que á la sazon dominaba, inflamaba á las mismas mugeres con un ardor marcial, y así la esposa de Eduardo, Felipa, se apoderó del mando del ejército y se preparó á rechazar al enemigo.



El príncipe Blake.

Nombró bajo sus órdenes general en jefe á lord Percy, y marchando á encontrar á los escoceses en un punto llamado la cruz de Neville, cerca de Durham, les presentó la batalla. El rey de Escocia la aceptó con impaciencia, imaginándose que triunfaria fácilmente de un ejército mal disciplinado y mandado por una muger. Pero se equivocó completamente: su ejército es el que fué al instante derrotado y rechazado del campo de batalla en que quedaron tendidos quince mil escoceses, siendo hecho prisionero el mismo rey con gran parte de su nobleza y caballeros, y llevados todos á Londres en triunfo.

Esta victoria derramó un regocijo universal en el reino: un rey cautivo era muy á propósito para halagar el orgullo de los ingleses, que no tardaron en tener otros motivos para alegrarse. Felipe, á quien se tituló el Afortunado á su advenimiento al trono, murió agobiado por los infortunios, y su hijo Juan heredó un reino que gobernaba peor que su padre—A. de J. C. 1350.—Aquel príncipe, débil aunque virtuoso, se hallaba al frente de una nacion aniquilada y de una nobleza facciosa: la Francia en esta época estaba como en otro tiempo estuvo la Inglaterra en el reinado de un príncipe del mismo nombre. Componíase el parlamento de señores despóticos y orgullosos con sus posesiones hereditarias, quienes obligaron á Juan á firmar una carta muy semejante á la *carta magna* que habia sido dada por el rey Juan á Inglaterra.

Eran pues muy diferentes en aquella época los recursos militares de Francia é Inglaterra. Juan tenia que gobernar una nobleza que no conocia ninguna especie de subordinacion; los altivos y revoltosos barones conducian á sus vasallos al combate, y no obedecian á sus jefes sino en tanto que convenia á sus intereses. Por lo tanto hallábase el rey á menudo en oposicion con infinito número de pequeños ejércitos mandados por diferentes señores, en lugar de estar á la cabeza de un reino en que reunidos todos los miembros, debian contribuir por su conformidad al bien general.

Los barones pagaban de cuenta propia á sus soldados, así como castigaban sus faltas y recompensaban su fidelidad. Las fuerzas militares de Inglaterra estaban organizadas de una manera muy diferente. El cuerpo principal del ejército inglés se componia de soldados sacados indistintamente de la nacion, pagados por el rey, y habituados á mirarle como único dispensador de las recompensas y los castigos. En lugar de aprontar contingentes de hombres, la nobleza suministraba recursos en dinero, y no habia en el ejército mas que nobles á propósito para mantener en el ánimo del soldado el amor del deber y del honor, é incapaces de dar el ejemplo de menospreciar la subordinacion militar.

En este estado de cosas fué cuando la tregua ajustada entre Eduardo y Felipe se rompió de repente por el fallecimiento del último. Noticioso Eduardo con placer de que las facciones turbaban la Francia, se determinó á aprovecharse de tales circunstancias para acrecentar los disturbios que en ella reinaban. En su consecuencia fué enviado allá el príncipe Negro con un ejército y una escuadra de doscientas velas—A. de J. C. 1355.—Desembarcó en Gascuña llevando la devastacion al centro de este país. Por otra parte Eduardo, al frente de otro numeroso ejército, hizo una irrupcion por Calais asolando cuanto pudo.

No hallándose Juan preparado para rechazar los progresos del enemigo, continuó por algun tiempo espectador tranquilo de semejantes insultos, sin que hasta el verano siguiente se hubiese resuelto á atacar al príncipe Negro, cuyas fuerzas estaban entonces reducidas á doce mil hombres. Con tan pequeño ejército se aventuró el jóven guerrero á penetrar en el corazon de Francia con intencion de reunirse á las tropas de Lancastre. Pero no tardó en conocer que su proyecto era impracticable, porque el territorio por donde queria pasar se hallaba muy guardado para que le fuese posible avanzar, y habian sido rotos todos los puentes que dejaba atrás, lo cual le cortaba los medios de retirada. Tán embarazosa situacion aumentóse todavía mas cuando supo que el rey de Francia se dirigia hácia él á la cabeza de sesenta mil hombres. No viendo ningun medio de retirarse, se decidió tranquilamente á aguardar la aproximacion del enemigo y á hacer frente á toda costa.

Encontráronse los dos ejércitos en Maupertuis, cerca de Poitiers. El rey de Francia hubiera podido con facilidad rendir por hambre á los ingleses é imponerles las condiciones que quisiese: pero tal era el impaciente ardor de la nobleza francesa, que nada pudo moderarlo, y los generales tenian tan gran seguridad de triunfar, que hasta hubiera sido peligroso intentar el reprimir semejante decision. Formados entrambos ejércitos en batalla, esperaban con impaciencia la señal del combate, cuando de repente se suspendió todo por la llegada del cardenal de Perigord, que trató de ser mediador entre los dos partidos. Como el rey de Francia creia segura la victoria, ninguna proposicion quiso escuchar á menos que se consintiese en restituirle la ciudad de Calais. Habiendo el príncipe Negro desechado desdeñosamente esta demanda, fué fijada la batalla para la mañana siguiente, deseando cada cual lleno de ardimiento el instante de venir á las manos.

Durante aquel intervalo el príncipe de Galles se mostró acreedor á vencer por los prudentes preparativos que hizo tomar, fortificando sus puestos con nuevas trincheras, y disponiendo la emboscada de trescientos caballos y otros tantos arqueros para que atacasen de flanco al enemigo en el calor del combate. Despues de adoptadas estas precauciones, al acercarse el dia distribuyó su ejército en tres divisiones: la vanguardia mandada por el conde de Warvick, la retaguardia por los de Salisbury y Suffolk, y el centro por él mismo.

El rey de Francia ordenó su ejército de la misma manera, mandando la primera division el duque de

Orleans, la segunda el Delfin acompañado de sus hermanos, y el cuerpo principal el mismo rey, que llevaba á su lado á su hijo mas jóven y mas querido, á la sazon de catorce años—A. de J. C. 1356, 19 de setiembre.

Como los franceses tenian que pasar por un desfiladero largo y angosto antes de poder atacar al ejército inglés, sufrieron mucho de los ballesteros apostados en los lados con empalizadas, sin que al salir del peligro se encontrasen en mejor situacion, pues tropezaron con el príncipe Negro, quien á la cabeza de fuerzas escojidas los acometió tan furiosamente, que sembró el desorden en las filas enemigas, siguiéndose al instante una completa derrota. Los que estaban en él desfiladero se vieron precisados á retroceder; y aprovechándose las tropas inglesas de esta ocasion, aumentaron el espanto y la confusion, decidiendo la victoria en favor suyo.

El Delfin y el duque de Orleans fueron los primeros en retirarse. El rey hizo inauditos esfuerzos para recuperar lo que habia perdido por su temeridad; pero su valor no pudo llegar á impedir la consternacion y el desaliento que se apoderaron de sus tropas, y habiendo echado á huir la caballería, se quedó abandonado y enteramente espuesto al furor del enemigo.



San Estéban.

Entonces vió con dolor caer en su derredor la flor de la nobleza, combatiendo valerosamente en defensa de su persona: el hijo predilecto fué herido á su lado. Por fin, agobiado de fatiga y desesperado completamente, tomó el partido de rendirse prisionero, gritando repetidas veces que estaba dispuesto á entregarse en manos de su primo el príncipe de Galles. Tan noble presa se hallaba reservada á un hombre indigno de semejante honor. Dionisio de Morbec, caballero de Arras, traidor que habia abandonado su patria por un asesinato, fué quien hizo prisionero al rey de Francia.

El éxito brillante de esta jornada fué debido en gran parte al valor y á la prudencia del príncipe Negro; pero su moderacion en la victoria fué su mas bello triunfo. Yendo al encuentro del rey cautivo, le recibió con las mayores muestras de respeto; se lamentó de su suerte de un modo muy modesto, y le hizo observar con dulzura que sus desgracias debian serle menos dolorosas por la consoladora idea de que á pesar del mal suceso de la batalla, habia hecho por su parte todo lo posible para merecer la victoria. Prometióle que se prodigarian á su dignidad las mayores consideraciones, y le suplicó que creyese que deseaba vivamente poder dulcificar su cautividad á fuerza de cuidados. Eduardo se negó á sentarse en la mesa al lado de Juan, y estuvo de pié con la comitiva de su ilustre prisionero, declarando que siendo súbdito no tenia derecho para sentarse en presencia del rey. Condújole á Londres en la primavera siguiente, en medio de un inmenso concurso de todas las clases del pueblo—A. de J. C. 1357.—No se desmintió la conducta del príncipe de Galles: revestido Juan de todo el aparato real, iba montado en un corcel de deslumbradora blancura, notable por su belleza y la riqueza de sus arreos. El príncipe real marchaba á su lado en un caballo de modesta apariencia, y enjaezado con la mayor sencillez.

La captura de dos reyes á la vez era un acontecimiento que podia ser considerado como una de las hazañas mas pomposas de la historia. Sin embargo, no resultó de él á Inglaterra sino una efímera gloria: perdiéronse insensiblemente las adquisiciones hechas en Francia á costa de tantos peligros é incalculables gastos. Debe suponerse que los tratados que se formaron con los cautivos fueron muy ventajosos para los vencedores; mas no fueron observados sino en tanto que la Inglaterra pudo compeler á los dos reyes á la obediencia. Juan se atuvo á sus compromisos mientras estuvo en su mano el cumplirlos; pero por desgracia su cautiverio en Inglaterra le acarreó la pérdida de su autoridad, convirtiéndose en objeto de desprecio para sus súbditos. El Delfin y los estados de Francia desecharon el convenio que el rey se habia visto precisado á firmar, y se prepararon sériamente á rechazar las invasiones meditadas por el vencedor.

Todas las ciudades considerables fueron puestas en estado de defensa, y las cosas mas preciosas del reino encerradas en las plazas fortificadas—A. de J. C. 1359. —En vano envió Eduardo un desafio al Delfin para obligarle á aventurar una batalla: fué imposible conseguir de este príncipe que variase el plan de sus operaciones. Fué tambien en vano que Eduardo alegase el tratado que habia sido firmado en Londres, y que asolase los territorios comarcanos para provocar un choque. Todo fué inútil; y así, habiendo perdido toda esperanza de triunfar, creyó oportuno escuchar las proposiciones de conciliacion, concluyéndose al fin la paz.

Ajustóse que Juan fuese restituido á la libertad pagando por rescate millon y medio de libras esterlinas, y que Eduardo renunciase á toda pretension al reino de Francia, quedando únicamente en posesion de los territorios de Poitou, Saintonge, Agenois, Perigord, Limosin, Quercy Robergue, Angoumois y otros distritos de aquel lado, así como de Calais, Guynes, Montreuil y del condado de Ponthieu en el otro lado de Francia. Ajustáronse además algunos artículos en favor de los aliados de Inglaterra, adonde fueron mandados cuarenta rehenes para garantía del exacto cumplimiento del tratado.

Apenas tornó Juan á sus estados, se encontró imposibilitado para cumplir las condiciones que acababan de ser firmadas: sus rentas, lo mismo que las de su reino, se hallaban agotadas: los soldados estaban sin disciplina, y los vasallos sin subordinacion; y así se revelaban muchos asociándose á los bandidos. Un jefe de estos habia tomado el título de *amigo de Dios y terror del hombre*. Un ciudadano de Sens llamado Juan Gouge, llegó á fuerza de latrocinios á hacerse nombrar rey, causando con este título tantos males con sus estragos, como el rey verdadero con sus infortunios. Tal era el estado de Fracia al regresar el cautivo monarca; y sin embargo, era tal la absurdidad de este príncipe, que su primera diligencia al llegar á su reino fué el preparar una cruzada, aun antes de volver á sentarse en el trono. Si sus súbditos, á no hallarse agobiados por la miseria, hubieran estado en disposicion de proveerle de todo lo necesario para un proyecto tan quimérico, es probable que hubiera partido para la Tierra Santa; pero la penuria general era tan grande, que ni aun se pudo pagar el rescate del soberano.

Esta imposibilidad fué la causa de la violacion del

tratado, al cúal Juan habia prometido ser fiel, y no hubiera faltado en ningun otro caso á cumplirlo con la mas severa exactitud, pues decia á menudo: *Que si la buena fé era desterrada de la tierra, debia refugiarse en el corazon de los reyes.* Viéndose pues sin medios de cumplir su palabra, se resolvió á volver á Inglaterra á hacerse prisionero nuevamente—A. de Jesucristo 1364.

Pretenden algunos que su pasion por la condesa de Salisbury fué la causa verdadera de semejante viaje; mas està opinion no parece fundada (1). Juan fué hospedado en el palacio de Saboya, en donde residió durante su cautividad. Poco despues la muerte vino á poner término á su reinado, que nunca dejó de ser infortunado. Falleció á los cincuenta y cinco años.



Arqueros ingleses.

Carlos, llamado el Sábio, sucedió á su padre. El nuevo monarca, á pesar de algunas derrotas, llegó por una fina y hábil política á restablecer la tranquilidad en su reino, y á hacerle recuperar su preponderancia. Domó y disipó las cuadrillas de bandidos que con el nombre de *compañias grandes* eran hacia mucho tiempo el terror de los habitantes pacíficos (2), procurando enviarlos á Castilla contra Pedro, apellidado el Cruel, á quien sus súbditos habian destronado, y que por medio de una alianza con Inglaterra trataba de reconquistar el trono.

Al poco tiempo de aquellos tratados vinieron otra vez á las manos Francia é Inglaterra. El ejército inglés era mandado por el príncipe Negro, y el francés por Enrique de Trastamara y Beltran Claquin, que era uno de los guerreros mas hábiles, y de los hombres mas cumplidos de aquel siglo. La fortuna sirvió como siempre al príncipe de Galles: Enrique perdió doce mil hombres, mientras que aquel no perdió mas que cuatro caballeros y cuarenta soldados—A. de J. C. 1367, 3 de abril.

Estas victorias no tuvieron ningun feliz resultado. Empobrecidos los ingleses con los continuados subsidios que habian suministrado, se hallaban en la imposibilidad de sostener por mas tiempo los dispendios de la guerra; y por otra parte Carlos evitaba prudentemente comprometerse en ningun choque decisivo, contentándose con dejar á los enemigos fatigarse en esfuerzos inútiles para devastar un país fortificado. Cuando se retiraron los ingleses, Carlos hizo una vigorosa incursion, apoderándose de las plazas que no fueron bastante fuertes para defenderse—A. de J. C. 1369.—Primero cayó sobre Ponthieu: los vecinos de Abbeville le abrieron sus puertas: los de San Valori, Rue y Cotoy siguieron el mismo ejemplo, y toda aquella parte se sometió en poco tiempo al rey de Francia. Los esfuerzos de sus generales fueron tambien coronados por el triunfo, y conquistadas las provincias meridionales. El príncipe Negro, desprovisto de dinero y debilitado por una enfermedad de consuncion, se vió precisado á regresar á Inglaterra, dejando los asuntos del mediodía de Francia en la situacion mas desesperada.

El enojo del rey de Inglaterra rayó en lo mas alto, y pareció que se resolvia á tomar venganza de sus enemigos del continente; mas la ocasion favorable se habia desvanecido; la caprichosa fortuna empezaba á abandonarle, y desde entonces todas sus empresas fueron seguidas de malos resultados. El conde de Pembroke fué cojido en el mar con todo su ejército por Enrique, rey de Castilla—A. de J. C. 1372.—El mismo Eduardo trató de embarcarse para Burdeos con otro ejército; pero fué retenido por vientos contrarios, y obligado á renunciar á esta espedicion. Sir Roberto Knolles, general suyo en el continente, fué derrotado á la cabeza de treinta mil hombres por Beltran Claquin, mientras que el duque de Lancastre, que tambien mandaba veinte mil, tuvo la pena de ver sus tropas disminuidas en una mitad por la desercion, sin haber podido dar ni siquiera un combate.

Tal era el triste cuadro que al declinar su vida se ofrecia á este monarca, hasta entonces siempre victorioso. Semejante ejemplo puede servir de leccion á los príncipes del siglo, y debe enseñarles que las ventajas duraderas, mas bien que por el valor se logran por la sabiduría.

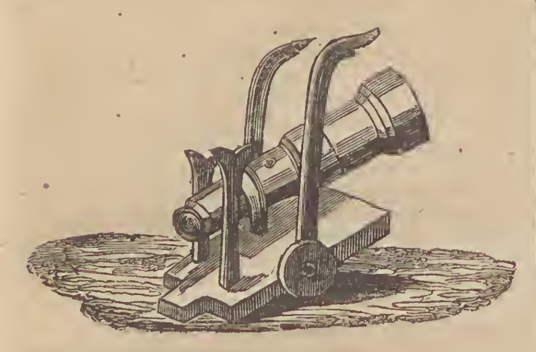
Para colmar los pesares no tardó la autoridad de Eduardo en ser menospreciada. En vano fué que para distraerse de las contrariedades que le daban sus súbditos, se abandonara, á pesar de su edad, á los atractivos del placer, y buscara el consuelo en los brazos de una favorita llamada Alice Pierce: este proceder no sirvió sino para exasperar mas á su pueblo contra él, convirtiéndose la indignacion general en desprecio soberano. Lo que contribuyó sobre todo á eclipsar el fin de tan brillante reinado, fué la prematura muerte del príncipe Negro, cuya quebrantada salud presentaba, hacia mucho tiempo, síntomas demasiado ciertos de una próxima disolucion—A. de J. C. 1376.—Este valeroso y completo príncipe falleció á los cuarenta y seis años de edad, dejando en pos de sí una reputacion sin mancilla. El dolor del pueblo fué escesivo: su clemencia, su afabilidad y su carácter noble y generoso, le habian acarreado el amor de todos los ingleses. Sus virtudes han sido celebradas por muchos historiadores. Aunque nacido en un siglo en que lo único que merecia consideracion eran los talentos militares, este príncipe cultivó con ardor las artes pacíficas. Tan modesto como distinguido por su mérito, no buscó jamás los elogios, manifestándose siempre mas deseoso de merecerlos que de recibirlos.

El rey, en medio de la desesperacion de la pérdida de su hijo, ansiaba con empeño todos los recursos posibles para libertarse de su sombrío dolor: llamó á su favorita, á quien habia desterrado hacia algun tiempo, confiando encontrar en sus brazos el olvido de sus penas: quitó de sí la carga de los negocios, y abandonó la administracion del reino á unos ministros avaros y ambiciosos que dilapidaron impunemente, enriqueciéndose con los despojos del estado. Eduardo no sobrevivió mucho á las tristes consecuencias de su reprensible conducta: murió cerca de un año despues del príncipe de Galles en Shene, provincia de Surrey, desamparado de todos sus cortesanos, y hasta de aquellos á quienes su

(1) Dícese por el contrario en las Cartas sobre la Historia de Inglaterra, que el rey Juan estaba en una edad en que el hombre se deja muchas veces encadenar por una pasion tardía, y que la galantería del siglo hacia además muy probable la opinion aquí combatida. *(C. I.)*

(2) Estas facciones eran mandadas por los señores, que se aprovechaban de la anarquía para despojar á los que transitaban por los caminos, y arrasar las aldeas que se les antojaba. Toda la Francia estaba infestada de tales facciones, de las que la libertó Claquin llevándolas á España. *(C. I.)*

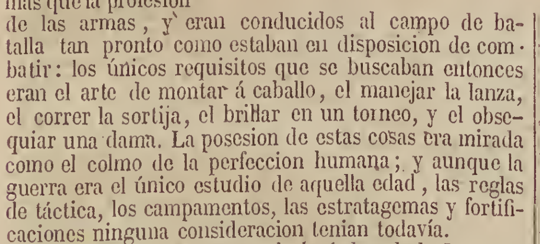
liberalidad habia enriquecido: tenia sesenta y cinco años de edad, y cincuenta y uno de reinado.—A. de Jesucristo 1377, 21 de junio.



Un cañon de 1377.

Este príncipe tuvo muchos mas derechos á la admiracion que al amor de sus súbditos, y su reinado fué mas brillante y glorioso que propio para la felicidad del pueblo. Si durante los famosos triunfos que hubo en el continente, consiguió Inglaterra alguna ventaja verdadera, fué con respecto al espíritu de gentileza y lealtad que se propagó entre las clases altas de la sociedad: hay siempre en las conquistas algo que redunda en pro de la civilizacion; y como Francia estaba en aquella época mucho mas civilizada que Inglaterra, el pueblo imitador de las islas doptó con afanoso interés las artes y costumbres de la nacion por él vencida. Entonces comenzó el soldado inglés de órden inferior á seguir á su jefe por amor y no por temor siendo valiente por sentimiento, y haciéndosele inestimable el honor de su patria. Esta es la época en que el espíritu de caballería fué llevado al mas alto punto, y la mayor parte de los triunfos de Inglaterra fué debida á las ideas caballerescas, que se esforzó el rey por despertar, y de las que dió él mismo esclarecidos ejemplos.

Aquella mezcla de amor, de generosidad y de gloria fué lo que contribuyó en gran parte á dulcificar las bárbaras costumbres del siglo. Los hijos de los nobles, en lugar de estudiar las ciencias, no aprendian mas que la profesion de las armas, y eran conducidos al campo de batalla tan pronto como estaban en disposicion de combatir: los únicos requisitos que se buscaban entonces eran el arte de montar á caballo, el manejar la lanza, el correr la sortija, el brillar en un torneo, y el obsequiar una dama. La posesion de estas cosas era mirada como el colmo de la perfeccion humana; y aunque la guerra era el único estudio de aquella edad, las reglas de táctica, los campamentos, las estratagemas y fortificaciones ninguna consideracion tenian todavía.



Bufon. Músico. Payaso. Juglar. Volatinero.

En este reinado es cuando la órden de la Jarretera fué instituida—A. de J. C. 1349.—El número de sus caballeros era el de veinticuatro además del rey. Segun una historia que la tradicion popular ha conservado y que parece no estar fundada en ninguna autoridad antigua, débese el orígen de esta institucion á la condesa de Salisbury, á la cual, segun cuentan, se la cayó en un baile una liga que fué alzada por el rey, y presentándola á aquella dijo: *Honni soit qui mal y pense.* (Mal haya quien por ello piense mal.) (1).

Eduardo tuvo cinco hijos de su esposa Felipa de Hainaut. El mayor fué el príncipe Negro, que falleció antes que él, dejando un hijo llamado Ricardo, que subió al trono despues de su abuelo. El segundo hijo fué Lionel, duque de Clarence; el tercero, Juan de Gante, llamado así por el lugar en que nació, y despues fué creado duque de Lancastre; el cuarto, Eduardo, conde de Cambridge, despues duque de York; el quinto, en fin, Tomás, duque de Gloucester, el mas ambicioso y emprendedor de la familia.

Eduardo tuvo además muchas hijas; pero nada notable ofrece su historia para que tratemos de mencionarlas (2).

CAPITULO XVI.

RICARDO II.

(Desde el año de J. C. 1377 hasta el de 1399).

Ricardo II, nieto de Eduardo III, no tenia mas que once años cuando subió al trono, que al paracer no le



Ricardo II.

ofrecia sino vicisitudes desfavorables, toda vez que se hallaba á la cabeza de un pueblo descontento y agobiado de miseria y de una nobleza orgullosa y rebelde. Habian introducido en el reino el espíritu del lujo que solo servia para agravar mas los males innumerables de la nacion. Reinaban en todas las clases altas la indolencia y la codicia, y en las del pueblo la insubordinacion y la indigencia.

Como el rey era de menor edad, fué confiado el gobierno á tres tios suyos, los duques de Lancastre, York y Gloucester, esperando que la diferencia de sus caractéres remediaria y serviria de contrapeso á los defectos de cada uno. Lancastre, á pesar de su edad y la esperiencia que habia adquirido en el reinado precedente, ni era bastante emprendedor ni po-

(1) Algunos afirman que esta órden habia sido ya instituida por Ricardo Corazon de Leon, en el sitio de Acre, adonde constantemente le acompañaban veinticuatro caballeros, á quienes mandó rodearse á la pierna unas correas azules, con que se distinguian, y desde entonces fueron llamados los caballeros. *(Crónica de Rastell.)*

(2) Es de notar que en aquella época tenian sueldo los miembros de la cámara de los comunes, cuyo sueldo tuvo alteraciones hasta el reinado de Eduardo III, en que definitivamente fué fijado. El representante de un condado tenia cuatro chelines por dia, y el de un pueblo dos. El chelin de entonces valia diez de los de hoy, y estos valen un franco veinte céntimos de nuestra moneda. Se ha observado que nunca hubo menos venalidad ni mas asiduidad que en aquel tiempo. Sin duda ha conocido esto el congreso americano, cuando ha decretado que todos sus miembros sean pensionados. *(Note de Brissot de Warville aux Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

pular: York era débil é indolente; y Gloucester turbulento, popular y ambicioso. Por razon de estos tres jefes no hubo regencia espresamente nombrada; el sistema de gobierno se conservó algunos años en un ser, y la autoridad fundada por el rey último continuó bajo el actual.



Ricardo II.

El gobierno sin embargo no estuvo al abrigo de varias conmociones causadas por la impaciencia y el descontento del pueblo y la ambicion de los grandes. Como el rey difunto dejó la Inglaterra abrumada por el peso de una guerra ruinosa que contínuamente exigia enormes recursos, aumentóse el disgusto general á medida que habia que apelar al pueblo, sin que el aspecto que fueron presentando las cosas contribuyese á disminuir el descontento público. Casi todas las espediciones que hubo fueron durando sin que al cabo produjesen ninguna ventaja. El duque de Lancastre, que queria hacer valer sus derechos á la corona de Castilla, no practicó para conquistarla sino esfuerzos inútiles. La guerra con Francia ninguna utilidad ni gloria produjo, y la que tuvo lugar con Escocia fué mas perjudicial que provechosa.

Por lo tanto, los escésivos dispendios que la guerra necesitaba en todas partes, y la falta de economía en la administracion, agotaron de tal modo las rentas de la nacion, que se echó un nuevo impuesto de tres *groats* por cada persona que pasase de quince años. Una cuota tan arbitraria que el pobre debia pagar lo mismo que el rico, provocó la indignacion y el furor del pueblo. Aunque algunos habitantes por los privilegios de la guerra, su residencia en las ciudades, y por otros motivos se habian hecho libres, habia infinito número de villanos que poseyendo tierras en enfiteusis no eran sino esclavos de los señores de quienes dependian. Estos villanos, que habian aprendido á conocer las ventajas de la libertad, y que habian observado los buenos efectos que de tales privilegios resultaron para los de su clase establecidos en las ciudades, aspiraban con ardor á participar de las mismas prerogativas. Muchos de ellos se habian hecho asaz opulentos para comprar su libertad; pero por un acto injusto autorizado por el parlamento en este reinado, las recuperaciones de ella por precio fueron revocadas y declaradas nulas.

Los villanos miraron semejante resolucion como una infraccion de las leyes de la humanidad, y así era en efecto; pero hacia mucho tiempo que se habia adoptado el principio de no guardar consideracion alguna á los derechos de cierta clase de hombres que eran de un rango demasiado abyecto para tener parte en la administracion de la justicia.

Aquel acto injusto vino pues á ser una semilla de revueltas, que además eran alimentadas y fomentadas por la doctrina de algunos predicadores que recorrian los campos proclamando la igualdad natural del hombre y sus derechos á una participacion igual en los bienes de la naturaleza. Hasta entonces solo se habian visto insurrecciones populares en las ciudades en que los ciudadanos habian aprendido á apreciar sus propias fuerzas. No se habian atrevido tódavía solos los villanos á reclamar su parte en tales ventajas; pero el espíritu de independencia empezaba á propagarse hasta en los campos, y las clases mas bajas del pueblo, conociendo al fin sus derechos, sintieron despertarse su energía natural, resolviéndose en consecuencia á combatir con valor en pro de su libertad.

Con semejantes disposiciones no tardó en esparcirse el espíritu de insurreccion entre los habitantes de los campos: y los medios que se emplearon para cobrar el injusto tributo que se acababa de establecer, fueron un pretesto para la sublevacion—A. de J. C. 1381.—Comenzó esta en Essex, en donde se difundió mañosamente la noticia de que los campesinos iban á ser degollados, incendiadas sus casas, y saqueadas sus granjas. Un herrero llamado Wat-Tyler fué el primero en correr á las armas escitando á los demás á la rebelion. Habiendo entrado los cobradores en casa de este hombre á la sazon en que estaba trabajando, le pidieron el contingente de su hija; mas él se negó á pagarlo, asegurando que la muchacha no tenia la edad requerida. Un cobrador insistió groseramente, afirmando que era mujer hecha y teniendo la audacia de proponer una prueba indecente. Semejante insulto irritó al padre en tan alto grado, que agarrando el martillo pegó con él en la cabeza y mató al cobrador. Aprobaron los espectadores aquella venganza resolviéndose á defender al herrero, y poniéndose de su parte, quien desde luego fué considerado como un campeon de la causa pública y declarado jefe y orador del pueblo.

Fácilmente se pueden imaginar los desórdenes que habrian sido perpetrados por aquel tumultuoso populacho. Todos los habitantes de las cercanías tomaron las armas y llevaron el incendio y la devastacion á los puntos en que penetraron, vengándose en sus antiguos señores de todos los agravios que hacia mucho tiempo sufrian impunemente (1).



Era general el descontento, y el número de los insurgentes se iba aumentando á medida que se acercaban á la capital. Propagóse al instante el fuego de la

(1) La misma insurreccion de campesinos tuvo lugar en Francia al principio del reinado de Cárlos V. Su jefe, llamado Santiago ó Guillermo Gaillet, reunió cien mil hombres, los cuales fueron esterminados en su mayor parte. *(C. I.)*

insurreccion en las provincias de Kent, Hertford, Surrey, Sussex, Suffolk, Norfolk, Cambridge y Lincoln, de modo que el número de rebeldes al llegar á Blackheath ascendia ya á mas de cien mil hombres. Desde allí enviaron á pedir una entrevista al rey que se habia refugiado en la Torre. Al recibir semejante mensaje Ricardo, trató al pronto marcharse adonde se hallaban los sublevados; pero luego desistió espantado del número y aspecto amenazador de ellos. Los rebeldes empero penetraron en las ciudades quemando y saqueando las casas que creian dispuestas á hacerles resistencia, y todas aquellas cuyas riquezas llamaban su atencion. Entrando en el palacio de Saboya que pertenecia al duque de Lancastre, asesinaron á todos los nobles de su comitiva, y lo mismo ejecutaron con los abogados y curiales. En suma, era tal su furor, que temblando el rey por su propia seguridad y temiendo que la Torre no podria resistir á las acometidas de los revoltosos, se decidió á presentarse en medio de ellos á hacerse cargo de sus quejas.

Entonces le dirigieron una sumisa representacion suplicándole que les otorgase una amnistía general, la abolicion de la esclavitud, la libertad de comercio en las ciudades mercantiles, y una renta sobre las tierras en vez de los servicios exigidos por la servidumbre. El rey no pudo oponer resistencia alguna á unas demandas tan razonables, y así espidió una carta concediéndolas. Interin se celebraba este arreglo entró en la Torre otro cuerpo de rebeldes y asesinó al primado y al tesorero con otras muchas personas de distincion. Despues se dividieron en pelotones, diseminándose por los barrios de la ciudad, y á la cabeza de uno de aquellos se dirigió Wat-Tyler hácia Smithfieldes, en donde encontró al rey: este le invitó á que le espusiese los motivos de su descontento, asegurándole que deseaba remediarlos y darle una satisfaccion completa; y entonces Tyler mandando á los suyos que se retirasen y estuviesen quietos mientras no les hiciese la seña convenida, se adelantó audazmente hácia el rey que estaba rodeado de toda su comitiva y se entabló la conferencia.

Todos los historiadores de aquel tiempo han calificado de insolentes y estravagantes las pretensiones de Wat-Tyler. Sin embargo, nada mas justo que ellas, pues se reducian á pedir la libertad de los siervos; el goce de los bosques reales lo mismo para el pobre que para el rico, y una amnistía general para todo lo pasado. Pero como al emitir el demagogo estas proposiciones vibraba de cuando en cuando su sable con aire amenazador, se exasperó de tal modo la indignacion de Wiliam de Walworth, corregidor de Londres, que sin considerar el peligro á que iba á esponer al rey, sacudió un sablazo á Tyler, á quien acabó de matar uno de los caballeros de la comitiva.



Al ver los revoltosos derribado á su jefe se preparaban á vengarle: ya habian tendido sus arcos, cuando Ricardo que á la sazon no tenia mas de quince años, avanzó hácia ellos y con la mayor presencia de ánimo les dijo: «¡Cómo! ¿vosotros que sois mi pueblo, quereis matar á vuestro rey? No sintais la pérdida de »vuestro jefe: yo mismo quiero ser vuestro general en »lo sucesivo: seguidme, y conseguireis todo cuanto »deseais.»

Los rebeldes asombrados y llenos de respeto, se calmaron al momento y siguieron á Ricardo, quien les dió la carta que ya habia otorgado á sus compañeros.

Semejantes concesiones valieron al rey por algun tiempo una gran popularidad, y es probable que desaba atenerse á las promesas que habia hecho; pero los nobles, que desde muy atrás venian disfrutando de las ventajas del poder, de ninguma manera se hallaban dispuestos á desasirse de él. No tardó el parlamento en revocar las cartas de libertad y amnistía; el pueblo bajo cayó de nuevo en la misma esclavitud, y muchos de los jefes de la sublevacion fueron castigados con severidad estremada.

Al dar la historia cuenta de las rebeliones de los barones contra sus reyes, no los censura mas que ligeramente, al paso que no refiere las insurrecciones del pueblo contra los señores sino con toda la violencia del resentimiento.

Las crueldades que en aquella ocasion se emplearon contra los jefes de las sediciones populares no contribuyeron en poco á hacer aborrecido al rey, quien por otra parte fué tan débil, que revocó la carta que habia otorgado. Es tambien presumible que sus tios no fueron los últimos en fomentar contra él el odio general, lo cual era un medio para que mantuviesen por mas tiempo la autoridad de que disfrutaban. La conducta inconstante y caprichosa del jóven monarca exigia por otro lado que no se le confiasen las riendas del gobierno, pues lejos de manifestar ninguna de las cualidades que reclama un puesto tan alto, descubria una propension estrema á dejarse dominar por favoritos sin mérito. Roberto Vere, conde de Oxford, jóven de un físico perfecto pero de costumbres corrompidas, tomó sobre Ricardo un ascendiente prodigioso, de modo que fué creado al instante marqués de Dublin, y luego duque de Irlanda con la seguridad de conservar durante su vida la soberanía de esta isla. El rey le dió en matrimonio á una prima suya; poco despues le permitió que la repudiase para desposarse con otra de quien se habia enamorado; y en suma el valido llegó á ser el canal de todas las gracias y á apoderarse del poder por completo, sin dejar al soberano mas que una sombra de la dignidad real.

Una tal parcialidad por parte de los príncipes ocasiona siempre rivalidades y odios entre los súbditos. Bien sea que los nobles fuesen tratados con poco miramiento por el valido, ó bien que creyesen tener mas derechos que él al favor régio, no tardaron en alarmarse y maquinar la perdicion de su antagonista. Pusiéronse al frente de la conspiracion Mowbray, conde de Nottingham, Fitz-Alau conde de Arundel, Percy conde de Northumberland, Montacute conde de Salisbury, y Beauchamp, conde de Warwick.

Comenzáronse por designar como primer blanco de su venganza á Miguel de La-Pole, canciller é íntimo amigo del conde de Oxford. En consecuencia fué aquel acusado en pleno parlamento; y aunque nada importante se alegó contra él, los conspiradores tenian tanto interés en alejarle, que le condenaron y despojaron de su cargo—A. de J. C. 1386.

Despues de ejercer su venganza sobre los ministros osaron atacar al mismo rey; y sopretesto de que era incapaz para gobernar, á pesar de que ya tenia veinte años cumplidos, le nombraron una comision de catorce personas para que se les delegase la potestad soberana por espacio de un año, lo cual quitaba al monarca toda especie de poder y ponia al reino bajo la opresion de la aristocracia. Semejante medida fué apoyada vivamente por el duque de Gloucester, porque los miembros que hacian parte de la comision eran todos de su bando.

No sin grande oposicion fué como el rey se dejó despojar de su autoridad. Esforzóse desde luego en

atraer al parlamento á sus intereses procurando ganar á los gerifs de las provincias; mas no habiendo logrado su intento recurrió á los jueces—A. de J. C. 1387.—Ya porque estos fuesen impulsados por motivos de interés, ó ya porque se hubiesen convencido de la razon del rey, declararon que la comision que le habia privado de su autoridad fué establecida injustamente, y que los que habian aconsejado ó contribuido á su formacion en alguna manera, eran culpables de traicion y merecian la muerte.

Los lores protestaron enérgicamente contra semejante sentencia, y previendo el duque de Gloucester el peligro que iba á correr si el rey le prendia, reunió su partido secretamente, presentándose en Haringay-Park, cerca de High-Gate, con un cuerpo de tropas mas que suficiente para espantar al príncipe y sus partidarios. Seguros los alzados de su superioridad, se decidieron á aprovecharse de la ocasion, y comenzaron por intimar al rey que dijese quiénes eran los que le aconsejaron las temerarias medidas que acababa de tomar. Algunos dias despues comparecieron armados ante el mismo rey y acusaron como enemigos declarados del estado al arzobispo de Yorck, al duque de Irlanda, al conde Suffolk, á Sir Roberto Tresilian, uno de los jueces que habian fallado en favor de él, y á sir Nicolás Brembre. Era demasiado tarde para que el partido del rey pudiese defenderse de otro modo que por las armas. Fugóse el duque de Irlanda á Cheshire en donde intentó levantar algunas tropas; pero la llegada del de Gloucester á la cabeza de un ejército superior le obligó á retirarse á Flandes prontamente.

Poco despues vióse el rey precisado á convocar un parlamento, en que los pares formularon una acusacion contra los cinco consejeros del rey. Sir Nicolás Brembre fué el único que se presentó, siendo en seguida declarado culpable, condenado y muerto, así como sir Roberto Tresilian, que fué descubierto y preso durante la causa—A. de J. C. 1388.

Pero la sangre de una ni dos víctimas no podia satisfacer el resentimiento del duque de Gloucester: lord Beauchamp de Holt fué tambien condenado y ejecutado poco despues; y sir Simon Barley, que habia sido ayo del rey, esperimentó la misma suerte, á pesar de los esfuerzos de la reina que estuvo tres horas arrodillada delante del duque implorando gracia para el desventurado.

A consecuencia del arruinamiento de la potestad real, era de esperar que cesaria la lucha entre el rey y sus súbditos; mas habia tal inconstancia en los sentimientos é ideas del pueblo, y contaba tanto el rey con las fuerzas militares que hacia poco habian sido levantadas para guerrear en Francia, que se resolvió á destruir otra vez el poder que se alzó contra el suyo, y á forzar el parlamento á apoyar sus miras.

Al efecto convocó cerca de la Pascua un consejo estraordinario de la nobleza, en el cual declaró con grande asombro de todos los presentes, que teniendo ya mas de veintidos años era tiempo de gobernar por sí mismo, y que ninguna razon habia para privarle de unos derechos de que estaba en posesion el menor de sus súbditos. Los lores respondieron embarazosamente que en efecto le asistia el indisputable derecho de tomar el gobierno del reino.—«Pues bien, replicó Ricardo, empezaré á estrenarme en el ejercicio de mi poder alejando á los tutores que hace tiempo me gobiernan.»

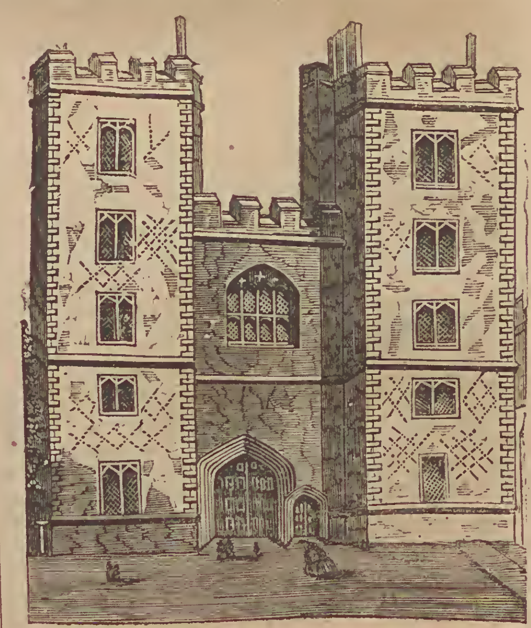
En seguida mandó á Tomás Arundel, nombrado recientemente canciller por los comisarios, que le entregase los sellos, los que al dia siguiente dió á Guillermo de Wykeham, obispo de Winchester. Despues alejó del consejo al duque de Gloucester, al conde de Warwick y á otros muchos señores de la oposicion: el obispo de Hereford perdió su cargo de tesorero, y el conde de Arundel fué privado de su empleo de almirante. Todos los jefes de la casa real fueron cambiados, lo mismo que los jueces; de modo que nada dejó de resentirse de los efectos de aquella revolucion impensada.

Llegado por fin el rey á dirigir á su gusto los negocios del reino, dió sin embargo muestras de moderacion hácia los que poco antes hicieron empeño de despojarle de su autoridad: reconcilióse con sus tios, y renunciando los subsidios que le fueron concedidos, adquirió para algun tiempo el afecto del puelo.



Wykeham.

Mas por desgracia carecia este monarca de las cualidades necesarias para atraer y conservar la adhesion del pueblo. Era muy propenso á la ostentacion y á los vicios licenciosos: admitia á su intimidad á las personas de mas baja esfera, y su conversacion era poco á propósito para hacer respetar sus costumbres y su carácter: rara vez se aplicaba á los ejercicios militares, á pesar de lo poco adelantado que estaba en ellos: apenas se oia hablar de la guerra con Francia; y las invasiones que verificaron los escoceses, principalmente la que produjo la victoria incierta de Otterbourne, no fueron rechazadas sino por los barones cuyas posesiones se hallaban situadas en las fronteras de Escocia.



Palacio Lambeth.

Logró algunas ventajas en Irlanda; mas fueron de poca importancia para acarrearle mucha gloria, la cual lejos de darle prestigio, parecia por el contrario que

incitaba al pueblo á murmurar contra él y á prestar oidos á las quejas que esparcian los descontentos y ambiciosos.

El duque de Gloucester, avergonzado de las inclinaciones viciosas de su sobrino, abrigaba acaso el proyecto de reemplazarle algun dia; mas en este punto todas las conjeturas son inciertas. Lo que hay de seguro es, que aquel empleó todos los medios posibles para acrecer su popularidad y el odio que el pueblo tenia á Ricardo.

Habiéndose concluido la paz con Francia en 1396, Gloucester pintó el tratado como efecto de la pusilanimidad del rey; y aparentó lamentarse amargamente de que este hubiese degenerado tanto de las heróicas virtudes de su padre: hablaba á menudo con desden de Ricardo y de su gobierno, y agitaba la cuestion de si él no podria con justicia desentenderse de la sumision que al monarca habia jurado.

Unas proposiciones tan criminales eran ciertamente acreedoras á ser castigadas en un simple súbdito, y con mayor razon en un hombre cuya popularidad era peligrosa, y que mas de una vez habia dado pruebas de sus intentos culpables.

Como la conducta de Gloucester era secretamente espiada por emisarios del rey, este, contando con que el parlamento suscribiria á todos sus deseos, tomó al fin la resolucion de deshacerse del duque y su partido. En consecuencia, ordenó que aquel fuese prendido y trasladado á Calais, á cuya ciudad no habia ningun riesgo de que irianá socorrerle sus partidarios—A. de J. C. 1397.—Los condes de Arundel y de Warwick fueron tambien apresados al mismo tiempo. Convocóse en Westminster un parlamento con que el rey contaba de antemano. La mayoría de la asamblea accedió á todo lo que él quiso, siendo anulada la comision de los catorce que habian usurpado la autoridad real, abrogados todos los procesos en cuya virtud fueron condenados los primeros ministros del rey, é igualmente revocado el perdon general concedido por el mismo rey al tomar las riendas del gobierno. Muchos del partido de Gloucester fueron acusados, condenados y ejecutados. Fitz Alan, arzobispo de Cantórbery, fué desterrado, secuestrándosele además todos sus bienes temporales. En vano intentó el conde de Arundel reclamar la gracia que el rey le habia prometido, pues tambien fué tratado con rigor y ejecutado. Solo el conde de Warwick, por haber dado muestras de arrepentimiento, logró la vida, pero fué desterrado á la isla de Merci.

Todavía quedaba el mayor culpable. No tardó en recibir órdenes el conde Mariscal, gobernador de Calais, para conducir al duque de Gloucester á Lóndres, á fin de que tambien se le formase causa. Es probable que este señor hubiera esperimentado la misma suerte que los de su partido, si no se le hubiese quitado la vida en la prision. Segun las pruebas aducidas despues, parece que fué ahogado por sus guardianes entre dos almohadas.

La muerte de un hombre de tanto prestigio entre el pueblo no era á propósito mas que para aumentar el encono ya muy arraigado que habia contra el rey: la repentina fortuna de muchos favoritos nuevos contribuyó además á hacer á Ricardo mas aborrecido y despreciado; pero aunque parecia que su conducta debia atraer su caida muy pronto, lo que la causó fué un suceso imprevisto.

Despues del esterminio del duque de Gloucester y los jefes de su partido, se suscitó la discordia entre los señores que se habian reunido para perseguirle. Enrique, duque de Hereford, se presentó al parlamento acusando al de Norfolk de haber hablado sediciosamente contra el rey en una conversacion privada—A. de J. C. 1398.—Norfolk negó la acusacion, dando un mentís á Hereford, y ofreciendo probar su inocencia en un combate singular. Como no habia prueba alguna en que apoyar un proceso, los lores aceptaron la oferta: á su consecuencia, el dia y el sitio fueron designados, y toda Inglaterra aguardaba con impaciencia el resultado de semejante suceso.

Esta clase de combates tenia entonces demasiada importancia, para que se deba pasar indiferentemente, sin referir las ceremonias que solia haber. Primero avanzó el agresor Hereford, armado de piés á cabeza, con la espada desenvainada, y montado en un corcel blanco cubierto con un caparazon precioso. Al aparecer cerca de la liza, el maestre de campo le preguntó por su nombre y la causa de presentarse allí. Hereford respondió: «Yo soy Enrique »de Lancastre, du»que de Hereford; »vengo aquí en »cumplimiento de »mi deber á com»batir con Tomás »Mowbray, duque »de Norfolk, trai»dor insigne contra »Dios, el rey, el rei»no y yo.»



En seguida afirmó con juramento que su causa era legítima y que habia dicho la verdad, y pidió que se le dejase entrar en la arena, lo cual le fué concedido. Entonces envainó su espada, se quitó el sombrero, hizo la señal de la cruz, y cojiendo su lanza atravesó la barrera, se desmontó, y marchó á sentarse en una silla de terciopelo verde, colocada en una de las estremidades de la liza.

Poco despues se presentó el rey acompañado de todos los lores, entre los que se contaba el conde de San Pablo, que habia ido espresamente de Francia á ser testigo de tan memorable combate. Notábase la pompa mas grande en todas partes, y además de la comitiva del rey habia diez mil hombres armados para evitar desórdenes.

Luego que el monarca se sentó en el trono, el heraldo de armas prohibió bajo pena de muerte que nadie entrase en la arena, fuera de los encargados de dirigir el combate. En seguida dijo en voz alta otro heraldo, que Enrique de Lancastre, duque de Hereford, se presentaba á combatir con Tomás Mowbray, duque de Norfolk, y que si no cumplia con su deber seria mirado como un bellaco y cobarde.

Luego se presentó el duque de Norfolk armado del mismo modo y revestido con una cota de armas de terciopelo carmesí, sobre la cual habia bordados dos leones de plata: iba montado en un caballo afeitado. Cuando prestó el debido juramento al condestable y al maestre de campo, entró en la liza y esclamó en voz alta: «Dios defienda el derecho del justo.» Desmontán-

dose en seguida, marchó á colocarse en una silla de terciopelo carmesí que habia enfrente á la de su antagonista.

Apenas midió el maestre las lanzas, presentó la una á Hereford y la otra á Norfolk, dándoles órden para que se preparasen á combatir. Entrambos adversarios montaron á caballo, pusiéronse sus sombreros, y colocaron las lanzas en ristre. Inmediatamente hicieron la señal las trompetas, y Hereford se lanzó con furor á la carrera; pero antes que pudiese acercarse á su enemigo, el rey tiró el cetro á la liza, y los heraldos de armas interpusieron su autoridad.

En virtud pues del poder de los comisarios del parlamento, el rey interrumpió el combate y mandó que ambos adversarios abandonasen el reino. El duque de Norfolk fué desterrado para siempre, y el de Hereford por diez años; por lo cual el uno fué condenado á destierro sin habérsele acusado de crímen alguno, y el otro sin habérsele probado nada. El duque de Norfolk se retiró á Venecia, agobiado de desesperacion por la medida tomada contra él, y murió de pesar al poco tiempo. Hereford se mostró en aquella ocasion sumiso y resignado, lo cual agradó tanto al rey, que consintió en abreviarle cuatro años el término del destierro, concediéndole además un diploma para que entrase á gozar de toda herencia que pudiese caberle durante su ausencia. Pero nada habia mas incierto que las promesas y la amistad de Ricardo.

Enrique de Hereford, que desde luego se habia retirado á Flandes, regresó á París, donde fué recibido por el rey de la manera mas favorable; pero habiéndose tratado de su casamiento con la hija del duque de Berry, tio del mismo rey, este por temor del duque desterrado impidió aquel enlace que podia aumentar su influencia, enviando al efecto al conde de Salisbury las instrucciones necesarias.

Una injuria tan inesperada no podia dejar de agravar el resentimiento de Hereford, especialmente despues de la muerte de su padre el duque de Lancastre. Segun ya se ha dicho, Ricardo concedió un diploma á Hereford para que heredase las sucesiones que pudiesen recaer en él durante su destierro. Ahora, temiendo acrecentar el poderío de un hombre á quien habia ofendido y que mas tarde podia tratar de vengarse, revocó Ricardo aquel documento, posesionándose él mismo de los estados del duque de Lancastre.

Tan repetidos ultrajes no hicieron mas que inflamar el encono de Hereford contra el rey; de modo que aquel ya no pudo disimular por mas tiempo su irritacion, y llegó hasta formar el designio de destronar á un hombre tan indigno de la autoridad soberana. Nadie era mas á propósito para tamaña empresa como el duque de Hereford, hombre de un carácter frio, prudente, previsor y resuelto, que habia servido con distincion en Lituania contra los infieles, y reúnia á sus relevantes méritos los de la piedad y del valor: era el ídolo del soldado y el favorito del pueblo: sus riquezas eran inmensas, y sus relaciones con las familias mas considerables de la nacion le daban una alta importancia.

Desembarazado el rey de toda especie de temor, no pensaba mas que en entregarse á una vida afeminada, ocupándose tan poco de su propia seguridad como del bien procomunal. Los ministros, á ejemplo de su soberano, ningun cuidado ponian en los negocios públicos, y miraban con indiferencia el honor de la nacion, á pesar de que caminaba á su ruina, y de que la ignominia reemplazaba á la gloria del nombre inglés.

En tan triste situacion, el pueblo dirigió naturalmente sus miradas hácia el duque de Hereford, como única persona de quien podia esperar algun alivio en sus males. Impelido el duque por otra parte por el recuerdo de sus injurias particulares, tenia una fortuna demasiado considerable y amigos harto poderosos para alcanzar sin tardanza una temible preponderancia. Los descontentos no aguardaban mas que la ausencia del rey para poner en ejecucion sus proyectos. No tardó en presentarse la ocasion oportuna.

El conde de la Marca, presunto heredero de la corona, fué nombrado lugarteniente del rey en Irlanda, y muerto en una escaramuza que hubo con los irlandeses. Este acontecimiento irritó de tal modo á Ricardo, que sin considerar su precaria situacion, se resolvió á poner en movimiento un ejército numeroso para vengar la muerte del conde. El duque de Lancaster, cuyo título tomó Hereford despues de la muerte de su padre, no bien supo la marcha del rey para Irlanda, cuando hizo aprestar tres pequeños buques, en los cuales se embarcó con sesenta personas en Vannes, yendo á desembarcar en Ravenspur, condado de Yorck.

Reuniéronsele el conde de Northumberland, que hacia mucho tiempo se hallaba descontento, Enrique Percy y su hijo, que por su valor estremado era apellidado Hostpur (ardiente espuela), y fué tan considerable á los pocos dias el número de los que acudieron á alistarse en las banderas del duque, que ascendió á sesenta mil hombres.

Fueron en vano los esfuerzos que el duque de Yorck, nombrado regente durante la ausencia del rey, hizo en defensa de los intereses de este: hallándose á la sazon en Irlanda los mas poderosos señores, ninguno pudo apoyarle. No obstante, reunió en San Alban un cuerpo de cuarenta mil hombres, aunque en su mayor parte estaban completamente desalentados y mas dispuestos á abrazar la causa del partido rebelde que la del trono. La política del duque de Lancastre estribaba en ocultar con cuidado los motivos de su espedicion, y en hacer creer que su único objeto era el revindicar su patrimonio y ducado. Así, apenas llegó á Inglaterra, indujo al duque de Yorck á que no se opusiese á los intentos de un súbdito leal y sumiso, que no pensaba mas que en hacer valer sus legítimos derechos, lo cual era mas bien ventajoso que contrario al honor del rey y á sus intereses.

Yorck dió crédito á semejantes protestas aparentes, y así declaró que no solo aprobaba las pretensiones de Lancastre, sino que ademas le apoyaria con todo su poder. En su consecuencia, cuando se encontraron los dos ejércitos no hubo otra cosa que demostraciones de alegría.

Mientras ocurrian estos sucesos en Inglaterra, Ricardo se hallaba completamente descuidado en Irlanda. Los vientos contrarios impidieron que durante tres semanas llegase allá ninguna noticia. Cuando supo la revuelta que tuvo lugar en su reino, empezó por hacer aprisionar á los dos hermanos del nuevo duque de Lancastre, que le habian acompañado á Irlanda, y se resolvió á regresar prontamente á Inglaterra á combatir en persona á su enemigo. Pero siempre insconstante en sus determinaciones, consiguieron persuadirle que debia aguardar todavía, hasta que estuviesen preparados los buques que habian de trasportar sus tropas.

Esta dilacion fué para él tan fatal, que cuando arribó á Milford-Haven con un cuerpo de veinte mil hombres, tuvo la mortificacion de saber que el duque de Yorck habia abrazado la causa de su rival, y que por consiguiente sus fuerzas eran inferiores á las del enemigo. Entonces conoció cuán deplorable era su situacion, en medio de un pueblo furioso, sin amigo alguno con quien poder contar, y abandonado de los que durante el apogeo de su preponderancia no habian servido mas que para fomentar sus desvaríos.

De tal modo fué disminuyendo su ejército de dia en dia, que llegó á reducírsele á seis mil hombres: por lo cual, no sabiendo de quien fiarse, ni adonde dirigir sus pasos, no vió otro arbitrio que el de entregarse á la generosidad de su enemigo, y alcanzar por la compasion lo que no podia conseguir por medio del valor.

En consecuencia, envió á decir al duque de Lancastre que estaba dispuesto á someterse á las condiciones que le quisiese imponer, y que deseaba con ardor una

conferencia. El duque le designó el castillo de Flint para ella, y se trasladó allá al dia siguiente con todo su ejército. Hallándose Ricardo en aquel punto desde el dia anterior en que fué conducido por el conde de Northumberland, al divisar al duque desde lo alto de las murallas, bajó á recibirle. Lancastre entró en el castillo despues de algunas ceremonias, armado de piés á cabeza, pero con ella descubierta por respeto al rey desgraciado. Este salió al encuentro con el aspecto risueño y abierto que le hacia tan agradable, y recibió á aquel amigablemente.

«Señor, le dijo el duque con una salutacion friamente respetuosa, vengo aquí, segun lo habeis deseado, para haceros conocer los sentimientos de vuestro pueblo, que se queja desde hace veinte años de que le gobernais con rigor é imprudencia. Todos los súbditos estan descontentos de vuestra conducta; pero con el auxilio de Dios yo os ayudaré á gobernar mejor en adelante.»

A tan atrevidas palabras el rey no dió otra respuesta que la siguiente: «Caro primo, ya que así es vuestra voluntad, nos sometemos con placer á ella.»

No fué el altivo lenguaje del duque la única mortificacion que tuvo que esperimentar el infortunado Ricardo. Lancastre dispuso que los caballos del rey fuesen conducidos al establo, y que trayendo en lugar de aquellos, dos miserables jacos, fuese puesto Ricardo en el uno, y su privado el conde de Salisbury en el otro. Dirigiéndose con este pobre aparato á Chester, llevaronlos al castillo á son de trompetas, atravesando por un inmenso concurso de espectadores, á quienes no parecia conmover tan triste espectáculo.

Con tan humillante aparato fué llevado Ricardo de ciudad en ciudad, en medio de un pueblo que se reia de sus padecimientos, y ensalzaba el mérito de su rival. «¡Viva el buen duque de Lancastre, nuestro libertador!» gritaban en todas partes, en tanto que al ver al rey no se oian mas que estas palabras: «Dios se apiade de él.»

Despues de continuados insultos, fué estrechamente encerrado en la Torre, donde tuvo que soportar toda especie de injurias y las muestras de desprecio mas crueles. Humillado y abatido el infeliz monarca, empezó á perder la grandeza de soberano con el esplendor de la régia dignidad, y su espíritu se rindió bajo el peso de los infortunios. Así, no hubo dificultad alguna para hacerle firmar un acta por la cual renunciaba á la corona, como incapaz de gobernar el reino.



Gower.

El duque de Lancastre basó sus pretensiones en esta resignacion del poder; mas para darles la apariencia de la justicia, convocó un parlamento del cual obtuvo sin dificultad la confirmacion de sus derechos. Formulóse contra Ricardo una acusacion de treinta y tres artículos, y en seguida fué solemnemente depuesto, y elevado al trono el duque de Lancastre, con el nombre de Enrique IV. De aquí se originó la discordia que duró tan largo tiempo entre la casa de Yorck y la de Lancastre, discordia que inundó de sangre al reino, aunque al fin contribuyó á establecer y confirmar la constitucion.

Despues de la deposicion de Ricardo, el conde de Northumberland hizo una mocion en la cámara de los Pares relativamente á las medidas que se debian adoptar con respecto al monarca destronado. El parlamento respondió que fuese estrechamente custodiado en algun punto seguro donde no pudiesen socorrerle sus partidarios. Esta resolucion fué llevada á cabo con todo rigor. Empero la existencia del desdichado príncipe impidió al usurpador disfrutar de tranquilidad; y algunas conspiraciones, así como varias conmociones que hubo, precisaron á Enrique de Lancastre á desear la muerte de Ricardo.

En consecuencia, un feroz asesino de los que siempre estan prontos á perpetrar por lucro los mas horribles crímenes, se dirigió con ocho cómplices al castillo de Pontefract, donde Ricardo se hallaba cautivo. Previendo el rey que el designio de aquellos malvados seria el de matarle, se resolvió á vender su vida tan cara como le fuese posible. Precipitóse pues sobre uno de los asesinos, y arrancándole su hacha de armas puso tendidos á sus pies á cuatro de ellos; pero vencido por el número fué herido mortalmente de un hachazo. Algunos historiadores pretenden que murió de hambre en su prision.



Barcos del tiempo de Ricardo.

Este desgraciado príncipe falleció á los treinta y cuatro años de edad y ventitres de reinado. Por censurable que hubiese sido su conducta, el castigo sobrepujó á sus faltas. No dejó sucesion ninguna.

En este reinado fué cuando Juan Wickleffe (1), sacerdote secular, que habia estudiado en Oxford, empezó á propagar una nueva doctrina, negando la presencia real, la supremacía de la iglesia y el pretendido mérito de la vida monástica, y sosteniendo que las santas escrituras eran la única regla de la fé; que la iglesia dependia del estado; que el clero no debia poseer bienes temporales, y que las muchas ceremonias del culto eran nocivas á la verdadera piedad.

El clero, como es de suponer, salió á rechazar con calor los principios de Wickleffe; mas como la doctrina de este se hallaba favorecida por la alta clase de los legos, encontró proteccion contra la indignacion clerical. Juan de Gante fué el partidario y amigo mas íntimo de Wickleff, y cuando este fué requerido á comparecer ante el obispo de Londres, aquel señor le acompañó al tribunal, defendiéndole contra el resentimiento del clero y el furor del populacho.

Sin embargo, con el tiempo tuvo Wickleffe la satisfaccion de ver que el pueblo que al principio se habia pronunciado contra él tan fuertemente, se declaró á su favor; de modo que aunque fué citado muchas veces á comparecer ante los prelados, estuvo siempre al abrigo de toda injuria mediante el aprecio que merecia á las clases altas y bajas de los legos. En todo el tiempo que vivió continuó combatiendo el crédito del clero,

(1) Wiclef ó Wickleffe, ó Juan de Wickliffe, llamado así porque nació en Wickliffe, condado de Yorck, hácia el año 1329. *(C. I.)*

tanto con sus sermones como con sus escritos. Murió de perlesía en el año de 1384, en su rectoría de Lutterworth, condado de Leicester. Ya puede suponerse que el clero no dejaria de pintar esta muerte como justo castigo del cielo, á causa de la heregía é impiedades sin cuento de Wickleffe.

CAPITULO XVII.

ENRIQUE IV.

(Desde el año de J. C. 1399 hasta el de 1413.)

Las precauciones y numerosas formalidades sirven á menudo para ocultar la desconlianza é injusticia. Enrique IV, en la imposibilidad de encubrir la debilidad de sus derechos al trono, quiso por lo menos dar á su coronacion toda la solemnidad posible, y esconder su usurpacion bajo el manto de la religion, hallando medio para proporcionarse cierto aceite que se pretendia haber sido dado por la Vírgen á Tomás Becket en su destierro. La redoma que contenia tan precioso licor, habia caido en manos de un ermitaño, quien la entregó al primer duque de Lancastre, asegurándole que todos los reyes que fuesen consagrados con aquel oleo santo, serian sinceros campeones de la Iglesia. Despues de haber encontrado Enrique la tal ampolla entre las joyas de Ricardo, se hizo consagrar con todas las formalidades, declarando que habiendo resignado el último rey el trono en favor suyo, subia á él por derecho de conquista, y como el descendiente mas directo de Enrique III, rey de Inglaterra. Tales fueron los actos verificados para ocultar las miras ambiciosas y los temores personales de Enrique; y como todavía existia el descendiente de la casa de Mortimer, que en el reinado precedente habia sido declarado en pleno parlamento legítimo heredero de la corona, aunque no tenia mas que siete años, dicho Enrique le retuvo con su hermano mas jóven en un decoroso cautiverio en el castillo de Windsor.



Enrique IV.

Empero á pesar de todas las medidas para asegurar su tranquilidad, Enrique no tardó en conocer que la corona de un usurpador oculta crueles espinas debajo de su brillante esplendor. Suscitáronse en la primera sesion del parlamento tan violentas disputas, que fueron propuestos y aceptados cuarenta desafios, arrojándose otros tantos guantes como prendas de combate. Fueron vanos todos los esfuerzos del rey para calmar semejantes disensiones; y por mas consideraciones que tuvo con todos en tales circunstancias, la animosidad creció rápidamente, el espíritu de rebelion se apoderó de la nobleza, y se tramó una conspiracion para cojer á Enrique en Windsor y reponer en el trono á Ricardo á quien todavía se le consideraba vivo.

Los jefes de la conspiracion eran los condes de Rutland, de Kent y de Huntingdon, y lord Spenser, todos los cuales habian sido despojados por Enrique de los títulos con que el rey difunto los habia honrado.

El plan de la conspiracion fué puesto por escrito, dándose á cada confederado una copia firmada por todos. El duque de Aumerle, uno de los cómplices, al tiempo de comer un dia en casa del de Yorck, su padre, tuvo la fatalidad de dejar caer dicha copia de su seno. Recojido el papel por el padre, se enteró secretamente de su contenido, y al descubrir con tal sorpresa lo que se tramaba, se decidió al instante á revelarlo todo al rey, montando al momento á caballo para encaminarse con la celeridad posible á Windsor, donde á la sazon residia la corte. El duque de Aumerle que notó prontamente la pérdida de su documento, y que receló el motivo de la marcha repentina de su padre, se resolvió á impedir, si era posible, que este llegase antes que él á aquel punto. Apresuróse por lo tanto á ir á Windsor por un camino mucho mas corto: y llegando en efecto antes que el duque de Yorck, lo descubrió todo al monarca y consiguió su gracia. Presentándose poco despues el padre, entregó á Enrique el fatal papel que contenia los nombres de todos los conspiradores— A. de J. C. 1400.



Enrique IV.

Ínterin trataba el rey de conjurar la tempestad que le amenazaba, viendo los conspiradores desvanecidas sus esperanzas, recurrieron á otro medio. Revistieron á un capellan del finado rey, llamado Maudelin, con las insignias de la dignidad real, y le presentaron diciendo que era el monarca depuesto, á quien habian arrancado de la prision y querian reponerle en el trono. Lleno de compasion el pueblo al ver á la majestad real en tanta desgracia y vilipendio, sintió renacer su adhesion á su rey anterior, y de todas partes acudió en tropel á las banderas de los confederados. Bien pronto se hizo considerable su ejército, y se acampó en las cercanías de Cirencester. Acuarteláronse los jefes en la ciudad, pero con tan poca precaucion que no pusieron guardias en las puertas y avenidas. Advertida semejante imprudencia por el corregidor de la misma ciudad, que era adicto á los intereses de Enrique IV, trató de aprovecharse de aquella coyuntura una noche, apoderándose de las puertas cuatrocientos hombres y atacando en seguida á los generales de los rebeldes.

Los condes de Kent y de Salisbury fueron cojidos á pesar de su tenaz resistencia, cortándoseles inmediatamente la cabeza por órden del corregidor. Los condes de Huntingdon y lord Spenser se escaparon por el tejado de una casa, volviendo á su campo con la esperanza de atacar la ciudad con todas sus fuerzas; pero al llegar á las tiendas tuvieron la mortificacion de verlas abandonadas, así como todo el bagaje por los soldados

que, al saber el tumulto que acababa de haber en la ciudad, habian presumido que alguna parte del ejército real habria entrado secretamente en ella para socorrerla, y así creyendo con semejante cálculo que su pérdida era inevitable, se habian apresurado á fugarse.

Destituidos los dos lores de toda esperanza de triunfo, no pensaron mas que en esconderse; mas no tardaron en ser prendidos, pereciendo despues en el cadalso por órden de Enrique (1). Poco despues sucedió lo mismo á sir Tomás Blount y á sir Benito Saly. Cuando llegaron á Londres los cadáveres de estos infortunados, diez y ocho obispos y treinta y dos abades mitrados se atrevieron á convocar el populacho para insultar los restos mortales y dar muestras de regocijo las mas irregulares. En esta reunion escandalosa se vió al conde de Rutland llevar en triunfo la cabeza de su cuñado lord Spenser, á quien él mismo habia vendido.

Hacia mucho tiempo que aquel hombre infame se hallaba habituado al asesinato y á la perfidia. Por complacer á Ricardo habia consentido en ser instrumento de la muerte violenta del duque de Gloucester; luego abandonó la vacilante fortuna de este monarca para juntarse á Enrique; en seguida conspira contra este despues de jurarle fidelidad; y últimamente vendió á los que comprometió á esta última empresa criminal, no avergonzándose en hacer ostentacion de su execrable cobardía.

Empero no bastaba el esterminio de algunos rebeldes para restituir la tranquilidad á un reino amenazado de una invasion estranjera, y despedazado por guerras intestinas. El rey de Francia habia preparado un armamento considerable con el designio de invadir la Inglaterra; mas este proyecto no surtió efecto á causa de una tregua de veinte años acordada poco despues, por la cual se convino que regresase á Francia, su patria, la reina Isabel que habia estado casada con Ricardo, aunque no llegó á consumarse el matrimonio. Los escoceses á su vez renovaron sus antiguas disensiones, y en tanto que el ejército inglés se dirigia hácia el norte para rechazar las incursiones de los galleses que tenian á su cabeza á Owen-Glendour, atacaron el reino por un lado en que estaban seguros de no encontrar resistencia alguna. Unos y otros consiguieron pocas ventajas, pero ejecutaron muchos estragos. Desde entonces empezó á hacerse célebre el nombre de Owen-Glendour entre sus compatriotas; mas como sus conquistas no proporcionaron á su país ningun resultado duradero, y sus numerosas victorias únicamente le valieron una brillante reputacion, apenas son dignas de ocupar un lugar en la historia. Bastará decir que cualquiera que hubiese sido el menoscabo que el honor inglés sufrió de parte de los galleses, se compensó ámpliamente con las ventajas reportadas de los escoceses. Los galleses conservaron el terreno aun despues de la captura de su jefe Glendour, en tanto que los escoceses se dieron á la fuga al avistar á los ingleses, sin querer ni someterse ni empeñar una batalla.

En una escaramuza habida entre escoceses é ingleses, Archibaldo, conde de Douglas, fué hecho prisionero con muchos nobles por el conde de Northumberland, y conducido al castillo de Aluwick—A. de J. C. 1402.—A esta captura reputada al pronto como un suceso ventajoso, no tardaron en seguirse consecuencias fatales para los vencedores. Cuando Enrique recibió la noticia de la victoria, envió al conde la órden de no tratar del rescate de los prisioneros, con el designio de proponer condiciones mas duras al llegar el caso de hacer la paz con Escocia.

Semejante órden irritó vivamente al conde de Northumberland, que al tenor de las leyes de la guerra vigentes en aquella época, tenia derecho á una parte del rescate de los cojidos para él durante la batalla. Y tanto mas se acrecentó su resentimiento, cuanto que consideraba al rey por deudor suyo por los servicios que le habia prestado para asegurarle la corona; siendo cierto que las obligaciones que Enrique tenia para con el conde eran á propósito para producir la ingratitud por un lado y el descontento por otro. El príncipe, como era natural, concibió celos contra el que habia tenido bastante poderío para elevarse al trono, y el conde creyó que por lo mismo era acreedor á todos los favores de la corona. Enrique no dejó de colmarle de grandes honores, haciéndole condestable del reino, y otorgándole además otros importantes empleos; pero nada podia satisfacer la ambicion de este señor, cuyos deseos eran insaciables.

Enojado pues y no mirándolo todo sino como una injuria del rey, se resolvió enérgicamente á hacer pedazos el ídolo que él habia sido el primero en incensar.

No tardó en formarse una conspiracion en la cual se apresuraron á entrar los galleses y escoceses, conviniéndose en ayudar á Northumberland para colocar en el trono á Mortimer, legítimo heredero de la corona de Inglaterra.

Pero en el momento en que tomadas todas las medidas llegó el caso de obrar, el conde con gran pesar suyo se halló imposibilitado para ponerse al frente de su tropa, por haber caido enfermo de repente en Berwik—A. de J. C. 1403.—No obstante, fué reemplazado dignamente por su hijo Harry Percy, llamado Hostpur, quien se puso á la cabeza de las fuerzas y las llevó hácia Shrewsbury, á fin de reunirlas con las de Glendocer que avanzaba con los suyos por Shrosphire.

Reunidos los dos ejércitos, los insurgentes publicaron un manifiesto que contenia todos sus agravios reales y supuestos. Como Enrique nada habia oido hablar de sus designios, se sorprendió estremadamente al saber semejante rebelion. Pero la fortuna parecia querer favorecerle. Felizmente para él habia organizado un pequeño ejército que tenia intencion de enviar contra los escoceses. Conociendo lo importante que era el obrar con celeridad contra unos enemigos tan activos, se dirigió precipitadamente á Shrewsbury para presentar batalla á los rebeldes.



Sir William Gascoigne.

Al pronto trataron los dos partidos de disimular sus miras con el deseo aparente de una conciliacion; pero cuando llegaron á sus mútuas demandas no hubo mas que réplicas y recriminaciones; por una parte se objetaba la rebelion y la ingratitud, y por la otra la tiranía y la usurpacion. Ambos ejércitos constaban de igual fuerza, componiéndose cada uno de doce mil hombres próximamente: la animosidad era recíproca y llevada al mas alto punto, sin que ni la prudencia ni el talento

(1) Si se compara esta época con la del reinado de Juan sin Tierra, se encontrará un gran cambio en la manera con que se trataba á los barones. En tiempo de Juan hubo revueltas frecuentes, pero los señores que tomaban las armas alcanzaban el perdon casi siempre. En los siglos siguientes esperimentaron todo el rigor de las leyes dadas contra las rebeliones. Este solo hecho demuestra lo mucho que declinó el poder de los barones en el corto espacio de dos siglos. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

militar pudiesen hacer prever por quién se pronunciaria la victoria. Hubo una batalla sangrienta en que los generales de los dos bandos dieron pruebas de la mayor bravura. Enrique se presentaba en todas partes en los puntos mas peligrosos. Su hijo, que despues consiguió tantas victorias en Francia, combatia á su lado, y habiendo sido herido en el rostro por una flecha, continuó sin embargo intrépidamente en el campo de batalla, haciendo á pesar de los dolores prodigios de valor.

Por otra parte, el infatigable Hostpur sostenia la brillante fama que habia adquirido en muchas guerras encarnizadas y no ansiaba sino tropezar con el rey como rival mas digno de su valor y resentimiento. Pero la muerte que en seguida recibió de una mano desconocida decidió la victoria, triunfando la fortuna de Enrique.

Pretendese que en esta jornada espantosa murieron dos mil trescientos caballeros y alrededor de seis mil soldados, cuyas dos terceras partes eran del ejército de Hostpur. Entre tanto, restablecido Northumberland de su dolencia, avanzaba con tropas á reforzar cuanto antes al ejército de los insurgentes y á recuperar el mando general: mas con la triste noticia de la muerte de su hijo, licenció su gente, no osando presentarse en el campo de batalla con tan pocas fuerzas y en una sazon en que el ejército real, además de ser superior al suyo, estaba todavía enteramente entusiasmado con su reciente victoria.

Entonces pensó en su propia seguridad y trató de huir; pero acosado vivamente por los que le perseguian, y viéndose desprovisto de todo recurso, se decidió á acojerse á la misericordia del rey antes que reducirse á una vida miserable en el destierro. Al presentarse en Yorck delante de Enrique, protestó que su única intencion para tomar las armas habia sido la de mediar entre los dos partidos. Esta escusa, á pesar de su debilidad é inverosimilitud, pareció satisfacer al rey, quien sin duda juzgándole bastante castigado con la muerte de su caro hijo y la pérdida de su ejército, consintió en perdonarle su rebelion.



Chaucer.

Empero no parecia sino que la estincion de esta era la señal de otra. El arzobispo de Yorck, que habia sido promovido en el reinado precedente, entró al poco tiempo en otra conspiracion con el conde de Nottingham y el mismo conde Northumberland que acababa de esperimentar la real clemencia. Su proyecto era tambien el destronar al rey y poner en su lugar al jóven Mortimer. Si las fuerzas de estos rebeldes se hubieran podido reunir á las que poco antes fueron destruidas, y hubiesen obrado de concierto, es probable que hubieran vencido á las del rey; pero los esfuerzos de ellas solas no produjeron resultado favorable. Presentáronse en el campo y publicaron un manifiesto en que echaban en cara á Enrique su usurpacion, su tiranía y el asesinato del rey difunto, y demandaban que fuese restituido el trono á la línea directa, además de corregirse todos los abusos del gobierno.

Enviado á su encuentro el conde de Westmoreland al frente de un ejército inferior en número, pidió una conferencia que al instante le fué otorgada. Encontráronse en Sikpton, condado de Yorck, y el arzobispo se quejó fuertemente de los agravios que la nacion recibia sin cesar y de los que habia recibido él mismo.

El conde de Westmoreland no solo reconoció la justicia de tales reclamaciones, sino que rogó al arzobispo que propusiese el medio de remediar aquellos males, otorgándole todo lo que solicitó. Luego que se pusieron acordes, el conde exhortó á los confiderados á que, ya que nada mas tenia que pedir ni temer para lo sucesivo, licenciasen sus tropas, confiando en el honor de él. Sus miradas dulces y promesas aparentes engañaron y arrastraron á los insurgentes á su ruina. Estos consintieron en alejar sus tropas, y en tanto el conde dió órdenes secretas para que su ejército no se alejase mas que hasta cierta distancia, y se mantuviese pronto á la menor señal.

En el momento en que los vió sin disposicion de defenderse, se apoderó del arzobispo y del conde de Nottingham, mandándolos en seguida al rey. Por salvar las formas sin duda fué por lo que se hizo un proceso regular á unos hombres cuya suerte estaba decretada de antemano. El arzobispo de Yorck es el primer prelado que fué decapitado en Inglaterra. El conde de Nottingham tuvo el mismo destino. El de Northumberland corrió á refugiarse en Escocia; pero tres años despues fué muerto en una incursion que hizo en Inglaterra, por sir Tomás Rokeby, gerif del condado de Yorck.

Ventajas tan grandes parecia que prometian duradero reposo á un reino tan largo tiempo despedazado por facciones, y siempre amagado de invasiones estranjeras. Pero no tardó en anunciarse una nueva calamidad, que aunque poco temible en su orígen, se desarrolló rápidamente trayendo las consecuencias mas terribles. A medida que iba propagándose la doctrina de Wickleffe, hacia tantos secuaces, que espantado el clero, empezó á temblar por su influencia, y así se esforzó en atraer á sus intereses al rey, que mas de una vez se habia ya declarado á favor de las nuevas opiniones.

Conociendo demasiado Enrique la debilidad de sus derechos á la corona, se resolvió á emplear todos los medios posibles para fortificarlos, y así juzgó á propósito no desdeñar la opinion del clero. En consecuencia dió oidos á las quejas de este, y buscó ocasion para inducir al parlamento á proteger á la iglesia que aseguró estar en peligro. Por repugnante que fuese á la cámara de los comunes el perseguir una secta cuyo único crímen era á lo mas un error, la preponderancia de la corte y los esfuerzos del clero llegaron á conseguir un decreto condenatorio de todos los herejes pertinaces á ser quemados. No bien se promulgó esta ley, cuando el clero se resolvió á hacerla ejecutar con todo rigor, para que no se creyese que únicamente debia ser considerada como un vano espantajo. Habiendo sido condenado como hereje Guillermo Sawtre, discípulo de Wickleffe y rector de San Osithe en Londres, por un consejo reunido en Cantorbery, fué entregado al lord corregidor de Londres, para ser quemado vivo en virtud de la órden emanada del rey. Aquel infortunado es el primero que sufrió la pena de muerte en Inglaterra por causa de religion.

Estas formidables hogueras, una vez encencidas, no debian apagarse tan pronto, porque el clero tenia poder para alimentarlas, mayormente previendo que el derecho de quemar á todos los que se pronunciaban contra su autoridad, tornaria mas grande que nunca el poderío temporal de que habia gozado algunos siglos antes. Efectivamente, los eclesiásticos recuperaron todo su antiguo ascendiente, pero estribando en el terror y en la supersticion el imperio que en tiempo de los sajones habian fundado en el amor y la confianza.

Las medidas adoptadas por Enrique IV apaciguaron por algun tiempo los disturbios que habian conmovido

el reino, y en su consecuencia apresuróse el rey á aprovecharse de la calma para reconquistar la popularidad perdida por los rigores ejercidos en el principio de su reinado. Por esta razon permitió varias veces á la cámara de los comunes usurpar un poder de que no habia gozado bajo los reyes anteriores. Cuando en el sesto año de este reinado otorgaron los comunes un subsidio al rey, nombraron tambien tesoreros por sí mismos para cuidar del empleo del dinero concedido, y dar cuenta de su inversion á la cámara. Propusieron además treinta artículos importantes, relativos al gobierno de la casa real, y en suma jamás habia usado la cámara de su libertad y sus privilegios tanto como en este reinado.

Pero mientras el rey hacia los mayores esfuerzos para recobrar la confianza del pueblo, perdida desde que subió al trono su hijo Enrique, príncipe de Galles, parecia este complacerse en merecer la aversion popular, distinguiéndose en toda clase de escesos, y no rodeándose sino de miserables, que su mayor orgullo ponian en arrastrarle á las acciones mas disolutas y vituperables. Afligíase el rey de ver á su hijo degenerar de tal modo y olvidar la dignidad de su rango, á pesar de las reiteradas pruebas de valor y generosidad que habia dado en un principio. Abandonábase el jóven príncipe á escesos tales, que una vez en que un compañero suyo fué conducido por un crímen ante el justicia mayor, sir Guillermo Gascoña, irritado del resultado de la causa, se levantó y golpeó al juez en medio del tribunal. Penetrado el venerable magistrado del respeto que se debia á su carácter, se condujo con toda la dignidad propia de su cargo, mandando que el príncipe fuese llevado á la prision inmediatamente.

Cuando este suceso fué referido al rey que tenia mucha sensatez y un gran fondo de justicia é imparcialidad, esclamó: «¡Dichoso el soberano que cuenta con un »magistrado bastante íntegro para aplicar las leyes á un »culpable semejante! y mas dichoso todavía el soberano »cuyo hijo está dispuesto á someterse á tal castigo!» Este hecho es el primer ejemplo de un magistrado que observaba con rigor los deberes de la justicia oponiendo las leyes á la potestad soberana, pues en casos semejantes los jueces no se conducian sino como ministros de los caprichos del amo.

Hacia algunos años que la salud de Enrique iba declinando rápidamente, y así se acercaba su fin. Padecia desmayos que le debilitaban cada vez mas y amenazaban su vida. A medida que conocia que se le iba acabando esta, el temor de perder la corona se le aumentaba en términos de dar algunas veces muestras ridículas de inquietud. En algunos casos no podia determinarse á dormir si no le colocaban la diadema debajo de la almohada. Hizo voto de cruzarse y marchar á Jerusalen á combatir á los infieles, y hasta llegó á dar cuenta de este proyecto en pleno consejo, pidiendo á los miembros de la asamblea su dictámen acerca de semejante viaje; mas como el mal estado de su salud iba en aumento, se vió precisado á renunciar á este viaje y á pensar en otro de mucha mayor importancia—A. de J. C. 1413.

Estando un dia con el desmayo, entró en su aposento el príncipe de Galles y cojió y se llevó la corona. Cuando el rey recobró los sentidos, preguntó con aire inquieto dónde estaba dicha corona. Al saber que la habia llevado el príncipe esclamó: «¡Que! ¿Quiere acaso »arrebatarme mis derechos antes de morir?» En aquel momento entró el príncipe y tranquilizó á su padre, asegurándole que jamás habia tenido semejante intencion, y devolvió la corona al sitio de donde la habia tomado.

Pero el rey cayó de nuevo en un profundo desmayo al cumplir sus devociones ante la urna de San Eduardo el Confesor en la abadía de Westminster. En tal estado se le trasladó á la sala de Jerusalen, y cuando recobró los sentidos pareció sorprenderse de encontrarse en un punto que no conocia. Preguntó por el nombre de la sala, y al oir el de Jerusalen, esclamó que se cumplia la prediccion que en otro tiempo se le hizo de que moriria en Jerusalen. Despues de decir estas palabras encomendó su alma al Criador, y poco despues dió el último suspiro. Hallábase á la sazon en la edad de cuarenta y siete años y en los catorce de su reinado.

El carácter de este monarca es digno de admiracion por una parte, y por otra debe escitar la indignacion y el ódio. Interin vivió en la vida privada fué valiente, prudente, previsor y moderado: no se descubrieron sus defectos hasta que la ambicion le hizo poner sus miras en el trono: entonces se mostró injusto, cruel, sombrío y tiránico. Sin embargo, este reinado contribuyó en muchos conceptos á asegurar la felicidad del pueblo mas bien que la de Enrique, quien jamás logró la que esperaba encontrar en el trono.

Tuvo dos mugeres: la primera, que fué María de Bohun, le dió dos hijas y cuatro hijos, que fueron Enrique su sucesor, Tomás duque de Clarence, Juan duque de Bedfort, y Humphrey duque de Gloucester. La segunda muger no le dejó ningun hijo.

CAPÍTULO XVIII.

ENRIQUE V.

(Desde el año de J. C. 1413 al de 1422.)

Poco sentimiento causó la muerte de Enrique IV á unos súbditos á quienes mas bien habia inspirado temor que amor; y así los festejos que se hicieron por el advenimiento de su hijo, á pesar de sus muchas estravagancias, fueron ruidosos y sinceros. Este príncipe, en medio de sus locuras y escesos, habia dado repetidas pruebas de unos sentimientos los mas nobles, y si bien no ofreció en su conducta el ejemplo de las virtudes, al menos dió constantemente muestras de respetarlas.

Su valor fué lo que principalmente le atrajo el afecto y la admiracion del pueblo. En esta época todos los deberes del hombre se reducian á las ocupaciones de la guerra y á las prácticas de devocion; sin que en fuerza de la ignorancia que reinaba, se supiese admirar el heroismo que no estribase en una de estas dos cosas.



Enrique V.

Los primeros actos del jóven rey confirmaron las esperanzas favorables que habia hecho concebir. Llamó á su presencia á sus antiguos compañeros de desórdenes, y despues de anunciarles la intencion que le animaba de reformar su conducta, los exhortó á seguir su ejemplo, mandándoles que se alejasen de la corte, despues de otorgarles medios de subsistencia y promesas de progreso si su comportamiento futuro los hacia acreedores á su proteccion. Los fieles ministros de su padre temblaron al pronto al pensar en el rigor escrupuloso con que habian llenado sus deberes con respecto al jóven príncipe; mas no con menor sorpresa suya que alegría, este les dispensó su amistad y confianza. Sir Guillermo Gascuña, que era el que mas temia al nuevo monarca,

recibió de este felicitaciones en lugar de las reconvenciones que aguardaba, y se halló agradablemente sorprendido al oir al rey exhortarle á perseverar en su irreprensible conducta y á ejecutar siempre con la misma imparcialidad los severos deberes de la justicia.



Enrique V.

Enrique se mostró dispuesto á reparar no solo sus propios errores, sino tambien los del anterior reinado: manifestó el mas profundo dolor por la suerte del infortunado Ricardo, y ordenó que se le hiciesen funerales dignos de su rango: puso todo su conato en sepultar en el olvido las quejas suscitadas por el espíritu de partido, no pronunciándose á favor de ninguno y apreciando igualmente á todos los hombres justos y honrados: solo los exagerados y los que eran de un carácter propenso al ódio y á la venganza esperimentaron los efectos de su rigor, siendo vanos sus esfuerzos por disimular su viciosa conducta con apariencia de lealtad.

Los consejos y el ejemplo del jóven príncipe dieron un poderoso impulso á la virtud. Conciliáronse todas las opiniones, y todos los partidos, tan desunidos hasta entonces, se adhirieron con igual ardor á la causa de un monarca justo, cuyas brillantes cualidades hicieron olvidar prontamente la debilidad de sus títulos á la corona.

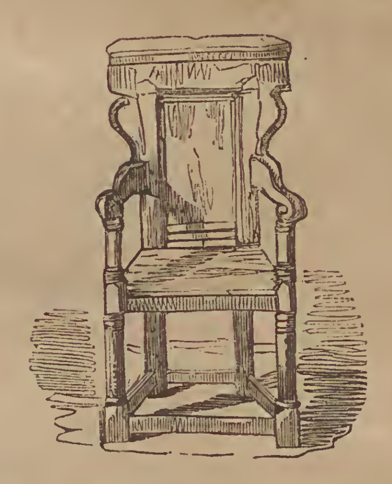


Wickleffe.

Eran pues felices los ingleses con el gobierno de su nuevo rey; mas no está siempre en manos del hombre el poder elevarse sobre las preocupaciones del siglo en que ha nacido, y el reprimir los abusos que solo el tiempo puede enseñar á conocer. Hacia mucho tiempo que al clero le habian acarreado sus vicios el desprecio y ódio del pueblo; y sin embargo, aquel cuerpo no se hallaba menos dispuesto á mantener su antigua preponderancia, no adoptando una reforma en sus costumbres, sino persiguiendo á todos los que se declarasen contra la autoridad de la Iglesia.

La herejía de Wickleffe ó el lollardismo, segun se le llamaba, se difundia mas cada dia y recibia nueva fama por la proteccion y los discursos de sir Juan Oldcastle, baron de Cobham, antiguo servidor del rey, el cual gozaba del mas alto favor. Su respetable carácter y sus virtudes civiles y militares atrajeron sobre él la atencion de Arundel, arzobispo de Cantorbery, quien le juzgó digno de servir de víctima á la venganza eclesiástica. Dirigióse pues al rey pidiendo permiso para denunciar á lord Cobham como impío y culpable de la mas criminal herejía. Repugnando al noble y generoso corazon de Enrique un medio de conversion tan sanguinario, quiso probar lo que podria producir la razon y la persuasion sobre el temerario jefe de aquella secta.

Al efecto tuvo una entrevista secreta con Cobham; pero encontró á este hidalgo obstinado en sus opiniones y resuelto á hacer el sacrificio de su vida antes que renunciar á sus creencias. Al verle tan firme, el rey le entregó al furor de sus enemigos. La persecucion no sirve nunca mas que para propagar el error que ella intenta destruir y para darle mayor fuerza é importancia. El primado denunció á lord Cobham, y en union con sus sufragáneos le condenó como hereje á ser quemado vivo. Empero Cobham halló proporcion para escaparse de la Torre antes del dia designado para su ejecucion, y reuniéndose secretamente á su partido, avivó el celo de los suyos y los condujo á Londres con intencion de vengarse de sus enemigos—A. de J. C. 1414. —Noticioso el rey de sus proyectos, mandó cerrar las puertas de la ciudad, y tomando su guardia se dirigió de noche á San Gile y se apoderó de los conspiradores que iban acudiendo de todas partes al punto designado. Fueron ejecutados algunos de estos, pero se perdonó al mayor número. Cobham pudo otra vez escaparse y estar oculto por algun tiempo; mas cojido cuatro años despues, pagó con la vida su obstinacion y temeridad, haciéndosele sufrir tormentos no inventados hasta entonces por la crueldad humana, y apenas merecidos por los crímenes mas enormes. Se le puso colgado por la mitad del cuerpo encima de un brasero, y así fué quemado á fuego lento. Espectáculos de tal naturaleza escitaban el horror y la aversion, no solo contra el clero; sino tambien contra el mismo gobierno. Para desviar el espíritu de los súbditos de escenas tan horrorosas, resolvióse Enrique á aprovechar la ocasion que le ofrecian las turbulencias en que Francia es-



Silla de Wickleffe que se conserva en Luterworth.

taba á la sazon sumida: con lo cual seguia tambien los últimos consejos de su padre, que al morir le encargó que entretuviese á sus súbditos en espediciones esteriores, á fin de quitar así á los díscolos del reino los medios y el tiempo de fomentar insurrecciones peligrosas. Carlos VI, rey de Francia, padecia accesos frecuentes de demencia que le imposibilitaban para gobernar su reino en unas circunstancias en que este era presa de la ambicion de sus vasallos y cortesanos, cuya fuerza se acrecentaba á proporcion de la flaqueza de su soberano. Dos competidores se disputaban la administracion de los negocios: Luis, duque de Orleans, hermano del rey, y Juan, duque de Borgoña, primo carnal del mismo rey. La reina Isabel tenia tambien un partido, y el rey en sus lúcidos intervalos se esforzaba en formar otro en favor suyo. Cuando lograba triunfar cada una de estas facciones, motejaba á las vencidas con el nombre de traidores, y los cadalsos estaban ocupados sucesivamente por acusados y acusadores.

Enrique creyó favorables semejantes circunstancias para recuperar las posesiones francesas que en otro tiempo y en virtud de tratados habian sido otorgadas á Inglaterra. Para dar préviamente á tal espedicion alguna apariencia de justicia envió embajadores á París encargados de brindar con una paz perpétua y la alianza de Inglaterra, á condicion de entrar él en todas las posesiones que habian sido arrebatadas á su corona en los anteriores reinados, y de casarse con Catalina, hija del rey de Francia, á la cual se habia de dar el correspondiente dote.

Aunque á la sazon era muy opuesta la corte de Francia á la guerra, no podia sin embargo acceder á tan exorbitantes demandas, que probablemente no hacia Enrique mas que con la esperanza de ocasionar una negativa. En efecto, no bien supo esta, cuando mandó equipar una escuadra considerable en Southampton, y despues de invitar con las mas brillantes esperanzas de conquistas á todos los guerreros que quisieran seguirle, se embarcó y llegó á Harfleur á la cabeza de seis mil caballos y veinticuatro mil infantes, cuya mayor parte eran arqueros—A. de J. C. 1415.

Prosiguiendo el vencedor su camino, avanzaba acabando de devastar un país que ya lo estaba por las facciones. El enemigo no oponia mas que una débil resistencia; pero los ingleses se vieron combatidos por el clima que les era fatal. Apoderóse de ellos la disenteria, quedando en poco tiempo reducido su ejército á una mitad, tanto por la muerte como por la debilidad en que dejaba la enfermedad á los que la vencian. En tan triste situacion, el rey recurrió á un espediente asaz comun en aquel siglo bárbaro, y que servia para inspirar á las tropas mas confianza que nunca en su general. Apeló á un combate singular con el delfin que mandaba el ejército francés, ofreciéndole esponer sus pretensiones al éxito de dicho combate. Este desafío fué desechado, y los franceses, tan divididos entre sí, se reunieron todos al aparecer el peligro comun. Juntáronse catorce mil caballos y cuarenta mil infantes bajo el mando del condestable Albret, quien los colocó de un modo á propósito para embestir las estenuadas tropas de Enrique é interceptar su retirada. Aunque ya era tarde, el rey de Inglaterra empezó á arrepentirse de su temeraria invasion en un país en que una enfermedad contagiosa y un poderoso ejército parecian amenazar por todas partes con el esterminio á los ingleses.

Resolvióse á retirarse á Calais; pero no podia efectuarlo sin peligros continuados que no se le ocultaban. Esforzándose pues en inspirar á sus tropas paciencia y perseverancia, les ofreció con su conducta el ejemplo mas brillante de valor y de resignacion. Molestado constantemente en su marcha por partidas volantes del enemigo, llegó al Soana, que quiso vadear; pero avistando en el otro lado tropas prontas á oponerse al paso, se vió precisado á retroceder. Sin embargo, tuvo la fortuna de encontrar cerca de San Quintin un paraje que no habia sido bien guardado, y por allí logró pasase su ejército.

Mas el enemigo conservaba todavía la esperanza de interceptar su retirada, y así, apenas hubo atravesado Enrique el pequeño rio de Ternois por Blangi, vió con desagradable sorpresa desde una altura al ejército francés formado en las llanuras de Azincourt, de modo que le era imposible proseguir su marcha sin venir á las manos. No podia darse situacion mas embarazosa que la en que entonces se encontró Enrique. Su ejército se habia casi reducido á cero por la enfermedad: los soldados faltos de víveres se hallaban abatidos y desalentados por las fatigas de la retirada, y apenas llegaban á doce mil hombres; y sin embargo, unas fuerzas tan incompletas tenian que sostener el choque con un ejército seis veces mayor, mandado por hábiles generales y provisto de abundantes recursos. Semejante desigualdad humillaba á los ingleses tanto como aumentaba el valor de los franceses que concibiendo desde luego tal esperanza de triunfo, empezaron á tratar con anticipacion del rescate de sus prisioneros (1).

A pesar de conocer Enrique su estremado peligro, no omitió medida alguna para impedir su derrota. Como el enemigo era de una fuerza superior á la suya, ordenó su pequeño ejército en un terreno estrecho situado entre dos bosques que flanqueaban su derecha é izquierda, y en aquella posicion aguardó con serenidad el ataque de los franceses. Entrambos ejércitos se observaron por algun tiempo en silencio, como si estuviesen igualmente espantados: ni el uno ni el otro parecia dispuesto á romper sus filas para emprender el combate, lo cual notado por Enrique, esclamó con ardimiento: «Amigos mios, ya que no quieren empezar, nosotros »debemos darles el ejemplo: avanzad, y quiera el cielo »otorgarnos su proteccion.»

Al oir estas palabras lanzáronse los ingleses haciendo resonar gritos de entusiasmo, y los franceses continuaron aguardando su aproximacion con aire intrépido. Los flecheros ingleses, célebres hacia mucho tiempo por su habilidad, echaron á volar una nube de flechas de tres piés de longitud, que produjeron terrible efecto. La caballería francesa avanzó á rechazarlos; pero otros doscientos arqueros que estaban ocultos, aparecieron súbitamente, y con sus flechas sembraron la confusion entre las filas contrarias, y aprovechándose del desórden se arrojaron con furor y cayeron espada en mano sobre estas. Como los acometedores estaban debilitados por la enfermedad, fueron rechazados al pronto; pero resueltos á vencer ó morir, cargaron otra vez con tal impetuosidad, que los franceses se vieron obligados á retroceder, y en seguida el valor de los ingleses llevó á cabo su triunfo, flanqueando un cuerpo de caballería que habia estado oculto en un bosque inmediato la infantería francesa, de lo cual resultó un desórden general. Enrique echó pié á tierra, se presentó al enemigo con aire resuelto, y á la cabeza de sus tropas combatió á pié, alentando á los unos y socorriendo á los otros.

Adelantáronse hácia él diez y ocho caballeros franceses decididos á matarle ó á morir, y habiendo herido uno de ellos al rey con su hacha de armas, todos cayeron sobre él, quien se hallaba á punto de sucumbir bajo sus golpes, cuando acudió en su auxilio el valiente Galles David Gam con dos compatriotas suyos. Estos precisaron á los agresores á dirigir su atencion

(1) Habia en efecto en el ejército francés todo lo que podia hacer escusar esta confianza y esperar la victoria; y era á la vez la superioridad del número, el ardor del patriotismo y todo el entusiasmo del valor mas caballeresco. Pero cuatro cosas fueron funestas á los franceses en esta desgraciada jornada: la desventaja de la posicion, la falta de arqueros, la inesperiencia del condestable y el escesivo número de príncipes y señores poderosos, cuya voluntad y orgullo menoscabaron la disciplina.

hácia ellos, y los combatieron con tanto valor que hicieron caer á muchos á sus piés. El rey tuvo tiempo para recobrar sus sentidos; nuevas tropas llegaron á socorrerle, y los diez y ocho caballeros franceses fueron muertos. Reconociendo Enrique el servicio que acababa de recibir de sus generosos defensores, los armó caballeros inmediatamente.

Empeñóse de nuevo el combate con mas calor que nunca: Enrique redoblaba su ardor, y se le veia combatir allí donde estaban los puntos mas peligrosos. Su hermano, que se hallaba á su lado, vino á caer á sus pies herido mortalmente, y mientras el rey se ocupaba en socorrerle, recibió él mismo un terrible golpe que le derribó; mas no tardó en levantarse orgullosamente y en volverse á poner á la cabeza de sus tropas. Lanzándose entonces con furor sobre el enemigo, sembró por todas partes la confusion y el terror, hasta el estremo de no poder ya los generales franceses decidir á sus tropas á volver á la carga. Viendo su fuga el duque de Alenzon, se resolvió por un ímpetu desesperado á recuperar la fortuna de la jornada, ó á perecer en la téntativa. Se adelantó contra Enrique gritando que él era el duque de Alenzon, y le descargó tan violento golpe en la cabeza, que hizo volar parte del casco del rey. Enrique no tuvo lugar de parar el golpe; le devolvió con furor echando al duque á tierra, á quien las tropas que acudieron acabaron de matar, siendo inútiles todos los esfuerzos que el rey hizo por salvarle.

Desde este momento los franceses fueron vencidos en todos los puntos, y aterrados cayeron precipitadamente á un sitio tan estrecho, que ni pudieron huir ni hacer resistencia alguna, y así la tierra se cubrió al instante de muertos.

Aun despues de la batalla los ingleses hicieron prisioneros. Yendo avanzando en la llanura, advirtieron que los restos de la retaguardia francesa parecia que todavía trataban de oponer alguna resistencia: al mismo tiempo oyeron detrás de ellos gritos de alarma que eran causados por cierto número de paisanos que habian caido sobre sus bagajes y pasaban á cuchillo á los encargados de guardarlos. Como Enrique se hallaba rodeado de enemigos por todas partes, temia alguna tentativa de los prisioneros, cuyo número escedia al de su ejército; por lo cual creyó entonces indispensable tomar un partido violento dando órden de matarlos. Pero luego que se informó mejor de lo que ocurria, impidió la matanza bastante á tiempo para salvar todavía un gran número de víctimas (1).

Este acto de rigor, ó por mejor decir de atroz crueldad, empañó toda la gloria de Enrique en esta jornada. Su conducta en semejante caso no tanto debe atribuirse á su propension á la crueldad, cuanto á las costumbres todavía salvajes de la época; pues ya se notará que el heroismo de aquel siglo llevaba siempre el sello de la barbárie.

La batalla de Azincourt fué fatal para Francia por el número de príncipes y nobles que fueron muertos ó hechos prisioneros. Entre los que perecieron se contaban el condestable de Francia, los dos hermanos del duque de Borgoña, el duque de Bar, el conde de Morle y el arzobispo de Sens que tambien estaba con las armas en la mano. Segun se cuenta, el número de muertos ascendió á diez mil, y como la pérdida recayó principalmente en la caballería, pretendese que murieron ocho mil caballeros. Entre los prisioneros, que subieron á catorce mil hombres, los mas distinguidos fueron los duques de Orleans y Borbon. La pérdida de los ingleses no pasó de ochenta hombres, lo cual es nada comparándolo con la victoria. Por grande que fuese esta, ningun feliz resultado tuvo para Inglaterra. Despues de la batalla Enrique continuó su retirada sin detenerse, llevando sus prisioneros á Calais y de allí á Inglaterra, donde el parlamento deslumbrado por la brillantez de la victoria, consintió en concederle nuevos subsidios, aunque no eran suficientes para los gastos de la campaña siguiente.

Con este dinero y con un nuevo alistamiento se embarcó á la cabeza de un ejército de veinticinco mil hombres para Normandía, y se preparó á dar un golpe decisivo á la corona de Francia, sobre la cual los monarcas ingleses tenian pretensiones desde muy antiguo—A. de J. C. 1417.—La desgraciada Francia se hallaba entonces en la situacion mas deplorable, pues el reino entero no era otra cosa que un vasto teatro de crímenes, de asesinatos, de injusticias y estragos. El duque de Orleans habia sido asesinado por el de Borgoña, y este á su vez habia sucumbido al hierro homicida por la traicion del Delfin. El hijo del de Borgoña, ardiendo en deseos de vengar á su padre, entró en un tratado secreto con Inglaterra, y una liga poderosa se formó en Arras entre Enrique y el jóven duque de Borgoña, que no pareció exigir mas que la promesa de vengar la muerte de su padre—A. de J. C. 1419.—Por lo tanto Enrique prosiguió sus conquistas sin hallar gran oposicion. Sometiéronse muchas provincias al acercarse: la ciudad de Rouen fué asediada y tomada; Pontois y Gisors cayeron tambien en su poder. El mismo París fué amenazado, y el terror de sus armas obligó á la corte á refugiarse en Troyes. En esta ciudad fué donde el duque de Borgoña, que habia tomado sobre sí el gobernar al rey de Francia, buscó á Enrique con el designio de ratificar el convenio empezado anteriormente, por el cual la corona de Francia debia ser trasmitida á un príncipe estranjero. Cárlos, por el estado de demencia en que á la sazon estaba sumido, fué espectador pasivo de tan notable tratado, y Enrique dictó todas las condiciones de la negociacion. Los principales artículos fueron, que Enrique se casaria con la princesa Catalina; que el rey Carlos continuaria en gozar del título y de su dignidad durante su vida; mas que Enrique seria declarado heredero de la corona y puesto en posesion de la administracion del reino; que Francia é Inglaterra se reunirian para siempre bajo un mismo soberano, pero que no obstante conservarian sus leyes y privilegios respectivos; que Enrique reuniria sus armas con las de Carlos y del duque de Borgoña para humillar y someter al Delfin y sus partidarios.

Tal era el tenor de un tratado asaz contrario á los intereses de ambos reinos para que fuese de larga duracion; pero los partidos contendientes estaban demasiado ciegos por su resentimiento y sus mútuas rivalidades para reconocer que los príncipes no tienen el derecho de disponer arbitrariamente de los reinos, y de sacrificar el interés de los pueblos á consideraciones personales.

Poco despues de este tratado Enrique se casó con la princesa Catalina—A. de J. C. 1420.—En seguida llevó á París á su suegro, y tomó formalmente posesion de esta capital. Allí obtuvo de los estados del reino una ratificacion del último pacto, y entonces dirigió sus armas con buen éxito contra los partidarios del Delfin, que á la sazon andaba descuidado en cuanto á su propio patrimonio, sin oponer á los progresos de sus enemigos mas que quejas inútiles.

Los recursos recibidos por Enrique no eran bastante considerables para darle la posibilidad de continuar la guerra sin tener que acudir de nuevo al parlamento. A pesar de las numerosas felicitaciones que á su arribo á Inglaterra se le hicieron por sus brillantes conquistas, encontró á sus súbditos poco dispuestos á aprobar las supuestas ventajas que de ellas resultarian al reino. Un tratado en cuya virtud debia trasladarse lejos de Inglaterra la residencia del gobierno, no era natural que fuese mirado con aspecto favorable por el parlamento, el cual por lo tanto rehusó con varios pretestos el subsidio que

(1) Fué horrible el ver á toda aquella nobleza francesa degollada á sangre fria, y el rostro de tan valientes caballeros cubierto de sangre y desfigurado por los hachazos con que los arqueros herian su desarmada cabeza. *(Barante.)*

pidió el rey, no otorgándole mas que una parte de él. Empero, estando determinado Enrique á proseguir sus proyectos, hizo imponer contribuciones en las provincias conquistadas, y agregado este dinero al que se le otorgó, pudo reunir un ejército de ocho mil hombres, con el cual desembarcó felizmente en Calais.



Durante el tiempo que Carlos estuvo ausente de Francia, el Delfin, príncipe prudente y activo, no descuidó ningun medio para remediar su triste situacion, habiendo logrado que el regente de Escocia le enviase un cuerpo de siete mil hombres. Con estas fuerzas y algunas tropas que todavía tenia atacó al duque de Clarence, hermano de Enrique, y consiguió una completa victoria.

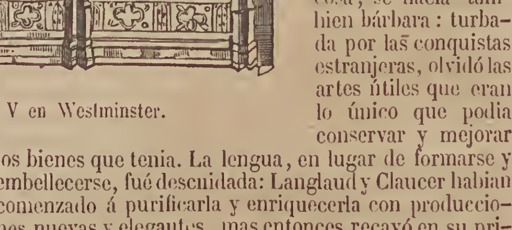
Este fué el primer acontecimiento en que pareció que la fortúna abandonaba á los ingleses. Pero este revés solo fué de corta duracion. Enrique reapareció súbitamente con un ejército considerable, y forzando al acercarse á huir al Delfin, se rindieron de nuevo al vencedor varias delas poblaciones que se habian sometido á Carlos. Enrique, completamente victorioso, estableció su residencia en París, rodeándose de una corte magnífica, mientras que la del rey de Francia era triste y mezquina. El dia de Pentecostés comieron juntos en público los dos reyes con las reinas, teniendo la cabeza adornada con la diadema. En la apariencia Carlos recibió todos los homenajes, mas solo Enrique mandó con una autoridad absoluta—A. de J. C. 1422.

El infortunado Delfin, arrojado al otro lado del Loira, estaba casi enteramente desposeido de las provincias septentrionales, y perseguido hasta el mediodia por las armas reunidas de los ingleses y borgoñones, llegó á verse completamente apurado. En tan peligrosa situacion se halló forzado á prolongar la guerra todo lo posible y á evitar acciones inciertas con un rival acostumbrado á la victoria hacia mucho tiempo. En tales circunstancias dió pruebas notables de su prudencia, y despues de soportar con valor las persecuciones de la fortuna, la encontró al fin pronta á declararse en favor suyo, libertándole de un competidor que probablemente iba á ser su vencedor.

En el momento en que Enrique, disfrutando de las dos coronas, tocaba el apogeo de su gloria, fué atacado de una fistula que muy luego se hizo mortal por la ignorancia de los médicos de aquel tiempo. Conociendo Enrique que su mal era incurable y que estaba muy próximo su fin, envió á buscar á su hermano el duque de Bedford, al conde Warwick y algunós otros señores á quienes habia honrado siempre con su confianza, y les entregó con la mayor calma su testamento en que se habia ocupado con solicitud del gobierno del reino, y de su familia. Recomendó á su hijo á la proteccion de sus fieles servidores, y sin embargo del estremo sentimiento que esperimentaba de no poder lograr el blanco constante de toda su ambicion, que habia sido siempre el someter totalmente la Francia, patentizó la mas profunda indiferencia hácia la muerte, aguardándola con calma y piedad y espirando con la misma intrepidez que habia desplegado en el curso de su vida. No tenia mas de treinta y cinco años de edad y diez de reinado.

Este príncipe era indudablemente hombre de mérito; pero su celebridad no tanto fué el resultado de sus virtudes cuanto de sus triunfos militares. Tenia la cualidad de cautivar á sus amigos con una afabilidad estremada, y la de ganar al afecto de sus enemigos con la destreza y la clemencia. No obstante, su reinado fué mas brillante que provechoso al bien de su pueblo, porque los tesoros del reino fueron prodigados para conquistas que hubieran llegado á ser perjudiciales á la nacion. Fué una fortuna para Enrique el morir en medio de sus triunfos y en la cumbre de su gloria. Su fin fué diferente del de Carlos, que murió dos meses despues terminando un reinado infeliz cuya mayor parte pasó en el mas triste estado de demencia. Despreciado por sus amigos é insultado por sus aliados, dejó á sus súbditos en la situacion mas deplorable (1).

Enrique no tuvo de su muger Catalina de Francia mas que el hijo que le sucedió, y cuyos infortunios en el curso de un reinado muy largo sobrepujaron á toda la gloria y los triunfos de su padre.



Sepulcro de Enrique V en Westminster.

Semejantes triunfos apenas produjeron á Inglaterra ningun buen resultado. A medida que la nacion inglesa se hacia belicosa, se hacia tambien bárbara: turbada por las conquistas estranjeras, olvidó las artes útiles que eran lo único que podia conservar y mejorar los bienes que tenia. La lengua, en lugar de formarse y embellecerse, fué descuidada: Langlaud y Claucer habian comenzado á purificarla y enriquecerla con producciones nuevas y elegantes, mas entonces recayó en su primera rudeza, sin que ningun poeta ni historiador se hiciese notar durante tan tempestuoso período.

(1) El pueblo amó siempre á este desgraciado príncipe á pesar de su demencia. La bondad que jamás dejó de manifestar en sus intervalos de salud, hacia á este pobre rey insensato un objeto de veneracion, de pesar y de lástima. El pueblo parecia quererle tanto como aborrecia á los que gobernaban en su nombre. Los habitantes de Paris en medio de sus padecimientos y á pesar del duro gobierno de los ingleses, siempre que veian á su pobre rey le acojian con mil vivas. *(Barante.)*

CAPITULO XIX.

ENRIQUE VI.

(Desde el año de J. C. 1422 hasta el de 1471.)

Enrique VI no tenia mas que un año cuando subió al trono; y así la administracion del reino durante su minoridad no tardó en ser disputada por los miembros de su familia. El duque de Bedford, uno de los príncipes mas cumplidos del siglo y que poseia igual habilidad en el gabinete y en el campo de batalla, fué nombrado por el parlamento protector de Inglaterra, defensor de la Iglesia y primer consejero del rey. Su hermano el duque de Gloucester fué designado para gobernar el reino mientras Bedford permaneciese dirigiendo la guerra en Francia; y para limitar el poder de ambos hermanos, se nombró un consejo sin cuyo dictámen no debia tomarse ninguna medida importante.



Enrique VI.

Arregladas así las cosas, y siendo mucho mas interesantes las operaciones militares que los negocios civiles, el duque de Bedford fijó su residencia en Francia, á fin de atender á los progresos de las armas inglesas y oponerse á las tentativas de Carlos VII que acababa de tomar el título de rey de los franceses en una situacion deplorable. Los ingleses eran dueños de casi toda Francia, y cuando Enrique VI todavía se hallaba en la cuna fué revestido por los enviados de París con todo el poder real. Por lo tanto, el duque de Bedford penetró en el corazon del reino al frente de un ejército numeroso, y se dispuso á reprimir todas las insurrecciones que estallasen, en tanto que el de Borgoña, que anteriormente habia hecho un tratado con él, se mantuvo en la mayor tranquilidad, sin pensar en apoyar sus pretensiones.

A pesar de unas apariencias tan deporables para Carlos VII, como este príncipe reunia la prudencia de la edad madura á la amabilidad de la juventud (no tenia mas que veinte años), encontró medio de romper la liga formada contra él, y de atraer á los súbditos á sus intereses naturales y al sentimiento de su deber. Empero ninguna ventaja resultó de sus primeras tentativas: donde quiera que trataba de hacer frente al enemigo era vencido: apenas se atrevia á fiarse de los amigos que rodeaban á su persona, y su autoridad era desconocida hasta por sus mismos domésticos—A. de J. C. 1423.—Los ingleses consiguieron sobre él diferentes ventajas, y su causa tomó el mas desesperado aspecto á consecuencia de la batalla dada cerca de Verneuil, en la cual fué completamente derrotado por el duque de Bedford (1).

Pero habiéndose visto precisado Bedford á retirarse á Inglaterra por la imposibilidad de sostener la guerra sin nuevos subsidios, su vigilante enemigo se aprovechó de aquella ausencia para reponerse de su desgracia. Habiéndose puesto su general Dunois á la cabeza de diez y seis mil hombres, obligó al conde de Warwick á levantar el sitio de Montargis, cuya ligera ventaja comenzó á probar á los franceses que no eran invencibles los ingleses.

Estábales reservado el mas ruidoso triunfo por el medio con que menos podian contar, y que no debiendo segun el órden regular ser de ningun resultado, produjo sin embargo la revolucion mas venturosa para Francia. Una jóven nacida en la mas humilde clase y sin educacion ninguna, forzó á la victoria á pronunciarse á favor de sus compatriotas, é inspiró á los ingleses el mismo terror que á los franceses habia tornado tan débiles, antes sus vencedores. Con el auxilio de esta heroina repusiéronse aquellos gloriosamente de su desgracia, y rechazando á los ingleses de todas partes los echaron totalmente del reino; de modo que los vencidos se convirtieron á su vez en vencedores.

En la aldea de Domremi, cerça de Vanconleurs, en las fronteras de la Lorena, vivia una jóven aldeana de unos veintisiete años, llamada Juana de Arc. Esta muger estaba sirviendo en un humilde meson, y en tan oscuro estado se sometia á todas las penosas faenas que pueden preparar el cuerpo á las fatigas de la guerra. Sus costumbres eran irreprensibles, y hasta entonces nada habia anunciado las disposiciones belicosas y el valor que desplegó despues. Contenta con su suerte, desempeñaba con celo y exactitud sus deberes, sin que se hiciese notar mas que por su modestia y mucha piedad.



Enrique VI.

No obstante, las desgracias de su patria parecian ser el objeto constante de sus pensamientos, lamentándose á menudo de la deplorable suerte de Francia, cuyo soberano espulsado del trono á que tenia derechos tan legítimos, cuyo país inundado de sangre y la vista de los estragos sin cuento que perpetraban los estranjeros, estimulaban su resentimiento y enardecian su corazon en deseos de remediar los males del pueblo. Exaltado y alimentado su espíritu con estos pensamientos constantes, principió á sentir impulsos que ella

(1) Sin embargo, las victorias sobre Francia produjeron á Inglaterra pocos efectos ventajosos. Las ciencias y las artes retrocedieron, y aquella edad malaventurada no tuvo poeta ni historiador alguno. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)* Los libros eran entonces muy raros, lo cual no impedia que se difundiesen las luces. La condesa de Westmoreland presentó en 1424 una demanda al consejo privado reclamando un libro intitulado las *Crónicas de Jerusalen* que ella habia prestado al rey difunto. *(Note de Brissot de Warville.)* La imprenta se introdujo en Inglaterra hácia el fin de este infeliz reinado por la solicitud de Guillermo Gaxton de Londres.

creyó de buena fé ser inspiraciones del cielo, y llegando á convencerse de la realidad de sus visiones, marchó á avistarse con Braudicourt, gobernador de Vanconleurs, á quien le dijo que ella estaba destinada por el cielo á libertar á su patria de sus feroces usurpadores. Braudicourt la trató al pronto con mucha frialdad, no escuchándola sino con indiferencia; pero al fin la perseverancia é importunidades de Juana le indujeron á consentir en poner á prueba las cualidades que ella pretendia poseer, y al efecto dándola una escolta, la hizo dirigirse á la corte de Francia que entonces residia en Chinon.



Juana de Arc.

Por mas convencido que estuviese el rey de la futilidad de las pretensiones de Juana de Arc, no quiso sin embargo desdeñar medio alguno de reparar su vacilante fortuna. Publicóse en consecuencia que Juana estaba inspirada por el cielo; que habia reconocido al rey en medio de sus cortesanos, á pesar de haberse despojado de todas las señales de su autoridad; que ella le reveló secretos que él solo sabia, y que le pidió una espada que describió minuciosamente, apesar de no haberla visto nunca, diciendo que esta arma sería hallada en la iglesia de Santa Catalina de Tierbois. Así preparado el espíritu del vulgo, Juana fué vestida de piés á cabeza, montada en un caballo de batalla y presentada al pueblo con todo aparato marcial. En seguida se la condujo ante los doctores de la universidad, quienes participando de la credulidad de la época ó queriendo favorecer una impostura que podia acarrear venturosos resultados, declararon que Juana habia recibido su mision del mismo cielo (1).

Apenas se hicieron todos los preparativos, se trató de enviar á Juana contra el enemigo—A. de J. C. 1429. —Los ingleses estaban sitiando á la sazon la ciudad de Orléans, único recurso de Carlos, y todo parecia prometerles un breve triunfo. Juana acometió la empresa de hacer levantar el asedio, y para mostrarse mas imponente se ciñó la milagrosa espada que habia descrito de una manera tan estraordinaria. Mandó á todos los soldados que se confesasen antes del combate, y luego desplegando una bandera consagrada, aseguró á las tropas la consecucion de la victoria. La confianza de esta muger llegó á despertar el ardimiento del ejército francés; y los mismos ingleses que la miraban con desprecio se sintieron secretamente conmovidos con la idea de la mision divina de la jóven, llegando á apoderarse el terror de sus ánimos. Tratándose de enviar un convoy para abastecer la ciudad, Juana al frente de algunas tropas cubrió la embarcacion y entró en Orleans con los bastimentos que tan felizmente habia protegido.

A vista de este suceso llenáronse los ingleses de asombro, y un melancólico silencio llegó á reinar entre ellos, contemplando con religioso temor un valor tan temerario que creian no poder dimanar mas que de una influencia sobrenatural. Bien pronto fueron sacados de su estupor por una vigorosa salida del enemigo. Juana con el estandarte sagrado en las manos y alentando á los soldados con sus palabras y acciones, los condujo á las trincheras y asaltó á los sitiadores hasta en sus propios reductos. Durante el ataque de uno de los fuertes, fué herida en el cuello por una flecha: al instante la arrancó ella misma con sus manos, y despues de vendar la llaga, se apresuró á reaparecer á la cabeza de sus tropas, plantando por sí misma su victoriosa bandera sobre los muros del enemigo.

Como aquellos triunfos se iban repitiendo instantáneamente, los ingleses llegaron á creer que les era imposible resistir á unas tropas animadas de una energía tan sobrenatural, y así Suffolk que dirigia el ataque, juzgando que podia llegar á ser muy peligroso el permanecer mas tiempo en presencia de un enemigo tan afortunado como valiente, levantó el sitio y se retiró con todas las precauciones posibles.

Los franceses, despues de haber sido los hostilizados por tanto tiempo, se convirtieron á su vez en hostigadores; y así habiendo reunido Carlos un cuerpo de seis mil hombres, los envió á sitiar á Jergeau que el conde de Suffolk ocupaba á la sazon con parte de su ejército. Suffolk tuvo que rendirse, y Juana entró triunfante en aquella ciudad á la cabeza de los suyos. Poco despues, cerca de Patay se dió una batalla en que tambien fueron vencidos los ingleses, cayendo prisioneros los generales Scales y Talbot.

El levantamiento del sitio de Orleans no era mas que una parte de las promesas hechas por la doncella al rey de Francia: la otra era su coronacion en Reims. Juana pues anunció que era tiempo de ejecutar esta ceremonia; por lo cual, Carlos siguiendo sus consejos, se dirigió hácia esta ciudad á la cabeza de doce mil hombres. Las poblaciones que atravesó abrieron sus puertas para recibirle, y los habitantes de Reims en el momento de su llegada le enviaron una diputacion portadora de las llaves de la ciudad. Celebróse con la mayor solemnidad la ceremonia de la coronacion; y entonces creyendo la Doncella de Orleans que ya habia cumplido su mision pidió permiso para retirarse, toda vez que habia logrado el blanco de sus deseos. Pero el rey no podia resolverse á separarse de ella despues de los servicios que acababa de hacerle, y así la exhortó tan vivamente á continuar cerca de él, que ella accedió por fin á sus instancias.

Siguióse á la coronacion una multitud de triunfos. Laon, Soissons, Chateau, Thyerry, Provins y otras muchas ciudades se rindieron á Carlos sin resistencia. Los ingleses, consternados y abatidos, huian de todas partes, no sabiendo si atribuir su derrota al poder de algun encantamiento ó á la influencia divina. Cualquiera de estas dos causas los aterraba igualmente, y veian con dolor que se les arrebatase sus conquistas y se les forzase á someterse á los franceses del mismo modo que estos tuvieron que someterse á ellos. Sus mútuas disensiones, tanto en el continente como en el seno de su reino, los hicieron incapaces para continuar la guerra, y así el duque de Bedford á pesar de su prudencia se vió despojado de sus fortalezas, sin que le fuese posible refrenar los progresos del enemigo.

Resolvióse pues para reparar la situacion vacilante

(1) Es cierto que esta jóven, de una piedad sincera y exaltada, no hablaba ni obraba sino á consecuencia de las revelaciones que misteriosamente la habian sido hechas por los que la habian escojido, juzgándola digna de ser su instrumento de salvacion. Este medio sugerido por una de las profecías del tiempo y que no podia admirar en un siglo supersticioso y crédulo, habia sido intentado otra vez, tratándose aunque en vano, de sacar partido de una llamada María de Aviñon. Juana de Arc fué mas á propósito que María para desempeñar el papel deseado y preparado; y es evidente que si las instrucciones que aquella recibió hicieron tanta impresion en ella y la inspiraron una confianza y un valor tan prodigiosos, fué porque las tomó por órdenes del mismo cielo.

de sus asuntos, á hacer coronar al príncipe Enrique en París, esperando que el esplendor de esta ceremonia impondria á los franceses y los reduciria á la obediencia. En consecuencia, Enrique fué coronado rey de los franceses, y todos los que persistian todavía en reconocer la autoridad estranjera, juraron fidelidad al nuevo monarca—A. de J. C. 1431.—Empero era ya demasiado tarde para que la pompa de la coronacion pudiese dar una perspectiva favorable á los negocios de Inglaterra: la mayoría de los franceses se pronunció contra los conquistadores, y el resto no aguardaba mas que una ocasion para hacer lo mismo.



Conde de Salisbury (1).

Muy luego sobrevino un acontecimiento que, por ventajoso que pareciese para los ingleses, no sirvió mas que para hacerlos mas odiosos y para apresurar su total espulsion del país que habian usurpado. Habiendo puesto sitio á Compiegne el duque de Borgoña al frente de un poderoso ejército, la Doncella de Orleans se metió en esta plaza contra la voluntad del gobernador, envidioso de una autoridad superior á la suya. La guarnicion la recibió con el mayor entusiasmo creyéndose invencible bajo su proteccion; pero semejante júbilo fué de corta duracion. Al siguiente dia hizo Juana una salida; mas despues de arrojar dos veces al enemigo de sus trincheras, fué al fin precisada á retroceder colocándose á retaguardia para proteger la retirada de sus tropas. En el momento en que se disponia á seguirlas y á entrar con ellas en la ciudad, encontró con gran sorpresa cerradas las puertas y levantado el puente por órden del gobernador, quien, á lo que se asegura, espiaba la ocasion de entregarla á sus enemigos.

Nada es capaz de espresar el regocijo de los ingleses con la noticia de la prision de una muger que era el terror de sus armas: cantóse el *Te Deum*, y desde luego se creyó que una captura tan importante y estraordinaria les restituia sus primeros triunfos. Al saber el duque de Bedford tan importantísima presa, la rescató del conde de Vendome que fué quien la hizo, y mandó que la custodiasen con mucho rigor.

En aquella época la credulidad del pueblo era tan grande, que se acojian sin dificultad las cosas mas absurdas, lo cual los grandes y el clero sabian aprovechar hábilmente. Juana, que por sus proezas hacia algun tiempo era mirada como santa, fué reputada desde el momento de su cautividad como una hechicera abandonada por el mismo demonio que no la habia prestado mas que un auxilio engañoso y momentáneo. Resolvióse en consejo pleno que fuese enviada á Rouen para ser allí juzgada por el crímen de hechicería. El obispo de Beauvais, hombre completamente adicto á los intereses de Inglaterra, presentó contra ella un alegato, al cual tuvo la bajeza de adherirse la universidad de París, y para juzgarla fueron designados varios prelados, entre los que el único inglés era el cardenal de Winchester. Formaron su tribunal en Rouen, donde á la sazon residia Enrique, y ante aquel compareció la Doncella revestida con todo su aparato militar, pero cargada de cadenas. Su conducta en semejante situacion no desmintió su anterior valor, sin manifestar ni flaqueza ni una sumision humillante, y apelando á Dios y al papa acerca de la verdad de sus primeras revelaciones. A pesar de su defensa fué declarada reo de heregía y hechicería, y condenada á ser quemada viva, que era el castigo ordinario de los crímenes de aquella especie.

Empero antes de pronunciar tan formidable sentencia, determinaron sus verdugos obligarla á abjurar sus errores, habiendo conseguido el terror que emplearon y los tormentos que la hicieron sufrir, vencer su valor. Sus visiones empezaron á desvanecerse: el temor y una sombría desconfianza ocuparon el puesto de sus brillantes inspiraciones. Declaró públicamente que queria retractarse, y prometió no acojer en adelante las ilusiones que hasta entonces la habian estraviado, y engañado al pueblo. Semejante retractacion era lo que sus perseguidores deseaban, quienes para mostrar algun viso de clemencia conmutaron su sentencia en prision perpétua á pan y agua. Pero el furor de los enemigos de Juana no era de naturaleza tal, que se satisfaciese con un castigo tan suave. Al efecto trataron de probar si habia sido sincera la retractacion, y suponiendo que no la gustaba la ropa de su sexo que consintió en vestir, pusieron de intento en la prision un traje guerrero, y espiaron el efecto que aquel produciria en ella. El cruel artificio tuvo el éxito que aguardaban sus autores. Vivamente conmovida Juana con la vista de las prendas con que tanta gloria habia adquirido, se quitó su vestido de penitente y se puso el traje prohibido. Sus enemigos entraron al instante y la sorprendieron en tal estado, consiguiendo su objeto de que semejante imprudencia fuese mirada como la señal mas segura del endurecimiento de ella en el crímen. Ya no la quedó esperanza alguna de perdon, y fué condenada á ser quemada viva en la plaza del mercado de Rouen, siendo ejecutada rigurosamente tan infame sentencia.



Carlos VII.

Esta inícua accion, resultado de la supersticion y de la crueldad humana, no sirvió mas que para aumentar el encono de unos y otros, y ninguna ventaja reportó á los ingleses. El primer infortunio que esperimentaron despues de su crímen fué la desercion del duque de Borgoña que hacia ya tiempo habia reconocido su falta y deseaba romper una alianza fundada en la injusticia y fatal al bien de su país. En su consecuencia se concluyó un tratado entre él y Carlos, en el cual este accedia á hacer todas las reparaciones posibles por el asesinato del difunto duque, y aquel se comprometia á ayudarle á arrojar á los ingleses de Francia—A. de J. C. 1435.—La defeccion del duque de Borgoña fué un golpe funesto para estos, y tales llegaron á ser los efectos que ocasionó en el populacho de Londres, que se entregó á los mayores escesos y degolló á muchos vasallos del mismo duque que á la sazon se encontraban en Inglaterra. Quizá contribuyó semejante suceso á apresurar la muerte del duque de Bedfort, que terminó su vida en Rouen poco despues del tratado concluido entre el rey de Francia y el duque de Borgoña. En lugar de este fué nombrado el de Yorck regente de Francia.

(1) El conde de Salisbury, general del ejército inglés, habia sido muerto en el sitio de Orleans.

Desde que el duque de Bedfort dejó de vivir, hiciéronse irreparables las desgracias en Inglaterra. Los parisienses volvieron al fin al sentimiento de su deber, y lord Willougby, gobernador inglés en esta ciudad, despues de vanos esfuerzos tuvo la fortuna de estipular la seguridad de la retirada de sus tropas á Normandía.



Duque de Bedfort.

Así fué como los franceses, obrando con perseverancia, recuperaron aunque lentamente el terreno de sus enemigos, y á pesar de que sus campos estaban desolados y despobladas las ciudades, en la debilidad y las contínuas disensiones de los ingleses encontraron una ventaja que supieron aprovechar hábilmente.

Cansadas por fin entrambas naciones de una guerra que por insignificante que fuese, era sin embargo una carga difícil de ser soportada, empezaron á desear ardientemente el reposo; pero las exigencias eran tan exageradas de una y otra parte, que al instante se desvanecieron las esperanzas de acomodamiento. Acordóse sin embargo una tregua de veintidos meses, que dejó las cosas en el mismo pié entre los dos partidos —A. de J. C. 1444.

Durante esta tregua, Carlos se ocupó con celo y habilidad en remediar los innumerables males á que por tan largo tiempo habia estado espuesto su reino por la duracion de las guerras esteriores é interiores. Restableció la disciplina en sus tropas y el buen órden en sus estados; reprimió las facciones; hizo revivir la agricultura; habiéndose puesto en disposicion de presentarse en el campo de batalla, aprovechó la primera ocasion que se ofreció para romper la tregua. La Normandía fué invadida por cuatro ejércitos poderosos mandados, el primero por Carlos, el segundo por el duque de Bretaña, el tercero por el de Alenzon, y el cuarto por el conde Dunois—A. de J. C. de 1449.—Casi todas las plazas fuertes abrieron sus puertas al presentarse los franceses. Rouen fué la única ciudad que parecia dispuesta á sostener un sitio; pero los habitantes pidieron á grandes gritos la rendicion de la plaza, y así el duque de Sommerset que mandaba la guarnicion, fué obligado á capitular—A. de J. C. 1450.

La batalla, ó mas bien la escaramuza de Journigny, fué la última tentativa que hicieron los ingleses para conservar sus posesiones francesas; pero no tuvo mejor éxito que las anteriores, y por el contrario fueron puestos en derrota muriendo mas de mil hombres. Toda la Normandía y la Guiena, que hacia mucho tiempo estaban sujetas á la autoridad de Inglaterra, fueron recuperadas por Francia, y por fin, despojó á los ingleses totalmente de dos provincias que hacia tres siglos miraban como parte integrante de sus estados—A. de J. C. 1453.—De todas sus conquistas, Calais fué la única ciudad que les quedó, y esta insignificante compensacion de tanta sangre derramada y de tantos tesoros prodigados, no fué mas que un triunfo pasajero para la ambicion.

Ya se puede suponer que los malos sucesos de los primeros años del reinado de Enrique debian producir disputas y facciones entre los jefes del gobierno. El duque de Gloucester, nombrado regente de Inglaterra durante la ausencia de su hermano, tenia muchos rivales envidiosos de su rango. Contábase en el número de estos Enrique Beaufort, obispo de Winchester, tio del rey é hijo de Juan de Gante. Este prelado á quien se habia encargado la educacion del jóven monarca, estaba dotado de una esperiencia consumada y de grande habilidad; pero era al mismo tiempo de carácter inquieto y peligroso. El ardiente deseo que alimentaba de lograr la gobernacion del reino, ocasionaba frecuentes disputas entre él y el duque de Gloucester, príncipe de carácter franco y abierto, sobre el cual conseguia ventajas contínuas. En vano quiso el duque de Bedfort emplear su autoridad y la del parlamento para reconciliarlos: su mútua animosidad no cesó por espacio de muchos años de trastornar el gobierno en provecho de los enemigos del reino. En lo que diferian principalmente sus sentimientos era en los asuntos de Francia. El cardenal era de opinion de que se admitiesen todas las proposiciones de acomodamiento: el duque de Gloucester queria que se sostuviese el honor de las armas inglesas, y que se hiciesen esfuerzos para recobrar todo lo perdido por las derrotas y los descuidos. En medio de semejante divergencia de pareceres fué necesario recurrir á otros arbitrios. El cardenal, para robustecer su partido, se resolvió á hacer casar al rey y atraer á la jóven reina á sus intereses para forzar la balanza á inclinarse á su favor.



Duque de Gloucester.

Contándo el cardenal con la adhesion y fidelidad de conde de Suffolk, le envió á Francia sopretesto de acordar las condiciones del tratado que se habia comenzado, pero en realidad con el objeto de arreglar una boda para el rey. El duque de Gloucester habia propuesto poco tiempo antes á una hija del conde de Armañac, pero no tuvo bastante influjo para hacer abrazar este proyecto. El cardenal y sus partidarios pusieron los ojos en Margarita de Anjou, hija de René, rey titular de Sicilia, Nápoles y Jerusalen, pero que no poseia ni estados ni el poder real. Aguardábase que esta princesa, la mas completa de su siglo por su belleza, talento y gran carácter, dominaria á su esposo, príncipe débil, tímido y supersticioso; por lo cual Suffolk se apresuró á llevar á cabo las negociaciones oportunas y se celebró el casamiento en Inglaterra, siendo el rey á la sazon de veinticuatro años.

Esta alianza fortificó mucho el partido del cardenal,

á cuyo favor se declaró la reina completamente, y así el duque de Gloucester no tardó en encontrarse mas que con una sombra del poder. Todas sus medidas eran desaprobadas por su poderoso antagonista, y diariamente se veia insultado de la manera mas cruel. Uno de los medios criminales que adoptaron sus enemigos para hacerle odioso, fué el acusar de hechicera á su esposa, pretendiéndose que tenia relaciones secretas con Roger Bolingbroke, clérigo tildado de nigromántico, y con una muger llamada María Gurdemain, tenida tambien por hechicera. Declaróse pues que reunidas estas tres personas habian colocado sobre un fuego lento y con ceremonias diabólicas la efigie del rey hecha de cera, con la idea de que fuesen acabándose las fuerzas de este á medida que se derritiese la cera y al acabar de derretirse terminase su vida. Una acusacion semejante era fácil que se creyera en aquel siglo crédulo, y cuanto mas se apartase de la verosimilitud, tanto mas se la reputaria digna de asenso. Todos tres fueron declarados culpables, sin que la categoría de la duquesa ni la inocencia de los acusados pudiesen salvarlos. La primera fué condenada á prision perpétua, el clérigo fué ahorcado, y la muger quemada en Smithfield.

Todo esto no era mas que el principio de lás persecuciones que tuvo que sufrir el duque de Gloucester. Decidido el cardenal de Winchester á llevar su resentimiento hasta el último estremo, convocó un parlamento, no en Londres, ciudad muy adicta al duque, sino en San Edmonsbury, donde los partidarios del cardenal eran en número suficiente para imponer respeto á los amigos del duque. Luego que compareció este, fué acusado de traicion y metido en una prision oscura, donde el dia designado para oir su defensa se le encontró muerto en su lecho, sin señal alguna de violencia en todo su cuerpo.

Esta muerte se atribuyó generalmente al cardenal, el cual falleció tambien seis semanas despues, manifestando el remordimiento mas profundo por su bárbara conducta. Es muy incierta la parte que la reina tuvo en este crímen: su ordinaria actividad y el temple de su ánimo hicieron presumir con alguna razon al pueblo que los enemigos del duque no se hubieran atrevido á perpetrar una accion tan criminal sin estar autorizados por ella.

La aversion general que inspiró tal asesinato, recayó bien pronto en Enrique, quien careciendo de talento y de carácter no pudo lograr lavarse de las sospechas. Manifestóse desde entonces el descontento entre el pueblo, y entre los grandes se encendió el espíritu de faccion. Un monarca débil, aunque dulce y virtuoso, tarde ó temprano no puede menos de ver desconocida su autoridad y despreciada su persona. Cada dia se hacia mas de notar la incapacidad absoluta de Enrique, y ya no habiendo que temer la guerra con el estranjero, el pueblo inglés empezó á presentir todos los horrores de la civil. En tan crítica situacion reapareció súbitamente otro objeto de interés, que durante los tiempos de prosperidad y triunfos habia estado en olvido, y vino á ofrecer nuevo alimento á los ánimos inquietos del reino.

Habia llegado el momento en que los ingleses iban á sufrir el castigo tardío, pero merecido, de su proceder injusto en la deposicion de Ricardo II. Otro Ricardo, duque de Yorck, descendiente por su madre de Lionel, uno de los hijos de Eduardo III, tenia derechos preferentes á los del rey actual, descendiente de Juan de Gante, hijo del mismo Eduardo, pero mas jóven que Lionel. Ricardo trató de hacer valer sus derechos á la sucesion, juzgando que la debilidad y los disturbios del reinado de entonces ofrecian una coyuntura favorable para su ambicion. Su partido tenia por emblema una rosa blanca, y el de Enrique una encarnada. De aquí dimanaron las dos facciones que por tan gran número de años inundaron de sangre el reino.

Al fallecimiento del cardenal de Winchester, el duque de Suffolk, que tuvo parte en el asesinato del de Gloucester, se apoderó de los negocios, y apoyado secretamente por la reina no tardó en ejercer una autoridad sin límites. Este hombre ambicioso, que llegó á la fortuna por una muerte, estaba decidido á mantener su preponderancia por los medios propios de los viciosos y malvados, tiranizando á sus inferiores y adulando bajamente á los superiores. Pronto comenzó su conducta á escitar el descontento y el ódio del reino entero. Apenas podia soportar la alta nobleza la elevacion de un sugeto que era de un nacimiento inferior al suyo; el pueblo murmuraba de sus medidas arbitrarias, así como de las inmensas adquisiciones que habia hecho, y todos le echaban la culpa de los actos injustos y perjudiciales al bien público. Suffolk no ignoraba la prevencion del pueblo contra él; pero creia que sus crímenes no eran susceptibles de ser probados, y que en caso de que lo consiguiesen sus enemigos, le sería fácil eludir el castigo. Por lo tanto se esforzó en imponerles con su audacia, presentándose atrevidamente á responder á la acusacion despues de provocarlos á que se le probase lo que le imputaban. Este paso era lo que hacia mucho tiempo deseaba la cámara de los comunes. Inmediatamente se entabló contra él una acusacion en que se le echaban en cara los crímenes de corrupcion, de tiranía y traicion; de que habia contribuido á la pérdida de las posesiones francesas; de que habia invitado al rey de Francia á invadir con fuerzas armadas la Inglaterra, y de haber vendido los secretos del gobierno. Acaso habia injusticia en estos cargos; mas era tal el encono de su enemigos, que insistieron en lo mismo con encarnizamiento, sin estenderse mas que débilmente sobre el cruel abuso que hacia del poder usurpado. No es fácil que un hombre solo, por mucha que sea su preponderancia, se resista al resentimiento de una nacion entera. La corte, á pesar de todos sus esfuerzos, se vió precisada á abandonar á su favorecido, y el rey para preservarse todo lo mas posible de la aversion popular, se determinó á desterrarle del reino por cinco años. Esta sentencia fué mirada por muchos como un beneficio y un medio de sustraer á Suffolk del rigor de la justicia; y como sus enemigos habian jurado perderle, sedujo al capitan de un buque para que impidiese al desterrado el paso á Francia. En efecto, cojido cerca de Douvres, se le cortó la cabeza á bordo de una chalupa, y fué arrojado al mar el cadáver. No puede menos de verse con pesar que entre los muchos acontecimientos de este siglo, hay pocos que sean dignos de interesar al lector en favor de ningun partido: no hay mas que crímenes de una y otra parte, y apenas se encuentra un rasgo de grandeza ó de virtud capaz de indemnizar la narracion triste de tantas maldades—A. de J. C. 1450.



Juana de Arc (1).

Con la muerte del duque de Suffolk, Ricardo de Yorck se vió desembarazado de un enemigo poderoso, y se regocijó secretamente al observar que el desconten-

(1) Estátua esculpida por la princesa María de Orleans.

to del pueblo iba en aumento de dia en dia. Entre las turbulencias sin cuento á que daban márgen los abusos del gobierno, hubo algunas que provocaron hasta la insurreccion, y especialmente una de ellas dirigida por Juan Cade, fué muy peligrosa. Este hombre, nacido en Irlanda, habia sido obligado á espatriarse por varios crímenes; pero á su regreso, encontrando dispuesto al pueblo á abrazar las medidas mas violentas, tomó el nombre de Mortimer, y á la cabeza de veinte mil hombres de Kent se dirigió hácia la capital acampando en Blackeath. Al saber el rey lo que pasaba, envió un mensaje para averiguar la causa de aquella reunion. Cade respondió á nombre de todos, que su objeto era castigar á los ministros delincuentes y reformar los abusos de que era víctima el pueblo. El consejo del rey calificó de sediciosas semejantes demandas, y en su consecuencia fueron enviados quince mil hombres contra los insurgentes, poniéndose el mismo Enrique á la cabeza de sus tropas. Al aproximarse este á Blackerth, se retiró Cade fingiendo que temia venir á las manos, pero preparando una emboscada en un bosque inmediato no dudando que seria perseguido por el ejército real; mas Enrique se contentó con enviar un destacamento tras de los fugitivos, y regresó á Londres. Como Cade estaba acechando la ocasion, salió bruscamente de su emboscada y despedazó el destacamento.

Poco despues los ciudadanos de Londres abrieron sus puertas al vencedor, y Cade supo mantener por algun tiempo el buen órden y la tranquilidad entre sus tropas, ya sacándolas todas las noches de la ciudad, ya con disposiciones muy severas contra el saqueo y la violencia.

Al dia siguiente de su entrada en la capital, supo que el tesorero lord Say se hallaba en ella: hizo prenderle al instante y cortarle la cabeza sin ninguna forma de proceso.

Estuvo por espacio de muchos dias saliendo de noche de la ciudad y entrando de dia; pero al fin fuéle imposible contener á sus tropas en los justos límites, y asi los habitantes de Londres tomaron el partido de cerrarles las puertas, lo cual ocasionó un choque entre los de Cade y los mismos habitantes, á cuyo choque solo puso término la noche. Al saber semejantes sucesos, el arzobispo de Cantorbery y el canciller que estaban refugiados en la Torre, tuvieron medios durante la noche de esparcir secretamente entre los rebeldes un decreto de amnistía. Esta medida surtió todo el efecto deseado: Cade se vió abandonado por la mañana por la mayoría de los suyos, retiróse á Rochester, y bien pronto fué obligado á huir solo y á ocultarse en el bosque de Kent. Ofrecióse una recompensa al que presentase su cabeza, y en su consecuencia fué descubierto y muerto por uno llamado Alejandro Eden, quien en premio de tal servicio fué nombrado gobernador del castillo del Douvres.

El duque de Yorck fomentaba en secreto todos estos disturbios, y con el título de defensor del pueblo escribió al rey advirtiéndole que variase el ministerio—A. de J. C. 1451.—Apoyóle la cámara de los comunes con todo su poder, y se presentó una peticion contra el duque de Sommerset, la duquesa de Suffolk, el obispo de Chester, sir Juan Suttou y lord Dulley, solicitando vivamente al rey que los alejase para siempre de su persona y de su consejo, mandándoles que no se acercasen á la corte en doce millas de distancia. Por mas dispuesto que el rey estuviese á desechar una medida tan violenta, conoció la necesidad de calmar la animosidad general dirigida contra sus favoritos, y prometió desterr r de la corte por espacio de un año á algunos de los ministros tan odiados por el pueblo.

Semejantes medidas son siempre un mal paliativo en los gobiernos. El duque de York, cuya causa habia sido abrazada con ardor por el pueblo, se determinó á sacar partido de su poder, y levantó un cuerpo de diez mil hombres, con el cual marchó hácia Londres pidiendo abiertamente la reforma del gobierno y el alejamiento de Sommerset—A. de J. C. 1452.—York habia concebido la esperanza de que al verle, los habitantes de Londres le abririan las puertas al instante; pero por el contrario sufrió la grande mortificacion de que le fuese negada la entrada en la ciudad, con lo cual se retiró al reino de Kent. Allí tuvo con el rey una conferencia en que el duque insistió en la destitucion del de Sommerset: Enrique pareció al fin dispuesto á ejecutarla, y en su consecuencia logró que York marchase á rendirle homenaje en su propia tienda.

En el momento en que repetia sus quejas contra Sommerset, quedó sorprendido al ver á este ministro salir detrás de una cortina y ofrecer probar su inocencia. Conociendo York lo peligroso de su situacion, reprimió su impetuosidad y se despidió del rey. Despues que se retiró, este mandó que fuese detenido; mas era tal la influencia del duque ó la timidez del consejo del monarca, que se le dejó marchar á sus tierras de Wigmore bajo la promesa de una obediencia sin límites en lo sucesivo.

Una reconciliacion arrancada en tales términos no podia ser de larga duracion. York continuaba aspirando secretamete á la corona; pero por ardientes que acerca de ello fuesen sus deseos, los temores y escrúpulos le impidieron obrar por algun tiempo. Un acontecimiento imprevisto favoreció sus esperanzas y produjo al fin lo que sus intrigas no habian podido lograr—A. de J. C. 1454.

Fué el rey atacado de una enfermedad que aumentó su natural nulidad hasta el punto de ponerse incapaz aun para sostener las apariencias de la majestad real. Triunfando entonces el partido de York, fué nombrado este lugarteniente y protector del reino, confiriéndosele el derecho de abrir y de conservar á su voluntad las sesiones del parlamento. Este suceso fué un golpe fatal para la causa de Lancastre, y todos los adictos á ella fueron alejados de la corte, siendo enviado el duque de Sommerset á la torre de Londres.

York continuó por algun tiempo gozando del pleno poder con que habia sido investido; mas el desdichado rey salió al fin de la especie de letargo en que estaba sumido, y como si se hubiese despertado de un penoso sueño, supo con asombro que estaba despojado de toda su autoridad. La reina Margarita se esforzó por su parte en inculcar á Enrique la idea de su situacion humillante, y consiguió de él que el duque de York fuese alejado y privado de su poder. Ricardo corrió á las armas sin perder tiempo, y el impotente monarca obligado á salir á campaña, se dejó llevar á San Alban en seguimiento de su ejército. Habiendo venido allí á las manos, los yorkistas obtuvieron una victoria completa, siendo muerto el duque de Sommerset—A. de J. C. 1455.—El mismo rey salió herido, y habiéndose retirado á una choza inmediata al campo de batalla, fué hecho prisionero en ella, siendo tratado con miramiento y respeto por el vencedor. Poco despues fué conducido á Londres en triunfo, y el duque de York le dejó gozar del título de rey, en tanto que él se reservaba el de protector, sobre el cual reposaba todo el poder real del trono.

Enrique no era mas que un prisionero tratado con esplendor y magnificencia, el cual, como débil é indolente, parecia estar contento con su situacion, sin echar de menos un poder que apenas habia ejercido nunca. No sucedia lo mismo con Margarita. Esta princesa, naturalmente activa, emprendedora y magnánima, no podia contentarse con las apariencias de una autoridad que le permitian conservar sus enemigos, y asi incitaba sin cesar al desgraciado monarca á recobrar su dignidad real, inspirándole ideas de independencia. Consiguió determinar á este á hacer uso de sus prerogativas, y el duque de York se vió precisado á defender su libertad y su vida. Entablóse al pronto una negociacion; mas la mútua desconfianza y la animosidad de los dos partidos

los arrastraron muy luego al campo de batalla, y el destino del reino dependió del resultado de un combate.

Año 1459, 23 de setiembre.—Encontráronse entrambos ejércitos en Bloreheath, en las fronteras del condado de Stafford. Los yorkistas lograron al pronto algunas ventajas; pero en el momento en que se aguardaba una accion general, sir Andrés Trollop que mandaba un cuerpo de veteranos del duque de York, se pasó con ellos al campo del rey; lo cual consternó tanto al partido yorkista, que el ejército se deshizo al dia siguiente sin haber sufrido nada.

El duque de York se retiró á Irlanda, y el conde de Warwick, uno de los partidarios mas hábiles é intrépidos, se dirigió á Calais, cuyo gobierno le habia sido confiado por aquel. Dispersados pues todos los yorkistas, convinieron en ocultar cuidadosamente sus intenciones aguardando una ocasion favorable. No tardó esta en presentarse: Warwick, despues de practicar varias espediciones afortunadas por mar, se reunió con algunos barones con quienes marchó hácia Londres en medio de las aclamaciones del pueblo—A. de J. C. 1460.—Habiéndose engrosado su ejército durante la marcha, hallóse muy pronto en estado de hacer frente al ejército real, que acercándose del lado de Conventry, se aprestaba para atacar.



La reina Margarita.

Jamás se vió una lucha tan terrible ni un encono tan inveterado entre unos jefes de partido. Warwick era el general mas famoso de su siglo. Formado en la escuela de las turbulencias y revoluciones, juntaba á un carácter estremadamente artificioso una bravura indisputable: era diplomático tan hábil como guerrero, y profesaba á la reina una aversion insuperable. Esta princesa por su parte desplegaba una actividad y un ánimo notables, arreglando ella misma su ejército y dando todas las órdenes necesarias, mientras que el imbécil monarca que contra su voluntad habia sido llevado al campo de batalla, permanecia espectador casi impasible de todos los preparativos de guerra.

Tropezáronse los dos ejércitos en una llanura inmediata á Northampton. No se dejó desalentar la reina aunque sus fuerzas eran inferiores á las del conde. Ella recorria las filas exhortando á los soldados; y en tanto el rey estaba encerrado en su tienda, aguardando el éxito del combate con todas las inquietudes y temores que apenas son disculpables en una muger. La batalla duró cinco horas con una obstinacion inconcebible; mas al fin triunfó el número, declarándose la fortuna á favor de Warwick. El ejército de la reina fué completamente destruido, y ella tuvo el dolor de ver al rey caer otra vez en manos de sus vencedores y ser conducido en triunfo á la capital.

Resuelta así la causa de los yorkistas por el mas poderoso de todos los argumentos, que es el de la fuerza, fué convocado un parlamento. El duque de York, que hasta entonces se habia contentado con el título de protector, empezó á hacer uso de sus derechos, y vió con júbilo desplegarse por fin una brillante perspectiva á sus miras. En esta ocasion fué cuando por primera vez pareció que la cámara de los pares ejercia una autoridad libre y desinteresada. Las causas de Enrique y de York fueron examinadas y discutidas públicamente: cada adversario presentó sus razones, que fueron debatidas con imparcialidad; y esta fué la primera vez en que se manifestó en Inglaterra un espíritu de libertad bien entendido, y en que una deliberacion de tal naturaleza no fué sugerida ni por las exigencias de partido ni por la reciente victoria que acababa de tener lugar. El duque, aunque vencedor, no pudo lograr todas las ventajas que esperaba, porque se decidió que Enrique continuase en posesion de la corona durante su vida, y que para sucederle fuese designado el mismo duque en perjuicio del príncipe de Galles, que hallándose en la infancia era insensible á la injuria que recibia.

Segun todas las apariencias, ninguna esperanza debia ya quedarle á la reina, toda vez que su ejército habia sido destrozado, su esposo se hallaba prisionero, y el parlamento desechaba su causa. Ella sin embargo conservaba su intrepidez y perseverancia: el espíritu de esta princesa era de un temple superior, y las faltas por que se la pudo reconvenir no provinieron mas que de la ambicion, única pasion dominante de su carácter. Aunque fugitiva, alejada de la capital, y rechazada por un ejército victorioso capitaneado por un hábil general, no se dejaba abatir, y empleaba todos los medios que tenia en su mano para reparar los desastres de su fortuna. Apresuróse á volar al país de Galles, donde se esforzó por reanimar el celo de sus antiguos amigos y por adquirir otros nuevos. La nobleza del norte, que era reputada como la mas belicosa y valiente del reino, se indignó de ver á los barones del sur disponer de la corona y arreglar á su placer el gobierno, y teniendo á la causa real como injustamente oprimida, juró defenderla; de modo que no tardó la reina en encontrarse á la cabeza de un ejército de veinte mil hombres prontos á apoyarla. Tropezáronse de nuevo ella y su implacable enemigo el duque de York en Wakefield Green, cerca del castillo de Sandat, declarándose esta vez la victoria á favor de la reina—A. de J. C. 1461, 30 de diciembre.—El duque de York pereció en la accion, y hallado su cuerpo entre los muertos, se le cortó la cabeza por órden de Margarita, quien la hizo poner sobre las puertas de York con una corona de papel para irrision de sus supuestos derechos. Su hijo, el conde de Rutland, jóven de diez y siete años, fué cojido prisionero y muerto á sangre fria á manos de lord Clifford, que con este rasgo de ferocidad creyó vengar la muerte de su padre sucedida en la batalla de San Alban.

Asegurada la victoria, Margarita marchó hácia Londres con el objeto de dar la libertad á su marido; pero el conde de Warwick que mandaba á los yorkistas, puso en medio de estos al cautivo rey para contar con una garantía, y así dar á su poder un carácter mas imponente—A. de J. C. 1461.—Al aproximarse los lancastrenses hizo avanzar sus fuerzas aumentadas con un cuerpo compuesto de habitantes de Londres, que eran muy adictos á su causa, y se dió otra batalla en San Alban. Mientras que ambos ejércitos estaban luchando, lord Lovelace que mandaba una columna considerable de yorkistas, vendió cobardamente á su partido, se re-

tiró del combate, y con tamaña perfidia decidió la victoria á favor de la reina. Mas de dos mil yorkistas perecieron en la batalla, recayendo el rey en manos de su propio partido para ser tratado con todas las apariencias de respeto, pero en realidad con el mayor desprecio. Lord Bonneville, á cuyos cuidados estaba el rey confiado, continuó cerca de él despues de la derrota fiado en el perdon que le prometió el monarca; pero la reina sin miramiento alguno á las promesas de su esposo le hizo cortar la cabeza.



Puerta de San Juan en Londres.

La ciudad de Londres era la única que estaba por rendirse: Warwick supo atraerla con anticipacion á sus intereses, y temiendo los habitantes al ejército tumultuoso de la reina, se negaron á abrir á esta las puertas. El jóven Eduardo, primogénito del difunto duque de York, principiaba á reparar las pérdidas esperimentadas por su partido y á reanimar el valor de los yorkistas. Hallándose aquel príncipe en la flor de su edad, era notable por su belleza, su bravura y su conducta popular, y avanzó hácia Londres con los restos del ejército de Warwick, en cuya ciudad entró en medio de las aclamaciones del pueblo despues de forzar á Margarita á retirarse. Hallándose seguro del afecto de los ingleses, se decidió sin perder tiempo á sostener sus derechos, por lo cual Warwick, su celoso amigo, juntando apresuradamente á los habitantes de Londres en San Juan, pronunció una arenga en que espuso los títulos de Eduardo y declamó fuertemente contra la tiranía y usurpacion de la casa de Lancastre. En seguida preguntó al pueblo si queria escojer á Enrique de Lancastre para rey: todos gritaron unánimes: «York, York.» Convocóse entonces una asamblea de obispos y de lores en el castillo de Bayuard, y se ratificó la eleccion del pueblo. El jóven duque fué proclamado rey de Inglaterra con el título de Eduardo IV, y conducido con la mayor pompa al palacio que Enrique habia acostumbrado ocupar cuando habitaba en Londres.

Empero no se habian terminado los furores de la guerra civil, porque la intrépida Margarita se resolvió á dar el último golpe. A su regreso al Norte se apresuró á reunirse bajo sus banderas un gran número de partidarios, de modo que en pocos dias se vió á la cabeza de un ejército de sesenta mil hombres. El conde de Warwick por su parte se dirigió con el jóven Eduardo al frente de cuarenta mil hombres contra la reina.

Encontráronse los dos ejércitos cerca de Towton, en el condado de York, y la suerte del imperio se fió nuevamente al éxito de una batalla—A. de J. C. 1461, 29 de marzo.—Jamás hubo combate tan terrible, ni se despobló Inglaterra de una manera tan espantosa. Ciertamente no podia haber espectáculo mas horrible que el de cien mil hombres de un mismo país dirigiendo sus armas los unos contra los otros y degollándose mútuamente por satisfacer la vana ambicion del mas fuerte ó del mas malo. Al avanzar á la carga el ejército de Eduardo, empezó á nevar en abundancia, y como el viento arrojára la nieve á la cara de los enemigos, estos se cegaron completamente; cuya ventaja, secundada por un ataque impetuoso, decidió la victoria á favor de los yorkistas. Eduardo dispuso que no se diese cuartel, y así hubo una horrorosa carnicería en que perecieron treinta y cinco mil lancastrenses. Dicho Eduardo entró victorioso en York, hizo quitar la cabeza de su padre y la del conde Salisbury que estaban espuestas sobre la puerta de la ciudad, y en su lugar mandó poner la del conde de Devoushire.

Al saber Margarita el desastre de su ejército, convencida de que ya ninguna poblacion de Inglaterra podia servirla de asilo, se apresuró á huir con Enrique y su hijo á Escocia. Ninguna calamidad era bastante para abatir el ánimo y la perseverancia de aquella princesa. Por muchas que hubiesen sido sus derrotas, se resolvió á volver á Inglaterra con cinco mil hombres que le otorgó el rey de Francia: el desventurado Enrique fué arrastrado otra vez mas al teatro de la guerra para que su presencia diese mayor prestigio á las pretensiones de la reina—A. de J. C. 1462.

Pero continuó en perseguirle su mala estrella: su pequeña escuadra fué dispersada por una tempestad, y ella misma no escapó sino con mucha dificultad al entrar en la embocadura de la Tweed. Habiendo sido tambien derrotado su ejército en Hexham, su causa se perdió completamente, y la crueldad con que se procedió contra todos sus partidarios acreció mas y mas los riesgos de su situacion—A. de J. C. 1464.



Enrique VI.

La pérdida de esta batalla privó á Margarita de toda clase de recursos, viéndose precisada á huir separada de su esposo, sin ningun séquito, ni aun tener nada para las primeras necesidades de la vida. El débil é infortunado monarca, siempre imprudente y perseguido por la adversidad, esperaba que podria permanecer oculto en Inglaterra. Mas su error tuvo las consecuencias mas funestas: habiendo sido descubierto, fué llevado á Londres ignominiosamente y encerrado en la Tor-

re. La suerte de Margarita fué poco menos deplorable. Habiéndose salvado en un bosque con su hijo, andaba buscando donde ocultarse, cuando durante la oscuridad de la noche fué sorprendida por unos ladrones que no conociéndola, ó respetando poco el rango de una princesa, la despojaron de todas sus alhajas y la trataron con la mayor indignidad. Logró escaparse, y entonces recibió un tratamiento mas respetuoso de parte de uno de los bandoleros, á quienes confió su rango y la suerte de su hijo. Conmovido el malhechor de aquella situacion, se resolvió á salvarla aun con riesgo de perderse él mismo, conduciéndola á las orillas del mar desde donde ella pudo refugiarse en Flandes en casa de su padre, que á pesar de su pobreza se esforzó todo lo posible por socorrer á su infeliz hija. Los duques de Sommerset y de Exeter se retiraron á la misma corte en la cual tuvieron que soportar todos los tormentos de la miseria. El historiador francés Felipe de Comines asegura que él vió al duque de Exeter seguir descalzo el carruaje del de Borgoña, á quien consintió en servir de lacayo para ganar su alimento: lo cual era en verdad una situacion muy humillante para un hombre que habia estado á la cabeza de ejércitos y estaba ligado á reyes y príncipes por la sangre, aunque la línea de distincion que existia en aquella época entre los grandes y la clase baja no estaba tan marcada como hoy dia, y la diferencia por consiguiente era mucho menos chocante.

Reinaba Eduardo pacíficamente asegurado en el trono por los esfuerzos de Warwick, y reconocidos sus derechos por el parlamento, el pueblo inglés se le sometió en su mayoría. Empero una vez satisfechos sus ambiciosos deseos, principió á abandonarse á sus pasiones favoritas, la crueldad y la galantería. En el mismo palacio que de improviso presentaba una escena sangrienta, se veian al dia siguiente espectáculos y máscaras, complaciéndose el rey á un mismo tiempo en cortejar á una dama y en cuidar de una ejecucion. Para apartarle de unas tendencias tan funestas á su futura felicidad, Warwick le aconsejó que se casase, dirigiéndose á Francia con su consentimiento á pedir la mano de Bona de Saboya. Concertóse al momento este enlace; pero ínterin el conde trataba de él con actividad, el rey frustraba semejante proyecto casándose con Isabel Widville, lady Grey, de la cual se habia



Isabel Widville.

enamorado, y fueron vanos todos sus esfuerzos por seducirla. Warwick, vivamente ofendido por semejante conducta, prorumpió en quejas que agraviaron al rey, quien se determinó á romper toda consideracion con él separándole del consejo. Todo contribuyó entonces á acrecentar el resentimiento que surgia entre el rey y su poderoso súbdito. El favor de que gozaba el bando de la reina y el desprecio que recayó sobre el conde, provocaron una escision ruidosa. Siendo Warwick tan prudente como bizarro, se decidió á echar mano de toda clase de medios para vengarse. Sedujo al duque de Clarence, hermano del rey, y para contar con toda seguridad con el apoyo de este señor, le dió á su hija en matrimonio. Formóse entonces una conspiracion formidable contra Eduardo y su ministerio, y un accidente que ocurrió poco despues, contribuyó á encender nuevamente el fuego de la discordia.

Los habitantes que habia en las cercanías del hospital de San Leonardo, en el condado de York, se quejaron de que las contribuciones que se cobraban para aquella institucion y que en su orígen habian sido destinadas á usos piadosos, redundaban en provecho de los administradores. Negáronse por consiguiente á pagar mas, y tomaron las armas para oponerse á las censuras eclesiásticas fulminadas contra ellos por el conde de Pembroke—A. de J. C. 1468.—Es probable que Warwick habia fomentado secretamente tales turbulencias. Aquietáronse sin embargo los desobedientes, y Eduardo accedió á perdonarles; pero algunas otras revueltas que estallaron poco despues, parecieron favorables á los designios de Warwick. El único móvil de su conducta era la venganza, que la prosiguió con un encarnizamiento que nada podia disminuir. Las tramas, las traiciones, las estratagemas y las negociaciones secretas se sucedian con una rapidez sorprendente.

La fortuna de Warwick triunfó al cabo, cayendo en su poder el rey al aceptar, segun se cuenta, una invitacion que se le hizo con el designio de sorprenderle. Este hecho es muy incierto; y sea como quiera, Eduardo se halló bien pronto á la cabeza de un numeroso ejército en disposicion de vengar la traicion de su temible antagonista. Resuelto á aprovecharse de la debilidad en que este á la sazon se hallaba, destruyó una partida mandada por lord Wells, á quien hizo cortar la cabeza, y en seguida avanzó á dar la batalla—A. de J. C. 1470.—Warwick y el duque de Clarence se vieron precisados al poco tiempo á abandonar el reino, embarcándose para Calais, y despues de apoderarse de algunos buques flamencos que habia cerca de la costa, se dirigieron hácia uno de los puertos de Francia. La necesidad los forzó á reunirse con Margarita, y todos al parecer estaban dispuestos á olvidar sus resentimientos para no pensar mas que en vengarse. Luis XI hizo preparar una escuadra para escoltarlos; y aprovechándose Margarita y Warwick de una ocasion favorable para embarcarse, marcharon á desembarcar en Darmouth con algunas tropas. Mientras tanto Eduardo estaba ocupado en el Norte en disipar una insurreccion que poco antes habia estallado. Nada mas estraordinario que los progresos de Warwick en aquellas circunstancias. El espíritu de descontento que reinaba en la mayor parte del reino, y la natural instabilidad del carácter inglés, conspiraban á secundar la ambicion del conde, y así acudieron tantos partidarios en tropel á reunirse bajo sus estandartes, que en menos de seis dias se encontró al frente de un ejército de sesenta mil hombres.

Entonces Eduardo se vió precisado á huir á su vez del reino, sin tener tiempo mas que para escapar de noche de una celada que le habia armado el marqués de Montague, y embarcarse en un buque que le condujo á Lynn, en Norfolk. No encontró menores peligros en el mar por haberle dado caza algunas naves pertenecientes á las ciudades anseáticas, que á la sazon estaban en guerra con Francia é Inglaterra. Por fin pudo aportar con felicidad á Holanda, donde fué recibido muy friamente por el duque de Borgoña, con quien habia hecho alianza algun tiempo antes.

Warwick avanzó hácia Londres á la cabeza de un ejército al cual nada podia oponerse, y al fin fué sacado de su prision el infeliz Enrique VI para ser repuesto en un trono peligroso é inseguro. Convocado un parlamento con este objeto, confirmó los títulos del monarca con la mayor solemnidad, y Warwick recibió desde

entonces entre el pueblo el sobrenombre de *King-Maker* (fabricante de reyes). Aboliéronse los decretos de proscripcion dados contra los lancastrenses, rehabilitándose á todos los que habian perdido sus dignidades ó su fortuna por la causa de Enrique. Todos los del partido yorkista se apresuraron á huir al continente, ó á buscar un asilo en los santuarios donde los privilegios eclesiásticos pudieron ponerlos al abrigo de toda pesquisa.

Empero el partido de Eduardo, aunque rechazado, no estaba destruido, y á pesar de que él se hallaba desterrado en Holanda, tenia gran número de parciales en Inglaterra: de modo que despues de una ausencia de cinco meses, apoyado en algunas tropas que le dió el duque de Borgoña, ejecutó un desembarco en Ravenspur, condado de York—A. de J. C. 1471.—El recibimiento que le hicieron los ingleses fué poco animado: sin embargo su partido se aumentó considerablemente durante su marcha, contribuyendo á ello su moderacion aparente y su fingida humildad. Londres, siempre pronta á acojer al mas poderoso, le abrió sus puertas, siendo otra vez arrancado del trono el desventurado Enrique para ser sumido de nuevo en su anterior cautiverio.

Warwick empezó á esperimentar tristemente la volubilidad de la fortuna, viendo con dolor disminuirse su partido de dia en dia. Lo que dió el último golpe á sus esperanzas, fué la defeccion de su yerno, el duque de Clarence, pasándose al partido de Eduardo. Ningun remedio quedaba ya á Warwick para salir de tan cruel situacion mas que el arriesgar una batalla decisiva; pues aunque conocia la inferioridad de sus fuerzas, confiaba mucho en sus talentos militares para esperar un feliz éxito. Al efecto se dirigió á Barnet, punto situado á diez millas de Londres, y allí se decidió á aguardar á Eduardo que no tardó en presentarse. Warwick y Eduardo eran á la sazon reputados como los generales mas famosos de su siglo: el combate que iba á darse debia ser decisivo y afirmar á Eduardo en el trono, ó destruir para siempre sus pretensiones. El pobre Enrique, arrastrado como otras veces en pos de su ejército, era espectador indiferente de aquella lucha memorable, y afortunadamente para él se hallaba entonces sumido en un estado de imbecilidad que le libraba del sentimiento doloroso de su deplorable situacion.

Empeñóse el combate ála madrugada, y duró hasta mediodia—A. de J. C. 1471, 14 de abril.—Entrambos ejércitos luchaban con encarnizamiento y mostraban mucho valor, pues no solo la vida, sino tambien el honor dependia del éxito de la batalla. El ejemplo de Warwick alentaba estraordinariamente á sus tropas, de suerte que en algunos momentos pareció que la victoria se decidia en favor suyo; pero un acontecimiento imprevisto hizo por fin inclinar la balanza al lado de los yorkistas. Siendo por la niebla de la madrugada difíciles de distinguir los objetos, equivocóse una parte del ejército de Warwick y atacó á sus compañeros con furor. Tan fatal error cambió totalmente la fortuna de la jornada. Por mas que Warwick se valió de todo lo que la esperiencia, el valor y la prudencia pudieron sugerirle, era ya demasiado tarde para remediar las consecuencias de un error tan funesto. Perdida toda esperanza, se resolvió á vender cara la victoria. Warwick, contra su costumbre, peleó á pié en esta jornada, y marchando á la cabeza de un cuerpo de tropas escojidas al sitio mas espuesto de la lucha, perdió allí la vida, cayendo cubierto de heridas en medio de sus enemigos. Su hermano sufrió la misma suerte, y seis mil de sus partidarios fueron muertos al tenor de las órdenes de Eduardo de no dar cuartel á ninguno.

Margarita, que en el curso de sus desventuras nunca habia perdido la presencia de ánimo y siempre habia encontrado algun arbitrio, regresaba entonces de Francia adonde marchó á solicitar nuevos auxilios. Apenas tuvo tiempo pora reponerse de las fatigas de su viaje, cuando recibió la fatal noticia de la muerte del valeroso Warwick y de la completa destruccion de su partido. Aunque hasta entonces soportó con serenidad los reveses de la fortuna, no pudo hacer lo mismo con este último. Su dolor no se manifestó por algun tiempo sino por medio de lágrimas: despues, cediendo á su cruel destino, se refugió en la abadía de Beaulieu, en el Hampshire.

No permaneció mucho tiempo Margarita en tan triste morada, sin encontrar amigos dispuestos á reparar su situacion malaventurada. Tudor, conde de Pembroke, Courtenay, conde de Devonshire, los lores Wenlock y San Juan, así como algunos otros de un rango distinguido, la exhortaron á recobrar ánimo. Un solo rayo de esperanza era suficiente para restituir á esta muger asombrosa toda la energía de su carácter, y así el penoso recuerdo de sus desdichas hizo lugar á la lisonjera perspectiva que le ofrecian sus adictos. Púsose á la cabeza de su ejército el duque de Sommerset que habia participado de todos los peligros y nunca habia dejado de serla fiel. Era valiente, generoso y afable, pero temerario y obstinado. Eduardo le atacó en sus trincheras, mas fué rechazado con tal vigor, que solo tuvo tiempo para retirarse con precipitacion; lo cual hizo suponer al duque que iban en derrota los enemigos, y en su consecuencia mandó á lord Wenlock sostener la carga. Este por desgracia se negó á obedecer las órdenes que habia recibido, y así las tropas de Sommerset sucumbieron bajo el número.





Antiguo sepulcro de Enrique VI en Windsor.

La cólera del duque llegó á ser terrible al ver que todo se habia perdido por la falta de Wenlock. Notando que este permaneció en la inaccion en el mismo sitio en que habia formado sus tropas, dió rienda suelta á su furor, y lanzándose sobre el cobarde con la hacha levantada, le hizo saltar los sesos de un solo golpe.

La reina Margarita y su hijo cayeron prisioneros y fueron conducidos á presencia de Eduardo. Presentóse el jóven príncipe ante su vencedor con majestad imponente. Habiéndole preguntado con tono insultante con qué derecho se atrevia á poner el pié en Inglaterra, el príncipe, mas orgulloso con su alto nacimiento que humillado con sus infortunios, le respondió: «Yo he entrado en los estados de mi padre para vengar sus injurias y las mias.» Irritado Eduardo con tan altiva respuesta, le pegó en el rostro con su manopla, lo cual sirvió de señal á la brutalidad de los duques de Gloucester y Clarence y de algunos otros cortesanos, para que como bestias feroces se precipitasen á la vez sobre el jóven príncipe desarmado, hundiéndole sus dagas en el corazon.

Para completar tan trágica escena, Enrique que

hacia mucho tiempo era espectador pasivo de tantos horrores, fué juzgado indigno de vivir mas; y así entrando solo el duque de Gloucester, despues Ricardo III, en el cuarto del desdichado, le degolló á sangre fria. De todos los cojidos, muy pocos fueron perdonados por Eduardo, quien conservó la vida á Margarita con la esperanza de que el rey de Francia pagaria el rescate de ella, como en efecto lo hizo contribuyendo quince mil coronas, que son cincuenta mil escudos.



La fiesta de los tontos (1).

Esta heroina, despues de haber defendido la causa de su marido en doce batallas, y sobrevivido á sus hijos y amigos y á su fortuna, se retiró á Francia donde vivió todavía algunos años en una condicion privada. Esta muger, notable por muchos conceptos, no tuvo derechos á la admiracion y á la lástima mas que por su intrepidez y sus desdichas, y fué mas ilustre por su bizarría que interesante por las virtudes de su sexo, á las cuales casi fué estraña.

CAPITULO XX.

EDUARDO IV.

(Desde el año de J. C. 1471 al de 1483.)

Ningun pueblo es tan susceptible de sensibilidad ni tan propenso á la compasion como el inglés, el cual nunca se declarará apoyo de un trono establecido sobre principios de crueldad. No hay pues cosa mas absurda que el pensar gobernar á tal nacion con mano de verdugo.



Eduardo IV.

Eduardo, á pesar de haberse libertado de sus mas temibles enemigos, no por esto interrumpió la continuacion de los castigos y rigores sobre los que todavía quedaban, por poco peligrosos que ya fuesen, llevándolos al patíbulo y confiscando sus bienes en propio provecho. Habiendo avanzado hácia Londres el bastardo Falconbridge al frente de algunas tropas, fué rechazado, hecho prisionero, y ejecutado inmediatamente.

(1) Una clase de fiesta religiosa que se ejecutaba en aquel tiempo.

En tanto que por un lado se esforzaba Eduardo por imprimir el terror en el ánimo de sus súbditos, por otro se engolfaba en toda clase de placeres. No parecia sino que la naturaleza tuvo empeño en favorecerle, porque era el mejor mozo del reino. Sus cortesanos no hacian mas que fomentar constantemente sus desórdenes tomando parte en ellos; y como el mismo clero se entregaba impunemente al libertinaje, mostraba la mayor indulgencia con respecto á la conducta del soberano. Los vicios mas enormes llegaron á ser tan comunes, que el adulterio no era mirado sino como una falta muy ligera. Entre las damas de Eduardo habia una, llamada Juana Shore, esposa de un comerciante, la cual era muy bella y despejada, pero de un carácter asaz débil para resistir las seducciones de un hombre amable, galan y que tenia el poder soberano.



Juana Shore.

Como Inglaterra disfrutaba á la sazon de tranquilidad, Eduardo creyó que el medio mas seguro de hacerse querer de sus súbditos era el mantener sus derechos á las posesiones francesas que las insurrecciones de su padre habian contribuido á enajenar en el reinado precedente. Una tentativa de semejante especie era muy á propósito para despertar las malignas disposiciones de sus enemigos, y no podia dejar de agradar á un pueblo mas ambicioso de esplendor que de adquisiciones provechosas. A consecuencia de estos proyectos, el rey envió á su aliado el duque de Borgoña un refuerzo de tres mil hombres, no tardando él mismo en dirigirse á Francia á la cabeza de un poderoso ejército—A. de J. C. 1475.—Luis se alarmó con una invasion tan temible, de la cual trató de preservarse por medio de un convenio. Este surtió mejor éxito que la via de las armas. Ambos reyes tuvieron una entrevista en Pecquigui, y á su consecuencia Eduardo consintió en volver con sus tropas á Inglaterra mediante la promesa de cierta suma. Este voluptuoso monarca estaba impaciente por la falta de sus damas y por prodigarlas el dinero que esperaba recibir de Francia. Pero Luis no trataba de otra cosa que de ponerse cuanto antes en estado de rehusar las enormes sumas que se habia comprometido á pagar.

Terminada semejante espedicion sin éxito, Eduardo se dejó dominar completamente, no solo por pasiones indignas de un soberano y de un hombre de estado, sino tambien por un bajo encono contra todos los que parecian despreciar su conducta.

En el número de sus injusticias particulares, que son de poca importancia para ser referidas en la historia, se debe citar un acto de tiranía de que se hizo culpable en su propia familia, y que merece para siempre la indignacion de la posteridad.

Aunque el duque de Clarence abandonó el partido de Warwick y trató con muchos servicios de hacer olvidar al rey su pasada conducta, nunca pudo recobrar la amistad de este que andaba buscando un pretesto para perderle. No tardó en presentarse la ocasion deseada, merced á la petulancia del mismo monarca. Ca-

zando este un dia en el parque de Tomás Bardet, hombre adicto al duque, mató un gamo blanco que estimaba mucho el propietario, quien irritado con semejante pérdida, esclamó que deseaba ver la cornamenta de aquel animal en el vientre del que habia aconsejado al rey que le matase. El infortunado Bardet fué encausado por la tal esclamacion brusca é inconsiderada, y ejecutado en Tyburn. El duque de Clarence, afligido vivamente con la muerte de su amigo, manifestó su dolor con repetidas quejas contra su hermano, ponderando la iniquidad de la sentencia que habia hecho perecer á un hombre inocente. Ofendido gravemente el rey con la libertad que osaba tomar el duque, aprovechó con ardor el pretesto que se le ofrecia, mandando formarle causa en la cámara de los pares donde él mismo compareció como acusador—A. de J. C. 1478. —En aquellos tiempos de turbulencia y horrores venia á ser funesta toda acusacion procedente del partido mas fuerte. El duque fué declarado reo, y como se le dejase libertad para escojer su género de muerte, fué ahogado secretamente en la Torre en una cuba de malvasía: eleccion estraña que hace presumir que tenia una predileccion estrema á este vino.



Eduardo IV, conde de March.

Lo restante del reinado de Eduardo trascurrió entre desórdenes, escándalos, prodigalidades, tratados inútiles con Francia, y amenazas vanas contra el monarca, que no cesó nunca de engañar al mismo Eduardo. Convertido el parlamento en dócil ministro de sus caprichos, accedió á declarar guerra á Francia en una época en que hallándose rotas todas sus proyectadas alianzas en el continente, no podia concebir esperanza alguna de triunfo. El pueblo acojió con júbilo la idea de una espedicion que solo tendia á empobrecer la nacion, y sin embargo concibió de nuevo la esperanza de reconquistar la Francia.

Interin los unos se ocupaban en preparativos y brillantes proyectos, y los otros hacian en secreto conjeturas funestas acerca de aquella espedicion, Eduardo fué atacado súbitamente de una enfermedad violenta de que murió á los cuarenta y un años en el de 1483 el 9 de abril. Llevaba veintitres de reinado, comprendidos los años de su primera usurpacion. Las únicas cualidades de este príncipe fueron el valor y la hermosura de que le dotó la naturaleza, dándole un prestigio al cual pocas personas pudieron resistir. Por lo demás, su carácter era un conjunto de todos los vicios (1).

(1) El carácter de este príncipe puede ser trazado en dos palabras: no tuvo otras cualidades buenas que el valor y la belleza. Todos los vicios se encontraban juntos en su alma. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

Además de las cinco hijas que tuvo, dejó dos hijos: Eduardo, príncipe de Galles, que fué su sucesor y tenia á la sazon trece años, y Ricardo, duque de York, que entraba en los nueve.

CAPITULO XXI.

EDUARDO V.

(Año 1483.)

Con la muerte de Eduardo el reino se dividió en dos facciones. Habiéndosé hecho poderosa la familia de la reina en el último reinado, atrajo la odiosidad de la nobleza antigua que la miraba como muy inferior y no se sometia sino con repugnancia á su autoridad. Esta animosidad no osó manifestarse durante la vida del rey, quien supo reprimirla con el temor que inspiraba á un bando del cual quiso preservar á su familia en el lecho de la muerte, manifestando el deseo de que su hermano el duque de Gloucester fuese investido con la regencia y recomendándole á este que mantuviese la paz y la union durante la minoridad de su hijo. Empero apenas dejó de vivir el rey, estalló el encono de los dos partidos; y como el duque de Gloucester era astuto, malo y ambicioso, se decidió á sacar partido de las mútuas disensiones.



Eduardo V.

Empezó á caminar á su objeto estimulando secretamente el descontento de la nobleza antigua, irritándola contra la reina, é insinuando diestramente que las nuevas promociones hechas por esta se resentian de la oscuridad de su orígen á pesar de todos sus esfuerzos. Al mismo tiempo redobló las pruebas de celo y adhesion hácia la mencionada princesa, consiguiendo con ello su entera confianza; y despues de obrar así con éxito por algun tiempo, llegó á atraer á sus intereses al duque de Buckingham y algunos otros señores, decidiéndolos á secundar sus esfuerzos para lograr la tutela y guarda del jóven príncipe.

Despues de contar con el espresado apoyo, trató de arrebatar la custodia del rey jóven á su tio materno el conde de Rivers, dando al efecto órden de prender á este y dirigiéndose en seguida á ver á Eduardo, á quien con las mayores muestras de respeto le propuso llevarle á Londres. Apoderado de la persona del rey, pensó en hacer otro tanto con su jóven hermano, que bajo la proteccion de su madre se habia refugiado en la abadía de Westminster. Como la reina habia previsto desde un principio los peligros que amenazaban á su familia, no consintió sino con dificultad en separarse de su hijo; pero vencida por las instancias del primado y del arzobispo de York, cedió al fin, y entonces abrazando tiernamente al mismo hijo le dejó partir vertiendo un torrente de lágrimas. El jóven rey se alegró mucho de ver á su hermano, felicitándose de la condescendencia de la reina, muy ajeno de penetrar el funesto objeto de aquellos preparativos; el cual se descubrió muy pronto,

pues á los pocos dias, nombrado el duque de Gloucester protector del reino, envió á los dos príncipes á la Torre sopretesto de preservarlos de toda especie de riesgos.

El infame Gloucester, satisfecho con tener en su poder á los seres inocentes que queria esterminar, empezó á esparcir el rumor de su ilegitimidad, y creó diferentes obstáculos á fin de diferir la coronacion del rey. Lord Stanley, hombre de una penetracion profunda, fué el primero que sospechó las pérfidas intenciones del protector, y comunicando sus recelos á lord Hanstings que desde muy antiguo estaba firmemente ligado á la familia real, este ningun asenso dió á tales sospechas, influyendo probablemente en su juicio y contribuyendo á aumentar su engañosa seguridad el deseo ardiente que le animaba contra un proyecto tan odioso. Mas no tardó en salir de su error: Catesby, vil instrumento del protector, fué enviado á sondear sus opiniones y á tratar de que se decidiese á secundar los planes de este. Hastings recibió con horror semejante proposicion, protestando su inalterable adhesion al rey, por lo cual Gloucester decretó su muerte.



Eduardo V.

Diéronse órdenes á un mismo tiempo para ejecutar á lord Rivers, sir Ricardo Grey y sir Tomás Vanghan encerrados en el castillo de Pontefract por el único crímen de su fidelidad al jóven monarca.

El dia designado para su ejecucion, el protector convocó un consejo en la Torre adonde concurrieron lord Hastings y otros muchos, muy ajenos de prever que su vida estuviese en peligro. Empero el duque de Gloucester era capaz de perpetrar los crímenes mas atroces con la mas fria indiferencia. Presentóse al consejo á las nueve de la mañana, y saludó á todos los miembros de la asamblea del modo mas afable, dando á cada uno de ellos muestras de satisfaccion y de contento: llegó hasta cumplimentar al obispo de Ely por las precoces fresas que cultivaba, y le pidió un plato de ellas. En seguida salió súbitamente del consejo, como si algun asunto le llamase á otra parte, pidiendo con instancia que no se interrumpiesen los debates por su ausencia. Volvió á aparecer un cuarto de hora despues con el rostro alterado, frunciendo las cejas, mordiendo los lábios (1) y presentando en todo su continente señales de una turbacion estrema. La asamblea guardó un profundo silencio, y unos á otros se miraron espantados, creyendo con razon que iban á saber alguna horrible catástrofe.

Por fin Gloucester rompió aquel terrible silencio. «Milores, esclamó, ¿qué merece quien se ha atrevido á conspirar contra mi vida?» Al oir tan inesperada pregunta se redobló el asombro de la asamblea y continuó el silencio. Lord Hastings fué el primero que se levantó y respondió: «Cualquiera que sea el reo de ese crímen, »merece ser castigado como traidor.»—«Los tridores, »repuso el protector, son la muger de mi hermano y »Juana Shore su dama, con muchos cómplices. Ved á »qué estado me han reducido con sus encantos y hechi»cerías.» Al decir estas palabras se descubrió el brazo que apareció seco.(1). Al escuchar tan espantosa acusacion, el consejo se estremeció, y lord Hastings esclamó: «Si efectivamente son culpables, merecen ser castiga»dos.»—«Sí, sí, añadió el protector con voz imponente. »¿Te atreves á ponerlo en duda? Ellos han conspirado »contra mi vida, y tú tambien eres traidor y cómplice »de su crímen.» Al pronunciar estas palabras dió dos puñetazos en la mesa, y al instante se llenó la sala de gente armada. «Yo te prendo, continuó Gloucester diri»giéndose á Hastings, por crímen de alta traicion.» En el mismo acto dió órden á los soldados para que se apoderasen de él.

El tumulto y la confusion reinaron en la sala del consejo; y aunque nadie se atrevió á tratar de socorrer á Hastings, los soldados hicieron tanto alarde como si hubiese que temer algun motin. Uno de estos tiró un hachazo á lord Stanley, á quien por poco le abrió la cabeza, si no hubiera burlado el golpe refugiándose debajo de la mesa. Es probable que el que cometió este atentado lo hizo en virtud de órdenes que habia recibido, y que si Stanley hubiera perecido, semejante muerte se habria atribuido al tumulto ocasionado para salvar á Hastings. Aunque Stanley se libertó de aquel ataque, no por eso se salvó, pues fué prendido por órden del protector, que conocia toda su lealtad al jóven monarca.

A Hastings le obligaron á confesarse inmediatamente con un sacerdote que allí habia, porque el protector habia jurado por San Pablo que no comeria sin haber visto caer la cabeza de su enemigo. Este fué arrastrado á un sitio cercano á la capilla de la Torre, y allí se le cortó la cabeza sobre el tronco de un árbol que se encontró por casualidad. Dos horas despues se publicó en Londres una proclama en que se enumeraban los supuestos crímenes de Hastings, y los poderosos motivos que habian precisado á apresurar su castigo.

Habiendo logrado el feroz Gloucester destruir á todos los que mayor sombra le hacian, quiso para complacer al pueblo castigar igualmente á Juana Shore, dama del rey difunto. Esta muger desdichada era una enemiga demasiado flaca para ser temida; pero como Gloucester habia jurado perderla y nadie parecia creer en la acusacion de hechicería fulminada contra ella, se decidió á hacerla morir sopretesto de sus perversas costumbres. Juana Shore habia abandonado en otro tiempo á su marido, platero de Londres, para vivir con Eduardo en medio de las delicias de una corte disoluta: sin embargo de esta inconsecuencia, su corazon no era vicioso y tenia cualidades que podian acaso disculpar sus faltas: todos sabian que siempre habia defendido la causa de los desgraciados y que no se ocupaba mas que en interceder en favor de ellos: era caritativa y generosa: su trato era amable, siendo tan difícil resistir á las gracias de su talento como á los encantos de su belleza.

Como no se le podia dirigir otro cargo que el de su amor ilícito con el rey, el protector ordenó que se la persiguiese por adúltura. Es probable que no le desagradaria al pueblo el que se humillase á una muger á quien habia visto con repugnancia elevada sobre su clase y disfrutando los favores de la corte. La acusacion era asaz evidente para ser negada. Juana se confesó culpable, siendo en su consecuencia condenada á recorrer descalza la ciudad y á hacer penitencia pública delante de la iglesia de San Pablo, en camisa y con un

(1). Dícese que cuando estaba colérico se mordia el lábio inferior y acariciaba en silencio el pomo de su puñal.

(1) Enfermedad que segun algunos tenia desde su nacimiento. *(Hume.)*

cirio en la mano. Despues de esta sentencia vivió todavía cuarenta años reducida á la mayor miseria. Tomás Moro asegura que él la vió en el reinado siguiente, cojiendo para mantenerse legumbres en un campo próximo á la ciudad: ejemplo patente de la ingratitud de los cortesanos y de los reveses de la fortuna.

El protector, creyendo llegada la ocasion oportuna para declarar sus pretensiones á la corona, arrojó la máscara que hasta entonces habia teñido, con lo cual se pudo presentir la suerte funesta que aguardaba á los hijos de Eduardo. El duque de Buckingham, ganado por Gloucester, empleaba todos los medios posibles para acreditar entre el pueblo la opinion de la ilegitimidad del rey difunto y de sus hijos. El doctor Shaw, predicador, fué pagado para que sobre el mismo asunto hablase al pueblo desde el púlpito de San Pablo, como en efecto lo hizo estendiéndose ámpliamente acerca de la incontinencia de la reina madre y de la falsedad del título del jóven monarca; despues de lo cual pronunció un pomposo elogio sobre las virtudes del protector, esclamando: «Este es quien lleva en su semblante la »imágen de la virtud y las señales de un orígen verda»deramente noble. El solo es capaz de restituir á la na»cion el honor y la gloria que ha perdido.»



Esperábase que gritarian algunos *¡viva el rey Ricardo!* pero todos guardaron un profundo silencio. El duque de Buckingham se empeñó entonces en persuadirles con su elocuencia, adoptando por tema de su discurso las calamidades del anterior reinado y la ilegitimidad de la raza reinante. «Yo no veo, dijo, mas »que un medio de conjurar las desgracias que amenazan »al estado, y es el elevar al protector á la soberanía; »pero temo que este se niegue á aceptar un trono eri»zado de tantas dificultades y peligros.» En seguida preguntó al auditorio si queria al protector por rey, á cuya proposicion siguió el mas profundo silencio, con mucha mortificacion del interpelante. Como el corregidor estaba en el secreto y deseaba sacar al duque de situacion tan embarazosa, le dijo: qué hallándose poco habituados los ciudadanos á ser arengados por un hombre de tanta importancia, estaban acaso turbados para dirigirle la palabra, y responderian con mas facilidad á su juez asesor. Este pues repitió las mismas palabras del duque, pero el pueblo guardó igual silencio. «¡Qué »tenacidad tan rara! esclamó Buckingham, y añadió: »¿quereis ó no para rey al duque de Gloucester? Esta »pregunta que os dirigimos no es mas que una muestra »de consideracion que os queremos dar, toda vez que »los lores y comunes tienen suficiente autoridad para »elegir soberano sin vuestro consentimiento.» Despues de tantos esfuerzos, algunos pobres jornaleros, escitados por los criados del protector y de Buckingham, elevaron un débil grito de *¡viva Ricardo!* El populacho, clase despreciable que no debe confundirse con la del pueblo, repitió el grito de *Ricardo*, *Ricardo*: arrojáronse algunos sombreros al aire, y aprovechando el duque aquella fingida aprobacion, corrió con el corregidor y los regidores á ofrecer la corona al protector, que á la sazon residia en el castillo de Baynard.



Caxton (1).

Cuando Ricardo supo que en la puerta del castillo habia una multitud de personas que querian verle, tomó al instante el talante de hipocresía á que estaba habituado, y apareciendo en una galería entre dos obispos, fingió sorprenderse de encontrar tanta gente. Informósele que el motivo que reunia al pueblo en aquel momento era el deseo de ofrecerle la corona. Asombrado en apariencia, declaró terminantemente que la rehusaba, alegando su fidelidad al último rey su hermano, y su sincera ternura á los príncipes que le habian sido encomendados por el padre: además aseguró que carecia de las cualidades precisas para gobernar un reino. Al oir tal respuesta, Buckingham simuló un vivo descontento, murmuró entre dientes, y dirigiendo luego la palabra al protector, le suplicó que accediese á los votos del pueblo que estaba pronto á aceptarle por rey, asegurándole que todas las negativas eran ya inútiles, porque las cosas habian avanzado demasiado para retroceder, y así si persistia en la repulsa, el pueblo estaba resuelto á ofrecer la corona á otro mas dispuesto á admitirla. El aparente afecto del protector hácia su pueblo debia hacerle irresistible semejante argumento.

«Yo veo, dijo con tono modesto, que la nacion ha »resuelto imponerme una carga que por mi debilidad »soy incapaz de soportar: empero como tengo obliga»cion de obedecer á la voluntad de un pueblo libre, acep»to aunque con repugnancia su propuesta: tomo pues »posesion de Inglaterra con la decision de defenderla y »de subyugar la Francia.» Dispersóse la muchedumbre insensiblemente, ocupándose todos de los acontecimientos del dia con reflexiones conformes á la pasion, al interés ó al espíritu de partido.

CAPITULO XXII.

RICARDO III.

(Desde el año 1483 hasta el de 1485.)

Un crímen siempre llama otro crímen. Luego que Ricardo subió al trono, envió órdenes al gobernador de la Torre para matar á los dos tiernos príncipes; pero este buen servidor, llamado Brackenbury, se negó á ser el instrumento del furor del tirano, respondiéndole de una manera respetuosa que no podia determinarse á

(1) Primer impresor de Londres.

manchar sus manos en la sangre de la inocencia. No tardó el usurpador en encontrar un hombre asaz vil para conformarse con sus infames designios: sir Santiago Tyrrel se encargó de la horrible ejecucion, y Brackenbury recibió la órden de cederle las llaves de la Torre por una noche.



Ricardo III.

Tyrrel escojió tres cómplices, llamados Slater, Dightou y Jorest: entró durante la noche en el aposento de los príncipes, é introduciendo en su cámara á los asesinos, les mandó ejecutar la comision mientras él cuidaba de la puerta. Aproximáronse los tres malvados á los jóvenes príncipes, á quienes encontrando profundamente dormidos, los ahogaron con sus almohadas, enseñando en seguida los cadáveres á Tyrrel, quien ordenó que fuesen enterrados al pié de la escalera en una honda huesa que se abrió bajo un monton de piedras. Tan horrible atentado fué confesado por los mismos asesinos en el reinado siguiente, y sin embargo no fueron castigados (1). Enrique VII hizo buscar los cuerpos de los príncipes, y no fué posible encontrarlos; pero en el reinado de Carlos II fueron descubiertos en el sitio indicado los esqueletos de dos cadáveres, cuyas proporciones eran conformes á la edad de los mismos príncipes, á quienes por lo tanto erigió el rey un monumento de mármol en la abadía de Westminster.



Destruidos todos los obstáculos, Ricardo se vió por fin colocado en el trono, y como todos los usurpadores, trató al instante de afirmar por medio de alianzas estranjeras un poder injustamente adquirido. Conociendo la influencia de la pompa y del brillo sobre el ánimo del pueblo, se hizo consagrar en Londres y despues en York. No le fué difícil atraer la benevolencia del clero y de la nobleza, dispensando á aquel numerosos privilegios y distribuyendo á esta recompensas proporcionadas á los servicios que de ella habia recibido.

Empero, en tanto que Ricardo se esforzaba por hacer incontrastable su poder, se vió amenazado por donde menos se imaginaba. El duque de Buckingham, instrumento principal de su usurpacion, lejos de hallarse satisfecho con las inmensas posesiones que recibió, se manifestaba descontento, creciendo sus deseos con el aumento de su fortuna. Fuéronle conferidos los puestos y cargos mas importantes del reino: pero su insaciable ambicion le hacia aspirar con ardor á la obtencion de los bienes confiscados al conde de Hereford, en virtud de los derechos que tenia. Ricardo se negó á acceder á semejante demanda, de lo cual resultó una frialdad recíproca, y entonces juró el ofendido Buckingham derribar un monarca cuyo título estaba notoriamente fundado en la injusticia. Vaciló por algun tiempo sobre si aspirar él mismo á la corona ó destinarla á otro. Este último partido fué el que al fin abrazó, y en consecuencia se determinó á declararse en favor de Enrique, conde de Richmond, que hallándose á la sazon desterrado en Bretaña, era considerado como el único descendiente de la casa de Lancastre.

Este Enrique estaba preso con todo decoro en poder del duque de Bretaña, y tuvo la dicha de librarse de las innumerables matanzas de los anteriores reinados. Descendia de Juan de Gaute por línea femenina, y era por esta razon odioso á los que entonces se encontraban en el poder. Despues de vivir mucho tiempo en el destierro, habia sido entregado una vez á los embajadores de Eduardo IV, quienes se preparaban á hacerle pasar á Inglaterra, cuando el príncipe que habia hecho la entrega se arrepintió de ella y le arrancó de manos de dichos embajadores en el momento en que le precisaban á embarcarse.

Buckingham pues fijó sus ojos en el espresado Enrique, y al poco tiempo entablaron ambos negociaciones sobre el proyecto. Es cierto que los derechos hereditarios de Enrique eran dudosos; pero los crímenes del usurpador servian para darles mas fuerza; y para robustecerlos todavía mas se pensó en casarle con la princesa Isabel, hija de Eduardo VI, de acuerdo con la reina viuda.

Ya porque Ricardo hubiese sido informado por sus hechuras de lo que pasaba, ya porque su perversa conciencia le arrastrase naturalmente á la suspicacia, empezó á dudar de la fidelidad de Buckinghan, de cuya perfidia se aseguró por los datos que procuró adquirir. Entonces, lleno de envidia é irritacion, envió á buscar al duque, quien habiéndose negado á obedecer semejante órden, aumentó el enojo de Ricardo. No tardó este en convencerse de la animosidad del duque, sabiendo que se habia puesto á la cabeza de un ejército considerable y que se dirigia hácia el Sur. Ricardo, cuyo ánimo no se arredraba por ningun peligro, se puso al instante en estado de defensa, y al frente de algunas tropas que levantó en el Norte se apresuró á ir al encuentro de los insurgentes; pero declarándose á su favor la fortuna en aquellas circunstancias, hizo escusados todos sus preparativos. Buckingham habia avanzado por una marcha forzada hasta Glocester, donde tenia intencion de atravesar el Saverna; pero halló tan crecido este rio, que inundaba toda la comarca, llegando hasta cubrir las cimas de algunas montañas. Esta inundacion duró diez dias, en cuyo tiempo el ejército de Buckingham, compuesto de galleses, no pudiendo

(1) Santiago Tyrrel fué ajusticiado en el reinado siguiente, despues de confesar su crímen y la manera con que le habia perpetrado. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

pasar el rio ni encontrar subsistencias en ninguna parte, fué obligado á dispersarse á pesar de los esfuerzos del duque que exhortaba á las tropas á la constancia.

En tan desesperada situacion refugióse Buckingham en la casa de uno llamado Banister, que habia estado á su servicio y le debia muchos favores; pero los traidores rara vez encuentran la generosidad y la adhesion que son incapaces de practicar; son indignos de recojer los frutos de las virtudes que ignoran, y Buckingham debia esperar menos que ningun otro encontrar un amigo sincero, cuando él habia sido tan poco fiel á la amistad. Banister no pudo resistir á la tentacion de conseguir la recompensa prometida por la cabeza de Buckingham, y así le delató al gerif de Shropshire, quien despues de hacer rodear la casa se apoderó de él encontrándole disfrazado de villano. Fué conducido á Salisbury, donde siendo juzgado y condenado sin demora, fué ejecutado conforme á la costumbre espeditiva de aquellos tiempos.



Ricardo III.

El conde de Richmond, que se habia presentado en las costas de Inglaterra, al ver frustradas sus esperanzas por la muerte de Buckingham, se apresuró á dar la vela de regreso á Bretaña. Con todos estos sucesos parecia que debia ser de larga duracion el reinado de Ricardo. La autoridad del parlamento todavía no habia sancionado la injusticia de su conducta; pero en aquel siglo ignorante y bárbaro era fácil de obtener semejante condescendencia. Aquel cuerpo, dócil á la voluntad del tirano, autorizó un acta justificativa de la ilegitimidad de los hijos de su hermano Clarence—A. de J. C. 1484.—Lanzóse tambien un decreto de proscripcion contra el conde de Richmond, con todo lo cual parecia que ya estaban satisfechos los deseos del usurpador. Empero este, no contento todavía, trató de asegurar su tranquilidad futura con la muerte de su rival, y al efecto envió al duque de Bretaña unos embajadores á pretesto de negociar cosas relativas al bien público, pero realmente con el objeto de tratar con Landois, ministro de este príncipe, para que les entregase al conde. El ministro fué asaz vil para entrar en la negociacion; pero afortunadamente Richmond fué avisado del peligro que le amenazaba, y así pasó á Francia, llegando á sus fronteras en el momento en que los encargados de perseguirle iban á apoderarse de él para entregarle á su enemigo.

Irritado Ricardo al ver que todos sus esfuerzos eran inútiles, se iba haciendo mas cruel (1) cada dia, aumentándose su tiranía cuanto mas se debilitaba su poder. Lord Stanley fué uno de los que mas escitaron su rivalidad, porque se habia casado con la madre de Enrique de Richmond, y por consiguiente incurrió en el odio de Ricardo por semejante matrimonio—A. de J. C. de 1485.—Pero este tirano para obligarle á la obediencia y fidelidad, se apoderó de su hijo á quien guardaba como garantía de la conducta ulterior de su padre. Por entonces se resolvió Ricardo á repudiar á Ana su esposa, para volverse á casar con su sobrina la princesa Isabel, proponiéndose con este enlace encubrir todas sus maldades. Aquella su esposa era la viuda del jóven príncipe de Galles á quien él habia matado por sí mismo en Tewkesbury. Nada puede dar una idea mas completa de la barbárie de aquel siglo que el ejemplo de una muger que aceptó la mano del asesino de su primer esposo. Semejante muger fué recompensada como lo merecia por sus inhumanos sentimientos, siendo tratada con tanta dureza y orgullo por Ricardo, que murió de disgusto como deseaba este su cruel esposo. Empero sus intenciones con respecto á Isabel no surtieron efecto, pues esta princesa, á pesar del empeño y de los esfuerzos de su madre, miró siempre al tirano con el mayor desprecio dándole pruebas del odio mas implacable.

En medio de la mortificacion que le causó esta repulsa inesperada, supo Ricardo que el conde de Richmond hacia nuevos preparativos para dirigirse á Inglaterra á sostener sus derechos á la corona. Ignorando el usurpador el punto en que trataria de presentarse su enemigo, se trasladó á Nottingham en el centro de Inglaterra, y circuló á todas partes las órdenes mas formales para rechazarle tan pronto como apareciese.

No eran infundados los temores. Richmond dió la vela en Harfleur, en Normandía, y seguido de dos mil hombres aportó felizmente á los seis dias en Milford-Haven, en el territorio de Galles. Sir Rice-Ap-Tomás y sir Walter Herbet se incorporaron á sus filas en lugar de oponerse á sus progresos conforme á las órdenes que habian recibido, pasándose el primero en el momento en que le vió, y el segundo despues de una débil resistencia.

Al recibir la noticia de aquella desercion, Ricardo que estaba dotado de valor y de capacidad militar, único mérito que tenia, se determinó inmediatamente á buscar al enemigo para decidir sus mútuas pretensiones en una batalla.

Como las fuerzas de Richmond se habian aumentado con las de sir Tomás Bourchier, de sir Walter Hungerford y de otros muchos, contaba con un ejército de seis mil hombres, y así avanzó tambien con intencion de perecer ó vencer, encontrándose al cabo de pocos dias ambas tropas cerca de Bosworthfied, en el condado de Leicester. Allí fué donde al fin se terminó aquella contienda que hacia treinta años estaba derramando en el reino todos los horrores de la guerra civil é inundando de sangre las vastas llanuras de Inglaterra.

Aunque el ejército de Ricardo era doble que el de Enrique, este confiaba en la amistad y en las secretas promesas de Lord Stanley, quien á la cabeza de un cuerpo de siete mil hombres marchó á situarse junto al campo de batalla, evitando diestramente el declararse ni por el uno ni por el otro partido.

Tan pronto como Ricardo divisó al enemigo, ordenó su ejército compuesto de trece mil hombres, dando el

(1) Dió á un tal Asthon comision ilimitada para condenar y hacer ejecutar inmediatamente á los que encontrase ó sospechase culpados. Asthon desempeñó su comision con el mayor rigor, haciendo morir á los maridos en presencia de sus mugeres y á los hijos delante de sus padres. Dícese que este malvado execrable, habiendo sido rogado por una bella muger para que perdonase á su marido, preso por algunas sospechas, accedió á ello con la promesa que ella le hizo de dispensarle sus favores. Apenas el mónstruo satisfizo sus deseos, condujo á la infeliz á una ventana desde donde la enseñó á su marido colgado de un árbol. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

mando de la vanguardia al duque de Norfolk, y poniéndose él mismo al frente del cuerpo principal, despues de colocar la corona en su cabeza, creyendo sin duda que con ello inspiraria mayor terror á los contrarios, ó mas confianza y ardimiento á sus tropas—A. de J. C. 1485, 23 de agosto.

Juan, conde de Oxford, mandaba la vanguardia de Richmond, compuesta de arqueros; sir Gilbert Talbot el ala derecha; sir Juan Savage la izquierda, y el mismo conde con su tio el de Pemboke se puso á la cabeza del cuerpo principal. Lord Stanley se colocó en uno de los flancos de entrambos ejércitos, y su hermano en el otro. Al verle Ricardo en una posicion igualmente cómoda para unirse á cualquiera de los dos partidos, le envió la órden de que se juntase al cuerpo principal de su ejército; pero Stanley se resistió á obedecer, y entonces enfureciéndose Ricardo mandó cortar la cabeza á su hijo, á quien siempre guardaba como en rehenes. Mas luego se resolvió á suspender la ejecucion hasta el éxito del combate, y dedicándose completamente á las importantes ocupaciones de la jornada, mandó á los trompetas que tocasen á ataque.

Aproximáronse los dos ejércitos, empezó el combate con una nube de flechas, y á los pocos momentos fué desbaratado el frente de Ricardo. Esto era lo que Stanley aguardaba; en tanto que las otras filas de Ricardo se ocupaban en juntarse, aquel se reunió á la línea de Richmond y decidió la fortuna de la jornada. Un movimiento tan imprevisto produjo en los dos ejércitos los efectos que se debian esperar, inspirando al de Enrique un aliento estraordinario, y sembrando en el de Ricardo la confusion y el espanto. Advirtiendo el intrépido tirano lo crítico de su situacion, picó á su caballo precipitándose á la pelea, mientras que Richmond dejando su posicion corrió á ponerse al frente de los suyos para animarlos con su presencia. Apenas le vió Ricardo, deseoso de terminar el combate y decidir la victoria, se arrojó con irresistible furor á buscar á su rival: mató á sir Guillermo Brandon, alférez de este, al intentar detener su carrera: sir Juan Cheyne cubrió inmediatamente el puesto de Brandon, y tambien fué derribado por el furioso Ricardo. En el mismo momento presentóse Richmond á la lucha, pero los dos combatientes fueron separados. Defraudado Ricardo de su esperanza de aterrar á su rival, corrió á reanimar el valor de sus tropas; pero viéndolas huir por todas partes desesperó completamente, y dando un terrible grito se lanzó al centro de los enemigos encontrando una muerte mil veces mas dulce que la que por sus maldades habia merecido.

Despues del combate recojióse su cadáver manchado de sangre y cubierto de heridas: sus ojos estaban desencajados y tenian una espresion pavorosa. Pusiéronle atravesado sobre un caballo, llevándole de la manera mas ignominiosa á Leicester, donde le enterraron sin ninguna pompa (1).

La corona de Ricardo fué hallada por un soldado de Enrique y colocada inmediatamente sobre la cabeza del vencedor, gritando unánimemente todo el ejército lleno de entusiasmo: «Viva el rey Enrique.»

Así acabó el sanguinario reinado de Ricardo, con cuya muerte se estinguió para siempre la raza de Plantagenesta que hacia trescientos treinta años estaba en posesion del trono: así acabó tambien la sangrienta discordia que hacia tanto tiempo existia entre las casas de Yock y de Lancastre, discordia que destruyó la mayoría de las antiguas familias del reino, haciendo perecer mas de cien mil hombres tanto por la espada como por la mano del verdugo.

Unas disensiones tan largas redujeron el reino al estado de la mayor barbárie (2). Las leyes, las artes y el comercio, que hacia algun tiempo habian empezado á prosperar, fueron completamente descuidadas por seguir la carrera de las armas, y los talentos, así como la virtud, fueron reputados como cosa insignificante al lado de la reputacion brillante de conquistador. Los ingleses no tenian todavía mas que ideas imperfectas acerca de la sumision á las leyes, siendo tan incapaces para aplaudir como para alentar á los que emprendian el cultivo de las artes pacíficas y útiles: todos sus pensamientos se dirigian al estudio de la guerra.

En la administracion de justicia habia un rigor que rayaba en ferocidad. Las mugeres sin embargo, cualquiera que fuese la parte que tomasen en los trastornos de los gobiernos, estaban exentas de los castigos capitales, no padeciendo la pena de muerte mas que en el caso de ser convencidas de envenenamiento ó hechicería.

En cuanto á la clase del clero, era enteramente distinta de la de los legos, tanto por su institucion como por sus leyes y costumbres. Los sacerdotes eran gobernados por un código de leyes civiles establecido en tiempo de Justiniano, mientras que las otras clases estaban sometidas á las antiguas, que segun la tradicion eran las leyes establecidas desde tiempo inmemorial en el país. El clero comprendia y escribia en latin con facilidad, por mas que se haya pretendido que su ignorancia era estremada: los legos desconocian completamente esta lengua, y no se aplicaban mas que al estudio de la francesa, y esto solo en el caso en que se queria adquirir una educacion esmerada.

El clero, cuerpo absolutamente separado del estado, se interesaba poco en la civilizacion; y toda vez que temia la preponderancia é ilustracion de los legos, no le desagradaba probablemente el ver á estos enervarse por sus largas disensiones, y caer insensiblemente en una ignorancia que redundaba en provecho de la autoridad eclesiástica. Por lo tanto, como todavía no habia entre el pueblo inglés otra ciencia de gobierno que la procedente del poder y de la fuerza, el estado era semejante á un enfermo devorado por una fiebre ardiente, siempre sujeto á recaer en accesos de fermentacion y delirio. Es cierto que Francia por la cantidad de sangre que precisó á verter á Inglaterra, contribuyó á calmar por algun tiempo aquel ardor peligroso, y que las inmensas pérdidas ocasionadas por la guerra podian ser miradas como una sangría saludable; pero desde que Francia dejó de hacerse temer, la calma desapareció al instante, é Inglaterra sufrió una recaida terrible que la sumió de nuevo en todos los horrores de una larga guerra civil.

CAPÍTULO XXIII.

ENRIQUE VII.

(Desde el año de 1485 hasta el de 1509.)

Despues de haber fatigado el espíritu del lector con la narracion triste y espantosa de las traiciones, perfidias, usurpaciones y asesinatos de los reinados precedentes, llegamos por fin á una época interesante y mas gloriosa para la nacion inglesa. Vamos á examinar la conducta de un monarca que, si bien no fué el mejor soberano, fué al menos uno de los que mas contribuyeron á la felicidad del pueblo. Veremos con la mayor satisfaccion á una nacion tumultuosa sometida por fin á la subordinacion y á las reglas de la civilizacion; á una nobleza altiva y facciosa, humillada y restringida en su poderío; leyes instituidas en el reino; restablecido el comercio, y las artes pacíficas y útiles apreciadas por un pueblo cuyo único placer hasta entontes habia sido la guerra.

(1) Despues de estar espuesto dos dias á la curiosidad del pueblo.

(2) A escepcion de la galantería al bello sexo, los ingleses de entonces se diferenciaban poco de los antiguos habitantes de la isla, cuando se pintaban el cuerpo. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

Hasta el presente no hemos visto mas que los hechos desordenados de una nacion bárbara que no obedecia sino con repugnancia, ni se dejaba gobernar mas que por el capricho. Ahora va á descansar nuestro espíritu con la pintura de costumbres mas dulces y cultas, de planes mejor concertados, y veremos al cabo despertarse el saber humano de su largo letargo, para subyugar la ferocidad natural del pueblo inglés y restituirle á un estado de felicidad duradera.

Luego que Enrique se sentó en el trono, se desposó con la princesa Isabel, hija de Eduardo, cuya alianza reunió los intereses de las casas de York y de Lancastre hasta el punto de que en lo sucesivo nunca medió entre ellas la menor diferencia; mas no queriendo Enrique dar al pueblo la idea de que se habia procurado fortificar sus derechos con los de su esposa, y que se apoyaba en los títulos de esta, no la hizo coronar sino dos años despues, para manifestar con tal medida que su objeto era radicar únicamente sus pretensiones en ser descendiente de la casa de Lancastre.



Enrique VII.

Desde el principio de su reinado hizo respetar la autoridad de las leyes, de lo cual pocos ejemplos habia visto Inglatera hasta entonces. Habiéndose espedido un decreto de proscripcion en el reinado precedente contra todos los partidarios de Enrique Richmond, se trató de revocarle en la cámara que habia, y de la cual hacian parte muchos de los proscritos. Permitir que estos se reuniesen á derogar aquel decreto, era convertirlos en jueces de su propia causa, y obrar contra las disposiciones de las leyes, lo cual no quiso Enrique, y para obviar semejante dificultad los obligó á salir del parlamento hasta que un nuevo decreto de este hubiese revocado el de proscripcion.

Practicábase en el anterior reinado que los bienes de los que eran degradados ó convictos de crímen de lesa majestad, recayesen en cualquier favorito de la corte. Enrique conoció que esta costumbre tenia dos efectos peligrosos, la indignacion que la justicia de tal medida era capaz de provocar, y la escesiva preponderancia que de ella resultaba á los que lograban semejantes dones. Para remediar estos abusos Enrique promulgó una ley despojando á los rebeldes y mandando pasar sus bienes y estados á la corona.

Una gran parte de las desgracias de sus predecesores provenia del mal estado de sus rentas, causado por sus vicios y disipaciones. Enrique conoció que solo el dinero podia inclinar la balanza del poder á su favor, y así reunió todas las confiscaciones de sus enemigos con la economía mas severa. Por semejante conducta ha sido tachado de avaro por la mayoría de los historiadores; pero tal calificacion es una injusticia, porque la avaricia que propende á acrecer el poder de un gobierno y á reprimir el espíritu de sedicion, es, no solo escusable, sino mas bien digna de alabanza. La liberalidad en un soberano es muchas veces una virtud nociva de que resultan numerosos abusos, y el dinero arrancado á la industria y á la indigencia es por lo general prodigado á los ricos orgullosos, á los aduladores y á los viles favoritos de la corte.

Mostróse Enrique en este concepto muy diferente de sus predecesores, porque fueron muy pocas las gracias que otorgó á sus cortesanos, y solo los menesterosos disfrutaron de sus beneficios.

Restituyó la libertad á los presos cuyas deudas no pasaban de treinta chelines, pagando á sus acreedores de los fondos de la corona. Así, su economía le puso en el caso de ser útil al infortunado, y puntual con sus propios acreedores tanto del reino como de países estranjeros. Las sumas que forzó á prestarle á la ciudad de Londres y á algunos súbditos, fueron devueltas con escrupulosa puntualidad en la época designada. Con semejante conducta prudente y sábia supo adquirir la estimacion y el respeto de su pueblo y de todas las potencias estranjeres.

Con respecto al gobierno de su casa obró con libertad completa. No escojió sus principales ministros entre la nobleza, como se habia acostumbrado hasta entonces, sino nombró á Juan Morton y á Ricardo Fox, eclesiásticos que juntaban á su carácter respetable, un celo, una vigilancia y una habilidad notables. A estos dos dispensó principalmente su confianza, porque suponia acaso que como eclesiásticos serian mas sumisos y leales á su servicio que los nobles.

En seguida de su casamiento con la princesa Isabel, otorgó un perdon general á todos los que se habian declarado contra él; pero los orgullosos lores que habian sido favoritos del trono en los anteriores reinados y estaban habituados desde muy antiguo á las turbulencias, rehusaron con altanería la amnistía que tan generosamente les dispensaba, y volaron á las armas, poniéndose á la cabeza de la insurreccion lord Lovel, sir Humphrey y Tomás Stafford. Enrique envió contra ellos al duque de Bedford con órden de ofrecerles nuevamente el perdon antes de emprender el reducirlos por la fuerza.

El duque obedeció con exactitud á las instrucciones que habia recibido, y ofreció á los rebeldes un perdon general que produjo menos efecto en los jefes que en los soldados. Como la empresa de Lovel era superior á su fuerzas y á su capacidad, se amedrentó tanto con la desercion de sus tropas, que se retiró súbitamente, y despues de andar errante por algun tiempo en el condado de Lancastre, se fugó á Flandes donde encontró proteccion al lado de la duquesa de Borgoña. Los Stafford se refugiaron en la iglesia de Colnham, aldea próxima á Abingdon; mas como esta iglesia no era privilegiada, fuéron cojidos en ella: el mayor fué ejecutado en Tyburn, y el segundo juró que habia sido seducido por su hermano, y obtuvo el perdon. No contando ya el ejército rebelde con ningun jefe, se sometió y dispersó despues de ser amnistiado.

El pueblo empero habia llegado á ser tan turbulento y faccioso por la larga duracion de la guerra civil, que ningun jefe podia gobernarle, ni soberano alguno agradarle, y así las insurrecciones se sucedian unas á otras. El rey dió órden al principio de su reinado para que el hijo del duque de Clarence, que en tiempo de Eduardo V habia sido ahogado en una cuba de vino, fuese sacado de la prision á que habia sido condenado por Ricardo, y le hizo conducir á la Torre. Este desdichado jóven, llamado el conde Warwick, tenia tan completamente debilitado el espíritu por su largo cautiverio, que segun se asegura, *era incapaz de decir la diferencia existente entre un ánade y una gallina.* No obstante, sea cual fuese el estado de nulidad en que se hallaba sumido, no por eso dejó de ser

el instrumento de que uno se sirvió para engañar al pueblo. Habia en Oxford un sacerdote audaz y astuto, llamado Ricardo Simon, quien poniendo los ojos en Lambert Simnel, hijo de un panadero, le enseñó á remedar exactamente todos los modales del conde de Warwick y le enteró de una multitud de hechos y de acontecimientos ocurridos á este en la corte de Eduardo; pero teniendo el clérigo que el impostor no podria sostener un exámen severo, creyó conveniente alejarle y escojer la Irlanda para teatro en que representar la farsa. El plan tuvo todo el éxito esperado. Recibido Simnel con las mayores domostraciones de alegría, fué proclamado rey de Irlanda, y conducido con pompa por los magistrados y la plebe de Dublin al palacio, en que fué tratado cual correspondia á su nacimiento y rango fingidos.

Semejante impostura ocasionó en el ánimo de Enrique mas cuidado del que debia: concibió sospechas contra su suegra la reina viuda, cuyo carácter inquieto y ambicioso creia ser capaz de aquella trama, y en consecuencia consultó con su consejo, resolviéndose despues de una madura deliberacion á confinarla á un monasterio. Para quitar á esta medida su carácter mas odioso, se la presentó como un castigo merecido justamente por la princesa, por haber cedido á las instancias de Ricardo y tratado de entregarle á su hija Isabel.



Isabel de Yorch.

El pueblo murmuró del rigor de semejante medida; mas el rey, sin hacer caso de aquellos vanos clamores, persistió en su resolucion, y la cautividad de la princesa duró hasta su muerte, que no sobrevino sino al cabo de muchos años.

Otra medida que el rey se apresuró á tomar fué el hacer esponer á Warwik á la vista del pueblo. En su consecuencia el conde fué sacado de la Torre en que estaba encerrado y paseado por las calles principales de Londres, despues de lo cual se le trasladó solemnemente á la iglesia de San Pablo, en que se congregó una muchedumbre innumerable para verle. No obstante, los habitantes de Dublin insistieron en rendir á su pretendido monarca los homenajes que creian serle debidos, coronándole con la pompa mas grande en presencia del conde de Kildare, del canciller y de otros principales ministros del Estado. Esta especie de sucesos era frecuente en aquella época en diferentes partes de Europa: de modo que Lorena, Portugal y el reino de Nápoles tenian tambien sus impostores que lograron engañar al pueblo por mucho tiempo. Los habitantes de cada país, encerrados en los estrechos límites de sus reinos, se informaban tan poco de lo que pasaba en el resto del mundo, que ninguna historia, por absurda que fuese, les parecia inverosímil.

Uniéronse al nuevo rey lord Lovel y otros descontentos, quienes se determinaron á efectuar una invasion en Inglaterra—A. de J. C. 1487.—Aproximáronse por lo tanto al condado de Lancastre, desde donde se dirigieron hácia York, con la esperanza de que los habitantes de este país se levantarian en masa á favor de ellos: mas fueron completamente burladas tales miras. El pueblo, poco dispuesto á secundar los esfuerzos de las tropas alemanas é irlandesas que habia en las banderas de Simnel, y temeroso del enojo del rey, cuya habilidad en las armas era notoria, permaneció tranquilo y no prestó su apoyo mas que al partido realista. Viendo el conde de Lincoln, á quien habia sido confiado el mando del ejército rebelde, que nada debia esperar sino de la victoria, se decidió á terminar al instante la disputa en una batalla. Encontráronse entrambos ejércitos en Stoke, condado de Nottingham, y lucharon de un modo mas sangriento y obstinado que el que se podia aguardar de la desigualdad de sus fuerzas.

La victoria por fin se declaró en favor del rey. El conde pereció en el campo de batalla, y nunca mas se oyó hablar de lord Lovel, lo cual hace suponer que habria tenido la misma suerte. Simnel y su protector Simon fueron cojidos, y en la batalla perecieron cuatro mil soldados. Como Simon era eclesiástico, no pudo ser juzgado por un tribunal civil, y no fué condenado mas que á reclusion estrecha. Simnel era un ser asaz despreciable para escitar los temores ó el resentimiento del príncipe: obtuvo el perdon, y fué despues empleado como galopin en las cocinas del rey, llegando con el tiempo al rango de alconero, en cuyo cargo murió.

Restablecida la calma en el reino, el rey empezó á dirigir sus pensamientos hácia las alianzas continentales y á establecer algunas relaciones entre él y los príncipes vecinos, porque era harto perspicaz y prudente para no reconocer que las conquistas en el continente eran mas perjudiciales que útiles, y que el único bien que de ellas podia resultar á la nacion era una vana reputacion de gloria militar. Sin embargo, por mucho que en su interior menospreciase unos triunfos peligrosos, se vió precisado para adquirir popularidad á hacer algun caso de ellos. Al efecto aparentó varias veces querer conquistar el reino de Francia, y se jactó de quo lo iba á arrancar de las manos de los usurpadores que hacia mucho tiempo lo poseian; pero todas estas amenazas no eran mas que astucias de su política, y nada habia mas distante de su ánimo que semejantes proyectos. No empleó pues mas que la via de las negociaciones, por lo cual hizo todo lo posible en menoscabo de los intereses de aquel reino, á fin de impedir que llegase á alcanzar demasiada preponderancia; y no echó mano para conseguir su objeto de los hombres ni del dinero, porque conocia demasiado la importancia de lo uno y lo otro para prodigarlos como sus predecesores en empresas infructuosas.

Por este tiempo, disgustada la nobleza de Bretaña contra su ministro Pedro Landois, se rebeló y le mató—A. de J. C. 1488.—Para encubrir este crímen perpetró otro, recurriendo al rey de Francia para que la protegiese del resentimiento de su soberano. Carlos VIII accedió al instante á semejante súplica; pero en lugar de defenderla, invadió la Bretaña y se apoderó de la mayor parte de este país. Alarmados los barones acudieron á Enrique VII, quien segun su costumbre se mostró mas dispuesto á socorrerlos por la via de las negociaciones que por la de las armas. Aunque resuelto este monarca á insistir en su conducta pacífica tanto como la situacion de sus negocios se lo permitiese, no ignoraba las disposiciones belicosas de sus súbditos y su ardiente deseo de tomar parte en una empresa que parecia prometer la humillacion de Francia: así, se decidió á sacar partido de la tal propension para conseguir algunos subsidios sopretesto de socorrer al duque de Bretaña, y al efecto convocó un parlamento en Westminster, del cual obtuvo sin dificultad una suma considerable. En esta época era mas fácil de encontrar dinero que hombres en Inglaterra—A. de J. C. 1489.

Al poco tiempo estalló una nueva revolucion en el condado de York, negándose el pueblo á pagar la cantidad impuesta para el subsidio. Habiendo tratado el

duque de Northumberland de llevar á cabo las órdenes reales por la fuerza, el populacho se imaginó que él fué quien aconsejó aquella medida opresiva, y voló á las armas, atacando la casa del mismo duque y degollándole en ella. No se detuvieron en esto los revoltosos: escitados por uno llamado Juan Achamber, hombre de baja esfera, eligieron á sir Juan Egremond para jefe suyo, y se preparon á ejecutar una vigorosa resistencia. Informado el rey de su conducta temeraria, levantó inmediatamente un cuerpo de tropas cuyo mando confirió al conde de Surrey, quien consiguió disipar el tumulto cojiendo los principales cabecillas de la sedicion. Poco despues fué ajusticiado Juan Achamber: Sir Juan Egremont se fugó á la corte de la duquesa de Borgoña, refugio ordinario de todos los que se atraian la odiosidad del gobierno de Inglaterra.

Enrique, despues de hacer muchos preparativos para la guerra con Francia, reflexionó que seria abusar demasiado de la credulidad de la nacion inglesa el no efectuar una parte de sus promesas—A. de J. C. 1491.—Francia acababa de celebrar una alianza con la duquesa de Bretaña, cuya alianza ponia á Carlos VIII en posesion de todo este ducado. Tal aumento de poder de una nacion rival era temible, no solo para Enrique, sino tambien para la Europa entera. Por lo tanto, el rey de Inglaterra se aprestó á realizar un desembarco en Francia, arribando á Calais al frente de un ejército de veinticinco mil infantes y mil seiscientos caballos que iban á las órdenes del duque de Bedford y del conde de Oxford—A. de J. C. 1492.—Pero á pesar de tales apariencias de hostilidad, ya con anticipacion y en secreto habian sido hechas proposiciones para una paz de tres meses, y designados comisionados para fijar las condiciones del tratado. Las demandas de Enrique no eran mas que pecuniarias, y el rey de Francia accedió sin dificultad á ellas, porque consideraba que la posesion de Bretaña le resarciria ámpliamente de cualquiera suma. Comprometióse pues á pagar á Enrique doscientas mil libras como reembolso de los gastos hechos para su espedicion á Francia, y además se estipuló que pagaria perpétuamente al rey de Inglaterra una pension anual de veinticinco mil coronas.

Enrique se habia lisonjeado que tras de una paz tan ventajosa disfrutaría de una larga tranquilidad: mas se equivocaba, porque todavía hubo enemigos que encontraron medios de suscitar nuevos riesgos. Debia presumirse que despues del mal éxito de la impostura de Simnel, nadie se atreveria á aventurarse á una empresa semejante: sin embargo, la anciana duquesa de Borgoña, mas bien irritada que desalentada por el mal desenlace de sus pasadas intrigas, se determinó á turbar un gobierno que no le era posible derrocar. Al efecto procuró esparcir sin tardanza el rumor de que el jóven duque de York, que se decia haber sido asesinado en la Torre, estaba todavía vivo; y acojido aquel rumor con avidez, hizo aparecer en seguida un jóven revestido con el nombre y la dignidad del príncipe. El tal jóven era llamado Osbeck ó Warbeck, hijo de un judío convertido en el reinado de Eduardo IV. Su nombre era Pedro, pero la corrupcion de la lengua flamenca le hizo llamar despues Peterkin ó Perkin.

Dejáronse persuadir muchas personas que entre las aventuras amorosas de Eduardo se contaba la de la intimidad secreta que tuvo con la esposa de Warbeck, lo cual parecia tanto mas probable, cuanto que Perkin era el retrato mas perfecto de aquel monarca. Como este jóven tuvo la misma suerte que su padre, viajó por espacio de muchos años; de modo que cayeron en el olvido su nacimiento y las circunstancias de su vida, y ya era casi imposible encontrar ningun vestigio de ella. Las diversas vicisitudes que le sobrevinieron habian probablemente contribuido á desarrollar su sagacidad y la flexibilidad natural de su carácter hasta el punto de parecer á propósito para figurar cualquier papel que se le quisiese encargar. Habiendo la duquesa de Borgoña encontrado á este jóven con la capacidad suficiente para secundar sus miras, le dió unas lecciones que al poco tiempo le pusieron en disposicion de representar perfectamente el personaje del duque de Yo k. Aun los mismos que estaban en el secreto de la impostura llegaron á alucinarse á sí mismos al ver el rostro noble y agraciado, las maneras elegantes, y la conversacion viva y brillante de Perkin.

El reino de Irlanda, que todavía conservaba su antigua adhesion á la casa de York, fué escojido, como ya lo habia sido para Simnel, como el teatro mas favorable para los primeros pasos de Perkin, quien arribó á Cork, y allí con el nombre de Ricardo Plantaginesta se atrajo una multitud de partidarios de entre el pueblo crédulo. Escribió cartas á los condes de Dermond y de Kildare invitándolos á reunirse con él, y esparció por todas partes la supuesta historia de sus desdichas y el modo asombroso con que se sustrajo á la crueldad de su tio Ricardo. Las gentes ávidas de cosas nuevas y maravillosas no se ocupaban al poco tiempo mas que de tan singular personaje, y llegaron á interesarse por él. Su fama se estendió hasta Francia, y Carlos VIII envió á Perkin una invitacion para que pasase á su corte, en la cual fué recibido con todas las muestras de consideracion debidas á su pretendido rango.

El jóven aventurero, lejos de deslumbrarse con su súbita elevacion, sostuvo tan bien su carácter, y al parecer justificó tan completamente la favorable prevencion que habia hecho nacer, que hasta la misma Inglaterra empezó á dar crédito á sus pretensiones; de modo que sir Jorge Nevil, sir Juan Taylor y mas de cien nobles pasaron á París á rendirle sus homenajes y ofrecerle sus servicios.

La paz que, segun se ha dicho, se ajustó poco despues entre Francia é Inglaterra, obligó al supuesto príncipe á retirarse á la corte de su anciana protectora la duquesa de Borgoña, con la cual tuvo una entrevista verdaderamente ridícula. La protectora fingió que ignoraba las pretensiones de Perkin y que hasta las creia desnudas de verosimilitud, toda vez que habia sido engañada en la misma cuestion por Simnel; luego aparentó que examinaba todas las circunstancias del caso con la mas escrupulosa desconfianza, haciendo muchas preguntas y afectando un súbito asombro á cada una de las respuestas: en fin, despues de una larga y severa investigacion, dejándose dominar de la mayor sorpresa y alegría por una evasion tan milagrosa, le reconoció por su sobrino, la viva imágen de Eduardo, y el sucesor legítimo de la corona de Inglaterra. Inmediatamente le dió la servidumbre correspondiente á su figurado nacimiento, le otorgó una guardia de treinta alabarderos, y en todas las ocasiones le honró con el título de la *Rosa blanca de Inglaterra.*

Como los ingleses siempre estaban prontos á la rebelion, acojieron al instante toda aquella farsa que no parecia tal por la prudencia, los modales y discursos de Perkin—A. de J. C. 1493.—Todos los descontentos del gobierno del rey se apresuraron á unirse con el jóven aventurero; y aun muchos de los que habian contribuido á colocar á Enrique en el trono, no creyéndose bastante recompensados por este, fomentaron secretamente la impostura y se resolvieron á figurar entre los caudillos de aquella conspiracion. Reunióseles mucha gente de la clase inferior: los unos por aficion á la novedad, los otros por ciega deferencia á los que reputaban como á jefes suyos, y algunos por la esperanza de que un cambio de cosas remediaria su desesperada fortuna.

Lord Fitz-Walter, sir Simon Montfort, sir Tomás Thwaites y sir Roberto Clifford fueron del número de los que favorecieron secretamente la causa de Perkin; pero el que mas influencia tuvo en el negocio y ofreció mas riesgo á Enrique, fué sir Guillermo Stanley, su gentil-hombre y hermano del famoso lord Stanley, que

con tanta gloria habia sostenido los intereses del mismo Enrique. Ya porque aquel señor se hubiese alucinado por una ciega credulidad, ó lo que es mas probable, por una inquieta ambicion, entró en la conspiracion declarada contra el rey, y entabló correspondencia con los descontentos de Inglaterra y los de Flandes.



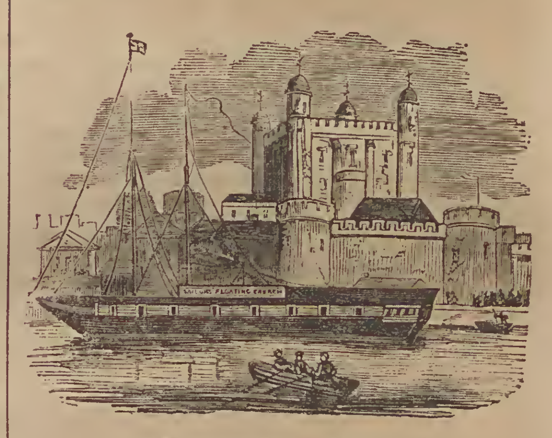
Guy, conde de Warwick (1).

Interin se tramaban semejantes planes en todas partes, atendiendo Enrique á los designios de sus enemigos, no perdonaba ningun medio para desenmascarar la impostura del pretendiente de la corona y para descubrir todos sus partidarios secretos. Con este objeto diseminó espías por toda Francia, seduciendo á varios de ellos con regalos considerables para que fingiesen que entraban en el partido enemigo, y hasta corrompiendo á algunos de los que pertenecian á este, entre los cuales se contó sir Roberto Clifford, uno de los mas notables tanto por su categoría como por el grado de confianza de que gozaba. Por él llegó á saber Enrique el nacimiento y todas las aventuras de Perkin, así como los nombres de los que secretamente se habian obligado á secundarle. Como ya se puede suponer, el rey se alegró mucho de un descubrimiento tan importante; pero cuanta mayor confianza dispensaba á sus espías, tanto mayor resentimiento fingia contra ellos.

Llenóle desde luego de indignacion la ingratitud de tantos súbditos de que habia rodeado su trono; pero disimuló su cólera difiriendo sus proyectos para una época mas favorable. Casi á la vez hizo prender á Fitz-Walter, á Montfort y á Thwaites, así como á Guillermo de Aubigny, Roberto Radcliffe, Tomás Cressener y Tomás Astwood—A. de J. C. 1494.—Montfort, Radcliffe y Aubigny fueron ejecutados inmediatamente, y los otros alcanzaron el perdon. Empero todavía faltaba por ser castigado el culpable mayor que por su clase y por sus relaciones con los principales personajes del reino parecia estar al abrigo de toda censura. Con esta idea Clifford fué compelido á dirigirse secretamente á Inglaterra para denunciar á Stanley en persona. Semejante acusacion llenó de asombro á todos los que la presenciaron: Enrique afectó no dar crédito á la denuncia; mas habiendo insistido Clifford, Stanley fué preso y poco despues interrogado ante el consejo. Viendo el acusado que se le probaba el delito con demasiada evidencia para que le pudiese negar, le confesó con la esperanza de que su confesion sincera aplacaria al rey y le serviria de expiacion, ó que sus antiguos servicios le alcanzarian el perdon. No tardó en reconocer el error de sus cálculos. Despues de una dilacion de seis semanas, durante las cuales el rey fingió vacilar acerca de su conducta en aquel caso, Stanley fué juzgado, condenado y decapitado—A. de J. C. 1495.

Durante todo su reinado este príncipe supo hacer una distincion notable entre los culpables que conspiraban contra él: el que tomaba las armas por conviccion y por un resto de amor á la casa de York, estaba por lo regular seguro de obtener su perdon; pero cuando el deseo de cambio ó el disgusto de la subordinacion eran el motivo de semejantes tentativas, el culpado estaba seguro de ser castigado con todo el rigor de las leyes.

Mientras que los partidarios de Perkin eran tratados sin compasion en Inglaterra, él se esforzaba por desembarcar en el condado de Kent. Los hidalgos de este territorio se reunieron para oponerse á sus tentativas, intentando antes con lisonjeras promesas inducirle á saltar en tierra; pero habiendo observado el prudente jóven que entre ellos habia mas órden y regularidad que la que debia haber en unas tropas levantadas de improviso, se negó á ponerse en sus manos. Así, no pudieron atacar los del país mas que á los que habian dejado el buque haciendo ciento cincuenta prisioneros, todos los que fueron condenados y ajusticiados por órden del rey que se habia decidido á no guardar ningun miramiento con unos hombres que ni fé ni honor conocian.



Torre de Londres.

Destituido el impostor de toda esperanza, se determinó á probar fortuna en Escocia, cuyo país le fué mucho mas favorable que Inglaterra. Jacobo IV le recibió como amigo, y alucinado por la historia de su pretendido nacimiento y de sus estraordinarias aventuras, llevó su confianza hasta el estremo de darle en matrimonio á Lady Catalina Gordon, parienta cercana de su muger é hija del conde de Huntley, cuya jóven era tan notable por su belleza como por sus virtudes. No contento Jacobo con tan señaladas muestras de favor, tomó la resolucion de colocar á Perkin en el trono de Inglaterra, convencido de que en el instante en que el impostor apareciese en este reino, se declararian á su favor todos los partidarios de la casa de York—A. de J. C. 1496.—Con esta persuasion entró en Inglaterra el rey de Escocia á la cabeza de un ejército numeroso, apresurándose á proclamar en todas partes al jóven aventurero; pero como todo el mundo estaba ya cansado de las pretensiones y tentativas que tantas veces se habian frustrado, nadie se mostró pronto á secundar los esfuerzos de Perkin y del rey de Escocia; y así este, sorprendido y acobardado con tan mal ensayo, regresó

(1) Estátua que se halla en una calle de Londres.

á Edimburgo, donde aquel continuó viviendo hasta que la paz ajustada entre ambos reyes le obligó á abandonar la Escocia y á ir á buscar un nuevo protector.

No le disgustó á Enrique semejante tentativa de Perkin, la cual podia servirle de pretesto para lograr infaliblemente subsidios del parlamento.

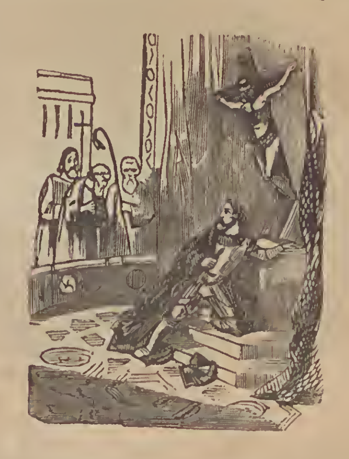
En efecto, obtuvo sin dificultad lo que deseaba; pero conoció que no era tan fácil recaudar el dinero. Los habitantes de Cornouailles fueron los primeros que se resistieron á contribuir, no queriendo dar sus recursos para defender una parte del reino tan lejana de ellos —A. de J. C. 1497.—No tardó en ser estimulado su descontento por un tal Miguel José, herrador de Bodmin, que por mucho tiempo habio sido orador del pueblo. Uniósele Tomás Flammock, jurisconsulto, y los insurgentes á las órdenes de estos dos jefes atravesaron el condado de Devon y se dirigieron hácia el de Sommerset en que se aumentaron sus fuerzas con la incorporacion de lord Andley, descendiente de una familia antigua, hombre muy popular, pero vano, ambicioso y de un carácter inquieto y turbulento.

Los rebeldes avanzaron hácia Londres sin cometer ningun esceso en el camino, no deseando mas que la muerte de los ministros del rey; pero como no tuvieron nuevos refuerzos ni acojida favorable, resolvieron acamparse cerca de Elthan, no lejos de Londres. Enrique, cuyo valor y actividad nunca cesaban, habia levantado algun tiempo antes un ejército para rechazar á los escoceses, y ordenó que estas tropas marchasen hácia el sur á fin de disipar la insurreccion de los habitantes de Cornouailles. En otras ocasiones siempre se le habia visto apresurarse á terminar los sucesos, y se le habia oido decir que no deseaba mas que encontrar á sus enemigos; mas como esta vez los rebeldes se manifestaban moderados en su conducta, difirió el ataque por algun tiempo. Por fin lord Daubigny emprendió la accion y logró, despues de alguna resistencia, romper y dispersar el ejercito de los insurgentes. Lord Andley, Flammock y José fueron cojidos y ajusticiados, y á los demás en número de catorce mil se les dió libertad sin imponerles ningun castigo.

Perkin, espulsado de Escocia y recibido muy friamente por los flamencos que deseaban vivir en paz con Inglaterra, se refugió otra vez á los desiertos de Irlanda, donde se resolvió á proseguir sus proyectos. Cansado muy pronto de una vida inactiva, conferenció con sus compañeros de fortuna, Herne, Skelton y Astley que eran tres comerciantes quebrados, y por su consejo trató de probar el afecto de los habitantes de Cornouailles, á quienes la conducta generosa del rey habia predispuesto mas y mas á la rebelion. Incapaces aquellos hombres ignorantes y groseros de esperimentar el noble sentimiento de la gratitud, y atribuyendo á miedo la clemencia del rey, persuadieron á sus compatriotas que todo el reino estaba dispuesto á vengar sus quejas, y tras de semejantes sugestiones se decidieron á poner á Perkin á su cabeza. Luego que este se presentó en Bodmin, el populacho en número de tres mil corrió á alistarse en sus banderas.

Enorgullecido con esta aparente ventaja, osó tomar por primera vez el título de Ricardo IV rey de Inglaterra, y para no dejar enfriar el valor y entusiasmo de sus partidarios los condujo á las cercanías de Exeter; pero viendo que sus habitantes persistian en cerrarle las puertas, y no teniendo ni artillería ni las provisiones necesarias para sitiar la ciudad, se resolvió á dilatar tamaña empresa para mas adelante, á fin de poder proporcionarse las fuerzas indispensables para penetrar en el reino. Enrique supo con placer la noticia del desembarco de Perkin, y aseguró que anhelaba una entrevista con un hombre á quien deseaba ver hacia mucho tiempo. Convencidos todos los cortesanos de la situacion desesperada de Perkin, y deseosos de acreditar al rey su fidelidad, se prepararon con actividad á acompañarle. Los lores Daubigny y Broke, el conde de Devonshire y el duque de Buckingam se pusieron á la cabeza de sus respectivas fuerzas, mostrando que aguardaban con impaciencia la ocasion de desplegar á los ojos de su soberano el valor y el celo que los animaban.

Informado Perkin de tan grandes preparativos, levantó el asedio de Exeter retirándose á Taunton. Sus tropas ascendian á la sazon al número de siete mil hombres, y parecian dispuestos á defender su causa con ardimiento; pero cuando habian de combatir, el valor abandó á Perkin, y en lugar de conducirlos al campo de batalla, se desertó furtivamente refugiándose en el monasterio de Beanlien, en el Nuevo-Bosque. Sus des-



graciados partidarios se sometieron al rey, á quien todavía encontraron propenso á perdonarles, y á escepcion de un cortísimo número de jefes, ninguno fué castigado con pena capital. Lady Catalina Gordon, esposa de Perkin, cayó en manos del vencedor, por quien fué tratada con todos los miramientos debidos á su categoría y á su sexo, confiriéndola un puesto distinguido cerca de la reina y una pension que disfrutó hasta su fallecimiento.

En cuanto á Perkin, algunas personas sugirieron desde luego al rey la idea de que le arrancase por la fuerza del asilo á que se habia acojido, y que hiciese con él un ejemplar escarmiento; pero Enrique, creyendo oportuno emplear medios mas dulces, encargó á algunos agentes, que bajo promesa de perdon le indujesen á ponerse en manos de la justicia y á confesar toda su impostura. Como Perkin ya no podia dudar que sus planes se habian malogrado, aceptó sin vacilar la oferta del rey y abandonó el santuario que habia escojido. Enrique, que tenia muchos deseos de verle, ordenó que le condujesen á la corte, y le hizo atravesar en triunfo las calles de Londres en medio de la algazara y los insultos de la plebe, que el injuriado soportó con dignidad y resignacion. Se le precisó á firmar una confesion completa de su vida y de sus intrigas, la cual fué impresa y esparcida por todo el reino; mas era tan imperfecta y contradictoria, que lejos de evidenciar la impostura, solo sirvió para suscitar mas dudas que nunca acerca de su nacimiento y de sus aventuras: de modo que aun hoy dia hay la misma incertidumbre entre las personas mas ilustradas con respecto á las pretensiones de tan singular jóven.

Aunque le fué concedida la vida, no obstante se le retuvo en prision con gente designada para vigilar su conducta; mas el hastío y la impaciencia que le causó la cautividad, le impulsaron á burlar la vigilancia de sus guardas y á refugiarse en el monasterio de Shene, poniéndose en manos de su prior—A. de J. C. 1498.—Otra vez se vió obligado á confiar en la misericordia del rey entregándose á su disposicion. A fin de hacerle completamente despreciable se le llevó á los patios de

Westminster y de Cheapisde, donde se le obligó á repetir en voz alta la confesion que anteriormente habia firmado. Desde allí fué enviado á la Torre, prision inaccesible que se creyó propia para moderar su espíritu activo é inquieto; mas nada pudo reprimir su propension á las maquinaciones, mediante las cuales consiguió ganar la confianza de cuatro criados del teniente gobernador y entablar por su conducto correspondencia con el infortunado conde de Warwick, que estaba encerrado en la misma prision hacia muchos años, é ignoraba completamente todo lo que habia acontecido—A. de J. C. 1499.

Segun todas las probabilidades el rey dejó correr la correspondencia entre los dos prisioneros, con la esperanza de que el génio emprendedor y la destreza insinuante de Perkin llegarian á inducir al sencillo Warwick á algun proyecto que diese pretesto para quitar á ambos la vida. Efectivamente, segun se cuenta, Perkin logró que los seducidos criados consintiesen en matar á su amo, para asegurar la fuga de los dos prisioneros que debian escaparse en seguida y refugiarse en algun punto desconocido del reino.

A fin de que el riesgo pareciese inminente, y para justificar de alguna manera las medidas que el rey pensaba tomar, fué provocada una insurreccion al mismo tiempo en el reino de Kent. Un jóven llamado Ralph Wilford, hijo de un zapatero, fingió ser el conde de Warwick por instigaciones de un monje agustino nombrado Patrick, quien hasta predicó exhortando al pueblo á tomar las armas en favor suyo. Este hombre ordinariamente servia de instrumento á los emisarios del rey, y así es que habiendo sido preso con su discípulo, alcanzó el perdon, al paso que este fué ahorcado.

Semejante suceso fué el preludio de la suerte triste de Perkin y del conde de Warwick. El primero, despues de ser juzgado en Westminster y convicto por el testimonio de los criados del gobernador de la Torre, fué ahorcado en Tyburn, así como Juan Walter, corregidor de Cork, el cual constantemente habia defendido al mismo Perkin en todas las vicisitudes de su fortuna. Blewet y Astwood, dos de los referidos criados, tuvieron la misma suerte, y otras seis personas condenadas como cómplices lograron el perdon.

Pocos dias despues de la ejecucion de Perkin, fué juzgado el infeliz conde de Warwick por los pares, y convicto del crímen de alta traicion: en su consecuencia fué decapitado en Tower-Hill, pereciendo así el último vástago de los Plantaginestas.

El fin deplorable de este hombre inocente y la triste suerte de Perkin, que á pesar de todas las circunstancias que habia contra él, era mirado por las personas desnudas de prevencion como hijo verdadero del rey Eduardo, llenaron de horror al reino é inspiraron tal aversion hácia el gobierno de Enrique, que este se vió precisado á declinar la odiosidad de semejante accion en su aliado Fernando de Aragon, quien segun se pretende, no quiso relacionarse con Enrique hasta que se aseguró de que no existia heredero alguno de la casa de York.

Como no hubo hasta entonces en este reinado mas que traiciones, insurrecciones é imposturas, es probable que lo que impelió á Enrique á semejante rigor fueron los contínuos temores en que vivia. Ningun príncipe amó tanto como él la paz, y cuanto mayor ódio le profesaban sus súbditos, tanto mas se esforzó en reprimir sus tendencias belicosas. El principio de todos sus tratados era que «al venir Jesucristo al mundo fué anunciada la paz, y que cuando lo dejó legó la paz á su pueblo.» Siempre deseaba estender su poder únicamente con negociaciones prudentes y ventajosas, por cuyo medio se hacia mucho mas temible á sus vecinos que lo fueron sus predecesores con sus brillantes conquistas. Estos soberanos guerreros llegaron á ser el terror de sus propios súbditos, mientras que Enrique no le infundió sino á los reyes sus rivales.

Enrique al subir al trono se propuso principalmente dos objetos: reprimir la preponderancia de la nobleza y del clero, y educar é ilustrar al pueblo, porque estaba convencido de que la causa de todos los disturbios de los reinados anteriores habia sido la ambicion y la rebeldía de los unos, así como la miseria y credulidad de los otros. En los tiempos feudales cada noble poseia cierto número de súbditos en quienes ejercia un poder absoluto, escitándolos á la rebelion ó á la desobediencia al menor descontento que hubiese. Enrique previó fundadamente que el mejor medio de debilitar el poderío de aquellos pequeños tiranos era darles el derecho de vender sus bienes que hasta entonces eran inenajenables.

Al efecto espidió un decreto por el cual permitió á los nobles disponer de sus estados. Esta resolucion, al paso que agradó sobremanera á los comunes, no desagradó á los nobles, porque así tenian un medio seguro de sostener su inclinacion á la prodigalidad y de satisfacer las exigencias de sus acreedores. Semejante facultad fué fatal para su posteridad; pero eran demasiado imprevisores y codiciosos para contenerse por una ruina tan lejana de ellos.



Capilla de Enrique VII en Londres.

En seguida prohibió á los mismos nobles el tener á su disposicion muchos centenares de hombres, que revestidos con sus libreas estaban prontos á obedecer la menor órden suya. Por otra órden vedó bajo penas muy severas llevar librea á todos los que no era reputados como criados. El rey hizo observar la tal medida con el mayor rigor; pues segun se cuenta, una vez en que fué á visitar al conde de Oxford, fué recibido por este con un esplendor casi régio. En el momento de despedirse vió Enrique en dos líneas un gran número de hombres, revestidos con libreas muy ricas y dispuestos á tributarle los debidos honores en el acto en que pasase; con lo cual preguntó lleno de sorpresa á lord Oxford si mantenia tantos criados. El conde, adivinando el motivo de la pregunta, le respondió que aquellos hombres únicamente estaban allí para rendirle homenaje y que no los pagaba mas que en casos estraordinarios. «Milord, repuso el rey, os doy gracias por el »recibimiento que me habeis dispensado; pero no puedo »tolerar que así se infrinjan las leyes en mi presencia. »Mi procurador general conferenciará con vos.» En su consecuencia, segun se refiere, Oxford fué obligado á pagar quince mil marcos por su transgresion de las leyes.

Ya se ha visto por el número de delincuentes que se ponian al abrigo de la justicia de los santuarios, el abuso que se hacia de los monasterios y demás lugares destinados al culto. En virtud del privilegio que el clero

se habia apropiado como un derecho incontestable, los pretendidos asilos sagrados llegaron á ser unos albergues de asesinos, ladrones y conspiradores. Los hechiceros y mágicos eran los únicos que no podian aprovecharse de la ventaja que ofrecian aquellos refugios, y así estos infelices, cuyos crímenes eran imaginarios, eran los únicos á quienes estaba impedido el participar del bien que solia producir semejante privilegio.

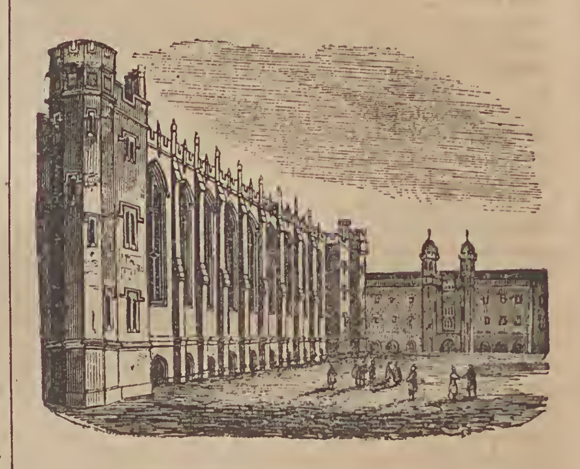
El rey hizo todo lo posible por inducir al papa á abolir los asilos; pero nada mas pudo lograr, sino que en el caso en que los ladrones, los asesinos y los tramposos acojidos una vez á sagrado salieren de allí á perpetrar nuevos crímenes y volvieren á refugiarse, pudiesen ser arrancados del santuario y abandonados á la justicia.

Mas en tanto que Enrique acreditaba la sumision mas profunda á las órdenes del pontífice y el mayor respeto al clero, procuraba disminuir el poderío del papa, á quien llegó á alucinar tan bien con su adhesion aparente á la Iglesia, que le invitó á renovar las cruzadas y á emprender la conquista de la Tierra Santa. La respuesta que le dió Enrique merece ser referida. Aseguraba á S. S. que «nadie estaba mas dispuesto que él á »acometer una espedicion tan útil y gloriosa; pero que »hallándose sus dominios tan lejanos de Constantinopla »era mas oportuno recurrir á los reyes de Francia y de »España para tamaña empresa, y que si estos se encar»gaban de ella, él se apresuraria á secundarlos tan »pronto como desapareciesen las diferencias que habia »entre los príncipes cristianos.» Esta diestra respuesta era á la vez una negativa política y una reconvencion indirecta.

Con el objeto de debilitar la preponderancia de la nobleza y del clero, empleó todos los medios de que podia disponer para acrecentar los privilegios del pueblo, el cual desde los reinados anteriores se hallaba irritado y estimulado constantemente á la guerra civil y á perpetrar terribles asesinatos por la poca indulgencia ó mas bien por las medidas rígidas é injustas que no cesaban de adoptarse con respecto á las clases inferiores. El rey pues espidió muchas órdenes, que al paso que restablecian parte de los derechos del pueblo, servian para reprimir el espíritu de rebelion que hasta entonces habia habido. Con esto desapareció la perniciosa ociosidad en que solia estar el pueblo mantenido por caudillos orgullosos, y se vió precisado por su propio bien á hacerse industrioso. La nobleza, en lugar de envidiarse recíprocamente el número y la fuerza de sus guardias, adquirió por grados un género de emulacion muy diferente, dedicándose á distinguirse por el esplendor y la elegancia de sus trenes, de sus casas y de su mesa. Todas las miras del rey se dirigian á desarrollar el comercio, que naturalmente contribuia á introducir el espíritu de libertad entre el pueblo, y á emanciparle de toda especie de dependencia fuera de la que imponian las leyes y el soberano.

Todas las poblaciones anteriores á esta gran época debian su orígen á algun castillo, morada habitual de un señor poderoso. Estas fortalezas servian ya de asilo al infortunio, ya de prision á los criminales, y solian estar custodiadas por guarniciones que eran mantenidas y dependian en todo de los nobles á quienes pertenecian los mismos castillos. Junto á estas moradas protectoras se establecieron entonces los artesanos y mercaderes para abastecer á los habitantes de ellas de todo lo necesario para la vida, y allí acudian tambien á vivir los colonos y labradores de las inmediaciones para encontrar proteccion contra las numerosas cuadrillas de bandidos, llamados los de Roberto, que se escondian de dia en los bosques é infestaban el campo por la noche. Así fué como se poblaron sucesivamente las ciudades. Enrique se esforzó por reunir todavía con mas intimidad á los habitantes de aquellas diferentes colonias ofreciéndoles una especie de vida comercial que nunca habian conocido hasta entonces. Enseñóles con su propio ejemplo la frugalidad y la economía, y además de ser muy exácto en el pago de las deudas que se veia precisado á contraer, jamás descuidó los intereses de los comerciantes en sus tratados con las potencias estranjeras.

Empero no debe disimularse que los cálculos constantes de Enrique acerca de las ventajas del dinero le arrastraron insensiblemente á dar al metálico mas importancia que la debida. A medida que fué envejeciéndose, su espíritu de economía degeneró en avaricia y llegó á superar á la ambicion, no siendo fácil que ni aun sus admiradores mas celosos puedan justificar los medios que empleaba para aumentar sus tesoros. Encontró dos ministros los mas á propósito para apoyar sus miras codiciosas, cuyos ministros eran Empson y Dudley, ambos jurisconsultos. El primero, que era de un nacimiento oscuro, tenia costumbres groseras y un carácter inflexible: el segundo, de un orígen menos bajo, habia recibido una educacion mas esmerada, pero era duro é inexorable. La ocupacion habitual de entrambos era el denunciar y arrestar á las personas en quienes intentaban hacer caer el peso de su opresion, las cuales no podian recobrar su libertad sino pagando multas considerables que se llamaban perdones y composiciones. Poco á poco se endurecieron de tal modo estos sórdidos ministros, que se desdeñaban hasta de cumplir las formalidades ordinarias de la ley no empleando sino los medios mas espeditos para lograr su fin. Disponian arbitrariamente de la libertad de aquellos á quienes acusaban confiscando sus bienes á favor del tesoro real. Pero el principal instrumento de su opresion eran las leyes penales que sin consideracion de clase, cualidades ó servicios aplicaban indistintamente.



Hospital del Cristo en Londres.

El último período del reinado de este monarca activo se consumió en contínuos proyectos de reunir un gran tesoro y de acrecer el poderío del pueblo, que segun él era el medio mas seguro de aumentar la preponderancia de la nacion. Tuvo la satisfaccion de que Arturo, príncipe de Galles, se casase con Catalina, infanta de España, cuya alianza que hacia siete años se habia negociado, lejos de producir los efectos deseados, no surtió mas que funestos resultados, porque el jóven príncipe cayó enfermo y murió á los pocos meses llorado por la nacion entera en el—A. de J. C. 1502.— Poco despues de semejante desgracia la princesa fué obligada á desposarse con Enrique, hijo segundo del rey, el cual fué nombrado príncipe de Galles en lugar de su difunto hermano. El príncipe tambien se opuso con todas sus fuerzas á tal matrimonio; pero el rey insistió en su resolucion, y obteniendo al efecto dis-

pensa del papa, la ceremonia nupcial fué celebrada á pesar de la repugnancia del jóven Enrique que á la sazon entraba en los doce años.

No tardaron en seguir á la magnificencia de estas bodas las fiestas que tuvieron lugar con ocasion del arribo casual del archiduque Felipe y de Juana su esposa. Estos se habian embarcado para España durante el invierno á fin de aprovechar la disposicion favorable de los españoles que deseaban que el gobierno fuese trasmitido á Felipe; mas una violenta tempestad que les asaltó en su navegacion los obligó á refugiarse en la ensenada de Weymouth, donde fueron recibidos de la manera mas honorífica por sir Juan Trenchad, señor que tenia gran autoridad en el condado de Dorset. Informado el rey del arribo de los príncipes, envió al conde de Arundel á cumplimentarlos por su parte y á anunciarles que su intencion era el ir en persona á hacerles una visita—A. de J. C. 1506.—Felipe en la imposibilidad de resistir á las instancias del rey, se resolvió para abreviar toda dilacion, á anticiparse y á tener una entrevista con él en Windsor. Enrique le recibió con toda la magnificencia posible y con las demostraciones de la amistad mas sincera; pero se determinó secretamente á hacerse reembolsar de los gastos que con aquel motivo tuvo que realizar, sacando partido de la visita de su huésped para su propio provecho y el de la nacion.

Algunos años antes habia habido una conspiracion formada contra Enrique por el conde de Suffolk, y por ella fueron condenados y ajusticiados Santiago Tyrrel y sir Santiago Windham, en tanto que el autor principal, que era el mismo conde de Suffolk, se escapó á los Paises Bajos, donde encontró proteccion al lado de Felipe. Este príncipe, requerido por Enrique, consintió en entregarle al conde, quien llevado á Inglaterra fué encerrado en la Torre.

Igualmente concluyeron entrambos príncipes un tratado de comercio que fué entonces de la mayor importancia para Inglaterra, y que es todavía el fundamento de todos los de hoy.

Viendo por fin Enrique á Inglaterra civilizada por sus desvelos, al pueblo pronto á pagar los impuestos sin repugnancia, á los nobles acostumbrados á la subordinacion debida, á las leyes puestas en vigor y respetadas, á las ciudades caminando hácia la independencia, al comercio desarrollándose mas cada dia, al espíritu de faccion estinguiéndose insensiblemente, y á los estranjeros respetando á Inglaterra, empezó á pensar en la otra vida. Conociendo que su fin iba acercándose, trató de reconciliarse con el cielo, distribuyendo limosnas, fundando casas religiosas, y otorgando un perdon general á todos sus súbditos para expiar los errores en que habia incurrido. Hallábase en medio de estas disposiciones cuando murió de gota, que le subió al estómago—A. de J. C. 1509, 21 de abril.—Estaba en la edad de cincuenta y dos años, y en los veintitres de reinado.

Desde Alfredo no habia sido gobernada la Inglaterra por un rey tan sábio, pues hizo á sus súbditos poderorosos y felices, y operó en las costumbres del pueblo un cambio mucho mayor que el que se debia esperar en tan poco tiempo. El principal defecto que se le puede echar en cara es el haber dejado degenerar en avaricia el espíritu de órden y de economía tan ventajoso para una nacion, y el haberlo sacrificado todo al placer sórdido de amontonar sumas inmensas. Empero ¿no merece que se le perdone una falta que redundó en utilidad del bien público? Las arcas del rey eran el único tesoro de la nacion, y así el pueblo inglés era reputado rico ó pobre al tenor de la situacion de los recursos del soberano (1).

(1) En efecto, mas aquella avaricia que llenaba las arcas del rey preparó el despotismo de su hijo Enrique VIII, haciéndole independiente de su pueblo. *(Note de Brissot de Warville aux Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

En esta época parecia que no solo Inglaterra, sino que toda Europa se despertaba de un sopor en que habia estado sumergida por espacio de mil doscientos años. Francia, España, Portugal y Suecia estaban gobernados por monarcas sábios y bienhechores que protegian las nacientes artes y ofrecian á sus súbditos medios seguros de prosperidad. Los portugueses al mando de Vasco de Gama hicieron un viaje al cabo de Buena Esperanza, y los españoles guiados por Cristóbal Colon descubrieron el Nuevo Mundo. La casualidad fué lo que impidió que Enrique no tuviese parte en una empresa tan importante; porque Colon, habiendo sido desairado varias veces por las cortes de España y Portugal, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra á esplicar sus planes al rey y solicitar su proteccion. Enrique invitó á Colon á que pasase al instante á Inglaterra: pero Bartolomé fué cojido por unos piratas al regresar á España, y en el ínterin Colon logró sus intentos cerca de Isabel, reina de Castilla, obteniendo auxilios, con los que emprendió su viaje, llevándole á cabo venturosamente.

No se desalentó Enrique por semejante contratiempo, pues hizo que se aprestase Sebastian Cabot, veneciano que vivia en Bristol, y le envió por el lado de Occidente á descubrir nuevos países, y en efecto descubrió la parte septentrional de la tierra firme de América—A. de J. C. 1497.—Despues dió la vela hácia el Mediodía á lo largo de la costa, y descubrió á Terranova y otras comarcas; pero regresó á Inglaterra sin dejar ningun estableciento en el Nuevo Mundo.

Poco despues Enrique invirtió catorce mil libras esterlinas en construir un buque, al cual llamó *Enrique el Grande*, y que en realidad fué el primero de la marina inglesa, porque hasta entonces, cuando el rey tenia nesidad de una escuadra, no habia otro arbitrio que alquilar los buques mercantes.

CAPÍTULO XXIV.

ENRIQUE VIII.

(Desde el año de 1509 hasta el de 1547.)

Enrique VIII entraba en la edad de diez y ocho años cuando tomó las riendas del gobierno, y á ningun advenimiento al trono habia acompañado todavía una reunion de circunstancias mas favorables. Este príncipe,



Enrique. VIII.

merced á la sabiduría y destreza de su padre, hallaba un reino pacífico, las rentas en buen órden, y una herencia indisputable, porque descendia por su padre de la casa de Lancastre y por su madre de la de York, y porque teniendo amistad con todos los soberanos de Europa, de dia en dia veia ir creciendo la preponderancia

y las riquezas de sus súbditos, por el entusiasmo con que estos parecia que acojian las artes y el comercio, que hacia poco tiempo se habian introducido en el reino. El jóven rey era hermoso y bien formado; tenia mucha destreza en todos los ejercicios del cuerpo; su continente franco y noble disponia todos los corazones á amarle; y así como le adoraban sus súbditos, todo parecia sonreirle. Como el rey difunto era muy ilustrado, dió él mismo á su hijo todos los conocimientos que se podian adquirir en aquella época; de modo que Enrique á la edad de diez y ocho años estaba eminentemente instruido, sobre todo en teología.

Enrique empero acreditó asaz pronto que no bastaban aquellas cualidades para adquirir un gran carácter, porque las que poseia no eran mas que dones de la naturaleza y el resultado de los asíduos desvelos de su padre; pero carecia de las principales, que estriban en un buen corazon y en un juicio sano. Su instruccion, lejos de enseñarle á corregir sus vicios, no servia mas que para inflamar su orgullo. El entusiasmo de sus súbditos que le adulaban incesantemente, fué para él un brillante meteoro que le deslumbró para siempre.

Sus grandes riquezas, en lugar de servirle para aliviar á su pueblo ó para aumentar su poderío, no contribuyeron mas que para fomentar sus estravíos ó para satisfacer la rapacidad de los ministros de sus placeres. ¡Dichoso él si sus defectos no hubieran sido mas graves! Pero Enrique, haciéndose mas culpable de dia en dia, llegó á ser el tirano de su pueblo: sus crueldades inspiraron espanto al poco tiempo, y por ventajosas que despues hayan podido ser las consecuencias de sus medidas, todo corazon humano detestará siempre los motivos que se las hicieron adoptar, y los medios que empleó para lograr sus fines.

El primer acto que hizo presumir que este reinado seria muy diferente del anterior, fué la ejecucion de Empson y Dudley, culpables para con el pueblo por haber favorecido la rapacidad del último rey. Entrambos fueron citados ante el consejo para que diesen cuenta de su conducta. Empson alegó en defensa suya que sus acciones, lejos de escitar el anatema público, merecian mas bien una recompensa y la aprobacion general; y á pesar de que el único delito por que se les podia reconvenir se limitaba á una ejecucion demasiado escrupulosa de las leyes, y á pesar de que estas habian sido establecidas prévio el unánime consentimiento del pueblo, fueron enviados á la Torre, sin atender á sus reclamaciones—Año 1511.—Poco despues fueron enjuiciados: mas como el exacto cumplimiento de su deber no podia ser alegado contra ellos como un crímen, y sin embargo el pueblo pedia su castigo, se les acusó de haber entrado en una conspiracion contra el rey actual, y de haber querido apoderarse por la fuerza de la administracion del gobierno. Nada habia mas inverosímil que semejante imputacion; mas el jurado participaba tanto de la preocupacion popular, que pronunció sentencia contra ellos, siendo ejecutados al poco tiempo por órden del rey.

Esta medida, que manifestaba la mas injusta condescendencia al clamor popular, fué seguida de otra mucho mas perjudicial á los intereses de la nacion, por mas que parecia agradar al pueblo.

El papa Julio II preocupaba entonces á toda Europa con la fama de sus intrigas y de su ambicion, y contra quien principalmente se manifestaba resentido era contra Luis XII, rey de Francia, que estaba en posesion de varias provincias de Italia, de que el papa esperaba alejarle. Con tal designio hizo este un tratado con Fernando, rey de España, y Enrique, rey de Inglaterra, prometiéndoles las ventajas mas propias para satisfacer y estimular su ambicion, si accedian á dirigir sus armas contra Luis XII en tanto que él trataba de entretenerle en Italia. Como Enrique aspiraba á la gloria de esta espedicion, y esperaba recibir el título de rey cristianísimo que el papa habia prometido quitar á Luis XII para trasmitirle á él, abrazó la causa de Julio II—Año 1512.

Con tal motivo reunió su parlamento, el cual le otorgó al instante los recursos necesarios para los gastos de una empresa que parecia no desagradar al pueblo. Todavía no se habia estinguido el espíritu caballeresco en Inglaterra; y como quiera que para ella era siempre un objeto de envidia el reino de Francia, Enrique, de acuerdo con el pueblo inglés, no pensó mas que en semejante conquista. En vano le representaron los hombres mas prudentes de su consejo que la guerra en el continente no podia menos de ser perjudicial á los intereses de su reino, el cual lejos de enriquecerse se empobreceria, y por su situacion no podia pretender un imperio dilatado. El jóven rey, sordo á todas las reflexiones y lleno de ardimiento marcial, se decidió á emprender la guerra. El marqués de Dorset fué enviado á Fuenterrabía con un ejército considerable para cooperar á las operaciones de Fernando; pero este monarca artificioso y desleal, que ninguna intencion tenia de cumplir su palabra, no apoyó los esfuerzos de los ingleses, y así estos se vieron precisados á regresar á Inglaterra sin haber hecho nada.

Poco despues fué equipada una escuadra considerable cuyo mando se confió á sir Eduardo Howard, quien se presentó delante de Brest y desafió á la francesa que allí estaba.



El salón nuevo en Londres.

Como los franceses tenian fuerzas inferiores á las del enemigo, se determinaron á aguardar un refuerzo que iba del Mediterráneo á las órdenes de Prejan de Bidoux; pero el valiente Howard concibió el designio de frustrar sus proyectos. No tardó en aparecer Prejan con seis galeras, y apenas se refugió debajo de las baterías que habia en unas rocas que estaban á derecha é izquierda, Howard bogó hácia él con solas dos galeras y algunos barcos llenos de oficiales distinguidos. Luego que llegó adonde se hallaba el buque de Perjan, echó el cloque y saltó á bordo con un español llamado Caroz y diez y siete ingleses. En el mismo momento fué cortado por el enemigo el cable que amarraba los dos buques, y el almirante cayó en poder de los franceses, y como aquel siguió combatiendo con un ardor y furor estremados, fué rechazado hácia el borde por las picas de estos, y precipitado al mar, donde pereció.

Los ingleses en seguida de esta desgracia se retiraron de la vista de Brest, permaneciendo por algun tiempo la armada francesa dueña del mar.

Este lijero descalabro no sirvió mas que para acrecer el ardor belicoso del rey y para inspirarle el deseo de vengarse, á cuyo efecto envió prontamente á Calais un cuerpo de ocho mil hombres mandados por el conde de Shrewsbury, y poco despues otro de seis mil á las órdenes de lord Herbet, yendo el mismo Enrique á la cabeza del ejército principal y de la retaguardia en compañía de una gran parte de la nobleza inglesa. No

tardó en incorporársele un personaje de alta importancia, que fué Maximiliano, emperador de Austria, quien hallándose imposibilitado para llenar el compromiso que tenia para con el rey de Inglaterra, de reforzarle con ocho mil hombres, quiso al menos reunirse al ejército inglés con algunos alemanes y soldados flamencos que dieron á las bisoñas tropas de Enrique un ejemplo útil de disciplina militar. El mismo emperador se alistó al servicio de Inglaterra, llevando la cruz de San Jorje y recibiendo como súbdito del rey la paga de cien coronas por dia.

Encontrábase entonces Enrique al frente de un ejército formidable; y con tanta mas razon debia suponerse que Francia vendria á ser presa de cincuenta mil hombres, cuanto que no se hallaba amenazada solo por Inglaterra, pues por otro lado los suizos con veinticinco mil hombres se preparaban á invadirla, y además Fernando de Aragon, no queriendo ligarse con ningun tratado, aguardaba una coyuntura favorable para atacarla.

Jamás habia estado la monarquía francesa en una situacion tan peligrosa: todo lo debia temer; pero los errores en que incurrieron sus numerosos agresores contribuyeron á su salvacion. Los suizos hicieron un tratado con La Trimouille, general francés que accedió á firmar las condiciones que le propusieron. Fernando continuó siendo tranquilo espectador, aguardando en vano el momento en que sus aliados darian algun golpe decisivo, y Enrique perdió el tiempo sitiando varias ciudades que ni podian asegurar sus conquistas ni aumentar su gloria.

El primero de los asedios fué el de Teruana, en Picardía, en cuya empresa empleó mas de un mes, sin embargo de que la guarnicion apenas se componia de dos mil hombres.

Habiendo llegado los sitiados á carecer de provisiones, hízose para socorrerlos una tentativa atrevida y desesperada que tuvo buen éxito. Un capitan francés llamado Fontrailles condujo un cuerpo de ochocientos hombres, cada uno de los cuales llevaba detrás de sí un saco de pólvora y dos cuartos de cerdo, y ejecutando en el campo inglés una irrupcion inesperada, arrolló toda especie de resistencia y penetró hasta uno de los fosos de la dad, adonde todos los ginetes echaron su carga, lose inmediatamente por el mismo punto. Repitiose la misma operacion con bastante felicidad sin perderse en ella sino muy poca gente.

No libró tan bien la caballería encargada de proteger la retirada, á pesar de estar mandada por uno de los mas resueltos y valientes capitanes del ejército francés; pues al ver á los ingleses se apoderó de ella tan gran terror, que echó á huir cayendo prisioneros muchos de los mejores oficiales franceses.

Esta accion fué apellidada por los franceses la batalla de Guinegate, por llamarse así el punto en que se dió el combate. Los ingleses la nombraron la jornada de las espuelas, porque los franceses en ella hicieron mas uso de estas que de sus espadas.

Despues de esta victoria que debia tener consecuencias importantes si el vencedor se hubiera dirigido hácia París, obstinóse el rey en estarse quieto á fin de reducir aquella pequeña ciudad que al cabo se rindió trás de una tenaz resistencia. Enrique al verse triunfante se glorió de una victoria que ni podia redimir la sangre vertida ni el tiempo perdido.

Cayendo de un error en otro, trató de sitiar á Tournay, ciudad rica y grande de Flandes, que á la sazon pertenecia á los franceses. Por corto que fuese este asedio, no servia mas que para retardar el objeto mas importante, que era la conquista de Francia. Ufano Enrique con sus frívolos triunfos, se resolvió de improviso á retirarse con su ejército al saber que así lo habian hecho los suizos. En efecto, regresó á Inglaterra, donde la lisonja se esforzó en ensalzar la gloria de su espedicion ridícula. Entonces se ajustó la paz entre ambos reinos, y Enrique no se ocupó mas que en disipar en locuras los inmensos tesoros reunidos por su predecesor con miras bien diferentes.

Interin permaneció en el continente, sus ejércitos alcanzaron en el norte de Inglaterra un triunfo mucho mas importante.

Como los escoceses espiaban siempre con empeño la ocasion de promover contienda con sus vecinos cuando estos la tenian con Francia, declararon guerra á los ingleses. El rey de Escocia, despues de reunir todas las fuerzas de su reino, pasó el Twed con un ejército de cincuenta mil hombres y arrasó toda la comarca de Northumberland situada sobre las márgenes de aquel rio; mas siendo tan numeroso su ejército y el país demasiado estéril, al momento faltaron los víveres, lo cual forzó á muchos soldados á desertarse y á regresar á sus montañas.



Palacio de S. James, edificado por órden de Enrique VIII.

El conde de Surrey á la cabeza de veintiseis mil hombres avanzó entonces contra los escoceses que estaban acampados en una colina al pié de las montañas de Cheviot. El rio Till que estaba entre los dos ejércitos, estorbó al pronto el combate. El conde de Surrey desafió al enemigo y le invitó á bajar á la llanura de Flodden, donde los dos ejércitos podrian probar sus fuerzas en un terreno igual. No habiendo sido aceptada esta proposion, el conde fingió marchar hácia Berwick, lo cual decidió á los escoceses á atacar la retaguardia, bajando al efecto de la montaña despues de pegar fuego á sus cabañas. Aprovechándose el conde de Surrey de la densa humareda causada por el incendio, pasó el riachuelo que al pronto habia impedido el combate, el cual se hizo con semejante diligencia inevitable, y así cada cual se aprestó al ataque con órden y regularidad.

Los ingleses pusieron su ejército en dos líneas: lord Tomás Howard conducia el cuerpo principal de la primera, sir Edmundo Howard mandada el ala derecha, y sir Marmaduke, condestable, la izquierda. El conde de Surrey estaba al frente de la segunda línea, apoyándole lord Dacres y sir Eduardo Stanley por derecha é izquierda. Los escoceses se presentaban en tres divisiones: el centro estaba mandado por el mismo rey, la derecha por el conde de Huntley, y la izquierda por los de Lenox y de Argyle: una cuarta division á las órdenes del conde de Botwel formaba el cuerpo de reserva. Lord Huntley comenzó el ataque, y cargó con tal impetuosidad á la division del condestable sir Marmaduke, que sembró en ella la confusion; mas socorrido oportunamente el atacado, se rehicieron al momento sus soldados, y así se hizo general el combate. Defendiéronse

entrambos ejércitos con increible ardor hasta que incomodados los highlanderos ó montañeses de Escocia por la artillería inglesa, cayeron espada en mano sobre el cuerpo principal mandado por el conde de Surrey.

Iba el rey Jacobo con la nobleza mas distinguida á la cabeza de aquellos, quienes se arrojaron con tanta rapidez, que la última línea no pudo avanzar á tiempo para sostenerlos, y una columna inglesa impidió su retirada. A pesar de hallarse Jacobo casi envuelto por el enemigo, se negó á dejar el campo de batalla cuando todavía podia hacerlo, y echando pié á tierra reunió en derredor de sí sus cortas fuerzas, combatiendo en tal posicion con tanto valor, que reanimó á sus soldados y se renovó la pelea. Los ingleses se vieron precisados á recurrir otra vez á la artillería y á las flechas, con las cuales causaron un estrago terrible. La noche forzó por fin á los combatientes á separarse, y al rayar el alba Howard se encontró con la gloria de haber alcanzado una gran victoria.

Ninguna persona de distincion perdieron los ingleses, al paso que en tan memorable combate pereció la flor de la nobleza escocesa. Murieron diez mil hombres, y habiéndose supuesto que un cadáver era el del rey, fué enviado á Londres, donde por algun tiempo estuvo insepulto á causa de la sentencia de escomunion que se habia fulminado contra él por haberse ligado con Francia contra la Santa Sede.

Habiendo espuesto Enrique VIII que Jacobo antes de su muerte dió algunas muestras de arrepentimiento, fué absuelto y enterrado su cuerpo. No obstante, el pueblo escocés creia que el rey no habia muerto, y en su consecuencia se difundió la fama de que habia marchado secretamente en peregrinacion á Jerusalem.

Estos sucesos no sirvieron mas que para alucinar á Enrique y para que consumiese el tiempo en sus placeres y en preparativos para nuevas espediciones que agotaban sus tesoros. Como no era probable que los ancianos ministros designados por su padre para dirigirle accediesen fácilmente á secundar sus frívolos proyectos, Enrique dejó de consultarles, y puso toda su confianza en Tomás, despues cardenal Wolsey. Este favorito complaciente halagaba todas las pasiones de su amo y le apoyaba en todos los planes que le sugeria su carácter ardiente é impetuoso. Era hijo de un noble de Ipswic, y no de un carnicero como se cree comunmente. Tan temprano fué enviado á la universidad de Oxford, que ya estaba graduado á los catorce años, y por lo tanto se le denominaba el jóven bachiller. Empezó á progresar apenas salió de la universidad, y no tardó en ser nombrado rector de Limington por influencia del marqués de Dorset, cuyos hijos habia educado.



El cardenal Wolsey.

Hacia poco que gozaba de aquel cargo, cuando dió que hacer á la justicia por haberse apasionado y causado escándalo con una muger de la vecindad. Esta aventura sin embargo no contribuyó á retardar su fortuna, pues poco despues fué recomendado para capellan á Enrique VIII, quien le empleó en una negociacion secreta relativa á su proyectado casamiento con Margarita de Saboya, desempeñándola con tanta habilidad que logró del rey los mayores elogios.

Habiéndole encargado despues este príncipe una mision para Maximiliano, que á la sazon residia en Bruselas, se sorprendió al ver que Wolsey se le presentaba á los tres dias. Irritándose al verle le reprendió severamente por la tardanza que tenia en ejecutar sus órdenes. El asombro del rey fué estremado cuando Wolsey le respondió que ya se hallaba de vuelta de Bruselas y que ya estaban cumplidos los deseos de S. M.

Por semejante prontitud fué nombrado dean de Lincoln, y entonces Fox, obispó de Winchester, pensó en Wolsey con la esperanza de que sus talentos lograrian suplantar al conde de Surrey que á la sazon era el valido. No carecian de fundamento las conjeturas de Fox, cuyas esperanzas no tardaron en realizarse, porque Wolsey fué colocado en la corte al poco tiempo, y entró en el consejo privado en que tuvo ocasiones frecuentes de adular al jóven rey y de insinuarse en su ánimo, presentándose complaciente, sumiso y emprendedor.

Ponia en práctica todos los medios posibles para agradar á su amo, cantando, bailando y solazándose con los jóvenes desenfrenados de la corte, sin que ni su edad de cuarenta años, ni el respetable carácter de que se hallaba revestido, le sirviesen de freno ni motivo para tratar de reprimir la alegria licenciosa de sus compañeros de placeres.

Semejante carácter no podia dejar de acomodar á un monarca tan vicioso y tan débil como Enrique, y así Wolsey llegó bien pronto á ser su favorito, no tardando en confiársele la administracion general de los negocios. Entonces empezó á murmurar el pueblo porque veia con disgusto las bajas deferencias del nuevo valido, y llevaba á mal su arrogancia. Hacia mucho tiempo que eran mirados con descontento el orgullo y el insolente lujo del clero, y por lo tanto la súbita elevacion y la conducta de Wolsey solo sirvieron para aumentar la prevencion contra la misma clase (1).

Por insaciable que fuese en él el amor á las riquezas, era de una prodigalidad y magnificencia estremadas en sus dispendios. Su genio vasto y profundo no solo le permitia realizar las empresas mas difíciles, sino aun abarcar á la vez un gran número de ellas. Ambicioso, pero mucho mas deseoso de gloria; altivo é imperioso con sus iguales, pero afable con los inferiores; tirano del pueblo, pero siempre liberal con sus amigos; mas generoso que reconocido; flexible, insinuante y persuasivo: en suma, habia nacido para lograr en todo un ascendiente estremado; y aunque demasiado vano para templar con la modestia la fama de su superioridad, buscaba ávidamente todos los medios de ponerla en evidencia.

Promovido al arzobispado de York, renunció el obispado de Lincoln. Despues de la toma de Tournay se le confirió la silla episcopal de esta ciudad, y además obtuvo á muy bajo precio las rentas de Bath, Worcester y Hereford, obispados ocupados por italianos que cedian con gusto una porcion considerable de sus rentas para que se les permitiese vivir en países estranjeros. Todavía se le adjudicaron otros beneficios al arzobispo de York, tales como el de Durham y el de Winchester, y cuanto mas le favorecia la fortuna, tanto mas parecia que se aumentaba su ambicion.

(1). Hasta el siglo XIV no comenzaron los obispos á introducirse en el ministerio. Enrique VII y Enrique VIII los prefirieron á los legos, porque careciendo de posteridad, se creia que dilapidarian menos, y porque en las épocas de trastornos que hubo, los prelados ministros no perdian tanto como los legos, en razon á que, segun las leyes, los eclesiásticos no podian ser muertos por ninguna clase de crimen. *(Note de Brissot de Warville aux Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

Notando el papa la influencia que Wolsey tenia sobre Enrique, concibió el designio de atraerle á sus intereses, y al efecto le hizo cardenal—Año 1515.—Entonces puso en su casa ochocientas personas, muchas de las cuales eran caballeros é hidalgos. Hasta las familias de la primera nobleza colocaban sus hijos en aquella casa, como lugar mas conveniente para su educacion, y cualquiera que conseguia descollar en algun arte ó ciencia, lograba el favor del cardenal y aun llegaba á ser recompensado de una manera grande y generosa. Es el primer eclesiástico de Inglaterra que usó del oro y de la seda, no solamente en sus hábitos, sino tambien en los arneses y adornos de sus caballlos.

No se limitaron sus muchos honores á todo lo referido. A poco de haber sido creado cardenal, el papa le confirió el título de legado, aguardando que por este medio le induciria á agotar los tesoros del reino, sopretesto de emplearlos en una guerra contra los turcos. Efectivamente, Wolsey sirvió tambien á la corte de Roma, que en recompensa le fué otorgada para toda su vida la dignidad de legado, y así juntó á la vez los títulos de legado, cardenal, arzobispo y primer ministro.



Hospital de Betlehem, fundado por Enrique VIII.

No trascurrió mucho tiempo sin que Warham, canciller y arzobispo de Cantorbery, hombre de carácter dulce y moderado, prefiriese retirarse de los cargos públicos á estar en una contienda desigual con el poderoso ministro. Wolsey se apoderó al instante de la cancillería, y ejerció los deberes de este empleo con mucha imparcialidad y acierto. Al ver el duque de Norfolk que los tesoros del rey iban agotándose, y que su propension á gastar iba en aumento de dia en dia, se decidió tambien á dimitir su plaza de tesorero y á retirarse de la corte. Fox, obispo de Winchester, que habia sido el instrumento de la fortuna de Wolsey, se alejó igualmente disgustado de los abusos de que era testigo, y lo mismo verificó el duque de Suffolk, resolviéndose á vivir en la soledad. Reemplazólos Wolsey en seguida, ya con su actividad personal, ya con sus hechuras.

A pesar de lo inmenso de su poder, todavía no estaba satisfecho este ministro insaciable, quien alcanzó del papa una bula facultándole para crear caballeros y condes, legitimar los bastardos, conferir grados en artes, leyes, medicina y teología, y en suma dar toda clase de dispensas. Tanto orgullo y preponderancia no podia menos de ofender gravemente á la nobleza; pero no obstante, nadie se atrevia á manifestar su indignacion por el gran terror que inspiraba el carácter vengativo del cardenal.

Con el objeto de distraer la atencion pública y la envidia provocada por una elevacion tan estraordinaria, se resolvió á entrar en relaciones con Francisco I, rey de Francia, á quien le gustaban mucho todas las ocasiones que lisonjeaban su vanidad. Habiendo prevalecido los esfuerzos del cardenal cerca de este monarca, persuadió á Enrique que restituyese la ciudad de Tournay á los franceses. Acordada una entrevista entre los dos príncipes, tuvo lugar entre Guisnes y Ardrés, cerca de Calais, en territorio inglés, por consideracion á Enrique que accedió á pasar el mar. Despues de saludarse recíprocamente los dos reyes de la manera mas afectuosa, se retiraron á una tienda levantada al efecto, donde Enrique se puso á leer los artículos de su alianza. En el momento de pronunciar estas palabras: «Yo Enrique, rey,» se detuvo de repente, y luego solo añadió «de Inglaterra,» sin decir «y de Francia,» segun la práctica comun de los monarcas ingleses. Advertida esta atencion delicada por Francisco, la agradeció con una sonrisa de satisfaccion. No era posible mayor magnificencia que la que en esta ocasion desplegaron las noblezas inglesa y francesa, las cuales contrajeron muchas deudas, de modo que apenas fué suficiente la economía de toda una vida para pagar las estravagancias de algunos dias.

Habia sin embargo algo de bajo y humillante en la mútua desconfianza que reinó desde luego entre ambos príncipes, quienes nunca se encontraban sin tener cada cual igual número de guardias. Todos los pasos estaban minuciosamente marcados; de modo que se habian impuesto la obligacion de pasar entrambos á la misma hora por el punto de separacion fijado entre los dos pueblos, y cuando iban á visitar á las reinas, en el instante en que Enrique entraba en Ardrés (1), Francisco se dirigia á Guisnes para ponerse en manos de los ingleses. El rey de Francia, considerado con razon como el hombre mas caballeroso y culto de Europa, puso bien pronto fin á una manera de obrar tan poco conforme á la lealtad y á la franqueza. Un dia en que solo iba acompañado de dos gentiles-hombres y de un paje, se fué derechamente á Guisnes, y gritó al ver á los ingleses, que él se hacia su prisionero y deseaba ser conducido á la presencia de su amo. Asombróse Enrique estremadamente al presentársele Francisco; corrió hácia él, y estrechándole entre sus brazos le dijo: «Hermano mio, »me causais la mas agradable sorpresa y me dais el »ejemplo de la confianza que yo debo tener en vos: »desde luego yo me hago á mi vez vuestro prisionero:» y quitando en seguida de su cuello un collar de perlas de gran riqueza, se le puso á Francisco rogándole que le llevase en memoria suya. Aceptólo Francisco, quien en cambio dió á Enrique un brazalete de doble valor para que tambien le usase á su nombre.

Al dia siguiente trasladóse Enrique á Ardrés sin ninguna comitiva, y desde entonces reinó la confianza entre los dos monarcas, que emplearon el resto del tiempo en fiestas y torneos.

Hicieron publicar en todas las principales ciudades de Europa, que Enrique VIII y Francisco I con catorce campeones estaban reunidos en las llanuras de Picardía para responder al desafío de cuantos se presentaren condecorados con títulos de nobleza. En su consecuencia entraron en la liza entrambos reyes, cubiertos con brillantes armaduras; Francisco rodeado de los guardias de Enrique, y Enrique de los de Francisco: ambos eran los mejores mozos de su tiempo, y los mas diestros en los ejercicios militares. Las damas eran los jueces en estas fiestas de caballería, y tenian derecho de poner término al combate cuando lo creian conveniente. Es probable que el diestro monarca francés quiso halagar el amor propio de Enrique al dejarle la ventaja en el torneo. Enrique luchó con Grandeval, á quien al instante puso fuera de combate; rompió tambien lanzas con Montmorenci, aunque no pudo desmontarle, y además combatió con espada con un noble francés, que siendo vencido se le presentó con su corcel en señal de sumision.

Pero toda aquella vana ostentacion era insuficiente para acallar los murmullos del pueblo y calmar la ani-

(1) La señal de su salida se indicaba con el disparo de una culebrina.

mosidad de los nobles del reino. El mas descontento de estos era el duque de Buckingham, hijo del que habia perdido la vida en el reinado de Ricardo III, oyéndosele á menudo hablar con el debido desprecio acerca de la prodigalidad y del orgullo del cardenal, á quien odiaba en términos de no poderlo disimular. Unos cobardes delatores informaron sobre este particular á Wolsey—



Buckingham.

Año 1521.—Al poco tiempo fué arrestado el duque, á quien se le acusó de haber consultado á uno que decia la buena ventura con respecto á sus derechos á la corona, y de haber tratado de hacerse popular para crearse un partido. A pesar de ser tan frívolo semejante pretesto para quitar la vida á un hombre cuyo padre habia muerto en defensa del último rey, no por eso dejó de ser puesto en tela de juicio. Para presidir á tan solemne proceso fué creado gran maestre el duque de Norfolk, cuyo hijo estaba casado con la hija del mismo duque de Buckingham. Este fué condenado á perecer como traidor por un jurado compuesto de un duque, un marqués, siete condes y doce barones. Cuando al notificársele la sentencia oyó que el gran maestre pronunció la palabra traidor, el infeliz preso no pudo contener su indignacion, y esclamó: «Milores, yo no soy »traidor; y por grande que sea la injusticia con que »obrais contra mí en la actualidad, os perdono y no apelaré de aquella, porque no siento perder la vida. ¡Dios »quiera perdonaros como yo, y tenga piedad de mí!» Poco despues fué ejecutado en Tower-Hill.

Hácia esta época llegaron á agotarse completamente los inmensos tesoros del difunto rey, prodigados en pompas inútiles, en placeres culpables, en tratados efímeros y en espediciones ruinosas para los intereses del reino. El rey confiaba en Wolsey en cuanto al cuidado de volver á llenar sus seis arcas, y en efecto ninguno era mas á apropósito para tal designio. Desde luego se decidió este ministro á pedir al pueblo una suma considerable con el título de donativo gratuito: con lo cual volvia á esperimentar el pueblo el disgusto de que el dinero que se le sacaba era considerado como donativo voluntario.

Enrique se cuidaba muy poco de la manera con que se obedecian sus deseos con tal que surtiesen efecto; pero su ministro encontró alguna dificultad en crear aquel nuevo impuesto—A. 1523.

Primero pidió al clero un enorme subsidio, y despues se dirigió á la cámara de los comunes; mas no se le concedió sino la mitad de lo que deseaba. Wolsey manifestó abiertamente el descontento que le animaba por aquella parsimonia, y pidió que le oyese la cámara; pero como con semejante paso infringia la constitucion de este ilustre cuerpo, se le respondió que nadie tenia derecho á sentarse y á hablar en la cámara mas que sus miembros. Desde esta época data la primera tentativa de hacer al rey dueño de los debates del parlamento. Wolsey comenzó á allanar el camino, y desgraciadamente para el reino, el rey siguió muy presto la ruta que le fué trazada.

Inglaterra y Francia acababan de hacer un tratado; pero el emperador de Alemania amenazaba romperlo. Este tratado precisó á Enrique á pedir nuevos fondos: al menos tal fué el pretesto que tomó; mas habiendo patentizado el parlamento su repugnancia á otorgarlos, el rey escuchó los consejos de Wolsey, y se determinó á hacer uso de su prerogativa en aquella ocasion. Envió una órden á todos los condados para que se exigiese un impuesto de cuatro chelines por libra al clero, y de tres chelines y cuatro peniques al pueblo, sin tratar ni siquiera de encubrir una medida tan violenta con el nombre de donativo voluntario ó empréstito. Oponiéndose el pueblo á un acto tan arbitrario del poder real, se negó á someterse á unos impuestos desconocidos hasta entonces: por lo cual amenazó una insurreccion general al reino. Enrique tuvo la prudencia de contenerse, haciendo declarar por medio de una circular que lo que él habia pedido no debia ser considerado sino como donativo gratuito; pero una vez despertado el espíritu de oposicion, no era fácil de calmar. Los ciudadanos de Londres vacilaron en satisfacer el pedido, y se insurreccionaron muchas comarcas de Inglaterra; pero el duque de Suffolk sofocó al instante el alzamiento.

No surtiendo el efecto calculado los impuestos inventados por Wolsey, este empezó á perder algo su prestigio en el ánimo del rey, y semejante disfavor se aumentó mas con las quejas del clero que acusaba de haberle sacado sumas considerables. Enrique reprendió á Wolsey de un modo severo, lo cual solo sirvió para hacerle mas artificioso todavía bajo las apariencias de mayor circunspeccion. Habiendo edificado en Westminster para su uso particular un soberbio palacio llamado York-Place, se lo regaló al rey para aplacar su cólera, asegurándole que lo habia fabricado con la intencion de ofrecerlo á S. M. Así, la impunidad de Wolsey no sirvió mas que para abrir un camino á mayores exacciones. Por prodigioso que fuese el orgullo de este prelado, todavía era mayor su amor á las riquezas. A fin de acrecer sus tesoros, emprendió la fundacion de dos colegios, uno en Ipswich y otro en Oxford: para la ejecucion de este plan favorito recibia cada dia nuevos privilegios del papa y del rey, obteniendo facultad para suprimir muchos monasterios y aplicar sus rentas á las nuevas fundaciones. Cualquiera que fuese el móvil del papa para dispensarle semejantes gracias, nada sin embargo podia ser en lo sucesivo mas fatal á los intereses del pontífice, porque así aprendió Enrique á imitar mas adelante lo que habia visto hacer impunemente á un súbdito suyo.



Palacio de Buckingham.

Hasta entonces la administracion general del reino habia sido dirigida por Wolsey, porque el rey no se ocupaba mas que en sus placeres ni pensaba mas que en olvidar en los brazos de sus damas las quejas de su

pueblo, merced á la diligencia del cardenal de procurar que ignorase la situacion de los negocios del reino, para que no se encontrase contrariado en sus proyectos y pudiese continuar su autoridad absoluta. Pero acercábase el momento en que iba á cesar el poder escesivo de este ministro á impulsos de una de las revoluciones mas importantes y estraordinarias que ha habido, y que trajo nada menos que una reforma en la religion. Es necesario echar una rápida mirada al estado de la iglesia en aquella época, y hacer observar los medios, al parecer contradictorios, de que la Providencia se vale para los acontecimientos mas importantes.

Ya habia mas de mil años que la corte de Roma convertia en bienes temporales el reino del otro mundo. Habíase visto muchas veces á los papas combatiendo en persona á la cabeza de sus ejércitos en defensa de sus estados, cometiendo crueldades inauditas, conduciéndose por máximas detestables, y olvidando en suma la santidad de su carácter. Los cardenales, los prelados y todos los dignatarios de la iglesia, rodeados por el lujo como los príncipes mas voluptuosos, vivian con un fausto que provocaba la envidia. Muchos de ellos disfrutaban á la vez ocho y nueve obispados, y donde quiera que gobernaban ejercian un poder tan absoluto y cruel, que podia añadirse el delito de tiranía á la lujuria y á todos los vicios de que estaban cargados. En cuanto al clero bajo, escritores protestantes y católicos hablaban contra su moral disoluta: los sacerdotes mantenian públicamente mugeres y legaban á sus hijos ilegítimos todo lo que podian ahorrar de sus placeres ó sacar al pobre. En Cambrai hubo un obispo que testó, legando cierta cantidad á los bastardos que tenia y á los que con el favor de Dios podia tener todavía.

En diferentes puntos de Inglaterra y Alemania el pueblo obligaba á los sacerdotes á tener concubinas, á fin de que no atentasen contra las mugeres ó hijas de los legos. El pobre labrador y el laborioso artesano veian desaparecer el fruto de su trabajo, no para el sostenimiento de sus familias, sino mas bien para mantener el lujo de aquellos hombres corrompidos, que les insultaban con los sermones y las lecturas tan opuestas á los ejemplos que daban continuamente.

La ignorancia del clero no iba en zaga á sus vicios. Pocos clérigos comprendian el misal: toda su instruccion se limitaba á descubrir las hechicerías y á exorcizar á los endemoniados. Pero lo que mas provocaba la irritacion del pueblo eran las indulgencias y perdones que se vendian y compraban á precios fijos. El diácono ó subdiácono que perpetraba un homicidio, era absuelto de su crímen y alcanzaba el derecho de poseer tres beneficios por la cantidad de veinte coronas ó escudos: un obispo ó abad podia tambien cometer un asesinato mediante diez libras: cada crímen tenia un valor determinado, y se obtenia el perdon, no solo de los pecados cometidos, sino aun de los que se podian cometer. Los mas sábios de entre el pueblo veian con silencioso desprecio unos impuestos tan execrables, y hasta los mas ignorantes que parecian nacidos para la esclavitud, comenzaban á abrir los ojos con respecto á unas cosas tan anómalas.

Las exacciones y todos los vicios casi habian llegado á su colmo. La civilizacion sin embargo hacia cada dia mayores progresos en Europa: acababa de ser inventada la imprenta, y ya menos ignorante el pueblo, empezaba á resistir á un poder injusto. El papa Leon X se ocupaba entonces con calor en la construccion de la iglesia de San Pedro de Roma. Para lograr los fondos necesarios para una empresa tan considerable, ordenó que se vendiesen las indulgencias, medio que ya se habia ensayado mas de una vez. Estas indulgencias consistian en librar á los que las compraban de las penas del purgatorio, y hasta podian servir para los amigos comprándolas con esta intencion. Estableciéronse en todas partes tiendas en que se vendia esta nueva mercancía á todos los que se presentaban; mas generalmente se espendia en las tabernas y en las casas de prostitucion y de juego.

Los frailes agustinos habian estado hasta entonces encargados de predicar las indulgencias en Sajonia, y semejante prueba de confianza les habia atraido mucha honra y provecho; pero recelando el legado del papa que habian descubierto algunos medios ilícitos de ocultar parte del dinero, dió el encargo lucrativo á los dominicanos. Martin Lutero, fraile agustino



Lutero.

y profesor de la universidad de Wittemberg, manifestó á las claras el descontento que le animaba por tal cambio, y predicó contra la eficacia de las indulgencias. Violento por carácter, é irritado por la oposicion, declamó con audacia hasta contra la autoridad del papa. Forzado por sus adversarios á estenderse en la disputa y á sostener su opinion, descubrió nuevos abusos y errores, y el pueblo escuchó con placer los discursos de Lutero declarándose defensor de este. Federico, elector de Sajonia, llamado el sábio, le protegió abiertamente, y la República de Zurich reformó su iglesia adoptando la nueva. Ni las promesas mas lisonjeras, ni las amenazas mas terribles pudieron inducir á Lutero, hombre ardiente é inflexible, á abandonar la secta de que era fundador. En vano fué que el papa lanzase una bula contra él, y que los dominicanos hiciesen quemar sus libros: Lutero les respondió con amenazas atrevidas, y quemó la bula del papa en las calles de Wittemberg, y aunque tenia contra sí á este, al cónclave y á todo el clero, sostuvo su causa y la defendió con éxito.

En esta controversia tan nueva, la ignorancia de Lutero acerca de muchos puntos de la cuestion no fué mayor que la de sus adversarios, y por malo que fuese el estilo de él, sus respuestas fueron mucho peores todavía. La audacia y la perseverancia tienen á menudo el poder de arrastrar y de convencer mas prontamente que la fuerza del razonamiento y la belleza de la diccion, y nadie se sentia con mas confianza en sus propios medios ni con mas constancia que Lutero.

Plugo al destino que en aquellas circunstancias fuese Enrique VIII el campeon de uno y otro partido. Como su padre le habia dado una instruccion profunda, quiso que el hijo sobresaliese en la teología, ciencia que á la sazon era la primera de todas. Deseoso Enrique de hacer brillar sus talentos á los ojos del mundo entero, obtuvo del papa licencia para leer las obras de Lutero, cuya lectura habia sido prohibida bajo pena de escomunion. Escribió pues contra este, habló en favor de los siete sacramentos, comentó á Santo Tomás de Aquino, y ciertamente manifestó algun talento en estos escritos; pero la opinion general fué que Wolsey le dirigió y era el autor principal de la obra del monarca. Este libro, escrito de prisa, fué enviado á Roma, donde obtuvo la aprobacion del papa, sin la cual probablemente no se hubiera hecho notable. Prendado el pontífice de su elocuencia y profundidad, le comparó á los escritos de San Gerónimo y de San Agustin, y recom-

pensó al autor con el título de *Defensòr de la Fé*, no presumiendo entonces que Enrique llegaria al poco tiempo á ser uno de los mas terribles enemigos de la iglesia romana.

Además de los motivos teológicos habia tambien otros políticos para desavenencias con la córte de Roma. Habiendo sucedido Clemente VII á Leon X, las diferencias del papa y del emperador llegaron á encender la guerra, y Clemente fué encerrado en el castillo de San Angelo con trece cardenales para su rescate. Siendo exorbitantes las proposiciones del emperador, Enrique se decidió á negociar á favor del papa, y ya se ocupaba en terminar un tratado ventajoso á este, cuando su santidad consiguió ganar á los que le custodiaban y escapar de su prision. Entonces el papa renunció al tratado que todavía no estaba concluido, y escribió á Enrique dándole las gracias por su mediacion. La cólera del emperador al saber la noticia enseñó á Enrique que se puede injuriar al papa impunemente, y la conducta de este en aquellas circunstancias no probó la santidad é infalibilidad que pretendia. Como Enrique habia hecho tanto por el papa, debia presumir que este obraria para con él de una manera agradecida cuando se presentase la ocasion.

En esta época hubo un acontecimiento inesperado que originó disturbios sin cuento y cambió todo el sistema de Europa—Año 1527.



La reina Catalina.

Habia mas de veinte años que Enrique estaba casado con Catalina de Aragon, viuda de su hermano mayor, que murió á los pocos meses de matrimonio. A pesar de la dispensa obtenida, no se efectuó sin escrúpulo ni recelo la union de Enrique con aquella princesa, porque el pueblo estaba muy preocupado contra semejantes enlaces, y porque si bien el último rey dió su consentimiento para los esponsales de este matrimonio, dejó entrever su intencion de anularlo algun dia. A consecuencia de esta secreta idea del mismo rey, era posible que Enrique concibiese algunos reparos acerca de su matrimonio; mas como tenia tres hijos de la princesa, y el carácter y la conducta de esta eran irreprensibles, ocultó por largo tiempo las consideraciones que podian perjudicar al bienestar de la reina. Catalina tenia seis años mas que Enrique, y contribuian á desviar á este de aquella el decaimiento de su hermosura y sus achaques y enfermedades particulares. Empero á pesar de la repugnancia que el marido sentia hácia la muger, procuró por mucho tiempo disimular cuidadosamente, contentándose con obsequiar algunas beldades de la corte, á quienes su rango y gracias personales hacian dóciles á sus deseos. Pero no tardó en presentarse un motivo mas poderoso que los remordimientos de la conciencia para que Enrique se viese arrastrado á variar de conducta.

Sir Tomás Bolena, hidalgo distinguido y relacionado con muchas personas de la alta nobleza, habia estado empleado por el rey en diferentes embajadas, y se habia casado con una hija del duque de Norfolk. De este matrimonio habia nacido una hija llamada Ana, cuya hermosura superaba á la de todas las demás de aquella



Ana Bolena.

voluptuosa corte. La educacion que habia recibido en París contribuia á realzar mas y mas sus encantos personales: sus facciones eran nobles y regulares; su espresion dulce y atractiva; sù cuerpo airoso y esbelto, aunque algo bajo; y sus gracias, su vivacidad y talento escedian á sus dotes físicas. Enrique, que nunca habia aprendido á vencer sus pasiones ni á reprimir un solo deseo, la vió y la amó perdidamente. Empero despues de muchas tentativas inútiles para inducirla á condescender á sus deseos criminales, se convenció de que solo el matrimonio era capaz de ponerle en posesion del objeto de su amor. Entonces la reina vino á ser el blanco de su disgusto, y á fin de conseguir el divorcio alegó que su conciencia atemorizada le reconvenia por haber vivido tan largo tiempo incestuosamente con la muger de su hermano. Con tal pretesto escribió á Clemente VII; y no dudando que este á consecuencia de los servicios que de él habia recibido, condescenderia con sus deseos, le suplicó que anulase la bula en virtud de la que obtuvo permiso para desposarse con Catalina, y que declarase que no estaba en las facultades de la Santa Sede el violar una ley estrictamente prescrita por la Escritura.

Encontróse entonces el papa en una incertidumbre estremada. La reina Catalina era tia del emperador que recientemente le habia tenido prisionero, y así temia con razon provocar su resentimiento al saber la injuria hecha á una parienta suya tan cercana. Por otra parte, no podia anular sin imprudencia la bula de un predecesor suyo, porque seria atacar directamente la doctrina de la infalibilidad del papa. Además, Enrique era su protector y amigo, Inglaterra era la fuente principal de sus recursos, y el rey de Francia algun tiempo antes habia obtenido una bula de divorcio en un caso muy semejante. Por todo esto pensó que el partido mas acertado era ganar tiempo por medio de una negociacion. Al efecto encargó á Wolsey que se concertase con el arzobispo de Cantorbery ó algun otro prelado inglés para examinar la validez del casamiento del rey, así como la primera dispensa, otorgándoles al mismo tiempo una dispensa provisional para un nuevo matrimonio.

Los cardenales al recibirla hicieron la prudente reflexion de que una autorizacion dada por el papa de una manera tan secreta, seria fácil que la negase en público, y que por consiguiente podria hacer dudar de la legitimidad de los hijos que naciesen del matrimonio

clandestino. En su consecuencia, enviáronse nuevos despachos al papa, quien todavía respondió de un modo evasivo con la esperanza de que no se alzaria la pasion del rey contra la lentitud de las controversias eclesiásticas: con lo cual trataba de pasar el tiempo en promesas y discusiones; mas todo fué inútil. Enrique habia aprendido á discutir tan bien como él, y así interpretó y esplicó al instante á favor de sus opiniones y de su pasion los diferentes testos de la Escritura. A estos argumentos agregó las amenazas, y aseguró al papa que Inglaterra estaba muy dispuesta á abandonar á la Santa Sede, y que si continuaba en negarse á condescender con sus deseos, todos los ingleses seguirian el ejemplo de su monarca que, herido por su ingratitud, abjuraria toda obediencia á un pontífice que siempre habia obrado con doblez é hipocresía. El rey hasta llegó á proponer al papa que le concediese dispensa para tener dos mugeres en caso de que no pudiese permitirle el repudiar la primera.

El papa no pudo disimular su descontento al ver la acrimonia de la respuesta del rey; mas luego se mostró al parecer dispuesto á ceder de sus demandas, y envió á Londres al cardenal Campeggio, su legado,



El cardenal Campeggio.

quien juntamente con Wolsey formó tribunal para examinar la legitimidad del matrimonio de Enrique—Año 1528.—El rey y la reina fueron requeridos á que compareciesen, como en efecto lo hicieron; mas la reina, en lugar de responder cuando la llamaron, se levantó de su silla, y corriendo á echarse á los piés del rey le suplicó con el tono mas patético que tuviese piedad de ella. Estranjera, sin protector, sin amigos, no podia buscar apoyo mas que en él solo. ¿No debia pues ser su defensor, ya que conocia tan bien la sumision é inocencia de ella? Ninguna proteccion tenia que esperar Catalina de un tribunal en que sus enemigos influirian y contribuirian á que se fallase contra ella. Opúsose pues con todas sus fuerzas á un proceso de que no podia aguardar justicia; pero á pesar de sus objeciones y súplicas, la causa siguió adelante, y no tardó el rey triunfante en tener la esperanza de ver satisfechos todos sus votos.

El punto principal que examinaron los legados, fué la prueba de la consumacion del matrimonio del príncipe Arturo, lo cual parecia que confirmaban varias espresiones de este. Otros motivos preparados con mucha anticipacion acreditaron la incapacidad del mismo papa para otorgar dispensa á Enrique y Catalina; y por fin, ya estaba á punto de terminarse la cuestion, cuando con gran sorpresa de todos, Campeggio sin órden alguna y con frívolos pretestos, suspendió la causa y la envió al tribunal de Roma.

Enrique esperaba encontrar en su favorito Wolsey un celoso defensor durante el curso de tan complicadas negociaciones, de cuyo buen éxito parecia depender su dicha; mas no tardó en conocer que se habia equivocado. Wolsey se manifestaba tan embarazado como el papa. Por una parte debia tratar de complacer al rey su amo, de quien habia recibido las mayores muestras de favor; y por otra temia disgustar al papa, que contaba con su adhesion y tenia poder para castigarle por su desobediencia. En tan difícil situacion se decidió á mantenerse neutral; y aunque era el hombre mas altivo, cedió en aquella ocasion á su cólega Campeggio sopretesto de la deferencia debida á sus conocimientos en las leyes canónicas. Semejante conducta de Wolsey desagradó altamente al rey; pero procuró sofocar su resentimiento hasta que se presentase la ocasion de vengarse con toda seguridad, y se ocupó secretamente en buscar un hombre tan hábil como Wolsey, pero menos artificioso. No tardó la fortuna en brindarle á Tomás Cranmer, hombre de una profunda ciencia y de una integridad probablemente mayor que la del cardenal. Cranmer era doctor en teología y habia sido profesor en Cambridge; pero el haberse casado contra los preceptos de la Iglesia, que prescribian el celibato á todos los eclesiásticos, le hizo perder el cargo. Habia viajado por Alemania durante su juventud, y allí conoció las obras de Lutero y abrazó su doctrina. Hallándose una noche en la sociedad de Gardiner, secretario de Estado, y de Fox, limosnero del rey, vino á recaer la conversacion en el divorcio del monarca. Cada cual dió su opinion, siendo la de Cranmer, que el medio mas espedito de tranquilizar la conciencia del rey y de arrancar el consentimiento del papa, era el consultar á todas las universidades de Europa. Referido este dictámen al rey, le agradó tanto, que llamó á Cranmer á la corte.

Considerándole Enrique como hombre á propósito para reemplazar á Wolsey, no trató ya de disimular por mas tiempo su resentimiento. El procurador general recibió órden de formar una acta de acusacion contra Wolsey, quien poco despues fué forzado á entregar el sello real. Como es fácil encontrar crímenes á un favorito en desgracia, los cortesanos aumentaron el capítulo de sus faltas, y así bien pronto tuvo que abandonar su palacio de Westminster, recayendo en el rey todas las preciosidades que allí habia. El inventario de los bienes escedió á todo lo que se habia podido imaginar hasta entonces. Entre las cosas raras por su belleza se hallaron mil piezas del lienzo mas fino de Holanda: las paredes estaban cubiertas de tapices de oro y plata, y habia un aparador de oro macizo. Todas las demás riquezas del cardenal guardaban proporcion, y es posible que la inmensidad de ellas fuese un objeto de envidia para la poderosa mano que le oprimia.

El parlamento confirmó la sentencia que se habia dado contra él, y le mandó retirarse á Esher, casa de campo que poseia cerca de Hampton, donde esperó las nuevas órdenes del rey con la ansiedad del temor y de la esperanza mezclados. En esta época todavía gozaba del arzobispado de York y del obispado de Winchester. Por un momento vislumbró un rayo de esperanza, porque el rey le envió un dia una sortija acompañada de un agradable mensaje. Wolsey, como todos los hombres de su carácter, era orgulloso con sus iguales y humilde con sus superiores: tan pronto como vió al enviado del rey, se puso de rodillas delante de él, y de esta manera abyecta recibió la muestra de recuerdo de S. M. Empero no tardaron en desvanecerse sus esperanzas, pues al poco tiempo de habitar en Esher recibió la órden de alejarse de aquel país y de dirigirse á York—A. 1530. —Escojió á Carwood para su residencia, y entonces procuró hacerse muy afable y popular; pero no se le permitió vivir mucho tiempo en este retiro sin recibir nuevas humillaciones. Por fin le arrestó el conde de Northumberland por órden del rey, por crímen de alta traicion, y se dispuso conducirle á Londres para ser allí juzgado.

Como cardenal, se resistió desde luego á someterse á una violacion tan manifiesta; pero convencido muy

pronto de que el conde estaba resuelto á cumplir rigurosamente su mision, cedió y se dejó conducir hácia Londres, consintiendo en comparecer como culpable en esta ciudad, donde poco antes habia obrado como rey. Detúvose por espacio de quince dias en el castillo del conde de Shrewsbury, y un dia al comer se sintió repentinamente atacado de unos dolores agudos que hicieron sospechar que habria sido envenenado. Solo con mucha dificultad se le pudo trasladar hasta la abadía de Leicester. Al ver á los monjes delante de sí les dijo: «hermanos mios, vengo á dejar mi cuerpo entre vosotros;» y dispuso que se le preparase inmediatamente la cama. Acrecentóse rápidamente su mal, siendo bien pronto inútiles todos los socorros..

Algunos minutos antes de espirar dijo al que estaba encargado de observarle: «Os suplico que hagais presentes mis respetos á S. M.: es un monarca dotado de »un carácter verdaderamente régio y de un corazon de »príncipe. Antes que ceder en lo mas mínimo de su »voluntad, preferirá arriesgar la mitad de su reino: »puedo aseguraros que he estado á menudo de rodillas »por espacio de tres horas delante de él para inducirle »á renunciar á una voluntad ó á un deseo; pero sin »haber podido nunca conseguir nada. Si yo hubiera »servido á Dios tan bien como al rey, no me habria »abandonado en mi vejez. El comportamiento del rey »con respecto á mí es la justa recompensa que debia »aguardar de mis trabajos y penas: yo debia ser casti»gado por haber olvidado el servicio de mi Dios por el »de mi rey.»

Pocos instantes despues de estas palabras murió con todas las angustias de los remordimientos, saliendo por fin de una vida que la ambicion no habia cesado de turbar y de hacer miserable. Dejó dos hijos naturales, uno de los cuales obtuvo dignidades en la Iglesia.

Libertado Enrique de las observaciones de un hombre que hacia algun tiempo parecia ser un obstáculo á sus deseos, hizo conforme al dictámen de Cranmer examinar la legalidad de su matrimonio á las universidades mas notables de Europa. Fué una cosa muy singular el ver por una parte que el rey solicitaba el voto favorable de las universidades, y que por otra el emperador hacia igual diligencia en pro de su tia. Enrique recompensó generosamente á los doctores que se declararon en favor suyo, y el emperador procedió lo mismo con todos los que le apoyaron. El tiempo ha descubierto todas estas intrigas. En un libro de Enrique se encuentra la cuenta de lo gastado en estas consultas: daba una corona á un subdiácono, dos á un diácono, y así sucesivamente recompensaba á cada cual segun su categoría y opinion: la persona encargada de la mision de corromper se disculpó declarando que nunca daba el dinero hasta despues que se hubiese votado. La largueza acarreó al rey el triunfo, y así aquella lucha tuvo todo el éxito que podia ansiar. Las universidades de Francia é Italia declararon contrario el matrimonio á todas las leyes divinas y humanas, y sostuvieron que el papa no podia dispensar el impedimento existente entre Enrique y Catalina. Las únicas ciudades en que semejante dictámen fué combatido con calor, fueron Oxford y Cambridge, aunque tambien la adoptaron despues de algunos debates. No se contentaron los agentes de Enrique con los sufragios de las universidades, sino quisieron igualmente el de los rabinos, lo cual alcanzaron con el mismo buen éxito.

Enrique, fuerte con la opinion general que se manifestaba á su favor, se determinó á declararse contra el papa. Al efecto empezó por hacer reproducir contra el clero una ley antigua que ordenaba que todos los que reconociesen al legado fueran condenados á pagar una multa considerable—Año 1531.—El clero, para adquirir la benevolencia real, consintió en dar una suma de ciento diez y ocho mil libras, amen de ser forzado á reconocer al rey por el protector y jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra.

Estas concesiones quitaron á Roma una gran parte de sus beneficios y de su poderío, y no tardó una medida del parlamento en prohibir que fuesen á esta ciudad las rentas de los obispados vacantes.

Roto así el vínculo que existia entre Enrique y la Iglesia, se decidió á no guardar miramiento alguno con el pontífice—Año 1532.—Desposóse secretamente con Ana Bolena, á quien habia creado marquesa de Pembroke hacia poco tiempo, siendo testigos de la ceremonia el duque de Norfolk, tio de la nueva reina, su padre y madre y el doctor Cranmer. La reina resultó en cinta al poco tiempo, y el rey declaró públicamente el casamiento; y para colorear con una apariencia de triunfo su desobediencia al papa, él y su nueva esposa atravesaron las calles de Londres, rodeados de una magnificencia superior á todo lo que hasta entonces se habia visto. La carrera esta sembrada de flores, las casas adornadas con ricas tapicerías, las fuentes manaban vino, y habia una alegría general en el pueblo, mas atento á disfrutar de aquellas fiestas brillantes que á examinar su motivo. Catalina, que siempre habia sostenido sus derechos con valor y modestia, fué citada al tribunal; mas habiéndose resistido á comparecer, fué juzgada como contumaz, y anulado su matrimonio. Convencida por fin de la inutilidad de mas larga resistencia, se retiró á Ampthil, cerca de Dunstable, donde pasó el resto de su vida en la soledad y en paz.

Cuando estas noticias llegaron á Roma, el cónclave se puso furioso. El papa, impulsado por el calor de sus cardenales y amedrentado por las amenazas del emperador, publicó una sentencia declarando que la reina Catalina era la única esposa legítima de Enrique, é intimado á este á que la volviese á tomar sopena de incurrir en las censuras en caso de negativa.

Viendo Enrique que habian abrazado su causa sus súbditos de todas clases y que apoyaban espotáneamente sus esfuerzos contra Roma, se decidió á poner término á una sumision á que ninguna potestad podia obligarle. El pueblo habia sido preparado gradualmente á tan grande innovacien, pues hacia muchos años que se tenia el cuidado de inculcarle que el papa carecia de toda autoridad fuera de los límites de su diócesis. El rey por lo tanto no quiso diferir por mas tiempo el plan que meditaba de separarse enteramente de la Iglesia católica; pues por otra parte el parlamento era partidario suyo, y la mayoría del clero estaba en sus intereses, puesto que ya se habia declarado contra el papa al pronunciarse á favor del divorcio. En su consecuencia dispuso que se le reconociese por jefe supremo de la Iglesia anglicana—Año 1534.—El parlamento confirmó este título, abolió el poder del papa, declaró contrarios á las leyes todos los impuestos pagados hasta entonces á la Santa Sede, y confirió al rey la colacion de todos los beneficios eclesiásticos. La nacion adoptó con júbilo tales medidas, y se pronunció el juramento de la supremacía. Toda la autoridad que el papa poseia hacia tantos siglos, fué destruida en un solo momento y nadie murmuró al parecer de una revolucion tan sorprendente, á escepcion de aquellos cuya fortuna dependia de la corte de Roma.

Aunque Enrique se hubiese separado de la Iglesia, nunca pensó en adoptar un sistema mas estenso de reforma. Toda idea de herejía le parecia tan peligrosa como detestable; pues como el encono fué lo que le impulsó á emanciparse de la corte de Roma, en lo demás observaba escrupulosamente las máximas antiguas. Así, aunque se hubiese separado de la Iglesia católica y del pontífice jefe de esta, se propuso mantener firmemente la doctrina católica, considerando como un deber sagrado el conservar con el hierro y el fuego toda la pureza de su primera institucion. Sus ministros y cortesanos, que eran de carácter blando y sin energía, no cesaron en todo el reinado de mostrarse irresolutos, vacilando entre la antigua y la nueva religion. La jóven reina, tanto por interés como por inclinacion, favore-

cia las reformas. Tomás Cromwel, antiguo protegido de Wolsey, y que por haber defendido admirablemente á este se habia atraido el favor y la confianza del rey, abrazó las nuevas opiniones, contribuyendo con sus talentos y su prudencia á los progresos de esta doctrina, aunque solo trabajaba de una manera oculta. Cranmer, creado arzobispo de Cantorbery, habia adoptado hacia mucho tiempo los dogmas protestantes, mereciéndole su candor y sinceridad la amistad del rey. Por el contrario, el duque de Norfolk permanecia fiel al culto antiguo, dándole gran peso en el consejo del rey el lustre de su nacimiento y su capacidad civil y militar. Gardiner, hecho despues obispo de Winchester, seguia la misma creencia, siendo igualmente útil á su partido por la flexibilidad y habilidad de su carácter. El rey sabia conservar la balanza entre estos bandos, y las lisonjas continuas de los cortesanos protestantes y católicos solo servian para proporcionarle con mas facilidad el apropiarse una autoridad sin límites.

La nueva religion era poco conocida todavía, y los ánimos de una y otra parte estaban demasiado exasperados para que las consecuencias no viniesen á ser funestas. En efecto, hubo muchas víctimas, siendo los reformados los primeros que esperimentaron los resultados del furor vengativo de los que querian la continuacion de las prácticas antiguas. Uno llamado Santiago Bainham, caballero de la órden de los Templarios, fué acusado de haber favorecido la doctrina de Lutero, y despues de sufrir la tortura fué condenado como hereje á ser quemado en Smithfield. Un sacerdote nombrado Tomás Bilney, que tambien habia abrazado los nuevos dogmas, tuvo la misma suerte.

Enrique por su parte no estaba menos pronto á castigar á los que reprobasen el motivo de su rompimiento con el papa; y como los monjes eran los que mas sufrian con la reforma, acarreaban á menudo contra sí la cólera del rey por la libertad con que hablaban acerca de las novedades. En apoyo de las intenciones de Enrique declaró el parlamento, que cualquiera que negase la supremacía del rey sobre la Iglesia, seria condenado á la pena capital. Una multitud de eclesiásticos perdió la vida con este motivo, y entre los sacrificados á una ley tan injusta y bárbara, los mas notables y dignos de sentimiento son Tisher, obispo de Rochester, y el célebre Tomás Moro. Tisher era un prelado distinguido por sus talentos y la pureza de su moral; pero estaba tan tenazmente apegado á sus antiguas opiniones, que nada le pudo forzar á abandonarlas. Fué encarcelado, despojado de todas sus rentas, y le redujeron á una miseria tan grande, que apenas tenia algunos harapos para cubrirse. Juzgado culpable por haber negado la supremacía del rey, se le cortó la cabeza.



Tomás Moro.

Tomás Moro tiene todavía derecho á ser llorado por su mérito eminente. Este hombre estraordinario fué uno de los que hicieron revivir la antigua literatura, y era sin contradiccion el escritor mas distinguido de su siglo. Negóse por largo tiempo á favorecer las pasiones caprichosas del rey, y habiendo sido nombrado canciller, prefirió renunciar este brillante empleo antes que cooperar al rompimiento de Inglaterra con la Iglesia católica. La austeridad de sus costumbres, así como la pureza de su conducta, nada habian usurpado á la jovialidad de su carácter, que era sin duda el resultado de una conciencia pura. No tardó en ser sepultado como tantos otros en una oscura prision: empero ni los ruegos ni los artificios consiguieron reducirle á reconocer la justicia de las pretensiones del rey. Rich, á la sazon procurador general, fué enviado á conferenciar con Tomás Moro. Este en el calor de la conversacion se dejó decir, que la cuestion relativa á la ley que establecia la prerogativa de la supremacía, era como una espada de dos filos, y que de cualquiera manera que se respondiese, no se podia menos de perder, porque por un lado se renunciaba á la salvacion del alma, y por otro se esponia á la destruccion del cuerpo. Estas solas palabras bastaron al cobarde denunciador para entablar una acusacion; y como en aquella época los juicios no eran mas que puras formalidades, el jurado pronunció sentencia de muerte contra Tomás, despues de hacerle penar mucho tiempo. Conservó su alegría natural hasta el último momento. Al subir al cadalso dijo á uno de los que estaban cerca de él: «Amigo mio, ayudadme á subir: »cuando sea necesario bajar, lo haré muy bien por mí »mismo.» Habiéndole pedido perdon el verdugo, se lo otorgó y le dijo: «Poco mérito probareis con cortarme »la cabeza, porque tengo el cuello muy delgado.» Al poner la cabeza en el tajo, suplicó al ejecutor que aguardase un momento hasta colocar la barba de lado, «porque, añadió, no ha cometido traicion.»

La aprobacion que el pueblo parecia dar á tan crueles ejecuciones acrecentaba la autoridad que Enrique ejercia de una manera tan tiránica, y le animaba á proseguir su plan de innovacion. La tenaz resistencia de los monjes le hizo tomar la resolucion de quitarles para lo sucesivo los medios de ofenderle, y al efecto encargó á Cromwell, secretario de Estado, que enviase comisarios á las provincias á inspeccionar los monasterios y á informarse con una exactitud rigurosa de la conducta de los que los habitaban. Encargáronse muy pronto de semejante incumbencia las hechuras de la corte, contándose entre ellas Layton, London, Price, Gage, Petre y Belasis, quienes descubrieron, segun se refiere, desórdenes monstruosos. Todos los conventos de mugeres estaban abandonados al mas vergonzoso libertinaje y tenian cómplices en sus crímenes. El fraude y la hipocresía bajo el velo de la piedad se manifestaban en todas partes, á trueque de aumentar la devocion y las liberalidades de los fieles, y los susperiores de aquellas casas estaban constantemente divididos en bandos crueles é inveterados. Semejantes acusaciones, verdaderas ó falsas, fueron publicadas con estrépito, inspirando muy pronto un horror general contra las comunidades.

Entonces juzgó el rey ocasion favorable para abolir estos institutos; pero á fin de encubrir sus actos de rigor con una moderacion aparente, mandó al parlamento que no suprimiese desde luego mas que los pequeños monasterios que no tenian arriba de doscientas libras de renta—Año 1536.—En su consecuencia fueron estinguidos trescientos sesenta y seis conventos, cuyas rentas trasladadas al rey ascendieron á treinta y dos mil libras anuales, sin contar los muebles y la vajilla de plata que fueron evaluados en cien mil mas. Esta providencia no fué mas que el preludio de semejantes confiscaciones. Repitiéronse las pesquisas y visitas, que descubrieron nuevos abusos y delitos; con lo cual se pudo encubrir con tal apariencia de justicia las medidas severas que se tomaron, que surtieron el éxito mas completo, pues en menos de dos años Enrique se hizo poseedor absoluto de las rentas de todas las fundaciones monacales, que eran en número de seis mil ciento cuarenta y cinco, entre las que habia veintiocho abadías con derecho á sentarse en el parlamento. Tambien

fueron abolidos noventa colegios, dos mil trescientas sesenta y cuatro catedrales y capillas y ciento diez hospitales. La suma total de las rentas de todos estos establecimientos ascendia á ciento sesenta y un mil libras esterlinas, lo cual era nada menos que la vigésima parte de la renta nacional.

Por considerable que fuese la pérdida que sufrió el clero, le causó mucha menor pena y angustia que las reconvenciones y los insultos crueles que se le dirigieron. Las reliquias sin número que habia para esponerlas al pueblo, fueron estraidas y entregadas á las burlas mas picantes. Veíase entre aquellas un ángel con el asta de la lanza que horadó el costado de Cristo, los carbones que habian servido para asar á San Lorenzo, las cortaduras de las uñas de los pies de San Edmundo, ciertas reliquias que preservaban de la lluvia, y otras que tenian la virtud de impedir la medra de las malas yerbas entre el trigo. Además existia en Boxley, condado de Kent, un crucifijo llamado la Cruz de Gracia, que se creia que subia y bajaba, volvia los ojos y meneaba la cabeza, cuyo Crucifijo fué hecho pedazos, siendo las ruedas y resortes que le movian espuestas á la curiosidad del pueblo de Londres. El saqueo de la urna de Santo Tomás Becket en Cantorbery escedió á cuanto la imaginacion habia podido concebir hasta entonces: dicha urna fué despedaza, y el oro que encerraba llenó dos cofres que apenas pudieron sacar de la iglesia ocho hombres. El rey citó al santo á comparecer ante el tribunal para juzgarle y condenarle como traidor, y despues dispuso que su nombre fuese borrado del calendario, que se quemasen sus huesos, y que se quitase del breviario su oficio.

Tales fueron las medidas violentas empleadas por el rey para destruir el imperio de las prácticas antiguas; pero como aquellas no podian menos de causar mucho descontento, cuidó de hacer partícipes de los despojos monásticos á todos los que le eran favorables y á aquellos cuya oposicion podia serle peligrosa. Donó á sus principales cortesanos las rentas de diferentes conventos, vendió las de otros á precios muy bajos, y cambió muchos terrenos en que perdia considerablemente. Creó seis obispados nuevos, á saber: Westminster, Oxford, Peterborough, Bristol, Chester y Gloucester, de los qne existen todavía cinco. Fijó para los abades y priores pensiones proporcionadas á sus antiguas rentas ó méritos, y á cada monje concedió una asignacion anual de ocho marcos.

Aunque el rey se separó de la Iglesia romana, no se manifestaba dispuesto á adoptar un nuevo sistema de culto; y así no quiso seguir ningun consejo en este punto, rehusándose esplícitamente á abolir el método empleado hasta entonces por los sacerdotes. Por lo tanto la invocacion de los santos no fué destruida, sino solamente restringida: mandó que la Biblia fuese vertida en lengua vulgar; pero prohibió que se la pusiese en las manos de los legos. Así como era un crímen capital el creer en la supremacía del papa, lo fué tambien el ser de la religion reformada, tal como se habia establecido en Alemania. Manifestáronse por fin los sentimientos del rey en una ley que por sus horribles consecuencias fué denominada ley sanguinaria. Declaraba esta ley reo de herejía á cualquiera que negase la transustanciacion, ó persistiese en afirmar que la comunion bajo ambas especies era de necesidad, que el casamiento de los sacerdotes era legítimo, que el voto de castidad podia ser roto, y que las misas particulares y la confesion auricular eran inútiles. Todos los que incurrian en semejantes delitos supuestos debian ser quemados ó ahorcados á juicio del tribunal.

Como el pueblo se componia entonces de luteranos y católicos, esta ley, conforme con las primeras ordenanzas de Enrique, amenazaba igualmente á entrambos partidos y abria un vasto campo á la persecucion y al fanatismo: así no tardó en comenzar una horrible siega.

Precedióla un acto de crueldad de una naturaleza diferente que no tenia por causa ni la política ni la religion, sino que dimanaba únicamente de un capricho tiránico. La proteccion que la reina Ana Bolena habia dispensado siempre á los reformados, le atrajo en el partido opuesto enemigos que no aguardaban mas que la ocasion favorable para destruir la reputacion de ella en el ánimo del rey. No tardó en presentarse la coyuntura.

Como hacia mucho tiempo que la saciedad habia apagado la pasion de Enrique, una vez satisfecho el deseo brutal que tuvo de poseer á Ana, concibió amor (si es permitido prostituir así esta palabra) hácia la hermosa Juana Seymour que por algun tiempo habia sido camarista de la reina.

Tan pronto como los enemigos de Ana advirtieron la inconstancia del rey, se resolvieron á aprovecharse de esta circunstancia para acabar de alejarle de ella, y así la acusaron de crímenes supuestos. La vizcondesa de Rocheford, que estaba casada con un hermano de la reina, fué la mas encarnizada enemiga para perderla. Esta muger de un carácter infame comenzó á atacar la reputacion de su cuñada con las insinuaciones mas pérfidas, acusándola de tener una correspondencia culpable con su marido, y presentando, no contenta con semejante calumnia, las inocentes chanzas de la reina bajo el aspecto mas odioso.

Los celos del rey empezaron á manifestarse en un torneo en Greenwick, donde habiendo la reina dejado caer su pañuelo, se supuso que lo habia hecho con la intencion de que lo recojiese uno de sus favoritos, para que con él pudiese enjugar su rostro bañado de sudor por el ejercicio que acababa de practicar.

Retiróse el rey bruscamente y dió órdenes para que se custodiase á la reina en su cuarto. Esta se echó á reir al pronto, persuadida de que la chanceaba el rey; pero cuando vió que la cosa era muy séria, recibió los sacramentos en su gabinete y empezó á estremecerse de la poca indulgencia que debia esperar de un tirano tan furioso.



El duque de Norfolk.

No se descuidaron los enemigos de Ana en agravar las acusaciones dirigidas contra ella. El duque de Norfolk, impulsado por su celo hácia la antigua religion, adujo testigos que declararon haberse comportado la reina de la manera mas escandalosa con las personas mas bajas de la corte, y particularmente con el guardaropa Enrique Norris, con Weston y Brereton, gentiles hombres de la cámara del rey, y con un músico llamado Mark Smelon. La asiduidad y fidelidad de los servicios de estos y los testimonios de sus respetos fueron considerados como pruebas de un afecto culpable. Por mas que protestó la infortunada reina que era inocente y rogó al cielo que la amparase, fué enviada á la Torre, siendo vana su demanda de que se la presentase al rey. Su tia, lady Bolena, que la aborrecia mortalmente, se opuso con dureza á tal deseo, y refirió á Enrique de una manera virulenta todos los discursos incoherentes de la infeliz presa. «En medio de su delirio, aseguraba aque-

»lla mala muger, Ana ha confesado que una vez se habia »chaceado con Norris acerca de la poca propension que »al parecer tenia al matrimonio, y que sin duda espera- »ria á casarse con ella cuando se quedase viuda. Tam- »bien ha confesado que otra vez reconvino á Weston »por el amor criminal que parecia tener hácia una da- »ma y por la indiferencia que manifestaba hácia su es- »posa, y que Weston le respondió entonces que se equi- »vocaba acerca del objeto de su pasion, pues que ella »misma era á quien se atrevia á amar. Por último, Ana »ha revelado que si bien no entró Smeton mas que dos »veces en su habitacion á tocar el harpa, una de ellas »se tomó la osadía de decirla que una sola mirada suya »bastaria para hacerle dichoso.»

Estas noticias, por livianas que fuesen, se tuvieron como pruebas de la mala conducta de Ana, á quien abandonaron en su desgracia todos los cortesanos que poco antes estaban á sus piés. Solamente Cranmer se la mantuvo fiel, el cual escribió una carta al rey en favor de la reina; pero todos sus esfuerzos para salvarla fueron inútiles. Cuando Norris y los otros presos fueron juzgados en Westminster-Hall, se prometió á Smeton el perdon si accedia á declarar que él seguia correspondencia ilícita con la reina, y fué asaz débil para dejarse seducir; pero habiendo sido careado con esta, semejante diligencia, así como la de sus compañeros, solo sirvieron para hacerla aparecer mas inocente á los ojos de los que no estaban dominados por el encono. Como Norris gozaba de favor para con el rey, le ofrecieron igualmente la vida si consentia en acusar á su soberana; pero rechazó con desprecio una proposicion tan indigna, y murió protestando su inocencia y la de la princesa.

Afligida Ana de las consecuencias terribles de su desgracia, intentó amansar la cólera del rey suplicándole que perdonase la vida á aquellos desventurados; mas todo fué en vano, sin que nada bastara para aplacar unos celos tanto mas crueles, cuanto que provenian del orgullo. La carta que al efecto escribió la reina, está llena de las quejas mas tiernas, y es demasiado notable para no insertarla aquí, pues puede dar idea del estado del espíritu de la infeliz prisionera, así como de la elegancia de su estilo para aquella época.

«Señor:

»La desgracia que esperimento por haber podido »desagradaros, y la triste prision á que me hallo redu- »cida, son unos acontecimientos tan estraños para mí, »que no sé cuál es mi culpabilidad ni cómo debo de- »fenderme.

»La persona que habeis enviado para recibir de mi »boca la confesion de la verdad, es uno de mis mas »mortales enemigos, lo cual no ignorais; y así al verle »presentarse delante de mí, he conocido vuestro pen- »samiento. Si, segun asegurais, solo puede salvarme la »verdad, debo dar entrada á la esperanza en el fondo »de mi alma. Yo estoy pronta á cumplir mi deber y á »obedecer vuestro mandato.

»Mas no os imagineis que vuestra esposa accederá »á reconocer una falta que ni siquiera mentalmente »ha cometido. Jamás príncipe alguno, me atrevo á de- »cir, tuvo una compañera mas solícita por cumplir sus »deberes que Ana Bolena, á quien su nombre y su mo- »desto rango hubieran bastado para ser feliz, si Dios »y V. M. no hubiesen dispuesto de otro modo de mi »suerte. Nunca me ha deslumbrado mi elevacion hasta »el punto de no prever el cambio que hoy esperimento, »porque no apoyándose aquella mas que en un amor »pasajero, no ignoraba que bastaba la menor circuns- »tancia para dirigir este amor hácia otro objeto.

»Vos me habeis elevado de la clase modesta en que »la suerte me colocára á la de esposa vuestra y de »reina, y ya sabeis que nunca aspiraron á tanto mi »ambicion y mis deseos. Y si en una época mas feliz, »vos me encontrásteis digna de tal honor, ¿pueden un »lijero capricho y los pérfidos consejos de mis enemi- »gos ser bastantes para robarme el favor de mi rey? »Señor, no permitais que la odiosa calumnia empañe »con una mancha impura á vuestra fiel esposa y á la »princesa vuestra hija. Juzgadme, príncipe, yo lo »quiero; pero juzgadme en un tribunal legítimo; y no »me deis por jueces á mis enemigos y acusadores. Pido »que mi proceso se haga públicamente, toda vez que »estoy convencida de que ninguna ignominia puede »recaer sobre mí: ó mi inocencia será reconocida, ó se »probará mi crímen: en este último caso, V. M. será »libre ante Dios y los hombres para disponer el con- »digno castigo de una esposa infiel, y para seguir vues- »tra inclinacion á aquella de quien yo soy víctima al »presente. Yo podria citar aquí su nombre, pues V. M. »no ignora mis sospechas en este punto.



Enrique VIII.

»Pero si mi suerte está ya fijada; si es preciso que »triunfe la calumnia y que mi muerte y deshonra os »hagan poseedor del objeto de vuestros deseos, yo »ruego al cielo que os perdone tamaño crímen, y ab- »suelva igualmente á todos los que fueren instrumen- »tos de mi desdicha. ¡Que no os llame Dios á pediros »cuenta alguna vez de vuestra crueldad é injusticia »hácia mí! Acércase el dia en que vos y yo compare- »ceremos ante un tribunal supremo en que mi inocen- »cia será auténticamente reconocida, sea cual fuere hoy »el juicio del mundo en esta materia.

»En fin, señor, mi único y último ruego es, que yo »sola sea condenada á llevar el peso de vuestro encono, »y que los fieles servidores que padecen por mi causa »en este momento, sean justificados prontamente. Si »alguna vez tuve mérito ante vuestros ojos, si alguna »vez fué grato á vuestros oidos el nombre de Ana, per- »mitidme impetrar esta sola gracia, y entonces cesaré »de incomodar á V. M.

»Que el cielo escuche mis ardientes súplicas por »vuestra felicidad y os conserve en su buena guarda »dirigiéndoos en todas vuestras acciones.

»En mi triste prision de la Torre á 6 de mayo.

»Vuestra fidelísima y obedientísima esposa,

»Ana Bolena.»

Inútil hubiera sido el esperar que esta carta aplacase á un tirano cuyas pasiones nunca se habian movido mas que por motivos culpables, y sobre el cual ninguna influencia alcanzaban los sentimientos nobles y generosos. La reina y su hermano fueron condenados por un jurado compuesto de lores; pero no se sabe qué pruebas hubo para juzgarlos reos de incesto. La acusacion principal fué, que hallándose Rocheford un dia

en el cuarto de la reina, se habia apoyado sobre el lecho de esta delante de muchas personas. La deposicion mas fuerte contra ella fué, que habia dicho á varios de su servidumbre que el rey nunca habia conquistado su corazon: lo cual fué considerado como una calumnia contra el trono y como una violacion de la ley hecha poco antes, declarando criminal á cualquiera que hablase contra el rey, la reina ó sus descendientes.

La desventurada reina, desprovista de consejos y de apoyo, se defendió por sí misma con valor y presencia de ánimo, y todos los que la oyeron no pudieron prescindir de reconocer su inocencia. Respondió con claridad á todas las acusaciones que se la dirigieron; pero como debia ser envuelta por la autoridad del rey, fué declarada culpable y condenada á ser quemada ó decapitada segun la voluntad de este.

Cuando se la leyó una sentencia tan terrible, levantó los ojos hácia el cielo pidiendo amparo: dirigiéndose en seguida á los jueces, les echó en cara de la manera mas sentida la injusticia con que era condenada. No satisfecho el tirano con semejante venganza, la quiso colmar declarando ilegítima á su hija, y reproduciendo el rumor que habia corrido en otro tiempo de un contrato de matrimonio entre Ana Bolena y Percy, conde de Northumberland, logró que ella confesase este supuesto casamiento, prometiendo sin duda conservar la vida ó no ejecutar la sentencia con todo su rigor. Afligióse entonces el arzobispo, que era uno de los jueces; mas á consecuencia de la tal confesion se vió precisado á pronunciar la nulidad del matrimonio de Ana con el rey, quien en medio de los raptos de su odiosa persecucion conoció con espanto, que si el mamatrimonio era nulo, lo era igualmente la sentencia de adulterio.

En semejante situacion Ana daba el triste ejemplo de la inconstancia de la fortuna, cuando antes habia sido el objeto suspirado del favor real. Despues que volvió á la prision escribió al rey por última vez protestando nuevamente su inocencia en una carta que terminaba de este modo: «Vos me sacásteis de una »vida modesta y tranquila para hacerme una lady; de »lady me hicísteis condesa; de condesa me elevásteis »al rango supremo de reina, y de reina voy á pasar muy »pronto á otro mas glorioso en el cielo.»

La mañana del dia en que fué ejecutada envió á llamar á Kingston, gobernador de la Torre, á quien le dijo al verle entrar: «Señor Kingston, he oido decir »que no moriré antes del mediodia, de lo cual estoy »disgustada, porque yo creia que antes de esta hora »seria libertada de una vida de penas y tormentos.» El gobernador procuró consolarla y darla valor, asegurándola que ya era muy poco el dolor que la restaba que sufrir. «Dicen, replicó ella, que el verdugo es muy diestro.» Midiendo en seguida su cuello con las dos manos, añadió sonriéndose que era muy delgado. Cuando llegó al pátibulo se renovó su inquietud por la suerte de su hija Isabel, se esforzó por calmar el ánimo del pueblo irritado contra sus perseguidores, y pronunció con firmeza estas palabras: «Yo debo morir porque me condena la ley.» No acusó á ninguno, ni recordó la injusticia con que habia sido juzgada; rogó de todo corazon por el rey, llamándole el mas clemente y el mejor de los príncipes, afirmando que él siempre habia procurado hacerla feliz; que en todos tiempos habia sido para ella el mas bondadoso de los soberanos, y que si alguno creia oportuno examinar su causa, le suplicaba que juzgase de una manera favorable á Enrique.

Fué decapitada por el ejecutor de Calais, llevado á Londres como el mas diestro de todos los verdugos de Inglaterra. El cuerpo de la reina fué metido en una caja de olmo hecha para tener flechas, y enterrado en la Torre.

Ana Bolena no era al parecer culpable de otro delito que de haber sobrevivido á la pasion del rey. Aunque ya habian sucumbido muchas testas coronadas en Inglaterra, ella es la primera que sufrió un juicio en regla y que pereció en un cadalso (1).

El pueblo en general lloró sinceramente tan triste suerte, mostrándose todavía mas su afliccion cuando descubrió la causa que habia impelido al tirano á sacrificarla tan cruelmente. El desapiadado Enrique, sin ninguna pena por el desventurado fin de una muger que poco antes habia sido el objeto de su ternura, no temió en atropellar todos los miramientos, casándose publicamente con lady Juana Seymour al dia siguiente de la ejecucion de Ana Bolena.



Juana Seymour.

En seguida mandó á su parlamento que le entregase la sentencia de divorcio pronunciada en el espacio que hubo entre el fallo contra Ana y su muerte, para procurar por semejante medio acreditar la ilegitimidad de la jóven princesa Isabel, sola sucesion que habia de la misma Ana, así como anteriormente lo habia ejecutado con respecto á María, única hija de Catalina.

Fácil es creer que el pueblo no veria sin indignacion tantas innovaciones, caprichos y crueldades; pero sus quejas y rumores eran en vano. Enrique, único árbitro entre los católicos y protestantes, que no podian recurrir mas que á él solo, sabia aprovechar hábilmente el encono existente entre estos partidos; y como por otra parte consiguió atraer á sus intereses á todos los hombres mas poderosos de la nacion con las muchas donaciones que les hizo de tierras y bienes de los monasterios espoliados, le fué fácil sofocar las numerosas insurrecciones que su conducta arbitraria provocaba contínuamente. En vano trató el pueblo de rebelarse contra las medidas de que sin cesar era víctima, pues no siendo dirigidas sus tentativas ni por la sagacidad de un hombre prudente y previsor, ni por la habilidad de un atrevido caudillo, se redujeron á chispazos pasajeros del dolor y de la desesperacion.

Los primeros que se sublevaron fueron los habitantes del condado de Lincoln, que tenian á su cabeza al doctor Mackrel, prior de Carling. Aunque este ejército revoltoso ascendió al número de veinte mil hombres, se atemorizó muy pronto, dispersándose el populacho tan luego como se le ofreció el perdon. El prior y los jefes confederados cayeron en manos del rey y fueron condenados y muertos. No tardó en ocurrir otra conmocion en el norte de Inglaterra, donde se reunieron hasta treinta mil hombres, yendo á su frente los sacerdotes, llevando para estandartes las insignias de su ministerio, y manifestándose todos animados principalmente contra Cromwell, á quien consideraban como su enemigo y el instigador de las medidas severas que el rey tomaba con respecto á ellos. Despues de tratar en vano de batir al ejército del duque de Norfolk, de quien

(1) Asegúrase que los agentes secretos de Roma contribuyeron á la perdicion de Ana Bolena, con la esperanza de que si el rey se separaba de ella, la hija de Catalina de España heredaria el reino y restableceria la religion católica. *(Voltaire.)*

les separaba un riachuelo que se hinchó con las lluvias, se dispersaron, y así esta insurreccion se disipó tan pronto como la primera. Al poco tiempo estalló una tercera revuelta, poniéndose Musgrave y Tilby á la cabeza de los insurgentes; pero perseguidos por el duque de Norfolk, se dieron á la fuga. Además de aquellos dos jefes fueron cojidos, uno llamado Aske, que lo habia sido de la primera insurreccion, así como lord Arcy, sir Roberto, condestable, sir Juan Rulmer, sir Tomás Percy, sir Estéban Hamilton, Nicolás Tempest y Guillermo Lumley, cuya parte fué castigada con la muerte. Enfurecido el rey con tan reiteradas sublevaciones, se resolvió á no poner ningun límite á su venganza; de modo que el nacimiento de un príncipe, que despues fué Eduardo VI, y la muerte de la reina que ocurrió á los dos dias de este feliz suceso, no fueron mas que un corto intervalo para los rigurosos castigos que impuso á los que se oponian á su voluntad.

En medio de todas estas conmociones, las hogueras de Smithfield no cesaban de arder con los católicos y protestantes, que eran igualmente los blancos de la venganza real y de la persecucion eclesiástica—A. 1537.—Con tantos cambios como Enrique introdujo en el sistema de la creencia, ninguno sabia lo que debia creer ni profesar. Todos estaban asaz dispuestos á seguir sus opiniones, por contradictorias que fuesen; pero como él mismo cambiaba contínuamente de doctrina, les era imposible seguir con la celeridad precisa para no chocar involuntáriamente con unas ideas inciertas é inconstantes. Cranmer y Cromwell favorecian la religion reformada con todo su poder. El segundo, que era hijo de un herrero, habia sido elevado al mas alto favor por el capricho del rey, porque los tiranos escojen por lo regular á sus validos en la clase mas baja. Cranmer era á la sazon arzobispo de Cantorbery. Por otra parte Gardiner, obispo de Winchester, y el duque de Norfolk procuraban arrastrar al rey á su partido, esforzándose por tornarle á todas sus antiguas ideas: mientras tanto Enrique, cuyo orgullo se habia aumentado con las adulaciones, no cedia á ningun consejo, persuadiéndose que él solo tenia derecho á arreglar la creencia de la nacion entera.



El hacha con que fueron decapitadas Ana Bolena y Juana Grey, que se conserva en la torre de Londres.

En esta época de terror universal, durante la cual parecia que el rigor de un solo hombre bastaba para intimidar á millones de ciudadanos, hubo en Londres un maestro de escuela que sostuvo osadamente los derechos de la humanidad, aventurándose á emitir su opinion públicamente—A. 1538.

Este hombre, llamado Juan Lambert, habiendo oido al obispo Taylor un sermon en que sostenia la presencia real en el sacramento de la Eucaristía, presentó por escrito sus razones diametralmente opuestas á tal doctrina. El papel fué enviado á Cranmer y á Latimer, que eran de la opinion de Lutero en semejante cuestion; pero por mas que se esforzaron por atraer á Lambert á su dictámen, permaneció inalterable en su creencia, siendo estremada la sorpresa de ellos cuando lejos de retractarse apeló al mismo rey. Esta apelacion, que lisonjeaba la vanidad de Enrique, fué aceptada con placer, y se dispuso muy gustoso á desplegar á la vez su supremacía y erudicion. Por lo tanto, anuncióse públicamente la discusion que iba á entablarse, levantándose al efecto unos tablados en Westminster-Hall para comodidad de los espectadores.

Presentóse Enrique en su trono con todas las insignias de la majestad real, colocándose los prelados á la derecha y los lores á la izquierda. Los jueces y abogados mas distinguidos tenian asiento detrás de los obispos, y los cortesanos detrás de los lores. El pobre Lambert compareció en medio de esta majestuosa asamblea sin el apoyo de persona alguna. Abrió la sesion el obispo de Chicester declarando que el rey, no obstante los ligeros cambios que habia hecho en los ritos de la Iglesia, estaba resuelto á mantener la pureza de la fé católica y á castigar con el mayor rigor á todos los que tendiesen á apartarse de ella. Despues de tal indicacion, suficiente para atemorizar al lógico mas atrevido, el rey preguntó á Lambert con tono severo cuál era su opinion acerca de la transustanciacion. El preguntado empezó su discurso con un preámbulo dirigido á S. M.; pero Enrique desechó las alabanzas con desprecio, y entabló la discusion apurando vivamente á Lambert con diferentes argumentos sacados de la Escritura y de los teólogos mas instruidos. A cada palabra del rey estaban prontos los oyentes á aplaudir y á dar muestras de admiracion. Lambert sin embargo no se desalentó, y respondió sin tardanza; pero Cranmer entró entonces en el debate, y apoyó las pruebas del rey con nuevos argumentos. Gardiner sostuvo en seguida á Cranmer, y lo mismo hicieron Tonstal, Stokesly y seis obispos, combatiendo al pobre lógico que por espacio de cinco horas se esforzó en sostener su doctrina, hasta que fatigado, confundido y humillado, fué reducido al silencio. El rey, volviendo entonces á la carga, le preguntó si estaba convencido y si queria rescatar su vida con una retractacion ó morir en su obstinacion.

Lambert respondió sin vacilar que se encomendaba á la clemencia del rey; pero este contestó con viveza que jamás consentiria en proteger á un hereje, y que siendo tal su respuesta definitiva debia prepararse á perecer en medio de las llamas. Lambert escuchó sin manifestar espanto la sentencia que le condenaba á ser quemado vivo, y se mantuvo con la mayor sangre fria, ínterin sus bárbaros perseguidores, resueltos á poner á prueba el valor del condenado, ordenaron á los ejecutores que le diesen el suplicio mas cruel que fuese posible. Fué quemado á fuego lento, y despues de consumidas las piernas y los muslos, viendo los guardias que le custodiaban que no le acababa aquel tormento, se sintieron movidos á piedad y le levantaron con las alabardas para poner término á sus dolores. Devoróle el fuego al instante; pero al exhalar el último suspiro gritó: «Nadie mas que Cristo, nadie mas que Cristo.»

El suplicio del desventurado Lambert fué la señal del de otros muchos. La adulacion habia inspirado al rey una idea tan estravagante de sus medios y de su habilidad, que se determinó á castigar con rigor á todos los que pretendian diferir de sus opiniones, ora fuesen católicos ó protestantes. En poco tiempo fueron aprisionadas quinientas personas por haber manifestado un modo de pensar contrario á los artículos de la ley sanguinaria, siendo Cromwel el único que les dispensó alguna proteccion. El doctor Barnes, que habia sido el instrumento de la muerte de Lambert, esperimentó á su vez las mismas persecuciones en que habia tomado parte con tanto encarnizamiento, y sin ningun juicio fué condenado por el parlamento á perecer en las llamas: todavía disputaba despues que fué atado al palo. Gerardo y Gerónimo fueron ajusticiados con él por iguales opiniones; siéndolo tambien tres católicos llamados Abel, Fetherstone y Powel despues de ser arrastrados, quienes declararon antes de morir que su mayor pena era el estar mezclados con unos herejes y confundidos en la desgracia con tales incrédulos—Año 1540.

En medio de estos actos de crueldad, Enrique se resolvió á tomar otra muger, y despues de varias negociaciones en el continente, concertó el casamiento con Ana de Cleves, esperando fortificar por semejante medio su alianza con los príncipes de Alemania. Esta

union sin embargo no se realizó sin que Enrique tratara de informarse acerca del esterior de la princesa, de quien supo por un enviado que era muy alta y corpulenta; lo cual le agradó, porque él se habia engordado tanto, que no podia desear mas que una esposa de un tamaño semejante al suyo. Acabó de encantarle un retrato hecho por Holbein; pero parecia que este pintor era mucho mas amigo del arte que de la verdad, porque la princesa estaba muy favorecida. Luego que el rey supo el arribo de esta se dirigió secretamente á Rochester para conocerla; pero su amoroso ardor se resfrió apenas la vió; pues si bien era la estatura cuál podia desear, estaba totalmente desprovista de gracia y de belleza; y como no sabia mas que el aleman, su conversacion de ningun modo era á propósito para compensar los defectos físicos de la persona. Disgustó por lo tanto á Enrique su novia, á quien dió el nombre de gran yegua flamenca, jurando que nunca dispensaria su afecto á tal muger.



Ana de Cleves.

Empero temiendo agraviar al duque hermano de Ana, y por consiguiente á todos los príncipes de Alemania que eran aliados de este, se resolvió á llevar á cabo el casamiento; y así dijo á Cromwell, que habia sido el principal autor del asunto, que toda vez que habian avanzado tanto las cosas, estaba decidido á someterse á toda costa al yugo de himeneo. Celebróse pues este matrimonio, que no hizo mas que aumentar el disgusto del rey, quien al dia siguiente dijo á Cromwell que aborrecia á su esposa mas que antes, y que hasta recelaba de no haberla encontrado virgen, en lo cual se creia muy hábil. Como Cromwell contribuyó mas que ningun otro á semejantes desposorios, conoció el peligro que le amagaba, y así trató á fuerza de halagos y humildes adulaciones de desvanecer del ánimo del rey toda idea de prevencion contra él.

Mas no tardó en ver que el resentimiento de un tirano es implacable. Colmóse tan rápidamente la aversion de Enrique á la reina, que abrazó la resolucion de desembarazarse de ella y de su primer ministro. Hacia mucho tiempo que era ardientemente deseada la caida de este favorito por una gran parte de la nacion. La nobleza odiaba á un hombre que de un orígen tan bajo se habia elevado hasta mas arriba que los primeros personajes del reino; pues no solo tenia una autoridad absoluta sobre el clero, por ser vicario general, sino que además era guarda-sellos, primer gentil-hombre y jefe de los archivos, habiendo obtenido hasta la órden de la Jarretera, cuya dignidad no se habia concedido anteriormente sino á las familias mas ilustres del reino, y siendo para poner el colmo á su elevacion, hecho conde de Essex. Los protestantes le detestaban á causa de la parte que tomaba en la persecucion del rey contra ellos, y los católicos le aborrecian igualmente como enemigo mortal de su religion.

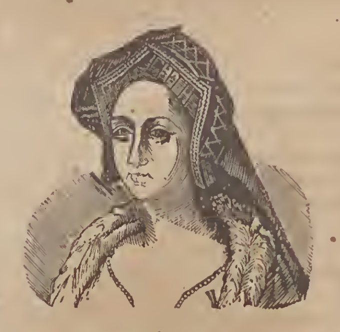
Otro motivo poderoso contribuyó á aumentar el disgusto del rey hácia su favorito, cuya desgracia acabó de completarse. Habiéndose enamorado Enrique de Catalina Howard, sobrina del duque de Norfolk, formó el proyecto de satisfacer su nueva pasion repudiando á su esposa para tomar por tal á aquella. Este duque, que hacia mucho tiempo era enemigo jurado de Cromwell, asió con ardor la ocasion de destruir al hombre que miraba, como su rival. Al efecto echó mano de todo el crédito de su sobrina para perder al favorito, y cuando creyó que el plan estaba suficientemente maduro, alcanzó una órden del rey para hacer prender á Cromwel como reo de alta traicion. Apenas se supo la desgracia de este, le abandonaron todos sus amigos á escepcion de Cranmer, que hizo todo lo posible para salvarle, escribiendo al rey una carta que ninguna otra persona del reino se hubiera atrevido á trazar. Pero todo fué inútil: acusado ante el parlamento del crímen de herejía y traicion, hasta se le negó oir su defensa, y fué condenado á la pena de muerte que debia ejecutarse del modo que el rey dispusiese. En tan terribles momentos desapareció la serenidad de Cromwell, quien escribió al rey para pedirle perdon, diciendo que la flaqueza de la naturaleza le forzaba á pedir gracia con mano trémula y el corazon oprimido, y terminando su carta con estas palabras: «De V. M. el mas desventurado preso y pobre esclavo, Tomás Cromwell:» y mas abajo: «Misericordia, misericordia, misericordia.»

La carta de Cromwell pareció tocar el corazon empedernido del tirano, pues hizo leerla tres veces seguidas; pero despues, como si hubiese tenido que luchar con sus propios sentimientos y que vencer un resto de humanidad, señaló el verdugo que debia hacer caer la cabeza del favorito.

Cuando este se presentó en el cadalso, parecia que la ternura hácia su hijo le preocupaba esclusivamente hasta hacerle perder de vista su propia defensa: pidió perdon á Dios, reconociendo que su muerte era un justo castigo de sus faltas, y confesó que se habia dejado corromper muchas veces, pero que moria en la fé católica.

No contento Enrique con matar á su víctima, reprimió aun sus quejas y aterró de tal modo al infeliz paciente, que le arrebató hasta su último consuelo, el de echar en cara á los perseguidores su injusticia.

El infortunado Cromwell, despues de pasar algun tiempo en oracion, encorvó la cabeza debajo de la hacha del ejecutor, quien le mutiló de un modo horrible. Pocos dias despues de su muerte fueron tambien ajusticiadas un gran número de personas, ya por haber negado la supremacía del rey, ya por haber sostenido la doctrina de Lutero.



Catalina Howard.

Alrededor de un mes despues de la muerte de Cromwell declaró el rey su casamiento con Catalina Howard, verificado secretamente hacia algun tiempo, y que fué mirado como un suceso muy propicio por los católicos. Efectivamente, todo parecia corresponder á los deseos de estos: como el consejo del rey estaba completamente dirigido por Norfolk y Gardinier, empezó una persecucion atroz contra los protestantes, ejecutándose con un

rigor espantoso la ley de los artículos, que un estranjero que á la sazon se hallaba en Inglaterra dijo con razon, que los que estaban á favor del papa eran quemados, y los que estaban contra él, ahorcados. Así era como el rey sanguinario ponia á sus juicios la única especie de imparcialidad que podia convenir á su feroz alma, oprimiendo indistintamente y con cierta ostentacion á los unos y á los otros, reduciendo á ambos partidos á un mismo grado de subordinacion, é infundiendo en todos los espíritus un mismo terror.

Empero todavía estaba por colmarse la medida de sus crueldades. Su último matrimonio parecia haber satisfecho todos sus deseos: la belleza y la amabilidad de la reina le encantaban de tal modo, que hizo dar públicamente acciones de gracias al cielo por la felicidad de que disfrutaba, y hasta exigió que su confesor las tributase á una con él. Bien corta duracion tuvo semejante contento: ínterin el rey estaba en York conferenciando con el de Escocia, un tal Lascelles informó á Cranmer sobre la mala conducta de la reina antes de casarse, lo cual sabia el tal hombre por una hermana suya que habia servido á la duquesa viuda de Norfolk.

Afirmó Lascelles que existia una correspondencia criminal entre la reina y dos hombres llamados Derham y Mannock. Sorprendido y embarazado Cranmer con semejante noticia, la comunicó al canciller y á algunos miembros del consejo privado, los cuales creyeron que debia informarse al rey del asunto luego que regresase á Londres. No ignoraba el arzobispo el peligro que se le preparaba aventurando un punto tan delicado; pero tambien sabia que le cercaba igual riesgo si guardaba silencio. Tomó pues el partido de escribir al rey todo lo que acababa de averiguar, y le remitió la carta luego que regresó, suplicando á S. M. que no la leyese sino en secreto. Enrique no creyó al pronto, ó pretendió no creer semejante revelacion: mandó al guarda-sellos que examinase á Lascelles, quien insistió en lo mismo, y aun propuso el testimonio de su hermana. Derham y Mannock fueron arrestados simultáneamente, y acabaron de justificar la mala conducta de la reina, confesando que ellos eran los cómplices; y aun fueron mas lejos, pues acusaron á lady Rocheford, que en otro tiempo habia sido el instrumento de la muerte de Ana Bolena, de haber introducido á un tal Culpeper en la cámara de la reina, permaneciendo allí desde las once de la noche hasta las cuatro de la madrugada.

Interrogada la reina, negó al pronto su crímen; mas al ver á sus acusadores acabó por confesar que habia vivido licenciosamente antes de su matrimonio, pero que despues de este no habia deshonrado el tálamo régio. Empero tres camaristas de la confianza de la acusada pretendieron lo contrario, sosteniendo que ellas habian pasado la noche en la misma cama de la reina en medio de los amantes de esta. Conmovióse tanto el rey con un descubrimiento tan cruel, que se derritió en lágrimas lamentándose amargamente de su desgracia. Derham y Culpeper, convictos de su delito, fueron ajusticiados inmediatamente; pero el rey se resolvió esta vez á echar toda la odiosidad de la muerte de la reina sobre su parlamento, que siempre habia sido dócil instrumento de sus crueldades. Sabedoras de la confesion de esta las hechuras serviles que componian ambas cámaras, la calificaron prontamente de real, y presentaron una peticion al rey para que fuese castigada con la muerte y se impusiese la misma pena á la cómplice lady Rocheford, así como á la duquesa viuda de Norfolk, al tio y tia de Catalina, á la condesa de Bridgewater y á nueve personas mas que tambien habian tenido parte en los desórdenes de la reina—Año 1542.

El rey accedió sin dificultad á la peticion, y en su consecuencia los culpables fueron condenados á muerte por una ley en que además se declaraba, que cualquiera que en lo sucesivo encubriere los vicios que supiere con respecto á alguna reina, seria reo de alta traicion y sufriria la pena de muerte, y que siempre que el rey se casare, creyéndola vírgen, con una muger que ya hubiera faltado á sus deberes, sería igualmente mirada como reo de alta traicion si no confesaba su falta antes de los desposorios. El pueblo no dejó de divertirse á costa de una ley tan absurda y ridícula, diciendo que el rey ya no debia obsequiar mas que á las viudas.

A consecuencia del fallo condenatorio, la reina fué decapitada en Tower-Hill, así como lady Rocheford, de cuya suerte nadie se condolió, porque habia manchado sus manos en la sangre de Ana Bolena. La muerte de la reina inspiró alguna compasion, porque si bien confesó la vida disoluta que tuvo antes de casarse, sostuvo hasta el último momento y de la manera mas solemne que jamás habia faltado á la fé conyugal: por lo cual el pueblo habló mucho contra un acto de rigor que se estendia á un número tan crecido de víctimas, siendo tan violentos los clamores del público, que el rey no juzgó oportuno llevar á cabo con rigor el castigo de los reos, y así muchos de estos no sufrieron mas que el presidio.

Despues que Enrique probó sobradamente con tantos actos de tiranía que habia abandonado todo sentimiento de justicia, de moralidad y de humanidad, trató de componer una obra de religion para que en lo sucesivo se atuviesen á ella sus súbditos en su creencia y conducta. Con esta intencion obtuvo del parlamento una declaracion, por la cual se le revestia con toda especie de supremacía espiritual, y poco despues publicó un pequeño volúmen intitulado la *Institucion de un cristiano*, que fué acojido por aquel y propuesto como la regla infalible de la ortodoxia. Todas las cuestiones mas delicadas sobre la justificacion de los pecados, sobre la fé, el libre albedrío, las buenas obras y la gracia estaban allí esplicadas de una manera conforme á la opinion de los reformados, y los sacramentos que algunos años antes se habian reducido á tres, fueron fijados en siete, conforme al sentir de los católicos. Mas apenas publicó el rey este libro, ordenó que se formase otro, al cual dió el nombre de *Erudicion de un cristiano*, dándole á luz por su propia autoridad.

Aunque el nuevo código diferia en gran parte del primero, Enrique no estaba menos esplícito en el uno que en el otro, y en ambos inculcaba igualmente el precepto de la obediencia; de modo que, por mas que variasen sus doctrinas, siempre estaban acordes con respecto á justificar y autorizar sus actos de tiranía.

Su autoridad en religion no era menos absoluta que en los asuntos temporales. Habiéndose negado un regidor llamado Read á contribuir á un donativo gracioso, fué alistado como soldado, y enviado á hacer parte del ejército que se dirigia á Escocia. De esta suerte todos los que manifestaban resistencia á las órdenes del rey caian en esclavitud ó en prision, teniendo por una fortuna el librarse con un castigo tan lijero. En medio de todo esto declaró su parlamento que las disposiciones del rey tenian tanta fuerza como las mismas leyes; y para facilitar la ejecucion de tal declaracion que destruia hasta la sombra de la libertad, se determinó que bastaran nueve miembros del consejo privado para formar un tribunal legal, con facultad de castigar á cualquiera que desobedeciese los actos del rey. Así es como se apoderó Enrique del poder de disponer de la vida y de las haciendas de sus súbditos, que en lo sucesivo ya no dependieron mas que de él.

Cerca de un año despues de la muerte de la última reina, determinóse Enrique á casarse otra vez con Catalina Parr, cuyo matrimonio recordaba la zumba reciente del pueblo, porque Catalina era viuda del último lord Latimer. Esta muger, que habia gozado constantemente de una reputacion intachable, no era ya muy jóven; pero su talento y prudencia podian alcanzar ascendiente sobre el carácter del tirano caprichoso á quien se entregaba. Los hermosos dias de En-

rique habian desaparecido hacia mucho tiempo, porque su gordura prodigiosa le afeaba mucho, y además él habia tomado un semblante melancólico que no era nada á propósito para inspirar ternura. La nueva muger empero, sacrificando sus gustos y deseos á la ambicion, apoderóse tan hábilmente de la confianza del rey, que fué nombrada regente durante la permanencia del rey en Francia, adonde se fué á la cabeza de treinta mil hombres á proseguir la guerra declarada entre esta nacion y la inglesa. En semejantes circunstancias se portó Enrique como en otras anteriores de igual naturaleza, con una ostentacion inútil. En lugar de marchar sobre París, puso sitio á Boloña, que tuvo que capitular muy pronto; pero como entre tanto hizo la paz separadamente el emperador, aliado del vencedor, este se vió precisado á regresar á Inglatèrra, donde encontró á sus súbditos prontos á ofrecerle sus adulaciones acostumbradas y á encarecer la gloria de una conquista que nada ventajosa era para el reino.



Catalina Parr.

De entre todos los súbditos de Enrique, los que se manifestaron mas bajamente serviles fueron los miembros de ambas cámaras, que lejos de declararse protectores del pueblo, fueron los esclavos mas viles del trono.

Luego que tornó el rey de su ruinosa espedicion, el parlamento, despues de protestarle su profunda sumision, le concedió el subsidio que le pidió, además un donativo gratuito, y lo que hizo odiosa para siempre la memoria del tal parlamento, todas las rentas de las universidades y las de algunas otras casas de educacion y del culto público. Sin embargo de su codicia, abstúvose por pudor el monarca de despojar de sus antiguas rentas á unos establecimientos tan respetables, los que debieron su salvacion en semejantes circunstancias á la moderacion de Enrique, y no á un parlamento tan abyecto y corrompido.

No menos justo fué el rey con respecto á Cranmer, que hacia mucho tiempo era blanco del odio del consejo, del cual se salvó con su moderacion é integridad. Como despreciaba la intriga, fué menos susceptible de ser sorprendido por ella. El partido católico se esforzaba por hacer creer al rey que Cranmer era la causa secreta de las discordias que pululaban en el reino; que su ejemplo y sus preceptos eran tambien peligrosos, y que en una palabra, era el principal apoyo de la herejía. Conociendo Enrique el objeto á que tendian los enemigos de Cranmer, y deseando saber hasta qué punto llevarian sus intrigas, fingió que consentia en lo que solicitaban, y así mandó al consejo que investigase la conducta del primado.

Todo el mundo creyó entonces que la desgracia de este era segura, é inevitable su muerte; por lo cual los amigos antiguos que solamente le estaban ligados por el interés, empezaron á desatenderle y tratarle con frialdad, llegando hasta el estremo de tener que esperar muchas horas seguidas en la portería entre los sirvientes del consejo, antes de que sus miembros se dignasen admitirle, y no dándosele entrada mas que para anunciarle que debia ser llevado á la Torre. Nada le intimidaron á Cranmer tales amenazas, de las que apeló al rey; y viendo que su demanda era desechada, enseñó un anillo que Enrique le habia dado para que lo hiciese valer en aquella ocasion. Quedáronse estupefactos los miembros del consejo al ver tal cosa, y la manera con que el rey los trató acabó de confundirlos; pues cuando se presentaron delante de él, los reconvino con severidad por su mal comportamiento para con Cranmer, cuyo favor desde aquel momento pareció mas poderoso que nunca. En señal de reconciliacion tuvieron que abrazar á Cranmer, quien siendo de un carácter muy dulce, manifestó en aquella escena forzada una sinceridad que no debia esperarse.

La tiranía del rey con respecto á los demás súbditos continuó con la misma fuerza que siempre.

Hacia algun tiempo que estaba incomodado de una úlcera que tenia en una pierna, y los dolores que sentia, juntos con su obesidad y otras enfermedades, le tornaban tan irascible, que ningun criado se le acercaba sin terror: así, no podia manifestarse una opinion contraria á la suya sin tener que pedirle perdon. Una de las víctimas cuyas injustas penalidades escitaron mas piedad é indignacion, fué Ana Askew, cuyo triste destino merece ser mencionado—Año 1546.—Esta jóven, distinguida por su talento y belleza, estaba íntimamente relacionada con las mugeres mas notables de la corte. Dícese que mantenia correspondencia con la reina, que favorecia en secreto á los reformados. Como manifestaba opiniones contrarias al código establecido sobre la creencia, en especial sobre el artículo de la presencia real, el canciller, que era su mortal enemigo, recibió la comision de indagar sobre este asunto, y sin miramiento á la debilidad de su sexo ni á su edad, la redujo á prision acusándola de herejía. En tan triste situacion, Ana manifestó un valor superior á lo que debia esperarse de una muger tan jóven, y empleó el tiempo en componer oraciones y discursos en apoyo de sus opiniones. El canciller Wriottesly, uno de los católicos mas celosos, fué enviado á examinarla y á tratar de descubrir los partidarios que tenia en la corte; pero ella guardó el mas profundo secreto y no comprometió á persona alguna. Púsosela en la tortura con la esperanza de vencer su constancia; mas ella persistió en su valerosa resolucion, queriendo antes morir víctima de su fidelidad que esponer á sus amigos, acreditando el desprecio que hacia de las crueldades de sus verdugos, el silencio que observó durante los dolores.



El conde Surrey.

Hallándose presente á la sazon el canciller, tuvo la barbarie de mandar al gobernador que redoblase los tormentos; pero este se negó á obedecer, y aunque se le amenazó, persistió en su negativa. Impulsado el canciller por un escesivo celo, agarró él mismo la cuerda y la tiró con tanta violencia, que casi se descuartizó el cuerpo de la infortunada, cuya admirable constancia

superó á la barbarie de sus perseguidores, y así renunciando estos á la esperanza de someterla, la condenaron á ser quemada viva. Ana recibió con un vivo sentimiento de alegría la sentencia que iba á poner término á su martirio: sus miembros estaban tan dislocados por las horribles pruebas que acababa de sufrir, que hubo precision de llevarla al suplicio en un sillon. Otras tres personas fueron condenadas por el mismo crímen: un sacerdote llamado Nicolás Belenian, Juan Lascelles, empleado de la casa real, y Juan Adams, sastre. Cuando se les ató al palo se les propuso el perdon si consentian en retractarse; pero ellos desecharon unánimemente tal proposicion, negándose á una vida que no podia ser comprada mas que con la deshonra. El ejecutor recibió la órden de encender la hoguera, y ellos vieron con heróica calma resplandecer las llamas que iban á devorarlos.

A pesar del silencio que hasta el último momento guardó Ana, la reina sin embargo no estaba fuera de todo peligro. El mal del rey iba en aumento de dia en dia, así como la aspereza de su carácter. La reina le asistia con la mas tierna solicitud, esforzándose con su asiduidad y complacencia por calmar las penalidades de su esposo y dulcificar su mal humor. La materia de conversacion que mas agradaba al rey era siempre la teología, y como Catalina participaba en secreto de las nuevas opiniones, se aventuró mas de una vez á discutir con él acerca de ciertos preceptos que se agitaban entonces entre católicos y luteranos. Enrique por fin llegó á irritarse estremadamente de que su esposa osase diferir de sus opiniones, y se quejó á Gardiner, el cual siendo enemigo jurado de la reina, asió con júbilo la ocasion de envenenar aquella queja, y aumentó de tal modo la mala disposicion del rey para con Catalina, que se formularon unos artículos de acusacion. Estos fueron presentados á Enrique por el canciller para que los firmase; mas al volver á su casa se le perdió el papel que los contenia.



Salon de Westminster, abadia y palacio de Saint James.

Afortunadamente para la reina, la persona que le encontró era adicta á ella, y así se lo presentó inmediatamente. Entonces conoció Catalina el peligro á que acababa de esponerse, y trató de valerse de su influencia sobre el rey para que aquel incidente se tornase en favor de ella.

Dirigióse al efecto al cuarto de su esposo como siempre, é hizo recaer la conversacion en el asunto favorito del príncipe, aunque aparentando que queria evitarla y que solo por complacencia entraba en ella. Luego espuso á este con destreza, que su objeto, cuando habian tratado de tales materias, mas bien habia sido el de recibir lecciones que el de sostener una controversia, y que no habia podido prescindir de usar de un artificio inocente, que escitando al rey á ejercitar su elocuencia, le servia para distraerse por algunos momentos de sus padecimientos. Enrique, prendado de tal lenguaje, esclamó: «Siendo así, amada mia, nosotros somos los mejores amigos del mundo.» La reconciliacion fué completa; mas el canciller, en cumplimiento de las órdenes que tenia, entró al poco tiempo con cuarenta hombres con la intencion de prender á la reina. Poniéndose entonces el rey delante de él, le reconvino con mucha severidad. Aunque Catalina estaba algo distante, oyó sin embargo las palabras de pícaro, loco y bestia que su esposo decia al magistrado, mandándole que se retirase al instante. Luego que lo realizó, la reina quiso tomar su defensa: «Buena muger, dijo el rey, ¡no sabes lo poco acreedor que es ese hombre á tu proteccion!»

Desde entonces la reina evitó cuidadosamente el contrariar la opinion del rey, escuchando con sangre fria las discusiones teológicas, y resignándose á los actos tiránicos que resultaban de ellas. No cesaban de arder las hogueras y de consumir diariamente numerosas víctimas. Interin se consumaban tan espantosos sacrificios, el rey juntaba con frecuencia las cámaras del parlamento y las arengaba con elocuentes discursos en que se atrevia á afirmar que ningun príncipe habia tenido nunca mas amor á su pueblo ni gozaba en el grado que él del afecto de sus súbditos. Semejantes discursos, llenos de una audacia estraordinaria, no dejaban de ser aplaudidos por el auditorio servil y corrompido de que solia estar rodeado.

Cuanto mas se debilitaba su salud, mas implacable parecia tornarse su furor, el cual se estendia á todos sus súbditos, siendo católicos y protestantes víctimas de su tiranía indistintamente.

Todavía aumentó Enrique el catálogo de sus crueldades con la condenacion injusta del duque de Norfolk y de su hijo el conde de Surrey. El duque era un hombre estimable que habia servido al rey con mucho acierto y fidelidad. El conde, jóven que daba las mas brillantes esperanzas, poseia todas las cualidades que pueden distinguir á un hombre, siendo tan instruido, como cortesano, amable y guerrero valiente, que sobresalia en todos los ejercicios militares que á la sazon se practicaban: es el primero cuyos ensayos poéticos alcanzaron buen éxito, y que celebró las gracias de la bella Geraldina sosteniendo la superioridad de ellas en todas las fiestas y torneos. Mas el talento y mérito del conde no sirvieron de salvaguardia contra la tiranía de Enrique, que hacia mucho tiempo estaba prevenido contra él por causa de los vínculos de parentesco existentes entre Surrey y la familia criminal de Catalina Howard.

Habiendo sido quitado el conde del gobierno de Boloña, dejó escapar algunas espresiones de resentimiento contra los ministros del rey. No hubo necesidad de mas para despertar la animosidad del tirano, quien dió órdenes para que el padre y el hijo fuesen cojidos y llevados á la Torre. Como Surrey era de la cámara de los comunes, despachóse brevemente su proceso, habiendo en su propia familia y entre sus amigos seres asaz viles par vender la confianza mas íntima y los vínculos sagrados de la sangre. Su hermana la duquesa viuda de Richmond cometió la villanía de contarse entre los acusadores, y sir Ricardo Southwel su amigo le hizo cargo por el crímen de traicion contra el rey: de modo que puede decirse que en tan terrible época ni fé ni honor habia que esperar de la nacion entera. Surrey negó la acusacion y desafió á Ricardo á un combate singular; mas negósele esta gracia, y á todos sus supuestos crímenes se añadió el de tener las armas de Eduardo el Confesor acuarteladas en su escudo, lo cual bastaba para probar que habia aspirado á la corona. El conde nada pudo responder á semejante acusacion porque hubiera sido inútil, como quiera que en este reinado tiránico solo parecia que se guiaban el parlamento y el jurado por la voluntad despótica del rey. Por tanto, Surrey fué condenado por crímen de alta traicion á pesar de su defensa elocuente y sagaz,

habiéndose ejecutado la sentencia en Tower-Hill. Desde luego se esforzó el duque de Norfolk por ablandar al rey por medio de cartas llenas de protestas de inocencia y de sumision; pero el corazon del tirano era estraño á todo sentimiento de ternura. Reunido de nuevo el parlamento, aprobó la perdicion del duque sin permitir que este se defendiese. El único delito de que pudieron acusarle sus enemigos, fué que se le habia oido una vez que el rey, atendida su falta de salud, no podia vivir largo tiempo, y que las contínuas disputas así como la diversidad de opiniones no podian menos de atraer sobre el reino la discordia y las calamidades. Aunque Cranmer era hacia muchos años de una doctrina opuesta á la de Norfolk y además tenia varios motivos para quejarse de este, no quiso mancharse en una persecucion tan injusta, y se retiró á una casa de campo que poseia en Croydon. Por fin, la sentencia de muerte fué pronunciada y enviada al gobernador de la Torre. Preparábase el duque para morir, cuando un suceso de la mayor importancia para todo el reino vino á impedir la ejecucion de tan inicuo fallo.



Salon de Westminster.

Hacia mucho tiempo que parecia que el rey se acercaba á su fin: ninguno de los que le rodeaban podia dudar que su muerte se hallaba próxima. La úlcera de la pierna le causaba fuertes dolores, y estas penalidades unidas á una obesidad monstruosa que le impedia moverse, le hacian tan irascible, que parecia un leon encadenado. Hasta entonces habia sido inflexible y cruel, y entonces manifestaba el furor de un tigre. Hacia cuatro años que era el terror de todos y el tormento de sí mismo, luchando solo con el dolor y la muerte, sin que ningun cortesano se atreviese á anunciarle su cercano fin, por el recuerdo de que en este reinado mas de una persona habia sido sacrificada por haber predicho la muerte del rey. Por fin, sir Antonio Denny tuvo valor para revelarle el terrible secreto. Enrique contra su costumbre recibió la noticia con resignacion. En medio de los remordimientos y de las congojas que empezó á sentir envió á buscar á Cranmer, pero perdió el uso de la palabra antes que llegase este prelado. Cranmer le suplicó que diese alguna señal de que moria en la fé de Jesucristo: Enrique no tuvo fuerza mas que para apretarle la mano, y espiró á los cincuenta y seis años de edad y treinta y siete de reinado.

Algunos reyes han sido los tiranos de los pueblos por causa de las contradicciones y de las revueltas; otros por debilidad y por una cobarde condescendencia con validos corrompidos, y otros por la influencia terrible del espíritu de partido. La crueldad de Enrique tenia su orígen en un corazon depravado: cruel en gobierno, cruel en su religion, cruel en su familia, en todo patentizó que la tiranía era una necesidad para él. Los teólogos ingleses se han esforzado en justificar el carácter de este príncipe, por la conexion de su conducta con la reforma. Nada mas absurdo que semejante empeño: los instrumentos mas viciosos sirven á menudo para la realizacion de los designios mas importantes, y sin la crueldad é injusticia que hubo no hubiera llegado á establecerse la nueva religion (1).

Con respecto á las potencias estranjeras, Enrique hizo á Francia varias espediciones que costaron sumas inmensas á la nacion sin reportarla la menor ventaja, y no cesó de mantener con los franceses un comercio de amistad que parecia desinteresado y sincero. Mas adelantos hizo en Escocia, y sus generales triunfaron muchas veces de los ejércitos vagamundos de este país. Lo que dió mayor influencia á Inglaterra sobre esta nacion, fué el espíritu de concordia que empezó á dominar entre estos dos reinos y que allanó las dificultades para que en los tiempos venideros fuesen gobernados por un mismo soberano.

Durante la dominacion de Enrique VIII se convocaron diez parlamentos y hubo veintitres legislaturas cuya duracion, á pesar de un reinado tan largo, no pasó de tres años y medio. El comercio de Inglaterra con el estranjero no se estendia en esta época mas que á los Países-Bajos, cuyos comerciantes compraban las mercaderías inglesas y las esparcian por toda Europa; pero estas tenian menos boga que las de otros países, porque los artesanos estranjeros se aventajaban mucho á los ingleses por su destreza, industria y economía. Hubo hasta quince mil obreros flamencos establecidos á la vez en Londres.

CAPÍTULO XXV.

EDUARDO VI.

(Desde el año de 1547 hasta el de 1553.)

Cuando Eduardo VI subió al trono, no contaba mas que diez años de edad. Creyendo su padre que sus últimas disposiciones serian ejecutadas con escrupulosa obediencia, habia fijado la mayoría del príncipe en sus diez y ocho años, y designado al mismo tiempo diez y seis albaceas, á quienes encomendó la gobernacion del reino durante la minoridad del jóven rey; pero la vanidad y el orgullo que parecian haber guiado á Enrique VIII en este último acto de su poder, eran asaz evidentes para no ser descubiertos y burlados; y así el primer cuidado de los ejecutores testamentarios fué el escojer al conde de Hereford, despues duque de Sommerset, para protector del reino. Desde entonces residió en este toda la potestad real, así como el privilegio de nombrar á los que quisiese para su consejo privado.



Eduardo VI.

Esta época fué favorable para la religion reformada. No bien se habian cerrado los ojos del rey, cuando todos los partidarios de la nueva doctrina se felicitaron mútuamente por tan venturoso suceso, y no tratando

(1) ¡Qué necesidad mas horrible que la de un rey verdugo!

ya de ocultar por mas tiempo sus verdaderos sentimientos, sostuvieron abiertamente su creencia, sin desperdiciar ocasion alguna de propagar la doctrina de Lutero, ni intimidarse por las leyes que todavía los amenazaban con su rigor.

Siendo el protector considerado hacia mucho tiempo como partidario secreto de los protestantes, al verse libre para manifestar sus opiniones, no disimuló ya la intencion que abrigaba de variar las prácticas de la religion antigua y de adoptar solemnemente la doctrina de Lutero. Como su gloria militar contribuia además á aumentar su poderío, se resolvió á obligar á los escoceses á que diesen para esposa del príncipe Eduardo á



Eduardo VI.

su jóven reina la infortunada María Estuardo. Con tal designio atacó á una parte de su ejército, al cual mató ochocientos hombres. Como esta circunstancia le conquistó el aura popular, secundó perfectamente sus miras con respecto á la propagacion de la nueva religion; bien que ninguna necesidad tenia el carácter de Sommerset de recurrir á medios tan débiles para alcanzar la confianza del pueblo: su alma era noble y benéfica, sus maneras afables y graciosas aun con los seres mas inferiores, y sus acciones por lo comun dirigidas por motivos de honor y de piedad.

El protector, en sus planes relativos á los progresos de la religion reformada, siempre habia recurrido á los consejos de Cranmer, hombre prudente y moderado, cuya repugnancia era estrema á todo cambio violento, queriendo por medio de innovaciones insensibles atraer al pueblo á un nuevo sistema de creencia. Gardiner, obispo de Winchester, fué quien con mas fuerza se opuso á los progresos de la reforma; y aunque no hubiese sido nombrado del consejo de la regencia, su edad, esperiencia y habilidad le daban mucho derecho á la estimacion y á la confianza. No tardaron el protector y el primado en ordenar que se verificase una visita general en todas las iglesias. Los protestantes atacaban á la sazon abiertamente el culto de las imágenes: Gardiner le defendió y sostuvo su utilidad: hizo además la apología del agua bendita, y declaró esplícitamente que estaba vedado el hacer ninguna novedad en la religion durante la minoría del rey. Esta oposicion acarreó á Gardiner la indignacion del consejo, el cual le envió á la cárcel de la Fleet, donde se le trató con la mayor severidad.

Los reglamentos interiores tardaron en llevarse á cabo por la guerra de Escocia que continuaba con furor. Empero la derrota de Musselburgh, en que perecieron diez mil escoceses, forzó por fin á estos á pedir la paz para ganar tiempo, y así el protector se ocupó de nuevo de la reforma.

Esta última espedicion acreció la gloria de Sommerset, atrayéndole mas y mas cada dia la buena opinion del pueblo. Entonces fué cuando consiguió del rey su sobrino una patente, otorgándole el derecho de sentarse á la derecha del trono, y de gozar de los mismos honores y privilegios que se acostumbran dispensar á los tios del rey de Inglaterra. Unas pretensiones tan altas no pudieron menos de provocar la envidia de los grandes señores; pero no por eso dejó de proseguir con calor su plan favorito de reforma, queriendo dar mas consistencia á los dogmas de la Iglesia. Restituyóse á los legos la comunion bajo las dos especies; aboliéronse las misas rezadas; revistióse al rey con la facultad de crear obispos por medio de cédulas reales, y condenóse á los vagamundos á ser esclavos por espacio de dos años, y marcados con hierro rusiente, cuyo acto de rigor se creyó haber sido dictado contra los sacerdotes y monjes errantes.

Estableciése además que todos los que negasen la supremacía del rey ó reconociesen la del papa serian castigados, la primera y segunda vez con la confiscacion de sus bienes y prision por el tiempo que quisiese el rey, y la tercera con la pena impuesta contra el crímen de alta traicion. Supprimiéronse los cirios del dia de la Candelaria, así como la ceniza del primer dia de Cuaresma y los ramos del domingo del mismo nombre. Juzgóse necesario quitar todas las prácticas antiguas, reputándolas como supersticiones peligrosas. Igualmente ordenó el consejo quitar de las iglesias todas las imágenes que habian estado allí hasta entonces, cuya innovacion, tan deseada por los reformados, fué mirada por el pueblo como la destrucion total de la religion. Agitado este hacia mucho tiempo por las opiniones opuestas de los predicadores, é incapaz de apreciar el valor de los argumentos de una y otra parte, oia con la mayor fé todo lo que se le decia acerca de la Iglesia, y de esta incertidumbre y fluctuacion contínua de ideas nacieron la confusion y la duda. Esforzóse el consejo por remediar tal inconveniente poniendo límites á la libertad de los predicadores; mas advirtiendo muy pronto que era inútil semejante espediente, impuso un silencio absoluto á todos los oradores, los cuales sin embargo no desaparecieron sino lentamente, y á medida que la reforma fué haciendo progresos entre el pueblo.



Cranmer.

Tamañas innovaciones no pudieron efectuarse sin algunas turbulencias intestinas. Interin se ocupaba el protector en rechazar á los escoceses, que apoyados por Francia hacian incursiones en Inglaterra, prevalido de la ausencia de él, se esforzaba un terrible enemigo por derribar su poder. Era aquel su propio hermano, el almirante lord Tomás Seymour, hombre de mucho mérito, aunque orgulloso, turbulento é intratable, quien nunca podia ver sin una envidia estremada la preferencia que el rey daba siempre á su hermano mayor: y así la corte y el reino estaban constantemente divididos por sus cábalas y pretensiones. Insinuóse de tal modo á

fuerza de adulaciones y de astucia en el ánimo de la reina viuda, que esta, olvidándose de su prudencia y reserva de costumbre, se casó con él en seguida del fallecimiento del rey. Este matrimonio disgustó mucho á la duquesa de Sommerset, la cual vió con despecho, que mientras su esposo ocupaba el primer puesto, ella tenia que privarse de él.

Sir Tomás contaba entre la nobleza con un partido que aborrecia á su hermano, y que no desperdiciaba ninguna ocasion de estimular la ambicion del mismo Tomás. No tardaron en ser corrompidos los de la servidumbre del rey, y aun este mismo tomó la costumbre de ir á menudo á casa de Seymour con el pretesto de ver á la reina viuda. En estas visitas el ambicioso lord hacia todo lo posible por captarse el afecto de su soberano, ya con las adulaciones y los halagos mas bajos, ya dándole dinero para distribuirlo sin noticia de su ayo, á los criados y favoritos para contar con la benevolencia de estos. En tanto que el protector permaneció en Escocia, su hermano redobló las diligencias y artificios, llegando á obtener un nuevo título de almirante y un aumento en su sueldo. Como sir Guillermo Paget observaba silencioso los progresos que Seymour hacia de dia en dia en el ánimo del rey, escribió al protector sobre lo que pasaba, aconsejándole que terminase la campaña cuanto antes fuese posible y que volviese á burlar los planes de su enemigo. Pero antes que el duque de Sommerset regresase á Inglaterra, su hermano habia arrastrado á su partido á muchos de la alta nobleza, y hasta alcanzado que el rey escribiese de su propio puño á las dos cámaras del parlamento, pidiendo que el almirante fuese nombrado su ayo.

Apenas se enteró el consejo de tales designios, envió una diputacion á Tomás Seymour para manifestarle, que si no desistia inmediatamente de sus pretensiones, le despojaría de su cargo y enviaría preso á la Torre, en que seria juzgado y condenado al tenor de la ley que declaraba reo de alta traicion á cualquiera que alterase la tranquilidad del reino. Al cabo accedió á someterse, aparentando que deseaba reconciliarse con su hermano, bien que para esto tuvo que violentarse á sí mismo y no lo hizo sin soltar algunas amenazas. Continuó pues alimentando secretamente los mismos proyectos, y como Sommerset recelaba con razon de su sinceridad, puso espías que observasen los pasos de su hermano.



Sommerset.

Entre tanto la reina viuda murió de parto. Empero el almirante, lejos de reputar tal suceso como fatal para sus miras ambiciosas, pareció por el contrario que le tuvo por un favorable presagio, y así sus pretensiones se hicieron desde entonces mas altas que nunca. Hizo la corte á la princesa Isabel, tan apreciada despues por los ingleses, la cual parecia que daba oidos á sus insinuaciones y que recibia con agrado sus obsequios, á pesar de la voluntad de su padre que la escluia de todo derecho á sucederle, si se desposaba sin consentimiento del consejo. El almirante combinó sus planes de modo que alejasen semejante objecion; y todos sus pasos tendieron á hacer creer que aspiraba á la autoridad real. A fuerza de promesas y de persuasiones arrastró á su partido á un gran número de personas de todas clases, y calculó que podia contar con diez mil hombres entre sirvientes, vasallos y los demás que le eran adictos. Proveyóse de armas, y atrajo á sus intereses á sir Juan Sharington, director de la casa de moneda en Bristol, hombre fácil de ser corrompido, á quien procuró ganar para que no le faltase el dinero—Año 1548.

Informado Sommerset con exactitud de todo lo que pasaba, se esforzó por toda clase de medios en reducir á Seymour á desistir de sus designios. Empleó la dulzura y las amenazas y le colmó de nuevos favores; mas convenciéndose muy presto de que todo era inútil, tomó la resolucion de recurrir á un remedio violento y estremo, que era el de acusar á su hermano del delito de alta traicion. En consecuencia, siguiendo las sugestiones secretas de Dudley, conde de Warwick, hombre malo y ambicioso, que abrigaba el pensamiento de encumbrarse sobre las ruinas de los dos hermanos, el duque de Sommerset despojó al lord Seymour del cargo de almirante, firmando una órden para que fuese conducido á la Torre. El protector sin embargo suspendió el último golpe mostrando mucha repugnancia á perder á una persona á quien estaba ligado por los mas fuertes vínculos, y así ofreció nuevamente á su hermano la vida y la reconciliacion, si consentia en pasar el resto de sus dias en el retiro.

Nada pudo vencer el carácter inflexible del almirante; y entonces, conociendo el protector la insuperable tenacidad de su hermano, hizo formar contra este una acusacion que constaba de treinta y tres artículos, y fué presentada en el parlamento, que á la sazon era el instrumento de venganza de los ministros. Cuando se trató de tal asunto en la cámara alta, levantáronse muchos lores para declarar lo que sabian acerca de la conducta, las palabras y acciones de lord Seymour. Mas dificultad hubo en la de los comunes sobre el método de proceder; pero habiendo enviado el rey á decir que prosiguiesen, aprobóse casi unánimemente el proyecto, pues solo nueve ó diez votaron en contra—Año 1549.—Poniéndose al instante en ejecucion la sentencia, cortóse al almirante la cabeza en Tower-Hill. Esta muerte fué desaprobada por la nacion entera, la cual censuró la injusticia del juicio que condenó á Seymour, sin haberle permitido defenderse ni haberle careado con sus acusadores. Toda la odiosidad de esta accion recayó sobre el protector; y en efecto, semejante severidad no fué tan fundada como debia serlo.

Alejado este obstáculo, el protector acabó de establecer el nuevo sistema de religion, objeto principal de la atencion pública. Nombrada por el consejo una comision de obispos y teólogos para arreglar la nueva liturgia, presidieron á este arreglo la moderacion, precision y exactitud. Por un acuerdo del parlamento se permitió á los sacerdotes el casarse: la confesion auricular, sin ser abolida, fué dejada al arbitrio del pueblo, que no desaprobó el desembarazarse de la influencia espiritual del clero. La doctrina de la presencia real fué la que mas tardó en abandonar el mismo pueblo, porque ni el clero ni los legos podian resolverse á renunciar á un dogma de que les resultaba tan milagrosas ventajas. Semejante opinion sin embargo, así como todas las prácticas contrarias á los recientes principios, llegaron á ser completamenle abandonados, y casi se estableció entonces en Inglaterra la reforma tal como se halla hoy dia. La mayoría del clero y del pueblo se conformó sin dificultad con aquellas innovaciones, siendo Gardiner y Bonner los únicos cuya oposicion tuvo alguna importancia; por lo cual fueron enviados á la Torre y amenazados con la cólera del rey en caso de resistencia.

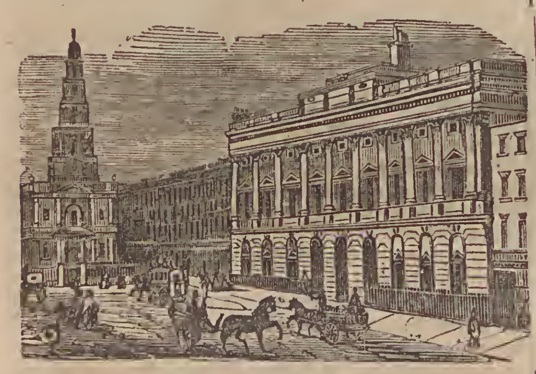
Los reformados no limitaron por desgracia su venganza al encarcelamiento; resolviéronse á su vez á ha-

cerse perseguidores; y aunque el verdadero espíritu de su doctrina se apoyara en la libertad del pensamiento, no podian soportar ninguna contradiccion acerca de los principios que tanto les habia costado establecer.

Confirióse al primado y á algunos otros la comision de hacer una pesquisa de anabaptistas, herejes y de todos los que se manifestaban opuestos á la nueva liturgia. Entre los culpables hubo una muger, llamada Juana Boucher ó Juana de Kent, la cual estaba tan aferrada en sus opiniones, que nada pudieron alcanzar de ella los comisionados. Profesaba la doctrina de que Cristo como hombre habia contraido el pecado original, pero que como Verbo se habia librado de él, y no podia estar sujeto á la fragilidad de la carne con que se habia revestido.

Semejante opinion, que nadie podia comprender, hizo condenar á la pobre muger á ser quemada como hereje. El jóven rey, que manifestaba mas sensatez que sus ministros, se negó al pronto á firmar el fallo de muerte; pero vencido por las instancias de Cranmer, cedió no sin repugnancia, declarando que si obraba injustamente, la culpa recaeria sobre la cabeza de los que le arrastraban á perpetrarla. El primado hizo nuevos esfuerzos para inducir á la infortunada á retractarse; mas como se mantuvo inalterable, resistiéndose á todos los argumentos que se la opusieron, fué al fin entregada á las llamas.

Poco tiempo despues, un holandés llamado París fué acusado de arrianismo y condenado al mismo suplicio, que sufrió con un entusiasmo tan estraordinario, que abrazaba y acariciaba los leños que servian para consumirle.



Palacio de Sommerset.

Aunque todas estas medidas hubiesen tenido por norte el bien general y el interés de la sociedad, no dejaron de producir los inconvenientes inseparables de cualquiera clase de cambio. Suprimidos los monasterios, vióse precisado á ganar su subsistencia por medio del trabajo un prodigioso número de monjes. Las tierras de los conventos habian sido arrendadas en otro tiempo por el bajo pueblo, de modo que se empleaban muchos brazos; y siendo moderadas las rentas, podia cada cual sostener su familia con las cosechas; pero entonces, habiendo recaido en la nobleza la propiedad de aquellas tierras, viendo los arrendatarios que el comercio de lanas era mucho mas provechoso que el trigo, destinaron todos sus campos para pastos.

A consecuencia de esta variacion subió el precio de la harina, lo cual agravó la opresion en que estaba el pueblo bajo; y como eran pocos los brazos que en lo sucesivo se necesitaron para el cultivo de los pastos, fué privado de todo recurso y cayó en la indigencia un infinito número de obreros. Habiéndose atribuido á la nobleza el orígen de semejante calamidad, suscitáronse contra ella las mayores quejas.

Acrecentáronse los motivos de descontento porque los ricos hicieron cerrar sus propiedades, y considerando entonces como una carga inútil á los cultivadores, los despidieron y redujeron á la miseria, privándolos de las tierras en que mantenian sus ganados. Así se despobló el reino espantosamente, trocándose en la mas grande penuria la abundancia que habia habido hasta entonces. Lo que acabó de poner el colmo á la calamidad general, fué la esportacion de la buena moneda y la importacion abundantísima de metal de mala ley desde el continente, con el cual se pagaba á los jornaleros y al pueblo perjudicándoles bastante. De todos estos males reunidos resultó una paralizacion peligrosa en el comercio y una desconfianza universal, estallando por todas partes violentos murmullos.

Como el protector tenia interés en humillar la causa de la nobleza, abrazó la del pueblo. En consecuencia nombró una comision para que examinase si los propietarios de las tierras eclesiásticas habian llenado las condiciones con que las fincas se les adjudicaron, y ordenó que fuesen destruidas todas las cercas hechas recientemente. El objeto de la comision era asaz desagradable á la alta y baja nobleza para que estas no la calificasen de ilegal y arbitraria; y así impaciente el pueblo por vengarse, y temiendo que estas dos clases poderosas tratarian de burlarse, se amotinó y corrió á las armas. Estallaron pues simultáneamente muchas revueltas en diferentes puntos del reino, de suerte que podia decirse que se habia dado la señal para una conspiracion general. Los rebeldes de Wisthire fueron dispersados por sir Guillermo Herbet; los de Oxford y Gloucester por lord Grey de Witon, y á los de Hampshire, Sussex, Kent y de algunas otras provincias se logró apaciguarlos por medio de la dulzura. Las insurrecciones de Devonshire y Norfolk fueron mas obstinadas y amenazaron al reino con resultados muy graves. Los amotinados de Devonshire, cuyo número ascendia á diez mil hombres, tenian á su cabeza á un tal Humphrey Arundel, soldado valiente y esperimentado, y además estimulaban su valor los sermones de los monjes dando á la sublevacion la apariencia de una confederacion religiosa. Demandaban la abolicion de los estatutos hechos últimamente en favor de la reforma; pero el ministerio, despues de desechar la demanda con desprecio, hizo ofrecer el perdon á todos los que consintiesen en deponer las armas y en regresar á sus hogares. Como los insurgentes habian adelantado demasiado para retrogradar, y eran animados por los monjes que les acompañaban, avanzaron llevando á su frente las cruces, banderas, el agua bendita, las hachas y todos los instrumentos de sus costumbres antiguas. Pusieron sitio á Exeter; pero esta ciudad fué valerosamente defendida por sus habitantes. Lord Russel, enviado contra los revoltosos con muy cortas tropas, fué apoyado prontamente por lord Grey y otros señores, todos los cuales atacaron al enemigo y le arrojaron de sus posiciones, haciendo una carnicería horrible en los infelices seducidos, tanto en la accion como en la persecucion. El jefe de estos fué enviado con otros muchos á Londres, donde se les condenó á ser ejecutados. Igualmente fueron muertos algunos oficiales de rango inferior con arreglo á la ley marcial. El vicario de Santo Tomás, uno de los principales incendiarios, fué ahorcado en lo alto de su campanario con sus hábitos de eclesiástico y su rosario en la cintura.

Todavía se presentó mucho mas alarmante la sedicion de Norfolk, cuyo número ascendia á veinte mil hombres. Sus pretensiones eran proporcionadas á sus fuerzas, pues pedian la supresion de la nobleza de segunda clase, el nombramiento de otro consejo real, y el restablecimiento de sus antiguas ceremonias religiosas. Un curtidor llamado Kent se apropió una autoridad absoluta entre los insurrectos, erigiendo su tribunal cerca de Norwik debajo de un roble que despues fué llamado el Roble de la Reforma. Puso sitio á esta poblacion, que tuvo que rendirse, cayendo prisioneros el alcalde y muchos ciudadanos. El marqués de Northampton, que fué enviado

contra los alzados, fué rechazo al pronto; mas habiendo llegado poco despues el conde de Warwick á la cabeza de seis mil hombres, vino á un ataque general y destrozó completamente á los contrarios: tanto en el combate como en la persecucion perecieron dos mil hombres: Kent fué ahorcado en el castillo de Norwick, y nueve cómplices suyos lo fueron tambien de las ramas del roble de la Reforma. Disipóse completamente esta insurreccion, que fué la última en favor del papismo.

Aunque la calma que se siguió parecia de un augurio favorable para los intereses del protector, no obstante, el prestigio que el conde de Warwick acababa de adquirir reprimiendo la insurreccion de Norfolk, decidió la ruina de Sommerset. Dudley, conde de Warwick, era el mas ambicioso, inmoral y artificioso de todos los ministros de entonces. Resuelto á apoderarse á toda costa del primer puesto cerca del rey, se curaba poco de los medios que le eran necesarios para lograr sus fines. Empero no queriendo arrojar la máscara inprudentemente, encubrió sus proyectos ambiciosos con las apariencias mas seductoras, y habiéndose ligado estrechamente con el conde de Southampton, se proporcionó en el consejo un partido poderoso decidido á libertarse de la esclavitud que el protector les habia impuesto. Este ya para entonces se habia convertido en blanco del ódio de la mayoría del reino: era aborrecido de los nobles por la superioridad de su rango y por la autoridad absoluta que disfrutaba; detestado de los católicos por causa de su predileccion á la religion reformada, y un gran número de partidarios suyos se habia alejado de él desde que obró con tanta crueldad con respecto á su hermano. Por otra parte, el gran fausto que sostenia á espensas de la Iglesia y de la corona le hacia odioso á todos. El palacio que á la sazon estaba edificando en el Strand contribuia á aumentar la animosidad general por su magnificencia, y sobre todo por los medios injustos de que echaba mano para la fábrica. La parroquia de Santa María y tres casas episcopales habian sido demolidas para facilitar terreno y materiales á la construccion del nuevo palacio. Otras muchas iglesias fueron tambien destruidas á fin de que sus piedras sirviesen al mismo objeto; pero los habitantes de la parroquia de Santa Margarita se reunieron tumultuariamente oponiéndose á que su iglesia fuese tambien demolida.

Estos actos arbitrarios no dejaron de ser exagerados y esplotados por los enemigos de Sommerset, presentándole como un parricida, un tirano sacrílego y un usurpador de los privilegios del consejo y de los derechos del rey. En consecuencia, el lord San Juan, presidente del consejo, los condes de Warwick, Southampton y Arundel, así como cinco consejeros, se juntaron en Ely-House, se apoderaron de toda la autoridad, y empezaron á obrar sin la participacion del protector, á quien pintaron como autor de todos los males públicos. Escribieron á los grandes y á toda la nobleza de Inglaterra para que les informasen de lo que pasaba, y para pedirles su apoyo: llamaron al corregidor y á los regidores de Londres, á quienes mandaron cooperar á sus proyectos como únicos que podian salvar la nacion. Al dia siguiente se les agregaron otros muchos miembros del consejo, y entonces el protector comenzó á temer, no solo por su autoridad, sino tambien por su vida.

Luego que supo lo que se tramaba contra él, envió al rey á Windsor, y armó á los habitantes de Hampton y de Windsor; pero advirtiendo que á escepcion de Cranmer y Paget ninguna otra persona notable le permanecia fiel, que el pueblo no hacia movimiento alguno á su favor, y que todo el mundo parecia abandonarle, conoció que era inútil toda resistencia, y olvidando su carácter se resolvió á implorar la indulgencia de sus enemigos. Este paso tan humillante aumentó considerablemente la fuerza y la confianza del partido de Warwick. El nuevo consejo, despues de enviar al rey las mas humildes protestas de obediencia, le informó que su único objeto era el ejecutar la voluntad del rey su padre, restableciendo las cosas al estado antiguo y quitando la autoridad de manos de un hombre que se habia arrogado la potestad real. Como el rey apreciaba poco á Sommerset, accedió sin dificultad á la peticion del consejo, y así el protector fué conducido á la Torre con algunos de sus partidarios. Fueron nombrados seis lores para desempeñar cerca del rey las funciones de regente, aunque dos solamente debian estar á la vez de servicio. Entonces fué cuando la ambicion de Warwick se desenvolvió en toda su estension, no tratando ya de disimular que él era el autor principal de la ruina de Sommerset, y apoderándose sin la menor oposicion de las riendas del gobierno.

Decidióse entonces el destino de Sommerset, y como sus enemigos eran numerosos, juraron perderle. El principal cargo de acusacion dirigido contra él era que habia usurpado el gobierno, y que se habia apoderado de todo el poder: otros cargos se le hicieron igualmente, mas ninguno era acreedor á ser reputado como crímen de alta traicion—Año 1550.—La cámara alta tambien fulminó contra él el decreto de proscripcion; pero Sommerset, con la esperanza de eludir el rigor de la sentencia, tuvo la bajeza de confesar de rodillas en presencia del consejo que reconocia la verdad de la acusacion formulada contra él: esta confesion firmada de su puño fué leida en pleno parlamento, quien le envió á preguntar si aquella era voluntaria ó forzada: Sommerset respondió que la habia hecho voluntariamente; pero sostuvo con calor que jamás habia concebido ni un solo pensamiento contrario á los intereses del rey ó de la nacion. A consecuencia de dicha confesion fué despojado de todos sus cargos y de una gran parte de sus bienes, que fueron confiscados en favor de la corona. Empero el rey le condonó la pena, y contra la esperanza general recobró Sommerset la libertad, llegando hasta á ser repuesto en el consejo. ¡Dichoso él si se hubiera contentado con una vida tranquila! Pero su ambicion, que no estaba mas que adormecida, se despertó luego que se consideró al abrigo de todo peligro.

Los católicos, que deseaban ardientemente la caida del protector, comenzaron á aguardar una revolucion favorable para su religion; mas se equivocaban acerca de los motivos de la conducta de Warwick, cuyo único objeto era una ambicion desmesurada. No tardó en patentizarles lo poco dispuesto que se hallaba á favorecerlos, haciendo sufrir á Gardiner la pena impuesta al delito de desobediencia al rey. Como á pesar de conformarse en la apariencia el mismo Gardiner y otros prelados á la nueva doctrina, no dejaron de ser fieles á su antigua religion, se tomó la determinacion de despojarlos de sus sillas, creyendo oportuno principiar por Gardiner á fin de inspirar mas terror á los demás.

Hallándose aquel preso hacia dos años por haberse negado á predicar sobre la obediencia debida al rey durante su minoridad, el consejo se aprovechó de tal circunstancia para mandarle que firmase varios artículos que consistian en reconocer la justicia de su prision, en confesar que el rey era el jefe supremo de la Iglesia, en que la facultad de crear y suprimir los dias de fiesta era una parte de sus prerogativas, y en que la reforma del ritual era oportuna. Gardiner quiso firmar todos estos artículos á escepcion del de su culpabilidad, y conociendo que el designio de sus enemigos era el de perderle y deshonrarle, sostuvo con constancia que él era inocente. Despojósele de su obispado para castigarle por la resistencia, y se le encarceló mas estrechamente que antes, quitándole los libros así como las plumas y el papel, y prohibiéndole toda comunicacion. Unas medidas tan severas justificaron hasta cierto punto las que mas adelante él adoptó á su vez cuando el poder recayó en sus manos.

No se contentaron con esto los reformados: los cortesanos codiciosos que trataban de encubrir sus miras ambiciosas con una apariencia de celo religioso, des-

pojaron igualmente á Day, obispo de Chichester, á Heath, obispo de Worcester, y á Wesey, obispo de Exter. Los de Llandaff, Salisbury y Conventry pudieron librarse sacrificando la mayor parte de sus rentas. Las bibliotecas sufrieron tambien un exámen severo: las de Westminster y Oxford fueron purgadas de los misales romanos, de los legendarios y de toda clase de libros supersticiosos. Semejante pesquisa dió márgen necesariamente á una especie de devastacion de la literatura. Fueron destruidos muchos volúmenes guarnecidos de plata por causa de la riqueza de su encuadernacion. Varias obras de geometría y astronomía pasaron por libros de mágia, y no alcanzaron mejor fortuna. La universidad, incapaz de contener el furor de aquellos bárbaros, comtemplaba en silencio un saqueo tan insensato, y temblaba por su propia seguridad.

Warwick trataba de adular á la nobleza y de humillar al clero; y advirtiendo que el rey era muy adicto á los principios de la reforma, creyó que el medio mas seguro de complacerle seria el de manifestarse celoso defensor de su causa. Empero no tardó en ocuparle mas que otra cosa alguna el deseo de aumentar su preponderancia. Como el último conde de Northumberland habia muerto sin hijos, Warwick tuvo la habilidad de apoderarse de sus bienes inmensos, consiguiendo además el título de duque de Northumberland. Sommerset era entonces la única persona que le hacia sombra; pues aunque la debilidad de su conducta le habia hecho decaer considerablemente en la opinion pública, todavía tenia un resto de influencia que le tornaba temible á su rival ambicioso. El imprudente Sommerset no estaba siempre en guardia contra los artificios de Northum-



Northumberland.

berland, y no podia prescindir de dejar escapar á menudo palabras y amenazas que al momento se referian á su enemigo por las hechuras de este, que le tenian contínuamente rodeado. No tardó por lo tanto en sentir los efectos del ódio de su rival, siendo arrestado por órden de este con varias personas partidarias suyas. Sommerset y la duquesa fueron encarcelados, acusándosele á él de que habia tratado de formar una insurreccion en el norte con el designio de acometer á la gente armada en un dia de revista, apoderarse de la Torre, y provocar una revuelta en la ciudad de Londres. El acusado rechazó con energía tal imputacion; pero confesó otra de naturaleza odiosa y que habia de ser su perdicion: declaró que habia maquinado una conspiracion para asesinar á Northumberland, Northampton y Pembroke en un banquete que debia darse en casa de lord Paget. En su consecuencia fué juzgado por un tribunal, compuesto del marqués de Winchester, que presidia como gran maestre de Inglaterra, y de veintisiete pares, entre los cuales se contaban Northumberland, Pembroke y Northampton, que eran á la vez jueces y acusadores. Sommerset se defendió bien del cargo de haber querido apoderarse de la persona del rey y de la administracion de los negocios, y así fué absuelto en cuanto á semejante especie; pero como fué convicto de haber conspirado contra la vida de un consejero privado, crímen capital desde el reinado de Enrique VII, fué condenado á muerte.

Al ver el populacho que le volvian á la Torre, sin llevar el hacha delante de él, se imaginó que habia sido absuelto completamente, y manifestó su alegría con estrepitosas aclamaciones, que cesaron al poco tiempo cuando se supo el destino de Sommerset. Cuidóse de inspirar al jóven rey ideas desfavorables contra su tio; por temor de que llegase á compadecerse de la suerte del condenado, se prohibió el acercarse á él á los amigos de Sommerset, y para alejar del espíritu del príncipe toda reflexion sobre el caso, se le rodeó de distracciones y entretenimientos.

El reo fué conducido al cadalso en medio de una multitud de espectadores que le eran muy adictos. Su continente era tranquilo: habló á todos con dulzura y resignacion, protestando que nunca habia tenido por norte en sus acciones mas que los intereses del rey y de la verdadera religion. Conmovióse el pueblo vivamente, espresando con ruidosas demostraciones lo muy convencido que estaba de la inocencia de Sommerset, y esclamando: «Nada es mas cierto.» Empezando á formarse un tumulto general, el duque se esforzó por calmarlo, suplicando á la multitud que no le turbase en sus postreras meditaciones, sino que le acompañase en los ruegos que iba á dirigir al cielo. Despues de algunos minutos de recojimiento, Sommerset dobló su cerviz debajo del hacha y recibió el golpe fatal.

Sir Ralph Vane y sir Miles Partridge fueron ahorcados, y sir Miguel Stanhope y sir Tomás Arundel sufrieron la misma suerte que Sommerset.

Aunque no estaba exenta de lunares la vida de Sommerset, debe sin embargo reconocerse con justicia que nunca se propuso otra cosa que el bien del pueblo: nada era pues mas impolítico que su muerte. La cámara de los comunes le era muy adicta, lo cual disgustando en sumo grado á Northumberland, aconsejó al rey que disolviese el parlamento y convocase otro mas dispuesto á someterse á su voluntad. Como Eduardo era incapaz de resistencia, consintió en escribir á todos los gerifes una circular en que les encargaba que eligiesen á los hombres que él y el consejo privado les recomendasen.

Los gerifes se apresuraron á obedecer esta órden despótica, y así los nuevos miembros correspondieron á las esperanzas de Northumberland, que hacia mucho tiempo aspiraba á una autoridad sin límites, y á cuyos ambiciosos proyectos parecia favorecer la falta de salud del rey—Año 1553.—No tardó este magnate en esponer al jóven príncipe que sus hermanas María é Isabel, llamadas á la sucesion por el testamento de Enrique en caso de no haber heredero directo, habian sido declaradas ilegítimas por el parlamento; que la reina de Escocia como estranjera carecia de toda especie de derecho á la corona; y que así, hallándose legalmente escluidas las tres princesas de la sucesion, esta debia ser devuelta á la sobrina de Enrique, la marquesa de Dorset, cuya heredera era lady Juana Grey, muger que tenia unas virtudes, un talento y un mérito iguales á su sorprendente hermosura. Como el rey estaba sometido hacia largo tiempo á las miras políticas de su diestro ministro, convino sin dificultad en que el órden de la sucesion fuese examinado por el consejo, en que Northumberland aguardaba influir fácilmente.

A medida que la salud del rey iba declinando, el ambicioso ministro trabajaba en aumentar su preponderancia, siendo su primer cuidado el de asegurar los derechos del marqués de Dorset, padre de lady Juana Grey, haciendo que se le concediese el título de duque de Suffolk, que poco antes se habia estinguido. Apenas consiguió semejante favor, propuso el casamiento de su cuarto hijo lord Guilford Dudley con Juana Grey, y para acabar de dar á su poderío toda la estension posible, desposó á su hija con lord Hastings. Celebráronse estas bodas con una pompa y magnificencia estraordi-

narias. Entre tanto la salud del rey se debilitaba cada vez mas de dia en dia, y comenzaron á manifestarse síntomas de consuncion. Empero su juventud y buena constitucion hacian esperar que todavía se restablecería, y el amor que este jóven príncipe habia inspirado á sus súbditos, les impulsaba á rechazar con horror la idea de su peligro.


Puerta del traidor en la torre de Londres (1).

Muchas personas observaban con inquietud que desde que los Dudley rodeaban al rey, su salud iba decayendo visiblemente. El carácter de Northumberland y la solicitud con que alejó del lado del jóven monarca á todos sus antiguos sirvientes, podian justificar tales sospechas y aumentar el aborrecimiento del pueblo. Este no disimulaba sus sentimientos; pero Northumberland hacia poco caso de ellos, y continuaba constante junto al rey, aparentando la mas viva inquietud por su salud, mas prosiguiendo con ardor su plan favorito que era el de trasladar la sucesion á las sienes de su nuera. Los jueces designados para espedir la cédula necesaria al efecto, manifestaron mucha repugnancia á ceder á semejante medida, y espusieron sus razones al consejo. Pidieron que se convocara el parlamento, y declararon que el acto que se exigia de ellos tendia á esponer á las penas del delito de traicion, no solo á los jueces que lo espidiesen, sino tambien á los consejeros que lo firmasen. Northumberland, incapaz de aguantar una oposicion de tal naturaleza, los amenazó y se enfureció hasta el estremo de llamar traidor á uno de ellos, jurando que estaba pronto á combatir con cualquiera en defensa de unos derechos tan justos como los de lady Juana Grey. Encontróse por fin un espediente para poner á los jueces á cubierto de todo riesgo futuro, cuyo espediente fué el de otorgarles cartas de indulto por la variacion que iban á realizar; y despues de muchas discusiones y negativas, fué espedida con gran satisfaccion de Northumberland la cédula que cambiaba el órden de la sucesion.

Por consiguiente, María é Isabel fueron despojadas de sus legítimos derechos, que pasaron á los herederos de la duquesa de Suffolk, por renuncia de esta.

El ambicioso ministro, así que vió cumplidos todos sus deseos, pretendió que ya eran inútiles para el rey los auxilios de la ciencia, y así despidió á los médicos poniendo á Eduardo en manos de una muger ignorante que trató de curarle secretamente. No bien empezó el enfermo á aplicarse los nuevos remedios, cuando todos los síntomas volvieron á aparecer mas mortales que nunca: entorpeciósele la lengua, hízose penosa la respiracion, debilitóse el pulso, y todo indicó un fin cercano. En efecto, dió el último suspiro en Greenwich el dia 6 de julio de 1553, á la edad de diez y seis años y á los siete de reinado.

Eduardo fué muy llorado por sus súbditos, porque sus precoces virtudes anunciaban un feliz reinado; acaso con el tiempo se hubieran justificado tan lisonjeras esperanzas. Su instruccion era estraordinaria, si hemos de creer á los historiadores de aquella época: sabia, segun dicen, griego, latin, francés, italiano y español, y era entendido en lógica, en música, en física y en teología. Cardan, uno de los sábios y médicos mas célebres del siglo, en un viaje que hizo á la corte de Londres, se asombró tanto de la instruccion del jóven príncipe, que habló de él como de un prodigio; pero desgraciadamente es probable que el veneno de la adulacion hubiera llegado á corromperle como sucedió con su padre (1).

(1) Se la ha dado este nombre, porque por ella eran sacados secretamente los presos que eran echados al rio.

CAPITULO XXXI.

MARÍA.

(Desde el año de J. C. 1553 hasta el de 1558.)

La muerte de Eduardo no sirvió mas que para deparar nuevos disturbios á un pueblo que tanto habia padecido por la corrupcion de sus reyes y por la ambicion turbulenta de la nobleza. El reino, ni era del todo hereditario ni del todo electivo; pues si bien estribaban en el nacimiento los derechos al trono, era indispensable el consentimiento del pueblo para que surtiesen efecto. Tal sistema de sucesion es el mejor de todos cuando se observa debidamente, porque es un obstáculo á la aristocracia que resulta siempre de un gobierno puramente electivo, así como á la tiranía que se encuentra á menudo en el derecho hereditario que no está subordinado á otras consideraciones.


María.

Un monarca déspota, que aspira á ensanchar sus prerogativas, solo se considera como poseedor de su reino y no como protector de su pueblo. En tal caso es natural que el soberano legue sus estados á quien juzgue á propósito para reemplazarle, haciendo de su simple voluntad una regla de conducta para sus súbditos. Así es como Enrique VIII procedió en su testamento, en que estableció el órden de la sucesion al tenor de su capricho, señalando en primer lugar á su hijo, en segundo á María su primogénita, tenida de Catalina de España, aunque algunas espresiones del mismo testamento diesen á entender que era ilegítima; y en tercer lugar á Isabel, hija de Ana Bolena, designada tambien como ilegítima, á pesar de haber sido restituidos sus derechos en vida del testador.

Tras de los hijos del rey venian los de sus hermanas. Los descendientes de la duquesa de Suffolk, la menor de ellas, eran llamados antes que los de la mayor, la reina de Escocia, cuya preferencia, segun la opinion general, no estaba fundada en sentimiento al-

(1) Y si hubiera vivido, hubiese sido débil como todos los príncipes que han subido al trono en la infancia. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*) Son pocos los príncipes elevados al trono en su minoría, que no hayan sido débiles, indolentes y desaplicados. ¿Cómo es posible otra cosa? Los ministros para hacerse necesarios alejan de sus amos todo género de ilustracion. (*Note de Brissot de Warville.*)

guno de justicia. Semejante testamento, hecho por un rey cuya voluntad era absoluta, fué anulado por las intrigas de Northumberland, y á sus instancias formado otro, como hemos visto, á favor de lady Juana Grey y en perjuicio de todos los demás pretendientes. Con esto, el trono era disputado por cuatro princesas que podian hacer valer igualmente sus derechos á la sucesion: María, Isabel, la jóven reina de Escocia, cuyos derechos eran incontestables, suponiendo que las dos hijas de Enrique fuesen ilegítimas, y lady Juana Grey, que podia alegar el testamento que Eduardo VI acababa de otorgar á su favor.

De estas cuatro princesas, dos solamente sostuvieron sus derechos á la corona: María, confiada en la justicia de su causa, y lady Juana, que contaba con el apoyo del duque de Northumberland, su suegro. María, educada entre eclesiásticos que la habian enseñado á preferir el martirio al abandono de sus creencias, estaba imbuida en todas las máximas del catolicismo, y como siempre habia vivido en el retiro, era de un carácter sombrío y reservado. Fiel á sus principios, se habia negado constantemente aun durante la vida de su padre á adoptar las nuevas opiniones: su estremado celo la hizo ciega partidaria de su doctrina y del clero católico.



La reina María.

Por el contrario, Juana Grey era del partido de los reformados; y aunque no contaba mas de diez y seis años, tenia un talento que es muy raro en las mugeres: todos los historiadores estan conformes en decir que por su instruccion y la solidez de su discernimiento era la maravilla de su siglo. Ascham, maestro de Isabel, habiendo ido una vez á visitar á Juana en casa de su padre, en el condado de Leicester, la encontró leyendo en griego las obras de Platon, en tanto que todos los demás de la familia estaban de caza. Advirtiendo Juana la sorpresa de Ascham, le aseguró que la lectura de Platon le causaba mucho mayor recreo que los juegos y placeres mas apreciados. Seguramente habia nacido mas bien para la filosofía que para la ambicion.

Tales eran las dos aspirantas al poder supremo; pero María era muy temible para lady Juana. Para conseguir con mas seguridad su intento, Northumberland ocultó al pronto el fallecimiento de Eduardo, con la esperanza de que podria apoderarse de María, que habia sido llamada de órden del consejo para asistir á los últimos momentos de su hermano; pero informada secretamente esta princesa de la muerte del rey, se preparó á hacer valer sus derechos. Convencido Northumberland de la inutilidad de todo disimulo ulterior, se dirigió á Sion House en compañía del duque de Suffolk, del conde de Pembroke y de otros muchos, y saludó como á reina á lady Juana Grey, que allí residia.



Juana Grey.

Como Juana ignoraba gran parte de semejantes medidas, manifestó tanto disgusto como sorpresa al enterarse de lo que pasaba, mostrándose inconsolable, y no cediendo sino con mucha dificultad á las súplicas de Northumberland y del duque su padre, quienes la condujeron á la Torre, donde segun costumbre, los soberanos de Inglaterra pasaban los primeros dias de su advenimiento al trono. Todos los miembros del consejo fueron obligados á encerrarse allí con ella; lo cual en cierto modo los convertia en prisioneros de Northumberland, y así se vieron precisados á someterse á la voluntad de este. Diéronse órdenes en seguida para que fuese proclamada reina por toda la nacion; mas no fueron ejecutadas sino con frialdad. El pueblo acojió semejante proclamacion sin muestra alguna de contento, no habiéndose oido ningun viva, y soltando por el contrario algunas personas palabras y señales de descontento.

Al saber la muerte del rey retiróse María á Kenning-Hall, en el Norfolk, y envió una carta circular á todas las ciudades y á la principal nobleza del reino, recordándoles sus derechos y mandándoles que sin dilacion la proclamasen. Trasladóse en seguida á Framlingham-Castle, en el Suffolk, cuyo punto situado cerca del mar la daba facilidad para pasar á Flandes en caso de peligro. Mas no tardaron sus negocios en tomar el aspecto mas favorable, acudiendo á rendirla homenaje los habitantes de Suffolk, quienes despues de oir de su boca la seguridad de que conservaria las leyes y la religion de su predecesor, no vacilaron ya en declararse en favor suyo, abrazando su causa con decision y entusiasmo. Uniéronse á los de Suffolk los habitantes de Norfolk y los condes de Bath y Sussex, con los primogénitos de lord Wharton y de lord Mordaunt. Lord Hastings se rebeló y pasó igualmente al partido de María con cuatro mil hombres, que habian sido levantados para trastornar los esfuerzos de esta, y hasta una escuadra que fué enviada á la costa de Suffolk para impedir la fuga de la princesa, se pronunció tambien en su favor; de modo que Northumberland, que habia estado halagado por una falaz esperanza, conoció por fin el mal éxito de sus planes ambiciosos.

Despues de juntar algunas tropas en Newmarket y hacer nuevas levas en Londres, designó á Suffolk para general en jefe del ejército, esperando que por este medio podria seguir contando con el consejo. Habiendo conocido lo poco capaz que era Suffolk para mandar el ejército, se resolvió á tomar él mismo el mando, y entonces, libertado el consejo de su influencia, y no teniendo ya que temer su autoridad, no dudó en declararse contra él. El conde de Arundel se puso á la cabeza de la oposicion, esponiendo vivamente la injusticia y crueldad en que habia incurrido Northumberland á trueque de satisfacer su ambicion desmesurada; Pembroke le apoyó, declarando que estaba pronto á

combatir con cualquiera que manifestase una opinion contraria; el alcalde y los regidores que habian sido llamados, entraron al instante en la idea, y el pueblo manifestó su satisfaccion con las mayores aclamaciones. Viendo entonces Suffolk que toda resistencia era inútil, abrió las puertas de la Torre y abrazó el movimiento general. Desde este momento los derechos de María fueron indisputables, y así no tardó esta en verse á la cabeza de un ejército numeroso; mientras que Northumberland, espantado y sin atreverse á empeñar un combate, no era secundado mas que por un corto número de hombres tímidos é irresolutos.

Lady Juana renunció gustosa á un reinado que solo con repugnancia habia aceptado y que no duró mas de nueve dias, retirándose con su madre á la vida privada. Northumberland, desnudo de toda esperanza y convencido de que era imposible resistir á la oposicion del pueblo, trató de abandonar el reino; pero opusiéronse á ello sus partidarios, diciéndole que debia continuar allí para defenderlos, ya que los habia arrastrado á mostrarse rebeldes á su legítima soberana. Burlado pues de todos modos, no le quedaba otro recurso que el de la astucia: trató de rehabilitarse en la opinion de María por medio de las mas exageradas protestas de celo y adhesion, y yendo á Market-Place, en Cambridge, la proclamó reina de Inglaterra, siendo él el primero que tiró el sombrero en señal de alegría. Empero de ningun provecho le valió su bajeza, porque al dia siguiente fué arrestado á nombre de la reina por el conde de Arundel, á cuyos piés se arrojó implorando su proteccion de la manera mas abyecta. Con él fueron prendidos y llevados á la Torre tres de sus hijos, su hermano y algunos de su comitiva, y al poco tiempo se ejecutó la misma diligencia con lady Juana Grey, el duque de Suffolk, su padre, y lord Guilford Dudley, su marido.



Suffolk.

Northumberland fué el primero en quien hizo sentir su venganza la reina, castigándole segun lo merecia. Cuando se presentó ante el tribunal, pidió permiso para dirigir algunas preguntas á los lores que componian el jurado. La primera consistió en saber si un hombre debia ser considerado como reo de traicion por haber obedecido las órdenes del consejo autorizadas con el gran sello; la segunda, si los que habian tenido parte en aquel delito podian juzgarle. Respondiéronle á la primera pregunta, que el gran sello de un usurpador carecia de toda autoridad; y á la segunda, que tenian derecho á ser sus jueces todos los que estaban libres de acusacion. Con esto suscribió á tal decision y confesó su crímen. En el momento de su ejecucion renunció á sus opiniones religiosas, y exhortó al pueblo á volverse á la fé católica, porque de ella debia resultar la felicidad general. Con él perecieron sir Juan Gates y sir Tomás Palmer, instrumentos principales de su poder.

Parecia haberse aplacado el enojo de la reina con el justo castigo de estos tres culpables; pues si bien se pronunció sentencia capital contra lady Juana y lord Guilford, no hubo intencion de ajusticiarlos por entonces. La juventud é inocencia de ambos esposos, que apenas contaban diez y siete años, intercedian poderosamente en su favor.

La entronizacion de María se habia hecho con poca efusion de sangre: el regocijo era universal; efectuó su entrada en la ciudad de Londres en medio de aclamaciones, y se vió pacíficamente sentada en el trono de sus padres. La revolucion que acababa de realizarse era considerada por todos los ingleses como una crisis venturosa. Una reina cuyos derechos eran incontestables, y que en cierto modo habia sido escojida por el pueblo, iba á gobernar en adelante: la aristocracia del reinado precedente iba á desaparecer completamente: la cámara de los comunes seria reintegrada en su autoridad primitiva: el orgullo del clero humillado, y sus vicios descubiertos: por otra parte la paz reinaba entre Inglaterra y las potencias estranjeras, y no podia menos de restablecerse la buena inteligencia en el reino. Tal era la lisonjera perspectiva que se ofrecia á los ojos de la nacion entera cuando María subió al trono; mas no tardó en desvanecerse semejante sombra de felicidad.

Entregándose María á todos los estremos de una religion ultrajada, se decidió secretamente á restituir al clero su antiguo poderío y á tornar á sumir el reino en todos los horrores de que apenas habia salido. Al prometer á los habitantes de Suffolk, que fueron los que primero se declararon en su favor, que conservaria la religion tal como estaba establecida, la reina no tenia intencion alguna de cumplir su promesa, y su verdadera voluntad era forzar al pueblo á adoptar su creencia. Su mucha ignorancia la hacia incapaz de dispensar ninguna indulgencia á las opiniones de los demás. Gardiner, Bonner, Tonstal, Doy, Heath y Vesey, que en el reinado precedente habian sido perseguidos por su religion, fueron sacados de la cárcel, reintegrados en sus obispados, y revocada su sentencia. Sopretesto de destruir el prurito de controversia, impuso silencio por su propia autoridad á todos los predicadores de Inglaterra, á escepcion de los que obtuviesen un permiso especial, que estaba resuelta á no conceder mas que á los partidarios de su doctrina. Previóse desde entonces que la reforma iba á ser destruida; y aunque la reina pretendió todavía que tenia intencion de adoptar un sistema de tolerancia general, sin embargo, todos los que eran de opinion contraria no podian dejar de incurrir en su odio, ni aguardar de ella proteccion alguna.

El primer acto que causó una alarma general entre los protestantes, fué el modo severo con que se trató á Cranmer, á quien su moderacion, su integridad y sus virtudes habian hecho querido hasta del partido católico. Habiendo corrido el rumor de que este prelado habia prometido oficiar en latin con el designio de complacer á la reina, escribió disculpándose de semejante calumnia, lo cual le espuso al enojo terrible de María. No bien fué leida su carta, cuando le prendieron y encausaron por haber contribuido con el consejo á elevar al trono á lady Juana, y haberse declarado contra su legítima soberana. En efecto, él era culpable de esta falta; mas no lo eran menos una infinidad de personas, á cuya mayoría no solo se perdonó, sino que se la dispensó favores. Era pues evidente la injusticia de semejante proceso. Pronuncióse contra Cranmer la sentencia de alta traicion, que no fué llevada á cabo entonces, porque este prelado estaba reservado para mas cruel suplicio.

Poco despues Pedro Mártir, aleman reformado que en el anterior reinado habia venido á Inglaterra á invitacion del gobierno, viendo el mal aspecto que tomaban las cosas con respecto á los reformados, pidió licencia para regresar á su patria. El exagerado celo de los católicos se ocupó del cuerpo de su muger, que algunos años antes habia sido enterrado en Oxford, exhumándolo por órden del ministerio público y volviendo á inhu-

marlo en un estercolero. Por el mismo tiempo fueron quemados en Cambridge los huesos de Bucero y de Fagio, estranjeros reformados; por lo cual los protestantes estraños tomaron sus medidas para abandonar el reino, que perdió con tal motivo un escesivo número de gente de gran utilidad para las artes y manufacturas.

No eran infundados los temores, porque la reina poco despues de aquella emigracion, convocó un parlamento que se presentó completamente dispuesto á favorecer sus medidas severas. Todos los estatutos formados por Eduardo VI en materia religiosa fueron anulados, y la religion nacional llegó á ser repuesta en el mismo pié en que estaba en el momento de la muerte de Enrique VIII.

Interin se restablecian así todas las antiguas prácticas del catolicismo, los ministros de la reina trataban de fortificar su poderío con un enlace católico. María parecia haber puesto sus miras cariñosas en el conde de Devonshire; mas ya porque este señor sintiese repugnancia hácia ella, ó ya porque se hubiese apasionado de la princesa Isabel, desatendió las negociaciones relativas á semejante boda.

El cardenal Polo, que no habiendo recibido las órdenes, era por consiguiente libre para casarse, fué propuesto á la reina para esposo. El carácter noble y elevado de este ilustre personaje, su virtud, su generosidad y su adhesion inviolable á la religion católica, le hacian digno del rango de marido de la reina de Inglaterra; pero como era de avanzada edad, esta ni siquiera quiso oir la idea de tal union. La persona en que por fin fijó su eleccion, fué Felipe, príncipe de España é hijo del célebre Cárlos V. María, para prevenir la desaprobacion del pueblo, procuró que las capitulaciones matrimoniales fuesen todo lo mas favorables posible á los intereses y al honor de Inglaterra; lo cual calmó un poco los clamores que empezaban á levantarse contra una alianza estranjera—Año 1554 (1).

Acordóse que á pesar del título de rey que se daría á Felipe, la administracion del reino continuase en manos de la reina; que ninguna innovacion se ejecutaria en las leyes, en las costumbres y los privilegios; que los descendientes de la reina, además de Inglaterra heredarian la Borgoña y los Paises-Bajos; y que en el caso de morir Cárlos, hijo que Felipe habia tenido en el primer matrimonio, los de María entrarian á poseer todos los estados del rey Felipe.

Este contrato matrimonial, que segun los cálculos políticos de muchos debia producir gran variacion en el sistema europeo, no tuvo los resultados previstos por haber sido estéril la reina.

Las conjeturas del pueblo fueron mas justas, y previó con razon que semejante casamiento daria un golpe fatal á su religion y libertad. Esparciéronse pues muchos rumores, propagándose el descontento por toda la nacion. Sir Tomás Wyat, católico romano, se pronunció abiertamente contra los consejeros de la reina y contra la alianza con un príncipe español, llegando á arrastrar á su partido gran parte de los habitantes de la provincia de Kent, y dirigiéndose á la cabeza de cuatromil hombres hácia Hyde-Park. Su proyecto era el apoderarse de la Torre; pero le perdió su audacia. Luego que entró en Londres, el conde de Pembroke hizo cerrar todas las salidas con fosos y cadenas, puso centinelas en todas partes para impedir el paso, y así el rebelde, en el momento en que aguardaba recojer el fruto de su temeridad, conoció con el mayor sobresalto que ni podia avanzar ni retroceder. Viendo entonces que los ciudadanos de Londres con cuyo apoyo habia contado, se negaban á incorporarse á él, perdió el valor y depuso las armas.

El duque de Suffolk se hizo tambien cómplice por haberse unido á Peter Carew para provocar una revuelta en los condados de Warwick y de Leicester. La impaciencia de Carew forzó á Suffolk á tomar las armas antes del dia designado; pero fueron vanos todos sus esfuerzos por infundir valor y decision á sus partidarios. Persiguióle tan de cerca el conde Huntingdon, que se vió precisado á dispersar su gente; mas habiéndose descubierto su retiro, fué llevado á Londres como prisionero. Suffolk y Wyatt fueron ajusticiados con setenta personas. Otras cuatrocientas fueron conducidas á la presencia de la reina con un cordel al cuello, y postrándose á los piés de ella alcanzaron el perdon y la libertad.

Otro acontecimiento que escitó vivamente la compasion del pueblo, fué la ejecucion de lady Juana Grey y de su marido lord Guilford Dudley, que sin ser culpables fueron complicados en aquella insurreccion, y á los dos dias del castigo de Wyatt recibieron la órden de prepararse para morir. Lady Juana, que hacia mucho tiempo preveia tan funesto destino, recibió la noticia sin la menor sorpresa y manifestando una resolucion heróica. Informada de que no la restaban mas que tres dias de vida, demostró afliccion por una dilacion tan larga. El dia de la ejecucion, el marido solicitó con instancia permiso para ver por última vez á su esposa; pero esta no quiso acceder á tal entrevista, por miedo de que el dolor de una separacion tan terrible acabara con el ánimo que la quedaba. A pesar de haberse determinado que ambos fuesen ajusticiados fuera de la Torre, despues se resolvió que lo fuesen en la jurisdiccion de esta, porque se temió la impresion que causarian en el pueblo la juventud, la hermosura y la inocencia de los condenados. Dudley sufrió el primero la sentencia de muerte. Cuando lady Juana caminaba al sitio de la ejecucion, encontró el cuerpo ensangrentado de su esposo, que era conducido á la Torre para ser sepultado: contempló silenciosa por algunos momentos un espectáculo tan cruel sin dejar ver emocion alguna, y despues dando un profundo suspiro, suplicó á los que llevaban el cadáver, que prosiguiesen su camino. El condestable de la Torre, sir Juan Gage, encargado de conducirla al suplicio, la rogó que le concediese alguna cosa para guardarla como una memoria de ella, y Juana le dió su librito de memoria en que acababa de trazar tres máximas que la habia inspirado la vista del cadáver de su marido, y que estaban, la una en griego, la otra en latin y la tercera en inglés. Era el sentido de ellas, que la justicia humana habia condenado su cuerpo, pero que la divina seria favorable á su alma, y que confiaba que Dios y la posteridad reconocerian su inocencia y la de su esposo.

Cuando ya estaba en el patíbulo, sus últimas palabras fueron para protestar que su falta no consistia en haber llevado una mano temeraria á la corona, sino en no haberla rechazado con bastante entereza; que no tanto la ambicion como la obediencia filial era lo que la habia arrastrado á ser culpable; que aceptaba la muerte con resignacion como único medio de espiar la injuria hecha al trono; y que estaba pronta á probar con el ejemplo de su castigo que la pureza de las intenciones nunca era un motivo de escusa para las acciones que tendian á subvertir el órden público. Despues de estas palabras suplicó que la desnudase su criada, y en seguida se sometió á la muerte con calma y firmeza (1).

Esterminados ya los enemigos del Estado, dirigióse el enojo de la reina contra los pretendidos de la religion, convocando un parlamento, que en esta ocasion como en otras muchas no sirvió mas que de apoyo á sus diferentes actos de rigor. La nobleza, siempre dispuesta á adoptar la religion favorecida por el soberano, fué ganada fácilmente, y la cámara de los comunes, entregada hacia mucho tiempo al capricho del rey, no hizo resistencia alguna. Entonces se descubrió un nuevo

(1) Segun Hume, el pueblo, lejos de aquietarse con la publicacion de tales capitulaciones, se aprestó para sublevarse.

(1) Esta fué la tercera reina de Inglaterra que en poco tiempo pereció en el cadalso. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

enemigo contra los reformados, el cual era el mismo rey, quien á pesar de lo mucho que cuidaba de disimular su ódio hácia los protestantes, influia secretamente en el ánimo de la reina inflamando sin cesar su desmedido celo. Felipe, desde que llegó á Inglaterra, hacia esfuerzos, aunque inútilmente, por aumentar la porcion de poder que le habia sido otorgado por el parlamento; y como la reina amaba á su marido con una pasion poco propia de su edad y de su físico desgraciado, buscaba con anhelo todos los medios de complacerle. Así, no tardó María en patentizar que la ambicion era su pasion dominante, decidiéndose á satisfacerla á toda costa. Su celo vino á ser mas estremado que nunca, y empezó una persecucion terrible contra los herejes, poniéndose en vigor la antigua ley sanguinaria, y espidiendo órdenes para que fuesen quitados todos los obispos y sacerdotes casados, restablecidas las misas, y reconocida de nuevo la autoridad del papa. La religion fué vuelta á su antiguo estado, restituyéndose á la Iglesia todos sus privilegios, á escepcion de sus tierras y posesiones. Como los bienes eclesiásticos habian recaido en la nobleza, semejante devolucion fué mirada como peligrosa y hasta imposible.

Entre los que se presentaron dispuestos á favorecer tales medidas, aunque de una manera diferente, se citan Gardiner, obispo de Winchester, y el cardenal Polo, que recientemente habia vuelto del continente. Polo, que por su nacimiento pertenecia á la familia real, habia conservado siempre una adhesion secreta á la religion católica, y hasta incurrido en el encono de Enrique, no solo oponiéndose á sus medidas, sino llegando á escribir contra él. Su fidelidad pues á la misma religion le atrajo el aprecio del papa, y le valió el título de legado de que entonces se hallaba revestido.



Gardiner.

Gardiner era hombre de carácter muy diferente: su única mira era alcanzar el favor del soberano, y ya habia dado pruebas de estudiada condescendencia á los deseos de este. Convencido de que el rey y la reina estaban dispuestos á adoptar medidas rigurosas, creyó que el medio mas seguro de complacerles era apoyarlas y sobrepujarles en ellas. Polo, que nunca habia variado de principios, opinaba por la tolerancia, en tanto que Gardiner que habia cambiado á menudo de opinion, se mostraba pronto á castigar con el mayor rigor una culpa en que tantas veces habia él caido. Empero siendo demasiado prudente para declararse abiertamente jefe de la persecucion, abandonó un papel tan odioso á Bonner, obispo de Londres, hombre cruel, intolerante é ignorante.

No tardó entonces la Inglaterra en convertirse en teatro de las escenas mas sangrientas—Año 1555.—La persecucion comenzó por Hooper, obispo de Gloucester, y Roger, canónigo de San Pablo, quienes fueron examinados por el canciller y los comisarios designados por la reina, con la esperanza de que se retractarian en descrédito de las nuevas opiniones. Pero los perseguidores fueron burlados, manteniéndose firmes los acusados en sus creencias: por lo cual fueron condenados á ser quemados vivos, Roger en Smithfield, y Hooper en su diócesis, en Gloucester. Roger tenia un motivo muy poderoso para desear la conservacion de la vida, pues contaba con una muger á quien amaba tiernamente y con diez hijos; mas todo fué inútil, sin que ni aun la memoria de seres tan queridos pudiese quebrantar su resolucion.

Despues de su sentencia conservó tanta calma y serenidad, que cuando llegó la hora de su ejecucion, tuvo que despertarle el carcelero del profundo sueño en que estaba. Deseaba vivamente volver á ver á su muger antes de morir; mas el inflexible Gardiner se opuso á ello, contestándole que como sacerdote no podia tener esposa. Al ser puesta la leña alrededor de él, esclamó sin parecer espantarle tan terrible aparato: «Sacrifico con »alegría mi vida por sostener la doctrina de Jesucristo.» En cuanto á Hooper, cuando fué atado al poste colocaron delante de él en un taburete el perdon de la reina en caso de que quisiese retractarse; pero lejos de esto, ordenó que le alejasen semejante papel, preparándose con regocijo al martirio. La sentencia fué ejecutada con el rigor mas cruel: sea de intento ó por descuido, era el fuego tan poco vivo, que el infeliz fué consumido lentamente: una de sus manos caia convertida en carbon, en tanto que la otra todavía daba golpes en el pecho. Permaneció tres cuartos de hora en unos tormentos tan horribles, que soportó con admirable constancia.

Sanders y Taylor, tambien eclesiásticos que se habian distinguido por su celo por la reforma, sufrieron el mismo suplicio. Taylor fué metido en una cuba de pez, y mientras se encendia el fuego, le tiraron á la cabeza una estaca que le hizo una herida: continuó con calma y sin manifestar el menor espanto repitiendo el salmó 31 (1) en inglés, lo que siendo notado por uno de los espectadores, le pegó con violencia mandándole que rezase en latin. Taylor guardó silencio algunos instantes teniendo fija la vista en el cielo. Uno de los guardias, impulsado por un sentimiento de impaciencia ó compasion, le dió por fin con la alabarda un golpe que puso término á los tormentos.

La muerte de estos desgraciados no sirvió mas que para acrecentar el furor de los obispos y monjes católicos. Bonner, el mas implacable de todos, daba libre curso á su venganza, y parecia que le causaban un placer especial los padecimientos de sus infelices víctimas, en tanto que la reina le exhortaba contínuamente á proseguir aquellas obras piadosas sin compasion ni descanso. Ridley y Latimer, obispos de Londres y de Worcester, fueron tambien prendidos y condenados á la vez. Ridley habia sido uno de los celosos campeones de la reforma, siendo por su piedad, su instruccion y la solidez de su juicio, admirado por sus amigos y temido por sus enemigos. La noche anterior á su ejecucion envió á suplicar al alcalde de Oxford y á su muger para que fuesen á verle por última vez; y habiéndolo verificado, ellos derramaron lágrimas en la entrevista, mientras que Ridley no demostró la menor emocion, manifestando constantemente una calma inalterable.

Al arribar al sitio del suplicio, encontró á su antiguo amigo Latimer, que habia llegado antes que él. Latimer era uno de los prelados mas notables del siglo por su sincera piedad y la pureza de sus costumbres: ignoraba la lisonja cortesana, y su franqueza era temida de todos los grandes, que no merecian mas que reprensiones severas. Sus sermones, que existen todavía, prueban que no carecia de instruccion y talento. Encontrándose los dos amigos en un lugar tan tremendo, se esforzaron por animarse recíprocamente: «Valor, her»mano mio, gritó Latimer á Ridley, ten confianza en

(1) *In te Jehova speravi*, etc.

»Dios. Hoy encenderemos en Inglaterra una antorcha »que nunca se apagará.»



Latimer.

Un ardiente católico subió á la pila de leña para predicar á los condenados ínterin se preparaba el fuego. Ridley escuchó con mucha atencion su discurso, y sin que los preparativos horrorosos que se hacian en derredor de él fuesen bastante para distraerle, se enteró del sermon hasta el fin, asegurando que estaba pronto á responder á todo lo que habia oido, si se le concedia tiempo; pero no se le otorgó la demanda. Por fin se encendió la leña: Latimer se libró pronto del suplicio; pero Ridley padeció largo tiempo, consumiéndose sus piernas antes que el fuego hubiese tocado sus entrañas.



Ridley.

Un tal Tomás Haukes, que al poco tiempo fué arrastrado al mismo suplicio, se convino con sus amigos en que si le parecia que la tortura era soportable, les daria á conocer tal circunstancia alzando los brazos hácia el cielo; y en efecto, en el momento en que los espectadores creian que iba á espirar, levantó las manos de en medio de las llamas haciendo la señal convenida. Este ejemplo de constancia y otros muchos que hubo, alentaron á una multitud de personas, no solo á sufrir el martirio, sino hasta á desearle.

El sexo mas débil fué perseguido con igual crueldad. Una muger de Guernsey, condenada á ser quemada por crímen de herejía, parió en medio de las llamas. Algunos espectadores, heridos por un sentimiento de compasion, se lanzaron á arrancar al infante del peligro; pero el magistrado mandó que fuese arrojado al fuego como hijo de hereje.

La muerte de Cranmer, que ocurrió poco despues de estos sucesos, acabó de llenar á la nacion entera de horror y odio contra el fanático gobierno de María. Aquel prelado, que en los dos últimos reinados habia tomado una parte activa en la reforma, estaba encarcelado hacia mucho tiempo por haberse manifestado del partido opuesto al de la reina al subir esta al trono. Por fin se trató de castigarle, y para que se verificase del modo mas cruel, la reina ordenó que fuese juzgado por el crímen de herejía, en lugar de serlo por el de alta traicion.

Fué emplazado para el tribunal de Roma; y sin embargo de su imposibilidad para comparecer, por estar preso en Oxford, fué condenado como contumaz. No satisfechos sus crueles enemigos con los tormentos que iba á sufrir, quisieron añadir á estos los remordimientos, intentando seducirle con dulzura y halagos, y dándole esperanza de volver al favor si accedia á firmar una profesion de fé, reconociendo la supremacía del papa y la presencia real. El amor de la vida venció por algunos momentos á Cranmer, consintiendo en firmar lo que se le proponia. Entonces sus triunfantes enemigos se decidieron á atormentarle y á completar su ruina; pero antes de conducirle al suplicio quisieron inducirle á retractarse públicamente. Mas ya porque Cranmer sospechase semejante proyecto, ó ya porque recobrara la presencia de ánimo que le habia abandonado, hizo en medio de la iglesia y con gran asombro del numeroso auditorio una retractacion contraria á la que se aguardaba. Púsosele en el sitio mas visible de la iglesia, y Col, preboste de Eton, le predicó ensalzando su conversion como obra del mismo cielo, y asegurándole que nada podia ser mas grato á Dios, á la reina y al pueblo que su retractacion. Animóle en seguida á sufrir el martirio, prometiéndole que se aplicarian infinidad de oraciones y de misas por el reposo de su alma, que en virtud de la profesion de fé que habia hecho no podia menos de ser librada de las penas del purgatorio.

En todo el tiempo que duró este discurso, el infortunado Cranmer no cesó de manifestar la mayor inquietud y agitacion, ya levantando los ojos al cielo, ya exhalando gemidos dolorosos. Despues de verter un torrente de lágrimas, patentizó tiernamente el remordimiento que le desgarraba, añadiendo que conocia perfectamente la estension de sus deberes para con su soberana, pero que uno superior le forzaba á declarar que habia suscrito una profesion de fé contraria á sus sentimientos, y que abrazaba con júbilo la ocasion de espiar su falta por medio de una retractacion sincera. Por fin aseguró que estaba pronto á sellar con su sangre una doctrina que creia emanada del cielo, y á que la mano culpable que habia hecho traicion á su conciencia sufriese el castigo justamente merecido.

Como la asamblea se componia principalmente de católicos que esperaban completar su triunfo con la conversion ruidosa de su víctima, la declaracion de esta los dejó burlados. Entonces dijeron á Cranmer que ya no le disimularian mas, y despues de reconvenirle con dureza le llevaron al paraje funesto en que Latimer y Ridley habian padecido tanto. Cranmer alargó su mano derecha á las llamas de la hoguera, y la tuvo allí hasta que se consumió, sin mostrar ninguna flaqueza, esclamando varias veces al verla quemarse: «Que se queme esta mano indigna (1).» Estaba tan preocupado con la esperanza de una recompensa futura, que casi se mantuvo insensible en medio de los tormentos del fuego. Entre las cenizas se encontró entero su corazon, lo cual fué considerado como un emblema de su constancia.

Estos actos de crueldad acrecian de dia en dia el odio de la nacion contra el gobierno, y no ocultándose á los autores de tales persecuciones el horror que inspiraban, procuraban arrojar sobre otros todo lo detestable de su conducta. Como Felipe no ignoraba lo mucho que se le aborrecia, especialmente despues de los últimos sucesos, quiso por medio de un artificio grosero alejar de sí la odiosidad que con razon merecia. Al efecto mandó á su confesor que predicase en su presencia en favor de la tolerancia; pero no queriendo Bonner esponerse á la reprobacion general, echó sobre la corte toda la responsabilidad de semejantes medidas.

(1) Esta accion es tan intrépida y mas laudable que la que se atribuye á Mucio Scévola. El inglés se castigó por haber sucumbido á lo que le parecia una flaqueza, y el romano por no haber cometido un asesinato. (*Voltaire.*)

Convencidos entonces el rey y la reina de la inutilidad de disimular por mas tiempo, osaron introducir en Inglaterra un tribunal semejante al de la Inquisicion, con facultad de condenar á los herejes sin ninguna forma de proceso y por sola su autoridad; pero como este método originó demasiada lentitud, no satisfizo á la venganza de los perseguidores. Dióse un decreto contra los libros heréticos, temerarios y sediciosos, declarando que cualquiera que tuviese tales escritos y no los quemase inmediatamente sin leerlos, seria condenado como rebelde á perecer en el fuego.

Esta medida fué llevada á cabo con los efectos sangrientos que se debian aguardar. Las hogueras no cesaron de arder, consumiendo tan gran número de personas, que los mismos magistrados que eran los instrumentos de tales persecuciones, se negaron por fin á prestar su cooperacion. Se ha calculado que el número de víctimas ascendió á doscientas setenta y siete, sin contar las que sufrieron las penas de presidio, multa y confiscacion, pereciendo en el fuego cinco obispos, veintidos clérigos, ocho magnates, ochenta y cuatro comerciantes, cien labradores, cincuenta y cinco mugeres y cuatros niños.

Los negocios temporales del reino no eran mas venturosos que los relativos á la religion. Hacia mucho tiempo que se hablaba del embarazo de la reina, á quien sus vivos deseos de tener sucesion la llevaban á acreditar semejante rumor; y así cuando se la presentó Polo, legado del papa, llegó á creer que habia sentido movérsele la criatura en su seno, lo cual los cortesanos aduladores quisieron comparar á los movimientos de San Juan Bautista cuando su madre recibió la visita de la Vírgen. Los católicos predijeron que la reina estaba embarazada de un príncipe, que seria hermoso, robusto y despejado; mas al fin llegaron á frustrarse semejantes esperanzas, porque el supuesto embarazo no era mas que el principio de una hidropesía.

Felipe se esforzaba mas que ningun otro por mantener con empeño tal esperanza, de que deseaba servirse para acrecer su autoridad en el reino; empero se equivocó, porque el parlamento inglés, á pesar de la flojedad de sus principios, abrigaba contra él una aversion insuperable, y así se contentó con ratificar las disposiciones que fijaban irrevocablemente los límites del poder del rey y de la reina. Como la ambicion, que era la única pasion de Felipe, le impulsó á ocultar la repugnancia que sentia para con su esposa, y á soportar mas bien que apetecer las pruebas de la ternura de esta, cuando se aseguró de que por mas amor que ella le tuviese no podia satisfacer sus deseos ambiciosos, cesó de repente de disimular su secreto desvío, y la trató en adelante con la indiferencia mas completa. Por fin, cansado de semejante situacion, aprovechó la primera ocasion de abandonar á la reina, pasando á Flandes al lado del emperador su padre.

Entonces María cayó en el mayor abatimiento, pasando la mayor parte del tiempo en la soledad para dar libre curso á sus lágrimas y sombríos pensamientos. Lo único en que se ocupaba era en escribir á su esposo cartas llenas de ternura, á las que él no contestaba mas que cuando necesitaba dinero. Para satisfacer á tales demandas, la reina se servia de medios violentos, sacando los recursos á título de empréstito de las personas del reino que creia la eran mas adictas. Ofreció á unos comerciantes de Amberes el catorce por ciento por una cantidad de treinta mil libras esterlinas; tuvo sin embargo la mortificacion de recibir una repulsa, y solo consiguió lo que deseaba saliendo fiadora la ciudad de Londres.

María, por instigacion de su esposo, intentaba comprometer á Inglaterra á emprender una guerra con Francia: por fin surtieron efecto sus esfuerzos; pero el resultado de semejante campaña fué completamente desfavorable para la reina.

Habiendo empezado la guerra entre Francia y España, Felipe aprovechó esta ocasion para regresar á Inglaterra, y declaró que si este reino no accedia á secundarle en aquellos momentos de crisis, nunca volveria á poner en él los piés. Tal amenaza no podia menos de aumentar el celo de la reina por los intereses de su esposo; y así, á pesar de la oposicion constante del cardenal Polo y del consejo, ella triunfó despues de intimidarlos con que los destituiria á todos. Se declaró al fin la guerra, y haciéndose prontamente los preparativos para atacar la Francia, se pusieron en movimiento diez mil hombres, cuyo ejército fué enviado á Flandes, despues de innumerables exacciones para conseguir todo el dinero necesario.

Aunque la batalla de San Quintin, ganada por los españoles, parecia prometer los mejores resultados á los ejércitos aliados, una empresa intentada por el duque de Guisa en el rigor del invierno hizo inclinar la balanza á favor de los franceses, lastimando vivamente el honor de Inglaterra. Hacia mas de dos siglos que Calais estaba en poder de los ingleses, quienes convirtieron esta ciudad en mercado principal de las lanas y otras mercaderías británicas. Habiendo sido fortificada dicha poblacion en varias épocas, era considerada como una plaza inespugnable; pero aquellas fortificaciones, levantadas antes de la invencion de la pólvora, no pudieron resistir al vigoroso ataque de una batería regular, y así no les quedó mas que el recuerdo de una reputacion que ya no podian sostener. El general francés Coligny hizo observar al duque de Guisa que Calais estaba rodeada de pantanos intransitables durante el invierno, menos por el lado de un dique guardado por el castillo de Santa Agueda y por el de Newham-Bridge, y que los ingleses para economizar gastos acostumbraban en aquella estacion á retirar parte de la guarnicion hasta la primavera. Con semejantes noticias dirigióse el duque á Calais, y á la cabeza de tres mil arcabuceros atacó el castillo de Santa Agueda de una manera súbita é imprevista. La guarnicion, obligada á retirarse al de Newham-Bridge, no tardó en quedar reducida al estado de no poder defenderse, viéndose precisada á ceder tambien este punto y á guarecerse en la ciudad. Como al mismo tiempo habia sido mandada una escuadra á bloquear la entrada del puerto, así Calais se veia en la imposibilidad de resistir, embestida por mar y por tierra. Fué en vano la vigorosa defensa que realizó el gobernador lord Wentworth: como la guarnicion era escasa, no pudo sostener largo tiempo el asalto de los franceses, y así estos se apoderaron del castillo. Lord Wentworth quiso recuperar este punto; pero tuvo que capitular despues de uu ataque infructuoso en que perdió doscientos hombres.

Así, en menos de ocho dias el duque de Guisa se vió en posesion de una ciudad que desde el reinado de Eduardo III pertenecia á los ingleses, y en cuyo sitio empleó este monarca once meses.

Semejante pérdida provocó violentos rumores en el reino, sumiendo á la reina en la mas profunda desesperacion; tanto que hasta se cuenta que en fuerza de su dolor se le oyó asegurar que cuando muriese se encontraria grabado en su corazon el nombre de Calais.

La complicacion de todos estos males fué muy funesta para María, porque el descontento del pueblo, las inquietudes relativas á la religion católica, los desdenes de su esposo y la desgraciada guerra hicieron terribles estragos en su salud, y así se manifestaron síntomas de consuncion que aumentaron la aspereza de su carácter y el estremado celo de su devocion. Cansado el pueblo de los horrores de este reinado, ansiaba vivamente su término, y deseando un porvenir mas feliz, dirigia todos sus pensamientos hácia la princesa Isabel, que cada dia se hacia querer mas de los ingleses. Mientras duró aquel reinado no cesaron estos de estar en contínuos temores y alarmas por la sucesion del trono y hasta por la vida de esta princesa, contra la cual habia estallado varias veces el encono de la reina. Isabel, convencida

del peligro que la cercaba, consagraba todo el tiempo al estudio, manifestándose enteramente estraña á los negocios públicos. Habiéndola hecho el embajador de Suecia proposiciones de casamiento á nombre de su soberano, le remitió á su hermana, la cual la dejó libre para obrar como quisiese, y entonces Isabel rehusó dichas proposiciones, prefiriendo soportar las humillaciones y riesgos á que estaba espuesta, mas bien que renunciar al porvenir venturoso que empezaba á lucir para ella.

Isabel no manifestó menor prudencia ocultando sus sentimientos religiosos, y eludiendo diestramente las cuestiones referentes á tan peligrosa materia. Esta princesa hacia sombra á María por dos motivos poderosos; el primero, porque como heredera de la corona, la reina temia que su hermana aspirara al trono durante su vida; y la segunda, porque era probable que cuando llegase á ser reina de Inglaterra destruiria una religion que tanto la costó restablecer. Los obispos que tomaron parte en las últimas persecuciones y preveian este suceso, se esforzaban frecuentemente en convencer á María de que ninguna ventaja tenian para el estado sus medidas severas contra los herejes, y que lo que se debia destruir eran, no las débiles ramas, sino el árbol mismo. María conoció toda la fuerza de este argumento, y así rodeó de guardias á su hermana aguardando con impaciencia una insurreccion ó cualquier pretesto favorable para esterminar á Isabel; pero no tuvo lugar tan odioso proyecto, porque la muerte vino á sorprender á la reina.

Como María tomó el principio de la hidropesía por síntomas de embarazo, adoptó un régimen contrario á su estado, que no hizo mas que aumentar la enfermedad. Por otra parte, la seguridad aterradora del odio de sus súbditos, la perspectiva del advenimiento de su rival al trono, y sobre todo la desesperacion que la hacia esperimentar la pérdida de su esposo, que acababa de dejarla para siempre, agotaron sus fuerzas, y contrayendo una fiebre lenta que llegó al instante á consumirla, murió al fin despues de un reinado corto y sanguinario de cinco años, cuatro meses y once dias, siendo de edad de cuarenta y tres años.

El cardenal Polo, célebre por su sabiduría, su dulzura, el gran poder que tenia, y el amor que generalmente habian inspirado sus virtudes, no sobrevivió mas que un dia á la reina. Esta señora fué enterrada en la capilla de Enrique VII, segun los ritos de la Iglesia romana.

CAPITULO XXXII.

ISABEL.

(Desde el año de 1558 al de 1603.)

Si fuese lícito adoptar la máxima de que debe agradecerse el mal que ha de traer un bien, deberia decirse



Isabel.

que las persecuciones del reinado de María fueron ventajosas para que la religion protestante fuese mas apreciada por todo el reino. Nada en efecto hablaba mas fuertemente contra los vicios y las crueldades de los frailes que sus mismas acciones. Donde quiera que se quemaba á los herejes, allí estaban presentes los monjes, recreándose con el espectáculo de las llamas, insultando á los infelices y tirándoles á veces tizones á la cara.

Con tan odiosos espectáculos se retrajeron por fin los ingleses de sus antiguas creencias, porque el espíritu público no se decide á renunciar al imperio de ellas, sino despues que se convence del abuso en que han caido. Por esta razon, al paso que en otro tiempo fueron violentados los ingleses á abrazar la religion reformada, la deseaban espontáneamente en el de que hablamos; de modo que casi toda la nacion era protestante por inclinacion (1).



La reina Isabel.

Nada es capaz de espresar la alegría que manifestó el pueblo en el advenimiento de Isabel al trono á que subia sin la menor oposicion. Hallábase esta princesa en Hatfield cuando supo la muerte de su hermana, y al momento se apresuró á trasladarse á Londres, donde fué recibida con aclamaciones universales. Educada en la mejor escuela, que es la de la adversidad, hizo buen uso de la soledad en que siempre habia vivido, entregándose por entero á los encantos del estudio, ya que estaba privada de los goces y placeres del mundo. Su espíritu se habia hecho muy culto, y aprendido varias lenguas estranjeras; pero de entre todas las dotes naturales que tenia, las que mas ventajas la reportaron fueron el de saber disimular con oportunidad sus opiniones, el vencer sus inclinaciones, el no lastimar á nadie; en fin, el saber reinar.

La reina vírgen (2), segun la han nombrado muchos historiadores, no pudo prescindir, cuando se trasladó á la Torre segun se acostumbraba, de notar la diferencia de su posicion actual de la anterior en que habia

(1) María preveia que Isabel, educada en la reforma, la restableceria apenas subiese al trono. Así, hubiera inmolado á su hermana, á haber podido paliar tal atentado con algun pretesto. Los clérigos la inspiraban este designio, diciéndola que no bastaba para destruir la herejía el quemar á algunos de sus sectarios, sino que era preciso atacarla en el mismo tronco. Pero Isabel supo burlar aquellas tramas moderando sus sentimientos y formándose en la soledad para la política. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(2) Habiendo representado á Isabel los comunes que la seguridad y tranquilidad del reino exigian que se casase, les agradeció el consejo diciendo que ella era la esposa del pueblo, y que tendria mucho placer en que se pudiese grabar por epitafio en su sepulcro, que Isabel reinó con equidad, y vivió y murió vírgen. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

entrado en aquel edificio como prisionera. No bien se habia verificado la proclamacion de la nueva soberana, cuando su cuñado Felipe, que siempre habia manifestado afecto hácia ella, mandó á su embajador en Londres, el duque de Feria, que la hiciese á su nombre proposiciones de casamiento. Isabel no podia menos de repugnar tal boda, porque además de los motivos políticos, no amaba ni á la persona ni la religion de aquel amante, y por otra parte queria gozar de los placeres de la independencia y de los muchos homenajes que tenia derecho á pretender. Empero, cualquiera que fuese su modo de pensar con respecto á la indicada proposicion, dió á Felipe una respuesta muy atenta aunque evasiva, con la cual este concibió tantas esperanzas de buen éxito, que envió un correo á Roma en solicitud de la dispensa.

Tan pronto como Isabel se instaló en el trono, se ocupó en realizar el proyecto que siempre habia tenido de reformar la religion; pero para no alarmar al partido católico mantuvo en su consejo once consejeros de los nombrados por su hermana, y para contrabalancear la autoridad de estos les agregó otros ocho, conocidos por su adhesion á la religion protestante. En quien principalmente puso su confianza, fué en Guillermo Cecil, secretario de Estado, hombre de una probidad intachable, que prefiriendo la práctica á las teorias del siglo, se ocupaba con calor en los intereses verdaderos del reino, y pensaba que la mejor religion es la que tiende á contribuir á la prosperidad del Estado. A consecuencia de sus consejos, Isabel llamó á los desterrados y restituyó la libertad á los que estaban presos por motivos de religion; luego publicó un decreto prohibiendo á los oradores el predicar sin un permiso particular; suspendió la ejecucion de las leyes que se oponian á que una gran parte del culto se desempeñase en inglés, y vedó igualmente que se alzase la hostia en su presencia.

Un parlamento que fué convocado poco despues, concluyó lo que Isabel habia comenzado con su autoridad real, espidiendo aquel muchas disposiciones favorables á la reforma; de modo que en una sola legislatura la religion fué establecida tal como existe en el dia.

La oposicion que se hizo á algunos artículos de fé, fué tan violenta como desnuda de la fuerza bastante para triunfar. Acordóse una conferencia de nueve doctores de cada parte en presencia del canciller Bacon. Cada cual debia discutir á su vez acerca de todos los puntos de la cuestion, conviniéndose en que el pueblo se inclinase al lado de quien consiguiese la victoria. Empero esta conferencia no surtió efecto alguno. De semejantes discusiones nunca puede resultar la conviccion, porque hay tanto que decir en tales casos, y es tan vasto el campo que se ha de recorrer, que regularmente se agota la fuerza de los combatientes antes de entrar en la arena. Los católicos declararon que no querian tratar segunda vez de una materia que ya les habia valido una victoria, mientras que los protestantes por su parte atribuyeron á temor la conducta prudente de los católicos.

De mas de nueve mil cuatrocientos beneficiados eclesiásticos existentes en el reino, solamente catorce obispos, doce deanes, otros tantos arcedianos, cincuenta canónigos, quince rectores de colegios, y unas ochenta personas del clero parroquial prefirieron renunciar sus beneficios antes que sus sentimientos religiosos. Así sucedió, que Inglaterra cambió cuatro veces de creencia desde el reinado de Enrique VIII. «Asombra, »dice un escritor estranjero, que un pueblo de carácter »tan firme hubiese manifestado tanta inconstancia. ¿Es »posible que este pueblo que ayer asistia muy contento »á la ejecucion de los herejes, pueda hoy, no solo ab»solverlos, sino hasta adoptar su sistema de creencia?»

Isabel al consolidar la religion protestante en sus estados, se creó enemigos declarados ó secretos en todas las potencias católicas de Europa: Francia, Escocia, el papa y hasta la España empezaron á ligarse contra ella. Los irlandeses la querian en secreto, y el partido católico de Inglaterra, sumiso en apariencia, estaba dispuesto á sacar partido de la menor circunstancia desfavorable para su reina. Tales eran los peligros que esta tenia que temer, y contra los que ni sus amigos ni sus alianzas estranjeras podian defenderla. Era sola para sostener sus derechos, y su único arbitrio para lo sucesivo estribaba en el amor de sus súbditos, en su profundo conocimiento de las cosas, y en la sabiduría de su gobierno.

Desde el principio de su reinado Isabel aspiró á dos objetos igualmente difíciles de alcanzar: el hacerse querer de sus súbditos, y temer de sus cortesanos. Al efecto se resolvió á gastar sus riquezas con una economía estremada y á recompensar á sus cortesanos con mas reserva todavía. Esta medida, tan propia para satisfacer al pueblo, ponia límites á la preponderancia de los grandes, poco ricos á la sazon para romper las cadenas de su dependencia.

Isabel acreditó que los años que habia pasado en la soledad, los habia consagrado al estudio de los hombres que era llamada á gobernar algun dia. Poseia la rara cualidad de saber recompensar y castigar con imparcialidad, distribuyendo oportunamente palabras lisonjeras y reconvenciones, y finjir deferencia hácia los sentimientos de otros segun la necesidad lo exigiera; así como tambien el hacer respetar sus derechos y el disimular mañosamente las faltas de sus súbditos para atraerse su afecto.

Su primer ministro era Roberto Dudley, hijo del finado duque de Northumberland, cuyo carácter de ningun modo podia justificar la predileccion que á ella le merecia, porque carecia de talento y virtudes. Pero en contraposicion á esta mala eleccion habia la de dos favoritos justamente célebres, que eran el lord canciller Bacon y Cecil, hombre estudioso y de mérito distinguido. Estos fueron colocados al frente de la hacienda, de los negocios políticos y de todas las relaciones con las potencias estranjeras.

No hay felicidad constante en este mundo. María Estuardo, reina de Escocia, fué la primera persona que escitó los temores y el resentimiento de Isabel. Ya dijimos que Enrique VIII habia casado á su hija mayor Margarita con Jacobo IV, rey de Escocia, cuyo hijo que le sucedió, no dejó otra descendencia que la de María.



María Estuardo, reina de Escocia.

Esta princesa, hermosa y esperta, se habia casado muy jóven con Francisco, Delfin de Francia, que murió poco despues de su exaltacion al trono, dejando á su viuda de edad de diez y ocho años. Como Isabel habia sido declarada ilegítima por Enrique VIII, Francisco en virtud de los derechos de su esposa se apropió con consentimiento de esta el título de rey de Inglaterra. Aunque nada era mas injusto y ridículo que tales pretensiones, Isabel temió que causarian turbulencias en su reino. En su consecuencia envió un embajador á Francia á quejarse á nombre suyo por la con-

ducta de esta corte en aquel caso; pero hallándose Francisco poco dispuesto á renunciar á sus pretensiones, despidió al representante sin ninguna respuesta satisfactoria.

A pesar de la muerte de Francisco ocurrida en el año 1560, María se mostraba dispuesta á conservar el mismo título; pero espuesta á las persecuciones de la reina viuda que acababa de tomar las riendas del gobierno francés, se resolvió á regresar á Escocia, y al efecto hizo pedir un salvoconducto á Isabel para atravesar su reino. La reina de Inglaterra, manifestándose soberbia y astuta á la vez, se negó á satisfacer tal demanda, mandando una respuesta altanera y dura—Año 1561.—Desde esta época data entre ambas princesas una enemistad personal que duró hasta que la brillante fortuna de Isabel eclipsó la de su rival.

Como la infortunada reina de Escocia juega un gran papel en la historia de Isabel, es necesario dar mas estension á los sucesos que entonces tuvieron lugar en este país. La revolucion que con respecto á la religion se habia consumado en Inglaterra, no tardó en efectuarse tambien en Escocia, aunque no lo fué sin una persecucion horrible. Ningun límite conocia el mútuo resentimiento de los dos partidos opuestos, no terminándose sino por la guerra civil una contienda tan terrible. En esta época la nacion escocesa se hallaba tan dividida, que interviniendo Isabel en aquellas cuestiones, fomentó á los reformados conduciéndose con tanta habilidad, que consiguió el afecto de estos, quienes luego la fueron mas adictos que á su reina, por esperar de María poca proteccion, toda vez que era católica, y así propensa naturalmente á favorecer á los de su creencia.

La simpatía de religion llegó por fin á fundar una amistad sincera entre Inglaterra y Escocia, amistad que ni los tratados, ni las alianzas, ni la vecindad habian podido conseguir hasta entonces; y así los escoceses, considerando á Isabel como á su protectora, no veian en María mas que á una enemiga y perseguidora de ellos.

Tal era el estado de las cosas cuando María regresó á Escocia. Habituada á los usos y las costumbres francesas, no podia ver sin la mayor repugnancia la rigidez sombría que sus súbditos habian adoptado, creyéndola conforme con su nueva religion. La diferencia de opiniones religiosas entre el soberano y la nacion nunca puede acarrear mas que fatales consecuencias: por una parte tiene que resultar el desprecio, y por otra el encono.

Como María no soportaba sino con mucho disgusto las maneras duras é intolerantes del clero reformado, no podia prescindir de ridiculizar y detestar una secta que tenia el mayor prestigio sobre el pueblo; y á su vez los protestantes veian con horror la instabilidad que la reina introducia en las costumbres. Así que se descubrieron sentimientos tan opuestos, se fueron enconando de dia en dia; de modo que el clero no aguardaba mas que una indiscrecion de la reina para declararse abiertamente contra ella. No tardaron por desgracia las inconsecuencias de María en suministrarles una ocasion favorable.

Despues de dos años de altercados é inculpaciones entre la reina y sus súbditos, se resolvió por el consejo que debia pensarse en otro enlace, como único medio de ponerse María á cubierto de la arrogancia y del celo mal entendido del clero; y así despues de muchas deliberaciones, sobre quien pareció fijarse el voto de la nacion fué sobre lord Darnley, hijo del conde de Lenox y primo de la reina, que habia nacido y sido educado en Inglaterra, y entraba á la sazon en la edad de veinte años—Años 1564.—Su estatura alta y agraciada y la hermosura de su rostro hacian presumir que agradaria á la reina. Ninguna repugnancia manifestó Isabel á este proyecto, porque la libraba de los temores de una alianza estranjera; pero despues mostró mucho descontento cuando supo que se trataba de llevarle á cabo. Se quejó, amenazó, protestó, y despues de hacer secuestrar los bienes que el conde de Lenox tenia en Inglaterra, encerró en la Torre á la condesa con su hijo segundo. Semejante falsía era muy comun en la conducta política de Isabel, á quien su fingido resentimiento sirvió de pretesto para rehusar á María la sucesion en el trono de Inglaterra, sucesion que hacia mucho tiempo pedia en vano esta princesa.



Darnley.

A pesar de las quejas y de la cólera de Isabel, María tomó la resolucion de seguir su inclinacion, desposándose con Darnley que con su hermosura la habia seducido. Celebróse al poco tiempo el matrimonio, cuya primera época hizo presagiar una larga vida de ventura para los recien casados. Empero este casamiento no se efectuó sin alguna oposicion de parte de los reformados, que llegaron á promover la cuestion de si la reina podia casarse sin consentimiento del pueblo. Para oponerse á la boda, varios nobles apelaron á las armas; pero perseguidos por fuerzas superiores, tuvieron que abandonar su país y refugiarse en Inglaterra. Entonces todo parecia que concurria á favorecer los planes de María, á quien nada se podia echar en cara, porque siempre habia obrado con arreglo á los principios de la virtud. Sus enemigos se hallaban desterrados del reino, y su rival estaba por entonces completamente humillada.

Bien pronto se desvaneció aquella perspectiva de felicidad—Año 1565.—María, deslumbrada por el esterior amable de su marido, no habia tratado de observar si á la belleza del cuerpo correspondian las cualidades del alma. Darnley era un hombre débil, ignorante, violento é irresoluto sin embargo en sus empresas; insolente, crédulo y accesible á la adulacion; incapaz de reconocimiento creyendo que ningun favor podia igualar á su mérito, y á todos estos defectos añadió su aficion á los placeres mas viles, que le hacian poco apto para sentir un verdadero amor. María, en los primeros trasportes de su ternura, se habia complacido en elevar al mas alto punto al hombre que amaba; pero con el tiempo conoció sus flaquezas y vicios, y la admiracion se convirtió súbitamente en un disgusto invencible. Advirtiólo Darnley con enojo, y entonces dirigió su furor contra todas las personas á quienes atribuia aquel cambio en los sentimientos de la reina.

Habia entonces en la corte un tal David Rizzio, hijo de un músico de Turin, y muy hábil en este arte. No pudiendo subsistir en su país con los pocos recursos que le producia su talento, siguió al embajador que de Italia pasó á Escocia. Merced á la perfeccion y hermosura de su voz, tomó parte en un concierto de la reina, á quien agradó tanto, que esta suplicó al embajador en el momento de la despedida que la dejase á Rizzio. Este por su empleo tenia que estar á menudo con la reina; y aunque dotado de un físico poco aventajado, halló medio de insinuarse con sus modales, hasta el punto de merecer toda la confianza de la soberana y de que esta le acercase cada vez mas á su real persona.

Habiendo disgustado á la reina el secretario de los despachos franceses, dió este cargo á Rizzio, quien siendo diestro, sutil y ambicioso, empezó á abrigar secretamente la esperanza de ser nombrado canciller del reino. Nada hacia la reina sin consultarle; llegó á ser el conducto de las mercedes régias, y todo el mundo procuraba ganar la proteccion de Rizzio, ya con regalos, ya con lisonjas.

Fácil fué persuadir á un hombre de carácter tan celoso como Darnley que el favorito era quien le habia arrebatado el afecto de la princesa. Las sospechas se convirtieron en certeza, y Darnley no consultando mas que á su furor, puso su confianza en varios señores, que devorados de envidia y resentimiento, no buscaban mas que una ocasion favorable para saciar su venganza. No solo atizaron el fuego de los celos en el ánimo de Darnley, sino que además le propusieron su apoyo para deshacerse de Rizzio.

Jorge Douglas, hermano natural de la condesa de Lenox, y los lores Ruthven y Linsey, formaron el proyecto de asesinar á aquel infortunado, y para castigar las ligerezas de la reina se resolvieron á perpetrar en su presencia el asesinato.

María, que á la sazon estaba en el sesto mes de su embarazo, se hallaba una noche cenando con la condesa de Argyle, su hermana natural, con su valido Rizzio y algunas personas de su servidumbre. Lord Darnley, seguido de sus cómplices, logró introducirse en el cuarto por una escalera secreta, apareciendo súbitamente detrás del sillon de la reina, la cual alarmada con la llegada inesperada y el aspecto sombrío de su marido, no osó pedir socorro ni romper el silencio. Algunos momentos despues se presentaron armados lord Ruthven, Jorge Douglas y los demás conspiradores. La espresion siniestra de sus rostros anunciaba su espantoso designio. La reina entonces no pudo contener por mas tiempo su terror, y preguntó el motivo de una conducta tan temeraria. Nada la respondió Ruthven; pero echando sobre el favorito una mirada de odio y de desprecio, le mandó que dejase al instante el puesto de que era indigno. Penetrando Rizzio con horror que él era el blanco de la venganza, asió el vestido de la reina para ponerse bajo su proteccion, y ella se esforzó por interponer su autoridad entre él y los asesinos. Douglas cojió la espada que llevaba el rey, y la hundió en el seno de Rizzio, que fué arrancado de los brazos de María por los otros conspiradores y arrastrado á la antecámara, donde le pegaron cincuenta y seis puñaladas.

La infeliz princesa lanzó los mas agudos gritos, y parecia que se desesperaba; pero luego que supo la muerte del desdichado Rizzio, cesaron sus lágrimas y esclamó; «No lloraré mas, voy á pensar en la venganza.» El insulto que acababa de recibir en su persona y en su honor, así como el peligro á que habian estado espuestos sus dias en la situacion en que se encontraba, era una injuria tan atroz que no debia ni siquiera esperarse el perdon.

Sin embargo, un ultraje tan sangriento no fué castigado con el rigor que se esperaba: se ganó tiempo, y al cabo accedió la reina á perdonar tan enorme crímen: manifestó que volvia á querer á su esposo, sobre el cual consiguió el mayor ascendiente, y sometiéndole completamente á su voluntad, hizo que le entregase á su enojo los cómplices del atentado. Retiráronse marido y muger á Dumbar, donde no tardó ella en reunir un ejército, avanzando con él hácia Edimburgo. Como los sublevados carecian de las fuerzas necesarias para resistir, fueron precisados á refugiarse en Inglaterra, donde vivieron por algun tiempo en la miseria mas espantosa, hasta que obtuvieron el permiso de regresar á Escocia por la proteccion del conde de Bothwell, nuevo valido de la reina, que por todos los medios trataba de aumentar su partido, y tuvo influjo bastante para calmar el resentimiento de su señora. Pero esta continuó conservando un deseo implacable de venganza contra su marido, quien no bien accedió á entregar sus cómplices, cuando de improviso dejó de ser tratado con afecto, sin que mereciese á su muger mas que el desprecio y la indignacion que tan justamente se le debian. Hubiera sido de desear para su dicha y memoria, que María hubiese limitado su venganza al menosprecio únicamente; pero meditó otra de naturaleza mucho mas cruel y criminal.

El nuevo favorito conde de Bothwell era de una familia importante de Escocia, y aunque ni civil ni militarmente se habia hecho distinguido, habia sin embargo ganado alguna reputacion durante los disturbios del Estado, siendo uno de los que se oponian mas fuertemente á la religion reformada. Hallábase abrumado de deudas, y su profusion y costumbres disolutas le habian reducido á la miseria. Empero á pesar de sus vicios y poco mérito, supo adquirir tan gran influencia sobre la reina, que esta se dejaba gobernar por él, no haciendo cosa alguna sin su consejo. Segun los rumores, habia entre ellos una intimidad muy especial, lo cual disgustó tanto á Darnley, que abandonó la corte retirándose á Glascow para no ser testigo de aquella supuesta infidelidad. Pero no habia tal cosa, y á lo que aspiraba la reina era á imponer otro castigo á su marido. Poco despues, los que se interesaban en su gloria y en la tranquilidad del reino, supieron con agradable sorpresa que el rey habia recobrado toda la ternura de la reina, y que esta habia hecho un viaje para verle en una enfermedad que habia sufrido. En efecto, Darnley, seducido nuevamente por los halagos y la conducta afectuosa de su esposa en aquel caso, renunció al proyecto de separarse de ella, y volviendo á ponerse bajo su proteccion, marcharon juntos á Edimburgo, como punto mas útil para la salud de él. La reina vivia en Holy-Rood-House; pero como este palacio era poco sano, y la servidumbre de la corte hacia demasiado ruido para que el rey no se incomodase en su delicado estado, ella le hizo trasladar á una casa solitaria, situada á poca distancia y llamada Kik-of-Field. Allí trató María á su esposo con las mayores muestras de solicitud y cariño, conversando á menudo con él de la manera mas amigable, y hasta pasando varias noches en una habitacion situada debajo de la del enfermo.

El 9 de febrero dijo al rey la reina que deseaba ir á pasar la noche en el palacio, porque era necesario que asistiese al casamiento de una de sus damas. Los resultados de esta ausencia fueron terribles. A las dos de la madrugada alarmó á toda la ciudad un gran ruido, y no tardó en saberse que una esplosion de pólvora acababa de volar la casa en que el rey habitaba. Su cuerpo fué encontrado á alguna distancia en un campo vecino, sin contusiones ni señales de violencia, y así no quedaba duda de que Darnley era víctima de un atentado, cuyas sospechas recayeron generalmente sobre Bothwell.

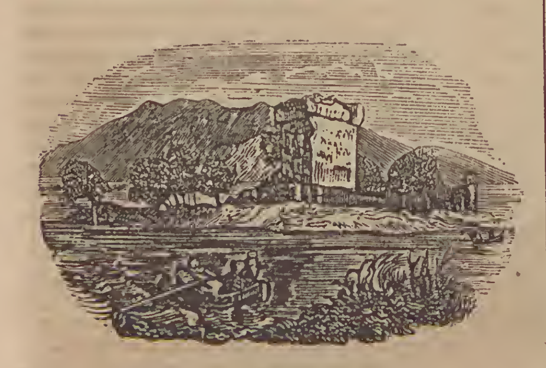
La nacion entera pidió venganza de este asesinato, de cuyas sospechas no pudo librarse la misma reina, apareciendo pasquines en todas partes acusándola de haberse manchado con este crímen. María, mas solícita por castigar que por justificarse, prometió recompensas á los que descubrieran á los autores de tales calumnias, pero ningun premio ofreció á los que descubriesen á los asesinos de su esposo.

Un crímen llama á otro crímen. Por mas que Bothwell era acusado de la muerte de Darnley, y odiado de toda la nacion, siguió disfrutando de la confianza que la reina le habia dispensado. A la cabeza de ochocientos caballos tuvo la audacia de apoderarse de María al ir esta á ver á su hijo en Stirling, conduciéndola á Dumbar para forzarla á ceder á sus proyectos. Entonces pareció que se colmaba la medida de sus crímenes, y el pueblo no dudó que el hombre tildado de haber asesinado al esposo de la reina y que además perpetró una violencia contra esta, recibiria muy pronto el debido castigo. Pero con el mayor asombro general Bothwell

continuó con mas favor que nunca, y para aumentar el horror público se casó con la reina despues de repudiar á su primera muger.

Este enlace fué fatal para la gloria y felicidad de María, y el pueblo exasperado de una conducta tan escandalosa dejó desde entonces de respetarla. Los ministros protestantes, cuyo poder era grande y que alimentaban hacia mucho tiempo un odio secreto contra ella, se apresuraron á difundir por todas partes la creencia de su crimen, haciendo sus palabras sobre el pueblo una impresion pronta y profunda.

Reunióse la nobleza principal en Stirling, y formó una liga para proteger al tierno príncipe y castigar á los asesinos de su padre. Lord Hume fué el primero que tomó las armas, marchando á la cabeza de ochocientos caballos á embestir el castillo de Borthwick, adonde la reina y Bothwel se habian retirado; pero estos lograron escaparse, y Bothwel, despues de juntar algunas fuerzas, avanzó hácia los agresores hasta unas seis millas de Edimburgo. Su temeridad no sirvió mas que para apresurar su ruina, siendo precisado á capitular, y María conducida á Edimburgo como prisionera, en medio de los insultos y reconvenciones del populacho. Desde allí la llevaron al castillo de Lochleven, situado en el lago del mismo nombre. Las personas encargadas de custodiarla la trataron con una dureza estremada, añadiendo á los remordimientos de su conducta los tormentos de un cautiverio riguroso.



Lochleven.

Bothwel fué mas afortunado, pues se fugó durante la conferencia, y aprestando algunos buques menores dió la vela para las Orcadas, donde vivió algun tiempo pirateando. Pero aun allí fué perseguido, y siendo cojidos sus criados, revelaron todos sus crímenes. Él se salvó en una chalupa y pasó á Dinamarca, donde no tardó en ser puesto preso, y habiéndose vuelto loco murió miserablemente al cabo de diez años.

Maria no estaba completamente privada de apoyo en su triste situacion. Satisfecha Isabel al ver á su rival humillada, empezó á dar entrada á la compasion, y reflexionando sobre la poca estabilidad de la grandeza real y el peligro de fomentar el espíritu de rebelion en el pueblo, se resolvió á enviar como embajador á Escocia á sir Nicolás Trogmorton, á fin de interponer su mediacion en la contienda de la reina con los señores conjurados. Pero estos, despues de muchas dilaciones afectadas, rehusaron al embajador todo acceso á María.

A pesar de la imposibilidad de verla, dicho embajador defendió con el mayor ardor los intereses de María contra los rebeldes magnates, conviniéndose al fin en que ella cederia la corona á su hijo; que el conde de Murray que siempre habia manifestado ódio á Darnley, seria nombrado regente del reino, y que hasta su regreso de Francia se designaria un consejo. María no pudo resignarse á renunciar á su poder sin verter abundantes lágrimas; mas convencida de que seria inútil toda resistencia, consintió en firmar el acta que se la presentó, sin leerla siquiera.

A consecuencia de esta abdicacion, fué proclamado rey el tierno príncipe con el nombre de Jacobo VI. Toda la esperanza de María quedaba limitada á la lealtad del conde de Murray, mas no tardó en verse desengañada en este punto. El conde á su regreso, lejos de esforzarse por consolarla y animarla, la llenó de reconvenciones que casi la dejaron reducida á la desesperacion.

Como las desgracias de los grandes, por merecidas que sean, rara vez dejan de escitar la compasion y de encontrar amigos, María con sus gracias y promesas indujo á un jóven señor llamado Jorge Douglas á proteger su fuga. Entró disfrazada en una chalupa, llevándola á bordo el mismo Douglas. Habiéndose difundido al instante el rumor de la evasion, se alegró de tal suceso el pueblo, despertándose su adhesion á la fugitiva. Como ya no estaba ligada la causa de Bothwel á la de María, declaráronse á favor de esta muchas personas de la alta nobleza, quienes alimentando quizá en el fondo de sus corazones la secreta esperanza de reemplazar algun dia aquel favorito, firmaron un plan de asociacion para defender á la reina, que en pocos dias se vió á la cabeza de seis mil hombres.

El conde de Murray juntó fuerzas al instante, y aunque eran inferiores á las de la reina, marchó á su encuentro con altanería. Dióse una batalla decisiva en Langside, cerca de Glasgow, declarándose la victoria por el regente, que apareció digno del triunfo que acababa de conseguir, por la clemencia de que hizo uso despues de la accion.

María, viendo á su partido totalmente dispersado y frustradas sus esperanzas, huyó precipitadamente del campo de batalla, dirigiéndose hácia el Sur, y llegando á la frontera de Inglaterra se dispuso á pasarla contando con la proteccion de Isabel. Embarcóse en una lancha de pescador con algunas personas de su servidumbre y aportó en el mismo dia en Workington, en el Cumberland, á unas treinta millas de Carlisle. Desde allí despachó un correo á Londres reclamando la proteccion de Isabel y licencia para ir á verla. La reina de Inglaterra, al saber sus desgracias y fuga, deliberó por algun tiempo sobre el partido que debia tomar en aquel caso, resolviéndose por fin á obrar amigablemente, si bien de una manera prudente. Mandó al instante á lady Scrope, hermana del duque de Norfolk, la cual vivia en aquellas cercanías, que fuese á recibir á la reina de Escocia, y despues envió á lord Scrope y á Sir Francisco Knolles á rendirla sus homenajes. A pesar de todas estas muestras de consideracion, Isabel se negó á admitir á María en su presencia, hasta que se justificase de las horribles calumnias de que estaba cargada. Quizá hubiera sido mas generoso para Isabel el proteger á la ilustre fugitiva sin tratar de examinar su conducta; pero en esta ocasion obró en todo con arreglo al dictámen de su consejo, que la hizo observar que si llegaban á ser probados los crímenes de la princesa escocesa, comprometeria su carácter tratándola con mucha indulgencia, y así haria creer que estaba dispuesta á proteger el vicio; que por lo tanto debia aguardar á que se patentizase la inocencia de la reina de Escocia, para que entonces fuese laudable y glorioso todo cuanto la amistad la inspirase en defensa de esta.

Solo con la mayor repugnancia aceptó María á su antigua rival para árbitra de su causa. No tardó el regente en intentar la acusacion, con la esperanza de que en virtud de los crímenes de que se la acusaba alejaria de ella á una protectora tan poderosa como Isabel. Una conferencia estraordinaria tuvo lugar en York, siendo designados para ella tres comisarios por Isabel, siete por la reina de Escocia, y cinco por el regente, incluyéndose él mismo en este número.

Pero la reina de Inglaterra varió de repente de idea

sobre el lugar de las conferencias. Ora que quisiera evitar la decision de la cuestion, ora renunciar á los derechos de que estaba investida, ora esclarecer mas y mas el negocio, dispuso que se trasladasen los comisarios á Hampton-Court, donde trató con dilaciones contínuas de dar largas al proceso. No es conocido el motivo de esta lentitud; pero cualquiera que hubiese sido, descubriéronse en Hampton-Court muchas pruebas que no lo habian sido en York, en apoyo del crímen de María, contándose entre otras unas cartas y unos sonetos escritos á Bothwel del puño de ella misma, por los que se echaba de ver fácilmente que era cómplice en la muerte de Darnley, y que su rapto habia sido preparado de antemano por ella y Bothwel, á fin de asegurar su casamiento. A pesar de que tales papeles podian con razon ser tachados de falsos, sin embargo se les tuvo por auténticos, y así creyéndose probada la culpabilidad de María, se aguardó la respuesta de sus defensores á semejantes acusaciones. Pero contra lo que se esperaba se negaron á responder, alegando que María, como soberana, no estaba sujeta á ningun tribunal; que el objeto de aquella conferencia no era el castigo, sino la reconciliacion, y que no se habia reunido el tribunal para juzgarla é imponerla penas, sino para saber si era digna de la amistad y de la proteccion de la reina de Inglaterra. María, en lugar de tratar de justificarse relativamente á aquellos papeles que tan fuertemente acreditaban su delito, guardó silencio, pareciendo que no deseada otra cosa que una entrevista con Isabel, con la esperanza sin duda de que su elocuencia, sus insinuaciones y su destreza llegarian á convecer á esta de su inocencia; pero Isabel, irritada de la obstinacion con que se negaba á defenderse, no quiso condescender á tal demanda.

No obstante, la reina de Escocia insistia en reclamar su proteccion, ya para que la ayudase á recobrar su autoridad, ya para conseguir la libertad de retirarse á Francia á fin de recurrir á la amistad de otros príncipes. Isabel, convencida del peligro que para ella habia en acceder á alguna de semejantes proposiciones, tomó secretamente la resolucion de retenerla prisionera, trasladándola en su consecuencia á Tutbury-Castle, en el condado de Stafford, donde la puso bajo la custodia del conde de Shrewsbury.

Luego que María llegó á aquel punto, Isabel hizo que la dijesen que de nadie dependia mas que de ella misma la terminacion de su cautividad, y que si renunciaba al sistema de obstinacion que parecia haber adoptado, estaba pronta á reconciliarse con ella; con todo lo cual no dudaba que se concluirian sus penalidades.

La infortunada María tenia un destino terrible, siéndola arrebatada muy pronto por un funesto suceso la esperanza de reconciliacion que se habia procurado infundirla.

Las facciones de sus súbditos contribuyeron á alarmar la rivalidad de Isabel, y á aumentar el rigor de la cautividad á que María estaba reducida. El regente, su inveterado enemigo, fué asesinado á consecuencia de una cuestion privada por un hidalgo llamado Hamilton. Esta muerte volvió á sumir al reino de Escocia en su antigua anarquía. Alzóse entonces de nuevo el partido de María, y llegó á hacerse dueño de Edimburgo, aventurándose en seguida á acercarse á las fronteras de Inglaterra, donde perpetraron muchos escesos que la vigilancia de Isabel reprimió prontamente. Al efecto envió un cuerpo de ejército mandado por el conde de Sussex, quien entrando en Escocia castigó severamente á los partidarios de la reina cautiva, sopretesto de que habian ofendido á la de Inglaterra dando acojida á los ingleses rebeldes.

No se limitaron á esto los artificios de Isabel; pues además continuaba manteniendo con María una correspondencia amistosa en que la hacia las protestas mas ardientes de sinceridad y del interés que la inspiraba, á pesar de hallarse poco dispuesto á defender su causa, aunque estaba lejos de quererla abandonar completamente. El intento de Isabel era entretener los bandos que trabajaban á la Escocia, para apoderarse de esta nacion inquieta y turbulenta despues de destruir su poder, y al efecto se esforzó por medio de negociaciones que se llevaron con mucha lentitud, en debilitar el partido de María, haciendo que en lugar de Murray fuese el conde de Lenox nombrado regente del reino.

Esta tentativa hecha en favor de María no surtió resultado alguno favorable, así como tampoco otra que al poco tiempo tuvo lugar en Inglaterra. El duque de Norfolk era el señor mas distinguido del reino, tanto por su alto nacimiento como por su talento y sus virtudes: benéfico, afable y generoso, habia sabido conciliar á la vez el amor del pueblo y el favor constante de su soberana; y como en todos tiempos se habia distinguido por la moderacion de su carácter, tenia justos títulos al aprecio y confianza general de que disfrutaba. Hacia algunos años que estaba viudo; pero como todavia era jóven, parecia en todos conceptos un partido ventajoso para la reina de Escocia, á la cual concibió cariño y deseó vivamente casarse con ella; mas esta union no podia realizarse sin consentimiento de la reina de Inglaterra, y el duque no osaba pedírselo.

Al paso que participaba á toda la nobleza su amor, lo disimulaba á Isabel; y careciendo del valor necesario para abrir su pecho á esta, intentó por el contrario destruir los rumores que corrian de su pasion á María, hablando con desden de ella á la misma Isabel, pretendiendo que la fortuna de aquella, á pesar de su importancia, era inferior á la que él tenia en Inglaterra, y que cuando él se divertia en Norwich en su juego de pelota, solia estar rodeado de mas magnificencia que un rey de Escocia. Pero este disimulo, lejos de prevalecer, no sirvió sino para provocar con mas vehemencia que nunca las sospechas de la reina, y así conociendo Norfolk que esta daba poco crédito á sus palabras, se retiró muy descontento de la corte. Empero no tardó en arrepentirse de semejante paso, tomando la resolucion de volver y hacer todo lo posible por reconquistar el favor de su soberana; mas por disposicion de esta fué detenido y conducido á la Torre, donde se le puso bajo la custodia de sir Enrique Nevil—A. 1569.

Querian demasiado al duque de Norfolk sus partidarios del norte, para que no hiciesen todo lo posible á fin de sacarle del cautiverio. Los condes de Westmoreland y de Northumberland prepararon una sublevacion, comunicando sus intenciones á María y sus ministros y poniéndose en correspondencia con el duque de Alba, gobernador de los Paises-Bajos, que les habia prometido proveerlos de armas y municiones. Parecia que todo iba á corresponder á sus deseos, cuando los ministros de Isabel que estaban vigilantes, descubrieron la conspiracion. Inmediatamente se les dió á los espresados condes la órden de que marchasen á la corte á dar cuenta de su conducta; pero ellos, convencidos de que se habian averiguado sus proyectos y que ya no podian retroceder, se determinaron á llevarlos á cabo, aun antes de acabar los preparativos. Publicaron pues un manifiesto, protestando que no tenian la menor intencion de ofender á la reina, á quien juraban una fidelidad inalterable, y que su único objeto era restablecer la religion de sus mayores, alejar á todos los consejeros sospechosos del lado de S. M., poner al duque de Norfolk en libertad, y reconciliarle con la misma reina. El número de sus tropas ascendia á cuatro mil hombres de infantería y diez y seis mil de caballería, sin comprender á todos los católicos de Inglaterra con quienes contaban.

No tardó semejante empresa en tomar un aspecto desventajoso. Como hacia mucho tiempo que la reina se habia atraido con su conducta la estimacion y el amor del pueblo, entonces pudo convencerse mejor que nunca de que el apoyo mas firme de un soberano está en la justicia de sus acciones. Hasta el mismo duque de

Norfolk, por cuya salvacion se habia promovido la rebelion, empleó todos los medios que estaban en su mano para sostener y defender á la reina. Los insurgentes fueron obligados á retirarse á Hexam por el ejército de Isabel, y al saber que otras fuerzas mayores todavía se disponian á atacarlos, no encontraron otro espediente que el dispersarse sin haber desenvainado sus espadas. Northumberland huyó á Escocia, donde fué encerrado por el regente en el castillo de Lochleven. Westmoreland, despues de tratar de inducir á los escoceses á una revuelta, se vió precisado á escapar á Flandes donde encontró proteccion. Esta insurreccion fué bien pronto seguida de otra que no tuvo mejor éxito, y cuyo jefe era Leonardo Dacres. Empleáronse medidas rigurosas contra los rebeldes, pretendiéndose que con tal motivo perecieron ochocientas personas por lo menos á manos del verdugo. La reina quedó tan satisfecha del proceder de Norfolk en aquellas circunstancias, que le restituyó la libertad y le permitió regresar á su hogar, no exigiéndole mas que la palabra de que renunciaria á toda clase de pretension á la mano de María.

Semejante confianza de Isabel vino á ser fatal para el infortunado Norfolk, á quien su pasion á la reina de Escocia le impelió muy pronto á hacerse mas culpable que nunca. Apenas habia un año que fué restituido á la libertad, cuando se rebelaron de nuevo los enemigos de la religion reformada, siendo fomentada la insurreccion por Rodolfi, instrumento de la corte de Roma, y por el obispo de Ross, ministro de María en Inglaterra. Estos trataron de que Norfolk renovase sus anteriores tentativas, siendo probable que el amor fué lo que arrastró de nuevo á maquinar en favor de María y á violar la palabra que habia dado á Isabel. Consintió pues en sostener la causa de aquella, ínterin por otra parte el duque de Alba prometió enviar seis mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería á apoyarle, así que todo estuviese dispuesto—Año 1571.

Manejóse tan secretamente este asunto, que escapó completamente á la vigilancia de Isabel y de su secretario Cecil, que á la sazon llevaba el título de lord Burleigh, y solo por una casualidad fué el plan descubierto. Habiendo el duque de Norfolk prometido enviar dinero á lord Herries, uno de los partidarios de María en Escocia, lo remitió por un criado suyo, sin confiar á este el secreto del recado. Presumiendo el conductor por el peso del paquete que debia contener una suma considerable, y recelando alguna maquinacion, llevó dicho dinero y la carta del duque al secretario de Estado, el cual nada omitió para seducir á los sirvientes de Norfolk, y llegó á conseguir la averiguacion completa del crímen de este. Cuando el obispo de Ross supo que todo se habia descubierto, no tuvo reparo alguno en confesar la verdad. Convicto pues el duque del delito de alta traicion, fué prendido y encerrado en la Torre, é instruyéndose el proceso, un jurado compuesto de veinticinco lores le condenó unánimemente. Solo con marcada repugnancia y despues de cuatro meses de dilacion firmó la reina tan fatal sentencia—Año 1572.

Norfolk murió con calma y firmeza; y á pesar de insistir constante en defenderse de toda intencion culpable contra la autoridad de la reina, reconoció la justicia de la sentencia que le condenaba.

Pocos meses despues de esta ejecucion, el duque de Northumberland, que fué entregado á la reina por el regente de Escocia, sufrió el mismo juicio, y pereció en el cadalso por crímen de rebelion.

Todos estos esfuerzos inútiles en favor de la infortunada María no sirvieron mas que para remachar las cadenas de su cautividad. De nadie podia ya esperar consuelo en lo sucesivo, ni contar con otros recursos que los de sí misma, á quien la desgracia calmó, ilustró y purificó de sus errores. Isabel continuó por espacio de algunos años mas teniéndola en una prision que fué doblemente intolerable por su suspicacia y desconfianza, y que no cesó sino cuando los nuevos esfuerzos de los partidarios de la encarcelada vinieron al fin á apresurar el cumplimiento de un destino cruel, que por motivos de política y no de humanidad habia estado en suspenso.

Dejaremos por un momento á María Estuardo para ocuparnos de acontecimientos anteriores, que si bien no de un interés tan vivo como los concernientes á la reina de Escocia, merecen sin embargo ser conocidos.

Desde el principio de este reinado los hugonotes (secta reformada en Francia) se habian visto precisados á pedir la proteccion de Inglaterra, y para conseguirla habian ofrecido en 1562 poner el Havre de Gracia en manos de Isabel, y porque estaban en posesion de la mayor parte de Normandía. Apresuróse la reina á aceptar una proposicion tan ventajosa, considerando acertadamente que aquel puerto que dominaba la embocadura del Sena, la seria de mucha mayor importancia que Calais, y que así podria hacerse respetar mejor de los franceses. Aceptadas las condiciones, tomaron posesion del Havre tres mil ingleses á las órdenes de sir Adrian Ponings, desembarcando igual número en Dieppe; pero encontraron tan mal fortificada esta última ciudad, que la abandonaron al instante. El Havre continuó en su poder hasta el verano del año siguiente, en que los franceses fueron á sitiarla.

Un azote mas cruel que el de la guerra redujo muy pronto á los ingleses á un estado deplorable, haciendo la peste tal estrago entre los soldados, que á veces moria un centenar por dia. La guarnicion quedó en poco tiempo reducida á mil y quinientos hombres, que desalentados é incapaces de resistir á los incesantes ataques de los franceses, se vieron al fin precisados á capitular, perdiendo otra vez los ingleses la esperanza de establecerse en aquel reino. A esta desgracia siguió otra mas funesta para la nacion, pues habiendo llevado la peste á Londres el ejército inglés, aquella horrible enfermedad tuvo resultados tan funestos, que fallecieron veinte mil personas en solo un año.

Este acontecimiento y las disensiones suscitadas por causa de María Estuardo, fueron los únicos desastres que en el discurso de treinta años turbaron la paz de Inglaterra. Isabel, siempre firme, vigilante y activa, preveia el menor desórden, y sabia reprimirle antes que se pudiesen sentir sus perniciosos efectos. Su prudente economía la hacia independiente, y por su hábil política llegó á ser querida de todos sus súbditos. Su autoridad régia estaba tan bien consolidada, que sus órdenes eran tan sagradas como las mismas leyes, sin que jamás hubiese tenido que sufrir porque el parlamento osase restringir su potestad. Era secundada por los consejos de lord Burleigh y de sir Nicolás Bacon, los ministros mas recomendables que Inglaterra habia tenido; pero ínterin corria á cargo de estos dos firmes apoyos del trono el peso de todos los negocios y de las severas funciones de la justicia, Roberto Dudley, conde de Leicester, gozaba del completo favor de Isabel y se apoderaba de la fortuna y los honores, sin que se acordase cosa alguna sin su aprobacion y consentimiento. Su mérito estaba lejos de ser acreedor á tan brillante posicion, porque era débil, vano y orgulloso, y no tenia mas que un esterior seductor. Pero su elevacion y preponderancia no refluyeron nunca en perjuicio del Estado; y en tanto que estaba deslumbrado con el esplendor de su rango y de su alto favor, sus dos competidores, consagrados completamente al bien de su patria, se labraban para el porvenir una recompensa mas sólida y real.

Durante este reinado pacífico y uniforme, Inglaterra ha prestado pocos datos para la historia. Francia, despedazada á la sazon por convulsiones intestinas, ofrecia un espectáculo espantoso: diez mil hugonotes fueron degollados en París en la noche de San Bartolomé. Los Países-Bajos habian sacudido el yugo de los españoles, y defendian valerosamente sus derechos y su religion, y en todo el resto de Europa pululaban tramas, sediciones y crueldades. Solo Inglaterra disfrutaba de las

ventajas de la paz bajo el régimen de una reina sábia, la cual daba al comercio una vasta estension, aumentaba las manufacturas, acojia con entusiasmo las artes y las ciencias, y daba ejemplo á todo el mundo. Ningun suceso digno de ser referido pasó pues en el reinado de Isabel, que no tuvo mas que una parte insignificante en los asuntos de las potencias estranjeras.

Hacia ya algun tiempo que España é Inglaterra estaban en mala inteligencia, á lo cual dió márgen probablemente la negativa de Isabel á casarse con Felipe II. Las pretensiones de María Estuardo á la proteccion de este monarca ocasionaron un rompimiento que comenzó como de costumbre por ligeras hostilidades de una y otra parte. Los españoles, á consecuencia de haber enviado á Irlanda un cuerpo de setecientos hombres, tanto de su nacion como de Italia, y de haber edificado allí un fuerte, fueron derrotados por lord Grey; y los ingleses, agresores de los españoles en el Nuevo Mundo, pusieron sitio á la ciudad en que estos se creian mas seguros. Sir Francisco Dacres, comandante de los ingleses, es el primero de estos que emprendió el viaje alrededor del mundo. La reina estaba tan satisfecha de su valor y de sus triunfos, que accedió á aceptar una fiesta que él la dió en Deptford, abordo del buque en que se habia verificado un viaje tan memorable.

Aumentándose sin cesar las hostilidades entre Inglaterra y España, y haciéndose cada vez mas temibles á aquella el poderío y los recursos de esta, Isabel empezó á desear una alianza que pudiese defenderla contra tan temible enemigo. El duque de Anjou, que despues reinó en Francia con el nombre de Enrique III, aspiraba hacia mucho tiempo á la mano de Isabel, y aunque esta tenia veinticinco años mas que él, tomó la resolucion de pedirla para esposa y de ir secretamente á visitarla en Greenwich. A pesar de su físico poco aventajado, este príncipe halló medio de agradar á la reina, la cual mandó por fin á sus ministros que formasen los artículos del contrato: hasta llegó á designarse dia para la celebracion de la boda, y todo parecia estar dispuesto para esta. Pero á medida que aquel iba acercándose, Isabel manifestaba temer cada vez mas el cambiar de estado; mostrábase inquieta é irresoluta; pasaba muchas noches sin reposo alguno; y despues de un combate penoso, prevaleciendo su prudencia sobre toda otra consideracion, declaró que de ninguna manera queria renunciar á su libertad, y así la demanda del duque de Anjou fué desechada.

Habiéndose desentendido la reina de toda alianza estranjera, no podia reclamar en lo sucesivo mas defensa ni apoyo que los de sus súbditos, entre los que tenia tambien hartos enemigos que la aborrecian, ora por motivos de religion, ora por la envidia que provocaba su gloria. Conspiróse varias veces contra sus dias, imputándose la mayor parte de tales proyectos á las intrigas de la reina de Escocia: sea lo que fuere, lo cierto es que fué citada con frecuencia en ellos.

Enrique Percy, conde de Northumberland, hermano del lord decapitado algunos años antes, y Felipe Howard, conde de Arundel, hijo del infortunado duque de Norfolk, fueron procesados, poniéndose arrestado al último en su propia casa por órden del consejo. Francisco Throgmorton, simple hidalgo, fué aprisionado por haber escrito una carta á la reina de Escocia, y habiendo confesado poco despues su falta fué condenado y ejecutado. Guillermo Parry, noble católico, que ya una vez habia sido perdonado por la reina, fué acusado de haber proyectado el asesinato de su soberana y bienhechora, sobre lo cual habia consultado al nuncio y legado del papa, y uno y otro le habian aprobado su resolucion y exhortado á perseverar en ella. Asociándose al efecto con uno llamado Nevil que accedió á entrar en la conspiracion, convinieron ambos en tirar á la reina mientras se pasease á caballo. Interin espiaban la ocasion oportuna de realizar su criminal proyecto, el conde de Westmoreland murió en el destierro, y entonces Nevil, como heredero mas cercano de esta familia, concibió la esperanza de que haciendo algun servicio á la reina podria recuperar los bienes y honores que el último conde habia perdido por su delito de rebelion. Apresuróse pues á descubrir la maquinacion á los ministros, y así Parry fué encarcelado, condenado y ejecutado despues de confesar su crímen y el de su cómplice al jurado.

Todas estas tentativas tramadas por los católicos no sirvieron mas que para aumentar contra ellos el rigor de las leyes. Los sacerdotes papistas fueron desterrados del reino, y todas las personas que les daban asilo ó los socorrian, eran tambien declaradas culpables de traicion, habiendo sido ajusticiadas muchas de ellas con arreglo á un edicto severo. Hasta la reina de Escocia se resintió de tan rigurosas medidas, siendo quitada la custodia de su persona al conde de Shrewsbury que siempre habia mostrado piedad é indulgencia hácia la prisionera, á quien permitia pasearse y hacer ejercicio, y siendo puesta á cargo de sir Amias Paulet y de sir Drue Dury, ambos hombres de honor, pero inflexibles y severos en el cumplimiento de sus deberes.

Todas las conspiraciones que hubo fueron funestas para María Estuardo, y el celo temerario de sus amigos anticipó su ruina mucho mas que el odio de sus enemigos. Los ministros de Isabel no tuvieron que esperar mucho tiempo para hallar una ocasion favorable de acusar de traicion á su cautiva. Juan Ballard, clérigo católico, educado en el seminario de Rheins, se decidió á maquinar la muerte de una reina á la cual miraba como á enemiga de su religion, y poseido de tan funesto proyecto pasó á Inglaterra disfrazado de soldado y con el supuesto nombre del capitan Fortescue. Apenas hubo llegado, hizo los mayores esfuerzos para ejecutar á la vez un asesinato, una sublevacion y una invasion. La primera persona á quien reveló sus intentos, fué Antonio Babington de Dethick, en el condado de Derby, jóven de buena familia y poseedor de una inmensa fortuna, el cual en todos tiempos se habia distinguido por su celo por la religion católica y su adhesion á la reina cautiva. Entró sin dificultad en la trama, arrastrando á otras muchas personas á tan peligrosa empresa. Barnwell, de una familia noble de Irlanda, Charnock, hidalgo del condado de Lancastre, Abington, cuyo padre habia sido tesorero de ahorros, y Juan Savaje, hombre de un valor temerario, que despues de servir en los Países-Bajos habia regresado á Inglaterra con el espreso proyecto de asesinar á la reina, se ligaron igualmente jurando matar á Isabel y salvar á la reina de Escocia.

Savaje quiso ejecutar él solo una empresa tan audaz, oponiéndose por largo tiempo á que ningun otro participase de una accion, segun él tan gloriosa, y costando mucha dificultad el conseguir que desistiese de ambicion tan absurda.

El primer paso fué el de informar á María de lo que se proyectaba en su favor, valiéndose al efecto de uno que proveia la casa de cerveza, el cual puso una carta en una grieta del cuarto de la prisionera. Babington informaba á María acerca del plan de una invasion estranjera, de un alzamiento en el reino y de las medidas tomadas para procurar su libertad, así como de la conspiracion tramada para asesinar á la usurpadora; de cuya ejecucion trágica, segun decia, se habian encargado seis nobles adictos á ella y á la religion católica.

María respondió á Babington que aprobaba completamente el proyecto, y que los nobles que tanto se comprometian por ella debian contar con las recompensas que algun dia pudiese otorgarles, añadiendo además que consideraba la muerte de Isabel como una circunstancia indispensable para la realizacion de sus planes, tanto para ser libertada como para el alzamiento proyectado.

Tal fué el plan de estos conspiradores, que contando con el misterio, creian que el éxito era seguro. Pero

no era fácil burlar á los ministros activos y vigilantes de Isabel, que hacia mucho tiempo estaban al corriente de lo que se tramaba, y seguian secretamente la marcha de las maquinaciones. Si retardaron la aplicacion de la justicia, fué por dejar madurar el plan criminal, y no castigar sino con entero conocimiento de culpabilidad.

Ballard era espiado contínuamente por uno llamado Maude, sacerdorte católico pagado por Walsingham, secretario de Estado. Otro nombrado Polly encontró medio de introducirse entre los conspiradores, y daba diariamente cuenta exacta de todos sus pasos. Al poco tiempo un clérigo llamado Gifford, llegado recientemente á Inglaterra, ofreció sus servicios á Walsingham y acabó de descubrirlo todo. Gifford era el encargado de hacer llegar las cartas á la reina por la muralla y de recibir las respuestas, que al instante iba á llevarlas al secretario de Estado, quien las hacia descifrar y sacar copia de ellas.



Walsinghan.

Cuando los conjurados llegaron al momento de ejecutar su proyecto, y su crímen estaba probado hasta la evidencia, Walsingham se resolvió á no suspender por mas tiempo su castigo. Ballard fué preso en nombre de la reina; lo cual causó tanta alarma entre los conspiradores, que se disfrazaron y permanecieron ocultos por algun tiempo, hasta que descubiertos fueron cojidos y procesados. Contradijéronse entre sí en el interrogatorio, y los jefes se vieron precisados á hacer una confesion completa de la verdad. Fueron ajusticiados catorce, y siete de ellos murieron confesando su crímen.

La ejecucion de estos infelices sirvió para allanar el camino á otra de mucha mayor importancia, no tardando la reina cautiva en verse forzada á someterse á las decisiones injustas de los que no tenian sobre ella otro derecho que el de la fuerza y del poder. Aunque el descubrimiento de la conspiracion de Babington llegó á ser conocido de toda Inglaterra, estaban tan severamente guardadas todas las vias que podian conducir á María Estuardo, que permaneció en una ignorancia completa de lo que pasaba. El asombro igualó á su dolor cuando por órden de Isabel la comunicó sir Tomás Georges el desventurado destino de sus defensores. Recibió esta noticia en el momento en que montaba á caballo é iba á salir de caza. Ya no se la permitió volver á su morada, sino que fué conducida inmediatamente de la casa de un noble á la de otro, hasta que llegó al castillo de Fotheringay, en el condado de Northampton, lugar que ya no debia abandonar, y donde iba á terminarse la última y terrible escena de su vida trágica.

El consejo de Inglaterra vaciló sobre las medidas que debian tomarse contra la reina de Escocia. Muchos miembros hicieron la observacion de que hallándose delicada María y con una salud bastante quebrantada, no podia vivir largo tiempo, y que una cautividad rigorosa bastaria probablemente para abreviar sus dias. El conde de Leicester opinó que era preciso deshacerse de ella por medio del veneno; pero lo mayoría rechazó una proposicion tan odiosa, é insistió porque fuese juzgada y condenada jurídicamente. En su consecuencia se nombró una comision de cuarenta y un lores y cinco jueces para examinar y juzgar á *María, hija y heredera de Jacobo V, rey de Escocia, y llamada comunmente reina de Escocia y viuda de Francia.*

Treinta y seis de dichos lores pasaron al castillo de Fotheringay y se presentaron á María con una carta de Isabel en que la mandaba someterse á ser juzgada por delito de conspiracion. María leyó la carta con calma. Preparada hacia mucho tiempo al peligro que la amenazaba, recibió la noticia sin emocion ni sorpresa. Sin embargo, manifestó alguna de que Isabel la diese órdenes como á una súbdita; y así declaró que ella era princesa independiente y soberana como la reina de Inglaterra, y que como tal no se allanaria nunca á condescendencia alguna que pudiese lastimar su dignidad, ó causar perjuicio á los derechos de su posteridad; que no conocia las leyes y prácticas de Inglaterra; que desde su llegada á este país, lejos de gozar de proteccion segun habia esperado, habia estado constantemente encarcelada, y que ninguna ventaja ni seguridad la habian resultado de las leyes con cuyo amparo habia contado; que no podia concebir cómo se pretendia designar lores para ella, cuando en todo el reino no habia mas que una sola persona de su clase.

Habiéndola apremiado los comisarios á que se sometiese á la voluntad de la reina, sopena de ser juzgada como contumaz, declaró que queria sufrir mil muertes antes que reconocerse sujeta á ningun príncipe de la tierra; que no obstante se determinaba á defenderse ante el parlamento, aunque estaba bien convencida de que las formalidades que se llenarian con respecto á ella no serian mas que una apariencia de justicia para atentar contra su vida. Exhortó á los comisarios á que consultasen con su conciencia antes de pronunciar el fallo, y que tuviesen presente que la posteridad los juzgaria algun dia, y que el teatro del mundo en que iban á ponerse en evidencia era mucho mas vasto que el reino de Inglaterra.

El vice-canciller Hatton destruyó por fin las objeciones de María, esponiéndola que hacia injuria á su carácter rehusándose á sufrir un juicio que podia probar su inocencia auténticamente y á satisfaccion de todo el mundo. Esta observacion hizo tan gran impresion sobre ella, que accedió á comparecer ante un tribunal, siempre que los comisarios quisiesen recibir su protesta contra toda sumision. En efecto, la recibieron y estamparon despues de algunas dificultades, y en seguida empezó el proceso.

El cargo principal fué el del sargento Gandy, quien la acusó de haberse conformado con la conspiracion de Babington. Las revelaciones de este vinieron en apoyo de tal acusacion, así como la copia de su correspondencia en que aprobaba espresamente el asesinato de la reina. Dos de sus secretarios, Nou, francés, y Curte, escocés, declararon tambien contra ella, jurando que habia recibido cartas de Babington á las que contestaron ellos por órden de su señora. Estas declaraciones fueron apoyadas con el testimonio de Ballard y de Savage, á quienes Babington habia enseñado varias de las contestaciones, diciéndoles que eran de la reina de Escocia. María se defendió con firmeza de semejantes acusaciones, afirmando que la confesion de Babington habia sido arrancada por el temor de los tormentos; añadió que eran forjadas aquellas cartas, y desafió á sus dos secretarios á insistir en sus declaraciones delante de ella.

Confesó, es verdad, que habia hecho los mayores esfuerzos para recobrar su libertad, deseo bien natural; mas rechazó con horror la acusacion de haber querido atentar contra la vida de Isabel, afirmando que jamás habia abrigado su alma un pensamiento tan culpable.

Con motivo de leerse una carta durante el proceso, María al oir el nombre del conde de Arundel y de sus hermanos, esclamó derramando lágrimas: «¡Ah, cuánto ha padecido por mi amor la noble casa de Howard!» Hizo observar que la tal carta podia ser uno de tantos artificios de Walsingham, á quien era familiar aquel medio, y que varias veces habia conspirado contra su vida y la de su hijo. Walsingham al oir semejante acusacion se levantó, y tomando la palabra aseguró que su corazon estaba libre de toda intencion culpable, y que siempre habia obrado de una manera intachable como particular y como hombre de Estado. Respondióle María que quedaba satisfecha con sola su palabra; que creia en su inocencia, puesto que él mismo la proclamaba, y que pedia á su vez que se prestase tan poco crédito á las imputaciones calumniosas de sus enemigos, como ella daba á las especies que con respecto á él habian llegado á sus oidos.

Cualesquiera que fuesen las faltas de esta desgraciada reina, procedióse contra ella del modo mas injusto y riguroso. A pesar de haber manifestado el deseo de examinar aquellos diferentes escritos, la fué negada tal demanda, y lo mismo sucedió con la que hizo para que se la diese una copia de su protesta. Tambien la fué negada la peticion de que se la nombrase un abogado para defender su causa contra tantos jurisconsultos hábiles encargados de acusarla. Todas sus reclamaciones fueron desechadas, y despues de una dilacion de algunos dias, se pronunció contra ella la sentencia de muerte por la cámara Estrellada de Westminster. Todos los comisarios, á escepcion de dos, se hallaban presentes, y declararon que aquella sentencia no inferia ningun perjuicio ni al título ni al honor de Jacobo, rey de Escocia, hijo de la reina acusada.



Coche de la reina Isabel (1).

La condenacion de una soberana por un tribunal que ninguna autoridad tenia sobre ella, era un acontecimiento tan injusto y escandaloso, que debia conmover el interés de los mas indiferentes. Pero sea lo que fuere, el parlamento de Inglaterra no vaciló en aprobar la sentencia, dirigiendo una peticion á la reina á fin de que accediese á la pronta ejecucion.

Pero Isabel sintió ó fingió sentir una repugnancia invencible á obrar tan precipitadamente y con un rigor tan cruel, é invitó á las dos cámaras á escogitar algun medio capaz de librarla de la necesidad de tomar una medida tan repugnante á los sentimientos de su corazon.

En aquellos momentos se difundió el rumor de una nueva conspiracion contra la vida de la reina, lo cual probablemente no era mas que un artificio de los ministros para aumentar los temores y deseos de Isabel de librarse de una rival que tanto la habia mortificado. El parlamento reiteró su solicitud, sus súplicas y razones, esponiendo á la reina que su clemencia con la de Escocia venia á ser una crueldad para los ingleses, á quienes llamaba sus hijos. Aunque Isabel se mostró incierta é irresoluta todavía, permitió sin embargo que fuese publicada la sentencia de María. Lord Buckurst y Beale, empleado del consejo, fueron enviados á notificarla el fallo pronunciado contra ella, y el deseo que el pueblo inglés manifestaba de verla ajusticiada prontamente.

Nada se alteró María con tan terrible noticia; pero esclamó, que puesto que los protestantes deseaban su muerte, moriria mártir de la religion católica; y añadió que no se sorprendia de que los ingleses la tratasen de un modo tan cruel, ya que tantas veces habian manchado sus manos en la sangre de sus reyes. Escribió por última vez á Isabel, no para pedirla la vida á que renunciaba sin pena, sino para que cuando sus enemigos se hubieren saciado con la vista de su sangre, su cuerpo fuese entregado á sus criados, á fin de que pudiese ser conducido á Francia para que reposase en una tierra católica junto á los restos de su madre.

Habiéndose esparcido al instante por toda Europa la noticia de una sentencia tan estraordinaria, el rey de Francia fué el primero que procuró parar el golpe fatal que amenazaba á María, enviando á Believre de embajador estraordinario para interceder en favor de ella. Las gestiones de su hijo Jacobo de Escocia fueron mas apremiantes todavía, como su deber y amor lo exigian. Al efecto despachó á Keith, gentil-hombre de cámara con una carta para Isabel, á quien suplicaba que perdonase la vida á su madre; pero como en dicha carta se mezclaban amenazas en caso de que persistiese en su cruel resolucion, Isabel se exasperó tanto, que cuando el embajador escocés la pidió que se difiriese la ejecucion una semana, respondió con impetuosidad: «Ni siquiera una hora.»

Siempre que las potencias estranjeras suplicaban á Isabel que perdonase á la reina de Escocia, se mostraba decidida á que pereciese; y cuando sus ministros la apremiaban á descargar el último golpe, se reproducian sus escrúpulos y repugnancia.

Difícil seria decidir si semejante repugnancia era ó no realmente sincera. Lo cierto es que los cortesanos echaron mano de muchos artificios para determinarla á mandar la muerte de su rival, porque tenian motivos para temer el resentimiento de María si llegaba á volver á ocupar el trono. Esparcióse el rumor de tramarse nuevas conspiraciones contra la vida de Isabel, la cual recelando contínuamente tales peligros imaginarios, se mostraba llena de inquietud y de terror. Buscaba á menudo la soledad, y muchas veces se la oyó proferir palabras entrecortadas que descubrian la perplejidad y el tormento que la aquejaban.

Una de las ocasiones en que estaba al parecer mas turbada que nunca, envió á llamar á su secretario Davidson, á quien mandó secretamente que espidiese la órden de ajusticiar á María, con el designio, á lo que dijo, de guardar esta órden en su poder hasta el caso en que se hiciese alguna tentativa para libertar á la infeliz princesa. Firmó aquella órden, y dispuso que fuese llevada al canciller á fin de que pusiese el sello. A la mañana siguiente, sin embargo, envió sucesivamente dos personas á manifestar á Davidson que no fuese á buscar al canciller sin verla antes á ella; mas habiendo contestado el secretario que la órden ya habia pasado al sello, se mostró muy descontenta de semejante precipitacion. Davidson, que probablemente deseaba abreviar la ejecucion de la sentencia, llevó el negocio al consejo, el cual resolvió por unanimidad hacer ejecutar la órden, prometiendo á aquel justificarle ante la reina. La funesta disposicion fué entregada á Beale, quien hizo llamar á los condes de Shrewsbury, Derby, Kent y Cumberland, dirigiéndose juntos todos ellos á Fotheringay con dos verdugos para la ejecucion sanguinaria.

María recibió sin el menor espanto la órden de prepararse á morir á las ocho de la mañana siguiente, aun-

(1) Facsímile sacado de un grabado de Hoefnagel del palacio de Nousuch.

que no pudo prescindir de patentizar su sorpresa de que la reina de Inglaterra hubiese accedido á su muerte. Juró de nuevo poniendo la mano sobre la Biblia que tenia delante, que jamás habia entrado en maquinacion alguna contra la vida de Isabel. En seguida pidió que permitiesen que su confesor la acompañase al patíbulo, á lo cual se negaron aquellos celadores exagerados. Luego que se retiraron los condes cenó sóbriamente como de costumbre, y se esforzó con un continente sereno por consolar á sus sirvientes que vertian abundantes lágrimas por el funesto destino de su señora, quien les decia que mas bien debian regocijarse que afligirse por haber llegado el momento en que iba á ser libertada de una vida tan dolorosa.

Al terminar la cena llamó á todos sus criados y bebió á su salud: pusiéronse ellos de rodillas y la suplicaron les perdonase los descuidos en que hubiesen podido incurrir en el cumplimiento de sus deberes: ella les pidió perdon á su vez de las incomodidades que les habia causado, acompañando con lágrimas de dolor esta solemne despedida.

En seguida leyó su testamento, y haciendo que la llevasen el inventario de sus muebles, los repartió entre sus sirvientes á una con su dinero. Escribió al rey de Francia y al duque de Guisa recomendándoles sus criados. Hechos estos preparativos, se acostó á la hora acostumbrada; pasó muy bien parte de la noche, y levantándose despues empleó el resto del tiempo en oraciones y actos de devocion. Apenas amaneció se puso un vestido de seda y terciopelo que era el único que habia guardado para aquellas tristes circunstancias.

Entrando en su aposento Tomás Andrews, sub-gerif del condado, la informó de que habia llegado la hora de su muerte, y que tenia órden de acompañarla al lugar del suplicio. Respondióle María que estaba pronta; y despues de despedirse nuevamente de sus criados, apoyándose en dos guardias siguió al gerif con sereno y tranquilo continente. Iba cubierta con un largo velo, y llevaba en las manos una cruz de marfil. Al atravesar una sala contígua á su cámara, encontró á sir Andrés Melvil, su mayordomo, quien se postró á sus piés derramando lágrimas y lamentándose de que era el hombre mas desdichado, porque estaba condenado á llevar á Escocia la funesta noticia de la muerte de su señora. «No llores, le dijo ella, sino alégrate: María »Estuardo será libertada muy pronto de todas sus »penas. Dí á mis amigos que muero fiel á mi religion »y á mi amor á Escocia y Francia. Dios perdone mi »muerte á los que tanto la han deseado y estan se»dientos de mi sangre, como el ciervo que jadeando se »acerca al arroyo que debe apagar su sed. ¡Oh Dios! »tú eres la misma verdad, y que conoces los pensa»mientos mas secretos de mi corazon, tú sabes cuánto »he deseado la union de los reinos de Escocia é Ingla»terra!

»Mi querido Melvil, yo te encargo que me recuerdes »á mi hijo: dile que jamás he hecho cosa alguna que »pudiese irrogar perjuicio al Estado ó al trono. Exhór»tale de mi parte á vivir en buena inteligencia con la »reina de Inglaterra y á adquirir su amistad. Y tú, »continúa leal á él. Adios, mi querido Melvil, adios: »tu señora y reina se encomienda á tus oraciones.»

En seguida fué recibida por los cuatro magnates comisionados para presenciar su suplicio, los cuales solo con mucha dificultad accedieron á que Melvil, el médico y dos damas la acompañasen hasta el patíbulo. María siguió á los señores y al gerif, y entró en otra sala en que se habia levantado un tablado cubierto de negro. Así que subió á él, Beale la leyó la sentencia de muerte: Fletcher, dean de Peterborough, la dirigió una larga exhortacion; pero ella le invitó varias veces á que callase, porque estaba firmemente resuelta á morir en la religion católica.

La sala estaba llena de espectadores que contemplaban con dolor á una muger cuya hermosura, si bien alterada por la edad y los pesares, resaltaba todavía al través de sus padecimientos y de unos momentos tan terribles.

Observando el conde de Kent que María mientras oraba ponia sus miradas en un crucifijo, la reconvino por aquella muestra esterior de devocion, y la exhortó á tener á Jesucristo en el corazon y no en las manos. Ella le respondió con presencia de ánimo que era difícil tener tal objeto en las manos sin sentir conmovido el corazon por los sufrimientos del que la imágen representaba.

Entonces empezó á desnudarse asistida de dos damas, y como el verdugo quisiese ayudarlas, ella le dijo sonriéndose que no estaba acostumbrada á desnudarse delante de tante gente ni á servirse de semejantes personas. Habiéndose entregado sus damas al llanto manifestando la mas profunda afliccion, María se volvió hácia ellas y puso el dedo en la boca para imponerlas silencio: en seguida las dió su bendicion encargando que orasen por ella. Los verdugos se pusieron de rodillas para pedirla perdon, y María les aseguró que les perdonaba, así como á todos los autores de su muerte, tan sinceramente como esperaba que Dios la perdonaria á ella.



Muerte de María Estuardo.

Volvió á repetir nueva protesta solemne de su inocencia, y haciéndose cubrir los ojos con un pañuelo, presentó la cabeza al verdugo sin la menor señal de temor. El ejecutor se la arrebató de dos golpes, y la enseñó á los espectadores toda sanguinolenta y palpitante con las convulsiones de la muerte. «Que así perezcan todos los enemigos de Isabel», esclamó el dean de Peterborough. El conde de Kent fué el único que respondió *amen*, en tanto que todos los demás derramaban lágrimas, patentizando el dolor que les causaba un espectáculo tan bárbaro. La adulacion y el celo del fanatismo fueron reemplazados en aquellos momentos por un sentimiento mas poderoso y laudable.

Así murió á los cuarenta y cinco años de edad, y á los diez y nueve de cautiverio María Estuardo, princesa que no tuvo par ni por su hermosura ni por sus infortunios. Cuando se consideran las disensiones y los rencores de la especie humana, se echa de ver casi siempre que los unos son tan culpables como los otros: si María fué delincuente, Isabel no lo fué menos al castigar con la muerte á una muger sobre quien carecia de toda autoridad, porque era tanto como ella.

Difícil es de averiguar cuáles fueron los sentimientos de Isabel al recibir la noticia de la muerte de María. Los historiadores en general atribuyen á hipocresía y á un profundo disimulo el dolor que manifestó en aquella ocasion. ¿Mas por qué se ha de tratar de desnaturalizar un sentimiento que parece nacia de un orígen noble y generoso? Lo que hay de cierto es, que la reina, al saber tan triste novedad, mostró una sorpresa é indignacion estremas. Su rostro cambió de color, articuló con voz alterada varias palabras sueltas,

y permaneció por algunos instantes sumergida en un mudo asombro.

Así que pasó su primera sorpresa, Isabel manifestó un vivo enojo contra sus ministros; ninguno de ellos osó acercarse á ella, y por órden suya Davidson fué preso y procesado por la cámara Estrellada por su mal proceder en aquel negocio, siendo condenado á estar en prision hasta que pluguiese á la reina restituirle la libertad, y á pagar una multa de diez mil libras esterlinas. Aunque una sentencia tan severa le reducia á la miseria, fué ejecutada con todo rigor.

Por todo esto es verosímil que fuese sincero el pesar que Isabel patentizó acerca del triste destino de María, porque un suceso de tal naturaleza empañaba la gloria de su reinado é imprimia en su carácter una mancha indeleble de crueldad. Cualesquiera que fueran sus razones para desear la muerte de su rival, no se puede dudar que se sintió disgustada vivamente de los medios de que se sirvieron para darla una satisfaccion.



Felipe II.

La cólera de la reina contra el hecho culpable de sus ministros fué reemplazada al poco tiempo por inquietudes de otro género. Como Felipe hacia mucho tiempo que meditaba la destruccion de Inglaterra, dispuso al efecto todos los preparativos necesarios, haciéndole concebir su poderío las mas lisonjeras esperanzas de triunfo. El fundamento de toda su gloria y el blanco constante de sus planes políticos eran sostener la religion católica y destruir para siempre la herejía. La rebelion de sus súbditos de los Paises-Bajos exasperaba cada vez mas su enojo contra los ingleses, que habian fomentado aquella insurreccion y socorrido á los revoltosos.

Por esta razon hacia grandes preparativos para llevar á cabo una invasion en Inglaterra, á cuyo efecto se esforzaba en todas partes por sacar los recursos indispensables para tan gran empresa, y así la fama de los armamentos corria por todos los ángulos de su vasto imperio. El marqués de Santa Cruz, general de marina, hombre de consumada reputacion y esperiencia, fué nombrado para mandar la armada, compuesta de ciento treinta buques de una magnitud mayor que los que se habian visto hasta entonces.

El duque de Parma se puso á la cabeza de veinte mil soldados, y se reunió en los Paises-Bajos á un ejército de treinta y cuatro mil hombres, prontos á pasar á Inglaterra. La nobleza mas distinguida y los príncipes de Italia y España compitieron en ofrecer sus servicios, ansiosos de participar de la gloria de una empresa tan grande. D. Amadeo de Saboya, D. Juan de Médicis, Gonzaga, duque de Sabionetta, y otros muchos se apresuraron á reunirse á la escuadra. Como el ardor era general, y nadie dudaba del triunfo, se dió á tan numeroso ejército el pomposo nombre de la invencible armada. La escuadra llevaba abordo, además de las tropas de tierra, ocho mil cuatrocientos marineros, dos mil galeotes, y dos mil seiscientas treinta piezas de artillería de cobre, con bastimentos para seis meses, siguiéndola otros veinte buques mas pequeños, llamados carabelas, y diez fustas.

Fueron estremados el terror y la consternacion del pueblo inglés al saber que aquella terrible armada estaba para darse á la vela para invadir á Inglaterra. Una escuadra de treinta buques de guerra era todo lo que esta nacion podia oponer al ejército formidable que la amenazaba; así es que los ingleses consideraban como una cosa imposible resistir por tierra, en atencion á que el ejército español se componia de hombres perfectamente disciplinados y habituados hacia mucho tiempo á la fatiga y al peligro.

Unicamente la reina parecia que no se asustaba de las fuerzas que amenazaban á su reino, pues daba sus órdenes con calma, alentaba á su pueblo á una resistencia vigorosa, y para despertar el ardor marcial de la nacion, recorria á caballo el campamento de Tilbury, exhortando á los soldados á cumplir con sus deberes, y prometiéndoles participar con ellos de los peligros de la guerra. «Yo misma seré vuestro general y vuestro juez, »les dijo, y sabré recompensar el valor con que os dis»tingais en el campo de batalla. Vuestra buena volun»tad y ardor merecen ya una recompensa, y yo doy »aquí mi palabra de soberana de que tan nobles senti»mientos os serán pagados como lo merecen. Continuad »animosos, desplegad vuestro valor, y espero que muy »pronto alcanzaremos una gloriosa victoria sobre los »enemigos de mi Dios, de mi reino y de mi pueblo.»

Los soldados, inflamados del deseo de la gloria, la respondieron con gritos de alegría, ardiendo impacientes por volar al combate.

No se hicieron con menos celo y actividad los preparativos por mar. Aunque la escuadra inglesa era inferior en número y fuerza á la española, estaba mejor gobernada, y el valor y la destreza de los marineros ingleses eran superiores. Lord Howard de Effingham, hombre de capacidad y denuedo reconocidos, fué nombrado almirante, y tomó el mando de la armada: Drake, Hawkins y Frobisher, los marineros mas célebres de Europa, sirvieron bajo sus órdenes, y una escuadrilla de cuarenta naves inglesas y flamencas, mandada por lord Enrique Seymour, fué á cruzar por delante de Dunquerque para sorprender al duque de Parma. Tales eran los aprestos de una y otra parte, y entre tanto todas las potencias protestantes de Europa aguardaban con impaciencia el desenlace de un acontecimiento que iba á fijar para siempre la suerte de su religion.

En el momento en que la armada española se disponia á dar la vela, un suceso imprevisto vino á burlar las esperanzas de Felipe, y fué que fallecieron el almirante Santa Cruz y el vice-almirante Paliano. Dióse el mando de la espedicion al duque de Medina Sidonia, hombre enteramente ajeno á la táctica y á la esperiencia naval, y no tardaron otros nuevos accidentes en amenguar las brillantes esperanzas de triunfo que la armada española habia concebido. Al dia siguiente de haber salido esta de Lisboa, fué asaltada por una violenta tempestad que echó á pique muchos buques pequeños, obligando á los demás á acojerse al abrigo de la ensenada y á perder tiempo en la reparacion; pero habiendo vuelto al mar, supo el duque por un pescador que la escuadra inglesa habia oido decir que la española se habia dispersado por causa de una tempestad, y que así se habia retirado aquella á Plymouth licenciando la mayor parte de los marineros. A consecuencia de esta noticia falsa, el almirante español, en lugar de dirigirse á la costa de Flandes á tomar las tropas allí estacionadas, conforme á las órdenes que habia recibido, dió la vela hácia Plymouth con la esperanza de destruir las naves que estaban en aquel puerto. Pero el almirante inglés Howard, que se hallaba preparado á recibir á los españoles, acababa de levantar el ancla cuando columbró á la armada que se dirigia hácia él, formando

media luna y alcanzando la distancia de siete millas desde una estremidad á la otra. Conociendo Effingham, Drake, Hawkins y Frobisher la superioridad del enemigo, se guardaron de acercarse á este; y así, en la imposibilidad de abordar con unos buques de fuerza tan imponente, se contentaron con cañonearlos desde alguna distancia, lo cual no tardó en tener buen éxito. Dos galeones españoles fueron desarbolados y cojidos, y á medida que la armada avanzaba por el canal, los ingleses iban atacando la retaguardia, hasta que reforzada su escuadra con naves que acudian de diferentes puertos, se pusieron muy pronto en disposicion de arriesgarse á atacar de mas cerca, y así cayeron sobre los españoles cuando estos trataban de guarecerse en el puerto de Calais.

A fin de aumentar la confusion que reinaba entre ellos, Howard empleó una astucia que le salió tan bien, que acabó de decidir la victoria. Tomando ocho buques de los menores los llenó de materias combustibles y los envió uno tras otro al centro de los enemigos, quienes creyendo que eran brulotes se aterraron hasta el estremo de apresurarse á huir en desórden. Los ingleses, hábiles en aprovecharse de aquel terror pánico, cojieron ó destruyeron unas doce naves enemigas.

Este golpe fué fatal para España, porque el duque de Medina Sidonia, viéndose rechazado de la costa de Zelanda, tuvo un consejo de guerra en que se resolvió, que toda vez que empezaban á faltar las municiones, que las naves estaban averiadas, y que el duque de Parma se habia negado á auxiliar con su ejército, debian volver á España, haciéndose á la vela hácia las Orcadas, porque los vientos se oponian á regresar por la misma ruta. Al efecto se dirigieron hácia el Norte, siendo perseguidos por la escuadra inglesa hasta Hamborough Head, donde les vino á asaltar una tempestad violenta. Diez y siete naves que conducian cinco mil hombres fueron arrojadas á las islas occidentales y á la costa de Irlanda. De toda la armada española solo cincuenta y tres buques volvieron á España, y en un estado tan deplorable, que los pocos marineros y soldados que regresaron, asustaron á sus compatriotas con la narracion de sus desastres, hasta el punto de quitar toda idea de renovar una espedicion tan peligrosa.


Effingham. Drake. Hawkins. Frobisher.

Esta victoria sirvió para inflamar el ardor guerrero de los ingleses, quienes á su vez emprendieron invasiones, consiguiendo en el mar numerosas ventajas que seria demasiado prolijo detallar, porque cada hecho exigiria una relacion separada. Baste saber que los capitanes de navío que existieron en esta época, son reputados aun hoy dia como los marinos mas atrevidos y hábiles que nunca hubo en Inglaterra. Entre este número citaremos los nombres de Raleigh, Howard, Drake, Cavendisk y Hawkins. Desde esta época la marina inglesa ha adquirido una superioridad que la ha hecho invencible en todo el Océano.

Uno de los que mas supieron merecer una fama brillante en estas gloriosas espediciones á España, fué el conde de Essex, noble de tanto génio como generosidad y bravura, el cual parecia haber nacido, no solo para ocupar el primer puesto en el ejército, sino tambien para trazar todas las intrigas de la corte con su elocuencia y destreza. Sin embargo, por mas que estuviese dotado de ventajas corporales é intelectuales, carecia de prudencia, y era impetuoso, altivo y tan incapaz para sostener una discusion, como para dar un consejo. El conde de Leicester, que falleció algun tiempo antes, habia dejado en el corazon de la reina un puesto que conquistar. No se hizo esperar mucho tiempo la eleccion de nuevo favorito: el mérito, el valor y la popularidad de Essex eran harto notorios para no llamar la atencion de Isabel; pues aunque hubiese renunciado irrevocablemente á toda idea de matrimonio, parecia no ser insensible al amor, y que no rechazaba nunca con tanta indiferencia como á los maridos á los amantes que se presentaron. La contínua adulacion la deslumbraba y cegaba sobre su falta de belleza y sobre las huellas de los años, teniendo todavía la debilidad de creer que sus atractivos eran tan grandes como su poder.

El nuevo valido era jóven, hermoso, activo, ambicioso y sagaz, y lo mismo en el campo de la gloria que en la corte ocupaba el primer lugar. Siempre solia estar al lado de Isabel en todas las fiestas de aquel tiempo; y aunque esta tenia treinta y cuatro años mas que él, un esceso de vanidad la cerraba tan completamente los ojos acerca de la desproporcion que habia entre ellos, que ella se creia jóven todavía, toda vez que se lo aseguraban tambien sus cortesanos.

El mucho favor que la reina dispensaba al jóven conde, debió, segun es de creer, aumentar su fortuna: nada se hacia sin consejo ó conocimiento de Essex; pero como era jóven y sin esperiencia, no tardó en dejarse deslumbrar, acabando por persuadirse que los honores de que era colmado eran debidos á su mérito personal mas bien que á su alto favor. Su envidia á lord Burleigh, cuya preponderancia competia con la suya, llegó muy pronto á hacerle de un temple intratable, y varios triunfos que alcanzó de los españoles aumentaron su confianza y orgullo hasta el punto de tornarse muy audaz.

En una discusion que tuvo un dia con Burleigh delante de la reina sobre el nombramiento de gobernador para Irlanda, se dejó arrebar tanto, que olvidando el respeto y las consideraciones debidas á aquella en cuya presencia hablaba, la volvió las espaldas con aire de menosprecio, lo cual provocó tan violentamente la cólera de la ofendida, que en el mismo instante esta le dió un bofeton. El conde, en lugar de reportarse y disculparse dando muestras de sumision al rango y sexo de Isabel, echó mano á la espada, esclamando que nunca hubiera sufrido tamaña injuria ni aun de Enrique VIII. Una ofensa tan grave y una tal temeridad fueron sin embargo olvidadas, pudiendo mas que la arrogancia y orgullo de la reina, su parcialidad hácia Essex, á quien restituyó en su primer favor; de modo que este corto intervalo de resentimiento y desgracia pareció haber añadido un grado mas á su ternura. La muerte de su rival lord Burleigh, que aconteció poco despues, acabó de hacer único y absoluto el poderío del conde.

Cualesquiera que fuesen los dotes de Essex como guerrero y político, no era asaz hábil para librarse de las intrigas de la corte. Su carácter tenia un fondo de nobleza y franqueza que dió á sus enemigos muchas ventajas sobre él. El conde de Tyrone se hallaba á la sazon á la cabeza de los naturales de Irlanda que no estaban todavía completamente sometidos á Inglaterra, y que aprovechaban la menor ocasion de hacer incursiones en el territorio de los habitantes civilizados, ma-

tando á todos los que les oponian resistencia. El someter estos rebeldes era una empresa digna de la ambicion del conde de Essex, y sus enemigos comenzaron á regocijarse con esta circunstancia que iba á alejar de la corte un hombre que les obstruia todos los caminos de la fortuna.



El conde de Essex.

Luego que Essex se encargó de su nuevo mando, el primer uso que hizo de su poder fué nombrar general de caballería á su amigo el conde de Southampton, que hacia mucho tiempo habia incurrido en desgracia para con la reina, y solo despues de reiteradas órdenes de esta fué como se determinó á quitar al mismo amigo el puesto que le habia dado. A esta imprudencia no tardó en seguir otra: en lugar de atacar á los insurgentes en la provincia de Ulster, su principal guarida, condujo sus tropas á la de Munster, donde no hizo mas que debilitar sus fuerzas y perder el tiempo contra un pueblo que parecia someterse al acercarse el conde, pero que volvia á tomar las armas apenas se retiraba. No dejaron sus enemigos de quejarse de tan malos resultados, y además no tardaron en tener una razon mas fuerte para vituperarle abiertamente y atacar su reputacion, cuando se supo que en lugar de procurar humillar á los rebeldes y forzarlos á someterse, habia tratado y concluido con ellos una tregua.

El éxito de esta empresa, que se esperaba fuese muy ventajoso, no podia menos de irritar á la reina, cuya cólera no tardó en acrecentarse con las cartas llenas de descontento y reconvenciones que el conde escribió á ella misma y al consejo. El súbito regreso de aquel Inglaterra puso el colmo al resentimiento de Isabel.

Essex abandonó la Irlanda sin ningun permiso, para ir á quejarse por sí mismo á la reina, quien en los primeros momentos se entregó completamente al placer de ver á su favorito, del cual estaba separada



Lord Burleigh.

hacia mucho tiempo; pero luego que se calmó el primer efecto de su satisfaccion, reflexionó severamente sobre lo desacertado de semejante conducta, é hizo intimar al conde la órden de estar arrestado en su casa. Como Essex estaba lejos de aguardar tal disposicion después del recibimiento que se le acababa de hacer, se esforzó por espresar su dolor en los términos mas humildes, y además trató de conquistar el favor echando mano de todos los medios que tan perfectamente le habian servido otras veces; pero por mas que hizo, la reina se mantuvo inflexible, y así el conde se determinó á renunciar por entonces á sus miras ambiciosas.

Escribió á Isabel que se retiraba al campo, donde ya no podria disfrutar de ningun placer ínterin no alcanzase el perdon y se le permitiese ver de nuevo fijarse sobre él los hermosos ojos de su soberana embriagándole con su dulce resplandor, y que mientras llegaba tan venturoso momento no tendria otra existencia que la de Nabucodonosor entre los animales feroces de las selvas, dejándose mojar del rocío del cielo hasta que pluguiese á la que él habia ofendido compadecerse de sus penas.

Una carta tan novelesca y espresiva pareció agradar á la reina, quien persuadida de la sinceridad de Essex, le respondió, que cuando el tiempo la hubiese convencido completamente de su pesar, podria tal vez olvidar sus faltas y darle pruebas de su clemencia.

Estos síntomas de renovacion del afecto de Isabel al conde despertaron los temores y la envidia de sus enemigos, al paso que reanimaron la esperanza de él, quien por lo tanto se negó á humillarse á dar cuenta de su conducta ante el consejo, contando con la ventaja del favor de su señora, y con la imposibilidad en que se hallaban sus enemigos de dañarle (1).

A consecuencia de tal negativa el consejo le condenó inmediatamente á ser depuesto de todos sus empleos, y le puso preso en su propia casa hasta que la reina dispusiese otra cosa. Sin embargo, ninguna ventaja tenian sobre él sus enemigos; y así una conducta circunspecta y prudente de algunos meses habria podido conseguir un triunfo completo; pero la impetuosidad de su carácter no le permitió aguardar la reparacion de lo que él consideraba injurias contra sí, y la negativa de la reina á renovarle el privilegio que le ponia en posesion del monopolio de los vinos dulces, como hacia largo tiempo que lo estaba, le exasperó hasta el estremo de apelar á medidas las mas violentas y culpables. Habituado á contar demasiado con el favor popular, concibió la idea de que con el apoyo de la multitud inconstante podria vengarse de los enemigos que tenia en el consejo, y á los cuales imputaba su desgracia.

Con el designio de aumentar el número de sus sectarios, tomó el partido de recibir á todo el mundo, lo cual era desacertado en las circunstancias en que se encontraba. Acojió gente de todas clases y profesiones, particularmente á los militares, con cuyo servicio creia poder contar; pero sus mayores esperanzas se fundaban en los puritanos, cuyos principios religiosos parecia aprobar en todo: de modo que mientras contentaba á estos maldiciendo de la iglesia anglicana, hacia lo mismo con los envidiosos, descubriendo los vicios y las faltas de los que tenian el poder en las manos. El blanco principal de sus burlas era la misma reina, á quien no temia poner en ridículo, llevando la audacia hasta el estremo de decir, que siendo tan vieja tenia el espíritu tan débil como el cuerpo.

Todas estas indiscreciones eran cuidadosamente referidas á la reina, y los enemigos de Essex procuraban envenenar sus menores reflexiones, de suerte que estas eran para Isabel pruebas de su traicion. Aunque ella estaba ya en los sesenta y ocho años de edad, todavía

(1) Hume no hace mencion de esta negativa: por el contrario, refiere que Essex compareció ante el consejo, y respondió de una manera tranquila y sumisa al interrogatorio; que despues volvió á presentarse cuando Montjoy fué nombrado para el gobierno de Irlanda, y que habló con tanta moderacion, elocuencia y sentimiento, que arrancó lágrimas á la mayor parte del auditorio, no teniendo dificultad alguna todos los miembros del consejo en dar testimonio de su inocencia.

escuchaba con el mismo placer las lisonjas de sus cortesanos, tolerando con gusto que la comparasen con Venus ó con un ángel. Por esta razon la exasperaban mucho las burlas mordaces de su favorito, á quien empezó á creer indigno de su favor, y prestando oidos á las frases virulentas de sus rivales, permitió que le instigasen á unos escesos á que él estaba muy dispuesto.



Un máscara (1).

Essex se hallaba á la sazon rodeado de una muchedumbre de descontentos que le adulaban sin cesar, y estimulándole á proseguir sus estravagantes proyectos, y que creyéndose mas numerosos de lo que realmente eran, ninguna precaucion tomaban para ocultar sus intentos culpables. Decidiéronse por fin, en su ciego estravío, á que sir Cristobal Blount con un destacamento escojido atacase las puertas de palacio; á que sir Juan Davies se apoderase de la sala de los guardias, y sir Carlos Davers de la del trono; en tanto que el mismo Essex se hacia dueño de las caballerizas de la reina, y seguido de un cuerpo de sus partidarios se presentaba á ella para obligarla á alejar á sus enemigos, á reunir un nuevo parlamento, y á corregir la administracion pública.



Lady Hunsdon (2).

Isabel tenia la buena estrella de que todos los proyectos que tendian á turbar la paz de su reinado eran siempre descubiertos oportunamente. Alarmados la reina y el consejo del numeroso pueblo que se juntaba en casa de Essex, y teniendo ya algunas sospechas de los designios de este, enviaron al secretario Herbert con la órden de que se presentase el conde ante el consejo reunido en casa del tesorero. Interin reflexionaba Essex acerca de lo que debia hacer en aquel caso, recibió un billete en el cual se le advertia que tratara de salvarse. En su consecuencia reunió precipitadamente sus amigos, á quienes consultó sobre las medidas que serian mas oportunas en tan críticas circunstancias, porque hallándose faltos de armas y municiones, en tanto que la guardia de palacio habia sido doblada, no podian aventurar un ataque sin imprudencia. En este estado de incertidumbre, introdújose entre los conjurados una persona enviada probablemente por sus enemigos, como embajador de los ciudadanos de Londres, y les aseguró que podian contar con el apoyo de estos. Esta promesa los animó y acabó de decidirlos, y así concibieron en el acto la esperanza de sublevar la ciudad, no dilatando mas que hasta el dia siguiente la ejecucion de tan absurdo proyecto.

En la mañana de este dia se dirigieron á casa de Essex los condes de Ruthland, de Southampton, los lores Sandy, Parker y Monteagre, así como trescientas personas de distincion. Cerráronse inmediatamente las puertas para impedir la entrada de algun estraño, y entonces descubrió el conde á todos los conspiradores el plan formado para el alzamiento de la ciudad. Sir Walter



Walter Raleigh.

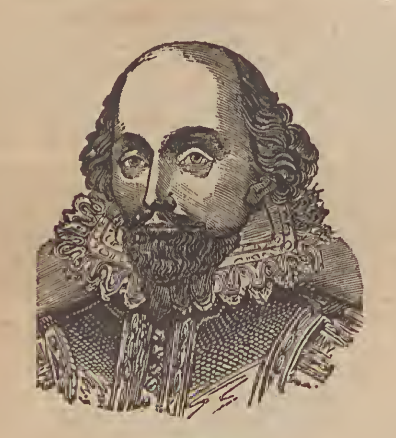
Raleigh envió un mensaje á sir Fernando Georges, quienes tuvieron una conferencia en una barca del Támesis, y allí fueron descubiertos todos los proyectos de Essex. Noticiosa la reina de todo lo que pasaba, se apresuró á enviar á Egerton, á sir Guillermo Knollys, contralor, al lord canciller, á Popham, lord jefe de la justicia, y al conde de Worcester, á fin de indagar la causa de aquellos movimientos estraordinarios. Trascurrió algun tiempo antes de que se determinasen á introducirlos por el postigo en casa de Essex. Despues de muchas amenazas de una y otra parte, los diputados de la reina intimaron al conde y á sus partidarios que depusiesen las armas; y á pesar de la resistencia que estos opusieron, aquellos continuaron con intrepidez en ejecutar las órdenes que habian recibido. La multitud que habia los amenazaba con los mayores gritos. Viendo el conde de Essex que ya nada debia esperar, se resolvió á custodiar en su casa como prisioneros á los emisarios régios, y á hacer una salida para provocar al pueblo á rebelarse. Mas no tardó en ver lo mucho que se habia equivocado en contar con el auxilio de este en el momento del peligro. Habiendo salido con unos doscientos hombres, armados solamente de espadas, apenas entró en la ciudad se le incorporaron el conde de Bedfort y lord Cromwell. Essex al atravesar las calles gritaba: «Por la reina, por la reina, quieren quitarme la vida,» esperando que con sus gritos estimularia al populacho á pronunciarse en favor suyo; pero como todos los vecinos de la ciudad habian recibido la órden de encerrarse en sus casas, ni uno solo correspondió á la llamada del conde. Este marchó

(1) Este grabado da una idea del gusto estraordinario de aquel tiempo. Representa el traje con que un caballero apareció en una fiesta que dió el Lord Leicester á la reina Isabel en el palacio de Kenilwosth.

(2) Este grabado es una copia de un retrato de Lady Hunsdon, y da una buena idea del traje de las ladíes.

entonces á la casa del gerif Smith, con cuyà cooperacion contaba mucho; pero la multitud que circundaba á Essex, mas bien trataba de satisfacer su curiosidad que de prestarle apoyo.

Por fin desengañóse Essex de que todo se habia perdido, y llegando á saber que acababa de ser declarado traidor por el conde de Cumberland y lord Burleigh, se decidió á retirarse á su casa y á vender bien cara su vida; pero con la mayor sorpresa suya encontró las calles obstruidas y guardadas por los vecinos de la ciudad mandados por sir Juan Levison, quien le obligó á combatir para abrirse paso. En esta accion fué muerto Enrique Tracy, jóven hidalgo á quien estimaba mucho el conde, y sir Cristobal Blount herido y cojido. Essex se dirigió hácia el rio con unos pocos parciales suyos, y metiéndose en una barca pudo volver á su casa, donde se apresuró á hacer preparativos de defensa. Su situacion era harto desesperada para que su valor fuese bastante para remediarla. Despues de pedir en vano rehenes y condiciones á los sitiadores, acabó por rendirse á discrecion, limitándose á reclamar un tratamiento decoroso y un juicio imparcial.



Shakespeare.

Essex y Southampton fueron enviados en seguida al palacio del arzobispo á Lambeth, y desde allí á la Torre, donde fueron juzgados por un jurado compuesto de pares. Nada podia alegarse en favor de los reos, cuyo crímen era demasiado para que debiesen esperar ser absueltos, por mucha lenidad que hubiese. Essex despues de su condenacion se mostró atormentado por el terror religioso que siempre le habia perseguido en sus desgracias. Atemorizado por las severas exhortaciones de su director, accedió á reconciliarse con sus enemigos y á hacer una confesion sincera de su conspiracion. La reina manifestó tanta irresolucion antes de firmar la órden de su ejecucion, que se creyó en algunos momentos que el sentenciado alcanzaria el perdon; tanto mas, cuanto que ella le habia dado en otro tiempo un anillo, encargándole que se lo enviase si alguna vez se hallaba en circunstancias apuradas, para que reclamase con toda seguridad su proteccion. Como por esta razon el conde de Essex miraba dicha prenda cual su última esperanza, se resolvió á hacer uso del anillo confiándolo á la condesa de Notingham con el encargo de entregarlo á la reina; pero siendo la tal condesa enemiga oculta de Essex, nada ejecutó, y así Isabel que aguardaba con impaciencia el que se le recordase la promesa, irritada de su obstinacion en rehusar pedir el perdon que ella ansiaba otorgarle, se resolvió al fin á firmar la sentencia de su muerte con una angustia que la hizo acreedora á tanta lástima como el infortunado á quien se veia precisada á condenar. Isabel firmó la órden fatal, luego la revocó, accedió de nuevo á la muerte, y volvió á prohibirla.

Despues de una lucha penosa entre la ternura y el orgullo, acabó por triunfar este último sentimiento: el fallo irreparable fué firmado: Essex pereció (1), y desde entonces Isabel no gustó un instante de dicha.



Spenser.

El conde de Essex entraba en los treinta y cinco años cuando se le cortó la cabeza: algunos de sus sectarios fueron juzgados de la misma manera. Cuffe, su secretario, hombre de carácter turbulento, pero de una instruccion profunda, fué ejecutado con Davers, Blount y Meric. La reina perdonó á los demás, convencida de que no delinquieron sino por adhesion á sù bienhechor.

El resto de los acontecimientos de este reinado ofrece muy poco interés para merecer un lugar entre los muchos importantes. Todos los placeres y toda la felicidad de Isabel espiraron con Essex su favorito, á quien tanto habia amado. Desde entonces parecia que no se ocupaba de los asuntos del reino mas que por hábito, y si bien manifestaba la misma sabiduría en el gobierno, ya no podia sentir satisfaccion alguna. No tardó en caer en una profunda melancolía, que ni las ventajas de su alta fortuna ni toda la gloria de su reinado pudieron disipar.

Despues de algun tiempo se descubrió la traicion de la condesa de Nottingham por la confesion que esta hizo en el lecho de su muerte, de no haber entregado á la reina el anillo que al efecto Essex la habia dado. Este fatal descubrimiento no sirvió mas que para despertar una ternura que Isabel en vàno procuró superar. «Dios os perdone, dijo á la moribunda condesa; pero yo no os perdonaré nunca.»



Sir T. Gresham.

La reina se alejó de esta condesa, abandonándose en lo sucesivo á una sombría desesperacion, hasta negarse á tomar ninguna especie de alimento, y obstinándose en guardar silencio. Algunos gemidos, suspiros y angustias fueron las únicas espresiones del dolor que

(1) Isabel hizo predicar en S. Pablo un sermon en que el orador trató de denigrar la memoria del conde: pero este movimiento de ódio duró poco tiempo. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

la conducia insensiblemente al sepulcro. Estuvo diez dias y diez noches tendida en una alfombra y reclinada en unos almohadones sostenidos por sus damas. Tal vez habia agotado la edad las facultades de su espíritu; tal vez pensaba con pesar en algunos hechos de su vida, ó se dejaba afectar con demasiada viveza por la idea de su cercana muerte.

Isabel notaba mucha frialdad en los servicios de sus cortesanos, viéndolos alejarse poco á poco de ella para aproximarse á Jacobo, su sucesor presunto. Tantos motivos reunidos eran mas que suficientes para desconcertar los restos de su constitucion, y así fué acercándose su fin á pasos agigantados.

Atormentada por un calor terrible del estómago, estaba muy alterada y bebia incesantemente; sin embargo rehusó los demás auxilios de sus médicos. Haciéndose su estado cada vez mas alarmante, presentáronse ante Isabel sir Roberto Cecil y el lord almirante á rogarla que manifestase sus intenciones con respecto á su sucesor. Ella respondió que habiendo sido siempre un rey quien habia llevado la corona de Inglaterra, no debia ser entregada sino á un rey, y que su heredero directo era el monarca de Escocia.

Poco despues aproximóse á la reina el arzobispo de Cantorbery, quien la exhortó á dirigir todos sus pensamientos á Dios, y ella le respondió que ya lo hacia sin cesar. No tardó en perder el habla y en caer en un sueño letárgico que duró algunas horas, espirando suavementente sin ninguna apariencia de agonía. Era á la sazon de setenta años de edad, y llevaba cuarenta y cinco de reinado.

El carácter de esta princesa parece haber variado segun las circunstancias. En los principios de su reinado manifestó sentimientos suaves y moderados, y en la última época de él desplegó una altanería y severidad no conocidas hasta entonces. Empero como en todos tiempos fué prudente, activa, y estuvo dotada de raro discernimiento, supo proporcionar á sus súbditos un estado de tranquilidad y ventajas que no fueron apreciadas debidamente por todos los que la rodeaban. Mereció á su buena estrella unos ministros hábiles que contribuyeron á su gloria; pero dió pruebas de poca discrecion en la eleccion de sus favoritos, de los que ninguno fué digno del alto favor que disfrutaron (1).

Aunque Isabel estaba dotada de un tacto esquisito, carecia de él con respecto á sus atractivos corporales, acerca de los cuales estaba cegada hasta el punto de que jamás confesó su falta de hermosura. El alabar sus gracias cuando tenia sesenta y cinco años, era el medio mas seguro de conseguir su favor y amistad.

Pero cualesquiera que hubiesen sido los defectos personales, Isabel como reina tiene derecho á la eterna gratitud de los ingleses. Es verdad que llevaba hasta el último estremo su prerogativa real en el parlamento, puesto que este habia acordado tácitamente que el poder de la reina era superior á las leyes, y que ella podia hacer y deshacer segun su voluntad. No obstante, en todo el curso de su reinado mostró tanta prudencia y moderacion en su conducta, que rara vez hizo uso del poder que habia conseguido sino para bien de su pueblo.

No hay duda que Inglaterra hizo pocas adquisiciones importantes en este reinado; pero el comercio tuvo grandes progresos, y el pueblo inglés empezó á convencerse de que el verdadero teatro de sus conquistas era el vasto Océano. Esta nacion, que hasta entonces habia sido el objeto de las invasiones de las potencias estranjeras y el blanco de tantas tentativas desastrosas, desplegó su fuerza haciéndose temible á todos los que hasta entonces habian tratado de invadirla.

(1) Isabel debió su prosperidad á la sabiduría de sus ministros mas bien que á su capacidad personal... Tan grande como era para el público, era pequeña para sus domésticos, y tan temida y odiada de los que estaban inmediatos á ella, como adorada del pueblo inglés. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

Los viajes que con tan feliz éxito habian hecho á tierras lejanas los españoles y portugueses, escitaron la emulacion de los ingleses, quienes imitándoles emprendieron varias espediciones para descubrir el camino mas corto de Inglaterra á las Indias Occidentales.



Conde de Leicester.

El famoso Walter Raleigh (1) fundó sin ninguna proteccion del gobierno una colonia en la Virginia, provincia de la América Septentrional. Interin así empleaba su fortuna y su vida en servicio de su país, el comercio florecia en Inglaterra, un gran número de flamencos perseguidos en su patria encontraban asilo al lado de Isabel, proporcionándose á beneficio de sus artes é industria una subsistencia honrosa y segura.

Así es como Inglaterra salió de improviso de la barbárie en que hacia tan largo tiempo estaba sumergida. Las artes, el comercio y la legislacion tomaron simultáneamente un vuelo muy alto, siendo tales los rápidos progresos de esta célebre época de Inglaterra, que fué comparada al siglo de Augusto.

Sir Walter Raleigh y Hooker son considerados como los primeros entre los que enriquecieron y perfeccionaron la lengua; Spenser y Shakespeare son harto conocidos como poetas para que haya necesidad de hacer su elogio. Pero entre los hombres célebres de aquel tiempo, Francisco Bacon, lord Verulamio, merece como filósofo el puesto mas distinguido; su estilo es abundante y correcto, y su penetracion y profunda erudicion no ceden mas que al gusto é ingenio que reina en sus escritos.

Al examinar la historia y al observar los progresos de la civilizacion entre todos los pueblos, apenas se encuentra el ejemplo de una nacion que en tan poco tiempo hubiese llegado á ser sábia, feliz y poderosa. Es verdad que este estado próspero fué contrabalanceado por la poca estension de la libertad nacional, en razon á que el poderío de Isabel rayaba en despotismo; pero á medida que el comercio se establecia en el reino, iba despertándose el espíritu de libertad entre el pueblo, y no tardó en resultar lo uno de lo otro, porque una nacion dedicada al comercio no puede estar bajo la esclavitud mucho tiempo.

CAPITULO XXXIII.

JACOBO I.

(Desde el año 1603 hasta el de 1625.)

Jacobo, hijo de María Estuardo, subió al trono de Inglaterra con aprobacion general del pueblo. Todo parecia declararse en favor del nuevo rey, puesto que á los derechos del nacimiento reunia la sancion parlamentaria y el consentimiento de Isabel, la cual en su

(1) Hume pretende que ningun resultado tuvieron estas diferentes tentativas, y que esta colonia, así como otras, no fuéron fundadas hasta los reinados posteriores.

testamento le habia nombrado heredero directo de ella (1).

Jacobo, por lo tanto, tenia razones poderosas para esperar un feliz reinado: imbuido desde su niñez en la idea de que su régia prerogativa era incontestable, y que sus derechos le habian sido trasmitidos por el mismo cielo, su voluntad sola debia ser en lo sucesivo la regla de sus súbditos. Tales eran sus sentimientos, los que no trató de disimular al entrar en Inglaterra, y ya los habia publicado en muchas obras escritas antes de ausentarse de Escocia.



Jacobo I.

Jacobo se hallaba muy equivocado en cuanto al espíritu del siglo: un nuevo sistema de gobierno y nuevas ideas de libertad habian nacido con la religion reformada, y no aguardaban mas que el reinado de un monarca blando y débil para desplegarse abiertamente.

A consecuencia del progreso de las luces y de los ejemplos sacados de los pueblos de la antigüedad, las formas de gobierno que hubo hasta entonces no inspiraban mas que desprecio; y la libertad de Grecia y de Roma vinieron á ser objeto de envidia y emulacion para la nacion inglesa. El gobierno severo aunque popular de Isabel habia reducido á límites estrechos aquel deseo de libertad que empezaba á hacerse sentir en su pueblo; pero al presentarse una nueva dinastía y ser colocado en el trono un soberano menos querido y temido, volvieron á aparecer los mismos síntomas, y el génio de la independencia se propagó por toda la nacion completamente.

Jacobo, al entrar en Inglaterra empezó por descontentar á un gran número de súbditos. El deseo que estos esperimentaban por ver á su nuevo soberano era ardiente y natural; pero como al rey le gustaban el retiro y el reposo, mandó á la multitud que le seguia durante su viaje, que se retirase, sopretesto de que el mucho concurso de gente ocasionaria la carestía. A esta disposicion ofensiva para el pueblo no tardó en agregar otro motivo de descontento para las clases mas elevadas del Estado, prostituyendo los títulos honoríficos hasta el estremo de que dejaron de ser la recompensa del mérito y el signo de la verdadera distincion. Fijóse en la iglesia de San Pablo un pasquin en que se anunciaba la lectura del método indispensable para retenerse los nombres de la nueva nobleza por los que tuviesen mala memoria.

Aunque una parte de estos honores fué distribuida entre los compatriotas de Jacobo, sin embargo, es preciso confesar que el rey hizo la justicia de dejar la mayoría de los primeros empleos en manos de los ministros de Isabel. Entre estos, Cecil, creado conde de Salisbury, conservó el rango de primer ministro y principal consejero. Este diestro diplomático, mas astuto que sus cólegas, habia burlado la vigilancia de Isabel; y aunque ligado en la apariencia con los otros señores contra el conde de Essex, protegido por Jacobo, no habia cesado de mantener con este monarca correspondencia secreta, para asegurar sus intereses sin enajenar la confianza de su partido.

Lord Grey, lord Cobham y sir Walter Raleigh, que habian sido cólegas de Cecil, no fuéron tan afortunados como él, pues esperimentaron prontamente los efectos de la prevencion del rey contra ellos, y no tardaron en ser despojados de sus empleos; de modo que parecia que estos tres señores habian incurrido en el enojo de Jacobo porque al poco tiempo de su desgracia fueron acusados de una conspiracion contra S. M. Nunca llegaron á ser conocidas ni las pruebas ni el objeto de tal conspiracion; pero lo cierto es que fueron condenados á muerte, aunque el rey accedió á suavizar semejante fallo, logrando el perdon Cobham y Grey despues de haber puesto sus cabezas en el tajo. El juicio de Raleigh fué suspendido; mas estuvo muchos años encarcelado, y acabó por ser ajusticiado por el mismo crímen, á pesar de no haber sido probado nunca.

La clemencia del rey con los pretendidos culpables fué grata al pueblo. Deseando Jacobo hacer olvidar su naturaleza estranjera, congregó su parlamento para intentar la reunion de Escocia á Inglaterra; pero la nacion inglesa no estaba todavía del todo dispuesta á la fusion de los dos reinos, porque temia una parcialidad injusta relativamente á la distribucion de los empleos y honores; y así no podia resolverse á considerar como amigo á un pueblo al cual hasta entonces estaba acostumbrada á mirar como estranjero.

Jacobo conoció por la negativa de la cámara de los comunes en aquella ocasion, y por algunas restricciones que la misma introdujo á modo de apelacion al parlamento, que el pueblo al que era llamado á gobernar era muy diferente del que acababa de dejar, y así empezó á comprender la necesidad que se le imponia para lo sucesivo de esponer los motivos de las medidas que quisiera hacer adoptar.



Jacobo I de Inglaterra, VI de Escocia.

Para enmendar este primer error tomó la resolucion de estudiar las leyes inglesas, así como en otro tiempo lo habia hecho con las escocesas, para atemperar á ellas su sistema de gobierno; pero aun en éste pensamiento se equivocó. En un régimen tan incierto como el de Inglaterra, la opinion propendia siempre á descartarse de la ley: lo que habia sido establecido en un reinado era contrariado por la costumbre en otro; y así las leyes favorecian una prerogativa casi ilimitada, en tanto que el pueblo no cesaba de recibir princi-

(1) Sin embargo, jamás perdonó á Isabel la muerte de su madre: nunca quiso llevar luto por aquella reina, ni permitir que se llevase en presencia de él. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

pios opuestos que le conducian á adoptar opiniones liberales.

Todos los soberanos que habian reinado en Inglaterra antes de Jacobo, á escepcion de los que habian sido dominados por guerras intestinas ó invasiones estranjeras, lejos de acceder á someter sus disposiciones á los debates del parlamento, se las habian declarado imperiosamente. Poco cuidadoso de observar el cambio importante ocurrido en la opinion pública, Jacobo trató de adoptar esta forma antigua de gobierno; pero como el pueblo se hallaba penetrado de los privilegios inherentes á la especie humana, permaneció inalterable en sus principios, convencido de que la fuerza y la razon estaban de su parte.

Por tal motivo hubo en este reinado disputas sin cuento entre el rey y su parlamento: el uno aspiraba á conservar en toda su inviolabilidad los privilegios de la corona, y el otro propendia á suprimir la parte peligrosa de la prerogativa real: el primero se esforzaba por conservar las costumbres establecidas desde tiempo inmemorial, y el segundo ponia un ardor igual en defender los legítimos derechos de la humanidad. Por esta razon eran plausibles los motivos que animaban á entrambos partidos, y la cuestion que se ventilaba se fundaba en la ley por una parte, y en la razon por la otra. Cuando el parlamento se negaba á otorgar al rey un subsidio, Jacobo encontraba siempre entre sus predecesores ejemplos que le enseñaban á sacar dinero con el título de donativo gratuito. Eduardo IV, Enrique VIII y la misma reina Isabel habian obrado así muchas veces; por lo cual Jacobo tenia indisputablemente el derecho de gozar de la misma prerogativa; pero como la cámara de los comunes veia que su poder se aumentaba con la proteccion que dispensaba al pueblo y con los obstáculos que ponia á los impuestos de la corona, consideraba con razon que semejantes exacciones acabarian por hacer al soberano independiente del parlamento, y así se quejó sobre el particular como de una infraccion de sus privilegios. Las tentativas infructuosas del rey y las quejas de los comunes duraron en todo este reinado, y dieron orígen al espíritu de oposicion que desde entonces nunca ha cesado de existir en Inglaterra. Todos los esfuerzos del uno se dirigian á conservar la constitucion antigua manteniendo su prerogativa, y los del otro á tratar de mejorar ensanchando los derechos del pueblo.

Como Jacobo suponia que ningun argumento era capaz de menoscabar sus prerogativas, parecia que en este concepto nada temia; y así continuaba dirigiendo á su parlamento discursos floridos, en que se esforzaba por demostrar que sus derechos divinos y su potestad absoluta eran cosas incontestables. Los comunes respondian con exactitud y regularidad, y sin negar absolutamente las pretensiones del rey aspiraban á disminuir insensiblemente su poder.

A pesar de la perseverancia con que Jacobo sostenia sus derechos y de que amenazaba con su cólera á los que osáran atentar contra ellos, dió pruebas de justicia y clemencia en cuanto á la diferencia de opiniones en materia de religion. Como hacia tanto tiempo que los partidos estaban irritados entre sí, procuraban perseguirse recíprocamente, y el dominante esperaba el momento en que Jacobo se declarara á su favor para que en su consecuencia los católicos y sectarios careciesen de toda proteccion en lo sucesivo. Pero este monarca adoptó un sistema de tolerancia que nadie habia esperado, y declaró sábiamente que *los hombres deben ser juzgados por sus acciones y no por sus opiniones.* Una decision tan inesperada no fué satisfactoria para la generalidad, y el descontento de los partidos en aquella ocasion fué la mejor prueba de la prudencia del rey y de su moderacion para con todos.

Por dulce que fuese el carácter de Jacobo, hubo al principio de su reinado una conspiracion formada para el restablecimiento del papismo, cuya conspiracion fué la de las pólvoras. Este proyecto, el mas terrible que jamás ha concebido el espíritu humano, apenas seria creido en la posteridad, si no fuese notorio á todo el mundo, pues da á la vez el ejemplo del valor mas intrépido y de las intenciones mas execrables.

Como Jacobo era rígido católico, con su exaltacion al trono se habian prometido los católicos mucho favor é indulgencia, toda vez que el nacimiento de este príncipe y la predileccion que á tal religion habia manifestado en su infancia, era para ellos una prenda segura de la proteccion con que contaban. Mas no tardaron en conocer su error, y su asombro igualó á su irritacion cuando vieron que Jacobo no dejaba escapar ninguna ocasion de espresar su decision de hacer ejecutar rigorosamente las leyes establecidas contra ellos, y de seguir con exactitud el plan de conducta trazado al efecto por la reina Isabel. Así es que la última declaracion del rey los impelió á echar mano de medios desesperados, formando la intencion de destruir juntamente al mismo rey y al parlamento.

Roberto Catesby, noble de mérito y de buena familia, concibió el plan de poner un reguero de pólvora debajo del salon del parlamento para hacer volar juntos al rey y á todos los miembros. Catesby confió su pensamiento á Tomás Percy, descendiente de la ilustre casa de Northumberland, quien prendado de tal idea la adoptó sin vacilar. El terrible secreto fué en seguida revelado á Tomás Winter, quien envió á buscar á Flandes á Guy Jawkes, oficial al servicio de España y cuyo celo y valor eran notorios.

Cada vez que alistaban algun nuevo conspirador, agregaban al juramento de guardar secreto, el Sacramento de la Eucaristía, el acto mas sagrado de la religion.

Muy pronto desapareció de sus corazones todo sentimiento de compasion y humanidad: y para tranquilizar su conciencia, el jesuita Garnet, superior de su órden en Inglaterra, acabó de desvanecer todos sus escrúpulos, concediéndoles de antemano la absolucion de este crímen horrible.

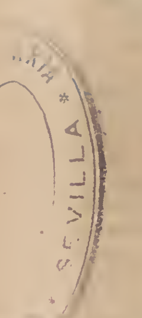
Los miembros de tan espantosa maquinacion guardaron fielmente el secreto. Alquilóse á nombre de Percy una casa contígua á la del parlamento, y despues de convenir en que se habia de construir un camino subterráneo desde aquella hasta el salon de dicho parlamento, todos se pusieron á trabajar con celo: pero despues que hubieron oradado la pared que tenia nueve piés de espesor, advirtieron con sorpresa y pesar que la casa inmediata estaba construida con cuevas para almacenar carbon: empero no tardó en disiparse su inquietud, sabiendo que se trataba de vender el combustible, y que el local seria abandonado á quien mas ofreciese: por lo cual se apresuraron á alquilar tambien dicho local, tan oportuno para sus designios, comprando el carbon que quedaba. En seguida llevaron allí treinta y seis barriles de pólvora que habian sido comprados en Holanda, y cubriéndolo todo con carbon y leña, dejaron abiertas las puertas de la cueva con entrada franca para el público, como si no hubiese riesgo alguno.

Los conspiradores, casi seguros del éxito, comenzaron á conferenciar sobre sus pasos ulteriores. El rey, la reina y el príncipe primogénito Enrique debian asistir á la apertura del parlamento, y no pudiendo el príncipe segundo por razon de su tierna edad, se acordó que Percy se apoderara de él ó le matara. Sir Evardo Digby fué encargado de ir á buscar á la jóven princesa Isabel que vivia en la casa de lord Harrington, en el condado de Warwik, y de proclamarla inmediatamente reina de Inglaterra.

Acercábase el dia designado para la reunion del parlamento, y ninguna conspiracion se habia tramado nunca mas secretamente, ni ruina alguna parecido mas inevitable: orgullosos los conspiradores con su crímen proyectado, aguardaban la hora de su ejecucion

con la mayor impaciencia. El horrible secreto, aunque conocido por unas veinte personas, habia sido guardado religiosamente por espacio de año y medio: todas las ideas de compasion, de remordimientos y de humanidad parecia que se habian desconocido, y el crímen estaba á punto de ser consumado, cuando merced á la influencia de la amistad se salvó el reino.

Percy, uno de los conspiradores, era amigo íntimo y condiscípulo de lord Monteagle, y no pudiendo resolverse á dejar perecer al que tan tiernamente amaba, trató de advertirle misteriosamente el peligro que le amenazaba. Como unos diez dias antes de la reunion del parlamento, recibió lord Monteagle al regresar del campo una carta de mano de una persona desconocida que desapareció luego que cumplió su encargo. Dicha carta estaba concebida en estos términos: «Milor, alejaos del parlamento, porque Dios y los hombres se han reunido para castigar la perversidad del siglo: no desprecieis este aviso, y apresuraos á retiraros al campo, donde aguardareis con seguridad el suceso que vá á tener lugar. Aunque no hay apariencia alguna de movimiento, me atrevo á asegurar que los malvados recibirán un golpe terrible, pero no podrán ver quien les hiere. Repito que no desprecieis el consejo que os doy, pues de él os puede resultar mucha utilidad y ningun mal, siempre que quemeis esta carta después de leida.»





Lord Salisbury.

Una carta tan enigmática sorprendió y embarazó á lord Monteagle, y aunque dispuesto á mirarla como un ensayo para asustarle y ponerle en ridículo, se decidió á llevarla á lord Salisbury, secretario de Estado. El ministro se mostró tambien poco dispuesto á dar crédito á semejante escrito: sin embargo juzgó oportuno participarlo al rey, así que llegó á Londres á los pocos dias. Nadie en el consejo era capaz de dar un parecer útil en circunstancias tan alarmantes: todos parecia que estaban agitados por la duda y el temor. El rey fué el primero que penetró el sentido de aquella oscura carta, y presumiendo que se preparaba algun riesgo repentino por medio de la pólvora, aconsejó que se reconociesen todas las bóvedas que habia debajo de los salones del parlamento.

El conde de Suffolk, lord gentil-hombre, se encargó del reconocimiento que de intento difirió hasta la víspera de la reunion del parlamento. Entonces comenzó sus pesquisas, y notó que en la cueva situada debajo del salon de los pares habia pilas de leña, descubriendo al mismo tiempo á Jawkes que estaba en un rincon oscuro y pasaba por criado de lord Percy. El valor que hacia mucho tiempo habia hecho notable á aquel hombre aun entre los mas intrépidos, estaba pintado en todo su continente, y así despertó las sospechas del lord gentil-hombre, las cuales yendo en aumento al ver la gran cantidad de carbon que habia acopiada para el consumo de un hombre que habitaba muy poco en la ciudad, adoptó la resolucion de hacer un registro muy escrupuloso. Hácia media noche marchó á hacer una visita sir tomás Kuevet, juez de paz, seguido de sus dependientes. En el momento en que penetraba debajo de la bóveda, vió á un hombre envuelto en una capa y con un farol de ronda en la mano: era aquel el mismo Jawkes que estaba preparándolo todo para la ejecucion del crímen; y como iba á pegar fuego en la mañana siguiente, las mechas y demás necesario para el éxito de tan odioso proyecto se le hallaron en sus faltriqueras.

El juez de paz se apoderó de Jawkes, quien viendo que se habia descubierto la trama y que ya no habia para él esperanza de perdon, desplegó mas audacia que nunca, declarando con intrepidez á los ministros de justicia, que á haber podido perpetrar su crímen hubiera perdido con gusto la vida. Ante el consejo mostró la misma firmeza mezclada de desden y desprecio, negándose á denunciar á los otros conspiradores y no manifestando otro pesar que el de habérsele frustrado su empresa. Empero dos ó tres dias de reclusion en la Torre empezaron al fin á subyugar su intrépida audacia: fatigado con tan largos esfuerzos, y espantado con el aspecto de la tortura, desvanecióse su valentía y accedió á revelar sus cómplices.

Catesby, Percy y otros conspiradores que estaban en Londres, se apresuraron, al saber que Jawkes habia sido preso, á huir al condado de Warwick, donde sir Everardo Digby, lleno de confianza en el éxito de la maquinacion, se disponia á apoderarse de la princesa Isabel; pero habiendo tomado las armas los habitantes de aquel territorio, los confederados fuéron muy pronto reducidos á una situacion desesperada, y adonde quiera que dirigian sus pasos encontraban fuerzas superiores prontas á presentarles resistencia. Atacados por todas partes y desprovistos de recursos, se reunieron en número de ochenta, y renunciando al proyecto de huir, abrazaron el partido de retirarse á una casa situada en el condado de Warwick, para defenderse allí hasta el último estremo y vender sus vidas tan caras como les fuese posible. Pero aun este triste consuelo les salió fallido: una chispa puso fuego á cierta cantidad de pólvora que habia tendida para que se secase, y la esplosion mutiló á un gran número de los principales jefes de la conspiracion, de suerte que los que quedaron, sin esperanza alguna de salvarse, abrieron las puertas é hicieron una salida atrevida contra la muchedumbre que circundaba la casa. Varios de aquellos temerarios fueron degollados al instante: Catesby, Percy y Winter, preservándose mútuamente con sus espaldas, combatieron desesperados largo tiempo; pero los dos primeros fueron despedazados, y Winter hecho prisionero. Los que sobrevivieron á aquella carnicería fueron juzgados y condenados, pereciendo varios de ellos á manos del verdugo, y esperimentando los demás los efectos de la clemencia del rey.

Los jesuitas Garnet y Oldcorn que estaban en el secreto de la conspiracion fueron ejecutados; y no obstante la atrocidad de su delito, el primero fué considerado como mártir por sus partidarios, y hasta se pretendió que su sangre habia obrado milagros.

Así terminó esta maquinacion que arrastró la perdicion de sus autores, echando por tierra completamente la religion que habian querido restablecer. En este caso hubo una cosa notable, y fué que los jefes de semejante plan habian gozado de una reputacion intachable hasta el momento de tan audaz tentativa. Catesby era generalmente querido y estimado, y Digby como hombre de honor é integridad, habia disfrutado hasta entonces del respeto y adhesion de sus compatriotas.

La moderacion del rey en aquellas circunstancias igualó á la perspicacia que habia manifestado desde el principio. El ódio á los católicos ya no conocia límites, y solo el esterminio de todos los que eran de esta religion podia calmar el furor del pueblo; pero Jacobo rechazando animoso toda medida violenta, declaró con nobleza que por odiosa que le fuese esta última conspiracion, no cambiaria su plan de conducta ni le haria variar en su sistema de gobierno; y que si por una parte estaba decidido á castigar el crímen, por otra se hallaba tambien firmemente resuelto á defender y proteger la inocencia.

Nada agradó al pueblo esta moderacion en aquellas circunstancias, atribuyéndola muchos á una secreta inclinacion al catolicismo.

El parlamento continuó oponiéndose á todas las medidas que tomó para sostener su autoridad, así como al deseo que manifestó de mantener la paz con las potencias estranjeras. A pesar de la firmeza con que defendia sus derechos, no pudo llegar á darles todo el ensanche que deseára: su liberalidad con sus favoritos y la insuficiencia de sus rentas para sostener la dignidad real, le hacian esperimentar una mortificacion contínua, de la cual el parlamento sabia aprovecharse diestramente para mantenerle en su dependencia. Por esta razon el rey se vió forzado á menudo á hacer concesiones, con las cuales ya no podia contar una vez hechas, y al paso que creia sostener las prerogativas reales, todo conspiraba á disminuírselas.

La oposicion constante que Jacobo encontró en sus súbditos fué acaso lo que le indujo á poner su afecto en diferentes personas de la corte, recompensándolas con una liberalidad que rayó en profusion.

La muerte del príncipe Enrique, jóven que daba las mas altas esperanzas, no afectó á su padre tanto como podia pensarse: de modo que un sujeto tan querido fué reemplazado prontamente en el corazon del rey por dos mancebos favoritos.

Roberto Carre fué el mas célebre de ellos. Este jóven señor escocés llegó á Londres á la edad de veinte años, despues de haber viajado por algun tiempo. Todas sus perfecciones naturales consistian en una hermosa presencia, y sus cualidades se reducian á una conversacion fácil y agradable.

Habiendo sido recomendado á lord Hay, su paisano, este conoció que por su físico aventajado debia el jóven agradar al rey, y así se resolvió á esponerle á sus miradas, encargando al mismo jóven la diligencia de presentar al monarca su escudo en un dia de torneo.



Los conspiradores de la pólvora-Fates, R. Winter, C. Wright, J. Wrigbt, Percy, Jawkes, Catesby, T. Winter (1).

Al ir andando Carre á cumplir con el servicio que se le habia encargado, le tiró su caballo rompiéndose la pierna delante del rey, quien inmediatamente se acercó á él con interés, y dió órden para que se le alojase en palacio hasta que se curase. Hízole Jacobo una visita despues del torneo, y en todo el tiempo que el jóven tuvo que guardar cama iba á verle con frecuencia, agradándole tanto la ignorancia y sencillez de este, que acabaron por predisponerle en su favor hasta conservarle desde entonces en su compañía. Como el rey miraba la instruccion de sus favoritos por una cosa inútil, no hacia caso de ella. La ignorancia contribuyó á adelantar la fortuna de Carre; de suerte que al poco tiempo fué considerado como el hombre de mas privanza en la corte, pues fué creado caballero, vizconde de Rochester y consejero privado, recibió la orden de la Jarretera, y á fin de elevarle á la cumbre de los honores, se le confirió el condado de Sommerset.

La repentina elevacion de este valido provocó la envidia de muchos; pero las personas mas sensatas no contemplaban sino con desprecio aquella pasion ridícula y sin motivo, y pensaban con razon que no podia ser muy duradera.

Carre no tardó en esperimentar lo poco acreedor que era al alto favor que tenia. Las cualidades físicas de que la naturaleza le habia dotado, no podian menos de darle ascendiente sobre las mugeres, y así obsequió á varias, siendo la mas célebre la jóven condesa de Essex, tanto por su belleza como por su criminal conducta. Como su marido el conde de Essex era demasiado jóven todavía para cohabitar con ella, estaba viajando por órden del rey hasta que entrambos consortes llegasen á la pubertad. Los constantes obsequios que el favorito rindió á la condesa durante la ausencia de su esposo, tuvieron feliz éxito, entablándose al poco tiempo una correspondencia ilícita entre ellos.

Terminados sus viajes, el conde se apresuró á regresar, halagado por la esperanza de volver á encontrarse con su jóven esposa digna de su amor; mas no tardó en adquirir el triste convencimiento de que la ternura de ella se dirigia á otro mas bien que á él, poniendo el colmo á su dolor la tenaz resistencia de la misma cuando quiso usar de sus derechos de marido. No contenta la condesa con patentizar la aversion que sentia contra él, tomó la resolucion de pedir el divorcio á fin de casarse cón el que habia ganado su corazon.

Siendo muy embarazosa la posicion de Carre, apresuróse á consultar con sir Tomás Oberbury, su íntimo amigo, por cuyos consejos se habia dirigido desde que estaba en la corte. Sir Tomás, hombre del mayor mérito y honor, no titubeó en declararse contra el proyecto de casamiento de Carre con la condesa, á quien pintó como una muger sin pudor, y que por su conducta merecia el desprecio general, y llegó hasta el estremo de amenazar á su amigo con una ruptura, si tenia la debilidad de acceder á tal enlace olvidando las leyes del honor y la delicadeza. Las consecuencias de esta manifestacion fuéron fatales para sir Tomás. Informada la condesa de la tal conversacion, juró tomar venganza, sirviéndose del ascendiente que tenia sobre su amante para perder á sir Tomás.

No tardó Carre en entrar en el plan trazado para perder á su amigo. Al mismo tiempo que precisaba al rey á nombrar á Oberbury embajador en Rusia, se esforzaba por persuadir á este que no aceptase tal nombramiento. Las intrigas del favorito tuvieron un éxito completo. La negativa de sir Tomás irritó al rey, y así aquel fué encerrado en la Torre, donde fué envenenado con una torta por órden de la condesa de Essex.

Al mismo tiempo se pronunció el divorcio á pesar de todas las dificultades que habia para conseguirlo, y así se celebró el matrimonio de los amantes con todo el esplendor posible. Empero el rumor del envenenamiento de Oberbury se acreditaba cada vez mas, amenazando al favorito en medio de su fortuna. No tardaron los remordimientos en venir á turbar su alma y alterar sus placeres. Desvaneciéronse las gracias de su juventud, el atractivo de sus modales se convirtió en un sombrío silencio, y el rey, cuyo afecto no se fundaba mas que en sus prendas superficiales, comenzó á entibiarse hácia un hombre que ya no podia agradarle.

(1) Este grabado está tomado de una lámina publicada inmediatamente después del descubrimiento de la conspiracion.

Pero Jacobo no era bastante previsor para separarse completamente de un valido sin tener ya otro. Advirtiendo los enemigos de Sommerset la declinacion de su favor, aprovecharon la ocasion de presentar al rey á Jorge Villiers, segundogénito de una familia noble, que estaba de vuelta de sus viajes á la edad de veintidos años, no dudando que su hermosura y buenos modales cautivarian al monarca.



Arabela Stuard.

En efecto, apenas le vió el rey se prendó tanto de su figura, que al momento le dispensó su afecto. Los historiadores contemporáneos, cuya malignidad contra este monarca aparece algunas veces en sus escritos, nada de criminal suponen en tales relaciones, que parece las atribuyen á debilidad de espíritu mas bien que á pasiones vergonzosas. Sea lo que fuere, Villiers, fué admitido desde entonces al servicio de Jacobo, confiriéndole el cargo de copero. En vano trató Sommerset de humillarle: su rivalidad estremada no sirvió mas que para que el rey se interesase mas vivamente por aquel jóven.

La adopcion del nuevo favorito y el descubrimiento del crímen de Sommerset, que se realizó en la misma época, alejaron muy pronto los restos del afecto que este todavía merecia á Jacobo.

Habiéndose retirado á Flesinga un mancebo de botica que habia sido el encargado de preparar el veneno destinado á Oberbury, divulgó el funesto secreto, y llegando esta noticia á oidos del rey, mandó á sir Eduardo Coke, lord jefe de justicia, que examinase el asunto con toda imparcialidad. La real órden fué cumplimentada con exactitud, descubriéndose completamente la complicacion del crímen—A. 1615.

El gobernador de la Torre y algunos cómplices subalternos fuéron condenados y ajusticiados. Sommerset y su esposa, á pesar de habérseles probado su crímen, lograron una dilacion, y al fin su perdon despues de algunos años de estar encarcelados.

La falacia é injusticia con que el rey procedió en aquellas circuntancias, estamparon en él una mancha indeleble. Hallándose Sommerset en el real palacio cuando el ministro de justicia fué á prenderle, preguntó audazmente á este con qué derecho iba á arrestar á un par del reino en presencia del rey. Este, al saber lo que ocurria, le dijo riéndose: «Es preciso que os determineis á obedecer como yo mismo obedeceria, si Coke me enviase á llamar.» En seguida le abrazó y encargó que volviese pronto, porque no podia vivir sin él ni un momento. Apenas se habia marchado Sommerset, Jacobo dijo: «Anda, que te lleve el diablo: yo no pienso volver jamás á verte.»

Algun tiempo después se le oyó asegurar que preferia cayese sobre su familia la maldicion del cielo antes que perdonar á los que la ley condenase. Mas adelante, sin embargo, consintió en restituir la libertad á Sommerset y su esposa, y aun les otorgó una pension con la cual se retiraron y vivieron el resto de su vida en medio del oprobio y de los remordimientos, haciéndose mas gravosa una situacion tan deplorable con las reconvenciones que mútuamente se dirigian.

A consecuencia pues de la caida de Sommerset principió el favor de Villiers, quien en el espacio de tres años escasos fué creado vizconde de Villiers, conde, marqués y duque de Buckingham, caballero de la órden de la Jarretera, caballerizo mayor, director de aguas y de bosques, gobernador de los cinco puertos, presidente del tribunal del banco del rey, condestable de Windsor, gran maestre de Westminster, y almirante mayor de Inglaterra. Su madre obtuvo el título de condesa de Buckingham; su hermano fué hecho vizconde de Purbek, y una parentela numerosa que hasta entonces habia vivido en la indigencia alcanzó reputacion y fortuna (1).

Entre las circunstancias singulares de este reinado es de notar que Jacobo, que habia consagrado su juventud al estudio y que tenia instruccion, escojia siempre sus favoritos entre los mas ignorantes del reino, y que por problemático que hubiese sido su valor personal, fué pródigo en premiar á los que se distinguian en los ejercicios belicosos de aquel siglo.

No es de estrañar que los intereses públicos del reino fuesen desatendidos, y que los hombres de mérito verdadero fuesen abandonados al olvido y á la miseria, toda vez que indignos favoritos eran los únicos que entretenian al monarca, en lugar de ocuparse este en la gloria y felicidad de sus súbditos. Tan bastardos intereses fuéron muy funestos para el reino, relativamente á las ciudades de Holanda hipotecadas á favor de Inglaterra, y en cuanto al bravo sir Walter Raleigh.

Cuando en el reinado anterior Isabel accedió á prestar su apoyo á la Holanda, que se esforzaba por sacudir el yugo español, no fué tan desinteresada que no exigiese fianzas por el dinero que aprontaba. Los holandeses en consecuencia la entregaron las importantes fortalezas de Flesinga, la Brille y Ramekius, con la promesa de devolverlas tan pronto como se la pagasen los adelantos, que ascendian á ochocientas mil libras esterlinas.

Pero como Jacobo por causa de sus escesivos dispendios estaba siempre apurado y tenia necesidad de dinero para enriquecer á sus favoritos y satisfacer los deseos de una corte insaciable, consintió en evacuar dichas fortalezas, con la condicion de que se le reembolsase el tercio de la suma que Holanda debia á Inglaterra.

En su consecuencia Jacobo restituyó aquellas ciudades que mantenian á los estados de Holanda en una sujecion absoluta, y que un príncipe emprendedor y ambicioso las hubiera mirado como una de sus posesiones mas importantes.

El general descontento que produjo esta medida impolítica, llegó á su colmo por un acto de rigor que nunca dejará de ser considerado como uno de los mayores borrones de la memoria de Jacobo.

El valiente y sabio Raleigh estaba desde el principio de este reinado encerrado en la Torre por un delito de conspiracion que nunca se le pudo probar. En aquella triste morada fué donde compuso muchas obras llenas de mérito, y que hoy todavía son estimadas. Sus largos infortunios y sus escelentes escritos habian, hacia mucho tiempo, atraido la opinion pública á su favor; de modo que los que antes habian esperimentado senti-

(1) Jacobo vivió con él en una familiaridad indecorosa. En algunas de sus cartas al rey, que se han conservado, Villiers llama á este su compadre, y á las palabras *your majesty* sustituye las de *your suwship, vuestra porqueria. (B. W.)*

No se concibe que un príncipe pedante como Jacobo pudiese querer á un hombre tan ignorante, atolondrado é inconstante como Villiers, ni que un rey que se asustaba al ver una espada cojiese para favorito á un héroe de novela. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

mientos de odio contra el enemigo de Essex, no podian entonces prescindir de deplorar el triste cautiverio del guerrero filósofo. El mismo Raleigh hacia los mayores esfuerzos para recuperar la libertad, y con esta mira procuró difundir el rumor de que él habia descubierto en la Guiana una mina de oro, capaz, no solo de enriquecer á los aventureros que se apoderarán de ella, sino tambien de suministrar inmensos tesoros á la nacion. Ora porque el rey creyese tal noticia, ora porque tuviese intencion de diferir para mas adelante la perdicion de Raleigh, le dió la libertad con el encargo de probar fortúna, yendo á descubrir la pretendida mina de oro: pero se negó á anular la sentencia que contra él habia pronunciado, pareciendo que la queria conservar como garantía de su conducta futura.

Con tanta prontitud y calor hizo Raleigh los preparativos de su espedicion, que nadie dudó seria coronada con feliz éxito. Al efecto tomó el rumbo hácia la Guiena, y se detuvo en la embocadura del rio Orinoco con cinco de sus buques mas importantes, avanzando los demás al mando de su hijo y del capitan Keymis, hombre de toda su confianza.

Fué estremada la sorpresa de los ingleses, cuando lejos de encontrar un país abundante de oro segun esperaban, vieron á los españoles que noticiosos de su llegada habian tomado las armas para recibirlos. El jóven Raleigh, esforzándose por animar á su gente, gritó que la poblacion de Santo Tomás que tenian muy cerca, era el punto de la verdadera mina, y que á no estar loco no se necesitaba pensar en buscar otra; pero en el momento en que estaba hablando recibió un balazo de que murió en el acto. A esta desgracia se siguió otra muy pronto, y cuando los ingleses se apoderaron de la ciudad no hallaron preciosidad alguna.

Keymis fué el que en otro tiempo habia supuesto la existencia de una mina en aquel punto, y quien habia dado la primera noticia á Raleigh; pero entonces empezaba á retractarse, y aunque solo con dos horas de camino podia llegar á dicha mina, se negó con los pretestos mas ridículos á proseguir el reconocimiento.

Volvió adonde estaba Raleigh para anunciarle la triste noticia de la muerte de su hijo, y apoderándose de Keymis la desesperacion, se retiró á su cámara, donde se quitó la vida.

El desgraciado Raleigh veia desvanecerse todas sus esperanzas, y conocia que iban á aumentarse sus desdichas con las reconvenciones de los que le habian dispensado su confianza. Su situacion fué mas lastimosa que nunca cuando recibió la órden de regresar á Inglaterra para dar cuenta al rey de su conducta. Preténdese que entonces empleó muchos artificios para inducir á los que le acompañaban á atacar á las factorías españolas, y que no pudiendo lograrlo hizo nuevos esfuerzos para escaparse á Francia. Todas sus tentativas fuéron en vano; y así fué entregado en manos del rey, y su conducta examinada con mucho rigor por el consejo privado, así como la de sus compañeros de infortunio.

Habiéndose quejado fuertemente el conde Gondomar, embajador de España, de aquella espedicion, habia recibido del rey de Inglaterra la seguridad de que á Raleigh mandó terminantemente que de ninguna manera hostilizase á los españoles, y que tuviese mucho cuidado en evitar toda especie de discordia; y para dar á España una prueba marcada de amistad, firmó la sentencia de muerte de Raleigh, ya que no por su conducta reciente, por la supuesta conspiracion de que en otro tiempo habia sido acusado.

Así, el monarca inglés cometió una atroz injusticia, ya cuando condenó á un hombre por un crímen no probado, ya cuando le encomendó una empresa sin otorgarle el perdon que parecia exigir una muestra tan grande de confianza, ya cuando le impuso la muerte por una transgresion que no merecia semejante castigo, y ya cuando rehusó al desdichado el ser juzgado de nuevo, y le condenó en virtud de una sentencia que por su antigüedad debia ser nula.

Aquel hombre célebre murió con la misma presencia de alma que siempre habia manifestado en el curso de su vida. En el momento en que iban á cortarle la cabeza puso el dedo debajo del hacha y dijo: «Este remedio es agudo, pero eficaz para todos los males.» Su arenga al pueblo fué tranquila y elocuente. Despues de haber hablado puso la cabeza sobre el tajo con la mayor indiferencia. Su muerte injusta le aseguró la opinion pública, ya dispuesta en favor suyo por su valor y sus desgracias. Ninguno de los actos de este reinado escitó un descontento mas general.

A la pérdida de tan grande hombre se siguió la desgracia del canciller Bacon, quien fué acusado de haberse dejado corromper y recibido dádivas, flaqueza incompatible con la integridad de un juez. Habiendo confesado su falta, fué despojado de su cargo, y condenado á una multa de cuatro mil libras, la cual mas adelante le fué condonada por el rey.

No tardaron en descubrirse los motivos de la parcialidad de Jacobo para con España. Convencido este monarca de que todo enlace que no fuese con descendiente de sangre real era indigno de él, concibió la idea de buscar en las cortes de Francia y España un matrimonio proporcionado para su hijo Carlos, príncipe de Galles. Esta última corte mereció la preferencia; y viendo Gondomar el vivo deseo de Jacoco por enlazar á su hijo con una testa coronada, propuso para este á la segunda hija del rey de España; y á fin de dar á tal boda un aliciente mas fuerte, prometió que la novia recibiria en dote una fortuna inmensa. Pero como esta negociacion no debia terminarse en mucho tiempo, pasaron cinco años antes de concluirse el tratado.

Semejante dilacion no podia menos de desagradar al rey, que contemplaba con ojos de envidia la fortuna de la princesa. El príncipe Carlos no estaba menos descontento que su padre; pues hallándose imbuido en las ideas novelescas, habia concebido una pasion ardiente á la dama que jamás habia visto. Considerando que la dilacion no iba á tener término, Villiers se imaginó un proyecto que debia conciliarle el afecto del príncipe; proyecto escelente para una novela, pero que nunca debió entrar en la cabeza de un hombre de estado. Era preciso que el heredero del trono se disfrazase y marchase á España á lograr por sí mismo la mano de la princesa. Un tal plan que debia ser rechazado por Jacobo, obtuvo su completa aprobacion; y así Buckingham acompañó al príncipe Carlos á título de escudero, atravesando la Francia con los nombres de Jack y de Tom Smith, cual nuevos caballeros andantes.



Enriqueta de Francia.

En París asistieron á un baile en que la pricesa Enriqueta apareció con toda la importancia de la juventud y de la hermosura. En la corte de España fuéron acogidos con todas las demostraciones de lealtad y de respeto; pero Buckingam no tardó en llenar á Madrid con

la fama de sus intrigas, aventuras, serenatas y desafíos. Para agravar el catálogo de sus locuras se enamoró de la condesa de Olivares, esposa del primer ministro, y ultrajó á este mismo. Semejantes estravíos no podian ser tolerados en la corte mas rígida en materia de etiqueta y de severo decoro. Rompióse completamente el tratado, y se asegura que lo fué con satisfaccion del príncipe Carlos, á quien la vista de la princesa de Francia habia tornado inconstante. Desde entonces se emprendió otro tratado con la corte de Francia para conseguir la mano de la princesa Enriqueta, hija del gran rey Enrique IV. Este enlace ofrecia muchos menos obstáculos que el de la infanta española, pero estaba lejos de ofrecer las mismas ventajas: la dote de la princesa de Francia era corta, y el rey no entraba en el proyecto sino en los términos del tratado celebrado entre España é Inglaterra. Jacobo accedió ello, siendo uno de los artículos de dicho tratado que la educacion de los hijos correria á cargo de la madre hasta la edad de trece años. Esta disposicion tan favorable al catolicismo fué naturalmente una de las causas de la ruina de esta desgraciada familia.



Sir Hugh Midleton (1).

La imprudencia de Jacobo parecia conspirar, en union con diferentes abusos, á atraer sobre él y los suyos los males de que mas tarde se vieron abrumados. Ya se habia hecho imposible en esta época influir en la cámara de los comunes á favor del rey. La prodigalidad de Jacobo para con sus favoritos le creaba de dia en dia nuevas necesidades (2), y para proporcionarse recursos vendia una á una sus prerogativas reales á dicha cámara, ansiosa de invadirlas todas. A medida que él hacia nuevos pedidos, se suponian nuevos abusos, y á cada subsidio que se otorgaba seguia una concesion y una reforma. Las diferencias entre Jacobo y el parlamento se volvian mas violentas cada legislatura, y la última anunciaba tan altas pretensiones, que al rey causó por fin alarma. Pero los males que este débil monarca acumuló sobre su cabeza no cayeron sino sobre su sucesor.

Estas turbulencias interiores fuéron el preludio de sucesos importantes en Alemania, que produjeron los mas desastrosos resultados. La hija mayor del rey se habia casado con Federico, elector palatino. Nombrado este príncipe rey de Bohemia por los súbditos rebeldes del emperador Fernando II, fué derrotado en una batalla decisiva, y obligado á buscar asilo en Holanda. Su alianza con Inglaterra, sus desgracias, y sobre todo su adhesion al protestantismo, por el cual habia combatido, eran motivos poderosos para decidir al pueblo inglés á abrazar su defensa; y así dirigiéronse muchas esposiciones á Jacobo estimulándole á tomar una parte activa en los asuntos de Alemania, á fin de reponer en el trono de sus antepasados al príncipe proscrito. El rey ensayó la via de las negociaciones para conjurar las desdichas de su yerno; pero habiéndose frustrado todos los esfuerzos de la persuasion, se resolvió á reconquistar el palatinado por medio de las armas.



Bacon (1).

Declaróse la guerra contra España y el emperador, enviando seis mil hombres á Holanda para sostener al príncipe Mauricio en sus proyectos contra estas dos potencias. Los soldados estaban orgullosos del partido que Jacobo habia tomado, y se alegraban de la guerra contra los católicos. No tardó en seguir á este ejército otro de doce mil hombres mandados por el conde Mansfelt. La corte de Francia habia prometido su apoyo, pero los ingleses fuéron burlados en sus esperanzas. Al llegar las tropas á Calais no encontraron órdenes para que se les dejase desembarcar; y despues de aguardar inútilmente, los jefes de la espedicion volvieron á dar la vela en direccion á Zelanda, donde ningun prepativo habia para facilitar el desembarco. Entre tanto declaróse una peste entre los de la escuadra, pereciendo mas de la mitad de las fuerzas que estaban hacinadas en los buques; de modo que los que sobrevivieron, debilitados por sus padecimientos, no eran á propósito para marchar al palatinado. Así se terminó esta espedicion mal concertada y todavía peor ejecutada.



El Almirantazgo.

No puede asegurarse si este infeliz éxito fué lo que causó el quebrantamiento de la salud del rey: lo cierto es que muy poco después le acometieron unas tercianas. Al pronto creyeron los cortesanos, conforme á un refran popular, que semejante enfermedad era una señal de salud para el rey; pero este les contestó que aquel refran no se referia probablemente mas que á los reyes jóvenes. Sintióse tan debilitado despues de algunos ataques, que ya no dudó de que su peligro era inmi-

(1) Es el autor de la gigantesca empresa de surtir de agua á Londres. Fué nombrado baronet en 1622 y murió en 1631.

(2) Dió unas fiestas de máscaras que costaron mas de tres mil libras esterlinas, es decir, mas de setenta y cinco mil francos. *(B. W.)*

(1) El Lord Canciller Bacon era tan grande filósofo, que merece el título de padre de la ciencia moderna.

nente: conferenció largo tiempo con el príncipe su hijo, recomendándole que se mantuviese fiel á la religion anglicana, y resignándose á su cercano fin, mostró calma y valor hasta sus últimos momentos. Falleció á los cincuenta y nueve años de edad y á los veintidos de su reinado—A. 1625, 27 de marzo.

En este reinado no hubo nuevas conquistas ni espediciones gloriosas y brillantes; pero las artes caminaron silenciosamente al mas alto grado de perfeccion: la razon estendió su influencia, reformándose las ideas que en religion, moral y gobierno habian dominado hasta entonces. Todas las clases de la sociedad estaban ya poseidas de un espíritu de libertad que no permitia creer en ningun medio de santificar el fraude, la injusticia y la tiranía. Jacobo enseñó con sus faltas á sus súbditos á conocer el punto donde deben concluir las prerogativas de la autoridad real (1). El principió por querer establecer sus derechos absolutos de un modo contrario á los privileigios naturales del pueblo; pero como se le mostró resistencia, se vió al instante que la causa mas débil era la del monarca.

CAPITULO XXXIV.

CARLOS I.

(Desde el año 1625 hasta el de 1611.)

Pocos príncipes han subido al trono con tantas ventajas aparentes como Carlos, y sin embargo ninguno ha encontrado tantos obstáculos en aquel puesto difícil. Eran tan grandes las ventajas, que el príncipe mas prudente hubiera confiado con seguridad en lo que parecia que prometian; pero las dificultades que al mismo tiempo rodeaban el cetro eran tan numerosas y temibles, que ningun mérito hubiera sido acaso capaz de superarlas. Carlos se encontraba en posesion de un reino floreciente y tranquilo; la legitimidad de sus derechos al trono no podia ser disputada; su poder estaba robustecido por su alianza con Francia; su autoridad absoluta tácimente reconocida por una parte de sus súbditos, y la elocuencia de la tribuna obligaba á los demás al silencio: en suma, era generalmente amado por un pueblo cuyo afecto habia conquistado con sus virtudes, su candor y su modestia.



Carlos I.

Pero á este cuadro debemos contraponer otro muy diferente. Como los hombres habian aprendido á pensar, juzgaban que ellos tenian un derecho justo al inapreciable beneficio de su libertad: el génio de la independencia habia desplegado sus alas cerniéndose sobre Inglaterra. La ignorancia ó el miedo habian permitido á los soberanos de los tiempos anteriores el usurpar un poder absoluto, considerando desde entonces los abusos de sus derechos como otros tantos privilegios indelebles. Pero ya no podian continuar tales pretensiones, porque la voluntad del pueblo habia puesto barreras á la autoridad absoluta.

Carlos estaba acostumbrado á considerar las prerogativas reales como un depósito sagrado que no le era permitido enajenar ni aun cercenar. Sin embargo de que su padre habia contribuido á disminuir los derechos de la corona, los habia defendido en sus escritos, é inspirado á su hijo la voluntad de conservar por la fuerza lo que ya no existia mas que de palabra. Carlos no vió ó no quiso ver que el pueblo en que iba á reinar no abrigaba las disposiciones de antes hácia su soberano; y así se resolvió á seguir el sistema de gobernar como sus predecesores, sin advertir que semejante voluntad debia chocar con la de un pueblo que queria sacudir las cadenas impuestas por la ignorancia y la barbárie.



Carlos I.

En los reinados precedentes hemos dado pocos detalles acerca de los parlamentos, porque hubieran interrumpido la marcha de la historia sin contribuir á su interés; pero hemos llegado á un momento en que debemos ocuparnos de ellos minuciosamente, toda vez que juegan el principal papel en esta época notable. Vamos pues á ver luchar el valor y el génio contra la injusticia secundada por la fuerza de la costumbre y armada del poder.

Cuando Carlos tomó las riendas del gobierno, tenia la íntima persuasion de que el amor que se le profesaba seria suficiente para que fuesen aprobadas todas las medidas que juzgase oportunas. En consecuencia se resolvió á cumplir el tratado hecho en el anterior reinado para defender al Palatino declarando al efecto la guerra; pero no fué tan fácil como tomar semejante determinacion el realizarla. Dirigióse á la cámara de los comunes en demanda de subsidios, concediéndosele dos después de algunas dilaciones; pero la suma á que ascendian estaba muy lejos de ser suficiente para ir en socorro de su cuñado, amen de ir acompañada de peticiones contra los católicos y muchos abusos del gobierno. Estendióse tambien la censura contra Buckingham, favorito del último rey, y mas todavía del monarca actual; de modo que lejos de satisfacer á Carlos y de votar las cantidades requeridas, los comunes emplearon el tiempo en quejas y recriminaciones. Así trascurrió la estacion favorable para la campaña proyectada, y Carlos, descontento de aquella perplejidad, y ofendido de las negativas, juzgó necesario disolver un parlamento que no le era posible dominar.

(1) Hume ha hecho algun elogio del rey Jacobo I; pero Madama Macaulay no ve en este monarca mas que un déspota imbécil muchas veces.

Para suplir los subsidios negados por los comunes, Carlos recurrió á algunas medidas de estorsion, empleadas en casos estremos por sus predecesores. Mandó levantar el impuesto conocido con el nombre de donativo gratuito; pero para disminuir lo odioso de este, decidió que no exigiria mas que á las personas conocidas por capaces de pagarlo fácilmente. Al efecto envió cartas autorizadas con el sello privado, mencionando la cantidad que debia satisfacerse. El pueblo se sometió, bien que con repugnancia, á este acto arbitrario de que ya se habia echado mano muchas veces, á pesar de que una injusticia no debia economizar las demás.

El dinero procedente de semejante impuesto sirvió para equipar una escuadra contra España, para donde se embarcaron diez mil hombres á las órdenes del lord Wimbledon, dirigiéndose á Cádiz, cuya bahía encontraron llena de buques cargados de riquezas. Pero el comandante malogró la ocasion de hacerse dueño del puerto, pues cuando se desembarcó el indisciplinado ejército, en lugar de marchar sobre la ciudad, se abandonó á numerosos escesos. Nada se hubiera conseguido con detenerse por mas tiempo: por tanto volvieron á embarcase las tropas, y desarrollándose poco después la peste en la escuadra, fué preciso abandonar todos los proyectos y regresar á Inglaterra. Suscitáronse muchas quejas contra la corte por haber confiado el mando de espedicion tan importante á un hombre reputado por incapaz para dirigirla.

Esta desgraciada tentativa era funesta para la corte. Era preciso volver á probar fortuna para restituir á la nacion una parte de su gloria; pero debia procederse contando con la seguridad de triunfar, y necesitándose al efecto muchos recursos, que el rey quiso obtenerlos de una manera regular y constitucional.

Convocóse pues un nuevo parlamento, y por mas que se emplearon varios subterfugios para escluir de él á los caudillos populares que habian figurado en la última legislatura, nombrándolos jerifes de los condados, dicho nuevo parlamento se opuso mas todavía á los deseos del rey que el que habia sido disuelto. Cuando Carlos espuso á la cámara las necesidades del ejército y pidió subsidios, los miembros votaron y le concedieron tres, que ascendieron á ciento sesenta mil libras, cuya cantidad no podia sufragar á la importancia de la guerra, y estaba lejos de ser proporcionada á las rentas del Estado. A pesar de lo mezquino de esta concesion, no le fué hecha sino con la condicion de reformar un gran número de abusos. El enojo de la cámara iba dirigido contra Buckingham, quien como ministro carecia de capacidad, y como favorito del rey era odiado por toda la nacion. Siempre que los súbditos se rebelan contra la prerogativa real, atacan á los que aparecen colmados de los favores de la corte; por lo que, un monarca sábio rara vez se rodea de favoritos.



El duque de Buckingham.

Carlos estaba lejos de poseer el arte de hacer diferencia entre sus amigos y sus ministros; y así, por incpto que fuese cualquiera á quien él amara, le conferia ciegamente un empleo público. Como tenia afecto al duque, trató por lo tanto de protegerle; aunque defender á un hombre, objeto del odio público, era tomar sobre sí mismo la responsabilidad de las faltas de su ministro.

La cámara de los comunes decretó una pesquisa contra Buckingham, en tanto que el conde Bristol, de regreso de su embajada á España, le acusó ante los pares. Los cargos que se le hacian consistian en el abuso del poder que se le habia otorgado, no pensando en otra cosa que en enriquecerse á sí mismo y á su familia, en haber desatendido las necesidades de la marina, en fin, en haber puesto en un costado del difunto rey un parche envenenado que aceleró la muerte (1).

Unas acusaciones tan frívolas se hubieran destruido por sí mismas, si el rey no hubiera interpuesto su autoridad intempestivamente. Carlos dió órden al guarda-sellos para intimar á la cámara la prohibicion de proceder contra Buckingham.

Para dar una prueba mas patente de lo decidido que estaba á sostener á su valido, hizo que le eligiesen canciller de la universidad de Cambridge, á cuya corporacion escribió después el mismo rey una carta de gracias. Al mismo tiempo aseguró á los comunes que si no hacian justicia á sus peticiones, apelaria á nuevos consejos. Pero lo que puso el colmo al descontento que producia la conducta del rey, fué el acto arbitrario con que hizo encerrar en la Torre como si fuesen sediciosos á sir Dudley Dgiges y á sir Juan Elliot, individuos de la cámara, por haberse quejado abiertamente de la parcialidad que Carlos manifestaba hácia un hombre cuyas exacciones eran insoportables al pueblo.

Entonces los comunes se quejaron con razon de la infraccion de sus privilegios, y mirando ya como imposible la libertad de la discusion, protestaron de una manera solemne que ninguno de sus miembros habia obrado contra el respeto debido á la majestad real, disponiéndose en seguida á publicar su justificacion. Carlos se irritaba y tomaba fácilmente medidas violentas; pero como no tenia bastante firmeza de carácter para llevarlas á cabo, hizo poner en libertad á dichos dos presos. Semejante muestra de deferencia no sirvió mas que para aumentar en el parlamento el espíritu de oposicion que se habia desarrollado con los ultrajes que se le habian inferido. El conde de Arundel, que tambien habia sido preso por haber ofendido del mismo modo en la cámara de los pares, fué puesto en libertad con igual condescendencia y debilidad. Ambas cámaras se negaron completamente á corresponder á los deseos de la corte, si antes no se llenaban las condiciones prescritas; pero el rey, no queriendo abandonar á su favorito, renunció los subsidios cerrando de nuevo el parlamento.

Carlos trató entonces de hacer uso de los medios de que habia hablado al parlamento. Lejos de apetecer la paz con España y así disminuir los gastos, toda vez que los ingresos no podian ser aumentados; se decidió á continuar la guerra con el designio de mantener en pié un ejército: con lo cual se propondria acaso aguardar la ocasion de forzar á sus súbditos á una sumision completa. Por entonces sus soldados eran bisoños, estaban mal pagados y peor disciplinados: de suerte que hubieran triunfado las milicias, que en caso de hostilidad se hubieran vuelto contra el rey. Por tanto, á fin de ganar tiempo y conseguir dinero, nombró sin rebozo una comision para tratar con los católicos de la abolicion de algunas leyes penales promulgadas contra ellos mediante los donativos que entraban en el tesoro privado (2).

(1) Habia tambien otras quejas contra este favorito: acusábasele de haber hecho traicion á Inglaterra entregando unos buques mercantes ingleses á Francia. *(Véase la historia de madama Macaulay.)*

(2) La conducta del rey fué siempre muy equívoca en materia de religion. A la vez favorecia al clero anglicano y á los

Pidió un empréstito á la nobleza, que no lo dió sino con lentitud y repugnancia. En cuanto al tributo de buques hubo el mayor abuso de poder: cada ciudad marítima debia aprestar á su costa cierto número de ellos: Londres tuvo que habilitar veinte; y así este impuesto vino á ser un manantial de exacciones que provocó en sumo grado el descontento del pueblo inglés. No por esto se contuvo el ministerio. Cualquiera persona ilustre por su nacimiento ó su fortuna, que se negaba á satisfacer lo que se le pedia, era llevada al consejo, y persistiendo en su negativa enviada á la cárcel.

Aquí vemos que, al modo de los pueblos sumidos en la guerra civil, los dos bandos tenian faltas, por mas que en un principio eran guiados por justos motivos. El parlamento, sosteniendo los derechos sagrados del pueblo, y el rey defendiendo los privilegios respetables del trono, fuéron arrastrados á repulsas indebidas y mal calculadas, á injusticias y á estorsiones, hasta alejarse completamente de los motivos y principios que los habian guiado al pronto.

Así sucedió que por algun tiempo se obedeció, aunque con repugnancia, á la voluntad del rey, y que los que eran bastante temerarios é imprudentes para rehusar el préstamo marcado, esperaban con resignacion en las cárceles la mitigacion de tan rigurosas medidas, ó solicitaban por medio de peticiones dirigidas al rey, que se les pusiese en libertad.

Cinco personas, con riesgo de perder toda su fortuna é incurrir en la indignacion del soberano, se resolvieron á investigar si la autoridad real podia arrogarse semejante facultad sobre los súbditos sin barrenar las leyes. Estos patriotas consagrados á la causa pública fueron sir Tomás Darnel, sir Juan Corbet, sir Walter Earl, sir Juan Heveningham y sir Eduardo Hampden, cuyo proceso se ventiló solemnemente ante el tribunal del banco del rey, aguardando el reino entero con interés el resultado de aquella cuestion. Los debates enseñaron al pueblo que la libertad personal habia sido asegurada por seis estatutos diferentes y un artículo de la gran carta, y que los reyes en tiempos de sedicion y disturbios no habian observado tales leyes, citándose numerosos ejemplos en apoyo de semejante asercion. Era por lo tanto muy difícil el decidir sobre tal materia. Segun la ley podian los cinco presos ser puestos en libertad sin fianza; pero el tribunal nada resolvió sobre este derecho. Semejante evasion no satisfizo ni á la corte ni al partido contrario. Los partidarios de la autoridad real insistieron en que se declarase que no habia lugar á la caucion, al paso que el pueblo reclamaba la libertad de los presos.

De este modo estaba la tranquilidad del reino perpétuamente turbada por los debates del rey y del parlamento; el pueblo se hallaba descontento, y la guerra con España lejos de terminarse. En esta coyuntura fué cuando Carlos se determinó á romper con Francia á pesar de la alianza contraida con ella. Fué general la sorpresa, y se trató de averiguar la causa de semejante rompimiento. Buckingham tenia sobre el ánimo del rey una preponderancia ilimitada. Todos los historiadores dicen unánimes que el duque durante su viaje á Francia habia concebido la esperanza de conquistar el corazon de la reina: el cardenal de Richelieu abrigaba la misma ambicion y aspiraba al mismo honor. La rivalidad de entrambos ministros produjo entre sí una enemistad irreconciliable, la cual hizo de sus ofensas privadas una cuestion de Estado, viéndose las dos naciones precisadas á tomar parte en la contienda. Sea lo que fuere, declaróse la guerra á Francia, y Carlos creyó que el principio de las hostilidades seria un medio de introducir la concordia en sus estados.

Pero todas las empresas del monarca parecia que eran contrariadas por la fortuna. Carlos envió una escuadra á las órdenes de Buckingham en socorro de la Rochela, ciudad marítima de Francia, que hacia mucho tiempo gozaba de privilegios independientes, y á la sazon se hallaba asediada por un ejército considerable, por haber abrazado la religion reformada. Esta espedicion fué tan infeliz como la que se intentó sobre las costas de España. El duque tomó tan mal sus medidas (1), que los rocheleses se rehusaron á admitir á unos aliados cuya llegada ni era prevista ni aguardada.

Buckingham, después de tan mal resultado, en lugar de dirigirse á la isla de Oleron, que era fértil y estaba mal defendida, acometió á la de Rhé que tenia una fuerte guarnicion y estaba bien fortificada. Intentó tomar por hambre el castillo de San Martin; pero los víveres podian entrar por mar, y en el ínterin los franceses desembarcaron nuevas tropas en otro punto de la isla. Buckingham fué atacado sin estar preparado, viéndose precisado á retirarse con tanta precipitacion, que fueron destrozados dos mil soldados suyos antes de haber podido embarcarse. El duque fué el último del ejército que dejó aquel funesto campo; pero esta prueba de valor personal no le preservó de la animadversion pública, la cual reprobó fuertemente semejante espedicion.

El mal éxito de esta empresa, al paso que hizo mas aborrecido al duque, aumentó las angustias del rey, quien se decidió á convocar un nuevo parlamento por no haber otro medio de conseguir dinero. En el discurso que dirigió á las dos cámaras les hizo saber que habian sido llamadas para votarle subsidios, y que si se los rehusaban omitiendo lo que estaba en las facultades de ellas para auxiliar al Estado, se veria obligado á valerse del poder que Dios le habia confiado, á fin de salvar lo que sus negativas insensatas pusiesen en peligro.

Ni las amenazas del rey, ni las del guarda-sellos, mas virulentas todavía, intimidaron á la cámara, cuyos individuos declamaron abierta y osadamente contra las medidas arbitrarias tomadas por el rey, contra los préstamos forzosos, los donativos gratuitos, las tallas impuestas sin acuerdo del parlamento, las prisiones ilegales, los alojamientos de los soldados por boletas y contra las leyes marciales, insistiendo con energía para que en lo sucesivo no se renovasen tales abusos. Alegaban como razon, que sus pretensiones eran inherentes á los derechos del pueblo, y que no pedian mas que los privilegios que este ya habia poseido. La gran carta y los antiguos estatutos probaban suficientemente que reclamaban con justo título contra tales vejaciones. En algunos casos estremos habian los reyes de Inglaterra hallado medios de eludir las leyes; pero Carlos acababa de violarlas todas abiertamente, y así las cámaras convinieron en no acceder á ninguna demanda hasta que se les hubiese hecho justicia. Al efecto presentaron una peticion ó memorial al rey, para que en adelante ninguna autoridad pudiese obrar de un modo contrario á las leyes y á la carta.

Esta proposicion, favorable á los intereses del pueblo, y cuya pronta aceptacion hubiera podido impedir muchos desórdenes, fué mirada por Carlos como un atentado á sus prerogativas y autoridad. Hizo pues todo lo posible para impedir los efectos de dicha proposicion; pero cuando vió que solo su consentimiento era capaz de satisfacer á la cámara, se decidió á darlo, aunque no lo realizó sino de una manera evasiva y en términos de doble sentido, que le dejaron en posesion

católicos: al primero, porque sostenia su tiranía; y á los segundos, porque le contribuian con grandes sumas de dinero. El doctor Mauwaring predicó á favor de la autoridad arbitraria, y á pesar de haber sido censurado por el parlamento, el rey le colmó de dignidades. Otro parcial de la corte publicó un libro en favor del catolicismo, y el rey prohibió la respuesta escrita en contra. (*B. W.*)

(1) El almirante inglés no osó pasar una especie de barra hecha por los franceses para impedir que la Rochela fuese socorrida por mar. Los reyes que se dejan guiar por sus favoritos tienen siempre malos generales. (*B. W.*)

de todo su antiguo poder. Hiciéronse nuevas reclamaciones; y entonces, para no provocar el enojo del parlamento, y en especial para preservar á su valido de la malevolencia, las otorgó por completo. Al efecto marchó á la cámara de los pares, y despues de pronunciar la fórmula acostumbrada *como se pide*, dió á la súplica toda la sancion necesaria para hacer una ley. Entonces resonaron en el salon aclamaciones que probaron evidentemènte la satisfaccion del pueblo, y una concesion de cinco subsidios fué la muestra del reconocimiento del parlamento.

Viendo los comunes el triunfo que alcanzaron, se resolvieron á continuar mostrándose severos, para conseguir que se reformasen todos los demás abusos. Los jefes de la cámara de los comunes eran entonces muy diferentes de aquellos hombres ignorantes y semibárbaros que en los siglos anteriores iban á la capital, no á examinar si era preciso conceder subsidios á los reyes, ni á defender como legisladores los intereses del pueblo, sino á recibir humildemente y como inferiores las órdenes del soberano. El parlamento actual se componia de miembros instruidos, ilustrados, íntegros y perseverantes hasta ser inflexibles.



Gigante y enano (1).

Poco tiempo antes de la convocacion del parlamento nombró el rey una comision de treinta y tres individuos de los principales cuerpos del Estado, para acordar los medios de crear nuevos impuestos. La cámara de los comunes pidió que dicha comision, anulada de derecho, lo fuese tambien de hecho. Levantáronse de nuevo todas las voces contra Bukingham, á quien habian resuelto perseguir de una manera implacable. El tributo de tonelada impuesto por el rey era una violacion directa de la libertad del pueblo, porque no estaba sancionado por el parlamento. Una nueva representacion al rey iba á pedir la abolicion de tales abusos, cuando noticioso Carlos de semejante intencion se presentó en la cámara y cerró las sesiones.

Como no era fácil intimidar ni contener en los proyectos de progreso aquellos hombres enérgicos consagrados á los intereses del pueblo, reprodujeron sus derechos con mas vigor todavía en la asamblea siguiente, discutiendo y analizando el tributo de tonelada. Este impuesto sobre las mercaderías, instituido al principio de la monarquía, habia sido conferido á Enrique V y á todos los príncipes que le sucedieron, á fin de que pudiesen mantener fuerzas navales para proteger el reino. El parlamento habia continuado concediendo la exaccion de dicho impuesto como un favor especial al principio de cada reinado, menos en el de Enrique VIII, al cual no se le otorgó hasta el sesto año del suyo, aunque no dejó de recaudarlo desde su advenimiento; pero habiéndole parecido necesaria la sancion de las cámaras, debia inferirse que no era un privilegio inherente á la corona. Los comunes fundaron en este argumento sus objeciones contra semejante tributo en el reinado de Carlos, para decir que este no tenia derecho á exigirlo sin el consentimiento de ellos, como habia sucedido en todos los reinados anteriores.

De aquí resultó, como era natural, una larga contienda entre el trono y las cámaras. Los empleados de la aduana fuéron citados á comparecer ante los comunes para que declarasen en virtud de qué autoridad se habian apoderado de los géneros de los que se habian negado á pagar dicho impuesto. Tambien fuéron llamados los barones del tribunal del tesoro para justificar su conducta en aquellas ocurrencias, y el jerif de Lóndres fué enviado á la Torre por haber defendido por su comportamiento á los empleados de la aduana. Unas medidas tan violentas patentizaban el nuevo espíritu de intolerancia que á la sazon reinaba, sin temer poner una mano atrevida en los abusos religiosamente respetados hasta entonces. Viendo el rey que nada perdonaba el parlamento, se resolvió á cerrarle; y así el presidente Juan Finch hizo saber á la cámara en los mismos momentos en que se iba á discutir la cuestion de tal impuesto, que el rey mandaba la suspension de las sesiones.

No puede pintarse la consternacion é indignacion de la cámara de los comunes al recibir semejante órden. El parlamento era disuelto en los instantes en que debia recojer el fruto de tantos esfuerzos: el tumulto fué general en la cámara, obligándose á continuar en su asiento al presidente, á quien sujetaron Holles y Valentine, ínterin se redactaba una lacónica protesta, la cual fué acojida por aclamacion y no por el método ordinario de votacion. En tal escrito, trazado precipitadamente, los católicos y armianos fueron declarados enemigos del Estado, y además se condenó el tributo como contrario á las leyes, considerándose desde entonces como reos de alta traicion, no solo los que quisiesen imponerlo, sino hasta los que lo pagasen.

Ofendido el rey de la conducta de la cámara, hizo prender so pretesto de sedicion á sir Mies Hobart, sir Pedro Heyman, á Selden, Coriton, Long y Strode; pero como era tan inconsecuente, no tardó en revocar semejante órden. Sir Juan Elliot, Holles y Valentine fueron citados para ante el banco del rey; pero se negaron á ello, teniendo por incompetente á este tribunal, y así fueron condenados á estar encarcelados por el tiempo que el rey quisiese, y á pagar cada uno de los dos primeros mil libras esterlinas, y el tercero quinientas, y á prestar caucion por su ulterior conducta. Esta misma opresion hacia que triunfasen los proscritos, porque el reino entero tenia fijos los ojos en ellos y aplaudia su valor y noble proceder.

En tanto que el rey estaba tan atormentado por la firmeza de los comunes, fué dolorosamente herido su corazon por la pérdida del duque de Buckingham, quien pereció víctima del odio que el pueblo le tenia.

Tratóse nuevamente de hacer levantar el sitio de la Rochela, habiendo sido enviado al efecto el conde de Dembigh, cuñado de Buckingham. Esta espedicion fué tan infructuosa como la precedente, y así ningun resultado habia producido. Carlos envió á su

(1) Vivieron en tiempo de Carlos I, y el primero era soldado de la guardia del rey.

favorito á Portsmouth para activar un nuevo armamento y escarmentar á todos los que tenian negligencia ó mala fé en cuanto á las contribuciones legales afectas á la corona. A tal grado habia llegado el descontento general, que no se hablaba mas que de las medidas de rigor á que todos debian prepararse, siendo el duque designado desde entonces con el nombre de tirano y traidor á la patria.

Un irlandés de buena familia, llamado Felton, creyendo como todo el pueblo que el duque de Buckingham era un manantial de calamidades para la nacion, alimentaba contra él un encono violento, al cual contribuian las ofensas particulares que este magnate le habia hecho cuando sirvió á sus órdenes en clase de teniente. Habiendo sido muerto el capitan de su compañía en la isla de Rhé, quiso Felton sucederle en virtud de sus derechos; mas como no pudo conseguirlo hizo dimision. Siendo naturalmente melancólico, atrevido y entusiasta, se resolvió á librar á su patria del azote que la atormentaba, á vengar sus injurias privadas, y á servir á Dios y á los hombres con aquel acto de supuesta justicia. Animado de un celo feroz y un patriotismo que le estraviaba, se marchó solo á Portsmouth, entrando en la ciudad en el momento en que el duque se habia levantado y daba las órdenes necesarias para el embarque, y llegando con facilidad al lugar en que se daban las audiencias. Buckingham estaba hablando á la sazon con Soubise y otros señores franceses, y como no se conformaban en varios puntos de la conferencia, hablaban en voz alta y accionaban con vehemencia. Terminada aquella entrevista, acercóse el duque á la puerta, donde se detuvo hablando con uno de los coroneles que le servian, y entonces Felton le dió en el pecho con un cuchillo por encima del hombro del oficial, haciéndolo con tal destreza que nadie vió al asesino. Buckingham cayó en el acto, y espiró inmediatamente diciendo: «Me ha matado el cobarde.»

En medio de la sorpresa que causó este acontecimiento era imposible juzgar con exactitud, y así todas las sospechas recayeron sobre los franceses. Aseguróse pues á estos; pero luego se recojió un sombrero en cuya copa habia cosido un papel, que contenia algunos trozos de la representacion de la cámara de los comunes al duque y una corta oracion pidiendo á Dios su asistencia en la empresa que iba á acometer el que la habia concebido. Aquel sombrero pertenecia necesariamente al asesino. Habiendo empezado á buscar á este, vieron á un hombre pasearse bien despacio delante de la puerta con la cabeza desnuda, el cual gritó: «Yo soy.» Se le prendió, se le preguntó, y respondió que se gloriaba demasiado de haber matado al duque para querer negarlo; que habia libertado á su patria de un opresor, y que sabria morir para satisfacer á las leyes que habia infringido. Cuando se le interrogó si tenia cómplices, respondió que toda pesquisa seria inútil; que su conciencia habia sido la única instigadora, y que nadie habia mediado en su resolucion (1). Vió acercarse la hora de su suplicio con la misma calma, y no se supo qué admirar mas, si la presencia de ánimo ó la accion que acababa de perpetrar (2).

Como el rey siempre habia conservado verdadero afecto á Buckingham, sintió un vivo pesar con la noticia de su muerte. Entonces conoció que los corazones de sus súbditos se habian alejado de él; que su popularidad habia desaparecido, y que el comportamiento de la cámara de los comunes tenia por objeto el aumentar el descontento general. Acrecentóse con tal conviccion el enojo de Carlos contra el parlamento, decidiéndose á no convocarlo hasta que hubiese obtenido señales inequívocas de sumision y disposiciones favorables para lo sucesivo.



El obispo Laud.

Carlos, despues de la pérdida de su favorito, se dedicó á los negocios públicos, no dispensando ya á ningun ministro la ilimitada confianza de que habia gozado el duque: bien que continuó el mismo sistema de gobierno, no eran mas atendidas las peticiones del pueblo; dominó el mismo deseo de estender y mantener las prerogativas reales, y hubo la misma temeridad en los planes, la misma irresolucion y debilidad en su ejecucion.

Entonces tomó el rey una resolucion acertada, la de hacer la paz con las dos potencias contra las cuales habia emprendido una guerra inútil y sin gloria. Libre por este lado, prestó toda su atencion á la política interior, escojiendo dos ministros dignos de secundarle, que fueron sir Tomás Wentworth y Laud, que despues fué arzobispo de Cantorbery; Wentworth, á quien creó conde de Strafford, merecia la confianza que Carlos le dispensaba. Su carácter firme y austero era mas propio para inspirar estimacion que cautivar el afecto. Su fidelidad al rey era inalterable; pero como desde entonces todos sus esfuerzos tuvieron por norte el sostenimiento de la prerogativa, contra la que habia combatido por largo tiempo en pro de los derechos del pueblo, fué acusado de ambicion é interés personal.

Laud procedia en la iglesia con tanta rigidez, exactud y severidad como Strafford en las cuestiones de gobierno. Su celo en materia de religion era infatigable; pero como no le permitia ninguna tolerancia, le arrastraba á medidas demasiado severas, y por lo mismo imprudentes, sucediendo que su enojo crecia con la oposicion que encontraba.

Habiéndose introducido desde el reinado de Isabel una nueva secta religiosa en Inglaterra, su influencia iba aumentándose de dia en dia, y sus miembros para acreditar la pureza de sus costumbres habian tomado el nombre de puritanos. La tal secta era mas peligrosa que ninguna otra para la monarquía, porque sus dogmas admitian la igualdad de todas las clases. Los partidarios del puritanismo eran generalmente hombres exaltados, tenaces en sus opiniones, y de sentimientos diametralmente opuestos á la iglesia romana, y no solo la libertad religiosa, sino tambien la política empezaban á sembrar en los puntos en que prevalecian sus doctrinas. Deleitábanse aquellos fanáticos con maravillosos éxtasis, con visiones y revelaciones, y tenian una aversion estremada á las ceremonias esteriores de la religion. En sus opiniones políticas se reproducia el espíritu de atrevimiento é independencia que se descubria en sus oraciones á la divinidad; de modo que de sus controversias vinieron

(1) El obispo Laud, perseguidor de los puritanos, insinuó que Felton habia sido guiado por estos, y así propuso que se le pusiese en el tormento para lograr la declaracion de la complicidad de ellos. Felton le respondió que no habia cómplice alguno, y que en el tormento podria muy bien acusarle á él mismo. (*B. W.*)

(2) Carlos estaba tan furioso contra Felton, que queria violar las leyes del reino para hacerle padecer; pero los jueces se negaron á aplicarle la tortura. El fanático asesino pidió por gracia á sus jueces que le cortasen, antes de morir, la mano con que habia ejecutado la obra de venganza. Respondiéronle los jueces que no lo mandaba la ley. Carlos les envió á decir que se alegraria de que se otorgase al reo lo que queria; pero tuvo el disgusto de verse desairado por los jueces. (*B. W.*)

á resultar los principios de la libertad civil, ignorados hasta entonces en Europa. No es estraño por lo tanto que el rey y el clero se mostrasen impacientes por impedir la propagacion de ideas tan desfavorables á su autoridad, y que Laud, que era el hombre mas apasionado á la pompa y á las fiestas de la iglesia, se manifestase pronto á desplegar mucho rigor contra los que parecia que le insultaban con su austeridad.

Al examinar con cuidado la historia de esta época, se hallará que los verdaderos motivos de discordia entre el rey y el pueblo, no tanto fueron el deseo de sostener y conservar un poder arbitrario, ó el lograr una libertad mas lata, como el de mantener la autoridad de los obispos y conservar las vestiduras pontificales y las ceremonias de la Iglesia, cuyas distinciones querian abolir los puritanos como restos del catolicismo. Pero habiendo desaparecido las insignias religiosas, los desórdenes y disturbios de aquellos tiempos se atribuyen al deseo de zanjar la libertad del pueblo sobre bases sólidas, sin embargo de que es verosímil que esta consideracion en realidad no era mas que secundaria.

Las opiniones religiosas de la nacion eran en aquella época completamente opuestas á toda especie de esterioridad, y las ceremonias conservadas después de la reforma parecian pueriles á los ingleses, quienes las tenian por algo idólatras. Era pues absurdo é impolítico querer restablecer dichas ceremonias y el introducir nuevas con tendencia al catolicismo. Laud, sin tratar de examinar nada, mandó formalmente la observancia de los nuevos ritos: á esta medida se opusieron los puritanos con todo su poder.

Dispúsose que la mesa de comunion no estuviese en medio de la iglesia como lo estaba desde la reforma, sino que fuese colocada en el lado de Oriente, rodeada de una verja, y que se la llamase altar en lo sucesivo. Las genuflexiones delante del altar y el uso de las capas fuéron introducidas con gran descontento del pueblo. Algunas iglesias fuéron adornadas con cuadros por órden del rey, y todo clérigo que descuidase el cumplimiento de las ceremonias mundanas, debia ser suspendido en sus funciones. Unas ordenanzas hechas por el concilio prohibieron el controvertir ó discutir con los puritanos, tanto por escrito como en el púlpito, sobre los puntos contenciosos de la predestinacion y del libre albedrío.

El clero no desperdiciaba ocasion alguna de halagar al rey para llevar á cabo aquellas medidas. El tema de todos los sermones eran los derechos hereditarios é imprescriptibles de la autoridad real: toda propension á la independencia era reputada como innovacion puritana, y la menor duda que se suscitaba sobre la potestad del soberano, era tenida por un atentado contra la religion. El rey se decidió á no convocar nuevos parlamentos, perseverando en esta resolucion por espacio de once años, y así protegia aquella doctrina como único medio de conseguir los impuestos que por ninguno legal podia esperar.

Interin Laud trataba de este modo de reformar la iglesia, el rey y Strafford, que dirigian los negocios temporales de la nacion, hicieron aparecer un manifiesto en que Carlos declaraba: «Que aunque se habia »difundido el rumor de la convocacion de un nuevo »parlamento, semejante noticia no podia provenir sino »de intenciones malignas, porque los abusos de la última legislatura le habian impuesto el deber de no con»vocarlo nunca, y así veria con desagrado toda tenta»tiva que tuviese por objeto el hacer que se llamasen »las cámaras.» Esta declaracion parecia anunciar que no habria nuevos parlamentos durante el reinado de Carlos, como en efecto lo confirmaron todas sus disposiciones.

Privado el pueblo de defensores que pudiesen levantar su voz contra los abusos, se vió á merced de un monarca, que á pesar de la dulzura natural de su carácter, nada era capaz de decidirle á modificar su sistema de gobierno, acomodándolo á la influencia de las nuevas ideas. La constitucion habia sido completamente destruida, y el régimen, dividido hasta entonces entre tres poderes, fué usurpado por uno solo; continuóse cobrando el impuesto de tonelada sin autorizacion legal; los empleados de la aduana recibieron del consejo la órden de entrar en las casas á registrar si habia en ellas géneros sujetos al pago de los derechos; procedióse abiertamente á negociaciones con los católicos, y el ejercicio de su religion vino á ser una renta para el tesoro real. La cámara Estrellada ejercia una autoridad independiente de todas las leyes, y atrajo sobre el gobierno el odio y el desprecio, castigando á muchos defensores de la libertad. Sir David Foulis fué condenado por este tribunal á una multa de cinco mil libras por haber disuadido á un amigo suyo de hacerse recibir caballero. Pryne, abogado de Lincolnshire, habia compuesto un libro en 4.° de mil páginas, intitulado *Hastriomastix*, en que declamaba vigorosamente contra el teatro y los recreos mundanos, y vituperaba las ceremonias y últimas innovaciones de la iglesia. Semejante ofensa no podia ser perdonada por Laud: Pryne por tanto fué condenado por la cámara Estrellada á ser degradado de su profesion, á ser espuesto al público en la picota de Westminster y en Cheapside, á la pérdida de sus orejas, una en cada sitio, á la multa de cinco mil libras esterlinas y á reclusion perpétua.

Esta sentencia tan injusta como cruel fué ejecutada con todo rigor. El teólogo Burton y el médico Bastwich fuéron delatados al tribunal por unos libelos cismáticos en que atacaban abiertamente y de la manera mas injuriosa las ceremonias de la Iglesia anglicana. Fuéron condenados al mismo castigo impuesto á Pryne, el cual habiendo sido complicado en esta nueva causa, tuvo que pagar otra nueva multa de cinco mil libras y perdió los restos de sus orejas. Las respuestas dadas á sus jueces por estos atrevidos demagogos estaban tan llenas de obstinacion y de invectivas, que ningun abogado osó tomar su defensa. La crueldad con que fuéron tratados, y el género de suplicio que se les hizo sufrir, se tuvieron por una ofensa pública, aumentándose mas y mas la indignacion general con la paciencia, la dignidad valerosa y casi alegria que manifestaron en medio de sus penas.

Viéndose perseguidos los puritanos en Inglaterra, se embarcaron para América, donde echaron las bases de un nuevo gobierno conforme á su sistema de libertad política. Conociendo Carlos que aquella numerosa emigracion privaba al Estado de ciudadanos útiles, espidió una órden prohibiendo la entrada en las nuevas regiones de que hacian una segunda patria. En virtud de tal órden fueron detenidos ocho buques que iban á dar la vela con Arturo Haselrig, Juan Hampden y Oliverio Cromwell, quienes se habian resuelto á abandonar el país que les vió nacer. Este destierro voluntario debe ser mirado como una prueba de la sinceridad de las opiniones de aquellos hombres, y debe alejar de ellos la acusacion de hipocresía en la causa por que combatian.

En cada año, mes y dia de tan largo interregno del parlamento aparecian nuevas pruebas de la resolucion de la corte de continuar dilatando la convocacion, y el impuesto de *ship-money* ocasionó un descontento general. Este tributo habia sido exigido en los reinados anteriores sin la sancion del parlamento, por reclamarlo imperiosamente la seguridad del reino; pero al presente nada parecia autorizarlo. El pueblo se quejaba sin rebozo, y el rey se dirigió á los jueces proponiendo la cuestion en los términos siguientes: en el caso en que el impuesto fuese indispensable para la defensa del reino, ¿no lo podria exigir y no era el único juez en semejante necesidad? Los jueces respondieron que podia, y que él solo tenia el derecho de decidir si debia ó no ser exigido.

Solo un hombre, llamado Juan Hampden, rico señor

del condado de Buckingham, se atrevió á alzarse contra aquella baja sumision á la voluntad del rey, negándose á pagar su contingente, é invocando las leyes para decidir entre él y la autoridad real. Dicho contingente ascendia á veinte chelines (cien reales), y no contribuyéndolos, ventilóse la causa por espacio de doce dias en la cámara de la Tesorería y ante todos los jueces de Inglaterra (1). La nacion aguardaba con ansiedad el fallo que debia fijar los límites del poder del rey, aunque atendiendo á la opinion que los jueces habian enunciado anteriormente debia preverse con facilidad el resultado.

A escepcion de cuatro jueces, todos dieron la razon á la corona; pero Hampden, á pesar de perder la contienda, fué sobradamente recompensado por los aplausos de sus conciudadanos. Donde quiera que se hablaba contra el gobierno, se oian elogios acerca del hombre intrépido que habia osado resistir á las usurpaciones. Entonces se consolidó el sistema de la tiranía, y era preciso someterse al yugo. El despotismo eclesiástico prestaba su apoyo á la injusticia del trono, y los derechos de la nacion trasmitidos por los siglos, ratificados por tantas leyes, comprados con la sangre de tantos héroes, fuéron desconocidos y ultrajados. El desaliento y descontento universal no osaban manifestarse sino con un melancólico estupor y algunos sordos rumores; pero un suceso dió de improviso á la nacion inglesa la ocasion de reconquistar sus antiguos privilegios y lograr otros mayores todavía.

Los escoceses, que en el reinado de Jacobo I habian patentizado su adhesion á los principios puritanos, seguian sin embargo tolerando á los obispos, si bien estos se hallaban reducidos á la miseria y eran tratados con vilipendio. Compadecido Jacobo del estado deplorable del episcopado en aquel reino, habia procurado restituirle su crédito y esplendor; pero sorprendióle la muerte en tal empresa. Como parecia que á Carlos su destino le proponia constantemente proyectos inútiles ó impracticables, le condujo á abrazar la resolucion de realizar lo comenzado por su padre (2). Esta mal concebida tentativa le enajenó el afecto de los escoceses, tanto como sus miras anticonstitucionales le habian desacreditado en Inglaterra. Los puritanos formaron un tratado de alianza llamado *covenant* (3), para sostener y defender sus opiniones, resueltos á propagar sus doctrinas ó á derribar el Estado. La sedicion volaba de pueblo en pueblo con una rapidez espantosa: el rey se obstinaba en introducir en Escocia la litúrgia de la iglesia anglicana; y así entrambos partidos animados de igual empeño fuéron impelidos muy pronto á un grado tal de exasperacion, que se adoptaron las medidas rigurosas y sanguinarias que hasta entonces no habian pesado mas que sobre los ingleses.

El descontento que se habia manifestado entre ellos y la oposicion encontrada para mantener á los obispos, debian haber retraido á Carlos de la idea de introducir las nuevas ceremonias en Escocia; pero era tan ardiente su celo, que nada pudo quebrantar el deseo de plantearlas en todas las partes de sus estados. Publicóse un decreto para que la litúrgia fuese leida en las iglesias principales de Edimburgo; pero el pueblo la recibió con gritos é imprecaciones. El partido de la corte reprobaba el furor escitado por las innovaciones tratándolas de bagatelas; mas el pueblo por lo mismo rechazaba con mayor energía aquel conato de atentar contra sus reglas religiosas por cosas insignificantes. La sedicion, contenida hasta entonces con dificultad, estalló con violencia, y la insurreccion se hizo general.

Nada empero podia reducir á Carlos á renunciar á sus designios, y tenia una idea tan estravagante de la autoridad soberana, que creia que el solo nombre del rey debia bastar para hacer entrar al pueblo en su deber. Bien pronto se desengañó. Los puritanos de Escocia eran republicanos, así como los de Inglaterra, y deseaban ver á los obispos humillados y abatidos, porque así se les despejaria el camino y tendrian franco el paso para atacar en seguida la monarquía. Carlos pues los encontró de frente, y como persistieron en su proyecto de quitar á los obispos, tomó su resistencia por una declaracion de guerra.

Entonces apeló á la nobleza inglesa, cuyas tierras dependian de la corona, á fin de que le aprestasen las fuerzas suficientes para someter á los revoltosos, y pidió al clero una contribucion voluntaria, ya que iba á combatir por su causa. Los católicos en virtud de los esfuerzos de la reina accedieron tambien á prestar su apoyo; de suerte que con todos estos auxilios logró reunir un ejército de veinte mil hombres, aunque tan mal disciplinados, que no marchaban sino con repugnancia, ni estaban mandados sino por generales que ningun deseo tenian de combatir. No obstante, la superioridad del número daba á Carlos una ventaja segura sobre sus súbditos rebeldes, si bien habia heredado las disposiciones pacíficas de su padre, y así le arredraba cualquier arbitrio violento. Si entonces hubiera manifestado una resolucion firme, habria evitado parte de las desdichas que le abrumaron mas adelante.

En lugar de combatir y de sujetar á los insurgentes, Carlos entró en negociaciones con ellos, acordándose un armisticio cuya consecuencia fué un tratado de paz. Por ambas partes existia igual desconfianza, y la incertidumbre de que no seria cumplido con fidelidad el tratado. Una de las cláusulas era el licenciamiento de los dos ejércitos, lo cual era absolutamente desventajoso para el rey, porque no podia levantar nuevas tropas sino con mucha dificultad y gastos, en tanto que los escoceses tomaban las armas con gusto y estarian prontos á la primera llamada. Conociendo perfectamente los caudillos de los descontentos la debilidad é irreflexion de Carlos, retardaban las negociaciones con dificultades finjidas, y creaban nuevos obstáculos á medida que mas profundamente contaban con su superioridad. En fin, despues de muchos altercados y tratados rotos en seguida de ratificados, entrambas naciones volvieron á tomar las armas, y fué menester que la efusion de sangre decidiera aquella contienda del rey contra el pueblo.

Siendo inevitable la guerra, fué preciso tocar todos los resortes posibles á fin de obtener dinero para sostenerla. Pidióse de nuevo el tributo de shipmoney ó del contingente de los buques; y otras muchas cuotas arbitrarias reclamadas con rigor no fueron otorgadas sino con repugnancia. En tales circunstancias patentizaron el celo mas noble los consejeros y servidores de la corona, reduciéndose á solo lo necesario y prestando de comun acuerdo á ella todos los fondos que les fué posible. Tales fueron los recursos á que se tuvo que apelar para organizar un ejército, y siendo todavía insuficientes, fué preciso tratar de pedirlos al parlamento.

Hacia ya once años en aquella época que las cámaras no habian sido convocadas. El espíritu de independencia y de rebelion, descubierto en el último parlamento, habia enseñado al rey á temer y odiarlos; pero aun cuando no tuviese probabilidad de mas condescendencia en una nueva legislatura, se hallaba imperiosamente forzado á recurrir á ella, porque se habian agotado todos los arbitrios y contraido deudas inmensas.

Los reiterados pasos ilegales del rey, el bárbaro trato

(1) Jamás se habia ventilado en tribunal alguno una causa tan grande. Los jueces con su sentencia tenian que decidir si la nacion y los descendientes de ellos debian ser esclavos del poder arbitrario, ó gozar de su libertad. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(2) El plan de Jacobo era el de revestir el culto anglicano con las formas del catolicismo, é imponer esta reforma á los dos reinos de Inglaterra y Escocia. Así descontentó á los obispos y á la clase aristocrática de Inglaterra, en tanto que sublevó contra si la universalidad de la nacion escocesa. *(A. Thierry.)*

(3) Este es el nombre dado á aquella liga que fundaba el puritanismo en Escocia. El acta que encierra sus cláusulas es todavía hoy dia tan respetada por los presbiterianos escoceses como los tratados de independencia de América. *(B. W.)*

que muchas personas habian sufrido por haber querido oponerse á la infraccion de la constitucion, y la constancia manifestada por ellas, alejaron de Carlos los corazones de todos sus súbditos, y así en lugar de los subsidios que reclamaba, no oyó mas que murmullos y quejas. Los que estaban animados de un celo exagerado por la religion, se alegraban de las desgracias de la corona, porque la libertad de sus opiniones habia sido comprimida, y los verdaderos amigos de la constitucion veian aproximarse el instante en que la autoridad del soberano iba á desaparecer para consolidar con sus ruinas la independencia nacional y los derechos del pueblo.

Era imposible conseguir que los miembros del parlamento mirasen á los escoceses como á enemigos del Estado, porque sus principios eran los mismos, se oponian á las mismas ceremonias, y los revoltosos eran amigos y hermanos que se anticipaban á dar un gran ejemplo, digno de ser imitado por las almas nobles y generosas. El rey por lo tanto no podia esperar apoyo alguno de parte de unos hombres de tales sentimientos, y así todos los medios empleados para alzar impuestos fuéron tachados de abusos y atentados contra la constitucion. Carlos se dirigió á la cámara de los pares, pero tampoco alcanzó cosa alguna. En fin, aburrido de no oir mas que réplicas y recriminaciones en lugar de conseguir lo que pedia, cerró otra vez el parlamento, resuelto á escogitar otros medios de proveer á las necesidades de la corona.

El rey habia incurrido en la enemistad de los escoceses por querer quebrantar su culto religioso; se habia vuelto enemigo de los comunes aboliendo sus facultades, y una nueva imprudencia exasperó contra él á la ciudad de Londres. A consecuencia de la repulsa de esta á otorgar un empréstito voluntario para proseguir la guerra contra los escoceses (1), demandóse á los ciudadanos ante la cámara Estrellada sopretesto de las tierras que poseian en Irlanda, haciéndoseles pagar una multa considerable. Los tributos contra los cuales se habian alzado los parlamentos fuéron impuestos á pesar de su ilegalidad; exigióse un préstamo de cuarenta mil libras esterlinas á los comerciantes españoles que tenian en la Torre barras espuestas á las tentativas del rey; el equipo de los soldados y su paga fuéron de cuenta de los respectivos condados, costumbre antigua que se suponia abolida por la peticion de justicia; todo el papel de la compañía de las Indias Orientales fué comprado á plazo y vendido con pérdida por conseguir dinero al contado; propúsose, en suma, poner en circulacion doscientas ó trescientas mil libras de vellon. Pero todos estos auxilios estaban lejos de ser suficientes. Sabedores los escoceses de los apuros á que Carlos se hallaba reducido, hicieron avanzar un ejército de veinte mil hombres hasta Newcastle sobre el Tyne, manifestando el designio de esponer al mismo soberano los agravios de que se quejaban, como quisiesen poner término á su rebelion. Uno de los signos distintivos del carácter puritano en aquella época era un lenguaje insinuante, maneras humildes aun en medio de la traicion, y además se empleaba la lisonja para con un príncipe á quien se queria destronar y conducir á su perdicion.

El rey no podia contraponer mas que tropas bisoñas, indisciplinadas, sediciosas y mal pagadas, á un ejército dirigido por el fanatismo religioso, inflamado por victorias alcanzadas de algunas partidas volantes de realistas, y estimulado por los votos de los mismos ingleses. Carlos, en la imposibilidad de oponerse con buen éxito al torrente, se abandonó á él. Congregó un consejo general de pares en York, y previendo que estos le aconsejarian que llamase al parlamento, anunció esta resolucion como tomada por sí mismo. Despues de prepararlo todo de este modo para desdicha suya, convocó aquel largo parlamento que no cesó hasta labrar la ruina de Carlos.

(1) La ciudad de Londres le negó un préstamo de trescientas mil libras, y los soldados decian en voz alta que no querian esponer su vida para sostener el orgullo de los obispos.
(*A. Thierry.*)

CAPITULO XXXV.

CONTINUACION DEL REINADO DE CARLOS I.

(Desde el año 1641 hasta el de 1642.)

Naturalmente debia aguardarse que el parlamento convocado en una coyuntura tan crítica y en medio del descontento general atraeria sobre sí todas las miradas. La cámara de los comunes jamás habia sido tan numerosa, ni podian ponerse en duda la constancia de sus miembros y su voluntad de cumplir con sus deberes. Resolviéronse por unanimidad á dar un golpe decisivo, y así lejos de satisfacer las demandas del rey concediéndole los subsidios, acusaron de alta traicion al conde de Strafford, primer ministro. Pym, orador difuso, usó de la palabra contra él en dicha cámara, y fué enviado á sostener la acusacion en la barra de la cámara de los pares.

Para dar la mayor solemnidad á un proceso tan importante, levantóse en Westminster-Hall unos tablados en que se colocaron los individuos de ambas cámaras, los unos como acusadores y los otros como jueces. El rey y la reina presenciaron todo desde una galería cerrada.



Componíase la acusacion de veintiocho artículos; pero eran tan débiles los motivos de culpabilidad y de censura á pesar de que se emplearon cerca de cuatro meses en redactar dicha acusacion, que discutidos los cargos separadamente, no podian dar lugar á resultados desfavorables. El principal de aquellos era que el conde de Strafford habia procurado ensanchar la autoridad real y perpetrado algunos actos arbitrarios en Irlanda; pero como los abusos del poder real habian ocurrido antes que él fuese creado ministro, otro habia sido el instigador de ellos.

Los jefes de la cámara de los comunes hablaban contra el conde con una vehemencia que ocupaba el lugar de los corazones, reduciendo sus argumentos á sostener que la reunion de los diferentes cargos debia servir de conviccion de culpabilidad, en el caso de que cada uno de ellos separadamente no tuviese pruebas bastantes para la condenacion. A pesar de la injusticia y absurdidad de tal modo de razonar, y á pesar del tumulto y de los gritos que de todas partes se alzaban contra él, el conde de Strafford permanecia tranquilo mostrando un noble aliento, y así defendió su causa con toda la

presencia de ánimo y toda la fuerza de razonamiento que podia esperarse de su talento, y que su inocencia le inspiraba (1). Hallábanse sus hijos en torno suyo en tanto que él defendia su vida y la causa de su señor.

En un largo y elocuente discurso que improvisó, probó que durante su gobierno habian florecido las artes en Irlanda, y que se habia civilizado la parte de esta nacion que todavía era salvaje. En cuanto á las medidas severas que alguna vez habia tomado contra los ingleses, demostró que habia sido forzado por la necesidad: en fin, refutó victoriosamente todas las acusaciones formadas contra él, y concluyó del modo siguiente: «Milores, os he entretenido acerca de mí largamente y »mucho mas de lo que hubiera querido, si no hubiera »tenido que ocuparme de estos seres queridos, que una »santa que ahora está en el cielo, ha dejado á mi lado.» Vióse obligado á interrumpir conmovido y enternecido; enjugó las lágrimas, echó una mirada tierna y dolorosa sobre sus hijos, y continuó haciendo un esfuerzo: «Me »afecta poco lo que temo para mí; pero la idea de los »padecimientos de ellos me despedaza el corazon. Per»donad la afliccion que muestro: quisiera añadir algu»na cosa, pero no puedo: es preciso concluir... Ahora, »milores, estoy pronto á someterme á vuestro juicio. »Esta vida es una época de penosas pruebas: el inocen»te espera en una justicia eterna: yo aguardo con calma »vuestro fallo, ora me deje la vida, ora ordene mi muer»te. ¡Oh Dios! Hágase vuestra voluntad, y no la mia.»

Su elocuencia y la conviccion de su inocencia penetraron en el ánimo de los jueces, y los mismos que habian manifestado el mayor empeño por perderle, se sintieron inclinados á la indulgencia, ó mas bien á la justicia. El rey se presentó en la cámara de los pares, y habló en defensa de su ministro; pero habíase desencadenado el espíritu de venganza reprimido con dificultad por espacio de once años, y solo la sangre podia satisfacer y aplacar al pueblo. Strafford fué condenado á muerte por el parlamento, no habiéndose retardado su ejecucion sino hasta tanto que el rey dió su aprobacion al funesto fallo.



Strafford.

Como Carlos amaba tiernamente al conde, mostró la mayor repugnancia é hizo los mayores esfuerzos para evitar la terrible necesidad de firmar la sentencia; pero en las circunstancias difíciles en que se encontraba, si se negaba á hacerlo satisfaciendo sus sentimientos, podian resultar los mayores peligros sin salvar al conde. La penosa agitacion del rey y su dolorosa incertidumbre tuvieron un desenlace inesperado, pues recibió una carta del infeliz Strafford, en que le suplicaba que no luchase por mas tiempo por conservarle sus dias; que deseaba que el sacrificio de su vida fuese la prenda de una reconciliacion entre el rey y el pueblo; que estaba pronto á morir, y que perdonaba á sus enemigos.

(1) El conde de Strafford era culpable, ó ningun ministro lo habia sido. La falta del pueblo inglés fué no tener una ley esplicita relativa á los crímenes de los ministros. *(B. W.)*

Una prueba de tan heróica generosidad y una abnegacion tan sublime fuéron mal recompensadas. Carlos estampó su firma en el funesto fallo (1). Strafford fué decapitado en Tower-Hill, mostrando hasta el último suspiro la dignidad y entereza que debia esperarse de su carácter. Con esta muerte, acto de venganza popular, aprendió el pueblo á apreciar su propia fuerza con desprecio de los derechos de la humanidad, y se preparó á verter una sangre de mas precio.

No limitaron á esto los comunes sus acusaciones. Laud, después de una corta deliberacion, fué considerado como reo de los mismos agravios contra la constitucion, y sumido en la cárcel. Igualmente fué llamado á dar cuenta de su conducta el guarda-sellos Finch, pero se fugó retirándose á Holanda. El secretario sir Francisco Windevank siguió este ejemplo y se refugió en Francia.

Privada así la corona de sus ministros, fué fácil atentar contra los pocos privilegios que la restaban todavía. Como durante las últimas operaciones militares habian obrado muchos partidarios del trono al tenor de las influencias de la autoridad real, fuéron denunciados con el nombre de delincuentes, término entonces inventado para designar á los que eran tildados de crímenes no especificados todavía por las leyes. Esta denominacion recibieron los jerifes que habian obedecido las órdenes del rey para imponer el tributo de los buques, y con la misma fuéron marcados los empleados de aduanas que por espacio de muchos años habian estado ocupados en cobrar el impuesto de tonelada, costándoles su absolucion ciento cincuenta mil libras. Fuéron revisadas con la mayor severidad las sentencias discrecionales ó arbitrarias de la cámara Estrellada y de las altas comisiones, siendo tenidos como reos ante la ley todos los que tomaron parte en ellas. Los jueces reos que se habian declarado contra Hampdem, cuando su proceso, fuéron acusados, delatados ante los tribunales, y obligados á dar garantías. Todos los monopolios últimamente concedidos por la corona fuéron anulados por órden del parlamento, llevándose tan allá el encono contra estos abusos, que las cámaras espulsaron de su seno á aquellos de sus miembros que habian adoptado parte de tales ideas.

Hasta aquí hemos visto al parlamento oponiéndose con intrepidez como protector del pueblo y de la libertad, á los abusos de un poder ilegal, ó reprimiendo los abusos que aunque sancionados por el uso, eran destructores de los beneficios de la constitucion. Unas miras y esfuerzos de tal naturaleza eran justos y honreros; pero al escitar las pasiones de toda una nacion dándolas un movimiento general, se da márgen con frecuencia á grandes crímenes, al mismo tiempo que se obtienen grandes ventajas. Si los miembros de los comunes se hubieran contentado con abolir aquellos privilegios reales que podian lastimar los intereses del pueblo, hubieran sido considerados como los bienhechores del Estado, y la Inglaterra habria gozado desde entonces de la acertada constitucion que ha adquirido después. Mas ya porque quisiesen vengar sus padecimientos anteriores, ó ya porque les pareciesen necesarios grandes ejemplos para amedrentar á los que en lo sucesivo intentasen esclavizar á su patria, no supieron contenerse en el punto de donde era peligroso avanzar: por su precipitacion sumieron á la nacion en los horrores de una guerra civil, que dió orígen á unas calamidades de que ellos mismos fuéron víctimas.

Las arengas de los comunes esparcidas entre el pueblo descubrian y retrataban todas las exacciones cometidas en la última administracion provocando la efervescencia general. En los púlpitos, confiados á predicadores puritanos, resonaban discursos facciosos y fa-

(1) Hume dice que Carlos hizo firmar la sentencia por medio de una comision.

náticos: la prensa, libre de toda traba y temor, daba á luz diariamente nuevas producciones, menos peligrosas por la elocuencia de su estilo, que por el espíritu de sedicion que reinaba en ellas y las calumnias de que estaban llenas.

En tal estado de cosas, los que habian padecido por la causa de la libertad debian ser mirados como héroes y mártires. Pryne, Burton y Basthwick, que estaban encarcelados en virtud del castigo impuesto algunos años antes, fuéron puestos en libertad por órden de la cámara de los comunes, habiendo sido su regreso á la capital una entrada triunfal. Basthwick estuvo confinado en la isla de Scilly, Pryne en la de Gersey, y Burton en la de Guernesey. Al desembarcarse fuéron recibidos por el pueblo con incesantes aclamaciones, y acompañados por una multitud inmensa. Esta comitiva tumultuosa llevaba ramas de árboles; el camino que debián recorrer estaba sembrado de flores; agolpábanse todos en derredor de ellos refiriendo sus penalidades, pintándolas con exageracion, y entregando á sus perseguidores á la execracion pública. Todas las personas que en el antiguo régimen habian sido castigadas por sus escritos satíricos, fuéron puestas en libertad é indemnizadas á costa de los que habian cooperado al castigo.

Si la interrupcion del parlamento habia dado márgen á numerosos abusos, las reclamaciones que se hicieron en contra ocasionaron otros nuevos. Presentábanse de todas partes gran número de peticiones, que la cámara se vió precisada á dividirse en cuarenta secciones para examinarlas; y abierto el dique á las peticiones y quejas, el torrente avanzaba tan terrible, que llegó á apoderarse la desesperacion de todos los que por hábito ó interés permanecian adictos á la monarquía. El rey entre tanto trataba de retener una autoridad que se le escapaba de dia en dia. «Habeis deshe»cho, le dijo al parlamento, la máquina del gobierno »pieza por pieza, segun el método de los buenos ar»tífices que quieren evitar el que se enmohezcan sus »ruedas; pero puede ponerse la obra en buen estado »restituyéndole sus movimientos, siempre que no ven»ga á faltar el eje sobre que giran sus ruedas.» Empero los comunes á la sazon eran mucho mas propensos á destruir que á reparar.

Sin embargo, en medio del furor que arrastraba á las cámaras á destruir el edificio de la constitucion antigua, ejercieron un acto de justicia aboliendo dos tribunales creados por el despotismo y que rara vez habian protegido la inocencia. Estos tribunales eran la alta comision y la cámara Estrellada, destruyéndose en ellos el principal y mas peligroso apoyo de la prerogativa régia. Instituida la alta comision para defender los asuntos de la Iglesia, gozaba de ámplios poderes en materias eclesiásticas, y así los jueces imponian los castigos de una manera arbitraria y las multas que juzgaban oportunas. La cámara Estrellada sancionaba las ordenanzas del rey y castigaba á los que intentaban sustraerse de ellas.

Tales fuéron en resúmen los actos del largo parlamento en la primera legislatura. En algunos casos procedió con encono, en otros tal vez con precipitacion; pero los servicios que prestó esceden á sus faltas, en términos que es acreedor al reconocimiento de la posteridad.

A la terminacion de dicha primera legislatura se estableció una comision de ambas cámaras, medida que nunca se habia visto todavía, para funcionar en el intervalo de una á otra legislatura con una autoridad casi igual á la del parlamento. Pryne fué nombrado presidente de la cámara baja. Hiciéronse muchas tentativas para usurpar completamente el poder ejecutivo, siendo publicadas las decisiones de la comision, como si hubieran sido aprobadas por todos los miembros del parlamento. En esta misma época el rey emprendió un viaje á Escocia.

Los católicos de Irlanda creyeron ver en estos disturbios la ocasion de sacudir el yugo inglés. Un hidalgo inglés llamado Roger More ó Jorge More, de poca fortuna, pero de una familia muy antigua, concibió el atrevido designio de espulsar á los ingleses y asegurar la independencia de su patria. Merced á su valor y mérito gozaba de mucho prestigio. La ocasion era favorable: ocupados sus enemigos en disensiones intestinas, no estaban en actitud de oponerse á una insurreccion tan lejana, y los ingleses que vivian en Irlanda eran asaz débiles para hacer resistencia. Sir Felim O' Neale entró en la conspiracion impulsado por la fuerza de tales razones: lord Macguire hizo lo mismo, y poco después prometieron su apoyo todos los jefes de Irlanda.

Concertándose pues el plan entre ellos, sir Felim O' Neale y los demás conspiradores debian en el dia marcado principiar la insurreccion en las provincias y matar á todos los ingleses, apoderándose al mismo tiempo por sorpresa del castillo de Dublin lord Macguire y Roger More. Fijóse la entrada del invierno para esta rebelion; señalóse el dia, tomáronse todas las precauciones, juróse el secreto, y así los conspiradores pudieron contar con un éxito seguro. El conde de Leicester, que era gobernador, se hallaba á la sazon en Londres, y los lores de justicia sir Guillermo Parsons y sir Juan Borasle ningun temor concebian y se felicitaban de su profunda tranquilidad, ínterin bajo sus plantas iba á abrirse un abismo.

La víspera del dia en que se trataba de sorprender el castillo de Dublin, fué descubierto el plan por uno llamado O' Conolly que era irlandés, pero protestante. Retiráronse al castillo las autoridades, y todos los protestantes de la ciudad se pusieron en estado de defensa. Macguire fué arrestado, More logró escaparse, y así el proyecto de una insurreccion general dejó de ser un misterio.

Prevenidos á tiempo los habitantes de Dublin, pudieron sustraerse del peligro que les amenazaba; pero los protestantes de los demás países no tuvieron la misma fortuna. Como O' Neale y sus confederados ya habian tomado las armas en Ulster, no necesitaban los irlandeses, mezclados en todas partes con los ingleses, mas que de una señal de sus caudillos ó sacerdotes para degollar á un pueblo á quien aborrecian por causa de su religion, y por su riqueza y prosperidad le tenian envidia. La rebelion de una nacion todavía medio salvaje debia proponerse la estincion de sus enemigos: los irlandeses por lo tanto se resolvieron á esterminar á todos los protestantes sin piedad ni al rango, ni al sexo, ni á la edad. En aquella matanza general atropellóse por toda idea de reconocimiento: la sumision á sus jefes, los vínculos de sangre, las relaciones de parentesco, todo fué desconocido: los amigos degollaban á sus amigos, los criados á sus amos, los parientes á sus parientes. Era en vano apelar á la fuga para salvarse; la destruccion, estendiendo sus espantosos estragos, recobraba sus víctimas y las heria sin defensa. Si la muerte no iba acompañada de tormentos, se hacia demasiado dulce á los bárbaros irlandeses, y cediendo su avaricia y deseo de pillaje á la sed de sangre, incendiaban las casas para que pereciesen en ellas sus infelices habitantes. Otros eran arrastrados hasta los puertos, y obligados á arrojarse por sí mismos á las olas para hallar en ellas el fin de su vida y de sus padecimientos. Todos los ingleses establecidos en Ulster fuéron esterminados. Las otras provincias rebeldes reprobaron tales escesos y quisieron ser humanas. Todos los protestantes fueron espulsados de sus moradas, y espuestos á la intemperie de la estacion; sin alimentos ni vestidos, casi todos perecieron por el rigor del frio. A ciento cincuenta ó doscientos mil se hizo subir el número de los desventurados que sucumbieron en aquella carnicería: esto ha parecido después muy exagerado, mas siempre es cierto que perecieron mas de cuarenta mil ingleses.

Sin embargo, los ingleses de la palia, llamados tambien los ingleses católicos, se unieron á los irlandeses, y así se formó un ejército de veinte mil hombres que amenazaron abolir completamente el poder inglés en aquella isla. El rey se hallaba en Escocia cuando recibió la primera noticia de la insurreccion, y se valió de todo su poderío para decidir á sus súbditos á prestar socorro á los protestantes; pero todo fué en vano. Querian los escoceses que su cooperacion les fuese pedida por el parlamento inglés, y así se negaban á obedecer á los mandatos de su soberano, atreviéndose además á difundir el rumor de que aquellas horribles matanzas habian obtenido el asentimiento de Carlos. En efecto, los rebeldes de Irlanda mostraban una carta-patente del rey autorizándoles su empresa. Habiendo encontrado sir Felim O'Neale una patente real en casa de lord Canfield á quien habia sacrificado, quitó el sello y lo puso en una comision forjada por él mismo.

El rey no obstante hacia los esfuerzos posibles para probar el horror que aquellas sangrientas ejecuciones le inspiraban, y convencido de su impotencia para impedirlas, se dirigió al parlamento reclamando su auxilio para lograr los medios de oponerse á la sublevacion. En lugar de secundar sus miras, se procuró insinuar en el ánimo del pueblo que él mismo habia fomentado la rebelion y que no debian concederse recursos para la estincion de riesgos distantes, cuando el mismo interior del reino estaba amagado de peligros mucho mayores.

Entonces fué cuando estalló el espíritu de republicanismo en el parlamento, dejando ver abiertamente que no solo queria reprimir los abusos de la autoridad real, sino tambien destruir la monarquía. Como en Holanda acababa de establecerse con los mas venturosos resultados un sistema de república tal como se deseaba, los republicanos empezaron á desear otro tanto en su patria. No puede rehusarse á estos hombres la justicia que merecen, ni negar que estaban animados de los mejores sentimientos, si bien iban estraviados y mal dirigidos. Al comparar una república con una monarquía constitucional, toda la ventaja está en favor de este sistema de gobierno, y la esperiencia ha acreditado sobradamente que la república verdadera no es mas que un bello ideal, porque los demagogos mas entusiastas que hacen tan brillantes promesas, no piensan en la mayor parte del tiempo en que trabajan por establecerla mas que en sus intereses personales. En general, el objeto de los caudillos populares no es tanto el elevar al humilde como el abatir al soberbio y al poderoso, y en tales gobiernos las últimas clases de la sociedad son ordinariamente las mas oprimidas. En una república la tiranía se encuentra en manos de muchos que se sostienen unos á otros en su sistema de injusticias é iniquidades, mientras que en un estado monárquico no existe mas que un solo individuo; de suerte que si abusa de su poder, se le corrige y hace entrar con mas facilidad en el camino de la justicia.

Los jefes de la oposicion comenzaron por atacar al episcopado, al cual miraban como á una de las columnas del trono, redactando una memoria en que reproducian todos los capítulos anteriores de queja á los antiguos abusos, atribuyéndolos á un sistema de tiranía trazado por el rey, y demostrando que de tal principio debia nacer la destruccion total de la constitucion. Aquella memoria fué acojida tumultuariamente por la mayoría de la cámara, disponiéndose que fuese impresa y publicada, sin haber obtenido préviamente segun la práctica la aprobacion de la cámara de los pares.

Los comunes, después que hicieron los mayores esfuerzos para tornar odiosa la administracion del rey, se ocuparon de la iglesia. La primera medida fué el suspender por su propia autoridad todas las leyes establecidas por la observancia del culto público, prohibiendo particularmente la salutacion en nombre de Jesus, quejándose de que el rey habia nombrado para cinco obispados vacantes, declarando que consideraban como un insulto el aumento de preponderancia y autoridad que daba á un órden que ellos se habian propuesto abolir, acusando á trece obispos del crímen de alta traicion, y tratando de alcanzar de la cámara de los pares el que escluyese de su seno á todos los prelados y les quitase el derecho de votar en su augusta asamblea. Tales esfuerzos fuéron inútiles: los nobles lores se negaron á acceder á semejantes deseos y á toda tentativa de restringir la autoridad régia mas de lo que ya lo estaba. La mayoría de los pares se mantenia fiel al rey, porque en cada usurpacion del pueblo de los derechos de la corona, veia con espanto su propio menoscabo. Los comunes criticaron tales negativas, mezclaron injurias y amenazas á la manifestacion de su descontento, y empezaron desde entonces á insinuar que la cámara alta no era necesaria para gobernar el estado.

Para turbar é intimidar á los lores se escitó al populacho á insultarlos y amenazarlos, de modo que todos los dias rodeaban á Westminster turbas de la hez del pueblo vociferando contra los prelados y los lores que se sabia eran adictos al rey. Fuéron cojidos y puestos en prision algunos aprendices, á quienes hizo soltar al instante la cámara de los comunes, y así alentados por la impunidad marcharon hasta Wite-Hall, donde profirieron insolentes amenazas contra el mismo rey. Muchos oficiales reformados y jóvenes estudiantes se brindaron para reprimir tamaños desórdenes, y así ocurrieron muchas escenas violentas que no terminaron sino con efusion de sangre. Designóse á las gentes del pueblo con el nombre de *cabezas redondas* por el modo con que llevaban sus cabellos, y los del partido realista fueron llamados *caballeros*. Estos apodos sirvieron en adelante para distinguir á los de un bando de los del otro, dividiendo cada vez mas á la nacion.

Los obispos se dejaron intimidar por las amenazas de los comunes y por el furor del pueblo, viendo con espanto la tempestad que se formaba sobre sus cabezas. Para impedir que estallase renunciaron al deber que tenian, absteniéndose de asistir á la cámara de los pares, y redactaron una protesta que fué firmada por doce de ellos, en la cual declaraban que habiéndoles impedido el populacho el concurrir al lugar de las sesiones, no volverian á entrar en él ínterin no se apaciguasen los motines, y que consideraban como nulo y de ningun valor y efecto toda medida que se tomase ó toda ley que se estableciese durante su ausencia.

Lo que mas ardientemente habian deseado los miembros de los comunes era el alejamiento de los obispos de la cámara de los pares, y así se asieron con avidez á aquel medio de perderlos, acusándolos de alta traicion y declarándolos reos por haber infringido las leyes fundamentales é invadido la autoridad legislativa. En su consecuencia fuéron los prelados escluidos del parlamento y reducidos á ser espiados: ni siquiera una voz se alzó á su favor, y solo un lord osó decir que él no los creia criminales, sino locos.

Con esta medida quedaron cruelmente comprometidos los intereses del trono, los que no tardaron en recibir un golpe mas fuerte por la imprudencia del mismo rey.

Carlos habia reprimido largo tiempo su resentimiento, y se habia lisonjeado de satisfacer á los comunes con sus reiteradas concesiones; mas conociendo al fin que las demandas y pretensiones de ellos crecian á proporcion de su debilidad y condescendencias, trató de no ocultar ya su descontento. Dió órden á Herbert, procurador general, de entablar una acusacion por crímen de alta traicion contra lord Kimbolton, individuo de la cámara de los pares y de una popularidad peligrosa, y contra cinco de la de los comunes, á saber: sir Arturo Haselrig, Holles, Hampden, Pyn y Strodes.

Los artículos principales de la acusacion eran: haber usurpado la gobernacion del reino; haber tratado

de destruir las leyes fundamentales para despojar al rey de su poder; haber ejercido una autoridad tiránica y arbitraria sobre los súbditos que le habian permanecido fieles; haber llamado un ejército estranjero á invadir el reino; haber tenido por objeto abolir los verdaderos derechos del parlamento á fin de apoderarse del mando, y haber provocado motines contra el rey, y procurado arrebatarle el afecto de su pueblo.

La imprudencia y la precipitacion de semejante acusacion causaron una sorpresa general entre los miembros del parlamento, y sin haber tenido tiempo de reflexionar acerca de medida tan violenta, entró en la cámara un sargento de armas pidiendo á nombre del rey le entregasen los cinco acusados. Despidiósele sin darle una respuesta categórica. Al dia siguiente se presentó el rey en persona en la misma cámara, introduciéndose solo en el salon. Todos se levantaron para recibirle: el orador abandonó su sillon y lo ocupó el rey, quien después de mirar en derredor de sí dijo que el asunto que le precisaba á comparecer en aquella asamblea era sensible para él, y que á lo que iba en persona era á reclamar los cinco acusados que habian sido negados al sargento de armas que habia enviado.

Dirigiéndose en seguida al orador, le preguntó si dichos acusados se hallaban en la sesion. Echóse á sus piés el orador diciéndole que en el puesto que ocupaba ni tenia ojos para ver ni lengua para hablar mas que cuando se lo ordenase el parlamento, y que le pedia perdon de no poderle dar otra respuesta.



Hampden.

Carlos se mantuvo sentado algunos instantes mas para ver si descubria á alguno de los acusados, quienes habian salido del salon poco antes de la llegada de él. Retiróse el rey descontento y mortificado en medio de los gritos del populacho, y se encaminó al ayuntamiento de la ciudad acompañado de aquella turba tumultuaria que repetia *privilegio*, *privilegio*. El ayuntamiento no respondió á las quejas de Carlos mas que con un silencio bochornoso, persiguiéndole las mismas voces hasta su palacio. Alzándose una voz sobre todas las demás gritó: *A vuestras tiendas, Israel*, palabra de consigna de los judíos cuando querian abandonar á sus príncipes.

Reunidos al dia siguiente los comunes, aparentaron un vivo terror, y convinieron unánimes en que habiendo el rey violado sus privilegios, no debia su asamblea continuar en el mismo lugar ínterin no se les diese una satisfaccion completa y la seguridad de que serian respetados; y como se difundió el rumor de que las últimas medidas del rey habian sido aconsejadas por los papistas, se apoderó de la ciudad sin motivo la mayor consternacion.

En tanto que los miembros de los comunes afectaban un terror infundado sublevando con este artificio al populacho, la ciudad no era mas que un teatro de confusion y de desórdenes: el rey, temiendo verse espuesto á algun nuevo insulto de aquella muchedumbre furiosa, se retiró á Windsor, atormentado y acosado por los disgustos, la vergüenza y los remordimientos: y reflexionando por fin sobre la locura imperdonable de su conducta reciente, se decidió para reparar su falta á entrar en un acomodamiento si era posible.

Al efecto escribió Carlos al parlamento informándole que desistia de su demanda contra los acusados, y asegurando que los privilegios de aquella augusta asamblea serian siempre para él tan caros como su corona ó su vida; pero como su violencia le habia hecho odioso á los comunes, semejante sumision no sirvió mas que para envilecerle á los ojos de todos los partidos.

Por fin los comunes despojaron al rey de casi todos sus privilegios: los obispos habian huido, y los jueces estaban intimidados; con lo cual, dueños de la Iglesia y de las leyes, no les faltaba mas que ponerse en posesion del poder militar. La eleccion de gobernadores y de generales y la creacion de ejércitos estaban todavía en el número de las prerogotivas de la corona. Los miembros del parlamento, exagerando el terror que les inspiraba el papismo, dirigieron una peticion para que la Torre fuese puesta en sus manos, y que Hull, Portsmouth y la armada fuesen confiadas á personas de su eleccion. Otorgar tal exigencia era abolir todo lo que restaba de la antigua constitucion, y desecharla era crear nuevos peligros. Por fin, tras de algunas contestaciones se satisfizo á estas pretensiones ambiciosas; mas tantas debilidades y concesiones, lejos de poder aplacar la avidez del parlamento, no sirvieron mas que para que todavía reclamase el derecho de formar una milicia mandada por oficiales de su nombramiento. Esta demanda fué coloreada con el pretesto de garantirse de los católicos irlandeses.

Carlos empero se resolvió á poner término á unas exigencias que se aumentaban á proporcion de su facilidad en otorgarlas: no rehusó abiertamente, pero pidió una dilacion; y como la reina y la princesa de Orange juzgaban prudente alejarse del reino, las acompañó hasta Douvres. A la peticion de los comunes respondió que le era imposible satisfacer desde luego á unas proposiciones tan graves, y que decidiria á su regreso; pero los miembros opuestos á la dignidad real conocian bien que habian avanzado demasiado para retroceder ante los obstáculos, y que si dejaban al rey una sombra de poder, ellos vendrian á ser víctimas. Alegaron por lo tanto que los peligros y las desgracias de la nacion no permitian dilacion alguna, y que en el caso en que el rey insistiese en prolongar su irresolucion, se verian obligados á proveer á la seguridad del reino y á la suya misma, disponiendo de la milicia por la sola autoridad de las dos cámaras; y prevenian á S. M. que estaban resueltos á obrar de esta manera, y que deseaban que se les permitiese mandar el ejército por un tiempo determinado. Carlos enfureciéndose esclamó: «No, no, ni siquiera por una hora.» Esta repulsa destruyó todo tratado ulterior, y las dos partes se prepararon para la guerra.

El rey, cojiendo entonces al príncipe de Galles, se retiró á York, donde encontró al pueblo con mejores disposiciones á favor suyo que lo que se habia imaginado, porque el frenesí religioso no habia adquirido tanto imperio sobre los espíritus, y así habia un partido numeroso decidido á sostener la causa de la autoridad real. La reina que estaba en Holanda reclutaba hombres, y enviaba municiones con los medios que le suministraban las alhajas de la corona.

Antes de declararse abiertamente las hostilidades se entablaron unas negociaciones que mas bien se dirigieron á colorear la guerra con una apariencia de razon á los ojos del pueblo, que á efectuar una reconciliacion. El rey hizo al parlamento ofertas que debian ser rehusadas, y en cambio le envió éste diez y nueve proposiciones que ponian á la autoridad real dependiente absolutamente de la voluntad de las cámaras. El consejo

privado, los principales empleados del Estado, los ayos de los príncipes, los comandantes de los fuertes, de la armada y del ejército debian ser escojidos y nombrados por el parlamento: éste habia de castigar á los papistas; la iglesia y la litúrgia debian ser reformadas segun lo creyese oportuno, y debian volver á sus puestos muchos miembros que estaban en desgracia. Tales demandas que cambiaban la forma de gobierno haciéndola aristocrática, fueron rechazadas por el rey.

«Si accedo á las proposiciones que me haceis, dijo »Carlos en su respuesta, yo no seré mas que la sombra »de un rey: las señales esteriores del poder permanece»rán en mis manos; mas mi cetro y mi corona no serán »sino unos juguetes, y la autoridad que en mí reconoz»cais en vuestros actos, no será mas que ilusoria.»

La guerra pareció mil veces preferible á la paz ignominiosa que cada partido reclamaba. Así echándose en cara mútuamente el rey y el parlamento las desgracias del Estado, de que eran igualmente responsables, comenzaron aquella escena de muerte y desolacion que va á presentarse delante de nuestros ojos.

CAPITULO XXXVI.

CONTINUACION DEL REINADO DE CARLOS I.

(Desde el año de 1642 hasta el de 1646.)

Ninguna época desde el orígen de Inglaterra habia ofrecido en esta nacion tantos hechos grandes, tantos talentos ni tantas virtudes como la época fatal de estos tiempos calamitosos. No hallándose entonces encadenado el mérito por una autoridad injusta, era honrado en todas las clases de la sociedad, y llamado á competir por la preponderancia y preeminencia. Como cada partido confiaba igualmente en la justicia de su causa, apelaba á Dios como á juez de la rectitud de sus intenciones. El parlamento estaba convencido de que combatia por el cielo, sosteniendo las opiniones de un culto particular; y el rey á su vez estaba seguro de que sus derechos como monarca eran sagrados, porque desde que habia sido educado le animaba la firme creencia de que aquellos dimanaban de un orígen divino. Así alentaban la pasion y el entusiasmo á los combatientes de una y otra parte, siendo el valor mas bien que la prudencia lo que entre aquellas tropas disciplinadas decidia la fortuna de cada jornada.

Jamás hubo contienda alguna que fuese mas desigual en apariencia que lo que esta parecia serlo desde luego: todas las ventajas estaban del lado de los enemigos del rey. Sus rentas habian sido embargadas por ellos: todos los puertos de mar, á escepcion de New-Castle, estaban en sus manos, y se hallaban en posesion de todos los derechos que aquellas ciudades tenian costumbre de suministrar. La armada estaba á sú disposicion. Todos los depósitos de armas y de municiones fuéron destinados para su uso, y se encontraban apoyados por los hombres mas activos de la nacion.

El rey nada podia oponer á tales ventajas mas que los homenajes debidos á la dignidad real. Declaróse á su favor la mayor parte de los nobles, cuyas preeminencias y fortunas debian desvanecerse ó elevarse con el que era la base de ellas. Tambien estaba en pro de su causa la mayoría de los hombres ilustrados, así como la antigua nobleza, que mirando todavía la fidelidad á su rey como una virtud, tenia armados sus vasallos para defenderle. Carlos, animado por sus partidarios y por sus secretas esperanzas, se resolvió á abrir la campaña plantando el estandarte real en Nottingham—Año 1642.

Entrambos partidos esparcieron manifiestos por todo el reino, y dividida la nacion entera en dos facciones, fué designada con los nombres de *caballeros* y de *cabezas redondas*. Para comprometerse mas solemnemente á favor del pueblo, el rey hizo la protesta siguiente á presencia de todo el ejército:

«Me obligo ante el Todopoderoso, cuya bendicion y »asistencia espero, á defender y mantener con todo mi »poder la verdadera religion reformada, protestante, es»tablecida en la iglesia de Inglaterra, y mediante la gra»cia de Dios tengo la firme voluntad de vivir y morir »en ella.

»Es mi intencion que las leyes sean siempre la nor»ma de gobierno y que sirvan para conservar la liber»tad y las propiedades de mis súbditos con tanto cui»dado como mis propios derechos. Si Dios se dignare »bendecir este ejército levantado para mi defensa, y »preservarme de los males con que la rebelion me ame»naza, prometo solemnemente y de buena fé en pre»sencia del mismo Dios, mantener los justos privilegios »y la libertad del parlamento, gobernar por los estatutos »y los usos vigentes en el reino, y especialmente pro»meto observar de una manera inviolable las leyes á »quien he dado mi sancion en este parlamento.

»Si la situacion y la necesidad absoluta en que me »hallo ocasionan alguna violacion de la ley, yo espero »que será imputada por Dios y los hombres á los auto»res de la guerra y no á mí, que tan ardientemente he »trabajado por conservar la paz en el reino.

»No quiero, si yo infringiere voluntariamente estas »promesas, ni el socorro de los hombres, ni la protec»cion del cielo; pero en la resolucion en que estoy, es»pero que seré apoyado con celo por todos los hombres »de bien, y me encomiendo al amparo de Dios.»

La sinceridad con que este discurso fué pronunciado, y la pureza de sentimientos que encerraba, contribuyeron á robustecer la causa del rey, la cual sin embargo se presentó en una situacion poco susceptible de hacer concebir grandes esperanzas á sus amigos. La milicia levantada en el condado por el gerif sir Juan Digby no ascendia mas que á trescientos hombres de infantería, y la caballería que componia la fuerza principal no escedia de ochocientos, estando tan mal armados como abastecidos. Es verdad que no tardaron en aumentarse estas tropas; mas no encontrándose Carlos todavía en estado de hacer frente al enemigo, juzgó mas prudente el retirarse con una marcha lenta á Derby y desde allí á Shrewsbury, á fin de favorecer las levas que sus amigos realizaban en estas comarcas.

Por su parte los enemigos del rey no se habian descuidado en hacer preparativos: tenian un depósito de armas en Hull, y sir Juan Hottam habia sido nombrado por el parlamento gobernador de esta plaza, de donde sacaban los rebeldes todas sus fuerzas. Carlos se presentó en persona algun tiempo antes delante de esta ciudad que no quiso abrirle las puertas: las tropas que en todas partes habian sido levantadas bajo pretesto de servir en Irlanda, fuéron abiertamente destinadas por el parlamento para la defensa de su propia causa, siendo nombrado comandante de ellas el conde de Essex, hombre osado y activo, si bien no tanto deseaba la destruccion de la monarquía como la restriccion de sus privilegios. Cuatro mil hombres fuéron alistados en un solo dia en Londres, y el parlamento hizo una declaracion exigiendo de todos el juramento de vivir ó morir con su general. Diéronse órdenes al mismo tiempo para que se contribuyese con préstamos y utensilios á fin de proveer á los gastos de la guerra «y á la seguridad del rey y de las cámaras del parlamento,» porque conservaban todavía el estilo antiguo. Una inmensa cantidad de recursos fué llevada con celeridad al tesoro, siendo tal el ardimiento general por la causa de las cámaras, que escedió á todas las esperanzas. Así se encontraron los enemigos en poco tiempo á la cabeza de diez y seis mil hombres, á quienes hizo marchar el conde de Essex hácia Northampton contra el rey.

El ejército realista estaba lejos de igualar en número al del conde de Essex, pero pasaba por estar mejor disciplinado y dirigido. Los dos hijos del infortunado elector palatino, los príncipes Ruperto y Mauricio, ha-

bian ofrecido sus servicios, que fuéron aceptados por el rey con reconocimiento. Una ligera ventaja conseguida al principio por Ruperto sobre el coronel Sandys, hizo concebir grandes esperanzas de su actividad y capacidad, de suerte que alentado el ejército por este buen éxito, se resolvió á aventurar una batalla. Era tal la ignorancia de entrambos enemigos en el arte y las estratagemas de la guerra, que se hallaban sin saberlo á seis millas de distancia el uno del otro, y por espacio de diez dias se habian mantenido á veinte millas entre sí sin noticia alguna de su posicion recíproca.



Príncipe Ruperto.

Edge-Hill fué el primer punto en que se prepararon á luchar los dos bandos, no tardando aquella comarca en convertirse en teatro de muertes y de guerras civiles. Era un espectáculo horrible el ver mas de treinta mil hombres, entre los que se encontraban los mas bravos guerreros, dirigiendo sus armas contra sus mas caros amigos y parientes mas cercanos, olvidando sus afecciones mas dulces y sus consideraciones mas poderosas por un encono de faccion, en lugar de emplear su valor contra los enemigos esteriores de su patria.

Al principio de este combate, sir Faithful Fortescue, que habia levantado tropas para la guerra de Irlanda, abandonó de improviso á su partido para entrar en el de los realistas; lo cual alarmó tanto al ejército parlamentario, que toda la caballería se dió á la fuga. El ala derecha de él siguió este ejemplo; pero como el ejército realista tomó con demasiado empeño la persecucion de los fugitivos, el cuerpo de reserva, mandado por el conde de Essex, acometió á la retaguardia contraria é hizo en ella una carnicería terrible. Repuestos un poco los realistas de su primera sorpresa, opusieron una vigorosa resistencia, y por algun tiempo estuvieron entrambos ejércitos contemplándose en silencio, sin tener el valor suficiente para renovar el ataque: permanecieron toda la noche sobre las armas, encontrándolos todavía el dia siguiente á los unos enfrente de los otros. Aquel era el momento que el rey debia escojer para dar un golpe decisivo; pero habiendo malogrado una ocasion tan favorable, los dos partidos se separaron con pérdidas iguales. Dícese que se encontraron cinco mil cadáveres en el campo de batalla.

Seria molesto é inútil dar el detalle de las marchas y contramarchas de estos ejércitos tan mal disciplinados como dirigidos. La guerra era á la sazon para los ingleses un arte enteramente nuevo, después de cerca de un siglo en que no habian sido testigos de ningun compromiso hostil en Inglaterra.

No tardó la reina en reforzar el partido realista con los soldados y municiones que llevó de Holanda, para donde volvió á salir inmediatamente á fin de proporcionar nuevos socorros. En cuanto al parlamento, como estaba seguro de sus fuerzas, se sentia muy alentado, y aun aumentó sus pretensiones á proporcion de sus pérdidas, haciéndose mas orgulloso que nunca al verse rechazado del campo de batalla. Los gobernadores que habian accedido á poner sus fortalezas en manos del rey, fueron acusados de alta traicion, y fué en vano que este hiciese proposiciones en seguida de cada una de sus ventajas, pues no sirvieron mas que para acrecer la animosidad del parlamento. Por mas que el deseo estremado de Carlos por hacer la paz con sus súbditos fuese la prueba mas alta de la bondad de su corazon, sin embargo la lentitud de sus negociaciones, una de las que tuvo lugar en Oxford, fué una falta, y disipó en altercados y tratados nulos un tiempo precioso que pudiera haber empleado en operaciones vigorosas sobre el campo de batalla.

Las dos primeras campañas ofrecieron un aspecto favorable al partido realista, sucediéndose las victorias una á otra. Cornouailles fué forzada por el rey á la paz y sumision; los parlamentarios fuéron vencidos en Stratton-Hill, en el Devonshire, y tambien lo fueron en Roundway-Down, cerca de la Devices y en Chalgrave-Fielld—Año 1643.—Bristol y Gloucester fuéron asediadas y tomadas, y la batalla de Newbury fué igualmente favorable á la causa real, que desde entonces formó grandes esperanzas de triunfo en el ejército del norte, levantado por el marqués de Newcastle.

En la segunda de estas campañas murieron en el campo de batalla los dos mas valientes y recomendables de su respectivo partido, como si la Providencia hubiese querido librarlos del triste espectáculo de mortandad que poco despues iba á manchar su patria. Estos bravos guerreros eran Juan Hampden y Lucio Cary, lord Falkland.

Habiendo el príncipe Ruperto cojido un botin considerable en una incursion que hizo en el radio de dos millas del campo enemigo, trataron de recuperarlo los parlamentarios, quienes, poniéndose Hampden á su frente, sorprendieron á los realistas en Chalgrave-Field.

Como siempre iba á la cabeza de los combatientes, fué herido en un hombro por una bala de cañon que le rompió el hueso, muriendo á los pocos dias de esta herida. Su partido hubiera sido deshecho totalmente, si él solo hubiera esperimentado dolor y consternacion al saber semejante perdida. Carlos, á pesar de ser enemigo, se afligió de la desgracia de Hampden, á quien ofreció los servicios de su propio cirujano, porque aquel esforzado campeon supo lograr por su inflexible integridad hasta la estimacion de sus contrarios, á pesar de haberse rehusado tenazmente desde el orígen de aquellos disturbios á pagar los derechos de las naves; á sus méritos como guerrero juntaba una afabilidad estremada en el trato particular, grande acierto y elocuencia en la discusion, y mucha penetracion en el consejo.

Pero la pérdida de Falkland fué mas considerable, siendo como era todavía mas noble y mas estimable su carácter. A la severidad de los principios de Hampden unia una dulzura y elegancia de modales que empezabán entonces á ser conocidos y apreciados en Inglaterra. Se habia opuesto enérgicamente á las pretensiones del rey ínterin le habia visto abusar de su poder; mas apenas conoció que el objeto del parlamento era destruir la religion y derribar la constitucion de su patria, cambió súbitamente de partido, pasándose al de la corona.

Desde el principio de la guerra civil le habian abandonado su jovialidad y viveza habituales, tornándose triste, melancólico y negligente en su atavío. Cuando los ejércitos se pusieron el uno enfrente del otro y se prepararon para la batalla de Newbury, parecia que buscaba con ardor en el combate el término de su vida, ya que no le era posible apaciguar las turbulencias de su país. Atormentado por la suerte futura de su patria, ninguna confianza le inspiraban las ventajas demasiado prontas y brillantes de su partido, temiéndolas tanto como las del enemigo; de modo que se le oyó esclamar muchas veces que las calamidades de su país habian despedazado su corazon. «¡La paz, la paz!» repetia á menudo despues de penosos suspiros y de haber guar-

dado un triste y melancólico silencio. El dia de la batalla de Newbury dijo á sus amigos que estaba cansado de aquellos tiempos y de las desdichas que amenazaban á Inglaterra, y que esperaba abandonarla antes de la noche. Efectivamente, habiendo recibido un balazo en el vientre, sucumbió en el campo de batalla, encontrándose su cadáver á la mañana siguiente entre los muertos.

Sus escritos, su elocuencia, sus sentimientos de justicia y su valerosa conducta merecian la muerte gloriosa que deseaba y encontró en el campo del honor.

El rey, deseando hacer preparativos durante el invierno para la campaña siguiente y oponerse á los designios del parlamento de Westminster, convocó uno en Oxford, siendo esta la vez primera en que hubo dos parlamentos al mismo tiempo en Inglaterra—Año 1644.—La cámara de los pares fué asaz numerosa; pero no pasando la de los comunes de unos ciento cuarenta miembros, era en una mitad menos fuerte que la de Westminster. El rey llegó á alcanzar algunos subsidios de aquel simulacro de parlamento que en seguida fué prorogado, sin que despues hubiese sido jamás convocado de nuevo.

Los jefes parlamentarios no se conducian con menos actividad por su parte. Publicaron una órden para que todos los habitantes de Londres y de las cercanías suprimiesen una comida por semana á fin de aplicar su valor al sostenimiento de la causa pública. Pero lo que fué mucho mas importante es el ejército considerable llevado por los escoceses en auxilio de Inglaterra, cuyos derechos confundian con los suyos. Entrambas cámaras levantaron en el Este un ejército de catorce mil hombres, que fuéron puestos bajo el mando del conde de Manchester; además el de Essex mandaba diez mil, y habia otro cuerpo de un número casi igual, dirigido por sir Guillermo Waller. Estas fuerzas eran muy superiores á todas las que el rey podria reunir, y estaban mucho mejor provistas, equipadas y pagadas.

Las hostilidades, que no se interrumpieron completamente durante el invierno, se renovaron en la primavera con mas furor que nunca por ambas partes, y siguieron desolando el reino sin resultar victoria. Cada condado iba á reunirse al partido hácia el cual era arrastrado por motivos de conviccion, de interés ó de temor. Algunos territorios no obstante se declararon por la paz, y todas las personas cuerdas y bien intencionadas la pedian á gritos.

El acontecimiento que particularmente merece ser referido, fué la tentativa de las mugeres de Londres, que habiéndose reunido en número de dos ó tres mil, se dirigieron en cuerpo á la cámara de los comunes demandando la paz con instancia. «Entregadnos á los traidores que se oponen á la paz, gritaban, entregádnoslos para que los hagamos pedazos.» No sin dificultad consiguieron los guardias disipar aquella conmocion, en que perdieron la vida algunas mugeres.

La batalla de Marston-Moor fué la señal de los infortunios del rey. Reunidos los escoceses y el ejército parlamentario, asediaban á York, cuando les obligó á levantar el sitio el príncipe Ruperto, de concierto con el marqués de Newcastle. Entrambos partidos se dirigieron hácia Marston-Moor en número de cincuenta mil hombres, presentándose incierta la victoria por largo tiempo. Ruperto, comandante del ala derecha de los realistas, encontró de adversario á Oliverio Cromwell, que se distinguia á la cabeza de un cuerpo de ejército formado y disciplinado por los esfuerzos de él mismo. Cromwell fué el victorioso, arrojando á los realistas fuera del campo de batalla, persiguiendo á los vencidos, y volviendo á la carga para volar de nuevo á la victoria. Toda la artillería del príncipe Ruperto fué cojida, sufriendo los realistas una irreparable derrota.

En tanto que perseguia al rey la desgracia en el campo de batalla, sus negociaciones tampoco eran seguidas de mejor éxito. Entablóse un tratado en Uxbridge, que así como tantos otros se redujo á nada—Año 1645.—Los puritanos reclamaban la abolicion del episcopado y de todas las ceremonias de la Iglesia; mas Carlos, por un sentimiento de conviccion, por interés y por persuasion, de ninguna manera se hallaba dispuesto á acceder á tales demandas. Hacia mucho tiempo que protegia la jurisdiccion episcopal, no solo porque era favorable á la monarquía, sino porque todos sus partidarios eran muy adictos á dicha jurisdiccion; y así miraba á los obispos como esenciales á la existencia de la Iglesia cristiana, creyéndose obligado por vínculos temporales y sagrados á defenderlos. Pero el parlamento, tenaz en este punto, estaba resuelto á destruir semejante categoría, y para demostrar su decision comenzó por dirigir su resentimiento contra uno de los principales personajes del clero católico.

Como ya hemos visto anteriormente, Guillermo Laud, arzobispo de Cantorbery, habia sido encerrado en la Torre al mismo tiempo que Stralford, y habia soportado con resignacion una larga prision, sin que hasta entonces se hubiese tratado de juzgarle. Por fin, fué acusado de alta traicion, de tentativas para destruir las leyes fundamentales del reino, y de otros crímenes y prevaricaciones, alegándose con encarnizamiento contra él el cargo mal fundado de papismo que fué desmentido por su vida y muerte. Defendió por sí mismo su causa, hablando muchas horas seguidas con aquel valor y firmeza que resultan del sentimiento íntimo de la inocencia. Los lores que le juzgaban se mostraron dispuestos á absolverle; pero los comunes, entre los que se encontraban sus acusadores, temerosos de que llegase á lograr buen éxito, pronunciaron sentencia de muerte contra él, atemorizando á los lores que rehusaban obstinadamente su consentimiento. Solo siete de estos dieron su voto: los demás evitaron el comparecer, sea por temor ó por vergüenza.

Al aparecer el venerable prelado en el cadalso, al cual subió sin mostrar el menor terror, tomó la palabra, y con el tono con que hacia sus exhortaciones en el púlpito, dirigió al pueblo un largo discurso, en que declaró, que despues de examinar escrupulosamente el fondo de su corazon, daba á Dios gracias de no hallar en él falta alguna que mereciese la muerte que iba á sufrir; que el rey habia sido acusado injustamente de haber querido introducir el catolicismo; que él le creia protestante tan firme como cualquiera otro de su reino; que con respecto á los parlamentos, por mas que él despreciase la conducta de alguno de los miembros, jamás habia sido su designio variar las leyes ni la religion protestante de su patria.

Después de orar algunos momentos puso su cabeza en el tajo, cortándosela el ejecutor de un solo golpe.

Triste es el pensar que en estos tiempos de turbulencias los que mas tuvieron que sufrir fuéron los hombres mas distinguidos de uno y otro partido (1).

El resultado de la muerte de Laud fué una revolucion total en las ceremonias de la Iglesia, siendo destruida la litúrgia en el mismo dia de la ejecucion de este prelado, como si él hubiese sido el único obstáculo para semejante cambio. Desde este momento la Iglesia de Inglaterra quedó sometida en todo á los principios puritanos, y tanto los ciudadanos de Londres como el ejército escocés, deslumbrados con esta reforma que miraban como venturosa, dieron públicamente gracias al cielo.

La abolicion de la religion reformada, tal como habia sido establecida en el reinado de Isabel, pareció que desde luego daria vigor y consistencia á los consejos de los parlamentarios; mas tal es la naturaleza del hombre, que si no tropieza con oposicion y trabas, las crea él mismo.

(1) Laud sin embargo fué una de las causas de la guerra civil por la estension que dió al poder arbitrario durante su ministerio; y merecia la muerte como Straoffrd, porque hay crímenes mucho menores que los suyos que son castigados con este suplicio. (*B. W.*)

Desde el instante que los puritanos aparecieron acordes y reunidos bajo el nombre de presbiterianos, empezaron á formarse dos nuevos partidos, animados cada cual de miras é intereses particulares. Una parte de la cámara se componia de presbiterianos, llamados así sencillamente; la otra, aunque en número mas corto, constaba de independientes, nueva secta que hacia poco habia nacido, y de dia en dia progresaba rápidamente.



Jhon Lilburn en traje de puritano.

La diferencia que existia entre estas dos sectas apenas merecia ser citada, si sus opiniones religiosas no hubieran influido considerablemente en su conducta política. Segun hemos visto, la Iglesia de Inglaterra tenia obispos designados por la ordenacion clerical, y un libro de preces públicas. Los presbiterianos se encarnizaron contra lo uno y lo otro, queriendo que la Iglesia fuese gobernada par eclesiásticos elegidos por el pueblo, y que las oraciones fuesen improvisadas.

Todavía iban mas lejos los independientes, quienes escluian toda especie de clero, y sostenian que cualquiera podia orar en público, exhortar á su auditorio y esplicar las Escrituras. Su sistema político estaba de acuerdo con sus principios religiosos, y así no contentos con reducir al rey al simple rango de magistrado, lo cual era tambien el objeto de los presbiterianos, pretendia, no solo abolir totalmente la monarquía, sino hasta toda subordinacion. Como reconocian que los hombres eran iguales por naturaleza, sostenian á la par que ni las circunstancias ni las instituciones artificiales podian destruir semejante igualdad, á pesar de ser un error el pensar de este modo.

Seria de desear que un tal sistema de gobierno fuera realizable; este estado de cosas sin duda hubiera sido el mas dichoso; pero ¿no opone á ello obstáculos perpétuos la flaqueza humana, y no debe el hombre sábio é industrioso prevalecer siempre y en todo sobre aquel á quien deshonran la ignorancia y pereza? Así no tardó en patentizar el mal éxito del plan de los independientes que mal se adaptaban sus teorías á la debilidad humana. Creidos no obstante de su rectitud en materia de religion y de política, dieron curso á un orgullo insolente, resultado inevitable de juicios y principios falsos.

Los independientes formaban un cuerpo cuya influencia crecia de dia en dia. Su santidad aparente, su valor estimulado por el entusiasmo, y su perseverancia siempre creciente, comenzaban á producir grandes efectos; y aunque fuesen en número insignificante en la cámara de los comunes, que se componia de personas mas ilustradas, estaban en mayoría en el ejército, cuya mayor parte habia salido de la clase ínfima del pueblo.

Los realistas se esforzaban por echar el ridículo sobre aquel fanatismo, sin notar las graves razones que habia para temer sus consecuencias. Eran muy débiles los vínculos que ligaban á las tropas del rey, y la falta de pagas dió orígen entre ellas á una licencia y descontento que las tornaban tan temibles para sus amigos como para los enemigos. Viendo el rey que el parlamento de Escocia le era tan poco favorable como el de Inglaterra, juzgó oportuno ajustar una tregua con los católicos de Irlanda, á fin de llevar las tropas inglesas que servian en aquel reino.

Algunos irlandeses que conservaban todavía toda su antigua fiereza, entraron en el servicio de Carlos reuniéndose á las tropas inglesas. Esta medida prestó ocasion al parlamento para reconvenir al rey porque admitia á los papistas á su servicio, y pareció colorear con una apariencia de verdad la antigua calumnia que le acusaba de haberlos provocado á la revuelta. Los tales católicos, lejos de aumentar las fuerzas militares del rey, no contibuyeron por desgracia mas que para acrecentar escesivamente el odio de sus súbditos. No tardaron aquellos en ser derrotados por Fairfax, uno de los generales del ejército parlamentario, y á pesar de que depusieron las armas fuéron degollados sin misericordia. Preténdese que se encontraron entre los muertos muchas mugeres que armadas de largos cuchillos de caza, habian tomado parte en aquel horrible combate: acaso lo único que contribuyó á esparcir semejante noticia fué el desmedido encono de los ingleses contra aquella secta infortunada.



Fairfax.

Esta guerra sangrienta fué al poco tiempo seguida de otra desventura. Carlos se habia retirado á Oxford, donde no tardó en encontrarse á la cabeza de un ejército turbulento y sedicioso, que desalentado é irritado con la falta de pagas, de dia en dia se iba haciendo mas difícil de ser gobernado; mientras que por otra parte las tropas parlamentarias, provistas de todo con abundancia y pagadas con exactitud, se hallaban en el mejor órden y en la mejor inteligencia. El parlamento para dar una prueba de su desinterés y destruir en la nacion la idea de que queria enseñorearse con un poder absoluto, estendió un acta llamada *renuncia de sí mismo*, la cual fué elogiada, pues se acordó en ella que ningun miembro del parlamento tendria mando en el ejército. En consecuencia fuéron cambiados los antiguos generales, cediendo sus cargos los condes de Essex, de Denbigh y Manchester, é introduciéndose la nueva disposicion en el ejército, fué nombrado general Fairfax con Cromwell, que halló el medio de conservar con este cargo su puesto en el parlamento. Semejante medida, que al pronto pareció que iba á menoscabar el poderío parlamentario, le dió nuevo vigor; de suerte que los

soldados llenos de confianza en sus jefes llegaron á ser como invencibles.

Jamás se presentó un ejército mas singular que el que entonces se aprestaba á combatir por la causa del parlamento. Los oficiales desempeñaban las funciones de capellanes, y durante los intervalos de la accion instruian y exhortaban á sus tropas. Por causa de los piadosos éxtasis y de los santos raptos habia contínuamente en el campo de batalla motivos de meditacion y de reflexion; y así, enardeciéndose los oficiales á medida que hablaban, no omitian el atribuir el ardor de que se sentian animados á una visita interior del espíritu divino. Los soldados, poseidos de los mismos sentimientos, empleaban las horas en que no podian combatir, en oraciones, lecturas santas y conferencias espirituales, mezclándose cuando marchaban al combate los himnos y las oraciones jaculatorias con el ruido estrepitoso de las trompetas. Un ejército animado de semejante espíritu debia ser invencible en efecto.

La batalla, por largo tiempo incierta, que debia decidir la suerte de Carlos, fué dada en Naseby, aldea del condado de Northampton—Año 1645.—El cuerpo principal del ejército real estaba mandado por lord Asteley, el príncipe Ruperto conducia el ala derecha, sir Marmaduke Langdale la izquierda, y el rey se habia puesto á la cabeza de la reserva. Del lado opuesto, Fairfax y Skippon dirigian el cuerpo principal, Cromwell el ala derecha, y su yerno Ireton la izquierda.

El príncipe Ruperto acometió con su impetuosidad y ventajas ordinarias el costado izquierdo del ejército parlamentario, dispersándolo y persiguiéndolo; mas perdió desgraciadamente un tiempo precioso en tentativas imprudentes para hacerse dueño de la artillería enemiga. Cronwell, en el ínterin atacaba con fortuna la caballería real, la que destrozó despues de una tenaz resistencia. La infantería de una y otra parte sostenia el choque con igual ardor; pero Fairfax y Skippon vieron á pesar de sus esfuerzos retroceder sus batallones. Cromwell llegando en aquel momento con tropas victoriosas, cargó de flanco con tal vigor á la infanteria del rey, que no tardó en resultar una funesta derrota para el ejército realista. El príncipe Ruperto se habia apresurado á reunirse con el rey que mandaba el cuerpo de reserva; pero sus tropas, aunque victoriosas, no estaban en disposicion de volver otra vez á la carga. Si en todos tiempos habia sido difícil el dirigirlas, como en aquellos momentos estaban aterradas, se negaban á avanzar.

Repuestos los parlamentarios del primer choque, habian restablecido el órden en sus filas y estaban preparados á recibir vigorosamente al enemigo. El rey se hallaba impaciente por avanzar con su cuerpo de reserva y cargar á los parlamentarios; pero estando á su lado el conde de Carnwath, cojió la brida de su caballo esclamando impetuosamente: «¿ Quereis ir á buscar la muerte?» Habiendo notado las tropas aquel incidente, volvieron caras y huyeron en tal confusion, que fué imposible rehacerlas en el resto de la jornada. El rey, no pudiendo ocultársele la pérdida de la batalla, se vió precisado á abandonar el campo á sus enemigos, quienes se apoderaron de los cañones, bagajes y de mas de cinco mil prisioneros.

Carlos jamás pudo reponerse de este fatal golpe: su ejército fué completamente dispersado, y los vencedores hicieron todos los prisioneros que quisieron. Encontróse entre los despojos cojidos la cartera del rey, que contenia toda su correspondencia particular con la reina, habiendo sido poco después publicadas las cartas por órden del parlamento, el cual tuvo un placer cruel en poner en ridículo la tierna efusion en que estaban escritas, para ser profanadas de aquel modo.

La batalla de Naseby puso á los parlamentarios en posesion de casi todas las fortalezas del reino, cayendo en sus manos Bristol, Bridge-Water, Chester, Sterborn y Bath. Exeter fué sitiada, y como las tropas del rey estaban en completa dispersion en las provincias occidentales, Fairfax acosó á los sitiados hasta forzarlos á rendirse á discrecion. En todas partes parecia que se aproximaban á su ruina los intereses del rey. El ejército escocés, que segun hemos visto se habia reunido al parlamento, entró en Carlisle después de un tenaz asedio, y dirigiéndose hácia el Sur sitió á Hereford. Tambien ocurrió otro choque en que asimismo fuéron destrozadas las tropas del rey por el coronel Jones, el cual mató quinientos é hizo mil prisioneros. Así, batido Carlos en todas partes, se retiró á Oxford, que en ningunas circunstancias habia dejado de mostrarse fiel á la causa real, y desde allí se resolvió todavía á hacer nuevas proposiciones á sus victoriosos enemigos.

Nada mas deplorable que la situacion del rey durante su permanencia en Oxford. Contristado con sus últimos desastres, y atribulado con el temor de las desgracias que le amenazaban, cansado de las murmuraciones de los que habian seguido su suerte, y dominado del dolor que le hacia esperimentar la imposibilidad en que se hallaba para socorrerlos y recompensar su lealtad, se dispuso á acceder á todas las pretensiones del parlamento y á conseguir á toda costa la paz y una reconciliacion completa. Al efecto envió reiterados mensajes á las cámaras, que no se dignaron darle la menor respuesta. Por fin, después de reconvenirle el parlamento con dureza por la sangre derramada en la última guerra, le hizo saber que estaban preparando varios proyectos, y que si queria darles su asentimiento, se podria juzgar entonces de sus disposiciones pacíficas.

Al mismo tiempo se aproximaba Fairfax á la cabeza de un ejército poderoso y victorioso, y tomaba todas las medidas nesesarias para poner sitio á Oxford, que prometia una rendicion fácil—Año 1646.—Ser cojido cautivo y conducido en triunfo por sus orgullosos súbditos, era una idea humillante que Carlos no podia soportar, y temia con razon los insultos y la violencia del soldado que habia esperimentado los funestos efectos de su oposicion. En situacion tan desesperada adoptó una medida que en cualquiera otra circunstancia hubiera podido con razon ser tachada de imprudente é indiscreta. Resolvióse á entregarse al ejército escocés confiando en su lealtad, ya que nunca habia manifestado contra él una animosidad implacable.

Para mejor ocultar su designio á los habitantes de Oxford, diéronse órdenes á todas las puertas de la ciudad para que se permitiese salir á tres personas. En la siguiente noche, el rey, acompañado del doctor Hudson y de Ashburnham, tomó el camino de Londres con el traje de criado del último, y tanto se acercaron á Londres, que por algunos instantes tuvo Carlos la idea de entrar en la ciudad y ponerse á merced del parlamento. Por fin, despues de atravesar muchos caminos estraviados, llegó al campo escocés, delante de Newark, y se descubrió al general en jefe lord Leven.

Los escoceses, que algun tiempo antes le habian dado algunas muestras de fidelidad y proteccion, se mostraron muy sorprendidos de la llegada del rey á su campo, y lejos de ocuparse de los intereses de él, no pensaron mas que en los suyos, conferenciando entre sí acerca de la conducta que debian observar en aquel caso. Enviaron inmediatamente unos comisionados á participar al parlamento el repentino arribo de Carlos, y á asegurar que habia sido completamente inesperado. Exigióse al rey al mismo tiempo que diese las órdenes necesarias para que todas las guarniciones se rindiesen al parlamento. En cambio de tal condescendencia los militares le trataron con una reserva y circunspeccion bien distantes del respeto y de los miramientos que se le debian: los eclesiásticos le dirigieron sendos sermones insultándole sin piedad desde lo alto de los púlpitos. Uno de ellos, después de echarle en cara su mala administracion, entonó el salmo que comienza con estas palabras:

«Tirano, ¿cómo te atreves á gloriarte de tus malas acciones?» (1).

El rey se levantó, é indicó á su vez el salmo cuyas primeras palabras son:

«Señor, tened piedad de mí, porque quieren devorarme los hombres.» (2).

El auditorio, herido de compasion al pensar en las desgracias del rey, consintió en cantar este salmo por respeto á Carlos.

Noticioso el parlamento de la cautividad del rey, entró inmediatamente en negociaciones con los escoceses á fin de que accediesen á entregarle el prisionero. Desde que dichos escoceses llegaron á Inglaterra habian estado á sueldo del parlamento, á fin de poner al país á cubierto de sus estragos y depredaciones; pero como muchos de ellos llegaron á no ser pagados, se resintieron de la miseria de la época, y hubo algunas dificultades para darles la suma que reclamaban, por ser mucho mas considerable que lo que realmente se les debia. No obstante, juzgando aquellas circunstancias favorables á sus pretensiones, insistieron sobre el pago de sus atrasos, resolviéndose á sacar partido de su noble cautivo para conseguir lo que deseaban.

Después de varias disputas entre ellos y el parlamento, prometieron entregar el rey, mediante la suma de cuatrocientas mil libras, á lo cual accedió al instante dicho parlamento. No puede justificarse una accion tan atroz y cobarde, y así los escoceses regresaron á sus hogares, cargados de botin y de los vituperios de todos los hombres de bien.



Moneda de Newark (3).

Desde esta época hasta el gobierno despótico de Cromwell, la constitucion fué presa de todos los disturbios de las facciones, de los crímenes, de la ignorancia y del fanatismo. Derribada que fué la potestad real, el parlamento trató de apoderarse de las riendas del gobierno; mas no tardó á su vez en verse forzado á someterse al poder militar que, como todos los gobiernos democráticos, era turbulento, transitorio, débil y sanguinario.

CAPITULO XXXVII.

FIN DEL REINADO DE CARLOS I.

(Desde el año 1641 hasta el de 1649)

Así que el rey fué entregado por los escoceses á los comisarios del parlamento, se le condujo con escolta á Holdenby-Castle, condado de Nortampton, donde estuvo retenido en la cautividad mas rigurosa. Todos sus antiguos criados fuéron despedidos, privósele de toda clase de visitas, y hasta le quitaron toda comunicacion con sus amigos y su familia.

Terminóse por fin la guerra civil; el rey dispensó á sus partidarios de su fidelidad, y el parlamento no tenia mas enemigos que temer que las tropas de que se habia servido para ensanchar su autoridad. Pero á medida que desaparecia el temor de la preponderancia real, iba aumentándose la mala inteligencia entre los independientes y los presbiterianos. La mayoría de la cámara se componia de presbiterianos, y la del ejército de independientes, á cuya cabeza estaba Cromwell dirigiendo y dando impulso secretamente á todas las operaciones del ejército.

Oliverio Cromwell, cuya capacidad comenzaba entonces á desenvolverse con estrépito, era hijo de un hidalgo de Huntingdon; pero como no descendia mas que de un hermano segundo, solo heredó una fortuna muy escasa. Habiendo sido enviado á Cambridge, ningun progreso hizo en las apacibles y cultas ocupaciones de las letras á que tenia poca aficion, y solo se distinguió por su conducta relajada y la manera con que disipó su escasa fortuna patrimonial. Es probable que la miseria á que entonces quedó reducido, contribuyó mas que otra cosa á ponerle en un género de vida diametralmente opuesta: después de haber sido uno de los hombres mas disolutos del reino, se volvió de repente uno de los mas rígidos y sóbrios; de suerte que el mismo ardor de temperamento que le habia arrastrado á los estravíos del placer, le condujo á una religion exagerada. Trató al pronto de reparar su arruinada fortuna con el auxilio de la agricultura: mas semejante espediente solo sirvió para ocasionar nuevas dificultades.

Por algun tiempo tuvo el pensamiento de marcharse á la nueva Inglaterra á establecerse allí; pero una órden del rey le obligó á desistir de su proyecto. Sea por efecto de la suerte, sea á consecuencia de intrigas, fué nombrado miembro del parlamento largo de Cambridge. Desde luego manifestó no poseer dotes oratorias; su físico era desgraciado, su porte siempre descuidado y desaseado, su esplicacion desagradable, cansada, oscura y embarazosa. Sin embargo, á fuerza de celo y perseverancia consiguió lo que le habia negado la naturaleza, y llegó á triunfar. Dotado de un corazon intrépido, de un disimulo profundo, y de una conviccion íntima de la justicia de su causa, logró después de pasar por todos los grados, el puesto de lugar-teniente de Fairfax, aunque en esta época tenia en realidad el mando supremo de todo el ejército.

Poco tiempo después de la retirada de los escoceses, viendo el partido presbiteriano que todo se habia sometido á la obediencia, comenzó á agitar la cuestion de licenciar una gran parte de las tropas y enviar el resto á Irlanda; pero estas estaban tan poco dispuestas á dejarse licenciar, como á marchar á un país sin civilizacion, sin cultura y sumido en la barbarie. Cromwell procuró mantenerlas en aquella repugnancia: su bravura, su celo religioso, y sobre todo el interés que manifestaba por los soldados, le habian atraido el afecto de estos. Su influencia fué estremada en tales circunstancias: el ejército, en lugar de someterse, hizo una peticion en que reclamaba una amnistía ratificada por el rey para todos los actos ilegales que el mismo ejército pudo cometer durante la guerra. Los comunes no respondieron sino con severidad y firmeza, declarando que semejante peticion tendia á introducir la insubordinacion en el reino, á imponer condiciones al parlamento, y á impedir los auxilios que Inglaterra tenia intencion de dar á la Irlanda, y hasta llegando á amenazar que perseguirian á los autores de la pretension como enemigos del Estado y perturbadores del reposo público,

(1) Why dos thou, tyrant, boast thyself,
Thy wicked deeds to praise?
Quid gloriaris in malitia. *Salmo* 51.

(2) Have mercy, lord, on me, I prey,
Jor men would me devour.
Miserere mei, Deus, quoniam, etc. *Salmo* 55.

(3) Esta clase de monedas se acuñó en Newark en los años 1643 y 1646.

Entonces comenzó el ejército á considerarse como un cuerpo separado de la república, y se quejó de que despues de haber asegurado la tranquilidad general, solo él se vió privado de los privilegios de los ingleses. Tomó pues el partido de oponer al parlamento de Westminster otro militar, compuesto de los oficiales y parte de los subalternos de cada regimiento. Los oficiales formaron un consejo para representar el cuerpo de los pares, y los soldados escojieron á dos hombres de cada compañía para representar la cámara de los comunes. Esta asamblea recibió el título de *Agitadores* (1) *del ejército*. Cromwell tuvo cuidado de ser miembro de aquel nuevo parlamento, y así halló el medio fácil de conducir y fomentar con su mano el espíritu de sedicion entre las tropas.

Habiéndose reunido tan terrible asamblea, declaró despues de un corto debate que el ejército toleraba muchos abusos que era preciso reformar, empezando por especificar los que deseaba ver destruidos muy prontamente. La misma marcha que en otro tiempo habia empleado con éxito el parlamento contra el rey, fué seguida por el ejército contra el parlamento: los agitadores se hacian mas exigentes á medida que los comunes otorgaban las peticiones. Estos acusaron al ejército de insubordinado y sedicioso; mas el ejército, rechazando la acusacion enérgicamente, respondió que el haber depuesto los comunes al monarca solo fué para allanar mejor el camino á la usurpacion.

En el ínterin el infortunado rey continuaba prisionero en Holdenby-Castle, y como su presencia podia contribuir á aumentar la autoridad del partido que le retuviese, Cromwell, que dirigia secretamente todas las medidas del ejército, aunque en la apariencia manifestara que reprobaba tal violencia, se resolvió á apoderarse de la persona de Carlos. Presentóse en su consecuencia un cuerpo de quinientos hombres de caballería delante del castillo á las órdenes de un tal Joyce que habia sido sastre, y en la confusion actual de todas las clases y categorías de la sociedad, habia adelantado hasta el grado de porta-estandarte. No habiendo tropezado con ninguna oposicion, penetró hasta la habitacion del rey, ante quien se presentó armado de pistolas, y le intimó que debia prepararse á seguirle inmediatamente.—«¿A dónde? preguntó el rey.—Al ejército.—¿Por órden de quién?»—Joyce le enseñó con una seña los caballos que le acompañaban. «Vuestra órden, repuso Carlos, está escrita en hermosos caractéres.» Y sin mas dilacion acudió á subir á su coche, siendo trasladado sin novedad al ejército, que se apresuró á dirigirse á Triplocheat, cerca de Royston, por ser el punto convenido. Al dia siguiente llegó Cromwell al ejército, que le recibió con aclamaciones de júbilo invistiéndole al instante con el mando supremo.

Entonces conocieron los comunes que el ejército habia formado el espreso designio de prescribir leyes, y así esparcieron la alarma por el reino. Pero era demasiado tarde para resistir: el ejército, á cuya cabeza estaba Cromwell, avanzaba con precipitacion, llegando en pocos dias á San Alban, lo que no dejó á los comunes otro recurso que el de contemporizar. La declaracion por la cual habian sido proclamados enemigos del Estado los peticionarios militares, fué revocada y borrada del diario de la cámara. Mas todas estas concesiones fuéron inútiles, y las pretensiones del ejército crecieron á proporcion de la sumision del parlamento. Por fin arrojaron las tropas la máscara, queriendo la facultad de dirigir el gobierno del reino y la suerte de la nacion.

Cromwell empezó por acusar á once miembros de la cámara como enemigos del ejército y reos del crímen de alta traicion. Los acusados eran los jefes del partido presbiteriano, los mismos que habian dictado medidas tan rígidas contra el rey y que ahora á su vez estaban amenazados del resentimiento popular. Los comunes se esforzaron por defenderlos; pero insistiendo el ejército en su empeño, prefirieron los acusados abandonar voluntariamente la cámara á ser echados de ella por fuerza.

Los ciudadanos de Londres, que siempre habian sido los primeros en favorecer la sedicion, comenzaron por fin á abrir los ojos y á conocer que la constitucion estaba completamente destruida, que su parlamento opresor se hallaba reducido á someterse á un ejército mas opresor todavía, que su religion estaba abolida, su rey cautivo, y que no les restaba otra esperanza que la de recurrir á nuevas escenas de sangre y desolacion. En situacion tan desesperada resolvióse el ayuntamiento á reunir la milicia de Lnodres, púsose la ciudad en estado de defensa, y publicóse un manifiesto con respecto á las intenciones hostiles del ejército, que no tardaron en hacerse mas alarmantes. Informado el pueblo de que los comunes por contemporizar con el ejército habian ordenado que fuese licenciada la milicia de Lóndres, sublevó, corrió á apoderarse de las puertas de la cámara, y los obligó á anular la órden que acababan de dar.

Así, acometida la desdichada cámara por todas partes, se vió obligada á obedecer al ejército y á ceder á los clamores populares. Hallábase la asamblea como de costumbre, dividida en dos partidos: el uno á favor de los descontentos y sediciosos de la ciudad, y la minoría con dos presidentes á la cabeza apoyaba al ejército. En medio de una confusion tan universal debia aguardarse un rompimiento ruidoso entre los partidos. Retiráronse secretamente de la cámara entrambos presidentes al frente de sesenta y dos miembros, yendo á ponerse bajo la proteccion del ejército acampado á la sazon en Hounslow-Heath, donde fuéron recibidos con júbilo, y se ensalzó su integridad hasta las nubes, tomamdo veinte mil hombres, ejército formidable entonces, la resolucion de vengarlos y reintegrarlos en sus funciones.

Al mismo tiempo se decidieron los otros miembros á obrar con energía y á resistir la autoridad arbitraria del ejército. Eligieron nuevos presidentes, dieron órdenes para alistar tropas, la milicia recibió el encargo de guarnecer las líneas, y toda la ciudad se preparó á rechazar con denuedo la invasion de que estaba amenazada. Pero esta resolucion solo duró en tanto que el enemigo estuvo á alguna distancia; mas al presentarse el poderoso ejército de Cromwell, todo se entregó sin resistencia. Abriéronse las puertas al ver al general, quien reinstaló á los dos presidentes y á los demás miembros en sus puestos. Los once acusados de haber escitado el tumulto, fueron espulsados sin misericordia, retirándosé la mayor parte de ellos al continente. El alcalde, el gerif y tres regidores fueron enviados á la Torre; igualmente fueron puestos en prision muchos ciudadanos y oficiales de la milicia, y cegados los fosos abiertos alrededor de la ciudad. Confirióse el mando de la Torre al general Fairfax, á quien por fin dió las gracias el parlamento por haberse negado á obedecer las órdenes que él mismo le habia trasmitido.

No faltaba mas que disponer de la persona del rey, quien habia sido enviado prisionero á Hampton-Court. Los independientes por una parte, con Cromwell á su cabeza, y los presbiterianos á nombre de las dos cámaras por otra, conferenciaron separadamente y en secreto con Carlos; lo cual hizo concebir á este nuevas esperanzas, porque no habia medio en aquella contienda, y así le lisonjeaba la idea de que, convencidos sus súbditos de las calamidades de la anarquía, y semejantes á los niños caprichosos que llegan á cansarse de sus propios gritos, pedirian el restablecimiento de su antigua y pacífica constitucion. Ni los muchos infortunios, ni la perpétua incertidumbre pudieron alterar la dulzura de este príncipe, quien habiendo sido sucesivamente caudillo de sus ejércitos y prisionero de sus súbditos,

(1) Usábase este término durante las guerras civiles para designar un agente ó procurador de un regimiento.

soportó las vicisitudes de la fortuna con gran presencia de ánimo: era tal la admirable igualdad de su carácter, que jamás se le notó variacion alguna ni en su humor ni en su conducta. Aun hallándose en poder de sus mas implacables enemigos sostuvo constantemente la dignidad de monarca, y en ninguna circunstancia perdió el sentimiento de su propia superioridad.

Es verdad que al principio fué tratado con algunas muestras halagüeñas de distincion, permitiéndosele recibir los cuidados de sus antiguos servidores, y que sus capellanes tuviesen libertad de celebrar en su presencia el oficio divino de costumbre. El placer mas dulce que le estaba reservado, y de que gozaba con una satisfaccion inesplicable, era la compañía de sus hijos, de quienes habia estado separado mucho tiempo. La primera entrevista del rey y de su familia fué tan tierna, que el mismo Cromwell que se hallaba presente, no pudo menos de sentirse muy conmovido, de suerte que declaró que hasta entonces nunca habia sido testigo de una escena tan patética. Cualesquiera que fuesen las faltas de Carlos, es preciso hacerle la justicia que le es debida, y reconocer que era un escelente padre.

No fuéron de larga duracion aquellas muestras equívocas de sumision y respeto. Tan pronto como el ejército hubo obtenido una victoria completa sobre la cámara de los comunes, comenzó á variar de conducta con respecto al rey, á quien custodiaron con mas rigor que nunca, no permitiéndole apenas que le sirviésen ni hablasen sus criados, y poniendo centinelas de vista para observar escrupulosamente sus palabras y menores acciones. A cada instante le amenazaban con peligros imaginarios de parte de Cromwell, á quien trataron de hacer temible y que le inspirase odio. Los espías y hechuras de este hombre artificioso se ocupaban constantemente en despertar el terror en el ánimo del monarca y en esponerle los peligros de su situacion. Este proceder triunfó como se habia deseado: Carlos adoptó la resolucion de huir del ejército.

Cromwell habia calculado hábilmente que si el rey se determinaba á escaparse del reino, su huida dejaria abierto un vasto campo á su ambicion, y que en caso de llegar á cojer al monarca, el paso temerario é imprudente de este serviria de justificacion á las severas medidas que se tomáran contra él.

El rey se retiró temprano á su cámara sopretesto de indisposicion, y como una hora después bajó de su habitacion en compañía de sus gentiles-hombres Ashburnham y de Legge. Sir Juan Berkeley aguardaba en la puerta del jardin con caballos, en que montaron inmediatamente y emprendieron la fuga. Durante la noche atravesaron la selva, y por la mañaña llegaron á Tichfiel, residencia habitual del conde de Southampton. Antes de marchar á este castillo se habia dirigido Carlos hácia la costa, y manifes tado mucha inquietud de no encontrar una embarcacion que segun la promesa de Ashburnham debia estar pronta á recibirlos.

Después de trascurrir algun tiempo deliberando sobre el camino que habian de tomar, le aconsejaron sus amigos que debian dirigirse á la isla de Wight en que estaba Hammond de gobernador, porque aunque este hombre era adicto á Cromwell, creian que seria fiel al rey, como sobrino del doctor Hammond, capellan del monarca. Carlos por lo tanto se determinó desgraciadamente á recurrir á aquel protector, y así se adelantaron Ashburnham y Berkeley á exigirle la promesa de que si no queria acceder á servir al rey, le retendria al menos como prisionero. Hammond se manifestó sorprendido de tales demandas; espresó un ardiente deseo de servir á S. M.; pero al mismo tiempo espuso los deberes de su cargo, que le obligaban á ser fiel á sus superiores.

Tomando una buena escolta siguió á los gentiles-hombres hasta Tichfield, donde se detuvo en una pieza baja ínterin subió Ashburnham á avisar al rey. Al saber Carlos que Hammond estaba en la casa con un cuerpo de tropas, esclamó: «Ah, Jacobo, ¡me has perdido!» Ashburnham derramó lágrimas, y en medio de su desesperacion se ofreció á bajar inmediatamente para deshacerse de Hammond; mas el rey se apresuró á reprimir aquel ardor prohibiéndole el apelar á ningun partido violento. Cuando se presentó el gobernador hizo nuevas protestas de respeto y fidelidad. Carlos se sometió con resignacion á su suerte, y siguió sin ninguna resistencia á Hammond al castillo de Carisbrook, en la isla de Wight, donde al pronto fué tratado con todas las muestras de consideracion que se le debian.

Mientras que la triste situacion del rey continuaba en ser la misma, el parlamento supeditado por la preponderancia del ejército, iba tornándose mas débil cada dia. Cromwell por su parte trabajaba sin descanso en acrecentar el poder militar, y tomaba todas las precauciones necesarias para reprimir toda tendencia á escisiones facciosas entre las tropas. Sus temores en este concepto no eran sin fundamento, y á no haber obrado con tanta penetracion y actividad, todo el ejército se hubiera entregado á una licencia irremediable.

Formóse entre los independientes una nueva faccion con el nombre de niveladores, que negaban toda clase de subordinacion y declaraban osadamente que no debia haber otro ministro, ni soberano, ni general que Cristo; que siendo todos los hombres iguales, todas las clases y grados debian ser lo mismo, y que el gobierno debia repartir con igualdad los bienes. Esta fermentacion de desórden cundió muy pronto entre el ejército; y como tal doctrina convenia perfectamente á la pobreza del soldado audaz, prometia volverse mas peligrosa cada dia. Presentáronse muchas peticiones para que se hiciese una justa distribucion de los bienes, y soltáronse amenazas de venganza para el caso de negativa.

Cromwell conoció entonces que estaba á pique de perder todo el fruto de sus combinaciones y esfuerzos, y empezó á temer aquella nueva faccion que le hacia aplicar sus propios principios contra sí mismo. Convencido de que en semejantes circunstancias era preciso aventurarlo todo, se resolvió á perecer ó á dispersarla de un solo golpe. Noticioso de que los niveladores debian reunirse en cierto lugar, se puso á la cabeza de su invencible regimiento, presentándose inopinadamente en medio de la asamblea, que quedó estupefacta. Preguntó en nombre de Dios lo que significaban aquellas conferencias y rumores; espuso con calor los peligros y las consecuencias funestas de tal conducta y de medidas tan precipitadas, é invitó á la asamblea á disolverse inmediatamente. Pero los rebeldes, lejos de obedecer, dieron una respuesta insolente al general, quien irritándose furiosamente se lanzó sobre los facciosos, á dos de los cuales hizo caer á sus piés. Varios fuéron condenados á ser ahorcados en el mismo sitio de sus reuniones; otros fuéron enviados como prisioneros á Londres, y así se disipó aquella faccion que ningun otro crímen tenia de que ser reconvenida, que el haber seguido el ejemplo de un jefe osado.

Esta conducta de Cromwell acreció mas y mas su preponderancia en el parlamento y el ejército, y en tanto que Fairfax gozaba del título de general en jefe, Oliverio procuraba diestramente apoderarse de la autoridad real, que ya no pudo subsistir, merced al inesperado triunfo que alcanzaron las armas del usurpador.

Avergonzados quizá los escoceses de haber vendido cobardemente á su soberano, y estimulados por los independientes, que buscaban todas las ocasiones de mortificarlos, levantaron un ejército en favor de la causa real, confiando el mando al duque de Hamilton, mientras que Hangdale, que profesaba sentimientos conformes á los del partido devoto, el cual habia adoptado el convenant ó convenio, se puso á la cabeza de otro cuerpo de ejército, y entrambos invadieron el norte de Inglaterra—Año de 1648.—Ascendian los dos ejércitos á veinte mil hombres; pero Cromwell no temió el pre-

sentarles batalla al frente de ocho mil de sus valientes, atacándolos uno después de otro, hasta ponerlos en completa derrota y hacer prisionero á Hamilton: prosiguiendo su marcha entró en Escocia, donde restableció el gobierno de un modo análogo á sus deseos. En el ínterin apaciguaba Fairfax con la misma facilidad una insurreccion que estalló en el reino de Kent; de suerte que en todas partes coronaba la victoria las audaces empresas del usurpador.

Durante aquellas diversas contiendas, el rey, que seguia prisionero en Carisbrook, continuó negociando con el parlamento con la intencion de remediar las calamidades del reino. El parlamento no veia otro medio para destruir la preponderancia militar, que el de oponerle el poder monárquico, y así hubo muchas proposiciones de acomodamiento entre el rey cautivo y los comunes; pero el grande obstáculo que siempre habia existido é impedia todavía el que se conformasen, era la negativa del rey á abolir el episcopado, si bien habia ya consentido en una suspension de la litúrgia de la Iglesia. Sea lo que fuere, prosiguióse con mucha actividad el tratado, porque el parlamento tenia muchos mas motivos para temer los designios del ejército que los del rey; y así por primera vez se manifestaron interesados los comunes en concluir sus negociaciones.

Mas eran ya tardíos todos los remedios: el resto de poder que todavía poseia el parlamento se hallaba á punto de espirar, y el ejército rebelde, triunfante en todas partes, iba á finalizar la destruccion de sus enemigos. Dominado del sentimiento íntimo de su poderío supremo, dirigió todo su furor contra el rey, anunciando la intencion de ejercer sobre él toda su venganza. Encamináronse los rebeldes á Windsor, adonde poco antes habia sido trasladado el monarca, y enviaron un oficial á apoderarse de su persona, á quien condujo á Hurst-Castle, en el Hampshire, al lado opuesto de la isla de Wight. En vano se quejó el parlamento de una medida tan rígida que declaró contraria á su voluntad; en vano dió órdenes contrarias, é intentó oponerse á la traslacion del monarca: Cromwell envió un mensaje á las cámaras previniendo que se disponia á visitarlas al dia siguiente con su ejército, y ordenando al mismo tiempo que impusiesen la suma de cuarenta mil libras sobre la ciudad de Londres, para atender á las necesidades públicas.

A pesar de hallarse los comunes privados de toda esperanza de vencer en adelante, tuvieron el valor de resistir todavía, tratando á la faz del ejército entero de realizar con el rey el tratado comenzado. Al efecto tomaron en consideracion las concesiones de Carlos, sin embargo de que anteriormente las habian tenido por muy insuficientes, y se renovaron con calor las deliberaciones. Después de un violento debate que duró tres dias seguidos, se declaró por ciento veintinueve votos contra ochenta y tres, que las concesiones del rey eran una base sobre que las cámaras podian trabajar, á fin de restablecer la monarquía y la paz en el reino.

Esta fué la última tentativa á favor del monarca, porque al dia siguiente marchó el coronel Pride á la cabeza de dos regimientos á bloquear la cámara y á prender al entrar en ella á cuarenta y un miembros del partido presbiteriano, á quienes hizo encerrar en una pieza baja del mismo edificio, conocida con el nombre de infierno. Mas de ciento sesenta miembros fuéron escluidos del parlamento, no habiendo sido permitida la entrada en él sino á los independientes mas decididos y furiosos, cuyo número no escedió de sesenta. Esta atroz usurpacion de los derechos parlamentarios fué llamada el *expurgo de Pride*, y el resto del parlamento recibió la denominacion ultrajante de *Rump*. Declaróse que las transacciones precedentes de la cámara habian sido completamente ilegales, y la conducta del general justa y necesaria.

Después de la destruccion total de la constitucion, despues de la disolucion del parlamento, de la supresion de la religion y la matanza de los ingleses mas valientes y de los súbditos mas fieles del rey, ya no faltaba que perpetrar mas que el asesinato del mismo monarca. El parlamento (si es que una reunion tan vil merecia tal título) se componia de una mezcla de oscuros ciudadanos y de oficiales del ejército. Nombróse una comision para formar la acusacion contra el rey, y en su consecuencia fué declarado el monarca reo de alta traicion por haber hecho la guerra al parlamento. Instalóse en seguida un supremo tribunal de justicia para juzgar aquel crímen nuevamente inventado. Solo por via de fórmula pidieron los comunes la concurrencia de algunos lores que aun continuaban en la cámara de los pares; pero á pesar del triste papel que estos hicieron durante la guerra civil, todavía tuvieron bastante virtud para rechazar por unanimidad una proposicion tan horrible—Año 1649.

Pero los comunes no estaban dispuestos á dejarse intimidar por tan débil obstáculo, y así declararon que la concurrencia de los pares era inútil, y que el pueblo era de quien debia dimanar toda autoridad legítima; principio que aunque fundado en una especie de verdad, es muy difícil en la aplicacion. Una muger del condado de Herfort, exaltada por unas visiones, pidió se la admitiese á la presencia de los comunes, porque tenia que comunicarles revelaciones proféticas que decia haber recibido del cielo, segun las cuales, todas las medidas de ellos eran ratificadas y sancionadas por el espíritu de Dios. Revelacion tan absurda sirvió para acrecentar su furioso celo y para confirmarlos en sus determinaciones sanguinarias.

El coronel Harisson, hijo de un carnicero, recibió la órden de conducir al rey desde Hurst-Castle á Windsor y desde allí á Londres. Sus afligidos súbditos se agolparon en tropel á ver á su infortunado soberano, y se conmovieron vivamente de la variacion notable que encontraron en el rostro y en toda su persona. Habia dejado crecer su barba; su pelo se habia vuelto cano, lo cual era consecuencia de la desgracia mas bien que del tiempo, y en suma todo su esterior espresaba el infortunio y abandono. Ni aun sus enemigos pudieron contemplar sin respeto y enternecimiento aquella cara majestuosa y triste, que en otro tiempo ofrecia una espresion tan amable de dulzura y de bondad.

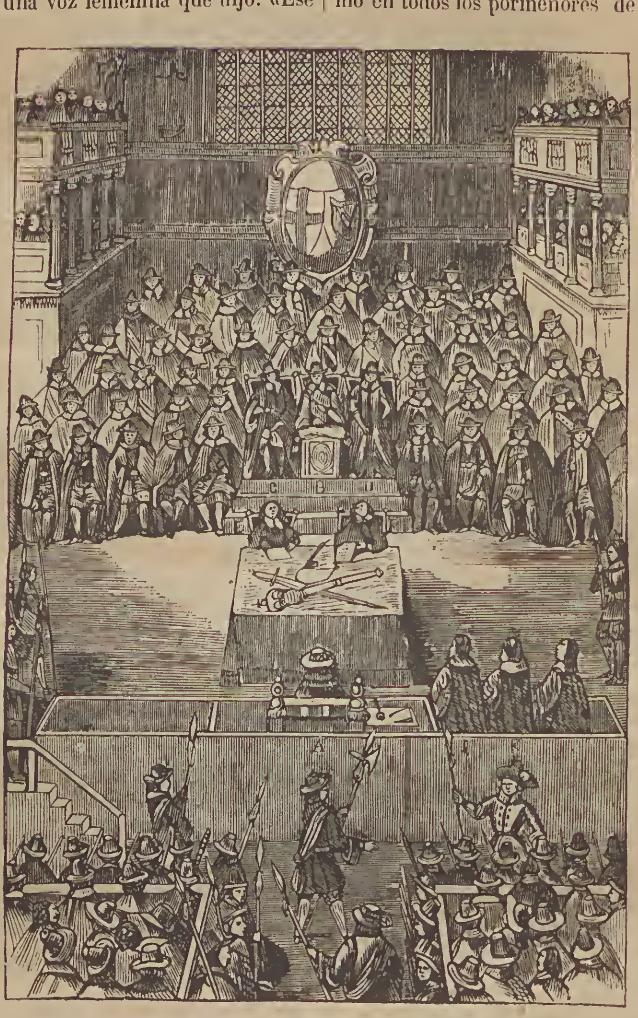
Hacia mucho tiempo que no le servian otros criados que un viejo decrépito llamado sir Felipe Warwick (1), que no tenia vigor mas que para llorar por las desdichas de su amo, sin poder ni aun pensar en defenderle. Todas las muestras esteriores de la soberanía habian desaparecido, y la nueva servidumbre del rey recibió la órden de servirle sin etiqueta alguna. El duque de Hamilton, á quien estaba reservada la misma suerte, habiendo obtenido el permiso de darle el último adios en el momento de su partida de Windsor, se echó á los piés del rey apenas le vió, esclamando: «Mi querido señor.» El infortunado monarca le alzó y estrechó entre sus brazos con ternura, deslizándose las lágrimas por sus mejillas, ya surcadas por el dolor. «Sí, en efecto, respondió Carlos, he sido para vos un señor muy querido.» Sin embargo, á pesar del rigor de su situacion estaba muy lejos de creer que pudiese ser juzgado con las solemnidades judiciarias, y á cada instante estaba aguardando morir á manos de un asesino.

Empleóse el tiempo que trascurrió desde el 6 al 12 de enero en preparativos para aquel estraordinario juicio. El tribunal de justicia se componia de ciento treinta y tres personas nombradas por los comunes, aunque solo setenta de ellas accedieron á asistir á un juicio tan inícuo. Los otros miembros, de un naci-

(1) Ni una palabra dice Hume de este anciano servidor del rey, y lo único que refiere es que mas adelante Carlos hizo conocer á Felipe Warwick como un viejo decrépito que habia estado encargado de servirle.

miento oscuro en su mayoría eran los principales oficiales del ejército, así como algunos individuos de la cámara baja y un cortísimo número de ciudadanos de Londres. Bradshaw, jurisconsulto, fué nombrado presidente; Coke, procurador por el pueblo de Inglaterra, y Dorislao, Stacle y Aske, asesores. El tribunal se instaló en Westminster-Hall.

Trasladado el rey desde Windsor á San James, fué presentado al dia siguiente al supremo tribunal para notificarle su encausamiento. Cuando un ugier llamó por sus nombres á los comisarios nombrados para juzgarle, nadie respondió por lord Fairfax: mas oyóse desde la galería una voz femenina que dijo: «Ese tiene demasiado talento para estar ahí.» Leida la acusacion contra el rey *á nombre de todo el pueblo*, gritó la misma voz: «No, no, ni de una décima parte del pueblo.» Athel, oficial de guardia, recibió la órden de hacer fuego sobre la tribuna de donde la voz habia salido, y se descubrió con sorpresa que tan atrevidas palabras habian sido pronunciadas por lady Fairfax, que fué la única persona que tuvo valor para condenar á los acusadores del rey.



Tribunal de Carlos I.

Carlos fué conducido á un sitio preparado para él dentro de la barra. Aunque habia estado largo tiempo en una cautividad rigurosa y era entonces presentado como criminal á los ojos de toda Inglaterra, mostró como siempre toda la dignidad de soberano, y pasando por todos los miembros de la asamblea una mirada noble y altiva (1), tomó asiento conservando el sombrero en la cabeza. El procurador tomó entonces la palabra, y le acusó en voz alta de haber sido la causa de todos los actos sanguinarios perpetrados desde el principio de la guerra civil. Al oir esta parte el rey no pudo evitar el que se le escapase una sonrisa de indignacion y desprecio. Terminada la lectura de la acusacion, Bradshaw dirigió un discurso al monarca, y le dijo que el tribunal aguardaba su respuesta.

Carlos tomó la palabra y se defendió con una moderacion estremada: principió por declarar desde luego que no reconocia la autoridad del tribunal, y en seguida representó que habiendo él entrado en negociaciones con las dos cámaras de su parlamento, hasta ponerse acordes casi en todos los artículos, debia aguardar un tratamiento muy diferente del que recibia en aquel momento: añadió que no veia apariencia alguna de cámara alta, parte esencial de un tribunal legítimo; que siendo su persona el soberano, de él solo dimanaban las leyes, y por consiguiente no podia ser juzgado por las que él no hubiese sancionado; que habiendo sido confiadas á él las libertades del pueblo, no podia sin hacer traicion reconocer un poder únicamente fundado en la usurpacion y violencia; que siempre estaria dispuesto á entrar ante un tribunal legítimo en todos los pormenores de su defensa; pero que nunca se humillaria en presencia de aquel tribunal á hacer la apología de su conducta, por temor de que fuese reputado por un infractor de la constitucion, en lugar de ser tenido por un mártir de esta.

Bradshaw para sostener la superioridad del tribunal insistió en que este habia recibido la sancion del pueblo, fuente de toda autoridad legítima; apremió al prisionero á que dejase de despreciar el poder de un tribunal delegado por los comunes de Inglaterra, é interrumpió y contradijo al rey en todas sus réplicas.

Carlos compareció tres veces ante el tribunal, y otras tantas se negó á reconocer su jurisdiccion. Al dirigirse á este por cuarta y última vez fué insultado por los soldados y el populacho que gritaban: «Justicia, justicia! Ejecucion, ejecucion!» Pero el rey, sin dejar ver la menor turbacion, prosiguió con intrepidez su camino. Sus jueces pronunciaron la sentencia después de examinar algunos testigos, por los cuales se probó que Carlos se habia presentado con las armas en la mano contra las fuerzas del parlamento. Entonces manifestó vivos deseos de conferenciar con entrambas cámaras, lo cual hizo suponer que tenia intención de resignar la corona en su hijo; mas el tribunal se rehusó á condescender con tal deseo, considerando aquella peticion como un artificio para diferir la ejecucion de la justicia.

El monarca, á pesar de tantas pruebas de maldad y barbárie, no cesó de manifestar la misma grandeza y firmeza de ánimo. Al dejar el tribunal execrable que acababa de condenarle, los soldados y el populacho hicieron oir de nuevo los gritos feroces de «¡Justicia,

(1) Se acordaba todavía de la dignidad que debia conservar en semejante tribunal. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

ejecucion!» Insultáronle con los dicterios mas duros y amargos, y uno de aquellos miserables, olvidando todo pudor y sentimiento de humanidad, tuvo la vileza de escupir á la cara de su soberano. Cárlos soportó este ultraje con resignacion y esclamó: «¡Miserables! lo mismo tratarian á sus jefes por un poco de dinero!»

Algunos de entre el pueblo que todavía conservaban sentimientos de honor y de adhesion á su desventurado monarca, patentizaron su dolor con suspiros y lágrimas. Un soldado, mas compasivo que sus camaradas, no pudo menos de implorar la bendicion divina para la cabeza real que iba á caer. Oyendo un oficial aquella oracion, maltrató tan violentamente al honrado soldado, que le derribó en tierra á presencia del rey. «¡Ah! esclamó el monarca, ¿no escede el castigo á la ofensa?»

A su regreso á Whitehall pidió con instancia permiso para ver á sus hijos, y para que en sus devociones le asistiese el doctor Juxon, último obispo de Londres. Otorgósele al fin esta súplica, así como tres dias para prepararse á morir. Las personas que de su familia habia á la sazon en Inglaterra eran la princesa Isabel y el duque de Gloucester, jóven de ocho años. Después de dirigir Cárlos á su hija muchas exhortaciones piadosas y algunas palabras de ternura y consuelo, tomó en los brazos á su hijo, y estrechándole con la mayor efusion le dijo: «Hijo mio, van á cortar la cabeza á tu padre; sí, van á cortarme la cabeza, y quizá te harán rey en seguida. Pero escucha bien lo que te digo: tú no debes ser rey ínterin vivan tus hermanos Cárlos y Jacobo. Cortarán tambien á estos la cabeza, si llegan á cojerlos, y al fin te la cortarán igualmente. Por tanto, yo te encargo que no permitas que te hagan rey.» El niño derramando lágrimas esclamó: «Antes me dejaré hacer pedazos.»

En las últimas noches antes de la ejecucion, el rey durmió tan tranquilamente como acostumbraba, á pesar de que atormentaba sin cesar sus oidos el ruido de los operarios que levantaban el cadalso. Habiendo llegado la última mañana funesta, hizo llamar á uno de sus criados, á quien mandó le vistiese con mas esmero que de costumbre, á fin de que se presentase con el decoro debido en la grande y fausta solemnidad que iba á tener lugar. El paraje destinado para el suplicio fué la calle que circunda al palacio de Whitehall, lo cual se hizo con la intencion de aumentar la crueldad de su castigo. Fué conducido por la sala de los festines al cadalso, adonde le acompañó su amigo y fiel súbdito, el obispo Juxon, hombre de la misma dulzura y virtudes que su señor. El patíbulo cubierto de negro estaba guardado por un regimiento mandado por el coronel Tomlinson: allí se veian el tajo, el hacha y dos verdugos enmascarados. El pueblo, agolpado en tropel á bastante distancia, esperaba con terror el desenlace del horrible acontecimiento.

El rey echó una mirada tranquila sobre todos aquellos preparativos solemnes, y como no podia esperar ser oido por el pueblo, se dirigió á las pocas personas que rodeaban el cadalso, protestando su inocencia en las guerras funestas de que era víctima en aquel momento; declarando que no se habia decidido á tomar las armas hasta que el parlamento le dió el ejemplo; que en los aprestos de guerra no habia tenido otro objeto que conservar intacta la autoridad que le habia sido trasmitida por sus antepasados; pero que por inocente que fuese con respecto al pueblo, reconocia la justicia de su condenacion á los ojos del Criador, por la falta que habia cometido al consentir la ejecucion de la sentencia inícua pronunciada contra el conde de Strafford. En seguida otorgó un generoso perdon á todos sus enemigos, exhortó al pueblo á someterse de nuevo á la obediencia, reconociendo á su hijo por su sucesor, y por fin, aseguró su fidelidad á la religion protestante, tal como estaba establecida en la iglesia de Inglaterra.

Fué tal la impresion que sus últimas palabras hicieron en los pocos que pudieron oirlas, que hasta el mismo coronel Tomlinson se arrepintió, no obstante de estar encargado de custodiarle.

En el momento en que iba á recibir el fatal golpe, díjole el obispo Juxon: «Señor, ya no os queda mas que un paso que dar, penoso y doloroso en verdad, pero corto, y que os conducirá en un instante de la tierra al cielo, donde por fin encontrareis con gozo el premio á que aspirais, una corona de gloria inmortal.»

«Dejo, respondió el rey, una corona corruptible por otra incorruptible, de la que gozaré en lo sucesivo sin inquietud alguna.»

«Vais, repuso el obispo, á cambiar una corona temporal por otra perpétua.»

Entonces despojóse Cárlos de su ropa, y entregando su San Jorge al prelado, pronunció estas palabras: «Acordaos de mí.» En seguida puso la cerviz sobre el tajo, y habiendo estendido las manos, como señal convenida, uno de los verdugos enmascarados le cortó la cabeza de un solo golpe (1), y el otro enseñándola al pueblo, gritó: «Hé aquí la cabeza del traidor.»



Caballero y Lady del tiempo de Carlos I.

Los espectadores patentizaron con lágrimas, suspiros y gemidos el dolor que les causaba un espectáculo tan horrible: despertóse en aquel momento el sentimiento de su deber y lealtad al infortunado monarca en el fondo de sus corazones, reconviniéndose todos en su interior por su deslealtad al rey y á su cobarde condescendencia con los verdugos. El púlpito, en que hasta entonces no habian resonado mas que imprecaciones y amenazas, fué regado con lágrimas de arrepentimiento, y todos se conformaron en detestar á los siniestros y odiosos hipócritas que á trueque de satisfacer su ódio injusto, acababan de sumir á la nacion entera en la traicion y el regicidio.

Hallábase Cárlos cuando fué ejecutado en los cuarenta y nueve años de edad y veinticuatro de reinado. Era de una estatura regular, robusto y bien proporcionado: su rostro era agradable, bien que tenia el sello de la melancolía, siendo probable que los contínuos disturbios en que vivió contribuyeran á dar esta espresion á su fisonomía.

En cuanto á su carácter, el lector podrá juzgarle por sí mismo de una manera completa al través de los detalles de la conducta de este monarca, sin necesidad de la opinion de un historiador. Unicamente diré que

(1) Mr. Delaplace en su *Coleccion de piezas interesantes y poco conocidas*, ha impreso que este hombre disfrazado era lord Stairs, que quiso vengar una injuria hecha á su tia por Cárlos I; parece que esto es un cuento destituido de fundamento. Sábese en Londres que quien cortó la cabeza fué el mismo verdugo, que recibió por esta ejecucion treinta escudos y una naranja taladrada por clavos de especia. Este verdugo falleció cinco meses después, presa de los remordimientos, y el pueblo quiso hacer pedazos su cuerpo. *(B. W.)*

los defectos de este príncipe parecia que nacian de su errada educacion, y que sus virtudes, que fuéron muchas, dimanaban de su corazon. Vivia en una época en que la prerogativa real comenzaba á perder su antigua preponderancia y á chocar con el espíritu independiente del pueblo; y como se obstinó en gobernar con los principios de sus antepasados, en lugar de conformarse con las ideas de su sig o, provocó el espíritu de sedicion y rebeldía. Cayó, y al caer arrastró en su ruina la constitucion del reino y un infinito número de víctimas.

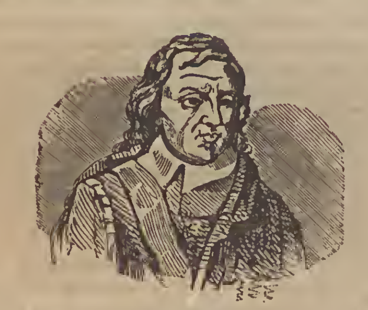
Eran muchos los reyes que habian perecido por medio del asesinato y de la traicion; mas ninguno desde Agis el Lacedemonio habia sido juzgado por las leyes y sacrificado por sus súbditos. La muerte de Carlos atrajo desde luego sobre la nacion calamidades sin cuento, las cuales se aumentaron todavía mas con las medidas necesarias para el restablecimiento de la constitucion, aunque estos males fuéron al cabo saludables, porque dieron por resultado la seguridad y prosperidad de Inglaterra. Hicieron leyes mas claras y precisas; los privilegios del monarca fuéron mejor determinados, y los deberes de los súbditos mejor trazados. Restablecióse la calma, todo volvió á entrar en el órden deseado, y esta crisis terrible pareció habér por fin producido los cambios mas favorables á las costumbres y la felicidad de la nacion inglesa.

CAPITULO XXXVIII.

REPÚBLICA.

(Desde el año 1649 hasta el de 1658.)

Cromwell habia solicitado y tramado secretamente la muerte del rey, y no tardó en sentir despertársele deseos á que hasta entonces habia sido estraño. La perspectiva de un brillante porvenir vino á inflamar súbitamente su ambiciosa alma, y cuanto mas se aumentó su elevacion, tanto mas pareció aumentarse aquella perspectiva seductora; de suerte que los principios de justicia y libertad que le guiáran hasta aquella época, no tardaron en desvanecerse ante la inmensa estension de poder que se ofrecia á sus miradas.



Cromwell.

Reunidos los pares en el dia fijado en su último señalamiento, entraron en deliberacion y dieron á la cámara de los comunes algunos consejos de que esta no hizo caso alguno, llegando á declarar algunos dias después que la cámara de los lores debia ser abolida por inútil y peligrosa, y que cualquiera que reconociese á Carlos Estuardo, hijo del rey difunto, por sucesor al trono, seria reo del crímen de alta traicion.

Abrióse un gran sello, en que por un lado se grabaron las armas de Inglaterra y de Irlanda con esta inscripcion: *Gran sello de Inglaterra*; y por el otro estaba representada la cámara de los comunes con esta eyenda: *Primer año del restablecimiento de la libertad por la bendicion de Dios.*—1648.—Variáronse las ormas de todos los negocios públicos, y el nombre del rey fué reemplazado por el de *depositarios de las libertades de Inglaterra.*

Ocupóse entonces el partido triunfante en juzgar á los súbditos fieles y llenos de honor que se habian distinguido por su inalterable adhesion al rey. El duque de Hamilton y lord Capel fuéron condenados y ejecutados; el conde de Holland pereció de la misma manera; el de Norwich y sir Juan Owen (1) fuéron igualmente condenados, pero mas adelante la cámara de los comunes accedió á indultarlos.

Los escoceses, que desde un principio se habian manifestado tan contrarios á la familia real, comenzaron á renunciar á sus persecuciones contra ella: pareció revivir su antigua lealtad, y el poder insolente de los independientes, así como sus triunfos, solo sirvieron para inflamar el amor renaciente de los escoceses á la monarquía. No contribuyó poco á aumentar su resentimiento la ejecucion reciente del duque de Hamilton, su favorito, que habia sido entregado á la muerte con desprecio de las leyes de la guerra y de las de todas las naciones. Resolviéronse por lo tanto á reconocer al príncipe Carlos por su soberano; mas como su amor á la libertad los impelia todavía á otros sentimientos, determinaron al elevar al príncipe al trono, poner á su poder los límites que ya habian tratado de imponer al de su padre.



El Protector.

Carlos, después de la funesta muerte del rey, habia llegado á Francia, donde vivió por algun tiempo; pero forzado muy pronto á renunciar á toda esperanza de socorro de aquella corte, se consideró muy dichoso en aceptar las condiciones de los escoceses, por duras que fuesen. No poseia este príncipe ni las virtudes, ni la constancia de su padre, y á pesar de no estar ligado á religion alguna, y satisfecho con las apariencias de la dignidad real, accedió sin embargo á las proposiciones que se le hicieron. Es de notar, que al mismo tiempo que los escoceses solicitaban del rey que marchase á su país, estaban encarnizados en castigar de la manera mas cruel á todos los que parecian adictos á su causa, citándose en el número de estos desgraciados al marqués de Montrose, uno de los hombres mas valientes y distinguidos de su siglo, quien fué preso por haber tratado de despertar el celo de los montañeses por la causa real, y conducido á Edimburgo fué ahorcado

(1) Este era un hidalgo de Galles de poco talento, que fué perdonado por una circunstancia singular. Cuando se vió condenado á muerte manifestó mucha alegria ante la cámara de los comunes. Habiéndosele preguntado la razon de ello, respondió que estaba contento porque iba á morir con tan buena compañía (la compañía de dos condenados al mismo tiempo que él); por lo cual se creyó que era un imbécil, y á instancias de Ireton se le otorgó el perdon.

en un patíbulo de treinta piés de altura y descuartizado en seguida. Sus miembros fuéron espuestos en las primeras ciudades del reino.

Carlos, á pesar de semejante rigor contra sus partidarios, se aventuró sin embargo á pasar á Escocia, donde tuvo el dolor al entrar en Edimburgo de ver los restos de su leal súbdito espuestos todavía á las miradas de un pueblo bárbaro.

Abandonado completamente á merced de los siniestros y severos celadores de su padre, Carlos conoció muy pronto que se habia cambiado su destierro en un cautiverio insoportable. Contínuamente estaba rodeado é importunado por un clero fanático que le molestaba con instrucciones religiosas, obligándole á escuchar estensos sermones, en que el difunto rey casi siempre era pintado como un tirano, la reina como una idólatra, y él mismo como un príncipe obstinado y dotado de malas cualidades. Seis sermones por dia eran el suplicio ordinario á que estaba condenado. Los predicadores parecia que se entendian para escederse en disparates, y Carlos ni siquiera osaba entregarse al débil consuelo de reirse por mas tentado que á esto se sintiese.

Después de haber tratado el clero en tales discursos con el mayor desprecio á la dignidad real, se resolvió á hollarla completamente degradándola á fuerza de escarnios. Carlos soportó por algun tiempo semejante insolencia con una tranquilidad fingida, y aun se esforzó por aparentar que le edificaban las instrucciones que recibia: no obstante trató de escaparse un dia; mas descubierto su proyecto, se apresuró á confesar la enormidad de su falta y á manifestar el mayor arrepentimiento, al paso que en su interior hacia votos para que cuanto antes se le presentase otra ocasion de evadirse.

Durante este tiempo Cromwell habia obtenido el mando del ejército de Irlanda, y proseguia la guerra en este reino con el buen éxito de siempre, luchando con los realistas mandados por el duque de Ormond, y con los irlandeses que tenian á su cabeza á O'Neal. Pero unas tropas bárbaras y mal disciplinadas no podian oponer mas que una débil resistencia á un ejército numeroso, dirigido por un general como Cromwell, y alentado por triunfos sin cuento; y así, despues que este recorrió en poco tiempo todo el país, forzó á todas las ciudades á declararse en favor suyo y á que le abriesen sus puertas. En esta conquista, así como en las demás acciones de su vida, mostró una ferocidad brutal, que empañó el valor heróico de que la naturaleza le habia dotado.

A fin de intimidar á los irlandeses y hacerles desistir de la idea de defender sus ciudades, determinó en su política bárbara que fuesen pasadas á cuchillo todas las guarniciones que opusiesen alguna resistencia; y así, habiendo tomado por asalto la poblacion de Drogheda mandó degollar indistintamente hombres, mugeres y niños. Un solo individuo se escapó de tan horrible carnicería.

Cromwell se hallaba próximo á concluir la campaña con la sumision de todo el reino, cuando fué llamado por el parlamento á fin de proteger su propio país contra los escoceses, que habiendo abrazado la causa real levantaron un considerable ejército para defenderla—Año 1650.

Cromwel á su regreso á Inglaterra recibió por boca del orador un voto de gracias de la cámara por los servicios que acababa de prestar á la república en Irlanda. En seguida deliberaron los comunes sobre la eleccion de un general para dirigir la guerra de Escocia, de que Fairfax no quiso encargarse, declarando que á consecuencia del juramento que habia hecho de no ir jamás en contra de los presbiterianos, no podia hostilizar á los escoceses. Nombróse por lo tanto á Cromwell, y desde entonces Fairfax evitó el mezclarse en los asuntos públicos, devolviendo á la cámara su título de general en jefe, y pasando el resto de su vida en la paz y retiro (1).

Cromwell, prosiguiendo con ardor la carrera de la ambicion, fué nombrado capitan general de los ejércitos, y se encaminó atrevidamente hácia Escocia al frente de un cuerpo de diez y seis mil hombres.

A pesar de que los escoceses solo se proponian contener en su poder á su desgraciado rey, y hacerle esperimentar los rigores del cautiverio, aunque carecian de un caudillo que los pudiese animar con su ejemplo, se prepararon sin embargo á rechazar la invasion que le amenazaba. Al efecto confiaron el mando de su ejército al general Lesley, oficial de mucho mérito, quien formó un plan prudente y acertado de defensa, que consistia en mantenerse atrincherado, toda vez que no se le ocultaba que su gente, si bien superior en número, era inferior al ejército inglés en esperiencia y disciplina.

Después de algunos movimientos de una y otra parte, Cromwell conoció que su posicion cerca de Dunbar era muy desventajosa, y que su adversario aguardaba discretamente la ocasion de sacar partido de aquella situacion. La estolidez del clero escocés salvó al general inglés del peligro inminente que le amenazaba, y en que probablemente hubiera caido sin las visiones é inspiraciones estravagantes de los sacerdotes escoceses, quienes despues de *luchar noche y dia con el Señor*, segun decian, se imaginaron por fin haber conseguido la victoria, porque *les habia revelado el cielo que las tropas heréticas y el general*, al cual titulaban *Agag, se entregarian á ellos*. A consecuencia de tales delirios y promesas, obligaron á su general á pesar de sus reflexiones á bajar á la llanura y á dar una batalla á los ingleses.

Estos por su parte habian tenido igualmente sus revelaciones y promesas: Cromwell á su vez *habia luchado con el Señor*, y alcanzado la seguridad del triunfo. Apenas supo que los escoceses habian determinado venir á las manos, anunció á sus soldados que el Señor le habia prometido la destruccion del enemigo, y así les mandó cantar acciones de gracias como si ya hubiesen alcanzado la victoria. Los escoceses, aunque mucho mas numerosos, fuéron al instante dispersados y muertos, sin que Cromwell, á lo que se pretende, perdiera mas de cuarenta hombres.

El desventurado monarca, que con razon aborrecia al ejército escocés mucho mas que á Cromwell, que le inspiraba temor mas que aversion, supo con placer una derrota que desmentia patentemente las predicciones de sus perseguidores. Este suceso fué seguido de un resultado feliz para él, por cuanto contribuyó á darle parte de la potestad que hasta entonces no se le habia permitido disfrutar. Desde aquel momento se puso á la cabeza de las pocas tropas escocesas que habian escapado de la matanza, las cuales no tardaron en aumentarse con todos los realistas alejados de Carlos por los covenantarios—Año 1651.—El ardor de Cromwell no se entibió con la victoria: persiguió á las tropas del rey que se habian dirigido hácia Perth, y habiéndolas cortado los víveres, puso á Carlos en la imposibilidad de mantener sus fuerzas en este territorio.

En tan desesperada situacion Carlos tomó de repente una resolucion digna de un príncipe valeroso que todo lo aventura para lograr el trono. Trató pues de penetrar en Inglaterra, cuyo camino estaba franco, con la esperanza de que todos los realistas engrosarian al instante su partido: sus generales adoptaron por unanimidad aquella idea, y así el ejército escocés se preparó en número de catorce mil hombres á hacer una irrupcion en el Sur.

Pero Carlos al poco tiempo vió defraudadas sus esperanzas. Atemorizados los escoceses de una empresa

(1) Fairfax cometió en esto una gran falta que arrastró la ruina de la república, porque era uno de los mas celosos partidarios de esta. Cromwell le temia, y este, si él hubiera continuado en su puesto, acaso no hubiera usurpado nunca el poder. Esto debe servir de leccion á las personas honradas que se distinguen en las revoluciones, para que aprendan á no abandonar su puesto sin estar su obra bien consolidada. (*B. W.*)

tan atrevida, le abandonaron en gran número, y los ingleses, á quienes el solo nombre de su enemigo llenaba de terror, no osaron juntarse al príncipe, cuya mortificacion creció mas y mas al arribar á Worcester, donde supo que Cromwell á la cabeza de un ejército de treinta y cinco mil hombres avanzaba á marchas forzadas. No bien habia llegado semejante noticia á los oidos del rey, cuando apareció el intrépido general. La ciudad fué rodeada por todas partes, y el ejército inglés cayó en desórden sobre los realistas, sembrando al instante de cadáveres las calles. Todos los escoceses fuéron muertos ó hechos prisioneros (1), y hasta el mismo rey, después de dar muchas pruebas de valor, se vió obligado á emprender la fuga.

Las aventuras mas novelescas y las inquietudes mas crueles fuéron el patrimonio del jóven monarca después de esta nueva escena de sangre. Obligado á hacerse cortar el cabello para disfrazarse con mas seguridad, anduvo errante por espacio de muchos dias con el traje de aldeano cortando leña y haciendo haces en una selva (2). Ayudado por un pobre colono llamado Pindrel, que era sinceramente adicto á su causa, emprendió la retirada al territorio de Galles; mas se le desgració esta tentativa, porque estaban guardados todos los pasos cuidadosamente á fin de impedir su fuga. Obligado á retroceder, se encontró con el coronel Careles, que tambien habia tenido la fortuna de escapar de la matanza de Worcester. Con este compañero de infortunio se halló precisado á subir á una encina para sustraerse de las pesquisas de los soldados que estaban en persecucion suya, y los vió pasar por debajo de sí al través del espeso follaje del árbol protector.

Libertado de este peligro, llegó al condado de Strafford después de haber sufrido todos los horrores del hambre, del cansancio y de la desesperacion. Habiendo por fin arribado á la morada del coronel Lane, realista leal, allí deliberó sobre los medios mas á propósito para pasar á Francia, escojiendo á Bristol como puerto mas seguro para embarcarse, y conviniendo al efecto en que el rey marcharia á caballo hasta la casa de una llamada mistris Norton, hermana del coronel, la cual vivia cerca de aquella poblacion. En todo el tiempo que duró este viaje, Carlos no cesó de encontrar personas que podian conocerle, y hasta llegó á tropezar con un regimiento del ejército enemigo.

La primera persona que vió al llegar á la casa de mistris Norton, fué un capellan sentado en la puerta entreteniéndose en mirar cómo jugaban á los bolos. El rey, después de limpiar su caballo y de conducirle al establo, se dirigió al aposento que dicha señora habia hecho preparar, y en el que estuvo encerrado á pretesto de una indisposicion. Habiéndole llevado algunos refrescos el despensero de la casa, reconoció á su rey apenas puso en él los ojos, á pesar de la palidez de su rostro y de la alteracion de las facciones causada por el dolor y la fatiga. Postrándose entonces á sus piés inundado de lágrimas le dijo: «yo me felicito de ver á V. M.» El rey se asustó é hizo prometer al despensero que no le venderia y de guardar aun con su mismo amo el secreto que habia descubierto. El leal criado cumplió escrupulosamente su promesa.

No habiéndose encontrado en Bristol ningun buque que diese á la vela antes de un mes para Francia ó España, el rey se vió precisado á marchar á otra parte á buscar su pasaje. Refugióse en la casa del coronel Wyndham, en el condado de Dorset, y como aquella familia siempre habia sido muy adicta á su causa, le recibió con las muestras mas grandes de respeto y con el mas tierno afecto. La madre del coronel, muger venerable por su edad y carácter, manifestó al rey lo muy honrada que se sentia de poder contribuir á la conservacion de su soberano. «Un suceso tan afortunado, »decia, embellecerá el ocaso de mi vida, y el asilo que »en este momento tengo la felicidad de ofrecer al mo»narca, es la mas noble recompensa de las desgracias »que he esperimentado con haber perdido tres hijos y »un nieto que perecieron defendiendo su causa.»

Carlos, dejando aquella familia hospitalaria y amiga, prosiguió su camino hácia la costa retirándose una noche á un pequeño meson en que otra vez pareció protegerle la Providencia. Habiendo ordenado el parlamento un solemne ayuno, un tejedor fanático, veterano del ejército parlamentario, osó subir al púlpito de una capillita situada enfrente del meson en que el príncipe estaba refugiado, pronunciando un sermon contra este. Carlos, á fin de evitar el llamar la atencion y despertar sospechas, se metió entre los oyentes; pero á un herrero imbuido en los mismos principios que el tejedor, ocurrióle ir á reconocer los caballos de los viajeros, volviendo de improviso á prevenir al predicador que por la forma de las herraduras del caballo de uno de los forasteros, conocia que habia quien venia del norte de Inglaterra. El predicador no vaciló en afirmar que tal caballo no podia ser de otro que de Carlos Estuardo, y en seguida en compañía de la autoridad se dirigió á la posada á practicar una pesquisa. Mas Carlos por fortuna habia vuelto sin pérdida de tiempo á montar á caballo abandonando el meson antes de la llegada de la misma autoridad.

Embarcóse por fin el rey en un buque que encontró próximo á partir en Shoreham, en Sussex. Como habia sido conocido por muchas personas, si no se da tan pronto á la vela, le hubiera sido imposible librarse por mas tiempo de sus enemigos. Después de andar errante durante seis semanas con varios disfraces, llegó felizmente á Fecamp, en Normandía. Nada menos que cuarenta hombres y mugeres estaban en el secreto de su fuga.

Cromwell entre tanto, después que sus armas triunfaron en todas partes, regresaba victorioso á Londres, donde fué recibido por el orador de la cámara, el corregidor de la ciudad y los demás magistrados con todas las formalidades y ceremonias de costumbre. Su primer cuidado, apenas llegó, fué el aprovechar sus ventajas sobre los escoceses para humillarlos y castigarlos, porque acababan de resistir á la obra del Evangelio (tales eran sus propias palabras). Abolióse en virtud de un decreto la dignidad real en Escocia, y este reino fué incorporado como una provincia conquistada á la república inglesa, dejándole sin embargo la facultad de enviar algunos miembros al parlamento de Inglaterra. Nombráronse jueces para administrar justicia, y el pueblo escocés, libertado de la tiranía de clero, no se manifestó definitivamente muy descontento del nuevo gobierno. La conducta prudente de Monck, á quien Cromwell habia dejado en aquel país



El general Monck.

(1) Perecieron dos mil hombres, y ocho mil fueron cojidos y vendidos como esclavos á los americanos. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*) Esto fué un atentado contra el derecho de gentes: los prisioneros de guerra no son esclavos cuya libertad y trabajos pueden venderse. (*B. W.*)

(2) Cromwell habia puesto el precio de mil libras esterlinas á la cabeza del príncipe. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

para acabar de someter á los escoceses, contribuyó en realidad á calmar el espíritu público, cansado ya de unas guerras y disensiones cuya causa jamás habia comprendido—Año 1652.

Así sucedió que por la habilidad de Cromwell el parlamento de Inglaterra adquirió una autoridad sin límites en todas las posesiones británicas. La Irlanda fué enteramente subyugada por Ireton y Ludlow: todas las colonias inglesas de América que se habian declarado en pró de la causa real, fuéron igualmente precisadas á someterse: lo mismo aconteció con Jersey, Guernesey, Scilly y la isla de Man; de suerte que el mundo vió con asombro un vasto imperio gobernado con órden y sabiduría por un parlamento compuesto de seiscientos setenta miembros salidos todos de la clase oscura y totalmente desprovistos de luces y de instruccion. Este parlamento, sin otra subordinacion que un consejo de Estado de treinta y ocho individuos, á los cuales se hacian todas las comunicaciones, organizó ejércitos, equipó y sostuvo escuadras, y dió leyes á las potencias vecinas de Europa. Administradas las rentas con exactitud y economía, dejaron muy pocos medios de enriquecer con los abusos y dilapidaciones. Los recursos de la corona, los bienes de los obispos y una talla de ciento veinte mil libras mensuales sufragaron á las necesidades del gobierno, y contribuyeron á dar vigor á todas sus medidas.

Así que logró el parlamento la total sumision de todos los estados de Inglaterra, se determinó á castigar á los holandeses, á pesar de que no habian dado mas que causas muy ligeras de descontento; pues solo ocurrió que habiendo sido enviado á Holanda por dicho parlamento un doctor llamado Dorislao, fué asesinado por un realista allí refugiado, y que nombrado San Juan al poco tiempo embajador en aquella corte, habia sido insultado por los amigos del príncipe de Orange. Estos dos sucesos fuéron mirados por la república de Inglaterra como motivos suficientes para declarar la guerra á Holanda (1).



Blake.

El parlamento confiaba principalmente en la actividad y el valor del almirante Blake, el cual habia superado á todos los que sirvieron antes que él, á pesar de no haber tomado el mando de la armada hasta una edad avanzada. Los holandeses por su parte se prepararon á oponerle al célebre almirante Vantromp que hasta entonces no habia tenido igual en su país. Diéronse varios combates entre los dos famosos almirantes; mas las batallas navales rara vez son decisivas, y suele verse á menudo que los vencidos hacen frente á los vencedores. Aquellos terribles choques mas bien sirvieron para probar la habilidad de entrambos adversarios, que para decidir la superioridad de cada uno de ellos. Convencidos empero los holandeses del inmenso perjuicio que les resultaba de la pérdida de su comercio y de la total suspension de su pesca, estaban dispuestos á hacer la paz; pero el parlamento juzgó no debia dar á tal demanda mas que una respuesta muy desfavorable, porque la política de este cuerpo era la de conservar sus navíos todo lo mas posible, creyendo con razon que el medio mas cierto de disminuir la formidable preponderancia de Cromwell era oponerle fuerzas navales.



Van Tromp.

Mas el ambicioso usurpador adivinó prontamente los designios del parlamento, y así conoció desde luego que desconfiando de su reciente poderío se trataba de disminuírselo. Desde entonces la audacia é intrepidez presidieron á todos sus hechos. Convencido de que era inútil conservar por mas tiempo la máscara de la subordinacion, y seguro de la adhesion del ejército, se resolvió á hacer un esfuerzo el mas atrevido, persuadiendo á los oficiales que presentasen á la cámara una peticion para obtener el pago de sus atrasos y la reparacion de las faltas cometidas por la misma contra ellos—Año 1653.—Cromwell no dudaba que semejante reclamacion seria con desden rechazada. Presentóse la peticion en que los oficiales, después de reclamar el pago de sus atrasos, suplicaban al parlamento que considerase los muchos años que llevaba legislando y las muchas veces que habia manifestado su intencion de renovar la cámara y restablecer la libertad sobre bases mas ámplias; que ya era tiempo de que los miembros de entonces dejasen el puesto á otros, y que por mas meritorios que hubiesen sido sus actos, era justo que el resto de la nacion patentizase su amor y celo por la patria.

La cámara se consideró muy ofendida con tal pretension del ejército, y nombró una comision para redactar un decreto en cuya virtud todos los que presentaran en lo sucesivo peticiones semejantes, serian condenados por delito de alta traicion. Los oficiales hicieron vivas reclamaciones, la cámara respondió con acrimonia, y así cada vez se hizo mas séria la disputa entre el parlamento y el ejército.



Ruyter, almirante holandés.

Esto era precisamente lo que Cromwell aguardaba hacia mucho tiempo y habia previsto con fundamento

(1) Habia además otro motivo mas importante. La república de Holanda no solo habia abierto un asilo al partido realista, sino que constantemente le habia socorrido con dinero, municiones y hombres; cuya conducta era tanto mas vituperable, cuanto que los holandeses por sus principios debian haber auxiliado al partido de los republicanos. Pero ellos no veian sino con miedo la preponderancia á que debia llegar la Inglaterra conservando la forma republicana. (*B. W.*)

Hallábase en consejo cuando supo la materia sobre que estaba deliberando la cámara: levantándose de repente con un furor aparente y volviéndose hácia el mayor Vernon, esclamó: *que á su pesar se veia precisado á tomar un partido que de antemano hacia erizar los cabellos de su cabeza.*

Apresuróse entonces á dirigirse al parlamento con trescientos soldados, presentándose de improviso en medio de la asamblea con las muestras de la indignacion mas violenta en su rostro y en todo su continente. Colocóse en su puesto de costumbre y siguieron los debates por algun tiempo: cuando vió que la cuestion se hallaba próxima á terminarse, se levantó súbitamente, y echando sobre la cámara una mirada de desprecio, dirigió á sus individuos las reconvenciones mas duras acerca de su tiranía, su ambicion y conducta fraudulenta para con el pueblo; y dando luego una patada en el suelo como señal convenida, llenóse al instante el salon de hombres armados, y dijo encarándose con los miembros del parlamento: «Retiráos de aquí de ver»güenza: ceded vuestros puestos á hombres mas pro»bos y delicados, que quieren llenar con fidelidad sus »deberes. Desde este momento dejais de ser el parla»mento: sí, os lo repito, ya no sois el parlamento: el »Señor os rechaza, retiráos.»

Sir Enrique Vane trató de tomar la palabra para quejarse de una medida tan violenta; pero Cromwell gritó con furia: «¡Oh Sir Enrique Vane, Sir Enrique Vane! ¡El cielo me libre de vos!» En seguida cojió por la ropa á otro individuo de la cámara, llamado Martin, y le dijo: «Tú eres un infame escandaloso;» á otro: «tú eres un adúltero;» á otro: «tú eres un borracho;» y á otro: «tú eres un goloso;» y dirigiéndose á la cámara poseida de terror, continuó: «vosotros me habeis »forzado á esta medida estrema: he rogado al Señor »dia y noche suplicándole que me quitase la vida antes »que verme impelido á este penoso paso; pero vosotros »me habeis obligado á darle.» Mirando luego á la maza dijo: «Quítese de aquí este embeleco.» Y apenas fué quitado, espulsó á todos los miembros del parlamento, evacuó la cámara, y después de hacer cerrar las puertas tomó las llaves; salió el último, y volvió á White-Hall.



Enrique Vane.

Con este atrevido paso quedó abolida la república, y Cromwel fué investido con todo el poder civil y militar. El pueblo, que permaneció tranquilo espectador de aquel sorprendente y súbito acontecimiento, nada descontento se mostró con la disolucion de un parlamento que habia destruido la constitucion y causado la muerte del rey; y por el contrario, en prueba de su satisfaccion, el usurpador recibió de la armada, de las corporaciones y del ejército cartas y felicitaciones por haber quitado un parlamento arbitrario que hacia mucho tiempo los abrumaba con los impuestos mas rigurosos.

Pero el hábil político era demasiado prudente para dejarse seducir por las alabanzas ó arrastrar por las exhortaciones. En lugar de apoderarse de todo el poder, se decidió á entretener al pueblo por algun tiempo mas con el simulacro de la república, ídolo querido de aquel siglo, y á dar al mismo tiempo á los ingleses un parlamento que estuviese enteramente sumiso á su autoridad. Con tal designio, y después de consultar con algunos oficiales principales, se convino en que el poder soberano seria ejercido por ciento treinta y nueve individuos designados con el nombre de parlamento, reservándose Cromwell hacer su eleccion él mismo.

Los escojidos para representar un papel tan importante en la apariencia, fuéron sacados de la clase mas baja é ignorante y de los fanáticos mas exagerados. Cromwell tenia sus miras para obrar así, porque sabia que un parlamento compuesto de hombres de tal especie dejaria el poder supremo en sus manos, y que antes que mostrarle resistencia preferiria abandonar las riendas de un gobierno que era incapaz de dirigir. La conducta de aquel parlamento justificó en efecto las esperanzas de Cromwell; pues parecia que todos los miembros querian rivalizar en disparates y en fanatismo: sus nombres, compuestos de palabras y frases sacadas de la Escritura y ridículas por su mala aplicacion, solo sirvieron para atestiguar el esceso de su locura. No solo se dieron los dictados de Zorabel, Habacuc y de Mesopotamia á aquellos hombres ignorantes, sino que hasta se les añadieron sentencias tomadas de la Escritura. Uno de ellos, mercader de cueros, á quien habia dado el nombre de Alaba á Dios Barebone, dió este mismo título á aquella singular asamblea que desde entonces fué titulada el *parlamento de los Barbones.*

Las medidas que propusieron con respecto á la legislacion fuéron enteramente conformes á su educacion, á su rango y á su carácter. Como la mayoría se componia de *Artimonianos*; secta que se creia incapaz de errar en virtud de la gracia del Espíritu Santo que creia haber recibido, y de partidarios de la quinta monarquía, que de un momento á otro aguardaban la venida del Mesías á la tierra, principiaron por escojer ocho miembros de su tribu para la comision de *buscar al Señor en la oracion*, mientras que los demás se ocupaban tranquilamente en deliberar sobre la supresion del clero, de las universidades y de los tribunales de justicia, y decidian que todas estas instituciones fuesen reemplazadas por la ley de Moisés.

A esta asamblea ocupada en tales proyectos fué á quien se encomendó el tratado de paz con Holanda; pero los embajadores de este país, aunque tambien presbiterianos, eran mirados por los miembros del nuevo parlamento como seres carnales y mundanos, dedicados únicamente al comercio y la industria y cuyo trato era preciso evitar. Los santos insistian en que fuese subyugado el hombre del pecado, y en que por medio de la oracion y meditacion se consiguiese una nueva regeneracion. Convencidos los embajadores de que era imposible entenderse con un parlamento tan estravagante, perdieron toda esperanza de éxito y abandonaron el tratado.

El pueblo empero empezó á quejarse abiertamente contra unos legisladores tan insensatos, muchos de los cuales no fuéron del todo insensibles al estremado ridículo de que contínuamente los cubrian. El mismo Cromwell, á pesar de lo ventajoso que era para su poder aquel parlamento, llegó á ruborizarse de tal cúmulo de locuras, y toda vez que entre los ignorantes y fanáticos habia tenido cuidado de escojer otros mas ilustrados y completamente adictos á sus intereses, mandó á estos que disolviesen la asamblea. Al efecto, habiéndose reunido los partidarios de Cromwell antes de la hora designada, convinieron unánimes en que era demasiado larga la duracion de aquel parlamento, y dirigiéndose á casa de Cromwell con Rouse, su presidente, resignaron en sus manos la autoridad con que los habia investido.

Cromwell aceptó muy contento la renuncia; mas habiendo oido que se resistian algunos de los miembros refractarios, envió inmediatamente al coronel White a

despejar la cámara de los temerarios que habian osado permanecer en ella. Cuando el coronel entró en el salon ocupaba la tribuna un fanático llamado Moyer, á quien preguntó qué hacia allí. «Estamos buscando al Señor,» respondió Moyer con gravedad. «Pues buscadle en otra parte, repuso White, porque yo no tengo noticia de que haya venido aquí hace ya muchos años.»

No bien fué disuelta aquella sombra de parlamento, cuando el ejército por su propia autoridad declaró á Cromwell protector de la república. Nada podia ya resistir á su autoridad, y fué solemnemente instalado en su nueva dignidad en Wite-Hall en el palacio del rey de Inglaterra, con asistencia del corregidor y de los regidores para dar mas pompa á la ceremonia. Acordóse que se le diese el título de *alteza*, y su autoridad fué proclamada en Londres y en todo el reino. Así, un ser oscuro que principió dándose á conocer en sucesos insignificantes, llegó poco á poco á dirigir los de importancia, y á la edad de cincuenta y cuatro años supo elevarse por fin á un poderío ilimitado que nadie osó disputar (1).

Era urgente que alguno se apoderase del poder supremo, porque el furor y la animosidad de los partidos habian traido las cosas á una situacion muy deplorable, de que solo podian resultar las escenas mas sangrientas. Por esta razon Cromwell dijo con alguna verdad que no aceptaba la dignidad de protector mas que para restablecer y conservar la paz en la nacion; y en efecto, debe confesarse en elogio suyo, que se atuvo exactamente á su promesa, manejándose con una prudencia y moderacion que logró conseguir.

El gobierno fué organizado de la manera siguiente: Nombróse un consejo cuyo número no debia ser de mas de veintiuno ni de menos de trece. Estos miembros debian gozar de sus funciones por toda su vida ó mientras durase su buena conducta, y en el caso en que viniese á quedar vacante alguna plaza, debian nombrar los demás á tres personas, entre quienes habia de escojer el protector la que juzgase mas digna para el desempeño del cargo. El protector era designado como magistrado supremo de la república, é investido con todos los poderes de que el rey habia gozado; el mando de las armas residia igualmente en él, aunque en union con el parlamento durante las sesiones, y en los intervalos con el consejo de Estado.

El protector estaba obligado á convocar un nuevo parlamento de tres en tres años y á conservar las sesiones cinco meses enteros sin próroga. Un ejército permanente de veinte mil hombres de infantería y diez mil de caballería fué organizado para la seguridad del reino, designándose los fondos para su manutencion. El protector habia de gozar su dignidad durante su vida, y á su fallecimiento debia ser provista por el consejo.

De todas estas cláusulas la del ejército debia bastar para las miras de Cromwell, porque con tal instrumento formidable podia hacer tomar á la constitucion la forma que le pluguiera.

Cromwell escojió para su consejo de Estado de entre los oficiales que habian sido sus compañeros de glorias y peligros, asignando á cada uno una pension de mil libras esterlinas por año. Tuvo cuidado de rodearse de tropas con cuya fidelidad podia contar con absoluta seguridad, y siempre las pagó un mes adelantado. Los almacenes fuéron provistos abundantemente, y el tesoro público administrado con prudencia y economía. En suma, fuéron tales la actividad, la vigilancia é intrepidez del protector, que descubria en su orígen las conspiraciones formadas contra su persona y todos los proyectos de insurreccion.

Su conducta con respecto á los asuntos estranjeros fué muy conforme con su carácter, y por algun tiempo tuvo los resultados mas felices, por mas que sus miras y medidas no fuéron de ninguna manera políticas. Humillados los holandeses por repetidas derrotas y por la supresion de sus relaciones comerciales, fuéron obligados á solicitar la paz con instancias, la cual les otorgó en términos que prevaleciesen los intereses de Inglaterra—Año 1654.—Cromwell insistió para que el honor del pabellon fuese cedido á Inglaterra, y precisó á los holandeses á abandonar la causa del rey Carlos, á pagar ochenta y cinco mil libras por indemnizacion de las pérdidas y gastos anteriores, y á entregar á la compañía inglesa de las Indias Orientales parte de los estados de que Inglaterra habia sido despojada por los holandeses en el reinado precedente.

No fué menos feliz en sus negociaciones con la corte de Francia—Año 1655.—El cardenal Mazarino que dirigia los negocios de este reino, juzgó necesario tener la mayor deferencia para con el protector, y mas deseoso de triunfar por la astucia que por violencia, se sometió al carácter imperioso de Cromwell, de lo cual dimanaron consecuencias tan ventajosas para el uno como para el otro.

La corte de España por su parte hacia constantes esfuerzos para lograr la amistad del protector, mas no fué tan afortunada en sus tentativas. Esta vasta monarquía, que pocos años antes habia amenazado las libertades de Europa, se hallaba ya reducida á un estado tal de debilidad y abatimiento, que apenas era capaz de defenderse á sí misma. Cromwell, que sin entender nada en la política estranjera, continuaba mirando con ojos de envidia la preponderancia de tal monarquía, trató de abatirla mas y mas, y al efecto entró en negociaciones con Francia (1), prestando á esta corte un cuerpo de seis mil hombres para ayudarla á atacar las posesiones de los españoles en los Paises Bajos. Este socorro contribuyó á alcanzar una señalada victoria hácia Dunkerque, y los franceses en reconocimiento de aquel apoyo y amistad pusieron en manos del protector esta ciudad luego que la arrebataron á los españoles.

Pero el poderío de esta nacion encontró mayor humillacion en el mar. Blake, que hacia mucho tiempo se habia hecho temible á los holandeses, y cuya fama corria por toda Europa, se dispuso á atacar á los españoles. Embarcóse para el Mediterráneo, en donde ninguna escuadra inglesa habia tentado fortuna desde el tiempo de las Cruzadas, y allí triunfó de todo lo que osó oponerle resistencia. Después de echar el ancla delante de Liorna pidió y obtuvo una satisfaccion por algunos agravios hechos al comercio inglés por el duque de Toscana. En seguida dió la vela hácia Argel, y forzó al Dey á hacer la paz y á impedir en lo sucesivo á los piratas sus súbditos insultar á los buques ingleses. De allí marchó á Tunez, y después de practicar las mismas demandas, el Bey le respondió invitándole á poner los ojos en los castillos de Porto-Farino y de Goleta, y á hacer después lo posible para triunfar. Blake no vaciló en aceptar inmediatamente aquella especie de reto: entró en el puerto, incendió todos los buques que allí habia, y volviendo á la vela prosiguió en triunfo su viaje. En Cádiz cojió dos bajeles evaluados en cerca de dos millones de pesos: en Canarias quemó una escuadra española de

(1) La vida privada de Cromwel no es digna de nuestras investigaciones, pues ocupaba el palacio señalado para morada suya de un modo muy oscuro, sin fausto ni lujo. Madama Macaulay contradice este hecho, y cita rasgos de una ostentacion estravagante. Cuando envió á Irlanda á su hijo Enrique, no le dió mas que un criado para acompañarle. Sus costumbres eran naturalmente austeras, y conservó la dignidad y reserva de su carácter en medio de la mas grosera familiaridad. Fué cruel por política, justo y moderado por inclinacion, laborioso y constante en sus proyectos: aunque sin elocuencia, tenia el talento de persuadir; y aunque sin sinceridad, sabia hacerse partidarios leales. Su poder, cimentado al principio en sangre, fué después sostenido con la hipocresía. Era presbiteriano con los presbiterianos, deista con los deistas, etc. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

(1) Estas negociaciones no tuvieron lugar hasta el año 1657.

diez y seis buques; y por fin se dispuso á regresar á Inglaterra á disfrutar de la gloria que habia merecido por sus brillantes hazañas; pero en el momento de tocar el suelo natal vino la muerte á sorprenderle, espirando á la vista de las costas de Inglaterra. Este valeroso marino, á pesar de combatir por un usurpador, estaba muy lejos de ser partidario suyo: sus principios eran los de un celoso republicano: su objeto, servir á su país y no sostener á un tirano. «Nuestro deber es combatir por nuestra patria, decia á menudo á sus marinos, cualquiera que sea el que gobierne.»

Otra espedicion tuvo lugar al mismo tiempo que la de Blake. Los almirantes Pen y Venables, á la cabeza de cuatro mil soldados, fuéron destinados á atacar la isla española ó de Santo Domingo; pero burlados en tal empresa por haberlos rechazado los españoles, se hicieron á la vela hácia la Jamaica, que se rindió sin defensa. Esta conquista se consideró entonces de tan poca importancia, que Pen y Venables á su regreso fuéron metidos en la Torre por haber faltado al principal objeto de su espedicion.

Todos estos sucesos deben atribuirse al espíritu del siglo mas bien que al que gobernaba. Cromwel poseia en sumo grado dos cosas esenciales: la de saber conciliarse el afecto del ejército, por el que era señor absoluto, y la de descubrir á tiempo todos los secretos y tramas de sus enemigos.

En cuanto á la primera de estas dos cualidades, su valor y celo afectado eran suficientes para triunfar, y en cuanto á la segunda, preténdese que el pago de sus espías le costaba por año sesenta mil libras esterlinas, aunque es verdad que cuidó de hacer restituir á la nacion las sumas considerables que gastó con tal motivo. Una ó dos conspiraciones formadas por los realistas, y que fuéron castigadas con severidad, le proporcionaron el pretesto de establecer sobre las posesiones de los delincuentes un impuesto de diez sueldos, nombrando para sacarlo diez mayores generales, que dividieron el reino en otras tantas jurisdicciones militares. Estos oficiales tenian facultad para sujetar á quien les pareciese al pago de tal impuesto, y para prender á cualquiera que quisiese sustraerse de su autoridad. Revestidos con semejante poder, obraban de la manera mas arbitraria; el pueblo carecia de todo recurso contra sus exacciones; la máscara de la libertad habia sido arrojada, y todas las propiedades estaban á merced de un tribunal militar. En vano fué que la nacion irritada demandase con grandes clamores un parlamento libre: es verdad que Cromwell convocó uno; mas no tardó en disolverlo apenas notó que estaba dispuesto á resistir á sus designios.

En tal estado de consternacion general, durante el cual fuéron tratadas la Irlanda y Escocia como provincias conquistadas, el pueblo abrió por fin los ojos acerca de la ambicion del usurpador, quien sin tratar ya de recobrar su anterior hipocresía, espidió los decretos mas absolutos que acabaron de desvanecer por entero la confianza que la nacion habia puesto en él hasta entonces.

Para satisfacer al voto del pueblo, que siempre deseaba ver restablecidos sus parlamentos, resolvióse al fin que se le diese uno, pero que habia de ser elegido por el protector, y principalmente se compondria de sus hechuras—Año de 1656.—Para que no se introdujesen en la cámara algunas personas de otras opiniones, Cromwell cuidó de poner guardia á la puerta, con la órden espresa de no admitir mas que á los que enseñasen un documento firmado de su consejo. Su verdadero objeto al convocar aquella asamblea era el de que se le ofreciese el título de rey y todos los honores de la dignidad real: al efecto esforzáronse su partidarios en emitir la mas alta idea de la capacidad y mérito del protector, dando á entender que era necesario el nombre de rey para sancionar todas las medidas, y que sin él acabarian siempre por dominar la confusion y el desórden en los actos y las miras mas justas. «Nadie, decian, »tiene ideas ciertas sobre la estension de la autoridad »de un magistrado, al paso que está probada la de un »rey por la esperiencia de muchos siglos.» Por fin el regidor Pack, uno de los representantes de Londres, hizo la mocion de investir al protector con la dignidad real. Considerando la adhesion de la mayoría de la cámara á Cromwell, debia creerse fácilmente que los votos responderian á sus secretos deseos, y que por lo tanto no faltaba mas que su propio consentimiento para poner su nombre entre los de los monarcas de Inglaterra—Año de 1657.

Difícil es el saber la verdadera intencion del protector al hacer tratar semejante cuestion en la cámara. ¿Queria dar una idea de su magnanimidad rehusando la corona, ó conocer á los que le serian mas opuestos en el caso de aceptar el título de rey? Es imposible responder á esto con seguridad: lo que hay de cierto es que se mantuvo en la incertidumbre y evitó responder por espacio de muchos dias. La conferencia que tuvo lugar entre él y los miembros que fuéron enviados á ofrecerle la corona, parece probar que deseaba en su interior se le forzase á admitir lo que habria temido apropiarse abiertamente. La oscuridad de sus respuestas y la absurdidad de sus discursos en aquella ocasion, mostraron claramente que estaba en contradiccion consigo mismo, y que no combatia mas que con el ardiente deseo de ser vencido.

«Declaro, dijo, porque conviene que me esplique »sinceramente con vosotros, debo declarar; diré que »espero ser comprendido en esta ocasion, porque en »verdad debo estar atento á lo que puedo decir en una »conferencia como esta: digo que yo quisiera que se »pudiese comprender que en este argumento no hago »paralelo entre los hombres de una opinion diferente y »un parlamento que tendrá sus deseos. Yo sé que no »hay comparacion y que nunca se puede exigir de mí el »que mis palabras autoricen este medio, por mas que »el parlamento parece otorgarme la libertad de deciros »todo lo que me ocurra; pues tal conducta de mi parte »es una prueba de mis humildes razones, de mi juicio »sobre ellos, y pienso que esto es y será así, y que son »y serán fieles servidores sumisos á la autoridad suprema y legislativa en toda ocasion. Conociendo como co»nozco su opinion, yo no seria fiel si no os dijese lo que »sé, á fin de que podais dar cuenta al parlamento.» (1)

Tal fué el lenguaje incomprensible que tuvo con los miembros comisionados para tratar con él. Sin embargo la conferencia terminó con una negativa categórica.

No se ha de creer que en medio de todas estas ofertas de honores y dignidades, su situacion era digna de ser envidiada; porque tal vez ninguna, por miserable que fuese, estaba rodeada de mas turbaciones é inquietudes que la suya, aun en el mismo momento en que toda la nacion le colmaba de adulaciones y elogios—Año de 1658.

Habiendo llegado á ser un objeto de aversion para todos los partidos, lo único á que debia su propia seguridad era al mútuo encono y las contínuas disensiones de ellos. Su disimulo y artificios se hicieron demasiado conocidos para poder engañar por mas tiempo:

(1) «I confess, said he, for it behoves me to deal plainly »with you, I must confess, I would say I hope I may be unders»tood in this; for indeed I must be tender what I would say to »such an audience. As this, I say I would be understood, that in »this argument I do not make a parallel between me of á diffe»rent mind, and á parliament which shall have their desires. I »know there is no comparison; nor can it be urged upon me that »my words have the least colour that way, because the parlia»ment seems tome to give liberty to me to say any thing to you. »As that is á tender of my humble reasons and judgment, and »opinion to them, and if I think they are such, and will be such »to them, andare faithkrul servants, and will be so the supreme »authority and the legislative, wheresoever it is. If I say I should, »not tell you, knowing their minds to be so, I should not be faith»ful, if I should not tell you so, to the end that you may report »it to parliament.»

sus mismos partidarios despreciaban su conducta, y los cálculos que le habian hecho renunciar á su antiguo celo y á sus primeros principios: después de haber sido juguete de su propio entusiasmo, vino á ser el hombre mas falaz y desgraciado.

Por odiosa que fuese su administracion á la nacion entera, todos guardaban un sombrío silencio: así es que, á poder encontrar algun consuelo en el seno de su familia, quizá no hubiera sentido Cromwell toda la amargura de sus tormentos. Fleetwod su yerno, animado de un celo fanático, detestaba en su suegro el carácter que le hacia emplear los recursos de la religion en miras temporales. Su hija mayor, casada con el mismo Fleetwood, habia adoptado hasta un grado tal los principios republicanos, que ni siquiera podia ver á su padre investido con el poder supremo. Las otras hijas eran ardientemente adictas á la causa real: su hija mas querida, mistris Claypole, atacada de una enfermedad mortal, hizo llamar á su padre, y desde el lecho de la muerte le reconvino de la ambicion criminal que le habia impelido á pisotear la majestad real.



Mistris Claypole.

A cada instante veia Cromwell crecer sus angustias. Lord Fairfax, sir Guillermo Waller y varios caudillos presbiterianos formaron secretamente el proyecto de derribarle. Su administracion, tan pródiga en el interior del reino y en los países estranjeros, habia agotado sus rentas y hecho contraer deudas considerables. No bien era descubierta una conspiracion, cuando al instante nacia otra de sus ruinas, y para colmo de angustias supo que su muerte no solo era deseada, sino que hasta estaba justificado de antemano el que le habia de asesinar, por considerarse como meritoria semejante accion. El coronel Tito, que antes habia sido partidario suyo, publicó un libro titulado *Killing no murder* (matar no es asesinar), cuyo folleto estaba escrito con mas fuerza y elocuencia que todos los que aparecieron en aquella época (1). «¿Los que no queremos que el leon penetre entre nosotros, sufriremos cobardemente que nos devore el lobo?» decia el declamador popular. Cromwell leyó aquel escrito vehemente, y no se le volvió á ver reir.

La paz habia desaparecido para siempre de su espíritu, y conocia, aunque tarde, que la grandeza á que habia sacrificado su primera tranquilidad, no era mas que un manantial inagotable de tormentos insoportables. El temor de ser asesinado le perseguia á todas partes, y estaba sin cesar presente á su imaginacion: llevaba una coraza debajo de su ropa y unas pistolas cargadas en los bolsillos: su aspecto era sombrío, y sus miradas pintaban la inquietud y suspicacia al presentársele un estranjero: andaba con una precipitacion estremada, y siempre le acompañaba una escolta numerosa: jamás solia volver por el camino por que marchaba, y rara vez dormia mas de tres noches seguidas en un mismo cuarto (1): la sociedad le atemorizaba, por el temor de encontrar en ella algun enemigo: la soledad era mas terrible todavía, por no ver en derredor de sí á ningun amigo que le defendiese.

(1) Esta obra era del coronel Sexby, uno de los jefes del partido de los *niveladores*, é íntimo amigo de Cromwell antes de su usurpacion. Este le hizo prender, encerrar y envenenar en la Torre. (*B. W.*)

Por fin vinieron unas tercianas á libertarle de aquella vida de turbaciones y angustias. Ningun síntoma alarmante apareció por espacio de ocho dias y podia pasearse en los intervalos de los accesos; pero habiéndose agravado de repente la fiebre, comenzó á temer la aproximacion de la muerte. Empero los fanáticos sacerdotes de que estaba rodeado y le merecian toda su confianza, llegaron á persuadirle que su enfermedad nada tenia de mortal; y habiéndole asegurado su capellan Goodwin que un elegido no podia condenarse, él respondió: «Pues entonces estoy seguro de mi salvacion, porque una vez en mi vida me he hallado en estado de gracia.» Los médicos estaban íntimamente convencidos del peligro; mas la influencia de los sacerdotes era tan grande sobre el espíritu de Cromwell, que creia indefectible su restablecimiento, y decia á los facultativos: «Yo no moriré de esta enfermedad, y estoy seguro que me curaré, porque el cielo ha dado las mas favorables respuestas á mis capellanes y á los santos que tienen con Dios comunicaciones mas íntimas que yo. Sin duda que vosotros sois hábiles en vuestra profesion, pero la naturaleza es mas hábil que todos los médicos del mundo, y Dios todavía mas que la naturaleza.»

Mandóse un ayuno solemne por causa de su enfermedad, y sus ministros dieron á Dios las gracias por la completa seguridad que les habia dado acerca del restablecimiento del protector. Empero á despecho de aquellas supuestas seguridades se manifestaban los mas funestos síntomas que iban en aumento de hora en hora, de suerte que los médicos se vieron por fin precisados á declarar que no sobreviviria al primer acceso. Entonces reunióse el consejo junto al enfermo para saber su última voluntad con respecto á la sucesion; pero como ya le habian abandonado las fuerzas, no pudo contestar mas que sí á la pregunta que los del consejo le hicieron, de si era su deseo que le sucediese su hijo Ricardo (2).

Murió el 3 de setiembre del año 1658, dia que siempre habia mirado como el mas dichoso de su vida. Tenia á la sazon cincuenta y nueve años y estaba en el noveno de su usurpacion.

CAPITULO XXXIX.

DESDE LA MUERTE DE CROMWELL HASTA LA RESTAURACION.

(Desde el año 1658 hasta el de 1660.)

A pesar del cambio ocurrido en la opinion después de la muerte del usurpador, la influencia de su nombre tuvo todavía bastante prestigio para hacer proclamar en sustitucion suya á su hijo Ricardo. Sin embargo, es probable que este debiera en parte un rango tan elevado al mútuo encono de los muchos bandos que existian en el reino. Ajeno á toda especie de ambicion, su carácter era dulce, sencillo y benéfico, siendo mucho mas propenso á rehusar que á desear los honores. Carecia de actividad, así como de las cualidades necesarias para los negocios y de los conocimientos relativos al gobierno: no gozaba de influencia alguna sobre el ejército, ni tenia importancia en el consejo.

Juzgóse necesario á su advenimiento convocar un parlamento, á fin de obtener los subsidios que debian

(1) Tenia doce dormitorios, y nunca se sabia en cuál debia pasar la noche.

(2) No se aguardaba esta eleccion. Cromwell habia tenido el arte de conservar en su partido á los principales oficiales de su ejército, dando á cada uno la esperanza de nombrarle sucesor suyo. Siempre habia opinado en contra del poder hereditario. (*B. W.*)

servir para las operaciones ordinarias del gobierno. La cámara de los comunes estaba legalmente organizada; mas la de los pares se componia de personas que ningun título verdadero tenian para serlo, á pesar de haber sido elevadas á tal dignidad por el protector. El ejército se hallaba poco dispuesto á poner su confianza en el parlamento, y así no tardaron en suscitarse rumores, citándose los oficiales descontentos para la casa del general Fleetwood que vivia en Wallingford; de donde vino que aquella asamblea fuese denominada la cábala de Wallingford. El resultado de las deliberaciones allí habidas dió márgen á una esposicion en que los descontentos pedian que se confiriese el mando del ejército á una persona que mereciese la confianza general, dándose á entender claramente que no era el jóven protector quien debia ser escojido.



Ricardo Cromwell.

Una proposicion tan atrevida y peligrosa no dejó de alarmar á Ricardo, quien recurrió á su consejo, y este á su vez al parlamento. Uno y otro opinaron que semejante representacion debia ser considerada como una tentativa audaz, y así se determinó que en lo sucesivo no hubiese asamblea ó consejo general de oficiales sin permiso del protector. Esta declaracion ocasionó un rompimiento, siendo al dia siguiente invadido el palacio de este por una porcion de oficiales, uno de los cuales, llamado Desborough, hombre grosero y brutal, penetró hasta la pieza de Ricardo con gente armada y le amenazó si no accedia á su peticion. Ricardo, lejos de poseer la firmeza y resolucion necesarias para defender y mantener la dignidad que le habia sido conferida, consintió en disolver el parlamento, y poco tiempo despues firmó su abdicacion.

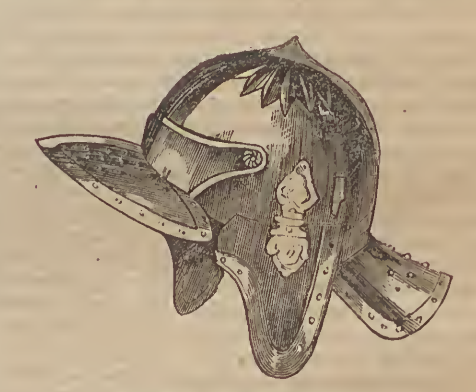
Enrique Cromwell, el mas jóven de los hijos del usurpador, siguió el ejemplo de su hermano, renunciando sin dificultad su gobierno de Irlanda. Ricardo vivió gran número de años, una parte de los cuales pasó en el continente y la otra en una hacienda que poseia en Inglaterra. Los espíritus vulgares le consideraron como indigno del rango supremo á que la fortuna le habia elevado momentáneamente; mas supo patentizar por la felicidad que disfrutó en la vida tranquila y retirada que escojió, que en renunciar á la grandeza y al poderío habia tenido una inspiracion venturosa.

Abandonados otra vez los oficiales á sí mismos, se determinaron á habilitar el antiguo parlamento que condenara al rey á muerte, y que Cromwell lo habia espulsado del lugar de sus sesiones de una manera tan humillante. Al partido que abrazó este sistema se le llamó el de la *buena causa antigua* por la adhesion de sus miembros á los principios republicanos, y en manos de aquellos hombres fué donde los oficiales quisieron volver á poner por cierto tiempo el poder militar. Reunióse la cámara en su consecuencia, siendo vanos los esfuerzos de los miembros escluidos por el *expurgo del coronel Pride*, para recuperar sus puestos.

El Rump (rabadilla) nombre dado á este parlamento, no continuó con menos vigor sus tentativas á trueque de destruir el poder que acababa de restablecerle. Los miembros principiaron á ejecutar su designio de humillar al ejército renovando parte de él, espulsando á los oficiales que les hacian sombra, y reemplazándolos con otros que les inspiraban confianza. Esta conducta lastimó á los militares, y su descontento se hubiera desbordado con alguna resolucion funesta para el parlamento, si no se contuvieran por el temor que les inspiraban los realistas y presbiterianos, á quienes consideraban como enemigos comunes.

Tuvieron muchas conferencias á fin de mantener su autoridad, limitándose al cabo á una resolucion asaz ordinaria en aquellos tiempos, cual fué disolver la asamblea, cuya oposicion les desagradaba. Al efecto, Lambert, uno de los oficiales generales, hizo colocar tropas escojidas en diferentes calles que conducian á Westminster-Hall, y al pasar el orador Lenthall en su carruaje con direccion á la cámara, mandó dicho Lambert que le hiciesen retroceder; efectivamente se le volvió muy atentamente á su casa. De la misma manera se obró con los demás miembros, y el ejército regresó con tranquilidad á sus cuarteles á observar un ayuno solemne, que era el preludio ó la consecuencia ordinaria de aquellas clases de violencia.

Así que lograron los oficiales recuperar el poder otorgado por ellos, se decidieron á no desprenderse de él tan fácilmente en lo sucesivo. Eligieron una comision de veintitres personas, siete de las cuales eran de entre ellos, dándola el nombre de comision de seguridad, y pretendiendo que se la invistiese con la autoridad suprema. Fleetwood, hombre débil é incapaz, fué nombrado comandante en jefe: Lambert, notable por su carácter artero y ambicioso, fué creado mayor general; Desborough, teniente general, y Monk que habia sido nombrado por Cromwell para el gobierno de Escocia, fué elegido mayor general de la infantería. Así se estableció un gobierno puramente militar, que ofrecia á la nacion la triste perspectiva de una esclavitud y tiranía sin término. Pero el auxilio mas inesperado vino de repente á salvar al reino de los males que le amenazaban.



Almete de Oliverio Cromwell.

Durante estas transacciones, el general Monk, que estaba en Escocia á la cabeza de ocho mil veteranos, contemplaba con dolor las turbulencias que desgarraban á su patria, sin vislumbrar en el porvenir mas que débiles esperanzas de que se restableciese la calma. Este hombre, á quien la nacion debe tan grandes servicios, habia empezado siendo soldado de fortuna. Después de pasar algunos años en países estranjeros, fué colocado á la cabeza de un regimiento por el rey Cárlos, en cuyo cargo se distinguió y adquirió el afecto de los soldados; de suerte que por la bondad de su carácter y la prudencia de su conducta le llamaban constantemente el *honrado Jorge Monk*: hecho prisionero por Fairfax en el sitio de Nanthwich, fué metido

en la Torre, y no recobró su libertad hasta después de la destruccion total de la monarquía. Cromwell le tomó entonces bajo su proteccion, y le envió contra los rebeldes irlandeses, á quienes sometió al instante, y concluido esto fué tambien enviado á Escocia revestido con el mando supremo, portándose con tanta sabiduría y prudencia en este gobierno, que supo hacerse estimar de los escoceses al paso que le adoraban los soldados.

Al saber el general que de propia autoridad habian disuelto los oficiales el parlamento, protestó contra medida tan violenta, resolviéndose á defender los privilegios lastimados de la cámara. Su conducta desde tal momento pareció ocultar profundos designios en favor del rey ó de su propia persona, y cualquiera que hubiese sido el blanco de sus acciones, es imposible cubrirlo con mas misterio que el observado por él.

Apenas hubo puesto su ejército en movimiento para conocer el motivo de los diferentes disturbios de la capital, cuando pareció que su conducta llamaba la atencion de los dos partidos. Su hermano, eclesiástico ardientemente adicto á la causa real, marchó á llevarle un mensaje de parte de sir Juan Granville á nombre del rey. Preguntóle el general si habia revelado el objeto de su mision á otras personas: respondióle que no, á escepcion de M. Price, capellan del mismo general, y reconocido por su probidad y adhesion á la causa real. Monk se inmutó, interrumpió el discurso, y se negó á continuar la conversacion. En todas las demás circunstancias guardó la misma reserva.

Con la noticia de que el general Lambert á la cabeza de un ejército se dirigia hácia el norte á su encuentro, Monk envió tres emisarios á Londres á hacer proposiciones de acomodamiento, con cuyo medio consiguió retardar los preparativos del enemigo. Los comisionados se propasaron hasta el punto de firmar un tratado que él se negó á ratificar: sin embargo, entabló nuevas negociaciones, y el consejo de los oficiales se dejó engañar de nuevo por sus falaces ofertas.

Como el pueblo conoció en el ínterin que no estaba totalmente desprovisto de defensa, empezó á reanimarse y á quejarse abiertamente de la tiranía del ejército. Haselrig y Morley tomaron posesion de Portsmouth durante la ausencia de Lambert, y se declararon por el parlamento: los aprendices de Londres se reunieron en tumulto pidiendo un parlamento libre, por el cual se pronunció el almirante Lawson entrando en el Támesis con su escuadra, así como hasta los regimientos que habian quedado en dicha ciudad, solicitados por sus antiguos oficiales que fuéron espulsados. El Rump, rechazado vivamente de todas partes, osó tratar de recobrar su autoridad, procediendo contra los oficiales y contra la parte del ejército que habian declinado su poder. Sin la menor consideracion á Lambert, los miembros del parlamento enviaron á las tropas que mandaba la órden de dirigirse inmediatamente á los puntos que se les indicaron. Los soldados no vacilaron en obedecer, y Lambert se vió al poco tiempo abandonado de todo el ejército, siendo enviado al instante á la Torre, y depuestos muchos de sus oficiales; el parlamento pareció al fin restablecido sobre bases mas sólidas que nunca —Año 1660.

Mas estaba lejos del triunfo que creia haber obtenido. Monk, aunque supo el restablecimiento de la cámara y podia suponer por consiguiente que nada le quedaba que hacer, continuó encaminando su ejército hácia la capital. Todos, igualmente inquietos de los motivos de su conducta y sorprendidos de su reserva, dirigieron á él los ojos. Reunióselc la nobleza suplicándole en varias cartas que restableciese un nuevo parlamento. Fairfax le llevó un cuerpo de ejército ofreciéndole su apoyo para efectuar la obra de la restauracion; pero Monk continuó en su inflexible reserva; y habiendo llegado á San Alban, envió un mensaje al parlamento, rogándole que alejase de Londres las tropas que allí habia. Algunos regimientos resistieron esta pretension; pero Monk, queriendo hacerse obedecer, entró al dia siguiente en Londres, de donde forzó á salir á la tropa, acuartelando á su ejército en Westminster. Entonces fué admitido en la cámara, la cual se apresuró á darle las gracias por los servicios que habia prestado á su patria; pero él respondió con un tono brusco, que todo su mérito se reducia al ardiente deseo de restablecer la paz en el reino, y que con tal objeto invitaba á los miembros á á que se convocase un parlamento libre, único remedio en su concepto para curar las llagas de la constitucion, haciéndoles observar al mismo tiempo que no habia necesidad de juramento alguno en aquella ocasion, y que cuantos menos compromisos de tal especie existiesen, tanto mas aliviadas y tranquilas estarian sus conciencias.

La esperanza de ser rebeldes é insolentes impunemente determinó á los regidores á no querer someterse al gobierno actual, y se decidieron á no pagar impuesto alguno hasta que los miembros escluidos en otro tiempo por consejo de Pride fuesen reinstalados en la cámara. El parlamento recurrió al general, á quien encontró dispuesto á darle en aquellas circunstancias las pruebas mas prontas de su obediencia, y que entrando en Londres al frente de sus tropas prendió á once de los mas culpables de la municipalidad, y comenzó á romper las puertas de la ciudad. Entonces escribió una carta al parlamento, informándole de todo lo que habia ejecutado, y suplicándole que moderase el rigor de sus órdenes; pero invitado vivamente por la cámara á proseguir, destrozó las puertas y rastrillos, y dejando á la poblacion espuesta al desprecio é irrision de los que la odiaban, tornó triunfante á Westminster á sus cuarteles. Al dia siguiente empezó á reflexionar que habia obrado con demasiado rigor, y que su celo habia traspasado los límites de la razon: dirigióse por lo tanto de nuevo á la ciudad, é hizo rogar al corregidor que reuniese el ayuntamiento, ante el cual se esforzó repetidas veces en justificar la conducta que el dia anterior habia observado; y esponiéndole los regidores su perseverancia en la causa de la libertad, les prometió que su ejército en adelante no obraria mas que por el bien público.



Milton.

Esta union del ejército y de la ciudad causó mucho espanto á la cámara de los comunes, porque sabia que un parlamento libre y general era el deseo de la nacion entera, y en este caso vendria á la nada su autoridad. Pero el temor que aquellos miembros esperimentaban de ser castigados con rigor, era todavía mayor que el de quedar sin poder; y como habian servido de instrumento á la muerte del rey abrumado á la nacion de tributos, y muchos de ellos se habian enriquecido con los despojos del pueblo, se decidieron á obrar con prudencia, y á emplear todos los medios para apartar al general de aquella nueva alianza. Algunos, estraviados por el fanatismo y el sentimiento de su culpabilidad, llegaron á prometerle que le investirian con la dignidad de magistrado supremo; pero Monk, que tenia un alma demasiado noble y amante de la justicia para dejarse seducir por tales proposiciones, se decidió á reintegrar

en su poder á los miembros escluidos, para lograr por medio de ellos una nueva eleccion, único objeto de todos sus esfuerzos.

Como no podiá esperar la realizacion de semejante plan sin el apoyo del ejército, se aseguró préviamente del consentimiento de los oficiales, y después de exigir á los miembros escluidos la promesa de que convocarian un parlamento completo y libre, los acompañó á Whitehall, conduciéndolos desde allí con una guardia numerosa á la cámara de los comunes hallándose en sesion los otros miembros. Estos se sorprendieron al pronto de ver que se les presentaba inopinadamente una fuerza considerable; mas reconocieron al instante á sus antiguos colegas, que espulsados de una manera tumultuaria iban á ser reintegrados de otra manera imperiosa. El número de los recienvenidos escedió tanto al del Rump ó Rabadilla, que los jefes de este partido juzgaron oportuno cederles el puesto.

El reintegrado parlamento principió por revocar los decretos en cuya virtud habia sido disuelto, renovó la comision del general otorgándole poderes todavía mas ámplios, fijáronse las rentas necesarias para la manutencion de los ejércitos de mar y tierra, y verificado todo esto con gran satisfaccion del reino, la cámara pronunció su misma disolucion, dando órdenes para que inmediatamente se juntase un nuevo parlamento. Monk entre tanto estaba organizando su ejército bajo un nuevo plan que se habia formado, y por insinuacion suya le presentaron algunos oficiales una manifestacion en que prometian obedecer implícitamente á las órdenes del próximo parlamento. El aprobó aquella promesa, y ordenó que fuese firmada por todos los regimientos, lo cual le dió márgen para separar á los oficiales que no quisieron suscribirla y le parecieron sospechosos.

Sus esfuerzos en medio de aquellos progresos estuvieron á pique de frustrarse por un acontecimiento tan peligroso como inesperado. Habiéndose escapado de la Torre Lambert, comenzaba á reunir fuerzas; y como su actividad y principios eran conocidos, Monk tomó las mas prontas precauciones para oponerse á sus tentativas, despachando al coronel Ingoldsby al frente de su regimiento, antes que Lambert hubiese tenido tiempo de reunir sus partidarios. Este oficial habia ya tomado posesion de Daventry con cuatro cuerpos de caballería; pero la mayor parte de esta tropa se incorporó muy pronto á Ingoldsby, á quien él mismo no tardó en rendirse, después de dar muestras de pusilanimidad, que correspondieron mal con su anterior reputacion.



James Graham, marqués de Montrose.

A pesar de que todavía no se habia juntado el nuevo parlamento, nadie habia penetrado hasta entonces los designios del general, quien insistia siempre en su reserva; y aunque dicho parlamento no habia sido convocado mas que con la intencion de restablecer al rey en el trono, nada sin embargo, ni en los discursos ni en la conducta de Monk, habia jamás revelado el secreto encerrado en su seno. Solo la certeza de que su confianza estaba bien arraigada pudo determinarle á descubrir su secreto mediante las relaciones que hacia mucho tiempo le ligaban con un hidalgo del Devonshire llamado Morice, hombre de carácter estudioso y grave. Este fué el único con quien deliberó sobre la grande y arriesgada empresa de la restauracion. Sir Juan Granville, encargado de una comision del rey, pidió una entrevista al general, quien le suplicó que comunicase á Morice el objeto de su mision. Granville, por mas que fué instado, se negó á participar su mensaje á otro que al mismo general; y entonces este, creyendo que podia fiarse con toda seguridad de la fidelidad de aquel, le dió á conocer francamente sus intenciones, aunque con su acostumbrada prudencia evitó el confiar cosa alguna al papel.

El rey á consecuencia de esta comunicacion se determinó por fin á dejar el territorio español, logrando aunque con dificultades escapar del punto en que el gobernador de Breda le retenia estrechamente, sopretesto de tratarle con los miramientos y honores debidos á su rango, y se dirigió á Holanda, donde se resolvió á esperar nuevos avisos de sus fieles partidarios.

Todas las elecciones del parlamento eran en favor de la causa real. Los presbiterianos estaban hacia mucho tiempo tan cansados de la falsedad, estravagancia y tiranía de sus coadjutores independientes, que nada deseaban tan ardientemente como el restablecimiento de la monarquía. Juntáronse por lo tanto á los realistas y formaron una mayoría decisiva, resolviéndose sin estrépito ni armas con una firme resolucion á llamar al rey. Por mas que el antiguo parlamento hubiera declarado que no fuese elegido ninguno que hubiera llevado las armas en defensa del rey, ó que naciera de padre que las hubiera llevado, se hizo poco caso de esta disposicion, y lejos de conformarse con ella, las persecuciones sufridas eran reputadas como las mejores recomendaciones de los candidatos.

Por fin llegó el dia tan deseado de la apertura de las cámaras—Año 1660, 26 de Abril.—Sir Harbottle Grimstone fué elegido presidente: este hombre siempre se habia mantenido adicto en su interior á la causa real, á pesar de que desde un principio aparentó adherirse al partido opuesto. Todos los votos y sentimientos se dirigian entonces hácia el rey; pero era tal todavía el temor de los peligros que habian arrostrado los que se pronunciaron abiertamente por su causa, que nadie osó por algunos dias proferir su nombre: aun duraba el terror inspirado por los ejemplos de rigor y crueldad anteriores, y así ninguno manifestaba su amor al monarca mas que con las invectivas mas amargas contra el usurpador y con las maldiciones mas terribles contra los asesinos del desventurado Carlos I. Monk en el ínterin sondeó con su acostumbrada reservá los sentimientos de los miembros reunidos, examinó con atencion el ardor y la sinceridad de sus deseos, y satisfecho en esta parte encargó por fin á Annesley, presidente del consejo, que los informase de que sir Juan Granwille, fiel servidor del rey, era enviado por este y estaba aguardando en la puerta del parlamento el permiso de presentar la carta dirigida por S. M. á los comunes.

Nada puede dar idea del júbilo y trasportes con que fué recibida tal noticia. Los miembros en aquel momento olvidaron todo género de circunspeccion, prorumpiendo sin reserva en las mas vivas aclamaciones. Granwille fué introducido al instante, y la carta leida con el mayor interés. Apenas hubo un momento de silencio, cuando todos los miembros de comun acuerdo dieron á la vez su consentimiento á las proposiciones del rey, y para esparcir la alegría por todo el reino ordenóse hacer publicar inmediatamente la carta y la declaracion.

Dicha carta fué aprobada por todas las clases del estado: ofrecia una amnistía general sin otras escepciones que las que hiciera el parlamento: prometia la libertad de conciencia y la tolerancia en materias reli-

giosas, la facultad al parlamento de examinar los derechos de todos los que poseian bienes así como títulos disputados, y de confirmar todas las concesiones á su libre voluntad: prometia satisfacer las demandas del ejército del general Monk, atender al pago de los atrasos, y otorgar el mismo grado é igual paga á sus oficiales cuando entrasen al servicio de Carlos II.

Esta declaracion no fué menos grata á los lores que al pueblo. Así que la cámara votó el restablecimiento de la antigua forma de gobierno, acordóse enviar al rey cincuenta mil libras esterlinas, diez mil al duque de York, y cinco mil al de Gloucester.

Entonces entrambas cámaras borraron en sus registros todas las resoluciones dictadas contra la dignidad real. El ejército, la armada y la ciudad de Londres se apresuraron á preparar festejos á S. M., quien al instante fué proclamado con la mayor solemnidad en Whitehall y en Temple-Bar—Año 1660, 8 de mayo.—Viéndose libre por fin el pueblo de toda violencia, dió rienda suelta al regocijo, en términos que hasta hubo personas de quienes se apoderó tal esceso de placer, que corrian por las calles patentizándolo con un delirio que pudiera creérseles dementes. «Tantos millares de »súbditos leales se reunieron en aquella venturosa oca»sion, dice lord Clarendon, que hubiera podido pre»guntarse con asombro qué habia sido de aquel pue»blo que con tanta violencia y crueldad obrara recien»temente.»

Carlos cuidó de confirmar lo esencial de sus manifestaciones á los comisionados ingleses que fuéron enviados para acompañarle á sus estados. El almirante inglés Montagne pasó adonde estaba el rey para informarle que la escuadra inglesa esperaba sus órdenes en Scheveling. Al instante se puso á bordo el duque de York, tomando el mando como lord gran almirante. Lo mismo hizo el rey, yendo á desembarcar en Douvres, donde fué recibido por el general Monk, á quien Carlos abrazó tiernamente. Un regreso tan triunfal estaba muy lejos de asemejarse á la época cruel en que Carlos, triste y abandonado de todos sus súbditos, habia dicho adios en la costa de Sussex: ahora tornaba á ver al mismo pueblo que con tanto encarnizamiento le habia perseguido para atentar á su vida, espresando con entusiasmo la dicha que esperimentaba de volverle á ver, y el pesar que tenia por su pasado estravío.

Hizo su entrada en Londres en igual dia al que habia nacido, 29 de Mayo de 1660, en medio de un concurso innumerable que cubria el camino por donde debia pasar y rasgaba el aire con aclamaciones. Hacia tanto tiempo que los ingleses eran víctimas de facciones turbulentas, y tanto habian padecido bajo la opresion y las tiranías de toda especie, que entonces les fué imposible reprimir los trasportes de su júbilo, viendo que su constitucion era por fin restablecida, y que á semejanza del fénix renacia de sus cenizas mas fuerte y hermosa.

El fanatismo y sus sombríos terrores huyeron al aproximarse la libertad: las artes, la paz y todos sus encantss reaparecieron al instante. ¡Dichoso del pueblo inglés, si el lujo y la molicie no se hubieran introducido en seguida!

CAPITULO XL.

CARLOS II.

(Desde el año de 1660 al de 1677.)

Esta época es sin contradiccion una de las mas estraordinarias de la historia de Inglaterra, porque se ve á un pueblo bamboleado sin cesar por las facciones, á semejanza del mar que agitado todavía despues de la tempestad, prolonga el ruido de sus amenazadoras olas y sigue el impulso violento comunicado por el furor de la borrasca.

Este pueblo, primeramente humilde, adulador y audaz, rebelde al solicitar las cadenas de un poder arbitrario y perseguir con encono á los partidarios de este mismo poder, y después ya lisonjeando bajamente á su soberano, ya amenazando á sus parciales mas fieles, ofrece un cuadro que al desenvolverse presenta á las miradas del observador la série mas sorprendente de inconsecuencias y contradicciones.



Carlos II.

En tanto que el pueblo consideró protestante al rey, estuvo dispuesto á sacrificar por él su fortuna y su vida; mas apenas conoció su tendencia al catolicismo, se desvaneció aquella confianza en su soberano, y hasta pareció estar pronto á saciar en los católicos el resentimiento que no osaba patentizar al mismo monarca (1).

Carlos tenia treinta años cuando subió al trono. Era de un físico agradable, modales graciosos y cultos, y todo en su conducta y carácter parecia calculado para conservar y aumentar el amor de su pueblo. Acostumbrado en el destierro á vivir en íntima familiaridad con sus cortesanos, llevó al trono aquella distinguida afabilidad que le atria los corazones menos dispuestos en favor suyo: su dulzura natural y su carácter indiferente le alejaban de toda idea de tomar venganza de las injurias que habia recibido; pero por desgracia se conoció muy pronto que no eran mas que superficiales las ventajas de que estaba dotado: su indolencia y escesivo amor al placer le hacian esperimentar una repugnancia insuperable hácia toda suerte de negocios: sus favores eran indistintamente prodigados á los súbditos menos recomendables y á los que mas los merecian; y por la misma razon que ninguna tentativa hizo para vengarse de sus enemigos, tampoco hizo nada para recompensar á los amigos leales que habian participado de sus infortunios.

Después de pasar algun tiempo antes que los diferentes partidos de un estado, desfigurado por la guerra y las facciones, pudiesen recuperar su primitiva forma y volver á entrar en el órden acostumbrado, formóse un consejo en que fuéron admitidos indistintamente individuos de la iglesia anglicana y presbiteriana. La eleccion de los principales ministros hecha por el rey agradó á todo el pueblo: sir Eduardo Hyde, que le habia acompañado en su destierro, fué creado par de Inglaterra y conde de Clarendon, viniendo á ser simultáneamente gran canciller y primer ministro. Este recomendable personaje es mas conocido como historiador que como hombre de estado; pero su integridad y sabiduría fuéron igualmente notables en todas las situaciones de su vida.

El marqués de Ormond, creado después duque, fué nombrado mayordomo mayor de la casa real; el conde de Southampton, tesorero mayor, y sir Eduardo Nicolás, secretario de Estado. Estos hombres estimables, unidos por la amistad mas íntima y aspirando todos al

(1) El hijo de Carlos I abrigaba todo el odio de su abuelo y de su padre contra el puritanismo, y por otra parte ningun reconocimiento tenia al don que los escoceses le habian hecho de una corona, que en la opinion de él le era debida por herencia. *(A. Thierry.)*

mismo objeto, trabajaron de consuno y únicamente por el bien público, defendiendo los intereses de la nacion con tanto celo como si se tratara de los suyos propios.

Algunos actos empero de venganza eran debidos á la justicia y al honor del trono, y los que recientemente acababan de sumir la nacion en innumerables males, eran indignos de ser comprendidos en la amnistía general que habia sido otorgada. En consecuencia fuéron esceptuados de ella los que tuvieron una parte inmediata en la muerte del rey. Cromwell, Ireton y Bradihan fuéron, á pesar de haber fallecido, considerados como reos los mas dignos de un justo castigo; y así, habiendo sido exhumados y arrastrados sus cuerpos hasta el sitio de ejecucion, fuéron quemados al pié del patíbulo después de estar espuestos durante algunos dias. De los encausados, unos fuéron ajusticiados y otros alcanzaron su perdon, siendo de mas de ochenta solamente diez los que sufrieron la última pena (1). Estos infelices exaltados, que constantemente habian obrado por conviccion y principios, opusieron al resentimiento y furor dirigido contra ellos una energía y resolucion digna de mejor causa.



Carlos II.

El general Harisson fué el primero que compareció ante los jueces, defendiéndose por sí mismo con aquella firmeza intrépida que le habia distinguido en todo el curso de su vida. Declaró que en todo cuanto habia obrado solo habia procedido al tenor de los impulsos del espíritu de Dios; que jamás estuvo dispuesto á causar el menor mal á nadie por mas ventajas que de ello le hubieran de resultar; que durante la usurpacion de Cromwell, cuando todo el mundo reconocia su autoridad inclinándose ante su poder, él solo se habia atrevido á echar en cara al usurpador su criminal ambicion, y que ni todos los terrores de la prision, ni las seducciones mas poderosas habian podido inducirle á una cobarde complacencia para con el hipócrita tirano. La firmeza y constancia admirable que Harisson no cesó de manifestar, hicieron notable su muerte: y las virtudes que desplegó en esta ocasion contrabalancearon la enormidad de su falta.

Igual suerte tuvieron Carew, Coke, Peters, Scot, Clement, Scropes, Jones, Hacker y Axtell, quienes sufrieron los insultos de la muchedumbre y la crueldad del verdugo, no solo con valor, sino tambien con la calma y confianza de los mártires. Empleóse en su ejecucion una barbárie horrible: á Harisson le arrancaron y echaron las entrañas al fuego antes de dar el último suspiro, y su cabeza fué fijada en el carruaje que llevó á Coke y Peters al sitio del suplicio, con la cara vuelta hácia la de ellos. El verdugo cometió la infamia de manchar el rostro á Coke con la sangre de su amigo y de preguntarle cómo encontraba aquello. Peters echó sobre él una mirada de desprecio respondiéndole: «Habeis degollado un servidor de Dios, pero yo desafío toda vuestra crueldad.»

No pasaron de aquí los actos de una venganza sangrienta, ni hubo mas ajusticiados en los primeros momentos de una restauracion tan grande y celebrada.

Los demás culpables que habian tenido parte en la muerte de Carlos I obtuvieron una dilacion, siendo después diseminados en diferentes cárceles del reino. El rey, dirigido en todo por los consejos de Clarendon, gobernaba con justicia y dulzura que derramaban una satisfaccion general entre sus súbditos. El ejército que habia dominado en el reino por espacio de muchos años fué licenciado: el episcopado y las ceremonias de la iglesia anglicana fuéron restablecidas, no obstante de que el rey pretendiera conservar las apariencias de la moderacion y neutralidad en materias de religion, llegando á asegurar en sus momentos de buen humor que él era deista y no era mas propenso á una religion que á otra. Sin embargo, en los últimos tiempos de su vida, cuando empezó á pensar mas sériamente y á reconocer la nada de las cosas de aquí abajo, mostró una propension marcada hácia la religion católica, que en su destierro habia grabado hondamente en su pecho.

Mas aquella tolerancia general tuvo resultados peligrosos, porque propendió á favorecer algunas sectas de fanáticos, que animados de un frenesí sin ejemplo, vinieron á causar nuevos tumultos en el reino. Un tal Venner, que varias veces conspiró contra Cromwell, habiendo logrado siempre el perdon, llegó á persuadir á sus partidarios, que si se resolvian á tomar las armas, iria á ponerse á su cabeza el mismo Jesucristo (1)—Año de 1661.—Creyendo en semejante idea aparecieron en las calles de Londres trescientos de aquellos exaltados con armaduras completas y proclamando al rey Jesús, y convencidos de que eran invulnerables é invencibles, nada menos aguardaban que una fortuna tal como la de Gedeon y demás héroes del antiguo testamento.

Al verlos huyó todo el mundo. Un infeliz á quien preguntaron de quién era, respondió: «de Dios y del rey,» y sin mas le degollaron inmediatamente. Recorrieron todas las calles de Londres, é hicieron una tenaz resistencia á las compañías de paisanos que fuéron enviadas á su encuentro, matando á varios de estos y haciendo una retirada regular hácia Caenwod, cerca de Hampstead; pero forzados muy luego á salir de allí, volvieron al dia siguiente á Londres, donde tomaron posesion de una casa, defendiéndose en ella contra fuerzas considerables hasta morir la mayor parte de ellos. Las tropas descecharon la casa, y cansadas de matar, se lanzaron sobre el corto número de los que quedaban haciéndolos prisioneros, quienes fuéron juzgados, condenados y ejecutados, y declararon que habian sido engañados, siendo Dios mismo el embaucador.

De tal modo chocó al pueblo la estolidez de la doctrina y de las esperanzas de aquellos hombres obcecados, que incurrió en un estravio contrario abandonándose al desórden y á la inmoralidad. La primera en dar el ejemplo fué la misma corte, que no se ocupaba mas que en festines y galanteos. Los horrores de

(1) Si la venganza en moral es una falta, en política es casi siempre un error funesto: una venganza tan impía como la violacion de los sepulcros es una mancha perpétua que una corona de rey no puede borrar: con el perdon se desarma á los enemigos mas intrépidos: con diez cabezas sacrificadas se provoca la sublevacion de una nacion entera.

(1) El tal Venner aguardaba de buena fé la venida inmediata de Cristo á la tierra. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

la última guerra vinieron á ser objeto de burla: las formalidades y la ignorancia de los sectarios fuéron representadas en el teatro, y aun convertidas en irrision en el púlpito (1).



Lord Clarendon.

En tanto que el rey se ocupaba en semejantes frivolidades, los antiguos y leales amigos de su familia estaban arrinconados, sin que ninguno de ellos hubiese tenido la menor recompensa por sus servicios. Un número infinito de servidores fieles que habian combatido ardientemente por Carlos y su padre hasta perder toda su fortuna, vivian todavía en la miseria y el olvido, ínterin sus perseguidores, sabiendo aprovecharse de las circunstancias para adquirir fortunas considerables, gozaban pacíficamente de unos bienes tan poco merecidos. Era en vano que los leales infortunados presentasen peticiones. En todo tiempo fué el reconocimiento un sentimiento estraño al corazon de los Estuardos, quienes nunca supieron recompensar la fidelidad de sus amigos; los únicos que poseyeron su afecto fuéron los cortesanos galanteadores, los aduladores y las concubinas de Carlos. Los infelices realistas murmuraban en silencio y se quejaban, aunque inútilmente: sus tristes reclamaciones se perdian entre las contínuas escenas del placer y de la locura.

Los parlamentos de Inglaterra y de Escocia se mostraron igualmente dispuestos á reparar su infidelidad y desobediencia con concesiones. La cámara inglesa restituyó á la monarquía y al episcopado todo su antiguo esplendor, igualándose la importancia del triunfo de estas instituciones con la de sus humillaciones y adversidades precedentes. Permitióse á los obispos que volviesen á sentarse en la cámara de los pares, y el rey fué revestido con todo el poder militar, así como con el derecho de nombrar comisarios para organizar las corporaciones y espulsar á los miembros que se habian introducido por la violencia ó que profesaban principios peligrosos para la constitucion. Espidióse un decreto por unanimidad para que todo eclesiástico que no hubiese recibido la ordenacion episcopal fuese precisado á recibirla, diese su asentimiento á todo lo que contenia el libro de las oraciones comunes, y prestase juramento de obediencia canónica — Año de 1662.—En consecuencia de esta ley, mas de dos mil eclesiásticos presbiterianos, prefiriendo la religion al interés, renunciaron en un solo dia los curatos con gran asombro de la nacion.

Pero el parlamento de Escocia marchó mas lejos todavía en las pruebas de adhesion que quiso dar al monarca, cuyos privilegios divinos, inviolables y hereditarios fuéron entonces confirmados en los términos mas claros y esplícitos, ampliando sus facultades hasta sobre la vida y bienes de los escoceses, otorgándole además una renta de cuarenta mil libras esterlinas, y demostrando el mas sincero arrepentimiento por sus pasadas violencias (1).

Esta ocasion era favorable para que el rey se hiciese independiente de todos los parlamentos. Pretendese que Southampton, uno de sus ministros, concibió el proyecto de conseguir para su amo por medio de la cámara de los comunes una renta de dos millones; pero el ministro encontró obstáculos poderosos en Clarendon, quien á pesar de su sincera adhesion al soberano, era demasiado amigo de las leyes y de la libertad de su patria, para no oponerse con todo su poder á tales miras. Carlos sin embargo no era nada interesado: estaba contento con tal que tuviese dinero para poder satisfacer sus placeres, sin curarse de la manera de sacarlo.

Semejantes placeres dispendiosos, y la indolencia de Carlos en los asuntos de su reino, comenzaron á descontentar á sus súbditos, y á resfriar el entusiasmo que se habia apoderado del espíritu público en el momento de la restauracion: por inclinados que fuesen los ingleses á favorecer la aficion de su monarca á los festines y deleites, no podian prescindir de murmurar tanto de su negligencia como de su profusion y escesos. Recordaban con pesar la severa economía y la activa vigilancia que habian distinguido la administracion del usurpador: repasaban en su mente las brillantes victorias que las armas de este habian conseguido, así como los vastos proyectos que habia emprendido, y fijando en seguida sus miradas en el cuadro tan diferente del reinado actual, veian una corte voluptuosa sumida en la inmoralidad, y empleados los impuestos y las rentas de la nacion en propagar el vicio y corromper las costumbres del pueblo.



Lord Sanwich.

El clero, despreciado, no se descuidaba en inflamar aquellas secretas disposiciones, y así de dia en dia iban en aumento las quejas, que no conocieron límites cuando se supo que Dunkerque, la ciudad gloriosamente conquistada bajo el gobierno de Cromwell, acababa de ser vendida á los franceses por una miserable suma que sería consagrada á las estravagancias del rey. Desde entonces comenzaron á ser contrariados los deseos de este, tropezando con obstáculos contínuos, y los parlamentos no otorgaron sino con repugnancia los subsidios que con instancias casi deshonrosas se les pedian.

Sus muchas necesidades le impelieron á medidas diametralmente opuestas á sus inclinaciones. Su casa-

(1) El rey no tenia religion alguna, y sin embargo disponia de cuando en cuando una persecucion, bien que era por motivos políticos, ó para exigir dinero. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

(1) «Mas no bien se sentó Carlos en el trono, cuando creyéndose libre de todo compromiso para con ellos, hizo rasgar el convenio en Edimburgo en la plaza del mercado. Todos los que se resistieron á abjurar fuéron declarados sediciosos y rebeldes, y espulsados de sus presbiterios é iglesias. Entonces vinieron las asambleas secretas, denominadas conciliábulos, y todo aquel á quien se probaba ó sospechaba que habia asistido á ellos, era aprisionado y públicamente azotado... De la dureza siempre creciente de las medidas tomadas con respecto á los conciliábulos dimanaron insurrecciones y atrocidades sin cuento de una y otra parte.» Tal fué el reconocimiento de Carlos II á los escoceses en pago del universal regocijo con que recibieron la restauracion de los Estuardos. (Véase A. *Thierry*.

miento con Catalina, infanta de Portugal, fué uno de los sucesos de su reinado menos gratos para él, pues si bien ella estaba dotada de muchas virtudes, tenia, á lo que parece, muy pocos atractivos. La absoluta decadencia de las rentas de Carlos fué lo único que le determinó á este enlace, y la mala suerte de la princesa quiso que el indigente monarca se enamorase de la dote de trescientas mil libras esterlinas (1) y de la fortaleza de Tanger en Africa, y Bombai en las Indias Orientales. El canciller Clarendon, el duque de Ormond y el conde de Southampton opusieron muchas dificultades á tal boda, particularmente la probabilidad que habia de no haber sucesion; pero el rey, resistiendo semejante consejo y hasta su interior repugnancia, insistió en el proyecto y se celebró el matrimonio (2).



Hospital de Chelsea.

Mas nada podia satisfacer sus necesidades siempre crecientes y sus prodigalidades; su carácter iba agriándose de dia en dia, y no tardó en atribuir la mayor parte de los contratiempos que esperimentaba á lord Clarendon, cuya inalterable virtud nunca le habia gustado mucho. Preténdese tambien que este ministro íntegro le habia impedido que repudiara á la reina para cambiarla per una dama llamada mistris Stuart, la cual habia llegado á cautivar su afecto, y para quitar al rey toda esperanza hizo que dicha dama se desposara secretamente con el duque de Richmond. Sea cual fuere la verdad de esta especie, Carlos, á trueque de lograr nuevos subsidios, se mostró dispuesto á abandonar á Clarendon al resentimiento del parlamento, en cuyo odio habia incurrido—Año 1663.

En su consecuencia fuéron convocados los comunes en Banqueting-House, y Carlos en un discurso sumamente lisonjero y lleno de protestas de eterno reconocimiento y del mas tierno afecto, pidió un subsidio que aseguró serle muy necesario en aquellas circunstancias. Los comunes, no pudiendo resistir á tan humildes súplicas, le concedieron cuatro subsidios, y en una asamblea general el clero siguió el mismo ejemplo. En esta ocasion se aventuró lord Bristol á acusar al canciller en la cámara de los pares; mas no habiendo sido apoyada tal acusacion, se quedó en nada por entonces el negocio, con la intencion de emprenderlo con mas animosidad que nunca en la próxima legislatura.

Probablemente con el objeto de obtener todavía dinero para sus placeres, fué por lo que se determinó Carlos á entrar en guerra con Holanda, toda vez que los recursos destinados para esta operacion debian pasar por sus manos—Año 1664.—Los comunes por sugestion suya declararon que las faltas y atentados perpetrados por los holandeses en diferentes partes del globo habian causado el mayor perjuicio al comercio de Inglaterra. Esta declaracion bastó para los proyectos de Carlos, quien á causa de su prodigalidad que le reducia siempre á la indigencia, previó que le seria fácil gastar en sus deleites una parte de los arbitrios destinados á la guerra de Holanda. El duque de York su hermano recibió con júbilo la noticia de ella, porque hacia mucho tiempo deseaba una ocasion de distinguirse por su valor y conocimientos como gran almirante, contra un pueblo al cual aborrecia, no solo por sus principios republicanos, sino tambien porque era el principal apoyo de la religion protestante.

Esta guerra comenzó con innumerables rapiñas de una y otra parte. Los ingleses, mandados por sír Roberto Holmes, arrojaron á los holandeses del Cabo Córcega, en la costa de Africa, y se apoderaron de los establecimientos pertenecientes á estos en el Cabo-Verde, en la isla de Gorea. Dando desde allí la vela para América, se hizo dueño el mismo almirante de la Nueva Bélgica, después denominada Nueva-York, que continuó por mucho tiempo formando parte del gobierno inglés.

Por otra parte, Ruyter, almirante holandés, haciéndose á la vela hácia la Guinea, despojó á los ingleses de todos sus establecimientos, á escepcion del Cabo Córcega; dirigiéndose en seguida á América, atacó las Bardas; pero fué rechazado, y cometió muchas hostilidades en la isla Larga. Al poco tiempo se tropezaron entrambas escuadras: la una, compuesta de ciento catorce velas á las órdenes del duque de York, y la otra, de una fuerza casi igual, á las de Opdam—Año 1665.—La lucha empezó á las cuatro de la mañana: la misma intrepidez de ambas partes. El duque de York, ocupando siempre el punto mas peligroso del combate, se portó con el mayor valor y sangre fria, á pesar de haber sido muertos á sus lados los señores de su comitiva. Habiendo venido á las manos en lo mas recio de la pelea el buque del almirante holandés con el del duque, voló de improviso, y este accidente aterró y desalentó á los holandeses, quienes emprendieron la fuga hácia sus costas, siendo cojidas ó echadas á pique diez y nueve naves suyas, sin perder mas que una los ingleses. Este desastre infundió tanta consternacion en los holandeses, que Dewit, ministro de un vasto genio y de una sabiduría profunda, se vió precisado á tomar él mismo el mando de la armada. Este hombre estraordinario adquirió muy pronto en los negocios navales tanta habilidad como si desde su infancia hubiera estado dedicado á esta profesion, y además enriqueció el arte de la navegacion y perfeccionó muchas cosas que habían dejado incompletas aun los mas esperimentados marinos.



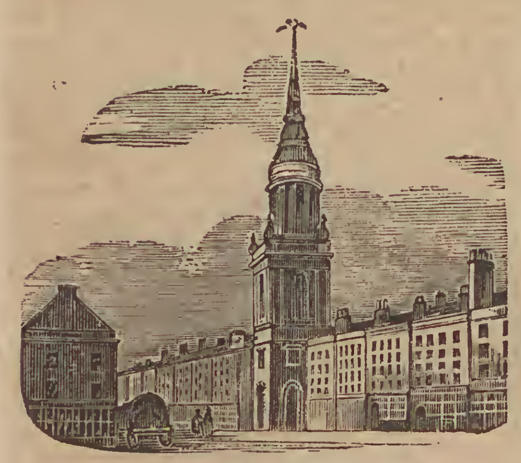
El monumento.

Los triunfos de Inglaterra despertaron la rivalidad de los estados vecinos, y en especial Francia y Dinamarca, que se decidieron á proteger la Holanda contra la superioridad de sus enemigos. Los holandeses, soste-

(1) Segun Hume, la suma era de 5.000,000 de libras esterlinas.

(2) Las escesivas disipaciones de Carlos II, su libertinaje y la familiaridad con que permitia le tratasen sus súbditos, le hicieron muy pronto objeto de universal menosprecio. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

nidos por una alianza tan poderosa, se prepararon de nuevo á hacer frente á sus vencedores—Año 1666.—Ruyter, su célebre almirante, que ya habia regresado de su espedicion de la Guinea, fué puesto á la cabeza de sesenta y seis velas, y se dispuso á marchar á juntarse con el duque de Beaufort, almirante francés, que avanzaba, segun se suponia, hácia el Canal Británico desde Tolon. El duque de Albemarle y el príncipe Ruperto mandaban la armada inglesa, que toda se componia de setenta y cuatro velas. Albemarle, que á consecuencia de sus triunfos en tiempo de Cromwell habia aprendido á despreciar al enemigo, propuso enviar al príncipe Ruperto con veinte buques á atacar al duque de Beaufort. Como sir Jorge Ayscough conocia mejor las fuerzas del enemigo, se opuso á semejante resolucion tachándola de temeraria; mas habiendo prevalecido la autoridad de Albemarle, se empeñaron ingleses y holandeses en un combate desigual, el mas memorable de los fastos marítimos. La batalla comenzó con un furor inconcebible: Evertzen, almirante holandés, fué muerto por una bala de cañon y se voló una de sus naves; pero tambien fué cojida una de las inglesas. La oscuridad obligó entonces á los combatientes á separarse.



Santa María de Bow.

Al segundo dia renovóse el combate con mas encarnizamiento que nunca, habiendo recibido los holandeses diez y seis buques de refuerzo, al paso que la escuadra inglesa se fué maltratando tanto que no quedaban mas de veintiocho velas en estado de combatir. Decidiéronse entonces los ingleses á retirarse hácia sus costas; pero habiéndoles seguido los contrarios, se reprodujo una batalla terrible, que como en el dia anterior fué interrumpida por la oscuridad. A la mañana del tercer dia se vieron precisados los ingleses á continuar su retirada, persistiendo los holandeses en perseguirlos. Albemarle iba siempre á retaguardia imponiendo con su imperturbable serenidad al enemigo, y lejos de someterse, tomó la desesperada resolucion de hacer volar su nave. En aquel momento le trajo felizmente el príncipe Ruperto un refuerzo de diez y seis navíos de línea; pero como era de noche, se difirió la lucha hasta el dia siguiente. A la madrugada, después de un largo cañoneo, se acercaron las dos escuadras y pelearon una y otra con igual furor, hasta que los obligó á separarse una densa niebla. Sir Jorge Ayscough, que montaba un buque de cien cañones, tuvo la desgracia de dar en el escollo llamado el Galoper-Sands, donde al instante fué rodeado y cojido por el enemigo. Los ingleses se retiraron los primeros á sus puestos: entrambas partes proclamaron la victoria; pero en realidad la ventaja de esta batalla pertenece á los holandeses, aunque en cuanto á la gloria no puede decirse otro tanto.

No tardó en haber otra lucha tan sangrienta como la anterior entre escuadras considerables que se presentaron de nuevo mandadas por los mismos almirantes; mas esta vez se vieron precisados los holandeses á darse por vencidos y á retirarse á sus puestos. Empero encontrándose al poco tiempo en estado de superar en número á la armada inglesa, por la incorporacion de Beaufort, almirante francés, se presentaron de improviso en el Támesis, á las órdenes de su almirante mayor, sembrando la consternacion entre los ingleses—Año 1667.—Habíase puesto una cadena para cerrar la entrada de la ria de Medway, amen de añadir algunas fortificaciones á las que ya existian; pero todos estos aprestos eran muy débiles ante unas fuerzas tan temibles como las de los holandeses. Sheernes fué tomada al instante, y habiendo avanzado los enemigos, rompieron la cadena guarnecida por algunos navíos, que fuéron echados á pique por órden del duque de Albemarle. El enemigo destruyó las naves que encontró al paso, y avanzando con seis navíos de guerra y cinco brulotes hasta el castillo de Upnore, quemó tres buques de guerra. Hallábase la ciudad de Londres en la mayor consternacion, aguardando de un momento á otro que los holandeses se adelantasen hasta el puente de la misma ciudad, y destruyese la escuadra y hasta los edificios de la metrópoli (1). Por fortuna se encontraron muy en breve en la imposibilidad de efectuar su proyecto, porque Francia faltó de improviso á la palabra que habia dado de socorrerlos, y se limitaron á esparcir la alarma en las costas regresando á sus puertos, donde se jactaron de los triunfos que habian alcanzado de sus temibles adversarios.

Nada puede dar idea de la indignacion que esperimentó el pueblo inglés al saber aquellos desastres; pero hacia algun tiempo que su orgullo se habia abatido por las desgracias que sobrevinieran, las cuales contribuyeron á moderar su furor en aquellas circunstancias. La peste habia hecho estragos crueles, arrebatando noventa mil habitantes de Londres, y á esta calamidad sucedió en el año siguiente 1666 otra mas terrible todavía, porque fué imprevista. Habiéndose incendiado una tahona en el barrio de Pudding-Lane cerca del puente, se propagó el fuego con tanta rapidez, que ningun esfuerzo pudo lograr apagarlo, siendo reducida á cenizas una parte considerable de la ciudad. Tres dias duró el incendio, y los infelices habitantes no huian de una calle á otra mas que para ser testigos de su comun ruina.

Por fin desaparecieron las llamas, después que se hubo perdido toda esperanza de salvacion, y cuando la ciudad no era mas que un teatro de horrible desolacion, y los vecinos mejor acomodados reducidos á la miseria. El fuego se estendió con tanta mas rapidez, cuanto que eran las calles muy estrechas, la mayor parte de las casas de madera, y la estraordinaria sequía de la estacion impidió el recurso del agua. Todas estas causas podian esplicar suficientemente la velocidad con que se propagó el incendio; pero el pueblo se hallaba poco dispuesto á contentarse con estas razones, y habituado como estaba á imputar sus desdichas á las secretas maquinaciones de sus enemigos, no dejó de atribuirles aquel funesto acontecimiento, pretendiendo haber sido tramado por los papistas: estos tuvieron la fortuna de que con ninguna prueba se pudo apoyar semejante acusacion á pesar de los esfuerzos practicados para acreditar el rumor, contentándose los magistrados con hacer grabar la fecha de tan espantosa catástrofe en un monumento que se levantó en el sitio en que se manifestó el fuego, y que todavía existe como una prueba de la ciega credulidad de aquellos tiempos. Tan terrible calamidad, si bien destruyó completamente la fortuna de muchos millares de habi-

(1) Ruyter amenazó á Londres subiendo el Támesis hasta Chatham á cuatro leguas de la misma ciudad. (*Anquetil.*)

tantes, surtió un resultado ventajoso para la belleza esterior de la ciudad, la cual se alzó de sus propias ruinas mucho mas hermosa que antes. Se ensancharon las calles, y las casas, edificadas con ladrillo en lugar de madera, vinieron á ser mucho mas sanas y seguras.



El monumento de Londres.

Aquellos repetidos desastres no dejaron de provocar los murmullos del pueblo, quien no osando achacar al rey la culpa por temor á su poderío (1), la atribuyó arbitrariamente á los papistas, á los jesuitas y á todos los que estaban cegados por el fanatismo, quejándose además de la guerra con Holanda, la cual fué mirada como una empresa sin ventaja ni utilidad, y como una tentativa odiosa para humillar á una nacion que tambien era enemiga declarada del papismo. Carlos comenzó á conocer igualmente que no se habia conseguido el intento que habia hecho emprender estas hostilidades, y que cualesquiera que hubiesen sido sus proyectos de convertir en propio provecho el dinero concedido por el parlamento, se habia equivocado en sus cálculos; de suerte que lejos de tener fondos de reserva, habia por el contrario contraido considerables deudas. Por estas razones se determinó á hacer proposiciones de acomodamiento, las cuales después de algunas negociaciones fuéron aceptadas por los holandeses. Breda fué el punto escojido para ajustar el tratado, en cuya virtud fué cedida á Inglaterra la colonia de Nueva York, la cual fué una adquisicion muy importante.

(1) Ni la guerra, ni las calamidades, ni los murmullos universales pudieron arrancar al rey y á su corte de los placeres. Al poco tiempo de casado con la infanta de Portugal mantenia muchas damas, de las cuales tuvo hijos naturales. Contábanse entre aquellas una francesa llamada Queronaille, á quien hizo duquesa de Portsmouth; mistris Palmer, á quien creó condesa; Nel Gowyn y mistris Davis es á quien sacó del teatro para ponerlas en su serrallo. Así hacia que el pueblo suspirase por la administracion del parlamento Largo y que se arrepintiese del error en que habia caido, prefiriendo el régimen monárquico. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

Este tratado fué mirado como poco ventajoso para la gloria de Inglaterra, porque no se la indemnizaban las pérdidas que habia esperimentado. Lord Clarendon fué quien incurrió en la odiosidad general, tanto por haber aconsejado una guerra inútil, como por haber concertado una paz desventajosa: ya hacia bastante tiempo que su favor cerca del rey habia decaido, y que se habia atraido la malevolencia del pueblo por su carácter severo: su virtud incorruptible, su poca condescendencia en todo lo que le parecia incompatible con su deber, y su aborrecimiento á toda tentativa facciosa, no eran á propósito para acarrearle gran número de partidarios en una corte tan frívola como la de Carlos: dirigiéronse varias acusaciones contra él, tales como la venta de Dunkerque (1), los atrasos en la paga de los marineros, la desgracia de Chatham, y sobre todo su figurada ambicion.

Su hija, mientras los príncipes residieron en París, contrajo relaciones amorosas con el duque de York, arrastrándola esta pasion á olvidar los límites de la virtud; y como Carlos estimaba entonces á Clarendon y hubiera visto con pena su humillacion como padre, obligó al duque á desposarse con mis Clarendon, aunque este matrimonio tan natural en sí mismo vino á ser un crímen para el ministro. Habiendo este construido una casa á sus espensas en términos que los gastos parecian superiores á lo que su fortuna le permitia, fué mirado aquel edificio como un monumento formado de los despojos del pueblo. Acusaciones menos graves que estas hubieran bastado para causar su desgracia; Carlos mandó quitarle los sellos, remitiéndolos á sir Orlando Bridgman.

Los enemigos de Clarendon parecia que no aguardaban mas que esta señal para derribarle y completar su ruina. La cámara de los comunes acordó un voto de gracias al rey por la exoneracion de este ministro, é inmediatamente se entabló contra él por Seymour en la misma cámara una acusacion compuesta de diez y siete artículos, que no eran mas que el resúmen de los rumores populares ya mencionados. Desde luego parecieron falsos ó frívolos; pero viendo Clarendon que el furor popular se unia á la violencia del poder y que todo conspiraba á perderle, juzgó muy prudente retirarse á Francia. No contentas las cámaras con su alejamiento, pronunciaron sentencia de destierro y de incapacidad contra el ilustre fugitivo que vivia en París en el retiro, ocupándose en redactar la historia de las guerras civiles de su patria, para lo cual habia recojido todos los materiales necesarios.



San Ignacio de Loyola.

Al poco tiempo de la caida de Clarendon formó Carlos una confederacion de la mayor importancia, conocida con el nombre de la triple alianza, como si con esto hubiese querido probar que él solo podia suplir la pérdida de aquel ministro. Este plan fué dirigido por Guillermo Temple, uno de los ornamentos de la

(1) Ciudad importante entonces por su gran comercio, la cual fué vendida por Carlos II á Luis XIV en cinco millones.

literatura inglesa, hombre distinguido en todos conceptos, y que juntaba la sabiduría del filósofo á la capacidad de hombre de estado. Esta alianza, formada entre Inglaterra, Holanda y Suecia, tenia por objeto impedir que el rey de Francia acabase sus conquistas en los Países Bajos. Esta monarca habia ya sometido la mayor parte de tan bella comarca, cuando fué súbitamente detenido en medio de su marcha por aquella liga en que las potencias contratantes habian convenido hacerse árbitras de las diferencias entre Francia y España y poner límites á las estraordinarias pretensiones de estos dos reinos—Año 1668.

A esta estraña confederacion sucedió otra de una naturaleza particular, que no ofrecia resultados tan ventajosos como la primera. Hacia algun tiempo que el rey, variando entre el orgullo y los placeres, se sentia impulsado por una parte á estender sus prerogativas, y por otra á gozar de los bienes que la fortuna le ofrecia. Era pues natural que procurara rodearse de ministros capaces de halagar sus inclinaciones á la par que de satisfacer sus deseos, ó escitado por su hermano, que era de genio altivo, renunciar á las humildes suplicaciones que habia acostumbrado dirigir al parlamento, y acosado por algunos consejeros peligrosos, acabó por determinarse á obrar con absoluta independencia—Año 1670. Estos principales consejeros eran Clifford, Asheley, Buckingham, Arlington y Lauderdale, cuya reunion fué designada con el nombre de cábala, palabra compuesta de las letras iniciales de estos nombres. Jamás hubo en Inglaterra un ministerio mas perjudicial ni mas á propósito para destruir la libertad establecida hacia siglos.



Shaftesbury.

Sir Tomás Clifford era hombre de un carácter atrevido, impetuoso y temible por su elocuencia é intriga. Lord Asheley, conocido poco después con el nombre de lord Shaftesbury, era el hombre mas estraordinario de su siglo: habia sido individuo del parlamento Largo, y tuvo gran influencia entre los presbiterianos: sucesivamente fué favorito de Cromwell y celoso partidario de la restauracion en que tomó una parte importante: era turbulento, ambicioso, flexible y emprendedor: bien convencido de la ciega adhesion de las facciones á sus principios, venció todo sentimiento de vergüenza, y al cambiar de partidos tan á menudo como le pareció oportuno, supo conservar la reputacion de no haber vendido nunca á sus amigos. El duque de Buckingham era jovial, caprichoso, vivo, bastante esperto, á propósito para conciliar los ánimos y poner en armonía los caractéres graves y difíciles de que el ministerio se componia. Arlington era de una capacidad poco lata y de buenas intenciones, pero carecia de valor y perseverancia. El duque de Lauderdale tenia mérito y dotes naturales y adquiridos; mas le faltaban agrado en sus modales y rectitud en su ánimo, y era ambicioso, obstinado é insolente. Tales eran los hombres á quienes confió Carlos la direccion de los negocios, y que obstruyeron el último período de su reinado con embarazos y obstáculos, de que muy luego se originaron los síntomas mas funestos.

Una secreta alianza con Francia y una ruptura con Holanda fuéron los primeros resultados de sus consejos. El duque de Yorck llevó la confianza en sí mismo hasta el punto de declararse católico; y como si hubiesen querido aumentar mas todavía los temores de la nacion, otorgóse entera libertad de conciencia á todos los sectarios, tanto protestantes como presbiterianos ó papistas. Todas estas medidas fuéron consideradas por el pueblo como destructivas, no solo de sus libertades, sino hasta de su religion, que á sus ojos era todavía de mucha mas importancia. Espidióse un decreto con las mas rigurosas cláusulas contra la imprenta, así como otro amenazando á los que osasen hablar de un modo poco respetuoso contra las medidas que tomára S. M.; cuyos decretos se estendian tambien á los que oyesen discursos de aquella especie sin denunciar al momento á los culpables. Todos estos golpes de autoridad, aunque limitados hasta cierto punto, estaban muy lejos de conformarse con el gobierno justo y paternal prometido por Carlos en el momento de su restauracion.

Viéronse entonces los ingleses comprometidos con Francia contra Holanda en una liga, de la cual, ora fuesen vencedores ó vencidos, ninguna utilidad resultaria para ellos (1). Hacia algunos años que iba creciendo considerablemente la preponderancia francesa en términos que este pueblo bajo el mando de Luis XIV, su ambicioso monarca, comenzaba á amenazar la libertad de Europa, y en especial á la religion protestante, de la cual este príncipe siempre se habia mostrado perseguidor implacable. Esta alianza por tanto no ofrecia al pueblo inglés mas que una triste perspectiva; porque si llegaba á prevalecer destruiria por completo aquel equilibrio de poder que los protestantes siempre habian procurado conservar. Sus temores no eran menos vivos relativamente á las creencias religiosas de su soberano, quien á pesar de la afectacion con que se empeñaba en ridiculizar en sus ratos de jovialidad toda especie de religion, no por esto dejaba de profesar en secreto la católica: á lo menos así se recelaba con mucho fundamento.

Los primeros resultados de esta guerra contra Holanda no hicieron mas que justificar los temores de Inglaterra con respecto á la sinceridad de Francia. Por fin las escuadras aliadas, mandadas por el duque de Yorck y el mariscal de Estrees, se encontraron con la holandesa, que se componia de noventa velas á las órdenes del almirante Ruyter, y se trabó el mas horrible combate. El intrépido y valeroso Sandwick que estaba á la cabeza de la vanguardia inglesa, llevó su nave al centro del enemigo, batió al almirante que se habia aventurado á atacarle, echó á pique un buque que queria abordarle, y lo mismo hizo con tres brulotes; y á pesar de que su embarcacion habia sido acribillada de balazos y habia perdido un número considerable de su tripulacion, continuó haciendo resonar su artillería en medio del combate, hasta que su pérdida vino á ser inevitable, merced á un brulote que mas feliz que los primeros llegó á apoderarse de su nave. Él sin embargo no quiso abandonarla por mas instancias que Sir Eduardo Haddock le hizo al efecto, y pereció entre las llamas durante la furia de la pelea que solo la noche pudo interrumpir. Retiráronse entonces los holandeses sin que les hubiesen seguido los ingleses. Fué casi igual la pérdida de ambas potencias marítimas, mientras que apenas tuvieron alguna los franceses por no haber tomado parte en lo recio del combate, y hasta se sospecha que habian recibido órdenes secretas para conducirse de aquella manera y conservar sus bajeles, en tanto que los ingleses y holandeses se destruyeran mútuamente con encarnizamiento.

Entrambas potencias aliadas alcanzaron mas ven-

(1) Unicamente el interés guió al rey de Inglaterra y á sus ministros en este tratado, por el cual además de los treinta navios de línea, los diez brulotes y las tropas de tierra, que se comprometió á prestar al rey de Francia, daba además á Carlos II tres millones anuales para los gastos. (*Anquetil.*)

tajas en tierra. Luis conquistó todo lo que se le presentó delante: atravesando el Rhin tomó todas las ciudades fronterizas del enemigo, y amenazó á la nueva república con una destruccion total. Atemorizados los holandeses hicieron proposiciones de acomodamiento á los dos vencedores. Luis les ofreció unas condiciones que los reducia al estado de no poder resistir una nueva invasion de los franceses: las de Carlos les amenazaban todavía con mayores riesgos por mar; pero las quejas de los ingleses al saber la situacion deplorable de un pueblo valiente, industrioso y amigo de la religion protestante llegaron á ser tales, que al rey le rogaron atendiese á ellas. Al efecto convocó de nuevo al parlamento, á fin de que le aconsejase la nacion sobre la conducta que en lo futuro debiera observar, y entonces conoció lo profundamente afectados que estaban sus súbditos. Todos los hombres, naturales y estranjeros, tenian vueltos los ojos hácia las importantes sesiones que iban á empezar—Año 1673.

Los comunes, antes de ventilar la cuestion propuesta, se ocuparon de otra que acabó de quitar toda especie de duda acerca de los arbitrarios proyectos del rey. Era práctica constante en la cámara hacia muchos años enviar, cuando habia plazas vacantes, órdenes para nuevas elecciones; pero por consejo de Shaftesbury habian tomado asiento en dicha cámara muchos miembros nuevos en virtud de órdenes irregulares escritas por él, y en caso de necesidad podia completarse el parlamento con individuos convocados clandestinamente por la corte. No bien se reunió la cámara y ocupó el orador ó presidente su silla, cuando se manifestó una viva oposicion contra semejante método de eleccion: los miembros así llamados tuvieron la prudencia y modestia de retirarse.

Tomóse entonces en consideracion la declaracion de indulgencia otorgada recientemente por el rey á toda clase de sectarios, y dirigióse una representacion contra el ejercicio de esta prerogativa. Los comunes insistieron en su oposicion, esponiendo que una vez admitida semejante medida, vendria á interrumpir el libre curso de las leyes y á alterar la potestad legislativa, que por consentimiento general debia residir en el rey y las dos cámaras. Carlos por lo tanto se vió obligado á retractar su declaracion á pesar de la repugnancia que esperimentaba; mas deseando apareciese que cedia de grado, consultó la opinion de la cámara de los pares, la cual le aconsejó que satisfaciese á los comunes. Estos manifestaron el mayor júbilo por tal condescendencia del rey, á quien aseguraron su completa adhesion, y él por su parte les prometió que en lo sucesivo no se conformaria con ley alguna que no fuera de su agrado.

Los comunes, despues de poner así algunos límites á la autoridad real, se resolvieron á generalizar la conformidad de principios en la nacion. Una ley hecha con el nombre de pruebas, impuso un juramento á todos los que gozasen de algun empleo público, y además de los juramentos de pleito homenaje y de supremacía, obligóse á recibir los sacramentos una vez al año en alguna iglesia anglicana, y á abjurar toda creencia en la doctrina de la transustanciacion. Como los presbiterianos habian tambien apoyado los esfuerzos de los comunes contra la declaracion de indulgencia, acordóse en beneficio y satisfaccion de ellos una disposicion que solo con algunas dificultades fué recibida en la cámara de los pares.

Pero todavía faltaba tratar la parte mas importante de la cuestion, porque la guerra contra Holanda continuaba con encarnizamiento. Sucediéronse con rapidez varios choques en el mar; pero ninguno de ellos fué decisivo, y en pos de cada combate reclamaban entrambas naciones una victoria. Cansados de la guerra los comunes, y no teniendo confianza alguna en el buen éxito de ella, declararon que un ejército permanente era una carga nociva para el Estado, y que en lo sucesivo ningun subsidio otorgarian para las hostilidades contra Holanda, á no ser que el enemigo rehusase con obstinacion todas las condiciones de paz razonables. El rey, para cortar altercados tan desagradables, se resolvió á prorogar el parlamento, y dirigiéndose al efecto impensadamente á la cámara de los pares, envió á los comunes al ugier de la vara negra á advertirles que se presentasen en el parlamento. Quiso la casualidad que el presidente y el ugier se encontraron cerca de la puerta de la cámara de los comunes; mas habiendo entrado el primero para cuando el segundo llegó á ella, algunos miembros cerraron bruscamente la puerta y gritaron: «A la tribuna, á la tribuna!» y de la manera mas tumultuaria se hizo la mocion siguiente: «Que eran »motivos de descontento la alianza con Francia, los »malos consejeros del rey y el duque de Lauderdale.» En pos de esta proposicion reinó la mayor confusion en la cámara. El rey, viendo que no podia esperar el alcanzar nuevos subsidios de los comunes para una guerra que les era tan odiosa, se decidió por fin á hacer una paz particular con Holanda, conforme á las condiciones que habia ya propuesto el embajador de España. Solo por fórmula pidió consejo al parlamento, que aprobó de buena gana las proposiciones, y se ajustó la paz—Año 1674.

Este cambio en el sistema político del rey agradó á la nacion en general; pero los que estaban en el complot conocieron prontamente que seria la destruccion de todas sus esperanzas de futuro poderío: así és que Shaftesbury fué el primero en abandonar aquella faccion y en entrar en el partido contrario, que le recibió con los brazos abiertos, entregándose á él sin reserva. Clifford habia fallecido. Buckingham, si bien unido todavía á la maquinacion, ardia en deseos de seguir el ejemplo de Shaftesbury. Solo Lauderdale y Arlingten quedaban espuestos á los efectos del resentimiento nacional: dirigiéronse contra el primero varios capítulos de acusacion que no surtieron efecto alguno, y el segundo fué perdiendo de dia en dia el favor del rey, de suerte que al poco tiempo vino á ser objeto de desprecio para el pueblo. Tal fué el fin del poderío de una junta que habia formado el proyecto de destruir la constitucion y de restablecer sobre sus ruinas una monarquía absoluta.

Durante este tiempo continuaba la guerra con horror entre Francia y Holanda; y aunque hacia algun tiempo que la primera no conseguia ventajas considerables, iba sin embargo usurpando el territorio enemigo. Las tropas holandesas estaban mandadas por el príncipe de Orange, que se distinguia por su valor, actividad, vigilancia y sufrimiento; mas no obstante su mérito, era inferior en génio á los consumados generales que tenia por adversarios. Sus esfuerzos por lo tanto no produjeron resultados favorables, bien que logró reparar las pérdidas anteriores y contener por algun tiempo á sus victoriosos enemigos. Tantos esfuerzos inútiles por su parte para conservar la libertad de su patria, interesaron fuertemente en su favor á los ingleses, creciendo hasta tal grado este interés, que en lugar de seguir siendo enemigos, llegaron á querer prestarle sus auxilios, y considerando su alianza con Francia como propensa á destruir la religion protestante, aspiraron á una union con el príncipe holandés, como único medio de salvacion. En su consecuencia hicieron los comunes una peticion al rey esponiéndole el peligro á que el reino estaba espuesto por la preponderancia siempre creciente de Francia, y prometiéndole que si accedia á declarar la guerra á esta nacion se votarian sin el menor retardo los subsidios necesarios—Año 1677.

La última parte del mensaje agradó mucho á Carlos, quien les dijo que no se comprometia á darles una respuesta favorable mientras no consintiesen en concederle seiscientas mil libras. Hallándose muy convencidos los comunes de la prodigalidad del rey, se resistieron á fiarse en su promesas, y Carlos, ofendido con tal desconfianza, los reconvino con aspereza mandándoles que se retirasen inmediatamente.

Pero el casamiento del príncipe de Orange con la princesa María, primogénita del duque de York y la mas próxima heredera del trono, causó un regocijo tan general y contribuyó tanto á calmar las inquietudes relativas á la religion, que la negociacion vino á terminarse á satisfaccion del rey, y los protestantes entrevieron por fin la perspectiva de un reinado que no podia menos de ser favorable á su querida reforma. Poco tiempo después hubo entre Francia y Holanda unas negociaciones de paz que fuéron mas ventajosas para esta que para aquella; mas no habiendo desaparecido los motivos de resentimiento que mútuamente enconaban estas dos naciones, volvió á reproducirse por algun tiempo la guerra. El rey de Inglaterra, á fin de satisfacer los deseos de su parlamento que se declaró abiertamente contra Francia, envió al continente un ejército de tres mil hombres á las órdenes del duque de Monmouth para defender á Ostende—Año de 1678.—Apresuróse además á aprestar una escuadra, y proyectóse una cuádruple alianza entre España, Inglaterra, Holanda y el emperador. Estas vigorosas medidas produjeron por fin el tratado de Nimega, que dió la paz general á toda Europa; mas si bien reinaba en el esterior la calma, continuó el descontento del pueblo inglés en el interior del reino.

CAPITULO XLI.

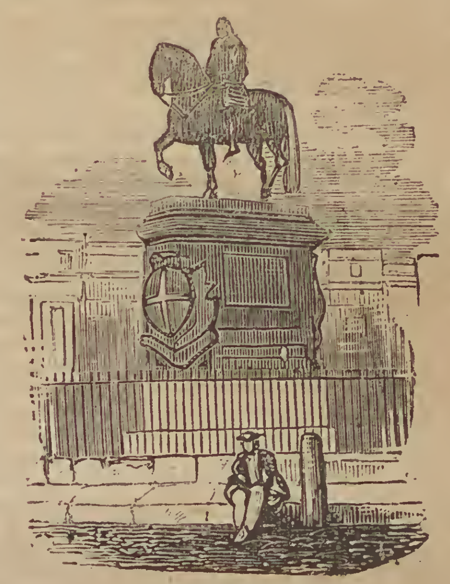
CONTINUACION DEL REINADO DE CARLOS II.

(Desde el año 1677 hasta el de 1685.)

Este reinado ofrece los contrastes mas chocantes de nimiedad y crueldad, de jovialidad y siniestra desconfianza. Desde la funesta liga de Inglaterra con Francia el pueblo no dejó de esperimentar una animosidad violenta contra la corte. Manifestábanse sin disfraz la inquietud y el descontento de la nacion, y el contínuo temor de ver algun dia á un soberano católico en el trono, así como el espectáculo de una córte disoluta, y el poder abusivo de un parlamento, que aunque protector á veces de la libertad, no habia sido renovado hacia diez y siete años, estimulaban á los ánimos á la incertidumbre y al recelo; de suerte que no faltaba mas que una ocasion favorable para que el descontento general estallase.

Suscitada una vez la desconfianza del pueblo inglés, encuentra ó cree encontrar donde quiera motivos de peligro. Un químico llamado Kerby se acercó el 12 de agosto al rey mientras se paseaba en el parque y le dijo: «Señor, no os aparteis de entre los que os acompañan, porque vuestros enemigos han formado el designio de quitaros la vida y podeis ser sacrificado en este mismo sitio.» Habiendo sido detenido este hombre, é interrogado sobre una revelacion tan estraña, ofreció aducir el testimonio de un tal Tongue, eclesiástico imbécil y crédulo, de quien habia sabido que dos personas llamadas Grove y Pickering se habian comprometido á asesinar al rey, y que sir Jorge Wakeman, médico de la reina, se habia encargado de envenenarle. Tongue se presentó al rey con un legajo de papeles relativos á esta supuesta conspiracion, y fué enviado al tesorero mayor lord Danby, á quien declaró que aquellos papeles se los habian metido por debajo de la puerta; que conocia al autor de ellos, y que deseaba que su nombre estuviese en secreto, porque temia el resentimiento de los jesuitas.

Semejante declaracion pareció tan vaga y poco satisfactoria, que el rey juzgó que toda la historia no era mas que una mentira. Empero Tongue en el calor de su buena fé no se atuvo á tal dictámen, sino que fué de nuevo á ver al tesorero mayor, á quien dijo que en aquella misma noche debia remitirse por el correo de Windsor un paquete de cartas escritas por los jesuitas metidos en la trama, á otro de ellos llamado Bedingfield, confesor del duque de York. Este habia en efecto recibido algunas horas antes dichas cartas, y las enseñó al rey como un tejido de falsedades cuya intencion no podia adivinar. Semejante incidente no sirvió mas que para confirmar á Carlos en su incredulidad, y hasta insistió para que aquella revelacion permaneciese ignorada, en atencion á que podia producir en el pueblo una impresion peligrosa; pero impaciente el duque por probar su inocencia, reclamó repetidas veces que se tomasen informes mas exactos, los cuales dieron un resultado muy diferente del que se esperaba.



Estátua de Carlos I.

Poco tiempo después compareció Tito Oates, autor de rumores tan horribles, y aunque con repugnancia, dió detalles sobre la supuesta maquinacion, declarando que habiéndose hecho sospechoso á los jesuitas, habia tomado el partido de estar oculto, á fin de sustraerse á su resentimiento. Este Tito Oates era un malvado nacido en la oscuridad, y tan ignorante y vil como miserable; ya habia sido acusado de perjuro, y después habiendo llegado á ser capellan de un buque de guerra, fué destituido por vicios infames y nefandos. Entonces se hizo católico, y dirigiéndose á San Omer permaneció algun tiempo en el colegio anglicano de



Oates.

esta ciudad. Sus padres le dieron una comision para España: pero habiendo conocido bien su carácter después de su regreso, no quisieron tenerle mas entre ellos, y se vió precisado á volver á Londres, donde vivió en medio de peligros. En la época en que pretendia poseer un secreto del cual dependia el destino

de los reyes, estaba en una miseria tal, que Kerby tenia que darle pan todos los dias.

Para obrar echó mano de dos medios, el de insinuarse en la confianza del ministerio haciéndole la revelacion de la trama, y el de sembrar la alarma entre el pueblo para sacar un partido ventajoso del pavor general. Habiendo preferido el último, marchó con dos de sus confidentes á casa de sir Edmondbury Godfrey, juez de paz acreditado por su actividad, ante quien evacuó su deposicion en términos á propósito para hacer la impresion mas terrible en el vulgo. «El papa, declaró, considerándose con derecho á la posesion de »Inglaterra é Irlanda á consecuencia de la herejía del »soberano y del pueblo, ha tomado la soberanía de »estos dos reinos, y la ha puesto en manos de los »jesuitas, nombrando delegado suyo al general de ellos »Oliva.» Muchos de los señores católicos citados en esta declaracion estaban designados por el pontífice para ocupar los principales cargos del Estado. Lord Arundel debia ser nombrado canciller: lord Powis, tesorero; sir Guillelmo Godolphin, guarda-sellos privado; Coleman, secretario del duque, debia ser secretario de Estado; Langhorne, procurador general; lord Bellacis, general de los ejércitos; lord Petre, teniente general, y lord Stafford, tesorero. El rey, á quien los jesuitas llamaban el Bastardo Negro, habia sido juzgado solemnemente por ellos y condenado como hereje.

«Añadió que el padre *La Shee*, que queria decir el padre *Lachaise*, confesor del rey de Francia, *habia ofrecido diez mil libras al que lograse asesinar al rey de Inglaterra. La misma suma habia sido ofrecida á sir Jorge Wakeman por envenenar á Carlos*; pero el interesado médico pidió quince mil, que le fuéron concedidas. Para el caso de que saliesen fallidos estos medios, habian sido pagados cuatro malvados á veinte guineas cada uno, á fin de que asesinasen al rey en Windsor. Coleman estaba gravemente comprometido en tal conspiracion, y habia dado, segun se decia, una guinea al que le llevó la órden del asesinato. Grove y Peckering, para asegurar el buen éxito, estaban encargados de tirar al rey con balas de plata: el primero debia recibir en pago mil y quinientas libras, y el segundo que era devoto, se habia contentado con treinta mil misas. Pickering, añadia Oates, hubiera ya consumado el proyecto, si no le faltáran la piedra una vez y otra el cebo.

»Hasta llegó á decir el delator que él mismo estaba encargado de la mision especial de conducir á los jesuitas unas cartas, relativas todas al designio de asesinar al rey (1). Estaba hecha una apuesta de cien libras de que ya no existiria para las pascuas de Navidad. El incendio de Londres era obra de los jesuitas: habian sido proyectados otros muchos incendios, llegando á ponerse por escrito los medios que habian de servir al efecto. Las balas habian recibido el nombre de píldoras picantes de Tewkesbury: veinte mil católicos de Londres estaban prontos á sublevarse en masa, y Coleman habia dado doscientas mil libras para alentar á los rebeldes de Irlanda. La corona debia ser ofrecida al duque de York, á consecuencia del buen éxito probable del plan, y con la condicion de que prometiera estirpar la religion protestante: en el caso de negarse á admitir tales proposiciones debian apoderarse de él, segun le habian declarado los jesuitas.»

A consecuencia de esta horrible revelacion, á pesar de chocar por sus disparates, vileza y contradicciones, Tito Oates se hizo el favorito del pueblo, sin embargo de que durante su exámen en el consejo se habia desmentido á sí mismo repetidas veces con la grosería de sus imposturas y con la inverosimilitud de muchas circunstancias de su narracion.

Durante su residencia en España, segun decia, habia sido presentado á D. Juan, quien habia prometido secundar los proyectos de los jesuitas. Preguntóle el rey entonces qué especie de hombre era D. Juan. Oates respondió que era alto y delgado, lo cual era al revés justamente, porque el rey conocia muy bien á aquel señor. No obstante de haber declarado que él estaba en íntimas relaciones con Coleman, no conoció á este cuando fuéron careados, no alegando otra escusa que la mucha debilidad de su vista con la luz artificial. En el mismo error incurrió con respecto á sir Jorge Wakeman.

Mas de ningun valor fuéron todas estas inverosimilitudes en el ánimo del pueblo, cuyo deseo era (me atreveré á decirlo) que todos los rumores fueran fundados. El violento encono que existia contra los católicos en general, hacia que hallase el pueblo un siniestro placer en pensar que tendria por fin ocasion de satisfacer su resentimiento. Cuanto mas increibles parecian semejantes cuentos, tanto mas afectaba creerlos, convencido de que el impostor se complacia en inventar los hechos menos probables á trueque de suplantar la verdad.

Un gran número de jesuitas denunciados por Oates fuéron apresados inmediatamente. Coleman, que á lo que se pretende habia tomado una parte tan activa en aquella conspiracion, se escondió al pronto; pero al dia siguiente marchó á ponerse en manos del secretario de Estado, apoderándose de muchos de sus papeles por consejo de Oates. Estos eran tales como naturalmente debia esperarse de un católico celoso, y así vinieron á ser las pruebas mas evidentes de su complicidad. Habia mantenido con el confesor del rey de Francia, con el nuncio del papa en Bruselas y con otros muchos católicos estranjeros una correspondencia íntima, que encerraba un proyecto lejano de ver al catolicismo restablecido con la entronizacion del duque de York; mas nada contenian las cartas que pudiese probar el supuesto crímen, y por imprudentes que fuesen bajo otros conceptos, guardaban el mas profundo silencio acerca de lo que concernia á la conspiracion, patentizando suficientemente la supercheria de las revelaciones de Oates.

Sin embargo, cuando estas cartas fuéron conocidas del público, lejos de tranquilizar los ánimos, pusieron el colmo al terror pánico por la narracion de Oates. Las dos maquinaciones, acreditadas la una por la otra, fuéron confundidas en una sola, y las cartas de Coleman se hicieron un dato cierto de que hubo proyectos secretos, sobre los que daba una esplicacion detallada el cuento de Oates.

En tal estado de agitacion general un acontecimiento imprevisto vino á aumentar el terror del pueblo y á acabar de convencerle de que la conspiracion descubierta por Oates era muy verdadera. Sir Edmondbury Godfrey, que se habia ocupado de una manera tan activa en averiguar las misteriosas tramas de los papistas, despues de algun tiempo de ausencia fué encontrado muerto en una zanja cerca de Primrose-Hill, en el camino de Hampstead, teniendo atravesado el cuerpo con su espada; mas como nada de sangre habia salido de la herida, se presumió que el arma habia sido metida despues de la muerte, y que no se empleó este medio mas que para engañar al público. El dinero estaba en el bolsillo, y tenia alrededor del cuello una marca lívida que indicaba haber sido ahorcado. La causa de esta muerte es todavía un misterio; pero el pueblo, irritado ya contra los papistas, no vaciló en atribuirles el asesinato. Desde tal momento no quedó la menor duda acerca de la veracidad de Oates, y la voz de la nacion entera se alzó contra la aborrecida secta. El populacho estaba tan exasperado, que las gentes sensatas comenzáron á temer una matanza general: el cuerpo de Godfrey fué llevado á la ciudad y paseado por las

(1) Depuso bajo juramento que los jesuitas que nombró y fuéron presos en seguida, habian juzgado en un tribunal secreto al rey de Inglaterra con el título del *Bastardo Negro*, condenándole á perder la vida como hereje. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

calles precediéndole setenta eclesiásticos: todos los que le vieron se convencieron de que solo los católicos eran capaces de cometer semejante crímen: hasta las clases mas discretas é ilustradas del pueblo se contagiaron de la preocupacion popular, y tal fué la fuerza de la conviccion relativamente á la culpabilidad de aquellos, que ninguno que apreciara su seguridad personal osaba manifestar la menor duda en el asunto.

Nadie mas que el parlamento podia desvanecer aquellos errores y traer al pueblo á la calma tomando las medidas mas prudentes; pero aquel habia manifestado todavía mas credulidad que este. En todas partes se repitió la terrible palabra de conspiracion comunicándose inmediatamente de una cámara á la otra. Los caudillos populares no dejaron escapar esta ocasion de escitar las pasiones del pueblo, y los cortesanos temiendo tornarse sospechosos de deslealtad defendiendo la inocencia de los supuestos asesinos de su rey, guardaron silencio y no osaron rechazar el torrente de la opinion. Danby, primer ministro, mostró en este negocio un celo que rayó en furor, y á pesar de los esfuerzos del rey á fin de calmarle y hacerle entender que portándose de tal modo comprometia al gobierno y daba al parlamento un pretesto para perder á él mismo, persistió en su conducta y no principió á abrir sus ojos hasta que conoció que la prediccion del monarca era cierta.

Carlos, cuya vida se hallaba á la vez amenazada y defendida tan calurosamente, era la única persona del reino que trató la trama con el mayor desprecio: hizo cuanto pudo para impedir una pesquisa que probablemente iba á sembrar la confusion en el reino y no podia dejar de herir vivamente á su hermano, que mas de una vez habia demostrado la intencion de defender la religion católica.

A fin de propagar y acrecer la alarma, hicieron las cámaras una peticion al rey para que se ordenase un solemne ayuno con el objeto de lograr que todos los papeles que tendieran á arrojar alguna luz sobre la horrible conspiracion fuesen sometidos á ellas, y para que todos los papistas saliesen de Londres, el acceso á la corte fuera negado á las personas desconocidas que causaran recelo, y en fin para que estuviese pronta á marchar la milicia de Londres y de Westminster. Además las cámaras declararon que segun la revelacion de Oates habia sido trazada y dirigida una conspiracion infernal por los católicos recusantes, para asesinar al rey y destruir la religion protestante. Con respecto á Oates, á pesar de las acusaciones alegadas contra sus costumbres, acusaciones cuya verdad habia reconocido él mismo, no por eso dejó de ser recomendado al rey por el parlamento, siendo tambien alojado en White-Hall y alentado por una pension anual de mil doscientas libras esterlinas á continuar inventando nuevas patrañas.

Tal conducta con respecto á Oates no dejó de suscitar otros delatores que alimentaron la esperanza de aprovecharse de la obcecacion general. Guillermo Bedloe, hombre todavía mas infame, si es posible, que el mismo Oates, apareció trás de él en la escena. Como el otro, era de baja condicion, se habia hecho conocido por diferentes robos, y habia viajado por varias partes de Europa con nombres supuestos, procurando á menudo pasar por un hombre de categoría. Detenido en Bristol y enviado á Londres, declaró ante el consejo que él habia visto el cuerpo de sir Edmondbury Godfrey en Sommerset, donde residia la reina: añadió que un criado de lord Bellasis le habia ofrecido cuatro mil libras si queria encargarse de ocultarlo. Preguntado sobre la conspiracion, al pronto afirmó que carecia de conocimiento de ella, asegurando no haber tenido ninguna clase de relaciones con Oates.

Al dia siguiente, después de reflexionar que era mas ventajoso participar de los beneficios de la maquinacion, dió acerca de esta los mas ámplios detalles. Trató de uniformar en lo posible su narracion con la de Oates que habia sido publicada; y para hacer que la suya fuera mas importante añadió algunas circunstancias de su invencion, aun mas pavorosas y absurdas que las precedentes. Diez mil hombres, segun declaró, debian salir de Flandes y desembarcarse en Burlington-Bey para apoderarse del fuerte de Rull. Los lores Powis y Petre habian emprendido la organizacion de un ejército en Radnorshire: cincuenta mil hombres de la ciudad de Londres estaban prontos á tomar las armas: él mismo habia sido solicitado fuertemente para asesinar á un *hombre*, ofreciéndosele por el servicio cuatro mil libras amen de la bendicion del papa. El rey debia ser asesinado, los protestantes degollados, y el reino brindado á uno que no se le habia nombrado, con la condicion de consentir en depender de la Iglesia, y que si no accedia gobernaria el mismo papa.

Acusó igualmente á los lores Carrington y Brunedel, los cuales fuéron presos al instante por órden del parlamento. Pero la parte mas temible de tal declaracion fué que España debia invadir la Inglaterra con cuarenta mil hombres que estaban dispuestos en Santiago con el traje de peregrinos. Creyóse ciegamente esta nueva fábula, sin reflexionar que España á la sazon no estaba en estado de levantar ni siquiera diez mil hombres para defender sus propias guarniciones en Flandes.

Todas estas patrañas se destruian por sí mismas: el carácter infame de los testigos, la contradiccion que reinaba en sus dichos, la inverosimilitud de los hechos y la bajeza de las pesquisas, tan impropias de las que debieran haber adoptado los hombres de Estado, contribuyen á escitar nuestra indignacion contra tan villanas criaturas, y nuestra lástima hácia un siglo asaz ciego é ignorante para dar crédito á semejantes absurdos.

Bedloe, para inspirar mas confianza al pueblo en su declaracion, publicó un folleto que tenia por título: «Narracion y descubrimiento imparcial de la horrible »conspiracion trazada por los papistas para quemar y »destruir las ciudades de Londres y de Westminster, »así como sus arrabales, etc. Por el capitan Guillermo »Bedloe, complicado anteriormente en la espantosa »trama, uno de los confidentes de los papistas, y en»cargado por ellos de los preparativos del incendio.»

Así llegaron á ser tan odiosos los católicos, que la cámara de los comunes declaró en votacion nominal contra ellos que eran idólatras, y los que no reconocieron la verdad de este epíteto fuéron espulsados de dicha cámara sin misericordia. A duras penas conservó su asiento el duque de York, que no triunfó mas que por dos votos. «Yo quisiera, decia un miembro de »la cámara de los pares, que aquí no hubiese ni un so»lo hombre ni una sola muger papistas, ni un perro ni »una perra papista, ni siquiera un gato papista que »maullara ó brincara en derredor de nuestro rey.» Y sin embargo fué acojida y aplaudida esta miserable elocuencia.

Como los testigos, alentados por la voz general que hablaba en favor suyo, no habian cesado de abultar sus cuentos á proporcion de la avidez con que eran recibidos, dieron un paso mas atrevido todavía aventurándose á acusar á la reina. Los comunes parecia que daban fé á una acusacion tan escandalosa en un mensaje al rey, mas los lores la rechazaron con toda la indignacion que merecia. El rey recibió aquella noticia con su jovialidad habitual: «Creen, dijo, que consentiré en »tomar nueva esposa; pero yo no permitiré jamás que se »ultraje á una muger inocente.» Mandó que Oates fuera encerrado estrechamente, que se cojiesen sus papeles, y que fuesen despedidos sus criados; pero el favor de que gozaba en el parlamento le proporcionó la libertad al instante.

Coleman fué el primer procesado como uno de los que eran mas odiosos á los protestantes: presentáronse

contra él sus cartas, las cuales no probaban, segun hemos dicho, mas que un desmedido celo por la religion católica; pero esto solo era suficiente para creerle convicto del crímen. Oates y Bedloe comparecieron para perderle inevitablemente: el primero juró que Coleman habia enviado ochenta guineas á un malvado que se habia encargado de asesinar al rey, y hasta fijó la fecha de esta circunstancia en el mes de agosto, aunque no quiso designar el dia. Era fácil al acusado probar que habia estado en el campo la mayor parte de dicho mes; pero el testigo evitó particularizar cosa alguna. Bedloe á su vez juró que habia recibido una comision firmada por el superior de los jesuitas, por la cual era nombrado secretario de Estado del papa, y que Coleman habia accedido al asesinato del rey.

Decidida por lo tanto la suerte del infortunado por las intrigas de pérfidos impostores, muchos miembros de la cámara se brindaron á emplearse en favor suyo, si queria hacer una confesion sincera de su crímen; pero fuerte con el sentimiento de la inocencia, rehusó rescatar su vida con una mentira, y sufrió su condena con calma y firmeza, insistiendo hasta el fin en protestar que no era culpable—Año 1679.

Al proceso de Coleman siguieron los de Ireland, Pickering y Grove. Ireland, sacerdote jesuita, fué acusado por Oates y Bedloe, quienes juraron que él era uno de los cincuenta jesuitas que habian firmado el gran juramento de asesinar al rey. Por mas que afirmó y probó que él habia estado en el condado de Stafford durante todo el mes de agosto, época designada por Oates, fué declarado reo por el jurado, y el juez dispuso que se formalizase la causa. Pickerin y Grave fueron acusados igualmente de haberse comprometido por el mismo juramento á atentar contra la vida del rey, y de haberse provisto de pistolas y de balas de plata, siendo condenados sin atender á sus defensas. Todos estos desventurados marcharon al suplicio protestando su inocencia, circunstancia que no hizo la menor impresion en los espectadores: tanto era el horror que les causaba el carácter de jesuitismo de las infelices víctimas, que ahogó en los corazones de aquellos todo sentimiento de piedad hácia estas.

La ejecucion de estos cuatro hombres pareció aplacar algo el furor popular; mas no tardaron nuevas pruebas de la conspiracion en venir á atizar la llama que comenzaba á apagarse. Un platero católico llamado Miles Prance fué acusádo por Bedloe de haber sido cómplice en el asesinato de sir Edmondbury, y á pesar de las protestas de su inocencia fué cargado de cadenas y sumido en un calabozo frio, oscuro y mal sano, donde no cesó de gemir y protestar que no era culpable. Conducido á la presencia de lord Shaftesbury, y amenazado con castigo mas severo en caso de obstinacion, preguntó si una confesion completa le salvaria. A consecuencia de la respuesta afirmativa no tuvo valor para resistir mas tiempo á sus padecimientos, y se confesó cómplice en el asesinato de Godfrey. Poco después se retractó delante del rey; mas habiéndose empleado los mismos rigores contra él, se dejó arrastrar nuevamente á confirmar su primera declaracion.

«El asesinato, dijo, fué perpetrado en el palacio de Sommerset por Gerard y Kelly, dos clérigos irlandeses, Lorenzo Hill, lacayo del tesorero de la reina, Roberto Greem empleado en su capilla, y Enrique Berry, suizo de palacio, siguieron á sir Edmondbury desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde, y entonces al pasar Godfrey por delante del palacio de Sommerset Green, echó al desgraciado un pañuelo al cuello y le ahorcó. El cadáver fué llevado á una pieza alta de la casa, y desde allí trasladado á otro aposento, donde fué visto por Bedloe.»

Hill, Green y Berry fuéron juzgados por estas pruebas; y por mas que las esplicaciones de Bedloe y Prance eran enteramente contradictorias, y sus testimonios debian ser mirados como nulos, todo fué inútil: los presos fuéron condenados y ejecutados, aunque sostuvieron su inocencia hasta el último momento. Berry era protestante, circunstancia que pareció notable; mas esto, en lugar de detener el torrente de la credulidad y del furor, no sirvió sino para acrecentarlo mas y mas, mostrándose el pueblo mas insaciable que nunca en su venganza, hasta con un protestante que á la vez era reo de conspiracion papista, de asesinato y de mentira.

Esta horrible persecucion continuó todavía por algun tiempo, y el rey contra su propia inclinacion se vió precisado á ceder al furor popular. Whitebread, provincial de los jesuitas, Tenwick, Gaven, Turner y Harcourt, todos del mismo órden, fuéron encausados, así como Langhorne poco después. Además de Oates y Bedloe, un nuevo testigo llamado Dugdale compareció contra los presos, aumentando la alarma general con declarar que estaban prontos á votar á las armas doscientos mil católicos en Inglaterra. Los presos probaron con seis testigos que acudieron de San Omer, que Oates estaba en el seminario de esta ciudad en la época figurada de su residencia en Londres; pero como estos seis individuos eran católicos, ningun crédito se dió á su dicho: toda defensa se hizo inútil, y los jesuitas, así como Langhorne, fuéron condenados y ajusticiados, á despecho de las protestas en que insistieron hasta su último suspiro.



San Salvador de Londres.

Los acusadores no tuvieron tanta fortuna con respecto al proceso de sir Jorge Wakeman, médico de la reina, el cual fué absuelto no obstante los juramentos y la animosidad de aquellos. Como semejante condenacion hubiera comprometido á la reina, es probable que el juez y los jurados no se atrevieran á proseguir el negocio con su rigor acostumbrado.

El marqués de Stafford fué el último sacrificado á la furia de aquellos hombres sanguinarios: los testigos que depusieron contra él eran Oates, Dugdale y Turberville. Oates juró que habia visto al jesuita Jenwick entregar á Stafford de parte del general de su órden un diploma de tesorero del ejército pontifical: Dugdale afirmó que el preso habia tratado de arrastrarle al asesinato del rey, y Turberville á su vez aseguró que Stafford mientras su permanencia en París le habia invitado en su propia casa á tomar parte en el mismo proyecto. Levantáronse los clamores y escarnios del pueblo contra el desventurado, el cual fué declarado reo, y condenado á ser ahorcado y descuartizado; pero el rey conmutó la pena y se le cortó la cabeza.

Ejecutósele en Tower-Hill, y no pudieron menos de verter lágrimas sus mismos perseguidores á vista de la calma y de las muestras de inocencia marcadas en el rostro, en los movimientos y hasta en el acento de aquel noble y respetable anciano. Otros señores que tambien habian sido presos por una simple declaracion, fuéron

juzgados, y algun tiempo después absueltos. En esta época por fin principió el pueblo á abandonar el terrible acceso de frenesí que por tanto tiempo le habia dominado.

Interin pasaban tantos actos de barbárie, causados por la credulidad popular mas insensata y favorecidos por los artificios del parlamento, proseguian otros proyectos no menos odiosos. Damby, tesorero mayor, fué acusado en la cámara de los comunes por lord Seymour, su enemigo jurado, siendo el principal cargo el haber escrito una carta á Montague, embajador del rey en Francia, para inducirle á vender al monarca francés la mediacion del inglés por causa del tratado de Nimega, por cierta suma estipulada, lo cual era obrar contra el interés general de los confederados y aun contra el de Inglaterra: Damby no pudo disculparse de semejante cargo, y sin embargo de que en aquel caso el rey era mucho mas culpable que el ministro, el proceso se continuó con el mayor rigor.

Mas por fortuna suya Carlos tomó la firme resolucion de defenderle: declaró al parlamento, que habiendo obrado el ministro con arreglo á sus órdenes, no mereceria mas castigo que el de ser despojado de sus empleos, y que insistia en que se le salvase la vida. Los pares se vieron precisados á someterse; empero habiendo continuado las acusaciones, Damby fué enviado á la Torre, sin que hubiese mas consecuencias.

Tales medidas tan cruelmente rígidas eran apoyadas principalmente por la cámara de los comunes, cuyas sesiones duraban hacia diez y siete años. Resolvióse el rey en consecuencia á convocar nuevo parlamanto, creyendo que no podria ser mas difícil de gobernar que el primero. El temple indócil de la nueva cámara se manifestó desde un principio, mostrándose dispuesta á proceder con tanta actividad y teson como la precedente. Resolvióse el rey entonces á renovar su consejo al tenor del dictámen de sir Guillermo Temple, nombrando personas escojidas en uno y otro partido, con la esperanza de que la influencia de ellos llegaria á calmar la animosidad de sus adversarios: mas el odio contra el catolicismo se habia apoderado demasiado hondamente de los espíritus, para que tan débil remedio pudiese estirparlo.

Decidióse por tanto la nueva cámara á cortar en su raiz el mal que amenazaba al reino por el cercano advenimiento de un soberano católico, y después de muchas discusiones se acordó una ley que escluia totalmente al duque de York de las coronas de Inglaterra é Irlanda. Declaróse que la soberanía de estos reinos, después de la muerte ó abdicacion del rey, seria devuelta á la persona mas próxima á suceder en lugar del duque, y que todos los actos de autoridad suprema que este príncipe pudiese ejercer en semejante caso, no solamente careceriau de fuerza, sino que además serian reputados crímenes de traicion. Este proyecto importante se aprobó en la cámara baja por la mayoría de setenta y nueve votos.

No limitándose á esto los esfuerzos de los comunes, declararon que las tropas permanentes, así como la guardia del monarca, eran contrarias á las leyes, y se pusieron trabas al poder absoluto que el rey habia tenido hasta entonces para hacer prender á su placer á los delincuentes. Entonces fué cuando se formó la célebre ley llamaba el acta de *Habeas corpus*, acta importante que pone á los súbditos á cubierto de un poder opresivo, y que prohibe que los culpables sean presos mas allá de los mares, y que los jueces sopena de severo castigo nieguen á ningun preso su auto de *Habeas corpus*, que obliga al carcelero á presentar en el tribunal el *cuerpo* de los presos y á certificar la causa de su detencion: si la cárcel está á veinte millas del juez, la órden deberá ser cumplimentada en el espacio de tres dias, y con la misma proporcion siendo mayor la distancia. La acusacion contra el preso deberá entablarse en el término marcado por la ley, y este ser juzgado en otro, indicado por la misma, y además ninguno que sea puesto en libertad por el tribunal de justicia podrá ser vuelto á la prision por el mismo delito.

Esta sola ley hubiera bastado para eternizar la memoria del parlamento que fué su autor, y para honor suyo hubiera sido de desear que allí se hubiese detenido. El duque de York habia accedido á retirarse á Bruselas en los últimos disturbios; pero una indisposicion repentina del rey le obligó á regresar á Inglaterra, á fin de hacer valer sus derechos al trono en caso de una eventualidad. Después de conseguir de su hermano la desgracia del duque de Monmouth, hijo natural de Carlos y de mistris Walter, y jóven que se habia hecho querer de la nacion por su popularidad; el de York se retiró á Escocia sopretesto de calmar los temores de los ingleses; pero en realidad con el objeto de atraer á aquel reino á sus intereses.

Esta legislatura, lejos de aquietar los ánimos, no sirvió mas que para aumentar la irritacion del partido popular, cuyo favorito era el duque de Monmouth, á quien se resolvió á sostener contra el de York. Folletos, peticiones, escritos incendiarios, fuéron los artificios empleados sucesivamente para acrecentar en el pueblo y la corte el terror al catolicismo. La proteccion que el parlamento habia dispensado hasta entonces á los cobardes delatores, contribuia naturalmente á aumentar el número de estas viles criaturas: no se hablaba mas que de conspiraciones, y el espíritu público se preocupaba mas que nunca de temores quiméricos.

La conspiracion del *tonel de harina*, segun se la llamó, fué descubierta en esta época. Un tal Dangerfield, hombre de carácter tan infame como Oates y Bedloe, miserable que habia sido espuesto á la vergüenza, azotado, marcado y espatriado por crímen de felonía y fabricacion de moneda falsa, imaginó forjar á una con un comadron llamado Cellier, católico de costumbres relajadas, la historia de una supuesta conspiracion. Dangerfield principió declarando que en aquellos momentos habia proyectos de establecer una nueva forma de gobierno y alejar al rey y á la familia real, y comunicó este descubrimiento al mismo rey y al duque de York, quienes le dieron dinero y pareció que creian aquella noticia. En seguida Dangerfield escondió papeles sediciosos en el alojamiento del coronel Mansel, y llevó allí los guardas de aduanas sopretesto de registrar si habia contrabando. Fuéron encontrados los papeles; pero el consejo, después de examinarlos, decidió que habian sido forjados por Dangerfield. Hiciéronse en consecuencia escrupulosas pesquisas, y por fin en casa de Cellier se descubrió el proyecto completo de la conspiracion, escrito y escondido en un tonel de harina, de donde le vino el nombre.

Encerrado Dangerfield en Newgate, llegó á confesar la falsedad de semejante maquinacion, atribuyendo sin embargo su invencion al conde de Castlemain, á la condesa de Powis y á cinco lores presos en la Torre. Pretendió que el designio de estos era sobornar testigos para acusar á Oates de sodomía, de perjurio y de habér querido asesinar al conde de Shaftesbury, y para acusar igualmente á los duques Monmouth y de Buckingham, á los condes de Essex y de Halifax y á otros muchos de haber entrado en la conspiracion contra el rey y su hermano. A consecuencia de estos datos fuéron enviados á la Torre el conde de Castlemain y la condesa de Powis, sospechándose que el mismo rey habia contribuido á tal impostura.

Mas no solamente con tramas fué como los bandos enemigos se esforzaron por dañarse entre sí, sino que de todas partes se dirigian al rey peticiones tumultuarias y mensajes aduladores. De donde quiera que triunfaba el partido popular, enviábanse al monarca representaciones llenas de quejas y de espanto, que respiraban un aire de humilde insolencia: de donde quiera que prevalecia el partido de la corte ó de la iglesia, el rey recibia cartas que contenian testimonios del mas profundo respeto, y la espresion del mayor horror contra

los que constantemente se esforzaban por turbar el reposo público. Entonces fué cuando se dividió la nacion en *peticionarios y aborrecedores*, no tardando en reemplazar á estos nombres los de *Whigs* y *Torys*. La palabra Whigs dimanaba de un título dado á los fanáticos de Escocia, y la de Tory se derivaba de una banda de salteadores irlandeses que tenian la costumbre de atacar á los pasajeros.

Como este parlamento parecia esceder al otro en rivalidad y resentimiento, el rey se determinó á disolverlo: su deseo interior hubiera sido que no se crease otro; pero como su falta de economía y los indignos favoritos que le rodeaban le ponian en contínua necesidad de dinero, le fué preciso convocar nuevo parlamento—Año 1680.

Empero cada cambio parecia agravar el mal, en lugar de disminuirle: el nuevo parlamento se mostró dispuesto á pasar mas allá que el anterior: cada medida revelaba el celo feroz de que estaba animado: las cámaras volaron en favor del sistema de peticiones, declarando que este medio era conforme á la justicia, y acometieron con la mayor violencia á los aborrecedores, que en sus mensajes al rey habian desaprobado altamente las peticiones. En su consecuencia fuéron presos muchos aborrecedores por órden del parlamento en toda Inglaterra, y encerrados estrechamente: así la libertad de los súbditos, que hasta entonces habia sido respetada con tanto cuidado por las leyes, era violada mas cada dia con medidas arbitrarias. La firmeza de un tal Stawell de Exeter vino á poner término á aquellos actos de injusticia: negóse á obedecer al oficial enviado para arrestarle, y poniéndose en estado de defensa, declaró que no conocia ley alguna que diese derecho á apoderarse de él.

Juzgando los comunes que tan peligroso era el retroceder como el ir mas adelante, salieron del embarazo con un medio evasivo, haciendo insertar en sus discusiones, que hallándose Stawell indispuesto, se le concedia un mes para restablecerse. Es una fortuna para la nacion que en el caso de que los comunes quisieren pasar de los límites de su autoridad y hacer prender á un súbdito injustamente, no haya poder alguno que en caso de resistencia obligue al preso á someterse á sus decretos.

Pero el punto principal que los comunes se afanaron por conseguir, fué la *ley de esclusion*, que á pesar de los esfuerzos de la cámara anterior nunca fué aprobada. Shaftesbury y otros caudillos del mismo partido se habian hecho culpables con respecto al duque de Yorck, de suerte què no podian esperar seguridad mas que con la ruina de este. Los amigos de Monmouth se lisonjeaban con que la esclusion de Jacobo abriria el camino del trono á su favorito: los principios fanáticos del duque de Yorck y su conducta tiránica sin freno durante su residencia en Escocia, habian acabado de tornar odioso su nombre. Una semana después de la apertura de las sesiones hicieron las cámaras una mocion para acordar el proyecto de esclusion, y nombróse una comision al efecto. De una y otra parte hubo mucho calor en los debates: el proyecto fué apoyado por lord Oussel, sir Guillermo Jones, sir Francisco Winnigton, sir Enrique Capel, sir Guillermo Pulteney, el coronel Tito, Treby, Hampden y Montague: los que se opusieron fuéron, sir Leoline Jenkins, secretario de Estado; sir Juan Eruley, canciller de la tesorería; Hide, Seymour y Temple. El proyecto se aprobó por gran mayoría en la cámara de los comunes; pero no sucedió lo mismo en la de los pares: Shaftesbury, Semderland y Essex abogaron en favor del proyecto, y Halifax fué quien hizo valer con mas enérgia los argumentos contrarios. El rey, que estuvo presente en todo el curso del debate, tuvo el placer de que fuera rechazado por la mayoría. Los obispos, escepto tres, votaron en contra, porque se hallaban convencidos que la iglesia de Inglaterra estaba amenazada de mayores peligros por parte de los presbiterianos que de los católicos.

Mortificados é irritados estremadamente los comunes de ver rechazado su plan favorito, y queriendo patentizar hasta qué punto les habia ofendido la tolerancia dispensada al catolicismo, adoptaron un proyecto en beneficio de los protestantes disidentes y para la revocacion de las disposiciones dictadas para perseguirlos. Siguieron proponiendo otros proyectos, que por ventajosos que fueran á la libertad de los súbditos, probablemente no fuéron calculados mas que para estimular á estos á la insurreccion. El intento de tales proyectos era el de renovar el acta trienal, hacer la duracion de las magistraturas dependiente de la buena conducta de los jueces que poseian las plazas, crear una asociacion para defensa de S. M. y la seguridad de la religion protestante. Declararon además que hasta que la ley de esclusion estuviera sancionada no podrian en virtud de la confianza puesta en ellos votar al rey ningun subsidio, y para impedir que recurriese á otro medio á trueque de proporcionarse dinero, acordaron las cámaras que cualquiera que anticipara al soberano sumas sobre algunas de sus rentas, seria responsable de su conducta ante el parlamento.

El rey, convencido de que en lo sucesivo no lograria de los comunes ni dinero ni sumision, tomó el partido de disolver otra vez el parlamento—Año 1681.—En consecuencia el ugier de la vara negra se presentó en la puerta en el momento en que los comunes estaban ocupados en declarar que los disidentes serian protegidos en adelante, y que el incendio de Londres habia sido obra de los papistas.

Disuelto pues el parlamento, dudóse si el rey convocaria otro: empero el estremado deseo que tenia de lograr dinero le hizo cerrar los ojos á las nuevas dificultades que iba á encontrar, y venció todos los temores que en él debia escitar la oposicion parlamentaria. Como siempre se habia imaginado que la ciudad de Londres, poderosa al mismo tiempo que facciosa, era un pueblo poco á propósito para un parlamento favorable á sus intereses, se decidió á castigar los vecinos de dicha ciudad, dejándoles ver su poca confianza en la lealtad de ellos, y á recompensar la fidelidad de los habitantes de Oxford reuniendo allí su parlamento. Diéronse las órdenes necesarias al efecto, y tomáronse medidas en todas partes para inducir á los adictos al rey á mostrarse firmes en sus decisiones. En este parlamento predominó como en el anterior el partido popular: los caudillos parlamentarios marcharon á aquella ciudad acompañados de sus criados y de gran número de partidarios y amigos. A los cuatro miembros de la ciudad de Londres seguia una multitud de ciudadanos con cintas en que se leia: «Ni papismo ni esclavitud.» El rey no fué el último en hacer alarde de sus guardias, y se esforzó en tomar una apariencia formidable, que daba al parlamento un aire de congreso militar mas bien que de asamblea civil.

Este parlamento marchó exactamente por las huellas del anterior (1). Los comunes, después de elegir al mismo orador ó presidente, dispusieron que se imprimiesen diariamente las sesiones, á fin de que el público se enterara de todas las deliberaciones. El proyecto de esclusion fué reproducido con mas encarnizamiento. Eruley, ministro del rey, propuso que el duque fuera desterrado para siempre á quinientas millas de Inglaterra, y que al fallecimiento del monarca, el mas próximo heredero del trono fuese nombrado regente, é investido con la autoridad soberana.

Mas este espediente, sin embargo de que no deja-

(1) Pedia el destierro de todos los católicos, ó que al menos se les obligase á educar á sus hijos en la religion protestante. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)* Tales proyectos eran injustos. El príncipe debia tener la libertad de profesar la religion que mejor le pareciera, así como debia dejar la misma libertad al pueblo. *(B. W.)*

ba al duque mas que el simple título de rey, no pudo lograr la aprobacion de los comunes, á quienes solo una esclusion total podia satisfacerles.

Hacia algun tiempo que los partidos se habian encarnizado, injuriándose y poniéndose recíprocamente en ridículo en los folletos que aparecian continuamente. Este medio, tan despreciable en sí mismo, fué seguido de un incidente que merece ser referido. Uno llamado Fitzharris, católico irlandés adicto á los intereses de la duquesa de Portsmouth, una de las favoritas, tenia costumbre de referirla todo lo que contenian dichos folletos. Con intencion de hacerse mas oficioso probablemente, se decidió á aumentar el número de tales escritos con uno de su invencion, y encargó á un escocés llamado Everard que lo escribiera contra el rey y el duque de York. El escocés era espía del partido opuesto, y suponiendo en Fitzharris la intencion de jugarle una mala partida al encargarle tal cosa, descubrió el proyecto á sir Guillermo Waller, juez de paz, á quien para convencerle mejor de la verdad de su relacion, le colocó con otras dos personas donde pudiese oir una entrevista habida entre él y Fitzharris. El libelo concertado entre ellos era un tejido de iniquidades é injurias. Habiéndose apresurado Waller á dar cuenta al rey de tal descubrimiento, obtuvo autorizacion para arrestar á Fitzharris, en cuya faltriquera encontró una copia de dicho libelo.

Viéndose Fitzharris en manos de un partido del cual no podia esperar conmiseracion alguna, se resolvió á aparentar que se adheria al otro y á echar todo lo odioso del libelo sobre la corte, que segun él decia, no habia tenido otra intencion en aquel escrito calumniador sino que fuese imputado á los escluyentes, que por este medio se harian mucho mas odiosos al pueblo; y para darse todavía mas importancia para con el partido popular, hizo la revelacion de una nueva trama aun mas horrible que las que hasta entonces habian sido descubiertas. Designó al duque de York como principal cómplice de la figurada conspiracion y como autor de la muerte de sir Edmondbury Godfrey.

Apenas el rey mandó aprisionar á Fitzharris, los comunes tomaron su defensa y declararon que le acusarian ellos mismos, para ponerle al abrigo de las formas ordinarias de la justicia. Los pares desecharon la acusacion; los comunes sostuvieron sus derechos, y se quejaron de la repulsa; y ya se aguardaba una violenta conmocion, cuando el rey, á fin de poner término á la contienda, se dirigió á la cámara resuelto á disolver el parlamento y á no convocar ningun otro.

Esta vigorosa medida era un golpe que las cámaras estaban lejos de aguardar, y las circunstancias presentes apenas podian justificar semejante modo de obrar por parte del rey. Desde el momento en que Carlos puso término á todas las polémicas parlamentarias, pareció que gobernaba con un poder despótico: tomó la resolucion de dejar á su hermano la sucesion con todas las faltas y tristes consecuencias de su mala administracion. Su carácter, que hasta entonces habia sido propenso á la dulzura y clemencia, se tornó injusto y hasta cruel; el trono fué rodeado de espías, y todos aquellos en quienes Carlos recelaba intenciones rebeldes eran prendidos inmediatamente.

Con el designio de humillar á los presbiterianos, los depojó de sus empleos, dándolos á los que eran del partido de la corte, y que parecia aprobaban la doctrina de no resistencia. El clero comenzó á manifestar su celo y principios con sus escritos y sermones; pero si bien los partidarios del rey eran mas numerosos, los de la faccion opuesta eran mas atrevidos y emprendedores. El monarca abrazó abiertamente la causa del clero, y haciéndose así jefe de un bando, despojó de sus privilegios á la ciudad de Londres, que hacia mucho tiempo estaba á la cabeza del partido pópular. Solo después de muestras de sumision humillante por parte de la ciudad, fué como consintió en restituírselos, sujetando la eleccion de magistrados á su autoridad inmediata.

El terror vino á ser el resultado de aquella nueva especie de monarquía. Fitzharris fué procesado, condenado y ajusticiado. La horda de espías, testigos, acusadores y sobornadores que hacia mucho tiempo era alentada y sostenida por los patriotas, viendo al rey en posesion de una autoridad absoluta, juzgó oportuno variar de conducta, y aquellas viles criaturas, volviéndose súbitamente contra sus antiguos jefes, ofrecieron su testimonio contra los que los habian empleado. Los ministros del rey los sostuvieron y alentaron tanto, que no tardaron en desplegarse contra los presbiterianos las mismas crueldades é injusticias que se habian practicado contra los católicos (1).

La primera persona que esperimentó los terribles efectos de la animosidad del ministerio, fué un tal Esteban College, carpintero de Londres, quien habiéndose hecho notable por su encono contra los católicos, era conocido con el nombre de El Carpintero protestante. Siguió á los miembros de la ciudad de Londres á Oxford, armado de espada y pistolas, habiéndosele oido varias veces hablar del rey de una manera poco respetuosa. Fué denunciado por tanto por el gran jurado de Londres como culpable de sedicion. Los jerifs de esta ciudad formaban una oposicion poderosa contra el partido de la corte, y el gran jurado nombrado por ellos desechó la denuncia. Empero tal oposicion no podia bastar para derribar al partido realista. El preso fué enviado á Oxford, donde segun se pretendia se

(1) Goldsmith pasa quizá con alguna rapidez sobre los acontecimientos relativos á una de las guerras civiles mas interesantes y de mas antigua nacionalidad en la historia de Inglaterra. Este partido presbiteriano, cuya exaltacion y energia se aumentaron durante el largo tiempo del rigor y aun crueldad que se ejerció contra él, y su fanatismo religioso, funesto como todos los de tal género, llevado al último estremo por la desesperacion, dió márgen á memorables batallas, de las que algunas por lo menos merecian un lugar en la historia de Goldsmith: especialmente el caso desastroso del puente de Bothwell era acreedor á llamar por un momento la atencion del historiador; aunque es verdad que todo lo que tiene relacion con la desgraciada causa de los presbiterianos de Escocia presta poca gloria al partido contrario, que sometido cobardemente á un gobierno de persecuciones, se deshonró con sus atroces venganzas. Hé aquí lo que á este propósito dice Agustin Thierry: «En esta triste época »convirtióse Inglaterra en teatro de escenas las mas sangrien»tas y deplorables. Después de la batalla de Pentland-Hill las »tropas recibieron órden de matar á los prisioneros y de perse»guir á los fugitivos con enormes perros de caza: estaba vedado »dar posada, pan ó refugio á un ministro errante ó á un pres»biteriano refractario, y se distribuian perdones en blanco para »todos los asesinatos perpetrados en ellos.» Y mas adelante añade: «Esta batalla tan célebre del puente de Botwell fué la »ruina definitiva del partido presbiteriano, que no pudo repo»nerse de tal desastre. El ejército del rey era mandado por el »duque de Monmouth, hijo natural de Carlos II, hombre de ca»rácter dulce y propenso á la moderacion. Pero tenia á su lado »á dos hombres de génio muy diferente: estos eran el general »Tomás Dalcel y el coronel Grahan de Claverhouse, quienes ha»ciendo inútiles las disposiciones conciliadoras de Monmouth, le »obligaron á dar batalla cerca de la pequeña poblacion de Ha»mittoir al sur de Glasgou. El rio Clyde, cuya corriente es muy »rápida en aquel punto, estaba franqueado por un puente de pie»dra largo y estrecho, llamado el puente de Botwell, hallándose »ocupado con anticipacion por los presbiterianos. Estos fuéron »arrojados de aquella posicion por la artilleria que disparaba des»de la orilla del rio, y por una carga de caballeria dada en el »puente. La derrota fué completa, y el ejército inglés entró en »Edimburgo llevando en la punta de sus picas cabezas y manos »cortadas, y trayendo atados de dos en dos en carretas á los »caudillos del ejército presbiteriano y á los ministros que se ha»bian hecho prisioneros. Soportaron estos con la mayor firmeza »el tormento y luego el suplicio de la horca, dando testimonio »hasta la muerte, como ellos se decian unos á otros, del símbolo »de su fé nacional.

»Desde entonces, renunciando la masa de los escoceses al »*convenant* ó convenio, por cuya defensa tanta sangre habia »corrido, se sometió á una especie de episcopado modificado, y »reconoció la autoridad del rey en materias eclesiásticas.»

habia cometido la traicion, y allí fué juzgado por un tribunal con la mas odiosa parcialidad, siendo sus acusadores Dugdale, Tuberville y otros que ya habian sido testigos contra los católicos. Esto puso á la nacion en la complicacion mas ridícula; y el jurado, que se componia de realistas, ni podia referirse á unos testigos á quienes en su interior creia embusteros y perjuros, ni rechazarlos enteramente, por cuanto el partido opuesto habia patentizado que el testimonio de tan viles criaturas debia bastar para la conviccion del crímen.

College se defendió por sí mismo con mucha presencia de ánimo, desmintiendo todos los cargos que se le dirigieron. Mas todo fué inútil: el jurado, pasada media hora de deliberacion, declaró reo al acusado, y los espectadores acojieron la sentencia con demostraciones de bárbara alegría. El condenado sufrió su suerte con una entereza que por nada pudo ser alterada, y en el mismo sitio de la ejecucion se defendió del crímen por que era ajusticiado.

En el ínterin el rey meditaba una venganza mas terrible todavía. No sin razon se dirigia principalmente su resentimiento contra el conde Shaftesbury, y así no se economizó dinero para evidenciar su crímen, y aun para sobornar testigos contra este hombre intrigante y temible. Presentóse una denuncia en el gran jurado, y los que fuéron interrogados manifestaron cosas tan inverosímiles, que debieran haber bastado para probar la falsedad de los acusadores, aun cuando ya no fueran conocidos por perjuros.

Encontróse entre los papeles del conde un proyecto de asociacion que podia ser considerado como una prueba de traicion; mas tal escrito no era de su puño y letra, y sus adversarios no pudieron acreditar que hubiera comunicado aquel plan á persona alguna, ni siquiera que le hubiese dado su aprobacion. Los jerifs nombraron un jurado cuyos principios convenian perfectamente con los de Shaftesbury, quien probablemente con tal circunstancia mas bien que por la falta de pruebas fué absuelto.

Entonces llegó á ser irresistible el poder del trono—Año 1683.—El castigo de la ciudad de Londres habia sido tan sensible, que todas las demás corporaciones de Inglaterra comenzaron muy pronto á temer igual trato, determinándose la mayor parte de ellas á poner sus cartas en manos del rey, quien no accedió á devolvérselas sino después de haber sacado sumas considerables. Todos los empleos de alguna autoridad ó de algun provecho quedaron á disposicion del monarca: cualquiera especie de residencia, por justificable que fuera, era considerada como peligrosa, y las personas prudentes no vieron otro medio de seguridad que el de someterse con resignacion á las calamidades presentes.

Empero existia en Inglaterra un partido para el cual era siempre muy grata la libertad antigua, resolviéndose á defenderla y recuperarla en lo posible aun á costa de toda clase de peligros.

Semejante proyecto, lo mismo que tantos otros, estaba concebido por hombres de los que unos eran impulsados por conviccion verdadera de principios sobre destruir el poder despótico, otros lo eran por interés, y un gran número por el deseo secreto de venganza. Hácia el año 1681 el rey habia sido atacado súbitamente en Windsor de una enfermedad que causó una alarma general. Shaftesbury, de concierto con el duque de Monmouth, lord Russel y lord Grey, llegó á intentar la esclusion del duque de York de la sucesion, y en caso de que el rey viniese á morir se habian convenido en tomar las armas para sostener espada en mano sus opiniones. La prision y el juicio de Shaftesbury suspendieron por algun tiempo tales proyectos, que después fuéron emprendidos con mas ardor que nunca. Monmouth habia atraido á su partido al conde Macclesfield, á lord Brandon, sir Gilbert Gerard y otros muchos hidalgos de Cheshire. Lord Russel habia entablado correspondencia con sir Guillermo Courtenay, sir Francisco Rowe y sir Francisco Drake, quienes habian prometido sublevar la parte occidental del reino. Shaftesbury y un tal Ferguson, eclesiástico independiente y hombre de carácter intrigante y activo, se encargaron de dirigir los vecinos de Londres en quienes los confederados confiaban principalmente. Cuando el turbulento ministro consideró favorables las circunstancias para la ejecucion del plan, se preparó á obra; mas esta trama fué desbaratada tan prontamente como las anteriores. La prudencia de lord Russel que aconsejó al duque de Monmouth la suspension de la empresa, salvó al reino de los horrores de una guerra civil. Shaftesbury por su parte, aterrado del inminente peligro que corria, abandonó su palacio, y se escondió en las cercanías de la ciudad, desde donde hizo vanas tentativas para impeler á los habitantes de Londres á una abierta rebelion.



Lord Russel.

Aburrido de las precauciones y dilaciones sin cuento que incesantemente causaban el aborto de sus proyectos, amenazó obrar solo con sus amigos; pero después de luchar entre el temor y el furor, abandonó toda esperanza de buen éxito y se fugó á Amsterdan, donde terminó bien pronto su vida turbulenta y agitada. Su muerte no pareció causar disgusto á sus amigos ni alegría á sus enemigos.

La pérdida de Shaftesbury no hizo mas que retardar los proyectos de los conspiradores, quienes formaron un consejo compuesto de Monmouth, Russel, Essex, Howad, Algernon Sidney y Juan Hampden, nieto del grande hombre del mismo apellido. Despues de entablar correspondencia con Argyle y los descontentos de Escocia, determinaron continuar su plan de insurreccion, á pesar de que dichos caudillos diferian considerablemente en principios y en modo de ver. Monmouth aspiraba á la corona; Russel y Hampden querian escluir de la sucesion al duque de York y reparar los males de la nacion; Sidney y Essex estaban por el restablecimiento de la república, y lord Howard era hombre de costumbres abandonadas, que sin ningun principio no buscaba al desunir á la nacion mas que satisfacer en la confusion general su interés particular.

Tales eran los corifeos de esta conspiracion, y tales sus motivos. Pero al mismo tiempo habia otra clase de conspiradores de una categoría menos elevada, que se reunian con frecuencia, siendo sus proyectos enteramente desconocidos de Monmouth y su consejo. Contábase entre ellos el coronel Rumsey, antiguo oficial republicano; el teniente coronel Walcot, de la misma opinion; Goadenough, subjerif de Londres, faccioso notable por su exagerado celo; el presbiteriano Ferguson y varios jurisconsultos, mercaderes y negociantes. Rumsey y Ferguson eran las únicas personas que tenian acceso á los principales caudillos de la conspiracion.

Estos facciosos proyectaban en sus reuniones adoptar las mas desesperadas medidas: nada menos se proponian que asesinar al rey al dirigirse á Newmarket. Rumbold, uno de los corifeos del partido, tenia en este camino una granja llamada Rye-House, de donde la conspiracion tomó su nombre. Formaron el plan de detener el carruaje del rey, haciendo que se volcara una carreta en el camino, para dispararle ellos de entre las masas. Mas por fortuna la casa que habitaba Carlos en Newmarket se incendió por casualidad, lo cual obligó al rey á dejar este punto ocho dias antes de lo que se aguardaba, y así se salvó de su perdicion.



El Arzobispo Sharp.

Entre los conspiradores habia uno llamado Kelling, quien viéndose en peligro de ser perseguido por haber arrestado en otro tiempo al lord corregidor de Londres, trató de alcanzar su perdon denunciando la trama al ministerio. El coronel Rumsey y el jurisconsulto West, no bien oyeron que aquel hombre los habia delatado, cuando se decidieron á confesarlo todo al rey á fin de obtener el perdon presentándose al efecto voluntariamente. Habiendo sido preso Shephard, otro conspirador, reveló tambien todo lo que sabia, dándose órdenes para apoderarse de los demás caudillos de la maquinacion. Monmouth se escondió, Russel fué enviado á la Torre, Grey se escapó, Howard fué descubierto en una chimenea, Essex, Sidney y Hampden fuéron cojidos poco tiempo despues, y tuvieron el dolor de saber que lord Howard era su acusador. Walcot fué procesado y condenado el primero con Hone y Rouse á consecuencia de la declaracion de Rumsey, West y Shephard. Murieron arrepentidos y reconociendo la justicia de la sentencia que los condenaba.



Guillermo Temple.

Un sacrificio mas grande ocurrió poco despues: tal fué el del lord Russel, hijo del conde de Bedfort y jóven señor del mayor mérito, que no se habia dejado arrastrar á la conspiracion sino por la persuasion en que estaba de que el duque intentaba restablecer el catolicismo. Era liberal, popular, benéfico y valiente: todas estas virtudes fuéron otros tantos crímenes á los ojos de un tribunal parcial y resuelto de antemano á perderle. El principal acusador fué lord Howard, hombre de carácter muy despreciable, y que se consideraba muy feliz con rescatar su vida á costa de condiciones las mas deshonrosas; juró que Russel estaba complicado en el proyecto de insurreccion; pero le disculpó, lo mismo que lo hicieron Rumsey y West, de la acusacion de haber tomado parte en la trama del asesinato. El candor natural de Russel no le permitió negar el designio en que habia entrado; pero su propia confesion no pudo salvarle: no tenia mas que un testigo en favor suyo, y la ley exigia dos: esta circunstancia prevaleció, porque la justicia en todo este reinado no tuvo mas que un poder muy débil para oponerse al partido triunfante. El jurado, que no se componia sino de celosos realistas, declaró culpable al prisionero en pos de una corta deliberacion, y apenas fué pronunciada su condenacion, muchas personas solicitaron vivamente del rey su perdon. Hasta fuéron ofrecidas doscientas mil libras esterlinas por el conde de Bedford á la duquesa de Portsmouth, pero todo fué inútil: Carlos permaneció inexorable: temia los principios y la popularidad de lord Russel, y habia conservado un vivo resentimiento por su actividad en favorecer el proyecto de esclusion.



Algernon Sidney.

Lord Cavendish, amigo íntimo de lord Russel, le brindó con la fuga tomando su traje y poniéndose en su lugar: el duque de Monmouth le ofreció quedarse preso él mismo, si creia que este paso podia contribuir á salvarle. Lord Russel rehusó generosamente las dos proposiciones, y se sometió á su destino con resignacion admirable. Su esposa, hija y heredera del conde Southampton, viendo que toda especie de súplicas seria inútil, se esforzó por vencer su dolor é imitar el valor de su noble esposo: tuvo bastante imperio sobre sí misma para contener sus lágrimas en presencia de él, por temor de que una despedida demasiado tierna le ocasionara algun sentimiento de flaqueza. Apenas se separó de ella, volviéndose á los que le rodeaban, dijo: «Ahora ya ha pasado la hora de la amargura de la muerte: ya no temo nada.»

Algunos instantes antes que los jerifs fuesen á cojerle para conducirle al cadalso, sacó su reloj y dijo: «ya se ha acabado lo temporal; es preciso pensar en lo eterno.» El cadalso habia sido levantado en la plaza de Lincolns: puso la cabeza en el tajo sin dejar ver la mas leve emocion, y de dos golpes cayó separada del cuerpo.

El proceso que vino en seguida fué el del célebre Algernon Sidney, hijo del conde de Leicester. Habia tomado mucha parte en las guerras parlamentarias del reinado precedente, y hasta habia figurado en el alto tribunal que á la sazon le juzgaba, aunque nunca tuvo asiento entre los jueces: siempre se habia manifestado opuesto á la usurpacion de Cromwell, así como á la restauracion, lo cual habia contribuido á que le desterrasen; pero habiendo exigido sus negocios personales su regreso á Inglaterra, se habia resuelto á pedir su perdon al rey, quien le otorgó en efecto, aunque no dejó de continuar republicano por principios, abrigando esperanzas conformes á sus sentimientos. Al efecto, escribió, combatió y fué desterrado por causa de la liber-

tad que era su ídolo, aventurándose después á regresar á un país sometido al imperio de un poder monárquico. Debe creerse fácilmente que un hombre empapado en semejantes principios fué mal mirado por una corte que apenas estaba contenta con su ilimitada preponderancia: así es que el ministerio se propasó á adoptar los medios mas ilegales para lograr su condenacion. El único testigo que depuso contra Sidney fué lord Howard, y la ley exigia dos: tomóse por consiguiente una medida estraordinaria para hacer aparecer un segundo. Haciendo una pesquisa en su gabinete se habian encontrado algunos escritos acerca del gobierno, en los cuales se espresaban terminantemente sentimientos favorables á la libertad, aunque no de un modo peligroso para los gobiernos prudentemente limitados en su poder. Muchos de aquellos papeles fuéron considerados como testimonios de traicion: por mas que se alegó que no contenian prueba alguna de culpabilidad; que nada demostraba que hubiesen sido escritos por él; que, en fin, tales papeles nada de criminal encerraban, la defensa fué desestimada: el violento é inhumano Jefferies, á la sazon jefe de justicia, influyó con facilidad sobre un jurado parcial, el cual declaró reo á Sidney, teniendo lugar muy pronto su ejecucion.

Es imposible reflexionar sin terror sobre los diferentes sucesos de aquel reinado: este penoso cuadro ofrece de una y otra parte facciosos criminales, una corte sumida en el libertinaje á la vez que anegada en sangre, ciudadanos enconados unos contra otros con un furor el mas implacable, y por ningun lado un partido asaz cuerdo para detener el torrente impetuoso del odio y de los bandos.



Samuel Butler, poeta.

Hampden compareció poco tiempo después ante el tribunal; pero como nada apareció en su causa capaz de comprometerle, solo fué condenado á una multa de cuarenta mil libras. Holloway, comerciante de Bristol, que se habia fugado á las Indias Orientales, fué condenado y ajusticiado. Sir Tomás Armstrong, que habia pasado á Holanda, fué tambien cojido y tuvo el mismo destino. Lord Essex, que habia sido encerrado en la Torre, se le halló degollado en su aposento: ignórase si incurrió en suicidio, ó si el fanatismo de la época arrastró á algun insensato á perpetrar aquel crímen.

Esta sangre fué la última que hicieron correr las interminables conspiraciones de este reinado. El carácter sombrío y cruel del duque de York, cuya preponderancia se acrecentaba de dia en dia después de la disolucion del parlamento, era temido de toda la nacion. Tito Oates, por haber llamado á este duque traidor papista, fué condenado á una multa de cien mil libras, y á estar preso hasta que la pagase, cuyo caso no llegó nunca.

Una sentencia igualmente injusta fué pronunciada contra Dutton Colt por la misma ofensa. Sir Samuel Banardiston fué condenado á una multa de diez mil libras por haber hecho reflexiones sobre el gobierno en algunas cartas particulares. De todos los que estaban comprendidos en la última conspiracion, el único que escapó de la venganza rigurosa de la corte, fué el duque de Monmouth, sin embargo de que era el mas culpable de todos.

El gobierno de Carlos era en esta época uno de los mas absolutos de Europa: no obstante, para hacerse agradable á sus súbditos con algun acto de popularidad, juzgó oportuno casar á su sobrina lady Ana con el príncipe Jorge, hermano del rey de Dinamarca. Este fué uno de los últimos sucesos notables del reinado. Acometióle al rey repentinamente una enfermedad cuyos síntomas se parecian á una apoplegía, y aunque una sangría le causó algun alivio, no duró mas que algunos dias, y murió á los cincuenta y cinco años de su edad y veinticinco de reinado—Año 1685, 6 de febrero.



Rochester, poeta.

Durante su enfermedad trataron algunos eclesiásticos de la iglesia anglicana de asistirle con celo; pero fuéron acojidos por Carlos con la mas absoluta indiferencia. Habiéndose presentado algunos sacerdotes católicos, accedió á recibir de sus manos los sacramentos, habiéndose encontrado en su cama dos escritos que contenian argumentos en favor de esta creencia, cuyos escritos fuéron publicados poco tiempo después por el duque de York, su sucesor. Esto contribuyó mucho á rebajarle mas y mas en el espíritu público, y á tornar mas odiosa la memoria de Carlos (1).

CAPITULO XLII.

JACOBO II.

(Desde el año 1685 hasta el de 1688.)

El duque de York, que sucedió á su hermano con el título de Jacobo II, habia sido educado por su madre en la religion católica, cuyas máximas le dirigian enteramente. La práctica de ellas ha contribuido á veces á limitar la esfera de la inteligencia, y mientras que un pueblo no se libertare de las preocupaciones, carecerá de conveniencia, oportunidad y progreso en las ideas.

Las facultades intelectuales del duque de York eran naturalmente débiles, y la educacion recibida habia contribuido á enervarlas mas todavía. Apenas subió al trono concibió el insensato proyecto de adoptar el sistema arbitrario de Carlos y de variar la religion de su país, en una época en que él era el blanco del odio general, y en que la iglesia católica era antipática á la mayoría de la nacion. El pueblo, al paso que reprobaba

(1) El comercio tomó un rápido incremento en este reinado. Lleváronse al último grado de perfeccion las diversas manufacturas, aunque este progreso fué debido principalmente á la emigracion de una multitud de familias francesas, que las persecuciones religiosas arrojaban á la sazon de su patria. Este aumento de industria y de comercio dió gran peso á Inglaterra en la balanza europea. Aunque las ciencias encontraron poco estímulo en Carlos, fuéron sin embargo bien cultivadas, y cada una de ellas tuvo genios. La física contó con Newton, el púlpito con Tillotson, la historia con Burnet, la filosofía política con Hobbes, la filosofía moral con Shaftesbury, en tanto que Butler, Dryden y Otway enriquecian la lengua y el teatro con escelentes tragedias. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

la administracion de su predecesor, amaba al rey tolerando con indulgencia sus faltas, merced á su constante afabilidad; mas este pueblo no se hallaba dispuesto á dispensar la misma benevolencia á Jacobo, por su crueldad, orgullo y fanatismo conocidos (1).



Jacobo II.

Los primeros actos de su reinado fuéron marcados por la imprudencia: todas las rentas é impuestos concedidos al difunto rey para durante su vida fuéron exigidos por Jacobo, sin dignarse pedir autorizacion al efecto. Marchó públicamente á misa con todas las insignias de la dignidad real, y además envió á Roma como embajador á Caryl, para hacer su sumision al papa y preparar las cosas para la vuelta de Inglaterra al seno de la Iglesia católica. Estos diferentes actos hicieron formar funestos presagios desde el principio de este reinado, cuya continuacion correspondió con esceso á los temores generales.

Hacia mucho tiempo que entre él y mistris Sedley, á quien habia creado condesa de Dorchester, existian relaciones muy tiernas; pero Jacobo, dominado por la idea de que estaba destinado á convertir á su pueblo, y que la pureza de sus costumbres debia corresponder á la santidad de sus intenciones, se separó de ella (2) sometiéndose completamente á la influencia de la reina, que como él estaba gobernada por los eclesiásticos.

Desde tal momento todo marchó al tenor de los consejos de ellos, y principalmente de los jesuitas. Un dia en que el embajador de España se aventuró á esponer á S. M. que hacia demasiada confianza de los hombres de semejante clase, le respondió Jacobo: «¿No es costumbre en España que el rey consulte con su confesor?— »Sí, respondió el embajador, y eso es justamente por lo »que van tan mal nuestros negocios.»

Aunque tal proceder de Jacobo pòdia bastar para demostrar claramente sus ulteriores designios, sin embargo su primer parlamento, compuesto en su mayoría de celosos torys, se manifestó muy propenso á favorecer las medidas de la corona, votando por unanimidad que todas las rentas de que el último rey gozaba á su fallecimiento, se concedieran al monarca actual de por vida (3). En cambio de semejante favor, Jacobo creyó deber asegurar á las cámaras la resolucion que le animaba de respetar sus leyes y de no permitir jamás que fuesen violadas; pero ninguna respuesta satisfactoria pudo conseguirse de él con respecto á una religion que estaba resuelto á destruir.

A fin de preparar el camino para la conversion proyectada de su pueblo, era preciso sacar á este del engaño de la conspiracion papista; y Oates, autor principal de toda la farsa, fué el primer blanco de la indignacion real. Procesósele en virtud de dos acusaciones de perjurio: una por haber jurado que habia asistido en Londres á la junta de los jesuitas en 24 de abril de 1679, y otra por haber tambien jurado que el padre Ireland estaba en la misma ciudad á principios de setiembre de dicho año. En cuanto al primer cargo, fué convicto por el testimonio de mas de veintidos personas; y en cuanto al segundo, depusieron contra él veintisiete testigos probando la evidencia de su crímen. Fué condenado á la multa de mil marcos por cada acusacion, á azotes en dos dias desde Aldgate hasta Newgate, y desde Newgate hasta Tyburn, á prision perpétua, y á la picota cinco veces por año.

Oates, habituado hacia mucho tiempo á una vida cargada de infamias y peligros, soportó audazmente el castigo de la justicia, persistiendo en afirmar su inocencia, en apelar al cielo para probar su sinceridad, y en declarar que estaba convencido de que habia muchas personas prontas á apoyar sus protestas. El modo cruel con que se le azotó, debió probar claramente que la intencion de la corte era hacer que sucumbiese; pero Oates resistió tan severo castigo, y vivió hasta el reinado de Guillermo, en que obtuvo una pension anual de cuatrocientas libras. Así, semejante hombre vino á ser un borron indeleble para el siglo en que vivió, no habiendo circunstancia alguna de su vida que no hubiera sido funesta á los demás hombres. Echó una deshonra perpétua sobre los que primero dieron crédito á sus odiosas calumnias, sobre los que luego le halagaron para que sirviese á sus viles designios, sobre los mismos que le castigaron con barbárie, y sobre los que últimamente le recompensaron.

El duque de Monmouth, que á pesar de la postrera conspiracion alcanzara el perdon en el anterior reinado, se habia retirado á Holanda; mas espulsado de este país por el príncipe de Orange al entronizarse Jacobo, se habia trasladado á Bruselas, donde, perseguido igualmente por el encono del rey, se decidió por fin á vengarse, formando una empresa temeraria sobre el reino. Siempre habia sido el favorito del pueblo, y además pretendian muchas personas que Carlos se habia desposado con la madre del duque legitimándole á su fallecimiento. Habiéndole propuesto el conde de Argyle que apoyaria sus miras, formaron juntos el plan de una doble insurreccion; de suerte que mientras Monmouth debia ocuparse en levantar tropas en el mediodia, Argile debia hacer las mismas tentativas en el norte.



Jacobo II.

Argyle fué quien primero llegó á Escocia, donde despues de publicar un manifiesto se puso al frente de dos mil quinientos hombres, haciendo esfuerzos para interesar al pueblo en su causa. Pero un considera-

(1) Siendo duque de York ya habia profesado casi abiertamente la religion católica, lo cual le habia acarreado el odio de la nacion. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

(2) Hume asegura que nunca tuvo fuerzas para llevar á cabo semejante resolucion.

(3) Jacobo exigió que se le otorgáran dos millones anuales de libras esterlinas vitalicios, cantidad que los monarcas mas absolutos no habian tenido antes ni despues. *(B. W.)*

ble cuerpo de ejército que el rey envió á su encuentro dispersó aquellas tropas, y él mismo despues de ser herido al intentar la fuga, fué hecho prisionero por un paisano que le halló en un estanque con agua hasta el cuello. Enviósele á Edimburgo, donde despues de soportar con valor los actos mas indignos fué ejecutado públicamente.



Argyle.

La triste suerte de Argyle enfrió el ardor de Monmouth que acababa de desembarcar en el condado de Dorset, no teniendo en su séquito mas de cien hombres. Empero era tan grande la popularidad de su nombre, y tal el ódio del pueblo contra la persona y religion de Jacobo, que en cuatro dias se vió Monmouth á la cabeza de mas de dos mil hombres, si bien eran de la clase mas baja. La declaracion del duque era de la naturaleza mas peligrosa para ellos: el rey, á quien solo denominaban el duque de York, era designado con el título de traidor, tirano, asesino y usurpador papista: imputábasele el incendio de Londres, así como las muertes de Godfrey y de Essex, y hasta el envenenamiento del finado monarca.

No bien se informaron las cámaras del desembarque de Monmouth, cuando dirigieron un mensaje al rey renovándole las protestas de su adhesion y de su celo. El duque de Albermale, despues de levantar cuatro mil hombres de milicia, avanzó hasta Lyme con intencion de bloquear á Monmouth; mas se retiró con precipitacion por hallar á los soldados mal dispuestos á favor del rey.

Al mismo tiempo adelantóse Monmouth hasta Taun-Ton, donde recibió muy pronto un considerable refuerzo, presentándosele además veinte doncellas con dos estandartes trabajados de sus manos y con una copia de la biblia. Allí tomó el título de rey, siendo proclamado con la mayor solemnidad.

Aumentóse su ejército con seis mil hombres mas, y por falta de armas se veia precisado diariamente á despedir infinidad de los que iban á reunirse bajo sus banderas. Entró en Bridge-Water, Wells y Frome, siendo proclamado en todas estas poblaciones; mas por desgracia suya, en lugar de aprovechar el tiempo, lo perdió en recibir pueriles homenajes.

No poco se alarmó el rey con los progresos de una invasion que al pronto habia parecido insignificante. De Holanda fuéron llevados seis regimientos de gente británica, siendo enviados además tres mil hombres de tropas regulares á las órdenes del conde de Feversham y de Churchill, para reprimir los adelantos de los rebeldes. Aquellos se acamparon en Sedge-Moor, cerca de Bridge-Water, donde se les incorporó la considerable milicia del país, y fué allí donde Monmouth se decidió por un esfuerzo desesperado á perder la vida ó á conseguir el reino. La mala disposicion de las tropas de Feversham le estimuló á atacarlas de improviso, y sus fieles partidarios patentizaron de lo que son capaces el valor y el sentimiento del deber, contra la disciplina y la superioridad del número. Ya habia rechazado á la infantería real y estaba á punto de lograr la victoria, cuando su inesperiencia y la cobardía de lord Grey que mandaba la caballería, vinieron á decidir su ruina. Grey echó á huir al primer ataque, y los rebeldes, cargados de flanco por el ejército victorioso, cedieron el terreno despues de un combate de tres horas, siendo muertos unos trescientos hombres en la accion y mil en la persecucion. Así se terminó una empresa comenzada temerariamente, y dirigida con imprudencia y cobardía.

Monmouth se fugó del campo de batalla, y despues de correr mas de veinte millas cayó rendido su caballo: cambió de traje con un pastor, y continuó su ruta á pié sin mas compañía que la de un conde aleman que habia venido con él de Holanda. Agobiados entrambos de hambre y cansancio, se tendieron en un campo tapándose con yerba; pero el descubrimiento del pastor con la ropa de Monmouth contribuyó á acrecer el empeño de la pesquisa, y por medio de sabuesos llegó á descubrírsele con espigas de trigo en la faltriquera cojidas para remediar el hambre.

Derritióse en lágrimas al verse en manos de sus enemigos, y pidió la vida de la manera mas humillante: además escribió al rey cartas llenas de protestas de sumision: el vengativo monarca, que queria saciar sus ojos con la vista de un enemigo vencido, accedió á darle una audiencia: el duque, apenas le vió, se arrojó á sus piés demandando la vida en los términos mas humildes.

Hasta firmó un papel que el rey le presentó y en el cual reconocia la ilegitimidad de su nacimiento. Jacobo, satisfecho en este punto, le declaró que su crímen no era capaz de ser perdonado: convencido el duque de que nada podia esperar de la clemencia de su tio, recobró su serenidad, y alzándose súbitamente se retiró con aire de desden y orgullo: el populacho le siguió al cadalso dando las señales mas marcadas de compasion por su suerte: suplicó al ejecutor que no errase como habia sucedido con Russel, sobre quien tuvo que repetir el golpe: semejante encargo solo sirvió para hacer su muerte mas dolorosa, porque el verdugo se atemorizó tanto, que no descargó mas que un golpe débil é incierto. El duque levantó la cabeza, volviéndola como si quisiera reprender al ejecutor por su torpeza: tornando á colocar la cerviz sobre el tajo, recibió dos golpes mas, pero sin éxito. Lleno el verdugo de la mas horrible emocion, arrojó lejos de sí el hacha; pero el jerif que estaba presente le obligó á tomarla otra vez, separando por fin de otros dos hachazos la cabeza del cuerpo.



Duque de Monmouth.

Tal fué el triste fin de Jacobo, duque de Monmouth, objeto de la predileccion del pueblo inglés (1). Era va-

(1) Algunos escritores han pretendido que un criminal sustituyó en el cadalso al duque de Monmouth; que este fué enviado preso á Francia, y que falleció en la Bastilla con el nombre del hombre de la máscara de hierro. Esto es un cuento. Toda Londres presenció el suplicio del duque: hubiera sido difícil engañar á una ciudad entera que tan perfectamente le conocia. *(B. W.)*

liente, sincero, humano, fácil de dejarse seducir por la lisonja, y de ser arrastrado por consiguiente á empresas superiores á sus fuerzas.

Hubiera sido de desear para bien de los desgraciados insurgentes y del mismo rey, que la sangre de Monmouth fuera una expiacion suficiente; pero el victorioso ejército se condujo con la mayor crueldad en cuanto á los prisioneros. El conde de Feversham hizo ahorcar en seguida del triunfo mas de veinte de aquellos infortunados, y al disponerse á continuar sus sangrientas ejecuciones advirtióle el obispo de Bath y de Wals, que teniendo los prisioneros accion á ser juzgados segun las formas de la ley, seria mirado su suplicio como un verdadero asesinato. Diez y nueve fuéron entregados de igual modo á la muerte en Bridge-Water por el coronel Kirke, hombre de carácter feroz y sanguinario, quien habiendo contraido el hábito de matar en Tánger, donde habia servido en la guarnicion, hallaba un especial placer en perpetrar actos de barbárie los mas atroces: así ordenó que fuese ejecutado cierto número de prisioneros, mientras que él y su compañía bebian á la salud del rey, y como observára que los piés de las víctimas se agitaban con las convulsiones de la muerte, gritó que les faltaba música para bailar y que se tocasen las trompetas. Devastaba el país y degollaba á sus habitantes sin distincion alguna de amigos ó enemigos; sus soldados, célebres por su crueldad, eran designados con el nombre de *carneros de Kirke*. Este, segun se dice, hizo ofrecer á una doncella la vida de su hermano, siempre que accediese á satisfacer sus infames deseos. El amor fraternal arrastró á la desventurada á entregarse; mas así que el coronel hubo saciado en ella su brutalidad, en lugar de recompensarla tan heróico sacrificio, la hizo ver ahorcado el cuerpo de su hermano desde una ventana: espectáculo horrible con que se complació el execrable Kirke. Quizá esta historia atribuida igualmente á tantos otros que son infames para siempre por su crueldad, sea parte de la maledicencia.

Las sanguinarias ejecuciones de los jefes militares eran muy inferiores á los asesinatos jurídicos cometidos por el juez Jefferies que habia sido enviado para juzgar á los culpables. Parecia que la ferocidad natural de tal hombre se aumentaba con las maldades de que era testigo, y que ellos le servian de poderoso y contínuo incentivo. Manifestó á los prisioneros que podian evitarle la molestia de procesarlos y esperar su salvacion, si accedian á hacerle una confesion general; que de lo contrario haria ejecutar la ley con todo su rigor. Muchos de ellos, seducidos por semejantes promesas, se determinaron á realizar una confesion completa; mas conocieron muy pronto que habian sido embaucados, y que tal proceder por su parte no servia mas que para apresurar su desdicha (1). Ochenta fuéron ajusticiados en Dorchester, y doscientos cincuenta y uno en las provincias meridionales.

Ni aun las mugeres estaban libres de la general matanza: la menor tentativa para salvar á un pariente cercano venia á ser motivo de condenacion. Lady Lisle, aunque viuda de un regicida, fué una de las que se distinguieron por su abnegacion generosa: presa por haber dado asilo á dos fugitivos que se habian salvado de la sangrienta batalla de Sedge-Moor, se esforzó por justificarse probando que ella ignoraba completamente su delito al dispensarles su proteccion. El jurado se mostró dispuesto á la benignidad, siendo favorable dos veces el fallo de los jueces; mas desechado dicho fallo por el inexorable Jefferies con amonestaciones y amenazas, se vieron por fin precisados á sentenciar contra la acusada.

El destino de mistris Gaunt fué mas funesto todavía. Esta muger, de la secta anabaptista, era muy conocida por la beneficencia que practicaba para con las personas de todas clases y creencias. Conociendo uno de los rebeldes la bondad de su corazon, recurrió á ella y halló asilo; mas habiendo oido decir el ingrato que se prometia una recompensa á cualquiera que delatase á un criminal, tuvo la infamia de vender á la que tan generosamente habia consentido en salvarle. Tal testimonio fué irrecusable; las pruebas eran demasiado fuertes para ser desestimadas, y la odiosa criatura alcanzó el perdon, siendo premiada su felonía; en tanto que mistris Gaunt fué quemada viva por su buena accion.

El esterminio avanzaba de dia en dia á grandes pasos. Un jerif, llamado Cornish, que habia incurrido en el desagrado de la corte, fué acusado por Goodenough, que á la sazon se habia constituido acusador público, y en el espacio de ocho dias el infeliz jerif fué juzgado, condenado y ejecutado. Después de su muerte pareció tan indisputable el perjurio del testigo, que el mismo rey manifestó algun pesar por la desventura de la víctima, restituyó los bienes de esta á su familia, y condenó á Goodenough á prision perpétua. Pero el infame Jefferies á su regreso fué creado par y revestido al poco tiempo con la dignidad de canciller (1). Esto último acabó de probar al pueblo lo agradables que habian sido al rey las crueldades consumadas, y le convenció de que el monarca nunca habia intentado otra cosa que afirmar su trono sobre bases tiránicas y sanguinarias.

Fácil es de creer que estos asesinatos no contribuirian de modo alguno á atraer al rey el amor y la confianza de sus súbditos. Empero á pesar de todas estas siniestras circunstancias, no por eso dejaba de creer favorable la ocasion para proseguir la ejecucion de sus proyectos con respecto á la religion y al poder arbitrario, que era el blanco de su ambicion. Semejantes tentativas por parte de Carlos, por injustas que hubieran sidó, eran sin embargo políticas en algun modo, porque tenia que reprimir una faccion republicana, siendo acaso necesario traspasar los límites de la justicia á trueque de lograr la seguridad y la calma. Pero tales designios por parte de Jacobo eran tan imprudentes como impracticables: hallábase á la sazon considerablemente disminuido el número de los republicanos, y el pueblo estaba profundamente penetrado de las ventajas de una monarquía sábiamente limitada.

Jacobo pues, sin la menor consideracion al espíritu de la época y á los sentimientos de la nacion, se determinó á arrojar la máscara que hasta entonces habia llevado, y en un discurso que dirigió á la cámara de los comunes acabó de manifestarse, tan desprovisto de disimulo como de prudencia. Declaró que habiendo acreditado la esperiencia que de ninguna utilidad era la milicia, juzgaba necesario aumentar el ejército permanente; que en su consecuencia habia puesto en actividad gran número de oficiales católicos, á quienes habia creido oportuno dispensar del juramento de la prueba impuesto á cualquiera que recibiese algun empleo de la corona, y en fin, que estaba resuelto á conservar en sus empleos á estos celosos servidores como los mas útiles para el bien del reino.

Estas declaraciones, que propendian á acrecer la autoridad del rey de una manera prodigiosa, hicieron

(1) El rey daba el ejemplo de las falsas promesas. Un dia interrogaba á Ayloff, uno de los cómplices del duque de Monmouth, y le decia: «Sabeis, M. Ayloff, que está en mis manos »el otorgaros la vida; decidmelo pues todo para merecerla.» «Aunque esta gracia está en vuestra mano, respondió el cau»tivo, no lo está en vuestra naturaleza, y así me callo.» (*Mad. Macaulay.*)

(1) Jacobo se chanceaba de las crueles espediciones de tal monstruo, llamándolas las *campañas de Jefferies (Lettres sur l'Histoire d'Angleterre)*. Cuando uno lee esta frase y la historia de las ejecuciones de Kirke y Jefferies, se asombra de leer en seguida en las revoluciones de Inglaterra por el P. Orleans, que Jacobo II era un príncipe apacible y bueno. Pero este jesuita escribia al tenor de las memorias del mimo Jacobo, y le hacia la corte en San German. (*B. W.*)

nacer naturalmente alguna oposicion en ambas cámaras, las cuales no obstante acabaron por consentir en tales medidas; pero el parlamento no por eso dejó de ser disuelto, por no haber manifestado mas que una tardía complacencia; y por lo demás esta disolucion fué muy dichosa para la nacion, porque quizá hubiera sido imposible escojer una cámara baja mas dispuesta á mostrarse servil para con la corona.

Después de la disolucion del parlamento, el primer cuidado del rey fué el afirmar su preponderancia en el consejo privado. En consecuencia fuéron admitidos en él cuatro señores católicos, Powis, Arundel, Bellasis y Dover. El rey no procuró ya disimular por mas tiempo el deseo de ver á sus cortesanos convertidos á su religion, y el conde de Sanderland, convencido de que el único medio de adelantar era el abrazar el catolicismo, no tuvo escrúpulo ninguno en comprar su favor á este precio. El tesorero Rochester fué destituido por haberse negado á conformarse con la voluntad del rey, el cual se dirigia completamente por los consejos de la reina y de su confesor el P. Eduardo Petre, á quien honró bien pronto con una plaza en el consejo privado. Hasta el duque de Ormont, que por largo tiempo habia defendido la causa real en Irlanda, fué depuesto por protestante, siendo colocado en su lugar lord Tyrconnel, uno de los católicos mas celosos. El rey se rebajó hasta solicitar del coronel Kirke que se convirtiese; pero este soldado feroz le respondió con audacia, que ya estaba ligado por una promesa, y que durante su residencia en Tánger habia jurado al rey de Marruecos, que si alguna vez cambiaba la religion, seria para hacerse mahometano.

No podia esperarse que el estremado favor del rey para con los católicos seria tolerado cobardemente por los miembros de la iglesia Anglicana, quienes hasta entonces habian defendido á Jacobo contra sus enemigos republicanos, á cuyo celo debia principalmente la corona. Mas apenas se aseguraron de la parcialidad del monarca á favor de dichos católicos, principiaron á alarmarse y á formar una oposicion poderosa, no cesando el púlpito de declamar contra el catolicismo, que, merced á la proteccion del rey, se habia tornado mas temible que nunca. Fué en vano que Jacobo se esforzase en imponer silencio á aquellos oradores vehementes, quienes lejos de esquivar la controversia, la prosiguieron con ardor infatigable.

Entre los que mas se distinguieron en tal ocasion fué el doctor Sharp, ministro de Londres, el cual se espresó con la mayor severidad contra los que habian tenido la debilidad de dejarse arrastrar á variar de religion por los argumentos de los misioneros católicos. Tales discursos, que tendian evidentemente á deshonrar al rey, ofendieron á la corte, y diéronse órdenes terminantes al obispo de Londres para que suspendiera al doctor Sharp hasta que el rey hiciese conocer su voluntad. Habiendo rehusado el prelado ejecutar semejantes órdenes, el monarca trató de castigarle á él mismo por su desobediencia.

Con tal designio determinóse á restablecer el tribunal de la alta comision, que en el reinado de Carlos I habia causado á la nacion tanto descontento, siendo abolido por disposicion del parlamento. Pero de ningun embarazo era la ley para Jacobo, siempre que fuera contraria á sus deseos: organizóse de nuevo una comision eclesiástica, siendo investidos siete comisarios con autoridad plena é ilimitada sobre la iglesia de Inglaterra. Un golpe tan temible contra esta alarmó con justo motivo al reino, porque así que se afirmara sólidamente el poder de tal tribunal, aspiraría á efectuar completamente los intentos del rey con respecto á la conversion de la nacion entera. Intimóse al obispo que compareciera ante aquel tribunal, y muchos, así como Sharp el predicador, fuéron suspendidos.

La medida siguiente de Jacobo fué otorgar la libertad de conciencia á todos los sectarios, convencido de que tal medio contribuiria á que prevaleciese la religion católica: el mismo poder que otorgaba la libertad de conciencia podia restringirla, y la religion católica seria la única dominante. En consecuencia hizo publicar una declaracion de tolerancia general, por la cual los no conformes con la religion establecida dejarian de incurrir en las penas impuestas hasta entonces contra semejante delito, y para asegurar una acojida favorable á tal edicto comenzó por halagar á los presbiterianos, como si tratara de protegerlos en lo sucesivo; pero estos eran demasiado astutos y desconfiados para dejarse deslumbrar con tales apariencias: sabian muy bien que la firme intencion del rey era establecer su creencia á espensas de la de ellos, y que ni sus tendencias ni el espíritu de su religion le impelian á los verdaderos sentimientos de tolerancia. Sin embargo disimularon su desconfianza por algun tiempo, y Jacobo continuó obrando y congratulándose en secreto por el buen éxito de sus planes.

Esta conducta fué muy moderada y sábia, comparada con la que adoptó con respecto á Escocia é Irlanda. Ordenó al parlamento escocés que otorgase tolerancia á los católicos solamente, sin ninguna consideracion á los presbiterianos que eran mucho mas numerosos. En Irlanda los protestantes fuéron despojados de todo empleo lucrativo ú honorífico, y puestos en su lugar los católicos. Tyrconnel, que fué revestido con plena autoridad, envió á este país como canciller á un tal Fitton, hombre de mala reputacion, que habia salido de la cárcel y estaba convicto de falsario y otros muchos crímenes. Este católico, estraviado por su oficioso celo, declaró en pleno tribunal que los protestantes eran unos miserables, y que entre mas de cuarenta mil, ni siquiera habia uno que no fuera traidor, rebelde ó cobarde.

Tantas medidas rigurosas eran mas que suficientes para disgustar á todo el imperio británico del régimen de Jacobo, quien puso el colmo á su arbitraria conducta enviando públicamente á Roma al conde de Castlemain como embajador estraordinario á ofrecer al papa el tributo de su obediencia, y á preparar la reconciliacion de su reino con la iglesia católica. Jamás hubo embajada emprendida mas temerariamente, ni mas despreciada y vituperada. Ninguna ventaja esperaba la corte de Roma de un proyecto conducido con tanta imprudencia y ceguedad, hallándose convencida de que el único objeto del rey era minar sordamente toda especie de leyes y opiniones que estuvieran en oposicion con sus intereses personales (1). Los mismos cardenales ridiculizaron á Jacobo manifestando en tono festivo que seria escomulgado, porque su conducta caminaba á destruir los pocos restos de catolicismo que todavía habia en Inglaterra. La única prueba de complacencia que Jacobo recibió de Su Santidad fué la diputacion de un nuncio á la corte de Inglaterra en cambio de la embajada.

Tal circunstancia no dejó de acrecer el descontento general; y el pueblo, que hasta entonces se habia persuadido de que el rey no seria bastante insensato para obrar abiertamente contra una disposicion esplícita del parlamento que vedaba toda comunicacion con el papa, esperimentó la mayor sorpresa y enojo al ver la recepcion pública y solemene que el rey hizo al nuncio en Windsor—Año 1687.—El duque de Sommerset, que se negó á asistir á aquella ceremonia, fué despojado de su cargo de gentil-hombre de cámara.

Mas todo esto solo fué el preludio de las tentativas arbitrarias del rey: bien pronto consiguieron los jesuitas permiso para erigir colegios en diferentes partes

(1) Luis XIV, dice madama Macaulay, habia prometido á Jacobo suministrarle el dinero necesario para hacerle independiente del parlamento y de la nacion, con la condicion de que no convocaria mas parlamentos. Este negocio fué llevado á cabo por Barrillon, y Luis envió sumas enormes á Inglaterra. *(B. W.)*

del reino, practicando el culto católico con la publicidad posible. Cuatro obispos consagrados en la capilla real fuéron revestidos con el título de vicarios apostólicos, los cuales se dispersaron por el reino á ejercer sus funciones episcopales. Imprimiéronse cartas pastorales, siendo enviadas á todas las provincias: los monjes se presentaron en la corte con el hábito de su órden, habiéndose presentado gran número de eclesiásticos de la misma comunion en Inglaterra. Quitáronse todos los cargos públicos á los protestantes: Rochester y Clarendon, cuñados del rey, fuéron despojados de sus empleos á causa de sus opiniones religiosas, no obstante que siempre habian sido fieles á los intereses de este. Ya no faltaba mas que abrir las puertas de la iglesia y de las universidades á los católicos, y tal esfuerzo no tardó en ser emprendido por el temerario Jacobo.

El padre Francisco, benedictino, habia sido recomendado vivamente por el rey á la universidad de Cambridge para el grado de maestro en artes; pero su religion era un obstáculo por el cual no estaba dispuesta á pasar fácilmente aquella corporacion. Esta por lo tanto presentó una peticion al monarca, suplicando que revocase sus cartas comendatorias; mas el rey ningun aprecio dispensó á la pretension, y obligado el vice-canciller á comparecer ante el tribunal de la alta comision, fué exonerado de su cargo: empero la universidad insistió, y el padre Francisco fué desechado. Al verse el rey vencido juzgó oportuno renunciar por el momento á sus pretensiones, aunque no por esto dejó de proseguir con el mayor vigor sus proyectos contra la universidad de Oxford.

Habiendo vacado el puesto de presidente del colegio de la Magdalena, una de las mas ricas fundaciones de Europa, el rey envió una órden á favor de un tal Farmer, nuevo convertido y hombre de carácter despreciable bajo muchos conceptos. Los miembros del colegio mandaron cartas suplicatorias á S. M. para la revocacion de tal órden; mas habiendo llegado el dia designado por sus estatutos para la eleccion antes de recibir respuesta de la corte, escojieron al doctor Hough, hombre recomendable por su instruccion, integridad y firmeza de carácter. Irritado el rey por tal presuncion, se determinó á castigarlos enviando al efecto comisarios eclesiásticos; pero instruidos estos de la reputacion escandalosa de Farmer, desistieron muy pronto de favorecerle, y publicaron un mandato para nueva eleccion. El recomendado entonces por el monarca era el doctor Parcker, nombrado poco antes obispo de Oxford, y cuya reputacion corria parejas con la de Farmer, si bien á trueque de espiar una conducta por largo tiempo viciosa accedió á abrazar la religion católica.

Negáronse nuevamente los miembros del colegio á obedecer las órdenes del rey, quien se agravió tanto por semejante resistencia, que dirigiéndose á Oxford ordenó que dichos miembros fueran á su presencia. Echóles en cara su insolencia y desobediencia en los términos mas imperiosos, y les mandó que eligiesen á Parecker sin demora. Una novísima negativa solo sirvió para exasperarle mas todavía, y convencido Jacobo de la terquedad de aquellos hombres en defender sus privilegios, quitó á todos sus beneficios á escepcion de dos solamente, y Percker fué puesto en posesion de la plaza vacante. Llenóse en su consecuencia el colegio de católicos, y Charnak, uno de los conservados, fué nombrado vice-presidente.

Las tentativas del clero anglicano para defender sus derechos no servian mas que para impeler al rey á violarlos mas abiertamente. Este hizo publicar una segunda declaracion de tolerancia casi en los mismos términos que la primera, y con sola la añadidura de que fuera leida públicamente en todas las iglesias durante el culto divino. Semejante medida armó á toda la nacion contra Jacobo: el clero, que en general era conocido como enemigo del poder suspensivo, tomó la resolucion de desobedecer una órden dictada por motivos los mas fanáticos; los obispos resolvieron abandonar su causa á la proteccion del pueblo, y manifestóse un descontento universal contra las usurpaciones de la corona.

Los primeros campeones que lucharon contra el inminente peligro, fuéron Lloid, obispo de San Asaph; Kenn, de Bath y Wells; Turner de Ely; Lake de Chichester; Wite de Peterborough, y Trelawney, de Bristol. En una reunion tenida en casa del primado Sancroft acordaron la forma de una nueva peticion al rey, demostrándole en medio de espresiones de sumision y lealtad, que no podian, sin faltar á sus conciencias y al respeto debido á la religion protestante, aceptar y leer en público la declaracion, segun se ordenaba. Tal mensaje, no obstante lo humilde que era, acrecentó el resentimiento del rey, impulsándole á tomar medidas tan violentas como precipitadas, porque se habia propuesto no dejar pasar la mas liviana contradiccion sin castigarla severamente, siquiera estuviera concebida en términos los mas respetuosos. Habiendo pues recibido la peticion con muestras de sorpresa y descontento, manifestó á los obispos que no esperaba semejante comportamiento de parte de la iglesia anglicana, y que la tenaz resistencia de algunos de ellos le ofendia mucho: insistió en la pronta y entera obediencia; mas los prelados rehusaron obedecer; y como temian su enojo, se retiraron de su presencia contando con el favor del pueblo en apoyo de la pureza de sus intenciones.

La conducta del rey llegó entonces á ser tan odiosa al pueblo, que á pesar de las órdenes dadas por los obispos de Durham y Rochester, individuos del tribunal eclesiástico, para que la declaracion real fuera leida en todas las iglesias, los oyentes no pudieron escucharla con paciencia. Un ministro osó manifestar desde el púlpito, que aunque habia recibido mandato formal de leer á los fieles la declaracion del rey, ninguna necesidad tenian de oirla, y que eran libres para salir de la iglesia: de este permiso se aprovecharon todos inmediatamente. Sin dificultad debe creerse que los obispos autores de la peticion tenian motivos para temer el resentimiento del monarca.

Como la peticion le habia sido entregada en particular, mandó á los obispos que compareciesen ante el consejo, y entonces les preguntó si la reconocian por suya. Por algunos instantes vacilaron en responder, mas por fin confesaron que ellos eran los autores de la peticion. A consecuencia de su negativa á prestar caucion, espidióse una órden para que fueran encerrados en la Torre, y los abogados de la corona recibieron la comision de juzgarlos como autores de un libelo sedicioso.

El rey, conociendo la opinion de toda la ciudad, y temiendo una conmocion á favor de los obispos dispuso que los embarcaran en el Támesis para conducirlos á la Torre. Apenas se informó el pueblo del peligro de ellos, corrió en tropel á la playa, postrándose todos en el momento en que pasaron los presos; algunos hasta entraron en el agua para recibir la bendicion de estos, y encomendaron al cielo el cuidado de defenderlos y protegerlos, no dejándolos sino despues de haberlos animado á sufrir valerosamente por la causa de la religion. No se descuidaron los obispos en tales circunstancias en escitar mas y mas la compasion y el celo de los espectadores con muestras esteriores de sumision y humildad, exhortándolos á temer á Dios, á respetar al rey, y á perseverar en sus sentimientos de lealtad y fidelidad. Los soldados encargados de custodiarlos se inclinaron en su presencia implorando perdon por su conducta. Apenas los presos saltaron á tierra, se dirigieron á la capilla de la Torre á ofrecer á Dios acciones de gracias y á dárselas por los tormentos que iban á padecer.

El 29 de junio fué el dia fijado para el juicio de ellos; esta traslacion fué mas pomposa todavía que la primera: veintinueve pares, un infinito número de

nobles y una inmensa muchedumbre los acompañaron á Westminster-Hall: se consideraba que aquella causa iba á decidir el destino de la nacion, y que de aquella resolucion debia nacer la libertad ó la esclavitud para lo sucesivo. Los abogados que trataron de la cuestion, manifestaron igual habilidad de una y otra parte. Holloway y Powel, dos de los jueces, se pronunciaron á favor de los prelados, y habiéndose retirado el jurado á una sala donde pasó la noche entera, á la mañana siguiente, en pleno tribunal, fué al fin proclamada la inocencia de los obispos.

En el salon de Westminster resonaron al instante voces de alegría, que muy pronto se estendieron á toda la ciudad y llegaron hasta el campo de Hounslow, donde el rey iba á comer en la tienda de lord Feversham. «¿Qué significan ese tumulto y esas ruidosas aclamaciones?» preguntó el rey. Respondiósele que no eran mas que el regocijo de los soldados por la absolucion de los obispos.—«¿Y eso os parece nada? esclamó Jacobo. Yo os aseguro que por eso mismo lo han de pasar peor.»

Si los obispos mostraron el celo de los mártires en defensa de su religion, Jacobo no patentizó menor ardor á fin de introducir la suya en el reino; y por mas odioso que se hizo para sus súbditos, su perseverancia fué la misma, porque era carácter suyo no renunciar jamás á las resoluciones que una vez abrazaba. Despojó de sus cargos á los jueces Powel y Holloway, que habian favorecido á los obispos, y espidió órdenes para perseguir con severidad á los eclesiásticos que se habian negado á leer su declaracion, habiendo resultado todos culpables á escepcion de doscientos. Envió una carta de recomendacion á los nuevos miembros puestos por él en el colegio de la Magdalena, para que nombrasen presidente en lugar de Parker, muerto recientemente, á un tal Gifford, doctor de la Sorbona y obispo titular de Madaure.

Como el clero en todas partes era opuesto al rigor de sus medidas, Jacobo quiso probar lo que podria hacer por medio del ejército. Creyendo que si lograba ganar un regimiento haciéndole prometer una implícita obediencia, este ejemplo arrastraria á los demás, ordenó que uno de los del ejército fuera conducido á su presencia. Entonces invitó á los que se oponian á su última declaracion de tolerancia á deponer las armas: su sorpresa fué estremada cuando vió que todo el regimiento las dejaba, á escepcion de dos oficiales y de un cortísimo número de soldados católicos.

Mas tal oposicion, por manifiesta y general que fuera, lejos de reducir á Jacobo á sentimientos mas moderados, no sirvió mas que para aumentar su celo fanático, estimulado sin cesar por la reina y los clérigos que le rodeaban. Un suceso feliz ocurrió en la familia real pocos dias antes de la absolucion de los obispos: la reina dió á luz un hijo que fué bautizado con el nombre de Jacobo. Semejante acontecimiento debiera haber bastado para afirmar á Jacobo II en el trono, á ser posible alguna cosa en aquella época; mas era tan fuerte la animosidad que habia contra él, que se difundió el rumor de la falsedad de tal parto, pretendiéndose que el infante fué introducido en un calentador en la cámara de la reina. El orgullo impulsó al monarca á rechazar con desden toda tentativa de refutar tal calumnia. La conduta de este príncipe en general se señaló por la altivez, la crueldad, la hipocresía y la debilidad, vicios en que fué sostenido constantemente por el padre Petre, su confesor, hombre ignorante, ambicioso é intrigante, del cual sospechan algunos haber sido hechura del príncipe de Orange. Por incierto que sea esto, no lo es que Jacobo fué impelido constantemente por los consejos de Petre de precipicio en precipicio, hasta que por fin se vió obligado á abandonar las riendas de un gobierno que habia trastornado y era incapaz de dirigirlas.

CAPITULO XLIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JACOBO II.

(Desde el año 1688 hasta el de 1689.)

Guillermo, príncipe de Orange, se habia casado con María, hija mayor del rey Jacobo, princesa educada en la religion protestante. El pueblo se resignó á soportar con paciencia la conducta arbitraria del rey, creyendo que esta princesa era la heredera presuntiva del trono, y con la esperanza de que el advenimiento de una soberana protestante seria la señal de la caida del catolicismo y de todos los abusos nuevamente introducidos con respecto á la prerogativa real. Esta es la razon por qué el príncipe de Orange, no solo dió consejos, sino tambien socorros al rey en todos los casos en que tuvo necesidad de ellos, y le habia enviado seis mil hombres de tropa para rechazar la invasion de Monmouth. Mas cuando la reina de Inglaterra dió á luz un príncipe, desvaneciendo las esperanzas de sucesion de Guillermo, este conoció la necesidad de variar de conducta, y prestando mas atencion á las quejas de la nacion, principió á fomentar en secreto los disturbios, que hasta entonces se esforzara para apaciguar, por sacar partido del descontento general.



La reina María.

Desde que este príncipe emprendió la carrera diplomática, nunca dejó de estar espuesto á los peligros, las calamidades y tramoyas políticas, habiendo servido para desarrollar sus cualidades y su propension á la intriga la ambicion de Francia y la rivalidad de Holanda. Como era guerrero y profundo político á la vez, siempre habia ocultado bajo una frialdad aparente la ambicion mas violenta y desmesurada; todas sus acciones iban calculadas al logro del poder supremo, y jamás revelaban sus palabras los secretos sentimientos de su corazon. Su carácter era frio y severo, su génio activo, su espíritu perspicaz; era valiente sin ostentacion, y político sin lisonja. Aunque desdeñaba la elegancia y los placeres de la vida, buscaba con ardor y sin descanso las ilusiones de la preeminencia; y ya que le sirvió mal la fortuna en el campo de batalla, en el gabinete se mostró negociador hábil y temible: salvó con sus propios esfuerzos á su país de una ruina inevitable; hizo que reviviera la libertad de Inglaterra; conservó la independencia de Europa; y aunque sus virtudes y dotes no eran las mas notables, la historia ofrece pocos ejemplos de hombres cuyas acciones y conducta hayan contribuido en mayor escala al interés de la sociedad y de la especie humana.

Este príncipe conocia entonces claramente hasta qué punto se habia atraido Jacobo el ódio de sus súbditos; y hallándose informado con exactitud de todo lo que ocurria, al paso que aparentaba vituperar á los descontentos, los irritaba mas cada dia. Principió por dar á Dyckwelt, su enviado en Inglaterra, las instrucciones

necesarias para dirigirse en su nombre á todos los partidos y sectas del reino: hizo al de la Iglesia protestas de favor y consideracion, asegurando que la educacion que él habia recibido en Holanda no le inspiraba prevencion alguna contra el gobierno episcopal: exhortó á los disidentes á no dejarse engañar por las insidiosas caricias del enemigo jurado de ellos, sino á esperar pacientemente un protector seguro y fiel. Dyckwelt llenó con tanta habilidad su mision, que todas las clases volvieron desde entonces sus miradas hácia Holanda, como lugar que encerraba al que debia libertarlos de los riesgos de que estaban amenazados.

Guillermo conoció bien pronto que todos los partidos estaban igualmente dispuestos á la rebelion, acabando de convencerle de ello completamente las reiteradas invitaciones que recibió de varias personas del reino. Los almirantes Hebert y Russel fuéron en persona á ofrecerle las protestas de su adhesion personal y de toda la nacion. Enrique Sidney, hermano de Algernon y tio del conde de Sunderland, pasó el mar para ir á informarle de una conspiracion general contra el rey: como lord Dumblaine, hijo del conde de Danby, era dueño de una fragata, hizo muchos viajes á Holanda para llevar á Guillermo los testimonios de la lealtad y del respeto de una numerosa nobleza, así como sumas considerables de dinero. Poco tiempo despues el obispo de Londres, los condes de Danby, de Nottingham, de Devonshire, de Dorset y otros muchos señores de la mayor distincion, así como los principales vecinos de la ciudad, se reunieron para dirigir mensajes al príncipe en solicitud de que apresurara su desembarco en Inglaterra.

Divididos hacia mucho tiempo los ingleses en wighs y torys, parecia que entonces habian olvidado sus contiendas para juntarse unánimes contra el soberano, á quien los wighs aborrecian por principios de libertad, y los torys por principios de religion. Los primeros habian demostrado siempre la mayor obstinacion en sus derechos políticos, y los segundos en defender sus dogmas religiosos. Jacobo logró dominar á entrambos partidos hasta el punto de que por algun tiempo pareció que todas las facciones se habian estinguido; pero no por eso era menos fuerte y unánime la decision general de arrojar del trono á un tirano que por ningun concepto era acreedor á ocuparle. Determinóse Guillermo por lo tanto á acceder á las ardientes instancias de todo el reino, realizándolo con tanta mas actividad y prontitud, cuanto que la prudencia y el misterio con que habian sido tomadas las medidas le daban la seguridad de un éxito feliz.

El momento escojido por el príncipe para verificar su empresa, fué justamente el en que el pueblo era presa del resentimiento por el insulto hecho á los obispos. Algun tiempo antes habia aumentado Guillermo la armada holandesa, y todos los bajeles estaban en el puerto prontos á recibirle: levantáronse nuevas tropas, y varias cantidades recojidas para otros motivos fuéron destinadas para los gastos de la espedicion. Siempre habian tenido los holandeses una completa confianza en Guillermo, y muchos príncipes vecinos le consideraban como á su protector: él estaba pues seguro del apoyo y celo de ellos en cuanto á velar por los interes de su gobierno durante su ausencia, dirigiéndose ya con tal objeto hácia Holanda las tropas de diferentes potencias de Alemania. Al instante se puso todo en movimiento, y la Europa entera supo la noticia de aquel desembarco, menos el malaventurado Jacobo, quien confiando en la piedad de sus intenciones, se imaginaba que nadie podia destruir unos proyectos concebidos para defensa de la causa del cielo.

El rey de Francia fué quien primero le informó de su peligro, ofreciéndole su socorro, añadiendo una escuadra á la inglesa y diciéndole que haria pasar á Inglaterra el número de tropas que se creyera necesario para su seguridad. Este, no pudiendo persuadirse de que su yerno abrigara la intencion de invadir su reino, y lleno de una ciega confianza en el carácter sagrado de su autoridad real, autoridad de que no dudaba tuvieran sus súbditos la misma opinion, desechó las proposiciones del monarca francés, acaso porque por otra parte esperimentaba una secreta repugnancia en recurrir á un príncipe estranjero, toda vez que contaba con ejército suficiente para defenderse.

Luis, no obstante la repulsa de su proposicion, ofrecióle de nuevo que haria marchar un numeroso ejército hácia los Paises-Bajos, á fin de contener con el terror de las armas las fuerzas de Holanda; mas no fué mejor acojida semejante oferta. Empero el rey de Francia no podia determinarse á abandonar á un amigo y aliado, cuyos intereses consideraba como ligados con los suyos: aventuróse por tanto á hacer gestiones en Holanda sobre sus preparativos contra Inglaterra; mas los Estados las miraron como un insulto, y el mismo Jacobo, perseverando en su terquedad, rechazó esplícitamente la mediacion del monarca francés.

Privado de este modo por falta suya de toda clase de apoyo, y habiendo quedado solo para hacer frente al peligro, fué estremada la sorpresa de Jacobo cuando supo por su ministro en Holanda que se preparaba y dirigia abiertamente contra él una invasion formidable. A la primera lectura de la carta que contenia la noticia, púsose pálido, cayendo el papel de sus manos. Entonces conoció el precipicio en que estaba metido, y por primera vez vióse desprovisto de toda proteccion y apoyo: el único recurso que le quedaba era el de retractarse de todas las medidas imprudentes que tan precipitadamente habia tomado, y cuyos resultados se presentaban tan funestos. Esforzóse en consecuencia por halagar á Holanda ofreciéndola entrar en todas las alianzas que ella juzgase oportuno formar para la seguridad comun; restableció en todos los condados los tenientes diputados y los jueces que habian sido despojados de sus cargos por haberse declarado á favor de la *prueba* y de las leyes penales; abolió el tribunal de la alta comision; restituyó los privilegios de varias corporaciones; reintegró al presidente y á los miembros del colegio de la Magdalena, y hasta se vió precisado á adular bajamente á los obispos que con tanto encarnizamiento habia perseguido recientemente.

Pero ya no era tiempo de hacer concesiones: estas no tanto se tuvieron como pruebas de arrepentimiento, cuanto como señales de temor, y en tal conducta se vió la cobardía de un culpado, y no el efecto producido por la conviccion del error.

Así lo probó en efecto, no tardando en demostrar al pueblo la poca sinceridad de sus promesas, porque habiendo oido decir que la escuadra holandesa habia sido dispersada, retractó las concesiones que habia hecho á favor del colegio de la Magdalena, y para probar su adhesion á la iglesia romana, nombró al papa padrino de su hijo.

Empero la declaracion del príncipe de Orange era esparcida cuidadosamente por todo el reino, conteniendo la enumeracion de todos los padecimientos de la nacion y de todos los abusos de que era víctima. Guillermo prometia remediar todos los males, y manifestaba que su único objeto era restituir al pueblo inglés su libertad y religion, restablecer el parlamento, y darle una existencia robusta é independiente.

A tal declaracion se siguieron prontamente preparativos eficaces, siendo tan bien concertadas todas las medidas del príncipe, que en el espacio de tres dias fuéron aprestados cuatrocientos buques de trasporte; el ejército provisto de todo lo necesario bajó de Nimega por los rios y canales, y Guillermo salió de Helvoetslvys á la cabeza de una escuadra de quinientos bajeles y de un ejército de mas de catorce mil hombres.

Al pronto pareció que la fortuna no favorecia los proyectos de Guillermo, pues fué acometido por una tempestad furiosa que le rechazó; mas reparada prontamente su armada, tornó al mar, dirigiéndose de

nuevo hácia Inglaterra. Como se habia esparcido el rumor de que todos aquellos preparativos se dirigian contra Francia, los mas de los ingleses al ver pasar la escuadra á lo largo de sus costas, estuvieron lejos de imaginar que antes de mucho arribaria á Inglaterra. El mismo viento que empujaba á los holandeses hácia el puerto deseado, retuvo á la armada inglesa en el Támesis, y aquellos pasaron sin obstáculo el estrecho de Douvres. Tras de una navegacion de dos dias, el príncipe hizo desembarcar á su ejército en el lugar de Broxholme, en el Torbary, el 5 de noviembre, aniversario de la conspiracion de las pólvoras.

A pesar de las exigentes solicitaciones de toda Inglaterra, el príncipe tuvo la mortificacion por algun tiempo de no ver acudir mas que muy pocos partidarios á incorporársele. Primero marchó hácia Exeter; pero los habitantes de las provincias occidentales estaban tan atemorizados por las sangrientas ejecuciones que habian resultado de la rebelion de Monmouth, que hasta entonces guardaron la mas estricta neutralidad. Empero tan ligeros reveses no fuéron parte para intimidar á un guerrero que desde su tierna juventud estaba habituado á combatir con la adversidad: continuó por espacio de diez dias aguardando la incorporacion de los descontentos; y ya comenzaba á desconfiar del éxito, interrogándose á sí mismo si no seria mas prudente volver á embarcar sus tropas que esperar mas, cuando la súbita llegada de muchos partidarios de alta importancia vino á hacerle variar en sus pensamientos, no tardando en reunirse á sus estandartes todo el país en tropel. La primera persona que se unió fué el mayor Barrigthon, á quien siguieron prontamente toda la alta y baja nobleza de los condados de Devon y de Sommerset. Sir Eduardo Seymour propuso una asociacion que fué aceptada por todos. Sucesivamente fuéron llegando el conde de Abingdon, Russell, hijo del conde de Bedfort, Wharton, Godfrey Howe, y no tardó toda Inglaterra en ponerse en conmocion general. Lord Delaware voló á las armas en el Cheshire, el conde de Damby se apoderó de Yorck, el conde de Bath, gobernador de Plymouth, se declaró á favor del príncipe, el conde de Devonshire hizo igual declaracion en el condado de Derby, la alta y baja nobleza de Nottigham abrazó la misma causa, y cada dia se ofrecian nuevas terribles pruebas de aquella conspiracion general dirigida contra el soberano.

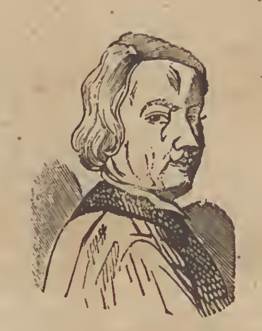
Pero el signo mas fatal de la ruina del monarca fué la desercion del ejército, escitado por un sentimiento nacional muy marcado. Lord Colchester, hijo del conde Rivers, fué quien primero se pasó á las filas de Guillermo. Lord Lovelace trató de seguir el ejemplo, mas fué sorprendido por la milicia que mandaba el duque de Beaufort. Lord Corrbury, hijo del conde de Clarendon, arrastró la mayor parte de tres regimientos de caballería, y gran número de oficiales de distincion manifestaron á Feversham, su general, que en conciencia no podian dirigir sus armas contra el príncipe de Orange.

La defeccion de los oficiales fué seguida de la de los mismos servidores del rey. Lord Churchill, que del rango de paje habia sido elevado á un puesto distinguido en el ejército, que además habia sido nombrado par, y debia toda su fortuna á la bondad del rey, se desertó así como otros, arrastrando consigo al duque de Grafton, hijo natural del difunto monarca, y al coronel Berkeley con otros muchos.

En tan desesperada situacion, no sabiendo el infortunado Jacobo á quién recurrir, ni en quién confiar, principió á echar de menos el apoyo de Francia, que con tanta imprevision y desden habia rehusado. Escribió á Leopoldo, emperador de Alemania, pero en vano; la única respuesta de este príncipe fué que habia previsto todo lo que estaba aconteciendo. Imaginóse Jacobo por un instante que podia fundar alguna esperanza en sus fuerzas marítimas; mas esta especie no tardó en desvanecerse igualmente. En una palabra, sus intereses fuéron abandonados por todos, sin que le restára ni aun el arbitrio de quejarse, porque con la imprudencia de su conducta parecia haberlos perdido él mismo de vista hacia mucho tiempo.

Dirigióse á Salisbury, cuartel general de su ejército, que á la sazon ascendia á veinte mil hombres. Quizá si los hubiera conducido inmediatamente al combate, sin darles tiempo para deliberar, su lealtad y valor le hubieran afirmado en el trono; mas turbado por el temor y recelo, el abandono de aquellos en quienes tenia mayor confianza, le impulsaba á no fiarse de nadie, y le quitaba toda presencia de ánimo.

Para colmo de dolor recibió la noticia de que el príncipe de Dinamarca y la princesa Ana, su hija favorita, arrastrados por la fuerza de las circunstancias, se habian resuelto á abandonarle igualmente y á adherirse al partido triunfante. Cuando supo Jacobo este suceso, fué presa de la mas cruel angustia, esclamando en medio de su desesperacion: «Dios, compadeceos de »mí, porque mis propios hijos me abandonan!»



Dryden.

En el conflicto de su situacion tomó de improviso la resolucion de retirarse hácia Londres con su ejército, medida que no podia servir mas que para realizar sus temores y provocar al resto de sus súbditos á abandonarle. Impelido de este modo el desgraciado Jacobo hácia el precipicio que debia devorar todas sus esperanzas, atacado por uno de sus yernos, desamparado por el otro, despreciado por su pueblo, y aborrecido por todos los que habian sido víctimas de su crueldad, determinóse á reunir los pocos nobles que todavía se mostraban leales á su causa. Rodeado de este débil é impotente consejo, pidió dictámen sobre la conducta que debia observar, y dirigiéndose al conde de Bedfort, padre de lord Russel, ejecutado en el anterior reinado por las intrigas del mismo Jacobo, le dijo: «Milord, teneis una reputacion sin mancha, go»zais de un poderoso crédito, y podeis servirme en las »actuales circunstancias de un modo muy distinguido.»

«Ah, señor! respondió el conde, yo no soy mas que »un desvalido anciano, y no puedo hacer mas que muy »poco por V. M.: yo tenia un hijo que hubiera podido »sacrificarse por vos; pero ay!..» Jacobo, aterrado por tal respuesta, permaneció algunos momentos sin poder articular una sola palabra.

Su infeliz estrella esponia á Jacobo al menosprecio de sus amigos, y su conducta en la adversidad no podia contribuir á conservarle la estimacion de sus amigos y partidarios. Este príncipe tenia una timidez natural, que aumentaban mas y mas los consejos de algunos de los que le rodeaban, ora porque ellos participaran de los temores pusilánimes de él, ora porque su sincera lealtad les hiciera temblar por sus dias. Recordábanle el triste destino de su padre, agravando mas y mas con sus discursos y su proceder las malas disposiciones del pueblo. Por fin llegaron á persuadirle que abandonara una nacion que no podia esperar gobernar por mas

tiempo, para refugiarse á la corte de Francia, donde tenia seguridad de encontrar proteccion y auxilios. Los cortesanos católicos y los eclesiásticos estaban dominados de la idea de que ellos serian los primeros sacrificados á la venganza del partido opuesto: por tanto todos sus esfuerzos se encaminaron á persuadir á Jacobo de la necesidad de huir con ellos, contando con que la presencia del príncipe les serviria de segura prenda para ser atendidos y protegidos en los países estranjeros.

Así fué como el valor y la hábil política del príncipe de Orange, ayudada por la fortuna, lograron salvar al reino de su ruina: ya no restaba mas que recojer el premio de sus tareas, y conseguir la corona que acababa de caer de las sienes de un príncipe tan poco digno de llevarla. Pero antes empezó á dirigir los asuntos públicos, y al tenor del consejo de la cámara de los pares, únicos miembros existentes de la legislatura, convocó Guillermo un parlamento por medio de cartas circulares; mas no queriendo obrar con una autoridad tan imperfecta, invitó á todos los que habian sido individuos de la cámara baja durante los parlamentos de Cárlos II á acudir al consejo, haciendo lo mismo con el corregidor, regidores y cincuenta miembros del ayuntamiento de la capital. Esta eleccion era la mas regular que se podia hacer para representar al pueblo en aquellas circunstancias: todos sostuvieron unánimes el dictámen de los pares, y el príncipe, sostenido por la autoridad, envió circulares á los condados y á las corporaciones de Inglaterra para elegir nuevo parlamento. Las órdenes fuéron ejecutadas puntualmente; todo pasó del modo mas regular y pacífico, y el príncipe fué investido con la autoridad suprema, como si hubiera llegado al trono por derecho de nacimiento—Año de 1689, 22 de enero.



Locke.

La cámara se componia principalmente de wighs. Después de dar gracias al príncipe por la venturosa salvacion del reino, se ocupó en organizar el gobierno. A los pocos dias votaron los comunes por gran mayoría de sufragios la siguiente declaracion, que fué llevada á la cámara de los pares: «Que habiéndose empeñado el rey »Jacobo en destruir la constitucion del reino, rompien»do el contrato original entre el rey y el pueblo; ha»biendo violado las leyes fundamentales por consejo de »los jesuitas y de otras personas peligrosas, y abando»nado el reino, habia abdicado el gobierno, y el trono »estaba vacante.»

Esta resolucion encontró alguna oposicion en la cámara de los pares: sin embargo, acabó por ser sancionada, aunque solo por la mayoría de dos votos.

Depuesto pues el rey, faltaba tratar de designarle sucesor. Algunos pidieron una regencia; otros propusieron que el príncipe de Orange fuera revestido con la autoridad real, y que el jóven príncipe, hijo de Jacobo, fuera reputado como ilegítimo y supuesto. Esta cuestion se discutió con mucho calor: celebróse una conferencia entre los pares y los comunes, en tanto que el príncipe de Orange con su acostumbrada prudencia, lejos de entrar en ninguna intriga ni con los electores ni con los miembros, guardó profundo silencio, como si no tuviera interés alguno en aquella transaccion.

Notando por fin que apenas se hablaba de él en todos aquellos debates, llamó á los lores Halifax, Shrewsbury y Damby y algunos otros, á quienes dijo, que habiendo sido invitado á defender la libertad de Inglaterra, el triunfo habia coronado su empresa; que habia oido hablar de diferentes planes propuestos para el establecimiento del gobierno; que en caso que se escojiera una regencia, declaraba que nunca aceptaria este cargo, porque conocia todas sus dificultades; que tampoco aceptaria la corona, si habia de depender de la princesa su esposa, á pesar de lo profundamente que la amaba y conocia su mucho mérito; que por consiguiente, si se adoptaba uno de estos dos planes, le seria imposible cooperar con su asistencia y ocuparse por mas tiempo en la organizacion del gobierno inglés, porque sus intereses personales le llamaban á su propio país, adonde iba á tratar de regresar satisfecho con haber logrado su objeto, que fué el de restituir la libertad á Inglaterra.

Esta súbita declaracion produjo todo el efecto deseado. Después de un largo debate entre las dos cámaras, fué desechada la regencia por una mayoría de dos votos, y se acordó que el príncipe y la princesa de Orange reinaran juntamente como rey y reina de Inglaterra, pero que la administracion del reino estuviera confiada al rey solamente.

El marqués de Halifax, como presidente de la cámara de los pares, fué comisionado para hacer á sus altezas el solemne ofrecimiento de la corona á nombre de los pares y comunes de Inglaterra. El príncipe aceptó la oferta con muestras de reconocimiento, y en el mismo dia Guillermo y María fuéron proclamados soberanos de Inglaterra.

El príncipe de Orange no deseaba con menos ardor por su parte que el rey se determinase á huir á Francia, y estaba decidido á emplear todos los medios para amedrentar á este y lanzarle fuera del reino. Rehusó una conferencia personal con los comisarios de Jacobo, enviando á tratar con ellos á los condes de Clarendon y Oxford: sus condiciones fuéron casi las de un soberano, y á trueque de apresurar sus medidas no perdió un solo momento dirigiéndose hácia Londres.

Jacobo, espantado cada vez mas, y no pudiendo ocultársele la aversion general que inspiraba, tomó al cabo el partido de seguir los consejos de los que contínuamente le estaban invitando á abandonar el reino. Primero hizo salir á la reina, la cual llegó con felicidad á Calais, custodiada por el conde Lauzun, antiguo favorito del rey de Francia: poco después los siguió Jacobo, quien emprendió de noche la fuga vestido con un traje sencillo, sin mas compañía que la de sir Eduardo Hales, recien convertido, encaminándose á Feversham, donde se embarcó para Francia. Pero su fatal estrella le persiguió todavía con encarnizamiento: la barca que le llevaba fué detenida por el populacho, que no habiendo conocido al rey le saqueó, insultó é hizo esperimentar toda clase de humillaciones. En virtud de consejo del conde de Winchelsea se resolvió á volver á Londres, donde el pueblo conmovido al ver su infortunio, y guiado siempre por su natural ligereza, le recibió contra sus esperanzas con aclamaciones de regocijo.

Nada podia ser mas desagradable al príncipe de Orange que la noticia del regreso casi triunfal de Jacobo, porque habia tomado todas las medidas para apoderarse de una autoridad que el abandono del monarca parecia dejarle en sus manos. Los obispos y pares del reino, que eran los únicos magistrados autorizados, velaban en tal estado de disolucion momentánea por conservar el órden y la tranquilidad en la capital. Las órdenes dadas á la escuadra, á las guarniciones y al

ejército, habian sido ejecutadas puntualmente, y presentados mensajes de felicitacion al príncipe por una empresa y unos sucesos de que todos se alegraban. En semejante situacion Guillermo esperimentó el mas estremo disgusto, al ver que volvia á aparecer el rey como una nueva rémora para sus miras.

Sin embargo, el príncipe de Orange se esforzó por disimular, y recibió la noticia del regreso de Jacobo con aire de desden y de orgullo. Su objeto desde un principio era obligarle con amenazas y medidas rigurosas á abandonar el trono, y toda su conducta habia sido la de un profundo político. Habiéndole enviado el rey á lord Feversham para cumplimentarle y pedirle una conferencia relativamente á los negocios del reino y la situacion del trono, fué arrestado dicho señor sopretesto de que carecia de pasaporte. La guardia holandesa recibió órden de tomar posesion de White-Hall, donde el rey se habia alojado, y de relevar á la guardia inglesa, é inmediatamente después se intimó á Jacobo á que desocupara el palacio á la mañana siguiente, y se dirigiera al castillo de Ham, que pertenecia á la duquesa de Lauderdale. El rey pidió permiso para retirarse á Rochester, ciudad situada no lejos del mar: esta medida le fué concedida al instante; y entonces se conoció fácilmente que las medidas severas y políticas del príncipe habian surtido el deseado efecto, y que Jacobo proyectaba de nuevo pasar á Francia.

El rey durante su residencia en Rochester pareció que deseaba recuperar las riendas del gobierno, creyendo que se le dirigirian invitaciones al intento; mas no tardó en desengañarse. El príncipe no se habia resuelto á arrostrar tantos peligros para volver á colocar en el trono á Jacobo; y este, viéndose olvidado de todos sus súbditos y oprimido por su yerno, se decidió al fin á buscar asilo cerca del rey de Francia, único amigo que le quedaba. Tomando pues la fuga, se embarcó para el continente en compañía de su hijo natural el duque de Berwick, arribando sin novedad á Ambleteuse, en Picardía: desde allí se encaminó á la corte de Francia, donde siguió disfrutando del vano título de rey y del nombre de *Santo*, que le halagó mas todavía.

CAPITULO XLIV.

GUILLERMO III.

(Desde el año 1689 hasta el de 1702.)

Desde el advenimiento de Guillermo la constitucion tomó una forma del todo diferente de la que hasta entonces habia tenido. Como su régio poder se originaba enteramente de la voluntad del pueblo, la nacion al escojerle para soberano no quiso hacerle el don de la corona sin añadir las estipulaciones necesarias para la seguridad futura de Inglaterra. Por tanto por todos lados fuéron restringidos los privilegios de Guillermo, y la prevencion que sus nuevos súbditos no podian menos de concebir contra los estranjeros venidos con él, fué un obstáculo mas á la estension de su autoridad: reconocióse que el poder del príncipe no dimanaba de otro orígen que de un contrato habido entre él y el pueblo: los representantes de la nacion hicieron una declaracion en forma de derecho de sus comitentes, viéndose Guillermo obligado á confirmarla antes de su coronacion.

La declaracion espresaba que la facultad de dispensar y suspender, segun habia sido ejercida por el rey Jacobo, era contra los intereses de la constitucion; que todos los tribunales eclesiásticos, la exaccion de dinero, y la conservacion de un ejército permanente en tiempo de paz y sin autorizacion del parlamento, serian en adelante cosas contrarias á las leyes, así como el privilegio de imponer multas y confiscaciones sin prueba de crímen, y el de elegir el jurado entre personas que carecian de las cualidades requeridas, ó que no tuvieran feudo franco: establecia el derecho de elegir y de razonar en el parlamento, y daba al súbdito la facultad de llevar y dirigir peticiones al soberano: disponia igualmente que no podria ser exigida ninguna caucion ó multa escesiva, que ningun castigo cruel ó estraordinario podria ser impuesto, y concluia con el espreso mandato de convocar con frecuencia los parlamentos. Tal fué la declaracion de los derechos calculados para asegurar las libertades del pueblo, aunque trazada de priesa y en unos momentos de fermentacion general, llevaba todas las señales de la precipitacion é imprevision (1).



Guillermo III.

Guillermo, no bien se sentó en el trono, cuando principió á conocer la dificultad de regir un pueblo mas dispuesto á censurar que á someterse á las órdenes de su soberano. Él esperaba encontrar en los in-

(1) Es muy sensible que aquella asamblea no se aprovechara de tan feliz coyuntura para limitar las régias prerogativas, estender y vindicar los derechos del pueblo, reformar los abusos de la constitucion, decretar que los parlamentos fueran anuales, que los sirvientes del rey no pudieran entrar en ellos, y que el príncipe no podria ser dispensador de gracias: de este modo se hubiera puesto un dique á la corrupcion que amenazaba al país y á la constitucion con una ruina inevitable. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

gleses disposiciones semejantes á las de sus pacíficos y dóciles compatriotas, y pensaba que sus nuevos súbditos accederian espontáneamente á secundar su ambicion, humillando á la Francia; mas no tardó en conocer que estaban mucho mas dispuestos á temer la violacion de sus libertades domésticas que el poderío de una nacion estranjera (1).

Su reinado comenzó por una tentativa semejante á la que habia sido causa principal de todos los disturbios del anterior, contribuyendo á hacer escluir al monarca del trono. Guillermo como calvinista era enemigo de toda persecucion: así es que trató de abolir las leyes que prescribian á todos la uniformidad de culto; mas viendo que no podia llevar á cabo completamente sus designios, espidió un decreto de tolerancia para todos los disidentes que prestáran juramento de fidelidad al gobierno y que no tuvieran ninguna asamblea particular. Hasta los católicos, que todo lo debian temer, esperimentaron los efectos de la dulzura y tolerancia del régimen de Guillermo; de suerte que aunque las leyes formadas contra ellos no fuéron revocadas, rara vez se observaron con rigor. Así pues, lo que habia sido vituperable y criminal en el rey Jacobo, se tornó laudable y lícito en su sucesor: el uno quiso introducir la persecucion en el reino, al paso que parecia desaprobarla, mientras que el otro no tuvo otra mira que el hacer de la libertad de conciencia la prenda de la seguridad civil.



Guillermo III.

Aunque Guillermo habia sido reconocido por rey de Inglaterra, todavía no lo estaba en Escocia é Irlanda. La revolucion que se efectuó en Inglaterra habia sido escitada por una coalicion de wighs y de torys, y en Escocia por los wighs casi esclusivamente. Estos no tardaron en tomar la resolucion de declarar, que habiendo perdido el rey Jacobo todo derecho á la corona, hasta su posteridad estaba escluida del trono: apresuráronse por tanto á reconocer la autoridad de Guillermo, aprovechándose de esta ocasion para abolir el episcopado, que hacia mucho tiempo era desagradable á la nacion.

Nada quedaba ya á Jacobo de todas sus antiguas posesiones mas que Irlanda, en la cual tenia todavía alguna esperanza de ejercer sus derechos mediante los socorros que le prometió Francia. Hallándose Luis XIV hacia mucho en discordia con Guillermo, se aprovechaba con ahinco de todos los medios de formar confederacion contra él y de oponer obstáculos á su gobierno: ora porque en aquellas circunstancias le lastimaron las penalidades de Jacobo, ora porque tuviera el deseo de debilitar la preponderancia de un reino rival, fomentando disturbios intestinos, concedió al monarca depuesto una escuadra y algunas tropas, á fin de sostener sus derechos en Irlanda, único punto de sus dominios que no se habia declarado contra él abiertamente.

Guillermo por su parte no se descuidó en sus preparativos, no omitiendo nada para detener el golpe que le amenazaba. Alegrándose de aquella ocasion que le proporcionaba el medio de manifestar su ódio natural contra Francia, entrevió la posibilidad de comprar su tranquilidad personal, encaminando el espíritu público hácia el constante objeto de su aversion y rivalidad. Aunque el parlamento casi siempre se hallaba dividido, estuvo unánimemente conforme con el rey en tales circunstancias: declaróse la guerra á Francia, y tomáronse todas las medidas para arrojar á Jacobo de Irlanda, donde habia logrado desembarcar, mas bien por medio de dinero, que por las fuerzas que le habian sido prestadas por el rey francés.

Jacobo, habiéndose embarcado en Bres, arribó á Kiessale en el mes de marzo, haciendo poco después su entrada pública en Dublin, en medio de las aclamaciones de los habitantes. Tódo lo encontró favorable en la apariencia á sus ardientes deseos; Jyrcosmel, lord teniente, se mostraba adicto á sus intereses; su ejército estaba dispuesto, y se habia levantado otro nuevo; lo cual formaba una masa de unos cuarenta mil hombres. Los protestantes fuéron desarmados en la mayor parte de Irlanda: solo la provincia de Ulster se negó á reconocer la autoridad de Jacobo, y orgullosos los católicos con la esperanza del triunfo, le recibieron con demostraciones de alegría en medio de procesiones religiosas, que fuéron para él lo mas agradable de todo.

Los protestantes de Irlanda fuéron entonces víctimas de la opresion y soportaron los mas crueles tratamientos. La mayor parte de los que eran partidarios de la revolucion, se vieron obligados á retirarse á Escocia ó á Inglaterra, ó bien á solicitar cartas de proteccion de sus enemigos. Los mas valientes sin embargo reuniéronse en número de diez mil hombres en Londonderry, y se resolvieron á hacer allí una desesperada defensa á favor de su religion y libertad: algunos otros que tambien se habian reunido en Enniskillen, fuéron á incorporarse con ellos, y pasado el primer terror, su número creció de dia en dia, de suerte que á poco tiempo se pusieron en estado de defenderse enérgicamente.

Jacobo se mantuvo algun tiempo en la irresolucion, no sabiendo qué hacer; pero tan pronto como lo permitió la primavera marchó á poner sitio á Londonderry, ciudad de poca importancia en sí misma, pero que se hizo célebre por la resistencia que opuso en aquella ocasion. El coronel Lundie, que habia sido nombrado gobernador de la poblacion por Guillermo, estaba en secreta inteligencia con el rey Jacobo, y en un consejo de guerra logró decidir á los oficiales y concejales de la ciudad á enviar parlamentarios á los sitiadores para ofrecerles que se rendirian al dia siguiente; pero noticiosos los habitantes de tal intencion, dieron voces de traicion amotinándose con furor contra el gobernador y el consejo, y disparando un tiro á un oficial de quien sospechaban que los vendia, tomaron la atrevida resolucion de defender la ciudad á pesar de que carecian de caudillos.

Esta plaza tenia fortificaciones muy endebles: las murallas no contaban mas que ocho ó nueve piés de espesor, y todavía era mas débil por su artillería, que no constaba de mas de veinte piezas en estado de servir. Organizada de nuevo la guarnicion, suplió todos estos

(1) Se le pudiera llamar rey de las provincias Unidas, de los Países-Bajos y Estatúder de Inglaterra. *(Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

inconvenientes con su valor: un tal Walker, ministro protestante, y el mayor Baquer pusiéronse á la cabeza de los mas resueltos, y abandonándose enteramente á su destino, se prepararon á hacer una vigorosa resistencia. Las baterías de los sitiadores empezaron á jugar con furia sobre la ciudad; pero sus acometidas fuéron rechazadas con energía.

El triunfo que podian merecer el valor y la intrepidez, fué al pronto de los sitiados: empero al cabo de algun tiempo entibióse su ardor, y para colmo de desgracia, agobiados por una fatiga continua, una enfermedad contagiosa vino á agravar su situacion y á diezmar el número de sus combatientes; y como habia en la ciudad gran número de bocas inútiles, se vieron reducidos muy pronto á los apuros mas crueles por falta de provisiones. Además tuvieron la mortificacion de ver algunos buques cargados de víveres que venian de Inglaterra, forzados á detenerse sin poder dar la vela hácia ellos, por impedírselo los trabajos y baterías del enemigo. El general Kirke hizo vanos esfuerzos para acudir á socorrerlos: todo lo que pudo hacer por ellos fué promesas y exhortaciones para que soportasen su deplorable situacion por algun tiempo mas, asegurándoles que muy en breve se terminarian sus penalidades de la manera mas gloriosa.

Estos desdichados, que ya habian agotado los últimos restos de sus provisiones, se hallaban entonces reducidos al cruel recurso de comer sus caballos, sus perros y hasta los insectos: aun este asqueroso alimento vino á faltarles, y su posicion llegó á ser horrible: para colmo de desesperacion, tuvieron el dolor de ver á mas de cuatro mil protestantes de diferentes puntos del país echados por Rozen, general del rey Jacobo, hasta debajo de los muros de la ciudad, donde los custodió tres dias enteros sin darles auxilio alguno.

A todo esto Kirke permanecia siempre en la inaccion, luchando alternativamente entre la prudencia y la necesidad de volar al socorro de los sitiados. Por fin, sabedor de que la guarnicion, que iba á perecer de cansancio y de hambre, habia hecho proposiciones para capitular, se decidió á hacer llegar provisiones á la ciudad por medio de tres trasportes escoltados por una fragata. Así que las embarcaciones se dieron á la vela, todas las miradas se fijaron en ellas: las de los sitiadores con el ardiente deseo de destruirlas, y las de la guarnicion con la determinacion de defenderlas á toda costa. El mas avanzado de los trasportes desbarató al primer ímpetu los trabajos de los enemigos; mas encalló con la violencia de su propio choque. Los sitiadores á su vista prorumpieron en gritos de alegría, lanzándose con furor sobre una presa que ya creian segura; mas habiendo puesto la humareda de cañon á unos y á otros en la mas profunda oscuridad, con gran sorpresa de todos reapareció á los pocos momentos dicho trasporte, sacándole del inminente peligro en que se habia metido la repulsion de sus mismos tiros, y conduciendo en seguida la escuadrilla debajo de los muros de la ciudad.

El regocijo de los habitantes á vista de aquel inesperado socorro fué inesplicable, así como la rabia y turbacion de los sitiadores, á quienes desalentó el mal éxito de su empresa hasta el estremo de que levantaron de noche el asedio, y se retiraron con precipitacion, después de haber perdido mas de nueve mil hombres.

Apenas tomó Kirke posesion de Londonderry, embarcóse Waker para Inglaterra con la comision de un mensaje de gracias al rey Guillermo por los auxilios que tan oportunamente habia enviado.

No menos notables se hicieron los habitantes de Enniskillen por el valor y la constancia con que defendieron los intereses de Guillermo, bastando la hipocresía y crueldad de los católicos para concitar á la rebelion los ánimos mas pacatos y moderados. Habiendo sido despojados los protestantes en virtud de un decreto espedido bajo el rey Jacobo por el parlamento católico, de las tierras que poseian desde la sublevacion de Irlanda, dos mil quinientos de ellos que buscaron su salvacion en la fuga, fuéron reputados como reos de alta traicion, y los soldados obtuvieron la libertad de vivir á discrecion. El pueblo saqueó las tiendas de los mercaderes y los hogares de los vecinos bien acomodados, donde buscaban cierta cantidad de cobre que fué convertida en moneda, recibiendo, mediante una órden del rey, un valor cuádruplo. No contento Jacobo con esta medida arbitraria, de su propia autoridad impuso una talla de veinte mil libras mensuales sobre toda propiedad personal, haciendo que fuera exigida en virtud de una comision autorizada con el gran sello. Todas las plazas vacantes en las escuelas públicas fuéron ocupadas por profesores católicos: la pension suministrada por el tesoro á la universidad de Dublin fué suprimida, y esta institucion convertida en seminario.

El brigadier Sarsfield mandó á los protestantes de un distrito que se alejaran sopena de muerte á diez millas de su morada, muriendo de hambre un gran número de ellos, y otro mayor todavía por el rigor de la estacion.

Empero los padecimientos de aquellos desventurados tocaron á su término. Guillermo conoció por fin que su negligencia con respecto á Irlanda era un error imperdonable que exigia ser reparado lo mas pronto posible; mas repugnando á su delicadeza la idea de enviar las propias tropas de Jacobo á combatir contra él, hizo levantar veintitres regimientos nuevos, los que apoyados por dos batallones ingleses y cuatro de los franceses refugiados, se incorporaron á los habitantes de Enniskillen, y se preparon á someter la Irlanda, habiendo sido nombrado Schomberg para mandar este ejército.

Schomberg, oficial de orígen aleman, estaba hacia mucho tiempo al servicio de Guillermo, habiendo sido siempre uno de sus mas fieles súbditos. Era á la sazon de ochenta años, y casi toda su vida la habia pasado en el campo de batalla: sin embargo, ignoraba totalmente la táctica militar empleada para hacer la guerra en Irlanda. Las tropas que tenian que combatir eran vagabundas, bárbaras; y las que tenia que mandar, tumultuarias, indomables é intrépidas. Por desgracia consideró poco el riesgo á que las esponia haciendo que acampasen en un terreno bajo y húmedo cerca de Dundalk, donde se vieron privadas de casi todos los medios de preservarse de los rigores de la estacion, y la fiebre y disenteria no tardaron en arrebatar un considerable número de ellas. Los enemigos fuéron atacados de las mismas enfermedades. En tal situacion permanecieron entrambos ejércitos el uno al frente del otro; pero como iba entrando de lleno la estacion lluviosa, todos abandonaron á la vez el campo, como si lo hicieran de comun acuerdo, y cada cual se retiró á sus cuarteles de invierno sin realizar la menor tentativa contra su contrario—Año 1690.

El mal éxito de esta campaña y la situacion miserable de los protestantes en Irlanda, impulsaron por fin al rey Guillermo á marchar á socorrerles en persona á la entrada de la siguiente primavera. Embarcóse en consecuencia para Carrickfergus, donde muy pronto se encontró á la cabeza de treinta y seis mil hombres efectivos, cuya fuerza era mas que sobrada para las tropas de Jacobo á pesar de constar estas de diez mil hombres mas.

Noticioso Guillermo de que la escuadra francesa se habia dado á la vela hácia las costas de Inglaterra, trató con medidas prontas y vigorosas de remediar la funesta impresion que semejante circunstancia podia producir en el ánimo del soldado, apresurándose al efecto á avanzar hácia Jacobo, quien á consecuencia de lo que habia oido decir, salió de Dublin colocando su ejército en Ardée y Dumdalk.

Todas las medidas que tomaba Guillermo eran dictadas por la prudencia y el valor, mientras que las que adoptaban sus adversarios parecian serlo por la presuncion y el capricho. Desdeñáronse de molestarle en la

difícil marcha que tenia que seguir hácia el Norte, y se descuidaron igualmente en oponerse al importante paso de Newry: á medida que fué avanzando Guillermo, ellos fuéron retrocediendo primero de Dundalk y en seguida de Ardée, fijando por fin su campamento en una posicion ventajosa en la orilla opuesta del rio Boyne. Habiendo acampado Guillermo en la otra orilla, encontráronse al cabo entrambos ejércitos el uno al frente del otro, poseidos recíprocamente de toda la animosidad que podian despertar la religion, el encono y la venganza. El cauce del Boyne en aquel punto no era tan profundo que no pudiera ser vadeado: las márgenes sin embargo estaban en mal estado, y ofrecian peligro por las casas viejas y los fosos que servian para la defensa del enemigo.

Apenas llegó Guillermo, visitó á caballo la orilla del rio á presencia de entrambos ejércitos, para hacer las observaciones necesarias acerca del plan de batalla; mas habiendo sido conocido á la sazon por el enemigo, este disparó un cañon contra él, matando varios de los oficiales que le acompañaban, y siendo él mismo herido en un hombro. Difundióse al instante el rumor de su muerte en todo el campo irlandés, llegando hasta París la noticia; mas bien pronto se disipó el error, porque apenas se le curó la herida montó Guillermo á caballo, y atravesando de nuevo el campamento tranquilizó á su ejército.



El Banco de Londres.

Retiróse en seguida á su tienda, donde no cesó de reflexionar acerca de la batalla que habia de dar, hasta las nueve de la noche. Entonces, aunque por mera fórmula, convocó un consejo de guerra, al cual, sin pedirle ningun dictámen, declaró la resolucion que abrigaba de forzar el paso del rio en la mañana siguiente. El duque de Schomberg fué quien primero intentó esponer el riesgo de semejante empresa; mas conociendo que su soberano habia tomado una determinacion fija, y que estaba inalterable en ella (1), retiróse á su tienda con aire de descontento y de tristeza, como si tuviera el presentimiento de su desgracia.

A las seis de la mañana—Año 1690, 1.° de julio—Guillermo dió órden para pasar el rio, lo cual emprendió el ejército por tres puntos diferentes, y á vueltas de un terrible cañoneo trabóse la batalla con todo el ardor posible. Las tropas irlandesas, que tenian una reputacion célebre en el estranjero, no luchaban en su patria sino con flojedad y descuido, y después de algunos momentos de una tenaz resistencia se dieron precipitadamente á la fuga, abandonando á los regimientos franceses y suizos que acudian á ayudarles á hacer una buena retirada. Como Guillermo no cesó durante la accion de recorrer á caballo las filas del ejército, contribuyó con su actividad y vigilancia á asegurar la victoria. Jacobo no tomó parte en la batalla: colocado sobre una eminencia lejana de Donore, rodeado de algunos escuadrones de caballería, oyósele esclamar varias veces al ver que sus tropas eran rechazadas por el enemigo: «Dios mio, amparad mis súbditos!»

Los irlandeses perdieron alrededor de mil quinientos hombres, y los protestantes como una tercera parte de este número. La victoria fué brillante y casi decisiva; mas la pérdida del duque de Schomberg, muerto al pasar el rio, hizo la de los ingleses casi mayor que la de los irlandeses. Este veterano afortunado habia combatido á las órdenes de casi todos los soberanos de Europa. No temia por su capacidad militar, y su fidelidad igualaba á su valor. Preténdese que habia dado tantas batallas como años tenia, siendo cuando falleció de ochenta y dos de edad: fué muerto por una descarga de sus propias tropas, las que ignorando que se habia arrojado accidentalmente al medio del enemigo, hicieron fuego sobre los que le tenian rodeado y le hirieron mortalmente.

Todavía combatian las tropas de Jacobo cuando él abandonó su puesto, dejando órdenes para defender el paso de Duleek, y tomando el partido de volver aceleradamente á Dublin, perdidas del todo las esperanzas de triunfo. O'Régan, veterano capitan irlandés, dijo entonces, que si los ingleses hubieran cambiado de generales, el ejército vencido empeñaria de nuevo la batalla.

Aquel golpe destruyó totalmente las esperanzas de Jacobo, quien en llegando á Dublin invitó á los magistrados á tratar de obtener del vencedor las condiciones mas favorables que fuese posible, y en seguida se dió á la vela para Waterfood, donde se embarcó para Francia. A tener este príncipe algun valor ó habilidad, todavía hubiera podido ponerse al frente de sus tropas y combatir con ventaja; pero la prudencia le abandonó con la fortuna, y no pensó mas que en recurrir al estranjero para arreglar sus negocios, abandonando el único punto en que aun hubiera podido defenderlos.

Empero sus amigos resolvieron defender todavía los intereses que él mismo abandonaba. Limerick, plaza fuerte de la provincia de Munster, intentó sostener la causa del rey Jacobo, desafiando todos los esfuerzos que el ejército del rey Guillermo hizo para reducirla—Año 1691.—Sarsfield, general esperimentado que gozaba de gran popularidad, se puso á la cabeza del ejército destruido en el Boyne, y avanzando á defender las márgenes del rio Shannon, se resolvió á esperar allí al enemigo. Jacobo rehusaba acudir en persona á socorrer á su país, y decidió que no habria otros defensores de su causa que los que á él le agradáran. Nombró en consecuencia á S. Ruth, general francés, que anteriormente se habia distinguido contra los protestantes de Francia, para jefe de Sarsfield, lo cual escitó un descontento general entre los irlandeses, porque se convencieron de que el rey no se fiaba de su lealtad ni de su suficiencia.

Del otro bando, nombrado el general Ginckel jefe del ejército inglés durante la ausencia de Guillermo que habia vuelto á Inglaterra, avanzó al frente de todas sus fuerzas hácia el Shannon con la intencion de atravesar este rio ancho y peligroso. El único punto vadeable era el de Athlone, ciudad rodeada de muros y fortificada, la cual se estendia por los dos lados del rio cubriendo aquel importante paso. Los ingleses se apoderaron á viva fuerza de la poblacion situada por el lado donde estaban ellos, y como la parte que estaba en la orilla opuesta del rio opuso una vigorosa defensa, se juzgó por algun tiempo que era inespugnable. Decidióse en un consejo de guerra que las tropas vadearan la corriente á presencia del enemigo: tentativa desesperada que fué realizada con ardor é intrepidez. Arrojóse al enemigo de sus fortificaciones, y se rindió la ciudad á discrecion. S. Ruth hizo avanzar su ejér-

(1) Cuando Schomberg espuso al rey el peligro de este paso, Guillermo le respondió que *una victoria tardia era peor que una derrota. (Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.)*

cito para dar socorro; mas ya era tarde: cuando quiso acercarse á los muros de la poblacion, se encontró con sus propios cañones contra sí, creciendo así su espanto á proporcion de la seguridad y confianza con que allí se habia presentado. Por temor de la impetuosidad del enemigo se alejó inmediatamente, apostándose en Aghrim, á diez millas de allí, donde se resolvió á esperar al enemigo y decidir de una vez de la suerte de Irlanda.

Ginckel puso á Athlone en estado de defensa, y pasando el Shannon avanzó hácia los contrarios, resuelto á darles batalla, á pesar de que sus fuerzas no escedian de diez y ocho mil hombres, al paso que las de los otros eran de mas de veinticinco mil. Los irlandeses ocupaban un puesto ventajoso, y habian fijado su campo en un terreno elevado, delante del cual habia un pantano que aparentemente no podia ser atravesado mas que por dos puntos. El ala derecha de su ejército estaba fortificada con trincheras, y la izquierda defendida por el castillo de Aghrim. Ginckel después de observar su situacion dió las órdenes necesarias para el ataque, y en pos de un formidable cañoneo principió su ejército hácia el mediodia á forzar los dos pasos del pantano, á fin de apoderarse del terreno del lado opuesto. Defendióse el enemigo con ardor estraordinario, siendo rechazada la caballería varias veces; mas al fin las tropas del ala derecha acabaron por triunfar con ayuda de algunas piezas de campaña. A las seis de la tarde avanzó el ala izquierda de los ingleses sobre la derecha de los irlandeses, obligando á esta á ceder el terreno. En los mismos momentos dióse un ataque mas general sobre el centro: los ingleses se metieron en el cenagoso pantano hasta la cintura, por lo cual no lo atravesaron sino con mucha dificultad, y habiendo logrado vencer los obstáculos, se formaron por fin en terreno firme y renovaron con furor el combate. S. Ruth fué muerto por una bala de cañon, lo cual desanimó sus tropas hasta el estremo de echar á huir por todas partes retirándose á Limerick, donde intentaron hacer el último esfuerzo, á pesar de que ya habian perdido cinco mil hombres de la flor de su ejército. Limerick, único refugio de las fuerzas irlandesas, hizo una valerosa defensa: mas el enemigo, que siempre habia ido avanzando, no estaba mas que á diez pasos del puente de barcas, y no pudiendo los irlandeses evitar ser rodeados por todos lados, se determinaron á capitular. Abriéronse negociaciones al efecto inmediatamente, cesando de una y otra parte las hostilidades.

A los católicos por esta capitulacion se les restablecieron sus privilegios y el ejercicio de su religion en los mismos términos que en el reinado de Carlos II. Cada cual fué libre en alejarse con su familia y efectos á cualquier país, escepto Inglaterra y Escocia: en su consecuencia cerca de catorce mil partidarios de Jacobo pasaron á Francia en virtud de la facultad otorgada por el gobierno (1), recibiendo á su llegada á aquella nacion plácemes de dicho Jacobo por su sacrificio y fidelidad, y la seguridad de que habia logrado del rey francés una órden para que fueran organizados y equipados de nuevo, caso de que todavía se vieran precisados á combatir por su soberano.

De este modo se disiparon enteramente todos los temores nacidos de la adhesion de los irlandeses á Jacobo: el reino de Irlanda fué sometido al gobierno inglés, y el mismo Jacobo fué forzado á buscar otros auxilios para apoyar sus vacilantes pretensiones. Sus principales esperanzas estribaban en una conspiracion formada por partidarios ingleses y en las promesas del rey de Francia.

(1) Tal es la conducta discreta, dictada por el derecho natural, que los príncipes deberian observar en las revueltas. En lugar de patíbulos y prisiones deberian dejar abiertas las puertas á los descontentos. En esto Guillermo era tan buen político como amigo de la humanidad. (*B. W.*)

El mal éxito de la conspiracion empezó por desconcertar todos los planes de Jacobo. Esta maquinacion fué trazada originariamente en Escocia por sir Jacobo Montgomery, magnate que después de haber sido largo tiempo partidario de Guillermo, se hizo su enemigo; pero este mal concebido proyecto se divulgó imprudentemente por el mismo autor.

Trás de esta trama vino otra que amenazó por un momento con resultados mas sérios, por estar formada principalmente por el partido wigh, el mas temible del Estado. Cierto número de él se reunió al partido de los torys, haciendo de comun acuerdo proposiciones á los partidarios del rey Jacobo. Juntáronse todos, y el resultado de sus deliberaciones fué que el restablecimiento de este rey se efectuara solo por fuerzas estranjeras; que él se diera á la vela para Escocia, adonde vendrian á reunírsele quince mil suecos; que la adhesion de estos á la religion protestante seria mirada como motivo suficiente para desvanecer lo odioso de una invasion hecha por estranjeros; que Francia enviara auxilios al mismo tiempo, y que se proclamara una completa libertad de conciencia en todo el reino.

A fin de no perder tiempo resolvióse enviar á Francia dos personajes de confianza á conferenciar con el desterrado monarca, siendo lord Preston y Ashton los designados para tan peligrosa embajada. Habiendo retenido Ashton al efecto un barquillo, entrambos conspiradores se embarcaron en secreto, complaciéndose en el supuesto misterio que encubria sus designios; pero habiéndose tenido noticia de sus planes, lord Carmarthen se apoderó de sus personas en el momento en que se creian á cubierto de todo riesgo. A consecuencia de su negativa á descubrir cosa alguna, se les encausó inmediatamente con la esperanza de que los forzarian á confesar su crímen los terrores de la muerte. Entrambos fuéron condenados: á Ashton se le ejecutó sin que hiciera ninguna revelacion; pero lord Preston careció de igual serenidad, pues seducido por la oferta del perdon descubrió gran número de cómplices, siendo los principales el duque de Ormond, lord Darmonth y lord Clarendon.



Lord Dundee.

La reduccion de Irlanda y el mal éxito de la última conspiracion convencieron por fin á los franceses de que obraban con impolítica parsimonia dejando perder un reino, cuyas divisiones no eran de ventaja alguna para ellos: mostráronse por lo tanto dispuestos desde entonces á realizar á favor del rey fugitivo un desembarco en Inglaterra. En virtud de este proyecto Luis XIV proveyó á Jacobo de un ejército compuesto de un cuerpo de tropas francesas, de algunos refugiados ingleses y escoceses, y de varios regimientos irlandeses, que trasladados de Limerick á Francia, se habian hecho escelentes soldados con una vigorosa disciplina y un ejercicio activo—Año 1694.

Reunióse este ejército entre Cherbourg y la Hogue, tomando Jacobo en persona el mando. Mas de trescientos trasportes fuéron preparados en la costa opuesta para el embarque. Tourville, almirante francés, al frente de sesenta y tres navíos de línea, fué designado para mandar aquella espedicion, dándosele la órden

de atacar al enemigo á toda costa. El desterrado monarca confió en el cambio de fortuna que nuevamente se anunciaba á favor suyo.

Muy luego fuéron conocidos los preparativos de Francia en la corte de Inglaterra, donde se tomaban medidas para hacer un recibimiento cual correspondia. Descubriéronse prontamente todas las maquinaciones secretas de Jacobo por los espías del ministerio inglés, causando disgusto la noticia de que los torys eran mas fieles que los wighs, quienes habian colocado al rey Guillermo en el trono. El duque de Malborough, lord Godolphin y hasta la princesa Ana hiciéronse muy sospechosos de inteligencia secreta con los enemigos de este monarca. Vióse á la armada, al ejército y á la iglesia tratar de dar á su secreto deseo de cambio la apariencia de un reconocimiento de su deber hácia su desterrado rey. Practicáronse sin embargo con calma y resolucion todos los preparativos necesarios para conjurar la tempestad que amenazaba al reino: el almirante Russel recibió la órden de darse á la vela lo mas pronto posible, no tardando en aparecer en alta mar á la cabeza de noventa y nueve navíos de línea, amen de las fragatas y brulotes: armada inmensa de que Europa apenas tuvo idea hasta entonces. Seguido de escuadra tan formidable embarcóse lord Russell para las costas de Francia, donde por fin cerca de la Hogue vió al enemigo que se preparaba á presentar batalla bajo el mando del almirante Tourville.

Atacáronse los almirantes con igual furor, siguiendo su ejemplo las escuadras. Este memorable combate, en que se cifraban todas las esperanzas de Jacobo, duró diez horas seguidas, y declarándose por fin la victoria á favor del mayor número, entregáronse los franceses á la fuga y se dirigieron hácia Conquet-Road, siendo perseguidos en los dos dias siguientes. Destruyéronse tres navíos de línea, y diez y ocho que se habian refugiado en la bahía de la Hogue fuéron quemados por sir Jorge Rooke. Así se malograron todos los preparativos de Francia, siendo tan decisivo este golpe, que desde entonces pareció haber abandonado esta nacion todas sus pretensiones al imperio del Océano.



Newton.

Jacobo se vió entonces reducido al grado mas humillante de dependencia: sus proyectos sobre Inglaterra se habian frustrado tan completa y tristemente, que no restaba á sus amigos mas que la horrible esperanza de asesinar al monarca reinante. Estos medios, tan criminales como infructuosos, no fuéron desechados enteramente por Jacobo, y hasta se dice que él fué el primero en proponerlos y aconsejarlos; pero semejantes tentativas, que quedaron sin éxito, no sirvieron mas que para asegurar la desventura de los que osaron encargarse de ellas. Desde este momento hasta su muerte, que no acaeció hasta nueve años después, Jacobo continuó viviendo en San German, donde subsistió enteramente de la generosidad de Luis XIV y de algunas liberalidades de su hija y de sus amigos de Inglaterra, hasta el 5 de setiembre de 1701 en que espiró á consecuencia de una larga enfermedad. El pueblo pretendió haberse obrado muchos milagros en su sepulcro: es cierto que la última parte de su vida fué á propósito para inspirar el mayor respeto por su piedad, porque se sometió constantemente á los actos de penitencia y de mortificacion mas austeros, y visitaba á menudo los pobres monjes de la Trapa, edificándolos con su humilde y piadosa conducta. Su orgullo y carácter arbitrario se habian desvanecido con la desgracia, tornándose dulce, afable y del mejor genio para los que de él dependian.

En su última enfermedad amonestó muchas veces á su hijo á preferir su religion á todas las ventajas del mundo: consejo que este príncipe siguió puntualmente.

Jacobo murió dando las mas grandes muestras de devocion: fué enterrado en París segun sus deseos en la iglesia de los benedictinos ingleses, sin pompa ni ceremonia.

La derrota de los franceses en la Hogue acabó de asegurar la tranquilidad del rey Guillermo y de consolidar sus derechos á la corona. Los jacobitas, cada vez mas débiles, no eran ya mas que una faccion desunida: suscitábanse nuevos bandos entre los que habian sido partidarios de la revolucion, y la necesidad que sentian de un enemigo comun originaba contínuas disensiones entre ellos. Guillermo principió entonces á encontrar tanta oposicion y desagrado por parte del parlamento como por la del enemigo en el campo de batalla. Su principal motivo para aceptar la corona habia sido el de empeñar á Inglaterra mas completamente en los intereses de Europa: el primer objeto de sus deseos y el blanco de su ambicion habia sido siempre el de humillar la Francia, á la cual consideraba como á la enemiga mas temible de la libertad, su ídolo: así toda su política consistia en formar alianzas contra este reino; pero la mayoría de los ingleses no estaba animada ni de la misma enemistad contra los franceses, ni de los mismos terrores de su creciente poder.

Los ingleses por tanto consideraban como sacrificado el interés de la nacion á las alianzas estranjeras, y se lamentaban de que la guerra del continente recaia pesadamente sobre ellos, que ninguna ventaja real podian aguardar de su triunfo.

A todos estos motivos de descontento agregáronse muy pronto la parcialidad del rey hácia sus compatriotas, su orgullosa reserva y desdeñoso silencio, conducta bien diferente de los modales francos y abiertos de los monarcas precedentes. Inquietándose poco Guillermo de tales murmullos que sabia ser inseparables de toda clase de gobierno, y acostumbrado á la oposicion, oyó las quejas de sus súbditos con la mas fria indiferencia, y sin el menor miramiento á ellas, no se ocupó mas que del interés de Europa y de lo que podia contribuir á establecer el equilibrio del poder.

Soñando sin cesar en el modo de dividir los reyes y las naciones, se mostraba poco solícito de la policía interior del reino: así, á medida que ensanchaba sus alianzas estranjeras, iba creciendo el espíritu de partido en Inglaterra. El patriotismo principió á ser ridiculizado y considerado como una virtud ideal; difundióse generalmente el uso de corromper la mayoría en los parlamentos; propagáronse entre el vulgo los vicios de los grandes; quedaron los talentos sin cultura, y solo la ignorancia é inmoralidad se mantuvieron en posesion del favor.

El rey al aceptar la corona se habia propuesto conservar intactas en cuanto fuera posible todas las prerogativas que se le habian dejado; y como no tenia idea alguna de la naturaleza de una monarquía modificada, por ignorarse todavía tal sistema completamente en Europa á escepcion de Inglaterra, acaecióle á menudo chocar sus miras con las del parlamento por dejarse guiar Guillermo de consejos débiles y arbitrarios. Uno de los primeros casos de esta especie fué su oposicion al proyecto que debia fijar la duracion de los parlamentos

por el espacio de tres años. Dicho proyecto habia sido aprobado por ambas cámaras, y segun la práctica, no le faltaba mas que el asentimiento real; mas con indecible asombro de la nacion, el rey trató de ejercer su prerogativa en toda su estension, negándose á sancionar un acto que era mirado como ventajoso al país. Alarmáronse al instante las cámaras, y los comunes declararon que quien habia sugerido al rey semejante idea era enemigo de la patria, y el pueblo llegó á ser el eco del resentimiento general.

El desechado proyecto fué aplazado para mas adelante, y presentado de nuevo, viéndose el rey forzado á aprobarlo, aunque con repugnancia.

La misma oposicion tuvo lugar con respecto á otro proyecto acerca de los juicios en los casos de crímen de alta traicion, por cuyo proyecto se concedia al acusado copia de los cargos que se le hacian, una lista de los miembros del jurado dos dias antes de la instruccion de la causa, y un consejo para su defensa. Declarábase además que nadie podria ser acusado sino á consecuencia del juramento de dos testigos intachables; ley importante que ponia al súbdito á cubierto del poder tiránico del trono.

En medio de medidas tan ventajosas al bien de la nacion, concibieron de nuevo los jacobitas la esperanza de restablecer en el trono á su malaventurado monarca, juzgando por su descontento personal que todo el reino estaba pronto á apoyarlos. Al paso que un partido obraba con audacia contra Guillermo esforzándose por encender la insurreccion, otro, compuesto de mas resueltos conspiradores, formaba el proyecto de asesinarle—Año 1696.

Sir Jorge Barclay, escocés, antiguo oficial del ejército de Jacobo, hombre intrépido y animado de un celo fanático por la religion romana, se encargó osadamente de prender al rey ó de darle de puñaladas. Participó este designio á Harrison, Charnock, Porter y sir Guillermo Perkins, todos los que se lo apróbaron, conviniéndose tras de muchas conferencias en atacar al monarca al regresar de Richmond, adonde acostumbraba ir á cazar todos los sábados, escojiéndose el lugar de la emboscada en una vereda entre Brentford y Turnghamgreen. Para mejor asegurar el éxito, los conjurados resolvieron aumentar su número con cuarenta caballeros, encargándose cada cual de corromper á diferentes personas que juzgaron á propósito para ayudarles en empresa tan peligrosa.

Habiéndose completado el número, aguardaban con impaciencia el momento de la ejecucion, cuando alguno de los actores subalternos, acosado repentinamente por el temor ó los remordimientos, se decidió á impedir el crímen con un pronto descubrimiento. Prendergast, oficial irlandés, denunció la trama, aunque negándose á nombrar á ninguna persona de las comprometidas. Tal denuncia fué acojida al pronto con menosprecio, mas no tardó en ser confirmada por un francés llamado La Rue, y aun mas por la fuga de sir Jorge Barclay, que legó á conocer la revelacion del proyecto.

La noche siguiente al dia designado para el asesinato, fuéron presos muchos de los conspiradores, y comunicóse todo el negocio al consejo privado. Siendo para la corona la denuncia de Prendergast una prueba evidente, fuéron procesados los culpables. El primero que sufrió la pena de muerte fué Roberto Charnock, miembro del colegio de la Magdalena, que en el reinado de Jacobo habia abandonado la religion protestante. En seguida vinieron el teniente King y Tomás Keys, quienes juzgados reos de alta traicion, fuéron ajusticiados en Tyburn. Tras de estos se juzgó á sir Juan Friend y sir Guillermo Perkins, y aunque se tuvo por buena y suficiente su defensa, lord Halt, jefe de justicia, mas dispuesto á obrar contra los presos como consejo que como solicitador á favor de ellos, influyó en el jurado en términos de inclinarle á declararlos reos. Ajusticióseles en Tyburn mostrando al morir la mayor firmeza, ya negando constantemente la acusacion que se les hacia, ya patentizando un estremo horror al crímen del asesinato.

Habiendo sido procesados Rockwood, Cranbourne y Lowic en el curso del mismo mes por una comision especial, fuéron declarados culpables de conspiracion, y padecieron el mismo castigo. Pero el juicio de sir Juan Tenwick se consideró como uno de los ejemplos mas terribles del abuso de poder ejercido en este reinado. Este hidalgo, cuyo nombre habia sido incluido entre los conspiradores, fué detenido en su tránsito para Francia, á pesar de que no habia contra él otra prueba que una carta interceptada que habia escrito á su muger. El ofreció descubrir cuanto sabia de una conspiracion formada contra el rey; pero al proceder á dar pormenores sobre tal negocio, puso tanto cuidado en sus deposiciones, que estas no podian ser nocivas á ninguno de los comprometidos en la maquinacion. Guillermo, que á la sazon se hallaba en Holanda, envió una órden para que el preso fuera procesado, á no ser que accediese á hacer mas ámplias revelaciones—Año 1697.—Las únicas pruebas materiales aducidas contra él fuéron suministradas por un tal Porter y otro llamado Goodman; pero lady Tenwik logró que desapareciese uno de los dos: de suerte que Porter fué el único testigo que quedó; y como su testimonio no fué apoyado segun la ley hecha poco antes, no pudo bastar para la condenacion.



El obispo Burnet.

Empero la cámara de los comunes estaba resuelta á imponerle el castigo al cual las leyes se oponian. Como Tenwik en sus revelaciones habia hablado de diferentes personas de dicha cámara, lord Russel, que deseaba vengarse en particular, insistió en que se pronunciase contra él sentencia condenatoria. Sir Juan Tenwik recibió la órden de presentarse en la barra, y allí se le intimó por el presidente que diera declaraciones mas latas: á consecuencia de su negativa se estendió contra él un fallo condenatorio que se aprobó con gran mayoría: confiriósele copia de la acusacion, así como de los defensores en la barra de la cámara, y los subalternos de la corona fuéron llamados para ser oidos como testigos.

Después de muchas discusiones en que la voz de la justicia y de la razon fué sofocada por la de la pasion y venganza, fué aprobado el fallo, y enviado á la cámara de los pares, donde se declaró reo á sir Juan Tenwik por una mayoría de siete votos solamente. El preso solicitó la mediacion de los lores en favor suyo, mientras que sus amigos imploraban la clemencia real. Aquellos le hicieron entender que el buen éxito de sus ruegos dependeria de las revelaciones que se prestase á realizar: él queria que se comprometiesen desde luego á alcanzarle el perdon; pero ellos exigieron que confiase en su discrecion: vaciló por algun tiempo entre el temor de la infamia y los terrores de la muerte; pero al fin escojió este último partido como el menos temible: mostró la mayor calma hasta su último momento, encaminándose con firmeza á Tower-Hill,

donde se le cortó la cabeza. Esta muerte fué una prueba tremenda de la insuficiencia de las leyes para proteger al súbdito, cuando la mayoría del poder puede impunemente sobreponerse á ellas.

Este abuso de poder de parte del parlamento se compensó hasta cierto punto por el celo que desplegó en reprimir la corrupcion generalizada en el reino en esta época. Las cámaras se ocuparon al efecto con asiduidad de los medios de castigar á los que habian adquirido muchas riquezas á espensas del público, y acrecieron el número de las leyes destinadas á poner freno á los artificios de los especuladores. Por ventajosas que fueran aquellas disposiciones para el reino, eran sin embargo la prueba palpable de la depravacion general, porque las leyes no se multiplican nunca en un estado sino á proporcion de la corrupcion de sus costumbres.

El rey empero, comenzando á cansarse de resistir constantemente á las leyes que el parlamento creaba contra su autoridad, abandonó la oposicion, y consintió en someterse á los límites impuestos á la prerogativa real en Inglaterra, bien que con la condicion de que se le dieran los medios de humillar el orgulloso poderío de Francia. La guerra y el deseo de poner el equilibrio del poder en Europa eran el único norte de todos sus pensamientos y el único blanco de su ambicion: con tal que el parlamento accediera á prestarle los auxilios necesarios para sus miras, consentia en abandonarle el régimen interior del reino. Las sumas otorgadas para la guerra con Francia fuéron enormes: la nacion, no contenta con suministrar todo el dinero que podia sacarse de los impuestos anuales, creó otros nuevos contrayendo una deuda de que jamás pudo desquitarse en lo sucesivo. En cambio de tantas riquezas prodigadas á fin de mantener en Europa el imaginario equilibrio del poder, Inglaterra no recibió mas que una recompensa frívola de vanagloria militar, que fué el resultado de la guerra de Flandes, adquiriendo al mismo tiempo la certeza de haber dado á sus aliados, principalmente á los holandeses, frecuentes ocasiones de ser ingratos con ella.

La guerra con Francia duró casi todo el reinado de Guillermo, pero al fin el tratado de Ryswick—Año 1697, 15 de setiembre—puso término á una contienda en que Inglaterra se habia comprometido impolíticamente, y de la oual se retiró sin la menor ventaja. Sus intereses al parecer fuéron completamente olvidados en el trátado de paz general que tuvo lugar, y el único premio que recibió por todos los tesoros que envió al continente y por toda la sangre que en él hizo derramar, fué la seguridad de que el título del rey Guillermo se reconociera por el de Francia.

Desembarazado Guillermo de una guerra estranjera, pensó en acrecer su autoridad en el reino; mas no tardó en probar que conocia mal las disposiciones del pueblo que era llamado á gobernar. Incapaz de soportar la idea de reinar sin preponderancia militar, esperaba conservar durante la paz las fuerzas que le habian sido concedidas en un momento de peligro; y fué estremo su disgusto cuando los comunes, en lugar de acojer su demanda en tal sentido, votaron que todas las tropas mantenidas á sueldo de Inglaterra, que pasaran del número de siete mil hombres, fueran licenciadas, y que todos los estranjeros existentes en el ejército permanente que debia ser conservado, serian súbditos naturalizados de Inglaterra.

Un príncipe tal como Guillermo, criado en los campamentos, y que no conocia otro placer que el de pasar revista á sus tropas y mandar á sus generales, no podia renunciar por aquel motivo á todo su poder y á sus recreos: no titubeó por lo tanto en declarar abiertamente lo descontento que estaba del voto de los comunes, tomando su indignacion un carácter de violencia tan marcado, que formó el proyecto de abandonar el gobierno. Empero sus ministros lograron disuadirle de semejante resolucion y reducirle á dejar pasar el proyecto—Año 1699.

Tales discusiones entre el rey y el parlamento continuaron en el resto de este reinado. Guillermo nunca consideró á los comunes mas que como un cuerpo compuesto de hombres ambiciosos del supremo poder, y prontos por consiguiente á poner obstáculos á todos los proyectos que juzgaba á propósito para asegurar las libertades de Europa. No se mostró inclinado de un modo especial á ninguno de los bandos de la cámara, que encontró dispuestos á abandonarle ó á oponerse á sus miras: así pasó de los wighs á los torys indiferentemente, segun lo exigian sus intereses, acabando por mirar á Inglaterra como un país de penas, inquietudes y turbulencias. Siempre que podia consagrar algun tiempo al reposo ó al entretenimiento, se retiraba á Loo, en Holanda, y allí en medio de algunos amigos pasaba el tiempo en placeres groseros, únicos que le gustaban. Allí trazaba sus proyectos sobre las diferentes sucesiones de los príncipes de Europa, y trabajaba secretamente en destruir los planes de la preponderancia de Luis, su rival en política y en gloria.

Como no podia vivir sin estar en contienda con Francia, apenas se estableció la paz entre esta nacion y la inglesa, pensó en los medios de renovar atrayendo á los ingleses á una confederacion. Empleáronse muchos artificios para inducir al pueblo á secundar sus designios, pareciendo por fin que toda la nacion deseaba la guerra con aquel reino. Guillermo se trasladó á Holanda á fin de concertar con sus aliados las operaciones para una nueva campaña, y ajustó una negociacion con el príncipe de Hesse, quien le aseguró que si atacaba y conseguia tomar la ciudad de Cádiz, el almirante de Castilla y otros muchos grandes de España se declararian á favor de la casa de Austria. El elector de Hannover tambien se decidió á concurrir á las mismas miras; el rey de romanos y el príncipe Luis de Baden se convinieron en cercar á Landau, mientras que el emperador debia enviar un poderoso ejército á Italia. Pero la muerte vino repentinamente á poner término á los proyectos y á la ambicion de Guillermo.

Era de constitucion endeble, y á la sazon estaba muy estenuado por una larga série de inquietudes y combates, siendo vanos todos sus esfuerzos por reparar el mal estado de su salud y aun por disimularlo con el ejercicio saliendo á menudo á caballo. El 21 de febrero al dirigirse desde Kensington á Hampton-Court, cayó el que montaba arrojándole con tal violencia, que se rompió un hueso del cuello. Los de su comitiva le trasladaron al palacio de Hampton-Court, donde inmediatamente se le reparó la fractura y volvió la misma tarde á Kensington; pero el movimiento del carruaje desunió las partes del hueso fracturado, las que sin embargo fuéron restituidas á su lugar en presencia de Bidloe su médico.

Tal accidente, que en un hombre de complexion robusta hubiera sido de poca importancia, fué muy fatal en Guillermo, quien por algun tiempo pareció que se restablecia; pero habiéndose dormido un dia, le atacó al despertarse un calofrio, á que se siguió una fiebre y diarrea que muy pronto le redujeron al mas alarmante estado. Conociendo su cercano fin, todos sus pensamientos sin embargo se dirigieron hácia el constante objeto de sus deseos y afanes, y el destino de Europa le ocupó al parecer tan esclusivamente, que alejó de su espíritu toda sensacion é inquietud relativa á sí mismo. Llegando de Holanda el conde de Albemarle, le entretuvo mucho con los negocios del continente, y á los dos dias, después de recibir los sacramentos de manos del arzobispo Tenison, espiró á los cincuenta y dos años de edad y trece de reinado—Año 1702, 8 de marzo.

Guillermo era de mediana estatura y delgado, de nariz aguileña, ancha frente y de grave y solemne continente. Dejó en pos de sí la reputacion de gran polí-

tico, mas no la de príncipe popular; adquirió la celebridad de general temible, aunque rara vez hubiera sido favorecido por la victoria. Era serio, frio, taciturno, y nunca manifestó ardor mas que el dia de una batalla. Despreciaba la lisonja, y sin embargo le gustaba dominar. Mas grande como Estatúder de Holanda que como rey de Inglaterra, para la una fué un padre tierno, y para la otra no fué mas que un amigo suspicaz y desconfiado. Su carácter y sus hechos son una prueba de que una capacidad regular y medios comunes, apoyados por la prudencia y la perseverancia, pueden triunfar de dificultades y conseguir los mas grandes resultados (1).

CAPITULO XLV.

ANA.

(Desde el año 1702 hasta el de 1706.)

Cuanto mas nos acercamos á los tiempos actuales, tanta mayor es la importancia de los acontecimientos de la historia. Todas las batallas y los tratados que efectuados en épocas anteriores, caen con razon en olvido al cabo de mucho tiempo, van haciéndose á medida que avanzamos cada vez mas importantes, porque el interés de todos está ligado con aquellos acontecimientos, y la existencia del bien general contribuye á aumentar el bienestar particular. La pérdida de Guillermo se consideró al pronto como irreparable; pero el pueblo inglés no tardó en conocer que á la prosperidad de un reinado, tanto como las virtudes privadas de monarca, contribuyen las costumbres del siglo. La reina Ana que le sucedió, poseia pocas cualidades brillantes y de mérito sobresaliente; no obstante, supo gobernar con gloria y dejar á su pueblo la prosperidad en herencia.



Ana.

Ana, casada con el príncipe Jorge de Dinamarca, ascendió al trono á los treinta y ocho años de edad, con aplauso de todos los partidos. Era la segunda hija del rey Jacobo, de su primera muger, hija del canciller Hyde, después conde de Clarendon. Como en el precedente reinado, ella habia devorado en silencio varios disgustos y disimulado con cuidado sus propios sentimientos, habia adquirido sobre sí misma el mayor predominio, y la calma natural de su carácter, mas bien que otra cosa, contribuyó á hacerla indiferente al partido de la oposicion. Fué pues insensible en esta parte, ó asaz discreta y política para aparentarlo.

El finado rey, cuya vida habia pasado en contienda con el de Francia, y cuya conducta política no tuvo otro norte que el de formar alianzas contra el francés, habia dejado la Inglaterra en vísperas de una guerra con este monarca. La reina actual, que en todas las negociaciones importantes se dejaba dirigir regularmente por su ministerio, se rodeó en estas circunstancias de consejeros opuestos unos á otros: una parte del ministerio se pronunciaba fuertemente por la guerra, y la otra se declaraba abiertamente por la paz.



La reina Ana.

A la cabeza de los que se oponian á la guerra con Francia estaba el conde de Rochester, lord teniente de Irlanda, primo de la reina y caudillo de la faccion de los torys. Este ministro declaró en pleno consejo que los ingleses debian evitar la guerra con Francia y obrar únicamente como auxiliares, fundándose en la imposibilidad en que se hallaba Inglaterra de reportar la menor ventaja ni aun de los progresos mas distinguidos que pudiera adquirir en el continente, y demostrando lo absurdo que seria cargar á la nacion con deudas para aumentar la riqueza de sus rivales.

Entre los que opinaban por cumplir las intenciones del rey difunto y continuar la guerra con Francia, estaba el conde de Marlborough, conocido después con el título de duque. Este magnate, que habia empezado por ser paje, fué elevado por el rey Jacobo á la dignidad de par, y abandonando el partido de este príncipe se habia unido aparentemente al del rey Guillermo, aunque constantemente se habia mantenido partidario secreto de los torys, á quienes debia su primera elevacion. Siempre dispuesto á entorpecer las medidas de Guillermo, por esta sola razon se hizo favorito de Ana, la cual amaba al que todavía mostraba respeto y fidelidad á su padre y patentizaba hácia ella los mayores miramientos.

Pero Marlborough tenia además un motivo poderoso para ser apasionado de la reina, porque estaba casado con una dama que era la confidenta particular de esta princesa, á quien en todo manejaba. Por este medio dirigia Marlborough todas las resoluciones de la reina, y en tanto que sus rivales se esforzaban por crear una reputacion en el consejo, él mediante su intimidad con ella afirmaba la suya de una manera mucho mas estable.

Marlborough tuvo motivos especiales para abogar vigorosamente por la guerra: así se aprovechó desde luego de esta ocasion para contrariar al conde de Rochester, cuya influencia tenia deseos de disminuir, y para ver si se realizaba además de esto la esperanza que habia concebido de ser nombrado general de los ejércitos que serian enviados al continente. Semejante mando satisfacia toda su ambicion, y por esto hizo observar al consejo que estaba en el honor de la nacion

(1) Guillermo fué para Inglaterra poco menos perjudicial que los Estuardos. Abrió el primero con imprudencia increible la carrera de la corrupcion, comprando sin disimulo los votos: fué quien primero contrajo esa deuda nacional que pesa tan fuertemente sobre Inglaterra, y será una de las causas de su servidumbre y deshonra: en fin inspiró á los ingleses ese frenesí de mezclarse en las cuestiones del continente, frenesí que ha hecho verter tanta sangre sin provecho para ninguna nacion. (*B. W.*)

realizar los compromisos del difunto rey, sosteniendo que Francia no podria ser encerrada nunca en los límites convenientes, ínterin Inglaterra no accediera á entrar como parte principal en tal contienda. Prevaleció su opinion: la reina resolvió declarar la guerra, y después de comunicar sus intenciones á la cámara de los comunes, que las aprobó, hiciéronse los preparativos.

Luis XIV, después de haber llegado al apogeo de su gloria, veia mucho tiempo hacia que le iba abandonando la fortuna, y que los pesares y reveses empañaban el fin de su reinado; no obstante, contaba todavía con un reino esquilmado para secundar las miras de su ambicion. Como Guillermo ya no existia, Luis esperaba entrar en un campo que de nuevo iba á abrirse á las conquistas y á la gloria; y tanto mas lo deseaba, cuanto que la vigilancia de su rival habia marchitado sus laureles y puesto una barrera á su poderío. Guillermo, aun después de vencido, era temible, y al saber su fallecimiento el rey de Francia, no pudo disimular su satisfaccion; de suerte que la corte de Versalles se olvidó al parecer en sus manifestaciones de contento del tacto esquisito de decoro de que era modelo: el pueblo de París se apresuró á regocijarse abiertamente por aquel suceso, y todo el reino acreditó su placer con fiestas públicas. Pero semejantes demostraciones fuéron de corta duracion: un enemigo mucho mas temible les amenazaba de nuevo: un político mas refinado, un general mas hábil, y sostenido por la confianza de una soberana indulgente y por los esfuerzos de una nacion entera, se disponia á atacar á Francia.

En la declaracion de guerra de la reina de Inglaterra, Luis XIV era acusado de haber tomado posesion de una porcion considerable de los estados españoles, así como del designio de atacar las libertades, de poner trabas á la navegacion y al comercio, y de haber hecho á la reina y á su corona un insulto imperdonable reconociendo el título del pretendiente: se le acusaba tambien de querer reunir la corona de España á la de Francia, poniendo á su nieto en el trono de este reino, y esforzándose de este modo por destruir el equilibrio de poder que existia entre los estados de Europa.

A esta declaracion de guerra acompañaron el mismo dia otras iguales por parte de los holandeses. El rey de Francia no pudo disimular su cólera al saber tal confederacion, recayendo principalmente su resentimiento sobre los holandeses. Anunció muy conmovido que los señores mercaderes holandeses no tardarian en arrepentirse de su presuncion é insolencia en declarar la guerra á aquel cuyo poderío habian aprendido á temer anteriormente.

Empero estas amenazas nada influyeron en la conducta de los aliados. Marlborough vió satisfechos todos sus deseos con el título que recibió de general en jefe de los ejértos ingleses, siendo igualmente halagado su orgullo por la confianza de los holandeses, que no obstante el derecho que el conde de Athlone, su compatriota, tenia á participar del mando de las tropas, dieron la preferencia al par de Inglaterra, confiándole la direccion general de sus ejércitos. Es preciso confesar que pocos hombres se presentaron con mas ventajas que él, ora como diplomático, ora como guerrero. Sereno en medio del peligro, é infatigable en el gabinete, llegó á ser el enemigo mas formidable que Inglaterra ha dado después de las conquistas de Crecy y de Azincourt.

La mayor parte de la historia de este reinado se reduce á la narracion de las batallas que se dieron en el continente, y por pocas ventajas que de ellas hayan reportado los intereses de la nacion, no por eso dejó de crecer su gloria. Es cierto que estos brillantes triunfos se han desvanecido há mucho tiempo, sin quedar nada de ellos al presente; mas todavía son asaz recientes para ser pasados en silencio, y por frívola que sea tal gloria, aun se hace oir la voz ruidosa de la fama.

El conde de Marlborough habia estudiado el arte de la guerra con el famoso mariscal Turena sirviendo como voluntario en su ejército. Mas notable en un principio por la belleza de su persona que por su capacidad, era conocido en el ejército francés por el nombre del hermoso inglés: Turena, que sabia juzgar de una manera mas profunda, echó de ver la superioridad de su talento, y predijo su futura nombradía.

La primera tentativa que hizo Marlborough para desviarse de los erróneos métodos ordinarios empleados con respecto al ejército, fué el ascender á los oficiales subalternos cuyo mérito estaba postergado, ensalzando el talento donde quiera que lo encontró, sin atender á la antigüedad: así los jefes fuéron mucho mas notables por su habilidad ó instruccion que por su edad y esperiencia.

A principios de julio encaminóse Marlborough al campamento de Nimega, donde no tardó en hallarse á la cabeza de sesenta mil hombres, bien provistos de todo lo necesario y organizados por los mejores guerreros del siglo. Tenia por adversario al duque de Borgoña, nieto de Luis XIV, príncipe jóven, mas apto para adornar una corte que para capitanear un ejército. El único oficial de mérito era el mariscal de Bufflers, que estaba á las órdenes de aquel y era un guerrero distinguido por su valor y actividad. Pero donde quiera que Marlborough se presentaba, tenian que retirarse los franceses, que por fin abandonaron á discrecion de él la Gueldres española. El duque de Borgoña, viéndose precisado á retroceder al aparecer el ejército aliado, prefirió volver á Versalles antes que permanecer por mas tiempo en situacion tan desventajosa: así pues, se alejó dejando á Boufflers por único comandante del ejército. Este jefe, turbado con los rápidos progresos del enemigo, se retiró hácia el Bravante, donde ningun motivo tenia Marlborough de perseguirle, satisfecho con terminar aquella campaña con la toma de la ciudad de Lieja, donde encontró sumas inmensas y un considerable número de prisioneros. El éxito de esta batalla bastó para asegurar la reputacion militar de Marlborough y ganarle la confianza de los aliados, dispuestos naturalmente á desconfiar de un general estranjero.



Marlborough.

Marlborough á su regreso á Londres fué recibido con los testimonios mas lisonjeros del reconocimiento general; la cámara de los comunes le dió gracias por sus servicios, y la reina le creó duque en la misma ocasion. Aquellos triunfos gloriosos pareció que consolaban á la nacion de algunas infructosas espediciones marítimas. Sir Juan Munden habia dejado escapar una escuadra francesa de catorce velas, permitiéndole que se refugiase en el puerto de la Coruña. Por esta falta fué despedido del servicio por el príncipe Jorge. Hízose igualmente una tentativa contra Cádiz por mar y tierra. Sir Jorge Roque mandaba la escuadra, y el duque de Ormond el ejército de tierra; mas esta empresa se frustró como la primera. Sin embargo, las armas inglesas consiguieron algunas ventajas en Vigo, desembarcándose di-

cho duque con dos mil quinientos hombres á seis millas de distancia de la ciudad; y habiendo logrado la escuadra abrir paso en el puerto, ocho buques que estaban allí refugiados fuéron quemados ó destruidos por no querer caer en manos de los ingleses. Cojiéronse diez naves de guerra con once galeones y mas de un millon en metálico, que fué mas bien para los vencedores que para la nacion.

La ventaja de esta espedicion se equilibró por la conducta cobarde de algunos oficiales de marina en las islas occidentales. El almirante Benbow, hombre de un carácter valeroso é intrépido, pero duro y grosero, habia sido enviado á esta parte del mundo con diez buques de guerra para que se opusiese al comercio del enemigo. Habiendo sabido que el almirante francés Ducasse estaba próximo con fuerzas iguales á las suyas, se decidió á atacarle, y no tardó en descubrirle cerca de Santa Marta con su escuadra bordeando la costa. Entonces dió órdenes á sus capitanes, se puso en línea, y provocó el combate; pero bien pronto advirtió que el resto de la escuadra, cansada de su disciplina severa, se hallaba desanimada y dejaba que él solo sostuviera el fuego del enemigo.

La lucha sin embargo continuó hasta la noche, y estaba resuelto á renovarla á la mañana siguiente, cuando con gran sorpresa suya notó que todos sus buques se habian alejado de él y le habian abandonado, á escepcion de uno solo que le ayudó á perseguir al enemigo. Aquel hombre intrépido, á pesar de hallarse tan débilmente apoyado, continuó combatiendo por espacio de cuatro dias, y sus cobardes oficiales permanecieron en el ínterin á larga distancia, tranquilos espectadores de una conducta tan animosa y llena de valor.

Sus últimos esfuerzos fuéron todavía mas terribles que los primeros: solo y abandonado de todos, trabó nuevo combate con la armada francesa; mas por desgracia un cañonazo le quitó una pierna. Entonces ordenó que le colocaran en una hamaca sobre el combés, y desde ella continuó dando órdenes como antes, hasta que el buque inutilizándose completamente, ya no pudo seguir por mas tiempo al enemigo. Como uno de sus tenientes le manifestara el dolor que esperimentaba por la pérdida de su pierna, respondió Bembow: «Yo tambien estoy afligido por eso, y mas hubiera querido »perder las dos piernas que haber sido testigo de la »deshonra de esta jornada. Mirad, por si me arrebata »otro cañonazo, prometedme que os portareis con bra»vura combatiendo hasta el último momento.»

Poco después murió de sus heridas, y sus cobardes compañeros Kirby y Wade fuéron juzgados por un tribunal militar y condenados á ser arcabuceados. Hudson falleció antes de ser sentenciado, y á Constable, Vincent y Fog se les perdonó con ligeros castigos. Kirby y Wade fuéron remitidos á Inglaterra en el *Bristol*, buque de guerra, y apenas llegaron á Plymouth, se les fusiló á bordo del mismo buque, en virtud de dicho fallo.

El parlamento, convocado después por la reina, patentizó á las claras su satisfaccion por los brillantes triunfos obtenidos por las armas inglesas en el continente. La cámara de los comunes se componia de torys en gran parte, y aunque no eran tan partidarios de la guerra como los wighs, sin embargo accedieron á votar cuarenta mil hombres para la marina, y un número semejante para las tropas de tierra, á fin de operar en union con las de los aliados. En nada se tuvo en cuenta si tantos esfuerzos reunidos eran ó no ventajosos para la ventura del pueblo: iban dirigidos contra Francia, y solo esto bastaba.

Muy poco tiempo después hizo saber la reina á la cámara de los comunes que los aliados solicitaban aumento de fuerzas, y los comunes, tan dispuestos á conceder como ella á pedir, accedieron á aumentar con diez mil hombres el ejército del continente, aunque con la condicion de que Holanda habia de cortar todo comercio con Francia y España. Los holandeses consintieron sin vacilar en estas condiciones, convencidos de que ínterin Inglaterra estuviese ocupada en dar batallas podrian volver á su comercio.

El duque de Marlborough se embarcó á principios de abril—Año 1703,—y después de juntar los ejércitos aliados se decidió á hacer ver que sus anteriores triunfos no habian sido mas que el preludio de otros nuevos. Abrió la campaña con el sitio de Bonn, residencia del elector de Colonia, cuya ciudad resistió muy poco tiempo los sucesivos ataques del príncipe de Hesse-Cassel, del célebre Cochorn y del general Fagel. Marlborough recobró en seguida á Huy, cuya guarnicion se rindió prisionera tras de una vigorosa defensa. Después se emprendió el sitio de Limburgo, cuya plaza sucumbió al cabo de diez dias: con la conquista de esta ciudad pusieron los aliados el país de Lieja y el electorado de Colonia á cubierto de las tentativas del enemigo. Tal fué la campaña que segun todas las probabilidades habria dado lugar á sucesos de la mas alta importancia, si el duque de Marlborough no hubiera sido detenido por los holandeses, que principiaban á ser instigados entonces por la faccion Lowestein, siempre opuesta á la guerra con Francia.

El duque en la campaña siguiente—Año 1704—trató de obrar de una manera mas ofensiva, y después de obtener de la reina todos los recursos necesarios, informó á los holandeses de que su intencion era marchar en socorro del imperio oprimido hacia algun tiempo por las tropas francesas. Los estados generales, ora por celo, ora por temor de menoscabar la alianza manifestando desconfianza al general inglés, le dejaron en libertad de adoptar el rumbo que juzgara conveniente, y le prometieron secundarle en todos sus pasos. El mariscal de Villeroy fué nombrado por el rey de Francia para ponerse al frente de sus ejércitos, porque no se creyó á Boufflers capaz de luchar por mas tiempo con un adversario tan intrépido como Marlborough.

Villeroy, hijo del ayo de Luis XIV, y educado con este, habia llegado á ser el favorito del monarca, de cuyos placeres, campañas y gloria estuvo participando por mucho tiempo. Villeroy era valiente, generoso, afable; pero siendo desigual en el importante modo de mandar un ejército, todavía lo fué mas á presencia de su célebre rival. Marlborough, que tenia talento especial para estudiar las disposiciones y la táctica del general á quien iba á combatir, temia poco á este; y así, en lugar de ir en su busca, volvió á auxiliar al emperador, segun se habia convenido desde el principio de la campaña.

Determinándose el general á obrar de una manera vigorosa, atravesó en poco tiempo estensos países: llegando á las márgenes del Danubio, desbarató un cuerpo de franceses y bávaros, situados en Donnabert para oponerse á su paso, y trasponiendo en seguida dicho rio con su triunfante ejército, obligó al duque de Baviera que estaba con el enemigo, á hacerse tributario.

Villeroy, que desde luego habia intentado seguir los movimientos de Marlborough, pareció que de repente le habia perdido de vista, y no supo el camino que tomó hasta que dichos triunfos llegaron á su noticia. El mariscal de Tallard por otra parte se disponia á la cabeza de treinta mil hombres á impedir la retirada de Marlborough, y como no tardaron en reunirse á aquel las huestes bávaras, entonces el ejército de esta parte del continente ascendió á sesenta mil hombres, teniendo á su cabeza á los dos generales mas célebres de Francia en aquella época.

La reputacion de Tallard se habia formado con muchas victorias notables; y como estaba dotado de penetracion y actividad, solo su mérito le habia elevado al primer grado del ejército; pero rayaba con frecuencia su ardor en impetuosidad, y tenia la desgracia de una vista tan mala, que ni aun á muy corta distancia podia distinguir los objetos. El duque de

Baviera habia adquirido igual esperiencia en el campo de batalla; animándole además poderosos motivos para mostrarse ardiente y activo, porque su país fué destruido y arrasado, sin quedarle de todas sus posesiones mas que el ejército que mandaba. En vano hizo suplicar al enemigo que aplacase su furor y respetase al pueblo: la única respuesta que recibió fué que estaba en su mano convertir á sus enemigos en sinceros amigos, determinándose á formar alianza con ellos.

Todavía vino á juntarse con Marlborough un refuerzo de treinta mil hombres á las órdenes del príncipe Eugenio, componiéndose este cuerpo de soldados perfectamente disciplinados, mas temibles aun por la conducta y reputacion de su general. El príncipe Eugenio, educado desde su infancia en medio de los campamentos, casi igualaba á Marlborough en el arte de la intriga, y le escedia en el de la guerra: á pesar de ser rivales en talento, lejos de existir entre dos hombres de mérito tan eminente una baja envidia, obraban siempre de comun acuerdo, reinando entre ambos la mejor inteligencia, porque el buen sentido los dirigia á la par hácia el mismo blanco.



Casa de Marlborough.

El ejército aliado, mandado por el príncipe Eugenio y Marlborough, ascendia á unos cincuenta mil hombres, habituados hacia mucho tiempo á conquistar y á ver huir sucesivamente delante de sí á los franceses, turcos y rusos. El ejército francés, que subia á sesenta mil hombres, estaba compuesto á su vez de intrépidos soldados familiarizados con las conquistas y la victoria.

Después de varias marchas y contramarchas se aproximaron por fin entrambos ejércitos. Los franceses se hallaban situados en una altura cerca de la ciudad de Hochstet, hallándose cubierta su derecha por el Danubio y la aldea de Blenheim, la izquierda por la de Lutzengen, y el frente por un riachuelo de orillas escarpadas y de fondo pantanoso. El ejército aliado se resolvió á atacarlos en posicion tan ventajosa. Como este combate, conocido después con el nombre de batalla de Blenheim, ha sido reputado el mas notable de aquel siglo, tanto por la habilidad que desplegaron los generales de cada partido, como por los progresos que pareció haber hecho el arte militar, exige una relacion mas circunstanciada que la que acostumbramos hacer de semejantes asuntos.

El ala derecha del ejército francés estaba mandada por el mariscal de Tallard, y la izquierda por el duque de Baviera, y bajo sus órdenes por el mariscal Marsin, francés hábil y esperimentado (1). Al frente del ejército corria un arroyo que parecia ponerle al abrigo de un ataque; y animados los franceses con tal posicion, se mostraron mas bien dispuestos á esperar al enemigo que á acometerle. De la otra parte, habiendo sabido Marlborough y el príncipe Eugenio por una carta interceptada, que Villeroy que estaba á retaguardia se preparaba á cortar toda comunicacion entre el Rhin y el ejército de los aliados, se resolvieron á atacar á toda costa. En consecuencia, tomadas las disposiciones necesarias, y comunicadas las órdenes á los principales oficiales, avanzaron las tropas aliadas formando en la llanura en órden de batalla. El cañoneo empezó hácia las nueve de la mañana y duró hasta una hora después del mediodía: entonces avanzaron las huestes y marcharon sobre el mariscal de Tallard, capitaneando la derecha el príncipe Eugenio y Marlborough la izquierda—Año 1704, 2 de agosto.

Marlborough, habiendo logrado atravesar el arroyo, atacó con impetuosidad á la caballería de Tallard á la sazon que este estaba pasando revista á sus tropas, por cuya razon luchó dicha caballería por algun tiempo sin la presencia de su jefe. El príncipe Eugenio atacó las fuerzas del elector, cuando hacia cerca de una hora que sus tropas no estaban preparadas todavía al combate.

Apenas supo Tallard que su derecha estaba envuelta por el duque, corrió á ponerse á la cabeza de sus tropas encontrando comprometida la batalla de una manera terrible: rechazada su caballería por tres cargas, se habia rehecho otras tantas veces; y como habia apostado un cuerpo considerable de tropas en la aldea de Blenheim, hizo una tentativa para estimularlas á acometer; pero fuéron tan bruscamente atacados por uno de los destacamentos de Marlborough, que en lugar de socorrer á la division principal, todo lo mas que pudieron conseguir fué conservar el terreno, y esto con dificultad. Atacada de flanco la caballería francesa, fué destruida totalmente. El ejército inglés penetró á medio vencer entre los dos cuerpos del francés mandados por el mariscal y el elector, y habiendo embestido en el ínterin otro destacamento la aldea de Blenheim, separó del resto del ejército las fuerzas que allí estaban de reserva.

Viendo Tallard lo crítico de su situacion, se esforzó por rehacer algunos escuadrones; mas como su mala vista le hiciera tomar un destacamento enemigo por uno de los suyos, cayó prisionero en poder de las huestes del Hesse que estaban á sueldo de los ingleses. El príncipe Eugenio, que habia sido rechazado tres veces, sembró por fin la confusion entre el enemigo; la derrota se hizo entonces general, y todos se dieron á la fuga precipitadamente, siendo tal el terror, que los soldados franceses perdieron toda la presencia de ánimo y se arrojaron al Danubio. Tornóse inútil la autoridad de los oficiales, no quedando ni siquiera un general para asegurar la retirada.

Los aliados, dueños entonces del campo de batalla, rodearon la aldea de Blenheim, donde estaba apostado, y todavía continuaba defendiendo el terreno un cuerpo de trece mil hombres, quienes sabedores de que les habia sido cortada toda comunicacion con el resto del ejército, depusieron las armas entregándose prisioneros de guerra. Así terminó la batalla de Blenheim, que valió á Inglaterra la victoria mas gloriosa que jamás habia obtenido.

Doce mil hombres, tanto franceses como bávaros, fuéron muertos en el campo de batalla y se ahogaron en el Danubio, y trece mil hechos prisioneros. De parte de los aliados hubo alrededor de cinco mil muertos y ocho mil heridos ó cojidos. La pérdida de esta batalla fué atribuida á dos faltas capitales cometidas por el mariscal de Tallard: la primera, haber debilitado el centro del ejército colocando tan gran número de tropas en Blenheim; la segunda, haber dejado á los ingleses atravesar el arroyo y formarse sin oposicion al otro lado.

(1) Segun Voltaire, tenia la esperiencia de un buen oficial mas bien que la de un general.

Habiendo ido al dia siguiente el duque de Marlborough á visitar á su prisionero, el mariscal le cumplimentó y felicitó asegurándole que habia triunfado de las mejores tropas del mundo.—«Espero, señor mio, respondió el duque, que esceptuareis las que acaban de conseguir la victoria.» Así fué como á consecuencia de esta derrota, cayó en manos de los vencedores un territorio de la estension de cien leguas.

El duque, no contento con estas conquistas, se encaminó en seguida á Berlin, donde logró un refuerzo de ocho mil prusianos destinados á servir bajo el príncipe Eugenio en Italia. Desde allí se dirigió á la costa de Hannover; después de continuar sus negociaciones á fin de obtener socorros para la campaña, y en seguida regresó á Inglaterra, donde el pueblo, que le miraba como á salvador del estado y restaurador de la gloria de la nacion, le recibió con trasportes de regocijo. Desde entonces estuvieron prontos el parlamento y el pueblo á apoyarle en todas sus miras. En recompensa de sus servicios le dieron las dos cámaras el castillo de Wooditock, y el lord guarda-sellos pronunció delante de él en la de los pares un discurso en que hizo un pomposo elogio de su conducta.

No solo se mostró satisfecha la reina de las muestras de consideracion que se dieron al duque, sino que además mandó al director de sus obras edificar en el parque de Wooditock un magnífico palacio para el mismo duque. Este monumento, que existe todavía y recuerda las victorias de tan célebre general, atestigua al mismo tiempo el superior talento del arquitecto que lo alzó.

No fueron menos victoriosas las armas de Inglaterra sobre el mar que sobre el Danubio. Noticioso el ministerio inglés de que los franceses estaban aprestando una escuadra considerable en Brest, envió á sir Cloudesly Shovel y á sir Jorge Rooke á observar sus movimientos. Sir Jorge no obstante recibió órdenes posteriores para conducir en buques de trasporte fuerzas á Barcelona; pero el ataque que dió el príncipe de Hesse fué infructuoso. Convencido de que ninguna ventaja podia resultar de esta espedicion, dos dias después hizo reembarcar sus tropas. Sir Jorge volvió á juntarse con sir Cloudesly y celebró un consejo de guerra á bordo de la armada que se dirigia hácia la costa de Africa. En dicho consejo se decidió realizar una tentativa sobre Gibraltar, ciudad perteneciente á la sazon á los españoles, y cuya escasa guarnicion estaba lejos de aguardar ni de temer semejante tentativa.

La ciudad de Gibraltar está construida en una lengua de tierra y defendida por los lados por una roca inaccesible. El príncipe de Hesse desembarcó con mil ochocientos hombres, é intimó al gobernador aunque inútilmente que se rindiese. A la mañana siguiente el almirante dió órden de bombardear la ciudad, y viendo que el enemigo habia abandonado las fortificaciones para retirarse á otro punto llamado Sout-Mole-Head, mandó al capitan Witaker que armase todos los barcos y diera un asalto á aquel barrio. Los oficiales que estaban mas cercanos al muelle armaron sus barcos precipitadamente, y penetraron en las fortificaciones espada en mano; pero se apresuraron demasiado, porque los españoles hicieron volar una mina que mató é hirió dos tenientes y cerca de cien hombres. Sin embargo los dos capitanes Hicks y Jumper tomaron posesion de una plataforma y defendieron el terreno, hasta que habiendo acudido á sostenerlos el capitan Witaker y el resto de las tropas de mar, se apoderaron por asalto entre el muro y la ciudad.

El gobernador se resolvió entonces á capitular, y el príncipe de Hesse entró en la ciudad, asombrándose de la empresa al ver las fortificaciones de la plaza. Así que llegó á Inglaterra la noticia de esta conquista, hubo por algun tiempo debates sobre la cuestion de si semejante hecho merecia ser agradecido al almirante, y se convino juzgarla de muy poca importancia para merecer el reconocimiento público, y en tanto que el duque de Marlborough era coronado por servicios mucho menos esenciales, los de sir Rooke eran desconocidos y desdeñados; de suerte que este, después de servir á su patria de una manera tan honrosa, se vió despojado de su mando: prueba palpable de que aun en los siglos mas ilustrados es raro el verdadero mérito que escita el entusiasmo popular.

Gibraltar desde esta época no ha dejado de pertenecer á los ingleses y de ser para ellos de la mayor utilidad para el reparo de los buques destinados á combatir al enemigo, y para proteger el comercio de Inglaterra en el Mediterráneo. Esta ciudad es para los ingleses un lugar de depósito, propio para tener todo lo que puede ser necesario á la reparacion de las escuadras y al equipo de los ejércitos.

Inmediatamente después de la reduccion de tan importante fortaleza, Inglaterra, hecha soberana de los mares, obtuvo nuevos triunfos. La escuadra inglesa, en número de cincuenta y tres naves de línea, alcanzó á la altura de la costa de Málaga á la armada francesa, compuesta de cincuenta y dos naves á las órdenes del conde de Tolosa. Este combate naval fué el último en que los franceses se aventuraron á luchar con los ingleses con iguales ventajas: después todos sus esfuerzos se han reducido á huir de sus rivales mas bien que á oponerles resistencia. La batalla principió hácia las diez de la mañana con igual furor por una y otra parte, y continuó hasta las dos de la tarde. El triunfo continuó siendo dudoso hasta el momento en que cedió por fin la vanguardia de los franceses. Por espacio de dos horas el almirante inglés hizo todo lo posible para renovar el combate; pero la escuadra francesa le burló diestramente y acabó por desaparecer del todo. Entrambas naciones quisieron atribuirse el honor de esta batalla; pero los resultados probaron que la victoria fué en realidad de los que no abandonaron el elemento que sirvió de campo de batalla.

Si al parecer no conocieron los ingleses la importancia de una conquista como la de Gibraltar, los españoles supieron apreciar la estension de la pérdida que habian sufrido. Felipe, rey de España, alarmado con la noticia de la toma de esta fortaleza, envió al marqués de Villadarias con un ejército considerable á recuperarla—Año 1705.—Francia envió tambien una escuadra de trece navios de línea; pero una parte fué dispersada por una tempestad, y la otra cojida por los ingleses. No fué mas feliz el ejército de tierra. El sitio duró cuatro meses, en los cuales el príncipe de Hesse, que mandaba la ciudad por los ingleses, dió muchas pruebas de valor. Por fin los españoles, después de haber intentado en vano escalar la roca que rodea á Gibraltar, perdieron toda esperanza de tomar la plaza, y se decidieron á retirar sus fuerzas abandonando la empresa.

En tanto que los ingleses adquirian gloria por tierra y por mar, alzábase un nuevo teatro de disensiones por parte de España, donde la ambicion de los príncipes europeos se manifestaba con el mismo furor que habia agitado al resto del continente. Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV, colocado por este en el trono de España, habia sido acojido con júbilo por la mayoría de sus súbditos, además de haber sido nombrado heredero de esta corona por el testamento del último rey español. Pero por un tratado anterior celebrado entre las potencias de Europa, Carlos, hijo del emperador de Alemania, estaba nombrado heredero del mismo trono, habiendo sido garantido este convenio por la misma Francia, aunque entonces se manifestaba resuelta á revocarlo á favor de un descendiente de la casa de Borbon. Carlos, escitado por los catalanes que se declararon por él, y por los ingleses y portugueses que le prometieron defender su causa, se determinó á reclamar la corona de España.

Antes de dirigirse á esta nacion, aportó en Inglaterra, donde fué recibido á bordo por los duques de Som-

merset y de Marlborough, quienes le llevaron á Windsor. La conducta de la reina en tal ocasion fué de la mayor nobleza y bondad, en tanto que Carlos con su finura y afabilidad concilió el afecto de todos. Concediéronsele doscientos buques de trasporte, treinta de guerra y nueve mil hombres para hácer la conquista de aquel vasto imperio. El conde de Peterborough, hombre de bravura caballeresca, se brindó á mandar estas fuerzas, y su solo apoyo fué considerado como de la mayor importancia.



Lord Peterborough.

El conde de Peterborough era uno de los hombres mas estraordinarios de su siglo. En la juventud habia servido en Africa contra los moros; mas tarde fué testigo de la revolucion en que tomó parte, y á la sazon se disponia á guerrear en España casi á sus espensas, siendo su amistad con el archiduque Carlos uno de los principales motivos que le indujeron á tal empresa. Su físico era desagradable, pero su carácter generoso, noble y activo. Su primer paso al desembarcar en España fué el sitiar á Barcelona, ciudad fortificada que tenia una guarnicion de cinco mil hombres, mientras que el ejército del conde no ofrecia en todo mas que nueve mil. Principiáronse las operaciones por el ataque del fuerte de Monjuich, muy temible por su situacion sobre una montaña que domina la ciudad. Las obras esteriores fuéron tomadas por asalto, y una bomba que cayó en medio del fuerte voló el almacen de pólvora, introduciendo en la guarnicion tan gran terror, que se rindió sin mas resistencia. Dirigiéronse las baterías contra la ciudad para acabar de conquistarla, y al cabo de algunos dias el gobernador accedió á capitular.

En el tiempo que se empleó en llenar las formalidades necesarias en tales circunstancias, entró en la ciudad y empezó á saquear desde luego un cuerpo de alemanes y catalanes, pertenecientes al ejército inglés. El gobernador, que á la sazon estaba ajustando el tratado con el general inglés, creyéndose engañado, reconvino á este caballero por la traicion de que le consideraba cómplice. Peterborough, poseido de sorpresa é indignado con tal noticia, dejó al instante el convenio comenzado, y volando hácia los soldados, les mandó cesar el saqueo, y después de echarlos fuera de la poblacion, volvió con calma á firmar la capitulacion. Los españoles agradecieron la generosidad del inglés, avergonzándose al mismo tiempo de la bajeza de sus compatriotas que habian participado del saqueo.

A la toma de tan importante plaza sucedió la conquista de todo el reino de Valencia. El enemigo se esforzó por recobrar á Barcelona, mas fué rechazado con pérdida, y los enemigos de Felipe parecian estar desesperados—Año 1706.—Cada dia iba en aumento el partido de Carlos, haciéndose bien pronto dueño de una considerable parte del reino: habiéndosele abierto el camino de Madrid, el conde de Galway entró triunfante en esta villa, y Carlos fué proclamado sin ninguna oposicion rey de España. Tal fué el principio de una guerra introducida por los aliados, aunque el término de ella fué mucho menos afortunado.

Los ingleses hacian entonces poco caso de estas victorias: toda su atencion estaba fija en las brillantes conquistas de Flandes, y Marlborough cuidaba de mantener el entusiasmo de ellos con nuevas hazañas. Principió la campaña desde la entrada de la primavera, conduciendo al campo de batalla un ejército de ochenta mil hombres, fuerza mucho mas considerable que todas las que le habian sido confiadas hasta entonces: sin embargo todavía esperaba refuerzos de Prusia y Dinamarca. Informada de esto la corte de Francia, resolvió atacarle antes de tal incorporacion. Villeroy, que mandaba el ejército francés, compuesto igualmente de ochenta mil hombres acampados cerca de Tirlemont, tenia órden de mantenerse á la defensiva y de no aventurar choque alguno mientras no se viera obligado. El duque en el otro campo habia sufrido un ligero descalabro por la defeccion del príncipe Luis de Bade, por lo que se decidió á restablecer su crédito con alguna accion ruidosa. Villeroy habia formado su ejército en un campamento fortificado, hallándose flanqueada su derecha por el rio Mehaigue, la izquierda situada detrás de un pantano, y en el centro el lugar de Ramillies. Apenas notó Marlborough semejante posicion, ordenó convenientemente sus fuerzas. Viendo que el ala izquierda del enemigo no podia sin mucho riesgo atravesar el pantano para atacarle, disminuyó sin recelo el número de tropas en aquel lado y colocó otro número superior en el centro. Atacado en tal disposicion, el centro del enemigo se vió obligado é ceder y abandonar por fin el terreno por todos lados. Cediendo tambien la caballería, se la persiguió tan de cerca, que casi enteramente fué destrozada. Seis mil hombres cayeron prisioneros y ocho mil fuéron muertos y heridos.

Esta victoria se asemejó á la de Blenheim: la Baviera y Colonia fuéron el premio de la una, y el Bravante el de la otra.

El ejército francés estaba desanimado, y toda la ciudad de Paris sumida en la consternacion. Luis, favorecido tan largo tiempo por la fortuna, hallábase entonces humillado hasta tal punto, que casi causaba compasion á sus enemigos. Hizo proposiciones de paz, pero en vano: los aliados se apoderaron de todo, y la misma capital de Francia comenzó á temer la presencia de los vencedores.



Felipe V.

Pero lo que ni el poderío de Luis XIV, ni sus ejércitos, ni su política pudieron realizar, vino á resultar por fin del espíritu de partido, y las disensiones que entonces se suscitaron en Inglaterra entre wighs y torys, salvaron súbitamente la Francia del borde del abismo.

CAPITULO XLVI.

CONTINUACION DEL REINADO DE ANA.

(Desde el año 1706 hasta el de 1707.)

La reina siempre habia sido dirigida por un ministerio wigh, porque aunque el duque de Marlborough

se adhirió en un principio al bando de los torys, no tardó en reunirse á la faccion contraria, por encontrarla mas dispuesta á humillar el poderío de Francia. Los wighs continuaban dejándose dominar por las ideas republicanas del último rey, y animados del espíritu de libertad se esforzaban por destruir el despotismo en todas las partes de Europa.

En un régimen en que las ideas de individuos estraños al poder dirigen á los que mandan, los proyectos del ministerio deben variar lo mismo que la opinion pública. El pueblo comenzaba á cambiar de opinion, porque las virtudes de la reina, sus triunfos, su deferencia con el clero y la veneracion que ella inspiraba al mismo tiempo, influian cada vez mas sobre toda la nacion. Así no era deshonroso sostener los dogmas mas serviles que tendian á lisonjear ó aumentar el poder de la soberana, avanzándose hasta poner argumentos á favor de la sucesion hereditaria, del derecho divino y de la no resistencia á la potestad real. Por fin empezaba á prevalecer la influencia de los torys, y los wighs que habian contribuido á la elevacion de la reina, fuéron los primeros en preparar su propia ruina.



Piquero y mosquetero del siglo XVII.

Los torys, sin embargo de obrar de concierto con los wighs para emplear medidas rigorosas contra el rey de Francia, no eran los mas ardientes enemigos de este: aborrecian mucho mas á los holandeses que tenian principios diametralmente opuestos á los suyos, y no aguardaban mas que una ocasion para romper con ellos todo comercio de amistad. Entonces empezaron á meditar proyectos de oposicion contra el duque de Marlborough, á quien reputaban por un egoista que á trueque de aumentar su fortuna y gloria sacrificaba los verdaderos intereses de la nacion á una guerra ruinosa; y como veian al reino oprimido por un acrecentamiento de cargas é impuestos que con la continuacion de la guerra no tardarian en convertirse en un peso insoportable, fuéron creciendo el descontento y los murmullos, hasta el punto de no faltar mas que caudillos resueltos para ayudar y guiar á los torys á derribar el ministerio existente—Año 1707.

En esta época una interrupcion de los sucesos prósperos, ó hablando con mas verdad, muchas pérdidas reiteradas, comenzaron á hacer desvanecer la pasion de conquistas que se habia apoderado de la nacion, y la paz vino á ser el blanco de todos los votos. El ejército de Carlos estaba mandado entonces en España por lord Galway, quien con la noticia de que los franceses y españoles á las órdenes del duque de Berwick se hallaban apostados cerca de Almansa, se encaminó hácia esta ciudad para presentarles batalla. El combate principió á las dos de la tarde, comprometiéndose completamente el frente de uno y otro ejército. El centro, compuesto principalmente de batallones de la gran Bretaña y de Holanda, se mostró al pronto victorioso; pero habiendo echado á huir á la primera carga la caballería portuguesa que debia sostenerlos, fuéron envueltas al instante las demás tropas. En tan terrible situacion estas formaron el cuadro y se retiraron á una altura, donde el poco conocimiento del país y la falta de provisiones les forzaron á rendirse en número de cinco mil hombres.

Esta victoria completa y decisiva puso toda la España bajo la dominacion de Felipe, á escepcion de la provincia de Cataluña.

El duque de Saboya y el príncipe Eugenio, reunidos á la escuadra inglesa, hicieron tambien una tentativa sobre Tolon, pero sin mejor éxito que en España. El príncipe á la cabeza de treinta mil hombres tomó posesion de las alturas que dominan la ciudad, y en el ínterin atacaba y ganaba la armada dos fuertes á la entrada del muelle. Pero el rey de Francia envió un ejército en socorro de la plaza, y el duque de Saboya, perdiendo hasta la última esperanza de obligar á la ciudad á rendirse, resolvió abandonar la empresa, volviendo á embarcar su artillería y retirándose de noche sin esperimentar ningun otro revés.

La escuadra mandada por sir Cloudesly Shovel tuvo una suerte todavía mas funesta. Habiendo dado la vela hácia Inglatera el 22 de octubre hácia las ocho de la noche, se levantó repentinamente una violenta tempestad, y estrellándose la nave en que iba dicho jefe contra las rocas de Sally, pereció él con todos los que estaban á bordo: otros tres buques tuvieron el mismo fin, y tres ó cuatro mas que estuvieron á pique de zozobrar lograron salvarse con mucha dificultad. El cuerpo del almirante, echado por las olas á la playa, fué despojado y sepultado en la arena; pero tan humildes y tristes funerales no eran dignos de tan bravo caudillo: así es que luego fué sacado de aquel lugar, y enterrado con los mayores honores en la abadía de Westminster.

No fuéron mas prósperos en el alto Rhin los hechos de los aliados. El mariscal de Villars, general francés, iba allanando todo lo que encontraba, y estaba á punto de restablecer al elector de Baviera. Toda la esperanza del pueblo inglés estribaba en el duque de Marlborough, que abrió la campaña de los Paises-Bajos hácia mediados de mayo. Mas su confianza fué burlada en esta ocasion como en todas las demás, ya porque el duque abrigara realmente la intencion de prolongar la guerra, ya porque hubiera sabido que el ejército francés era superior al suyo, esquivó el combate, prefiriendo mantenerse á la defensiva antes que acometer al enemigo. Después de varias marchas y contramarchas cuya narracion seria molesta, entrambos ejércitos se retiraron á sus cuarteles de invierno á fines de octubre. Los franceses que recuperaron su ardimiento, se ocuparon en los preparativos para otra campaña, y el duque de Marlborough regresó en el ínterin á Inglaterra, donde tuvo una acojida que estaba lejos de aguardar.

Algun tiempo antes de la desgracia del ministerio wigh cuya caida iba aproximándose, tomó el parlamento una medida de la mas alta importancia, deseada hacia mucho tiempo por un gran número, pero cuya realizacion habia sido juzgada muy difícil hasta entonces. Vamos á hablar de la reunion de los dos reinos de Escocia y de Inglaterra. A pesar de que desde el advenimiento de Jacobo I fuéron gobernados dichos reinos por un solo soberano, no por eso dejaron de tener su respectivo parlamento, adoptando con frecuencia intereses opuestos y proyectos diferentes. En otro tiempo habia sido deseada ardientemente por el rey Jacobo la reunion de entrambos parlamentos: Carlos su hijo habia hecho algunas tentativas para lograrlo, pero se oponian obstáculos insuperables al intento. Estaba reservado á la reina Ana llevar á cabo tan importante tarea: aprovechándose al efecto de los momentos en que ambas naciones se hallaban igualmente dispuestas por las últimas ventajas, logró hacer reconocer por todos su título y su gobierno.

Tal tentativa ya se habia principiado en la primera época de este reinado; pero algunas disputas que se suscitaron con respecto al comercio de Oriente, fuéron la causa de que se interrumpieran las conferencias acerca de la reunion, y de que se juzgara imposible la avenencia. Restablecióse por un decreto de entrambos parlamentos la facultad de nombrar comisarios de cada nacion, á fin de tratar de los artículos preliminares de una reunion, que luego se discutiria mas latamente en el cuerpo legislativo de ambos reinos; y habiéndose cedido á la reina la eleccion de dichos comisarios, ella cuidó de no escojer mas que á los que estarian dispuestos á cooperar con celo á sus intenciones.



Estátua de Jacobo II en Londres.

Designados en consecuencia por la reina los comisionados de cada país, se congregaron en la sala del consejo de Cock-Pit, cerca de Witehall, punto designado para las conferencias. Comenzaron estas con los discursos de apertura pronunciados por el lord canciller de Escocia y el guarda-sellos de Inglaterra. Los comisarios escoceses se inclinaban á favor de una union federal semejante á la de las Provincias-Unidas; mas los ingleses querian una incorporacion tal, que el parlamento escocés nunca pudiera anular los artículos del tratado. El guarda-sellos lord Cowper propuso que para lo sucesivo se reunieran entrambos reinos en uno solo, con el nombre de la Gran Bretaña; que no fuera representado mas que por un solo parlamento, y que no hubiera para gobernarlo mas que un mismo monarca hereditario. Los comisionados escoceses insistieron en que los súbditos escoceses gozáran en adelante de todos los derechos y privilegios de los súbditos ingleses, y en que fueran derogadas en uno y otro reino todas las leyes y estatutos contrarios á los términos de aquellas disposiciones. Como la reina exhortó varias veces á los comisionados á acelerar su trabajo, al poco tiempo fuéron firmados por ellos los artículos de este famoso tratado, á los cuales no les faltaba mas que ser presentados á los parlamentos de las dos naciones.

Estipulóse en el tratado que la sucesion á la corona de entrambos reinos unidos seria devuelta á la casa de Hannover; que los dos reinos serian representados por un solo parlamento; que todos los súbditos de la Gran Bretaña gozarian de ventajas y privilegios comunes relativamente al comercio y á las aduanas; que las leyes concernientes al derecho público, al gobierno civil y á la policía serian unas mismas en todo el reino unido; que ninguna variacion se haria en las leyes relativas á los derechos privados, á escepcion de los casos en que lo exigiera el interés evidente de los súbditos escoceses; que el tribunal de sesiones y demás tribunales de justicia continuarian en Escocia tales como á la sazon se hallaban constituidos por las leyes de este reino, y con la misma autoridad é iguales privilegios que antes de la union; que Escocia seria representada en el parlamento de la Gran Bretaña por diez y seis pares y cuarenta y cinco miembros, que serian elegidos de la manera que al presente parlamento escocés agradase; que todos los pares de Escocia serian considerados como pares de la Gran Bretaña, y en el órden seguirian inmediatamente á los de Inglaterra, de igual grado anterior á la época de la reunion, y antes que los pares que se crearan después; que los pares escoceses disfrutarian de los mismos privilegios que los otros, á escepcion del de sentarse y votar en el parlamento, y el de tener asiento en el proceso de los pares; que las insignias de la dignidad real y del gobierno se mantendrian como estaban; que todas las leyes y estatutos de uno y otro reino, en lo incompatible con los términos de los artículos precedentes, serian derogados y declarados nulos por los parlamentos de ambos reinos.

Tales fuéron los principales artículos de este tratado de union, al cual, para recibir la autoridad necesaria, no le faltaba mas que la sancion de los dos reinos, siendo esto mas difícil de alcanzar que lo que al pronto se habia imaginado. No solo exigia el tratado la aprobacion del parlamento escocés que estaba dispuesto á rehusarla, sino que además era preciso que tambien pasara en las dos cámaras de Inglaterra.

Como el tratado á nadie agradó mas que al ministerio que lo habia propuesto, hubo con tal motivo muchas juntas, siendo vivas las discusiones. El ministerio y sus partidarios, para determinar al parlamento escocés á adoptar sus medidas, alegaron que una completa y perfecta union era el único fundamento sólido de una paz duradera; que dicha union seria la garantía de su religion, de su libertad y de sus propiedades; que ella estinguiria la rivalidad y animosidad que reinaban entre ambas naciones; que la isla entera, unida por un solo sentimiento y libertada de los temores que provenian de la diferencia de intereses, veria ir en aumento de dia en dia su fuerza, comercio y riqueza; que en fin seria mas capaz que nunca para resistir á sus enemigos, sostener el protestantismo y mantener las libertades de Europa. Hízose observar que era perjudicial para un gobierno la multiplicidad de consejos, y que cuantos menos de estos le embarazasen serian tanto mas vigorosas sus operaciones. Demostróse que los impuestos que se pagaran á consecuencia de esta union serian mucho menos considerables á proporcion de la parte que los escoceses tuvieran en la legislatura; que sus tributos no escederian de la sétima parte de los que pagaran los ingleses, y que sin embargo su participacion en la asamblea legislativa no seria de menos que de un décimo. En fin, las cámaras de Inglaterra añadieron á todos estos argumentos, que el tratado de union pondria para siempre á la Gran Bretaña á cubierto de los trastornos con que podria amenazarla una nacion poderosa y turbulenta, y que en caso de ruptura entre los dos reinos unidos, Inglaterra tendria mucho mas que perder que ganar contra una nacion pobre pero valerosa.

Empero todas estas razones no parecieron convencer á los escoceses, apoderándose de ellos un sentimiento de indignacion á la sola idea de abdicar la indepen-

dencia de su antiguo gobierno. Viéndose escluida la nobleza del privilegio de sentarse en el parlamento, se consideraba despojada de su rango é influencia. La parte comerciante de la nacion se figuró que el comercio seria sobrecargado con obligaciones y compromisos gravosos, y declaró que el nuevo privilegio mercantil acerca de las plantaciones inglesas en las Indias Occidentales solo ofrecia ventajas muy contingentes. Las cámaras inglesas desecharon semejantes objeciones, y se esforzaron en persuadir que la union de una nacion rica con otra pobre no podia menos de ser ventajosa para esta, mientras que aquella no tenia otra perspectiva que la de ser partícipe de las necesidades comunes.

Solo con mucha repugnancia cedieron los escoceses á aquel tratado de union que compararon al casamiento forzado de una muger, añadiendo que semejante alianza formada tan inoportunamente ofrecia tantos inconvenientes, que no podia producir buenos resultados, y quejándose además de que la cuota territorial que iba á serles impuesta guardaba una proporcion mezquina y desigual con la parte que debian tomar en la legislatura.

Por fin llegó á prevalecer un argumento mas fuerte que todos los anteriores. Todas las consideraciones posibles, añadió el parlamento inglés, deben ceder ante una ventaja sólida é importante, la del bien evidente que resultará de tal union para el procomunal.

Venció pues el partido de la reunion, triunfando de todos los obstáculos que oponian el pretendido patriotismo y el interés particular. De aquí puede deducirse que sucede con frecuencia que no se supera un gran número de dificultades sino porque son invencibles para los que dirigen la operacion, y que los planes que en teoría se reputan impracticables, acaban á menudo por conseguir un éxito completo.

No obstante la oposicion de los torys, todos los artículos del tratado fuéron aprobados por gran mayoría en la cámara de los pares, y enviado á la de los comunes para ser ratificado; el procurador general sir Simon Hartecourt preparó el proyecto de ratificacion con la sagacidad necesaria para prevenir todo debate. Espúsose en forma de preámbulo la manera con que pasaron los artículos en el parlamento de Escocia, dende al final se estampó una cláusula que ratificaba la totalidad dándole el carácter sagrado de ley. Por esta causa los que trataban de suscitar nuevas dificultades se encontraron con la imposibilidad de lograr su intento: nada podian objetar contra lo que no era mas que cuestion de hechos, y no tenian bastante carácter para oponerse en globo á todos los artículos aprobados por la mayoría. Esta fué de ciento catorce votos en la cámara de los comunes: el mismo éxito alcanzó en la alta cámara, y la reina demostró la mayor satisfaccion al sancionar aquel proyecto.

CAPITULO XLVII.

CONTINUACION DEL REINADO DE ANA.

(Desde el año 1707 hasta el de 1711.)

Sin embargo del contenido del tratado de union, los torys no dejaron de continuar en una oposicion violenta, y considerando á los escoceses como una faccion semejante á la de los wighs, creyeron que con la agregacion de aquellos iba á crecer la preponderancia de estos. Pero jamás fuéron burlados mas agradablemente los torys que en aquellas circunstancias. La mayoría de la nacion escocesa estaba tan poco satisfecha con las nuevas medidas, que no tardó en incorporarse á ellos para obrar contra el ministerio que los habia obligado á consentir en la reunion, y los mismos miembros del parlamento, como quiera que se hallaban descontentos con los nuevos planes, se esforzaron en secreto para derribar á los autores de su poder actual.

Los torys de Inglaterra veian con disgusto una cesion, cuyas ventajas no tenian el suficiente discernimiento para conocer distintamente.

Por un momento habian formado los torys la mayoría de la nacion; pero una coalicion poderosa que se levantó contra ellos en la corte se opuso constantemente á sus esfuerzos. La duquesa de Marlborough que hacia mucho tiempo poseia la confianza y el favor de la reina, convertia en propio provecho y en el de su partido el afecto de su señora: el ejército era enteramente adicto á Marlborough, y lord Godolphin su amigo, que se hallaba al frente del tesoro, se manejaba de un modo favorable á la ambicion de aquel. Mas la malversacion de ambos no tardó en obrar un cambio inesperado en los sentimientos de la reina.



La Duquesa de Marlborough.

Entre los que habia introducido la duquesa á la intimidad de esta princesa, habia una parienta suya llamada mistris Masham, á quien sacó de la oscuridad é indigencia. Contando dicha duquesa con el grande ascendiente que habia adquirido sobre la reina, se volvió imperiosa é insolente, llegando á abandonar la artificiosa conducta á que debia su elevacion. Mistris Masham que tenia por hacer su fortuna, era mucho mas humilde y asídua, lisonjeaba diestramente las flaquezas de la reina, y aprobaba todos sus proyectos é ideas; y como no tardó en conocer la propension de esta á las opiniones de los torys, en lugar de contrariarla como la duquesa, mostró tanta flexibilidad y complacencia, que al poco tiempo obtuvo toda la confianza que habia tenido dicha duquesa, y aun la pasó en el camino del favor.



Mistris Masham.

Entonces principió á insinuar á la reina que los torys formaban la mayoría del pueblo, y que estaban descontentos con un ministerio que tenia á la soberana en una especie de dependencia y habia prodigado los tesoros de la nacion en guerras, que solo prosiguió con tanto celo para ensanchar su poderío. Esta muger há-

bil é intrigante, al paso que parecia no obraba mas que por sus propias ideas, era el instrumento secreto de M. Harley, secretario de estado, que hacia algun tiempo se habia tambien insinuado en el agrado de la reina y estaba decidido á minar el crédito de Godolphin y Marlborough, siendo su objeto reunir bajo sus auspicios al partido tory y despojar al wigh de todas las ventajas de que gozaba en el gobierno. Harley, mas conocido después con el título de lord Oxford, tenia una erudicion poco comun, un conocimiento profundo de los negocios y una ambicion estremada: era frio y reservado, y lo que principalmente consideraba en los empleos públicos era la fama y el esplendor.

En su ambiciosa carrera escojió para colega á Enrique San Juan, después el famoso lord Bolingbroke, hombre de notable elocuencia, de ambicion mas notable todavía, de espíritu emprendedor y activo, de carácter altivo, poseedor de bastante talento, pero con pocos principios. Contentóse al pronto con hacer un papel subalterno y con favorecer los designios de Oxford; mas apenas conoció toda la estension de su influencia, se sintió animado del deseo ardiente de ser el primero en el Estado y de destruir el poder del que en un principio le habia elevado.

Sir Simon Hartecourt, jurisconsulto de gran habilidad, se unió á ellos, y sus esfuerzos tuvieron por objeto reorganizar y reconciliar los desunidos torys. Entre sus partidarios difundieron el rumor de que la reina estaba resuelta á no tolerar mas tiempo la tiranía del ministerio wigh; que ella siempre habia sido afecta en su interior al partido tory y de la alta iglesia, por cuyo nombre se hacia distinguir entonces este bando, y para convencerlos de la verdad de tales aserciones, la reina dió poco después dos obispados á unos eclesiásticos que abiertamente habian condenado la revolucion— Año 1708.

El pueblo comenzó entonces á cansarse del ministerio wigh, á quien anteriormente habia halagado, atribuyéndole las cargas bajo que gemia y hasta allí habia soportado merced á la gloria y á los triunfos; pero desde que se eclipsaron tan brillantes sucesos sentia todo el peso de ellas. Ninguna ventaja se habia obtenido después de la última victoria de los Paises-Bajos. Francia, en lugar de decaer á impulsos del yugo de la confederacion, segun habian aguardado los ingleses, parecia que se levantaba mas altiva que nunca de su postracion, y que estaba pronta á reparar con brillantez todas sus derrotas. Los comerciantes ingleses acababan de sufrir reiteradas pérdidas por falta de conveniente resguardo; la moneda habia esperimentado una disminucion sensible, y principiaba á declinar el crédito público.

Por largo tiempo ignoraron los ministros los murmullos secretos que resultaban del descontento general, ó quizá seguros de su propia fuerza fingieron ignorarlos, y no querian responder mas que con el desprecio. Así, lejos de aplacar las quejas dirigidas contra ellos y de tratar de calmar el furor de la faccion opuesta, continuaron molestando á la reina con advertencias sobre la conducta de ella y con reconvenciones sobre la ingratitud con que pagaba los servicios que la habian prestado y asegurado su gloria.

Habiendo llegado desde luego el rumor del general descontento á la cámara de los pares, oyéronse muchas quejas sobre la escasez del dinero, y sobre la decadencia del comercio y la mala administracion de la marina, siendo apoyadas estas especies por una peticion de los jerifs y mercaderes de Londres relativamente á las pérdidas esperimentadas en el mar por falta de suficientes resguardos. Representóse, que atacar á los franceses en los Paises-Bajos, donde estaban en el mejor estado de defensa, seria una empresa imprudente y peligrosa: Harley se hallaba encargado de todas estas quejas que tuvieron un efecto, si no inmediato, al menos seguro.

Los wighs abrieron por fin los ojos en cuanto á las intrigas de su pretendido colega: la duquesa de Marlborough conoció, aunque muy tarde, que se hallaba supeditada por su pérfida rival, y su marido el duque no vió otro medio de restablecer su crédito mas que declararse abiertamente contra Harley, á quien no podia esperar espulsar de otro modo. Hacia algun tiempo que recaian sospechas sobre él, porque una correspondencia que mantenia con la corte de Francia un tal Gregg, empleado suyo, habia ocasionado desconfianza acerca del carácter del secretario de Estado. Gregg fué condenado y ejecutado, y el duque de Marlborough tratando de valerse de tal coyuntura para alejar á Harley del ministerio, escribió á la reina que Godolphin y él no podian servirla por mas tiempo, si Harley continuaba de secretario de Estado. Como Ana carecia de carácter para tener contemplaciones con las secretas intrigas de sus ministros y deseaba conservar la buena inteligencia entre ellos, empleó todos los medios de persuasion para apaciguar el resentimiento del duque; pero este, confiando demasiado en su propio poder, persistió en su negativa. Alejáronse de la corte él y el conde de Godolphin, y la reina se vió en peligro de ser abandonada por todos sus ministros. Los miembros del consejo guardaron profundo silencio, á escepcion de algunos que lo rompieron para declarar que ninguna decision tomarian durante la ausencia del duque y del lord canciller.



Harley.

La reina conoció entonces por primera vez el poder que estos dos ministros se habian apropiado en el consejo, y vió que estaban dispuestos á poner y quitar á su placer los servidores de la corona, sin que á ella la quedara otro privilegio que el de aprobar las medidas que ellos juzgaban convenientes á sus intereses. Resolvióse por lo tanto en su interior á separar un ministerio que se la habia hecho odioso, aunque por el pronto tuvo que ceder á sus demandas. Envió á llamar al duque de Marlborough y le dijo que Harley acababa de resignar su cargo, el cual en consecuencia fué conferido á M. Enrique Boyle, canciller del tesoro.

En este primer descalabro de los torys Bolingbroke tomó la resolucion de participar de la desgracia de su amigo Harley, siguiendo el ejemplo de aquel sir Simon Hartecourt, procurador general, y sir Tomás Mansell, intendente de la casa real, los cuales dimitieron sus empleos. El de Bolimbroke, que era secretario de la guerra, fué conferido á Roberto Walpole, que comenzaba á ejercer mucha influencia en la cámara de los comunes, y que después figuró de una manera tan importante en los dos reinados siguientes.

El duque parecia complacerse con el éxito de su venganza, sin considerar que esto mismo le hacia perder por completo la confianza de la reina. Impaciente por proseguir sus conquistas regresó al continente, donde le aguardaban nuevos laureles; mas ni aun ellos contribuyeron á restablecer su preponderancia.

La medida violenta que al pronto pareció favorable para el ministerio wigh vino á ser el fundamento de su ruina. Harley creyó llegado el momento oportuno

para arrojar la máscara de amistad con que se habia cubierto hasta entonces, y se resolvió á tomar medidas vigorosas para el logro de sus designios, prevaliéndose de la coyuntura de haber colocado en él la reina toda su confianza, á pesar de que parecia que ninguna influencia ejercia él en el gobierno. El primer triunfo de los torys brilló en un negocio poco importante en sí mismo, pero mucho en sus resultados, en el cual descubrió la reina su secreta parcialidad por este bando. Hallábanse los dos partidos demasiado irritados entre sí para no comprometerse muy pronto en terrible lucha: solo aguardaban para principiar una ocasion favorable, la cual proporcionó un hombre que únicamente por casualidad apareció á la sazon, pues ni su mérito, ni su fortuna, ni su poderío le hacian acreedor á tal influencia.

Enrique Sacheverel, eclesiástico que estudió en Oxford, se hallaba dotado de inteligencia limitada y de imaginacion ardiente: habia adquirido alguna popularidad entre los que se habian distinguido bajo el nombre de partidarios de la alta Iglesia, y ninguna ocasion habia desperdiciado de patentizar su odio á los disidentes, predicando en tal sentido ante los jueces en Derby en las vacaciones de los tribunales. El 5 de noviembre declamó en San Pablo de la manera mas violenta contra la doctrina de la no resistencia, profiriendo invectivas contra la tolerancia de los presbiterianos y declarando hallarse atacada la iglesia del modo mas encarnizado por sus enemigos, al paso que solo débilmente era defendida por sus falsos amigos. En medio de su ardimiento por escitar el celo de todos, exhortó al pueblo á armarse por la causa de Dios: sir Samuel Gerard, lord corregidor, apoyó esta arenga, que á pesar de su insignificancia en la manera y en el estilo, fué publicada bajo sus auspicios y alabada por los torys como una obra maestra. Pero tales sermones, que solo debieron su celebridad al espíritu de la época, en el dia son despreciados con justicia.

M. Dolben, hijo del arzobispo de York, dirigió una queja á la cámara de los comunes contra todas aquellas rapsodias, dando así importancia á lo que muy pronto se hubiera olvidado. Publicáronse los mas violentos párrafos, y los sermones fuéron declarados sediciosos, y considerados como libelos escandalosos. Sacheverel fué enviado á la barra, y lejos de negar sus escritos, se glorió de haberlos trazado, y citó la autorizacion que habia recibido para publicarlos del lord corregidor que estaba presente. Apenas se retiró el residenciado, se decidió que fuera acusado de altos crímenes en la cámara de los pares, siendo designado M. Dolben para la prosecucion del proceso á nombre de los comunes de Inglaterra. Nombróse una comision para redactar los artículos de acusacion: Sacheverel fué encarcelado, y designado dia para juzgarle ante los pares en Westminster-Hall.

Los torys en el ínterin, como aprobaban sus principios, mostraron tanto ardor en defenderle como los comunes en perseguirle. Aquellos sostenian audazmente que los wighs habian formado el designio de destruir la iglesia, y que el proceso no tenia otro objeto que el de ensayar sus fuerzas antes de venir abiertamente á la ejecucion de su proyecto. El clero nada omitia á trueque de alarmar é inflamar los ánimos, amen de los emisarios que se pusieron en movimiento para escitar la fermentacion entre el pueblo, ya dispuesto al descontento por la carestía que á la sazon se esperimentaba en casi todos los países de Europa: exagerábanse los peligros á que estaba espuesta la iglesia por los disidentes y wighs, y vituperábase abiertamente la tibieza de los prelados, siendo representados estos partidarios como autores de una guerra ruinosa que habia acarreado la hambre que los afligia. En fin, declaróse un partido tan considerable á favor de Sacheverel á consecuencia de los artículos que se publicaron, que los pares juzgaron necesario ponerle en libertad bajo fianza—Año 1710.

Todos los ojos se hallaban clavados en aquel estraordinario proceso que duró tres semanas, durante las cuales estuvieron suspendidos todos los demás asuntos. La reina asistió á la mayor parte de las sesiones como simple espectadora, y siempre que el acusado se dirigia á la sala de audiencia iba acompañado de una multitud inmensa, que ó bien dejaba oir aclamaciones, ó bien hacia votos en voz baja para que fuera absuelto. Los abogados por los comunes eran sir José Jekil, Eyre, procurador general, sir Paterking escribano, el general Stanhope, sir Tomas Parker y Walpole. Al doctor defendian sir Harcourt y Phips, ayudados por los doctores Atterbury, Smallridge y Friend, y en el tiempo que duró aquella causa llegaron al colmo la violencia y los ultrajes del populacho, el cual rodeaba á menudo el asiento de la reina gritando: «Dios proteja á V. M., y á la iglesia: esperamos que V. M. protegerá al doctor Sacheverel.»

Destruyeron varias iglesias de los disidentes, saquearon las casas de muchos de ellos, y hasta se prepararon á atacar el banco. La reina, tomando en consideracion la esposicion de los comunes, hizo publicar una proclama para apaciguar el tumulto, y muchos después de arrestados fuéron juzgados por delito de alta traicion: dos fuéron convictos y condenados á muerte, mas no se efectuó la sentencia.

Así que los comunes terminaron la acusacion, los abogados de Sacheverel emprendieron su defensa con un arte y una elocuencia notables, pronunciando además el mismo un discurso, que por lo diferente que es de sus sermones, parece obra de otro. En dicho discurso sinceraba solemnemente sus intenciones para con la reina y su gobierno: hablaba en los términos mas respetuosos de la revolucion y de la sucesion protestante: sostuvo la doctrina de la no resistencia como uno de los dogmas de la iglesia en que habia sido educado, y por medio de una conclusion patética se esforzó en escitar el enternecimiento de su auditorio. Estaba rodeado de capellanes de la reina, quienes le alentaban y ensalzaban como campeon de la Iglesia, hallándose además favorecido por la misma reina, que no podia menos de aprobar una doctrina que confirmaba su autoridad y daba mas estension á su poder.

Los que son estraños á los intereses de esta época pueden sorprenderse con razon de que una causa tan liviana hubiera producido una cuestion tan importante; pero es un hecho que existia ya el espíritu de polémica en la nacion, y que este hombre no hizo mas que fomentar el fuego, que desde largo tiempo estaba próximo á estallar.

Habiéndose retirado los pares á deliberar sobre la sentencia, se mostraron divididos en opiniones, y vacilaron por algun tiempo en tomar una determinacion. Por fin, tras de muchos debates obstinados y de muchas altercaciones, Sacheverel fué declarado culpable por una mayoría de diez y siete votos; però contra tal decision protestaron treinta y cuatro pares. Prohibiósele predicar por espacio de tres años, y sus dos sermones fuéron condenados á ser quemados por mano del verdugo comun.

La dulzura de esta sentencia, que en gran parte era debida al temor del resentimiento popular, fué considerada por los torys como un triunfo, y manifestaron su regocijo con fuegos artificiales é iluminaciones, mostrando abiertamente su furor contra los perseguidores de Sacheverel. Poco después fué nombrado para un beneficio en el norte de Galles, adonde se encaminó con toda la pompa de un soberano, siendo recibido magnificamente por la universidad de Oxford y por muchos nobles del país, quienes al paso que le adoraban como al ídolo de su bando, no podian prescindir de despreciar al objeto de su idolatría. Fué acojido en muchas ciudades por los magistrados con las mayores ceremonias, y hasta acompañado por un cuerpo de mil caballos. En Bridgenorth le salió al encuentro un tal

Creswell al frente de mil ginetes, en tanto que le seguia á pié igual número de personas con corbatas blancas bordadas de oro. Todas las hayas á dos millas de distancia estaban adornadas con guirnaldas, y los campanarios cubiertos de banderolas, estandartes y pendones. *La iglesia y el doctor Sacheverel!* fué el grito universal, y desde aquel momento se apoderó de toda la nacion un espíritu de religioso entusiasmo.

Tal era el estado de los ánimos cuando la reina juzgó por fin favorable la ocasion para formar un nuevo parlamento; y como amaba á los torys, dió al pueblo una prueba de su favor escojiendo representantes de las mismas opiniones que él. Es un hecho que de los antiguos miembros de la cámara fuéron conservados muy pocos además de los que se habian distinguido por su celo contra los wighs: incapaces estos últimos de luchar por mas tiempo contra el pueblo y el poder de la reina, se vieron precisados á ceder el terreno; y á pesar de que se hallaron escudados por el formidable cuerpo de los pares, y por causa de sus intereses, familias y relaciones debieron creerse invulnerables en sus empleos, no pudieron dudar al fin de su ruina, no teniendo muy pronto otra esperanza que la de ver á la fortuna precipitar algun dia á sus enemigos de la altura en que ellos mismos se habian creido incontrastables.

El duque regresó de Flandes, después de ayudar á los ejércitos unidos á conseguir célebres pero sangrientas victorias. Como los franceses se hallaban completamente desalentados, en un principio no estuvieron mas que á la defensiva; pero precisados á combatir, habian luchado con tenacidad, cobrando mayor valor á medida que su país era cada vez mas amenazado.

Ofrecida mas de una vez la paz, y entablados sin ningun éxito varios tratados, por fin después de la batalla de Ramillies el rey de Francia por medio del elector de Baviera escribió al duque de Marlborough proponiendo la celebracion de un congreso y comprometiéndose á ceder á Carlos de Austria, ó bien la España y sus posesiones, ó bien los reinos de Nápoles y Sicilia, y á poner una barrera á los holandeses en los Países-Bajos. Estas proposiciones fuéron rechazadas: los holandeses se hallaban demasiado entusiasmados con sus triunfos para acceder á ellas, y Marlborough tenia todos los motivos posibles para continuar la guerra, la cual no solo lisonjeaba á su ambicion de gloria, sino tambien á su avaricia, cuya vil pasion empañaba sus brillantes cualidades.

Resuelto el duque á ir en pos de la fortuna, se puso al frente de un poderoso ejército y se encaminó en el mes de junio de 1708 hácia la aldea de Oudenarde, donde en igual número se hallaban los franceses. Allí hubo un terrible choque que terminó con la retirada de estos á favor de una oscura noche, quedando muertos en el campo de batalla unos treinta mil hombres, prisioneros siete mil, y desertándose un gran número. De resultas de tal victoria, después de un sitio tenaz fué tomada Lila, la ciudad mas fuerte de Flandes; Gante lo fué tambien al poco tiempo, y Brujas y otras poblaciones fuéron abandonadas y se entregaron al enemigo. Así concluyó esta campaña, que puso una barrera á los estados de Holanda, barrera que solo subsistió para abrir paso á las provincias del enemigo.

Los reiterados triunfos de los aliados forzaron de nuevo al monarca francés á hacer proposiciones de paz; y renunciando á todas las consideraciones de orgullo y de ambicion, así como á los intereses de su nieto, no trató mas que de una medida necesaria é indispensable para lo sucesivo. Celebróse una conferencia en que los aliados presentaron proposiciones alzadas, á pesar de que nada se estipulaba para Inglaterra. Dichas proposiciones fuéron rechazadas por Francia, y este aniquilado reino hizo preparativos para otra campaña.

Tournay, una de las mejores fortalezas de Flandes, fué el primer objeto de las operaciones de los aliados, cuyo ejército á la sazon ascendia á ciento diez mil hombres, y á pesar de que la guarnicion no escedia de doce mil, la plaza estaba tan fortificada por el arte y la naturaleza, que se aguardaba que el sitio duraria largo tiempo. Combatíase con ardor por ambas partes: como los sitiadores empleaban la zapa, sus minadores tropezaban contínuamente bajo la tierra con los del enemigo y se atacaban con furor en aquellos choques subterráneos, y los voluntarios que se presentaban en medio de las minas y contraminas próximas á reventar, añadian nuevo horror á tan espantosa situacion: unos perecian por casualidad, otros á sabiendas, y así eran sepultados debajo de los escombros ó volaban por los aires millares de aquellos hombres intrépidos, hasta que por fin después de una tenaz resistencia se rindió la ciudad con ciertas condiciones, quedando toda la guarnicion prisionera.

Al poco tiempo tuvo lugar la sangrieta batalla de Malplaquet, en cuyas inmediaciones estaba situado á espaldas del bosque de la Merte y de Tanieres el ejército francés en número de ciento veinte mil hombres, mandado por el célebre mariscal de Villars, y tan fortificado con trincheras y árboles atravesados, que parecia inaccesible. No son bien conocidos los motivos del duque para atacar al enemigo con tanta desventaja, pues esta tentativa fué la mas temeraria de todas las campañas de Marlborough. En la mañana de 1.° de agosto de 1711 comenzaron los aliados el ataque favorecidos por una espesa niebla, acometiendo el ala izquierda del enemigo con tanto furor y buen éxito, que á pesar de las líneas y parapetos, en menos de una hora fuéron arrojados de sus trincheras los franceses. Sosteníase con mas tenacidad el combate en la derecha de estos, quienes si bien fuéron echados de su primera posicion por los holandeses, los rechazaron de la segunda con horrible carnicería. El príncipe de Orange, que mandaba este ataque, persistió en sus esfuerzos con intrepidez increible, sin embargo de la pérdida de dos caballos suyos y de que la mayor parte de sus oficiales fuéron heridos mortalmente y puestos fuera de combate. Los franceses no obstante se vieron obligados á dejar el campo de batalla, aunque no lo hicieron sino después de vender bien cara la victoria.

Herido peligrosamente Villars, ejecutaron una soberbia retirada á las órdenes de Bufflers y tomaron posicion cerca de Quesnoy y de Valencienes. Apoderáronse entonces los vencedores del campo de batalla, donde estaban tendidos sin vida veinte mil de sus mejores soldados. Con el mayor pesar se determinó el mariscal de Villars á abandonar dicho terreno, pretendiendo que si él no hubiera sido imposibilitado para combatir, de seguro habria ganado la victoria, lo cual es probable teniendo en cuenta los recientes hechos gloriosos de tan hábil general.

La recompesa de esta victoria fué la toma de la ciudad de Mons, que poco después se entregó á los aliados, terminando con esta conquista la campaña.

Aunque estos últimos sucesos fuéron mas favorables de lo que era de esperar para Luis XIV, no por eso dejó de continuar deseando ardientemente la paz, resolviéndose al efecto á solicitar de nuevo una conferencia, para lo cual envió á un tal Petkum, ministro residente del duque de Holstein en el Haya, llegando además hasta conferenciar con Marlborough en particular.

Pero como los negocios de Luis se hallaban á la sazon menos desesperados que al principio de la campaña, se negó á sujetarse á las condiciones que le ofrecian como preliminares de una conferencia. Irritáronse los holandeses, quejándose amargamente de su falta de sinceridad, sin considerar el derecho que tenia para retractarse de ofertas que anteriormente habian rechazado ellos mismos, quienes por lo tanto encontraron razones para prolongar la guerra, y el duque cuidó de mantenerlos en tal resolucion.

Empero como el rey de Francia veia ir en aumento de dia en dia la miseria de su pueblo y agotarse todos sus recursos, se humilló de nuevo ante los aliados, y por medio de Petkum, que estaba siempre en correspondencia desde el Haya con sus ministros, invitó á los holandeses á renovar la negociacion: hubo por fin una conferencia en Gertruydenberg bajo la influencia de Marlborough, de Eugenio y de Zinzendorff, todos los que por motivos particulares estaban en completa oposicion con el tratado. Los ministros franceses en aquellas circunstancias estuvieron espuestos á todos los desaires posibles: habia espías con el encargo de vigilar su conducta, su soberano era insultado todos los dias, y sus cartas abiertas. Los diputados holandeses no quisieron prestarse á aflojar la severidad, ni á ceder á ninguno de los espedientes para alejar las dificultades que retardaban la negociacion. Los comisionados franceses ofrecian satisfacer todas las quejas relativas á los motivos que habian hecho nacer la guerra, accediendo á abandonar á Felipe de España, á conceder á los holandeses un antemural considerable, y pareciendo que hasta se hallaban prontos á brindar con una pension al mismo Felipe para inducirle mas prontamente á dejar el trono. Estas proposiciones sin embargo fuéron acojidas con desprecio, y dichos comisionados se vieron precisados á regresar á Francia, después de enviar á los estados una carta en que declaraban que las proposiciones que se les hacia eran inadmisibles y sumamente injustas, y que habian sido tratados de la manera mas indigna.

Luis adoptó entonces la resolucion de aventurar otra campaña, no sin esperanza de que algun incidente favorable durante la guerra, ó algun cambio en el ministerio inglés le proporcionaran concesiones ventajosas.

Aunque á fuerza de artificios logró el duque de Marlborough prolongar su dominacion en el continente, su influencia, tan grande en otro tiempo en Inglaterra, iba debilitándose de dia en dia. Los miembros de los comunes elegidos en seguida del juicio de Sacheverel, casi todos eran torys, y de todos los puntos del reino se dirigian representaciones á la reina con tendencia á confirmar la doctrina de la no resistencia, sin que Ana tuviera reparo en recibirlas con una especie de placer. Terminadas las conferencias de Gertruydenberg, los designios de los holandeses y de los comandantes ingleses se hicieron demasiado visibles para no ser notados. Los escritores de la fraccion tory, que eran hombres de distinguido mérito en literatura, y cuyos sentimientos estaban mas acordes con la opinion popular, declamaron contra la avaricia del duque y la conducta interesada de Holanda, pretendiendo que ínterin Inglaterra agotaba sus fuerzas en conquistas estranjeras que redundaban en provecho de otras naciones, perdia la misma su libertad interior, y declarando por fin que hallándose descontentos los ministros del reino con el empobrecimiento siempre creciente del Estado y con las contradicciones incesantes que la reina tenia que soportar, estaban resueltos á recuperar las libertades de la nacion.

Una parte de estas quejas era fundada, y otra exagerada; pero los crímenes mas reales del ministerio á los ojos de la reina eran su orgullo, sus artificiosas combinaciones y su poder absoluto. La insolencia de la duquesa de Marlborough, la cual gozaba sola de mas influencia que todo el consejo privado, llegó á ser insoportable, y la reina la retiró completamente su cofianza, decidida á aprovechar la primera ocasion de patentizarla su resentimiento: tal ocasion no tardó en presentarse.

Al fallecimiento del conde de Essex, que era coronel de uno de los regimientos existentes bajo las órdenes de Marlborough, la reina trató de disponer de aquel cargo á favor de una persona que sabia ser de todo el desagrado del duque, á quien escribió al efecto que deseaba dar dicho mando á Hill, hermano de su favorita mistris Masham, el cual era acreedor á tal gracia por sus buenas cualidades. El duque, lleno de sorpresa con tal demanda, que miraba como un golpe fatal para su favor, representó á la reina el perjuicio que resultaria al servicio de la promocion de un oficial tan jóven, y de la rivalidad que no podria menos de ocasionar en los oficiales mas antiguos que él, olvidando en aquel momento que él mismo era mucho mas jóven que la mayoría de los que mandaba: terminaba la representacion quejándose de tan estraordinaria muestra de favor hácia el hermano de la que se habia portado con la mayor ingratitud con él y su familia. A todo esto nada mas respondió la reina sino que haria bien en consultar con sus amigos. Retiróse descontento el duque, y escribió una carta á aquella pidiéndola licencia para renunciar todos sus empleos.

La reina, contando con la aprobacion del pueblo, encaminóse al consejo, donde pareció que no paraba la atencion en la ausencia del duque. Sus amigos, que componian casi enteramente el consejo, no dejaron de atemorizar á la soberana, haciéndola entrever las consecuencias que podian originarse de su severo proceder con un servidor tan útil. El celo de ellos alcanzó al pronto buen resultado, pues por algun tiempo ella disimuló su resentimiento, llegando hasta escribir una carta al duque dándole facultad de disponer del regimiento á favor del que juzgara digno; mas se hallaba demasiado vivamente ofendida para no abrigar el secreto deseo de alejarle, si bien continuó disimulando y aun insistiendo para que reasumiera sus funciones.

No sucedió así con respecto á la duquesa, la cual suponiendo por semejante condescendencia que la reina estaba dispuesta á aplacarse, se decidió á recurrir nuevamente á los artificios hacia mucho tiempo olvidados, después que debió á ellos su elevacion. Al efecto pidió una audiencia á S. M. sopretesto de justificarse de varias calumnias, esperando que toda vez que era tierna la reina, la ablandaria con sus lágrimas y ruegos: pero por mas que se humilló, su conducta solo sirvió para rebajarle mas y mas á sus propios ojos. Escuchóla Ana sin dejar ver la menor emocion, siendo la única respuesta que dió á todas las instancias de la dama, la repeticion de la frase insolente de que esta se habia servido en una de sus cartas á la misma reina: «Vos no quereis ninguna respuesta, pues no la tendreis.»

Solo por grados fué como la reina adquirió la firmeza necesaria para satisfacer su propension y disolver un ministerio que hacia mucho tiempo la era desagradable. Harley, que poseia siempre su confianza, no dejaba de insinuarla todos los dias que una medida tan justa era el único medio de adquirir mucha popularidad: á consecuencia de tales consejos, ella comenzó el cambio del ministerio, quitando el puesto de lord gentilhombre al duque de Ken para darlo al de Shrewsbury, que hacia poco habia votado por los torys, y estaba en íntimas relaciones con Harley: al poco tiempo el conde de Sunderland, secretario de estado y yerno de Marlborough, fué exonerado de su cargo y sustituido por el conde de Darmouth. Viendo la reina que su proceder mas bien era recibido con aplauso que con vituperio, se determinó á seguir obrando hasta hacerse enteramente libre.

Fué afirmada mas y mas en su resolucion por el duque de Beaufort, quien llegando á la sazon á la corte, espuso á S. M. que ofrecia de nuevo con el mayor entusiasmo su homenaje á una verdadera reina. Todo el partido wigh se hallaba en la mayor consternacion, y de tal modo llegó á influir sobre los directores del banco, que aseguraron á la reina que un cambio de ministerio causaria el mayor perjuicio al crédito público. Los holandeses no dejaron piedra por mover, con promesas y amenazas en caso de mudanza. La reina empero prosiguió adelante en sus designios: bien pronto fué destituido de su cargo el conde de Godolphin, y confiada la tesorería á una comision puesta bajo la direccion de Harley, el cual fué nombrado canciller del tribunal del tesoro.

Al conde de Rochester se le declaró presidente del consejo en lugar de lord Somers. El cargo de lord intendente de la real casa pasó de manos del duque de Devoushire á las del de Buckingham, y Boyle fué removido de la secretaría para que sir Enrique San Juan la ocupase.

El gran sello resignado por el lord canciller fué conferido al pronto en comision, y luego dado á sir Simon Hartecourt. El conde de Wharton dimitió su cargo de lord lugar-teniente de Irlanda, y este empleo fué conferido al duque de Ormond. Granville fué nombrado secretario de la guerra en reemplazo de Roberto Walpole: en una palabra, ni un solo wigh continuó en los cargos del Estado, á escepcion del duque de Marlborough, quien siguió mandando el ejército, aunque con repugnancia, porque conocia que su caida era inevitable.

No se completó el triunfo hasta que el parlamento hubo confirmado y aprobado la eleccion de la reina, la cual en su discurso á la cámara recomendó con calor la prosecucion de la guerra. Entrambas cámaras la manifestaron á porfía su celo y adhesion, exhortándola á oponerse firmemente á los principios y á las medidas que tan recientemente habian amenazado su corona y dignidad real.

Todo esto no fué mas que el principio de lo que después sobrevino. El duque de Marlborough, pocos meses antes tan alabado y adulado por los representantes del pueblo, convirtióse entonces en blanco de su ódio y de sus murmullos, echándole no sin razon en cara su avaricia, y atribuyendo á tal motivo su deseo de prolongar la guerra. Por todas partes salian pruebas de sus fraudes y estorsiones: acaso se decia la verdad; pero el partido enconado contra él no usaba ninguna moderacion en la espresion de su resentimiento, propasándose hasta poner en duda su valor y capacidad militar.

Para mortificarle mas y mas, la cámara de los comunes dió un voto de gracias al conde de Peterbough por sus servicios en España, al paso que fuéron negadas al duque por los que habia prestado en Flandes. El lord guarda-sellos, al dárselas á Peterbough, se aprovechó de la ocasion para intercalar en su discurso algunas reflexiones mordaces acerca de la conducta de su rival.

En medio de aquella exasperacion de resentimiento y de espíritu de partido, Harley, no obstante ser el causante principal de semejante fermentacion, fué el único que conservó la apariencia de la moderacion, llegando á hacerse sospechoso á sus mas ardientes partidarios de no ser muy adicto á la causa general. Pero un incidente vino bien pronto á consolidar la confianza pública y á asegurarle por largo tiempo el favor de la reina. Un tal Guiscard, oficial francés, que habia proporcionado á los ingleses algunas noticias sobre las cosas de Francia, considerando mal recompensados sus servicios con una pension de cuatrocientas libras, se habia esforzado varias veces por lograr acceso á la reina, pero siempre habia sido rechazado ya por Harley, ya por San Juan. Irritado de aquella oposicion, trató de reconciliarse con la corte de Francia, ofreciendo sus servicios en una carta dirigida á uno llamado Moreau, banquero de París—Año 1711.—Habiendo sido interceptada su correspondencia, espidióse contra él un mandamiento de prision por delito de alta traicion. Estando seguro de que no podria menos de ser condenado al tenor de las pruebas que habia contra él, no trató de sustraerse de su destino, si bien se resolvió á dulcificar su muerte con la venganza.

Llamado ante el consejo convocado en Cok-Pit, vió una navaja sobre una tabla y la cojió sin que nadie le viera. A todas las preguntas que le hicieron los miembros del consejo respondió de una manera evasiva, y después de haber eludido constantemente el interrogatorio, dijo que queria hablar en particular con el secretario San Juan. No habiéndosele concedido lo que pedia, respondió:—«¡ Esto es duro ! ¡ cómo ! ¡ ni una palabra !» Como San Juan estaba fuera de su alcance, encaróse con Harley gritando:—«Pues á tí !» y le dió en el pecho con la navaja que habia escondido. Rompióse la hoja en las costillas sin penetrar adentro; empero con tal violencia le reiteró el golpe, que Harley cayó al suelo. San Juan sacó su espada, y otros muchos siguieron su ejemplo. Guiscard, aunque herido, continuó luchando hasta que, apoderándose de él los porteros y criados, le arrancaron del salon del consejo, donde todo era terror y confusion. Las heridas del preso, si bien peligrosas, no eran mortales, y falleció de gangrena ocasionada por las contusiones que habia recibido.

Esta infructuosa tentativa solo sirvió para afirmar con mas seguridad el crédito de Harley; y como se mostraba enemigo de Francia, se desvanecieron todas las dudas en cuanto á su celo por Inglaterra.

Este acontecimiento sirvió tambien para probar la rectitud política del ministerio con respecto al estado. Un proyecto, que fué aprobado bien pronto por las dos cámaras, patentizó á la nacion la fidelidad de sus miembros á la iglesia, mandándose edificar cincuenta iglesias nuevas en Londres y sus arrabales, para lo cual se estableció un derecho sobre el carbon.

Nada mas quedaba del sistema wigh en que se fundó este reinado, sino la guerra que continuaba con mas furor que nunca, aumentando considerablemente los gastos de cada año.

El ministerio actual tomó por fin la resolucion de poner término á las hostilidades á toda costa, porque sumian la nacion en una deuda que amenazaba acarrear una bancarota, y porque en lugar de servir para humillar al enemigo, parecia que se arraigaban en la nacion dando una tendencia funesta á la constitucion de Inglaterra. Empero fué un punto muy delicado para el ministerio el llegar á destruir la preocupacion popular en favor de la guerra: la nacion hacia mucho tiempo que se hallaba deslumbrada con ideas pueriles de gloria militar, y que aspiraba á triunfos de que ninguna ventaja reportaba: el placer de hablar de fiestas y conquistas, y el alabar la bravura del soldado inglés, eran la única recompensa que probablemente debiera recojer un pueblo empobrecido, cuyos recursos estaban agotados. Las primeras dudas sobre la utilidad de continuar la guerra fuéron emitidas en la cámara de los comunes: estos dirigieron un mensaje á la reina, en que se quejaban altamente de la primera administracion, declarando que al investigar las causas de la deuda nacional habian descubierto pruebas numerosas de fraudes, y de la malversacion de los fondos públicos, y asegurando que de todo esto habria resultado un mal irreparable, si los anteriores ministros hubieran seguido administrando los negocios del reino. El mensaje terminaba dando las gracias á la misma reina por haberlos separado del ministerio.

Preparados así los ánimos, nada mas faltaba que alejar al duque de Marlborough, puesto que no cesaba de mostrarse opuesto á todas las negociaciones del nuevo ministerio. Pero una dificultad se presentó: esta medida no podia tomarse sin ofender á Holanda, que tenia en Marlborough entera confianza: por tal razon se acordó aguardar una ocasion mas opurtuna.

En el interin hallábase el duque en Flandes al frente de su ejército, dirigiendo sus fuerzas contra el mariscal de Villars, que parecia resuelto á aventurar una batalla. Estos últimos esfuerzos del valor y del talento de Marlborough se han tenido por superiores á todas sus hazañas: tomó tambien sus medidas, que después de varias marchas y contramarchas y sin un solo sablazo, precisó al enemigo á ceder una fuerte línea de trincheras, de que tomó posesion inmediatamente. A esta empresa siguió la toma de Bouchain, cuya ciudad capituló tras de un asedio de veinte dias, siendo esta conquista la última proeza militar de Marlborough. Merced á una conquista siempre hábil y afortunada, sin

desperdiciar jamás ninguna ventaja, apoderándose sin combatir de los puestos del enemigo, y obteniendo la confianza de sus propios soldados sin ningun esfuerzo ni la menor liberalidad para con ellos, el duque coronó sus campañas dejando á los aliados en posesion de una vasta estension de territorio, puesto que habian sometido la Gueldres española, el ducado de Limburgo, el Bravante, la Flandes y el Hainaut: eran dueños de la Scarpe, y la toma de Buchain les abrió paso hasta el corazon de Francia.

A su regreso de esta campaña el duque fué acusado de haber recibido una cantidad de seis mil libras anuales de un judío por el suministro del pan al ejército, y la reina juzgó favorable tal coyuntura para exonerar á Marlborough de todos sus empleos.

Tal fué el pretesto de que se sirviéron sus enemigos para perderle; mas su caida hacia mucho tiempo se hallaba premeditada, si bien es preciso confesar que la falta, que no fué el motivo real de su desgracia, era bastante para acarreársela. Guióle desgraciadamente en todas sus conquistas el codicioso deseo de acumular riquezas, cuya pasion fué una de las dominantes de tan valeroso guerrero, sin que todas sus grandes cualidades hubieran podido llegar á vencerla, contribuyendo á empañar su carácter. No solo se dejó corromper por el judío Medina aceptando lo que le ofrecia, sino que recibia mil libras anuales de la reina, y además la deduccion de dos y medio por ciento de la paga de las tropas estranjeras mantenidas en Inglaterra: todo esto amen de su asignacion ordinaria de general de los ejércitos británicos.

Vanos serán los esfuerzos que se hagan á fin de disculpar una conducta tan poco justificable, lo cual es vituperable en toda la estension de la palabra: un hombre de carácter noble y grande debe evitar escrupulosamente toda accion que pueda esponerle á la necesidad de recurrir á escusas humillantes.

CAPITULO XLVIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE ANA.

(Desde el año 1711 hasta el de 1714.)

Los wighs en fuerza de su carácter y valor han sido siempre mas propensos que los torys á la guerra. Los primeros, turbulentos, activos é indómitos, aparentan complacerse con los debates: los segundos, sumisos, moderados y débiles, se ocupan con mas voluntad de cultivar las artes pacíficas, haciendo depender su dicha de la prosperidad de su patria. En todo el curso de la historia de Inglaterra parecia haber sido Francia el blanco preferente del odio de los wighs, cuyo constante intento ha sido una guerra constitucional con esta nacion, al paso que los torys por el contrario siempre han obrado en el mismo punto por principios opuestos, siendo por lo regular la paz con Francia el resultado de su administracion.

Por esta razon, algun tiempo antes de la exoneracion de Marlborough se entablaron negociaciones de paz entre la corte de Francia y el nuevo ministerio, cuyo doble objeto era mortificar los wighs y libertar á Inglaterra de una guerra inútil y ruinosa.

Los motivos de todas las medidas políticas en que con algun fin entran los bandos, son en parte laudables y en parte vituperables. Los ministros actuales indudablemente se hallaban poseidos de odio por un lado y por otro de amor al país, y esperaban conseguir con respecto al comercio ventajas capaces de imponer silencio á los malévolos: al paso que conociendo suficientemente á los holandeses para estar seguros de que estos no pensaban mas que en defender sus intereses personales, se hallaban poco dispuestos á apoyarlos.

A fin de llegar cuanto antes á su término, el conde de Jersey, que obraba de acuerdo con Oxford, envió á la corte de Francia un mensaje secreto, en que se espresaban los ardientes votos de la reina por la paz, y su gran deseo de ver reanudadas las conferencias. Esta carta fué confiada á un tal Gaultier, clérigo oscuro, que era capellan del embajador imperial y espía de Francia. Semejante comunicacion fué recibida con el mayor placer en la corte de este reino, cuya respuesta contenia disposiciones enteramente conformes con las de la reina. A aquella carta siguió otra, y poco después una memoria definitiva de dicha corte, cuya memoria fué trasmitida inmediatamente á los holandeses á fin de obtener su aprobacion. Los estados generales, después de tomar conocimiento del negocio, aseguraron á la reina Ana que estaban prontos á unirse á ella y á contribuir al establecimiento de una paz duradera, si bien manifestaron el deseo de que el rey de Francia se espresara de una manera mas precisa con respecto á sus ofertas de afirmar el reposo de Europa.

A fin de satisfacer á los holandeses en este punto, celebróse una conferencia entre las cortes de Francia é Inglaterra. Prior, mucho más famoso como poeta que como diplomático, fué enviado á Francia con proposiciones, y Menager, hombre de rango y mérito mucho menos notables, acompañó á Prior á Londres con todos los poderes necesarios para ajustar los artículos del tratado. Después de muchos debates largos y embrollados, acordáronse varios artículos preliminares, que fuéron firmados por los ministros de ambas naciones, en virtud de órden escrita de la reina.



Prior.

Sin embargo de que los esfuerzos del ministerio consiguieron hasta entonces todo cuanto habian deseado, todavía estaba por vencerse la mayor dificultad, que era la de hacer aceptables las proposiciones de paz á todos los confederados. El conde de Strafford, al poco tiempo de haber sido llamado del Haya, donde residia como embajador, fué enviado de nuevo á Holanda con la órden de comunicar al pensionario Heinsius las proposiciones del rey de Francia, la aprobacion de ellas por la reina, y que designaria punto en que se reuniesen los plenipotenciarios. Mas los holandeses, así que tuvieron conocimiento de los preliminares, mostráronse poco dispuestos á entablar las conferencias, despachando por lo mismo un enviado estraordinario á la reina, á fin de procurar retraerla de semejante resolucion: todos sus esfuerzos fuéron inútiles, proponiendo por fin á Utrecht para punto de la conferencia general, y conformándose en otorgar los salvo-conductos necesarios á los ministros franceses.

Los holandeses y alemanes pusieron en juego diversas intrigas á fin de que se frustrasen las negociaciones de aquel congreso. El emperador escribió cartas circulares á todos los príncipes del imperio exhortándolos á insistir en sus primeros compromisos, y su embajador en Londres, habiéndose agenciado una copia de los artículos preliminares, los hizo insertar en los

papeles públicos, con el intento de que recayera mala nota sobre el ministerio y hacer odiosa su conducta al pueblo. Los holandeses comenzaron á quejarse de la perfidia de que se suponian víctimas, y trabajaron sordamente en fomentar el descontento de los ingleses contra las medidas que se preparaban: tales esfuerzos fuéron apoyados en Londres por los wighs con las armas de la declamacion, del ridículo y del vituperio, publicándose libelos, hojas sueltas y sátiras diariamente por una faccion, y respondiendo al dia siguiente con encono la otra.

Por último, adoptaron los confederados un medio del que aguardaban un éxito completo, atendiendo á la importancia de aquel á quien encomendaban la defensa de su causa. El príncipe Eugenio, célebre hacia mucho tiempo por su capacidad como diplomático y guerrero, fué enviado á Inglaterra con una carta del emperador para la reina. Pero todas sus intrigas y artificios salieron fallidos; pues si bien fué recibido en la corte con todas las consideraciones debidas á su mérito y reputacion, las proposiciones secretas de que estaba encargado tuvieron todo el mal éxito que al parecer merecian. Empero el ministerio no dejó de continuar tomando todas las medidas necesarias para preparar las conferencias y concluir la paz.

Antes de mencionar el resultado de aquel célebre congreso, es necesario informar al lector de que ya existian muchos de los motivos que habian inducido á las potencias á tomar las armas. Carlos de Austria, cuya causa costara tanta sangre y dinero á Inglaterra, habia subido al trono imperial por muerte de su hermano mayor el emperador José: habia pues á la sazon todas las razones de peso para no sostener ya las pretensiones de aquel á la monarquía española, y por el contrario, era preciso á trueque de que no se realizasen estas, despertar en las otras potencias ideas opuestas á tales pretensiones.

El elector de Baviera, que habia tenido íntimas relaciones con Francia, hallábase á la sazon desavenido con ella, y los holandeses, que habian temido muchas veces por sus fronteras, usurpaban entonces las del enemigo. Así aconteció que la casualidad y los hechos de las armas proporcionaron á las potencias, á escepcion de las de Francia é Inglaterra, todas las ventajas que podian dimanar de semejante guerra, si bien entraba tambien en los intereses de Inglaterra que sus aliados, de cuyos derechos era ardiente defensora, no llegáran á adquirir demasiada preponderancia.

Abriéronse las conferencias en Utrecht—Año 1712. Los representantes de la Gran Bretaña eran Robinson, obispo de Bristol y lord del sello privado, y el conde de Strafford; los de Holanda eran Buys y Vanderdussen, y los de Francia el mariscal de Uxelles, el cardenal de Polignac y M. Menager. Asistieron á ellas los ministros del emperador y de Saboya, y los demás aliados, aunque con repugnancia, enviaron tambien sus plenipotenciarios. Como las únicas potencias estrechamente interesadas por la paz eran Francia é Inglaterra, fácil es de presumir que los otros diputados mas bien sirvieron para retardar que para apresurar la conclusion, contribuyendo á suscitar nuevas dificultades antes que á apaciguar las disensiones de Europa. El emperador, constante en el sostenimiento de sus derechos á la corona de España, negábase con obstinacion á desistir ni aun de la menor de sus pretensiones, y los holandeses, hábiles en inventar incesantemente nuevos pretestos para desechar las proposiciones actuales, no querian acceder mas que á las preliminares rechazadas en otro tiempo por Luis XIV, llegando á echar mano de mil artificios para intimidar á la reina, denigrar el carácter de su ministerio, provocar la desconfianza del mismo Luis, y mantener una fermentacion peligrosa entre el pueblo.

Los ministros ingleses conocieron lo importante y difícil de la empresa que tenian que llenar: todos los confederados estaban contra ellos, y en Inglaterra continuaba haciéndoles una firme oposicion un partido violento y desesperado, dispuestos á sembrar la discordia siempre que el poder no se hallara en sus manos: nadie en suma apoyaba los esfuerzos del ministerio, sino es los comunes y la reina, cuya salud iba decayendo visiblemente. Es verdad que los ministros se aseguraron en la cámara alta creando doce nuevos pares en un solo dia, y que semejante medida atrevida habia inclinado á favor suyo lo incierto de la balanza. Pero su actual situacion hacia necesaria la precipitacion: en caso de muerte de la reina no podian esperar otra cosa que persecuciones, por haberse conformado con las intenciones de su soberana; nada mas vislumbraban que venganza y ruina, hasta tanto que llegara la época en que saliendo el pueblo de la embriaguez en que se habian sumido sus conquistas, se convenciera por medio de una feliz esperiencia de la utilidad de aquellas medidas. El retardo era pues peligroso, y la necesidad de apresurar la celebracion de la paz forzó á los ministros ingleses á ceder algo de las condiciones y ventajas que tenian derecho á exigir.

No tropezando pues sino con multiplicados obstáculos por parte de los aliados, entablaron una negociacion secreta con Francia, concertando un plan de paz en que se estipularon ciertas condiciones en ventaja de los súbditos de la Gran Bretaña, y resolviéndose á establecer entre Inglaterra y Francia una mútua confianza, capaz de prevenir toda transaccion clandestina en perjuicio de la coalicion. Arregláronse secretamente los artículos entre las dos cortes; pero por causa de la precipitacion y urgencia con que se formaron, no fuéron tan completamente favorables para los intereses de Inglaterra como la mayoría de la nacion debia aguardar.



Iglesia de San Jorge en Londres.

Los plenipotenciarios franceses que estaban en Utrecht se ocuparon mientras tanto en poner sus proposiciones por escrito con el título de ofertas específicas, las cuales fuéron recibidas con indignacion y menosprecio por los confederados, mientras que estos por su parte prepararon igualmente demandas esplícitas, que fuéron consideradas como de la mas alta estravagancia por los ministros de Francia. Celebráronse repetidas conferencias sin que llegasen á conformarse las partes contendientes: deseando los ingleses vehementemente que en aquel tratado fueran comprendidos los aliados, accedian á desistir de algunas de

sus secretas pretensiones, á fin de satisfacer á los holandeses cediéndoles algunas ciudades de Flandes y admitiéndolos á participar de algunas ventajas comerciales. Convencida la reina de la tenacidad con que insistian los confederados en sus preliminares, les declaró que en el supuesto de que se abstenian de querer cooperar con ella abierta y sinceramente, y correspondian tan mal á su condescendencia con ellos, se reputaria libre en lo sucesivo de todos sus compromisos. La primera prueba de descontento que recibieron los confederados, fué una órden dada al ejército inglés que estaba en Flandes, para que no atacase.

A consecuencia de la separacion del duque de Marlborough, fué nombrado el de Ormond comandante general de las fuerzas británicas, con el especial encargo de no provocar ningun choque. Encaminóse el nuevo jefe á Tournay á incorporarse con el príncipe Eugenio, quien estando ignorante del secreto, trató de atacar á Villars, aunque no tardó en conocer lo difícil que era luchar con un contrincante como este mariscal. Ormond, viéndose muy embarazado en tal situacion, escribió al secretario de Estado una carta en que solicitaba permiso para regresar á Inglaterra. Los confederados prorumpieron en violentos rumores, quejándose á una con los ministros de Utrecht de una conducta tan pérfida, y entonces supieron que la reina de Inglaterra habia escrito hacia poco, que toda vez que los Estados generales no habian respondido como correspondia á sus indicaciones, no debian sorprenderse de que ella se considerara en libertad de tomar separadamente medidas para conseguir la paz reclamada por sus intereses.

Pero no pararon allí los holandeses, quienes contando con un poderoso partido en la cámara de los pares, se resolvieron á denunciar la conducta del ministerio. Lord Halifax habló acerca de las funestas consecuencias que resultarian de la negativa del duque de Ormond á apoyar al príncipe Eugenio, y propuso se suplicara á S. M. en un mensaje que accediera á dejar obrar al general inglés, sosteniendo dicho lord enérgicamente que nada era mas humillante para el duque que hallarse al frente de un ejército sin facultad alguna para nada. El conde de Poulet añadió, que nadie podia dudar del valor de Ormond, y que estaba lejos de parecerse á cierto general que solo conducia sus tropas al degolladero con la esperanza de ver perecer un gran número de oficiales, para acrecer así sus tesoros disponiendo de sus sueldos. El duque de Marlborough que se hallaba presente, afectóse tan profundamente con aquella pérfida insinuacion, que al dia siguiente envió un reto al conde; mas habiendo llegado á oidos de la reina el rumor de tal negocio, el duque recibió la órden de suspender el lance sin llevarle mas adelante.

En el ínterin los aliados, privados de los auxilios de los ingleses, persistian en su animosidad contra Francia, resueltos á seguir la guerra por sí mismos: tenian la mas completa confianza en el príncipe Eugenio su general; y aunque su ejército se disminuyó considerablemente con la defeccion de las tropas inglesas, era todavía superior al del enemigo, mandado por el mariscal de Villars. Sin embargo no tardó en hacerse sentir cruelmente de los ejércitos aliados la pérdida de las fuerzas británicas.

Villars acometió á un cuerpo de ejército que estaba acampado en Denain á las órdenes del conde de Albemarle, y forzando sus trincheras resultó la pérdida de diez y siete batallones entre muertos y prisioneros, contándose entre estos el mismo conde y gran número de oficiales. Los triunfos de Villars contribuyeron á apresurar el tratado de Utrecht: el gran obstáculo que retardó la paz tan ardientemente deseada por Francia é Inglaterra, fué el arreglo de la sucesion á los reinos de Francia y España. Europa estaba amenazada del riesgo de ver reunidas las dos coronas en la cabeza de un solo soberano, y Felipe, que á la sazon reinaba en España, tenia derechos efectivos á la de Francia, siempre que no sobreviviera é interpusiera los suyos el jóven príncipe que estaba moribundo y después fué Luis XV.

Felipe, despues de varias tentativas que no tuvieron éxito, se decidió á renunciar sus pretensiones, y así continuó con rapidez el tratado.

A principios de agosto, el secretario San Juan, creado á la sazon vizconde de Bolingbroke, fué enviado á la corte de Versalles, donde se le recibió de la manera mas distinguida con Prior y el abate Gaultier, que le acompañaban. Halagáronle mucho el rey de Francia y el marqués de Torcy, con quien arregló los principales intereses del duque de Saboya y del elector de Baviera. Después de esta negociacion que se terminó en pocos dias, regresó Bolingbroke á Londres, y Prior se quedó como ministro residente en la corte de Francia.

Durante este tiempo eran discutidos y examinados ardientemente los artículos del tratado por todas las clases del pueblo de Londres. Habiendo ocurrido entre el duque de Hamilton y lord Mohun un duelo en que ambos quedaron muertos, esto sirvió para exasperar mútuamente á wighs y torys. El motivo del desafío fué una contienda, segun se dice; mas los torys, que consideraban á Mohun como afiliado de los wighs, declararon que semejante suceso era consecuencia del espíritu de partido, y sostuvieron con audacia que habia habido una trama contra la vida de lord Hamilton. El populacho, sublevado entonces por los dos bandos, principió á conmover la ciudad con motines y tumultos; y el duque de Marlborough, habiendo oido decir en medio de tal confusion que él era el autor secreto de aquellas turbulencias, creyó oportuno retirarse al continente, siendo comparada semejante retirada por sus partidarios á la de Scipion después que hubo salvado á su patria.

Por fin ajustáronse los tratados de paz y de comercio entre Inglaterra y Francia por sus plenipotenciarios, y la reina, después de ratificarlos, informó al Parlamento de todas las medidas que habia tomado para asegurar á los ingleses una sucesion protestante—Año 1713.—Suplicó á las cámaras que consideraran si de sus acciones se inferia que ella hubiera tratado de separar sus intereses de la casa de Hanover, y dejaba á los comunes que determinaran las fuerzas militares y los subsidios que creyeran necesarios á la seguridad del reino. «Ponedme la nacion á cubierto de todo peligro, les dijo, y quedaré satisfecha. El afecto de mi pueblo y la proteccion del cielo son las únicas garantías que bastan para mi tranquilidad.»

Entrambas cámaras la votaron mensajes de gracias en los términos mas respetuosos, y canjeadas las ratificaciones del tratado, proclamóse la paz el 5 de mayo con inesplicable júbilo de la mayoría de la nacion.

Ninguno de los tratados mencionados por la historia fué examinado con mas cuidado ni debatido con mas calor que aquel. El número de los intereses que allí se arreglaron, la enemistad y prevencion que existian entre los partidos, hacian imposible una satisfaccion general; mas no habia otro medio de obtener la paz que el que adoptaban las dos principales potencias, que después de convenir en los artículos relativos á sus propios intereses, abandonaron lo demás para discutirlo mas adelante.

La primera estipulacion fué, que Felipe rey de España renunciara á toda especie de pretensiones á la corona de Francia, porque la union de entrambos reinos era mirada como peligrosa para las libertades de Europa; que el duque de Berry, hermano de Felipe, y que entraba tras de este en la sucesion, abandonara igualmente sus derechos al trono de España para el caso que llegase á heredar la corona de Francia; que el duque de Saboya entrara en posesion de la isla de Sicilia y del título de rey, así como en la de Fenestrelles y de otras muchas plazas del continente, aumento de territorio que provenia de despojos de la monarquía francesa; que los holandeses tendrian por fin el goce de la barrera por

que suspiraban hacia tanto tiempo, y que toda vez que se quitaban á la corona de Francia algunos de sus estados para enriquecer al duque de Saboya, estaria obligada la casa de Austria á atender á las necesidades de los holandeses que fuéron puestos en posesion de las ciudades mas fuertes de Flandes.

En cuanto á Inglaterra, asegurárónse su gloria y sus intereses, acordándose que Dunkerque, puerto que podia llegar á ser peligroso para el comercio de los ingleses en tiempo de guerra, fuera destruido y arrasado. España cedió Gibraltar y la isla de Menorca. Los franceses abandonaron sus pretensiones á la bahía de Hudson, á la nueva Escocia y á Terranova; pero conservaron el cabo Breton, así como la libertad de secar sus pescas en la playa.

Entre los artículos mas gloriosos para la nacion inglesa, no fué el menos meritorio la libertad de los franceses protestantes confinados en las cárceles y galeras. El emperador tomó posesion del reino de Nápoles, del ducado de Milan y de los Países-Bajos españoles. Estipulóse además que el rey de Prusia tomara la Alta Gueldres, y señalóse un plazo al emperador para dar su asentimiento á todos estos artículos, ya que por algun tiempo se habia negado obstinadamente á asistir á la negociacion. Así parecia que Europa no formaba mas que una gran república dirigida por gobernantes cuya ambicion estaba sometida al mismo tribunal: así, al paso que el ministerio inglés hizo á todos justicia, nególe la patria tal mérito.

Los holandeses y los imperiales, después de quejarse de la desercion de los aliados, trataron de mantenerse firmes todavía por algun tiempo; mas no tardaron en concertar la paz por su parte, los primeros por el tratado de Barriere, los segundos por el de Rastardt, siendo confirmado el de Utrecht así que se hubieron asegurado los diferentes intereses de estas dos naciones.

Libres de este modo los ingleses de enemigos estranjeros, tuvieron todo el tiempo para ocuparse en sus disensiones domésticas—Año 1714.—Jamás manifestaron entre sí mayor encarnizamiento y animosidad los bandos, siendo igual su injusticia, sin querer reconocer las propias faltas, ni ceder el menor mérito á los adversarios. La cuestion de saber si la intencion de los ministros fué el trasladar la sucesion del trono de Inglaterra de la casa de Hanover al pretendiente, es todavía dudosa: lo que hay de cierto es, que los wighs se mostraron convencidos de ello, al paso que solo débilmente se defendieron los torys. Esta opinion adquirió cada dia mas fuerza, en especial cuando se vió á los wighs alejados totalmente de los negocios y despojados de sus empleos, los que fuéron conferidos á los torys, tenidos en adelante por los defensores de una sucesion hereditaria y no interrumpida.

Difundióse entonces la alarma entre los wighs, quienes temieron ó fingieron temer un proyecto en favor del pretendiente, llegando hasta á esparcir el rumor de que este se hallaba oculto en Londres, y que ya habia tenido varias conferencias con los ministros de Estado.

Sea de esto lo que quiera, los caudillos del partido wigh tuvieron tambien conferencias secretas con el baron Schutz, ministro residente de la corte de Hanover, y comunicaron sus temores al elector, recibiendo sus instrucciones y asegurando su favor en caso de que subiera al trono. La cámara de los pares pareció participar de la opinion general con respecto al pretendiente, y suplicó á la reina en un mensaje que la informara de las medidas tomadas para alejarle de los estados del duque de Lorena, y que la otorgara una lista de las personas que habiendo sido condenadas por su conducta política hubieran conseguido después de la revolucion permiso para regresar á la Gran Bretaña. M. Steele, conocido en lo sucesivo por el célebre nombre de sir Ricardo Steele, fué uno de los que mas activos se mostraron en levantar y propagar los rumores del dia publicando un folleto titulado *La Crisis*, en que declamaba amargamente contra los ministros y contra el peligro inminente de sus relaciones con el pretendiente. La cámara de los comunes reputó tal escrito por un libelo tan sedicioso como escandaloso, y Steele fué echado de la misma cámara.

Pero ínterin los wighs estaban ocupados en atacar á los ministros desde afuera, sus disensiones interiores les creaban un riesgo mucho mas grande. Harley acababa de ser nombrado conde de Oxford, y San Juan vizconde Bolingbroke. Los dos se habian guiado por los mismos principios y distinguido por las mismas miras; pero viendo vencidos á sus adversarios comenzaron á dirigir sus armas el uno contra el otro. Nunca se vieron dos caractéres menos adecuados para dirigir juntos los negocios del reino. Oxford era un hombre tardo, desconfiado y reservado; Bolingbroke, ardiente, impetuoso y orgulloso: el uno estaba dotado de una vasta erudicion, el otro de una capacidad natural muy estensa: el primero era imperioso y obstinado en el mando; el segundo, dispuesto firmemente á no obedecer: Oxford pretendia conservar el rango que habia obtenido en la administracion cuando la disolucion del ministerio anterior; Bolingbroke repugnaba obrar como subalterno de un hombre á quien se creia capaz de instruir y guiar. Ambos por lo tanto principiaron á separar sus intereses y á adoptar máximas diferentes: el plan de Oxford era el mas moderado; el de Bolingbroke, el mas vigoroso, pero el menos seguro: Oxford, segun todas las apariencias, estaba por la sucesion hanoveriana, mientras que Bolingbroke abrigaba la esperanza de elevar al pretendiente al trono. A pesar de aborrecerse sinceramente, vivieron los dos en buena inteligencia por algun tiempo; bien que esto fué por la mediacion de sus amigos y parciales, á quienes no tardó en presentarse la mas triste perspectiva, sin que les quedara duda á consecuencia de tales discordias interiores y esteriores, de que sus esperanzas estaban amenazadas por todas partes.



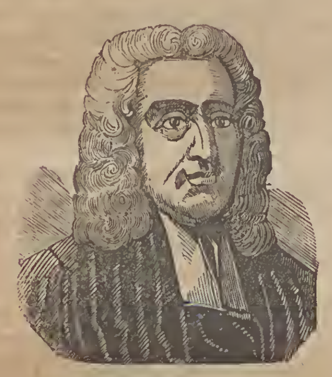
Bolingbroke.

Veíanse los torys cada vez peor parados, y todavía se hallaba mas descontenta la reina, cuya salud iba declinando á medida que se debilitaba el poderío de su ministerio favorito. La constitucion de Ana parecia haberse arruinadó totalmente: una enfermedad sucedia sin cesar á otra, y los tormentos de su espíritu contribuian á abatir sú físico. La sala del consejo no ofrecia desde algun tiempo mas que un teatro de discusiones tenaces y de altercados punzantes. Ni aun la presencia de la reina podia poner silencio á Oxford y Bolingbroke, que no cesaban de atacarse recíprocamente y de dirigirse las mas amargas reconvenciones. Previendo el primero que llegaria á vencerle el ministerio wigh, estaba pronto á adoptar medidas moderadas. Bolingbroke, por el contrario, insultaba á los wighs con audacia y adulaba á la reina mostrándose complaciente á todas sus inclinaciones. Aquella animosidad llegó á ser tan violenta, que Oxford escribió una carta á la misma reina, á quien después de dar cuenta de muchas negociaciones relativas á los asuntos públicos, se esforzaba en

justificar su propia conducta y en poner en evidencia el espíritu turbulento y ambicioso de su rival. A su vez acusóle Bolingbroke de haber inducido al duque de Marlborough á regresar de su voluntario destierro y á mantener una secreta correspondencia con la casa de Hanover.

A consecuencia de semejante acusacion y de las intrigas de mistris Masham que favorecia con todo su poder los proyectos de Bolingbroke, Oxford fué destituido de sus empleos, jactándose su triunfante rival de la victoria.

Pero solo fué de corta duracion un triunfo tan miserable, y por mas que Bolingbroke se regocijó por algun tiempo de la confusion en que la corte y el reino entero se hallaban por la imprevista caida del tesorero, en vano se lisonjeó con la ambiciosa esperanza de que bien pronto seria llamado á reemplazar á Oxford y á remediar los desórdenes que á la sazon habia: no tardó la salud de la reina, que decaia rápidamente, en darle temores, haciéndole entrever con espanto el triunfo de sus enemigos. Nada se habia decretado todavía con respecto al que debia reemplazar al tesorero: incomodada y fatigada la reina por esta causa, muy pronto se sintió incapaz para soportar por mas tiempo el peso de los negocios: las inquietudes habian producido un efecto tan funesto en el temperamento de Ana, que al fin declaró que no podria sobrevivir á ellas, y en efecto cayó en una afeccion letárgica al poco tiempo.



Switt.

La indisposicion hizo progresos tan rápidos á pesar de todos los auxilios de la medicina, que al dia siguiente desesperaron los médicos de la vida de la reina. Reunióse entonces el consejo privado, y sabiendo el estado alarmante de la enferma presentáronse en él los duques de Sommerset y de Argile, sin haber sido convocados y con gran sorpresa de los torys, que no pensaban verlos. El duque de Shewsbury les agradeció su celo y prontitud en acudir al socorro de sus cólegas en una ocasion tan crítica, y los invitó á tomar asiento. Habiendo declarado los médicos que la reina habia recobrado sus sentidos, el consejo convino por unanimidad en que el duque de Shewsbury era el mas digno de reemplazar al tesorero; y así con el triunfo de este duque frustráronse las ambiciosas miras de Bolingbroke en el momento en que menos lo aguardaba.

Todos los miembros del consejo privado sin ninguna distincion fuéron llamados de diferentes puntos del reino, y se prepararon á tomar todas las precauciones necesarias para la seguridad de la constitucion. Enviaron una carta al elector de Hanover para informarle de la desesperada situacion de la reina, é invitarle á pasar á Holanda, donde encontraria una escuadra británica encargada de conducirle á Inglaterra. Despacháronse al mismo tiempo instrucciones al conde de Strafford que estaba en el Haya, para que invitara á los estados generales á estar prontos á obrar como garantía de la sucesion protestante. Tomáronse precauciones para la seguridad de los puertos marítimos, siendo confiado el mando de la escuadra al conde de Berkeley, uno de los wighs mas celosos.

Todas estas medidas dictadas por el partido wigh tenian un doble objeto, que era el patentizar al nuevo soberano el placer que causaba su advenimiento, y el convencer á la nacion del peligro á que estaba espuesta por el poco celo y la mala intencion del partido opuesto.

El 13 de julio, sintiéndose algo mejor la reina, se levantó á las ocho y paseó algunos instantes. Poco despues, poniendo los ojos en un relój que habia en su cámara, estuvo mirándole de hito en hito por algunos minutos, y preguntándola una dama á qué miraba tanto, nada respondió la reina, la cual no hizo mas que dirigirla una mirada moribunda. A poco tiempo la dió un ataque de apoplegia, del que volvió mediante los cuidados del doctor Mead; pero toda la noche estuvo en la mayor postracion, y sin embargo de que dió algunas señales de vida entre doce y una del mediodia, espiró por fin á las siete de la mañana siguiente—Año 1714, 1.° de agosto—á la edad de cincuenta años. Reinó por espacio de doce en un pueblo que á la sazon habia llegado al mas alto punto de civilizacion, y que merced á la sabiduría de su gobierno, habia logrado todas las ventajas de la opulencia, y merced á su valor, todas las de la tranquilidad y de la gloria.

Esta princesa tenia mas amabilidad que grandeza, mas gracia que belleza; ni su talento ni su instruccion eran notables, y como todos los de su familia, era mas á propósito para los deberes de la vida privada que para los de la pública. Fué modelo de fidelidad conyugal, buena madre, buena amiga, señora indulgente. *En su reinado nadie pereció en el patíbulo por causa de traicion.* En ella se estinguió la dinastía de los Estuardos, familia cuyas tendencias viciosas y desdichas son sin ejemplo en la historia; familia que compuesta de hombres inferiores á todos los demás, pareció exigir de sus adictos mas que virtudes humanas para defenderla; familia en fin que jamás supo recompensar á sus amigos, ni vengarlos de sus enemigos.

CAPITULO XLIX.

JORGE I.

(Desde el año 1714 hasta el de 1716.)

Los dos partidos que por tanto tiempo habian dividido el reino con los nombres de wighs y de torys, tomaron en esta época los títulos de *hanoverianos y de jacobitas*, cifrando los primeros su gloria en tener un rey protestante, y felicitándose los segundos de la esperanza de ser gobernados por un rey hereditario. Los unos alababan la sabiduría de su nuevo soberano, al paso que los otros publicaban con orgullo que el suyo era inglés de orígen; y echábase de ver fácilmente que la eleccion debia pronunciarse á favor del que por su religion y sabiduría prometiera mas seguridad y ventura al pueblo.

Los jacobitas se habian lisonjeado por algun tiempo con la idea de que se variaria la sucesion por la influencia del nuevo ministerio: pero esperanzas sin fundamento y planes impracticables eran todo lo que estaba reservado á aquel partido, el cual por lo tanto vió desvanecida su espectativa con la muerte prematura de la reina. La vigilancia y actividad del consejo privado en que prevalecian los hanoverianos, y el ridículo en que por lo general habian caido los jacobitas por su conducta contradictoria, parecian conspirar á completar su descrédito, y en tan críticos momentos no vieron otro partido que tomar que el guardar silencio y someterse. Los jacobitas confiaban mucho en los auxilios de Francia, y mas todavía en la popularidad y en los consejos del pretendiente; mas este ofrecia por desgra-

cia demasiada semejanza á su padre para poder esperar buen éxito, porque habia heredado el orgullo, la inconstancia y la adhesion de su progenitor á la religion católica. Por consiguiente, tanta debilidad y preocupaciones en un jefe de partido le hacian poco á propósito para sostener una causa tan desesperada, y todas las personas sensatas del reino la abandonaron para siempre creyéndola definitivamente perdida.



Jorge I.

Segun el acta de sucesion, venia á ser heredero del trono de la Gran Bretaña Jorge I, hijo de Ernesto Augusto, elector de Brunswick y de la princesa Sofía, nieta de Jacobo I. Su madura edad (pues tenia á la sazon cincuenta y cuatro años), su habilidad, su esperiencia, sus muchas alianzas y la tranquilidad general de Europa, todo contribuia á favorecerle y parecia ofrecerle un venturoso reinado. Sus virtudes, si bien no eran brillantes, eran por lo menos sólidas, y ninguna semejanza presentaba su carácter con el de los Estuardos á quienes sucedia. Estos eran conocidos generalmente por abandonar á sus amigos en la desgracia: Jorge por el contrario profesaba principios muy opuestos, siendo su máxima favorita *no abandonar á sus amigos en ninguna circunstancia, hacer justicia á todos, y no temer á nadie.* Unia á la firmeza y perseverancia un gran fondo de aplicacion y acierto en los negocios. Inglaterra sin embargo tuvo que echarle en cara un defecto esencial, cual fué el atender á los intereses de los súbditos que dejaba con preferencia á los del pueblo que venia á gobernar.



Jorge I.

No bien dió la reina el último suspiro, cuando reuniéndose el consejo privado espidió tres decretos, por los cuales nombraba el elector á varios de sus partidarios mas conocidos, para que se asociaran en calidad de lores de justicia á los siete oficiales mayores del reino. Comunicáronse órdenes inmediatamente para proclamar á Jorge por rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, y la regencia designó al conde de Dorset para llevarle la nueva de su exaltacion al trono y acompañarle en su viaje á Inglaterra. Los oficiales generales con quienes podia contarse fuéron enviados á sus puestos; aumentóse la guarnicion de Portsmouth, y el célebre Addisson fué nombrado secretario de Estado.



Addisson.

A fin de acrecer la mortificacion del último ministerio, lord Bolingbroke fué obligado á esperar todas las mañanas con sus papeles y cartera en la puerta del consejo entre los criados, con quienes habia varias personas puestas de intento para que le insultaran y ridiculizaran. Ningun tumulto, ningun signo de descontento se manifestó en el advenimiento del nuevo rey, lo cual fué una prueba evidente de que no existia motivo alguno razonable para impedirle que ascendiera al trono.

El monarca saltó en tierra en Grenwich, donde fué recibido por el duque de Nortumberland, capitan de guardias, y por los lores de la regencia. Dirigióse desde allí á su castillo del Parque, acompañado de gran parte de la nobleza y de infinidad de otras personas de distincion, que tras de sus turbulencias y de su oposicion en el último reinado aguardaban con impaciencia el momento de rendir homenaje al nuevo monarca.

Apenas se retiró el rey á su aposento, hizo llamar á todos los que se habian distinguido en pro de su causa, á escepcion del duque de Ormond, del lord canciller y del lord tesorero. A la mañana siguiente presentóse al monarca el conde de Oxford con aire de confianza, presumiendo que su ruptura con Bolingbroke seria mirada como una compensacion de su conducta pasada; pero sufrió el desaire de estar largo tiempo confundido entre la muchedumbre, sin que ni una sola mirada del soberano pareciera distinguirle; y cuando se le permitió besar su mano, con ninguna señal de benevolencia fué honrado, mientras que con gran sorpresa suya acojió el monarca al duque de Marlborough, que llegaba del continente, con estraordinarias muestras de consideracion, así como todos los caudillos del partido de los wighs.

El soberano que es jefe de un bando, solo reina sobre una parte de sus súbditos. Sin embargo, al nuevo monarca parecia que importaba poco tal verdad, y por desgracia suya y la de la nacion estaba rodeado de hombres que le irritaban incesantemente sin entretenerle mas que en sus preocupaciones é intereses personales. Solo los wighs fuéron admitidos á los empleos del Estado, y sopretesto de afirmar al rey en el trono echaron mano de todos los medios posibles para lograr sus miras ambiciosas, acreciendo su poderío á fuerza de intrigas é imponiendo leyes aun al mismo soberano, al paso que pretendian ser su apoyo. Realizóse por lo tanto un cambio total y súbito en la administracion

del reino: todos los cargos fuéron confiados á los wighs, los cuales desde luego manejaron al gabinete y á la corte, á quienes no tardaron en hacer sentir el peso de su opresion. Todas las clases inferiores del Estado fuéron encadenadas con leyes severas, y pusieron al pueblo á una enorme distancia fijando entre ellos y él distinciones humillantes: tal es el sistema que llamaron libertad, y que con este nombre inculcaron al pueblo.

No tardaron en nacer murmullos de una parcialidad de semejante naturaleza, aumentando considerablemente el número de los descontentos la propension del rey al partido wigh. Hiciéronse oir de nuevo los clamores originados del figurado peligro de la Iglesia (1), no faltando al pueblo mas que un caudillo audaz para descubrirse abiertamente. Birmingham, Bristol, Norwich y Reading se acordaron del valor con que se habian declarado por Sacheverel, siendo desde entonces el grito de alarma, *abajo los wighs* y *Sacheverel para siempre*. Durante semejantes conmociones fomentadas diestramente, el pretendiente continuaba en el continente tranquilo espectador de los sucesos. Las circunstancias parecian ofrecerle una ocasion favorable para dar un golpe decisivo; pero en lugar de obrar, se contentó con esparcir manifiestos que ningun efecto surtieron. En ellos declaraba que la finada reina habia tenido intencion de llamarle al trono, y reconvenia á su pueblo de la injusticia en que habia incurrido eligiendo para soberano á un príncipe estranjero contra todas las leyes del país, siendo así que él solo tenia verdaderos derechos al trono.



El duque de Argyle.

Enviáronse muchas copias del manifiesto á los duques de Shrewsbury, Marlborough y Argyle y á diversos señores de la primera distincion; mas aunque el pretendiente se quejaba mucho de la conducta del pueblo inglés con respecto á él, no varió nada en la suya, ni hizo esfuerzo alguno para corregir ó disimular las faltas que acarrearon á su padre la pérdida de la corona, y continuó profesando públicamente la religion católica, en términos de que lejos de ocultar en cuanto á esto sus sentimientos, se glorió de ellos, por creer que lograria subir al trono al través de una oposicion pujante y de los mismos principios que de él habian arrojado á su progenitor.

Empero por odiosas que fueran para el pueblo las prácticas del catolicismo, no le desagradaban menos los pincipios de los presbiterianos. El populacho se rebelaba contínuamente contra ellos y sus dogmas, ocurriendo en tal situacion alborotos á cada paso: por entrambas partes habia igual violencia y animosidad, y de la funesta mala inteligencia de las virtudes y de los principios mas puros en su orígen resultaban los escesos mas punibles en los dos partidos. Los torys pretendian que cada dia se aumentaban la impiedad y herejía bajo la administracion de los wighs, que los obispos miraban con frialdad la iglesia, sin pensar mas que en los bienes temporales que debian despreciar, y en suma, que el vicio levantaba audazmente la cabeza. Los dogmas de la religion dominante eran abandonados por todos lados y entregados sucesivamente á los ataques de los presbiterianos, de los socinianos y de los católicos. El bajo clero tomaba interés por el pueblo, y enviaba al ministerio muchos tratados escritos á favor del sicinianismo y del arrianismo.

La corte no solo se resistió á escarmentar á los delincuentes, sino que además impuso silencio al clero, prohibiendo en lo sucesivo toda especie de controversia sobre tales materias. Semejante medida cuadraba perfectamente á las miras del ministerio, y es verdad que puso término á los clamores del populacho fomentados secretamente por el clero; mas tuvo consecuencias quizá mas deplorables que los males á que al pronto aplicaba remedio, porque produjo una culpable negligencia con respecto á la religion. Nada hay mas impolítico que el impedir las discusiones teológicas, porque el clero al dilucidar se anima á la defensa de las creencias y se ejercita en adquirir mas ciencia y virtudes luchando por una causa sagrada: En tales casos, imponer silencio al clero es lo mismo que estimularlo al descuido y á la tibieza en cuanto á sus deberes. El espíritu de oposicion es un incitativo necesario á la religion, la cual sin él se adormece poco á poco, dejando de ser objeto del interés público.

Habiendo sido disuelto el parlamento, fué convocado otro por una proclama estraordinaria en que el rey se quejaba de los malos intentos de algunos hombres contrarios al órden de sucesion que le llamaba al trono, y de la manera injusta con que interpretaban su conducta y principios. En la convocatoria decia, que aguardaba que sus súbditos no enviarian al parlamento mas que personas capaces de remediar los desórdenes existentes, y los exhortaba en especial á elegir á los que habian patentizado una firme adhesion á la sucesion protestante, cuando esta se vió en peligro—Año 1715.—Manejado este monarca por la faccion que le rodeaba, miraba de reojo á los súbditos que jamás se habian declarado contra él, á los que detestaban un rey católico, y cuyo único delito era el deseo de ser regidos mas bien por la autoridad del soberano que por la de una vil bandería de cortesanos que tenia usurpado su poder. Empleóse un rigor poco ordinario en las elecciones de tan importante parlamento; pero gracias al gran interés que se apoderó de todas las corporaciones del reino, y á la actividad del ministerio cuya influencia triunfara siempre, la mayoría de los wighs tanto de Inglaterra como de Escocia venció completamente.

Aguardábase que en la primera asamblea del nuevo parlamento en que dominaban los wighs teniendo al frente al rey, que no trataba de disimular su predileccion á los mismos, se verian tomar medidas las mas violentas contra el último ministerio; y en efecto no fué burlada la atencion pública. El rey dió á entender á los comunes que no eran suficientes las rentas destinadas á las obligaciones del gobierno: advirtió á las cámaras, que el pretendiente conservaba la esperanza de reparar sus desastres pasados con los auxilios que esperaba, y se jactaba de recibirlos bien pronto de Inglaterra: en fin, dió á entender con destreza que contaba con ellos para castigar á los que se esforzaban por privarle del tesoro mas inapreciable á sus ojos, el amor de su pueblo. Como las cámaras estaban de antemano dispuestas

(1) El clero se quejaba del progreso de la irreligion bajo una administracion wigh y presbiteriana, no siendo menos virulentos los presbiterianos en sus censuras contra la codicia y la ambicion del alto clero. Al mismo tiempo estaba formándose otra secta, respetable mas que por el número por la capacidad de sus parciales, cuya secta era la de los unitarios, antitrinitarios ó arrianos, acabando de publicar una obra á favor de ella el célebre Clarke. La corte quiso imponer silencio á los combatientes, lo cual no sirvió mas que para exacerbar las disputas. Si el gobierno hubiera escuchado el grande y único principio de administracion, *dejadles obrar*, hubiéranse estinguido tales disputas por sí mismas. Su interposicion contribuyó á dar nuevo pábulo á la llama. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

á adoptar medidas violentas, se valieron de tal pretesto para dar libre curso á su animosidad, y hasta sobrepujaron la ardiente esperanza del ministerio mas vengativo que jamás se habia visto.

Los lores en su respuesta al rey le dijeron que no dudaban de que lograria restablecer el crédito del reino en el continente, y aparentaron deplorar las pérdidas sufridas por Inglaterra. Los comunes marcharon mucho mas lejos, declarando su intencion de abolir las medidas humillantes para el reino, y adoptando la resolucion de averiguar los partidarios en quienes parecia fundar sus esperanzas el pretendiente, para imponerles el castigo justamente merecido. Stanhope manifestó abiertamente, que á pesar de los esfuerzos del último ministerio á trueque de impedir el descubrimiento de su misteriosa conducta y de haber sido sustraidos muchos papeles importantes, todavía existian pruebas harto evidentes de su corrupcion y traicion: añadió que muy pronto se presentarian los datos á la cámara para que se convenciera por sí misma de que el duque de Ormond habia obrado de acuerdo con el general francés (el mariscal de Villars) de quien tal vez habia recibido hasta órdenes secretas.

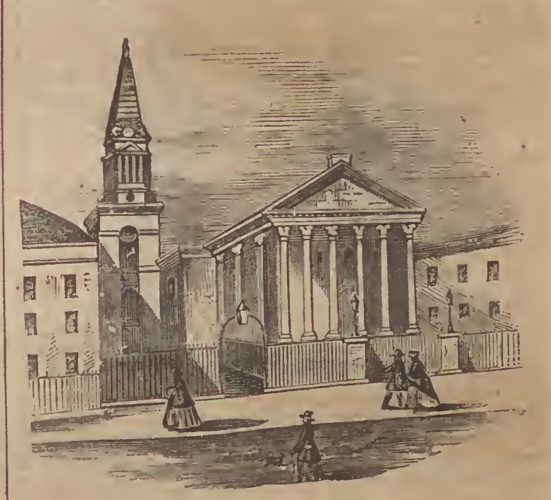
La cámara se mostró dispuesta á acojer toda acusacion de semejante género, sin que á la violencia de las medidas propuestas nadie pudiera oponer entonces mas que la voz de la muchedumbre que estaba en las puertas del parlamento, llena de espanto con la decision de la asamblea.

Uno de los odiosos artificios de este reinado y del siguiente fué el acusar de papistas y de jacobinos á todos los que manifestaban descontento contra el gobierno, y si osaban hablar contra la violencia de las medidas del parlamento, al instante eran tildados de partidarios del pretendiente: así la mayor parte del pueblo, atemorizada con tan funestas consecuencias, ahogaba los rumores desde que la menor muestra de descontento era mirada como signo de traicion. Todos contemplaban con pavoroso silencio los actos violentos de un arbitriario parlamento que era vituperado secretamente, pero sin que nadie se atreviese á descubrir su odio y menosprecio.

En tal estado de efervescencia general, ni justicia ni misericordia debia esperar el ministerio precedente, y varios de sus miembros se retiraron de los negocios. Bolingbroke, que hasta entonces siempre se habia presentado en la cámara y hablado como acostumbraba, sintió un temor superior al deseo de justificar su conducta, y no dudando que seria denunciado antes de mucho, se retiró al continente dejando una carta en que declaraba «que no se alejaria, si hubiera tenido la »mas ligera esperanza de ser juzgado públicamente y »con justicia; pero que conociendo de antemano la »opinion de la mayoría con respecto á él, creia prudente »atender á su propia seguridad saliendo del reino.»

Poco después fué nombrada una comision de veinte personas para examinar todos los papeles relativos á las últimas negociaciones de paz, y para escojer á los que habian de servir de acusadores contra el anterior ministerio. Trascurrido el tiempo necesario para aquel exámen, Walpole, presidente de la comision, declaró que ya estaba redactado el dictámen, y á la vez hizo una mocion para que se lanzara auto de prision contra Mateo Prior y Tomás Harley, quienes en su consecuencia fuéron detenidos inmediatamente. Walpole leyó en seguida el dictámen de la comision, el cual contenia un gran número de acusaciones contra los ministros de la reina, tales como la negociacion clandestina de Menager, las medidas estraordinarias adoptadas para formar el congreso de Utrecht, las intrigas de los plenipotenciarios franceses favorecidas por el ministro británico, la inteligencia del duque de Ormond con el general francés, y el viaje de lord Bolingbroke á Francia á negociar una paz particular. Todas estas acusaciones y otras muchas fuéron leidas en voz alta, y después de esto lord Walpole acusó públicamente á lord Bolingbroke de alta traicion. Semejante lenguaje llenó de sorpresa á muchos miembros de la cámara; porque nada del contenido del dictámen merecia la imputacion de tal crímen; y su asombro creció mas todavía cuando levantándose lord Coningsby esclamó: «el noble presidente »acusa á uno de los miembros, y yo acuso al jefe prin»cipal; él acusa al discípulo, yo al maestro: acuso pues »á Roberto, conde de Oxford y de Mortimer, de alta »traicion y de otros muchos crímenes y malversaciones.»

Al presentarse en la mañana siguiente el conde en la cámara de los pares, estos aparentaron huir de él, como si estuviera atacado de un mal contagioso, y entonces pudo juzgar de toda la bajeza de los hombres. Leidas las inculpaciones dirigidas contra él en la cámara de los comunes, suscitóse un violento debate relativamente al artículo que le acusaba de haber indicado al rey de Francia el medio de arrebatar Tournay á la Holanda. Walpole opinó para que fuera tenido como reo de alta traicion. Sir José Jekyl, wigh conocido, se mostró firmemente opuesto á esta prision, y declaró que estaba en sus principios el hacer justicia á todos los hombres, lo mismo al mas humilde que al mas elevado, añadiendo que poseyendo como poseia algunos conocimientos en las leyes, no hacia ningun escrúpulo en declararse en aquel caso enteramente á favor del supuesto criminal. Walpole le respondió con calor, que habia varias personas, miembros y no miembros de la comision, que en nada le cedian en cuanto á honradez y justificacion, y que teniendo en cuanto á las leyes conocimientos superiores á los suyos, reconocian la justicia de aquella acusacion, y opinaban por el crímen de alta traicion. Decidida esta cuestion contra el conde, y aprobados por la cámara los demás artículos de la acusacion, lord Coningsby con algunos wighs le acusó en la barra de la cámara de los pares, pidiendo al mismo tiempo que fuera despojado del derecho de sentarse en dicha cámara, y custodiado estrechamente.



Iglesia de San Jorge Bloomsbury.

Esta cuestion dió lugar á un vivo altercado: los que eran partidarios del ministro depuesto se quejaron de la injusticia y de la inconveniencia de semejante conducta para con él, y por fin, levantándose el mismo conde, hizo observar que todos los cargos debian reducirse á la negacion y al tratado de paz, añadiendo con calma: «soy acusado de haber negociado una paz que »por perjudicial que se la quiera presentar ahora, ha »sido aprobada por dos parlamentos sucesivos. Por lo »que á mí toca, declaro que siempre he obrado al te»nor de la voluntad inmediata de la reina, y jamás con-

»tra ley alguna. Justificado por mi conciencia, estoy »pronto á sacrificar una vida por la cual en mi edad ya »no se esperimenta mas que indiferencia; pero yo no »puedo sin la mas negra ingratitud permanecer indi»ferente por la mejor de las reinas, y el reconocimien»to me obliga á defender su memoria.

»Milores, si los ministros de estado obrando con »arreglo á las órdenes inmediatas de su soberano, pue»den ser algun dia responsables de su conducta, todos »los miembros presentes de esta augusta asamblea es»tan amenazados de las mismas pesquisas y de igual »peligro á que estoy espuesto en este momento. No »dudo por lo tanto, que sin atender á lo que os con»cierne, estareis dispuestos á escucharme con impar»cialidad, y espero que la continuacion de este exámen »os probará que yo he merecido, no solo la indulgen»cia, sino hasta la proteccion del actual gobierno. Mi»lores, voy á ausentarme de vosotros y de esta respe»table cámara quizá para siempre. Yo perderé con gus»to la vida, porque será por una causa favorable á mi »querida y real Señora; y cuando considero que voy á »ser juzgado por la justicia, el honor y la virtud de mis »cólegas, me siento pronto á conformarme con su de»cision y á quedar satisfecho. Así, milores, cúmplase »la voluntad de Dios.»

Dejando el parlamento, regresó á su casa, donde se le permitió que pasara la noche. Siguióle un pueblo inmenso gritando: «La alta Iglesia! Ormond y Oxford »para siempre!»

El favor del pueblo no hacia mas que aumentar la cólera de sus adversarios. Al dia siguiente el conde de Oxford fué conducido á la barra, donde se le dió copia de la acusacion, otorgándosele un mes de término para preparar su defensa. A pesar de los esfuerzos del médico Mead que declaró, que si el conde era llevado á la Torre peligraria su vida, todo fué inútil, y votó por la prision la mayoría.



Oficial y sargento del tiempo de Jorge I.

La agitacion de la cámara era estrema: el conde de Anglesey declaró abiertamente que unas medidas tan violentas tendian á invadir á las claras la autoridad real. Estas palabras aumentaron el tumulto; y sea cual fuere la libertad de discurrir que aquel partido se hubiera arrogado después con respecto á su soberano, Anglesey fué entonces obligado á dar una esplicacion satisfactoria acerca de las espresiones que acababa de emitir. Oxford fué acompañado á la Torre por un concurso prodigioso de pueblo, que manifestaba á las claras su enojo con imprecaciones á los perseguidores del conde.

La exasperacion del pueblo correspondia á la de la cámara de los comunes; y los tumultos, cada dia mas frecuentes, contribuian á aumentar el rigor de las leyes. El parlamento aprobó una disposicion que declaraba que toda reunion de doce personas que rehusara dispersarse cuando se les intimara órden al efecto por los encargados de justicia, después de la lectura pública de la ley contra los rumores y desórdenes, seria juzgada como reo de infidencia, sin que se le permitiera invocar los privilegios del clero. Tan severa medida fué una de las mayores restricciones que en aquel siglo se impusieron á la libertad pública.

En virtud de esta prohibicion, toda reunion por causa de diversion ó de otros motivos inocentes era mirada como criminal, si así placia declarar al magistrado. Es de notar que las leyes mas rígidas fuéron hechas en esta época por la faccion que se esforzaba en deslumbrar al pueblo con palabras de libertad.

Al espirar el plazo otorgado presentó Oxford á la cámara de los pares su respuesta á las acusaciones entabladas contra él, la cual en seguida fué trasmitida á la de los comunes. Walpole, así que oyó la lectura, declaró que dicha respuesta nada mas contenia que la repeticion de los folletos y de las espresiones vengativas de que ya se habia valido el último ministerio, y que tal libelo malicioso tendia á echar sobre la reina todo el vituperio de las arriesgadas medidas á que habia sido arrastrada por el acusado; que la tal contestacion era igualmente injuriosa á las cámaras, porque se encaminaba á justificar á hombres que ya habian reconocido su culpabilidad al tomar la fuga.

A consecuencia de tal declaracion, nombróse una comision para continuar el proceso y preparar las pruebas en apoyo de la acusacion. Dicha comision decidió que Prior en su interrogatorio habia obrado sin buena fé ni delicadeza, y que en su conducta habia mostrado el mayor desprecio hácia la autoridad de los comunes. No habiendo comparecido el duque de Ormond y lord Bolingbroke en los plazos marcados, el conde mariscal recibió la órden de borrar sus nombres y armas de la lista de los pares, y haciéndose el debido inventario, fuéron confiscados todos sus bienes.

Así parecia perseguir una venganza implacable al ministerio que habia celebrado con Francia un tratado mucho mas ventajoso que los que Inglaterra habia conseguido hasta entonces ni ha conseguido después.

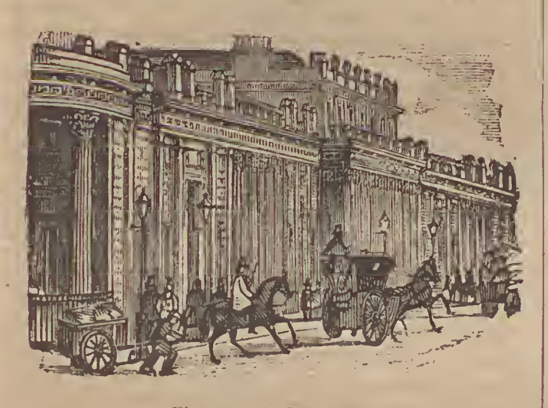
En virtud de las determinaciones de las cámaras, lord Oxford fué encerrado en la Torre, donde estuvo dos años enteros, durante los cuales no cesó en el reino un estado de constante efervescencia, dimanada de revueltas sin éxito. Con la ejecucion de algunos lores que habian tomado las armas, pareció por fin que la nacion se hallaba saciada de sangre, y entonces pidió el conde la prosecucion de su causa. Sabia él que el furor del pueblo habia sido dirigido por hombres realmente delincuentes, y aguardaba que el paralelo de la conducta de estos y de la suya serviria para patentizar su inocencia. Habiendo accedido la cámara de los lores á señalar dia á consecuencia de aquella peticion, los comunes recibieron órden de prepararse, y en el término prefijado dirigiéronse los pares á Westminster-Hall, donde presidió lord Cowper en calidad de gran senescal, asistiendo á tan notable sesion el rey, la famila real y todos los ministros estranjeros. Apénas compareció el conde, leyéronse varios artículos de su acusacion, así como las respuestas y réplicas de los comunes.

En el momento en que sir José Jerkyl se disponia á responder al primer artículo de la acusacion, que no se fundaba mas que en una malversacion, lord Harcourt espuso á los lores que seria tan molesto como inútil debatir todos los puntos de los cargos entablados contra el conde; que no era necesario probar mas que los que tendian á declararle reo de alta traicion, y que la pérdida de la vida y de los bienes de Oxford pondria fin á aquel asunto: por esto era de dictámen de que no fueran admitidos los comunes á continuar la causa hasta que se fallara esplícitamente sobre los artículos de alta traicion. Los lores se conformaron con tal propuesta; pero los comunes manifestaron que era un privilegio indisputable de ellos el de-

nunciar un par, bien por delito de traicion, ó bien por malversacion, así como el variar ó mitigar la acusacion segun lo creyeran oportuno. Los lores replicaron que el método regular de proceder en cualquier género de causas era un derecho inherente á todo tribunal de justicia. Los comunes pidieron una conferencia, que fué rehusada, y enardeciéndose la disputa, enviaron los lores una comunicacion á la cámara. Poco después reuniéronse los torys en Westminster-Hall; el conde y sus acusadores recibieron órden de comparecer; y como los comunes habian adoptado la determinacion de mantenerse neutrales, la mayoría de los miembros presentes votó por que fuera puesto en libertad el preso. Probablemente debió su salvacion el conde á las disputas sobrevenidas entre las cámaras, porque la acusacion de alta traicion se fundaba en motivos harto graves para que no se le impusiera hasta la última pena.

Segun ya se ha dicho, el duque de Ormond habia sido acusado lo mismo que el conde de Oxford, y la prosecucion del proceso probó que su correspondencia con el pretendiente era mas cierta de lo que sus acusadores habian creido oportuno manifestar. Sin embargo, M. Hucheson, comisario de comercio, tomó osadamente su defensa, hablando sobre la nobleza de su orígen y sobre sus cualidades personales, enumerando los servicios que habia prestado á la corona, asegurando que el duque no hizo mas que obedecer las órdenes espresas de la reina, y sosteniendo enérgicamente que ninguna alegacion dirigida contra él podia ser capaz de justificar el delito de alta traicion.

Su fuga no obstante fué considerada como respuesta suficiente á los argumentos de sus enemigos, y toda vez que rehusaba defender su inocencia, se resolvieron á condenarle como culpado.



El Banco de Londres.

Preténdese que la noche en que abandonó á Inglaterra fué á hacer la última visita al conde de Oxford, y que este trató de disuadirle de tal proyecto con tanto calor, como él lo hizo por su parte para inducirle á que le siguiese. Al ver el duque que no podia reducir á su amigo á que tambien huyese, le dijo: «Adios para »siempre, adios, Oxford sin cabeza.» «Pues adios, respondió este, adios, duque sin ducado.» En España fué donde principalmente vivió el ilustre fugitivo, persistiendo inútilmente en ser leal á la causa de un señor indigno de sus servicios.

Con no menor encarnizamiento procedieron los comunes hácia el conde de Strafford formulando contra él varias acusaciones: empero considerado como uno de los que habian sido arrastrados á pesar suyo á una conducta reprensible, fué juzgado acreedor al perdon, y comprendido en un decreto de amnistía.

Por fin la conducta vengativa de las cámaras provocó la indignacion del pueblo, el cual conoció hallarse obstruidos los caminos al favor régio para todos menos para un bando. Entonces principió á encenderse el fuego de la rebelion en Escocia, donde los rebeldes agregaron á todas las demás faltas la de un ódio violento á la union que reputaba por una calamidad general. Los descontentos de aquel país mantenian mucho tiempo hacia correspondencia con los de Inglaterra, á quienes el resentimiento y el temor habian llegado á arrastrar á un sistema de rebelion en que de otra manera jamás hubieran pensado. Algunas personas del partido tory adictas á la religion protestante y conocidas por sus principios moderados, comenzaron tambien á asociarse á los jacobitas y á desear ardientemente una revolucion, siendo Escocia la primera que dió el ejemplo (1).

El conde de Mar juntó trescientos de sus vasallos, proclamó al pretendiente en Castletown, y alzó su estandarte en Brae-Mar, tomando por sí mismo el título de teniente general de los ejércitos de S. M. Para secundar aquellas tentativas llegaron de Francia á Escocia dos bajeles con armas, municiones y un considerable número de oficiales, que le dieron la seguridad de que el pretendiente se disponia á ir á tomar él mismo el mando de sus tropas. A consecuencia de tal promesa preparóse el conde á recibirle á la cabeza de diez mil hombres bien armados y equipados, apoderándose del paso de Tay ó Perth, donde estableció su cuartel general y se hizo dueño de toda la fértil provincia de Fife y de toda la costa situada al lado del golfo de Edimburgo. Desde allí se encaminó hácia Dumblaine, como si abrigara la intencion de pasar el Forth por Stirling; pero en aquel punto supo los preparativos del duque de Argyle que habia levantado tropas y se disponia á darle batalla.

Este magnate, cuya familia habia sufrido mucho bajo los Estuardos, se hallaba animado de un encono hereditario contra estos, y en aquellas circunstancias fué nombrado comandante de todas las fuerzas del norte de la Gran-Bretaña.

El conde de Sutherland encaminóse igualmente á Escocia á fin de alzar tropas para el gobierno, siguiendo aquel ejemplo otros muchos pares escoceses. Noticioso el conde de Mar de que el duque se dirigia hácia Stirling á la cabeza de los escoceses descontentos y de algunas tropas irlandesas, juzgó lo mas prudente retirarse desde luego; mas habiéndose incorporado poco después algunos escoceses mandados por el conde de Seafort y el general Gordon, oficial esperimentado que se habia distinguido al servicio de Rusia, resolvió hacer frente al enemigo, dirigiendo la marcha hácia el Mediodía.

Sabedor el duque de Argyle de sus intenciones, y queriendo patentizar á toda costa su adhesion al gobierno actual, se resolvió á presentarle batalla en las cercanías de Dumblaine, á pesar de que sus fuerzas no ascendian mas que á la mitad de las del conde. Por la mañana ordenó su ejército en batalla, el cual se reducia á tres mil quinientos hombres, y no tardó en advertir con gran disgusto suyo que estaba flanqueado por todas partes por el enemigo y que el conde se preparaba á cercarle. Esto le obligó á variar sus disposiciones; mas la escasez de oficiales generales hizo tan lentos los nuevos preparativos, que no pudieron terminarse antes del ataque de los rebeldes.

(1) Sin embargo del daño que los Estuardos habian hecho á Escocia desde que ocupaban el trono de Inglaterra, los escoceses conservaban hácia aquellos una especie de simpatía independiente, haciéndose sentir al mismo tiempo en el ánimo de un gran número de ellos, cualquiera que fuese su opinion política y religiosa, aunque en menos grado entre los montañeses y las tierras bajas, una aversion instintiva á la nueva dinastía. En los unos obraba el ardor de su antiguo ódio contra los habitantes de Inglaterra, y en los otros influia la diferencia de posicion social, de relacion con el gobierno existente, de creencia religiosa ó de caractéres personales. *(Aug. Thierry.)*

El centro del enemigo cayó con impetuosidad sobre el ala izquierda del ejército real, que sostuvo sin pérdida este primer ataque, y aun por un momento pareció que se declaraba por él la victoria, por haber sido muerto en el campo de batalla el conde de Clauronald, uno de los generales contrarios; pero Glengary, que mandaba como segundo, se empeñó en reanimar las abatidas tropas, y arrojando su gorra, gritó repetidas veces: «Venganza, venganza!» Este grito infundió tal furor á los rebeldes, que se lanzaron en seguida hasta las bayonetas de los otros, arrollándolos y destrozándolos totalmente. El general Wlicham huyó precipitadamente á Stirling, donde esparció la noticia de que todo se habia perdido y que los rebeldes habian alcanzado una completa victoria.

Mientras tanto, el duque de Argyle que mandaba la derecha del ejército real, atacaba la izquierda del enemigo arrojándola hasta dos millas de allí, á pesar de que los rebeldes habian intentado muchas veces dar la cara y ordenarse. Después de destrozarlos completamente y de echarlos hasta el rio de Allan, regresó al campo de batalla, donde con gran pesar encontró victorioso al enemigo, esperando con paciencia un combate decisivo. Empero entrambos ejércitos, en lugar de renovar la pelea, se contentaron con observarse, sin querer ni el uno ni el otro comenzar un ataque, retirándose por fin cada cual por la tarde después de atribuirse recíprocamente la victoria. Aunque el campo de batalla quedó abandonado, sin que ni los unos ni los otros lo hubieran conservado, todo el honor y las ventajas de la jornada pertenecieron indisputablemente al duque de Argyle, á quien bastó impedir los proyectos del enemigo, porque en las circunstancias en que se encontraba, toda dilacion venia á ser para él una derrota. El conde de Mar no tardó en conocer que sus pérdidas eran considerables, y que sus triunfos no eran tan positivos como al pronto habia creido. El castillo de Invernes, que estaba en su poder, fué devuelto al rey por lord Lovat, que hasta entonces habia estado á favor del pretendiente. El marqués de Tullibardine no tardó en abandonar al conde á trueque de conservar las propiedades que poseia en el país, y la mayor parte de los escoceses, como no veian muestra alguna de empeñar otro choque, tomaron la determinacion de regresar á sus casas; lo que prueba que es mucho mas fácil inspirar un valor momentáneo á tropas irregulares y arrastrarlas al campo de batalla, que darlas perseverancia y hacerlas soportar con paciencia las fatigas de una campaña.

Todavía tuvo menos éxito esta rebelion en el interior de Inglaterra. Para cuando el pretendiente habia concebido el estravagante proyecto de sublevar el reino, proyecto en que habian entrado el duque de Ormond y lord Bolingbroke, habia informado exactamente al gabinete de Londres de todas sus intenciones y preparativos lord Stair, embajador de Inglaterra en Francia, que habia seguido todos los pasos del caballero de San Jorge. En consecuencia, á la primera noticia de una insurreccion, el ministerio hizo prender un gran número de señores en quienes recaian sospechas, siendo encerrados en el castillo de Edimburgo los condes de Home, de Wintoun, de Kinoul y otros, consiguiendo el rey de la cámara baja autorizacion para apoderarse de sir Guillermo Wyndham, de sir Juan Packinton, de Kynaston, de Hervey y de otros muchos. Los lores Lansdown y Duplin fuéron igualmente aprisionados. El duque de Sommerset, suegro de sir Guillermo Wyndham, ofreció comparecer por su yerno, pero no se admitió tal fianza. Sin embargo, ninguna de estas precauciones pudo contener los progresos de la insurreccion en los puntos occidentales del reino; mas todas las medidas débiles y mal dirigidas de los rebeldes eran descubiertas al instante por el gobierno, y reprimidas en su orígen. En tales circunstancias fué tratada con la mayor severidad la universidad de Oxford, yendo al amanecer el general Pepper á la cabeza de un fuerte destacamento de dragones á tomar posesion de la ciudad, declarando que haria fuego á los estudiantes que osasen salír de los límites de sus colegios. La insurreccion de los puntos septentrionales fué mas séria: en octubre pusiéronse el conde de Derwentwater y Foster al frente de un cuerpo de caballería, y acudiendo á unírseles algunos hidalgos de las fronteras de Escocia, proclamaron al pretendiente. Desde luego trataron de apoderarse de Newcastle, donde tenian cierto número de partidarios; mas habiéndoseles cerrado las puertas, tuvieron que retirarse á Exham. A su encuentro fué enviado el general Carpenter á la cabeza de novecientos hombres, y por momentos se aguardaba que vinieran á las manos. Los rebeldes tenian dos medios de obrar que igualmente podian producirles algunos resultados favorables: el uno, marchar directamente hácia los puntos occidentales de Escocia, á fin de reunirse al general Gordon que mandaba un cuerpo considerable de montañeses; el otro, vadear el Tweed y atacar audazmente al general Carpenter, cuyas fuerzas no eran superiores á las de ellos. La obcecacion de aquel partido impidió la adopcion de ninguna de estas medidas.

Los insurgentes tomaron la ruta de Jedburgh, donde esperaban dejar á Carpenter á un lado, en tanto que penetraban en el interior de Inglaterra por la frontera occidental. Este medio era el mas seguro para quedarse sin ninguna esperanza de socorro ni de retirada: una gran parte de los montañeses se negó desde luego á seguirlos en incursion tan peligrosa, volviéndose mas de la mitad de ellos á sus montañas.

En Brampton enseñó Foster el nombramiento de general que habia recibido del conde de Mar, y proclamó al pretendiente.

Los rebeldes continuaron su marcha hácia Penrith, donde á su aproximacion huyó la milicia que se habia reunido para oponérseles. Desde allí se encaminaron por Kendal y Lancastre hácia Preston, donde entraron sin resistencia.

En este punto encontraron la destruccion de sus esperanzas y de sus mas combinados proyectos: el general Wills al frente de siete mil hombres rodeó la ciudad, quitándoles con su actividad todo medio de evasion; por mas que los cercados levantaron trincheras y pusieron la poblacion en estado de defensa y rechazaron el primer ataque del ejército real con bastantes ventajas, habiéndose reunido las fuerzas de Carpenter á las de Wills, la ciudad fué embestida por todas partes. En situacion tan deplorable, á que su temeridad habia llevado los rebeldes, Foster todavía conservaba la esperanza de capitular, enviando al efecto al coronel Oxburgh que habia caido prisionero, á proponer un arreglo. Wills se negó, declarando que no queria tratar con rebeldes, y que la única gracia que debian aguardar era librarse de un degüello si accedian á rendirse. Tales condiciones eran duras; pero como no habia medio de conseguir otras mejores, los insurrectos depusieron las armas después de cercarlos una numerosa guardia, la cual se apoderó de todos los nobles, así como de los principales jefes; y algunos oficiales que trataron de escaparse, fuéron juzgados por un tribunal militar y fusilados sin misericordia. A los soldados los dejaron presos en Chester y Liverpool, y los señores y oficiales distinguidos fuéron enviados á Londres, cuyas calles atravesaron atados unos á otros, para que sirvieran de escarmiento á los demás de su partido.

Tal fué el mal éxito de las dos tentativas hechas á favor del pretendiente, porque el plan carecia completamente de reflexion y de prudencia. Y sin embargo, la conducta de los partidarios que dicho pretendiente tenia en Inglaterra, era discreta en comparacion de la que habian adoptado los que estaban en Paris, donde Bolingbroke fué nombrado secretario de él y Ormond primer ministro, bien que estos dos hombres de estado no tardaron en conocer que nada se podia esperar de

una causa tan mala. El rey de Francia, que siempre habia protegido los intereses de los Estuardos, acababa de morir, y el duque de Orleans, encargado de la regencia, de ninguna manera estaba dispuesto á apoyar los proyectos del pretendiente, cuyo partido no obstante, por débil é impotente que fuera, afectaba una estremada confianza y se jactaba de la seguridad del buen éxito. Los secretos mas importantes y todos los planes del caballero de San Jorge eran tratados en los cafés por las gentes de menos valer, tanto por su fortuna como su clase y corta capacidad: los oficiales subalternos proyectaban ser generales encargándose hasta las prostitutas de negociar por ellos. Por lo tanto debian esperarse muy pocas ventajas de tal consejo y de semejante apoyo.



Pedro el Grande, emperador de Rusia.

Con solo suponer que todo el reino habia estado dispuesto á alzarse á favor del pretendiente, el mal desenlace de todas sus empresas debiera haberle convencido de la futilidad de sus esperanzas. Empero, no obstante la desesperada situacion de sus negocios, se resolvió con su tenacidad é imprevision acostumbradas á marchar á juntarse con sus amigos de Escocia al través de todos los peligros que le amenazaban, y sin considerar que este paso era demasiado tardío para ofrecer la menor esperanza de buen éxito. Al efecto atravesó disfrazado la Francia, embarcándose en Dunkerque, y llegando á Escocia á los pocos dias de viaje con solo seis gentiles-hombres. Encaminóse de incógnito desde Aberdeen á Feterosse, donde fué recibido por el conde de Mar y unos treinta señores de la primera categoría, siendo allí proclamado solemnemente, é imprimiéndose y esparciéndose su declaracion fechada en Commercy. En seguida se dirigió á Dundée, donde hizo su entrada pública, y dos dias después pasó á Sconne con intencion de ser allí coronado—Año 1716.—Dispusiéronse rogativas públicas por su feliz arribo, congregóse todo el clero en las iglesias para dar gracias al cielo, y este imbécil príncipe, que carecia de poder y de fortuna, se revistió con todas las apariencias de la dignidad real, lo cual acabó de cubrirle de ridículo.

Después de gastar algun tiempo en estos inútiles alardes, determinóse de repente á abandonar aquella empresa con tanta ligereza como la habia principiado, y dirigiendo en pleno consejo á todos los jefes un discurso en que les dijo que la falta de armas, de municiones y de dinero le ponia en la imposibilidad de sostener una campaña, y le forzaba con gran pesar suyo á separarse de ellos, se embarcó con algunos en el puerto de Montrose en un barco francés, llegando á los cinco dias á Gravelines.

El general Gordon, nombrado por el pretendiente comandante de su débil ejército, poniéndose al frente de las tropas se dirigió hácia Aberdeen, donde se apoderó de tres buques en que embarcó á los que quisieron dejar la Inglaterra, y dando la vela hácia el Norte prosiguió su ruta por las montañas, licenciando sus tropas á medida que avanzaba. Efectuóse tan precipitadamente esta retirada, que el duque de Argyle, á pesar de toda su actividad, ni siquiera pudo alcanzar la retaguardia de Gordon, que se componia de mil caballos.

Así concluyó una rebelion que solo pudo ser proyectada por la imprevision é ignorancia, y que era incapaz de ser sostenida tan largo tiempo mas que por una temeridad imperdonable. Sin embargo de haber sido destruido el enemigo, no bastaron para aplacar la furia de los vencedores la gloria y la certeza de la victoria. Las leyes fuéron ejecutadas con todo el rigor posible, no tardando en rebosar las cárceles de Londres de los muchos infortunados que el ministerio habia resuelto perseguir sin misericordia. Los comunes, en su mensaje al rey, declararon que estaban decididos á castigar de la manera mas severa á los autores de la última rebelion, siendo sus medidas tan prontas como vengativas. Fuéron acusados los condes de Derwentwater, de Nithsdale, de Carnwath y de Wintoun, y los lores Widrington, Kenmuir y Nairne, todos los cuales en pos de la confesion de su culpabilidad recibieron sentencia de muerte, á escepcion de Wintoun, sin que ningun ruego pudiera reducir al implacable ministerio á perdonar la vida á tantos hombres infortunados. La misma cámara de los pares presentó, aunque sin efecto, un mensaje al rey para suplicarle que se compadeciera de los culpados: el monarca respondió que en aquellas circunstancias y en todas las demás que sobrevinieran, obraria siempre conforme lo requirieran la dignidad del trono y la seguridad de su pueblo.

En consecuencia espidiéronse órdenes para que inmediatamente fueran ejecutados los lores Darwentwater, Nithsdale y Kenmuir. Los demás lograron una dilacion: Nithsdale tuvo la suerte de escaparse la víspera de su muerte con el disfraz de muger que su madre pudo proporcionarle.

Deswentwater y Kenmuir subieron al patíbulo en Tower Hill, lamentándose todos del rigor de su suerte. Soportaron su sentencia con calma é intrepidez, mostrándose menos conmovidos que los que asistian á sus últimos momentos y los contemplaban con silencioso dolor.

Deswentwater en especial fué llorado, porque era generoso, benéfico, y empleaba gran parte de su fortuna en alivio de los pobres, que le miraban como su protector y padre.

Bien pronto vino á apoyar la venganza del ministerio una disposicion del parlamento para que todos los prisioneros fuesen juzgados en Londres, en lugar de serlo en el condado de Lancastre, donde habian sido cojidos con las armas en la mano. Semejante disposicion fué considerada por los mejores jurisconsultos como una violacion de la antigua constitucion del reino, que por el contrario ordenaba que todo criminal fuera juzgado en el mismo lugar donde se hiciera culpado. Hácia principios de abril se reunieron en el tribunal comun los comisarios nombrados para juzgar á los rebeldes, siéndolo por crímen de alta traicion Foster, Mackintosh y veinte de sus cómplices.

Foster consiguió escaparse de Newgate y se refugió en el continente. Los demás negaron haber tomado parte en la conspiracion. Pitt, conserje de Newgate, fué acusado de haber favorecido la evasion de Foster; pero sometido á juicio, fué absuelto. A pesar de tal suceso, Mackintosh y otros muchos prisioneros se fugaron igualmente del mismo punto después de apoderarse del carcelero y del llavero y de desarmar al centinela. El tribunal procedió á juzgar á los que se quedaron, siendo en consecuencia ahorcados y descuartizados cuatro ó cinco en Tyburn. Entre estos desgraciados escitó la compasion general un eclesiástico llamado Guillermo Paul, el cual hizo al morir protestas de sincera adhesion á la iglesia anglicana, y no á la cismática, cuyos obispos habian abandonado al rey y renunciado vergonzosamente sus privilegios eclesiásticos. Por poderoso que sea el espíritu de bandería entre algunos hombres, no pueden menos de conmoverse vivamente, á tener algun resto de sensibilidad, de la suerte de los infelices que en fuerza de su estravío sacrifican volun-

tariamente su vida á sus principios. Los jueces nombrados para proseguir la causa de los rebeldes en Liverpool, los consideraron reos de alta traicion en gran número. Veintidos fuéron ejecutados en Preston y Manchester, y unos mil esperimentaron los efectos de la clemencia real, si tal nombre merece el sentimiento que impulsó al rey á espatriarlos á la América Septentrional.

Es probable que el rigor cruel de los nuevos ministerio y parlamento, cuyos miembros eran todos wighs, contribuyó á apresurar el fin de una guerra civil con que hacia mucho tiempo estaba turbado el reino. Al recorrer la historia de las revoluciones y de los hechos humanos, nótase con penoso sentimiento que en todas las disensiones hay de una y otra parte pocos motivos de alabanza y muchas acciones dignas de la reprobacion general. Adviértese por un lado un partido imprudente y débil esforzándose por trastornar, no solo el gobierno, sino hasta la religion del país, con un supuesto monarca educado en el catolicismo y entregado ciegamente á consejeros papistas, manifestando sin embargo intencion de gobernar y de proteger la religion protestante, y con la mayor parte de sus parciales, hombres sin recursos, de costumbres sospechosas, y de principios peligrosos, que defendian una causa que solo la venganza y el asesinato podian sostener. Muéstrase por otro lado un partido opuesto escitado por el orgullo, la avaricia y la animosidad, ocultando el amor al despotismo bajo la máscara de la libertad, y agitando la espada de la justicia para descargar golpes de venganza.

Un gobierno clemente hubiera llegado sin duda en esta época á estingir el espíritu de bandería que desde entonces no ha cesado de alterar el reposo público, y debe confesarse que un pueblo impelido por la fuerza y el terror á someterse á la autoridad, en lugar de serlo por la razon y la conviccion, no puede menos de ser miserable.

CAPITULO L.

FIN DEL REINADO DE JORGE I.

(Desde el año 1716 hasta el de 1727.)

Necesariamente debia ocasionar el tiempo grandes cambios en una constitucion tan complicada como la de Inglaterra; de suerte que al paso que eran susceptibles de adquirir mayor vigor varias de sus disposiciones, debian caer á la larga otras muchas en desuso. Las diferentes clases del estado, colocadas entre el rey y el pueblo, habian conseguido en esta época un poderío demasiado considerable: el rey, estraño á la constitucion y á las leyes del país, dependia de sus ministros, los cuales regian el parlamento: el pueblo, amedrentado por el temor de ser tachado de jacobinismo, no osaba murmurar, y se consideraba muy feliz de comprar su reputacion y tranquilidad á costa de su libertad. La total estincion de la rebelion no sirvió mas que para aumentar la arrogancia de los que estaban en posesion del poder, porque el parlamento se mostró demasiado dispuesto á apoyar las miras del ministerio, y los supuestos riesgos del estado sirvieron al fin de pretesto para alargar la duracion del mismo parlamento mas allá del tiempo marcado para su disolucion.

El ministerio pues formó de propia autoridad una ley con el objeto de abolir la que no daba al parlamento mas que la duracion de tres años, para estender el término hasta siete. Esta medida, que no tuvo otra mira que acrecer la preponderancia de una parte de la nacion, es contraria á los principios naturales de la justicia; porque si los parlamentos tenian derecho á hacer durar siete años sus sesiones, podian por la misma razon perpetuar su autoridad, suprimir así el recurso de las elecciones, y despojar insensiblemente al pueblo de todos sus privilegios.

Semejante proyecto, á pesar de tan poderosas consideraciones, fué aprobado por entrambas cámaras, siendo reputadas todas las objeciones que sobre la materia se representaron como una prueba de espíritu faccioso (1): el pueblo murmuró de aquella usurpacion; pero era demasiado tarde para tratar de remediar tamaños males.

Arreglados los asuntos interiores, el rey concibió el deseo de visitar sus posesiones de Hanover, decidiéndose al efecto á emprender un viaje al continente. Además veia que le amenazaba una borrasca por el lado de Suecia. El famoso Carlos XII, que á la sazon reinaba en este reino, estaba muy irritado contra él, por haber entrado durante su ausencia en confederacion con Rusia y Dinamarca, y por haber comprado las ciudades de Brema y de Eerden al rey de Dinamarca, que se habia apoderado de una porcion de los estados del mismo Carlos.

Jorge en consecuencia, habiéndose dirigido desde Holanda á Hanover á fin de visitar sus estados de Alemania, hizo con los holandeses y el regente de Francia un nuevo tratado, por el cual convinieron en socorrerse recíprocamente en caso de invasion.

No eran infundados los temores relativos á Suecia. Carlos mantenia una correspondencia secreta con los descontentos de la Gran Bretaña, y formóse un plan para que el monarca sueco realizara un formidable desembarco en algun punto de Inglaterra, adonde debian acudir á juntársele todos los descontentos del reino. El principal jefe de la conspiracion era el conde de Gyllembourg, ministro de Suecia en Inglaterra; pero habiéndose apoderado de él y de sus papeles por órden del rey, abortaron todos los proyectos—Año 1717.

Los comunes sin embargo aprobaron una disposicion prohibitiva de toda clase de comercio con Suecia, privando á los comerciantes ingleses de una ventaja tan importante. Otorgóse al rey un subsidio de doscientas cincuenta mil libras esterlinas para que se pusiera en el caso de defender sus estados de la invasion que les amenazaba. Tales fuéron los primeros frutos de la asociacion de Inglaterra con el continente; mas muerto el rey de Suecia por una bala de cañon en el sitio de Frederichshall, en Noruega, desaparecieron los riesgos del reino.

Este siglo era el de los tratados, subsidios y combinaciones políticas. Muchas gentes se figuraban entonces que las convenciones por escrito eran inviolables y debian bastar para asegurar la duracion de los imperios; pero la esperiencia ha acreditado lo contrario. Entre los muchos tratados fundados en falsas esperanzas se comprende el denominado de la *cuádruple alianza*—Año 1718.—Acordóse entre el emperador, Francia, Inglaterra y Holanda, que el primero renunciara á sus pretensiones á la corona de España, y cambiaria la Cerdeña por Sicilia con el duque de Saboya, y que la sucesion de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia fuera dada al hijo mayor de la reina de España, en el caso de que los actuales poseedores fallecieran sin hijos varones. Este tratado, que nada agradable fué al rey de España, vino á ser perjudicial para Inglaterra, porque interrumpia el comercio entre estos dos reinos; pero el objeto principal de tal alianza no era el interés de Inglaterra.

(1) Es indudable ser preferible un parlamento de siete años al de tres: por tal razon siempre habian votado el rey y su ministerio por un parlamento de larga duracion. Pero es inconcebible que la nacion se hubiera dejado despojar tan tranquilamente por sus representantes, sus servidores, que ningun derecho tenian para decidir sobre la duracion de su mision. Solo á ella tocaba resolver tal punto. Decidiendo sus representantes, eran jueces y partes. Un parlamento no puede acortarse, reformarse ni prolongarse sin el sufragio especial de la nacion. (*B. W.*)

No tardó en manifestarse el descontento del rey de España, y declaróse guerra abierta entre él y el emperador, á quien miraba como autor principal de tal alianza. Fué enviado á Italia un numeroso cuerpo de tropas para sostener allí las pretensiones de Felipe, siendo vanos los esfuerzos del regente de Francia con el objeto de disuadirle de su proyecto de guerra, así como las ofertas de mediacion del monarca inglés: la interposicion de estas dos potencias se desechó por parcial é injusta. Hallábanse tan agotadas las rentas de Inglaterra, que la guerra, en tal situacion, era una calamidad para este reino: resolvióse sin embargo un rompimiento con España. Al efecto aprestáronse veintidos naves, confiriéndose su mando á sir Jorge Byng, las cuales se hicieron á la vela hácia Nápoles, que á la sazon estaba amenazada por el ejército español. El almirante fué recibido con las mayores muestras de júbilo por los habitantes, quienes le noticiaron que acababan de desembarcar treinta mil españoles en Sicilia.

Como en tales circunstancias ningun auxilio podia prestar Byng por tierra, trató de dar la vela hácia los españoles y de perseguirlos. Cerca del cabo de Faro vió dos pequeñas corbetas españolas que le sirvieron de guia, y antes de mediodía descubrió la escuadra enemiga en órden de batalla y compuesta de veintisiete velas. La primera idea de los españoles, aunque superiores en número, fué la de huir al avistar á los ingleses, los cuales tenian tanta habilidad en el arte de la navegacion, que ninguna otra nacion podia rivalizar con ellos en tal punto. Los españoles parecia que no se entendian segun la precipitacion y confusion estremas con que obraban y hacian un fuego incierto. Los jefes no obstante se portaron con valentía y actividad, aunque esto no impidió que todas las embarcaciones fuesen cojidas, á escepcion de seis que se salvaron, merced á su vicealmirante Cammock, nacido en Irlanda.

Habiéndose manejado en esta ocasion sir Jorge Byng con tanta prudencia como energía, escribióle el rey una carta de su propio puño felicitándole por los conocimientos que habia desplegado. Semejante victoria escitó por necesidad el resentimiento de los ministros españoles, cuyas quejas hallaron eco en todas las cortes de Europa, declarándose por fin la guerra entre España é Inglaterra.

Estas hostilidades reanimaron por un instante las vacilantes esperanzas del pretendiente y de sus partidarios, el cual contaba con el cardenal Alberoni para promover una nueva insurreccion en Inglaterra, siendo escojido el duque de Ormond para dirigir aquella espedicion. La corte de España prestó al caballero de San Jorge una escuadra de diez buques de guerra y de trasporte, embarcándose en ellos diez mil hombres con armas y municiones para doce mil. La fortuna en esta ocasion no le favoreció mas que en las anteriores, pues al llegar al cabo de Finisterre sobrevino una tempestad que destruyó la escuadra y frustró todos los designios. Este revés y el mal éxito de las armas españolas en Sicilia y otras partes de Europa, forzaron á Felipe á desear la paz, accediendo por fin á firmar la cuádruple alianza. Semejante convenio fué mirado entonces como un acontecimiento de la mas alta importancia; pero á pesar de lo mucho que Inglaterra contribuyó á su ratificacion, nada participó de las ventajas que de tal tratado debian resultarla.

El rey, restablecida la paz en Europa, regresó á Inglaterra á recibir las felicitaciones y mensajes de su parlamento, ocupándose en seguida de asegurar la dependencia del parlamento de Irlanda y la superioridad del de Inglaterra.

Un irlandés llamado José Annesly apeló á la cámara de los pares de la Gran Bretaña de un decreto dado por la de los pares de Irlanda. Los de Inglaterra mandaron á los barones del tribunal del tesoro en Irlanda que reintegraran á M. Annesly en los bienes que habia perdido por aquel decreto. Los barones de dicho tribunal obedecieron; mas fuéron acusados por los pares de Irlanda de haber atacado los privilegios de su parlamento, disponiéndose al mismo tiempo que los tales acusados fueran puestos bajo la custodia del ministro de la vara negra.

Por otra parte los pares de Inglaterra decidieron que los barones del tribunal, toda vez que habian obrado con valor y fidelidad, merecian la aprobacion del rey, á quien además le dirigieron un mensaje para que se dignara recompensar con alguna muestra de favor tan buena conducta. En seguida los mismos pares redactaron un proyecto para que á la cámara de los de Irlanda se privara en lo sucesivo del derecho de juzgar en último grado.—Año 1720.—Entrambas cámaras, y en particular la de los comunes, se opusieron á tal proyecto, manifestando Pitt que este no tenia otro objeto que acrecer el poderío ya harto considerable de los pares de Inglaterra, y probando Hungerford que no se podia sin injusticia quitar á la cámara de Irlanda el derecho que siempre habia gozado de juzgar en último grado. Sin embargo de tal oposicion, el proyecto fué aprobado por la mayoría, y sancionado al poco tiempo por S. M.

En esta época no se hallaban los irlandeses tan penetrados de sus derechos y privilegios como lo estan hoy dia. La nobleza de este país se componia en parte de hombres criados en el lujo y la ignorancia, sin energía ni habilidad para sostener y dirigir un partido de oposicion. Por mas perjudicial que fué semejante proyecto á la nacion, ninguna conmocion ocasionó en Irlanda; mientras que las variaciones que se ejecutaron en el valor de la moneda en Inglaterra produjeron las mayores turbulencias, sin embargo de que ningun daño resultaba al pueblo de tales innovaciones.

Por doloroso que aquel golpe fuera para los irlandeses, estuvo lejos de serlo tanto como esperimentaron entonces los ingleses por el espíritu de codicia, que súbitamente se apoderó de todas las clases de la nacion.

Habiendo formado en el año anterior un tal Juan Law, escocés de orígen, una compañía denominada *Banco de Misisipi*, este plan que al pronto habia ofrecido grandes esperanzas de riquezas, habia acabado por precipitar á la nacion francesa en incalculables contratiempos; y llegó el momento en que el pueblo inglés, engañado tambien por un proyecto enteramente parecido, que habia recibido el nombre de *Compañía del mar del Sur*, fué juguete de sus esperanzas, y perdió sumas considerables.

Después de la revolucion del tiempo del rey Guillermo, nunca habia podido el gobierno reunir los suficientes subsidios; y como siempre habia necesitado de cierto espacio de tiempo para proveerse del dinero votado, se habia visto obligado á recurrir á diferentes compañías de comercio, y entre ellas á la que tenia relaciones con la compañía del mar del Sur. Hácia el año 1716 encontróse alcanzado el gobierno por esta compañía en unos nueve millones y medio, cuyos intereses eran á razon de seis por ciento; pero como ella no era la única á quien el gobierno tuvo que recurrir y á quien pagaba intereses enormes, sir Roberto Walpole concibió el designio de disminuir la deuda nacional ofreciendo á cada compañía una disminucion de interés, tal como el cinco por ciento, ó el pago del capital. Las compañías prefirieron la primera proposicion á la segunda, y la compañía del mar del Sur que habia prestado diez millones al gobierno, consintió en cobrar quinientas mil libras de intereses en lugar de seiscientas mil que recibia todos los años. El gobierno y la compañía del banco aceptaron las mismas condiciones, disminuyéndose considerablemente la deuda nacional por este medio.

En tales circunstancias un notario llamado Blount, hombre dotado de todo el arte y habilidad necesaria para semejante empresa, propuso al ministerio que redimiera á nombre de la compañía del mar del Sur todos los créditos de las demás compañías, haciéndose el

único acreedor del Estado. Las condiciones que ofrecia al gobierno eran muy ventajosas. La compañía del mar del Sur, por consentir en quitar de manos de los propietarios particulares todas las deudas del gobierno, no pedia otro interés que cinco por ciento. Pareciéndo estas proposiciones razonables y ventajosas al gobierno, fuéron aceptadas, aprobándose al efecto una ley en las dos cámaras, bien que entonces se descubrió todo el plan ruinoso para la nacion. Como los directores de la compañía carecian de la suma necesaria para cubrir toda la deuda nacional, consiguieron el derecho de abrir una suscricion para un proyecto de comercio en las mares del Sur, comercio del cual debian resultar segun se asegura ventajas inmensas, y sobre el cual la credulidad y codicia del pueblo derramaban esperanzas mucho mas brillantes todavía.

Todos los que eran acreedores del gobierno fuéron por lo tanto invitados á cambiar sus aciones contra la compañía del mar del Sur, cuyo comercio con las partes meridionales de América debia ofrecer beneficios considerables á los que tuvieran la fortuna de emplear allí fondos. Decíase además que el rey de España debia conceder á los ingleses un nuevo establecimiento en aquella parte del mundo, con lo cual dicha empresa seria mas y mas ventajosa.

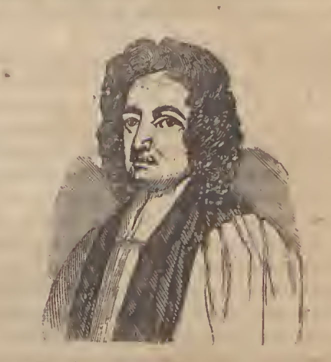
No bien se abrieron los registros de los directores á los suscritores, cuando estos acudieron en tropel á convertir sus acciones contra el gobierno en acciones contra la compañía del Sur; durante algun tiempo la ilusion fué alimentada con destreza. Las acciones se vendieron á los pocos dias por el doble de lo que habian costado, prevaleciendo así el proyecto aun mas allá de las esperanzas de los que lo habian concebido; de suerte que ya no se ocupaba la nacion entera mas que de los cálculos codiciosos de semejante empresa: ni uno siquiera dejó de renunciar á toda especie de prudencia: una locura la mas completa triunfó de todo razonamiento, y las acciones crecieron hasta diez tantos de su valor primitivo.

Apenas, empero, pasaron algunos meses, cuando el pueblo comenzó á salir de su error, y vió bien pronto desvanecerse todos sus sueños de fortuna, conociendo por fin que las brillantes ventajas con que hasta entonces habia contado eran puramente imaginarias, y que millares de familias se habian envuelto en una ruina comun. Las únicas personas que se enriquecieron en tal empresa fuéron los directores, que con sus artificiosas promesas contribuyeron á engañar impunemente al público, y lo que sirvió de algun consuelo al pueblo fué el ver que el parlamento participaba de la calamidad é indignacion generales, y que estaba decidido á despojar á aquellos odiosos espoliadores de riquezas tan deslealmente adquiridas. En consecuencia diéronse órdenes para que todos los directores de la compañía del Sur fueran depuestos de los cargos que tenian en el parlamento y el gobierno, siendo castigados los primeros culpados con la pérdida de los bienes adquiridos mientras duró el frenesí general—Año 1721.—Tomáronse en seguida varias resoluciones útiles y justas por el parlamento para remediar los males de los que habian sido víctimas de tal empresa, espidiéndose un decreto para que las indagaciones sobre el particular se hicieran con todo el rigor legal. Distribuyóse entre los primitivos propietarios la suma de siete millones provenientes de las ganancias de las especulaciones del mar del Sur, habiéndose hecho muchas adiciones á sus dividendos, amen de lo que pertenecia á la compañía, y repartiéndose el resto del capital entre los antiguos censualistas que recibieron un treinta y tres por ciento.

La cámara en el ínterin recibia peticiones de todos los puntos del reino en demanda de justicia contra los directores, y parecia que toda la nacion estaba exasperada hasta el último grado. El crédito público recibió un terrible golpe, viéndose varios miembros del ministerio comprometidos gravemente en tan fraudulentas transacciones. El banco se quedó exhausto, y en ninguna parte se oian por fin mas que espresiones del dolor y de la desesperacion.

El descontento ocasionado por las calamidades públicas infundió nuevas esperanzas de prosperar en los ánimos mal intencionados; pero como sus medidas iban con el sello de la debilidad é incertidumbre, no tuvieron bastante poder para impedir que cundiera la discordia entre sus caudillos. El duque de Orleans, regente de Francia, fué segun se cuenta, quien primero informó al rey de una conspiracion que contra él fraguaban en secreto muchas personas de la primera distincion, á las que se habian unido algunos descontentos de un rango inferior—Año 1722.—De resultas de tal aviso establecióse un campamento inmediatamente en Hyde Park, recibiendo todos los oficiales la órden de marchar á sus puestos. El teniente general Macartney fué enviado á Irlanda á reclutar tropas, y á los estados de Holanda se les intimó que aprontaran su contingente. Atemorizado el pueblo con estas disposiciones aguardaba de dia en dia una invasion, y trataba temblando de adivinar sobre quién descargaria el gobierno su venganza.

El primer arrestado fué Francisco Atterbury, obispo de Rochester, el cual hacia mucho tiempo que era sospechoso al gobierno, siendo su capacidad tal que debia ser temido del ministerio de quien fuera enemigo. Ocupáronse sus papeles y fué encerrado en la Torre, siendo igualmente aprisionados poco después el duque de Norfolk, el conde de Orrey, lord North y algunos otros de inferior rango. De todas estas personas, solo el obispo y un abogado llamado Layer esperimentaron los efectos del rigor del gobierno, porque no se pudieron encontrar pruebas de culpabilidad contra los demás.



Atterbury, obispo de Rochester.

Presentóse una proposicion en la cámara de los comunes para acusar al obispo Atterbury á pesar de sus esfuerzos para usar de sus privilegios de par—Año 1723. —Sin embargo de la oposicion que con tal motivo se levantó en la cámara, resolvióse por la mayoría de los comunes que fuera despojado de sus dignidades y de su beneficio, y desterrado para siempre. El obispo ninguna tentativa de defensa hizo en la cámara baja, reservando todos sus medios para la de los pares.

Allí encontró gran número de amigos, atrayéndole otros nuevos su elocuencia, afabilidad y franqueza. Su causa ocasionó en aquella asamblea un largo y violento debate en que la discusion caminó con mas moderacion que la que el ministerio habia esperado. Como las débiles pruebas que existian contra él no provenian sino de diferentes cartas interceptadas y escritas en cifra, el conde Poulet insistió para que esto no fuera reputado como dato de traicion. El duque de Wharton, después de resumir las deposiciones y probar su insuficiencia, concluyó diciendo, que cualesquiera que pudieran ser las consecuencias de semejante asunto, esperaba que la cámara no empañaria su gloria

condenando sin ninguna conviccion á un hombre.

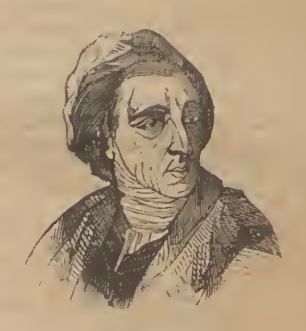
Lord Baturst habló tambien á favor del obispo, haciendo observar que á aprobarse tales medidas no veia otro partido que tomar, tanto por él como por sus conciudados, que el retirarse al campo y vivir allí pacíficamente en medio de sus familias, puesto que la correspondencia mas frívola, ó la menor carta interceptada bastaban para que una persona se considerara como criminal. Tornándose en seguida hácia el banco de los obispos (1), añadió que no podia comprender el inveterado encono de ciertas personas contra el sagaz y sabio obispo de Rochester, sino suponiendo que tales seres malévolos, descarriados como los salvajes de América, habian concebido la esperanza de heredar, además de los despojos, el talento y el mérito de su víctima.

Aprobóse la prosicion sin tomar en cuenta nada de lo espuesto á favor del obispo, habiendo hablado poco el partido opuesto por tener de antemano asegurada la mayoría. Entre los miembros de los comunes que se mostraron dispuestos á defender la causa del prelado, hallábase el célebre médico Freind, quien tambien fué preso poco después por sospecha de traicion é intrigas, bien que se llegó á acceder á que saliera fiador suyo el doctor Mead. Habiendo sido confirmada la sentencia del obispo, este se embarcó dos dias después para el continente con su hija, coincidiendo con su llegada á Calais, la del famoso lord Bolinbroke al mismo punto, de regreso á Inglaterra, después de lograr por algun medio secreto el perdon de S. M. Cuando supo tal circunstancia, dijo sonriéndose, que en aquel momento se hacia un cambio con sus personas. El infortunado Atterbury vivió en el destierro y en medio de la pobreza hasta la muerte, sin otro auxilio que un legado de quinientas libras que el doctor Sacheverel le dejó al terminar su vida poco antes que él.

Mas cruel fué el destino de Cristoval Layer, quien después de ser juzgado en el banco del rey, fué convicto de haber reclutado hombres para el pretendiente, y hecho esfuerzos para promover una rebelion. Jamás han podido ser bien conocidas las circunstancias de esta conspiracion, siendo, segun se supone, la intencion de los conspiradores el introducir secretamente en Inglaterra oficiales y tropas estranjeras, de suerte que se incorporaran al duque de Ormond, que debia desembarcar en el Támesis con un acopio de armas realizado con tal designio. Sobreseyóse varias veces en el jucio de Layer, echándose mano de muchos medios para compelerle á denunciar sus cómplices: pero todo fué inútil, pues se mantuvo inalterable, y oyó con indiferencia la sentencia de su muerte, siendo decapitado en Tyburn, y espuesta su cabeza en Temple-Bar.

A este proceso siguió otro de naturaleza diferente y que concernia mas especialmente á los intereses y á la seguridad de la nacion. Habíase practicado hasta entonces el que los cancilleres gozáran de la facultad de nombrar los oficiales de la cancillería, cuyas plazas se vendian, y por consiguiente se compraban como las del ejército. Con tal motivo habian ocurrido muchos abusos, colocándose en aquellas plazas individuos de carácter poco estimable, que habiendo disipado el dinero que los huérfanos y litigantes depositáran en sus manos, ocasionaron graves quejas al gobierno, cuyo resentimiento recayó entonces sobre el mismo lord canciller. Este creyó oportuno renunciar su cargo; mas el rey sin embargo dispuso al poco tiempo que semejante asunto fuera llevado á la cámara de los comunes, la cual lo examinó con todo cuidado, y habiéndose convencido de los enormes abusos introducidos en la cancillería, se resolvió á acusar en la barra de la cámara de los pares á Tomás, conde de Mandesfield, por malversacion y crímenes de alta gravedad—Año 1725.—Este proceso es uno de los mas difíciles y mejor discutidos de los anales de Inglaterra, habiéndose espedido antes un decreto que tendia á libertar á los oficiales de la cancillería de las penas en que habian incurrido, si accedian á confesar las condiciones con que habian obtenido sus plazas. El proceso duró veinte dias: el canciller sostuvo que sus predecesores siempre habian percibido iguales sumas por aquellos nombramientos; mas como la razon probara que tales medidas eran contrarias á las reglas de justicia, triunfó el sentimiento de la equidad. El conde fué convicto de intrigas fraudulentas, y condenado á una multa de treinta mil libras esterlinas y á prision hasta el completo pago de la cantidad requerida, la cual fué satisfecha unas seis semanas después.

(1) Los obispos en esta ocasion habian mostrado estremado encarnizamiento contra Rochester.



Pope.

Así, á la par de la riqueza y del lujo habian crecido en la nacion la corrupcion, la venalidad y la avaricia: el comercio habia introducido el fraude, y la riqueza la prodigalidad; la religion, que debiera haber servido de freno á todos estos vicios, lejos de ser protegida por las leyes, era desconocida y ultrajada. Las cámaras de convocacion, que tenian por objeto la inspeccion de las costumbres y la conservacion de la religion, dejaron de existir, y fué vedada toda clase de disputas teológicas. Un ministerio amigo de los verdaderos intereses del pueblo y de la religion hubiera permitido á los eclesiásticos las discusiones necesarias, y mantenido su celo religioso aprobando y animando su actividad; pero los reglamentos interiores del reino era lo que menos interesaba al ministerio de esta época, el cual no cuidaba mas que de satisfacer al monarca con una série contínua de tratados y de alianzas estranjeras. Era natural que un rey nacido y criado en Alemania, donde la soberanía no está establecida sino sobre condiciones precarias, esperimentara el deseo de introducir el mismo espíritu en la constitucion británica. Los tratados con que principió este reinado se aumentaron con esceso hácia el fin de él, siendo el único norte del gobierno el asegurar al rey la posesion de sus estados de Alemania y el escluir al pretendiente de los de la Gran Bretaña. Tal es la intencion con que Inglaterra accedió á prestar subsidios considerables á diferentes estados de Europa que le habian prometido su proteccion; bien que antes que las estipulaciones fueran cumplidas por las partes sobrevinieron muchos cambios.

En este reinado celebráronse nueve tratados, que fuéron el de Barriere, la cuádruple alianza, la alianza defensiva con el emperador, la triple alianza, la convencion para la ejecucion del tratado de Barriere, el congreso de Cambray, el tratado de Viena, el tratado de Hanover y la convencion con Suecia y Hesse-Cassel. Todas estas dispendiosas negociaciones no fuéron mas que juegos políticos que por un instante entretuvieron y luego fuéron olvidados.

Sin embargo, es preciso confesar que el parlamento hizo algunos esfuerzos para reprimir los progresos del vicio y de la inmoralidad que en esta época se habian

difundido en todas las clases de la sociedad; mas tales esfuerzos, ni por la cooperacion del ministerio, ni por la simpatía del pueblo fuéron provechosos. No tardaron en romperse los tratados concluidos con España. El espíritu de comercio habia hecho tan grandes progresos entre los ingleses en esta época, que nada bastó para reprimirlo—Año 1726.—El almirante Hostier fué enviado á la América meridional para interceptar los galeones españoles: estos, noticiosos de tal designio, se sustrajeron de la persecucion de Hosier y salváron sus tesoros. En esta espedicion pereció la mayor parte de la escuadra inglesa, sucumbiendo á la malignidad del clima y á lo largo del viaje la mayoría de los marineros, y muriendo el almirante, á lo que se supone, de la pena que le causó una espedicion tan infructuosa.

Los españoles, con ánimo de desquitarse, emprendieron el asedio de Gibraltar, sin que hubiesen logrado ningun resultado. En tal contienda ofreció su mediacion la Francia, ocasionando una reconciliacion temporal; con lo cual pareció restablecerse entre ambas naciones la buena inteligencia, bien que una y otra continuaron espiando con impaciencia una ocasion favorable para renovar las hostilidades.



Lady Montague (1).

El rey, que hacia dos años no habia visitado sus posesiones electorales de Hanover, se aprovechó de la interrupcion del parlamento para verificar un viaje á ellas, embarcándose para Holanda, después de nombrar una regencia, y desembarcando en una poblacion llamada Voet. Al dia siguiente continuó su viaje, llegando á los dos dias á Delden entre once y doce de la noche: cenó con muy buen apetito, prosiguiendo su camino á la madrugada, hasta que entre ocho y nueve de la mañana, sintiéndose indispuesto, mandó parar á su cochero Fabricio, que anteriormente habia sido ayuda de cámara del rey de Suecia y que después de su fallecimiento entró al servicio de Jorge, conoció que una de sus manos estaba sin movimiento, y trató de atraer la circulacion frotándola entre las suyas; pero no produciendo efecto alguno este medio, se llamó inmediatamente al cirujano que seguia á caballo el carruaje del rey, á quien aplicó remedios espirituosos. Bien pronto se le embarazó la lengua y no quedaron al paciente mas que las fuerzas precisas para ser traslado á Osnaburg, donde perdió el conocimiento en los brazos de Fabricio, no volviendo en sí de tal ataque sino para espirar hácia las once de la mañana siguiente—Año 1727, 11 de junio.—Era á la sazon de sesenta y ocho años y llevaba trece de reinado.

(1) Lady María Wortley Montague, célebre por su aficion á la literatura, era hermana del duque de Kingsson. Le acompañó cuando fué á Constantinopla de embajador, y escribió con mucha exactitud y con curiosos detalles acerca de las costumbres de los turcos. Fué muy nombrada por una gran variedad de aventuras, pero mas que todo porque promovió la introduccion en Inglaterra de la práctica de la inoculacion. Sus cartas la han colocado sin disputa á la cabeza de las escritoras epistolares de la Gran Bretaña.

Las ventajas de este reinado deben ser atribuidas únicamente al mismo monarca, quien siempre que se desvió de los sábios principios que manifestó constantemente, fué por la influencia de algun ministerio parcial y á veces corrompido. En todas las circunstancias ayudóle fielmente la fortuna; y si bien esto se debió en parte á la casualidad, contribuyó mucho mas una asiduidad constante al trabajo y la prudencia de su carácter. Los buenos resultados que alcanzó durante su vida, son una prueba palpable de que puede acertarse perfectamente con un talento mediano habiendo aplicacion y constancia.

Estuvo casado con la princesa Sofía, hija y heredera del duque de Zell, de la cual tuvo al príncipe que le sucedió y á la reina de Prusia, madre del célebre Federico.

El cuerpo del rey fué trasportado á Hanover, y depositado entre los de sus antepasados.

CAPITULO LI.

JORGE II.

(Desde el año 1727 hasta el de 1739.)

Apenas falleció el rey, subió al trono su hijo Jorge II, el cual era inferior á su padre en cuanto á espíritu y capacidad, y anunciaba una marcada predileccion á sus súbditos del continente.

A su exaltacion al trono estaba dirigido el gobierno por cuatro ministros principales: lord Towushend, hombre de estensos conocimientos y de notable habilidad en los asuntos diplomáticos, el duque de Newcastle, señor que tenia grandes alianzas en la nobleza, si bien era de mediana capacidad; el conde de Chesterfield, hombre sagaz, insinuante y diestro, aunque poco á propósito sin embargo para las bajas intrigas de los gobiernos. Pero el hombre mas poderoso del reino, el que llegó á obtener mayor suma de poder, fué sir Roberto Walpole, á quien antes hemos visto tan enteramente adicto á los intereses de la casa de Hanover.



Jorge II.

Desde clase oscura se habia elevado á los puestos de mas importancia del Estado, llegando á adquirir un grado de reputacion estremada, de que no cesó de gozar en los dos precedentes reinados. Considerado en un principio como mártir de su causa en el reinado de Ana, habia conservado contra el partido de los torys un encono inveterado, que la destruccion de este bando no pudo estinguir. Puesto al frente de la tesorería desde que comenzó el actual reinado, pareció querer distinguirse en el servicio de su patria; mas combatido sin cesar y vencido con frecuencia por el espíritu de oposi-

cion, su conducta sufrió algunas variaciones, mostrándose desde entonces mas deseoso de conservar su cargo que de hacerlo digno de honor por sus virtudes cívicas.

Quizá el primer móvil de su conducta habia sido en realidad la defensa de las prerogativas vacilantes de la corona: empero las mismas medidas que tomó para afirmar el trono no tardaron en probar, que cuando menos habia errado en su cálculo, y que eran el medio mas cierto de menoscabar la potestad real. Acrecentó la fortuna y el poderío de los miembros de la cámara de los comunes á fin de corromperlos, cesando ellos desde entonces de hablar contra los millones pedidos en que tan liberalmente se les daba parte. Esta propension codiciosa de Walpole fué harto combatida por un espíritu de oposicion vigorosa; pero la naturaleza le habia armado de la flema mas completa para soportar la reconvencion, y habia estudiado para adquirir una manera de razonar fria y sosegada, que conseguia convencer al través de todas las objeciones. Su elocuencia era seductora, aunque carecia de dignidad, y persuasivo su lenguaje por la naturalidad aparente con que sabia barnizarle.



Jorge II.

Las cámaras, divididas hasta entonces en hanoverianos y jacobitas, variaron de nombre al mismo tiempo que de principios, no siendo ya designados estos dos bandos sino con los títulos de los partidos de la corte y del pueblo. Como entrambos habian contribuido igualmente á introducir la casa de Hanover en Inglaterra, ninguno sentia el temor de ser acusado de falta de adhesion y de mala intencion hácia tal familia. El partido de la corte, entregado completamente á los ministros, estaba dispuesto á favorecer todos sus planes y aplaudir todas las medidas de la corona; y considerando á Inglaterra incapaz de defenderse por sí misma, creia que las alianzas estranjeras y las relaciones continentales serian muy ventajosas á la seguridad interior del reino, fuera del cual reclutaba tropas para ocurrir á las necesidades.

Sir Roberto era el jefe principal de la faccion ministerial y echaba mano de toda clase de intrigas para lograr su objeto y hacer adoptar sus máximas, concediendo empleos y pensiones á los que no podia convencer con su elocuencia.

El bando popular era muy opuesto á las relaciones continentales, quejándose altamente de las inmensas sumas que eran prodigadas sin cesar para subsidios de que ninguna ventaja resultaba á la nacion, y del mucho dinero que se empleaba en frívolas alianzas, cuando tanta utilidad hubiera podido sacarse de él para la prosperidad de Inglaterra.

Este partido veia con disgusto y un secreto sentimiento de prevencion los frecuentes viajes del rey á Hanover, atribuyéndolos á marcada parcialidad de él á sus súbditos del continente.

A este partido vino á unirse el de los torys de la alta nobleza, que comenzaban á desconfiar de su causa, y como estaban ligados con hombres que no temian la reconvencion de jacobinismo, inspiraron y ganaron al mismo tiempo una gran confianza.

La faccion de la corte se esforzaba continuamente por atemorizar á la cámara de los comunes con la suposicion de peligros imaginarios y de conspiraciones secretas, y el partido opuesto declamaba por lo general contra los abusos de la prerogativa real y el poder siempre creciente del trono. Semejantes quejas, empero, ni de un lado ni de otro eran fundadas: el reino no se hallaba amenazado ni de maquinaciones en el interior, ni de invasiones estranjeras, y la preponderancia real, lejos de ir en aumento, se debilitaba gradualmente de dia en dia. Como el rey se ocupaba principalmente de sus posesiones continentales, hacia poco caso de su prerogativa en la Gran Bretaña, y estaba dispuesto á no tener mas que una autoridad limitada en Inglaterra, con tal que la tuviera completa sobre los estados y súbditos que probablemente preferia á los ingleses.

Hubo sin embargo en todo este reinado dos cuestiones principales que suscitaron constantemente nuevos debates en cada legislatura, en los que se ejercitaron sucesivamente los talentos de diferentes adversarios. Las dos cuestiones fuéron la deuda nacional y el número de tropas que se habian de conservar en el reino. Al advenimiento del rey debia el gobierno mas de treinta millones; y aunque hacia mucho tiempo que duraba la paz, no cesó de aumentarse esta deuda, lo cual era motivo del mayor asombro para la faccion opuesta á la de la corte. Esta, al paso que procuraba dar razones plausibles sobre el aumento, continuaba preparando con nuevas demandas nuevos motivos de descontento y de sorpresa.

Tales demandas, repetidas sin cesar, se hacian so pretesto de preservar el reino de conspiraciones interiores, proporcionándole defensores en el continente, y de dar al ministerio medios de obrar con vigor y de acuerdo con las potencias estranjeras. Vanos fuéron los esfuerzos hechos para patentizar que aquellos dispendios eran sin prevision ni necesidad, y que yendo en aumento la deuda nacional de dia en dia, llegaria á ser una carga demasiado pesada. Todos estos reparos fuéron combatidos y desechados, y el partido de la corte consiguiendo quedar victorioso, se apresuró á satisfacer con prodigalidad todas sus demandas.



Roberto Walpole.

Los españoles fuéron los primeros en probar la vanidad de todos los tratados y en enseñar á las demás naciones á infringirlos impunemente siempre que de ello podia resultar alguna ventaja. La codicia estremada de los comerciantes ingleses, y la envidia y severidad natural del pueblo español, hicieron nacer mu-

chos abusos de parte de los ingleses y embargos arbitrarios de la de los españoles. Los habitantes de las islas pertenecientes á los ingleses en las Indias Occidentales mantenian desde muy antiguo un comercio ilícito con los españoles del continente. Descubiertas tales relaciones, fuéron castigadas con rigor, y confiscados los cargamentos; y como acontece á menudo que con semejante vigilancia de perseguir y escarmentar aquellas especies de espediciones temerarias, es confundido el inocente con el culpado, se quejaron muchos comerciantes, quizá con razon, de haber sido cojidos por piratas, y despojados por las naves del rey de España en las costas meridionales de América.

El ministerio inglés mostróse poco dispuesto á prestar crédito á unas noticias desfiguradas por el resentimiento y la codicia, y con la esperanza de remediar semejantes males con su sistema favorito de los tratados, prometió á la nacion una satisfaccion completa. Las quejas no obstante hiciéronse generales, y habiendo presentado los comerciantes una peticion á la cámara de los comunes, esta entró á deliberar sobre ella, y entonces determinose el ministerio á practicar un exámen mas sério de las injusticias y estorsiones que se habian cometido con los negociantes ingleses. Uno de estos habia sido tratado del modo mas indigno por los españoles, que trás de despojarle enteramente le habian cortado las orejas: «Interin se preparaban, añadió el comerciante, á matarme, imploré á mi Dios el perdon de mis pecados, y encomendé á mi patria el cuidado de mi venganza.»

Con tales relaciones crecia á cada instante el descontento del pueblo, á pesar de que no convenia á los intereses del ministerio ni acaso á los de la nacion el sostener semejantes querellas. Entabláronse nuevas negociaciones, y ofrecieron su interposicion nuevos mediadores, firmándose en Viena un tratado entre el emperador y los reyes de España é Ingalaterra—Año 1731.—Este tratado restablecia la paz de Europa, poniéndola por algun tiempo á cubierto de la guerra que la amenazaba. El rey de Inglaterra concibió entonces la esperanza de que esta paz seria duradera: Don Carlos, á la muerte del duque de Parma, con el socorro de una escuadra inglesa fué puesto en posesion de Parma y de Plasencia, estableciéndose de guarnicion seis mil españoles en el ducado de Toscana, á fin de asegurar al mismo Don Carlos la reversion de este ducado.

En todo el tiempo que duró la paz, apenas hubo suceso alguno digno de ser referido. Tales intervalos son épocas de ventura para un pueblo, porque la historia en general no es mas que un gran registro de crímenes y calamidades de la especie humana.

En el reino no hubo mas division que en el parlamento, donde continuaron las contiendas con igual animosidad entre el partido de la corte y el popular, habiendo desaparecido toda especie de moderacion, y no dominando mas que la pasion en los ánimos. Por ventajosas que parecieran para la nacion las medidas propuestas por el ministerio, eran desechadas al instante por los exasperados adversarios, que á su vez esperimentaban la misma oposicion, sin el menor miramiento al bien que debia resultar en sus proposiciones al Estado. El tranquilo y desinteresado lector debe sorprenderse con razon del calor con que se discutian en tal época materias tan poco importantes en sí mismas, y reirse sin duda de las predicciones de esclavitud y de ruina hechas contínuamente á la posteridad, y que jamás ha sufrido. De aquí puede deducirse una verdad, y es que la libertad encuentra menos apoyo real en los discursos de la oposicion que en la misma existencia de la oposicion; porque los perpétuos temores de los partidos, siempre prontos á ocultar los peligros y á tocar alarma por un nada, impelen á los bandos á acecharse mútuamente y á vigilar sin cesar por la inviolabilidad de la libertad, y así esta se halla á cubierto de todo ataque.

En este siglo de codicia y de aparente filantropía se estableció una asociacion con el nombre de corporacion caritativa, siendo el pretendido objeto de tal asociacion el prestar dinero á los pobres con un interés legal y sobre cortas prendas, así como á las personas de un rango superior con seguridades mas considerables. El capital, que en un principio ascendia á treinta mil libras esterlinas, llegó después á seiscientas mil, suministrándose este dinero por suscricion, y hallándose confiado el cuidado de él á cierto número de directores.

Veinte años hacia que existia ya está compañía, cuando Jorge Robinson, cajero y miembro por Marlow, y el guarda-almacen Juan Thonson desaparecieron de improviso. Reconocióse la caja, y se encontró en ella un déficit de ciento cincuenta mil libras. Los propietarios dirigieron al instante una peticion á la cámara de los comunes esponiendo la nueva manera con que habian sido burlados, y la miseria á que muchos de ellos quedaban reducidos. Nombrada una comision secreta para examinar tal asunto, no tardó en descubrirse un tejido de fraudes é iniquidades, cuyos autores eran Thomson y Robinson, los cuales habian obrado de concierto con algunos de los directores para disipar los capitales y abusar de la confianza de los propietarios. Comprometiéronse diferentes personas de un rango distinguido en un negocio tan deshonroso, no librándose de las sospechas ni aun los mas grandes personajes de la nacion. Hasta tal punto se habia apoderado el espíritu de codicia de todas las clases de la sociedad, que seis miembros del parlamento fuéron vergonzosamente espulsados, y convictos de acciones sórdidas y bajas. Estas seis personas eran, sir Roberto Sutton, sir Archibaldo Grant y Jorge Robinson, que se habian hecho reos de dilapidacion en la direccion de los fondos de la compañía caritativa; Dionisio Bon y el alguacil Birch, que vendieron fraudulentamente cuantiosos bienes del último é infortunado conde de Derwentwater, y en fin, Juan Ward de Hackney que habia perpetrado el crímen de falsedad.

El lujo dió orígen á la prodigalidad, llegando á ser el manantial contínuo de los artificios mas vituperables y de las mas viles especulaciones. Probóse en la cámara de los pares que de todos los bienes confiscados, ni un chelin siquiera se habia empleado en beneficio público, y que lejos de ello no habia servido tal dinero mas que para recompensa de la venalidad y del fraude.

A vista de este cuadro, del lujo y de la avaricia de los grandes, no es estraño ver tantas pruebas de la miseria deplorable de los pueblos.

Un tal Ricardo Smith, encuadernador de libros, luchaba hacia mucho tiempo con su esposa contra los horrores de la indigencia, que á despecho de la profusion de los ricos se propagaba en todas las clases inferiores de la sociedad. Su mútuo afecto era lo único que los sostuvo en su angustia, hasta que esta se aumentó con el nacimiento de un niño, no tardando en carecer de medios para alimentarlo. Agobiados por fin tomaron la resolucion desesperada de morir juntos, matando, antes de terminar su infeliz existencia, á su hijo: marido y muger fuéron hallados ahorcados en su aposento. Sobre la mesa habia una carta que contenia los motivos que los habian arrastrado á tal acto de desesperacion: declaraban que no podian soportar por mas tiempo una vida abrumada de infortunios; que ellos la abandonaban, pero que creian dar una prueba de ternura á su hijo sacándole tambien de un mundo en que habian hallado poca compasion y humanidad, recomendando por último su gato y perro á la piedad pública. El suicidio, reputado á menudo como demencia, es mirado como un frenesí: hé aquí sin embargo la prueba de un crímen de este género, concertado á sangre fria, y que para justificarse adopta el lenguaje de la razon.

Un plan formado por sir Roberto Walpole para establecer un impuesto general, vino á fijar la atencion del público—Año 1733.—El ministro comenzó en-

trando en el detalle de los fraudes que practicaban los factores de Londres, encargados por los cultivadores americanos de vender sus tabacos. Para impedir tales abusos en lo sucesivo, proponia el establecimiento de almacenes escojidos al intento por los comisionados del impuesto, para depositar los géneros hasta que el propietario encontrara ocasion de deshacerse de ellos á razon de un derecho de cuatro sueldos por libra.

Esta proposicion provocó un violento tumulto dentro y fuera de la cámara, clamándose contra un proyecto que debia, segun se decia, esponer á los factores á tan grandes molestias, que muy pronto se reducirian á la imposibilidad de continuar su comercio. Este plan no oponia obstáculo alguno á los fraudes de que se quejaban, y el aumento de empleados del impuesto y de guarda-almacenes, que era necesario, no serviria mas que para acrecer la preponderancia del ministerio y la dependencia del pueblo.

Tales fuéron los argumentos empleados para escitar á este á oponerse á aquella nueva ley; argumentos mas especiosos que sólidos, puesto que á pesar de todas las desventajas de ella ofrecia un medio mas pronto y seguro de percibir el derecho impuesto sobre el tabaco, impidiendo todos los fraudes que habian tenido lugar hasta entonces. Sin embargo, tanto creció el tumulto, que la cámara fué muy pronto rodeada de una muchedumbre innumerable, y atemorizado el ministerio se vió en la precision de renunciar á su proyecto. Celebróse el mal éxito de este en Londres y Westminster con regocijos públicos, y el ministro fué quemado en estátua por el populacho de la capital.

La contrariedad al ministerio en estas circunstancias dió tanta popularidad y fuerza al partido de la oposicion, que se resolvió á tentar una medida ofensiva: los miembros hicieron una mocion para revocar la ley de siete años y restablecer el parlamento trienal que existia antes de la revolucion, y después de reflexionar maduramente sobre los medios del anterior reinado y sobre la conducta del ministerio actual, decidióse que la ley de los siete años era una usurpacion de los derechos del pueblo, y que no habia otro espediente que tomar para derribar un ministerio vicioso, que realizar frecuentes variaciones en los parlamentos. Sir Guillermo Windham tomó la palabra y dijo: «supongamos un hombre sin nombre y sin fortuna, sin »honor, llegado por sus intrigas á la categoría de primer ministro: supongamos á este hombre poseedor de »riquezas inmensas estraidas de la nacion, y apoyado »por un parlamento compuesto en gran parte de miem»bros, cuyas plazas son compradas y cuyos votos son »resultado de la venalidad: supongamos que todas las »tentativas para examinar la conducta de tal ministro »y para aliviar la nacion, sean inútiles: supongamos »además que él se halla puesto á cubierto de todo ataque »con una mayoría corrompida, comprada por él igno»miniosamente; que domina con insolencia sobre todos »los hombres mas distinguidos por la antigüedad de »sus familias, de su mérito y fortuna, y que ridiculi»zando en los otros las virtudes que no posee, se es»fuerza por corromperlos ó vengarse de ellos: supon»gamos en fin, amen de este ministro y parlamento, »lo que espero no sobrevendrá nunca, que el trono esté »ocupado por un príncipe débil, caprichoso, ignorante »y poco celoso de conocer los deseos y verdaderos in»tereses de su pueblo; que esté devorado de una am»bicion sin límites y de una avaricia insaciable, lo cual »yo no espero que suceda jamás; empero como está en »lo posible, decidme, ¿puede existir mayor calamidad »para una nacion que la de ser gobernada por tal prín»cipe, dirigida por tal ministro, y ver á este ministro »sostenido por tal parlamento? Las leyes humanas no »pueden variar la naturaleza del hombre: nosotros por »consiguiente no podemos evitar ni la existencia de »semejante príncipe, ni la de semejante ministro; mas »podemos prevenir la existencia de un parlamento tan »vicioso, siendo el remedio mas cierto el abreviar su »duracion.»

El ministerio, no embargante el calor de la oposicion, echó mano de todo su vigor, triunfó, y la mocion fué rechazada por la mayoría. Empero como el partido de la oposicion habia aparecido mas poderoso que nunca, juzgóse oportuno disolver el parlamento y convocar otro—Año 1734.

Los miembros del nuevo parlamento fuéron precisamente los mismos de una y otra parte, y propusiéronse y combatiéronse las mismas medidas con tanta animosidad como en el anterior parlamento. Pidióse que se fijara la dotacion del príncipe de Galles en la suma de cien mil libras anuales; mas esta proposicion fué desechada por el partido de la corte—Año 1737.—Presentóse otro proyecto por sir Juan Bernard para disminuir el interés de la deuda nacional, siendo igualmente desestimado. Empero no aconteció así con otro plan presentado por el ministerio para someter los espectáculos y las producciones del teatro á una censura.

La prensa en esta época parecia que en todas las ocasiones trataba de lisonjear la opinion del pueblo, y los directores de teatros, convencidos de que el medio mas seguro de ganar dinero era conformarse con el gusto de la nacion, se esforzaban por atraer espectadores representando en la escena los vicios de la administracion; de suerte que todas las noches era ridiculizado el ministerio en un teatro llamado Hay Market. Convencido el vivo é ingenioso Fielding del poco gusto que ofrecian al público las piezas de carácter, procuraba satisfacerle presentándole dramas escandalosos, tales como los que se llaman pasquinadas. Semejantes representaciones atraian la multitud todos los dias, la cual aplaudia con entusiasmo las verdades que contemplaba, y Fielding se felicitaba de haber cambiado el género de la escena y sustituido al ingenio la política, que causaba mas agrado (1). Pero el abuso de este género vino á ser peligroso, y el ministro, merced á su poderío, tomó la resolucion de poner un freno á la licencia del teatro. Muchas de las piezas de entonces no solo eran de una crítica rigurosa, sino de una inmoralidad chocante; de suerte que de esto se prevalió el ministerio para su ataque. Sir Roberto Walpole hizo redactar un proyecto para limitar el número de los salones de espectáculo, someter toda especie de composicion dramática á la censura del lord gentil-hombre, y suprimir todas las piezas que este juzgara propias para corromper las costumbres, ó que tendieran á atacar al gobierno.

Tal proyecto fué combatido vivamente por lord Chesterfield, que habló con elocuencia á favor de los espectáculos (2); mas por fin se aprobó por una mayoría decidida á votar con el ministerio. Si por una parte el proyecto imponia límites al genio, le precisaba por otra á dirigirse á objetos mas dignos de ejercitarle; y si bien desde entonces se mostró menos mordaz el teatro, al cabo fué purgado de la escandalosa licencia que envilecia á la prensa.

Todos los dias se suscitaban nuevos motivos de controversia, de los que se apoderaban con calor entrambos partidos. Un convenio con España, que fué aprobado por el ministerio, vino á ser la causa de un violento al-

(1) Fielding ha dejado diez y ocho composiciones teatrales, algunas de las cuales son muy notables.

(2) Si los autores ó actores, decia, traspasan los límites, pueden ser perseguidos y castigados. Es pues inútil una nueva ley, y una ley inútil es nociva. El talento es propiedad de los que lo tienen, y muchas veces es su única propiedad: es por tanto cruel despojar de ella á los que ya son pobres. Si los poetas y actores deben ser reprimidos, que lo sean como los demás súbditos: que sean juzgados por sus iguales, y que su suerte no dependa de un hombre, constituido en único juez soberano del talento. El hombre que depende del hombre es casi siempre vil y vulgar. Un poder entregado á las manos de un solo hombre sin límites ni apelacion, es un privilegio desconocido en nuestras leyes, incompatible con nuestra constitucion.

(Lord Chesterfield.)

tercado—Año 1739.—La corte de España por este convenio se comprometia á pagar á Inglaterra la cantidad de noventa y cinco mil libras, como satisfaccion de todas las demandas hechas por los súbditos de este reino, debiendo verificarse el pago en el espacio de cuatro meses, á contar desde el dia de la ratificacion. Semejante arreglo fué mirado como no equivalente á las pérdidas esperimentadas: el partido de la oposicion declamó contra un acto que se encaminaba á sacrificar los intereses de la Gran Bretaña á la corte de España, y declaró que ascendiendo sus demandas á la suma de trescientas cuarenta mil libras, debian pagársela por completo. Irritóse estremadamente el ministro: apostrofó á los miembros de la oposicion con el infamante nombre de traidores, patentizándoles su esperanza de que tal conducta llegaria á reunir contra ellos á todos los verdaderos amigos del actual gobierno.

Venció como de costumbre el ministerio, y viendo el partido opuesto que en todos los debates quedaba debajo, se determinó á retirarse del parlamento, convencido de que en lo sucesivo era inútil toda discusion, puesto que los miembros estaban alistados, no en las banderas de la razon, sino en las del espíritu de partido. Desconfiando por tanto de prevalecer nunca, y seguros de la popularidad de su causa, decidiéronse á abandonar sus asientos del parlamento, dejando al ministerio una mayoría incontestable en la cámara de los comunes.

Desembarazado el ministro de toda oposicion, resolvió hacer esperimentar á sus adversarios la mortificacion mas sensible y tornarlos odiosos y despreciables, aprovechándose de su ausencia para que se aprobaran muchas leyes útiles. El rey en el ínterin trabajaba con igual asiduidad en su objeto favorito de establecer el equilibrio político de Europa, realizando al efecto varios viajes al continente. Pero una ruptura repentina que ocurrió en su familia, vino á amenazar al reino: surgió la mala inteligencia entre el rey y el príncipe de Galles, y siendo este el favorito del pueblo, abrazaron prontamente su causa todos los de la oposicion. El príncipe, casado hacia poco con la princesa de Sajonia-Gotha, estaba ofendido de la modicidad de la pension que le daba el rey su padre, hácia el cual afectaba tanta frialdad, que no iba á la corte sino muy raras veces. La princesa de Galles habia llegado al último mes de su embarazo sin que el rey supiera nada todavía de tal suceso, dando por fin á luz una niña, cuya noticia tampoco se participó al monarca. Este se agravió, y envió á su hijo una órden previniéndole que á consecuencia de su conducta desnuda de todo respeto y afecto, habia resuelto castigarle prohibiéndole el presentarse en la corte, y advirtiéndole que saliese de San James inmediatamente con toda su familia. El príncipe obedeció y se retiró á Kew. Este rompimiento fué lo mas favorable que podia ocurrir para el partido de la oposicion, que entonces logró por jefe un personaje importante, interesado igualmente en destruir los planes del ministerio. Desde tal momento todos los que abrigaban esperanzas de elevacion futura, ó tenian algun motivo para estar descontentos con la administracion actual, se reunieron en torno del príncipe de Galles.

CAPITULO LII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE II.

(Desde el año 1739 hasta el de 1742.)

Los españoles despues del tratado de Utrecht no habian cesado de insultar á los ingleses y de turbar su comercio en América; por lo cual estos se vieron forzados muchas veces á recurrir al fraude (1). El derecho que por tratado poseian los comerciantes ingleses para cortar madera en la bahía de Campeche, les daba frecuentes ocasiones de introducir mercancías de contrabando en el continente. Los españoles, impacientes por remediar tal abuso, determináronse por fin á anular aquel derecho que hacia mucho tiempo estaba tácitamente reconocido, á pesar de que nunca lo habia sido de una manera positiva, porque no se le habia considerado hasta entonces como un objeto asaz importante para formar parte distinta de alguno de los tratados precedentes. Los buques españoles encargados de proteger la costa, continuaban obrando con rigor con respecto á los ingleses, habiendo sido cojidos muchos súbditos de la Gran Bretaña y condenados á trabajar en las minas del Potosí; lo cual les privaba de todo medio de hacer llegar sus quejas á los que podian remediar su situacion. Dirigiéronse en consecuencia varias comunicaciones á la corte de Madrid relativamente á tal violacion del tratado: aquella respondió que se harian indagaciones; mas ningun cambio trajeron semejantes promesas. Los negociantes ingleses siguieron quejándose fuertemente de los agravios que recibian todos los dias, y en vano aguardó su ministro arreglar con negociaciones la reforma que no debia efectuarse mas que por medio de las armas.

Los temores que dejó traslucir la corte de Inglaterra solo sirvieron para acrecentar la insolencia del enemigo, y los guarda-costas españoles no cesaban de apoderarse además de todos los que contravenian, hasta de los inocentes y de todos los que encontraban cerca de la costa de España.

Por fin llegaron á ser tan violentas las quejas de los mercaderes ingleses, que los comunes lo miraron con interés y fuéron presentadas en la barra de la cámara las cartas y memoriales de los quejosos. Probóse que el pago que España se habia comprometido á hacer á la Gran Bretaña, se habia suspendido sin dar la menor razon de semejante dilacion. Entonces el ministro, como si quisiera satisfacer la animosidad general y expiar sus anteriores faltas, aseguró á la cámara que iba á tratar de poner la nacion en estado de guerra. Poco después espidiéronse patentes de represalias contra los españoles; y como esto fué considerado por una y otra parte como principio de las hostilidades, cada cual se apresuró á preparar sus armamentos de mar y tierra.

En situacion tan amenazadora declaró el ministro de Francia en el Haya que su amo estaba obligado por convenio á socorrer al rey de España, lo cual rompió las alianzas veinte años antes formadas. En esta época estaban coaligadas Francia é Inglaterra contra España; ahora Francia y España iban á ligarse contra Inglaterra: tal es la validez de los tratados mas firmes, cuando no existe algun poder superior que precise á observarlos.

El rompimiento entre España é Inglaterra venia á ser inevitable, y el pueblo que hacia mucho tiempo suspiraba por la guerra, manifestó su alegría. El ministerio por su parte se apresuró á hacer los preparativos necesarios, dando órdenes para aumentar las tropas de mar y tierra. Declaróse la guerra solemnemente, y al poco tiempo fuéron apresados en el Mediterráneo dos ricos buques españoles. El almirante Vernon, hombre de mas valor que esperiencia, de mas confianza que habilidad, fué enviado á las Indias Occidentales á mandar la escuadra, á fin de inquietar el comercio del enemigo en aquella parte del globo: él habia asegurado á la cámara de los comunes que seria fácil de destruir el fuerte de Portobelo situado en la América del Sur, y que al efecto le bastaban seis naves. Este proyecto, que pareció absurdo é impracticable, fué puesto en ridículo por el ministerio; mas habiendo renovado el almirante

(1) Los ingleses estendian la concesion que se les habia hecho de un buque de cincuenta toneladas, primero doblando las dimensiones de la embarcacion, y poco después haciendo que siguieran á cierta distancia algunos bajeles inferiores tomaban la carga del buque permitido: de suerte que esta nave equivalia á toda una flota.

con instancia su proposicion, el gobierno accedió á esta con la esperanza de que el mal éxito de tal empresa contribuiria á reprimir la confianza de su partido. Pero el almirante, con gran sorpresa de sus enemigos, logró solo con seis buques demoler todas las fortificaciones de la plaza, volviendo victorioso sin que apenas hubiera perdido gente. Este triunfo celebrado con entusiasmo en Inglaterra, fué apreciado mucho mas de lo que merecia.

Tan buen principio disponia á los comunes á proseguir la guerra con vigor, y el ministro obtuvo sin dificultad los subsidios necesarios para equipar una escuadra considerable. Votóse un subsidio para el rey de Dinamarca, y fué autorizado para suplir algunos gastos indispensables y no previstos para este objeto. A medida que se llevaban á cabo los preparativos de guerra en todos los puntos del reino, parecia que se apaciguaban los debates interiores y que se estinguia el espíritu de bandería: no parece realmente sino que una de las condiciones de felicidad para aquella nacion haya estribado en agitarse sin cesar en todas las esferas de actividad posibles: en un pueblo como este, el lujo y la industria, el comercio y la guerra han tenido sucesivamente en épocas determinadas una preponderancia que sin disputa ha sido útil al país. Estos cambios sucesivos sirven para variar la corriente de las riquezas de un mismo canal, á fin de forzarle á diseminarlas sobre toda la superficie del país: así es como pasando de manos del hombre sóbrio y laborioso á las del guerrero, del comerciante ó del artesano, vienen á ser dichas riquezas el manantial de la prosperidad pública. Por consiguiente cada clase del pueblo encuentra sus ventajas en tal vicisitud de cosas, y en este movimiento vivificador la nacion no carece de medios para abrirse las vias de la fortuna, ni de vigor para defenderla.



Daniel Defoe.

Interin se hacian tan imponentes preparativos en todas partes, fué enviada una escuadra á los mares del Sur á inquietar al enemigo, siendó confiado el mando al comodoro Anson—Año 1740.—Esta armada estaba destinada á dar la vela hácia el estrecho de Magallanes, y á dirigirse hácia las costas de Chile y del Perú, para obrar de concierto con el almirante Vernon, ayudándole á enseñorearse del istmo de Darien. Las contínuas dilaciones y yerros del ministerio frustraron aquel plan tan bien concebido en el orígen. La estacion era demasiado avanzada cuando el comodoro se puso á bordo al frente de tres naves de línea, de una fragata, de otros dos bajeles y de unos mil cuatrocientos hombres. Después de tocar en la costa del Brasil, hizo reposar por algun tiempo en la isla de Santa Catalina, tierra fértil que disfruta de todo el lujo del clima mas hermoso. Desde allí tomó el rumbo hácia las borrascosas regiones del Sur, y sufriendo una horrible tempestad, dobló el cabo de Hornos. Su escuadra fué dispersada, y reducida la tripulacion al mas deplorable estado por la enfermedad del escorbuto. No sin superar muchas dificultades fué como arribó por fin á la deliciosa isla de Juan Fernandez (1), donde vinieron á incorporársele una embarcacion de siete cañones y otro buque, y continuando hácia el Norte abordó al cabo en la costa de Chile atacando á Paita durante la noche. En esta osada tentativa ningun uso hizo de su armada, ni aun desembarcaron sus tropas: algunos soldados, favorecidos por la oscuridad de la noche, fuéron suficientes para llenar la ciudad de terror y confusion. El comandante de la guarnicion y los habitantes se fugaron por todos lados, creyendo que no hallarian conmiseracion, toda vez que ellos estaban habituados á no tenerla. Durante la fuga apoderóse de la ciudad un cuerpo de ingleses, los que la ocuparon por espacio de tres dias, pegándola fuego después que la despojaron de todos sus tesoros y mercaderías, cuyo valor era considerable.

Aquella escuadrilla avanzó en seguida hasta Panamá situada en el istmo de Darien, al oeste del gran continente de América, cifrando entonces el comodoro todas sus esperanzas en la importante presa de uno de los buques españoles, cuyo comercio se estendia desde las islas Filipinas hasta Méjico. Como en el discurso del año nunca recorrian mas que una ó dos de aquellas ricas embarcaciones los mares que median entre uno y otro continente, su magnitud inmensa era proporcionada á la cantidad de riquezas que debian trasportar y á las fuerzas necesarias para su defensa. Determinóse pues el comodoro á atravesar el vasto y pacífico Occéano con la esperanza de tal captura; pero atacando de nuevo el escorbuto su tripulacion, le quitó muchos hombres, poniendo el resto en estado de no poder combatir. En tan penosa situacion él tomó el partido de trasladarlos á un solo bajel, y pegando fuego á la única embarcacion que le quedaba, dió la vela hácia la isla de Tinian, situada á medio camino del antiguo y nuevo mundo, permaneciendo en tan risueña comarca hasta que se hubo restablecido su gente, y ocupándose en el ínterin en hacer reparar su navío.

Entonces dirigió su curso hácia la China, después de tomar todas las precauciones necesarias y de abastecerse para atravesar de nuevo aquel mar inmenso, donde poco antes habia tenido que combatir con tantas dificultades, tomando con tal intencion á bordo muchos marineros indios y holandeses para realizar una nueva derrota hácia América. Por fin, después de pasar por innumerables penas y fatigas descubrió al galeon español que buscaba con ardor hacia mucho tiempo. Esta nave, oportuna á la vez para la guerra y el comercio, llevaba sesenta cañones y quinientos hombres, mientras que la tripulacion del comodoro no escedia de la mitad de dicho número.

Declaróse no obstante á su favor la victoria, y regresó á Inglaterra cargado de su rica y gloriosa presa, que fué estimada en trescientas trece mil libras esterlinas, en tanto que las diferentes capturas que anteriormente habian sido hechas se reducian en su totalidad á este valor. Así, al través de un viaje proseguido con una perseverancia é intrepidez sorprendentes por espacio de tres años, la pérdida del pueblo inglés que se vió despojado de su flota, fué compensada con las inmensas riquezas que recayeron en muchos individuos (2).

Al mismo tiempo dirigian con actividad los ingleses otras operaciones contra el enemigo. El almirante Anson se habia embarcado con la intencion de hacer parte del formidable armamento destinado á dirigirse á las costas de Nueva-España. Este armamento, compuesto de veintinueve navíos de línea, de un número casi igual de fragatas y de todos los recursos necesarios, contaba cerca de quince mil hombres de mar y otros tantos de

(1) Esta isla fué muy nombrada por haber sido la residencia de Alejandro Selkirk, marinero abandonado en aquel punto, y cuyas aventuras se hallan descritas en el célebre *Robinson*, debido á la pluma de Daniel Defoe.

(2) Hume no cuenta esta espedicion de una manera tan ventajosa para los ingleses.

tierra. Jamás se vió una escuadra mejor equipada, ni la nacion habia manifestado mas brillantes esperanzas. Lord Cathcart, nombrado comandante de las tropas de tierra, fué arrebatado en la travesía por una indisposicion repentina, recayendo en su lugar el mando en el general Wentwort, cuyo mérito se reputó digno de la confianza puesta en él. La armada fué retenida en Inglaterra sin ninguna razon plausible, no emprendiendo el rumbo hasta que casi habia trascurrido la estacion favorable. En las comarcas en que debian verificarse las operaciones, empiezan las lluvias periódicas hácia fines de abril, y el cambio que entonces se hace en el clima produce enfermedades contagiosas y epidémicas. Habiendo llegado por fin á las costas de Nueva-España al frente de la rica ciudad de Cartagena, las tropas saltaron en tierra con intencion de formar el sitio de aquella fortificacion importante, que situada á sesenta millas del Panamá, parece servir de escala á las mercancías enviadas de Europa, y que desde allí son conducidas por tierra hasta Panamá, á fin de cambiarlas con las producciones del Nuevo Mundo. Por consiguiente, la toma de Cartagena hubiera sido harto importante para romper todo el comercio que existia entre la vieja y nueva España.

Las tropas se desembarcaron en la isla de Tierra Bomba, cerca de la embocadura del puerto que ya tenia todas las fortificaciones imaginadas por el arte de la guerra. Las tropas de tierra levantaron en la playa una batería, con la que abrieron una brecha en el fuerte principal, mientras Vernon, que mandaba la escuadra, envió unos cuantos buques al puerto para dividir el fuego del enemigo y cooperar á los esfuerzos del ejército. Juzgada practicable la brecha, un cuerpo de tropas recibió órden de marchar á atacarla; mas los españoles abandonaron los fuertes que, á tener el suficiente valor, hubieran podido defender con buen éxito. Las tropas, alentadas con esta ventaja, se acercaron mucho á la ciudad, pero allí tropezaron con mas dificultades que las que pensaban. La escuadra, segun se asegura, no estaba bastante próxima para poder cañonear la poblacion, y no quedaba otro arbitrio que intentar la escalada de uno de los fuertes. Entonces comenzaron á acusarse unos á otros los jefes de las fuerzas, desmintiéndose mútuamente, hasta que Wentworth, estimulado por las reconvenciones del almirante, se resolvió á ejecutar una arriesgada tentativa, y ordenó que se escalase el fuerte de San Lázaro. Semejante empresa no pudo ser mas funesta; las tropas marcharon al ataque, pero sus jefes fuéron muertos: ellas equivocaron el camino, y en lugar de atacar el costado mas débil del fuerte, avanzaron hácia el punto mejor fortificado, donde estuvieron espuestas á todo el fuego del enemigo. Al principio de la accion fué muerto el coronel Grand que mandaba los granaderos; no tardó en notarse que las escalas eran muy cortas, y los oficiales, por falta de instruccion y de órdenes, cayeron en el mayor embarazo, no sabiendo cómo obrar en medio del estremo peligro en que se encontraban. Después de sufrir por espacio de muchas horas seguidas con intrepidez un fuego terrible, se determinaron á retirarse, dejando seiscientos hombres muertos en la plaza.

No tardó la malignidad del clima en ser mas terrible todavía que todas las consecuencias de guerra tan desastrosa, creciendo las lluvias con tanta violencia, que las tropas se vieron en la imposibilidad de permanecer mas tiempo en aquel país, y no tardando en causar espantosos estragos la mortandad. A todas estas calamidades, suficientes para trastornar cualquiera empresa, vinieron á juntarse contínuas disensiones entre los jefes de ambos ejércitos, quienes se acusaban recíprocamente del mal éxito de aquella espedicion; y creciendo la animosidad y la mala inteligencia, se dejaron oir recriminaciones de una y otra parte. Por fin, no se conformaron mas que en un solo punto muy punzante para ellos, cual fué el reconocer la necesidad de reembarcar las tropas y de abandonar lo mas pronto posible aquel teatro de muerte y de contagio.

Apresuróse la demolicion de las fortificaciones que habia cerca del puerto, y las tropas volvieron á tomar el camino de la Jamaica, isla cuyo aire enfermizo hacia muy peligrosa la residencia en ella, pero que miraron como una tierra afortunada en comparacion de la otra de que acababan de escapar. Esta funesta espedicion, que vino á eclipsar la gloria británica, apenas fué conocida en Inglaterra, ocasionó descontento y rumores en todas partes. La indignacion cayó enteramente sobre el ministro; y los que se habian apresurado poco antes á alabarle por sucesos en que ninguna parte habia tenido, fuéron entonces los primeros en condenarle por una falta de que no era responsable.

A semejante motivo de queja vinieron á agregarse otros muchos, siendo el principal la inactividad de la armada. Sir Juan Norris al frente de una poderosa escuadra habia dado la vela dos veces seguidas hácia las costas de España sin resultado alguno.

Como los armadores españoles eran numerosos y atrevidos, dañaban mas cada dia al comercio de la Gran Bretaña, logrando contínuas ventajas; de suerte que después del principio de la guerra habian cojido cuatrocientos siete buques pertenecientes á los ingleses. Estos, á pesar de que sus pérdidas eran enormes por el dinero que habian invertido en el equipo de tantas velas, parecia que no pensaban en la venganza, y que soportaban con singular calma tan reiterados descalabros. Empero el descontento general influyó mucho en las elecciones ocurridas poco después, y el ministro principió á temer en vista de los fuertes rumores que contra él circulaban. El príncipe de Galles siguió viviendo alejado de la corte, y los partidarios de él sostuvieron siempre con energía el bando de la oposicion: en todos los puntos del reino se suscitaban porfiados debates, y de tal modo se habia propagado el espíritu de nacionalidad desde algun tiempo, que los patriotas parecian dispuestos á triunfar.

Walpole, conociendo en tal estado de cosas que la fuerza de la cámara de los comunes se aumentaba de dia en dia, y que la opinion se pronunciaba contra él, recurrió á todos los artificios posibles para romper una confederacion que temia no poder rechazar abiertamente. Sus esfuerzos se encaminaron al principio contra el príncipe de Galles, á quien trató de apartar del partido de la oposicion, prometiéndole la renovacion del afecto del rey y un aumento de renta. En consecuencia le envió al obispo de Oxford á prometerle que si accedia á escribir al rey una carta de sumision, volverian al favor él y sus adictos; que su dotacion se aumentaria con cincuenta mil libras para pagar sus deudas, y que los servidores serian recompensados de una manera conveniente y en tiempo oportuno. Esta proposicion era seductora para quien la modicidad de su renta y la necesidad de conservar su rango habian arrastrado á deudas enormes. Sin embargo la rechazó con orgullo, declarando que jamás aceptaria ninguna condicion que fuera dictada por el influjo de un ministro cuyas medidas desaprobaba en su totalidad.

Entonces no pudo dudar Walpole que su poderío se acercaba á su término, y por grandes que fueran sus temores con respecto á su influencia y rango, todavía temblaba mas por su vida. El resentimiento del pueblo habia llegado al último punto, y aguardaba con impaciencia la caida del que miraba como un tirano. En varios debates que ocurrieron por causa de algunas elecciones disputadas, se notó que la cámara de los comunes comenzaba á declararse contra él abiertamente. En la primera de dichas elecciones no triunfó mas que por seis votos, lo cual miró como una derrota mas bien que como una victoria: la débil mayoría que se declaró por él, probó claramente á sus partidarios que ya no debian esperar protegerle con buen éxito. Los electores de Westminster presentaron á la cámara una peticion relativa á una eleccion irregular que habia sido favorecida por la influencia de un ministerio injusto, y preten-

dieron que fuera declarada nula. Sir Roberto se esforzó por triunfar por todos los artificios posibles; mas la cámara, tomando en cuenta aquella peticion, anuló la eleccion por cuatro votos.

Walpole trató todavía de probar sus fuerzas en otra eleccion disputada, pero recibió el desaire de ver que la mayoría se pronunció contra él en número de diez y seis votos. Entonces declaró que cesaba de tener asiento en aquella cámara. El rey al dia siguiente citó entrambas cámaras para poco después, y en el intervalo sir Roberto Walpole fué creado conde de Oxford después de dimitir todos sus empleos.

A la sazon nada podia haber mas agradable para el pueblo que la caida de este ministerio: todos aguardaban que á la destruccion de su preponderancia seguiria de cerca el castigo, regocijándose los ánimos anticipadamente con el trágico suceso que preveian: no hubo persona alguna que no se lisonjeara de obtener justicia en particular y de ver reformar todos los abusos: el comercio iba á ser protegido en el esterior; subsidios otorgados á estados estranjeros serian suprimidos, y la cámara de los comunes estaria acorde en lo sucesivo para adoptar las medidas mas populares. Pero no tardó en disiparse el error general, y el pueblo burlado en sus esperanzas comenzó á echar de menos aquellas mismas providencias de que tan fuertemente se habia quejado.

Nunca se condujo el ministro con mas destreza que en esta ocasion. El partido de la patria se componia de torys á quienes vinieron á incorporarse todos los wighs descontentos: los primeros eran implacables en su encono, sin que nada pareciera capaz de aplacarlos; los segundos, incomodados por su desgracia ó impulsados por la ambicion, no ansiaban mas que el alejamiento de Walpole. Así, este acudió á los wighs, concediéndoles el poder á que aspiraban, pidiendo en cambio de tal concesion el no ser inquietado con persecuciones. Esta oferta se aceptó con alegría: los torys fuéron abandonados al instante por los wighs; estableciése una barrera entre ellos, y la misma oposicion que se habia pronunciado contra el anterior ministerio se pronunció igualmente contra el nuevo.

Sandys fué nombrado canciller del tribunal y lord de la tesorería, lord Harington presidente del consejo, y lord Carteret tomó su plaza de secretario de Estado. Pulteney entró en el consejo privado, y además fué nombrado conde de Bath. El rey y el príncipe de Galles se reconciliaron al poco tiempo, y el cambio habido en el ministerio fué celebrado con regocijos públicos.



Pulteney.

Solo fué de corta duracion esta alegría, porque se advirtió muy pronto que los que habian parecido los defensores mas celosos de las libertades del pueblo, estaban dispuestos á adoptar todas las medidas que anteriormente habian condenado. Estos nuevos convertidos fuéron acusados de vender los intereses de la nacion, y el resentimiento general recayó principalmente sobre el conde de Bath, que por espacio de muchos años no habia cesado de vituperar abiertamente una conducta que ahora él era el primero en adoptar con empeño. Considerado como el mas ilustre campeon de la libertad, el pueblo le habia mirado por largo tiempo como su ídolo; mas atraido por la esperanza de gobernar en lugar de Walpole, llegó á renunciar á sus primeros principios para satisfacer su ambicion. La frialdad con que el rey no cesó de tratarle, se terminó con su separacion del ministerio, siendo condenado á sobrevivir vergonzosamente á toda su pasada importancia.

La guerra con España continuaba hacia muchos años, sin resultado alguno ventajoso para Inglaterra. Hiciéronse muchas espediciones infructuosas á las Indias Occidentales al mando del almirante Vernon, del comodoro Knowles y de otros muchos. Los escritores políticos de la época se esforzaban por zaherir su conducta y agravar todavía mas sus faltas. Aquella clase peligrosa que habia adquirido la mayor influencia en la anterior administracion, la ejercia tambien en la actual, y estos seres cobardes y sin principios, después de haberse desencadenado contra Walpole, se pronunciaban ahora en favor suyo recibiendo sin rubor el vergonzoso salario de su adhesion. Ellos entretenian al pueblo con su impudencia, perjudicaban á todas las operaciones, y enconaban las calamidades públicas. Habiendo logrado disgustar á la nacion de las espediciones marítimas, despertaron en ella el deseo de la guerra y la esperanza de obtener los mas brillantes resultados. El pueblo empezó á impacientarse al ver renovadas las victorias de Flandes; y el rey, que nada deseaba con mas ardor, se aprovechó de la disposicion general para enviar un poderoso ejército á los Paises Bajos á tomar parte en las contiendas que á la sazon habia en el continente. Ejecutáronse con alegría los preparativos, y nadie dudó que resultarian los mas brillantes triunfos de una empresa que el rey habia resuelto mandar en persona.

Envióse á Flandes por lo tanto un ejército de diez y seis mil hombres, y desde entonces la guerra con España se consideró como una cosa secundaria.

CAPITULO LIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE II.

(Desde el año 1742 hasta el de 1748.)

Para formar una idea clara del orígen de los disturbios ocurridos en el continente, es necesario retroceder y echar una rápida ojeada sobre las medidas de la república europea desde algunos años antes. Después de la muerte del duque de Orleans, regente de Francia, el cardenal Henri habia empezado á reparar el desórden en que aquel inmoral príncipe sumiera el reino. La moderacion y prudencia de este ministro eran igualmente notables: sincero, modesto, sóbrio y sencillo, reparó con su administracion las enormes pérdidas de la Francia, la cual, viniendo á enriquecerse de nuevo con el comercio, no necesitó mas que abandonarse á sus recursos naturales para recuperar su primer vigor.

En el largo intervalo de paz que Europa debió á este ministro, dos potencias que hasta entonces no habian fijado todavía la atencion general, comenzaron á despertar los celos de las naciones vecinas. Pedro el Grande habia introducido en Rusia un destello de civilizacion, y este inmenso imperio, creado nuevamente, adquiria cada dia influencia en los consejos de los soberanos, dándo ya leyes á los pueblos del Norte. La otra potencia que rivalizaba con Rusia era la del rey de Prusia, cuyas posesiones eran considerables y tenia fuerzas perfectamente organizadas, siempre prontas á obrar.

Los demás estados estaban poco dispuestos á renovar la guerra. El emperador de Alemania se hallaba

sometido á Carlos VI, puesto en aquel trono por el tratado de Utrech. Suecia continuaba decaida, sin haberse repuesto todavía de las pérdidas en que la habian sumido los desastrosos proyectos de su querido monarca Carlos XII. Dinamarca era bastante poderosa, pero propensa á la paz, y una parte de Italia seguia sumisa á los príncipes, cuyo yugo se les habia impuesto por los tratados estranjeros.

La paz reinó sin embargo entre todos estos estados hasta la muerte de Augusto rey de Polonia, y entonces pareció que la discordia inflamaba de nuevo á toda Europa. El emperador, apoyado por las armas de Rusia, se declaró por el elector de Sajonia, hijo del difunto monarca, al paso que Francia se preparaba á sostener las pretensiones de Estanislao, que hacia mucho tiempo habia sido nombrado rey de Polonia por Carlos de Suecia, y cuya hija se habia casado despues con el rey de Francia Estanislao, y para hacer valer sus derechos, se dirigió á Dantzik, donde el pueblo le recibió con júbilo. Pero su triunfo fué de corta duracion, pues presentándose diez mil rusos delante de la plaza, dispersaron la nobleza polaca y sitiaron la ciudad, que fué tomada muy pronto. El rey no obstante logró con dificultad escapar de noche, y mil y quinientos hombres que habian sido enviados á su socorro, fuéron hechos prisioneros de guerra. Francia á pesar de tal derrota trató de continuar auxiliando, esforzándose para mejor verificarlo en reducir al último estremo la casa de Austria.

Los franceses fuéron apoyados por España y Cerdeña, que abrigaban la esperanza de acrecentar su poder con los despojos del Austria. El ejército francés, mandado por el anciano mariscal de Villars, no tardó en inundar la Alemania, donde hizo rápidos progresos, ínterin el general español, duque de Montemar, vió coronadas con igual suceso sus armas en el reino de Nápoles. Así el emperador, trás de ver entregados sus propios estados á los estragos del enemigo, tuvo la mortificacion de que le arrancaran una gran parte de Italia: y todo esto por haber tratado de dar rey á Polonia.

Los rápidos adelantos de Francia y de sus aliados obligaron muy pronto al emperador á solicitar la paz, la cual fué acordada, siendo Estanislao por cuyos intereses se habia promovido la guerra, completamente postergado en el tratado. Convínose en que renunciara á todos sus derechos á la corona de Polonia, por lo cual el emperador dió á Francia el ducado de Lorena y otros muchos importantes territorios.

Despues de la muerte del emperador, Francia creyó oportuno renovar sus tentativas ambiciosas, escitando al elector de Baviera á pretender el imperio sin consideracion á ningun tratado y principalmente al de la Pragmática Sancion, que arreglaba la sucesion de los estados del emperador y establecia los derechos de su hija en tal asunto—Año 1740.—Así la reina de Hungría, hija de Carlos VI y descendiente de la ilustre raza de los emperadores, vivia despojada de su herencia y precisada á errar por un año entero por Europa sin la menor esperanza de auxilio. Apenas habia cerrado los ojos de su padre, cuando le fué usurpada la Silesia por el jóven rey de Prusia, quien aprovechó el momento en que ella se encontraba sin defensa para renovar sus antiguas pretensiones á esta provincia, de la cual habian sido despojados injustamente en verdad sus antepasados. Francia, Sajonia y Baviera atacaron el resto de sus estados, siendo Inglaterra la única potencia que pareció dispuesta á defenderla; bien que al poco tiempo acudieron tambien á apoyarla Cerdeña y Holanda, y Rusia consintió por fin en declararse igualmente á su favor.

Si se pregunta qué motivos tenia Inglaterra para mezclarse en estas discordias continentales, se responderá únicamente que el interés de Hanover y la tranquilidad de este electorado se fundaban en el equilibrio de los diferentes intereses del imperio, y que el ministerio inglés se hallaba enteramente dispuesto á satisfacer los deseos del rey. Lord Cartoret, que con una hábil conducta se habia apoderado de toda la confianza real de que habia gozado Walpole anteriormente, adoptaba con calor todas las medidas que podian halagar al rey, abriendo de tal modo un campo inmenso á su ambicion, y esperando así que toda la gloria de la victoria con que contaba de antemano, recaeria sobre él; por lo cual trabajaba con ardor por arrastrar la nacion á unos pasos que no podian menos de serla ofensivos por mas que produjesen el resultado apetecido.

En el próximo parlamento S. M. informó á las cámaras de los compromisos que habia contraido, anunciando que habia enviado á los Países-Bajos un cuerpo de tropas inglesas, que luego aumentó con diez y seis mil hanoverianos, á fin de justificar una invasion en Francia á favor de la reina de Hungría. Pero cuando se trató de los subsidios que Inglaterra debia pagar á los hanoverianos, suscitáronse en las dos cámaras los mas violentos debates, siendo mirada tal demanda como un impuesto injusto sobre la nacion y como una tentativa hecha con destreza para proveer en adelante de dinero á las tropas estranjeras que defendieran sus propios intereses. El lenguaje de los ministros en esta ocasion fué enteramente contradictorio con el que antes habian tenido contra iguales medidas; pero por mas que fuesen apremiados con sus propios argumentos, no tuvieron empacho en sostener lo que poco antes tan fuertemente habian condenado, triunfando por fin, no por la fuerza de la razon, sino por la de la mayoría.

Entonces vió el pueblo con indignacion dirigir contra él sus armas á sus antiguos defensores: la palabra patriotismo comenzó á no ser considerada sino como un vano nombre, y la confianza pública no supo en quien reposar, puesto que la abandonaban cobardemente para vender sus servicios por un vil precio los que se suponian celosos defensores de la libertad. Estas medidas continentales, al paso que causaban perjuicio á los verdaderos intereses de la nacion, sirvieron para restablecer la desesperada situacion de la reina de Hungria, la cual no tardó en ver que volvia á favorecerla la victoria, siendo arrojados los franceses de Bohemia. El príncipe Carlos, general del ejército de la reina, invadió los estados del rey de Baviera. El emperador, abandonado por todos sus aliados y despojado de todas sus posesiones hereditarias, se vió obligado á huir delante de su rival y á retirarse á Francfort, donde vivió en la oscuridad—Año 1743.

Los franceses, que habian obrado como aliados, se vieron precisados entonces á sostener solos el peso de la guerra y á hacer frente al enemigo que por todas partes les rodeaba. Las tropas enviadas por Inglaterra al socorro de la reina estaban mandadas por el conde de Stair, hábil y esperimentado general, que habia estudiado el arte de la guerra con el famoso príncipe Eugenio. El principal objeto del conde desde el principio de la guerra era el de incorporarse al ejército de la reina, mandado por el príncipe Carlos de Lorena, y vencer al enemigo en el campo de la gloria. Los franceses, para impedir tal reunion, juntaron un ejército de sesenta mil hombres, disponiendo su comandante el mariscal de Noailles, que se presentaran sus tropas en la orilla oriental del Mein. Las fuerzas británicas en número de cuarenta mil hombres vinieron á acampar en la orilla opuesta del mismo rio; mas no tardaron en hallarse desprovistas de provisiones, y los franceses se habian colocado á propósito para interceptarles todos los víveres. El deplorable estado en que el rey de Inglaterra encontró sus tropas, no le impidió proseguir su proyecto, y resolvió penetrar en el país á fin de que se le reunieran de nuevo doce mil hombres, tanto hanoverianos como hesseses, que se habian dirigido á Hanau. Con esta intencion se puso en camino; mas apenas habia andado tres leguas, cuando se halló rodeado por todas partes

por el enemigo que estaba acampado cerca del lugar de Dettingen.

Por todas partes se le presentaba la mas desagradable perspectiva: si se resolvia á combatir, no podia hacerlo sin propia desventaja; si continuaba en la inaccion, tenia la triste seguridad de ver á su ejército perecer de hambre, y por otro lado era imposible la retirada. En tal estado no debió su salvacion mas que á la impetuosidad de las tropas francesas que pasaron un desfiladero que debieran haberse limitado á guardar, cargando con furia su caballería á las órdenes del duque de Grammont á la infantería inglesa. Los franceses fuéron recibidos con tanta intrepidez, que se vieron precisados á ceder el terreno y á repasar el Mein precipitadamente con la pérdida de unos cinco mil hombres. El rey de Inglaterra se condujo con un valor distinguido, esponiéndose al fuego del enemigo y no cesando de animar á sus soldados con su presencia y ejemplo. El honor de esta jornada fué de los ingleses, quienes precisados á alejarse del campo de batalla dejaron los heridos en manos de los franceses, que los trataron con la clemencia que distingue á esta nacion generosa.

Sin embargo de haber quedado victoriosos los ingleses, su general en jefe, conde de Stair, no se mostró dispuesto á atribuirse el mérito de tal victoria, debida no tanto á su hábil conducta como al imprudente ardor del enemigo. Pidió pues permiso para resignar el mando, y habiéndole conseguido, el ejército desistió de aquella campaña.

Por todos lados se mostraban temibles los franceses, quienes continuando oponiéndose á los esfuerzos del príncipe Carlos, lograron interceptar su paso por el Rhin, y obtuvieron igualmente algunas ventajas en Italia. Pero sus principales esperanzas pareció que se fundaban en un proyecto de invasion en Inglaterra. El cardenal Fleury acababa de morir, y el cardenal de Tencin que le habia reemplazado era hombre de carácter muy diferente, pues era orgulloso, turbulento y emprendedor, sin que nada pareciera anunciar en su conducta la sabiduría con que su antecesor habia administrado el reino. Francia, á consecuencia de las disputas parlamentarias de Inglaterra, se habia imaginado que este país estaba dispuesto á una revolucion y que en él no faltaba mas que la presencia de un pretendiente. Muchos aventureros, muchas personas arruinadas cuyo interés era desear un cambio de cosas, y todos los católicos del reino se esforzaron por mantener á la corte de Francia en una idea de que ellos mismos habian llegado á convencerse. Proyectóse pues una invasion, y habiéndose disfrazado de correo español Carlos, hijo del antiguo pretendiente, se dirigió desde Reus á París, donde logró una audiencia del rey de Francia.



Carlos Eduardo.

Aquella familia, juguete de Francia hacia mucho tiempo, creyó de nuevo en su sinceridad, persuadiéndose de buena fé que esta nacion habia resuelto obrar á su favor. Las tropas destinadas á esta espedicion ascendian á quince mil hombres (1), haciéndose á presencia del pretendiente todos los preparativos necesarios en Dunkerque y otros muchos puertos mas inmediatos á Inglaterra. El duque de Roquefeuille dió á la vela con veinte navíos de línea (1), y el famoso conde de Sajonia fué nombrado comandante de las tropas de tierra para conducirlas á bordo. Mas semejante plan se frustró muy pronto por la aproximacion de sir Juan Norris, que al frente de una escuadra muy superior atacó á la francesa obligándola á retroceder. Un viento nordeste maltrató tanto las naves, que fué imposible repararlas en seguida, y burlados los franceses en sus esperanzas de efectuar un desembarco en Inglaterra, se decidieron á declarar abiertamente la guerra.

La fortuna, que en esta ocasion se mostró favorable á Inglaterra, no lo fué tanto en otra parte: la poderosa escuadra enviada al Mediterráneo por el ministro inglés para intimidar los estados que estuvieran dispuestos á prestar socorro á Francia ó España, no obtuvo las ventajas deseadas. Dicha escuadra habia sido dirigida al principio por Lestock; pero aunque mucho mas jóven que él, fué enviado el almirante Mathews á tomar el mando general, lo cual ocasionó discordia entre los jefes, quienes no tardaron en tropezar con la coyuntura de manifestar abiertamente su resentimiento—Año 1744.

Encontrando las escuadras combinadas de España y Francia á la altura de Tolon, el almirante inglés resolvió empeñar un combate. Por desgracia carecieron de exactitud sus disposiciones: al mismo tiempo que dió órden de formar la línea, hizo la señal de ataque. Esto produjo confusion y fué para Leitock pretesto suficiente para negarse á obedecer, quedándose á retaguardia lejos de corresponder con ardimiento. Mathews tras de vanos esfuerzos para atacar simultáneamente al enemigo, se determinó á luchar como pudiera. Habiéndose emparejado un buque de los pertenecientes á la escuadra española con el del capitan Awke, fué quemado al dia siguiente por órden del almirante. El capitan Cornvall murió en el choque sin que dejara de mandar aun después de haberle llevado una pierna una bala de cañon. El combate continuó por espacio de tres dias, al cabo de los que Leitok mostró por fin algun vigor; pero entonces el almirante Mathews dió órden de suspender la lucha, retirándose al puerto de Mahon á reparar allí las averías que habia sufrido. La armada inglesa quiso arrogarse la victoria, mientras que los españoles y franceses no se mostraron menos satisfechos de su fortuna.

Este triunfo, tan disputado é incierto, fué reputado sin embargo en Inglaterra como una derrota muy sensible, y provocó los murmullos del pueblo (2). Entrambos almirantes fuéron juzgados sucesivamente por un tribunal militar. Matews, que habia estado á retaguardia, fué absuelto con honor después de apoyarse en el frívolo pretesto de la disciplina, de que suponia no haber querido separarse. Apenas empero habia cumplido su deber, y no hay un hombre de honor que no hubiera hecho mas que él para salvar á su patria del peligro de que estaba amenazada.

Los sucesos de los Paises Bajos fuéron tan funestos para los ingleses como sus enemigos mas ardientes podian desearlo. Francia habia reunido un ejército de ciento veinte mil hombres, cuyo mando general se habia confiado al conde de Sajonia, hijo natural del difunto rey de Polonia. Dicho conde habia sido por algun tiempo oficial de fortuna, y educado desde su tierna juventud en medio de los campamentos, habia dado muy temprano pruebas de la sangre fria mas intrépida. Desde el principio de la guerra, segun se dice, habia ofrecido sus servicios á muchas potencias, y entre ellas á Inglaterra, siendo desechadas sus ofertas. La larga esperiencia de la guerra

(1) Veinticuatro mil. *(Anquetil.)*

(1) Veintiseis. *(Anquetil.)*

(2) La verdadera ventaja de esta batalla fué para España y Francia: vióse libre al menos por algun tiempo el Mediterráneo, y las provisiones de que necesitaba Felipe pudieron llegarle fácilmente de las costas de Provenza. *(Voltaire.)*

habia dado á este guerrero la preciosa cualidad de mostrar una calma siempre igual en el peligro, de suerte que en medio del fuego y de la carnicería aparecia tan tranquilo como en una sala. A tan valiente general opusieron los ingleses el duque de Cumberland, que no poseia ni su capacidad como guerrero, ni la habilidad necesaria para conducir al campo de batalla un ejército tan considerable.



El duque de Cumberland.

Todo cedió ante los franceses, quienes sometieron á Friburgo, embistiendo al principio de la campaña siguiente la fuerte ciudad de Tournay—Año 1745.—Los aliados, á pesar de su inferioridad en número y de la incapacidad del duque de Cumberland, se resolvieron á resistir en lo posible y á salvar dicha ciudad aventurando una batalla. Al efecto marcharon contra el enemigo y se presentaron á la vista de los franceses que estaban acampados en una eminencia, teniendo el pueblo de San Antonio á la derecha, un bosque á la izquierda, y la ciudad de Fontenoy á su frente. Tal situacion, por ventajosa que fuera, no debilitó el ardor de los ingleses, que comenzaron el ataque á las dos de la mañana, ejecutándolo tan vigorosamente, que vencieron toda oposicion, logrando tales ventajas por espacio de una hora, que osaron contar con la victoria. El mariscal de Sajonia, que mandaba el ejército enemigo, se hallaba en aquel momento atacado de la enfermedad de que murió después; mas no dejándose abatir por sus padecimientos, se hizo llevar en una litera á todas las posiciones, y aseguró á los que le rodeaban, que á pesar de las desfavorables apariencias de aquella jornada, no dejaria de declararse por él la victoria. Una de las columnas del ejército inglés que habia avanzado sobre las líneas enemigas, sin ningun comandante, guiada solo por el valor, fué envuelta por los franceses, cuyas filas se abrieron por todos lados para recibirla.

Entonces la artillería francesa dirigió sus disparos contra aquel cuerpo abandonado, que después de mantenerse firme por algun tiempo, se determinó por fin á retirarse á las tres de la tarde. Esta batalla es una de las mas sangrientas de este siglo: los aliados perdieron cerca de doce mil hombres, y los franceses no compraron la victoria sino con igual número de víctimas.

Este combate, que les valió Tournay á los franceses, les dió una superioridad tan grande en toda aquella campaña, que en el tiempo que duró la guerra influyeron estos primeros sucesos. El duque de Baviera, nombrado emperador por los mismos franceses con el título de Carlos VII, falleció al poco tiempo, mas la guerra, que no tuvo otro orígen que las pretensiones de este príncipe, no cesó con su muerte. En reemplazo suyo fué declarado emperador el gran duque de Toscana, esposo de la reina de Hungría; y por mas que ya no existiera el motivo principal de la contienda, las disensiones continuaron con mas violencia que nunca.

A pesar del mal éxito de las armas británicas por mar y tierra, los ingleses sin embargo cerraron los ojos á aquellas calamidades, y estimulados por el sentimiento del valor y del honor, no se manifestaron sensibles mas que á los males que les amenazaban, por mas que su perspectiva estuviera todavía muy lejana. La guerra civil, pronta á encenderse en el reino, vino á su vez á añadir sus terrores á todos los demás, sirviendo este aumento de inquietudes para estrechar mas y mas la union de los isleños. La proyectada invasion de Francia despertó la atencion de todo el pueblo; y el reino entero no aspiró mas que á la destruccion del pretendiente católico que sostenian los consejos y las armas de los franceses, creciendo mas y mas el ódio de aquel á este con el mal éxito de la referida espedicion, que patentizaba hallarse dispuesto dicho pretendiente á permitir le colocaran en el trono los enemigos declarados de su patria. Nunca por lo tanto estuvieron menos dispuestos los ánimos á recibirle que en la sazon fijada por él para efectuar su desembarco en Inglaterra.

Cambióse el ministerio en esta época, siendo puestos al frente de los negocios Pelham y el conde de Harington, los cuales gozaban de cierta popularidad y quitaban los embarazos que una faccion turbulenta ponia á las operaciones de la guerra.

Los almirantes Rowley y Warren lograron restablecer el honor del pabellon inglés con las muchas ricas capturas que efectuaron en el mar. La fortaleza de Lonisbourg, en la isla del cabo Breton, sobre la costa de la América del Norte, punto de gran importancia para el comercio inglés, se rindió al general Pepprel, y poco después fuéron cojidas en él dos naves francesas procedentes de las Indias Orientales y otra española del Perú, las tres cargadas de tesoros y que habian entrado en aquel puerto creyéndole todavía de Francia.

En estas circunstancias en que la fortuna parecia querer indemnizar á los ingleses, fué cuando el hijo del antiguo pretendiente resolvió hacer un esfuerzo para lograr la corona de Inglaterra. Carlos Eduardo se habia educado en medio del lujo de las cortes, pero sin molicie: era emprendedor y ambicioso: mas ora por inesperiencia, ora por incapacidad natural, nada apto era para tan atrevida empresa: rodeado incesantemente y adulado por aventureros, temerarios ó devotos supersticiosos, habia llegado á persuadirse de que Inglaterra estaba predispuesta á una rebelion, y que no podia soportar por mas tiempo la carga inmensa de los impuestos que la tenian oprimida.

Provisto entonces de algun dinero, y lleno de confianza en las considerables promesas de Francia, promesas que estimulaban mas y mas su ambicion, embarcóse para Escocia á bordo de una pequeña fragata, en compañía del marqués de Tullibardine, de sir Tomás Sheridan y de algunos otros cuya fortuna se hallaba desesperada, acometiendo la obra de conquistar el imperio británico al frente de siete oficiales y de un ejército de dos mil hombres.

La suerte, que no habia cesado de perseguir su familia, no se le ofreció bajo un aspecto mas favorable. Un buque de sesenta cañones, que hacia parte de su convoy, salió tan averiado de un choque ocurrido con un buque de guerra inglés, llamado el *Leon*, que se vió precisado á regresar á Brest. En el ínterin el príncipe siguió su marcha por la parte occidental de Escocia y aportó en la costa de Lochaber, donde no tardaron en juntársele algunos montañeses con sus vasallos, sobre quienes ejercian una jurisdiccion hereditaria —Año 1745, 16 de julio.—Al poco tiempo se vió á la cabeza de mil quinientos hombres, apresurándose entonces, con manifiestos esparcidos por todo el reino, á llamar á los demás á reunirse bajo sus banderas.

La temeridad de tal empresa asombró á toda Europa, despertando los temores del pusilánime, el ardor del valiente y la compasion del discreto. El reino entero pareció dispuesto á oponerse unánimemente á una empresa sostenida por los papistas, y nadie dudaba que el triunfo del príncipe acarrearia infaliblemente el resta-

blecimiento del catolicismo. Los ministros estuvieron por largo tiempo en duda sobre la noticia del arribo del pretendiente: mas apenas supieron la verdad de ella, enviaron á sir Juan Cope con un pequeño cuerpo de tropas que se opusiera á los progresos de Carlos.

El jóven aventurero hallábase á la sazon en Perth, donde en otro tiempo su padre habia sido proclamado en vano rey de la Gran Bretaña. Aumentadas sus fuerzas con todos los montañeses que acudian á incorporársele, avanzaron hasta Edimburgo, donde entraron sin oposicion, y allí tuvo lugar de nuevo una pomposa ceremonia de proclamacion, prometiendo disolver el tratado de union considerado como uno de los agravios de que Escocia se lamentaba. Empero el castillo continuó defendiéndose, y Carlos carecia de cañones para batirlo.

Sir Juan Cope, que después de perseguir los rebeldes en las montañas, habia evitado tropezarlos en el momento de su desembarco, recibió el refuerzo de dos regimientos de dragones, resolviéndose entonces á marchar á Edimburgo y á dar batalla al enemigo. El jóven aventurero, apoyado por tropas mas numerosas que disciplinadas, le atacó cerca de Preston-Pans, á algunas millas de la capital, poniéndole bien pronto en fuga con todo su ejército.



Jefe de un cuerpo.

Esta victoria, que dió á los rebeldes una gran influencia, costó quinientos hombres al rey de Inglaterra; y si el pretendiente se hubiera aprovechado de la consternacion general que á la sazon reinaba para dirigirse á Inglaterra, quizá hubieran sido funestas para la libertad las consecuencias; mas entretenido sin cesar con promesas de socorro que nunca llegaron, permaneció en Edimburgo, deslumbrado con una victoria frívola y con el placer de verse tratado como monarca. Su séquito se componia del conde de Kilmarnock, que hacia poco habia abrazado el partido de los descontentos, por haberle retirado el rey una pension que se le habia concedido; del lord Balmerino, que después de estar como oficial al servicio de Inglaterra, habia pasado á los rebeldes; de los lores Cromartie, Elcho, Ogilvie, Pitsligo y del hijo mayor de lord Lovat: todos estos señores y sus vasallos habian aumentado considerablemente el ejército del pretendiente. El mismo lord Lovat era uno de los mas celosos partidarios de su causa; pero como carecia de principios y queria contemporizar con un ministerio cuyo resentimiento temia, evitaba manifestar abiertamente sus opiniones y declararse rebelde. Jamás hubo hombre mas ambicioso ni trabajó con mas actividad para hacerse mas sospechoso y odioso: proscrito en primer lugar por haber robado la sobrina del duque de Argyle, habia ofrecido entonces sus servicios al anterior pretendiente, padre de Carlos Eduardo, que residia en la corte de Francia y que consintió en aceptarlos; mas no tardó en abandonar este partido por el de la reina Ana, vendiendo las tropas enviadas en auxilio del pretendiente. En segundo lugar invitó á este príncipe en el reinado de Jorge I á pasar á Inglaterra, y puesto por el caballero en posesion del castillo de Stirling, ningun escrúpulo tuvo en entregarlo en manos del enemigo. En fin, igualmente desleal aquel hombre á todos los partidos, favorecia ahora en secreto al caballero prestándole socorros, en tanto que en Inglaterra hablaba fuertemente contra sus pretensiones y tentativas.

Mientras que el jóven pretendiente ocupado en satisfacer su vanidad perdia el tiempo en Edimburgo (porque en una empresa de esta naturaleza toda dilacion suele ser peligrosa), el ministerio inglés tomaba medidas para oponerse á sus adelantos: seis mil holandeses que habian acudido en socorro del reino, fuéron enviados en seguida hácia el norte á las órdenes del general Wade; mas el ministro de Francia representó que aquellas tropas, prisioneras de la misma Francia bajo su palabra, no podian pestar socorro alguno á Inglaterra, por cuanto se habian comprometido á no oponerse á las armas francesas por espacio de un año.

Empero el duque de Cumberland no tardó en regresar de Flandes con otro destacamento de dragones de infantería, soldados bien disciplinados y habituados hacia largo tiempo á la guerra. Además de este refuerzo presentáronse tropas voluntarias de todos los puntos del reino, y cada condado dió pruebas del mas laudable celo, mostrándose animados de una justa indignacion contra las miras ambiciosas, la religion y los partidarios del jóven pretendiente.

Este príncipe habia sido educado en principios muy diferentes de los que dominaban entonces en Inglaterra: creia que el sostenimiento de sus derechos era para él un deber imprescindible, y que el cambio de la Constitucion y hasta de la religion de su patria era el objeto de la mas laudable ambicion. Guiado por tales principios, y considerando poco la guerra civil y las funestas consecuencias que podia atraer sobre su patria, se determinó, en virtud de los consejos de sus partidarios, á salir de Escocia para tentar una irrupcion en Inglaterra. Entró en este reino por el lado occidental y embistió á Carlisle, que se le rindió al cabo de tres dias (1), encontrando allí una cantidad considerable de armas y dando órden para que su padre fuese proclamado rey de Inglaterra.

El general Wade, informado de sus progresos, avanzó por el lado opuesto; pero con la noticia de que el enemigo distaba de él mas de dos jornadas, retrocedió por el mismo camino recobrando su primera posicion; por la cual no hallando el pretendiente posicion alguna, se resolvió á avanzar mas en el reino, confiando en Francia, que de nuevo habia prometido que un cuerpo numeroso desembarcaria en las costas meridionales, á fin de realizar una invasion en favor suyo. Tambien se habia lisonjeado de que veria crecer sus fuerzas con un gran número de descontentos que esperaba tropezar en su marcha.

En consecuencia, después de establecer una pequeña guarnicion en Casliste que hubiera sido mejor dejar sin defensa, dirigióse hácia Penrith con el traje de montañés, no deteniéndose mas que en Manchester, donde fijó su cuartel general, y allí vinieron á reunírsele doscientos ingleses que formaron un regimiento á las órdenes del coronel Townly; desde allí se encaminó sobre Derby con intencion de ganar el país de Galles por Chester, por esperar que allá acudieran muchos partidarios á reunírsele; mas los bandos que entonces se formaron entre sus propios jefes le impidieron llegar á aquel punto del reino.

Ya no se hallaba mas que á ciento veinte millas de la capital, donde todos los ánimos estaban poseidos de

(1) Segun Hume, al cabo de nueve dias.

terror y consternacion. Si hubiera proseguido su camino con la misma celeridad, hubiera podido hacerse dueño de la metrópoli, donde no habria dejado de ser acojido por muchos descontentos y espíritus turbulentos que aguardaban con impaciencia su llegada.

Decidióse entonces el rey á tomar en persona el mando de sus ejércitos, siendo incorporados en un regimiento todos los voluntarios de Londres. Los letrados á las órdenes de los jueces se reunieron en compañía dispuestos á ponerse en campaña, y hasta los directores de teatros ofrecieron formar un cuerpo entre los que estaban bajo su dependencia. Este movimiento general fué una prueba de los temores á la vez que del patriotismo del pueblo. La gente empleada en el banco y en las corporaciones financieras fué presa del desaliento y del pavor; mas tranquilizóse muy pronto con los descontentos y el espíritu de partido que comenzaban á dividir el ejército del pretendiente. Este en realidad no era mas que el primer guia de sus tropas, y sus generales, lo mismo que los jefes de los montañeses, eran hombres sin educacion, de una ignorancia profunda y enemigos de toda subordinacion: desde el principio de esta confederacion habian adoptado un sistema opuesto de operaciones, creyéndose cada uno de ellos con igual derecho á la preeminencia y siendo sus mútuas pretensiones motivo de disensiones contínuas. Entonces sin embargo manifestaron, renunciando á toda rivalidad, que convenian unánimemente en retirarse á su país.

Los rebeldes en consecuencia efectuaron su retirada y llegaron á Carlisle sin ninguna pérdida: atravesaron los rios Eden y Sotway en Escocia, observando en su marcha las reglas de la guerra como las tropas mejor disciplinadas, y así, absteniéndose los mas del saqueo, sacaban tributos de las ciudades por donde pasaban con las mayores precauciones. Poco tiempo después se rindió al duque de Cumberland la guarnicion que dejaron en Carlisle y que era de cuatrocientos hombres.

El pretendiente, de vuelta á Escocia, prosiguió su camino hasta Glasgouw, donde exigió contribuciones—Año 1746.—Entonces avanzó hácia Stirling, donde se le juntó Lewis Gordon al frente de algunas tropas que habia conseguido reclutar durante su ausencia. Otros montañeses en número de dos mil vinieron igualmente á unírsele, y estas nuevas fuerzas, á una con algunos recursos que recibió de España y mediante algunas escaramuzas en que obtuvo ventajas sobre los realistas, dieron á su causa un aspecto mas favorable. Con ayuda de lord Juan Crummond embistió el castillo de Stirling en que mandaba el general Blakeney; mas las tropas de Carlos, ineptas para las operaciones de un sitio, perdieron en esfuerzos inútiles un tiempo precioso.

Durante esta infructuosa tentativa fué cuando el general Hawley, que mandaba un considerable, cuerpo de tropas cerca de Edimburgo, trató de levantar el sitio, y avanzó hácia el ejército de los rebeldes hasta Talkirk. Después de estar dos dias en observacion unos y otros, los rebeldes llenos de ardor se mostraron dispuestos á atacar al ejército del rey. El pretendiente, que se hallaba á la cabeza de los suyos, dió la señal del combate, y la primera descarga sembró la confusion en las filas de Hawley. Retiróse con precipitacion la caballería cayendo sobre la infantería, mientras que los rebeldes continuaban atacando con furor y pusieron en fuga la mayor parte del ejército real, el cual se retiró á Edimburgo en el mas grande desórden, abandonando á los vencedores sus tiendas, su artillería y el campo de batalla.

De esta suerte parecia favorecer la mejor estrella las armas de los rebeldes; mas iba acercándose el término de sus triunfos. El duque de Cumberland era entonces el ídolo del ejército, y llamado de Flandes se puso al frente de las tropas en Edimburgo, siendo estas en número de catorce mil hombres. Avanzó con sus fuerzas hasta Aberdeen, donde se le agregaron muchos nobles escoceses adictos á la casa de Hanover. Después de reanimar sus abatidos soldados y de darles tiempo para descansar, se resolvió á marchar en busca del enemigo, que á su aproximacion se habia retirado, y al cabo de doce dias llegó á las orillas del Spey, rio rápido y profundo. Aquel punto era quizá el único en que los rebeldes pudieran haberle disputado el paso con buen éxito; mas la discordia que se renovó entre ellos y sus contínuas discusiones les hacian perder todas las ventajas de que hubieran podido aprovecharse, y careciendo de consejo y de toda subordinacion, se hallaban entregados á sí mismos, sin prevision ni conformidad de sentimientos entre sus caudillos.

Después de infinitas disputas decidiéronse á esperar á sus enemigos en las llanuras de Collodeu á nueve millas de Inverneis. Aquel punto se hallaba rodeado de altas montañas sin salida mas que hácia el mar. El ejército, compuesto de ocho mil hombres, formó en batalla distribuyéndose en tres divisiones, y tenia algunas piezas de artillería mal servidas y en peor estado.



Dragon de 1746.

La batalla comenzó hácia la una de la tarde, haciendo la artillería del ejército real un estrago terrible entre los rebeldes, mientras que á estos de nada les sirvió la suya. Uno de los mayores errores de Carlos fué el pretender sujetar las tropas salvajes y mal disciplinadas á las reglas de la guerra, reprimiendo así su ardor natural, que era el solo que podia conducirles á la victoria; mas si bien se conservaron en sus filas y sostuvieron por algun tiempo el fuego de los ingleses, quinientos de ellos, impacientes por llegar á un lance definitivo, se lanzaron con su impetuosidad habitual sobre el ala izquierda del enemigo. Como esta acometida pusiera en desórden la primera línea, avanzaron á apoyarla dos batallones que hicieron á los rebeldes una descarga terrible. Los dragones, mandados por Hawley y la milicia del conde de Argyle, allanaron al mismo tiempo la cerca de un bosque que guardaba el flanco de los rebeldes y que estaba mal defendida, cayendo espada en mano y causando en estos una horrible carnicería. En menos de media hora fué totalmente derrotado el ejército del pretendiente, quedando el campo de batalla cubierto de muertos y heridos en número de mas de tres mil hombres. Las tropas francesas, que situadas en el ala izquierda, ni una sola vez habian hecho fuego, y que ninguna parte habian tomado en la lucha, se vendieron después de la batalla y quedaron prisioneras. Un cuerpo entero de montañeses se retiró con órden del campo del combate, mientras que los demás se dieron á la fuga ó fuéron degollados, viéndose sus jefes vencidos y humillados en la misma precision de pensar en la retirada. ¿No es azar terrible la guerra civil en sí misma, sin que además se le añada una crueldad odiosa é innecesaria? Por malvado que sea un enemigo, y cualquiera que sea el rigor que las leyes de la guerra imponen contra él, ¿no está en los deberes de un soldado valiente el acordarse que el vencido es un adversario

con quien ha tenido que combatir, y no una víctima suplicante? Esta victoria, que fué decisiva en todos conceptos, hubiera sido gloriosa para los ingleses, si se hubiesen conducido con mas nobleza y humanidad con los vencidos; mas lejos de esto, dieron pruebas de la mayor barbárie, y ninguna conmiseracion guardaron, negando el cuartel á los heridos, á los infelices desarmados y sin defensa. Muchos que impelidos por la curiosidad no habian sido mas que meros espectadores del combate, fuéron degollados sin misericordia, y los soldados no tuvieron á mengua encargarse del vil empleo de verdugo.

El duque ordenó en seguida de la accion que fueran ejecutados treinta y seis desertores. Los vencedores por do quiera que pasaban sembraban el terror; de suerte que al poco tiempo no fué el país mas que una vasta escena de asesinatos, de desolacion y de pillaje; desapareció la justicia, usurpando la violencia su nombre y su puesto.

Así se desvanecieron en un solo instante todas las esperanzas y ambiciosos proyectos de Carlos Eduardo, el cual, despojado súbitamente de un trono y cetro imaginarios, no le quedó ni aun el vano título de rey, habiendo dádose órden de poner fin á su existencia. El infortunio es mirado muchas veces por el hombre virtuoso y valiente como el castigo de una falta; mas aunque la razon reconozca por una parte la justicia de tal castigo, por otra los corazones sensibles reclaman misericordia. Después de la batalla se dió á la fuga el pretendiente con un capitan de caballería llamado Jitzjames, y hallándose al cabo de algun tiempo rendidos sus caballos sin poderlos llevar mas lejos, echaron pié á tierra y se separaron. Eduardo durante algunos dias erró por aquel país, naturalmente salvaje, que por los estragos de la guerra habia quedado todavía mas horrible, y hallándose solo en aquel lugar de desolacion, pudo saciar sus ojos con los tristes resultados de una ambicion mal entendida.

Puede hacerse una comparacion sorprendente entre las aventuras de este príncipe y las de Carlos II cuando se escapó de Worcester. Aquel, abandonado como este de todos los suyos, dependientes enteramente de la generosidad de los pobres naturales, que privados de medios de socorrerle, solo podian compadecerle, vióse reducido á refugiarse en las cavernas y chozas, y perseguido incesantemente por los satélites del vencedor, que habia prometido una recompensa de treinta mil libras al que le entregara vivo ó muerto, temia á la luz, y temblando de contínuo por su vida se ocultaba en la espesura de los bosques. Sheridan, aventurero inglés, fué casi el único que le permaneció fiel, y quien le inspiró valor para soportar las inconcebibles penalidades que tuvo que pasar. Durante tan triste época de infortunio y destierro pudo esperimentar la lealtad y el honor de mas de cincuenta individuos que pospusieron su interés al respeto de la familia del proscrito.



Una noche en que agobiado de fatiga y de necesidad, sentia que iban á abandonarle sus fuerzas, determinóse á entrar en una casa, cuyo dueño sabia ser celoso partidario de la causa opuesta á la suya. Dirigiéndose al entrar al espresado dueño, le dijo: «el hijo de vuestro rey os »pide un poco de pan y alguna ropa. Conozco vuestra »adhesion á mis enemigos; mas os creo demasiado hon»rado para abusar de mi confianza y de mi situacion »miserable. Tomad estos harapos que hace algun tiempo »han sido mis únicos vestidos, y me los restituireis »cuando consiga el trono de la Gran Bretaña.»

Movido de compasion el amo de la casa con el aspecto de tanto infortunio, le socorrió todo lo que pudo, guardando religiosamente el secreto que se le habia confiado. Aun entre los que deseaban su muerte, pocos hubieran consentido en tomar parte en ella, por miedo de esponerse al resentimiento de un partido numeroso.

Eduardo continuó errante por espacio de seis meses en los desiertos salvajes de Glengary y en otras comarcas no menos horribles, siempre perseguido por sus enemigos y próximo á ser cercado por ellos, siendo siempre salvado por algun azar favorable é inesperado. Por fin un corsario de Saint Maló, ganado por algunos de sus amigos á su arribo á Lochuanach, accedió á tomarle á bordo en su barco, en el que entró en el estado mas deplorable. Hallábase cubierto de un vestido negro desgarrado; encima llevaba un plaid montañés sujeto con un cinto guarnecido con una pistola y un cuchillo. No habia mudado de camisa hacia muchas semanas; sus ojos estaban hundidos; su rostro pálido y desencajado, y su salud casi destruida por la fatiga y falta de alimento. Acompañábanle Sullivan y Sheridan, irlandeses que no habian cesado de participar de sus desgracias y miseria, Cameron de Lochiel, su hermano y algunos otros desterrados, todos los cuales dieron la vela para Francia, y después de perseguidos algun tiempo por dos buques de guerra ingleses, arribaron por fin sin novedad á Roseau, cerca de Morlaix, en Bretaña. Acaso hubiera encontrado el infeliz Eduardo mas dificultades para escapar del peligro que le amenazaba, si el ardor de sus perseguidores no se hubiera mitigado por el rumor de que habia muerto.

En el interin alzábanse en Inglaterra los patíbulos para todos los que habian tomado parte en su causa, siendo ahorcados, descuartizados y despedazados diez y siete oficiales en Kennington-Common, junto á Londres. Su valor y firmeza en el momento de la muerte les atrajeron mas partidarios que los que hubieran conseguido acaso por la victoria. Asimismo fuéron ejecutados nueve en Carlisle y once en York. Algunos alcanzaron el perdon, y un considerable número de gente de la clase baja fué deportado á las plantaciones de la América septentrional.

Los condes del Kilmarnok y de Cromartie, así como lord Balmerino, fuéron juzgados por los pares, confesándose reos de traicion. Cromartie fué absuelto, y los otros dos fuéron decapitados en Jowerhill. Ora porque Kilmarnok hubiera reconocido realmente su falta, ora porque se lisonjeara de alcanzar el perdon, se declaró culpable mostrando un arrepentimiento sincero. Pero la conducta de Calmerino fué muy diferente, pues no cesó hasta el último momento de gloriarse de su proceder y de la causa por que perdia la vida. Mandándole sus verdugos antes de morir que pronunciara «Dios proteja al rey Jorge», lo hizo, pero con voz apenas inteligible. Proclamando de nuevo sus principios, esclamó en alta voz: «viva el rey Jacobo.» Radchiffe, hermano del conde de

Derwentwater, que fué decapitado en el anterior reinado, siendo cojido á bordo de un buque que iba en socorro del pretendiente, fué condenado por la primera sentencia á la pena capital en Jowerhill, y sufrió su suerte con calma y firmeza. Lord Lovat, juzgado y condenado algun tiempo después, murió igualmente con el mayor valor; pero el fin doloroso de este anciano (1), lejos de ser ventajoso para los vencedores, los cubrió de deshonra. Tal fué el resultado de los últimos esfuerzos de los Estuardos para recuperar el trono, esfuerzos dictados por la imprevision de la juventud, y que ni por el talento ni por la perseverancia eran apoyados.



Cameron de Lochiel.

Apenas se hubo disipado el terror y restablecido la calma, la legislatura se ocupó de establecer varios reglamentos en Escocia, todos los cuales debian contribuir igualmente á la felicidad del pueblo y á la tranquilidad de los reinos unidos. Los montañeses habian conservado hasta entonces el traje guerrero de sus ascendientes, y jamás iban sin armas: á consecuencia de esta costumbre antigua se consideraban como un cuerpo separado del resto de la nacion, hallándose prontos á la menor señal á secundar las insurrecciones de sus caudillos. Aquel traje fué reformado por una disposicion legal, y se vieron precisados á conformarse con las usanzas recibidas. Pero lo que contribuyó todavía mas á su felicidad real fué la abolicion del derecho hereditario de jurisdiccion que sus jefes tenian sobre ellos, y que fué totalmente estinguido, dando á todos los súbditos de aquella parte del reino participacion en la libertad pública (2).

Mientras que así estaba agitado el interior de Inglaterra, la guerra continuaba con una violencia siempre creciente, y arrasaba el continente. Las armas francesas se coronaron con reiterados triunfos, y casi todos los Países-Bajos se habian sometido á su poderío. Los holandeses, segun su costumbre, negociaban, suplicaban y empleaban todo lo posible á trueque de evitar la guerra: mas cada dia veian arrebatárseles algunas de las fortalezas que formaban la barrera de sus estados, y de que se posesionaron con las victorias de Marlborough; y como ahora habian quedado sin defensa, estaban dispuestos á recibir las condiciones de sus vencedores, toda vez que se habia amortiguado el ardor natural de aquel pueblo con el espíritu de comercio y de lujo introducido entre ellos.

Hacia mas de un siglo que esta república se hallaba dividida en dos bandos: el uno se declaraba por el príncipe de Orange, y le queria para Estatúder; el otro se oponia á tal eleccion, y buscaba la amistad y proteccion de Francia, reputando toda contienda con este país como enteramente perjudicial á los intereses de Holanda. El triunfo de cualquiera de estos partidos podia ser igualmente fatal á la libertad; porque si se hacia eleccion de un Estatúder, la constitucion, por mas republicana que fuera, quedaria reducida á una especie de monarquía limitada; al contrario, si prevalecia el partido adverso, el pueblo se debia preparar á someterse al yugo de una aristocracia que seria confirmada y sostenida por el poder de Francia, y estaria sujeta á su censura.

De entre estos dos males de que estaban amenazados escojieron el primero: en varias ciudades el pueblo, exasperado, forzó á su magistrado á declarar Estatúder al príncipe de Orange, capitan general y almirante de las Provincias-Unidas. No tardaron en dejarse sentir vigorosamente las consecuencias de esta resolucion: fué prohibido todo comercio con Francia; aumentáronse los ejércitos de Holanda, y diéronse órdenes para emprender contra aquella nacion hostilidades por mar y por tierra. De esta suerte esparcióse entonces por toda Europa la guerra que no habia comenzado mas que un solo país, y mitigándose y reproduciéndose alternativamente con furor, sembró el desórden en varias partes de esta gran constitucion política.

El rey de Cerdeña, que algunos años antes se habia unido á Francia contra Inglaterra, la abandonó entonces, declarándose contra aquella potencia ambiciosa. Italia, sin embargo de ser presa de todos los horrores de una guerra intestina, permanecia tranquila espectadora, ínterin las potencias estranjeras se disputaban entre sí sus estados usurpados: Francia y España por un lado, y los imperiales y el rey de Cerdeña por otro, devastaron sucesivamente aquel hermoso territorio, imponiendo así las leyes al país que en otro tiempo las habia dado á todo el universo.

Los ingleses hicieron hácia esta época una tentativa infructuosa sobre Lorient, puerto de mar perteneciente á los franceses, y cuya guarnicion, aunque corta, se defendió tan valerosamente, que sembrando el terror entre los isleños, los forzó á retirarse en desórden. Los franceses además obtuvieron una victoria importante en Rocoux, cerca de Lieja; mas ninguna ventaja positiva sacaron de ella, costándoles esta sangrienta batalla tantos valientes como á los enemigos. Otra victoria conseguida por los mismos en Lawfeldt solo sirvió para humillar mas y mas el orgullo de las armas aliadas. Pero la toma de Berg-Op-Zoom, plaza la mas fuerte del Bravante holandés, redujo la Holanda á la desesperacion, bien que tan gran número de triunfos obtenidos por los franceses fué contrabalanceado por casi otros tantos reveses. El hermano del mariscal de Bella-Isla fué derrotado y perdió la vida en una tentativa que realizó para penetrar en el Piamonte al frente de treinta y cuatro mil hombres, y una escuadra enviada á reconquistar el Cabo-Breton regresó tras de una espedicion infructuosa. Preparáronse otras dos escuadras: la una para hacer un desembarco en las colonias británicas de América, y la otra para proseguir las operaciones en las Indias Orientales; mas fuéron atacadas por Anson y Warron, quienes se apoderaron de nueve bajeles. Poco

(1) Tenia á la sazon ochenta años. *(Hume.)*

(2) Esta segunda insurreccion á favor del último de los Estuardos habia encontrado bastantes partidarios en las poblaciones del Sur y del Este, para hacer creer que las razas céltica y teutónica de Escocia, enemigas hasta entonces una de otra, iban á confundirse en una sola nacion. Así el primer cuidado del gobierno inglés después de la victoria fué destruir la organizacion inmemorial de los montañeses, llevando al patíbulo muchos caudillos, alejando otros del país, construyendo vias militares al través de las rocas y pantanos, destinando gran número de montañeses á las tropas que servian en el continente, y permitiendo por condescendencia á sus antiguas usanzas y para sacar partido de su vanidad patriótica, que llevara con el uniforme inglés parte de su traje nacional. *(Aug. Thierry.)*

tiempo después el comodoro Fox con seis buques de guerra tomó mas de cuarenta embarcaciones francesas de Santo Domingo ricamente cargadas. Esta pérdida fué seguida inmediatamente de otro descalabro que el almirante Hawke hizo sentir á la armada francesa, arrebatándola siete navíos de línea y muchas fragatas.

Así sucedieron rápidamente por espacio de muchos años las victorias, las derrotas, las negociaciones, las traiciones y las revueltas, hasta que reconociendo por fin cada partido su error, advirtió que habia enervado su poderío sin obtener ventaja alguna positiva. Los holandeses se habian esforzado durante algun tiempo por atajar los progresos de una guerra en que nada podian ganar, y sí perderlo todo. Convencido el rey de Francia de que el momento mas favorable para hacer proposiciones de paz era el de una victoria, manifestó á sir Juan Ligonier, que habia caido prisionero en la batalla de Lawfeldt, el deseo que sentia de ver restablecida la tranquilidad general en Europa. El mal resultado de sus fuerzas navales y terrestres en Italia, las frecuentes bancarotas de sus comerciantes, y la eleccion de Estatúder en Holanda que provocaba la energía de la oposicion, contribuian mas que todo á cansarle de la guerra y á disponerle á un pronto arreglo. Esto era lo que deseaban los aliados hacia mucho tiempo, y no osaban pedir, particularmente el ministerio inglés, que viendo la imposibilidad de atraerse un parlamento exasperado por las frecuentes adversidades, y que comenzaba á disgustarse de las alianzas continentales, estaba pronto á acceder á todas las proposiciones. En consecuencia entablóse una negociacion, y las potencias beligerantes abrieron un congreso en Aquisgran, donde el conde de Sandwich y sir Tomás Robinson asistieron como plenipotenciarios del rey de la Gran-Bretaña.



Puente de Westminster.

Las condiciones preliminares de ese tratado eran la restitucion de todas las conquistas hechas durante a guerra—Año 1748.—Todos aguardaban artículos honrosos y ventajosos para Inglaterra; mas semejante tratado es un testimonio de la afrenta de los ingleses y de la precipitacion con que fué hecho. Convínose en que entrambas partes soltarian todos los prisioneros y renunciarian á todas las conquistas; que los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla serian cedidos á Don Felipe, heredero presunto del trono de España, y á sus descendientes; pero que en el caso de suceder en esta corona, tales posesiones volverian á la casa de Austria; que las fortificaciones de Dunquerque por el lado del mar serian demolidas; que los buques ingleses que conducian todos los años esclavos á la costa de Nueva-España, conservarian este privilegio por espacio de cuatro años mas; que la posesion de la Silesia, conquistada hacia poco por el rey de Prusia, le seria confirmada, y que la reina de Hungría seria afirmada en el goce de sus estados hereditarios. Pero uno de los artículos mas humillantes y aflictivos para los ingleses fué el que estipuló que el rey de Inglaterra enviaria á Francia en seguida de la ratificacion del tratado dos personas de rango distinguido, á fin de servir de rehenes hasta la restitucion del cabo Breton y de todas las conquistas hechas por Inglaterra durante la guerra. Esta clausula fué desagradable sin duda; mas lo que puso el colmo á la ligereza é incuria de semejante tratado, fué que ninguna mencion se hizo relativamente á las visitas á que las embarcaciones inglesas debian estar sujetas en los mares de América, á pesar de que esto fué el orígen de la guerra. No se fijaron los límites de sus respectivas posesiones en la América Septentrional, ni recibieron los ingleses ningun equivalente de las fortalezas que entregaron al enemigo. El tratado de Utrecht, que por largo tiempo habia sido objeto de disputas entre los que lo habian firmado, estaba lejos de ser tan desacertado y digno de desprecio como el que acababa de ajustarse. Empero tal era el espíritu del siglo, que el tratado de Utrecht fué mirado como deshonroso para la nacion inglesa, en tanto que el de Aquisgran fué alabado como muy honorífico (1).

Mas el pueblo, cansado con las multiplicadas derrotas, y no aguardando mas que nuevos reveses de la continuacion de la guerra, se consideró feliz en aceptar una paz, que aunque deshonrosa, le prometia al fin un intervalo de reposo (2).

CAPITULO LIV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE II.

(Desde el año 1748 hasta el de 1755.)

A pesar de que el tratado de Aquisgran, segun algunos, debiera haber servido de fundamento á una union durable, en realidad no produjo mas que una trégua momentánea, una cesacion de hostilidades que ningun partido tenia posibilidad de proseguir. Por mas que la guerra entre Francia é Inglaterra hubiera cesado en Europa, continuaba con el ardor de siempre en las Indias Orientales y Occidentales, y entrambas partes, al paso que dañaban, se quejaban de la infraccion del tratado.

Interin Europa disfrutaba de una tranquilidad pasajera, el pueblo inglés aguardaba, en vista de las brillantes promesas de los ministros, recojer las ventajas de la paz. El ministerio, que siempre procuraba seducir al populacho, y asi estaba pronto á emplear artificios para mantenerle con disposiciones favorables, imaginó hubiera fuegos artificiales en señal de regocijo, y la muchedumbre deslumbrada estuvo mas lejos que nunca de murmurar de un tratado celebrado con tanto esplendor y magnificencia.

Empero es preciso confesar que el ministerio mostró algun deseo de aumentar el comercio del reino. Formóse una ley para establecer y fomentar en Inglaterra la pesca del arenque, á imitacion de los holandeses. De este proyecto debian resultar muchas ventajas. Siendo los holandeses los únicos que desde largo tiempo disfrutaban de los beneficios de tal pesca, miraban el mar como un manantial inagotable de riqueza. Los ingleses por tanto trataron de imitarles; mas fuéron vanos sus esfuerzos: la paciencia y la sobriedad natural de los holandeses los hacian probablemente mas á propósito que á los ingleses para la vida de marinos: quizá no fué establecida sobre principios de economía asaz

(1) Este tratado, en cuya virtud Inglaterra restituyó Luisburg y el cabo Breton, al paso que á ella se la concedió la Acadia de una manera indefinida, fué mucho menos desfavorable para los ingleses que para los franceses, los que devolvieron á los holandeses todo lo que les habian tomado, y asi nada conservaron tras de una guerra sanguinaria y ruinosa que duraba hacia ocho años.

(2) El pueblo, fatigado de las multiplicadas calamidades que le habian agobiado, no vislumbraba en la continuacion de la guerra mas que una cadena de repetidas desdichas; y los ministros y sus emisarios poseian en esta época el arte de persuadir al pueblo lo que querian. (*Lettres sur l'Histoire d'Angleterre.*)

severos la compañía creada al efecto, ó quizá no fuéron bien comprendidos ó practicados los medios empleados por los holandeses—Año 1749.

En esta misma época, Pelham, que dirigia los negocios del gobierno, y que generalmente era mirado como hombre de carácter franco y de capacidad notable, formó el proyecto de aligerar el peso inmenso de la deuda contraida por la nacion en la guerra precedente, tratando al efecto de reducir el interés prometido cuando se concedieron los subsidios, ó de obligar á los que habian prestado fondos, á recibir los capitales que habian puesto. A consecuencia de una disposicion aprobada por las cámaras, los que eran propietarios de efectos públicos y recibian cuatro por ciento de interés, tuvieron que dar sus nombres como prueba de su consentimiento á las condiciones de tres por ciento y diez chelines por el año siguiente, y de tres por ciento por los demás años. En caso de negativa el gobierno amenazaba á sus acreedores con la devolucion de sus capitales. Este plan surtió todo el efecto deseado, aunque bajo todos conceptos fuera una violacion de los derechos del acreedor, que no habia prestado sus fondos sino con ciertas condiciones y bajo la promesa de un interés invariable.

Esta medida, por mas injusta que pareciera, no dejó de redundar en provecho palpable de la nacion, sin menoscabar el crédito público. Adoptáronse otras medidas no menos útiles con igual éxito, permitiéndose la importacion del hierro americano, y abriéndose el libre comercio con África bajo la vigilancia del consejo de comercio.

Mas ninguna de las ventajas que resultaron á la nacion de semejantes medidas fuéron suficientes para compensar el golpe funesto, que segun la opinion de algunos recibió la libertad con la estension estraordinaria de los privilegios de la cámara de los comunes.

La ciudad de Westminster habia estado representada por largo tiempo por unos miembros que en cierto modo eran designados por el ministerio. Lord Trentham, después de renunciar su asiento en la cámara de los comunes para aceptar una plaza dependiente de la corona, se resolvió á ponerse de nuevo en la clase de los candidatos—Año 1750.—Pero contra él se declaró una violenta oposicion, objetando muchos miembros del partido contrario que habia contribuido con no comun actividad á la introduccion de algunos vagamundos franceses, que á invitacion de la nobleza habian pasado á Inglaterra á abrir allí un teatro en el momento en que el inglés habia sido cerrado. Tal acusacion escitó contra Trentham una cábala que tomó el nombre de electores independientes de Westminster, designando por competidor suyo á sir Jorge Vandeput, simple particular. Decidióse esta fraccion á sostener su candidato por sí misma, celebrándose reuniones al efecto, y echándose mano de todas las intrigas ordinarias para lograr votos. Cerrada la votacion, la mayoría pareció declararse á favor de lord Trentham, y habiendo pedido el partido opuesto que se procediera al escrutinio, esta operacion fué diferida de un lado por la destreza, y de otro por el tumulto, hasta que realizada algun tiempo después, fué favorable en efecto al lord. Los electores independientes se quejaron de la injusticia y parcialidad de la autoridad de Westminster, la cual tomó la votacion y llevó á la cámará la peticion de aquellos—Año 1751.—La cámara apenas atendió á esta, y no se ocupó mas que de saber de la autoridad el motivo que pudo prolongar tanto tiempo aquella eleccion. Dicha autoridad acusó del retardo al honorable Alejandro Murray, amigo de sir Jorge Vandeput, á un tal Gibson, tapicero, y á Crowle, que habia servido de mentor á los peticionarios. Estas tres personas fuéron citadas á la barra de la cámara: Crowle y Gibson accedieron á pedir perdon, y fuéron despedidos tras de una reprimenda del presidente.

A Murray al pronto se le admitió fianza; mas habiendo declarado varios testigos que se habia puesto al frente del populacho para atemorizar á los votantes, la cámara falló que fuera encerrado estrechamente en Newgate y que oyera su sentencia de rodillas en la barra de la misma cámara. Conducido Murray á presencia del auditorio, se le notificó que se pusiera de rodillas; mas resistiéndose á obedecer, la asamblea se mostró muy agitada y ordenó que fuera recluido en Newgate, que no se le permitiesen tinta ni plumas, y que nadie le visitara sin licencia de la cámara.

Murray soportó esta prision con la mayor tranquilidad, contando con que segun la constitucion del reino no duraria ya mucho tiempo la legislatura de los comunes. Efectivamente, al fin de ella fué soltado; mas con gran sorpresa suya fué llamado de nuevo al principio de la siguiente legislatura, habiéndose hecho una mocion para que fuera encerrado en la Torre. El delincuente juzgó oportuno ponerse á cubierto del resentimiento de las cámaras con la fuga, y el pueblo desde entonces no pudo prescindir de considerar á sus representantes como tiranos, que mas se ocupaban de ejercer la venganza que de hacer uso de una autoridad legislativa. Algunos vieron en aquella medida el gérmen de una aristocracia futura, y no dudaron que los comunes, erigiéndose bien pronto en tribunal, se determinarian á obrar en adelante solo en virtud de sus propios privilegios y á castigar sin el consentimiento de los otros miembros de la legislatura.

Sea lo que quiera de esta autoridad de que la cámara está en posesion, el súbdito no por eso deja de tener la facultad de resistir, si lo juzga oportuno, toda resolucion violenta tomada contra él, porque dicha cámara legalmente carece de poder para forzar al pueblo á obedecerla.

No bien se apaciguó el resentimiento producido por esta última medida, cuando la cámara tomó otra que tendia á establecer distinciones en el pueblo, formando entre el pobre y el rico una línea de demarcacion que fué muy injusta. Aprobóse una disposicion para remediar en lo posible los matrimonios clandestinos y para hacer mas pública que nunca la celebracion de ellos—Año 1753.—Habíase calculado esta ley para impedir que en lo sucesivo los hijos é hijas de familias opulentas contrajeran, como sucedia á menudo, enlances perjudiciales antes de haber adquirido la esperiencia necesaria para conocer la gravedad de ellos. Segun esta ley, debian publicarse las bodas en tres domingos sucesivos en la iglesia parroquial en que los novios hubieran residido por espacio de un mes al menos antes de la ceremonia, y declaraba que todo matrimonio contraido sin tal publicacion ó sin permiso del obispo seria tenido como nulo, amen de ser deportado por siete años el que celebrara semejantes uniones. Esta disposicion originó entonces el descontento del pueblo, y todos aguardaban que de ella resultarian perjuicios á la sociedad. En efecto, la esperiencia ha confirmado la verdad de algunas de las objeciones que á la sazon se hicieron. Muchos hombre viles, aprovechándose de la confianza de las jóvenes ignorantes de la existencia de semejante ley, no tuvieron empacho en seducirlas, sopretesto de un casamiento que ellos sabian bien ser ilegal y que no podia menos de ser anulado. Así, no pudiendo enlazarse las familias pobres con las opulentas, interrumpióse la circulacion de la riqueza, las cuales lejos de contribuir á la prosperidad del país, se acumularon de una manera enteramente opuesta á los intereses del Estado. En fin, para dificultar mas y mas el matrimonio se le sobrecargó con multitud de ceremonias inútiles. Muchos piensan que tras de esta ley ha venido á ser mayor el libertinaje, y que ella ha contribuido á la disminucion de la poblacion.

Señalóse igualmente esta legislatura por otra medida que no fué mas agradable al pueblo, y que acaso era un ultraje á la religion cristiana: dicha medida fué

la que naturalizaba los judíos. El ministerio no vaciló en sostener que semejante ley no podia menos de ser ventajosa á la nacion, que aumentaria el crédito, la riqueza y comercio del reino, y que seria un ejemplo honorífico de tolerancia política. Los del partido de la oposicion se pronunciaron contra este proyecto, que en su opinion iba á derramar sobre los judíos mas favor que sobre las demás sectas del cristianismo: la introduccion de aquel pueblo en el reino seria, segun ellos, una deshonra para la nacion, y resfriaria el celo de los ingleses por una religion que ya era harto desatendida: el proyecto sin embargo fué aprobado por entrambas cámaras; pero el pueblo no cesó de manifestarse opuesto á tal ley, patentizando tan abiertamente su descontento, que el ministerio se vió precisado á revocarla en la legislatura siguiente.

Adoptóse asimismo otra disposicion tan poco popular como las dos anteriores, la cual contenia reglamentos relativos á la conservacion de la caza. Segun aquella disposicion, ningun habitante de tierras arrendadas podia llevar consigo armas de fuego, ni destruir especie alguna de caza, á menos que poseyera una fortuna conocida. Esta ley, que era de muy poca utilidad para la sociedad, tendia á estinguir totalmente el ardor marcial que habia en el pueblo, impidiéndole que se ejercitase en el manejo de las armas que podian servir un dia para la defensa de su patria. Semejante medida tampoco surtia su verdadero objeto, porque los colonos privados del derecho que hasta entonces habian tenido de cazar, se opusieron por todos los medios posibles á la multiplicacion de la caza.

Algun tiempo antes habíase formado un plan, de que la nacion creia reportar grandes ventajas, consistiendo aquel en animar á todos los marineros y soldados licenciados después de la paz á formar una colonia en Escocia, provincia de la América Septentrional. Por este medio un considerable número de gente entregada á la pereza é inmoralidad, y que por su carácter atrevido y emprendedor era peligrosa, debia volver á la actividad y dejar de ser motivo de inquietud para la nacion. La Nueva Escocia es un país frio, árido y estéril, que puede servir de destierro para los hombres, mas no para que se aclimaten en él. En los primeros tiempos esta nueva colonia fué mantenida á espensas del gobierno, obteniendo muchos permiso para establecerse hácia el Sur, adonde los atraia un clima mas suave y un suelo mas fértil. Así, una patria ingrata con la esperanza de estender su dominacion, envió sus veteranos é intrépidos soldados á perecer en países lejanos é inhospitalarios.

En aquella tierra inculta fué donde se encendió entre Francia é Inglaterra la guerra que bien pronto esparció sus desastres por todo el globo. Los naturales indios que habitaban cerca de los desiertos de Nueva Escocia, pueblo feroz y cruel, vieron con antipatía desde el primer momento la llegada de los recien venidos, y consideraron la vecindad de los ingleses como una usurpacion de sus posesiones. Los franceses, que tambien eran sus vecinos y conservaban toda la impresion del resentimiento nacional, nada perdonaron con tal de despertar el ódio de los naturales contra los ingleses, representándolos como agresores y dispuestos á la severidad: acaso no se equivocaban los franceses relativamente á la intencion de los ingleses con respecto á aquella colonia. Nombráronse en consecuencia comisionados que debian reunirse en París para arreglar las diferencias; mas las conferencias habidas á nadie satisfacieron, y fuéron enteramente nulas por las disputas que se suscitaron entre personas á quienes se debia juzgar incapaces de comprender el objeto de la discusion.

Como allí fué donde se encendió la guerra entre ambas naciones, se hace necesario detenerse en muchas circunstancias relativas á tal cuestion.

Los primeros cultivadores de Nueva Escocia habian sido los franceses, debiéndose á su industria y larga perseverancia el que este país, árido é ingrato naturalmente, se tornara algo fértil, merced á algunos elementos proporcionados por Europa. Empero aquel territorio habia cambiado frecuentemente de dominadores, hasta que habiéndose apoderado de él los ingleses, fuéron reconocidos por legítimos poseedores por el tratado de Utrech. Dicho país era reputado como necesario para la defensa de las colonias inglesas del Norte, y para la conservacion de su superioridad relativamente á la pesca en aquella parte del mundo; mas los franceses, que hacia mucho tiempo se hallaban establecidos en aquellas comarcas, se resolvieron á emplear todos los medios posibles para desposeer á los recien venidos, y con tal intencion escitaron á los indios á que procedieran á hostilizarlos abiertamente: de esto el ministerio inglés pareció no hacer caso al pronto.

Al poco tiempo surgió en aquella misma parte del mundo otro motivo de disputa, que prometia consecuencias tan alarmantes como el primero. Los franceses, sopretesto de haber sido los primeros en descubrir la embocadura del rio Misisipí, reclamaban todo el territorio adyacente al Este de Nueva Méjico y al Oeste de los montes Apalaches. Con intencion de sostener sus derechos despojaron de sus modernos establecimientos á muchos ingleses, que por causa del comercio y de la escelencia natural del país se habian fijado al otro lado de aquellas montañas, y levantaron tales fortalezas, que podian dominar todo el territorio comarcano. No se pudo entonces dudar que su designio era cercar las colonias inglesas situadas en la costa, apoderándose de los puntos interiores que estaban detrás de los establecimientos ingleses, y con la posesion del Norte y del Sur de aquel gran continente aislar á los ingleses y asegurar todo el comercio con los naturales del interior del país. Con razon pues temian los ingleses que los franceses, en uniendo sus colonias septentrionales á las meridionales, y haciéndose comerciantes las primeras por el rio de San Lorenzo y las segundas por el de Misisipí, llegarian al poco tiempo á ser dueños de todo el país, y que posesionados de un territorio vasto y estenso, de dia en dia se multiplicaria su número y creceria su preponderancia.

Trascurrió largo tiempo en las negociaciones entabladas para terminar tales diferencias. Mas ¿qué valia la razon en unas discusiones en que ningun principio seguro podia servir de guia? Nunca habian sido fijados los límites de aquellos países, porque hasta esta época habian parecido demasiado lejanos ó de muy poca importancia para merecer mucha atencion, y no era probable que las potencias que no tenian otro derecho que el de invasion á los territorios en cuestion, fueran asaz equitativas para convenir entre sí en partirlos con igualdad.

Las semillas de la discordia se hallaban esparcidas, no solo en América sino tambien en Asia, donde se preparaba una nueva guerra en la costa de Malabar, en que nunca habian cesado las hostilidades entre franceses é ingleses.

Esta vasta estension de territorio, cuya posesion se disputaban las armas europeas, comprende toda la península de la India, donde ingleses y franceses y otras muchas potencias de Europa habian levantado fortalezas en las costas con consentimiento del gran Mogol, soberano de todo el país. La guerra entonces existente entre ingleses y franceses tenia por orígen la discordia suscitada entre los dos príncipes de la India, en la cual tomaron parte unos y otros, y de secundarios que en un principio habian sido en la contienda, llegaron á ser actores principales, encendiéndose así la guerra en el mundo entero. La mayoria de las diferencias que ocurren entre las naciones tiene por lo regular una causa esencial; mas esta guerra parecia el resultado de muchas causas reunidas, ó para hablar con mas exac-

titud, podia ser considerada como la continuacion de la última guerra que el miserable y defectuoso tratado de Aquisgran no habia logrado apagar.

El gobierno inglés estuvo quejándose mucho tiempo de tales infracciones, sin otro resultado que el de las recriminaciones, toda vez que no cesaban de negociar, de acusarse y de destruirse entrambas potencias. Por fin resolvióse el ministerio á cortar el nudo que no podia desatar, y obrar con desconfianza con respecto al enemigo. Diéronse órdenes en consecuencia á todos los gobernadores de las provincias americanas para formar una confederacion que tuviera por objeto su recíproca seguridad y para atraer á los indios en cuanto fuera posible á abrazar su contienda; mas una larga negligencia habia hecho impracticable esta medida. Hacia mucho tiempo que los ingleses acostumbraban cultivar la amistad de aquel pueblo salvaje y valiente en las circunstancias en que juzgaban necesario su apoyo, y desdeñarlo en seguida que creian no necesitarlo. Una conducta tan poco política tendia evidentemente á destruir el afecto de los indios al régimen inglés; pero la avaricia de los comerciantes de la Gran-Bretaña, y sobre todo de los de la compañía de Ohio, que daban á aquellos malas mercaderías tratándolos con perfidia é insolencia, contribuyó mas que todo á provocar la aversion de los mismos indios á la nacion inglesa: por otra parte, entre el carácter de los franceses allí establecidos y el de los naturales habia cierta semejanza que debia contribuir á acercarlos, porque aquellos eran valientes, emprendedores y pobres. Los indios por lo tanto se vieron naturalmente mas dispuestos á reunirse con aliados de quienes en caso de enemistad y de conquista ningun botin podian aguardar, y declararon la guerra á los ingleses recientemente establecidos, que eran ricos, sobrios, laboriosos, y cuyos despojos eran acreedores á escitar su envidia—Año 1754.

Así los ingleses tuvieron por adversarios, no solo á los franceses, sino tambien á todas las naciones indias; y lo que mas enojosa hizo su situacion, fuéron las disensiones que se movieron entre ellos mismos. Algunas de las provincias inglesas que en virtud de su posicion tenian poco que temer del enemigo ó pocas ventajas que esperar del triunfo, rehusaron contribuir con su contingente de subsidios, y al propio tiempo habia en las otras colonias ciertos gobernadores, hombres arruinados, que abandonaron la Inglaterra con la esperanza de restablecer su perdida fortuna con exacciones en país estranjero, los que se hicieron tan odiosos, que las colonias se negaron á prestarles apoyo cuando se trató de confiarles el manejo de los negocios.

Fuéron por tanto lisonjeras las ventajas obtenidas sin interrupcion por los franceses al principio de la guerra en las frecuentes escaramuzas que por algun tiempo hubo entre sus tropas y las del gobierno inglés. Los franceses combatieron contra el general Laurece en el Norte y contra el coronel Washington en el Sur, habiendo salido victorioso las mas de las veces. Es inútil trasmitir á la posteridad detalles frívolos y cargar las páginas de la historia con nombres bárbaros y hechos poco importantes: baste saber que entrambas naciones aparecieron en tales circunstancias animadas de la ferocidad de los pueblos salvajes con quienes luchaban, y que el espíritu de codicia y venganza los impulsó sucesivamente á perpetrar crueldades sin cuento.

Empero el ministerio inglés pensaba tomar medidas vigorosas á favor de las colonias que se negaban á defenderse. Emprendiéronse á la vez cuatro espediciones á América—Año 1755.—La una mandada por el coronel Monckton con órden de arrojar á los franceses de las posesiones que habian invadido en Nueva-Escocia; la segunda dirigida contra Crown, punto hácia el Sur, iba al mando del general Johnson; la tercera, acaudillada por el general Shirley, se encaminaba al Niágara con intencion de proteger las fortalezas situadas sobre el rio; la cuarta, mas al Sur todavía, llevaba por jefe al general Braddock y se proponia atacar el fuerte Duquesne.

De todas estas espediciones solo la de Monckton logró un éxito completo: Jonhson tambien salió victorioso, aunque se equivocó al atacar el fuerte contra el cual fué enviado: Shirley perdió el tiempo favorable para sus operaciones en dilaciones y detenciones; Braddock mostró vigor y actividad, pero fué derrotado. Este general atrevido é intrépido, despues de recibir instrucciones del duque de Cumberland, emprendió su espedicion el 10 de junio, dirigiéndose al frente de dos mil doscientos hombres hácia el punto donde Washington habia sido batido el año precedente. A su llegada supo que los franceses del fuerte Duquesne aguardaban un refuerzo de quinientos hombres, lo cual debia igualar su número al de los ingleses. Resolvióse en consecuencia á avanzar á marchas forzadas y á acometerles antes que se hicieran mas poderosos con aquel refuerzo. Dejando pues atrás al coronel Dumbar con ochocientos hombres para conducir con la celeridad posible las provisiones y equipajes, adelantándose con el resto del ejército por un país desierto y horroroso que todavía estaba en el desórden salvaje de la naturaleza, y no se hallaba habitado mas que por animales feroces y por cazadores aun mas temibles. Sin embargo, avanzó con intrepidez, no tardando en encontrarse en medio de los desiertos de Oswego, donde jamás habia penetrado europeo alguno. Su valor en esta ocasion pasó de la prudencia, y como ningun recelo tenia de los designios del enemigo, no tomó medida alguna para dar una batida en los bosques y malezas; de suerte que podia decirse, que cuanto mas se acercaba al enemigo, tanto menos temia el peligro. Llegando por fin á diez millas del fuerte Duquesne, y marchando por medio de las selvas con la confianza mas imprudente y con toda la seguridad del triunfo, su ejército fué súbitamente sorprendido por el frente y por el costado izquierdo por una descarga del enemigo que hasta entonces no habia sido notado. Era demasiado tarde para pensar en una retirada, porque las tropas estaban en un desfiladero, en el cual les dejó entrar el enemigo antes de hacer fuego. La vanguardia inglesa, sobrecojiéndose de terror, reculó sobre el cuerpo principal, y el espanto fué general, siendo los oficiales los únicos que no se dieron á la fuga y continuando Brabdock mandando á sus bravos compañeros con una intrepidez é imprudencia estraordinarias: esclavo de la disciplina y de la táctica militar, rehusó con desden abandonar el campo de batalla; no permitiendo ni aun á los suyos dejar las filas, sin embargo de que el único medio que podia serle favorable era, ó atacar bruscamente al ejército indio, ó huir inmediatamente del campo de batalla. Por fin recibió un tiro en el pecho, y entonces fué completa la derrota. Toda la artillería, las municiones y la brigada del ejército cayeron en poder del enemigo, ascendiendo á setecientos hombres la pérdida de los ingleses. Habiéndose reunido los restos del ejército á las tropas del coronel Dumbar, repasaron la ruta anterior, y llegaron para sembrar la consternacion á las provincias de Filadelfia.

La indignacion que en general causaron tales descalabros, hizo sentir á los ingleses un deseo mas ardiente que nunca de vengarse sobre el mar, donde estaban seguros del triunfo. Diéronse órdenes en consecuencia para apoderarse de todos los buques franceses, donde quiera que fueran encontrados, y aunque no se hubiera publicado ninguna declaracion de guerra. Todos los comandantes de marina se mostraron prontos á obedecer al momento tal órden; y así fuéron cojidos en diferentes puntos muchos bajeles propios de comerciantes franceses, habiéndose llenado muy pronto los puertos de Inglaterra de buques enemigos, que se guardaron como indemnizacion de las fortalezas de que el enemigo se habia apoderado injustamente en América. Esta medida, mucho mas útil que gloriosa para los

ingleses, fué tan fatal para la marina francesa, que no pudo lograr reponerse de su caida mientras duró la guerra que poco tiempo después fué declarada formalmente de una y otra parte.

CAPITULO LV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE II.

(Desde el año 1756 hasta el de 1757.)

Comenzada la guerra entre las dos naciones, y rota toda negociacion, cada cual se ocupó en vigorosos preparativos para dañarse y atemorizarse recíprocamente, siendo los franceses los mas afortunados; pues por mucho tiempo tuvieron la satisfaccion de ver que no solo coronaba el triunfo sus armas, sino que además trabajaban á sus adversarios el descontento y el espíritu de partido.

Su primera tentativa fué la amenaza de una invasion formidable en Inglaterra, á cuyo efecto hacia algun tiempo que habian sido enviados muchos cuerpos de tropas francesas á las costas opuestas á las británicas, los cuales estaban diestros en el arte de servirse de barcos chatos, reunidos en gran cantidad para aquella espedicion. El número de hombres destinados á ella ascendia á cincuenta mil; pero manifestaron la mayor repugnancia para tal empresa, y solo lentamente fué como el ministerio francés logró decidirlos á la misma. Todos los dias se ejercitaban en el arte de la navegacion, y al propio tiempo se construian nuevos barcos chatos para aumentar el número de los que ya existian.

Se duda si se realizaron estos preparativos para efectuar verdaderamente un desembarco en Inglaterra, ó solamente para asustarla: lo cierto es, que si solo se intentó lo último, los franceses consiguieron su objeto, porque el pueblo inglés fué presa del terror al verse espuesto de improviso sin armas, sin caudillos ni disciplina al furor del enemigo, y no podia inspirarle confianza alguna un ministerio tímido, dividido por los bandos y que carecia de popularidad. En tan crítica situacion determinaron los ingleses recurrir á los holandeses, pidiéndoles seis mil hombres que por tratado estaban obligados á aprontar en caso de invasion. Empero los holandeses rehusaron tal auxilio de tropas, alegando que el tratado no les imponia semejante obligacion mas que en caso de invasion, y no en el de amenazas. El rey, convencido de que ningun refuerzo lograria de Holanda hasta que ya no fuese tiempo, desistió de su demanda, y los holandeses por via de satisfaccion le dirigieron un voto de gracias y protestas de amistad.

El ministerio, privado de este recurso, buscaba á quien dirigirse en el continente para obtener socorros á toda costa. Un cuerpo de heseses y hanoverianos de unos diez mil hombres estuvo á punto de ser comprado, haciéndole pasar el ministerio á Inglaterra, á fin de proteger á millones de ingleses á quienes creia incapaces de defenderse. Pero el pueblo no tardó en conocer que el remedio era peor que la enfermedad: los ministros fuéron tratados con desprecio por haber reducido la nacion á una condescendencia tan vergonzosa, y el pueblo pretendió no hallarse de modo alguno en la necesidad de mendigar un auxilio tan insignificante, declarando que no queria otras fuerzas que las de la nacion, y que nada temia á los que intentaran invadir Inglaterra.

Tales rumores, temores y disensiones entre los ingleses fuéron favorables para los franceses, porque les proporcionaron la posibilidad de proseguir sus proyectos en otro lado; de suerte que, ínterin entregados los ministros á terrores imaginarios, no trataban mas que de aprestar la Inglaterra contra la invasion de sus vecinos, se realizó esta en el Mediterráneo, donde ningun peligro se recelaba. La isla de Menorca, conquistada á los españoles en el reinado de Ana, habia sido asegurada á los ingleses por repetidos tratados; mas el ministerio se habia descuidado en tomar precauciones para su defensa: la guarnicion era corta y sin disposicion para sostener un sitio. Los franceses desembarcaron cerca del fuerte de San Felipe, celebrado por uno de los mas considerables de Europa y mandado por el general Blakeney, hombre de mucho valor, pero de edad demasiado avanzada. Desplegóse en el asedio mucho vigor, haciéndose la defensa por algun tiempo con igual tenacidad.



El almirante Byng.

Informado el ministerio de este imprevisto ataque, resolvió hacer levantar el cerco, si era posible, enviando al almirante Byng con diez naves de guerra á fin de socorrer á Menorca á toda costa. Byng en consecuencia se embarcó en Gibraltar, cuyo gobernador le negó un refuerzo á pretesto de que sus fortificaciones corrian peligro. Al aproximarse á la isla vió el almirante plantada la bandera francesa en la costa, así como los colores de la Gran Bretaña que ondulaban en el castillo de San Felipe, y convencido de que era temeridad ejecutar la órden que habia recibido de introducir un cuerpo de tropas en la guarnicion, no intentó el menor paso. Mientras vacilaba entre sus temores y su deber, vino á embargar su atencion la aproximacion de la escuadra francesa que parecia casi tan considerable como la suya, y entonces, desconcertándose completamente, sin saber qué hacer, dió órden de formar en batalla y de estar á la defensiva. Byng era estimado hacia mucho tiempo por su habilidad en la táctica naval: quizá dió demasiada importancia á esta capacidad, que le habia grangeado una reputacion célebre, y sacrificó al vano deseo de ser admirado bajo aquel concepto todos los demás derechos que tenia á la consideracion de hombre valiente é intrépido. La escuadra francesa avanzó y trabó combate con parte de la inglesa, cuyo almirante se mantuvo á alguna distancia, dando razones asaz plausibles para no entrar en la accion; con lo cual se alejaron los franceses, sin que después se presentara ya ocasion para empeñar una lucha definitiva.

Entonces, llevándose la prudencia mas allá de los límites convenientes, un consejo de guerra que al momento se celebró á bordo de la nave del almirante, privó á la guarnicion de toda esperanza de socorro, decidiendo que era preciso dirigirse á Gibraltar á reparar la escuadra, por reconocer que era impracticable el proyecto de defender á Menorca.

El descontento de la nacion al saber la conducta de Byng fué estremo; y los ministros, á trueque de librarse del vituperio que podian echar sobre ellos unas medidas de que tan pocas ventajas habian resultado, nada perdonaron á fin de acrecentar el disgusto general. Bien pronto llegó la noticia de haberse rendido la guarnicion á los franceses, con lo cual rayó en furor el resentimiento del pueblo. Byng entre tanto continuaba en Gibraltar, y satisfecho de su propia conducta se curaba poco de la terrible borrasca que se levantaba sobre su cabeza. Bien pronto se dió órden para que fuera preso y trasladado á Inglaterra: apenas regresó, fué encerrado en el hospital de Greenwich, habiéndose empleado muchos medios para escitar contra él al popu-

lacho, siempre pronto á insultar y condenar á sus superiores. Varios condados de Inglaterra enviaron representaciones á las cámaras en demanda de justicia contra el culpable, y el ministerio se mostró dispuesto á satisfacerles. Al poco tiempo fué juzgado en Portsmouth por un tribunal militar, declarando los jueces en pos de un proceso que duró muchos dias, que no habia hecho todo lo posible para destruir al enemigo en el combate, y que así le condenaban á la pena capital con arreglo al artículo 12 de las leyes de la guerra: mas al mismo tiempo le recomendaban á la clemencia de S. M., en atencion á que tal conducta mas bien nació de error que de cobardía. Los ministros con esta sentencia esperaban satisfacer á la vez el enojo de la nacion y ponerse á cubierto de la acusacion de injusticia hácia ella, y así determinaron no indultar al reo, siendo vana la solicitud que el parlamento hizo á favor suyo. Ninguna circunstancia que pudiera servir para anular la sentencia se encontró en la conducta de Byng, quien abandonado á su destino mostró hasta el fin una calma y valor que no se turbaron por señal alguna de temor ó debilidad. El dia fijado para la ejecucion que debia tener lugar en Portsmouth á bordo de un buque de guerra, salió de la cámara donde estaba preso, y subió al combés, punto designado para suplicio, donde después de entregar á los que le rodeaban un papel que contenia las mas fuertes pruebas de su inocencia, se puso de rodillas, negándose por algun tiempo á cubrirse el rostro, hasta que habiéndole espuesto sus amigos que sus miradas podian intimidar á los soldados que debian tirarle é impedirles la buena puntería, accedió á que se le vendasen los ojos con un pañuelo. Entonces hizo él mismo la señal y cayó muerto al instante. Sea cual fuere el rigor del castigo de Byng, es lo cierto que su muerte vino á ser al poco tiempo ventajosa para la nacion.

Hechos los franceses dueños de Menorca, se hallaban dispuestos á seguir sus triunfos, atacando otro país, cuya posesion sabian muy bien lo muy apreciable que era para el rey de Inglaterra. Convencidos de que no podian defender sus conquistas contra la superioridad de los ingleses en el mar y los recursos sin número que estos tenian para surtir sus colonias de todas las municiones de guerra, ningun reparo tuvieron para declarar que se vengarian de todas las injurias que se les infirieran en sus colonias, en los territorios que el rey de Inglaterra poseia en Alemania. Por esta amenaza esperaban secretamente los franceses forzar muy pronto al ministerio inglés á aceptar las condiciones que mejor les pareciera, ó en caso de perseverancia dividir las fuerzas inglesas y arrastrarlas á un país donde evidentemente se encontraran en una posicion desventajosa. No se equivocaron mucho en esta esperanza.

La corte de Londres, que temia las consecuencias del enojo de los franceses, ó que estaba impaciente por asegurar la tranquilidad de Hanover, entró con Rusia en un tratado muy dispendioso, por el cual se estipuló que un cuerpo de ejército de cincuenta mil rusos estaria pronto á obrar al servicio de Inglaterra en caso que Hanover viniera á ser invadido. La Czarina debia recibir segun lo convenido cien mil libras anuales, que serian pagadas con anticipacion.

Este tratado, considerado por el ministerio inglés como un golpe maestro en materia de política, no tardó en conocerse que seria tan fútil como dispendioso. El rey de Prusia, que se consideraba desde mucho tiempo como el custodio de los intereses de Alemania, se asustó de un tratado que amenazaba inundar el imperio con un diluvio de bárbaros.

Este monarca, cuyo talento era ya conocido, y que después se hizo tan célebre, sabia destruir con su sagacidad en su orígen los designios de sus enemigos, ó vencerlos con su valor: así aprovechó la primera ocasion que tuvo para declarar que no permitiria en el imperio ningunas tropas estranjeras, ora como auxiliares, ó con cualquier otro título: siendo político consumado, sabia ya que se habia entablado una negociacion secreta entre Rusia y Austria, negociacion en que esta última potencia se comprometia á penetrar en el imperio y á despojarle de su última conquista de Silesia. Inglaterra por lo tanto no era mas que el juguete de la Rusia, y pagaba subsidios enormes para que esta potencia entrara en el imperio, cuando esto mismo estaba ya resuelto sin su conocimiento.

El rey de Inglaterra, que en todas sus acciones se guiaba por sus perpétuos temores por Hanover, se vió entonces en la situacion que mas le alarmaba: sus estados hereditarios se hallan espuestos, no solo al resentimiento de Francia, sino tambien al de Prusia, siendo suficiente cualquiera de estas potencias para invadir y devastar su electorado, sin que las tropas auxiliares de Rusia pudieran prestarle el menor socorro por hallarse á demasiada distancia. Entabláronse por tanto nuevas negociaciones, á fin de obtener una seguridad precaria, recurriendo al rey de Prusia con la esperanza de inclinar su resentimiento á otra parte.

Lo que mas deseaba el rey de Inglaterra era impedir que el enemigo invadiera la Alemania; lo mismo deseaba el monarca prusiano. Esta conformidad de sentimientos indujo á entrambos soberanos á unir sus intereses; y así, animados de igual anhelo, no tardaron en venir á un acomodamiento, por el cual se comprometieron á ayudarse recíprocamente y á impedir que ningun ejército estranjero penetrara en el imperio.

Ambas potencias esperaban sacar grandes ventajas de esta nueva alianza, y además de la independencia de los estados de Alemania, cuya conservacion era el objeto ostensible de tal tratado, cada cual se proponia una ventaja especial. El rey de Prusia sabia que los austriacos eran sus enemigos secretos y que se hallaban ligados contra él con los rusos: una alianza pues con la corte británica contenia á estos que le daban cuidado, y así abrigaba la esperanza de escarmentar á los austriacos, de quienes desconfiaba desde largo tiempo. Con respecto á Francia, el prusiano contaba con ella como con una natural aliada, que mediante su antiguo y hereditario ódio al Austria no dejaria nunca de estar ligada fuertemente á sus intereses. El elector de Hanover por otra parte cifraba las mayores esperanzas en las ventajas que debian resultar de tal alianza, que proporcionaba á Francia un cercano y poderoso aliado, al cual suponia que esta potencia no osaria disgustar. A los austriacos consideraba como naturalmente afectos á su causa por reconocimiento y amistad, é imaginaba igualmente que los rusos continuarian cuando menos neutrales, al tenor de las primeras estipulaciones hechas con Inglaterra y de los subsidios que de ella recibian. Tales eran las secretas esperanzas de las dos potencias contratantes, las cuales advirtieron muy pronto que se habian engañado en su espectativa.

Esta alianza originó poco después otra de naturaleza opuesta y que sorprendió á toda Europa. La reina de Hungría meditaba desde largo tiempo el proyecto de recuperar la Silesia, de que se habia apoderado el rey de Prusia, prevaliéndose de la imposibilidad en que ella se hallaba entonces para defender sus estados hereditarios, y siendo por lo tanto en virtud de una concesion repugnante de la misma como él conservaba la posesion de aquel territorio. Las esperanzas de socorro de la reina descansaban principalmente en Rusia, y se persuadia que las demás potencias en cuestion seguirian manteniéndose neutrales; mas no tardó en probarla el reciente tratado que se habia equivocado completamente en cuanto á los auxilios que aguardaba de los rusos, y que Inglaterra se habia reunido á Prusia para contrariar sus intenciones. Privada pues de un aliado, pensó en sustituirle con otro: al efecto recurrió á Francia, y á fin de grangearse la amistad de esta corte, abandonó la barrera que poseia en los Países-Bajos, y que hacia siglos tenia asegurada Inglaterra á costa de su sangre y de sus tesoros contra dicha corte. Por esta revolucion

estraordinaria todo el sistema político de Europa tomó nuevo aspecto, y los tratados de un siglo entero fuéron anulados de un solo golpe.

No bien se hubo ratificado el tratado entre Francia y Austria, cuando la Czarina fué invitada á entrar en él, y ella, curándose poco de los subsidios que debia recibir de Inglaterra, abrazó con ardor la proposicion. Lo que Rusia deseaba desde mucho tiempo era un establecimiento en la parte occidental de Europa, porque así aquel imperio salvaje del Norte podria reanimar las potencias meridionales, enervadas por el lujo y las mútuas disensiones; y no solo Rusia, sino hasta Suecia fué arrastrada por las intrigas de Francia á acceder al tratado, trabándose guerra entre Prusia y Suecia, contra la inclinacion de los respectivos monarcas.

Las potencias contendientes se presentaban del siguiente modo: Inglaterra en oposicion con Francia en América, Asia y sobre el Océano; Francia atacando el Hanover en el continente de Europa; el rey de Prusia tratando de proteger este país, en tanto que Inglaterra le prometia sus tropas y dinero para secundarle en sus operaciones; Austria, que tambien tenia miras sobre los estados de Prusia, atrayendo al elector de Sajonia á los mismos designios, era apoyada por Francia, Suecia y Rusia, que esperaba lograr un establecimiento en el Occidente de Europa. Tales eran las diferentes combinaciones formadas para emprender una guerra general, ínterin el resto de las potencias se hallaba en inquieta espectativa de aquella contienda.

Desde luego comenzaron los preparativos de guerra por parte del Austria, que habia complicado al elector de Sajonia en la disputa general, haciéndose grandes armamentos en Moravia y Bohemia, en tanto que dicho elector, á pretesto de una revista militar, juntó unos diez y seis mil hombres en Pirna, plaza fortificada. Pero el vigilante rey de Prusia no tardó en penetrar el verdadero objeto de tales preparativos, y ordenó á su ministro en la corte de Viena que pidiera una esplicacion clara y categórica, y se asegurara exactamente de las intenciones amigables de aquella corte. Todo lo que se logró al pronto fué una respuesta evasiva; y sin embargo de haber recibido de nuevo el mismo ministro el mandato de insistir hasta saber si la emperatriz estaba dispuesta á la paz ó la guerra, y si intentaba atacar en aquel mismo año ó en el siguiente, todavía solo se le respondió de una manera ambigua. El prusiano en consecuencia juzgó oportuno suspender toda negociacion, y hostilizar al enemigo en su territorio antes que aguardarle en el suyo propio.

Entró pues en Sajonia con un ejército considerable, y con la mayor cortesanía pidió al elector que le permitiera atravesar sus estados, lo cual bien sabia no poderle rehusar este príncipe. Al mismo tiempo disimuló á este la sospecha que habia concebido de su secreta inteligencia con los enemigos, patentizándole por el contrario la mayor satisfaccion por la promesa hecha por dicho elector de guardar una estricta neutralidad. Continuando en el tono de disimulo, instó vivamente á este soberano á que licenciara sus tropas, que por sus disposiciones pacíficas eran inútiles enteramente.

El elector ningun caso hizo de tal proposicion, por no hallarse dispuesto á acceder á ella: desechóla con desden; y como el rey no la hizo probablemente sino con la intencion de provocar una negativa, resolvió utilizarse del suceso en pro de sus miras.

Era tal la situacion del campo sajon, que por mas que un corto ejército bastara para defenderle contra fuerzas muy superiores, la misma dificultad que habia para abandonarle impedia tambien al enemigo para atacarle á viva fuerza. Empero el rey de Prusia supo aprovecharse de aquella coyuntura, y bloqueando todas las avenidas de Pirna, cortó las comunicaciones del ejército sajon, que viniendo á carecer de víveres tuvo que capitular muy pronto. Federico incorporó los soldados enemigos á sus regimientos, quedando prisioneros los oficiales que rehusaron entrar en su servicio.

Lanzado así el rey de Prusia al tumulto de la guerra, con los príncipes mas poderosos de Europa por adversarios, y solo Inglaterra por aliada, aspiraba á la victoria con un ardor que escede á lo que la historia puede ofrecer, y que acaso parecerá increible á la posteridad. Un solo hombre, dueño de un cortísimo territorio, y únicamente apoyado por un aliado cuya situacion es asaz lejana para darle socorros importantes, atacado y cercado por sus enemigos, les opone por todos lados una vigorosa resistencia, é invade la Bohemia, derrota al general austriaco en Lowositz y se retira—A. 1757. —Comienza su segunda campaña con otra victoria cerca de Praga, y estando á punto de apoderarse de esta ciudad, por una temeridad inspirada por el triunfo esperimenta una derrota en Kolin. Empero no considerándose como vencido, esclama:—«La fortuna acaba »de volverme la espalda. Yo debia esperarlo: ella es »muger y yo no soy galante. El triunfo produce á me»nudo una confianza peligrosa: otra vez seremos mas »cuerdos.» Vense todos los dias guerreros que dan ejemplo de valor y ganan batallas; mas ningun general, á no ser César, habia reconocido todavía antes de Federico sus errores.

Muy fundada era la opinion del rey de Prusia acerca de la inconstancia de la fortuna, la cual poco después pareció haberle abandonado totalmente. A un descalabro seguia otro al instante. Como los hanoverianos se le habian aliado por su tratado con Inglaterra, se armaron á su favor á las órdenes del duque de Cumberland, quien desde un principio se mostró seguro de la insuficiencia de sus tropas para hacer frente al enemigo, cuyo número era muy superior. El duque fué arrojado al otro lado del Veser, cuyo paso pudiera habersdisputado con algun resultado; mas se permitió á los franceses atravesarlo sin ser inquietados. El ejército hanoveriano fué rechazado de un país á otro, hasta que al fin hizo alto junto al pueblo llamado Hastembeck, donde esperó que el enemigo tendria menos ocasion de empeñar una accion general; pero dicho ejército, después de varios esfuerzos, vióse tambien obligado á retirarse, abandonando el campo de batalla á los franceses, que no se descuidaron en perseguirle. Las tropas hanoverianas se retiraron hácia Stade, recorriendo un país en que no pudieron encontrar víveres, ni esperar atacar al enemigo con éxito. En la imposibilidad de escapar del peligro que les amenazaba, tanto por su situacion desesperada como por la inferioridad de su número, los hanoverianos tuvieron que firmar una capitulacion, por la cual se comprometian á deponer las armas y á diseminarse en diferentes acantonamientos. En virtud de esta capitulacion notable, denominada el tratado de Closter Seven, Hanover se vió precisado á someterse pacíficamente á Francia, la cual con este aumento de fuerzas se determinó á dirigir sus armas victoriosas contra el rey de Prusia.

La situacion de este monarca era cruelmente desesperada, no habiendo prevision humana que pudiera adivinar el medio de sacarle de las dificultades que le cercaban. Por una parte se hallaban invadidos sus estados por los franceses, reunidos al mando del mariscal de Broglio, y por otra por los rusos, que hacia largo tiempo amenazaban su imperio con el general Apraxin al frente. Apresurábanse todos á porfía por agobiarle, y señalaban su paso con la muerte y la carnicería.

Un considerable cuerpo de austriacos entró en Silesia, y penetrando hasta Breslau, se encaminó á la fortaleza de Tchweidnitz, la cual fué obligada á rendirse tras de una tenaz defensa. Otro cuerpo de ejército, perteneciente tambien á Austria, entró en Lusace, apoderóse de Zittan, y marchando siempre adelante presentóse en Berlin haciéndola tributaria.

Por otra parte, un cuerpo de veintidos mil suecos penetró en la Pomerania prusiana, tomó las ciudades de Amelan y Demmin, haciendo igualmente tributario

todo el país. En vano desplegaba Federico su valor contra aquella multitud de enemigos, porque al paso que los arrollaba por un lado forzándolos á huir, por otro penetraban en sus estados arrasándolos, y se veia á la vez coronado por la victoria y despojado de sus posesiones, que se disminuian de dia en dia.

La mayor parte de su territorio fué hecha tributaria, siendo tomadas casi todas las fortalezas, y no quedándole al poco tiempo otros recursos que los de la generosidad del parlamento británico y los de su pericia y capacidad.

Muy pocas ventajas podian proporcionarle los auxilios de Inglaterra, porque el tratado impedia particularmente á los hanoverianos el obrar á su favor. El ministerio sin embargo formó el proyecto de una empresa contra la costa de Francia, haciendo una diversion en ella con el objeto de distraer la atencion del enemigo y dar así respiro al rey de Prusia, proponiéndose además realizar un golpe mortal á la marina francesa, destruyendo los buques que se construian ó estaban encerrados en el puerto de Rochefort, punto al cual se dirigian principalmente sus operaciones. El ministerio inglés guardó profundo secreto sobre el objeto de tal empresa, y Francia no cesó de estar en inquietud hasta el momento en que por fin apareció la escuadra en la costa de Rochefort, en la cual pasaron algun tiempo los jefes deliberando sobre la manera de obrar. De resultas de la conferencia determinaron apoderarse de la pequeña isla de Aix, conquista fácil, aunque de ninguna ventaja para los vencedores. Reponiéndose la milicia del país de la consternacion en que cayó al pronto, tuvo tiempo de reunirse, no tardando en verse dos campamentos en la playa. La escuadra, que por la mala estacion no podia desembarcar, principió entonces á temer al enemigo en tierra y á recelar mayores peligros; y considerando los comandantes el mal estado de la costa, el riesgo de un desembarco, los preparativos de la ciudad para defenderse vigorosamente y la imposibilidad de reducirla de otro modo que por una acometida brusca, resolvieron no proceder á ulteriores operaciones, acordando unánimes regresar á Inglaterra sin llevar á cabo otras tentativas.

Así, muy poco aprovechó al rey de Prusia semejante espedicion, siendo tan grande el disgusto de los ingleses con la noticia del mal éxito de ella, que el ministerio tuvo el pensamiento de abandonar completamente la causa de aquel monarca. Pretendióse que ninguna fuerza militar podia salvarle, y que la única esperanza que le restaba era la de acordar las mejores condiciones posibles con sus victoriosos enemigos. El rey de Inglaterra meditaba una negociacion de esta naturaleza, cuando de su desafortunado aliado recibió las quejas siguientes: «¿Es posible que V. M. tenga »tan poco espíritu y constancia, que se acobarde con »los menores reveses de la fortuna? ¿Tan desesperados »se hallan vuestros negocios que no puedan ser reparados? Considerad las medidas que me habeis forzado á tomar, y acordaos que sois la causa de todas mis »desgracias. Yo jamás me hubiera resuelto á renunciar á mis primeras alianzas sin vuestras lisonjeras »promesas: yo no me arrepiento del tratado ajustado »entre nosotros; pero quiero no me abandoneis ignominiosamente á merced de mis enemigos, después »de atraer sobre mí la cólera de todas las potencias de »Europa.» Inglaterra en tan terrible situacion se decidió, mas bien por motivos de generosidad que de interés, á sostener la causa de Federico á pesar de lo mala que se presentaba, y el triunfo que hacia mucho tiempo abandonó las armas inglesas comenzó á brillar mas que nunca. Las derrotas despertaron por fin el celo del parlamento, y desde entonces pareció que se aumentaban los recursos á medida que se multiplicaban los reveses.

CAPITULO LVI.

FIN DEL REINADO DE JORGE II.

(Desde el año 1757 hasta el de 1760.)

El Oriente fué donde las armas británicas consiguieron los primeros triunfos, como quiera que nunca habia cesado enteramente la guerra en las comarcas asiáticas pertenecientes á los ingleses. Socorrer á los jefes discordes de aquel país habia sido en su orígen entre ambas naciones el pretesto de tal guerra, en la cual no tardaron los aliados en convertirse en partes principales. Desde el principio y aun largo tiempo después del tratado de Aquisgran los sucesos fuéron dudosos; mas Inglaterra obtuvo por fin la preponderancia, merced á la hábil conducta de M. Clive. Este entró al servicio de la compañía de Indias, y principió por empleado civil; pero conociendo que su carácter era mas á propósito para la guerra, renunció aquel empleo para unirse al ejército como voluntario. Bien pronto se distinguió por el valor, única cualidad que desde luego pueden desplegar los oficiales subordinados; mas su conducta, su actividad y capacidad militar le hicieron al poco tiempo tan notable, que fué elevado al primer rango del ejército.

La primera ventaja debida á su valor fué la sumision de la provincia de Arcate, siendo hecho prisionero poco después el general francés, y reintegrado el nabab, cuya causa sostenian los ingleses, en el gobierno de que en otro tiempo habia sido despojado.

Desalentados los franceses con semejantes reveses, y convencidos de su inferioridad en aquella parte del mundo, despacharon un comisionado á Europa para negociar la paz, concluyendo en consecuencia entrambas compañías entre sí un tratado en que se convino que fueran restituidos los territorios cojidos por una y otra parte después de la celebracion de la última paz; que los nababs elevados por la influencia de un partido fueran reconocidos por el otro, y que ni unos ni otros se interpusieran en lo sucesivo en las diferencias que pudieran suscitarse entre los príncipes de aquel país.

Este tratado, que ofrecia una larga tranquilidad, sin embargo solo fué de corta duracion, porque nunca pueden existir por largo tiempo convenios entre dos compañías mercantiles, cuyos intereses deben luchar sin cesar con la buena fé; renovaron á los pocos meses sus operaciones ambas naciones, no ya como auxiliares, sino como rivales en armas, en gobierno y en comercio. No son bien conocidos los motivos de tal infraccion; pero es sabido que donde quiera que hay comercio hay codicia, y que esta pasion induce á traspasar todos los límites de la justicia.

Lo que hay de cierto es que el príncipe mas poderoso de aquel país declaró guerra á los ingleses por motivos de resentimiento personal, y que levantando un numeroso ejército marchó á poner cerco á Calcuta, una de las principales fortalezas que Inglaterra poseia en aquella parte del globo, bien que no se hallaba en estado de defensa ni aun contra los ataques de los bárbaros. El fuerte fué tomado después de abandonado por el comandante, quedando prisionera la guarnicion en número de ciento cuarenta y seis personas.

Como esperaban que se les trataria como se trata por lo comun á los prisioneros, no ejecutaron la defensa con todo el vigor posible; mas bien pronto vieron que ninguna consideracion tenian que aguardar de un vencedor salvaje, quien metió á todos juntos en una cárcel llamada *Tabuco negro*, de unos diez y ocho piés en cuadro, y sin mas luz que la que por la parte de Oeste entraba por dos pequeñas aberturas cerradas con barras de hierro, y que no podian bastar para la circulacion del aire. Es imposible contemplar sin espanto las pena-

lidades que debieron esperimentar aquellos infelices encerrados en tan lóbrego lugar, bajo el clima abrasador de Oriente, y sofocados los unos por los otros. Apenas advirtieron los primeros efectos de su horrible reclusion, hicieron esfuerzos para derribar la puerta de su prision; pero como se abria hácia adentro, nada fué posible: intentando entonces mover la compasion ó la codicia de su carcelero, le ofrecieron sumas considerables para inducirle á que los pusiera en piezas separadas; mas él no pudo acceder á tal demanda: el virey estaba durmiendo, y nadie se hubiera atrevido á turbar su sueño. Abandonados á la muerte, sin esperanza de socorro, resonaron los gritos, los lamentos, las disputas, la desesperacion en las siniestras bóvedas de aquella prision, no tardando en reemplazar á tal demostracion de dolor una calma mas horrorosa: agotáronse los últimos esfuerzos del valor, sucediéndole una postracion precursora de la muerte. Cuando por la mañana fuéron los carceleros á visitar el calabozo, todo era horror, silencio y desolacion: de ciento cuarenta y seis personas que allí habian entrado vivas, solo veintitres lo estaban, y aun las mas de estas murieron de fiebres pestilenciales así que recuperaron la libertad.



Lord Clive.

La destruccion de aquella importante fortaleza interrumpió los progresos de los ingleses en la compañía de Indias; pero la pericia de M. Clive, apoyada por la actividad de una escuadra mandada por el almirante Watson, volvió á atraer la fortuna. Entre los que esperimentaron el poderío de los ingleses en aquella parte del mundo estaba el famoso Tullage Cingria, príncipe pirata, que hacia mucho tiempo infestaba el Occéano indio, habiendo forzado á los jefes de aquella costa á ser sus tributarios, y mantenia un considerable número de galeras, con las que atacaba casi siempre con ventajas las naves mas fuertes. Hallábase tan cansada la compañía de sus presas, que resolvió hacer todo lo posible para someter tan poderoso enemigo, atacándole en su propia fortaleza. A consecuencia de tal decision, el almirante Watson y el coronel Clive dieron la vela para el puerto de Geriah, donde á su llegada tuvieron que sostener un terrible fuego, consiguiendo sin embargo reducir á ceniza la escuadra del pirata, y obligando á la guarnicion á rendirse á discrecion. Los vencedores encontraron una cantidad enorme de municiones de guerra y de otros efectos.

Principiando por esta conquista, el coronel Clive continuó en vengar las crueldades ejecutadas en los ingleses en Calcuta, encaminándose á Ballasora, en el reino de Bengala, donde tropezó con poca oposicion tanto por mar como por tierra. Presentóse en seguida delante de Calcuta, que le pareció decidida á sostener un sitio regular. No tardó en llegar el almirante con dos naves, recibiendo apenas apareció el fuego de las baterías, á las cuales contestó al instante, é hizo una carnicería mucho mayor que la causada por el enemigo. En menos de dos horas fuéron abandonadas las fortificaciones, y así los ingleses tomaron posesion de los dos puntos mas fuertes de las orillas del Ganges, arrasando el de Geriah hasta los cimientos.

En seguida de estos triunfos, Hughly, ciudad muy comercial, fué reducida con tan poca dificultad como la primera, y todos los almacenes y graneros del virey fuéron destruidos. Para reparar estas pérdidas, aquel príncipe bárbaro juntó un ejército de diez mil caballos y quince mil infantes, y declaró su resolucion de espulsar los ingleses de todos los puestos que poseian en aquella parte del mundo. A la primera noticia de su marcha, el coronel Clive, que habia obtenido de los buques del almirante un refuerzo de hombres, avanzó al frente de su pequeño ejército á batir aquellas numerosas fuerzas: atacó al enemigo en tres columnas, y á pesar de la estrema desproporcion del número, declaróse muy pronto la victoria en favor de los ingleses. Esta victoria, así como otras muchas conseguidas por aquel oficial contra enemigos tan superiores en número, nos enseña á no asombrarnos por mas tiempo de las conquistas que antiguamente efectuaron las tropas europeas en aquel pueblo débil y afeminado. ¿Qué pueden los esclavos asiáticos contra un ejército, que por poco numeroso que sea, está habituado á la disciplina, hecho á la fatiga y animado por el honor? ¿No tienden los usos, las costumbres y las ideas todas de los asiáticos á debilitar el cuerpo y á enervar el espíritu? Representémonos unos soldados que marchan al combate con largos vestidos de seda, sin otro vigor que el que puede dar el opio, ni otro temor que el de cambiar de tirano; figúrense estos soldados con una artillería arrastrada por bueyes, con un caudillo montado en un elefante y rodeado de guerreros, todos estraños á la fria intrepidez que precave del peligro, y que irritándose y tornándose furiosos á la mas ligera herida, no saben combatir mas que con la ceguedad que preside ordinariamente á todas sus pasiones; considérense en fin todas estas circunstancias, y ya no asombrará que Europa haya reportado tantas victorias, y que dos ó tres mil hombres hayan sido capaces de destruir los ejércitos mas considerables. Así el mérito de un Ciro ó de un Alejandro debe, si no desvanecerse, al menos rebajarse mucho en nuestra opinion y dejar de ser objeto de la admiracion general.

Una victoria adquirida tan fácilmente por un puñado de soldados estranjeros, no tardó en envilecer al virey de Bengala en el ánimo de sus súbditos, haciéndole despreciable su cobardía y odioso sus crueldades. En consecuencia formóse contra él una conspiracion por Ali-Khan, su primer ministro. Noticiosos secretamente los ingleses de tal designio, resolvieron fomentarle con todo su poder. Seguro el coronel Clive de que poseia un partidario en el campo enemigo, no vaciló en proseguir su marcha, alcanzando muy pronto al virey, que ya habia reparado su ejército, poniéndole de nuevo en estado de combatir. Tras de una lucha de poca duracion, Clive quedó victorioso como siempre, derrotando al ejército indio, y haciendo en él una horrible carnicería. Ali-Khan fué el primero en estimular á su amo á tal empresa, y ocultó su adhesion á los ingleses hasta estar seguro de que no podria resultarle ningun riesgo de su perfidia. Al saber de positivo la victoria, abrazó abiertamente el partido de los vencedores; y en recompensa de los servicios secretos que habia prestado á los ingleses, fué proclamado solemnemente por el coronel Clive virey de Bengala, de Bahar y de Orisa en lugar del nabab precedente, quien fué depuesto públicamente y muerto poco después por su pérfido sucesor.

Así que los ingleses establecieron un virey en el trono de la India, donde hacia mucho tiempo que el gran Mogol habia perdido todo su poder, tuvieron cuidado de formar á su favor estipulaciones que pudieran ensanchar su poderío en aquel país cuando quiera que les ocurriese usar de su autoridad. Satisfechos quedaron hasta mas allá de sus deseos, y las mismas riquezas de que despojaron á los esclavos indios fuéron destinadas á hacer esclavos en su propio país.

Empero el coronel Clive creyó oportuno oponerse á tal intento, y envió al comandante holandés una carta

diciéndole que no podia permitirle el desembarco, ni que avanzaran sus tropas hácia la fortaleza en cuestion, porque preveia que esto seria perjudicial para el comercio europeo. Respondióle el holandés que no abrigaba idea alguna de monopolio, y que solo pedia libertad para saltar en tierra y hacer que descansaran sus tropas. Esta demanda, razonable en apariencia, se le concedió al instante; mas el comandante holandés solo continuó manifestándose dócil mientras se creyó en la imposibilidad de obrar con vigor; y apenas supo que habian aparecido en el Ganges los buques que iban á proteger sus operaciones comenzó á marchar osadamente hácia Chinsura, cojiendo de paso muchos barcos pertenecientes á los ingleses, á fin de vengar la afrenta que pretendia haber recibido.

Ignórase si la escuadra india de Calcuta fué enviada en esta ocasion para oponerse á los holandeses, ó solamente para continuar su viaje hasta Inglaterra: lo que hay de cierto es que la impidió el jefe holandés pasar mas adelante, obligándola á regresar á Calcuta, donde á su llegada se quejó al coronel Clive del modo con que se la trató. El coronel se apresuró á vengar el honor de su país, dando órden á tres embarcaciones indias que á la sazon habia en el puerto, de que salieran al encuentro de la escuadra holandesa para echarla á pique si oponia resistencia. Ejecutáronse estas disposiciones, y tras de algunas andanadas de una y otra parte el comandante holandés arrió el pabellon, siguiendo su ejemplo el resto de la escuadra. Así se obtuvo la victoria sin ningun considerable perjuicio. El capitan Wilson, comandante de la espedicion, tomó posesion de la escuadra enemiga, enviando los prisioneros al fuerte inglés. Casi al mismo tiempo fuéron derrotadas las tropas terrestres por el coronel Ford que habia sido enviado por Clive. Esta discordia amenazaba con una ruptura en aquella parte del mundo; pero en virtud de una negociacion entablada poco después, los holandeses tomaron el discreto partido de ceder á un poder á que eran incapaces de resistir, y se retiraron con pérdida.

Las operaciones comenzadas al mismo tiempo contra los franceses eran coronadas de un éxito todavía mas brillante. Las tropas mandadas por el coronel Coote, irlandés lleno de bravura y de prudencia, marcharon contra el general Lally decididas á empeñar un combate decisivo. Coote en su marcha tomó la ciudad de Wandewash, en seguida redujo la fortaleza de Carangoly, y llegó por fin á la vista del general francés, que de ningun modo estaba resuelto á rehusar la lucha. Los franceses aparecieron muy de madrugada á tres cuartos de milla del ejército inglés, y entonces empezó el cañoneo con furor de una y otra parte, continuando con tenacidad el estrago hasta cosa de las dos de la tarde. Entonces los franceses echaron á huir hácia su campamento, que lo abandonaron prontamente, dejando á los vencedores la brigada, la artillería y el campo de batalla.

El recobro de la ciudad de Arcate fué la consecuencia de esta victoria, y desde este momento nada quedó ya á los franceses de todas sus antiguas posesiones en las Indias mas que la ciudad de Pondichery, plaza fortificada y uno de los puntos mas bellos y considerables de aquel país. Esta ciudad, capital de las posesiones francesas en las Indias, superaba en los dias de su prosperidad á todas las demás factorías de Europa en comercio, esplendor y opulencia: todas las riquezas que todavía quedaban á los franceses después de las reiteradas pérdidas fuéron allí depositadas.

El coronel Clive después de esta conquista se preparó á humillar el orgullo de los franceses, que largo tiempo hacia disputaban á los ingleses la preeminencia en aquellas regiones. Chandernagor, establecimiento francés situado en un punto del Ganges mas elevado que Calcuta, fué forzado á someterse á las armas inglesas, siendo considerables los bienes y el dinero encontrados en la plaza; pero lo que mas sintieron los franceses fué la destruccion del primer establecimiento que tuvieron sobre el Ganges, y que hacia mucho tiempo dividia el comercio de aquella parte del continente. Así en una sola campaña dirigida por la actividad de Clive, y las operaciones de los almirantes Watson y Pocoke, hiciéronse poseedores los ingleses de un territorio superior en riquezas, en fertilidad, en estension y en poblacion á cada uno de los de Europa. Mas de dos millones de esterlinas se distribuyeron tanto á la compañía como á los que habian sobrevivido á la reclusion de Calcuta: los soldados y marinos recibieron seiscientas mil libras, que repartieron entre sí, y desde entonces tuvieron los ingleses un poderío irresistible en las Indias.

Estos triunfos alarmaron mucho al ministro francés, y parecia que hasta los holandeses concibieron alguna envidia de la preponderancia siempre creciente de Inglaterra. Con el objeto de poner á ella algun obstáculo envió el rey de Francia un refuerzo considerable á las órdenes del general Lally, irlandés, cuya esperiencia hacia concebir grandes esperanzas. Lally era uno de los soldados mas valientes del ejército francés, pero el menos á propósito para tener relaciones con una compañía de comercio, porque era altivo, orgulloso, arrebatado y le dominaba el amor al dinero. Criado desde su tierna juventud en medio de los campamentos y habituado á la vida militar, llevaba el espíritu de disciplina hasta un esceso reprensible; de suerte que aun cuando lo exigiera el servicio, se negaba á desentenderse de ella.

Los negocios de Francia bajo la direccion de este hombre fogoso ofrecieron por algun tiempo cierta perspectiva de progreso, habiéndose cojido á los ingleses su establecimiento del fuerte San David, y saqueado todo el país del rey de Tanjaor, uno de los principales aliados de estos. Entonces entró en la provincia de Arcate y se preparó á poner sitio á Madras, establecimiento principal de los ingleses en las costas de Coromandel. Durante el cerco de esta plaza importante, Lally tuvo que vencer mas dificultades que las que se habia imaginado, y al efecto se hallaba poco preparado. La artillería de la guarnicion estaba en buen estado, y fué bien dirigida contra los franceses, que obraron con la mayor timidez: ni aun el consejo de Pondichery secundó el ardor del general, el cual se esforzó en vano por guiar sus tropas á una brecha que era practicable hacia algunos dias y permaneció abierta por espacio de una quincena, sin que nadie osara aventurarse á asaltarla. Para aumentar el embarazo de su posicion hallábase mal surtido de bastimentos, no tardando en saber que la guarnicion habia recibido un refuerzo. Desconfiando del éxito resolvióse á alzar el sitio, lo que intimidó tanto sus tropas, que en todas las operaciones ulteriores se mostraron completamente desanimadas.

Interin la victoria se mantenia incierta entre las discordes potencias, parecia prepararse una ruptura de donde menos aguardaban los ingleses. Los holandeses, á pretesto de reforzar sus guarniciones de Bengala, aprestaron siete bajeles destinados á dar la vela hácia el Ganges, y hacer su fortaleza de Chinsura asaz respetable para escluir las demás naciones del comercio de salitre que allí se realizaba, y para monopolizar ellos una mercancía tan ventajosa.

Luego que fuéron sometidas las fortalezas adyacentes, el coronel Coote se presentó delante de la misma ciudad, resuelto á bloquearla por tierra, en tanto que el almirante Stevens cerraba el puerto por la parte del mar. Entonces era impracticable un sitio regular por causa de las lluvias periódicas que en aquel clima debian impedir toda operacion de esta clase. Empero ni las lluvias ni la inclemencia de la estacion fuéron capaces de resfriar el ardor de los sitiadores, quienes continuaron el asedio, acosando á la guarnicion de una manera tan ruda, que muy pronto fué reducida al último estremo. A pesar de que los soldados franceses se vieron precisados á alimentarse con perros y gatos, Lally re-

solvió mantenerse firme. En medio de tal apuro de la guarnicion la fortuna pareció querer ofrecerla alguna esperanza de salvacion, originado de un incidente que habria sido de gran importancia para ellos si hubieran sabido aprovecharse de él. Una de las tempestades terribles, tan ordinarias en aquel clima, destruyó la escuadra inglesa que bloqueaba el puerto. Lally escribió entonces las mas urgentes cartas á los franceses que residian en los establecimientos holandeses, para obtener provisiones; pero con gran disgusto suyo, lejos de ver acudir en su auxilio las chalupas francesas, no bien habian pasado cuatro dias cuando vió al almirante inglés reaparecer en el puerto, después de haber reparado las averías que acababa de sufrir. Lally sin embargo persistió impertérrito, y con una tenacidad y sangre fria llevadas hasta la crueldad contempló á sus soldados, cayendo en derredor suyo estenuados de cansancio y de necesidad. Conociendo por fin que habia una brecha en la muralla y que carecian de provisiones mas que para un dia, permitió que se hiciese la señal para que cesasen las hostilidades.

La dureza de su carácter continuaba siempre la misma: envió una carta llena de reconvenciones contra los ingleses, declarando que queria tratar con un enemigo que habia quebrantado todas las leyes del honor. La plaza fué entregada, no por él en persona, sino por algunos subalternos de la guarnicion, á quienes permitió tratar para la capitulacion. Esta conquista puso fin al poder de los franceses en las Indias, y la mayor parte del territorio y comercio de aquella vasta península desde el Indo hasta el Ganges fué incorporada al imperio británico. Los príncipes del país adoptaron por fin el partido de someterse, después de vanos esfuerzos para oponerse á la preponderancia de Inglaterra.

Mientras la fortuna favorecia á los ingleses en el hemisferio oriental, todavía eran mas brillantes sus victorias en los países occidentales. Algunos cambios ocurridos en el ministerio acarreaban al fin las ventajas, tan largo tiempo deseadas por la nacion. Los asuntos de la guerra habian sido dirigidos hasta allí por un ministerio mal sostenido por los comunes, porque el pueblo tenia poca confianza en él. Los mismos ministros carecian de ella entre sí, fiándose poco los unos de los otros; de suerte que aparecian tímidos é irresolutos, y el débil acuerdo que habia entre ellos, mas bien dimanaba de sus temores que de otra causa laudable. Toda medida nueva propuesta sin haberse recibido antes su aprobacion, ó todo miembro nuevo introducido en la administracion sin haber sido designado por ellos, provocaba su descontento, siendo consideradas semejantes innovaciones como otros tantos atentados hechos á sus respectivas funciones. En el esceso de su resentimiento abandonaron sus puestos, aunque no sin intencion de recobrarlos con lucimiento: así de dia en dia iba declinando el prestigo de la corona, en tanto que la aristocracia, sin buscar mas que su provecho y desatendiendo las reglas prescritas por el honor y el deber, ocupaba ella sola todas las avenidas del trono.

La opinion general del pueblo no podia ser mas desfavorable al ministerio, y era demasiado manifiesta para ser ignorada del soberano. Los que rodeaban el trono fuéron por fin obligados á admitir en el gobierno algunos hombres, cuya actividad pudiera por lo menos contrastar con la timidez é irresolucion de los ministros. Al frente del partido nuévamente introducido se vió al ilustre Guillermo Pitt, ya célebre por el vigor de su carácter, vigor en que la nacion habia fundado grandes esperanzas, y no se habia engañado.

Por mas que los antiguos ministros tuvieron que admitir los nuevos miembros, ninguna ley podia forzarlos á obrar de concierto con estos, no habiendo penas legales en caso de que rehusaran participar de los actos de los nuevos. En consecuencia reuniéronse y obraron de acuerdo para desconceptuar en el ánimo del rey á los nuevos colegas que en cierto modo les fuéron impuestos por el pueblo. El ministerio antiguo halagaba al soberano en su propension á sus estados germánicos, ínterin el nuevo se quejaba de todas las alianzas continentales, considerándolas como enteramente incompatibles con los intereses de la nacion. Estas dos opiniones llevadas al estremo podian arrastrar igualmente á errores; pero el rey era naturalmente propenso á adherirse á los que favorecian sus propios sentimientos, y á desechar á los que se hallaban dispuestos á mostrarle oposicion. Por esta causa Guillermo Pitt recibió de S. M. la órden de dejar su cargo, después de desempeñarlo durante algunos meses, y su colega Legge fué exonerado de su empleo de canciller del tribunal del tesoro. Semejante desgracia de Pitt solo fué de corta duracion: la nacion entera apareció pronta á alzarse en masa para tomar la defensa de un solo hombre, y se trató aunque con repugnancia de reponer á Pitt y Legge, al uno como secretario de estado, y al otro como canciller del tesoro.

Las consecuencias de los malos consejos continuaban haciéndose sentir en América. Los generales nombrados para dirigir las operaciones de la guerra se quejaban abiertamente de la timidez y de las dilaciones de los naturales, cuyo deber era unirse para su propia defensa. Los naturales por su parte se quejaban tambien del orgullo y la incapacidad de los que fuéron enviados á mandarles.

El general Shirley, comandante de las tropas desde un principio en América, habia sido llamado hacia algun tiempo y reemplazado por lord Loudon. Este regresó al poco tiempo á Inglaterra, siendo puestos tres comandantes al frente de las diferentes operaciones—Año 1758.

El general Amherst fué destinado á las que se dirigian contra la isla del cabo Breton; el general Abercombrie enviado contra Crown-Proint y Ticonderoga; y la tercera espedicion, mas al Sur todavía, se encaminó contra el fuerte Duquesne encomendado al brigadier Formes.

El cabo Breton, usurpado á los franceses durante la guerra anterior, habia sido restituido por el tratado de Aquisgran. Los ingleses no aguardaron á estar en posesion de esta isla para conocer su posicion ventajosa y la facilidad que la favorable situacion de su puerto daba á los franceses para perjudicar impunemente al comercio británico; y como dicho puerto era tambien conveniente para el buen éxito de la pesca, ramo de comercio de la mayor importancia para esta nacion, era una conquista suspirada por los ingleses, los cuales trataban cor ardor de arrancarla otra vez de manos de los franceses. La fortaleza de Luisburgo que le protegia se hallaba fortificada con todos los recursos del arte, y todavía mejor defendida por su situacion natural: además la guarnicion era numerosa, el comandante vigilante, y se habian tomado todas las precauciones para impedir un desembarco. Como la descripcion de las operaciones de este sitio podria ser molesta, baste decir que los ingleses patentizaron su valor venciendo todos los obstáculos: desvaneciéronse su primera timidez é irresolucion, reaparecieron su confianza y su valor natural, y al poco tiempo se rindió la plaza por capitulacion.

La espedicion al fuerte Duquesne tuvo el mismo éxito; mas la de Crown-Point le tuvo tan malo como antes. Esta era la segunda tentativa que realizaban los ingleses para penetrar en desiertos hórribles que defendian las posesiones francesas en aquella parte del mundo. Braddock habia perecido en la primera espedicion, víctima de su intrepidez; mas ahora la escesiva prudencia vino á ser funesta á la gloria de su sucesor. Abercrombie tardó demasiado en dirigirse al teatro de las operaciones, lo cual permitió al enemigo prepararse para hacerle un severo recibimiento.

Al aproximarse á Ticonderoga encontró al ejército francés atrincherado en una hondonada al pié del fuerte,

defendida además por árboles cortados cuyas ramas estaban hácia afuera. Los ingleses se esforzaron por vencer tales dificultades; pero como el enemigo se hallaba á cubierto, tuvo tiempo para disparar sin peligro, é hizo en los acometedores una carnicería horrible, obligando al general á ordenar la retirada después de un tenaz ataque. Empero todavía eran superiores las fuerzas inglesas, y se cree que después de haber llegado la artillería hubiera podido ser mas satisfactorio el éxito de la batalla; pero teniendo presente el general el descalabro anterior temia otro si permanecia por mas tiempo en las inmediaciones de un enemigo triunfante; así es que hizo retirar sus tropas tornando al campo de Lago-Jorge.



Abercrombie.

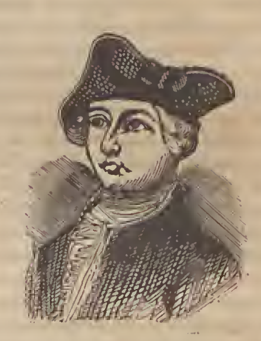
Pero á pesar de los reveses de las armas inglesas la victoria se declaró por fin á su favor en esta campaña. La toma del fuerte Duquesne puso sus colonias al abrigo del temor de las escursiones indias, y al mismo tiempo interrumpió las negociaciones que habia por medio de una cadena de fuertes, de que los franceses habian rodeado los establecimientos ingleses de América. Esta conquista por lo tanto prometia una campaña afortunada para el año siguiente, habiéndose tomado para asegurar el éxito medidas rigorosas—Año 1759.

Convencido en este año el ministerio de que una sola tentativa en país tan estenso nunca podria llegar á reducir al enemigo, determinó atacarle á la vez en todas las partes de su imperio. Al efecto hiciéronse preparativos, emprendiéndose simultáneamente tres espediciones contra tres diferentes puntos de la América Septentrional. El general Amherst, comandante de un cuerpo de doce mil hombres, fué destinado á atacar á Crown-Point que hasta entonces habia sido un constante motivo de reconvencion y descontento para el ejército inglés. El general Wolfe fué enviado al lado opuesto, á fin de entrar en el rio San Lorenzo y emprender el asedio de Quevec, capital de las posesiones francesas en América, y el general Prideaux y sir Guillermo Johnson se encaminaron á atacar un fuerte francés cerca de las cataratas del Niágara.

La última espedicion fué la primera que triunfó. Niágara era una plaza fuerte de la mayor importancia, y servia para todas las comunicaciones entre los establecimientos franceses del Norte y del Occidente. El sitio comenzado con decision prometia un resultado fácil; pero el general Prideaux fué muerto por la esplosion de un mortero al visitar las trincheras. Entonces recayó el mando en el general Johnson, que juntaba á un gran valor la ventaja personal de ser amado de los soldados, y nada omitió para continuar las hábiles operaciones de su predecesor. Penetradas las tropas francesas de la importancia de aquella fortaleza, hicieron una tentativa para socorrerla; pero Johnson las atacó con tanta intrepidez y fortuna, que el ejército fué puesto en derrota en menos de una hora. Sabedora la guarnicion del éxito del combate, y previniendo su destino, no vaciló ya en rendirse. Los hechos del general Amerst fuéron menos brillantes, aunque no menos ventajosos para la nacion inglesa: al llegar de su destino encontró abandonados y destruidos los dos fuertes de Drown Poin y Ticonderoga.

Ya nada mas restaba que un golpe decisivo para poner á Inglaterra en posesion de toda la América Septentrional, y era la toma de Quebec, capital del Canadá, ciudad bien edificada, populosa y floreciente. El almirante Saunders fué designado para marchar á la cabeza de la parte naval de la espedicion; el mando de las tropas terrestres se confió al general Wolfe, jóven guerrero á quien solo su mérito habia elevado al primer rango del ejército, é inspiraba á la nacion grandes esperanzas: para la edad de treinta años ya se habia distinguido en muchos casos, particularmente en el sitio de Luisburgo, cuyo buen éxito se le debió en parte.

Hasta entonces la guerra fué seguida en aquella parte del globo con una crueldad estremada, usando todos de represalias para perpetrar continuas matanzas, sin que hubiera podido saberse quién las comenzó primero. Sin embargo, el general Wolfe no quiso seguir el ejemplo que sobre ello se le habia dado hasta por algunos oficiales que mandaban con él, y continuó la guerra sin salir de los justos límites que impone la humanidad.



El general Wolfe.

Como nuestro objeto no es entrar en un detalle minucioso del cerco de aquella ciudad, porque esto no ofreceria interés mas que para algunas personas, baste decir que al considerar la situacion de la misma ciudad sobre la orilla de un caudaloso rio, así como las fortificaciones que la defendian, la fuerza natural del país, el gran número de buques y de baterías flotantes de que el enemigo estaba provisto para la defensa del rio, y las tropas de salvajes que andaban continuamente en derredor del ejército inglés, se veian tantos obstáculos y peligros reunidos, que podia resultar de todo el desaliento y embarazar á los mas resueltos caudillos. El mismo general pareció penetrar la dificultad de la empresa, porque escribió al ministerio una carta en que esponia los riesgos que se ofrecian. «Yo sé (escribia) que los intereses de la Gran-Bretaña »exigen las medidas mas prontas y vigorosas; pero no »se vislumbra mas que una débil esperanza de triunfo »al valor de un puñado de bravos, y las dificultades son »tan numerosas que ignoro cómo determinarme á com»batirlas.» La única perspectiva de triunfar era el aprovecharse de la noche para hacer desembarcar al pié de la ciudad un cuerpo de tropas que debia costear el rio y tomar posesion del terreno situado tras de la ciudad. Esta tentativa sin embargo ofrecia muy poca esperanza: la corriente era rápida, la orilla escarpada y guarnecida al otro lado de centinelas, el punto del desembarco tan angosto que podia equivocarse con facilidad en medio de la oscuridad, y las alturas del terreno tan pendientes, que aun de dia era difícil trepar por ellas. Empero el general con su hábil conducta y

con la bravura de sus soldados logró superar todos los obstáculos. El coronel Houve subió por los precipicios cubiertos de maleza al frente de la infantería ligera y de los montañeses con un valor é intrepidez admirables, arrollando una corta avanzada que defendia un paso estrecho en la márgen del rio. Ganadas por los ingleses algunas de las alturas, á medida que llegaban formaban en batalla. No bien se informó M. de Montcalm, comandante del ejército francés, que los ingleses se habian apoderado de las alturas que él creia inaccesibles, cuando se resolvió á aventurar un combate, no tardando en comenzar una lucha terrible, la cual fué una de las mas sangrientas de aquella guerra. El general francés fué muerto, é igual suerte tuvo el que le reemplazó. Como el general Wolfe se hallaba en la derecha, donde el atáque era mas vigoroso, estaba en la línea á cuerpo descubierto, y apuntándole un tirador enemigo, fué herido en la muñeca, lo cual sin embargo no le obligó á abandonar el campo de batalla. Envolvió su mano en un pañuelo; y continuando en dar órdenes sin manifestar la menor alteracion, avanzaba á la cabeza de los granaderos á la bayoneta, cuando otra bala mas funesta le atravesó el pecho incapacitándole para resistir mas tiempo. Apoyóse luchando con la muerte y casi espirante en el hombro de un soldado que estaba al lado: en aquel instante oyó una voz que gritaba: «Huyen.» A tales palabras parece que resucita y pregunta quién huye, y se le responde que los franceses. Una fuga tan pronta pareció asombrarle: se esfuerza por espresarlo; mas de repente le faltan las fuerzas y cae sobre el seno del soldado que le sostenia, diciendo estas postreras palabras: «Muero contento.» La pérdida de este guerrero fué acaso mas funesta para los ingleses que ventajosa la conquista del Canadá, y lo mismo puede decirse de esta muerte que de otras muchas: el mérito de un hombre no es apreciado ordinariamente por sus semejantes sino en el momento terrible en que le pierde la humanidad.

La consecuencia de esta victoria fué la rendicion de Quebec. Los franceses hicieron esfuerzos en la siguiente estacion para recuperar esta ciudad; pero la decision del gobernador Murray y la aproximacion de una escuadra inglesa á las órdenes de lord Colvilles, les precisaron á abandonar semejante empresa. Poco después fué sometida toda la provincia por la prudencia y actividad del general Amherst, que obligó al ejército francés á capitular, hallándose anejo aquel territorio desde entonces al imperio británico. Por el mismo tiempo se agregó á estas conquistas la reduccion de la isla de Guadalupe por el comodoro Moore y el general Hopson. Esta adquisicion era sin duda de gran importancia, pero fué restituida en la paz siguiente.

Tales progresos, tanto en las Indias como en América, fuéron obtenidos sin esfuerzos muy dispendiosos, al paso que los practicados en Europa por los ingleses, así como las operaciones de su gran aliado el rey de Prusia, fuéron sorprendentes, sin que ninguna ventaja señalada hubiera resultado de ellos. Una guerra defensiva en Alemania era todo lo que se podia aguardar, y el rey de Prusia la sostuvo con una intrepidez sin ejemplo contra todas las potencias reunidas del continente.

Hemos dejado á los franceses é imperiales logrando victorias reiteradas y recojiendo los frutos de una campaña ventajosa; y como si el verano no hubiera sido harto largo para los horrores de la guerra, determinaron prolongarla durante los rigores del invierno, poniendo sitio en esta estacion á Leipsick. La toma de esta ciudad no podia menos de ser funesta para el rey, si por una de aquellas marchas atrevidas que le hacian notable no se hubiera presentado inopinadamente delante de la misma ciudad con su ejército. Era tal el prestigio de sus armas, que aunque vencido en apariencia, los franceses levantaron el cerco y se retiraron, no obstante la superioridad de su número; y entonces, decidiéndose aquel monarca á seguirlos, logró alcanzarlos en el pueblo de Rosbach, donde obtuvo una victoria tan completa, que únicamente la noche pudo salvar al ejército de una destruccion total.

Los austriacos en el ínterin hacíanse victoriosos en otra parte del imperio, cojiendo prisionero al príncipe de Bevern, generalísimo del rey de Prusia. Este, sin embargo de que acababa de sostener una batalla, no vaciló en medio del invierno en emprender de nuevo una marcha intrépida de doscientas millas, llegando á tropezar con el ejército austriaco cerca de Breslau: allí dispuso sus fuerzas con la celeridad y cálculo de costumbre, valiéndole esto otra victoria, y nada menos que quince mil prisioneros, y rindiéndose en seguida Breslau y una guarnicion de diez mil hombres. Estos sucesos desanimaron al enemigo y dieron á sus desgraciados aliados los hanoverianos nueva esperanza de llegar á espulsar á los franceses de su territorio.

Al poco tiempo de la capitulacion de Closter-Seven entre el duque de Cumberland y el de Richelieu, empezaron las dos naciones á quejarse de que el tratado no era observado estrictamente: los hanoverianos reclamaron fuertemente contra la rapacidad del general francés y la brutalidad de sus soldados: los franceses rechazaron la imputacion, acusándoles á su vez de insolentes y rebeldes; y confiando en su superioridad resolvieron precisarlos á cumplir severamente las condiciones que les pluguiera imponer. Los tratados entre naciones rara vez se observan mas que mientras lo exige el interés ó el temor: cada potencia se esfuerza por sacar partido diestramente de todas las circunstancias, y la fé de los convenios nunca es mas que una palabra vacía de sentido. Los hanoverianos no necesitaban mas que de un pretesto para tomar las armas y de un general para que los mandase. No tardaron en presentarse uno y otro: la opresion causada por los recaudadores de los impuestos nombrados por los franceses se hacia tan irritante, que el ejército juró nuevamente vengar los derechos de la libertad, poniéndose á su frente en persona el príncipe de Brunswich, Fernando.

Nada podia haber mas favorable para los intereses del rey de Prusia que aquella insurreccion repentina de las fuerzas hanoverianas. Desde luego principió á defenderse contra el enemigo con circunstancias mas regulares, haciendo frente á este en todas partes, y siendo temido siempre, ora venciera, como por lo comun sucedia, ó que fuera vencido, como aconteció alguna vez. Jamás hubo quien llevara el arte de la guerra á tan alto punto como Federico, aunque tambien es preciso confesar que nunca se hicieron sentir tan cruelmente los horrores de ella. Entonces vió Europa con asombro las campañas que habia en medio del invierno, y cómo se despedazaban los hombres en sangrientas batallas, sin resultar otra ventaja que el frívolo esplendor de las victorias. Después de los tiempos heróicos jamás se habia contemplado tan gran número de hombres diezmados por la guerra, tantas ciudades tomadas, tantos comba-



Federico II, rey de Prusia.

tes, tantas estratagemas puestas en práctica y tanto valor como se desplegó. Los ejércitos, segun la disciplina germánica, se asemejaban á una gran máquina dirigida por un solo jefe, bastando una sola voluntad para comunicarla el movimiento. De la descripcion de estas campañas podrán los generales tomar lecciones de devastacion y estudiar el arte de colmar el catálogo de las calamidades humanas.

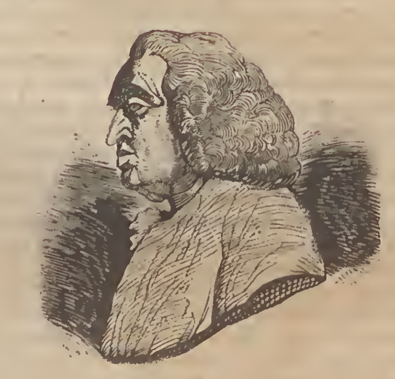
Inglaterra fué estraña por fortuna á los males que durante este período oprimian el resto de Europa: sin embargo, su ardor natural y amor á la gloria militar la estimulaban á participar de aquellos mismos peligros de que solo era simple espectadora: tal deseo de tomar parte en una guerra continental no era menos agradable al rey de Inglaterra por el amor que profesaba á sus compatriotas, como por la necesidad que sentia de vengarse de los que habian llevado la guerra y el pillaje á su patria. En consecuencia, apenas se supo que el príncipe Fernando se habia puesto al frente del ejército hanoveriano, S. M. británica hizo observar en un discurso dirigido á su parlamen'o, que toda vez que los últimos hechos de su aliado en Alemania habian dado un aspecto venturoso á sus negocios, era necesario pensar en mejorarlos todo lo posible. Semejantes sentimientos fuéron aprobados por los comunes, quienes contribuyeron á aquellos deseos, otorgando con liberalidad subsidios, tanto para el servicio del rey de Prusia, cuanto para poner al ejército hanoveriano en estado de obrar vigorosamente al lado de este monarca.



Thomson (1).

Para agradar pues á Alemania, la nacion inglesa comenzó por enviarla dinero, y luego pensó en mandarla un refuerzo de hombres. Pitt, que ya habia ganado su popularidad y preponderancia, al paso que antes se opuso á tales medidas, era ahora el primero en aprobarlas, promoviéndolas con mas calor que ninguno de sus predecesores. La esperanza de hacer terminar pronto las hostilidades por medios vigorosos, las personas con quienes tenia que estar en relaciones á fin de cooperar al bien del estado, y acaso el placer que esperimentaba en agradar al rey, conspiraban á estimularle fuertemente á abogar por una guerra continental. En esta época, sin embargo, no hizo mas que responder á la inclinacion general del pueblo, el cual, entusiasmado por los nobles esfuerzos del rey de Prusia, único aliado de Inglaterra, de ningun modo se hallaba dispuesto á verle sacrificado á la ambicion reunida de sus enemigos.

A fin de satisfacer el deseo general de auxiliar al rey de Prusia, fué enviado el duque de Marlborough al frente de un corto cuerpo de tropas británicas á incorporarse en Alemania al príncipe Fernando, cuya actividad contra los franceses empezaba á ser coronada de triunfos. El ejército aliado obtuvo al pronto algunas ligeras ventajas en Crovell, y falleciendo en pos de ellas el duque de Marlborough, recayó el mando en lord Jorge Sackville, que á la sazon era el favorito de las tropas inglesas. Empero entre él y el comandante general originóse una discordia que bien pronto se descubrió en la batalla de Minder, dada al poco tiempo. No es bien conocida la causa de la recíproca aversion de estos dos jefes: presúmese que desagradaban la gran capacidad y el espíritu curioso del general inglés al que le era superior en mando, y que aquel trataba de acopiar fondos pecuniarios que este no estaba pronto á permitir. Poco importa que sea ó no sea así. Habiendo avanzado entrambos ejércitos hasta las inmediaciones de la ciudad de Minden, los franceses principiaron con vigor el ataque, empeñándose la infantería en un combate general. Lord Jorge se hallaba al frente de la caballería inglesa y hanoveriana á alguna distancia, sobre la derecha de la infantería, de la que le separaba un bosquecito que habia al estremo de la llanura. Habiendo retrocedido la infantería francesa, el príncipe juzgó oportuno tal momento para que cargara la caballería al enemigo, y envió á lord Jorge la órden de avanzar con ella; mas ora porque aquella disposicion fuera mal comprendida, ora porque hubiera alguna contradiccion, fué mal ejecutada. El resultado es, que habiendo sido llamado dicho lord, fué juzgado por un tribunal militar y declarado culpable é incapaz para desempeñar en lo sucesivo ningun mando militar. El enemigo no obstante fué rechazado de todas partes con pérdida considerable, y perseguido hasta las murallas de Minden. Esta victoria fué brillante sin duda, pero lo único que se recojió fuéron los laureles.



Jhonson (1).

Después de estas conquistas, que fuéron celebradas con magnificencia en Inglaterra, se creyó que un aumento de tropas británicas bastaria para terminar la guerra á favor de los aliados, con cuyo objeto se les en-

(1) La proteccion que se habia concedido á la literatura durante la vida de la reina Ana se retiró completamente en los reinados de sus sucesores. Pope y Swift continuaban todavía patrocinados por sus antiguos amigos; pero su relevante mérito era despreciado. Federico, príncipe de Wales, durante su breve carrera se constituyó en generoso protector de las letras; pero después de su muerte desapareció aquella especie de animacion que habia querido prestarlas. El ministerio hizo increibles bajezas para quitar á Thomson la miserable pension que le habia concedido Federico; y después de muchos disgustos pudo obtener un empleo de corto sueldo por mediacion de lord Lyttleton; mas no siendo lo suficiente para atender á sus necesidades, murió lleno de deudas y habiendo sufrido grandes penalidades.

(1) Samuel Jhonson, uno de los grandes literatos del siglo XVIII, era hijo de un librero; nació en 1700 en Litcfield, y completó su educacion en el colegio de Pembroke, en Oxford. En 1738 publicó su *Londres*, sátira que formó su reputacion poética. La *Vida de Savaje* apareció en 1744. Desde 1747 á 1755 se ocupó en su celebrado *Diccionario inglés*. Sucesivamente publicó *La vanidad de los deseos mundanos*, *El Vagamundo*, y la tragedia de *Irene*. Todos estos trabajos le proporcionaron fama y utilidad. Publicó además de esto varios folletos políticos; una edicion de Shakspeare, un periódico para Escocia, y las vidas de los poetas. Murió el 13 de diciembre de 1784.

vió un refuerzo, ascendiendo entonces el ejército inglés que habia en Alemania á mas de treinta mil hombres. Toda la nacion estaba animada de la esperanza de una pronta conquista; mas no tardó en desvanecerse aquella, cuando se vió que alternaban las victorias y las derrotas. Batidos los aliados en Corbarch, vengaron su honor en Exford: á una victoria alcanzada en Warbug no tardó en seguir otra en Ziezemberg; mas en seguida sobrevino un descalabro en Campen, y después se retiraron á sus cuarteles de invierno. No inclinándose la victoria definitivamente ni á unos ni á otros, pudiera decirse que ambos partidos habian convenido entre sí en perder mucho y ganar poco, porque ninguna ventaja positiva resultó de todos aquellos triunfos.

Por fin principiaron los ingleses á abrir los ojos acerca de sus propios intereses, conociendo que sostenian una guerra desigual y que se cargaban de impuestos por unas conquistas que no podrian conservar ni gozar.

Es preciso confesar que en esta época eran sorprendentes en todas las partes del globo los esfuerzos de los ingleses, y que sus gastos para las operaciones de la guerra eran superiores á todos los que las demás naciones habian hecho anteriormente. Inglaterra suministraba un subsidio al rey de Prusia; un cuerpo considerable de tropas inglesas mandaba en la vasta península de la India; otro ejército de veinte mil hombres protegia las conquistas de la América Septentrional; treinta mil hombres habia empleados en Alemania, y otros muchos cuerpos se hallaban en las guarniciones de las diferentes partes del mundo. Y todo esto era nada en comparacion de la fuerza que los ingleses tenian en el mar, y que dominaba donde quiera, haciendo totalmente nula la preponderancia de los franceses sobre este elemento. El valor y la habilidad de los almirantes ingleses superaban todo lo que se habia visto en la historia: ni la superioridad de fuerzas, ni el temor del peligro y tempestades podian intimidarlos. El almirante Hawke que combatia en la bahía de Quiberon, en la costa de Bretaña, contra un número de buques franceses igual al suyo, alcanzó una completa victoria. El choque tuvo lugar en medio de una tempestad y de noche, y lo que todavía es mas temible para un marino, cerca de una costa llena de rocas.



El almirante Hawke.

Tal es el aspecto glorioso que en esta época presentaba la Gran Bretaña en todo el universo; pero al paso que sus esfuerzos, siempre dirigidos al bien de la nacion, obtenian los mas prósperos resultados, un acontecimiento fatal vino á oscurecer por algun tiempo el brillo de sus victorias.

El rey, á pesar de que no se habia quejado de quebranto alguno en la salud, fué encontrado sin conocimiento en su habitacion el 25 de octubre. Habíase levantado á su hora habitual y anunciado á los que le rodeaban, que ya que el tiempo estaba hermoso, iria á dar un paseo en los jardines de Kensington, donde á la sazon residia. Hallándose solo después que regresó, cayó al suelo y al ruido acudieron sus sirvientes, quienes le metieron inmediatamente en la cama, donde manifestó con voz débil el deseo de ver en seguida á la princesa Amalia. Fuéron á buscarla; pero antes de llegar espiró el rey, sin que nada hubiera valido la sangría que se le hizo. Abierto el cadáver, se descubrió que se habia roto el ventrículo derecho del corazon, y que habia ocurrido el derrame de una gran cantidad de sangre por la abertura.



Hogarth (1).

Jorge II cuando falleció era de setenta y siete años de edad—Año de 1760, 25 de octubre.—Reinabá hacia treinta y cuatro años, y fué arrebatado del mundo en medio de sus victorias, siendo llorado por la mayoría de sus súbditos.

Ningun monarca inglés ha terminado su vida de una manera mas dulce y en medio de circunstancias mas afortunadas: comenzaba á manifestarse el entusiasmo por las conquistas, y una justicia severa presidia por fin á la administracion de los negocios; bien que los bandos que habian nacido en este largo reinado y todavía no habian llegado al apogeo de su fuerza, amenazaban al sucesor de Jorge II con la mayor violencia. Ninguna cualidad notable adornaba á este príncipe: en todo el tiempo que pudo gobernar y socorrer sus estados de Alemania, confió el cuidado de la Gran Bretaña á sus ministros. Como nosotros estamos demasiado cercanos á él para ser jueces imparciales de su mérito ó de sus faltas, presentaremos su carácter segun el juicio de dos escritores de opiniones opuestas.



Sterne (2).

«Por cualquier lado que consideremos el carácter »de este príncipe, dice el panegirista de Jorge II, en»contrarémos motivos de elogio no sospechoso. Ningu»no de sus predecesores llegó á una edad tan avanzada,

(1) Jorge Hogarth, escelente escritor de costumbres, nació en Londres en 1698. Sus obras mas notables son *El Hudibras*, las *Aventuras de un calavera*, *El matrimonio á la moda*, etc. Murió en 1762 y sus escritos se han publicado diferentes veces.

(2) Lorenzo Sterne, notable escritor de ideas verdaderamente originales, nació en 1713 en Irlanda. En 1759 publicó su celebrado *Tristram Shandy*, y en 1768 el *Viaje sentimental*, con el que adquirió una reputacion universal. Murió en 1768.

»ni logró una felicidad tan larga. El comercio y las artes »florecieron en su reinado, y su economía fué para la na»cion un ejemplo sabio que no fué imitado. Era pronto »y violento; pero jamás influyeron en su conducta estas »faltas; de suerte que no se guiara siempre por la razon: »era sincero y recto en sus intenciones, veraz en sus »palabras, constante en su favor y proteccion para con »sus servidores y amigos, no separándose ni aun de sus »ministros sino cuando era precisado por la violencia »de las facciones; en fin, en todo el curso de su vida »mostró vivir mas bien para cultivar las virtudes útiles »que las brillantes, y satisfecho con ser bueno, dejó para »los demás un esplendor que jamás envidió.»

Tal es el retrato de Jorge hecho por sus amigos; pero otros le presentan bajo un aspecto bien diferente.

«En cuanto á la estension de su capacidad y al es»plendor de sus virtudes, dice otro escritor, preferiría»mos tener que alabarle á haber de emprender la tarea »de decir la verdad. Su carácter público fué notable »por una predileccion estrema á su nacion, prédileccion »á que sacrificó todas las demás consideraciones. No »solo carecia de instruccion, sino que hasta la menos»preciaba en los otros; y aunque el genio hubiera po»dido tomar gran vuelo en su reinado, nada contribuyó »ni con su influencia ni con su ejemplo. Su economía »rayaba en avaricia, y no atesoraba para sus súbditos »sino para sí mismo. No se distinguió por alguna gran »virtud, y se dió á conocer por varios vicios de los mas »bajos.»

¿Cuál de estos dos caractéres es el verdadero? ¿Serán ambos verdaderos en parte? No pretendo decidir la cuestion. Si los partidarios de este príncipe fuéron numerosos, sus enemigos lo fuéron igualmente: yo dejo á la posteridad el cuidado de fallar acerca de él.

CAPITULO LVII.

JORGE III.

(Desde el año 1760 hasta el de 1763.)

A la muerte de Jorge II fué ocupado el trono por su nieto, heredero del mismo nombre, é hijo mayor del príncipe de Galles Federico Luis, y de la princesa de Sajonia-Gotha. El nuevo monarca, á la sazon de edad de veintitres años, estaba dotado de una fisonomía franca y agradable, y parecia regularse en su conducta por los sentimientos de la religion, de la moral y de la virtud. Por mas que pudiera presumirse por el limitado método de su educacion que no estaria muy versado en la política, ni bastante enterado de la verdadera naturaleza de la constitucion inglesa, sin embargo fué recibido con aclamaciones por sus súbditos, desvaneciéndose muy pronto, en medio de los trasportes de la alegría universal, el pesar general producido por la pérdida de Jorge II.



Jorge III.

Los torys, abatidos hacia mucho tiempo, esperimentaron en esta ocasion una satisfaccion mas viva que sus adversarios políticos, porque sabian aquellos que el jóven soberano era ardientemente adicto al conde de Bute, cuyos principios coincidian en todo con sus sentimientos, y aguardaban en secreto que colocado muy pronto este magnate al frente de la administracion, los levantaria del desaliento y humillacion en que habian caido. Mas no sucedió como pensaban, porque lord Bute, por temor de que un cambio precipitado provocaria el descontento, resolvió esperar á que el pueblo se cansara de los impuestos enormes que le hacia soportar la duracion de la guerra, y á que así se resfriara en cuanto á las victorias y conquistas.

Entrambos partidos evitaron toda polémica en la primera legislatura parlamentaria de este reinado. El rey habia lisonjeado la vanidad nacional dirigiendo á las cámaras un discurso, en que después de estenderse sobre la union y armonía que debian reinar entre sus súbditos, se glorió del nombre de Breton. Este acertado discurso, que entusiasmó al parlamento y á la nacion, acalló por un momento toda animosidad; mas el espíritu del siglo y el encono secreto de las facciones podian hacer presagiar que tal calma seria pasajera, y que no tardaria en seguirla la borrasca—Año 1761.



Jorge III.

El hecho mas notable de aquella legislatura fué el relativo á los doce jueces, cuyas funciones no podian estenderse mas allá de la vida del soberano. Para asegurar su independencia y estimular su equidad é imparcialidad, decidióse que conservaran sus cargos, aun después de la muerte del monarca, con los mismos sueldos. Esta disposicion, tan juiciosa como liberal, era un acto espontáneo del rey y fué aprobado en general, haciéndole acreedor á los elogios de la nacion.

Luego que otorgaron los comunes los considerables subsidios que se habian pedido, así como una pension á favor del honorable orador Onslow, se terminó la legislatura y fué disuelto el parlamento.

El pueblo, á pesar de la prudencia de dicha legislatura, murmuraba de la influencia que suponia en el conde de Bute, contra quien se levantó un violento rumor en la clase baja por causa de un nuevo impuesto sobre la cebada para cerveza, habiendo ocurrido en Exham un motin ocasionado por la milicia, en el cual perdieron muchos la vida. El rey, sin reflexionar nada acerca de la poca popularidad del conde, consintió por consejo de este en quitar á M. Legge el cargo de canciller del tribunal del tesoro, y en nombrar al hábil pero voluble Carlos Townshend para el puesto de secretario de la guerra. Solo á fuerza de intrigas fué como el conde de Holderness se determinó á resignar en favor de lord Bute su empleo de secretario de estado del departamento del Norte.

Todos estos cambios estaban lejos de agradar á M. Pitt; mas como los asuntos de la guerra continuaban bajo la direccion de aquel célebre ministro, su descontento no llegó hasta el punto de hacerle abandonar su empleo.



Lord Bute.

En esta época no eran de gran importancia las operaciones militares. Los aliados se vieron precisados á levantar el sitio de Cassel, siendo mas afortunados en un choque ocurrido cerca de Lippe. Los franceses atacaron al marqués de Gramby en Kirch Denkern; mas fuéron rechazados por el valor de los ingleses y alemanes, obteniendo al dia siguiente el príncipe Fernando de Brunswick una completa victoria, á pesar del número superior del enemigo. Como el rey de Prusia no quiso aventurar una batalla, preservó á su cuerpo de ejército de las acometidas del enemigo; pero perdió dos de sus ciudades mas importantes.

Un desembarco en las costas de Francia puso en alarma á los franceses hácia la primavera. Una escuadra, capitaneada por Kepel y un ejército mandado por Hogdson, se acercaron á la costa de Bretaña y amenazaron á Bella Isla. Mas esta conquista no fué tan fácil como se habia creido: la ciudad principal se defendió con valor, y la ciudadela sostuvo largo tiempo los repetidos ataques del enemigo, hasta que por fin capitularon los franceses, siendo una roca estéril el único fruto de tal espedicion.

Con menos dificultad fué reducida la mucho mas importante isla de la Dominica en las Indias Occidentales, donde desembarcó lord Rollo con un corto ejército, y atacando á viva fuerza las trincheras que habia junto á Roseau, forzó á las colonias á someterse á su soberano.

Segun se ha visto en el anterior reinado, con la conquista de Pondichery casi habia quedado totalmente destruido el poder de los franceses en las Indias. Al poco tiempo fué tomada Mahia por los ingleses, que siguieron refrenando el poderío de los franceses, contribuyendo á la derrota del Mogol. Habiendo invadido este príncipe la Bengala, incorporóse el mayor Carnac á Cossiun, elevado por la compañía de Indias al trono de que Jaffier-Ali-Khan habia sido despojado, y ambos apoyados por el nuevo nabab, nombrado virey del Mogol, derrotaron á Sha-Zaddah.

Francia habia sufrido tan cruelmente los efectos de la guerra, que la nacion entera deseaba con ardor la paz, y hasta la misma corte estaba impaciente por ver la terminacion de las hostilidades. Luis por lo tanto significó á sus aliados que seria de muy alta importancia una negociacion, y se acordó abrir un congreso en Ausburgo; y como fuéron bien acojidas las indicaciones hechas por el mismo monarca á la corte británica, Stanley fué enviado á Versalles para formar el tratado, mientras que Bussy obraba como negociador en Westminster.

Mas no tardó en aparecer la falta de sinceridad del monarca francés, cuyo objeto principal era arrastrar á Carlos III, nuevo rey de España, á romper su neutralidad, demostrándole la necesidad de reprimir la preponderancia británica en América, á fin de que no corrieran peligro las colonias españolas. Con este designio hizo Bussy proposiciones favorables á la Gran Bretaña, á fin de que alarmándose S. M. C. se esforzara por impedir la conclusion de la paz, y al mismo tiempo entregó una memoria que sugeria el medio de arreglar diferentes puntos debatidos entre la Gran Bretaña y España. Una tentativa tan insidiosa para implicar el interés de una potencia neutra en la discusion, provocó la indignacion de Pitt, y una proposicion posterior hecha por el embajador francés contra los derechos del rey de Prusia, dió márgen á vivas amonestaciones de parte del secretario inglés. A fuerza de declamar contra el temple intratable del ministro británico y el espíritu altivo de aquella corte, Luis triunfó por fin por medio de intrigas para convencer de la necesidad de una estrecha union en crisis tan alarmante, determinando al rey de España á entrar en una alianza. Firmóse secretamente un tratado por los plenipotenciarios de Francia y España, y como tenia por objeto reunir los intereses de los príncipes de la casa de Borbon, recibió el título de «Pacto de familia.»—A. 1761, 15 de agosto.

Antes de la formacion de este tratado, Pitt habia dado instrucciones al conde de Bristol para quejarse al gabinete de Madrid de la conducta inescusable del negociador francés, y lograr de aquella corte la desaprobacion de todo lo que era relativo á la memoria ofensiva. El ministro español Valle negó que hubiera en ella ninguna mala intencion de parte de Francia, y sostuvo que su intervencion era mas bien favorable que nociva á la celebracion de la paz. Bussy y Stanley continuaron por algun tiempo su tratado; mas luego que Pitt se proporcionó algunos indicios oscuros y estraños á la verdad, aconsejó al rey que rompiera la negociacion.

Convencido de las miras hostiles de España, propuso que se previniera el ataque proyectado por esta potencia, dirigiéndose inmediatamente contra la escuadra española que regresaba. Al oir tan atrevido plan llenóse de asombro el consejo, cuya mayoría votó contra una medida que declaró temeraria, contraria á la justicia é incompatible con el honor y la dignidad nacional. Disgustado de esta falta de valor, el secretario declaró con altanería: «que él no queria ser por mas »tiempo responsable de medidas que no se le permitian »dirigir.» El 5 de octubre entregó pues los sellos y aceptó una pension.

El rey no se disgustó de la retirada voluntaria de un ministro á quien nunca habia encontrado ni tan conciliador ni tan adulador como él queria, y cuyo prestigio le daba cuidado.

Interin esta retirada importante preocupaba al pueblo, S. M., que hacia poco habia satisfecho los votos de sus súbditos casándose con la hermana del duque de Mecklemburgo Strelitz, y que habia sido coronado en seguida con toda la pompa y magnificencia de costumbre, se preparaba á reunir el nuevo palamento. En el discurso que dirigió á las cámaras, después de lamentarse de la necesidad de romper la negociacion y de prometer los mas vigorosos esfuerzos, pidió subsidios considerables, añadiendo que la armonía, el vigor y la prontitud nunca habian sido mas útiles para la seguridad, el honor y el verdadero interés de la Gran Bretaña.

No juzgando oportuno el gabinete apresurar un rompimiento con España, permitió al conde de Bristol permanecer en Madrid, donde se le entretuvo con promesas poco sinceras de neutralidad; pero cuando los franceses comenzaron á hablar abiertamente de la nueva alianza y de la cooperacion aguardada de los españoles, el conde de Bute, jefe actual de la falange ministerial, cesó de recomendar una blandura pasiva: encargó al embajador que pidiera una comunicacion inmediata del pacto de familia, y que siéndole negada insistiera hasta lograr un conocimiento implícito de las intenciones

de S. M. C. Como ninguna satisfaccion fué otorgada, el rey de la Gran Bretaña declaró la guerra á España—Año 1762, 4 de enero.

Entrambas cámaras accedieron al instante á sostener al rey en esta nueva guerra, y los comunes votaron un millon para ponerle en estado de socorrer á los portugueses, amenazados por España de una invasion, porque habian rehusado reunirse con la casa de Borbon contra la Gran Bretaña.

Esta legislatura fué menos tranquila que la precedente; pero tenemos pocas noticias sobre los debates que la siguieron. Antes de su clausura resignó su empleo el duque de Newcastle, disgustado del ascendiente del conde de Bute, y descontento de que se hubiera interrumpido la prestacion al rey de Prusia del subsidio que le estaba otorgado. Satisfecho el conde con la retirada del anciano ministro, aceptó la plaza de primer empleado del tesoro. El duque apenas habia cesado de ser funcionario desde 1717, por mas que ni su capacidad ni sus cualidades le hicieran en realidad apto para llenar el puesto eminente á que fué elevado. Era considerado como el jefe del partido Wigh y de la liga aristocrática que el conde deseaba debilitar y disolver, porque hacia mucho tiempo que ella atentaba contra la libertad del soberano.

Hácia este tiempo es cuando se esparció la historia de la aparicion de Coklane, viniendo á llamar la atencion del público, de los bandos, del gabinete y de la guerra de España. Esta historia entretuvo la credulidad del vulgo; pero ninguna persona dotada de sano juicio la creyó ni por un momento. Los autores de tal impostura fuéron castigados por haber tramado la pérdida de un inocente, que por el pretendido fantasma habia sido acusado de asesino.

Durante la legislatura se recibió la noticia del éxito de una empresa comenzada hacia algun tiempo. Pitt habia concebido el proyecto de añadir la Martinica á las conquistas británicas, siendo los oficiales escojidos para tal espedicion Rogney y Monkton, los cuales obraron uniforme y enérgicamente. La isla estaba fortificada por la naturaleza y el arte: el gobernador amenazaba con hacer una resistencia tenaz; pero el Fuerte Real y sus obras esteriores fuéron ganadas al cabo de once dias. Los habitantes de San Pedro se dirigieron á la ciudad llenos de terror, y al poco tiempo fuéron tomadas igualmente las islas de Santa Lucía, de Granada, San Vicente y Tabago. Igual éxito coronó á las armas británicas en la parte española de las Indias Occidentales. Enviáronse á Cuba una escuadra considerable y un ejército numeroso á las órdenes de sir Jorge Pococke y del conde de Albermale, quienes recibieron el mandato de practicar todos los esfuerzos posibles para reducir la Habana, porque la pérdida de este establecimiento disminuiria grandemente los recursos coloniales y el poderío de los españoles. El Morro, fortaleza principal que defendia aquella ciudad, fué atacado vigorosamente y sitiada con perseverancia. Las dificultades y peligros de la empresa parecian desanimar á los mas intrepidos; pero habiéndose abierto brecha en uno de los baluartes, el general ordenó el asalto. Gran número de enemigos cayó combatiendo con bravura; otros se ahogaron al tratar de escapar de la ciudad, y el castillo vino á ser presa de los agresores frenéticos de placer. Los españoles, que por la parte de la ciudad estaban en posesion de otro fuerte, dirigieron entonces sus fuegos contra el Morro, lisonjeándose todavía el gobernador con la esperanza de conservar la Habana; pero su confianza comenzó á disminuirse cuando vió una nueva hilera de baterías que atacaban bruscamente la plaza. Resolvióse en consecuencia á enviar un oficial para anunciar que estaba pronto á entrar en negociacion, y á la décima semana del desembarco de las tropas inglesas se firmó una capitulacion que estipulaba la rendicion de la ciudad y de un distrito considerable, la de nueve navíos de línea y la de una cantidad enorme de armas, municiones, dinero y mercancías, estimadas en dos millones de esterlinas.

Este memorable suceso convenció completamente á los españoles del inminente peligro á que estaban espuestos, poniéndose en guerra con la Gran Bretaña. La corte fué presa de un terror pánico; los comerciantes temblaron por sus naves, y el pueblo se acordó entonces de una frase que casi habia llegado á ser un adagio: «Paz con Inglaterra, y con el resto del mundo guerra.»

El resultado de la invasion de Portugal no contribuyó á consolar al rey de España, ni fué una compensacion de sus pérdidas coloniales. Es verdad que sus tropas obtuvieron al pronto algunas ventajas y conquistaron varias ciudades; pero los naturales, apoyados por el ejército británico, los forzaron por fin á retirarse con pérdida.

No eran mas felices los franceses en Alemania que sus aliados en Portugal. El príncipe Fernando los atacó en Grabenestein cerca del Dymel, sembró la confusion entre ellos, mató muchos, é hizo un gran número de prisioneros. En un combate que ocurrió en esta ocasion junto á Hamburgo se distinguieron el marqués de Mambi y sus bravos compatriotas. Los franceses alcanzaron una ventaja cerca de Rodheim, así como en el lance de Brucker-Mulil, donde hicieron un estrago considerable; pero sus propias pérdidas fuéron todavía mas crueles. Hácia el otoño volvióse al sitio de Cassel, y los franceses que habian sido arrojados de Gotinga en el verano anterior, se vieron precisados entonces á abandonar la capital de Hesse.

Durante esta campaña pareció sonreir la fortuna al rey de Prusia, en cuyo favor redundó tambien el fallecimiento de la Czarina Isabel. Su sucesor Pedro III, no contento con haber aceptado un tratado de paz, se hizo aliado de los prusianos, á quienes concedió tropas para ayudarlos á arrojar á los austriacos de Silesia; mas como el nuevo emperador obró con precipitacion en el espíritu de reforma que habia adoptado, no tardó en tornarse odioso, en términos que su esposa, cuya ambicion fué estimulada por tal conducta, se determinó á tomar contra él las armas, destronándole y encerrándole al poco tiempo en una estrecha prision, donde falleció á los pocos dias. La osada conspiradora Catalina fué de-



La emperatriz Catalina.

clarada emperatriz á pesar de sus escasos derechos á la corona; y como habia manifestado que desaprobaba todo el sistema de su marido, el rey de Prusia temió que consintiera en obrar de acuerdo con los austriacos, sus enemigos. Ella empero le aseguró que podia contar con su amistad, si bien no quiso apoyarle, insistiendo en guardar neutralidad. Entonces Federico y su hermano obraron con vigor en Silesia y Sajonia, recuperando la fortaleza de Schweidnitz y derrotando al enemigo cerca de Preyberg.

Durante estas hostilidades continuábase en Inglaterra tratando de las condiciones de la paz. El primer

ministro murmuraba de la duracion de la guerra, y habiendo logrado la mediacion de la corte de Turin, envió al duque de Bedford á negociar en Francia, mientras que él y el conde de Egremont, sucesor de Pitt, trataban con el duque de Nivernois en Inglaterra. No hubo discusion animada en estas negociaciones, porque los ministros ingleses se hallaban dispuestos á mas concesiones que las que los franceses y españoles podian aguardar.

Interin el gabinete obraba en términos satisfactorios para el enemigo, Inglaterra ejecutó una nueva conquista mas honorífica que ventajosa, porque no fué mas que un nuevo caso de restitucion. El brigadier Draper y el vicealmirante Cornish dieron la vela para la isla de Luzon, y desembarcando sus cortas tropas, hicieron preparativos para sitiar á Manila, capital de aquella isla y residencia del gobierno de las islas Filipinas. Los españoles se hubieran visto precisados á entregar la ciudad al poco tiempo, si el valor y la ferocidad de los naturales no hubieran retardado la rendicion de la plaza; empero todos sus esfuerzos, reunidos á los de la guarnicion, no pudieron prolongar el asedio mas de doce dias. El brigadier Draper, viendo las fortificaciones en malísimo estado, ordenó el asalto, y la ciudad fué tomada sin que les costara mas que algunos hombres. El gobernador se habia retirado á la ciudadela, donde en lugar de defenderse pidió capitulacion, en union con los magistrados, accediendo á dar cuatro millones de pesos para inducir á los vencedores á salvar la ciudad de su destruccion, y á no apoderarse de las propiedades de los habitantes. Convínose además en que todas las islas Filipinas pasarian de la dominacion española á la de la Gran Bretaña. Esta convencion fué inútil: no se pagó el rescate prometido, y las islas volvieron muy pronto á sus primeros poseedores.

En seguida de la reduccion poco útil de las Filipinas, y antes que la noticia de tal hazaña llegara á Europa, se firmaron los artículos preliminares de la paz —Año 1762, 3 de noviembre.—Para conseguir la aquiescencia del parlamento á las condiciones, se emplearon todos los artificios de la persuasion, de la intriga y de la corrupcion, logrando por fin la corte el éxito deseado. El conde de Bute apoyó vigorosamente las cláusulas del tratado, gloriándose de la parte que habia tenido él, y añadiendo que le serviria de gran consuelo en los últimos momentos de su vida pensar que habia contribuido á restablecer la paz. El conde de Halifax, uno de los secretarios de Estado, sostuvo con mas habilidad la misma cuestion, y los pares aprobaron los preliminares sin contar los votos. Los principales oradores que sobre ella hablaron en la otra cámara, fuéron Enrique Fox y Pitt: el primero, que era pagador del ejército, sostenia que los territorios cedidos en la América Septentrional indemnizarian á la nacion británica de las cargas de la guerra, y que era esencial realizar restituciones considerables, á fin de dar á la paz una duracion que el descontento y resentimiento del enemigo impedirian acordar de otra manera. Pitt desaprobó las estipulaciones con su acostumbrada elocuencia, declarando que retener tan poco de tantas conquistas era alentar la arrogancia de los enemigos de la Gran Bretaña y echar las semillas de una nueva guerra; que aquellos no tardarian en reparar las pérdidas que les habian causado las últimas hostilidades, y lejos de paralizarse y humillarse por aquel revés, se tornarian mas osados que nunca, y que recelando de la debilidad de los ingleses en las negociaciones, desafiarian muy pronto á estos á combatir.

Por fin, tras de un violento debate, la cámara por una mayoría estraordinaria de trescientos diez y nueve votos contra sesenta y cinco acordó un mensaje de gracias por la ventaja obtenida en la obra saludable de la paz.

Arreglados los preliminares en un tratado definitivo en París—Año 1763, 10 de febrero,—se dieron á conocer las principales estipulaciones, que disponian que toda la provincia del Canadá y la isla del Cabo Breton fueran cedidas á la Gran Bretaña, para que así se fijáran los límites de la Luisiania de una manera mas precisa que lo habian estado hasta entonces; que la misma potencia conservaria la posesion de la Dominica, de Granada, de San Vicente y de Tabago, á condicion de devolver á Francia la Martinica, Guadalupe y Santa Lucía; que Bella Isla en Europa, y Gorea en Africa (escepto el Senegal que debian conservar los ingleses) fueran cedidas á los franceses, que volverian igualmente á la posesion de sus establecimientos asiáticos.

Convínose además que S. M. Británica gozara de nuevo de la soberanía de Menorca, y recibiera la Florida Oriental y Occidental en cambio de los territorios que sus armas habian sometido en la isla de Cuba.

A este tratado siguió el de Hubertsburgo, por el cual se concertó una restitucion recíproca de conquistas entre Prusia por un lado, y Austria y Sajonia por otro.



Cuartel de guardias.

La guerra es un azote tan terrible y fecundo en desgracias de toda especie, que todo príncipe dotado de humanidad y compasion hácia sus semejantes no puede apresurarse lo bastante para poner fin á sus estragos. Empero este sentimiento de humanidad debe ir acompañado de la mayor prudencia, porque la manifestacion de un deseo demasiado ardiente por la paz puede provocar las usurpaciones del enemigo, que siendo diestro en convertir en pró de sus intereses las disposiciones de un príncipe ó de un ministro amigo de la paz, eludirá las concesiones que en otras circunstancias acaso fueran propuestas por el mismo, é insistiendo entonces por obtener condiciones mas ventajosas que las que pueden permitirle las vicisitudes de la guerra, amenazará en caso de negativa con renovar las hostilidades.

Por lo tanto, una prematura aquiescencia á semejantes condiciones puede ser perjudicial á la causa de la humanidad, porque se espone á que la paz sea menos duradera, dando al enemigo mas medios de violar las convenciones ajustadas. En el caso actual no habia motivos para temer que los españoles y franceses prolongarian la guerra, aun cuando la corte británica hubiera sido menos liberal en sus restituciones, y se hallara menos dispuesta á abandonar los frutos de la actividad perseverante y del valor patriótico.

CAPITULO LVIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1763 hasta el de 1767.)

Los bandos que fermentaban hacia gran número de años, parecian querer ahora oprimir al jóven monarca.

Como los wighs por tanto tiempo habian dado la ley al trono, y teniendo satisfechos sus proyectos ambiciosos rebosaban poderío y opulencia, ni podian someterse de grado á la autoridad de un favorito escocés, ni ver con agrado el triunfo de los torys. Quejáronse por lo tanto de la paz que estos acababan de acordar, acusándolos de haber vendido el honor y sacrificado el interés de la nacion, y acusando al conde de Bute en particular por haber inspirado al rey ideas arbitrarias y principios opuestos á la constitucion.

Disgustados del mal resultado que habian obtenido con respecto á los preliminares de la paz, reuniéronse con el designio de consolidar su partido y cimentar su confederacion. Hechos todos los preparativos necesarios para su proyecto, y ligados por la recíproca promesa de obrar de concierto y con energía, comenzaron á concebir alguna confianza y á tener la esperanza de quitar las riendas del gobierno de manos de un ministerio delincuente á sus ojos. A ejemplo suyo apelaron á la prensa para sostener su causa, empleando escritores lo mismo que él los empleaba para hacer su elogio y alabar su administracion. Los escritos de los wighs tuvieron mas aceptacion que los de los mercenarios adheridos al favorito, contra quien aparecieron muy pronto folletos injuriosos, despreciando su capacidad y disfamando su conducta personal con mucha animosidad y virulencia; y aunque pareciera que soportaba tales achaques con calma, no dejaron de hacer impresion en su espíritu y de acibarar su placer por la posesion del poder y del favor real.

Un numeroso empréstito de que resultó una contribucion, proporcionó muy pronto ocasion de ostigar al ministro. Las condiciones del impuesto fuéron tachadas de no estar calculadas con bastante prudencia y economía; y un derecho sobre la sidra que estendia á los individuos de la clase superior la odiosa ley del impuesto sobre los líquidos, fué reprobado abiertamente como una usurpacion de las facultades constitucionales y como un camino hácia otras usurpaciones semejantes. Hiciéronse enérgicas advertencias al pueblo, diciéndole que sus libertades estaban en peligro, y empezóse así á sentir una efervescencia estraordinaria en todo el reino. Entrambos partidos empleaban á porfía sus fuerzas en reiteradas contestaciones; de suerte que hasta los pares, contra la costumbre establecida relativamente á las leyes de subsidios, se hicieron aprobar de una manera triunfante en las dos cámaras.

La firmeza y el valor con que el conde resistia al torrente popular, parecian anunciar que no renunciaria fácilmente al poder: sin embargo, no se hallaba tan satisfecho de su situacion que deseara conservarla en el fondo de su corazon: se veia en la imposibilidad de restituir la concordia al consejo, y amenazábanle sin cesar la oposicion y la violencia de los wighs. Contento con los sucesos de su administracion por lo respectivo á la paz, tomó la resolucion de abandonar á los otros el peso de las cargas ministeriales, y el 8 de abril dimitió su cargo, en el cual fué reemplazado por Jorge Grenville. El conde de Bute no era orador elocuente, ni ministro hábil, ni verdadero filósofo: arbitrario en sus ideas, inflexible en sus preocupaciones, y reservado en sus modales, no era á propósito para el rango de primer ministro, ni poseia las cualidades necesarias para dirigir una nacion libre.

Bien pronto fué envuelto Grenville en una polémica que llamó la atencion pública. El discurso que él y sus principales asociados habian preparado para el rey al prorogar las sesiones, fué atacado con una vehemencia indecorosa en un periódico que se titulaba *El Breton del Norte*. El autor de este papel era Juan Wilkes, hombre de espíritu y de talento, pero inmoral, sin principios, y de una reputacion detestable.

Irritada la corte de la libertad que Wilkes se habia arrogado, resolvió castigar al calumniador de S. M. El conde de Halifax publicó una órden de prision contra los autores, impresores y espendedores de libelos injuriosos: apoderóse de Wilkes y de otros muchos, sellando sus papeles, y aquel, despues de examinado por los dos secretarios de Estado, fué enviado á la Torre. En virtud de la ley del *Habeas corpus* que el preso reclamó, vióse su causa en el tribunal comun, y el presidente Pratt, en concurrencia con los otros jueces, declaró que la ofensa en cuestion no podia destruir el privilegio que el acusado poseia como miembro del parlamento. En consecuencia fué absuelto con satisfaccion de toda la plebe, que obcecada por motivos interesados, le consideraba como el valeroso antagonista de un gabinete arbitrario, y como el verdadero amigo de su patria.



Wilkes.

Este asunto, durante la interrupcion de las cámaras, sirvió para alentar el encono de los partidos. Otros incidentes sobrevenidos por entonces y ligados con los intereses británicos, merecen la atencion de la historia. Las contínuas usurpaciones de los empleados de la compañía de Indias, y el deseo que esperimentaba el nabab Cossim de sacudir el yugo que se le hacia opresivo, escitaron turbaciones en este país. No satisfechos los ingleses con las ventajas que ya tenian obtenidas, eran cada dia mas exigentes, no proponiéndose ya otro objeto que el reducir al príncipe Cossin al estado de vasallo. No obstante, Vansittart, menos ambicioso y exigente que la generalidad de sus compatriotas, accedió á un tratado que tendia á mantener la autoridad de Cossin. El consejo de Calcuta rehusó ratificar tal convencion, acusando al gobernador de haberse dejado corromper y arrastrar á firmarla. Solicitado el nabab á desistir de ella, opuso resistencia, declarando que semejante pretension le parecia injusta. Cada partido hizo preparativos de guerra: Patna fué tomada por un golpe de mano; pero las tropas de Cossin la recobraron prontamente, y destruyeron á los ingleses en su retirada hácia Calcuta. El asesinato de algunos individuos que habian sido diputados para tratar con el príncipe ofendido, de tal modo irritó al consejo contra él, que mirándole como á un traidor se tomó la resolucion de destronarle. El mayor Adams, oficial valiente y hábil, lejos de desalentarse por el número superior de las tropas del nabad y por los progresos de ellas en la táctica militar, progresos que las hacian mucho mas temibles de lo que habian sido al combatir con el coronel Clive, avanzó con ardor á su encuentro, los desbarató en la batalla de Ballasserray, forzó sus trincheras junto á Mourshed-Abad, los derrotó en un choque, y en cuatro dias acabó la conquista de Bengala; pero el consejo, no juzgando prudente apoderarse de la soberanía absoluta del país, permitió á Jaffiir-Ali-Khan volver al trono.

La guerra llevó tambien sus estragos en el discurso de este año á la América del Norte; pero en esta parte del mundo los enemigos de la Gran Bretaña estan mucho menos adelantados en la disciplina militar y en la civilizacion que en Asia. Aterrados los salvajes de América del aumento que iba consiguiendo la preponderancia colonial de Inglaterra, sufrian las usurpaciones de los súbditos de la Gran Bretaña y recela-

ban otras nuevas: en consecuencia formaron establecimientos apartados, arrasaron el país, degollaron á muchos de los cultivadores y comerciantes, y se apoderaron de las guarniciones existentes en los fuertes inferiores entre Pittsburgh y el lago Erié, matando además al capitan Dalyell que los habia atacado, y forzando á su gente á retirarse á un fuerte inmediato. Sin embargo rechazólos el coronel Bouquet en diferentes encuentros, bien que no sin una vigorosa resistencia que varias veces le espuso al peligro de sucumbir. Esta guerra pasajera duró hasta que sir Guillermo Jouson, que se habia distinguido por su estraordinaria influencia sobre las tribus, los persuadió por fin á que accedieran á hacer la paz.

Las disensiones continuaban turbando á Inglaterra, y parecia que se robustecia una de las facciones: Wilkes aprovechaba todas las ocasiones de inflamar el espíritu del pueblo, y desafiaba abiertamente el resentimiento del ministerio. Con la muerte del conde de Egremont habíase descubierto con tanta evidencia la debilidad del gabinete, que el conde de Bute solicitó á Pitt que volviera á su empleo ministerial; pero las condiciones en que este insistia no fuéron tan del agrado de la corte que sufragaran para reintegrarle en sus funciones. El rey aceptó los servicios y la influencia del duque de Bedford, á quien declaró presidente del consejo, nombrando igualmente al conde de Sandwich secretario de Estado.

Así que tornó á reunirse el parlamento, lo que primero llamó su atencion fué el delito de Wilkes, siendo declarado libelo sedicioso el escrito culpable, y condenado á ser pasto de las llamas con la publicidad ordinaria. Hízose en seguida una mocion para que se manifestara que el privilegio parlamentario no debia estenderse á la publicacion de un libelo de aquella especie. Los abogados encargados de sostener los privilegios de ambas cámaras, desestimaron semejante proposicion como baja y servil, sosteniendo que era inútil y hasta perjudical mezclarse en delitos de tal especie, que no eran mas que del dominio de los tribunales de justicia. Respondióse que ningun privilegio debia servir para proteger el crímen; que la publicacion de un libelo sedicioso era mas ofensiva y peligrosa que ninguno de los delitos que se encaminaban á anular el privilegio del parlamento, y que era interés de cada cámara patentizar un justo horror hácia un crímen de tal naturaleza. Esta proposicion recibió el asentimiento de la mayoría; y habiendo ocurrido un alboroto cuando se quemó el *Breton del Norte*, entrambas cámaras concurrieron á aprobar una censura contra todos los que habian tomado parte en dicho alboroto—Año 1764.—Votóse en seguida la espulsion de Wilkes de la cámara de los comunes durante su ausencia del reino, siendo además juzgado en el banco del rey por haber dado á la prensa un *Ensayo sobre la muger* (1), cuyo escrito escandalizó por su obscenidad é impiedad aun á los lectores mas desvergonzados. Wilkes, convicto jurídicamente, se negó á comparecer, siendo en consecuencia desterrado del reino; pero él afectó despreciar tal sentencia, y que tenia una especie de orgullo en padecer por la causa pública.

La proposicion hecha por un miembro de la oposicion sobre la ilegalidad de las prisiones generales en caso de presunto delito de escritos difamatorios, provocó un violento debate. La corte sostuvo que aquella práctica, constante hacia mas de un siglo, ningun mal resultado habia tenido para el público, y que careciendo los comunes de facultad para decidir sobre tal ley, debian dejar la resolucion á los jueces, ó presentar acerca de la materia un proyecto en forma. Pitt y otros oradores probaron que no habia mas que un peligro público que pudiera justificar una práctica que dejada á discrecion del ministerio para aplicarla en los casos ordinarios, tal como el de un libelo, podia venir á destruir la libertad y seguridad de los ciudadanos. La cámara aplazó la discusion, y así evitó el pronunciarse de una manera decisiva.

Esta legislatura fué notable por el descubrimiento de un sistema impolítico de que debian resultar males sin cuento.

La imposicion de nuevos derechos sobre el comercio de la América Septentrional no originó entre el pueblo y los colonos una oposicion tan fuerte como la proposicion que al mismo tiempo se hizo para establecer un derecho sobre el papel sellado. Esta novedad, mirada como una amenaza ofensiva, vino en seguida de algunos otros reglamentos tan severamente ejecutados, que casi tendian á destruir el comercio lucrativo y clandestino que existia entre los bretones y las colonias españolas; de lo cual resultó el mayor descontento, oyéndose en todas partes las mas violentas quejas.

El objeto del gobierno era sacar de las colonias, no solo una renta suficiente para resarcir á diferentes provincias de los gastos que habian tenido que hacer para la paz, sino además lograr una suma con el designio de aliviar la Gran-Bretaña de la pesada carga de la deuda contraida por la defensa de sus estados. Ciertamente que nada irregular era tal proyecto; pero el medio que escojió la corte para efectuarlo, no es el que debiera haberse elegido.



Palacio de la Compañía de Indias.

La cuota impuesta á los americanos no se hallaba arreglada á los principios estrictamente constitucionales. Como ellos no estaban representados en aquella asamblea, la cámara de los comunes pudo dejarse arrastrar á tratarlos con poco miramiento, y á no usar de la debida moderacion en la ordenanza de las tasas de que querian libertar á los ingleses. Si se objeta que sin esto los colonos habrian sido parcos en sus donativos, se responderá que si se les hubiera gobernado con sabiduría y equidad hubiesen sido probablemente bastante reconocidos para dar generosamente sus ahorros, sin necesidad de ser forzados al efecto por el poder. Por tanto hubiese sido mucho mas prudente aceptar sus ofertas, por módicas que fueran, que arrancar enormes contribuciones de un modo diametralmente opuesto á los derechos de los súbditos británicos. En vano se esforzaron por asegurar que la repugnancia á la imposicion parlamentaria no era mas que un puro pretesto que aprovechaban para compadecerse de los

(1) Esta obra inmoral, que perdió á Wilkes hasta en el ánimo de sus partidarios, no era de él, sino de Cleand, escritor ya conocido ignominiosamente.

demagogos artificiosos, que deseaban escitar contra la madre patria una oposicion que mas tarde pudiera conducirla á la anarquía: esto no parecia ser mas que una reflexion intempestiva: suponiendo que desde el orígen de la disputa se hubiera concebido en realidad por algunos hombres diestros y poderosos la idea de una revolucion, ninguna esperanza de buen éxito podian abrigar; á menos que la tiranía británica se hiciera tan insoportable que produjera un descontento general, provocando el resentimiento hasta rayar en furor. La mayoría del pueblo, segun todas las apariencias, no se quejaba mas que con la esperanza de obtener una reparacion de los agravios, y no con intencion de sacudir el yugo de la Gran-Bretaña.

Un acto parlamentario vino por fin á realizar la amenaza tan temida del impuesto—Año 1765.—Propusiéronse cincuenta y cinco resoluciones por el ministro para imponer á los colonos derechos sobre el papel sellado, y aprobado el proyecto por una mayoría considerable, el 22 de marzo recibió la sancion real. Quien con mas elocuencia lo apoyó en la cámara baja fué Carlos Jownshend, el cual sostuvo en los términos mas fuertes el derecho que tenia el parlamento para gravar el territorio dependiente de la corona. Los principales oradores contra el proyecto fuéron el general Conway y el coronel Barré. No hubo debate alguno en la cámara de los pares.

Algunos han querido suponer que aquella medida fué ideada esclusivamente por Grenwille: pero es mas probable, segun Burke, que sus ideas coincidieron con las instrucciones que habia recibido. El ministerio precedente tal vez aconsejó al rey pechar las colonias, y su sucesor, hacendista mas hábil que él, dispuso todo lo necesario para la ejecucion de tal plan.

Celoso por aumentar la renta nacional, Grenwille reprimió considerablemente con nuevos reglamentos el comercio ilícito que hasta entonces habia subsistido; y con el mismo designio propuso á S. M. la compra de la isla de Man, territorio que aunque pertenecia al reino de Inglaterra, hacia parte de los estados de la corona (1), y era el albergue público de los contrabandistas. El duque de Athol accedió mediante la suma de setenta mil libras esterlinas á ceder á la corona sus derechos á aquella isla, cuyo gobierno fué mas estable y regular desde entonces.

Una enfermedad peligrosa que sobrevino súbitamente al rey durante aquella legistatura, hizo adoptar una disposicion acerca de la organizacion de una regencia futura (2). Autorizóse al rey para designar á la reina ó á cualquiera otra persona de la familia real para regir el reino en el caso que él muriera, hasta que su sucesor llegara á la edad de diez y ocho años, debiendo ser ayudado el regente por un consejo compuesto de príncipes de la sangre y de los primeros funcionarios del Estado. En un debate que ocurrió con respecto á tal proyecto, hízose la siguiente pregunta: «¿Quiénes deben ser considerados como de la familia real?» La respuesta solo comprendió á los descendientes de Jorge II, lo cual escluia á la madre del monarca actual. Semejante omision disgustó á los partidarios de la princesa, y una mayoría de miembros insistió para que se incluyera el nombre de ella.

El duque de Bedford, á quien el jefe mismo del tesoro estaba subordinado, no consultaba en todas las ocasiones las inclinaciones de su soberano, y parecia que en realidad aspiraba á una autoridad absoluta. El rey, poco dispuesto á someterse á la arrogancia de este magnate, y desazonado de la poca popularidad alcanzada por el parlamento, resolvió hacer un cambio en el ministerio, y al efecto suplicó al duque de Cumberland que invitara á Pitt á formar una administracion vigorosa. Este paso ningun resultado tuvo, principalmente porque el conde de Northumberland fué propuesto por el duque para ponerse al frente del tesoro. Entonces S. M. llamó á Pitt; mas no pudieron ponerse de acuerdo. El marqués de Rockingham, hombre íntegro, pero de poca capacidad, prestó oidos á las ofertas de la corte, y fué nombrado director del tesoro—12 de julio.—El anciano duque de Newcastle fué creado guarda-sellos privado, y confirmóse el cargo de secretario de Estado al duque de Grafton y al general Conway.

Grenwille habia estudiado leyes; mas no habia vivido bastante en el mundo para adquirir el conocimiento necesario de los hombres y de la sociedad: de aquel estudio habia pasado en seguida á la carrera de empleado. Tenia un juicio sano y actividad en el despacho de los negocios ordinarios; pero no era muy perito en la legislacion, que debe ser considerada como una ciencia, y era mas á propósito para orador, abogado de pleitos ó consultas, que para ministro de Estado.

Su amigo el duque de Bedford fué en la administracion de mayor utilidad por su influencia que por su talento y asiduidad.

El impuesto sobre el papel sellado arrojó, segun se habia previsto, la tea de la discordia en la América del Norte, adonde habiendo llegado esta novedad con anticipacion, las congregaciones presbiterianas de diferentes colonias trataron de formar entre estas una confederacion, sin omitir ningun esfuerzo á trueque de escitar la indignacion y el descontento. A la noticia del acto impolítico fuéron clavados los cañones de Filadelfia, y echáronse á vuelo las campanas de las iglesias de Boston tocando á muerto. La asamblea de la Virginia apeló de aquel acto á las cartas de la colonia, insistiendo en especial sobre el derecho interior de impuestos, y rechazando toda téntativa esterior para crear los nuevos, como ilegal, inconstitucional é injusta. Antes que la medida de imposicion fuera aprobada, la asamblea de Massachusset habia discutido el derecho reclamado por el parlamento británico, habiendo decidido que se congregaran en New-Yorck los diputados del cuerpo legislativo de cada provincia para la discusion de los agravios. De trece colonias, nueve enviaron delegados, que en el trascurso de octubre acordaron varias resoluciones dirigidas á defender sus derechos, como súbditos de la corona de Inglaterra, y á condenar el tributo del papel sellado en los términos mas enérgicos. No se permitió que esta ley surtiera efecto alguno, y el pueblo declaró que en lo sucesivo dejaria de importar las mercancías inglesas.

Interin brotaba la desunion entre los americanos y la madre patria, los habitantes de las islas británicas recojian las ventajas de la paz. Cossim, después de ser despojado de sus territorios, se habia retirado pasando el Ganges á la provincia de Oude en compañía de un oficial cobarde, malvado, de quien se habia servido para asesinar cerca de doscientos prisioneros hechos en la retirada de Patna. Shujah-al-Dowlah, nabad de Oude, habia tomado las armas después de algunos meses de indecision como aliado de Cossim, haciendo lo mismo el Mogol—Año 1764.—Atacado de improviso el mayor Hector Mouro por los confederados en Buxar, sin embargo destruyó un numeroso ejército, aterrando al débil Mogol hasta el punto de reducirle á una humilde sumision. Habiendo continuado el nabab la guerra, sir Roberto Fletcher puso al ejército hostil en fuga, sometiendo la fortaleza de Allah-Abad al principio del siguiente año. Hácia el mismo tiempo falleció Jaffier-Alí-Khan, siendo reemplazado por Najem, su hijo natural, que á fuerza de intrigas indujo al consejo á sostenerle sobre el *musnud*. El general Carnac avanzó entonces contra las tropas de Shujah, y las puso en derrota en Calpi,

(1) Este reino permanecia fiel al rey, aunque no se gobernaba mas que por sus leyes y costumbres particulares, sin que el monarca tuviera allí tribunales de justicia ni agentes, y sin que ninguno de los que allí eran procesados pudiera ser juzgado en Inglaterra. Aquel reino se conservaba hacia cuatro siglos hereditariamente en la familia del duque de Athol por carta del parlamento.

(2) Entonces fué su primera enajenacion mental.

antes que los Mahrattes cumplieran la promesa que habian hecho de incorporársele. Estos usurpadores aparecieron poco despues; mas fueron arrojados sin mucha dificultad, y forzados á retirarse al otro lado del Junah. El nabab, que habia rehusado auxiliar á los ingleses para cojer á Cóssim y su amigo el asesino Somers, permitió la fuga á estos bandidos, y satisfecho así el honor, solicitó personalmente la paz. Lórd Clive, á la sazon gobernador de Bengala, concedió mejores condiciones que las aguardadas por el príncipe vencido, teniendo lugar el convenio el 16 de agosto. Asignóse al Mogol una pequeña parte de la provincia de Oude, y el resto fué dejado á Shujad con la condicion de pagar quinientas mil libras esterlinas á la compañía, en tanto que el descendiente del Gran Timour accedió á aumentar un cuerpo de colonos comerciantes, confiándoles la direccion de las rentas de Bengala, Bahar y Orisa. Así se terminó una guerra que necesitó de estraordinarios esfuerzos para llegar á esta conclusion, de la cual resultaron diferentes reformas civiles y militares ejecutadas por el gobernador.



Aduana de Londres.

El rey y sus ministros eran á la sazon víctimas de la duda y de la perplejidad. Los negocios de la América anduvieron sucesivamente del gabinete al consejo privado, el cual creyó que solo el parlamento podia examinar una materia tan importante. El rey, en su discurso de apertura, espresó su afliccion por los disturbios y disensiones acaecidas en las colonias, y significó la esperanza que abrigaba de que la sabiduría y moderacion de ambas cámaras contribuirian á conciliar los ánimos de los americanos, sin menoscabar en lo mas mínimo los derechos de la legislatura—Año 1766.

La mocion para un mensaje de gracias dió márgen á un debate interesante. Nugent reprobó la oposicion que los americanos presentaban á un tributo razonable; sin embargo que era de dictámen que se desistiera de tal imposicion, si solicitaban como un favor la revocacion de lo hecho, y accedian á reconocer por completo los derechos del parlamento. Pitt sostuvo que siendo los americanos hijos y no bastardos de Inglaterra, tenian derecho á todos los privilegios de los bretones; que el tributo ni dependia del gobierno ni del poder legislativo; que en realidad solo era una concesion de los comunes; que los miembros de la cámara al otorgar un donativo pedido, daban su propiedad y la del pueblo inglés; pero que al gravar á los americanos daban á la corona la propiedad de los que no representaban y de la cual no podian disponer: que las asambleas coloniales eran las únicas que podian pechar con justicia á los habitantes de las provincias americanas, y que por consiguiente el impuesto del papel sellado debia ser revocado. Pitt conoció al mismo tiempo que el parlamento debia arreglar el comercio de las colonias y ejercer un poder supremo sobre el gobierno y la legislacion. El general Conway aprobó los sentimientos constitucionales de Pitt. Grenwille sostuvo que aquella imposicion hacia parte del poder supremo y era un ramo de legislacion; que por otra parte ya se habia ejercido igual derecho en Inglaterra sobre los que no estaban representados, y citó para prueba á la Compañía de las Indias Orientales y algunas de las grandes ciudades fabriles; añadiendo por lo tanto que toda vez que Inglaterra protegia á América, esta se hallaba obligada á someterse á sus leyes, y que veia con disgusto la ingratitud de los americanos y los esfuerzos de los espíritus facciosos que los estimulaban á la sedicion y desobediencia. Pitt respondió al orador de una manera triunfante, y despues de algunos otros discursos se aprobó el mensaje por unanimidad.

Examináronse en seguida las peticiones de los comerciantes ingleses y las de las asambleas americanas, y el ministerio se dispuso á satisfacer al objeto principal de aquellas reclamaciones, presentando un proyecto para anular el impuesto del papel sellado. Aprobóse con antelacion una medida que establecia que el parlamento tenia facultad de crear leyes obligatorias sobre los americanos en todo caso. Esta resolucion era demasiado lata, puesto que legalizaba un ramo de impuestos que los mejores jueces de la constitucion declaraban ilegal é injusto, mientras que el privilegio del derecho debia limitarse á la legislacion y á los impuestos comerciales solamente. Esta ley disgustó á los colonos, desvaneciendo la alegría causada por la medida de revocacion.

Interin lord Cambden aprobaba este acto, continuaba oponiéndose fuertemente al primero; pero los abogados contrarios eran numerosos, y la medida de revocacion fué desechada de la manera mas vehemente como propensa á alentar la arrogancia y la insubordinacion de las colonias. Empero todos los esfuerzos de Grenwille y de sus amigos fuéron inútiles.

Ventilóse de nuevo la materia sobre las prisiones generales, las cuales fuéron declaradas ilegales por los comunes. El impuesto sobre la sidra fué derogado, porque era odioso á los particulares. Los sederos, que momentáneamente se habian hecho culpables de insurreccion, vieron por fin satisfechos sus deseos por una disposicion acertada para suprimir la importacion de sedas estranjeras.

Esta medida, así como otras muchas que podian ser miradas como pruebas de celo por el interés general y particular, no aseguraron sin embargo la duracion de la administracion de Rockingham. El duque de Cumberland, hombre de un carácter enérgico y patriótico, habia muerto en el otoño precedente, y despues de este suceso no cesó de declinar visiblemente la influencia del marqués: no obstante S. M. le dejó en su cargo hasta el fin de la legislatura. Antes de la prorogacion de las sesiones el duque de Grafton, pretestando falta de vigor y firmeza en el gabinete, resignó su empleo, que fué dado al duque de Richmond. Hiciéronse nuevas indicaciones á Pitt para que volviera á tomar las riendas del gobierno; y habiendo propuesto variaciones á que el rey dió su consentimiento, el 2 de agosto fué declarado el duque de Grafton primer jefe del tesoro, y Carlos Townshend canciller del tribunal. El gran sello fué concedido á lord Cambden; el conde de Northington creado presidente del consejo; el conde de Shelburn fué autorizado para obrar como secretario de Estado en union con el general Conway, y el sello privado se dió á Pitt, quien condescenció á aceptar el título de lord Chatham. El marqués de Granby fué investido con la comandancia general del ejército, y sir Saunders nombrado gran maestre del almirantazgo.

Puede suponerse que no duraria largo tiempo la armonía en una administracion formada de tal modo. «Parecia, dice Burke, á una obra de carpintería mal »unida y estravagantemente combinada; á un gabinete »ensamblado de diferentes maneras, presentando ora un

»variado mosáico, ora un piso abigarrado, ora en fin una »reunion tan estraña de patriotas y de cortesanos, de »realistas y de republicanos, de wighs y de torys, de »traidores con la máscara de amigos y de enemigos que »se mostraban á las claras», que habia poca esperanza de que la concordia durara largo tiempo entre tales miembros.

En la época de estos cambios el pueblo padecia tan cruelmente por el exorbitante precio de las cosas mas necesarias para la vida, que no solo se alzaban quejas y murmullos de todas partes, sino que hasta el sosiego público se alteraba con insurrecciones contínuas. A fin de no apurar la corta provision de grano que restaba todavía, el consejo privado decretó el embargo de todos los buques que se disponian á la vela con cargamentos de trigo. Previendo los ministros que esta medida irregular seria atacada en el parlamento, publicaron una escepcion de indemnidad en favor de los militares que habian prestado sus socorros para sostener la resolucion ilegal (1); mas no quisieron que la gracia comprendiera á los miembros del consejo privado. Lord Chatham sostuvo que el acto en cuestion exigido por las circunstancias era el ejercicio de una prerogativa real ventajosa para el pueblo, y que era inútil la indemnidad. El lord canciller sostuvo igualmente que la necesidad legalizaba la medida, y que el rey como protector de sus súbditos estaba obligado á velar por sus intereses durante la clausura del parlamento; y que aun suponiendo que en este intervalo se adoptara una medida ilegal, «todo lo mas seria una tiranía de cuarenta dias.» El lord jefe de justicia Mansfield distinguióse en esta ocasion como defensor de los principios de la libertad: pretendió que segun las leyes, el rey carecia de la facultad de dispensa en cuanto á los actos del parlamento; que por mas que parecia deberse ejercer dicha facultad en aquellas circunstancias por el bien general, de ninguna manera convenia presentarla como legal y constitucional; que la concesion de tal prerogativa podia acarrear la destruccion de la libertad; que por tanto se hacia necesario un voto de indemnidad, no solo para los militares, sino tambien para los ministros que habian concurrido á la ejecucion del acto en cuestion. El conde Temple, á quien Pitt su cuñado habia descontentado no incluyéndole en la nueva organizacion del ministerio, tambien se mostró opuesto á la corte en la misma discusion; pero el rey fué solicitado por ambas cámaras para oponerse á la esportacion del trigo.

La parte que el conde de Chatham y su amigo tomaron en este debate, viene á probar lo mucho que la fuerza de las circunstancias puede influir en los hombres mas sabios hasta originar contradicciones é inconsecuencia en sus ánimos. A no desempeñar aquellos personajes cargos en el Estado, es muy probable que no hubieran aventurado tales aserciones ni empleado semejantes argumentos por sostener una medida que juzgaron necesaria: aparecieron por un momento estraños al verdadero espíritu de la constitucion, é insensibles á las consecuencias fatales á que podian conducir sus razonamientos. Si el rey podia suspender la ejecucion de un acto legislativo, lo mismo podia suceder con cualquier otro; y permitirse determinar la necesidad de tal suspension, casi era someter á su discrecion el cuerpo entero de las leyes. El hábil lord habló ligeramente de la tiranía que se podia ejercer sobre la nacion en el interregno del parlamento, añadiendo: «y como basta poco »tiempo para causar mucho mal, no debe dejarse sub»sistente ningun medio de invadir los derechos del »pueblo.»

Empero es preciso confesar que el rey en estas circunstancias pensaba á favor del pueblo: mas el método adoptado por el consejo para su defensa merecia ser impugnado vivamente por el parlamento, á fin de que no pudiera servir de precedente en lo sucesivo para infringir la ley.

Viendo el conde la poca solidez del edificio que habia levantado, indujo al duque de Bedford á que se le uniese; y en tanto que este vacilaba todavía sobre las condiciones del convenio, uno de los miembros del consejo dió su dimision; á la cual siguió bien pronto la de sir Carlos Saunders y de otros muchos que el conde hubiera deseado conservar en la administracion. Tal multiplicacion de plazas vacantes ni podia agradar al duque, ni reforzar materialmente al ministerio; y agobiado el conde de disgustos y de achaques, se puso incapaz enteramente para la aplicacion y asiduidad que exigia su cargo.

Durante la legislatura tuvieron lugar algunos sucesos importantes—Año 1767.—Promoviéronse discusiones en la cámara indiana, y se verificó un exámen detenido del estado de los negocios de la compañía, resolviéndose tras de violentos debates que se procediera á un arreglo útil al público con los directores. Aprobóse un convenio por el que se exigia á estos el pago de ochocientas mil libras esterlinas en dos años por la consérvacion del derecho de guardar los territorios que habian adquirido sucesivamente. Habiéndose congregado los propietarios de la compañía para proponer un aumento de los dividendos, espuso el duque de Grafton que la tasa era exorbitante y que pudiendo arrastrar á una especulacion arriesgada, proponia que se redujera el dividendo al diez por ciento.

El canciller del tesoro condenó esta restriccion sosteniendo que la adicion al interés ordinario se hallaba justificada por la mejora de las rentas de la compañía; que seria fácil prevenir el mal eventual que podria resultar de tal alza, y que semejante infraccion de los derechos de un cuerpo privilegiado era injusta é impolítica. El proyecto fué aprobado á despecho de la vigorosa oposicion habida en las dos cámaras.

Townshend, aprovechándose de la enfermedad del conde de Chattam, presentó un proyecto para crear una renta en América, pretendiendo que este se hallaba exento de la objecion principal que se habia aplicado al impuesto del papel sellado, y que no podia ser perjudicial á los colonos porque únicamente debia agravar al comercio. El plan tenia por objeto imponer ciertos derechos sobre el té, el vidrio, el papel y los colores empleados en la pintura, siempre que se introdujeran estas mercaderías en algunas provincias de América. El dinero resultante de tales derechos debia destinarse al sostenimiento del gobierno civil, y entrar el sobrante en el tesoro. Semejante proyecto encontró poca oposicion en el parlamento; pero los americanos lo consideraron justamente como una medida perjudicial, cuyo objeto era igual á la del papel sellado y se encaminaba á renovar una cuestion que merecia caer en olvido.

A esta medida imprudente sucedió una disposicion para suspender el poder legislativo de la asamblea de Nueva-York, en atencion á que este cuerpo rehusaba conformarse con una ley que ordenaba la prestacion de mayor sueldo á las tropas británicas residentes en la provincia. Amenazada enérgicamente la asamblea, desistió de contrariar al parlamento, y se sometió á aquella disposicion.

En vano se habia solicitado hasta entonces la cooperacion del conde de Chatham, y lord Townshend comenzaba á aspirar al rango de primer ministro, cuando la muerte le salió al encuentro antes de llegar al término de su ambicion. Nada habia contribuido su última conducta á dar una alta idea de su sabiduría y discernimiento en los negocios, cualesquiera que fuesen su elocuencia y habilidad en la discusion: habia tanta inconstancia en su proceder, «que es difícil, dice un »historiador, comprender cómo habria podido dar mas »vigor al ministerio.» Ninguna medida decisiva, ninguna ventaja hubiera resultado de un carácter tan in-

(1) Resolucion que habia sido publicada contra los progresos y monopolistas del trigo, cuyas especulaciones podian sumir el reino en los horrores del hambre.

constante é irresoluto; de modo que sometido el ministerio á los caprichos de tal jefe, lejos de recuperar su energía, hubiera acabado por perderla del todo. Lord North, pagador adjunto del ejército, fué designado para reemplazar al ministro difunto; el conde Gower por complacer al duque de Bedford fué nombrado presidente del consejo en virtud de la resignacion voluntaria del conde de Northington, y la retirada del general Conway proporcionó una plaza importante á lord Weymonth. Creóse un nuevo cargo que se juzgó necesario, y el conde de Hillsborough recibió el título de secretario de Estado del departamento de América.

No sobrevivió mucho tiempo á la discucion relativa al embargo la administracion formada por el conde de Chatham. El duque de Grafton tomó entonces las riendas del gobierno; y como al fallecimiento de Towshend que habia llegado á primer magistrado, siguieron muchos cambios en que ninguna participacion tuvo dicho conde, el ministerio tomó el título de ministerio *Grafton*.

Aunque el conde hubiera perdido el poder, su mérito no por eso era menos evidente. No se podia disputar que no poseia cualidades estraordinarias: tenia sutileza, penetracion y sagacidad: á una notable energía de alma juntaba una vasta inteligencia: sabia crear planes atrevidos de política y guerra, y asegurar su buen éxito con un valor que le hacia superior á todo sentimiento del peligro y á todo temor de dificultades. Favorecido por el cuerpo entero del pueblo, menospreciaba la oposicion accidental de la aristocracia, y podia desafiar las parcialidades mas orgullosas del reino.

Ningun ministro proporcionó mas triunfos y gloria á las armas británicas: bajo sus auspicios acompañó la victoria á los ingleses en las cuatro partes del mundo, alcanzándose numerosas ventajas tanto por mar como por tierra; parecia reinar su espíritu en cada parte de la administracion; y mientras su elocuencia suprema atemorizaba al parlamento, su influencia imponia silencio al espíritu de partido. En la vida privada quizá fué demasiado orgulloso é inflexible; jamás echaba mano de los medios de dulzura y conciliacion: así fué mucho menos amado del pueblo que estimado de sus amigos.

CAPITULO LIX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1767 hasta el de 1772.)

La borrasca levantada por la imprudencia de la corte en la América del Norte hubiera podido conjurarse poco á poco y acaso restablecerse la calma, á haber sido dirigidos los asuntos nacionales por la sabiduría y el patriotismo. Por desgracia no prevalecieron estas cualidades en el gabinete británico: en el momento en que parecia haberse renovado la armonía definitivamente, la reproduccion indiscreta é inoportuna de un derecho odioso volvió á originar la discordia anterior y encendió el fuego que estaba oculto debajo de la ceniza.

Oyéronse violentas quejas contra el nuevo plan (1), patentizándose el descontento de todas partes en nuevos papeles y folletos. Los habitantes de Boston y de otras muchas poblaciones considerables protestaron contra el empleo de las manufacturas británicas, resolviendo valerse en todo de su industria en beneficio de las artes y del progreso interior de su país, á fin de hacer cesar la importacion de los géneros de la madre patria.

El parlamento hizo poco caso de los rumores de los colonos, y á pesar de sus objeciones, á las que pareció prestar oidos el duque de Grafton, y de todos los esfuerzos de ellos para que se desechara la ley, no se propuso su revocacion. Esta legislatura fué poco importante, sin que hubiera ocurrido ningun debate interesante, á escepcion de los relativos á las donaciones de la corona y á los asuntos de la Compañía de Indias. El duque de Portland en virtud de una donacion hecha antiguamente por el rey á su familia, reclamó un castillo comprendido entre ciertos dominios de la corona transferidos recientemente á un favorito (1). A tal reclamacion se opuso el parlamento; pero después se formó una ley para preservar de semejante enajenacion arbitraria los bienes de que por concesion de la corona hubiera estado en posesion por largo tiempo un primer propietario. Con respecto á la cuestion de la Compañía de Indias, que tambien dió márgen á algunos debates animados, la mayoría votó por la continuacion de las restricciones.

El rey, espirado el sétimo año del parlamento, anunció su disolucion en la primavera, y en las disputas que se suscitaron con motivo de las nuevas elecciones notóse una vehemencia y pasion estraordinarias.

Un personaje notable por su popularidad, Wilkes, de quien no hemos hablado hace algun tiempo, apareció de nuevo para mortificar al ministerio y provocar motines. En vano habia rogado al marqués de Rockingham y al duque de Grafton para que intercedieran por él con el rey: por fin regresó de su destierro muy irritado por los desaires que habia recibido, y desafiando todo riesgo solicitó los sufragios de la vecindad de Londres para lograr asiento en el parlamento. No habiendo sido elegido en esta ciudad, recurrió á los propietarios libres de Middlesex, quienes le acojieron vivamente y le eligieron después de darle las mayores muestras de aprecio. Como no habia sido revocado el decreto de su proscripcion, se entregó á prision; mas la plebe hizo los mayores esfuerzos para libertarle de ella, á fin de que pudiera sentarse en el parlamento. Los soldados recibieron órden de hacer fuego á los grupos que se reunieron, siendo muchos los que perdieron la vida. El desenlace de la conmocion fué calificado por Wilkes de matanza horrible y deliberada, y aplicó las palabras de *escrito sanguinario* á una carta escrita por lord Weymouth á los magistrados recomendándoles la interposicion del poder militar. Dióse un bando contra los grupos tumultuosos del pueblo, y entrambas cámaras dirigieron las gracias al rey por aquella prueba de interés que tomaba por la paz del reino. Ocupóse tambien el parlamento de algunas medidas dictadas anteriormente para fomentar la importacion de trigo y prohibir su esportacion, y examinóse la tardanza que hubo para apoderarse del sedicioso proscrito, tardanza que le habia dado tiempo para que le eligieran miembro de la cámara de los comunes. El decreto de proscripcion fué anulado por el tribunal del banco del rey; y el resultado de los juicios fué la imposicion de la pena de veintidos meses de prision, además de una multa á que fué condenado, y la fianza que se le exigió para garantia de su buena conducta futura. El populacho clamó contra esta condenacion, y profanó el nombre de libertad juntándolo al de un faccioso.

Los asuntos de la América Septentrional exigian de nuevo la atencion de Inglaterra. La asamblea de Boston, influida por jefes ardientes y enérgicos, votó una carta circular en queja de la novísima conducta de la Gran Bretaña, y para representar la necesidad de una asociacion general en defensa de sus derechos comunes, y á fin de que las colonias pudieran obtener la reparacion de los agravios que habian sufrido. El gobernador manifestó sus deseos de que se revocara una

(1) Plan de pechar ciertas mercancías esportadas á América.

(1) El bosque de Inglewood y el castillo de Carlisle habian sido dados á la familia de Portland por Guillermo III. Sir Jacobo Lowther pedia que se le concediera el arrendamiento de aquel dominio por tres generaciones.

resolucion tan osada; pero sus proposiciones fuéron desechadas sin ningun miramiento, por mas que no se ignoraba que él obraba al tenor de las órdenes terminantes del gabinete de Londres. Exasperándose el pueblo se entregó á actos revoltosos, descubriendo la intencion de vengarse de los empleados de la aduana; y cuando el ofendido gobernador se decidió á disolver la asamblea, los descontentos convocaron una reunion que sin pretender ninguna autoridad sobre la colonia, dirigió al rey una peticion contra los procedimientos del parlamento. Entonces se dieron nuevas órdenes á consecuencia de la llegada de tropas, y porque el pueblo parecia dispuesto á esperar con paciencia el resultado de la esposicion dirigida á S. M.

Con el regreso de lord Clive hiciéronse sentir en la India las calamidades de la guerra. Un oficial aventurero denominado Hyder-Alí, se habia apoderado del gobierno de Misore, agregando á este principado diferentes conquistas: el nizan ó virey del Decan se dejó seducir hasta aliarse al usurpador, y entrambos principiaron á hacer preparativos de guerra. El consejo de Madrás, recelando el peligro, envió un ejército para vigilar los movimientos de los confederados, cuya aproximacion dió márgen muy pronto á las hostilidades—Año 1767. —En el mes de setiembre trabó una accion el coronel Smith con ellos junto á Trinomaly, y consiguió la victoria á pesar de la superioridad de los contrarios. Desalentado entonces el nizan, solicitó la paz, que fué ajustada con condiciones ventajosas para la compañía. En la siguiente campaña contra Hyder-Alí, los ingleses ganaron á Mangalora, la cual fué recuperada en seguida. Interin avanzaba Smitt hácia Seringapatam, Hyder arrasó el Carnate hasta el momento en que el regreso del general inglés vino á contener sus progresos. En seguida ocurrió un choque entre el enemigo y el coronel Wood, y sin embargo de que la victoria pareció declararse en los primeros momentos á favor de Hyder-Alí, los ingleses llegaron por fin á obtener completamente los laureles de la jornada. Hyder, siempre osado y presuntuoso, aceleró su marcha hácia Madrás, infundiendo tan gran terror á los oficiales de la ciudad, que propusieron la paz. Él accedió á formar una alianza; mas no otorgó condicion alguna que pudiera indemnizar á la compañía de los gastos de la guerra.



Hyder-Alí.

En medio de los disturbios de la India y de la América Septentrional, y de las discordias de partido que ocurrian en el interior de Inglaterra, el rey nada omitia de lo relativo á las artes y ciencias. En 1764 habia encargado al capitan Byron el descubrimiento de los mares Atlántico y Pacífico, y que realizara un viaje alrededor del mundo para el adelanto de la navegacion, de la astronomía, de la geografía, y en suma para el interés de la instruccion general. El general Byron examinó detenidamente el estrecho de Magallanes, hizo en virtud de sus propias observaciones útiles correcciones en las cartas marinas antiguas, y descubrió diferentes islas en el mar Pacífico del Sur. Distinguióse igualmente el capitan Wallis, verificando en 1767 otro viaje alrededor del mundo: nuestras cartas marítimas se hicieron con el nombre de muchas islas que descubrió, entre ellas la de Otahiti. Cataret atravesó tambien el Océano Pacífico, y dió la vuelta alrededor del globo con felicidad. A ruegos de la Sociedad Real ordenó S. M. la empresa de un viaje principalmente para poder observar el paso de Venus por encima del sol. El capitan Cooke comenzó este viaje después de la prorogacion del nuevo parlamento, probando con su conducta y perseverancia lo acertado de la eleccion de un navegante tan hábil para satisfacer á la espectativa general.

Una sociedad de artistas que acostumbraban reunirse para esponer sus obras, habia obtenido en 1765 un privilegio para el fomento de la arquitectura, pintura, escultura y grabado. Habiendo abandonado algunos artistas esta asociacion á consecuencia de una disputa que medió entre ellos, propusieron en 1768 formar un establecimiento mas respetable. Pareciendo al rey agradable este proyecto, contribuyó á su fundacion con una suma considerable, y se declaró protector y jefe de la nueva sociedad, que tomó el nombre de Academia Real de Artes. Sir Joshua Reinolds, célebre pintor, fué nombrado primer presidente de esta floreciente academia.

Abiertas las deliberaciones parlamentarias, ventilóse de nuevo el asunto de Wilkes en virtud de una peticion presentada para la reparacion de sus pretendidos agravios. La mayoría de los comunes no se mostró dispuesta á reconocer que él hubiera sido tratado con mas severidad de lo que habia merecido, é hízose una mocion para que fuera espulsado de la cámara por sus comentarios insultantes sobre la carta del secretario de Estado y por sus delitos anteriores—Año 1769.

Esta complicacion de cargos fué tachada como un acto de injusticia, pretendiéndose, que habiendo sido ya penado el culpado por el tribunal de justicia y por la cámara de los comunes, no se podia unir ahora una antigua acusacion á otra nueva, ni castigarle dos veces por la misma falta; que por otra parte, la nueva acusacion no era del resorte de la cámara, y que el espulsar á Wilkes por tales motivos era una violacion odiosa de los privilegios constitucionales. La mocion, no obstante, fué adoptada por la mayoría, y la conducta arbitraria de esta solo sirvió para aumentar la popularidad de Wilkes. Si el rey le hubiera perdonado, ó si los comunes no le hubieran perseguido tanto, su reputacion de patriotismo hubiera declinado gradualmente, y cedido sus pretensiones á nuevos motivos de interés; pero el ministerio, al tratar de perderle, le dió una importancia que de otro modo nunca hubiera adquirido, y que lejos de restablecer la calma, fomentó el espíritu de partido.

Los propietarios libres de Midlessex, considerando injusta aquella espulsion, trataron con ardor y empeño de elegirle de nuevo, á pesar de haber declarado la cámara que no admitia á Wilkes. El coronel Luttrel no logró mas que 296 votos, mientras que Wilkes tuvo 1153. Suscitóse en la cámara un violento debate cuando se anunció su regreso á los comunes, quienes decidieron por fin que Luttrel era el representante legal, en razon á que los sufragios obtenidos por su adversario eran contrarios á la ley, segun la última resolucion de la cámara. El público clamó fuertemente con justicia contra una conducta tan irregular y unas infracciones tan escandalosas de los derechos de los electores.

Como los últimos sucesos de la América Septentrional habian ofendido á la corte, los pares, invitados por el ministerio, impidieron que se comunicasen á la cámara los nombres de los individuos que mas habian participado de los actos ilegales, á fin de juzgar á los culpables en Inglaterra con arreglo á una ley del trigésimoquinto año de Enrique VIII. Cuando se solicitó á los comunes que concurriesen á tal proposicion, Pownall, que habia sido gobernador en la provincia de Massachusset, se esforzó por justificar la conducta, no de

los sediciosos, sino de los principales colonos, representando á la asamblea de Boston como una mera reunion de comisiones de diferentes pueblos, y no como una convencion de estados que hubiera sido ilegal, y advirtiendo al ministerio el riesgo de provocar á unos hombres animados hasta el mas alto punto del espíritu de libertad y de un ódio violento á la tiranía. Este aviso ningun efecto produjo en los miembros á quienes fué dirigido, y la cámara adoptó la amenaza contenida en el mensaje de los pares.



Palacio del Arzobispo.

Aprobóse una medida encaminada á que la Compañía de Indias pagara por espacio de cinco años un recargo anual de cuatrocientas mil libras esterlinas, y á que autorizara el aumento gradual de los dividendos hasta doce y medio por ciento. El rey cerró en seguida las sesiones, recomendando vivamente á sus súbditos la paz y el buen órden. Desde poco tiempo se habian presentado muchas peticiones al monorca para que interpusiera su autoridad contra los proyectos de los sediciosos; pero el resultado de tales peticiones se desvaneció por las quejas, representaciones y recursos de los que deseaban un cambio de ministerio. La peticion de Londres era una de las mas notables por su virulencia, en que escedia aun al encono de los propietarios libres de Midlessex.

La amenaza que se hizo de restablecer contra los americanos un antiguo estatuto caido hacia mucho tiempo en desuso, irritó á los habitantes de las provincias, que hasta entonces habian demostrado la mayor lealtad y sumision, y acrecentó de este modo la influencia que los jefes de Massachusset habian adquirido sobre la confederacion colonial. Autorizada de nuevo la asamblea de Boston para tener sesiones, acusó al gobernador de haber procedido mal, y pretendió poseer el derecho de juzgar en el interior de la colonia: otras asambleas discutieron igualmente en favor del mismo privilegio. Continuaron las maquinaciones contra el comercio británico, y el pueblo nada satisfecho quedó de la promesa del conde de Hillsborough, que al tenor de la órden que habia recibido del rey dispuso hacer saber á los gobernadores de las provincias que seria propuesta al parlamento la revocacion de los últimos derechos—Año 1770.

Al abrirse las cámaras en este año, los oradores mas bien se ocuparon del descontento manifestado en la Gran Bretaña, que del que habia estallado al otro lado del mar Atlántico. Una medida relativa á practicar investigaciones en cuanto á las causas de este descontento fué propuesta en las dos cámaras, mas sin efecto.

Los que entre los pares dieron mas animacion á aquel debate fuéron el conde de Chatham por su vigorosa elocuencia, y lord Cambden por sus sutiles argumentos. Sostuvo el conde que la libertad del súbdito habia sido atacada en la persona de Wilkes, y que los comunes violaron el derecho de eleccion; añadiendo que lo mas sensible para él era el hacer observar que en esta cuestion se habia incurrido en una violacion de principios y no en una irregularidad accidental que hubiera sido disculpable; que publicando y dando fuerza un brazo de la legislatura á la ley que condenaba á Wilkes, se habia arrogado una facultad no reconocida por la constitucion; concluyendo que el poder despojado de justicia es lo mas odioso que puede concebirse. Todos los propietarios libres de Inglaterra debian por lo tanto considerar tal causa como suya, y reunirse para rechazar un torrente que de otro modo llegaria á inundar el reino con las aguas amargas de la esclavitud.

Lord Mansfield convino en que toda resolucion adoptada por una ú otra cámara era ilegal é injuriosa para el pueblo; pero sostuvo que el caso de que se trataba no era mas que una decision particular que los comunes tenian derecho de pronunciar como jueces de sus propias elecciones.

El canciller habló contra el voto por el cual Wilkes habia sido escluido de la eleccion, porque no se justificaba tal cosa ni con precedente alguno, ni con la ley, ni con la razon: igualmente condenó como insulto al cuerpo entero de los electores de las provincias la designacion de Luttrel para representar á Midlesex; designacion que no podia ser llamada eleccion, puesto que nunca le hubiera escojido la mayoría de los propietarios libres, y habló fuertemente contra la conducta del ministerio; añadiendo que habia motivo para temer en vista de tal conducta, que se llegara á atentar con mas gravedad todavía á las libertades del pueblo.

Tambien fuéron animados los discursos de la otra cámara, hablando en esta ocasion Edmundo Bioke' y Carlos Fox que después se hicieron tan célebres: el primero declamó con vehemencia contra los ministros, y el segundo se manifestó defensor de estos.

Tan ofensivas le parecieron al rey las osadas observaciones de lord Cambden, que le mandó dejar el gran sello, el cual fué entregado á Carlos York, que no vivió el tiempo suficiente para acreditarse en tal cargo y gozar de su dignidad, porque avergonzándose de la debilidad que habia tenido en aceptarlo, tras de haberlo rehusado al pronto en los términos mas fuertes, se le tornó insoportable la vida y aceleró su muerte.

El marqués de Granby, disgustado de la conducta del ministerio, resignó el puesto de comandante general; Dunning, abogado distinguido, se negó por la misma razon á gestionar por mas tiempo como procurador general, y el conde de Coventry y algunos otros pares abandonaron sus empleos en la corte.

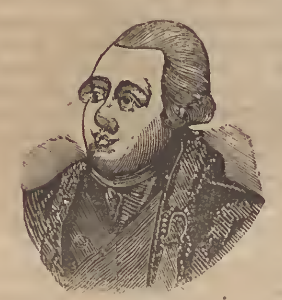
No viéndose ya sostenido el duque de Grafton en el gabinete tan sólidamente como deseaba, mostróse dispuesto á retirarse del gobierno. Quizá contribuyeron á apresurar su dimision la animadversion implacable y las espresiones satíricas del célebre Junio, quien le habia atacado en muchos escritos puestos con talento. El duque no carecia de mérito; mas no poseia ninguna de las cualidades necesarias á un ministro: como oficial subalterno hubiera podido ser útil al Estado; pero el primer cargo del gobierno era de demasiada importancia para la estension de su génio y de sus dotes políticas.

Como el intrépido Junio se dirigia contra un objeto mas elevado, atacó al mismo rey; y si bien no tuvo la audacia de acusarle del propósito deliberado de usurpar los derechos del pueblo, sin embargo, afectando demostrar la diferencia que habia entre las cualidades amables de la buena índole del príncipe, y entre la estravagancia y perfidia de los que le rodeaban, separó las virtudes privadas del hombre, de los vicios de su gobierno. Empero este escrito se encaminaba á causar una impresion desfavorable hácia el monarca, asaz débil para no permitir que le dominara la corrupcion de sus ministros. El escritor trazaba con acrimonia la

marcha progresiva de su conducta impolítica, desde la época del advenimiento del rey; condenaba la imprudencia, la violencia y el espíritu inconstitucional de aquellos que servian de norma á este; aconsejaba en vista de la corrupcion de la cámara de los comunes disolver el parlamento, y demandaba encarecidamente á á S. M. que no otorgara su confianza mas que á los que la inspirasen á sus súbditos.

Este escritor es considerado actualmente en Inglaterra como un autor clásico: empero atendiendo al encono de sus cartas, á la violencia de sus injurias y á la naturaleza intolerable de algunos de sus ataques, antes bien deberá ser escluido del número de los escritores un hombre mas capaz de estraviar que de ilustrar á sus admiradores. Ciertamente escribió con fuego, á veces con elegancia, y en general con claridad y energía; argumenta de una manera especiosa sin conducir á la conviccion; manifiesta un conocimiento perfecto de la constitucion, aunque alguna vez espone sus principios con falsos colores; se muestra defensor de la libertad, pero á veces la lleva hasta la licencia. «Si solo le »juzgamos por sus dotes como escritor, dice un autor »ministerial, ¿dónde está su mérito?» Puede responderse que tenia el de un político hábil, sagaz y agudo. Merece tambien ser tachado severamente por su espíritu sedicioso, por la grosería de sus dicterios y por sus errores. Es una cosa muy notable que el público jamás ha podido descubrir quién era semejante hombre: sus escritos fuéron trasmitidos con tal secreto, que fuéron inútiles todas las pesquisas que para averiguar se intentaron, sin haberse podido ni desenmascararle ni impedir que prosiguiera en su osada carrera, ni aun después de su figurada muerte se ha podido rastrear nada con respecto á un ser que tan viva curiosidad habia escitado. Se han citado confidencialmente diferentes nombres; pero siendo débiles los indicios, no han parecido de bastante autoridad para desvanecer la duda cambiándola en certeza.

Propuesta una pesquisa sobre el estado de la nacion á la cámara de los pares, el duque se manifestó muy propicio á comenzar tal exámen; pero antes de emprenderlo dimitió su empleo, que fué conferido á lord North —Año 1771, 28 de enero.—Por consejo del nuevo ministro, el conde de Hallifax fué nombrado lord del sello privado, y el jóven orador Fox, lord del almirantazgo.



Lord North.

El marqués de Rockingham abrió los debates con la cuestion relativa al estado de la nacion, descubriendo diferentes puntos de censura, mas limitando principalmente sus observaciones á la eleccion de Middlesex: pronto á condenar la conducta de los comunes, exhortó á los pares á declarar que en los juicios de elecciones la otra cámara debia adoptar la ley del país y la costumbre vigente en el parlamento.

Los condes de Sandwich y Marchmont, así como el lord mayor de justicia Mansfield, desaprobaron formalmente la interposicion de los pares en una cuestion que era de la esclusiva competencia de la cámara baja; mas el conde de Chatham sostuvo que ellos tenian facultad de oponerse á toda invasion en las libertades del pueblo. Una mayoría considerable desechó la proposicion de Rockingham, desaprobando con una enérgica declaracion la idea de acusar el juicio de los comunes. Ya habia sido sometido el mismo asunto á la deliberacion de aquella cámara por Dowdewell, que habia obrado como canciller del tesoro en el ministerio del marqués y obtenido un voto aprobatorio. Los comunes rechazaron en seguida como insostenible y sediciosa la nueva representacion de los vecinos de Londres, que negaba la legalidad del parlamento y la validez de sus actos «por »causa de que la cámara habia aprobado uno que vicia»ba todas las medidas ulteriores de los cuerpos legis»ladores á la sazon reunidos.» La respuesta del rey declarando aquella representacion irreverente en cuanto á él, ofensiva en cuanto al parlamento, y contraria á los principios de la constitucion, fué censurada inmoderadamente por el conde de Chatham, quien sin embargo no pudo arrastrar los pares á que se le unieran para votar en contra, ó pedir la disolucion del parlamento. No obstante, el partido popular obtuvo un punto importante con la formacion de una ley que declaraba que en lo sucesivo ningun miembro espulsado seria inhábil para volver á serlo mientras no se hiciera reo de traicion ó de crímenes acreedores á la picota.

Es probable que la mencion del privilegio electivo, hecha frecuentemente en estos debates, fué lo que sugirió á Grenville la idea de reformar las decisiones de los comunes en las elecciones dudosas. Su proyecto, que fué sancionado por las dos cámaras, disponia que el representante cuya eleccion fuera disputada, y su adversario, pudieran escojer de entre cuarenta y nueve miembros nombrados por escrutinio, trece que con otras dos personas designadas además para representarles, formáran una comision que se obligara con juramento á obrar con imparcialidad.

En efecto, las determinaciones de estas comisiones por lo general han sido justas.

En la época de la formacion de esta ley acertada y ventajosa para los súbditos de la Gran Bretaña, el rey accedió á otro acto que juzgó debia agradar á los americanos, porque era para revocar todos los derechos impuestos por Towushed, á escepcion del que recaia sobre el té. Este impuesto era tan corto, que lord North no se figuró que se suscitaria la menor dificultad, sin considerar que los colonos se cuidaban poco de la suma de aquel gravámen, y disputaban el derecho de pechar.

Pownall propuso que se abrogara la ley anterior en todas sus partes; pero Grenwille, contemplando con satisfaccion personal su plan rentístico, opuso á la vez la idea del ministro y la instigacion mas prudente del último orador. La variacion fué desechada por una mayoría de sesenta y dos votos.

Prorogado que fué el parlamento, los ciudadanos de Londres hicieron una peticion al rey á fin de obtener nuevos ministros y nuevo parlamento. No habiendo agradado la respuesta á Beckford, rico cultivador de las Indias Occidentales y corregidor á la sazon, censuró personalmente á su soberano por haber cedido á un consejo contrario á los principios de la constitucion. La representacion fué recibida con el silencio de la indignacion.

En tanto que los americanos aguardaban con impaciencia las nuevas resoluciones del parlamento, sobrevino de repente entre algunos soldados y la plebe de Boston una contienda que desde luego se presentó tan séria, que un oficial denominado Preston se apresuró á dirigirse al sitio del tumulto. Irritados los soldados con las injurias y malos tratamientos del populacho, hicieron fuego matando cuatro personas de la ciudad. El oficial Preston fué acusado de asesinato, y encausado; mas se le absolvió después de haberse mitigado el encono del pueblo. Apaciguado este motin, fué recibida con júbilo la nueva disposicion, siendo restablecido con pocas escepciones el comercio con América.

Interin se calmaban en apariencia las agitaciones coloniales, una discordia que parecia amenazar al reino con una guerra próxima, se suscitó entre las cortes de Madrid y de Londres relativamente á las islas Falkland, situadas al sur del mar Pacífico. El capitan Byron tomó posesion de ellas en 1765, y ponderó las supuestas ventajas que presentaban para un establecimiento. Animado el gobierno por una narracion tan lisonjera, envió allá un destacamento que formó una colonia, viviendo muchos años en una soledad horrorosa, hasta que el gobernador de otra de aquellas islas, ocupada por los españoles, invitó á los ingleses á retirarse; pero antes habia intimado el capitan Hunt á aquellos á que se alejáran de la costa. Resueltos los españoles á impedir que ninguna de las islas continuara en poder de súbditos británicos, aparejaron una escuadra que hizo inútil toda resistencia; y así la isla, ocupada hasta entonces por una guarnicion inglesa, fué evacuada. Apenas supo el rey tal insulto mandó preparar una armada; sin embargo, nada omitió para desviar el azote de la guerra por la via de las negociaciones. Los españoles al ver á los franceses poco dispuestos á socorrerles, se decidieron á hacer concesiones capaces de acallar á un ministerio poco sensible al honor nacional.

El embajador de España desaprobó la empresa de Buccarell, que habia enviado desde Buenos Aires tropas para espulsar á la colonia inglesa, y se acordó la devolucion de la isla en cuestion, sin que esta estipulacion anulara ni disminuyera nada las pretensiones de España á la soberanía general de las islas Falkland— Año 1771.

Preténdese que S. M. prometió en un artículo reservado retirar sus súbditos del nuevo establecimiento así que fueran restituidos á la posesion, y renunciar al proyecto de crear una colonia en aquellas islas. Semejante estipulacion hubiera sido vergonzosa, y nosotros tenemos fundamento para suponer que no se firmó el artículo de que se trata. Sin embargo, entrambas partes creyeron que la Gran Bretaña no conservaría mucho tiempo aquel establecimiento, ni aumentaría la colonia de ninguna de las otras islas. No puede hacerse mencion de la tal cláusula, y en resúmen, de semejante asunto ningun honor resultó á los consejeros secretos del rey.

Los miembros antiministeriales reprobaron las convenciones celebradas con España como ilusionarias é insuficientes, las cuales sin embargo recibieron la aprobacion de la mayoría. No puede negarse que el emprender una guerra por tales motivos hubiera sido contrario á las leyes de la prudencia y la humanidad; mas al propio tiempo es preciso conocer que pudiera haberse evitado aquel caso de una manera mas gloriosa para la nacion.

La legislatura en que se ratificó semejante convenio, fué notable por diferentes debates de que solo tenemos detalles imperfectos. En una discusion relativa á las medidas indispensables para poner la nacion en estado de defensa, opusiéronse los pares á que ninguno de los miembros de la cámara de los comunes estuviera presente. Esta esclusion ofendió á los representantes del pueblo hasta el grado de negarse ellos á su vez á admitir á los pares (1). La cuestion de los libelos dió tambien márgen á muchos debates violentos: lord Mansfiel sostuvo que el punto de averiguar si un escrito debia ser considerado ó no como libelo, era un punto que no incumbia al jurado, cuyo veredicto debia concretarse á decidir solamente sobre el hecho de la impresion y de la publicacion: lord Cambden y el conde de Chatham condenaron tal principio, que segun afirmaron, ningun verdadero amigo de la constitucion podia propagar ni sostener. Si los jurados habian de estar tan restringidos en lo sucesivo, los jueces, por mas que estuvieran dotados en general de rectitud é imparcialidad, podrian llegar á dejarse arrastrar algunas veces á ejercer una influencia arbitraria en menoscabo de la justicia y libertad. Una opinion semejante fué emitida en la otra cámara por Glynne, que propuso el nombramiento de una comision para practicar una pesquisa acerca de algunas decisiones recientes de los jueces. Tal proposicion fué desechada á pesar de haber sido sostenida con un desarrollo notable de talento y elocuencia.

(1) Fué tal el resentimiento de los comunes, que precisaron á salir de la cámara á los lores que por divergencia se habian separado de sus cólegas, y asistian á la sazon á los debates de dicha cámara. Tal medida no sirvió mas que para originar un espíritu de malevolencia y de hostilidad entre ambas cámaras.

En esta época en que la prensa daba á luz numerosos libelos ó publicaciones consideradas como tales, los editores de los diarios ó sus colaboradores tuvieron al parecer una audacia ó temeridad escesivas, y los escritores parecian haberse apropiado el privilegio de hablar con una libertad que rayó en licencia. Habia á la sazon un papel sarcástico de gran nombradía, porque ofrecia al público una falsa interpretacion de los debates parlamentarios, y dos impresores fuéron citados á la barra de la cámara de los comunes por falta de exactitud y verdad en sus narraciones. A consecuencia de haberse negado á obedecer, la cámara envió su ministro á prenderlos, y como todavía eludieron la órden de comparecer, publicóse un edicto real. Wilkes, entonces magistrado de la corparacion de Londres, y el regidor Oliverio absolvieron á los dos culpados, librándolos de una prision que se declaró contraria á los privilegios de la ciudad. El lord corregidor Croby no solo restituyó la libertad á otro impresor que tambien habia sido arrestado, sino que espidió de concierto con Wilkes y Oliverio mandamiento de prision contra el que se habia apoderaro del impresor llamado Miller. En pos de violentos debates, Wilkes recibió órden de presentarse en la barra, mas se negó con una energía determinada á resistir todas las medidas encaminadas contra él (1), y la cámara á trueque de evitar este choque envió sus dos amigos á la Torre.

Todavía es una regla establecida de una manera fija en ambas cámaras, que todo estraño esté escluido, y que cualquiera de sus miembros pueda proponer que se dé mayor vigor á tal reglamento; pero rara vez se ejerce este derecho. A nadie es permitido tomar nota de los discursos pronunciados en la cámara, y sin embargo no deja de haber tolerancia: no todos los narradores estan dotados de la singular memoria de un Woodfall, y desde 1771 hasta la actualidad las discusiones han sido impresas casi sin interrupcion.

Todavía dió márgen á nuevos debates la eleccion de Middlessex, bien que ninguna de las cámaras pudo determinarse á variar las resoluciones tomadas en este asunto. Habiéndose descubierto pruebas graves de venalidad por medio de una pesquisa practicada con respecto á una eleccion de New-Shoreham en Sussex, por tal infraccion de las leyes constitucionales ochenta y un propietarios de Shoreham perdieron con justicia sus franquicias.

En el ministerio ocurrieron algunas variaciones que merecen ser referidas. El conde de Sandwich, á consecuencia de la resignacion de lord Weymouth, fué nombrado secretario de Estado; mas no tardó en ser alejado de un puesto que no podia llenar debidamente, siendo designado para suceder á sir Eduardo Hawke en la direccion del almirantazgo. El conde de Hallifax fué creado de nuevo secretario de Estado en el departamento del Norte, agregándosele el conde de Rochefort para los negocios estranjeros. Bathurst obtuvo el gran sello: Thurlow y Wedderburne, hombres dotados de cualidades distinguidas, fuéron declarados el uno procurador general y el otro agente general. Habiendo fallecido lord Hallifax durante el estío, cedióse su empleo al

(1) En una carta que escribió al presidente de la cámara declaró que no accederia á obedecer y á justificar su conducta, mientras no fuera reconocido por miembros de aquella, y jámas de otra manera.

conde de Suffolk, y entregóse el sello privado al duque de Grafton.

En la legislatura siguiente mostróse menos poderoso el partido de la oposicion—Año 1772.—Hubo empero algunos debates animados, principalmente sobre asuntos eclesiásticos, porque muchos miembros del clero, profesores de derecho y medicina, con el pretesto de un escrúpulo de conciencia hicieron una peticion para alcanzar alguna indulgencia por adherirse á ciertas doctrinas religiosas. Esponian los peticionarios que el rigor estremo empleado para forzar á reconocer algunos artículos de fé que la razon rehusaba aceptar, no solo impedia la libertad de la investigacion que debe conducir al pleno descubrimiento de la verdad, sino que parecia autorizar además las prevaricaciones evasivas é injuriosas á la religion y á la moral: añadian que los treinta y nueve artículos habian sido establecidos en un siglo menos ilustrado, en que las máximas del papismo no habian perdido por completo su influencia sobre el ánimo del clero; que la pureza de la fé no podia ser alterada renunciando á ciertos artículos de creencia, y que muy lejos de ello, la mitigacion de un rigor contrario al buen sentido derramaría sobre la religion nuevo vigor y mayor lustre. Los que se oponian á la peticion, entre los que se contaba el mismo ministro, sostenian que condescender á tal demanda era preparar la ruina á la religion cristiana, en razon á que semejante proceder alentaba á los sectarios á propagar opiniones heterodoxas cubriéndose con el manto de la iglesia; daban á entender que los que tuvieran una conciencia tan escrupulosa que les impidiera creer los artículos de la religion reformada, podian renunciar sus emolumentos y beneficios, y pretendieron que las doctrinas en cuestion formaban una ley fundamental que el parlamento mismo seria injusto en anular, aun cuando tuviera facultad para esto. Los comunes en consecuencia decidieron por mayoría de ciento cuarenta y seis votos que la peticion no merecia ser acojida.

Cuando una religion se halla establecida en términos de hacer parte del régimen general de un estado, y hay fondos asignados por el gobierno para el sostenimiento de los ministros de tal religion, parece necesario que se establezca una uniformidad de doctrina y disciplina por los jefes de la iglesia para impedir la irregularidad y la confusion, y evitar aquella apariencia de inseguridad y capricho que pueda producir una impresion peligrosa en el espíritu del pueblo.

Empero el tiempo puede acarrear algunas variaciones en la religion sin lastimar sus puntos esenciales; algunos artículos de nuestro culto son sin duda tan contradictorios y espuestos á objeciones, que debe ser permitido reformar tales errores y corregir el gran edificio de la cristiandad, sin que por eso deba suponerse la intencion de conmoverlo y ofender la religion: examinar y rectificar los artículos de fé que pueden escitar la duda, es en consecuencia el medio mas razonable al intento.

Los jefes actuales de la autoridad gozan de tanto privilegio para realizar en la religion reformas útiles, como nuestros ascendientes gozaron en otro tiempo para quitar del cristianismo el sistema de la iglesia romana.

Los disidentes privados de los emolumentos de la Iglesia y tolerados en el ejercicio de sus diferentes cultos protestantes, hicieron una mocion para que se presentara á la cámara un proyecto á favor de ellos, en el cual pedian que se les dispensara de firmar los artículos á que les forzaba á dar su adhesion el decreto del rey Guillermo III (1). Representóse sin embargo que las penas impuestas por esta ley no recaian sobre los que sabian eludir el reglamento; que por consiguiente los disidentes, toda vez que no tenian injurias que soportar, se quejaban con injusticia. Ellos respondieron que en todo tiempo estaban sujetos á los efectos de la misma ley, y que ya que la idea de una tolerancia legal encerraba el permiso de profesar opiniones diferentes de las de la Iglesia establecida, era una contradiccion absurda el ponerlos en el caso de continuar espuestos á una pena. El proyecto fué sancionado por los comunes, mas no por los pares. Los obispos que á él se opusieron tuvieron en tal debate mas influencia que la que la razon debia permitir.

Los partidarios celosos del clero se creyeron igualmente obligados á oponerse á una proposicion que se encaminaba á preservar á los propietarios de las gabelas de la Iglesia. Aquellos propusieron el espediente de reservarse las que no estaban abolidas, á fin de oponerse al espíritu de usurpacion de los legos: mas tal insinuacion fué contrariada por la negativa de los propietarios en general á ceder á los deseos del clero. La mocion en pro del proyecto fué desechada por una corta mayoría.

A una con los asuntos eclesiásticos fijó la atencion pública un plan de restriccion acerca de los casamientos de la familia real. Creyólo necesario la corte á consecuencia de la conducta del duque de Glocester, hermano del rey, que se habia casado con la viuda del conde de Waldegrave, y del duque de Cumberland que tambien se habia permitido enlazarse con la hija de lord Irnham. Dicho proyecto disponia que ningun descendiente de Jorge II, á escepcion de los que nacieran en país estranjero, pudiera desposarse en lo sucesivo antes de los veinticinco años sin consentimiento de su soberano, y que ni aun después de esta edad podria hacerlo legítimamente sin la aprobacion del parlamento.

Los pares se estendieron de una manera especiosa acerca de todos los inconvenientes y del peligro que podian resultar de las uniones precipitadas é imprudentes. Los que se oponian al proyecto respondieron con mas vigor y condenaron semejante restriccion como contraria á las leyes, las costumbres y la sana política: sin embargo, dicho proyecto triunfó de toda oposicion.

Otros incidentes ligados á los intereses de la familia real reclaman ahora nuestra atencion. La princesa Carolina Matilde, hermana del rey de Inglaterra, habia sido casada en 1766 con Cristian VII, rey de Dinamarca, sin que todavía contara ella mas que diez y seis años. Cristian era de inteligencia escasa, de un cárácter caprichoso, abierto á la lisonja y fácil de ser manejado por la intriga y las persuasiones artificiosas. La reina era viva, jovial, y sus maneras anunciaban una propension estremada á la ligereza. El conde de Struensée, hombre dotado de mucha capacidad y de un carácter espresivo, no solo manejaba completamente al monarca, sino que supo además hacerse tan grato á la reina, que alcanzó toda la confianza de esta. Semejante influencia llegó á provocar la envidia de los cortesanos, formándose contra él un partido considerable, á cuya cabeza se pusieron la reina viuda y su hijo, hermano de segundas nupcias del imbécil soberano. Carolina fué tambien el blanco del ódio de esta faccion por su supuesta influencia sobre su esposo y por el favor que habia dispensado al ambicioso aventurero que osaba dominar á la nobleza del reino. El conde fué acusado de varios crímenes de estado, y la reina de haber incurrido en adulterio con el odioso favorito. Llegóse á lograr de Cristian una órden para arrestarla, así como á Struensée, el cual fué decapitado prévio un proceso injusto. Asegúrase que los enemigos de Carolina abrigaban la intencion de hacerla sufrir la misma suerte; pero la mediacion de su hermano los forzó á usar de mas indulgencia. Una es-

(1) Este decreto de tolerancia libertaba de las leyes penales, que eran muy severas, á todos los disidentes que accedieran á adherirse á los treinta y cinco puntos de doctrina de la Iglesia anglicana. Entonces todos los disidentes dieron á ellos su asentimiento; pero mas tarde hicieron tentativas infructuosas para procurar libertarse de todas las leyes sobre el juramento, hasta que en consideracion á su laudable conducta, cuando el advenimiento al trono de la casa de Hanover, se consideraron como caidas en olvido las leyes dadas contra ellos.

cuadra inglesa la escoltó hasta la embocadura del Elba, y pasó el resto de sus dias en Zell, donde falleció en 1775 de una fiebre maligna.

Ninguna prueba ha podido conducir á reconocer que fueran fundadas las acusaciones dirigidas contra esta princesa. Si la generalidad no está convencida de la injusticia de que ella fué víctima, al menos gran número de personas considera como mucho mas fuertes las probabilidades de su inocencia que las de su pretendido desarreglo: por imprudente y ligera que Carolina hubiera podido ser, no resulta que se hubiera envilecido hasta tornarse criminal.

Al poco tiempo de la prision de la reina de Dinamarca, murió su madre de edad de cincuenta y cuatro años. Hay conformidad en reconocer en esta princesa un carácter amable; pero la opinion general es, que ejerció su influencia sobre el rey su hijo en favor de la prerogativa mas bien que de los intereses del pueblo.

CAPITULO LX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1772 hasta el de 1775.)

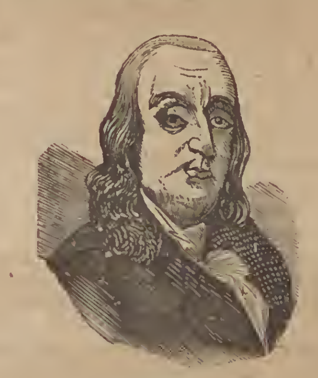
Después de los triunfos memorables de Clive en el anterior reinado, el poderío de la Compañía de Indias habia tenido un incremento considerable, que no tardó en ser seguido de una mala administracion y de abusos enormes causados por la falta de sabiduría política del gobierno. El privilegio concedido para administrar las rentas de las tres provincias no contribuyó á remediar tales abusos, á pesar de que se adoptaron algunos planes de reforma. Los agentes de la compañía, tanto en lo civil como en lo militar, se ocupaban mas bien en adquirir riquezas que en llenar sus deberes respectivos: y como los medios ordinarios de atesorar se les hacian lentos, recurrian á pretestos é iniquidades sin cuento. Los naturales se veian saqueados con una rapacidad cruel, siendo llevado á tal punto de perversidad el espíritu de monopolio hasta en las cosas necesarias á la vida, que perecieron de hambre muchos millares de habitantes. Interin la codicia sin remordimientos guiaba á cada individuo, los intereses de la compañía eran dirigidos con tanta prodigalidad y desórden, que de dia en dia estaba amenazada de bancarotas.

La debilidad y estravagancia de los directores, asi como el mal comportamiento de los empleados, exigieron por fin medidas vigorosas por parte del ministerio, siendo la opinion de alguno de sus miembros que era necesario por causa del interés del gobierno sacar las posesiones territoriales de las manos de la compañía; pero la mayoría aconsejó al rey la adopcion de un término medio, y la disminucion de la autoridad de los directores en lugar de destruirla.

Con tal objeto se trazó un plan que fué sometido por lord North á la deliberacion de los comunes—Año 1773.—Los principales artículos eran, que los directores fueran elegidos por cuatro años; que nadie podria votar en las elecciones de este empleo sin haber sido antes doce meses accionista por la suma de mil libras esterlinas; que el parlamento nombrara al gobernador y consejo de Bengala; que estos gozarian de preeminencias sobre los administradores y presidentes de Madrás y Bombay, y que el rey diputaria cuatro jueces para formar un tribunal supremo. Los directores y muchos propietarios se quejaron abiertamente de este plan, que segun aseguraban, tendia á las claras á invadir los derechos de la compañía, y que lejos de prometer ventajas, amenazaba con resultados funestos. Los jefes de la oposicion patentizaron los mismos sentimientos, condenando semejante proyecto, particularmente porque propendia á acrecentar la influencia real y ministerial. Aquel pensamiento, redactado segun queria lord North, sin embargo fué adoptado, lo mismo que otro de un préstamo de un millon cuatrocientas mil libras á la compañía.

A consecuencia del exámen relativo á los negocios de la India, pintáronse las malversaciones de los agentes de la compañía, no solo como motivos suficientes de censura, sino tambien de castigo severo. En la legislatura anterior habia sido escitado lord Clive por las insinuaciones soltadas contra él á defenderse enérgicamente; pero se habia limitado á justificar las medidas y la conducta que adoptó después de su regreso á las Indias en 1765: gloriábase de sus esfuerzos para mejorar el estado del pais, para librar á los naturales de la opresion en que gemian, y para introducir el órden y la regularidad en la gobernacion; y por fin manifestó que la oposicion que siempre habia mostrado á las estorsiones, á la rapacidad y á los manejos fraudulentos de sus compatriotas, le habia espuesto á la maledicencia y calumnia. Los comunes, en pos de muchas gestiones hechas en esta legislatura, declararon que Clive, por influjo de las autoridades cuya confianza habia ganado, adquirió ilegalmente la suma de doscientas treinta y cuatro mil libras esterlinas: él confesó que habia recibido esta cantidad; pero pretendió haberla merecido por los servicios que prestó en Jaffier, y por haber preservado de su ruina al poderío británico en las Indias. El agente general Wedderburne defendió con una elocuencia seductora y especiosa al héroe acusado, hablando con entusiasmo de sus hazañas. La mayoría reconoció por una decision formal «que habia hecho grandes servicios á su país.» Empero lastimado por el ataque dado á su carácter, y forzado por un pesar interior, determinóse en un momento de precipitacion á alejarse del mundo (1).

En medio de estos y otros debates, el gabinete de Londres tuvo que prestar su atencion á los negocios del continente. Hacia muchos años que los rusos estaban en guerra con los turcos: y como los franceses deseaban estimular á los suecos y auxiliarlos contra los rusos, la corte británica juzgó conveniente hacer demostraciones contra todos los proyectos de hostilidad. En consecuencia preparóse prontamente una escuadra, y esta apariencia de vigor intimidó á la corte de Versalles en términos de suspender sus armamentos.



Franklin.

No fué tan fácil atemorizar á los americanos. Los habitantes de Massachusset en particular se esplicaban todavía con descontento, quejándose de que la Gran Bretaña carecia de toda intencion real de renunciar sus derechos de pechar arbitrariamente; que en virtud de los nuevos reglamentos habian vuelto los jueces de las colonias á la dependencia de la corona; que segun una disposicion reciente, todos los procesos de los americanos serian sometidos de nuevo á los tribunales de Inglaterra, y que el comercio de aquellos estaba cargado de restricciones las mas tiránicas. El gobernador Hutchinson escribió algunas cartas confidenciales acerca de

(1) Hasta se pretende que puso fin á su vida.

la necesidad de adoptar medidas vigorosas y coercitivas para sujetar á los refractarios. Dichas cartas fuéron abiertas y divulgadas en la asamblea de Boston, merced á la perfidia del filósofo Franklin, que era á la sazon maestro de postas. Fácilmente puede concebirse el efecto de ellas en los ánimos ya irritados. La llegada de tres buques cargados de té, que se habia permitido esportar francos de derechos á la compañía de las Indias, llevó la efervescencia y el descontento á tan alto grado, que á consecuencia de la negativa de los capitanes á llevar sus cargamentos á bordo por no acceder á someterse á la formalidad de presentar una exencion firmada, un grupo considerable, provisto de armas y con traje de salvajes americanos, se lanzó á todos los buques, abrió los cofres, y arrojó todo lo que contenian al mar—Año 1774.

Este ultraje fué mirado por la corte como equivalente á un acto de rebelion, y el ministro habló á los comunes acerca del espíritu sedicioso de los habitantes de Boston y la necesidad de reprimir su arrogancia inflexible con un merecido castigo: representó la suspension de su comercio como una medida forzosa; y aunque la mocion esperimentara oposicion como propensa á envolver al inocente en la causa del culpable, permitióse presentar un proyecto al intento. Propuesta una multa en lugar de tal suspension, respondióse que semejante castigo seria despreciado y puesto en ridículo, y el proyecto no sufrió variacion alguna.

Entonces apareció Fox en las filas de la oposicion. Este jóven miembro habia pasado en 1772 del almirantazgo á la tesorería; pero creyendo probablemente que sus servicios serian insuficientes, el rey le habia separado bruscamente del consejo al principio de aquella legislatura. Desde luego se convirtió el depuesto en antagonista decidido de la corte, siendo capaz muy pronto por sus dotes superiores de ponerse á la cabeza de la falange antiministerial: negó la política y utilidad del nuevo proyecto, condenándolo como arbitrario, y ridiculizándolo porque no produciria ningun efecto. En la cámara alta lord Cambden y lord Shelburne se opusieron vivamente á que se adoptara tal medida, la cual sin embargo fué aprobada sin protesta alguna.

Esto no era todavía bastante á los ojos de la corte para remediar el mal: en consecuencia lord North manifestó la necesidad de reformar la constitucion de la provincia de Massachusset, y de dar al poder ejecutivo una energía conveniente. Con esta mira propuso un proyecto para que el nombramiento del consejo fuera transferido á la corona, y para que se aumentara el poder del gobernador en todos los casos en que lo exigieran las circunstancias; añadiendo que la carta de aquella colonia no debia ser tan sagrada que impidiera al parlamento hacer nuevos reglamentos calculados para contener el torrente de la faccion.

Dowdeswell se esforzó por impedir la abrogacion de una carta admirablemente adaptada, segun decia, al espíritu del pueblo para que habia sido creada, y que facilitando los progresos del comercio y las mejoras del país, habia patentizado cuán ventajosa era para los habitantes de las provincias y de la patria. Sir Jorge Saville y el general Conway fuéron de dictámen de que las partes interesadas fueran admitidas á defender su propia causa antes de la derogacion de su carta; mas Jenkinson, después conde de Liwerpool, sostuvo que en materia de medidas de alta política no estaba obligado el parlamento á oir las partes. Pownall representó al ministerio el peligro de provocar á los americanos inspirándoles un odio implacable: otros muchos miembros probaron la ineficacia del acto en cuestion, porque las colonias que ya tenian un régimen semejante al que presentaba el proyecto actual, estaban dispuestas firmemente á resistir las pretensiones parlamentarias. Fox y Dunningi Burke trataron del mismo punto de la cuestion y desplegaron todos sus recursos oratorios: empero el proyecto fué sancionado por una mayoría considerable.

Para llevar á cabo tales medidas acordóse otra que autorizaba al gobernador á enviar á una colonia lejana, hasta la Gran Bretaña, á todo individuo acusado de crímen capital, para ser allí juzgado y condenado.

Lord North espresó su confianza en el éxito completo de estos tres actos: segun él, los ánimos refractarios serian sometidos muy pronto, é iba á renacer la tranquilidad, y en fin, afectaba el presentimiento de que seria de la mayor utilidad para la Gran Bretaña el resultado de tales reglamentos.

Una mocion hecha para la revocacion del derecho sobre el té ofreció á Burke la ocasion de adquirir su reputacion como orador: examinó en su discurso la conducta de la Gran Bretaña para con los americanos, desde que cada provincia fué organizada en colonia hasta el advenimiento de S. M. actual al trono, y se esforzó por probar que dicha conducta habia sido mas prudente que la que después se habia adoptado. «La patria, añadia, satisfecha con las considerables ventajas que saca del comercio de las colonias, no puede ver sino con disgusto el derecho de pechar establecido en aquel país. La variacion introducida en el antiguo sistema colonial, cualquiera que haya sido su orígen, demuestra un espíritu mezquino que trata de objetos de poca importancia, y es incapaz de una política vigorosa y liberal. Los diferentes ministros, en lugar de examinar con discrecion é inteligencia los intereses complicados del estado y de los países comprendidos en sus dependencias, solo han considerado aquello que la casualidad les ha ofrecido, y sin seguir ningun sistema no han adoptado mas que medidas accidentales.» Burke reconócia que la autoridad del parlamento debia ser suprema, mas no incompatible con la justa libertad de los colonos; que el poder de imponer tributos podia en tal caso considerarse mas bien como un instrumento de dominacion que como un medio de subsidios: que por fin seria mas acertado evitar toda discusion acerca del derecho, y recurrir á la moderacion de los anteriores reinados. El orador enriqueció además su discurso con otras muchas observaciones juiciosas, aunque no consiguió determinar á la cámara á aprobar su proposicion.

Por causa de la provincia del Canadá hubo entre unos y otros contestaciones animadas. Los miembros ministeriales formaron un nuevo proyecto para la administracion de aquel territorio, probando con argumentos que la verdadera política exigia que en general la forma de un gobierno debia adaptarse al carácter y á las costumbres de un pueblo, y que en tal concepto era mas prudente condescender á los deseos de los canadeses, que introducir entre ellos una constitucion puramente inglesa: como pedian la conservacion del antiguo modo de proceder en las causas civiles sin la intervencion del jurado, no era necesario cambiar esta práctica; bien que, añadian sin embargo los oradores, en materia de jurisdiccion criminal era útil seguir el método de Inglaterra, porque esto sobre todo parecian desear los mismos habitantes. No hallándose dispuestos dichos miembros á permitir una asamblea representativa, un consejo compuesto de unas veinte personas nombradas por S. M. formaria un cuerpo legislativo conforme á las miras ordinarias de la administracion colonial, pero sin facultad para imponer tributos. Con respecto á la religion, ningun peligro podia resultar del libre ejercicio del culto romano sometido á la supremacía del rey, y puesto que se permitiria á los sacerdotes católicos recibir los diezmos de los que profesaran la misma creencia, el clero protestante recibiria su asignacion del rey de Inglaterra.

Estos artículos fuéron combatidos por muchos motivos. Sostúvose que el régimen propuesto seria demasiado despótico, no solo para los súbditos británicos, sino hasta para los que habian vivido bajo la autoridad de los franceses; que los últimos, á escepcion de la clase alta, estaban dispuestos á aceptar todas las ventajas de la constitucion inglesa; que semejante mezcla de siste-

mas formaria una irregularidad estraña; que el gobernador de aquella provincia quedaria facultado por tal arreglo para usar artificiosamente de su poder y tiranizar los colonos; que la fijacion de los límites de la provincia espondria á los ingleses que traspasasen las antiguas fronteras al sistema arbitrario del gobierno francés; que la privacion de la garantía del *habeas corpus* seria un gran obstáculo para la libertad general, y que una religion enemiga de esta libertad no se contentaria con ser tolerada, sino que llegaria á establecerse firmemente.

En resúmen, el plan era á propósito para originar las mas fuertes objeciones: no obstante, parecia ser del agrado de la mayoría de la colonia, lo cual no es de poca importancia.

En esta época todavía no patentizaban los franceses el menor deseo de estimular á los americanos en su oposicion á la autoridad británica. Luis XV, monarca débil y disoluto, acababa de morir: su sucesor era mas solícito en cultivar las artes pacíficas que la de la guerra; pero habia motivo para temer que si estallaba una ruptura abierta entre la Gran Bretaña y las colonias, el nuevo rey de Francia, que carecia de firmeza, se dejara persuadir por su ministerio á aumentar el embarazo de Inglaterra.

La primera noticia de las disposiciones dadas contra el comercio de Boston, ocasionó las quejas y la alarma de la provincia de Massachusset, apoderándose el terror del espíritu de muchos de los habitantes, y siendo la indignacion el sentimiento dominante en la generalidad. Las otras colonias, á escepcion de la Georgia, parecieron animadas del mismo espíritu, y convinieron por unanimidad en interrumpir su comercio con la Gran Bretaña hasta que se revocara una ley tan opresiva. Las juntas nombradas en las diferentes provinvincias, formaron por consejo del doctor Franklin una asociacion denominada *Liga y alianza solemne*, y publicaron una proclama contra toda relacion amistosa con un país que parecia no tener otro deseo que reducirlos á la esclavitud.

Asi que llegaron las copias de las otras medidas igualmente odiosas á la provincia de Massachusset, el pueblo se opuso furioso á que se llevaran á cabo, é impidió que se hiciera ninguna variacion en el gobierno. El general Gage, nuevo administrador de los intereses británicos, apenas pudo lograr escapar de los riesgos que le cercaban, á pesar del refuerzo de tropas que procuró, no sirviendo sus esfuerzos para inducir al pueblo á la sumision, sino para que creciese la irritacion.

De la asociacion general resultaron consecuencias importantes. Organizóse un congreso continental en virtud de consejo de Franklin y de otros muchos caudillos de las provincias, reuniéndose el 7 de setiembre en Filadelfia los representantes de las doce colonias (1). Publicaron una declaracion en que sostenian su derecho á la posesion de una legislacion libre, á escepcion de la relativa al comercio, cuyos reglamentos debian someterse al parlamento británico: pretendian además la conservacion de todos los privilegios otorgados por sus cartas, el goce pleno y completo de las ventajas de la ley comun de Inglaterra, la convocacion de las asambleas para deliberar sobre sus agravios, y la exencion de toda autoridad militar en tiempo de paz. En seguida votaron un mensaje al pueblo de la Gran Bretaña, pidiendo participacion en los derechos y libertades de los ingleses, y dando á entender que el triunfo eventual de estos en aquella contienda con las colonias conduciria infaliblemente á poner al reino bajo el látigo del despotismo. A este mensaje siguió una peticion á S. M. en que hacian enumeracion de todos sus agravios y pedian una reparacion, protestando al mismo tiempo la mas sincera adhesion á S. M., aunque mostrando una resolucion inflexible de oponerse á las medidas opresivas que les amenazaban con arruinarlos.

(1) Peyton-Randolph fué elegido presidente y abrió la sesion rompiendo una corona en doce pedazos iguales que fuéron distribuidos á los representantes de las doce provincias que formaban la confederacion.

Era necesaria toda la sabiduria de la legislatura para apagar el incendio que acababa de estallar. El rey apeló de nuevo á su pueblo por una disolucion, y á la apertura del siguiente parlamento hizo conocer su opinion, sosteniendo la necesidad de mantener la autoridad suprema que la provincia de Massachusset queria resistir. El mensaje, después de ser combatido en ambas cámaras, fué sancionado por una mayoría dominante, que convenció á los americanos que ningun caso se haria de sus reclamaciones. Fué examinada y discutida su reciente conducta por uno y otro partido á consecuencia de una mocion del conde de Chatham para que se retiraran de Boston las tropas—Año 1775. —Esforzóse el orador con su elocuencia acostumbrada por sacar á los ministros de la incertidumbre en que parecian estar en cuanto á las medidas que convendria tomar, y por despertar sus temores representándoles el peligro de una guerra civil: lejos de reprobar en los colonos su resistencia á los actos de rigor, aprobaba su resolucion. Tal era el espíritu de los verdaderos wighs, espíritu que en otro tiempo se habia opuesto á los derechos de marina y rechazado la tiranía de los Estuardos: su perseverancia forzaria por fin al parlamento á revocar sus actos y á variar su sistema: así era político retractarse ahora, antes que aguardar el momento de tenerlo que hacer vergonzosamente: solo las concesiones podian impedir las consecuencias funestas de una enemistad inhumana. El conde de Shelburne, al paso que sostuvo la supremacía general del parlamento, negó que tuviera facultad para imponer tributos en América, no representada en el mismo parlamento, y condenó vivamente el sistema coercitivo á que se queria someterla. Lord Cambden, aunque enemigo de todo espíritu de sedicion, mostróse no obstante dispuesto á justificar la asociacion de las provincias contra un gobierno que los oprimia mas bien que protegia. El marqués de Rockingham vino tambien en apoyo de tales opiniones, declarando que la presencia del ejército solo contribuiria á irritar á los americanos.

El conde de Suffolk, por el contrario, después de censurar la insolencia y audacia de los descontentos, sostuvo la justicia y necesidad de recurrir al poder de las armas. El conde de Rochford y lord Towshend acusaron á los jefes del congreso de rebeldes, y pusieron en ridículo toda idea de concesiones, como una bajeza que ni ventajas ni buen éxito prometia. La mocion fué desechada, así como un proyecto de ley que presentó el noble lord conde de Chatham.

Este plan era una modificacion del acta, y tendia á conciliar el espíritu de los americanos ofreciendo renunciar al derecho de pechar, á condicion de que habian de reconocer en términos claros y formales las facultades de la Gran Bretaña acerca de todos los negocios de legislacion, de política general y de suprema autoridad. Los debates sobre este proyecto fuéron notables por las personalidades indecorosas y dicterios picantes poco dignos del carácter de los nobles lores.

En los comunes hubo violentos debates sobre la cuestion de averiguar si los disturbios ocurridos en la provincia de Massachusset podian ser calificados de rebelion. Muchos oradares pretendieron que no, en tanto que otros de contrario dictámen representaron á los habitantes de aquel país como traidores y rebeldes: muchos militares llenos de presuntuosidad y jactancia los acusaron hasta de cobardía; mas una acusacion tan ligera y desnuda de fundamento no podia engañar á ninguna persona dotada de sano juicio. Fox predijo que los soldados, aunque sin el valor habitual de las tropas regulares, podrian no carecer de él, si la guerra venia á ser el resultado de la temeridad del ministerio:

propuso una variacion, por la cual, en lugar de votar la cámara un mensaje para reprimir los esfuerzos de los supuestos rebeldes, segun habia dicho el primer ministro, censuraba las medidas de la corte como encaminadas á agrandar la brecha abierta entre Inglaterra y América y á impedir toda reconciliacion. Empero tal averiguacion fué rechazada por una mayoría de ciento noventa y nueve votos.



Burke.

Habiendo sido presentado el dictámen, se pidió que el mensaje se remitiera á una comision, y Burke se desencadenó de nuevo contra la estravagancia y obstinacion de los consejeros del rey. El lord corregidor desplegó entonces sus medios oratorios contra el sistema coercitivo: este orador era nada menos que Juan Wilkes, quien reelegido miembro por Middlessex, llegó por fin á tomar asiento, no diremos sin que llamara la atencion, mas sí sin soportar vejaciones ni exámen. Sostuvo que los americanos habian obrado como hombres libres y no como traidores; que si venian á ocurrir resultados funestos de aquella contienda, la culpa recaeria sobre el ministerio, y no sobre los que combatieran por la defensa de sus derechos; que, en fin, la conducta del gabinete era tan impolítica como injusta; porque aun suponiendo que las tropas destinadas pudieran bastar para guarnecer á Boston ó reducir esta ciudad á ceniza, serian insuficientes para conquistar ó guardar una sola provincia: se atrevió á emitir que los americanos preferirian declararse independientes y aventurar todas las consecuencias de semejante contienda, antes que someterse al yugo que los ministros trataban de imponerles. Algunos miembros acusaron al intrépido magistrado de que fomentaba el espíritu de traicion y sedicion, y una mayoría considerable sostuvo el mensaje, al que tambien accedieron los pares después de un animado debate.

Satisfecho el rey con el mensaje, ordenó que fueran aumentadas sus tropas marítimas y terrestres, y los comunes se apresuraron á votar subsidios para aquel aumento, que sin embargo fué de tan poca importancia, que ningun temor infundió á los colonos.

Entonces se propuso un proyecto para escarmentar á las cuatro provincias de la Nueva Inglaterra, privándolas de su comercio con los demás países, y de las ventajas que las resultaban de la pesca de Terranova. Interin se trataba de tal proyecto de restriccion, lord North con gran sorpresa de la cámara propuso medios que parecieron conciliatorios: era de dictámen que se prometiera suspender el ejercicio del derecho de pechar, á escepcion de los impuestos relativos á los reglamentos de comercio, á condicion de que cada colonia accederia por sí misma á otorgar subsidios que serian puestos á disposicion del parlamento, no solo para atender á los designios ordinarios del gobierno, sino tambien para contribuir á la defensa pública. Fox pretendió que esta proposicion presentaba un doble aspecto: por un lado parecia hacer concesiones á los americanos, y por otro satisfacia á sus adversarios conservándoles el derecho que la corte y las dos cámaras habian sostenido constantemente.

Welbore Ellis y otros muchos del mismo partido condenaron la proposicion como incompatible con el mensaje, objecion que embarazó al ministerio, hasta que sir Gilberto Elliot se presentó á poner las opiniones de acuerdo: espuso que con amenazar á los refractarios de que se tomarian medidas violentas contra ellos, no se habia pretendido privar de favor ó indulgencia á los que estuvieran prontos á someterse. Dunning probó que el proyecto, muy lejos de ser conciliatorio, era mas bien sutil y pérfido. Empero la mocion fué adoptada. Aprobóse igualmente la ley de restriccion, así como otra ley de prohibiciones semejantes, relativas á la Pensilvania, Nueva Jersey, Maryland, Sud-Carolina y Virginia.

Burke, después de condenar el plan de conciliacion propuesto por lord North, creyó de su deber presentar otro que juzgaba seria mas eficaz.

Trazó el cuadro del amor de la libertad que caracterizaba á los americanos, atribuyéndolo á su origen inglés y á otras muchas causas (1): hizo el elogio de su saber, de su industria, de sus progresos en la cultura y el comercio, advirtiendo que tal pueblo no podia ser regido mas que con prudencia y mucha política. En lugar de dividirlos y de darles leyes que arrojaran la discordia entre ellos, esperaba reunirlos con una misma medida que haria sus intereses comunes y los reconciliaria con el gobierno británico: daria á cada provincia los derechos constitucionales que reclamaba; confiaria en el honor y la cordura del pueblo americano para obedecer á las leyes, y en su reconocimiento para suministrar los subsidios. Este proyecto disgustó á la mayoría, y fué desechado sin ninguna consideracion á la cuestion prévia.

Al mismo tiempo tuvo lugar un congreso provincial en Cambridge, provincia de Massachusset. Este congreso, dirigido por los consejos de Juan Hamock y de Samuel Adams, influyó en la conducta de las otras colonias. Distribuyéronse armas para ponerse en estado de defensa contra las tropas de la Gran Bretaña; escitóse á la milicia á armarse, apoderándose hasta de los almacenes del gobierno á fin de que las armas y municiones no pudieran servir contra los americanos.

Suponian en general que á los preparativos realizados en todas partes no tardarian en seguir inequívocas hostilidades. Habiendo oido el general Gage que se habia depositado una cantidad considerable de municiones en la Concordia, envió de Boston un destacamento para apoderarse de ellas y destruirlas. Llegadas las tropas el 19 de abril á Lexington, descubrieron un corto cuerpo de americanos armados, á quienes el comandante mandó retirarse, y ellos empezaban á obedecer cuando se suscitó de pronto una contienda. Todavía está por decidir cuál de las dos partes fué la agresora haciendo fuego: como los soldados ejercitados estan ordinariamente muy dispuestos á hacer uso de sus armas, sobre todo contra individuos á quienes se les ha enseñado á mirar como sediciosos y rebeldes, es probable que fuéron los ingleses los que primero hicieron fuego. Mientras una parte de las tropas reales destruia las municiones, el resto trabó lucha con los provinciales, á quienes encontraron los ingleses cerca de un puente: en dos combates, así como en la marcha retrógrada hácia Boston (2), perdieron la vida se-

(1) Este amor de la libertad proviene, segun Burke, de seis causas: 1.ª del orígen inglés de los americanos; 2.ª de los gobiernos populares de las colonias; 3.ª del espíritu religioso de las provincias septentrionales; 4.ª de la posesion de esclavos en estas mismas provincias, circunstancia que todavia hace mas celosos de su libertad á los propietarios; 5.ª de la educacion siempre dirigida al estudio de las leyes, lo que hace hábiles á los americanos en el arte de las sutilezas; 6.ª de su distancia de la metrópoli.

(2) Esta ciudad fué embestida muy pronto por el general Putnam que mandaba 25,000 americanos.

senta y cinco hombres de las tropas realistas, y fuéron heridos ciento y ochenta. Los americanos, que en esta ocasion tuvieron mas confianza en las emboscadas que en una batalla en campo raso, perdieron mucha menos gente. Así comenzó una guerra cuyo resultado no parecia deber ser favorable á la patria, que en tales circunstancias obraba como madre desnaturalizada.

Antes de ocurrir nuevo choque acudió un refuerzo de tropas á la América del Norte.

Interin los ingleses se disponian átacar á los americanos, súbditos como ellos del mismo príncipe, y se obstinaban en proseguir un sistema, que prueba que las naciones mas civilizadas pueden conservar rasgos de brutalidad y crueldad, regresaba por fin á su patria el capitan Cook, después de realizar un viaje emprendido para aumentar el bienestar y la civilizacion de tribus sumidas hasta entonces en la ignorancia y barbárie. Este célebre navegante, á quien hemos dejado en 1768 comenzando su primer viaje alrededor del mundo, descubrió muchas islas en su direccion hácia Otahiti, donde él y su compañero de viaje, el filósofo Banki, observaron un monton de islas, á las que dieron el nombre de *Sociedad:* examinaron la nueva Zelanda con la mayor atencion, así como la costa oriental de Nueva Holanda en la estension de dos mil millas. En un segundo viaje emprendido en 1772, Cook y Fourneaux que abrigaban la esperanza de descubrir tierras por el lado de Mediodía, ejecutaron pesquisas que ningun resultado produjeron: cuanto mas avanzaban, tanto mas se esponian á perecer en los hielos amontonados en aquellas costas. Después de tocar en las islas de los Amigos, quedárouse separados los dos capitanes, sin que luego pudieran llegar á reunirse sus buques. Cook dió entonces la vela de nuevo hácia el polo del Sur, sin poder lograr el objeto de su viaje: no obstante, descubrió la Nueva Caledonia, isla muy considerable del mar del Sur, y además ejecutó otros descubrimientos, propios para aumentar la suma de los conocimientos geográficos. No fué tan feliz Fourneaux, quien esperimentó la desgracia de perder diez hombres de su tripulacion, que fuéron muertos y hasta devorados por los feroces habitantes de la Nueva Zelanda.

CAPITULO LXI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año de 1775 hasta el de 1776.)

Rara vez se vió una guerra mas impolítica que la que comenzó entonces entre las colonias y la Gran Bretaña. Ninguna gloria podia resultar á esta, aun cuando triunfara de sus propios súbditos, de los que iban á luchar por la defensa de sus derechos legítimos; y si era vencida, tendria que soportar no solo pérdidas irreparables, sino además la deshonra y la vergüenza, sin que ni de la victoria ni de los reveses pudiera esperar Inglaterra mas que desventajas.

Debe suponerse que las potencias que deseaban verla humillada observarian atentamente su conducta, y tratarian de aprovecharse de su desgracia. Un ministro sabio hubiera previsto las dificultades y los peligros de tal guerra, y los hubiera evitado con medidas prudentes y moderadas, sin mostrar por esto ningun sentimiento de debilidad y de pusilanimidad; pero el gabinete británico ni podia conciliar los ánimos, ni imponerles temor, é ignoraba la manera de valerse de una mezcla de dulzura y firmeza. El orgullo condujo á la precipitacion, y la falta de cálculo á muchos errores. Prodigáronse desordenadamente los tesoros del reino, introduciéndose la mala administracion bajo todas las formas en el gobierno: el parlamento, dispuesto á sostener todas las ideas de la corte, parecia no reunirse mas que para sancionar las proposiciones del ministro, cual si fueran producto de una penetracion estraordinaria y de la mas profunda sabiduría.

El plan de conciliacion adoptado por el parlamento estuvo lejos de producir el efecto deseado entre los americanos; y si bien fué tomado en consideracion por algunos miembros de sus asambleas, no fué honrado con un solo voto aprobatorio. Reunido de nuevo el congreso, distinguióse por la adopcion de resoluciones atrevidas y medidas rigurosas: votóse un levantamiento de tropas para impedir que pudieran proporcionarse provisiones de ninguna especie el ejército real y la armada, y para que se estendiera igual prohibicion á todas las poblaciones que habian acudido á someterse á las leyes británicas: declaróse nulo el tratado concluido entre la corona y la provincia de Massachusset, porque la carta habia sido violada impunemente; acordáronse las bases de la confederacion; y como el nombre contribuye á menudo á causar efecto en una asociacion en que la uniformidad es necesaria, las provincias tomaron el título de *Colonias unidas*: nombráronse doce miembros para el régimen ejecutivo de aquel cuerpo. No tardó en agregarse á la confederacion la provincia de Georgia, adquiriendo cada dia mas importancia y dignidad la causa de los americanos.

El general Gage resolvió marchar contra el enemigo al frente de un valeroso ejército y secundado por valientes y hábiles oficiales. Ocurrióle la idea de construir fortificaciones sobre la montaña de Bunker; pero los americanos, que adivinaron sus intenciones, se le adelantaron en secreto. El 17 de junio mandó atacar las trincheras de ellos al general Howe: recibiéronle tan vigorosamente, que sus fuerzas retrocedieron dos veces; mas él las reanimó con su ejemplo, rechazando por fin á los americanos los ingleses á la bayoneta, estimulados por la serenidad de sus jefes. Otro destacamento logró arrojar al enemigo de un reducto, y Charles-Town fué reducida á cenizas, habiendo sido muertos y heridos mas de mil soldados realistas y unos ciento cincuenta americanos.

Esta batalla bastó para probar el valor de uno y otro partido. Los realistas reclamaban los laureles de la victoria; pero se lo disputaban las tropas enemigas, las que continuaron el bloqueo de Boston, que habia principiado después del suceso de Lexington. Confióse la comandancia general á Jorge Washington, que habia servido contra los franceses en el norte de América en el reinado de Jorge II.



Washington.

Washington, á la sazon de cuarenta y tres años, tenia una estatura alta y un continente noble y digno, y poseia todas las cualidades indispensables para desempeñar el cargo á que se le habia destinado, descollando en él la paciencia, la firmeza y la perseverancia y un gran imperio sobre sí mismo: su valor, sin ser escesivo, era suficiente para hacerle superior á todo temor personal; y si bien no le impulsaba á precipitarse incon-

sideradamente en medio del peligro, le daba serenidad para arrostrarlo con sangre fria y presencia de ánimo. Aunque carecia de la impetuosidad de un partidario, sin embargo no era irresoluto ni indolente, y sin mostrar el ardor ni la audacia de un jóven guerrero, tenia toda la energía necesaria para lograr su intento: era prudente, vigilante, circunspecto: poseia, como Fábio, habilidad para molestar al enemigo con dilaciones y una calma defensiva; pero siempre que se le ofrecia la perspectiva de una ventaja, estaba pronto á obrar de una manera ofensiva. Hallábase dotado del discernimiento y prudencia de un diplomático: tenia buen sentido, juicio sano, aun cuando no era grande su penetracion; su alma era estraña á todo interés personal, y jamás se apartaban sus acciones de la rectitud y justicia: en general era moderado y humano, y solo en algunas ocasiones se mostró duro é inflexible: en suma, no poseia ninguna de las cualidades brillantes y apréciables de la vida social: sus modales y lenguaje eran mas anticipados que simpáticos, y era menos á propósito para inspirar amor que respeto (1).

La llegada del nuevo general causó entusiasmo á todo el ejército, y leyendo aquel una declaracion del congreso, que hablaba de la necesidad de una guerra defensiva, oyéronse ruidosos aplausos (2). En seguida examinó Washington el estado de la fuerza militar, y advirtiendo que las tropas carecian de muchas cosas necesarias á un ejército regular, representó á la asamblea el riesgo que corria de ser atacado por los ingleses en unos momentos en que su mal provisto ejército se encontraba sin municiones ni instrumentos á propósito para la guerra. Empero el general Gage no supo aprovechar el estado de apuro de los enemigos, y dejó perder una acasion tan favorable.

En una espedicion que se efectuó hácia el Nordeste, pareció que los americanos se apartaban de la ruta que hasta entonces habian seguido, dejando de observar una conducta puramente defensiva. So pretesto de que Carleton, gobernador de la provincia del Canadá, intentaba invadir la Nueva Inglaterra, el congreso envió un pequeño cuerpo de ejército hácia el lago Champlain al mando del mayor general Schuyler; pero antes de esta empresa se apoderó una partida americana de Ticonderago (3) y de Crown-Point, habiéndose dispuesto construir botes en estos dos puntos para trasportar á la orilla del lago dos mil seiscientos hombres. Montgomery, irlandés, de probado valor y de recomendable carácter, tomó el mando en lugar de Schuyler, á quien imposibilitó una enfermedad, y después de reducir los fuertes de Chamblée y San Juan en el Canadá, tomó posesion de Montreal, disminuyéndose entonces sus fuerzas por la retirada de muchos que pretendian haber cumplido las condiciones de su compromiso. No por esto dejó de avanzar hácia Quebec y de reunirse con el coronel Arnoldo, enviado por Washington al frente de unos mil doscientos hombres, habiendo tomado un camino poco trillado y muy malo con la esperanza de ejecutar una sorpresa en la capital del Canadá. Si aquel valiente oficial hubiera podido atravesar el rio San Lorenzo tan pronto como llegó á sus orillas, quizá hubiera triunfado en su empresa; pero habiéndole forzado á diferir el paso la violencia de los vientos y la falta de barcas, la ciudad tuvo tiempo para ponerse en estado de defensa, y cuando él atacó uno de los puntos de Quebec, fué rechazado con pérdida.

El temor de un sitio durante el invierno y en el clima helado del Canadá comenzaba á asustar al desalentado soldado; así es que Montgomery se decidió á dar un asalto, aunque ninguno de los suyos, escepto algunos de los mas osados y emprendedores, concebia esperanzas de triunfo. El último dia del año, durante una gran nevada, dirigió las tropas de Nueva York por un estrecho desfiladero que tenia por abajo un precipicio que daba al rio, y por encima una roca que amenazaba las cabezas. Algunos canadeses al instante abandonaron atemorizados su batería; pero retrocediendo de improviso y viendo á Montgomery que avanzaba con intrepidez, pusieron fuego á una pieza que mató al general y á dos de sus oficiales. Desanimándose la division con semejante pérdida, retiróse precipitadamente y en desórden.

Arnoldo avanzaba al frente de otro cuerpo á marchas forzadas á asaltar la ciudad por otro costado; pero habiendo sido herido en una pierna, tuvo que retirarse del campo de batalla. El capitan Morgan forzó entonces un parapeto, atacando segunda vez con intrepidez; pero las fuerzas enemigas rodearon esta division, apoderándose de todos los que habian escapado de la muerte. En todos estos hechos hubo unos quinientos americanos fuera de combate. El congreso dispuso la ereccion de un monumento á la memoria del valiente general Montgomery, y dirigió á los soldados que le sobrevivieron merecidas alabanzas que reanimaron su decision.

Durante la campaña envióse al rey por el congreso una peticion concebida en los términos mas respetuosos, teniendo por principal objeto el demandar que Inglaterra, en vez de disfrutar de un poder ilimitado en América, se concretara á una autoridad que no impidiera á las colonias gozar de los privilegios constitucionales. El conde de Dartmout, secretario de Estado de los negocios de América, significó á los que presentaron aquella peticion, que S. M. no daria respuesta alguna: empero merecia alguna atencion, por mas que viniera de una asamblea que no habia sido legalmente constituida.

Los jefes del gabinete de Londres parecia que se habian imaginado que una sola compañía bastaria para someter los americanos; mas no habian reflexionado acerca del impulso que puede dar á una nacion valerosa la idea de combatir por la causa de la libertad. Ajenos los colonos á la disciplina militar, nada habituados estaban á las armas: todos eran labradores, comerciantes y artesanos; mas tenian un espíritu altivo, y eran activos, valientes y resueltos. No podian hacer frente en el campo de batalla á igual número de bretones, pero sí fatigar al enemigo y prolongar una campaña en que ninguna ocasion de reportar ventajas señaladas se ofreciera á sus adversarios. La temeridad y la precipitacion hubieran arrastrado á los insurrectos á su perdicion, y así permanecian frios, circunspectos y pacientes; de suerte que aun cuando los esfuerzos reunidos de la Gran Bretaña les vinieron á amenazar con el yugo que les causaba horror, no pareció que se desalentaban; y si se desalentaron por un momento, bien pronto reapareció su natural valor reconociendo el peligro de someterse. Como en las provincias de América se sabia leer generalmente, los periódicos y folletos escritos en estilo enérgico y llenos de sátiras é invectivas contribuian á mantener el espíritu público en estado de exasperacion, y á fomentar aquel amor de la libertad que sin ellos habria podido ser debilitado.

En su discurso al parlamento declaró S. M. que las

(1) El retrato que de él ha hecho el escritor francés Mr. de Segur es mas favorable: «La espresion de sus facciones era »dulce y bondadosa, su sonrisa agradable, sus modales sencillos: »nadie sabia corresponder mejor á los obsequios que se le tribu»taran: escuchaba con cortés atencion, y su fisonomía respon»dia antes que su boca.»

(2) Esta proclama acusaba al gobierno inglés de la sed inmoderada de una dominacion sin límites, y de querer entregar las colonias á un despojo autorizado; alababa la lealtad y generosidad de los americanos; hablaba de lord Chatham con orgullo, y censuraba todos los actos del reinado de Jorge III. «Nuestra re»solucion, decian los americanos, es morir libres antes que vivir »esclavos. Nosotros no combatimos ni por la gloria ni por con»quistas: hemos tomado las armas para la defensa de nuestra li»bertad y la conservacion de nuestros bienes, frutos de la indus»tria de nuestros padres y de la nuestra: no depondremos estas »armas hasta que no dejen de hostilizarnos nuestros agresores, y »ya no tengamos nada que temer.»

(3) Laplace, comandante de Ticonderago, fué sorprendido en la cama, é intimado que se rindiese en nombre de Jehova y del congreso continental.

colonias aspiraban á la independencia; pero la asercion fué refutada por los oradores del partido antiministerial, los cuales aseguraron que con medidas prudentes y conciliadoras se lograria reducir á los americanos. Como el rey, por hallarse en estado de emplear fuerzas mas numerosas en América, habia enviado los hanoverianos á Gibraltar y á las islas de Menorca, censuraron su conducta los mismos oradores como un acto de prerogativa ilegal y un presagio de riesgo para las libertades de los súbditos británicos. Propúsose un voto de indemnidad por los que habian opinado en pro de la medida; mas la idea de este voto fué puesta en ridículo por el partido de la corte, y lord North censurado por haber cedido á semejante proposicion. Los comunes aprobaron dicho voto, pero los pares lo rechazaron. Una mocion relativa á los negocios americanos escitó un violento debate en la última asamblea: esta mocion fué hecha por el duque de Grafton, que convencido de la imprudencia y temeridad de sus cólegas, habia resignado su empleo, y desaprobaba las operaciones de la reciente campaña esponiendo con calor cuán impolítico seria proseguir la guerra. Lord Lyttelton, hijo del historiador, defendió con energía la conducta del ministerio, y lord Mansfield se opuso á que se hiciera ninguna concesion á los americanos, persuadido de que no aspirarian mas que á emanciparse enteramente de la corona. En otra ocasion el duque de Richmond y el conde de Shelburne representaron la peticion del congreso como una base justa de reconciliacion, mientras que por otro lord Lyttelton la condenó como una tentativa insidiosa y pérfida para acusar al rey y engañarle á una con las dos cámaras.

Burke renovó sus esfuerzos en pro de un plan de reconciliacion: hizo una mocion para que el sistema general tributario de los americanos fuera anulado por un estatuto (1), para que las facultades parlamentarias sobre importaciones y esportaciones se dejaran á disposicion de las asambleas provinciales, para que se revocaran todas las medidas odiosas tomadas desde el año 1766, y para que se concediera un perdon general. Hartley unió sus esfuerzos á los de Burke á fin de determinar al parlamento á las vias de conciliacion, proponiendo además concesiones mas estensas; mas ninguno de estos planes fué adoptado por la cámara, la cual, lejos de venir en ello, sancionó un proyecto presentado por el primer ministro después de asegurar este que aquel tendia á obtener la paz por medio de la guerra. Sus principales proposiciones eran, que cesara todo comercio y relacion amigable con lás trece colonias, y que se cojieran sus naves y mercaderías; que sin embargo fueran investidos unos comisarios con el poder de otorgar perdon y proteccion á los que accedieran á someterse arrepentidos de su conducta. Pidióse como una mejora la revocacion de lo mandado contra el comercio de Boston, y la de los estatutos subsiguientes de que se quejaban los americanos; pero tal proposicion fué desestimada por no ofrecer una mezcla suficiente de severidad é indulgencia. El procurador general juzgó á propósito aquel proyecto para servir como de piedra de toque con que probar las buenas disposiciones de los americanos, que á no aspirar á la independencia podrian por fin ajustar una reconciliacion con condiciones razonables. Quien mas fuertemente habló á favor del mismo proyecto en la cámara alta, fué lord Mansfield, cuya elocuencia no pareció conformarse esta vez con una verdadera cordura. A fin de que la guerra tomara un aspecto mas decisivo, el rey habia suscrito unos tratados por los que admitia como contratadas las tropas del Landgrave de Hesse-Cassel y de otros déspotas inhumanos y mercenarios: así merecen ser nombrados los príncipes, que considerando como una vagatela la vida de sus súbditos, no se ruborizan de hacer con ellos un tráfico deshonroso. Tal medida escitó violentos ataques; reprobáronse amargamente las condiciones de semejantes tratados, aunque no por eso dejaron de ser confirmadas por una servil mayoría.

(1) El del reinado de Eduardo I.

El duque de Grafton y lord Cambden, que apoyaron al duque de Richmond cuando hizo la mocion para suspender las hostilidades, condenaron con la mayor indignacion la guerra con América. Habiendo sometido el duque de Grafton á la cámara alta proposiciones conciliadoras, debatióse de nuevo la misma materia con calor, y los pares ministeriales declararon que no se daria órden de que cesaran las hostilidades, mientras no consintieran los americanos en reconocer esplícitamente la supremacía legislativa del parlamento, y en volver á la mas completa obediencia.

Informados al instante los americanos de los proyectos é intenciones de la corte británica, no se dejaron dominar ni por el terror ni por la desesperacion. Hasta fué censurado su discreto general de no haber hecho vigorosos esfuerzos para espulsar á los ingleses de Boston; mas él ningun oido prestó á las quejas y reconvenciones que juzgaba injustas, y resuelto á no obrar sino con madurez y con ventajas positivas, aguardó pacientemente la ocasion favorable de conseguirlas.

Con un refuerzo de tropas que recibió, tomó por fin la resolucion de fortificar las alturas de Dorchester, desde donde era fácil incomodar á la guarnicion y escuadra. Tal plan se ejecutó en una noche con gran sorpresa de Howe, que habia sido nombrado comandante general en lugar del general Gage. Lord Percy recibió órden de practicar una tentativa para desalojar al enemigo; pero para entonces las obras estaban demasiado adelantadas para forzarlas fácilmente, por lo cual se decidió á evacuar á Boston. Washington, temiendo que los ingleses destruyeran la ciudad si se oponia á su marcha, mantúvose espectador tranquilo de su retirada, y considerando este suceso como equivalente á una victoria, entró en triunfo en la poblacion (1).



Lord Howe.

El general Howe se quedó en Hallifax después de su forzosa retirada de Boston. Sir Peter Parker apareció en el ínterin á la altura de la costa de la Carolina con fuerzas de mar y tierra, y dió la vela con Clinton hácia la isla de Sullivan, cerca de Charles-Town, donde atacaron vigorosamente el fuerte que la defendia; pero sus naves fuéron muy maltratadas por las baterías bien dirigidas del enemigo, y no habiendo podido vadear las tropas por entre la isla Larga y la de Sullivan, el comandante renunció á toda esperanza de triunfo.

Después de un sitio que duró todo el invierno, el coronel Arnoldo intentó hácia la primavera llevar á cabo la conquista de Quebec, no obstante la oposicion de los canadeses, cuyas simpatías de ningun modo pudo lograr. Tampoco pudo establecer entre las tropas la exactitud y severidad de disciplina que hubieran concentrado la energía de sus soldados, y habiendo venido la

(1) La toma de esta poblacion acreció el ardor y entusiasmo patriótico de los americanos, y entonces es cuando la Georgia accedió á entrar en la confederacion, y á que el congreso publicara un acta de independencia, por la cual se constituia potencia libre y emancipada de la dominacion inglesa.

viruela á arrebatarle la mayor parte de sus fuerzas efectivas, bien pronto se vió sin los medios necesarios para estrechar el cerco.

Empero levantó baterías é hizo preparar brulotes para pegar fuego á los buques existentes en el Abra; pero todos sus proyectos se frustraron, y al presentarse el mayor general Tomás á tomar el mando de las tropas, decidióse en un consejo de guerra que no prosiguiera el asedio por mas tiempo.

Por mas convencidos que estuvieran los americanos del poder superior de la Gran Bretaña, y por mas que dudaran de la posibilidad de continuar la resistencia á esta potencia, mostráronse determinados á defenderse. Es dudoso si el ardor con que el partido anti-ministerial de Inglaterra se oponia á la guerra, contribuyó de una manera decisiva á alentar la resolucion de los americanos, porque estos veian que ningun argumento, ninguna invectiva de aquel partido impedia á la corte la obtencion de todo lo que deseaba, y que se la concedieran con liberalidad los subsidios que pedia para la continuacion de las hostilidades: es probable que hubieran manifestado la misma decision aun en el caso de no haberse realizado tentativa alguna para fatigar y confundir al ministerio. Orgullosos los americanos con la justicia de su causa, esperaban triunfar por medio de la fuerza y perseverancia; pero ahora temian que si accedian á someterse después de haber escitado hasta el último punto el resentimiento de la Gran Bretaña, esta ejerceria su venganza en ellos con tanto rigor como si hubiera logrado subyugarlos completamente, mientras que guardando la defensiva tenian la alternativa de burlar los proyectos de sus adversarios, mayormente por contar á lo menos con el socorro de Francia á falta de otras potencias. Después de atender á todas estas consideraciones, los caudillos americanos se aventuraron á un plan atrevido que juzgaron á propósito para dar mas vigor á los esfuerzos de los guerreros provinciales, y para convencerlos de la necesidad de obrar siempre con igual energía. El doctor Franklin y otros celosos partidarios de la guerra propusieron que las trece colonias se declararan independientes y se erigiesen en nueva república, por cuanto el rey les habia retirado su proteccion, y hasta habia contratado un ejército estranjero y mercenario para destruir al pueblo, que habia prometido gobernar con equidad y sabiduría.

Discutióse en las asambleas coloniales la importante cuestion de la independencia á consecuencia de un voto del congreso, que aconsejaba á los habitantes de las provincias en que no se habia establecido un órden regular de gobierno, la creacion de un sistema conforme á las necesidades presentes. Los escritos de Paine y de otros republicanos habian ya ejercido su influencia sobre el pueblo, disponiéndole á ansiar la separacion de América de la Gran Bretaña; de modo que apenas las asambleas de las colonias dieron su asentimiento á medida tan vigorosa, esta fué propuesta formalmente al congreso, aunque no sin una fuerte resistencia de las provincias de Mariland y Pensilvania. El principal defensor de la mocion fué Juan Adams, que no encontró en Dickenson mas que un débil adversario, adoptándose la proposicion después de reiterados debates, y promulgándose el 4 de julio una declaracion de independencia.

Hé aquí los términos del acta de independencia: «Cuando en el curso de los acontecimientos de la vida »humana, la necesidad obliga á un pueblo á disolver »los lazos políticos que le unieran á otro, y á recuperar »el rango distinto é igual que las leyes de la naturaleza »y de Dios le han dado, el respeto debido á las opinio- »nes de los hombres exige que aquel pueblo declare las »causas que le impelen á una separacion.» Estas causas, que es inútil enumerar, consisten en una série de opresiones y de abusos alegados precedentemente. El acta declara entonces: «que un príncipe que ha se- »ñalado su poderío con actos que constituyen un tira- »no, es incapaz de gobernar á un pueblo libre.» En seguida viene un ataque moderado á la nacion británica por haber desatendido el llamamiento de los colonos. «Nuestros hermanos, dícese en el acta, han sido sor- »dos á la voz de la justicia y del parentesco: nosotros »en consecuencia debemos ceder á la necesidad que »exige nuestra separacion del pueblo inglés, y mirarle »en lo sucesivo como miramos á los demás pueblos de »la tierra: es decir, como á enemigo en tiempo de guer- »ra, y como á amigo en tiempo de paz.»

La declaracion terminaba así: «Apelando al juez »supremo del mundo acerca de la rectitud de nuestras »intenciones, publicamos y declaramos solemnemente en »nombre y por la autoridad del buen pueblo de Améri- »ca, que las colonias unidas son y deben ser de dere- »cho estados libres é independientes; que ellas estan »exentas de todo deber para con la corona de Inglater- »ra; que toda relacion política entre ellas y los estados »de la Gran Bretaña es y debe ser totalmente disuelta, »y que tienen pleno poder para declarar la guerra, »concluir la paz, contraer alianzas, arreglar el comer- »cio, y en fin hacer todo lo que tiene facultad de hacer »un estado independiente. Y para el sostenimiento de »esta declaracion y con una firme confianza en la pro- »teccion de la Divina Providencia, comprometemos mú- »tuamente los unos á los otros nuestras vidas, nuestra »fortuna y nuestro honor sagrado.»

Muchos de entre los americanos censuraron á los caudillos republicanos por haber llegado á tal estremo; mas estos defendieron su conducta, alegando que ninguna esperanza les quedaba mas que en una firme resistencia, y que las consecuencias de una derrota no serian mas funestas ni deplorables que las de la sumision á un enemigo irritado; y añadian, que como la postrera resolucion siempre necesita de los mas vigorosos esfuerzos, debia crecer la energía de la nueva nacion para ofrecer así mayor esperanza de triunfo; que por otra parte, ninguna potencia estranjera accedería á auxiliar á las colonias, sin estar plenamente asegurada de que los americanos estaban decididos á no volver jamás al yugo de la Gran Bretaña.

Washington por causa de su frialdad y moderacion creia que sus compatriotas habian avanzado demasido; que no tenian recursos suficientes para defenderse, y que no se unirian asaz fuertemente las trece provincias bajo la autoridad del congreso para hacer frente al peligro con la energía necesaria: deseaba que se diera lugar á negociaciones honrosas, y mas bien aspiraba á la libertad colonial que á la independencia republicana; pero como la mayoría daba la preferencia á esta forma, prestó su asenso á la decision, y consintió en conservar el mando de las tropas destinadas á desplegar el vigor de aquel naciente estado.

El general inglés y su hermano, comandante de marina, se esforzaron por entablar una negociacion, toda vez que se hallaban autorizados para perdonar á todos los que parecian dispuestos á someterse. Interin eludia el congreso por algun tiempo toda especie de comunicaciones, hiciéronse preparativos contra Nueva York, punto importante cuya posesion debia facilitar el ataque de las colonias meridionales y septentrionales. Muchos habitantes de aquella ciudad que abrazaron la causa de la Gran Bretaña, formaron una conspiracion para favorecer el desembarco del ejército real; mas fué descubierta por Washington, quien condenó á muerte algunos de los conspiradores. En la imposibilidad de impedir á Howe el desembarcar sus tropas, ya en la isla Staten, ya en la Larga, fortificó á Brooklyn con la confianza de rechazar al enemigo si atacaba este punto. «Tened calma, dijo á sus soldados, en el momento de »la batalla, pero sed resueltos: acordaos que es pre- »ciso vencer ó morir.»

El objeto del general Howe era caer sobre el flanco izquierdo de los americanos y forzarlos á empeñar un choque. Clinton ejecutó con habilidad sus designios, y

sembró el desórden entre los enemigos—Año 1776, 27 de agosto.—Un cuerpo de hesseses atacó el centro, que fué arrojado al bosque á pesar de la vigorosa resistencia que opuso, y allí tras de vivas escaramuzas fuéron puestos en fuga los americanos. Lord Stirling, que mandaba el ala derecha, advirtiendo que los ingleses habian penetrado hasta la retaguardia, hizo tocar retirada, y para mejor asegurarla atacó osadamente á lord Cornwallis; pero asaltado de repente Stirling por el mayor general Grant, fué hecho prisionero con muchos de los suyos, contándose entre los muertos en el campo de batalla, los ahogados y heridos, mil y quinientos prov nciales. El general victorioso probablemente hubiera podido forzar las líneas de Brooklyn si las hubiera atacado en seguida de la victoria; pero desperdició tal ocasion, y solo dispuso preparativos lentos: quizá esperaba atraer con su moderacion en medio del triunfo á aquellos con quienes tenia encargo de entrar en negociaciones.

Temiendo Washington que el enemigo cortara su retirada á Nueva Yock, resolvió evacuar la isla Larga, como en efecto lo verificó, retirando de los trabajos el resto de su ejército con una precaucion y misterio que aseguraron su marcha. El embarque se realizó con toda felicidad, y las tropas tuvieron en sus nuevos acantonamientos tiempo para reflexionar acerca del reciente funesto combate. Notando el general su desesperacion, se esforzó por fomentar sus esperanzas y disimular su propio dolor, aunque en medio de sus amigos se desahogaba entregándose á toda la amargura de su pena.

Celebróse una entrevista entre lord Howe y el doctor Franklin, que fué enviado por el congreso á la isla Staten á fin de oir las proposiciones de la corte británica. El almirante manifestó que si los colonos accedian á someterse al rey de Inglaterra, obtendrian la revocacion ó al menos la revision de todos los actos perjudiciales acordados contra ellos, y que en adelante podrian descansar en la justicia del gobierno británico. Franklin respondió que los americanos estaban resueltos á conservar su independencia, y que no consentirian en tratar con los ingleses sino sobre esta base. Lord Howe replicó que ningun acomodamiento podria llevarse á cabo mientras ellos manifestaran tales sentimientos.

Como el general Howe meditaba entonces un ataque á Nueva York y se suponia que seria imposible resistir á la superioridad de sus fuerzas, el general americano celebró un consejo en que se decidió que la ciudad ni seria abandonada enteramente, ni ocupada completamente por el grueso del ejército (1). Pero esponiéndolos á un gran riesgo la division de las tropas, reconocióse muy pronto la necesidad de abandonar la poblacion. Tratóse en consecuencia de hacer preparativos antes que atacara el enemigo un punto situado encima de Nueva York, lo cual sembró tal confusion entre los provinciales, que se retiraron precipitadamente. Howe no osó atacar á los fugitivos en las posiciones ventajosas que habian escojido; pero los forzó con sus operaciones á abandonar la isla en que Nueva York está situada. Ellos formaron entonces un campo atrincherado cerca de Brunx, y tras de un combate muy encarnizado aunque parcial en White-Plaine escojieron una posicion mas ventajosa junto á Croton.

Los ingleses lograron entonces reiteradas victorias: atacaron el fuerte Washington haciendo dos mil seiscientos prisioneros de guerra: tomaron el fuerte Lee é invadieron la provincia de Nueva Jersey. En el ínterin las continuas deserciones disminuian tan rápidamente las fuerzas americanas, que apenas quedaban al general tres mil hombres efectivos cuando se retiró hácia Delaware. Rhode-Island fué tomada sin dificultad, y bajo otros conceptos tambien se comprometieron esencialmente los intereses coloniales. El sol de la independencia americana se eclipsaba por grados, y parecia próximo á dejar el lugar á una oscuridad profunda; pero la negligencia é imprevision de los mismos que mas deseaban su estincion, fuéron causa de que reapareciera de repente mas brillante que nunca.

El congreso, aunque obligado á retirarse á la provincia de Mariland, conservó una actitud firme en medio de los peligros que amenazaban á la nueva república, y tomó medidas sábias para reparar las pérdidas del ejército, animar al pueblo y afirmar la union «mostrando en todos sus actos públicos (dice hasta un escritor enemigo de la causa americana) un aire de dignidad y soberanía.»

Mientras los provinciales que no participaban del espíritu de independencia que animaba al congreso, se esforzaban por sustraerse á los peligros que les amenazaban, sometiéndose á la corona, el general Washington resolvió hacer una tentativa para reparar los negocios americanos. Habiendo observado que las tropas británicas estaban dispersas sin precaucion en la provincia de Nueva Jersey, envió dos divisiones á las márgenes del Delaware á entretener al enemigo, y al mismo tiempo atravesó de noche este rio á la cabeza de otro cuerpo de ejército á pesar del mucho hielo, atacando un puesto de hesseses acampados en Trenton. El comandante fué herido mortalmente, y novecientos hombres cayeron prisioneros. Washington, después de burlar al conde de Cornwallis que queria luchar con él, presentóse súbitamente en Price-Town, donde sin embargo de la derrota y muerte del general Mercer, comandante de la vanguardia, se batió con tan distinguido valor, que destruyó tres regimientos de los mas bravos. Asi terminó Washington la campaña con honor, y reanimó el ardor y el valor decaido de sus compatriotas.

CAPITULO LXII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1776 hasta el de 1777.)

Cuando el pueblo de la Gran Bretaña recibió las noticias de los progresos de los realistas en las provincias de Nueva Jersey y Nueva York, de la retirada del congreso á la provincia de Mariland, y de la reduccion y postracion del ejército americano, los celosos partidarios de la guerra pensaron en su mayoría que muy pronto iba á cesar toda resistencia, y seria restablecida la autoridad del parlamento. Empero los políticos mas sensatos previeron que los americanos, aunque abatidos, podrian reponerse y continuar la guerra, y por otra parte podia presagiarse que alguna potencia europea accederia á socorrer á las provincias concediéndolas tropas ó dinero: hasta algunos de los que mas inclinados eran á sostener las medidas coercitivas comenzaron á reconocer las dificultades en que el parlamento se habia metido, y á dudar de que saliera este airoso de la contienda.

La legislatura renovó sus deliberaciones, ocurriendo violentos debates, de cuyas resultas se alejaron de la cámara muchos adversarios de la corte (1). Lord Juan Cavendisch y el marqués de Rockinghan propusieron una enmienda al mensaje, y echaron en cara al gobierno su conducta imprudente y las faltas de que habian resultado murmullos, clamores, y por fin una sublevacion general; pero aquella mocion no surtió efecto alguno. Para restablecer la armonía que antes habia existido entre la Gran Bretaña y sus colonias era menester, segun aseguraban, apresurarse á tomar medidas muy diferentes de las que hasta entonces habia adoptado el

(1) El ejército, fuerte de veintitres mil hombres, fué distribuido en tres divisiones, una de las cuales, compuesta de cinco mil hombres, fué destinada á guarnecer á Nueva York.

(1) Afectaban alejarse siempre que se discutia algun asunto relativo á América, y para que mas resaltara su conducta asistian á todos los negocios particulares, y salian haciendo venia al presidente tan luego como se comenzaba á hablar de las colonias.

ministerio; y si no se daba prisa á cambiar un sistema nocivo á los intereses de Inglaterra, seria imposible sujetar de nuevo la América. No podia impedirse á Francia el interponerse como aliada en esta contienda, y podian seguirse desgracias terribles de la conducta imprudente que habia originado la actual guerra. Los cortesanos por otra parte sostenian con todas sus fuerzas las medidas violentas, que tenian por objeto escarmentar los incendiarios facciosos y rebeldes, cuya audacia y espíritu de sedicion fuéron estimulados por los de Inglaterra, afirmando que los franceses no abrigaban la menor intencion de auxiliar á los americanos; que ninguna otra nacion estaba dispuesta, y que la Gran Bretaña se hallaba mas en estado de proseguir la guerra, y de luchar contra mayores dificultades que las que hasta entonces se habian presentado.

Como el *habeas corpus* era uno de los fundamentos de la libertad británica, toda medida que tendia á suspender este privilegio debia escitar temores y un descontento general. No podia pues suponerse que un plan sobre tal punto pasara sin ser combatido vivamente. Presentóse un proyecto con observaciones sobre la dificultad de probar la culpabilidad de personas contra cuya conducta nacieran violentas sospechas, y sobre la necesidad de quitar á tales individuos los medios de propagar sus opiniones sediciosas y de realizar sus malos designios; por lo cual se pedia autorizacion para prender y retener en prision á las personas acusadas ó sospechosas de haber perpetrado crímenes de traicion ó piratería en el norte de América ó en alta mar. Este proyecto se hallaba redactado de una manera tan arbitraria y lata, que aun sin salir de Inglaterra podia cualquiera verse sumido en un calabozo oscuro, ó desterrado lejos del reino á pretesto de haber sido instigador ó autor de traiciones cometidas por otros—Año 1777.—Dunnig y Fox declararon que la latitud de semejante proyecto ponia á todos á merced de la corona; que ni el mas inocente se libraria de castigo, y que así la libertad no seria muy pronto mas que un nombre vano. Lord North y el procurador general negaron que se hubiera querido dar aquel sentido arbitrario: por fin hiciéronse en dicho proyecto variaciones que pusieron á las personas residentes en Inglaterra en la época del delito al abrigo de su aplicacion, y que quitaron la facultad de arrestar en otra parte que en el reino. Esta medida fué combatida sin embargo como contraria á los principios de la constitucion; mas fué aprobada por la mayoría, igualmente que sin oposicion en la cámara de los pares.

Las personas sensatas opinaban comunmente que Francia y España no aguardaban mas que una ocasion para complicarse en la actual guerra. Empero las predicciones de lord Chatham en esta materia son una prueba palpable de su perspicacia y penetracion estraordinaria: hizo una mocion por la paz, y en su discurso emitió de nuevo sus opiniones sobre tal punto, asegurando que aunque todavía no hubiera sido declarada la guerra por Francia, no por eso era menos probable, y que el único medio de prevenirla era el reconciliarse prontamente con los americanos, que satisfechos con obtener la revocacion de todas las leyes opresoras aprobadas desde 1763, y con recuperar el derecho de pecharse á sí mismos, estarian dispuestos á volver á ponerse bajo la autoridad de la Gran Bretaña. El orador negaba que en un principio hubiera sido la independencia el móvil de los americanos, y que estos hubiesen sido los agresores en esta contienda. Habiéndose estrañado lord Lyttelton de la idea de tratar con unos rebeldes, y de que se les hicieran concesiones humillantes por temor de ponerse en guerra con Francia, la influencia ministerial frustró la mocion.

Los asuntos de la India daban igualmente materia á diferentes debates. Mohammed Ali-Khan, nabab de la provincia de Carnate ó de Arcot, habia invadido el principado de Tanjour, atacando la capital á viva fuerza y apoderándose del rajah y su familia. Como el consejo de Madras habia ayudado al nabab en esta ocasion, la compañía de Indias denigró tan injusta conducta en los términos mas fuertes, y ordenó á lord Pigot, hidalgo bravo y respetable, que hacia poco habia sido nombrado gobernador, que reformase los abusos introducidos en el establecimiento, y reintegrara al rajah en su autoridad. Pigot prevaleció en esto último; mas no en lo primero, por habérsele opuesto el consejo, y habiéndose tornado odioso á un partido que carecia de principios y estaba irritado de que su voto preponderante hubiera logrado hacer ahorcar á dos de sus adversarios, el arresto del general Fletcher aumentó aquel odio. Entonces el encono llegó á ser tan violento, que se juró su pérdida, consiguiendo las intrigas del nabab, así como la traicion del coronel Stuart, despojarle de su poder y libertad. Tras de reiteradas discusiones el tribunal de los directores acordó llamar al gobernador y á sus principales adversarios, á fin de hacer una investigacion relativamente á su rospectiva conducta. El gobernador Jonhston propuso que se anulara esta resolucion, porque lord Pigot no habia hecho mas que ejercer una autoridad conforme á la justicia y á los intereses de la compañía. Fox condenó altamente la injuria hecha al carácter del mismo lord, la ambicion que habia impulsado á usurpar la autoridad del gobierno, y la bajeza con que se habia accedido á apoyar las intrigas de un príncipe artificioso. Burke declamó contra la atrocidad de los conspiradores y la arrogancia del nabab, y demostró la necesidad de una interposicion parlamentaria, á fin de conservar á la Gran Bretaña los territorios que hasta entonces habia poseido en las Indias. La mocion fué desechada por una corta mayoría. En el tiempo que este debate ocupaba á las cámaras, ignorábase que el gobernador detenido habia dejado de existir. Cuatro miembros del consejo de Madras fuéron procesados por haber violado la ley; mas su condenacion se limitó á una multa.

Como los comunes patentizaron su liberalidad concediendo generosamente lo que se les pedia, juzgóse oportuno ocuparse del medio de saldar las deudas del soberano y de aumentar su renta. Ya se habia votado á este efecto mas de medio millon de libras esterlinas en el año 1769, y la cámara consintió entonces en otorgar una suma de mas de seiscientas diez y ocho mil libras. Lord Juan Cavendish se quejó de la negligencia que existia en las cuentas, y de la manera indeterminada con que estaban puestas, asegurando que las rentas del rey eran suficientes para sostener su dignidad. Lord North á su vez presentó una cuenta de las espensas reales desde el principio de este reinado, y trató de probar que los recursos no eran proporcionados á los gastos de cada año; mas Burke hizo observar con razon que semejante argumento tendia á dar por regla de conducta á un soberano el sistema de prodigalidad mas peligroso. Porque un príncipe inconsideradamente y sin necesidad alguna se hubiera habituado á un dispendio superior á sus rentas, ¿no era absurdo pretender fomentar su profusion y estravagancia asignándole una dotacion mas considerable todavía? Wilkes se estendió con calor sobre la inhumanidad que habria en oprimir al pueblo y en despojarle así en medio de una guerra dispendiosa, y dió á entender que se empleaba mal una gran parte del dinero concedido, toda vez que rodeaba poco esplendor á la corte. Sir Fletcher Northon, presidente de la cámara, pareció sostener esta opinion: cuando presentó á la sancion del rey el acuerdo que le señalaba novecientas mil libras esterlinas por año en lugar de ocho, espuso como casi imposible de soportarse la carga del pueblo, añadiendo que un aumento tan enorme no tenia par y era muy superior á los gastos de S. M.; pero que los comunes conservaban con confianza la esperanza de que lo que ellos otorgaban liberalmente seria empleado discretamente. La cámara dió

á sir Fletcher las gracias á que se hizo acreedor por los sentimientos espuestos en su discurso. Rigby atacó vivamente las observaciones del presidente escitando á la cámara á desaprobarlas; mas Fox declaró que eran muy aplicables y enteramente conformes al sentimiento general de la asamblea: aprobóse en consecuencia lo espuesto por el presidente.

Volviendo ahora á los sucesos militares, no vacilaremos en afirmar que la inaccion negligente de Howe dió á Washington tiempo para organizar su ejército y mejorar su disciplina, pues que no se determinó aquel general á marchar hácia el enemigo hasta después de dejar pasar la primavera sin aventurar ninguna empresa vigorosa. Los americanos se habian situado para entonces en Middle-Brook, provincia de Nueva Jersey, detrás de una cadena de altas montañas junto al rio Raritan, no ascendiendo su ejército, escepto un corto cuerpo de caballería, á mas de ocho mil quinientos hombres, y aun de estos mas de la mitad no habian figurado en accion alguna. Atacar el campo fortificado de los americanos parecia una tentativa asaz arriesgada: en consecuencia el general, que hacia poco habia sido revestido con el título de caballero del Baño, se esforzó por sacarlos de su posicion con una fingida retirada. Esta maniobra engañó hasta al prudente Washington, quien destacó parte de sus tropas á las órdenes del general Greene á fin de molestar á los ingleses, poniéndose él mismo á la cabeza de su cuerpo principal y encargando á lord Stirling el mando de otra division. Howe, calculando favorable este instante para empeñar un choque, detuvo sus tropas, y después de enviar al conde de Cornwallis á asegurar las alturas, marchó sobre Quibble-Town con el designio de atacar al enemigo. Convencido Washington al momento de su error, hizo un movimiento rápido, volvió á ganar su campo, y lord Stirling solo tuvo que sufrir un golpe de poca importancia. Desconcertado así sir Guillermo Howe en sus planes, retiróse á la isla de Staten, y desde allí después de dilaciones inútiles se embarcó para los cabos del Delaware; mas encontrando el paso de este rio obstruido por los americanos, dió la vela hácia la bahía de Chesapeak y ganó la Pensilvania, donde desembarcó á su ejército. Washington ya habia llegado á esta provincia, donde sus tropas recibieron un refuerzo considerable, lo cual le decidió á arriesgar un combate para proteger á Filadelfia.

Informándose de que Howe y Cornwallis avanzaban con el fin de atacar su ala izquierda junto á Brandywine, el general americano hizo todos los preparativos convenientes para recibirlos—Año 1777, 25 de agosto.—Efectivamente el combate fué muy animado por algun tiempo; pero habiendo resultado confusion entre sus tropas, en vano hicieron estas valerosos esfuerzos para rechazar al enemigo, que con su vigor sembró de nuevo el desórden entre ellas. El centro no hizo mas que impedir la persecucion, y el ala izquierda atacada por Knyphausen, muy pronto se vió precisada á retirarse. Los ingleses en este choque causaron pérdidas considerables al enemigo, mientras que las suyas fuéron muy cortas (1).

El victorioso ejército pasó entonces el Schuylkill, y tomó posesion de Filadelfia, que ya no pudieron proteger las tropas cansadas y mal provistas de Washington. A fin de imposibilitar el paso del Delaware, metiéronse en el cauce máquinas de maderos cruzados y guarnecidos de puntas de hierro, hallándose además defendido por baterías flotantes y por obras levantadas en las alturas de las dos orillas. Era pues necesario para tomar la ciudad abrir la navegacion. Howe destacó algunos regimientos contra los trabajos, y su vigilante antagonista, que habia recibido socorros considerables, resolvió dar un golpe decisivo sorprendiendo al ejército británico en Germad Town. Al efecto dió órden á sus principales oficiales para atacar simultáneamente el frente y la retaguardia. Los primeros movimientos de sus tropas parecieron prometer el triunfo: diéronse vigorosos asaltos, y el 4 de octubre penetraron varias brigadas en la ciudad; pero los ingleses contuvieron por fin los progresos de los americanos, quienes se vieron forzados á retirarse, á pesar de la serenidad y ardor que la division Sullivan desplegó en el combate.

Las ventajas obtenidas por sir Guillermo Howe en esta campaña fuéron de poca importancia: empero acreditó algun talento como general, y sus tropas adquirieron reputacion de valientes y disciplinadas. Lord Jorge German, tenido antes de la batalla de Minden como un buen oficial, y habiendo sido por algun tiempo director de la guerra en razon á su cargo de secretario de los negocios de América, habia inducido á Howe á incorporarse con Burgoyne que á la sazon mandaba un ejército destinado á obrar en el Norte; mas no hubo coyuntura para unirse con este oficial, cuyas operaciones vamos á citar ahora.

En el otoño del año anterior habia ocurrido un encuentro notable entre una flotilla de chalupas cañoneras construidas en Inglaterra y trasladadas á América, y entre otra semejante preparada por Arnoldo, quien si bien fué derrotado, se distinguió por su habilidad é intrepidez. Gay Carleton, presente á este combate que permitió dirigir al capitan Pringle, aproximóse entonces á Ticonderoga, bien que juzgó necesario diferir el asedio de esta fortaleza. Emprendiólo en el verano siguiente Burgoyne á la cabeza de un ejército en buen órden y bien dirigido, precisando muy pronto á los americanos á evacuar aquel punto.

La pérdida de Ticonderoga alarmó al general Washington, quien sin embargo, así como Schuyler que mandaba en el Norte, previó que este precoz triunfo podria muy bien inspirar á Burgoyne bastante confianza para impulsarle á esponerse al peligro apresurando su ruina y la de su ejército. Las muchas dificultades con que tropezó marchando adelante, llegaron á entibiar su ardor. Los caminos habian sido cortados, y destruidos los puentes, y la reparacion de los unos y la reedificacion de los otros exigieron mucho trabajo y consumieron un tiempo precioso. Schuyler en el ínterin reclutó tropas y enardeció su valor; mas no creyendo prudente atacar á los ingleses que se acercaban del fuerte Eduardo, se retiró á Still-Water, limitándose á una simple defensa. Allí supo que el fuerte Stanwix habia sido embestido por el coronel Saint-Leger, y derrotado un cuerpo considerable de milicianos enviado al socorro de la guarnicion. Entonces envió á Arnoldo contra los sitiadores, y se determinó á alejar su campo, trasladándole hácia algunas islas situadas en la confluencia de los rios Hudson y Mohawk.

La carencia de bastimentos de varias clases que puso á Burgoyne en la necesidad de enviar tropas á apoderarse de las provisiones depositadas en Benington, le espuso á perder quinientos hombres, de los cuales unos fuéron muertos, y otros cayeron prisioneros en dos combates que hubo cerca de Benington. La relacion exagerada de este revés, y la noticia de la aproximacion de Arnoldo, determinaron á Burgoyne á retirarse precipitadamente del fuerte Stanwik.

Algunas dudas que se suscitaron sobre el celo de Schuyler en servir á la causa de los americanos, fuéron motivo que hizo designar á Gates para reemplazarle en el mando. Noticioso el nuevo jefe que Burgoyne se adelantaba por las márgenes de Hudson para cooperar con el ejército principal á fin de terminar la guerra, apresuróse á marchar contra él al frente de las fuerzas reclutadas. Arnoldo atacó en Still-Walter el ala derecha del enemigo, mandada por Burgoyne en persona, habién-

(1) En esta ocasion es cuando Lafayette desplegó por primera vez su valor al servicio de América. Infringiendo la prohibicion de la corte de Versalles, que todavía queria disimular á los ojos de Inglaterra, habia abandonado su patria y familia para alistarse en las banderas de Washington y sostener la causa de la libertad. Fué herido gravemente en una pierna.

dose desplegado gran valor por entrambas partes. Rechazados los republicanos por el ala derecha de los ingleses, tuvieron que abandonar el campo de batalla, sin que hubiesen tenido ningun reparo en reclamar la ventaja y en publicar la victoria.

Ambos ejércitos permanecieron en inaccion después de este suceso. Mientras tanto sir Enrique Clinton emprendió desde Nueva York una espedicion, y al paso que una de sus divisiones dába el asalto al fuerte Montgomery cerca de Hudson, otra atacaba la fortaleza de Clinton con igual éxitó á pesar de una pérdida bastante considerable. Entonces recibió algunas noticias sobre el estado de los negocios del Norte; pero en lugar de proseguir adelante, se contentó con que repasara el rio el general Vanghan para socorrer á Burgoyne.

Desconfiando de los progresos de Clinton, resolvió el general en jefe del ejército del Norte aventurar una batalla vigorosa con la esperanza de que resultaria alguna ventaja. Secundado por el mayor general Felipe y otros oficiales en quienes tenia gran confianza, avanzó al frente de un cuerpo escojido con la intencion de forzar á los americanos á abandonar el puesto que los ponia en estado de obstruir su marcha; mas semejante proyecto fué frustrado por la vigilancia de Gates, que sembró la confusion en el ala izquierda con un furioso ataque, y la hubiera destruido, si un cuerpo enviado en auxilio del ala derecha no se hubiera resuelto á cambiar las órdenes que habia recibido y á socorrer la parte mas espuesta al peligro. En esta ocasion es cuando el valiente brigadier Fraser que combatia en defensa del ala izquierda de los ingleses, fué herido mortalmente. La derecha se defendió sola con valor, mas á pesar de esto se vió precisada á retirarse. El enemigo asaltó entonces el campo, y Arnoldo penetró hasta las mismas obras, de donde sin embargo fué arrojado prontamente después de haber sido herido. Forzáronse las trincheras de los cuerpos alemanes, sin que hubiera sido posible recobrarlas. Entonces Burgoyne cambió de posicion, y Gates quiso impedirle llegar al lago Jorge, pero le dejó retirarse á Saratoga.

El peligro del imprudente general era inminente: su ejército se hallaba casi rodeado de otro triple que el suyo, teniendo que temer hasta los horrores de la hambre, y siendo tal su posicion, que no podia avanzar ni retirarse sin esponerse á su destruccion. Determinóse por tanto de concierto con su estado mayor á negociar con el comandante enemigo: Gates demandó que todos se rindiesen prisioneros de guerra; pero rechazada tal demanda con desprecio, convínose por fin que las tropas después de dirigirse á un punto designado depondrian las armas con todos los honores de la guerra, y que serian trasladados de Boston á Europa, con la condicion de que no pudieran servir contra los americanos sin haberse realizado un cange—Año 1777, 16 de octubre.—El número de hombres, además de los canadeses, ascendió á mas de cuatro mil seiscientos, que ya no trataron mas que de reunir y amontonar sus armas; mas el generoso vencedor, por temor de herir su orgullo, no quiso que sus soldados estuvieran presentes á una operacion tan humillante.

La triste conclusion de esta empresa fué tanto mas sensible y espuso á tanta mayor censura á Burgoyne, cuanto que desde el principio de tal espedicion habia soltado palabras pomposas y amenazas altaneras contenidas en un manifiesto escrito por él mismo con toda la vanidad de un autor, no habiendo respondido Gates á una proclama tan arrogante sino con toda la sencillez de un soldado.

Empero no se puede negar que Burgoyne fué un oficial valiente, aunque no poseia todas las cualidades requeridas para el mando general de un ejército: tambien es preciso decir que el plan de la espedicion habia sido mal concebido, y quizá mal dirigido en el teatro en que debia tener lugar la accion.

Las crueldades cometidas por los indios salvajes empleados por el general le acarrearon las mas fuertes reconvenciones, sin embargo de que parecia esforzarse por reprimir su ferocidad en cuanto podian alcanzar su autoridad é influencia. El conde de Chatham se aprovechó de esta ocasion para clamar con todo el calor de su indignacion contra la barbárie que habia en emplear guerreros salvajes contra enemigos civilizados (1). Todo el auditorio, animado del justo sentimiento de la humanidad, se sintió conmovido de la fuerza de su elocuencia, y el ministerio juzgó que ningun castigo podia ser asaz severo para unos traidores.



Lord Chatham.

Con ninguna atencion de parte del congreso fuéron honradas las condiciones del tratado. Las tropas fuéron retenidas en América, á pretesto de que no habian abandonado enteramente sus armas, pertrechos de guerra, etc.; pero el principal motivo era el recelo de que dejándoles regresar á Inglaterra, el rey quisiera incorporarlas en el ejército permanente, del cual sacaria un número igual para enviarlo á servir contra sus nuevos súbditos.

Este reciente triunfo acreció de tal modo la reputacion del general Gates, que una gran parte del congreso se esforzó por elevarle hasta a comandante general del ejército americano, creciendo este deseo con la conducta de Washington, que creyó deber evitar la toma de Filadelfia, ciudad que muchos de sus osados compatriotas presumian la conseguiria por asalto. Empero la mayoría de la asamblea estaba tan plenamente convencida del mérito del comandante en jefe, que no permitió atacar su reputacion á las armas de la envidia y calumnia, y la idea de un cambio de autoridad repugnó á los mismos soldados que habian vencido á las órdenes del general Gates.

Hácia el invierno salió Howes de Filadelfia con la intencion de atacar á Washington. Entrambos ejércitos ocupaban alturas opuestas, siendo los americanos superiores en número. El general inglés hubiera podido forzarlos á una lucha, pero la prudencia prevaleció sobre su valor. Washington, por su parte, no era tan temerario que arriesgara voluntariamente un combate general. Sir Guillermo, después de algunas evoluciones, se retiró hácia la ciudad, y el ejército republicano á Valley-Jorge, punto fortificado junto al rio Schuylkill.

Por espacio de muchos meses carecieron los soldados americanos de las cosas mas necesarias: muchos de ellos estaban faltos de calzado y ropa, y solo con dificultad llegaban á procurarse una corta porcion de alimento grosero: así resultaron muchas deserciones, y los mas animosos permanecieron fieles en el puesto del deber, esforzándose por conservar su ardimiento con los sueños brillantes de la esperanza.

(1) Los salvajes de la India, no contentos con atormentar y degollar sus prisioneros, los devoraban, y lord Chatham se estendió con energía sobre la atroz injusticia de asociar hordas salvajes á tropas civilizadas.

CAPITULO LXIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1777 hasta el de 1780.)

Las principales potencias de Europa no podian ver con indiferencia la conducta de la Gran Bretaña con respecto á los americanos. Los soberanos, guiados por los sentimientos ordinarios de los déspotas, y habituados á considerar la autoridad de la corona como superior á todo, estaban dispuestos á mirar como traidores á los adversarios de esta autoridad; mas la envidia y rivalidad que muy pronto se despertaron en el fondo de su ánimo, los determinaron á sostener y alentar á los rebelados con la esperanza de debilitar y humillar la preponderancia de Inglaterra. Los príncipes poseedores de colonias no reflexionaron acerca del peligro de propagar ideas de libertad que podian ser contrarias á sus



Escultura notable en Londres.

intereses y pretensiones, y aquellos que ninguna propiedad colonial tenian, por arbitrarios que fueran en sus propios gobiernos, no vacilaron en favorecer el espíritu de insurreccion entre los súbditos de un soberano rival. Las cortes de Francia y España observaban con inquietud la animosidad siempre creciente y la discordia arraigada entre Inglaterra y los americanos, meditaban con atencion la conducta del gabinete británico, y aguardaban segun habia dicho lord Chatham, el resultado de sus errores. Es verdad que Luis XVI repugnaba interponerse en tal contienda; pero como carecia de suficiente carácter para resistir las importunidades del partido de la reina, cedió en un momento de debilidad á consejos perniciosos. Prometiéronse socorros al congreso, y los provinciales fuéron alentados á persistir vigorosamente en su rebelion, dándoles á entender que obtendrian la coalicion de España, y añadiendo que los holandeses tomaban un vivo interés en su gloriosa causa. Empero hasta despues de la noticia del triunfo del general Gates en Saratoga no se declararon abiertamente los ministros franceses, los cuales no habian hecho mas que promesas vagas al doctor Franklin y á Silas Deane que negociaban cerca de ellos hacia mucho tiempo, hasta el momento en que una novedad tan importante los entusiasmó de repente por la causa americana. M. Gerard anunció entonces á los diputados que el rey su amo estaba resuelto á reconocer la independencia de los Estados-Unidos y á celebrar tratados con la naciente república: en consecuencia formáronse artículos que tendian á unir á las partes contratantes por un tratado de confederacion y de comercio.

Antes de haberse asegurado S. M. británica de la decision de los franceses á favor de los americanos, creyó que debia aumentar su armada. La noticia de las disposiciones de Francia escitó al conde de Chatham á proponer al parlamento la interposicion de su autoridad para obtener prontamente la paz, porque segun afirmaba, era imposible someter los americanos. Ningun resultado favorable habian traido tres campañas, y mas bien se habian originado muchos males de aquella guerra desastrosa, en la cual no habia brillado el valor británico, ni los mercenarios habian sido coronados por el triunfo: era pues preciso ofrecer una paz honrosa, ínterin restaba todavía alguna esperanza de conciliar el espíritu de los colonos. Si estos persistian en demandar la independencia, opinaba que no se les cediese; mas no pensaba que continuarian con obstinacion en este punto. Lord Cambden dirigió igualmente á los pares un discurso en que condenó la guerra en los términos mas fuertes, declarando que él cederia á la demanda de independencia antes que aumentar la sujecion de los americanos, cuya esclavitud podria acaso en fuerza de los sucesos estenderse hasta los habitantes de la Gran Bretaña. El conde hizo en seguida una mocion relativa á las órdenes é instrucciones dadas á Burgoyne, y condenó el plan que este oficial se habia esforzado por ejecutar, como mal concebido, estravagante y bárbaro. Sin embargo fuéron desechadas sus diferentes proposiciones.

Tras de violentos debates que ocurrieron en ambas cámaras sobre varios motivos referentes al interés nacional, el ministerio, humillado por los reveses, presentó dos proyectos que tendian á una pacificacion, porque el uno versaba sobre abandonar el derecho de pechar disputado desde tan largo tiempo, y el otro sobre nombrar comisarios con facultad de hacer ámplias concesiones—Año 1778.—Muchos miembros observaron con razon que tales proposiciones hubieran sido aceptadas antes con placer y reconocimiento, pero que actualmente serian rechazadas, puesto que los americanos, irritados y ofendidos, se hallaban irrevocablemente resueltos á sostener su independencia. El cambio de tono que mostraba la corte fué puesto en ridículo, y atribuido al temor de una guerra con la casa de Borbon. El adversario mas estremado y encarnizado contra tales proyectos fué el conde Temple, quien acusaba al ministerio de tratar de desalentar el espíritu nacional reanimado por las nuevas levas, y de querer deshonrar al parlamento y la nacion con una baja sumision y una cobarde condescendencia para con los rebeldes.

Las levas de que hablaba el conde provenian del celo de diferentes corporaciones y del generoso empeño con que se contribuyeron sumas considerables para alzar nuevas tropas. Estas pruebas del espíritu nacional dieron márgen á cargos por parte de ambas cámaras, y los ministros que habian aprobado y aceptado aquellas ofertas, fuéron censurados de haber recibido subsidios sin consentimiento del parlamento.

Poco despues de la formacion de tales proyectos conciliatorios informó el rey al parlamento, que habia recibido del embajador de Francia una nota anunciando la celebracion de un tratado de alianza y comercio entre Francia y los Estados-Unidos de la América Septentrional, tratado que sin embargo negaba toda mira

hostil con la Gran Bretaña; que en consecuencia de esta comunicacion ofensiva habia creido deber retirar de Francia su representante. Algunos oradores del partido ministerial aconsejaron que se cediera á los americanos el punto importante de la independencia, asegurando que este era el único medio capaz de libertarlos de sus nuevos compromisos, que todavía no habian sido ratificados por el congreso. Otros condenaron tal bajeza de que debian resultar calamidades y deshonra: en apoyo de su opinion envió cada cámara un mensaje al rey, sin acceder á la propuesta de cambio de ministerio.

El conde de Chatham habia sido nombrado hacia poco tiempo para dirigir las nuevas medidas necesarias en el ministerio; pero inútilmente, porque no surtieron efecto alguno las negociaciones. Informado el noble lord de la mocion hecha por el duque de Richmond para terminar prontamente todas las disputas con los americanos cuya independencia estaban dispuestos á reconocer el orador y sus parciales, resolvió oponerse á tan humillante concesion por todos los medios de que todavía no le habian despojado sus dolencias y mal estado —A. 1778, 7 de abril.—Apenas acabó lord Weymouth su discurso contra la mocion del duque, se levantó el conde con su dignidad habitual, y espresó el placer que esperimentaba por hallarse todavía en disposicion de cumplir con su deber en el momento importante en que se trataba de privar á la corona y al parlamento de la soberanía en las provincias americanas, dando gracias al cielo de haber vivido hasta este dia para elevar la voz contra la desmembracion de aquella ilustre y antigua monarquía. «¿Dónde está, esclamó, quien se atreve á aconsejar semejante medida? Una nacion poderosa que no »hace mas de diez y seis años era el terror del mundo »entero, ¿consentirá en prosternarse ante la casa de Bor»bon y en rebajarse hasta decir á su implacable enemi»go: tomad todo lo que poseemos, con tal que nos deis »la paz? Esto es imposible.» Y añadió: que contando el reino con recursos suficientes para defender sus legítimos derechos, esperaba que se intentaria al menos el último esfuerzo para evitar la deshonra.

En el momento en que se levantaba de nuevo para responder al duque, que volvió á hablar, le acometió una debilidad que por algunos instantes le tuvo privado de sentido. Aplazóse el debate por consideracion al carácter del venerable lord, á quien se le trasladó en seguida á su casa de campo, donde después de padecer por algunos dias murió en el mes siguiente. Hiciéronse los funerales á espensas del erario público en la abadía de Westminster, y alzóse en Guildhall un monumento á la memoria de este grande hombre de estado por los representantes de la nacion. El parlamento mostró la misma liberalidad y reconocimiento, encargándose de pagar sus deudas y concediendo á sus herederos con su título cuatro mil libras esterlinas de renta (1).

Tratóse de proyectos para el fomento del comercio de Hibernia, proyectos que probablemente habia apoyado el conde durante su vida; pero habiendo sido desaprobados en numerosas peticiones, las variaciones introducidas en ellos impidieron que resultaran las ventajas que en un principio se habian esperado.

Llenos de confianza los católicos en la sabiduría y generosidad de un siglo ilustrado, mantenian en esta época la esperanza de mejorar, y dirigieron al rey una peticion, en que después de renovarle la seguridad de su sumision y de su respetuosa adhesion, prometian su apoyo contra los enemigos estranjeros del reino, aunque no se atrevieron á solicitar abiertamente el beneficio que deseaban vivamente. En consideracion á su conducta leal y discreta, sir Jorge Saville hizo una mocion para revocar los artículos mas rígidos de un decreto del año 1699, y no habiéndose opuesto el ministerio á esta medida, aprobóse una ley para que se concedieran á los católicos la libertad de culto y el derecho de sucesion y adquisicion de bienes raices.

Prorogado el parlamento, S. M. Británica hizo entender relativamente á la conducta de Francia, que habiendo tenido siempre por norma el no dar ningun motivo justo de queja á las potencias estranjeras, el monarca que osara turbar la tranquilidad de Europa, seria responsable ante sus súbditos y el universo entero de todas las consecuencias funestas de la guerra. Los políticos hábiles predijeron que el proyecto de pacificacion no surtiria efecto. Antes de la llegada de los comisarios, que eran el conde de Carlisle, Eden y el gobernador Johstone, el congreso en respuesta á las cartas de sir Enrique Clinton y de lord Howe, que habian escrito en términos conciliatorrios, habia dado á entender su resolucion de sostener la independencia.

Esto solo era suficiente para hacer ver que no seria fácil celebrar tratado alguno. Apenas llegaron los tres agentes del gobierno británico á Filadelfia, dirigieron al congreso una carta en que hacian las proposiciones mas favorables para un arreglo; pero la asamblea, lejos de acceder á ellas, respondió con dureza. Enviaron otra carta, y el congreso no dió respuesta alguna, observando que no contenia la promesa de reconocer la independencia de los Estados-Unidos, ni la de retirar prontamente la armada y el ejército. La llegada de M. Gerard como plenipotenciario del rey de Francia, no contribuyó á ablandar el ánimo de los caudillos republicanos y á disponerlos á que accediesen á las proposiciones de los delegados de la Gran Bretaña.

Howe, cansado de campañas infructuosas, habia resignado el mando, y Clinton que le habia reemplazado, se preparó al principio del verano á evacuar á Filadelfia á consecuencia de las órdenes trasmitidas por los comisarios. Aun antes de abandonarla del todo el ejército, penetró en la ciudad un cuerpo de republicanos, no obstante lo cual Clinton prosiguió su marcha atravesando la provincia de Nueva Jersey y llegando á Freehold-Court-House, después de incomodarle algo el enemigo. El mayor general Lee se adelantó á atacar la retaguardia inglesa; pero tuvo que retirarse muy pronto. Washington le reconvino por su conducta y le mandó volver á la carga, logrando por algun tiempo reprimir los esfuerzos del enemigo, pero tomando el partido de retirarse de nuevo. Los generales Greene y Wayne se portaron con mas valor, sosteniendo el combate hasta que finó el dia. Entonces se dirigió Clinton hácia Sandy-Hook, donde se embarbarcó para Nueva York con su ejército.

Aguardábase entonces un combate naval. El conde de Estaing, que habia llegado de Francia con doce navíos de línea y algunas fragatas, esperaba encontrar á lord Howe en el Delaware; pero desvanecidas sus esperanzas, se apresuró á dar la vela hácia el puerto de Nueva York. Desanimados por las dificultades y el peligro que habia para penetrar en él, renunció á atacar á Howe, y llevó el rumbo hácia Rhode-Island. La vista de la escuadra francesa determinó á los realistas á destruir cinco fragatas por temor de que fuesen tomadas, y Nueva York estuvo algunos momentos en peligro por las tentativas del general Sullivan, que levantó el cerco al saber la precipitada retirada del conde á Boston (1).

Creyóse entonces oportuno realizar una invasion en la provincia de Connecticut: Clinton confió al mayor ge-

(1) Este hombre tan estraordinario, que se negó constantemente á enriquecerse con despojos del estado bajo el velo del patriotismo; este hombre que en medio de las ocasiones mas seductoras de sucumbir se mantuvo siempre tan indiferente á sus propios intereses, que ni siquiera puso á su familia á cubierto de la pobreza, dejó á su siglo el mas noble ejemplo de desinterés y probidad patriótica: sublime ejemplo que no ha encontrado imitadores ni en aquel siglo codicioso ni en el mas codicioso todavia que le ha seguido.

(1) Aquí mandaba tambien el general Lafayette. Esta súbita retirada provino de una horrible tempestad que maltrató igualmente los dos ejércitos, forzándolos á separarse para reponerse. Interin el conde de Etaing se retiraba á Boston, la escuadra inglesa retrocedia á Nueva York.

neral Tryon esta espedicion, de que resultaron pocas ventajas, á pesar de que se saquearon é incendiaron algunos lugares. Prosiguióse la guerra con encarnizamiento en diferentes puntos del continente, animando al parecer á unos y otros, no aquel ardor que ennoblece la guerra recayendo en el hombre una nombradía gloriosa, sino aquel espíritu odioso de venganza y crueldad que le deshonra. Clinton y Washington observaban recíprocamente sus movimientos, creyendo cada cual que debia evitar un ataque general.

La provincia de Georgia fué invadida con éxito. Sir Enrique envió por mar al coronel Campbell, y dió órden al mayor general Prevost para conducir un ejército de tierra suficiente para poder obrar de concierto con Campbell. El general americano Roberto Howe acababa de ejecutar una tentativa sobre dicha provincia; mas precisado á retirarse con pérdida, habia situado su corto ejército junto á Savannah, donde no hizo grandes esfuerzos para oponerse al desembarco de Campbell, si bien tomó las medidas que juzgó oportunas para salvar la ciudad. Empero el coronel habia descubierto un camino oculto que le condujo por un pantano á la espalda de la retaguardia del ejército americano, sorprendiendo así al enemigo y alcanzando una victoria decisiva. Sus tropas hallaron en la ciudad un botin considerable; mas Campbell, tan humano como valiente, supo grangearse las simpatías de las provincias con su moderacion y dulzura. El general Prevost tomó entonces el mando en jefe del ejército, y acabó la conquista de la provincia. En tanto que el conde de Estaing se debilitaba en el puerto de Boston, el marqués de Bouille, sin aguardar su auxilio, condujo un armamento á la Dominica, tomando posesion sin mucha dificultad de esta isla (1). El conde se dirigió por fin hácia las Indias Occidentales, é intentó socorrer á Santa Lucia, que estaba atacada por el almirante Barrington y por un ejército de tierra, á las órdenes de Meadows. La escuadra francesa atacó dos veces al almirante sin fruto, no siendo mas afortunadas las tropas del conde de Estaing en el asalto que arriesgaron, y tuvieron que retirarse con pérdida. Poco después entregó el gobernador la capital y la isla entera á los ingleses.

Otro combate que ocurrió en Europa despertó muy pronto el descontento y disgusto de Inglaterra. Habiendo merecido el almirante Keppel por su reputacion el mando general de la armada británica, emprendió la defensa marítima del reino, y no bien salió al mar con veinte navios de línea, cuando se le ofrecieron á la vista dos fragatas francesas: viéndose perseguidas, una de ellas hizo una descarga de fusilería, y en seguida dió la señal de estar pronta á rendirse; la otra logró escapar después de un furioso combate con la nave que la perseguia. Noticioso Keppel por la fragata cojida de que iban á salir al mar treinta y dos navíos de línea, determinóse á volver inmediatamente á Spithead para aumentar sus fuerzas. Agregados diez buques á su escuadra, tornó á la vela y marchó á esperar al enemigo hácia la costa de Bretaña. No siendo el conde de Orvilliers de dictámen de empeñar un combate, se retiró desde luego; pero Keppel le forzó á entrar en una accion que se prolongó muchas horas, resultando una pérdida mas considerable de parte de los franceses que de los ingleses, hasta que por fin cesó el fuego, siguiendo su respectivo rumbo las dos escuadras que navegaban en direccion opuesta—Año 1778, 27 de julio. —Keppel volvió á la vela tan pronto como reparó sus averiadas naves, dando á la vanguardia y retaguardia órden de ayudarle y renovar el combate. Harland obedeció; mas sir Hugo Palliser, cuyo buque habia padecido mucho, se resistió á provocar al enemigo. El almirante, que todavía hubiera podido alcanzar importantes ventajas con esfuerzos bien combinados, permitió que se retiraran los franceses y dejó perder la ocasion de triunfar. Un Awke ó un Boscawen no hubiera sido tan sordo á las voces del honor.

Esta conducta, culpable en apariencia, exigia un exámen escrupuloso. Palliser, atacado en un papel diario del partido de la oposicion, y ofendido de la negativa del almirante á justificarle, entabló contra este diferentes acusaciones, y entre ellas la de haber perdido por un movimiento hecho contra viento la ocasion de conseguir la victoria. Entrambos comparecieron ante tribunales militares—Año 1779.—La conducta de Keppel fué aprobada, y él absuelto en los términos mas honrosos con gran regocijo de la plebe. Palliser lo fué igualmente del delito de desobediencia; pero sus relaciones con el ministerio le habian quitado toda popularidad.

El almirante no temió afirmar al parlamento que no se habia empañado en sus manos la gloria del pabellon británico. Entrambas cámaras le alabaron por su conducta; mas pensamos que no mereció una distincion tan lisonjera. Keppel y Palliser eran acreedores á la censura, sin que ninguno de los dos hubiera obrado de una manera capaz de justificar la reputacion que tenian adquirida.



Pablo Jones (1).

Keppel se esforzó por justificarse echando toda la responsabilidad sobre los lores del almirantazgo, contra quienes su amigo Fox dirigió muchos ataques, pretendiendo que su negligencia merecia la censura de los comunes. La separacion del conde de Sandwich fué objeto especial de una mocion en las cámaras alta y baja; pero el conde fué sostenido por una poderosa mayoría.

El exámen de los negocios americanos dió márgen á muy animados debates. Entrambas cámaras manifestaron una justa indignacion de que los comisarios hubieran dirigido al congreso y á los provinciales en general un manifiesto en que les habian amenazado con injurias y las funestas consecuencias de la guerra para castigarlos por su alianza con los franceses, vituperando dichas cámaras la insensibilidad que impulsó á proferir semejantes amenazas. Las supuestas faltas de sir Guillermo Howe, y en especial las del ministro que habia dirigido sus operaciones, provocaron una amarga censura; mas la pesquisa realizada ni al uno ni al otro espuso á la reprobacion de la cámara.

Como hacia largo tiempo que gozaban de favor los católicos, los protestantes disidentes se creyeron con derecho á esperar el alivio rehusado hasta entonces por el parlamento. En consecuencia formóse una ley dispensando á los ministros y maestros de escuela de suscribir los artículos de la iglesia y no exigiendo mas

(1) Sin haber perdido ni un solo hombre.

(1) En este año un atrevido aventurero llamado Pablo Jones puso en alarma la costa occidental de la isla. Desembarcó en Witchaven, quemó un barco en el puerto, y habiendo arribado á Escocia saqueó la casa del conde de Selkirk. Algun tiempo después tuvo un choque sangriento con el *Serapis*, cuyo capitan Pearson le obligó á rendirse.

que su declaracion de creencia con respecto al antiguo y nuevo Testamento.

Hallábase la legislatura próxima á terminarse cuando lord North informó á la cámara de las hostilidades proyectadas en España. Como todo el mundo á escepcion de los ministros preveia tal suceso hacia mucho tiempo, aquella noticia no causó gran sorpresa. S. M. Católica, que fingia desear la paz, habia persuadido á los reyes de Francia é Inglaterra que enviaran á Madrid sus respectivas proposiciones, á fin de que pudiera comunicar sus sentimientos á las dos cortes rivales; pero habiendo insistido los franceses en la confirmacion de la independencia americana, no surtieron efecto los esfuerzos del monarca mediador que no obraba con sinceridad. Bien pronto publicó España un manifiesto agresor, al que respondió vigorosamente la corte de Inglaterra, haciendo preparativos en todas partes para escarmentar á la potencia que se declaraba enemiga de la Gran Bretaña.

Los recursos otorgados cuando estalló la guerra en las colonias, no habian ascendido á mas que á seis millones seiscientas mil libras esterlinas; en el año siguiente pasaron de nueve millones; en otro año subieron á mas de catorce millones trescientas mil libras, y en 1779 se creyó necesario pedir mas de quince millones seiscientas mil libras. En cuanto á los refuerzos de tropas, en el año 1775 no se habian votado mas que diez y ocho mil marineros, número inferior al del tiempo de paz; la suma de soldados concedidos en la misma época no fué mas que de veintidos mil hombres: en el siguiente año se añadieron veintiocho mil marineros y veinte mil setecientos hombres de tierra, amen de un cuerpo considerable de tropas auxiliares sacadas del estranjero. Con todos estos aumentos sucesivos el número de marineros subia en 1779 á setenta mil hombres, y la fuerza militar con inclusion de las tropas estranjeras á igual cantidad. Por mas que los miembros de la oposicion espusieron en diferentes ocasiones que en el tesoro nacional reinaban la negligencia, la profusion y el desórden, y que interesaba á la nacion obrar con economía y otorgar socorros menos considerables, todos sus discursos fuéron inútiles, y el ministerio, afectando atribuirlos á espíritu de bandería, no accedió á que se practicara una investigacion formal con respecto á la administracion del tesoro nacional.

Durante el último año nada notable ocurrió en los sucesos de la guerra: Ninguna espedicion importante emprendió Clinton, comandante general de la América Septentrional; bien que impidió á Washington que se aprovechara de la inaccion del ejército británico, y envió á Virginia un destacamento que arrebató á los americanos gran número de embarcaciones, de las que unas fuéron destruidas y otras guardadas como presa: apoderóse además de considerables provisiones y de algunos fuertes sobre el Hudson, consiguiendo asimismo devastar horriblemente la provincia de Connecticut, sin que sus habitantes pudieran decidir á Washington á que acudiera á socorrerlos (1). Este para castigar á los indios salvajes por las crueldades que habian perpetrado á instigacion de los ingleses, envió al general Sullivan hácia Susquehannah, habiendo sido destruidos veintiocho lugares en esta espedicion. En el Norte causó á la marina americana pérdidas considerables el comodoro Collier, que vino en auxilio de los realistas establecidos en la bahía de Penobscot. Los sitiadores tuvieron que retirarse dejando en poder del enemigo diez y nueve bajeles, algunos de los cuales fuéron quemados, y pereciendo en la retirada de hambre y de cansancio un número considerable de marineros y soldados.

Los americanos se reanimaron con la llegada de los franceses á la costa de Georgia. El conde de Estaing habia enviado cuatro mil hombres á la isla de San Vicente, que por el gobernador fué puesta muy pronto en manos del enemigo, juzgando inútil hacer mas larga resistencia, toda vez que la mayoría de los habitantes estaba en mal sentido, y que la guarnicion no era asaz numerosa para una vigorosa defensa. Granada fué el blanco sucesivo de las hostilidades francesas, presentándose el conde delante de la ciudad de San Jorge á la cabeza de veintiseis navíos de línea y de unos nueve mil hombres. Un fuerte destacamento asaltó las obras, que fuéron defendidas bizarramente, aunque sin éxito. Entonces fué atacado el fuerte; y como el gobernador estaba persuadido de que los franceses no accederian á capitular con él, se vió precisado á rendirse á discrecion antes de la llegada del almirante, que dió la vela con veintiseis navíos de línea para socorrer la isla. Este jefe trabó lucha tan de cerca como pudo con la escuadra francesa, y si él esperimentó pérdidas considerables, todavía fuéron mayores las del enemigo. M. Estaing dirigióse en seguida hácia la Georgia y realizó un desembarco junto á Savannah, cuyo sitio emprendió de acuerdo con el general Lincoln, aunque no sin cierta desconfianza, dando un vigoroso asalto tras de las tentativas regulares. Los sitiadores plantaron el estandarte sobre las murallas; pero rechazados de las fortificaciones, abandonaron el asedio con pérdidas bastante considerables de una y otra parte.

Con respecto á las operaciones de los confederados católicos de Francia, diremos que el gobernador de la Luisiana invadió la Florida Occidental durante el verano, que cojió un fuerte junto á las fronteras, y que tomó posesion de algunos establecimientos en las márgenes del Misisipí, al paso que otro cuerpo molestaba á los que cortaban palo de Campeche en las orillas del Mosquito. Como la guarnicion de Omon estaba demasiado vigilante para ser sorprendida, impulsó á los ingleses á tomar la determinacion de bombardear la fortaleza por mar y tierra; mas los españoles no abandonaron su defensa hasta que vieron escaladas las murallas por tan intrépidos sitiadores, que tomaron además algunas ricas embarcaciones. Retirada la escuadra inglesa, el enemigo recuperó el fuerte.

En Europa las armadas española y francesa, que obraban de concierto, amenazaban destruir la británica. El gobierno inglés no pudo llegar á aprestar para la defensa de la isla mas que treinta y ocho navíos contra setenta y seis de línea, treinta y seis de los cuales habian sido dispuestos por España. La presencia de los aliados frente á Plymouth causó una fuerte alarma, porque este puerto contaba con escasos medios de defensa; pero contra la espectativa de los ingleses contentáronse los aliados con la captura de un navío de línea, y se retiraron después de un vano alarde de ostentacion.

A pesar del pánico terror que no podia menos de causar una invasion en el espíritu público, estaba por medio el genio de la Gran Bretaña para animar á sus hijos con un ardor sobrenatural, de suerte que los valerosos esfuerzos del pueblo inglés hubieran conseguido sin duda derrotar ó espulsar á los enemigos de la patria.

Mientras así insultaba una confederacion estranjera á la Gran Bretaña, una asociacion voluntaria que se formaba entre los súbditos dependientes de la corona puso súbitamente al ministerio en un estremo embarazoso. Hablamos del estado de Irlanda, de que apenas se ha hecho mencion en este reinado. Durante las diversas agitaciones que resultaron de la guerra, la energía del pueblo irlandés se habia desarrollado en términos de que los asuntos de este reino tomaron un grado de importancia estraordinaria. Irlanda, hermana natural de Inglaterra, era tratada hacia largo tiempo mas bien co-

(1) Con atacar los ingleses esta provincia favorita de los americanos querian precisar á Washington á abandonar las fuertes posiciones que ocupaba en las tierras inmediatas al Hudson; mas el general, que tenia sus razones para obrar así, dejó defenderse sola á la provincia, prefiriendo que le acusara de negligente el pueblo de Connecticut.

mo estranjera que como amiga. Sus intereses se hallaban postergados, su comercio restringido y encadenado, sus hijos empobrecidos y oprimidos. Empero no puede negarse que en los dos últimos años se mejoró la situacion del país y se promovió el bienestar del pueblo; pero todavía faltaba mucho que hacer, y habia que remediar muchos males: juzgóse por lo tanto que un parlamento libre contribuiria á la prosperidad de la nacion con mayor interés que una legislatura dependiente de la Gran Bretaña, é igualmente se creyó necesaria una libertad de comercio en vista de sus felices resultados en esta isla. A fin de asegurar mejor el buen éxito de tan importantes proyectos, los patriotas hiberneses inculcaron la union popular, y á pesar del temor de una invasion estranjera, el gobierno permitió á los lugartenientes distribuir armas á los hombres vigorosos y activos. Con la esperanza de intimidar á la corte con un alarde de fuerza militar, la nobleza escitaba al pueblo á formar asociaciones y á instruirse en el arte de la guerra, no tardando en llegar las tropas de voluntarios á ser tan numerosas, que los arsenales públicos no pudieron sufragar á las demandas estraordinarias de armas y municiones. Esta falta se suplió del bolsillo de los particulares, habiéndose formado con la totalidad de las fuerzas nacionales un ejército que no fué, segun dice lord Sheffield, «ni autorizado por las leyes, ni sometido al gobierno del país.»

Al principio de las nuevas sesiones del parlamento, el rey, en el discurso á las cámaras, recomendó que se examináran con atencion los medios de mejorar la situacion de Irlanda sin perjudicar al resto del imperio. El conde de Shelburne, después de la enumeracion de los males y agravios de que sus compatriotas tenian que quejarse, hizo una mocion para que la cámara de los pares censurara á los ministros por su negligencia en aplicar los remedios necesarios á los terribles males de que habia tenido completo conocimiento. La proposicion era demasiado opuesta á los sentimientos de la corte para que fuera adoptada.

El proyecto de fomento comercial de que se ocupó el parlamento, abrazaba tres objetos, á saber: la revocacion de las cláusulas ó de las diversas leyes británicas que prohibian esportar de Irlanda las lanas fabricadas y sin fabricar, la anulacion de todas las prohibiciones relativas á la esportacion del vidrio, y el privilegio de un comercio libre con las colonias americanas y los establecimientos africanos. Como todos los partidos estaban conformes acerca de estos diferentes puntos, adoptáronse inmediatamente medidas que calmaron el descontento de los comerciantes y fabricantes irlandeses. Los irlandeses sin embargo continuaron manteniendo tropas voluntarias, á fin de inspirar bastante temor al gobierno inglés para conseguir las otras demandas.

La loca prodigalidad de los ministros provocaba hacia mucho tiempo quejas contínuas, y la influencia prodigiosa de la corona, que procuraba acrecentar mas y mas un estraordinario número de empleados, de oficiales, de gentes dependientes y de otras aspirantes á empleos, contribuia á irritar al pueblo contra el aumento sin ejemplo de las cargas de la nacion. Los propietarios libres de Yorkshire determinaron á los habitantes de otras partes del reino á presentar una peticion á la cámara de los comunes para obtener una reparacion, y los jefes de la oposicion formaron contra la corte un plan regular de hostilidades parlamentarias.

Burke, después de muchos ataques dirigidos contra el ministerio por ambas cámaras, en un discurso que fué admirado generalmente, solicitó de los comunes que cedieran á la voz del pueblo—Año 1780.—Un sistema de economía nacional era, segun decia, un objeto que no cesaria de recomendar vivamente y de proseguir con ardor hasta que fuera adoptado por el poder ejecutivo; porque no solo era necesario en sí mismo por tender á aligerar las cargas que agobiaban la nacion, sino tambien porque disminuiria la escesiva preponderancia de la corona. No juzgaba oportuno aplicar remedios violentos á los males presentes, y pensaba que serian mas eficaces los medios suaves y moderados. Propuesto un gravámen sobre todos los empleos, mostróse Burke opuesto á tal medida, repugnándola como una especie de composicion calculada para impedir una reforma radical, ó como una especie de prima pagada por la mala administracion, para conservar sus derechos y perpetuar sus abusos.


Galería Dulvych.

Los reglamentos en que Burke establecia su plan de reforma económica eran en número de siete. En primer lugar proponia la abolicion de todas las jurisdicciones mas dispendiosas para el estado, y mas á propósito para favorecer la opresion y la influencia corruptora, que ventajosa á la justicia y á la administracion política: en este número incluia los principados de Galles, el ducado de Lancastre y otras pequeñas propiedades reales. En segundo lugar ponia en venta todas las fincas nacionales, que en lugar de aumentar las rentas del Estado, solo servian para ocasionar vejaciones á los arrendatarios. En tercer lugar daba á entender que seria oportuno suprimir todos los cargos, mas onerosos que útiles, ó bien reunirlos á otros aumentándoles su asignacion. Este artículo era de grande importancia, porque comprendia á la lista civil. La conservacion de la casa real, segun decia, daba todavía márgen á los escesivos gastos de una institucion formada sobre un sistema gótico, aunque el estado actual de la civilizacion lo hubiera reducido al punto de hacer de ella un objeto de elegancia moderna y de comodidad personal. Muchos de los empleos de su administracion se hallaban creados y conservados por el interés de la influencia de la corona, mas bien que por necesidad y con la intencion de ejercer un objeto de utilidad. En consecuencia esperaba que no se conservarian por mas tiempo los cargos de tesorero, de veedor, de tesorero de la cámara, de mayordomo de la misma, de guarda-joyas, así como una multitud de otros oficios subordinados al departamento del mayordomo mayor. Pintó al Consejo de Trabajos y al de Comercio como enteramente inútiles al estado, y que se hiciera una gran disminucion en la parte civil del consejo de artillería. Los oficios de pagador del ejército y de tesorero de la armada debian someterse tambien á una administracion menos dispendiosa. Además debia reducirse considerablemente el sueldo de los cargos obtenidos por patente en el tribunal del tesoro, sería fácil simplificar la moneda, y podria limitarse la suma anual de las pensiones otorgadas á seiscientas mil libras. Finalmente podian hacerse otras muchas reducciones, sin causar la menor estorsion al servicio del Estado.

El cuarto reglamento tenia por objeto abolir todas las funciones que entorpecian la marcha é incomodaban á las operaciones del superintendente de rentas. El quinto debia poner un órden invariable en todos los pagos; el sesto establecia un estado de fijeza en

cada administracion y en todas sus partes, y el sétimo destruia todas las tesorerías subalternas, porque podian ser miradas como planteles de malos administradores.

El elocuente autor de este plan no esperaba que el parlamento lo adoptaria enteramente, convencido como estaba de la tenacidad con que la corte y el ministerio sostendrian el sistema de abusos y de prodigalidad arraigado desde tan largo tiempo. De cinco proyectos que propuso en apoyo de su plan de reforma, solo uno fué adoptado. Todos los argumentos en favor de ellos no sirvieron mas que para divertir á la cámara. Sin embargo, aprobóse por una mayoría de ocho votos, el artículo relativo á la supresion del consejo de comercio y de las plantaciones; habiendo propuesto el coronel Barre que se nombraran comisarios para examinar las cuentas y arreglarlas, lord North presentó al efecto un proyecto, que si no correspondia completamente al deseo general, fué al menos una prueba de condescendencia ministerial.

Los caudillos de la oposicion echaron mano de todos sus medios con mas energía que de costumbre para tratar una cuestion sometida á los comunes por Dunning con respecto á las peticiones acumuladas (1) á que solo débilmente se habian opuesto algunos mensajes ministeriales—Año 1780, 6 de abril.—Dunning sostuvo fuertemente la necesidad de proseguir los dos objetos importantes recomendados por una numerosa y respetable parte del pueblo. Ambos objetos que se enlazaban y partian del mismo principio, podian ser comprendidos fácilmente en un argumento general, porque el sistema de economía debia indudablemente disminuir la influencia de la corona. El aumento de esta influencia habia sido previsto por Hume, y si no se apresuraran á reprimirla oportunamente, hubiera llegado á destruir ó al menos á socavar las barreras de la constitucion. Después de tratar esta cuestion con habilidad, y de hablar con indignacion y de una manera satírica de la conducta del ministerio, Dunning solicitó de la cámara la declaracion de que la influencia de la corona se habia acrecentado considerablemente y que cada dia crecia mas; que en consecuencia era preciso ocuparse de restringirla. Sir Fletcher Norton manifestó que eran tan evidentes los progresos de tal influencia, que nadie podia dudar de ella, é invitó á todos los amigos de la constitucion á reunirse para conjurar semejante mal. Dundas se esforzó por persuadir que la influencia de la corona no era mas estensa que la permitida por los principios de la constitucion. Hubo doscientos treinta votos en pro de la mocion, y doscientos quince solamente en contra. El triunfo del partido antiministerial pareció haber sobrepujado en esta ocasion á la espectacion general; pero la conformidad que resultó de él solo fué pasajera. No á todos los miembros de la mayoría animaba el mismo impulso: una parte, la mas considerable, nos inclinamos á creer que era guiada por un amor sincero de la patria; otra no se movia á obrar así mas que por el deseo de contrariar al ministerio y crearle dificultades; muchos acaso esperaban satisfacer de aquel modo á sus comitentes y asegurar su reeleccion, y otros votaban probablemente por capricho y versatilidad. Cuando en una asamblea nacional hay en juego tantas pasiones mezquinas y tan poca uniformidad de sentimientos, jamás hay mas que débiles probabilidades de buen éxito para toda tentativa de reforma.

Las insinuaciones é intrigas de emisarios oficiosos y de la gente turbulenta, cuyo único móvil era el interés, sojuzgaron y arrastraron á favorecer el sistema de la corte y á tolerar la conducta vituperable del ministerio. Así casi en su mismo nacimiento se disiparon las esperanzas de la nacion.

(1) Estas peticiones que diariamente llegaban á la cámara, tenian por objeto pedir la restriccion de la influencia de la corona y la adopcion de un sistema de economía.

Los esfuerzos de lord North y de sus cólegas para el restablecimiento de una mayoría parlamentaria surtieron tan feliz éxito, que cuando Dunning propuso su mensaje al rey para que el parlamento no fuera disuelto ni prorogado antes de haber tomado medidas para corregir los abusos de que se trataba, la corte tuvo la satisfaccion de vencerle por una pluralidad de cincuenta y un votos. Habiendo hecho en seguida el mismo miembro una mocion para que la cámara accediera á organizar una comision á fin de escluir del parlamento algunos oficiales de la casa real, una mayoría de cuarenta y tres votos desechó la proposicion con menosprecio.

CAPITULO LXIV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1780.)

Parecia próximo á desaparecer del todo con el trascurso del tiempo el ódio que las diversas sectas de Inglaterra se profesaban, cuando la ley que concedia algun desahogo á los católicos, hizo que se manifestase de repente el inoportuno celo de los presbiterianos y metodistas. Lord Jorge Gordon, hombre de mal carácter y perverso, volvió á encender el fuego del fanatismo con su entusiasmo y exagerados discursos. Como presidente de una asociacion protestante, propuso á todos los enemigos de la iglesia romana que le acompañasen personalmente á la cámara de los comunes, para presentar una peticion que tenia por objeto la revocacion de una ley que no se conformaba con su intolerancia. Cerca de cuarenta mil personas (1), casi todas de la clase mas ínfima, concurrieron tumultuosamente á San Jorge Fields el dia 2 de junio, y después de haber recibido las instrucciones de lord Jorge, se dividieron en cuatro grupos que se trasladaron á Westminster. Ruidosas aclamaciones resonaron al llegar á este punto; pero lejos de portarse con el decoro y moderacion que les habia recomendado su jefe, hubo muchos que insultaron á los miembros del parlamento, que salieron á recibirlos, y hasta llegaron al estremo de emplear la fuerza para penetrar en ambas cámaras.

Reclamada por lord Jorge la atencion de los comunes sobre la peticion, casi todos los que se hallaban presentes votaron sin deliberacion ninguna, porque no podia haber discusion libre entre los gritos y amenazas de una multitud desenfrenada. Algunas tropas que acudieron al anochecer obligaron á dispersarse á la canalla, aunque no pudieron evitar que se cometieran grandes desórdenes; entre otros, el incendio de una capilla católica y el saqueo de otra.

Al siguiente dia, el conde de Bathurs, presidente del consejo, vituperó la conducta injuriosa observada por el populacho con algunos pares, y los desórdenes cometidos la tarde anterior, é hizo una mocion para que se persiguiese á los sediciosos. El conde de Shelburne manifestó la esperanza que abrigaba de que los jueces sabrian distinguir en aquel caso el celo religioso, aunque mal dirigido, de las violencias de un fanatismo desarreglado y sin principios. Acusó al ministerio de no haber sabido prevenir semejantes desórdenes con saludables precauciones, y se aprovechó de aquella ocasion para declamar ágriamente contra la *culpabilidad* del primer ministro y la *venalidad* de la cámara de los comunes.

Animado el populacho con la timidez y negligencia de Kennet, primer magistrado de la capital, volvió á amotinarse al segundo dia de haber ocurrido los desmanes anteriores, y repitió en mayor escala los mis-

(1) Hume dice que hubo mas de sesenta mil, y tal vez cien mil.

mos desórdenes y violencias, hasta que los soldados se vieron obligados á hacer fuego sobre los amotinados.

Por espacio de cuatro dias reinaron el desórden, el latrocinio y el incendio; muchas casas, pertenecientes á católicos y protestantes sin distincion, fuéron destruidas completamente; Newgate y otras muchas cárceles fuéron incendiadas después de haber dado libertad á los presos; y el desenfreno y la desolacion llegaron á tal estremo, que los amedrentados habitantes llegaron á temer la total destruccion de la ciudad. La noche del 7 de junio sobre todo fué espantosa; percibiéronse de repente torbellinos de llamas y humo que salieron de las cárceles de Lafleet y Kings Bench, y se manifestó al mismo tiempo el horrible espectáculo de treinta casas que ardian simultáneamente. Por todos lados se veian gentes afligidas que corrian de una parte á otra cargadas con lo que habian podido librar de las llamas, y otras que se llevaban descaradamente lo que no era suyo: gritos, llantos y espresiones coléricas y dolorosas alternaban con el siniestro estampido de las armas de fuego, y adonde quiera que se dirigia la vista, solo se percibian escenas de horror, embriaguez y desesperacion.

Muchas personas perecieron víctimas de aquellos vergonzosos desórdenes; doscientas diez quedaron muertas en el acto, y setenta y cinco sucumbieron luego á consecuencia de sus heridas. A estas desgracias, de que daba cuenta un parte militar, hay que añadir las de otras muchas personas que quedaron sepultadas en las ruinas de las casas, ó que perecieron víctimas de las llamas de una fábrica de aguardiente, y por el inmoderado abuso de bebidas espirituosas.



Guidhall.

Tan espantosos sucesos dieron orígen á infinidad de reflexiones y conjeturas. Algunos partidarios del ministerio afectaron creer, y hasta se atrevieron á sostener, que los sediciosos habian sido animados y escitados tal vez á cometer tales desórdenes por los adversarios que en el parlamento tenia la corte; pero probablemente solo la maledicencia habia podido dar orígen á tan injuriosas suposiciones. Si bien es cierto que algunos ministeriales fuéron ofendidos en sus personas y propiedades, aconteció otro tanto á muchos miembros de la oposicion, lo cual desmentia plenamente semejantes sospechas. Insinuaron otros que los emisarios de la corte fomentaban aquellos desórdenes con la mira secreta de contener el espíritu innovador de las sociedades populares, haciéndoles ver las funestas consecuencias de una conmocion popular. Tal fué ciertamente el resultado de aquellos trastornos; pero no por eso era menos falsa semejante insinuacion. Si el ministerio y los magistrados obraron con alguna negligencia en el desempeño de sus obligaciones, y no manifestaron la severidad necesaria para prevenir ó calmar el tumulto, fué porque esperaban que aquellos momentáneos trastornos se disiparian fácilmente, y porque repugnaba el uso de la fuerza militar. Cuando principió á tomar un aspecto formidable el tumulto, opinó el procurador general Wedderburne que se debia recurrir á la fuerza armada, y que era preciso que los soldados hicieran fuego sobre el populacho, con solo el mandato de sus jefes, aun cuando no estuviese presente ningun magistrado, ni hubiesen recibido autorizacion para ello; pero entonces se acusó al ministerio por su demasiada severidad, y los que reconocian la necesidad de aquella determinacion, creyeron sin embargo que los ministros debian haberse provisto de un bill de indemnidad, para que no se creyese que una medida de tal gravedad pudiera considerarse como legal en vista de un precedente tan peligroso.

Como el jefe de aquella asociacion fanática habia escitado á sus confederados á perseverar en sus esfuerzos, y en algunas cartas que posteriormente fuéron interceptadas hablaba con entusiasmo de su gloriosa causa, llegando hasta á dar á entender que la conducta de los sediciosos obtendria la aprobacion merecida, fué interrogado por el consejo privado, resultando del interrogatorio una plena conviccion de que no tan solo habia escitado el exagerado celo de los partidarios de la iglesia de Escocia, los cuales habian propagado por sí el fuego de la sedicion hasta el otro lado del Tweed, sino que habia intentado además con sus incendiarios discursos sumir la capital y el reino todo en el mas espantoso desórden. Fué conducido á la Torre como culpable de alta traicion; pero habiendo sufrido en febrero de 1781 un juicio regular, fué absuelto por el jurado, aun cuando no le fué posible sin embargo justificarse del crímen de sedicion.

Luego que se restableció la calma, volvió á reunirse de nuevo el parlamento, y la cámara de los comunes, en lugar de revocar el acta de que se quejaba la asociacion protestante, se limitó á prohibir á los católicos el que se ocuparan de la educacion é instruccion de los jóvenes protestantes. El proyecto á que por mediacion del lord-canciller Thurlow se habia hecho una enmienda que lo reducia á impedir que los católicos sostuvieran escuelas públicas, fué desechado por la mayoría de los pares.

Se formó causa además á los ilusos perturbadores de la tranquilidad pública. Treinta y cuatro personas de ambos sexos fuéron condenadas á pena capital; pero S. M. concedió la vida á quince de ellos. De las veinticuatro que fuéron condenadas á muerte en el arrabal de Southwark, obtuvieron perdon catorce. De esta manera, á pesar del rigor de la justicia, hizo uso el rey del mas bello privilegio de la corona, para salvar á parte de los culpables.

Dejemos ahora las penosas escenas de estas conmociones interiores para ocuparnos nuevamente de las hostilidades con el estranjero. Los ingleses obtuvieron algunas ventajas sobre sus adversarios los españoles. Gibraltar, que estaba bloqueada y sitiada, escaseaba de víveres, y el almirante Rodney recibió órden de darse á la vela para socorrerla. Al occidente del cabo de Finisterre descubrió una escuadra de veintidos velas que capturó sin que se le escapase ningun buque. Componíase la escuadra de quince naves mercantes, un navío de línea, muchas fragatas y algunas corvetas.

Esta ventaja fué seguida de otra de mayor importancia—Año 1780, 16 de enero.—A la altura del cabo de San Vicente encontró Rodney á D. Juan de Lángara que con once navíos de línea estaba cruzando para impedir que llegase á Gibraltar socorro ninguno. Era Rodney superior en fuerzas, pero en el combate que tuvo lugar después se vió su escuadra en un peligro particular, porque queriendo impedir que se retirasen los españoles al abrigo de la costa, permaneció á sotavento durante una noche tempestuosa y oscura. Al principio de la accion voló un navío español de 70 cañones, sumergiéndose toda su tripulacion que constaba de seiscientos hombres. Duró el combate diez horas

seguidas. Cuatro navíos que fuéron apresados llegaron á Gibraltar; otro que tambien fué cojido embarrancó en la costa, siendo hechos prisioneros los marineros ingleses que lo tripulaban (1). Otro se perdió en unos arrecifes, y D. Juan quedó prisionero con dos mil cuatrocientos hombres. El afortunado Rodney, después de dejar socorridos á los sitiados, se hizo á la vela para las Indias Occidentales. Durante su viaje tuvo un récio combate con la escuadra francesa cerca de la costa de la Española, en que el almirante Cornwallis ganó todos los laureles del triunfo, retirándose M. de Lamothe-Piquet al cabo francés.

Las dos escuadras de Rodney y del conde de Guichen se encontraron cerca de la Martinica—Año 1780, 17 de abril.—Habia veinte navíos en una escuadra, y veintitres en la otra. El almirante inglés, separándose de la costumbre establecida, resolvió no atacar á un tiempo todos los navíos enemigos, sino romper su línea cayendo con todas sus fuerzas sobre una division, derrotada la cual creia que seguiria la de toda la escuadra. El navío que montaba Rodney logró separar de la línea tres navíos del conde. Imitaron otros capitanes su ejemplo, escepto algunos que no se aproximaron tanto, ó que no obraron como se les habia mandado. Logró sin embargo ahuyentar la escuadra del conde, y apenas reparó la suya, dió caza al enemigo durante tres dias, sin detenerse hasta que llegó su contrario á la altura de la Guadalupe. Un mes mas tarde volvieron á trabar otro combate en que no se decidió la victoria á favor de ninguno, y aunque hubo mas tarde otro tercer encuentro, tampoco se decidió la victoria. Doscientos ingleses perdieron la vida en este encuentro y seiscientos quedaron heridos. Los franceses perdieron mil trescientos hombres próximamente.

Habiéndose unido una escuadra española á la francesa, se esperaba que fueran atacadas por ambas las islas de la India Occidental, ó que reunidas las dos contribuirian á la conquista de Nueva-York; pero los estragos de una enfermedad contagiosa, y la falta de armonía de los almirantes produjeron una inaccion que favoreció á los ingleses.

Al principio de aquel año fuéron apresados por los ingleses muchos navíos franceses, tanto mercantes como de guerra; pero en el mes de agosto cuarenta y cinco embarcaciones inglesas cargadas para las Indias Occidentales, y cinco destinadas á las Orientales, fuéron presa de los franceses y españoles. Todas ellas estaban provistas de tropas y cargamentos de gran importancia.

En la campaña de América ocurrieron algunos notables sucesos. Intentando Clinton apoderarse de la Carolina del Sur, se dió á la vela desde Nueva-York, escoltado por el vice-almirante Arbuthnot, y abordó la isla de San Juan; desde allí se dirigió á las cercanías de Charles-Town. Como para apoderarse de la ciudad era necesario tomar primeramente la ria y poder dominarla, se preparó Arbuthnot á pasar la barra, que esperaba encontrar defendida por los americanos; pero no fué así, porque estos se retiraban á medida que él avanzaba. El fuerte Moultril no puso obstáculo ninguno á su embestida. Echó el ancla cerca de la ciudad, y no pudo penetrar en el rio Cooper, porque estaba interceptado su paso con una línea de buques echados á pique.

Muchos oficiales americanos juzgaban casi imposible conservar la ciudad después de perdida la ria; pero la esperanza que tenia el general Lincoln de recibir considerables refuerzos que creia poder introducir en la ciudad, le animó á defenderse, y desafió á los sitiadores, hasta que principió á decaer notablemente su confianza al ver tomados muchos puntos de la fortificacion. Viendo por fin completamente atacada la ciudad, propuso una capitulacion que era demasiado exigente en sus condiciones, para que pudiera obtener algun resultado favorable.

Los sitiadores continuaron sus obras con destreza y regularidad, y sir Enrique mandó hacer los preparativos necesarios para un asalto general—Año 1780, 12 de mayo.—Lincoln consintió en rendirse, y fuéron hechos prisioneros de guerra cerca de seis mil hombres. Las operaciones ulteriores sometieron toda la provincia, y el conde Cornwallis la gobernó hábilmente, llegando á concebir la esperanza de añadir la Carolina del Sur á su reciente conquista; pero el congreso, que queria oponerse á la desmembracion de los estados de la república, envió considerables fuerzas al Sur, y confirió su mando al general Gates, que encontró una guarnicion inglesa en Cambden, situada en los confines de la misma Carolina, y estableció su campo cerca de aquel punto.

Eran superiores en número los provinciales en la proporcion de cinco á dos; pero no por eso desistió lord Cornwallis de acometerlos. No esperó Gates, y avanzó sobre Cambden, al mismo tiempo que los ingleses abandonaban aquel punto—Año 1780, 16 de agosto.—Las avanzadas se encontraron en los bosques, y un regimiento de Maryland fué desordenado de tal suerte en la escaramuza que siguió, que no pudo rehacerse. La infantería inglesa, al mando del teninte coronel Webster, atacó y derrotó prontamente la milicia de Virginia, cuyo terror se comunicó á las tropas de la Carolina Septentrional. Esforzóse Gates por reunir los fugitivos; pero perseguidos estos rigorosamente por la caballería, le arrastraron en su fuga. Sus tropas regulares, que fuéron atacadas por Rawdon, se portaron de un modo mas honorífico. La reserva, atacada de frente y flanco por Webster, retrocedió dos veces, pero volvió á la carga, hasta que notando Cornwallis que las brigadas que resistian aun no tenian caballería que les apoyase, destacó contra ellos un cuerpo de dragones, que atacando vigorosamente al mismo tiempo que la infantería á la bayoneta, las desordenaron, haciéndoles huir precipitadamente. Mas de setecientos cincuenta americanos perdieron la vida en este encuentro, y fuéron hechos prisioneros otros setecientos. Los ingleses solo tuvieron trescientos cincuenta muertos y heridos. El coronel Tarleton, oficial valiente y emprendedor, atacó en seguida y derrotó á Sumpter, atrevido partidario, causándole considerable pérdida.

Muchos actos de rigor cometió lord Cornwallis después de la victoria de Cambden. Hizo matar los prisioneros que habian tomado las armas contra los ingleses después de haber servido en sus banderas, y acrecentó con estas medidas la animosidad y el resentimiento de los provinciales. Marchando en seguida sobre la Carolina Septentrional, se apoderó de Charlotte-Town; mas desconcertado con la noticia de la derrota que habia sufrido un cuerpo del ejército inglés, volvió al Sur.

Vuelto Clinton á Nueva-York, fué invadido el Jersey Oriental, aunque con poco éxito, y se hicieron preparativos para atacar á Rode-Island, adonde acababa de llegar un ejército francés al mando de Rochambeau. Mientras que estaba ocupado sir Enrique en esta espedicion, el general Washington atravesó el Hudson á la cabeza de mil hombres de tropas regulares, y con una marcha precipitada sobre Kings-Bridge amenazó á Nueva-York. Retrocedió entonces Clinton para defender aquella importante plaza; y los americanos se retiraron sin querer arriesgar una accion. Estos últimos fuéron comprometidos gravemente por la traicion del mayor general Arnoldo, que esperando grandes recompensas y una poderosa proteccion del gobierno inglés, resolvió abandonar bajamente una causa en cuyo favor se habia distinguido tanto.

West-Point, que así se llamaba un punto fortificado cerca del Hudson, hacia largo tiempo que estaba á las

(1) Este navío tenia una tripulacion insuficiente para maniobrar en un temporal, y los ingleses al verse próximos á la muerte, quisieron obligar á los prisioneros españoles que tenian en la bodega, á que trabajasen; pero estos respondieron, que moririan primero que hacer tal cosa y que solò trabajarian para conducir el navío á España. Los ingleses se vieron obligados á ceder, y fuéron hechos prisioneros y conducidos á Cádiz.

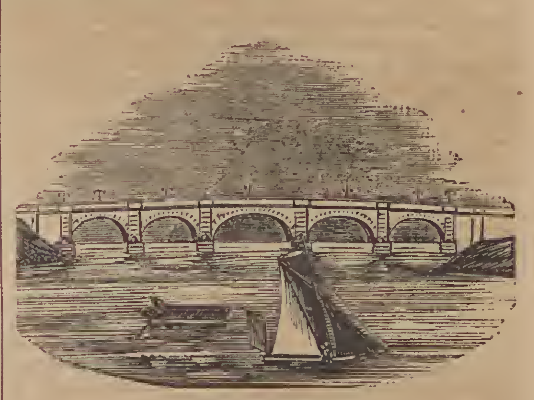
órdenes de Arnoldo, cuando resolvió este entregarlo á los ingleses con todas sus dependencias. Entablóse con este fin una negociacion clandestina, que se ofreció voluntariamente á llevar á cabo el mayor André, oficial valeroso y estimable. Atravesó durante la noche el rio, y desembarcó en un terreno neutro, en el que tuvo una conferencia con el pérfido general, que le entregó cartas confidenciales para sir Enrique Clinton, y no habiendo tenido aquel oficial ocasion para volverse á embarcar, se vió obligado á marchar por tierra. Al llegar á las líneas americanas tomó un disfraz, y obtuvo un pasaporte con nombre supuesto, apresurándose á volver al terreno neutro, esperando que podria llegar felizmente á él; pero fué súbitamente detenido por tres hombres, á quienes en vano ofreció su bolsillo. Encontró sin embargo medio de dirigir á Arnoldo una carta firmada con un nombre supuesto, y pudo este evadirse, embarcándose en seguida para Nueva-York, donde fué declarado brigadier al servicio del ejército real.

La causa formada al mayor André fué sometida á un consejo, compuesto del general Greene y otros muchos oficiales de estado mayor, que lo declararon espía por unanimidad, y opinaron que se le debia condenar á muerte. Washington, que veia el eminente riesgo en que se habian visto sus compatriotas con esta negociacion, no estaba dispuesto de ningun modo á favorecer al desdichado prisionero, y cuando alegó Clinton en una carta que escribió á aquel general que André se habia presentado como parlamentario, que debia ser respetado como tal, y pidiendo por tanto su libertad, respondió el general republicano que «el mayor se habia encargado de cosas agenas en un todo á aquel género de negociaciones,» y que en sus interrogatorios habia negado francamente el que hubiese pasado el rio en calidad de parlamentario. El mayor André fué ahorcado por tanto en Tappan, con sentimiento hasta de los mismos americanos, que vituperaron la inflexibilidad del severo Washington.

Ocupándonos de los principales sucesos de la guerra de América y de sus importantes resultados, hemos olvidado momentáneamente lo que sucedia en las Indias británicas. Aunque se censuraba el plan de lord Nort para la administracion de aquel territorio, no por eso dejaba de contener algunos juiciosos reglamentos, aun cuando no produjo la reforma gubernamental que de él esperaba su autor. La administracion es cierto que se regularizó y adquirió mayor estabilidad; pero fué tiránica y opresora, continuando existentes los mismos abusos que anteriormente.

Hastings y Barwell, su amigo y subordinado, ejercian en Calcuta la autoridad suprema cuando fuéron recibidas las nuevas órdenes, nombrándose entonces miembros del consejo al general Claverin, al coronel Monson y á Francis. El talento y conocimiento de Hastings le hacian digno seguramente de gobernar una colonia ó provincia; pero tenia una desmesurada ambicion y demasiado orgullo para que le fuese posible administrar con sabiduría y moderacion. No contentándose con la conservacion del territorio que poseia la compañía cuando tuvo lugar su nombramiento, habia concebido el designio de estender hasta el Asia el dominio británico, ya fuese por medio de las armas ó de la política, aunque no podia dudar que aquel proceder escitaria los celos de las potencias de aquel país, induciéndolas á formar una alianza temible que podria destruir mas adelante todos sus proyectos. Los tres consejeros últimamente nombrados se opusieron á los proyectos de Hastings y disminuyeron su orgullo, hasta que muerto Monson, hombre dotado de mucha rectitud y probidad, tomó tal preponderancia, que llegó á adquirir una autoridad soberana. Reinó desde entonces de un modo absoluto, ejerciendo su tiranía sobre los nababs y rajahs, imponiendo contribuciones y haciendo la guerra siempre que le parecia conveniente; pero á pesar de la arbitrariedad de su gobierno, como era menos tirano que los príncipes del país, no escitó en contra suya el aborrecimiento que merecia. Se esforzó por dar cierto brillo á su autoridad con algunos actos de liberalidad, y protegiendo las artes y la literatura. Tal era el hombre que, ejerciendo atrevidamente el poder que se le habia confiado, hubo de dar motivo con su conducta á tantos y tan elocuentes discursos.

Dió muestra de su turbulento genio el gobernador, interviniendo en una guerra inútil antes de la llegada de sus tres colegas. El visir del imperio del Mogol, como se titulaba el nabab de Oude, deseaba agregar á su territorio el país de Rohilla; y como es fácil á los tiranos encontrar pretestos para cometer toda clase de injusticias, supo buscarlos para esta guerra induciendo á Hastings, con quien tuvo una conferencia, á que enviase en su auxilio una brigada de las tropas de la compañía. Fuéron atacados y deshechos los Rohillas; y después de una larga serie de desastres, fué desterrada la mayor parte de sus habitantes, sometiéndose los restantes á la autoridad del conquistador.



Puente de Londres.

Cuando supo Hastings que una parte del territorio de Oude habia sido cedida á los Maratas, emprendió asimismo la guerra con ellos, y apoderándose de la comarca que se les habia dado, rehusó seguir pagando el impuesto que percibia el príncipe indio, alegando que habia perdido toda clase de derecho á su proteccion por haberse unido á los enemigos naturales de la compañía. El nabab murió durante la guerra en 1775, sucediéndole su hijo Asof-ul-Dolwah, á quien le fué concedido el territorio disputado, teniendo en consideracion las nuevas concesiones que habia hecho este príncipe á la compañía. La presidencia de Bombay proseguia al mismo tiempo la guerra con los Maratas, para apoyar á Ragonaut-Rao que se hallaba fugitivo, y que al obtener la dignidad de Peishwa, ó jefe del estado, habia ofrecido ceder algun territorio á la compañía; pero la mayoría del consejo de Bengala condenó la guerra y envió al coronel Upton para concluir un tratado de paz, cuyas condiciones fuéron mas ventajosas de lo que se podia esperar.

Viéndose el gobernador dueño de una autoridad y preponderancia absoluta en el consejo, se dispuso para volver á hacer la guerra á los Maratas. Fomentó disensiones entre sus jefes, y procuró atraerse la amistad del poderoso rajah de Berar, que alegando su nacimiento, pretendia obtener la suprema dignidad en el reino de los Maratas. El ejército que se envió en 1778 á las fronteras de este país padeció mucho por efecto de la sed y las fatigas; pero consiguió por fin apoderarse de muchas poblaciones, y las tropas de Bombay, que esperaban tomar la ciudad de Poonah, se hicieron dueñas de un paso dificultoso que habia que atravesar para llegar á esta ciudad, aunque no se les permitió acercarse á ella.

Viendo el ejército que no habia recibido Ragonaut el refuerzo que pretendia esperar, y que el objeto del enemigo era al parecer el de envolverlos, emprendió su retirada á Tellingan; pero atacado por una caballería numerosa, solo con mucha dificultad consiguieron escapar de una completa destruccion, contemplándose felices en comprar su seguridad á costa del abandono de sus últimas conquistas.

El rajah de Berar por su parte estaba poco dispuesto á hacer prevalecer sus derechos por la fuerza, y desechó los ofrecimientos que el gobernador le hacia, aconsejando á este que procurase concertar la paz. No bastó toda la destreza del general Goddar para hacer mudar de resolucion al príncipe, que siendo enteramente estraño á la ambicion, se contentó con la incontestable posesion de su principado.

Tan pronto como se supo en la India la guerra de Francia é Inglaterra, tomaron los ingleses á Chandernagor y otros muchos establecimientos franceses, preparándose al mismo tiempo para sitiar á Pondichery. Atacó la escuadra inglesa á la francesa que estaba en el puerto con tal éxito, que volviendo á provocar al enemigo para que entrase de nuevo en combate, lo eludió este retirándose durante la noche. Embistióse entonces la plaza por mar y tierra, que se defendió tenazmente. Las abundantes lluvias que sobrevinieron y el contínuo fuego de la guarnicion retardaron los progresos de los sitiadores, y fuéron muertos y heridos mas de novecientos hombres, hasta que juzgando el general Monro que un asalto ofrecia probabilidades de buen éxito, resolvió arriesgarlo; pero M. Bellecombe evitó el derramamiento de sangre por medio de una honrosa capitulacion.

Exasperados los franceses con la pérdida de sus establecimientos, prorumpieron en quejas contra los ingleses, á quienes acusaron de abrigar los mas ambiciosos proyectos, y de intentar la conquista de toda la Península. Hyder-Alí, que temia los progresos de los usurpadores y estaba animado tambien del espíritu de conquista, se dejó persuadir por los emisarios franceses de que debia abandonar la alianza inglesa y unirse á los Maratas, contra quienes habian enviado tropas las presidencias de Calcuta y Bombay, que no estaban satisfechas del tratado concluido después de la batalla de Tellingan, ocurrida en 1779. El nizam, que participaba de las mismas ideas, formó una confederacion con Hyder y los Maratas, estallando por todas partes proyectos de venganza contra los perturbadores de la tranquilidad del Indostan.

Avanzó el general Gowart sobre Guzusate, con intencion de presentar la batalla á los Maratas. Fué embestida Ahmed-Abad, y se abrió en la muralla una considerable brecha, recibiendo órden el coronel Hartley para dar un asalto general. Hubiera sido difícil hacer una eleccion mas acertada. A pesar de la vigorosa resistencia de los sitiados, fué tomada la ciudad sin mucha pérdida, y los vencedores no faltaron á los deberes de la moderacion y humanidad.

Los jefes maratas Scindia y Hockar evitaron prudentemente una batalla general. Sin embargo, Goddar á la cabeza de sus tropas ligeras los atacó y derrotó. El capitan Campbell, con solos dos batallones de cipayos, rechazó quince mil hombres que le atacaron, y Walch y Forbes derrotaron asimismo muchos cuerpos con pocas fuerzas. En la provincia de Gohud se distinguió notablemente el mayor Pophan. Scindia, que habia despojado al rajah de la mayor parte de sus estados, estableció una guarnicion en Gawliar, plaza fuerte, ventajosamente situada en una roca vertical tan bien fortificada por el arte, que podia burlar impunemente todas las operaciones de un sitio formal, siendo imposible apoderarse de ella de otro modo que por sorpresa ó por medio de un bloqueo. Enterado el mayor de que algunos bandidos habian escalado algunas veces la roca, y que los centinelas acostumbraban ordinariamente irse á dormir después de concluida su ronda, mandó preparar escalas de madera y de cuerdas para llevar á cabo la empresa que meditaba. Una compañía de granaderos consiguió subir hasta el parapeto, siguiéndola después el mayor Pophan á la cabeza de dos batallones. Sorprendida la guarnicion, se resistió muy poco, siendo tomado el fuerte sin perder los sitiadores ningun hombre.

Hyder-Ali principió las hostilidades en 1740 contra la provincia de Carnate, que estaba mal defendida. Por donde quiera que penetró fué sembrando el terror y la destruccion; pero estos estragos fuéron pequeños comparativamente á los que siguieron al sitio que por fin puso á Arcate, estendiéndose la consternacion hasta Madrás.

El ejército que tenia á sus inmediatas órdenes el general sir Hector Monro no era bastante fuerte para oponerse á las tropas de Mysore: resolvió por tanto el general estar á la espectativa para dar lugar á que se le reuniesen las tropas del coronel Baillie; pero estorbó Hyder esta union, y mandó á su hijo Tipoo-Saib que atacase al coronel con veinticinco mil caballos y siete mil infantes. Este numeroso ejército atacó á los dos mil quinientos hombres del coronel; y á pesar de todos sus esfuerzos no pudo obtener la victoria. Unióse entonces á Baillie un destacamento de dos mil hombres al mando del coronel Fletcher: los principales oficiales de Hyder le aconsejaron que se retirase y mandara llamar á Tipoo, quien lejos de seguir un dictámen tan ajeno á lo que exigia el honor, estableció una fila de baterías en los caminos por donde habian de pasar sus enemigos, y dejando fuerzas suficientes para vigilar los movimientos de Monro, avanzó contra el enemigo con intencion de destruirlo—Año 1780, 10 de setiembre.

Los esfuerzos que para defenderse hicieron Fletcher y Baillie fuéron tan felices al principio, que desanimados Hyder y Tipoo con la pérdida de sus mejores tropas, se disponian á retirarse; cuando un suceso imprevisto reanimó de pronto su valor. El incendio de varios armones esparció el terror en la artillería inglesa, destruyendo al mismo tiempo las municiones; mientras tanto se arrojó Tipoo sobre los cipayos con terrible ímpetu y los esterminó casi del todo. Las tropas europeas se esforzaron todavía por sostenerse á la bayoneta; pero fué muerto Fletcher, herido Baillie, y tan solo unos doscientos hombres, incluso su jefe, consiguieron libertarse de tan horrible carnicería.

Las tropas que mandaba Monro estaban deseosas de desquitarse, y tenian gran confianza de detener al enemigo, y suplicaron á su general que las condujese á la venganza y á la victoria; pero este, que temia mayores pérdidas, reprimió su ardor y se retiró lentamente á Madras, mientras que los usurpadores se preparaban á llevar á cabo mayores empresas, después de haberse apoderado de la capital de Carnate.

Mientras tanto se habian hecho diversas tentativas en las partes del Sudoeste del globo para descubrir un paso hasta Europa por el Océano Septentrional. Con esta mira se hicieron á la vela desde Plymouth los capitanes Cook y Clerke en el verano del año 1776, llegando á las tierras de Vandiemen. Encontraron en ellas un país agradable, muy arbolado y con una poblacion de salvajes que parecian pacíficos y hospitalarios, aunque desprovistos de toda clase de instruccion. Prosiguieron su rumbo, arribando en seguida á la Nueva Zelanda, donde supieron inspirar á los bárbaros el suficiente terror pâra poder escapar de su furor. Descubrieron después Mangea y otras muchas islas, pobladas todas, cuando marchaban á Annamook, donde se proveyeron de abundantes provisiones, dando en cambio clavos y otras pequeñeces de poco valor. En Hapace y Tongataboo fuéron recibidos con una hospitalidad y benevolencia dignas de habitantes mas civilizados aun que los de las islas de la sociedad. Volvieron á visitar á Otahiti y las islas inmediatas, dirigiendo en seguida su rumbo hácia el Norte á principios del año 1778, descubriendo

un grupo de islas bastante numeroso, á las que dieron el nombre de islas de Sandwich. Los habitantes de este país les parecieron ser de la misma raza que los de las islas de Otahiti, aunque mas civilizados bajo algunos conceptos.

Después de haber pasado algun tiempo en estas islas, en las que fuéron amistosamente tratados por los isleños, prosiguieron su curso los dos capitanes, dirigiéndose á la América Septentrional. Recorrieron una costa de estraordinaria longitud, sin observar en ella señal ninguna de rio, y en lugar de encontrar un dilatado mar entre la América y el Asia, que estan próximas en esta parte, tan solo vieron un estrecho canal de trece leguas al estremo de los sesenta y seis grados de latitud septentrional. Penetraron aun cinco grados mas hácia el polo; pero los hielos les impidieron pasar mas adelante; por lo cual volvieron atrás, y pasaron el invierno en las islas de Sandwich.

Intentaba el capitan Cook reconocer de nuevo el Norte, con objeto de adquirir un conocimiento exacto del Nordeste del Asia y el Noroeste de América, cuando el fatal suceso acaecido en Owyhée en febrero de 1779 le impidió llevar á cabo su proyecto. Habian robado los naturales una de sus chalupas, y resolvió apoderarse del rey y llevarlo á bordo hasta que se la devolviesen. Insistieron sin embargo los jefes de los salvajes en que se les devolvise su rey, y Cook se disponia á satisfacerlos abandonando su primitivo pensamiento. Trataba por tanto de retirarse á su nave, cuando se divulgó repentinamente la noticia de que en una disputa ocurrida entre algunos marineros salvajes habia sido muerto un jefe de estos. Furiosos los bárbaros, hicieron retirarse á sus mugeres, tomaron las armas, y principiaron el combate con piedras, lanzas y largos chuzos de hierro. Mató el capitan á uno de los agresores; pero habiéndose visto obligado á volver la espalda para dar órdenes á los marineros que habia en la chalupa, se aprovecharon algunos isleños de aquel movimiento y se precipitaron sobre Cook, que fué herido por detrás quedando muerto en el acto, causando su pérdida el mayor pesar á sus compañeros.

Los capitanes Clerke y Gore volvieron á hacer otra tentativa relativa al deseado paso, y después de recorrer la costa de América, llegaron hasta los setenta grados de latitud, de donde no les permitieron pasar los hielos. Volviendo entonces á la costa asiática, se esforzaron por descubrir algun paso por esta parte, y perseveraron valerosamente en este proyecto, hasta que perdiendo por fin toda esperanza de conseguirlo, y fatigados con inútiles tentativas, renunciaron definitivamente á su empresa. Las tripulaciones recibieron esta noticia con estraordinaria alegría, que disminuyó algun tanto la repentina muerte del capitan Clerke. Pensaban esplorar el archipiélago del Japon al volver á su país, y lo desfavorable de la estacion hizo impracticable este proyecto; volvieron pues por el cabo de Buena-Esperanza, y echaron finalmente el áncora en las costas de Inglaterra, después de una ausencia de cuatro años poco mas ó menos, durante los cuales padecieron las tripulaciones mucho menos que en ninguno de los viajes anteriores, gracias á los sabios reglamentos que mandó observar el capitan Cook.

Mientras que la navegacion y la astronomía hacian tan rápidos progresos, y se recojian en tan largos viajes multitud de datos y noticias útiles, se aplicaban asimismo los ingleses á adelantar todo lo posible en la ciencia de la misma astronomía. Herschel, á quien el rey protegia y amaba, descubrió un planeta que se habia ocultado á las observaciones de los astrónomos anteriores á él. Aseguró que debiá ser mirado aquel planeta como de primer órden; que pertenecia al sistema solar, y que era mucho mayor que la tierra, llamado *Georgium sidu* por honrar á S. M. Británica.

CAPITULO LXV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1780 hasta el de 1781.)

Largo tiempo hacia que eran aliados los ingleses y holandeses, aunque bajo aquella aparente alianza no existia ninguna amistad verdadera. El interés y los celos que su recíproco comercio escitaban entre los dos países, perjudicaban á la franqueza y generosidad de sus relaciones, y apenas llegó á oidos de los holandeses la noticia de la guerra que habia estallado entre los ingleses y sus colonias, concibieron las ventajas que podrian sacar de esta revolucion, apresurándose á hacer el comercio con la América y á proveer de artículos coloniales. No dejaban pasar los franceses ocasion ninguna para aumentar la envidia de los holandeses, y el duque de Vanguyon, embajador de Francia, hacia por su parte todo lo posible para inducir á los dos partidos, republicano y comerciante, á que formasen una confederacion con los americanos. El Estatuder, por el contrario, abogaba por S. M. Británica, esforzándose en inculcar á los holandeses la necesidad de conservar una alianza tan ventajosa para su país; pero sus antagonistas, que eran mas activos, lograron mejor éxito en su empresa. Procuraron calumniar las costumbres privadas y el carácter político del Estatuder, y á fuerza de pérfidas insinuaciones y artificios debilitaron su crédito y autoridad. Facilitaron municiones navales á los franceses, y desde la isla de San Eustaquio establecieron con las colonias americanas un comercio igualmente ventajoso á los dos países, y para arreglar y fijar todo lo concerniente á este tráfico, concluyeron un tratado que á pesar de su imperfeccion, fué insuficiente para proteger este clandestino comercio.

Cuando el rey reclamó de la república el cumplimiento del tratado de alianza, rehusaron los holandeses conceder los auxilios estipulados en diversos convenios, no se tuvo consideracion ninguna á los recuerdos de sir José York, y quedaron por consiguiente en descubierto. Fuéron detenidos muchos buques cargados de contrabando, produciendo su captura quejas y clamores por parte de los comerciantes. La Francia republicana, á cuyo frente estaba Van Berkel, adquirió muy luego mayor atrevimiento y confianza, cuando por instigaciones del rey de Prusia publicó la emperatriz de Rusia un manifiesto mas favorable á las potencias neutras, que las mismas leyes de diversas naciones. Declaraba que no intentaba por ningun concepto favorecer el contrabando con ninguna de las potencias beligerantes; pero insistia en que las leyes que regian en esta materia se aplicasen solamente á cierta clase de mercancías. Exigia además que los buques pudiesen navegar libremente desde un puerto á otro de las costas de las potencias beligerantes, y reclamaba el derecho de comerciar con un puerto bloqueado, á menos que el escesivo número y la proximidad de las naves enemigas hiciese demasiado peligrosa la entrada en el puerto; y en apoyo de esta declaracion equipó una respetable escuadra. Aplaudieron la sabiduría de esta medida las cortes danesa y sueca, y se adhirieron á ella, obligándose estas potencias á socorrerse mútuamente en caso de que fuesen incomodadas, para sostener sus derechos y su dignidad marítima.

Los monarcas francés y español se apresuraron á manifestar su adhesion á este tratado, convencidos de que Inglaterra perderia con esta confederacion tanto como ganarian por su parte. Estaban los holandeses dispuestos á entrar tambien en la confederacion; pero tardaron demasiado en prestarla una adhesion completa que les hubiera asegurado la proteccion de las potencias del Norte, y descubriéndose al mismo tiempo su tratado con los americanos, decidió la corte británica, después

de recurrir inútilmente á los estados generales por segunda vez, declarar la guerra á la república.

Disuelto el parlamento al concluir el verano, se verificaron las nuevas elecciones, que fuéron favorables al ministerio. La discusion del mensaje ordinario promovió sérios debates, y se manifestó una violenta oposicion á la continuacion de la guerra con los americanos; pero los cortesanos, y singularmente lord Germains, afectaban creer todavía que el enemigo seria reducido muy luego á una completa sumision. Los votos que tuvo el mensaje fuéron en número de doscientos tres contra ciento treinta y cuatro en una cámara, y de sesenta y ocho contra veintitres en la otra— Año 1781.—Comunicado á entrambas cámaras el manifiesto contra Holanda, produjo gran descontento y murmuracion contra la violencia de la corte. Tomás Townshend tomó parte en la discusion acerca de la necesidad de sostener una guerra con las provincias unidas, y se quejó de que en lugar de procurarse los ministros un aliado, se habian suscitado un nuevo enemigo. El historiador Wraxala aprovechó esta coyuntura para recomendar en un pomposo, aunque débil discurso, la necesidad de contraer una alianza con el emperador de Alemania. Acusó Fox á los consejeros del rey de haber hecho mas daño á la nacion que ninguno de los ministros que tuvieron el poder en tiempo de los príncipes menos dignos de la familia Estuardo, y el duque de Richmond y lord Cambd defendieron á los estados generales de la acusacion que se les hacia de haber dado lugar al resentimiento de la Gran Bretaña, sosteniendo que se les habia tratado con arrogancia, obligándoles á su pesar á unirse á Francia.

En esta misma legislatura se ocupó la cámara algun tanto de los negocios del Indostan. Los habitantes ingleses de Bengala, de Bahar y de Orisa presentaron varias peticiones contra la tiranía del Tribunal Supremo de Justicia, de que se quejaban asimismo con razon y en los términos mas enérgicos los naturales de aquel país. El general Smith y Rous probaron que el tribunal habia estendido su jurisdiccion de un modo arbitrario, usurpando los derechos inmemoriales de los que debia proteger contra toda clase de opresion. Propusieron en su consecuencia que se formase una comision que examinara las diversas reclamaciones que se hacian. Aprobó esta proposicion la cámara, y se formuló una ley para que en lo sucesivo se procediera en las tres provincias con mas legalidad que hasta entonces.

Otros tres decretos, que hubieran hecho honor á la sabiduría del parlamento, fuéron desechados por los comunes. Habian aprobado en el año anterior estos últimos un proyecto escluyendo á los contratistas; pero estando poco dispuestos los pares á aumentar el privilegio parlamentario, se negaron á sancionar esta medida, que fué propuesta segunda vez por sir Felipe-Jennins Clerke, negándose hasta los mismos comunes á su aprobacion. Propuso Crew otro proyecto tan infructuoso como el primero, que tenia por objeto privar á los empleados de hacienda del derecho de votar en el parlamento. El tercer proyecto fué propuesto por Burke, y se proponia el arreglo de la casa real, una rebaja en los sueldos, y la supresion de todos los gastos inútiles. Grey, Perceval y el conde Nugent hablaron sucesivamente contra él, alegando que era injusto volver á insistir en un asunto acerca del cual se habia esplicado ya el parlamento; que semejante tentativa no estaba acorde con el respeto que se debia á S. M., y era ofensiva además á la constitucion, puesto que debilitaria el poder y la dignidad de uno de los tres poderes del Estado. Lord Maitland, por el contrario, sostuvo vigorosamente el proyecto, y Guillermo Pitt, hijo del célebre ministro que habia estendido y engrandecido el nombre y poderío de la Gran Bretaña, habló igualmente apoyándolo, y se dió á conocer por primera vez como orador elocuente. Otro miembro jóven, nombrado Ricardo Brinsley Sheridan, nieto del original amigo del decano Swift, llamó asimismo la atencion de la cámara en otra cuestion diferente. Habló largamente y con cierta habilidad de las numerosas sediciones que habian tenido lugar desde algun tiempo antes, atribuyéndolas á la torpeza de la policía de Westminster. A esto debia atribuirse, segun él, la necesidad de emplear la fuerza armada sin la intervencion del poder civil; remedio peligroso, que á pesar de la utilidad que presentaba en casos estraordinarios, debia desaprobar sin embargo el parlamento, para no dar lugar á que se considerase en lo sucesivo como una medida rigurosamente constitucional. La mala organizacion de la policía, prosiguió, daba lugar á que fuese necesaria la presencia constante de la fuerza armada durante cuatro meses, no solo en la capital, sino en otras partes del reino; y después de haber hablado del ministerio del modo mas mordaz y satírico, concluyó proponiendo que se declarase inconveniente y contrario á los principios constitucionales el emplear la fuerza armada, á no ser que las sediciones fuesen bastante fuertes para poder temer la destruccion del órden civil y del gobierno establecido. Proponia asimismo que se nombrase una comision que examinara la conducta observada por los magistrados de Westminster durante la última sedicion, como tambien el estado en que se encontraba la policía de esta última ciudad; pero quedó sin efecto esta proposicion. El procurador general Mansfield justificó al ministerio, y sostuvo la opinion que habia manifestado el lord-jefe de justicia, de que en caso de manifestarse una sedicion alarmante, estaba obligado cada cual á contribuir á la defensa de la vida y propiedades de los súbditos de un mismo monarca, y que hasta podia hacer uso de la fuerza armada para restablecer la tranquilidad; que al atacar un soldado al turbulento populacho, no hacia mas que obrar como debia hacerlo aisladamente cada miembro de la sociedad. Sheridan y Jorge Saville condenaron este raciocinio, por considerar que tendia á autorizar la usurpacion militar y á poner en peligro la libertad pública.

No tuvieron dificultad ninguna los ministros para desechar todas las proposiciones del partido popular, con ayuda de la mayoría, y del mismo modo lograron tambien que se desechara una peticion hecha por los delegados de diversos condados, partidarios de un plan de economías y reformas: los delegados no se presentaban á la verdad con este título, sino que tomaban simplemente el nombre de propietarios libres. Rechazaron dichos ministros cuantas tentativas se hicieron para desacreditar un impuesto que merecia ser vituperado severamente por la estravagancia de sus condiciones y el espíritu de corrupcion que demostraba. No quisieron consentir que se hiciese exámen ninguno del estado en que se encontraba la marina, y cuando Fox, hábilmente secundado por Pitt, presentó una proposicion para que se hiciera una investigacion sobre la guerra de América, con intencion de que se ajustara luego la paz, desecharon la proposicion considerándola deshonrosa.

Tomando en consideracion la cámara de los comunes los destrozos causados por una tempestad que habia ocurrido en las Indias Occidentales, votó un socorro pecuniario en favor de los habitantes de la Jamaica y las Barbadas. En la primera de estas dos islas habia sido inundada y arruinada la ciudad de Savannah en una estraordinaria crecida del mar, y la misma tempestad unida á un temblor de tierra, habia destruido gran número de casas y propiedades de varias clases. Muchos centenares de personas habian perecido en estas diversas conmociones. Apenas habia quedado en pié una sola casa en las Barbadas. Granada y otras muchas islas habian padecido asimismo grandes perjuicios, de que participaron tambien las colonias francesas.

Presentó Burke una proposicion para que se examinasen las causas de la confiscacion de propiedades que se habia verificado en San Eustaquio. Estaba sometida

esta isla á los holandeses, que la habian convertido en depósito general de sus mercancías, hallándose fortificada por el arte y la naturaleza; pero la consternacion de los habitantes al descubrir súbitamente la escuadra mandada por el almirante Rodney y el general Vaughan fué tal, que se rindieron á la clemencia de los usurpadores, que inmediatamente y sin atender á las reclamaciones del pueblo, ordenaron el secuestro de toda clase de propiedades, tanto públicas como particulares. Ascendia el valor de lo cojido á tres millones de libras esterlinas, sin contar algunos buques de guerra y ciento cincuenta mercantes, muchos de los cuales tenian cargamentos de gran valor (1). Habló con indignacion Burke de la rapacidad de estos jefes, cuyo comportamiento deshonraba á su país, porque era contraria en un todo á las leyes de la humanidad y al derecho de gentes; pero se le respondió que los que se quejaban habian perdido traficando con los franceses y americanos toda clase de derecho á la indulgencia que se les hubiera concedido de otra suerte.

Como se habia mostrado el Estatuder poco dispuesto á tomar parte en la guerra con la Gran Bretaña, se le atribuyó el mal éxito de la guerra á una con su consejero secreto el duque Luis de Brunswick, y estos á su vez con mayor motivo vituperaron á los estados generales por haber dado lugar á una guerra injusta en unas circunstancias en que la república estaba desprovista de los medios de defensa y de las necesarias municiones.

Enviaron los holandeses ocho grandes navíos y diez fragatas para proteger su comercio en el Norte. La escuadra inglesa, compuesta únicamente de seis navíos de línea y de cinco fragatas, encontró al enemigo cerca de Dogger-Bank—Año 1781, 5 de agosto.—En este combate se mostró mas valor que talento. Ni el almirante inglés Hyde-Parker, ni el holandés Zoutman, pudieron apoderarse de un solo navío. Ambas escuadras padecieron considerablemente, y uno de los navíos holandeses se fué á pique durante la noche. Cerca de mil muertos y heridos tuvo la escuadra republicana; y como los buques que componian el convoy se habian visto obligados á retroceder, no pudieron proveerse de municiones navales, con gran mortificacion de los estados generales.

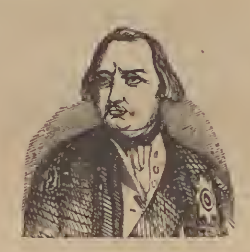
La escuadra inglesa tuvo cuatrocientos cincuenta muertos y heridos, y cuando hubo entrado en el puerto mereció el almirante una visita de S. M. Británica; pero tal muestra de benevolencia no fué bastante para disipar el descontento que le causaba la insuficiencia de sus tropas, que le habia impedido conseguir una decisiva victoria.

La escuadra británica estacionada en el canal era demasiado débil para resistir á la francesa y española combinadas, que volvieron á mostrarse en él, aunque sin poder apoderarse de las flotas de naves mercantes que llegaron entonces.

La proximidad de Jersey á la costa de Francia hacia largo tiempo que escitaba la codicia de los franceses. En 1779 habian intentado apoderarse de ella, aunque sin conseguirlo, y lo volvieron á intentar en los primeros dias del año 1781. Estaba tan mal guardada la principal ciudad de la isla, y era tan fácil su acceso, que la plaza del mercado estaba ya ocupada por un cuerpo de franceses cuando la mayor parte de los habitantes dormia todavía. Fué preso Corbet, que sustituia al general Conway, gobernador de la ciudad, y se vió obligado á firmar la rendicion de toda la isla. El mayor Piesson, que pudo reunir apresuradamente algunas tropas, rehusó someterse á una capitulacion exigida de aquel modo, y los franceses se vieron atacados en seguida con intrepidez, quedando prisioneros los que sobrevivieron á la derrota. La isla se salvó, pero á costa de la vida del valiente oficial á cuyos esfuerzos se habia debido principalmente la victoria.

Mas felices fuéron los franceses en el hemisferio occidental que en Europa. En la primavera fué atacada una de sus escuadras por el almirante Arbunhot junto á las costas de Virginia; pero se defendió con valor, y consiguió libertarse de una derrota. El conde de Grasse, que mandaba una armada mas considerable, fué acometido por sir Samuel Hood junto á la Martinica, aunque se llevó toda la ventaja del combate. Es cierto que se les tomó la pequeña isla de San Bartolomé; pero en desquite se apoderaron los franceses de Tabago—Año 1781, 10 de mayo,—que á pesar de su valerosa defensa, cayó en poder del marqués de Buille, y en el otoño del mismo año entraron asimismo en la isla de San Eustaquio estableciendo en ella una guarnicion en favor de los holandeses.

La posesion de la Carolina del Sur habia sido vivamente disputada desde el principio del año. Después que Gates dejó el mando, habia encargado el general Greene á Morgan de muchas operaciones secundarias; marchó contra el Tarleton á la cabeza de un millar de soldados, y tan luego como lo divisó, lo atacó decididamente, derrotando la primera línea, persiguiendo al enemigo con su acostumbrado ardor, y mirando ya como suya la victoria, cuando las mejores tropas de Morgan, haciendo un cambio de posicion, que tomó Tarleton por una retirada, acometieron súbitamente al confiado inglés, y desordenándolo con un vivo fuego, acabaron de derrotarlo completamente á bayonetazos.



Lord Cornwallis.

Lord Cornwallis, que deseaba avanzar hácia la Carolina del Norte y la Virginia para que pudiesen reunirse las tropas de Arnoldo á las suyas, sintió mucho el mal éxito de este combate; pero sin desanimarse por ello, marchó sobre el rio Catawba, lo atravesó perdiendo poca gente, persiguió activamente á Greene, y le arrojó de la Virginia. Volvió sin embargo Greene para oponerse á las tentativas del conde, y procurando incorporar á sus tropas los habitantes de la Carolina del Norte, obligó á retirarse al jefe inglés. Ascendia el ejército americano en aquella provincia á cinco mil hombres, y Greene arriesgó con ellos una accion en las inmediaciones de Guilford. Es cierto que no corria riesgo ninguno, puesto que habiendo escojido una posicion ventajosa, no tenia que combatir mas que contra dos mil hombres que mandaba Cornwallis. Los provinciales, que ocupaban el frente del ejército, huyeron al primer ataque, y aunque la segunda línea se defendia con valor, fué derrotada igualmente al poco rato; y viendo los ingleses que estaban espuestos á ser rebasados por ambos flancos, se estendieron á derecha é izquierda formando muchas columnas que marchaban hácia adelante independientemente unas de otras. Confiando Greene en que con el auxilio de su tercera línea, compuesta en su totalidad de

(1) El mayor Vanghan se condujo en estas circunstancias con repugnante crueldad: mandó quemar la ciudad de Esopus, y queria quemar además á los desventurados habitantes de San Eustaquio, á quienes habia despojado y arruinado sin compasion. El almirante Rodney empañó su fama permitiendo todos estos estragos. Treinta y dos buques cargados con los despojos de los comerciantes holandeses fuéron remitidos al continente; pero habiéndose encontrado á la altura de Sorlingues con la escuadra que mandaba Lamothe-Piquet, apresó este veintiseis embarcaciones.

tropas regulares, podria triunfar completamente, mandó efectuar un ataque por medio del cual esperaba decidir la accion; pero quedó muy mortificado al ver que se retiraba un regimiento suyo, y que un batallon de guardías cargaba á la retaguardia de otro que habia estado combatiendo durante algun tiempo con la division del coronel Webster; volvió á adquirir alguna confianza al ver que los guardias y Webster eran rechazados; pero reconoció por fin la necesidad de realizar una retirada general. Tuvieron los ingleses unos ciento cincuenta hombres de baja entre muertos, heridos y estraviados, siendo igual la pérdida por parte de los americanos. Fué muy sentida por los ingleses la pérdida de Webster, que murió á consecuencia de sus heridas.

Otra accion tuvo lugar poco tiempo después. Mientras avanzaba Cornwallis en Virginia, marchaba lord Rowdon, que anteriormente se habia visto amagado de un ataque por parte de Greene, á hostilizar á la mayor parte del ejército americano acampado en Hobkirk-Hill con una corta division que tenia á sus órdenes, y sorprendió al enemigo con una acometida repentina; pero Greene, cuyas fuerzas eran dobles, las volvió á reunir y se esforzó por envolver á los ingleses, hasta que estendiéndose estos en una sola línea, desbarataron su proyecto por medio de un vigoroso ataque que fué coronado por la victoria. Embistieron en seguida los provinciales el fuerte de Ninety-Six, que defendido valerosamente tuvieron que levantar el sitio al aproximarse lord Rawdon. Reemplazado después este jefe por el coronel Stuart, tuvo lugar otra batalla que fué vivamente disputada en Eutaw-springs. La division del ala izquierda desordenó enteramente y hasta llegó á perder su artillería, aunque volvieron á formarse las tropas, gracias al ejemplo y esfuerzo de sus jefes. El ala derecha rechazó al enemigo, haciendo gran destrozo en él, y los americanos esperimentaron igualmente una gran pérdida en el ataque de una casa y varios puestos defendidos vigorosamente por los realistas de Nueva-York. Los ingleses proclamaron la victoria como suya, pero padecieron grandes pérdidas, y se retiraron sobre Charles-Town al mismo tiempo que se establecia Greene sobre las alturas de la Santee.

El principal objeto que se proponia lograr el general en jefe durante esta campaña, parece haber sido la conservacion de Nueva-York. Washington, á quien se habia unido el ejército francés al mando del conde de Rochambeau, amenazó atacar esta ciudad, y fingia tener esta intencion, cuando de repente cambió de modo de pensar, decidiéndose á emprender una espedicion al Sur. Pero antes de hablar del resultado importante de esta espedicion, será conveniente que hablemos algo de las operaciones de Arnoldo y de Philips, y de las que llevó á cabo en la Virginia el marqués de Laffayette.

El intrépido Arnoldo no tuvo reparo en perjudicar á sus antiguos amigos, destruyendo municiones de mucho valor y varias naves cargadas de ricos objetos, después de lo cual estableció su campo en Portsmouth sobre el rio Elisabeth, donde fué bloqueado por una escuadra francesa, mientras le estrechaba por tierra el marqués de Laffayette. El mayor general Philips cometió por su parte en aquella provincia destrozos todavía mayores; la muerte le sorprendió durante sus operaciones, llegando al poco tiempo Cornwallis, que persiguió á Laffayette é hizo pesar sobre los americanos todos los horrores del saqueo y la devastacion.

Deseoso Washington de aprovecharse de la alianza de los franceses socorriendo á los provinciales y salvándolos de los peligros á que estaban espuestos, demostró á Rochambeau la necesidad de obrar con mayor vigor, y decidieron ambos elegir por base de sus operaciones la Virginia. Clinton, que habia sido engañado por cartas que el enemigo habia escrito espresamente para que fuesen interceptadas, era bastante crédulo para figurarse que lo que deseaban los insurrectos era la reduccion de Nueva-York, y descuidó tomar medidas que pudieran desconcertar sus nuevos proyectos.

El conde de Grasse y el general Wayne atacaron sin éxito un destacamento inglés. Después de frustrada esta tentativa, trasportó el conde á Virginia su pequeño ejército, uniéndose á Laffayette, y Grasses bloqueó entonces el puerto de York con una parte de su escuadra, dejando veinticuatro navíos de línea en una bahía cerca de la embocadura del Chesapeak. Algunos buques de estos se vieron precisados á obrar activamente cuando se presentó el almirante Graves, que no pudo sacar ninguna ventaja en el combate.

Prepáraronse los americanos y sus aliados los franceses á derrotar el ejército de Cornwallis que habia fortificado la ciudad de York y Gloucester-Poinst, situados ambos en la ribera opuesta dominando sus baterías el importante paso del rio York, y al ver que avanzaban los aliados desde Williamsbay, y que tomaban diversas posiciones junto á York, reunió las tropas que guarnecian los fuertes esteriores, reconcentrándolas en el interior de la ciudad. Mientras se bloqueaba á Gloucester-Point, se hacian grandes preparativos para el sitio de la ciudad; pero las baterías de esta producian un efecto terrible sobre las obras y buques fondeados en la ria, algunos de los cuales fuéron destruidos totalmente; y como el fuego de ambos reductos molestaba mucho á los sitiadores, determinaron estos asaltarlos, apoderándose en seguida de ellos, y abriendo otra paralela, apresuraron cuanto pudieron las obras, sin que las salidas de los sitiados sirviesen de obstáculo á sus adelantos. Viendo por fin el conde que el mal estado de las fortificiones no bastaba para defender por mas tiempo la ciudad, y habiendo intentado infructuosamente atravesar el rio York para salvarse, se vió obligado á capitular para libertar su ejército de una destruccion completa; y como no hubieran sido aceptadas las condiciones que propuso, tuvo que acceder á las de Washington, quedando en su consecuencia prisioneros de los americanos cinco mil quinientos hombres, mientras que tres navíos y muchos buques de trasporte quedaron en poder de los franceses.

La captura de este segundo ejército renovó en los americanos la esperanza de que esta gran cuestion se terminaria con un tratado que reconociese su independencia, por la que tantas veces arriesgaban su vida. La noticia de este suceso confundió al gabinete de Londres, y sembró el miedo y la desesperacion en las filas ministeriales del parlamento; pero aun entonces habia algunos cortesanos que sostenian con incorregible tenacidad la posibilidad de sujetar á los americanos, animándoles á sostener su opinion la orgullosa declaracion de sir Enrique Clinton, que aseguraba que con un refuerzo de diez mil hombres estaba seguro de que dominaria el espíritu de rebelion y someteria las colonias; y hasta un historiador de aquella época apoyó aquella vana baladronada de un general que con su nulidad habia precipitado la derrota de Cornwallis.

Las armas de España obtenian asimismo en el mismo año brillantes ventajas en el continente americano, volviendo á invadir la Florida y sitiando á Pensacola por mar y tierra; pero procedieron con tal lentitud en sus trabajos, que trascurrieron dos meses antes de que hubiera disposicion para dar un asalto, hasta que habiendo caido en un polvorin una bomba que destruyó un baluarte, tuvo que entregarse prisionera de guerra toda la guarnicion con su comandante.

En Europa no podian sin embargo apoderarse los españoles de Gibraltar, que continuaron bloqueando, habiendo inducido al déspota de Marruecos á que no suministrara municiones á los sitiados, que fuéron provistos de ellas por una escuadra que solo débilmente fué hostilizada por las lanchas cañoneras del enemigo. Se prosiguió entonces con vigor al sitio, habiendo jugado contra la fortaleza muchas baterías colocadas algunas á muy poca distancia de las murallas. Las fortificaciones de la plaza fuéron reparadas á medida que el fuego de las baterías las destruia; y las pérdidas de la guarnicion no

fuéron tan numerosas como habia dado lugar á que se creyese en un principio la espantosa descarga de dichas baterías.

Era gobernador de Gibraltar el valiente Elliot, que se habia distinguido antes en las campañas de Alemania, y que al ver que los sitiadores habian adelantado considerablemente sus trabajos, resolvió hacer una tentativa para demolerlos. Al efecto hizo una salida en la noche del 27 de noviembre con dos mil trescientos hombres, y atacó sus obras con impetuosidad, sorprendiendo á los que las defendian, que huyeron después de una corta resistencia; y mientras tanto, protegidos los ingleses por su artillería, prendieron fuego á dos baterías de morteros, tres de cañones, y á las demás obras de fortificacion, comunicándose en seguida el incendio al almacen, que voló con estraordinario estrépito.

Mejor fundada era la esperanza que tenia S. M. Católica de recobrar á Menorca. El fuerte de San Felipe que le defendia, tenia una guarnicion poco numerosa, componiéndose de diez y seis mil hombres el ejército sitiador. Intimó el duque Crillon, general en jefe de las fuerzas combinadas, al general Murray que entregase la isla; pero negándose este á hacerlo, los sitiadores estrecharon el cerco con valor y perseverancia, y unidos á esto los estragos que principiaron á causar en la guarnicion las enfermedades (1), se vieron obligados á capitular los sitiados, quedando todos prisioneros de guerra. Dejaron en la fortaleza considerables provisiones; mas la falta de alimentos frescos y vejetales produjeron el escorbuto, calenturas pútridas y disenterias. A pesar de todos estos inconvenientes, el gobernador hizo que se prolongase el sitio desde el mes de agosto hasta febrero del año inmediato, escitando la admiracion de sus mismos enemigos.

Creyendo el gobierno británico que se podria conquistar fácilmente el cabo de Buena-Esperanza, preparó con este objeto una espedicion cuyo mando confió á Johnstone. Este jefe se dejó sorprender en Praya, puerto dependiente de las islas del Cabo Verde, por M. de Souffrein; pero aunque ni en su conducta ni en el poco órden con que dispuso su escuadra, dió muestras ningunas de talento, se defendió no obstante valerosamente, obligando al almirante francés á retirarse; y habiendo reforzado este en seguida la guarnicion holandesa del cabo, no se atrevió Johnstone á atacarla, limitándose á apresar cuatro naves de cinco que encontró en la bahía de Saldaña con cargamentos importantes para Holanda, habiendo prendido fuego al quinto su misma tripulacion.

Solo falta que hablar de una espedicion marítima que se verificó en esta época. Habian despachado los franceses una escuadra del puerto de Brest, escoltando varios buques con tropas y provisiones. Enviaron los ingleses contra ella al contraalmirante Kempenfelt que la encontró á treinta y cinco leguas de las islas de Onessant; y como sus fuerzas eran muy inferiores á las francesas, no se atrevió á arriesgar un combate, limitándose á tomar catorce trasportes, que además de las provisiones y artillería llevaban á bordo mil seiscientos marineros y soldados.

CAPITULO LXVI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1781 hasta el de 1783.)

Se ha pretendido muchas veces con insistencia que la guerra de América era grata al pueblo inglés desde su orígen, y que no habia cesado de mirar favorablemente aquella gran contienda. Tal asercion carece de pruebas.

Habia sin duda gran número de personas que además del partido de la corte favorecian la autoridad del parlamento; pero todavía eran mas numerosos los enemigos de la guerra en las clases media y baja, aunque la mayoría que tenia asegurado el ministerio en ambas cámaras «hubiera dado á la peor de las causas la apariencia de la mejor.» El mal éxito de esta guerra y las enormes sumas que costaban los descalabros y desastres, comenzaban por fin á abrir los ojos de muchos que á pesar de su figurada independencia habian sostenido ciegamente las medidas del gabinete británico, hasta que habiéndose desengañado resolvieron usar de toda su influencia para favorecer el restablecimiento de la paz.

No se mostró al punto el efecto de tal cambio de la opinion en las discusiones, en que todavía tuvo la corte una mayoría considerable. El partido de la oposicion deseaba que el mensaje fuera dirigido en términos menos lisonjeros que de costumbre, y hasta se esforzó por impedir que se aprobaran los subsidios demandados; mas los miembros de las provincias rehusaron votar contra el ministerio en todas las cuestiones. Empero habiendo propuesto sir James Lowther á los comunes que se desaprobara la prosecucion de la guerra de América, muchos de los que al principio habian sostenido los proyectos de la corte, condenaron el sistema impolítico, y votaron contra la continuacion de la guerra. Sin embargo, la mocion fué desechada por una mayoría de cuarenta y un votos. Hízose una segunda en la otra cámara para que se negaran los recursos ínterin no separara el rey los ministros, cuya conducta absurda y peligrosa fué censurada de la manera mas satírica por el marqués de Rockingham y el duque de Chandos, desaprobando la generalidad de los pares esta mocion. La mala administracion de los que estaban al frente de los negocios nacionales fué censurada de un modo todavía mas picante por Fox, quien propuso el nombramiento de una comision para examinar las causas del mal éxito de la armada—Año 1782.—Lord North accedió á esta proposicion, escitando en seguida á los verdaderos amigos de la patria á declarar que la armada habia sido dirigida mal en el año precedente, y viendo con satisfacccion que no habia contra él mas que una mayoría de veintidos votos. Renovóse la misma mocion con la esperanza de atraer á algunos de sus adversarios, pero fué desechada, aunque solo por una mayoría de diez y nueve votos.

Acercábase el momento en que por fin iba á decidirse la gran cuestion relativa á la independencia americana.

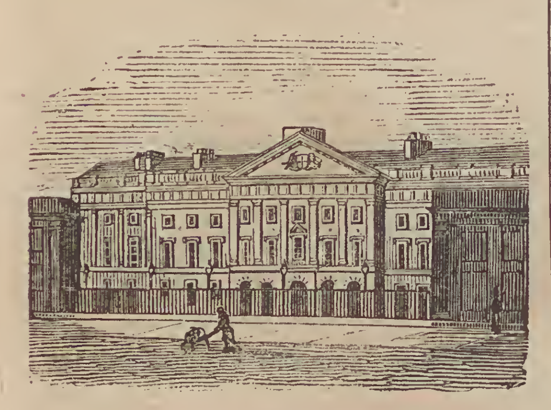
El general Conway pidió con instancia la cesacion de una guerra injusta y calamitosa, y conjuró á la cámara á suplicar á S. M. que no permitiera por mas tiempo la continuacion de las hostilidades en el norte de América, por ser evidentemente impracticable la empresa de someter este país por la fuerza; sino que procurase efectuar una acertada reconciliacion con las provincias rebeladas. Lord North y Adam sostuvieron que era impolítico aprobar una medida que podia ser interpretada como una prueba de debilidad y de falta de recursos para continuar la guerra, y que semejante conducta aumentaria la arrogancia de los enemigos de la Gran Bretaña, además de producir una paz deshonrosa. Casi se equilibraron los votos, porque los que favorecieron el mensaje, ascendieron á ciento noventa y tres, y los del partido ministerial á ciento noventa y cuatro—Año 1782, 27 de febrero.

Conway, alentado por la esperanza de buen éxito,

(1) La disenteria y las calenturas pútridas habian hecho tanto estrago, que la guarnicion se hallaba reducida á seiscientos hombres, de dos mil seiscientos noventa y dos que habia tenido. Los sitiadores en esta ocasion patentizaron los mas nobles y generosos sentimientos. «Puede decirse para gloria de españoles y franceses, refiere Hume, que se olvidaron entonces de toda enemistad nacional y prodigaron con la mas noble y delicada solicitud socorros y consuelos á sus desgraciados enemigos.»

hizo otra mocion contra la continuacion de las hostilidades, y respondiendo á la objecion de Adam, que habia declarado que en tales casos era inconstitucional la intervencion de la cámara, adujo un gran número de ellos en que el parlamento habia hecho á la corona las representaciones necesarias con respecto á la paz ó la guerra. Lord North confesó que no era contraria la mocion á los principios de la constitucion; pero sostuvo que aquella, lejos de ser favorable, seria mas bien un obstáculo para la paz que el rey habia declarado desear ardientemente en la última legislatura. Vallace, procurador general, propuso una tregua con América, y pidió que la cuestion fuera aplazada para dentro de quince dias. Doscientos quince miembros solamente votaron por tal dilacion, y en contra se declararon doscientos treinta y cuatro, aprobándose en consecuencia por una mayoría de diez y nueve votos la mocion del general.

Esta votacion consternó á la corte y causó la mayor satisfaccion al partido popular, resonando en las avenidas de la cámara el ruido de los parabienes, y comunicándose con rapidez en todo el reino la alegria de tal resultado. Sin embargo, no fué completo el triunfo: todavía era posible que la corte obtuviera mayoría; pero como habia poca probabilidad para este caso, el pueblo se lisonjeaba con la esperanza de ver muy pronto la remocion de unos ministros tan inhábiles como temerarios, tan ciegos como presuntuosos, que cada año no cesaban de caer de error en error, y que habian engañado y corrompido el parlamento, y agobiado y empobrecido la nacion. Muchos de los adversarios de lord North y sus partidarios eran guiados sin duda por espíritu de bandería; pero el público, satisfecho, consideró mas bien el efecto que la causa. Conocióse en general que no podia haber peores pilotos al frente del gobierno, y se convino inmediatamente en que el timon del estado pasara á manos mas hábiles, que fueran capaces de salvar el reino del peligro que le amenazaba.



Casa de moneda en Londres.

Presentado un mensaje al rey conforme á la última resolucion, se le aconsejó que respondiera emitiendo el deseo de la paz mas bien que prometiendo una estricta condescendencia al voto de la cámara. Conway, por temor de que los ministros trataran de eludir los deseos de los comunes, propuso la remision de otro mensaje, en que despues de dar gracias á S. M. por su respuesta, se la invitara de nuevo á conformarse con el objeto particular de dicho voto: igualmente pedia que se declarara enemigos de su soberano y de su país á todos los que favorecieran ó intentaran proseguir una guerra ofensiva contra los americanos. Ambas proposiciones fuéron adoptadas sin division. El procurador general pidió entonces autorizacion para presentar un proyecto que facultara al rey para acordar la paz ó una tregua con las colonias. Fox puso este espediente en ridículo, y aseguró que los ministros no tenian deseos de ver ajustada la paz, ni intencion de resignar sus empleos, añadiendo que eran tan poco á propósito para dirigir la guerra como para arreglar la paz. El estaba dispuesto á obrar en esta negociacion, aunque fuera con el título mas modesto, con tal que nada tuviera que ver con los ministros, porque en el momento que consintiera en tratar con alguno de ellos, mereceria ser considerado como el mas infame de los hombres. Lord North se esforzó por justificarse de los ataques dirigidos á su carácter, y declaró que estaba pronto á renunciar su empleo, si su soberano se lo ordenaba, ó si la cámara le retiraba, de manera que no se pudiera dudar, la confianza que hasta entonces le habia dispensado. Propusiéronse resoluciones relativas al último objeto por lord Juan Cavendish y sir Juan Rous, siendo sostenidas fuertemente. En uno de estos debates sir James Marriott, juez del almirantazgo, defendió á los ministros y sostuvo la justicia de la guerra americana. Entretuvo á la cámara con muchas observaciones originales, y pretendió que las colonias estaban representadas en el parlamento por los miembros del condado de Kent, puesto que sus territorios, segun las condiciones de sus cartas, hacian parte del señorio de East-Greenwich. Toda la gravedad con que se esplicaba el juez, no bastó para reprimir la risa general que se comunicó á la cámara entera. Desecháronse las mociones por una mayoría de diez votos contra nueve; mas los ministros no juzgaron suficientes estos números para asegurar su poder, y en el momento en que el conde Surrey iba á dirigirse á la cámara para obtener del rey la reforma deseada, lord North declaró que la administracion se habia cambiado. Este, agradeciendo entonces á los comunes el apoyo con que por tan largo tiempo le habian honrado, manifestó su constante deseo de contribuir á la prosperidad de su país, y prometió no oponerse á que se examinara su conducta en toda la época de su administracion. En esta ocasion recibió las muestras de estimacion que debia aguardar de parte de algunos de sus partidarios, y uno de sus principales adversarios, Burke, tuvo la generosidad de reprender fuertemente á algunos miembros del partido triunfante, que se permitieron patentizar inmoderadamente su placer por la desgracia del primer ministro.

Como la formacion del ministerio exigia una séria atencion, no se efectuó inmediatamente. En primer lugar, lord Cambden fué nombrado presidente del consejo, y el duque de Grafton lord del sello privado—Año de 1782, 27 de marzo.—Los nuevos secretarios de Estado fuéron lord Shelburne y Fox. Al marqués de Rockingham se le confió la presidencia del consejo de la tesorería, y lord Cagham obtuvo el cargo de canciller del tribunal del tesoro, Keppel fué creado director del almirantazgo, y el coronel Barré tesorero de marina. El general Conway fué nombrado comandante general del ejército de tierra, y Burke tesorero general.

Lord North no carecia de talento, de espíritu é instruccion; mas no poseia la penetracion sutil y el juicio sano que debe tener un hombre de estado. Era perito como hacendista, aunque algunos de los tributos que impuso fuéron dictados por la parcialidad y falta de discernimiento. No brilló como ministro de la Guerra: sus errores le espusieron al ridículo, y su mala administracion mereció una reprobacion severa. Si, segun se afirma, entró con repugnancia en la guerra de América dejándose dirigir por la corte, debe ser increpado con razon por tan baja deferencia á la opinion de los demás, y por la tachable facilidad con que sabia tomar la máscara de la hipocresía. Empero nosotros pensamos que, sea lo que quiera de su subordinacion á un poder mas grande que el del mismo trono, era natural que en fuerza de sus preocupaciones se conformara con la guerra. Como hombre privado debe hacerse justicia á

la bondad de su corazon y á su humanidad: era dulce, amable y buen amigo (1).

El primer acto de la autoridad de Fox, alejado lord North del ministerio, fué el ofrecer á los estados generales una paz particular por la mediacion de la emperatriz de Rusia, que admiraba la capacidad y el carácter del hábil secretario; pero los franceses rechazaron la proposicion. El conde de Shelburne, que muchas veces se habia mostrado opuesto á la independencia americana, cedió á la opinion general de sus cólegas, apareciendo dispuesto á conformarse sobre tal punto. Tomás Grenville fué enviado á Francia para entablar una negociacion, y el pueblo acojió con júbilo la esperanza de próxima pacificacion.

Los asuntos de Irlanda reclamaban una pronta y séria atencion de parte del nuevo ministerio. Celebráronse muchas asambleas populares en diferentes condados del reino, y los electores habian dado á los representantes instrucciones relativas á diferentes puntos de reforma, y en especial sobre el importante de emancipar á los lores y comunes de la autoridad del parlamento británico. Las asociaciones voluntarias fomentaban con ardor el espíritu de independencia, y Grattam, uno de los miembros mas elocuentes del parlamento de Irlanda, propuso un mensaje al rey contra las pretensiones desmedidas de la legislatura de la Gran Bretaña. Frustrada su primera tentativa, renovó su mocion después del cambio del ministerio, pero sin mas éxito. Los comunes, satisfechos de su celo patriótico, le recompensaron otorgándole cincuenta mil libras. Ya se habia agitado este punto en Westminster por Eden, quien penetrado de la idea de que un país asaz ilustrado para crearse leyes por sí mismo, debia poseer un poder sin ninguna restriccion, habia hecho una mocion para que fuera abolida la ley que encadenaba á la Irlanda desde un largo tiempo. Fox, ofendido de lo que llamaba indecoroso, acusó á Eden de que trataba de adquirir popularidad á costa del nuevo ministerio, y le invitó á retirar su mocion. En el siguiente dia comunicó el secretario al parlamento una disposicion del rey para llamar la atencion de la cámara sobre los asuntos de Irlanda y tomar medidas que satisfacieran á los dos reinos. Después de una dilacion de cinco semanas declararon las cámaras que se debia atender á las demandas de los irlandeses y llenar sus deseos, no solo porque la justicia lo ordenaba, sino tambien porque parecia que así lo exigian la prudencia y la política. Dióse á entender que la simple abrogacion del acta que hacia dependientes á los irlandeses (2), no decidiria la cuestion de una manera positiva é inequívoca; pero entrambas cámaras juzgaron suficiente esta revocacion, y el 20 de junio se aprobó un proyecto, por el cual, aunque no se daba una satisfaccion completa, el parlamento irlandés dió gracias á S. M.

En esta legislatura se acordaron algunas medidas encaminadas á restringir la influencia real y ministerial. Tratóse de nuevo de dos proyectos contra los contratistas y oficiales del fisco, siendo aprobados los dos á pesar de los esfuerzos del canciller Thurlow y de lord Mansfield. El proyecto de Burke para establecer una reforma en los gastos de la lista civil y suprimir diversos empleos, prevaleció igualmente. Presentóse de parte del rey un plan de economía á entrambas cámaras; pero algunos miembros y el público en general se quejaron de la imperfeccion de tal plan. En efecto, como habia sido formado de modo que pagaba las nuevas deudas contraidas por S. M., lejos de ser ventajoso para la nacion, no fué mas que ilusorio.

El derecho de libre eleccion se robusteció por el triunfo de Wilkes, que renovó una mocion hecha muchas veces por él, aunque inútilmente, para borrar de los registros de la cámara las resoluciones relativas á las elecciones de Middlessex. Fox, llamado el *hombre del pueblo*, combatió esta razonable proposicion, que sin embargo fué sostenida por una mayoría de sesenta y ocho votos. La parte electiva de la constitucion fué tambien afirmada por una disposicion, cuyo objeto era despojar de los derechos de franquicia á muchos votantes corrompidos del barrio de Cricklade y estender el derecho de sufragio hasta á los propietarios libres de los distritos. Los lores Thurlow y Mansfield se opusieron á este proyecto, que fué sostenido diestramente por sir Fletcher Northon y Dunning, creados los dos barones de Grantley y de Ashburton. Tambien lo sostuvo el duque de Richmond, quien reprochó á los dos primeros lores de que obraban mas bien como hombres de ley que como patriotas.

En medio de la libertad de pensar que entonces existia en materias políticas, pareció que se deseaba una reforma en el sistema representativo de la cámara: al menos tal era la opinion de muchas personas sensatas. Algunos entusiastas de la causa popular querian que todo individuo de cualquier rango, que hubiera llegado á la edad de la discrecion, tuviera el derecho de representacion y de voto; pero esta medida, aunque de naturaleza no absolutamente impracticable, podia convertirse en un manantial de desórden y confusion, porque admitia á la gente de la clase mas inferior, cuya gente en su mayoría es incapaz de juzgar del mérito de un candidato, y es susceptible de dejarse influir por la intriga y el espíritu de bandería. Esta medida por lo tanto podia envolver una tendencia diametralmente opuesta á una verdadera reforma y á la pureza de la constitucion: este estremo podia ser todavía mas peligroso que un corto número de electores, y el partido mas prudente y razonable era adoptar un término medio aumentando dicho número: esto no ofrecia riesgos ni inconvenientes, porque así no se admitirian mas que individuos capaces por sus dotes y carácter de realizar una eleccion juiciosa. Esta sábia medida, propia para disminuir considerablemente la influencia de la corte y de la aristocracia, ofreceria al mismo tiempo mas motivos de conformidad entre la opinion de los comunes y la del pueblo.

Este punto importante se enumeraba entre los objetos de reforma que se proponian los delegados de las provincias. La causa fué apoyada por muchos personajes de un nombre distinguido. Pitt, de acuerdo con los sentimientos del conde de Chattham que precedentemente habia declarado que una reforma de tal naturaleza era necesaria á la libertad constitucional, se dirigió á los comunes con este intento. Sostuvo que aquella asamblea, cuyo objeto era representar la parte popular de la nacion, se habia estraviado de su institucion y de su primera direccion, en términos que habian desaparecido las relaciones que debian existir entre la cámara y el pueblo, porque sus miembros en general estaban supeditados por la corona y la aristocracia, mas que por las opiniones y por los deseos del pueblo. Añadió, que muchos pueblos no tenian ni una sola de las cualidades necesarias para votar, pero que los mas peligrosos de todos eran aquellos en que los votos se daban constantemente al que mas ofrecia; que tales lugares debian ser despojados de su derecho de franquicia ó al menos reformados, y que en cuanto á la lista de los miembros por los condados era oportuno

(1) El retrato que el continuador de Hume hace del carácter de lord North se aleja mucho de la severidad del de Coote: «Ninguno de sus antagonistas mas declarados acusó nunca á sus »partidarios de haberle prodigado alabanzas exageradas. Su »elocuencia hacia tanta mas impresion, cuanto que la robuste»cia un aire ingénuo de buena fé y de candor, que se sabia no »ser fingido y convencia á sus oyentes de la pureza de sus in»tenciones: su honor fué siempre inmaculado, y su integridad »incontestable.» El único defecto que el continuador parecia hallar en lord North, es una escesiva flexibilidad de carácter, que le hacia adoptar fácilmente la opinion de los demás, y le impedia mostrar la firmeza necesaria para asegurar el buen éxito de sus operaciones.

(2) Acta establecida en el sesto año del reinado de Jorge I para asegurar la dependencia de Irlanda.

y ventajoso aumentarla. Pedia además que la cámara nombrara una comision para examinar este objeto importante, á fin de establecer una reforma moderada. Fox combatió estas ideas, declarando que no eran justas, regulares ni estrictamente constitucionales. En consecuencia pidió que se hiciese una pesquisa con el objeto de realizar la reforma mas perfecta. Powis declaró que no veia la menor utilidad en el exámen de un sistema que habia resistido á la prueba del tiempo.

Tomás Ritt puso en ridículo la idea de una igualdad en el sistema representativo, y sostuvo que los que habian formado y perfeccionado la constitucion, no se habian propuesto nunca una cosa semejante. Dundas opinó que la pesquisa no prometia ninguna ventaja real, y que lejos de ello acaso resultaria mucho mal. La proposicion por fin fué desestimada por una corta mayoría.

Anteriormente se habia nombrado una comision secreta para examinar los diversos abusos introducidos en el gobierno de las Indias. A consecuencia de diferentes quejas que se habian presentado á la cámara, Dundas se informó de nuevo entera y exactamente de los asuntos de la compañía y de la conducta de sus empleados, y los censuró por haber impelido á la insurreccion á los poderosos del país, con la esperanza de que redundaran tales discordias en provecho de su ambicion, y para apoderarse de algunos territorios. Condenó su perfidia, de que habian resultado frecuentes violaciones de tratados, y reprobó la prodigalidad que habia sumido á la compañía en dificultades y apuros, y la mala administracion que habia comprometido considerablemente los intereses de nuestros establecimientos asiáticos. Votáronse muchas resoluciones relativamente á diferentes actos de malversion, y la opinion general de la cámara fué que Hastings, el lord mayor de justidia Impey, y Hornby, gobernador de Bombay, debian ser llamados de las Indias.



Lord Rodney.

En medio de las deliberaciones parlamentarias recibióse la noticia de un gran triunfo conseguido en el mar. El almirante Rodney se preparaba á obrar con vigor en las Indias Occidentales, cuando supo que la isla de San Cristóbal estaba amenazada por el marqués de Bouillé, el cual después de tomar á Newis y Monserrat, atacaba á San Cristóbal con un ejército á que no era fácil resistir. La ciudad principal no era susceptible de defensa, y el brigadier Fraser estableció en Brime-Stone-Hill las pocas tropas que tenia á sus órdenes, sosteniendo un mes entero un sitio regular. Sir Samuel Hood atacó al conde de Grasse, y le impidió el secundar al marqués; pero no pudo llegar á salvar la Isla, y volvió á incorporarse á Rodney. Entonces se hacia necesaria la destruccion de la armada francesa para la seguridad de la Jamaica. M. de Grasse evitaba en lo posible un choque, aguardando á cada instante un refuerzo español que debia acudir á reunírsele, y con cuyo socorro esperaba desposeer á los ingleses de las islas que les quedaban; pero sus esperanzas salieron fallidas. Rodney volvió á encontrar á los franceses entre la Dominica y Guadalupe, y Hood empeñó un combate con una parte de la escuadra, pero los franceses aprovecharon una coyuntura para retirarse (1). El conde, viendo que uno de sus buques estaba á pique de ser cojido, incitó imprudentemente á su escuadra á volar á socorrerlo, lo cual ofreció á sus diestros adversarios el medio de forzarle á un combate general.

Dada la señal del choque el 12 de abril, trabó la lucha la division Drake, desplegando todo el valor habitual de los ingleses. Cada cañonazo producia un efecto terrible en los buques del enemigo. Affleck dirigió la columna del centro con notable valentía, y Hood, que por algun tiempo se mantuvo quieto, avanzó con su retaguardia, haciéndola tomar parte en la accion y gloria de aquella jornada. Los franceses no tenian mas que treinta y tres navíos de línea contra treinta y seis; pero su artillería era igual, y combatieron con la mayor tenacidad por espacio de once horas seguidas, en términos que ya hacia largo tiempo que el almirante Rodney, rompiendo sus líneas, habia asegurado la victoria, cuando todavía se defendian los franceses.

Los ingleses compraron tal triunfo con la pérdida de doscientos treinta combatientes, segun los datos oficiales, y de setecientos cincuenta y nueve heridos; un gran número murió al poco tiempo. De los franceses perecieron unos dos mil, y fuéron heridos cuatro mil. *La ciudad de Paris* y el navío almirante fuéron cojidos, así como el mismo almirante. Tambien fuéron cojidas otras tres naves (2). Durante la batalla marchó á pique un navío de línea, otro voló después de tomado, y Hood cojió dos mas en la semana siguiente; pero de estas presas hechas tan gloriosamente desaparecieron después tres buques.

Como Rodney era mas adicto á los torys que á los wigh, los nuevos ministros tenian intencion de pedirle cuenta de diferentes actos de rapiña perpetrados en San Eustaquio, y antes de saber la victoria que acababa de conseguir, le habian enviado la órden de entregar el mando de la armada á Pigot. Fox sin embargo creyó deber dar las gracias al almirante, que fué recompensado con títulos de nobleza y con una pension. Algunos miembros trataron de vituperar al ministerio por haber llamado á Rodney; mas las mociones hechas al efecto fuéron desechadas con desprecio (3).

No bien se habia restablecido la paz, cuando falleció el marqués de Rockingham. Este hombre se hallaba dotado de mas esperiencia que de prendas notables: amaba á su país y fomentaba con ardor todo lo que parecia deber contribuir á sus verdaderos intereses: era de un carácter justo, honrado, y la dulzura, la generosidad y la beneficencia eran sus cualidades principales.

La muerte de este ministro rompió la union que hasta entonces habia subsistido en el ministerio.

El conde de Shelburne, que con mayores medios poseia menor influencia sobre el partido que el marqués habia dirigido, mendigaba el favor de su soberano, y pasó al rango de primer lord de la tesorería. Fox, dispuesto á sér César ó nada (4), queria obrar como primer ministro, sin dejar el empleo de secretario de Estado; mas viendo desvanecerse esta perspectiva con el nombramiento del conde para un puesto en que se habia esforzado por colocar al duque de Porlland, resignó bruscamente su cartera. Sus amigos siguieron su ejemplo, y se convirtieron en adversarios declarados de la

(1) M. de Grasse, que mandaba la marina francesa, lejos de retirarse, aceptó el combate, á pesar de lo desigual que era. La accion empezó á las siete de la mañana y duró hasta las seis y media de la tarde.

(2) *El Hector, el Ardiente* y *el Glorioso.*

(3) Su odiosa conducta en San Eustaquio habia originado contra él muchas reclamaciones, acusándole con justicia de haberse acarreado el ódio de los colonos; pero la opinion general fué que sus faltas debian ser olvidadas en gracia de la gloria de que habia cubierto á su país.

(4) *Aut Cesar, aut nihil.*

corte. El conde aparentó hacer poco caso del alejamiento de los agraviados rivales, con quienes poco antes habia obrado de acuerdo, y ellos llevaron al separarse la ardiente esperanza de acortar la duracion de su administracion.

En un debate que ocurrió poco después de la promocion del conde, Fox se esforzó por convencer á la cámara de los comunes que el único motivo de haber renunciado su destino fué su adhesion sincera á su país; pero Pitt procuró insinuar que la renuncia, mas bien dimanaba de la ambicion mortificada, que de un verdadero patriotismo. Cuando la retirada de lord North, este jóven orador habia sido olvidado en la distribucion de los empleos; mas ahora por fin fué nombrado canciller del tribunal del tesoro. El conde de Suelburne, al paso que declaró que contaba con las medidas mas que con los hombres, atribuyó las renuncias precedentes á un principio opuesto que constantemente habia hecho preferir los hombres á las medidas, y á un espíritu dominante de partido que se habia esforzado por reducir al rey á un verdadero estado de vasallaje.

Anunciáronse las intenciones pacíficas del gabinete inglés al general americano y al almirante Digby por Carleton, nombrado comandante general. Esta noticia, recibida al pronto con indiferencia, produjo después un estado de inaccion general.

Los españoles y franceses amenazaban á la Gran Gretaña; pero no hubo mas que palabras. No obstante hicieron estraordinarios esfuerzos por apoderarse de Gibraltar, que creian incapaz de resistir su nuevo plan de ataque, para el cual prepararon diez baterías flotantes, á propósito segun los inventores, para desafiar las bombas y balas de la guarnicion. El gobernador contempló estos preparativos y otros muchos sin el menor temor, y destruyó parte de las obras avanzadas con un fuego vigoroso. Irritado el enemigo, mantuvo un terrible cañoneo en toda la línea de sus baterías, que fuéron ayudadas por las frecuentes descargas de las naves y cañoneras. El 13 de setiembre aventuróse por fin un combate decisivo en presencia de un numeroso ejército mandado por el duque de Crillon, habiendo entonces en la bahía treinta navíos de línea de los españoles y catorce de los franceses. Las máquinas flotantes estaban amarradas á medio tiro de cañon de las murallas, y el terrible ruido de la artillería aturdia en todo el recinto. Ninguna novedad se notó por espacio de muchas horas en las baterías flotantes, hasta que por la noche después de cesar el fuego de ambos ejércitos aparecieron espantosamente los terribles estragos de las balas rojas. La nave del jefe Moreno y otra fuéron pasto de las llamas, y en medio de la confusion que de esto resultó, las cañoneras inglesas impidieron á las embarcaciones del enemigo el socorrer á los infortunados que ocupaban las baterías flotantes, las que acabaron por servir de pábulo al incendio. Los vencedores, asegurada la victoria, no pensaron ya mas que en cumplir con los deberes de la humanidad, apresurándose á salvar á sus adversarios de una destruccion total. Muchos se esforzaban por escapar de la muerte fluctuando sobre pedazos de madera; otros se salvaban á nado, y un considerable número pereció en los abrasados bajeles. No se podia socorrerles sino esponiéndose á los mayores riesgos, porque calentados los cañones por las llamas, esparcian sus materias combustibles y á las embarcaciones les amenazaba por momentos una esplosion. No obstante, el capitan Curtis Knowles y una porcion de intrépidos marineros salvaron mas de trescientos cincuenta individuos.

No se terminó el combate hasta la mañana del segundo dia. Quemados y ahogados perecieron mas de mil hombres del enemigo, mientras que la guarnicion apenas esperimentó pérdida.

La conducta valerosa y las hazañas del general Elliot merecieron los mas grandes elogios: concediósele una pension, se le hizo caballero del Baño, y por consecuencia vino á ser par de la Gran Bretaña.

Establecido el bloqueo acostumbrado, lord Howe se hizo tambien acreedor á los elogios por haber sostenido el honor del pabellon británico delante del enemigo que tenia la ventaja del viento y gran superioridad en las fuerzas, y que sin embargo no osó cañonearle mas que de lejos, dejándole introducir en Gibraltar una porcion de municiones de boca y guerra y un refuerzo de tropas.

Por el lado del Este tambien brilló el valor británico, aunque no siempre le acompañó el buen suceso. Así que se supo en Calcuta la derota del coronel Baillie, el consejo solicitó á Sir Eire Coote para que se dirigiera prontamente á Madras con un cuerpo de europeos, á fin de hacer al enemigo la mas vigorosa resistencia. Después de tomar todas las medidas necesarias para la seguridad de este establecimiento y restablecer el órden en los asuntos civiles y militares, recuperó á Carangali, y de tal modo espantó á los sitiadores de otras poblaciones, que interrumpieron las operaciones. Las precauciones de Hider-Ali le impidieron por largo tiempo trabar una accion general, hasta que habiendo recibido el comandante un refuerzo considerable, chocaron ambos ejércitos entre Puerto Nuevo y Mooteupollam.—Año 1781, 1.° de julio.

Defendian fortificaciones respetables al ejército de Hyder que ascendia á mas de ochenta mil hombres, cuya disciplina habia sido perfeccionada por la instruccion de oficiales franceses, y se hallaba tan enorgullecido con la ventaja obtenida por la guarnicion de Chillumbrum rechazando á los sitiadores, que osó contar con la victoria de antemano en el combate que iba á tener lugar. Coote solo siete mil y quinientos hombres podia oponer al numeroso ejército de Misore; mas no desconfiando del buen éxito, determinóse á atacar el ala izquierda oblícuamente, lo cual ejecutó con tanto vigor y habilidad, que el desórden principió á cundir en las filas enemigas: la resistencia sin embargo fué larga y animada. La segunda línea de Coote repelió con mucha dificultad varios asaltos violentos, esponiéndole á un sério peligro dos tentativas realizadas para penetrar en sus filas y cercar su corto ejército, hasta que por fin triunfó después de una lucha de siete horas. Hyder perdió unos tres mil quinientos hombres, y uno de sus generales predilectos fué herido mortalmente.

Habiendo recibido sir Eyre Coote un refuerzo de Hastings, embistió á Tripasour, que se rindió en el momento mismo en que la vanguardia del ejército de Hyder, que habia recibido nuevas fuerzas, se aproximaba á la ciudad con la esperanza de socorrerla. Las tropas de Misore, al ver á los ingleses y cipayos que avanzaban hácia ellos, se retiraron hasta que tomaron una fuerte posicion: allí fuéron atacados por Coote á pesar del terrible cañoneo que partia de las baterías y líneas enemigas y bajo el cual túvo que establecer el frente de su ejército. Tras de una batalla de larga duracion obtuvo de nuevo la victoria.

Por tercera vez vinieron á las manos los dos ejércitos junto á Sholingour. Hyder fué rechazado con una pérdida considerable; mas en todos estos lances halló medio de salvar su artillería y municiones. En seguida trabaron ambos ejércitos un combate irregular, en que tambien salió Eyre triunfante.

En el mismo año los ingleses batieron con éxito á los Maratas, invadiendo la provincia de Malva y poniendo en derrota al ejército de Madajee Scindia, que por fin accedió á una paz particular.

En el siguiente año Tippo-Saib al frente de quince mil hombres y de un corto cuerpo de franceses del rio Colerson atacó á dos mil trescientos hombres, que no llegó á vencer hasta el tercer dia, llevando como cautivos á todos los que sobrevivieron á la derrota. Reunióse al poco tiempo el ejército de Misore con tropas bien disciplinadas que hacian parte de la armada de M.

de Suffrein, y Candalour fué tomada por los confederados lo mismo que poco después Permacoli.

En el mes de junio ocurrió otro lance entre sir Eyre Coote é Hyder Alí en Arnee, provincia de Carnate. El ejército de Alí consiguió esta vez la ventaja en todos conceptos, escepto en cuanto al valor y disciplina. Las tropas mandadas por Coote fuéron destrozadas por un fuerte cañoneo antes de hacer los preparativos del combate; pero habiendo logrado este general disponer su pequeño ejército á propósito para no ser aniquilado, llegó á poner en fuga al enemigo. Hyder algunos dias después consiguió atraer á una emboscada una division de su adversario, destruyendo y haciendo prisionera á toda ella. Desde este momento ya no volvieron á encontrarse los dos jefes. Hyder murió antes de concluirse el año, y en la primavera siguiente sir Eyre terminó su vida, dejando la reputacion de general valiente é intrépido, de hombre amable y respetado.

Hyder-Alí fué el primer mahometano que gobernó la provincia de Misore: á la edad de veinte años obtuvo el mando de un cuerpo de infantería al servicio del rajah de Seringapatam, y desarrollando su capacidad natural, distinguióse muy pronto en el arte de la guerra así como en el de gobernar. Funcionó algunos años como consejero principal de Gorachuri, primer ministro del rajah; mas estimulado por la ambicion, renunció á toda especie de dependencia, y resolvió libertarse de una sumision que repugnaba á su carácter. Hábil en aprovecharse de la estremada influencia que su destreza y liberalidad le habian grangeado en el ejército, apoderóse del primer ministro, le hizo matar, y forzó al rajah á someterse y á conferirle á él y á sus descendientes la plaza de director político. Así se hizo soberano de Seringapatam y de los países dependientes, y el rajah, si bien honrado y respetado en apariencia, realmente no fué mas que un prisionero de estado. No contento con poseer el territorio de Misore, emprendió muchas espediciones belicosas con la intencion de ensanchar sus dominios, llegando á apoderarse de Visapour y Madoura. Supo gobernar con habilidad y sabiduría, manejando por sí mismo todos los ramos de la administracion, y debiendo aquel país á su solicitud una mejora considerable. Sus modales eran afables y francos, su conversacion agradable, festiva y algunas veces dulce y amistosa; pero su carácter tenia una propension estrema á la crueldad, y era capaz de crímenes atroces. El sultan Tippo que le sucedió poseia menos virtudes y mas vicios.

Interin sir Eyre Coote se oponia á los progresos de Hyder, sir Eduardo Hughes se esforzaba por dañar á los enemigos agresores de su país (1), destruyendo los buques que tenian en sus puertos de las Indias. Dirigióse entonces el almirante á la costa de Coromandel, y aunque la guarnicion de Negapatam se aumentó con un destacamento que vino de Misore, é igualmente se aumentaron las fortificaciones, resolvió á una con las tropas de Monró atacar aquel establecimiento importante. Dió pues un asalto á las obras avanzadas, y tomó la plaza tras de un asedio muy corto.

Los holandeses esperimentaron igualmente una pérdida considerable. Habiendo penetrado los ingleses hasta la isla de Ceylan, un cuerpo de cipayos protegido por una partida de marineros y marinos entró por asalto en el fuerte de Trinquemale, no tardando en suceder lo mismo con Ostemburgo. Sir Eduardo acometió en seguida á M. de Suffrein, pero el combate fué mas honroso que ventajoso para el primero.

El almirante inglés, después de aumentadas sus fuerzas, encontró de nuevo á Suffrein, quien contando siempre con una escuadra superior, presentó otro combate. El comandante francés tenia además la ventaja del viento y de la situacion: avanzó hasta cerca de la bahía de Trinquemale; allí se trabaron de cerca emtrambos ejércitos. La batalla duró cinco horas con igual furor de una y otra parte, retirándose después el enemigo en el mayor desórden.

(1) Los franceses.

Por tercera vez se tropezaron estos bravos é intrépidos antagonistas. Todo parecia prometer á Hughes una brillante victoria, cuando el repentino cambio de viento desvaneció sus esperanzas. Un buque francés arrió bandera; pero en lugar de rendirse inmediatamente, hizo fuego al buque contrario y halló medio para escaparse.

Aprovechándose los franceses de la ausencia de la armada inglesa, recuperaron á Trinquemale. Hughes, de regreso á la isla de Ceylan, resolvió hacer otra tentativa para destruir totalmente al enemigo. Tenia once navíos de línea y uno de cincuenta cañones. Suffrein tenia doce de la primera especie y tres de la última. Bien pronto se generalizó el combate y se sostuvo vigorosamente, habiendo mas de mil franceses muertos y heridos, mientras los ingleses no perdieron mas de trescientos cincuenta hombres. Mucha mas sangre se derramó en el primer choque junto á Trinquemale.

En la primavera del mismo año, Scindic fué mediador para una pacificacion con los estados de los Maratas, habiéndose convenido en que Salsete y algunas islas vecinas serian cedidas á la Compañía de Indias; que Ragocaut Aao recibiria del Pachá una pension para su subsistencia á fin de que no fuera sostenido y protegido mas tiempo por los ingleses; que serian anuladas todas las estipulaciones acordadas anteriormente en favor de estos; que ninguno de los dos partidos buscarian el medio de socorrer á sus enemigos, y que el sultan de Misore seria forzado á abandonar todas las poblaciones ó territorios que habia cojido á la Compañía ó á sus aliados.

Viendo los ingleses que los de Misore no se hallaban dispuestos á la paz, resolvieron atacarlos con mas vigor que nunca. El coronel Humberston los batió en el reino de Calicut y territorios adyacentes; pero habiéndosele frustrado el sitio de Paligatcheri, vióse precisado á retirarse á Panian, donde las tropas habiendo recibido un refuerzo, pasaron á las órdenes de Machod. Allí fuéron acometidas por Tippo y Lally, y por débiles que fueran ellas contra el ejército de estos, rechazaron al enemigo.

Matthews al frente de un ejército considerable invadió el territorio de Canara que habia sido sometido por Hyder-Alí mucho tiempo antes que hubiera comenzado á hacer la guerra á los ingleses. En el mes de enero de 1783 tomó por asalto la ciudad de Onour, permitiendo sin ruborizarse que sus soldados trataran con crueldad á los vencidos. Asimismo redujo á Hider-Nagour Mangalour y otras muchas poblaciones y fortalezas. Sin embargo fué derrotado por Tippo junto á Hider-Nagour, y obligado á encerrarse en la ciudadela, hasta que los progresos de los sitiadores hicieron necesaria una pronta capitulacion. Las condiciones fuéron violadas por el sultan, el cual habiendo acusado á Matthews de haber arrebatado de la fortaleza todos los objetos de valor allí conservados, le condenó á muerte con muchos de sus oficiales. En seguida cercó á Mangalour sosteniendo el asedio hasta el año 1784, en que al fin se celebró la paz con la condicion de una restitucion recíproca.

En la mayor parte del año 1782 las cortes francesa y británica se ocuparon de negociaciones que no se terminaron hasta que se reunió el nuevo parlamento. El rey informó entonces á las dos cámaras, que por fin se habian acordado los artículos provisionales del tratado con los estados americanos, cuya independencia no se habia comprometido á reconocer sino con estremada repugnancia, no habiéndose determinado á ello sino por satisfacer los votos del pueblo. Fox manifestó el deseo de conocer los términos precisos en que habia sido concedida la independencia, añadiendo que debia serlo de una manera absoluta, sin condiciones, y no como

precio de la paz; pero Pitt rehusó dar conocimiento de ninguno de los artículos preliminares, dando á entender que un favor tan grande como el de la independencia no podia ser otorgado sino en tanto que fuera su resultado la paz. El primer ministro hizo una declaracion parecida á la de la cámara de los pares.

Las conferencias que tuvieron lugar en París y Londres produjeron por fin una larga série de artículos preliminares de una paz definitiva, los cuales fuéron firmados en Versalles por el conde de Vergennes á nombre del rey de Francia, y por M. Alleyne Fitz-Herbert á nombre del rey de Inglaterra—Año 1783.—Ambos monarcas consintieron al mismo tiempo en un tratado preliminar con España.

Los artículos del tratado de paz con América ofrecieron á Fox la ocasion de desacreditar al conde de Shelburne, que habia arreglado los puntos principales con M. Rayneval, enviado á Inglaterra por el conde de Vergennes. Inútiles hubieran sido todos sus esfuerzos, y el conde hubiera llegado á rechazarlos, si el partido de Fox, que era jefe de los wighs, no hubiera acrecido de repente con lord North y sus amigos torys. El público por algun tiempo rehusó creer en el rumor de esta coalicion heterogénea y desnuda de principios, hasta que se convenció de ella cuando se trató de examinar en la cámara de los comunes los preliminares del tratado.



Fox.

La cámara de los pares aprobó los artículos por una mayoría de trece votos, y dió al rey las gracias por las pruebas de sabiduría y patriotismo que habia patentizado aliviando á sus súbditos del peso de la guerra. Pero los representantes del pueblo no manifestaron un modo de pensar tan satisfactorio para la corte. Lord Juan Cavendish hizo objeciones al proyecto de Guillermo Pitt, relativo á un mensaje de gracias á S. M. por la comunicacion de los tratados, y de la promesa de examinarlos con la atencion necesaria. Lord North, que deseaba añadir á aquella proposicion una cláusula, recomendando á los leales y fieles americanos, segun los llamaban los enemigos del congreso, se opuso con acrimonia á los artículos del tratado, acaso porque no se le permitió tomar parte en las negociaciones habidas al efecto. Preciso es confesar que tales artículos merecian alguna crítica; mas un ministro cuya incapacidad se habia mostrado de una manera tan notoria durante la guerra, ningun derecho tenia á censurar las condiciones de la paz, por desventajosas y aun deshonrosas que fueran, toda vez que sus errores y mala administracion eran la causa principal de ella. Powys aprobó el mensaje primitivo, y aprovechó la ocasion de condenar la coalicion. Sheridan puso en ridículo á Dundas, que tambien vituperaba la nueva liga, y recordándole su alianza con Pitt, el enemigo de la reforma se la presentó como mas estraordinaria todavía. Fox procuró justificar su union con lord North, alegando que ya no existian los motivos que por tanto tiempo les habian hecho entre sí enemigos, habiendo cesado la guerra de América: quejóse altamente de las condiciones del tratado, mirándolas como humillantes y envilecedoras, y declarando firmemente que hubiera sido fácil obtener una paz honrosa. Pitt defendió las estipulaciones, sosteniendo que eran tan ventajosas como toda persona sensata podia esperarlo al considerar el estado actual de la nacion.

Después de una division estremada, fuéron desestimadas las enmiendas por una mayoría de diez y seis votos, pues hubo doscientos ocho contra doscientos veinticuatro.

Discutióse de nuevo el mismo asunto con calor y animosidad á consecuencia de una mocion de lord Juan Cavendish, que manifestaba que «las concesiones hechas á los adversarios de la Gran Bretaña eran mayores que lo que estos tenian derecho á esperar, tanto por el estado actual de las posesiones respectivas, cuanto por su fuerza comparativa.» Este debate movió á Fox y lord North á hacer una nueva defensa de la coalicion; mas no opusieron mas que argumentos sin fuerza. Aprobóse la resolucion por una mayoría de diez y siete votos.

El rey, descontento del objeto de tal coalicion, no queria cambiar inmediatamente la administracion; mas habiendo hecho Coke una mocion para un mensaje con este intento, y habiendo accedido á ello al instante la cámara de los comunes, tratóse de nuevo arreglo ministerial. Fox fué nombrado secretario de Estado de negocios estranjeros, y lord North del departamento de lo Interior—Año 1783, 2 de abril.—El duque de Portland fué creado primer lord de la tesorería, y lord Juan Cavendish, canciller del tribunal del tesoro. Lord Stormond fué presidente del consejo, y el gran sello, que lord Thurlow habia conservado á pesar de todas las mudanzas del año anterior, fué conferido á lord Loughborough y otros dos jueces. Confióse el sello pequeño al conde de Carlisle; Burke volvió á su primer empleo; lord Towushend fué escojido para jefe de artillería, y el coronel Fizt-Patrick para secretario de la Guerra, mientras que lord Keppel fué encargado de nuevo de la presidencia del consejo del almirantazgo.

Fox apresuróse entonces á dirigir su atencion á los asuntos de la América Septentrional; mas como un nuevo tratado regular de comercio con la nueva república exigia un sério exámen, por el momento únicamente propuso la revocacion de las medidas de prohibicion, y una autorizacion del rey para arreglar las relaciones comerciales entre las dos naciones.

Antes del cambio de ministerio, Tomás Towushend, á la sazon secretario de Estado, habia propuesto un proyecto contentivo de la declaracion de derechos independientes, para satisfacer á los irlandeses que estaban descontentos de la revocacion del acta de Jorge I. Aprobóse aquel proyecto sostenido por los jefes coaligados; pero la reunion de los parlamentos de Inglaterra é Irlanda hubiera sido una medida preferible á esta.

No tardó en manifestarse la diferencia que existia en las opiniones políticas de los dos secretarios de Estado. Habiendo propuesto Pitt á los comunes la formacion de nuevos reglamentos para remediar el sistema de corrupcion y establecer una reforma en las representaciones, Fox sostuvo la necesidad de estas medidas. Lord North fué de dictámen contrario, y la cámara se pronunció contra la proposicion. Menos contradiccion hubo entre estos ministros en un debate que ocurrió en seguida por causa de un plan presentado por Pitt para introducir una reforma en los empleos. Después de muchos reparos aducidos por dichos ministros, llevóse el proyecto á la cámara alta, en que los pares que formaban la coalicion lo desecharon por una mayoría que lograron obtener.

Al paso que se esforzaban los nuevos consejeros del rey por conservar su influencia, tratábase de celebrar convenios definitivos entre España, Francia y los Estados-Unidos de la América Septentrional, cuyos convenios se firmaron el 3 de setiembre. Cediéronse á la

segunda de estas potencias la isla de Santa Lucía, la de Gorea y las fortalezas situadas en el Senegal, señalándose á Tabago por garantía. La Gran Bretaña conservó sus establecimientos sobre el rio Gemba, siendo abandonados por ella Pondicheri y todas las poblaciones y fortalezas sometidas por los ingleses en el Indostan. Francia, por su parte, restituyó á Inglaterra seis islas de las Indias Orientales que habian sido tomadas durante la guerra. Acordóse que Menorca fuese de vuelta á los españoles, quienes tambien entraron en posesion de las provincias de la Florida. A los americanos se les favoreció en cuanto á sus fronteras y á la pesca de Terranova. Hasta el año 1784 no se ajustó definitivamente el tratado con Holanda, la cual, no solo fué forzada á ceder Negapatam, sino tambien á otorgar á los súbditos británicos una libre navegacion en los mares de Oriente.

Empero la paz concertada no obtuvo la entera aprobacion de los que realmente estaban penetrados del justo sentimiento del honor nacional. El tratado era demasiado favorable á Francia, cuyos agotados recursos parecian anunciar su imposibilidad de continuar la guerra con buen suceso. Tambien lo era para los españoles, puesto que se les permitia la conservacion de una provincia y de una isla que habian arrebatado. En cuanto á los americanos, otorgarles mas que el favor de la independencia, fué hacerles concesiones desmedidas. Los holandeses fuéron los únicos que no pudieron jactarse de haber sacado condiciones deshonrosas para la Gran Bretaña: fuéron castigados justamente por su ingratitud y codicia.

CAPÍTULO LXVII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1783 hasta el de 1784.)

Nunca se ha justificado la coalicion de una manera satisfactoria para los espíritus imparciales y rectos. Se ha pretendido que los que en grandes cuestiones políticas se habian tornado una vez enemigos entre sí, podian, en desapareciendo los motivos de la divergencia, renunciar á su animosidad y unirse sin ser tachados ni merecer ninguna reconvencion, especialmente siendo movidos á tal concordia por el deseo de contribuir al bien público: de suerte que, segun estos políticos, semejante coalicion seria escusable y fácil de encubrirse aun cuando el móvil principal de ella fuera la ambicion. La de Fox y lord North era tan heterogénea y contraria á todo fundamento razonable, que en nuestra opinion solo pueden abogar por ella los obcecados por el espíritu de partido, ó destituidos de toda facultad de raciocinar. Ella ofrecia á la vez los rasgos de la deformidad política, y la descarada frente de la ambicion interesada. El uno era un wig reconocido, wig casi republicano; el otro un tory dispuesto á sostener las mas altas pretensiones de la monarquía. Fox tenia tal libertad de espíritu en materia religiosa, que deseaba que todos los disidentes pudieran participar de los emolumentos de la iglesia y de los privilegios de las corporaciones. North era tan celoso partidario de la iglesia anglicana, que era invariable en su oposicion á las pretensiones de los sectarios. Fox habia atacado al primer ministro con la irrision mas insultante y la animosidad mas satírica, no solo en un debate accidental, sino por espacio de muchos años, habiéndole pintado como á un necio el mas despreciable y el mas inepto de los ministros, como al enemigo sistemático de su país, como á quien habia vendido vergonzosamente todos los derechos de los bretones, arrastrándolos con obstinacion á una guerra ilegítima; y declaró que no descansaria mientras no fuera conducido al cadalso para castigarle por sus numerosas maldades. Es permitido sin duda á un orador echar mano de la hipérbole en una asamblea popular; mas cuando tales exageraciones, reducidas á su justo valor, encierran un esceso de censura y de invectivas determinadas, el orador no puede retractarse hasta el punto de ligarse íntimamente con su adversario, sin incurrir en la imputacion de haberse dejado guiar en su oposicion contra él por el espíritu de bandería, y de no haber lanzado anatemas contra un ministro respetable mas que por interés personal y el deseo de alejarle del gobierno.

Pretender que el motivo de la oposicion ya no existe, no justifica semejantes ataques, porque para cualquiera que reflexiona, no puede estinguirse la enemistad política basada en tales fundamentos. El fogoso agresor, que así puede co.igarse, prueba, ó que fué un vil y faccioso calumniador, indigno de alcanzar ningun crédito, ó que para conquistar el poder está pronto á unirse con el primer individuo, por insignificante y desnudo de principios que sea. Lord North, accediendo á tal reconciliacion, era menos tachable que Fox; pero si examinamos la diferencia de sus opiniones y los reiterados ataques que lord North tuvo que sostener, su asentimiento á aquella union parece indicar el abandono de todo sentimiento de honor y orgullo.

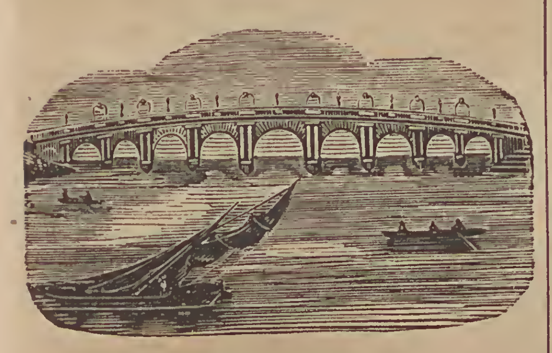
Lord North, que en otro tiempo se habia distinguido por la formacion del reglamento para el gobierno de las Indias, concurrió entonces con Fox á un plan mas atrevido: remedio violento que la naturaleza peligrosa del mal hacia urgente.

Poco después de la reunion del parlamento se pidió permiso para presentar un proyecto, segun el cual la direccion de los asuntos de la Compañía de Indias se confiaria á siete comisarios, que por espacio de cuatro años gozarian de los poderes que hasta entonces habian poseido los directores y la junta general de propietarios, y no podrian ser destituidos mientras no lo demandaran á S. M. los pares y comunes. Fox sostuvo la utilidad de una medida que debia contribuir á la conservacion y seguridad de nuestros establecimientos asiáticos, y habló de la falta de armonía que existia entre los directores y propietarios, de la confusion que reinaba interior y esteriormente, del mal estado de las rentas, de la opresion y de la enormidad de los abusos de toda especie. Esta administracion viciosa, segun añadia, podia ser reformada por otra ley, que al paso que prescribiera reglas de conducta á los empleados de la compañía, sustituyera la moderacion á la tiranía, la equidad á la injusticia y la regularidad al desórden. Permitióse presentar á la cámara los dos proyectos, y cada cual esperaba que resultarian de ellos muy animados debates.

Guillermo Windham Grenville se opuso con el mayor valor al primer proyecto, admitiendo la necesidad de someter el gobierno de las Indias á nuevos reglamentos, pero protestando contra un plan tan injusto, que vendria á violar de una manera chocante el respeto debido á la carta, pondria al rey bajo la autoridad de una faccion sin principios, y amenazaria á la existencia de la constitucion. Este pretendido remedio, segun decia, seria peor que el mal infinitamente. El comodoro Johnstone habló sobre esta cuestion, pretendiendo que una interposicion tan arbitraria de ningun modo era necesaria en los negocios de la compañía, cuyos derechos, segun él, no debian ser destruidos ni aun disminuidos, ínterin no hubiera pruebas de delito. Fox y Juan Cavendish sostuvieron que en aquel caso era esencialmente útil un nuevo sistema, y que ninguna carta debia impedir una reforma de que habian de resultar las mayores ventajas á la nacion. El secretario añadió, que él no creia, segun se habia querido hacer creer maliciosamente, que el nuevo poder intentara anular ó reprimir el de la corona, sino que por el contrario, le consideraba dispuesto á obrar de acuerdo con ella. Esta asercion fué contradicha por Pitt, quien espuso que los poderes serian tan distintos en tal caso, que una faccion protegida por los que estaban en la India, y que dominaria á las dos cámaras del parlamento, mantendria al rey en un estado de vasallaje sin autoridad.

Habiendo presentado los directores y el cuerpo de los propietarios unas peticiones contra dicho proyecto, la cámara quiso oir lo que se alegaba por los que tan profundamente interesados se hallaban en los actos del parlamento. Los consejeros, sin consideracion á la opinion de la mayoría, tacharon el proyecto de injusto y tiránico, y evitaron que fuera aprobado por medio de exhortaciones vigorosas.

Habiendo presentado los directores un estado favorable de los negocios comerciales y pecuniarios de la Compañía, Fox entró en un detalle aritmético para probar la falsedad de tales cálculos; pero algunas de las opiniones que emitia eran tan infundadas como las que combatia. Sostuvo la necesidad del proyecto, alegando el mal proceder y la ineptitud de los directores. Lord North habló en el mismo sentido, y pintó lo político y útil de la medida, insistiendo en que no era incompatible con la justicia, por causa de haber sido violado de una manera escandolosa el espíritu de la carta. Pitt condenó el proyecto en los términos mas fuertes, y suplicó á la cámara que rechazase con indignacion un plan contrario al honor y á la justicia, pues tendia á levantar un nuevo poder peligroso en el Estado.



Puente Vanxhall.

En un debate posterior en que Powis se habia opuesto á la violacion proyectada de la fé pública, Burke habló con veneracion de la carta; pero declaró que jamás su respeto é ella seria superior al sentimiento de equidad é interés que le inspiraba la situacion de sus semejantes, mayormente cuando esta carta tenia por objeto suspender como monopolizando los derechos naturales de la especie humana. Una carta, segun decia, no debia ser un manantial de opresiones; y si los que estaban encargados de hacerla ejecutar se apartaban sistemáticamente de su objeto, debian ser castigados por la revocacion de esta misma carta. Sostuvo que ultrajes sangrientos y actos de tiranía de toda especie habian deshonrado el gobierno de las Indias, y que los directores, ora fueran realmente culpables por su participacion en aquella conducta criminal, ora les hubiera sido imposible impedirla, eran indignos completamente de la confianza pública y del favor del trono. Una mala administracion comercial, segun opinaba, tenia una importancia tan funesta como un delito político, y era tan imperiosamente necesario un nuevo sistema en todos conceptos, que el parlamento mereceria la mas fuerte censura si rehusaba acceder al plan propuesto, ó á cualquier otro á propósito para remediar el mal. Negaba que pudiera ser peligrosa la influencia del plan trazado, toda vez que los comisarios serian responsables de todas sus acciones ante el parlamento. Tras de algunos vigorosos discursos de una y otra parte, una mayoría de ciento catorce votos decidió que se sometiera el proyecto á una comision. Mas adelante tuvo por adversarios á lord Mahon, que le calificó de proyecto infame; á Wilkes, que aseguró que no habia epíteto bastante injurioso para él; á Dundas y á Jenkinson, los cuales creyeron que semejante plan no podia dejar de ser orígen de un nuevo poder independiente del de la corona. Dicho proyecto fué sostenido por el general Burgoine, que se refirió á los informes de diferentes comisiones en prueba de los delitos de la compañía. Igualmente fué defendido por Anstluter, quien demostró con energía la necesidad de una reforma; por Rigby y el procurador general Lee, los que sostuvieron que una carta cuyos efectos dejaban de ser ventajosos á la nacion, debia de ser anulada por el general. El proyecto en consecuencia fué sancionado por una mayoría de ciento y seis votos, habiendo sido votantes doscientos ocho contra ciento y dos.

En la cámara de los pares tuvo una suerte diferente. Lord Loughborough habló en favor suyo; pero lord Thurlow atacó con sutileza su principio y tendencia. El duque de Richmond mostró el mismo calor de oposicion. En la cuestion de resolver si se diferiria ó no, triunfó el partido opuesto al ministerio.

El 17 de diciembre se trató por fin de decidir la contienda. El conde de Carlisle habló con habilidad á favor del plan de reforma: como se habia dicho que este plan comprendia la confiscacion de la propiedad particular, respondió á semejante especie asegurando que por el contrario contribuiria á afirmar la seguridad de tales posesiones; que una medida para hacer mas respetable el gobierno directorial en el interior, no ocasionaría que la propiedad viniera á ser mas precaria, y que una tentativa para impedir el desórden y la confusion en el esterior, no disminuiria de modo alguno su valor. Decir que seria irregular anular la carta, era igualmente infundado: era muy justo variarla ó revocarla, si podia hacer presagiar algun inconveniente general ó algun peligro público: todos los súbditos británicos habitantes de las Indias se resentirian del efecto de la ambicion estravagante, de la imprevision y mal comportamiento de la Compañía, y los habitantes de la Gran Bretaña se verian abrumados de impuestos mas rigurosos que nunca para suplir los descubiertos que resultarian de la insolvencia de los derechos exigidos á esta compañía casi arruinada. Los males, continuó el orador, á que los ministros habian propuesto aplicar un remedio violento, no podian ser curados con paliativos ordinarios: exigian medidas vigorosas, y para asegurar la duracion de la nueva autoridad era oportuno que esta dependiera mas bien del parlamento que de la corona. Lord Cambden pretendió que ninguna propiedad estaria segura en lo sucesivo, si así se violaban las cartas so pretesto de necesidad ó conveniencia; que se habia exagerado artificiosamente la mala administracion de la Compañía; que el nuevo plan ninguna mejora prometia; que someter el poder ejecutivo al legislativo era una infraccion peligrosa de la constitucion. El proyecto fué desechado por una mayoría de diez y nueve votos: probablemente hubiera sido aprobado, si el rey, que lo miraba con repugnancia, no hubiera comunicado sus sentimientos por medio del conde Temple á muchos de sus consejeros hereditarios.

La cuestion de la desestimacion del proyecto era una medida conforme á la justicia, y es una cuestion que merece algun exámen. Sin duda es conveniente mostrar el mayor respeto á las cartas, ya sean otorgadas por el rey solamente, ya hayan sido sancionadas por la legislatura. La fé pública debe ser tan sagrada como el honor particular; mas si al considerar con imparcialidad el objeto primitivo de la carta, se echa de ver que su intencion y espíritu han sido infringidos de una manera chocante, que de la continuacion del mismo sistema puede resultar la ruina de la sociedad, y que así la nacion puede ser esencialmente ofendida, parece que no hay ningun mal en castigar con semejante revocacion los administradores viciosos de una institucion tan importante; ó bien, si estos mismos jefes se han mostrado manifiestamente débiles é indiscretos, aunque sin haber dado prueba alguna de mala fé, tiranía ó injusticia, su administracion imperfecta debe sin inconveniente ser

reemplazada por la de nuevos jefes. El acto era ciertamente violento y arbitrario en apariencia; pero la necesidad de establecer una autoridad fuerte capaz de reprimir los abusos, era indisputable, y solo las medidas vigorosas prometian reparar el desórden introducido en los negocios de la Compañía.

Los adversarios del proyecto exageraban el poderío y la estraordinaria influencia que podian resultar del nuevo arreglo á los comisarios, porque debian ser suficientes, segun aseguraban, para mantener al rey en la esclavitud: es preciso confesar que quien habia tenido osadía de proponer tal proyecto, lo habia hecho para arrogarse él y sus amigos una autoridad superior á la exigida por la urgencia del caso; mas el ambicioso, por querer demasiado perdió todo, y su vuelo inmoderado precipitó su caida.



Guillermo Pitt.

Aunque los ministros perdieron la confianza de su soberano, no quisieron renunciar sus empleos; dieron á M. Baker las instrucciones necesarias para proponer una resolucion que hacia entender que era una accion, no solamente censurable, sino hasta criminal, con tendencia á usurpar los privilegios fundamentales del parlamento y á destruir la constitucion del país, el referirse á la opinion verdadera ó supuesta de S. M. sobre un proyecto ó cualquier otro acto del parlamento, con la esperanza de influir en la decision de los miembros de una ú otra cámara. Esta mocion fué apoyada con invectivas contra la influencia clandestina y la intervencion inconstitucional, siendo sancionada por una mayoría de setenta y tres votos. Resolvióse entonces que la semana siguiente comenzase la cámara un exámen sobre el estado de la nacion; y puesto que segun la mocion de Erskine, abogado muy elocuente, era necesario por los intereses mas esenciales del reino y en fuerza del deber de los comunes, buscar con un celo sin tregua el remedio oportuno de los numerosos abusos introducidos en el gobierno de las Indias Orientales, la cámara decidió que toda persona que aconsejara á S. M. el impedir ó estorbar de alguna manera el cumplimiento de este deber importante, seria juzgada como enemiga de su país. El rey, influido por los adversarios de la coalicion, trató de no hacer caso de estas mociones y de variar su ministerio. El duque de Portland y los miembros secundarios de la administracion fuéron igualmente privados de sus empleos. Pitt, aunque á la sazon solo de veinticinco años de edad, fué colocado al frente del nuevo gabinete, con el título de primer comisario del tesoro y canciller del mismo. El marqués de Camarten reemplazó á Fox, y lord Sidney, anteriormente Tomás Townshend, sustituyó á lord North. Lord Thurlow fué repuesto en su cargo de canciller. El conde Gowet fué honrado con el título de presidente del consejo, y confióse el pequeño sello al duque de Rutlan. El de Richemond fué nombrado de nuevo gran maestre de la artillería, sir Jorge Yonge secretario de la Guerra, lor Howe director del almirantazgo, y Dundas tesorero de marina. Este último nombramiento fué ventajoso para el jóven ministro Pitt, quien halló en su cólega Dundas un auxiliar muy útil.

Como los nuevos ministros no estaban sostenidos por la mayoría de la cámara de los cómunes, Fox temia que sobreviniera una disolucion, y en consecuencia resolvió asegurarse de si el espíritu de esta asamblea seria capaz de oponerse al rey en el ejercicio de esta prerogativa. En una reunion que se celebró por causa del estado de la nacion, Erskine propuso que se formara un mensaje para pedir al soberano que no se prorogara ni disolviera el parlamento, ó que en lo sucesivo cesara de «escuchar el parecer secreto de los que podian abrigar en su proceder un interés particular, totalmente separado del verdadero interés del rey y de su pueblo.» Bankes dijo que estaba autorizado por Pitt para desaprobar toda idea de disolucion; mas Fox puso en ridículo esta idea, y el mensaje recibió el asentimiento de la cámara. El rey dió una respuesta atenta, pero ambigua—Año 1784.

Apenas se hubieron reunido de nuevo las dos cámaras después de las vacaciones de Pascua, la mortificacion y contrariedad que esperimentó el partido de la coalicion al ver burlada su espectativa, dieron márgen á cuatro mociones muy oportunas para crear embarazos al ministerio. Por una de tales mociones, fué aplazado para dentro de seis semanas el proyecto sobre motines. Por otra se pedian ministros que poseyeran la confianza de los comunes y del público. Pitt, poco intimidado por estos diferentes ataques, presentó un proyecto para reformar el gobierno de las Indias, cuyo proyecto condenó Fox como demasiado favorable á la preponderancia del trono, y al mismo tiempo demasiado débil y contradictorio para ser eficaz. Los ministros fuéron atacados entonces por una nueva mocion, que sin embargo no obtuvo mas que una mayoría de veintiun votos. Declarábase por esta mocion que la duracion del ministerio actual, no obstante las indicaciones hechas hacia poco relativamente al sentimiento de la cámara, seria enteramente opuesto á los principios de la constitucion y nociva á los intereses del rey y de la nacion. En otra votacion, el número escedió al de los ministros; pero estos tuvieron la satisfacion de ver que su partido adverso se disminuia, pues solo por una pluralidad de ocho votos fué entorpecido en su marcha el proyecto de Pitt con respecto á las Indias.

Como el primer ministro, resuelto á no obedecer la reiterada repulsa de la cámara de los comunes, no queria resignar su empleo, muchos miembros comenzaron á desear que se formara una coalicion entre él y su rival: entablada una negociacion con este objeto, fracasó desde luego. Los partidarios de esta union convinieron en una de sus reuniones en que se sometiera una declaracion á la cámara. Decíase en ella «que el estado »crítico de los negocios públicos exigia los esfuerzos »reunidos de una administracion firme, eficaz, estensa »y unida, que se hiciera acreedora á la confianza del »pueblo, y que fuera tal en fin, que pudiera terminar »las tristes divisiones y las turbulencias del reino.»

Pitt, de acuerdo con su principal adversario, aprobó esta mocion, que la cámara adoptó por unanimidad. Sin embargo, no se podia esperar que aprobaria la mocion siguiente, que declaraba que la nueva organizacion del ministerio era un obstáculo á las medidas necesarias para salvar el país. Esta cuestion fué decidida afirmativamente por una mayoría de diez y nueve votos, y la cámara resolvió igualmente que estas mociones fueran comunicadas al rey por los miembros que hacian parte del consejo privado.

Habiendo reprobado la cámara de los pares algunas de las mociones de los comunes como inconstitucionales, estos justificaron sus actos con nuevas resoluciones, y habiéndose dado á nombre de S. M. una respuesta poco satisfactoria, prévios algunos discursos animados de una y otra parte, votóse un mensaje que declaraba que se descansaba completamente en la sabiduría del

rey para remover todos los obstáculos que se oponian á la administracion deseada por los comunes. El rey respondió, que no habiéndose entablado ni aun indicado una acusacion esplícita por los ministros, no creia que fuera oportuno destituirlos, mayormente cuando semejante destitucion no parecia encaminarse ni á la seguridad pública ni al interés general.

Un segundo mensaje y otra demostracion votada por la mayoría de uno solo, no pudieron lograr que variara su resolucion, y el cansado partido renunció por fin á una discordia inútil.

La faccion ambiciosa que desafiaba hacia tanto tiempo á la corona, cesó por fin de ser temible, cuando no se vió sostenida por la nacion. Si la mayoría del pueblo hubiera apoyado los esfuerzos de tal bando para separar al jóven ministro, el rey no hubiera persistido en conservarle; pero los numerosos mensajes que se dirigieron, aunque no fueran nunca una prueba segura de la opinion general, probaron esta vez que Fox y sus amigos habian perdido el favor público. Es verdad que nunca habian gozado de él sus buenos partidarios, y su coalicion con ellos hacia un perjuicio irreparable á su reputacion de patriotismo. Aun cuando hubiera tenido toda la popularidad de Pulteney ó del primer Pitt, no hubiera podido esperar ser dictador: con mayor razon no debia aguardar una autoridad soberana, cuando se le consideraba por todos, á escepcion de sus ciegos admiradores, como un *intrigante, faccioso y sin principios*. Sabia él que una tentativa para impedir los subsidios escitaria la indignacion general, y previó que la mayoría de los comunes no accederia á sostenerle por mas tiempo si osaba arriesgar una medida tan atrevida.

Aunque era evidente la derrota de aquel país, la corte deseaba obtener una mayoría decisiva, que sin embargo prometió el parlamento. En consecuencia el veinticinco de marzo se dió una órden para la disolucion del parlamento.

Cualquiera que conozca al gobierno inglés, no puede negar que el rey por derecho constitucional tiene la prerogativa de elegir sus ministros, y cuando se puede suponer que la sabiduría ha dictado su eleccion, todo fiel súbdito de S. M. está pronto á aprobar los nombramientos hechos por ella. Aun cuando á estos siguieran circunstancias estraordinarias á propósito para despertar sospechas desfavorables sobre el carácter y las miras de los nuevos jefes del ministerio, y aunque sea un deber de la cámara de los comunes el impedir que el ascendiente de la corona ó de la aristocrácia tome un vuelo inmoderado, no puede, sin hacerse sospechosa de intenciones facciosas, recomendar con insistencia á su soberano otra eleccion, á no ser que ella tenga contra los ministros nuevamente elegidos algun motivo de acusacion particular. Por causa de la coalicion de Fox y de su noble confederado, puede con razon dudarse de su patriotismo, y concluir que mas bien eran impulsados por la sed del poder y el deseo de vengarse de los que eran la causa de su destitucion, que impulsados por el deseo del bien general y por amor á la constitucion.

En tanto que las miradas de Europa estaban fijas en esta discordia, la corte de Francia se esforzaba por remediar las desgracias que habian provenido de su intervencion temeraria en la guerra de la Gran Bretaña y las colonias. El rey de España habia logrado reparar sus rentas suprimiendo algunos monasterios y reduciendo sus gastos. A la sazon hacia preparativos para castigar los argelinos; pero su armamento produjo poco efecto en la capital de estos. Los estados generales se hallaban comprometidos en una contienda con José II, emperador de Alemania, que habia usurpado sus territorios, y atemorizádolos amenazándolos con franquear el Scheld. En el año siguiente sin embargo accedió á un acomodamiento con la república en consideracion al donativo pecuniario de ella.

Las nuevas elecciones, favorables á la corona, afirmaron á Pitt en el ministerio. Al reunirse el parlamento, tuvo la satisfaccion de obtener en la primera votacion una mayoría de cuarenta y siete votos; y aunque su rival afectaba predecir que su poder no seria duradero, no pareció conservar ninguna duda sobre su continuacion.

La eleccion de Wetsminster produjo vivos debates. Un historiógrafo anual la ha llamado una contienda casi tan noble y tan célebre como una batalla entre naciones divididas, ó como una revolucion en la organizacion de su gobierno; mas nosotros no le concederemos tanta importancia. Los candidatos fuéron lord Hood, Foy y Cecil Wray. Como el baron tenia el menor número de sufragios y dudaba de la legalidad de los votos obtenidos por el secretario depuesto, pidió un escrutinio: así se difirió la decision, sin que fuera escluido de la cámara Fox, que habia sido elegido para representar un distrito escocés. Los comunes, influidos por Pitt, rehusaron tomar una pronta resolucion.

El acto mas importante de la nueva legislatura fué el que se adoptó en lugar del proyecto que Fox habia propuesto con respecto á las Indias. El proyecto actual fué presentado con una esplicacion pomposa de su objeto y de las ventajas que de él debian resultar. Los principales puntos de que este plan trataba, eran la ereccion de un consejo de intervencion para la superintendencia de los negocios territoriales, la formacion de reglamentos generales para los comisarios nombrados por el rey con esta intencion, la continuacion á la Compañía de Indias del derecho de que hasta entonces habia disfrutado de administrar y nombrar sus empleados, y la organizacion de un tribunal para juzgar de la manera mas pronta y eficaz á los que se hicieran reos de cualquiera malversacion.

M. Francis, conocido por adversario marcado de Hastings, fué el primero que se opuso al nuevo proyecto, el cual, segun decia, se habia concebido con el designio de corregir en el esterior los abusos del poder, y de suplir en el interior las faltas del mismo poder; pero á fin de llenar estos dos objetos, el autor de tal proyecto proponia el acrecentamiento del primer poder y la disminucion del segundo, lo cual dejaria á los directores enteramente nulos y aumentaria la influencia del ministerio y la corona. Fox y Sheridan desaprobaron el proyecto por propenso á usurpar los derechos de la Compañía, sin remediar realmente los males actuales ni corregir la viciosa administracion existente. El proyecto, después de seguir su marcha ordinaria, pasó á una comision, y llegó á ofrecer menos motivos de objeciones, siendo aprobado en ambas cámaras después de una protesta corta, pero vigorosa, del conde de Carlisle y otros pares.

Los comisarios nombrados por esta ley no tardaron en ejercer su derecho de intervencion. El nabab de Arcote, abrumado de deudas y obstáculos, habia accedido á la proposicion que se le hizo por la presidencia de Madrás para que le cediese sus rentas á fin de que no le acosasen tanto sus acreedores. A esta medida se habia opuesto un partido considerable; pero el gobernador, lord Macartney, la sostuvo con calor y resolvió persistir en su opinion. Algunos amigos suyos temian que esperimentara la suerte de lord Pigot; pero él supo evitarla con el arresto del mayor general Stuart y con otros muchos actos de vigor. El consejo de Calcuta ordenó que se anulara la cesion; pero ni esta disposicion ni las representaciones del nabab pudieron vencer la repugnancia de Macartney. Este recibió por fin una órden igual del consejo de intervencion; mas antes de ponerla en ejecucion, rehusó el honor que se le ofreció de suceder á Hastings como gobernar general, y regresó á Inglaterra, más cargado de gloriosa reputacion que de riquezas.

Burke, íntimamente convencido de la conducta culpable de Hastings, propuso á la cámara el exámen de los hechos contenidos en los informes que se habian

presentado por causa de la mala administracion de las Indias Orientales. Lord Thurlow habia declarado que estos informes, segun él, eran tan poco dignos de fé como la historia de Robinson Crusoé. Burke deseaba sinceramente que todas las escenas de horror descritas en los volúmenes que la cámara habia recibido fueran puras ficciones; pero como temia que ellas en general fueran asaz fundadas, queria que los culpables no se librasen de la justicia. Sin embargo, sus diferentes mociones fuéron desaprobadas por la mayoría.

Tomáronse en consideracion por las cámaras unas proposiciones relativas al comercio de contrabando, y se formó una ley acertada para poner órden en esto en lo sucesivo: como continuamente se eludia el derecho sobre el té, propuso el ministro que se hiciera una reduccion considerable, á fin de reprimir el fraude en adelante. Este proyecto, que ocasionó en cambio la creacion de nuevos derechos sobre las puertas y ventanas, fué una compensacion de la pérdida que sufrió la renta nacional en el artículo del té.

Durante esta legislatura manifestóse completamente el gusto de la nacion inglesa por las artes agradables en una célebre funcion que tuvo lugar en la abadía de Westminster en honor de Handel. Hubo muchos conciertos, en que brillaron con los instrumentos y el canto mas artistas que los ofrecidos por los anteriores siglos. El auditorio quedó encantado por los acordes armoniosos, y por la precision y destreza de la ejecucion.

CAPITULO LXVIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1784 hasta el de 1787.)

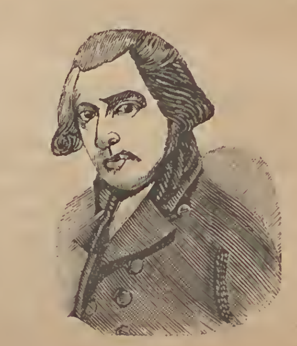
Pareció entonces completamente afianzada la posicion del nuevo ministro, con gran pesar de sus contrarios, que se hicieron objeto de severos cargos y del vituperio general. Desconcertados sus proyectos mejor combinados, y frustrados todos sus esfuerzos, gozaba el ministro del favor del monarca y de una popularidad considerable. Satisfecho entonces de su situacion y del triunfo que sobre sus enemigos habia obtenido, concentró toda su atencion en los negocios de Irlanda.

Como las concesiones que se habian hecho á los irlandeses bajo la administracion de lord North, no habian sido tan satisfactorias como deseaban los amigos de la libertad comercial, se propuso establecer entre el comercio de ambas naciones toda la igualdad que permitieran sus mútuas conveniencias. Era estremadamente delicada esta negociacion, y exigia muchas precauciones y prudencia para que las ventajas que se concedieran á los irlandeses no escitaran el descontento de los manufactureros y comerciantes de la Gran Bretaña, y á fin de que los irlandeses á su vez no tuvieran pretesto ninguno para quejarse de que los nuevos reglamentos perjudicaban á su independencia. Después de una larga deliberacion en que se hicieron muchas reflexiones y se mostró mucha incertidumbre y duda, hizo el gabinete diversas proposiciones de concierto con personas que tenian un profundo conocimiento de los negocios comerciales.

Estas proposiciones recibieron inmediatamente la sancion del parlamento inglés, y Pitt las recomendó con su persuasiva elocuencia á los comunes de la Gran Bretaña; y después de dar todas las aclaraciones adecuadas para que prevaleciera este plan, propuso el arreglo de las relaciones entre las dos naciones de una manera definitiva basada sobre principios equitativos de interés mútuo que asegurasen á la Irlanda una participacion completa y duradera de las utilidades comerciales, con tal que su parlamento accediese á contribuir con el sobrante de sus rentas al comercio y necesidades generales del reino—Año 1785.

Al ocuparse de examinar este plan, fué vivamente debatida la eleccion de Wetsminter, y la mayoría votó por fin en contra del ministro, cuyo rival tomó asiento entonces por la ciudad que aquel principalmente deseaba representar. Volvió Pitt á proponer de nuevo una reforma parlamentaria en derecho á pueblos de mayor estension é importancia y un aumento en el número de representantes de los condados, y en el de los que votáran en ellos. La presentacion de este útil proyecto fué de tan poca aceptacion en Inglaterra como la proposicion de Hood sobre la reforma de Irlanda; pero la mayoría dejó de oponerse á Pitt en varios proyectos que presentó relativos á la organizacion de los empleados.

Abrazaba el plan de comercio veinte proposiciones, que dividió el ministro en tres puntos principales en el discurso que pronunció con este motivo. Referíase el primero al comercio colonial de que participaban los irlandeses de un modo directo, y del que deseaban disfrutar de una manera mas ámplia gozando del derecho de introducir en Inglaterra sus mercancías por la via de Irlanda; era relativo el segundo punto á la inmediata comunicacion establecida entre los dos reinos, la cual daba medios para fijar sus recíprocos derechos con igualdad; y trataba el tercero del agradecimiento que debia Irlanda á los favores que esta la dispensaba. Reconoció Fox que los cambios introducidos en el proyecto tendian á mejorarlo; pero añadió que no veia necesidad de adoptarlo, puesto que segun se imaginaba, no podia ser ventajoso á ninguno de los dos países. Los comerciantes y manufactureros ingleses pedian con gran empeño que no se llevase á cabo este proyecto, y los irlandeses por su parte no lo deseaban tampoco. Otros oradores como lord North, Sheridan, Courtenay, se opusieron asimismo al proyecto, pero de un modo mas especioso que purificado. Aprobáronlo las dos cámaras, y examinada de nuevo esta cuestion por los comunes de Irlanda, votó la mayoría en favor de las proposiciones.



Sheridan.

Se reputaba á Pitt por firme é inflexible en sus resoluciones, y no se esperaba por tanto que consintiera en abandonar la medida que acababa de proponer; pero fué combatida con tal vigor por los oradores del parlamento irlandés, y tal oposicion resultó de las sugestiones de ellos, que el ministro renunció á proseguir un plan que merecia mejor acojida.

Daba lugar el cuarto artículo al clamor que se oponia á la ejecucion del proyecto. Prevenia este artículo que todo lo que se hiciera en la Gran Bretaña para asegurar de un modo esclusivo los privilegios de los equipajes coloniales de los bretones é irlandeses y para arreglar y restringir el comercio de las colonias (pues las estipulaciones referentes á estos casos eran iguales para los dos reinos) se podrian hacer en Irlanda por medio de una nueva ordenanza. Sostuvieron Fox y Graltam que esta cláusula seria una invasion del derecho de legislatura esclusiva, que habia sido reconocido y confirmado recientemente; y esta declaracion prevaleció de tal modo entre los irlandesos, que terminó la cuestion del todo.

Un plan relativo á la organizacion de la policía en la metrópoli y sus cercanías encontró tambien una oposicion vigorosa: fué declarado arbitrario é inconstitucional, y el procurador general Macdonal, que lo habia presentado, se vió obligado á retirarlo. Sin embargo, era opinion general que la policía exigia una reforma, puesto que los crímenes habian llegado á ser tan frecuentes hacia algun tiempo, que veinte criminales habian sido ahorcados de una vez en Newgate.

El temor de una invasion durante la última guerra habia hecho tal impresion en el ánimo del duque de Richmond, que concertó un vasto plan de fortificaciones. Observaremos de paso que las mejores fortificaciones de una isla son las murallas de madera que presenta la vista de una armada. El arte de la navegacion es el mejor medio de defensa de un país de esta especie; pero como los vientos pueden favorecer alguna vez al enemigo é impedir las operaciones de la escuadra destinada á defender la isla, y toda la estension de las costas no puede defenderse simultáneamente con las naves, es necesario fortificar diferentes puntos, principalmente los situados á la embocadura de los rios ó en parajes en que hay puertos de fácil acceso y desembarco. El duque concedia mas inportancia, como militar, al servicio de tierra que al de mar; y como era entusiasta por las fortificaciones, propuso un estenso plan mas adecuado para una frontera continental que para la Gran Bretaña, en cuyo pensamiento dominaban principalmente la falta de discernimiento y economía. Obtuvo sin embargo el duque la aprobacion del primer ministro, que recomendó este proyecto á la del parlamento. La cámara de los comunes apareció dividida en esta cuestion en dos partidos casi iguales, y el presidente con su voto decisivo hizo que se desechara este estravagante proyecto—Año 1786.—La primera parte solo hacia referencia á Portsmouth y Plimouth; pero como el permiso de reforzar y estender las fortificaciones inmediatas á estos arsenales hubiera conducido á un sistema general de fortificaciones, obró prudentemente la cámara oponiéndose á esta proposicion, que fué juzgada desventajosamente.

Los que abogaban por la economía pública tuvieron en esta legislatura la satisfaccion de ver adoptado un plan calculado para impedir una bancarota nacional. Parece al hablar de deuda pública que es muy justo que la generacion contemporánea sea la única que pague las contribuciones impuestas por motivos ordinarios ó estraordinarios, y parece por tanto muy injusto que se obligue á la posteridad á pagar el interés anual de una deuda contraida anteriormente para un desahogo ilusorio de los que no existen. Pero se puede responder que es muy justo que los que deben sucedernos paguen parte de los gastos hechos anteriormente á fin de que el Estado llegue hasta ellos sin alteracion ninguna. Empero este mismo razonamiento se puede presentar de diverso modo. Si tomamos de la posteridad los medios de contribuir á la mejora de lo presente gastando así con anticipacion, esponemos necesariamente esta posteridad á soportar el peso de las deudas provenientes de gastos que pueden haber sido perjudiciales á la nacion, lo cual sin duda ninguna es un mal grave; pero por otra parte, si la posteridad puede arriesgarse á un azar, ¿por qué no se ha de arriesgar tambien á otro? El mayor mal es el aumento enorme y progresivo de la deuda que en una época, mas próxima tal vez de lo que se cree, podrá hacer impracticable el pago de los intereses; pues en cuanto al capital, se puede prever que nunca llegará á cubrirse por completo.

Como tenia derecho el pueblo para esperar que se harian durante la paz algunas tentativas para disminuir la deuda, que escedia de doscientos sesenta y seis millones, fijó Pitt su atencion en este importante objeto. No era nueva la idea de una caja de amortizacion; pero algunas medidas nuevas hicieron notable el proyecto del ministro. Tomó del informe que presentó una junta elegida. Este informe demostraba que las rentas desde San Miguel del año 1784 hasta la misma época del siguiente ascendian á 15.379,180 libras esterlinas, deducidas de las cuales 14.478,180 libras por todos gastos, quedaba un sobrante de 901,000 libras. Reconocia el ministro que los gastos anuales, aun los hechos después de concluida la guerra, superaban considerablemente la suma indicada; pero no dudaba de la pronta reduccion del esceso. Felicitó á la cámara por los grandes recursos que poseia la nacion, puesto que después de una guerra desgraciada y larga podia destinar anualmente una considerable suma á la amortizacion de la deuda pública. Pensaba que bastaria para ello un millon, y que solo tendria necesidad de levantar pequeños impuestos para completar la suma necesaria. Propuso además la formacion de severos reglamentos para impedir que se distrajera la mas mínima parte de este dinero, aplicándolo á otros usos, y pidió que el parlamento encargase la direccion de este plan á personas recomendables por su posicion y carácter.

Objetaron algunos miembros que los fondos en cuestion no debian ser inajenables; pero lo que motivaba estas objeciones era una de las mejores pruebas de la escelencia del plan. Quisieron otros poner en duda la facilidad de obtener el sobrante necesario, y particularmente Sheridan condenó los enormes principios que habia adoptado la junta, como tambien los cálculos mal fundados y las visionarias esperanzas del ministro. El proyecto mereció sin embargo la atencion general.

Un nuevo estatuto perfeccionó la última ley para la mejora del gobierno de Irlanda. Muchos personajes que venian de este país fuéron obligados á declarar bajo juramento el valor de sus propiedades; pero después se desistió de esta diligencia, segun dice Dundas, no por la conviccion de la inoportunidad de tal medida, sino porque produjo un descontento estremado. Para impedir que penetrara en el consejo el espíritu de faccion, se invistió de un poder mas lato al gobernador general, sujetándole al propio tiempo á mayor responsabilidad. Modificáronse algunos artículos relativos á la administracion de policía; pero no se permitió que padeciera alteracion el jurado.

La culpable conducta de Warem Hastings fué objeto bien pronto de una discusion en que se intentaba contra él una acusacion, estendiéndose Burke en probar los escesos del gobernador, y pidiendo que se realizara una severa averiguacion. Hizo veintidos cargos; pero antes de poder usar de sus medios oratorios se concedió permiso al acusado para que leyera su defensa. Concluida que fué, presentó el acusador una proposicion para que accediese la cámara á declarar que la conducta de Hastings en lo relativo á la guerra contra los Rohillas era motivo suficiente de acusacion; manifestó que no habiendo sido provocada la guerra, era injusta por consiguiente, habiéndola seguido muchos actos de refinada crueldad. Rohilcund, país floreciente, que el mismo gobernador llamaba el jardin de la India, habia sido devastado por él sin piedad ninguna. Vituperó Powis la violencia destructiva del nabab y la de su aliado inglés, y aprobó la proposicion; y Grenwille, por su parte, al paso que justificaba la guerra, negó que se hubieran cometido actos de crueldad y devastacion. Burton, á su vez, sostuvo que la guerra habia sido fundada, y pronunció el panegírico de Hastings, cuya humanidad y escesiva *sensibilidad* se aproximaban algunas veces, segun decia, á la *debilidad femenina;* pero Fox, que atribuia la confederacion que con este motivo se habia verificado entre el nabab y el gobernador inglés á un espíritu de cínica rapacidad, reprobó severamente la inhumanidad de ambos. Hubo al fin division en la cámara, resultando en favor de la proposicion solos sesenta votos, y ciento diez y nueve en contra.

La acusacion relativa al trato que se habia dado á Cheit-Ling, rajah de Benarés, quedó decidida en desventaja de Hastings por una mayoría de cuarenta votos.

Sostenia Fox que el gobernador, sin atender á las leyes del honor y á sus formales compromisos, habia estafado descaradamente al rajah considerables sumas, y que á pretesto de falta de adhesion de este príncipe á los ingleses, se habia apoderado violentamente de su persona y despojádole de sus estados. Con sorpresa de la cámara pareció que apoyaba el ministro la acusacion. Sostuvo á la verdad el derecho que asistia al gobernador para reclamar del rajah socorros de hombres y dinero cuando lo exigiese el riesgo en que se encontrara el Estado. El convenio entre Cheit-Sing y la Compañía, añadió, solo podia tener efecto durante la paz, y no escluia las exacciones estraordinarias que se hicieran durante la guerra. La mala voluntad que habia mostrado el rajah para conceder los socorros que se le exigian con razon, justificaba suficientemente á Hastings del castigo que le habia señalado, obligándole á pagar una multa; pero el castigo no debia ser mayor que el delito, y puesto que la cantidad que se le habia exigido era enorme, era deber de la cámara acusar de tiránico y ambicioso al gobernador.



Trajes del tiempo de Jorje III.

Las dos naciones, Francia é Inglaterra, que anteriormente habian estado en guerra, negociaron por algun tiempo un tratado de comercio, que después de haber sido definitivamente arreglado por Eden y Rayneval, quedó firmado por último en Versalles en aquel otoño. No puede negarse que el rey de Inglaterra y sus ministros estaban animados en aquellas circunstancias de los sentimientos mas generosos, cuales eran los de destruir las antiguas enemistades y preocupaciones nacionales, y contribuir al interés recíproco de cada nacion, estableciendo entre ambas relaciones comerciales y cambiando los productos de las artes y manufacturas inglesas con las de un país mas favorecido que el inglés, que les indicaba el camino que debia seguir. Fuéron considerablemente reducidos los exorbitantes derechos que por ambas partes se exigian, y favoreciéndose mútuamente ambas naciones, parecieron vivir en comunidad.

Después de haber reunido el rey nuevamente su parlamento, comunicó el tratado á las dos cámaras para inculcar á sus súbditos la idea que habia concebido de fomentar la industria y dar mayor estension al comercio legítimo de ambas naciones, espresando la esperanza que abrigaba de que este tratado daria mayor ensanche á los beneficios de la paz—Año 1787.—Fox, Francis, los lores Loughborough y Stormont, el obispo de Llaudaff y otros muchos oradores hábiles hicieron algunas objeciones plausibles, pretendiendo que este tratado pondria á los franceses en estado de rivalizar con los obreros y fabricantes ingleses y de perjudicar al comercio británico, tanto en el interior como en el esterior; añadiendo, que las pocas ventajas que resultarian á los ingleses, no equivaldrian á las numerosas utilidades que lograrian los franceses, puesto que la libre entrada que se permitia á sus naves, les ofreceria seguramente ocasiones contínuas para dedicarse al contrabando, dándole mayor estension que nunca, á pesar de la disminucion de derechos. Y en cuanto á la parte política, ninguna confianza podia tenerse en vecinos como los franceses, que no dejarian de sacar partido del tratado para perjudicar á los intereses de Inglaterra, engañar á la nacion, y obligarla á arrepentirse de su credulidad.

Respondieron el primer ministro y sus parciales que el ponderado riesgo de rivalidad era mas bien imaginario que real, puesto que los ingleses estaban mas adelantados en las artes y en la industria, y que la Gran Bretaña reportaria necesariamente mayores utilidades, pues podia procurarse una salida para sus mercancías entre veinticuatro millones de habitantes, mientras que la Francia solo adquiriria á lo sumo unos nueve millones de compradores; que esta medida contribuiria poderosamente á disminuir el número de fraudes; y que no se podia concebir razonablemente un espíritu de suspicacia tal, que llegara á suponer que una relacion comercial con una nacion estranjera pudiese esponer á la Inglaterra á ser víctima de un enemigo, por muy artificioso y pérfido que fuera.

Adoptaron ambas cámaras resoluciones favorables al tratado, y se insertaron las estipulaciones en una ley que abrazaba un plan para la consolidacion de las aduanas, de los derechos de entrada y de sellos, como asimismo para la reunion de una porcion de impuestos establecidos en diferentes épocas y de diversas maneras, entre los cuales reinaba una confusion tal, que resultaban á los comerciantes una infinidad de estorbos y una considerable pérdida de tiempo. Aprobó Burke sinceramente este proyecto; pero no era ni muy justo ni muy conveniente reunir una medida que casi todos los miembros aprobaban, á otra que era desaprobada por una inmensa mayoría, puesto que la libertad de decision padecia alteracion de esta manera.

Volvió á proseguir el proceso investigatorio, en el que desplegó Sheridan una elocuencia y habilidad que le adquirió prontamente una gran reputacion. Pronunció un discurso de estraordinaria estension en apoyo de la acusacion que imputaba á Hastings el crímen de opresion de los *Begums* ó princesas de Dude. Sostuvo que aquella acusacion comprendia casi todos los géneros de ofensa de que podia hacerse culpable un hombre, como una insaciable codicia, meditada perfidia, la mas injusta tiranía y la mas atroz crueldad.

Habíase alegado anteriormente que los tesoros de Begums pertenecian al estado. Reconocia Sheridan que parte de lo que habia encerrado en el Zenama ó Harem en Fyzabad, podia considerarse del mismo modo; pero sostenia que tan luego como fué abandonado el dinero que con este motivo habia reclamado Asof-Ul-Douladh, el resto habia pasado á ser una propiedad particular, como se habia reconocido en el convenio verificado entre el nabab y su madre, y garantizado por la Compañía. Los *Saquirs* ó tierras señaladas estaban aseguradas igualmente en el mismo tratado; pero despreciando lo estipulado, habia animado el gobernador al hijo para que despojase á su madre, á fin de que pudieran participar los ingleses de los despojos. Habíase pretendido que los Begums habian firmado proyectos hostiles contra la Compañía, incitando á muchos Zemindars ó señores feudales á sacudir el yugo de la Gran Bretaña; pero estas aserciones estaban mal fundadas, y no habia ciertamente en la defensa de Hastings sombra de verdad. Este habia concertado en Chunar con el nabab subalterno un tratado odioso, en que se comprendia entre otras muchas estipulaciones el apoderarse de los Jaquires, acto que no tenia justificacion ninguna, y que se llevó á cabo con inhumanidad y rigor. Estendióse Sheridan sobre estos crímenes y otros semejantes con un calor y entusiasmo que electrizaron á la cámara hasta el punto que muchos de los que habian conservado hasta entonces una opinion favorable á Hastings, fuéron inducidos

por la elocuencia de Sheridan á votar á favor de la acusacion. El gobernador fué defendido por el mayor Scott, y censurado severamente por Pitt, declarándose por la acusacion una mayoría de ciento siete votos.

El artículo siguiente se referia al trato dado al nabab de Jarruck-Abad, á quien Asof-Ul-Dowlah habia oprimido de diferentes maneras, después de corromper al gobernador hasta el estremo de inducirle á tolerar su conducta. Esta acusacion fué sancionada por la cámara, así como lo fuéron las que concernian á la estravagancia y profusion de Hastings, y á su perfidia é injusticia con Jizoula Khan, jefe de los Rohillas, y su facilidad inescusable en aceptar dones numerosos y exorbitantes, su mala administracion y su conducta opresora con los Zemindars.

El informe que se presentó después de examinadas enteramente estas piezas, produjo muy luego un gran debate. Rehusó lord Hood entablar un acta de acusacion contra un hombre que habia sido el salvador de la India, y cuyos servicios eran muy superiores á los delitos que se le imputaban. Estaba Wilkes convencido de que todas estas acusaciones descansaban en fundamentos muy débiles, y el lord abogado de Escocia, Elay Campbell, aconsejó á la cámara que obrase en estas circunstancias como un gran jurado, y que no entablara acusacion ninguna ínterin no tuviera motivos mas poderosos que los que hasta entonces se alegaban. Votados separadamente estos artículos, se resolvió el 10 de mayo que se acusara á Hastings de malversacion y de alta traicion.

Llamaron tambien la atencion de la cámara los negocios relativos á los criminales de órden inferior. El célebre navegante Cook habia hecho una descripcion ventajosa de Botany-Bay, situada en la Nueva Galles, que hace parte de la Nueva Holanda. Con aquellos datos imaginó el ministerio, que en lugar de dispersar los criminales deportados por las costas de Africa y América, seria mas ventajoso formar una colonia distinta y separada, que se compondria de todos los presos de la Gran Bretaña; de este modo habia sido fundada antiguamente Roma por algunos aventureros fugitivos, que lograron aumentar su poblacion reuniendo en su ciudad la hez de los pueblos inmediatos. Creian los ingleses que los criminales enviados á la Nueva Galles perderian por grados sus disolutas costumbres, y que este establecimiento podria ser en lo sucesivo una dependencia útil á la patria. Bien se preveia que los gastos que exigia esta empresa serian muy considerables en los primeros años; pero no se creia que lo fuesen hasta el punto de perjudicar á los intereses de Inglaterra. Luego que fué meditado este plan, se propuso un reglamento para la organizacion de la colonia, y el gobernador Philip, revestido de todos los poderes y de la escesiva autoridad que necesitaba, fué encargado de conducir á este país cierto número de personas de ambos sexos, acusadas y convictas de varios crímenes.

Discutiéronse asimismo las reclamaciones del heredero de la corona, y las diferentes peticiones y demandas de los protestantes disidentes. Habíase visto obligado el príncipe real después de una larga série de ligerezas y prodigalidades á reformar su casa, y los comunes le señalaron una suma de ciento sesenta mil libras con intencion de socorrerlo y libertarlo del ahogo en que se hallaba. El rey por su parte consintió en añadir diez mil libras anuales á las cincuenta mil que tenia ya su hijo.

Los disidentes que deseaban obtener empleos en el gobierno, pedian la revocacion de ciertas cláusulas del acta relativa al juramento de la prueba, como tambien de las que trataban de la pureza de las corporaciones; pero la cámara opinaba que estos sectarios no debian tener derecho ninguno al poder ni á los empleos del gobierno, á no ser que se sometieran á las justas condiciones anejas á la concesion hecha; así es que se desechó la peticion por una mayoría de setenta y ocho votos.

En esta legislatura dieron su primer informe los comisarios que habian sido encargados para «examinar el estado y situacion de los bosques, tierras y rentas territoriales de la corona, y para vender ó enajenar los censos y demás rentas no susceptibles de mejora.» Contenia este informe un estado de todas las tierras de Inglaterra y del país de Galles que poseia la corona, y presentaba la renta anual en la época de la última legislatura, al renovarse los arriendos. Además de las minas y otras propiedades de valor incierto, producian los especificados bienes 102,626 libras anuales, sin contar muchos que eran muy susceptibles de mejora. Otro segundo informe fué presentado en la siguientes legislatura, y sucesivamente hasta otros quince, sin que sirvieran para corregir los graves abusos introducidos en la administracion de las propiedades anunciadas, ni para disminuir ninguna de las cargas que pesaban sobre el pueblo por causa de los gastos afectos al gobierno civil.

La venta de aquellos bienes habria producido sin duda alguna una considerable suma que hubiera sido muy útil para la nacion.

Poco tiempo después de prorogado el parlamento fué juzgado lord Jorge Gordon por dos libelos, uno de los cuales atacaba á la reina de Francia y al embajador francés, y el otro desacreditaba el nuevo sistema de deportacion. Cuando fué condenado huyó; pero fué preso y encerrado en Newgate, donde pasó el resto de su vida, porque nadie se quiso ofrecer por fianza de un hombre de su índole, cuando espiró el tiempo de su prision.

Al terminar las sesiones espresó el rey el pesar que le causaba la discordia que reinaba en las Provincias Unidas. Después de la paz de 1783, los franceses habian renovado, ó continuado por mejor decir, las intrigas que animaban contra el Estatuder al partido republicano de Holanda, mientras que Inglaterra se esforzaba con todo su poder en favor de este príncipe. Los esfuerzos de ambos partidos llegaron á inspirar temores de que resultaron consecuencias funestas. Declamaban los republicanos contra los pretendidos derechos y contra las prerogativas del príncipe de Orange, á quien acusaban de aspirar á un grado de poder incompatible con la constitucion de la república, y vieron coronadas sus esperanzas con un éxito tal, que los partidarios del príncipe llegaron á temer la ruina total de su poder.

Sir James Harris, embajador de Inglaterra, se esforzó entonces por despertar en él la energía necesaria, ofreciéndole que los ingleses defenderian sus derechos. La princesa, muger de un carácter superior, se trasladó al Haya para animar á los partidarios del Estatuder su esposo, á que defendieran sus intereses; pero fué detenida, como lo deseaba, por una partida de gente armada que obraba bajo las órdenes de la junta dictatorial de los estados de Holanda.

El príncipe que á la sazon reinaba en Prusia, era sobrino del monarca que por tanto tiempo habia sido aliado de los ingleses. El gran Federico habia terminado su carrera en el año 1786. El nuevo rey no poseia la habilidad ni la energía que tan notable habian hecho el carácter de su predecesor; pero no estaba falto de valor ni juicio, y conocia la necesidad de impedir que se estableciera en Holanda la influencia francesa. Pidió por tanto una reparacion por el insulto hecho á su hermana la princesa de Orange; pero los republicanos, que contaban con el apoyo de Francia, rehusaron dársela.

El monarca francés, cuyas rentas estaban en un estado lastimoso, habia olvidado el cumplimiento de la promesa que habia hecho á los partidarios del Estatuder. Pero informada la corte británica oficialmente de que Francia intentaba hacer un esfuerzo en favor de los que sostenia tanto tiempo hacia por medio de sus intrigas, mandó aumentar el ejército y la escuadra, y hasta tomó á sueldo un considerable cuerpo de mercenarios del Hesse. El rey de Prusia por su parte, animado por la lentitud de Francia, mandó á sus tropas que pe-

netraran en Holanda, y restituyesen al príncipe sus derechos.

Viendo el duque de Brunswick que el partido republicano habia sido abandonado por Luis, avanzó á la cabeza de un ejército de prusianos, y tomó fácilmente posesion de Utrecht y de otras muchas ciudades considerables, esparciendo el terror en las provincias. Como su principal objeto era el apoderarse de Amsterdam, se dispuso á sitiarla, no pareciéndole gran obstáculo el de una inundacion parcial del territorio adyacente. El senado y los ciudadanos, á pesar de su terror, no se sometieron inmediatamente, y formaron una línea de defensa que presentaba al primer aspecto una apariencia formidable.

El duque, por medio de una acometida general al frente de la ciudad, y atacando otros muchos puestos, distrajo la atencion del enemigo y avanzó rápidamente al asedio. El 1.º de octubre dieron sus tropas once asaltos sin esperimentar mucha pérdida, logrando vencer toda clase de resistencia. Realizóse una capitulacion, por la cual diez y siete personas que se habian acarreado el ódio de la princesa fueron declaradas indignas de emplearse en el servicio de la república. El Estatuder fué autorizado para introducir un nuevo método de administracion provincial y exigir nuevo juramento en pró de sus derechos é intereses. En el siguiente año los estados generales, sugeridos por el príncipe, ajustaron tratados de alianza con la Gran Bretaña y Prusia, y esta potencia formó un tratado semejante con la corte de Inglaterra.

Interin el rey ayudaba al príncipe de Orange á recuperar su anterior preponderancia y hasta á estenderla mas allá de los límites ordinarios de una constitucion republicana democrática, sus súbditos de la América Septentrional se ocupaban igualmente de consolidar su república dando vigor al poder ejecutivo. Temiendo los mas previsores de la nacion que cuando las provincias no estuvieran ya unidas por los peligros de la guerra dejarian de estar acordes, propusieron una nueva constitucion, que disminuyendo la independencia de cada una de ellas, impediria la division y daria fuerza al cuerpo de la confederacion para la seguridad general. Este plan, trazado con destreza, fué favorecido abiertamente por Washington, viniendo á ser bien pronto por su influencia una ley efectiva. El general republicano fué colocado á la cabeza de la Union bajo el título de presidente de los Estados-Unidos, dirigió con moderacion y firmeza las deliberaciones de las dos asambleas que componian el congreso, y administró los negocios de la nacion con dignidad y sabiduría.

CAPITULO LXIX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año de 1787 hasta el de 1789.)

La mayoría de la nacion aprobó el apoyo que tan oportunamente habia prestado Pitt al poder del príncipe de Orange, y que solo por unos pocos fué considerado como arbitrario é imposible de ser justificado. El rey manifestó el placer que esperimentaba de que las provincias, libertadas por fin de la opresion, hubieran conseguido el restablecimiento de su legítimo gobierno, y añadió que en virtud de una esplicacion amistosa entre él y S. M. Cristianísima no pasarian del número estipulado los buques de sus respectivos reinos. Votáronse los mensajes por unanimidad, habiendo aprobado el mismo Fox semejante conducta de la corte.

Algunas promociones hechas en la marina en los postreros preparativos habian disgustado á muchos de los verdaderos partidarios del servicio marítimo, por cuanto oficiales de un mérito distinguido, que todavia no tenian la edad suficiente para retirarse, habian sido postergados á otros muchos mas jóvenes. Presentóse esta cuestion á las dos cámaras; mas la mayoría rehusó insertar en el mensaje á S. M. nada referente á tal medida, y ni aun quiso censurarla—Año 1788.

Levantóse una oposicion violenta contra un proyecto presentado por Pitt declarando sencillamente el objeto de una medida anterior, cuyo proyecto fué considerado por los oradores antiministeriales bajo un punto de vista diferente. Cuando se habia podido suponer que las disensiones de Holanda conducirian á una ruptura con Francia, los comisarios encargados de vigilar por los intereses de la Compañia de Indias, habian tomado la resolucion, de acuerdo con los directores, de enviar un cuerpo de tropas á defender los territorios británicos en aquella parte del mundo; mas no bien se disipó la alarma, cuando desistió la Compañía, á pesar de la determinacion que todavía abrigaba el ministerio de reforzar el ejército de las Indias Orientales. Pitt declaró que todos los poderes de que habian gozado los directores antes de la ley de 1784, habiendo sido dados por esta al consejo de intervencion, cuyas órdenes bastaban por consecuencia para autorizar el plan actual de aumentar la fuerza militar y los recursos necesarios al efecto, los que se cargarian á las rentas de la Compañía. Algunos célebres abogados difirieron de opinion en este punto, y el ministro formó un proyecto para cortar toda especie de duda.

En la barra hubo alguna oposicion de parte del consejo, que declaró que aquel proyecto tendia á anular los derechos de que no podia decirse con fundamento haber sido privada la Compañía por ninguna parte de dicha ley. Muchos miembros hicieron un paralelo del plan de Fox con el de Pitt, siendo tachado el de este como propenso á destruir insidiosamente el efecto producido por el de aquel de una manera tan atrevida y vigorosa. El ministro accedió á restringir en algunos puntos el poder y la influencia de los comisarios, siendo por fin aprobado el proyecto tras de largos y violentos debates.

Es mas sorprendente el encontrar en un siglo ilustrado individuos dispuestos á abogar por el tráfico de esclavos, que el ver á una gran parte de la nacion desear la abolicion de un comercio tan deshonroso para la humanidad. Ya habian sido presentadas diferentes peticiones contra tan afrentoso comercio, habiendo sido nombrada una comision del consejo privado para examinar esta cuestion. Wilberforce, miembro por el condado de York, fué á quien segun el rumor público pareció deber ser confiada por el parlamento la direccion del asunto; mas el ministro y él juzgaron oportuno diferir el exámen, y en el ínterin aprobaron las cámaras una medida en beneficio de los negros, á fin de que en lo sucesivo no fueran hacinados como hasta entonces en su traslacion del Africa al lugar de su esclavitud.

No se habia celebrado hasta el presente un tratado regular de comercio entre la Gran Bretaña y la república americana. Este asunto todavía fué diferido; mas un proyecto de reglamento adicional que no estaba en contradiccion con el acta de navegacion, fué preparado por Grenwille y adoptado por ambas cámaras, adoptándose además otro para fomentar los socorros pecuniarios á los realistas americanos.

Tratóse igualmente de la pesquisa relativa á la culpabilidad de Hastings. Cuando se abrió el tribunal en Westminster-Hall, Burke satisfizo la espectacion impaciente de sus oyentes con cuatro discursos brillantes. En el primero procuró trazar y justificar la marcha seguida por la cámara de los comunes; apoyó y desenvolvió la acusacion general, y se estendió sobre la necesidad particular de aplicarse á examinar la conducta de un delincuente que era el primero en categoría y autoridad, y se convirtió en jefe de un cuerpo organizado, que bajo su influencia habia cometido en la India toda clase de peculado y tiranía. Reconocia la dificultad de proporcionar el cúmulo completo de pruebas juzgadas necesarias por algunos; pero confiaba en que los testimonios y datos que se aducirian bastarian para

convencer á cualquiera, desnudo de preocupacion, de la atroz culpabilidad del procesado, que habia destruido toda prueba escrita y todo recurso á testimonios palpables: conducta que no podia favorecerle ni librarle de las manos de la justicia. El orador trazó un compendio de las facultades sucesivamente concedidas á la Compañía desde el tiempo de la reina Isabel; de sus progresos desde la época en que no disfrutaba mas que de las ventajas comerciales hasta la en que habia adquirido toda su preponderancia é imperio; de la rapacidad y mal comportamiento de sus empleados, y del predominio que la injusticia y opresion habian llegado á lograr bajo el nombre y la autoridad de esta misma Compañía. Habló de la historia primitiva del país, de las costumbres y usos de los Gentoos y Muslems, y sostuvo que tenian un derecho natural é imprescriptible á un gobierno justo y moderado, que ni aun los descendientes de Timour (1), tártaro inhumano, habian osado violar con la sistemática iniquidad del gobernador inglés.

En el segundo discurso el orador repitió la historia de la India, detallando con precision y energía las consecuencias del triunfo de lord Clive, las usurpaciones de los empleados de la Compañía en los derechos de los príncipes naturales, y los diferentes abusos de poder.

El tercer discurso confirmaba con escandalosos ejemplos la codicia criminal de Hastings, quien á pretesto de dar una cuenta exacta de las tierras de los Zemindars, las habia puesto á pública subasta, degradando á los propietarios hasta el estremo de no ser mas que meros colonos del gobierno y de despojarlos sin empacho ni remordimientos. El orador añadió que el acusado habia vendido los empleos judiciarios, las sucesiones, las tutelas y otros cargos de confianza; que habia abolido seis consejos provinciales de justicia y de rentas públicas, sustituyéndolos con un nuevo consejo compuesto de sus propias hechuras y dirigido principalmente por Gunga-Govind-Sing, el mas infame de los malvados. Después de decicir una cuestion á favor de un infante rajah mediante un regalo considerable, habia confiado á este príncipe á la custodia de Debi-Sng, retablo de crueldad y de vicios, permitiendo que este percibiera las rentas y tiranizara á los habitantes del principado.

En el cuarto discurso volvió al crímen de peculado, y sostuvo con habilidad la acusacion general de mala administracion.

El cargo relativo á Benares dió ocasion á Fox para ejercitar su capacidad, y Grey desplegó igualmente en estas circunstancias una elocuencia naciente. Oidas todas las deposiciones, tanto orales como escritas, Anstruther habló de la manera mas juiciosa sobre el punto principal de la acusacion. Adam defendió la causa de los Regums contra su tirano, y Sheridan en tres discursos, acreedores á ser admirados, probó hasta la evidencia la culpabilidad del gobernador.

Sir Gilbert Elliot invitó vivamente á los comunes á entablar una acusacion de seis cargos contra sir Elijah-Impey, refiriéndose el principal de ellos á Runducomar, quien por haber ofendido á Hastings con la amenaza de descubrir sus malversaciones, habia sido juzgado como falsario, condenado por Impy, y ahorcado en Calcuta. La cámara, después de escuchar la defensa del juez, declaró que la ley era aplicable al caso del infortunado rajah, siendo en consecuencia desestimada la acusacion así como otros muchos artículos.

Fijábase á la sazon la atencion general en el desórden creciente de los asuntos de Francia y en la guerra de los rusos y austriacos contra los turcos; y durante el otoño vino á escitar la alarma general un motivo de interés mas íntimo.

La familia real habia pasado algunas semanas en Cheltenham, donde S. M. tomó las aguas minerales. Allí anunciaron algunos síntomas un trastorno en la parte moral del rey, mas se fijó poco la atencion en tal cosa. A su regreso á Windsor y á Kew manifestóse su demencia de una manera mas clara, averiguándose que estaba indispuesto sériamente. Al poco tiempo cesaron las inquietudes por su vida, aunque se adquirió la triste certeza de que se hallaba atacada peligrosamente su cabeza. En vano se esforzaron por buscar la causa del mal: unos supusieron que el monarca habia vivido siempre con demasiada sobriedad para el gran ejercicio cotidiano que hacia, y que esto debilitando su constitucion habia podido desorganizar sus facultades morales: otros, afectando mas sagacidad y penetracion, se empeñaron en atribuir aquella enajenacion mental á causas diferentes, citando en apoyo de sus opiniones diversas especies y argumentos.

El ministro se alarmó de un suceso que sin duda iba á exigir el nombramiento de un regente: bien sabia que no se podia oponer, sin esponerse á la nota de odioso, á los derechos que el príncipe de Galles tenia á tal título; y como estaba lejos de poseer el favor de S. A. R., temia que su ambicioso rival se aprovechara de aquella coyuntura para removerle. A pretesto de decoro y del bien parecer, así como de la necesidad de una madura deliberacion, resolvió retardar lo que no podia impedir, para reducir, en cuanto su influencia le permitiera, el poder del regente futuro.

La cuestion que naturalmente se suscita por causa de la enfermedad mental del rey, es de fácil solucion segun los principios constitucionales. Como el parlamento está compuesto de tres partes, una de las cuales no puede crear leyes sin consentimiento de las otras dos, es fácil que se origine en apariencia alguna dificultad para ciertos observadores arrastrados á creer que la incapacidad momentánea de uno de los tres brazos del parlamento debe viciar todas las medidas adoptadas en tal época. Al rey, pueden ellos decir, no le es dado formar leyes sin los pares ni comunes, así como ni á los pares sin el rey y los comunes, ni la cámara baja sin el rey y la cámara alta. Pueden suplirse, añadirán, en una asamblea las plazas vacantes con nuevas creaciones por una parte y con nuevas elecciones por otra; ¿qué marcha debe adoptarse cuando el rey se halla imposibilitado para obrar? Nosotros responderemos que las cámaras pueden, siempre que lo exija una necesidad urgente, apropiarse el poder supremo y ejercerlo hasta que hayan designado un regente para desempeñar la autoridad ejecutiva y concurrir á los actos legislativos. Esta manera de proceder es mas conforme al espíritu de la constitucion que reconocer ciegamente el derecho supuesto que el heredero aparente ó presunto tiene para apropiarse la regencia. El heredero del trono no es mas que un mero súbdito, y las cámaras no estan obligadas á hacer la eleccion en él, aunque por lo regular sea oportuno preferirle á cualquier otro. Las cámaras sin embargo parece que estralimitan sus facultades al coartar el poder de un regente, y que al usurpar el poder ejecutivo van mas allá de los límites de la necesidad que les confiere el derecho de nombrar un regente.

Como Fox habia declarado que el príncipe de Galles tenia un derecho esclusivo á la regencia, y que los pares y comunes, lejos de tener libertad alguna de eleccion, debian adjudicar sin vacilar tal título al príncipe, Pitt, que habia negado este derecho en los términos mas fuertes, sometió el 16 de diciembre esta cuestion abstracta al exámen del parlamento. Citó muchos hechos históricos para probar que las cámaras tenian la facultad de elegir, y propuso una resolucion para declarar que por derecho y deber tocaba á las asambleas «escogitar los medios de suplir la falta del ejercicio personal de la autoridad real, falta proveniente de una indisposicion de S. M., y que ellas debian obrar en tales circunstancias segun la necesidad.»

Replicó Fox que ninguno de los hechos que se aca-

(1) Tamerlan.

baban de citar hacia referencia al caso de la mayoría ó de la edad madura de alguno de los anteriores príncipes de Galles, y sostuvo vigorosamente sus primeras aserciones. La mocion no obstante fué adoptada por una mayoría de sesenta y cuatro votos, declarándose por otra resolucion que era necesario que las dos cámaras decidieran sobre los medios por que podia darse el asentimiento real al parlamento en un proyecto relativo al ejercicio de los poderes y de la autoridad de la corona á nombre y por parte del rey. Lord North y Burke tacharon de ilegal tal proyecto, censurando fuertemente el uso que se proponian hacer del gran sello unos ministros que ninguna autoridad tenian para tan estraordinarias medidas.

La cámara de los pares opúsose vivamente á las resoluciones, y los amigos del príncipe recomendaron un mensaje para invitarle á apoderarse de la regencia; pero semejante proposicion fué desechada por una mayoría de treinta y tres votos—Año 1789.—Habiendo significado los pares que ellos procederian de acuerdo con los comunes, Pitt formó un plan de restriccion con gran descontento de Fox y sus partidarios. Acordóse que el príncipe fuera regente, pero que no le seria permitido otorgar pensiones ó empleos vitalicios; que no podria conferir la pairía mas que á los hijos del rey, y que la reina, asesorada por un consejo, administraria la casa real, nombraria ó destituiria los empleados de este departamento, y correria con la custodia de la persona real.

Tales restricciones fuéron defendidas especiosamente por el lord presidente Cambden y por Grenwille, que habia reemplazado á Cornwall en la presidencia de la cámara de los comunes; pero Fox y otros miembros las condenaron como odiosas en su objeto y por su tendencia perniciosa. Sancionadas por ambas cámaras, el príncipe, si bien descontento de un plan que prometia acarrear la discordia é ineficacia, accedió á tomar la regencia. Con mas consideracion fué tratado por el parlamento de Irlanda, el cual votó un mensaje suplicándole que gobernara este reino á nombre de su padre, y con todos los poderes, jurisdicciones y prerogativas pertenecientes á la corona.

El gran sello fué entregado entonces á un comisario para la apertura del parlamento británico, habiendo resultado violentos debates en la marcha del proyecto relativo á la cuestion de regencia. Los partidarios de tal proyecto prolongaron la discusion con la esperanza de que el rey recuperaria en el ínterin las facultades de su alma. Los jefes de la oposicion deseaban apresurar el término; pero al proponer un nuevo exámen sobre el estado de la salud del rey, entorpecieron sus propios designios, habiéndose retardado el curso del proyecto tan largo tiempo, que mientras se hallaba todavía suspenso en la cámara de los pares, se restableció el rey, y su convalecencia fué anunciada por el canciller, el cual, á consecuencia de tan feliz perspectiva, propuso un aplazamiento. La cámara de los pares accedió á esta idea, y al fin se publicó que S. M. se hallaba en estado de reasumir sus funciones.

Los jefes de la oposicion aparentaban participar del regocijo general que se apoderó de toda la nacion; pero semejante satisfaccion no era tan sincera como la que manifestaba la mayoría de cada cámara. Por la exageracion que se notó en los discursos de algunos miembros de la oposicion, conocióse que bajo la apariencia del júbilo estaban ocultas la mortificacion y el descontento.

Después del restablecimiento del rey no se distinguieron las sesiones ni por un debate interesante, ni por ley alguna notable. Prorogado el parlamento, S. M. dió á entender, que aunque hasta entonces no hubiera logrado restablecer la tranquilidad general de Europa por la intervencion de las tres potencias aliadas, Bretaña, Prusia y las provincias Unidas, se habia reducido sin embargo el círculo de las hostilidades, y la situacion de los negocios seguia prometiendo el goce no interrumpido de los beneficios de la paz.

Irritado el rey de Suecia al año siguiente de las intrigas de que los emisarios de Rusia echaban mano entre sus súbditos, envidioso del engrandecimiento de la Czarina, y deseoso de recuperar algo del territorio que en otro tiempo habia pertenecido á su reino, emprendió una guerra contra la emperatriz. En vano se esforzó por inducir á los daneses á una alianza: estos se comprometieron por un tratado á auxiliar á los rusos siempre que fueran atacados por los suecos. Alentado sin embargo por un socorro que le concedieron los turcos, concibió la esperanza de obtener la proteccion de la Gran Bretaña.

Las tres potencias aliadas ofrecieron su mediacion entre las cortes de Petersburgo y Stokolmo; pero fué desechada por Catalina. Ellas entonces combinaron sus esfuerzos en términos de intimidar al príncipe de Dinamarca, que gobernaba por su padre, persona incapaz de reinar. En esta ocasion el embajador británico Elliot obró con mucha energía, amenazándolos con atacarlos si persistian en sus hostilidades contra los suecos. El príncipe al pronto despreció esta interposicion; pero al fin prometió guardar neutralidad por consejo de la Czarina.



Estátua de Witt (1).

En el intervalo de paz que siguió á la organizacion de la independencia americana, púsose tan floreciente la nacion británica en cuanto á las artes y comercio, que apenas se hicieron sentir las pesadas cargas, resultado inevitable de una guerra temeraria, ó fuéron mucho menos perjudiciales que lo que se habian complacido en predecir los ánimos dispuestos á vaticinar desgracias. El comercio con los Estados-Unidos acrecia la renta nacional, sin aumentar las cargas de proteccion ó de defensa. El proyecto relativo á la reduccion de la deuda pública contribuia á sostener el crédito de los fondos, y ofrecia una perspectiva favorable á los que mas dis-

(1) Se halla en la plaza de Hannover, en Londres.

puestos se hallaban á concebir brillantes esperanzas. A la par del renacimiento de la prosperidad nacional consolidábase y se hacia mas manifiesto cada dia el bienestar particular. El espíritu de partido iba perdiendo poco á poco su fuerza y malignidad, sintiéndose todos mas dispuestos á gozar con mas abandono de los placeres de la vida social. Tal era en general la venturosa situacion de la Gran Bretaña, cuando se anunciaron en una nacion vecina los síntomas de una conmocion terrible, síntomas que si bien no amenazaban á aquel país con un peligro inminente, ni eran contemplados todavía con temor por el pueblo, despertaron al menos la atencion y la inquietud del gabinete británico.

CAPITULO LXX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1789 hasta el de 1792.)

Solo lenta y gradualmente se hicieron sentir los importantes efectos de la libertad de pensar, que despues de originar la reforma de la religion se estendieron sucesivamente á todo y contribuyeron á la mejora de los gobiernos. No debia esperarse que en los países dominados por la religion católica cediera fácilmente el despotismo, y aun en los pueblos regidos por las ideas de la reforma mantenian todavía con tenacidad los soberanos sus figurados derechos y acostumbradas prerogativas. Citaremos por ejemplo á la reina Isabel; que estaba dispuesta á tiranizar la Iglesia y el Estado; pero en su reinado fuéron favorables á la causa de la libertad los clamores y esfuerzos de los puritanos. Sin embargo, las convulsiones que tan funestas fuéron para Carlos I, entorpecieron los primeros pasos de dicha libertad, conduciéndola á una república arbitraria. Carlos II y su hermano hubieran de seguro acabado de destruir todo resto de libertad, si su poder hubiera correspondido á sus deseos; pero su mal sistema dió lugar muy pronto á la memorable revolucion cuyos buenos efectos esperimentamos todavía. Desde entonces se comprendió realmente el verdadero espíritu de la libertad; pues bajo Cromwell no lo habia sido mas que imperfectamente. La conducta de la nacion británica fué por lo tanto un ejemplo que contribuyó á abrir poco á poco los ojos de las otras naciones; mas el despotismo habia echado profundas raices para que fuera fácil arrancarlas, y la esclavitud, su inevitable consecuencia, debia subsistir todavía largo tiempo.

Es de estrañar que en medio de las luces que distinguieron el siglo de Luis XIV, príncipe que favoreció las miras arbitrarias de Carlos y Jacobo, aunque no pudo impedir la revolucion, no se hubiera desarrollado el pensamiento, la penetracion y el espíritu de observacion con mas fuerza que la que hasta entonces habian tenido en Francia. Estos progresos habian sido traidos por el tiempo, principiándose á ver en toda su estension los numerosos abusos del gobierno; mas el vigor y la política de Luis XIV supieron reprimir las consecuencias del descontento, y sofocar las quejas del patriotismo. En el reinado siguiente la voz de la libertad se dejó oir algunas veces, principalmente en las demostraciones del parlamento, y la tiranía tomó un aspecto menos severo, dejándose sentir con menos violencia. Despues de la paz de Aquisgran, y mas claramente todavía despues de la de París, los gobernantes de Francia y otros estados de Europa manifestaron mas interés por la prosperidad pública y mas propension á suavizar los rigores del gobierno.

En medio de estos preludios de mejora, que tendian á satisfacer las miras de los filósofos y filántropos, estalló la guerra de América, complicándose la corte de Versalles en tal contienda sin prever sus consecuencias. Obrando los franceses como auxiliares en la causa de la libertad, concibieron por primera vez la esperanza de que el monarca que accedia á que ellos se consagrasen á tal causa, accederia igualmente á hacer participantes á sus súbditos del beneficio de aquella misma libertad, y así á su regreso de las colonias propagaron con celo y entusiasmo ideas nuevas y principios y planes de reforma política. Luis XVI y sus ministros hallábanse envueltos en esta época en los mayores embarazos. De tal modo se habia agotado el tesoro y acrecido con la guerra la deuda pública, que se temia una bancarota nacional. Luis, que en aquel momento de crisis tenia la mayor necesidad de consejos saludables, reunió en su corte la asamblea de los *Notables* (1), que se componia de hombres de rango distinguido y de carácter respetable; pero fuéron de poca utilidad sus consejos. El rey de propia autoridad creó nuevos impuestos, y en virtud de la negativa del parlamento de París á confirmarlos, desterró á Champagne los miembros poco dispuestos á satisfacer sus deseos. Como el pueblo favorecia al parlamento, el monarca templó algo tal severidad; mas no tardó en arrogarse de nuevo un tono arbitrario, habiéndose prolongado una disputa hasta que prometió convocar los *Estados-Generales*, costumbre que estaba interrumpida desde el reinado de Luis XIII (2).

Habiendo permitido la corte que los representantes del pueblo aumentasen su número hasta seiscientos, de manera que se igualase al de la nobleza y el clero, principiaron á resentirse las dos clases superiores de la preponderancia del *tercer estado* (3), temiendo con razon que algunos individuos pertenecientes á los dos primeros estados apoyarian á los comunes. El primer objeto que se propuso el partido popular fué la consolidacion de los tres órdenes; pero las clases privilegiadas rehusaron acceder á ello. Los comunes, sin atender á esta oposicion, tomaron el título de *Asamblea nacional*, declarando que, estando ya reunidos mas de noventa y seis diputados reconocidos por cada ciento, tenian derecho para emprender la gran obra de la reforma, cooperasen ó no á ella los individuos del clero y de la nobleza.

Muchos individuos del clero, asustados de las amenazas del populacho, y ganados otros por los jefes del tercer estado, obtuvieron una mayoría en favor de la reunion; y aun cuando la nobleza continuaba manifestando alguna repugnancia hácia tal reunion, acabó por ceder á la influencia de una clase que imponia al mismo soberano, y consintió en unirse á los comunes.

En esta época puede fijarse el principio de la re-

(1) Calonne, que queria estender el impuesto proyectado para llenar las arcas vacías, imaginó reunir á los privilegiados en una asamblea denominada de *Notables*, para presentarles sus planes y arrancarles la aprobacion por medio de la destreza ó de la conviccion. Una asamblea que se abrió el 22 de febrero de 1787, estaba compuesta de grandes, elegidos entre la nobleza, el clero y la magistratura, de una multitud de individuos de tribunales, y de algunos magistrados de las provincias. Por medio de esta combinacion y con la cooperacion de los grandes señores populares y de los filósofos que se habia tenido cuidado de introducir en la asamblea, se vanaglorió Calonne de conseguir todo lo que quisiera. (THIERS, *Revolucion francesa*, tomo 1.º)

(2) El rey en persona presentó el edicto en que se decretaba la creacion de un empréstito sucesivo, y la convocacion de los Estados Generales por cinco años. Como no se habia declarado cuál era el carácter de aquella convocacion, levantóse el duque de Orleans y preguntó al rey si aquella reunion era un tribunal ó una discusion libre. «Es una reunion régia,» respondió el rey. Fretian, Sabatier y Despremenil tomaron la palabra y declamaron violentamente.

Los tres consejeros fuéron desterrados á las islas del Hieres, y el duque de Orleans á Villeres-Coterets. Los Estados Generales quedaron aplazados para de allí á cinco años. (THIERS, *Revolucion francesa*, tomo 1.º)

(3) La asamblea de los Notables se habia declarado en contra de lo que llamaban duplicacion del tercer estado; pero la corte mandó que el número de los individuos del tercer estado fuese igual al de los dos primeros órdenes reunidos. (THIERS, tomo 1.º)

volucion francesa: el partido democrático habia adquirido en aquella fecha un ascendiente estraordinario, y se esperaban de la pretendida reforma las mas importantes innovaciones. Tuvieron entonces los franceses ocasion favorable para remediar los abusos y desaciertos de su gobierno, y establecer una monarquía templada, modelada por la de la Gran Bretaña, y superior bajo ciertos aspectos al tan ensalzado gobierno inglés; pero los franceses no se mostraban dispuestos á dejarse guiar por modelos antiguos, ni poseian el discernimiento y patriotismo suficientes para establecer un sistema exento de innovaciones estravagantes, y concebido de manera que pudiese labrar la pública felicidad. Eran sin disputa hombres de mucho mérito algunos diputados; se distingian otros por su erudicion y ciencia; pero no presidian siempre la pureza y solidez de los principios á las deliberaciones de la Asamblea (1).

Los partidarios de la soberanía del pueblo se esforzaban por destruir el despotismo, y escitaron al pueblo para que atacase una prision en que muchos inocentes habian sido víctimas de la tiranía. Es cierto que el príncipe reinante habia hecho uso muy rara vez de los mandamientos de prision, y que desde que habia subido al trono estaba casi desierta la *Bastilla*; pero como se temia que volviera á poblarse de nuevo, fué tomada por asalto por el pueblo y parte de la fuerza armada, y demolida en el acto. Rehusaron los ministros de Luis dar crédito en un principio á semejante noticia; pero se difundió de tal modo tan alarmante nueva, que no pudieron dudar de ella (2). Palideció de terror el rey, y en vez de oponerse al torrente revolucionario, decidió someterse á la voluntad del gran consejo nacional.

Necker, de quien se sospechaba que habia influido para que estallase la revolucion por su perfidia ó imprudencia (3), fué separado del ministerio; pero el pueblo, que lo consideraba un hábil hacendista y sincero amigo de la libertad, obligó á Luis á llamarle de nuevo. Hallábase dirigiendo la administracion, cuando con su consentimiento se decretó que tan solo tendria el rey un *veto* suspensivo, es decir, el derecho de suspender, pero no de impedir la ejecucion de las leyes que quisiera desaprobar; y solo con mucha repugnancia se le permitió ejercer de una manera ostensible el poder que se le habia confiado.

Continuaba adelantando la asamblea la gran obra de la regeneracion, y preparando gradualmente una nueva constitucion monárquica esteriormente, aunque republicana en el fondo. Desde entonces se principió en todas las provincias á intimidar é insultar á los partidarios de la corte. Se cometieron impunemente asesinatos inmotivados; fuéron saqueados y demolidos muchos palacios, y la palabra *aristocracia* quedó convertida en un vocablo injurioso y provocativo. Se consumaron en estas circunstancias tales atrocidades, que dificilmente se hubieran creido de los salvajes y caníbales: su narracion seria espantosa, y sin embargo aquellos actos de ferocidad fuéron seguidos de otros mas terribles aun, que superaron á los sanguinarios de los Hunos paganos y de los árabes mahometanos (1).

Tan estraordinaria revolucion no podia dejar de atraer la atencion de la Europa entera. En cuanto al efecto que produjo en el ánimo de los ingleses, hubo muchos que la miraron con placer, algunos con desconfianza y envidia, y otros con dolor y espanto. Alegráronse los amigos de la libertad al considerar que iban á estenderse sus beneficios á los súbditos de una nacion vecina, y no se molestaron en investigar si los síntomas de aquella libertad se anunciaban de un modo que hiciera presagiar su duracion, ó si solo seria un medio tomado por el despotismo para cambiar de forma. Temian algunos políticos que obteniendo los franceses una constitucion libre, se convertirian en rivales peligrosos de Inglaterra en el comercio, las artes, y tal vez en la guerra y el poderío. Creyeron muchos que un pueblo ligero, tan poco preparado para recibir con prudencia y reflexion la luz de la libertad, no podria menos de deslumbrarse con su repentino brillo, y de ser estraviado por su natural vanidad y la esperanza de servir de modelo á los demás pueblos, imponiéndoles sus nuevas ideas y su reforma incompleta.

Mientras que se veia obligado Luis XVI á ceder á la fuerza del torrente revolucionario, proseguia impunemente el emperador José su despótico mando, y bajo el pretesto de reformar los abusos del gobierno de los Países-Bajos, no solamente violaba los privilegios que descansaban en las bases de la justicia, sino que anulaba además derechos é inmunidades concedidos por actas y cartas solemnes.

Creia aquel príncipe que habia nacido para reformar é ilustrar la sociedad, y con tal idea se ocupaba contínuamente de formar nuevos proyectos, obstinándose en su ejecucion, hasta que venia á herir súbitamente su irresoluto é inconstante ánimo, que sin cesar destruia sus propias obras, cualquiera idea nueva que pasaba tan fugazmente como las primeras. No tenia la sabiduría ni el juicio necesario en un hombre de estado; y aunque estaba dotado de algunas virtudes privadas, no era de ningun modo capaz para gobernar una nacion. Su caprichosa tiranía escitó una insurreccion en el Brabante, y se propagó con tal rapidez la revolucion, que no hubo al poco tiempo en todo el país habitante ninguno que le

(1) Era una empresa difícil y colosal fundar una constitucion entera sobre los escombros de una legislacion antigua, con el desordenado entusiasmo de los ánimos y en medio de toda clase de obstáculos. Además de las disensiones que no podia menos de producir la natural divergencia de las opiniones, habia que temer las que produciria la diversidad de intereses. Cuando se trata de dar una legislacion enteramente nueva á un gran pueblo, se crean tales proyectos y esperanzas tan quiméricas, que suele haber motivo para esperar medidas vagas ó exageradas y aun hostiles frecuentemente. (Thiers, *Revolucion francesa*, tomo 1.º)

(2) La corte habia rehusado hasta entonces creer en la energía del pueblo, riéndose de los esfuerzos de una multitud ciega que queria apoderarse de una plaza sitiada en vano anteriormente por el príncipe de Condé. Estaba acostado el rey cuando penetró en su cuarto el duque de Liancourt que sabia los acontecimientos de París, y lo despertó para poner en su noticia lo que acababa de suceder. «¡Qué motin!» esclamó el rey.—Señor, respondió el duque, llamadlo mas bien revolucion.» El rey consintió entonces en presentarse al dia siguiente á la asamblea. (Thiers, *Revol. franc.*, tomo 1.º)

(3) Necker, hacendista íntegro y económico, restableció el órden en la hacienda: de un génio menos vasto, aunque mas flexible que Turgot, y dueño de la confianza de los capitalistas, encontró instantáneamente inesperados recursos é hizo que renaciera la confianza. Pero se necesitaban algo mas que artificios para acabar con los apuros del tesoro, y ensayó algunas formas. Halló en los primeros órdenes las mismas dificultades que Turgot, pues instruidos los parlamentos de sus proyectos, se reunieron contra él y le obligaron á retirarse. (Thiers, *Revol. franc.*)

(1) El gabinete de Londres pagaba agitadores para aumentar los disturbios del reino, habiendo crecido estos en tales términos en el momento del armamento general, que no se pudo menos de ver una conexion entre las amenazas de Inglaterra y el renacimiento del desórden. Lafayette denunció en la tribuna una influencia secreta. «No puedo, dijo, menos de hacer notar á la »Asamblea la nueva fermentacion combinada que se manifiesta »desde Strasburgo hasta Nimes, y desde Brest á Tolon, y que »tiene todas las apariencias de una influencia secreta. ¿Se trata »de establecer departamentos? Devástanse los campos. ¿Se arman »las potencias vecinas? Al momento aparece el desórden en nues»tros puertos y arsenales.» En efecto, habian sido degollados muchos comandantes, é inmolados nuestros mejores oficiales de marina. El embajador inglés recibió de su corte el encargo de rechazar tales imputaciones; pero ya se sabe qué confianza merecian tales mensajes. Calonne habia escrito al rey justificando la Inglaterra; pero Calonne al hablar en pro del estranjero, era sospechoso: en vano pretendia que toda clase de gastos es notoria en un gobierno representativo; que hasta los secretos son cuando menos declarados como tales, y que ninguna atribucion de tal género habia en los presupuestos ingleses. La esperiencia ha probado que nunca falta dinero, ni aun á los ministros responsables. (Thiers, *Revol. franc.*, tomo 1.º)

obedeciera. Humillado con su desgracia, solicitó el auxilio de la Gran Bretaña y de Prusia para reducir á los sublevados; pero ofendida Inglaterra por la conducta de aquel príncipe que habia accedido á la neutralidad armada y anulado el tratado relativo á la barrera de Holanda, rehusó consentir en sus designios, y Prusia por su parte manifestó su alegría por la desgracia acaecida á su rival.

El emperador, cuya salud se hallaba alterada, no sobrevivió largo tiempo á la pérdida de Bélgica—Año 1790.—Fué reemplazado por su hermano Leopoldo, quien hizo esfuerzos por atraer á los rebeldes, prometiéndoles la restitucion de sus privilegios; pero á consecuencia de su negativa á acceder á estas condiciones, se preparó á escarmentarlos por su oposicion, tomando las armas. Interin se dirigian sus tropas contra los belgas, solicitó la mediacion de la Gran Bretaña, Prusia y Holanda, habiéndose celebrado un congreso en el Haya. Fijado dia para la apertura de sus proposiciones, y hechas en ellas algunas variaciones que no las dejaban enteramente satisfactorias, aconteció que los provinciales dejaron trascurrir el tiempo sin resolverse á la sumision deseada. El ejército penetró entonces en los Países-Bajos, recuperó Bruselas, y restableció la autoridad de la casa de Austria. El rey de Prusia dirigió á Leopoldo severas amonestaciones por su negativa á dar la constitucion que existia anteriormente, y por sus órdenes respecto á la violencia militar. El rey de Inglaterra por su parte envió al conde de Elgin á Viena para recomendar á Leopoldo una conducta mas digna. El conde Merci firmó en el congreso la convencion propuesta por las potencias mediadoras; pero en virtud de la negativa de Leopoldo á prestarle su consentimiento, las potencias aliadas se consideraron ofendidas de semejante conducta, y difirieron la sancion de sus nuevas proposiciones. Así fué como recobró las provincias de Bélgica sin haber otorgado las concesiones ni la garantía que demandaban los belgas, con lo cual llegó á ser tan odiosa su autoridad, que apresuró la sumision de estos á otra potencia.

El cambio ocurrido en Francia fué conocido muy pronto por el parlamento británico. En un debate relativo al número de tropas que debian sostenerse, Fox aprovechó la ocasion de aplaudir la conducta de los soldados franceses, los que lejos de olvidar que formaban parte de los ciudadanos, se habian reunido al pueblo contra la tiranía de la corte, é hizo observar que en este punto como en otros muchos, la nueva revolucion ofrecia alguna semejanza con la de Inglaterra. Burke negó tal semejanza, y atribuyó al ejército francés un espíritu de sedicion muy reprensible: declaró que la revolucion de Inglaterra se habia fundado en principios legítimos y constitucionales, en tanto que la de Francia era fruto de una sed ardiente de innovacion, de un celo inmoderado y de un espíritu de insubordinacion exagerada. La una habia sido conducida con órden y moderacion, la otra lo era con una licencia desenfrenada y una anarquía llevada hasta la ferocidad. Semejante principio no daba lugar á esperar ningun bien positivo, y todo hacia presagiar que el único resultado de sus imprudentes esfuerzos serian las mas funestas consecuencias (1).

Las medidas sucesivas de los revolucionarios franceses, principalmente la que secuestró todos los bienes eclesiásticos, fuéron de nuevo un motivo de censura para Burke, á consecuencia de una mocion hecha para satisfacer los deseos de los disidentes. La mayoría, no solo desestimó semejante propuesta, sino que además rehusó en tan críticos momentos la adopcion de un plan de reforma parlamentaria. En el debate que hubo con este motivo, Windhan espuso que la organizacion actual de la cámara era conforme á todo proyecto de utilidad ó de ventaja, añadiendo que por mas que pareciera necesario un nuevo reglamento, seria muy desacertado arriesgar una prueba en unos momentos en que el vecino reino se hallaba amenazado por la mas terrible tempestad. Durante esta legislatura renováronse las investigaciones relativas al tráfico de los negros; mas la decision fué aplazada. Los comerciantes y plantadores reunieron sus esfuerzos contra cualquier acto de abolicion, representando algunos de ellos bajo un aspecto desfavorable los motivos de los partidarios de esta medida tan justa, y atacando fuertemente su carácter.

Las altas pretensiones de los españoles sobre ciertos territorios, y los actos de violencia que habian cometido, escitaron tambien la atencion del parlamento, y se discutió acerca de los medios mas oportunos para obtener una satisfaccion. So pretesto de usurpacion se habian apoderado en Nootka-sound de algunos buques británicos, haciendo prisioneras sus tripulaciones, y apoderándose igualmente de un pequeño fuerte construido para asegurar el comercio de peletería. Como dicho territorio, por su distancia del norte de la California, no pertenecia á los españoles, S. M. Británica pidió con altivez la reparacion del ultraje, é hizo aprestar un armamento con intencion de escarmentar al enemigo si rehusaba darle satisfacciones. La corte de Madrid, no sintiéndose apoyada por la Francia, determinóse á reparar la ofensa alegada, accediendo á una restitucion completa, á la que se añadieron indemnizaciones.

Todavía se hallaban suspensas las negociaciones con España, cuando el rey y los confederados resolvieron emplearse en una mediacion entre Leopoldo y los turcos. Tras de algunas dificultades para determinar al primero á conformarse con sus deseos, lograron por fin su intento á fuerza de reconvenciones y amenazas.

Al reunirse de nuevo el parlamento, Pitt se encontró con que las elecciones le habian sido favorables. Entrambas cámaras significaron su aprobacion del tratado hecho con España, habiéndose votado inmediatamente los impuestos exigidos para los gastos del armamento.

El proceso de Hastings se habia seguido con regularidad hasta el año 1788; pero como la disolucion del parlamento, ocurrida en este tiempo, habia forzado á suspenderle, muchos opinaron que se entablara de nuevo la acusacion y se considerara el proceso como próximo á terminarse. Pero esta conclusion era contraria al espíritu de la constitucion. Los argumentos para obligar á perseverar en la acusacion, fuéron hechos de una manera especiosa por el procurador general Scott, Ardings y Erskine, quienes pretendieron que semejante perseverancia, no solamente estaba autorizada por la naturaleza general de las medidas parlamentarias y de los principios de los tribunales ordinarios, sino tambien por los precedentes que se podian encontrar en los diarios de la cámara de los pares. Se sostuvo además que el alto tribunal del parlamento existia en todos tiempos, puesto que los privilegios de sus miembros no eran anulados ni restringidos por ninguna próroga ni disolucion, y que la acusacion no era un acto que únicamente provenia de la cámara de los comunes, sino mas bien de todos los comunes de la Gran Bretaña. Los derechos de los jueces y de todos los demás individuos encargados de actuar criminalmente, debian permanecer inalterables, aunque se suspendieran los medios de obrar, y un juicio interrumpido por una disolucion del parlamento debia considerarse como pendiente y volverse á proseguir en las sesiones inmediatas, en lugar de ser anulado ó principiado de nuevo. Pitt y Fox se mostraron acordes en este punto, y Addington, orador nuevo en la cámara, sostuvo de un modo satisfactorio aquel modo de considerar la cuestion, que fué

(1) Pitt y otros muchos miembros sostuvieron la opinion de Fox sobre la revolucion: Sheridan y Fox persistieron en defender los principios de la misma revolucion, habiéndose formado desde este momento muchos partidos en Inglaterra, y estas diferencias de opiniones introdujeron en la nacion un espíritu de enemistad notable.

sancionado por una mayoría de ciento trece votos. En la alta cámara, Grenville, que poco tiempo antes habia sido ennoblecido y nombrado secretario de Estado, se unió á lord Longhboroug para defender el voto de los comunes contra el lord canciller y juez superior Kenyon, y los condes de Cambden y de Mansfield defendieron igualmente con su poderosa autoridad la causa popular contra el ejercicio de la prerogativa, que pudiera dificultar la marcha de la justicia. Sin embargo, no hablaron á los pares sobre aquel importante asunto.

Los enemigos del tráfico de negros escitaron á la cámara de los comunes á que votara su abolicion; pero un sentimiento de codicia el mas vergonzoso y repugnante prevaleció sobre todas las consideraciones de humanidad, y se decidió la continuacion de aquel comercio, el mas deshonroso para la misma, porque declararon los cultivadores de las Indias Occidentales que no podrian cultivar las islas si no se aumentaba con frecuencia el número de negros que se acostumbraba remitirles.

Al mismo tiempo que se concedia á aquellos inhumanos calculadores un aumento de víctimas, se ocupaba el rey de los medios de mejorar su existencia. Hizo marchar con este objeto dos buques con encargo de trasportar de Otahiti á las islas occidentales granos y otras producciones vejetales que pudieran serles útiles. El primer viaje emprendido con este objeto quedó sin resultado por la insubordinacion de los que tripulaban sus buques.

Hacia largo tiempo que deliberaba el ministerio sobre los medios de mejorar el gobierno del Canadá: formóse con este objeto un plan que tendia á establecer diversos gobiernos en aquella provincia y separar enteramente los colonos bretones de los que tenian orígen francés. Este plan, que concedia el derecho de pechar, era menos favorable á la corona que la medida de 1774, y fué considerado por Fox como poco conforme con los principios liberales que debian ser adoptados generalmente, no mereciendo tampoco su aprobacion la forma del consejo legislativo ni la de la asamblea. Esta, en su concepto, debia de componerse de un número de representantes mayor que el designado por el plan, y en lugar de durar siete años, creia que seria conveniente disolverla y renovarla cada tres. El consejo debia formarse por medio de una eleccion libre y frecuente, y no debia componerse de individuos nombrados vitaliciamente por el rey, ni de miembros hereditarios. El gobierno de los Estados-Unidos le parecia preferible bajo ciertos aspectos; pero el ministro protestó contra toda clase de sistema republicano. Sometido de nuevo el proyecto á una comision, entablóse una discusion de una naturaleza estraordinaria. Recuérdese que Fox habia alabado la sabiduría y patriotismo demostrados por la asamblea nacional de Francia en la formacion de un nuevo código de leyes y gobierno. Como las opiniones de Burke eran del todo opuestas á tales ideas, no pudo ocultar su indignacion y descontento, y resolvió desde aquel momento oponerse con todas sus fuerzas á la influencia del panegirista. En la discusion relativa á la constitucion del Nuevo Canadá, desenvolvió los defectos de la de Francia, y espresó el horror y desprecio que le causaba la conducta de los revolucionarios. Muchas veces se le llamó al órden, porque se separaba del objeto del proyecto, y sobrevino un violento altercado. Cuando se hubo apaciguado el tumulto, declaró Fox que persistia en lo dicho, y aprobó de nuevo la resolucion, «como uno de los sucesos mas gloriosos de la historia,» declarando que no habia esperado jamás que su amigo, que habia sido tanto tiempo defensor de la libertad, abandonase algun dia aquella causa, defraudando las esperanzas de los que estaban dispuestos á defenderla. A aquel amigo era deudor de todos sus conocimientos en política; sin embargo, añadió, que jamás se rebajaria hasta el punto de imitar la vituperable inconstancia de un orador y diplomático tan distinguido por otra parte; que por el contrario estaria dispuesto constantemente á defender los derechos del hombre contra todo género de ataques. Replicó fuertemente Burke, y levantándose de nuevo Fox, declaró prorumpiendo en llanto, que desde aquel momento quedaba rota para siempre la amistad que entre los dos existia, á pesar del dolor que le causaba aquel rompimiento; y volviendo á tomar un tono mas firme, renovó sus increpaciones por el lenguaje, conducta y principios de su elocuente antagonista.

No estará de mas trazar aquí un ligero bosquejo de estos dos hombres célebres que dejaron de obrar de acuerdo desde la época en que se verificó su rompimiento.



Salon de Exeter (1).

Muy pronto dió á conocer Fox su estraordinario talento y una energía notable. Era poco aplicado; pero estando dotado de una gran facilidad, se penetraba con mucha prontitud. Hallándose aun en la edad de los placeres y de la disipacion, entró en la cámara de los comunes, teatro muy á propósito para el desarrollo de sus facultades oratorias. Bien pronto le elevó su elocuencia sobre la clase de los oradores medianos; siendo entusiasta y fogoso, semejante á Demóstenes, sabia cautivar á sus oyentes, despertar su sensibilidad y fijar su atencion. Era orador florido y poderoso argumentador, y tenia además el discernimiento y penetracion de un diplomático. Como era atrevido y vehemente, se avenia mal con los medios moderados. Hay una prueba que convence de su ambicion, y es su coalicion con un ministro á quien no habia dejado hasta entonces de presentar como irresoluto, de cortos alcances, pertinaz en sus errores, partidario de la tiranía, y enemigo de su país. Si tal era en realidad la opinion que tenia formada de lord North, no debiera haberse unido á él: si quiso jugar lanzando invectivas sin reflexionar si eran ó no fundadas, ningun privilegio parlamentario podia justificar el inmoderado lenguaje de que hacia uso con frecuencia. Cuando en seguida prodigó sus alabanzas al blanco de sus primeras injurias, ¿qué debia pensar el público de tal inconsecuencia? ¿No podia creer que si variaba así de tono era porque deseaba hacerse con mayor poder? Si se dice que no lo ambicionaba mas que con la intencion de que sirviera en bien del país, no rehusaremos nosotros hacer justicia á su patriotismo; mas á pesar de todo no podemos menos de confesar que no tenia el grado de integridad y pureza que sus ciegos admiradores le atribuian. Era uno de los mas ardientes partidarios de la libertad general; pero su celo

(1) Sombrío edificio que existe en Londres destinado á reuniones fraternales.

rayaba en el estremo del mas exagerado republicanismo. Era amable en la vida privada; su dulzura, su franqueza y la bondad de su corazon le granjeaban el cariño de cuantos le rodeaban: sus maneras eran afables y desnudas de orgullo.

Burke poseia una elocuencia semejante á la de Ciceron: era flúida, corriente, clara y amena: siempre estaba dispuesto á hablar sobre cualquier asunto, y sabia adornar sus discursos con todo el encanto de la persuasion, con toda la dignidad de la razon y de la filosofía: mas hubo un tiempo en que fatigó á sus oyentes con la multitud de sus discursos, porque todo, aun lo que es bueno, cansaba fácilmente, siendo la causa de ello el calor y la destemplanza de sus arengas. Era mejor orador que político: su sensibilidad é imaginacion triunfaban algunas veces de su juicio, y su sabiduría era mas especulativa que práctica. Cuando se quedó sin ningun cargo, defendió la causa de la libertad con ardor, y perseveró en alentar á los americanos en su oposicion á las miras de la corte. Quizá pudiera dudarse si esta conducta fué consecuente con su ódio declarado á la revolucion francesa desde la época en que acababa de nacer. Puede alegarse en su favor que consideraba á los americanos como resistiendo á una pretension que tambien era contraria á los derechos de los súbditos británicos, mientras que los franceses se oponian sin distincion á todas las miras del gobierno; que los primeros aspiraban á una libertad conforme á la razon, en tanto que los últimos, lanzándose desenfrenadamente en la anarquía, destruian mas bien que mejoraban el antiguo régimen, y anulaban totalmente las instituciones que una sabia moderacion hubiera podido corregir y reformar. Pero en su ataque contra los revolucionarios modernos pareció olvidar que siempre habia hablado en favor de la libertad, y sostuvo los mismos principios monárquicos y aristocráticos contra los que tan fuertemente se habia pronunciado por causa de los americanos. La libertad habia sido ya desfigurada por la violencia democrática; todavía podia serlo mas, originándose de ello las mas funestas consecuencias. En virtud de esta opinion, quizá juzgaba preferible la tiranía monárquica á toda otra. Su conducta era disculpable en gran parte; pero su celo exagerado y su vehemencia le dieron una perspectiva de inconsecuencia, que por sus adversarios fué pintada como una contradiccion chocante. Aunque afectara una gran modestia al hablar de sí y de sus escritos, todas sus reflexiones sobre la revolucion francesa respiraban una alta opinion de sí mismo, de sus dotes literarias y de sus profundos conocimientos en la constitucion. Nadie, en su concepto, era mas acreedor que él á recompensas y pensiones por la obra que habia llevado á cabo, y que tan oportunamente atajaba el torrente de la democracia: empero aun cuando él no hubiera escrito sobre tal materia, es probable que el buen sentido de la nacion hubiera bastado para reprimir el celo revolucionario. Cuando trataba alguna materia política, no podia guardar la moderacion necesaria, careciendo de discrecion para evitar el arrebato y la virulencia; pero siempre que se ocupaba de analizar lo bello y lo sublime, permanecia tranquilo y argumentaba con mas dignidad y nobleza. A este bosquejo añadiremos que, así como Fox, era dulce y amable en la vida privada; pero que ambos carecieron igualmente del espíritu de economía, aunque de diversa manera, envileciéndose hasta el punto de recibir donativos considerables de sus partidarios políticos.

Suscitóse una viva polémica con respecto á la necesidad de formar un armamento para impedir el escesivo engrandecimiento de Rusia. La Czarina, aunque abandonada por los austriacos sus aliados, continuaba hostigando á los turcos, y exigia grandes ventajas en premio de la paz. Pitt, despues de las diferencias con el rey de España, deseaba inspirar temor á la corte de San Petersburgo, dirigiendo en consecuencia diferentes proposiciones de paz, menos favorables á la emperatriz, que las en que ella insistia. Su negativa á someterse á las leyes del ministro estimuló á este á aconsejar el apresto de una escuadra, á fin de que las demostraciones del rey y sus aliados fueran recibidas con mas sumision y respeto. El principal adversario del ministerio nada omitió para alentar secretamente la obstinacion de Catalina, dándola á entender que una guerra con ella estaba muy lejos de ser el deseo de la nacion británica. La Czarina, ajustada la paz con los suecos, rehusó con altivez de una manera decisiva la restitucion de Ockzakoff, y sostuvo con la audacia sus pretensiones de condiciones ventajosas. Este asunto se ventiló de nuevo en ambas cámaras. Pitt hizo un discurso para sostener la necesidad de establecer el equilibrio de poder. Fox puso en ridículo el turbulento celo que estimulaba al ministro á revolver el continente so pretesto de la guerra, y negó que exigiera el interés de la nacion el oponerse á los esfuerzos de la emperatriz, puesto que ella ofrecia restituir muchas conquistas importantes, y solo deseaba conservar una fortaleza y un territorio, que contribuirian á la seguridad de una parte de sus estados, susceptible de ser atacada por su situacion abierta por todas partes. En el primer exámen de esta cuestion obtuvo el primer ministro el número de noventa y tres votos, que no fué considerado por el partido opuesto como bastante decisivo y dominante. Hubo una nueva discusion dimanada de ocho resoluciones propuestas por Grey, quien condenó las proyectadas hostilidades como injustas, impolíticas y absurdas, sin que hubiera obtenido la corte mas que una mayoría de ochenta votos. Sheridan entabló en este debate una discusion contra el armamento, desplegando su capacidad política, y ejercitando su temple satírico y severo. Baker propuso en seguida el exámen de la justicia y necesidad del armamento, el cual fué atacado y defendido nuevamente por una y otra parte, habiéndose pronunciado á su favor una mayoría de noventa y dos votos. La guerra con Rusia fué pintada en la cámara de los pares como perjudicial al comercio y á los intereses británicos, y el ministro fué censurado rígidamente por haber trasformado una alianza defensiva en ofensiva, y por mostrarse demasiado dispuesto á favorecer las miras de la corte de Berlin.

No pudiendo ya dudar el ministro que la opinion nacional era contraria á la guerra, cedió prudentemente, cesando de insistir sobre la restitucion de Ockzakoff y del territorio adyacente. Contenta Catalina con haber logrado estas posesiones, accedió á una pacificacion con la puerta. Una nueva guerra movida hacia algun tiempo en la India, fué imputada por Fox y otros miembros á la ambicion y rapacidad de los gobernadores ingleses de aquel país, habiéndose esforzado aunque inútilmente por obtener un voto condenatorio de tales hostilidades. El rajah de Travancour, aliado de la Compañía, habia sido atacado por Tippo-Saib, por haberse negado á restituir dos fortalezas, compradas por los holandeses, y que pretendia eran feudos del Mysore. Habiendo los usurpadores reducido á Travancour y otras ciudades en 1790, y talado el país, el conde Cornwallis que á la sazon era gobernador de Bengala, ordenó á la presidencia de Madrás que enviara sin dilacion un ejército en auxilio del príncipe indio. Celebróse una alianza con el nizan del Decam y los máratas, y enviáronse tropas á Bengala para apresurar el esterminio y la humillacion del tirano de Mysore. El mayor general Meadows, gobernador de Madrás, juntó un ejército de catorce mil hombres efectivos en las llanuras de Trichinapoli, hallándose comprendidas en este número cuatro brigadas formadas de naturales, y dos de europeos.

Tippo se apresuró á declarar que deseaba continuar en paz con el rajah inglés (así llamaba al rey de la Gran-Bretaña), y envió una carta amigable al general inglés, que no por eso desistió de toda negociacion. Las tropas, que siguieron avanzando, sometieron en su mar-

cha una línea de fortificaciones regulares. Dindigul fué tomada por capitulacion después de un vigoroso asalto, y Palitgacheri no resistió largo tiempo. En la costa de Malabar hubo algunos encuentros favorables á las armas británicas, y los Mysoreses fuéron arrojados de los principados de Travancour, Cochin y Calicut.

Desde principios del año siguiente invadió lord Cornwallis el Mysore por un paso montañoso que el enemigo no pensó en defender, aguardando al general por otra parte. Su principal objeto era la toma de Bengalour, siendo acometida la ciudad por asalto y embestido el fuerte. Tras de un sitio de nueve dias se abrió una brecha, y se hicieron secretos preparativos para un ataque. La guarnicion no pudo resistir el choque, habiendo sido muerto el gobernador, y venciendo las leyes de la guerra á las de la humanidad, fuéron degollados novecientos de sus compatriotas.



Tippo Saib.

Al llegar el conde á las inmediaciones de Seringapatan, el teniente coronel Maxwell forzó al enemigo á desalojar un puesto superior, trabándose entonces una accion mas general, que se terminó con la retirada del sultan hácia las baterías de su capital. La falta de provisiones precisó á retardar su asedio, y cuando desapareció esta falta sobrevinieron las lluvias periódicas que vinieron á ser un nuevo obstáculo.

A pesar de que esta campaña nada tuvo de decisiva, la reduccion de un considerable número de fortalezas fomentaba los proyectos de los aliados. Las que mejor se defendieron fueron Nundy-Droog y Saven Droog, siendo ganada la primera en tres semanas, y la segunda en pocos dias.

Los preparativos y las medidas tomadas por el conde de Cornwallis para el sitio de los Mysoreses parecian prometer el triunfo á los confederados. Por otra parte, Tippo se habia esmerado tanto en proveerse de todas las municiones necesarias, y habia hecho levantar obras de tal importancia, que concibió las mayores esperanzas de rechazar á sus adversarios. Habiendo avanzado con la claridad de la luna la division del ala derecha conducida por el general Medaws, atacó con vigor un reducto, matando al comandante, y apoderándose de aquel; mas el general no pudo penetrar en la isla en que estaba situada la poblacion. El conde en el ínterin hizo avanzar el grueso del ejército hácia el campo fortificado del sultan. Una parte de esta columna forzó prontamente las líneas, logrando atravesar el rio por debajo de las murallas de la ciudad, pasando á la bayoneta á todos los fugitivos que podian alcanzar, y arrojándolos al agua. Otro cuerpo atacó el ala derecha de Tippo con igual éxito: la retaguardia de la columna vino á las manos con una parte del centro y del ala izquierda, triunfando después de una vigorosa resistencia. El coronel Maxwell, que mandaba el ala izquierda del ejército, ganó la montaña de Carigant, y atacando las obras penetró en la isla.

Entonces se formalizó en toda regla el sitio de la fortaleza, y se embistió la ciudad por sus dos principales avenidas. Estableciéronse con regularidad los aproches; y Tippo, que hostilizado y batido en todas partes, empezaba á perder la esperanza de conservar su capital, envió emisarios para tratar de la paz, que fué ajustada en el mes de marzo de 1792 al tenor de las condiciones dictadas por lord Cornwallis. Por este tratado no se otorgó al sultan mas que la mitad de sus territorios, siendo obligado á pagar mas de cuatro millones de esterlinas. Los despojos, tanto de tierras como de dinero, fuéron distribuidos entre las potencias aliadas: así vino á ser tan favorable este tratado á los máratas y al nizam, los cuales contaban en lo sucesivo con mas medios para defenderse de la ambicion del sultan, como á los ingleses que vieron ensancharse y consolidarse sus posesiones.

Durante esta guerra habia despachado Tippo un emisario á Europa para reclamar el auxilio de Francia, la cual ocupada en sus disensiones interiores, ninguna atencion prestó á la demanda del sultan. Los franceses continuaban su proyecto de organizar una monarquía compatible con la libertad popular; pero se equivocaron en sus miras, no dejando suficiente poder al rey para que pudiera á la vez obrar como protector del Estado, y conservar la tranquilidad pública. Los enemigos mas implacables de Luis XVI eran los de un partido faccioso y resuelto, designado con el nombre de Jacobinos, por el convento en que celebraban sus reuniones. Habian organizado clubs en diferentes puntos del reino, con el designio de desorganizar el estado (1), y fomentaban y proseguian con estraordinario celo los mas ambiciosos proyectos; pero en esta época no podian disponer de una mayoría en la asamblea.

Mirabeau, uno de los caudillos de la revolucion, abrigaba todavía un resto de adhesion á la monarquía, ó acaso guiado por el sentimiento de la ambicion, se imaginaba que serviria mejor á sus intereses sosteniendo la causa real contra la faccion democrática, que favoreciendo las miras de este partido violento. Propuso al ministerio la disolucion de la asamblea y la nueva convocacion de los estados generales por medio de un plan que combinara los intereses del rey con los del pueblo; pero murió antes de la ejecucion de este proyecto. Formada la constitucion, anunció Luis en una carta á la asamblea (2) su intencion de aceptarla y confirmarla. Poco después se decretó la disolucion de este cuerpo, creándose una nueva asamblea (3) para ejercer los poderes delegados del nuevo código.

El emperador actual era menos tirano, temerario y violento que su predecesor, aunque tenia una alta idea de los derechos de los soberanos y deseaba levantar al

(1) En los clubs no se trataba mas que de destruir abusos, de realizar reformas, y de establecer la constitucion. Exasperábanse al examinar severamente la situacion del pais, y en efecto su estado político y económico era intolerable. No habia mas que privilegios en los individuos, las clases, las ciudades, las provincias y hasta en los gremios: todo eran trabas para la industria y el génio del hombre. Las dignidades civiles, eclesiásticas y militares hallábanse reservadas esclusivamente á algunas clases, y en estas clases á algunos individuos: no podia abrazarse una profesion mas que con ciertos títulos y condiciones pecuniarias: las ciudades tenian sus privilegios para la imposicion, percepcion, cuota de impuestos, y para la eleccion de magistrados: ni aun en las gracias convertidas por el derecho de futura en propiedades de familia, era permitido al monarca hacer preferencia; todo se hallaba estancado en pocas manos. Las cargas pesaban sobre una sola clase: la nobleza y el clero poseian cerca de las dos terceras partes del territorio, y la otra, poseida por el pueblo, pagaba al rey los impuestos, los derechos feudales á la nobleza, y el diezmo al clero. La clase media no gozaba de las ventajas á que tenia derecho: la libertad individual era violada por cualquiera órden ministerial, y la libertad de la prensa por los censores régios. (Thiers, *Revol. franc.*, tomo 1.º)

(2) Denominada la Asamblea Constituyente.

(3) La asamblea legislativa.

rey de Francia su cuñado de la degradacion en que se hallaba sumido. Esperaba realizar este proyecto por medio de una fuerza armada que mantendria con la intencion de inspirar temor á los enemigos de Luis, sin entrar por eso en guerra. En una entrevista que tuvo con el rey de Prusia en Pilnitz, declaróse por escrito que si las otras potencias querian obrar de acuerdo con ellos, se esforzarian los dos con medidas prontas y vigorosas para proporcionar al rey de Francia los medios de organizar un gobierno regular, patriótico y monárquico, poniendo en el ínterin sus tropas en estado de guerra. No hay prueba alguna de que en esta ocasion se hubiera hecho ningun tratado para dividirse el territorio francés (1); pero esta declaracion, unida al resultado de una conferencia que se celebró anteriormente en Mántua entre el conde de Artois y el emperador para demandar á este que hiciera avanzar sus tropas hácia la frontera de Francia, y á una solemne proclama publicada en Pádua á favor de Luis, acabó de alarmar á los franceses y de escitar su indignacion contra unos príncipes á quienes se creia dispuestos á intervenir en la organizacion de un estado independiente de su dominacion.

Apenas Luis hubo dado su asentimiento á la nueva constitucion, el emperador afectó desaprobar todo proyecto de intervencion; mas su sinceridad fué puesta en duda por los franceses. Es cierto que manifestó embarazo é indecision en su conducta, y que sucesivamente hizo uso de las amenazas y del lenguaje de la conciliacion.

A los emigrados franceses se les habia prohibido de parte de Leopoldo el reunirse con armas en los Paises-Bajos; pero el elector de Treves toleró sus preparativos de guerra. Como los jefes del gobierno francés tomaron en mal sentido esta proteccion de parte de sus enemigos, el emperador viendo á Treves en peligro de ser atacada, se dejó inducir hasta prometer socorros al elector. Irritada de esta promesa la asamblea, exigió de Leopoldo su desistimiento de los convenios hechos contra la soberanía, el honor y la seguridad de la nacion. En respuesta á esta demanda se esforzó por justificar la coalicion de las potencias, sosteniendo la necesidad de una alianza provisional, ínterin Francia estuviera en aquel estado de desórden.

Semejante respuesta fué desaprobada altamente por los parisienses, haciéndose oir el grito de guerra en todo el ámbito del reino; pero en el momento en que iba á estallar la tempestad, recibióse la noticia de la muerte del emperador—Año 1792.—Poco después se declaró la guerra á su hijo Francisco II, que habia anunciado su intencion de proteger y favorecer aquella confederacion que tantas alarmas habia causado ya en Francia.

El rey de Inglaterra adoptó en estas circunstancias un sistema de neutralidad; pero no era probable que lo conservara largo tiempo. Después de examinar el estado de Europa, exámen que fué parcial, porque no se estendió hasta Francia, dió á conocer aquel monarca su ardiente deseo de que la mejora constante y progresiva de la situacion interior del país confirmara y aumentara mas y mas el cariño y la adhesion llena de interés que demostraban sus súbditos por aquella constitucion que tan floreciente mantenia á la nacion. Vituperó Fox el silencio que guardaba S. M. sobre algunos acontecimientos. Se hacia mencion en el discurso de la corona de los inapreciables beneficios del órden y de la libertad; pero nada se decia de los acontecimientos que habian tenido lugar el verano anterior en Birmingham, ciudad en que habia muchas sociedades de diversas sectas, y en que los supuestos amigos de la constitucion habian incendiado las casas de Priestley (1) y de otros disidentes, porque habian celebrado pacíficamente en una taberna la revolucion francesa. El rey, añadió el orador, debia haber condenado enérgicamente aquellos actos.

La guerra de las Indias Orientales, el armamento contra Rusia y el tráfico de los negros dieron márgen á nuevos debates. Declaróse legítima la guerra por el voto de los comunes: ambas cámaras rehusaron censurar la conducta del ministerio relativamente á la segunda cuestion: en cuanto á la tercera, cuando la cámara baja votó para que quedara abolido el tráfico negrero desde principios de 1796, los pares se negaron á concurrir á esta medida.

Un proyecto pepular, preparado por Burke y propuesto en 1771 para conferir al jurado el derecho de lanzar en los casos de libelos un veredicto, no solamente contra el hecho de la publicacion, sino tambien contra la ley y la intencion supuesta, no obtuvo resultado alguno. Otro proyecto semejante, presentado entonces por Fox, fué sostenido por el honorable patriota Cambden contra el arbitrario canciller y el jefe de justicia, cuyo espíritu estaba lleno de presuncion. Este proyecto fué aprobado. Pitt era uno de los partidarios de esta medida, y obtuvo mayor popularidad por haber abolido algunos tributos y estendido por otro proyecto la eficacia de los fondos de amortizacion.

Como el ejemplo de los franceses habia dado lugar á la organizacion de algunas sociedades democráticas en Inglaterra, y alentado á Payne (2) y otros descontentos á escribir libelos contra la constitucion, espidióse un decreto el 21 de mayo contra los escritos sediciosos y toda correspondencia sospechosa con estranjeros. La atenta vigilancia del rey en unos momentos tan críticos fué aplaudida, no solo por los miembros ministeriales, sino tambien por los que siempre se habian manifestado antagonistas de la corte. El presunto heredero sostuvo la necesidad del decreto, declarando que preferia las máximas saludables de una práctica establecida á las ideas estravagantes de una teoría nueva.

La revolucion efectuada en Polonia en 1791 era de diferente naturaleza que la de Francia: combinada con la intencion de establecer una forma real, habia sido dirigida con moderacion y destreza, y tenia por objeto el libertar al rey del yugo de la nobleza, y al pueblo de la esclavitud (3). Las cortes de Londres y

(1) Posteriormente se supo que esta declaracion encerraba artículos secretos en los que acordaba que el Austria no opondria ningun obstáculo á las pretensiones de Prusia á una parte de Polonia. Era esto preciso para inducir á Prusia á desatender sus mas antiguos intereses ligándose con el Austria contra Francia. ¿Qué debia esperarse de un celo que era necesario escitar por tales medios? Y si era tan reservado en sus espresiones, ¿cuál debia serlo en sus hechos? (Thiers, *Revol. franc.*, tomo 1.º)

(1) Teólogo y filósofo de un mérito recomendable: se vió obligado á huir para asegurar su vida.

(2) Tomás Payne, escritor célebre, se habia dado á conocer en la guerra de América por un folleto intitulado *El sentido comun*, escrito que contribuyó á mantener á los americanos en la idea de su independencia. Después apareció otro con el título de *Los derechos del hombre*. Estos escritos contribuyeron á difundir en Inglaterra los principios democráticos y el espíritu de reforma.

(3) La asamblea constituyente en su particion equitativa dejaba á Luis XVI con el título de rey de los franceses, treinta millones de renta, el mando de los ejércitos y la facultad de suspender las leyes: todo esto constituia todavía unas prerogativas bastante lisonjeras. Solo el recuerdo del poder absoluto pudo escusarle de no haberse resignado á este resto tan brillante de poderío.

Despojado el clero de las inmensas propiedades que habia recibido en otro tiempo bajo la condicion de socorrer á los necesitados á quienes no auxiliaba, y de mantener el culto, cuyo cuidado dejaba á curas indigentes, ya no componia un órden político; pero sus dignidades eclesiásticas eran conservadas, sus dogmas respetados, y sus escandalosas riquezas convertidas en una renta suficiente para permitir todavía un gran lujo episcopal. La nobleza ya no componia un órden; ya no gozaba de los esclusivos derechos de caza y otras cosas; ya no estaba exenta de impuestos: ¿y podia quejarse razonablemente de tales cosas? En lugar del favor de la corte, tenia la seguridad de las ventajas concedidas al mérito: quedábale la facultad de ser elegida por el pueblo y de representarle en el estado á poca be-

de Berlin favorecieron esta revolucion; pero ninguna de estas potencias quiso hacerlo armándose contra la violencia de la Czarina, la cual á pretesto de que deseaba restablecer las leyes y la libertad de Polonia, envió un poderoso ejército á atacar á los partidarios del nuevo sistema. Los feroces usurpadores alcanzaron la victoria, y la constitucion fué prontamente destruida. Trás de un intervalo de sumision volvieron los polacos á tomar las armas en 1794; mas nuevamente fuéron vencidos por sus usurpadores. El reino habia sido desmembrado en 1772, y las provincias que quedaban aun fuéron repartidas entonces entre la emperatriz, el rey de Prusia y el emperador de Austria.

CAPITULO LXXI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1792 hasta el de 1794.)

Los hombres á quienes guian miras diametralmente opuestas, guardan á veces entre sí en los tiempos de turbulencia y de revolucion una union aparente, y prosiguen su objeto secreto bajo la máscara de la amistad y de la concordia, hasta que llegan á cierto punto ó término de sus deseos, ó hasta que alguna imperiosa circunstancia les precisa súbitamente á cambiar de sistema de conducta. Los que no hallan la realizacion de sus esperanzas en la reforma á que pretendian cooperar, aprovechan entonces la primera ocasion para separarse del partido menos violento y procurar establecer su poder en medio de la confusion de todos los partidos. Tal habia sido el caso de los adversarios de Cárlos I; tal era el de los diferentes partidos que se habian formado en Francia. Los numerosos antagonistas de Luis, los que estaban dispuestos á favorecer una monarquía templada, los que deseaban una república regular, y los jacobinos, faccion que queria la desorganizacion de todo, obraron al pronto de comun acuerdo para debilitar la autoridad real y romper la vara del despotismo hereditario. Obtenido este punto importante, el primer partido intentó detenerse; pero los otros dos quisieron proseguir su reforma. Cuando mas adelante los girondinos y jacobinos lograron organizar una república, estos hicieron los mayores esfuerzos para aniquilar á aquellos, y subyugando el espíritu del populacho obtuvieron un triunfo completo de sus rivales.

Desde este momento quedaron escluidos de la segunda asamblea todos los que hicieron parte de la primera: ningun individuo noble ó eclesiástico, ó considerado como tal, fué admitido en ella, la cual se compuso enteramente de miembros elegidos por el pueblo. Esta asamblea, que por fin no contaba mas que con un cortísimo número de realistas, se componia casi en su totalidad del partido constitucional y de los jacobinos. Entonces los debates fuéron mas tumultuosos que nunca, mostrando los oradores menos talento y habilidad, y marcándose las medidas por su violencia mayor que nunca.

El orador que gozó de mayor influencia en esta asamblea fué Brissot, el cual tuvo al principio gran prestigio en la faccion jacobina; pero poco dispuesto á conformarse con los escesos de Robespierre y de algunos otros miembros del club, habia tomado la resolucion de alejarse de aquel bando y de formar un partido separado. Como el rey no ignoraba que él era enemigo del poder monárquico, abrigaba pocas esperanzas de encontrar en él un defensor sincero, y así trató de obtener el apoyo de los fuldenses que componian una faccion mas moderada; pero frustráronse sus esfuerzos por las intrigas y recriminaciones de los jacobinos. Estos incendiarios pusieron obstáculos á todos sus proyectos, calumniaron sus mas puras intenciones, y se complacieron con malignidad sistemática en vilipendiar su carácter.

El rey de Prusia, después de renunciar á todo sentimiento de rivalidad con el Austria, habia resuelto tomar las armas para salvar á Luis de la degradacion y peligro de que estaba amenazado, y confiaba en que los esfuerzos vigorosos de las bien disciplinadas tropas de los dos poderosos príncipes lograrian impedir los progresos de la revolucion y aniquilar la falange jacobina. El duque de Brunswik publicó un manifiesto para justificar los proyectos de los aliados, desaprobando toda idea de conquista, y no haciendo mas que protestar la intencion de libertar al ilustre prisionero y castigar á sus enemigos con un rigor ejemplar. En seguida vino una declaracion mas esplícita á nombre de los príncipes aliados, declaracion que trazaba los horrores de la revolucion, y demostraba la necesidad de apagar un volcan que amenazaba incendiar á todo el mundo civilizado.

Entonces el peligro del rey fué inminente, después que se habia librado con dificultad de la venganza de la plebe furiosa en una tentativa que la asamblea realizó para forzarle á firmar algunos violentos decretos. Brissot y sus cólegas proyectaron un ataque mas decisivo. Un cuerpo numeroso de insurgentes atacó el palacio, desde el cual se habia dirigido á la sala de la asamblea la familia real acompañada de una escolta, y destrozó á la guardia suiza, aunque con mucha pérdida de parte de los agresores, degollando á casi todos los de ella y celebrando un festin con los despojos y la sangre. El rey fué acusado falsamente de haber mandado que tirasen al pueblo, y girondinos y jacobinos pidieron á gritos que fuera destronado.

La asamblea legislativa, después de alegar la estension alarmante de los peligros que amenazaban al reino, peligros provenientes de la supuesta mala conducta del poder ejecutivo, ordenó que se organizara inmediatamente una *convencion nacional*, y que Luis fuera suspendido de sus funciones. Creóse entonces un tribunal arbitrario para el juicio sumario de las personas acusadas de traicion contra la soberanía del pueblo, y practicándose visitas domiciliarias en las casas de los supuestos delincuentes, y metióse en la cárcel de París á una multitud de realistas. La mayor parte de estas víctimas del furor democrático, particularmente los eclesiásticos, fué degollada por el populacho por instigacion de Robespierre, Danton, Marat y Tallieu. Estas matanzas ocurrieron en Reims, Lion y otras muchas ciudades.

De la aproximacion del duque de Brunswick á las fronteras resultó la reduccion de Longwy y Verdun: solo Dumouriez, apostado en Champagne, impuso al enemigo. El rey de Prusia, los príncipes franceses y los oficiales austriacos deseaban penetrar en el interior de Francia; pero el duque condenó esta osada tentativa como temeraria y peligrosa. En vano se esforzó por persuadir á Dumouriez que volviera sus armas contra los jacobinos. Los príncipes aliados desistieron por fin de sus proyectos: la disentéria diezmaba diariamente el número de sus tropas, y amenazándoles el hambre con sus horribles desastres, los ejércitos unidos adoptaron el partido de retirarse.

Los diputados que componian la convencion, eran en su mayor parte personas de baja estraccion, ignorantes y sin principios. No contentos con haber abolido el trono, acusaron de traidor para con su país á un príncipe que amaba á su pueblo y que habia hecho todo

nevolencia que le prestase. La toga y la espada eran patrimonio de sus talentos: ¿por qué pues no venia á animarla desde luego una generosa emulacion? ¿Qué confesion de incapacidad no hacia al suspirar por los favores del tiempo antiguo? Se habia tenido consideracion á los antiguos pensionados, se habia indemnizado á los eclesiásticos, tratado á todos con miramiento: ¿era por tanto insoportable la suerte impuesta á todos por la asamblea constituyente? (THIERS, *Revolucion francesa*, tomo 2.º)

lo posible para aumentar su prosperidad y bienestar (1). Pero antes de hablar del resultado de este proceso, es necesario que hagamos mencion de algunos incidentes ocurridos en aquella época.

La corte británica habia recibido con desprecio una proposicion de alianza con el gobierno francés, y al llegar la noticia del destronamiento de Luis fué llamado el embajador inglés. Aunque Mr. Chauvelin permanecia en la corte de Inglaterra, era tratado tan solo como un particular y no como ministro estranjero. Su permanencia en este país y sus intrigas contribuyeron en gran parte cuando menos á animar á los mal intencionados á que propagaran sus principios anticonstitucionales, y la súbita retirada de las potencias reunidas dió á su celo una nueva actividad. Alarmado el rey por el atrevimiento de los descontentos, hizo publicar el 1.° de marzo una proclama para juntar la milicia, y mandó reunir el parlamento antes del tiempo designado, alegando como causas de estas determinaciones los desórdenes que recientemente habian ocurrido. Estos motivos parecen poco fundados, y no se puede dudar razonablemente que se agitaron proyectos contrarios á los principios constitucionales, y que existió con los franceses una correspondencia injustificable.

De este estraordinario estado resultaron animadísimos debates. Pretendió Fox que no habia necesidad ninguna de reunir la milicia, y segun él, esta medida era tan solo un fraude por parte del ministerio, que se proponia engañar al pueblo con una falsa alarma para poder contar con su servil apoyo. Era evidente que la guerra con Francia estaba resuelta; pero esta guerra no podia justificarse de ningun modo. Grey, por su parte, nada habló en favor de las sociedades ni de los individuos que abrigaban ideas sediciosas, aunque en su opinion no habia peligro ninguno que temer de las estravagancias de una parte tan corta de la nacion, y las leyes eran suficientes para castigar toda clase de tentativas criminales, bastando el buen sentido en que se hallaba la mayoría del pueblo para evitar los malos efectos de las intrigas democráticas. Windgam, que renunciaba á obrar de concierto con sus antiguos amigos, se esforzó por justificar la conducta de la corte, y recomendó el vigor y vigilancia necesarios para la salvacion de la nacion. Nunca, añadió, habia existido mayor peligro. Dominaba el jacobinismo en Francia, y muchos ingleses se esforzaban de tal manera por estender á su alrededor el contagio mortal de que era víctima aquel reino, que no solamente estaba amenazada de un gran peligro la constitucion inglesa, sino tambien la religion, las leyes y el órden social. Sostuvo Dundas que los innovadores sediciosos empleaban todo su celo en corromper las clases ínfimas, y que era demasiado real el peligro para que pudiera ponerse en duda por nadie, como no fuera por los facciosos y demás personas acostumbradas á forjarse ilusiones. En otra discusion advirtió Burke á la cámara de que las tentativas de los atrevidos incendiarios que existian en el reino, y los esfuerzos de los republicanos del esterior, amenazaban gravemente á la constitucion. El deseo de Francia, añadió, era el de revolucionar todos los estados de Europa; con el libro de los derechos del hombre en una mano y la espada en otra, y animada de un celo sanguinario, habia resuelto imponer á todos su ley. Era imposible por tanto evitar un rompimiento con una nacion que de hecho habia declarado la guerra á todas las naciones. Respondió Adam á esta invectiva protestando contra la imprudencia de permitir que se obrase con pasion en las relaciones y negocios comerciales, y demostró la necesidad de establecer una negociacion con los jefes del poder ejecutivo en Francia, cualesquiera que fuesen su carácter y vicios políticos.

Opinando Fox que podia evitarse la guerra, hizo una proposicion para que se suplicara al rey que enviara á Francia un encargado de negociar con los jefes del gobierno, puesto que no era mas deshonroso negociar con ellos que con los tiranos de Argel y de Marruecos, con quienes habia concluido muchos tratados la Gran Bretaña. Erskine y Grey apoyaron elocuentemente esta proposicion; pero otros muchos oradores se opusieron á ella con calor y la desecharon con indignacion. La misma prevencion se observó con motivo del *alien-bill* (1), que aunque contrario á una de las cláusulas del tratado de comercio celebrado con Francia, fué justificado por la necesidad de escluir de la Gran Bretaña á los propagadores de los principios revolucionarios. Hízose una proposicion para que el parlamento ó el rey intercedieran con el gobierno francés en favor del desgraciado Luis XVI; pero se opuso Pitt á ello, pensando que semejante súplica solo serviria para irritar á los intratables é imperiosos enemigos de aquel príncipe.

Robespierre votó por que este fuera condenado á muerte sin apelacion; proposicion inícua que pareció repugnante hasta á los de la misma convencion. Se le juzgó con ciertas apariencias formales, y se le condenó sin prueba ninguna de culpabilidad: hasta se le prohibió apelar al pueblo en las asambleas primarias, y aquel pueblo toleró, con eterna mengua de la nacion francesa, que se llevara á cabo la ejecucion de la sentencia. El mayor defecto de aquel príncipe bienhechor y pacífico consistia en su falta de energía. Si hubiera observado una conducta vigorosa y una firmeza incontrastable, hubiera mantenido á los estados generales en los límites del deber y de la libertad, y destruido en su orígen las sociedades sediciosas. Alguna sangre derramada entonces hubiera salvado después muchos millones de vidas. La antigua máxima de *principiis obsta* (2) hubiera podido aplicarse entonces con el mayor éxito.

En vano habia pedido Chauvelin el ser reconocido como ministro plenipotenciario de la nueva república, y persistió en la demanda hasta el momento en que llegó á la corte la noticia de la muerte del infortunado monarca. Entonces se le intimó que sin dilacion saliese del reino. Envióse un mensaje á los pares y comunes para que á S. M. se le pusiera en disposicion de tomar las mas eficaces medidas para mantener la seguridad de los derechos de sus propios estados, para sostener á sus aliados, y oponerse á las miras ambiciosas de Francia, miras que en todos tiempos eran peligrosas para el interés general de Europa, y mucho mas siempre que se ligaban con principios subversivos de la paz y del órden de toda sociedad civil. Propuesta una respuesta satisfactoria, pretendieron muchos miembros en ambas cámaras que semejante mensaje estaba sujeto á muchas objeciones, porque tendia á sumir á la nacion en los desastres de la guerra: sin embargo fué votada en las dos asambleas sin ninguna division.

Antes de haber dado el parlamento la seguridad de

(1) Luis XVI era un príncepe equitativo, moderado en sus inclinaciones, negligentemente educado, pero naturalmente inclinado al bien. Colocado en el trono siendo muy jóven aun, principió muy luego á dar muestras de su ánimo irresoluto. Conocia el estado del reino, y estaba acorde con los filósofos en este punto; pero habiendo sido educado con la mayor religiosidad, sentia hácia ellos una gran aversion. Su vida fué un largo martirio, durante el cual tuvo siempre la desgracia de entrever el bien y no poder ejecutarlo por falta de energía. El rey amaba al pueblo, y acojia benignamente sus quejas; pero asaltado frecuentemente por un terror pánico y supersticioso, creia que con la libertad y la tolerancia nacerian la impiedad y la anarquía. El espíritu filosófico habia cometido en su primera espansion algunos escesos, y aquel rey tímido y religioso no habia podido menos de sobresaltarse. Asaltado á cada paso por sus visiones, su timidez y su incertidumbre, el desventurado Luis XVI que tenia resolucion para padecer toda clase de sacrificios, pero que no sabia imponérselos á los demás, víctima de su condescendencia para con la corte, de sus miramientos hácia la reina, espiaba todas las faltas que no habia cometido, pero que venian á ser como suyas puesto que dejaba que los demás las cometieran. (Thiers, *Revol. franc.*, tomo 1.°)

(1) Plan concerniente á los estranjeros.
(2) Resiste al principio.

su apoyo, declaróse la guerra por Francia contra S. M. Británica y el Estatuder.—Año 1793, 1.° de febrero.—El rey participó esta declaracion á las dos cámaras con la espresion de la indignacion, y Pitt y otros muchos oradores acusaron á los franceses de la injusticia y la indignacion mas repugnantes; pero tales acusaciones fuéron desechadas por otros miembros fuera del ministro y sus partidarios.

Entonces se presentaron á S. M. mensajes que solo respiraban guerra. Desestimáronse muchas mociones hechas por Fox y Grey contra las hostilidades proyectadas: ordenáronse represalias contra los buques, bienes y súbditos de Francia; y adoptóse una medida para impedir de un modo mas eficaz que la de las leyes toda correspondencia culpable con el enemigo. Votóse una leva de cuarenta y cinco mil marineros, y aumentóse la fuerza armada con veintisiete mil doscientos hombres, sin contar las tropas de las colonias y los regimientos hannoverianos.



Hospital Greunvich (1).

En cuanto á la cuestion de averiguar de dónde provino la primera agresion, son necesarias algunas observaciones. Decir que los franceses fuéron los primeros en declarar la guerra, no prueba que ellos hubieran sido los agresores. No solo la mayoría de la nacion deseaba la continuacion de la paz con la Gran Bretaña, sino hasta la convencion misma; pero no era fácil conservarla desde que el ministerio inglés habia dado fuertes pruebas de hostilidad, negándose á ser mediador entre la Francia y las potencias unidas, reteniendo las provisiones de granos, llamando al embajador de Inglaterra, y destituyendo con desprecio al de Francia, y en fin, incurriendo en la responsabilidad de varias infracciones del tratado de comercio. Ninguno de estos puntos, tomado separadamente, bastaria en verdad para justificar la guerra; mas considerados en conjunto, pueden, no en virtud de los sentimientos de equidad, sino con arreglo á la política ordinaria de las naciones, formar un pretesto bastante fuerte para hacer nula la acusacion de agresion. Los franceses tenian razon en inferir que el monarca inglés, á consecuencia de su negativa á entrar en negociaciones con ellos, no tardaria en obrar de acuerdo con el emperador de Alemania y el rey de Prusia: resolviéronse por lo tanto á anticipar el golpe que preveian.

Los franceses habian propuesto hacer libre la navegacion del Escalda, y este asunto sirvió de pretesto á los ingleses para la guerra. Su razon principal era el que las doctrinas de la revolucion francesa tomasen incremento en Inglaterra; mas la guerra no era el medio mas seguro de reprimir aquellos principios peligrosos. Muchos de nuestros lectores ilustrados dirán acaso: *tua res agitur paries cum proximus ardet* (1): nosotros responderemos que el mar era una barrera suficiente contra la llama revolucionaria, y que hubiera bastado con añadir á aquel elemento precauciones sábias en el interior del reino.

Los miembros ministeriales y sus nuevos cólegas temian tanto la influencia de las doctrinas francesas en aquellos momentos de crisis, que se opusieron con la mayor energía á la adopcion de un plan de reforma de la representacion parlamentaria. Grey sostuvo que el tiempo actual era tan favorable como cualquiera otro para su plan, que tendia á conciliar la diversidad de opiniones del pueblo y á reprimir los esfuerzos de los espíritus mal intencionados; pero Jenkinson pensaba que las variaciones propuestas introducian una preponderancia democrática en la legislatura; y Powys, recordando el estado convulsivo de Francia, se mostró opuesto á toda tentativa de mejora. El primer ministro al combatir la proposicion ofreció á Fox la ocasion de ejercer su sátira por causa de la contradiccion que manifestaba en sus opiniones. El plan acabó por ser desaprobado por una mayoría de siete votos, poco mas ó menos, contra uno.

Los franceses fuéron mas afortunados que los aliados en el curso de la guerra; la sumision de los Paises-Bajos fué consecuencia de los triunfos de Dumouriez en la batalla de Jemmapes: igualmente llevaron á cabo muchas conquistas en Alemania y en otros puntos de sus fronteras: se apoderaron del ducado de Saboya para castigar al rey de Cerdeña por su adhesion á la casa de Borbon. No obstante, esperimentaron algunas pérdidas causadas por los austriacos, y la defeccion de su valiente jefe puso por algun tiempo en mal estado sus negocios. Los enviados y generales de las potencias confederadas decidieron en un congreso celebrado en Amberes que se sacara partido inmediatamente del estado desesperado del ejército francés; que fueran sitiadas las ciudades fortificadas en las fronteras; que se asolaran las costas, y que se fomentara á los realistas en sus proyectos de rebelion. La convencion en esta ocasion esperimentó tanto menos alarma, cuanto que supo muy pronto que eran muy pocas las tropas dispuestas á seguir el ejemplo de Dumouriez. El nuevo comandante Dampierre rechazó á los austriacos que le atacaron en Famars; pero á su vez esperimentó una derrota en Quiebrain. En seguida vino á las manos con Clairfait junto á la abadía de Vicogne, viéndose precisado el último á retirarse con pérdida. Entonces dirigió sus armas contra los prusianos en San Amand. El duque de York avanzó al frente de tropas inglesas y hannoverianas en auxilio de los aliados del rey su padre, y la fuerza de sus armas sembró el terror en las filas del enemigo. Dampierre por fin fué muerto, y sus tropas efectuaron su retirada á las órdenes de Lamarche. Impacientes las potencias confederadas por arrojar á este comandante de Famars, atacaron su campo atrincherado.

El duque al frente de una columna desplegó un valor y actividad notables; el general Ferraris y otros atacaron algunos puestos avanzados, y después de desbaratar el campo enemigo volvieron á unirse al príncipe inglés, en tanto que Clairfait; que opuso una resistencia mas tenaz, se apoderó de las alturas de Anzain. Tales operaciones facilitaron el asedio de Valenciennes.

Llevado hasta el esceso el espíritu de partido, produjo en esta época una esplosion terrible en Paris. La victoria obtenida por los jacobinos en la gran cuestion relativa al asesinato del rey, estuvo lejos de satisfacer su objeto en toda su estension; pero el peligro á que

(1) Se halla situado en Londres; es uno de los magníficos edificios de Europa destinado á dar asilo á los héroes de la real marina.

(1) Cuando la barba de tu vecino veas pelar, echa la tuya á remojar.

entonces se hallaba espuesta Francia, les dió por fin una preponderancia completa. Poseian el arte de seducir al populacho persuadiéndole que ellos eran los mejores amigos de la república, y que se hallaban en mejor posicion de defenderla contra una confederacion despótica, que los girondinos ó cualquier otro partido. Como ni el honor, ni la religion, ni la moral podian poner freno á sus escesos, resolvieron sujetar á la venganza de una judicatura corrompida á todos los que osáran oponerse á sus medidas. Después de obtener de la convencion por medio del terror militar todos los decretos de acusacion que deseaban, sus furores de destruccion recayeron sobre Brissot y sus principales cólegas, quienes fuéron ejecutados despues de cinco meses de prision.

De este nuevo triunfo resultó que la *guillotina* (1) estuvo sin cesar en ejercicio. Ni aun las mugeres estaban á cubierto de la sanguinaria rabia de Robespierre y su faccion, no pudiendo servir la inocencia de proteccion contra la bárbara crueldad de tales mónstruos. Además de una multitud de víctimas sacrificadas en el discurso de aquel año, sufrió la misma suerte que su esposo la desventurada reina, y la hermana de Luis pereció tambien algun tiempo después por haber rehusado manifestar sentimientos de republicanismo.

Hallábanse ocupados los aliados en sitiar á Valenciennes, cuando Condé fué tomada trás de un largo bloqueo, habiéndose confiado la direccion del sitio al duque de York, quien por consejo de Ferraris hizo los preparativos regulares segun el antiguo método, en lugar de atacar á la vez el cuerpo de la plaza. Hacia ya seis semanas que estaban abiertas las trincheras, cuando reventaron muchas minas y se ejecutaron tres vigorosos ataques con tanto éxito, que los franceses fuéron arrojados de las medias lunas y de otros puntos de la línea de defensa. Desanimado el gobernador con estas operaciones, pidió capitulacion y la plaza se rindió al emperador. Este triunfo y la retirada del ejército francés inspiraron al príncipe de Sajonia Coburgo la esperanza de penetrar hasta París. El duque de York, menos susceptible de ilusionarse, propuso apoderarse de un número mayor de ciudades fronterizas, y separándose de los austriacos y prusianos, condujo las tropas inglesas, holandesas y hannoverianas á la provincia de Flandes. El regimiento de guardias inglesas, mandado por el mayor general Lake, derrotó unos cinco mil hombres y destruyó las obras de Lincelles. Embistióse á Dunkerke después de derrotados los franceses en algunos puestos inmediatos.

La convencion, atemorizada con los progresos del enemigo, decretó que todos los adultos de la república se dispusieran á levantarse en masa, y el pueblo recibió órden de proveer sin demora ninguna de todas las cosas necesarias para el abastecimiento de las tropas. Pusiéronse en movimiento catorce grandes ejércitos, y logrando los jacobinos con su influencia y el terror que inspiraban, todo lo que pidieron, pusieron en juego todos los recursos del pais. El general Houchard fué enviado al frente de un cuerpo considerable á socorrer á Dunkerke: atacó todos los puestos del ejército que cubria el cerco, apoderándose de tres. No fué tan feliz en un segundo ataque; mas en el tercero forzó al centro de la línea; con lo cual, viéndose en peligro el duque de York, fué obligado á ejecutar una precipitada retirada. Las tropas que asediaban á Quesnoy fuéron mas afortunadas que las de Dunkerke, pues precisaron á la guarnicion á someterse al emperador. El ejército de este príncipe esperimentó una oposicion vigorosa por parte del general Jourdan, desgraciándose en una tentativa que hizo contra Mauberge: los austriacos obtuvieron mejores resultados de Marchiennes, donde hicieron mas de mil novecientos muertos y prisioneros.

Habiendo inspirado la tiranía de la convencion un disgusto estraordinario á todos los que no estaban supeditados por los jacobinos, de tal exasperacion resultaron diferentes insurrecciones. Mostráronse dispuestos á rebelarse ocho departamentos; mas los jefes no se conformaron francamente en sus planes, hallándose prontos algunos á favorecer la causa de la monarquía, y profesando otros los sentimientos de los brisotinos ó girondinos. Los insurgentes de algunos distritos fuéron reducidos prontamente á la sumision; mas en el Oeste y Mediodía no fuéron tan fáciles de apaciguarse las turbulencias. La Vendée y otros muchos territorios del Mediodía del Loire fuéron despedazados por las convulsiones de la guerra, y el furor sanguinario desoló las orillas del Ródano y del Mediterráneo.

La presencia de una escuadra inglesa en el Mediterráneo proporcionó socorros á los habitantes de Tolon que se habian declarado por la constitucion de 1791, y el vice-almirante Hood tomó posesion del puerto; y habiéndose unido á los ingleses S. M. Católica, echó el áncora fuera de la rada una escuadra española bajo las órdenes del almirante Gravina, aumentándose con un destacamento de españoles la guarnicion inglesa, á la que se agregaron igualmente las tropas piamontesas y los súbditos del rey de Nápoles. Pero los defensores de la plaza no eran bastante numerosos para resistir mucho tiempo á la multitud de los sitiadores, y después de haberla conservado en su poder por espacio de cuatro meses resolvieron los ingleses evacuarla. Efectuaron la retirada sin mucha pérdida de ellos, siendo muy considerables las del enemigo, porque fuéron destruidos nueve navíos de línea y algunas fragatas por los marineros que mandaba Sidney Smith, y la armada inglesa se aumentó con tres buques de alto bordo y varias fragatas y bergantines. Los españoles y sus confederados católicos se apoderaron igualmente de muchos buques.

En el curso de la guerra no consiguieron los franceses triunfo ninguno en Alemania. El duque de Brunswick atacó en Pirmasens á tres mil hombres obligándolos á que se rindiesen prisioneros. Las líneas de Lautrebourg y Werssembourg fuéron forzadas; tomáronse las ciudades fortificadas de Haguenau y otras varias, y el general Wurmser consiguió una importante victoria después de una sangrienta batalla. Pero la fortuna se cambió en favor de los republicanos. Hoche, que habia sido en otro tiempo palafrenero, reanimó su valor, y de acuerdo con Pichegrú volvió á apoderarse de los puntos mas importantes y rechazó hasta el Rhin á los imperiales, cuyo número se habia disminuido considerablemente.

Los franceses, que atribuian los triunfos obtenidos por sus ejércitos en la última campaña á la energía de Robespierre y de sus cólegas, se sometieron al sistema de terror que reinaba con mas paciencia que la que en otras circunstancias hubieran mostrado. Debemos decir en honor de la humanidad que la mayoría de la nacion aborrecia al tirano; pero poseia este un poder tal, que era estremadamente peligroso oponérsele en lo mas mínimo. Bajo la apariencia de un simple ciudadano gozaba de mas autoridad que un soberano, y obligaba á que se sometieran todos á una tiranía que Luis XIV no se hubiera atrevido á ejercer en el período de su mayor poder.

S. M. Británica reunió el parlamento, representando en su discurso al gobierno de Robespierre como un sistema que violaba abiertamente todas las leyes de la justicia, de la humanidad y de la religion—Año 1794.—Tenia ciertamente razon para hablar así; pero se equivocó al asegurar que los esfuerzos del enemigo serian pasajeros y que solo conseguirian agotar prontamente la fuerza natural y real de Francia. Considerando que una retirada súbita seria muy poco conveniente con un enemigo semejante, habia declarado en un manifiesto que insistiria para obtener como fundamento de un tratado un gobierno legítimo y estable, apto para conservar con las

(1) Inventada por el doctor Gillotin.

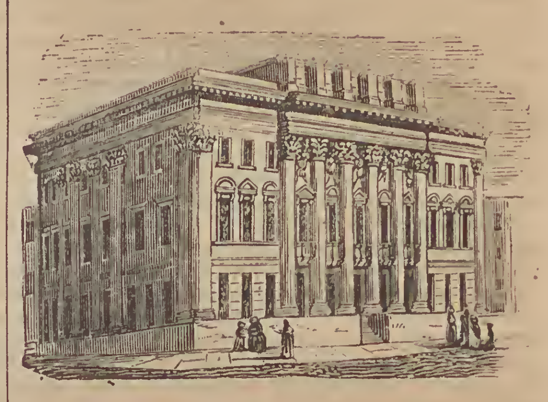
demás potencias las habituales relaciones de union y paz. El marqués de Lansdow recomendó con calor una negociacion con Francia, y Sheridan vituperó la locura de creer que se sometieran pronto los franceses. Su fuerza provenia, segun él, de la guerra, y la continuacion de las hostilidades solo serviria para aumentar el vigor de sus esfuerzos en vez de agotar sus recursos. El conde de Mornington sostuvo con calor que se debia proseguir la guerra hasta que consintiera el enemigo en renunciar á los principios perjudiciales á la seguridad de las demás naciones, y Pitt pretendió que la guerra era preferible á la paz, mientras estuviera dominada Francia por un principio revolucionario: vituperaba Fox la ciega confianza que tendia á sumir á la nacion en irremediables daños, y aconsejó al ministro que reflexionase sobre la guerra que habia hecho perder á sus predecesores, engañados por el orgullo y la tenacidad, trece provincias, aumentando estraordinariamente la deuda de la nacion. La corte obtuvo en una cámara una mayoría de ochenta y cinco votos en favor de la guerra, y de doscientos diez y ocho en la otra.

Segun las belicosas disposiciones de la corte y del parlamento, no parecieron escesivos ochenta y cinco mil marineros, y se votaron además sesenta mil doscientos hombres para el ejército de tierra además de las tropas de Alemania. Pero la permanencia temporal de un cuerpo de hesseses en la isla de Wight, que no habia sido sancionada por las cámaras, escitó el celo de la oposicion, y se propuso en medio de violentos debates un proyecto de seguridad, al que rehusó acceder el gobierno, por no estar persuadido de las intenciones perjudiciales que se suponian en aquellas tropas.

Después de votados los principales subsidios, se concluyó un tratado con el rey de Prusia, que se comprometió mediante un adelanto anual de cincuenta mil libras, pagaderas por la Gran Bretaña y Holanda, á proporcionar sesenta y dos mil cuatrocientos hombres contra el enemigo comun.

Habiendo fletado los comerciantes de los Estados-Unidos de la América Septentrional un gran número de naves cargadas de trigo con destino á Francia, se dió órden para que fuesen detenidos y comprados los cargamentos, á fin de privar al enemigo de las provisiones de que tenia necesidad. Igualmente se impidió á los americanos que las enviaran á las colonias francesas. De estas interrupciones de comercio, unidas á la supuesta usurpacion de los territorios de la república trasatlántica, resultó el embargo de los buques ingleses en los puertos americanos. Suscitáronse debates en el parlamento sobre este punto; mas la conducta conciliadora del gabinete á la llegada de M. Jay, embajador del congreso, cortó las divergencias, y realizóse un tratado de comercio equitativo entre la Gran Bretaña y los que en otro tiempo habian sido sus súbditos.

El ministerio continuaba desconfiando de las intenciones de las sociedades políticas, cuyo ódio hácia la constitucion habia sido uno de los fundamentos de la alarma antes de comenzarse la guerra: como estas sociedades aspiraban á una convencion popular, resolvióse prender á los jefes como conspiradores contra el reposo público, y se propuso la suspension de la ley del *Habeas corpus*, á fin de poder apoderarse de sus personas. Sheridan y Courtenay censuraron tal medida como una violacion de los derechos del pueblo, violacion que nada podia justificar, y Grey llamó la atencion del primer ministro sobre una resolucion en que en otro tiempo habia tenido parte, resolucion favorable en un todo á las asambleas públicas, y en que se proponia la reforma de la representacion parlamentaria. Dundas justificó la suspension como un acto de precaucion necesaria, y como una concesion del poder de que el ministerio desdeñaria seguramente usar de un modo reprobado. Windham se manifestaba alarmado de las maquinaciones sediciosas de las mismas sociedades, hasta el punto de desear medidas represivas. Puesto que las sociedades citadas adquirian mayor influencia de dia en dia, de lo cual podian preverse fácilmente males sin cuento, y puesto que fomentaban los proyectos mas peligrosos, era urgente en su concepto atajarlos sin dilacion, y en el caso de que las leyes fueran insuficientes para llenar este objeto, debian adoptarse inmediatamente otras mas eficaces. Tal severidad de sentimientos provocó la indignacion de Fox, quien á pesar de la amistad que le unia con Windham, ejerció contra él su crítica y elocuencia. Aprobóse en seguida el proyecto en ambas cámaras, prévia una protesta de parte del duque de Bedford y de otros tres pares.



Salon de Goldsmit.

Al cerrarse las sesiones, el rey felicitó á las dos cámaras por las hazañas de sus marinos, que por su bravura habian alcanzado una señalada victoria. La convencion francesa habia ordenado á Villaret Joyeuse, que aventurando una batalla impidiera la interceptacion de un convoy que regresaba cargado de provisiones. Villaret mandaba veintiseis navíos de línea y doce fragatas, y el conde Howe veinticinco de la primera clase y siete de la segunda. Este último provocó el combate el 1.° de junio á la distancia de ciento cuarenta leguas hácia el Oeste de la isla de Ouessant. En esta lucha desplegóse mas valor que cálculo: cada buque se dirigió hácia el que se hallaba á su frente en la línea, y al cabo de una hora de combate, Villaret se retiró con todas las embarcaciones que pudo salvar. Como los marineros franceses dirigian principalmente sus tiros á las maniobras, los buques ingleses por las averías que esperimentaron quedaron en estado de no perseguir al enemigo con éxito. Un navío de línea perteneciente á los franceses se fué á pique después de cojido, habiéndose ahogado trescientos hombres de la tripulacion; y habria perecido mayor número, si los vencedores no hubieran ejercido en este caso su humanidad ordinaria, sacando al enemigo del riesgo que le amenazaba. Seis naves de setenta y cuatro á ochenta cañones fuéron tomadas y conducidas á Portsmouth: supónese que murieron mas de dos mil franceses, y que los heridos ascendieron á mayor número, en tanto que de parte de los ingleses solo hubo unos novecientos entre muertos y heridos.

Este triunfo indemnizó á los ingleses de la humillacion que les habian hecho esperimentar los progresos de los franceses en el continente, y fué celebrado en la capital con fiestas é iluminaciones, habiéndose manifestado en el reino una alegría general.

CAPITULO LXXII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1794 hasta el de 1795.)

De tal modo alentaron á los caudillos del gobierno francés los triunfos que habian resultado del levantamiento en masa, que se prepararon con ardor para otra campaña. Pichegrú, nombrado comandante general del ejército de los Paises-Bajos, esforzóse por arrojar á los aliados de Landrecies, que se hallaba embestida por el príncipe hereditario de Orange. Ocurrieron vivos choques en diferentes puntos con desventaja de los franceses, cuyo jefe, proyectando una accion mas general, se situó junto á Cambray aguardando un refuerzo de tropas. Parte de su ejército fué atacado y derrotado por el general Otto: renovada la batalla dos dias después, fuéron precisados de nuevo los franceses á la retirada, así como lo fueron tambien en un encuentro con la division del emperador. Pichegrú en uno de los dias siguientes restableció su crédito con una victoria que alcanzó de Clairfait, entrando en seguida en Courtray y Menin; mas no pudo lograr salvar á Landrecies.

Al paso que Jourdan obraba con éxito contra los austriacos en el ducado de Luxemburgo, Pichegrú atacaba con intrepidez á los confederados. Este batió á Clairfait cerca de Courtray, pero fué rechazado con pérdida por el duque de York junto á Tournay: al poco tiempo derrotó al enemigo el general Kaunitz en las orillas del Sambre, y el duque se apoderó de algunos puestos en la provincia de Flandes.

La batalla de Turcoing fué sostenida valerosamente. La division del duque fué destrozada, y no pudo escapar sin una pérdida considerable, habiendo triunfado tambien los franceses en otros muchos puntos. El emperador en seguida de aquella accion determinóse á abandonar todo el interés personal en tal campaña. El resfriamiento que habia notado en el celo del rey de Prusia en cuanto á la causa comun, habia escitado su descontento: aunque este príncipe no carecia de valor, quizá temia caer en manos del enemigo, de quien solo habia escapado durante el sitio de Landrecies, merced á la intrepidez de un regimiento inglés de dragones ligeros.

Con la esperanza de cansar á los aliados con sus constantes esfuerzos, Pichegrú al frente de unos cien mil hombres los atacó con impetuosidad cerca del Escalda, sosteniendo el combate por espacio de doce horas seguidas, á punto de conseguir en algunos momentos la victoria; mas al fin sus adversarios quedaron dueños del campo de batalla, después de matarle y herirle diez mil.

Trás de algunas batallas infructuosas obtuvieron los franceses el 26 de junio cerca de Fleurus una importante victoria. El príncipe de Sajonia-Coburgo logró ventajas en tres acometidas; mas todos sus esfuerzos reunidos no pudieron impedir el triunfo de Jourdan, que en el momento mas crítico hizo avanzar al cuerpo de reserva, consiguiendo se inclinara á su lado la victoria.

Sabemos que en esta ocasion contribuyó un globo aereostático al triunfo de los franceses, bien que afirman algunos que no se empleó semejante medio mas que en una batalla que después hubo cerca de Lieja. Los franceses debieron tal invencion á los hermanos Mongolfier, que en el año 1773 habian llenado de aire caliente un globo piriforme de seda encerado, y se elevó á una altura considerable, cuya invencion fué perfeccionada después por otros especuladores, sustituyendo con aire inflamable el producido por el fuego. Muchas personas de ambos sexos emprendieron en diferentes países viajes aéreos en carros suspendidos de tales globos. Durante la batalla de que hemos hablado, surcando los aires un ayudante general francés, pudo observar los movimientos del ejército enemigo y dar noticias tan útiles, que por medio de ellas consiguió Jourdan las ventajas que de otro modo no hubiera logrado. Los franceses en el curso de la guerra hicieron tambien uso frecuente del telégrafo, máquina cuya invencion no era enteramente nueva, y que por medio de señas practicadas en un punto elevado, podia en pocos momentos trasmitir á gran distancia una noticia importante.

Los franceses habian tomado á Charleroy antes de la batalla de Fleurus, y al poco tiempo de la victoria de Moreau sobre los austriacos rindióse en Flandes la guarnicion de Yores á la república. Los hannoverianos abandonaron á Brujas, cuyos descontentos habitantes se hallaban poco dispuestos á defender la causa del emperador, y tambien fuéron evacuados Tournay y Oudenarde. El duque de York y el conde de Moira fuéron atacados repetidas veces y arrojados hácia el Norte. En vano se defendió solo en Mons el príncipe de Sajonia-Coburgo, quien esperimentó los mismos reveses en Brabante, siendo forzadas sus trincheras con gran mortandad, y establecida una guarnicion francesa en Bruselas. Batido Clairfait junto á Lovaina, esta ciudad púsose muy pronto en estado de revolucion, lo mismo que Namur y Amberes, y así perdió el emperador nueve provincias de las diez que poseia en los Países-Bajos.

Hallándose animada la convencion francesa de un resentimiento que rayaba en ferocidad, habia decretado que no se diera cuartel á las tropas inglesas y hannoverianas, y que en cualquiera poblacion fronteriza que no se entregara á la primera intimacion, fueran pasados sus moradores á cuchillo. Empero los soldados republicanos rehusaron hacer el papel de asesinos (1). La segunda de estas amenazas surtió probablemente algun efecto, pues aceleró la reconquista de Landrecies y dè otras tres ciudades que habian sido reducidas en la campaña precedente.

Los franceses reportaron ventajas considerables en Alemania; pues aunque sus trincheras fuéron forzadas por los prusianos en Kaiserslautern, no por eso dejaron de obtener la victoria en un choque tenaz ocurrido cerca de Edikhoffen, triunfando igualmente del ejército aliado en Tripstadt. Tambien se les sometió Treves, y después de muchos dias de terrible combate con Clairfait se hicieron dueños de Colonia, siendo asimismo conquistadas Coblentz, Juliers y otras ciudades importantes.

Los ejércitos franceses se habian coronado de igual triunfo en el Mediodía de Europa, donde fué batido el rey de Cerdeña, siendo derrotadas sus tropas; y como los vencedores se apoderaron de las montañas que sirven de barrera á este país, el monarca comenzó á temer por la suerte del Piamonte. Por otro lado los republicanos perdieron en Italia la isla de Córcega, la cual en la época en que habia sido arrebatada á los genoveses, fué incorporada en 1769 á los estados de Luis XV, parte por cesion, pero principalmente por derecho de conquista. Pascual Paoli incitó á los habitantes á tomar las armas, y solo tres ciudades reconocieron la autoridad de la convencion; mas las tres cayeron en poder de los ingleses tras de una porfiada resistencia, y el pueblo, en un congreso nacional, decretó que se ofreciera la corona á S. M. Británica.

En las Indias Occidentales fuéron atacadas con éxito algunas islas francesas. Tabago habia sido reducida en 1793, y entonces fué invadida la isla mas importante y floreciente, la Martinica, desembarcándose unos seis mil hombres al mando de sir Carlos Grey, que habia adquirido reputacion en la guerra de América, y que después de vencer todas las dificultades que se presen-

(1) Un sargento presentó á un oficial varios ingleses que cojió. ¿Por qué los has cojido? preguntó el oficial. Para que así sean menos los tiros que tengamos que recibir, respondió el sargento. Ya! replicó el oficial, pero los representantes quieren forzarnos á fusilarlos. No seremos nosotros, repuso el sargento, quienes los fusilen: á enviarlos á los representantes, y ya que son tan bárbaros, que los maten y coman si así les place. (Thiers, *Revol. franc.*)

taron, se apoderó de la ciudad de San Pedro. El campo establecido sobre la montaña de Sourier fué forzado, y atacado el Fuerte Real por el capitan Faulknor, que avanzó con su tripulacion hasta debajo de las murallas, escalándolas con intrepidez. El vigor de este asalto valió la toma de la capital, y desanimado Rochambeau con los progresos del general inglés, desistió de defender el fuerte Borbon. Bien pronto se rindió la isla de Santa Lucía, y se intentó un desembarco en Guadalupe á pesar del vivo fuego de dos fuertes. Las tropas tomaron en poco tiempo posesion de Gran Tierra, dirigiéndose en seguida hácia una cadena de baterías levantadas en la otra parte de la isla, y atacando las obras que defendian la ciudad de Baja Tierra; intimidóse tanto el general Collot, que se determinó á capitular.

Mas no tardaron en seguir malos sucesos á tales victorias. Las tropas no eran en número suficiente para la importancia de semejante espedicion, y además de la fiebre amarilla que reinaba en aquel país, hizo espantosos estragos entre los soldados una enfermedad pestilencial llevada á las Indias Occidentales por un buque negrero. Aprovechándose un cuerpo francés de la ventaja que le ofrecia la postracion del enemigo, atacó algunos de los puestos, siendo en pos de muchos encarnizados combates reconquistada completamente la Guadalupe.

La propagacion de la doctrina de los derechos del hombre habia encendido el fuego de la discordia en la division francesa de Santo Domingo, y los ingleses fueron instados vivamente por los habitantes á prestar su proteccion á los desgraciados colonos (1): en consecuencia entregáronse pacíficamente diferentes establecimientos al coronel Witelocke, siendo tomadas á la fuerza Puerto Príncipe y otras ciudades, y habiendo ocurrido mas perjuicios que utilidades para conservar por espacio de cuatro años algunas de estas posesiones. Los ingleses conocieron entonces la necesidad de retirarse prudentemente de la isla, después de haber sido fatigados, no solo por los franceses, sino tambien por el pueblo de color y los negros.

La energía desplegada durante la tiranía de los jacobinos no abandonó á los franceses cuando la formacion de un gobierno que comparativamente parecia moderado. Nosotros reclamamos la atencion del lector hácia esta época en que se reproducen sucesos importantes, y una guerra en que tomó una parte principal la Gran Bretaña. Como los ejércitos franceses no cesaban de coronarse con los laureles de la victoria bajo los auspicios de Robespierre, un velo de gloria servia para ocultar los crímenes de este tirano; mas al fin la indignacion llegó á ser el sentimiento predominante de la nacion, y como nadie estaba seguro bajo el imperio de aquel hombre sanguinario, cada cual, estimulado por el apremiante motivo de su propia defensa, se pronunció contra él, y todos los que abrigaban todavía algunos restos de valor, y se hallaban animados del sentimiento de su peligro, buscaron los medios de derribar un poder usurpado. Tallien y otros muchos representantes del pueblo pidieron con osadía su prision; fué declarado fuera de la ley, y ajusticiado con sus cómplices principales. La noticia de la caida de Robespierre causó en toda la nacion una alegría general, y la victoriosa asamblea recibió por tales sucesos las felicitaciones de los departamentos y cuerpos públicos y de diferentes ejércitos de la república (1). Revocáronse muchos actos odiosos; dióse libertad á un gran número de presos; enviáronse comisarios á varios puntos del reino para remediar los males producidos por el gobierno de Robespierre: en fin, adoptáronse provisionalmente nuevos reglamentos políticos, hasta que se organizara sábiamente una constitucion mas completa.

Los franceses, tras de sus triunfos en los Países-Bajos austriacos, preparáronse para subyugar las provincias unidas. Pichegrú siguió al duque de York, que se habia retirado al ducado de Brabante, y atacó su vanguardia cerca de Dommel. El éxito de la batalla puso á los franceses en estado de pasar este rio, y continuaron molestando al ejército que se retiraba. Bois-le-Duc fué embestida, y á pesar de la inundacion que cubria todo el país adyacente, la plaza no pudo sostener un largo asedio, y capituló la guarnicion. Igualmente fuéron reducidas sin mucha dificultad Vanlo, Maestricht y Nimega. Los aliados no pudieron defender el paso de Wahal antes de helarse sus aguas, y á consecuencia del rigor del invierno pudieron los franceses atravesar este rio en seco y trasportar fácilmente su artillería (2).

Al principio del invierno regresó á Inglaterra el duque de York, desconfiando de conservar la Holanda, toda vez que sus habitantes se hallaban poco dispuestos á resistir al enemigo, y la marcha de aquel personaje alentó al partido anti-estatuderiano á obrar á las claras en favor de los franceses (3). Los ingleses y las tropas auxiliares apresuraron su movimiento hácia Leck: Pichegrú dispuso un ataque; pero después de cuatro acometidas tuvieron que retroceder sus tropas. En la batalla siguiente triunfó por la fuerza numérica.

En seguida ocurrió una retirada de la mas funesta naturaleza. Hacia algun tiempo que las tropas inglesas se hallaban mal alimentadas, mal vestidas, agobiadas de enfermedades y desatendidas de una manera vergonzosa, tanto por los comisarios como por los médicos del ejército. Muchos habian fallecido en los hospitales, y era grande el número de los que habian perecido al volver de aquellos asilos de miseria; pero la retirada de Deventer tuvo resultados mas funestos todavía. Colocados los soldados enfermos y heridos en carretas abiertas por todas partes á pesar de una fuerte helada, perecieron en gran número en el viaje: otros muchos sucumbieron de hambre y cansancio, y los que sobrevivieron á sus padecimientos quedaron sumidos en la mas cruel penuria, siendo insultados por los holandeses, y tratados mas bien como estranjeros que como amigos

(1) La asamblea constituyente habia reconocido los derechos de los mulatos; mas los blancos, que no querian la revolucion mas que para sí mismos, se habian alzado entonces, comenzando así la guerra civil entre la antigua raza de hombres libres y los libertos. Los ingleses habian intervenido prevaliéndose de los desórdenes y de la confusion, habiéndolos llamado una parte de los blancos en un momento de peligro y cedídoles el fuerte de San Nicolás, donde estuvieron atrincherados sin ninguna esperanza de invadir aquella rica posesion, que después de ser agotada por largo tiempo no debia pertenecer mas que á sí misma. (Thiers, *Revol. franc.*)

(1) La muchedumbre, que hacia mucho tiempo huia del espectáculo horroroso y continuo de las ejecuciones, acudió esta vez con la mayor diligencia. Un pueblo inmenso rodeaba el cadalso levantado en la plaza de la Revolucion. Los parientes de las víctimas del tirano iban en pos de las carretas vomitando imprecaciones. A cada golpe del hacha fatal acompañaban aplausos, y la multitud manifestaba estraordinario regocijo... En las cárceles resonaban canciones, abrazábanse unos á otros con una especie de embriaguez, y pagábanse hasta á treinta francos las hojas que referian los últimos acontecimientos; por mas que todavía existia el sistema del terror, y por mas que los mismos vencedores eran autores ó apóstoles de tal sistema, creíase que este acabaria con Robespierre, en quien se hallaba personificado el terror. (Thiers, *Revol. franc.*)

(2) Estos valientes, espuestos casi sin ropa al invierno mas crudo del siglo, y andando con zapatos, á los cuales no les quedaba mas que la pala, salieron de sus cuarteles renunciando gustosos al descanso que apenas principiaron á gozar. Presentáronse con un frio de diez y siete grados en tres puntos: pasaron sobre el hielo su artillería, sorprendieron á los holandeses medio ateridos por el frio, y los destrozaron completamente. (Thiers, *Revol. franc.*)

(3) El espíritu de independencia que animaba á los holandeses en esta época, su ódio al Estatuder, su aversion á Prusia é Inglaterra, el conocimiento de sus verdaderos intereses, y su resentimiento por la revolucion tan desgraciadamente sofocada en 1787, daban á los ejércitos franceses la seguridad de ser deseados vivamente. (Thiers, *Revol. franc.*)

y compañeros de armas. Perseguidos por todos lados, no permanecieron mucho tiempo en Deventer; pero antes de alejarse destruyeron su artillería y provisiones: continuaron su marcha hácia Vecht, ya con lodo y agua que producia un súbito deshielo, ya con nieve y hielos. Desde allí se dirigieron hácia el Ems, siempre molestados por el enemigo, llegando por fin al ducado de Bremen, desde donde fuéron trasportados á Inglaterra. Allí encontraron los alivios y consuelos á que tenian tanto derecho como á un refugio contra las desgracias de la guerra.

La fuga de las tropas que defendian la Holanda, y la dispersion del ejército holandés que fué su consecuencia, abrieron las puertas de Amsterdam al general francés, sometiéndose siete provincias florecientes á la autoridad de la convencion francesa. El príncipe de Orange, considerado como traidor á su país, y reputado como instrumento de Inglaterra, estaba amenazado sin cesar de la venganza democrática; pero logró escaparse con su familia, y llegó sin novedad á Inglaterra, donde la desdicha cuenta siempre con proteccion y socorro.

Embargáronse todas sus posesiones, siendo perseguidos sus acobardados partidarios. Convocóse una asamblea nacional, y adoptóse el sistema del gobierno francés. Los franceses afectaron dejar la Holanda en un estado de independencia, que no existió mas que en apariencia; y semejante asentimiento á los ofrecimientos de fraternidad de una nacion ambiciosa, imperiosa y poderosa no era otra cosa que una declaracion de sumision (1).

Interin se hallaba todavía en suspenso la suerte de Holanda, se juntaba el parlamento de Inglaterra; pero antes de ocuparnos de él es necesario hablar de diversos incidentes que seria imperdonable omitir. Hallábanse detenidos hacia cinco meses varios miembros de las sociedades de correspondencia de Londres y de instruccion constitucional, habiéndose creido por fin oportuno procesarlos. En Escocia ya habian sido juzgados y condenados Watt y Dowins por delito de alta traicion, y entonces fué sujetado á juicio un zapatero denominado Hardy en Hold-Baily por una comision especial, despues que el gran jurado obtuvo datos de acusacion contra él y otros doce miembros. Acusábasele de haber formado una conspiracion para establecer una convencion con el designio de trastornar el gobierno, y de haber procurado armas al efecto. El discurso del procurador general sir Juan Scott fué mas notable por su estension que por la impresion que produjo en el jurado y auditorio en general. El de Erskin en favor del preso fué mas vigoroso y sutil. La inquietud del público era estrema: el interés general, no solo era movido por la compasion hácia el acusado, sino tambien por el temor de las consecuencias que podian resultar de la introduccion de una doctrina arbitraria que tendia á crear de simples discursos actos de traicion. El juicio fué muy largo, pues duró ocho dias, al cabo de los cuales, debatida la cuestion por espacio de dos horas seguidas, pronunció el jurado el fallo de inculpabilidad. El proceso de Juan Horne Tooke, literato distinguido, duró igualmente cinco dias siendo por fin absuelto, así como Thelwall, cuya inocencia fué declarada con gran mortificacion de los partidarios del ministerio. Los demás presos, entre los que se contaban Holersot, Kyd, Joyce, Richter y Bonney, no fuéron sometidos á juicio, sino restituidos á sus familias y amigos.

Este proceso hizo poco honor al carácter de Pitt. Los individuos que fuéron juzgados llevaban seguramente las ideas de reforma mucho mas allá que él; mas como quiera que él pretendia que no podia haber verdadera libertad interin fuera tan defectuosa y corrompida la representacion parlamentaria, debiera haber obrado con indulgencia en cuanto á las exageradas miras que abrigaban los demás partidarios de la reforma: pudieran haberse reprimido sus esfuerzos sin manchar su carácter con la imputacion de alta traicion: hubiera sido fácil conjurar el peligro que los ministeriales mas susceptibles, no menos que los jacobinos mas tímidos, podian temer de las intrigas y maquinaciones de aquellos supuestos culpables, sin que hubiera necesidad alguna de atentar á su vida. Una corte generosa y magnánima hubiera rechazado con horror venganza tan sanguinaria.

Tales absoluciones movieron á Sheridan, Lambton y otros amigos de la libertad á pedir que el parlamento levantara la suspension de la ley del *Habeas corpus*, por haber motivo para creer en la actualidad que nada se habia tramado contra el gobierno; pero Windham sostuvo la existencia de una conspiracion, y así continuó la suspension.

La cesacion del reinado del terror en Francia alimentó en la opinion de los adversarios del ministerio un nuevo argumento en favor de una negociacion, y Wilberforce, amigo del primer ministro, pretendió que debia aprovecharse la ocasion de tratar con éxito que entonces se ofrecia: empero semejante mocion fué desechada. Reiteró su proposicion, pero inútilmente. Hubo otros debates por la misma causa; mas Pitt, Windham, lord Grenville y el conde de Mansfield, sobrino del célebre juez del mismo nombre, sostuvieron que era deshonroso tratar con un gobierno como el de Francia, y que no debia aguardarse pacificacion alguna interin existiera el espíritu revolucionario.—Año 1795.—El ministerio no dijo esplícitamente que el rey solo debiera tratar con un gobierno monárquico; mas dió á entender que esta forma de régimen era la mejor garantía de una paz duradera, y semejante política la mas sábia.

La negligencia del rey de Prusia en observar las estipulaciones de su tratado con la Gran Bretaña provocó la animadversion general: Sheridan, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo sotener un voto de censura contra él, por mas que Pitt fué el primero en reconocer que la conducta de aquel príncipe no habia correspondido á la esperanza de los que habian confiado en su honor.

La costumbre de votar los subsidios no ha prevalecido en la práctica en Inglaterra hasta despues del advenimiento de la casa de Brunswich. Los ministros que sucesivamente han existido desde esta época han encontrado tan fácil el obtener dinero del pueblo.

Propúsose un exámen del estado de la nacion por Fox en una cámara, y por el conde de Guilford en la otra, quejándose ambos de los enormes gastos de la guerra, de la mala administracion que generalmente reinaba en los asuntos, así como de la decadencia del comercio y de la prosperidad nacional. El jefe de la oposicion habló con tal motivo de una manera animada y satírica. El discurso de su cólega fué tambien notable por su claridad, y á veces por su fuerza. El uno fué sostenido por la elocuencia de Sheridan; el otro por el calor del conde de Lauderdale y por el juicio sano y la capacidad política del marqués de Lansdown. Concebiráse fácilmente que el ministerio rehusó acceder á toda especie de exámen.

Terminóse por fin en esta legislatura el proceso de Hastings. Tras de muchos debates en que el lord canciller Lougborough sostuvo con habilidad los cargos, y lord Thurlow trabajó con celo por anularlos, presentáronse separadamente á cada par seis capítulos de acusacion para que se fallara sobre la culpabilidad ó la inocencia del gobernador. Veintitres votos le declararon no culpable, y seis culpable, en cuanto á los dos

(1) El primer cuidado de los representantes fué el publicar una proclama en que declaraban que respetarian todas las propiedades á escepcion de las del Estatuder; que los franceses entraban como amigos de la nacion bátava, no para imponerla un culto ó una forma cualquierra de gobierno, sino para libertarla de sus opresores. Esta proclama, practicada realmente, produjo la impresion mas favorable: en todas partes se renovaron las autoridades bajo la influencia francesa, siendo elegido para presidente Peter Paulo, ministro de marina antes de la caida del partido republicano en 1787, hombre distinguido y leal á su país. La asamblea se dedicó en seguida á formar una constitucion, confiando á una administracion provisional los negocios públicos. (THIERS, *Revol. franc.*)

primeros capítulos de acusacion: cinco solamente se pronunciaron contra él en los otros capítulos. En consecuencia, el 22 de abril el canciller le declaró absuelto por la gran mayoría de todos los capítulos de acusacion, intentados contra él por los comunes.

La falta de Hastings fué exagerada indudablemente por el celo sin límites y la imaginacion ardiente de Burke, cuyo juicio no consideró con bastante atencion la evidencia de la culpabilidad, ni examinó suficientemente la cuestion por todos sus lados. Mas como parecia que tenia razon en cierto modo, y que la rapacidad y tiranía del delincuente fuéron completamente probadas, puede uno sorprenderse con fundamento de que el procesado hubiera sido absuelto y declarado completamente inocente por tantos y tan nobles jueces. Además de lord Turlow, el conde de Moira y otros diez y nueve pares le absolvieron de toda especie de cargo, juzgando acaso que los servicios que habia prestado eran suficientes aun para expiar faltas mucho mas graves que las que se le imputaban. Empero ninguna consideracion de tal especie debiera haber influido en el ánimo de los jueces hasta el punto de sustraerle de un justo castigo, y él mismo aseguró no haber tenido nunca intencion de alegar tal razon, poniéndola en la balanza para compensar sus faltas.



Iglesia de Santa Brígida en Londres (1).

En tanto que las resoluciones y los actos parlamentarios probaban el celo belicoso de la mayoría, el ministro concertó definitivamente los proyectos de alianza entablados con el emperador y la Czarina, trasformándolos en tratados regulares. Sin embargo, no se pudo lograr de la emperatriz ningun auxilio contra los franceses, y se contentó con escluir á los demócratas de su territorio, y con publicar proclamas anti-francesas.

El rey de Prusia, disgustado de una guerra que le ofrecia pocas esperanzas de ventaja, determinóse durante la primavera á ajustar la paz con la república francesa, con gran satisfaccion de la convencion. S. M. Católica, cuyas tropas habian sido batidas el año precedente, se avino tambien á un tratado, y para obtener la restitucion de los pueblos conquistados en Vizcaya y Cataluña, cedió lo que poseia en la isla de Santo Domingo ó la Española.

(1) Es obra de sir Cristóbal Wren, y en ella se ve un monumento erigido á la memoria de Richardson, autor de *Pamela*. El interior de este edificio es grandioso. En su estremo Oeste hay una ventana de cristal colorido, obra del señor Murs, y representa la Descension de la Cruz, copia de Rubens.

Ninguna cosa notable realizaron los franceses en la campaña de este año. Sometieron el Luxemburgo por medio de un bloqueo, tomaron á Dusseldorf y Manheim, y derrotaron una de las divisiones del ejército de Wurmser; pero á su vez esperimentaron un descalabro. Jourdan fué precisado á abandonar el sitio de Mayenza, y por mas que él y Pichegrú estrecharon al enemigo, no pudieron conservar á Manheim. El principal acontecimiento que hubo en Italia fué un combate en el valle de Loano: los austriacos defendieron sus trincheras por espacio de once horas seguidas, sin que se les hubiera podido arrojar de allí hasta el dia siguiente. Entonces los franceses tomaron posesion de Tinal y otras poblaciones, apoderándose, no solo de los almacenes austriacos, sino saqueando tambien á los genoveses, á quienes se presentaron como protectores.

CAPITULO LXXIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1795 hasta el de 1796.)

Windham era el partidario mas ardiente de todos los que se habian reunido al ministerio al principio de la guerra. Cuando vió que los revolucionarios comenzaban á deshonrar su causa con la crueldad y violencia, y á manifestar el deseo de inocular en las demás naciones el gérmen de la licencia y democrácia para sustraerse al contagio del despotismo monárquico, estremecióse tanto del peligro que parecia amenazar al mundo civilizado, que creyó necesario en tales circunstancias adoptar las mas rigurosas medidas: queria para dar mas estension á la severidad del código inglés, y para prevenir el caso de sedicion y de traicion, que se echara mano del mayor rigor, á fin de que cualquiera que intentara promover algun trastorno so pretesto de reforma, se contuviera por el terror de un castigo ejemplar. Pitt, conociendo su capacidad, habia aconsejado al rey que le nombrara secretario de la Guerra. Con este título y con el deseo de socorrer á los realistas, propuso una espedicion á la costa occidental de Francia.

Tras de desastrosas derrotas, de horribles estragos, y de millones de cabezas sacrificadas á la venganza republicana, la Vendée gozaba por fin de un intervalo de reposo. Charrette accedió entonces á una negociacion, por la cual obtuvieron los habitantes una libertad de culto y una exencion de toda demanda. Stoflet y sus adictos parecian menos dispuestos á someterse; pero por fin firmaron un tratado en que fuéron incluidos los chuanes ó descontentos de Bretaña.

Ningun partido abrazó sinceramente la pacificacion, y el uno acusó al otro de hacer violado el tratado. La convencion atribuyó á los de la Vendée una correspondencia secreta con los ingleses, y Charrette sostuvo que los jefes de la república habian tratado á algunos de los caudillos del Oeste de una manera cruel y pérfida; que ellos habian renovado la guerra civil, y que sin consideracion á la solemne promesa hecha por el general Canclaux y el diputado Ruelle, habian envenenado á Luis XVII, hijo infortunado de un monarca lleno de bondad y de patriotismo.

Habiendo reclamado los realistas un socorro militar, realizáronse preparativos para una espedicion á Bretaña. En su costa, cerca de Lorient, lord Bridport tropezó con doce navíos de línea, con los que trató de trabar un combate de cerca, siendo su feliz resultado la toma de tres de ellos. Aquellas fuerzas marítimas habian sido vistas desde luego por el vicealmirante Cornwallis, cuya escuadrilla sufrió un fuego lejano pero molesto, sin que osára acercársele el enemigo.

Unos tres mil hombres entre emigrados y prisioneros partieron de Inglaterra durante el estío, con provisiones considerables de armas y vestuarios para los

insurrectos, desembarcándose en la península de Quiberon, y después de dispersar un cuerpo de republicanos, acudieron á reunírseles en gran número los realistas. Hoche, batido por ellos, iba de retirada, cuando un súbito refuerzo le puso en estado de resistir, forzándolos entonces á abandonar el campo atrincherado que habian fijado en Carnac, y marchando á refugiarse bajo las baterías del fuerte Penthievre, que habian ganado poco después de su desembarco.

Bien pronto se vieron los caudillos vendeanos en medio de conflictos y de la incertidumbre, por la discordia que nació entre ellos. Algunas obras levantadas en las alturas de Sainte-Barbe fuéron en parte forzadas, siendo al fin rechazados con mortandad los agresores. Un destacamento del ejército de Hoche, guiado por algunos desertores, llegó hasta el fuerte una noche tempestuosa y por un camino intransitable, y á pesar del terrible fuego de las cañoneras inglesas, se apoderó de él por asalto. Quedaba por tomar aun un campo atrincherado, que fué defendido valerosamente por el conde Sombreuil; pero habíase desertado tan gran número de los supuestos partidarios de la causa real, que el enemigo tuvo poca dificultad en apoderarse de él. Se retiró entonces el conde á una roca, en la que no tardó en pensar en rendirse. Los navíos ingleses recojieron unos dos mil y quinientos hombres, habiendo sido ejecutados gran parte de ellos. En vano se esforzaron los dos jefes de la Vendée para incitar á sus compatriotas á que hiciesen nuevos esfuerzos contra los republicanos, pues solo consiguieron levantar un pequeño ejército, concluyendo por ser hechos prisioneros, y fusilado uno de ellos en Nantes, y en Augers el otro.

Los corsos, que no se sometian de buena gana á un gobierno organizado por los enemigos de Francia, y que hasta se oponian á las contribuciones legales que se les imponian, parecieron dispuestos á levantar el estandarte de la rebelion. Envió tropas la convencion para que procurasen apoderarse de la isla; pero avanzando á su encuentro el vice-almirante Hotham, tomó dos de los navíos en que iban, aunque no sin haber perdido por su parte otros dos, uno antes del combate y otro poco tiempo después. Los ingleses abandonaron la Córcega el año siguiente.

La última alianza formada entre Holanda y la república francesa produjo la guerra de estas dos potencias con la Gran Bretaña, enviándose en su consecuencia una pequeña escuadra con un ejército de tierra para apoderarse del cabo de Buena-Esperanza. Poca dificultad costó verificar el desembarco, tomándose tambien algunos fuertes; pero solo pudo conseguirse la rendicion de este importante establecimiento con el refuerzo de algunas tropas que se apoderaron de la bahía.

Fuéron igualmente atacados algunos establecimientos que los holandeses tenian en Asia. Enviáronse tropas de Madrás á Ceilan; y Trincomali, Colombo y otras ciudades se sometieron en poco tiempo al yugo británico. No se atacó á Batavia, situada en la isla de Java; pero las de Amboyna y de Banda, abundantes en especería, se sometieron del mismo modo, como asimismo la ciudad de Cochin, situada en la península de la parte de acá de la India. Todos los establecimientos franceses de las Indias habian sido tomados fácilmente durante el año 1793.

El comercio oriental de Inglaterra se hallaba en esta época en el mas floreciente estado; mas no surtió efecto una tentativa que se hizo para quitar las trabas que impedian toda relacion entre Inglaterra y el imperio de China. El conde Macartney fué destinado á esta negociacion, y á pesar de haber sido enviado por el rey con el aparato mas pomposo, fué tratado con muy poco respeto, por no decir con desprecio.

En tanto que los franceses ensayaban un nuevo régimen en que se confiaba el poder ejecutivo á un directorio compuesto de cinco personas, la corte y el ministerio inglés continuaban alarmándose por la licencia de las sociedades políticas, cuyo pensamiento no habia desaparecido enteramente á pesar de haber sido reprimidas sus intrigas. La sociedad de correspondencia habia convocado una asamblea que debia tener lugar á campo raso al norte de la capital, y tras de vehementes discursos votóse por aclamacion una peticion por la paz. El grito de paz vino á resonar en los oidos del rey, que á la sazon pasaba por el parque de San James con direccion á la cámara de los pares, y hasta se tiraron piedras á su coche. Estos ultrajes fuéron un motivo ó pretesto para adoptar dos disposiciones de una naturaleza arbitraria y nada conformes con los derechos reconocidos del pueblo, ni honoríficos á los ministros que las tomaron, puesto que no existia la necesidad, que es la única que puede justificar semejantes medidas.

Lord Grenville creyó de su deber, no solo como ministro, sino tambien como miembro de la legislatura, proponer medidas para contener el vuelo licencioso que el espíritu de sedicion é infidencia habia tomado hacia algun tiempo: quizá no era nuevo aquel espediente, pero lo requerian las circunstancias. El acta de Eduardo III estaba concebida en términos indefinidos en algunos puntos, por los cuales daba á los criminales medios de sustraerse al castigo, habiendo muchos casos de sedicion, que no obstante su notorio peligro no se hallaban sujetos á una pena determinada. El nuevo proyecto aspiraba por lo tanto á subsanar tal defecto, sin violar, al menos así lo juzgaban los ministros, el espíritu de la constitucion.

Los duques de Norfolk y Bedford se hallaban tan dispuestos como cualquier otro para defender al rey y la constitucion; mas no podian consentir sin indignacion que á las leyes penales se diera una estension que nada exigia, y que se aumentara el poder de los jueces y ministros. Lord Thurlow pintó á la deportacion, aun por la reincidencia, como un castigo asaz severo bajo muchos conceptos, y sostuvo que de semejante rigor nunca resultaria seguridad á ningun gobierno. Lord Grenville quiso consentir en no comprender los discursos maliciosos é irreflexivos en el número de los crímenes considerados por el acta como sediciosos; pero añadió que todo escrito ó publicacion incendiaria debia ser castigado con la mayor severidad, y que cualquiera que pronunciara discursos dirigidos á provocar revueltas, merecia ser juzgado lo mismo que quien perpetrara la accion mas condenable.

La mayoría de los pares hallábase tan íntimamente convencida de la necesidad de tal ley, que por mas que se presentaron en contra muchas peticiones, votaron á favor de ella sesenta y siete, y por su desestimacion solo siete. Presentado el proyecto á los comunes, Sheridan pidió que á la discusion precediera el nombramiento de una comision para examinar las particularidades de los insultos hechos al soberano, á la par que el número y la gravedad de las asambleas consideradas como sediciosas. Hízose observar en respuesta, que por la notoriedad de las circunstancias era inútil todo exámen. Algunos oradores ministeriales imputaron aquellos ultrajes á los miembros de la sociedad de correspondencia, imputacion que fué rechazada por una negativa formal. Erskine sostuvo que el estatuto de Eduardo III abrazaba cuanto un gobierno justo podia creer útil á su seguridad, y que el proyecto actual no era mas que una ampliacion arbitraria de dicho estatuto, pues declaraba que toda medida adoptada para hacer la guerra al rey, sería mirada como un crímen de alta traicion, y además suministraba un pretesto para comparar un delito ordinario con un crímen enorme. Fox condenó el proyecto en los términos mas fuertes, é invitó á la cámara á sostener los justos derechos de la libertad, rechazando aquel ataque violento á los privilegios del pueblo y á las leyes de la humanidad. Sir Guillermo Young se hallaba tan satisfecho de semejante medida, que hizo una mocion para que fuera permanente; mas la cámara solo accedió á que tal disposicion no durara mas que mientras

la vida del rey y hasta la clausura del primer parlamento despues de su muerte.

El otro proyecto era relativo á las reuniones que podian conducir á cometer crímenes punibles segun la nueva ley ó cualquiera otra anterior de igual naturaleza. Pitt habló contra el espíritu nocivo de las sociedades que se habian formado desde que la revolucion francesa esparció su veneno, asegurando que los caudillos de tales sociedades aspiraban á la supresion de la monarquía y á trastornar la constitucion, la iglesia y el estado, y que el único medio de preservarse de tamaño riesgo era el de reducir con oportunidad el número de semejantes asambleas públicas. Fox por su parte pretendió que la libertad constitucional no podia existir sin la discusion, y que si el ministro persistia en adoptar medidas tan arbitrarias como las que proponia, quedaria anulada la tabla de los derechos, y que si los comunes se conformaban con semejantes proposiciones, valdria mas abandonar unas reuniones que no serian mas que un juego, y renunciar formalmente á toda libertad, así como lo habian practicado una vez los senadores de Dinamarca. «Pero, dijo el orador, si consentís en aceptar »el despotismo como un favor, no ofendais el buen sen»tido y los sentimientos de la naturaleza humana publi»cando ante el universo que sois libres. ¿Llamareis reu»nion de hombres libres una asamblea sumisa á las res»tricciones que se proponen, ó lograreis hacer creer al »pueblo que el plan actual es en realidad otra cosa que »la destruccion de su libertad? Pues examinemos lige»ramente la situacion de un inglés nacido libre: no le »es permitido discutir ningun punto que pueda intere»sar á su libertad ó á sus derechos, sin recurrir antes »á un magistrado para que asista á la discusion. Este »magistrado no puede en verdad impedir que se cele»bre la reunion; mas puede precisar á los oradores á no »continuar sus discursos, á pretesto de que el pronun»ciado tiende á turbar la paz del reino.» Las revoluciones segun él no provenian de la libertad de las opiniones populares, ni de la facilidad que hasta entonces habia tenido el pueblo para juntarse, sino de la tiranía ejercida por los jefes del poder sobre los ánimos y sentimientos de los hombres; y añadió que el gobierno evitaria de una manera mucho mas eficaz una revolucion en Inglaterra, teniendo con las máximas constitucionales y liberales los debidos miramientos, que no reprimiendo los discursos ó impidiendo al pueblo el emitir su opinion sobre los asuntos públicos.

Sir Guillermo Pulteney sostuvo con todas sus fuerzas el proyecto en cuestion, porque pensaba que ninguna otra medida seria bastante para reprimir las asambleas sediciosas. Él de ninguna manera era enemigo de la libre discusion; pero esta debia tener lugar por medio de la prensa, espediente que consideraba como el mas propio para sostener el espíritu público y defender los intereses del pueblo. La libertad de la prensa no quedaria segun él coartada por dicho proyecto; mas á pesar de tal observacion bien sabia él que la restriccion de esta libertad se hallaba comprendida en el mismo proyecto que estaba para ser votado por ambas cámaras.

Halhed el orientalista nada objetó á la disposicion en que se prometia una recompensa al que descubriera y prendiera á los que habian insultado al rey; pero él y Grey desaprobaron fuertemente la especie de que el ataque intentado contra S. M. era consecuencia de la asamblea que habia tenido lugar á campo raso, porque no encontraban la menor conexion entre lo uno y lo otro; y añadieron que las personas que componian dicha asamblea, habian guardado una conducta moderada, y de ningun modo merecian la imputacion maligna alegada públicamente como motivo de un proyecto arbitrario. El secretario de la Guerra habló con su intemperancia ordinaria acerca de la necesidad imperiosa de impedir que se imitara la licencia francesa, y de reprimir con la severidad oportuna toda tentativa de reforma.

Este proyecto, lo mismo que el primero, fué combatido por peticiones populares, y sostenido por muy pocas personas. A la segunda lectura Erskine se opuso á él vivamente, pretendiendo contra la opinion del procurador general Mitfort, que tal proyecto destruia el derecho de peticion que tenia el pueblo, puesto que no se permitia discutir ningun asunto sin aprobacion de los magistrados, y que como estos, sugeridos, no accederian mas que á lo que pluguiese á la corte, ya no se podrian presentar peticiones contra ningun acto ó abuso de cualquier especie. Semejante invasion en la tabla de derechos autorizaba segun él la resistencia que se le hiciera, y no debia obedecerse á un acto que tendia á anular una parte esencial de la constitucion, sin que nada pudiera justificar una medida tan despótica. Las leyes existentes bastaban para impedir las asambleas sediciosas y castigar convenientemente toda accion que tuviera por objeto turbar la paz del reino.

Curwen, propietario acaudalado del norte de Inglaterra, se distinguió en todos estos debates por muchos discursos osados y dignos de un inglés animado de los sentimientos de un patriotismo laudable, asegurando que la libertad de la palabra era esencial á la verdadera libertad, y que á escepcion de los que tenian una conciencia manchada, nadie podia imponer silencio al pueblo. La opinion pública solo desagradaba á los malos ministros, á quienes su resentimiento impulsaba entonces á destruir las libertades de la nacion; pero Curwen se atrevia á esperar que sus compatriotas no se someterian bajamente á unos insultos y á una opresion de tal especie. Solo en las asambleas podia manifestarse la opinion del pueblo, y en anulándose este derecho desapareceria desde luego toda oposicion á la tiranía ministerial dentro y fuera del parlamento, quedando destruida la parte democrática de la constitucion por la corona y la aristocracia.

Con la misma indignacion condenó Curwen el otro proyecto é hizo una mocion para que uno y otro fuesen diferidos hasta que se pesara y examinara maduramente su contenido. La proposicion de dilacion fué apoyada por setenta miembros, habiendo votado doscientos sesenta y nueve en contra.

Suscitóse en seguida un debate acerca de la cláusulà que señalaba un castigo á los que reunidos en número de doce ó mas, tumultuaria ó no tumultuariamente, no se dispersaran una hora después que el manifiesto les diera órden para hacerlo. El procurador general y sir Peter Burrell propusieron la muerte. Wilberforce y sir Guillermo de Olben fuéron de parecer que se castigara tal desobediencia como una simple falta y no como un crímen; pero la comision en la proporcion de mas de seis contra uno votó por la pena capital.

Permitióse ciertamente por el proyecto que pudiera haber reuniones para discutir asuntos políticos; mas en el caso de que el número de personas hubiera de pasar de cincuenta, debia hacerse mencion de la junta anticipadamente en los papeles públicos, á fin de que pudieran asistir á ella uno ó varios jueces de paz, para ver si allí se hacia alguna proposicion para introducir sin la autoridad del rey, de los lores y comunes, alguna alteracion en lo que estaba fijado por la ley, ó bien para que en el caso en que se ventilara algun asunto de una trascendencia perjudicial y sediciosa, el magistrado presente tuviera el derecho de prender al autor de tales discursos, así como á sus partidarios, y el de disolver la asamblea. Estas cláusulas esperimentaron una oposicion infructuosa, habiéndose fijado en tres años la duracion de estas medidas.

Pocos fuéron los miembros que en la cámara alta hablaron en contra, aunque las objeciones de aquel corto número de adversarios fuéron fuertes, siendo eludidas sin respuesta. El rey sancionó los dos proyectos el 18 de diciembre, con gran descontento del pueblo.

El ministerio, entusiasmado con estas ventajas, con-

tinuó con ardor sus preparativos belicosos, aconsejando al mismo tiempo á S. M. que declarara á las dos cámaras su intencion de entrar en negociaciones con el directorio nuevamente organizado. Los miembros de la oposicion no dieron crédito á tal declaracion, que la reputaron por engañosa. Grey quiso tantear las disposiciones verdaderas del ministerio, proponiendo un mensaje en apoyo de las proposiciones del rey al gobierno francés. El primer ministro representó que la cámara interviniendo en tal ocasion obraria de una manera irreverente, y así la mocion fué desestimada. Verificose una tentativa para conseguir una negociacion; pero la demanda fué tratada con indiferencia por el enemigo, que suponia que el gabinete británico exigiria de una manera decisiva la resignacion de los Países-Bajos.

El modo con que la guerra era conducida en la Jamaica, el bárbaro uso de emplear perros de presa contra los insurgentes de aquel país, el mal manejo de los recursos, y otros muchos motivos de descontento, hiciéronse patentes por diferentes oradores, sin que se pudieran llegar á obtener votos de censura de la mayoría de ninguna cámara. Los subsidios del ejército escedieron de la suma de 37.588,000 libras esterlinas. Las cuotas pedidas para los intereses de ambos empréstitos parecieron un peso mucho mas grave, por cuanto el pueblo tuvo que soportar una carestía de granos, cuya desgracia no habia podido evitar la sociedad de agricultura, formada en 1793. A la clausura de las sesiones siguió por fin la disolucion de un parlamento que habia acreditado mucho mas celo en pró de los intereses de la corona que de los del pueblo.

El emperador habia sacado tantas ventajas del dinero proveniente de la opulencia británica, que entonces se hallaba en estado de tener en pié un ejército numeroso; no podia empero presentar una fuerza militar tan grande y terrible como la del directorio francés: no obstante, el valor y la habilidad del archiduque Carlos impidieron que el enemigo alcanzara victorias señaladas: desorganizó el ejército de Jourdan, y molestó á Moreau de una manera tan terrible, que el general, convencido de su peligro, se vió precisado á emprender la retirada. Latour, que le perseguia de cerca, fué derrotado, siendo rechazados los austriacos por los franceses en otros muchos combates; pero Moreau no pensaba en triunfar, ni podia hacer mas que escapar del enemigo, abriendo al efecto camino por los desfiladeros de Val-d'Enfer, y refugiándose en la Alsacia después de un rudo choque junto á Eltz. El superior talento que mostró Moreau en esta retirada, fué acreedor á ser admirado, no sólo por sus compatriotas, sino tambien por todos los guerreros de Europa.

Los franceses demostraron su ambicion en la famosa campaña de Italia. Esperaban que mandando una poderosa division á este país, no solo disminuirian las ventajas obtenidas por los austriacos en la alta Italia, sino que podrian hacer conquistas duraderas y adquirir alianzas útiles. Bonaparte tomó el mando del ejército transalpino con la actividad que le caracterizaba, y no tardó en adquirir ventajas, derrotando las indisciplinadas tropas que habia levantado el rey de Cerdeña con el subsidio concedido por Inglaterra. Vencido y humillado este soberano, pidió con instancias la paz para evitar su ruina; pero solo le fué concedida con la condicion de que cederia los territorios de Saboya y Niza, y de que muchas fortalezas del Piamonte pasarian al poder de los franceses, hasta tanto que tuviera lugar una pacificacion general. Este tratado, que no mereció la aprobacion del Austria ni de Inglaterra, fué mas bien un acto hijo de la necesidad y de la fuerza de las circunstancias, que una prueba de valor por parte del príncipe vencido.

La invasion del ducado de Milan era el objeto inmediato de las miras de Bonaparte. Atravesó el Pó en presencia del enemigo, y derrotó á Beaulieu en las orillas del Adda. Habia establecido este general formidables baterías para defender el puente de Lodi, que fueron atacadas atrevidamente por los granaderos franceses. Tres veces fuéron rechazados por un fuego terrible; pero redoblando sus esfuerzos, lograron abrirse paso y derrotar al enemigo. El Milanesado cayó en seguida en poder de los franceses, y Mántua, ciudad fortificada, lo fué igualmente después de varios combates.

Tampoco en el hemisferio occidental estaban ociosos los franceses. En 1795 habian incitado á los habitantes de la Dominica á que se sublevaran contra el gobierno inglés, habiéndolos auxiliado al efecto con fuerzas militares. Tambien fomentaron la rebelion de los caribes de San Vicente y de los negros de Granada, y con sus intrigas y sus armas habian conseguido apoderarse de Santa Lucía. Fué necesario en 1796 enviar fuerzas suficientes para recuperar esta última isla, y triunfar de la oposicion de los insurrectos y de los franceses; pero vencieron por fin los ingleses restableciéndose la subordinacion y la tranquilidad en las demás islas.



Napoleon.

Pidió el directorio á los holandeses una escuadra para espulsar á los ingleses del cabo de Buena-Esperanza, y con este objeto se dió á la vela desde Texel Engelberto Lucas con tres navíos de línea y cuatro fragatas; pero quedó engañado cuando pensaba que se le uniera una escuadra francesa. El vice-almirante Elphinstone, que tenia á sus órdenes siete navíos de línea y otros muchos buques de guerra, salió al encuentro del enemigo en la bahía de Saldaña, y exigió del comodoro que le entregara toda su escuadra; á lo que accedió Lucas, convencido de que sería inútil una obstinada resistencia.

Como ambas naciones, tanto la inglesa como la francesa, deseaban con igual ardor la paz, se determinaron, aunque con pesar, los dos gobiernos á entablar una negociacion con este objeto. El rey de Inglaterra, que fué quien hizo las primeras proposiciones, envió á lord Malmesbury á París para arreglar las condiciones.

El orgullo inspirado á los republicanos por el buen éxito de sus campañas en Italia, hizo que no tuviesen éxito las tentativas hechas en favor de una paz general. El embajador de Inglaterra propuso la mútua devolucion de las conquistas hechas por ambas partes; pero los franceses se negaron obstinadamente á restituir los Países-Bajos, y después de muchas conferencias infructuosas con M. Delacroix, ministro de Negocios estranjeros, fué despedido con arrogancia el embajador inglés.

Durante las negociaciones equipó el directorio una escuadra para invadir la Irlanda, donde eran numerosos segun decian los enemigos del gobierno. Treinta buques de guerra además de muchos bergantines y barcos de trasporte que llevaban á bordo diez y nueve mil hombres, se dieron á la vela desde Brest en el poco favorable mes de diciembre: Villaret-Joyeuse mandaba como almirante, y Hoche que habia demostrado en pro de este proyecto un ardor grande, tomó el mando de las tropas de desembarco. Todos los navíos que no fuéron

dispersados por el viento, llegaron felizmente á la bahía de Bautry; pero viendo el almirante Bouvet que no se le unian los demás buques, volvió á hacerse á la vela para Francia, á pesar de las representaciones de los oficiales del ejército que deseaban verificar un desembarco sin esperar la llegada de Hoche. La violencia de la tempestad hizo además que fueran á pique un navío y dos fragatas.

Si hubieran efectuado los franceses su proyectado desembarco, hubieran resultado sin duda muchos estragos de la invasion de tan gran número de encarnizados enemigos; pero los esfuerzos de las tropas fieles y de los paisanos hubieran impedido probablemente que quedara la isla en su poder. Pretendieron los franceses que solo los vientos salvaron á la Irlanda, y que á haber sido favorable el tiempo, nada hubiera podido impedir el triunfo del intrépido Hoche, secundado por sus hábiles oficiales y disciplinadas tropas.

Al volver á reunirse el parlamento en el mes de octubre, el temor de una invasion indujo al ministro á proponer que no solo se aumentase la marinería hasta 120,000 hombres, sino que se levantase además una nueva milicia de 60,000 hombres y un cuerpo de 20,000 caballos para auxiliar al ejército regular. Fox y otros muchos miembros pusieron en duda la necesidad de hacer tan estraordinarias levas; pero no por eso dejaron de ser adoptados los dos últimos decretos, además de otro en que se mandaba que cada parroquia del reino aprontara uno ó mas hombres hasta completar el número de 15,000 que se necesitaban para el servicio marítimo, y para completar los regimientos de línea. Los subsidios que entonces se votaron se aumentaron en seguida hasta 42.786,000 libras esterlinas—Año 1797.—Poco antes habia enviado el ministro al emperador una cuantiosa suma, considerándose esta profusion no autorizada como altamente vituperable y reprensible por Grey y Curwen. Procuró la cámara justificar al ministro alegando la necesidad de aquellos adelantos, aunque fuesen contrarios á los usos ordinarios, y permitió que se hiciera un nuevo préstamo al emperador de Austria hasta la cantidad de 3.500,000 libras.

Como el mal éxito de las negociaciones dió lugar á hacer preparativos de guerra mas rigurosos que nunca, se dió márgen á violentos debates. No se podia esperar de ningun modo la paz, se decia, ínterin continuase Pitt al frente del gobierno, puesto que ni podia dirigir con éxito la guerra, ni obtener un tratado de paz con honrosas condiciones. Sin embargo, la proposicion que hizo en respuesta al mensaje de la corona y á un manifiesto público fué aprobado por una mayoría de ciento setenta y cinco votos. Un miembro independiente, llamado Pollin, pidió que se renovaran las proposiciones para que se ajustara la paz, y se hicieran con el mismo objeto otras muchas peticiones para que se cambiara el ministerio. Grey realizó además una nueva tentativa para que se reformase el parlamento, pero fué desechada por la mayoría.

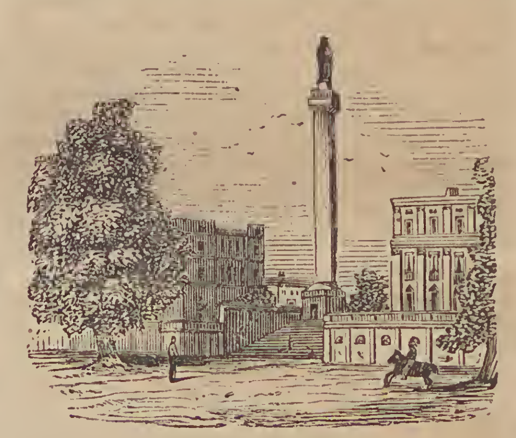
La situacion apurada del banco aumentaba el descontento que causaba la continuacion de la guerra. Los directores habian representado en los términos mas fuertes contra las escesivas y frecuentes peticiones de fondos que les hacia el Tesoro; los que temian una invasion y los banqueros particulares que se llevaban especies en cambio de sus billetes, habian disminuido en tales términos la cantidad de dinero en circulacion, que cuando quiso Pitt recurrir á un nuevo empréstito, asegurando que se necesitaba para el servicio de Irlanda, se opuso á él la junta del banco por temor de las desastrosas consecuencias que de él podian resultar para los particulares y para el público. El consejo privado prohibió entonces que se hiciera pago ninguno en metálico, y ambas cámaras propusieron una pesquisa en los negocios de aquella sociedad, cuyo supuesto empobrecimiento habia esparcido por todas partes un terror pánico. Esta medida disipó felizmente la inquietud del público, sabiéndose muy pronto que no habia motivo para temer una bancarota que tan solo habia sido imaginaria.

CAPITULO LXXIV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1797.)

Todas las naciones insulares tienen una necesidad absoluta de confiar ciegamente en el valor y fidelidad de sus marinos, y su liberalidad para con ellos debe ser proporcionada á los servicios que espera y á las fatigas y peligros á que los espone su profesion, debiendo concederse los mayores premios á los defensores marítimos del Estado. Sin que pretendamos que Inglaterra habia procedido mal en esta parte, no podemos negar sin embargo que en la época de que se trata dieron muestras de descontento muchos marinos, pidiendo un aumento de pagas y otras gratificaciones; pero estos clamores, que alarmaron vivamente la nacion, se habian originado probablemente de algunos espíritus turbulentos imbuidos en los principios del jacobinismo.



Columna de Yorch.

El conde Howe, que mandaba la escuadra empleada en el canal, recibió muchos anónimos escritos por los marinos en demanda de una reparacion de los agravios que se les habia irrogado; como al volver á Inglaterra dicha escuadra, que habia estado en el servicio de cruceros, no habia conseguido respuesta ninguna, se estableció entre los descontentos de diversos buques una correspondencia que tenia por objeto obtener á la fuerza la concesion de sus peticiones. Lord Bridport, que de ningun modo desconfiaba de aquellas disposiciones hostiles, ni siquiera las habia notado, se preparó para darse á la vela hácia Spithead, y con sorpresa suya sus órdenes y señales fuéron desatendidas: en ningun buque quisieron levar el ancla, y los marineros, en vez de obedecer á sus oficiales, afectaron no prestar sumision mas que á la autoridad de los delegados nombrados por ellos mismos. No resultó sin embargo tumulto ni desórden alguno de la usurpacion de aquel poder estraordinario, y los amotinados desplegaron mucha firmeza sin cometer acto ninguno de brutalidad ni licencia.

Era á la sazon primer lord del almirantazgo el conde Spenser, que intimidado por el temor de la democracia se habia alistado en las filas ministeriales. Recorriendo la escuadra quedó convencido de que no se reduciria á los culpables sin hacerles algunas concesiones: prometió satisfacerles en cuanto se lo permitieran sus facultades, y que trabajaria para que se les aumentasen la paga, los repuestos y víveres; pero como du-

daban los rebeldes que accediera el parlamento á sus deseos, no se sometieron hasta que se presentó lord Howe con la copia de un decreto que concedia las ventajas ofrecidas por lord Spenser. Durante este tiempo, algunos emisarios que habian intentado apoderarse del navío de guerra *la ciudad de Londres* se espusieron al fuego de los marinos, quedando muertos muchos hombres antes que hubieran conseguido desarmar á los oficiales.

Un motin mas sério tuvo lugar en los buques que estaban en el Norte. En una junta que tuvieron los delegados—el 20 de mayo de 1797—convinieron en que además de las concesiones que anteriormente se les habian hecho, pedirian los marineros una distribucion mas equitativa del producto de las presas, el pago regular de las gratificaciones al principio de cada viaje, y la modificacion del riguroso código de guerra. Como los lores del almirantazgo se opusieron á aquellas reclamaciones, declararon los revoltosos que guardarian en su poder los buques cuyos capitanes estaban ya suspendidos de sus empleos, y se apresuraron á tomar medidas para su defensa.

Animados los insurrectos con la llegada de cuatro buques de mucho porte y de una corbeta que venian de la costa de Norfolk, continuaban desafiando la autoridad real: detuvieron cuatro buques mercantes, saquearon uno de ellos, y hasta intentaron bloquear el Támesis. Hicieron demostracion de atacar el fuerte de Sheerness; pero si abrigaron sériamente aquel proyecto, les obligó á desistir de él la vigilancia de la guarnicion. En este fuerte y los de Gravesend y Tilbury habia hornillos para balas rojas, y el gobierno tomó además varias precauciones para el caso en que fueran atacados.

Se rogó al conde de Northesk, favorito de los marinos, que asistiera á una junta que tuvo lugar en el navío almirante *Sandwich*. Parker, que se hallaba al frente de la rebelion, le comunicó las peticiones de los descontentos, y le envió una carta para el rey, quien después de someter este negocio á su consejo privado, resolvió insistir en una sumision absoluta y sin condiciones, en vez de humillarse á tratar con los amotinados.

La rigorosa conducta del gobierno hizo inútil el ataque que se proyectaba contra la escuadra rebelde, y se dictaron dos decretos de una terrible severidad, puesto que fulminaban la muerte contra todos los que indujesen á los soldados del ejército y de la marina á cometer un acto cualquiera de traicion ó desobediencia, y contra los que tuvieran comunicaciones premeditadas con la tripulacion de un buque declarado por el almirantazgo en estado de insubordinacion. Parker y algunos de sus principales asociados rehusaron someterse; pero la mayoría se mostró resuelta á implorar la generosidad del soberano. Tres buques se dieron á la vela y consiguieron escaparse, aunque teniendo que sufrir el vivo fuego que les hacia el navío rebelde; otros dos siguieron su ejemplo, como tambien cinco mas que abandonaron la confederacion. Fuéron muertos y heridos muchos hombres en los varios combates que ocurrieron entre los que se querian someter y los que persistian en la rebelion. El pabellon sedicioso tuvo por fin que ceder, y el 14 de junio fué puesto el *Sandwich* por la tripulacion bajo el cañon del fuerte Sheernes, y entrando un destacamento á bordo de él, se apoderó del jefe de la insurreccion. Walace, uno de los delegados, se levantó la tapa de los sesos, para evitar la ignominia de un juicio y de una ejecucion pública.

Parker fué juzgado por un tribunal marcial en que se le probó su culpabilidad: en su defensa alegó que lejos de haber inducido á los marinos á que se rebelaran, se habia esforzado por reprimir desde un principio el espíritu de descontento; que se habia visto obligado por la fuerza á obrar como presidente de un consejo ilegal, y que si no hubiera tomado una parte activa en aquel negocio, habria sido mucho mas terrible la sedicion. No por eso dejó de ser ahorcado á bordo del *Sandwich*, habiendo sufrido su suerte con un valor y sangre fria notables. Siete cómplices suyos pertenecientes á la tripulacion del *Leoparde* sufrieron tambien la última pena con muchos marineros de otros buques, que pagaron con su vida el crímen cometido violando las leyes del país.

Si se hubiera presentado una escuadra estranjera durante esta sedicion, se habria disipado indudablemente la tenacidad de los marineros, y hubieran vuelto prontamente á sus deberes, para escarmentar la arrogancia del enemigo. Poco tiempo antes de esta rebellon se habia aumentado la gloria naval de la Gran Bretaña en un combate que se verificó cerca del cabo de San Vicente. El rey de España, que se habia visto obligado á contraer una alianza con la república francesa, mandó dar la vela á una escuadra de veintisiete navíos de línea, uno de los cuales era de ciento treinta cañones y seis de ciento doce. Esta escuadra encontró luego á la inglesa, compuesta de quince navíos de línea y muchas fragatas. El almirante Jervis atacó súbitamente á los españoles el 14 de febrero sin darles lugar á formar la línea, intentando pasar al través de la escuadra y separar de ella nueve buques. Efectuó su proyecto con la mayor destreza, y aunque D. José de Córdova procuró restablecer su línea pasando á retaguardia de la armada inglesa, no pudo lograrlo por una hábil maniobra de Nelson. Empeñado D. José en un combate con el buque inglés de mas porte y con dos mas, se vió bastante apurado, aunque fué socorrido á tiempo. Convencido de que no podria llevar á cabo la union con el resto de la escuadra, dió órden para que se aproximasen los buques restantes todo lo posible. El intrépido Nelson atacó con el mayor valor el *San Nicolás* y el *San José*, siendo tomados otros dos buques. Persiguieron los ingleses á la escuadra española; pero acometidos de noche por los navíos españoles que se habian separado, se vieron obligados á retirarse. Unos mil quinientos españoles y trescientos ingleses hubo entre muertos y heridos en este combate.

Esperaban los franceses que reunida su escuadra con la de los españoles y holandeses destruirian en el mar la preponderancia inglesa, invadiendo en seguida su isla; pero no tuvieron sus cálculos el éxito que aguardaban. Apenas merece citarse un desembarco que por este tiempo se efectuó en el condado de Pembroke. La espedicion, que se componia de mil trescientos hombres reclutados al parecer en las cárceles y presidios, se sometió sin dificultad.

En aquel mismo tiempo esperimentaron los españoles una pérdida mas importante que la de algunos buques. Sir Ralph Abercomby invadió la isla de la Trinidad junto á la América Meridional, y triunfó fácilmente de los obstáculos que se le opusiéron. Apenas se apoderó de la capital, se sometió fácilmente el resto de la isla por capitulacion. En el golfo de Pavía tomó un buque, y otros tres con una fragata fuéron incendiados por los mismos españoles para que no cayesen en manos de sus enemigos.

El general inglés dió en seguida la vela para Puerto-Rico, y habiendo entrado en una bahía inmediata á la principal ciudad de la isla las embarcaciones menores de la escuadra del almirante Hervey, se establecieron las tropas en una posicion que les pareció muy cómoda; pero su flanco izquierdo era cruelmente hostilizado por las cañoneras españolas, y las inmediaciones de la ciudad, que estaba separada de la isla por un estrecho canal, fuéron defendidas con tal vigor por los españoles, que no pudieron pasar adelante los ingleses y se vieron precisados á abandonar la empresa.

Tampoco tuvo mejor éxito la tentativa hecha para apoderarse de la isla africana perteneciente á los españoles. Nelson, elevado al rango de vice-almirante, se dirigió con una pequeña escuadra á las Canarias, y lue-

go que llegó á Tenerife mandó al capitan Troubridge marchar con mil hombres entre marinos y soldados á atacar á Santa Cruz. Desembarcaron durante una noche sumamente oscura y lograron penetrar en la ciudad, pero sin conseguir apoderarse de la fortaleza. El gobernador Gutierrez esperaba obligar al enemigo á que se rindiera; pero el capitan le envió un parlamento prometiéndole que si se le permitia retirarse, la escuadra no haria fuego á la ciudad: vaciló al pronto el capitan español y se mostraba dispuesto á aceptar la proposicion, cuando de repente amenazó Troubridge con hacer fuego á la ciudad y atacó al enemigo á la bayoneta. Doscientos cincuenta ingleses quedaron muertos, heridos y ahogados; y aunque no mandaba Nelson en aquella tentativa, corrió tal riesgo, que perdió el brazo derecho por una bala de cañon.

En el continente fué obligado el papa, á quien los franceses habian despojado el año anterior sin consideracion ninguna de sus estados, tesoros y muchos objetos artísticos, á comprar una paz precaria por medio de las mas ámplias concesiones, después de haber defendido inútilmente á Faenza y otras varias ciudades. Los toscanos y venecianos fuéron sometidos igualmente á exacciones arbitrarias, y Carlos Manuel, sobrino del rey de Cerdeña, se vió obligado á ser aliado de la misma potencia que habia deshonrado y humillado á su tio.

Deseando el directorio abatir el orgullo de la casa de Austria, mandó á Bonaparte que atacara al archiduque con el mayor vigor posible. Avanzó aquel con confianza, se apoderó del país situado entre Lavis y la Piava, conquistó el Frioul, invadió la Carinthia, y esparció tal terror en todos los estados hereditarios del emperador, que se vió obligada la corte de Austria á consentir en una negociacion propuesta por el general victorioso.

Al mismo tiempo eran hostilizados los imperiales en el alto Rhin por Moreau, que los derrotó en Diersheim después de un obstinado combate. El ejército de Hoche adelantaba asimismo en el Bajo Rhin, y no dejó de obtener victorias hasta que lo detuvo en su carrera el resultado de las conferencias. Los preliminares entre Francia y Austria fuéron firmados en Leoben, nombrándose plenipotenciarios para llevar á cabo un arreglo definitivo.

El abandono de la confederacion por el emperador produjo la renovacion de las negociaciones entre Francia é Inglaterra. Al tratar el monarca inglés por sí solo con la república, no cumplia estrictamente con sus compromisos; pero como se habia proyectado un congreso anteriormente, se tenia alguna esperanza de obtener por este medio la paz. Lord Grenwille propuso á M. Delacroix el 1.° de junio una discusion inmediata sobre las pretensiones mútuas de ambas naciones, con objeto de que fueran firmados los artículos y pudieran ser confirmados en seguida por el congreso con alteracion ó sin ella. Dió á conocer el ministerio francés que el deseo del directorio era recibir las proposiciones pacíficas de la corte de Londres sin esperar las tardías deliberaciones de un congreso, y se remitió en seguida un pasaporte para que pudiera marchar á Lila un plenipotenciario inglés. Letourneur, Lepelley y Maret quedaron autorizados para tratar con lord Malbesbury, que presentó un plan de pacificacion con veinte artículos que contenian, entre otras varias condiciones, que para restablecer sobre sus primeras bases los derechos de la pesca, que entonces se hacia en Terranova é islas adyacentes, se restituirian á los franceses las islas de Miquelon y San Pedro, ocupadas en el primer año de la guerra; que todo volveria al mismo estado en que se hallaba antes de ella; que en caso de restitucion, las mejoras que hubieran hecho los conquistadores en las fortificaciones permanecerian intactas y se entregarian en el estado que tuvieran á sus primeros poseedores; que se cederia á la Gran Bretaña la isla de la Trinidad, á no ser que se la diese alguna otra posesion en compensacion de la parte española de la isla de Santo Domingo que recibirian los franceses; que los holandeses cederian el cabo de Buena Esperanza y todos sus establecimientos en la isla de Ceylan, recibiendo á Negapatan en cambio de Cochin; que se habia de indemnizar al príncipe de Orange, y conceder una paz honrosa á la reina de Portugal.

De tal modo desagradaron al directorio aquellas proposiciones, que mandó en seguida una órden perentoria á los negociadores franceses, en virtud de la cual exigieron como preliminar de un tratado el consentimiento del rey para la restitucion de todo lo que habia conquistado. Representó lord Malbesbury contra tan injusta peticion, y S. M. rehusó someterse á ella. Hicieron además otra peticion para obtener el pago de los buques destruidos en Tolon, y la restitucion de los que se habian aprehendido en aquel puerto; pero fué desechada igualmente. Hubo además varias conferencias que dejaron pocas esperanzas de que se pudiera llegar á un resultado definitivo.

Un cambio importante se verificó entonces en el gobierno francés. Una tercera parte de los que componian el cuerpo legislativo de la república habia sido reemplazada por miembros elegidos recientemente, que pertenecian casi en su totalidad al partido moderado: es decir, que no eran ni realistas exagerados, ni republicanos feroces, ni jacobinos. Disgustados los jefes de las asambleas de la conducta arbitraria de Barrás, La Reveillere-Lepeaux y de Rewbel, el mas activo y poderoso de los cinco directores, quedaron estraordinariamente satisfechos con el resultado de las elecciones, y se prepararon con mayor ardor á oponerse á las miras del triunvirato; pero como no demostraron el vigor y la energía necesarias, se vieron obligados á ceder á la atrevida violencia de sus rivales, que se habian apoderado de la opinion del ejército. Muchos miembros fuéron presos como criminales y trasportados á la Guinea, gobernando desde entonces Barrás y sus colegas de un modo absoluto.

Desvaneciéronse del todo las esperanzas de paz. Cuando hasta el mismo partido moderado insistia en las condiciones á que no se podia esperar que prestase su consentimiento el rey de Inglaterra, con mayor razon se debia suponer que no seria mas parco en sus peticiones el triunvirato. Treilhard y Bonnier fuéron enviados á Lila á pretesto de una negociacion; y como no quisieron acceder á ningun arreglo, no se pudo concluir tratado ninguno con Francia.

Se firmó no obstante el 17 de octubre en Campo Formio un tratado con el Austria. El emperador se vió obligado á ceder sus provincias de los Paises-Bajos y el ducado de Milan; pero obtuvo en cambio la ciudad y territorio continental de Venecia, que habian sido declarados libres por Bonaparte algun tiempo antes; consiguió además los territorios de Istria y la parte de Dalmacia que no estaba en poder del Gran Señor; y Corfú, Cefalfonia y otras varias islas próximas á la costa de Grecia, y algunos cantones de la Albania fuéron asignados á los franceses.

Se añadieron además á este tratado algunos artículos secretos, que fijaban el Rhin como límite de la república francesa, y disponian la evacuacion de Metz, de Ehrembreitstein y otras muchas fortalezas ocupadas por los austriacos, prescribian la cesion de parte de la Baviera y de otros cantones al emperador en indemnizacion de las posesiones que abandonaba á la izquierda del Rhin, y prometian finalmente varias concesiones á los demas príncipes de Alemania, cuyos derechos habian padecido en el nuevo señalamiento de límites.

Al firmar el emperador aquel tratado, habia pensado mas en sí propio que en la nacion germánica que habia emprendido la guerra por su influencia. Con el designio de dar mayor estension á aquella pacificacion, hubo un congreso en Rastadt, al que asistieron Bonnier y

Treilhard, los diputados del emperador Francisco y los de la Dieta. Los dos plenipotenciarios franceses exigieron que se reconociera el Rhin como límite de la república.

Uno de los mas notables príncipes del imperio habia cedido sus posesiones de la izquierda del Rhin á los usurpadores franceses. Era este el rey de Prusia, que al concluir la paz con Francia habia establecido prudentemente la neutralidad del norte de Alemania, y murió en esta época después de un reinado de once años, dejando una reputacion de hombre sin fé ni principios. Su hijo estaba mas dispuesto todavía que él á continuar en paz con la poderosa república, bien fuese por celos á la casa de Austria ó por temor de una revolucion en su propio país: consideracion que para otros hubiera sido motivo suficiente para una guerra.

Los disturbios que tenian lugar en Irlanda escitaban en los franceses un deseo tan vehemente de invadir aquel país, que el directorio dió una órden al general Daendess para que preparase una escuadra con aquel objeto. Arriesgáronse algunas tropas á embarcarse; pero observadas por los cruceros ingleses, se vieron obligadas á volver á desembarcar. El bloqueo de Texel quedó suspenso por un momento, y aprovechándose el almirante holandés de Winter de aquella suspension, se determinó á darse á la vela con quince navíos de línea, con objeto de bajar por el canal á unirse con la escuadra de Brest. Se apresuró Duncan á dar la vela para volver á la costa



Duncan.

de Holanda, y dispuso su escuadra, que se componia de diez y seis navíos, de manera que no pudieran escapar los holandeses sin aventurar un combate. Cuando llegaron á nueve millas de la costa cerca de Camperdown, principió el ataque el 11 de octubre, y su navío el *Venerable*, sostenido perfectamente por los otros, rompió la línea holandesa.

El combate fué muy reñido, principalmente entre los dos navíos almirantes y los de los vice-almirantes Onslow y Reyntjes; las dos escuadras se aproximaron de tal modo á la ribera, que los buques ingleses que estaban entre los enemigos y la costa se vieron en peligro de zozobrar. Nueve navíos y dos fragatas quedaron por fin en poder de los ingleses. El *Ardiente* fué el que mas gente perdió, siendo vivamente sentida la muerte de su capitan Burges. Los holandeses esperimentaron la pérdida de mil quinientos hombres entre muertos y heridos, y los ingleses la de setecientos cincuenta. En el navío *Agincourt* no murió nadie, porque su capitan Williamson no tomó medida ninguna para tener parte en el combate; y por esta causa lo declaró un tribunal militar incapaz de servir en ningun buque de S. M.

Hiciéronse en todas las iglesias fiestas en accion de gracias al Dios de los ejércitos por este combate y la derrota de los españoles y franceses por lord Howe y sir Juan Jervis. La familia real y los pares, junto con los comunes, se reunieron con este motivo en la catedral de San Pablo. No solo fuéron elevados al rango de pares los almirantes Duncan y Jervis, sino que además les señaló el parlamento una considerable pension en muestra de su agradecimiento.

CAPÍTULO LXXV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1797 hasta el de 1798.)

Las sociedades tachadas de miras democráticas quedaron evidentemente desconcertadas con la disposicion dictada contra las asambleas sediciosas, y la ley relativa á ellas puso un poderoso freno á la libertad de hablar y obrar. Empero los miembros de la sociedad de correspondencia resolvieron juntarse en un campo próximo á Pancrass, para discutir sobre la necesidad de dirigir una esposicion á S. M. Sir Guillermo Addington, magistrado vigilante, asistió á la reunion y proclamó su disolucion, forzando á todos á dispersarse apenas comenzó á perorar al pueblo uno de los oradores.

En Escocia suscitáronse algunas turbulencias por causa de un acto relativo á la milicia, al cual, considerándole los provinciales East-Lothian como un medio arbitrario para forzarles á entrar en el servicio, se dirigieron á Tranent, donde los magistrados y diputados lugartenientes estaban reunidos para tratar del modo de ejecutar la ley. Los partidarios del gobierno fuéron atacados con audacia, no habiendo podido sofocarse la conmocion sin la intervencion de la fuerza armada, la cual se vió en la precision de usar de las armas contra algunos de los perturbadores de la tranquilidad pública. En Eccles ocurrió otro tumulto por igual motivo, habiendo sido condenados muchos individuos á deportacion por catorce años.

Las circunstancias de la reciente negociacion fuéron examinadas con calor por los dos bandos del parlamento, á pesar de que por causa del descontento habian abandonado sus funciones legislativas algunos de los principales miembros de la oposicion. El conde Fitz Guillermo sostenia que jamás podia ser duradera la paz con la república francesa; que tratar con ella era lo mismo que tratar con una horda de *bandidos*, y que con los recursos del país tenian bastante los franceses para continuar la guerra. Lord Grenwille, por el contrario, se mostraba propenso á un tratado de paz con la república, y el marqués de Lonsdown opinaba que era fácil obtenerla, reemplazando con ministros patriotas é íntegros á los actuales, de cuya mala administracion era víctima la nacion hacia largo tiempo. Lord Mulgrave declaró que los que mas ardientemente deseaban entrar en lugar de Pitt y sus amigos, no eran acreedores por su conducta á la confianza pública. A su vez el duque de Norfolk dijo que no creia que los ministros desearan de veras la paz, por cuanto hubieran podido lograrla si hubiesen tomado las medidas necesarias. En la otra cámara, lord Temple y el doctor Laurence censuraron á la corte por haber hecho ofertas demasiado considerables en cambio de la paz, y condenaron toda clase de negociacion con un enemigo tan pérfido y destituido de principios. Sir Juan Saint-Clair tomó entonces la palabra, y desaprobó la violencia de la animosidad con que por lo comun se atacaba á los franceses, violencia que no podia surtir otro efecto que el de acarrear el ódio de esta nacion: reconvino al mismo tiempo al gabinete por la bajeza que patentizaba, al permitir que lord Malwesbury prosiguiera las negociaciones, al paso que los plenipotenciarios franceses eludian una esposicion clara y precisa de las condiciones del directorio. Pitt, al sostener la sinceridad y lealtad de sus sentimientos, acusaba á los franceses de haber abrigado intenciones poco amigables en medio de sus protestas de paz y de benevolencia; y añadia que en su concepto merecian una desaprobacion severa, la arrogancia de sus demandas y la insinuacion de que debian tambien admitirse otros muchos artículos no esplicados hasta entonces.

Propúsose á la sazon á los comunes una audaz me-

dida sobre recursos, la cual tenia por objeto sacar subsidios considerables, en lugar de gravar al pueblo únicamente con el interés de un empréstito. Para impedir que el crédito nacional se menoscabara con una série numerosa de onerosos emprestitos, y para burlar la esperanza que abrigaban los franceses de presenciar el incremento de la penuria de medios de Inglaterra, el ministro resolvió no contratar mas que una ligera suma y levantar ámplias contribuciones aumentando los impuestos fijos. No pretendia hacer creer que los capitales se habian agotado: solo queria poder contar con tal arbitrio, y descartarse con ciertas miras del sistema de operaciones rentísticas seguido hacia mucho tiempo. En consecuencia, no queria que el empréstito escediera de doce millones, esperando que por esta causa el público no podria quejarse de la demanda de otros siete millonos, pagaderos en el año siguiente. Sin embargo, dentro y fuera del parlamento hubo fuertes objeciones sobre la enormidad de tal demanda.

Fox, en virtud del voto de los electores de Westminster, recuperó su carácter público, y volvió á la cámara á fin de oponerse al proyecto relativo á un impuesto tan exorbitante. Allí sostuvo que ninguno que fuera verdaderamente afecto al interés del pueblo, podia consentir en votar en pro de un despojo tan inicuo de la propiedad individual. Creia que muchos, aun de los que propendian á la guerra, consideraban semejante impuesto sujeto á fuertes reparos, toda vez que el alivio que de él debia resultar seria muy corto y apenas notable en medio de una acumulacion estraordinaria de deudas provenientes de larga duracion de las hostilidades. Podria preguntarse por qué no fué propuesto tal proyecto al principio de la guerra. Pero ¿qué se responderá á esta pregunta? Que entonces se creyó necesario el disimulo, y que hubiera sido nocivo á las miras del ministro el abrir desde luego á los ojos del pueblo el abismo á que queria conducirle. Así, añadía, caia la máscara, y se hacia patente la codicia en el actual tributo.

Sin embargo de los esfuerzos de los oradores de la oposicion, aprobóse el proyecto por la mayoría de ciento veinticinco votos en una cámara, y de sesenta y siete en la otra.—Año 1798.—Esta ley disponia que los que tuvieran menos de 60 libras de renta estaban enteramente libres de la nueva tasa; que los que solo percibieran anualmente la suma de 65 libras no se hallaban obligados á pagar mas que el medio por ciento de esta suma; que los que disfrutaran de una renta mas considerable serian menos favorecidos; y así quien contara con la de 95 libras tendria que dar dos por ciento de esta cantidad: quien gozara de 155 libras, el cinco por ciento, etc. Los cabezas de familia de una clase inferior y los mercaderes en general debian ser favorecidos con una rebaja considerable, y á pesar de que las personas de distincion sufrian un gravamen triple que sus cuotas ordinarias y aun en muchos casos llegó á ser quíntuple tal aumento de impuestos, ordenóse que á ninguno se forzaria á pagar mas que la décima parte de su renta.

Conviene observar que una gran parte del empréstito debia sacarse de la talla adicional. La suma del nuevo impuesto, que al principio era de siete millones, fué reducida á cuatro y medio, y Pitt creia firmemente que los donativos voluntarios del pueblo en beneficio del Estado producirian la cantidad de millon y medio. Propusiéronse pues estas contribuciones al parlamento, y la nacion se conformó con ellas al instante. El empréstito ascendió á quince millones, amen de los dos millones de Irlanda.

El duque de Bedford hizo en seguida una tentativa para lograr la destitucion de unos ministros que hacia tanto tiempo estaban patentizando su incapacidad para llenar sus funciones. Trazando al efecto el cuadro de su conducta desde el principio de la guerra, probó su inconsecuencia y desaciertos la mala aplicacion que habian hecho de los fondos públicos, y las facultades constitucionales que habian usurpado; y sostuvo que cualesquiera que fuesen las instituciones que habian creado, eran sin embargo en realidad enemigos de su país, por cuanto prodigaban sus recursos para favorecer el engrandecimiento de Francia. Lord Borington se opuso á una mocion que segun él tendia á ser un manantial de males. Lord Romney hizo el panegírico de los ministros, y negó que la guerra hubiera sido perjudicial. El marqués de Lansdowu solicitó vivamente á la cámara que accediera á la proposicion del duque, en atencion á que la duracion del ministerio traeria la ruina del país; mas los lores Mulgrave y Grenwille sostuvieron con calor la opinion contraria, y obtuvieron ciento treco votos, en tanto que el duque no consiguió mas que trece. Adoptóse entonces por instigacion de lord Romney una resolucion favorable á la marcha y á las miras del ministerio.

Un nuevo plan del ministro estableció reglas para la perpetuidad de la contribucion territorial, cuya redencion podia efectuarse por medio del pago de un capital, cuyo dividendo fuera mas que equivalente á la totalidad de esta misma contribucion.

Lo que mas probaba en favor de su plan, segun el mismo ministro, era que tendia á disminuir el capital de la deuda, y que aliviando de este modo el peso del interés, se aumentaria considerablemente el crédito público. La contribucion seria redimible en veinte años, y mientras algunos individuos obtendrian por tal medio la ventaja de la seguridad territorial en lugar de la de los fondos, el público ganaría un quinto en tal operacion. No habia intencion de precisar al contribuyente á tal redencion, porque un estraño podia comprarla en seguida y recibir de él la cuota correspondiente á la contribucion. Podia objetarse con arreglo á los principios constitucionales, que hacer perpétuo un donativo que era anual, seria disminuir el derecho de la cámara de los comunes á votar los gastos públicos; pero el ministro podia responder á tal reparo que pensaba someter á una intervencion anual los fondos equivalentes que iban á convertirse en permanentes. Este plan, aunque vivamente combatido, fué aprobado por la mayoría, y triunfó de toda especie de obstáculos. Por medio de una enmienda que se hizo al proyecto, el propietario territorial fué autorizado para rescatar la contribucion, no pagando mas que el diezmo en lugar del quinto, además de la cuota del impuesto.

El temor de una invasion que comenzaba á susurrarse, dió márgen á un proyecto relativo á la defensa del país, el cual fué presentado por Dundas, que por un nombramiento nuevo é irregular habia llegado al empleo de secretario de Estado en el departamento de la guerra. Dicho proyecto proponia el alistamiento de todos los hombres desde la edad de quince años hasta la de sesenta, y en especial de los que estaban dispuestos á tomar las armas en defensa del reino; y autorizaba á los gobernadores de las provincias á admitir estos voluntarios y á tomar cualquiera medida á propósito para burlar las esperanzas del enemigo.

Al poco tiempo de la adopcion de este plan tan oportuno, S. M. anunció á las dos cámaras que los preparativos para el embarque y armamento de tropas se proseguian con la mayor actividad en los puertos de Francia, Flandes y Holanda, con el manifiesto designio de efectuar una invasion, y que los proyectos del enemigo encontraban apoyo en los descontentos de la Gran Bretaña y de Irlanda. Con tal motivo se distinguió Sheridan en un vigoroso discurso que obtuvo el aplauso de todos los partidos. «Los peligros, decia, que amenaza»ban al país eran de una estension poco comun, y así »era necesaria mucha energía para conjurarlos. El espí»ritu de que deseaba ver poseidos á sus compatriotas »todavía no habia adquirido bastante preponderancia; »mas se atrevia á esperar que los ingleses despertarian »por fin de su letargo, dejando de mirar á la amenaza »de una invasion como mero objeto de conversacion. ¿No »debian reflexionar acerca de la ambicion insaciable, la

»animosidad y la gran pujanza del enemigo, cuyo triunfo »eventual en aquellas circunstancias podria acarrear so- »bre la nacion las mas terribles calamidades? Nadie era »tan imbécil é insensato para suponer que Bonaparte, »á semejanza de un dispensador de gracias, vendría á »restituir á los ciudadanos sus derechos y á restablecer »la verdadera libertad. Lejos de esto, el enemigo ejerce- »ria su venganza con actos sanguinarios y satisfaria su »codicia con la violencia y rapiña. Una nacion que ca- »recia de buques, comercio y capitales, procuraria re- »parar estas faltas con presas arbitrarias. Para evitar »tales desgracias eran absolutamente precisos valor, deci- »sion y armonía. Algunos adversarios del ministerio po- »dian alegar muy bien que era imposible oponerse con »buen éxito ni aun con confianza al poderío de los fran- »ceses, ínterin el gobierno inglés estuviera tan mal di- »rigido; pero aun cuando no pudiera obtenerse la des- »titucion de unos odiosos ministros, semejante obstáculo »no debia impedir la manifestacion del celo patriótico. »Era sin duda muy de desear la paz; mas si el enemigo »arrogante y sin freno llegaba á efectuar un desembarco »en Inglaterra, entonces seria muy humillante y des- »honroso el demandar una negociacion. La nacion bri- »tánica debia por lo tanto apresurarse á patentizar su »valor y energía, ó decidirse á verse envuelta muy »pronto en una ruina general (1).»

Sheridan, á pesar de su celo por sostener el sistema de defensa nacional, no llegó hasta el estremo de acceder á una proposicion que siguió á la comunicacion real, proposicion que se encaminaba á suspender de nuevo la ley del *Habeas corpus*. Empero la mayoría de ambas cámaras prestó á ella su asentimiento, igualmente que al proyecto que tenia por objeto dejar sin efecto toda proteccion al uso arbitrario de la prensa sobre el servicio marítimo.

Con la intencion de impedir los preparativos de invasion que hácia el enemigo, y todavía mas para cortar la navegacion interior de los flamencos en Francia y Holanda, enviáronse por este tiempo tropas y una escuadrilla hacia las costas de Flandes, habiendo realizado un desembarco en Ostende, y bombardeado esta ciudad. Un destacamento de infantería ligera y de granaderos rechazó un considerable cuerpo de tiradores, y el teniente Browning hizo preparativos tan bien combinados, y dispuso con tanta habilidad sus minas, que las esclusas del canal que conducia á Brujas y eran consideradas como obras acabadas fuéron totalmente destruidas, siendo quemados al mismo tiempo muchos buques. Los soldados hubieran vuelto entonces á sus barcos, á no haber sido impracticable su embarque por causa de un fuerte viento y la considerable resaca del mar: así permanecieron una noche sobre las armas, y á la mañana siguiente fuéron acometidos por numerosas fuerzas. El comandante Coote fué herido de gravedad; el coronel Cambell lo fué mortalmente, y mas de mil y cien hombres se vieron precisados á rendirse prisioneros, pues de lo contrario hubieran sido pasados á cuchillo.

A los pocos dias de haber llegado al ministro las noticias de este revés, llegó otra de Irlanda todavía mas alarmante. Allí ocurrió una rebelion, y era de temer que el enemigo se aprovechára inmediatamente de tal ventaja. Aunque podia presumirse que los esfuerzos de los insurgentes se estrellarian contra lo numeroso de la fuerza armada de aquel reino, el rey se apresuró á prevalerse de la buena voluntad de la milicia inglesa, y á tomar medidas para que el órden fuera restablecido lo mas pronto posible.

En 1791 se habia formado en Dublin una sociedad con el título de *Irlandeses-Unidos*, á ejemplo de la instituida en Belfast, con el ostensible designio de obrar una reforma en la representacion parlamentaria, y remover los obstáculos que se oponian á que obtuvieran cargos los católicos. Un hombre activo y audaz llamado Tone se puso al frente de tal confederacion, con el intento de formar un gobierno democrático enteramente independiente de la Gran-Bretaña. En otros muchos puntos de Irlanda estallaron diversas tramas de la misma especie, y hasta los protestantes disidentes se unieron á sus adversarios en religion tomando parte en aquellas asociaciones. Interin los caudillos se ocupaban de hacer prosélitos, los católicos obtuvieron del parlamento en 1793 la libertad de votar para la cámara de los comunes, así como el derecho de ser nombrados para varios empleos, y aun en otros conceptos lograron algunos favores; pero no considerándose satisfechos, pidieron asiento en el parlamento, y que se les declarara admisibles hasta para los cargos mas elevados. El conde Fitz Guillermo que habia sido nombrado virey de Irlanda á fines del año 1794, esperaba inclinar al parlamento británico á que accediera á aquellos deseos; pero nada pudo hacer en tal proyecto por falta de tiempo. Una divergencia de opiniones sobrevenida de improviso con el partido de Orange, que era muy adicto á la iglesia protestante, y cuyo objeto era monopolizar la proteccion, fué causa de la retirada de Fitz Guillermo, la cual fué muy sentida por los católicos, y contribuyó á favorecer las miras de los Irlandeses-Unidos.

Las depredaciones, los desórdenes y ultrajes perpetrados en diferentes puntos, no solo por personas pertenecientes á la sociedad de los Irlandeses-Unidos, sino tambien por los rústicos y el populacho que se aprovechaba de las disensiones públicas, indujeron al parlamento á revestir á los magistrados con plenos poderes para atajar prontamente las insurrecciones. Al efecto suspendióse la ley de *Habeas corpus*, y adoptóse la medida de organizar cuerpos formados de ciudadanos. El primer alistamiento no fué mas que de veinte mil hombres; pero tal fué el celo de los amigos del gobierno, que en el discurso de seis meses se inscribió á mas de treinta y siete mil hombres, cuyo número ascendió por fin á mas de cincuenta mil. Esta gente fué incorporada á las tropas regulares para desarmar á los descontentos y reprimir el sistema organizado de matar y hurtar, que en una proclama del general Lake se imputó á los asociados de la provincia de Ulster. El lord lugar-teniente Cabden mandó á la fuerza armada que se opusiera al momento á toda tentativa pérfida y sediciosa, y además anunció en una alocucion que se concedia un plazo á los confederados para someterse.

Esta mezcla de clemencia y energía no contribuyó poco á restablecer el órden. Los descontentos de Ulster dejaron á la ley seguir su curso ordinario; las sociedades subalternas interrumpieron sus reuniones, y los caudillos vieron frustrarse sus proyectos de insurreccion. Empero el partido desanimado recobró muy pronto su audacia, y la conspiracion se estendió hasta las provincias de Leinster, Munster y Connaugh: hasta mantenian los conspiradores en París un agente acreditado, por medio del cual tenian constantes relaciones con el directorio.

El lord lugar-teniente redobló entonces su vigilancia, pero con menos éxito en el Sur que en el Norte. Algunos miembros del parlamento irlandés, así como otros pertenecientes á la legislatura inglesa, propusieron

(1) Sheridan, uno de los hombres mas perspicaces de Inglaterra, era tambien uno de los oradores mas elocuentes de la tribuna: la mágia y el poder de su palabra le proporcionaban á menudo el nombre de *Encantador*, y poseia al hablar el secreto de cautivar la opinion y de apoderarse de ella. Su genio y grandes y variados dotes le han colocado entre los hombres mas ilustres de Inglaterra. Siguió con el mas brillante éxito dos carreras bien opuestas, mostrando en cada cual igual superioridad: como escritor y autor dramático fué el ornamento de la literatura nacional, y como hombre político fué la honra de su país. Si bien era partidario de la reforma, su espíritu noble y elevado, su lealtad de conciencia y un profundo sentimiento de justicia le impulsaron á menudo á mostrarse defensor celoso de los católicos; pero no queria á Napoleon, á quien temia por su poderoso genio, y le reputaba por el mas terrible enemigo de Inglaterra y de todo el mundo.

medidas conciliadoras, como mas propias que la violencia militar para restablecer la tranquilidad, mostrándose sir Ralph Abercomby tan dispuesto á adoptar las mismas ideas, que vedó á sus oficiales el obrar contra los perturbadores del reposo público sin haber recibido la autorizacion de los magistrados; pero el virey, y en especial el lord canciller Clark, desaprobaron tal moderacion, y de ambas partes hubo actos licenciosos y ultrajantes de toda clase. Por fin, el 30 de marzo se divulgó la conspiracion por medio de una proclama que anunciaba los actos mas manifiestos de rebelion.

Estaba ya desconcertado el partido de los descontentos por causa del arresto de algunos de los caudillos mas hábiles y activos. Un católico habia vendido la causa á que desde un principio se habia consagrado, descubriendo el lugar en que se reunian los confederados, y podia sorprenderse al doctor Mac-Nevina, á Emmet, Borid y otros varios jefes de la sociedad. Pronto se llenó el vacío que ocasionó la prision de estos confederados; mas fué por unos hombres mucho menos á propósito para realizar una empresa tan difícil como la de derrocar un gobierno establecido.

En la época de estas prisiones, Arturo O'Connor, uno de los miembros mas eminentes del directorio irlandes, fué tambien apresado y conducido á Inglaterra con O'Coigly, Binnes y otros dos que se hicieron sospechosos por su conducta. Estos conjurados habian sido detenidos en el momento en que se preparaban á embarcarse para Francia. O'Coigly, que era portador de un mensaje para el directorio francés, mensaje en que se invitaba vivamente á los franceses á que invadiesen la Inglaterra, fué declarado culpable de alta traicion y condenado á la pena capital.

Los demás caudillos de la asociacion hiberniana aguardaban con impaciencia la llegada del ejército francés; pero habiendo perdido las esperanzas de tal arribo, y convencidos muy pronto de la necesidad de descubrirse por fin, porque de lo contrario el rigor del gobierno desconcertaria todos sus planes, determináronse á fijar dia para el ataque regular de un campo establecido al sur de la capital, de una guardia situada en Chapel-Izod, y de la misma ciudad. Divulgados sus proyectos por un falso partidario, ordenáronse nuevos arrestos: las tropas regulares, la milicia y los ciudadanos tenian una posicion la mas ventajosa para una defensa, y así Dublin fué protegida. Hubo empero algunas tentativas en diferentes partes, y el 24 de mayo ocurrieron algunas escaramuzas cerca de Baltinglass, de Properons y otras poblaciones. En el primer punto fuéron derrotados cuatrocientos rebeldes por una corta fuerza; pero en el segundo los insurgentes sorprendieron la guarnicion, pegando fuego á la caserna y perpetrando muchos actos de crueldad. Uno de los jefes, llamado Miguel Reynolds, condujo novecientos hombres á Naas, á cuya ciudad atacó por todos lados; pero fué ahuyentado por Gosford.

La acometida de Catherlogh sobre todo fué funesta para los rebeldes, que se arrojaron imprudentemente á la poblacion, habiendo perecido cuatrocientos de los que no pudieron escapar, los unos de bala y los otros de bayoneta, y siendo quemados muchos que se habian retirado al interior de las casas. Los que se habian juntado en la morada de sir Eduardo Crosbie fuéron juzgados y muertos con arreglo á una ley marcial. Las pequeñas guarniciones de los pueblos de Hacket y Monasteveran se portaron con tanto valor, que los numerosos agresores fuéron rechazados con una pérdida considerable.

Las insurrecciones del norte de Irlanda se limitaron á las provincias situadas en el Este de Ulster. En Autrim hubo un combate en que fuéron destruidos doscientos rebeldes: de parte de los leales, lord O' Neil fué herido mortalmente de un picazo. En otro encuentro ocurrido en Ballinahinch, las tropas del gobierno corrieron peligro de ser derrotadas, aunque por fin alcanzaron la victoria. Portaferry fué atacada sin éxito por el enemigo, que fué dispersado y precisado á someterse.

Como los insurgentes, á escepcion de los del Norte, eran principalmente católicos, sus cuatro arzobispos, veintidos prelados de un órden inferior, los lores Fingal y Southwel y otras muchas personas de distincion protestaron por medio de una declaracion solemne, que ninguna parte habian tenido en aquella rebelion, y exhortando á los discípulos estraviados de su religion á entrar en sus deberes, por cuanto nada favorable podia resultar de su traicion, anunciaron la determinacion de vivir y morir con la constitucion existente.

Todos los rebeldes desde los confines del East-Meath hasta los de Catheriogh se sometieron, después de haber sido derrotados en Taragh-Hill, donde estalló una insurreccion en el momento que menos se aguardaba. Murphy, sacerdote católico, fué el primero en estimular á los habitantes del condado de Wexford á tomar las armas, y los campesinos divididos en dos cuerpos se situaron en los montes de Oulart y Kilthomas. En uno de estos puntos murieron ciento cincuenta insurrectos á manos de los ciudadanos: en el otro el sacerdote católico y los suyos se rehicieron, después de atacados rudamente por un corto destacamento de la milicia, y sucumbió casi toda ella. Alentadas las tropas rebeldes con refuerzos considerables atacaron á Enniscorty, y secundados por una gran parte del vecindario arrojaron la guarnicion de la ciudad. Murphy avanzó entonces hácia Tree-Rocks, donde pasó revista á unos quince mil hombres, y en seguida amenazó á Wexford con un ataque, que evitaron las tropas retirándose de esta poblacion. Al ver los jefes rebeldes que el triunfo coronaba sus armas en los puntos meridionales del país, enviaron un ejército hácia el Norte, y New-Town-Barry fué atacada por cinco mil hombres, que no pudiendo vencer á quinientos, tuvieron que retirarse con pérdida. Entonces fué ocupada la montaña de Corrigrua por un cuerpo considerable que se preparó á apoderarse de Gorey.

Entre estos dos puntos el coronel Walpole fué muerto en un combate parcial, y su division consternada tomó la fuga. El mayor general Lotfus envió un destacamento en socorro de aquel cuerpo de ejército; pero los rebeldes le batieron de nuevo, y Lotfus, poco dispuesto á atacarlos sobre Gosey-Hill, retiróse á una distancia que le libraba del furor del enemigo.

Con el designio de establecer comunicaciones con los descontentos de las provincias de Kilkenny y de Waterfod, apoderóse Hervey del mando de los insurrectos, marchó hácia New-Ross, y el 3 de junio intentó tres asaltos. Una partida que fué destacada á despejar los puestos avanzados, en lugar de volver hácia el grueso del ejército como se le habia ordenado, se arrojó con furia á la ciudad y al pronto pareció que iba á posesionarse de ella; pero habiendo reunido el mayor general los fugitivos, rechazó á los agresores en el momento en que ellos y los partidarios que tenian dentro de la poblacion acababan de pegarla fuego. Los rebeldes, rehaciéndose de su confusion, volvieron á entrar en la plaza; mas fuéron rechazados de nuevo. Intentóse otro asalto en que fueron derrotados después de perder mil y quinientos hombres, al paso que de los otros solo diez y nueve fuéron sacrificados, contándose entre estos lord Montjoy.

Muchos de los fugitivos, furiosos con el mal éxito de sus tentativas, y arrastrados por el resentimiento y el fanatismo religioso, votaron á Scullabogue-House, que estaba llena de prisioneros protestantes, de los que unos fuéron fusilados, otros muertos á picazos y espuestos en la puerta de la casa, y encerrado el resto de estos infortunados en un pajar, donde los abandonaron á una muerte horrible. Pegóse fuego á aquel edificio, y ninguno de los prisioneros, á pesar de haber entre ellos mugeres y niños, pudo escapar del furor del incendio.

Por fin hubo en el condado de Wicklow una batalla que disminuyó considerablemente el número de los rebeldes. Unos cinco mil mosqueteros y un considerable cuerpo de lanceros se presentaron delante de Arklow,

cuya guarnicion no se componia mas que de mil y seiscientos hombres.

El mayor general Needam, temiendo un descalabro al ver que á pesar de muchos asaltos sin éxito habia preparativos para la renovacion del ataque, estaba dispuesto á ordenar una retirada; mas el coronel Skerret, contando con los esfuerzos de la milicia de Durham, aconsejó que se resistiera con tenacidad; y en efecto, los insurgentes otra vez fuéron rechazados, salvóse la poblacion, y los rebeldes, cuyo triunfo en este caso habria dado una estension muy considerable á la insurreccion, fuéron derrotados completamente.

De aquí resultó la dispersion de un gran número de descontentos, y toda aquella comarca volvió á entrar en el órden y la tranquilidad. El general Lake dispuso entonces que trece mil hombres en cuatro divisiones marcharan sobre Enniscorty y atacaran á Vinegar-Hill, residencia del gobierno rebelde y de la ilegal judicatura que habia condenado á muerte cuatrocientos prisioneros. Este punto fué atacado y tomado el 21 de junio; mas la mayoría de los sublevados logró escaparse abandonando su artillería y ricos despojos á los vencedores de Enniscorty. Entre los muertos por la tropa del rey habia muchos realistas que por fuerza tuvieron que abrazar la bandera de la traicion. Ejemplos de este género no son raros en las guerras civiles: en Scullabogue fuéron quemados muchos católicos por la crueldad obcecada y sin discernimiento de sus colegas.

El brigadier Moore al frente de una de las cuatro divisiones sostuvo por espacio de seis horas los repetidos ataques de cinco mil hombres enviados de Wexford, y logró la victoria. Habiendo manifestado esta ciudad que queria rendirse, Moore se dirigió á ella inmediatamente; pero á la rendicion precedió la matanza de noventa y siete prisioneros. Otras muchas víctimas hubieran ocurrido, si á ello no se hubieran opuesto con energía algunos eclesiásticos, y si al mismo tiempo no se hubiera recibido la noticia de los temibles preparativos del general Lake. Los rebeldes, después de tratar en vano de obtener del brigadier Moore y demás jefes una promesa de proteccion y seguridad mientras no accedieran á deponer las armas y á entregar sus caudillos, evacuaron á Wexford, y la desercion disminuyó su número de dia en dia. Sin embargo de que ascendieron á catorce mil los que se pusieron en marcha al mando de Murphy, cuando llegó á Castle-Comer no tenia mas que ocho mil partidarios, habiendo entrado en esta poblacion después de un encuentro en Coolbawu, de donde le arrojó sir Carlos Argil quitándole doscientos hombres. Este oficial le atacó de nuevo en Kilkenny, y siendo derrotado desapareció abandonado de sus tropas, que casi reducidas á la nada se refugiaron en las montañas de Wiclow. Murphy fué cojido en su fuga y condenado á muerte.

Algunos de los conspiradores fuéron juzgados en Dublin por un jurado, y castigados con la pena capital; pero casi todos los provinciales fuéron sentenciados por un tribunal militar. Nueve rebeldes fuéron ahorcados en una caverna cerca de la costa y sufrieron la última pena, lo mismo que Grogan. Estos tres hombres, considerables por su rango y fortuna, gozaban de las simpatías del público. Otros muchos fuéron sacrificados mas tarde en las aras de la lealtad y de la justicia.

Bajo la administracion del marqués de Cornwallis, que fué nombrado gobernador de Irlanda, hiciéronse por fin mas numerosos los actos de clemencia, á pesar de los esfuerzos del partido de Orange que censuraba abiertamente al virey, acusándole de querer entorpecer la marcha rápida y bárbara de los tribunales militares. Publicó una proclama ofreciendo proteccion á los que no habiendo sido jefes de la rebelion, ó no habiendo cometido muertes mas que en el calor del combate, accedieran á deponer las armas, á abjurar todo sentimiento de rebelion y á prestar juramento de fidelidad á S. M. El parlamento confirmó la oferta de proteccion: y hasta algunos de los autores de la conspiracion se libraron del temor de la muerte, con la condicion de que habian de emigrar á un país que no fuera enemigo de la Gran Bretaña. O'Connor, Mac-Nevin, Emmat y Neilson alcanzaron el perdon de esta manera después de revelar (sin nombrar ningun individuo) las intenciones y la conducta de los Irlandeses-Unidos. Otro jefe, denominado lord Eduardo Fitzgerarld, algun tiempo antes que estallara la sublevacion habia sido encontrado en casa de un amigo en Dublin; pero no se dejó prender cobardemente sin defenderse, siendo herido en la lucha con los encargados de cojerle. Murió en la prision. Tone, habiendo sido descubierto en un buque francés que iba hácia Irlanda, fué condenado á ser ahorcado por crimen de traicion; mas se suicidó por evitar la deshonra.

Dos meses después de la sumision del cuerpo principal de los rebeldes, llegaron á Irlanda algunas fragatas francesas que dejaron mil y cien hombres en la playa de mayo. Estos se posesionaron de la pequeña poblacion de Killalla, adonde bien pronto acudió á incorporárseles gran número de irlandeses, y se dirigieron por las montañas y los caminos mas difíciles hácia Castlebar á fin de atacar al general Lake, cuyas fuerzas eran bastante considerables para vencerlas. La artillería, manejada hábilmente, rechazó desde luego los franceses; pero el vigor y la serenidad de estos infundieron tal terror á sus adversarios, que se dispersaron en el mayor desórden salvándose en Tuam.

Las diferentes divisiones de un numeroso ejército que avanzaba á las órdenes del comandante general lord Cornwallis, contuvieron los progresos de la invasion y precisaron á los franceses á reconocer que era prudente retirarse. El 8 de setiemdre se acercó el coronel Crawford con una fuerte columna y obligó á la retaguardia del enemigo á rendirse en Ballinamuck. El resto combatió con valor hasta el momento en que un formidable cuerpo le precisó á someterse á merced de los vencedores. Los fugitivos, considerados como objetos de justa venganza, fuéron perseguidos con encarnizamiento, pereciendo quinientos, segun se dice.

Este terrible golpe no bastó todavía para apaciguar la insurreccion en Connaught. A los cuatro dias de dicho combate, mil y quinientos rebeldes atacaron á Castlebar; mas la bravura del capitan Urquhart y de una corta fuerza burlaron los esfuerzos de los insurgentes. La guarnicion irlandesa que habia en Ballina fué arrojada; pero habiéndose reunido á otros rebeldes en Killalla, defendieron esta poblacion contra el mayor general Trench. En este lance perdieron la vida cuatrocientos hombres, y forzados á retirarse los que sobrevivieron á su derrota, no escaparon sino á duras penas de la activa persecucion de sus enemigos.

Al poco tiempo de estinguida la rebelion se aproximó á la costa de Irlanda una escuadra francesa cargada de tropas. El comodoro Waren, que la descubrió, apresó diez fragatas y el *Hoche*, único navío de línea de la escuadra, no habiéndose salvado mas que dos de las primeras. Otras tres fragatas se presentaron en seguida en la bahía de Killalla; pero como habia buques ingleses á la mira, no osaron desembarcar las tropas francesas.

Así se acabó una rebelion que ligada con los proyectos de invasion de una nacion estraña y enemiga, escitó una alarma estraordinaria. Esta insurreccion que traia su orígen de la propagacion de los principios revolucionarios de Francia, no hubiera llegado probablemente á tal esceso, si la estrema miseria no hubiese impulsado á los irlandeses á desear un cambio de gobierno, y mucho menos hubiera tomado un aspecto tan sanguinario, si los tormentos de toda especie impuestos con crueldad por simples sospechas, aun mucho antes que estaralla la sublevacion, no hubieran llevado hasta el mas alto punto la indignacion y el resentimiento.

Así como la agitacion del mar dura algun tiempo todavía después de la tempestad, Irlanda no quedó enteramente libre de los disturbios que la habian trastornado, y el parlamento creyó necesario echar mano de

medios á propósito para estirpar el espíritu de sedicion y descontento que estaba oculto. El temor de la separacion total de los dos gobiernos, blanco á que aspiraban los esfuerzos de los franceses é irlandeses-unidos, hizo concebir al ministerio el útil proyecto de confundir las dos legislaturas en un solo cuerpo.

Interin se trataba de examinar con atencion este plan importante, los súditos fieles de ambos reinos veian satisfecho su orgullo con el esplendor de su gloria marítima y con las muchas ventajas obtenidas de los perturbadores de la tranquilidad del Egipto.

CAPITULO LXXVI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1798 hasta el de 1799.)

La invasion del Egipto no era un proyecto nuevo: ya habia sido propuesto al gobierno francés antes de la caida de la monarquía; pero un sentimiento de equidad, la falta de disposicion, ó quizá el deseo de conservar el dinero y las tropas para otros designios, se habian opuesto á la adopcion de tal proyecto. Una sed ardiente de engrandecimiento, miras de interés comercial combinadas con la esperanza de usurpar progresivamente el imperio británico en el Indostan, el deseo de alejar un general contra quien el directorio abrigaba los mayores celos, y los clamores de un ejército indisciplinado que demandaba las recompensas prometidas por los jefes de la república, hicieron renacer por fin una idea á que parecia haberse renunciado.



Estátua del duque de Yorch.

Tal plan era de evidente injusticia. El Gran Señor, soberano titular del Egipto, no habia provocado la enemistad de los franceses, ni los beyes, dueños reales de aquel país, habian intervenido en los negocios políticos de Europa, ni habian hecho la menor ofensa á las potencias beligerantes. Así la invasion en aquel territorio era tan contraria al derecho de las naciones, como incompatible con las leyes de la humanidad: cada conquista de su propiedad era un acto de rapiña: cada golpe mortal dado por una arma victoriosa era, no lo que la ley llama un homicidio justificable, sino un asesinato. En vano pretendieron los usurpadores que deseaban introducir la civilizacion entre los de aquel país: sus doctrinas feroces y revolucionarias y su licenciosa tiranía tendian mas bien á corromper las costumbres que á suavizarlas.

Durante la primavera se reunió en Tolon una respetable armada, que á los pocos dias de darse á la vela llegó felizmente á la altura de Malta. Una isla tan bien fortificada hubiera podido resistir sin desventaja á todas las tentativas que para rendirla se hicieran; pero se habian puesto en juego los resortes de la corrupcion entre los caballeros, y despues de haber fingido resistir algunos momentos capituló por fin el gran maestre. Marchó Bonaparte en seguida al Egipto tomando la vuelta por Candia, y evitando por este medio el encuentro de la escuadra inglesa destacada en su persecucion, se unió felizmente con el ejército, desembarcando en Marabú y encaminándose hácia Alejandría. La guarnicion de esta ciudad era muy corta; pero los genízaros, secundados por la mayor parte de sus habitantes, defendieron los fuertes y baluartes con bastante valor, matando unos ciento cincuenta franceses, hasta que no pudiendo resistir por mas tiempo se refugiaron en muchas mezquitas, que fuéron reducidas á cenizas por los vencedores, haciendo una terrible carnicería en los que se refugiaron en ellas, y siendo sacrificados hasta los niños y mugeres. Despues de perder mucha gente por escasez de víveres avanzó el general francés sobre el Gran Cairo, derrotó los Mamelucos, y obligando á la ciudad á rendirse, organizó en ella un gobierno modelado por el francés.

El conde de San Vicente, conocido anteriormente por Juan Jervis, habia enviado tres navíos de línea y dos fragatas para observar los movimientos de los franceses. Nelson, que habia sido elegido para esta espedicion, no tenia instrucciones sobre el rumbo que debia tomar, ni noticias seguras sobre el destino de la escuadra enemiga. Recibió en el Mediterráneo un refuerzo de diez navíos de línea y un buque de cincuenta cañones, lo que le puso en estado de poder continuar sus esploraciones y de conservar su escuadra pronta siempre á obrar. Al entrar en la bahía de Nápoles supo que los franceses habian dado la vela para Malta, y dirigiéndose en seguida á esta isla, se encontró con que habian marchado ya de allí; encaminóse sin perder tiempo hácia la costa de Egipto y la recorrió hasta Alejandría sin descubrir un buque enemigo; regresó á Sicilia, donde se proveyó de todo lo necesario antes de emprender de nuevo sus investigaciones: entonces tomó el rumbo hácia la Morea, y oyendo decir que la escuadra francesa se habia dado á la vela para el sudeste de Candia, volvió á dirigirse á Alejandría, encontrando por fin con gran alegría la armada que buscaba tanto tiempo hacia.

Habia preparado diversos planes de ataque adaptables á las circunstancias, y en las conferencias que al efecto tuvo con sus capitanes, no omitió nada de lo que pudiera servir para que estos se penetraran bien de dichos planes. Con arreglo á las combinaciones y preparativos de Nelson podian por lo tanto obrar sin necesidad de mas ámplias instrucciones, y así se aproximaron al enemigo con entera confianza en el éxito del combate.

Mr. Brueys habia amarrado la escuadra francesa en la rada de Abukir, cerca de una de las bocas del Nilo, formando junto á la costa una línea de batalla fuerte y compacta; componíase esta escuadra de trece grandes navíos y cuatro fragatas, estando flanqueada ademas con varias cañoneras y una batería establecida en un islote.

Los obstáculos que presentaba esta posicion estimularon en vez de desanimar al contra-almirante, y principiando el ataque el dia 1.° de agosto al ponerse el

sol, rompió bien pronto la línea enemiga. En este combate, que duró dos horas, hicieron los ingleses muchas presas interesantes; pero acibaró su alegría el temor de perder á su jefe que, peligrosamente herido en la cabeza, tuvo que retirarse al entrepuente. Creíase que fuera mortal la herida; pero no por eso dejó de volver á presentarse cuando supo que se habia prendido fuego al *Oriente*, que era el buque de mayor porte del enemigo, y que voló al fin. Tan horrible espectáculo hizo que cesara el combate, que se renovó al poco tiempo, durando hasta las tres de la mañana, en que consiguieron escaparse dos navíos de línea y dos fragatas. Nueve naves de setenta y cuatro á ochenta cañones fuéron capturadas: una fragata y otro buque fuéron quemados, sin contar con el navío almirante que se voló, yéndose además otro á pique. La pérdida del enemigo ascendió, segun se presume, á dos mil hombres, contándose entre ellos al almirante: los vencedores perdieron entre muertos y heridos, segun el Boletin oficial, hasta ochocientos noventa y cinco hombres.

Tan brillante resultado elevó la reputacion de Nelson sobre la de todos sus contemporáneos. Habia desplegado en el combate una fria intrepidez, gran sagacidad y prudencia, y dió muestras de humanidad socorriendo, en cuanto le era posible, á todos los que se habian quedado espuestos á perecer á consecuencia del incendio del navío francés. Se le colmó de honores y recompensas, el rey le ennobleció, y los parlamentos de Inglaterra é Irlanda le concedieron una pension: la Compañía de Indias le premió asimismo del modo mas generoso. El Czar, los reyes de Nápoles y Cerdeña le hicieron regalos, y el Gran Señor le envió un adorno de diamantes que tenia la forma de una pluma, y habia servido en el turbante imperial: señal de una consideracion estraordinaria por parte del jefe de los creyentes para con un sugeto que profesaba una religion detestada por los musulmanes.

Consoláronse de este revés los franceses pensando en las ventajas que sacarian del aumento de su poder continental. No solo habian destruido la soberanía temporal del papa, sino que hasta habian llegado á triunfar por medio de sus armas é intrigas de la independencia de Suiza; y principiando por revolucionar á Génova, despojaron al rey de Cerdeña del principado del Piamonte.

El poder de los ingleses en el Mediterráneo se aumentó en esta época con la posesion de una isla importante. El comodoro Duckworth se hizo á la vela para Menorca, desembarcando en ella el general Stuard con un pequeño ejército. Lleno de terror el enemigo, abandonó muchas fortificaciones establecidas en la costa; Mahon fué tomada, y Ciudadela, capital de la isla, fué abandonada por la guarnicion sin resistencia.

Orgulloso el ministro británico con los adelantos de Nelson, é inflamado con nuevas esperanzas, escitaba el celo de Rusia y Turquía, exhortando ardientemente al rey de Prusia para que tomase las armas contra el enemigo comun, y lisonjeando al emperador de Alemania para inducirle á que principiase de nuevo la guerra. Se concluyó con el emperador de Rusia un tratado provisional, en que se estipulaba que en cuanto la corte de Berlin consintiera en tomar una parte activa en las hostilidades aprontaría el Czar cuarenta y cinco mil hombres para que maniobraran de concierto con las tropas prusianas del modo que mas ventajoso pareciera á los dos soberanos y á S. M. Británica; y que Inglaterra enviaria al monarca ruso desde que se pusiera en marcha su ejército, un socorro pecuniario por cada mes que permaneciera en campaña.

El discurso de S. M. al parlamento espresaba la vehemencia de su alegría y esperanzas; pero la parte moderada y prudente de la nacion, aunque muy satisfecha del señalado triunfo de Nelson y sus compañeros de gloria, desaprobaba el proyecto de una nueva coalicion, deseando que la guerra fuera puramente defensiva si no se podia obtener una paz honrosa. La magnanimidad del emperador Pablo y el vigor de la Puerta que encomiaba el ministro con toda su elocuencia, no prometia de modo ninguno el resultado que anunciaba: es decir, la libertad de Europa, pues no se podia contar con la union sincera y cordial de semejantes aliados, ni con la duracion de su celo y vigor.

En el debate que tuvo lugar con motivo del mensaje, pronunció el marqués de Landsdown en la cámara de los pares un discurso notable. «Veia con pesar que una victoria que podia ser útil para la conclusion de la paz, se mirase tan solo como un motivo mas para continuar las hostilidades y formar otra confederacion modelada por la última que habia existido, añadiendo que una combinacion semejante no podia tener de modo ninguno buen resultado. Si dos príncipes coligados eran bastante mercenarios para no obrar sin los subsidios de Inglaterra, si no consentian en renunciar á todas sus miras de rapiña y engrandecimiento, y á todos sus sentimientos de bajos celos y de intrigas, y si no tomaban finalmente la resolucion de seguir el recto camino de una política justa é irreprensible, no podia en su concepto resultar ningun bien de semejantes tratados. ¿Qué confianza se podia tener en la corte de Prusia ó en la de Austria? ¿Se podia suponer que Rusia, igualmente ambiciosa, estuviese dispuesta á portarse mejor, y que se uniria la Puerta francamente á sus inveterados enemigos para defender la causa del órden social? Aun cuando los turcos fuesen incitados á destruir el poder francés, no tenia su gobierno bastante vigor para atacarlos con buen éxito, puesto que carecia de los medios necesarios para las operaciones esteriores, como tambien para su defensa interior; y así una combinacion tan desacertada solo serviria para proporcionar al enemigo ocasiones de triunfo. Tal coalicion no podia tener efecto sino en tanto que se estableciera sobre bases mas ámplias, equitativas y desinteresadas. Puesto que no se podia organizar una que reuniera estas circunstancias, seria mucho mas prudente para Inglaterra descansar á la sombra de sus laureles que emprender una guerra ofensiva con aliados interesados, avariciosos y de mala fé. Ya que se habia solicitado en vano del directorio francés un tratado de paz con la Gran Bretaña, no debia pedirla. Una declaracion que espresara francamente el deseo de obtener la paz rechazando toda idea de conquista, podia hacerse sin deshonor, y si por ventura no bastaba para disipar el rencor del enemigo, la Inglaterra, apoyada en su escuadra y poderosos recursos, debia limitarse á permanecer á la defensiva. El parlamento debia contar con la lealtad del pueblo; y si el rey y los ministros tuviesen alguna duda en este punto, estaba en su mano el asegurarse de su unánime adhesion, gobernando conforme á las ideas liberales, disminuyendo las cargas que pesaban sobre la nacion, y enmendando las faltas manifiestas. Los lores Grenwille y Mulgrane, á quienes no satisfacia la moderacion del marqués, aconsejaron con valor que se emprendiese vigorosamente una guerra ofensiva, y persistieron en mirar la libertad de Europa como resultado seguro de la nueva confederacion. Lord Sidney aplaudió el celo y elocuencia de los pares ministeriales, y el mensaje fué aprobado por ambas cámaras sin enmienda ninguna.

Desplegó Tierney su talento en una proposicion que tenia por objeto disuadir á S. M. de toda medida que pudiera servir de obstáculo para una negociacion de paz, y Canning en la respuesta dió tambien pruebas de sus grandes dotes oratorias. Habló Fekill de un modo satírico de la obstinada credulidad que se fiaba de una coalicion continental, y de aquel quijotismo que hacia creer locamente que con ella se conseguiria la libertad de Europa; pero la cámara, animada del mismo celo que el jefe del ministerio, desechó esta proposicion antibelicosa.

Para proseguir la guerra con el vigor que se exigia, era necesario aumentar los subsidios, y en el capítulo

que se trataba de los medios que se debian tomar, se hizo mencion de un proyecto para sustituir al impuesto sobre los gastos otro sobre las rentas públicas.

Se esperaba con razon que los adversarios de la guerra escogitarian los medios de evitar este impuesto, y que les ayudarian con mayor energia aun los del partido opuesto, que siendo menos sospechosos, estarian mas dispuestos por consiguiente á oponerse, alegando que escederia del diezmo de sus rentas. Numerosas evasiones redujeron á cuatro millones la recaudacion actual; pero las contribuciones voluntarias dieron quinientas mil libras mas de lo calculado por Pitt, y para hacer mas productivo este impuesto por medio, segun decia, de una aplicacion mas estensa, vigorosa y justa del principio sobre que se fundaba, formó una porcion de nuevos reglamentos. Segun el proyecto primitivo de ley, habia un gran número de personas que sin haber eludido lo dispuesto, pagaron mucho menos del diezmo, y proponia ahora medidas mas severas contra los que tuvieran doscientas libras esterlinas de renta anual, sin hacer caso del gasto que mencionaba en el antiguo proyecto.

La valuacion que el ministro hacia de la nueva imposicion, era la siguiente: calculaba que el producto anual de las tierras de Inglaterra y del país de Galles ascendia á veinticinco millones; pero contando las rebajas hechas á las personas que tenian menos de doscientas libras de renta, lo fijó en veinte millones. La renta de los terratenientes era de diez y ocho millones, de los cuales hizo tales deducciones, que quedaron reducidos á seis. Los diezmos, segun él, producian cinco millones, de los que rebajó una quinta parte. Las rentas de los edificios fuéron calculadas en seis millones, de los que dedujo un quinto; las utilidades del comercio con el estranjero podian valuarse en doce millones próximamente, y las del comercio interior en veintiocho; y el producto de las capitales subia próximamente hasta otros doce millones. Fijó en cinco millones la renta de Escocia, hechas ya todas las deducciones, y calculó en igual suma la renta que sacaban los ingleses de sus posesiones ultramarinas. Valuó los honorarios del foro y de la medicina en dos millones, y por medio de otras particularidades y deducciones hizo ascender la renta general de la nacion á ciento diez millones. Por tanto debia producir el nuevo impuesto diez millones y doscientas mil libras; y suponiendo que no llegase á tanto, proponia un empréstito de catorce millones, fijándose el subsidio entero del año venidero en veintinueve millones y doscientas setenta mil libras esterlinas.

Un impuesto tan gravoso como el del diezmo de las rentas, sobre el infinito número de antiguas exacciones, no podia ser muy agradable al público, y sin embargo no escitó fuera del parlamento grandes quejas, ni oposicion muy fuerte en ninguna de las dos cámaras.

Vituperólo Hobhouse, no solo porque lo reputaba como inútil atendiendo á que no estaban los ingleses obligados á proseguir la guerra con la vana esperanza de libertar al continente, sino porque le parecia injusto y desigual; y para probarlo puso por ejemplo, que el que tuviese doscientas libras anuales de renta se veia obligado á pagar veinte, sin que pudiera economizar un solo chelin, ni libertarse él ni su familia de la miseria sino con grandes privaciones, al paso que otro que derrochara en superfluidades de todo género una renta de cuarenta mil libras esterlinas, no se veia espuesto de modo ninguno á estos inconvenientes, aunque pagase el diez por ciento. Se veria reducido el uno á la necesidad de pedir prestado ó de privarse de toda clase de comodidades, mientras que el otro se veria tal vez obligado á gastar menos en disipaciones, pero sin que dejase por eso de conservar todos los goces que le proporcionaba el lujo, y de satisfacer sus pasiones. Sostuvo Miguel Angel Taylor, que mirándolo por encima pareceria tal vez injusto aquel impuesto, pero que cesaria de aparacer tal como se le examinase mas detenidamente. Aquella desigualdad que parecia opresora en realidad, solo lo era en la apariencia. Observaron otros miembros que los que con su industria se proporcionaban una renta, no debian ser obligados á pagar tanto como los miembros ociosos de la sociedad que poseian la misma renta en fincas; pero hablaron en vano, porque Pitt no admitió la exactitud de ninguna de estas distinciones. La desigualdad del impuesto establecido entre los individuos existia, segun él, antes que se hubiera propuesto, toda vez que provenia de la distribucion ordinaria de la propiedad y del estado actual de la sociedad. «Intentar remediarlo, seria seguir el ejem»plo dado por aquella vil y atrevida reunion de nuevos »legisladores que gobernaban en la actualidad en otro »reino, después de haber cedido estravagantemente á la »manía de innovarlo todo.»

Muy pocos miembros votaron en contra de la divergencia que hubo en la discusion del proyecto, que en una votacion tuvo en su favor ciento ochenta y tres votos y siete tan solo en contra; en otra ciento diez y seis contra tres, y en la última lectura obtuvo á su favor ochenta y tres y dos en contra. El duque de Bedfort y otros pares presentaron fuertes objeciones; pero se justificó el plan de un modo especioso, siendo finalmente sancionado.

Llegó el subsidio hasta treinta y un millones con un aumento que se hizo nuevamente; y entonces el ministro solo impuso siete millones y medio sobre las rentas—Año 1799.—Añadióse al empréstito millon y medio; pero como se cubria en parte con las operaciones de la caja de amortizacion y en parte con otros impuestos, solo aumentaba la deuda general con una corta suma. Procuró el ministro animar á la cámara con una porcion de cálculos que pretendian probar que la deuda nacional podria quedar enteramente amortizada en el espacio de treinta y tres años de paz; y que si llegaba á cesar la guerra y habia tan solo diez años consecutivos sin ella, se desempeñaria en este intermedio la caja de amortizacion de setenta millones de deuda; y si continuaba la guerra, aunque fuese por mucho tiempo, se podria sostenerla sin necesidad de contraer otro nuevo débito. Tales eran los artificios y engañosas promesas con que este especioso declamador procuraba alucinar á sus oyentes, de los cuales muy pocos fuéron los que se tomaron el trabajo de examinar escrupulosamente la exactitud de sus cálculos y la probabilidad de sus teorías.

En el número de las nuevas demandas que se necesitaban para la prosecucion de la guerra, se comprendió el subsidio propuesto para Rusia, que ascendia á ochocientas veinticinco mil libras esterlinas. En lugar de concederse este subsidio como consecuencia de la promesa de tomar las armas hecha por el rey de Prusia, se aprontó sin embargo, á pesar de haber rehusado este príncipe tomar parte en la causa comun.

La represion del jacobinismo en el interior del reino se habia juzgado necesaria para la prosecucion de la guerra con el estranjero, y la junta secreta que se habia nombrado para examinar el objeto y resultado de las sesiones de las sociedades inglesa é irlandesa, dió lugar á un nuevo proyecto de restriccion. Atribuyó la junta la pasada sublevacion de la escuadra, á las intrigas de los miembros activos de aquellas sociedades, alegando varias pruebas del sistema organizado de sedicion puesto en juego en el ejército y la escuadra. La sociedad de correspondencia de Londres aparecia, segun decian, como abrigando la esperanza de reformar una república con el auxilio de Francia, en vez de limitarse á desear tan solo la reforma parlamentaria. Los clubs de los ingleses unidos habian contraido una estrecha alianza con los descontentos de Irlanda, y la influencia de los principios democráticos habia producido tambien en Escocia coaliciones igualmente peligrosas. Segun la junta, se habia proyectado en Londres una insurreccion en la misma época en que tuvo lugar la re-

belion de Irlanda, debiéndose atacar á la vez las dos cámaras, la Torre y el Banco; pero la prision de algunos jefes y la timidez ó repugnancia de muchos miembros de las sociedades habian frustrado toda clase de tentativa manifiesta, haciendo fracasar la ejecucion de aquellos violentos proyectos.

Conformándose con el parecer de los que redactaron este informe, propuso Pitt que se confiriese á S. M. poder para confinar al punto que tuviese por conveniente elegir, las personas que fueran ó pudieran ser presas en lo sucesivo por sospecha de traicion ó maquinaciones pérfidas, atendiendo á que estas personas tendrán muchas mas ocasiones de organizar y dirigir conspiraciones en la capital y demás ciudades de consideracion, que en un pueblo lejano y solitario. Era tambien de parecer que se declararan ilegales aquellas sociedades, y que todo el que persistiera en hacer parte de ellas, fuera condenado á pagar una multa ó á ser preso y deportado en caso de circunstancias agravantes. Las sociedades políticas quedaron sujetas con el nuevo decreto á severos reglamentos; y para impedir que la prensa propagase el espíritu de sedicion mandó que se pusiera al fin de cada publicacion el nombre del impresor.

Ofendido el emperador de Alemania con la arbitraria conducta de los franceses en Suiza é Italia, prestó oidos á las esplicaciones del rey de Inglaterra, y se preparó para romper las hostilidades. Informados de sus intenciones los jefes de la república, y sabiendo que estaban en marcha las tropas de Pablo, mandaron á sus plenipotenciarios que estaban en Rastadt que reclamaran sobre este punto, y declarasen que la entrada del ejército en los límites del imperio se consideraria como la disolucion del congreso, y destruiria la posibilidad de una paz sólida entre Francia y Alemania. Pero las tropas continuaron marchando, y estalló de nuevo el fuego de la guerra. Un cuerpo de ejército al mando de Jourdan invadió la Alemania, y otro penetró en el territorio de los grisones apoderándose de la capital; pero los sucesos mas memorables de esta campaña eran los que tenian lugar en Italia. Los rusos y los austriacos al mando de Souvarow batieron á Moreau cerca de Cassano y reconquistaron la mayor parte del Milanesado: derrotaron á las tropas de Macdonald cerca de Casaleggio, y obtuvieron la victoria en muchos combates, recobrando la capital del Piamonte y librando la Toscana del despotismo francés. Escitado el rey de Nápoles por la corte británica para tomar las armas, atacó á los franceses en el territorio romano; pero llegando á ser su reino teatro de la guerra, se rindió Cápua, y quedó Nápoles entregada á todos los azares de una guerra intestina.

Sostenian los Lazaronis los intereses del rey, que se habia retirado á Sicilia escoltado por Nelson. Una gran porcion de los nobles secundaba por otra parte las miras de los franceses; pero irritado el pueblo por su traicion para con su país, asesinó á muchos, marchando además sobre Cápua un numeroso cuerpo de Lazaronis, que atacaron á los franceses, aunque fuéron rechazados. La capital se tomó por asalto, y se organizó en seguida en ella el gobierno republicano.

Disgustados los realistas de la tiranía de los nuevos dominadores de Nápoles volaron á las armas bajo el mando del cardenal Ruffo, y volvieron á apoderarse de la capital por medio de un tratado que fué anulado por lord Nelson, por considerarlo demasiado favorable á los que habian ayudado á los franceses: fuéron sitiados y tomados los fuertes. El capitan de marina Troubridge á la cabeza de algunas tropas de diversas religiones y naciones se apoderó de Gaeta y Cápua: volvió á tomarse Pescara después de un largo bloqueo, y el celo y valor del mismo oficial contribuyeron además á libertar del yugo francés el territorio del papa.

La posesion del Piamonte volvió á disputarse, y se dieron en Novi dos batallas, en una de las cuales fuéron vencidos los franceses y en otra los aliados. El archiduque Carlos y el feld-mariscal Souvarow maniobraron vigorosamente contra Massena; pero sus esfuerzos no tuvieron éxito, y les fué imposible libertar aquel país de la imperiosa autoridad del directorio.

CAPITULO LXXVII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1799.)

En tanto que los desastres de la guerra recorrian la Europa entera, la India gozaba de una paz que duraba hacia algunos años; pero la enemistad del sultan Tippo hácia los ingleses no tardó en dar pábulo al recelo y á la desconfianza, y sus relaciones con los franceses ocasionaron muy pronto nuevas hostilidades. Apresurado á contraer alianza con estos poderosos enemigos de la Gran Bretaña, habia solicitado su apoyo en una guerra que meditaba, no solo para recuperar los territorios que le habian sido usurpados, sino tambien para espulsar del Indostan á los ingleses. Enviáronsele unos doscientos hombres de la isla de Francia; pero con tan corto auxilio no se apresuró á principiar las hostilidades, y esperaba entretener al gobernador general con protestas pacíficas hasta el momento en que su ejército estuviera en disposicion de obrar de una manera eficaz, con la ayuda de un cuerpo considerable de tropas francesas.

El conde de Mornington espresó en una carta al Sultan su inquietud y sorpresa por la inteligencia que reinaba de poco tiempo á aquella parte entre él y los franceses, representándole que aquellas relaciones no solo tendian á disolver la amistad que mediaba largo tiempo hacia entre él y la Compañía, sino que tambien contribuian á introducir en sus estados principios de desórden y anarquia, á debilitar la sumision de sus súbditos y destruir la religion del Profeta. Pero como el conde, aunque dotado de poco talento como guerrero, era ambicioso y emprendedor, se puede sospechar que no estaba tan descontento como parecia de una alianza que le ofrecia un motivo plausible para arruinar la potencia misoresa. Envió para salvar las apariencias un oficial á tratar con Tippo, y solo por haber retardado el entrar en negociaciones se creyó con derecho para atacarle.

El teniente Harris recibió entonces órden para invadir el país de Misore con el ejército de Madrás. Reuniéronsele en su marcha las tropas auxiliares del Decan, seis mil hombres de infantería del Nizam y un considerable cuerpo de caballería, ascendiendo el total de estas fuerzas á treinta y siete mil hombres bien equipados y disciplinados: la caballería era la mas numerosa y mejor montada que habia juntado jamás en las Indias ninguna potencia europea.

Mientras el ejército principal avanzaba sobre Seringapatan, atacó Tippo súbitamente las fuerzas procedentes de Bombay que habian entrado en el distrito de Coorga. El Lidasir acometió al frente de diez mil hombres á dos mil ingleses por frente y retaguardia al mismo tiempo; pero el mayor general Hártley y el coronel Montresor dirigieron sus operaciones con tanta osadía y habilidad, que el Sultan intimidó poco á su enemigo, y se vió precisado á retirarse en desórden, después de haber tenido la pérdida de mil y quinientos hombres entre muertos y heridos. Sin embargo se jactó de haber derrotado á los infieles. Marchó en seguida contra el general en jefe, declarando que atacaria á los ingleses tan pronto como osaran salir de sus trincheras, y así luego que llegó á Malavelli principió el cañoneo. El 27 de marzo una de sus columnas acometió con bastante vigor á un regimiento de tropas reales; pero el coronel Wellesley, apoyado por el mayor general Floyd, puso en derrota á los agresores. Un cuerpo de caballería cargó á una brigada europea con una intrepidez asombrosa, pero sin adelantar nada. La aproximacion de otras divisiones de los aliados impidió un nuevo ataque. Los

Misoreses esperimentaron la pérdida de unos mil hombres entre muertos y heridos, y sus adversarios no esperimentaron mas que la de doscientos, tanto en este combate como en el de Lidasir.

Seringapatan no estaba fortificada en términos de poder sostener un largo sitio, y Tippo parecia haber previsto el riesgo á que esta ciudad se hallaba espuesta, pues cuando supo la aproximacion del ejército enemigo se mostró visiblemente alterado. Los sitiadores escojieron una ventajosa posicion al Oeste del fuerte. La derecha de su campo estaba en una eminencia que descendia hácia el flanco izquierdo guardado por un acueducto y el rio, mientras que unos profundos barrancos que habia á retaguardia impedian todo ataque de la caballería Misoresa. Para asegurar completamente el campo, el general ordenó tres ataques simultáneos sobre los puestos esteriores, habiendo realizado la operacion con tan buen éxito, que se apoderó de una fuerte línea no interrumpida de posiciones que ocupaban un espacio de dos millas, lo cual contribuia grandemente á asegurar la conquista deseada. El fuego de las baterías sobre la fortaleza produjo entonces un efecto terrible: forzóse una trinchera que impedia los progresos del asedio: y habiendo sido atacada una obra levantada circularmente cerca del rio, los agresores atravesaron con los fugitivos el puente de Perimpatam, y penetraron en la ciudad, donde llenaron de alarma el campo del Sultan, mataron muchos oficiales en sus tiendas, y en medio del terror y de la confusion pudieron retirarse con seguridad.

Ya corria la cuarta semana de este cerco, cuando se logró abrir una brecha practicable en la cortina junto al bastion situado al Nordoeste. El 4 de mayo fuéron escojidos unos dos mil y quinientos europeos y mil novecientos cipayos para tener la gloria de terminar la guerra con la toma del fuerte y de la poblacion. El mayor general Baird, que habia servido con el coronel Baillie cuando Tippo derrotó á este en 1780, y que habia estado encarcelado estrechamente por espacio de tres años y medio, logró la fortuna de vencer á este mismo príncipe que le habia tratado con tanto rigor. Capitaneó las tropas en el asalto con espada en mano diciéndolas: «Venid, valientes compañeros, seguidme, y mostraos dignos del nombre de soldados de Inglaterra.» Las tropas, animadas por estas palabras y por su natural valor, se arrojaron de las trincheras, vadearon el rio, pasaron la esplanada y los fosos, subieron á la brecha, y desfilando en dos columnas marcharon al encuentro del enemigo.

La invasion del Egipto precipitó la ruina de Tippo. El temor de las consecuencias perjudiciales que podian resultar de la conquista de aquel país por los franceses, cuyas miras se dirigian hácia la India, llamó la atencion y escitó los celos de la Compañía y del gobierno inglés, dando lugar á aquella memorable campaña que decidió de la suerte del Misore.

La organizacion de los países recientemente conquistados exigia sérias reflexiones. Fuéron examinados y discutidos varios proyectos bajo todos conceptos, y teniendo en cuenta sus resultados probables, se decidió por fin que se señalara una parte del territorio del Sultan, no á los nietos del usurpador Hider, sino al hijo de uno de los rajahs legítimos del Misore, jóven que solo tenia cinco años; que se concediera otra parte al nizam; que los máratas, aunque no hubiesen tomado parte en la guerra, recibieran una parte igual en renta á la mitad de la adjudicada á su alteza; que los restantes distritos comprendiendo á Seringapatan, quedaran bajo el dominio de la Compañía, y que se designara la fortaleza de Vellour para residencia de la familia de Tippo, con una pension suficiente para satisfacer sus necesidades y hasta para vivir con esplendor. El general Harvio colocó en el trono al jóven rajah con gran satisfaccion del pueblo, que se componia en su mayoría de indios. Las princesas de su familia escribieron al general y á los comisarios encargados por la Compañía de la ejecucion de sus órdenes, en los términos siguientes: «Como habeis concedido á nuestro hijo la dignidad de rajah y elegido á Purnesh (1) para ministro, no nos haremos culpables de ofensa ninguna para con vuestro gobierno, mientras el sol nos alumbre, y nos consideraremos siempre bajo vuestra proteccion y seremos sumisos á vuestros mandatos.» Se concluyó en seguida un tratado por el cual se obligó el rajah á recibir de Inglaterra una fuerza militar para la seguridad y defensa de sus estados, á pagar un subsidio por esta proteccion y á someterse á la intervencion del gobernador general, no solo en los negocios concernientes á la hacienda, sino tambien en los relativos á la administracion del reino. De este modo tomó mayor consistencia en las Indias el poder británico por medio de la política y de las armas.

El resultado de la batalla de Aboukir parecia haber fijado á Bonaparte en Egipto; pero luego que se convenció de que su reputacion estaba ya asegurada en aquel célebre pais, pensó en el modo de salir de él, no desesperando de encontrar medio de verificarlo. Empero antes de hacerlo aumentó las fortificaciones de la capital con nuevas obras, puso en estado de defensa á Alejandría, fomentó el comercio, protegió las artes, y auxilió con su favor las especulaciones científicas. Reintegró al bajá de Turquía en la autoridad que habia recibido de los beyes, y le indujo á que pagara al Gran Señor el acostumbrado tributo; pero cuando Selim, animado por los consejos de la Gran Bretaña, amenazó con su venganza á los usurpadores de aquel país, que miraba como provincia de sus estados, dejó de reconocer Bonaparte la autoridad de la Puerta, y sustituyó la bandera tricolor á la media luna.

La division de la derecha, mandada por el coronel Sherbroke, avanzó hácia la muralla meridional, abriéndose paso á la bayoneta; el capitan Moll persiguió casi solo al enemigo hasta el último caballero, y plantó por su mano su bandera en un torreon. Era tal el terror pánico en esta parte del fuerte, que se opuso muy poca resistencia á la columna que avanzó rápidamente por la parte del Oeste.

El baluarte de Nordeste fué forzado prontamente por la columna de la izquierda, á pesar de una herida que recibió el coronel Dunlop, poniéndole fuera de combate. Las tropas en su marcha á lo largo del muro septentrional encontraron una oposicion tan viva, que sufrieron una pérdida considerable. El Sultan se defendió personalmente contra esta division, y sus soldados, colocados detrás de las barreras, hicieron una vigorosa resistencia hasta el momento en que el capitan Goodall llegó con la infantería ligera á reforzar á los que habian penetrado en el interior del muro. Los parapetos fuéron entonces flanqueados y enteramente limpiados, siendo rechazado el enemigo por la columna hácia el ángulo Nordeste. Allí los desgraciados Misoreses se vieron cercados todavía de mayores peligros con la aproximacion de la columna de la derecha; algunos lograron escaparse, pero la mayoría quedó espuesta á todo el furor del enemigo.

Tippo, que combatia por su vida y su soberanía, disputó la posesion de su capital con toda la bravura posible; pero lanzado furiosamente por sus enemigos al estremo de las murallas, montó á caballo, atravesó el foso interior, y logró, no sin ser herido en su fuga, ganar la puerta de un fortin. Al pasar por el arco recibió otro balazo en el costado derecho, y cayó herido su caballo. Tippo fué alzado al instante y colocado en una litera. Los cadáveres de la mayor parte de sus fieles súbditos que habian perecido en defensa suya, hallábanse amontonados á su alrededor obstruyendo el paso de la puerta; la horrible angustia que le causaba tan espantoso espectáculo no duró mucho tiempo, y una

(1) Respetable Brama.

bala que vino á darle en la sien derecha puso fin á su incertidumbre.

El advenimiento de este príncipe al trono hizo concebir brillantes esperanzas, que no tardaron en desvanecerse. Era vano, altivo é imperioso, inconstante, caprichoso, y sin embargo obstinado, severamente exacto en las cosas minuciosas y de una indisculpable negligencia en los árduos negocios del gobierno. Una estrema inclinacion hácia la venganza le impulsaba frecuentemente á la mas atroz crueldad. No carecia de talento, pero sí de un juicio sano y de un espíritu reflexivo.

En este combate, tan fatal á su ejército, murieron ocho mil hombres, mientras que los sitiadores solo perdieron mil cuatrocientos entre muertos y heridos, tanto durante el sitio como en el asalto. Encontráronse en la plaza considerables provisiones de guerra; pero el dinero y alhajas no correspondieron á las esperanzas de los sitiadores, que se olvidaban de la prodigalidad de Tippo y de las dilapidaciones de sus oficiales: la suma total no pasaba de un millon, ciento cuarenta y dos mil doscientas diez y seis libras esterlinas.

En la mañana misma del asalto el número de tropas del fuerte y las fortificaciones de la isla ascendia á veintiunmil ochocientos hombres efectivos. Los que sobrevivieron á su derrota quedaron prisioneros; las demás tropas del Misore siguieron el mismo ejemplo, y remitiéronse circulares apoyadas por el superintendente de las guarniciones de Tippo á los comandantes de las fortalezas de diferentes provincias, para que se sometieran al gobierno inglés. Obedeció la mayor parte, pero algunas plazas sufrieron un sitio antes de rendirse.

Un sentimiento de rivalidad hácia los franceses, mas que el espíritu de sumision para con el Gran Señor, impulsó al bajá de Siria Ahmed-al-Djezzar á oponerse á los infieles que se habian atrevido á profanar el territorio de los creyentes. Fortificó en su consecuencia á Al-Arich, estableció una guarnicion en este punto, y manifestó intencion de enviar un ejército al Egipto. Prometiéronle socorro los ingleses, que continuaban bloqueando á Alejandría y cruzando las costas de Egipto. Bonaparte, despues de haberse esforzado vanamente por contraer con él una alianza, resolvió atacarle sin demora, recibiendo doce mil hombres órden de invadir la Siria. Al llegar delante de los muros de San Juan de Acre, residencia del gobierno de Ahmed, reconocieron los franceses el pabellon británico que flotaba en el puerto, en el que se hallaba á la sazon sir Sidney Smith con una escuadrilla que aumentó bien pronto con muchas cañoneras que quitó á los franceses. Su amigo Phelippeaux, compañero de colegio que habia sido de Bonaparte, habia dirigido la restauracion de las fortificaciones de Acre, y aunque facultativamente no parecia defendible la poblacion, se determinó sin embargo Ahmed á resistirse vigorosamente, siguiendo los consejos de sus aliados los europeos.

Como las baterías habian abierto ya una brecha en la muralla, y se suponia que la contraescarpa habia sido destruida por una mina, recibió órden de asaltar un destacamento de granaderos; pero la brecha era demasiado alta y estrecha, y fuéron recibidos con tal vigor, que sucumbieron muchos antes que se mandara tocar retirada. Otros muchos franceses murieron además en una salida que ejecutaron los de la ciudad; pero la confianza de la guarnicion principió á disminuirse cuando los vientos obligaron á hacerse á la mar á la escuadra inglesa. Los franceses, que se habian situado en un ángulo de la muralla, trabajaban para minar una torre; pero la vuelta de la escuadrilla y otra segunda salida de los sitiados estorbaron esta operacion, aunque sin interrumpir sus esfuerzos. Durante este sitio fuéron tan contínuamente hostigados por los habitantes armados de los distritos inmediatos, que se vió obligado Bonaparte á enviar á Kleber contra ellos, y poniéndose él mismo á la cabeza de una nueva division, marchó á impedir que este oficial fuese derrotado. Contando Kleber con tal auxilio desplegó todo su vigor y arrojó á los enemigos al otro lado del monte Thabor. Volviendo entonces el general á sus trincheras, adelantó el sitio y ordenó otro asalto, en el que sus soldados fuéron rechazados con pérdida. Igual éxito tuvo otra tentativa para penetrar en la plaza, lo cual fué debido principalmente al valor de los marinos ingleses. Bonaparte intentó de nuevo hacer que volase la contraescarpa; pero en vano, porque los turcos é ingleses, por medio de ataques subterráneos dirigidos en sentido contrario, impidieron que surtieran efecto las minas. Al aproximarse un refuerzo de turcos dieron los sitiadores tan terrible asalto, que se apoderaron de un reducto, se desplomó la cortina del Este, doscientos hombres se precipitaron á la ciudad, pero en poco tiempo fuéron ahuyentados ó muertos. Presentóse en seguida otro cuerpo, pero la consternacion y el terror le forzaron á retroceder. Sir Sidney, á la cabeza de sus marinos y de una fuerza de turcos recien llegados, se adelantó á defender la brecha y contribuyó á rechazar á los franceses, cuyo jefe, situado en una altura llamada la montaña de *Ricardo Corazon de leon*, animaba á sus soldados con ademanes que dejaban percibir su furor, para que intentasen otro asalto: dejóseles penetrar en los jardines del palacio de Ahmed, donde fuéron atacados con sables y puñales, y cruelmente castigados por su temeridad. No tuvo mejor éxito otra nueva tentativa, y aquellos reiterados descalabros hicieron desvanecerse todas las esperanzas de Bonaparte, quien el 20 de mayo, despues de un sitio de dos meses, abandonó aquella empresa, retirándose á Egipto con los restos de su ejército.

Un ejército de tierra al mando del bajá Mustafá desembarcó aquel verano en la península Aboukir, y se apoderó del fuerte: apresuróse Bonaparte á salir al encuentro del general otomano, y atacó el 25 de julio sus atrincheramientos, que estaban fuertemente defendidos con artillería. Desplegaron los turcos mucho valor y tenacidad; pero no por eso pudieron evitar su derrota despues de una horrible matanza. Esta victoria terminó la espedicion de Bonaparte á Egipto, y embarcándose con Berthier y otros muchos generales en un buque armado, llegó felizmente á Francia á pesar de la vigilancia de los cruceros ingleses.

Notó bien pronto Kleber, sucesor del ambioso general, que sus tropas, cansadas ya de su situacion, deseaban volver á Europa. Padecian mucho sus soldados con el ardor del clima, estaban muy distantes de disfrutar las comodidades á que habian estado acostumbrados, echaban de menos el habitual teatro de su vida guerrera. Poco tardaron en aumentarse sus males con los horrores de la peste, y llegó á su colmo el descontento general. Kleber, que habia oido que venia á su encuentro el gran visir con un poderoso ejército, y que estaba convencido de la embarazosa posicion en que se hallaba, se determinó á proseguir las negociaciones que habia principiado Bonaparte, esperando ganar el tiempo necesario para conseguir un refuerzo de Francia si no se concluia el tratado. Antes de arreglarse ningun preliminar, Seïd-Alí, á la cabeza de un destacamento de turcos, atacó á los franceses cerca de Damiete, de acuerdo con sir Sidney Smith, y quedó vencedor; pero poco despues fuéron derrotadas sus tropas, y muertos y hechos prisioneros cerca de dos mil hombres. El visir llegó por fin al Arisch, y con ayuda del mayor Douglas se apoderó de la fortaleza por asalto.

Convencido Kleber del peligro á que estaban espuestos los franceses, cuyo número escesivamente disminuido no era suficiente para defender el bajo Egipto contra los turcos y sus aliados, y la parte superior del país contra Morad y los demás beyes, se apresuró á terminar las negociaciones, y quedó convenido entre los delegados del visir y los agentes franceses que el ejército republicano volveria á Francia despues de restituir á los turcos todos los puntos que habian conquistado en Egipto.

El ministerio inglés sabia todas las proposiciones de los franceses largo tiempo antes de formarse el tratado, y envió instrucciones á lord Keit para oponerse á toda clase de estipulacion que pudiera favorecer la marcha de un ejército formidable todavía. En su consecuencia hizo saber lord Keit á Kleber que todos los buques que volviesen á Francia con tropas llevando pasaporte de una sola potencia aliada serian apresados, y detenidos como prisioneros de guerra los individuos que fueran abordo. El general francés, luego que hubo leido esta carta á sus soldados, esclamó: «Soldados, solo debemos responder á esta arrogancia con victorias; preparaos pues para el combate.» Comunicó sus intenciones al visir, asegurándole que hubiera consentido gustoso en aceptar el tratado, si no le hubiera manifestado el almirante inglés que se oponia á él á pesar del asentimiento prestado al mismo tratado por sir Sydney Smith. En el



Sydney Smith.

mes de marzo de 1800 presentó Kleber atrevidamente la batalla á los turcos, y triunfó sin trabajo de aquella tumultuosa muchedumbre que se daba el fastuoso nombre de gran ejército de la Puerta. Volvió á apoderarse de los puestos abandonados, contentó á Morad cediéndole parte del territorio, y renovó la negociacion con Sidney Smith, cuando supo que la corte de Londres habia consentido en confirmar el tratado. Mientras se ocupaba de tan importantes arreglos, fué asesinado por un turco. El general Menon, que le sucedió en el mando de los franceses de Egipto, desechó entonces todas las proposiciones de arreglo que se le hicieron.

CAPITULO LXXVIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1799 hasta el de 1800.)

La prontitud de los holandeses en someterse á los franceses habia sido castigada con una larga série de insultos, exacciones y opresiones de toda especie. Acuartelóse en aquel país un ejército revolucionario, y realizáronse allí sin dificultad los cambios de gobierno que plugo dictar á los jefes del poder francés.

El ministerio británico pretendió que si los holandeses conservaban todavía algun rastro del vigor que en otro tiempo los habia libertado del imperio de Felipe II, rey de España, no debian vacilar en alzarse en masa contra sus opresores, mayormente contando como debian contar que serian apoyados poderosamente por los enemigos de aquellla república, que los tenia en una servidumbre vergonzosa. Acordóse por lo tanto entre la Gran Bretaña y Rusia el envio de un ejército considerable para efectuar la emancipacion y el restablecimiento de la dignidad de la nacion holandesa.

Hiciéronse los preparativos de esta espedicion importante muchos meses antes que generalmente se supiera el objeto de ella. Un gran armamento dejó por fin la costa de Inglaterra y echó el áncora cerca de Helder-Point. No bien se puso en movimiento la primera division del ejército por las colinas de arena, cuando un cuerpo de tropas holandesas al mando de Daendels comenzó el ataque. En aquel momento los ingleses carecian de caballería y artillería, pero en cierto modo suplieron tal falta con el auxilio de embarcaciones armadas. Así que los demás soldados saltaron en tierra, se incorporaron á los que estaban luchando, y el combate duró por espacio de seis horas, hasta que al cabo se retiraron en buen órden los holandeses, después de sufrir la pérdida de mil y cien hombres entre muertos y heridos. El partido opuesto perdió unos cuatrocientos cincuenta hombres.

El resultado de este combate fué la adquisicion del fuerte Helder, cuya artillería era considerable. La guarnicion se retiró durante la noche.

Cojiéronse las embarcaciones que habia en el Niew-Diepe, que eran dos navíos de línea y once fragatas, además de tres buques de la Compañía de Indias y de un almacen de marina de un valor importante. Story, que mandaba una escuadra holandesa en el Mars-Diep, se retiró al Zuideriée, así que vió al pabellon de Orange ondear en el fuerte y ancló en un canal muy difícil detrás de la isla de Tejel. Intimado para que entregara la escuadra al príncipe de Orange, anunció su determinacion de sostener la causa de la república bátava; mas apenas advirtió que los partidarios del príncipe habian escitado á la insurreccion á una parte de la armada, y que la negativa á someterse inmediatamente le espondria á un ataque peligroso, envió al almirante Mittchell su palabra de rendirse. En esta espedicion lograron los ingleses ocho navíos de línea y tres fragatas.

Habiendo recibido el general holandés parte de las tropas prometidas por el directorio francés, se dirigió contra el puesto inglés de Petten. El ala izquierda, compuesta enteramente de franceses mandados por Brune, atacó á los guardias ingleses, siendo en este costado el combate mucho mas vivo y cruel que en el lado en que acometieron Daendels y Demonceaur. El centro del ejército inglés acudió á socorrer á los guardias atacando de flanco á la misma ala, y cada division logró rechazar al enemigo.

Las tropas hasta entonces solo se habian conservado á la defensiva; mas apenas se desembarcaron el ejército ruso y el duque de York al frente de un refuerzo, principióse á obrar de una manera ofensiva. Subia entonces todo el ejército á treinta y seis mil hombres, hallándose provistos de artillería bien montada, y avanzando hácia las posiciones del enemigo, el 19 de setiembre se dió la batalla de Bergen.

El general Herman, que mandaba una columna compuesta casi totalmente de rusos, puso en desórden á los franceses con la impetuosidad de su ataque, persiguiéndolos por los valles y montañas hasta los bosques cercanos á Bergen. El teniente general Dundas atacaba al mismo tiempo los puntos fortificados de Warmenhuysen, y sir Jacobo Pulteney los de Oude-Carspel, tomando entre tanto Abercromby posesion de la ciudad de Hoora sin la menor oposicion.

El general Brune halló un punto de reunion en las inmediaciones de Bergen pobladas de árboles, y después de recibir un refuerzo de Alkmaar cayó sobre los rusos, á la sazon en que muchos de sus batallones estaban ocupados en saquear, dispersándose el resto por los bosques y las cercanías. Arrojólos á pesar de todos sus esfuerzos de Bergen, cojiendo prisionero á su general é iba á forzarlos á abandonar igualmente á Schorel cuando llegó de repente una brigada inglesa. Este cuerpo de ejército, sostenido por una parte de la columna de Dundas, recuperó á Schorel, y después de contener los progresos de Brune se retiró tranquilamente á Petten.

La division de Pulteney tuvo que superar terribles obstáculos. Oude-Caxspel se hallaba muy fortificada, y

fué defendida vigorosamente por Daendels. Este al fin fué vencido por el coronel Spenser, quien habiendo descubierto un punto favorable, avanzó con dos batallones á despecho de un vivísimo fuego, y logrando refugiarse momentáneamente debajo de un dique provocó á los holandeses á ejecutar una salida. Estos rechazaron á los otros con intrepidez, y penetrando en los diques forzaron á los rusos á tomar la fuga hácia Alkmaar. La noticia de tal descalabro ocasionó el abandono del puesto, y el Abercromby fué llamado de Hoorn.

El combate se sostuvo por espacio de trece horas seguidas. El número de los franceses y holandeses escedia al de los ingleses y rusos, que no eran mas de catorce mil en esta batalla. Tres mil hombres fuéron hechos prisioneros, y muertos y heridos unos dos mil de parte de los franceses y holandeses, mientras los ingleses solo perdieron alrededor de mil y quinientos entre heridos y estraviados. De parte de los rusos el número ascendió á unos tres mil hombres. Con razon pueden deplorarse las enormes pérdidas de esta batalla y tantas vidas sacrificadas para nada, pues los aliados no ganaron ni una pulgada de terreno, y el ejército, segun el duque de York, volvió á su primera posicion.

La Gran Bretaña y Rusia habian enviado nuevos refuerzos, y así el 2 de octubre se arriesgó el duque á otro choque, enviando una columna á las órdenes de Abercromby á Egmont-Op-Zée, á fin de arrollar el flanco izquierdo del enemigo. Otras dos divisiones fuéron destinadas, después de algunas evoluciones, á atacar la posicion principal de Brune, y una cuarta columna obraria como cuerpo de observacion. Interin se ponia en marcha la primera columna, el mayor general Essen al frente de los rusos, y Dundas al de la tercera division, atacaron á Schorel y los puestos vecinos con buenos resultados. Las posiciones desde el bosque de Bergen hasta el mar fuéron con ardor defendidas. Los franceses, que lograron rehacerse después de haber sido rechazados repetidas veces, aparecieron por fin en gran número en la cresta de una montaña, aunque tan rudamente fuéron atacados, que tuvieron que abandonar aquella posicion que dominaba todo el valle.

Abercromby no hizo mas que escaramuzar hasta el momento de hallarse próximo á Egmont, donde encontró una viva oposicion de parte de un cuerpo formidable de infantería situado en las alturas, mientras que la caballería y artillería le amenazaban por la llanura. Los franceses tenian la ventaja del número y de la posicion, y los ingleses la de la superioridad de la caballería. El general Moore atacó la parte mas fuerte del campo de Brune, sin que á pesar de haber sido herido dejara de combatir con igual valor. Sir Ralph estimuló á los soldados con su ejemplo, y habiendo cargado la caballería con ardiente impetuosidad, los franceses tuvieron que ceder el terreno.

Las pérdidas de un combate de doce horas no podian menos de ser considerables: pretendese que de los vencidos hubo tres mil hombres muertos y heridos. De ingleses solo doscientos treinta y siete perdieron la vida; pero murió un gran número de los mil y cien hombres que hubo heridos. Los rusos se cuenta que perdieron unos seiscientos entre prisioneros, heridos y muertos.

Las consecuencias de esta victoria, aunque importantes en apariencia, no lo fuéron en realidad sino muy poco. Bergen y Alkmoar fuéron tomadas, y los aliados se consideraron dueños de la Holanda septentrional.

Los franceses y holandeses situáronse entonces entre Wick-Op Zée y Beverwcik, y el duque se decidió á atacarlos antes que fortificaran aquella posicion. Al efecto cuatro dias después de la segunda batalla de Bergen se posesionó de algunos puntos al sur d'Egmont. Los rusos, que se esforzaban por apoderarse de una altura inmediata, fuéron acometidos vigorosamente, y en el momento en que avanzaba Abercromby á socorrerlos, un esfuerzo de tropas enviado por Brune acudió á sostener al enemigo. El combate, que hasta entonces solo habia sido animado, se tornó tenaz y furioso. La superioridad de los franceses y holandeses forzó á los aliados á retroceder; mas todavía no se hallaban vencidos, y así volviendo á la carga pusieron en derrota las filas enemigas. El encarnizamiento duró muchas horas, en medio de una noche oscura y lluviosa, y antes que el enemigo tratara de retirarse, mas de ochocientos ingleses sucumbieron en el campo de batalla: desaparecieron seiscientos, y mas de mil y cien bajas hubo entre muertos, heridos y prisioneros. Es probable que los franceses y holandeses perdieron tanta gente como en la anterior batalla.

La inclemencia de la estacion, el mal estado de los caminos, la carestía de provisiones y la necesidad de forzar los puestos casi inespugnables de Beverwich y Purmerend, antes de poder llevar á cabo alguna operacion útil, indujeron al comandante general á reunir un consejo de guerra. El dictámen de los primeros oficiales fué el que se efectuara una retirada ya que las mismas victorias eran de tan escasas ventajas. Realizóse de noche la marcha retrógrada desde Egmont á Schagen, adonde se llegó en la tarde siguiente. Hallándose ocupadas de nuevo Pelten y los caseríos adyacentes, dos de los puestos fuéron atacados por fuerzas considerables que hicieron necesaria la fuga, y toda vez que con la toma de estas dos posiciones por el enemigo quedaba Schagen en peligro, toda la campiña alrededor de este pueblo fué inundada. Para contar con los medios de embarcacion era indispensable una inundacion mas estensa; pero el duque de York y el almirante Mitthell por evitar un recurso estremo que hubiera sido cruelmente perjudicial para los habitantes de aquel país, propusieron sin aguardar la resolucion del gabinete de Londres un armisticio, al cual, después de pedir inútilmente la restitucion de la armada holandesa, y la libertad de quince mil prisioneros detenidos en Inglaterra, accedió el general Brune con la condicion de que se cangearian ocho mil prisioneros. Cumplióse este tratado con puntualidad: la armada y el ejército regresaron á Inglaterra, y Holanda continuó siendo provincia de Francia.

La adquisicion de la marina holandesa fué sin duda una ventaja considerable; mas por honrosas que fueran estas victorias para la nacion inglesa, esta espedicion no dejó de ser desastrosa. El valor de las tropas y la escesiva fatiga que habian sostenido con tanta perseverancia merecian ser mejor recompensados. Los progresos de un pequeño armamento británico en la costa de la América Meridional causaron daño á los intereses coloniales de los holandeses. Lord Hugo Seymour y el teniente general Trigge aparecieron cerca de la embocadura del rio Sarinam é intimaron al gobernador de las posesiones holandesas que les entregara la provincia entera. Como la resistencia no prometia ningun resultado favorable, él se sometió á la demanda, y la poblacion con sus dependencias pasó á la dominacion británica.

La espulsion de Holanda de los aliados dió esplendor á la administracion de Sieyes, que hacia algunos meses obraba como presidente del directorio y habia concurrido con Barrás á desposeer á la Réveillere, Merlin y Treillhard de su participacion en el gobierno ejecutivo para sustituirlos con individuos menos ociosos y mas populares. Tal variacion tenia por objeto levantar á las dos asambleas del estado de degradacion en que habian caido; pero como el pueblo habia sufrido cruelmente bajo la administracion de las diferentes facciones que habian dominado en aquel país, lo que generalmente se deseaba era un gobierno mas firme y regular. Parecia pues que se presentaba espontáneamente una ocasion favorable para un jefe audaz de partido, ó un militar de mérito distinguido que estuviese sediento por elevarse al primer rango del poder. Moreau, famoso como guerrero y que hasta entonces habia merecido la

estimacion de sus semejantes, quizá hubiera podido efectuar la caida del gobierno dictorial; mas sea que tal proyecto no se hubiera presentado á su mente, ó sea que desconfiara del éxito de una empresa tan árdua, ninguna tentativa hizo al efecto. Bonaparte, mas ambicioso y dispuesto á lisonjearse con la esperanza de un feliz resultado, habia concebido y fomentaba secretamente esta idea: acaso le habia sido sugerida por Sieyes y Talleyrand, cuyas intrigas durante la ausencia del general supieron allanar todas las dificultades que podian oponerse á la ejecucion de sus designios. Bonaparte á su regreso del Egipto fué recibido con entusiasmo, y sin perder tiempo se encaminó hácia la capital, donde trabajó con habilidad para apoderarse del mando. El consejo de los ancianos, supeditado por sus partidarios, le declaró comandante de la fuerza armada de París. Al abrigo de este nombramiento y del terror militar, pronunció la disolucion de uno de los consejos; pero á sus miembros serviles permitió que volvieran á sus funciones, con la condicion de que en union con la otra asamblea habian de redactar la constitucion que á él mas le agradase. Colocáronse tres cónsules al frente del poder ejecutivo, y creóse un cuerpo legislativo; pero el poder principal se delegó al primer cónsul.

El nuevo gobierno manifestó el deseo de terminar todas las disputas con la Gran Bretaña entrando en acomodamiento con ella. Bonaparte, nombrado primer cónsul por diez años, estaba impaciente por anunciar su soberanía á uno de los principales enemigos de la nacion que ahora iba á gobernar. Al efecto escribió una carta al rey de Inglaterra, instando vivamente al jefe de una nacion libre, cuyo único objeto era asegurar la dicha de su pueblo, á sostener la causa de la humanidad y á ayudarle á restituir la paz á todos los países agobiados por la guerra. S. M. desdeñó responder por sí mismo á tal carta; pero lord Greenville en una nota muy larga acusó á los franceses de agresion, hizo una recapitulacion de los crímenes de que eran reos, y rehusó entrar en ninguna negociacion de paz ínterin no se desvanecieran las causas que habian ocasionado la guerra. Proponia el restablecimiento de los Borbones, aunque sin insistir en términos de hacer depender la paz de este solo suceso; y añadia que si era posible devolver la tranquilidad á Europa con cualquiera otra organizacion de los negocios de Francia, S. M. Británica se conformaria con un tratado—A. 1800.

Talleyrand, ministro secreto del primer cónsul, respondió á esta nota con una justificacion de la conducta de Francia, y demandó que sin dilacion se juntaran unos negociadores. El secretario significó de nuevo la negativa de su soberano, y así se desvaneció la naciente esperanza de obtener la paz.

Juntáronse las dos cámaras apenas se las informó oficialmente acerca de esta correspondencia, habiéndose suscitado diferentes debates sobre la cuestion de si estaba en el interés de la nacion el rechazar los preliminares. Lord Greenville propuso un mensaje de una naturaleza mas belicosa que pacífica, esforzándose por justificarla con un nuevo exámen de la conducta de los franceses, cuyo sistema de iniquidad, cuyas violencias sin rubor de la fé pública y cuya persistencia en el mismo espíritu que en un principio habia provocado la enemistad de las principales potencias de Europa, merecian segun él la mas firme oposicion.

El duque de Bedfort y lord Holland hablaron con calor en favor de una negociacion, siendo sostenidos débilmente por lord Romney; pero la cámara, en la proporcion de mas de quince contra uno, puesto que el número era de 92 y de 6, votó el mensaje. Dundas en la otra cámara votó por un mensaje igual, y sostuvo la necesidad de proseguir la guerra, bastando en su concepto un solo argumento para probar lo que proponia. El decreto que fomentaba el espíritu de insurreccion en los demás estados con el designio de destruir los gobiernos existentes, no habia cesado desde la época de su promulgacion hasta el momento actual de influir en la conducta de Francia. La paz no podia afianzarse con este pueblo: ninguna consideracion se habia tenido á la supuesta revocacion de tal decreto, y todavía dominaba el espíritu de perversidad que lo habia dictado.

Pitt en un largo discurso procuró probar que la Gran Bretaña, en lugar de provocar la guerra, habia sido forzada á aceptarla. Como Erskine habia atribuido la ruptura de Inglaterra con aquella nacion á la negativa de reconocer los nuevos poderes de Chauvelin y á su despedida que impidió toda negociacion, el primer ministro respondió que se habian ofrecido todas las ocasiones de discutir cada cuestion tan estensamente como si hubiera residido en Inglaterra un ministro francés reconocido en toda forma; que los motivos de queja que existian desde el principio de esta discusion y se habian suscitado después, eran suficientes para justificar veinte veces una declaracion de guerra por parte de Inglaterra; que todas las esplicaciones dadas por el enviado eran insuficientes é inadmisibles; que el *ultimatum* respiraba un espíritu de desconfianza; que la oferta de fraternidad era una tentativa imprudente para propagar las ideas de sedicion; que un decreto subsiguiente publicado en 15 de diciembre de 1792 tendia evidentemente á derribar las constituciones de otros países, y equivalia á una declaracion de guerra contra todos los tronos y gobiernos civilizados; que la proposicion de limitar el decreto precedente á las naciones á la sazon en guerra con Francia, era rechazada por una gran mayoría de la Convencion; que las figuradas concesiones en la contienda relativa al Escalda eran evasivas é insultantes; que la invasion no provocada de Saboya probaba un espíritu de ambicion y rapacidad insaciable, y que por fin la constante conducta de Francia hacia peligrosa la neutralidad y necesaria la guerra. El ministro, lejos de pensar que Inglaterra habia abandonado muy pronto la neutralidad, creia que era justo y conforme al interés de la nacion el emprender las hostilidades lo antes posible. Segun aseguraba, el rey habia observado una estricta imparcialidad hasta la batalla de Jemmapes: en lugar de estimular á las cortes de Viena y Berlin á la guerra, habia acreditado en muchos casos la resolucion de evitar toda intervencion en los asuntos de Francia, y cuando por fin los progresos de las armas republicanas en los Países-Bajos y en otras partes de Europa habian comenzado á hacer temer que se destruyera el equilibrio del poder, únicamente habia propuesto en respuesta á una demanda de la emperatriz de Rusia, que los soberanos que no entraran en guerra, celebraran convenios que pudieran impedir á los franceses el usurpar los derechos de los demás gobiernos de Europa y el turbar su tranquilidad. Solo á consecuencia de la inutilidad eventual de esta notificacion á la república francesa, fué cuando las hostilidades se juzgaron necesarias para la seguridad general.

El ministro trazó entonces el cuadro de los crímenes de la revolucion, á fin de demostrar el dislate que se cometeria en confiar en el honor y la moderacion de los franceses. «¿Podeis echar, esclamó, una mirada al »mapa de Europa y descubrir ni un solo país contra el »cual no sea culpable Francia, ya declarándole abier»tamente una guerra opresora, ya rompiendo algun tra»tado positivo, ya violando á las claras algun principio »de la ley de las naciones?» Comenzó haciendo mencion de la toma de Avignon, y prosiguió detallando una larga série de actos de injusticia, violencia y perfidia, hasta la época de la revolucion que acababa de colocar á Bonaparte á la cabeza del gobierno. Estaba convencido que si en este período se concluia un tratado con los franceses no lo observarian largo tiempo, y que aun cuando no infringieran abiertamente las condiciones se conducirian en términos de desviarse del espíritu de tal tratado, ya difundiendo sus doctrinas funestas, ya adoptando otros medios de usurpacion que nada podria

justificar. En vano se pretendia que el deseo que Bonaparte manifestaba de consolidar su poder y de reparar gradualmente los males que la guerra habia atraido sobre Francia, era un motivo de confianza de su lealtad á un tratado: Pitt sostenia que atendido el carácter personal del primer cónsul y las circunstancias de su elevacion súbita al poder supremo, no podia contar para la duracion del mismo poder mas que con el apoyo de la espada; que él seria detestado igualmente por los administradores de la República y los realistas, y que para los jacobinos furiosos no podia ser mas que objeto de prevencion y de terror; que no podia confiar mas que en su ejército para preservarse de los efectos de tal ódio, y que si sus tropas llegaban alguna vez á estar reducidas á los límites de Francia privadas de actividad, sus laureles se marchitarian indefectiblemente, se debilitaria su influencia sobre los soldados, y vendria á serle sumamente difícil el conservar á su libre disposicion la fuerza necesaria para sostener su poderío. ¿Qué confianza podia pues inspirar este nuevo gobierno, que no era otra cosa que una *estratocracia*, y qué perspectiva de seguridad podia ofrecer un tratado hecho con un jefe animado de una ambicion siempre ardiente, y que nada podia satisfacer, con un jefe conocido por inhumano, impío y sin fé? Aun suponiendo que estuviera dispuesto á tener consideracion por algun tiempo á las estipulaciones celebradas, ¿podia esperarse la duracion de su usurpacion? El despotismo militar no podia estar mucho tiempo en las manos del mismo jefe, y cualquiera que fuera este, tal gobierno no podia tener estabilidad.

Por estos y otros muchos motivos, Pitt, que con su discurso habia llamado fuertemente la atencion general, proponia que se prosiguiera con vigor la guerra, hasta que se conjurara el mayor peligro que jamás habia amenazado al mundo.

Fox hizo en la cámara un discurso igualmente enérgico y muy notable por su sabiduría, aunque fué de poca influencia y eficacia. En cuanto á la cuestion de agresion se atrevió á diferir en ideas del ministro: no acusaba al rey por haber secundado á las potencias de Austria y Prusia en los compromisos celebrados en Mántua y Pilnitz, compromisos que amenazaban á los franceses con una mediacion armada, y que eran evidentemente injustos y agresores; pero sostenia que la conducta del ministerio en 1792 habia estado muy lejos de significar intenciones de paz. Chauvelin habia manifestado deseos de entablar una negociacion, habia procurado esplicar las circunstancias ofensivas, y desviar todo motivo de queja, y habia pedido que todos los artículos del tratado fueran fijados de una manera clara y precisa para asegurar la paz. Debiera haberse observado con respecto á Francia la práctica adoptada de comunicar con Rusia. «Si se hubiera enviado á París el »escrito diplomático trasmitido á Petersburgo; si hu»biérais dicho á los franceses de una manera inequívoca »cuáles eran los motivos de vuestro descontento, lo que »aguardabais de ellos, y lo que juzgabais necesario para »vuestra propia seguridad, en caso de negativa por su »parte, hubiérais obrado al menos con buena fé y de»coro, y ningun derecho habrian tenido para acusaros »de agresion. Pero ningun aviso se dió á Francia, nin»guna ocasion se ofreció para entablar negociaciones, y »M. Chauvelin fué despedido de una manera que indi»caba una declaracion esplícita de la guerra.» Fox, al defender así á los franceses contra la acusacion del ministro, no pretendia justificar su conducta general tanto en el interior como en el esterior, «pues segun asegu»raba, habia sido tan perversa y execrable como era po»sible concebirla. Debia aguardarse que los caudillos »revolucionarios de una nacion gobernada tan largo »tiempo por la familia de los Borbones, serian domina»dos por la ambicion insaciable, la perfidia y la falsedad »del antiguo gabinete: ellos habian invadido impune»mente los derechos y las posesiones de otros gobier»nos, ¿mas no habia dado Luis XIV el ejemplo de esta »injusta conducta? Empero las potencias de Europa no »habian rehusado tratar con este déspota, ni habian in»sistido para que restituyera tantas posesiones mal ad»quiridas. Los modernos franceses por lo tanto se ha»bian apoderado de Saboya conforme á los principios »de los Borbones y con el pretesto de conveniencia mo»ral y física; mas esto no era motivo por lo mismo para »rehusar una negociacion. Si los crímenes de los revo»lucionarios merecian una severa censura, las iniqui»dades de los opresores de Polonia la habian merecido »igualmente: sin embargo, nosotros hemos contraido »alianzas con tales potencias en una guerra denomi»nada de una manera blasfematoria, *Guerra de reli»gion*. Tratar con un hombre como Bonaparte, dicen »los partidarios de la guerra, seria una deshonra y una »profanacion, y no obstante, estos mismos individuos »se han alabado por el apoyo de bárbaros, tales como »los de Rusia y Turquía, y elogian el supuesto celo pio »de Souvarrow, autor á sangre fria de las crueldades »mas atroces. ¿Tales defensores, tales aliados, serán ins»trumentos oportunos para restablecer el órden social, »y esta sola idea no es un insulto al sentido comun y á »la razon humana?»



Tomás Guy (1).

Al hablar de la negociacion de 1797 puso en ridículo la docilidad de la cámara. «Si los ministros, dijo, en »lugar de rechazar las proposiciones de paz hechas re»cientemente, hubieran consentido en tratar como en »aquella época, ¿no se hubiera jactado la mayoría de »una adhesion que satisfacia los deseos del pueblo? Sin »embargo, hoy que la respuesta es hostil, los mismos »miembros estan prontos á sostenerla. ¡Tal era la in»fluencia de la corona! ¡Tal era la ciega confianza que »habia en el ministerio! En aquella época, añadió el »orador, yo hice mencion del deseo general de la paz; »pero se sostuvo que yo no hablaba segun el sentir del

(1) En el centro del edificio del hospital de Santo Tomás de Londres se halla esta estátua, dedicada á un librero llamado así que dotó al establecimiento con 219,000 libras esterlinas.

»pueblo. Pues bien: ahora que ya es conocido que yo »no me equivocaba, hablo todavía al tenor de aquel sen»timiento, cuando digo que debereis tratar como en la »misma época. Parece que el ministro accedió á nego»ciar, no porque deseara la paz, sino porque queria »convencer al pueblo de la necesidad de organizar un »sistema de recursos mas vigoroso, lo cual no podia te»ner lugar mas que por la unanimidad de los sufragios »del mismo pueblo. Obtenido este punto importante, »no juzgó útil pretender por mas tiempo una nego»ciacion.»

Segun él, el primer ministro no mostraba consecuencia en su conducta al lanzar invectivas contra el despotismo militar en el momento en que por disposicion suya acababa de establecerse la ley marcial en Irlanda, y en que el terror de que el gobierno habia echado mano no se empleaba mas que en recomendar al *juicio libre* de la nacion una union legislativa. Ningun partidario de la libertad podia aprobar tal sistema de administracion; y un ministerio que lo permitia no debia manifestar una indignacion tan violenta contra igual conducta de otro gobierno. Tambien se habia pretendido que la organizacion militar en que se fundaba el poder de Bonaparte tornaria todo estado de paz perjudicial para la duracion de su autoridad; que en consecuencia no podia estar en su interés el observar tratado alguno de los que pudiera celebrar. Empero debia recordarse que el despotismo sostenido por el poderío militar habia subsistido en el imperio romano, tanto en tiempo de paz como de guerra, manteniéndose en las mismas manos durante un largo período. Con respecto á él, le parecia convenir á los intereses del primer cónsul el hacer la paz: debia temer el peligro de una derrota que empañaria el brillo de sus primeras hazañas: podia entrever la posibilidad de que en el campo de batalla en que las circunstancias no le dejaron tiempo para obrar personalmente, pusiera en riesgo su poder la incapacidad ó mala conducta de sus generales, y debia llegar á pensar, que proporcionando á Francia el reposo deseado, alcanzaria una gloria mas real y durable que las de los triunfos militares y de las hazañas pomposas de la guerra.

Como Dundas habia espresado el mas ardiente deseo de no ver jamás la formacion de una república á imitacion de la de Francia, Fox dijo que quizá veia Dundas con disgusto la continuacion del estado de libertad de los americanos. Pero la revolucion de las colonias no debia ser considerada como un ejemplo pernicioso: los americanos no abrigaban intencion de emprender hostilidades con Francia ni de rehusar el tratar con ella: no pretendian de modo alguno el hacer la guerra por teorías absurdas, ni querian tomar las armas sino forzados por repetidas provocaciones, y esta moderacion de conducta probaba su prudencia.

Si se admitia la posibilidad de hacer la paz con la república, era evidente que el ministro prolongaria la guerra con la esperanza de restablecer en el trono la casa de Borbon. Un proyecto tan absurdo no prometia ni merecia ningun buen éxito. La corte, enorgullecida con algunos sucesos recientes, parecia creer que los franceses se someterian fácilmente, sin reflexionar acerca de la prontitud con que los reveses podian sustituir á las conquistas. El orador relativamente á las desgracias de la guerra, no pudo menos de lamentar con amargura las atrocidades que se habian perpetrado cuando se libertó á Nápoles del yugo francés. ¿No habian violado los amigos del órden social sus compromisos para con los que denominaban con ironia *patriotas*? ¿Y no habian deshonrado su causa con las mas horribles crueldades? ¿Cuándo habian de cesar aquellos crímines, frutos de pasiones las mas degradantes? ¿Sucedería tal cosa cuando los Borbones se vieran restablecidos en el trono, ó bien cuando hubiera seguridad sobre el carácter de un jefe y la estabilidad de su mando?

Aprobóse el mensaje por doscientos un votos, y la corte obtuvo igualmente gran mayoría cuando el ministro propuso que se concediera al rey medios para cubrir los compromisos que habia contraido con el elector de Baviera y otros príncipes. Votáronse para dos meses ciento veinte mil marineros y noventa mil soldados, sin contar las tropas subsidiarias; y para lo demas del año se rebajaron de cada clase diez mil hombres. Los subsidios ascendieron hasta cerca de cuarenta y siete millones y medio.

Pero miéntras los comunes daban así una prueba de su liberalidad y de la opulencia de la nacion, el pobre tenia que sufrir mas que nunca de miseria: la mala cosecha habia aumentado considerablemente el precio del trigo, y no se podia proporcionar pan sino con grandes dificultades. Las clases alta y baja se vieron precisadas á economizar sus gastos y á suplir aquel alimento con diferentes medios. Aun así continuó el mal: los ministeriales no querian conocer que la guerra debia encarecer el trigo; pero era evidente que los labradores que sostenian la carga del impuesto sobre la renta, impuesto de guerra por confesion de todos, no podian vender el trigo á bajo precio. Pitt al crear tal tributo no creia dar á los labradores un motivo tan poderoso de queja; pero esforzándose por sacar una renta mas considerable que la que la talla habia producido hasta entonces, forzó á esta clase por medio de un nuevo decreto á soportar una contribucion mas fuerte.

Una mocion contra la continuacion de la guerra para restablecer la monarquía en Francia, otra para que fueran separados los ministros, y otras dos para que se practicara un exámen relativo al estado general de la nacion y á las causas que habian frustrado la espedicion á Holanda, no sirvieron mas que para ejercitar los talentos de uno y otro partido, y para probar la ineficacia de la argumentacion al lado de la fuerza del número.

Entre las cuestiones parlamentarias tratadas en la cámara, los negocios de la Compañía de Indias fuéron discutidos repetidas veces. Dundas, después de examinar el estado de los recursos de aquel territorio, presentólos por menor á los comunes, evaluando la renta de las tres presidencias en el año 1798 hasta el 15 de agosto en ocho millones, y las cargas en algo menos de siete millones y medio. Contando los intereses de la deuda fijó el déficit de la renta territorial en 194,000 libras, y rebatiendo esta suma de lo recaudado en las Indias por la venta de las mercaderías importadas, hizo mencion de 388,000 libras, como suma total destinada á las operaciones de comercio, á pesar de que lo calculado para este objeto ascendia á dos millones y medio. En el año siguiente el cuadro de las rentas se presentaba bajo un aspecto mas favorable. En estos dos años, segun Dundas, las deudas se habian aumentado en términos de subir hasta casi nueve millones, y las reparticiones del impuesto habian disminuido en la India, al paso que las del interior habian acrecido considerablemente. Las ventas del año precedente habian llegado á una cantidad sin ejemplo, puesto que habian producido, con inclusion del comercio de los particulares, la suma de 10.315,000 libras esterlinas. En resúmen, los negocios de la Compañía, segun él, se hallaban en el estado mas floreciente.

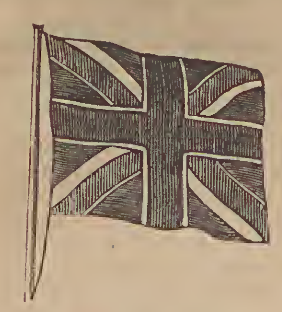
Dundas procuró justificar una revolucion ocurrida en la provincia de Oude y que habia sido censurada como un acto de violencia arbitraria, esforzándose por probar que era necesaria para la seguridad de la Compañía. A la muerte de Asoph-Ul-Dowlah, acontecida en 1797, Alí, hijo natural de este príncipe, habia sido declarado nabab-visir en perjuicio de Saadut, hermano legítimo del difunto. El nuevo nabab no tardó en manifestar un carácter cruel y los vicios mas odiosos, y como era poco adicto á los ingleses, fué depuesto por el gobernador general. Saadut, elevado entonces al trono,

hizo á la Compañía una donacion pecuniaria, consintió en recibir á sueldo una porcion de ingleses y cipayos, y en abandonar el fuerte de Allah-Abad. El príncipe depuesto obtuvo una pension y permiso para residir en Benarés: mas la órden de alejarse y dirigirse á Calcuta le irritó hasta el estremo de que ayudado por los de su séquito asesinó á tres personas á quienes habia dado una cita, perpetrando además muchas atrocidades al salir de los estados de la Compañía. Los ingleses ejercieron tambien su autoridad en la provincia de Tanjour, quitando un rajah para poner otro, y la Gran Bretaña, sirviéndose siempre de la misma poderosa influencia, logró del nizam del Decan una porcion considerable de los territorios que le habian cabido en la particion de Misore.

Los gobernadores de la India no se ocupaban solamente de los asuntos políticos. El marqués de Wellesley, antes conde de Mornington, instituyó en Calcuta un colegio en que todos los jóvenes de la Compañía que se dedicaban al estado civil, podian instruirse en todas las ciencias útiles para los deberes que tendrian que cumplir en la administracion de la justicia y en el gobierno general de los negocios de la Compañía.

Por un decreto de esta época estableciéronse nuevos reglamentos para las materias judiciarias de la India: el principal objeto fué la organizacion de un alto tribunal en Madrás en lugar del que habia.

Durante esta legislatura formóse en Inglaterra, no por un acto del parlamento, sino por medio de una carta, una institucion para la aplicacion de la ciencia á todas las clases de la sociedad. Tal institucion se proponia facilitar y generalizar los progresos del saber, dando mas eficacia á la union de los talentos y de los medios del filósofo y del artesano. El rey fué nombrado jefe de aquel establecimiento, y podemos decir con satisfaccion que este continúa prosperando.



Bandera de la union.

Consumóse por fin este año la union legislativa de Irlanda, cuya medida se juzgó de la mayor utilidad, no solo para la represion de los proyectos de rebelion, sino tambien para la recíproca ventaja de ambas naciones. Suponíase que entonces desapareceria toda idea de rivalidad para que le reemplazara la concordia y armonía. Los católicos, que formaban la mayoría de la nacion irlandesa, tendrian de este modo mas esperanzas de obtener lo que demandaran, por cuanto el peligro de las concesiones que se les hicieran se neutralizaria en el corto número de ellos comparados con la masa de protestantes de que estaba poblado todo el reino, y estos ya no tendrian motivo de descontento, puesto que de tal union les resultaria mayor vigor todavía.

El plan relativo á la legislatura de Irlanda fué propuesto por el marqués Cornwallis al principio del año 1799. La cámara de los pares favoreció la proposicion, y la de los comunes, tras de un debate de veinte horas, desechó, aunque solo por la mayoría de un voto, la mocion hecha por Ponsomby para la continuacion de un parlamento distinto. En una votacion posterior los adversarios de la medida obtuvieron una mayoría de cinco: este triunfo momentáneo llenó al reino de una alegría que no tardó en templarse por el resultado muy diferente de otro debate.

Propuesta la medida en Inglaterra, hiciéronse objeciones al proyecto que tenia el ministerio de forzar á los irlandeses á adoptarla. Pitt, aunque convencido de la necesidad de remediar con tal medida los desórdenes de Irlanda, desaprobaba la idea de imponer contra el sentimiento de la nacion lo que legalmente se habia declarado en el parlamento: hizo un prolijo detalle de las ventajas que de allí resultarian probablemente á Irlanda, y la sostuvo con una elocuencia llena de nervio: estableció una série de proposiciones, para las que solicitó la aprobacion de la cámara, con la mira de marcar las condiciones con que la Gran Bretaña accedia á acojer al otro reino á quien ella podia llamar hermana. Aquellas versaban sobre la reunion de ambos parlamentos, sobre la conservacion del culto religioso de cada país, sobre la semejanza que debia haber en los reglamentos de comercio y sobre el órden proporcional de las espensas anuales del reino. Después de muchos debates acerca de esta materia, Sheridan hizo una mocion para que la cámara examinara si la abolicion de todas las restricciones hasta entonces impuestas á los católicos no consolidaria de una manera mas real que el plan propuesto la union de Irlanda con Inglaterra. Pitt respondió que si tal concesion se hacia antes que se efectuara la union parlamentaria, ofreceria peligro; con lo cual no ocurrió mas en la cámara por causa de tal mocion.

De los discursos á favor de la union, merece ser mencionado el de Addington, cuyo discurso, si bien no fué pomposo ni brillante, se distinguió por su mucha moderacion y por la prudencia y fuerza de los argumentos. Si el régimen irlandés hubiera tenido todas las formas características del de la Gran Bretaña, dijo el orador que él se mostraria pronto á apoyar el proyecto actual; pero aquel régimen estaba muy lejos de tal cosa, ni era propio para inspirar confianza, y así no era acreedor á apoyo alguno: nada se identificaba con el interés y los sentimientos del pueblo; era débil é impotente, y no podia dejar de serlo ínterin el parlamento continuara en tan esencial contradiccion con la legislatura inglesa, siempre en disputas acerca de la autoridad política, del poder y de las materias civiles y religiosas. Todas estas razones importantes hacian desear un cambio, y ninguno ofrecia tan buenos resultados como la imitacion del memorable suceso de 1707. Ahora habia muchas mas circunstancias que podian contribuir al buen éxito de la union de Irlanda é Inglaterra, que no cuando se realizó la de Escocia con la Gran Bretaña. Dominaban el mismo código de leyes, las mismas formas judiciarias y legislativas, el mismo culto religioso. Como se habia pretendido que el parlamento irlandés no tenia facultad para anularse á sí mismo ni para votar la pérdida de los privilegios del pueblo ó de la independencia del reino, el orador sostuvo que dicho parlamento merecia ser justificado siempre que adoptara alguna medida que tras de una deliberacion madura pareciera útil al bien general. Los electores, en nombre y de parte del pueblo, habian delegado á los miembros el pleno derecho de obrar de una manera parlamentaria. Suscitóse otra objecion sobre la supuesta conclusion del reglamento de 1782: el orador sostuvo que ni aun entonces se consideró como terminado tal reglamento, el cual dejaba independiente al parlamento de Irlanda. No obstante, seria absurdo el sostener que este cuerpo debia seguir encadenado y ligado en sus operaciones, en términos de no poder tomar medida alguna para incorporarse constitucionalmente á una legislatura que debia considerarse como su aliada. Algunos miembros del parlamento inglés se lamentaban de la pérdida de la independencia; mas tal pesar era infundado, porque el pueblo irlandés seria regido por un parlamento tan atento á su prosperidad como una legis-

latura distinta, y disfrutaria en virtud de la reunion completa de intereses, de todas las ventajas de una independencia real.

Los discursos mas concisos y persuasivos dirigidos á la cámara de los pares, fuéron los de los lores Grenville y Minto. El primero, después de examinar el estado de la union entre ambos reinos, manifestóse convencido de que ella no basaba mas que sobre un fundamento muy débil. Segun él, podia bastar la identidad de las dos monarquías bajo un gobierno arbitrario; pero este vínculo no podia menos de ser ineficaz, siempre que el rey estuviera sometido á restricciones parlamentarias. El enemigo de una nacion podia ser amigo de la otra, y citó muchos casos en que podian resultar males de una marcha contraria. Haciéndose cargo de los progresos del encono religioso y político en Irlanda, y de los obstáculos que por lo mismo habia para los adelantos del país, recomendó con calor la union de ambos reinos, no solo para impedir que los franceses sometieran la Irlanda, sino tambien para contribuir á introducir en el pueblo la civilizacion, la industria y las buenas costumbres, y asegurar el interés comun de ambos reinos.

Lord Minto sostuvo que este proyecto de union no solo era desproporcionado para su objeto, sino que además amenazaba con peligros ciertos. Irlanda, segun todas las probabilidades, no permaneceria largo tiempo en el mismo estado, y seria impulsada por los que se denominaban patriotas á una separacion total, cuyas funestas consecuencias recaerian cruelmente sobre los dos países. La alternativa parecia ser, ó una desunion absoluta, ó una union estrecha. Podia decirse que en Irlanda existian dos naciones: una soberana y otra súbdita: una protestante y otra católica; una habia dominado por largo tiempo, y la otra á consecuencia de los acontecimientos podia tornarse tiránica, siempre que á sus pretensiones correspondiera el buen éxito. El único medio capaz de reunir de una manera eficaz aquellos opuestos intereses, era creando una legislatura exenta de toda parcialidad y preocupacion local. En cuanto á la cuestion de independencia, el orador opinaba que el reino debia ser mantenido en estado de independencia de la Gran Bretaña por su debilidad comparativa y por otras muchas causas, aunque por la union quedaba en realidad tan independiente é ilustre como Inglaterra: dejando de ser un reino separado se identificaria con una nacion floreciente, y el interés que desde luego se tomaria por su prosperidad cambiaria la faz de todo el imperio.

En virtud de un mensaje de aprobacion que se votó en ambas cámaras, el negocio permaneció suspenso hasta la legislatura siguiente, haciendo cada partido los mayores esfuerzos por aumentar su influencia.

Cuando se presentó este asunto en el parlamento de Irlanda para ser allí discutido de nuevo, Ponsomby se esplicó con el mayor calor contra una medida que denominaba degradante y peligrosa. Grattan tambien se mostró con la mayor animacion, ridiculizando y tachando de absurda la idea de representar un arreglo final como una negociacion entablada, y la de pretender que el libertar á la Irlanda de la intervencion del parlamento británico no seria impedimento para el proyecto actual de union. Sostuvo que era muy probable y moralmente cierto, que la concordia duraria entre ambos reinos, siempre que se tratara de medidas esenciales para la unidad del imperio, y declarando que el proyecto de incorporacion era perjudicial, injurioso y opresor para Irlanda, escitó á sus compatriotas á resistirlo con la firmeza y espíritu constitucional, que bastarian para atemorizar al presuntuoso ministro, y poner freno á la carrera de su estravagante charlatanismo.

Entonces apareció el efecto de los artificios del ministerio, pues hubo ciento treinta y ocho votos contra la mocion que favorecia el sistema de 1782, y solo noventa y seis en su favor.

El plan tras de una madura deliberacion fué esplicado de una manera clara y detallada por lord Castlereagh, ministro de los Negocios de Irlanda. Algunos artículos eran relativos á la completa identidad del poder ejecutivo, y otros concernientes á la formacion de la parte del parlamento que debia representar á Irlanda, fijando el número de pares en treinta y dos y el de los miembros por los condados y ciudades en ciento; por los unos uníanse los cultos de ambos reinos; por los otros se establecian las antiguas leyes y los tribunales, aunque en términos de sujetarlos á las variciones que juzgara oportuno ejecutar la legislatura combinada. Las contribuciones para los gastos del Reino Unido eran fijadas en dos décimosétimos para Irlanda, y en quince décimosétimos para la Gran Bretaña: las prohibiciones y primas sobre la esportacion de un país á otro en general fuéron anuladas, y para ciertos casos decretáronse derechos de proteccion y compensacion. Suscitóse entonces un violento debate, que terminó con una division, que ocasionó á la corte una mayoría de cuarenta y tres votos.

Este proyecto fué defendido hábilmente, tanto en la totalidad como en los detalles por el conde de Clare; y habiendo examinado de nuevo la cuestion los comunes, Corry, el mayor general Hutchiuson, el procurador general Toler y otros muchos miembros distinguidos sostuvieron con vigor la union propuesta. Foster, por el contrario, se esforzó por probar que seria tan perjudicial á los intereses de Irlanda como opuesta á su dignidad.

Los artículos fuéron trasmitidos á Inglaterra, y dirigidos al rey, que dió parte de ellos á las dos cámaras en Westminster. Grey censuró el proyecto con acrimonia, sosteniendo que aunque seria de desear, era impolítico persistir en adoptarlo contra el voto de la mayoría de la nacion. El método habitual de sugerir el asentimiento parlamentario impedia á las personas sensatas el considerar la decision de ambas cámaras como voto del pueblo, y en una cuestion de naturaleza estraordinaria, decia el orador que ningun ministro justo y virtuoso accederia ciertamente á prevalerse de una mayoría obtenida por tales medios. Por otra parte, semejante medida de ningun modo era motivada, ni la reclamaba el estado de los negocios: no estaban en mala inteligencia los dos parlamentos ó las dos naciones. El acta de incorporacion de Irlanda á la corona de Inglaterra, la necesidad de recurrir al gran sello británico para todos los proyectos adoptados en Irlanda, la adhesion del pueblo y otros motivos poderosos, segun aseguraba, impedian cualquier riesgo de discordia y de divergencia de sentimientos. Con respecto á Escocia, el caso habia sido muy diferente en el reinado de Ana, y la union de este reino con Inglaterra era entonces mucho mas justa que el proyecto actual, el que aun considerado bajo el punto de vista mas favorable, no podia ser completo relativamente al gobierno y á los recursos.

La adopcion forzada de esta medida so pretesto de trabajar por la libertad y el honor de Irlanda, era un ejemplo de jacobinismo que descubria de una manera chocante la inconsecuencia del primer ministro: empero se conservaba la esperanza de que los irlandeses no se dejarian arrancar cobardemente sus derechos constitucionales.

Pocos miembros votaron en ambas cámaras contra los artículos que por fin fuéron enviados á Irlanda para formar la base de una ley. El proyecto en pos de una vigorosa oposicion fué confirmado definitivamente, y adoptado otro igual en Inglaterra. Dióse una órden para que los dos reinos reunidos recibiesen el nombre de *reinos unidos de la Gran Bretaña y de Irlanda*, y para que esta union que dataria desde el primer dia del año 1801, fuera reputado como principio de otro siglo.

CAPITULO LXXIX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1800 hasta el de 1801.)

Una campaña notable distingió el último año del siglo XVIII. Al renovarse las hostilidades, una perspectiva brillante sonreia á los austriacos, que parecian destinados á acrecentar el catálogo de los triunfos obtenidos en Italia por las armas de los aliados en el año precedente.

Su número escedia considerablemente al de los franceses, y se hallaban mejor surtidos de provisiones de boca y guerra; estaban en posesion de las poblaciones mas fortificadas, y sostenidos en el Mediterráneo por una poderosa armada británica. El baron de Melas penetró hácia la primavera en los territorios de Génova, declarando que el emperador no abrigaba otro objeto que el de libertar á los habitantes de aquel país de un yugo opresor y deshonroso, y prepararse inmediatamente á poner cerco á dicha ciudad. Lord Keith prestó á los sitiadores una formidable artillería y bloqueó el puerto.



Nelson.

Massena, después de repetidos combates, fué obligado á concentrar su ejército en el interior de la ciudad y de los arrabales, y mediante un ataque general tomárouse diferentes puntos con pérdida enorme por una y otra parte. Pero muy pronto los recuperaron los franceses, quienes perdieron mucha gente en las frecuentes salidas. La proximidad del hambre provocaba violentos murmullos entre la guarnicion y los habitantes, sin que por esto se dejara acobardar Massena. Un bombardeo de la escuadra inglesa vino á agregarse á la espantosa situacion de los asediados, no logrando el general francés reprimir el espíritu de insurreccion sino con las mayores dificultades.

De dia en dia iba creciendo el apuro de genoveses y franceses: muchos sucumbian de hambre después de haberse alimentado por algun tiempo con carne de perros y de caballos, y la mayor parte de los que habian resistido á los horrores del hambre vivian en un estado de estremada debilidad. Massena determinóse por fin á capitular, obteniendo condiciones honrosas y permiso para retirarse con seguridad (1).

(1) El gran carácter de Massena ha impreso en esta defensa un heroismo que vivirá eternamente en la historia... La reconquista de los fuertes de Génova, cañoneados por la armada inglesa, es uno de los mas bellos hechos de armas conocidos... Agobiados por todos los azotes de la guerra, los soldados de Massena tienen otros enemigos con quienes no pueden combatir, la hambre y la peste. Génova vió morir en sus calles á su generosa poblacion, confundida con el intrépido ejército que ya no podia protegerla... Ella debió por fin capitular tras de sesenta dias de bloqueo, asediada por dentro por la peste y la hambre, y por fuera por el general Ott, al frente de treinta y cinco mil hombres. *(Norvins.)*

Los malos sucesos de los franceses en aquella parte de Italia eran compensados ámpliamente con los progresos que hacian sus armas bajo las órdenes del primer cónsul, quien tomó posesion de Milan y reorganizó la república cisalpina, que bajo sus auspicios se habia formado en el año 1796. Luchó con los austriacos en Marengo, donde duró la batalla por espacio de cuatro horas con encarnizamiento, y el triunfo fué dudoso mucho tiempo. Melas, con diez mil hombres de infantería, un cuerpo de caballería y la artillería ligera, se lanzó sobre el ala derecha del enemigo, quien opuso á tal ataque una vigorosa resistencia; pero al cabo de las cuatro horas de combate se introdujo el desórden en las filas francesas. Temiendo el general Victor una derrota total, ordenó la retirada, y así crecieron las esperanzas de los austriacos (1). En tales momentos de crísis avanzó Desaix con el cuerpo de reserva, y forzado por la sed de gloria resolvió buscar la victoria ó perecer: cargó al enemigo, y fué rechazado: renovó el ataque, y tambien fué rechazado. Una tercera carga, protegida por la guardia consular de á pié y á caballo, surtió tal éxito, que la primera línea austriaca cedió, aunque replegándose sobre la segunda volvió á embestir á la bayoneta. Entonces avanzó una gran parte del ejército republicano, y no pudiendo sostener el choque las tropas del emperador, consiguieron una victoria completa los franceses. El general austriaco solicitó un armisticio; pero no pudo lograrlo sin entregar muchas fortalezas importantes (2).

Moreau, que en el ínterin habia sido enviado de nuevo á Alemania para sostener los intereses franceses, desplegaba el mayor valor y habilidad; pero en un combate mortífero que ocurrió en Moskirck, donde los austriacos fuéron valerosamente apoyados por las tropas auxiliares de Baviera y por algunos batallones suizos costeados por Inglaterra, Moreau no alcanzó completamente los laureles del triunfo.

Como el emperador temia que hubiese una invasion en Austria, y que el ejército de Italia se ligara con los enemigos de Alemania, se mostraba á la sazon dispuesto á tratar con la pujante república. Sin embargo, poco tiempo antes habia autorizado al baron de Thugut para firmar una convencion, por la cual aceptaba del rey de Inglaterra la suma de dos millones de esterlinas sin interés durante la guerra, comprometiéndose á no transigir con los franceses, ni á recibir proposicion alguna de ellos sin dar pleno conocimiento á su real confederado, quien por su parte hizo igual promesa, obligándose además á reforzar al ejército austriaco con todas las tropas alemanas y suizas que le fuera posible. Pero S. M. Imperial, desconfiando del buen éxito de las hostilidades, abrazó la resolucion de tratar, y firmárouse los preliminares en París, si bien cuando lord Minto, ministro plenipotenciario en Viena, demandó que se permitiera á la Gran Bretaña tomar parte en la negociacion, Francisco rehusó ratificar los artículos.

Solicitado el emperador por la corte británica á cumplir lo prometido y proseguir la guerra con vigor, ordenó al archiduque Juan que se preparara á combatir con el enemigo tan pronto como espirase la tregua. Moreau volvió á abrir la campaña, y fué atacado por los austriacos, que trabaron lucha con una parte de su ejército en las cercanías de Haag, siendo rechazados dos veces por la impetuosidad de los franceses, pero venciendo por fin á estos. Habiendo provocado los austriacos su derrota en Hohenlinden con el ataque imprudente de un puesto, sus filas fuéron rotas, y además de la mortandad que hubo en el combate, perdieron mucha

(1) Al paso que el ejército austriaco contaba con cuarenta mil hombres, todos veteranos, el francés solo constaba de veinte mil, bisoños en su mayoría. *(Norvins.)*

(2) Esta victoria costó á Francia una de sus mas bellas glorias militares. El valeroso Desaix, cuya súbita llegada y ardiente impetuosidad decidieron el éxito de la batalla, cayó herido mortalmente. *(Norvins.)*

gente en su precipitada fuga. Los franceses triunfaron igualmente en otros puntos de Alemania así como en Italia, siendo tan rápido y violento el torrente de sus hazañas, que el emperador juzgó que no podia libertarse de su ruina sino evitando las hostilidades con el enemigo. Su hermano Carlos, que habia salido de Viena para volar al socorro de las desalentadas tropas y pararlas en su fuga, creyó urgente demandar á Moreau una suspension de hostilidades. Firmóse por lo tanto en Steyer un convenio que comenzaba con la declaracion de que S. M. Imperial deseaba apresurar la paz con Francia, cualquiera que fuese la determinacion de sus aliados. La corte británica dejó de insistir sobre lo que se habia estipulado en el último acomodamiento, y el 9 de febrero de 1801 se ajustó un tratado de pacificacion en Lunevillee. Hé aquí los puntos principales en que diferia del de Campo-Formio. Asignábase la Toscana al duque de Parma, prometiéndose al gran duque un territorio considerable por la pérdida que sufria. Los franceses abandonaban las fortalezas de Duseldorff y Ehrembreitstein y otras varias en la orilla derecha del Rhin; pero no se podrian aumentar tales fortificaciones.

Restablecida así la paz en una gran parte del continente, la Gran Bretaña quedó espuesta sin el auxilio de un solo aliado efectivo á todo el resentimiento de una nacion poderosa y vengativa; pero no por eso se desanimaron los ingleses, quienes al paso que deseaban la paz se prepararon á arrostrar los furores de la guerra.

Antes y después de la batalla de Marengo, sus esfuerzos habian sido coronados por el triunfo en muchos combates.

Sir Carlos Hamilton supo, hallándose de crucero junto á las islas de Cabo Verde, que tres fragatas francesas habian anclado bajo los fuertes de Gorea: apresuróse á dirigirse hácia allí con tres naves; mas no encontrando las fragatas, contentóse con apoderarse de la isla, que no fué defendida por el gobernador por haber obtenido condiciones honrosas.

Malta habia permanecido bloqueada desde el otoño de 1798, y entonces fué reducida la islita adyacente de Gozo. Los malteses deseaban sacudir el yugo de los franceses; pero la posesion de los fuertes puso á estos al abrigo de los efectos del descontento popular. Habiendo recibido el contraalmirante Perée órden de hacer una tentativa para socorrer á la guarnicion, se dió á la vela con un navío de línea y tres fragatas. El navío almirante fué cojido en la costa de Sicilia, hallándose á bordo una cantidad considerable de tropas y provisiones de toda especie; y como estas escasearon muy pronto en la isla, la abandonaron dos fragatas cargadas con parte de la guarnicion, salvándose una de ellas y siendo apresada la otra. Desconfiando el general Vaubois de recibir socorro, consultó con sus oficiales y el contraalmirante Villeneuve que mandaba los pocos buques que habia en el puerto, y de acuerdo con ellos trató de capitular. El mayor general Pigot permitió á la tropas el regreso á Francia, con la condicion de no servir contra los ingleses hasta que hubieran sido canjeadas.

A tan importante ventaja siguió bien pronto la toma de una isla situada en la costa de la América Meridional. Informado el capitan Watkius de que los habitantes de Curazao deseaban arrojar un cuerpo de mil quinientos franceses que habian tomado posesion de la parte occidental de la isla, obligóse á apoyarlos en tal proyecto; pero los enemigos se retiraron sin disparar un solo tiro, y así aquella colonia quedóse bajo la proteccion de la Gran Bretaña.

Pero la victoria no coronó constantemente durante este año las empresas marítimas de los ingleses. Sir Juan Borlase Warren y sir Jaime Pulteney fuéron nombrados para conducir una espedicion á la costa de España, habiéndose desembarcado mas de diez mil hombres cerca del Ferrol, los cuales avanzaron hasta las alturas inmediatas á la ciudad. El combate principió con algunas escaramuzas poco favorables para los españoles; pero cuando los ingleses, así que tomaron posesion de las alturas, pudieron observar las obras y la fuerza del enemigo, sir Jaime, por temor del mal éxito, desistió de su proyecto y renunció á la empresa.

Empero es de presumir que las tropas existentes en el interior de la poblacion y en sus cercanías eran en muy corto número para resistir al enemigo, cuyo cuerpo de ejército era muy considerable, y por otra parte las obras no habian parecido tan respetables á la generalidad de los oficiales y soldados, que hicieran desconfiar completamente del buen éxito. Es verdad que el comandante general debia conocer que el ataque de los fuertes costaria la vida á algunos centenares de hombres; mas por aflictiva que fuera tal consideracion, no debiera haber influido, como no influye ordinariamente sobre el ánimo de un general, de un hombre de estado ó de un legislador, y por consiguiente no podemos suponer que semejante idea hubiera sido el móvil de la conducta de sir Jaime Pulteney. Mucho menos puede atribuirse á falta de valor, pues tal imputacion se desmentia con su bravura en Holanda. ¿Qué causa daremos por lo mismo para su retirada del Ferrol? La falta pasajera de seguridad y de audacia acaso. Un jefe susceptible de semejantes momentos de flaqueza no hubiera defendido á Acre como sir Sydney Smith, ni atacado á Seringapatam como Harris, ni llenado el Egipto como Nelson con la fama del valor británico. Pulteney calculaba cuando los otros hubieran obrado; razonaba cuando los otros hubieran combatido.

Una armada mas considerable apareció á la altura de Cádiz á las órdenes de lord Keit y sir Ralph Abercromby. El gobernador apresuróse á noticiarles que una enfermedad pestilencial causaba espantosos estragos entre los habitantes de la ciudad, esperando que la noticia de tal calamidad les haria conocer inmediatamente la necesidad de retirarse. En lugar de practicarlo así, demandaron que se les entregaran todos los buques de guerra existentes en el puerto. Esta exigencia provocó la indignacion, y no se respondió sino con un desafío. Los ingleses se prepararon entonces á un desembarco; pero considerándolo mejor, resolvieron abandonar á Cádiz.

El miedo terrible del hambre vino á juntarse á los furores de la guerra, y amenazó sériamente á los ingleses. La sola perspectiva de tal calamidad ocasionó muchas convulsiones en diferentes puntos de Inglaterra. Los especuladores y los *middlemen* (1) fuéron objeto de violenta censura, y hasta castigados algunos por haber hecho acopios. En Londres estuvo á pique de estallar una revuelta en el mercado de granos; pero Combe, menos tímido que el inbécil lord corregidor de 1780 y poco dispuesto á recurrir á la fuerza armada, contuvo el motin desde luego y sin ninguna efusion de sangre.

El rey, compadecido de la miseria que agobiaba al pobre, y deseoso de remediarla, convocó el parlamento mucho antes de lo que pensaba, no habiéndose ocupado aquella corta legislatura mas que de semejante calamidad. Una carta del duque de Portland, que por mucho tiempo habia obrado como secretario de Estado en el departamento interior, y gozaba de poca influencia en el gabinete, dió márgen á alguna animosidad. La carta hablaba de la carestía de granos como un hecho incontestable, censurando los discursos artificiosos de los que pretendian que el país abundaba en los artículos de primera necesidad, y que los especuladores interesados rehusaban sacar al mercado una gran cantidad de granos con la mira de que subieran los precios. El duque opinaba que no se hiciera gestion alguna ni por el parlamento ni por el pueblo para fijar dichos precios, sino que se dejara que el abatimiento de la nacion siguiera su curso ordinario. Algunos miembros aproba-

(1) Hombres de medios.

ron las ideas del duque, y otros las condenaron como poco juiciosas y hasta peligrosas.

Ambas cámaras patentizaron por medio de varios proyectos adoptados al intento, su deseo de aliviar la miseria del pueblo. Estos actos contribuyeron á impedir la reproduccion de los disturbios; mas no obstante la importacion de granos estranjeros y el uso de otras producciones á propósito para reemplazarlos, no esperimentó baja notable el precio de ellos en el otoño del año siguiente.

Estas sesiones fuéron las últimas reputadas como pertenecientes á la legislatura esclusiva de la Gran Bretaña. Los miembros de ella se aumentaron en la siguiente asamblea con los designados para representar las dos cámaras de Irlanda.

Al pronunciar S. M. la disolucion del parlamento, habló de una nueva contienda en que se hallaba interesado. Diéronse quejas al gobierno de Dinamarca por un acto ofensivo ocurrido cerca de Gibraltar. Como las potencias del Norte habian estimulado á sus súbditos á traspasar los límites fijados para el comercio neutral, los ingleses habian juzgado oportuno visitar hasta las embarcaciones que navegaban bajo la proteccion de un buque de guerra. Enviada pues una chalupa por una fragata á efectuar la correspondiente visita, de súbito salió fuego de fusilería del buque protector, resultando herido de peligro un marinero inglés. El conde Bernstorff defendió la conducta del capitan danés, rehusando reconocer en los ingleses el derecho de visitar los buques con semejante aparato, por cuanto el honor del gobierno era una prenda suficiente de la no existencia á bordo de artículos de contrabando y de mercaderías procedentes de los puertos del enemigo. La querella se hallaba indecisa, cuando un nuevo incidente vino á agravarla. Una fragata que custodiaba seis bajeles mercantes hizo fuego cerca de Ostende á una chalupa enviada igualmente por una escuadra á realizar la visita, y resistió con intrepidez á muchos buques de guerra. Antes que el capitan danés arriara el pabellon y abandonara su convoy, perecieron muchos hombres de una y otra parte. Lord Whitwort fué empleado entonces como negociador en Copenhague; mas no pudo llegar á apaciguar la contienda, á pesar de que accedió á la restitucion de los buques capturados.

Entonces los suecos se mostraron tan dispuestos como los daneses á disputar el derecho que la Gran Bretaña se arrogaba, y encontraron en el emperador de Rusia un decidido partidario de sus pretensiones. El Czar estaba descontento de los inútiles socorros que sus tropas habian obtenido en Suiza de parte de los austriacos, á cuyo soberano acusaba de dejarse dominar por los motivos personales mas bien que por el interés general de Europa: quejábase además de que los generales ingleses no habian protegido lo suficiente á sus súbditos militares en Holanda, á quienes habian visto, segun decia, con la mayor indiferencia caer por batallones enteros: y por otra parte Malta no le habia sido abandonada como esperaba. Muy agraviado por todo esto, impidió á todos los buques ingleses la salida de sus puertos, puso presos á los marineros, y con los reyes de Suecia y Dinamarca celebró un convenio para sostener el comercio contra la violencia británica.

Esta nueva confederacion provocó el enojo de Inglaterra, convirtiéndose todas las alabanzas tributadas á la magnanimidad de Paulo en violentísimas invectivas contra su arrogancia é injusticia. Retuviéronse en los puertos de Inglaterra todas las naves rusas que en ellos se encontraban, y lo mismo se ejecutó con las suecas y danesas, á pesar de que sus soberanos no habian cometido como el Czar actos de hostilidad—Año 1801.—Por mas que los enviados suecos y daneses verificaron repetidas representaciones sobre tales órdenes, el embargo no fué alzado, y así ambos reyes por via de represalias practicaron igual diligencia en sus territorios. S. M. Prusiana, mas adicta á Francia que á la Gran Bretaña, accedió á la convencion propuesta por los franceses y desechada rotundamente por los ingleses como contraria á sus intereses; y declaró que queria mantener su alianza con las potencias del Norte por todos los medios vigorosos que la fuerza de las circunstancias exigiera. Como continuó la prohibicion con respecto á las naves neutras, é Inglaterra envió al Báltico una escuadra á fin de sostener sus derechos, el rey de Prusia cerró la embocadura del Elba, Veser y Ems, y se apoderó del territorio de Hannover.

CAPITULO LXXX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1801 hasta el de 1802.)

La primera asamblea del nuevo parlamento coincidió con una época crítica. La última coalicion, lejos de debilitar el poderío de Francia, no habia hecho mas que fortificarlo y consolidarlo. Los rusos, de aliados que habian sido de la Gran Bretaña, se habian tornado enemigos de ella, y el entusiasmo manifestado hasta entonces por el carácter de Paulo, fué reemplazado por el ódio y la envidia. Los austriacos, humillados por las victorias de los franceses, parecian renunciar á proseguir la guerra, considerándose feliz su soberano con someterse á las condiciones impuestas por el primer cónsul. Quedaba pues solo el Reino-Unido para sostener la contienda, viniendo muy pronto una nueva diferencia á amenazar su superioridad marítima.

Tal crisis dió un interés particular á las deliberaciones del parlamento. El mensaje sufrió una fuerte oposicion de parte del conde Fitz-Guillermo, quien después de manifestar su pesar por haber perdido las esperanzas en cuanto al restablecimiento de los Borbones en el trono, propuso que se realizara un exámen sobre la conducta de los ministros que al disponer á su arbitrio de los tesoros y de la sangre de los ingleses, así como de los poderosos auxilios que se les habian concedido en el continente, no solo se habian mostrado incapaces para detener á los franceses y humillarlos en su carrera de conquistas, sino que hasta habian envuelto á la nacion en una discordia peligrosa con un aliado y unos príncipes que habian guardado neutralidad hasta entonces. Tales ministros en su concepto eran indignos de la administracion de un reino, y ninguno que estuviera animado de verdadero espíritu de patriotismo podia desear que el poder siguiera por mas tiempo en sus manos. Una enmienda propuesta por su señoría fué sostenida por el conde de Suffolk que censuró en los términos mas fuertes la incapacidad y mala conducta de los consejeros del rey. El conde Darnley los habia sostenido al principio de la guerra; mas la manera con que habian burlado la confianza del parlamento, y el poco tacto político que habian patentizado, le hacian desear igualmente que se residenciara severamente su administracion. El conde Spenser y el duque de Athol no eran partidarios de esta medida, la cual en su opinion podia enervar la energía de la nacion é impedir la eficacia de los esfuerzos que únicamente podian librar al país del peligro que le amenazaba. Discutióse por el conde de Caernarvon el derecho de visitar los convoyes, y los lores Grenville y Eldon sostuvieron que tal derecho era una ley establecida entre las naciones. El conde de Moira emitió la opinion de que el ministerio no habia sabido emplear oportunamente la fuerza militar, cuyo considerable número era una carga para el país, y que por otros muchos motivos era necesaria una investigacion. La cámara empero votó contra esta opinion por una mayoría de cincuenta y seis votos. En la otra asamblea Grey era el principal adversario del mensaje. Censuró audazmente la conducta de Pitt y sus colegas, discutió el derecho que se apropiaba en el caso del comercio permitido, y sostuvo que aun cuando se ad-

mitiera tal facultad, no era conveniente ejercerla. El primer ministro espresó que habia dos medios para considerar la cuestion: en primer lugar era preciso establecer la ley general de las naciones sobre la materia; y en segundo, examinar si tal ley era favorable ó contraria á los tratados existentes con las potencias particulares interesadas en la actual contienda.

El principio conforme al cual obraba la corte en tales circunstancias, segun decia el primer ministro, habia sido admitido y aplicado universalmente, á escepcion de ciertos casos en que habia sido preciso restringirlo ó modificarlo por medio de convenios especiales. Estipulóse por el tratado de comercio con Francia, que si esta nacion permanecia neutral cuando la Gran Bretaña tuviera guerra, disfrutaria de la ventaja reclamada ahora; mas como esta concesion no era mas que una simple escepcion de la regla general, en nada menoscababa el derecho pretendido por los ingleses al tenor de la ley de las naciones. Aun cuando semejantes escepciones se acordaron con mas frecuencia entre diferentes estados, sin embargo no dejaria de observarse la ley establecida por las demás potencias, y con mayor razon debia serlo, siempre que una nacion cualquiera no hubiera cesado de mantener el principio en cuestion. Rusia, Suecia y Dinamarca, lejos de hallarse libres de la regla, estaban ligadas por tratados conformes en este punto con la ley general; y en el caso en que estas potencias osaran faltar á sus compromisos trasportando las mercaderías de los enemigos de Inglaterra y secundando los designios de estos, el honor y el interés de la Gran Bretaña exigian que ella obrara contra una conducta tan hostil y pérfida. Aprobóse el mensaje por una mayoría de ciento y ochenta y dos votos.

Antes que se tratara de este asunto, Pitt hallándose en divergencia con S. M. con respecto á las reclamaciones de los católicos, y convencido quizá de que el primer cónsul rehusaria celebrar la paz con él ó sus principales cólegas, declaró su intencion de resignar su empleo (1). Lord Grenville, el lord Canciller, el conde Spenser, Dundas y Windham anunciaron igualmente con gran sorpresa del público su deseo de retirarse del ministerio, pero por causa del arreglo de la hacienda y por la dificultad que habia para los nuevos nombramientos, Pitt continuó en su puesto por algun tiempo, y como en el ínterin atacó al rey una fiebre, el mal estado de su salud obligó al mismo ministro á diferir su retirada.

El número de hombres propuestos para el servicio marítimo ascendia á ciento treinta y cinco mil. Puestas algunas dificultades á tal aumento, Pitt alegó la urgencia de preparativos estraordinarios, en atencion á que la nacion podria ser obligada de un momento á otro á combatir por los principios esenciales á su dignidad y grandeza marítima. Evaluaba los subsidios del año en 37.870,000 libras en cuanto á la Gran Bretaña, y en 4.324,000 en cuanto á Irlanda; y para consolar al pueblo de la escesiva carga que le imponia un empréstito de veinticinco millones y medio por un reino, y de dos y medio por el otro, habló de la manera mas pomposa acerca del estado floreciente del comercio y de la prosperidad general del reino.

Hallábanse los pares á punto de discutir la conveniencia de una mocion hecha por el conde de Darnley para investigar la conducta ministerial y el estado de los negocios públicos, cuando el conde de Carlisle aconsejó la dilacion de tal exámen, ya que se sabia que los principales miembros del gabinete estaban prontos á retirarse por razones de una naturaleza interesante y delicada. Lord Grenville y el conde Spenser dieron entonces á conocer los motivos de su resignacion. Deseaban ellos contribuir á las ventajas de la union accediendo á las reclamaciones de los hiberneses católicos; mas un gran personaje se oponia á sus designios por un escrupuloso respeto al juramento, con el cual se habia ligado en la época de su coronacion. Empero ninguno de los dos miembros concebia que al condescender con su opinion dicho personaje, suponiendo no obstante que las cámaras se conformaran con ella, pudiera violar en nada tal juramento.

Antes de hablar del nuevo ministro que iba á reemplazar á un hombre de estado tan noble como Pitt, quizá es necesario trazar aquí un bosquejo de este carácter. Unas veces se le han tributado los elogios mas exagerados. Segun la opinion general de sus amigos, era un ministro dotado de talento, de consumada pericia y de integridad incorruptible. Convencido su ánimo de los verdaderos intereses de su país, no perdonaba medio alguno de los que pudieran contribuir á su prosperidad, á asegurar sus ventajas, y á estender sus recursos. Profundamente versado en las materias de hacienda, sabia tomar durante la paz precauciones discretas para aliviar en lo sucesivo las cargas de la nacion, y en medio de los gastos enormes de una guerra peligrosa y prolongada, hallaba arbitrios para hacer reservas anuales, y así disminuir gradualmente la deuda pública: sabia fomentar el comercio en todos sus ramos, escitar el deseo general de perfeccionar y mejorar, y vigilar en todos los asuntos de la política interior. Cuando el fanatismo democrático comenzó á tratar de la destruccion de la constitucion inglesa, la defendió con energía, y despertando la lealtad de la nacion y forzándola á mostrar todo su vigor, puso al reino á cubierto de sus enemigos esteriores é interiores. Si no pudo detener la carrera revolucionaria de los franceses, no fué ni por falta de vigor ni de política, sino por la ceguedad y negligencia de las potencias continentales. En fin, Pitt era un diplomático digno de la admiracion general, un patriota desinteresado y uno de los mas grandes oradores que se habian conocido. En la vida privada las virtudes de que fué modelo, le dieron derecho á la estimacion y al respeto de sus semejantes.

Otros escritores han trazado un retrato muy diferente. Este ministro, segun ellos, era de un corazon mezquino y de una concepcion limitada: era incapaz del vuelo elevado de política que distingue al grande hombre de estado: no podia conocer mas que los detalles de un plan vasto, no hallándose dotado de aquella penetracion que de un golpe de vista abraza todo el conjunto. En su tan alabado plan de establecer una caja de amortizacion, no hizo mas que desenvolver un proyecto semejante al concebido por sir Roberto Walpole, sin considerar que no le saldria bien en todo, y que sus ventajas se neutralizarian contínuamente por la multiplicidad y enormidad de los empréstitos sucesivos que podian quitar la posibilidad de pagar aun el interés de la deuda nacional. Afectó siempre el deseo de conservar el equilibro de poder en Europa; mas por desgracia se frustraron todos sus esfuerzos. No teniendo idea alguna de la energía de una nacion intrépida que combate por una libertad imaginaria, se figuraba que una ó dos campañas podian producir una contrarevolucion en Francia, ó por lo menos forzar á los franceses á volver á entrar en los límites de la moderacion; sin prever que los esfuerzos hostiles de una confederacion no servirian mas que para dar nuevo vigor á tal enemigo, y que el torrente revolucionario impelido por el furor y la indignacion, se precipitaria por encima de las rocas que se opusieran á su paso y esparceria por todas partes la desolacion y la desgracia. Por una larga série de años prodigó la sangre de sus compatriotas para espediciones infructuosas, y fomentó con ámplios subsidios la indolencia y fidelidad de las potencias estran-

(1) La retirada de este ministerio tan enemigo de la libertad francesa, era una gran revolucion en los consejos británicos. Pitt, tanto por sus antecedentes como por la tenacidad de su encono contra Francia, y en especial contra Bonaparte que tenia genio superior al suyo, era por sí solo un obstáculo insuperable para toda conciliacion. (*Norvins*).

ger s. Pródigo sin igual, se burlaba del espíritu de economía, toleraba las dilapidaciones de empleados avaros é inmorales, y accedia con mucha facilidad á las exigencias inmoderadas de los asentistas. Los impuestos ordinariamente se invertian sin discernimiento ni medida, y ascendian á una suma que ni aun la naturaleza estraordinaria de la guerra podia justificar. A la manera de un arquero imprudente que confiando demasiado en la resistencia del arco de que está armado, le tiende con tal fuerza que está casi á punto de romperse, el ministro abusando del medio de los tributos los llevó hasta un estremo peligroso, encadenando el comercio con cuantiosas exacciones é infiriendo un perjuicio considerable á las manufacturas con la creacion de subsidios, de que ningun ejemplo se habia visto hasta entonces. La continuacion de la guerra exigia sin duda numerosos gravámenes y demandaba grandes sacrificios; pero ninguna necesidad habia de dar mayor estension á las operaciones militares á que por sí misma se aplicaba la Gran Bretaña, y unos gastos moderados que se limitaran principalmente á espediciones marítimas, hubieran sido segun todas las probabilidades mas ventajosos á la causa comun, que los millones gastados con profusion en una guerra continental. Tal multiplicidad de impuestos á que obligó al pueblo á someterse, fué una carga pesada para las clases inferiores de la sociedad, y tendia á reducir á la miseria á una clase considerada en Inglaterra de un modo mas honroso que en ningun otro país. Así, al paso que empobrecia una gran parte de la nacion, disminuyó los derechos constitucionales de todos, creando leyes severas que él, en algun tiempo abogado de la libertad, no hubiera dejado de combatir vivamente á no haber estado en el poder. La elocuencia con que sostenia sus proyectos era mas especiosa que sólida, mas aparente que fuerte de argumentos, mas rica en fin de lenguaje que de razonamientos. En suma, era un orador agradable, pero no un hábil político: estaba exento de todo interés personal y de la mezquindad de miras y cálculos que por lo regular acompaña á aquel sentimiento; pero su carácter era arbitrario, y perjudicial su genio. A pesar de ser un literato lleno de elegancia, no era amigo ni protector de las letras; y aunque templado por lo comun en sus costumbres y conducta, mostraba poca benevolencia social, y parecia muy poco susceptible de las emociones tiernas y de las recreaciones esquisitas del alma.



Anfiteatro real en Londres.

Dejemos al lector el cuidado de decidir cuál de estos dos retratos es el verdadero. Frecuentes ocasiones de juzgar el original se han ofrecido en el curso de la historia, no siendo menester una penetracion estraordinaria para determinar si el primer bosquejo es mas ó menos fiel que el segundo.

El propuesto por Pitt para sucesor suyo habia obrado siempre con dignidad é imparcialidad como orador de la cámara de los comunes, y si no hubiera aceptado tal cargo, hubiera conservado y robustecido su reputacion mejor que aceptando el rango fastuoso y difícil de ministro. Era preciso en esta época para desempeñar cumplidamente la tarea de administrador una capacidad mas que ordinaria; pero como todos los esfuerzos de Pitt no habian podido impedir que el enemigo prosiguiera su carrera, sino que antes bien su intervencion no habia servido mas que para tornarle mas y mas poderoso, Addington podia presumir con razon que él con cualidades menos brillantes seria acaso tan útil á su país, como el que con una gran superioridad solo habia sido medianamente: así concibió la esperanza de restituir la paz á Inglaterra.

El rey antes de su indisposicion habia nombrado á lord Hawkesbury secretario de Estado en el departamento de negocios estrangeros, y colocado al conde de San Vicente al frente del almirantazgo. Después de su restablecimiento confirió á Addington los cargos reunidos de primer comisario del tesoro y de canciller del tribunal del mismo, dando además á lord Hobart el empleo de secretario de Estado en el departamento militar. Sir Juan Scott, creado lord Elden, recibió el gran sello, é igualmente lord Pelham sucedió al duque de Portland, quien fué nombrado presidente del consejo.

La mocion largo tiempo prometida de lord Darnley ocasionó un debate animado. El conde, censurando fuertemente la mala administracion política del último ministro y su prodigalidad sin ejemplo con respecto á la hacienda, propuso un exámen capaz de servir para indicar los medios de remediar los desórdenes del estado, siendo sostenido hábilmente en tal empresa por el conde de Carlisle y el marqués de Lansdown. El conde Fitz Guillermo fué de la misma opinion; pero lord Grenville y otros muchos pares se obstinaron en contrariar sus deseos así como los del público, y triunfaron.

Grey habló con elocuencia sobre la necesidad de un exámen, diciendo que en los mejores tiempos de la constitucion se habian practicado las investigaciones con ventajosos resultados, aunque durante la administracion del último ministro habian sido desaprobadas y rechazadas; que esperaba que el nuevo no pondria obstáculos á la pesquisa que una larga série de malversaciones y abusos reclamaba abiertamente; que una multitud de planes mal concertados habian patentizado el estravio y desvario del gabinete; que era inútil gloriarse de conquistas que habian resultado de la guerra, puesto que las ventajas que por tal medio se lograban apenas llegaban á un pueblo abrumado por el peso de tributos ruinosos; que en lugar de proponerse el gran objeto de la guerra, que era el reprimir la preponderancia de Francia, los ministros precedentes la habian dejado llegar al grado de engrandecimiento á que Luis XIV jamás habia aspirado en los sueños mas estravagantes de su ambicion; que sus errores habian dado pábulo á las miras de un enemigo á quien proyectaban humillar; que no sabiendo cómo dirigir sus esfuerzos, habian obrado mas bien como amigos que como enemigos de Francia; que ningun año habian dejado de hacer promesas falsas y de ofrecer esperanzas irrealizables; que habian aumentado la deuda pública hasta doscientos setenta millones, y añadido á la talla anual mas de diez y siete millones; que en medio de tan crueles perjuicios para una gran parte de la nacion osaban alabarse de haber puesto la Inglaterra en el estado mas floreciente, añadiendo así el insulto á la ofensa; que habian aumentado de una manera escesiva la influencia de la corona, é invadido del modo mas inícuo las libertades del pueblo.

Sir Guillermo Young y lord Temple apoyaron la mocion de Grey en atencion á que la retirada estraordinaria de los últimos ministros y el nombramiento de diplomáticos que todadavía no habian sido probados, hacian mas y mas necesario el exámen del estado de los negocios.

Pitt con motivo de este debate pronunció un discurso lleno de interés. Declaró que hubiera guardado un silencio absoluto, ó que se hubiera limitado á decir muy poco, si algunas insinuaciones soltadas con respecto á su retirada del ministerio no le hubiesen movido á romper aquel silencio. Si repugnaba presentarse en la liza, no era porque la cuestion tuviera poca importancia á sus ojos, sino porque la decision podia abandonarse sin peligro al criterio de la cámara. No podia suponerse que los argumentos del autor de la mocion y de sus amigos alterarian los principios á cuyo tenor habia procedido la cámara hacia ocho años. El mismo sistema reclamaba todavía el apoyo del parlamento y del pueblo, y si principios contrarios venian alguna vez á prevalecer, no tardaria en resultar de allí la ruina de la nacion. Pero no era de temer tal cosa, porque no habia probabilidad alguna de que la opinion de los que con sus argumentos habian sostenido la causa del enemigo, fuera considerada como á propósito para remediar los males y el pretendido desórden de la nacion. Veia con pesar que algunos de los miembros que hasta entonces habian obrado de acuerdo con él, estuvieran prontos á votar en favor de una mocion contraria, sin otro motivo que el de no tener confianza en sus amigos los nuevos ministros: esta conducta en su concepto era tan injusta como cruel y ofensiva al público. Los miembros que ahora reclamaban la confianza de la cámara, profesaban los principios de los que por tanto tiempo habian gozado de ella; mas dichos miembros vacilaban sobre la injusticia de tal reclamacion, alegando que ante todo querian saber por qué habian dimitido sus empleos los últimos ministros, y cómo iban á obrar sus sucesores. El orador no suponia que desearan en realidad practicar una indagacion con respecto á esto último: conocia las cualidades y el carácter de los jefes de la nueva administracion, y con respecto á lo primero estaba dispuesto á comunicarles lo que nunca habia deseado ocultar. Estaba propicio á creer que las pocas ventajas de que los católicos no habian participado todavía, podian ser añadidas sin riesgo á los favores de que generosamente habian sido colmados en el actual reinado. Antes de la union hubiera sido imprudente y aventurado otorgar tales ventajas; pero el peligro desapareció desde el momento en que se habia asegurado completamente el culto protestante. Su deseo por tanto era el de desistir de las ideas que anteriormente se habian propuesto como de toda seguridad, porque juzgaba que ahora serian ineficaces, y que debia darse un motivo de confianza y de tranquilidad mas discreto y conforme al espíritu de la iglesia y del estado, variando la manera, sin destruir por esto el principio adoptado por la prevision de los antepasados.

Unicamente proponia que se hicieran desaparecer las trabas cuya continuacion ningun espíritu ilustrado podia desear, siempre que hubiera motivo suficiente de seguridad. No concebia que al paso que se permitia á los católicos llegar á los altos cargos del estado y el ser admitidos en el parlamento, hubiera que temer ningun peligro con el juramento y la garantía que él y otros creyesen oportuno aconsejar. Empero cuando sometió la cuestion á la consideracion del gabinete, la autoridad superior hizo á ella tantas objeciones, que se encontró en la imposibilidad de presentarla en los términos que segun toda probabilidad debian llevarla á cabo. Añadia que si tal medida no fuera mas que de cortos resultados, hubiera desistido de su opinion y conservado su puesto; mas como en su concepto era de la mayor importancia y no podia por lo mismo renunciar á ella sin lastimar su conciencia y patriotismo, juzgó de su deber el retirarse. Era falso que él se hubiera obligado para con los católicos á apoyar su negocio en el parlamento: si ellos confiaban en él, era porque conocian sus sentimientos en la materia. Además habló de la guerra con orgullo, y de la economía sin ejemplo con que habia sido dirigida: mostróse muy contrario á las pretensiones de los rusos y de sus confederados, y concluyó manifestando su decidida repugnancia á la mocion.

Fox, principiando su discurso por la cuestion relativa al comercio neutral, hizo observar que no opinaba como los confederados del Norte, de que el pabellon cubre las mercancías. Deseaba sin embargo en tal materia mas latitud que la que habian acordado Pitt y su sucesor, y no creia que debiera practicarse el derecho de visitar uno ó muchos buques de guerra conductores de una flota compuesta de naves mercantes, sin haber muy vehementes motivos para realizarlo. Habló con entusiasmo de los progresos de la marina inglesa, emitiendo no obstante su esperanza de que no seria empleada en la guerra que ahora provocaban los ministros. En cuanto á la marcha general de las hostilidades existentes, no podia dispensar los elogios que parecia pretender el anterior ministerio. Todos los hechos de la actual guerra llevaban el sello de espediciones mal concertadas, siendo su resultado desastres que hubieran podido evitarse fácilmente y que los recursos habian sido prodigados de un modo vergonzoso. Habíanse entablado negociaciones fingidas para engañar y deslumbrar al pueblo, habiéndose desechado con menosprecio una oferta aceptable de paz, á pretesto de que el interés del primer cónsul era aprovecharse de la primera ocasion para violarla. Por todo esto una investigacion parecia prometer resultados ventajosos, principalmente porque el primer ministro parecia ser partidario del anterior sistema. Esta insinuacion picó á Addington, quien negó que se hubiese comprometido á adoptar ningun sistema, y aseguró á la cámara que nunca se dejaria arrastrar mas que por el interés general. El ministro fué apoyado en su oposicion á la pesquisa por una mayoría de ciento ochenta y seis votos.

Addington en la cuestion relativa á la eligibilidad de los eclesiásticos para representar al pueblo, adoptó el partido de la negativa. Horm Tooke, de cuya eleccion se trataba, sostuvo su derecho de una manera especiosa, manifestándose enérgicamente Thurlow á favor del mismo dictámen. Los del partido opuesto lograron que se declarara á los eclesiásticos escluidos de tal derecho, alegando que como miembros de la convocacion no eran elegibles para la cámara; que ninguna de las veces que los sacerdotes se habian introducido en esta asamblea, habian sido considerados como representantes del pueblo; que el cuidado de los negocios de la Iglesia podia abandonarse sin ningun riesgo á los eclesiásticos; pero que reconocerles el derecho de dejar el ropon y obrar voluntariamente como simples legos, era una cosa inadmisible que no merecia ser apoyada, en atencion á que el carácter sagrado del sacerdote era indeleble, sin que nada pudiera borrarle. Permitióse empero á Tooke ser miembro de la cámara hasta la próxima disolucion.

El nuevo ministro se creyó obligado á seguir el ejemplo de su predecesor en la vigilancia y cuidado activo que exigia el espíritu de intriga y sedicion. Una comision secreta, habiendo presentado un dictámen á la cámara, propuso que se renovara la suspension de la ley del *Habeas corpus*. No habiendo tomado en cuenta la cámara ninguna de las quejas relativas al mal tratamiento de los presos que habia á consecuencia de las suspensiones anteriores de dicha ley popular, anulóse otra vez esta mediante los antiguos pretestos que se hicieron revivir, y se robustecieron por los esfuerzos de los descontentos para agravar la miseria del pueblo.

Addington, á pesar de su repugnancia para aumentar la carga pública, juzgaba necesario el demandar mayores subsidios. A consecuencia de las ideas sugeridas por Tierney, propuso una série de resoluciones que contenian que la suma de la deuda fundada el 1.° de febrero de 1793 ascendia á 238.231,000 libras; pero que los comisarios nombrados para la estincion de

dicha deuda la habian reducido á 227.989,000 libras; que en los ocho años últimos subia á 484.365,000 libras, con deduccion de 52 millones comprados por los comisarios; que los gastos anuales á que ella habia dado márgen en la primera época eran de 10.325,000 libras, y en la última de 20.700,000 libras; que la cantidad que debia sacarse de la Gran Bretaña en el año corriente con inclusion del interés de la deuda podia estimarse en unos 69 millones, y que la situacion futura del ejército en estado de paz sin ningun aumento en la marina ó milicia, fuera del número estipulado en el último tratado de paz, no podia apreciarse en menos de 28.979,000 libras. Estas mociones fuéron aprobadas por la cámara, y sancionadas como arbitrios á que podria recurrirse.

Las nuevas espediciones militares no tardaron en conseguir ventajas. La isla de San Bartolomé, perteneciente á los suecos, no resistió al armamento que se presentó, siendo igualmente reducidas las de Santo Tomás y Santa Cruz, propias de los daneses. Por el mismo tiempo se arrebató á los franceses y holandeses la isla de San Martin, y los últimos perdieron además la de San Eustaquio.

Fijáronse entonces en el Báltico todas las miradas de Europa. El almirante Parker se hallaba en el mar con direccion al estrecho del Sund, cuando Paulo, odiado de su pueblo por su tiranía caprichosa, terminó sus dias por un acto de violencia perpetrado en su persona (1). Mas como la corte de Dinamarca no habia recibido noticia alguna de tal catástrofe, ninguna órden dió sobre si habia de hacerse resistencia. Interin atravesaban el Sund las embarcaciones, los daneses mantuvieron un fuego vivo, pero ni un solo disparo ejecutaron los suecos. La línea danesa, formada para la defensa de la capital, se componia de ocho navíos, diez baterías flotantes y once cañoneras. Hábiendo accedido sir Hyde Parker á la proposicion de lord Nelson, que deseaba mandar el ataque, el 2 de abril emprendió con celo el vicealmirante el peligroso servicio de tal espedicion. Pusiéronse á sus órdenes doce navíos de línea, cuatro fragatas y gran número de pequeñas embarcaciones, en tanto que el almirante, luchando contra viento y marea con el resto de la armada, amenazaba las baterías de las islas de la corona. El comandante danés Olfert Fischer patentizó en su conducta mucho valor y prudencia. Su buque, el *Danebrog*, rompió el fuego desde el principio del choque. Situado en seguida en la principal batería de la corona, molestó á algunas naves inglesas con fruto.

Al cabo de cuatro horas de combate y de una pérdida considerable por una y otra parte, quedaron casi enteramente destruidos los buques daneses y las baterías flotantes; pero otras que habia en la playa tiraban á las naves en seco. Nelson, que abrigaba vivos deseos de salvarlas, escribió al príncipe de Dinamarca diciéndole, que si no hacia cesar el fuego al instante, quemaria todas las embarcaciones que habia cojido, sin esceptuar los hombres que iban en ellas. El príncipe, recibida la carta, dió órden para que se interrumpiera el cañoneo. Todos los buques de defensa fuéron cojidos ó destruidos.

Desembarcándose entonces el vicealmirante, se encaminó entre los murmullos de una muchedumbre indignada al palacio, en que fué conducido á la presencia de S. M. danesa, y en una conferencia con el príncipe regente arregló las condiciones de la tregua. Alejandro, sucesor de su padre Paulo en el trono de Rusia, manifestó su deseo de que este armisticio se estendiera á sus súbditos y á los de Succia; hizo soltar todos los bajeles ingleses retenidos en sus puertos, y declaró que estaba pronto á zanjar todas las diferencias existentes con la corte de Inglaterra.

Celebróse durante el verano un convenio con Rusia, en el que no repugnaron entrar los daneses y suecos. Concedióse el derecho de visita aun en el caso de convoy á los buques del gobierno, mas no á los corsarios: las embarcaciones neutrales recibieron órden de no conducir mercaderías enemigas, y se declaró que ciertos artículos, reputados antes por contrabando, tendrian libertad para pasar sin ningun obstáculo. Este convenio, aunque censurado fuertemente por algunos en la legislatura siguiente, fué aprobado por jueces mas leales y sinceros. Restituyéronse entonces las colonias danesas y suecas, y el Báltico dejó por fin de ser turbado por el ruido del cañon. El rey de Prusia desistió de sus usurpaciones, consintiendo en devolver los territorios invadidos por sus tropas.

El primer cónsul se lamentó de la muerte del Czar, y se mostró descontento del aspecto que habian tomado los negocios del Norte, no siendo tampoco á própósito para dulcificar su disgusto lo que estaba pasando en Egipto.

Como los ingleses, después de la reduccion de Malta, habian juzgado oportuno hacer una tentativa para espulsar á los franceses del Egipto, enviaron á Sir Ralph Abercromby á Lavalette, donde juntó un cuerpo de malteses á las tropas que mandaba. Desde allí se dirigió al Egipto, protegido por lord Keith, con unos quince mil y cuatrocientos hombres, bien que de este número apenas podia contar doce mil. Los franceses, por haberse apoderado de un buque que practicaba un reconocimiento, pudieron adivinar suficientemente las intenciones de los ingleses, á quienes en consecuencia se prepararon á recibir. Apostándose en las colinas de arena tan pronto como advirtieron que avanzaban los barcos cargados de la primera division, hicieron salir un fuego terrible del fuerte de Aboukir y de las piezas preparadas en una altura casi perpendicular. Los ingleses, lejos de acobardarse con este recibimiento, se lanzaron á la playa, atacaron al enemigo á la bayoneta, y forzaron á muchos destacamentos á abandonar las alturas. Después de hora y media de combates parciales retiráronse los franceses de todos los puntos, aunque perdieron sin embargo menos gente que los ingleses, cuya pérdida fué poco mas ó menos de setecientos cincuenta entre muertos, heridos y estraviados. En el mismo dia y el siguiente el ejército saltó en tierra sin ser inquietado. Sir Ralph Abercromby atacó entonces una fuerte posicion y arrojó de ella á los franceses; pero fué rechazado en otra tentativa de la misma especie. En esta jornada hubo unos mil y trescientos hombres entre muertos y heridos del lado de los agresores.

Habia ocupada por los ingleses junto á Alejandría una posicion naturalmente fuerte, en la cual levantaron fortificaciones. En ella fuéron atacados el 21 de marzo por el general Menou, que dirigió principalmente su atencion sobre el ala derecha del ejército inglés, donde se habian alzado algunos reductos en medio de las ruinas de la antigüedad. Rechazados al pronto los franceses por los granaderos, no por eso desistieron de dirigir sus esfuerzos al reducto principal, atacándole de frente y por la retaguardia, hasta que apareció de improviso un cuerpo numeroso en medio de las ruinas. Muchos de ellos tuvieron que rendirse; pero los que defendian el puesto se vieron en los mayores peligros hasta el momento en que vino á socorrerles un regimiento. Este fué deshecho por una acometida vigorosa de la caballería francesa; mas llegando oportunamente el mayor ge-

(1) Los planes de Paulo I y de Bonaparte no se circunscribian al recinto del Báltico, sino que trataban de la invasion de la India por un ejército combinado, francés y ruso, de setenta mil hombres, que debian en cuatro meses llegar á las márgenes del Indo. La ciudad de Asterabad, sobre el mar Caspio, en Persia, era el punto general de reunion. Al concebir esta audaz empresa, Bonaparte atendia al Egipto, salvaba el generoso ejército que allí habia dejado, conservaba á Francia esta inapreciable colonia, ligaba á la metrópoli los intereses reunidos del Asia y Africa, destronaba á la dominadora de los mares, abatia á la media luna, y cambiaba la faz del mundo. Pero la muerte del Czar sirvió á la fortuna británica, y este crímen preservó á la Inglaterra de su ruina. *(Norvins.)*

neral Stuart con una brigada de la segunda línea, cargó con tanto vigor al enemigo, que salvó de su destruccion al batallon ya desordenado, y ahuyentó dicha caballería.

Sir Ralph Abercromby, al observar el furor y el encarnizamiento del combate, lanzóse del campo de batalla hácia las ruinas; mas notado por algunos dragones enemigos, fué herido en un muslo y derribado de su caballo. Viendo que era rechazada la caballería francesa, se situó en un reducto, desde donde fué testigo del triunfo de la brigada de Stuart contra la segunda línea de dicha caballería, y de los infructuosos esfuerzos de la infantería republicana.

Al rayar el dia habia sido atacado el centro del ejército inglés por una fuerte columna; pero tan bien dirigida fué la defensa, que los franceses fuéron dispersados y no pudieron mantener mas que un fuego parcial. El ala izquierda de las tropas inglesas apenas tomó parte en el combate. Allí estaba el lado mas débil, y el general Regnier fué asaz descuidado en dejar perder esta ocasion favorable sin atacar aquel costado: ni aun procuró prestar socorro á los franceses, cuyo centro y ala izquierda se hallaban espuestos al mayor peligro.

Menou ordenó por fin que cesara el combate, y como las tropas inglesas carecian de municiones, no trataron de seguir al ejército que se retiraba. Los franceses perdieron unos cuatro mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y los vencedores solo unos mil y quinientos. El mayor general Moore mereció por su conducta los elogios del general en jefe y del ejército, por haber dirigido con habilidad los movimientos del ala derecha, y por haber continuado, aunque herido, siempre infatigable en el campo de batalla. Abercromby mostró igual indiferencia por su herida, sin que hasta después de asegurada la victoria permitiera que le llevaran al buque de lord Keinth, donde falleció. Abercromby es digno de elogios p.r la gran intrepidez y la capacidad que acreditó como militar. Nadie observaba mejor que él los deberes de su estado, ni estaba animado de mayor celo por la causa de su país: era dulce y benévolo en la vida privada.

El mayor general Hutchinson, en quien recayó el mando del ejército, se hallaba inquieto sobre el resultado de la campaña: temia que el pueblo inglés, al saber el éxito de la batalla de Alejandría, se inclinara á considerar al Egipto como un país casi sometido: sabia que todavia faltaba mucho que hacer, y que en sus progresos podia tropezar con las mayores dificultades. No desconfiaba sin duda del valor y de la energía de los suyos; mas no se hallaba dispuesto á lisonjearse con la esperanza del triunfo, en términos de reputarlo como seguro. Interin todas sus ideas estaban concentradas en los deberes que tenia que cumplir, recibió la noticia de la reduccion de Roseta por el coronel Spenser que habia recibido órden de atacarla.

Habiendo dejado al mayor general Coote á la cabeza de las tropas en las inmediaciones de Alejandría, Hutchinson avanzó hácia Rahmanieh, donde se dió un combate parcial pero desventajoso. Las cañoneras no cesaban entre tanto de molestar al enemigo: tomóse un fuerte, y se arrojó de un campo atrincherado á los que lo ocupaban. Al dirigirse el general al Cairo, se le incorporó el gran Visir, que habia tomado el fuerte de Lesbé cerca de Damieta, y obtenido ventajas contra Behiard junto á Belbeis. Igualmente se le reunió un cuerpo de mamelucos, y la fuerza de los confederados intimidó tanto á los franceses que estaban en la capital, que se resolvieron á entregar la ciudad. Con arreglo al convenio que se celebró, la guarnicion francesa recibió el 27 de junio permiso para retirarse á Roseta, á fin de trasladarse desde allí á Europa en naves inglesas. El mismo número de hombres que se embarcaron ascendió á trece mil setecientos cincuenta.

El general, después de lograr la posesion del Cairo, trató de reintegrar á los beyes en sus derechos y dignidades; pero insistió para que pagasen un tributo puntual á la Puerta, y se asignara al Pachá de Turquía una fuerza militar suficiente para hacer respetar su autoridad é impedir que en lo sucesivo fuera considerado como prisionero de estado.

Los franceses, con el intento de proteger por medio de la inundacion una parte de su posicion en Alejandría, habian hecho una nueva zanja cerca del canal. El coronel Duncan contrarió sus miras, y á pesar de aquella y de otras zanjas que se abrieron, no tuvo lugar la inundacion. El general resolvió entonces cercar la ciudad por el lado del Oriente y del Occidente, pues contaba con fuerzas suficientes, no solo para poner guarniciones en diferentes puntos, sino tambien para sostener un vigoroso asedio con la llegada de cinco mil indios, que tras de muchas dificultades y fatigas habian entrado en Egipto pasando el mar Rojo.

El general Coote se embarcó con cuatro mil hombres en la llanura líquida formada por la inundacion de los ingleses, y abordó cerca del fuerte Marabut: tomada esta fortaleza, continuó sus operaciones y atacó con buen éxito algunos puestos avanzados. Ocupáronse sin mucha pérdida las alturas que por la parte oriental de la ciudad hacian frente al campo atrincherado de los franceses, y estos ejecutando una salida con el designio de recobrar dichas alturas, fuéron rechazados de una manera vigorosa por el coronel Spenser. Hacia poco que jugaban unas baterías construidas en cada costado de la ciudad, cuando Menou dió órden de interrumpir el combate. El 2 de setiembre se ajustó un convenio, en virtud del cual fué cedida la ciudad con todas sus dependencias, y asegurado el trasporte de los franceses en número de diez mil y quinientos á uno de los puertos que la república poseia en el Mediterráneo.

Así se realizó la conquista del Egipto, principalmente por el valor, la disciplina y la perseverancia de los ingleses, pues los esfuerzos de los turcos, y mucho menos los de los mamelucos, no contribuyeron esencialmente á la espulsion de los franceses. Pero no habiendo agradado á la Puerta las disposiciones del general inglés, de aquí resultó el asesinato de muchos pequeños soberanos: otros fuéron libertados de manos de los turcos, que sin embargo no pararon hasta que los despojaron de su poder en el bajo Egipto.

Hácia este mismo tiempo tomó incremento en las Indias la preponderancia de los ingleses. El nabab de Alcote, Mohamed Ali, que estaba en su principado principalmente por el auxilio de los ingleses, habia dejado á la Compañía una influencia considerable sobre sí mismo, hallándose igualmente sometido á la autoridad británica su hijo y sucesor Omdat-Ul-Omrah. Pero después de la caida de Tippo, se descubrió ó sospechó fuertemente que estos dos príncipes habian mantenido correspondencia secreta con el tirano de Misore, y con tal descubrimiento resolvió el gobernador general adoptar tales medidas, que el nabab no fuera en adelante otra cosa que una máquina en manos de la Compañía. En todo el tiempo que duró la enfermedad de que murió, hubo constantemente tropas en derredor de su palacio de Chepauk, para impedir que desaparecieran sus tesoros, y el dia de su fallecimiento propusieron dos agentes de Madrás á sus ministros un nuevo plan para el gobierno carnático. Hubo una negociacion al efecto, y Ali Hossein, hijo presunto y heredero reconocido de Omdat-Ul-Omrah, propuso un compromiso; mas se exigió de él á consecuencia de la negativa que dió al gobernador de Madrás, que se sometiera á la voluntad de los ingleses sus amigos, invistiéndolos con la administracion esclusiva de la autoridad civil y militar. Después de una entrevista en que aseguró que nunca accederia á tal degradacion, decidióse poner en el trono á Azim-Ul-Dowlah, nieto

de Moamed-Ali, y el nuevo nabab firmó un tratado que le dejó tan nulo é insignificante como lo habia sido el heredero de Misore, bajo la autoridad de Hyder-Ali.

Los franceses, despues de la paz de Luneville tuvieron pocas ocupaciones militares; mas no por eso dejaban de respirar el aire de la guerra, y el imperioso cónsul pidió muy pronto á los españoles que se dirigieran contra los portugueses para castigarlos por su adhesion á los ingleses. El enemigo invadió por lo tanto la provincia del Alentejo, y redujo Olivenza y otras poblaciones; mas el 6 de junio se concedió la paz al príncipe regente, á condicion de que cediera la plaza de Olivenza á España, y de que escluyera de los puertos de Portugal á todos los buques ingleses.

Los hechos marítimos de este año no fuéron muy notables: empero se sostuvo el honor del pabellon británico. Seis navíos de línea mandados por el contra-almirante Saumarez atacaron á una escuadra francesa en la bahía de Algeciras; mas el enemigo, defendido por los fuertes y las baterías, maltrató á los ingleses, matándoles é hiriéndoles mas de trescientos cincuenta hombres, y apresándoles el *Aníbal*, despues de haber sacrificado gran número de españoles en una de las baterías y cañoneras. Las naves francesas quedaron gravemente averiadas. Reparadas por entrambos combatientes las pérdidas que sus respectivas escuadras habian sufrido, y reforzados los franceses con una española procedente del Ferrol, con lo cual tenian una fuerza muy superior á la de Saumarez, ocurrió un choque parcial cerca del cabo de Trafalgar. Al principio de la accion prendióse fuego al *Real Cárlos*, y *el San Hermenegildo* que se habia acercado imprudentemente, fué igualmente pasto de las llamas. Mas de diez mil hombres, segun se cuenta, perecieron por la esplosion de estos dos buques. El *San Antonio* fué cojido por el capitan Keate, que á una con Hood dirigia la lucha.

Intentóse un ataque á las cañoneras de Boulogne, portándose unos y otros con el mayor valor; mas esta tentativa no surtió efecto alguno, porque los bajeles se hallaban resguardados por redes y cadenas en términos que no pudieron ser capturados, y la vigilancia del enemigo, muy numeroso, impidió á los ingleses quemarlos.

Durante estas diferentes hostilidades se proseguia una secreta negociacion entre el gobierno británico y M. Otto, y al paso que los franceses amenazaban á la Gran Bretaña con una invasion, y los ingleses hacian grandes preparativos de defensa, firmáronse en Londres el 1.° de octubre unos preliminares que aseguraban la restitucion de todas las conquistas á escepcion de Ceylan y de Trinidad. Nunca quizá se patentizó mas alegría que en esta ocasion, siendo tanto mas agradable semejante suceso, cuanto que era inesperado.

En la siguiente semana se arreglaron los preliminares en París entre los franceses y los turcos nuestros aliados, siendo el *statu quo ante bellum* la base del tratado, y espresándose que los franceses relativamente al comercio, gozarian de todas las ventajas que se pudieran otorgar en adelante á las naciones mas favorecidas.

La proposicion de mensaje de gracias á S. M. por los pasos dados con la intencion de ajustar la paz, proporcionó á Pitt una brillante ocasion de desplegar su elocuencia. Dijo que cualesquiera que hubieran sido sus esperanzas en diferentes épocas de la guerra, juzgaba ahora aceptable la paz, puesto que ya no existia la confederacion que él con tanto ardor quiso sostener, y deseaba la conclusion de una guerra que interesaba al honor y á la generosidad de su país, mas bien que verle enriquecerse con alguna adquisicion nueva. No podia espresar que los preliminares de aquella paz habian correspondido plenamente á sus deseos; pero no podia menos de conocer que las condiciones actuales estaban mas en el interés de la nacion, que la conservacion de las posesiones que Inglaterra trataba de abandonar; cuya conservacion no habria sido suficiente en ningun concepto para justificar á los ministros si hubieran persistido en proseguir la guerra. El estaba muy conforme con el principio que á dichos ministros servia de norma, y con ellos creia que era propio de Inglaterra el aspirar no tanto á la conservacion de conquistas de que esencialmente no necesitaba, cuanto á lograr adquisiciones mas oportunas para aumentar su fuerza marítima y asegurar sus colonias.



Terrado de Sommerset

Las posesiones adquiridas por Inglaterra estaban en el Mediterráneo y en las Indias Orientales y Occidentales. Era evidente que las del Mediterráneo eran mucho menos importantes que las de ambas Indias, sea cual fuera la influencia que pudiera tener en aquel mar el auxilio de la escuadra inglesa en el caso de una confederacion continental á favor de Inglaterra. Valia mas segun las reglas de la prudencia, y para no herir inútilmente el orgullo del enemigo y provocar su rivalidad, colocar á Malta bajo la proteccion de una tercera potencia, que no agregarla á las posesiones británicas. Menorca era de poca utilidad en tiempo de paz, siendo verosímil que si volvia á encenderse la guerra, caeria de nuevo en manos de los ingleses. En cuanto á las Indias, continuó el orador, hubiera deseado que para ventaja de los establecimientos ingleses de aquel país, se hubiera insistido mas decididamente sobre la conservacion del cabo de Buena-Esperanza, bien que él consideraba la adquisicion de Ceylan como mucho mas útil que el Cabo para la seguridad de las posesiones inglesas en las Indias Orientales. Cochin habria podido ser tambien muy útil como frontera en la época en que la potencia misoresa se hallaba en estado floreciente; pero en la actualidad esta isla era de poca importancia, y podia ser restituida sin mucha repugnancia. Creia que se habia obrado cuerdamente conservando la Trinidad en las Indias Occidentales, pues era preferible á la Martinica para proteger nuestras islas á sotavento, siéndolo tambien en cuanto á su valor intrínseco, y aun para las operaciones eventuales que se intentaran contra los territorios españoles en la América del Sur. Habló además con respecto á los intereses de nuestros aliados, afirmando que nosotros habiamos hecho por el Gran Señor cuanto estábamos obligados á hacer, y aun mucho mas, puesto que habiamos forzado á sus enemigos á evacuar el Egipto, habiamos estipulado que se le restituyeran todos sus estados, é impedido el engrandecimiento de los franceses en aquella parte de Europa que comprende la república de las siete islas, poniendo á Corfú, Zante, etc., bajo su garantía y la del emperador de Rusia. En cuanto al rey de Nápoles, añadió que no

estábamos obligados á servirle, pero que como estaba en nuestros intereses el libertarle de la tiranía de los franceses, habia obrado bien el gobierno interponiéndose á su favor. Acaso debiera haberse reclamado el Piamonte para el rey de Cerdeña; mas ¿qué circunstancias habia allí para creer que seria restituido? Nuestra corte habia mediado con la buena fé de un aliado en pro de Portugal, obteniendo la revocacion de muchas demandas desfavorables. No se habian desatendido los intereses del príncipe de Orange, á quien se le prometió una indemnizacion, y en la suposicion de que los franceses no cumplirian su promesa, podiamos comprometernos sin reparo á indemnizar á un fiel aliado. Pretendíase que nosotros nada habiamos obtenido para equilibrar la estension estremada del poderío de Francia; pero si hubiéramos conservado todas nuestras conquistas, la diferencia en su concepto no hubiera sido en realidad muy considerable. Nosotros á la verdad hubiéramos tenido mucho mas poderío colonial y acrecentado nuestras rentas; mas todo esto hubiera sido insignificante, y no hubiera podido compensar el peso y la enorme influencia de Francia en el continente. No podiamos aguardar tampoco que un enemigo tan poderoso hubiera consentido nunca en abandonar cuanto contribuia á su superioridad, y en descender voluntariamente de aquel nivel de preponderancia que la Gran Bretaña no habia logrado conseguir á pesar de todos sus esfuerzos. Aun cuando no estuvieran completamente satisfechos nuestros deseos, debia considerarse que la continuacion de la guerra, muy lejos de proporcionar el objeto importante de la seguridad nacional, hubiera reducido al país á una situacion comparativamente mas desgraciada. Hallábase por lo tanto, concluyó Pitt, dispuesto á aprobar los preliminares y á apoyar el mensaje.

Igual atencion prestó la cámara al discurso de Fox. Como en todo el tiempo que duró la guerra habia persistido en oponerse á ella, no debia esperarse que se mostraria contrario á la paz, á no ser que las condiciones fueran mucho mas desventajosas que lo que realmente eran. Levantándose con viveza y con un rostro donde estaba pintada la alegría, declaró que se felicitaba de la ocasion que se presentaba para hablar de tal asunto y darle su aprobacion. Aun cuando se hubiera puesto el nombre de *honorable* á aquel tratado, no hubiera disputado la aplicacion de tal palabra. No juzgaba necesario examinar si los epítetos de *seguro* y *honorable* podian tomarse indistintamente el uno por el otro; pero estaba pronto á sostener que en consideracion á los individuos, y mas todavia á las naciones, el honor era el medio mas poderoso para obtener una paz segura y durable. No pretendia decir esplícitamente que esta paz fuera gloriosa, pues ninguna paz en su concepto podia merecer tal nombre, no siendo el resultado de una accion gloriosa. Pero la presente paz era muy honrosa. Con respecto á las estipulaciones particulares era de temer que una demanda tenaz de concesiones mas considerables hubiera ocasionado la ruptura del tratado. Las islas de la Trinidad y de Ceylan eran posesiones importantes, y aunque no se hubiera permitido la conservacion del cabo de Buena-Esperanza, sin embargo el artículo que estipulaba que entrambas partes contratantes gozarian de iguales ventajas en este puerto, parecia asegurarnos sin ningun gravámen todos los beneficios que su posicion podia prometernos. Era sensible que se hubiera obligado á devolver á Malta, en atencion á que un punto de tal importancia en el Mediterráneo podia ser de gran utilidad en tiempo de guerra. Menorca era una posesion que tambien merecia ser conservada. Esta paz venia algo tarde indudablemente, y hubiera sido muy fácil obtener un tratado mas ventajoso algunos años antes; pero ya que se habia malogrado la ocasion entonces, era preciso no quejarse del actual convenio. Podia decirse con razon que el estado del continente se hallaba lejos de ser satisfactorio; mas como no estaba en nuestra mano el variar semejante pers, ectiva, era menester contentarse con procurar por nuestra seguridad. No le asustaban las amenazas de una invasion, la cual sin embargo podia ocurrir en Irlanda en términos de esparcir alarma y producir males sérios en el momento en que todavía no estaba apaciguado el espíritu de descontento originado por la union de ambos reinos. Ahora en concepto del orador se conseguia la misma seguridad que si la casa de Borbon hubiera sido restablecida en el trono por una coalicion. El no haber logrado tan gran objeto los celosos partidarios de la guerra, era para él un motivo mas para recomendar la paz; pues si hubiera sobrevenido la guerra, Inglaterra no podia menos de deplorar su éxito, y habia tan pocos elementos para obrar con el reconocimiento de aquella familia, que de su restauracion podrian originarse las mas crueles hostilidades.

Aprobóse el mensaje después de un discurso de desaprobacion de Windham, sin que ni siquiera hubiera necesidad de contar los votos. El mensaje de la cámara alta propuesto por lord Romney fué combatido por el partido Grenville, y sostenido vigorosamente por el lord canciller, siendo aprobado por una mayoría de ciento cuatro votos.

Tras de algunos meses de negociacion ajustóse un tratado definitivo el 27 de marzo de 1802, siendo firmado en Amiens por el marqués Cornwallis, por el embajador español Azara, y por Schimmel-Permink, representante de Holanda ó de la república bátava. En los artículos preliminares se concertaron las restituciones y cesiones. El Cabo quedó en plena soberanía á los holandeses, aunque los buques de las otras partes contratantes tendrian derecho á entrar en él lo mismo que los súbditos de esta nacion con respecto á las ventajas comerciales. Exigióse que abandonaran los franceses todas las plazas que ocupaban en el reino de Nápoles. Ordenóse la restitucion de Malta á los caballeros que estaban en posesion de ella antes de la invasion de los franceses: ni los súbditos de la Gran Bretaña ni los de Francia podrian ser admitidos en la órden, y los naturales de la isla ó de Gozo y de Comino eran destinados á llenar al menos la mitad de los cargos de la gobernacion, debiéndose comprender en tal número una nueva clase para ser comprendida en aquella hermandad. Las fortalezas debian ser ocupadas por guarniciones formadas de nativos y de tropas reclutadas en los diferentes países á que pertenecian las clases; mas por el pronto se pedia á S. M. napolitana que enviara dos mil hombres para que se incorporaran á los malteses y les auxiliaran en el servicio. Invitábase á otras cuatro potencias á unirse á las dos grandes rivales, á fin de mantener la independencia de la isla, siendo aquellas potencias, España, Austria, Prusia y Rusia.

Como lord Grenville siempre habia sido menos propicio que Pitt á la paz, puso todo su conato para obtener de la cámara de los pares un mensaje de desaprobacion del tratado definitivo. El objeto del ministro, segun aseguraba, habia sido el satisfacer á los franceses con preferencia al interés y honor de su país. No solo se habia permitido que nuestros vengativos enemigos conservaran preponderancia en el continente, sino que además se les habian hecho restituciones coloniales de cuantía y dado numerosas ocasiones de irrogar perjuicio á la Gran Bretaña. Una paz que nos dejaba tan poca seguridad era mas desventajosa que la continuacion de la guerra.

Lord Pelham defendió el tratado, y propuso un mensaje en sentido opuesto al del secretario precedente. Lord Mulgrave observó que Ceylan y la Trinidad debian ser consideradas como adquisiciones importantes; que Malta se veria libre en adelante de la vigilancia de los franceses, y que el tratado merecia ser aprobado á toda costa. Ningun temor abrigaba lord Auckland del poderío de Francia que tan imponente le parecia á lord Grenville, persuadido de que la Gran Bretrña era todavia capaz de rechazar las injurias. El tratado fué apoya-

do por una mayoría de ciento y seis votos, siendo probable que en este número se contaban muchos pares, que si bien no lo aprobaban, eran demasiado cortesanos para condenar lo que los ministros del rey habian decidido.

Vindham, partidario resuelto de la guerra, habló fuertemente contra la restitucion de Malta á Francia, afirmando que el convenio se habia hecho en términos que los franceses serian sus dueños reales. Consideraba el nuevo artículo relativo al Cabo como á propósito para dejar á los holandeses completa libertad de abandonar á los franceses aquella posesion, que seria entonces muy nociva á la estabilidad de nuestro poder en las Indias. La devolucion de Cochin era por la misma razon en perjuicio de nuestros intereses. En América habian obtenido los franceses, merced á la negligencian del ministerio, autoridad en los rios Missisipi y de las Amazonas, acreciendo al mismo tiempo su poderío en Europa y caminando de veras á pasos agigantados hácia el imperio universal. El riesgo con que nos amenazaba esta nacion poderosa, seria mas considerable en tiempo de paz que en el de guerra: proponia en consecuencia que se proveyera á nuestra seguridad, haciendo preparativos suficientes para mantenernos constantemente en estado de defensa. Los sentimientes de este orador eran conformes con los de lord Jalkstone y lord Grenville que condenó el tratado de una manera vehemente. Dundas fingió ser tambien de su opinion, principalmente en cuanto á la restitucion del Cabo.

Lord Hawkesbury se esforzó en un trabajado discurso por justificar el tratado de paz como el mejor que se pudiera esperar en el estado actual de los negocios. Lord Castlereagh ridiculizó los temores de Windham, hablando estensamente sobre la lisonjera perspectiva del poderío y de los recursos británicos. El general Maitland hizo observar, que por mas que los franceses fuesen casi los mas poderosos de Europa, tenian que depender de los ingleses en cualquiera otra parte del mundo, por la debilidad de su poder marítimo, y habló con desden de la importancia del Cabo y de Malta. Sir Guillermo Grant se estendió sobre el mal éxito de uno de los objetos importantes de la guerra, que era el poner el continente al abrigo de la preponderancia de los franceses, mientras que respondia con anticipacion del suceso del otro objeto, que era el preservar la nacion del contagio del jacobinismo. El primer lord de la tesorería representó el tratado de paz como un acto de necesidad, y trató de probar con muchos argumentos, que aun cuando esta paz no fuese duradera, la sola suspension de la guerra seria ventajosa, toda vez que economizaria los recursos nacionales. Sheridan no podia aprobar unas condiciones que estaban muy lejos de ser honrosas: no obstante preferia el actual tratado de paz á la continuacion de una guerra impolítica. Admiraba la capacidad del ex-ministro, aunque le acusaba de haber abusado de ella y atraido por su obstinacion en una guerra temeraria, tan gran número de males, que se habia hecho necesaria una paz vergonzosa. Burlándose de todos los motivos y pretestos que se habian alegado en pro de la guerra, censuró severamente á los que se habian mostrado partidarios de ella, por no haber justificado las esperanzas que habian dado, ni cumplido la menor de sus promesas. Ridiculizó al ministro de Hacienda por haber procurado probar que era político devolver las colonias francesas, y por haber pretendido que el fomento que de tal paso resultaria al comercio francés se convertiria en un motivo mas para creer nosotros en la duracion de una paz, cuya pérdida no podria menos de ser nociva al interés colonial y mercantil de Francia. «Bonaparte, añadió el orador con ironía, ha »recibido en verdad la educacion ruda y severa de un »militar; mas si logramos convertirle en comerciante, »podrá quizá reformarse y ser en lo sucesivo un pacífi»co vecino, á quien mediante algunas concesiones »atraeremos á la paz.

Grey hubiera deseado condiciones mas ventajosas: empero no desaprobaba las actuales estipulaciones. Hobhouse y Curwen apoyaron un mensaje propuesto por lord Hawkesbury en lugar del de Windham, y la cámara prestó su asentimiento á la paz en la proporcion de mas de trece contra uno. La mayoría de la nacion se pronunció igualmente por la paz, haciendo cada cual ardientes votos para que fuera de larga duracion.

CAPITULO LXXXI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1802 hasta el de 1803.)

Los efectos de la revolucion que habia elevado á la América Septentrional á estado independiente hubieran sido mucho menos funestos á la nacion británica, si el ardor belicoso escitado por los triunfos de los colonos no hubiera trastornado los ánimos de los franceses, precipitándolos en los escesos mas deplorables su impetuosidad natural, no reprimida siempre por la reflexion y el juicio. No era ciertamente necesario que el frenesí que se habia apoderado de los revolucionarios estranjeros fuera escarmentado por la intervencion de la Gran Bretaña; mas el rey y sus ministros eran de opinion diferente, estimulándolos á obrar con vigor la esperanza de una pronta victoria. Burlados en sus designios, resultaron reveses de su temeridad, y cuando el tratado de Amiens puso las riendas del gobierno francés en manos de un soldado de fortuna, los súbditos del Reino Unido gemian bajo el peso de una deuda enorme, y agobiados por la dificultad siempre creciente de proporcionarse recursos y el alivio á que toda nacion tiene derecho, pudieron contemplar las tristes consecuencias de la guerra antigalicana. Atormentados por tan desagradables recuerdos, comenzaron á suspirar por una paz estable, aunque temian que la corte no les permitiria gozar de ella por largo tiempo.

Entre los miembros que componian las dos cámaras del parlamento habia algunos hombres de capacidad notable y de una reputacion distinguida, á quienes su opinion sobre la poca seguridad de cualquier tratado con Bonaparte los conducia á desaprobar el convenio realizado, y á aconsejar que se formara una fuerza militar y se hicieran preparativos marítimos cuales nunca se habian mantenido en tiempo de paz—A. 1802.—Estos miembros, entre los que Windham era el mas celoso, pretendian que la paz ajustada no podia ser considerada mas que como una tregua, y que la falta de armamento en el reinado de un hombre de fortuna, cuyo elemento parecia ser la guerra, y que no podia menos de buscar en todas partes ocasiones de engrandecimiento, seria en estremo peligrosa. Su vehemencia y lo especioso de sus argumentos le adquirió gran número de partidarios, y llegaron á desafiar á Addington y sus cólegas, acusándolos de débiles é incapaces en la direccion de los negocios de una gran nacion en medio de circunstancias tan críticas y azarosas.

El ministro, lejos de mostrar desprecio á sus clamores y sugestiones, propuso que en el resto de año se organizara una fuerza mucho mas considerable que la que habitualmente se mantenia en tiempo de paz. Interín pretendian muchos que toda la ambicion del primer cónsul no podia impedir que la Gran Bretaña gozara de algunos años de reposo, el gabinete declaró que creia necesaria la votacion de noventa y cinco mil hombres para Inglaterra, Irlanda y las colonias, y que atendidas las circunstancias no debia considerarse exagerada la demanda de setenta mil marineros. Estas demandas exorbitantes, así como otras muchas aumentaron de tal modo los subsidios en el primer año de paz, que pasaron de cuarenta millones de esterlinas, sin comprender el interés de la deuda nacional. Entre los medios propuestos para obtener esta suma, juzgóse indispensable

un empréstito de veintitres millones. Como el aumento rápido y desproporcionado de la deuda suscitaba muchas dudas acerca del reembolso definitivo, el ministro, ya que no pudiera disipar enteramente los recelos del público, escogitó un medio de debilitarlos, esforzándose por asegurar que esta deuda quedaria totalmente estinguida en el espacio de cuarenta años y dos meses. Tal seguridad era absurda é ilusoria. El abuso de todo sistema administrativo está tan erizado de obstáculos y dificultades, que toda esperanza de liquidacion completa es el edificio sin fundamentos de una imaginacion visionaria, y que no puede entretener y seducir mas que á los niños y hombres insensatos

La calma que por fin sucedió al furor de la guerra no tardó en ser turbada por los resabios del encono político, de las intrigas y de la envidia. El tumulto de una eleccion general vino tambien á interrumpir el regocijo público, aunque de una manera menos desagradable. Tras de muchas discusiones en que no intervino la corte, tanto como de costumbre, el ministerio obtuvo sin embargo una preponderancia considerable.

El pueblo en este intervalo de paz vió con menos pavor la estension que tomó gradualmente el poderío de Francia: la corte lo observaba con inquietud. Pocos príncipes y conquistadores han proseguido sus proyectos de engrandecimiento con un celo mas ardiente y una política mas calculada que Bonaparte, quien ansiaba el poder como ansian el oro los avaros, mas bien para sí mismo que para hacer de él un uso útil y discreto: abarcaba con sus ambiciosas miradas todos los puntos del continente: en algunos estados mandaba como amo, y en otros ejercia una influencia imponente. Muy pronto logró por fin confirmar su autoridad sobre los franceses, alcanzando un decreto que prolongaba su consulado hasta el fin de su vida.

El rey en la primera asamblea del parlamento no pudo prescindir de hablar de los progresos irregulares que Francia habia hecho en fuerza y poderío. Tal mudanza no era conforme al espíritu del último tratado, y la Gran Bretaña no podia verlo con indiferencia. Como aquellas usurpaciones propendian á poner en riesgo el interés general de Europa, era precisa una vigilante atencion, siendo muy urgente que Inglaterra se preparara á hacer frente á cualquier evento.

Ninguna oposicion se mostró al mensaje de respuesta de la cámara de los pares, cuyo mensaje fué sostenido por lord Nelson en un discurso moderado, que guardaba un justo medio entre las palabras agradables de la paz y las repugnantes de la guerra. El mensaje de los comunes pasó igualmente sin ninguna enmienda. Fox, al hablar de los supuestos peligros de aquel momento de crisis y del belicoso celo que abrigaba una parte considerable de la nacion, manifestó la esperanza de que el ministerio no se dejaria dominar por el espíritu exasperado de los políticos imprudentes, y que no se aventuraría á una nueva guerra sin una necesidad imperiosa: no pretendia que se sometiera cobardemente á la injuria; pero deseaba que la corte no provocara las hostilidades con una conducta insultante. Canning afirmaba que interesaba á la nacion el reprimir la ambicion insaciable del primer cónsul, y esperaba que la cámara observaria severamente la marcha de los ministros, evitando que cayeran en una inaccion funesta al bien del país. Windham, si bien no aconsejaba absolutamente una guerra inmediata, tendia evidentemente á ella en todas sus gestiones. En su opinion nunca habia estado el continente en mayor peligro: Bonaparte subyugaba, encadenaba ó influia arbitrariamente en los Estados; y si en su vasta série de conquistas no llegaba á tropezar con obstáculos mas fuertes que los que hasta entonces se le habian opuesto, muy pronto caeria en su poder la Gran Bretaña. Como en el calor de su discurso se habia esforzado el orador por esparcir la alarma, sosteniendo que la nacion corria rápidamente á su ruina, el primer lord de la tesorería rechazó una asercion tan ofensiva, afirmando que el rango superior de la Gran Bretaña entre las demás naciones, la conservacion constante de un ejército respetable, la importancia de los recursos que quedaban á Inglaterra, el aumento de la renta nacional y el estado floreciente de las artes útiles, mantendrian siempre á la Gran Bretaña en disposicion de luchar con sus enemigos, por poderosos que fueran; y condenó altamente aquel frenesí guerrero que parecia apoderarse de los que se reputaban por únicos amigos verdaderos de su patria. El primer lord no podia imaginarse que fueran necesarias para conservar la dignidad de la especie humana una horrible destruccion y calamidades sin cuento: la guerra á sus ojos era un mal evidente, y la paz un bien real. Mas como podia ser impolítico, por inapreciable que fuera, el comprar tal ventaja á costa del honor nacional, opinaba que era de su deber como ministro el estar dispuesto á todo evento, pues al paso que deseaba conjurar el azote de la guerra, no pretendia atraerla con una timidez vergonzosa.

El estado de Inglaterra relativamente á los preparativos de defensa y los subsidios que se pedian para otro año, dió márgen á vivos debates. Propúsose que se concedieran cincuenta mil marineros; y como anticipadamente se habia hecho entender que serian suficientes treinta mil, el número demandado fué tildado por los partidarios de la guerra como una prueba de la alarma ocasionada en el gabinete por los negocios del continente. Addington, en lugar de esplicar los motivos del temor, sostuvo en términos generales la urgencia de los preparativos de guerra, entre los que se votaron tambien ciento veintiocho mil hombres que se juzgaron necesarios para las tropas de tierra. Lord Temple y otros oradores pintaron la insuficiencia de esta fuerza armada, mientras que Bankes y Whitbread fuéron de parecer opuesto, diciendo que no habia necesidad de tanta. Sheridan abogó por la paz, apareciendo dispuesto á apoyar á los ministros que eran la causa de que Inglaterra disfrutara de aquel beneficio, y reprobando los murmullos y clamores que levantaban contra ellos los que ambicionaban sus puestos; y como algunos miembros habian manifestado el deseo de ver la vuelta de Pitt, se tomó la libertad de vituperar un celo tan intempestivo, puesto que este ministro no se habia distinguido ni en la direccion de la guerra ni en la de las negociaciones. Añadió que los individuos del ministerio actual habian sido muy recomendados tanto por respeto á S. M. como á la aprobacion general por el ministro anterior, quien así como sus amigos habia aprobado la paz; y todavía no habian desmerecido dichos individuos la confianza parlamentaria ni por su debilidad, ni por su falta de política ó mala administracion. El estaba convencido de que sostendrian el honor de la nacion, y que jamás accederian á las concesiones deshonrosas que propusiera la arrogancia dictatorial de Bonaparte, y esperaba que la energía hasta entonces indomable del pueblo inglés apoyaria los esfuerzos del ministerio, para repeler toda clase de insulto y defender la independencia de Inglaterra contra todas las intrigas artificiosas y las agresiones manifiestas. Canning, si bien aplaudió el patriotismo vigoroso de Sheridam, procuró justificar el carácter y la conducta de Pitt, é hizo la apología de su discrecion y habilidad. Para Fox era preferible una fuerza militar poco considerable, puesto que era inútil un ejército permanente muy numeroso para proteger el país de una invasion que se podia evitar con una escuadra respetable. Aconsejaba en consecuencia á los ministros, que á la par que de los asuntos del continente, se ocuparan de los medios de remediar los desórdenes de Irlanda, y de reducir la deuda nacional.

Los partidarios de la guerra llegaron á adquirir sobre el ministerio mas influencia que los de la paz, y la esperanza que hasta entonces se habia conservado de que cesarian por fin las animosidades nacionales, se fué debilitando poco á poco hasta que desapareció comple-

tamente. Desfiguráronse y exageráronse con cuidado diferentes motivos de queja, tornándose muy pronto acres y violentas las discusiones, hasta entonces moderadas, de los gobiernos. Los ministros ingleses sostenian que una nacion no podia sin peligro observar con exactitud las condiciones de un tratado, al paso que otra no pensaba mas que en violarlas. Los partidarios del primer cónsul sostenian á su vez que Inglaterra no tenia derecho alguno para mezclarse en los negocios políticos de aquel, y reclamaban la rigurosa observancia de las estipulaciones.

Como la conducta de los franceses para con los suizos, cuya independencia habian destruido con sus armas é influencia, no parecia disculpable de modo alguno, el rey dirigió al primer cónsul una comunicacion manifestándole su descontento; y ordenó una investigacion severa, no solo para conocer la situacion real y las disposiciones de los cantones confederados, sino tambien para cerciorarse de los sentimientos de las principales potencias de Europa descubriendo con gran pesar suyo, que ni el emperador de Alemania ni el de Rusia tenian intencion de obrar contra la violencia é injusticia de Bonaparte. Conociendo entonces que no bastaban solos sus esfuerzos para auxiliar á la república ofendida, desistió de su proyecto de contribuir á que se la hiciera una reparacion.

Tambien fueron infructuosas las quejas relativas á las usurpaciones de los franceses en Holanda é Italia. Año 1803—Sobrevino además otro motivo de descontento: habia sido enviado un número considerable de individuos á las poblaciones marítimas de la Gran Bretaña so pretesto de dedicarse al comercio, cuando ningun tratado comercial existia entre los reinos, suponiéndose por lo mismo que lo mas probable era que dichos individuos fueron mandados á Inglaterra con la mira secreta de recoger datos que pudieran ser útiles al gobierno francés en el caso de volverse á encender la guerra, mayormente cuando al paso que se tomaba esta licencia estraordinaria se continuaban observando y hasta aumentando las restricciones impuestas al comercio británico con un vigor ajeno de todo sentimiento de amistad y benevolencia.

Unos insultos que no merecian mas que desprecio fuéron pintados como motivos de graves quejas: tratábase de insertar en una gaceta estranjera un libelo contra S. M., y de declarar que la Gran Bretaña no podia luchar sola con Francia. La insercion en el *Monitor* de una memoria de Sebastiani acerca de su mision á Levante, en cuya memoria aconsejaba la conquista de las islas Jónicas y del Egipto, y ridiculizaba indecorosamente la conducta del general inglés y de las tropas en aquel país, ocasionó igualmente una irritacion escesiva.

Los franceses por su parte se quejaban de la publicacion de libelos escandalosos sobre su gobierno, asi como de la proteccion dispensada á los emigrados enemigos del estado, reconociendo sobre todo á los ingleses por haber retenido Malta en su posesion. «Mis pretendi»das usurpaciones, decia el primer cónsul, no son mas »que puras bagatelas; y aun cuando fueran de gran im»portancia, en nada os perjudican: pero vos por la ne»gativa á restituir la isla de Malta habeis violado abier»tamente el tratado de Amiens, lo cual yo no sufriré co»bardemente.»

Interin el rey se esforzaba cuanto podian permitirle las representaciones por ponerse en guardia contra el peligro que temia del aumento progresivo del poder francés, las intrigas de Despard esponian su gobierno á algunos riesgos. Este hombre, nacido en Irlanda, habia llegado al grado de coronel, después de servir largo tiempo á su pais con un valor y celo notables; pero habiendo perdido un empleo que ocupaba en la costa de Honduras, concibió tan profunda pena por su destitucion, que desde entonces se entregó á la mas sombría tristeza. Con la esperanza de prevalerse de la confusion general para reparar su decaida fortuna, esforzóse por corromper á muchos militares y otras personas, á fin de complicarlos en una conspiracion que tenia por objeto la destruccion de la tiranía de que acusaba á los ministros de su soberano, y el establecimiento de la independencia constitucional de la Gran Bretaña y de Irlanda, la igualdad de derechos, una subsistencia segura para las familias de los héroes que pudieran sucumbir en la realizacion de tal empresa, y recompensas generosas á todos los que se adhirieran á la causa del pueblo.

Su influencia y medios de persuasion no produjeron gran efecto: sin embargo, si esta maquinacion no hubiera sido descubierta prontamente, mucho mal hubiera podido resultar de ella. Por las declaraciones de algunos de los que estaban en la conspiracion, se supo que los rebeldes celebraban reuniones, correspondian con los descontentos de las provincias, y estaban conformes en organizar compañías, cada una de las que se compondrian de diez hombres, debiendo comenzar su plan de ataque por el rey, cuya muerte seria la señal de la regeneracion completa del estado. Pero sus intrigas fuéron repentinamente interrumpidas por la prision de unos treinta de ellos, doce de los que además del jefe fuéron juzgados por una comision especial. Sergent Best desplegó su elocuencia en la defensa del coronel, negando que se hubieran probado actos positivos de traicion, y diciendo que en su concepto ningun crédito merecian las deposiciones de los testigos, y que era inverosímil y absurda semejante historia. Empero el jurado pronunció su fallo condenando á Despard, aunque al paso le recomendaba á la clemencia del rey, en atencion á que en su anterior conducta habia sido la de un oficial valiente y de un súbdito fiel. Tambien fuéron declarados reos nueve de sus confederados: solo dos fuéron absueltos, siendo abandonada la acusacion contra el duodécimo. Despard, Wood y Francis, que habian sido los principales actores de la trama, fuéron ahorcados y decapitados. El coronel declaró antes de morir que tan reo era del crimen que se le imputaba, como los muchos espectadores á quienes se dirigia, y que los ministros de S. M. se hallaban convencidos de su inocencia, aunque se aprovechaban con gusto de aquella ocasion para proscribir un hombre que era amigo de la verdad, de la libertad y de la justicia, y que habia osado creer que estos principios llegarian á triunfar de la falsedad, del despotismo y de la iniquidad. Ningun condenado sufrió su destino con mas valor y calma; pero por mucho interés que inspiraran su desgracia y la dignidad marcada en sus facciones y en toda su persona, el horror de su crímen habló mas fuertemente todavía.

Con este motivo entrambas cámaras dirigieron al rey mensajes de felicitacion. En la que presentaron los comunes atribuíanse tales intrigas y maquinaciones á los nuevos principios, que eran tan contrarios á la libertad práctica como á la existencia de la autoridad regular, y tendian á destruir el bienestar y la seguridad de todas las clases de la sociedad. Otras muchas representaciones emitian el júbilo y la fiel adhesion de la nacion á su soberano, siendo la corporacion de Londres la que mas que ninguna otra patentizó el entusiasmo de que se hallaba poseida.

Durante las sesiones la aspereza de la discusion y la tardanza con que se tropezaba para un acomodamiento entre los gobiernos rivales, dieron márgen el 8 de marzo á una comunicacion del rey á las cámaras, esponiendo los preparativos que se hacian en los puertos de Francia y Holanda como motivos poderosos para que la Gran Bretaña adoptara por su parte medidas defensivas. Sabíase que los armamentos en cuestion eran destinados á reparar las pérdidas ocasionadas por la guerra de Santo Domingo, y que tenian por objeto de una ú otra manera el interés de las colonias, pues no deseaban los franceses una ruptura con Inglaterra. Lord Hobart proponia un mensaje en respuesta á dicha comunicacion, admitiendo que los preparativos podian no

tener otros motivos que la seguridad de las posesiones lejanas; mas creia que las disputas que parecia no se terminarian de una manera favorable justificaban unas precauciones prontas y vigorosas. El conde Spencer sostuvo la necesidad de tomar medidas de la misma especie, y previendo que el peligro del país era inminente, veia con placer que los ministros se hallaban por fin convencidos de lo que debieran haber creido desde el momento en que habian concertado una paz ilusoria. El conde de Moira esperaba que todavía se podrian impedir las hostilidades con tomar una actitud formidable, y en el caso en que la guerra fuera inevitable, aconsejaba que se pusiera prontamente un ejército numeroso entre la capital y la costa, á fin de evitar todo riesgo de invasion. Fox pedia que se diera conocimiento de las razones precisas que creia tener la nacion para adoptar una actitud belicosa: opinaba que todavía era posible evitar la guerra, y que los ministros se esponian á la mas severa censura obstinándose en renovarla temerariamente. Hasta algunos de los mas decididos partidarios de la guerra espresaron el deseo de que se recojieran las mas ámplias noticias posibles antes de conformarse con las demandas de la corte.

Añadiéronse con arreglo á estas diez mil marineros al número que habia, y el rey fué autorizado para organizar la milicia lo mismo que si estuviera próxima á caer una invasion sobre el reino. Durante este tiempo no se interrumpian las disputas; y como Bonaparte declaró que no se restableceria la armonía mientras no se accediera á devolver Malta á los caballeros ó á alguna grande potencia continental, é igualmente se negó á toda seguridad ó promesa de cesar en sus usurpaciones, previóse que la paz no seria de larga duracion.

La necesidad visible de dar vigor á la administracion en aquellos momentos de crisis preocupaba tan fuertemente á Addington, que recurrió en secreto á Pitt para que le sostuviera de una manera oficial, significándole que se hallaba á su disposicion la primera plaza del ministerio, y que algunos de sus principales amigos podrian igualmente obtener honra y provecho con empleos en la corte. Entablóse pues inmediatamente una negociacion con el ex-ministro. Este, segun unos prometia no recomendar en adelante á ninguna persona de quien S. M. tuviera una opinion desfavorable y que á pesar de su deseo de ver á lord Grenville y al conde Spencer admitidos en el ministerio, no insistiria ni en este pnnto ni en ningun otro; añadiendo que se sometiera á las formalidades y aguardaria el honor de una comunicacion régia antes de proceder á las negociaciones particulares. Segun otros, pedia de una manera perentoria la admision de dos pares y de otros enemigos decididos de Addington. Esta opinion, la mas verosímil, impidió sin duda la coalicion deseada. El ministro se resolvió á arrostrar la borrasca y á proseguir su plan con todo el vigor posible.

CAPITULO LXXXII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1803.)

Las negociaciones continuaban desviándose del camino de la concordia y reconciliacion. Bonaparte habia declarado que los ingleses tomarian posesion de Malta lo mismo que de uno de los arrabales de París, y que hallándose él decidido á no ceder nada en tal punto, pensaba que el rey de Inglaterra llegaria por fin á conocer que le interesaba abandonar aquella isla: añadió que se hallaba tan poco dispuesto á entrar en hostilidades con la Gran Bretaña, que cuando ella quisiera estaba pronto á formar con la misma la union mas amistosa. En su lenguaje era fácil echar de ver que vislumbraba la perspectiva brillante de gobernar y manejar, si no todo el mundo civilizado, al menos la Europa entera por medio de una confederacion entre Francia y la principal potencia marítima; pues así podrian presentarse cuatrocientos ochenta mil hombres en el campo de batalla. En suma, espresó el deseo de aprovechar todas las ocasiones para ejercitar la ambicion mas destructora, ofreciendo á una potencia que hasta entonces se habia mostrado muy propensa á impedir sus conquistas, participacion en los despojos de Europa. Él no debia esperar que un monarca, por poco apreciador que fuera del honor y de las virtudes políticas, escucharia proposiciones tan contrarias á los preceptos de la justicia; y en efecto ningun asentimiento obtuvo de parte de lord Whitworth el embajador á quien se dirigió.

El emperador de Rusia ofreció su mediacion entre estas dos potencias tan opuestas la una á la otra; mas como aquel príncipe no proponia plan alguno para facilitar un acomodamiento, la oferta fué eludida de una manera política, habiéndose declarado definitivamente por lord Whitworth que si el primer cónsul consentia en aceptar las condiciones siguientes, se ajustaria un tratado amistoso. Intentábase lograr del rey de Nápoles la cesion de Lampedosa, que podia servir de plaza marítima á los ingleses, en cambio de Malta, que se dejaria á los naturales del país al tenor de las bases de independencia. Holanda debia ser evacuada por las tropas francesas y lo mismo Suiza. El rey de Inglaterra reconoceria al de Etruria por príncipe español, vasallo de los franceses, é igualmente reconoceria la república de Italia, así como la Liguria ó estado de Génova. Exigíase á los franceses en compensacion que indemnizaran al rey de Cerdeña trasfiriéndole un territorio considerable, y por un artículo secreto se pedia que Malta continuara por espacio de diez años más bajo la autoridad británica, pues solo después de este término se efectuaria el cambio.

Fácilmente puede presumirse que semejante negociacion desagradaria mucho al regulador de Francia. Hizo fuertes objeciones á algunas de las espresadas condiciones: empero manifestó deseos de que prosiguieran las conferencias. Lord Whitworth en virtud de las instrucciones que le habian servido para trasmitir el ultimatum de su soberano, rehusó bruscamente ulteriores tratos, é hizo sus preparativos para salir de París. Un decreto que se promulgó el 16 de mayo para que se espidieran patentes generales de represalias, anunció el celo marcial de la corte, manifestándose el mismo celo por parte de la mayoría de los lores y comunes, pues en la primera asamblea que se celebró, un mensaje propuesto por lord Pelham para recomendar una guerra vigorosa, fué sancionado por casi todos los pares presentes en número de ciento cuarenta y uno contra diez. En la otra cámara, una enmienda propuesta por Grey, partidario de la paz, fué apoyada por sesenta votos contra trecientos noventa y ocho.

Así que los clamores de diferentes partidos hubieron estimulado suficientemente al ministerio á la guerra, y el parlamento hubo sancionado la renovacion de una discordia tan difícil de apaciguar, todos creyeron urgente activar con vigor los preparativos, sin embargo de que en realidad ni el honor, ni la justicia, ni la verdadera necesidad de la propia defensa era lo que exigia hostilidades tan prontas. El potentado llamado al campo de batalla no era en verdad un enemigo ordinario, sino un rival que sabia manejar hábilmente todas las armas de la destruccion, y que con una sola palabra podia poner en movimiento toda la energía de un pueblo belicoso, irritado por una enemistad hereditaria y un ódio nacional. ¿Era indispensable por ventura para combatir con el primer cónsul arrojarse á una guerra continental, y no hubieran bastado para la seguridad del reino la defensa de las costas y las operaciones de la armada?

Las sesiones, que duraron mucho mas que lo acostumbrado, abundaron en debates animados que es inú-

til detallar. Entre los pares que sostuvieron el mensaje con su elocuencia, distinguiéronse los lores Mulgrave y Ellenborough, lord Melleville, conocido antes con el nombre de Enrique Dundas, y el conde de Moira. Sus argumentos fuéron combatidos con vigor y talento por el marqués de Lansdow y lord King.

A pesar de la aprobacion anterior de Pitt al tratado de paz, sostuvo con calor la necesidad de una nueva guerra. Segun él, nada era tan evidente como la aversion marcada del gobierno francés á la paz y seguridad de Europa. La conducta del hombre ambicioso á quien no podia satisfacér ningun grado del poderío, no cesaba de señalarse con una larga série de usurpaciones, agresiones, insultos é injurias. Bajo la apariencia de la paz meditaba los mas funestos proyectos contra los intereses de Inglaterra: sus pretendidos agentes de comercio no eran mas que espías reconocidos, cuyo comportamiento hubiera sido acreedor al mas severo castigo en estado de guerra: la mision de Sebastiani era otra prueba de las pérfidas miras y malas intenciones de Francia, y casi merecia el nombre de acto hostil. Este ejemplo y otros muchos que probaban el poco deseo de los franceses de que fuera duradera la paz, y la conducta de su gobierno con las demás potencias sobre cuyo bienestar é independencia no podia ser indiferente la Gran Bretaña, justificaban una guerra pronta y vigorosa. Grey sostuvo que esta no era necesaria, y que todavía podian continuarse las negociaciones con alguna probabilidad de buen éxito. Fox habló sobre las medidas conciliadores que seria conveniente adoptar; pero sir Tomás Grenville condenó esta pusilanimidad que conducia á someterse cobardemente á la deshonra, é hizo resonar con vehemencia el grito de guerra, avanzando hasta afirmar que la permanencia y ocupacion de los agentes franceses en los puertos de Inglaterra constituian por sí solas un motivo suficiente de guerra. Pero á esto puede responderse que si los espías obraban de una manera ofensiva, era fácil espulsarlos de Inglaterra. La moderacion es mas á propósito para el sostenimiento de un gobierno, que un celo temerario y desordenado.

Ventilóse de nuevo el mismo asunto por causa de haber propuesto el conde Fitz Guillermo una série de resoluciones, algunas de las cuales tendian á censurar á los ministros, á quienes el noble orador reconvino severamente por haber soportado por tanto tiempo los insultos y las agresiones de Francia. El conde Grosvenor y el lord canciller los defendieron hábilmente, y una mayoría estraordinaria neutralizó el proyecto del conde Fitz Guillermo. Habiendo hecho el coronel Patten un discurso á los comunes en el mismo sentido, Pitt creyó deber tomar un término medio, que no agradó al ministerio ni al partido de la guerra. Favoreciendo al autor de la mocion, hubiera condenado la conducta de un gabinete al que habia prometido su apoyo y del que formaba parte su propio hermano; é inclinándose abiertamente al lado de la corte, hubiérase pronunciado de una manera propicia á los que estaban dispuestos á vituperar por no haber combatido osadamente las usurpaciones de Francia después de la ratificacion de la paz: Instóle vivamente lord Hawkesbury á decidirse de un modo claro; mas no respondió á su antiguo amigo mas que con frialdad é indiferencia, y afectando un aire de menosprecio pidió que se pasara á la órden del dia. Desecháronse las resoluciones propuestas, y Addington, que habia declarado hallarse pronto á conformarse con la voluntad de la cámara, se sintió alentado á conservar el poder que ejercia con entera aprobacion del rey. En el caso de seguirse la guerra con buen éxito, pensaba el ministro que duraria su autoridad; y si aquella resultaba asaz desastrosa para que se demandara su destitucion, estaba tan pronto á retirarse como el mejor y el menor de sus sucesores con una ámplia recompensa de sus servicios.

Después de tomados en consideracion los cálculos hechos para las necesidades, pidióse que se aumentara con treinta mil hombres el ejército de tierra. Windham ridiculizó todos estos proyectos de preparativos, pretendiendo que serian insuficientes para alejar los riesgos; mas York, secretario de la Guerra, aseguró que muy pronto se someteria á la atencion de la cámara un plan vigoroso que debia ser eficaz. Pittz, poco satisfecho de tal promesa, exigió con imperio que los ministros dieran cuenta mas clara de sus intentos, y una seguridad mas positiva de su firme oposicion á un enemigo poderoso. Antes de acabar ellos de meditar sus planes, fijáronse de una manera detallada las cuentas de la hacienda para este año, habiendo ascendido á 33.750,000 libras los subsidios demandados. Renovóse en la actual ocasion el impuesto sobre la renta, aunque no se le dió la estension que tuvo anteriormente, pues no debia pasar del cinco por ciento. Empero nadie puso en duda su pronto aumento, por cuanto fué soportado y percibido sin quejas.

Anunciáronse por fin las hostilidades; mas como todos aguardaban tal novedad, fué recibida sin emocion. El rey declaró que no abrigaba el menor deseo de comprender en aquella guerra calamitosa, que parecia no querian evitar los franceses, á las naciones que á pesar de sus relaciones con el enemigo no le habian ofendido; si bien no podia razonablemente prometer la misma indulgencia á la república bátava, á no ser que las tropas usurpadoras evacuaran su territorio, y que se diera la seguridad de que los recursos de aquel país se invertirian en lo sucesivo en sus necesidades particulares. El primer cónsul no accedió á tal proposicion, declarándose en consecuencia la guerra á los infortunados holandeses.

Debia formarse un nuevo ejército del modo siguiente: Con el designio de emplear las tropas regulares en el servicio que podia llamarlas fuera del reino, proponíase el levantamiento inmediato de un considerable ejército para completar la defensa del estado. Segun afirmaba el secretario de la Guerra, no habia intencion de valerse de la violencia para este importante objeto. Habia los mayores motivos para creer que el patriotismo del pueblo se manifestaria á porfía, al ver sus derechos constitucionales é intereses mas caros espuestos á un estremo peligro: pero como de tal confianza en un ejército voluntario podian originarse dilaciones y otros inconvenientes, iba á recurrirse al medio del sorteo. Todos los que pasaran de la edad de cuarenta y cinco años, y no llegaran á la de diez y ocho, se librarian del actual servicio, y se permitiria poner sustitutos á los que cupiera la suerte. El número de hombres para el Reino Unido no debia de ser de menos de cincuenta mil, y tan luego como se reuniera esta fuerza, ó al menos la mayor parte de ella, se procuraria aprovechar todas las ocasiones que se presentaran para dar á este levantamiento en las operaciones ofensivas el vigor del ejército mas esperimentado. Quizá seria necesario eximir algunos de la obligacion de sacar la suerte; mas semejante número no seria bastante considerable para que se entorpeciera en nada la organizacion de las fuerzas. Destinaríanse á mandar á los nuevos batallones los oficiales de línea que estaban á medio sueldo, ó los que habian servido en los cuerpos de la marina.

Como se preveia, Windham hizo objeciones á este plan. A escepcion del ejército regular, ninguna fuerza militar le parecia bastante intrépida y temible, y sospechaba que la formacion de un ejército de reserva impediria el servicio de la leva, sin poder compensar con su utilidad el grave perjuicio á que se espondrian las únicas fuerzas importantes del reino. Segun él, unas medidas tan insignificantes ni aun serian suficientes para atender á la seguridad pública. Hiciéronse modificaciones en el indicado plan. Los que habian pasado de la edad marcada, eran forzados á sujetarse á la suerte, exigiéndoles, siempre que sus contribu-

ciones ascendieran á una suma considerable, que presentasen sustitutos efectivos; y como muchos habian solicitado y obtenido licencia para predicar el Evangelio, únicamente con el intento de eximirse del servicio, ordenóse que en adelante nadie se libraria con tal pretesto, á no ser que la licencia en cuestion se hubiera concedido un año antes de la adopcion de la ley. Guillermo Smith, después de observar que la medida de que se trataba comprendia un gravámen sobre la propiedad, propuso que las mugeres fueran obligadas á poner sustitutos por causa de las contribuciones ordinarias que pagaran por su propiedad personal; pero se juzgó que no era necesario establecer semejante impuesto.

Durante la discusion Johnstone propuso un plan que podia obviar la necesidad de aquellas medidas. En su concepto podia restablecerse la paz cediendo Malta á los rusos; mas tal idea fué ridiculizada, y habiendo continuado el mismo orador objetando que en una guerra ofensiva no habia que mantener fundadamente esperanza alguna de buen éxito, y que una guerra defensiva podia ser ruinosa, Pitt, cuyo descontento fué escitado por este discurso, interrumpió á Johnstone manifestándole que se estraviaba de la cuestion, y que su dictámen era inaplicable á las circunstancias presentes. «La cuestion actual, dijo el severo orador, es »el saber si nos someteremos cobardemente al yugo »francés, ó si por medio de esfuerzos superiores á »nuestro poder pretenderemos sostener nuestros dere»chos á la dignidad de la independencia.»

A fin de efectuar la union del ejército de reserva con las tropas regulares, el duque de Cumberland queria que los reemplazantes, cuyo servicio no debia durar mas que hasta el fin de la guerra, en lugar de cuatro años de empeño, término asignado al resto de las nuevas fuerzas, fueran destinados á las operaciones generales. Lord Hobart respondió que tal variacion era enteramente contraria al principio en que se fundaba el proyecto; pero que no obstante se darian los mayores alicientes á cuantos estuvieran dispuestos á servir en el ejército permanente, y que los regimientos incompletos que habia en el interior del reino serian completados con nuevas levas. El conde Moira puso en duda la eficacia de estas medidas: empero como podian producir algunas ventajas, no votó contra el proyecto, que al fin recibió el asentimiento real.

En medio de los temores siempre crecientes de la invasion con que el enemigo amenazaba á la Gran Bretaña, creyóse necesario adoptar medidas de defensa ulterior para tranquilizar los espíritus tímidos, juzgándose que el medio mas espedito á que podia recurrir el gobierno era el ordenar el alzamiento de todos los adultos y robustos. Aprobóse en consecuencia un proyecto para el equipo general de las cuatro clases que comprendian á todos los que habían llegado á la edad de diez y ocho años, y todavía no habian cumplido los cincuenta y cinco. Yorck, al proponer esta medida, espresó el deseo de vivir lo suficiente para ver el dia en que el manejo del fusil formara parte de la educacion de la juventud, como sucedia con disparar el arco en el reinado de Enrique VIII. Entonces, segun él, desapareceria todo peligro de sumision á un yugo estranjero, y por fin podria Inglaterra gozar sin interrupcion de los beneficios de la constitucion. No creia que el pueblo en general se prestara fácilmente á la disciplina militar y que salieran de él soldados perfectos; pero opinaba que estos, por imperfectos que fuesen, podrian servir con provecho en la parte defensiva, y que sufragarian para fatigar al enemigo en caso de desembarco. Añadió que quizá temerian algunos que seria peligroso armar una parte tan considerable del pueblo, y que una fuerza de tal naturaleza podria ser perjudicial mas adelante; pero no vislumbraba ningun motivo para recelar semejante perfidia por el lado del pueblo, y nadie podia hacer presagiar que se volverian algun dia contra un gobierno protector las armas destinadas ahora á rechazar un enemigo vengativo é implacable.

El riesgo que entonces parecia temer el ministerio, no era bastante para justificar aquel terror estraordinario, siendo en realidad tal masa mas á propósito para causar confusion que utilidad. Como la generalidad de la nacion desaprobaba semejante plan y oia hablar de él con disgusto, aguardaba con inquietud y descontento el momento de su ejecucion. En uno de los debates á que dió márgen el proyecto, Pitt hizo muchas objeciones sobre la necesidad en que se creia estar de adoptarlo, y habiendo manifestado el secretario de la Guerra que la primera clase, compuesta de hombres solteros que no pasaban de treinta años, seria suficiente para el caso, su observacion mereció la aprobacion general. Díjose tambien que la disposicion que prescribia el alistamiento, cesaria de regir tan pronto como se pusieran en movimiento trescientos mil hombres, que no componian mas que las tres cuartas partes del número presumido de la primera clase. Realizáronse inmediatamente los preparivos que exigia la ejecucion del plan modificado, y á medida que se efectuaba el levantamiento de los voluntarios en todos los condados del reino, el miedo de una invasion iba desapareciendo gradualmente.



Museo nacional en Londres.

Interin se arreglaba todo para ponerse en guardia contra los aprestos del enemigo, renovábanse las precauciones sobre la introduccion presumida de espías y pérfidos emisarios.

A consecuencia de la modificacion de las disposiciones contra los estranjeros, estos fuéron sujetados á una vigilancia mucho mas grande por causa de las restricciones, y adoptóse un método de espulsion ó escarmiento mas ejecutivo. Los franceses por su parte privaron á los ingleses de todo acceso á su país, y los existentes en Francia en el momento en que se publicaron las órdenes para represalias, fueron detenidos como prisioneros de la manera mas injusta por mandato del cónsul irritado, quien para justificar tal violencia pretendió que se habian cojido muchos buques mercantes en Inglaterra, sin haber sido autorizada tal cosa por ninguna declaracion de guerra.

Todavía no se habian terminado las deliberaciones de ambas cámaras, cuando se sometió á su consideracion un asunto del mayor interés. El rey les participó el espíritu de rebelion en Irlanda, y que en Dublin se habia manifestado un proyecto de conspiracion por medio de una atrocidad. En aquella parte del Reino Unido los irlandeses se quejaban todavía, y no sin fundamento, de tirania y opresion. Puede decirse con verdad que hay pocos países donde el pueblo esté mas completamente privado de las comodidades necesarias para la vida: de allí la persuasion en que estan los irlandeses de que ellos no son admitidos á participar de

las ventajas de un gobierno justo y paternal, y que estan destinados inhumanamente á todos los padecimientos de la degradacion y de la servidumbre.

Los espíritus turbulentos y ambiciosos observaban con placer los progresos del descontento no estinguidos enteramente por la union que se habia efectuado sin el consentimiento general de la nacion, y así se esforzaron por formar una asociacion con la esperanza de destruir la constitucion que no se les habia permitido reformar. El mas activo y resuelto de los descontentos fué Roberto Emmet, hijo de un célebre médico, quien si bien estaba habituado á emitir libremente su opinion sobre los asuntos públicos, no llevaba su libertad de pensar hasta la sedicion. Su hermano, complicado en la sublevacion de 1798, se habia escapado del castigo, y el jefe actual, habiendo sido echado de Dublin por intrigas políticas, habia errado por algun tiempo en el continente, de donde regresó á Irlanda antes de reproducirse las hostilidades, no con el designio de servir á los franceses obligando á sus compatriotas á someterse á su autoridad, sino con la idea de organizar un nuevo gobierno. A su llegada encontró un partido ya formado, y fué recibido con alegria por los sediciosos y malcontentos, á quienes pintó una seductora perspectiva de libertad y felicidad, afirmándoles que su emancipacion de toda esclavitud y seguridad dependian de su valor y energía. Como no esperaban que tal revolucion se realizaria sin efusion de sangre, hiciéronse fabricar secretamente picas en muchos puntos de Dublin, proveyéronse de fusiles y pistolas, y elaboróse pólvora.

El conde de Hardwick, entonces virey de Irlanda, ignoró por algun tiempo tal trama, y aun después de informado por muchos datos del peligro que amenazaba al reino, rehusaba creer en la necesidad de precauciones estraordinarias. Probablemente deseaba evitar la alarma que no podia menos de producir semejante noticia, y juzgaba mas prudente esperar una esplosion fácil de sofocar en su concepto por un golpe de mano, que divulgar semejante descubrimiento desde luego, y dejar imprudentemente que se fomentaran en secreto los restos de una conspiracion peligrosa para lo sucesivo.

Pero los esfuerzos de los conspiradores para propagar el espíritu de rebelion anduvieron lejos de ser afortunados. Los habitantes de los condados del Norte y Oeste se negaron á tomar parte alguna en la insurreccion proyectada, siendo muy pocos los individuos que se metieron en aquella maquinacion. Emmet, no obstante, demasiado firme y resuelto para dejarse desanimar, lisonjeábase con la esperanza de acrecer su influencia con el buen éxito de sus primeras operaciones, que debian principiar por el ataque del castillo de Dublin que se imaginaba podria tomarlo con la intrepidez y vigor de sus partidarios. Habiéndole infundido temor de ser descubierto la esplosion casual de uno de los depósitos, determinóse á apresurar la ejecucion de sus designios, y en la noche del 23 de julio este temerario y audaz jóven, saliendo de su cuartel general lo mismo que un jefe de ejército, presentóse orgullosamente en algunas calles de Dublin á la cabeza de ochenta hombres. El vizconde Kilwarden, lord jefe de justicia de Irlanda, que anteriormente habia desempeñado las funciones de procurador general en el juicio de muchos conspiradores de esta época, encontró por desgracia á los insurgentes, cuyo número se habia aumentado considerablemente en su marcha. Impelidos algunos de ellos por el deseo de la venganza, le acometieron, y forzándole á bajar de su carruaje á una con su sobrino, eclesiástico respetable, matáronlos á picazos. Interin se perpetraba tan horrible hazaña, fuéron avanzando algunos cuerpos de tropa, y dirigiéndose con osadía un magistrado á los rebeldes, les intimó que depusieran las armas; pero ellos, irritados de que se intentara estorbar su movimiento, le hirieron gravemente, rechazando á los pocos armados que iban con él. El teniente coronel Brown avanzó; pero fué atacado y herido mortalmente. Empero en dos combates posteriores fuéron derrotados los descontentos, siendo disipada la insurreccion en lo concerniente á la residencia del gobierno. Como todavía continuaba con temores el partido leal y sensato, el lord lugarteniente, con el designio de calmarlos, publicó un bando para que se dispersaran inmediatamente todas las reuniones armadas so pena de ejecucion militar; y la vigilancia de la policía y la prision de un gran número de rebeldes lograron en poco tiempo restablecer la tranquilidad, esteriormente al menos.

No se quiso nombrar inmediatamente una comision especial para juzgar á los culpables, porque antes de incoar su proceso se deseaba dejar restablecidos el órden y la seguridad y que se mitigara la exasperacion de los ánimos, á fin de que los jueces fueran equitativos con mas reflexion, y el jurado no pudiera ser influido, ni por el miedo de irritar los espíritus descontentos, ni por el celo inmoderado de la indignacion y del resentimiento. Roche, que á despecho de su avanzadísima edad habia conservado la mas sediciosa actividad de espíritu, fué condenado por habérsele encontrado armado en la calle donde la insurreccion tuvo principio, siendo ahorcado y decapitado en el mismo sitio que fué manchado con la sangre de lord Kilwarden. La conducta de Kearmy durante su juicio fué muy audaz é insolente, al paso que Kirwan, el mas turbulento y resuelto de los conspiradores, guardó el decoro de la sumision. Estos dos reos sufrieron un castigo ejemplar, y Rourke, que habia conducido una porcion de insurrectos á Dublin, fué ejecutado en Rathcoole.

Emmet fué descubierto después de estar oculto cerca de un mes, y su juicio escitó el mas vivo interés. Procesósele criminalmente segun el estatuto de Eduardo III, y el procurador general Ogrady redactó con cuidado los artículos de la acusacion. A su regreso de Francia habia tomado un nombre falso, con el cual se habia esforzado por difundir en secreto la ponzoña de la rebelion, habiendo alquilado muchas casas para depositar y esconder las armas de la revuelta. Admitia á conferencias separadas y misteriosas á cierto número de individuos, entre los cuales tenian reputacion de descontentos, y después de haber empleado mucho tiempo en organizar sus proyectos criminales, habia puesto en práctica sus violencias y ultrajes. Adujéronse sus proclamas y cartas, y el abogado habló con indignacion y dolor sobre su entusiasmo y estravío por una causa tan odiosa. El reo no negó ninguna de las circunstancias del crímen que se le imputaba, y hasta intentó con osadía justificar su conducta. Declarado culpable por el jurado, y condenado á morir, sufrió su suerte con la mayor presencia de ánimo.

Otro caudillo llamado Redmon se tiró un pistoletazo con la esperanza de libertarse de una ejecucion pública; pero no logró su intento. Su herida fué curada, siendo convicto y condenado á sufrir la misma pena que sus cómplices. Examinado en seguida el proceso de Russel, su crímen fué probado. Como era superior á sus cómplices en talento, y por otra parte tenia derecho á la estimacion, era de esperar alguna consideracion; pero no hubo indulgencia. Otros muchos fuéron ejecutados por haber tomado parte en la insurreccion ó en las intrigas referentes á ella.

CAPITULO LXXXIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1803.)

Alegres al pronto los partidarios de la guerra por el efecto de sus clamores, abrigaron en los primeros momentos la halagüeña esperanza de un suceso glorioso;

pero el ministro, á quien acusaban con tanto calor de falto de energía, conservaba todavía en sus manos el mismo poder que ellos ambicionaban, y sospechaban que aunque se arrojara á la guerra, no corresponderian sus planes y operaciones á los peligros actuales.

Como el rey se habia apresurado á hacer prevenir á los comandantes de las Indias Occidentales la renovacion de las hostilidades, emprendióse una espedicion contra Santa Lucía, y á pesar de que se aguardaba que habria resistencia, no se juzgó necesaria una fuerza numerosa para efectuar tal conquista. Así que las tropas saltaron en tierra, atacáronse los débiles puestos próximos á Castrie, y sucumbió la poblacion; mas no por esto fué sometida la isla, por cuanto quedaba por tomar una fortaleza importante. Este punto fué atacado en la mañana del siguiente dia con tanta impetuosidad, que la guarnicion no pudo hacer una larga defensa: esta victoria costó sin embargo la pérdida de muchos valientes oficiales, y hubo gran número de heridos. El general en jefe notó con satisfaccion que desde el momento en que cesó toda resistencia, abandonaron los soldados ingleses toda apariencia de animosidad, ofreciendo la proteccion mas amigable á sus enemigos, en lugar de dejarse dominar por el regocijo de su triunfo ó por la violencia de su resentimiento, y no ocurriendo ni un solo hombre muerto ó herido. Sin duda hay poco mérito en esta moderacion que prescriben las estrictas reglas del deber; mas como no se practica constantemente, puede parecer á los ojos del observador una prueba de humanidad digna de marcarse.

El segundo objeto de la espedicion fué la toma del fuerte de Scarborough, en la isla de Tabago, lo cual se realizó sin ninguna oposicion. En el lado del Norte redujéronse sin dificultad las islas de San Pedro y de Miquelon, siendo igualmente sometidas las colonias holandesas de Demerara, Esequibo y Berbice á la autoridad británica, á pesar de que las fortalezas de estos tres establecimientos no estaban mal provistas de medios de resistencia; pero sus comandantes, no hallándose dispuestos á resistir y á sostener un ataque, se rindieron prontamente.

En el corto intervalo de paz fuéron tan poco afortunados los esfuerzos de los franceses para reconquistar la isla de Santo Domingo, que Rochambeau, después de perder mucha gente en la guerra y las enfermedades, aceptó el partido de encerrarse con el resto de sus tropas en una reducida comarca. No podia confiar con seguridad en la fuerza del Cabo Francés, bloqueado no solo por los negros y mulatos, sino tambien por una escuadra británica. Tomóse por fin la poblacion por las tropas confederadas, y los franceses, que en vano trataron de escaparse, fuéron hechos prisioneros por sus enemigos europeos, que abandonaron la isla á sus defensores naturales.

Antes de llegar á las posesiones orientales de la Gran Bretaña la noticia de la guerra con Francia, suscitáronse hostilidades con algunos príncipes de aquel territorio. La política ambiciosa del marqués de Wellesley no podia tolerar que la India subsistiera largo tiempo sin guerra: queria dar á la Compañía una superioridad de poder, en términos de que no tropezara con ninguna rivalidad ni autoridad alguna. Siempre inquietos, imaginábase que cuando los príncipes del país estaban quietos y pacíficos, miraban á los ingleses con ojos de prevencion y de envidia: á la menor demostracion de actividad por su parte, sostenia que abrigaban intenciones hostiles, y pretendia que habia que temer sérias injurias si no se ejecutaban los mas vigorosos preparativos para escarmentar á aquellos figurados enemigos. Sin atender á la resolucion parlamentaria que vedaba todo proyecto de conquista en la India, y estimulado por un celo semejante al que animaba á Bonaparte en Europa, esforzóse por someter todas las potencias vecinas á la autoridad británica. ¡ Estraña inconsecuencia del espíritu humano! Tal conducta fué aplaudida por los mismos hombres que condenaban con razon la del jefe supremo de Francia. Alabóse como una accion gloriosa el ensanche arbitrario de un territorio que no podia ser gobernado con acierto ni utilidad por los agentes del a Compañía, y el sumir en la servidumbre á un nabab ó un rajah, fué reputado como un acto de política admirable y digno de justificacion en todos conceptos.

En el país de los Máratas ejercíase la autoridad principal por el Peiswah ó ministro, interin su soberano legítimo no tenia mas que el nombre de príncipe. Varias veces se le habia propuesto la formacion de una alianza con el gobierno británico; mas como recelaba que tales indicaciones no tenian un objeto desinteresado, parecia curarse muy poco del honor con que se le brindaba. Empero la necesidad de proteccion que llegó á esperimentar por haberse empeñado en una guerra con Jerwant-Rao-Holkar, jefe poderoso que aspiraba á su ruina, le precisó á solicitar tropas auxiliares y á formar estrecha alianza con la Compañía. Poonah, que se le habia quitado, fué restituida prontamente, merced al socorro de los ingleses, y la fuga de Holkar pareció restablecer la tranquilidad; mas como los servicios del Peiswah no satisfacian al gobernador de Bengala, y el maharajah Dowlat-Rao-Scindia, que habia gobernado por algun tiempo en Poonah, continuaba desaprobando el último tratado, pretendióse que este jefe subalterno proyectaba atacar los nuevos aliados del ministro márata, y que su ambicion peligrosa exigia una oposicion pronta é inmediata.

Al considerar la estremada inferioridad de las tropas indias comparadas con las europeas, habrá tal vez derecho á sorprenderse de una tentativa de agresion por parte de los caudillos máratas, y podrá dudarse con razon de la realidad del decidido espíritu de hostilidad imputado á Scindia. Parece que este no fué impelido á la guerra mas que para señalar con nuevos triunfos y adquisiciones de territorios la administracion del orgulloso marqués, ó, hablando el lenguaje de Pitt, para acrecer mas y mas la gloria de la Gran Bretaña y favorecer y asegurar sus intereses.

La guerra pues comenzó con el ataque de Ahmed-Nagour, cuyo punto, no defendido mas que flojamente, fué tomado al instante. El mayor general Arturo Wellesley, oficial valiente y emprendedor, en quien su hermano tenia la mayor confianza y le habia encomendado completamente la administracion de los negocios del Decan, dirigióse hácia Aurung-Abad, y en el interin Scindia, confederado con el rajah de Berard-Ragogee-Bonsla, invadió los estados del nizam, aliado útil de la Compañía.

El coronel Stevenson, tomado Jalnapour, marchó contra los confederados, á los que molestó con combates parciales, pero sin poderlos atraer á una accion general. Wellesley se acercó á su campamento, fijado en la confluencia del Jua y del Kaitna, y tanta confianza les inspiró un aumento de fuerzas que recibieron, que venciendo su repugnancia de trabar lucha, empezaron la agresion á sangre fria. Hallábanse en órden de batalla mas de treinta mil hombres divididos en dos columnas, componiéndose completamente de caballería la derecha. Apoyábalos una artillería numerosa, y habian fortificado el caserío de Assi, en cuyas cercanías estaba el ala izquierda de su ejército. Lejos de acobardarse el mayor general por aquella fuerza imponente, se dispuso el 23 de setiembre á empeñar un combate, aunque su ejército, segun se ha sabido después, no ascendia á cinco mil hombres, que en su mayoría eran cipayos, misoreses y máratas. Comenzó atacando el ala izquierda, haciendo que avanzaran sus tropas á despecho de un cañoneo terrible, que á pesar del gran estrago que causó, no pudo conseguir sembrar en la filas de su ejército la confusion aguardada por el enemigo.

La accion fué encarnizada, y, a resistencia tenaz por

algun tiempo; pero bien pronto prometieron el triunfo los vigorosos esfuerzos de los ingleses. Mientras la infantería estaba empeñada en el ála izquierda, se arrojaba un cuerpo de caballería sobre el estremo derecho de la línea inglesa; pero no se sostuvo el vigor de aquella, ni correspondió á la impetuosidad de su ataque, no tardando el valor y ardor de la caballería europea en triunfar de los agresores y en escarmentarlos duramente. La derecha del enemigo pareció por repetidos amagos pronta á intentar un ataque; mas la actitud firme de los batallones que habian recibido órden de oponerse á aquella division temible en apariencia, la intimidó en términos de impedir que avanzara. Los máratas tocaron por fin retirada; mas no por esto estaba ganada la batalla, pues continuó un fuego parcial por algun tiempo de parte de los dispersos que asestaron contra los que los perseguian muchas piezas de artillería abandonadas, y el coronel Maxvell se vió precisado á hacer frente á un cuerpo considerable de agresores que volvieron las caras. Sus esfuerzos por fin fuéron rechazados, aunque costó la vida á un oficial de mérito y de bravura.

Es de notar que esta victoria la obtuvo sin auxilio de artillería, siendo mas y mas glorioso el éxito por la gran desigualdad de las fuerzas. La reputacion brillante adquirida por el jóven conquistador delante de los muros de Seringapatam creció escesivamente con su comportamiento en la llanura de Assi, y enorgullecido el marqués con este triunfo, trató de subyugar enteramente á los dos jefes. Aunque no fuéron de tanto esplendor las operaciones de Guzerat, no carecieron de importancia y de prósperos resultados. Baroach y Powangour fuéron atacados con vigor y tomados sin mucha pérdida, siendo anulada la autoridad de Scindia en esta parte de la India. En el lado opuesto de la Península fué invadido el territorio de Cuttack por el coronel Harcourt, quien despues de reducir en poco tiempo Manickpatam, hizo intimar á los sacerdotes de Jagarnaut que abandonaran su templo y poblacion, prometiéndoles su proteccion en recompensa. Intimidados por tan imperiosa demanda, despidieron las tropas máratas y aceptaron la oferta del coronel con sumision aparente. La guarnicion y los habitantes de Cuttack no se hallaban mas dispuestos á defenderse; pero la de la fortaleza de Barabatti, confiando en sus medios de defensa, resistió audazmente haciendo fuego á un destacamento que el coronel Clayton conducia al asalto por un paso estrecho.

Forzáronse sin embargo con bastante facilidad los tres puestos, y el ardor de la resistencia cedió muy pronto el lugar al deseo de tomar la retirada. Balasore fué cojida por otras fuerzas, abriéndose por tierra una comunicacion completa entre las presidencias de Bengala y Madrás.

Habia en el ejército de Scindia un oficial francés llamado Perron con el mando de una gran parte de sus tropas, á las que habia instruido segun la disciplina europea, y gozaba de mucha reputacion entre ellas. Como esperaba que le atacaria el general Lake, fijó su campamento junto á Ali-Gour; mas al aparecer este general varió súbitamente de dictámen, y prefirió una retirada al azar de una batalla. Los habitantes de los países inmediatos, que confiaban poco en el poder de Scindia, manifestaron á los ingleses el deseo que abrigaban de acojerse á su proteccion, y asi las protestas generosas del general disiparon prontamente sus recelos. La guarnicion de Ali-Gour creyó que debia hacer resistencia, y desafió las tentativas de los enemigos de Scindia. El coronel Mouson avanzó entonces con un cuerpo escojido á atacar la fortaleza, y no obstante las dificultades que el estado de las fortificaciones oponia á los agresores, estos penetraron en el interior, logrando la posecion completa de la plaza, aunque no sin haber perdido gran número de sus compañeros de armas. Espantados los máratas con este acto de vigor, abandonaron otros muchos fuertes, y Perron, separándose del servicio de Scindia, retiróse á Lucknow con escolta inglesa.

Los movimientos avanzados de Lake dieron bien pronto márgen á un choque general. Segun el boletin publicado por él, parece que tropezó con un cuerpo de quince á diez y nueve mil hombres parapetados cerca de Dehi, prontos en apariencia á entablar la accion. Su intrepidez y el sentimiento del honor militar no le permitian esquivar la lucha, y así llevó á la carga cuatro mil quinientos hombres. Ordenando en seguida á la caballería que retrocediera de repente, como si le acobardaran la importancia del puesto y la superioridad del enemigo, engañó al general francés Bourguicin estimulándole á avanzar en el campo de batalla. Cuando los escuadrones que fingian retirarse se juntaron con los batallones, abrieron aquellos sus filas á fin de que estos tuvieran facilidad para atacar á los contrarios, no tardando en introducirse la confusion entre ellos. La línea inglesa, dividida en columnas, terminó la victoria comenzada, y la caballería atravesando los espacios intermedios cargó con impetuosidad al enemigo. Una gran parte de los vencidos fué arrojada hácia el Jumna. Los vencedores solo tuvieron una pérdida corta, comparada con la del enemigo, que esperimentó la de tres mil hombres muertos, heridos y prisioneros. Bourguicin, que no se portó de una manera brillante como general, fué sujetado con otros muchos á la desgracia del cautiverio.

Al poco tiempo ocurrió un acontecimiento interesante. Shah-Aalum, descendiente de la casa de Timour y emperador legítimo del Mogol, príncipe que por largo tiempo habia vivido en un estado de degradacion, ceguedad, y miseria bajo el yugo de los máratas, supo con júbilo la derrota de estos y envió su hijo á cumplimentar al victorioso general, quien habiéndole recibido fué colmado de elogios y títulos pomposos en fuerza del entusiasmo nacido del reconocimiento.

Los habitantes de Dehli le acojieron igualmente con aclamaciones, y esta ciudad declarada por Shah Jenan, padre de Aureng-Zeb, capital de su vasto imperio, quedó desde aquellos momentos sometida á la autoridad de una compañía de comercio.

Interin se preparaba Lake á terminar sus conquistas en las márgenes del Jumna, el coronel Powel se ocupaba en someter el territorio de Bundelcund, consiguiendo tantas ventajas en las orillas del Cane con el auxilio de las tropas del Peishwah, que los provinciales accedieron á rendirse, por desear secretamente un gobierno menos rígido y arbitrario.

Reducida Matura sin gran dificultad, amenazóse en seguida á Arga con una embestida. La ciudad se hallaba ocupada por batallones escojidos, estando llena de soldados la mezquita principal, y defendidas lás avenidas de la plaza por fortificaciones bastante buenas. Pero el celo y la intrepidez de las tropas británicas y de las del país lograron superar todos los obstáculos: el fuerte se encontraba en buen estado para sostener un sitio de alguna duracion; mas la toma de la ciudad desvió á la guarnicion de la idea de una defensa que se juzgó inútil, y el comandante propuso capitular. Habiéndose hecho fuego repetidas veces al principio de las conferencias, concibiéronse temores de traicion, jugando en consecuencia las baterías inglesas levantadas contra la fortaleza; pero realizada de nuevo la oferta de entregarse, concertóse la capitulacion definitivamente.

Todavía restaban por someterse en la misma provincia fuerzas considerables. Lake marchó hácia Laswari, mandando el primero de noviembre al coronel Vaudeleur y al mayor Griffith atacar la línea enemiga sin aguardar á la infantería. Las prontas operaciones de estos dos oficiales prometieron al principio buen éxito; pero la continuacion de un fuego molesto llegó á introducir el desórden en los escuadrones, obligando al prudente general á replegarlos. El coronel, oficial de mucho mérito, fué herido mortalmente en este lance. En tanto que los batallones trás de una penosa marcha se disponian á acometer con nuevo vigor, la artillería hizo una oferta de rendicion que pareció prometer una de-

cision favorable; mas solo fué de corta duracion tal esperanza, habiéndose renovado el combate con mayor ardor. Una de las columnas inglesas dió por fin la señal de triunfo, lo cual causó en el resto del ejército tanto vigor y entusiasmo, que la victoria se inclinó á su favor de una manera decisiva. El mayor general Ware y otros muchos oficiales valientes perecieron en el campo de batalla. Este combate fué mas funesto que el de Assi para los máratas; pero no han podido calcularse con exactitud las pérdidas ocasionadas por estos dos choques, aunque pudo ascender á nueve mil hombres la totalidad de los muertos y heridos en ambos casos.

Durante este tiempo las tropas británicas no se mantenian ociosas en la provincia del Decan. El coronel Stevenson avanzó hasta Borhampour, que tuvo que rendirse pronto, sucediendo lo mismo sin mayor dificultad con Assivgour, punto bien fortificado.

Las reiteradas pérdidas sufridas por Scindia no fuéron parte para subyugar su altivez, hasta el estremo de ponerle á las plantas del general inglés: todavía confiaba defenderse con el apoyo del rajah de Berar, cuyo poder no habia sido domado, y quien le envió en efecto un considerable cuerpo de caballería. Tropezando Wellesley al ejército unido en los llanos de Argane, dejó que presentaran el combate las tropas del rajah, cuya presuncion escarmentó muy pronto con la mas mortífera venganza destruyendo completamente el resto de las fuerzas de Scindia, y tornando así temible su nombre para todas las potencias de aquel país.

Ragogée parció entonces dispuesto á solicitar la paz, sin atender á las intenciones de su aliado; mas antes de enviar un diputado á entablar las negociaciones, resolvió aguardar el resultado del cerco que á la sazon amenazaba á Gawil-Gour, plaza reputada capaz de una vigorosa defensa. Interin Stevenson se dirigia por un camino escarpado y difícil hácia el fuerte situado en la cumbre de una montaña, Wellesley se presentó delante del frente meridional, pero no pudo conseguir que jugaran con éxito sus baterías. Con el designio de abreviar las operaciones habia resuelto que una parte de las tropas avanzara á atacar el fuerte esterior por algunas brechas abiertas en el lado del Norte, que otra procurara apoderarse de la puerta meridional, y que una tercera tratara de penetrar de otra manera. Estas audaces operaciones surtieron todo el éxito deseado, y el fuerte interior cayó despues de escalado.

Los despavoridos jefes desistieron muy pronto de oponerse al poder de sus vencedores adversarios, habiéndose ajustado antes de finalizar el año un tratado con el rajah, quien cedió el territorio de Cuttack y otras muchas comarcas, y prometió no tener otros aliados que los de la Compañía. Scindia por otro tratado vióse en la precision de abandonar toda la autoridad sobre Delhi y otras muchas poblaciones y fortalezas en el Decan, así como sobre otras provincias, y de comprometerse á no prestar apoyo alguno á los enemigos del gobierno britanico.

Durante esta guerra la tranquilidad de Ceylan fué tambien turbada por hostilidades. Rehusando el rey de Candia dar satisfaccion por la usurpacion de un territorio perteneciente á los ingleses, habia provocado el resentimiento del gobernador, á quien los preparativos de guerra de los naturales indujeron á enviar un corto cuerpo de ejército para observar sus movimientos. No tardó en resultar una guerra de los recelos y de la animosidad de cada partido, y como el príncipe carecia de la serenidad indispensable para osar desafiar á sus enemigos en el campo de batalla, abandonó la ciudad, apoderándose de ella inmediatamente los ingleses. Los habitantes de Candía practicaron algunas tentativas para recobrarla, pero en vano. Invistióse á un pretendiente del trono con la dignidad real, comprando su elevacion con la donacion de un territorio. El tirano depuesto accedió á un armisticio, aguardando una ocasion favorable para vengar su caida. Las epidemias exigieron muy pronto la partida de la mayoría del ejército victorioso, y los secuaces del príncipe destronado se aprovecharon de tal conyuntura para embestir el fuerte de Candía. Despues de prometer á la guarnicion la retirada degollaron al nuevo rey y unos ciento setenta europeos. En medio del ardor de sus crueles hazañas quisieron invadir el territorio británico; pero allí recibieron un severo escarmiento: sin embargo el rey fué repuesto en el trono y continuó desafiando durante muchos años al resentimiento de los ingleses sus vecinos.

La guerra en la isla de Ceylan fué condenada por Creevey y otros muchos miembros de la cámara de los comunes, como dimanada únicamente del espíritu de ambicion que habia impelido á los holandeses en dos ocasiones á invadir el reino de Candía. Propúsose en consecuencia una investigacion; mas los ministros desecharon la proposicion, y no consintieron en que se adujeran los documentos que podian servir en apoyo de los motivos alegados por el orador. Otros muchos oradores igualmente distinguidos discutieron la cuestion de saber si la guerra del Indostan era ó no justa; pero nada interesante resultó de tales debates. El esplendor de la gloria militar es tan preponderante, que ciega los hombres de un talento ordinario haciendo que pasen con indiferencia por todas las consideraciones de la justicia y equidad, y que se deslumbren con su brillo, casi siempre engañoso.

CAPITULO LXXXIV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1803.)

La renovacion de las hostilidades entre Francia y la Gran Bretaña solo sirvió en el primer año para patentizar su recíproca animosidad, sin producir ventaja ni á una ni á otra. Es verdad que la pérdida de cuatro islas, esperimentada por los franceses, les fué mas funesta que la de los ingleses en cuanto á sus posesiones germánicas, de que jamás habian reportado la menor utilidad; pero á estos sus adquisiciones coloniales les costaban espensas exorbitantes, principiándose á dudar si al ajustarse la paz podrian conservarse ni aun con el apoyo de los holandeses. Los franceses no osaron intentar ningun desembarco en nuestra isla; y si sus buques corsarios inferian algunas veces perjuicio al comercio inglés, el francés tenia todavia mas que sufrir de parte de los nuestros. Por mas que ellos ensalzaban las acometidas dirigidas contra las cañoneras que habian aprestado para efectuar sus insolentes amenazas de invasion, la narracion pomposa de tales hazañas sin importancia no servia mas que para cubrirlos de ridículo.

Sea cual fuere la urgencia de las deliberaciones relativas á la guerra, el gabinete no desatendió la importancia de una negociacion con una potencia amiga, habiéndose firmado un convenio que tenia por objeto terminar toda clase de diferencias entre Suecia é Inglaterra. Omitiéronse en el artículo que especificaba los géneros de contrabando las provisiones, y todas las cosas no elaboradas pertenecientes al apresto de los buques, así como las mercaderías fabricadas, útiles para preparar naves mercantes, y en lugar de confiscar tales objetos, resolvióse que fueran ofrecidos á la potencia beligerante aprehensora del buque de trasporte; para que fuera preferida en el derecho de comprarlos, siempre que no resultaran de la propiedad del enemigo. En el caso de renunciar á tal derecho, los géneros podrian ser trasportados hasta un puerto enemigo.

El discurso del rey en la nueva legislatura giró principalmente sobre la guerra; y á ejemplo del difunto monarca que habia prometido marchar sobre los rebeldes, declaró que toda vez que él y su valiente y leal

pueblo habian abrazado la misma causa, estaba resuelto irrevocablemente, si la ocasion parecia exigirlo, á compartir los esfuerzos y peligros para defender la constitucion, la religion, las leyes y la independencia de Inglaterra. Esta promesa noble y animosa produjo viva sensacion, y sirvió para despertar el celo de la nacion.

Los franceses, para vengarse de la conducta hostil que como rey habia observado el elector, se habian apoderado de Hanover; mas en el discurso no se hizo mencion alguna de la pérdida de tal territorio, por ser una cosa mas bien personal que relativa á los intereses de la Gran Bretaña.

Los mensajes pasaron sin mucha dificultad; pero bien pronto se animaron los debates al discutirse los asuntos de Irlanda. Acusóse al ministerio de haberse descuidado en adoptar las precauciones que hubieran podido evitar la última insurreccion; y como el primer ministro habia hablado confidencialmente del restablecimiento de la tranquilidad, hiciéronse fuertes objeciones á la adopcion de un proyecto que se proponia proclamar de nuevo la ley marcial; pero alegóse que para estinguir los restos de conmocion todavia existentes y prevenir todo acaecimiento de tal género en adelante, era necesario conferir al gobierno un poder estraordinario.

Como no era probable que se terminara pronto la guerra, juzgóse oportuno aumentar el ejército considerablemente, votándose en consecuencia ciento veintinueve mil hombres para la Gran Bretaña é Irlanda, y treinta y ocho mil seiscientos para las colonias y posesiones dependientes, no comprendida la India. Los debates acerca de los negocios militares fuéron mucho mas vivos que de costumbre. Windham declamó con calor contra el sistema del gobierno actual, acusando á los ministros, no solo de haber puesto al país en estado de no poderse defender en un momento en que mediaban con Francia las diferencias mas alarmantes, sino tambien de no haber aprestado y organizado las fuerzas regulares de la nacion, después de la declaracion de la guerra. No negaba la importancia y utilidad de la milicia; pero aseguraba que no consistian en ella las fuerzas en que principalmente podia confiar la nacion. Eran necesarios indispensablemente verdaderos soldados: eran menester hombres que fueran tan á propósito para la guerra defensiva como ofensiva; que considerasen el arte militar como profesion suya, y estuvieran habituados á una severa disciplina. Cuando él reflexionaba sobre la inmensa poblacion del reino, se sorprendia de que no se presentaran mas fuerzas efectivas que las que habia logrado reunir el ministerio. Fomentando los cuerpos de voluntarios, precisaban á los jóvenes dotados de energía y valor á reducirse á unas compañías de que se hacia poco uso, y á no servir á su país mas que de una manera mezquina é incompleta, cuando podian realizarlo con mucha mas gloria y ventajas: el ejército de reserva, tan encomiado por los gobernantes, no era mas que una masa de hombres mal ordenados, cuya mayor parte debia ser considerada inútil hasta el presente. Los ministros pretendian buscar medios de defensa; pero atendian tan mal á esta, que habia grandes trechos de costas de muy fácil acceso, que ni siquiera estaban guardados por simples torreones, y que con solo estar defendidos por algunos hombres y dos cañones, bastarian para estorbar un desembarco por parte del enemigo. Pitt solicitaba igualmente el aumento del ejército regular; pero se mostró estrañado del tono de menosprecio con que su antiguo amigo acababa de hablar de las tropas voluntarias, sin cuyo auxilio no podia defenderse bien el pais. Fox á su vez despreció los presuntos servicios de esta especie de tropa, y apoyó fuertemente las ideas de Windham. El coronel Crawford propuso el nombramiento de un consejo de guerra para atender mejor al aumento y organizacion completa de las fuerzas nacionales; mas tal propuesta, sostenida por Fox, fué combatida por Addington, como propensa á originar division y debilidad. Este habló al mismo tiempo del cuidado con que se ejecutaron los preparativos militares, sosteniendo que en ellos no hubo la menor negligencia.

Suscitáronse en seguida violentos debates por caus de un plan que tenia por objeto el regularizar los cuerpos de voluntarios y vecinos honrados—Año 1804.—Las variaciones propuestas en el sistema no eran asaz importantes para desvanecer los reparos de los que antes habian condenado como poco militar la organizacion de tales tropas. Por mas que Pitt quiso sujetar estos pretendidos defensores de su país á una disciplina y subordinacion rigurosas, sus medios fuéron desechados, aunque no por una mayoría considerable.

Reputando el mismo orador por insuficiente la fuerza marítima para la defensa de su país, censuró con aspereza la negligencia de los ministros, y comparándola con el vigor desplegado por el consejo del almirantazgo siendo él ministro, solicitó vivamente á la cámara para que se practicara un exámen que pudiera producir una reforma eficaz en esta parte de la administracion. No disputaba al conde de San Vicente su mérito como comandante en el mar; pero sostenia que no era acreedor á ningun elogio como director del almirantazgo. Tan poco se habia atendido al aumento de la armada, y á la defensa de las amenazadas costas; que parecia haberse borrado del ánimo del conde y sus cólegas todo temor de peligro sério. Apenas habia buques en los astilleros. Con respecto á las cañoneras, miradas por todos como necesarias para rechazar una escuadrilla enemiga, no parecia que se ocupaban de ellas, ni aun se habian hecho preparativos suficientes para rechazar siquiera los riesgos ordinarios. No se ignoraba que eran en número de mil los buques de trasporte y demás bajeles existentes en las inmediaciones de Boulogne: era urgente en consecuencia el patentizar con preparativos de defensa mas reales é importantes que los que se habian hecho, que se conocia el peligro que amagaba al país.



Salon egipcio en Londres.

Este violento ataque fué rechazado por Tierney, quien hizo un elogio pomposo del conde, y sostuvo que la armada se hallaba en estado de responder á todos los proyectos de agresion y á todas las necesidades de defensa. El almirante Berkeley, combatiendo hasta cierto punto lo que acababa de decir el orador, apoyó la necesidad apremiante de una pesquisa inmediata. Sheridan, esforzándase por justificar al consejo del almirantazgo, insinuó que lord San Vicente no se habia

hecho tan odioso mas que por su celo laudable á fin de corregir los abusos y remediar el fraude y la corrupcion. Fox aprobaba esta parte de la conducta del conde; pero decia que siempre estaba dispuesto á creer que no se habia cuidado debidamente de la defensa marítima del reino. Habiéndose propuesto que se presentaran el estado y las cuentas de la marina, una mayoría de setenta y un votos desestimó la comunicacion demandada.

Al primer ministro no le satisfacia tal triunfo, y tenia que temer ataques mas temibles todavía. Fox, hablando de nuevo de la defensa insuficiente del país, propuso la rescision de las medidas relativas á tal objeto, y recomendó que se mejorara el sistema. Opinaba que fijando al servicio un tiempo limitado, se atraeria el ejército muchos hombres que de otra suerte sentirian repugnancia á alistarse, citando en apoyo de esta opinion el ejemplo de un regimiento entero del ejército de reserva que estaba pronto á pasar al ejército regular, si se accedia á abreviar la duracion del servicio. En su concepto era de desear que se escitara al pueblo á tomar voluntariamente las armas; mas no participaba de la opinion de los que sostenian que S. M. tenia derecho en caso de invasion para mandar que se armaran todos los súbditos servibles. Pitt pretendió que este derecho estaba sancionado por la constitucion; pero en otros puntos se conformó con Fox, y se quejó de la incapacidad de los ministros amonestándolos en alta voz á reformar el sistema. Como Addington recelaba que los partidarios de la mocion pensaban mas en alejarle del ministerio que en la seguridad y el bien general, se defendió enérgicamente y demandó que le acusaran de una manera mas precisa, á fin de poder rechazar abiertamente cualquiera imputacion injuriosa hecha á su carácter. Algunos amigos suyos reprobaron con severidad la coalicion poco natural que existia entre los partidarios de la monarquía y los que sostenian los principios revolucionarios. El resultado de este debate fué poco favorable para la corte, bien que la votacion no produjo mas que una pluralidad de cincuenta y dos votos.

Pero otro ataque vino á llenar de consternacion al ministerio. Los esfuerzos reunidos de tres bandos redujeron la mayoría de la corte á treinta y siete votos, comenzando entonces Addington á perder toda esperanza de conservar el poder en sus manos; pero antes de realizar su retirada quiso arreglar el negocio de las rentas de aquél año. Los subsidios ascendieron á 40.990,000 libras; demandábase un empréstito de 14.000,000, y la cuota arbitraria de un millon que se añadió á los impuestos de guerra, hizo mas y mas pesada aquella carga. Otras demandas ulteriores elevaron por fin los subsidios á la suma de 53.600,000 libras, y la facilidad con que se obtuvieron de la nacion estas cantidades exorbitantes, recordó las palabras inconsideradas y desnudas de toda sensibilidad de lord North, cuando en otro tiempo habia dicho que el pueblo inglés habia nacido para ser gravado.

Habiendo demostrado Addington á su soberano la imposibilidad de contener el torrente de la oposicion, invitóse á Pitt á dirigir la formacion de un nuevo gabinete, con la condicion de no proponer el nombramiento de Fox. Pitt demandó desde luego que lord Grenville volviera á entrar en el ministerio, pero tropezó con una oposicion inesperada. Este resfriamiento del lord hácia su primer protector, y su inclinacion estraordinaria al jefe del partido wigh, sorprendió y descontentó á Pitt. La conviccion que adquirió de una repugnancia decidida á aceptar ningun empleo en el ministerio, mientras la combinacion proyectada se fundara en un principio de esclusion, y la declaracion de que era preciso reunir los talentos, el carácter y una influencia notoria y acreditada sin ningun miramiento á las distinciones de partido, embarazaron y confundieron al diplomático orgulloso habituado á encontrar en sus amigos la mas ciega sumision. El conde Spencer y Windham no se mostraron dispuestos á volver á sus empleos con un ministro que en otra ocasion los habia sacado diestramente de las filas de la oposicion para servirse de ellos. La negativa de estos miembros y de otros muchos de un mérito distinguido á las proposiciones que se les hicieron, le redujo á la alternativa de rehusar él mismo el poder, ó de consentir en no presidir mas que un débil cuerpo político que constantemente estaria espuesto á los ataques de una liga temible. Después de alguna vacilacion resolvió aceptar la dignidad que se le ofrecia á pesar de todas las desventajas de que estaba rodeada, confiando en su elocuencia, en su talento y en el resto de su influencia para que prevaleciera su nueva administracion.

Pitt recuperó la direccion de la tesorería, y á lord Melville dió la plaza de primer lord del almirantazgo: para secretarios de Estado eligió á lord Harrowby y lord Camden, conservando al duque de Portland, á los lores Eldon y Hawkesbury y otros tres cólegas de Adding. Lord Mulgrave fué nombrado canciller del ducado de Lancastre, obteniendo además asiento en el consejo. Guillermo Dundas fué nombrado secretario de la Guerra. Rose, cuyos profundos conocimientos en hacienda habian sido muchas veces de gran utilidad á Pitt, á pesar de que carecia de dotes políticas y oratorias, obtuvo á medias con lord Carlos Sommerset el empleo de pagador del ejército, y la elocuencia vigorosa de Canning vino á reemplazar en la tribuna la frialdad argumentativa de Thierney, á quien sustituyó en el cargo de tesorero de la armada.

Pitt tenia entonces una bella ocasion de afirmar su opinion como ministro de la Guerra, si su capacidad hubiera sido proporcionada á la difícil tarea que tenia que cumplir relativamente á la reforma militar. A consecuencia de su desaprobacion de los preparativos de Addington, podia suponerse que tendria dispuesto un plan para ponerle en planta; mas procedió tan lentamente en sus operaciones militares, que muchos de sus adversarios juzgaron necesario estimular su aletargado celo. El plan que resultó de sus deliberaciones no fué ciertamente el mejor que podia presentarse; bien que ninguno de los que apreciaban su carácter como ministro, aguardaba de él un proyecto que prometiera resultados muy felices. En efecto, nada nuevo encerraba el plan que estaba modelado sobre el del ejército de reserva, sin mas variacion que la de las medidas momentáneas. Proponia que se renunciara á la via del escrutinio; que se fijara un contingente á cada condado, y que las juntas establecidas en cada parroquia recibieran auxilios pecuniarios del gobierno, á fin de contribuir por una cantidad determinada con el número de hombres exigido. Por este medio se lograria abolir la práctica que habia de atraer los hombres al servicio por el estímulo de los ventajosos empeños que impedian el alistamiento cotidiano del ejército regular. Debia reducirse al mismo tiempo la milicia, y reunido el número que faltaba para completar este cuerpo, agregarlo al ejército de reserva. Pitt no dudaba que con estas medidas se aumentarian considerablemente las tropas regulares en un breve término.

Windham hizo fuertes objeciones á este plan, prediciendo que de él no resultaria ventaja alguna, y que como tambien tenia por objeto el limitar la duracion del servicio, seria mucho mas difícil el realizar las levas por el método ordinario, por cuanto era muy inverosímil que la mayoría accediera á alistarse para toda la vida, en lugar de servir por cinco años solamente ó hasta el fin de la guerra. Fox condenó igualmente la misma parte del plan por absurda é intempestiva, pretendiendo que era mucho mas justo el poner un término limitado al servicio y que así se conseguiria que el arte militar fuera mucho mas agradable. Otros oradores se opusieron enérgicamente á tal plan, considerándole con tendencias á oprimir por un lado sin prometer por

otro ninguna eficacia. El primer ministro se quedó en minoría en una votacion por la aparicion súbita de Fox y de muchos amigos suyos, aunque no tardó en recobrar su ascendiente en otra lucha, llegando á obtener la mayoría de veintinueve votos. A pesar de las variaciones introducidas en el proyecto, el calor y la acrimonia fuéron en aumento. El general Maitland declaró que como amigo de los derechos civiles no podia acceder á un plan oneroso y arbitrario, al que como soldado reputaba desprovisto de toda eficacia. Lord Temple dijo que esperaba un sistema mucho mas acertado del talento y de la esperiencia de un ministro que después de pretender que bajo la administracion de sus predecesores estaba el país en el riesgo mas alarmante, no sabia proveer á la seguridad pública de una manera mas efectiva que los débiles ministros que acababan de ser el blanco de su censura. Sheridhan, después de criticar la medida propuesta con el tono de la mas mordaz sátira, desentendióse de la cuestion para hablar con acritud de la política tortuosa de Pitt, así como de los sentimientos personales y de la imbecilidad de los miembros del ministerio precedente, que ahora estaban prontos á dejarse dirigir por el enemigo de su antiguo jefe. Windham en la tercera lectura entretuvo la cámara con la vivacidad de sus chistes y con sus burlas mordaces y llenas de desden; bien que, aunque mortificado por la aspereza y malignidad de tales observaciones, aprovechó con placer el ministro la ocasion de hacer triunfar el resultado de su política en la cámara alta, consiguiendo su aprobacion.

Si todas estas disposiciones y las anteriores no contribuian á dar á Inglaterra la actitud propia de una nacion guerrera, se encaminaban al menos á poner el reino en un estado de defensa conveniente. El terror causado por la posibilidad de una invasion no turbaba ya ahora mas que á los espíritus tímidos y poco á propósito para la guerra; á no ser que se suponga que el desprecio de Windham á toda asociacion militar que no fuera el ejército regular, nacia de un fondo de inquietudes y temores contínuos; mas no puede dudarse que él era animoso.

Este año no se hizo notar por ninguna accion brillante ni por espedicion alguna marítima: ninguna ocasion se ofreció á las tropas británicas para distinguirse en Europa, ni la armada tuvo que dar ni sostener combate alguno.

Los franceses ejecutaron en el mes de enero una tentativa contra la isla de Gorea con un armamento preparado en Cayena y reforzado en el Senegal. El corto número de hombres y el mal estado de la guarnicion tornaron inútil toda resistencia, y los franceses sin embargo tuvieron mucho que sufrir antes de reducir aquel establecimiento, sin que además conservara largo tiempo su conquista, pues al acercarse una escuadra inglesa se apresuraron á evacuar la isla.

Como no se reputó por una cosa difícil la reduccion de Surinan, los preparativos para esta espedicion fuéron insuficientes, habiéndose encargado de esta sir Cárlos Green y el comodoro Hood, y siendo en seguida los oficiales principales los brigadieres Maitland y Hughes. Unos seiscientos soldados, amen de los de artillería y de marineros armados, se desembarcaron en la pequeña bahía de Warappa, y encontraron un considerable número de barcos para bajar hasta el punto en que este rio se junta con el de Surinam. El resto de la escuadra tomó posesion de la punta de Braom y volvió á subir el último rio para atacar las fortalezas coloniales. Guiado por un negro atravesó Hughes un bosque, y apoderándose de una batería sin mucha pérdida, avanzó hácia el fuerte de Leyden por un camino ocupado por la artillería. La toma de este punto le puso en estado de hacer fuego con éxito contra el fuerte de New-Amsterdan, preparándose en seguida á incorporarse á Maitland, cuya aproximacion bastó para que se rindiera la guarnicion.

El bombardeo del Havre de Gracia, la tentativa de hacer pasar una escuadrilla desde la isla de Valcheren á la costa de Francia, y el ensayo que se ejecutó con balsas indianas suponiendo erradamente que con su esplosion estraordinaria realizarian un gran estrago en los buques de trasporte y las cañoneras que habia en Boulogne, no merecen una mencion detenida.

Aunque de poca importancia, un encuentro que ocurrió cerca del estrecho de Malaca, llamó la atencion por el vigor que parecia prometer. Los barcos indios, si bien no carecen de cañones como la mayor parte de los buques de comercio, no son á propósito para luchar con navíos de línea ó fragatas. Habiendo tropezado cuatro buques franceses y un bergantin holandés mandados por Linois con quince naves veleras pertenecientes á la Compañía, empeñóse aquel jefe en separar algunas de estas de las demás; pero advirtiendo que tres de ellas estaban prontas á recibirle, suspendió el fuego y se alejó con precipitacion y timidez.

CAPITULO LXXXV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1805.)

Como el jefe de los franceses sacó pocas ventajas de la renovacion de las hostilidades, mostróse dispuesto á tratar de obtener algun buen resultado por medio de una proposicion de paz. Al efecto informó al rey de Inglaterra de su elevacion al trono imperial, declarando que habia sido puesto en él por los sufragios reunidos del senado, del pueblo y del ejército (1); aunque mas bien debiera haber dicho que su soberanía fué conferida por el ejército solo, cuyo poder intimidaba é imponia á la masa de la nacion. «La paz, dijo el nuevo emperador, »es el deseo mas vivo de mi corazon: como no se me »puede tachar de que temo los azares de la guerra, no »me considero humillado al dar el primer paso hácia »una reconciliacion. Francia é Inglaterra abusan de su »prosperidad, y sus gobiernos podrán ser acusados de »haber olvidado sus mas sagradas obligaciones, si con»tinúan derramando sangre sin una causa legítima.» El rey de Inglaterra consideró esta apelacion á su humanidad como pura afectacion de filantropía empleada para engañarle, dando en consecuencia una respuesta que suponia escusaria una nueva proposicion de paz. En concepto del monarca inglés no era el interés de la Gran Bretaña lo que exigia las mayores consideraciones, sino mas bien el de toda Europa, siendo por lo mismo urgente el adoptar medidas que pudieran evitar la reproduccion de los riesgos y de las calamidades en que por tan largo tiempo habia estado sumida. Creia por lo tanto preciso, antes de oir cualesquiera proposicion de avenencia, consultar con las potencias amigas suyas, que todavía mas que él se interesaban en una guerra continental.

Los oradores de las tres asambleas francesas, después de comentar esta respuesta, condenaron esplícitamente la inhumanidad y conducta impolítica del monarca inglés, quien sin ningun motivo fundado persistia en una guerra en que se habia empeñado temerariamente. Al mismo tiempo ensalzaron la magnanimidad de su soberano, que sin ninguna causa para temer la guerra y con las mayores probabilidades para esperar el triunfo, estaba dispuesto á abandonar la senda de la gloria y á cultivar las artes pacíficas.

Así, lejos de aspirar al restablecimiento de la paz, el ministerio se ocupó de una nueva guerra. La estrecha alianza establecida entre España y Francia por el tratado de San Ildefonso, escitaba naturalmente en la corte británica el recelo de hostilidades combinadas. Era evidente el deseo de Carlos IV de evitar el tomar parte en

(1) 14 de enero de 1805.

una guerra; pero la poderosa autoridad de Napoleon no podia tolerar por mucho tiempo que fuera eludido ó desatendido un tratado que favorecia sus miras. Desde luego pues se manifestó poco satisfecho el emperador de la oferta que le hizo S. M. Católica de una compensacion pecuniaria en cambio del socorro estipulado de naves y tropas; mas á nueva reflexion consintió en aceptar un cuantioso subsidio. El convenio relativo á esta variacion verificóse sin noticia del embajador británico Frére, quien no obstante lo averiguó, resultando de los datos adquiridos que el donativo anual habia de ser lo menos de tres millones. Frére aparentó al pronto acceder á tal convenio; mas luego pretendió que semejante ruptura de la neutralidad que la corte de España queria suponer reconocia, prestaba á Inglaterra el derecho de guerra. Los españoles se mostraron mas dispuestos á dar satisfaccion sobre algunos otros puntos de diferencias de menor importancia, aunque generalmente no se dió asenso á la seguridad reiterada de que una escuadra existente en el Ferrol, en lugar de marchar á alguna espedicion secreta como se sospechaba, seria enviada á la costa de Vizcaya, donde habian ocurrido algunas conmociones alarmantes. En fin, en pos de algunas apariencias de moderacion, diéronse órdenes para que no solo se detuvieran los buques de guerra españoles que condujeran dinero y barras, sino tambien todas las naves mercantes cargadas de municiones de guerra ó marina. Por causa de las negociaciones que habia pendientes, y con arreglo á las leyes del honor y de la equidad, debieran haberse trasmitido tales instrucciones á la corte de Madrid; mas esta formalidad, tan conforme á la justicia, no era conveniente al espíritu violento del ministerio británico. Ya que se aguardaba por instantes el arribo de muchas embarcaciones armadas de la América Meridional, era muy propio de los sentimientos de la humanidad el enviar contra ellas una fuerza tal, que les hubiera quitado el deseo de resistir á la órden arbitraria; pero la vista de cuatro fragatas mandadas por Moore y con direccion hácia Cádiz, alentó á los españoles á hacerle frente, toda vez que sus fuerzas eran menores que las de ellos; sin embargo de lo cual las consecuencias de este combate fuéron desastrosas. Es cierto que el comodoro Moore declaró que venia con ánimo sincero de ejecutar la órden de detencion sin derramar sangre; pero el almirante español se sonrió desdeñosamente de tal lenguaje, y respondió vigorosamente al fuego del enemigo. Tras de un corto combate voló una fragata española, no libertándose de la muerte mas que cuarenta y seis hombres de doscientos ochenta que estaban á bordo. Los demás buques tuvieron que rendirse después de perder cien individuos entre muertos y heridos: estas embarcaciones contenian á cuenta del rey 1.086,000 pesos, una gran cantidad de estaño y cobre y mucho oro además de plata y platina (1).

Al mismo tiempo continuaban las negociaciones en Madrid, aunque sin resultados satisfactorios. Si el monarca español se hubiera comprometido á suspender los preparativos marítimos y á descubrir la verdadera situacion en que se hallaba con respecto á Francia, la corte británica hubiera enviado un embajador á fin de ajustar de una manera definitiva la cuestion de la neutralidad; pero el hermano del primer enviado abandonó bruscamente la corte de España, después de quejarse de las respuestas evasivas y de la conducta poco conciliadora de la misma. El ministro de España en Londres habia propuesto una negociacion; pero sus indicaciones fuéron tratadas con menosprecio, y así de dia en dia se aguardaba que estallara la guerra en todas partes. Por fin, S. M. Católica, á pretesto de que los ingleses habian comenzado las hostilidades sin haber procurado legalizarlas con el anuncio formal de sus intentos, hizo el 12 de diciembre una declaracion de guerra en los términos de la mas viva indignacion.



Teatro de Adelphi.

Pitt, con el deseo de atender á los gastos que exigia la guerra de España, conocia la necesidad de aumentar la fuerza parlamentaria: en consecuencia llamó á los partidarios de Addington, y propuso que se diera á este el título de vizconde Sindmouth con la dignidad de presidente del consejo, y que se confiara la cancillería del ducado de Lancastre al conde de Buckinghanshire. Después del menosprecio y la arrogancia con que Pitt habia tratado á su antiguo amigo, la prontitud con que este procedió á aceptar la oferta de un empleo, no indicaba que estuviera dotado de un alma noble y altiva.

El discurso de apertura de ambas cámaras versó principalmente sobre lo relativo á España. El rey declaró que «habiendo llevado su indulgencia todo lo mas »lejos que podia permitirle el interés de sus estados, »descansaba ahora con confianza en el enérgico apoyo »de entrambas cámaras en cuanto á la discordia que no »debia atribuirse mas que á los consejos y á la funesta »influencia de Francia.» Consiguió el apoyo que deseaba, aunque no sin violentos debates y muchos comentarios por una y otra parte. Grey condenó el ataque realizado contra la escuadra española como pérfido é injusto, porque fué llevado á cabo sin ninguna amonestacion anticipada, y en los momentos mismos en que se trataba de una negociacion amigable en apariencia. Dicho ataque fué comparado por Renaito á la tentativa de piratería ejecutada contra la flota holandesa que re-

(1) Esta agresion contra unas embarcaciones que navegaban con confianza y seguridad bajo la proteccion de la paz, es una violacion indigna y detestable de todas las leyes del honor.

El gobierno inglés se vengaba con la mas despótica tiranía por su impotencia contra Francia, encarnizándose con su aliado español. El 9 de octubre, sin declaracion de guerra, el almirante Moore osó sujetar al derecho de visita cuatro fragatas españolas que regresaban de América á Cádiz cargadas de tesoros de Méjico. Las fragatas rechazaron valerosamente tal atentado, sosteniendo un combate mas que desigual en que tres de ellas fuéron cojidas y voló la cuarta. No contentos con estas violencias los ingleses, quemaban los buques mercantes en los puertos de la península, y destruian los convoyes, en tanto que el embajador español, el caballero Anduaga, seguia residiendo en la corte de Londres. Semejante violacion del derecho de gentes ejercida con una nacion en paz con la Gran Bretaña, ha exasperado justamente al gobierno español, quien el 12 de diciembre le declaró la guerra con un manifiesto de la mayor energía. (*Norvins.*)

gresaba de Esmirna, declarando que aquel en su concepto era mas detestable que este ultraje. Lawrence, doctor en derecho civil, condenó igualmente semejante accion, aunque en términos mas moderados. Lord Grenville se mostró enérgicamente de la opinion de que pudiera haberse evitado la guerra con una conducta mas juiciosa y moderada, y lord King reconvino al primer ministro por haber querido, sin ninguna consideracion á la justicia, probar al público que estaba dotado de mas vigor y firmeza que su predecesor, de quien habia hablado de una manera tan mordaz y satírica, habiéndole acusado hasta de cosas absurdas.

Las necesidades que se presuponian para la guerra dieron márgen á nuevas demandas que acrecieron la ya pesada carga. Declaróse la urgencia de un empréstito, y el ministro de Hacienda encareció lo satisfactorio de las condiciones con que se proponia contraerlo. La anticipacion fué de veinticuatro millones, siendo de todos los impuestos que fuéron su consecuencia, el mas espuesto á reparos, el que gravó á la propiedad con el aumento de una cuarta parte sobre lo ordinario. Fox reprobó tal medio como un arma peligrosa en manos de un ministro que por la facilidad que tendria para manejarla, podria dejarse arrastrar á hacerla cada vez mas insoportable, convirtiéndola en instrumento de opresion contínua.

El total del subsidio ascendió á mas de 55.590,000 libras, habiéndose estimado en tres millones mas los gastos necesarios para obtenerla. Con esta prodigalidad es como los comunes dispusieron de su propiedad personal y la de sus constituyentes.

Pudiera haberse rebajado una parte considerable de tal suma con un exámen severo de la conducta de los contratantes y de otros empleados públicos y con un justo castigo de sus intrigas y actos fraudulentos; pero corregir los abusos y destruir la preponderancia de la corrupcion, nunca fué el rasgo mas culminante del sistema administrativo de Pitt: hasta se hallaba poco propicio á que continuara la comision nombrada para practicar un exámen en la marina, por mas que aparentara favorecerla; y así, merced á su influencia, desechóse una mocion presentada sobre esta materia.

De los informes presentados al parlamento por los comisarios, tomóse especialmente en consideracion el relativo al comportamiento del tesorero de marina. El ministro, al paso que con este empleo cuidaba de los intereses públicos, sabia tambien atender á los suyos personales; de suerte que, no contento con sus emolumentos, sacaba úna utilidad considerable del uso temporal que hacia del tesoro nacional. Esta conducta, tan poco conforme con la lealtad, fué para la cámara objeto de grave discusion. Como se sospechaba que el vizconde Melville, en lugar de invertir debidamente todo el caudal sacado de la hacienda pública, habia aplicado gran porcion de él á proyectos de interés particular, ó que habia permitido que empleados subordinados incurrieran en responsabilidad por tal abuso de confianza, fué interpelado severamente por los comisarios, contribuyendo su negativa á responder, á confirmar la sospecha que acababa de concebirse.

Mediante una investigacon mas ámplia, descubrióse que Troter, pagador general, su amigo íntimo, habia estraido del banco de Inglaterra sumas enormes, depositándolas en manos de banqueros particulares en propio provecho suyo; y como semejante uso era contrario á lo mandado por una decisicion parlamentaria, merecia la mas fuerte censura. Su señoría alegó que en varios casos que se habian ofrecido empleó los fondos que estaban en su poder para diversos motivos plausibles; pero que habiendo destruido todos sus papeles inútiles, no podia acreditar las particularidades de tales traspasos, y añadió que al abandonar su empleo habia puesto el saldo de las cuentas en manos de su sucesor. Melville no fué declarado culpable; mas como no rendia una razon satisfactoria de su conducta personal ni de la de Trotter, resolvióse en junta á que asistieron Whitbread y los principales miembros de la oposicion, tacharle con el bochornoso título de infractor de la ley, y herir su orgullo de hombre importante por su elevacion y dignidades. No se aguardaba que la mayoría de la cámara tomara parte en el ataque; mas como tan grave causa merecia ser sostenida, nadie fué indiferente á ella, y ninguno de los que estaban prontos á defenderla se detuvieron por la incertidumbre del éxito.

Tres capítulos de acusacion fuéron presentados por Whitbread, sosteniendo que lord Melville habia estraido del departamento de marina los fondos públicos para invertirlos en otros usos; que habia tolerado la malversacion de un empleado, de cuya integrida l debiera haberse informado; que hasta habia participado del lucro ilegal á que ningun hombre de honor hubiera aspirado, y que por tal violacion de la moral, del deber y de la ley positiva se habia hecho acreedor al castigo. Pitt, esforzándose por justificar á su noble amigo de toda imputacion deshonrosa, negó que el público hubiera sufrido el menor perjuicio por el traspaso alegado, ó la mala aplicacion de los fondos de marina. En cuanto á la pesquisa, ningun reparo tenia que oponer, convencido de que la comision que se encargara de ella no podria aducir tachas contra el carácter de la persona residenciada. Lord Enrique Petty aplaudió el vigor de Whitbread con la esperanza de que la cámara en esta ocasion no consultaria mas que el sentimiento inviolable de la justicia, y reconvino al ministro por las insinuaciones con que trataba de justificar el proceder de lord Melville, justificaciones que no estribaban mas que en la simple denegacion de un perjuicio real. Pretendia que se habia corrido un gran riesgo, y para prevenir las pérdidas que podian resultar en adelante con la imitacion de un ejemplo tan irregular, era justo y necesario imponer el castigo que mereciera la falta, siempre que llegara á ser plenamente probada. Tierney parecia dispuesto á creer en virtud del lenguaje evasivo de lord Melville, que habia participado de las ganancias de Trotter. Canning probó de una manera argumentativa que no se habia violado el espíritu de la ley, y que sus artículos no siempre podian ser observados estrictamente. El último orador, que era el tesorero de marina, fué vituperado por Ponsomby por no haber destituido al pagador general, y aquel respondió que acerca de tal especie aguardaba las pruebas de su culpabilidad. Fox, con referencia á la opinion del contador mayor, que habia manifestado que la simple violacion de una ley no era un crímen, á no ser que proviniese de un motivo corrompido, espuso como una fuerte prueba de corrupcion la confesion hecha por lord Melville de haber permitido la aplicacion de los fondos públicos á cálculos de una naturaleza particular. Esta confesion en su concepto era tan bastante, que lo que procedia era escogitar el modo de proceder que debia adoptarse, y declaró que no se trataba de examinar si la acusacion podia ser desechada como calumniosa. Wilberforce censuró fuertemente esta parcialidad impolítica que poniendo á un culpable al abrigo de la persecucion de la justicia, tendia á hacer nacer en el pueblo el descontento y temor, y podia comprometer el carácter de la cámara de los comunes. La opinion de este miembro independiente y respetable prevaleció en la mayoría de la asamblea; y habiéndose dividido la cámara en la cuestion de culpabilidad, el número de los adversarios momentáneos del ministro igualó al de sus amigos, resultando en cada parte doscientos diez y seis votos. Obligado con esto el presidente á decidir el empate, votó por una série de resoluciones, una de las que declaró á lord Melville culpable de violacion manifiesta de la ley y de olvido de todos sus deberes.

Este desenlace causó alegría en todo el reino: todos los amigos de la patria aplaudieron con entusiasmo tal decision, sin que hubiera quien no alimentara la esperanza ardiente de triunfar completamente de un minis-

terio corrompido. Pitt apareció confundido con este golpe inesperado, y cuando vió que el intrépido acusador tenia intencion de proponer un mensaje para que se alejara al culpado de todo lo relativo á la administracion, aconsejó á lord Melville que cediendo á la borrasca resignara su empleo y abandonara la direccion del almirantazgo. Trotter, que era el mas delincuente, fué despojado de sus funciones.

No contento Whitbread con haber removido de su empleo á un ministro capaz en quien se reunian á la vez muchas dignidades, hizo una mocion para que se suplicara al rey que desposeyera á lord Melville de todos los cargos que conservaba de la corona, escluyéndole para siempre del consejo y de su presencia; pero advirtiendo que la mayoría de los miembros que hasta entonces le habia apoyado no estaba dispuesta á sostenerle en todos sus proyectos, cesó de solicitar tal nota de infamia, limitándose á pedir que las resoluciones se comunicarian á S. M. por la cámara entera. En esto salió completamente satisfecho, mas no tanto de la respuesta del rey.

Ofrecido de nuevo el mismo asunto á la consideracion de la cámara después de las vacaciones de Pascuas, nombróse una junta para examinar el contenido del informe que habia dado márgen á los debates precedentes. Whitbread, disgustado de que lord Melville siguiera en el consejo privado, se disponia á proponer un mensaje para demandar su espulsion de asamblea tan respetable, cuando supo por Pitt que el nombre de este par, ya odioso para lo sucesivo, habia sido borrado. Informado su señoría de la mocion para que se entablara acusacion contra él, pidió permiso para defenderse por sí mismo ante los comunes. Esta defensa fué tan débil y evasiva, que se juzgó necesaria una acusacion formal para satisfacer á la justicia. El proceso ocasionó violentos debates, ordenada una indagacion civil para recuperar los presuntos lucros del tesorero y del pagador. Whitbread insistió en la necesidad de una acusacion, y Bond propuso una accion criminal ante los tribunales ordinarios. La cámara accedió á esta proposicion por la débil mayoría de nueve. En cuanto al partido ministerial, después de reflexionar que era muy probable que los pares dieran una decision favorable, Leicester propuso la acusacion; mas como la mocion hecha al mismo intento por Whitbread fué desechada por una mayoría considerable, él y sus amigos se opusieron á que se renovara la misma proposicion, pretendiendo que era conveniente adherirse al último voto: empero la cámara decidió que el juicio tuviera lugar ante los pares. Esta decision fué anunciada á sus señorías el 26 de junio por Whitbread, quien añadió que á su debido tiempo se presentarian artículos particulares contra el noble acusado.

Así este asunto se mantuvo en suspenso por algun tiempo, y después de haber escitado un interés estraordinario cedió el puesto á otros objetos. Las disensiones del gabinete, el estado del ejército y de la marina, el temor de una invasion, las reclamaciones de los católicos, la ambicion siempre creciente del jefe de los franceses, la perspectiva de una guerra con esta potencia y el emperador de Austria, y en fin las cuestiones ordinarias y los recreos preocuparon sucesivamente el espíritu del pueblo inglés.

Pitt contemplaba con el mayor pesar que su reputacion é influencia se habian disminuido escesivamente: no dominaba ya como antes ni al gabinete ni á las dos cámaras, y el presidente del consejo y sus amigos no temian diferir abiertamente de él en el negocio de lord Melville. Halagándolos logró calmarlos por algun tiempo, hasta que renovada la discusion se reprodujo el cisma con mas violencia que nunca. Lord Simouth se mostró descontento por haberse conferido la direccion del almirantazgo á lord Barham, y no al conde de Bukingham: por esta causa y otros motivos de discordia que sobrevinieron, renunciaron ambos pares sus empleos. El vizconde fué reemplazado por lord Campden, cuyo puesto de secretario se dió á lord Castelreagh, y el destino del conde á lord Harrowby.

A consecuencia de una mocion hecha por el coronel Cravorfort para la revision de todo el sistema relativo á los asuntos militares, ventilóse de nuevo esta materia con todo el celo que exigia su importancia. El coronel consideraba al ejército en su estado actual, como poco temible y mal combinado para la defensa del país con buen éxito. Con el designio de estimular á la gente del pueblo á inscribirse, proponia que se limitara el tiempo del servicio y se suspendieran los castigos corporales, asegurando que el mejor medio para atraer gran número de individuos á la carrera de las armas era el hacer mas honorífico el servicio en lo sucesivo, el aumentar la paga y admitir á los católicos á los grados superiores, lo cual lejos de crear peligros, contribuiria á consolidar la fuerza del ejército. Al proyecto de limitar el tiempo del servicio se opusieron muchos oficiales de distincion, pretendiendo que seria incompleto y frívolo, y así la cámara se negó á nombrar una comision para que lo examinara. Suscitáronse debates mucho mas animados sobre la misma cuestion; mas ni los vigorosos esfuerzos del conde Darnley y de lord King, ni la viveza y talento satírico de Windham y Sheridan pudieron lograr la revocacion de lo resuelto acerca del aumento de la fuerza militar. No surtieron mas efecto las tentativas de lord Darnley con respecto á la reforma de marina, no obstante el apoyo del duque de Clarence y del conde de San Vicente, que sostuvieron la necesidad de establecer nuevos reglamentos.

Ora por motivo de tolerancia, ora por el deseo de dar mas energía á las medidas de defensa nacional, muchos miembros distinguidos ejercitaron su elocuencia en favor de las reclamaciones hechas de una manera vigorosa por los católicos de Irlanda, los cuales solicitaban la abolicion de todas las restricciones que se oponian á que participaran de los derechos de súbditos británicos. Recomendando lord Grenville con calor su causa á la consideracion de los pares, pretendió que no solo era injusto y poco generoso, sino además impolítico en sumo grado, el privar de sus derechos de ciudadanos á unos súbitos tan fieles y patriotas como los protestantes. A no considerarlos bajo este punto de vista, debian renovarse las concesiones hechas en el reinado actual, y obrar con mas justicia en la materia; pero como sabia que entre las personas sensatas habia pocas que dudaran de la lealtad general de los católicos, á pesar de la parte que muchos de ellos habian tenido en la última rebelion, producida mas bien por motivos políticos que religiosos, esperaba que en los momentos de crísis en que era indispensable la union sincera de todas las clases y sectas, no se vacilaria en otorgarles los altos cargos y el privilegio de votar en el parlamento. Añadió que no podia tenerse confianza en el juramento de quienes reconocian en su jefe espiritual la facultad de dispensarlos de aquel compromiso sagrado: pero ellos parecian hallarse prontos á desconocer tal facultad; y como quiera que realmente se manifestaban inclinados á hacer poco caso de semejante juramento, que es lo que podria impedirlos en lo sucesivo, pedia que con su sumision á los nuevos juramentos requeridos se tornaran dignos de los puestos de honor y confianza de que por tan largo tiempo habian estado escluidos.

Lord Hawkesburg no pretendia condenar la conducta de los católicos de la Gran Bretaña é Irlanda; empero hallábase convencido de la imprudencia que habria en otorgar á todos ellos los mismos derechos que las personas mas distinguidas de esta creencia solicitaban, pues la masa de la poblacion católica no parecia apresurarse á obtenerlos. El sistema protestante desde la revolucion de la Gran Bretaña estaba tan identificado con la constitucion, segun el orador, que todos los que deseaban su duracion debian mirar con ojos descontentos y recelosos cuanto podia considerarse como un atentado contra la misma constitucion. ¿No seria

contrario á la esencia de tal régimen el nombramiento de un primer ministro católico? ¿Podia contemplarse con seguridad á un católico dirigiendo la conciencia de un monarca protestante? ¿Podria confiarse prudentemente la mas alta dignidad segun el *commonlawo* (1) á un hombre que no reconociera la supremacía real, y que permitiera un prelado estranjero estender su autoridad hasta á los negocios civiles y el interior de las familias? Los favores que se trataba de conceder podian ser peligrosos en todos tiempos, y además eran impolíticos en unos momentos en que el papa se habia subordinado completamente á Bonaparte, que dominaba en la mayoría de los estados católicos de Europa. Lord Sidmouth rechazó fuertemente toda idea de otorgar el poder á una comunion que nunca se uniria cordialmente á los protestantes, y que miraba como un deber sagrado el propagar sus doctrinas é influencia.

Lord Redesdale temia que esta apetecida condescendencia acarreara el restablecimiento del catolicismo en Irlanda, la adquisicion de bienes eclesiásticos y la disolucion de la union. El conde de Limerick atribuia intenciones facciosas, no á lord Grenville, pero sí á otros partidarios bien conocidos de los católicos, diciendo que la propuesta de peticion en un momento de peligro, habia sido apoyada principalmente por los caudillos de la falange antiministerial. Suplicó por lo tanto á la cámara que no pensara solamente en las ventajas de los católicos, sino que considerara con atencion el interés de los protestantes, la parte mas merecedora de la nacion, que no dejaria de resentirse de una manera funesta con el cambio propuesto.

La importancia del asunto dió márgen á nuevos y violentos debates. El conde de Moira, lord Hutchinson y otros pares sostuvieron que los católicos habian desechado todas las opiniones que parecian impedirles el observar hácia los protestantes los sentimientos del honor y de la humanidad, y los que atribuian al papa la infalibilidad y el supremo poder; que estaban dipuestos, cual nunca lo habian estado, á mantener relaciones amistosas con los cristianos de todas las sectas, y que aun suponiendo que algunos de sus jefes abrigaran la esperanza de que la religion católica llegaria á ser algun dia la dominante, no habia apariencia ninguna de que jamás ocurriria tal preponderancia; que muy lejos de esto, la mayor parte del reino Unido profesaba un justo respeto á las doctrinas y los principios de la reformada.

El primado Carlos Manners Sutton, el lord canciller y los lores Auckland y Boringdon sostuvieron con igual y aun superior energía que las doctrinas ofensivas de los católicos no habian sido abjuradas hasta el presente de una manera enteramente satisfactoria; que los juramentos de los católicos, segun la doctrina de sus sacerdotes sobre los casos de conciencia, dejaban de ser obligatorios cuando la necesidad exigiera una licencia de interpretacion, ó cuando la política les hiciera entrever una ventaja real de eludirlos; que su celo contra la supuesta herejía del protestantismo no admitiria jamás una union sincera con los partidarios de la religion reformada, y que unas concesiones tan ámplias, que de ninguna utilidad serian para la masa de la comunion católica, tenderian infaliblemente á conmover los fundamentos de la Iglesia protestante. El objeto de la peticion fué desestimado por la decision de la cámara, en que hubo una mayoría de ciento veintinueve votos.

Todavía fuéron mas animados en la cámara de los comunes los debates sobre el mismo asunto. Fox apoyó la peticion con toda la fuerza de su varonil elocuencia. Los católicos, en su opinion, estaban autorizados en virtud de los derechos naturales de todos los súbditos del reino, á reclamar una parte igual á la de todas las demás clases de ciudadanos; de suerte que por su esclusion de un gran número de empleos, y por el impedimento que habia para sus progresos políticos, podia decirse con verdad que estaban infamados y mirados con el mas injusto disfavor por causa de sus principios peligrosos. ¿No debia considerarse semejante conducta como una especie de persecucion? ¿No era una especie de castigo impuesto á la rigidez de su conciencia? Toda tolerancia era imperfecta siempre que no la acompañaran la libertad política y los derechos civiles. ¿Cuándo llegará pues el dia, esclamaba, en que la conciencia se vea libre de todas las trabas que la esclavizan, y en que todas las sectas sean puestas en un pié de igualdad con los partidarios de la Iglesia reformada? Los juramentos en su concepto eran testimonios ridículos de supersticion para un gobierno sin las pruebas de un justo respeto á la religion. El gobierno tenia en verdad facultad para imponer restricciones siempre que la necesidad lo exigiese; pero ninguna otra consideracion mas que la seguridad del Estado podia justificar que en tal caso hubiera distincion entre una clase de ciudadanos y los de sectas diferentes; y no podia pretenderse, sin ultrajar la verdad, que la influencia actual del catolicismo amenazara al reino con el menor riesgo. Aun suponiendo la existencia de algun fundamento real de temor, ya estaba corrido el peligro; y toda vez que las clases medias de Irlanda habian estado por tanto tiempo en pacífica posesion de los derechos políticos, ninguna contingencia habia que recelar de la aprobacion de una peticion que se encaminaba á satisfacer á la nobleza y al vecindario católico: si se alegaba que á la concesion propuesta se oponia el juramento de estilo en la coronacion, la consideracion debida á la índole de este compromiso solemne no impedia que se accediera á las variaciones ó á los nuevos reglamentos que la sabiduría de ambas cámaras podia tomar en cuenta por medio de un proyecto formal de ley.

El doctor Duigenan, presidente de la corporacion eclesiástica de Irlanda, desaprobó en los términos mas violentos cualquiera nueva concesion á una secta que ninguna confianza inspiraba, y á la que de ningun modo podia darse mas valimiento que el que hasta entonces habia tenido. Si se accedia al objeto de la peticion, resultarian las mas alarmantes consecuencias: al poco tiempo podian lograr asiento en el parlamento noventa católicos, siendo de temer, contra lo que convenia, que un número tan considerable dominaria al ministerio, y así proporcionaria á Irlanda una especie de preponderancia. ¿Qué seguridad quedaria entonces á la Iglesia protestante? Grattan ridiculizó tales temores, y censuró la violenta animosidad del orador contra los católicos, añadiendo que si bien creia firmemente que estos no merecian tanta confianza como los protestantes, no era contraria su religion á la mas pura lealtad, y que nada contribuiria á tranquilizar la Irlanda tanto como las concesiones demandadas. Los protestantes nunca dejarian de gozar de una gran superioridad, y los católicos, careciendo ya de motivos de descontento, les mirarian en adelante con amistad y benevolencia. En lugar de la discordia que hacia tanto tiempo existia entre ambos partidos, se unirian cordialmente para la defensa de la nacion, y dejando en lo sucesivo de ser necesario un ejército considerable para inspirar temor en el interior del reino, podria ser empleado de una manera mucho mas útil contra los enemigos de Inglaterra.

Pitt confesaba que anteriormente habia estado dispuesto á sostener las pretensiones de los católicos; pero que la fuerza de las circunstancias actuales le impelia imperiosamente á variar de opinion y á oponerse á una mocion debatida de una manera tan elocuente. No solo se mantenia siempre inalterable una resolucion poderosa que él no tenia precision de revelar, sino que eran contrarios á tal proyecto el cuerpo del clero, la principal nobleza, las corporaciones mas respetables, la generalidad de la clase media y la masa de la poblacion inferior: por lo cual no vacilaba en manifestar que

(1) Derecho consuetudinario.

participaba de la opinion de semejante mayoría.

Después de una brillante discusion sobre una cuestion tan importante, la cámara se dividió en términos de ofrecer trescientos treinta y seis votos contra un exámen mas lato de las reclamaciones, y ciento veinticuatro solamente para que pasara á una comision. Esta fuerza negativa fué atribuida por los jefes católicos á la influencia de un espíritu de partido fanatizado y desprovisto de toda generosidad; mas como se proponian ser incansables y estaban resueltos á renovar sus esfuerzos en cada legislatura, continuaron confiando en que á fuerza de perseverancia llegarian por fin á lograr un triunfo completo.

CAPITULO LXXXVI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1808.)

El ministerio inglés consideraba después de la revolucion francesa tan estrechamente ligados los sucesos del continente con los intereses de la Gran Bretaña, que no cesaba de observar con la mayor atencion lo que pasaba en cada estado de Europa. Indignado de las usurpaciones de Francia, é impaciente por contener el torrente que amenazaba á la independencia de Inglaterra, desplegó todo su poderío para formar una confederacion imponente. Las calamidades y deshonra en que la ambicion infatigable de Napoleon habia sumido á un gran número de estados, y el temor de nuevos riesgos y desastres demandaban imperiosamente, segun el ministro, un pronto y eficaz remedio. Habiendo logrado á fuerza de reiteradas instancias que entrara en sus miras el gabinete ruso, celebróse un tratado en Petersburgo con la esperanza de inducir á todas las potencias de Europa á formar una liga temible contra Francia, especificándose en él cuatro puntos principales en cuanto á los diferentes estados que reclamaban una atencion particular. Estos artículos eran la espulsion de los franceses del Norte de Alemania, la emancipacion de Holanda y Suiza, sumisas hasta entonces á la autoridad arbitraria de Bonaparte, la reconquista del Piamonte, que debia ser restituido al rey de Cerdeña, y la restauracion total de Italia: un quinto artículo mas general é importante tenia por objeto el establecer una fuerte barrera contra toda usurpacion futura.

S. M. prometió suministrar para el buen éxito del proyecto subsidios pecuniarios al tipo de un millon y cuarto por cada cien mil hombres. Convínose además que los confederados reunieran quinientos mil hombres antes de principiar las hostilidades; pero la dificultad de poner en pié un ejército considerable determinó á las principales partes contratantes á hacer la reduccion de un quinto. Calculóse entonces que Austria podria proporcionar doscientos cincuenta mil hombres, Rusia ciento quince mil, y que los otros estados menos poderosos aprontarian fácilmente el resto. El recuerdo de los desastres esperimentados por Francisco en la guerra precedente entorpecia en él el impulso que las cortes de Rusia é Inglaterra querian dar; mas cediendo por fin á sus instancias y demostraciones, consintió en enviar fuerzas numerosas al campo de batalla, con la condicion de que se le pagaran tres millones de esterlinas en aquel año y cuatro en el siguiente, si todavía duraban las hostilidades, ó aunque no hubiera mas que preparativos de guerra por una y otra parte. El embajador inglés opuso al pronto muchos reparos á tales demandas; pero al fin prometió adelantar una suma considerable para que las tropas se pusieran cuanto antes en estado de guerra.

Un criterio mas sano sin duda hubiera hecho conocer al ministerio de Inglaterra la necesidad de moderar su celo que se manifestó de una manera intempestiva: quizá temia un ataque de parte de las escuadras española y francesa, y esperaba que acelerando una guerra continental conjuraria el peligro de una invasion; ó quizá sin inquietarse por tal contingencia se hallaba impaciente por humillar la arrogancia de Bonaparte y poner coto á su ambiciosa carrera. Lo cierto es, que sin considerar la probabilidad del mal éxito ni el azar de una derrota, no vislumbró mas que esperanzas de gloria y conquista.

En medio de los preparativos para la guerra hacíanse proposiciones á fin de terminar todas las diferencias. Alejandro envió á Novosilzoff á tratar con la corte de Francia; pero durante el viaje de aquel embajador un nuevo acto de usurpacion que quitó á la república de Génova su independencia, dió una idea tan desfavorable de las miras políticas y de la disposicion de Napoleon, que el emperador se convenció de que no se podia ajustar con él ningun tratado con seguridad, antes de precisarle á adoptar una conducta mas moderada: en consecuencia fué llamado el enviado diplomático, juzgándose que el único remedio que restaba contra la dominacion francesa era un ejército numeroso. Empero el emperador de Austria resolvió hacer un llamamiento elocuente al honor y equidad de Bonaparte antes de emprender las hostilidades, enviando al efecto al conde Cobentzel para manifestarle su deseo ardiente de obtener la paz, y para proponer una negociacion amistosa entre las cortes de París y Petersburgo bajo su mediacion y la del rey de Prusia. Nada satisfactoria fué la respuesta á tal demanda. Contestóse con espresiones de resentimiento contra Alejandro, á quien se acusaba de haber insultado repetidas veces al jefe de los franceses, rechazando además de una manera esplícita la oferta del príncipe austriaco, que desaprobando en términos formales y claros, á ejemplo del prudente Federico Guillermo, toda intencion hostil contra Francia, habria podido decidir al rey de Inglaterra á confirmar el tratado de Amiens, por cuanto sabia bien este monarca que Rusia sola no podria sostenerle de un modo eficaz.

La importancia de los preparativos austriacos originó nuevas reclamaciones de parte de Francia. Segun Napoleon, la gran masa de tropas que desplegaba el Austria tendia á infringir la neutralidad á que él tenia derecho, por haber accedido á retirar de las costas gran parte de las fuerzas destinadas á invadir Inglaterra. Insistia pues en que se redujera el ejército á un número regular, demandando en cambio de su indulgencia una declaracion inmediata de neutralidad. Francisco negó que abrigara intencion alguna de socorrer ó favorecer á Inglaterra, y afirmó que preferiria mantenerse mediador imparcial antes que tomar parte en la guerra: mas sostuvo la necesidad urgente de adoptar grandes precauciones contra los riesgos que podian resultar, y desaprobó todo deseo de mezclarse en los asuntos que concernian esclusivamente al gobierno francés.

Como Bonaparte, á pesar de tales propuestas, no dudaba de la resolucion que animaba al emperador de entrar en una nueva guerra, resolvió someterle antes que los rusos pudieran tomar parte activa, la confederacion. Los movimientos progresivos de las tropas francesas aumentaron la ya principiada alarma y precipitaron al inconsiderado monarca á una empresa imprudente. Suponiendo el emperador que el elector de Baviera, envidioso del ascendiente del Austria, estaria dispuesto á favorecer mas bien que á oponerse á los franceses, comenzó por invadir los territorios de este príncipe, demandándole que reuniera sus fuerzas á las tropas levantadas para defender el imperio. El elector prometió lo que se queria, aunque sin ninguna intencion de cumplirlo; por lo cual abandonó su capital apresurándose á huir á la Franconia, apenas pasaron los austriacos el rio Inn. Estos amenazaron con su venganza á las dispersas tropas que se negaron á dejar las armas y á someterse. Los vecinos y habitantes de las provin-

cias fuéron saqueados de un modo indigno, no siendo pagados los recursos y víveres que aprontaron, mas que con recibos que de nada sirvieron. Semejante conducta nada contribyó á desviar al elector de los intereses de los franceses, cuyo arribo esperaba con impaciencia.

Si el rey de Prusia, cuyo ejército era numeroso y bien organizado, hubiera entrado en la liga, habria podido reprimirse la audaz ambicion de Napoleon; pero permaneció en una neutralidad que creyó mas conforme á sus intereses. Sofocando todo sentimiento de dignidad y de justo resentimiento, soportó impunemente de parte del ejército francés el insulto mas ofensivo para un monarca orgulloso, permitiendo que dos divisiones de aquel atravesaran su principado de Auspach, para ir á atacar al jefe de un estado con quien estaba intimamente ligado.

Al aproximarse los franceses, cuyo soberano hubiera asegurado la tranquilidad y el bienestar mostrándose equitativo y moderado, resultaron todas las desgracias de la guerra. En Guntzbourg se disputó tenazmente la victoria, habiendo pasado el enemigo el Danubio por aquel punto y otros varios de la manera mas triunfante. El ejército, mandado por el mariscal Mack, militar metódico mas bien que hábil general, habia sido imprudentemente debilitado con la mira de aumentar las fuerzas defensivas de Italia, y ocupaba una gran estension de terreno entre Ulma y Memmingen. Los franceses tomaron acertadas medidas para rodear las divisiones enemigas, y una gran parte del ejército logró salvarse sin ser derrotada; pero el resto capituló después de muchos combates parciales.

Este rápido triunfo fué de mal agüero para la causa austriaca. Todo el país desde Ulma hasta el Ems fué abandonado á los vencedores; las orillas de este rio estaban mal defendidas, y el ejército reunido del Austria y de Rusia se retiró á la izquierda del Danubio, dejando á Viena en peligro de ser tomada. El enemigo, trasportado de alegría, penetró en esta ciudad, y desde el palacio de Schoembrun envió Bonaparte sus arbitrarias órdenes á todo el territorio austriaco. Los emperadores aliados resolvieron sin embargo no ceder sin hacer antes un esfuerzo definitivo y obrar con vigor en Moravia, donde no aguardaban permanecer largo tiempo sin ser hostilizados.

Los sucesos de la guerra en el Norte de Italia no eran á propósito para compensar las desgracias de la campaña de Alemania. Cansado el archiduque Carlos de los contínuos combates, principiaba á efectuar su retirada, cuando supo la rendicion de Ulma, llegando por fin á las fronteras de Hungría á costa de grandes pérdidas y fatigas. Los recelos que los movimientos de los ejércitos ruso y británico escitaban en las tropas francesas, que juzgaron prudente precaverse contra este nuevo peligro, favorecieron la fuga del archiduque; pero el desembarco de las tropas aliadas que se verificó en la costa de Nápoles no tuvo mas efecto que el de acelerar la caida de un príncipe que Inglaterra y Rusia parecian favorecer ostensiblemente.

Estimulado Federico Guillermo con las exhortaciones del embajador inglés que ofrecia un considerable subsidio para decidirle á que enviara prontamente un socorro de tropa, y seducido al parecer por los discursos del emperador de Rusia que se habia trasladado á Postdam con el fin de conseguir su alianza, prometió enviar un cuerpo de ejército, si eran desechadas las condiciones de la paz que pensaba proponer á Napoleon en favor de toda Europa. Su sinceridad en aquellas circunstancias era muy problemática. Alegó el cambio de circunstancias como motivo suficiente para modificar él su conducta, y desear la conclusion del tratado que escitaba la desaprobacion de las potencias confederadas.

El cambio á que aludia era el resultado de una batalla general ocurrida el 2 de diciembre cerca de Austerliz, donde trás de un vano aparato de negociacion se prepararon ambos partidos á un combate decisivo. Los rusos, que componian cerca de las tres cuartas partes del ejército aliado, estaban bajo el mando de Kutusoff, á quien se dió además el mando de las fuerzas austriacas á pesar de su poca esperiencia militar. Superaban los franceses á sus adversarios, no tan solo en número, sino tambien en el talento y habilidad de sus jefes. El proyecto concebido por Kutusoff de envolver el ala izquierda del enemigo, le habia hecho formar grandes esperanzas de alcanzar la victoria; pero su plan era defectuoso y sus movientos mal combinados. A pesar del valor con que peleó su ala derecha, no pudo conseguir la victoria ni socorrer el centro, del que estaba demasiado distante, y cedió este á terribles y reiterados ataques. La retirada se verificó con bastante órden; pero las pérdidas fuéron muy grandes y se desvanecieron enteramente las esperanzas del emperador de Austria, que solicitó una tregua y la obtuvo haciendo salir de Alemania las tropas rusas.

Hizo tal impresion este desastre en el ministro de Prusia enviado á tratar con Bonaparte, que se apresuró á obtener el favor del conquistador por medio de una ilimitada sumision á sus órdenes. Convinieron secretamente en que cederia el rey tres provincias al emperador de Francia; que en cambio se le permitiria apoderarse del Hannover, y prestaria su adhesion al resultado de las conferencias entabladas en Presburgo. Poco tiempo después se firmó en esta ciudad un tratado desventajoso para el monarca austriaco, que cedió al temible vencedor sus posesiones venecianas, y restituyó considerables territorios de Alemania al elector de Baviera y otros príncipes dependientes del conquistador. Tal fué el desenlace funesto de una coalicion mal concertada.



Instituto politécnico.

Mientras que deploraba la corte británica los descalabros de sus aliados, se regocijaba con otro nuevo triunfo marítimo. La señalada victoria obtenida junto á la embocadura del Nilo, y la gloria adquirida en otros teatros de conquistas, hubieran pod do satisfacer la laudable ambicion de Nelson; pero á pesar de esto se mostraba tan impaciente por encontrar al enemigo, como un guerrero ardiente y jóven que busca una ocasion de darse á conocer; y así proyectaba nuevos esfuerzos, como si su valor pasado solo hubiera producido resultados insignificantes y sin utilidad. Semejante á César, pero inspirado por mejor causa, creia que nada habia hecho por su patria, puesto que todavía podia prestarla algun servicio. Activo siempre, aunque agobiado por su endeble y fatigado físico, animado siempre por un celo patriótico y un rencor violento contra los principios revolucionarios de los franceses, emprendió con el mayor ardor la persecucion de los enemigos de su país que habian salido de los puertos que los protegian. Se hizo á

la vela hácia las Indias Occidentales, y al llegar á las Barbadas supo que Villeneuve, despues de atravesar el Atlántico con una escuadra compuesta de buques españoles y franceses, habia permanecido á la altura de la Martinica, no creyéndose bastante fuerte para atacar ninguna de las islas británicas, á pesar del considerable número de tropas de desembarco que tenia. Pareciéndole que esta escuadra se habia dirigido hácia el Sur, siguió la misma ruta el almirante inglés lleno de ardor y de esperanzas; pero fuéron inútiles sus pesquisas, é igual éxito tuvieron por la parte del Norte. Presumiendo Nelson entonces que no estaba Villeneuve en disposicion de combatir con él, se dirigió á Europa y vigiló atentamente las costas de España.

La escuadra británica hubiera podido ser mucho mas numerosa en aquella ocasion. Solo tenia Nelson once navíos de línea cuando principió á perseguir á Villeneuve, que mandaba doce buques franceses y seis españoles, todos de línea; y cuando el vice-almirante Calder alcanzó al enemigo á alguna distancia del cabo de Finisterre, solo contaba, segun su parte, con diez y siete buques de alto bordo, entre navíos y fragatas, contra veintisiete. No por eso dejó de empeñar el combate con intrepidez tan de cerca como se lo permitió el viento y la disposicion de los buques enemigos, consiguiendo apresar dos navíos. Satisfecho con este resultado, no procuró renovar el combate en los dos dias siguientes; pero fué severamente castigada esta falta por la indignacion general, y el fallo de un consejo de guerra.

No desconfiaba sin embargo Nelson de obtener un resultado próspero, esperando escarmentar al enemigo como merecia, destruyendo la naciente escuadra de aquel á quien miraba Inglaterra como tirano de Europa, y burlando sus proyectos y amenazas de invasion. Volvió á Inglaterra en busca de un refuerzo marítimo, y despues de haber obtenido facultades estraordinarias, regresó á las costas de España con la mayor alegría de sus marinos, que esperaban con impaciencia los condujese á la victoria.

Contaba á la sazon la escuadra enemiga treinta y tres buques de línea. Noticioso Villeneuve de las altas esperanzas del emperador su amo, que no deseaba sin embargo que arriesgase un combate decisivo, se hizo á la vela desde Cádiz con objeto al parecer de dirigirse al Mediterráneo. Aumentóse su atrevimiento al saber que habian ido cuatro buques á Berbería en busca de provisiones; pero aun quedaban á Nelson veintisiete naves, con las que estaba dispuesto á acometer á una escuadra aun mas numerosa que la del enemigo.

Si la armada enemiga no escedia de veintiun buques, pensaba el almirante inglés sostener el ataque con igual número de navíos, y dejar de reserva los doce mejores, con órden de maniobrar de modo que colocasen á la línea inglesa entre sus divisiones; pero cuando al aproximarse al cabo de Trafalgar descubrió una escuadra mas numerosa de lo que creia, resolvió no formar mas que una sola línea.

Antes de empeñar el combate habia trazado Nelson su plan de ataque, notable por su vigor y sencillez. El órden en que navegaba debia ser el mismo con que se entrase en batalla: la escuadra debia formar dos líneas, una de vanguardia, compuesta de los buques mas pequeños, que bajo las órdes del segundo comandante debia romper la línea que se opusiera, si podia lograrlo á una distancia considerable de la retaguárdia, mientras que el almirante haria una tentativa semejante, pero mas directa, sobre el centro. De este modo esperaba asegurar la victoria antes que la vanguardia enemiga pudiese socorrer á su retaguardia. «Los capitanes, decia, debian considerar como punto de retirada su propia línea; y si no pudieran verse las señales, no seria reprendido ningun capitan que colocase su buque junto al del enemigo.

El navío *Victoria*, que montaba Nelson, atacó el 21 de octubre al *Bucentauro*, navío almirante de Villeneuve, y el *Temerario*, que le seguia, acometió á otro. En el mismo momento tomaron parte en el combate los navíos mas avanzados que mandaba lord Collingwod, y aproximándose poco á poco los restantes buques, quedó rota la línea enemiga. La *Victoria* dejó fuera de combate á un navío, y acometió al *Terrible*, del que brotaron torbellinos de llamas que se apresuraron á apagar los marinos ingleses, porque la posicion apiñada de las dos escuadras hubiera producido muy luego un incendio general. Gran número de soldados estaban embarcados en los buques españoles y franceses, y algunos diestros tiradores colocados en la *Santísima Trinidad*, y no en el *Terrible*, como pretenden algunos, hicieron fuego al puente de la *Victoria*, matando muchos oficiales é hiriendo al almirante mismo. Este fué trasladado al instante á otro sitio menos peligroso, y se llamó en seguida un cirujano para que examinase sus heridas: su silencio y triste mirada dieron á conocer el convencimiento en que se hallaba de que la herida era mortal: la bala habia penetrado en el pecho y lastimado las partes esenciales para la vida. Vivió dos horas padeciendo, pero sin perder el conocimiento. Habló friamente con el capitan Hardy: supo con placer que se habia rendido una gran parte de la escuadra enemiga, y dió gracias á Dios por aquel nuevo triunfo de las armas británicas obtenido por una causa justa y honrosa. Su muerte escitó un pesar general. Nunca han hecho mencion los anales de nacion ninguna de un marino mas hábil é intrépido, que á un mérito superior como hombre público, reunia un corazon benéfico y afectuosas maneras.

Fué de corta duracion este memorable combate, pues se terminó á las tres horas; pero el encarnizamiento con que se peleó por ambas partes fué terrible, y espantosa la mortandad. Los combatientes que tripulaban el *Temerario* adquirieron gran reputacion por el valor que desplegaron en el momento en que un navío francés lo abordaba por un costado y un español por el otro; pues redoblándose su intrepidez al ver súbitamente plantados en su nave los pabellones enemigos, rechazaron á sus atrevidos rivales, cogieron muchos prisioneros, y volvieron á desplegar el pabellon inglés. Hubo en aquel navío ciento veintitres hombres muertos y heridos, ciento treinta y dos en la *Victoria*, y ciento cuarenta y uno en el *Real Soberano*. Lord Collingwod valuó el número de muertos en cuatrocientos veintitres, y el de heridos en mil ciento sesenta y cuatro, calculando que los españoles y franceses habian perdido el cuádruplo segun todas las apariencias.

Al terminar el combate se encontraron dueños los vencedores de diez y ocho navíos; de los restantes habian sido incendiados algunos, y catorce se habian retirado esperando poder escaparse. La tempestad que sobrevino despues de la batalla, no solo hizo muy difícil la conservacion de los navíos apresados, sino que puso á la escuadra inglesa en peligro de callar en la costa; pero el viento, que cambió durante la noche, apartó los buques de tierra. Al siguiente dia las naves que menos habian padecido fuéron las elegidas para escoltar á las apresadas: pero no pudo verificarse este proyecto, porque sobrevino una terrible tempestad, durante la cual el enemigo, con un refuerzo que recibió de Cádiz, atacó aunque débilmente bajo las órdenes de Gravina, viéndose obligado á retirarse. La duracion de la tempestad impidió que pudieran conducirse á un puerto amigo los buques apresados, y hubo necesidad de dar órden para destruirlos; dos fueron incendiados, y echados otros á pique despedazados, siendo algunos mas víctimas del furor de la borrasca. En el *Fogoso* y el *Indomable* sucumbieron cuantos iban á bordo; otros muchos murieron en varios naufragios; pero se tuvo cuidado de sacar los prisioneros de los buques que se decidió destruir, y fuéron tratados con humanidad. Todos los prisioneros españoles que se hallaban heridos, fuéron enviados á Cádiz bajo condicion de que no volvieran á tomar parte en la guerra antes de efectuarse un canje en regla, y se lo-

gró á costa de mucho trabajo conducir cuatro buques capturados á Gibraltar.

Aun cuando no hubiera padecido tales desastres la escuadra combinada, hubieran quedado bastante castigados los enemigos de la Gran Bretaña; pero todavía les aguardaban nuevos reveses. Seis buques suyos tuvieron un fin desgraciado, naufragando unos y quedando los otros fuera de servicio. Otros cuatro se vieron obligados por las hábiles maniobras del capitan Strachen á entrar en combate. Mandábalos el contraalmirante Dumanoir, que viendo que no podia evitar la lucha, se defendió con tal vigor, que cuatro navíos de igual número de cañones no pudieron vencerlo sin el auxilio de muchas fragatas: pero tuvo que rendirse al fin, esperimentando los vencedores poca pérdida relativamente al enemigo.

La reputacion militar de la Gran Bretaña es esclarecida sin duda alguna; pero le supera todavía la marítima, que recibió nuevo lustre con las hazañas del héroe que terminó su brillante carrera en las aguas de Trafalgar. Desde este acontecimiento los enemigos de la Gran Bretaña perdieron la esperanza de obtener ninguna ventaja por mar, y el proyecto de invasion quedó reducido á una vana amenaza.

Sin esperar el rey la sancion del parlamento dió sus órdenes para que se hicieran al almirante Nelson funerales magníficos. Sus restos fuéron conducidos con gran pompa al hospital de Greenvich, donde descansaron durante tres dias, depositándose en seguida el cadáver en el almirantazgo, hasta que quedaron concluidos los preparativos para los funerales. Asistieron los regimientos que habian servido en Egipto, marchando lentamente al son de una lúgubre música, y en las calles estaban formados los voluntarios armados. Un cuerpo de veteranos de la marina y otros sacados de la tripulacion de la *Victoria* precedian el estandarte británico; y gran número de nobles, y hasta el príncipe de Galles con sus seis hermanos, mostraron con su presencia el respeto y la admiracion que les infundian la memoria y hazañas del héroe. El rico ataud que encerraba los restos del almirante estaba colocado bajo un palio sostenido por cuatro columnas que figuraban unas palmeras, y el carro, magníficamente decorado, tenia la forma de un buque de guerra. El sentimiento público era escesivo; y al ver el fúnebre carro se desprendian lágrimas de los ojos de los espectadores. Seguian después cincuenta carruajes de luto que conducian al hermano, sobrinos y amigos del noble par, y á los reyes de armas y oficiales de mar y tierra. En Temple-Bar, los principales magistrados, los regidores y jueces, recibieron al numeroso acompañamiento y le condujeron á la catedral: seis almirantes condujeron el palio, y cuatro llevaban el paño mortuorio. Celebróse el oficio con la mayor solemnidad, observándose el órden y reverencia mas severos entre la multitud que llenaba la iglesia. De repente, y por medio de un ingenioso artificio, se hundió y desapareció el ataud que estaba colocado bajo la cúpula, y descargas y salvas anunciaron el fin de la ceremonia.

La victoria de Trafalgar sirvió de compensacion á los reveses sufridos en la guerra del continente; pero además las armas inglesas quedaron victoriosas en otra guerra que ninguna relacion tenia con la contienda que habia á la sazon en Europa. Cuando se verificaron los tratados con Scindia y Ragogeé, concibió el gobernador general el proyecto de imponer las mismas condiciones arbitrarias á Holkar, que aunque no habia tomado parte en la guerra, se creia no ser adicto á los intereses de la Compañía. Como segun el modo de pensar del marqués de Wellesley, era un crímen esta falta de sumision, dió órden al general Lake para que vigilara la conducta de este jefe, á quien acusó de haber impuesto contribuciones á los aliados del gobierno británico, de haber sacrificado por infundadas sospechas á tres ingleses que servian en sus tropas, y de haber intentado organizar una confederacion enemiga. Las razones que adujo en su defensa, se miraron como frívolas escusas, y Lake recibió órden de atacarle antes de que tuviera lugar de apercibirse. Ocupáronse en breve muchas fortalezas suyas; pero pronto se puso en estado de causar á sus enemigos derrotas de consideracion. El coronel Mouson, enviado con tres mil hombres para hostilizar á los máratas, padeció tanto por la escasez de víveres y la desercion de los naturales, que solo tenia á sus órdenes algunos pocos soldados al refugiarse en Agre. Envanecido Holkar con esta ventaja, se atrevió á acometer al general inglés cerca de Matura, pero con tan mal éxito, que se vió obligado á llamar su caballería para evitar una derrota, y en un encuentro posterior se vió obligado á retirarse precipitadamente. Embistió no obstante á Delhi, y arriesgó un asalto en que fué rechazado, y al saber que se aproximaba el ejército enemigo buscó un asilo en las cercanías de Deeg. Estaba protegido su frente por un gran estanque que servia tambien de defensa á su derecha, y se estendia su izquierda hasta la misma fortaleza que estaba guardada, no solo por sus tropas, sino tambien por las del rajah de Bhurtpour. No permaneció mucho tiempo encerrado en esta posicion, sino que abandonándola á su infantería, recorrió el país con su caballería. El mayor general Fraser fué herido mortalmente en el combate, y conducido fuera del campo de batalla, tomando el mando Mousou, que sin apropiarse ningun mérito, hizo recaer toda la gloria de la jornada en las medidas tomadas por su antecesor, y el entusiasmo que habia inspirado al ejército. Fué envuelta el ala derecha, forzada la línea toda, y quedaron ahogados ó muertos mil ochocientos máratas. Poco tiempo después derrotó Lake la caballería cerca de Ferruck-Abad; pero no pudo impedir la fuga de Holkar. Estas ventajas no bastaron para que se rindiera Deeg; por lo que fué sitiada en regla, y luego que se abrió brecha se prepararon tres columnas á dar un asalto general. La una, conducida por el capitan Killy, atacó las trincheras y baterías de la izquierda de la ciudad; otra, mandada por el mayor Radcliffe, forzó las obras de la derecha, y el brigadier Mac-Rae, á la cabeza de la division del centro, se encargó de escalar la brecha. Estas atrevidas operaciones tuvieron éxito completo. Murieron gran número de maratas, y trescientos ingleses fuéron muertos y heridos.

Mucho mas considerables fuéron las pérdidas sufridas en el sitio de Bhurtpour. Cuatro veces fué asaltada la ciudad con tal vigor é intrepidez, que parecia cada vez inevitable su rendicion; pero no pudo ser sin embargo sometida. Mas de tres meses hacía que duraba el sitio; y agotada la paciencia del general Lake, se preparaba á dar un asalto definitivo, cuando pidió la paz el rajah. Considerado como rebelde, después de haber sido aliado de la Compañía, fué obligado á pagar una multa muy crecida y á ceder Deeg y otras muchas fortalezas y territorios.

Durante la rebelion de Holkar, la dimision de lord Wellesley dió ocasion al marqués de Cornwallis para ejercer de nuevo una autoridad suprema en los territorios de la Compañía. La opinion de los directores era que Wellesley, al paso que aumentaba aparentemente el poder de la Compañía, no trabajaba de ningun modo en favor de sus verdaderos intereses, y que en vez de protegerlos, les perjudicaba con su genio emprendedor y la ilimitada estravagancia de su gobierno civil y militar. Lord Cornwallis adoptó un sistema diferente. Habiéndose distinguido anteriormente, dando á los naturales cierto dominio sobre las tierras que debian prosperar con su cultivo, y haciendo mas asequible la justicia, renovó su celo y esfuerzos por librar al estado del peso y las desgracias de la guerra, sin alterar sin embargo la seguridad pública. Murió contribuyendo á llevar adelante su noble propósito, y fué universalmente llorado. Jorge Darlow, que le sucedió en su puesto, aprovechó la primera ocasion favorable para arreglar la paz con Holkar,

cuyo territorio y pretensiones fuéron disminuidas, y prometió evitar toda especie de alianza desagradable á la Compañía.

CAPITULO LXXXVII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1806.)

Duraba todavía la impresion que habian causado las últimas victorias marítimas, y el rey creyó que debia hacer de él el objeto principal de su discurso al abrir las cámaras—1806.—S. M. recomendó pues con calor el héroe de Trafalgar al eterno reconocimiento de la patria, y propuso á la nacion que le diera una muestra de munificencia levantando un monumento que pudiera conservar hasta la mas remota posteridad la memoria de sus servicios y el ejemplo de su patriótico celo. En cuanto al asunto de la guerra continental, declaró que veia con profundo dolor los descalabros del emperador; pero que él no tenia que echarse en cara ninguna culpa sobre la causa de sus aliados. Afirmaba que en virtud de la animosidad siempre implacable de Alejandro hácia la nacion francesa, estaba en el interés político de Inglaterra mantener íntimas relaciones con esta potencia; y añadió, que siendo indispensables los subsidios que se habian calculado necesarios para las urgencias imperiosas del estado en las actuales circunstancias, no dudaba de modo ninguno de la liberalidad de la nacion. Los desgraciados sucesos recientes babian aumentado demasiado la preponderancia peligrosa de Francia, para que no fuera indispensable tomar todas las medidas oportunas para rechazar el peligro; y sin una vigilancia constante, y vigorosos esfuerzos, seria imposible terminar la contienda en términos de asegurar á la Inglaterra su tranquilidad, su independencia y su distinguido rango entre las demás naciones del mundo.

Los amigos de Pitt hubieran visto con satisfaccion su presencia en aquellas sesiones, y la promesa de su firme apoyo hubiera compensado las esperanzas frustradas de una victoria en el continente; pero una grave indisposicion le tenia postrado. Habia sufrido varios ataques de gota, enfermedad de que adoleció tambien su padre, y en el trascurso de los cuatro años últimos habian decaido notablemente sus fuerzas. Siempre fué flaco y delicado; pero una debilidad de estómago que no permitia á este órgano ejecutar libremente sus funciones, le dejó reducido á una estenuacion escesiva. Después de tomar sin éxito ninguno las aguas de Bath, se habia retirado á su casa de campo de Perteney en el mas alarmante estado, aunque sus médicos aseguraban que podia restablecerse. Tal vez sus desvelos por el país contribuyeron á agravar su enfermedad, á pesar de sus constantes esfuerzos por apartar de su mente toda clase de ideas contrarias á la salud. Los síntomas eran cada vez mas alarmantes, y el obispo de Lincoln, su antiguo preceptor y fiel amigo, tomó á su cargo el descubrirle la triste verdad y ofrecerle los auxilios espirituales. Recibió con serenidad esta noticia, y después de arreglar tranquilamente sus negocios temporales, unió fervorosamente sus oraciones á las del prelado, sometiéndose con resignacion á su próximo fin. Murió sin ninguna especie de agonía á los cuarenta y siete años de su edad. Se mandaron celebrar en sufragio suyo funerales públicos, y los comunes se encargaron generosamente de pagar sus deudas. Al ascendiente de su elocuencia y á su habilidad administrativa se debe la formacion de una nueva escuela política, que se distingió por su violencia anti-jacobina, la tolerancia de los mas groseros abusos y una sórdida rapacidad, mas bien que por su moderacion, por sus premios al mérito, á la virtud, á la instruccion, y por un patriotismo incorruptible y honroso.

La cámara de los comunes espresó en un mensaje al rey su celo y sentimiento, y no solo consintió en la ereccion de un monumento á la memoria de Pitt, sino que pidió asimismo que se elevase otro á la de Nelson, para cuya familia propuso la compra de una considerable porcion de terreno que debia destinarse al sostenimiento de su condado. Se reconoció al mismo tiempo el mérito del marqués de Cornwallis como diplomático y guerrero con la aprobacion de un voto que disponia que se elevara en la iglesia de la metrópoli un cenotafio en memoria de su patriotismo, se señaló una generosa pension á la viuda de lord Nelson, y además de las diez mil libras anuales otorgadas á los herederos sucesivos de su título, se votó la inmediata donacion de noventa mil libras para la compra de las propiedades prometidas.

Se creia generalmente que el jefe de la oposicion y sus principales amigos serian revestidos del poder ministerial; pero el rey, que no habia podido formar un gabinete sin admitir en él á individuos cuya conducta desaprobaba altamente, no estaba dispuesto á llevar su condescendencia hasta el punto de solicitar su apoyo y sus consejos. Tan satisfecho estaba de las cualidades y sabiduría de lord Hawkesbury y de su aduladora sumision, que le rogó que aceptara el primer puesto en el ministerio, y que hiciera en él los cambios que le sugiriera su prudencia. Auque muy lisonjeado el lord con la notoria parcialidad de su soberano, rehusó modestamente un honor que juzgaba demasiado prematuro, y pidió permiso para retirarse de la administracion, dándose por contento con la direccion de los cinco puertos con que su real protector habia recompensado sus servicios.

Desconcertado el rey en esta tentativa, y convencido de la crítica situacion en que se encontraban los negocios, creyó de necesidad absoluta solicitar el auxilio de lord Grenville, aun cuando no dudaba de que Fox entraria junto con él en el ministerio.

En aquella situacion era de desear mas que en ninguna otra que hubiera al frente del gobierno hombres de reconocido talento. Empero lord Grenville no juzgó necesario, en la combinacion que se le permitió realizar, incluir los lores Hawkesbury y Eldon, así como sus amigos. Es verdad que indujo á lord Sidmouth y á algunos de sus parciales á que se le asociasen; pero donde principalmente escogió los nuevos ministros fué entre los amigos de Fox. Grenville tomó para sí el primer puesto del consejo de la tesorería, y lord Enrique Petty fué nombrado ministro de Hacienda. Erskine recibió títulos de nobleza, habiéndosele encargado la presidencia del tribunal de la cancillería: el conde Fitz Guillermo fué declarado presidente del consejo: Grey obtuvo la superintendencia de los negocios del almirantazgo; el conde de Moira fué nombrado gran maestre de artillería, y lord Sidmouth guarda-sellos privado. Fox, como secretario de Estado, eligió el departamento de Negocios estrangeros; Windham, como mas á propósito que ningun otro para el ramo de la guerra, fué encargado de él, y el conde Spencer obtuvo el departamento del Interior.

Lord Ellemboroug, anteriormente Law, que habia disfrutado de la dignidad de lord jefe de justicia de Inglaterra, merced á la proteccion de lord Sidmouth, fué admitido inconsideradamente á las deliberaciones del consejo, como si por falta suya no tuviera suficiente vigor el ministerio. Esta mezcla inconstitucional de personas de las cuales unas estaban entregadas á la política y otras al foro, produjo un descontento estremado. Otro importante punto que estaba ligado con la nueva combinacion dió lugar á muchas objeciones: pretendióse que el primer lord de la tesorería no debia ser al mismo tiempo asesor de hacienda, toda vez que la idea de fiscalizar las cuentas de un funcionario público por sí propio era absurda. Aunque lord Grenville, á pesar de su conocida opulencia, razon suficiente para que no

conservara este último cargo, no estuviera pronto á abandonar aquel manantial de los considerables emolumentos que ganaba sin gran trabajo, se zanjaron todas las dificultades que opuso nombrando un diputado que se encargase en lo sucesivo de la sev era administracion de aquel empleo.

Esta reunion de tanto talento y patriotismo, que parecia ofrecer la nueva organizacion, era á propósito para hacer concebir al público grandes esperanzas.

Pero los ministros actuales estuvieron muy distantes de corresponder á la espectativa general. A veces las promesas mas pomposas son frecuentemente las que mas pronto se ven olvidadas ó desatendidas, merced á las circunstancias. Sin duda que se lamentará el observador filósofo de tal contradiccion é inconstancia; mas no por eso se asombrará teniendo en cuenta la fragilidad de la especie humana. Es cosa digna de consideracion que Fox, defensor tan elocuente de la libertad, tenia por principal cólega á un hombre de estado que jamás se habia distinguido ni por su respeto á los derechos del pueblo, ni por su adhesion á los verdaderos principios de la constitucion. Tambien debe considerarse que Fox no podia llevar á cabo sus designios toda vez que no poseia del todo la confianza de su soberano; que estaba forzado á favorecer una guerra que desaprobaba; que con respecto al empleo de jefe de justicia deseaba complacer á un nuevo amigo que después de haber sido una vez primer ministro, debia tener indudablemente gran número de partidarios apasionados y sumisos; que en otros muchos puntos importantes se esperaba que sometiese su opinion á la influencia de los demás. Estas razones no son sin embargo suficientes para formar una escusa satisfactoria ni una apología completa.

El estado del ejército llamó la atencion del gobierno, y hubo con este motivo varios debates, siendo adoptadas por fin las ideas de Windham, luego que las hubo esplayado ante sus cólegas con claridad y elocuencia. Comparó el vigor de un ejército regular con las imperfectas maniobras del paisano armado apresuradamente, y representó que un alistamiento general no podia ofrecer confianza ninguna. Aseguraba que el estado desastroso á que quedaba reducido un ejército después de una derrota, no podia mejorarse con un esfuerzo repentino. Después de la batalla de Austerlitz, los súbditos no alistados del emperador de Austria, á pesar de su valor y lealtad, no solo no se mostraron prontos á tomar las armas contra el enemigo victorioso, sino que hasta se habian manifestado mejor dispuestos á consentir en una paz deshonrosa, que á conseguir condiciones mas favorables por medio de una resistencia vigorosa. Juzgaba por tanto necesario aumentar el número de los defensores en que se podia tener confianza. Creia ciertamente que el poder gubernativo tenia facultades para hacer levas forzosas en defensa del reino; pero eran necesarias tantas formalidades legales para hacer uso de este derecho, que no se podia recurrir á él sin graves inconvenientes. El mejor modo de hacer alistamientos era echar mano de medios persuasivos y benignos, haciendo el servicio mas llevadero de lo que hasta entonces habia sido. Queria que la profesion de soldado fuese tan deseable como la de los empleos comerciales y otras ocupaciones que no exigian ningun adelanto de los que las solicitaban; y creia que el ejército quedaria establecido con solidez, si se consentia en acortar el tiempo de servicio, disminuir el rigor de la disciplina y aumentar el sueldo de los soldados retirados ó inútiles para el servicio. Podia adoptarse como muy razonable el tiempo de siete años, y en caso de que un militar cualquiera quisiera volver á engancharse por otros siete años, recibiria un aumento de sueldo, que se ampliaria mas aun en caso de engancharse por tercera vez. El que deseara dejar el servicio al cumplir los catorce años, tendria derecho á una módica pension por toda su vida, y el que cumpliera veintiun años en el servicio, disfrutaria de la pension asignada á los que ingresaban en el hospital de Chelsea, cuyo número pretendia que se aumentara.

Todos estos reglamentos habian de ponerse en práctica en favor del ejército actual, debiéndose proponer un premio de poca entidad para obtener el aumento pedido. Windham confesaba que el nuevo plan seria sin disputa dispendioso; pero podria economizarse mucho no dando armas sino á los voluntarios, y disminuyendo la fuerza numérica del ejército. Para completar esta fuerza adicional podian reunirse de las diversas partes del reino hasta doscientos mil hombres, desde diez y seis hasta cuarenta años, y ponerlos en estado de desempeñar regularmente el servicio.

Los amigos de Pitt disputaron la conveniencia del nuevo plan, y aprobaron la organizacion militar del difunto ministro. Lord Caslereagh era opuesto á toda clase de ensayo en este género, mirándolo no solo como inútil, sino hasta como arriesgado. Mientras se meditaran estos arreglos, aseguraba que permaneceria incierto y dudoso el espíritu del ejército, y resultaria por fin la desconfianza y el descontento. El ejército regular se habia aumentado ya con mas de cuarenta y cinco mil hombres, sobre los que tenia en 1804, y se esperaba que siguiendo el aumento obligatorio del plan de Pitt, se verificaria pronto otro mayor. York representó que el actual servicio estaba muy lejos de ser ilimitado, pues que los militares podian obtener fácilmente su licencia á los veinticuatro años de haber ingresado en el ejército, y era de parecer que las recompensas propuestas se concediesen á la tropa actual sin ninguna otra variacion. Canning atacó el proyecto con las armas del ridículo y de la lógica: habló de un modo satírico de la iconsecuencia de Windham, que recomendaba en una ocasion con energía lo mismo que habia reprobado en otra, y desaprobó el poco conato con que se atendia á los alistamientos mas constitucionales de otros cuerpos, que pudieran contrarestar el influjo de un gran ejército regular y permanente. A pesar de todos estos esfuerzos fué aprobado por una considerable mayoría el proyecto revocatorio del sistema de Pitt, poniéndose en ejecucion los nuevos reglamentos.

Destináronse en seguida 18.500,000 libras para la totalidad de la fuerza militar existente á la sazon, ó que se creia poder poner sobre las armas antes de concluir el año, y para las demás cargas accidentales, sin contar la artillería, concediéndose además una considerable suma para la marina. Los impuestos que se juzgaron necesarios, además del dinero indispensable para el pago de los antiguos billetes del tesoro, ascendian á la cantidad de 67.824,990 libras, y los recursos propuestos comprendian un empréstito de veinte millones y un aumento del impuesto sobre la propiedad hasta el diez por ciento. Como Fox y sus amigos habian vituperado con vigor y justicia el nuevo arbitrio, se esperaba que emplearian toda su influencia en contra del impuesto, en lugar de hablar de la rapacidad de Pitt, que habia tenido intencion de no permitir que esta odiosa carga llegase hasta el diez por ciento sino por grados. Se declaró con una fria impudencia, que puesto que era inevitable que llegase el impuesto á su último período, valia mas pedirlo todo de una vez que contentarse con un aumento gradual. Los partidarios del ministerio anterior se regocijaron de una medida que hacia recaer sobre el nuevo gabinete toda la odiosidad de aquella pesada carga, que con gran descontento del pueblo se hizo mas vejatoria y opresora que lo habia sido hasta entonces.

Aumentados de esta suerte los tributos, se juzgó urgente hacer nuevas tentativas para evitar la mala aplicacion ó dilapidacion de los fondos públicos. Con este objeto propuso lord Enrique Petty la realizacion de un exámen rápido y exacto de las cuentas, en vez de una pretendida pesquisa, y dijo que además de los cinco comisionados nombrados para dicha pesquisa, se ha-

bian nombrado otros dos para los asuntos militares, y que habian procedido con tal negligencia y falta de esmero, que se habian aplicado considerables sumas á varios objetos sin que hubieran ellos tenido la menor noticia; que durante seis años habia sacado un asentista sin principios el diez y aun el veinte por ciento de 700,000 libras anuales; que de los nueve millones que se pretendia haber empleado en los cuarteles no se habia obtenido ninguna aclaracion satisfactoria: que no se habia examinado ninguna de las cuentas relativas al sueldo del ejército desde el año de 1782, y que quedaban aun quinientos treinta y cuatro millones, cuya inversion no se habia justificado con ningun documento. Rose, no obstante, declaró que hablando con rigor, solo habia ocho millones cuyas cuentas no aparecian en regla, y el ministro de Hacienda convino en que no se debia realmente al tesoro ninguna suma de importancia por los empleados de los departamentos. Era sin embargo evidente que habia habido muchos fraudes y malversaciones que no se habia apresurado á remediar el gobierno anterior.

Propusiéronse dos medidas para evitar la renovacion de tan criminales abusos: una para las Indias, y otra para todo el reino en general, debiendo destinarse á las colonias dos comisionados que habian de estar en correspondencia con otros tres nombrados para ejercer el mismo destino en Inglatetra. Otros tres consejos se debian nombrar para el exámen general y aprobacion de cuentas. Manifestaron algunos miembros que aquel plan era mas bien una proteccion ministerial que una medida de consecuencias beneficiosas para el público, y efectivamente no se lograron con él ventajas algunas positivas. Jamás se conseguirá impedir la rapacidad de los empleados ínterin los jefes del poder continúen desatendiendo la justicia, y dejen de castigar estos abusos con un rigor ejemplar. Una indulgencia semejante viene á servir de estímulo á toda especie de dilapidacion.

Si por una parte se querellaba el público de la prodigalidad de los últimos ministros, y de su falta de celo para descubrir y castigar la conducta de sus hechuras sin principios, todavía escitó un descontento mayor la notable profusion que se observaba en las Indias Orientales. Los gastos causados por la administracion del marqués de Wellesley eran exorbitantes, habia obrado constantemente como si poseyera una renta ilimitada, y como esta no se habia aumentado en la misma proporcion que el territorio, se habia acumulado una considerable deuda que produjo á la Compañía grandes dificultades. Cuando se tomaron cuentas por un miembro del consejo de intervencion, se observó que las rentas de las tres provincias desde 1803 á 1804 ascendian á 13.273,000 libras, mientras que los gastos ascendian á 13.214,000; que el poco sobrante se habia aplicado á establecimientos de poca importancia, que habian exigido sin embargo un adelanto de 245,000 libras; que la deuda de la Compañía producia un interés importante mas de 1.500,000 libras, y que los beneficios de las mercancías importadas dejaban un déficit valuado en 1.124,400 libras. Se presentó además un estado igualmente desfavorable de una época posterior, puesto que se calculaba el escedente de los gastos en 2.651,900 libras. En uno de los debates suscitados con este motivo, se esforzó sir Arturo Wellesley por justificar el gobierno de su hermano que, segun decia, habia contribuido á acrecer considerablemente las rentas de las Indias británicas, y pretendia que el aumento de la deuda se debia atribuir principalmente á las pérdidas esperimentadas por el comercio y á la necesidad en que se habia visto por sus urgencias de tomar dinero á un interés desventajoso. Sostuvo Grant que ninguna parte de la deuda se debia atribuir á las razones alegadas por Wellesley; que el aumento de ella escedia al de las rentas, y vituperó las guerras emprendidas como perjudiciales al honor y justificacion de la Gran Bretaña, y porque ni aun podian contribuir á la seguridad del gobierno. Propuso lord Castlreagh que se concediera á la Compañía permiso para negociar un empréstito en Inglaterra con objeto de reducir la deuda, haciendo observar que las fáciles condiciones con que podrian conseguirse los recursos, producirian notables ventajas. Pero no se adoptó esta idea, y los ardientes esfuerzos de Paull para que se entablara una acusacion contra el marqués, no dieron mas resultado que el de probar que Fox y sus partidarios no estaban siempre dispuestos á obrar como pedia la justicia. Un ejemplo muy chocante fué sometido á la consideracion de los comunes, y los directores mismos concurrieron á presentar un infinito número de cargos contra un gobernador ambicioso que habia prodigado la sangre y los tesoros del estado, y cuyos servicios no eran tan importantes que debieran impedir que se hiciera un exámen de su vituperable conducta. Pero la cámara rehusó discutir sobre las varias acusaciones.

Se examinó en seguida con todo el rigor conveniente la culpabilidad de lord Melville. Los amigos de este lord propusieron á la cámara alta que se le juzgara en la barra; pero Whitbread insistió para que se verificara de un modo mas auténtico y público. Por consiguiente se instruyó el proceso en Westminster-Hall. El celo del elocu nte acusador se mostró tan ardiente como la vez primera; pero el de Fox y de los que anteriormente sostuvieron las acusaciones dirigidas contra lord Melville, habia tenido lugar de resfriarse, y su elevacion al poder habia embotado su conciencia y predispuesto sus opiniones en favor de la corte. En la prueba de la primera acusacion se esforzó Whitbread por demostrar que el lord se habia apropiado diez mil libras esterlinas, y que se habia negado por todos conceptos á confesar el empleo de esta suma. Una conducta semejante era ilegal en su concepto, aun antes de haber sido declarada culpable por la ley relativa á los reglamentos pecuniarios, y segun indicaban las apariencias, habia continuado haciendo un uso fraudulento del dinero que se le confiaba, aun después de la publicacion de la citada ley. Eran relativos los tres artículos siguientes á la parte que lord Melville habia tomado en la vituperable conducta de Trotter, y el quinto venia áser simplemente una continuacion del primer artículo. Las cuatro acusaciones subsiguientes comprendian el supuesto adelanto de considerables cantidades, hecho por el pagador general al tesorero; y el décimo aseguraba que el vizconde se habia apoderado de una suma de veinte mil libras destinadas á la marina.

Aun cuando todas estas particularidades habian sido probadas de un modo plausible por el principal acusador y sir Samuel Romilly, sostuvo Plumer, que ya se habia distinguido anteriormente en la defensa de Hastings, la inocencia de su actual cliente. La instruccion practicada contribuia en su concepto á destruir las acusaciones mas bien que á probar su realidad. Ninguna culpabilidad se mostraba en las acciones ni en los intentos del acusado: no aparecia probado ningun acto de corrupcion ni de fraude, y no habia nada que demostrase haber sacado un partido reprobable de las circunstancias en que se habia hallado: habia dado cuenta de todas las sumas que se pretendia haber malversado, á escepcion de dos mil libras; y no podia suponerse que semejante bagatela hubiera sido disipada por un ministro que habia sido suficientemente desinteresado para abandonar por espacio de muchos años los emolumentos á que tenia derecho como secretario de Estado, dándose por satisfecho con los sueldos que por otros conceptos disfrutaba. Habia desechado con indignacion la proposicion hecha por Trotter de especular en los fondos de Indias con el dinero público que estaba depositado en una casa de banco particular, y lejos de malversarlo ni de separarse de lo que exigia una conducta regular y justa, habia tomado á interés

personalmente para sí una gran suma por la que pagaba hacia diez años el interés corriente.

Whitbread respondió al abogado de una manera viva y animada, y sostuvo que la culpabilidad de lord Melville estaba suficientemente probada por su propia confesion. Pidió por tanto una condenacion contra él; pero la mayoría de los pares no pareció dispuesta á dejar que sus adversarios triunfasen. El artículo que hacia referencia á la participacion del tesorero en la prestacion de dinero verificada al corredor Spot, fué declarado frívolo por todos los miembros de la alta cámara, y ninguna de las acusaciones produjo una declaracion de culpabilidad. El segundo artículo, que dió márgen á mas animadas discusiones, solo obtuvo cincuenta y cuatro votos de censura contra ochenta y uno. El lord canciller creyó entonces de su deber terminar aquel juicio, que solo habia durado diez y seis dias, declarando al vizconde absuelto de todas las acusaciones intentadas contra él. Al imparcial lector corresponde juzgar si esta declaracion, contra la que habian protestado tantos respetables sujetos, era completamente satisfactoria para el reo, y si bastaba para restablecer el honor del acusado.

Las medidas tomadas por los nuevos ministros para abolir la trata de negros, ofrecieron al menos alguna compensacion al descontento que esperimentaba el público relativamente á los sucesos precedentes. El procurador general Sir Arthur Pigot presentó un decreto que tenia por objeto poner coto á aquel odioso y antinatural comercio. Hizo presente que las potencias neutrales que tenian colonias en América y en las Indias Occidentales, se surtian de negros por medio de buques ingleses, y que hasta Francia y España eran provistas indirectamente de esclavos por la influencia de la capital de Inglaterra. Estos abusos exigian un pronto y eficaz remedio. Daba por razon ostensible, que si bien Inglaterra contribuia de este modo al adelanto de sus colonias y de los establecimientos que podria restituir al ajustarse la paz, obraba por otra parte con mucha imprudencia secundando los intereses de las potencias rivales. Desconfiando los partidarios de este ramo de comercio de las intenciones de los que se pronunciaban en favor del nuevo decreto, se opusieron á él con vehemencia, declarándole perjudicial, no solo al comercio de Africa autorizado por una larga costumbre y por la sancion nacional, sino tambien al importante comercio que se hacia con los Estados-Unidos de América, y al que estaba permitido tácitamente con los españoles de la América del Sur. Este decreto fué defendido mucho mejor que impugnado, y quedó adoptado.

El celo de Fox en aquella ocasion se sostuvo con mucha prudencia y moderacion. No propuso que se aboliera inmediatamente la trata de negros; pero queria que declarase la cámara, que puesto que esta clase de comercio era contraria á los principios de justicia, humanidad y sana política, se adoptaran las medidas mas conducentes para suprimirlo lo mas pronto posible. Esta proposicion produjo una division en que solo quince miembros votaron en contra y ciento catorce en pro.

Los negocios del continente escitaron asimismo la atencion del parlamento. Una larga neutralidad y la mas perfecta sumision no habian sido suficientes para asegurar al rey de Prusia la amistad del jefe de Francia, que al aconsejarle que tomara posesion del Hannover habia esperado esponerla de este modo al resentimiento de la Gran Bretaña. Quedó invadido por tanto el electorado provisionalmente; pero Bonaparte se mostró tan descontento de la aparente moderacion que hubo al hacerlo, que exigió de Federico que se apropiara la soberanía permanente del Hannover, en cambio de tres provincias suyas que debian entregarse á los franceses, que como conquistadores del electorado tenian derecho para disponer de él. Antes que se hubiera manifestado tan atrevidamente esta usurpacion, protestó Fox en contra, declarando que aunque le diera un equivalente del reino invadido, no seria aceptado por el rey, y que menos aun se someteria á medidas dictadas por la violencia y la iniquidad. Se dieron órdenes en su consecuencia para que se cerrasen los puertos á todos los buques británicos, y S. M. envió un mensaje á las dos cámaras para que pidiesen cuenta del insulto y representaran la necesidad de usar de represalias. Hiciéronse inmediatamente sin la menor oposicion protestas de celo y de adhesion, y todas las naves prusianas existentes á la sazon en los puertos de Inglaterra, fuéron detenidas: sin embargo no resultó hostilidad alguna de importancia, y el rey de Prusia fué considerado como un hombre débil que obra por temor y obcecacion mas bien que por un sentimiento real de enemistad.

CAPITULO LXXXVIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III

(Año 1806.)

Segun todas las apariencias, Pitt no procedia con sinceridad en sus negociaciones para terminar la guerra: parecia complacerse en tener el rayo en sus manos aun que no pudiese lanzarle. Pero cuando á su vez entró Fox en negociaciones con el enemigo, todas las muestras acreditaron que deseaba realmente la paz. Talleyrand, con una doblez fácil de conocer, y con intencion de sondear las condiciones que podria conceder, envió un agente á que ofreciera sus servicios á Inglaterra para asesinar al emperador de los franceses. El emisario fué despedido ignominiosamente, y la noticia de este estraordinario incidente valió al ministro inglés una lisonjera carta del diplomático francés, en la que le proponia aunque indirectamente una negociacion. Respondió Fox que la verdadera base de un tratado seria el mútuo reconocimiento del principio siguiente: una paz honrosa entre ambas naciones y sus respectivos aliados, trazada de modo que asegurase la tranquilidad futura de Europa. Añadió que el rey no haria ningun arreglo definitivo sin la aprobacion del emperador Alejandro; pero que se podrian discutir amigablemente algunos artículos antes de la llegada del diplomático ruso, á quien se esperaba de un momento á otro. Rehusó Talleyrand admitir en las negociaciones al príncipe ruso ni como mediador ni como parte interesada, y declaró que estaba seguro de que si la corte británica deseaba ardientemente la paz, podria obtenerla fácilmente sin la intervencion de una potencia estraña. Pero Fox sostuvo que era justo y conveniente obrar de acuerdo con un aliado respetable, que hallándose tambien en guerra con Francia, estaba esencialmente interesado en el buen éxito de las negociaciones. El ministro francés pretendió que la guerra entre Francia y la Gran Bretaña ninguna conexion tenia con el objeto de la tercera coalicion, que casi se hallaba destruida por las armas de Napoleon ;y añadió que si se admitia á la Rusia y el Austria á tomar parte en el tratado, esto seria renunciar de hecho á la base establecida en cuanto á esta confederacion. En consecuencia renovó de la manera mas enérgica su oposicion á la propuesta de Fox, que al fin consintió en modificar su demanda, declarando que el rey se determinaba á aceptar una negociacion, siempre que pudiera hacerlo sin incurrir en la reconvencion de haber carecido de fidelidad para con un aliado que por muchas razones merecia una entera confianza.

Durante esta correspondencia, á consecuencia de reclamacion de Fox, fué puesto en libertad el conde de Yarmouth, hijo del marqués de Hertfort, detenido arbitrariamente, así como algunos otros ingleses; y Talleyrand, juzgando al conde dispuesto á recibir comunicaciones confidenciales, le pidió una entrevista para ha-

blar de la paz. Le aseguró que el emperador se hallaba pronto á restituir el Hannover y á satisfacer á la corte británica en otros puntos, y como dijera con tono de negligencia y afectado abandono que Francia nada pedia, arrastró al estrangero confiado á creer de buena fé que seria reconocido el principio de *uti possidetis*, en lo relativo á todas las conquistas británicas. Complacido el rey con tal noticia, envió á lord Yarmouth plenos poderes para tratar, recomendándole sin embargo que no hiciera uso de ellos, ínterin no se comprometiera espresamente el ministro de Francia á dejar la Sicilia á la casa de Borbon. Dióse á entender en la respuesta que Napoleon deseaba agregar este territorio al reino de su hermano, y ceder á Fernando tres ciudades anseáticas en compensacion de aquella isla. Pero semejante propuesta fué desechada por poco satisfactoria é injusta.



El Coliseo.

Los franceses en tanto esforzábanse por inducir á los rusos á un tratado separado, sabiendo perfectamente que obtendrian condiciones mas favorables por la divergencia de los aliados. M. Oubril, que atendia complaciente á las insinuaciones del general Clarke autorizado para tratar con él, estuvo tan próximo á caer en el lazo que se le preparaba, que hasta pareció haber ido mas allá de lo que deseaba el artificioso enemigo. Despreciando el prudente dictámen de lord Yarmouth, accedió á un tratado que en virtud de la promesa que hacia Bonaparte de retirar sus tropas de Alemania, tendia á confirmar á este potentado la cesion de Dalmacia, á hacer independientes las islas Jónicas, espulsar del Mediterráneo á los rusos, y asegurar la integridad de los estados de Turquía.

Napoleon respetó tan poco el compromiso que habia contraido de no proseguir sus proyectos en Alemania, que rompió violentamente los vínculos que unian á muchos príncipes con el imperio, y alteró la constitucion del país tanto como se lo permitió su inflencia. Sedujo de tal modo á los duques de Wurtemberg y de Baviera, á quienes habia dado el título de reyes, y al elector de Baden, al landgrave de Hesse Darmstadt, á los príncipes de la casa de Nassau y otros muchos miembros que hacian parte de la antigua confederacion alemana, que los redujo á formar una estrecha alianza que solo tenia por objeto reducirlos al vasallaje. *La confederacion del Rhin*, cuyo nombre se dió á esta nueva liga, conmovió de tal suerte el antiguo sistema del imperio, que mirando Francisco como un nombre vano el título de jefe del imperio que habia llevado hasta entonces, abdicó su dignidad electiva y se hizo llamar emperador de Austria únicamente.

A pesar del violento descontento que produjo esta confederacion, no se determinó el rey de Inglaterra á romper las negociaciones entabladas hasta estar mas ámpliamente convencido de la falacia de Bonaparte. Mientras tanto Talleyrand, que se regocijaba de la supuesta desunion que existia entre Rusia é Inglaterra, continuaba asegurando que el mas vehemente deseo de su amo era el de acordar la paz: al propio tiempo habló en un tono mas elevado y ofreció condiciones menos favorables que nunca. El conde de Lauderdale, que habia sido enviado á París para asistir á las conferencias entabladas con este objeto, se desengañó muy pronto de que era preciso renunciar á toda esperanza de arreglo; y habiendo rehusado el general Clarke de un modo terminante adoptar el principio de la posesion actual de las conquistas, hicieron sus preparativos de marcha los enviados británicos. Algunas concesiones de Napoleon les indujeron no obstante á volver á anudar las negociaciones, y ellos se esforzaron por representar que perdian un tiempo precioso en inútiles discusiones. Declaró el ministro francés entonces, que además del Hannover se cederian Malta y el cabo de Buena-Esperanza á S. M. Británica, bajo la condicion de que abandonara todas sus demás conquistas y de que se cambiara la Sicilia por otro territorio de valor equivalente en otra pare de Europa. Llegó entonces la noticia de que el emperador Alejandro se habia negado á ratificar el tratado firmado por su delegado, y entonces se juzgó conveniente adoptar una conducta mas conciliadora y hacer promesas de mayores sacrificios por la paz general. La buena inteligencia interrumpida momentáneamente entre Rusia é Inglaterra á causa del tratado que no habia sido autorizado por la primera potencia, se restableció inmediatamente, y el conde de Lauderdale recibió órden de agregar á las demandas de su soberano las condiciones con que podia Francia obtener la paz con las potencias del Norte. Consintieron los franceses en firmar el tratado de esta suerte, y ofrecieron ceder Tabago y Pondichery; pero no se mostraron dispuestos á renunciar á la Sicilia, que consideraban como una parte necesaria del reino de José, ni á sus pretensiones sobre la Dalmacia y la Albania. Como no habia medio de que ambas partes se pusieran de acuerdo en estas demandas, fué vuelto á llamar el conde de Lauderdale, á pesar de las protestas de la corte de San Cloud por la paz que pretendia desear.

Atribuyó Talleyrand el rompimiento de las negociaciones á los ministros que carecian de la humanidad, magnanimidad y patriotismo de Fox; pero fué rechazada esta insinuacion por el conde de Lauderdale, que habiendo tenido frecuentemente ocasion para conocer los sentimientos de aquel hombre célebre, durante veintiseis años de una amistad íntima, espresó su convencimiento de que hubiera sido idéntico el resultado de dichas negociaciones, aun cuando hubiera continuado su amigo Fox dirigiendo las operaciones del ministerio.

De este modo al fin de su vida se vió privado Fox por las evasivas, el artificio y la injusticia del enemigo, de la satisfaccion de dar la paz á su país. Su salud se presentaba entonces en un estado alarmante: todos los esfuerzos de los médicos no fuéron suficientes para detener el rápido progreso de una especie de hidropesía que le atacó, y murió á los cincuenta y siete años, mucho menos sentido por la corte que por el público. Después del fallecimiento de este célebre diplomático, el director del almirantazgo, lord Howick, que se tituló después conde Grey, ocupó el puesto de secretario de Estado en el departamento de Negocios estranjeros, y disfrutó junto con lord Greuville de la suprema autoridad en el gabinete.

Durante la administracion de estos personajes ocupó la atencion del público un negocio estremamente delicado. La princesa de Galles no habia conseguido la suerte de agradar á su esposo, que olvidando completamente todos los títulos que ella tenia á su ternura, la

trató muy pronto sin ninguna consideracion y con el mas injurioso desprecio. Tal vez supondria que conservaba la princesa algunas relaciones anteriores, ó incapaz acaso por su parte de dominar sus inclinaciones, no podia esperimentar cariño hácia ella. Sin embargo, por respeto al deber y al decoro y por el ejemplo que merecia la nacion, hubiera debido vivir con su muger de una manera amistosa cuando menos, y sin herir sus sentimientos con una separacion cuyo deshonor recaia principalmente sobre ella. Poco tiempo después del nacimiento de su hija la hizo consentir en vivir separados. Abandonada entonces de su legítimo protector, se aisló completamente de todos los placeres de la sociedad y de todos los goces de la vida, y pareció olvidarse de que estaba ligada por los vínculos del matrimonio. Vivió de esta suerte por espacio de muchos años disfrutando al parecer del favor público; pero la maledicencia se desencadenó por fin contra ella, y el príncipe supo por conducto del duque de Sussex que sir Jonh y lady Douglas tenian que darle cuenta de ciertas novedades en su conducta que el honor de su alteza y la seguridad de su sucesion exigian que conociera. Los dos acusadores hicieron entonces revelaciones de una índole estraordinaria. Declaró sir Jonh, que segun todas las apariencias, la princesa estaba embarazada, y dió á entender que las frecuentes visitas que le hacia, no tanto se dirigian á él ni á su muger, como á sir Sidney Smith. Confesó la princesa su preñez, segun la declaracion de lady Douglas; pero rehusó declarar quién era el padre de la prole. Al cabo de algun tiempo descubrió un niño, revelando que era suyo en los términos mas positivos, y su conservacion segun la testigo, ofendia frecuentemente la delicadeza. Otras declaraciones á propósito para que se concibieran las sospechas mas vehementes acerca de su carácter fuéron prestadas por diversas personas que habian tenido frecuentes ocasiones de observar su conducta. Todos estos datos fuéron sometidos al rey, que sin dar crédito con demasiada precipitacion á estas acusaciones, juzgó de su deber ordenar una investigacion, nombrando para dirigirla á las dos personas mas distinguidas de la magistratura, y á los lores Spencer y Grenville. En el interrogatorio de los testigos no hallaron prueba alguna que pudiera autorizar la opinion acerca de la preñez de la princesa y del nacimiento de un hijo. Quedaron por tanto convencidos de que el niño era hijo de padres necesitados, y que la princesa lo habia tomado bajo su proteccion; pero no pudieron menos de confesar que algunas de las circunstancias referidas daban márgen necesariamente á interpretaciones muy desfavorables. Cuatro testigos habian prestado juramento sobre varias aseveraciones á que se debia dar crédito ínterin no fueran desmentidas de una manera positiva. La intimidad que existia entre la princesa y el capitan Mambyera, en opinion de los nobles lores, era un terrible indicio de culpabilidad. Como la relacion de acciones y discursos contrarios á la decencia, y que son otros tantos testimonios de inmoralidad, seria incompatible con la dignidad de la historia, baste saber que el informe de los cuatro pares echó un oscuro velo sobre la conducta de la desventurada princesa: esta se justificó en verdad del crímen que se la imputaba; pero quedó marcada con las sospechas de la mas culpable ligereza y de una falta completa de dignidad y delicadeza. Dirigióse al rey una defensa en forma de carta hábilmente redactada y que tendia á desacreditar y rechazar todas las acusaciones de los viles calumniadores. No habiendo recibido al cabo de dos meses contestacion ninguna, se aventuró la princesa á reiterar sus protestas de inocencia, y á suplicar á S. M. que respondiese á su carta de un modo satisfactorio, ó la hiciera saber su opinion definitiva respecto de ella. De esta súplica resultó una declaracion régia, que al paso que comprendia algunas saludables amonestaciones, concedia á la princesa la promesa de que seria recibida luego en la corte; pero este favor, solicitado y esperado, fué suspendido de repente por una peticion del príncipe, que después de poner los documentos relativos á este negocio en manos de dos jurisconsultos, resolvió arreglar su conducta á la opinion de estos. Asustada la princesa con tan temible ataque, apeló por segunda vez á la justicia de su suegro, de quien habia recibido mayores muestras de cariño que de ningun otro pariente de los que tenia en Inglaterra. Pero la influencia de su marido prevaleció sobre todos los esfuerzos que se hicieron en favor de ella, y por muy hábiles y adictos que fuesen sus defensores, se vió finalmente obligada á contentarse con la idea de su inocencia en lo relativo al crímen que se la imputaba. En este estado permaneció el negocio hasta que sus partidarios consiguieron espulsar del ministerio á sus enemigos.

Desatendiendo los ministros los negocios interiores para ocuparse de los intereses políticos, observaron muy luego la enemistad que iba surgiendo entre Prusia y Francia. No la vieron con el mismo placer con que la hubiera visto Pitt en igual caso; pero juzgaron deber observar con atencion el progreso de aquella naciente discordia. La situacion de Nápoles y de Italia les interesaba tambien, y no podian suponer que dejara Napoleon á este país disfrutar por mucho tiempo de la tranquilidad que reinaba en él algun tiempo hacia. Pretendiendo el ambicioso déspota que aquella corte se habia manifestado parcial para con los enemigos de Francia, y recibido á los generales ingleses y rusos en su última espedicion con señaladas muestras de afecto y amistad, acusó á Fernando de haber violado la neutralidad que prometió observar, y le amenazó con una ruina pronta y total. Prometió la corona de Nápoles á su hermano José; y como aquella parte del reino se hallaba defendida débilmente, se vió en breve el nuevo príncipe en estado de ejercer sus reales atribuciones con el apoyo de un ejército francés.

Los calabreses sin embargo se atrevieron á disputarle la legitimidad de sus pretensiones, y deseando la muger de Fernando sacar partido de los esfuerzos y celo de aquellos provinciales, importunó al general inglés sir Jonh Stuart para que proporcionara un socorro de tropas con que poder asegurar el resultado de sus operaciones. Solo cuatro mil ochocientos hombres tenia Stuart en Sicilia, y carecia de caballería. Apenas hubo desembarcado en la costa de Calabria, encontró mas de siete mil franceses fuertemente situados cerca de Maida. Su valeroso jefe Regnier, que hubiera podido desafiar todo género de ataque si hubiera conservado tan ventajosa posicion, la abandonó para desplegar sus fuerzas en la llanura, con gran satisfaccion de los ingleses, que deseaban enseñarle que en igualdad de posiciones no atendian ellos á la desigualdad del número, por considerable que fuera.

Bien pronto se trabó un sangriento combate, «y las naciones rivales compitieron á porfía en valor á la vista de las demás.» Estas fuéron las palabras del general. El ala izquierda de los franceses empezó el ataque con aparente ardor; pero llegando á pelear con arma blanca, decidieron los ingleses la victoria á su favor; huyó el enemigo precipitadamente, y los fugitivos fuéron vigorosamente perseguidos. Esperando entonces Regnier poder oponer alguna resistencia por medio de su caballería, escitó el ardor del ala derecha, haciendo una tentativa para flanquear la izquierda de los ingleses, casi seguro de conseguirlo; pero las tropas empleadas en esta maniobra fuéron súbitamente acometidas por el teniente coronel Ross y su valiente tropa, que habiendo desembarcado aquella misma mañana, se apresuró á reunirse á sus compañeros de armas. Introdújose el desórden en las filas contrarias, y el orgullo del presuntuoso enemigo quedó cruelmente castigado. Mas de dos mil franceses fuéron muertos ó heridos, y los prisioneros hechos en la persecucion y en los puestos inmediatos ascendieron á un número mucho mayor. Sin embargo, como los franceses tenian

aun considerables fuerzas en aquel reino, no quiso prolongar la lucha sir Jonh Stuart, y así aquellos obligaron á someterse á los partidarios de Fernando, precisando á este príncipe sin carácter á limitarse al territorio insular.

El rey de Prusia tuvo asimismo que lamentar crueles pérdidas por haber opuesto resistencia á la ambicion de Napoleon. Observando que habia sido burlado y engañado por el que pretendia ser su amigo, y que los franceses no cesaban de usurpar su territorio y autoridad, resolvió no permanecer por mas tiempo espectador pasivo de su vergüenza, y declararle la guerra, esperando ser auxiliado por Rusia y la Gran Bretaña. Contaba con todos los medios necesarios para poner en pié un ejército considerable; pero sus operaciones no fuéron dirigidas con destreza ni prevision, y los artificios de los emisarios franceses habian entibiado de tal suerte el celo de sus oficiales, que estaban mucho mas dispuestos á someterse al enemigo, que á arrojarlo de su territorio. En la batalla de Jena fuéron destrozados los prusianos, esperimentando terribles pérdidas, y en Auestard su derrota fué aun mas terrible. En poco tiempo fuéron sometidas ciudades fortificadas; el ducado de Brunswick y el principado de Hesse-Cassel fuéron conquistados sin dificultad, y victoriosos en todas partes los franceses, apresuraron su marcha hácia Polonia, para encontrar á los rusos, á quienes acometieron encarnizadamente, pero sin conseguir vencerlos, aunque sus fuerzas eran triplicadas.

CAPÍTULO LXXXIX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1806 hasta el de 807.)

Cuando aflige á la Gran Bretaña el azote de la guerra, se cree generalmente en la nacion que por via de compensacion procurarán los ministros hacer conquistas en las colonias. En un principio pareció que Pitt procedia con sujecion á esta idea; pero después de haber vuelto al ministerio, habia despreciado por algun tiempo tan importante objeto. Siguió no obstante el consejo que le dieron de añadir el Cabo de Buena-Esperanza á las posesiones británicas, y mandó dar la vela á un armamento considerable para llevar á efecto tan importante proyecto. Desembarcadas que fuéron las tropas en número de cuatro mil hombres, atacaron á cinco mil, que las recibieron con un fuego muy molesto, aunque no se defendieron largo tiempo. El enemigo fué rechazado, y los ingleses obtuvieron un triunfo completo—18 de enero de 1806.—La capital y toda la colonia fuéron sometidas, y se prometió que nunca se soltaria una adquisicion de tanta importancia.

Sir Home Popham, que habia tomado una parte muy pequeña en la espedicion que debia principalmente su buen éxito á Sir David Bair, resolvió por sí solo y sin autorizacion ninguna del ministerio emprender otra espedicion contra Buenos-Aires. Aunque conocia la repugnancia de Pitt á prestar su asentimiento á cualquiera agresion contra las colonias españolas, ínterin hubiera alguna esperanza de que se uniera España á la confederacion anti-francesa, sin embargo, cuando recibió la noticia de un acontecimiento que destruia las esperanzas de los confederados, se creyó con entera libertad para ejercitar su valor y talento en la costa de la América Meridional, y calculando que los comerciantes de su nacion se alegrarian mucho de la adquisicion de Buenos-Aires y Montevideo, ó de la traslacion al dominio británico de algun puerto de Chile, dió la vela desde el Cabo y llegó felizmente al rio de la Plata, lleno de confianza. El combate que tuvo lugar en su marcha contra la ciudad fué de tan poca consideracion, que segun el parte oficial, solo tuvo un hombre muerto y doce heridos. El enemigo, después de un corto fuego de fusilería, se retiró sin arriesgar un combate decisivo, y los habitantes se mostraron dispuestos á entregar la ciudad, que recibió el 2 de julio guarnicion inglesa. El botin fué considerable, pues ascendió á un millon doscientos noventa y un mil duros, además de muchas mercancías. Cuando llegó á Inglaterra la noticia de esta conquista, la avaricia indujo á los comerciantes á enviar prontamente una cantidad enorme de géneros, creyendo firmemente en la seguridad y estabilidad de aquella adquisicion.

Como la fácil sumision de los habitantes de Buenos Aires á fuerzas tan poco numerosas únicamente habia sido motivada por la esperanza de conseguir su independencia, al ver la colonia que solo conseguian pasar al yugo de los conquistadores, tomó la resolucion de espulsar en la primera ocasion á los usurpadores. Por medio de una correspondencia que establecieron con los provinciales, concertaron hábilmente un ataque, cuyo resultado fué obligar á capitular á los ingleses, que quedaron prisioneros de guerra. En esta situacion se hallaban cuando llegaron del Cabo algunas tropas que hicieron una atrevida tentativa sobre Montevideo tomando parte en ella el comodoro Popham; pero por falta de suficientes fuerzas tuvo mal éxito la empresa. Mayor ventaja se consiguió en el ataque de Maldonado que fué conquistada fácilmente.

Los brillantes triunfos de Nelson hacian parecer insignificantes todas las demás operaciones marítimas; pero no por eso debemos dejar de mencionar la presa de tres navíos de línea franceses, y de cuatro fragatas cargadas de tropas que daban la vela para las Indias Occidentales, el terrible naufragio de otros dos cerca de Santo Domingo, y la destruccion de otros tres en la bahía de Chesapeak.

Aunque durante este año desplegaron los ingleses de un modo ventajoso por mar y tierra su valor y pericia, no habian obtenido sin embargo resultados de gran importancia, mientras que los franceses habian aumentado considerablemente su influencia en Alemania é Italia. Los ministros, cuyos temores principiaban á manifestarse vivamente, habian aconsejado con anterioridad una eleccion general, y al dirigirse el rey al nuevo parlamento confesaba que las victorias del enemigo «no podian menos de afectar los intereses nacionales, »pero que se consolaba pensando en la firmeza y ener»gía siempre crecientes de su pueblo, y en los innume»rables recursos que le ofrecian la prosperidad y poder »de Inglaterra.»

Hacia poco que el rencor político del enemigo se habia manifestado con algunos actos de hostilidad relativos al comercio. Un decreto dado en Berlin por el vencedor, no solo mandaba escluir de los puertos de Francia á los navíos neutrales y los aliados de esta nacion caso de que acabaran de visitar un puerto inglés, sino que autorizaba además la confiscacion de todas las mercancías de Inglaterra y sus colonias donde quiera que se encontrasen. Era fácil de conocer el objeto de este decreto que tendia á poner en una especie de bloqueo las islas británicas; pero la poca probabilidad del buen resultado de este plan lo hacia casi risible. No se respondió por de pronto con otra providencia que la de confiscar todos los buques que se encontrasen navegando de un puerto á otro, tanto de Francia como de cualquiera otro país aliado de ella.

Desvanecida de esta suerte toda esperanza de paz, se tomaron las mas rigorosas medidas para continuar la guerra, considerándolas imperiosamente necesarias al honor y seguridad de Inglaterra—1807.—Aumentóse en consecuencia el número de marineros y soldados, valuándose el de los últimos por Windham en ciento noventa y tres mil trescientos noventa hombres, además de las tropas de la India Oriental, de la milicia y de las tropas estranjeras, y pretendiendo que con su

economía se disminuirian considerablemente los gastos. Hizo observar Lord Castlereagh que treinta y siete mil hombres que estaban aun por reclutarse y que no podian serlo fácilmente, no debian comprenderse en tal cálculo, y atacó vivamente el proyecto de Windham, no solo por su enorme coste, sino tambien por conceptuarlo perjudicial al servicio militar, y porque limitando el tiempo de este y por la pension prometida, contribuiria á destruir entre los soldados la necesaria subordinacion. Este ataque fué rechazado fácilmente por Perceval, que respondió á las objeciones sobre la eficacia del nuevo plan, comparándolo al de Pitt, cuyos efectos eran mucho menos saludables.

Con tan contínuas exigencias y tan pesadas exacciones era evidente para toda persona sensata la necesidad urgente de la disminucion de gastos. Se propuso por consiguiente el nombramiento de una junta que examinara los medios de reducir los gastos de la guerra sin perjudicar al servicio público, aunque nunca han resultado grandes ventajas del empleo de tales medidas. Es tan comun la prodigalidad entre la generalidad de los ministros, que nunca se muestran dispuestos á apoyar sinceramente las medidas que pueden contribuir á la disminucion de los gastos, aun cuando hayan sido los primeros en declamar contra estos antes de tornarse cortesanos; y una vez llegados los legisladores á gozar de los atractivos de la opulencia, dejan de simpatizar con la mayoría oprimida y agobiada, no afectándoles mas que ligeramente los exorbitantes impuestos que pesan sobre el pueblo, que se ve obligado para satisfacerlos, á dar, no lo supérfluo para la vida como hacen ellos, sino lo necesario.

Adoptó el ministerio un nuevo plan de hacienda, segun el cual y á pesar de la negociacion de un empréstito, no se imponian nuevas exacciones. Ascendió el empréstito á doce millones, y para pagar los intereses y crear una caja de amortizacion interina, se tomaron 1.200,000 libras de los impuestos para la guerra que se cobraban entonces y que estaban valuados en la suma de veintiun millones anuales. Esta medida fué mirada como un acto de charlatanería por algunos antagonistas del ministerio, y ridiculizada y considerada como un peligroso paliativo. Unicamente por medio de una rigorosa economía se podia remediar el mal estado actual de la hacienda; y este medio que recomendaban la prudencia y el buen sentido comun, hubiera producido mejores resultados que los que hubo de la tan celebrada administracion de Pitt y de los pocos consejos de sus sucesores.

Al insoportable peso de las exacciones parlamentarias y ministeriales, vino á unirse además el de los pobres que anualmente se aumentaban de un modo enorme. Segun las relaciones de cada parroquia, se observó que durante el año 1803 la sétima parte de la poblacion de Inglaterra y del país de Galles fué mantenida por las seis restantes, ya parcial y ya totalmente, y que la suma exigida en este último país ascendia á 4.267,000 libras esterlinas. Es sin duda un deber de toda comunidad el proveer á la existencia de los que se ven reducidos á la miseria; pero los socorros de este género deben distribuirse con órden y discernimiento, y nunca se podrán tomar demasiadas precauciones para impedir la mala administracion de los fondos destinados al alivio del infortunio. Opinan muchos que la manera ordinaria de distribuir los auxilios de la beneficencia aumenta la miseria en vez de disminuirla, porque estimula la pereza, la disipacion y el vicio, y favorece los matrimonios prematuros entre las personas indigentes; pero en esto hay bastante exageracion, y es injusto condenar una institucion porque no llena completamente el objeto que se propone.

Después de haber examinado Whitbread con la mayor escrupulosidad esta cuestion propuso un plan de reforma: recomendó como un medio seguro de mejorar, la propagacion de la educacion moral y religiosa, cuyos beneficios, ilustrando el ánimo del pueblo bajo, aumentarian á sus ojos su propia importancia y le harian contraer hábitos de templanza, industria, urbanidad y moderacion en sus inclinaciones.

La educacion que generalmente se daba en Escocia, habia producido escelentes resultados, y sin embargo las leyes relativas á las clases pobres eran semejantes á las inglesas; pero rara vez se ponian en uso porque se oponia enteramente á ellas el espíritu de independencia que reinaba hasta en las mas ínfimas clases. Whitbread recomendaba que se vigilara cuidadosa y severamente la administracion de lo que tenia relacion con los pobres; que se corrigiera la irregularidad de la tasa imponible, haciéndola igual para todos; que se distribuyeran los socorros con discernimiento, después de haber procurado distinguir al hombre industrioso del perezoso, y al hombre víctima de su mala suerte del que por sus desórdenes estuviera sumido en la miseria; que se concedieran á los que no imploraran la caridad pública recompensas proporcionadas á sus buenas costumbres é industria, y que se establecieran bancos en que se conservaran sus economías cuando quisieran aumentarlas. Estas reglas y otras muchas estaban comprendidas en cuatro proyectos, que si no prometian un completo resultado, hacian al menos un gran honor al carácter y talento del que los habia propuesto. El proyecto que trataba de promover la instruccion de la clase baja, encontró una fuerte oposicion en Windham, quien pretendia que presentaba muchos mas peligros que ventajas, porque ponia al pueblo en disposicion de leer los folletos y papeles públicos, sin poseer el discernimiento necesario para descubrir y combatir el error. Una proposicion tan desnuda de generosidad y tan absurda era ciertamente muy á propósito para causar admiracion á sus mismos partidarios, aun los mas decididos, á no reflexionar que su celo político, semejante al de los católicos, le cegaba en aquel caso, induciéndole á contrariar todo lo que tendia á propagar la ilustracion y la verdad. El proyecto recibió el asentimiento de la mayoría; mas como el alto cuerpo legislador no opinó lo mismo, fué desechado.

Si los ministros no entraron de lleno en las miras patrióticas de su desinteresado cólega, mostráronse al menos enteramente dispuestos á satisfacer el deseo universal en otro punto que era motivo hacia largo tiempo de vivo interés. Muchas veces se habia suplicado á S. M. que solicitara la concurrencia de las naciones estranjeras para abolir el comercio de negros; y aunque no se habia recibido ninguna respuesta satisfactoria, no era suficiente este silencio para abandonar la causa de la filantropía y de la justicia. Propúsose en consecuencia un plan para la abolicion de este odioso tráfico en lo que concernia á la Gran Bretaña. Opusiéronse algunos pares con acritud á tal proyecto; pero fuéron tan débiles sus argumentos, que apenas se hizo caso de ellos. Sostenian la necesidad de continuar un comercio ventajoso y tan estrechamente ligado á los derechos de propiedad, que no podia ser abolido sin la mayor injusticia. Negaban que fuese cruel, y aun pretendian que era un bien para los africanos el verse libres por medio del tráfico de la opresion en que vivian en su país natal, pasando de una odiosa esclavitud al dominio de dueños cristianos y benévolos. Estos argumentos fuéron tratados con el desprecio que merecian, siendo adoptado el proyecto; pero aun debian pasar muchos años antes que los demás gobiernos imitaran este ejemplo.

No se habia debilitado el celo que en otras ocasiones habia inducido á lor Grenville á favorecer á los católicos, y la repugnancia de S. M. no pudo impedirle que hiciera otra tentativa en su favor, mientras duró su permanencia en el ministerio. Encontró á lord Howick muy dispuesto á secundarle en aquel generoso proyecto; pero ni uno ni otro juzgaron prudente conceder á los católicos todo lo que pedian. Proponian por tanto únicamente,

con objeto de aumentar los medios de defensa nacional, que se admitiera á todos los empleos de guerra y marina á los católicos y disidentes de todas las sectas. Daban por razon que se habian dado comisiones á católicos estranjeros, á los cuales no se habia obligado á que renunciasen á los mismos ofensivos dogmas que se hacian abjurar solemmenente á sus hermanos de Inglaterra y de Irlanda; y añadian que habia ya empleados en el ejército de marina un gran número de católicos, con el consentimiento del poder ejecutivo. Bastaria exigirles un nuevo juramento que no comprendiera los artículos de la fé, ni las prácticas á que se hacia referencia en el acta de 1791, y se uniria á este juramento una declaracion de sumision al poder, la promesa de defender al rey contra la traicion, la de mantener la sucesion de la casa de Brunswick, y la seguridad de una fiel adhesion á la constitucion y al gobierno.

No habia razon alguna para creer que el rey fuera adicto sinceramente al ministerio existente. Estimaba á la verdad algun tanto á lord Sidmouth; pero estaba descontento de la conducta política de lord Grenville y de su union con los wighs, cuyos servicios habia aceptado mas bien por necesidad que por voluntad. Hay por tanto motivo para suponer que veria con gusto la posibilidad de deshacerse de tales ministros. El deseo manifestado por estos de satisfacer á los católicos habia escitado su descontento; y aunque se unió aparentemente á la proposicion que se hizo en favor de ellos, se esforzó después de varias conferencias secretas con algunos hombres de estado por arrancar á sus principales ministros una declaracion escrita en que renunciaran á todos los proyectos favorables á los católicos. Prometieron desistir del plan actual; pero toda la autoridad personal del rey no bastó para que accedieran á lo que miraban como una garantía contraria al espíritu de la constitucion. Se mostraron dispuestos á dimitir sus cargos, y no se dejaron intimidar, por lo cual ningun inglés puede desaprobar su conducta. Tal vez algunos protestantes escrupulosos y severos vituperarán su deseo de dar influencia á una comunion que por sus tendencias no puede unirse nunca sinceramente á reformas que considera como heréticas; pero si estos ministros abrigaban en realidad el convencimiento de que tales concesiones podian ser mas útiles que dañosas á la nacion, ¿no cumplieron con su deber sometiéndolas al exámen de la opinion general?

Descontentos los torys de su esclusion del poder ministerial, se alegraron de la destitucion de sus contrarios. Insinuóse á lord Grenville que obraria cuerdamente abandonando su empleo, que fué conferido al duque de Portland, bajo cuyo ministerio ocupó Perceval el de Hacienda. Para estimularle á que renunciara á la profesion de las leyes, á fin de que de lleno se lanzase en la carrera política, se le ofreció para mientras viviera la cancillería del ducado de Lancastre. Con este motivo se hizo observar muy á propósito que en el caso de que, llevados de su ambicion, algunos sugetos no estuvieran satisfechos con los razonables emolumentos anejos á los empleos conferidos por S. M. y desearan obtener desde luego un equivalente del producto de su anterior profesion, serian dignos de censura por haber admitido un cargo público, y se suplicó al rey que no concediera vitaliciamente empleos de que solo se disfrutaba ínterin él lo tenia á bien. Los tres secretarios que entraron á reemplazar á los amigos de lord Grenville fuéron los lores Castlereagh, Hawkesbury y Canning. Lord Mulgrave fué nombrado director del almirantazgo; el gran sello fué confiado á lord Elden, y el conde Cabden fué investido con la dignidad de presidente del Consejo.

La peticion recientemente hecha sobre la responsabilad ministerial dió lugar á un debate en ambas cámaras. Propuso Brand una resolucion, que sin vituperar de modo alguno á S. M., debia hacer que se considerara como violador de sus deberes á todo ministro que consintiera en salvar su libre opinion por medio de una garantía cualquiera. El que con mas fuerza apoyó esta proposicion fué Fawkes, quien declaró que esta cuestion era de un carácter el mas importante, puesto que la estabilidad de la constitucion dependia de ella. Aseguraba que sí solo se permitiera á los ministros el dar su parecer cuando pudiera ser agradable al soberano, se corria el riesgo de caer en el despotismo mas degradante, y se perdian así todas las ventajas de la revolucion. Observó Sir Samuel Romilly que tal práctica libraria de toda responsabilidad á los ministros, y que anulando la máxima de que el rey no podia errar, se le hacia responsable, porque entonces obraria tan solo por su propia autoridad, en cuya situacion delicada no podia desear colocarle ningun amigo suyo.

Canning se mostró ofendido por la atrevida libertad de aquellos miembros que pretendian traer á su soberano á la barra de la cámara, y justificó la destitucion de los últimos ministros como necesaria consecuencia de su arrogante y absurda conducta. Los adversarios de la corte resultaron en minoría, pues solo lograron doscientos veintiseis votos contra doscientos cincuenta y ocho. El marqués de Strafford sometió á la cámara de los pares una proposicion análoga que fué sostenida con habilidad y vigor; pero los nuevos ministros la desecharon por una mayoría de ochenta y un votos. Littelton exhortó á los comunes á espresar su descontento por el cambio del ministerio, y á que hiciesen conocer la necesidad de una administracion firme y eficaz; mas fué desechada la mocion por una mayoría de cuarenta y seis votos.



Puente Louterark.

El ministro Canning amenazó á los miembros disidentes con apelar á sus electores y al público, y su amenaza se realizó muy luego, porque los consejeros del rey deseaban una autoridad mas soberana. En el discurso que anunciaba la prorogacion de ambas cámaras, hizo S. M. alusion á las concesiones realizadas durante su reinado á los súbditos católicos, presentándolas como prueba de su adhesion á los principios de una tolerancia justa é ilustrada. Hízose esto con intencion de disuadirlos de todo proyecto de pedir nuevas concesiones, y añadió el rey la espresion de la firme confianza en que se hallaba, de que desaparecerian prontamente las divisiones inútilmente provocadas por una cuestion de política religiosa. Tan plenamente convencido se hallaba, segun decia, de la pureza de sus intenciones, que no dudaba de ningun modo que su pueblo se apresuraria á sostenerle en el ejercicio de una prerogativa conforme á las sagradas obligaciones que eran el apoyo de su trono. Dominado por tales ideas, dispuso el 29 de abril la disolucion del parlamento.

En el intervalo que hubo entre el cambio de ministerio y esta brusca disolucion de las cámaras, volvió á tratarse de la causa de la princesa de Galles. El rey ordenó una pesquisa en este negocio, y el informe estuvo

lejos de ser tan desfavorable á su alteza real como el de los ministros precedentes. Los nuevos comisarios encargados de examinar la cuestion declararon que nada fundadas eran las acusaciones de culpabilidad; y que no siéndolo tampoco ni aun las imputaciones menos importantes, debian ser miradas como indignas de fé. En su consecuencia opinaron que la princesa fuese recibida de nuevo en la corte con todo el respeto que merecia su clase y dignidad. Su marido continuaba tratándola con la mayor negligencia, y aprovechándose ella del real permiso que obtuvo, se presentó en los mas elevados círculos de la sociedad, y su carácter quedó rehabilitado en apariencia.

CAPITULO XC.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1807.)

Mientras duraron las nuevas elecciones fuéron motivo de diversion para el pueblo y los candidatos de los diferentes partidos por la virulencia y el sarcasmo que mezclaban en las discusiones. Cada faccion acusaba ásu contraria de ambicion y vergonzosa rapacidad, y el observador imparcial era el único que podia discernir la verdad ó falsedad de la acusacion. La cuestion relativa al catolicismo que se habia agitado rara vez desde el año 1780, contribuyó á aumentar la animosidad de la discordia, habiéndose vituperado al nuevo ministro de Hacienda por haber presentado asunto tan propio para irritar los ánimos.

Cuando se volvió á reunir la cámara de los comunes, el resultado que dió una enmienda hecha á la contestacion al discurso de la corona, probó la eficacia de la última convocatoria, pues la corte obtuvo una mayoría de ciento noventa y cinco votos. Habíase nombrado bajo el ministerio anterior una junta para examinar el estado de las cargas públicas y buscar el modo de disminuirlas. Propuso Perceval la renovacion de esta junta; pero el éxito no fué de gran importancia, sucediendo lo mismo con un proyecto que remitieron los comunes á la alta cámara contra los empleos transferibles. Votáronse nuevos subsidios, y después de una legislatura poco interesante, prorogáronse las sesiones con las ordinarias espresiones de reconocimiento y respeto al celo y abnegacion patriótica que se patentizaron en aquellas circunstancias.

Aun cuando los últimos ministros hubieron pretendido que tomaban un vivo interés por la causa del rey de Prusia, le dejaron sin embargo defenderse contra su poderoso enemigo sin mas auxilio que el que le deparó la política y amistad de Alejandro. Contentáronse con enviarle un pequeño subsidio en dinero, abandonándole á todas las vicisitudes de la guerra, que siéndole enteramente desfavorable, anunciaba su próxima ruina. Sin embargo, no decayó su valor. Bonaparte se puso en marcha antes de concluirse el invierno, esperando destruirlo. Hallábase el rey entonces en Memel, y los rusos, situados en Eylau, esperaban friamente el ataque de un ejército que era muy superior en número.

La batalla fué reñida y sangrienta; y al paso que ambos partidos proclamaban la victoria como suya, se retiraron con todas las señales de una derrota. Hacia muchos años que no habia esperimentado un contratiempo semejante el general francés, quien volvió á sus cuarteles de invierno y pidió nuevas tropas. Un formidable ejército embistió á Dantzick; pero la fuerte situacion de la plaza permitió á sus defensores hacer una larga resistencia. Sin embargo, temiendo un asalto general, se propuso una capitulacion que fué aceptada. Tambien fué sitiada Stralsund; pero llamadas las tropas francesas á otra parte, se retiraron súbitamente, quedando libre la plaza del peligro que por un momento la habia amenazado.

Después de la batalla de Eylau, pareció que Napoleon solo deseaba permanecer á la defensiva; y como, segun inducen á creer las apariencias, habia formado el proyecto de una estrecha alianza con el emperador de Rusia, con la esperanza de ser con su auxilio el jefe supremo de las potencias continentales, manifestó sus intenciones pacíficas; pero Alejandro, que deseaba ensayar de nuevo la suerte de las armas, desechó sus proposiciones. Obtuvieron los rusos algunas ventajas en Deppen; mas á pesar de sus fuertes atrincheramiento no pudieron libertarse en Heilsberg de una derrotasen que perdieron mucha gente. *Friedland*, que era la poblacion mas próxima, les sirvió de refugio, y Napoleon aseguró que seria el último. Fué asaltada la ciudad, las divisiones rusas no pudieron socorrerse, y muchos ataques reiterados les obligaron á abandonar el campo de batalla. Este combate decidió la querella, se pidió una tregua, y después de muchas conferencias celebradas en Tilsitt, se concluyó un tratado. No solo se concertó la paz, sino que se formó una confederacion que bajo muchos conceptos dejaba á Alejandro reducido al mas humillante vasallaje. Federico se vió obligado á ceder una considerable porcion de sus territorios en Alemania y Polonia, y á cortar toda clase de relaciones comerciales y amistosas con la Gran Bretaña. Se reclamó el asentimiento del rey de Suecia á este tratado; pero no queriendo someterse á la vil sumision que de él exigian, continuó guardando por algun tiempo su amenazadora actitud. Este valor cedió muy luego su lugar al miedo, retirándose con su ejército á la isla de Rugen, que no se atrevió á poner en estado de defensa. Fué despojado de todas las posesiones que tenia en Alemania.

Los ministros británicos parecieron haber abandonado toda clase de proyecto relativo á detener á Bonaparte en su ambiciosa carrera, y concentraron toda su atencion en las Indias Occidentales, la América Meridional, Levante y Egipto, como si los estados próximos á Inglaterra se hallasen en la mas perfecta paz. Curazao estaba reputada como una importante colonia, y fué señalada al vice-almirante Dacres como una conquista digna de su valor, partiendo para aquella espedicion el comodoro Brisbane. Intentaron cerrar la entrada de la ria con una fragata y algunos buques de poco porte; pero estos débiles obstáculos fuéron superados fácilmente por los marinos que subieron al abordaje y se apoderaron de los buques: fuéron atacados en seguida muchos fuertes, la ciudad de Amsterdan fué tomada, y aunque la principal fortaleza hubiera podido defenderse largo tiempo, su guarnicion atemorizada se decidió á rendirse. El primer dia del año quedó ilustrado con esta conquista, y en el mismo mes aportó en las cercanías de Montevideo un armamento considerable. El enemigo se adelantó contra las tropas inglesas que se aproximaban á la ciudad y las desordenó en la primera acometida; pero al poco tiempo perdieron los españoles esta ventaja, viéndose obligados á retirarse. Las consecuencias de este encuentro fuéron mas importantes que el encuentro mismo, dice el comandante sir Samuel Auchmuty. Los provinciales, que estaban bien armados y eran diestros ginetes, hubieran podido molestar á los ingleses con combates parciales; pero habiéndose dispersado, dejaron que se pusiera el sitio tranquilamente. El fuego contínuo y superior de la plaza amenazaba apagar el de las baterías; mas habiendo logrado una de ellas abrir brecha, avanzó el coronel Browe con un cuerpo escogido para aprovecharse de tal coyuntura, y á pesar de un terrible cañoneo y del fuego de fusilería que le hizo perder mucha gente, consiguió subir á la brecha y apoderarse de la ciudad. Tomáronse cincuenta y siete buques de guerra y mercante, y durante el combate se voló otro cargado de tesoros.

La temeridad y la mal entendida direccion que sucedieron á este ataque, disiparon muy luego las brillantes esperanzas que habia hecho concebir. El teniente general Whitelocke fué enviado con un refuerzo de tro-

pas á la América Meridional para ver si podia conseguir la conquista total de la provincia de Buenos-Aires. No escedian de ocho mil hombres las fuerzas destinadas á esta espedicion; pero por la superioridad de su disciplina y los medios de ataque y de defensa con que contaban se esperaban ventajas por su parte. Aun cuando gran número de los habitantes de aquella provincia deseaba ardientemente una independencia que sus enemigos no estaban dispuestos á concederles de modo alguno, el partido del gobierno mantenia contra ellos un rencor y animosidad á que habian dado orígen su conducta agresiva y sus hostilidades. Estas circunstancias hacian dudoso el resultado, segun el parecer de muchas personas, M. Whitelocke no tenia habilidad suficiente, ni como militar ni como negociador, para llevar á cabo una empresa semejante. Habiendo manifestado el comandante español deseos de entrar en negociaciones, respondió con arrogancia el inglés que se entregasen prisioneros de guerra todos los empleados civiles que estaban en la ciudad, y esta peticion, que no estaba autorizada de modo alguno ni por la justicia ni por el uso, hizo imposible todo medio de avenencia (1). Examinando á Montevideo algun tiempo después de su desembarco, habia observado ciertos terrados guarnecidos de antepechos que podian perjudicar mucho al enemigo que intentara apoderarse de la ciudad. Sin embargo, el deseo de tomar posesion de Buenos-Aires le hizo olvidar tan importante observacion, y se precipitó ciegamente á un peligro que debia evitar. Mandó á los jefes de columna que atravesaran diversas calles para dirigirse á ciertos puntos, sin permitir á sus soldados hacer fuego hasta llegar á los sitios que les habia designado, creyendo que los ataques que para entonces proyectaba debian ser irresistibles.

Divididas las columnas, quedaron espuestas al mas terrible fuego; avanzaron sin embargo con gran intrepidez, y dos destacamentos se apoderaron de algunas puertas á pesar de las pérdidas que padecieron. El general por su parte avanzó igualmente; pero como no atendió lo suficiente á la prosecucion del ataque, ni socorrió á tiempo á los batallones, dos divisiones se vieron precisadas á rendirse. Cercado de enemigos por todas partes, consintió entonces en tratar con el comandante; y no solo prometió evacuar sin demora la ciudad, sino que se le obligó tambien á restituir á Montevideo y á retirarse de la provincia.

No podia menos de ser vituperada fuertemente su conducta; y así se le sujetó á un consejo de guerra cuando volvió á Inglaterra. Fundóse su proceso en cuatro acusaciones capitales referentes á esta desgraciada espedicion. No se le condenó por haber prohibido hacer fuego, sino por su conducta mal entendida en lo general y por su negligencia en cumplir con su deber. Fué declarado indigno de servir á S. M. en lo sucesivo, habiendo sido confirmada la sentencia por el rey con una nota difamante por su falta de celo, de discrecion y de vigor, cualidades que tenia derecho á exigir un soberano de todos los oficiales encargados de ejecutar órdenes superiores.

El nombramiento de semejante general de ejército hizo poco honor al discernimiento del ministerio, que no dió mayores pruebas de su talento y de sus sentimientos de justicia en la guerra con la Puerta, que la corte británica se precipitó á emprender inconsideradamente. Se pretendió, para dar alguna escusa á tan evidente agresion, que Selim III estaba mucho mas dispuesto á favorecer á los franceses que á resistirles; pero no habia razon ninguna para temer su intervencion. Envió Inglaterra una escuadra á Levante con objeto de granjearse el favor de Alejandro, que deseaba estender su territorio hácia el Oeste del mar Negro, y hacer una poderosa impresion en un estado que iba decayendo. Al llegar la escuadra á los Dardanelos intentó abrirse paso á despecho de toda clase de obstáculos. Los turcos hicieron fuego desde luego, pues la invasion del enemigo, injustificable por todos conceptos, escitaba con razon su descontento. El cañoneo de los navíos apagó el fuego de las fortalezas, y el vicealmirante Duckworth atravesó lentamente el estrecho, mientras que sir Sidney Smith acometia á una escuadra que no pudo resistir á la superioridad de los ingleses. Una batería, que si hubiera estado concluida pudiera haber perjudicado á la armada británica, fué atacada, y las piezas clavadas. Un navío de línea fué arrojado á la costa y quemado, como lo fuéron igualmente cuatro fragatas y tres corbetas. Atravesó el vicealmirante el mar de Mármara con tan brillante triunfo, y envió una carta al reis-effendi, diciéndole que declarase si queria aceptar la amistad de la Gran Bretaña ó la de los franceses, intimándole en este último caso que intregara inmediatamente sus buques de guerra. Manifestó Selim estar pronto á entrar en negociaciones, y al propio tiempo mandó fortificar con presteza las inmediaciones de Constantinopla; con lo que disipó el miedo del pueblo, que temia un bombardeo y los males consiguientes. Desecháronse entonces las arbitrarias proposiciones, y volvieron á principiar las hostilidades; pero la corriente y los vientos impidieron á la escuadra inglesa tomar una posicion favorable á sus proyectos ofensivos contra la ciudad, y se vió obligada á volver á tomar el rumbo de los Dardanelos, después de haber perdido mucha gente antes de llegar á alta mar.

En el tiempo en que fué Grenville compañero de Pitt, ayudó á los turcos á recobrar el Egipto: ahora él mismo y sus nuevos cólegas enviaron una espedicion para quitarles aquella provincia; y como marchó la escuadra desde Sicilia sobre la costa de Africa, antes de que fuera conocido el resultado de la negociacion entablada con la Puerta, pareció esta agresion hecha con toda premeditacion y sin atender al tratado; y así era una prueba de doblez que no podia menos de ser fuertemente vituperada por todos, escepto por los sicofantas del poder. Unos cinco mil hombres fuéron destinados á esta espedicion; pero no todos pudieron llegar al mismo tiempo, y solo una quinta parte se reunió bajo los muros de Alejandría. Como pareció temerario é inhumano esponer estas tropas á una pérdida inevitable, el general en jefe las condujo hácia el Oeste, con intencion de dilatar toda operacion decisiva, hasta tanto que hubiera obtenido informes exactos sobre la situacion interior de la ciudad.

Envió un destacamento á apoderarse de Aboukir, y cortar de este modo la comunicacion por donde debian llegar socorros de la Albania. Un árabe, partidario de los ingleses, se encargó de repartir entre los que en Alejandría no estaban dispuestos á defenderse, un manifiesto en que se les exhortaba á insistir en que capitulara la guarnicion. Este medio obtuvo un pronto resultado; la ciudad se rindió, y el gobernador con los oficiales de tierra y marina quedó prisionero de guerra.

La facilidad con que se llevó á cabo esta empresa, animó al mayor general Fraser, después de la llegada de las demás tropas, á intentar la conquista de Roseta ó Rashid, con la intencion principalmente de poder proporcionarse provisiones. Pero los habitantes de esta ciudad no estaban dispuestos á someterse al yugo estranjero, y su defensa fué parecida á la de Buenos-Aires; cada casa se convirtió en una fortaleza, y el destacamento que habia tenido la temeridad de penetrar en la poblacion, esperimentó una pérdida enorme. Por otra parte se adelantaron dos mil quinientos hombres, apoderándose de una eminencia y un caserío, y las tropas que pudieron llegar á las montañas de arena que rodean á Rashid, rechazaron á los enemigos hasta los muros

(1) Sucedió muy al contrario; pues rechazado en todas partes Witeloke, y habiendo perdido al pié de tres mil hombres entre muertos y heridos se dió por contento con poder aceptar la proposicion que le hizo al comandante Linares de volverle sus prisioneros, con la condicion de que se retirase del rio de la Plata.

de la ciudad, á la que se puso sitio inmediatamente. Tres tentativas hechas con objeto de conseguir la rendicion, ó cuando menos un acomodamiento, quedaron sin éxito; continuaron mostrándose señales cada vez menos equívocas de enemistad, y al cabo fué necesario retirarse, aunque no pudo conseguirse sin una pérdida considerable.

No resultó de esta espedicion honra ni provecho, y la conservacion de Alejandría se reputó por imposible. Un ejército numeroso, procedente del Cairo y otras ciudades se preparaba á sitiarla, y así fué urgente verificar la retirada: en su consecuencia, rescatados que fuéron los prisioneros ingleses, salió de Egipto el ejército para evitar mayor deshonra.

CAPITULO XCI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1807 hasta el de 1808.)

Las reglas de justicia son siempre de un interés secundario en el ánimo de los diplomáticos vulgares. Su primera ley es la política; el honor, la rectitud y la humanidad son tan solo deberes de un órden inferior, que le creen con derecho á modificar, interpretar y aun despreciar, en cuanto se trata del supuesto interés de su país. Estas palabras que espresan los mas nobles y elevados sentimientos, se presentan alguna vez en los escritos y declaraciones; pero las virtudes que anuncian aparentemente, solo tienen una débil influencia en la conducta de los hombres públicos, que se contentan con seguir el precepto de aquel poeta, que decia: «Tomad las apariencias de las virtudes que no poseais (1).»

Hacia largo tiempo que guardaban los daneses la mas estricta neutralidad; pero cuando se pudo suponer que tenia Bonaparte intencion de despojarlos del territorio de Holstein, y obligarlos, si le era posible, á formar con él una alianza, se estendió la alarma en la corte británica al solo temor de que la escuadra danesa pudiera servir para hacer su desembarco en Inglaterra. Este temor no tenia sin embargo fundamento alguno razonable; pero los nuevos ministros deseaban señalar su elevacion al poder con alguna accion brillante que pudiera convencer al público, admirador de su celo y talento para las empresas militares. Bajo el pretesto de que los daneses estaban dispuestos á someterse al dominio francés, ó eran demasiado débiles para resistirla, enviaron una escuadra y un ejército con la idea de intimidar al príncipe real, y determinarle de este modo á entregar todos sus buques de guerra. Debe observarse que se añadió á esta demanda la oferta de socorros pecuniarios, marítimos y militares, y la garantía de todas las posesiones y dependencias de su corona.

Mientras que veintisiete navíos de línea y de trasporte, cargados de unos veinte mil hombres, se hacian á la vela para el Norte, marchó Jackson, que no carecia de talento político ni de esperiencia diplomática, á Holstein con una mision para la corte de Dinamarca. Encontró al conde Bernstorff enteramente opuesto al arreglo que se le proponia y fuertemente irritado contra la arbitraria política de la Gran Bretaña: el príncipe danés demostró friamente al embajador iguales sentimientos, y entonces le dió este á entender que si no se aceptaban sus proposiciones, Inglaterra sabria obligarle á ello por la via de las armas. Siguió al príncipe á Copenhague con objeto de renovar sus ofertas; pero ni aun así le fué posible hallar medio de obtener una conferencia con el hermano del ministro, y no habiendo podido lograr una respuesta satisfactoria, se unió con la escuadra, informando á lord Cathcart, comandante del ejército de tierra, que la negativa á entrar en negociaciones dejaba libre á la Inglaterra para proceder con un vigor decisivo.

(1) Affect a virtue, if you have it not.

Hízose el primer desembarco cerca de Vibeck, y se efectuaron con prontitud otros muchos que esparcieron el terror en toda la isla de Zelanda. El ejército inglés tomó diversas posiciones y se levantaron baterías para morteros cerca de Copenhague, aunque teniendo que sufrir muchos ataques por parte de las tropas danesas y sus cañoneras. Los daneses incendiaron los arrabales y obligaron á los ingleses á abandonar algunas de sus obras. El celo que en estas circunstancias mostró el mayor general Wellesley, recordó á las tropas sus hazañas en las Indias, y dió pruebas del mismo valor y pericia. Atacó á una division cerca de Kioge, y desordenó los daneses, que se retiraron á un puesto atrincherado, en el que esperaban rechazar á sus enemigos con el auxilio de su caballería; pero Wellesley burló su táctica y derrotó completamente dicha division.



Lord Cathcart.

Desde las murallas y obras esteriores de la fortaleza hicieron los daneses un terrible fuego á los puestos avanzados, y arrojaron bombas sobre toda la línea, aunque con poco éxito. Por el contrario las baterías y bombas causaron tal efecto sobre la ciudad, que durante cuatro dias reinó un violento incendio, obligando al pueblo y á la corte á no prolongar una resistencia de que serian víctimas. El gobierno espresó su deseo de entrar en negociaciones, y se suspendió el ataque; pero se respondió á los daneses que no se escucharia proposicion ninguna de paz ínterin la armada no se rindiese. Fué admitida esta condicion por base del tratado, y se convino en una capitulacion que fué deshonrosa para ambas partes (1). Se estipuló que las tropas británicas tomarian inmediatamente posesion de la ciudadela y de los diques; que se dejaria bajo la custodia de los comisionados nombrados por el general inglés y el almirante Gambier los buques de guerra de todo género y los almacenes necesarios para el servicio de la marina, y que los vencedores no podrian ejercer otra autoridad que la puramente necesaria para la ejecucion de los artículos estipulados.

Fácil es de concebir la indignacion á que dieron márgen tan sangrientas afrentas en el ánimo de todos los daneses. No titubearon en declarar la guerra á una nacion que los ultrajaba de tal suerte, alentándolos el emperador de Rusia que les prometió su apoyo; pero como no tenian los medios necesarios para hacer la guerra, ni aun pudieron interrumpir el comercio británico en el Báltico.

Del mismo modo y con igual arbitrariedad se habria apresado la escuadra portuguesa, si no se hubiera aconsejado al Regente que huyera al Brasil. Habia pagado este durante algunos años á Francia un subsidio para no ser incluido en la guerra general; pero viéndose amenazado de una formidable invasion si no con-

(1) El príncipe real rehusó reconocer la capitulacion. Desde el 19 de agosto habia dado órden al general Peymann para que hiciera volar la armada si no podia salvarla; mas el oficial portador de esta órden fué cojido. (*Norvins.*)

sentia en declararse enemigo de Inglaterra, tomó la resolucion de trasladar su corte al otro lado del Atlántico, seguido de doce navios de guerra y escoltado por una escuadra británica, y retirándose á sus colonias fijó su residencia en Rio-Janeiro. En poco tiempo fué conquistado su reino por los franceses, que ejercieron la mas cruel tirania con los desventurados portugueses.

Al volver á reunirse el parlamento, fué altamente vituperada la espedicion al Báltico; lord Sidmouth propuso que no se insertara en el mensaje cláusula aprobatoria de esta empresa, puesto que ninguna prueba de hostilidad habian dado los daneses, y porque tal modo de hacer la guerra violaba el derecho de gentes.—Año 1808.—Semejante ataque, añadió, era una accion vergonzosa y cobarde dirigida contra el débil, ínterin los rusos cuya enemistad era en la actualidad menos problemática, no habian sido inquietados de modo alguno. Estas observaciones, que eran muy justas, fuéron mal recibidas por un miembro de aquel gabinete que habia atacado á la Puerta de un modo mas injusto todavía. Lord Grenville, cuyas espresiones concordaron con las del orador que le precedió, parecia haber olvidado enteramente la naturaleza de la espedicion de Levante. Aseguró sin embargo que estos dos casos no tenian relacion ninguna entre sí, puesto que la escuadra que se envió al Archipiélago, no lo habia sido con objeto de apoderarse de los navios ni de ultrajar á nadie, sino solo para asegurar la ejecucion de los tratados. No por eso es menos cierto que á ningun pacto habian faltado los turcos, quienes habian rechazado todo motivo de queja alegado contra ellos. Otro adversario de los ministros añadió aun mas, á las censuras anteriores. Windham declaró que veia con pesar que los gobernantes prescindian de toda clase de sentimientos de justicia. Withbread, que no tenia interés por ninguna de ambas espediciones, hubiera podido condenar la de Dinamarca sin esponerse á ser acusado de contradiccion é inconsecuencia; pero sostenia los absurdos y mal concertados planes de sus amigos.

Dos proposiciones análogas, hechas por el duque de Norfolk y Ponsomby, para que se manifestaran los documentos que pudieran dar alguna luz sobre estos asuntos, renovaron el calor del debate. Vituperó lord Erskin lo mismo que el duque la espedicion de Dinamarca, y declaró que por el honor de su país, á la injustificable usurpacion que habia visto cometer, hubiera preferido el que los franceses se hubieran apoderado de la escuadra danesa y que hubiese tenido la inglesa que pelear con ella en el mar. Habló lord Hutchinson principalmente de la desfavorable impresion que habia debido producir en el ánimo de Alejandro el ataque realizado contra una potencia neutral que ningun motivo habia dado para ello; y no porque creyera que podia haberse evitado un rompimiento con este monarca, dejando de atacar á Copenhague, sino porque estaba convencido segun las espresiones empleadas en la última conferencia por el emperador, de que en la actualidad se hallaba animado de sentimientos mas hostiles que antes de llevarse á cabo la espedicion. Los condes de Molra y de San Vicente opinaron que aun cuando los daneses hubieran estado en situacion de proteger el Holstein y la Jutlandia de la usurpacion de los franceses, les era fácil defender la Zelanda de un enemigo que ninguna fuerza marítima tenia, y que por consiguiente el pretesto de querer libertar de la escuadra danesa, como se habia alegado, con apoderarse de ella, era absurdo é infundado. Pero lord Hawkesbury y el marqués Wellesley sostuvieron que los franceses hubieran encontrado ocasion de atravesar el Belt, á pesar de la vigilancia de los cruceros, y que los daneses que nada valian como soldados, no hubieran tardado en ser subyugados. Ambos se esforzaron por defender la esposicion, sosteniendo con vigor que estaba plenamente justificada por las leyes naturales y positivas que prescribian el derecho de proveer á la propia seguridad. Afirmaban que la intencion de Bonaparte era seguramente la de apoderarse de la escuadra danesa, con el objeto que todos podian adivinar; no habia pues injusticia ninguna en impedir el mal que se proyectaba hacer. Después de una larga discusion, fué desechada la proposicion del duque por una mayoría de cincuenta y siete votos. No tuvo Ponsomby mejor suerte, y la fuerza numérica triunfó de todos sus esfuerzos.

Volvieron á reanimarse con mayor fuerza los debates al presentar lord Sidmouth una proposicion para que se guardaran los buques daneses, de manera que fuesen restituidos en caso de verificarse la paz ó antes todavía. Esta resolucion probaria, segun aseguraba el vizconde, el deseo de conservar el honor de la Gran Bretaña. Pero el lord canciller pareció mas propenso á defender las prerogativas que á restituir á la nacion el brillo de su grandeza é integridad, dando por razon que los navios capturados pertenecian á la corona, y que ningun derecho tenia la cámara para interponerse en una cuestion de esta naturaleza. Pensaba lord Redesdale que el no acceder á la proposicion de guardar en depósito los buques de Dinamarca, justificaba á la corte británica hasta de la detencion permanente de la armada, y opinaba que aun cuando no se juzgara necesario tan escesivo rigor, no se concediera ninguna fianza por un objeto por el que convendria entrar en negociaciones desde luego.

Exhortó lord Hawkesbury á los pares á que no desacreditaran una medida justa y necesaria, consintiendo en la resolucion sugerida, que en su modo de ver solo serviria de entorpecimiento á ambas naciones cuando llegase un dia en que quisieran entrar en negociaciones. Sostuvieron el conde de Darnley y lord Holland que el honor de su país les obligaba á aprobar la proposicion del vizconde; pero la mayoría, que tenia diversas ideas acerca del honor, desechó la proposicion al respecto de mas de dos votos contra uno. Volvióse de nuevo á discutir esta cuestion cuando propuso el conde un mensaje al rey, en que vituperaba la espedicion en los términos mas severos, añadiendo que aun no se habia ofrecido ningun medio de justificacion que pudiera lavar la mancha que se habia impreso en el carácter de la nacion, violando sin causa la buena fé, la justicia y la humanidad, que habian sido hasta entonces el fundamento de la gloria y la salvaguardia del imperio británico. Pero esta proposicion quedó sin efecto, y otra que se hizo, recomendando medidas prontas y vigorosas para poner á cubierto de los enemigos políticos de S. M. su escuadra y los recursos marítimos de Dinamarca, prevaleció de las razones poderosas del conde de Darnley.

Tambien se distinguió Sharp con un atrevido ataque sobre la espedicion; pero todas las tentativas que se hicieron para demostrar la injusticia de aquella medida quedaron burladas por la influencia del ministerio y por la ciega confianza que inducia á la mayor parte de los miembros del parlamento á aplaudir y consentirlo todo sin ningun exámen. Taylor por su parte se esforzó cuanto pudo por desacreditar la espedicion de Oriente. Fué defendida por Grenville y por los nuevos ministros, que aunque convencidos interiormente de su injusticia en quel caso, juzgaron prudente y politice mostrarse indulgentes, procurando paliar los errores de sus contrarios.

Aquel espíritu de hostilidad que animaba á la corte disgustaba en estremo á Withbread, que considerando la paz como necesaria en un todo para la prosperidad del país, propuso una negociacion. Los males que acosaban al pueblo, causados por la prolongacion dela guerra, se ponian muy en evidencia por las numerosas peticiones que desde poco tiempo hacia se presentaban, y por tanto se atrevia á esperar que estas súplicas serian tan eficaces como las que habian contribuido á que terminara la guerra de América. Desechábase por el pron-

to toda clase de indemnizacion por lo pasado, y no quedaba esperanza ninguna de imponer leyes en lo sucesivo al gobierno francés. El único fin que se debia tener presente en la actualidad era el de defenderse y asegurar la tranquilidad del reino, punto esencial que no dejaria de desaparecer insensiblemente si no se aprovechaba la ocasion de terminar la guerra. Sentia que no se hubiera aceptado la mediacion del emperador de Rusia ó del de Austria; pero aun en el caso de que no se pudiera encontrar un mediador imperial, aconsejaba que se hicieran proposiciones directas á Bonaparte, que habia ofrecido la paz á Inglaterra por tres veces consecutivas. Respondió Canning que ninguna proposicion se habia hecho todavia con sincero deseo de que se realizara un tratado, y que las mediaciones indicadas manifestaban un sello de descofianza; añadiendo que toda negociacion que no ofreciera una perspectiva de segura paz seria peligrosa, por cuanto escitaria falsas esperanzas, y resfriaria la actividad y el ardor que las circunstancias reclamaban. Estendiéronse Adam y Sheridam sobre la necesidad de desmentir con una declaracion positiva y clara la opinion general que atribuia á los ministros una estremada repugnancia á la paz; pero la cámara, por una mayoria de ciento cincuenta y nueve votos, desechó la proposicion de Withbread, y se negó asímismo á contribuir con él á dar una publicidad odiosa á las respuestas dadas por la corte á las conciliadoras notas de los dos potentados.

Animosas y violentas por demás fuéron las discusiones relativas á los asuntos comerciales. Sostuvo lord Enrique Petty que las últimas órdenes del consejo eran no solo contrarias al derecho de gentes y á las leyes municipales de la Gran Bretaña, sino tambien escesiva mente impolíticas, y declaraba que era un deber en los ministros demostrar la necesidad de tomar medidas arbitrarias antes de mandar que se ejecutaran. Respondió Perceval que las órdenes últimamente dadas no diferian en su esencia de las que habia publicado el ministerio anterior, y que tan solo eran mas efectivas. Parecíale muy justo usar de represalias, siendo agresor á su vez, porque no solo en Francia habian sido confiscadas las mercaderías británicas, sino tambien en los países en que Bonaparte no tenia jurisdiccion ninguna. Pretendia este, decia el orador, que el carácter de potencia neutral debia respetarse en alta mar, y él mismo usurpaba sus derechos del modo mas irritante, y puesto que amenazaba destruir el comercio de Inglaterra, con mucha razon podia esta destruir el suyo: y si era imposible vengarse de él sin ofender á las potencias neutrales, justo era que se sometieran estas á un perjuicio á que las sujetaba su alianza con un enemigo que no reconocia principio ningnno. Antes de que estas órdenes se promulgasen, gozaba Francia, con el auxilio de las potencia neutrales, de las ventajas de un comercio floreciente, y conseguia casi todas las mercancías que necesitaba: ¿y debia consentir Inglaterra que permaneciesen en tal estado las cosas, mientras que estaba su comercio encadenado por efecto de un decreto arrogante é injusto? El deplorable estado á que se veian reducidas las manufacturas provenia de este decreto, y no como se habia dicho de las órdenes del consejo, que tendian á asegurar á los comerciantes ingleses el comercio general del mundo, no el particular del continente europeo.

Protestó el doctor Laurence contra toda medida que pudiera aparecer como imitacion de la injusticia de un enemigo insolente, á quien se debia resistir de un modo mas noble y regular. Las órdenes de que se trataba eran estremadamente injustas para con las potencias neutrales, y no podian ser miradas razonablemente como represalias, puesto que el decreto francés no habia sido puesto en ejecucion por fuerza. Pero el contador declaró que no concebia que tuvieran motivo ninguno para quejarse los comerciantes neutrales, porque al firmar certificados de no llevar á bordo mercadería alguna inglesa, toleraban que les diese Francia la ley, mostrándose de esta suerte sumisos á las miras de nuestros contrarios; y puesto que nada hacian para obligar á los franceses á que reconocieran el derecho de las naciones, no debian murmurar de nuestro forzoso desvío de esta misma ley.



Teatro de la calle de Drury.

En la cámara de los pares fuéron defendidas las citadas órdenes con tanto vigor como fuéron atacadas. Negó lord Auckland su legalidad y justicia: aseguró lord King que solo eran perjudiciales al enemigo en un grado insignificante, pero que lo podian ser escesivamente á las potencias neutrales; y el conde de Lauderdale, que preveia la ruptura que estas medidas podian producir con la república americana, se esforzó por rechazarlas vigorosamente en su discurso, para evitar tamaña desgracia. Pero lord Bathurst, declarando que el decreto francés habia sido ejecutado con rigor, sostuvo la necesidad de obrar en contra, aunque no de una manera tan severa que impidiese á los americanos quedar eximidos en muchas circunstancias del nuevo derecho de navegacion, ó de obtener el comercio de las potencias neutrales con las colonias francesas.

El proyecto que modificaba y confirmaba las órdenes, recibió numerosos ataques. Los adversarios del nuevo sistema eran numerosos y activos, y sus argumentos estaban llenos de vigor y de verosimilitud; pero prosiguiendo sus esfuerzos los ministros, triunfaron completamente y acabaron por conseguir el asentimiento del parlamento.

En estas sesiones tuvieron lugar algunos debates relativos á los negocios de la India, pero no escitaron gran interés. La arbitraria conducta del marqués de Wellesley con el nabab de Oude fué presentada con claridad por lord Fokelstone y Gran; pero como tal conducta concordaba con el sistema general francamente adoptado en todos los territorios de la Compañía, y declarado necesario para la seguridad de aquellas posesiones, no fué desaprobada por el parlamento. Al contrario, el marqués fué disculpado por una mayoría que aplaudió su estremada vigilancia en los asuntos concernientes al Oude, considerando su proceder como resultado de una profunda ciencia política y de un ardiente celo por el servicio de su país y la prosperidad de las Indias británicas. El mismo asunto fué debatido nuevamente á consecuencia de una série de proposiciones hechas por el lord Archibaldo Hamilton, que vituperaba la injusticia y tiranía del ardiente patriota, y proponia particularmente, aunque sin efecto, la revision del tratado de 1801 con intencion de libertar al nabab de la opresion en que gemia. Sir Tomás Turton volvió en seguida á tratar de la cuestion relativa á la deposicion de Moamed-Ali, nabab de Carnate; pero todos sus esfuerzos para obtener una acusacion contra lord Wellesley solo sirvieron para arrancar á la cámara una declaracion que no favorecia á la verdad á este lord y á su contemporáneo lord Cli-

ve en lo concerniente á su respeto á la justicia, pero que elogiaba el ardiente celo de aquellos dos administradores por la seguridad é intereses de los que habian gobernado.

Los preparativos militares dieron márgen en seguida á otra discusion. Lord Castlereagh habló largamente sobre el aumento del ejército, que en su concepto era mucho mas considerable después de la formacion del nuevo ministerio; y aseguró que jamás habian sido tan favorables á este objeto las medidas de los anteriores ministros. Las tropas de tierra pasaban de doscientos mil ochocientos hombres, sin comprender los regimientos que operaban en las Indias y las fuerzas estranjeras existentes á sueldo de la Gran Bretaña. Sometido al exámen de una comision el proyecto contra las asonadas, lord Castlereagh, sin objetar nada á la limitacion del servicio militar, propuso una cláusula para que se permitiera escojer el permanente. Dicha cláusula fué sostenida por el general Tarleton y otros oradores, quienes espusieron que el licenciamiento periódico de un gran número de soldados no podia menos de contribuir á disminuir considerablemente la fuerza militar de la nacion, y poner al país por mucho tiempo en un estado de verdadero peligro. Windham y lord Enrique Petty insistian para que se prefiriera el servicio limitado, y rechazaron la cláusula como enteramente inútil. Empero no dejó de ser sancionada por una mayoría de sesenta y nueve votos. Su mas decidido adversario en la cámara alta, el sobrino del que fué rey, el duque de Gloucester, alegando que el nuevo sistema habia sido ventajoso en cuanto habia favorecido el alistamiento, y disminuido el número de los desertores. En respuesta á una observacion que se hacia con respecto á las diferentes condiciones del alistamiento, que podrian convenir á los caprichos de los que se presentaran, lord King hizo observar muy oportunamente que seria mejor recurrir á una opcion renovada con frecuencia, cuya opcion se obtendria sin otra cláusula que la de limitarse á una sola vez. Lord Melville presentó un exámen general del cuerpo de ejército y de su organizacion, cuyo satisfactorio estado atribuyó, no á ningun plan particular, sino á una série de medidas y esfuerzos calculado, segun la naturaleza del género humano y la situacion verdadera del país. El servicio limitado fué el que entre todos estos planes agradó menos al gobierno, porque en su concepto no tendia á formar buenos soldados: deseaba en consecuencia que se escojiera el sistema de enganche vitalicio. Por fin adoptóse la cláusula sin discordia.

La continua necesidad de proveer á la defensa del reino sugirió nuevos planes. Propúsose elegir en cada condado una milicia local por medio de escrutinio y sin permitir el reemplazo, salvas sin embargo las escepciones que pudieran acordarse bajo la condicion de una suma considerable. El número deberia ser proporcionado al déficit que ocurriera entre los voluntarios de cada condado: juzgaron pues suficientes por de pronto sesenta mil hombres. Además de este número, que se agregaria á la milicia ordinaria y á los cuerpos voluntarios, estaria pronto á obrar en un momento de crisis un ejército de cuatrocientos mil hombres. Este plan fué vivamente combatido, en especial por la causa de su tendencia á perjudicar al servicio de los reclutados; pero la influencia ministerial pudo triunfar de todos estos reparos.

CAPITULO XCII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1806 hasta el de 1807.)

Interin se trataba de poner en ejecucion el nuevo plan militar, ofrecióse de repente al ejército, que hasta entonces habia estado quieto, una ocasion importante de desplegar su valor. Hacia algun tiempo que iba mitigándose la guerra con España; pero la crítica situacion de este reino escitaba la inquietud de toda Europa. Podia suponerse que la sumision de Cárlos IV y su favorito á las arrogantes exigencias de Bonaparte, debia contentar la ambicion de este dominador; mas parecia que en los límites de lo posible nada era suficiente para satisfacer la sed de poderío que le devoraba. La corona de una monarquía antigua era á propósito para hacer ilustre una familia salida de la oscuridad, y los recursos de España quedarian mucho mejor á su disposicion, si lograba quitar de este país la autoridad de la casa de Borbon. Napoleon pues arrastró al rey y á su ministro á consentir por un tratado en la division del débil reino de Portugal, á quien todo el poder de la Gran Bretaña, segun aseguraba, no podia preservar de un ataque formidable. Después de obtener sin dificultad permiso para introducir en España un ejército, á pretesto de hacer respetar la ejecucion del tratado, dió á sus generales instrucciones para tomar posesion de las fortalezas mas importantes. La connivencia é intrigas del príncipe de la Paz le proporcionaron un éxito completo, y no tardó en formar el proyecto de apoderarse del rey ó de espulsarle del reino. Furioso el pueblo de que unos estranjeros detestados invadiesen el país, esclamó contra la traicion del ministro que los habia favorecido secretamente, y demandó el ejemplar castigo del que habia vendido cobardemente su país. Dicho ministro fué escarnecido y privado de la libertad, y el débil é imbécil monarca, confundido por una revolucion tan estraordinaria, resignó una autoridad que era incapaz de ejercer. Su primogénito Fernando, aunque falto de talento é instruccion, habia adquirido popularidad por su oposicion al partido de la corte, y esta popularidad le elevó á la dignidad real; pero como no convenia á los proyectos de Napoleon que la dinastía de los Borbones conservara el poder, aumentó los disturbios y el desórden aconsejando á Carlos que volviera al trono: al mismo tiempo decidió al jóven príncipe, por medio de engañosas promesas de reconocerle y sostenerle, á ir á verse con él en Bayona. El rey Carlos y la reina cayeron en el lazo. El monarca consintió cobardemente en deshonrarse, trasmitiendo á un estranjero una soberanía que por ningun título podia enajenar, y el hijo intimidado por las amenazas y el terror que le habia inspirado la noticia de una matanza cometida por los franceses en Madrid, siguió el humillante ejemplo de su padre. José Bonaparte fué reemplazado en el trono de Nápoles por Murat, y el principal autor de tal matanza fué entonces declarado rey de España. Habiéndose reunido en Bayona gran número de nobles y personas distinguidas en virtud de la invitacion del déspota, dieron su consentimiento á tal usurpacion, y sancionaron con sus sufragios la constitucion que Bonaparte y sus hechuras habian preparado de antemano para este reino.

Antes de que un acto tan atrevido de usurpacion hubiera insultado los sentimientos de la nacion, habia manifestado el pueblo su indignacion contra la conducta que los franceses observaban, y se habian verificado reuniones políticas en varios puntos cuando se anunció la abdicacion de Fernando. Esta noticia fué, contra lo que esperaban los franceses, la señal de una conmocion que estalló primero en Valencia, y se estendió después á todo el reino. Algunos gobernadores fuéron muertos por haberse querido oponer á los trasportes del celo nacional. Muchos franceses fuéron víctimas del furor á que la conducta de su jefe habia dado márgen; pero muchos mas pudieron librarse de la venganza del populacho, por los generosos esfuerzos de la clase media. El amor de la propia conservacion se despertó muy luego, y las personas prudentes y pacíficas que dirigian la administracion del reino, tomaron la resolucion de organizar un nuevo gobierno. Dieron el título de rey á Fer-

nando VII por consecuencia de la abdicacion de su padre; y para suplir la falta del poder ejecutivo, se establecieron juntas en todas las provincias. Declaróse la guerra á Francia, y por todas partes se manifestó el espíritu de resistencia.

Llenos los franceses de confianza y seguridad, consideraban ya como suyo el reino invadido, y fiándose en el terror que inspiraban su reputacion militar y el poder de su ilustre emperador, no dudaban de que le seria muy fácil apoyar las pretensiones de su hermano, y sostenerle en el trono con sola su proteccion, aun cuando José carecia de la energía y talento que exigia su nueva situacion.

Profundamente convencidos los individuos de la junta de la importancia de esta guerra y del estado precario á que habia reducido el reino una larga y viciosa administracion, procuraron interesar por su causa á las demás potencias. La junta formada en Oviedo fué la primera que envió á Inglaterra una nota, haciendo conocer la determinacion que habia tomado el pueblo español de resistir á sus enemigos y de reclamar los auxilios que podia ofrecerles una nacion poderosa. El gobierno inglés no vaciló en ofrecerle los suyos, aunque en esta determinacion influyó mas el deseo de combatir á los franceses que el de remediar las desgracias de la nacion española; y su solicitud en esta circunstancia es digna de elogio, como tambien lo fué el interés del pueblo inglés por la causa española. Sheridam y el duque de Norfolk se estendieron en los términos mas enérgicos sobre la ocasion que se presentaba á Inglaterra para prestar un apoyo glorioso. Ambos fuéron escuchados en sus respectivas cámaras con el mas vivo interés; guardó silencio la arrogancia ministerial, y todo anunció el inmenso partido que se podia sacar del entusiasmo que produjo esta causa, y de la energía de una nacion ultrajada.

La respuesta que dió el rey á la peticion del principado de Asturias fué amistosa. Consintió en olvidar la guerra anterior, y declaró que miraba como enemigos personales suyos á todos los de España; se apresuró en consecuencia á enviar á los patriotas dinero, armas y todas las municiones que podian necesitar. Los españoles que estaban prisioneros á la sazon en Inglaterra, fuéron puestos en libertad y vueltos á su patria para que defendieran su independencia.

Se abrieron suscriciones particulares en las principales ciudades de Inglaterra é Irlanda con el mismo objeto, y los españoles se apresuraron á demostrar su reconocimiento en los términos mas entusiastas y espresivos.

Por un tácito convenio, ejercia en España la junta de Sevilla la autoridad suprema; y mientras que el gobierno civil caminaba pacíficamente, se hacian con el mayor ardor preparativos militares. La llegada del mayor general Spencer procedente de Gibraltar con un cuerpo de tropas, activó los movimientos militares de los españoles, que secundados por las bombardas y baterías de tierra, obligaron á rendirse á una escuadra francesa que estaba en Cádiz; y los enemigos que ocupaban la Andalucía fuéron arrojados á Portugal, donde las exhortaciones de los españoles habian producido igual animacion. Oporto habia sido ocupada á las órdenes de un general francés por tres mil españoles, los cuales antes de volver á su país entregaron el mando de la ciudad á un oficial portugués. La sumision de este á los franceses indujo á levantarse al indignado pueblo, restablecióse el antiguo gobierno, y habiendo imitado las demás ciudades este ejemplo, quedaron libres las provincias del Norte de tan humillante yugo.

No permanecian ociosas entre tanto las tropas francesas existentes en España. Después de haber sometido á Madrid el príncipe Murat, quien por su crueldad y escesos era instrumento oportuno de opresion en manos de su terrible amo, publicó varias órdenes para acabar con los bandidos, con cuyo insultante apodo nombraba á los patriotas. Envió un cuerpo de ejército bajo las órdenes del general Dupont á apoderarse de Cádiz, y otras varias divisiones para desbaratar las operaciones de los españoles. Observó el general Castaños la marcha de Dupont, quien encontrándose de repente rodeado de peligros con la proximidad de un ejército considerable, tomó una fuerte posicion en Andújar, donde esperaba que se le reuniria una division que iba de la capital. Envió seis mil hombres al encuentro de las tropas que esperaba, reservándose ocho mil con los que se retiró á Bailen. Interpusiéronse los españoles entre estas dos divisiones, y el general Dupont se vió obligado á arriesgar una batalla, en la que después de una pérdida considerable, tuvo que entregarse á discrecion. Moncey, que habia recibido órden de sitiar á Valencia, padeció una derrota semejante, perdiendo mucha gente, y en Cataluña vióse precisado Duhesme á levantar el sitio de Gerona: de tal modo consternaron á José estos reveses, que abandonó á Madrid para retirarse á Burgos, á pesar de haber recibido la noticia de la derrota del general español Cuesta en la provincia de Leon.

Un ejército británico que apareció en las costas de Galicia proporcionó un apoyo inesperado á las provincias; pero la junta aconsejó un desembarco en Portugal. En su consecuencia, sir Arturo Wellesley se dirigió á la embocadura del Mondego, donde tan luego como llegó encontró á la division de Spencer que volvia de Cádiz. Al marchar el general sobre Lisboa, encontró en el camino un cuerpo poco considerable de franceses establecido en Roliza. Su posicion en una montaña los ponia al parecer en situacion de poder defenderse contra fuerzas mucho mas numerosas; pero flanqueados por algunas maniobras hábilmente dirigidas, se vieron obligados muy pronto á desalojarla. Cerca de Vimeiro tropezó sir Arturo con un refuerzo que le puso en estado de oponer fuerzas muy superiores á las que mandaba el general Junot á quien atacó. Una columna de poco frente avanzó desde luego contra el centro del ejército aliado, sin que hicieran impresion en los que la componian el molesto fuego de la artillería ni las numerosas descargas que recibieron al acercarse á la línea, hasta que una carga á la bayoneta la desordenó completamente. Consiguieron volver á ordenarse prontamente con el auxilio de su superior caballería, y formaron una sola línea, como si quisieran socorrer su ala derecha que estaba á la sazon fuertemente empeñada cerca del camino de Lorinha, donde una brigada entretenia á los franceses, ínterin llegaban á tomar parte en el combate otras divisiones. La victoria fué disputada todavía por algun tiempo con tenacidad; pero los invasores y devastadores de Portugal fuéron por fin completamente derrotados.

Tuvieron de pérdida los confederados en estas dos batallas mil hombres, y dos mil quinientos los contrarios, habiéndose incorporado al ejército inglés sir Harry Burrard antes de que se hubieran retirado los franceses; pero satisfecho de la conducta de sir Arturo, no quiso tomar el mando en la accion; y cuando propuso el vencedor el perseguir vigorosamente á los vencidos, rehusó acceder á ello el nuevo general, juzgando inútil y peligrosa tal persecucion. Al dia siguiente llegó el teniente general Dalrymple, y tan luego como tuvo Junot noticia de esto, pidió una tregua que fué concedida en seguida, firmándose en Cintra un convenio por el que se aseguró enteramente la retirada al ejército imperial, sin que se considerara como prisioneras á las tropas francesas. No hubieran podido resistir estas mucho tiempo á las fuerzas británicas, y los pocos sitios que fuera necesario poner no hubiesen impedido á los ingleses el llegar á España tan pronto como lo hicieron los franceses. Aun cuando por haber cesado las hostilidades era inútil la presencia de los isleños en Portugal, permanecieron todavía en él algun tiempo en estado de inaccion.

Fácilmente se puede creer que los portugueses quedarian descontentos de un convenio tan favorable á unos enemigos que tan cruelmente los habian tratado. Además de asegurarles la retirada y concederles per-

miso para sacar sus equipajes, de cuyo pretesto se valieron para llevarse alhajas de mucho valor robadas de las iglesias y monasterios, se quejaron tambien los portugueses de otros muchos artículos del tratado, que ultrajaban de un modo irritante la dignidad é independencia de su gobierno. La permanencia de las tropas inglesas en Portugal era de una utilidad incontestable; pero unos simples auxiliares no tenian derecho para exigir que se les entregaran las fortalezas, aun cuando abrigaran intencion de devolverlas inmediatamente á sus legítimos dueños, y tampoco era justo que prohibieran al gobierno el castigar á todos los que se hubieran mostrado señaladamente adictos al enemigo, ó hubieran aceptado algun empleo bajo el mando de Junot. El orgullo español fué igualmente ofendido por un artículo que estipulaba, que las tropas de esta nacion, detenidas á bordo en el puerto de Lisboa, serian entregadas al general en jefe del ejército británico.

La aliada de los franceses en el Norte habia enviado á Portugal una escuadra para apoyarlos. En virtud de un convenio celebrado entre el vice almirante Liniavin y sir Carlos Cotton, fuéron detenidos por el gobierno británico nueve navíos de línea mientras durase la guerra con Alejandro, y hasta seis meses después de la paz. Contento el almirante con la posesion de aquella escuadra, permitió á los rusos que volvieran pacíficamente á sus comarcas septentrionales.



Casa del corregidor en Londres.

Con despecho vió Napoleon que se le habia escapado el Portugal; pero se consolaba con la esperanza de someter en poco tiempo la España por medio del inmenso ejército que pensaba levantar para llevar á cabo su proyecto favorito. Con objeto de asegurar el apoyo de Alejandro, y temiendo que el buen sentido y la equidad de este príncipe, le indujesen á separarse de la injusta liga en que habia entrado, tuvo con él en Erfurt una conferencia, en la que procuró alucinarle describiéndole proyectos brillantes, con declaraciones pomposas, y con todos los artificios que estaban en su mano.

Como este hábil dominador, al paso que abrigaba la mas insaciable ambicion, se esforzaba largo tiempo hacia por hacer creer que su mas ardiente deseo era el de conseguir la paz, no causó sorpresa ninguna la carta que escribió desde Erfurt; pero dió lugar á nuevas observaciones. Esta carta no estaba tan solo firmada por él, sino que llevaba además la firma de su imperial aliado, para que pudiese inspirar mas confianza y ofrecer cierta apariencia de noble franqueza y sinceridad. El estilo de este documento era el mismo que hubiera podido emplear el mas celoso partidario de la paz; abundante en razones, moderado y lleno de filantropía, y le acompañaba un aviso de los ministros de Francia y Rusia para dar á conocer el nombramiento de los plenipotenciarios que estaban prontos á entrar sin demora en negociaciones con arreglo á los principios de la justicia y la equidad. Se negó á creer el rey de Inglaterra que el pérfido opresor de los españoles quisiera consentir realmente en un tratado de pacificacion, como no se le asegurara á su hermano el reino de España, y pidió que los parientes del legítimo monarca, cuyos derechos no podian ser anulados por su forzada ausencia, tomasen parte en la negociacion por medio de la junta general. Tan justa demanda acabó de poner de manifiesto las verdaderas intenciones de Napoleon, que con una arrogante negativa hizo que se desvaneciera toda esperanza de conseguir la paz, volviendo así las cosas á su primitivo estado.

El consejo administrativo á quien se dirigió la respuesta del rey, se organizó segun el parecer de la junta de Sevilla, cuya influencia no era suficiente para reunir en un solo todo homogéneo las discordantes fracciones del poder. Congregáronse en Aranjuez los diputados de las juntas provinciales, y después de elegir un presidente, dieron principio á sus tareas como consejo general de Estado. El pueblo se mostró pronto á obedecer á la gran junta: pero cuando se consideró que la guerra era el mas importante objeto, paralizó los esfuerzos del gobierno la falta de un jefe militar, cuya autoridad pudiera producir un acuerdo perfecto en las operaciones y el plan de campaña, retardándose por lo mismo las ventajas que podian conseguirse emprendiendo con vigor las hostilidades.

Se calcula que durante los cuatro primeros meses de la guerra, llegó á haber mas de doscientos mil hombres armados en España. «Este ejército, dice un historiador »militar de aquella época, hubiera bastado muy ámpliamente para asegurar la independencia de España, si »hubiera estado convenientemente equipado y organi»zado. Pero por la dilapidacion de los recursos de la na»cion, las nuevas levas se vieron privadas de lo mas »necesario, y formaron mas bien una reunion de indi»viduos que obraban por sentimientos patrióticos, que »un ejército que debe recibir un movimiento general »como una máquina.» La confianza que tenian en su propio valor, y la facilidad con que daban ascenso á las relaciones mas inverosímiles, con tal que lisonjearan su amor propio, les hacian obrar constantemente con la mayor imprudencia, poniéndose en movimiento antes de estar preparados para recibir las legiones enemigas que avanzaban contra ellos. Diversos cuerpos, fiados en su número y patriotismo, no titubearon en buscar al enemigo sin órden, union ni plan, pagando bien pronto los efectos de su temeridad.

Habiendo recibido los franceses numerosos refuerzos, no tardó en encenderse la guerra con el mayor furor. Atacaron al general Blake que intentó detenerlos, y le derrotaron después de muchos combates. El marqués de la Romana, que habia servido á las órdenes de Napoleon en Dinamarca, y que después de haber sacudido el yugo del que miraba como un usurpador, se habia trasladado á España en los buques ingleses con diez mil hombres, encontró en Vizcaya las tropas fugitivas y tuvo que sostener algunos choques muy reñidos antes de poder refugiarse en el reino de Leon. Otro ejército al mando del general Castaños fué derrotado en Tudela; forzóse el paso de Somosierra, y Napoleon

avanzó á la cabeza de cincuenta mil hombres á apoderarse de la capital, después de enviar á Moncey para que embistiera de nuevo á Zaragoza. Desplegaron durante dos meses los sitiados un vigor estraordinario; pero la destruccion de la mitad de la ciudad les obligó á abandonar el sitio. El Retiro junto á Madrid fué tomado por asalto, y sus habitantes, atemorizados y seducidos por los partidarios de Francia, consintieron en capitular, obteniendo de esta suerte la promesa de ser respetados.

Durante este tiempo permanecia ocioso en el Oeste de España el ejército inglés, que bajo el mando de sir John Moore habia dejado el Portugal. Este general habia gozado siempre de reputacion de oficial valiente; pero como comandante en jefe, tenia demasiada irresolucion y falta de carácter, y habia concebido desgraciadamente una opinion desfavorable del celo patriótico de los españoles, que estaban mucho mas dispuestos á defenderse de lo que se figuraba. Apenas llegó á España, pidió buques de trasporte para volver con el ejército á Inglaterra, temiendo que fuera destruido por la superioridad de las fuerzas; pero animándose después, se decidió por fin á hacer algunos movimientos avanzados para dar á entender que se hallaba dispuesto á obrar.



Sir John Moore.

Sir John que tenia en Toro cuarenta mil hombres, se puso en marcha con ellos para atacar á Soult que venia de Saldanha, y que solo contaba, segun aseguraban, con diez y seis mil combatientes; pero habiéndose estendido la voz de que iba Napoleon en persona, se dió órden para retirarse. Atravesaron las tropas el Esla, dirigiéndose precipitadamente á Astorga, y abandonando á los españoles huyeron por los desfiladeros de Villafranca. Los hambrientos soldados saque ron esta poblacion, siendo tal su indisciplina y descontento, que costó mucho trabajo conservar el órden durante la marcha. Algunos centenares de hombres se dispersaron; una gran parte murió de fatiga, y muchos mas fuéron acuchillados por el enemigo. Cerca de tres mil que habian sido enviados á la costa por diverso camino, llegaron á Vigo felizmente, y el resto del ejército entró por fin en la Coruña—Año 1809.

Soult avanzó entonces con un ejército que escedia en mucho al de los ingleses, y envió una fuerte columna á atacar una aldea que sostenia el ala derecha de estos. Mientras atendia sir John Moore á la defensa de este puesto, recibió una herida mortal: su segundo, Baird, fué herido igualmente, recayendo por esta causa el mando en sir John Hope, oficial de mucha capacidad por su valor y talento. Continuó resistiendo la derecha con un valor indomable, y auxiliada por un cuerpo de reserva, consiguió rechazar á los agresores. No tuvieron mejor éxito los ataques realizados por las demás columnas; y de este modo un ejército desorganizado y casi destruido, sin caballería, porque se habia perdido toda durante la desastrosa retirada, y con solo el apoyo de algunas piezas, resistió todos los ataques de un enemigo que contaba con caballería y artillería superiores y estaba mejor situado. Dejando en España los restos de un general cuya pérdida lloraban, se embarcaron y volvieron á la Gran Bretaña las tropas inglesas.

La permanencia de un ejército considerable en el Nor-Oeste de España, aunque insuficiente para proteger este país de un modo eficaz, contribuyó no obstante á impedir que el Sur fuera subyugado, llamando la atencion de los franceses, y obligándoles á detenerse súbitamente en el momento de invadir la Andalucia, y á encaminarse hácia el Norte.

CAPITULO XCIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1809.)

Hallábase demasiado ligada la causa de los españoles con los intereses de la Gran Bretaña, para que el funesto éxito de la campaña desanimara á los ministros hasta el punto de abandonar la contienda que hasta entonces habian sostenido: confiando pues en los recursos de ambos países, en el vigor de las tropas británicas, no menos que en el celo y valor de los patriotas españoles, resolvieron proseguir la marcha que hasta aquel momento habian observado.

El rey, en el discurso que dirigió á las dos cámaras, manifestó la completa confianza que abrigaba de que le sostendrian en la continuacion de una guerra que no habia esperanza de terminar de otra manera útil y honrosa que por medio de la energía y perseverancia. No dudaba que ellas participarian de sus sentimientos en cuanto á las últimas proposiciones de paz que se le hicieron, exigiendo como condicion preliminar que abandonara la causa de España, que él tan reciente y solemnemente habia abrazado. Sentíase todavía tan inclinado á ella, que estaba resuelto á realizar los mayores esfuerzos en favor de esta nacion oprimida: en medio de sus disturbios y reveses, renovó los compromisos contraidos voluntariamente desde el principio de la guerra, ratificando su union con España mediante un tratado. Al paso que se regocijaba del triunfo de sus armas en Portugal, sentia sinceramente que esta campaña se hubiera terminado por un armisticio y convencion, en que habia artículos que le parecia debian originar reparos. Veia con satisfaccion que el rey de Suecia reconocia lo mismo que él la necesidad de rechazar cualquiera proposicion de arreglo en que el gobierno español no tomara parte, y esperaba que se accederia á otorgar á aquel príncipe un socorro pecuniario en cambio de su celo por la causa comun.

Votáronse los mensajes sin discordia, aunque muchos miembros desaprobaron la conducta de los ministros, declarándolos ineptos para llenar sus funciones. Sostúvose que los gobernantes no mostraban contra Francia mas que una oposicion desnuda de discrecion y energía; que sus instrucciones, llenas de desacierto, condenaban al ejército existente en el Báltico á permanecer en una inaccion vergonzosa; que ninguna utilidad real habia resultado de la entrada de las tropas inglesas en Portugal y que era preciso, ó desplegar mas decision por la causa española, ó que dejara el rey de intervenir en tal contienda.

El ministerio prestó una atencion especial á los medios oportunos para aumentar el ejército; mas el proyecto de alistamiento no ofrecia la menor innovacion. Cifrábase demasiada esperanza en la renovacion de la medida de estimular á la milicia á ingresar en el ejército regular; y á fin de inducir á lo mismo á las demás clases, esparcióse dinero por todas partes, empleándose además acertada y artificiosamente todas las seducciones de la gloria. Muchos miembros negaban la utilidad de semejantes medidas, toda vez que las tropas regulares ascendian á la sazon á doscientos treinta y siete mil hombres, y ningun temor de invasion cercana exigia los esfuerzos reunidos de la milicia y voluntarios; pero otros

oradores sostuvieron que tal aumento de fuerzas era proporcionado á la magnitud del peligro.

El convenio de Cintra, mencionado en el discurso mismo del rey de una manera poco satisfactoria, fué muy censurado por algunos oradores de la oposicion. Formóse un informe favorable al tratado por un consejo de guerra, que en vista del deseo popular habia recibido órden de proceder á una pesquisa relativa á tal negocio. El rey, á la presentacion de dicho informe, no hizo al parecer objeciones mas que á los artículos que parecian una usurpacion de la autoridad de los gobiernos portugués y español; pero el conde de San Vicente, Ponsomby y el general Tarleton condenaron por impolítico y deshonroso un convenio que habia asegurado la retirada al enemigo cuando podia habérsele destrozado, y lord Enrique Petty propuso, aunque sin efecto, un voto de censura contra los ministros, cuya negligencia y desacertada conducta habian dado en su concepto tan mal aspecto á los negocios, que estos necesitaban de pactos estraordinarios con Rusia.

La campaña de España originó en seguida la censura del parlamento. Ponsomby hizo un ámplio exámen, y las conclusiones que sacó después de observar atentamente todas las circunstancias y sucesos de dicha campaña, fuéron muy desfavorables al crédito y capacidad de los ministros. Estos habian tenido ocasion de obrar con eficacia, toda vez que los naturales se mostraron adictos á la causa actual; habian tenido á su disposicion todos los recursos de Inglaterra, así como el asentimiento sincero del parlamento y del pueblo, y era difícil suponer que su intervencion no fuera acogida con placer y reconocimiento por la nacion española. Pero lejos de obrar como debian, no habian observado con la atencion indispensable el estado del país, el giro que tomaba el espíritu público, las disposiciones de la clase alta, las miras de la media, ni habian procurado cerciorarse si era probable resistir con éxito al vigor de un enemigo poderoso. Una indecision estraordinaria y dilaciones inútiles habian dañado á la causa que el rey queria sostener. Habian sido derrotados muchos cuerpos españoles para cuando las tropas británicas se hallaron prontas á obrar; y cuando ya lo estaban, á los españoles les amagaba por todas partes una total ruina. Propúsose pues una investigacion, á fin de conocer de una manera positiva los motivos de que no prevaleciera la empresa. Lord Castlereagh ridiculizó la inconsecuencia del que hacia la mocion, porque en un mismo momento recomendaba la celeridad, y aconsejaba que se deliberara, y vituperaba la lentitud que habia en obrar, al paso que procuraba justificar la suspension de las hostilidades. Thernay y Windham hablaron de una manera satírica de la ignorancia y errores del ministerio, declarándole inepto para dirigir la nueva guerra con prudencia y acierto; mas la cámara rehusó acceder al exámen demandado.

Otra pesquisa notable vino á animar el principio de esta legislatura. Al través de la repugnancia aparente que Wardle manifestó al proponerla, era fácil vislumbrar su firme decision de obtener una resolucion satisfactoria. Lamentábase de la influencia perniciosa de una muger sin costumbres sobre un príncipe (1) que debiera haber preservado de toda mancha y vituperio el sentimiento del honor y del patriotismo, y declaró que podia aducir pruebas incontestables de la malversacion de los fondos provenientes de la venta de los empleos, que por lo comun ocurria á la muerte, ascenso ó dimision de los oficiales. Afirmaba que parte del producto de tales variaciones se habia invertido en provecho personal del duque de York y en satisfacer la codicia de una muger instrumento de sus placeres, la cual era de una rapacidad escandalosa.

Abuso tan detestable requeria un pronto y eficaz remedio, y al efecto proponia el nombramiento de una comision para examinar la conducta del general en jefe del ejército. Sir Arturo Wellesley declaró que no pretendia fomentar los abusos; pero que en las actuales circunstancias dudaba mucho de su existencia, y que se aprovechaba de aquella ocasion para aplaudir la conducta de su alteza real, cuya solicitud habia contribuido á mejorar el sistema militar y aumentar la disciplina y actividad de las tropas. York, con el calor y la destemplanza que jamás inspiran confianza, significó que se habia tramado una conspiracion contra la casa de Brunswick, en atencion á que los ilustres miembros de esta familia habian sido atacados hacia poco por los mas atroces libelos. Creia que la proposicion de Wardle no habia nacido de un espíritu faccioso, sino que provenia de motivos los mas puros, y en el caso de que la cámara accediera á ella, aconsejaba que se nombrara una comision para examinar los testigos bajo juramento. Wilberforce fué del mismo dictámen. Percebal manifestó que se hallaba tan lejos de desaprobar una pesquisa, que por el contrario la miraba como el medio mas propio para justificar el carácter del duque, y propuso que la investigacion se realizara públicamente y por el método ordinario.

Canning, después de hablar con enojo de la arrogancia brutal de los escritores sin mérito que habian osado difamar la reputacion de un personaje real, aprobó igualmente la pesquisa, así como lord Castlereagh, quien predijo que el duque triunfaria de todos sus acusadores. La segunda mocion recibió un asentimiento general, habiéndose aclarado los motivos de la acusacion por medio de las diligencias practicadas.

La favorita mistris Clarke, cuya corrompida influencia sobre el general en jefe dió márgen á esta pesquisa, confesó en la barra que ella habia recibido agasajos pecuniarios en diferentes ocasiones por promociones en el ejército, y en particular de Knight por un cambio de empleo, así como del coronel French por facilitar una salida que deseaba hacer. En muchos casos ni aun se habia limitado á lo militar, sino que se habia esforzado prevaliéndose diestramente del ascendiente que ejercia sobre el duque, porque obtuvieran beneficios y ascensos muchos eclesiásticos. Contradijéronse muchos de los testigos sin que hubieran podido probarse claramente algunas de las principales acusaciones; pero no hay motivo alguno para creer, á pesar de haberlo sostenido muchos individuos, que todo este negocio fuera un plan tramado con intencion de venganza por una muger disipada, cuya prodigalidad no habia querido el duque alimentar por mas tiempo. De todos modos es preciso reconocer que las relaciones de un hombre casado con otra muger, y sobre todo una muger sin costumbres, son contrarias á todas las leyes del decoro y reprensibles hasta el último grado, y no hay severidad bastante para vituperar en un príncipe el prodigar con una muger de tal especie los fondos públicos, el producto del trabajo y los donativos anuales de una nacion generosa á los miembros de la familia real.

Al cerrarse el exámen, el duque con el intento de justificar su conducta escribió una carta al presidente de la cámara de los comunes, diciendo que deploraba las relaciones que habian espuesto su carácter á la prevencion general; y procurando justificarse rechazaba en términos los mas enérgicos las acusaciones precedentes, negando todo conocimiento de las transacciones criminales y deshonrosas aducidas por los testigos. Se atrevia á creer que la cámara no se conformaria con tales pruebas, para adoptar medidas perjudiciales á su honor y dignidad, y aun suponiendo que se abrigara alguna duda sobre su inocencia, esperaba que no se le privaria de la ventaja y proteccion otorgadas á todo inglés por las leyes del reino. Whitbread y Enrique Petty opinaron que las espresiones de tal carta parecian poner en duda la equidad de los comunes, y prescribieron imperiosamente la marcha que se debia seguir en los procedimientos; mas como Percebal manifestó que

(1) El duque de York.

ningun inconveniente veia en la carta, no se presentó mocion alguna sobre esto: empero considerada cumo un mensaje ó una peticion ordinaria, ejerció probablemente mucha influencia sobre la cámara.

Con el designio de dar mas importancia á este proceso, Wardie entró en una ámplia discusion de las pruebas, y después de sacar conclusiones desfavorables al carácter del duque, propuso un mensaje en que se presentaba la existencia de abusos enormes en la administracion militar, y de prácticas, que al confirmar la opinion que ya habia del poder de la corrupcion y codicia en los hombres de talento, tendian naturalmente á entibiar el celo y la energía del ejército, y demostró la necesidad de suspender la autoridad del duque en el departamento militar, puesto que la opinion de la cámara era que no habia podido ignorar los pactos ilícitos de que se trataba.

El discurso de Burton, juez respetable de avanzada edad y privado de la vista, atrajo la atencion de la cámara. Aseguró que se habia esforzado por sacudir el yugo de la preocupacion y parcialidad y por pesar con madurez las pruebas alegadas. En su concepto la mayoría de todos los testigos carecia de derecho á la confianza del tribunal de justicia, á fin de que este quedara convencido de la verdad de sus deposiciones. Las respuestas de mistris Clarke sobre todo se contradecian continuamente y eran falsas segun todas las apariencias. Parecia que el duque no tendria el menor consentimiento del donativo referente al coronel Knight, ni que se hubiera dejado seducir por los artificios y sugestiones de una muger. Este negocio parecia haberse realizado en términos regulares. En cuanto al relativo á French, no se habia demostrado de modo alguno que por él mereciera ser tachado el proceder del duque: ni se habia patentizado de una manera mas conveniente que el príncipe hubiera empleado la via de la corrupcion en lo respectivo al capitan Tonyn, así como tampoco en el caso del mayor Shaw, que fué promovido en virtud de la recomendacion de tres oficiales de superior graduacion. En suma, nada se probaba en tal acusacion, de suerte que se pudiera menoscabar la reputacion de su alteza real, toda vez que ninguno de los datos aducidos por los testigos era bastante para deducir cosa alguna vil ni deshonrosa contra el duque.

Percebal afectó que consideraba como decisivo este discurso; empero continuando en hablar sobre la cuestion con la abundancia de palabras y la prolijidad habitual de un abogado, declaró que habia esperado un éxito justificativo mas completo. Al efecto propuso un voto. Bragge Bathurst reconoció la insuficiencia de una parte de las pruebas, aunque sin deducir que todas las aserciones que atacaban la pureza del duque fueran falsas. En ciertos puntos no habia duda alguna sobre la influencia perniciosa de mistris Clarke, y esperaba que la cámara no vacilaria en condenar en términos los mas fuertes las relaciones inmorales que en virtud de las diligencias practicadas y aclaraciones dadas dieron pié para sospechar, no solo un comportamiento irregular en los asuntos militares, sino tambien intrigas infames y corruptoras. Oponiendo Witbread las justas observaciones del orador á la defensa poco satisfactoria del ministro, manifestó que sin una indulgencia imperdonable é indigna de una alma elevada no se podian sufrir impunemente las faltas y mala conducta de un miembro de la real familia. Bankes condenó igualmente una bajeza y abyeccion tan ignominiosas, declarando que el honor le impedia cubrir con el despreciable escudo de la lisonja las faltas de todo hombre público, por alto que fuera su rango. No creia que el general en jefe hubiera aceptado ninguna dádiva pecuniaria; pero juzgaba al tenor de un escrito considerado sin razon por algunos como falsificado, y por otras muchas circunstancias, que el duque no era estraño á los manejos de mistris Clarke. Proponia por lo tanto que se presentara un mensaje en que, al paso que se espresara la existencia del abuso, se negara la culpabilidad real ó directa del duque, se pusieran frases de sentimiento por las relaciones vergonzosas en que habia estado sumido, y se demandara su destitucion inmediata. York, que estaba dispuesto á absolver á su alteza real de toda imputacion de culpabilidad, combatió vivamente la proposicion de Bankes, como un acto de ingratitud hácia un fiel servidor de la nacion. Leach habló tambien á favor del duque; mas lord Foklsetone, convencido de su connivencia criminal, significó que probablemente se hubieran aducido otras pruebas, si mistris Clarke, cuyo testimonio era desechado y despreciado y se la acusaba de una conspiracion contra su protector, no hubiera entregado á las llamas gran número de papeles que habrian podido servir para satisfacer su figurado resentimiento.

De las tres determinaciones propuestas en cuanto á esta interesante causa, la que mas acertada pareció á los miembros independientes y desnudos de toda parcialidad, fué la de Bankes; pero como este aspiraba á un castigo, provocó la indignacion de los cortesanos y de aquella parte de la nacion que descansa con ciega confianza en los jefes de la administracion. Reproduciéndose pues los debates, fué defendido el duque con destreza por el elocuente Guillermo Grant, y censurado por el agudo Francisco Burdett y por el grave Samuel Romilly. Por una parte Windham estaba pronto á absolverle completamente, y por otra Coke y Wyme persistian en reputarle reo. Los lores Milton, Stanley y Temple, prestando entero asenso á los datos aducidos, pidieron su destitucion del poder y de todo empleo militar.

Wilberforce, cuyas observaciones atraian siempre la mas viva atencion, dividió la cuestion en dos puntos, á saber: el grado de corrupcion que podia imputarse al duque, y el efecto general de tal corrupcion. Su alteza real, segun él, debia haber tenido algun conocimiento de la opinion general que atribuia á los jefes de sus oficinas una distribucion irregular é interesada de las mercedes y empleos, y por los ejemplos de la historia que debiera haberle ilustrado acerca de la rapacidad vergonzosa de las concubinas, y su costumbre de abusar del favor de los príncipes y vender los destinos y las gracias de la corte, no pudo equivocarse sobre el carácter de la muger que recientemente habia formado una escandalosa intriga con un empleado del ejército, hombre de costumbres depravadas. Las apariencias le eran tan desfavorables en muchos puntos, que robustecian la idea de su escesiva facilidad en ceder á una influencia culpable; y aun suponiendo que hubiera ignorado la existencia de todos estos manejos, semejante ignorancia no podia ser tan completa que no tuviera alguna sospecha vaga. Sus dificultades pecuniarias le habian distraido de toda idea de observar severamente la conducta de mistris Clarke, de evitar sus manejos, y de impedirla que se valiera de medios viles y pérfidos para satisfacer sus estravagancias. Si tal relajacion de principios no le arrastró á un proceder enteramente criminal, le redujo al menos á un estado peligroso de indecision y debilidad. Esta conducta, quizá de poca importancia á los ojos de los que no se hallaban preocupados mas que por consideraciones políticas, seria juzgada indudablemente de una manera mas rígida por las personas de moral pura, que verian con satisfaccion el castigo del violador del decoro y respeto debido á las costumbres: absolver á tal culpable sin dirigirle siquiera las amonestaciones merecidas, seria acelerar la decadencia de las costumbres. Estaba pues en el deber de la cámara el interponer su autoridad en aquellas circunstancias, y patentizar su desprecio de tan inmoral conducta, aconsejando la destitucion de quien, no obstante su alta categoría, no debia en un caso de tal importancia ser mas con-

templado que el hombre de la última esfera, á quien ultrajaba disipando casi siempre con la indigna compañera de sus estravíos los impuestos y el fruto de sus penosos afanes.

Canning pretendió que á pesar de sus pincipios de moralidad tan profundos como los de Wilberforce, dudaba que la cámara pudiera tratar de aquella manera de la cuestion con decoro. Bastaba en su concepto examinar si hubo ó no corrupcion; y toda vez que no se habia probado esta acusacion, opinaba por la adopcion de la propuesta del ministro de Hacienda. Ponsomby declaró que no podia reflexionar sin sorpresa ni descontento sobre la prontitud con que se habia procedido á proclamar inocente al duque, cuando la evidencia autorizaba á sacar una consecuencia enteramente opuesta.

Conciliada la opinion de la cámara con respecto á la proposicion de Bankes, votaron á su favor ciento noventa y nueve miembros, y doscientos noventa y cuatro en contra. Decidióse en seguida por una mayoría de doscientos cuarenta y un votos, que en las acusaciones entabladas contra el príncipe debia adoptarse una opinion clara y precisa sobre la verdad ó falsedad de ellas. Antes de formar definitivamente tal opinion, desplegóse de nuevo gran elocuencia. Barham queria que la cámara declarara que el general en jefe no habia tenido parte alguna en los actos de corrupcion que se le atribuian; pero que ella reconocia al mismo tiempo que sus relaciones vituperables le habian sometido á una influencia perniciosa y nociva al servicio militar, así como escandalosa para los súbditos de S. M. Lord Guillermo Russel propuso que se examinara por separado cada capítulo de acusacion. Él veia con dolor que en unos momentos en que eran tan grandes las calamidades públicas se hicieran esfuerzos por atenuar tan graves ofensas y sofocar los rumores de una censura justa, y manifestó vivos deseos de que se restableciera la antigua costumbre de corregir los abusos antes de votar las sumas pedidas por el ministro. El general Ferguson, al paso que reconocia los servicios del duque al país, y protestaba su gratitud por los muchos favores que de él habia recibido, manifestó que consideraba superior su deber á toda clase de consideraciones particulares; que por lo tanto aprobaba la censura severa y la destitucion inculcadas fuertemente por los otros miembros. Percebal propuso con preferencia á un mensaje una resolucion que encerrara la opinion de la cámara en virtud de un exámen exacto de los datos, y declarara que ningun motivo habia para acusar á su alteza de corrupcion personal, ó de connivencia en los actos criminales alegados en el curso de la pesquisa.

Después de un aventajado discurso de Lyttelton reconviniendo con razon al partido ministerial por haber levantado la voz con el objeto de entorpecer toda pesquisa, y haciendo observar que en contraposicion á las pruebas evidentes de culpabilidad no habia mas libertad que la mera asercion del acusado, sir Tomas Turton dijo que de ningun modo convenia comprender en una sola cuestion los dos casos de corrupcion y de connivencia, pues tal manera de proceder impedia la voluntad concienzuda del voto. Añadió que estaba tentado á llamarla una astucia jesuítica, por la alternativa embarazosa que evidentemente presentaba para todos los que hallándose dispuestos á absolver al duque de la primera imputacion, le juzgaban culpado en cuanto á la última; la forma artificiosa de la resolucion les obligaba ó á absolverle de ambas acusaciones, ó á declararle convicto de ellas jurídicamente. Manners, que no se esplicó en esta ocasion con su discernimiento habitual, pretendió que los miembros de la cámara debian alegrarse de la oportunidad que el ministro les ofrecia de votar de una manera clara y sin ambages. Nunca se hizo una observacion mas inaplicable y contraria á las reglas de la lógica. El baron sin embargo simplificó la cuestion, proponiendo que se omitiera la parte de ella que abrazaba los dos puntos diferentes, poniéndose en cambio una variacion que espresara que el duque habia tenido realmente conocimiento de los actos de corrupcion de mistris Clarke. Ciento treinta y cinco solamente votaron por esta mocion, al paso que en contra de ella hubo trescientos treinta y cuatro. No suscitó tanta divergencia la proposicion de Perceval; doscientos setenta y ocho votaron porque al príncipe se le declarara inocente, y ciento noventa y seis fuéron de opinion contraria.



Teatro de Strand.

No podia satisfacer al ilustre acusado una mayoría de ochenta y dos votos en una asamblea tan numerosa. Advertido de que el partido independiente de la cámara se habia pronunciado contra él, determinóse á dimitir su empleo, á pesar de las razones que mediaban para creer que su conducta en general habia sido satisfactoria. Al abandonar su categoría en el ejército, después de declarado inocente por la cámara, intentaba probar que aunque se habia retirado antes de la decision, no le impulsó á obrar así el temor del resultado de la pesquisa, por mas que se sospechase tal cosa.

Pero la retirada del duque no disipó el descontento originado por su conducta, y así no impidió una nueva tentativa hecha al poco tiempo para atacar su moralidad, dejándola mas dudosa que nunca. Bathurst, que abrigaba vivos deseos de que se consignara en los diarios de la cámara una resolucion que contuviera una muestra patente de reprobacion, instó á la asamblea á declarar, que no obstante haberse reconocido en globo el mérito y lo ventajoso y sábio de los reglamentos formados por el último general en jefe, se habian observado con el mas profundo disgusto las relaciones inmorales y funestas que habian causado pactos deshonrosos y criminales. Satisfecho lord Althorp del resultado de la pesquisa, exhortó á la cámara á declarar que ya no habia necesidad de proseguirla: queria que no se reprodujera el asunto mas que en el caso de que el duque fuera reintegrado, lo cual preveian ya cuantos conocian la política de las Cortes. Percebal sostuvo esta propuesta, menos en la parte que aplazaba la pesquisa á una época futura, y una mayoría de ciento veintitres votos prohijó su dictámen.

En seguida se ocuparon los ánimos de investigaciones relativas á otros abusos, aunque fuéron vanos. La mala conducta y rapacidad vergonzosa de los comisarios nombrados para disponer de las propiedades holandesas embargadas por los ingleses, no parecieron bastante reprensibles á los ojos de Percebal para que merecieran una pesquisa severa, y así esforzóse por rechazar la debida censura; pero la mayoría votó por la culpabilidad de ellos declarando que habian faltado á sus deberes. Esta resolucion puso un freno momentáneo á tales abusos; pero no los destruyó, ni impidió que semejantes empleados fueran recompensados mucho mas que lo

merecido por sus servicios. Una tentativa hecha igualmente para poner coto á la prodigalidad de los gastos en el departamento civil del almirantazgo, mas bien sirvió para ocasionar reflexiones desfavorables á sir Carlos Pole, que para facilitar la reforma desde largo tiempo recomendada, y que era mas necesaria que nunca. Estos diferentes abusos dominaban en todos los ramos del servicio público, y los subsidios de cada año á la par de los impuestos que resultaban de ellos, crecian de un modo enorme.

Durante la reciente pesquisa sobre los abusos introducidos en lo militar, deseando la cámara aniquilar toda influencia perniciosa, dirigió su atencion á los actos de corrupcion que hubo en la distribucion de los empleos referentes al establecimiento de la Compañía de Indias, y el ministerio accedió al nombramiento de una junta, para que en su informe diera cuenta de todos los casos en que se habian vendido los empleos de una manera irregular, sobre cuyo tráfico ignominioso no se podia menos de lamentar. Esta cuestion dió márgen para atacar á lord Castlereagh. Lord Archibaldo Hamilton se prevalió de ella con empeño, para probar que su señoría se habia comprometido en un negocio que tenia por objeto cambiar el cargo de escritor de las Indias, á pesar de haber sido designado por el parlamento lord Clancarty. Proponia por lo tanto que se declarara, aunque no se consumó el negocio, que lord Castlereagh habia faltado á sus deberes; mas Canning pidió que la cámara resolviera, en pasando todas las circunstancias de este asunto, no ser necesario adoptar una decision declarando reo al lord. Prefirióse el voto favorable, aunque no por una mayoría tan considerable como podia aguardarse.

Entablóse contra el mismo ministro la acusacion de corrupcion. Madocks pretendió que se habia mezclado con intentos reprobables en las elecciones de muchos representantes, y lord Castlereagh tuvo que soportar de nuevo tal inculpacion. Empero desechóse sin dificultad la mocion sobre una pesquisa.

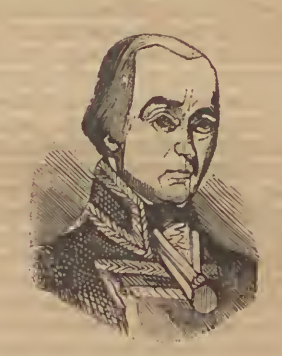
Curiven recomendó entonces una reforma general en el parlamento, como el mejor medio de remediar los abusos que pesaban sobre la nacion. Windham repitió su máxima favorita, de que reforma y resolucion era una misma cosa. Afirmaba que en cualquiera forma de gobierno dominaria siempre la influencia del poder y aun de la corrupcion, y que los abusos continuarian siendo como siempre el resultado de la imperfeccion humana. Tales ideas sin embargo no impidieron la adopcion de un proyecto presentado por Curwen para cortar el tráfico del cargo de miembro del parlamento. Perceval, al paso que pretendia opinar por tal medida, enervó tanto su eficacia, que de ningun modo destruia el sistema de atentar el ministerio contra la libertad de eleccion. Rechazóse vivamente una mocion de sir Francisco Burdett invitando á la cámara á una deliberacion pronta en cuanto á la reforma, y una proposicion de Whitbread para que se disminuyera la influencia estraordinaria de la corte en la distribucion de cargos y pensiones á los miembros del parlamento, no sirvió mas que para patentizar mas y mas el remordimiento servil de la mayoría.

CAPITULO XCIV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1809.)

Interin ocupaban la atencion del parlamento acontecimientos del mayor interés, continuaba la guerra con vigor tanto por mar como por tierra. En el intervalo de las sesiones llegaron noticias favorables de la Martinica. Súpose que la isla habia sido invadida durante la inclemencia de la estacion y reducida con prontitud inesperada, siendo tomados por asalto Morne, Brune y otros varios puntos, y habiendo capitulado la guarnicion del fuerte Borbon en pos de un terrible bombardeo. Caro se pagó este triunfo, porque costó multitud de valientes; pero en el sitio de Santo Domingo, que fué recuperado por los ingleses para los españoles, nadie sucumbió afortunadamente. En la costa de Francia destruyó lord Cochrane cuatro navíos de línea, que estaban anclados en la rada de Basque. En las costas de España lord Collingwod sirvió á la causa de los compatriotas, destruyendo muchos buques de guerra pertenecientes á los franceses, así como otras muchas embarcaciones cargadas de provisiones de campaña. Ni aun los rusos escaparon completamente del resentimiento de la Gran Bretaña, y esperimentaron pérdidas considerables en el Báltico.



Collingwod.

La evacuacion de España por las tropas inglesas al principio del año no perjudicó á los esfuerzos de los jefes y generales españoles. En muchas partes del país hicieron frente con osadía al enemigo, deteniendo sus progresos en varias ocasiones; pero las instrucciones que los generales franceses recibieron de su soberano en el momento en que los movimientos de los austriacos hicieron presagiar una nueva guerra, suspendieron súbitamente sus operaciones ofensivas. Antes de llegar esta noticia á la península, los franceses habian vencido la resistencia de Zaragoza, cuya ciudad defendida por el celo y la intrepidez de Palafox habia sostenido un segundo sitio, notable por una série de ataques realizados por las columnas que habian llegado á penetrar en el riñon de la poblacion. Igualmente ganaron la batalla de Medellin, á pesar del asombroso valor que desplegó una division del ejército español. Derrotaron á los naturales de Mingabril, pero solo á costa de grandes pérdidas, de que se vengaron cruelmente. Tras de un combate que hubo en Ciudad-Real, resultó igualmente la destruccion y mortandad. En Galicia fuéron menos felices los franceses, á quienes batieron en San Payo fuerzas poco numerosas, siendo despojados por las tropas británicas de muchos pueblos marítimos de gran importancia.

La discordia que reinaba entre los portugueses perjudicó al pronto á sus esfuerzos para recobrar el Portugal; y si sus aliados ingleses no hubieran obrado con tanto vigor, este país se hubiese sometido de nuevo á la autoridad de los franceses. La poblacion y fortaleza de Chaves fuéron arrebatadas á estos últimos por un cuerpo de españoles; pero como los franceses avanzaron muy luego en gran número hácia el Duero, desconcertaron completamente todos los planes contrarios, y obtuvieron la posesion de Oporto, en que sacrificaron parte de sus habitantes.

Sir Arturo Wellesley, encargado del mando de las tropas británicas en la provincia de Beira, destacó un cuerpo de portugueses hácia el alto Duero, para que acosara al enemigo en la retirada, ya intimidándole, ya atacando osadamente. La noticia de su proximidad surtió un pronto resultado, pues hizo tomar al mariscal

Soult la resolucion de enviar muchos destacamentos á las fronteras, que para entretener á sus adversarios, defendia á Oporto con vigor y perseverancia. Una division francesa situada en las alturas inmediatas á Grijon no pudo evitar un combate. El mayor general Murray envolvió su ala izquierda por medio de una hábil maniobra, en tanto que un regimiento portugués atacaba la brecha: otros batallones en el ínterin se diseminaron por la aldea y los bosques en que estaba el frente de su ejército. No fué larga la resistencia, retirándose el enemigo después de destruir un puente sobre el Duero. Proporcionáronse barcas de Avintas, y un destacamento pasó el rio sin oposicion; pero así que tocó la orilla opuesta, se vió en peligro de ser destrozado por una terrible carga que fué sostenida con valor. Bien pronto llegó el socorro necesario, y habiendo logrado el teniente general Serbroke pasar por otro punto el rio, amenazó al ala derecha de los franceses, que se vió precisada á retirarse en desórden. Se les persiguió durante algunos dias; pero su celeridad y el haber abandonado su artillería y cuanto podia detener su marcha, les preservaron de la merecida venganza.

En tanto que con sus órdenes circunspectas y su prudencia, reprimia Napoleon los esfuerzos de sus tropas en España, Blake procuraba sacar partido de la inaccion momentánea de ellas. Al efecto se adelantó hasta Alcañiz, y arrojando á los que defendian este punto presentóse delante de Zaragoza, aunque todas sus tentativas por recuperar esta ciudad fuéron inútiles. Suchet, que esperaba triunfar sin dificultad de un ejército compuesto de gente sin disciplina, persiguió al general, forzándole á combatir y logrando una pronta victoria. Blake reunió sus dispersas tropas, y dirigióse á despecho del enemigo á Cataluña, donde pudo introducir socorros en Gerona.

Animado sir Arturo Wellesley por el decaimiento pasajero del celo belicoso de los franceses, formó de acuerdo con el general Cuesta un plan de operaciones que ofrecian la probabilidad de recuperar á Madrid. Al efecto, habiendo provisto á la seguridad de Lisboa, entró el primero en España con unos veintiun mil hombres, reuniéndose en Oropesa con un ejército de treinta y seis mil paisanos españoles. Con estas fuerzas arrolló las del mariscal Victor; pero en las inmediaciones de Talavera se aumentó el ejército francés hasta cuarenta y siete mil hombres.

Aun cuando sus huestes eran mucho mas numerosas, no se hubiera arriesgado José á venir á las manos, si no hubiera estado convencido de que los españoles harian una débil resistencia. Principió atacando á la division mas próxima al rio; pero ningun resultado dió esta tentativa. Dirigiendo entonces la atencion principalmente al ala izquierda que se componia de tropas británicas, apostadas parte en una llanura y parte en una eminencia que los franceses miraban como la llave de la posicion, intentó apoderarse de tal punto. Al pronto tres regimientos avanzaron hasta la cumbre; mas no tardaron en verse forzados á abandonar un puesto que tan fácilmente habian ganado. Una segunda tentativa fué mucho menos afortunada, y no causó tanto pavor: la tercera fué funesta para muchos de ellos, y todas estas vicisitudes no parecian servir mas que para estimular el ardimiento y coraje de las tropas francesas. El 28 de julio dióse por fin un combate general. La infantería francesa reunida en masa cayó sobre los ingleses, permaneciendo entre tanto á retaguardia la caballería, pronta á obrar con furor donde quiera que pareciera ceder ó romperse la línea inglesa. Destacóse infantería y caballería con el designio de realizar una nueva acometida á la altura. El ejército inglés, esforzándose por parar el golpe que le amenazaba, envió un cuerpo de dragones ligeros, que pasando por entre las columnas enemigas, hizo un estrago considerable en un regimiento de cazadores; pero los dragones, siendo cercados por todas partes, pagaron cruelmente su temeridad. Las tropas inglesas desplegaron en esta lucha una resolucion é intrepidez que parecieron confundir á las columnas que avanzaban, é ínterin un destacamento de españoles contenia á las tropas ligeras, fué librada la posicion importante del riesgo con que la amenazaban los franceses. Por entre los principales cuerpos españoles é ingleses avanzó una fuerte division hácia una batería que todavía no habia sido terminada, y las tropas aliadas resistieron tan tenazmente la carga, que sembraron la confusion en las filas enemigas. El combate sostenido vigorosamente en el centro fué dudoso por algun tiempo, hasta que prevalecieron por último los ingleses. Por un momento estuvo amagada de una total ruina una brigada de guardias que imprudentemente se habia adelantado demasiado; mas socorrida á tiempo se rehizo al instante, en términos de hostigar al enemigo precisándole á retirarse. Calcúlase que los franceses perdieron unos diez mil hombres entre muertos y heridos en esta batalla, en que con tanto ardor fué disputada por ambas partes la victoria, y segun el Boletin Oficial fué de cinco mil trescientos cincuenta entre muertos, heridos y prisioneros la pérdida de los ingleses.

Pero bien pronto siguieron los reveses á una victoria que no era mas que aparente. Cuesta abandonó el punto de Talavera por temor de un ataque, apresurándose á incorporarse al ejército inglés que marchaba sobre Oropesa para impedir la aproximacion de Soult. Viendo Wellesley que el mariscal se preparaba con sus fuerzas considerables á obrar en combinacion con el cuerpo principal del ejército de José, y que así amenazaba un peligro sério á los confederados, retiróse á la izquierda del Tajo, donde hizo preparativos de defensa. Por falta de vigilancia se vió sorprendida la retaguardia de Cuesta por un cuerpo de caballería cuyo ataque le fué funesto, no tardando después en renunciar á sus funciones militares, mas bien acaso por causa de sus achaques y edad avanzada, que por el sentimiento interior de su incapacidad como general en jefe. Venegas, que era mas activo y emprendedor que Cuesta, aunque no mucho mas capaz, molestó al enemigo en Aranjuez y luchó con fuerzas superiores á las suyas en Almonacid, donde fuéron vencidas y dispersadas sus tropas.

Otros desastres vinieron á agravar el mal estado de los negocios. Areizaga, engañado por falsas esperanzas, se puso en marcha con unos cincuenta mil hombres á fin de recuperar á Madrid. Ocurrió un choque en Ocaña; mas á pesar de todos sus esfuerzos no pudo evitar un descalabro calamitoso, y en Alba echó á huir otro cuerpo de tropas después de poca resistencia. Alvarez entregó á Gerona tras de seis meses de asedio, durante el cual agotó todos los medios de defensa; así no sin razon se gloriaba José abiertamente de los progresos de sus armas al cerrarse la campaña, ínterin descansaban en España las tropas británicas.

No fuéron los ministros de Inglaterra, como han asegurado los franceses, los instigadores de la guerra del Austria, pues fué consecuencia natural de la ambicion de Bonaparte y del temor de los innumerables riesgos que se originaban de las hostilidades de España. Empero es preciso decir que el ministerio británico vió con placer la animosidad del emperador de Austria contra los franceses, y que la fomentó además con un subsidio. Pero las tropas imperiales fuéron destruidas en Baviera, y sus adversarios se aprovecharon de la ocasion para apoderarse de su capital. En Aspern y Esling disputáronse tenazmente los laureles de la victoria. Segun las noticias mas exactas de unos y otros, no hubo gran desproporcion entre las fuerzas respectivas de cada ejército, bien que parece que los franceses estaban en mayor número. Como el detalle de los movimientos y de las operaciones militares de esta campaña seria incompatible con el objeto especial de la historia compendiada de la Gran Bretaña, baste decir que cinco grandes columnas marcharon contra el enemigo; que las dos primeras disputaron, aunque con poca fortuna, la posesion

de Aspern, mientras que las otras divisiones triunfaron en diferentes partes del campo de batalla, y que se empeñó de nuevo un combate sangriento sin que consiguieran los austriacos el éxito glorioso de que se jactaron.

Las armas francesas vencieron repetidas veces en Italia, sin que los débiles esfuerzos de las tropas británicas, á fin de distraer al enemigo invadiendo los territorios de Nápoles, produjeran mas que ventajas de poca entidad. Por fin terminóse la guerra pasajera de Alemania. Los austriacos fuéron derrotados después de combatir dos dias en Wagram y en otros puntos situados sobre el Danubio.

Es cierto que su soberano no quiso tratar inmediatamente de la paz; mas á pesar de esto la corte británica no pudo determinarle á prolongar las hostilidades. Así tuvo que sufrir el austriaco cuantiosas pérdidas territoriales en virtud de las condiciones del tratado, y empañó su honor y gloria con su promesa de conformarse con las miras arbitrarias y las leyes imperiosas de su vencedor.

Estimulado por el deseo de vengar á aquel monarca alarmando á su adversario, y por destruir una armada que podia servir para realizar los proyectos de invasion, el rey ordenó preparativos para un armamento considerable, accediendo á las instancias de lord Castlereahg mas bien que á sus propios pensamientos. El conde de Chatam y sir Ricardo Stracham fuéron escogidos para jefes de las fuerzas de esta espedicion. El ejército de tierra, mandado por el primero, ascendia á mas de treinta y ocho mil hombres, y la marina, que fué puesta á las órdenes del segundo, á treinta y siete navíos de línea, amen de un considerable número de embarcaciones de menos porte. Como la intencion primera del conde y su cólega fué avanzar hácia el Oeste del Escalda, trazaron el plan de dos operaciones preparatorias. En su consecuencia fuéron enviados el marqués de Huntley y el comodoro Owen á destruir las baterías levantadas en la isla de Cadsan, mientras que sir John Hope y el vicealmirante Keate verificaban un desembarco en la de Sur-Beveland para atacar otras baterías que podian impedir los progresos de la escuadra; pero la violencia del viento arrojó todo el armamento hácia el Este del Escalda. Propúsose entonces intentar un desembarco junto á Domburgo, en la isla de Walcheren: oponiéndose á tal diligencia las olas, se hizo urgente buscar un abrigo en la rada de Veer, donde, segun el parte del almirante, fué imposible ejecutar el primer proyecto por causa de los vientos que reinaron por espacio de muchos dias. La escuadra fué conducida por un paso estrecho y difícil con un acierto que atrajo la admiracion del general, saltando las tropas en tierra cerca de un fuerte que fué abandonado prontamente por la guarnicion. La reduccion de Flesinga pareció entonces la idea mas importante para apoyar la marcha de la armada. El comandante general juzgaba peligroso dejar un punto sin tomarlo, y para evitar toda dilacion propuso que atacara la escuadra el frente de la plaza, y que en el ínterin diera el ejército un asalto. Accedióse por unanimidad á esta doble maniobra, segun afirma el general; pero el almirante dijo que no se conformó con ella, por haber creido demasiado arriesgada tal empresa para esperar buen éxito. Principióse el cerco, y tan luego como el viento permitió á la escuadra formar el bloqueo, el conde se determinó á abandonar la direccion del asedio á uno de sus oficiales, y á continuar su marcha con una gran parte del ejército hasta Batz, donde se hallaba sir John Hope con su division aguardando auxilio con una ansiedad estrema. Después de una dilacion que el general juzgó muy inútil, y sir Ricardo indispensable, para que todas las secciones del servicio marítimo pudieran marchar de frente así que desaparecieran los obstáculos, avanzó una escuadrilla por el paso de Sloe en el Oeste del Escalda, habiéndola seguido otras divisiones de marina.

Si las fuerzas numerosas, innecesarias en el sitio de Flesinga, hubieran ido por tierra desde Goes á Batz, quizá hubiera habido tiempo todavía para efectuar algo útil sobre Amberes; pero como el almirante dejó al general la opcion entre una marcha de treinta y seis horas ó un viaje peligroso y molesto, y no se eligió el mejor de los dos partidos, desvaneciéronse todas las esperanzas de buen suceso en Amberes. Flesinga fué tomada tras de un sitio de once dias, y para cuando el comandante propuso una conferencia, eran ya presa de las llamas muchos puntos de la ciudad por el efecto terrible de las bombas que á ella se habian tirado. Esta conquista fué una de las mas fatales, pues una fiebre causada por las exhalaciones de los pantanos cundió al poco tiempo entre las tropas, siendo tal epidemia, segun se dice, mas peligrosa en la isla de Walcheren que en ninguna otra parte del globo, á escepcion de Batavia (1).

No tardaron los ministros en saber tal calamidad; pero ni tan triste noticia ni el espantoso número de víctimas fuéron bastante para despertar su sensibilidad, y so pretesto de sostener los intereses del emperador de Austria, que todavia no habia ajustado el convenio de Viena, resolvieron guardar la isla por largo tiempo aun después que los preparativos de los franceses para asegurar sus pueblos, fortalezas y buques, hubieron burlado todas las esperanzas de los ingleses. Todavía, después de la noticia de la celebracion de la paz entre Francia y Austria, tuvieron serenidad para dejar pasar un mes sin dar órden de abandonar aquella tierra pestilencial. Percebal pretendia que la enfermedad cesaria invariablemente en noviembre; pero tal especie ofrecia poca certeza para que fuera creida, y debiera haberse enviado la órden de evacuar la isla, ya que no existia el pretesto de la guerra de Alemania. Por fin, destruidos los diques y arsenales de Flesinga, y en pos de una pérdida cruel causada por la epidemia y la guerra, permitióse á los que escaparon de la horrible peste regresar á Inglaterra.

CAPITULO XCV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1809 al de 1810.)

Al paso que cuantos tenian parientes ó amigos en la escuadra ó en el ejército, se lamentaban de su pérdida ó de los riesgos á que estaban espuestos, el pueblo se entretenia en las funciones públicas que se celebraron por causa del quincuagésimo año del reinado de Jorge III. Tales muestras de alegria y contento por los beneficios de un gobierno constitucional y de larga duracion, hubieran sido mas honoríficas para un soberano, á haber nacido del entusiasmo espontáneo de la nacion; pero mas bien fuéron efecto tanto de un mandato de la corte que respiraba la mas vana ostentacion, como de la influencia del ministerio que supo emplear los medios ordinarios de persuasion para que el público manifestara en aquellas circunstancias sentimientos de amor y regocijo.

La muerte del duque de Portland produjo una modificacion en el ministerio. Percebal obtuvo entonces la dignidad de presidente del consejo de la tesorería; pero este nombramiento ninguna variacion acarreó en el sistema político; pues de antemano tenia ya el nuevo agraciado bastante ascendiente para dirigir el gabinete. Con todo, antes de aceptar el honor que se le ofrecia, invitó á los lores Grey y Grenville á tomar parte en el poder; pero el temor que abrigaban de su influencia les impulsó á dar una respuesta, si no desdeñosa, al menos poco satisfactoria.

Por mas descontento que estuviera el pueblo de la

(1) Lord Chatam dejó en Flesinga diez y seis mil hombres que en gran parte fuéron devorados por la fiebre. *(Norvins.)*

última prueba de incapacidad dada por el ministerio, Percebal y sus cólegas no pensaban en dejar sus empleos ínterin contaran con el favor real. Prometióse en el discurso preparado para S. M. la comunicacion de documentos satisfactorios con respecto á la última espedicion. Aguardábase que el mal éxito de esta seria censurado rígidamente, y en efecto la oposicion que con este motivo hubo, fué mucho mas que la recelada por la corte; pues propuesta una pesquisa, los ministros tuvieron el disgusto de quedar en minoría.

Lord Portchester habló de un modo satírico de lo errado del plan, de la lentitud de los preparativos, de la ignorancia é incapacidad de los principales agentes, y de la negligencia que se observó en todo lo necesario á la salud y comodidad de las tropas. Lord Folkerstone llamó la atencion sobre una carta que habia entre los papeles presentados á la cámara, con la narracion de las operaciones del conde, cuya carta fué dirigida al rey por el conde de Chatam. Segun aquel lord, tal comunicacion no era mas que una apelacion irregular á los sentimientos del monarca, y bajo otro punto de vista estaba sujeta á objeciones, por cuanto propendia á zaherir la conducta de un jefe respetable de marina.

Forzado el conde á sufrir un exámen, rehusó responder á un interrogatorio relativo al ofrecimiento que habia hecho anteriormente de dar al rey una cuenta secreta: en consecuencia hízose una mocion para que se suplicara á S. M., á fin de que dispusiera se presentaran todos los datos ó memorias que se hubieran sometido á su consideracion por el comandante acerca de la última espedicion. La respuesta del rey contenia que en efecto se le remitió en secreto una memoria escrita; que habiéndola devuelto se hicieron variaciones en ella, y le fué presentada de nuevo, y que solo entonces la habia puesto en manos de uno de sus ministros. Esta esposicion secreta fué declarada inconstitucional por Whitbread, lord Temple y Brougham, quienes manifestaron que impedir el conocimiento pleno de lo que tenia relacion con la espedicion, era eludir la responsabilidad ministerial á que la nacion tenia derecho. Bankes combatió la acusacion, alegando que todo miembro del parlamento podia legalmente y sin consultar á sus cólegas dar noticias á su soberano; y que el conde no habia obrado, al escribir al rey acerca de la espedicion, de una manera mas impropia que si le hubiese informado verbalmente; que en cuanto á la responsabilidad, confesaba que los ministros debian responder de las noticias que les daban tanto en secreto como en público; pero sostenia que toda vez que S. M. no habia creido deber obrar segun lo que supo en secreto, los ministros no debian ser sometidos á investigaciones, puesto que no hubo resultado alguno. Adam condenó este razonamiento como inconstitucional, é insistió sobre la necesidad de hacer mencion de la conducta mal entendida del conde en los diarios de la cámara. Canning, á fin de no verse precisado á obrar en union con un ministro tan incapaz como el que habia concebido el proyecto de una espedicion tan funesta, dimitió su empleo y salió con una ligera herida del duelo á que fué retado por su irritado rival; pero poco dispuesto á aprobar una censura severa, deseaba que se modificaran las medidas proyectadas, y que se omitiera la acusacion de inconstitucionalidad, á fin de evitar al conde la mancha que se queria estampar en su carácter. Creia por lo tanto que se debia limitar á declararse que la comunicacion secreta era reprensible. Lord Castlereagh, que igualmente habia renunciado sus empleos, aprobó la proposicion de una censura moderada.

Percebal reconoció que el conde habia obrado de una manera impropia; mas como ningun daño resultó de tal proceder, no era necesario en su concepto juzgarle con tanta severidad: en consecuencia accedió á todo, así como Stephen, quien dispuesto á admirar las azañas del valeroso jefe, y muy lejos de desear que fuera condenado por un error de poca importancia, habia propuesto que se desistiera de continuar este negocio. Pero la cámara por una mayoría de treinta y tres votos opinó por una formal decision. Adoptóse entonces una resolucion que fijaba las diferentes circunstancias de la cuestion, y la idea de una séria inculpacion fué abandonada por Witbread, que apoyó lo indicado por Canning. El asunto se terminó con la dimision por el conde de su cargo de gran maestre de artillería.

Es evidente la importancia de la cuestion que dió márgen á tales debates. Valerse de una comunicacion clandestina, es aprovecharse de una manera injusta del derecho de acceso á un soberano, porque así pueden sobrevenir consecuencias peligrosas, y por lo tanto debe sentirse que los comunes no condenaran abiertamente la marcha inconstitucional seguida en este negocio.

Después de sometidos á un exámen muchos oficiales del ejército y de marina, así como algunos cirujanos, lord Portchester trazó con mucho talento y claridad el asunto de la espedicion desde las medidas preparatorias hasta su poco afortunada conclusion. Hizo mencion de la opinion de cinco oficiales, cuatro de los que habian sido contrarios á las operaciones proyectadas, mientras que el quinto, al paso que no se oponia á ellas, no presagiaba buenos resultados. No habian sido calculadas ni pesadas las probabilidades de éxito por quien habia concebido un plan tan temerario, ni se habia pensado mas que en dar un golpe de mano sin prever las consecuencias: ni él ni los demás oficiales generales habian formado un plan regular y fijo, y las instrucciones dadas á los demás comandantes eran enteramente defectuosas. Ninguna cosa determinada se habia propuesto al general en esta empresa; y aunque el almirante parecia que obró con algun cálculo, y se habia propuesto un objeto especial, la única probabilidad de buen éxito dependia de la resolucion adoptada de no emprender sitios, por creer que si se emprendian se daria tiempo al enemigo para hacer preparativos de defensa: sin embargo procedióse á un asedio, y proyectáronse otras operaciones de igual especie como preliminares del árduo ataque de Amberes. La idea de semejante diversion en favor del emperador Francisco II, era muy ridícula, porque no habia muestra alguna de que pudiera destacarse ningun cuerpo considerable del ejército que amenazaba al Austria con pérdidas y humillaciones.

Portchester terminó su largo y animado discurso proponiendo varias decisiones que abrazaban la narracion de la marcha y de su término, así como los fatales resultados de la espedicion. Tales decisiones tendian á escitar la animadversion contra el ministerio. Ventilóse de nuevo la cuestion con vigor empleándose dentro de la cámara la libertad de discusion que no se hubiera soportado con paciencia fuera de ella. Doscientos sesenta y cinco miembros desecharon las proposiciones de censura, y doscientos veintisiete solamente votaron contra la voluntad de la corte.

Un miembro de espíritu independiente se habia hecho odioso á los dos bandos de la cámara por su oposicion vigorosa á los partidarios del ministerio y por las reconvenciones contínuas sobre la falta de patriotismo de sus adversarios, considerando á los jefes de ambas facciones como rivales del poder, iguales en ambicion é intrigas, y casi igualmente desnudos de un celo verdadero por el bien general. Habiendo pedido York que no asistiera á la cámara el público mientras se tratara de la espedicion, sir Francisco Burdett significó que ninguna necesidad habia de reserva y misterio en unos momentos en que era mucho mas prudente tratar de calmar que de irritar los ánimos, que consideraban ya la conducta de los miembros de la cámara (por no querer decir los representantes de la nacion) con ojos de desconfianza; y añadió que temia se hicieran muy sospechosos el carácter y la reputacion intacta del congreso. Llamado al órden por Percebal por una proposicion tan ofensiva, ridiculizó esta delicadeza escesiva que hacia desechar la verdad desnuda, y que por otra

parte se olvidaba hasta el estremo de tolerar los hechos de corrupcion mas escandalosos.

Como la esclusion del público ofendia tanto mas gravemente á los observadores curiosos de los asuntos parlamentarios, cuanto que era enteramente inútil, fué escogida para materia de discusion por el jefe de una asamblea particular de oradores denominada el Foro Británico. «¿Quién ha ultrajado mas á la opinion públi»ca, decia, York demandando que se ejecutara el artí»culo que escluia al público de la cámara de los los co»munes, ó Windham atacando la libertad de la prensa?» El último habia vituperado con acrimonia la costumbre de publicar los debates, porque en su concepto tendia á propagar ideas perniciosas, y á dar á los directores de la prensa la ocasion de fiscalizar al gran consejo de la nacion. El espíritu altivo y orgulloso de York se ofendió de tal insulto, que hubiera podido pasar tranquilamente sin llamar la atencion del parlamento; y como el resultado de semejante debate ocurrido en el Foro, tenia un aire de autoridad y amenaza que parecia condenar lo practicado como un ataque insidioso y mal combinado á la libertad de imprenta, y era como una especie de tentativa para acrecentar el descontento del pueblo, tornando á sus representantes objeto de sospechas y desconfianzas, opinaba porque se castigara al culpable que así osaba ultrajar la dignidad de la cámara de los comunes. John Gale Jones, que habia abandonado las ocupaciones de la farmacia por las de la política, y era el jefe y orador principal de la institucion del Foro Británico, no negó la ofensa, pero se esforzó por justificarla haciendo la apología del parlamento en términos respetuosos. Semejante conducta no era para York espiacion suficiente del insulto, y pidió la prision del severo censor, cuya desgracia esperaba que serviria de aviso y de escarmiento á todos los que trataran de comentar con demasiada libertad las medidas de la cámara. Como sir Francisco Burdett no asistia entonces á la sesion, ningun miembro desechó la mocion; pero apenas se presentó, la condenó altamente como una violacion de la ley general de la Gran Carta y del juicio por jurados. La falta en cuestion era punible en su concepto por el curso ordinario de la ley, y era deber de todo abogado de la libertad constitucional protestar contra aquella usurpacion de poder que atentaba á la libertad del súbdito. Pidió pues que Jones fuera soltado. Sheridan aprobó esta mocion sin que por eso dudara de la justicia de la prision. Si se hubiera presentado en forma una peticion por parte del preso, la cámara hubiera dispuesto su soltura; pero solo catorce miembros votaron en pró de una mocion que se suponia apoyarse en bases falsas, y ciento cincuenta y tres votaron en contra.

Arrostrando sir Francisco todas las consecuencias que podian resultarle de su descontento é indignacion, la cual era en concepto de muchos malignidad y encono de bandería, confió á la imprenta la espresion de sus sentimientos. Su discurso y una carta dirigida á sus comitentes llamaron la atencion general. Se desataba en invectivas contra el espíritu de dominacion y corrupcion con el que la cámara, al paso que pretendia representar al pueblo, seguia una marcha tan opuesta á los deseos de este, que debian temerse las mas funestas innovaciones en la Constitucion. Un miembro de provincia exhortó á la cámara con motivo de este osado ataque á fulminar una censura severa contra el autor de ella: sir Francisco espresó entonces su sorpresa, declarando que no podia concebir que fuera delito el discutir sobre el poder de los comunes. La opinion general fué que él en sus medios de argumentacion se escedia de los límites de la moderacion, y que habia sustituido la irritacion y la invectiva al razonamiento. Aunque sir Samuel Romilly no era partidario de la política del baron, le defendió de la acusacion de que sus escritos fueran difamatorios, y le felicitó por el talento que acababa de desplegar, si bien reconocia que habia usado inmoderadamente del don de la palabra. Sir Guillermo Graut dijo que veia con disgusto se suscitara semejante discusion, pero que en circunstancias de tal naturaleza la cámara tenia precision de defender los privilegios, que de lo contrario pareceria los abandonaba.

A fin de hacer creer que se procederia con prudencia y reflexion, aplazáronse para la legislatura siguiente, los debates relativos á la censura proyectada. A la opinion emitida en el asunto de Jones, de que un libelo no era obstáculo para la marcha de las tareas parlamentarias, ni podia ofrecer á las cámaras un motivo legítimo de entorpecimiento, sir John Austhruter respondió que si no era un impedimento directo, debia considerársele al menos como propenso á producirle, lo cual justificaba la intervencion de la autoridad. La conservacion ó violacion de los privilegios de la cámara de los comunes no podia depender sino de la misma cámara, y en el momento en que temiera sostenerlos desapareceria su independencia.

Él estaba pronto á afirmar que sir Francisco era culpable de una violacion injuriosa de tales privilegios, y semejante conducta justificaba las manifestaciones del mas vivo descontento y del deseo del castigo. Wilberforce declaró que en este caso existia mas bien que en el primero el derecho de prision, y todos los que disputaron á la cámara la facultad de prender un estraño á ella, se la reconocieron en cuanto á sus propios miembros, tanto por causa de libelo cuanto por cualquiera ofensa. El punto principal de la discusion eran la naturaleza de la carta y el argumento de ella, votándose por fin para que ambos fueran considerados como libelos escandalosos. Discutióse entonces acerca del castigo que se adoptaria, y aunque un gran número deseaba que se limitara simplemente á reprender al culpable, una mayoría de treinta y ocho votos decretó que fuera enviado á la Torre en virtud de un mandato oficial del presidente.



Club de la Reforma.

El deber del baron, ya como miembro del parlamento, ya como ciudadano, era el de obedecer aquel mandato; pero se opuso á él alegando que era ilegal: el poder civil, ni aun secundado por la fuerza militar, pudo conseguir que se sometiera. Si hubiese vivido en los tiempos del feudalismo, hubiera sostenido sus privilegios y defendido su castillo contra la fuerza y el número; empero habiendo logrado los alguaciles entrar en su casa por una ventana que violentaron, se dejó prender después de alguna resistencia de palabra y obra. Este modo de tratar á un amigo del pueblo alarmó los ánimos, y se originaron muchos desórdenes durante su traslacion á la Torre. Al volver á Wetsminster la escolta que lo habia conducido, vióse acometida, y obligada á

defenderse hasta matar á dos hombres. Una carta ofensiva dirigida al presidente por el baron renovó la violencia de los debates; pero esta animosidad no produjo ningun castigo ulterior.

Muchas corporaciones públicas, particularmente los electores de Londres y Wetsminster, dirigieron á la cámara varias peticiones para que se le pusiera en libertad, todas redactadas en términos que manifestaban su indignacion; pero no por eso dejó de permanecer en una prision hasta que se cerraron las cámaras, volviendo entonces á su casa en secreto con gran pesar de sus amigos y del populacho que pensaban conducirle á ella triunfalmente. Tan pronto como se vió libre intentó una accion judicial contra el presidente; pero los jueces no quisieron reconocer que se hubiesen empleado en contra suya medidas ilegales. Jones, cuya prision era mas injustificable, estaba dispuesto á someter á los tribunales su asunto, y así rehusó la oferta que sus enemigos le hicieron de ponerle en libertad. Obligado á aceptarla por medio de cierta estratagema que para ello se empleó, se querellaba, no solo de que habia sido preso injustamente, sino tambien de que se le habia restituido su libertad de la manera mas ilegal. Como el pueblo á quien se dirigia no comprendia con claridad esta última queja, pareció que no participaba en un todo de su resentimiento. El miembro que originó esta discusion era de un genio irascible, y para castigar su conducta se le privó de la representacion del condado en que mas predominaba la influencia de su familia; pero obtuvo fácilmente una reparacion ministerial, y así su orgullo lastimado por el desprecio con què habian sido recibidas sus habituales pretensiones, quedó satisfecho, no solo con el importante empleo que consiguió en el consejo del almirantazgo y le rehabilitó en cuanto á sus comitentes, sino tambien con un cargo lucrativo que le recompensó ámpliamente sus pasados servicios con sus pingües obvenciones, mas que con la importancia de sus atribuciones.

Estas discusiones distrajeron por un momento la atencion del pueblo de la guerra de la península; pero los ministros estaban muy distantes de olvidar tan importante objeto, y esperaban destruir los proyectos del enemigo en esta parte de Europa.

Aumentado el ejército con cuarenta mil hombres cuyos servicios no eran ya necesarios en Alemania, concibió José la esperanza de consolidar su poder. Aprovechándose de la falta de fuerzas que suponia en los ingleses para obrar con vigor, dirigió su atencion hácia el Sur, y mandó á Soult que subyugase la Andalucía. Ofrecia algun obstáculo á esta empresa el general Areizaga que defendia á Sierra Morena; pero el mariscal venció fácilmente la resistencia que le opuso, y bajó triunfante á la parte llana del país, conquistó Sevilla, y hubiera logrado conseguir otro tanto con Cádiz, si un puñado de patriotas no hubiera entrado en la isla de Leon y contribuido á mejorar y aumentar las fortificaciones. Los ejércitos franceses vencieron la resistencia que les opuso Granada, y casi todo el Mediodia de España fué sometido: pero los habitantes de Valencia se defendian con infatigable valor, y aunque se perdieron en Cataluña algunas ciudades y fortalezas, la intrepidez y actividad de los guerrerillos de esta y de las demás provincias molestaban terriblemente al enemigo que nunca podia atraerlos á un combate general y decisivo. En medio de estas convulsiones se esforzaban las Cortes, convocadas por los jefes españoles siguiendo el consejo del monarca inglés, por reformar el gobierno, y animar á los habitantes á redoblar su energía y perseverar en su defensa.

Durante esta campaña mostró mas interés la Gran Bretaña por la seguridad de Portugal que por la de España, porque el primero de estos dos reinos estaba mas espuesto que el segundo. El vizconde Wellington, con cuyo título habia sido revestido sir Arturo Wellesley, acampó su ejército en la frontera de ambos reinos, para observar los movimientos que debian preceder á la nueva invasion. No habiendo recibido ningun refuerzo de consideracion después de la funesta espedicion de Walcheren, juzgó sagazmente que era necesario defender el reino amenazado de un peligro que en cualquier otro caso hubiera sido menos temible, y calculó que se podria mantener en una posicion que tenia comunicacion con el mar, por donde recibiria abundantes provisiones, mientras que el ejército contrario moriria de hambre en un país esquilmado, y desconcertado por una série numerosa de desastres, se veria obligado á renunciar á su reputacion de invencible, á desistir de sus pretensiones, y á someterse á las consecuencias que traeria el aumento del vigor de las naciones ofendidas é irritadas contra él. Escogió una situacion adecuada á sus miras, asegurándola lo mas secretamente posible con una infinidad de obras que fuéron concluidas antes de que se acercaran los franceses.

Masena, cuyo talento militar apreciaba justamente Napoleon, salió de España durante el verano con un ejército de setenta y dos mil hombres, y atacó á Almeida. Lord Wellingthon no juzgó necesario tomar medidas vigorosas para conservar ni socorrer la ciudad, y un destacamento que solamente estaba encargado de examinar los preparativos del sitio, á duras penas consiguió salvarse á pesar de la hábil conducta de Crauford, y atacada la ciudad por fuerzas que al parecer debian destruirla totalmeunte, se vió precisada á rendirse, apresurando este acontecimiento un accidente fortuito que privó á los defensores de municiones. A medida que los franceses avanzaban, se retiraron los ingleses y portugueses á las márgenes del Mondego, y después de buscar una posicion que ofreciera algunos medios de defensa, eligieron para este fin la escarpada montaña de Busaco. El mariscal, que ignoraba el refuerzo que habia recibido este puesto, envió á atacarlo dos columnas que no bastaron para lograr su objeto. Ganó la cumbre una de las dos divisiones; pero fué recibida á la bayoneta, y atacada con tal vigor, que los franceses se vieron obligados á retirarse en desórden, y cargada la otra division antes de llegar á la cúspide, renunció tambien á su empresa. Igual éxito tuvo una tentativa para forzar otro punto de la posicion: pelearon los aliados con tal vigor, y con un valor y disciplina tan iguales al parecer, que costó trabajo al enemigo distinguir una nacion de otra. Dos mil franceses y cerca de doscientos aliados quedaron en el campo de batalla; los primeros tuvieron mas de tres mil heridos, y solamente mil el ejército combinado. El mal éxito que dieron las tentativas de los franceses sobre la altura de Bucaco, no impidió que flanquease Masena la posicion por un camino que descubrió al Este, obligando de este modo á Wellington á replegarse hácia la capital. Lisonjeábase entonces el francés con la esperanza de arrojar de Portugal á sus valientes protectores; pero no preveia la táctica con que se opondria á sus proyectos su hábil antagonista.

Muchos portugueses que cuidaban mas de hostilizar á los franceses que de su seguridad personal, obedecieron prontamente las órdenes que les comunicó su gobierno para destruir ó retirar cuanto pudiera ser útil á sus aborrecidos enemigos. Se llevaron sus ganados y provisiones á los bosques y montañas, refugiándose gran parte en la metrópoli que miraban como inconquistable con la ayuda de sus aliados. El país quedó asolado con gran admiracion del enemigo, y hasta la ciudad de Coimbra estaba casi desierta. En ella se refugiaron los franceses después de la batalla, y dejando allí sus enfermos y heridos, avanzaron con la esperaza de alcanzar á sus contrarios. Hostilizada su retaguardia por las milicias del país, y obligada su vanguardia á sostener contínuas escaramuzas con las partidas confederadas, llegaron á Sobral, donde observando repentinamente el mariscal la posicion que tan juiciosamente se habia escogido para la defensa de Portugal, quedó sorprendido y desconcertado.

Después de haber examinado aquella posicion atentamente, aventuró el general francés algunos combates en los sitios en que eran menos fuertes las obras, y muchas veces meditó un ataque general, pero le contuvo la prudencia. Vivaquearon sus tropas durante mas de un mes; pero en el tiempo restante que duró el bloqueo, ocuparon cantones regulares en Santaren y Thomar. Sus movimientos indujeron á destacar algunas tropas aliadas con ánimo de conocer sus intenciones; y cuando se adquirió la certeza de que solo trataban de estender sus movimientos y procurarse medios de subsistencia sin pensar en verificar una retirada, los prudentes aliados volvieron á tomar la defensiva. Frecuentemente encontraban los destacamentos franceses acopios de trigo y de otros géneros; pero cuando carecian de ellos y tropezaban algun s paisanos en el campo, los obligaban por medio de tormentos y vejaciones á descubrir las mercancías y provisiones escondidas. La mas severa economía, y hasta la abstinencia, les fuéron muchas veces necesarias durante la inaccion que la estraordinaria situacion de los negocios exigia, y en el momento en que era mucho mas apetecible la abundancia de víveres por el aumento de consumidores, llegó de España un cuerpo respetable, posesionándose de las cercanías de Leyria, mientras que otra division ocupaba las inmediaciones de Guarda para rechazar é intimidar la milicia, cuya insaciable sed de venganza no podia apagarse.

En tanto que el general inglés tomaba sabias disposiciones para la defensa de Portugal, los aliados de Sicilia, con su poderoso auxilio, ponian este país al abrigo de todo riesgo. La isla fué invadida por tropas salidas de Nápoles; pero la primera division que desembarcó en ella fué recibida de un modo tan vigoroso y mortífero, que fracasó la empresa.

Con iguales ventajas se desplegaron el valor y talento militar de la Gran Bretaña en países lejanos. Marchó una armada sobre Guadalupe, y se apoderaron los ingleses de varios puntos bastante bien fortificados que les fuéron abandonados sin resistencia, después de lo cual flanquearon diestramente una posicion que esperaba poder defender el enemigo, quedando así la isla enteramente sometida.

Un ejército procedente de la India se dirigió sobre la isla de Borbon, y fuéron atacadas vigorosamente algunas baterías, intimidándose de tal modo las guarniciones de las ciudades, que se rindieron á discrecion. Otro ejército mas numeroso desembarcó en la isla de Francia, y fué tal el terror producido por la derrota que sufrió el enemigo cerca de Puerto Luis, que se hizo la conquista de aquella isla con la mayor prontitud. Amboyne hubiera podido defenderse por largo tiempo contra el pequeño armamento que apareció en el archipiélago de la India; pero el vigor del asalto que se le dió ocasionó prontamente su rendicion. Otros muchos establecimientos del Oriente pertenecientes á los holandeses pasaron desde entonces al dominio de la Gran Bretaña.

Efectuáronse algunos cambios importantes durante este año en Holanda y Suecia. El primer reino habia sido gobernado durante cuatro años por un príncipe vasallo de Napoleon, que solo el nombre de rey tenia, y entonces fué destronado Luis Bonaparte por su hermano, é incorporado aquel país al imperio francés. Menos ostensiblemente se ejercia en Suecia la influencia francesa.

La repentina muerte del príncipe de Augustemburgo que habia sido nombrado heredero de la corona, dió lugar á una revolucion inesperada. Llamaron los estados al mariscal Bernadotte á la sucesion del trono, y el protector de este feliz aventurero concibió entonces la esperanza de que este seria enteramente adicto á Francia, mientras que otros muchos políticos confiaron que manifestaria independencia y sostendria los intereses de una nacion que le habia honrado con su eleccion.

CAPITULO XCVI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Desde el año 1810 hasta el de 1811.)

Intimamente afectos los ministros al poder, no menos que á la facultad de dispensar su proteccion y de gozar de las utilidades que les proporcionaba su participacion en las riquezas de la nacion, no pudieron observar sin temor los síntomas que anunciaban en el rey una reincidencia en su locura. La peligrosa situacion de la princesa Amalia, la mas jóven de sus hijas, dió un golpe mortal á su espíritu, y apresuró aquella desorganizacion moral que quizá no hubiera sobrevenido sin la enfermedad y muerte de la princesa. Muy luego se quedó con tal motivo el monarca incapaz para todo lo que exigiese reflexion y cálculo; pero los miembros del gabinete esperimentaban una repugnancia tal en creer la probabilidad de su retirada del ministerio, que en fuerza de su deseo é impaciencia de aparentar el restablecimiento del rey, aplazaron repetidas veces los nuevos decretos necesarios para gobernar. Pero su sed de mando se vió por fin obligada á ceder á la fuerza de las circunstancias. Existia un antecedente (1) que hubiera podido servir de base á su conducta; mas habian trascurrido sobre tres meses desde que se tuvo la certidumbre de que las facultades morales de Jorge III estaban trastornadas de nuevo, y nada se habia determinado todavía sobre regencia. Continuaban los ministros obrando por su propia autoridad, alegando por causa la naturaleza del caso presente, y la necesidad de una deliberacion parlamentaria. Sus interesadas miras fuéron no obstante fuertemente censuradas en ambas cámaras. Ponsomby propuso en lugar del proyecto de regencia un mensaje al príncipe de Galles, rogándole que se encargara sin demora del poder ejecutivo. Ciento cincuenta y siete votos se declararon en favor de esta medida, y doscientos sesenta y nueve por la propuesta anteriormente. En la cámara de los pares alcanzaron los ministros una mayoría de veintiseis votos.

Si á la sazon no hubiese tenido el regente mas de veintiun años, hubieran podido servir de pretesto para limitar su autoridad, su falta de vigor y el recelo de que su inesperiencia en política se estraviase, induciéndole á adoptar algunas peligrosas opiniones; pero al considerar que tenia entonces cuarenta y nueve años, y que se hallaba en la plenitud de sus facultades morales y físicas, es muy fácil observar que las proyectadas restricciones tan solo eran el resultado de la preocupacion y de la injusticia.

Hubo con este motivo acalorados debates. Suplicó Lamby á la cámara que revistiera al príncipe de una autoridad ilimitada, puesto que así lo exigia la crítica situacion de los negocios, y nadie tenia derecho á suponer que haria uso de tal poder: pero propuesta una enmienda en este sentido, se declaró en contra de ella una mayoría de veinticuatro votos.

Lord Grenville, que en su calidad de auditor del tesoro, satisfacia ordinariamente las demandas pecuniarias del consejo de la tesorería, aprovechó con afan esta ocasion que se le presentaba de poner en un compromiso á sus adversarios políticos, rehusando concederles una cantidad de mucha consideracion, ínterin no hubiese recibido la sancion real el decreto que lo mandaba.

Propusieron los jefes del tesoro tomar sobre sí toda la responsabilidad de aquella medida; pero el lord continuó indeciso y oponiendo dificultades, alegando que carecia tal inversion de las formalidades que la ley exigia. En esta alternativa se vió obligado el primer mi-

(1) Las medidas presentadas por Pitt en un caso semejante ocurrido en 1788 y 1789.

nistro á solicitar la intervencion de ambas cámaras, y la órden apremiante que dieron estas para que se obedecieran sin demora las disposiciones de los lores de la tesorería, obligó al auditor del tesoro á moderar su rigoroso celo.

No sin grandes debates se votaron por fin las resoluciones relativas á las restricciones de la regencia—1811.—Eran estas referentes á los pares y á la distribucion de empleos permanentes, y segun este plan se hubiera concedido á la reina una especie de intervencion hasta sobre los grandes dignatarios de la casa del rey, si el celo de los amigos del príncipe no hubiera conseguido después de alguna division una victoria inesperada.

Decidióse afirmativamente por ambas cámaras la cuestion relativa á la entrega del gran sello á una comision para la adopcion del importante proyecto de regencia. La generalidad de los oyentes estimó como fuerte el argumento que con este objeto presentó Abbat. Cuando se presentó á discusion el proyecto de Pitt relativo á la regencia, se habia distinguido lord Grenville, orador á la sazon de la cámara de los comunes, por el hábil modo con que defendió aquella medida; pero á la sazon y en su calidad de par antiministerial, pareció haberse olvidado de los argumentos que habia empleado en aquella época. Abbat llegó hasta mostrarse dispuesto á probar que no se encontraba satisfecho con que solo se le considerase como presidente de la asamblea ó como regulador de una simple cuestion de etiqueta, y que estaba pronto á ocuparse de objetos relativos á la Constitucion. Sostuvo que el gran sello no solo debia considerarse como el órgano de la voluntad real, sino que era tambien el sello de la nacion, cuyo uso podia disponer el parlamento, y que en el caso actual el proyecto de regencia no se diferenciaria en su fondo del método de proceder por mensaje. En el caso de que el regente anunciase su intencion de poner el gran sello en un acto que tenia por objeto el confirmar su poder, obraria sin carácter de rey, y su autoridad emanaria tan solo de los lores y de los comunes. ¿Y no seria una pura ficcion, añadió el orador, semejante órden parlamentaria para hacer uso del gran sello? ¿Y por qué razon en el primer caso no habian de ejecutar las cámaras aquella medida evidentemente necesaria para la regeneracion del gobierno?

Con gran sorpresa de sus amigos, y tan luego como fué adoptado el proyecto, participó el príncipe á Percebal su intencion de no destituir á los ministros, dando por única razon de su indulgencia para con los miembros que le parecia no haber obrado de un modo muy constitucional, el irresistible sentimiento del afecto y de los deberes filiales, que le prescribian el evitar en lo posible todo acto que pudiera aparecer opuesto á la voluntad de su soberano, y perjudicar á su restablecimiento.

Terminada por fin esta discusion enojosa, el príncipe tuvo el 5 de febrero en su palacio un gran consejo, en que prestó juramento de fidelidad al rey, y se comprometió á dejar en el tiempo oportuno las funciones de regente. Aguardábase que este abriria en persona la legislatura; pero abandonó al primado y á cuatro pares legos esta diligencia, y el discurso que se pronunció en su nombre espresó la esperanza y confianza de que seria apoyado eficazmente por el parlamento y el pueblo. Díjose que el desenlace de la contienda de la Península afectaba profundamente los intereses de la Gran Bretaña, y que en consecuencia era preciso socorrer con un celo infatigable á las naciones puestas en peligro. Mencionáronse las diferencias con el gobierno americano, con el ardiente deseo de verlas terminadas de un modo satisfactorio. Hablóse como con disgusto sobre los obstáculos del comercio, aunque se declaró que la renta de la Gran Bretaña en el último año habia pasado del producto de la de los anteriores. Esta ostentacion con que se hacia jactancia del resultado de las onerosas contribuciones, no era á propósito para agradar á los que gemian bajo el peso de ellas; y el socorro que se otorgó bajo la forma de préstamo á los negociantes y manufactureros, víctimas de pérdidas momentáneas, al paso que puso en algun modo término á las bancarotas, no surtió un efecto tan saludable como un auxilio semejante concedido en 1793 por el gobierno, porque los obstáculos actuales del comercio eran mucho mas complicados y alarmantes. El objeto del deseo general era la revocacion de ciertas órdenes del consejo, incompatibles con el espíritu de la nacion; pero los ministros no se mostraron dispuestos á anularlas.

Una prueba de moderacion, poco ordinaria en la conducta de los príncipes, causó un sentimiento de satisfaccion á los que reflexionaban con dolor sobre la miseria pública.

En virtud de la intencion que el ministerio manifestó de reclamar de la liberalidad bien notoria de los comunes una asignacion para el sostenimiento de la casa del regente, su Alteza Real declaró que no aceptaría oferta alguna que pudiera contribuir á agravar la carga de la nacion. Tal desinterés era bello sin duda; pero lo habria sido mas positivamente todavía, si hubiera persistido en los mismos sentimientos en medio de las vicisitudes siempre crecientes de la época, pues solo entonces hubiese tenido verdadero derecho á las alabanzas.

Presentóse en seguida de un notable mensaje la organizacion de la regencia. La corporacion de Londres, al paso que cumplimentó al príncipe por la enfermedad de su padre, le hubiera felicitado sin duda por su elevacion; pero hallándose coartada su autoridad de una manera poco liberal, se limitó á no perder esta ocasion de apostrofar la conducta vituperable del ministerio, y así los osados representantes autores del mensaje declararon que su deber para con el soberano y el país, el ejemplo de sus antecesores, la justicia en cuanto á la posteridad, y su respeto á la gloria y seguridad del reino, les estorbaban el disimular sus sentimientos: quejáronse por lo tanto del aumento contínuo de los impuestos, del empleo inconsiderado de sumas inmensas arrancadas á la industria y al trabajo, del sacrificio de tantas vidas y de la disipacion de tantos tesoros en espediciones mal concebidas y dirigidas, y de las tentativas hechas por espacio de muchos años para atacar la libertad pública en todos conceptos. Reconvinieron á los ministros de haber usurpado sin cesar la autoridad real, acusando á algunos de ellos de haberse aprovechado de la demencia momentánea de S. M. para dirigir la administracian con la mas criminal bellaquería. Como el estado defectuoso de la representacion convertia á la cámara de los comunes en instrumento dócil de opresion en manos de ministros artificiosos, los autores del mensaje se consideraban facultados por lo mismo para solicitar una reforma parlamentaria.

Dió el príncipe á este mensaje una respuesta atenta, pero insignificante y evasiva. Declaró que su inclinacion y el ejemplo de su real padre le harian escuchar en todo tiempo las quejas de los que pudieran creerse ofendidos, y le determinarian á arreglar en todo tiempo su conducta á la antigua y perfecta Constitucion á que debian los ingleses por tanto tiempo un estado de completa felicidad. Ninguna formalidad tenian tan vagas promesas, y parecieron por lo mismo vanas y poco satisfactorias, al propio tiempo que presuntuosas; empero no podia esperarse que entraria el príncipe en las discusiones que tenian lugar entre los ministros y los ciudadanos, con el celo minucioso de individuo de partido.

No mereció el honor de una respuesta el mensaje que los habitantes de Westminster presentaron al príncipe de Galles, y que cayó en olvido así que se recibió. El principal objeto á que tendia el mayor Castwright, que le redactó, era la reforma parlamentaria. Este era en su sentir el único remedio de los multiplicados

abusos de que era víctima la nacion; y mientras no se obtuviera dicha reforma, era mas ilusoria que real la tan decantada libertad de la Gran Bretaña. Existia entre los electores rurales una faccion orgullosa, egoista y arbitraria, que conculcaba los derechos de la corona y del súbdito, y era un obstáculo poderoso á la regeneracion deseada; pero si el príncipe consentia en unirse franca y animosamente con el pueblo para atacar aquellos odiosos usurpadores, su tiranía quedaría destruida muy en breve, y el edificio poco estable de su poder se desvaneceria como una maléfica exhalacion arrebatada por el viento. Dejando en fin de parecerse á un rey débil manejado por Godoy, á quien los españoles llamaban príncipe de la Paz, seria el jefe independiente y respetado de una nacion libre, y representado entonces el pueblo de un modo digno por una cámara legítima de los comunes, veria desaparecer sucesivamente los abusos de todo género, y gozaria completamente de los beneficios de la Constitucion.

No agradaron al regente estas insinuaciones de reforma, ni tampoco á las dos facciones que se disputaban su favor. Hallábanse contentos los torys con el sistema dominante, y los wighs por su parte, al paso que vituperaban el proceder del ministerio, estaban dispuestos á adoptar una conducta igualmente reprensible en el caso de que llegase á cambiar aquel estado de cosas.

Entre los debates que hubo durante esta legislatura no fuéron los de menos trascendencia los relativos á la religion. Desde el momentáneo triunfo que habian conseguido los disidentes en el siglo XVII sobre el episcopado, se habian mostrado los partidarios de la iglesia establecida cada vez mas celosos por aumentar la influencia de aquellos sectarios, cuyo celo es tan ardiente, que se esfuerzan sin cesar por propagar sus doctrinas. Los estraordinarios progresos de las dos grandes clases, de metodistas y de la que se llama *de los independientes*, cuyo título es tanto mas exacto, cuanto que parecen realmente haber renunciado á todo género de reglas y razon, escitaron por fin el temor de los partidarios del obispado, y se resolvió verificar una tentativa para impedir los sermones irregulares. Lord Sidmouth tomó con calor este negocio, sin reflexionar sobre el descontento y oposicion que no dejaria de ejercer su intervencion. Propuso disminuir con nuevos reglamentos la facilidad que hasta entonces habia existido de obtener licencia para predicar sin mas que prestar juramento y firmar una declaracion en presencia del magistrado. En su concepto era necesario por honor de la religion, que el que pretendiera ejercer aquel sagrado ministerio, fuese recomendado, tanto por su talento como por sus costumbres, por seis cabezas de familia de buena reputacion, y que asegurase á satisfaccion de los magistrados que cierto número de personas que formaran una congregacion de borla, estaban dispuestas á elegirle por predicador. Añadió que era ya costumbre en algunos condados no conceder licencia á nadie como no hubiera recibido los órdenes con las formalidades necesarias, y estuviera en estado de dirigir la grey que confiara en su instruccion y ejemplo. Tal práctica era mas conforme con el acta de tolerancia, que el método hasta entonces empleado de desencadenar contra el público á cualquier aventurero, hipócrita ó animado de un entusiasmo peligroso.

La alarma que produjo esta proposicion, que fué considerada como una violacion de la ley vigente, fué mucho mayor de lo que podia esperar toda persona sensata. No hubieran sido ciertamente mas fuertes los clamores, si se hubiera hecho una mocion para la revocacion completa del acta. No solo los metodistas, sino tambien los disidentes de todo género, gritaron furiosamente contra tal medida: el mas pequeño ataque los irritaba tanto como el mas violento ultraje, precipitándose el torrente con una fuerza tal, que allanó toda clase de obstáculos. Sin embargo, sin asustarse lord Sidmouth de la tempestad que se habia levantado sobre su cabeza, se esforzó atrevidamente por justificar su conducta, y defendió con justas razones el objeto de su proyecto. Sostuvo lord Erskine que los disidentes tenian pleno derecho á elegir sus ministros sin sujetarse á ninguna influencia; que segun las leyes existentes, se podia castigar á cualquiera orador autorizado que predicase la blasfemia ó sedicion, y que solo los ministros que tenian discípulos regulares, estaban exentos del penoso servicio que algunos enemigos suyos consideraban como la principal causa de la peticion de la espresada licencia. Opinaba lord Holland que á nadie se debia privar del derecho de instruir á sus semejantes, si se creia adecuado para cumplir tal cometido. Convenia no obstante en que era necesario poner coto al celo absurdo que con la máscara de la religion podia introducir peligrosas doctrinas. El conde Stanhope desaprobó asimismo el proyecto, igualmente que el presidente de la gerarquía y el lord canciller, no porque lo encontrasen poco juicioso en sí, sino porque el deseo de moderar la exasperacion de los que le condenaban, y podian ser escelentes jueces en sus asuntos propios, les inducia á aconsejar el abandono de aquel pensamiento. Desistióse en consecuencia de una medida que se consideró como odiosa, aunque no lo era seguramente.



Granadero.

Pero si bien fué fácil á los protestantes disidentes rechazar las medidas que desaprobaban, ni con mucho fuéron tan felices los católicos. Grattam habló en favor de estos con la brillante elocuencia con que acostumbraba hacerlo, siendo apoyado fuertemente por Ponsomby; pero se opuso vigorosamente Percebal á que se hicieran concesiones de autoridad á personas que abusarian probablemente de ellas. Wittbreat acusó al ministerio de una ciega intolerancia, y el intrépido campeon de la iglesia romana le atacó de una manera virulenta; pero contando el gobierno con la aprobacion de la mayoría, los desafió á todos, y escitó verdaderamente á muchos en aquellas circunstancias á sostener la causa del gobierno protestante. Solo ochenta y tres votos hubo por la remision de aquella peticion á una junta, y ciento cuarenta y seis se pronunciaron en contra. La cámara de los pares declaró que las pretensiones de los católicos eran demasiado justas y razonables para no obtener el asentimiento del parlamento, y hasta el obispo mismo de Norwich manifestó la misma opinion, lo que sorprendió al auditorio que hasta entonces no habia dudado nunca de su adhesion á la iglesia establecida: se atribuyó su celo en esta ocasion

á la generosidad de su carácter, á su deseo de contribuir al bien general utilizando las capacidades ignoradas y desconocidas hasta entonces, y á su convencimiento de que se podian satisfacer con seguridad las reclamaciones de los católicos. Pero una gran mayoría de la asamblea profesaba otra opinion diversa.

Los actos de aquella legislatura fuéron como de costumbre mas numerosos que útiles, y aun se puede añadir que en gran parte fuéron mas perjudiciales que provechosos. Tan solo dos merecen citarse como algo importantes, porque tenian por objeto evitar los robos de telas de lienzo y de algodon que se hacian con frecuencia alrededor de las casas y en los campos, disminuir el espantoso catálogo de los crímenes capitales que llenan nuestro código, y modificar las leyes que señalan las mismas penas por faltas poco importantes que por crímenes atroces, cosa injusta é indigna de legisladores ilustrados.

El poder del parlamento británico debe ser limitado; y no careceria tal vez de peligro el disputarle el derecho de condenar á la pena capital cuando lo creyera necesario, porque toda persona enemiga de este sistema de legislacion podria probar fácilmente con argumentos que ningun gobierno tiene en rigor facultad para condenar á muerte á un criminal, á menos que este se hubiera hecho reo de asesinato. Este crímen tan repugnante, y tan imposible de ser perdonado, reclama las mas prontas represalias; pero es muy diverso el caso en que solo se trata de un robo. Este delito es de poca importancia comparado con el que atenta á la vida de un ciudadano, y es sin duda permitido sostener que no debe ser igual el castigo de dos crímenes que nada tienen de semejante en sus consecuencias. Además de la diferencia de culpabilidad, se puede tambien probar por un hecho conocido la injusticia notoria de la igualdad de castigo; y es que en muchas circunstancias han asesinado los malhechores para evitar el descubrimiento del robo, y borrar todas las pruebas de su primera culpa. Las leyes que de este modo confunden los crímenes, incitan sin duda al asesinato, y la tolerancia del poder ejecutivo en los casos de depredacion y otros delitos poco notorios, ¿no desaprueba tácitamente el distinto rigor de la ley?

No carecerá de interés hablar algo del estado de la hacienda en una época en que subia la deuda nacional á una cantidad enorme. La deuda consolidada pasaba el 1.° de febrero de 606.416,000 libras esterlinas, y el interés anual de esta suma se valuaba en 34.133,690 libras. Segun los cálculos oficiales, la deuda no consolidada llegaba al propio tiempo hasta la cantidad de 50.619,940 libras. Para atender á los gastos del año corriente pidió Percebal un subsidio de 54.308,450 libras, y proponia que se sacasen estas sumas del esceso de fondos consolidados ó del señalado por los intereses de la deuda, de los impuestos existentes para la guerra, de un nuevo empréstito y de un voto adicional de crédito. Al paso que aumentaba de esta suerte las cargas del pueblo, se esforzaba por consolarle, dándole seguridades positivas del acrecentamiento de sus riquezas y prosperidad, preparándole así á que consintiera en que creciera mas y mas el peso de la carga que le oprimia.

Mientras que de este modo avanzaba rápidamente el torrente de los impuestos, sin que se le opusiera resisténcia ninguna, se observó por un estado que se publicó de la poblacion existente á la sazon, que se habia aumentado considerablemente el número de los contribuyentes. Contábanse en aquella época en la Gran Bretaña mas de doce millones y quinientos mil habitantes, lo cual presentaba un aumento de un millon seiscientas once mil ochocientas almas desde el año 1801. Algunos filósofos políticos miraban este aumento como una desgracia mas bien que como una felicidad, pretendiendo que la poblacion seria mayor que los medios de subsistencia que el país podia producir; y la espantosa miseria que principió á reinar desde aquella época, parece acreditar sus asertos. Se puede objetar no obstante que el aumento de poblacion está muy distante de ser tan peligroso como se podria creer, y que la atencion y vigilancia del gobierno sobre la mejora y perfeccion de todas las empresas útiles serán siempre un medio seguro de disminuir gradualmente los apuros de la hacienda, y de remover los obstáculos que perjudican á la felicidad del pueblo, sin impedir que la gloria esterior de la nacion británica permanezca en todo su esplendor.

La guerra de la Península, que aunque no del todo inútil, ofrecia sin embargo muy pocas ventajas, llamó principalmente la atencion del gobierno. Los ejércitos enemigos estacionados en Portugal continuaron durante el invierno en sus preparativos de defensa, aunque era muy fácil prever que faltos los franceses de socorro, se verian obligados por fin á retirarse, sin conseguir cansar la paciencia de sus rivales. Massena, que habia concebido el proyecto de establecer por el Tajo comunicacion con las tropas que esperaba de España, hizo preparar embarcaciones en la embocadura del Cecere; pero la dilacion que le ocasionó la supuesta necesidad de apoderarse de Badajoz para poder invadir el Alentejo con mas ventaja, hizo fracasar el proyecto del mariscal. Una terrible enfermedad principió muy luego á causar estragos en sus filas, y su aislamiento, unido á la continuacion de las privaciones y padecimientos, le amenazó con las mas funestas consecuencias, y así tomó la resolucion de retirarse viendo que no podia vencer la constancia del general inglés.

Cerca de cinco meses hacia que se observaban mútuamente ambos ejércitos cuando principiaron los franceses su retirada; y segun lo que se pudo juzgar por el aspecto de muchos prisioneros que se les hicieron, estaban macilentos, pálidos y mal vestidos. Pero la escasez en que se veian solo sirvió para inflamar su ardor y saciar hasta el esceso su cruel espíritu de venganza, llevando á sangre y fuego el país que no podian conquistar. Su jefe, que hubiera debido recomendarles moderacion y humanidad, les incitó á proseguir en su bárbara conducta.

La decision con que eran perseguidos les obligó á apresurar su marcha retrógrada, y á pesar de su embarazosa artillería, se retiraban rápidamente protegidos por una fuerte retaguardia que se situaba ordinariamente en ventajosas posiciones. Hubiera podido lord Wellington forzar cada una de estas posiciones; pero prefirió evitar las pérdidas que hubiesen padecido sus tropas en un ataque directo, limitándose á hostilizar al enemigo, conservando intacto su ejército para las operaciones de España. No obstante este propósito, atacó en el paso del Ceira á la retaguardia francesa que no estaba muy bien situada, resultando muchos ingleses muertos y ahogados. Cerca del Coa se empeñó otro combate en el que estuvo á pique de ser destruido un batallon inglés que pudo salvarse con el auxilio de otras tropas que rechazaron al enemigo, obligándole á ponerse en fuga precipitadamente; y en Junca una brigada inglesa se vió casi cercada y envuelta, aunque pudo salvarse formando una masa compacta, y retirándose con lentitud.

Volvió á entrar por fin en España el ejército francés, después de perder en su retirada cerca de cinco mil hombres muertos y prisioneros. Tan luego como hubo tomado algun descanso, pasó Massena á las cercanías de Almeida con intencion de socorrer su guarnicion. Poco dispuesto lord Wellington á levantar sin combatir el sitio que habia puesto á esta plaza, apostó tres divisiones al Este de Fuentes de Oñoro y ocupó este lugar con infantería ligera. El enemigo, que esperaba arrollar el frente de los aliados, atacó con furor este punto, y solo se retiró cuando la noche obligó á suspender el combate. Frustradas al mariscal las demás tentativas que hizo, se retiro á Salamanca, abandonando Almeida y dando fin á la dominacion francesa en Portugal. Gozoso el pueblo con la derrota de los enemigos, aplaudió con entusiasmo las maniobras militares de sus defensores.

No fué decisiva la campaña de España; pero dió lugar á algunos encuentros y asedios que deben referirse en la historia. En la época en que principió Massena su retirada, se ocupaban los aliados de una espedicion de que esperaban sacar honra y provecho. Habian fortificado los franceses algunos puntos inmediatos á la isla de Leon para establecer el bloqueo de Cádiz, y reinaba un deseo general de obligarles á abandonarlos. Se decidió en consejo de guerra enviar por mar hácia el Sur un ejército considerable, que en cuanto desembarcara en Tarifa debia ponerse en marcha para unirse con el general Zayas, que entraria en el continente por el canal de Santi Petri. Llegaron las tropas aliadas á Veger, y los españoles, al mando del general Peña, dejaron á los ingleses á retaguardia, y acometiendo las fortificaciones de los franceses, se abrieron paso por la montaña de Bermeja. El general Graham apresuraba sus movimientos para secundar estas operaciones; pero de repente se presentó el mariscal Victor con siete mil quinientos hombres, cuyo número era muy superior al de los ingleses. Atacó Graham antes de que le acometieran con desventaja suya. Los franceses ocupaban la montaña de Barrosa y la llanura inmediata, siendo arrojados al poco tiempo de la primera posicion, y no pudiendo resistir largo tiempo los esfuerzos bien dirigidos de sus contrarios. Los oficiales ingleses acusaron á Peña de que no los habia auxiliado; pero duró el combate muy poco para que pudiera hacerlo. Victor se retiró á Jerez después de perder entre muertos y heridos el tercio de su ejército, y el general vencedor, que habia sufrido tambien grandes pérdidas, se retiró á la isla de Leon, no queriendo obrar en combinacion con el general español. Irritado Soult con esta última derrota, insultó á los habitantes de Cádiz con un bombardeo, que fué mas ruidoso que perjudicial: colocó con este objeto su artillería segun un nuevo método; pero el pretendido bloqueo de la ciudad era tan imperfecto, que las fuerzas de la isla mantuvieron constantemente sus puestos avanzados en el continente.

La importancia de Badajoz como plaza fuerte hacia que ambos partidos codiciasen su posesion. Era esta ciudad susceptible de alguna defensa; pero habiendo sido derrotado el ejército español y portugués que la cubrian, entregó la plaza el gobernador, suponiendo que no podian socorrerle los ingleses. El general Beresford, que habia recibido órden de recuperarla, hizo preparar los medios necesarios para pasar el Guadiana; pero fuéron arrebatados por la corriente del rio. Quiso reparar prontamente aquella pérdida y principiar el sitio; pero habia hecho muy pocos adelantos cuando determinó Soult impedir sus operaciones. Mientras se retiraban los sitiadores, hicieron los sitiados una salida, que fué muy fatal, sobre todo para los portugueses.

Esperábase muy pronto una batalla. Llenos los españoles de ardor, se mostraban impacientes por entrar en accion, y así uniéronse en número de catorce mil hombres á las tropas inglesas y portuguesas, ascendiendo entonces el ejército combinado á veintinueve mil hombres, seis mil mas que los franceses; pero tal ejército era menos temible de lo que parecia, y el general no tenia gran confianza en los regimientos españoles. Estos se portaron sin embargo mejor que en otras ocasiones, y no retrocedieron ante el terrible ataque que tuvieron que sufrir, resistiendo por el contrario sin ceder reiteradas cargas de los franceses, hasta que por fin fuéron arrojados por estos de las alturas que ocupaban. La caballería francesa intentó envolver el ala derecha para que pudiera acometer á la retaguardia. Para oponerse á este movimiento recibió órden de avanzar la brigada del general Stewart; pero apenas hubo principiado su ataque á la bayoneta, se vió cargada súbitamente por un cuerpo de lanceros polacos, que la oscuridad del dia y la naturaleza del terreno habian hecho que se les tomaran por españoles, pudiendo por esta razon obrar sin inconveniente á retaguardia. La confusion y pérdidas que de este ataque resultaron, parecieron presagiar una derrota completa; pero los estraordinarios esfuerzos de los demás cuerpos consiguieron dar nuevo aspecto á la batalla, y el ala izquierda obtuvo por su arrojo un éxito completo. La posesion del pueblo llamado la Albuera fué largo tiempo disputada, y aun después del mal resultado del ataque general sobre la línea, procuraron ardientemente los franceses conservar aquel puesto; pero sus tentativas no tuvieron el éxito que deseaban. Ocho mil de los suyos y seis mil aliados próximamente quedaron en el campo de batalla, aunque solo duró la accion cinco horas.

Volvió á ser embestida Badajoz, al paso que se retiraba á Sevilla el ejército vencido. Vanagloriáronse los generales aliados de haber conseguido el objeto que se proponian impidiendo que el enemigo interrumpiera el sitio; pero cuando observaron que sus operaciones no surtian el deseado efecto, y que ni aun las obras esteriores habian podido ser forzadas, reconocieron lo prematuro de su alegría, y lo mucho que debian sentir el sacrificio inútil de tantos hombres. Sabedores de que el ejército enemigo, después de recibir un refuerzo, estaba en marcha para acometerlos, se apresuraron á repasar el Guadiana, eligiendo una posicion favorable en Campomayor, en la que resolvieron mantenerse sin pelear, mientras no se vieran obligados á hacer lo contrario. Como se esperaba que los franceses intentarian volver á invadir el Portugal, parecia probable otra batalla; pero su general era demasiado prudente y estaba muy sobre sí para arriesgar un combate contra cincuenta mil hombres, aun cuando tenia á sus órdenes setenta mil: sabia además que no podia contar con subsistencias seguras en el Oeste de aquel reino, y determinó por tanto abandonarlo á sus defensores, quienes para divertir al enemigo formaron el proyecto de bloquear Ciudad-Rodrigo. Marmont, que se habia retirado de su puesto de observacion para trasladarse á las orillas del Tormes, esperaba una ocasion para socorrer dicha ciudad; pero los muchos destacamentos desmembrados de su ejército habian disminuido sus fuerzas, y no quiso separarse de Salamanca hasta haberse unido con el general Dorsenne. Lord Wellington, que habia establecido un campo atrincherado en Guinaldo, cerca del Agueda, se retiró sobre el Coa al aproximarse los franceses, á quienes presentó no obstante batalla en su nueva posicion. Contentos los franceses con haber introducido vituallas en Ciudad-Rodrigo, volvieron á sus cantones.

Las demás acciones en que tomaron parte los ingleses durante esta campaña, fuéron principalmente la derrota de Girard por el general Hill, y la defensa de Tarifa por el coronel Skerret. En la primera solo se escaparon algunos hombres de todo un destacamento francés, y en la segunda defendió dicho coronel con teson un puesto que ofrecia pocos medios de resistencia. Algunos batallones ingleses al mando de Skerret quisieron acudir al socorro de Tarragona, pero llegaron demasiado tarde. Suchet habia atacado ya la ciudad baja y pasado á cuchillo la guarnicion; y sus desenfrenadas tropas, luego que hubieron conseguido penetrar en la parte alta de la misma, degollaron millares de habitantes indefensos, cometiéndose estos asesinatos con consentimiento de su inhumano jefe, que derrotó en seguida al general Blake y se apoderó de Valencia.

Con estos acontecimientos todas las ventajas aparecian de parte de los franceses, quienes no encontraban resistencia mas que en los esfuerzos de Mina y de otros caudillos activos é intrépidos y en las tropas inglesas y portuguesas. El mismo lord Wellington, á pesar de su valor, se vió obligado á retirarse ante un ejército superior; y como nada importante habia intentado en defensa de Fernando durante aquel año, limitándose á salvar el Portugal á imitacion de los principios de defensa de Fabio, hasta sus admiradores empezaron á dudar de que pudiera salvarse la España; pero no por eso se desanimaban, sino que mantenian todavía muchas espe-

ranzas, y como se sabia que preparaba Napoleon una gran espedicion que exigiria la reunion de numerosas fuerzas, se esperaba mejor éxito de las operaciones sucesivas.

Pero si la Gran Bretaña no conseguia completos y decisivos resultados en España, sus empresas coloniales y marítimas continuaban siendo brillantes. Se habia enviado á las Indias Orientales un armamento para quitar á los holandeses sus mas importantes establecimientos del Asia: se eligió para comandante de esta espedicion á sir Samuel Auchmuty, cuyo talento y valor eran universalmente conocidos, y después de desembarcar las tropas cerca de Batavia, se ocuparon con ardor de la conquista de esta ciudad. Sorprendióles en estremo la tranquilidad de los holandeses, que no hicieron la menor tentativa para impedir su invasion. Sin embargo, se observó que salian llamas de muchos barrios de la ciudad, lo cual hizo conjeturar al general que se trataba de evacuar la plaza, y así envió en seguida parte del ejército á posesionarse de los arrabales. Dicho parte asustó de tal modo á los ciudadanos que habian quedado en la poblacion, que pidieron amparo del modo mas humilde. Solo entonces se mostraron los holandeses dispuestos á combatir y principiaron las hostilidades, atacando ellos un puesto que parecia no podria resistir, y que los rechazó no obstante en poco tiempo. Un punto que hubiera podido defenderse fué abandonado; pero los tres mil que habia en otro se adelantaron con intencion de obrar vigorosamente, y si bien lucharon encarnizadamente, al fin los forzó á huir la bayoneta.

Las principales fortificaciones que habia cerca de Jacatra no solo estaban defendidas por la imposibilidad de vadear este rio, sino que se hallaban separadas de los ingleses por un foso de mucha profundidad, además de una fuerte empalizada y muchas baterías bien provistas de artillería, que presagiaban una resistencia tanto mas vigorosa, cuanto que los esfuerzos de los sitiados debian ser protegidos por una ciudadela situada en el centro. Las operaciones del sitio en una estacion de violentos calores parecian agotar la paciencia del general inglés, quien resolvió después de una corta deliberacion intentar un golpe de mano. Sus divisiones arrostraron valerosamente todos los peligros; pero los que mayor elogio merecieron fuéron los que iban á las órdenes del coronel Gillespie. El general en jefe, que contaba con la energía y esperiencia de este, le habia encomendado el principal ataque. En un momento derrotó un cuerpo enemigo y se apoderó de un reducto avanzado, sufriendo un vivo y molesto fuego: prosiguiendo la victoria atravesó un puente que los fugitivos no tuvieron tiempo para destruir, y atacó otro reducto que aunque fué defendido vigorosamente, no pudo resistirle por mucho tiempo. Las demás divisiones pelearon tambien con igual éxito, y todas las obras fuéron atacadas simultáneamente con resultados prósperos. Hé aquí cómo refiere sir Samuel la pérdida sufrida por el enemigo: «Cerca de mil »hombres quedaron sepultados en los escombros de las »fortificaciones; una multitud innumerable fué sacri»ficada en la retirada; millares de muertos fuéron tra»gados por las olas, y los bosques y cabañas estaban »llenos de moribundos y heridos.» Mas de cuatro mil fugitivos quedaron prisioneros, y el general holandés Jansen se escapó sin poder salvar de todo su ejército mas que una pequeña parte de su caballería. Por parte de los ingleses cerca de setecientos cincuenta europeos y ciento cincuenta cipayos fuéron muertos y heridos. Entre las numerosas víctimas hubo que deplorar la pérdida del teniente coronel Mac Leod, que fué mortalmente herido en el momento de forzar un reducto. Junsen huyó precipitadamente hácia Bugtenzorg; pero perseguido con ardor, abandonó esta posicion á los enemigos, que tomaron además posesion de Cheribon. Decidióse entonces á defender Samarang; pero las embarcaciones menores de la escuadra atacaron las cañoneras amarradas en la embocadura del rio que conducia á aquel punto, y volvió á emprender la fuga dirigiéndose á la residencia del emperador de Sava. El coronel Gibbs, que se habia distinguido en el ataque de Cornelis, se puso en marcha con cerca de mil y cien hombres para atacar al gobernador en su último asilo. Encontró á un cuerpo considerable de enemigos acampado en una altura que flanqueó, y de tal modo intimidó á los que la ocupaban, que huyeron precipitadamente. Persiguiólos hasta Donarang, donde le recibieron con un terrible fuego; pero esta fortaleza fué evacuada muy luego, y obligado Jansen á pedir humildemente un armisticio. Antes de llegar las cosas á este estremo habian reclamado algunos príncipes del país la proteccion del ejército inglés, prometiendo obedecer las órdenes de su victorioso general. Samanap, que tenia guarnicion francesa, se resistió por algun tiempo; pero atacado este punto por una fuerza de marinos, tuvo que rendirse prontamente. En virtud de la capitulacion hecha con el gobernador quedaron sometidos al dominio británico todos los territorios que poseian en la isla los holandeses.

CAPITULO XCVII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(1811.—1812.)

Las rivalidades de los partidos, las conmociones interiores de las provincias, y el sistema imperfecto y vicioso de la policía, dividian la atencion general, del mismo modo que la guerra. Deseábase vivamente un cambio político, que fué propuesto por el partido que por largo tiempo se habia lisonjeado de la posesion del favor y de las simpatías del regente, al paso que los que hacian mover todos los resortes del gobierno, esperaban por su parte captarse la benevolencia del príncipe lo suficiente para conservar su influencia en el gabinete.

De repente estalló en algunos condados del Norte y en las comarcas distantes de las costas un espíritu de rapiña y licencia alarmante, verificándose muchos actos de desórden que patentizaron el mas audaz y culpable desprecio de las leyes. Muchos artesanos que habian subsistido hasta entonces dedicándose á la fabricacion de gorras, dejaron de encontrar despacho para sus efectos, viéndose muy luego reducidos á la mayor indigencia. A pretesto de que los telares recientemente inventados simplificaban el trabajo, y hacian al propio tiempo innecesarios los obreros, ó disminuian el número de estos, y de que muchos fabricantes ofrecian un salario demasiado reducido para poder subsistir con él, se reunieron los trabajadores cerca de Nottingam, y forzando las puertas de muchas fábricas, destruyeron las máquinas sin causar no obstante mayores daños. Los sediciosos encontraron una oposicion marcada, y muy pronto les obligaron á dispersarse los oficiales civiles y la milicia. Animados muchos con este ejemplo, y la indulgencia que se tuvo con los primeros, volvieron con mayor violencia á los mismos escesos, precisando por medio del terror á los dueños de los telares á que dieran dinero. Los jefes de los amotinados llegaron á entablar correspondencia con los artesanos descontentos de las demás provincias, exhortándolos á que se hicieran justicia por medio de una audaz trama.

De estos desórdenes y de algunos asesinatos que ninguna relacion tenian con ellos, resultó un terror que se estendió por la capital, apoderándose de todos los ánimos. Pero habiendo sido preso uno de los asesinos que se castigó á sí propio suicidándose, desvanecióse sensiblemente el terror causado por aquellos acaecimientos, sucediéndole la confianza y seguridad ordinaria.

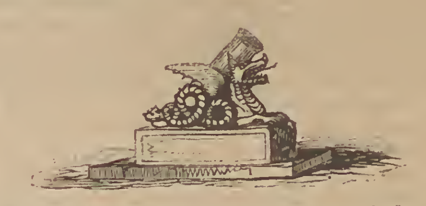
Al volver á reunirse las cámaras, el discurso que pronunció el regente versó principalmente sobre el estado de la guerra de España. Declaró el príncipe que contemplaba con placer de que aun en las provincias

que los franceses ocupaban patentizaba el pueblo español la mayor energía, y que el aumento de los peligros habia dado mayor eficacia á sus esfuerzos. Mencionó tambien en su discurso el triunfo recientemente conseguido en las colonias, haciendo un brillante elogio de aquella ventaja que no podia menos de afirmar la seguridad del comercio y de las posesiones británicas de la India, y que por lo tanto era mas necesario que nunca organizar el gobierno de un territorio tan estenso como importante. En lo relativo á las contestaciones con los Estados-Unidos de América, añadió el regente que no podia dar seguridades bastantes para disipar el recelo en todos; pero prometió poner en uso todos los medios de conciliacion que no comprometiesen la dignidad de la corona, ni los derechos é intereses del imperio. Ocasionáronse muchos debates sobre la conveniencia de un mensaje que solo respiraba la mas perfecta sumision. La oposicion de los lores Grenville y Grey no cesó hasta causar una division en la cámara: pero sir Francisco Burdett propuso un vigoroso mensaje al príncipe, y tal proposicion fué desechada por casi todos los miembros que se hallaban presentes, por estar mucho mas dispuestos á ser el eco del regente, y á dar á su discurso los elogios ordinarios de la adulacion. Habiéndose presentado un mensaje de este género, atacó Withbread la política entera de los ministros. El jefe de estos se irritó tanto de la libertad del derecho de observacion que tenian todos los miembros, que en su arrebato aplicó al orador contrario de un modo poco generoso un trozo satírico de Pope, que se referia á los sofismas y mentiras renovadas constantemente; pero condescendió á dar esplicaciones negando toda intencion de ofenderle.

Antes que volviera á reunirse el parlamento, los consejeros nombrados para auxiliar á la reina en el cuidado de S. M., declararon en su informe que la salud del monarca era buena, que su enfermedad mental no parecia mas intensa que en su último accidente, que todos los facultativos creian poco probable su perfecto restablecimiento, aunque no lo juzgaban desesperado del todo. Interrogados en secreto los médicos sobre este punto, parecieron mostrar alguna repugnancia á declarar que desconfiaban completamente de conseguir el feliz resultado que con tanto ardor deseaban; pero concluyeron finalmente por declararlo así. Propúsose un proyecto que contenia nuevos reglamentos para la casa real, segun los cuales se debia trasferir á la del regente el cargo de mayordomo de palacio, dejar á la reina el cuidado de nombrar los oficiales que le concedieran al rey, aumentar la dotacion de la princesa, dar cien mil libras para pagar las deudas que habia hecho necesarias la elevacion del príncipe al poder real, y proveer liberalmente al déficit de la lista civil. Estas nuevas peticiones parecieron exorbitantes á Tiernas y Ponsomby, quienes propusieron como medida preliminar un exámen exacto y severo; pero prevaleció el espíritu de la corte en esta circunstancia, y prefirió la cámara mostrarse complaciente y sumisa.

Poco tiempo después de adoptado este proyecto espiró el término señalado para la duracion de la regencia. El príncipe habló con dignidad y elocuencia de esta nueva época de su vida en una carta dirigida al duque de York, declarando al propio tiempo que su respeto y adhesion á su real padre le habian inducido á conservar en el poder los ministros que habia encontrado en él; que no podia negar su estimacion á los que tan honrosamente se habian distinguido en la importante causa que la Gran Bretaña y sus aliados habian abrazado; y que no tenia intencion alguna de disimular la satisfaccion que esperimentaria de que algunos de los que habian formado los primeros hábitos de su vida pública consintieran en formar parte de su gobierno. No se designaba á la verdad á lord Grenville de un modo esplícito; pero como estaba unido al bando de los wighs, se le comprendia en esta frase. Esta no obstante fué recibida con frialdad por él y por el conde Grey, respondiendo ambos á dos que desde la época en que se habian negado por última vez á formar una coalicion con los ministros, no habian notado entre ellos aquella armonía de opiniones que es lo único que puede servir de base á una alianza honrosa. Como la demanda del príncipe aparecia con tibieza, probablemente fué poco sincera para dichos dos pares.

Viendo lord Boringdon que los hombres de estado á quienes se conservaba en el ministerio no formaban una falange proporcionada á la importancia del peligro, hizo una proposicion para que se suplicase al príncipe organizara una administracion que pudiera llenar el fin deseado. Poco tiempo antes se habia debilitado el ministerio con la retirada del marqués de Wellesley, que deseaba, no solo que se conciliaran las simpatías de los católicos, sino tambien que se desplegara mayor energía en favor de España, hasta que quedara este país enteramente libre de la dominacion francesa. Sucedióle lord Castlereagh, que habia llorado largo tiempo la desgracia de verse privado del poder administrativo. Poco satisfechos de este cambio algunos pares, propusieron que se hiciera en el ministerio una variacion que pudiera remediar la incapacidad y debilidad que deshonraban al que á la sazon existia; pero tal proposicion fué desechada por la influencia de la corte. Giraron entonces los debates principalmente sobre la necesidad de acceder á las reclamaciones de los católicos, y se sostuvo vivamente que cualquier ministro que las combatiera, seria indigno del favor del príncipe y de la confianza pública. La sorpresa de que se albergaba en el trono una influencia secreta de que anteriormente se habia quejado ya el conde de Chatam, se manifestó de nuevo, y los lores Grey y Darnley se espresaron con la mayor indignacion al hablar de este asunto; pero los pares ministeriales rechazaron fuertemente tal suposicion, y declararon que ninguna insinuacion, por pérfida y clandestina que fuese, impediria que los consejos de los ministros fueran eficaces, ni perjudicaria en nada á su responsabilidad.



Mortero *Cádiz*, 1810: se halla en el parque de Londres.

El asunto relativo á los católicos se volvió á agitar en esta legislatura, sosteniendo enérgicamente lord Donougmore las pretensiones de sus compatriotas en la cámara de los pares. El duque de Sussex apoyó sinceramente la proposicion, y trató de cortar la continuacion de un sistema esclusivo que habia estado vigente por tanto tiempo en virtud de una legislacion intolerante. El marqués de Wellesley, esponiendo la obligacion que tiene todo gobierno de mantener la religion nacional, manifestó que se necesitaba cumplir tambien con los demás deberes, sin lo cual no podia atenderse á lo que exigian la prosperidad y ventura de la nacion. Añadió que los miembros del estado eclesiástico estaban obligados como compatriotas á tratar con benevolencia y afecto á todos sus semejantes, cualquiera que fuese la secta á que perteneciesen. El conde de Liverpool pretendió, por el contrario, que todo gobierno tenia derecho para escluir del poder á aquellos de quienes podia abrigar sospechas y que estuvieran sujetos á obedecer á alguna potencia estranjera. La cámara se unió á él para desechar la mocion. Hubo en favor de los católicos ciento dos votos, y ciento setenta y cuatro en contra.

Grattam, que presentó á los comunes una peticion para efectuar una reforma en este sentido, escitó un interés momentáneo en la cámara, á la que electrizó con un discurso lleno de fuego. El parlamento, decia el orador, ninguna facultad tenia para interponerse en los asuntos relativos á la religion; el poder legislativo solo debia ocuparse de las leyes, y ningun castigo se debia imponer á menos que no se cometiera alguna violacion de los derechos civiles. La diferencia de ideas en materias religiosas no era de la competencia de las clases del reino, y solo á Dios debian los hombres cuenta de las ceremonias de su religion y de sus opiniones religiosas, sin que ninguna autoridad tuviera derecho en la tierra para mezclarse en las operaciones de la conciencia. Se habia dicho que segun los reglamentos en virtud de los cuales se permitia seguir el culto católico con la misma libertad que el de la iglesia establecida, ninguno de sus creyentes padeceria en adelante por motivos religiosos; ¿pero por ventura no era un castigo real, preguntaba el orador, el verse privado de los privilegios de que gozaban los demás ciudadanos, y el estar condenado á una especie de incapacidad civil? Si se rehusaban á cierta clase los emolumentos y empleos de la nacion, sin mas pretesto que la diferencia de opiniones religiosas, era evidente que á pesar de la pretendida tolerancia, que tanto se ensalzaba, no se dejaria de considerar como crímen la diferencia de creencia, lo cual era un error legislativo que exigia imperiosamente rectificarse. Los mismos protestantes, escepto algunos fanáticos, estaban muy distantes de desear que sus hermanos cristianos fuesen tratados de un modo tan poco generoso, y señalados con tan injusta prevencion. Si era cierto que temian los miembros de la iglesia establecida ver el gobierno en manos de los católicos, ¿cómo era que no lo habian proclamado así desde un estremo á otro de Irlanda? Ni aun la misma universidad protectora de los protestantes se habia pronunciado de modo alguno contra la concesion solicitada. Era cierto que la corporacion de Dublin habia presentado una peticion contra el catolicismo y los siete sacramentos; pero aquella reclamacion no estaba acorde con los sentimientos de los sectarios de la ortodoxia dominante. En vez de las declamaciones de los sombríos teólogos y de los estravagantes entusiastas, se hacia notar el lenguaje mesurado de la verdad y de la sabiduria en las peticiones que habia recibido la cámara de la secta protestante y de la mayoría hiberniana. Se debian tomar muy particularmente en consideracion las circunstancias en que se habian efectuado estas reclamaciones. Despojada Irlanda de su parlamento, se presentaba ceñidas sus sienes con la corona imperial, apelando al honor y justicia de la legislatura nacional. Cuando se verificó la union, se declaró sin equívoco ninguno que el resultado de la sumision de Irlanda á las proposiciones de la Gran Bretaña seria la destruccion de toda clase de trabas. ¿Se habia hecho por ventura aquella promesa tan solo con el objeto de engañar? ¿Tantas y tan justas esperanzas por tanto tiempo sostenidas, se habian de ver frustradas tan cruelmente? ¿No habian salido los católicos del desierto sino para sumirse en otro mas árido y estenso todavía? ¿Debia desaparecer para siempre su lisonjera esperanza? ¿La columna de fuego que los habia guiado durante la noche, y la nube que los habia resguardado durante el dia, habia de servir tan solo para conducirlos á la humillacion y á la miseria? La tan ponderada union debia enlazar los dos pueblos, y no los dos parlamentos únicamente. Desechar las justas pretensiones de los que formaban la cuarta parte del Reino Unido, equivaldria á revocar el acta de union, y á hacer de Inglaterra é Irlanda dos naciones distintas divididas en sus tendencias é intereses. Era necesaria una estrecha union para bien de las dos naciones: de la decadencia de la una no podia menos de resultar la ruina de la otra. En aquellos momentos de crisis nada podia asegurar la salvacion del imperio tanto como la consolidacion de la fuerza y la reunion sincera de los esfuerzos, que no podian resultar mas que de una mancomunidad de derechos. Los que accedian á despojar á sus semejantes de estos, á su vez no podian dejar tambien de serlo. El parlamento, como guardian de los privilegios, tenia la facultad de crear leyes, mas no de destruir dichos privilegios que estaba encargado de defender y proteger. Persistir en restricciones odiosas seria atentar á la autoridad divina y ultrajar los sentimientos del hombre; seria desterrar á Dios de la constitucion de la Iglesia, y la libertad del código civil.

Entre los adversarios mas rígidos de los derechos en cuestion, los mas notables fuéron Percebal y sir Guillermo Scott. El primero manifestó que se hallaba persuadido que á los católicos no satisfarian la concesion completa de lo que pedian, por cuanto parecian aspirar á la autoridad suprema de la Iglesia. No era el fanatismo lo que le impulsaba á oponerse á sus demandas, sino el deseo de contribuir á la seguridad de la constitucion protestante. El juez del almirantazgo, lejos de temer ningun riesgo de negar las concesiones á los católicos, recelaba por el contrario los funestos efectos de una indulgencia inútil é impolítica. Los que desearan la ruina de la reforma, jamás serian en su concepto protectores sinceros de la comunion protestante, y el poder en sus manos mas bien redundaria en provecho de su ambicion que de la Iglesia establecida. A pesar de estos ataques y otros muchos sobre los principios y las miras de los reclamantes, la mocion de Grattam en pro de una junta investigadora fué sostenida por doscientos quince miembros, cuyo número, aunque insuficiente contra trescientos, dejaba ver bastante cuál era fuerza parlamentaria.



Percebal.

Los partidarios de los católicos no por esto se mostraron desanimados. Canning, en pos de un vigoroso discurso en favor de ellos, hizo una mocion para que la cámara se decidiera á examinar desde el principio de la legislatura siguiente las leyes concernientes á los católicos de la Gran Bretaña é Irlanda, á fin de adoptar medidas definitivas y conciliadoras que pudieran contribuir á la vez á la estabilidad de la religion protestante y á la paz y vigor del Reino Unido. Ryder y sir John Nicholl rechazaron la idea de toda concesion de poder á una secta odiosa, y manifestaron el deseo de que la cámara no diera seguridad alguna sobre tal cosa: em pero adoptóse la mocion por una mayoría considerable. Una proposicion semejante, hecha por el marqués Wellesley en la cámara de los pares, fué combatida vivamente por el lord canciller y los lores Ellemborough Sidmouth, resultando desechada por la mayoría de un solo.

Después tratóse de otro asunto de interés mas inmediato á las dos cámaras y al público en general, y la continuacion de los escesos cometidos en muchos condados donde habia manufacturas, escitó la atencion

inquietud del parlamento, siendo una ley sanguinaria el resultado de la indignacion provocada por los repetidos desórdenes. Tal ley formó un crímen capital de la accion de destrozar los telares. En vano se ejercitó la humanidad de sir Samuel Romilly y de lord Byron contra tan riguroso proyecto de venganza, que fué juzgado tanto mas sujeto á reparos, cuanto que no precedió á su adopcion un exámen regular. Los delincuentes, esperando que las amenazas arredrarian á los testigos de la idea de deponer contra ellos, parecieron desafiar al pronto el rigor de la nueva medida, que no obstante sirvió para reprimir los disturbios del condado de Nottingham. En el Norte los sediciosos prosiguieron impunemente en sus desórdenes, añadiendo el asesinato á sus primeros delitos.

Manchester estuvo espuesta al saco; pero la oportuna llegada de la fuerza armada impidió que esta ciudad fuera teatro de desórden. Los facciosos se apoderaron de armas blancas y de fuego, y tenian reuniones nocturnas en terrenos incultos ó comunes, para ejercitarse en la disciplina militar y celebrar conferencias sediciosas. Diferentes partes de los condados de Chester, Lancastre y York estuvieron en constante alarma por espacio de varios meses, merced á las amenazas y ultrajes de aquellos malvados audaces que hacian horribles juramentos para estrechar su union. Supúsose por algun tiempo que sus cabecillas aspiraban á derribar el gobierno; mas nada confirmó tal sospecha. En Chester fuéron juzgados muchos por una comision especial, tanto por haber sacado dinero y provocado asonadas, como por haber perpetrado robos y otros actos criminales. Quince fuéron convictos de crímen capital; pero los mas de ellos obtuvieron indulto. En Lancastre se condenó á cuatro por haber quemado un telar de tejedor, y no se les juzgó dignos de perdon. Al mismo tiempo fuéron castigados con la pena de muerte otros tres hombres y una muger por haber robado y saqueado.

El pueblo atribuia estas conmociones á las órdenes del consejo privado con respecto al comercio, porque con ellas se habian disminuido considerablemente las demandas de las obras de las fábricas. Presentáronse en consecuencia muchas peticiones á las cámaras para que se revocáran dichas órdenes, y accediendo al deseo general se dispuso una investigacion formal. En esta época ocurrió un suceso horrible. Al entrar en la cámara fué muerto Percebal de un tiro el 11 de mayo de 1812 por un tal Bellingham, que anteriormente se habia quejado de la poca consideracion que el ministerio guardó á sus reclamaciones sobre las injurias que habia recibido en Rusia, y habia declarado, que como quiera que no eran bastantes sus esfuerzos para que se le hiciera justicia, se creia con derecho á vengarse hasta por medios cruentos. El asesino fué sometido á juicio. Los que le defendieron trataron de probar que estaba loco; y algunas mugeres que tenian con él relaciones de parentesco y amistad, ofrecieron pruebas en apoyo de tal idea; pero él, despreciando todo deseo de aprovecharse de semejante dato, sostuvo que su razon estaba cabal, y dió gracias al procurador general por haber desechado enérgicamente aquella escusa. Pronuncióse sentencia de muerte, y la clemencia real no libertó al reo de un castigo que indudablemente habia merecido.

Si la facilidad en hablar y la abundancia de espresiones sobre cualquiera materia bastáran para fundar el mérito de un hombre de estado, nadie tenia mas derecho que Percebal á semejante distincion; mas como á su elocuencia no acompañaban ni la profundidad de talento ni la solidez de criterio, solo debe ser reputado como un político de clase ordinaria, y como uno de esos oradores que con facilidad se encuentran en las asambleas parlamentarias, prontos, aunque no se les busque, á brindarse por sí mismos, atrayendo de este modo hácia ellos la atencion de la corte. Es cierto sin embargo que era superior á algunos de sus cólegas en dotes políticas, y á ninguno de ellos inferior en el arte de discutir. No es de estrañar que como tory, hubiera favorecido el sistema dominante de corrupcion política, creido esencial hacia mucho tiempo por la corte para la conservacion de la monarquía. Siempre que los mismos wighs han estado en posesion del poder, ¿no han seguido igual marcha inconstitucional? Pero este hecho incontestable no puede servir de apoyo á la opinion de las virtudes políticas é integridad de Percebal, como tampoco á su humanidad, que estuvo lejos de acreditarse por las órdenes que dió para la conservacion de Walcheren, cuando la muerte, lanzando sus saetas á todas partes, se apoderaba de las numerosísimas víctimas de la imprevision y del estravío.

Los comunes dieron nueva prueba de su ordinaria liberalidad con una suma considerable, ó mas bien exagerada, que otorgaron á la familia del ministro asesinado, votando 50,000 libras para sus hijos, y una pension anual de 2,000 para la viuda, decidiéndose además, que á la muerte de esta recayera la asignacion en su hijo mayor. Todavía no satisfacieron al parecer tantas pruebas de generosidad al ardor de la mayoría, la cual señaló al heredero del difunto una pension de 1,000 libras anuales cuando llegara á la edad de veintiun años, sin perjuicio de su derecho de futura. Algunos de los encargados de vigilar por la conservacion del tesoro público mostráronse dispuestos á combatir semejante generosidad; pero al proceder de tal modo, quizá no intentaban mas que asegurar bajo la apariencia de moderacion los donativos propuestos por el ministerio. Tratóse en seguida de la ereccion de un monumento á la memoria del finado ministro. Esta proposicion dió márgen á suscitar dudas sobre la importancia de los servicios públicos de Percebal: la oposicion no impidió que la mocion fuera sancionada por una mayoría estraordinaria.

Como se sabia que el conde de Liverpool debia ser nombrado primer ministro, Stuart Worley, admirador de la capacidad de Percebal, y que no creia que la del conde fuera bastante para reemplazar á tal ministro, propuso á la cámara que se interpusiera para impedir la influencia del gabinete existente. Aun en el ministerio de su amigo Percebal habia advertido que la administracion no era asaz fuerte y eficaz para los momentos de crisis actual, y opinaba que nunca corresponderia al voto general, si no se ponian á su frente individuos merecedores de la confianza pública. Eyre se opuso á la mocion declarándola ilegal é inconstitucional, porque era un consejo *a priori* y encerraba una negativa anticipada con respecto á los nombramientos particulares. Lord Milton, por el contrario, la apoyó fuertemente, sosteniendo que era propio de la cámara el interponerse cuando podia temer con fundamento que se formara una administracion imperfecta. Añadió que los ministros actuales habian reconocido su insuficiencia despues de la pérdida de su estimable jefe, puesto que habian solicitado el auxilio de hombres superiores por sus talentos. Para comprenderlo todo es necesario observar que lord Wellesley y Canning habian sido invitados á volver al ministerio, á pesar de la gran diferencia de sentimientos que existia entre ellos y los miembros actuales. Si á tal invitacion hubieran acompañado concesiones satisfactorias relativamente á los diversos puntos de divergencia, el marqués habria accedido gustoso á recuperar su plaza; mas como el conde de Liverpool no le permitia emitir libremente sus opiniones, él y su amigo rehusaron tomar parte en la administracion.

En vista de tal contrariedad hallábase dispuesto el regente á que siguiera el ministerio en el mismo estado en que se encontraba, cuando habiendo sabido que la mocion de Wortley fué adoptada por una mayoría de cuatro, demandó á lord Wellesley que formara el plan de una nueva administracion, significándole que se harian concesiones amigables. El marqués manifestó entonces el deseo de que le ayudaran el conde Grey y lord Grenville, y así entablóse una negociacion en que estos pares ninguna prueba dieron de disposiciones conci-

liativas. La declaracion de los sentimientos de lord Wellesley reconviniendo á sus cólegas de haber carecido completamente de tacto político y de sabiduría, aumentó el resentimiento de los lores Liverpool y Eldon y de sus amigos, determinándolos á no tomar parte alguna en la administracion que al marqués se le permitiera formar. Este, al participar poco tiempo después á la cámara alta tales circunstancias, espresó su disgusto por las animosidades personales tan violentas que venian á acrecentar las dificultades que naturalmente nacian de cuestiones complicadas, impidiendo con mayores obstáculos las medidas esenciales para la ventura de la nacion.

Prosiguióse sin embargo la negociacion por el conde de Moira, habiendo tenido lugar esplicaciones al parecer satisfactorias en una nueva conferencia sobre las medidas políticas que con urgencia reclamaban las circunstancias. Pero lord Grenville y su amigo prefirieron á toda consideracion un cambio en los miembros del gobierno. Además de la facultad de nombrar gran número de empleados en el ministerio, pidieron la renovacion de los jefes de la casa real, porque juzgaban importante que el nuevo gobierno probara que contaba con el apoyo constitucional de la corona, para que tuviera un carácter de fuerza y estabilidad capaz de ponerle en estado de obrar de una manera útil al bien público.

Ellos temian que el regente se dejara dominar por los consejos secretos de sus favoritos, mas bien que por las ideas de sus ministros reconocidos y responsables. Pero el conde no se mostró dispuesto á apoyarlos en una demanda que le pareció imperiosa y poco razonable. Afírmase no obstante que lord Yarmouth y otros íntimos amigos del regente estuvieron próximos á abandonar sus cargos de la casa real á fin de satisfacer á los deseos de ambos pares, quienes por su parte sostuvieron no haber sido tales sus intenciones. El mismo príncipe en una esplicacion que tuvo con lord Moira sobre este punto, manifestóse pronto á acceder á nuevos nombramientos para su casa, si el lord juzgaba necesario un sacrificio de este género. Satisfecho el conde con tal condescendencia, mas lejos de quererse aprovechar de ella, declaró que no se haria cambio alguno, y aconsejó al regente que confiriera al conde de Liverpool plenos poderes en el ministerio.

El pueblo en general no se sorprendió del mal desenlace de la negociacion, toda vez que no tenia motivos para esperar que los dos pares acreditarian mucho talento político, en vista de la prueba de incapacidad que anteriormente habian dado. Su orgullo y vanidad originaron el ridículo y descontento, y el príncipe se abstuvo de conciliarlos con nuevas gestiones.

El conde de Liverpool se encontró entonces en el apogeo de su ambicion, pues se hallaba en posesion de aquella plenitud de poder que desde la muerte de Pitt miraba con ojos de envidia, por mas que no se consideraba con bastante esperiencia para desempeñarla cumplidamente. Educado por un padre cuyos cálculos políticos se encaminaban á proporcionar á su hijo un rango distinguido en la corte, morada brillante donde el sol nunca cesa de lucir, habia adquirido algunos conocimientos en administracion y una facilidad en espresarse, que á veces podia pasar plaza de mucho talento y de profundo discernimiento. Mas afable y simpático en sus modales que su altivo protector, menos imperioso que ninguno de los que se habia asociado, ganó el favor del regente en términos de gozar de la perspectiva risueña de una larga autoridad ministerial.

Por mas que antes sostuviera con energía que el consejo habia obrado políticamente en las órdenes que dió, entonces se mostró propenso á creer que seria prudente revocarlas. El príncipe regente habia declarado que las órdenes del gobierno inglés dejarian de observarse cuando un acto auténtico publicado de una manera regular por los franceses, viniera á probar que los decretos de Berlin y Milan quedaban anulados de un modo absoluto y sin condicion. Pero era de dudar que hubiera aparecido semejante disposicion, pues el agente americano únicamente habia dado conocimiento de la copia de un escrito que parecia ser una medida del año anterior, dirigida á revocar los decretos en lo concerniente á los buques de los Estados-Unidos. En pos de algunas deliberaciones resolvióse considerar tal escrito como una ley auténtica, viendo en consecuencia suspendidos los reglamentos ofensivos, con la condicion de que serian anulados los actos de restriccion á que habia dado márgen el resentimiento de los americanos. La conducta de la corte en estas circunstancias fué aprobada por los principales miembros de la oposicion, que prometieron sostener á los ministros en el caso de no recibir el congreso por una reciprocidad de sentimientos pruebas de disposiciones conciliativas. Pero antes de anunciarse oficialmente la revocacion, declaróse la guerra por el presidente americano.

En la época de la revolucion efectuada por el valor y la constancia de los republicanos trasatlánticos, reinaba en una parte considerable de su país un ódio violento contra Inglaterra, al paso que un gran número por otro lado, si bien condenaba la conducta de la Gran Bretaña, deseaba conservar todavía algunas relaciones de amistad con la corte que los habia oprimido con el yugo de su tiranía. Madison contribuia á mantener la animosidad de los primeros, sirviéndose de su influencia para lograr en el congreso una mayoría de votos, á fin de declarar la guerra á los supuestos enemigos del comercio neutral. Sus esfuerzos fuéron coronados, y las tropas de la república comenzaron la campaña por una irrupcion en el Alto Canadá. Hull, que obraba como comandante general, mostró cierta apariencia de serenidad, aunque mal provisto de los medios necesarios para llevar á cabo las hostilidades, é hizo muchas tentativas para atravesar el Canard por junto á las fortificaciones de Amherstburh. Sus proyectos se frustraron al pronto; mas habiendo pasado el rio Detroit, arrasó todo el país vecino y tomó entonces una posicion defensiva.

Gobernador del Canadá en esta época era sir Jorge Prevost, quien como ningun recelo abrigaba de una visita tan hostil, no se hallaba preparado para rechazar la invasion; y así el mayor general Brock, apostado en la frontera amenazada, solo tenia un ejército tan mal ordenado, que no pudo juntar arriba de trescientos treinta hombres de tropas regulares, cuatrocientos de milicia y seiscientos salvajes. No obstante, resolvió atacar las fuerzas enemigas, apresurándose á aprovecharse del terror pánico producido por sus cortos elementos. Hull atemorizóse principalmente de la defeccion de las tropas bárbaras, cuyos jefes habian prometido la neutralidad; y temiendo el horroroso suplicio del tomahawk y del scalping-knife, propuso una negociacion al mayor general, sometiéndose hasta á la demanda de este de entregarle todas sus fuerzas, que ascendian á dos mil trescientos hombres.

Tan funesto desenlace no desalentó á los americanos, á quienes el resentimiento y la animosidad estimulaban á perseverar en la guerra provocada por ellos. Verificaron una nueva irrupcion en el Canadá atacando á Queenstow con buen éxito; mas inmediatamente sufrieron descalabros tras de esta victoria. Un corto cuerpo de tropas marchó lleno de coraje hácia el enemigo con la esperanza de escarmentarle; pero una vigorosa acometida de este sembró al instante la confusion entre los agresores, quienes fuéron forzados á rendirse. Los americanos compensaron hasta cierto punto esta desgracia con sus ventajas en el mar y con la toma de varias fragatas británicas, habiendo sido sacrificados muchos adversarios suyos, y siendo por consiguiente de poca importancia su pérdida comparativamente á la de sus enemigos.

Hiciéronse por ambas partes proposiciones, en la apariencia conciliadoras, pero sin que resultara de ellas

ni aun la suspension de las hostilidades. Segun una declaracion publicada por el príncipe regente, parece que el presidente pedia como preliminar del tratado, que cesara de ejercerse el derecho de visita para el descubrimiento de marineros ingleses, derecho que de buena fé no podia ser disputado ni anulado, y que esta concesion se hiciera en virtud de la simple protesta de que «los Estados-Unidos de América formarian leyes para »que no pudieran pasar los marineros al servicio de los »mismos.»

Declaróse en la respuesta á tal indicacion, que fiarse esclusivamente de una nacion estranjera para un objeto de interés tan esencial, seria una prueba de confianza mayor que la que razonablemente se podia exigir. Desechóse en consecuencia la proposicion, así como una demanda de resarcimiento por la detencion arbitraria y la condenacion de unos buques americanos. Pidióse en una segunda nota, no solo la suspension de toda pesquisa, sino tambien la promesa de renunciar completamente á ella en caso de tratado. Rehusáronse repetidas veces y de una manera esplícita tales demandas; y en respuesta al artículo de agresion que encerraba tres motivos de acusacion distintos, díjose que la cuestion de la fragata *Chesapeak*, que habia sido atacada por un oficial inglés por haberse negado á someterse á la visita, se planteaba inoportunamente, toda vez que se ofreció y aceptó una reparacion justa; que la pretendida mision para disolver la liga política que unia los estados americanos, no habia sido sugerida ni sostenida por el gobierno británico, y que la asercion que acusaba á los ingleses de haber escitado á los salvajes á tomar las armas era igualmente falsa. Tales alegaciones no eran en concepto del príncipe la causa real de la actual guerra: esta dimanaba del espíritu que por tanto tiempo habia dominado por desgracia en los consejos de los Estados-Unidos, de la marcada parcialidad que los impulsaba á paliar y aun á favorecer la tiranía agresiva de Francia, y del sistema que los llevaba á animar á sus pueblos á rebelarse contra las medidas defensivas de la Gran Bretaña. El príncipe hizo notar la conducta arbitraria de Francia con los americanos, así como la pronta y baja sumision de estos á sus pretendidos amigos. Por ser unos mismos su orígen é intereses y los de la Gran Bretaña, y con arreglo á sus decantados principios de libertad é independencia, añadia el regente, que los Estados Unidos eran la última potencia de quien se debia aguardar verla convertida en dócil instrumento de la tiranía francesa.

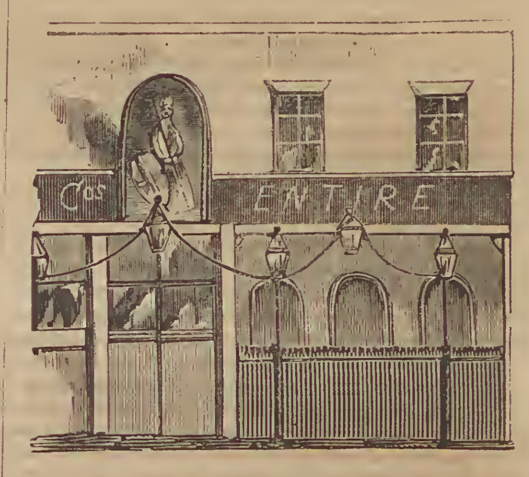
CAPITULO XCVIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1812.)

Sin embargo de la esperanza que la corte británica abrigaba de triunfar en la contienda de España, y á pesar de que con sus generosos socorros continuaban fomentando la decision de los patriotas, el éxito se presentaba incierto, y se ignoraba si serian los amigos ó los enemigos de la Gran Bretaña los que obtendrian la victoria. Empero era probable que por fin venceria la causa de la justicia, y aunque lentamente, parecia que la luz disipaba la oscuridad que habia ocultado el desenlace de aquellos sucesos.

Con el designio de facilitar las operaciones ulteriores, resolvió el general inglés hacer los mas vigorosos esfuerzos para reducir las dos principales fortalezas de la España Occidental. Consideraba que Marmont pondria todo su conato por conservar á Ciudad-Rodrigo, y no ignoraba que seria muy aventurado emprender un asedio á presencia de un ejército superior; pero confiando en la rapidez de sus movimientos y en la activa audacia de sus soldados, no desistió de su proyecto. Pasando el Agueda en medio de los rigores del invierno, el mayor general Crawford embistió dicha ciudad, y al quinto dia, practicadas dos brechas, intentaron los sitiadores un asalto. Al avanzar este valiente jefe á penetrar por la mas pequeña, recibió una herida á que no sobrevivió mucho tiempo; mas su division no perdió la serenidad, y á pesar de la pérdida que acababa de sufrir y que originó un sentimiento general, marchó adelante con ardor é intrepidez. Las brechas, además de estar defendidas por puestos avanzados, lo estaban por los que ocupaban otro recinto demasiado alto para ser escalado. Las tropas aliadas sin embargo se abrieron paso á la bayoneta, y forzáronse las brechas. Entonces resultó una mortandad horrible; atacáronse los dos flancos con osadía, y la guarnicion, que se retiró consternada á la ciudad, no pudo librarse del cautiverio. Apoderáronse los sitiadores de una cantidad considerable de municiones de guerra, y tuvieron tiempo para reparar las fortificaciones de la plaza tomada antes de la llegada del general francés.



Salon británico.

Como el cerco de Badajoz exigia preparativos mas importantes, los franceses tuvieron bastante lugar para tomar las precauciones convenientes contra el buen éxito de la empresa; aunque parecia que no abrigaban el menor recelo del peligro á que estaba espuesta la plaza. Las obras habian sido reparadas y mejoradas tras del sitio de corta duracion sostenido por esta ciudad, lo cual hizo juzgar que seria fácil prestar socorro á la guarnicion antes que fuera reducida á un apuro. La atencion del ejército sitiador se dirigió desde luego al fuerte Picurina, el cual fué embestido en la estacion mas desfavorable, hasta que habiendo cesado las lluvias se establecieron contra él las baterías que jugaron con acierto, siendo forzado de frente por medio de una escalada, ínterin otros destacamentos lo atacaban á retaguardia. Este suceso amortiguó las esperanzas de la guarnicion, y un fuego repentino que simultáneamente salió de todas las fortificaciones de la ciudad, comprobó el pavor general producido por la pérdida del fuerte Picurina. Los confederados, no obstante sus muchas bajas, continuaban con sus trabajos anunciando la firme determinacion que les animaba de llevar á cabo sus intentos. Descubriéronse al fin tres brechas, y el 6 de abril arriesgóse un asalto. Un muro construido sobre una montaña escarpada formaba el único punto de interrupcion de las obras regulares de la ciudad, y mientras una division trataba de escalar aquel muro, dirigiéronse hácia las brechas dos cuerpos escogidos. Estos, al descender al foso de la contraescarpa, perdieron la regularidad de su órden; sus esfuerzos para montar las brechas carecieron de uniformidad á pesar de su ardor é intrepidez, y el furor del enemigo apostado ven-

tajosamente para dañar, y provisto en abundancia de toda especie de materias combustibles, así como de balas, bombas, etc., á propósito para sembrar la destruccion y la muerte, los forzó á retirarse en desórden. El fuego del muro elevado derribó al mismo tiempo gran número de agresores; pero la constancia de los que no cayeron alcanzó lo que se habian propuesto. Una cuarta division atacaba las murallas del otro costado de la ciudad, y por medio de una sorpresa dispersó los defensores de las brechas. El gobernador se retiró al fuerte Cristóbal, no osando oponer mas larga resistencia: pereció gran número de las tropas de la guarnicion, y cayeron prisioneros cerca de cuatro mil hombres.

En estas dos empresas hubo de parte de los sitiadores mas de seis mil y cien muertos y heridos. El general, si bien se lamentaba de tan enorme pérdida que aun en un triunfo mas importante podia ser considerada con razon como un sacrificio demasiado costoso, no desistió de correr nuevos peligros, y así adelantóse al encuentro de Marmont que durante el asedio de Badajoz habia verificado algunas tentativas para reconquistar á Ciudad-Rodrigo y Almeida, y habia arrasado la frontera del Este de Portugal. Pesaroso probablemente el francés de su poco celo por los intereses de su amo, así como de su falta de actividad y vigilancia, y temiendo sin duda los efectos de la indignacion de este, habia resuelto expiar su negligencia; pero ninguna gloria ni ventaja resultó de su irrupcion en Portugal, y se retiró á España al acercarse el ejército aliado que entonces disfrutó de algun reposo.

Cuando lord Wellington volvió á su actitud amenazadora, su principal cuerpo de ejército no contaba arriba de cuarenta y dos mil hombres, y todas las fuerzas que podia poner en movimiento no pasaban de setenta y cinco mil individuos, mientras que el ejército francés ascendia á ciento setenta mil.

El general en su marcha contra los franceses dirigió su atencion principalmente hácia el mariscal Marmont, que continuaba amenazando á los españoles en la provincia de Leon. Por otra parte, con el intento de defender el Este de España, hizo preparativos para organizar un ejército que debia componerse de diez mil ingleses procedentes de Sicilia y de seis mil españoles levantados en la isla de Mallorca. Como preludio de estas operaciones, dió órden de atacar las fortificaciones de Almaraz, punto muy cómodo para las comunicaciones del ejército francés del Norte con el de Mediodia. Ejecutada tal disposicion con prontitud y acierto, encamináronse los aliados hácia el Norte, presentándose delante de Salamanca, defendida por tres fuertes construidos con bastante habilidad para resistir un ataque. Formalizóse al instante al asedio: en vano se esforzó el mariscal por retirar la guarnicion: las esperanzas de triunfo de los sitiadores crecieron con sus rápidos progresos. No se desanimaron por una tentativa infructuosa para escalar uno de los fuertes, sino que continuaron manejando sus piezas con tal acierto, que rompieron brecha en el segundo fuerte é incendiaron el tercero. A estas muestras favorables correspondió una ventaja decisiva, habiendo sido tomadas sin mucha dificultad las obras. Los franceses se retiraron entonces á las márgenes del Duero, aunque su retaguardia no lo pasó con bastante celeridad para librarse de una pérdida considerable.

Marmont confió por algunos momentos en reparar su crédito y gloria defendiendo con intrepidez el Duero: contaba en la orilla derecha con algunos puntos ventajosos, y su ejército se vió aumentado con cuarenta y siete mil hombres; pero como temia que le llegaran á faltar los víveres, y ya se habia visto precisado con tal motivo á enviar muchos destacamentos á recorrer el país, lo cual le habia espuesto en unas circunstancias muy desfavorables al riesgo de un ataque, abandonó súbitamente la defensa de dicho rio, y se apresuró á incorporarse al ejército del centro para proporcionarse socorros.

La suerte, que le fué mas favorable durante su marcha, le presentó la ocasion de batir á dos divisiones que observaban con cuidado todos sus movimientos, é indudablemente hubieran sido destrozadas sin la caballería que llegó á tiempo de protegerlas, ayudándolas á escapar con menos pérdida de la que podia pensarse.

Entonces avanzaron hácia el Tormes los ejércitos opuestos, después de haber caminado por algun tiempo en dos líneas paralelas y sin perderse de vista. La situacion respetable de los montes Arapiles al Sur de Salamanca, atrajo la atencion de ambos ejércitos: los franceses se apoderaron de la parte mas ventajosa, y sus adversarios se situaron en la colina opuesta.

Marmont esperaba envolver la posicion de Wellington con una táctica hábil y rápidos movimientos. Al efecto desplegó su ala izquierda; pero este movimiento decidió á los aliados á trabar inmediatamente el combate. Como sus preparativos parecieron al mariscal precauciones contra sus maniobras mas bien que una determinacion de combatir, no se hallaba enteramente preparado contra el rudo ataque que se dió á su ala izquierda. La capacidad militar del francés quedó eclipsada por la de su rival. La division que aquel aguardaba sorprender de flanco se anticipó á sus proyectos, y arrolló en pocos momentos el ala que habia desplegado, esparciendo por todas partes el terror y la confusion. Las tropas empleadas contra la derecha esperimentaron una resistencia mas vigorosa, y no la vencieron sin considerable pérdida. Una brigada portuguesa conducida por aventajados oficiales trató de ganar la principal altura; pero esta era sobrado fuerte para que se pudiera efectuar tal empresa prontamente, lo cual no se consiguió sino merced al auxilio de otra division que acudió de refuerzo. Entonces abandonó su posicion el enemigo, el cual fué derrotado completamente; pero esta victoria se compró muy cara, y los muertos y heridos ascendieron á unos 5,000. Mayor fué la pérdida del ejército fugitivo, y mas de 6,000 prisioneros aumentaron la gloria del triunfo. Los ejércitos del Norte y del centro se esforzaron con un vano alarde de maniobras y con refuerzos de tropas por favorecer la fuga de los vencidos; pero la rapidez de su marcha contribuyó principalmente á su salvacion. Lord Wellington, después de arrojarlos al otro lado del Duero, dirigióse hácia el Norte para tomar posesion de Madrid, creyendo no encontrar en el usurpador José una vigorosa resistencia. Un choque parcial que ocurrió durante esta marcha dió ventajas á los franceses; pero ellas no los decidieron á empeñar un combate general para defender la capital. Las fortificaciones del Retiro no continuaron mucho tiempo ocupadas por la guarnicion de José; y atemorizándose el comandante cedió á la intimacion que se le hizo para entregar la fortaleza. Empero este triunfo estaba muy distante de completar la emancipacion de España.

Como las tropas llegadas de Sicilia se componian de gente de diferentes países, formando un conjunto heterogéneo muy inferior al número estipulado, eran incapaces para oponerse á los progresos de Suchet. Los acontecimientos del Sur habian dado en realidad un aspecto favorable á la causa de la independencia, por haber sido espulsados los franceses de Sevilla y haber abandonado el bloqueo de Cádiz. En el Norte los caudillos guerrilleros habian dado pruebas de su espíritu audaz y activo con muchas hazañas; pero la poca fortuna de Wellington en el cerco de Burgos, que habia emprendido imprudentemente sin las fuerzas necesarias, vino á oscurecer la lisonjera perspectiva de los aliados y á resfriar sus esperanzas. Wellington levantó el sitio después de una pérdida considerable, al saber que el ejército del centro avanzaba hácia Madrid, reforzado por las tropas de Soult. En la retirada fué acometida rudamente por el ejército del Norte la caballería de su retaguardia, é introduciéndose la confusion en sus filas, habrian sido estas acuchilladas sin la oportuna llegada de la infantería ligera alemana. Para evitar la persecu-

cion destruyeron los aliados los puentes de varios rios por donde pasaron; mas este obstáculo momentáneo no impidió algunos choques parciales en que sucumbieron muchos de ellos. Por fin el fatigado ejército tomó posicion en San Cristóbal junto á Salamanca, donde encontró refugio después de una penosa retirada.

El Tormes separaba entonces al ejército enemigo en número de mas de noventa mil hombres, de las fuerzas confederadas que ascendian á unos cincuenta y tres mil. Los franceses trataron de pasar el rio por Alba; pero como el peligro era inminente, prefirieron prudentemente un punto no guarnecido situado al Sur, y todo el ejército se puso en marcha para Mozarbes, á cuya posicion naturalmente fuerte se agregaron todos los medios del arte.

Atacar al enemigo en tal posicion hubiera sido una temeridad imperdonable, y permanecer por mas tiempo en observacion, tambien habria sido imprudente, porque hubiesen llegado á faltar á los aliados los medios de subsistencia. Resolvióse por lo tanto por el general en jefe, cuya pericia no fué dominada esta vez por el ardor de su temple como en el sitio de Burgos, que se efectuara una retirada regular, y que los defensores de la Península fueran de nuevo á refugiarse y á descansar en Portugal. Ninguna pérdida resultó de la marcha retrógrada, á pesar de que la caballería enemiga que iba siguiendo se esforzaba por molestar é insultar á la retaguardia, la cual no se intimidó y realizó su retirada sin ningun contratiempo.

Convencidas las Cortes de la necesidad de renovar los esfuerzos, y seguras de la insuficiencia de las tropas españolas, si no eran mandadas por un jefe de mérito, propusieron que se sometiera á la esclusiva autoridad de lord Wellington el ejército español y sus generales. Entonces mostráronse la corte y la nacion británica mas dispuestas que nunca á sostener la causa de los patriotas españoles, y prometieron su apoyo con tanta mayor diligencia, cuanto que se presentaba un aspecto mas favorable.

CAPITULO XCIX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(1812—1813.)

Lejos de satisfacer á Napoleon las muchas ventajas que habia obtenido, no pensaba mas que en otras empresas, ni proyectaba mas que nuevas conquistas: hasta meditaba el ataque de uno de los reinos mas poderosos del continente, por cuanto el soberano no se habia manifestado asaz sumiso á sus deseos, y en el mismo momento en que le preocupaba tal idea, protestaba con ratera doblez que deseaba ardientemente una paz general y duradera. Llegó á proponer una negociacion al príncipe regente de la Gran Bretaña; pero como rehusaba renunciar por su hermano á sus pretensiones orgullosas á la corona de España, rechazóse con menosprecio la insidiosa oferta. La narracion detallada de la guerra que surgió entonces estaria fuera de su lugar en la historia de la Gran Bretaña; mas como tal discordia nació de la insaciable ambicion de un potentado, que al mismo tiempo se hallaba en hostilidad con este país; como ella propendia á ejercer una influencia perniciosa en los asuntos del continente en que Inglaterra habia intervenido muy directamente por espacio de muchos años, y como debia conducir á una inteligencia amistosa y á una alianza entre el rey y el emperador de Rusia, es indispensable un bosquejo de tal guerra y de sus principales acontecimientos, por tener tanta relacion con el objeto principal de esta obra.

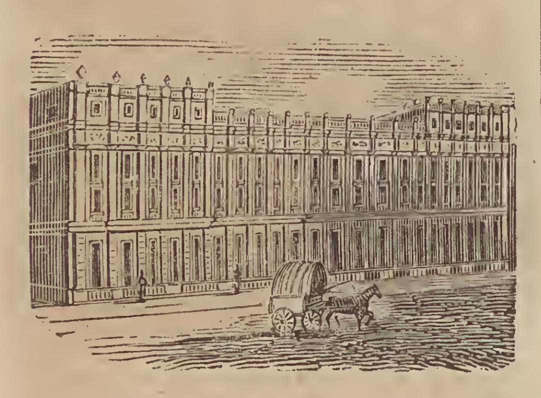
No contento Napoleon con la autoridad soberana que ejercia desde el Atlántico y el Mediterráneo hasta el Niemen, concibió la idea de penetrar hasta las estremidades septentrionales de Europa, y reducir á un estado de humilde vasallaje al gran potentado, cuya dominacion se estendia desde el Báltico hasta el remoto estrecho que separa el Asia de la América del Norte. Hacia mucho tiempo que meditaba en secreto semejante proyecto, que ningun príncipe prudente habria osado concebir, y ya habian comenzado preparativos estraordinarios, cuando su senado ignoraba todavía el objeto y destino del inmenso ejército que se ponia en movimiento. Fingió al mismo tiempo querer negociar con Alejandro; pero este príncipe no se dejó engañar mas que el regente. Al fin púsose en movimiento el ejército de Napoleon, y cuatrocientos cincuenta mil hombres recibieron órden de marchar á Polonia.

Las fuerzas reunidas de Rusia eran mas débiles comparativamente. Los franceses inundaron la Lituania poniéndola en revolucion, y llegaron sin mucha dificultad al Duna. Un país devastado de intento por los propios habitantes, los caseríos abandonados, las selvas tristes y sombrías, los vastos pantanos que se perdian de vista, los precipicios y caminos espantosos, no ofrecian una perspectiva halagüeña á los franceses, quienes sin embargo prosiguieron su marcha con todo el ardor de la esperanza. Llegaron á las inmediaciones de Esmolensko después de las victorias de Vitepsk, Polotsk y Gorodeczna, donde tropezaron con parte del ejército ruso, mientras que la otra formada en órden de batalla se estendia sobre la márgen derecha del Nieper. Para atacar la ciudad con éxito era necesario forzar antes los arrabales que hacia poco se habian atrincherado. Consiguiéronlo los franceses mas fácilmente de lo que se podia aguardar, y se apresuraron á levantar baterías que pudieran producir un efecto terrible en las viejas fortificaciones de la ciudad. No esperando los rusos conservarla, se retiraron abandonando su campo, y los que defendian las murallas y torres adoptaron el mismo partido después de sufrir pérdidas considerables. Entonces salieron llamas de todas partes y se propagaron rápidamente, manifestándose un horrible incendio causado, no por las materias combustibles de los agresores, sino por la enérgica voluntad de los rusos, que quisieron destruir su ciudad antes que tolerar que sirviera de asilo á los aborrecidos enemigos. Los vencedores lograron salvar parte de la poblacion. Dueños de esta y de Vitepsk que habia sido tomada, la porcion mas prudente y sensata del ejército comenzó á suponer y esperar que la proximidad del invierno y los riesgos de continuar la marcha determinarian al temerario Napoleon á diferir hasta la primavera la prosecucion de su invasion, y á ocuparse durante el otoño y el invierno de la organizacion de Polonia. Tál moderacion era poco conforme con el carácter ardiente de Bonaparte, quien resolvió ponerse en marcha sin dilacion para Moscow, no dudando de la conquista de esta ciudad antigua y sagrada, cuya pérdida presumia que seria de funesto presagio para los supersticiosos rusos, y que los acobardaria y debilitaria su energía.

Al llegar á Viasma no encontró mas que los restos de un pueblo incendiado que fué abandonado por la mayoría de sus habitantes. En su marcha creyó ver en la conducta de Kutussoff inequívocos signos de su intencion de arriesgar un choque general, antes que someterse impasible á la pérdida de Moscow. Este general habia fortificado una posicion cerca de Borodino, al Sur del punto en que el Koloya se junta con el Moskwa. Se ha pretendido que su ejército ascendia á ciento veinte mil hombres, y que los franceses no contaban sino con igual número; pero no es probable que Napoleon quisiera comprometerse sin una superioridad considerable de fuerzas en una batalla que juzgaba decisiva y contra un enemigo que de ningun modo podia despreciar. Mantúvose á alguna distancia del lugar en que se daba la accion, y Davoust, Ney y Eugenio Beauharnais atacaron el 7 de setiembre las tres grandes divisiones del ejército ruso. Disputóse valerosamente la victoria por espacio de diez horas, sin que al cesar

el fuego por ambas partes se hubiera decidido claramente por ninguna de ellas la contienda. Tanto de unos como de otros hubo mas de setenta mil muertos y heridos; pero la mayoría de tan enorme pérdida pertenecia á los franceses.

Estos avanzaron entonces hácia Moscow con la esperanza de tropezar allí con almacenes provistos en abundancia y con todo lo que reclamaban sus necesidades. El aspecto de sus cúpulas brillantes, de sus numerosos campanarios y de su arquitectura variada, causó una sorpresa agradable, habiéndose olvidado por un momento los horrores de la guerra al ver aquella ciudad en que todo parecia anunciar las dulzuras de la vida. Pero no bien habia penetrado en la poblacion la vanguardia, cuando á los atemorizados ojos del ejército se retrató el espantoso espectáculo de incendio de Esmolensko. Para confundir al enemigo y esterminarle en lo posible, los habitantes de Moscow, sin atender á su propia seguridad ni á sus fortunas ni á su porvenir, pegaron fuego á la ciudad por diferentes puntos.



La Tesorería.

Los rusos predijeron entonces con certeza la ruina de sus adversarios, quienes después de perder el tercio de su ejército por las fatigas y peligros de toda especie, y comenzando á temer el resentimiento de aquellos á quienes habian exasperado, hicieron por fin los preparativos de su retirada; pero el invierno principiaba á amenazarlos con sus rigores, y no encontraron en ella mas que penalidades y miseria. Acosados por el ejército de Kutusoff, así como por el celo infatigable de los cosacos y el furor de los paisanos armados, y mas todavía por un cruel invierno, de dia en dia iban aclarándose sus filas. En varios combates opusieron vigorosa resistencia á los que los perseguian, pero no pudieron hacer frente á otros ataques.

Bonaparte al abandonar á Moscow se lisonjeaba con la esperanza de situar su ejército con seguridad en las márgenes del Duna, y declaró que en la primavera se pondria en marcha para San Petersburgo. Pero antes de arribar á Esmolensko atemorizáronle tanto la disminucion horrible y el estado deplorable de su grande ejército, así como las funestas noticias que recibió de las tropas empleadas en otros puntos, que resolvió apresurar su marcha sobre el Vístula.

Si los rusos hubieran sido mas activos y vigilantes en estas circunstancias, el ejército fugitivo habria podido ser destrozado, pues las fuerzas que volvian de la Moldavia después de concertar la paz con la Puerta, tenian ocasion favorable para detener al enemigo por el frente, ínterin las tropas del conde Witgenstein atacaran el flanco derecho y la retaguardia. Napoleon, aprovechándose de la negligencia de los rusos, llegó á Vilna, apresurándose igualmente á dirigirse allí los restos de su ejército capitaneados por Murat. Tantos millares de hombres habian sucumbido al frio, al hambre y al filo de la espada, y tantos habian caido prisioneros, que cuando los franceses pisaron las fronteras de Prusia únicamente ascendian sus fuerzas á treinta y cinco ó cuarenta mil hombres. Seis meses hacia entonces que habia comenzado la guerra de Rusia.

El desgraciado éxito de esta campaña para los franceses motivó trasportes de júbilo en la Gran Bretaña, bien que los entibió la noticia del regreso de Napoleon á Francia. No malogró la corte la ocasion de moverle nueva guerra, y el parlamento á la par que la nacion estimularon el celo patriótico de sus enemigos del Norte con una suscricion generosa en favor de los que habian sido arruinados por los incendios y estragos de la guerra. Alejandro dió las gracias á la nacion británica por tales muestras de liberalidad, y declaró que estaba pronto á contraer nueva alianza con una corte que con tanta perseverancia aspiraba á la emancipacion de Europa.

Dispuesta una eleccion general por el príncipe regente, el resultado de ella fué satisfactorio para el ministerio. Otorgóse sin demora todo lo que se propuso en cuanto á la guerra, accediéndose sin vacilar á todas las demandas de dinero, cual si fueran tan equitativas como pudiera desearse. Los subsidios ascendieron á mas de setenta y dos millones, cuya tercera parte fué cubierta por medio de empréstito—1813.—Observóse en virtud de un exámen exacto que los gastos del año precedente, con inclusion del empréstito, escedian á los ingresos en ocho millones y medio: prueba de prodigalidad ó de malversacion que hubiera podido evitarse fácilmente; pero se creyó que no merecia atencion séria. Probóse al mismo tiempo, sirviendo de consuelo al público, que las esportaciones se habian aumentado considerablemente en el año anterior, y que escedian á las importaciones en términos de resultar muy favorable la balanza de comercio.

La contienda con los Estados-Unidos suscitó naturalmente debates en ambas cámaras, aunque esta vez no dominaron en ellos el calor ni la animosidad. Lord Castlereagh sostuvo fuertemente la justicia de la guerra por parte de la Gran Bretaña, diciendo que ningun gobierno se habia esforzado tanto como el actual, á que él pertenecia, por evitar la guerra. No podia suponerse que los miembros del ministerio desearan nueva guerra, cuando para la gran disputa en que hacia tanto tiempo se hallaban comprometidos eran menester todos sus esfuerzos reunidos. Con el objeto de reparar las injusticias de Francia habian hecho todas las concesiones compatibles con los derechos marítimos del reino, y sin embargo encontraron al gobierno americano distante de toda medida conciliativa y lleno de resentimiento, hallándose tan pronto á someterse á cualquiera injuria de los franceses, como dispuesto á quejarse por todos los medios de la conducta y hasta de la moderacion de la Gran Bretaña. Aludiendo Ponsomby á las últimas proposiciones, manifestó la persuasion en que estaba del buen éxito probable de una negociacion en que se hallaban prontos á entrar los americanos, sin insistir sobre la cesacion de las hostilidades ni sobre la suspension del derecho de visita con respecto á los marineros. Baringue pensaba que una revocacion pronta de las órdenes del Consejo hubiera contribuido á conservar la paz; pero que una vez encendida la guerra, debia ser sostenida con vigor: añadió que el derecho de visita era de sobrada importancia para que se tratara de renunciarlo, pues el número de marineros ingleses al servicio de los Estados-Unidos podia ser evaluado en diez veces mas que el de los americanos empleados en buques británicos. Foster no se mostró convencido de que la revocacion de las órdenes del Consejo ó de cualquiera otra concesion fuera bastante para evitar la guerra, á la cual hacia mucho tiempo se hallaba inclinada una considerable parte del Congreso, y sostuvo que un crecido número de personas bien intencionadas

por la Gran Bretaña habian unido su voto al clamor general para que recayera sobre el presidente y sus consejeros el vituperio público.

Whitbread pretendió que el gobierno americano habia obtenido las primeras ventajas en la contienda, pero que habia perdido tal preponderancia con una declaracion temeraria de guerra. Canning justificó la conducta del ministerio, y condenó con enojo la falta de política y la violencia de una nacion que al paso que protestaba de su adhesion á la libertad é independencia, no cesaba de favorecer al enemigo de la misma libertad, entorpeciendo sin cesar los gloriosos esfuerzos de la Gran Bretaña, protectora de la Europa oprimida.

Las observaciones en la cámara alta fuéron poco mas ó menos las mismas, y en ambas cámaras se votó un mensaje declarando que no podian admitirse las pretensiones del gobierno americano sin abandonar algunos de los derechos mas antiguos, indisputables é importantes del imperio británico, y prometiendo en seguida un apoyo sincero y decidido para la continuacion de una guerra justa y necesaria.

Otro objeto de interés mas esencial y no menos importante llamó muy pronto la atencion de la cámara de los comunes. Hacia algunos años que estaba sepultado en el olvido el proceso de la princesa de Galles, cuando las restricciones que plugo al regente imponerla en las relaciones con su hija, vinieron á precisarla á suscitar recuerdos que no podian menos de disgustar en estremo al príncipe. Ella tomó la libertad de quejársele en una carta que le dirigió; mas como no aguardaba que se atenderia á sus reclamaciones, mas bien que á él apelaba al pueblo. Siendo la princesa Carlota heredera presunta de la corona, el regente tenia facultad para agregar á sus derechos paternos el de dirigir enteramente su educacion é intereses; pero no era necesario llevar el rigor y la vigilancia hasta el grado de escluir á su madre, como si su trato y consejos pudieran ser nocivos á su hija. Como el consejo privado al cual el príncipe confió la cuestion, fué de dictámen de no disminuir nada la severidad de las restricciones, quejóse la princesa á la cámara de los comunes de que la falta de una investigacion formal que pondria en claro su inocencia, era la causa de la injuria que ahora se la irrogaba. Whitbread manifestó que semejante reclamacion merecia todo el interés y consideracion de la cámara, y Cochrane Johnstone propuso que se examinara ámpliamente el asunto; mas lord Castlereagh, alegando que en él no cabia otra pesquisa que la de las dudas relativas á la sucesion, invitó á la cámara á desechar una materia tan delicada, toda vez que no habia tales dudas en el ánimo de ninguna persona justa y sensata. Stuart Wortley desaprobó igualmente cualquier exámen sobre semejante negocio, en atencion á que las diligencias de 1807 contenian la absolucion completa de la princesa, y no tuvo empacho alguno en indicar que su alteza real habia sido tratada con estrema injusticia por un ilustre personaje que debia profesarla mas afecto, ya que se habia comprometido solamente á protegerla y defenderla. La mocion fué desechada, pero Whitbread no permitió que la cuestion cayera inmediatamente en olvido. Presentó una peticion con respecto á John Douglas, para que se le permitiera presentar en un tribunal ordinario la misma prueba que antes se habia practicado ante los comisarios de la pesquisa, cuya autoridad no era suficiente para justificar en caso de falsedad la persecucion por crímen de perjurio. Demandaba que sir John y su muger fuesen procesados por calumniadores: mas viendo que no se podia obtener tal pretension en virtud del rigor de la ley, manifestó la esperanza de que para satisfaccion del público se adoptaria algun otro modo de proceder. Hizo notar la atrocidad repugnante de las instrucciones que se habian dado acerca de aquel negocio, y presentó un proyecto de mensaje al príncipe regente para lamentarse de la publicacion de las relaciones ofensivas que aparecian todos los dias en los papeles públicos, y pedir el castigo de todos los que habian intervenido en la publicacion de especies tan contrarias al pudor y á la dignidad.

Lord Castlereagh, después de atacar á Whitbread de una manera destemplada, puso un empeño particular en orillar la cuestion, y no era de suponer que se aprobara la mocion, por ser evidente que la cámara deseaba evitar toda pesquisa sobre tal materia.



Teatro de la bandera nacional.

El asunto mas importante de la legislatura fué el concerniente á la Compañía de Indias. La cercana terminacion de su privilegio traia la necesidad de recurrir al parlamento. En consecuencia presentaron los directores la peticion de que se les renovara el privilegio y la continuacion del monopolio. El ministerio no juzgó oportuno satisfacer á estas demandas en toda la estension deseada, porque tal concesion no hubiera agradado á la nacion, pues el deseo general era que el comercio esperimentara un desarrollo favorable á una concurrencia tan estensa como fuese posible. La Compañía no contaba con bastante capital para proseguir con suceso el comercio de Indias, y por tal motivo se habian desatendido varios arbitrios que habrian podido producir beneficios considerables. Era fácil suplir el déficit, acordando que todos los capitales empleados en el comercio fueran aplicados á aquel tráfico, pues así se le daria mayor desarrollo y nuevo vigor. Propúsose esta concesion por lord Castlereagh, quien declaró al mismo tiempo que ni él ni sus cólegas tenian intencion de anular las reclamaciones territoriales de la Compañía. Esta parte del sistema podia subsistir sin ningun riesgo, toda vez que las provincias orientales se habian puesto florecientes bajo la administracion de los directores, y en consideracion á las dificultades á que el comercio particular podia estar sujeto por el interés personal y arbitrario del gobierno de la China, el tráfico con este imperio continuaria perteneciendo esclusivamente á la Compañía. El plan del ministerio en pos de los animados debates á que dió márgen, no dejó de parecer justo y acertado á la mayoría de ambas cámaras, pues no solo era comercial, sino tambien político y religioso, y propendia evidentemente á perfeccionar el régimen de las provincias, á fomentar la economía pública, á mejorar la administracion de justicia, y á favorecer la propagacion del cristianismo entre los naturales con el establecimiento autorizado de los misioneros. Con arreglo á

estas ideas acordóse la continuacion del poder territorial de la Compañía hasta el año de 1834.

Interin se trataba de esta cuestion importante, propúsose un proyecto de hacienda á fin de variar y rectificar las disposiciones dadas en tres ocasiones del reinado actual. Una de dichas disposiciones marcaba que los fondos de amortizacion entonces existentes fueran reunidos con los intereses compuestos, sin ninguna interrupcion ni quebranto, hasta la completa liquidacion de la deuda consolidada. La caja habia ya redimido, segun hizo observar Vansittrat, una suma igual á la totalidad de la deuda en la época en que el plan de Pitt fué adoptado; creia por lo tanto urgente mitigar el rigor de la aprobacion para disminuir la carga pública. A la manera de un empírico que ejerce su ciencia en el cuerpo humano, el ministro de Hacienda procuró encubrir sus tachas políticas para ejecutar mejor sus misterios. Su plan parecia encerrar la suspension de la no enajenacion de los fondos de amortizacion, por ser aparentemente mas ventajoso que la nacion reportara beneficios del aumento de la masa, que no aguardar indefinidamente la completa realizacion del rescate prometido. El plan fué adoptado por ambas cámaras sin grandes debates, y convertido en ley; pero no impidió la irregularidad de un empréstito ni los nuevos impuestos con que se abrumó al pueblo. Abbot en su mensaje al príncipe regente al cerrarse las sesiones, no vaciló en felicitar á su alteza real por la adopcion de un plan que estableciendo una organizacion hábil y prudente en las rentas, contribuiria á alejar por mucho tiempo, ó al menos á moderar las demandas de nuevos impuestos, y sobre todo apresuraria la estincion de la deuda nacional.

Este distinguido orador habló de una manera menos vaga y con mas exactitud con respecto á los católicos, cuya causa fué reproducida. La mayoría, dispuesta á recoger la prenda soltada por la cámara de los comunes, votó que se tomáran en consideracion las reclamaciones sostenidas, y se presentó un proyecto á propósito para satisfacer á los católicos; pero el discurso de Abbot tendia á combatir sus pretensiones. La iglesia establecida estaba en su concepto tan íntimamente unida á la Constitucion, que era de absoluta necesidad alejar del poder político á todos los que no quisieran conformarse con ella; y si este principio se habia relajado algun tanto en favor de los presbiterianos y otros disidentes reformados, consistia en que en ellos no habia tantos motivos como en los católicos para ser enemigos de la iglesia protestante. Admitirlos en el consejo privado, en las cámaras del parlamento y en las sillas de la judicatura, seria inconstitucional, impolítico y peligroso. Aun cuando las garantías fueran mas ciertas de lo que parecian, no podria él contemplar con agrado tal olvido de los principios. Seria un solecismo en política crear los medios de rodear al rey de ministros que se empeñáran en mantener la supremacía del Papa, y que por consiguiente fueran contrarios al derecho de sucesion. Uno de los reparos á este proyecto fué, que aun cuando fuera aprobado, no satisfacia ni siquiera al clero católico, cuya mayoría se mostraba descontenta de las condiciones de dicho proyecto, y como su influencia era grande, hacíase imposible que de tal medida resultáran la union y la armonía. El orador tras de otras observaciones bastante notables por su fuerza, concluyó proponiendo que se omitiera en el proyecto el artículo que conferia á los católicos el derecho de sentarse y votar en el parlamento, habiéndose adoptado la mocion por la mayoría de cuatro. Los partidarios de los católicos hubieran podido ventilar todavía la cuestion, votando para que el proyecto pasara de nuevo á una comision; pero como desconfiaban del éxito, desistieron de tal intento.

Interin por una parte rehusaba la cámara nuevas concesiones á los católicos, manifestábase por otra muy propensa á favorecer los intereses de una clase numerosa y meritoria que formaba parte de la iglesia establecida. El conde de Harrowby presentó una proposicion para que se aumentara el sueldo de los ecónomos de la iglesia anglicana; pero el lord canciller, el lord jefe de justicia y varios prelados se opusieron vivamente á tal pensamiento, pretendiendo que tendia á invadir los derechos del clero, poseedor de beneficios, y la propiedad particular, y que destruiria el espíritu de subordinacion necesaria. Empero como dicha proposicion fué defendida con vigor, pasó de una manera triunfante en ambas cámaras. La cláusula que otorga la renta entera de los pequeños beneficios á los ecónomos ó vicarios, está sujeta á objeciones, segun todas las apariencias, porque tiende á despojar al legítimo poseedor. Este, sin embargo, puede remediar el mal, desempeñando personalmente los deberes de su ministerio; y en el caso en que le incapaciten la edad ó el mal estado de salud, le es permitido disminuir el salario que daria á quien le reemplazase. En una parroquia compuesta por lo menos de mil almas, el ecónomo no puede recibir menos de 150 libras anuales. Cuando la poblacion está en el respecto de quinientas á mil almas, tiene derecho á 120 libras; y en la proporcion de trescientas á quinientas, á 100 libras; con condicion de que si los beneficios no igualan á los salarios especificados, cada ecónomo se contentará con el valor completo de su curato. En los beneficios que producen anualmente 400 libras, el obispo de la diócesis tiene facultad de hacer que se den 100 libras al vicario, aun cuando la poblacion no ascienda á 300 personas; pero en el caso de esceder de quinientas, el ecónomo no puede pretender mas que 50 libras de aumento.

El dogma de la Trinidad es considerado todavía como un artículo esencial de fé entre los que quieren pertenecer á la iglesia establecida; y así, un rector que hace algunos años se atrevió subir al púlpito para poner en controversia este punto, fué castigado con la pérdida de su beneficio; mas como un considerable número de disidentes rehusaba admitir tal dogma en su creencia, y estaban sujetos á las penas impuestas por el decreto de Guillermo III, Smith, no vacilando en declararse unitario, solicitó á la cámara que se relevara á las personas dispuestas á combatir dicho dogma de la responsabilidad de tal decreto. Ni los ministros ni los prelados se opusieron á esta concesion, la cual fué elevada á ley.

No era general el espíritu de intolerancia que dictaba semejante medida. Parecia que las sociedades ilegales que se apropiaban el nombre de Orange por consideracion á la memoria del rey Guillermo, se habian formado no solo en Irlanda donde tuvieron su orígen, sino tambien en muchas poblaciones de Inglaterra, y que los miembros se obligaban por juramento á no defender al rey ni á sostener su gobierno, sino en tanto que se mantuviera la influencia superior del protestantismo. La cámara condenó semejantes asambleas por propensas á fomentar la sedicion y discordia, y aumentar la virulencia de las disputas, mezclando la religion con la política. Este punto no fué juzgado acreedor á mayor atencion de parte del parlamento.

Una de las discusiones políticas mas animadas de esta legislatura fué la relativa á un convenio celebrado con la corte de Suecia. Dicho convenio escitó la prevencion mas violenta, á pesar del trabajado discurso que el conde de Liverpool dirigió á los pares para justificar las condiciones del tratado, sosteniendo que era político procurar el afecto y apoyo de los suecos, que Napoleon se habia esforzado tanto con promesas como con amenazas por atraerlos á sus proyectos. El rey y el príncipe coronado se habian dejado arrastrar por las persuasiones del emperador de Rusia á formar una confederacion contra Francia, habiéndose acordado toda vez que los daneses se habian mostrado adictos á los intereses de este reino, fuesen despojados de Noruega en favor de los suecos, quienes así podrian consolidar mejor su reputacion é independéncia.

La corte británica accedió á esta estipulacion, no solo por la razon ya mencionada, sino tambien porque era

apetecible que un país abundante en recursos marítimos perteneciera á una potencia amiga. Concertóse además que la isla de Guadalupe seria cedida al rey de Suecia, que en cambio prometia abrir un depósito á las mercaderías británicas, no obstante el sistema continental adoptado en Gothembourg y otros puertos. El desarrollo de todas estas ventajas no sirvió para convencer á lord Holland de la justicia de tal convenio, que lo calificó de reprensible y deshonroso para la Rusia y la Gran Bretaña. Afirmaba que no teniendo Alejandro intencion alguna de restituir la Finlandia á los suecos, trataba de contentarlos usurpando en beneficio de estos á una tercera potencia con quien no estaba en guerra. Tamaña conducta era tan parecida á las prácticas arbitrarias de Francia, que él estaba escandalizado de la inconsecuencia chocante de aquellas mismas Cortes que habian sido las primeras en vituperar altamente las usurpaciones y los ultrajes de Napoleon. El marqués de Buckingham censuró igualmente el tratado de inmoral é injusto, y declaró que lo consideraba como un insulto intolerable á los sentimientos de una nacion respetable, que habia patentizado el deseo de una reconciliacion general. El conde Grey manifestó la misma violencia de censura y reconvencion; pero la mayoría de la cámara alta, guiada mas bien por la política que por los sentimientos de la justicia, aprobó el tratado. En la cámara de los comunes mostróse Ponsomby el mas ardiente adversario del tratado, y atacándolo con argumentos llenos de fuerza, propuso que se suplicara al príncipe regente se suspendiera su ejecucion, no solo porque violaba las leyes de la moralidad y de las naciones, sino porque era impolítico hasta la evidencia en lo respectivo á la cesion de Guadalupe y al donativo inútil de un millon. El mismo Canning desaprobó la conducta de sus amigos en esta negociacion: empero no emitió el deseo de que la cámara adoptara la mocion de Ponsomby modificada por él con una enmienda. La mayoría desechó una y otra, é hizo conocer al regente su sumision en un mensaje.

CAPITULO C.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1813.)

Como Austria y Prusia se vieron precisadas á enviar un ejército considerable contra el príncipe que habian apoyado, debieron conocer con pesar el grado de su envilecimiento. El rey de Prusia, después de rechazar á los devastadores de su país, quiso preservarse del torrente de la adversidad, haciendo que recayera sobre su arrogante enemigo. La ocasion de salir de la esclavitud era demasiado hermosa para no aprovecharla: despertóse la energía de Federico Guillermo y de sus humillados súbditos, y los reanimados patriotas corrieron á las armas con la esperanza de la victoria y con el estímulo de la venganza.

Al regresar del Báltico un cuerpo considerable de tropas, en lugar de mirar como á enemigos á los rusos que se aproximaban, los trató como neutrales, firmando juntos una suspension de hostilidades. Decidiéndose el rey á sacudir el yugo de Francia, formó una confederacion con la corte de Rusia, y publicó este paso que hacia honor á su valor y patriotismo. Pero los aliados no podian reunir fuerzas suficientes para rechazar y aniquilar los franceses, que sin embargo de la destruccion del inmenso ejército que habia osado penetrar en Prusia, poseian todavía una preponderancia militar imponente.

Entrambos príncipes combatieron á Napoleon en la llanura de Lutzen, y después de muchas desgracias por una y otra parte los franceses forzaron á sus adversarios á retirarse.

Empero no decayó el valor de estos, quienes en otro combate dieron muestras de su vigor y decision. Cerca de Bautzen sucumbieron millares de valerosos guerreros, víctimas de los furores de la guerra, sin que la victoria se inclinara á ningun lado. Celebróse entonces un armisticio el 4 de junio, y en este intervalo concertáronse tratados de socorrerse entre el regente y los soberanos de Rusia y Prusia, á quienes se hizo la promesa de dos millones para poner en pié doscientos cuarenta mil hombres. El principal aliado se comprometia por el convenio á las dos terceras partes, tanto por lo respectivo al dinero que debia reintegrársele, como en cuanto al número de tropas que habia que aprontar.

Otro príncipe cuyo poderoso auxilio era indispensablemente necesario para el feliz éxito de la nueva confederacion, fué inducido por las cortes aliadas y por su propio interés á abrazar la misma causa, y bien pronto ejecutó preparativos proporcionados á la magnitud de las circunstancias.

Escogióse la Sajonia para teatro de la guerra, porque este país podia ofrecer á un ejército medios abundantes de subsistencia, y parecia convenir á las miras militares de Napoleon. Este dirigió sus armas contra los defensores de la Silesia, y triunfó por la superioridad del número; pero como los movimientos de los austriacos sobre su derecha le decidieron á retirarse, Blucher, aprovechando tal ocasion, derrotó las tropas francesas que habian quedado en la provincia. Bonaparte envió numerosas fuerzas á apoderarse de Brandemburgo, mas fuéron rechazadas con pérdida: no obstante supo burlar las tentativas del príncipe de Schwartzemberg sobre Dresde, obligándole á huir con tales apariencias de desórden, que Vandame habiéndose determinado á perseguirle, fué á su vez derrotado y cogido en Culm.

La corte de Suecia, auxiliada por la Gran Bretaña, habia puesto á disposicion de los aliados todas las tropas que poseia, y el príncipe Bernadotte, sostenido por los rusos y prusianos, obtuvo una importante victoria en Juterbok, preparándose en seguida de acuerdo con Blucher á atravesar el Elba con el designio de acosar el ala izquierda y la retaguardia de los franceses. Alarmado Napoleon con estos movimientos, retiróse á Leipsik y fortificó todas las avenidas de esta ciudad. Alegrándose los aliados de la ocasion de empeñar un combate general, avanzaron con rapidez, y con ataques bien combinados prevalecieron en todos los puntos, aunque su triunfo no fué tan completo que impidiera la fuga de gran parte del ejército enemigo. Los bárbaros que habian entrado en la confederacion lo mismo que los suecos, se esforzaron por sorprender al ejército fugitivo y al jefe vencido; mas á pesar del terrible combate de Hanau y de la intrepidez que patentizaron, carecian de fuerzas bastantes para hacer frente al enemigo.

Entonces fué cuando Holanda, que por mucho tiempo no habia parecido mas que una débil caña, se alzó de repente lo mismo que una vigorosa encina. El pueblo demandaba en alta voz el restablecimiento de la casa de Orange, y el hijo del último príncipe que habia sido despojado en 1795, dejó el asilo que halló en Inglaterra, y en llegando á Holanda fué proclamado con júbilo, no solo Estatuder, sino tambien soberano de todo el país. Con el auxilio de algunos aliados, forzaron los holandeses á los franceses á rendirse ó á retirarse. El electorado de Hannover fué igualmente libertado de un vergonzoso yugo: el reino de Westphalia cesó de estar sometido al hermano de Napoleon, y todo parecia pronosticar que la influencia de los franceses en Alemania tocaba á su término.

De un cambio político tan estraordinario no podia menos de nacer una alegria general. Desde estos momentos podia ya preverse la emancipacion de Europa, y comenzó á parecer probable que los aliados se encaminarian á París. Hiciéronse grandes preparativos para invadir la Francia por diferentes puntos, y principióse á confiar que el pueblo francés, forzado á confesar el justo encono de las potencias combinadas de toda Eu-

ropa contra el opresor comun, llegaria á conocer la necesidad de deponerle, para evitar los terribles efectos del resentimiento de tantas naciones reunidas. Mas antes de trazar la marcha de este acontecimiento importante, es preciso echar una ojeada sobre la situacion de España.

Hasta en la península se hizo sentir el efecto de la guerra de Rusia. Todavía quedaba un ejército numeroso para molestar á los impertérritos defensores de la independencia nacional; pero temiendo los circunspectos generales franceses un desastroso desenlace, no parecian dispuestos á desplegar el valor que poco antes habian mostrado. Sus operaciones eran puramente defensivas, y parecian tener por objeto principal el asegurar la línea del Duero. Wellington resolvió frustrar tales intentos, y haciendo preparar barcas con el sigilo necesario para no causar alarma, pasó su ejército dicho rio entre Lamego y la frontera, y sorprendió á los franceses atacando súbitamente su retaguardia. Tanto se confundieron estos, que no se opusieron á que sus contrarios vadeáran la rápida corriente del Esla, y llegaron á Toro sin ser inquietados. Allí reunió Wellington todas sus fuerzas, logrando así el primer objeto que se habia propuesto en esta campaña.

Los aliados burlaron con su celeridad y energía el proyecto que hasta entonces habian tenido los franceses de hacer una defensa tenaz en Burgos; los acertados movimientos de las tropas combinadas alarmaron al enemigo que ocupaba una fuerte posicion, y determinaron al mariscal Jourdan á destruir una fortaleza que recientemente habia resistido los mas temibles ataques. Este general marchó entonces hácia Vitoria, y sus adversarios se apresuraron á pasar el Ebro con la esperanza de impedir su retirada, ó al menos de entorpecerla.

Continuando los franceses en mantenerse á la defensiva, tomaron una posicion que al parecer protegia las carreteras que conducen á Vitoria, ya de Madrid, ya de Logroño, ya de Bilbao, cubriéndose en el ínterin de convoyes el camino de Bayona. Sus fuerzas y las que avanzaban en contra de ellas no diferian mucho en cuanto al número. Así que Wellington reconoció la espresada posicion desde una eminencia, hizo preparativos para combatir, mandando el ala derecha de su ejército sir Rolando Hill, la izquierda sir Tomás Graham, y el centro sir Lawry Cole y el conde de Dalhousie.

El ala izquierda de los franceses, situada al otro lado del Zadorra y estendiéndose hasta Subijana, habia colocado en la altura escarpada de la Puebla un cuerpo avanzado, que fué atacado el 21 de junio por el teniente general Hill. Este pareció que iba á tomarla al pronto; pero habiendo recibido los que estaban en posesion del puesto un refuerzo considerable, renovaron sus esfuerzos para conservarlo, trabándose un combate encarnizado en que ambas partes sufrieron mucha pérdida, siendo comprendido en esta el coronel Cadogan con gran sentimiento del general. Habiendo logrado por fin los acometedores apoderarse de la posicion, atravesaron el arroyo y lucharon por algun tiempo con el resto del ala izquierda. Con el designio de embestir vigorosamente al centro que se habia debilitado con el socorro prestado á dicha ala, avanzaron cuatro columnas á las órdenes de sir Tomás Picton y de otros oficiales esperimentados; mas no tuvieron lugar para acreditar su pericia y valor, pues el enemigo se retiró prontamente. El ala derecha de los franceses que ocupaba tres caseríos y algunas alturas, se portó con notable intrepidez. El brigadier Pack, comandante de una brigada portuguesa, y el coronel Longa de una division española, recibieron órden de ganar dichas alturas, lo cual ejecutaron con bravura. Los caseríos fueron tomados por asalto; y aunque por algunos momentos estuvieron los franceses á pique de reconquistar uno de ellos, los progresos del centro del ejército aliado sobre Vitoria escitaron en sus ánimos el temor de una acometida simultánea por su retaguardia, y así suspendieron sus esfuerzos. Entonces retiráronse de todas partes las divisiones francesas, siendo rechazadas hácia la ciudad con tanto desórden, que fué necesario todo el poder de la caballería para preservar á la infantería de su total ruina. El único camino que les quedaba franco era el de Pamplona, y la precipitacion con que trataron de sustraerse de una persecucion vigorosa, impidió á la artillería el seguir al resto del ejército. Los fugitivos abandonaron unos dos mil carruajes, que contenian el tesoro de Napoleon y una gran cantidad de objetos de valor y de utilidad. Nueve mil hombres poco mas ó menos tuvieron de pérdida los vencidos entre muertos, heridos y prisioneros, y los vencedores cuatro mil novecientas bajas.



Casa de almonedas en Londres.

Dos divisiones francesas que no habian tomado parte en la accion, fuéron entonces el blanco de la persecucion de los aliados. Sir Tomás Graham alcanzó una de ellas en Tolosa al mando del general Foy, quien tras de alguna apariencia de defensa comenzó su retirada efectuándola sin interrupcion hasta la frontera. Un cuerpo considerable capitaneado por Clausel estuvo á pique de ser cortado; mas este general dirigió con tanta destreza y celeridad sus movimientos, que logró entrar en Francia con poca pérdida.

La guarnicion de San Sebastian resolvió hacer una defensa intrépida, sin intimidarse por los brillantes hechos de los aliados. Encomendóse el asedio á la pericia de Graham, siendo destinados diez mil hombres á aquella peligrosa empresa. Construyéronse baterías en las montañas de arena que circundan la ciudad; y como aquellas enfilaban las obras del frente de la plaza, tan pronto como rompieron dos brechas practicables, avanzaron á estas dos mil hombres, á tiempo que retirándose la marea, dejó en seco la parte inferior de la muralla.

Los mas adelantados penetraron en la ciudad: empero frustrándose la tentativa, resultaron muertos y heridos quinientos de los atacadores. Tras de la enormidad de la pérdida fué necesario un momento de tregua. Volviéndose muy pronto á las operaciones, montáronse ochenta piezas de artillería contra la plaza, y abierta una tercera brecha, arrojáronse al asalto columnas escogidas. La esplosion de dos minas sepultó á muchos de los asaltadores bajo los escombros de una muralla, habiendo sido fatal para gran número esta nueva

tentiva para penetrar por la brecha. El fuego terrible y constante causaba tan espantosos desastres, que pudiera haberse acusado de inhumano al general que permitia á su gente contiuuar haciéndolo; pero él, persistiendo en no desesperar del éxito, dispuso reemplazar con otras columnas las que desaparecieron: hasta se hizo fuego por encima de ellas á una alta muralla cubierta de gente.

Una cantidad de materias combustibles, lanzadas desde el interior de las fortificaciones, vino á alterar la firmeza de los franceses, quienes atacados con el mas decidido vigor, viéronse por fin forzados á ceder al choque, después de un combate de dos horas en que sucumbieron dos mil hombres. Los sitiadores se hicieron dueños de la ciudad; pero el castillo todavía se mantuvo en estado de defensa.

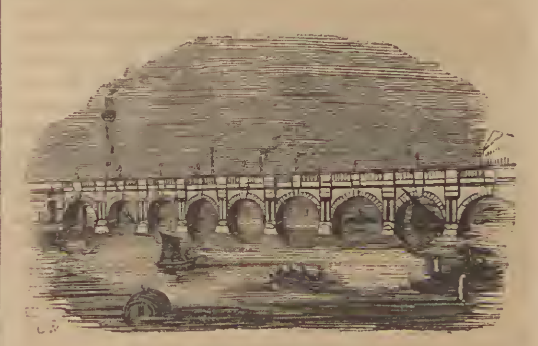
La principal fuerza del ejército que cubria ó protegia á los sitiadores, se componia de ocho mil españoles apostados en San Marcial, cerca del Bidasoa y de la montaña de Aya. Amagados de un ataque, como lord Wellington conocia que su posicion era muy fuerte, dejó á ellos solos, segun dice el coronel Jones, el cuidado de defenderla, dándoles así, lo mismo que á los portugueses en Busaco, la ocasion de merecer la confianza y echar los fundamentos de su reputacion militar. La conducta de los españoles correspondió completamente á las esperanzas de Wellington. Casi habia ya tocado el enemigo la cima de aquella posicion, cuando los naturales, imitando la disciplina de sus aliados, emplearon con tanta prontitud y destreza la bayoneta, que rompieron al instante las filas contrarias, y aterrados los franceses apelaron á la fuga, precipitándose al rio en que pereció gran número. Otra division española que tambien fué acometida, se portó con igual bravura á las órdenes de Wellington, rechazando al enemigo de una manera triunfante. Los franceses se desgraciaron asimismo en otra tentativa para interrumpir el asedio ó recoger la guarnicion, siendo el resultado la toma del castillo.

La importancia de la plaza de Pamplona determinó á Soult á realizar los mayores esfuerzos, á trueque de alzar el bloqueo en que estaba aquella desde la batalla de Vitoria. No dudando del triunfo, jactóse de arrojar muy pronto de la frontera á los enemigos del emperador su amo, y de precisarlos á buscar refugio mas allá del Ebro. Al frente de mas de treinta mil hombres atacó á Roncesvalles, punto situado en los Pirineos, y forzó á los que lo defendian á abandonarlo: igualmente fué afortunado en el ataque de otra posicion, y el conde de Erlon que mandaba trece mil hombres, obtuvo tambien una ventaja pasajera. Los franceses empeñaron en seguida el combate con toda la línea de los confederados sobre la derecha forzando la posicion de estos en un punto, aunque no la conservaron mucho tiempo. Habiendo atacado imprudentemente el ala izquierda, escitaron á los aliados á generalizar la accion, siendo rechazados por estos completamonte. En tales combates hubo entre muertos y heridos de parte de los españoles y sus confederados unos seis mil hombres, siendo todavía mas considerable la pérdida de los franceses.

De resultas del triunfo alcanzado en Vitoria vióse por fin libre del yugo francés la provincia de Valencia, siendo entonces su protector ostensible sir John Murray, quien consiguió algunas ventajas de Suchet en un choqueparcial ocurrido en Castalla; pero aquel general no obró con tanto vigor en el cerco de Tarragona. Esta empresa se habia facilitado con la reduccion del fuerte de Balaguer; y como aquella ciudad estaba desmantelada en parte y no tenia mas que una corta guarnicion, no se consideró cosa difícil el tomarla; pero el rumor de la aproximacion del francés intimidó á Murray en términos de abandonar con precipitacion el sitio, alegando que no podia contar mas que con la intrepidez de una pequeña porcion de sus fuerzas. Suchet levantó la guarnicion y se retiró al interior de Cataluña, que no tenia sino muy pocas esperanzas de conservar, en tanto que los franceses estuvieran amenazados por los victoriosos aliados.

Interin el ala derecha del ejército inglés ocupaba á Roncesvalles y Maya, Wellington que aspiraba al honor de ser el primero en invadir la Francia, empleó su ala izquierda en forzar algunos puestos de la orilla derecha del Bidasoa. Sir Graham atravesó este rio cerca de su embocadura; las tropas de Galicia y Andalucía pasaron igualmente las fronteras de Francia, y el baron Alten tomó una porcion de reductos fabricados en el paso de Vera. Los franceses fuéron arrojados hácia el Nivelle, donde con la esperanza de resistir á sus enemigos construyeron una línea imponente de obras en ambas orillas.

Tras de algunas semanas de inaccion ocasionada por la inclemencia de la estacion, reforzados los aliados por las tropas que se habian apoderado de Pamplona, habian avanzado en tres cuerpos con el intento de forzar al enemigo á desalojar sus posiciones. El ataque principió por el centro. Las obras que habia delante de Sarre ocupáronse con inesperada celeridad, y habiendo sido tambien forzadas las líneas establecidas frente á una montaña inmediata, al instante fuéron abandonados los reductos por el amedrentado enemigo. Las alturas fortificadas á espaldas del pueblo ni siquiera fuéron defendidas, y resultó una retirada desordenada. En la izquierda retardó una fortificacion al pronto los progresos de los arremetedores; pero habiendo estos logrado cercarla con ayuda de otros cuerpos, rindiéronse los franceses para evitar un asalto general.



Puente de Waterlóo.

La derecha, mandada por sir Rolando Hill, pasó el rio á vado, trepó por sus escarpadas márgenes, se precipitó sobre una línea enemiga, y después de rechazarla sin mucha dificultad, tomó posesion de las alturas de Ainhoa. A la derecha de los franceses habia muchos puestos que no fuéron incomodados; pero no tardaron dos divisiones del ejército aliado en colocarse á la retaguardia de esta posicion, y Soult se consideró feliz en poder escaparse á favor de la noche. Del ejército confederado fuéron muertos y heridos unos dos mil y quinientos hombres; pero la ventaja lograda fué considerada por el general en jefe como una compensacion suficiente de tal pérdida.

El general francés se retiró á las inmediaciones de Bayona, donde se creyó seguro al abrigo de los elementos de esta ciudad, animándole lo ventajoso de su posicion á oponerse á los movimientos de los aliados. En consecuencia destacó contra el ala izquierda de estos el grueso de su ejército, y sembrando el desórden en la vanguardia, casi destrozó los batallones que debian sostenerla; mas habiendo cargado de repente una columna de portugueses y un regimiento inglés á la retaguardia, las tropas por este medio tuvieron tiempo para rehacerse, llegando á ser rechazados los franceses con pérdida considerable. Empero estos renovaron sus esfuerzos y lograron una ventaja pasajera acosando á sir John Hope.

La posicion amenazadora de la derecha que se estendia desde el Nive hasta el Adour, escitó á Soult á atacar á aquella division. Fuerzas que escedian con mucho á las que él pensaba desbaratar, comenzaron la embestida con ardimiento, y todo parecia prometer el triunfo; pero un socorro que acudió oportunamente de los dos flancos del ejército aliado, puso al centro en estado de reparar su desórden y de repeler al enemigo, que después de intentar un nuevo ataque fué rudamente escarmentado por su presuncion. Entonces tomaron los franceses una posicion menos avanzada, y entrambos ejércitos se retiraron á sus cuarteles de invierno. Los confederados perdieron seiscientos cincuenta hombres, y tuvieron alrededor de tres mil ochocientos noventa heridos. Lord Wellington y sus bravos compañeros de gloria necesitaron de los mas intrépidos esfuerzos para resistir á los franceses, y las victorias que obtuvieron fuéron compradas á costa de una horrible efusion de sangre.

Las armas británicas fuéron menos afortunadas que en España en el Norte de América. El alto Canadá convirtióse otra vez en teatro de la guerra. Emprendióse la invasion del territorio por un corto ejército que no escedia de mil hombres, cuyos esfuerzos fuéron prontamente reprimidos por un número superior de ingleses, provinciales y salvajes, mandados por el coronel Proctor. El enemigo, que aguardaba un ataque, situóse en French-Town, sobre el rio Raisin; mas no se defendió largo tiempo, cayendo prisionera la mitad de sus tropas, y no escapando sino muy pocos de la otra de la atroz crueldad de los bárbaros. En seguida ocurrió una irrupcion en la provincia. El general republicano Deaburn tenia un ejército de dos mil hombres, y Chauncey mandaba una escuadrilla en el lago Outario, siendo su objeto inmediato la conquista de York-Town, ocupada á la sazon por el mayor general Sheaffe, cuyas fuerzas eran muy escasas para sostener una defensa. Tanto se acercaron los buques, que causaron un temible efecto en las baterías levantadas cerca de la ciudad; y mientras luchaban los ejércitos se voló un almacen de pólvora, pereciendo gran número de víctimas de ambas partes. Este azar pareció producir mas efecto en el ánimo del general inglés que en el del americano. La plaza fué evacuada al instante por las tropas regulares, quedando la milicia prisionera de guerra. Pero la pérdida era demasiado considerable para que pudiera compensarla ni aun el triunfo alcanzado por otras fuerzas inglesas, que después de atravesar el rio San Lorenzo por el bajo Canadá, forzaron á Ogdemburgh á rendirse.

Después de algunos meses de inaccion emprendió el coronel Proctor una espedicion sobre el Miamis; mas como los americanos sospechaban su intencion, fortificaron tan bien su posicion sobre este rio, que ninguna de las baterías pudo conseguir que la desalojaran, sin embargo de que habia llamado en su auxilio al mas hábil ingeniero, cuyos esfuerzos no pudieron vencer la resistencia de los americanos. Al paso que no pensaba en otra cosa que en tan inesperado revés, se le presentó á Proctor la ocasion de acreditar su valor. Habiendo sido sorprendido de repente por tres mil hombres, que apoyados por sus primeros adversarios sembraron en sus tropas el desórden apoderándose de sus baterías, el ardor, las exhortaciones y el ejemplo del coronel y de los oficiales lograron rehacer á los irresolutos soldados y reanimar su valor. Rechazaron por fin al enemigo, aunque al efecto les ayudaron mil y doscientos bárbaros que después de prestar este auxilio momentáneo, tornaron á sus selvas cargados de los despojos que habian cogido en las barcas del enemigo. Pretende el coronel que la pérdida del ejército americano fué de mil y doscientos hombres; pero semejantes noticias son por lo regular muy exageradas. Sea lo que quiera, el triunfo de Proctor no fué asaz decisivo para comprometerle á atacar de nuevo el puesto, pues alejó su artillería, apresurándose á retirarse á un punto mas seguro. Otra espedicion tuvo un éxito poco ventajoso. Habiendo sido encargados el coronel Baynes y el comodoro Yeo por sir Jorge Prevost de apoderarse de una posicion fortificada en la ensenada de Sackete, esperaban sorprender á los republicanos; pero estos se hallaban preparados á recibirlos vigorosamente. Era necesario forzar una calzada estrecha cubierta de agua en varios parajes. Llegados á este punto, les faltaba todavía que atravesar un bosque espeso. Las cañoneras hicieron fuego á los bosques, pero sin gran efecto, y los soldados americanos que se habian guarnecido detrás de los árboles, no podian ser arrollados sino á la bayoneta. Esta dificultad llegó á ser vencida, y el enemigo se retiró al fuerte, después de destruir todos los repuestos que tenia en las cercanías. Las tropas que avanzaban pegaron fuego á algunas barracas; pero no se creyó prudente proseguir tal empresa, por carecer de los medios precisos para vencer. Comparados estos incidentes y espediciones con la importancia de la guerra europea y con la magnitud de los acaecimientos que á la sazon ocurrian en esta parte del mundo, deben parecer de una inferioridad muy chocante para juzgarlos dignos de mas atencion: empero como sus consecuencias son de mucho interés para Inglaterra y América, no seria suficiente un simple bosquejo.

Por causa de la posesion de un fuerte situado sobre el Niágara, hubo un vivo choque entre un destacamento americano y las tropas del coronel Vincent. Los primeros desembarcaron cerca del fuerte de San Jorge, y marcharon al ataque: opúsoseles tan larga resistencia como pudo permitir la inferioridad de las tropas inglesas. Perdiendo el coronel la esperanza de conservar este punto, ordenó que se destruyera la fortificacion, y en seguida se retiraron en buen órden. No tardó en ser amenazado en las alturas de Burlington por mas de tres mil hombres: decidiéndose entonces á anticiparse al enemigo, avanzó con un corto cuerpo de ejército que apenas ascendia á setecientos hombres, llegando de noche al campo americano establecido en Stony Creek. Empezó en seguida el combate, que se terminó con un éxito completo antes de terminar el dia. En otra ocasion contribuyó con sus destacamentos á derrotar quinientos hombres puestos ya en desórden por una horda de salvajes, accediendo aquellos á capitular tan luego como vieron á las tropas inglesas.

El deseo de recuperar el fuerte de San Jorge impulsó al teniente general Prevost á atacar los puestos esteriores con la esperanza de atraer á los americanos al campo de batalla; pero por mas que el ejército de estos fuera tambien ahora mas fuerte que el suyo, no osó aceptar el combate. El comodoro Yeo estaba igualmente dispuesto á trabar lucha en el lago Ontario; pero el enemigo quiso sacrificar dos buques antes que esponerse á un descalabro. En otra ocasion combatieron ambas escuadras, aunque sin gran ventaja por ninguna parte. Mas adelante fuéron cogidos por los americanos seis buques de trasporte cargados de tropa. En el lago Erie ocurrió un choqe entre una escuadrilla canadesa mandada por Barclay y otra conducida por Perry. Parecia que este tenia fuerzas superiores, de que supo aprovecharse para capturar todos los bajeles que se le resistieron. Ningun combate naval ocurrió en el lago Champlain; pero un ejército de tierra realizó varios desembarcos en la costa, y destruyó muchos preparativos militares y municiones de guerra.

La fuerza creciente del enemigo en el Alto Canadá amenazaba al coronel Proctor con una próxima ruina. Hallábase vigilado sin cesar por una muchedumbre de salvajes, sin que tuviera bajo sus órdenes mas que cuatrocientos cincuenta hombres de tropas regulares, siendo por lo tanto lo mas prudente y necesario una retirada. Asaltado antes de haber podido tomar una fuerte posicion, la mayor parte de su gente cayó prisionera, y no habria logrado salvar el resto, si los bárbaros no hubieran empleado sus armas en defenderle.

En el curso de esta guerra amenazó al Bajo Canadá una invasion formidable. Dos oficiales generales, el uno al frente de siete mil hombres y el otro al de ocho mil, se reunieron y combinaron sus movimientos. Los canadeses, que estaban vigilantes, vieron avanzar á la caballería é infantería ligera por las dos márgenes del Chateangai: por algunos momentos mantuviéronse con serenidad; pero en los diversos encuentros que tuvieron que sostener contra dos cortos cuerpos de provinciales, desapareció su valor, siendo muy pronto dispersados. Aunque el otro cuerpo no se portó con la misma pusilanimidad, no consiguió las ventajas esperadas por el comandante. Un respetable destacamento vino á las manos con una columna de observacion; mas no conservó largo tiempo el terreno, retirándose tras de una pérdida considerable y siguiendo el cuerpo principal su ejemplo.

Ni la entrada ni los rigores del invierno suspendieron las operaciones de la guerra. Los habitantes del Niágara fuéron hostigados y saqueados: el coronel Murray se presentó delante del fuerte de San Jorge, é intimidó al enemigo en términos de forzarle á abandonarlo sin destruir siquiera las obras. El mismo oficial marchó en seguida sobre el fuerte de Niágara y lo tomó por asalto. Esta parte de la frontera fué por fin libertada de los escesos del enemigo, después de otra espedicion en que tras de una tenaz resistencia se vieron precisados unos dos mil hombres á abandonar una fuerte posicion en Black-Rock.

Las ventajas obtenidas en el mar por los americanos en el año precedente con barcos solamente, habian provocado el ardor y la indignacion de los oficiales ingleses, y el capitan resolvió hacer conocer á los orgullosos republicanos la superioridad de sus compatriotas en el Océano. Merece particular atencion el lance acaecido entre él y el comandante de la fragata *Chesapeack*, la cual en cuanto al número de cañones y á la fuerza de marineros superaba mucho al *Shannon*. En pos de varias andanadas de una y otra parte, el *Chesapeack* acercóse tanto al *Shannon*, que el capitan Broke no pudo resistir al deseo de proceder el abordaje, lanzándose al puente él y sus valientes compañeros y arrollando todo cuanto encontraban con furor irresistible, hasta arriar el pabellon americano y plantar orgullosamente en su lugar el de la Gran Bretaña. El valor del enemigo cedió á la desesperacion, desapareciendo desde entonces toda resistencia. Este triunfo, segun dice el vencedor, se alcanzó en el espacio de quince minutos. Él salió gravemente herido en la cabeza; su primer teniente fué muerto; su viejo y fiel secretario, á quien llamaba así por amistad, fué tambien herido mortalmente; el secretario de la nave fué asimismo víctima de su intrepidez, habiéndose puesto voluntariamente al frente de un peloton; otros veinte valientes perdieron la vida, y cincuenta y seis resultaron heridos. La pérdida del enemigo fué mucho mas grande. El capitan sufrió tanto en el combate, que no pudo sobrevivir á sus heridas; fuéron muertos sus cuatro tenientes y cincuenta y cinco de su tripulacion, y heridos mas de ciento.

CAPITULO CI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(1813—1814.)

Mientras se retiraban rápidamente los franceses después de la batalla de Hanau volvia á juntarse el parlamento del Reino-Unido. La revolucion acaecida en los asuntos del continente fué el objeto principal del discurso de apertura, cuyos autores lucieron su elocuencia con aquel súbito cambio, por halagarles su vanidad creyéndose los libertadores de Europa. Después de hablar de una manera especial de los triunfos de la Gran Bretaña, añadió el regente: «los anales de Inglaterra no ofrecen ejemplo de una victoria tan brillante y decisiva como la alcanzada en Sajonia. Las tropas aliadas han cubierto de gloria su reputacion militar por el valor y la constancia que han patentizado. No dudo por lo tanto que vosotros os unireis gustosos á mí para rendir el tributo de alabanza debido de justicia á los soberanos y príncipes que tan eminentemente se han distinguido en la causa sagrada de la independencia nacional.» En seguida se complacia de que las ventajas recientemente obtenidas podian atribuirse en gran parte á la firmeza y constancia de Inglaterra, y manifestó la esperanza de que semejante consideracion estimularia al parlamento y al pueblo á nuevos esfuerzos.

La demanda ordinaria de enormes subsidios formaba una parte indispensable del discurso, y quizá jamás hubo una legislatura en que los comunes se mostráran mas dispuestos á conceder lo que se les exigia. Declaróse necesario un empréstito de 22.000,000 sin que se le hubiera opuesto ningun reparo. En medio de todo este ardor de entusiasmo militar, no podia menos de ser un punto de exámen interesante la situacion del ejército. Parecia que en el curso de cuatro años habian ascendido las tropas regulares á unos doscientos treinta y tres mil hombres, y que la pérdida de cada año, comprendiendo todos los accidentes, se computaba en veinticinco mil. El contingente del ejército casi tenia cubiertas sus bajas por el método ordinario de reclutar y por las variaciones voluntarias de la milicia; pero en los momentos de la actual crisis era urgente mayor número de tropas. Propúsose en consecuencia aumentar el precio del enganche, para atraer mejor los hombres á la milicia, y fomentarla, no exigiendo el servicio sino por tiempo limitado, aun fuera del reino. Adoptáronse inmediatamente tales proposiciones, y acordóse para que la milicia fuera mas útil en el interior, que las tropas traslimitáran sus condados, siempre que las circunstancias lo exigieran, y que entonces fuera su incorporacion de mas largo espacio de tiempo.

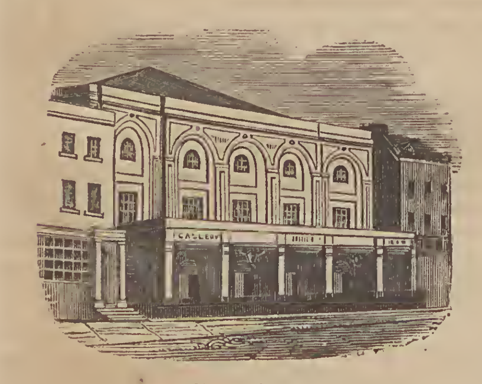
Satisfechos los ministros de haber obtenido los subsidios demandados, no se mostraron dispuestos á molestar con una larga legislatura á la asamblea, y propusieron un aplazamiento desde diciembre hasta marzo. Tal mocion suscitó un vivo debate, pues parecia encerrar una especie de menosprecio á entrambas cámaras, por no reclamarse al parecer sus servicios mas que cuando se deseaba algun donativo pecuniario. Pudieran haberse ventilado varias cuestiones que exigian debates y maduras deliberaciones durante la ausencia de lord Castlereagh, que fué enviado por el regente al continente á arreglar los diferentes intereses de la gran confederacion. Empero la mayoría accedió inmediatamente á la larga suspension de los trabajos parlamentarios.

Tan impacientes se hallaban los tres príncipes aliados por terminar su contienda con Francia, que ni aun los rigores del invierno fuéron parte para entorpecer sus operaciones. Sus ejércitos pasaron el Rhin con la órden de molestar constantemente al enemigo—1814.— A pesar de que tales preludios amenazaban á Napoleon con su próxima ruina, no le causaron al pronto gran cuidado, y hasta que los aliados hubieron entrado en Champagne no reconoció la necesidad de obrar con vigor si habia de conservar su poder. En Brienne forzó al mariscal Blucher á retirarse, y en la Rothiere hubo un serio choque que le obligó á retroceder á su vez, habiéndosele tomado algunas poblaciones importantes.

Lejos de afligirse inútilmente por tales descalabros, desplegó todo el ardor de la indignacion, esforzándose con reiteradas acometidas por arrollar al general prusiano, á quien respetaba por su valor. Triunfó de muchas divisiones, y en Vauchamp redujo á su antagonista á una posicion tan embarazosa, que casi parecia imposible la fuga. Empero la habilidad y bravura de Blucher llegaron á librar sus tropas del peligro. El príncipe de Schwartzenberg fué tambien embestido vigo-

rosamente; no obstante, retiróse sin perder la esperanza, y con tal retirada indujo al enemigo á obrar con mas confianza. Bien pronto halló dicho príncipe ocasion para volver á emprender la marcha hácia París; y para evitar el riesgo de que se atacara aislados á su ejército y al del general Blucher, resolvió abrir comunicaciones con este.

Interin por este costado estaban empleadas las tropas de tres grandes potencias continentales, las de la Gran Bretaña y de la Península hallábanse detenidas en sus acantonamientos entre el Nivelle y el Bidasoa, por las incesantes lluvias que inundaban el territorio. Apenas se puso favorable la estacion para las operaciones de la guerra, el marqués de Wellington resolvió contribuir al gran objeto de su formidable alianza, penetrando en el interior de Francia en términos de alarmar á Bonaparte, que comenzaba á desengañarse de que sus legiones no eran invencibles. Desde luego despejó el inglés su flanco derecho arrojando al enemigo de Saint-Palais hácia el Este; hizo que avanzara su centro, y aprestó el ala izquierda para embestir á Bayona. Una fuerte division atravesó el Adour. Una escuadrilla pasó la barra que está debajo de la ciudad sin mucha pérdida, púsose un puente sin ningun peligro, y aquella poblacion quedó cercada por los dos lados del rio.



Teatro Surrey.

No juzgando el mariscal Soult necesaria su presencia para la defensa inmediata de una ciudad que contaba con una guarnicion considerable, concentró sus fuerzas sobre la derecha del rio de Pau, desde Saint Boes hasta Orthez; pero aunque tal posicion era respetable, no dejaba de ser arriesgada. El general Beresford la arremetió vigorosamente, siendo conducida la division de vanguardia por sir Lowry Cole. Saint Boes fué forzada; pero las alturas que la dominan eran de tan difícil acceso por el frente, que después de esponerse en vano intrépidos batallones, fué inevitable la retirada. Una tentativa sobre la izquierda pareció ofrecer con menos riesgo mayores probabilidades de buen éxito. En efecto, impotente el enemigo para resistir al choque, retiróse de las alturas, realizando tal operacion con órden, hasta que el temor de ser cortado por una division que después de vadear el rio por encima de Pau, se habia encaminado sobre la retaguardia contraria, introdujo la confusion en las filas francesas precisándolas á huir atropelladamente. Perecieron y cayeron prisioneros mas de seis mil hombres de estas, y la pérdida de las huestes aliadas ascendió á unos dos mil y trescientos entre muertos, heridos y estraviados.

A este triunfo no tardó en seguir otro que se obtuvo contra un cuerpo considerable arrollado de Airs; y como los movimientos de Soult habian dejado espedito el camino de Burdeos, determinóse el general victorioso á aprovecharse de la decision que los habitantes de esta ciudad querian patentizar en pro de la causa de la familia escluida. El feld mariscal Beresford fué enviado á fomentar el espíritu que se manifestaba contra el que se bamboleaba en su trono. Animados los ciudadanos por la confianza que inspiraba el ilustre general primer jefe de la invasion, fuéron los primeros en demostrar sentimientos de rebelion, que entre los partidarios del poder dominante pasaron por traicion y cobardía, pues todavía se creia á la sazon que Napoleon conservaria su corona. En efecto habria seguramente afianzado su autoridad sobre bases duraderas, si la ceguedad y la obstinacion no le hubiesen descarriado.

Como los aliados en su declaracion publicada en Francfort habian repudiado toda enemistad contra los franceses, no anunciando mas que el deseo de reprimir la desenfrenada ambicion de un obcecado déspota y de negociar una paz honrosa, Bonaparte no podia rehusar razonablemente las proposiciones de un tratado: sabia que los votos de la nacion propendian á la paz, y que el modo mas cierto de agradar á aquella consistia en acceder á esta; pero al paso que él parecia tambien quererla, abrigaba en secreto la intencion de contrariar dichas proposiciones, pues no se le ocultaba que sus multiplicadas usurpaciones no recibirian la sancion de ninguno de los príncipes confederados. En medio de los importantes progresos de los enemigos en Francia, los plenipotenciarios de Napoleon que de propósito habian diferido las negociaciones, propusieron una suspension de hostilidades bajo condiciones que en su opinion debian ser al instante aceptadas. Hasta ofrecian comprar este favor con la inmediata restitucion de las posesiones dependientes de territorios que no debian restituirse hasta la celebracion de un tratado. Pero como un armisticio en aquellos momentos de crisis ofrecia mas ventajas á los franceses que á sus adversarios, estos resolvieron proseguir la guerra, siempre que no se firmáran inmediatamente los preliminares de la paz.

Interin se continuaban las conferencias de Chatillon sin la menor apariencia de buen éxito, formábase en Chaumont una liga notable, de naturaleza la mas temible, y concebida en pro de la seguridad púb'ica y del bien general. Lord Castlereagh, el príncipe de Meternich, el conde Neselrode y el baron de Hardembergh formaron allí su convencion á nombre de las cuatro potencias soberanas, cuyos ejércitos á la sazon se hallaban reunidos para conquistar y humillar la Francia. Las estipulaciones de tal tratado no fuéron parto de una diplomacia débil é imperfecta, sino de la resolucion y de la energía. Acordóse que si el gobierno francés desestimaba las condiciones que se le presentaban, cada soberano emplearia sus fuerzas en sostener la guerra, y que todos obrarian de concierto á fin de establecer la paz general y recuperar la independencia y los derechos de las naciones europeas. El segundo artículo disponia que cada potencia conservara en campaña, amen de las guarniciones, un ejército de ciento cincuenta mil hombres siempre completo. El tercero prometia por parte de la Gran Bretaña cinco millones de esterlinas, que debian distribuirse con igualdad entre las otras tres partes contratantes para atender á las urgencias del año corriente. El cuarto autorizaba mútuamente á cada uno de los cuatro soberanos para tener en el campo de los aliados oficiales que obráran como embajadores, y estuvieran encargados de examinar y dar cuenta de todas las operaciones militares. El quinto contenia un convenio defensivo que deberia ponerse en práctica al concluirse el año. En el caso de que ajustada la paz viniese una potencia á verse amenazada con una invasion por Francia, las otras tres potencias estarian obligadas á enviar en auxilio de su aliado un ejército de sesenta mil hombres. Esta confederacion no podria impedir el celebrar cualquier otra alianza encaminada al mismo objeto, para consolidar mas y mas la union ya existente; y á fin de que ella fuera del todo eficaz, duraria por espacio de veinte años, y aun podria prolon-

garse mas, si circunstancias imperiosas venian á exigirlo.

Alarmóse Napoleon por la union que parecia subsistir entre sus enemigos: sin embargo, no pudo el riesgo de su ruina subyugar su tenacidad. Enorgullecido por algunas ventajas logradas, eludió la demanda para que firmara los prelimares, y abandonó el proyecto que en un momento de temor habia ofrecido por medio de Caulincourt su plenipotenciario. Los negociadores aliados declararon que estaban prontos á conceder á Francia límites mas estendidos que los que gozaba antes de la revolucion. Ninguna respuesta se dió por espacio de catorce dias á semejante proposicion, provocando tal descontento esta dilacion, que lord Castlereagh y sus cólegas insistieron imperiosamente para que se designara dia de aceptar ó desechar las condiciones ofrecidas. Fijóse en consecuencia un plazo: mas al espirar el término, ninguna decision hubo por parte de Caulincourt, quien por el contrario presentó diferentes puntos de discusion, prorogándose á peticion suya dicho plazo. Arrojando entonces la máscara presentó un plan de pacificacion que encerraba tantas usurpaciones, que destruian el equilibrio del poder europeo, y confirmaba la autoridad odiosa y arbitraria de los hermanos de Napoleon y de su familia. Este manifiesto, parto de un espíritu de injusticia, ambicion y tiranía, puso fin á una negociacion que nada satisfactorio prometia. Separáronse los plenipotenciarios, publicando que se habian roto las conferencias y que solo la espada debia ser la árbitra de la contienda.

Consideróse desde entonces al emperador de los franceses como despreciador de todo sentimiento de equidad, y como un conquistador de quien no se podria triunfar mas que por la fuerza. Tratar con él en adelante seria reconocerle por un ser racional, y era imposible contemplarle bajo este punto de vista.

El pueblo francés no miraba la guerra mas que con una mezcla de miedo y de esperanza, bien que el segundo sentimiento era el que dominaba. A los aliados parecian prometerles el triunfo su poderio, su decidido empeño y la uniformidad con que obraban; empero su inflexible é infatigable enemigo contaba con gran parte de la poblacian francesa, pudiendo por consiguiente resultar mucho mal todavía de los audaces esfuerzos de un conquistador animado de furor y de venganza, y apoyado por la adhesion de sus muchos partidarios.

Los franceses tuvieron por algun tiempo acosados á los aliados; mas nada pudo alterar la intrépida resolucion de los príncipes confederados, ni enervar el valor y la perseverancia de los generales en quienes los ejércitos habian puesto su confianza.

Determinóse que los aliados emprendieran prontamente la marcha para la capital con el propósito de estirpar de Francia el gérmen de tiranía y de ambicion, que después de arraigarse allí, se estendió por todas las naciones del continente introduciendo donde quiera calamidad y miseria. La guerra tomaba entonces un aspecto terrible, y era probable que recaeria el mas severo escarmiento sobre los franceses si se obstinaban en sostener los intereses de Napoleon, que con su constante negativa á toda proposicion habia patentizado ser enemigo de todo el género humano.

Pocos ingleses tuvieron el honor de emplearse en esta espedicion á la capital de Francia; pero apostóse en los Países-Bajos á las órdenes de sir Tomás Graham un ejército británico apoyado por tropas auxiliares, habiendo sido tambien enviado allí un cuerpo de prusianos mandado por Bulow. El objeto especial de ambos generales era el apoderarse de Amberes, principiando por atacar al pueblo de Merxem que estaba bien fortificado, y lo forzaron, hablando militarmente, de la manera mas brillante; pero en el momento en que el general inglés proponia la embestida á una posicion mas cercana, recibió Bulow órden para incorporarse al ejército de su soberano, y así Amberes respiró libre del riesgo que la amenazaba. Viendo sir Tomás tras de un mes de tregua que sus tropas estaban cansadas de permanecer en la inaccion, decidióse á enviar una fuerza considerable sobre Berg-op-Zoom, confiriendo el mando de tal espedicion al mayor general de Cooke. La columna derecha, conducida por el mayor general Skerret y el brigadier Gore, avanzó hácia la entrada del puerto, que era vadeable en la baja marea, y maniobró con audacia á lo largo de la muralla, llegando á abrir paso al centro de la plaza; pero una peligrosa herida que recibió Skerret y la muerte funesta de Gore sembraron el desórden en la division, que se vió precisada á retirarse en pos de una pérdida enorme. La columna del centro, dirigida por el teniente coronel Morries, tuvo tambien que retroceder después de estar espuesta por algun tiempo á un molesto fuego; volvió sin embargo á la acometida con ardimiento, é hizo esfuerzos por incorporarse al ala izquierda, que á las órdenes del mayor general habia penetrado por la muralla, y ocupaba las inmediaciones de las casas, desde las que podia ser cruelmente incomodada. Impaciente por averiguar los progresos ó descalabros de las demás columnas, envió un destacamento de guardias hácia la puerta de Amberes; pero esta fuerza cayó en tal conflicto, que muy pronto ni pudo avanzar ni recular, y los pocos que no sucumbieron se consideraron felices de librarse de la muerte con la prision. Durante la noche creció la pérdida, y al rayar el dia, acosado un regimiento escocés por un fuego molesto, rindióse para evitar su completa ruina. Como desde el ángulo de uno de los baluartes dominaban completamente los franceses la posicion de las tropas británicas, hicieron fuego con buen resultado: no obstante fuéron repelidos del puesto que ocupaban por algunos batallones, que en medio de su postracion ejecutaron intrépidos esfuerzos. Empero estos choques parciales no bastaban para lograr el principal objeto de la espedicion, y después de despedir el comandante todas las tropas que se hallaban en disposicion de retirarse, rindióse él con el resto de su ejército. En virtud de un tratado de cange que no tardó en concluirse, todos, á escepcion de los que se hallaban fuera de combate, quedaron facultados para alejarse. En esta tentativa funesta é inútil fuéron sacrificados unos trescientos hombres, y los heridos y prisioneros ascendieron á mil ochocientos.

Los aliados se encaminaban entre tanto con rapidez hácia su objeto. El principal objeto de Napoleon era impedir la reunion de los dos ejércitos mandados por el príncipe Schwartzenberg y el feld mariscal Blucher, ó bien, si no podia impedirlo, forzarlos por la retaguardia para que dicha reunion les fuera lo mas embarazosa posible. Con sus movimientos sobre la derecha del grande ejército esperaba Napoleon estrechar al príncipe á retroceder hácia el Rhin por el temor de quedar sin comunicacion. Con tal intento pasó el emperador el Aube; mas obró de una manera tan favorable á sus enemigos, que los colocó imprudentemente entre él y la capital. El príncipe y Blucher avanzaron entonces con mas confianza que nunca, efectuando entre la Fere-Champenoise y Chalons la reunion necesaria para sus designios. Así que parte del ejército combinado atravesó la primera poblacion, púsose en marcha una columna de unos quinientos hombres con un convoy considerable hácia el campo del emperador francés. Un cuerpo numeroso de caballería atacó á las tropas al acercarse; pero no consiguió dispersarlas, por mas que la mayoría de ellas se componia de hombres no habituados á la guerra. Formaron cuadros con la mayor sangre fria: y á pesar de que el enemigo las acosaba por todos los lados, ellas despreciando la muerte hicieron fuego á los adversarios, que repitiendo las cargas cada vez con mas ímpetu, domaron por fin la intrepidez contraria, cogiendo prisioneros á todos y cayendo tambien en su poder la artillería y las municiones. Llegados los aliados sin mucha interrupcion á Treport y á Meaux, pre-

paráronse á pasar el Marne. La resistencia con que tropezaron en este paso fué corta é insignificante, y el ejército, que cada vez iba aproximándose mas á la capital, pudo por fin contemplar los preparativos de defensa. Tomáronse todas las alturas fortificadas, no tardando en difundirse la consternacion en dicha capital. El hondo recuerdo de los multiplicados sucesos de que Francia era responsable, parecia escitar en el fondo de los corazones el recelo de que los aliados ejecutáran crueles venganzas; mas no tardó en disipar tales sospechas un convenio que se celebró el 31 de marzo entre el mariscal Marmont y los negociadores rusos y austriacos. Estipulóse que las tropas regulares dejáran á la guardia nacional el cuidado de defender y velar en la ciudad, y que la administracion ordinaria continuara sin ningun obstáculo en su marcha. El emperador Alejandro y el rey de Prusia entraron en la capital al frente de sus tropas, y fuéron recibidos con generales aclamaciones á una con el príncipe de Schwartzenberg, cuyo ardiente celo por la causa de la confederacion apreciaban mucho los monarcas.

Esta revolucion sorprendente causó alegría en la nacion paciente. El senado, poco antes tímido y servil, adoptó un tono de dignidad é independencia, y tras de una deliberacion madura declaró que Napoleon por su injusticia y tiranía habia perdido todo derecho al trono. Los miembros del gobierno provisional prepararon una Constitucion modelada por la de Inglaterra, la cual fué sancionada al instante, y se propuso que fuera puesto en el trono Luis Estanislao Javier, hermano del difunto rey, con la condicion de aceptar la Constitucion.

Confuso Napoleon con la toma de París, comenzaba por fin á convencerse de que el ejército se hallaba dispuesto á seguir el impulso general, y que los príncipes aliados estaban determinados á impedir la continuacion de su reinado; y así, cediendo aunque con repugnancia á la fuerza y rapidez del torrente, abdicó porque no podia conservar por mas tiempo el trono, y consintió en aceptar la soberanía de la isla de Elba con una pension anual de dos millones pagaderos por el rey de Francia.

Continuando las hostilidades en el Sur, Wellington contrariaba con habilidad los movimientos de Soult, cuya indignacion prorumpió en injurias y amenazas al saber los triunfos de los aliados y la caida del conquistador á quien admiraba. Esperando sacar partido de la separacion de las fuerzas por causa del bloqueo de Bayona y de la ocupacion de Burdeos, avanzó el mariscal aparentando intencion de arriesgar un choque; pero bien pronto se desanimó al ver la firme actitud de los aliados, quienes le persiguieron de uno en otro punto hasta Tolosa. Soult deseaba juntarse con Suchet, que al frente de diez mil hombres habia con tal designio abandonado España. Las continuas lluvias habian aumentado tanto el rápido curso del Garona, que los aliados no podian establecer puentes en este rio.

El general francés en el ínterin echó el resto en fortificar su posicion. Tolosa le ofrecia algunas ventajas por la fuerte muralla que la circunda, y cuya cuarta parte dejaba únicamente de estar protegida por el rio ó canal real, hallándose además fortificadas las cercanías de la ciudad por varias obras. Solo con mucho riesgo podia ser atacada la plaza: el general inglés, no obstante, como todavía ignoraba el importante resultado de la llegada de los aliados á París, hizo preparativos para arremeter así que la mayoría del ejército hubo pasado el rio. Dos divisiones regidas por sir Lowry Cole y sir Enrique Clinton se enseñorearon de las alturas fortificadas hasta el Este de la ciudad, y se apoderaron de un reducto; pero un cuerpo de españoles hizo una tentativa infructuosa hácia el Norte, y sufrió cruelmente hasta que acudió á socorrerles un cuerpo de infantería ligera. Sir Tomás Picton, al esforzarse por atravesar el canal, encontró tan recia oposicion, que se vió precisado á retirarse despues de perder bastante gente; y como todavía faltaban que tomar cuatro reductos, el éxito continuó dudoso. El enemigo abandonó de improviso uno de sus baluartes, y no embargante sus vigorosos esfuerzos por recuperarle, defendiéronle valerosamente los que de él se apoderaron, quienes á pesar de todo su valor no hubieran logrado rechazar el ejército hostil, á no haber recibido con oportunidad un refuerzo. Realizada otra tentativa contra el mismo baluarte por un numeroso cuerpo, tampoco pudo ser vencida la tenaz resistencia de los aliados, cuya intrépida conducta intimidó de tal modo á los que ocupaban las demás fortificaciones, que fuéron desamparadas. Los aliados amenazaron entonces á la ciudad por todos los puntos de la eminencia que la domina; mas solo á costa de un gran número de vidas compraron una ventaja que de ninguna importancia era para el desenlace de la guerra.

Mientras se aprestaban á embestir la plaza supieron las novedades que acababan de ocurrir en París, y ellas decidieron al marqués á permitir que sus adversarios se retiráran sin ser inquietados. Empero no cesó la efusion de sangre en el Mediodía; y por mas que no habia motivo para dudar de las noticias que habian llegado, el espíritu de venganza y de crueldad impelió al gobernador de Bayona á disponer una salida, con la esperanza de escarmentar á los presuntuosos usurpadores de Francia. Al rayar el dia acometió el enemigo la izquierda de la posicion de San Estéban, posesionándose de ella momentáneamente después de matar al mayor general que pereció defendiéndola; mas fué recuperada por un cuerpo aleman. Forzado igualmente el centro, no fuéron repelidos los agresores hasta después que mataron é hirieron seiscientos hombres.

Hácia el mismo tiempo destruian los ingleses la influencia y autoridad de Napoleon sobre la república de Génova. Lord Guillermo Bentink y sir Josias Rowley dieron la vela desde Toscana con direccion al golfo, y reunidas las tropas de Calabria y Sicilia á las británicas, efectuaron un desembarco á alguna distancia de la capital. Los bajeles y las cañoneras maniobraron á lo largo de la costa de concierto con el ejército; y en tanto que las tropas se apoderaban de los puestos avanzados, la aproximacion de un cuerpo de marineros amedrentó al enemigo hasta el estremo de decidirle á abandonar la batería de toda la línea que orlaba el mar por fuera de las murallas. Los fuertes que guardaban la izquierda fuéron arrebatados en poco tiempo por las tropas auxiliares, y en el ínterin atacaron los ingleses la derecha con buen éxito. Dueño pues el ejército de las obras, hizo preparativos para bombardear la soberbia ciudad: mas los habitantes, á fin de evitar tal calamidad, enviaron diputados al general inglés pidiéndole una suspension de hostilidades por algunos dias, con la esperanza de que entre tanto se confirmaria el rumor de la paz. Lord Guillermo eludió una respuesta esplícita á tal demanda, declarando que el único partido que restaba al general francés era el de dejar la poblacion que no podia defender, toda vez que era probable que los sitiadores alcanzarian una victoria que parecia ofrecerles la fortuna. El enemigo manifestó entonces deseos de tratar, y se concertó que fuera entregada la ciudad á la autoridad reunida de los reyes de la Gran Bretaña y de Sicilia, y que todo lo perteneciente á la marina francesa quedara á merced de los súbditos del primer monarca. Además de una gran cantidad de acopios de guerra, encontráronse en la ensenada dos navíos de línea y cuatro buques de poco porte.

Antes de decidirse la gran cuestion renovó el parlamento inglés sus deliberaciones; pero ningun debate interesante se suscitó por algun tiempo. Cuando el regente anunció á las cámaras la ruptura de la negociacion, hallábanse los aliados en posesion de la capital de Francia; pero como tal suceso todavía no era conocido en Inglaterra, al recibirse esta noticia no tuvo límites el regocijo general, que penetró en todas las clases, se propagó á todas las asambleas públicas, y animó todos los círculos.

Hacia muchos años que el heredero legítimo de la corona de Francia vivia como simple particular en Inglaterra. Luis desde una casa de campo que habitaba en el condado de Buckingham dirigióse é Stanmore, donde fué recibido por el regente, que le abrazó afectuosamente, y le felicitó por el venturoso cambio de su fortuna. Pusiéronse en marcha entrambos príncipes escoltados por cien gentiles hombres y la guardia de á caballo, y seguidos de innumerable concurso de espectadores encamináronse al palacio de Westminster, donde el nuevo rey tuvo corte. Respondió á los plácemes del regente, espresando su reconocimiento por el afecto con que siempre habia sido distinguido por su alteza real y todos los miembros de su ilustre familia, y declarando que nunca olvidaria que á lo que después de la providencia debia la restauracion de la casa de Borbon y el restablecimiento inesperado de la paz general, era al vigor y á la perseverancia del gabinete británico y al valor y firmeza del pueblo. Regresó á Francia con la hija de su infortunado hermano, con el príncipe de Condé, con su hijo y otros nobles desterrados. Hizo algunas alteraciones en la nueva Constitucion; pero dejó su forma principal y conservó la institucion de las cámaras, compuestas de miembros privilegiados y de representantes del pueblo.

La casa de Borbon logró al mismo tiempo el honor y la ventaja de reinstalar en el trono de España á Fernando, á quien al aproximarse los aliados permitió Bonaparte volver á su patria. Pero la conducta de aquel príncipe no fué la de un monarca ilustrado y animado de un laudable patriotismo: á su arribo apresuróse á disolver las Cortes, cuya influencia habia contribuido á conservarle el trono, y en muchas ocasiones dió pruebas de la mas arbitraria violencia.

Con respecto á los actos de la legislatura británica después de la reduccion de París, fuéron de poca importancia para que merezcan una narracion estensa. Un proyecto propuesto por un miembro ministerial en cuanto á los empleos poseidos en las colonias por individuos ausentes, halló fuerte oposicion en M. Greevey por creer que so pretesto de precisar á tales personas á residir en dichas colonias, propendia aquel plan á sancionar la concesion de los empleos á hombres sin ningun mérito, ineptos para llenar los deberes de sus cargos. El proyecto sin embargo aprobóse por la mayoría de ambas cámaras. La humanidad impulsó á sir Samuel Romilly á presentar un plan á propósito para impedir la desgracia de la descendencia en el caso de proscripcion por delito de alta traicion y felonía. No pretendia que la cámara hiciera ningun cambio acerca de la confiscacion de la propiedad del culpable; pero queria que no se interrumpiera la continuacion de la cadena que podia servir para marcar la descendencia, si se venia á reclamar una propiedad á que tuviera derecho anterior la persona condenada, en el caso de vivir todavía.

York y el procurador general Shepherd opusiéronse á que se alteráran las leyes relativas á la traicion, y la cámara accedió á la modificacion propuesta por el primero para que se castigara con la desgracia de la descendencia la traicion ó el asesinato. Así pasó el proyecto en ambas cámaras.

Como al dirigirse el presidente en la clausura de la legislatura anterior al príncipe regente se habia al parecer apartado de las prácticas parlamentarias y traspasado los límites de su deber, tal conducta dió márgen á un violento debate. Al hablar de los actos de la legislatura, habia insinuado que los partidarios de las reclamaciones católicas deseaban introducir variaciones destructivas de las leyes, en cuya virtud eran fundamentalmente protestantes el trono, el parlamento y el gobierno de Inglaterra. Lord Mortph declaró que era contra la costumbre parlamentaria el mencionar ninguna mocion ó proyecto que no hubiera recibido el asentimiento de la cámara; que semejante manera de obrar se convertiria en vehículo de críticas severas, y podria conducir á un ejercicio irregular de la influencia régia. Proponia en consecuencia que se adoptara una resolucion sobre tal materia. Abbot justificó su conducta con muchos precedentes; pero Whitbread sostuvo que ninguna analogía habia entre el caso actual y los que se aducian, é hizo una mocion para que se declarara que el presidente habia abusado de la confianza sagrada depositada en él, y que habia atentado á los privilegios que se comprometió á mantener y defender. Plunket apoyó vivamente la oportunidad de tal censura; pero Bankes pretendió que lejos de ser nada irregular el uso de referir los principales puntos que habian llamado la atencion de los comunes, era por el contrario conforme á la práctica constante; por lo cual mereció su mocion el asentimiento general.

Suscitáronse nuevos debates por causa del injusto modo con que se trató á los noruegos, en cuyo favor ejercitó el conde Grey su elocuencia; y como se habia dispuesto el bloqueo de sus puertos, propuso un mensaje al príncipe regente para que interpusiera su autoridad, á fin de libertarlos de la cruel alternativa á que estaban reducidos entre el hambre y la servidumbre. Los argumentos de que se echó mano para justificar la adjudicacion irregular, provenian de la guerra en que Dinamarca se habia visto envuelta entre la Gran Bretaña y Suecia en la época en que se concluyó el tratado. La situacion de los negocios en dicha época era superior á toda vana delicadeza. Estos argumentos dimanaban además de la cesion del país por el rey de Dinamarca, de la necesidad que habia habido de plantear allí un establecimiento útil, de la urgencia de obtener en una parte de los dominios de S. M. danesa una compensacion por la restitucion de las conquistas que habian tenido lugar recientemente en otra parte, de la esperanza bien fundada de que se haria justicia á las demandas de Noruega para un gobierno constitucional bajo un nuevo poseedor. Desechóse la mocion por una mayoría de ochenta y un pares, sin que hallara mejor acogida entre los comunes, una proposicion semejante hecha por Carlos Wynne.

La medida por la que abolia el parlamento británico el tráfico de los negros, fué un ejemplo de humanidad para todos los demás gobiernos que habian sostenido tan vergonzoso comercio; mas produjo tan poco efecto, que los mas ardientes partidarios de esta abolicion se quejaron con dolor sobre la inutilidad de tal ejemplo. Wilberforce en especial escandalizóse de la dureza de corazon, y hasta de la crueldad, que se oponian á que un proyecto tan plausible surtiera un éxito general y completo, y emitió sus sentimientos con la ardorosa solicitud que tal asunto podia inspirar. Ya que los príncipes aliados habian resuelto arreglar los intereses políticos mas importantes de Europa, remediar los abusos, y reparar los desórdenes causados por un conquistador insaciable, veia el orador una circunstancia favorable para que se tomáran en consideracion las injusticias que pesaban hacia mucho tiempo sobre el Africa, y confiaba que no se desperdiciaria semejante coyuntura. Las fatales consecuencias pronosticadas de realizarse la abolicion habian sido desmentidas por la esperiencia, pues al exhortar Inglaterra á las demás naciones á seguir su ejemplo, no intentaba arrastrarlas á un proyecto azaroso y problemático. No abrigaba el orador la menor duda acerca del espontáneo celo que animaba á los ministros para presentar de parte del regente una comunicacion á los reyes de España, Francia y Portugal, así como á los demás príncipes; pero deseaba que los ministros robusteciesen su autoridad y sancionasen sus esfuerzos con una declaracion parlamentaria sobre la urgente necesidad de poner término á un tráfico tan odioso. El mensaje que propuso mereció la aprobacion general, siendo adoptada unánimemente igual resolucion por los pares, por temor de que si la Gran Bretaña no procuraba con eficacia conseguir la abolicion completa del comercio de

negros, reviviria con la paz un tráfico que con justo título habia sido vedado como criminal, y se poblaria el mar de multitud de aventureros que con sus piraterías renovarian en las playas del Africa las escenas de carnicería y rapiña, que en gran parte habian desaparecido con las hostilidades marítimas.

La noticia de cuatro tratados de paz concertados en París vino durante esta legislatura á regocijar á todos los que no se deslumbran con el brillo de la gloria militar hasta ver con indiferencia las complicadas calamidades de la guerra. El rey de Francia consintió en satisfacer las demandas de los aliados que nada tenian de escesivas, acordándose el 30 de mayo que el reino francés se circunscribiera á los límites existentes al principio de la guerra de la revolucion; que fuera libre la navegacion del Rhin; que se aumentáran los territorios del rey de Holanda, y que formáran una confederacion los estados de Alemania. La Gran Bretaña dió muestras de su liberalidad restituyendo la Martinica y algunas otras islas; pero la política y el deseo de alcanzar una indemnizacion parcial, hicieron que Inglaterra retuviera diferentes establecimientos de que habian sido despojados los franceses y holandeses. Los puntos retenidos fuéron Ceylan, la isla de Francia, el cabo de Buena Esperanza, Santa Lucía, Tábago, Demerara y las dos colonias vecinas. Devolvióse el derecho de pesca á los franceses, tan íntegro como lo disfrutaban en 1792. Por uno de los artículos adicionales comprometíase el rey de Francia á prevalerse de su influencia sobre todas las potencias cristianas para lograr la abolicion del tráfico de negros, aunque no estaba obligado á tal abolicion en su reino antes del trascurso de cinco años: empero prometió que ninguno de sus súbditos podria, durante este término, conducir esclavos á colonia alguna de otros estados.

Así que los soberanos aliados y sus plenipotenciarios terminaron dichos tratados, aplazando la organizacion completa de los asuntos continentales para un congreso proyectado, dos de los ilustres libertadores de Europa pasaron á Inglaterra por invitacion del príncipe que habia manifestado su ardiente celo por dicha causa. El emperador de Rusia y el rey de Prusia atravesaron el canal por Boulogne y desembarcaron en Douwres con una brillante comitiva, siendo recibidos con aclamaciones mas sinceras que las que los acogieron á su entrada en Francia. A quien primero visitó Alejandro fué á su hermana la duquesa de Oldemburgo que hacia algun tiempo habitaba en Inglaterra, dirigiéndose en seguida sin pompa ni ceremonia al palacio del regente, el cual le recibió con demostraciones las mas afectuosas. El rey de Prusia le hizo una visita particular. La llegada del mariscal Blucher á las puertas de Carleton House produjo una especie de tumulto, aunque no de clase séria. Sin poderse conservar el órden, el populacho invadió el patio, y agolpándose en tropel al vestíbulo del palacio presenció las muestras de consideracion que se dispensaron al general, á quien condecoró el regente con una cinta azul que llevaba colgada una miniatura guarnecida de diamantes. Al dia siguiente celebró el príncipe capítulo de la órden de la Jarretera, asistiendo como caballero el emperador, y siendo admitidos en la clase de nobles caballeros el emperador de Austria, aunque ausente, y el rey de Prusia, como en recompensa de su heroismo y capacidad militar. Entrambos monarcas recibieron además otras distinciones honoríficas en su visita á la universidad de Oxford, donde fuéron creados doctores en derecho civil. Blucher recibió con gran sorpresa suya el mismo grado, al cual probablemente no pensaría tener el menor derecho.

Escedería de los límites de este resúmen histórico la relacion de las suntuosas fiestas con que se obsequió á los dos soberanos: aun en una historia voluminosa la descripcion exacta de tales incidentes mas bien serviria para probar frivolidad que no criterio en un escritor. Un Hall ó un Holinshed detendríanse con placer en semejantes minuciosidades; pero un historiador moderno cuida mas de la dignidad literaria, y no considera la importancia del esplendor, la vana ostentacion y todas las prácticas artificiales de las cortes sino como objetos indignos de séria atencion.

Discutióse en ambas cámaras la escelencia de lo pactado entre la Gran Bretaña y Francia. Presentóse á los pares un mensaje en forma de panegírico, sin que fuera desestimado por lord Grenville, quien si bien hubiera deseado que no se hubiese prolongado el comercio negrero por un artículo espreso del tratado, se atrevia á creer que la influencia del congreso contribuiria eficazmente á la total estincion de tan deshonroso tráfico. El conde de Liverpool, no sin dar pruebas de una considerable dosis de vanidad ministerial, felicitó á la cámara por la conclusion de un tratado tan ansiado, el cual era preferible en su concepto á toda especie de arreglo que hubiera dejado á los franceses en un estado de debilidad y humillacion, que repugnando á su orgullo, los habria impelido á infringir pronto las condiciones de dicho tratado. Esta era la razon por qué se habia accedido á que sus límites se estendiesen mas allá de los que marcaban las fronteras de Francia en el reinado de Luis XVI, y porque igualmente se les permitió recuperar la posesion de sus principales colonias. La nacion británica por otro lado consiguió aumento en sus territorios, así como la seguridad general, objeto importante de aquella contienda cruel y sanguinaria. En fin, era tambien una consideracion lisonjera el pensar que Inglaterra, lejos de abandonar á sus aliados como habia acontecido en algunas guerras anteriores, obró de acuerdo con ellos mereciendo su aprobacion y reconocimiento. Votóse el mensaje sin la menor oposicion.

Propuesto en la cámara de los comunes un mensaje de la misma especie, Gooch se prevalió de esta ocasion para hacer notar que el éxito venturoso de la guerra era debido á la adopcion de los principios de Pitt. Semejante observacion fué rebatida por sir John Newport y por Baring. Sostuvo el baron que en la direccion de la guerra no se observó un sistema invariable, y el otro miembro fué de opinion de que la política erróneа del ministro cuya administracion se citaba con elogio, no habia servido mas que para producir aquel terrible conquistador, verdadero mónstruo de la guerra, que acababa de ser destruido por los ejércitos combinados. En cuanto á los artículos del tratado, no encontraba censurable que se hubiera devuelto á los franceses el derecho de pesca en el Newfoundland; pero estaba propenso á creer que la corte habia sido demasiado liberal restituyendo tantos territorios. Wilberforce mostróse satisfecho especialmente del artículo que relegaba al olvido todas las divisiones y discordias políticas, y que prohibia maltratar á ninguna persona de un país rendido ó cedido por su adhesion á cualquier partido, ó por haber cambiado de opinion. Whitbread, al paso que vituperó la parcialidad é injusticia de los que afectaban no ver discrecion mas que en los partidarios de la guerra y acusaban de error á sus adversarios, espresó con vigorosa sinceridad la satisfaccion que le habia causado la conducta de unos ministros que despues de haber probado discretamente la via de las negociaciones con el emperador Napoleon, y adquirido la certeza de que era impracticable aquel medio, habian conocido la necesidad de recurrir á medidas enérgicas. Hasta aplaudió el celo que habian manifestado por restablecer la casa de Borbon, cuya dinastía ofrecia mas que ninguna otra una perspectiva de paz y seguridad para Europa.

El ilustre general que con sus hazañas y relevantes servicios acababa de contribuir al restablecimiento de la paz en Europa, recibió entonces del príncipe regente el título de duque, á pesar de haber resuelto el rey no conceder tal título á ninguno por merecedor que fuera, no siendo de la familia real; habiéndose además dirigido un mensaje á las cámaras para que se otorgara al marqués de Wellington una pension anual, suficiente para soste-

ner su nueva dignidad. Esta noble recompensa es una prueba de la liberalidad y del reconocimiento de la nacion (1). Votóse al instante que se le señalara una pension de 10,000 libras de los fondos consolidados, y que se le comprara un territorio considerable. A su regreso á Inglaterra tributáronle los mayores honores los representantes de la nacion. Una diputacion de la cámara de los comunes pasó á visitar al héroe, á fin de reiterarle las gracias que en repetidas ocasiones le habia dado dicha cámara, y felicitarle por su vuelta; y como habia advertido á los miembros que él mismo tendria el honor de responderles, llenóse la cámara de una multitud inmensa el dia designado. Cuando apareció, todos se levantaron para recibirle, y escucharon con interés su modesto discurso: dió gracias á las cámaras por haber fomentado su decision y esfuerzos con los elogios que le habian prodigado en todas las ocasiones que juzgaron dignas de su aprobacion, y patentizó su gratitud especialmente por el título que se le habia conferido, apreciándolo como la merced mas noble que podia recibir un súbdito. Tambien manifestó su admiracion por el celo desplegado por la cámara y la nacion entera en un momento de opresion sin ejemplo, hasta traer á un fin venturoso contienda tan importante. Aseguró que la cordura política del parlamento era por lo que el gobierno habia podido dar á las operaciones encomendadas á su direccion todo el vigor y eficacia indispensables; y que la confianza depositada en él por los ministros de S. M. y por el general en jefe, no menos que el favor gracioso del príncipe regente y el valor de los oficiales y de las tropas británicas, eran lo que le habia animado á llenar sus deberes militares en términos de ser acreedor á las muestras de aprobacion que en aquel momento provocaban su profundo agradecimiento.



Teatro del mercado en Londres.

Tomando entonces la palabra el presidente de la cámara, tributó al duque brillantes elogios, cuyos períodos fuéron sin duda mas elegantes y rotundos, pero no mas oportunos ni vigorosos que los del discurso á que contestaba.

Al paso que de tal manera era honrado uno de los defensores de Inglaterra, otro, que aunque mucho menos célebre habia merecido muchas veces por su decision y valor en el servicio marítimo la aprobacion de la nacion, sufria todo el rigor de un juicio deshonroso. Lord Cochrane habia sido procesado con siete amigos suyos por haber concurrido á aumentar el precio de los fondos por medio de un figurado emisario de Francia, que antes de los últimos sucesos habia tratado de difundir el rumor de la caida de Napoleon. Todos fuéron declarados reos y condenados á una multa y prision: hasta la picota hizo parte de la sentencia pronunciada contra el lord y dos de sus cómplices; pero el regente quiso que fuera menos severa é ignominiosa la pena. Sometióse el asunto á la consideracion de la cámara de los comunes, los que no apreciaron las protestas que de su inocencia hizo lord Cochrane, y votaron su espulsion de dicha cámara por una mayoría de noventa y seis individuos. Empero dadas las órdenes competentes para nueva eleccion, los habitantes de Westminster reeligieron al mismo representante, quien al espirar el plazo de su prision volvió tranquilamente á su asiento en la cámara.

La alegría causada por la paz general inspiró á la corte el deseo de que hubiera regocijos públicos. El dia fijado para las fiestas fué el del centésimo aniversario del advenimiento de la casa de Brunswick al trono de Inglaterra, cuyo dia era tambien el cumpleaños de la famosa victoria conseguida por Nelson en las costas de Egipto. Los encargados de dirigir los preparativos de las funciones, anunciaron que estas tenian por objeto ofrecer á todas las clases y condiciones de la nacion la oportunidad de entregarse sin límites á la dicha á que su perseverancia y valor, durante los espantosos momentos de una guerra sanguinaria, les daban justos derechos.

Presentóse de improviso un intrépido aereonauta surcando los aires en una carroza suspendida de un globo, delante del palacio de la reina y á presencia de una inmensa muchedumbre de espectadores. Llegada la noche, aparecieron perfectamente iluminados un templo indio y un puente chino, construidos sobre el canal del parque de Saint-James; igualmente se descubrió un arco alumbrado por una luz artificial que tambien iluminaba todo el mallo, y hubo fuegos artificiales que duraron dos horas. En Green Park figuróse el cerco de una fortaleza que se habia levantado, y que, hundiéndose de repente, cedió el puesto al templo de la Concordia, aludiendo á la guerra reciente y á la paz que acababa de celebrarse. En Hyde Park fingióse un combate naval en el canal que serpentea; pero como esta comedia se prestaba al ridículo, no escitó mas que la rechifla. Dos fragatas inglesas acometieron á dos buques americanos, soltáronse andanadas por una y otra parte, procedióse después al abordaje, y la victoria favoreció á nuestros valientes compatriotas. Hubo en seguida otro combate que se trabó entre seis navíos de línea ingleses y otros seis que representaban buques franceses, resultando la captura de cuatro de estos, y siendo atacados los otros dos en la playa donde fuéron incendiados divertidamente. Por espacio de muchos dias sirvió el parque de teatro á una feria inmensa donde se encontraba toda clase de placeres.

Al terminarse la legislatura espresó el regente su satisfaccion por el feliz éxito de todos los proyectos que habian sido la causa de emprender y proseguir con constancia la guerra; felicitó á las cámaras por haberse libertado Europa de la tiranía que por tanto tiempo la habia oprimido, y prometió poner todo su conato para que en el próximo congreso se estableciera la organizacion general de Europa de una manera invariable, sobre principios de imparcialidad y de justicia.

No puede sostenerse en verdad que el modo con que fué tratada la Noruega fuera estrictamente conforme á dichos principios; pero semejante proceder fué considerado como un sacrificio necesario al interés general, sin que ninguna gestion pudiera lograr que los aliados desistieran de su determinacion. Los noruegos se revistieron de una apariencia de energía, declarando que no accederian á la voluntad de príncipes estranjeros que ningun derecho tenian sobre ellos, quienes en consecuencia ofrecieron la corona al príncipe de Dinamarca, y bajo sus auspicios establecieron una constitucion nueva, á cuyo tenor solo los propietarios territoriales podian gozar del poder legislativo. El príncipe obró algunos meses como soberano; pero merced á la influen-

(1) Beresford, Hill, Cotton, Hope y Graham recibieron á su vez la dignidad de pares.

cia y tenacidad de sus adversarios, no podia confiar que su autoridad fuera de larga duracion. El bloqueo inglés y una invasion de suecos vencieron su firmeza, habiéndose prometido respetar la Constitucion y sostener los verdaderos intereses de Noruega. Esta promesa aplacó al pueblo, el cual accedió á lo que exigian los altivos árbitros del continente.

Al paso que se restablecia la paz en Europa, continuaba la guerra con los Estados-Unidos de América. El ejército que habia invadido el bajo Canadá á las órdenes del mayor general Wilkinson, ocupó en parte del invierno una fuerte posicion en las fronteras; mas fué abandonada de súbito con otros puestos avanzados en virtud de mandato del poder ejecutivo, á consecuencia de la estremada dificultad de abastecer las tropas destinadas á la defensa de aquellos puntos, y por causa de las enfermedades y de la desercion que disminuian gradualmente el ejército. Un destacamento inglés que arremetió á estas tropas en su retirada, desbarató la retaguardia, y destruyó completamente los fuertes, las barracas y las barcas que los americanos, en medio de su precipitacion, no habian podido concluir. La precaucion del enemigo no impidió otra tentiva de invasion que se realizó antes de entrar la primavera. Un cuerpo considerable atravesó la frontera y principió por atacar á Burtonville; pero estas tropas fuéron rechazadas tras de un sangriento combate, y precisadas á volver á su territorio, donde por espacio de muchos meses permanecieron en completo reposo.

Después de la reduccion de Oswego, que fué tomada por asalto bajo la direccion del teniente general Drumond, las tropas estacionadas cerca de los lagos Ontario y Erié mantuviéronse largo tiempo en inaccion, forzándolas por fin á salir de tal estado un desembarco que se efectuó entre Chippava y el fuerte Erié. Yendo entonces adelante, tropezaron con la derecha del enemigo acampada junto al Niágara y apoyada en edificios y plantíos guarnecidos con escelente artillería. Hallábase protegida la izquierda por un bosque, y el frente presentaba un respetable cuerpo de tiradores y salvajes. Esta parte de la línea fué embestida por la milicia y algunas tribus de bárbaros, pero no pudieron ganar la posicion sin el auxilio de una de las divisiones de tropas ligeras. La acometida mas importante fué la dirigida contra la derecha, la que resistió todos los esfuerzos y repelió por la superioridad del número de sus adversarios.

Tanta decision y regularidad reinaron en la retirada, que solo los que estaban ya fuera de combate fuéron hechos prisioneros. Los muertos y heridos en este choque fuéron unos cuatrocientos setenta, y la pérdida del fuerte Erié vino á aumentar las desgracias.

Este revés fué compensado mezquinamente por el buen éxito de un encuentro que poco después ocurrió en el mismo lugar. El enemigo se habia adelantado en número considerable, y el mayor general Riall en destacando una parte de su division púsose en marcha con el resto de sus tropas hácia la catarata del Niágara. Fuéron tan afortunados los americanos en la lucha que se trabó, que cuando el teniente general Drummond se aproximó al paraje de la pelea con la esperanza de hallar á los ingleses en posesion del punto de las cascadas, vió que las columnas enemigas rechazaban á sus adversarios, y presenció el comienzo de la retirada de gran parte de la division de Riall. Al instante prohibió dicha retirada, y no bien se habian formado sus tropas en órden de batalla, cuando cargaron sobre ellas con furor los republicanos. Esto pasaba el 25 de julio. Los repetidos ataques forzaron á la izquierda á retroceder; pero Drummond la rehizo al abrigo de otro regimiento. El centro se portó con valor incontrastable causando una pérdida cruel al enemigo, quien conservaba sin embargo esperanzas de triunfar por haber recibido un refuerzo durante la noche. Los americanos realizaron varias tentativas á fin de apoderarse de la artillería inglesa, matando á bayonetazos algunos artilleros ocupados en cargar, y apoderándose de algunas piezas que al momento fuéron recobradas. Por fin, tras de un choque de seis horas retiráronse en desórden los republicanos con la pérdida de unos mil y quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Esta victoria costó cara, pues nunca se habia defendido el enemigo en esta guerra con intrepidez tan resuelta. Segun los datos oficiales, sucumbieron ochenta y cuatro ingleses, y quinientos cincuenta y nueve fuéron heridos.

Las obras del fuerte Erié, hácia el cual se retiraron los americanos después de la lucha, habian sido aumentadas por algunos lados; sin embargo de lo cual esperaba el general inglés recuperar sin gran dificultad la fortaleza. Después de causar como deseaba mucha mella en la plaza con el fuego de una batería, destacó una columna hácia los atrincheramientos levantados en la pendiente de una montaña inmediata, y dirigió otras dos masas hácia el frente. La primera division envolvió una de las baterías enemigas; pero por la oposicion repentina con que tropezó no pudo forzar una de las trincheras, y el contínuo fuego le causó una pérdida considerable, siendo tal la oscuridad de la noche y el riesgo de la posicion, que se hizo imposible conseguir lo premeditado. Las filas avanzadas de otras columnas habian logrado penetrar en el fuerte y acababan de asestar las piezas de un medio baluarte contra el enemigo, cuando voló un depósito de pólvora existente debajo de la plataforma. Fué la esplosion tan terrible, que mató y mutiló horriblemente á casi todos los que se habian introducido en la plaza, apresurándose el resto á huir poseido del terror.

El número de los que en estos lances desastrosos perecieron y fuéron heridos ascendió á trescientos sesenta y cinco, y quinientos treinta y nueve cayeron prisioneros. La mayoría de estos se componia de los lisiados por la esplosion.

Una espedicion á la entrada de la bahía de Jundy fué, si no mas importante, á lo menos mas afortunada. Hay en la bahía de Pasamaquoddy tres islotes que hacia mucho tiempo se los creia dignos de ser conquistados, y este proyecto llevóse á cabo de una manera la mas satisfactoria, toda vez que lo fué sin la menor pérdida.

Aumentóse el territorio considerablemente por los esfuerzos del coronel John y del capitan Barrie, quienes con un ejército poco numeroso y con una escuadrilla se embarcaron en el difícil canal de Penobscot y llegaron á las cercanías de las ciudades de Hamder y Baugor, forzando prontamente todos los puestos que habia defendidos, cogiendo y destruyendo gran número de barcos, y apoderándose de todo el país situado al Este del rio.

Con el designio de humillar el orgullo del enemigo y lastimar sus intereses esenciales, proyectóse una espedicion contra la ciudad de Washington, asiento del gobierno y depósito general de todas las municiones de guerra y de todos los medios de defensa. Esta empresa fué acometida, rivalizando en celo, por el general Ross y el vice-almirante Cochrane, habiéndose resuelto como medida preparatoria que el contra-almirante Cockburn que habia aconsejado el ataque de la capital, se encaminara hácia el Patuxent á destruir una escuadrilla que se habia refugiado cerca del nacimiento de este rio. No confiando el comodoro americano en salvar sus buques del peligro de ser cogidos, mandó pegarles fuego, y así en un instante quedaron trasformadas en átomos su propia corbeta y quince grandes cañoneras. Desembarcando las tropas sin oposicion, avanzaron hasta Bladensburgo, donde notaron sin temor un ejército mucho mas considerable que el de ellas y una respetable línea de defensa.

Comenzóse la embestida por una brigada ligera, la cual se enseñoreó de una fortificacion que protegia ostensiblemente el frente del ejército enemigo. La derecha é izquierda, apostadas en una eminencia, fuéron car-

gadas con un vigor que las precisó muy pronto á desalojarla, y el uso de la bayoneta apoyado por cohetes voladores acabó de sembrar la confusion en sus filas. Interin los americanos se retiraban con precipitacion, marchaba rápidamente sobre Washington el victorioso ejército, impaciente por añadir el insulto á la venganza. Dirigióse parte de la escuadra á la altura de Potowmac, á fin de reducir un fuerte situado á doce millas mas abajo de la ciudad, y proteger la retirada de las tropas en el caso de que fuera espuesta su vuelta por el camino de Bladensburgo por el aumento de fuerzas que el enemigo podia recibir de Baltimore; pero se perdió tanto tiempo en pasar la corriente, que las tropas tuviéron la suerte de retirarse con seguridad antes de ser ganada la fortaleza por la escuadra.

El general, algunos de sus oficiales y el contra-almirante fuéron saludados á su entrada en la ciudad por un fuego de fusilería que salió de varios edificios, entre otros el Capitolio, lugar de reunion de las dos asambleas legislativas. Este simulacro de defensa desapareció tan pronto como apareció la primera division. Entonces se puso fuego al Capitolio, y fuéron pasto de las llamas el palacio del presidente, la tesorería, el ministerio de la Guerra, el arsenal, el astillero, dos cordelerías, una fragata y una corbeta, siendo bien pocos los vestigios de estos monumentos públicos que escaparon del incendio. La destruccion de los almacenes y de todos los materiales relativos á la guerra causó vivo pesar á los americanos; pero la de los edificios que ninguna conexion tenian con aquella calamidad humana, los irritó, y el pueblo demostró el mismo sentimiento de indignacion que animaba al presidente, cuando este hizo observar que la bárbara política del enemigo ni siquiera habia perdonado á los monumentos preciosos, con que mas se habian empeñado en embellecer su capital los americanos.

Con esta hazaña lisonjeábase el general de conseguir la posesion de Baltimore, aportando al efecto cerca de la embocadura de Patapsco, y prosiguiendo su marcha por la costa de una pequeña península formada por este rio y otra corriente. Los americanos habian puesto en este istmo atrincheramientos que en apariencia ofrecian medios de defensa; mas á la sola vista de una porcion de ingleses adoptaron la resolucion de abandonar aquellos puntos inmediatamente. La division principal que habia avanzado hasta un territorio poblado de árboles, sostuvo y rechazó un súbito ataque, recibiendo durante él un balazo en el pecho el comandante, de que murió con mucho pesar de sus compañeros de armas. Reemplazóle inmediatamente el coronel Brooke, quien continuando su marcha, advirtió muy pronto cinco mil quinientos hombres situados en un bosque resguardado por una empalizada. Toda la línea enemiga comenzó la acometida con una descarga de fusilería; mas no bien habian penetrado las tropas británicas en la selva, cuando se acobardaron, y cediendo al espanto echaron á huir. Mas de ochocientos ingleses fuéron muertos, heridos y hechos prisioneros: sus adversarios perdieron alrededor de trescientos hombres.

Al aproximarse el coronel á Baltimore se atemorizó, aunque no se desanimó con el imponente aspecto de las fortificaciones. Ya principiaba á hacer preparativos para una embestida nocturna; mas desistió de tal proyecto en virtud de un parte del general demostrándole la imposibilidad de entrar en la ensenada. Barcos tirados á pique formaban una barrera que cerraba la embocadura, hallándose defendido el interior por cañoneras sostenidas por la derecha por obras regulares, y por baterías por la izquierda. El ejército se retiró contentándose con el buen éxito del último ataque; y como los americanos no dejaron sus trincheras por perseguir al enemigo ó arriesgar un combate, volviéron á embarcarse con órden de los ingleses.

Un ejército de doce mil hombres, fuerza la mas considerable que la Gran Bretaña habia empleado hasta entonces en esta guerra, se puso en marcha á las órdenes de sir Jorge Prevost hácia las orillas del lago Champlaint, dirigiéndose los preparativos de ataque contra Plattsburgo. Pero el plan de cooperacion habia sido trazado sin mucho cálculo, pues se creyó que las baterías del enemigo no podrian ser tomadas sin el auxilio de la escuadra, y en consecuencia se obligó al capitan Downie á emprender la accion antes que la nave principal pudiera juntarse con los otros buques. Yendo la escuadrilla al encuentro de los americanos, entró en la bahía de estos, dándoles así una ventaja que no podian esperar. Hubiera sido bastante el ejército de Prevost para la empresa; ninguna necesidad habia del socorro de la marina para apoderarse de las obras, y una vez arrojado el enemigo de la bahía, habrian podido los ingleses empeñar el combate con fuerzas iguales. Aunque la superioridad del número estaba del lado de los americanos, no era considerable la diferencia. Apenas se hubo trabado la lucha, cayó mortalmente herido el comodoro inglés, siendo cogidos tras de dos horas de accion todos los buques que habian entrado en la bahía. Este revés, que puso término á la empresa, desalentó tanto al comandante general, que ordenó la retirada, siendo esta tan precipitada, que los enfermos y heridos quedaron abandonados. Una espedicion tan infructuosa hizo poco honor á quien se habia encargado de dirigirla, pues contaba al parecer con todos los medios para lograr el buen éxito.

Con mas felicidad fué guiada una espedicion al Sur por sir Eduardo Pakenham. La Luisiana habia sido invadida por un ejército lleno de valor, aunque poco numeroso, el cual habiendo avanzado hácia Nueva-Orleans, encontró al enemigo en una respetable posicion cerca del Misisipi. La línea de la orilla izquierda estaba fortificada y tenia un canal delante: apoyábase él á la derecha en el rio, y la izquierda en un bosque, cuyo paso se habia procurado poner impracticable para un cuerpo de ejército, y sobre la derecha existia una enorme batería que dominaba todo el frente de la otra posicion. Un cuerpo de infantería ligera y de marineros recibió órden de aprovecharse de la noche para atravesar en botes armados la corriente que se hallaba algo mas abajo de la posicion de los americanos, á fin de costear la márgen derecha para ir á atacar la batería; mas inesperadas dificultades retardaron las operaciones de esta division, y el resto del ejército, sin aguardar el momento favorable para obrar de concierto, procedió á la embestida del cuerpo principal enemigo. El comandante general era, segun Juan Lambert, un militar á quien nada arredraba para conservar el puesto del honor y participar de los riesgos del soldado; pero su ardor en esta ocasion le fué fatal, y recibió dos heridas, una de ellas mortal. Casi en el mismo instante fuéron tambien heridos y sacados del campo de batalla sus compañeros de armas Gibbs y Keane. Agregados estos reveses al retardo de los preparativos necesarios para atravesar el foso, precisaron á la division á retroceder, en términos de haberse introducido la mayor confusion en sus filas para cuando acudió el cuerpo de reserva. Siguióse un triste momento de reposo á tamaños desastres, suspendiéndose las operaciones con el designio de saber el parecer del vice-almirante Cochrane, quien reconoció, lo mismo que el mayor general Lambert, ser urgente renunciar á tal tentativa. Efectuóse la retirada sin ser inquietada por el enemigo, á cuyos cuidados fuéron encomendados todos los que habian sido heridos de gravedad, y las tropas volvieron á embarcarse con seguridad. Es imposible advertir sin doloroso sentimiento que esta empresa, proyectada únicamente con el deseo de talar y saquear, y sin la menor idea de conquista ni gloria, costó la vida á unos novecientos hombres.

Antes de esta espedicion restablecióse la paz el 24 de diciembre por la via de las negociaciones. El deseo

ardiente de los plenipotenciarios ingleses era el terminar toda especie de disputas: sus proposiciones al parecer eran moderadas, pero no obtuvieron respuesta alguna satisfactoria. Ninguna mencion se hizo en el tratado del derecho de visita ó de presa, como tampoco de las pretensiones de los comerciantes neutrales: convínose sin embargo en que todas las provincias, ciudades y fortalezas tomadas recíprocamente por ambas partes, fueran restituidas mútuamente, á escepcion de las islas situadas en la bahía de Pasamaquoddy, debiendo quedar á cargo de los comisarios el fallar en este punto y marcar la línea exacta de las fronteras de los lagos, así como de las de Nueva Escocia y Nueva Inglaterra.

Al informar el presidente al congreso de tal pacificacion, alabó en los términos mas ridículos y exagerados los brillantes hechos de la última campaña, y habló con disgusto de la discordia, que era la calamidad mas grande que podia afligir á la naturaleza humana. Significó que era necesario proceder con precaucion y vigilancia, esperando sin embargo que la paz estableceria por fin relaciones amistosas entre la Gran Bretaña y las demás naciones.

CAPITULO CII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1815.)

Manifestábanse en esta época las mas lisonjeras apariencias en todo el continente; pero las apariencias son casi siempre engañosas. Cuando el mar ha sido agitado por una violenta borrasca, no renace de súbito la calma, sino todavía se deja oir por largo tiempo el ruido de las olas. No obstante la paz que á la sazon reinaba, los restos de conmocion que era fácil observar, infundian el recelo de que la tempestad viniera á renovarse.

Sin tratar de prever los sucesos desastrosos que podian sobrevenir, ocupáronse la corte británica y el parlamento friamente de los intereses de la nacion, habiendo sido la materia mas interesante de los debates, abierta la nueva legislatura, la relativa á la agricultura. Como el trigo es el principal artículo de la subsistencia cotidiana, la moderacion en el precio de este género debe ser necesariamente objeto del mayor interés para la generalidad, y el pueblo tenia en verdad derecho para aguardar que conseguiria tal deseo con el restablecimiento de la paz. Pero los propietarios territoriales y los renteros estaban tan poco dispuestos á renunciar al precio elevado en que hacia algunos años se habian sostenido los granos, que se empeñaron, escudados por la ley, en poner obstáculos á la abundante importacion que tendia á disminuir el valor de los cereales. Discutido este asunto en las cámaras, formóse una ley permitiendo la esportacion sin ningun derecho; pero un proyecto que versaba sobre la importacion, fué desechado con la intencion de adquirir mayores datos acerca de la cuestion. Federico Robinson reprodujo entonces el plan, que era favorable á los propietarios territoriales, y propuso que se impidiera la introduccion del trigo candeal de cualquier país estranjero, mientras no pasara el precio de una tasa dada en el Reino-Unido; pero que pudiera esportarse de la Gran Bretaña á la América Septentrional. Asentaba la necesidad de variar las leyes relativas al comercio de granos, pues de lo contrario se menoscabarian los intereses de la agricultura, sosten principal del país. En su concepto era muy impolítico depender de otros países en cuanto al trigo necesario en el reino, y así debia fomentarse todo lo mas posible la agricultura, á fin de poner al propio territorio en estado de rendir una cantidad de dicho cereal asaz suficiente para que Inglaterra no se viera ya precisada á recurrir á la importacion. Barring combatió tal proposicion, alegando que aquella nunca habia sido un estorbo á los progresos de la agricultura; que debian consultarse la conveniencia y las necesidades de los consumidores antes que el interés esclusivo de los propietarios territoriales, y que eran infundados los cálculos que se echaban sobre la continuacion de los gastos de los renteros. Horner se lamentó en cuanto á la carestía de que se quejaban los labradores, aunque creia que no seria mas que una calamidad pasajera. Sus especulaciones habian sido ventajosas durante la guerra, y ahora esperimentaban el efecto de la transicion súbita de tiempos tan calamitosos á un estado de paz: aconsejábales por lo tanto que soportasen con paciencia sus reveses, que trabajáran con constancia, sin tratar de contrariar el bienestar de sus compatriotas. Lord Binning y Ponsomby fuéron de los que aprobaron el nuevo plan, sosteniendo el primero que era oportuno y hasta político poner una clase sumamente útil á la nacion al abrigo de toda pérdida y contingencia, y que toda vez que la agricultura habia hecho grandes progresos hacia algunos años, se corria el riesgo de paralizarlos si no se restringia la importacion. El otro, abogado de los renteros, decia que la introduccion permitida de varios artículos de comercio seria perniciosa en cuanto á los granos, porque no solo propenderia á desanimar el cultivo de las tierras, sino que además quedaria desde entonces Inglaterra á merced de naciones estrañas; y añadia, que si debia haber alguna diferencia en el modo de tratar á los labradores y manufactureros, debia ser en favor de los primeros, quienes merecian tanta mas consideracion y miramientos, cuanto que sus intereses se hallaban ligados al bienestar y á la independencia de la nacion, y sus progresos por otra parte contribuian á la prosperidad de la otra clase.

Recibiéronse numerosas peticiones de las ciudades manufactureras para que ninguna alteracion se hiciera en las leyes existentes sobre cereales; pero no obstante las pruebas de la generalidad de esta opinion, adoptóse, aunque no sin fuerte oposicion, una medida encaminada á satisfacer los deseos de los propietarios. Ella fué sostenida por gran mayoría con el mayor descontento del pueblo que asediaba todas las avenidas de la cámara, exhalando toda su indignacion contra los partidarios de una idea mirada por él como desastrosa y opresiva. Western conjuró á la cámara á no dejarse dominar por el amor público, y á no consultar mas que el interés general que parecian conocer los peticionarios. Dijo que ínterin estuvo la importacion poco menos que vedada por espacio de muchos años, el precio del trigo se mantuvo mas bajo que lo estaba antes y se halló después, y que sin embargo no padecieron ni la agricultura ni el comercio; que haciendo revivir el mismo sistema debian esperarse muchas ventajas, y que el fomento de tal naturaleza en la agricultura acarrearia en los precios la reduccion que tan ardientemente deseaba el pueblo.

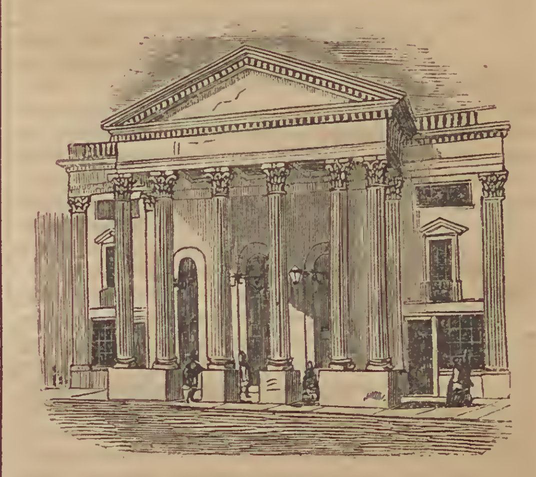
Tan tumultuosa vino á ser la concurrencia, que hubo precision de recurrir á la fuerza militar. Al dirigirse al parlamento fuéron insultados muchos miembros, algunos de los que solo á duras penas escaparon de manos de la canalla. Lambton, incomodándose mas de la intervencion de las tropas que de los escesos de la plebe, quejóse de que se habia apelado arbitrariamente á aquellas; mas fué reconvenido con viveza por lord Castlereagh, por haberse permitido reprobar la conducta del magistrado que se habia valido de tal medio para proteger al parlamento en el ejercicio de sus deberes. En la misma noche fuéron acometidas las casas de algunos defensores de tan odiosa medida por el populacho, que en particular se fijó en la morada de Robinson. Al dia siguiente ocurrieron iguales escándalos, siendo muertos por un tiro que salió de una ventana dos individuos que ninguna complicidad tenian con los sediciosos. Al presentar sir Francisco Burdett una peticion de los habitantes de Westminster, aprovechó tal ocasion para quejarse contra la costumbre de llenar las

casas de soldados, los cuales colocándose así en una especie de emboscada, hacian fuego sobre la multitud, y sostuvo que dichas dos muertes eran unos asesinatos á los ojos de la ley. Era de esperar una violenta réplica por parte de lord Castlereagh, quien acusó en efecto al preopinante de que intentaba destruir la Constitucion. A pesar de tal acusacion, el lector imparcial juzgará sin duda que el uno no era mas hostil que el otro á la Constitucion. Así que fué aprobado el proyecto por las cámaras, aventuróse la corporacion de Londres á presentar una esposicion al príncipe regente para que no sancionara una medida que era reprobada por la generalidad de la nacion. Aun suponiendo que esto fuera cierto, ¿podia aguardarse que el príncipe desestimara un plan apoyado por sus ministros y votado por gran mayoría en ambas cámaras, prévia una deliberacion madura, ni siquiera en el caso de no agradarle á su alteza real? Solo en el reinado de Guillermo III ha habido un ejemplo de semejante desestimacion, y aun este príncipe dió por fin su asenso al proyecto que habia desechado, por evitar el descontento del parlamento. Hay sin embargo en estos casos una diferencia: insistiendo Guillermo en su oposicion al plan relativo á los parlamentos trienales, hubiera disgustado á las cámaras y al pueblo, mientras que el regente por el contrario hubiera hecho una cosa grata á la mayoría de la nacion.

Interin se trataba de este asunto ocurrió una alarma estraordinaria por causa de aquel mismo país en que los aliados creian haber afianzado la tranquilidad. Luis XVIII, sin embargo de su solicitud en gobernar el reino, no tuvo la fortuna de lograr la popularidad que merecia. Habíase lastimado el orgullo nacional por la manera con que fué colocado en el trono; de suerte que mas bien que como rey de los franceses era reputado como instrumento de las potencias estranjeras, y como dócil agente de las cortes que no se habian propuesto otra cosa que humillar y deshonrar la Francia. La consideracion con que trataba á los emigrados desagradaba á una gran parte de sus súbditos, y su espíritu religioso era ridiculizado por una generacion burlona y escéptica. El ejército deseaba un guerrero capaz de restituirle aquella gloria que los franceses habian perdido en sus últimos reveses, mostrándose poco dispuesto á apreciar á un monarca pacífico, en cuyo reinado iban á estar condenados los militares á penar en la inaccion. No tardó en llegar á la isla de Elba la noticia de tal estado de los ánimos; y Napoleon, cuyo genio ambicioso se enardecia con la esperanza de recobrar su autoridad imperial, concibió la idea de reconquistar la Francia, y comenzó á preparar su vuelta. Sus adversarios habian obrado de un modo el mas impolítico dejándole un resto de poder, lo cual era proporcionarle los medios de acrecerlo. Muy pronto acudió á incorporarse á su guardia ordinaria una multitud de partidarios, y él embarcóse con una escuadrilla para las costas de Provenza. Hallándose prestas las tropas á recibirles con los brazos abiertos, al arribar á Grenoble encontróse con fuerzas considerables que iban en aumento á medida que avanzaba. En vano fué declarado traidor y responsable ante los tribunales: despreció tal amenaza, y recibiendo en Melun otro refuerzo de partidarios, continuó su marcha triunfal, entró en París en pos de la forzosa retirada del rey, y recuperó su soberanía.

No cabia duda que la consecuencia de la fuga y de la restauracion de Bonaparte debia ser una nueva guerra. El tratado de Chaumont no obligaba en realidad á los príncipes confederados á renovar las hostilidades, aunque se turbara la paz por aquel suceso, puesto que hasta se habia pensado en rehuir una pacificacion con el mismo Napoleon, siempre que él consintiera en abandonar sus usurpaciones territoriales; pero como la familia de los Borbones habia sido repuesta en el trono de resultas de la abdicacion de Bonaparte, cuya nueva aparicion era una violacion de su palabra, y no podia menos de trastornar el reposo y la tranquilidad que habia sido el blanco de los aliados, tal intento no podia asegurarse para lo sucesivo mas que con su espulsion definitiva.

El congreso publicó al instante la declaracion que de él debia esperarse. Los miembros principales no pudieron prescindir de manifestar su indignacion en términos los mas vehementes, condenando alta y severamente la conducta arbitraria del temerario desterrado. El congreso declaró formalmente que con tal proceder se habia despojado el usurpador de todos los privilegios á que hasta entonces habia tenido derecho; que con justo título era acreedor á todos los rigores de la ley, y que eran legítimos y necesarios cuantos esfuerzos se lleváran á cabo para anonadar su usurpacion. Exhortábase á los franceses á fomentar y favorecer los designios de los confederados y á desbaratar los pérfidos planes de aquel enemigo de la tranquilidad general, con cuya presencia amenazaban á todos los países males incalculables.



Teatro del Liceo.

Luego que se anunció por este manifiesto la firme resolucion de los aliados de oponerse al restablecimiento de Napoleon, procuróse aumentar la fuerza obligatoria del tratado de Chaumont con la nueva adhesion que se le dió en Viena, habiéndose ejecutado con el mayor celo y actividad todos los preparativos necesarios para llevar á cabo las amenazas que contenia. El príncipe regente envió una comunicacion al parlamento participando que habia dado órden para aumentar las tropas de mar y tierra, y demandando el apoyo de él á fin de prevalecer en el importante objeto á que se oponian los recientes acontecimientos de Francia. En la mocion hecha por el conde de Liverpool para un mensaje de gracias al príncipe, significó que no opinaba por la renovacion de las hostilidades, por parecerle injusta una nueva guerra. Empero es evidente que estaba ya resuelto el gabinete á reproducir las hostilidades, toda vez que anticipadamente se habian enviado instrucciones para celebrar un tratado que respiraba los sentimientos mas belicosos. Aprobóse sin discordia el mensaje de los pares; pero en la cámara de los comunes provocó un violento debate una enmienda propuesta por Whitbread, á fin de que se esforzara el príncipe por asegurar á Inglaterra la continuacion de la paz, no habiendo votado por tal enmienda mas que treinta y siete contra doscientos veinte. Reputóse entonces por cosa cierta la renovacion de la guerra, cualesquiera que fueran las promesas de moderacion y de buen gobierno que arrancáran á Napoleon la política y la fuerza de las circunstancias.

En seguida fué objeto de viva discusion la negligencia que se suponia en los ministros relativamente á la fuga del tachado por ellos con el dictado de opresor de Europa. Pretendieron muchos que toda vez que los aliados le tenian por un enemigo peligroso del mundo civilizado, debian haberle puesto á buen recaudo cuando pudieron disponer de él, en lugar de destinarle á un punto que ninguna seguridad ofrecia, y de darle por falta de vigilancia la ocasion de escaparse del principado á que habia sido relegado; habian creido, á la manera de los sábios de Gotham, poder retener en el recinto de un seto un pájaro á quien no habian cortado las alas. La libertad concedida á Napoleon se fundaba en motivos de miramientos y delicadeza, en sentimientos de que no se curó la conducta de los aliados para con los noruegos y genoveses. Toda vez que de semejante proceder podian originarse consecuencias funestas y sangrientas, debia haberse renunciado á él sin vacilar ni temer censura: causar un mal leve para que resultára un gran bien, era un principio que podian adoptar sin escrúpulo hasta las personas mas justas y concienzudas en general, y aun los diplomáticos mas convencidos de los sentimientos de la rectitud y equidad.

Promovióse por el marqués de Buckingham la cuestion relativa á Génova con el designio de provocar un voto de censura. Demostró que lord Guillermo Bentink habia recibido órden para aprovecharse de la menor disposicion que manifestáran los estados oprimidos de Italia, á fin de quitar la dominacion de los franceses; que los genoveses en consecuencia habian sido escitados á vindicar sus derechos é independencia; que cuando la ciudad habia sido arrancada de manos de sus tiranos, tras de cuya espulsion habian secundado los habitantes con utilidad á las tropas británicas, fué restablecida por el general la Constitucion de 1797, y que como tal proclamacion no habia disgustado al público, contó el pueblo con el restablecimiento de sus privilegios republicanos. Por todas estas circunstancias pensaba el orador que transferir este reino á un príncipe despótico ó á cualquier soberano estranjero, seria una falta de fidelidad y una violacion de los principios de la justicia. El conde Baturst sostuvo que los genoveses, por mas encono que profesáran á los franceses, no habian obrado contra ellos durante el sitio; que la toma de la ciudad era una verdadera conquista, y que no habiendo el general recibido de su corte ninguna instruccion sobre arreglos políticos, no pudo adoptar mas que un régimen provisional. Otros oradores ministeriales hicieron observar que la adjudicacion del territorio era acto de los aliados mas bien que de la Gran Bretaña, y que tal medida era política sin disputa, como quiera que tenia por objeto la seguridad del norte de Italia, y debia preservar de la invasion á un país que no podia defenderse á sí mismo. Discutida la misma cuestion en la otra cámara, el resultado no fué mas favorable á la independencia de los genoveses que el de los pares, habiendo en ambas cámaras obtenido el gobierno considerable mayoría.

Hubo un violento debate por causa de los efectos del tratado americano. Seria sorprendente, dijo el orador, proponer un mensaje que espresara por parte de los comunes una satisfaccion completa por el desenlace de las negociaciones, cuando era notorio que no se tocó la terminacion definitiva de las diferencias con el restablecimiento ostensible de la paz. Ponsomby vituperó la negligencia de los plenipotenciarios, no solo por lo que dilataron las negociaciones relativas al tratado, sino por haber retardado de un modo indefinido los puntos de discusion mas importantes. Afirmaba que era muy de desear la paz; que convenia al verdadero interés de ambas naciones; pero que si no prometia ser duradera, podia recaer la mayor censura sobre los negociadores y sobre los ministros que los habian nombrado. Golburn, que á una con lord Grambier y el doctor Adams habia formado los artículos del tratado por parte de la Gran Bretaña, sostuvo que la dilacion de que se hablaba nada tenia de impolítica, toda vez que era deber suyo y de sus cólegas obrar con prudencia y alcanzar por la via de la controversia las condiciones mas favorables. Dijo que los negociadores americanos recibieron órden para rehusar un consentimiento definitivo, á no ser que se quisiera desistir del derecho de presa, y reconocer en términos claros y esplícitos las franquicias de los comerciantes neutrales, siendo únicamente por impedir la continuacion de la guerra por lo que habian titubeado por fin sobre estos artículos. Baring manifestóse tan descontento de que se procurase justificar el tratado, que condenó severamente todas las negociaciones habidas al efecto y su resultado incompleto; pero ni su repugnancia ni la de otros miembros pudieron juntar en una votacion mas que treinta y siete votos en pró de la enmienda opuesta á los sentimientos de la corte, mientras los que apoyaron el mensaje fuéron ciento veintiocho miembros. Condenado con vehemencia el tratado en la cámara alta por el marqués Wellesley, y defendido débilmente por el conde Bathurst, pronunciáronse por el mensaje de gracias ochenta y tres votos, y treinta solamente en contra.

La renovacion de la guerra continental exigia del parlamento ámplios subsidios de tropas y dinero. Los aliados de la Gran Bretaña podian destinar á los furores de la guerra un considerable número de hombres; mas sus recursos pecuniarios eran escasos, y nada suficientes para las circunstancias. Concediéronse por lo tanto nueve millones de libras esterlinas á las potencias estrangeras, además de treinta y nueve millones para el ejército británico, habiéndose evaluado en 89.728,900 libras la totalidad de los subsidios del ejército en cuanto al Reino-Unido. El impuesto sobre la renta al cual se habia renunciado, propúsose de nuevo como parte indispensable del sistema de hacienda en tiempo de guerra.

A pesar del tratado de pacificacion firmado en París, habíase mantenido en los Países-Bajos un ejército considerable compuesto de tropas británicas, las cuales de resultas de las novedades de Francia se aumentaron segun exigió la necesidad y permitió el tiempo. El duque de Wellington fué nombrado general en jefe, no escediendo segun los cálculos el ejército que se le confió de setenta mil hombres, con inclusion de gran número de tropas auxiliares alemanas y belgas. Con arreglo á las órdenes debia aguardar á que estallara la borrasca, sin encender la guerra con una invasion repentina en Francia.

El coraje llevado al esceso por la indignacion y el resentimiento impulsó á Napoleon á comenzar las hostilidades: la tardanza con que los rusos y austriacos realizaron sus preparativos parecian estimularle mas y mas, y concibió la esperanza de destruir los ejércitos británicos y prusianos antes de la llegada de sus aliados. Entrando con impetuosidad en los Países-Bajos, arrojó de Charleroi las tropas de Blucher que se habian presentado allí recientemente. Enorgullecidos los franceses con tan feliz principio, tomaron posesion de muchos de los lugares de aquel territorio, y se prepararon á aumentar sus conquistas, determinándose Napoleon hasta á embestir á los dos ejércitos en un mismo dia. Dispuso que el mariscal Ney, jefe del ala izquierda, trabara lucha con los belgas y sus aliados, y que en el ínterin avanzáran la derecha y el centro contra los prusianos. Ney ganó el punto de Frasmes, y arremetió á los belgas en otra posicion mas importante, de la cual tambien se hubiera apoderado si á sus adversarios no les hubiera acudido oportunamente el auxilio de las tropas de Hannover y Brunswick y de una division inglesa mandada por sir Tomas Picton. Cerca de allí habia un bosque que llegaba hasta el camino de Bruselas, y en el cual esperaban entrar triunfantes los franceses. Empeñóse entonces una viva pelea, consiguiendo estos penetrar en dicho bosque; mas no se mantuvieron en él largo tiempo, y des-

pués de perder mucha gente fuéron repelidos de allí por un cuerpo de granaderos dirigido por el mayor general Maitland. Siendo muy recio el combate en otro punto, corrieron allí la caballería y artillería, aunque no llegaron bastante á tiempo para tomar parte en la accion, al paso que el enemigo se aprovechó grandemente de dichas dos armas, las cuales sin embargo fuéron rechazadas por la infantería, y en especial por los escoceses, obligando por fin á todos los acometedores á retirarse.

Entre los franceses y prusianos fué el combate igualmente terrible, y aun mas sangriento por causa de las mayores fuerzas que de uno y otro lado entraron en él, siendo precisos todo el valor y pericia de Blucher para impedir la derrota. El duque de Wellington conservó su posicion, pero en seguida de la pelea vióse precisado á abandonar á Ligny para ir á buscar un punto mas seguro. Pareciendo á los franceses tal resultado el anuncio de la victoria, sintiéronse con brios para volver al combate.

Hallábase dispuesto el duque á atacar á Frasmes después de burlar las esperanzas de Ney y hacer inútiles sus esfuerzos; pero la retirada de los prusianos le decidió á desistir de tal intento y á ordenar una marcha retrógrada sobre Bruselas. Con esto podia Napoleon atacar al duque ó perseguir á Blucher: como temia que el último partido espusiera á Ney á su ruina, y á sí mismo al riesgo de ser arremetido á retaguardia por un ejército victorioso mientras daba un combate eventual al valiente mariscal, determinóse á emplear la mayoría de su ejército en una tentativa para destrozar al inglés.

Cerca del bosque de Soignes álzase el lugar de Waterloo, y á poca distancia hay una altura llamada el monte San Juan, siendo esta eminencia donde el duque de Wellington ordenó en dos líneas sus fuerzas, reducidas entonces á sesenta y siete mil hombres. La estremidad de la derecha apoyaba en un barranco cerca de Merk-Braine, y la izquierda se estendia sobre un terreno con árboles y quebrado, que terminaba en Terla-Haya, ocupando el centro el lugar de San Juan. En las tierras bajas hácia la diestra estaba el punto de Hougoumont, que se componia de una casa susceptible de alguna defensa, merced á un jardin y á un bosquecillo. Una colina paralela á la escogida por el duque era la situacion principal del ejército de Napoleon en número de mas de ochenta y cinco mil hombres, fuerza mas que suficiente al parecer para que no triunfáran sus adversarios, á tener menos ánimo y decision que el que les estimulaba.

Trabóse la lucha el 18 de junio á mediodia, siendo atacadas la casa de Hougoumont y sus dependencias. En una hora fué forzado el bosque, y el enemigo habria tomado posesion de la morada, á no haberla defendido con el mayor teson un destacamento de guardias, el cual estuvo cercado en el resto del dia como un puesto aislado, en tanto que los otros atendian á su defensa. Pasando en gran número la caballería por cerca de este punto, adelantóse precipitadamente contra la derecha del ejército inglés, dando tan impetuosa carga, que cedió la caballería estrangera. Empero la infantería de Brunswick resistió todas las arremetidas con la mayor firmeza, no solo por el impulso de su intrepidez natural, sino por el deseo de vengar la muerte del duque, que por haberse arrojado con ardor en el anterior combate en medio de las filas mas compactas del enemigo, habia perecido en la flor de su edad. Estas tropas formaron el cuadro, haciendo fuego con tanta precision en el momento de lanzarse un escuadron con la esperanza de atravesar por medio de ellas, que el enemigo reculó en desórden. En los intervalos de tales acometidas jugaban las baterías francesas, arrebatando con espantosa rapidez filas enteras de valientes alemanes, que al instante eran reemplazadas con serenidad por los que no habian alcanzado la muerte.

Bonaparte aguardaba mejor éxito de un ataque sobre el centro que del vigor de las demás operaciones. Enormes columnas de caballería é infantería sostenidas por ochenta piezas de artillería avanzaron hácia el monte San Juan á las órdenes del general Drouet. La primera línea inglesa, imperfectamente protegida por una estacada y un foso, pareció temer por algun tiempo la aproximacion del enemigo, y la caballería, abriéndose paso por la estacada, repelió los batallones mas adelantados, los que fuéron sin embargo tan fuertemente apoyados por los escuadrones, que sus adversarios se vieron espuestos muy pronto á los mayores peligros. Desbaratados los húsares y la legion alemana por la terrible carga de los coraceros, no podian ya resistir, cuando felizmente acudió en su auxilio una brigada, y sembrando la confusion y el desórden en la caballería inglesa, mató gran número á sablazos. Igual mortandad ocurrió en la izquierda, siendo por ambos lados muy grave la pérdida sin resultar nada decisivo. Empero pareció vislumbrarse una corta ventaja á favor de los aliados, quienes forzaron á unos tres mil hombres á rendirse. Los prisioneros fuéron enviados inmediatamente á Bruselas; pero su llegada no logró disipar el recelo que abrigaban los habitantes de ver triunfante á Napoleon.

Todavía duraba el combate en la derecha. Apoderáronse los franceses de una línea de baterías, precisando á los artilleros á retirarse al medio de los cuadros, de los que salieron muy pronto con audacia al ver á la caballería francesa acosada y forzada á retroceder, y renovaron el cañoneo con acierto. Los diezmados batallones continuaron por algun tiempo en entretener al enemigo, impidiendo que triunfara por la superioridad del número.

La segunda línea, con la cual no podia contar con tanta seguridad el duque de Wellington, habia estado ocupada principalmente en prestar los auxilios necesarios. Formada en batalla detrás de la colina, gozaba de una seguridad comparativa, por mas que tuviera que sufrir algunas veces por los estallidos de las bombas. Si el valor de estas tropas hubiera igualado al del resto del ejército, podria haberse obtenido la victoria sin el apoyo de las prusianas; pero cuando el duque vió que algunos regimientos belgas descuidaban sus deberes, y que otros cuerpos del ejército de reserva no mostraban tanto ardor y celo como era de esperar, comenzó á desear con ansiedad el arribo de Blucher ó Bulow, por contar que con sus esfuerzos reportaria ventajas. Pero aunque no hubiera sido socorrido no temia una derrota, y estaba seguro de poder mantener el terreno hasta que la noche precisara á suspender el combate.

La lentitud con que obraron los prusianos, aumentó la sorpresa é inquietud de los oficiales ingleses. La impaciencia hace largo el tiempo, y el esceso del peligro y del cansancio justifican la ansiedad. Por fin apareció Bulow asestando sus cañones al flanco derecho de los franceses, y á medida que avanzaba escaramuzaban las tropas ligeras de su division con los cazadores. Bonaparte, segun sus propias memorias, confiaba rechazar esta acometida con ventaja, antes de atacar el centro de los aliados; pero por un movimiento repentino de su caballería que quiso sacar partido de algunos síntomas aparentes de desórden, se frustró su proyecto, no correspondiendo el resultado á sus esperanzas. No tardó en renovarse el combate hasta con furor, viniendo á tomar parte en aquel nuevas tropas por momentos.

Hacia siete horas que duraba con encarnizamiento la batalla, cuando la guardia de Napoleon, en número de unos quince mil hombres, marchó adelante con la mayor confianza, habiéndose reunido á ella varias tropas, encaminándose todas hácia el monte San Juan con formidable artillería. Así que llegaron á la colina, en lugar de espulsar de ella á sus adversarios, fuéron recibidas con una resistencia tan valerosa, principalmente por los guardias, que se retiraron en desórden. Animado el general inglés por tan favorables apariencias, y observando que Bulow tenia constantemente divertida á la derecha del ejército francés, al paso que

Blucher avanzaba igualmente á tomar parte en la accion, colocó todas sus fuerzas en una sola línea y ordenó un ataque general. Manifestáronse entonces las tropas animadas de doble ardor, y olvidando todo sentimiento de temor y peligro, no consideraron mas que las ventajas del honor y de la gloria. Bien pronto se venció toda resistencia huyendo el enemigo de todas partes. Las tropas de Blucher, aunque recien llegadas, no estaban cansadas, y persiguieron vivamente á los fugitivos matando á muchos de ellos. No se ha calculado de fijo la pérdida de los franceses durante la batalla y la retirada: únicamente se ha dicho con referencia á los datos del general prusiano, que solo fuéron perseguidos hácia Charleroi cuarenta mil hombres que iban desarmados en gran número.

Como la victoria que se acababa de conseguir era señalada y completa, el ejército no creyó haberla comprado á mucho precio, si bien es cierto que la pérdida fué terrible. En la anterior batalla hubo entre muertos y heridos dos mil setecientos veinte ingleses y hannoverianos, pero la de Waterloo fué mucho mas mortífera. No era posible prestar los auxilios necesarios á tan gran número de estropeados, mutilados y heridos, y por consiguiente perecieron muchos después de la batalla: mas debe hacerse justicia á los habitantes de Bruselas, pues se apresuraron á socorrer á los bravos defensores cuyos esfuerzos habian salvado su poblacion.

Esta gran victoria no fué instantáneamente decisiva, pues hubo resistencia en varios puntos del reino, aunque todo el mundo preveia que no podia menos de ser inútil aquella. A los siete dias de la batalla rindióse la ciudadela de Cambrai al duque de Wellington, el cual entregándola al monarca francés continuó atacando las guarniciones refractarias. Al ver Peronne tomados por asalto sus puntos avanzados, sometióse al vencedor, y no tardó Quesnoy, amenazada de un bombardeo, en abrir sus puertas al príncipe Federico de Holanda. Blucher en el ínterin avanzaba hácia la capital, no dudando que entraria en ella prontamente. Su vanguardia, atacada en Villers Coterets hizo un millar de prisioneros, salvándose en París el resto del cuerpo de estos, menos quinientos hombres que fuéron cogidos en otro encuentro. Así que tomó posicion en la izquierda del Sena esperimentó una vigorosa resistencia; pero el valor de sus tropas superó todos los obstáculos, siendo ocupadas por el general Ziethen las alturas de Meudon y de Issi. Los preparativos que hicieron entonces el duque y el feld mariscal acobardaron tanto á los habitantes y las tropas, que estas demandaron una suspension de armas, habiéndose firmado el 3 de julio una convencion en Saint Cloud, en virtud de la cual debia retirarse el ejército francés al otro lado del Loire. Hallóse entonces París por segunda vez en manos de las potencias confederadas, las cuales no hicieron uso de su poder sino con dulzura y moderacion, y sin embargo mostráronse en ciertos puntos algo mas severas que en la primera ocupacion. Los magníficos objetos artísticos de que Italia y otros países habian sido despojados por los franceses, fuéron reclamados por los generales victoriosos á nombre de los respectivos propietarios, siendo llevados en triunfo á despecho de toda clase de oposicion. Este acto de autoridad que podia calificarse de acto de justicia, provocó el vivo resentimiento de los parisienses, muchos de los que parecian dispuestos á emplear la violencia para contrariarlo; mas la actitud firme y la conducta decidida de los dueños temporales de la capital impusieron á los descontentos, que por fin tuvieron que resignarse.

Los emperadores de Rusia y Austria, al paso que sentian que sus ejércitos no hubiesen participado de los laureles del último triunfo, quisieron dar pruebas de su celo, ya que la resistencia de los franceses les ofrecia ocasion al efecto. Sus tropas á una con las de Baviera y algunos otros pequeños estados invadieron la Francia por el lado de Alemania, y quedaron victoriosas en muchos encuentros; pero no era ya Bonaparte á quien combatian entonces, pues ya habia desaparecido su poderío.

No bien llegó á París el emperador de los franceses, cuando congregó sus consejeros mas íntimos, algunos de los que fuéron de dictámen que era preciso disolver las dos cámaras, que tuvo la condescendencia de convocar por una nueva Carta constitucional á su regreso de la isla de Elba. Muchos de los miembros que las componian habian manifestado el deseo de modificar su autoridad, ya que no de desposeerle, toda vez que su regreso habia sido funesto para la Francia. El estaba indignado de ver tal espíritu de insubordinacion; mas al mismo tiempo hallábase tan dominado por la trascendencia de sus recientes reveses, que no osaba manifestar su enojo con ningun acto de violencia ó de tiranía. En una de las sesiones de los representantes de la nacion propúsose que se insistiera en su abdicacion, y Bonaparte prometió deponer la corona imperial siempre que pudiera pasar á las sienes de su hijo. Las cámaras nombraron en seguida un consejo de Estado. Napoleon salió de París, y moró algun tiempo en Rochefort, y si los cruceros ingleses no hubieran vigilado con la mas rigurosa atencion todos los buques que salian de este puerto, hubiera tomado el rumbo de los Estados-Unidos de América. Viendo por fin que era impracticable su fuga, determinóse á refugiarse en Inglaterra. Habia acostumbrado vilipendiar al gobierno con la mayor virulencia; habia aspirado con una malignidad muy singular á la ruina total de este país, y sin embargo tenia la debilidad de confiar que seria recibido en él como un ilustre personaje, con honor, admiracion y respeto. Pidió que se le trasportara á Inglaterra en un buque de guerra, y en seguida fué admitido á bordo; pero al llegar á las costas del condado de Devon no se le permitió saltar á tierra, y despues que el príncipe regente consultó á sus aliados sobre lo que se haria con tal cautivo, fué deportado á Santa Elena en destierro perpétuo. Puede concebirse cual fué su despecho por un proceder que miraba como poco generoso.



El Ateneo en Londres.

Por fin trató de terminar sus importantes deliberaciones el congreso, para el cuál fué diputado lord Castlereagh por la Gran Bretaña. La poderosa asamblea arregló segun le pareció oportuno los complicados intereses del continente. El ducado de Varsovia pasó del rey de Sajonia al emperador de Rusia, á escepcion de una parte considerable llamada ducado de Posen, en cuya posesion volvió á entrar el rey de Prusia, habiéndose establecido que en estos territorios y en los de la Polonia

austriaca disfrutara el pueblo de la facultad de nombrar sus representantes. Las determinaciones que debian abrazarse con respecto á Alemania fuéron causa de repetidas discusiones, habiéndose decidido que las diversas partes de este imperio fuéran reunidas en una gran confederacion, cuyos intereses serian arreglados por una asamblea general. En los casos ordinarios no se concedian mas que diez y siete votos, uno á cada potencia principal, y otro al conjunto de los pequeños estados y de las ciudades libres; pero en los negocios de importancia fundamental cada uno de los grandes príncipes tendria cuatro votos, otros contarian con tres ó dos, y algunos con uno solamente. El monarca austriaco dejó de ser reputado como soberano del imperio; mas en consideracion á su poder superior y á su antigua preeminencia, otorgóse á su representante el privilegio de presidir la asamblea. El Congreso hizo algunas concesiones al espíritu creciente de libertad, prometiendo un cuerpo legislativo á cada uno de los estados de la confederacion, y mancomunidad de derechos á los cristianos de todas las denominaciones. Hannover fué erigido en reino, y la Prusia cedió al nuevo rey el principado del Friselande oriental y otros territorios en cambio de una parte del ducado de Luxemburgo; mas esta porcion fué trasferida muy pronto al monarca danés, quien se comprometió á abandonar la Pomerania (que se le habia dado por Suecia en compensacion de Noruega) á la rapacidad de Federico Guillermo. El rey de Sajonia, despojado de su ducado primitivo y de otras provincias para gratificar al mismo príncipe, por mas que protestó contra una espoliacion tan arbitraria, amenazósele con quitarle las provincias conquistadas por los aliados en la campaña de 1813, viéndose precisado á acceder á las exigencias del Congreso. Entre los miembros de la nueva confederacion comprendióse al príncipe de Orange como duque de Luxemburgo; pues recuperados los Países-Bajos de la usurpacion de Francia, pareció oportuno que el respetable jefe de la casa de Nassau fuera un príncipe poderoso, mediante la agregacion de diez provincias florecientes á sus estados actuales. Tambien obtuvo de la corte de San James la restitucion de los territorios holandeses de la isla de Java y de las de San Eustaquio y Curazao, así como Surinan, y además la promesa de 3.000,000 de esterlinas para ayudar á reparar las fortalezas de los Países-Bajos y para otros diversos empleos. Con respecto á Italia, decretóse que todos los territorios que el Austria se habia visto obligada á ceder á Francia desde que principió la guerra, volvieran al dominio del emperador; que el rey de Cerdeña incorporara Génova y su territorio á sus estados; que Toscana se reintegrara al archiduque Fernando, Roma y sus dependencias al papa, y Nápoles al rey de Sicilia. Murat se habia lisonjeado con la esperanza de conservar el trono de Nápoles en recompensa de su cooperacion á los aliados en 1814, pero fué derrotado por los austriacos, quienes, con ayuda de una escuadra inglesa, consiguieron arrojarle de su capital. Después de andar errante por algun tiempo invadió la Calabria, y siendo cogido fué muerto por juzgársele fuera de la ley.

Las siete islas jónicas fuéron donadas á la Gran Bretaña: estableciéronse guarniciones inglesas en las poblaciones principales, y fué obligado el pueblo á reconocer la autoridad del distinguido personaje enviado al efecto á Corfú por nuestro soberano.

Antes de concluirse esta nueva guerra en Europa, hallábanse ocupadas las armas británicas, no solo en el continente indiano, sino tambien en la isla de Ceylan: al Norte de la provincia de Oude está el territorio de Napal, habitado por una nacion audaz y emprendedora, cuyas frecuentes invasiones en las tierras inglesas pasan por ser los únicos motivos de la guerra. Púsose á sir David Achtelony al frente del ejército que se envió á Bengala contra los napaleses, quienes se habian situado en una montaña, de la cual fuéron desalojados prontamente. Muy poco después, su jefe Tappa arremetió á una division inglesa, la cual logró sin embargo repeler victoriosamente á los agresores. No habiendo tampoco conseguido este general mejor éxito en otro encuentro, entregóse á sus adversarios abandonándoles todo el país que se estiende desde Kemaoun hasta Sutlege. Ambos partidos distinguiéronse todavía en diversos combates; mas el brillante triunfo logrado por las tropas inglesas junto á Mucknampor intimidó al rajah en términos de pedir la paz, alcanzando así la Compañía de Indias gran incremento de territorio.

Una rivalidad mútua dió bien pronto márgen á la guerra contra el rey de Candía: otros no le dan por motivo mas que la injusticia y tiranía de este bárbaro. Era tan opresor su gobierno, que diariamente se retiraba gran número de familias á la parte británica de la isla, y aun muchos de los jefes demandaban socorros militares para sacudir el yugo que se les hacia insoportable.



Arco de triunfo en Londres.

Un nuevo acto de brutalidad contribuyó bien pronto á tornar mas apremiante tal demanda. Diez naturales que se habian fijado en la provincia inglesa de Columbo, fuéron detenidos en la frontera de Candía, adonde habian ido á comerciar, y por órden del rey fuéron tan cruelmente mutilados, que solo tres sobrevivieron, los que fuéron soltados en un estado á propósito para provocar la indignacion general, habiéndoseles colgado de sus cuellos los amputados miembros. Parte de la nacion levantó al poco tiempo el estandarte de la rebelion, y mientras duraron estas hostilidades, un cuerpo de realistas cometió diversos escesos en el territorio británico. El gobierno tomó entonces la resolucion de enviar tropas para escarmentar al tirano, quien á la aproximacion de ellas se fugó de su capital con un corto número de los suyos, habiéndose sometido los jefes sin resistencia á la autoridad de la Gran Bretaña. Así fué conquistado este antiguo reino sin pérdida de un solo hombre, y en un gran consejo convocado por el teniente general Browning, los jefes y diputados de las provincias pronunciaron la exoneracion del rey cautivo, la esclusion de su familia de todo derecho al trono, y la cesion de la soberanía á S. M. Británica.

Pero el brillo de este acontecimiento fué eclipsado por el de la gloria que la Gran Bretaña adquirió en el arreglo de los negocios de Europa. En pos de algunos meses de deliberacion, firmóse en París el 20 de noviembre de 1815 un convenio definitivo por lord Castlereagh, el duque de Wellington y el de Richelieu, celebrándose al mismo tiempo tratados semejantes con Rusia, Austria y Prusia. El preámbulo de cada uno de ellos recordaba los grandes objetos tenidos á la vista por los príncipes confederados: decian que habiéndose salvado por el triunfo de las armas, la Europa en ge-

neral y Francia en particular, de las convulsiones con que las habian amenazado la última tentativa de Napoleon y la reproduccion del sistema revolucionario, participaban del deseo que abrigaba S. M. Cristianísima de consolidar con la conservacion de la plenitud de la autoridad real el estado actual de cosas: creian igualmente con él que era necesario restablecer entre los franceses y sus vecinos las relaciones de benevolencia y buena amistad que tanto tiempo habian estado interrumpidas por los perniciosos efectos de la revolucion y el furor de las conquistas. Segun ellos, no podia conseguirse este último objeto sino resarciendo á los aliados por lo pasado y garantiendo para lo sucesivo; y como la indemnizacion no podia ser ni enteramente territorial ni completamente pecuniaria sin menoscabar los intereses mas esenciales de Francia, resolvieron combinar ambos modos en el plan que habian concertado, y asegurar su mútua tranquilidad manteniendo por algun tiempo un ejército considerable en las provincias fronterizas del reino.

El primer artículo determinaba y fijaba las fronteras, confirmando la deduccion marcada en el anterior tratado con respecto á todas las usurpaciones y conquistas hechas después de la revolucion, y disminuyendo en algunas partes los límites que se habian acordado en dicho tratado. Por el segundo artículo poníanse á disposicion de los aliados las fortalezas, ciudades y territorios que dejaban de pertenecer á Francia, prévia renuncia del rey y de sus sucesores á todo derecho de soberanía sobre estas posesiones. El siguiente artículo ordenaba que para satisfaccion é indemnizacion de los cantones suizos, serian demolidas las obras de Huningue. El artículo cuarto regulaba el punto de los resarcimientos exigidos, que ascendian á la suma de 700.000,000 de francos, ó 29.166,666 libras esterlinas, pagaderas en el curso de cinco años. La demanda que mas gravemente ofendió el orgullo de la nacion francesa fué la referente á la permanencia de las tropas estrangeras en igual número de años en diez y ocho partes diferentes del reino, entre otras, en las principales fortalezas existentes desde Valenciennes hasta el fuerte Luis. Las tropas que habian de establecerse en estos acantonamientos no debian esceder de ciento cincuenta mil hombres, cuya manutencion habia de ser del cargo de Francia.

Así, unos ministros cuyos talentos eran reputados muy inferiores á los que poseia Pitt, consiguieron por fin la emancipacion de Europa, cosa que no pudo llevarse á cabo por todos los esfuerzos de este célebre diplomático, auxiliados por un ejército formidable, y la cooperacion de muchos gabinetes. Pero es justo advertir que dichos ministros fuéron favorecidos por ventajosas circunstancias; que fuéron secundados por la imperiosa necesidad de resistencia que nunca se habia manifestado en el ministerio de Pitt, y por acaecimientos estraordinarios que quitaron á los franceses la reputacion de invencibles que habia resonado en todo el mundo, y que por largo tiempo habia sido un encanto poderoso vinculado en el vencedor de las naciones.



INTRODUCCION Á LA CONTINUACION

DE LA

HISTORIA DE INGLATERRA

HASTA NUESTROS DIAS.

(Desde el año 1816 hasta el de 1837.)

El período que debe abrazar la continuacion de esta historia es acaso el que menos interés ofrece á primera vista. Desnuda ahora la narracion de las grandes escenas, de los súbitos y estraordinarios sucesos, y de todas las catástrofes imprevistas que embelesan la imaginacion, y son para la juventud de una historia lo que las pasiones para la juventud de la vida, parece al pronto que la crónica actual no puede encerrar mas que una série monótona de hechos diarios y de frias discusiones parlamentarias. Y en efecto, los espíritus á quienes no es dado ir mas allá de ciertas consideraciones, ni buscar el interés histórico donde debe estar, encontrarán en la relacion de los veinte años que nos resta por recorrer muy poco del encanto de emocion y sorpresa que da tanto atractivo al placer de la lectura. Hoy dia no se trata ya de los prodigios de los tiempos religiosos ó caballerescos, de las caidas de las dinastías, de las revoluciones que estallan, y de todas aquellas brillantes hazañas guerreras que prestan á la historia un movimiento tan curioso, un color tan pintoresco. Hánse visto sucesivamente la invasion del país breton y los nobles rasgos de este pueblo rudo y salvaje, dominado á su vez por los romanos que le dieron las primeras lecciones de civilizacion; por los sajones que le volvieron á la barbárie, y por los normandos que le trasmitieron su lenguaje, sus leyes, sus costumbres y su feudalismo. Tras de la interesante historia de la conquista y el casi fabuloso relato de las guerras santas que improvisaron tantos héroes y mártires, debe haberse impreso fuertemente en los ánimos la lectura de la narracion sangrienta de las casas de York y Lancastre, la de la reforma que cubrió la Gran Bretaña de hogueras, y en fin la del gran reinado de Isabel, el cual bajo las formas del despotismo y de una inflexible dominacion preparó las libertades de Inglaterra y fijó el gran edificio nacional sobre las bases del protestantismo. En pos de este escelente reinado, que fué el anuncio de la prosperidad futura de la Gran Bretaña, han venido las desdichas de Carlos I, cuya borrascosa época fué para los pueblos una gran escuela en que aprendieron á discutir sus derechos; luego la república feroz y mística de Cromwell, y por último el período nulo y frívolo de una restauracion desbordada que para el sostenimiento de la monarquía y del honor nacional no podia ofrecer mas que los vástagos degenerados de los Estuardos, raza envilecida, á quien los vicios y la hipocresía habian reducido á la incapacidad, y cuya imprevision y estravíos atrajeron imperiosamente una nueva dinastía. Con esta gande época que abrió el camino del trono á la casa de Hannover y acabó de dar á Inglaterra una existencia constitucional, se enlaza una larga série de hechos singulares que cautivan el espíritu: estos son las competencias y animosidades de la corte y de la aristocracia, las intrigas políticas del reinado de Ana, las guerras encarnizadas y apasionadas del puritanismo y de la iglesia reformada, las ruidosas rivalidades de Inglaterra y Francia, los triunfos marítimos de la primera, el afianzamiento de su dominacion en los mares, y la adquisicion de sus inmensas colonias. Hoy todos estos sucesos han cesado de ocupar al mundo, todas estas grandes cuestiones que tanta vida y animacion dieron á la historia, se han borrado con el tiempo; y la terrible revolucion de una nacion vecina, cuyos efectos debian esperimentarse en el universo entero, no ha dejado del mundo viejo mas que ruinas que se bambolean, é inmensos recuerdos para servir de leccion al nuevo. No se trata pues al presente de la historia tan variada de unos tiempos á la vez tan próximos y tan remotos de nosotros, sino de otra mas uniforme y severa que data de la caida del hombre cuyo poderío destruyó los tronos y las naciones, é imprimió un nuevo movimiento moral al universo entero.

Aunque la historia actual carece del carácter dramático que descuella en la precedente, no por eso deja de ofrecer un interés poderoso y profundo que abraza á la nacion en todo lo mas íntimo y sagrado de ella: la historia de su Constitucion es sobre todo la base fundamental en que estriban el pueblo, los reyes, el clero, la nobleza, los grandes y los pequeños, en fin, todo lo importante de Inglaterra, siendo dicha Constitucion el alma de que la Gran Bretaña toma su vigor, y sin la cual seria inerte é impotente el gran cuerpo nacional. Es de mucho interés observarla y verla en estos veinte años, combatiendo y luchando penosamente contra el principio vicioso de sus elecciones, ora favorecida en su marcha y progresos por las luces y los talentos, ora lastimada y entorpecida por la corrupcion, que indestructible en este mundo, nunca hace mas que variar de lugar, habiéndose arraigado en las entrañas de esta gran institu-

cion como en todas las de los tiempos pasados, forzándola tambien á sufrir una reforma. A las intrigas de las Cortes han sucedido las intrigas de las elecciones, no menos funestas en sus consecuencias: los whigs, los torys y los radicales son tres bandos entre quienes se agitan el dia de hoy todas las pasiones sociales, políticas y religiosas de Inglaterra. Pero lo que en su historia representa el mayor papel es la reforma parlamentaria, la cual ofrece tantos contrastes y rasgos atrevidos dependientes esclusivamente de los tiempos y del carácter de la nacion, que es curioso seguirla atentamente en todos sus actos, estudiar las nuevas costumbres electorales de Inglaterra, y la movilidad sorprendente de todos los elementos de corrupcion hacinados en derredor de la Constitucion para acarrear inevitablemente su ruina, si la reforma, con su ojo fijo sin cesar en los peligros que la amenazan, no trabajara con celo en desembarazarla de cuanto la estorba y perjudica, y en restituirla su vigor y gloria.

Con el mismo interés debe seguirse la marcha de la industria y del comercio, consecuencias necesarias de la condicion insular de la Gran Bretaña, causas esenciales de su prosperidad, principios poderosos de su existencia y de las enormes riquezas que tantas veces le han dado la posibilidad de aprontar subsidios, de facilitar alianzas, de dirigir las guerras de las naciones, de arreglar los tratados de paz, y de adquirir una prodigiosa preponderancia.

Tales son las principales consideraciones para los que quieran conocer la existencia actual de esta nacion: Constitucion, industria, comercio, reasumen en sí toda la historia de Inglaterra después de la paz: todo se deriva de estos tres manantiales que se sostienen y resaltan en todo. Tratar de pintar á Inglaterra sin darle sus colores constitucionales, industriales y comerciales, seria no querer formar mas que una sombra efímera sin fisonomía ni vida; seria no hacer nada.

CAPITULO CIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1816.—1817.—1818.)

Hacia demasiado tiempo que el peso de la guerra abrumaba escesivamente á todas las potencias de Europa, para que cada cual de ellas no apreciara en todo su valor las dulzuras de una paz comprada á costa de tantos desastres y calamidades. Ya no se trataba de que Francia asombrara al mundo con sus conquistas, y escitara las pasiones rencorosas de sus rivales por su superioridad y gloria. Habiendo vuelto á entrar en el sistema de igualdad de que habia salido, quizá con sobrado estrépito, no debia en adelante haber para aquella nacion una preponderancia peligrosa, y un poder menos imponente prometia por fin la estincion del resentimiento y del orgullo ofendido de las naciones europeas.

La fiebre del radicalismo atormentaba entonces á Inglaterra, agitada por otro lado por su estado de opresion, la dilapidacion de sus rentas, el peso de la deuda, su pauperismo espantoso y la postracion de su comercio; pero tales turbaciones interiores, por alarmantes que fueran, no la impedian tener los ojos constantemente abiertos sobre Francia, por el recelo de que esta intentara sustraerse de la opresiva vigilancia del estranjero, y lograra ensanchar la limitadísima independencia que habia reemplazado á la del imperio. El ejército francés habia sido licenciado, y sucedió una organizacion militar nueva á la de Napoleon, habiéndose efectuado tal diligencia con muchas injusticias y violentos movimientos insurreccionales. El ejército de ocupacion estaba estendido por toda Francia, y aun hasta mas allá de los límites prescritos por el tratado de Paris, y así todo aseguraba á la orgullosa Inglaterra que la humillada Francia apuraria largo tiempo todavía la copa amarga de la adversidad.

Al reunirse el parlamento, ocupóse del último triunfo de los aliados, hablando de él con entusiasmo el príncipe regente en su discurso de apertura, así como de las medidas acordadas para asegurar á Europa una paz duradera, y manifestando á la cámara la esperanza de que le apoyaría en sus esfuerzos para realizar las condiciones estipuladas. M. Brougham tomó entonces la palabra, y pidió que se diera á conocer al parlamento el tratado denominado de la Santa Alianza, celebrado sin la participacion de Inglaterra; pero lord Castlereagh, ministro dócil á los deseos del trono, respondió que habiéndose firmado tal tratado solo por los soberanos y no por sus ministros, lo cual no admitia la Constitucion inglesa, el regente debió limitarse, como lo hizo, á adherirse á él sin firmarlo; que por consiguiente carecia de objeto la mocion de M. Brougham, la cual fué por lo tanto desestimada.

Presentado en seguida un proyecto por lord Castlereagh con respecto á aquel de quien constantemente habia sido enemigo, y que por tanto tiempo fué el terror de las naciones, adoptóse dicho proyecto para decidir todo lo concerniente á su cautividad, y asegurar el rígido cumplimiento del tratado de venganza firmado el 2 de agosto anterior por Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia.

Una peticion de los católicos de Irlanda vino á fijar de nuevo la atencion en ellos, quienes demandaban con justo título la revocacion de su código penal, y en el mismo sentido se pronunció fuertemente lord Castlereagh, aunque en vano; la mayoría votó por el mantenimiento del código.



Estátua de Wellington.

Proponíase á la cámara que se enviáran á Irlanda 25,000 hombres á restablecer el órden y la tranquilidad, y M. Peel, que hacia poco habia entrado en la carrera política, y recientemente habia sido nombrado secretario de este país, aprobaba tal demanda, llevado de un celo asaz ardiente y ciego, por la persuasion en que estaba de que las turbaciones de Irlanda provenian, mas bien que de la miseria y los padecimientos, de un espíritu decidido de rebelion y oposicion á las leyes. Tales ideas podian ser muy erróneas, pues las opiniones de M. Peel acerca de Irlanda eran efecto de las preocupaciones toristas en que se habia criado: sin

ellas, sin el falso sistema de esta primera educacion política, sin duda habria sido menos severo para con los católicos, y conocido que la revision de las leyes, hacia tanto tiempo defectuosas, era un medio mucho mas eficaz para domar el espíritu de oposicion, que no el siempre irritante de la fuerza militar, medio peligroso al cual ordinariamente solo se tiene que recurrir cuando se persiste en rechazar los que serian mas saludables.



Santa Elena.

A pesar de las promesas de prosperidad hechas por el trono, este primer año de una paz general por tan largo tiempo deseada, lejos de ser venturoso para la nacion, señalóse por multitud de calamidades: el triste estado de las rentas que amenazaba á la fortuna pública, la mala cosecha, el comercio resentido de una detencion general, la falta de empleo, la reduccion de los salarios y el aumento considerable de todas las cosas necesarias á la vida, eran otras tantas causas que, agregadas al enorme peso de la deuda nacional, á la inmensa poblacion de proletarios y pobres, y á la miseria siempre creciente de Irlanda, hacian vislumbrar un porvenir espantoso. Tal debia de ser además el resultado de la cesacion repentina de esta misma guerra que Inglaterra habia visto terminar con tanto regocijo, y que á pesar de sus consecuencias desastrosas para la vida de los hombres, daba al comercio de esta potencia mayor incremento, creando en los otros pueblos necesidades á que ella acudia con sus manufacturas. Ahora cerrábanse los talleres; una muchedumbre de obreros, ya inútiles por la introduccion de las máquinas de vapor, encontrábase sin trabajo ni medios de subsistencia; los almacenes estaban llenos de mercaderías, y el consumo iba en disminucion de dia en dia; las fábricas habian hecho progresos rápidos en muchos estados de Europa; los manufactureros ingleses, que ya no eran tan necesarios, no podian despachar sus productos sino con desventaja; el trigo, sobre todo, escaseaba en Inglaterra; y las clases pobres, privadas de trabajo y amenazadas del hambre, se abandonaron á los escesos que se originan siempre entre ellas del desaliento y de la desesperacion; y en medio de tales padecimientos manteníanse un ministerio odioso y pródigo, un sistema siempre creciente de abusos y corrupcion, una dilapidacion contínua de los fondos públicos. Vióse entonces formarse sociedades secretas, reuniones tumultuosas, y mas que nunca se hizo sentir la necesidad de una reforma parlamentaria. En Lóndres mas que en ninguna otra parte tomaron un carácter alarmante estos movimientos populares: Enrique Hunt y Watson arengaron repetidas veces al populacho, y los discursos vehementes del último causaron un motin, siendo saqueadas tiendas de armeros, y habiendo sido preciso recurrir á la fuerza militar. Cogióse y castigóse gran número de culpables; pero los caudillos principales lograron escaparse, habiendo pasado Watson á América con el disfraz de kuáquero. Como se ve, este estado de cosas correspondia mal á las esperanzas de los ingleses, y la prosperidad de la Gran Bretaña distaba mucho de ser tan real como se anunció en el discurso de apertura.

En medio de tales circunstancias es cuando se celebró la boda de una princesa que era objeto del amor de todos los ingleses: Carlota, hija única del regente y heredera presunta del trono, unióse con el príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, habiéndose otorgado á ambos esposos una pension anual de 60,000 libras esterlinas. Este matrimonio, que satisfacia los votos de la nacion, vino á distraer por un momento los ánimos penosamente preocupados; pero no tardó otro suceso en llamar la atencion pública de una manera mas séria.

Hacia mucho tiempo que los estados berberiscos ejercian piratería en el Mediterráneo, sin que Inglaterra hubiese hecho tentativa alguna para reprimirlas, hasta que ultrajada por fin por tantos escesos, decidióse á poner término á ellas. Lord Exmouth, comandante general de las fuerzas navales en el Mediterráneo, después de recibir del parlamento las instrucciones necesarias, encaminóse hácia las costas de Africa, á fin de hacer proposiciones al rey de Argel y á otros pequeños príncipes de Túnez y Trípoli. Interin se hallaba ocupado en ajustar las condiciones del tratado,



Lord Exmouth.

por el cual se estipulaba la abolicion de la esclavitud de los cristianos, la cesacion de las hostilidades contra Nápoles y Cerdeña, y que los habitantes de las islas Jónicas fueran tratados lo mismo que los súbditos británicos, los argelinos, indignados de tales proposiciones, y autorizados secretamente por el dey, perpetraron las mas atroces violencias en unos pescadores de coral existentes en Bona, puerto á la sazon muy importante para semejante pesca, y en que estacionaban mas de doscientos buques bajo la proteccion del pabellon británico. M. O'Donell, cónsul inglés, estuvo espuesto á ser víctima de su rabia: fué puesto en prision; sesenta cristianos fuéron degollados, y novecientos cargados de cadenas. Terminadas para entonces las conferencias, lord Exmouth, confiando en la palabra del dey y aguardando sin recelo la respuesta del Gran Señor, volvia á tomar el rumbo para Lóndres con su escuadra, cuando supo tan sanguinarios ultrajes. Lleno de indignacion dió la vela inmediatamente para Argel con una armada que ya era formidable, por habérsele incorporado fuerzas holandesas y napolitanas. Bombardeóse la ciudad, destruyéronse sus fortificaciones, é incendiada su marina, no ofreció á los pocos momentos mas que horribles despojos, habiendo perecido muchos argelinos, y siendo forzado el pérfido dey á aceptar las condiciones que plugo á Inglaterra imponerle. Además de un considerable número de esclavos que lord Exmouth habia hecho poner en libertad, rescató mas de mil y doscientos cristianos que desde largo tiempo gemian bajo el poder del déspota. En recompensa de su conducta en este caso, fué creado viz-

conde, y recibió condecoraciones de España, Holanda y Cerdeña: la ciudad de Londres le tributó brillantes honores, regalándole una espada enriquecida de diamantes, mientras que la ciudad de Oxford le dió á su vez una medalla de oro y le creó doctor de la universidad. Mas por desgracia no fué de larga duracion el resultado de esta proeza tan brillantemente celebrada en Inglaterra: la muerte del dey, que fué ahorcado poco tiempo después, dejó el campo libre á la piratería, que se reprodujo con mas audacia que nunca y sin ningun coto en sus estorsiones.

1817.—La enfermedad mental del rey continuaba lo mismo, y el regente en el discurso de apertura de este año habló sobre tan triste punto, manifestando el gran disgusto que esperimentaba de no poder anunciar algun alivio: en seguida se estendió con énfasis acerca de los infinitos manantiales de la prosperidad nacional, manantiales de tal naturaleza, que no abrigaba la menor duda de que Inglaterra con su energía característica lograría vencer prontamente las dificultades momentáneas que la cercaban. Esta parte del discurso no pudo menos de llamar la atencion del conde Grey, quien tomando la palabra declaró que él creia á su alteza real en un error completo en cuanto á la realidad y gravedad de los males que pesaban en aquel momento sobre la nacion; añadiendo que era sensible que el príncipe no estuviera mejor informado en la materia, y que no se le hubiera dado antes el consejo de usar de severa economía y disminuir el ejército. Desestimóse la mocion que hizo; mas no tardaron todos en conocer que su prevision era sobrado fundada, y que una de las cosas mas urgentes era la reduccion de los impuestos. La tranquilidad general hallábase mas amenazada que nunca; la miseria pública iba en aumento de dia en dia; padecian las clases obreras, y la irritacion de los ánimos proporcionaba á la malevolencia elementos de turbacion y de desórden de que no podia menos de sacar partido. Existian á la sazon en Inglaterra ciertas asociaciones secretas cuyo objeto notorio era destruir el parlamento, so pretesto de llevar á cabo la reforma tan impacientemente deseada. En efecto, los vicios y numerosos abusos que se habian introducido en la representacion nacional con menoscabo del verdadero objeto de esta institucion, hacian necesaria tal reforma; pero por desgracia la necesidad de reforma acarrea siempre la de desorganizar y destruir: regeneracion, reforma, son palabras que en circunstancias de tal naturaleza presiden siempre á las obras de los descontentos, y al paso que parecen encerrar un gran sentido moral, no son con sobrada frecuencia mas que diestras añagazas para arrastrar las masas, seducir la buena fé de unos, y servir con fruto á la ambicion disimulada de otros. Tal era el caso de Inglaterra, agitada á la sazon por sus reformadores, que divididos entre sí en dos facciones, los reformadores moderados y los reformadores radicales, se dañaban unos á otros. Al frente de los primeros mostrábase sir Francisco Burdett, escritor brillante y agudo, y á la cabeza de los segundos vociferaba Cobbet, otro escritor cuya vigorosa elocuencia obraba poderosamente sobre el pueblo. Una exasperacion escesiva conducia sin cesar al último partido á las mas violentas tentativas. Entre las muchas conspiraciones que se descubrieron, teniendo todas por objeto la destruccion del parlamento, hubo una mas peligrosa que las otras: debian cortarse los puentes de Londres, incendiarse los cuarteles por medio de una esplosion repentina, y apoderarse en seguida de la Torre. Al poco tiempo ejecutóse otra tentativa de asesinato contra el regente, por llegar hasta él el ódio que inspiraba el ministerio: al pasar por detrás del jardin de Carlton-House fuéron despedazados los cristales de su coche por una piedra y dos balas de escopeta de viento. El príncipe á su llegada á San James envió al duque de Montrose á lord Sidmouth, secretario de Estado de lo Interior, á comunicarle todas las particularidades relativas á este atentado. Entrambas cámaras dirigieron con tal motivo un mensaje al príncipe espresándole su dolor é indignacion, habiéndose prometido una recompensa de 1,000 libras esterlinas á cualquiera que lograse prender los delincuentes.

Lord Sidmouth en la cámara alta y lord Castlereagh en la baja presentaron entonces diversas piezas relativas á las sociedades secretas existentes en diferentes puntos del reino, las que, segun dijeron, tenian por objeto privar al rey del afecto de los ingleses, comprometer la tranquilidad pública, provocar el encono y desprecio contra el gobierno, y destruir la Constitucion. El exámen de las piezas probó en efecto que las sociedades que de dia en dia hacian temibles progresos, y que no se podia menos de considerarlas como imbuidas en las doctrinas de la revolucion francesa, se proponian evidentemente dos cosas principales: la reforma de la representacion nacional, y la division de la propiedad. Obraban bajo la influencia de una junta denominada *conservadora*, que parecia dirigir todas las operaciones y procuraba propagar con todo cuidado sus doctrinas de nivelacion é igualdad, principalmente entre las clases bajas, siempre susceptibles de dejarse estraviar por todas las ideas que pueden hacerlas entrever la mudanza de todo lo existente, la desorganizacion social que en medio de su insensato error toman por camino de felicidad. Escogiendo sus oradores hábilmente por tema de sus discursos la miseria del tiempo, inflamaban los espíritus, y diariamente circulaban por todas partes numerosas publicaciones, entre las que descollaban las de M. Cobbet, concebidas de la manera mas propia para conmover y amotinar el pueblo. En fin, tales sociedades, que nada menos maquinaban que una insurreccion general, contaban en todo el reino con tantas ramificaciones, que alarmadas las cámaras de la inminencia del riesgo, adoptaron en pos de vivos debates la suspension del *Habeas corpus*; y como ya habian ocurrido muchos movimientos, no solo en ciertas provincias de Inglaterra, sino tambien en Escocia, estendióse á este país la indicada suspension.

Uno de los discursos mejor concebidos de esta legislatura fué sin disputa el que pronunció M. Brougham sobre la necesidad de revisar y corregir las leyes comerciales, de renunciar á una porcion de preocupaciones impolíticas y perjudiciales, y de hacer mas libre la navegacion para lo sucesivo. «Ha llegado el tiempo, »dijo, de reparar nuestras faltas, de adoptar una mar»cha polít ca mas razonable y adaptada á las circuns»tancias, de enmendar nuestras leyes, de descartarlas »de lo que tienen de defectuoso é incompatible con las »luces del siglo y el espíritu de una nacion ilustrada.

»Yo no dudo que estas leyes habrian sido dictadas »en su tiempo por la necesidad y una sana política; »mas las circunstancias de hoy no son las mismas, y »para mí es evidente que ha pasado mas de un siglo »desde que han dejado de existir estas, única cosa que »podia justificar la adopcion de tales medidas.»

Reprodújose como de costumbre la cuestion de los católicos romanos. A pesar del celo de M. Canning por su causa, y de todas sus proposiciones y argumentos que tendian notoriamente al alivio y emancipacion de ellos, la íntima conviccion en que estaba de que ninguna garantía ni seguridad eran supérfluas para la iglesia establecida, le impelia á oponerse á una plena y entera tolerancia, que no la juzgaba basada en el interés de la nacion: limitábase en consecuencia á demandar modificaciones. Las circunstancias eran poco propicias para que las cámaras favorecieran la causa de Irlanda: este país hallábase en un estado de trastorno que sobradamente se esplicaba por la miseria de sus habitantes; mas lejos de afectar al parlamento y despertar en él sentimientos de equidad, solo sirvió para tornar mas y mas rígidas las medidas al intento adoptadas; y como se habia difundido el rumor de que iban á ocurrir rebe-

liones simultáneas en varios condados, no solamente se mantuvo la ley relativa á las insurrecciones de Irlanda, sino que además se declaró que toda persona ausente de su domicilio después de puesto el sol, seria condenada á una deportacion de siete años.

Otra cuestion de las mas íntimamente ligadas con la causa de la humanidad ocupaba á la sazon los espíritus. Hablamos del comercio de negros, tráfico repugnante al cual tuvo la gloria de dar los primeros golpes Inglaterra. Entre los que mas activamente trabajaron en la abolicion de tal trato, brillaba Wilberforce, el adversario mas implacable y terrible de la esclavitud; y con la elocuencia de la mas noble indignacion anunció al parlamento que Portugal y España, con menosprecio de sus compromisos y del tratado de 1815 que declaraba que el tráfico habia desolado por sobrado tiempo el Africa, degradado la Europa y afligido la humanidad, continuaban su comercio con mas barbarie que nunca, amontonando en sus buques tan gran número de negros, que estaba probado que en un trasporte de quinientos cuarenta esclavos habian perecido y sido arrojados al mar en la travesía trescientos cuarenta. Demandaba pues el orador que se tomasen cuanto antes las medidas necesarias para que los que con tan poco pudor y tanta crueldad violaban sus compromisos, fueran rigurosamente escarmentados. Esta mocion fué acogida con el mayor interés, habiéndose acordado sin discordia el mensaje al príncipe.



Princesa Carlota.

Terminóse el año 1817 con un suceso doloroso para Inglaterra, cual fué la muerte de la princesa Carlota de Galles, hija única del regente. Esta princesa, ídolo de la nacion, era objeto de todas las esperanzas, habiéndose hecho querer mas y mas del pueblo por el animoso celo que habia mostrado por la causa de su madre. Su prematuro fin originó un pesar general en la Gran Bretaña, por lo cual fué general el duelo, y esta pérdida tan vivamente sentida fué la materia de la primera parte del discurso de apertura—1818.—El tono de singular confianza con que se felicitaba á la nacion y al ministerio por la vuelta de la prosperidad y de la tranquilidad pública, fué una de las cosas mas notables de este discurso, cuyo espíritu correspondia mal á la verdadera situacion moral del reino. Las cámaras recibieron la comunicacion de un tratado celebrado con la corte de Madrid, siendo una de sus cláusulas mas interesantes la relativa al tráfico negrero, en la cual se fijó la mas viva atencion. El gobierno en el primer calor de su celo habia ofrecido á España en caso de acceder á la abolicion de tal comercio, una compensacion de 580,000 libras esterlinas y una suma de 10.000,000 en premio de la abolicion inmediata. Pero habiendo juzgado después Inglaterra que eran demasiado considerables tales donativos, habia logrado en el curso de las negociaciones que España se contentara con la sola cantidad de 400,000 libras esterlinas. Lord Castlereagh puso entonces á la vista de la cámara la copia de este tratado, pidiendo que se lleváran á cabo sus condiciones. El parlamento en pos de alguna oposicion votó la suma en cuestion, á fin de tener la facultad de ejercer el derecho de pesquisa en las naves españolas, impedir que en adelante fueran sobrecargadas de esclavos, y contar definitivamente con que aquella nacion se concretaria en la continuacion de tal trato á los límites que se le marcaban, y que observaria con exactitud los artículos del tratado de 1815. Sir Samuel Romilly, uno de los hombres de estado mas ilustrados de Inglaterra, y uno de los abogados mas elocuentes de todas las causas generosas, unióse á Wilberforce para demandar que se mejorara el tratamiento de los esclavos existentes en las colonias, y ambos insistieron enérgicamente para que se castigáran con severidad los diversos actos de crueldad perpetrados en los negros y jóvenes negras.

Desde entonces podia comenzarse á notar una tendencia positiva hácia una reforma largo tiempo combatida y rechazada; y aunque todavía no se la columbraba mas que á una distancia inmensa, se habia ganado mucho con haber entrado en el difícil camino que debia conducir á ella. Esta legislatura ofrecia mas que ninguna otra motivos de discusion que tenian por objeto mejoras reales é importantes: así fué materia de la mayor consideracion la educacion de las clases pobres, habiéndose aprobado un plan presentado al efecto por M. Brougham, nombrándose en consecuencia una comision para practicar las investigaciones necesarias acerca de los abusos que reinaban hacia mucho tiempo en las escuelas é instituciones consagradas á las clases indigentes. Pero todavía tenia que trascurrir mucho tiempo, y debian continuar haciéndose sentir los padecimientos antes de poderse coger los frutos de tareas tan laudables. Este plan por otro lado no pasó sin encontrar poderosos adversarios en la cámara alta, cuyo espíritu nada favorable era á semejantes progresos. Fué combatido por Lord Eldon principalmente, habiéndose reducido á muy poco la mision de los comisionados designados al intento en la cámara. Desnaturalizado el proyecto por las modificaciones, no era ya mas que un medio insuficiente para remediar el mal, segun lo hizo observar Brougham; pero fué aceptado como quedó, esperando que en la siguiente legislatura obtendría poderes mas ámplios la comision investigadora.

Estas mejoras, que en resúmen solo eran unos bosquejos, no dejaron, como puede suponerse, de ser para el discurso de apertura materia de felicitaciones que no engañaron á los espíritus ilustrados. No podia en efecto menos de advertirse una actividad renaciente en el comercio y las manufacturas: las quiebras, aunque numerosas todavía, lo eran mucho menos que en el año precedente, y los subsidios para los gastos ordinarios ascendian á una suma menos considerable, pero la miseria continuaba siendo grande en el pueblo, hallándose mas de cien mil obrerosreducidos á vivir de la contribucion de los pobres por falta de trabajo. Agitábanse mas que nunca los reformadores radicales, suscitando sin cesar disturbios que era preciso reprimir con la fuerza militar, habiendo sido necesario ocuparse de nuevo de las sociedades secretas, que no tanto trataban de remediar los vicios de gobierno, cuanto de turbar la tranquilidad del reino y la confianza pública. Reunidas las cámaras en sesion estraordinaria, pusiéronse á su vista todos los documentos relativos á las asambleas sediciosas, adujéronse muchos datos sobre estas, y todo lo que se coligió de las pesquisas, fué la conviccion de que las medidas hasta entonces adoptadas no surtieron otro efecto que prevenir á los mal intencionados para que usáran de mas cautela en su ulterior conducta. En Nottingham, punto principal de las reuniones, era tan grande la efervescencia, que se temia un alzamiento general, siendo el mejor medio de represion que se les ofreció á los miembros de la cámara la continuacion de la suspension del *Habeas corpus*, cuya mocion no pasó sin violentos debates ni bruscas reconvenciones á los ministros, que en sus

pesquisas no se habian avergonzado de recurrir á los servicios de un espía. Segun debia aguardarse, el resultado de tales medidas fuéron numerosas prisiones, siendo la principal la de Waston, cabeza de los sediciosos, á quien se le procesó con muchos cómplices; mas fuéron absueltos, ya porque faltaron pruebas suficientes para condenarlos, ya porque se quisiera ensayar si la via de la indulgencia produciria algun efecto saludable. La calma no fué mas que momentánea: necesitábanse otros remedios para atacar el mal en su raiz: escarmentábase severamente la rebelion, lográndose reprimirla hasta cierto punto; mas no se pensaba sino con indiferencia sobre la causa, ni se trabajaba como se debia en destruirla. Un corto momento de tregua dió bien pronto márgen á nuevos tumultos, y en Manchester y Nottingham especialmente, donde la poblacion es toda industrial, la insurreccion tomó el carácter de una rebelion verdadera (1). Puesto Jeremías Brandet al frente de los insurgentes, forzaba á todos los que tropezaba á tomar las armas, matando de un tiro á un rentero que le mostró resistencia. Habiéndose logrado prender á aquel furioso y sus secuaces, fuéron encausadas treinta y cinco personas, pero solamente tres fuéron ajusticiadas.



Teatro de San James.

En medio de estas turbulencias tan alarmantes para lo sucesivo, perdia Inglaterra dos hombres del mas recomendable carácter, cuyas luces y talentos se habian dedicado constantemente al bienestar y gloria del país. Uno de ellos era sir Samuel Romilly, estimado y honrado por toda la nacion como hombre político y defensor elocuente de la humanidad. El otro era lord Ellenborough que en la tribuna se habia distinguido por su nerviosa elocuencia: dotado de un carácter estudioso y firme, de un espíritu perspicaz, de un juicio seguro y pronto, poseia una superioridad de inteligencia y una profundidad de pensamientos, que le hicieron muy acreedor á desempeñar por espacio de diez y seis años las altas y graves funciones de presidente de la corte criminal.

Igualmente fué muy sentida la muerte de la reina Carlota. Esta princesa, á la sazon de 65 años, se habia hecho querer del pueblo inglés, no por sus cualidades brillantes, sino por un juicio sano, una sencillez y una dulzura de carácter sumas, y un celo ardiente por socorrer la desgracia y proteger el mérito. Sus gustos, un tanto austeros, y su espíritu de economía, acaso demasiado exagerada para una soberana, fuéron causa de que durante su vida, que siempre fué pura é irreprensible, inspirara menos afecto que respeto.

Un incidente de naturaleza mucho menos grave vino á hacer olvidar por un momento las calamidades públicas: lord Amherst llegaba de la China, adonde habia sido enviado con poderes para abrir relaciones comerciales entre Inglaterra y aquel imperio; mas tuvo tan poco acierto en llenar su mision, y agradó tan poco á la corte de la China, que no solo se frustraron completamente sus tentativas, sino que ocasionó que se le despidiera sin ninguna forma diplomática y de la manera mas esplícita y menos culta. Un éxito tan desgraciado hacia que esta embajada fuera todavía mas infructuosa é insignificante que la de lord Macartney, quien al menos habia conservado convenientemente la dignidad del soberano y de la nacion que estaba encargado de representar, y habia conquistado algunos datos para las ciencias al penetrar en una parte de aquel país. La fria acogida que á su vuelta tuvo lord Amherst debió convencerle de que el orgullo nacional estaba vivamente lastimado.

Interin Inglaterra se hallaba agitada en el interior por motivos que segun todas las apariencias debian durar largo tiempo todavía, la amenazaba la pérdida de algunas de sus posesiones lejanas. Ocurrida una revuelta en la isla de Ceylan, encendióse la guerra entre los ingleses y los habitantes de Candy, culpándose unos á otros y perpetrando crueldades con tal pretesto. El gobernador inglés reprodujo la ley marcial en las provincias candianas que se habian rebelado: púsose á precio la cabeza de Ellepalia, ministro del rey de Candy, pero continuando sin embargo el espíritu de insurreccion, resolviéronse los ingleses á proseguir una guerra que no se marcó por ningun hecho brillante ni por ventaja alguna decisiva.

Al mismo tiempo acontecian otras escenas de rebelion y sangre en las Indias Orientales. Los pindaries, especie de tropa sin disciplina, procedente de diferentes tribus, habian cometido estorsiones en los territorios de la Compañía, habiendo sido necesario enviar tropas para contenerlos y escarmentarlos: hasta fué preciso reunir fuerzas considerables para sujetar aquellas gentes sostenidas además por los Máratas, el Peiswa, el rajah de Berar y el jefe Holkar, y solo á duras penas consiguieron rechazarlos los ingleses. El Peiswa fué despojado de su capital y soberanía, el rajah no obtuvo la paz sino á costa de una parte de sus estados, y el príncipe Holkar, forzado igualmente á ceder, aceptó momentáneamente las condiciones que se le impusieron, reservándose vengar su derrota cuando se le presentara ocasion oportuna.

CAPITULO CIV.

FIN DEL REINADO DE JORGE III.

(Año 1819.)

Pudo advertirse con satisfaccion en adelante que cada legislatura ofrecia alguna tendencia progresiva

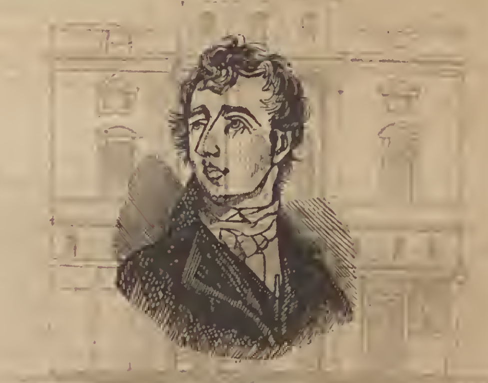
(1) Esta ciudad, al presente una de las mas ricas é importantes de Inglaterra por su actividad, su industria, su inmensa poblacion, sus fábricas y su comercio, gozaba ya de gran reputacion en el siglo XVI, y aun era considerada como la mas bella de la Gran Bretaña, inclusa la capital. Ninguna ciudad ofrece un cuadro mas vivo y animado que Nottingham, sobre todo en los dias de mercado: su plaza es tan vasta y hermosa, que circulan en ella millares de personas sin la menor confusion. El trigo que llega á esta plaza de todos los condados comarcanos, es uno de los principales artículos de su comercio, y esta poblacion es tenida en cuanto á cereales como el primer mercado de todo el distrito.

La plaza está circuida de altas y bellas casas construidas á propósito para formar en ella largas galerías adornadas de lindas columnas, y debajo de aquellas hay ricas y elegantes tiendas. Hácia la parte oriental álzase la casa de Contratacion, escelente monumento que fué construido á espensas de la corporacion en la época del advenimiento de los Brunswicks. Tiene cuatro pisos y ciento veintitres piés de ancho; el edificio estriba en hermosas columnas de piedra labrada, y la fachada está coronada por la estatua de la Justicia. El interior, vasto y espacioso, ofrece salones de la mayor belleza, donde se celebran reuniones públicas para tratar de los asuntos de comercio y de política.

hácia una reforma útil. Sir Samuel Romilly habia demostrado repetidas veces la necesidad de revisar el código criminal, sin que sus esfuerzos hubieran conseguido el éxito deseado; é iguales gestiones hizo de nuevo con ardor sir James Mackintosh, quien con una série de hechos y observaciones probó que la estremada severidad de la ley habia causado mucho mal en un gran número de casos. Las circunstancias reclamaban imperiosamente la atencion de las cámaras, siendo desde algun tiempo tan espantoso el aumento de los crímenes, que la corporacion de Londres acababa de dirigir una peticion al parlamento para que la pena capital, mal aplicada con frecuencia, fuera conmutada en ciertos casos en una mas suave. Sir James Mackintosh pidió pues y obtuvo que una comision secreta se encargara de examinar tan importante cuestion. Otra de no menor consideracion era la mejora del sistema de cárceles, la cual pasó á una comision á instancias de lord Castlereagh. Estas y otras muchas tentativas nacidas del verdadero interés de la nacion, aunque no surtieron al pronto los efectos deseados, no dejaban de inspirar confianza en cuanto al porvenir, que no podia vislumbrarse sin temor en el estado de malestar y descontento en que se hallaban los espíritus. La paz general, al imponer á Inglaterra la necesidad de reducir la marina y el ejército de tierra, habia precisado á gran número de oficiales que habian quedado sin empleo á ir á prestar sus servicios en la América del Sur; de lo cual resultó una nota del embajador de España y un proyecto presentado por el procurador general, para impedir en adelante que los súbditos de la Gran Bretaña pasáran á servir al estrangero ó aprestáran sin licencia buques de guerra, habiéndose citado en esta ocasion los estatutos de Jorge II que condenaban cualquiera empresa de tal género como delito de felonía. Sir James Mackintosh desaprobó dicho proyecto por injusto, y sostuvo que los estatutos de Jorge II, que se aducian en el caso actual, no habian tenido mas que un objeto transitorio, el de impedir que la paz y tranquilidad de Inglaterra fueran alteradas por los ejércitos jacobitas que podian organizarse en España y Francia; y declaró que era impolítico un acto como el que se proponia en aquel momento, porque contribuiria á poner trabas á la libertad de los americanos del Sur, y á volverlos á colocar bajo el yugo de la tiranía española. Lord Castlereagh abogó como era de esperar en favor de España, defendiendo el proyecto, que fué admitido á pesar de su espíritu poco generoso.

En vano en su discurso de apertura habia afectado el regente, como en la anterior legislatura, estenderse la prosperidad del erario público, del comercio y de las manufacturas, pues nadie se dejó deslumbrar por tal lenguaje, el cual hasta pareció impropio á un gran número de miembros, y M. Macdonald tomó la palabra en la cámara baja para pintar en términos enérgicos la situacion del pueblo, forzado á pagar cuatro millones de impuesto mas que el año precedente solo en el artículo del timbre. Condenando entonces la conducta impopular del ministerio, no vaciló en declarar que el mismo pueblo podia con razon sorprenderse y aun escandalizarse de las felicitaciones que se le dirigian desde lo alto del trono en unos momentos en que su miseria era mas cruel y evidente que nunca, y cuando la falta de trabajo fomentaba monstruosamente el vicio de la mendicidad, que donde quiera se mostraba bajo el aspecto mas espantoso.

Y en efecto, semejante estado de penuria, agravado por el peso de las cargas públicas, tenia algo de alarmante: el espíritu de rebeldía que todavía provocaban las medidas de rigor adoptadas por el gobierno, y aceptadas con sobrada docilidad por los comunes, manifestábase en todas partes con estrépito, ya en motines, ya en nuevas maquinaciones. No solo en Londres, sino tambien en muchos de los condados de Inglaterra, se formaban incesantemente reuniones de quince á veinte mil personas con el designio de alcanzar la reforma parlamentaria representada por los agitadores como la mas imperiosa condicion de la seguridad nacional. Tales escenas de tumulto ocurrian especialmente en las poblaciones manufactureras, donde millares de obreros se hallaban reducidos al tributo de los pobres. Entonces no era raro ver morir de inanicion hombres, mugeres, y niños sobre todo, concibiéndose que esta horrible miseria debe arrastrar á los esposos y á las madres al furor de la desesperacion. Llevadas á la última exasperacion, formaron las mugeres por su parte conciliábulos, que tenian por objeto la reforma que pedian á gritos, habiendo enviado sus diputados á las asambleas. Los discursos elocuentes que allí se pronunciaban inflamaban el celo y la audacia de los que estaban presentes, y todo el pueblo de las cercanías acudia en tropel á tales juntas. La autoridad militar deshizo algunas de estas reuniones; mas lejos de someterse los jefes que provocaban las medidas violentas, se armaron y resolvieron rechazar la fuerza con la fuerza. Un tal Hunt, que habia adquirido celebridad é influencia con su elocuencia é intrepidez, tomó el mando de los insurgentes en número de mas de cien mil, y se encaminó el 16 de agosto á Manchester á arengar al pueblo, cuyas pasiones poseia el arte de conmover con sola su presencia.



Francisco Burdett (1).

La mayoría de los que le rodeaban se componia de obreros, mugeres y muchachos. Los diferentes cuerpos de los insurgentes llevaban á la cabeza banderas llenas de estas inscripciones: *reforma radical, sufragio universal*, *parlamentos anuales*, *libertad ó muerte*, y otras tales divisas á propósito para exasperar los ánimos. Hasta las mugeres marchaban en cuerpo con un pendon en que estaban escritas estas palabras: *nosotras sabremos morir como hombres, pero no nos dejaremos vender como esclavas.* Apenas comenzó Hunt su discurso, cuando la caballería penetró sable en mano en la reunion, habiendo sido muertos muchos individuos, y heridos mas de mil y ciento, y siendo prendido Hunt con muchas mugeres, después de defenderse vigorosamente de la caballería que fué muy maltratada á pedradas. Era preciso sin duda reprimir tamaños escesos; pero procedióse desacertadamente, y el desmedido rigor que emplearon las autoridades ocasionó el mayor mal. Es verdad que los rebeldes echaron á huir dispersándose al ver las armas de fuego: empero en los espíritus habia mucho menos terror que resentimiento, y así no tardó el regente en verse acosado de peticiones para que se castigara á los magistrados de Manchester que habian dado á los oficiales la órden de mandar tirar sobre el pueblo desarmado; no siendo solo los radicales los que en esta ocasion

(1) El que acusó con mas calor á los magistrados de Manchester.

demandaban venganza, sino tambien gran número de wighs, que sin participar de la irritacion de la multitud, reprobaban altamente semejante abuso de poder. El conde Fitz-Guillermo, lord lugar-teniente del condado de York, fué uno de los que mas abiertamente se pronunciaron contra la conducta violenta é impolítica de los magistrados de Manchester; pero su franqueza desagradó tanto al ministerio, que fué destituido, y esta destitucion que lastimaba á un hombre honrado y estimado de todos los partidos, acrecentó mas y mas la exasperacion general. Londres estuvo muy agitada por algun tiempo.

Hunt, encerrado al pronto en el castillo de Lancastre, fué luego soltado bajo fianza, habiendo sido triunfal por decirlo así su regreso á Manchester, lo cual debió convencer al ministerio que nada se habia amortiguado el espíritu de sedicion. Mas de ciento cincuenta mil personas salieron á recibirle, saludándole como á futuro libertador del país. Al mismo tiempo reproducíanse en otras ciudades manufactureras las mismas escenas de tumulto y desórden. Comenzando por fin el gobierno á alarmarse, juzgó urgente convocar el parlamento para deliberar el medio de inspirar temor al pueblo y afianzar la tranquilidad. El conde Grey en la cámara de los pares, al paso que reconocia la necesidad de poner freno á tan peligrosos escesos, aconsejaba medidas conciliadoras. Lord Sidmouth, enemigo de todo sistema de moderacion, sostenia que tales reuniones populares debian ser consideradas como otros tantos actos de traicion, y que los magistrados á quienes se vituperaba por su severidad, hubieran obrado de una manera reprobable si se hubieran mostrado mas indulgentes. M. Tierney combatió esta opinion, é hizo una pintura enérgica y lastimosa del estado del país, cuyos disturbios debian en su concepto atribuirse á las medidas imprudentes é inconsecuentes del ministerio. La reforma que el pueblo reclamaba trabajando en ella con tanta perseverancia hacia algunos años, ¿no era efecto de los progresos de la educacion y de las luces entre las clases inferiores de la sociedad, progresos aprobados y favorecidos por el mismo parlamento que debia someter necesariamente todos sus actos al exámen y á la crítica de la opinion pública? Si el parlamento esperaba dominar en lo sucesivo el espíritu del pueblo creando nuevas leyes de rigor y levantando nuevas tropas, estaba en el mas grande error. En resúmen, pedia que la cuestion de Manchester fuera examinada con la mas escrupulosa atencion, y concluyó censurando severamente la destitucion del conde Fitz-Guillermo.

En fin, despues de largas y laboriosas discusiones de que no resultó ni alivio de impuestos para el pueblo, ni aumento de trabajo para las clases obreras, lo que el ministerio creyó mas eficaz y seguro para calmar los espíritus, fué poner nuevas restricciones á la libertad pública, añadir once mil hombres al ejército interior, y enviar todos los indigentes que fué posible á poblar las partes incultas de la colonia perteneciente á Inglaterra en el cabo de Buena-Esperanza. En cuanto al regente, que en su discurso de convocacion habia recomendado con calor las medidas mas prontas y vigorosas para poner fin á las agitaciones populares y precisar á los amotinados á volver á su deber, debió penetrarse del esceso del descontento general y de la aversion del pueblo al ministerio, pues en sus dos tránsitos para dirigirse á la cámara y regresar de ella, no cesó de ser insultado de una manera la mas grosera, y de recibir en los cristales de su carruaje pedradas y lodo tirados por el populacho, brutal potencia que por asquerosa que sea en sus manifestaciones y formas, no debe ser desconocida: sus olas tumultuosas son como una especie de espejo mágico cuyo efecto suele ser repugnante, siendo sin embargo preciso mirarle algunas veces, para leer en él útiles advertencias que no [illegible].

Acordóse por lo tanto conceder á todos los que quisieran espatriarse los gastos de trasporte, y además diez libras esterlinas por persona, á fin de que pudiera comenzarse un establecimiento en dicho cabo. Abriéronse suscriciones, que fuéron bastante numerosas; pero pocos fuéron los desgraciados que se determinaron con facilidad á abandonar su patria para ir á buscar en Africa una existencia incierta. Empero durante el otoño pudieron reunirse los colonos suficientes para cargar dos buques.

Toda esta legislatura continuó siendo borrascosa, no contribuyendo poco á ello la cuestion de los católicos, que de dia en dia adquiria mayor interés. Presentáronse numerosas peticiones á las cámaras en pro y en contra, oponiéndose á su admision el obispo de Worcester, porque ellas ponian en peligro la iglesia protestante y el estado. El de Norwich pretendia que era completamente ilusorio tal peligro, y sostenia con argumentos mas evangélicos la necesidad de proceder con respecto á los católicos al tenor de este precepto: «haz con los demás lo que querrias hiciesen contigo.» Con respecto al obispo de Peteborough, su lógica escrupulosa le impelia á guardar una especie de neutralidad en tal cuestion, y su caridad cristiana, mucho menos estensa que la del prelado de Norwich, no tenia bastante eficacia para llevarle mas allá de la línea de conducta trazada por su prudencia: para él era evidente que la política era el verdadero y único objeto de los católicos; por lo cual aseguraba que no podia tomar parte en dicha cuestion ínterin no fuera puramente religiosa. El conde de Liverpool, poco favorable á esta causa, tomó á su vez la palabra, sosteniendo que ninguna de las concesiones demandadas lograria destruir los rencores de partido que dividian la Irlanda, y que de la emancipacion no resultaria ventaja alguna para el pueblo. La opinion del poderoso par hizo inclinar la balanza á su lado, siendo por lo mismo la mocion desechada.

Era evidente que todo lo que propendia á espíritu de reforma era odioso al ministerio, y que este procuraba reprimir tales tendencias; pero en la cámara de los comunes se procedia con el mayor conato por favorecerlos, y no podian menos de ser coronados algun dia con el mejor éxito: así la mocion de sir John Russel, relativamente á las ciudades privadas hasta entonces de representacion parlamentaria, y que la demandaban imperiosamente con preferencia á ciertos pueblos insignificantes cuyos privilegios electivos podian ser trasferidos á dichas ciudades populosas, atraia la atencion de las cámaras sobre una cuestion nueva y del mayor interés, en términos que hasta el mismo lord Castlereagh parecia dispuesto á acogerla favorablemente hasta cierto punto. Pero no se mostró tan fácil de convencerse en las discusiones violentas que se suscitaron por causa de cinco proyectos represivos propuestos por él y lord Sidmouth, cuyos proyectos tenian por objeto: primero, las asambleas sediciosas; segundo, el castigo de los autores, impresores y espendedores de escritos sediciosos y blasfemos; tercero, un nuevo timbre para los cuadernos impresos en que se tratara de política; cuarto, la prohibicion de los ejercicios militares á los obreros y habitantes del campo; quinto, la autorizacion para visitas domiciliarias donde quiera que se sospechara haber armas ocultas. Concibióse sin dificultad que medidas tan rígidas repugnarian al espíritu de libertad que animaba á los comunes; pero á pesar de su viva oposicion triunfó el ministerio, siendo adoptados los cinco proyectos.

En esta época se menoscabó el honor del gabinete británico por la conducta que observó en las islas Jónicas su comisario sir Tomás Maitland. Hacia mucho tiempo que teniendo bajo su yugo Alí de Tebelen, pachá de Janina y tirano sanguinario, una gran parte de la Albania deseaba ardientemente la posesion de Parga, ciudad situada en las costas del Epiro, habiendo sido vanas cuantas tentativas realizó hasta entonces para

apoderarse de ella. Si las pretensiones de aquel déspota hubieran sido acogidas con la noble indignacion de una nacion grande y generosa, Inglaterra habria adquirido un título mas al respeto de la posteridad; pero sir Tomás Maitland, sin reparar en comprometer la gloria nacional, hizo con dicho bárbaro un tratado por el cual le vendia la ciudad de Parga, cuyo tratado no solo deshonraba al ministerio inglés y su negociador, sino que era además una prueba de repugnante crueldad, por ser notorio el ódio del feroz Alí á los parganos. La muerte ó la esclavitud aguardaba á estos infortunados, quienes decidiéndose á perecer antes que someterse á los turcos, tomaron la horrible resolucion de degollar sus mugeres é hijos, y de suicidarse antes que entrara el enemigo en su capital. Iban á llevar á cabo tan desesperado plan, cuando el general inglés, comandante de la armada, noticioso del partido que habian abrazado, pidió al pachá una tregua, que obtuvo, apresurándose á aprovecharse de ella para embarcar en sus buques la poblacion de Parga. Los turcos por lo tanto no encontraron al entrar en la ciudad mas que habitaciones desiertas y una inmensa hoguera, en la cual ardian los huesos de los antepasados de los parganos. Trasportados estos á Corfú, en vano reclamaron, al tenor del tratado de Alí y del gobernador inglés, el importe de sus casas y tierras: no se les respondió mas que con la esclavitud y la miseria.

Los escesivos impuestos con que sir Tomás Maitland abrumaba á los desgraciados habitantes de las islas Jónicas, llegaron á hacer tan insoportable la dominacion inglesa, que estallando el descontento en ellas, San Mauro alzó el estandarte de la rebelion, y las tropas británicas, rechazadas en repetidos encuentros, no lograron que volviesen los rebeldes al yugo sino á fuerza de ejecuciones sangrientas.

Semejantes sucesos no eran á propósito para reparar el crédito del ministerio inglés y atraerle la opinion, la cual vino á serle mas hostil que nunca, y aprovechándose ávidamente el partido de la oposicion de tal coyuntura, echóle en cara con energía una conducta tan estraña á todos los sentimientos de la equidad y tan contraria al honor nacional.

Pero no era Inglaterra la única que se hallaba agitada: faltaba mucho para que de la armonía que parecia reinar entre las grandes potencias resultara la paz interior de los reinos. Si la Gran Bretaña tenia sus conmociones, su crisis comercial y su furor de radicalismo, los demás países sentian tambien su fermentacion interior y su tendencia mas ó menos pronunciada, mas ó menos amenazante hácia un órden de cosas mas liberal. España estaba lejos de haber recobrado el reposo con estar bajo el gobierno tiránico y absurdo de Fernando VII: el partido poderoso de los constitucionales era incesantemente combatido por otro no menos poderoso, el del clero y pueblo fanatizado: el ejército estaba descontento, y la hacienda en un estado deplorable; en varias ciudades se pedia la Constitucion á gritos: conspirábase en Barcelona; formábanse sociedades secretas en todas las provincias; Cádiz era diezmada por la fiebre amarilla; Fernando prohibia todas las obras contrarias á la corte de Roma y á la Inquisicion, y una multitud de individuos, que poco antes habian servido al rey José, eran desterrados para siempre; en fin, España no ofrecia por todas partes mas que escenas de trastornos y persecucion. Portugal, oprimido por el despotismo mas odioso, y entregado á todos los desórdenes de la anarquía, hallábase dividido en dos bandos terribles, de los que uno queria como en España la Constitucion, y otro la Inquisicion con sus sombrías venganzas. Alemania estaba á su vez dividida por las opiniones políticas y unas ideas de liberalismo que tomaban el carácter mas alarmante, y daban márgen á escesos los mas deplorables. Kotzbue habia sido asesinado el 25 de marzo por un jóven fanático llamado Federico Sand; al poco tiempo perpetróse igual atentado en el presidente Ibell por otro furioso, denominado Lœning; en suma, el mas siniestro entusiasmo estraviaba el espíritu de la juventud alemana, que osaba erigir en precepto el homicidio y el regicidio. Prusia, á ejemplo de Inglaterra y Francia, parecia querer tambien adoptar principios constitucionales, hallándose secretamente trabajada por el espíritu reformador del siglo; mas el rey procuraba eludir la Constitucion que habia tenido que prometer: bien queria mejoras sociales; pero abrigaba recelo á las innovaciones políticas, y en especial á las que parecian favorables á la libertad de los pueblos.

Hasta en el nuevo mundo se hacia sentir la fiebre de la revolucion; pues como no supo crear nada, tomó del antiguo mundo instituciones viejas de que iba á cansarse pronto; y aunque jóven, tenia todos los vicios de un mundo que ha vivido largo tiempo. Hallábase pues sacudida la América sin cesar por esplosiones de independencia que armaban sus provincias unas contra otras, encendiéndose en todas partes la guerra. En los Estados-Unidos padecia el comercio, escaseaba el dinero, y las mejores casas tenian que suspender los pagos. Los independientes de la América Meridional iban de trinfo en triunfo, habiendo entrado al servicio de la nueva república de Chile lord Cochrane, marino afamado por su bravura. En Nueva Granada inflamaba Bolivar todos los ánimos, habiéndose apoderado de Santa Fé de Bogotá, donde proclamó su libertad y estableció una Constitucion provisional. Reuniéndosele luego otras provincias para formar la república de Colombia, nombróse á Bolivar presidente de ella.

En fin, manifestábanse mas ó menos en cada país ideas de una naturaleza nueva y atrevida: donde quiera y bajo todas las formas aparecian el mismo espíritu y la misma necesidad de libertad, allanándolo todo para tomar vuelo; y en medio de tal fiebre general de innovacion, en esta instabilidad perpétua de todas las cosas, en este vaiven contínuo, era fácil reconocer signos precursores de trastornos y revoluciones.

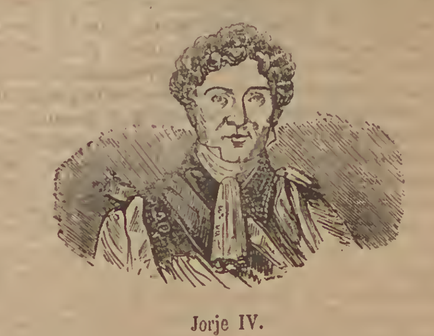
De todos los país s de Europa, Francia era quizá el que al través de sus inmensos reveses, del desacuerdo completo de los partidos liberal y realista, de las exigencias del uno, de los abusos del otro y del estado vacilante de la confianza pública, ofrecia mas apariencias de tranquilidad interior.

CAPITULO CV.

REINADO DE JORGE IV.

(Año 1820.)

Comenzaba este año en Inglaterra con la muerte de dos miembros de la familia real, que terminaron su existencia en pocos dias el uno del otro. El primero era el duque de Kent, cuarto hijo del rey, príncipe querido



Jorje IV.

de la nacion y que generalmente fué llorado: no dejaba mas que una hija de edad de ocho meses solamente, la princesa Alejandrina Victoria, á quien veremos mas adelante subir al trono. El segundo era el rey Jorge III;

á la sazon de ochenta y dos años de edad, y cuyo último acceso de demencia no habia tenido interrupcion: falleció en el castillo de Windsor el 29 de enero, terminando una larga carrera, que merced á tan deplorable enfermedad, habia sido repetidas veces causa de tristeza para su pueblo. Reuniéndose las cámaras al instante, prestaron juramento de fidelidad al nuevo rey Jorge IV.

Segun la opinion de diversos escritores, parece que Jorge III no poseyó ninguna de las cualidades brillantes propias de los grandes soberanos. Su carácter é inclinaciones nada tenian de perspicaces para que pudiera adquirir celebridad su reinado. Estricto observador de todas las obligaciones que le imponia su rango, siempre supo llenar con su exactitud los deberes de la dignidad real: es verdad que estos deberes, siempre tan difíciles para un monarca en posesion de un poder absoluto, se reducen á poco en un gobierno en que como en Inglaterra gozan las cámaras de la autoridad principal, limitándose todo el ejercicio de la potestad real á mantener el equilibrio entre las diversas partes del poder. Descargado del peso mas importante de la soberanía, exento de toda responsabilidad, no es el monarca, hablando con exactitud, mas que la espléndida representacion de una nacion simbolizada en una forma de rey, mas ó menos noble, mas ó menos grande. Las cualidades mas distinguidas de Jorge III fuéron la firmeza, la actividad y la constancia en las resoluciones y afecciones de la vida. La impopularidad tan notoria del duque de Grafton no bastó para separarle de sí; y por mas odioso que fuera al pueblo, nunca le abandonó el rey. En muchas circunstancias en que vacilaban sus ministros en ejecutar las leyes, dió segun se cuenta pruebas de carácter, que fuéron de gran utilidad á los intereses de la nacion. Mostraba sangre fria y presencia de ánimo en los momentos en que la efervescencia popular podia serle funesta, habiéndose encontrado solo muchas veces en medio de un populacho audaz, sin manifestar la menor emocion. Una mañana habia salido muy temprano á visitar las murallas y fortificaciones de Portsmouth, sin que hubiera podido seguirle su guardia, por no haber sido avisada á tiempo. De repente se ve cercado de la multitud, agolpándose sobre él oleadas del pueblo cubierto de harapos y con el sello de la miseria en los róstros. Acudiendo allí el general Harvey en aquel momento, mandó á la muchedumbre retirarse, y trató de escusarse de que la guardia no hubiera cumplido con su deber. «¿Qué, respondió el rey, puedo yo estar mejor custodiado que por las lindas jóvenes que me rodean?» Era sóbrio y moderado en las costumbres de la vida privada, infatigable en los ejercicios del cuerpo: casi siempre iba á caballo á Londres, tanto al consejo como para cualquier otro asunto, aunque lloviera mucho: deteniáse un instante con la reina en Buckingham House; poniáse luego en su silla de mano, y se encaminaba á San James sin cambiar de trage. Allí, después de hablar á todo el mundo, presidia el consejo hasta las cinco ó las seis, ó bien daba audiencias particulares, sin tomar otro refrigerio que una taza de té de cuando en cuando con algunas rebanadas de pan con manteca, que comia paseándose en el aposento. Concluidos los negocios volvia en carruaje al seno de su familia, á la que amaba tiernamente y cuya compañía lo recreaba mas que todas las grandezas de la soberanía. Tenia en sus hábitos domésticos una probidad y sencillez estremas, siendo sumamente querido del pueblo por sus modales afables y su fácil acceso. Enemigo de todo lo que sabia á ceremonias y formalidades, nada le desagradaba tanto como la etiqueta. En las corridas de Newmarket el rey y la reina se mezclaban sin reparo con el pueblo. Regresando un dia de Londres á Windsor detuviéronse á mudar los caballos y bajaron del coche, no habiendo tardado en rodearles una porcion de niños ansiosos de ver á los soberanos. Uno de aquellos, mas lindo que los demás, era muy á propósito para atraer las miradas, y aquel dia era el primero en que dejando la ropa de la infancia llevaba calzones. El rey prendado de su hermosura le pregunta qué era su padre. «Despensero del rey, responde el niño.»—Siendo así, responde el príncipe, de rodillas, pronto, y tendrás el honor de besar la mano de la reina.—No quiero, gritó el niño, porque ensuciaré mis calzones. Nada divertia tanto á Jorge III como esta clase de aventuras que le entretenian por la noche contándolas á sus cortesanos.

Este príncipe miraba con el mayor interés todo lo relativo á la marina, con la cual dió muestras de escelente criterio, y así tenia en ella la mas completa confianza, considerándola como el primer elemento del poderío británico. Merced á este principio fundamental de que nunca se separó, crecieron en su reinado las riquezas y la gloria de Inglaterra. Si algunos actos fuéron fatales al honor británico, como el del ignominioso tratado de Parga con Alí Pachá; si ciertas decisiones parlamentarias comprometieron alguna vez la dignidad nacional, no fué suya la culpa, sino de la política de un gabinete mas soberano que el rey mismo, y del ciego respeto que él siempre guardó á los principios de una Constitucion que la consideraba como base segura de la felicidad de su país.



Jorje IV.

Jorge IV prometió al subir al trono que el ejemplo y las virtudes de su padre serian para él un modelo constante; pero el duque de York no debia conservar mucho tiempo el recuerdo de tan importante promesa, y bien pronto iban á borrarse de su mente la discreta moderacion de su predecesor, su profundo respeto á las costumbres y al carácter de la nacion británica. Preparábase un vergonzoso proceso para empañar el lustre del trono y la gloria de Inglaterra. Una reina cuyas faltas, si es que eran ciertas, debieran haber sido condenadas al olvido y menosprecio, iba á ser puesta en juicio por un esposo implacable, causa primera de tales flaquezas, el cual no contento con la mancha que ya habia recaido sobre ella con el estrépito de su separacion, quiso oprimirla y cubrirla de escarnio, y por envilecerla envilecerse á sí mismo constituyéndose acusador y en términos de ofrecer á los ojos del mundo asombrado la afrenta de los reyes y el escándalo de las naciones.

La muerte de Jorge III era una circunstancia favorable para los numerosos enemigos del ministerio: así estalló una conspiracion, apenas se disolvió el 28 de febrero el primer parlamento de Jorge IV, cuyos trabajos se limitaron á votar los subsidios y á aprobar algunos planes relativos al ejército y á la marina. Dicha conspiracion tenia por jefe á un tal Thistlewood, hom-

bre apasionado, entregado hacia mucho tiempo á todos los escesos de una vida desordenada, y capaz de cualquier crímen por lograr su objeto. Las violencias del radicalismo se adaptaban demasiado á su carácter para que no abrazara este partido, lo cual hizo con la mayor audacia y empeño. Ayudado de veinticuatro conspiradores igualmente relajados de costumbres y tan resueltos como él, trató de derribar el consejo de un solo golpe. Además tenia que ejecutar una venganza personal: comprometido en la revuelta de Manchester, y forzado á sufrir dos reclusiones, una por la sedicion y otra por haber intentado un duelo con lord Sidmouth que le hizo prender, habia jurado la muerte de este ministro. Aquella conspiracion pues á nada menos se dirigia que á asesinar á los ministros, á pegar fuego á los cuarteles, y á saquear el banco. Para realizar su proyecto habian escogido los conjurados un dia en que debian comer juntos los catorce ministros en casa de lord Harrowby: habíanse tomado las medidas necesarias para que ninguno de ellos se salvara, y en seguida de cometido el atentado debian presentarse al pueblo las cabezas de los lores Castlereagh y Sidmouth, como testimonio de triunfo y primer trofeo, y proclamar la caida del gobierno. Lo sustancial de la proclama redactada por Thistlewood era lo siguiente: «Vuestros tiranos han sido destruidos; el rey ha caido; los amigos de la libertad son invitados á levantarse; el gobierno provisional está instalado.» Pero entre los conjurados encontrábase un espía llamado Edward, quien informó la víspera á lord Harrowby de todo lo que iba á acontecer, revelándole todos los pormenores de la maquinacion. Once de ellos fuéron cogidos y entregados al tribunal de Old-Bailey, siendo condenados en virtud de sus declaraciones á la pena capital por el jurado. Thistlewood en medio de su insensato entusiasmo osó compararse con Bruto y Casio, que se habian inmortalizado por haber matado á César. Entre estos fanáticos solo uno llamado Davidson dió en el momento de su muerte muestras de arrepentimiento, pidiendo con instancia los auxilios de la religion. Cinco perdieron la vida, y los otros fuéron enviados á Botany-Bay.

Irlanda, volcan siempre amenazador, fué tambien al poco tiempo teatro de una conspiracion dirigida por los Ribbomenes, faccion así denominada por causa de una cinta con que se distinguian. Componíase en su mayoría de aldeanos católicos, cuya suerte miserable jamás se ha mejorado realmente, y á quienes importa poco que algunos irlandeses ricos pertenezcan al parlamento, toda vez que padecen sin cesar por causa de una legislacion inoportuna para su bienestar. Hasta la misma Escocia, aunque mas afortunada y favorecida que Irlanda, se insurreccionaba tambien, habiéndose propagado rápidamente desde algunos años atrás el espíritu de sublevacion, estimulado continuamente por padecimientos que no se habia tratado de remediar debidamente: en Glasgow, Huddersfield y hácia Carlisle los obreros exasperados por el hambre y la desesperacion abandonaron sus talleres. Los fomentadores de trastornos y desórdenes, siempre hábiles en aprovecharse de tales circunstancias, no dejaron de escitarlos á la insurreccion con las mas exageradas promesas, discursos y proclamas incendiarias, no tardando las calles de Glasgow y Paisley en poblarse de artesanos y obreros de toda especie que habian abandonado sus tareas con la esperanza de una revolucion que se les habia asegurado iba á estallar. Fué precisa la fuerza armada para disipar esta rebelion, que sostenida por los radicales habria probablemente tenido resultados peligrosos.

¿Qué hacia el parlamento durante tan deplorables escenas? Hallábase absorbido por las nuevas elecciones que estaban próximas, y que después de vivos debates no dieron al partido de la oposicion mas que escasas ventajas; empero era evidente que el partido wigh conquistaba ascendiente poco á poco, y que no se desperdiciaria en adelante ninguna ocasion de combatir el poderío orgulloso de la aristocracia y su espíritu de rancia rutina—27 de abril.—El discurso del rey cautivó la atencion general: después de rendir homenaje á la memoria de su padre, y manifestar la intencion de seguir su ejemplo y de consagrar todos sus desvelos al interés público, declaró que siendo la felicidad de Inglaterra su predilecto deseo, no queria de manera alguna aumentar las cargas que pesaban sobre el pueblo; que por lo tanto no demandaba ninguna novedad en la lista civil, abandonando enteramente á los comunes el cuidado de todo lo relativo á sus intereses personales y rentas hereditarias. Pasando en seguida á los recientes casos de insurreccion, deploró vivamente el estado de penuria en que estaban sumidas las clases obreras, é insistió sobre la necesidad urgente de proteger esta porcion fiel é industriosa de la nacion, poniéndola al abrigo de los manejos criminales de la turbulencia y de la sedicion que agravaban de dia en dia las calamidades públicas. Tal lenguaje era un estímulo poderoso para las demandas encaminadas á remediar los abusos y vicios por cuya causa padecian las clases populares hacia mucho tiempo, y daba la esperanza de que por fin resultaria de las reclamaciones mucho beneficio: así no vaciló M. Brougham en renovar la mocion que anteriormente habia hecho para que se realizara una investigacion con respecto á las instituciones y escuelas destinadas á las clases pobres, y para que la educacion del pueblo recibiera el grado de mejora que pedia imperiosamente. Pero un punto de tal naturaleza abria tan vasto campo á la discusion, y se presentaba tan erizada de objeciones y dificultades, que por el momento tuvo que abandonarse la cuestion con gran disgusto de M. Brougham, cuyo celo por una causa tan interesante estuvo lejos de entibiarse. Renovóse igualmente por sir James Mackintosh otra mocion que tambien habia hecho antes para que se ejecutáran útiles modificaciones en el código criminal; y en virtud de su propuesta la pena de muerte aplicada en gran número de casos sin ningun discernimiento, fué conmutada en deportacion, reclusion, trabajo forzado ó multa, segun la gravedad de la falta y sus consecuencias. Estas reformas, que para lo sucesivo quitaban la posibilidad de abusar de la última pena y hacian su aplicacion mas rara y discreta, descartaban por fin del código de las leyes inglesas los vicios que la habian afeado hasta entonces, y de una multitud de irregularidades groseras que eran otras tantas injurias á la razon humana y á la justicia. A estos trabajos de exámen concebidos en pró del interés esencial de la nacion, sucedieron otros no menos importantes, tales como los que tenian por objeto remediar el estado deplorable de la agricultura, revisar las leyes sobre cereales, y asegurar la libertad del comercio. Londres y Glasgow sufrian mas que ninguna otra ciudad por la interrupcion que habia lastimado al comercio esterior después de la paz, reconociéndose por fin la necesidad de restituirle la actividad á toda costa. M. Baring, encargado de presentar la peticion de la ciudad de Londres, hizo sobre la materia un discurso hábilmente calculado para convencer á la cámara de que nada era mas perjudicial al comercio que el sistema restrictivo, y que el mejor medio de favorecerle y de dar buena direccion á los capitales y la industria, era abolir tal sistema. Esta cuestion se ventiló en ambas cámaras con el mayor interés; y reconociendo lord Lansdowne la necesidad de introducir algunas variaciones en la política comercial, habló en favor de la abolicion de los derechos de prohibicion, de la modificacion de las leyes de navegacion, y de la libertad de comercio con Francia. La mocion sobre esta materia dió márgen á un discurso muy notable del conde de Liverpool, quien muy lejos de desaprobar lo que acababa de decirse, apoyó vivamente la demanda de le libertad de comercio, declarando que hubiera sido da desear por interés del mundo, que siempre se hubiera obrado conforme á estos principios, y que las restric-

ciones se hubiesen reducido á lo estrictamente indispensable.

Pero todas las graves cuestiones que ocupaban entonces á las cámaras fuéron suspendidas por otra de un interés particular, la cual fijó esclusivamente desde entonces la atencion de todos los ánimos. Acababa de saberse que la reina Carolina, que vivia en Italia hacia muchos años, estaba de regreso en Francia; y esta noticia, que nada agradable era para el rey y el ministerio, dió márgen á innumerables conjeturas. Interin habia vivido Jorge III, se habia prestado mejor al incógnito el rango de la princesa de Galles; pero el advenimiento de su esposo al trono hacia que sus derechos y sus pretensiones fuesen mas difíciles de satisfacerse. La continuacion de su ausencia hubiera complácido á los deseos del rey, que temia escesivamente su presencia en Inglaterra; y el gabinete, que hacia mucho tiempo preveia su regreso, se habia ocupado repetidas veces de las medidas oportunas para impedir que se efectuara. Pero el negocio presentaba muchas dificultades. Después de visitar la reina sucesivamente Alemania, Italia, Grecia, Turquía, Palestina, las costas de Bertería y el lago de Como y Pésaro, determinóse al saber la muerte de Jorge III por medio de los papeles públicos, á tornar á Inglaterra, habiéndose difundido de improviso el rumor de que habia llegado á Saint-Omer. El gobierno inglés, tan mortificado de tal suceso como el rey mismo, esforzóse por presentar todos los obstáculos posibles á su vuelta á Inglaterra, haciéndola al efecto las proposiciones que juzgó mas propias para alejarla. Ofrecióla una pension de 50,000 libras esterlinas con la condicion de que se mantuviera en país estrangero y de que no tomara el título de reina, ni otro alguno perteneciente á la familia real, significándola de una manera muy esplícita, que si cedia á la influencia de los malos consejeros y persistia en pisar la costa británica, se tomarian contra ella las mas severas medidas. Irritada la reina hacia largo tiempo de las injurias de todo género que habia recibido en las cortes de Roma, Austria y Hannover, injurias debidas al encono de un esposo y á la cobardía de un ministerio servil, injurias cuya medida se habia colmado con las proposiciones que hubo la osadía de dirigirla, ningun caso hizo de tales amenazas: mandó responder en seguida á lord Hutchinson que ninguna condicion aceptaba, y á los pocos instantes montó en un carruaje para encaminarse á Calais. Al desembarcar en Douvres fué acogida con entusiasmo por el pueblo que salió en tropel á su encuentro: en seguida marchó á Cantorbery y Rochester, y á las felicitaciones que se la dirigieron respondió con las fórmulas ordinarias de la soberanía. Decidida á desafiar á sus enemigos, nada pudo hacerla cambiar de resolucion; y alentada por la opinion popular con que contaba, y la de la oposicion en ambas cámaras, prosiguió su marcha hácia Lóndres, no dudando, por mas que el gobierno la hubiera participado sus intenciones hostiles, que lograria en poco tiempo hacer reconocer sus derechos, y reconquistar el título y rango que le pertenecian como muger legítima del soberano. Una hora antes de la entrada de la reina en la capital, envió el rey un mensaje á las cámaras recomendando á su consideracion los documentos relativos á la conducta de la princesa. A este mensaje iba unida una bolsa verde que contenia todas las piezas anunciadas.



Carolina.

Manifestóse la mas viva sensacion entre los miembros. M. Bennet tomó la palabra en favor de la reina, y preguntó si lord Hunchinson habia recibido alguna autorizacion de los ministros para permitirse proponer á S. M. la venta de su título de reina por una pension de 50,000 libras esterlinas. M. Crevey preguntó á su vez qué crímen cometia la reina pisando el suelo británico; y añadió que dudaba mucho que el parlamento diera pruebas de sabiduría y acierto interponiéndose en una discordia de tal naturaleza, y constituyéndose juez de una causa sin ejemplo después del reinado de Enrique VIII. En el mismo sentido habló sir Roberto Wilson, quejándose altamente de los insultos que mucho tiempo no habian cesado de prodigarse á la reina en las cortes estranjeras y en el interior del reino.

En el momento en que la princesa era denunciada de una manera tan indecorosa al parlamento, recibia en su entrada en la capital todos los honores de un triunfo. La poblacion de Londres salió á la carrera; las calles estaban cuajadas de una multitud ébria de gozo; las ventanas y balcones atestados de gente; hasta los tejados estaban llenos de ella, y en todas partes se descubrian con estrépito sentimientos opuestos á los del partido de la corte. Tales demostraciones no procedian de que la masa del pueblo considerara á la reina enteramente inocente de las acusaciones intentadas contra ella, sino de que las clases populares que detestan enérgicamente todo lo que lleva un carácter chocante de injusticia, estaban dispuestas á absolverla en consideracion á lo que habria sufrido, y recordando la conducta dura y desapiadada de su esposo, que cuando ella era jóven y estaba libre de toda reconvencion, le habia forzado á retirarse con su niña de la morada conyugal. Dirigido el pueblo por solo su buen sentido, comparaba las faltas de la muger, que no las conocia mas que de oidas, con las del marido, que las habia visto con sus propios ojos y censurado muchas veces, y agraviado de la injusticia de las medidas tomadas contra la reina, habia resuelto vengarla de tantos ultrajes. Ella atravesó Londres en una carretela abierta, teniendo á su izquierda al regidor Wood que habia salido á su encuentro ó iba á recibirla en su casa, toda vez que ningun palacio se la habia designado para morada, á pesar de que lo habia pedido terminantemente. Precedíala á caballo un gran número de jóvenes que gritaban con entusiasmo: «¡la reina, la reina!» y todo el pueblo respondia en seguida: «¡Viva la reina, viva Carolina!» Era tan grande la exaltacion, que varias veces quiso la plebe desenganchar los caballos para arrastrar el carruaje; pero la reina se opuso á tal cosa, y yendo siempre en aumento el cortejo no llegó hasta las seis de la tarde á la casa del regidor Wood. Iluminároase muchos barrios de la ciudad, y el populacho tiró piedras á las ventanas de cuantos rehusaron iluminar sus casas.

De todo esto resultaron vivos y escandalosos debates que las cámaras debieron haber rechazado con noble firmeza; pero no supieron evitarlas, por no haber comprendido debidamente el sentimiento de dignidad. Sin embargo, muchos miembros discretos é ilustrados, tales como lord Lansdowne, lord Holland y M. Canning, pronunciáronse fuertemente contra el modo de proceder que se queria adoptar. El último sobre todo, deseando prescindir en lo posible de lo odioso de un proceso cuyo desenlace no podia menos de ser fatal al honor del parlamento, declaró que él nunca se colocaria en la situa-

cion de acusador con respecto á su soberana, y que en lo sucesivo se abstendria de toda participacion en tal negocio, con lo cual presentó su dimision.

La popularidad de la reina parecia crecer de dia en dia á pesar del encarnizamiento del trono en difamarla y perderla: el nombramiento de una comision secreta y la protesta de la princesa contra la forma de proceder adoptada, sus quejas á la cámara de los comunes acerca de la conducta observada con ella, sobre la omision de su nombre en la litúrgia, y de la negativa de señalarla una residencia, todo contribuia á enconar mas y mas el espíritu de la multitud, pronta á vengar los ultrajes hechos á una reina que protestaba de su inocencia y reclamaba justos derechos como soberana. Londres por lo tanto era cada noche teatro de tumultos y de desórden: vióse hasta á diez mil individuos encaminarse en masa hácia la casa del regidor Wood, y obligar á todos los hombres á descubrirse al pasar por debajo de las ventanas de la reina; y aun estaban á punto de atacar á Carlton-House, palacio del rey, cuando se contuvieron por causa de los preparativos militares.

Temiendo la princesa que aquella efervescencia popular tomara un carácter mas alarmante, juzgó prudente dejar la casa de Wood por Brandemburgo-House; y sin duda al recelo de ser causa de motines y escándalos deben atribuirse las concesiones que en algunos momentos pensó hacer á los consejeros del rey, Wellington y lord Castlereagh, accediendo por fin á residir fuera de Inglaterra con la condicion de que se pusiera su nombre en la litúrgia. Los árbitros del rey rechazaron tal demanda, comprometiéndose sin embargo á adoptar las medidas necesarias para que los embajadores de S. M. no faltasen en lo mas mínimo ni en ningunas circunstancias á todos los miramientos que la eran debidos, prometiéndola que en cualquier lugar que eligiera para residencia, aunque fuera Roma ó Milan, se la dispensaria la mas ámplia proteccion, á la par que todas las conveniencias personales que pudiera desear, y que haria el rey anunciar oficialmente al gobierno bajo cuya proteccion se colocara, el carácter legal de la princesa como reina. A la sazon recibia Carolina consejos secretos que la hicieron variar de repente de determinacion, inspirándola con gran disgusto del Consejo Real toda la intrepidez de la resistencia. Entre sus numerosos partidarios habia uno mas celoso é influyente que todos los demás por su popularidad y mérito como escritor público, quien era sir Guillermo Cobbet, y dirigió á la reina sobre el asunto muchas cartas notables por su noble estilo de energía. Estas cartas, escritas con la intencion de rehacer el espíritu decaido de la princesa, fortificar su resolucion, y convencerla todavía mas del afecto del pueblo hácia ella, parecieron á los ojos de gran número de personas una obra de radicalismo trazada para conmover las pasiones populares. Una circunstancia como la del proceso actual, era en efecto á propósito para servir poderosamente al partido antiministerial, y podia suponerse con razon que este sabria aprovecharse de ella y usar de todo su poder para impedir que la reina se alejara de un teatro en que podia jugar un papel importante para el partido radical. Sea lo que quiera, parece cierto por lo menos que tales cartas, llenas de elocuencia y de energía, influyeron mucho en la conducta de la reina, y que contribuyeron á que desechara definitivamente las proposiciones del Consejo Real, por no parecerla de manera alguna compatibles con el honor y la dignidad de su rango y corona.

Rompiéronse las conferencias con gran regocijo del pueblo y de los radicales, habiendo dejado tan mal éxito menos esperanzas que nunca de un acomodamiento. Empero como M. Wilberforce ansiaba vivamente cortar unos procedimientos tan escandalosos, hizo una mocion para que la cámara de los comunes suplicara á la princesa que se prestase á una conciliacion deseada. El mensaje, aunque combatido por Brougham, fué adoptado por la mayoría. La reina respondió que, movida vivamente del lenguaje afectuoso de los comunes, se apresuraba á asegurarles que una conciliacion era el objeto de sus mas íntimos votos; que como súbdita del estado, estaba siempre pronta á someterse con deferencia á todo acto de la autoridad soberana; pero que como reina ultrajada y acusada, debia por el rey, por sí misma y por sus súbditos. no acceder al sacrificio de ninguno de sus privilegios esenciales. Semejante contestacion afligió á aquellos de sus partidarios que preveian las funestas consecuencias de su resistencia; mas agradó escesivamente á los demás, habiéndose encontrado en una de las cartas escritas por sir Guillermo Cobbet sobre la materia este pasaje notable:

«Así se fijó por fin su resolucion con el mayor disgusto de los sectarios de la corrupcion, y sobre todo »del consejo, que era vencido esta vez por el hombre »que le era mas odioso que una víbora. No pretendo »sostener que mi conducta en esta ocasion no fuera »movida en parte por un hondo resentimiento. Por »espacio de dos años he vivido entre cadenas, he sido »condenado á depositar multas en la gabeta del sobe»rano por un hecho que merecia la aprobacion de to»dos los hombres de bien; he sido desterrado á Ultra»mar, arrancado de mi casa, despojado de todo lo que »poseia, de todo lo que habia adquirido en veinte años »de trabajo; y en fin, me he visto forzado á figurar en»tre los insolventes por la imposibilidad en que se me »puso para cumplir mis obligaciones; y en virtud de »actos emanados de las cámaras y del mismo soberano, »Sidmouth y Castlereagh han podido sumirme libre»mente en la cautividad y entregarme libremente á la »accion de los tribunales: por lo cual repito que no »sostendré que el resentimiento nacido de tantas inju»rias no haya tenido parte en mi conducta con res»pecto á la reina. ¿Y con qué objeto habria colocado »Dios la venganza en el corazon del hombre, sino para »darle una arma contra la opresion, é imponer temor »á quien abuse del poder para perpetrar la iniquidad? »¿Cómo seria posible que la justicia continuara sobre »la tierra, si aquel á quien es dado el poder estuviera »seguro de hallarse siempre al abrigo del resentimiento »del oprimido? Por lo demás, sin detenerme mas acer»ca de estas consideraciones que son estrañas á la cues»tion de que se trata, ¿podia yo mostrar demasiada »adhesion á esta reina desgraciada y afligida? El rey, »que la ha acusado públicamente, accedia á otorgarla »una pension y á suspender la persecucion si aceptaba »el destierro: ¿pero quién al verla abrazar tal partido »no estaria dispuesto á juzgarla culpable? ¿No serian se»mejantes concesiones por su parte una confesion tá»cita de todas las faltas de que se la acusa? No, no; el »pueblo que la sostiene y defiende con tanta generosi»dad, de ninguna manera permitiria que recibiera ni »una blanca á tal precio. En cuanto á mí, yo me glorío »de haber dado á mi soberana leales consejos, y de ha»ber podido aprovechar esta ocasion de patentizar de »nuevo al pueblo mi celo por sus intereses políticos.»

Puede concebirse que un lenguaje tan enérgico como el de este escritor no dejaria de producir el deseado efecto y de acrecer la efervescencia popular: al romperse las negociaciones, los diputados encargados de trasmitir el mensaje de los comunes á la reina y de referir su respuesta, fuéron acogidos al salir de la morada de ella por los silbidos del pueblo que precisó á sus carruajes á marchar al paso, á fin de que la diputacion nada perdiera de las burlas y vociferaciones de la plebe.

Desde entonces la comision secreta prosiguió con actividad los trabajos del exámen. Lord Liverpool presentó á la cámara el escrito de acusacion, y después de su lectura y del dictámen de la comision llevó un ujier á la reina la lista de los testigos del cargo. Recibióla la

princesa con calma, aunque profundamente conmovida, y levantando los ojos al cielo invocó la justicia del otro mundo. Sus amigos y defensores recurrieron á toda su influencia y poder para poner obstáculos al modo injurioso de proceder empleado contra ella; mas á pesar de la energía con que clamaron contra la corrupcion y bajeza de los testigos llamados á declarar contra la reina, testigos que habian sido traidos espresamente de Italia, ganados á fuerza de dinero, y que no eran mas que criados, sirvientes sin costumbres y palafreneros, mantuviéronse inflexibles sus enemigos, y el trono se mostró implacable. Interin la corte trabajaba con encarnizamiento por perderla, recibia ella de todas las corporaciones y ciudades del Reino-Unido mensajes presentados por numerosas diputaciones, respondiendo á todos en estilo que los escritores ministeriales afectaban llamar radical, sin embargo de ser muy conforme á su situacion, como puede juzgarse por la siguiente respuesta que dió al mensaje de la ciudad de Londres:

«En medio de las muchas y profundas aflicciones »con que la Providencia ha querido probarme, encuen»tro un inesplicable consuelo en el celo ardiente y la fiel »adhesion de un pueblo justo y generoso: vivir con él »en el hogar de Inglaterra y patentizarle constante»mente lo mucho que le quiero, será en adelante el »principal placer del resto de mis dias.»

El pueblo en medio de su entusiasmo por ella prorumpió en invectivas contra los ministros y contra el rey mismo, y habia sobrados elementos para preparar una revuelta; pero se habian tomado las mas severas medidas para evitar los escesos; y como velaban por la seguridad de la capital numerosas tropas acantonadas en todas las cercanías, no se realizó desórden alguno. Viendo por fin Carolina la terrible necesidad de comparecer ante sus jueces, se resignó: pero antes de verificarlo escribió al rey una carta, en que le echaba en cara con elocuente amargura su conducta como esposo y la de su parlamento, esponiendo á su vista todos los antecedentes del proceso, su primera separacion querida por él solo, la pesquisa de 1806, los insultos sin cuento y las crueldades que á manos llenas se la prodigaron; y añadia: «Hasta en el mercado de los »esclavos, los gritos de *madre mia*, *hijo mio*, escitan »la compasion, é impiden que las víctimas sean separa»das unas de otras; pero vuestros ministros, mas inhu»manos que los compradores de esclavos, han arran»cado sin remordimiento la madre de la hija... ¿Qué »era vuestra corte cuando yo, jóven y sin esperiencia, »tuve necesidad de buscar en mi esposo un protector »y amigo? ¿Era una escuela de costumbres cultas y es»meradas? ¡Oh! no: muy lejos de esto, no era mas que »un teatro de oscuras intrigas, de bajezas y de corrup»cion, donde se advertian en tropel viciosos espías y »viles conspiradores... En cuanto á la cámara de vues»tros pares, de esos pares que deben representar un »tribunal de justicia, aplicarles tan sagrado nombre es »profanarlo... Dejar creer que yo considero como tal á »dicha cámara, seria engañar á la nacion y al mundo »entero, con lo que me abstengo de hablar mas sobre »esto.» Al terminar esta carta pedia ser juzgada con arreglo al derecho comun por un tribunal cuyos jurados se sacáran de entre el pueblo, protestando contra toda otra forma de procedimiento y declarando que solo cederia á la violencia.

Compareció por fin en la cámara en compañía de Lady Hamilton y de sus abogados, levantándose al verla los ministros. La reina tomó asiento en un sitial que se la habia preparado al pié del trono: vestia de negro, teniendo cubierta la cabeza con un velo blanco. Esta primera sesion se invirtió en discusiones vivas y animadas. En la segunda fué recibida con los mismos testimonios de respeto, habiendo llegado conducida por el pueblo que se agolpaba en tropel en derredor de ella con sus aclamaciones ordinarias de amor y entusiasmo, y que en el mismo dia silbó y motejó al duque de Wellington y otros varios miembros del ministerio. La actitud de la reina fué serena al principio; pero al ver al primer testigo, que era un criado á quien en otro tiempo habia despedido de su servicio, hizo una esclamacion mostrándose tan conmovida, que se levantó y salió apresuradamente de la sala. Ignórase si la esclamacion y súbito desconcierto fuéron efecto de un sentimiento de culpabilidad y terror, ó de su sorpresa é indignacion al recibir una prueba de ingratitud y perfidia. El primer interrogatorio de este hombre fué enteramente desfavorable á la reina; pero en el segundo incurrió en muchas contradicciones, que fuéron diestramente realzadas por los abogados de la princesa, y que dieron justos motivos para dudar de su sinceridad. Interpelado despues sobre el mismo punto, se turbó, y acabó por responder repetidas veces que *no se acordaba*, lo cual hizo que se le diera el apodo de *non mi ricordo*. Otro testigo, tras de deposiciones asaz oscuras y que no probaban nada, acabó por confesar que desde su llegada á Inglaterra se le habia pagado de parte del rey una pension de 4000 francos mensuales. En resúmen, tales declaraciones eran débiles, é insuficientes todas; parecian dictadas por el encono; y aun de las que fuéron mas terribles no se pudo inducir la certidumbre de la culpabilidad. Durante estos debates pareció crecer el interés general por la reina; y el pueblo, mejor dirigido por solo su buen sentido que lo hubiera sido por una lógica ministerial; el pueblo que detestaba la indecencia del proceso y el afrentoso encarnizamiento del trono, parecia querer indemnizar á aquella muger desgraciada de tantas injurias, acogiéndola con trasportes donde quiera que se presentaba, y persiguiendo con *hourras* y vociferaciones á sus adversarios. Los pormenores de este escandaloso proceso que rebajaba al ministerio inglés al nivel del ministerio servil y tímido de Enrique VIII, convirtiendo á Jorge IV en imitador del déspota mas licencioso y brutal que ha reinado sobre el pueblo británico, son de naturaleza sobrado irregular para que sea permitido trazarlos aquí. Un rey del siglo XIX ninguna disculpa puede alegar de semejante conducta como otro del XVI. Baste saber que despues de cuarenta y cinco sesiones, en las que los abogados de la reina Brougham y Denman desplegaron talentos notables y hasta dieron á su elocuencia una intrepidez sorprendente, habiendo el primero querido aducir una carta del baron de Ompteda, ministro de Hannover, á los dependientes de la casa de la reina para corromperlos é inducirlos á deponer contra ella, la cámara alta se negó esplícitamente á oirla.

Por fin agitóse la cuestion de divorcio; pero en el banco de los obispos, gente ordinariamente sumisa á los deseos del trono, la reina encontró un apoyo con que estaba lejos de contar. Es verdad que algunos de ellos manifestaban, valiéndose de argumentos teológicos, que se hallaba hartó probado el adulterio para justificar el divorcio; pero el arzobispo de Yorck, á cuyos ojos era el matrimonio un vínculo indisoluble, pronuncióse severamente contra tal opinion, habiendo sido del mismo dictámen otros muchos, quienes rehusaron con él votar el divorcio. Considerando los lores Lansdowne y Grey la cuestion bajo un punto de vista puramente político, y desentendiéndose de los principios de la Constitucion, declararon que en efecto era muy cierto que ninguna muger podia ser esposa del soberano sin ser reina al mismo tiempo; pero que el matrimonio del rey, nó siendo tanto un contrato social como un contrato político celebrado por interés del estado, no podia una muger degradada y envilecida ser esposa del monarca, sin que á su vez se ajáran el trono y la dignidad real.

Todas estas discusiones, como puede inferirse, no servian mas que para irritar al pueblo y acrecer el desconten'o público, dejándose oir donde quiera los murmullos, y acusándose abiertamente á los ministros

de haber acogido de intento las calumnias mas odiosas y menos fundadas. Decíase que hacia muchos meses tenian paralizados los mas importantes asuntos; que vendian á su rey, insultaban á su reina, y lastimaban la moral con la publicidad de unos procedimientos repugnantes. Intimidado el ministerio por la violencia de semejantes rumores, retiró por fin la propuesta de divorcio, siendo recibida la noticia con el mayor júbilo en Londres y en los tres reinos. Por ello hubo iluminaciones: dirigióse el pueblo en gran número á las casas de los ministros á que tambien iluminárán, sin que todos los esfuerzos de los esbirros y militares pudieran impedir los desórdenes y escesos que siempre resultan de semejantes efervescencias populares. Hasta en las mas altas clases hubo fiestas suntuosas: la reina recibió la visita del príncipe Leopoldo y la del duque de Sussex. Suplicóse al rey que despidiese sus ministros, y el dia en que se retiró el proyecto de divorcio subieron repentinamente los fondos consolidados.

CAPITULO CVI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1821.)

Anunciábase esta legislatura con toda la agitacion del año anterior, y apenas se prestó atencion alguna á la mencion hecha por el rey en su discurso acerca de los borrascosos negocios del Continente. Todos los espíritus se ocupaban de un solo objeto, el proceso real, aguardándose con impaciencia su desenlace. Hallábanse de nuevo frente á frente los dos partidos: jamás habia tenido el del ministerio tan gran número de enemigos, y la animosidad que se le profesaba subia hasta el rey mismo. Diariamente recibian ambas cámaras numerosas peticiones para que se restableciera en la litúrgia el nombre de la reina, y se le restituyeran sus derechos y privilegios; pero eran inútiles todas estas tentativas, sin que de aquí resultáran mas que discursos los mas virulentos contra el ministerio, no produciendo otro efecto que el de convencer á la nacion que las conciencias ministeriales estan al abrigo de todos los ataques. Lord Castlereagh creyó deber tomar la palabra para justificar la conducta de los ministros con respecto á la reina; pero aun cuando no lo hubiera hecho, lo que acaso hubiera redundado en alabanza suya, no era menos seguro su triunfo, y así obtuvieron una mayoría considerable, aunque esto no desanimó á los amigos de Carolina. Votóse en su favor una renta anual de 50,000 libras esterlinas que debian ofrecérsele á nombre del pueblo, habiendo sido tal votacion á despecho de lord Castlereagh. Pero aun despues de este subsidio anual que se le debia de justicia y que el rey mismo no pudo menos de pedir en su discurso de apertura, no se apaciguó la animosidad pública, habiéndose dirigido al ministerio nuevos y violentos ataques. El marqués de Tavistock pidió la palabra para pedir justicia de su conducta; pero una gran mayoría desechó tal demanda.

Por fin, esta cuestion de naturaleza enteramente doméstica cedió su lugar por un momento á otra de interés mas general, la conducta de las potencias aliadas con respecto al reino de Nápoles, invadido á la sazon por sus ejércitos. Al recaer los pueblos de Italia bajo el yugo de sus antiguas dinastías, no habian recobrado con ellas sus preocupaciones y sus viejas ideas: imponer una marcha retrógrada al pensamiento, cuando una vez ha tomado vuelo, no es cosa posible al hombre, por soberano que sea y por temible que pueda ser su despotismo; y en Italia quedaba desde la residencia de los franceses en ella un espíritu de libertad y de reforma, que no podia ser destruido en lo sucesivo por todo el poderío de una restauracion. Nápoles pedia á gritos lo mismo que España y Portugal la Constitucion, y una revolucion sostenida por los carbonarios se habia realizado á pesar de los esfuerzos del Austria, habiéndose visto obligado el rey Fernando á ceder y aceptar la Constitucion con el juramento de observarla inviolablemente. Pero la revolucion de Nápoles habia acarreado la de Sicilia, sometida hasta entonces á las leyes de la primera, habiendo tomado dicha isla las armas para sacudir un yugo detestado. Armándose Nápoles y Palermo una contra otra, se convirtieron en teatro de mortandad y guerra. Estos terribles movimientos no pudieron ocurrir sin alarmar al emperador de Austria que se veia amenazado en sus estados de Italia, y sin atemorizar las viejas monarquías de Europa. Armáronse de nuevo las provincias aliadas para domar lo que llamaban nuevo espíritu revolucionario, é intimaron á Fernando en un manifiesto publicado en el congreso de Troppau, que disolviera su parlamento y restableciera el anterior régimen, ó que se preparára á la guerra.



Arcada de Burlington.

Tomando lord Grey con este motivo la palabra, preguntó qué derechos tenian los soberanos aliados para constituirse censores de Europa, hacerse jueces de las transacciones interiores de otros estados, y permitirse intimar á su soberano independiente á comparecer ante ellos para condenar una Constitucion que habia querido dar á su país. Esto en su concepto era declarar esplícitamente que no tolerarian ninguna mudanza de régimen que no cuadrara á sus miras. Nada á su parecer habria mas injusto y subversivo que semejante principio. Los ministros para justificarse reiteraron la seguridad de que el gobierno inglés no entraba para nada en tal conducta: con lo cual fué desechada la mocion de lord Grey para que se presentáran las comunicaciones de todos los convenios hechos entre S. M. y las potencias estranjeras con respecto á los asuntos de Nápoles. Lord Landsdowne presentó tambien una mocion para que se dirigiera una nota á las potencias aliadas, pero en vano; pues lord Castlereagh, sobrado propenso á la causa de los reyes é indiferente á la de los pueblos, no podia avenirse á dar esplicaciones mas ámplias sobre su conducta, y así se respondió desentendiéndose á pretesto de la estricta neutralidad, sin que estas discusiones produjeran en definitiva resultado alguno para Nápoles, que forzada á recibir los ejércitos austriacos, fué vuelta á poner bajo el látigo del despotismo.

Pronunciado por M. Plunkett un discurso lleno de vigor y brillantez en favor de la emancipacion de los

católicos, produjo la mas viva sensacion en la cámara de los comunes, la cual, sin embargo de la oposicion de M. Peel, acogió las seis resoluciones del primero y sus dos proyectos que versaban sobre la revocacion de la incapacidad de los católicos, y sobre la formacion de una ley para ofrecer garantías á la sucesion protestante al trono así como á la iglesia reconocida. En esta ocasion pudo M. Canning patentizar su celo por tal causa, habiéndolo hecho con el calor y la elocuencia que obran tan poderosamente cuando dimanan de sentimientos generosos y de conviccion sincera.

La paz de que gozaba Inglaterra habia sido conquistada, segun decia, en gran parte por las armas de los católicos y cimentada por la sangre católica, y seria una ingratitud manifiesta desconocer por mas tiempo sus derechos. En seguida recurrió á las hermosas metáforas que realzaban mucho su estilo. «Hace tres si- »glos, dijo, nuestras obras son con respecto á la natu- »raleza lo que los diques con respeto á las rápidas cor- »rientes, que son contrariadas y rechazadas por ellos en »lugar de ser favorecidas y apoyadas. Nosotros los he- »mos levantado sobre las aguas, en términos de domi- »narlas y amenazar á todo lo que intentara allanarlos y »trasponerlos. Pero después de tantos siglos de dura- »cion, el tiempo casi los ha roto, y el istmo estrecho »que forman se estiende entre dos caudalosos rios, que »hoy apenas separados, estan próximos á confundirse. »¿Reconstruiremos ahora estos diques medio arruina- »dos, ó dejaremos que acabe de destruirlos el tiempo y »la fuerza de las circunstancias, cuyo evento, aunque »lejano todavia, sobrevendrá, sin ser en tal caso mas »que una ventaja obtenida sin gloria; ó bien cortare- »mos para siempre el istmo que continua subsistiendo, »y dejaremos que flote el arca de nuestra Constitucion »sobre las aguas agitadas de dos rios reunidos?»

Examinada la cuestion como siempre con un espíritu mucho menos favorable y generoso en la cámara de los pares, encontró esta vez un poderoso adversario en el duque de York, heredero presunto del trono. «Educado, dijo, en los principios de la iglesia estable- »cida, cuanto mas reflexiono, tanto mas me convenzo »de que sus intereses son inseparables de los de la Cons- »titucion: yo la considero como parte integrante de »esta, y Dios quiera que las cosas se mantengan así por »largo tiempo todavía. Deseo no obstante que todos se »persuadan que ninguno es mas amigo que yo de la to- »lerancia; pero creo que hay que hacer una gran dis- »tincion entre permitir el libre ejercicio de una reli- »gion, y conceder derechos y poderes políticos.» Este lenguaje, que agradó infinito á los partidarios de la alta iglesia y á los torys, decidió la desestimacion del proyecto que tenia por objeto abolir las restricciones contrarias á los católicos.

Habia otra cuestion que hacia algun tiempo preocupaba á los comunes, y era la necesidad de quitar las franquicias á algunos pueblos cuya corrupcion era notoria, y de estender los derechos electorales á los condados ó ciudades populosas que todavia carecian de representacion parlamentaria; pero la mayoría se opuso á la realizacion de tal mejora, y todo lo que sir John Russel pudo alcanzar y podia hacer vislumbrar un éxito mas completo en lo sucesivo, fué que los privilegios electivos del pervertido lugar de Grampound fueran trasferidos definitivamente á la ciudad de Leeds.

Aproximábase la época de la coronacion, por no haber querido Jorge IV diferir por mas tiempo esta ceremonia, toda vez que nada le agradaba tanto como la pompa y el fausto. Pero tal ocasion fué desgraciadamente para la reina un nuevo motivo de manifestar sus pretensiones; y no bien lo hizo, cuando se despertó con mas encarnizamiento que nunca el encono apenas amortiguado de sus enemigos. Desechada su demanda de ser admitida á la coronacion por el consejo privado que contaba de antemano con satisfacer así al rey, el partido de la oposicion esperimentó tal descontento, que pareció dispuesto á reproducir las disputas: pero la prorogacion del parlamento puso obstáculo á ellas inmediatamente. Habria sido acertado para Carolina no pasar á ulteriores tentativas; pero mal aconsejada, y sobrado propensa naturalmente por lo altivo é intrépido de su carácter á retar á sus enemigos, escribió á lord Sidmouth que teniendo intencion de asistir á la ceremonia que debia tener lugar, deseaba que la señalara un puesto adecuado á su rango, é impelida por una funesta exasperacion mandó prevenir al mismo tiempo al arzobispo de Cantorbery, que queria ser coronada á los pocos dias que el rey. Un paso tan sumamente imprudente no podia menos de atraer nuevas humillaciones, pudiendo decirse que estaba destinada la infeliz muger á pasar y apurar todas las amarguras. El rey dispuso con insultante frialdad que se la respondiera formalmente que no le acomodaba ni que fuera coronada, ni aun que asistiera á su coronacion. Brougham y Denmon hablaron con tal motivo recurriendo á todos sus medios para hacer valer los derechos de la princesa como reina, la cual publicó además una altiva y enérgica protesta, concluyendo así: «Si la decision »tomada con respecto á mí tiene por objeto ofrecer un »ejemplo á los tiempos venideros, no será otro que el »de la opresion sostenida por las formas legales, y el de »la injusticia sancionada por la autoridad real. Prote- »ger al súbdito de la mas baja esfera lo mismo que al »de la mas elevada, es no solo el verdadero, sino el »único objeto de todo poder soberano; sin que pueda »ser legítimo ningun acto que no se funde en estos prin- »cipios de eterna justicia, pues la ley sin ellos no es »mas que la máscara de la tiranía, y el poder real el »instrumento del despotismo.» Esta protesta, á pesar de ser tan vigorosa, no surtió efecto alguno. Entre tanto hacíanse los preparativos para la ceremonia, desplegándose en la iglesia de Wetsminster toda la magnificencia régia. Ya se agolpaba una turba inmensa en derredor de la abadía, y hallábanse cuajadas de gente las plazas y calles, cuando en las puertas de Westminster se presentó la reina con lady Hamilton y lady Wood en un carruaje tirado por seis caballos. Al verla resonaron las mas ruidosas aclamaciones, precipitándose la multitud hácia ella, á pesar de todos los esfuerzos de los agentes de las autoridades. Llegó hasta elp órtico del templo, pero no se la permitió pasar adelante: en otras puertas sucedió lo mismo, y en vano insistió lord Wood diciendo á los que custodiaban las puertas: «Es vuestra reina:» pues permanecieron inflexibles. Desconcertada y sin poder soportar por mas tiempo una escena tan duramente humillante, retrocedió la princesa en su coche en medio de un violento tumulto y una confusa gritería. Enfurecido el pueblo por el ultraje que la reina acababa de recibir, después de conducirla á Brandemburgo House, se encaminó á las plazas de Grosvenor y Berkley, donde apedreó las ventanas de varias casas ministeriales.

No por esto dejó de celebrarse la ceremonia de la coronacion con la mas solemne magnificencia: colocóse la corona de San Eduardo en las sienes de Jorge IV, el *Te Deum* retumbó en las bóvedas sagradas, y todos los príncipes, prelados y grandes del reino estamparon en el carrillo izquierdo del soberano el ósculo de etiqueta.

Pero ínterin el nuevo monarca se embriagaba con los homenajes y los inciensos de una corte sumisa, sin la menor muestra de piedad á la madre de su hija, de aquella princesa Carlota que habia sido el ídolo de la nacion y de sí mismo, la infortunada reina devoraba su ignominia en el silencio, habiendo venido á agravarse las angustias de su alma con los padecimientos que ya anteriormente habia sentido. ¿Fué la indisposicion efecto natural de un pesar demasiado violento, ó mas bien de un criminal atentado? Todo es misterio: lo que hay de cierto es que desde esta época decayó su salud con rapidez estraordinaria. El 3 de agosto fué atacada de repente por una efermedad inflamatoria que desde

los primeros momentos tomó un carácter alarmante. Todos los esfuerzos del arte fuéron inútiles; al cuarto dia se vió en el último estremo, y tras de unos dolores agudos que infundieron espantosas sospechas sobre la naturaleza de tal enfermedad, espiró el 7 de agosto á los cincuenta y cuatro años de edad. En los últimos momentos no manifestó mas que calma y resignacion: ni una sola palabra de resentimiento contra sus enemigos salió de su boca: ni una sola espresion de amargura se escapó de sus labios contra el esposo acusador que la habia entregado á los escarnios y á la deshonra, aunque no cesó de protestar de su inocencia. Advirtiendo la impresion dolorosa que sus crueles padecimientos producian en los amigos que la rodeaban, y previendo que á su muerte se buscaria quizá su causa donde podia encontrarse, declaró que se oponia espresamente á que se abriera su cuerpo. «Yo no he servido, dijo, mas que de espectáculo durante mi vida; que no suceda así despues de mi muerte.» En un codicilo espresó el deseo de que en su sepulcro se estampara esta inscripcion: «A la memoria de Carolina Amalia Isabel de Brunswick, »reina ultrajada de Inglaterra.» Pero no se respetó esta postrera voluntad que lastimaba el orgullo desapiadado de la corona y del ministerio.

La ausencia del rey que pasó á Irlanda en seguida de su coronacion, la efervescencia de los ánimos, y el rumor generalmente difundido de que para ser natural habia sido demasiado pronta la muerte de la reina, contribuian á causar inquietud é inconvenientes al ministerio: el sombrío estupor que reinaba en el pueblo, parecia anunciar demostraciones terribles de furor; todo en fin podia hacer prever nuevas escenas de tumulto. Para prevenirlas ordenaron los ministros que no atravesara la capital el cortejo fúnebre, sino que tomara una ruta desviada para ir á Harwich, desde donde debia ser trasladado el cuerpo, á bordo de la fragata *Glasgow* que debia conducirle á Brunswick, segun lo habia pedido la difunta. La comitiva en consecuencia púsose en marcha por las calles de los arrabales, esquivando especialmente el barrio del centro; pero junto á la iglesia de Kensington y de Hyde Park encontróse de improviso obstruido el paso, y una poblacion inmensa guiada por hombres á caballo, detuvo el cortejo con la gritería mas terrible contra la tropa, que al momento fué rechazada á pedradas. Irritándose esta, hizo fuego, del cual resultaron varios muertos y heridos. El coraje del pueblo llegó con esto á su colmo, habiendo crecido tanto la multitud, que logró rechazar á la fuerza armada y hacer que retrocediera el cortejo. Entonces apareció el lord corregidor, quien exhibiendo las órdenes que habia recibido, ordenó la retirada de los soldados. «¡La reina asesinada, la reina asesinada!» gritaba la muchedumbre en todas partes, habiéndose apoderado del carro mortuorio para arrastrarlo al palacio real, y hacer allí un sacrificio expiatorio. A fuerza de reflexiones y prudencia, lograron los agentes públicos aplacar á los mas exasperados, é impedir que los frenéticos perpetráran horrorosos escesos, hasta que al fin despues de ocho horas de una marcha lenta y penosa, que interrumpian á cada instante amenazas y gritos de venganza, pudo llegar el cortejo á los límites de la capital. Al dia siguiente arribó el cuerpo á Harwich, donde fué recibido con los honores militares, y embarcado en seguida en la fragata destinada á trasladarle á Brunswick, para ser depositado en el panteon de su familia.

Así finó una princesa cuya conducta, por culpable que pudiera ser, lo cual nunca se probó de una manera cierta, no habia merecido tanto rigor y vilipendio. Quizá tuvo grandes faltas que echarse en cara; careció sin duda de valor para soportar el desamparo de su juventud, y fué imperdonable su ligereza como esposa, como madre y como reina. Pero ¿quién leerá jamás la relacion de sus desgracias y faltas, sin conocer que recaen en parte sobre la cabeza de su marido, el cual nos atrevemos á decirlo, la dió primero el ejemplo mas funesto con los vergonzosos desvaríos de una juventud corrompida? Aun en la hipótesis de la culpabilidad de la princesa, merece ser censurada la conducta de Jorge IV: al denigrar la memoria de Carolina, ha denigrado la suya y ajado el carácter inglés. Hay trances penosos, detalles íntimos de la vida, que no es dado á un soberano revelarlos, por dolorosos que sean: hay dias de amargura que no deben existir mas que para uno solo, y el hombre sobre el trono no debe descubrir en lo concerniente á la humanidad mas que lo que sea honroso y grande.

El rey solo volvió á Londres para preparar su viaje á Hannover y nombrar un consejo de regencia. Su visita á Irlanda con el designio, segun decia, de mejorar la situacion de este país, no habia sido mas que una vana ostentacion sin resultado alguno para el bienestar de sus habitantes, que vieron desvanecerse una vez mas sus esperanzas; y así, apenas regresó á Inglaterra, estallaron allá nuevos disturbios. Los orangistas, gente rica por las confiscaciones y ufana con sus triunfos sobre los católicos, tenian á estos en una especie de servidumbre deplorable, y el diezmo, que se pagaba simultáneamente al clero católico y anglicano, era motivo perpétuo de quejas y conmociones. Reducidos muy pronto los labradores irlandeses á la mas terrible miseria, abandonáronse á todos los escesos, convirtiéndose en particular la provincia del Mediodia en teatro de violencias y muertes. Iban de noche bandas organizadas á allanar las casas de los nobles y de los renteros ricos, y cualquiera que fuera condenado por ellos, perecia acuchillado ó quemado. Al pronto fuéron infructuosos los medios empleados para remediar estos males: la fuerza que nace de la desesperacion es terrible: indiferentes los rebeldes al miedo de los castigos y hasta de la muerte, resistiéronse á las tropas, haciéndolas retroceder repetidas veces. Siendo entonces indispensables medidas vigorosas, envióse á toda prisa á Irlanda con un considerable cuerpo de tropas al marqués de Wellesley, cuya popularidad, si en circunstancias menos graves habria podido ser de mucha ventaja, fué en la actualidad completamente nula. Reproducir lo pasado, apelar á remedios casi siempre mas perjudiciales que saludables, y renovar leyes odiosas antes que recurrir á medidas mas conformes con el espíritu del tiempo y de las circunstancias, es ordinariamente el medio adoptado en semejantes casos; y como tal era el espediente que naturalmente debia ocurrir á lord Castlereagh, segun sus principios, propuso á la cámara la observancia de la disposicion relativa á las insurecciones y la suspension del *habeas corpus* por espacio de seis meses. Estas dos propuestas pasaron sin dificultad, en tanto que fuéron inútiles los nobles esfuerzos de lord Lansdowne, de sir Newpart y de M. Hume para que ordenara el parlamento una averiguacion sobre los padecimientos de Irlanda. El estado de este país era tanto mas aflictivo, cuanto que en lugar de disminuir iban en aumento los recursos de la Gran Bretaña: en Inglaterra todo era abundancia y prosperidad, mientras en Irlanda todo era miseria y desdicha. Los ricos propietarios protestantes, que tan poderosamente podian contribuir al mejoramiento del país, lejos de interesarse por él y dar una noble inversion á sus inmensas rentas, huian de Irlanda, por incomodarles su desolacion y penuria, é iban á disipar su fortuna, por muchos mal adquirida, á Inglaterra, que no necesitaba de ellos. La cosecha de patata, recurso tan importante para este país, faltaba completamente en este año, y la epidemia del tifus hacia horribles estragos en las clases pobres. En fin, la tan celebrada y encomiada union de Irlanda con la opulenta Inglaterra era un manantial inagotable de opresion y calamidad, porque en lugar de haberse unido ambos países, realmente cayó Irlanda en manos del partido que la oprimia y tiranizaba incesantemente. Es verdad que se votó un socorro de 150,000 libras esterlinas, y que se abrieron suscriciones entre las clases opulentas

pero de todo esto en resúmen no resultaron mas que limosnas que apenas satisfacieron la necesidad apremiante del momento, sin producir nada para lo sucesivo; por lo cual al finalizar el año se hallaban en insurreccion doce condados, habiéndose enviado veinte mil hombres á restablecer el órden en Irlanda. Eran indispensables, para no aplicar remedios mas eficaces á males tan graves, toda la impericia y egoismo de un ministerio endurecido y corrompido por las riquezas, y toda la tibieza de alma de Jorge IV, quien entretenido á la sazon en recibir los homenajes de su nueva soberanía, estaba dando por Hannover un paseo semejante al que habia dado por Irlanda, y recibia las políticas felicitaciones de Metternich, que se habia apresurado á acudir allí. Jorge visitó á Lila, Bruselas, Osnabruck, Niemburg, y entró el 11 de octubre en la capital de Hannover, donde pasó seis dias en fiestas y representaciones.

Interin Inglaterra luchaba por su reforma, y el gobierno se olvidaba de su dignidad en un proceso ignominioso, y gemia Irlanda, agitábase el continente, estimulado por la necesidad de independencia que no parecia calmarse por un momento sino para manifestarse en seguida con mas violencia; y así todas las naciones europeas se hallaban en un estado mas ó menos alarmante de fermentacion política. La calma aparente en que Francia habia vivido por espacio de algunos años, acababa de turbarse de repente por un acaecimiento funesto. Al salir de la ópera el 13 de febrero, fué asesinado el duque de Berry por un fanático llamado Pedro Louvel, y esta muerte llenó de luto y horror á la capital y á toda Francia. Por primera vez habia vivas disputas por causa de las elecciones francesas; el genio de la intriga tenia dividido al ministerio; la gente devota invadió los empleos, y debilitándose cada vez mas el rey por causa de sus enfermedades, no podia ya resistir con la misma firmeza las exigencias de la corte. Insurreccionábanse los obreros; siendo preciso recurrir á cada paso á la fuerza armada para disipar los grupos: reinaba una especie de efervescencia en todos los ánimos, y principalmente entre la gente jóven, que encarecia las nuevas ideas constitucionales; hubo conspiraciones entre los militares, motines entre los estudiantes, y París se convirtió de nuevo en teatro de disturbios y disensiones. Nápoles, segun se ha visto mas arriba, habia sido invadido por los ejércitos aliados; el rey habia vuelto al yugo del Austria, que sojuzgaba nuevamente á toda Italia, y las sociedades secretas, dispersadas y proscritas, espiaban en el silencio y el misterio la ocasion propicia de pugnar por la causa de la libertad. Lo mismo que Nápoles, levantóse inútilmente el Piamonte por una constitucion que no pudo conseguir. En cuanto á España, ningun indicio habia de la vuelta de su prosperidad, á pesar de haber sido restablecida la Constitucion de 1812: afligíanla dos horribles azotes, la guerra civil y la fiebre amarilla. Los portugueses, cansados tambien del despotismo, se habian libertado de su dependencia con respecto á Inglaterra, la cual sentia la pérdida de su influencia sobre aquel gobierno; pero ellos rechazaron el consejo de regencia de que lord Beresford era presidente, espulsaron los oficiales ingleses, y proclamaron una Constitucion como la de España. El Brasil, una de las mejores posesiones de Portugal, se emancipó de este reino y proclamó su independencia, adoptando una monarquía enteramente constitucional. Ni aun la misma Rusia pudo escapar del influjo del siglo: al través del despotismo que la abrumaba, parecia haber recibido destellos repentinos de libertad, y que trataba de ensayarlos. Ocurrió un movimiento sedicioso entre los militares, habiéndose rebelado un regimiento de la guardia contra una disciplina que despues de la permanencia de las tropas rusas en Francia habia parecido muy rígida é ignominiosa. Este movimiento podia ser reputado por algunos como un primer preludio de revoluciones futuras.

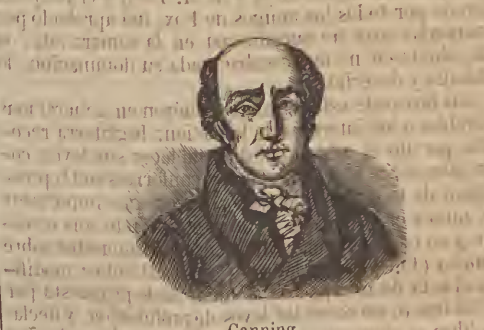
Pero entre tantos acontecimientos de este año fecundo, descuella uno que en todos los países de Europa y del mundo entero causó la mayor sensacion. Tal fué la muerte de Napoleon, que despues de cinco años de reclusion y padecimientos terminó su vida sobre la roca de Santa Elena el 5 de mayo de 1821, roca para siempre célebre, tanto por las penalidades como por el fin tranquilo de la víctima que sufrió sin quejarse el duro cautiverio en que le sumió el gobierno británico. Hacia mucho tiempo que O'Meara, médico del celebérrimo prisionero, habia declarado que sucumbiria si se le dejaba bajo la influencia de aquel pernicioso clima. Ningun aprecio se hizo de tal aviso, ni de las demandas dirigidas por él mismo Bonaparte al gobierno británico. Hudson-Lowe, gobernador de Santa Elena, cumplió exactamente las órdenes que se le dieron de custodiar al ex-emperador con la mas severa vigilancia.

CAPITULO CVII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1822.)

Hallábanse en esta época poseidos los ánimos de la mayor efervescencia: la miseria de Irlanda, el mal estado de la agricultura, y las incesantes quejas de los renteros y propietarios, cuyos opuestos intereses estaban lastimados por las leyes sobre cereales, habian acrecentado el descontento general en términos de que alarmado el gobierno, juzgó indispensable modificar el ministerio, admitiendo en él al partido Grenville que le era contrario. Esto era ofrecer un cebo irresistible á los ávidos competidores que no aspiraban á los cargos públicos mas que por ambicion y codicia; por lo cual ninguna ventaja podia esperarse de tales nombramientos, sino es del de M. Peel, quien reemplazando á lord Sidmouth en los negocios estranjeros, le aventajaba en prestigio y capacidad política. M. Canning, mas idóneo



Canning.

que ningun otro para dirigir el ministerio, habia mostrado demasiada decision por la causa de la reina, y sus principios políticos se hallaban en oposicion sobrado marcada con los del rey para que se le admitiera con facilidad en el gabinete: para esto era precisa la imperiosa necesidad que no debia tardar en presentarse; mas como era acreedor á una recompensa por los servicios que habia prestado en las Indias Orientales como presidente del Consejo, fué nombrado gobernador general de la Compañía. Tal honor, por distinguido que fuera, no podia satisfacer á M. Canning, que así perdia la ocasion de servir á su país como deseaba: persuadido de que entonces dejaba la escena política, si no para siempre, al menos para mucho tiempo, quiso hacerlo con brillo; y al efecto ninguna cuestion le pareció mas á propósito para desplegar sus ideas y generosos sentimientos, que la relativa á que fueran admitidos en la cámara de los pares los católicos de Irlanda, rechazados hasta entonces con terquedad por el duque de York, los

obispos, los lores y el mismo pueblo. Con tal designio pronunció un discurso notable por la elocuencia y el sarcasmo. Sacando partido diestramente de la fiesta de la coronacion en que acababan de figurar los pares de Irlanda al lado de los de Inglaterra, habiendo recuperado por un momento todos sus privilegios, dijo: «¿Quién »se habria jamás imaginado la estraña escena que iba á »chocar á las miradas de los representantes de las na»ciones católicas, que habian ido á presenciar tan es»pléndida ceremonia, y debiéron creer al ver al duque »de Norfolk desposeido en seguida de aquel fastuoso es»pectáculo del ejercicio de sus privilegios y despojado »repentinamente de sus insignias y ostentoso ropaje, »que ya no volveria á ponérselo hasta el dia (ojalá muy »lejano) de una nueva coronacion? Así pues el duque de »Norfolk al mostrarse á los nobles, al pueblo, á toda In»glaterra reunida, á los embajadores de los príncipes y »de las naciones europeas, como el mas elevado entre »todos los pares del reino; lord Clifford y tantos otros »descendientes de una larga série de héroes é ilustres »ascendientes, no han comparecido allí mas que para »completar la pompa y el aparato de la funcion; y á se»mejanza de las arañas, girándulas y banderas destina»das á recrear los ojos, no débian ser mas que orna»mentos pasajeros sin ninguna otra utilidad. ¿No debian »haber doblado la rodilla y besado la mano que derra»maba sobre ellos tan nobles favores? ¿De qué podian »quejarse con verdad? ¿Qué faltó á su gloria? ¿No han »sido admitidos á llevar la cola de la dignidad régia?... »¡Ah! desempeñaban el empleo que en lo antiguo se ha»bia señalado á los bretones sus antepasados por el or»gullo de los soberbios romanos! ¡y su quimérica im»portancia debia desvanecerse con el estrépito de la »ceremonia! A medida que la brillante ilusion se debi»litaba, reaparecia la humillante realidad, y el mismo »que en la víspera estaba el primero á la cabeza de los »pares carecia á la mañana siguiente del derecho de sen»tarse como su igual entre ellos.»

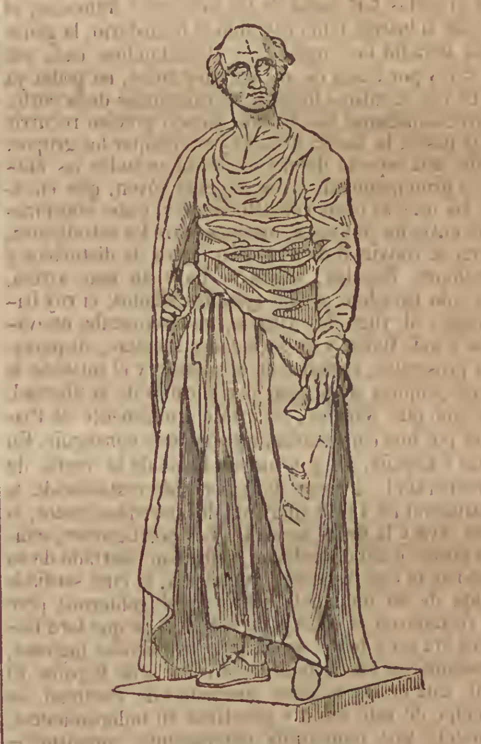
Este discurso causó la mas viva sensacion á pesar de la oposicion de los torys y de M. Peel, y el proyecto apoyado por todos los amigos de Fox, fué aprobado por la mayoria; mas no sucedió así en la cámara alta, la cual solícita en no menoscabar nada su dominacion, lo combatió y desechó.

Las tareas de esta legislatura fuéron en general mas favorables á los intereses de la nacion: Inglaterra reconocia por fin la necesidad de establecer sus leyes comerciales sobre bases mas latas y conformes con la prosperidad de todos los pueblos, y que era mas importante que nunca el revisarlas. Nombróse al efecto una comision, y en consecuencia redujéronse los impuestos sobre el *malta* (1), la sal y algunos otros artículos: modificóse el acta de navegacion al tenor de lo propuesto por M. Robinson, así como las leyes de prohibicion, y declaróse libre el comercio con mucho disgusto de los dueños de naves, los que se quejaron altamente, pretendiendo que la abolicion de las antiguas reglas de navegacion seria un golpe funesto para Inglaterra. Pero tal oposicion no surtió efecto alguno, pues ya habia pasado el tiempo de las rutinas, y habiendo llegado ya el de las reformas, debian estas realizarse gradualmente.

Ofrecíanse tantas cuestiones importantes al exámen y á la discusion, que hasta el 6 de agosto no pudo verificarse la prorogacion del parlamento. Esta era muy ansiada por el rey, quien proyectando hacia mucho tiempo un paseo triunfal por Escocia, partió á los cuatro dias de la prorogacion para Edimburgo, donde juntos los wighs y torys le preparaban un recibimiento pomposo en Holy-Rood, palacio que desde la desaparicion del esplendor de los Estuardos no era mas que una vasta soledad. Este suceso reunió por un momento todos los partidos; el palacio recuperó su brillo; la ciudad de Edimburgo, revestida de todo el aparato

(1) La cebada preparada para hacer cerveza.

militar, volvió á la animacion de los dias de su grandeza, y el descendiente de los Brunswiks hizo su entrada en la morada de los Estuardos, escoltado por una guardia de honor de pajes pertenecientes á las familias mas nobles y de todas las diputaciones de los clanes (1) escoceses. Pero las fiestas que Escocia ofrecia al rey de Inglaterra fuéron turbadas de improviso por la noticia de un suceso que dejaba prever consecuencias políticas harto graves para que el rey acelerara su regreso á Inglaterra. Lord Castlereagh, marqués de Londonderry desde la muerte de su padre, acababa de terminar su vida por medio del suicidio. Tan inesperado fallecimiento, cuyo motivo ha quedado muy incierto, sobrevenia en medio de circunstancias que la daban mucha gravedad, á saber: los asuntos de España y Portugal por un lado, y los de Oriente por otro. Semejante catástrofe ponia pues al ministerio en una perplejidad tanto mas grande, cuanto que era probable que el gabinete británico iba á adoptar una marcha contraria á la que hasta entonces habia seguido: así, los enemigos de la política mezquina y poco generosa de lord Castlereagh, á quien siempre habia tachado la nacion por sus deferencias con el trono, por su facilidad en prodigar el oro de Inglaterra y por sus secretas simpatías á la santa alianza, regocijáronse con la esperanza de que el nuevo ministerio seria mas propicio á la causa de la libertad, y mas acomodado al verdadero espíritu de la Constitucion. Pero antes de pasar mas adelante echemos una rápida mirada á los sucesos que estamparon en esta época tan poderoso interés á los ojos del mundo entero.



Estátua de Canning.

De todos los países conmovidos á la sazon por el espíritu de independencia, el Oriente era el que ofrecia mas interés y atraia mas esclusivamente todas las miradas. Los griegos despertábanse por fin del envilecimiento en que vivian desde mucho tiempo atrás, y ruborizándose de su degradacion en medio de la ci-

(1) Raza escocesa.

vilizacion europea, habian resuelto reconquistar su libertad y emanciparse del yugo tiránico de Turquía. Despues de la infame venta de Parga, despues de la proscripcion de los soulitas y la fuga de los parganos desterrados del hogar de sus padres, no habia cesado la causa de los griegos de interesar vivamente á las Córtes. El Epiro fué el primero en romper sus cadenas, habiendo resonado su grito de libertad hasta en las estremidades del mundo: el pretesto del alzamiento fué la rebelion del feroz Alí; y los soulitas, impelidos no tanto por sus promesas artificiosas como por la apremiante necesidad de reconquistar su independencia, volaron á las armas. Las llamas de la insurreccion incendiaron en poco tiempo la Morea: armáronse á su vez Moldavia y Valaquia, incitadas por Alejandro Hypsilantis: siguieron su ejemplo el Peloponeso, el Atico, la Bescia y las Ciclades enarbolando el estandarte de la Cruz, y la Grecia entera levantóse electrizada y regenerada por el espíritu del siglo. Horribles matanzas fuéron el primer resultado de esta revolucion asombrosa, que la potencia otomana no supo prever y estaba muy lejos de querer cortar con ninguna concesion. Constantinopla fué teatro de muertes y atroces crueldades; pero nada era capaz de intimidar al pueblo oprimido que acababa de improviso de recobrar su energía y de reconocer con vergüenza la ignominia en que estaba sumido, y donde quiera despreciaba la vida en odio de la esclavitud vilipendiosa.

Solos los valaquios y los boyardos, degradados completamente por una doble servidumbre, habian podido, amedrentados por las amenazas de Rusia y ganados por las intrigas de Austria, olvidar el honor y vender á sus hermanos. Pero ¿qué influyen algunos cobardes sobre un pueblo de héroes cuyo número crece de dia en dia y que tienen al frente hombres como los Botzaris, Hypsilantis, Germanos, Maurocordatos, Athanasios, Jorges Olimpianos, Colocotronis, Miaulis, Pipinos, Canaris y otros muchos? Existia el batallon sagrado de los Helenos para lavar con su noble sangre la infamia de los valaquios: casi todos ellos, abrumados por el número, habian perecido en Jassy y Bucharest bajo el acero asesino de los musulmanes, y Alejandro Hypsilantis, perdido por los suyos, no habia encontrado en Austria otro refugio que sus prisiones mortíferas. Toda Europa palpitaba de interés por una insurreccion de aquella naturaleza, y las venganzas sanguinarias de los turcos, las terribles represalias de los griegos, su intrépido coraje, sus desgracias, todo parecia dar á esta causa un carácter sagrado: ella inspiraba tantas mas simpatías, cuanto que correspondia elocuentemente á la ardiente necesidad de libertad que fermentaba entonces en todos los espíritus; y así no tardó en atraer los votos de la fogosa juventud del siglo, que creyó ver en el alzamiento de los griegos modernos la resurreccion de la Grecia antigua.

La jóven generacion británica esperimentó como todas las demas un entusiasmo súbito por la causa de la libertad y de la humanidad: todos los corazones ingleses respondieron al primer llamamiento de los griegos; pero el gobierno, inalterable en su marcha política, guardó silencio. Proteger la revolucion de los griegos hubiera sido ponerse en oposicion manifiesta con las potencias aliadas, lo cual le aconsejaba evitar el interés comercial que era el mas caro de Inglaterra, y porque por otra parte de soberano á soberano, de gobierno á gobierno, hay una especie de fraternidad inclemente que nunca se viola aunque hayan de ser víctimas los pueblos. Las simpatías hácia los griegos se manifestaron en Inglaterra como en todas partes por medio de copiosos socorros, suscriciones piadosas, caridades y nobles limosnas, apresurándose además hombres ardientes y abnegados á alistarse en las banderas de la Grecia regenerada. La política egoista y glacial de lord Castlereagh no fué bastante para resfriar la nacion británica y entibiar su generosidad: ella dió su oro á manos llenas, mientras que Francia, mas afortunada, auxiliaba por medio de su soberano con sus fragatas, su dinero, á los héroes y mártires griegos.

A la par de lo bello y honroso que era para la humanidad el contemplar la unánime simpatía de los pueblos hácia aquella heróica nacion, era penoso y repugnante el observar el egoismo inhumano de los gobiernos cristianos que, imbéciles esclavos de una política monstruosa cuyo mas decidido partidario era el gabinete de Viena, y que sin compasion á tan gran infortunio, á una causa tan santa, permitian que Grecia se inundara de sangre y se cubriera de ruinas y cadáveres. De cuando en cuando dirigian tibias é ineficaces representaciones á la Puerta que ningun caso hacia de ellas, prosiguiendo siempre con igual encarnizamiento la guerra: el saqueo y el incendio devoraban los hermosos restos de Grecia, y su desgraciado pueblo, al paso que defendia valerosamente sus libertades sobre sus humeantes escombros, recordaba al mundo asombrado las virtudes y la gloria de la primitiva Grecia. La venganza de los musulmanes recaia esterminadora é insaciable sobre los infelices cristianos de Constantinopla, agobiándolos con persecuciones cuyo resultado era la muerte. Sus patriarcas y obispos eran degollados: nada podia aplacar el fanático furor de los turcos, y en especial de los genízaros, que mataban á los griegos en las calles, los ahorcaban ó arrojaban al Bósforo; en fin, donde quiera que vivian turcos y cristianos reinaban el asesinato y la carnicería. Patras, poblacion la mas fuerte del Peloponeso, engañada por el cónsul inglés que por miedo de desagradar á su gobierno no osaba manifestar compasion á los griegos, y les referia especies falsas para atemorizarlos y quitarles el poder de la resistencia, habia visto degollar á sus habitantes, fuera de un corto número que se salvó por el celo del cónsul francés.

Este nuevo desastre ocasionó nuevos héroes: hasta las mugeres disputaban el honor de defender la patria. Bobelina acudió desde la isla Spezzia con sus cuatro hijos, su fortuna, sus naves y batallones enteros equipados y armados por ella. Algunos triunfos inspiraron por fin esperanza á la desahuciada Grecia. Atenas se hizo libre. Misolonghi, pueblo ignorado hasta entonces, se tornó ilustre por sus dos sitios: Tripolitza, que cayó en poder de los griegos, despues de ofrecer las escenas mas espantosas de suplicios, asesinatos y represalias terribles, se convirtió en centro del nuevo gobierno y de las operaciones militares. Pero nada anunciaba de parte de la potencia otomana desaliento en sus venganzas, mostrándose tanto mas implacable, cuanto que la muerte del Pachá de Jannina, el feroz Alí, habia vuelto á dar á Constantinopla la esperanza de domar de nuevo á aquellos para quienes Alí no habia sido mas que un pretesto de sublevacion. La guerra continuaba pues destrozando la Grecia, que incendiada en todas partes y despojada de sus mas florecientes ciudades, de sus castillos, de sus templos y edificios, ofrecia el mas tremendo cuadro de desolacion, de miseria y de luto.

El Epiro, que fué el primero en dar la señal de la insurreccion, fué invadido de nuevo por los turcos: Souli fué asediada por segunda vez, y sus nobles mugeres, formando tambien otro batallon sagrado, rehusaron abandonar la ciudad amenazada por el hambre, y se presentaron en el consejo con las armas en la mano, y esclamaron: «nosotras pereceremos con vosotros; ¿cuándo se nos ha visto ajenas á vuestros peligros? Sabremos escaparnos de los infieles sepultándonos con nuestros hijos en los precipicios: ¿habeis olvidado que ya han desaparecido en las olas del Achelous doscientas madres?» Pero á la mas heróica defensa se siguió la mas funesta derrota. Por fin, algunas ventajas conseguidas en Morea, los combates victoriosos de Argos y Corinto, la pérdida de treinta mil turcos en el Pelopones, levantaron de repente

aquella causa desesperada, y la armada helénica comenzó á tomar un aspecto tan imponente con ayuda de los brulotes de Miaulis y Canaris, que la Puerta Otomana juzgó oportuno ofrecer la amnistía á todos los que estuvieran prontos á volver al yugo musulman; pero aquella hallábase muy distante de las condiciones aceptables para un pueblo que acababa de recuperar súbitamente tan alto grado de energía, y los griegos no habian patentizado tanto heroismo ni vertido tanta sangre para acceder cobardemente á volver otra vez á las cadenas de la dependencia. Su única respuesta fué el grito de guerra, y la Turquía nombró nuevos esterminadores.

La isla de Chios, tan bella, tan rica, tan apreciada por las sultanas á causa de los adornos que de allí sacaban; Chios, cuyas costumbres eran tan dulces y puras, fué por espacio de un mes teatro de impías matanzas y de desenfrenada carnicería, hasta saciarse los turcos de sangre y crímenes. Lo mismo que en Patras y Smirna, salvó el cónsul de Francia numerosas víctimas, que fuéron recogidas en la fragata *Juana de Arc*. Empero en medio de tantos horrores iba á estallar una venganza justa: hallábase allí el intrépido Canaris observando la escuadra de Vedelib-Paca; apenas habian principiado los regocijos ordenados por él para celebrar lo que osaba llamar una victoria, cuando una luz siniestra vino á llenar de espanto á los verdugos. Los brulotes de Canaris acababan de incendiar el navío almirante de los turcos, que conducia dos mil trescientas personas, y los de Pipinos hicieron igual diligencia con otra embarcacion. Con esto sucedió el terror á la algazara del regocijo: un mástil destrozó al caer la cabeza del desapiadado asesino que huia: todo desapareció en las llamas y bajo las olas; y los vengadores de Chios volvieron triunfantes, dando gracias al cielo, á la costa de Ipsara.

Interin Grecia trabajaba con tanto ardor por su emancipacion, Portugal, segun se ha visto, sacudia por su parte la dependencia de Inglaterra, la cual, si bien perdia con sentimiento su influencia sobre aquel gobierno, disimulaba lo mejor posible el descontento que esperimentaba. España, siempre presa de los bandos, de las tramas y de los horrores de la guerra civil, hallábase dominada á la sazon por el partido ultrarealista protegido por el gobierno francés. El ejército de la fé habia sido destruido por Mina; y los Borbones, que se quejaban de las violaciones de territorio, acababan de enviar un representante al congresó de Verona, para pedir á las potencias aliadas que tratasen de sostener la intervencion de Francia en los asuntos de España. En medio de estos sucesos y al ir á representar á su soberano en aquel Congreso, fué cuando murió lord Castlereagh, que hacia tanto tiempo contaba con las riendas del mando. No era cosa de poca importancia el nombramiento de nuevo ministro: en Inglaterra, mas que en ninguna otra parte, son precisas altas cualidades para soportar dignamente la inmensa responsabilidad ligada á tales funciones. Conocia Jorge IV lo que perdia con la muerte de lord Castlereagh; no desconocia la dificultad de reemplazarlo aun de entre las celebridades parlamentarias que le rodeaban, entre quienes veia pocos bastante probados y aptos para figurar dignamente en el primer puesto del ministerio. Un solo hombre se ofrecia á su pensamiento, rico de talentos, de esperiencia y de una fama que entonces no tenia rival: tal era Canning, el último á quien por sus opiniones políticas y secretos resentimientos habria tratado de escoger el monarca. El sin embargo fué el nombrado para suceder á lord Castlereagh, en lo cual dió el rey pruebas de prudencia y generosidad, acallando todo sentimiento de personalidad, á trueque de no escuchar mas que la voz de la justicia, ni considerar mas que el interés de la nacion. Por lo demás, no fué el rey el único que supo triunfar de sí mismo: lord Liverpool, á pesar de la diferencia que existia entre sus opiniones políticas y las de Canning, imitó el ejemplo del soberano, tributando homenaje en el fondo del corazon al mérito y superioridad de aquel que admitido en adelante á dirigir los comunes y el ministerio de Negocios estranjeros, iba á ser su rival en preponderancia.

Hacia ya muchos años que habia principiado la vida pública de Jorge Canning: en una de las épocas mas fecundas en sucesos, y sucesos estraordinarios, fué cuando á la edad de veintidos años apareció en la escena política, ocupada á la sazon por Pitt, Sheridan, Fox, Burke, Jenkinson y tantos otros, siendo indispensable una superioridad tan real como la de Canning para osar entrar en una arena en que figuraban unos adalides tan temibles, y en que tan grandes circunstancias reclamaban imperiosamente sobresalientes capacidades. Era permitido temer con semejantes competidores; pero Canning, además del saber y del vigor del genio que dan al hombre una noble y digna confianza en sí mismo, poseia la rectitud de juicio y la prevision que sirven para templar la impaciencia del porvenir, y moderan la ambicion de gloria, cuyo ardor es á veces peligroso. Aunque dotado de una inteligencia vigorosa, y cortado para entrar como héroe en el campo de la política, tuvo bastante prudencia para no aspirar por largo tiempo mas que á la segunda línea, hallando mas honorífico el llegar allí por la pureza y firmeza invariable de sus principios, que el usurpar la primera fila por medio de algun azar afortunado, ó algun paso mas temerario que glorioso. Esta discrecion de cálculo que provenia en él, no solo de un escelente criterio, sino en especial de una gran rectitud de conciencia, es un rasgo característico que se encuentra constantemente en todos los actos de su vida pública. Después que entró en la cámara de los comunes en 1793, dedicóse no tanto á hacerse notable como orador, cuanto á penetrarse íntimamente de las formas y del espíritu de la Constitucion. Una sola vez tomó la palabra por causa de la suspension del *Habeas corpus*, y su discurso, lleno de energía y de verdad, fué una revelacion repentina del escelente talento que se preparaba. En 1797 hizo en favor de la abolicion del tráfico ne negros otro discurso en que fuéron sostenidos los sentimientos de la mas alta filantropía por la mas ardiente elocuencia; y siempre que se reprodujo la cuestion manifestóse fiel abogado de la humanidad y adversario infatigable de aquellos que por un celo mal entendido se vieron arrastrados repetidas veces á sistemas opuestos á las leyes sagradas de la justicia y de la naturaleza. Sus escritos en los periódicos de la época, principalmente en el *Antijacobino*, le adquirieron en poco tiempo una popularidad é influencia que contribuian á refrenar el espíritu de anarquía y de jacobinismo que amenazaba á la Constitucion, mas realmente que la suspension del *Habeas corpus*, las penas rigurosas de la ley y el alarde de la fuerza militar.

Sus opiniones políticas tenian muchos puntos de contacto con las de Pitt, á cuyo partido auxilió poderosamente, y preparó desde muy atrás su vuelta al ministerio con sus escritos y discursos al parlamento. El proceso de lord Melville á quien defendió, y el odioso asesinato de M. Perceval en 1812, acabaron de afianzar de una manera segura su reputacion como orador profundo, ameno y brillante: su elocuencia, robustecida por sus estudios literarios, era notable sobre todo por una gran riqueza de imágenes y un talento especial para el sarcasmo. Enemigo franco y sincero de la política mezquina y tortuosa de lord Castlereagh, la animosidad de este ministro y el duelo que ocurrió entre ellos, hubieron de ser el resultado inevitable de la oposicion perseverante é infatigable que le mostró constantemente. Sus adversarios le han reconvenido repetidas veces con injusticia por su apego á los empleos: tuvo ambicion sin duda; pero la naturaleza de esta se fundaba completamente en el interés de la gloria nacional: ha probado repetidas veces en el curso de su vida política que ninguna seduccion de honores ó de intereses era capaz de

hacerle desviar de sus principios, y siempre que vislumbró la imposibilidad de conciliar su conducta con ellos, prefirió retirarse de los negocios. Esta probidad tan rara le obligó en diversas circunstancias á rehusar nobles y gloriosas recompensas.

En ningun tiempo patentizó mejor la sensibilidad de su alma y su lealtad caballerosa, que en la época del vergonzoso proceso de la reina de Inglaterra: amigo constante y fiel de esta desgraciada princesa, no temió provocar el resentimiento del trono, desaprobando abiertamente tan impolítico proceso, y oponiéndose á él con todas sus fuerzas. Aunque muy convencido del rencoroso encarnizamiento del trono y del ministerio y de su persistencia en proseguir aquel inoportuno negocio, ninguna consideracion personal fué bastante desde entonces para retenerle en el consejo á que pertenecia, y prefirió retirarse antes que tomar parte en unos procedimientos que eran á sus ojos una deshonra para el parlamento, y una injuria manifiesta á una soberana á quien respetaba. Estos sentimientos que simpatizaban tan vivamente con los de la nacion, no contribuyeron poco á aumentar su popularidad, la cual estalló por fin en términos de indemnizarle abundantemente de las circunstancias que habian podido lastimarle y herirle; y lo que sobre todo le halagaba era el haber logrado el género de celebridad que siempre habia deseado, como el único digno en su concepto de ser apetecido, y de enorgullecer á un hombre de honor. «Hay, decia, dos especies de »popularidad: una se obtiene acariciando los errores y »las preocupaciones de la opinion pública, halagando y »atizando las malas pasiones de la muchedumbre; otra »es el premio de la firmeza y de la constancia en las »pruebas y los peligros de toda especie, aun en me»dio de las amarguras y de los disgustos que hacen »esperimentar las falsas interpretaciones de los hom»bres, sus sospechas, sus calumnias, su desconfianza, »sobre vuestra fidelidad á los principios del honor. Ja»más he pretendido la primera especie de popularidad; »mas no digo otro tanto de la segunda; y confieso que »si fuera asaz feliz para obtenerla, la apreciaria de todo »corazon.» Estas palabras bastan para dar una idea exacta del carácter de M. Canning.

No hubo pues en su vida una época mas importante que la de su advenimiento al ministerio, cuyo suceso era el mas esclarecido triunfo que podia esperar, y el testimonio mas cierto de la estimacion pública. Dominaron por largo tiempo preocupaciones de banderías y de nacimiento contra él que nunca habia adulado á ningun partido, y fué quien primero habia osado atacar y reprimir el desmedido orgullo de la aristocracia inglesa, y luchado sin temor contra los terribles escesos del radicalismo, habiendo tenido además que vencer el encono de los torys, la oposicion del poderoso jefe de los pares, lord Liverpool, y el resentimiento secreto que le guardaba su soberano por su adhesion á la causa de la reina. Hallábanse ahora superados todos estos obstáculos, y callaban todas las enemistades ante el mérito que no era posible desconocer: Canning era reputado por fin por toda la nacion como el único digno de reemplazar á Guillermo Pitt, de cuyas altas ideas participaba, á escepcion de su ódio inveterado contra la nacion francesa. Su política, mas lata é ilustrada, lejos de estar como la de Pitt emponzoñada por aquel sentimiento acre y molesto que altera y turba el juicio, era por el contrario tolerante, generosa y con tendencia manifiesta á establecer una alianza íntima entre las dos grandes potencias de Inglaterra y Francia, las que, segun su vasto pensamiento, debian de comun acuerdo servir de modelo de civilizacion y de libertad á las demás naciones. Observador filósofo de cuanto pasaba en Europa, seguia atentamente todos los progresos gubernamentales y las reformas útiles de ella, á fin de ilustrarse mejor sobre los intereses de su país; y Francia, mas que ningun otro, fué constantemente á sus ojos objeto de noble rivalidad, pero nunca de baja envidia.

Uno de los beneficios mas notables de su ministerio es la emancipacion de los católicos, siendo debida á sus esfuerzos y perseverancia una victoria tantas veces intentada y frustrada. Todo estaba preparado para ella, cuando Wellington subió al ministerio, no siendo el proyecto que presentó sobre la materia mas que el formado por su antecesor. Puede decirse del uno que preparó laboriosamente las vias del progreso y de la reforma, que luchó para allanar las dificultades, y destruyó los obstáculos á fuerza de combatir; y del otro, que solo tuvo que marchar con pasos fáciles por una ruta perfectamente trazada. Algunos espíritus apasionados han osado reconvenir á Canning por sus ideas anti-revolucionarias y anti-radicales, pues para ellos merece ser condenado y puesto en ridículo cualquier hombre público cuyos actos no lleven un carácter de violencia; pero aquellos que no se estravian por ninguna exageracion de partido le harán justicia, y reconocerán que aunque enemigo pronunciado de las revoluciones y del radicalismo, su oposicion fué siempre la de un espíritu ilustrado, exento de las preocupaciones y de la tenaz rutina que desechan ciegamente todo lo que es innovacion y progreso, y que no cesó de favorecer con celo la marcha de la razon humana y de las luces. Esto lo patentizó desde que entró en el ministerio con la manera nueva y liberal como comprendió el engrandecimiento de Inglaterra, engrandecimiento que no admitia su elevada política á costa del bienestar de las demás naciones, sino siempre que fuese efecto de una conducta diestra y desinteresada, así como de la proteccion que en adelante otorgara la Gran Bretaña á todos los adelantos posibles. Patentizó igualmente su celo con su influencia en los asuntos de Grecia, para que mediara en estos la intervencion europea. Acreditóse con brillantez su genio político en su conducta en tales circunstancias: unido por una parte á Rusia, de la cual desconfiaba y le convenia vigilarla, y por otra á Francia, cuya estimacion y amistad deseaba, supo, al trabajar por la emancipacion de Grecia, procurar por los intereses y la gloria de su país. En suma, era tal la naturaleza de sus altos y generosos pensamientos, que á sus ojos no podian ser sólidas la dicha y prosperidad de Inglaterra, ínterin no las afianzasen la dicha y prosperidad del mundo civilizado.

Si después de haberle examinado y acertado á estimarle como hombre político, se quiere conocerle como hombre privado, se le apreciará por las bellezas de su alma, sus dulces virtudes, el encanto de su ingenio á la vez brillante y gracioso, la franqueza y el candor de su carácter, la solidez de sus afecciones, y la benevolencia inagotable que resaltaba en todas sus acciones; y entonces se comprenderá la especie de fascinacion que ejercia no solo sobre todos los que vivian con él en intimidad, sino hasta sobre los que no tenian mas que relaciones transitorias. A una rica inteligencia, un espíritu vasto y profundo, un corazon susceptible de afectos los mas tiernos, juntábanse todos los dones físicos que seducen los ojos. Su elocuencia, que hubiera bastado para colocarle en el primer lugar, estaba poderosamente auxiliada por un hermoso y noble rostro y una mirada que cuando hablaba tornaba irresistible dicha elocuencia. En fin, esta reunion tan completa y rara de todos los dones físicos y morales obligaba á decir de él á sus numerosos amigos, que el diamante y el cerco eran dignos el uno del otro.

Terminaremos este bosquejo de uno de los mas bellos caractéres políticos del siglo y de la historia moderna con algunas palabras debidas á la pluma de su esposa. Este documento, que es un elocuente testimonio de la íntima union de marido y muger, y que puede dar una idea de la alta confianza que Canning puso en ella, es acaso el mas interesante y precioso entre todos los que mejor han servido para apreciar el carácter eminente del estadista.

«La política de M. Canning, dice su esposa, consistia

»en asegurar á la Gran Bretaña la confianza y benevo»lencia de las demás naciones, no halagando las preo»cupaciones de los pueblos, ni estimulándolos al des»contento y encono contra sus gobiernos, sino manifes»tándoles la resolucion inalterable de obrar con respecto »á ellos con justicia é imparcialidad. Así con su lenguaje »y conducta desafió sin reparo las preocupaciones de »unos y los principios viciosos de otros, y en tanto que »manejó el timon, ni un solo gobierno europeo osó pro»vocar el resentimiento de Inglaterra, por la persuasion »de que seria la medida mas impopular el aventurar una »guerra con la Gran Bretaña. Merced á tal rectitud po»lítica y á la invariabilidad de principios, alcanzó sobre »todos los gobiernos de Europa una grande y gloriosa »influencia, que no solo redundó en provecho de Ingla»terra, sino que contribuyó tambien á la prosperidad de »todo el mundo. Asegurar la paz entre todas las nacio»nes, y mantener la igualdad en la balanza del poder, »era el principal objeto de su política esterior, y para »lograrlo y refrenar las animosidades recíprocas de las »naciones, é impedir funestas colisiones entre ellas, era »indispensable, como lo hizo, tener empuñada la espada, »aunque sin sacarla de la vaina. Jamás se desvió de tan »nobles designios, y al efecto se esforzó por colocar á »Inglaterra, en cuanto á las demás naciones, en la po»sicion preferente de una potencia árbitra. El éxito co»ronó sus esfuerzos, y en el momento de su muerte »tuvo la satisfaccion de contemplar que el aspecto bri»llante y puro del horizonte político no presentaba pre»sagio alguno de borrasca.»

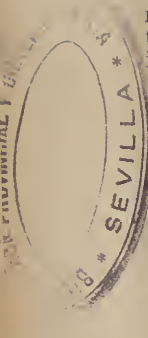
CAPITULO CVIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1823.)

Era evidente que en el gabinete británico iba á dominar en adelante el espíritu del liberalismo: todo lo anunciaba así, y desde el advenimiento de M. Canning al ministerio advertíase entre el gobierno y la nacion mas armonía que la que hubo hacia mucho tiempo. El partido constitucional de España encontraba unánimes simpatías en Inglaterra, y así el discurso régio que manifestaba la firme determinacion, no solo de no entrar para nada en la intervencion estranjera, sino hasta de impedirla, fué generalmente aplaudido, en especial por el partido de la oposicion, que deseaba que al efecto se apelara á las armas, cosa que no admitia la política de M. Canning. El duque de Wellington fué nombrado para reemplazar á lord Castlereagh y representar á su soberano en el congreso de Verona, centro transitorio de todos los asuntos diplomáticos, de todas las pompas y recreos. España parecia ser el objeto principal de esta gran reunion de capacidades y potencias: en cuanto á Grecia, por noble y santa que fuera su causa, no tuvo mas que una parte insignificante en las deliberaciones de tan fastuoso congreso, sin que ni el gobierno inglés procediera con respecto á ella con mas generosidad que los otros. M. de Metternich, para quien la revolucion de Grecia era obra de los carbonarios, no se decidia á pedir para los griegos una amnistía y algunos privilegios, sino con la condicion de que habian de volver al yugo otomano: hasta osó dar el nombre injurioso de piratas á los que saludaban las naciones conmovidas con el sagrado nombre de mártires, precisando además á los enviados griegos á reembarcarse sin permitirles presentar al congreso el mensaje de que eran portadores. Al paso que el gabinete austriaco no desistia de su dura impasibilidad, tampoco se apartaba el británico de su inflexible egoismo, y ninguna nacion cuidó en aquellas circunstancias mas que de su interés particular: las quejas y súplicas de la desgraciada Grecia fuéron escuchadas con frialdad, sin que sus elocuentes defensores consiguieran cosa alguna de aquel tribunal de bronce. España, que no reclamaba tan imperiosos socorros, veia mas ardientemente defendidos sus intereses: el duque de Wellington renovó la proposicion ya hecha contra la intervencion, y tal protesta no dejaba de embarazar á M. de Metternich, en cuya política entraba el no disgustar á Inglaterra. Pero las cosas se arreglaron de manera que el brillante congreso de Verona, donde hubo fiestas de toda especie y se prodigaron á porfía testimonios de amistad y benevolencia con la máscara de sinceridad y buena fé, se terminó de un modo poco satisfactorio para Inglaterra: abandonóse la guerra de España á Francia, la cual quedaba en libertad para proseguirla por sí misma ó en union con las potencias aliadas. Tal decision produjo vivo descontento en Inglaterra, siendo acusada de pérfida Francia, la que declaró querer llevar á cabo sola y sin auxilios la guerra de España. Hasta en la cámara alta estaban los ánimos en favor de los liberales, y lord Ellemborough tomó la palabra para condenar enérgicamente la conducta de Francia y de la Santa Alianza, que pretendian forzar á los españoles á cambiar de Constitucion segun se les antojase. MM. Brougham y Macdonald hablaron en el mismo sentido en la cámara baja; distinguióse el primero por la energía con que se pronunció contra la agresion de las potencias aliadas, y era de los que deseaban algo mas que simples votos por la causa de los liberales, habiendo declarado que estaba en el honor y el interés de la libertad inglesa el no concretarse á la via de las negociaciones, y el tomar las armas en favor de los constitucionales. Convencido lord Russel de que la invasion francesa iba á variar totalmente las relaciones de la Gran Bretaña con Francia, deploraba la necesidad de tal guerra; y añadia que si tras de haberse sacrificado millones para reponer la familia de los Borbones en el trono de Francia, con la esperanza de que ella seria la mas segura garantía de la tranquilidad de Europa, era posible que Inglaterra se viera precisada á prodigar nuevos millones por la misma causa. El partido radical, enemigo declarado de todo lo que contenia un carácter de moderacion, queria á toda costa que Inglaterra sostuviera con sus armas á la España constitucional. La llegada del duque de San Lorenzo contribuyó mucho á exasperar á los de este bando, y no podia presentarse en público sin ser objeto de las mas ruidosas demostraciones. Pero Canning, para quien la primera de todas las consideraciones era la prosperidad interior del país, y como conocia que de ningun modo convenia la guerra á los intereses de la Gran Bretaña, ocupada á la sazon en empréstitos y especulaciones, persistió en una neutralidad contra la cual se pronunció violentamente M. Broughan. Apurado M. Canning, y no queriendo separarse de su sistema, por hallarse convencido de que lo mas acertado para Inglaterra era no tomar ninguna parte en aquella gran contienda entre los gobiernos constitucionales y los absolutos, ó mas bien que no era oportuno hacerlo á las claras, aplazó para mas adelante toda esplicacion sobre la materia. De esta legislatura tan agitada resultó, para los soberanos de Europa cuya atencion estaba fija sobre el nuevo ministerio inglés, la certidumbre de que no encontrarian en Canning la abnegacion y complacencia de lord Castlereagh. Podia suponerse en virtud de tantas manifestaciones simpáticas dadas por Inglaterra á los constitucionales españoles, que estos hallarian al menos en la nacion un inmenso número de defensores prontos á prestarles el apoyo de sus brazos; pero semejante decision surtió muy poco efecto, y á pretesto de que la Constitucion española no era apoyada por el pueblo, no mereciendo por lo mismo ser sostenida por un pueblo del todo constitucional, fuéron muy pocos los voluntarios que tomaron las armas por tal causa. El mas notable de todos fué sir Roberto Wilson, que siempre se habia mostrado campeon de las libertades públicas y enemigo de Napoleon, y que acababa de sacrificarse por

salvar á M. de Lavalete, uno de los amigos mas verdaderos y fieles del emperador.



Los rápidos progresos de las armas francesas, la defeccion pronta y fácil de los jefes españoles, el restablecimiento del gobierno despótico de Fernando VII y la negativa de Canning á reconocer la regencia de Madrid, causaron muy pronto vivos debates en la cámara: el partido de la oposicion insistió con vehemencia para que se presentasen todas las negociaciones, y con tal motivo pronunció Canning un discurso cuyo efecto fué tan poderoso sobre la cámara, que obtuvo una mayoría inmensa. M. Brougham llevó evidentemente la mayor parte, y á pesar de todos sus esfuerzos no pudo evitar á su partido la vergüenza de una completa derrota, pues la conducta del ministerio fué aprobada por una mayoría de trescientos setenta y dos votos contra veinte. Desde entonces creció mucho el ascendiente de Canning en el ministerio, y las medidas que tomó en cuanto á los colonos españoles de la América del Sur, luego que España volvió al poder tiránico de Fernando, acabaron de adquirir al ministerio la confianza nacional: enviáronse cónsules generales á todas las colonias emancipadas del yugo español, tales como Méjico, el Perú, Chile, etc. No podia ejecutarse un reconocimiento tan manifiesto de la independencia americana sin inquietar al gobierno francés dirigido á la sazon por M. de Villele. Canning respondió á una nota suya, que la Gran Bretaña, fiel á sus principios de neutralidad, nunca se opondria á las tentativas de España para recuperar sus colonias; pero que no permitiria la intervencion de otra potencia en un negocio de tal naturaleza.

Por mas que Canning se hubiera esforzado hasta entonces por persuadir á Inglaterra que la guerra no podia menos de ser fatal á su industria y comercio; por mas que se hubiera empeñado en inculcar en el espíritu público la importancia de la paz europea, no queria sin embargo que se supusiera que Inglaterra tenia una paciencia y tolerancia sin límites, y que se mostraba enemiga de la guerra por carecer de medios para hacerla. Nunca se patentizaron sus sentimientos en tal materia mejor que en un discurso de gracias que dirigió á los electores de Plymouth. «Nuestro reposo actual, les decia, no prueba nuestra imposibilidad para obrar, á la »manera que el estado de inercia y de inaccion á que »estan reducidos en estos momentos los formidables co»losos que surcan las aguas de vuestra ciudad, no prue»ba que esten sin fuerzas y que sean incapaces de po»nerse en movimiento. Sabeis la prontitud con que se »mueven estos imponentes aparatos, tan pronto como »se deja oir la voz de la patria y de la necesidad, pa»reciendo entonces seres animados y dotados de instin»to y vida. ¡Cómo se desenrollarian y dilatarian á la »voz de la patria sus blancas velas! ¡Cómo desplegarian »al instante sus bellezas y todas sus galas! ¡Cómo reu»nirian apresuradamente todos sus elementos de fuer»za y reproducirian sus amortiguados rayos! Pues bien: »lo mismo que estas soberbias y formidables máquinas »salen de improviso de la inaccion para tomar un rápi»do movimiento, así haria Inglaterra, que inmóvil y »pasiva en apariencia, concentra silenciosamente su »poder para descubrirlo con brillantez en circunstancias »oportunas. ¡Quiera el cielo que jamás aparezcan tales »circunstancias! Después de una guerra que ha durado »la cuarta parte de un siglo, luchando la Gran Bretaña, »ya al lado de toda Europa, ya contra ella, hay necesi»dad de largo reposo, del cual podemos disfrutar sin el »recelo de que á dicho reposo que tan caro nos ha cos»tado se dé una interpretacion desfavorable. ¡Ojalá po»damos trabajar por mucho tiempo en aumentar nues»tra prosperidad actual, en cultivar las artes pacíficas, »en dar al renaciente comercio grande y vasta esten»sion, y en descubrirle nuevos dominios para que lleve »allí sus beneficios!» Por tal lenguaje se ve el alto grado de poderío que Canning reconocia en Inglaterra como potencia marítima, y hasta qué punto eran á sus ojos la industria y el comercio una condicion primera de existencia y prosperidad para su país. La comision de pesquisa nombrada en la precedente legislatura acerca del comercio esterior, ocupábase con celo por ensancharlo y desembarazarlo de las muchas trabas que le perjudicaban desde muy atrás: empero tales progresos solo se hacian con lentitud: darle de repente completa y absoluta libertad, hubiera sido proceder imprudentemente: ligábanse tantos intereses con el sistema restrictivo; habia tantas preocupaciones arraigadas en los ánimos sobre esta materia, que el ministerio conocia la necesidad de obrar con precaucion.

En obsequio de la verdad, es preciso decir que el estado próspero de Inglaterra no era obra solo de Canning, quien tuvo la fortuna de ser apoyado por hábiles compañeros. Habia entonces en la administracion hombres cuyo carácter pundonoroso é íntegro contribuyeron por mucho á restablecer la reputacion tan decaida del ministerio. Contábase entre ellos M. Robinson, el nuevo ministro de Hacienda, quien muy lejos de recurrir á los espedientes y á la duplicidad tan ordinarios en los que le precedieron en tal cargo, puso á la vista de la cámara una esposicion de sus miras tan llena de candor y buena fé, que ni aun los adversarios del gobierno pudieron menos de darle su aprobacion. La recaudacion total del año ascendia á la suma de 57.096,988 libras esterlinas, y los gastos, con inclusion del interés de la deuda nacional, á 49.852,786 libras, lo cual daba un sobrante claro y neto de 700,000 libras esterlinas. Proponia en consecuencia que se aliviase al país haciendo en los impuestos una disminucion de 200,000 libras, y que las otras 500,000 se aplicáran á la liquidacion de la deuda nacional.

Los gastos de la coronacion, de que todavía no se habia tratado, dieron márgen á vivos y picantes debates: dichos gastos, que segun la promesa hecha entonces por el ministro de Hacienda, no debian pasar de la cantidad de 100,000 libras esterlinas, subian ahora hasta mas de 238,000, cuyo esceso se habia tomado de las indemnizaciones francesas. M. Hume se quejó fuertemente de la enormidad de tal suma, y de la locura de invertir tanto dinero en puerilidades, como los adornos de Westminster, en que se consumieron 11,000 libras, los trajes de S. M. que costaron 27,100 libras, y la publicacion del programa de las funciones que costó 3,000 libras. «¿A qué disminuir las cargas públicas, decia Hume, suprimir pequeños empleos y sumir en la miseria multitud de individuos, si el dinero procedente de tales economías es aplicado á tan inútiles objetos?» En su concepto habia dado el ministerio pruebas de mala fé al pedir al pronto una corta cantidad, y en seguida otra de 238,000 libras, cuando sabia aquel ministerio que hubiera sido negada. Dirigiéndose en seguida al ministro de Hacienda, le acusó á una con sus cólegas de haber violado la confianza pública, apropiándose un dinero sobre el cual no tenia derecho alguno, y distrayendo 238,000 libras de las indemnizaciones francesas, que merecian invertirse en objetos mas importantes; y declaró que la cámara faltaria á su deber ante la nacion, si no exigia cuenta escrupulosa y detallada de la inversion de tal fondo prodigado con inaudita estravagancia. En pos de esta violenta salida que lastimaba tan directamente al ministro de Hacienda, tomó este la palabra para justificarse, y aunque lo hacia de improviso, habló de una manera tan satisfactoria, que la investigacion reclamada por M. Hume fué rechazada por 100 votos contra 60. La suma de 68,000 libras que se propuso para cubrir el contingente de 1823, fué para el intrépido orador, siempre pronto á censurar la profusion del ministerio, nueva ocasion de condenar otros gastos, que en su opinion eran abusos insensatos: por ejemplo, 5,327 libras para conservar la góndola real, 1,326 libras para las banderas dadas á tres regimientos de guardias de á pié: M. Hume tendia pues á reducir

mucho la suma demandada; pero fuéron desechadas sus proposiciones.

Las discusiones fuéron vivas y animadas en toda la legislatura, la cual ofrecia sin embargo menos desacuerdo que las anteriores. La oposicion, como de costumbre, se mostró franca hasta la rudeza, y á veces exigente y embarazosa; empero vióse forzada á menudo á hacer justicia á las mejoras positivas que se introdujeron en la administracion, y á aprobar las medidas del ministerio.

El código criminal tambien se reformaba poco á poco, habiendo sido modificado en esta legislatura, conmutando en trabajos forzados la pena de muerte impuesta hasta entonces á los ladrones. Irlanda, mas tranquila, si no mas feliz, no ofrecia hacia algunos meses aquellas grandes escenas de violencias y de tumulto que habian acarreado consecuencias tan funestas. Es verdad que el severo gobierno de lord Wellesley era á propósito para refrenar el espíritu de rebelion; por cuya causa era poco querido, en especial de la faccion orangista, que no desperdiciaba ocasion alguna de patentizarle su odio, y así, con motivo de la prohibicion que impuso para erigir la estátua del rey Guillermo en College Gren, le insultaron los orangistas en el teatro, habiéndole tirado una botella á la cabeza. Como estos movimientos fuéron prontamente reprimidos, no turbaron la tranquilidad del reino, y el estado de Irlanda, aunque poco satisfactorio todavía, nada tenia de alarmante.

El resto de Europa ofrecia entonces un aspecto mucho menos sosegado que la Gran Bretaña. Preocupada Francia con sus conspiraciones militares, su carbonarismo, su cuidado de combatir el espíritu de cofradía, de rechazar los incesantes ataques que sufria su libertad, y de impedir las imprudencias monárquicas que podian hacer temer nuevas revoluciones, estaba inquieta y descontenta, sobre todo después de la espulsion de Manuel de la cámara y la retirada inconsiderada de la oposicion. Los apostólicos triunfaban en el restablecimiento del absolutismo en España, y la venganza de Fernando, apoyada por el fanatismo de los frailes que habian vuelto á su preponderancia, vejaba sin conmiseracion á todos los que eran designados con el nombre de negros. En Portugal llevaban igualmente las Cortes la peor parte, y se efectuaba la contrarevolucion por las intrigas de una reina fogosa, que no consideraba á la Constitucion sino como el envilecimiento de la dignidad real, é Inglaterra contemplaba con alarma el espíritu de independencia que se desplegaba en este país, cuyo comercio, sujeto hasta entonces á sus leyes, era de gran ventaja para ella. Pero si por un lado perdió su influencia, por otra parte adquiria mucha gloria: la Martinica, la Habana, Jamaica y Demerari se hallaban en un estado de fermentacion que anunciaba inminentes borrascas. Ningun país del mundo habia seguido con interés mas íntimo los debates del parlamento británico acerca de la abolicion del tráfico negrero: todos los discursos llevados á las colonias habian sido leidos con avidez, y comentados con una especie de pasion, que era presagio seguro del entusiasmo que causaba la noticia de la abolicion definitiva de tan odioso comercio. Y en efecto, desde este momento las colonias, como electrizadas repentinamente, se convirtieron en otros tantos focos volcánicos, cuyas erupciones eran cada vez mas terribles: de dia en dia caminaban á despedazarse con estrépito las pesadas cadenas de la esclavitud, y los negros osaban ahora manifestarse hostiles contra sus déspotas dueños, quienes persistiendo en no concederles la libertad, resistian audazmente las disposiciones del parlamento inglés. El gobierno británico habia enviado á sus colonias todas las instrucciones necesarias para mejorar la suerte de los esclavos; pero tales instrucciones no fuéron recibidas con docilidad en todas partes, y considerándolas los cultivadores como violaciones manifiestas de sus derechos, habian aumentado el rigor del régimen colonial, en lugar de mitigarlo.

CAPITULO CIX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1824.)

De este estado de cosas resultó que el interés originado por una causa tan justa como la de la emancipacion de los negros, se convirtió en imprudente y ciego entusiasmo entre muchos individuos que demandaban la abolicion inmediata de la esclavitud, sin reflexionar que una revolucion tan precipitada, para la cual no estaba preparada la poblacion esclava con los beneficios de la educacion y de los principios de moral, podia acarrear funestas consecuencias. M. Buxton, uno de aquellos ardientes y temerarios entusiastas, pronunció un discurso, que aun cuando el orador no se hallara dotado de tanta elocuencia, bastaba por razon del asunto para impresionar vivamente al auditorio, y declaró que el estado de esclavitud, tan contrario al espíritu de la Constitucion británica y de la religion cristiana, debia ser abolido inmediata y absolutamente en todas las colonias inglesas. Como M. Canning desaprobaba la vehemencia que se empleaba en tales discusiones, así como la pasion con que se trataba una cuestion de que era importante prever los resultados y ventilarlos á sangre fria, habló sobre las medidas que era urgente adoptar de antemano para mejorar ante todo la condicion moral de los esclavos, tornándolos aptos para una libertad completa. Era asaz notoria la fuerza de estos argumentos á los ojos de la cámara para no encontrar una aprobacion unánime; y así hasta los mas ardientes partidarios de la abolicion inmediata y definitiva conocieron la necesidad de moderar su desmedido celo, á fin de trabajar con mas seguridad en esta emancipacion tan legítima á los ojos de todas las naciones ilustradas. Mas por desgracia se habia hecho ya mucho mal: inflamados los negros por los escritos y discursos de los ingleses, é irritados por las negativas de las asambleas coloniales á darles la libertad que les habia sido otorgada por el parlamento británico, se insurreccionaron, habiéndose despertado impetuoso y terrible el espíritu de rebelion y de violencia en todas las colonias. Como las asambleas coloniales se resistian en efecto á las urgentes invitaciones de Inglaterra para que mejoráran la condicion de los esclavos, hallábanse en guerra abierta con los negros, principalmente en la Jamaica, no habiendo contribuido poco el celo fanático de ignorantes misioneros á enconar el espíritu de sublevacion entre los africanos y á exasperar contra ellos á los colonos. Nadie hablaba en todas las ocasiones con mas energía contra la desgraciada condicion de los negros, ni pintaba con términos mas fuertes sus padecimientos y la dureza del sistema colonial, que M. Wilberforce, habiendo contribuido sus discursos á hacer conocer mas y mas la necesidad de ocuparse pronto de las mejoras propuestas. En esta cuestion es cuando por última vez habló en la tribuna este hombre tan notable en toda su carrera política por su capacidad y decision por la causa de la humanidad; poco después se retiró de los negocios públicos, perdiendo el parlamento uno de sus mas ilustrados, elocuentes y lucidos oradores. Pero la vida privada á que se entregó desde entonces fué todavía útil á la gloria de su país, y contribuyó á ella poderosamente continuando en mostrarse el abogado mas resuelto de la abolicion (1). En los treinta y siete

(1) De todos los que en Francia han patrocinado esta causa y mas han merecido ser puestos al lado de Wilberforce, ninguno ha escrito con tanto vigor y elocuencia como M. Metral: su historia de los esclavos es uno de esos libros raros, cuya patética verdad y enérgica pintura hacen palpitar al corazon. Esta historia escrita con tanto interés, equidad y amor al bien ge-

años que perteneció al parlamento no cesó de trabajar por esta piadosa y noble causa, la cual ocupó todavía parte de los nueve años que vivió en el retiro: la abolicion de la esclavitud habia sido siempre el constante objeto de sus esfuerzos, de sus pensamientos y de su perseverancia, habiendo tenido la satisfaccion de ver coronados sus deseos con el triunfo mas completo; y antes de morir pudo con mas títulos que ningun otro gloriarse de una obra que atestiguaba de una manera tan palpable á los ojos de todas las naciones la filantropía y discrecion de Inglaterra, mas ardiente entonces en rechazar aquel tráfico inhumano y odioso, que diligente se habia mostrado en organizarlo bajo el reinado de Isabel.



Teatro real Olímpico.

Los elocuentes discursos de esta legislatura tuvieron pues por norte el hacer conocer lo urgente que era el trabajar sin demora en aquella obra de alta filantropía; habiendo versado las primeras medidas de las cámaras sobre la abolicion del castigo de palos en las infelices mugeres, sobre reemplazar las crueles penas infligidas á los esclavos rebeldes, con otras menos inhumanas, sobre impedir para lo sucesivo la venta separada del marido de la muger ó del hijo, sobre proteger la propiedad del esclavo, admitir su testimonio y facilitar su emancipacion; sobre proveer á su instruccion religiosa, y fundar en especial para la poblacion negrera un establecimiento eclesiástico dirigido por los obispos, que residirian el uno en la Jamaica y el otro en las islas de Leeward.

Entre tanto enviaba Inglaterra á los mares del Africa hombres que por su adhesion á la causa de la humanidad, así como por su carácter honrado y su enérgica firmeza, eran á propósito para prestar el mas digno apoyo á su país. Ya en 1819 el comodoro Collier habia remediado con sus esfuerzos, su génio y su infatigable vigilancia muchos males, y libertado muchas víctimas: en todas partes se mostraba enemigo irreconciliable de la piratería. Ahora le reemplazaba otro no menos valeroso y decidido, que era tambien el espanto de los buques piratas, y se llamaba sir Carlos Bullen, que este año fué nombrado comandante de la escuadra enviada á los mares occidentales de Africa. Implacable y terrible con los compradores de esclavos cuyas naves perseguia, los forzó á someterse y rendirse: á su presencia caian las cadenas de la esclavitud, y millares de infortunados amontonados á bordo y condenados á suplicios inauditos, eran restituidos á la vida. Merced al valor y á la actividad sin descanso de este noble marino, que abreviaba las distancias con la rapidez de la flecha, subia por las corrientes, penetraba en las encrucijadas de las islas, en las bahías y los rios, y donde quiera que recelaba el crímen de la piratería, descubriéronse las crueldades y barbaries ignoradas hasta entonces, empezando desde luego la colonia inglesa de Sierra Leona á ser un lugar de refugio y el puerto de salvacion para cuantos eran libertados por sus cuidados. Allí se les abrieron escuelas, enseñáronseles artes y oficios, se les hizo aptos para servir en mar ó tierra, y en fin allanáronse las sendas de la libertad para aquella parte de la raza humana, que hasta allí habia vivido encorvada y envilecida bajo el ignominioso yugo de la esclavitud.

Esta cuestion y la de España, ocupada á la sazon por los ejércitos franceses, fuéron las mas interesantes de esta legislatura. Lord Lansdowne, que deploraba amargamente la situacion de aquel país, sentia mas que nadie que no hubiera manifestado mas energía el ministerio. M. Brougham por su parte atacó violentamente á la Santa Alianza y la cruel tiranía de que eran responsables los austriacos y Fernando: sir John Russel y lord Nugent hablaron en el mismo sentido, habiendo sido criticada severamente la conducta del ministerio en todo lo referente á la política estranjera. Pero Canning supo salir del paso con su habilidad ordinaria, probando que la conducta censurada por la oposicion, basaba en los verdaderos intereses y en la dignidad de la Gran Bretaña, la cual, persistiendo en el sistema de neutralidad que se queria desaprobar, y conservando la paz tan importante en las circunstancias actuales, habia dado mas muestras de cordura, que si hubiera obrado de una manera diferente. Aseguraba el ministro que con sus representaciones llenas de franqueza y energía habia puesto obstáculos al proyecto formado por la Santa Alianza para estender su sistema de intervencion, no solo á España, sino tambien á sus colonias. Realzados hábilmente sus argumentos por aquel poderoso arte de la palabra que tambien poseia, parecieron bastante satisfactorios para que no pasasen mas adelante las discusiones. Dirigióse entonces la atencion de las cámaras á las colonias de la América del Sur, habiendo sido el reconocimiento de su definitiva independencia un punto de la mayor consideracion para la industria y el comercio de la Gran Bretaña, que así recibirian nuevo impulso: las cámaras por lo tanto opinaron de comun acuerdo que era oportuno admitir aquellas colonias en el rango de potencias independientes, no pasando un año sin que se formasen tratados de alianza y de comercio con Méjico, Colombia y Buenos-Aires. Este reconocimiento acabó de disipar para España todo resto de esperanza de recuperar aquellas hermosas posesiones, de que iba á sacar tan inmenso partido la industria de Inglaterra. Con respecto á los haitianos, el gobierno inglés no creyó todavía necesario reconocer

neral, es uno de los monumentos mas reales y bellos que la literatura ha levantado á la libertad. Esta lectura, en fin, que conmueve é interesa de una manera siempre creciente, es el cuadro mas fiel de las penalidades y del largo martirio de los infelices africanos arrancados con violencia de sus queridos desiertos para ser abandonados en el Océano á tormentos inauditos, para ser vendidos con insulto y profanacion en los mercados, y condenados á cultivar las tierras de América con el sudor de sus cuerpos y bajo el azote de los suplicios. Las atroces combinaciones de la tiranía, la resignacion valerosa de los oprimidos, las revueltas de su desesperacion, los crímenes, las virtudes, todo está allí descrito con la exactitud que instruye é ilustra, y con aquel acento que va al alma y escita las lágrimas. Al leer este gran drama de la esclavitud es como se comprende lo poderoso é inagotable que es el odioso genio de la codicia, la cual fué de tal naturaleza en estas circunstancias, que cuantos mas esfuerzos hacia Inglaterra por abolir la esclavitud, tanto mas supo desplegar con arte sus recursos, en términos que por espacio de diez y seis años fué todavía el Océano un vasto teatro de crímenes inauditos é ignorados de los hombres. Sin un talento especial era dificil colocar tan espantoso y repugnante cuadro en el dominio imponente de la historia. Este trabajo es una obra de gloria para M. Metral.

la independencia de esta nueva república; la cual para desquitarse de tal negativa, privó á Inglaterra de los privilegios de que habia disfrutado en sus puertos, sometiéndola á los mismos derechos que las demás naciones.



Nueva casa de correos.

En cuanto á las rentas públicas, Inglaterra marchaba hácia un estado de prosperidad tal, que por lo mismo acarreaba inconvenientes: así la abundancia estraordinaria de capitales daba al espíritu de especulacion y de empresas una actividad demasiado grande para que no resultáran de ella muchas consecuencias desastrosas para la mayoría de los que principiaron desde entonces á arrojarse á ciegas en el torbellino de los cálculos comerciales. Pero por otra parte, esta prosperidad material ofrecia grandes ventajas: las economías hechas por M. Robinson en los gastos del año permitian disminuir los impuestos mas de 1.000,000 de libras esterlinas; lo cual era inmenso, sobre todo pensando en la época todavía reciente en que los mismos impuestos, aumentándose cada año, eran un manantial de tan terrible crisis para el país. Al reflexionar sobre esta enormidad de capitales que poseia entonces Inglaterra, y sobre aquella opulencia que la colocaba sobre todas las naciones, no podrá menos de imaginarse que Irlanda debia sentir sus efectos, y reponerse poco á poco de su larga miseria. Pero todo menos esto; y aunque revestida del pomposo título de hermana de Inglaterra, faltaba mucho todavía para ser tratada fraternalmente, y para que sonara para ella la hora de la prosperidad. Empero no dejaron de tomarse algunas medidas favorables en este punto, y se hacia algo para mejorar su situacion: nombróse una comision para que informara exactamente acerca de sus necesidades, de las causas de su penuria, de los vicios de su administracion, etc.; pero estos primeros esfuerzos y tentativas, que no eran, por decirlo así, mas que medidas preparatorias, parecian muy insignificantes y tibias contra los numerosos y urgentes males que reclamaban remedios prontos é inmediatos: habia en Inglaterra tantos intereses que ventilar y asegurar antes que los de Irlanda; habia obtenido esta tan mezquina parte de derechos desde su union con la opulenta y feliz Inglaterra, y le habia sido preciso luchar por tanto tiempo para poseerlos, que entre los triunfos obtenidos y los que todavía le faltaban parecia haber una distancia insuperable. En esta época fué cuando se organizó una asociacion que en adelante iba á dar á Irlanda una actitud mas imponente y temible que la que hasta entonces habia tenido, é iba á trabajar activamente en la obra de su emancipacion.

Al frente de esta asociacion que reemplazaba á la de Ribbonmen y de los Wihte-boys, apareció Daniel O'Connell, abogado de Dublin, hombre enérgico, que por su popularidad, su elocuencia y su espíritu de resolucion y audacia adquirió en poco tiempo una influencia prodigiosa, dando repentinamente á aquella causa un interés grandioso y universal. Organizada por él abiertamente y á la faz de toda Inglaterra sorprendida, adquirió muy pronto una estension inmensa: tenia agentes en todos los condados y parroquias católicas del reino; hacia muchos prosélitos, y por medio de suscriciones voluntarias que fuéron abundantes, contó muy en breve con un fondo enorme que tomó desde entonces el nombre de renta católica. Aunque O'Connell en sus arengas al pueblo de Irlanda demostraba desechar toda idea de violencia y de rebelion, al gobierno inquietaba mucho la rápida influencia que iba tomando la asociacion católica, que por otra parte se hallaba revestida de todos los poderes legislativo y ejecutivo, y así juzgó necesario obrar con severidad. Los discursos de O'Connell comenzaban á hacer sensacion en todo el reino. En una de las últimas sesiones dijo: «Las naciones estan »exasperadas por la opresion, y yo espero que Irlanda »nunca se verá precisada á recurrir á los medios adopta»dos por los griegos y americanos para reconquistar sus »derechos: espero que Irlanda será restablecida en los »suyos: pero si tal dia no llegase; si la persecucion la »precisara por fin á sublevarse, ojalá encuentre otro »Bolivar, ojalá anime al pueblo de Irlanda el espíritu de »los griegos y de los americanos del Sur!» De este discurso resultó que O'Connell fuera preso y presentado ante el jurado; pero de tan severa medida no resultó cosa alguna funesta para él: su prision originó un vivo descontento: los testigos citados para deponer contra él rehusaron hacerlo y repetir las espresiones de su discurso, declarando que nada sedicioso habian hallado en él: y así restituido O'Connell al poco tiempo á la libertad, adquirió mayor prestigio en su partido.

El exámen de las restricciones comerciales ocupó por fin á las cámaras de un modo sério, llegándose después de muchos ensayos infructuosos á alguna cosa decisiva. Tratóse de abolir las leyes prohibitivas de la importacion de sederías estranjeras, y de establecer un derecho de 30 por 100 en lugar de la prohibicion absoluta. Como puede suponerse, estas proposiciones encontraron la mas viva oposicion en los fabricantes; pero convencido M. Huskisson de lo importante que era desembarazar el comercio de una multitud de restricciones perjudiciales, trazó en un hábil discurso un cuadro exacto y verdadero de la prosperidad de las fábricas y del comercio de algodon, el cual, á continuar vejado por el sistema restrictivo, no hubiera rendido á Inglaterra los inmensos productos que le habian sido tan útiles en los últimos años. Oponiendo en seguida á este cuadro el estado anterior del comercio de sedas paralizado por las leyes de prohibicion, demostró claramente que nada estrañas eran la indiferencia y tibieza que reinaba en este ramo de industria, toda vez que no se procuró evitarlas adoptando con respecto á las manufacturas de seda el mismo sistema que con respecto á las de algodon. «Yo sé muy bien, añadió, que las variacio»nes propuestas perjudican á algunos intereses particu»lares; pero en todas las reformas y alteraciones, aun »las mas favorables al bienestar de una nacion, hay »siempre intereses particulares que deben lastimarse »por algun tiempo. Entre los intereses comprometi»dos, unos estan espuestos á sufrir mas que otros, y co»nozco que por este lado es por donde puede hacerse »mas fuerza. Hablemos de los que sacan partido del sis»tema prohibitivo haciendo el contrabando: no dudo que »estos clamarán y gemirán sobre el porvenir desastroso »del comercio; y en efecto, tienen alguna razon para

»asustarse tanto. ¿Pero qué importan semejantes con»sideraciones ante tan evidentes é inmensas ventajas?» M. Baring fué uno de los adversarios mas resueltos de las medidas propuestas por el ministerio, por considerarlas como ensayos demasiado peligrosos á causa de la escesiva ventaja que los franceses llevaban á los ingleses en la calidad de la seda, y en la fabricacion y baratura del trabajo. Puesto que los exorbitantes derechos sobre las materias en bruto eran en concepto de M. Wallace la razon principal de la inferioridad de Inglaterra en la fabricacion de sedería, opinaba que debia tratarse de sacar partido de las sedas de la India. Una vez libre el comercio, no habia razon para que no llegara la Gran Bretaña á proveer á la misma Francia con las sedas de aquel país que eran mucho menos caras que las de Italia; y tampoco podia dudarse que en aboliendo los derechos y toda especie de prohibiciones, vendria á ser Inglaterra el gran mercado para las sedas en bruto y otras primeras materias. En suma, el plan del ministerio era apoyado con demasiado calor en las cámaras para que no fuera admitido á despecho de la oposicion y de las predicciones desastrosas de los fabricantes. El comercio de lanas sufrió tambien algunas modificaciones en su sistema de restriccion.

Al paso que Inglaterra se manifestaba protectora de los pueblos del Africa, no descuidaba ningun medio para estender su dominacion y cubrir todas las comarcas nuevas con sus colonias: donde quiera se hacia sentir su preponderancia, y donde todavía no poseia territorio, ejercia inmensa influencia. Empero aunque por su industria y riquezas se halláran sus posesiones lejanas en un estado verdadero de acrecentamiento y prosperidad, no se hallaba asegurada allí la tranquilidad en términos que no hubiera necesidad sin cesar de ejercer una activa vigilancia y mantener fuerzas considerables. No siempre era favorable á sus intereses el gobierno de sus representantes: el de lord Carlos Somerset en la colonia del cabo de Buena-Esperanza no podia ser mas impopular, y constantemente habia quejas de sus vejaciones: su parcialidad injusta en la administracion y su vengativo carácter atestiguaban un espíritu completamente desnudo de la elevacion y generosidad necesarias para llenar dignamente las funciones que le estaban confiadas; en fin, el descontento reinaba hasta el estremo. Un suceso inesperado vino á turbar de improviso en otro punto del Africa el establecimiento de los ingleses en la costa de Oro: suscitóse una violenta contienda entre los naturales, sostenidos por los administradores, y el rey de los Aschantes que envió contra ellos un ejército poderoso y bien disciplinado, al cual no pudieron oponer mas que algunos europeos, mal apoyados por los Fantees, tribu bárbara. No solo fuéron derrotados, sino que su comandante sir Carlos Maccarthy, gobernador de Sierra Leona, fué degollado, y el feroz Tootoocuamina hizo poner su cabellera al tambor mayor de su ejército. El resultado de este suceso podia ser fatal al establecimiento del Cabo; pero una fragata que llegó con oportunidad reforzó la guarnicion, habiendo tomado el mando de las tropas el coronel Sutherland. Vióse el enemigo forzado á levantar el sitio ya principiado, y los Aschantes, vencidos por la superioridad de las armas inglesas, y postrados por otra parte por el hambre y las enfermedades, se retiraron á sus territorios.

La agricultura y el comercio hacian de dia en dia rápidos progresos en la América Meridional; pero las discordias y disputas que sobrevinieron entre las diversas iglesias, amenazaban al Bajo Canadá: el clero de la Iglesia de Escocia y los ministros de los disidentes, con el pretesto asaz justo de que los miembros de la Iglesia anglicana formaban la parte menos considerable de la poblacion, reclamaban el derecho de participar de las rentas destinadas á la instruccion religiosa del público. Levantáronse en seguida pretensiones de otra especie entre la cámara de las asambleas y el consejo legislativo sostenido por el gobernador. Pretendia la primera el derecho ilimitado de disponer de toda la renta de la provincia, lo cual no queria admitir el consejo legislativo, resultando de aquí la negativa de los subsidios y que desde este momento reinara entre las autoridades el mas marcado desacuerdo. Interin se hallaban agitados otros países por tales disensiones, que por lo demás de ningun modo detenian el vuelo del espíritu de especulacion, ni impedian que donde quiera se organizáran compañías, tomaban el mas lisonjero aspecto los establecimientos de la Nueva Galles meridional: cada dia se consolidaba mas allí el poderío británico, crecia la poblacion á la par que el número de los cultivadores, y las ricas importaciones de lana de este país comenzaban á ofrecer á Inglaterra una cumplida compensacion de los gastos realizados para esta colonia. En todas partes se esploraban sus montañas hasta entonces inaccesibles, construíanse caminos, y hermosas llanuras naturalmente fértiles, prometian á la agricultura la abundancia y riqueza.

Pero en ninguno de estos teatros lejanos desempeñó Inglaterra un papel mas notable que en la India Oriental, donde mas que en ninguna otra parte tuvo que desplegar fuerza y energía para hacer frente á la guerra molesta de los Birmanes, á cada paso derrotados y nunca vencidos; pueblo supersticioso y vengativo, como todas las naciones esclavas é incultas, y que esperimentaba una especie de regocijo bárbaro en incendiar todos los países que se veia forzado á abandonar á los vencedores. Violaciones de territorio eran á menudo motivo de disension entre el rey de Ava y los ingleses, quienes en posesion de la herencia de Hyder-Alí, y celosos por conservar las ventajas del comercio que habian adquirido, se quejaron de varias violencias ejercidas sobre aliados de la Compañía de Indias, entre otras la prision del teniente Chew y la invasion de la isla de Shapuree en la embocadura de la de Aracan. Tales ultrajes eran demasiado notorios para que los ingleses no se creyeran con derecho á pedir cuenta de ellos al soberano birman, quien por su parte se quejaba de la proteccion dispensada por ellos á los Rajas rebeldes de Assam y de Cachar. Declaróse la guerra: el ejército británico, mandado por sir Archibaldo Campbell, y secundado por una fuerza naval considerable, embistió la ciudad de Rangoon, la cual, desprovista de todo medio de defensa, no pudo oponer mas que una débil resistencia; pero el rey de Ava, lejos de darse por vencido, apresuróse á juntar nuevas tropas disponiéndose á hacer frente al ejército británico. Los birmanes dieron muestras de valor y perseverancia: en poco tiempo levantaban en derredor de sus poblaciones y campamentos estacadas, especies de fortificaciones hechas con troncos de árboles, en cuyo arte son muy diestros, hallándose coronadas de cañones y llenas de aspilleras, y el interior, que es muy grueso, está ahuecado en términos de poder servir de refugio á los que defienden estas empalizadas, á las que se las cree á menudo abandonadas, al paso que estan llenas de hombres que se mantienen ocultos y arremeten de improviso al enemigo. Pero donde quiera que los birmanes alzaban estas estacadas, aplicábanse los ingleses á destruirlas; y donde quiera que estos obtenian ventajas, los otros, segun su costumbre, quemaban sus habitaciones cuando les quedaba tiempo, y dejaban el país desierto y privado de todo medio de subsistencia, hasta que pasados algunos dias volvian con intrepidez. A esta guerra molesta para los ingleses venian á agregarse las privaciones, la fiebre endémica y todas las enfermedades causadas por el clima y la estacion lluviosa, siempre muy larga en este país, y tales azotes hacian espantosos estragos en el ejército inglés. Por fin, ocurrió un combate en las cercanías de la Gran Pagoda Shoe-Dagon, habiendo costado la derrota de los birmanes á su comandante Sykia-Wongee, ministro del rey, su remocion y la mas completa desgracia.

Mientras servian de teatro de guerra las alturas de la Gran Pagoda, otra parte de la India era atacada por una division del ejército británico, cayendo en su poder Martaban, Taboy, Mergui y toda la costa de Tenasserim. Con la noticia de tales desastres púsose en alarma la corte de Ava, y ejecutáronse levas considerables en todo el imperio, siendo esta vez los mismos hermanos del rey quienes tomaron el mando de las tropas, y establecieron sus cuarteles, el uno en Pegú y el otro en Donobiew, á 60 millas de Rangoon. En compañía de los dos príncipes iba un considerable número de astrólogos y el célebre cuerpo de invulnerables, hombres estrañamente pintados, que además de la reputacion que tenian de no poder ser dañados ni por el fuego ni por el hierro enemigo, sabian con sus evoluciones, sus danzas guerreras, sus encantos, sus amuletos y charlatanismo de toda especie, inspirar á los soldados una confianza é intrepidez estraordinarias. Trascurrieron muchas semanas sin que ambos ejércitos, á pesar de haberse estado contemplando, hubiesen venido á las manos de una manera decisiva. Afirmaban los astrólogos birmanes que todavía no habian vislumbrado el momento propicio de entablar el combate: los invulnerables por su parte declaraban que era preciso proceder al asalto, y prometian á los príncipes y grandes que celebrarian la fiesta anual en la Gran Pagoda que á la sazon poseian los ingleses. Empeñóse por fin el combate con furor por una y por otra parte: al estrépito de las armas juntábanse los gritos y las imprecaciones de los birmanes contra los que llamaban impíos; pero de repente se advierte un súbito movimiento en el ejército birman, y parecia esparcirse en él una especie de terror: la metralla inglesa cae sobre los invulnerables y barre sus filas de una manera rápida y espantosa.

A su vista, poseido el ejército de estupor y espanto, cree reconocer el siniestro agüero de su destruccion, y desanimándose al instante, echa á huir. Al saber tan terrible revés tembló S. M. Birmana, pues no le quedaba mas que un solo hombre en quien poder confiar en lo sucesivo, el cual era Maha-Bandoolah, guerrero famoso, cuyo nombre era el espanto de los soldados peguanos, á la sazon al servicio de los ingleses. Nombrado por el rey comandante del ejército, acudió al instante apresurándose á poner la provincia de Aracan en estado de defensa. Sus primeros hechos en Ramoo, donde derrotó al ejército inglés, patentizaron á sir A. Campbell que tenia al frente un adversario mas temible que los que hasta allí habia tropezado. Bien pronto se difundió la alarma en Bengala: los soldados peguanos se desertaban; los labradores huian de sus campos, y hasta los naturales de Calcuta pensaban ya en abandonar sus propiedades y comercio: tan terrible era en aquellas comarcas la nombradía de Maha-Bandoolah. Pero su presencia era mas necesaria que nunca en el interior del reino: la reduccion de Martaban, Mergui y Tenaserim, ponia en peligro el *imperio de Oro*, y así fué llamado repentinamente, habiendo con esto recuperado alguna tranquilidad los habitantes de Bengala, y siendo desde entonces las provincias centrales de la Birmania y las márgenes del Irrawaddy el teatro de la guerra.

Empero con la llamada de Bandoolah no se mejoró mucho la situacion moral de la India Británica: los naturales alistados en el ejército hallábanse desmoralizados por los mas supersticiosos terrores, sin que hubiera confianza alguna en su adhesion: varios regimientos que estaban de guarnicion en Barrackpore negáronse á marchar y se amotinaron, sin que ninguna demostracion pudiera hacerlos entrar en sus deberes: este motin tomó el carácter de rebelion, por lo cual fué indispensable apelar á las armas para someterlos, habiendo perecido muchos, siendo ejecutados algunos otros, y condenado el resto á trabajos forzados. Otra calamidad mortificaba al ejército británico, la fiebre endémica y la disenteria, hallándose llenos de enfermos los hospitales. Alarmada la Compañía de Indias por los riesgos que la amenazaban, hizo tentativas para determinar al gobierno de Siam á prestarle apoyo; pero creyendo este que nunca lograrian los ingleses vencer al ejército birman, mandado por el temible Maha-Bandoolah, negóse definitivamente á la demanda.



Teatro real de la ópera.

Maha-Bandoolah en el ínterin, despues de ser recibido en la corte de Ava con todos los honores posibles, hacia vigorosos preparativos, cargando multitud de lanchas de guerra con una formidable artillería, que muy pronto comenzó á bajar por el cauce del Irrawaddy. El ejército birman, que constaba de una fuerza de sesenta mil hombres, avanzó seguido como siempre por los invulnerables, armados mas que nunca de encantos, amuletos y ópio. Desde el mes de noviembre, época en que cesan las lluvias y empieza el frio, invadió el ejército de Maha-Bandoolah la vasta selva de Rangoon, dando frente á la pagoda Shoe-Dagon, ocupada á la sazon por las tropas inglesas, y formando una línea circular desde la orilla del rio por mas arriba de Kenmendine hasta Puzendown. Emprendiéronse las hostilidades el 1.° de diciembre. Desde el alto terrado de la gran pagoda podia oir claramente el ejército inglés los gritos y alaridos que salian de las lanchas birmanas que cubrian el rio, y á los cuales la armada inglesa, cada vez que despedia andanadas, respondia con voces menos salvajes, pero no menos belicosas. Distinguíase desde lejos á los jefes birmanes por sus quitasoles dorados que reflejaban los rayos del sol, sobresaliendo entre todos el de Maha-Bandoolah.

Así que el ejército birman llegó á las orillas del Irrawaddy en la ribera opuesta de Rangoon, comenzó á levantar estacadas á fin de cañonear á la escuadra británica, y como siempre fué avanzando, estendióse al poco tiempo de un modo á propósito para hacer frente al lado oriental de la gran pagoda, y circunvalar de muy cerca á los ingleses, quienes por medio de anteojos fuéron testigos de una singular maniobra: todas las líneas que estaban á la vista dejaron de improviso sus armas, y tomando instrumentos oportunos, trabajaron con tanto ardor y celeridad, que en menos de dos horas quedaron casi cubiertas las líneas birmanas por una muralla de tierra, que no tardó en elevarse á tal altura que desaparecieron totalmente, sin que fuera fácil sospechar que allí habia legiones de combatientes, si de cuando en cuando no brillara de lejos con los rayos del sol el guardasol dorado de algun jefe, que corria de una parte á otra para cuidar del trabajo y dar las órdenes necesarias. Como el ejército inglés pudo observar perfectamente aquella operacion, tomó sus medidas para arrojar á los birmanes de sus trincheras, de las que logró apoderarse, al menos momentáneamente, y entonces tropezó con una série innumerable de hoyos capaces de albergar dos hombres, y hechos de modo que estos pu-

dieran preservarse del mal tiempo y del fuego del enemigo. Habia además en cada agujero la correspondiente provision de arroz, agua y hasta de leña, así como un lecho de paja ó yerba, en que podia dormir el uno mientras velaba el otro. Cansados de combatir los ingleses, tras de rudos y repetidos ataques sobre Kemmendine sin conseguir nada decisivo, pensaban descansar, cuando de improviso se interrumpió la oscuridad por unas llamas y luces siniestras, habiendo sucedido una pavorosa esplosion al silencio de la noche. Aquel ruido provenia de los *firerafts* de los birmanes, especie de brulotes que lanzaban balas incendiarias á medida que corrian por el rio, al paso que un inmenso número de embarcaciones pequeñas, que despedian igualmente metralla, venian detrás para aprovecharse de la confusion y del espanto. La marina supo triunfar con valor y habilidad de esta alevosa sorpresa, aunque no lo consiguió sin considerable pérdida. En los siguientes dias renovóse el combate con mas furor que nunca; los birmanes, que lograron recuperar sus trincheras, hallábanse completamente resguardados de los tiros que partian del lienzo septentrional de la gran pagoda, mientras que su fuego hacia tan terrible estrago entre los soldados ingleses, que se vieron forzados á abandonar su posicion. Al cabo de siete dias enteros fué por fin decisiva esta batalla, la cual se terminó con desventaja para los birmanes, que segun los boletines oficiales del ejército británico, no salvaron de sus brillantes fuerzas mas que veinticinco mil hombres. La corte de Ava, consternándose con este revés, pareció desear entablar negociaciones; pero los sucesos que siguieron á esta derrota probaron, como se verá mas tarde, que no recurrió á tal medio mas que para proporcionarse tiempo, á fin de reparar sus pérdidas y reunir nuevas fuerzas.

De dia en dia parecian crecer las simpatías de la nacion inglesa á los griegos, simpatías que correspondian enteramente á las de Francia, imponiendo silencio á las rivalidades de ambas naciones. Empero no era mas propicia á aquella causa la política del gabinete británico, pues no entraba en sus miras el aparecer sosteniéndola; por lo cual, como no queria disgustar á Rusia ni Turquía, hasta afectó repetidas veces que desaprobaba el entusiasmo nacional, y los socorros de hombres y dinero que Inglaterra enviaba á Grecia. El celo inalterable de la nacion por una causa tan odiosa para la potencia otomana, no habia pues variado hasta entonces las relaciones amistosas de ambas cortes, y lor Strangford, representante del monarca inglés en Constantinopla, continuaba siendo tratado con los mayores miramientos, aguardando él siempre la realizacion de sus esperanzas relativamente á las negociaciones que de acuerdo con el Austria habia entablado para la evacuacion de Valaquia y Moldavia, toda vez que, merced á la influencia de Inglaterra, habia celebrado la potencia otomana su último tratado de paz con Persia. Interin se esforzaba el divan por alargar este asunto, y el embajador británico contemporizaba cuanto le permitia la política, se supo la llegada de lord Byron á Grecia y el empréstito negociado por él en Londres; y esta noticia, que escitó el mas vivo disgusto en el ánimo del Gran Señor, ocasionó frialdad y desconfianza entre estos dos gabinetes: cansado y descontento lord Strangford de no conseguir nada acerca de sus demandas, y no pudiendo ya disimular de que se tratara de eludir la satisfaccion deseada, abrazó el partido de dejar la corte de Constantinopla, donde desde mucho tiempo atrás no se hacia mas que entretenerla.

¿Qué hacian en el interin los griegos? Despues de muchas penalidades y largos reveses, alcanzaban por fin victorias que podian compensar sus descalabros, y Miaulis y Canaris continuaban siendo en el mar el espanto del enemigo. Mas no tardaron en suscitarse pretensiones envidiosas entre los caudillos, apenas cesó de er inminente el peligro. Tornáronse los héroes hombres ordinarios; despertáronse de improviso imperiosas y exigentes las pasiones subyugadas hasta allí por el noble amor de la patria, y abrióse paso la codicia hasta los corazones por tanto tiempo incorruptibles. Ni el mismo Colocotroni se mantuvo siempre inaccesible al cebo de las riquezas, las cuales le encontraron flaco como á otros muchos: abandonáronse sus soldados al pillaje y otros escesos, resultando de aquí un borron indeleble á la causa que por el sagrado carácter de que se hallaba revestida á los ojos de todas las naciones del mundo, debiera haberse conservado sin tacha; pero los enconos de partido armaban á unos contra otros á los hijos de Grecia, reproduciendo en su campo la discordia y anarquía que en otro tiempo habian dividido el de sus mayores.

La única parte que no padeció por las turbaciones y disensiones civiles fué la Grecia Occidental, gobernada por Maurocordato, cuya sabiduría logró establecer allí el órden y la armonía, siendo así Missolonghi, ya ilustre por sus dos cercos, el punto de reunion de los intrépidos defensores de los griegos: distinguíanse entre ellos el coronel Stanhope, encargado de la organizacion de la artillería, Gordon y el cantor inspirado de Grecia, lord Byron, quien consagró á esta patria adoptiva su génio poético, su fortuna y brazos, fundó en Missolonghi escuelas civiles y militares, y cooperó con su ejemplo é influencia á los preparativos de la



Lord Byron.

nueva campaña y al asedio de Lepanto. Pero cierto número de Soulitas que habia en la poblacion de Missolonghi veia con ojos enojados introducirse la disciplina y reforma en el ejército por la cooperacion de un estranjero, y lord Byron, honrado con el título de ciudadano de Missolonghi, era el blanco de su secreta aversion. Nada pudo acallar tal encono, ni sus sacrificios, ni su abnegacion, ni aun el empréstito de 800,000 libras esterlinas que Grecia debia á su influencia y la de sus amigos: por el contrario, todo contribuyó á tornarle mas y mas odioso á unos jefes bárbaros, cuyo verdadero móvil al tomar las armas contra los turcos, no tanto habia sido el deseo de libertar su patria del yugo bajo que por tan largo tiempo habia sufrido, cuanto la secreta esperanza de conquistar á su vez una dominacion ansiada. Sus intrigas hicieron fracasar el sitio de Lepanto, habiendo sido tan funesto el efecto de tal suceso en un carácter tan ardiente como el de lord Byron, que le acometió repentinamente una fiebre inflamatoria, y en 19 de abril de este año sucumbió en la flor de su edad, á la sazon en que memorables circunstancias le ofrecian la posibilidad de reparar con acciones gloriosas los errores de una juventud sobrado fogosa. Su corazon fué guardado por Grecia, que se llenó de luto con tal muerte, y el cuerpo fué

devuelto á su patria. Después de las dos espediciones tan fatales de Ipsara y Samos parecia querer reponerse la fortuna de los griegos. No tardó en reaparecer delante de Naxos la escuadra del implacable pachá Chosrew, apoyada por la de Egipto; pero esta vez la lucha se inclinó á favor de los griegos, quienes además de la superioridad de su artillería contaban con el auxilio del intrépido Canaris y de sus brulotes incendiarios que ahuyentaron la escuadra enemiga. Mas un azote terrible, la peste que asolaba el territorio de Nauplia, vino á acibarar el regocijo de este triunfo y á infundir pavor en los ánimos. Por otro lado continuaba recorriendo el espíritu de la discordia, ya una parte ya otra de Grecia, armando sin cesar á los griegos contra los griegos, y escitando las ambiciosas rivalidades para destruir la armonía, sin la que no debian esperar reconquistar dignamente su independencia. Sin embargo, mas que nunca tenian necesidad de conformidad y union sincera, pues la fortuna enemiga que parecia encaminarse á destruir sus esperanzas cada vez que renacian, les preparaba un nuevo adversario que iba á oponer á sus valerosos esfuerzos un ejército poderoso y una armada formidable.

Preocupada Francia á la sazon con su gran lucha entre el liberalismo y el jesuitismo, cuya influencia crecia de dia en dia, con sus especulaciones rentísticas, sus empresas industriales, sus juegos de bolsa y sus empréstitos, llegaba á un suceso que iba á producir grandes alteraciones en su marcha política. Luis XVIII, cuyas fuerzas y espíritu iban debilitándose rápidamente hacia diez y ocho meses, murió el 16 de setiembre á la edad de sesenta y nueve años, y después de un reinado de un decenio, durante el cual probó con la prudencia de su conducta las intenciones de su alma, y la resistencia que opuso constantemente á las exigencias de una aristocracia envejecida en la inesperiencia mas ridícula, que él habia meditado y comprendido el espíritu y las necesidades de su siglo. Su muerte causó profundo sentimiento, mezclándose con él la inquietud por el porvenir. En adelante iba á cambiar la restauracion de fisonomía, y á encubrir con la máscara constitucional el sistema del absolutismo que no podia menos de hacer presagiar borrascas.

CAPITULO CX.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1825.)

La creciente influencia de la asociacion católica era objeto de séria preocupacion para el ministerio, que no sin alarma observaba el efecto de los discursos de O'Conell en el ánimo de los ingleses, pues se habia conquistado partidarios hasta en los torys, viéndose precisado el jefe mismo de la aristocrácia, lord Liverpool, á reconocer la notaria justicia de algunas concesiones: empero propusiéronse severas censuras contra la asociacion; y á pesar de los esfuerzos de la oposicion para que fueran desechadas, fuéron adoptadas tras de violentos y largos debates, en que M. Canning rechazó de una manera triunfante las insinuaciones que tendian á que se considerase como desertor de la causa católica. Disolvióse la asociacion, la cual pareció ceder; pero no pudiendo ser destruida, muy pronto se la vió resucitar bajo otra forma, sumisa en apariencia á la ley, á fin de tener una existencia ostensible y ser tolerada, pero decidida á eludir diestramente la misma ley y á proseguir con firmeza su grande objeto bajo el velo de la obediencia. El ministerio cobró entonces alguna confianza, y hasta pareció acoger asaz favorablemente una proposicion de sir Francisco Burdett para que se desecharan las pretendidas incapacidades civiles de los católicos, y se reconociera su aptitud para todos los empleos. Si este proyecto hubiera pasado en la cámara alta con tanta facilidad como en la baja, se habria dado un gran paso; pero entonces no habia apariencias de que se consiguiera todavía en mucho tiempo semejante triunfo: habia para el partido católico un adversario que era mas temible él solo que todo el resto de los pares, el cual era el duque de York, cuyas bien conocidas opiniones dejaban á esta causa, por mas robustecida que se hallara y hubiera crecido el número de sus partidarios, poca esperanza de triunfar en mucho tiempo todavía. Tomando el Príncipe la palabra sobre la materia, declaró que una concesion como la de la esclusion de la incapacidad civil de los católicos era una infraccion manifiesta, no solo del juramento religioso, sino tambien de los principios de la Constitucion; y añadió que hasta el último dia de su vida, y cualquiera que fuera su suerte, se opondria con todas sus fuerzas y con la ayuda de Dios (*so help him God*) á unas concesiones que en su concepto no podian producir mas que funestas consecuencias. Estas palabras pronunciadas por el heredero presunto pudieron instruir á los católicos del porvenir que les aguardaba. Quejóse el partido de la oposicion del espíritu poco generoso de este discurso, mientras que el contrario procuró ensalzarle como una obra maestra de patriotismo y varonil firmeza: los campeones de la corte llevaron la lisonja hasta hacerlo imprimir en letras de oro; y como podia suponerse que era tambien la espresion del trono, ejerció una influencia considerable sobre el voto de los que mendigaban el favor real. Rechazóse pues por gran mayoría el proyecto de emancipacion, habiendo vuelto á desvanecerse las esperanzas de los católicos de ser admitidos á una parte de los derechos mas justos y razonables. En cuanto á la comision nombrada en la legislatura precedente para examinar la situacion de Irlanda, resultó del trabajo presentado á las cámaras sobre la materia la conviccion de que la mala administracion de aquel país, bien lejos de disminuir su estado de miseria y de privaciones, contribuia á agravarlo, y que era cada vez mas urgente aplicar prontos remedios.



Universidad de Londres.

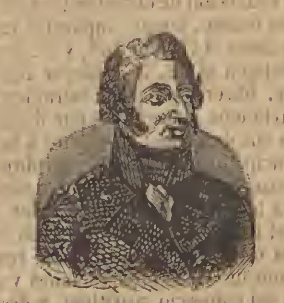
En esta legislatura continuaron los esfuerzos hechos anteriormente para espurgar la legislacion criminal de sus góticos abusos; pero tal tarea, lo mismo que todas las que tienen por objeto reformar instituciones antiguas que han venido á ser viciosas con el tiempo, y el descartar de ellas todo lo que no es aplicable á las costumbres de una nacion, ofrecia no pocas dificultades. De todos los que habian ocupado las altas funciones de gran canciller, ninguno llegó á ser mas notable que lord El-

don por su sagacidad, su profundo conocimiento de las leyes, su constancia infatigable en el exámen de los negocios y la imparcialidad de sus juicios; pero la naturaleza de su espíritu investigador le impulsaba sin cesar á buscar y descubrir analogías en todas las cosas, resultando de allí un estado perpétuo de duda y vacilacion, que ocasionaba siempre en sus decisiones y en la marcha de sus procedimientos una lentitud interminable, la cual deberia ser considerada como un acto criminal en los que encargados de la mision imponente y sagrada de reparar la injusticia humana, reducen con frecuencia á la desesperacion al infortunado litigante con sus dilaciones é inexorables formas judiciarias. Pero dedicado toda su vida al solo estudio de las leyes, se habia mantenido totalmente estraño á los progresos de la sociedad, y jamás habia tratado de reflexionar acerca de la inmensa influencia que estos debian tener sobre las mismas leyes: de esta falta de observacion provenia una ciega adhesion á las instituciones existentes, y tal vez pudiera decirse una rutina obstinada que le tornaba enemigo de toda innovacion, de toda mejora que acarreara la necesidad de alterar los sistemas que estaba habituado á respetar. Con preocupaciones tan arraigadas cualquiera correccion de abusos debia parecerle una violacion, una especie de ultraje al carácter de la legislacion; por lo cual, no sin una verdadera violencia era como se determinaba á permitir que se atacasen algunos de ellos. Por esto aconteció repetidas veces que al través de las intenciones mas puras fuéron reprensibles los procedimientos de su tribunal, siendo tal su temor á toda obra de innovacion, que preferia dejar subsistir los abusos antes que remediarlos aboliendo alguna práctica gastada y envejecida por el tiempo y la fuerza de las circunstancias. No hay duda que si las estimables cualidades de lord Eldon, sus virtudes, su sabiduría y vastos conocimientos como jurisperito, hubiesen sido secundados por mayor conocimiento de los tiempos actuales y de la sociedad, hubiera adquirido muchos mas títulos al reconocimiento de su país. Sus opiniones le acarrearon, como puede concebirse, gran número de enemigos en el partido de las reformas, y las recíprocas animosidades que resultaron no tendian mas que á retardar útiles mejoras: en resúmen, todos los debates relativos á la materia fuéron dictados por sobra de pasion, encerraban sobrada acrimonia y personalidades para que redundáran en ventaja de la legislacion. Desecháronse pues varias proposiciones que eran evidentemente en su interés, como la que se hizo por el ministro de Hacienda para que se aumentasen los emolumentos de los jueces, en términos de que en lo sucesivo no fuesen para ellos las penas pecuniarias; la que tenia por objeto el derecho de que gozaban varios jefes de diversos tribunales de justicia para vender ciertos empleos; y otra proposicion de M. Sergeant Onslow contra las leyes usurarias, fué tambien desechada, aunque apoyada por el ministro de Hacienda, el presidente del consejo y la mayoría de los ministros.

Mejor éxito alcanzaron las proposiciones relativas al comercio esterior: M. Huskisson, lleno de celo por todo lo que podia favorecer su adelantamiento, y poco susceptible de dejarse supeditar por los clamores de aquellos á quienes cegaba el espíritu de preocupacion ó arrastraba el interés personal á sugerir sistemas opuestos á los suyos, reprodujo la cuestion de las restricciones, probando que los artículos comerciales que mas habian sufrido eran justamente los que mas habian estado gravados; que los escesivos derechos que hacian la fortuna del defraudador arruinaban al fabricante; que carecian de fundamento los temores que impulsaban á mantener derechos tan considerables, y que el medio mas seguro de obrar en pró del verdadero interés de la nacion y de los particulares, era el reducir tales derechos y el abrir los puertos de las colonias á todas las potencias aliadas de Inglaterra, al tenor del principio que regia en las relaciones comerciales de dichas colonias con Jersey é Irlanda; el abolir las enormes sumas que casi en todos los puertos de las colonias habia costumbre de exigir en provecho de los funcionarios públicos; el rebajar el derecho de importacion sobre el azúcar de la Mauritania, y admitir la importacion del trigo del Canadá con una cuota moderada. Todas estas proposiciones fuéron aprobadas y adoptadas. Pidióse en seguida igual reduccion de derechos para los algodones, las lanas y los lienzos, cuyos impuestos ascendian en algunos casos hasta el 180 por 100, y M. Huskisson demandaba se bajasen al 10, 15 y 25 por 100, en cuanto á la cristalería, librería y el papel estranjero, que eran otros tantos artículos inaccesibles por decirlo así por la enormidad de sus derechos; en cuanto á las sustancias metálicas, principalmente el hierro, el cobre, el zinc y el plomo, y en cuanto á otras materias que son de primera necesidad para los fabricantes, como todos los artículos propios para el tinte, admitiendo hasta la necesidad de suprimir toda clase de impuestos con respecto á los aceites. Después de estas observaciones y otras relativas al interés del comercio marítimo, y después de recorrer todos los derechos que se debian disminuir ó abolir, propuso una reforma no menos útil en el sistema vicioso de los establecimientos consulares, pidiendo que se asignáran sueldos á los cónsules en lugar de las exacciones á que tenian que recurrir. Estas reformas comerciales parecieron un tanto temibles á muchos miembros de la cámara; pero la oposicion fué débil, pues la mayoría de la cámara y de la nacion reconocian la importancia de tales medidas, y así fuéron adoptadas.

En cuanto al estado de la hacienda, era bajo ciertos conceptos asaz satisfactorio para permitir hacer tambien en este año una nueva reduccion en los impuestos, y en efecto fué hecha con un discernimiento y una prevision que probaban la intencion real de aliviar á las clases bajas y disminuir sus privaciones, poniendo mas á su alcance una multitud de artículos muy gravados hasta entonces, como el cáñamo, el vino, la sidra, el café, el ron, etc. Pero á despecho de estos beneficios hallábanse inquietos los ánimos, sin que la brillante perspectiva que M. Robinson trató de hacer entrever en un discurso pomposo y florido, fuera bastante para inspirar confianza, á pesar de que la influencia británica ganaba cada vez mas terreno en el esterior. En este año habia celebrado Inglaterra tres nuevos tratados de comercio: el primero con los estados independientes del rio de la Plata, el segundo con Rusia por causa de los territorios de la costa Nordeste de América y de la navegacion del Océano Pacífico, y el tercero con Suecia sobre la abolicion del tráfico de negros; pero habia en la nacion un malestar que nada podia desvanecer, no habiendo tardado los reveses de fortuna que ella preveia desde mucho tiempo atrás, en venir á lastimarla hasta en medio de la prosperidad y opulencia. La superabundancia de capitales, al paso que dió al espíritu de especulacion y de empresa un vuelo estraordinario, acarreó una série de consecuencias funestas, y de la vasta estension dada repentinamente al crédito, así como de la necesidad de emitir en el comercio una inmensa cantidad de billetes y de papel moneda, resultaron innumerables quiebras que llenaron de pavor todos los espíritus: hasta las casas mas sólidas fuéron envueltas en esta ruina general: el crédito desapareció, y fué tal el terror pánico, sobre todo entre la gente principal, que agravó el mal impulsando á todos los que tenian fondos en las casas de banco á retirarlos, habiéndose visto que en el espacio de pocos dias suspendieron sus pagos mas de setenta bancos de provincias. Esta repentina baja del crédito paralizó bruscamente todos los negocios, y el comercio cayó de improviso en la mas violenta convulsion que nunca habia padecido. Tan terrible crisis lo suspendia todo, hasta una multitud de mejoras y proyectos concebidos en beneficio de la ciudad de Londres: empero resistieron algunas empresas tal sacudimiento, siendo de este número la del Tunel de-

bajo del Támesis y del nuevo puente de Londres, cuya primera piedra fué colocada por el lord corregidor en presencia del duque de York. En este año, tan notable por las referidas calamidades comerciales, fué cuando se hizo el ensayo del primer buque de vapor que dió la vela el 16 de agosto para las Indias.



Duque de York.

Inglaterra tenia á la sazon como toda Europa puestas las miradas en Rusia, la cual acababa de ser conmovida de improviso por un suceso hasta entónces poco probable, hallándose cada gobierno mas ó ménos preocupado por las consecuencias políticas que no podian menos de resultar de tal novedad. Era esta la muerte del emperador Alejandro, el soberano absoluto de todas las Rusias y el poderoso jefe de la Santa Alianza, cuyo príncipe, no obstante una educacion arbitraria como la de todos los autócratas que le habian precedido, poseia una elevacion y generosidad de sentimientos é ideas muy superiores á tal educacion: al ménos lo que le quedaba del despotismo inoculado desde la cuna, se hallaba tan templado y suavizado por las formas y la benevolencia natural de un corazon que se habia ilustrado y afirmado con las luces y el espíritu filantrópico de su tiempo; que no fué bastante para sofocar las tendencias liberales que fuéron el rasgo mas caracterizado del reinado de este príncipe. La inexorable parca que le heria en la flor de su edad, en medio de una brillante carrera y en el apogeo de un poder que era la garantía de otros potentados, fué un motivo de pesar para la Europa entera, siendo tal su efecto en Paris y Londres, que los fondos bajaron considerablemente, y pareció redoblarse la crisis comercial. Alarmáronse en especial los reyes, pues perdian á quien presidia sus consejos y habia sabido hacerse el árbitro de sus pretensiones y querellas con la moderacion y sabiduría de su política. El imperio de los czares tuvo entonces un momento de crisis: los rusos no habian invadido impunemente el suelo en que fermentan todos los elementos posibles de libertad é independencia: habian recibido en Paris, foco ardiente de tantas ideas y luces, revelaciones de liberalismo, cuya impresion indeleble no se reproducia sin peligro ni aun en su temperatura glacial. Una vez inoculado el sentimiento de la independencia en el corazon del hombre, nunca muere; pues se alimenta con su vida; se robustece en el silencio de los pensamientos, hallándose desde entonces su presencia inmutable, pronta á manifestarse con mas ó menos energía, segun la naturaleza y fuerza de las circunstancias. Una asociacion secreta, modelada por la de los carbonarios, fué el resultado de la iniciacion de un pueblo esclavo en la existencia noble y altiva de un pueblo libre, y contaba ya diez años de duracion cuando falleció el emperador Alejandro. Formóse entonces una conspiracion militar, que tenia por caudillo al príncipe Trousbestloky, siendo el pretesto de ella la injusticia irrogada á los derechos del príncipe Constantino, cuya renuncia al trono imperial no era mas que una impostura, segun los conjurados. Pronunciáronse por primera vez las palabras de Carta y Constitucion en la ciudad de Pedro el Grande, y resonaron con desconocido eco en la capital del imperio mas despótico de la cristiandad. Miloradovitch, gobernador de San Petersburgo, fué matado de un pistoletazo disparado por uno de los conspiradores. Fué preciso apelar á la fuerza militar; el cañon dispersó los rebeldes; casi todos los jefes fueron cogidos, y los primeros actos del reinado del emperador Nicolás fuéron sentencias de muerte y destierro. Así se terminó este acontecimiento, que fué el menos notable de cuantos ocurrieron en el actual año en el continente europeo.

Después de esfuerzos inútiles por parte de M. A'Court, embajador inglés, accedió por fin el rey de Portugal á reconocer la independencia del Brasil, cediendo la soberanía á D. Pedro su hijo; y hábil y pronta Inglaterra á valerse de todas las ocasiones de aumentar sus relaciones comerciales, envió inmediatamente á sir Carlos Stuart á Riojaneiro á negociar un tratado que dió existencia á dos nuevas compañías que se organizaron en Londres, la una para beneficiar las minas de oro y plata de las provincias de Minas Geraes, y la otra para mejorar la agricultura de aquel país. Así Inglaterra, merced á su vigilancia activa y sagaz política, pudo añadir dos nuevos manantiales de riqueza y prosperidad á los que ya poseia.

En Chile consiguiéron las armas inglesas algunos triunfos; pues hubo dos brillantes choques entre los realistas y patriotas, habiendo logrado los capitanes Addisson y Robertson coger con simples barcos y á pesar del fuego de las baterías enemigas, dos fragatas y varios bergantines españoles.

En este mismo año fué nombrado el duque de Northumberland, uno de los mas ricos pares de Inglaterra, para ir á representar á su soberano en la corte de Francia con motivo de la consagracion de Carlos X, ceremonia para la cual los príncipes de la Iglesia que desde el advenimiento de este monarca daban inmensos pasos hácia la renovacion de su antiguo poderío, se empeñaron en combinar todo el brillo y la magnificencia de la dignidad real con todo el esplendor y majestad de la religion. Pero bien pronto se olvidó Francia de fiestas tan pomposas para lamentar la pérdida de uno de sus mas sinceros patriotas y elocuentes oradores, cuya pérdida, irreparable en especial para la oposicion, era la del general Foy que murió de mal de corazon el 28 de noviembre. Abierta en Paris y en otras ciudades de Francia una suscricion á favor de su viuda é hijos, recaudóse en muy pocos dias una suma considerable, parte de la cual sirvió para erigir á la memoria del orador un monumento en testimonio de la estimacion y reconocimiento de la patria.

CAPITULO CXI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1826.)

Abríase esta legislatura en medio de todas las agitaciones producidas por la crisis rentística, habiéndose reducido el discurso régio á un llamamiento al parlamento, cuyo celo y energía eran mas necesarios que nunca para remediar los inconvenientes que á la sazon cercaban al comercio y á la nacion. El objeto de las primeras medidas adoptadas por las cámaras, fué el obviar las complicaciones que resultaban de la escesiva emision de billetes, retirando de la circulacion los que no importáran mas que hasta cinco libras esterlinas. Esta y algunas otras medidas detuvieron el torrente de la crisis y calmaron la violencia del terror pánico, aunque una vez destruida la confianza, no podia restablecerse tan prontamente: habia obstáculos de tal naturaleza, que no era dado á ningun parlamento, por poderoso que fuera, el allanarlos, lo cual solo podia lograr el tiempo: de este y de la ciencia de la industria debia esperarse para en adelante la reparacion de los males actuales; y con tal idea, la activa y previsora Inglaterra cifraba con razon

sus mas bellas esperanzas en las ricas colonias que poseia, y trabajaba por adquirir en todas las partes del mundo, habiendo sido por lo tanto su legislacion un punto de la mayor consideracion para las cámaras en las sesiones de este año.

Al paso que se aguardaba la realizacion de estas esperanzas, era importante proseguir sin descanso los trabajos comenzados, para libertar el comercio esterior de las trabas que le perjudicaban; en lo cual fué M. Huskisson hábilmente secundado por M. Canning, quien pronunció al intento un discurso notable, tanto por su elocuencia como por el merecido elogio que hizo de los sentimientos generosos de su cólega; y aludiendo con destreza á los disgustos y amarguras que á entrambos les causaban á menudo los ciegos adversarios de la razon y de la sana filosofía, dijo: «Esos »hombres, cuyo número es por fortuna escaso, no me»nos que débil su poder; esos hombres que piensan »que cada progreso hácia una mejora es un paso retró»gado hácia el jacobinismo, aparentan creer quo en »ningun caso es permitido á un hombre de honor el in»dicar á su país una línea de conducta que pueda con»formarse con la marcha progresiva de la ciencia polí»tica, y acomodarse á las circunstancias variables de »los tiempos. Un acto de tal naturaleza, muy lejos de ser »considerado bajo su verdadero punto de vista, lo es »al contrario por ellos como una prueba de malevo»lencia, como una tentativa culpable para destruir las »bases sobre que reposan la prosperidad y grandeza »del país.» Dedicándose en seguida á poner en descubierto el carácter de los falsos patriotas, que impulsados por miras personales y miserables preocupaciones, procuran prevalerse del prestigio de un gran nombre, sin pensar en examinar el mérito real del que lleva, ni hacer caso de él, añadió: «Es sorprendente lo grande »del número de las personas dispuestas á admirar en »un hombre eminente la escepcion que le perjudica, »antes que los principios que dirigen su conducta y »forman su verdadera gloria. Esta especie de porversi»dad de miras se parece algo á la idolatría de los pue»blos que contemplan sin emocion el resplandor del »sol, sin pensar en tributarle himnos de adoracion mas »que cuando se esconde detrás de una nube. Lo mismo »se observa en los hombres que admiran en M. Pitt, no »tanto el brillo real de su gloria en su apogeo, cuanto »el espíritu de parcialidad que le oscureció algunas »veces.» Estos trozos de discursos pueden dar á conocer mas íntimamente todavía las miras latas y exentas de preocupaciones que abrigaba la política de Canning. M. Huskisson hizo á su vez la esposicion de los principios sobre que estribaba el antiguo código de navegacion, y las variaciones que habia sufrido, habiendo demostrado con energía y claridad la necesidad de ejecutar nuevas modificaciones en virtud de la fuerza imperiosa de las circunstancias, y que así habian sido políticamente indispensables las innovaciones que de cuando en cuando se habian realizado, especialmente despues de la primera guerra de América.

M. Robinson dió en este año cuentas mucho menos favorables que en los tres que acababan de pasar, resintiéndose esta vez la renta del descrédito público, y de la crisis de la hacienda que todavía no habia cesado; pero una cosa servia para templar el mal efecto de tal estado, y era la enumeracion de todos los impuestos reducidos desde 1815, la cual ascendia á la suma de 27.522,000 libras esterlinas. Esta última parte del discurso de M. Robinson fué acogida con mas satisfaccion que la primera, pues hacia columbrar un porvenir próspero, y así votáronse sin gran oposicion los subsidios para el año.

Habiendo cometido diversos actos de injusticia, y hasta de crueldad con los esclavos de las colonias los magistrados, tribunales y colonos, MM. Denman, Brougham y lord Suffield abogaron con su elocuencia y celo acostumbrados por la causa de la humanidad, y pidieron que inmediatamente se tomáran medidas eficaces para impedir la renovacion de semejantes abusos. A esto opusiéronse lord Liverpool y hasta Canning, quien dijo: «Si se adopta una marcha precipitada en estas circuns»tancias, sin la menor duda caerán las posesiones de »las Indias Occidentales en un estado completo de de»solacion y barbárie.» Y sin embargo no podia prescindir de reconocer que todas las amonestaciones del gobierno para mejorar la suerte de los esclavos habian sido recibidas por la mayoría de las colonias con la mas culpable indiferencia, y hasta sin prestarles la menor atencion. Pero era importante en su concepto proceder con la mayor reflexion en la conducta ulterior para remediar tamaños males, habiéndose acordado en consecuencia á pesar de las representaciones y los discursos filantrópicos de los abogados, que hasta nueva órden se continuara en la marcha, lenta en verdad pero prudente, hasta entonces observada: así se dejó subsistir un estado de cosas vicioso y en contradiccion manifiesta con los recientes decretos del parlamento acerca de los esclavos, por cuanto impedia atacarlo desde luego el interés de Inglaterra. Quizá era esto en política obrar con sabiduría indisputable: pero no se puede menos de deplorar que el hombre por la política imponga cadenas y despiadadas leyes á su corazon y génio, y que enerve y ahogue todo lo mas noble y generoso que hay en él. La política y la moral son en el estudio filosófico de la historia dos cosas tan estrañas y antipáticas entre sí, que apenas se puede comprender que el hombre colocado constantemente entre estos dos principios de accion tan opuestos, guarde tanto equilibrio como guarda, sin caer en mayores aberraciones y monstruosos estravíos.



Teatro de Oriente.

Ya se ha visto que sir John Russell era uno de los partidarios mas sinceros y puros de la reforma: enemigo declarado de las prácticas corrompidas que formaban parte del sistema de elecciones, tomó la palabra para patentizar la necesidad de proscribir principios tan destructores de la verdadera libertad. Hablando M. Abercromby en apoyo de este discurso, pidió que se reformara la representacion de Edimburgo, y á su vez hizo sir Juan Newport una mocion para que los que no residieran en Irlanda fueran despojados de su facultad electoral. La primera de estas mociones halló la oposicion que era de esperar en M. Dundas y sir Jorge Clerk, los que eran precisamente miembros por la ciudad y condado de Edimburgo; pero fué imprevista la de Canning, quien consideraba la proposicion de M. Dundas como á propósito para destruir la barrera que habia impedido hasta entonces las usurpaciones peligrosa del espíritu de

innovacion mal concebido. La prosperidad sin ejemplo de Edimburgo y el bienestar de su poblacion eran en su concepto la prueba mas convincente de la utilidad y conveniencia del sistema que se intentaba abolir: por lo demás, sus objeciones no tenian otro objeto que la aplicacion inoportuna de la mocion de M. Abercromby: creia muy justo que se acusara severamente á un pueblo convicto de abusos y corrupcion; pero que esto se hiciera por la mera alegacion de que su derecho electoral no guardaba proporcion con su poblacion actual, le parecia una innovacion completamente intempestiva: admitir semejante principio seria dañar evidentemente á la gran cuestion de la reforma, y conduciria infaliblemente á discusiones interminables. Por lo tanto tales mociones quedaron sin efecto.

Por lo demás, era tal á la sazon la fuerza parlamentaria, que tenia equilibrados á torys y whigs: casi no habia mas espíritu de pasion y de turbulencia que por parte de los radicales, y este partido era el mas débil de los tres. No provenia esto de que hubieran dejado de existir las diferencias políticas, sino de que nunca habian sido menos vivas que hacia algun tiempo, ni obraban sino bajo formas, por decirlo así, á medio borrar. Las elecciones se resintieron de este estado confuso de los partidos, y así notóse en general menos animosidad que de costumbre. No hubo en esta ocasion agitacion positiva é intrigas notables mas que en Irlanda; pero los notorios sentimientos del duque de York habian inferido un perjuicio terrible á la causa católica, y las violencias de que era siempre teatro la desdichada Irlanda, habian prevenido contra ella el espíritu del pueblo inglés; por lo cual la fuéron muy poco favorables las elecciones de Inglaterra, al paso que en Irlanda, mas poderosa que nunca la asociacion católica por la influencia de O'Connell que era su alma y se hallaba fuertemente apoyado por el clero, sacó en ellas una mayoría considerable. Las gentes del campo, dirigidas por sus pastores, votaron todas por los candidatos mas decididos por la emancipacion: estos votos no pudieron menos de redoblar el encono de los propietarios, que se vengaron despidiendo los labradores y aumentando con estas persecuciones los males que pesaban sobre el país; pero uno de los resultados de estas elecciones vino á ofrecer una compensacion á los que acababan de ser víctimas de la rígida conducta y venganza de los ricos propietarios: la familia Beresford fué desposeida del asiento que ocupaba por el condado de Waterford, y en la disposicion en que se hallaban los ánimos, esta noticia fué recibida en Irlanda con el mayor regocijo.

Disuelto el parlamento á fines de junio, congregóse de nuevo el 14 de noviembre, y se ocupó de los negocios de Portugal, unido en interés con Inglaterra, que se consideraba con derechos para intervenir en las turbaciones sobrevenidas en aquel país después de la muerte del rey Juan VI. El partido adoptado recientemente por el emperador del Brasil D. Pedro, de refundir las viejas instituciones de Portugal dándole una Constitucion, vino á ser objeto de preocupacion para los espíritus: créese generalmente, y es muy probable, que semejante resolucion del príncipe fué producto de la influencia del gabinete británico, sin que ningun esfuerzo de Canning para desmentir tal opinion haya sido bastante para destruirla. Un suceso de tal género puso mas que nunca en estado de hostilidad á los liberales y absolutistas, que eran dirigidos por la reina viuda y D. Miguel, y apoyados por el rey de España, quien enemigo jurado de toda especie de instituciones liberales, no se contentaba con dar asilo á los rebeldes, sino que los proveia además de armas contra su patria. Así quedó sumido desde entonces el reino de Portugal en todos los horrores de la guerra civil; y la causa constitucional condenada en todas partes, hasta en Francia, aunque no por la nacion, sino por el gobierno de Calós X, vióse muy pronto amenazada de tan inminente peligro, que M. Palmella, embajador portugués en Londres, juzgó necesario dirigirse al gobierno inglés, y reclamar en virtud de los antiguos tratados el auxilio de la Gran Bretaña. Tal demanda ofreció á M. Canning una brillante ocasion para patentizar de nuevo su talento como orador, y desenvolver los principios de su política estranjera. Afirmaba que Inglaterra debia considerarse como llamada únicamente á defender Portugal contra una invasion estranjera, y no á ayudarle en agresion alguna contra España. Tocando en seguida la cuestion de la nueva Constitucion, declaró esplícitamente que nada habia contribuido á ella la Gran Bretaña. No tuvo sin duda ninguna participacion manifiesta en tal negocio; pero es difícil creer que M. Canning fuera completamente sincero en tales circunstancias, y que Inglaterra se hubiera manifestado en ellas tan neutral como pretendia el ministro. «En cuanto al »carácter de esta Constitucion, añadió, todo lo que pue»do decir es, que deseo que Dios proteja esta tentativa »hecha por Portugal para conseguir una libertad cons»titucional tan deseable, y que esta nacion sea digna de »recibirla y de conservarla.» Pasando en seguida á las agresiones de España y á los motivos de su conducta, espresó la esperanza que tenia de que Fernando al saber el armamento de Inglaterra en favor de Portugal, se conduciria en términos de evitar las hostilidades. Aseguraba que le era odiosa la idea de la guerra, no porque careciera de confianza en las fuerzas y los recursos de Inglaterra, sino porque abrigaba la íntima conviccion de que cualquiera clase de hostilidades llevaria á la Gran Bretaña, por capaz que fuera para sostenerla, á consecuencias cuya sola idea le hacia estremecer. «El »papel de neutralidad que la política nos impone, dijo, »debe servir para mantener el equilibrio, no solo entre »naciones enemigas, sino tambien entre principios »opuestos; y este papel, si tenemos la habilidad de no »separarnos de él, basta por sí solo para conservar la »igualdad de poder, que es necesaria para el bienestar »y seguridad de Europa. Cerca de cuatro años de es»periencia han confirmado y fortificado esta opinion; y »es de temer que si la guerra que actualmente se pre»para en Europa se estiende mas allá de los estrechos »límites de España y Portugal, sea de la naturaleza »mas funesta, porque será una guerra de opinion y »principios, y cualquiera que sea el deseo de Inglaterra »de no intervenir en las hostilidades mas que para evi»tar sus horrores ó para economizarlos, no puede evi»tar el que acudan á sus banderas esos espíritus turbu»lentos, que descontentos con razon ó sin ella, estan »siempre prontos á fomentar el desórden. De lo que »nacen las opiniones que yo espreso aquí es de la cer»tidumbre de que contamos con una fuerza temible: »tener fuerza de jigante y usar de ella, son dos cosas »muy diferentes: nos basta el sentimiento íntimo de »esta fuerza: nuestro empeño no consiste en buscar la »ocasion de desplegarla, sino en hallar todos los medios »de conservarla, á fin de que la posteridad, haciéndo»nos justicia, reconozca que al paso que poseemos esta »preponderancia de jigante y cuanto es preciso para »echar mano de ella, hemos esquivado semejante paso, »no queriendo trasformar al árbitro en opresor. Yo »entreveo resultados tales de la debilidad que nos ar»rastrara á soltar las riendas á las pasiones que hasta »ahora hemos tenido enfrenadas, que podrian origi»narse los mas amargos pesares y el mas desastroso »porvenir, sin que en adelante tuviera yo que esperar »el menor reposo, si podia creer que he precipitado tan »solo una hora la venida de tamañas calamidades. Yo »sabré soportar todo lo que no toque al honor nacional; »soportaré todos los males posibles antes que dejar in»troducirse entre nosotros las furias de la guerra, so»bre todo cuando no sabemos hasta dónde pueden lle»gar, é ignoramos el punto en que parará la devasta»cion. La paz es hoy dia para la nacion británica un »sentimiento de amor, un deber sagrado que tambien »imponen á todo el mundo las circunstancias de los

»tiempos... Defendamos á Portugal, cualesquiera que »sean los adversarios que encontremos allí, porque así »lo exige el deber; pero sepamos detenernos donde termina nuestro deber. Marchemos á Portugal, no á dictar leyes, sino á plantar el estandarte británico, y »donde flote este, no osará aparecer ninguna dominacion estraña.»

Este discurso, que hizo profunda sensacion en la cámara, y fué admirado por los mismos cuyas opiniones no se conformaban siempre con las de M. Canning, halló sin embargo alguna oposicion, la cual dió lugar á una réplica, cuya elocuencia fué superior acaso á la de su primer discurso. Respondió á sir Roberto Wilson y M. Baring, que censuraban fuertemente al gobierno por haber permitido la intervencion francesa en España, que cuando este ejército entró en ella habria podido Inglaterra oponerse á ello; pero que hacer entonces la guerra á Francia no hubiera sido el mejor medio de restablecer el equilibrio de poder que debe resentirse del movimiento de la civilizacion, y modificarse á medida que surgen nuevas naciones. «Ir á »hojear, dijo, hoy dia el libro de la política que en »tiempo de Guillermo III ó de Ana dirigia á Europa, »para hallar en él el secreto de sostener la balanza ac»tual, seria manifestar el mas inconsiderado menospre»cio al curso de los sucesos; seria querer sembrar la »confusion en las fases de nuestra política. Admita»mos por un momento que la residencia del ejército »francés en España sea injuriosa para la Gran Bretaña; »que sea una herida hecha al orgullo de la nacion. »Veamos cómo deberiamos obrar: era preciso optar en»tre dos partidos: ó atacar directamente á Francia mien»tras estaba ocupada en el territorio español, ó abando»nar esta ocupacion que no podia menos de ser nociva »á la nacion rival que iba á llevar allí sus armas. Yo »prefiero el último partido. ¿Creeis que no hemos lo»grado la compensacion de esta injuria aparente? ¿Creeis »que Inglaterra no ha recibido una indemnizacion com»pleta con el bloqueo de Cádiz? Yo he visto en España »otra cosa que España: he considerado las Indias en »esta potencia, y columbrado la existencia de un nuevo »mundo. Preparando así los medios de desquitar la »ocupacion de los franceses, y dejando á la Francia »obrar sin estorbo, he sabido atraerla á un punto en »que no tratará de otra cosa que de descartarse de su »responsabilidad, y de sacudir la carga demasiado pe»sada que ya no puede soportar sin quejarse: Francia »aceptaria hoy dia de buena gana el auxilio de Ingla»terra para que pudiera desembarazarse: tal es el objeto »que he querido conseguir: hacer una cuestion de ho»nor la ocupacion de España, hubiera sido el medio »mas seguro de afianzar la Francia en este país. Repito »pues que el objeto de la espedicion actual no es la guer»ra, sino la conservacion de la paz: si no se apresurara »Inglaterra á socorrer á Portugal, este reino será humi»llado muy pronto; Inglaterra será deshonrada, y la »guerra el resultado inevitable de tal deshonor. Si »aguardamos á que España esté preparada á sus secre»tas maquinaciones y entre en un estado declarado de »hostilidades, tendremos ciertamente la guerra; pero »ya no será una guerra de pacificacion: ¿y quién podrá »calcular entonces hasta dónde irá la discordia?»

Este discurso, en que tan bien se revela la política británica, fué acogido con aplausos unánimes y gloriosos para el ministro y orador: ni aun sus adversarios pudieron prescindir de reconocer la fuerza de sus argumentos, y de rendir homenaje á los sentimientos de patriotismo que acababan de inspirarle alocucion tan brillante. En el mismo sentido hablaron lord Bathurst y lord Holland en la cámara de los pares; y el mismo duque de Wellington, al paso que se esforzó por justificar el carácter de Fernando y echar lo odioso de su conducta sobre sus ministros, no pudo menos de confesar la existencia del *casus fœderis* y la necesidad de la intervencion. Desde este momento puso la Europa liberal mas confianza que nunca en la política de Canning, cuyo objeto se encaminaba evidentemente á proteger los gobiernos constitucionales, á enervar en todas partes y destruir poco á poco el imperio del despotismo. Pero al lado de esta alta estimacion de que gozaba M. Canning, y de la inmensa popularidad que poseia no solo en Inglaterra sino tambien en el estranjero, crecia el odio del partido tory, poderosa fraccion, que enemiga de sus principios, no podia ver sin despecho ni envidia su superioridad en la cámara. A esta enemistad creciente se agregaba la de los príncipes déspotas del continente, que por su parte no sin espanto observaban el fomento é impulso prodigioso que daba al espíritu de libertad un hombre como Canning.

Hallábase perfectamente dispuesto el espíriu público para secundar las miras del ministro. Portugal tenia para Inglaterra un interés comercial demasiado grande, y eran demasiado positivas las pérdidas ó ventajas, para que la nacion no respondiera con toda la decision deseada al llamamiento del gobierno. En pocos dias se puso en marcha para Portugal una parte del ejército británico en número de cinco mil hombres, bajo el mando de sir Guillermo Clinton, y el 25 de diciembre aparecieron los ingleses en el Tajo.

CAPITULO CXII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

Año 1827.

Se ha visto atrás que la Grecia, apenas libertada de la esclavitud, y todavía vacilante y débil en sus primeros pasos de regeneracion, se hallaba amenazada por un nuevo y terrible enemigo, el cual era Mehemet-Alí, virey de Egipto, que ora por celo sincero hácia el sultan, ora por cálculo político para consolidar su poderío en un imperio usurpado, armó contra los griegos y envió al Peloponeso un ejército bien disciplinado y una escuadra temible. Los griegos, poco diestros todavía en la táctica militar, se resistieron mal á unos soldados que se ejercitaban hacia largo tiempo en las artes militar y marítima de Europa, y cediendo ante Ibrahim Pachá, hijo de Mehemet, que mandaba el ejército, rindióse prisionera la guarnicion de Navarino tras de un asedio de quince dias. A esta pérdida siguióse la reconquista de Tripolitza, capital del Peloponeso: en todas partes triunfaban las armas de Ibrahim de las de los griegos, y es digno de notarse que en esta ocasion fué cuando por primera vez se abstuvieron de matanzas y no mancharon su triunfo aquellos feroces vencedores. Semejante moderacion por parte de un pueblo tan pronto á la venganza y á las represalias de tal especie, es una prueba patente de la influencia que los europeos comenzaban á ejercer sobre las costumbres de los orientales de Egipto. Por fin apareció Demetrio Ipsilanty, quien vindicó el honor de las armas griegas: entre Argos y Nápoles de Romanía fué desbaratado el ejército de Ibrahim por un puñado de valientes, siendo su resultado la salvacion de Nápoles. Pero Misolonghi, que no contaba mas que con una guarnicion de tres mil hombres, vióse cercada de repente por un ejército de veinte mil, y apoderándose Ibrahim de varios fuertes, principiaron á sentirse los horrores de la hambre entre los infelices habitantes de aquella ciudad. Atenas, tambien sitiada, no pudo prestarles ningun auxilio, no quedándoles en tan desesperada situacion mas que un solo partido, el de abrirse paso por medio del mismo ejército egipcio, y huir hácia Salona al través de las bayonetas enemigas y bajo el fuego de sus cañones. Los ancianos, las mugeres, los niños, los soldados, todos se prosternaron para recibir la bendicion de su patriarca, y en seguida sin temor á la horrible muerte que les amenazaba, los soulitas, capitaneados por Botzari, abrieron sus puertas y avanzaron con intrépida firmeza. Al instante fué invadida la

ciudad, precipitándose los soldados musulmanes hácia la torre principal; pero en el momento en que el enemigo cree tenerla en su poder húndese con un estrépito horrible: algunos soulitas que hicieron de antemano el sacrificio de su vida, pegaron fuego á un barril de pólvora, y se sepultaron en las ruinas con los soldados de Ibrahin en número de dos mil, no siendo Missolonghi mas que un espectáculo de incendio y carnicería, una espantosa mezcla de muertos y moribundos. Empero salváronse los restos de aquella desventurada poblacion, los que llegaron á Salona, y desde allí se trasladaron sin pérdida de tiempo á Nápoles de Romanía. En Londres, Paris y todas las ciudades de la cristiandad causaron un sentimiento unánime de admiracion y de profundo dolor la pérdida de Missolonghi y la energía que acababan de patentizar los soulitas: Londres se hallaba en un estado de efervescencia que acreditaba el interés creciente de la nacion por aquella causa ya sagrada por tantos sacrificios heróicos, y manifestó sus simpatías por todos los medios que estuvieron á su alcance: negociáronse empréstitos, hiciéronse abundantes suscriciones, y estos testimonios de interés fuéron como un alivio para la nacion, vivamente lastimada por la tibieza de su gobierno.

Tales habian sido para los griegos los funestos resultados de 1826, sin que el año que acababa de abrirse se anunciara bajo un aspecto mas favorable. Atenas sucumbió tras de una larga y tenaz defensa, á pesar de la bravura é intrepidez de sus caudillos, dos de los que, Gouras y Kairaski, fuéron víctimas, y no obstante la abnegacion de los nobles estranjeros que combatian por los helenos, contándose entre aquellos Church, lord Cochrane, uno de los mejores marinos de Inglaterra, el coronel francés Fabvier y otros muchos. Pero era llegado el momento en que el sentimiento del honor y de la religion, despues de estar largo tiempo adormecido por las frias consideraciones de la política, iba á despertarse con energía y llevar el rubor de la vergüenza á la frente de los gobiernos empedernidos en una deshonrosa inaccion: hartos cristianos habian sido ofrecidos en holocausto, y ya habia sonado para ellos la hora de la justicia divina. El ministerio inglés no podia vacilar por mas tiempo: ninguna razon valedera tenia que oponer, y recaia sobre él una eterna deshonra si dejaba cobardemente degollar á los últimos helenos. Una armada formidable, compuesta de noventa y dos velas, amenazaba á Nápoles de Romanía y á la isla de Hydra, últimos baluartes de Grecia; pero fuérzas aunque menos numerosas, mas temibles todavía, toda vez que eran apoyadas por esa energía moral y ese noble entusiasmo que bastan por sí mismos para obrar prodigios, avanzaban hácia la rada de Navarino, donde estaba anclada la soberbia escuadra de Ibrahin. Eran aquellas fuerzas las del almirante de Rigny, dominado de todo el ardor francés y estimulado por una impetuosidad sobrado generosa para no servir la causa de los griegos con mas celo que el que le prescribian las instrucciones prudentes y reservadas de su gobierno; las del almirante ruso Heydden, revestido de la autorizacion de un jóven soberano, que tenia necesidad en la aurora de su reinado de alguna accion brillante, y las del almirante inglés sir Eduardo Codrington, comandante general de la escuadra combinada, habiendo jurado los tres en el fondo de sus almas vengar á la Grecia y salvar sus últimos restos.

El altivo lenguaje con que los tres almirantes aliados parecian imponer á Ibrahin la órden de no sacar su armada de Navarino hasta que Inglaterra, Francia y Rusia presentáran á las dos potencias enemigas un proyecto de conciliacion, no sirvió mas que para escitar su furor y despertar los hábitos de ferocidad que al parecer habia perdido por un momento con el contacto europeo, y trabóse lucha el 20 de octubre. La escuadra de Ibrahin contaba con noventa y dos velas: la de las tres potencias aliadas no se componia mas que de diez navíos de línea, diez fragatas, una corbeta y algunos otros bajeles. La *Sirena*, montada por el almirante de Rigny, y el *Escipion*, fuéron los primeros en avanzar hácia las baterías de Navarino al través del mas espantoso fuego. No tarda el incendio en apoderarse de las velas de los buques otomanos y aliados; pero estos son mas diestros en manejar las bombas: el navío ruso *Azow*, aunque horriblemente maltratado, hace volar al almirante otomano, y las olas tragan las víctimas. Entonces preséntase el espantoso espectáculo del vasto elemento cubierto de torbellinos de llamas y de una espesa humareda, de cuyo seno saltaban chispas y se disparaban cascos de buques y restos de hombres mutilados. Cubierta en el ínterin la costa de musulmanes y griegos que obran á su vez por desesperacion, por la alegría de la venganza, por la miseria y el hambre, ofrece otro cuadro de espanto, y encima de tal caos de horrores á que se junta el terrible ruido de la esplosion de las embarcaciones, el cielo está puro, pudiendo decirse al verlo que aparecia á los desventurados helenos un porvenir de esperanza en medio de las sombras de la muerte. En efécto, hallábase destruida la armada egipcia, con pérdida de ocho mil hombres, mientras que no ascendia á mas de mil la de los cristianos: coronaba el mas hermoso tiempo los esfuerzos de los tres almirantes, siendo la consecuencia del combate de Navarino la salvacion de gran parte de Grecia.



Codrington.

En tanto que ocupaban estos sucesos á toda Europa y se regocijában los ánimos con tal victoria, la causa de los católicos y de la reforma se robustecia y adquiria cada dia mas probabilidades de triunfo. El duque de York, adversario el mas temible de aquella causa, falleció el 5 de enero, cuyo acaecimiento no podia menos de ser de inmensa importancia para aquellos dos grandes intereses ligados el uno al otro. La enfermedad de lord Liverpool, que atacado de parálisis se vió precisado poco despues á retirarse de los negocios, les quitaba otro adversario y ponia toda la preponderancia parlamentaria en M. Canning, conocido por su ilustrado celo, por la reforma y el sistema de justicia y de reparacion que únicamente podia en su concepto llegar á pacificar la Irlanda. La desaparicion de tan poderosos antagonistas fué pues para el partido católico un presagio de triunfo, habiendo sido sus reclamaciones, como era de aguardar, uno de los primeros objetos en que se fijó la atencion de las cámaras. Los comunes consagraron dos noches enteras á la discusion de las demandas contenidas en la peticion de sir Francisco Burdett. Declaró Mr. Peel en un discurso hábilmente concebido, que bajo el aspecto de la política ninguna confianza le inspiraba la fé religiosa de los católicos; que no podia pensar en las doctrinas de confesion, absolucion é indulgencias que daban al hombre tanto poderío sobre el hombre, tan peligrosos medios de influir en su conducta, sin desconfiar mucho de sus sentimientos.

No era probable en su concepto que los católicos quedasen satisfechos con obtener la revocacion de su incapacidad política, limitando á esto sus deseos: no era de dudar, añadia, que en adquiriendo preponderancia se tornarian naturalmente ambiciosos por ensancharlo bajo el aspecto religioso, y por practicar en lo posible su sistema de gobierno. La consecuencia seria una guerra inevitable entre el catolicismo y el protestantismo, la cual acarrearia la ruina del segundo, y sumiria el reino en un estado de confusion deplorable. Empero al paso que reconocia el riesgo de admitir las pretensiones de los católicos, decia que si habia la conviccion de que al otorgarlas resultarian la tranquidad y el bienestar de Irlanda, sacrificaria sin vacilar sus temores á un resultado tan inmenso; mas esta conviccion se hallaba muy lejos de su espíritu. Recordando en seguida la conducta de los sacerdotes católicos en las últimas elecciones, el poco cuidado de sus superiores en reprimir su peligroso celo, y la notable vehemencia de las publicaciones del doctor Doyle, condenó altamente semejantes comportamientos, si bien manifestando su pesar por la divergencia de sus opiniones de las de unos hombres á quienes por otra parte profesaba el mas sincero respeto y con quienes bajo otros conceptos simpatizaba tan completamente. Sir Juan Coopley, miembro por la universidad de Cambridge, y celoso partidario de la iglesia protestante, empleó su elocuencia en probar tambien que no debia acordarse la emancipacion católica sino con garantías ciertas y precauciones oportunas; pero que en su opinion no habia ningunas que pudieran considerarse suficientes; y añadió que los grandes hombres de estado y hasta el mismo Pitt habian sido de igual dictámen, habiéndose esplicado en tal sentido con el lenguaje mas formal y esplícito.

M. Plumkett, procurador general por Irlanda, anunció que semejante manera de someter la emancipacion católica á una condicion de garantías y seguridades, al paso que se pretendia no haber garantías suficientes y seguridades valederas, era una nueva doctrina imaginada por los adversarios de la emancipacion, y que se colocaba sin fundamento á M. Pitt al frente de tales doctrinarios. Canning habló á su vez para justificar la memoria de Pitt, y afirmar que este siempre habia abrigado la intencion de sostener y favorecer la causa católica, la cual si bien habia perdido mucho de su interés para con la cámara y la nacion, no podia menos de reconquistarlo, porque todas las impresiones desfavorables debian ceder ante la fuerza y perseverancia de la discusion, y porque la voz de la justicia, de la razon y de la humanidad no podian dejar de tocar tarde ó temprano fuertemente el corazon de los ingleses. Desconcertados los católicos de Dublin por haber sido desechada su peticion, hicieron los mas tristes presagios de este mal éxito: con tal motivo hubo una gran junta en que á pesar de una agitacion estrema y de quejas amargas por la tenacidad de las cámaras en rechazar las encarecidas súplicas de siete millones de individuos oprimidos en todos conceptos, terminóse por exhortar al pueblo á vivir en paz y á esperar con paciencia el momento, quizá mas cercano que lo que pensaba, en que Inglaterra se mostrara por fin mas favorable y justa con respecto á Irlanda.

Reclamando la situacion desesperada de lord Liverpool nuevo nombramiento de primer ministro, el 28 de marzo fué invitado M. Canning por el rey, como consejero íntimo, á que le ayudara á recomponer el gabinete, cuya tarea no era poco difícil atendido el encono del partido tory contra aquel estadista. Así sucedió en efecto: desecháronse sus primeras proposiciones, que se dirigieron á muchos miembros de dicho partido, ninguno de los cuales quiso acceder á ellas; y por fin, después de infinitos obstáculos, dudas y dilaciones, después de innumerables tentativas y miserables intrigas por parte de la aristocracia, á cuya cabeza se hallaban los duques de Wellington y de Rutland y otros muchos pares, todos enemigos jurados de Canning, fué nombrado este primer ministro. Deseoso de conservar sus antiguos cólegas, hizo los mayores esfuerzos para determinarlos á secundarle en la direccion de un ministerio, que aseveraba continuaria con los mismos principios que por tanto tiempo habian servido de base á la conducta de lord Liverpool; pero eran tales la desconfianza y los recelos que despertaba su política liberal, que hasta aquellos cólegas que mas propicios se le manifestaban dieron su dimision. M. Peel resignó su empleo declarando que bajo la influencia de un primer ministro como M. Canning ó cualquier otro, amigo de la emancipacion, no podia subsistir mucho tiempo el espíritu que habia guiado al gabinete de Liverpool: lord Eldon retiróse igualmente de los negocios á pretesto de su avanzada edad: otro tanto hicieron los lores Wertmoreland, Bathurst y Bexley, y el duque de Wellington, á quien el rey, lleno de confianza en la buena fé y el noble carácter del que habia escogido, dió esta respuesta: «Recibo la dimision del duque de Wellington con tanto sentimiento como su gracia manifiesta »al enviármela.»

Todas estas intrigas, es preciso decirlo en alabanza del rey, no causaron la menor impresion en su ánimo: agraviado de encontrar al lado de la sinceridad de las convicciones y de la fidelidad religiosa á sus principios tantas pretensiones y tan orgullosa susceptibilidad en aquellos que por tanto tiempo habia admitido en su consejo y honrado con su confianza, apresuróse á confirmar el nombramiento de Canning. Anunciada esta medida el 12 de abril por C. Wynne á la cámara de los comunes, fué acogida con unánimes aplausos, que fuéron un disgusto mas para el bando torysta, y debieron ser para el nuevo ministro un glorioso desagrávio de la injusta antipatía de la cámara alta. Igualmente fué celebrada por el pueblo de la capital y de las provincias, por ver satisfechos esta vez sus deseos con la eleccion del soberano, la cual, á la par que respondia á los votos de la nacion, era un justo homenaje tributado al mérito y al verdadero patriotismo. Sobrevino una circunstancia que no contribuyó poco á sorprender y aumentar la mortificacion del partido dimisionario, y fué el asentimiento que dió inmediatamente al duque de Clarence, heredero presunto, á su nombramiento de gran almirante de Inglaterra; habiendo resultado tambien ciertas retractaciones, tales como la de lord Bexley y de otros que se consideraron afortunados con volver á sus cargos. Con respecto á lord Melville, que con gran sentimiento de Escocia habia dado tambien su dimision fundándola, lo mismo que los demás, en que no confiaba en la estabilidad de los nuevos actos administrativos, probablemente le costaron algun escozor interior las consecuencias de su proceder un tanto precipitado. No quedaron del ministerio Liverpool mas que lord Harrowby, que vino á ser presidente del consejo, Huskisson y C. Wynne, que conservaron sus empleos; y Robinson, que fué nombrado secretario de Negocios estranjeros, tomando el título de lord Goderich. Sir Juan Copley obtuvo el gran sello con el título de lord Lindhurst; el duque de Portland el sello privado; el de Devonshire fué creado lord Gentil-hombre, y las funciones de primer lord de la tesorería de ministro de Hacienda fuéron encomendadas al primer ministro. Desembarazado por fin del torysmo exagerado que hasta entonces no habia cesado de entorpecer cada paso de la reforma, el ministerio actual presentaba para lo sucesivo una mezcla de wighs y torys moderados, mucho mas en armonía con el espíritu de la nacion que el que le habia precedido; y sin embargo era tal la naturaleza de las circunstancias, que Canning, á pesar de la superioridad de su talento y de su política, debia tropezar con mas dificultades y amarguras que ninguno de los que le habian precedido en las funciones espinosas de primer ministro.

En la apertura de las cámaras el 1.º de mayo hubo de particular que no se presentó desde luego mas que una serie de justificaciones muy curiosas por parte de los ex-ministros. M. Peel, al hablar de los católicos, apresuróse á motivar su dimision, desechando toda intencion de oponerse á las medidas del nuevo ministerio, y manifestando el deseo de que no se le reputara por adversario. «Me he retirado, dijo, no por espíritu de bandería completamente estraño á mi carácter, »sino porque soy incapaz de variar de ideas relativa»mente á una cuestion importante, en que desde los »primeros pasos de mi carrera política he tomado una »parte activa: quiero hablar de la concesion de los »privilegios políticos á los católicos romanos, y ya se »sabe que desde hace diez y ocho años no he cesado de »oponerme á semejante concesion. Fúndase esta re»pugnancia en la conviccion íntima de ser indispensa»ble para el mantenimiento de la Constitucion y de los »intereses de la iglesia establecida, estorbar que ad»quieran ninguna influencia política los católicos. Si »me alejo, no es porque mi amor propio se lastime de »la diferencia de opiniones existente entre mi distin»tinguido amigo y yo, sino porque este cambio de mi»nisterio traslada la influencia y el poder que pertene»cen al rango de primer ministro, á manos de un »hombre que sabrá usar de él para hacer triunfar la »causa que siempre he combatido: no se trata aquí de »trasmitir dicha influencia y poder de un hombre or»dinario á otro ordinario, sino del mas hábil adversa»rio de las reclamaciones católicas al abogado mas ar»diente y elocuente de ellas.» Esforzándose tambien por dar un color justificativo á la dimision de sus cólegas dijo: «Su conducta es digna no de ser censu»rada, sino de servir de ejemplo de desinterés, pues »no ha sido dictada por ningun espíritu de cábala, »como parece creerse; para nada se ha concertado »conmigo el gran canciller: jamás he tenido en cuanto »á esto conocimiento de sus intenciones, y creo poder »afirmar otro tanto de todos los que se han retirado.» Este discurso fué aplaudido especialmente por M. Brougam, quien aprovechó esta coyuntura para declarar su firme resolucion de sostener con todas sus fuerzas la política liberal de M. Canning contra todas las tentativas de sus antiguos cólegas y de sus nuevos adversarios.

Tomando entonces el primer ministro la palabra, hizo una profesion de fé; desenvolvió en un discurso perfectamente concebido todos los motivos de su conducta, asegurando á la cámara que se equivocaria completamente si creia que la jerarquía de primer ministro habia sido el blanco de su ambicion. En cuanto á la separacion que existia en la actualidad entre M. Peel y él, hacia mucho tiempo que la habia considerado inevitable. «Y quiera Dios, añadió, que yo »pueda creerla de corta duracion.» Afirmó en seguida que su primer pensamiento habia sido dejar el ministerio, y el segundo continuar en él con sus antiguos cólegas y en los mismos términos. «Pero, pronunció »con dignidad, someterme yo, abogado de las justas »reclamaciones de los católicos al principio de esclu»sion, hubiera sido deshonrar mi carácter y toda mi »vida política, y jamás ha entrado tal pensamiento en »mi ánimo.»

La adhesion de los wighs al ministerio de Canning era, como puede inferirse, motivo de alta desaprobacion para el partido adverso; y así Dawson, cuñado de M. Peel, censuró amargamente semejante union; pero tan violento ataque fué vigorosamente rechazado por sir Francisco Burdett, quien contrapuso el elogio de tal adhesion, que en su concepto era una prueba de lealtad y patriotismo mucho mas positivo que el sistema adoptado por los miembros del antiguo ministerio. Estos reprodujeron entonces los motivos de su dimision, y nada mas notable que su empeño en justificar una retirada que evidentemente habia sido inspirada por la pasion y el orgullo burlado, mas que por la discrecion y el desinterés de que hacian alarde; y al presente en que las consecuencias de tal conducta se hallaban lejos de ser las que sin duda habian esperado, era curioso observar con qué destreza procuraba cada cual de ellos rehabilitarse en la opinion, recuperando una actitud mas lisonjera para su amor propio. Ni aun el anciano lord Eldon se desdeñó de recurrir en la cámara de los pares á la via de la justificacion, á pesar de que nadie pondria en duda su sinceridad al recordar su inflexible apego á los antiguos sistemas, y en general á cuanto llevaba el sello venerable y sagrado del tiempo: declaró pues que la acusacion dirigida contra él de haber procurado inculcar á su soberano ideas anticonstitucionales, era una indigna calumnia: su opinion siempre habia sido invariable con respecto á los católicos, á quienes no se podia en su concepto otorgar las concesiones demandadas sin inferir perjuicio á las libertades religiosas del país, y la ruina de estas debia necesariamente acarrear la de las libertades civiles. Con tales sentimientos no era probable que pudiera entrar nunca en las miras del nuevo ministerio: ¿podia él sin faltar á la lealtad conservar su empleo y acceder á formar parte de una administracion basada en principios tan contrarios á los suyos? Retirándose habia obrado como lo exigia el honor, sin haber sido sugerido ni por el ejemplo ni por los consejos de M. Peel ó de otro alguno.



Teatro real del Pavellon.

La doble importancia que hasta entonces habia tenido el duque de Wellington como miembro del ministerio y como jefe del ejército, daba á su retirada un carácter de interés mas marcado; por lo cual se escuchó con la mayor atencion las esplicaciones que dió sobre su proceder. Su discurso patentizaba hasta qué punto se habia lastimado por la formacion del nuevo ministerio, y en especial por la manera con que se procedió en ella. Recordó la correspondencia que desde los primeros momentos del alejamiento del conde de Liverpool habia mediado entre él y Canning, relativamente á esta organizacion, quejándose vivamente de haber sido tratado, no solo con poco, sino hasta con menos miramiento que sus cólegas, los cuales habian recibido en aquella ocasion la invitacion de pasar á casa del ministro para concertarse con él y recibir las comunicaciones necesarias, habiendo sido favorecidos además con la visita del mismo ministro, mientras que él, el duque de Wellington, no habia tenido el honor de ser llamado ni una sola vez; que incapaz sin embargo de pararse en tan pobre consideracion y de ofenderse de

una injuria de tal especie, habia continuado en relaciones con el ministro por el sincero deseo de ayudar á S. M. con sus consejos, hasta que descubriendo por fin que quien iba á ponerse al frente de los negocios era el mismo M. Canning, se habia preguntado si podia con arreglo á los principios esplanados acceder á formar parte de la nueva administracion; que considerando semejante proceder incompatible con sus ideas, se habia considerado obligado á dar su dimision. «Los miembros del gabinete Liverpool, dijo, saben que »su señoría era íntimamente opuesto á toda especie de »cambio en la forma actual de gobierno: el honorable »Canning es el mas hábil, activo y celoso partidario »de las novedades que amenazan hoy al país: son tan »invariables los principios del noble conde, que se »puede con seguridad permanecer fiel á ellos: los del »honorable Canning por el contrario estan en un estado »de fluctuacion perpétua, y los que se coligan con él »no sospechan hasta dónde puede conducirlos semejante coalicion.» Tal fué el lenguaje de Wellington, quien dos años después, cediendo al impulso dado por su hábil predecesor, y otorgando aquella misma emancipacion católica preparada tan enérgica y laboriosamente por Canning, debia desmentir de un modo manifiesto la admiracion que tan públicamente habia profesado por los principios de lord Liverpool. Haciéndose cargo en seguida de la imputacion de que no habia dimitido sus funciones ministeriales sino porque no habia sido nombrado primer ministro, declaró que lejos de abrigar semejante deseo, se sentia incapaz actualmente para llenar sus deberes, y que aceptar tal empleo en lugar del que hasta entonces habia ocupado en el ejército, hubiera hecho pensar que estaba loco y mas que loco. Con respecto á su categoría de general en jefe del ejército, la habia renunciado porque le sometia á relaciones demasiado íntimas y constantes con el rey y con su primer ministro, para que no tuviera que sufrir en ellas su conciencia. El poder de general en jefe del ejército, por superior que fuera, hallábase subordinado al del primer ministro, que no debia disponer nada por sí mismo relativamente al ejército sin consultar al general en jefe. Confesaba empero que habria podido triunfar de esta repugnancia y forzar sus escrúpulos políticos; pero en vista del tono y el tenor de las comunicaciones que habia recibido de S. M., y atendida la fórmula de invitacion que le dirigió el honorable Canning de parte del rey, era evidente para él que en lo sucesivo de ninguna utilidad podian ser sus servicios al país; habiéndose determinado por lo tanto á retirarse, sin que en tal resolucion influyeran ni la precipitacion ni el resentimiento, aun cuando se le hubiera ofendido en términos acaso de poder abrigarlo.

Así hablaron poco mas ó menos cuantos podian ser considerados á la sazon como desertores del ministerio. Al justificar los lores Melville y Bathurst su retirada, no tanto vituperaron la diferencia de principios políticos, como el vacío irreparable que dejaba en el ministerio la separacion de lord Wellington, lord Eldon y M. Peel, sin cuya cooperacion ninguna administracion podia en su concepto ofrecer para lo sucesivo estabilidad ni aun capacidades suficientes. Lord Goderich, encargado de defender la nueva formacion ministerial en la cámara alta, tomó á su vez la palabra para declarar, que muy lejos de atribuir ningun espíritu de cábala á sus antiguos cólegas, creia sinceramente que si se les hubieran hecho mas ámplias y oportunas comunicaciones, no habria que deplorar el desacuerdo y las enojosas consecuencias que existian ahora: por lo demás, si no satisfacia á todos el ministerio actual, no era por culpa suya ni de sus nobles amigos. El deseo de Canning habia sido el de conservar todos los elementos del anterior ministerio; pero como se le escaparon sin culpa suya, no debia en este caso decir cobardemente á S. M.: «Y yo tambien os abandono; me alejo, y »os dejo en todos los embarazos de una situacion en »que no se ha visto hasta ahora soberano alguno.»

En suma, los pares opinaron por su dimision, sin que la fuerza parlamentaria recibiera ninguna disminucion real de tan estrepitoso choque entre ambos partidos; y en medio de estos debates en que tanto amor propio y tantas pretensiones se ocultaban bajo la apariencia del patriotismo y del desinterés, era curioso estudiar con qué solicitud esplicaba cada cual en obsequio de su honor los motivos de su conducta y su manera de comtemplar las cosas: si los unos tomaban por pretesto de su alejamiento la inmensa diferencia que encontraban entre los principios de uno y otro gabinete, los otros justificaban su adhesion al nuevo ministerio, afirmando que la completa semejanza que reconocian entre los principios de dichos gabinetes los habian determinado á no separarse del ministerio actual. En este sentido habló el marqués de Lansdowne defendiendo su conducta y la de su partido: en cuanto á las razones que acababan de alegar los pares, consentia de buen grado en admitirlas, aunque no podia prescindir de confesar su sorpresa de que la administracion hubiera caminado tanto tiempo, dirigida como lo estaba por ministros tan poco dispuestos á entenderse é ilustrarse recíprocamente sobre la mas importante de todas las cuestiones. Algunos, como los lores Mansfield, Winchelsea y Ellenborough, se esplicaron con mas acrimonia y personalidades contra los ministros dimisionarios, lo cual provocó vivas réplicas por parte de los que se habian declarado sus campeones. El duque de Newcastle, uno de los mas violentos, á propósito de una peticion que se presentó sobre las leyes cereales, atacó á Canning, osando llamarle «el ministro mas corrompido »que hubo jamás en el poder.» A su vez pretendió lord Londonderry que cuando pensaba en el edificio ministerial, le parecia verle privado de improviso de sus principales columnas, siendo sustituidas con otras hechas de «materiales de desperdicio, que se convertirian pronto en ruinas; aunque el arquitecto habia »acreditado mucha habilidad al construirlas, toda vez »que se componian de los mas opuestos elementos, y »así fué indispensable la infinita maña que los wighs »por un lado y los torys por otro se dieron para fal»searlas.» No se ocultó á lord Goderich que á él principalmente iba dirigido tan cruel apóstrofe; mas guardó prudentemente silencio. De todos los que hablaron en favor del partido dimisionario, quien mas sensacion causó fué lord Grey, cuyo discurso, mucho mejor concebido para herir con seguridad, reproducia circunstancias y hechos que podian probar que los principios actuales de Canning no guardaban completa consonancia con los que habia profesado desde el comienzo de su carrera política. Este ataque tendia evidentemente á destruir la confianza puesta en él. Terminó declarando de la manera mas formal y esplícita, que aunque creyera en el desinterés verdadero de los correligionarios suyos que se habian adherido al nuevo ministerio, no le prestaria ningun apoyo, pues lejos de ser del parecer de los que pretendian encontrar analogía de principios políticos entre este y el anterior ministerio, hallaba por el contrario que habia tanta distancia entre ellos como de uno á otro polo. El único campeon realmente temible de la oposicion fué desde entonces M. Peel, quien renunciando á la mesura que hasta entonces habia usado en las discusiones, anunció desde los primeros momentos intenciones francamente hostiles. Esto agradó á Canning, quien declaró su gran satisfaccion de ver por fin abiertamente levantado el estandarte de la oposicion, por preferir una guerra leal y manifiesta á las pretendidas profesiones de neutralidad, que prestan á menudo armas á la perfidia.

Así, á pesar de su resignacion, muy lejos M. Peel de imitar la indiferencia de los miembros del antiguo ministerio que parecieron curarse muy poco de organizar un sistema regular de oposicion que podia producir grandes ventajas á la nacion, continuó por

medio de la discusion sirviendo poderosamente á los intereses de su pais. Así fué por él mejorado, simplificado y descargado de multitud de groseros abusos el código criminal; y por los cinco decretos que propuso y se aprobaron sin dificultad, revocóse un inmenso número de varios estatutos que databan desde el reinado de Enrique III, fijáronse penas á ciertas ofensas que hasta entonces no eran castigadas por ninguna ley, desembarazáronse las fórmulas legales de un monton de palabras inútiles, abrevióse el modo de proceder, hízose una clasificacion de las diversas especies de crímenes señalando á cada especie un género de castigo especial y medido por la estension y las circunstancias del delito, y desechando las sutilezas y cuanto tendia á suscitar dudas y originar oscuridad en los procedimientos, abolióse en fin la pena de muerte en gran número de casos, y por estos cinco decretos fuéron revisadas y corregidas las leyes en muchas cosas que acarreaban cada dia los errores y las consecuencias mas funestas.

En seguida fué objeto de vivos debates la corrupcion de ciertos vecindarios, siendo designados en especial los de Northampton y Leicester como merecedores de castigo: enormes sumas distraidas de los fondos de la corporacion habian servido para cubrir los gastos de los candidatos, y este medio fué pintado como un abuso reprensible; pero M. Peel justificaba en lugar de condenar el empleo de tal dinero; y la mayoría, despues de oirle, desestimó la proposicion hecha para que se nombrara una comision indagadora. Pareció sin embargo tan evidente la corrupcion de algunos otros, que siendo acreedora á ser penada, ni aun los mismos partidarios mas exagerados del inveterado sistema pudieron prescindir de roconocer la urgencia del escarmiento. De este número fué el vecindario de Penryn; mas habiendo discordia sobre el modo del castigo, los unos proponian que se le despojara de su derecho electoral, al paso que los otros opinaban por que se estendiera tal derecho á toda la comarca. John Russell que aprobaba la primera proposicion, citaba el ejemplo del vecindario de Grampoud que habia perdido su franquicia electiva en provecho de una ciudad, y pedia que tambien fuese transferida la de Penryn á alguna poblacion numerosa que hasta entonces careciera de representacion parlamentaria. East-Betford hallábase igualmente en el caso de ser privado de privilegios electorales: en consecuencia fuéron propuestas Manchester y Birmingham como las ciudades que mas títulos tenian á ser revestidas de las prerogativas parlamentarias que una corrupcion asaz notoria forzaba á la cámara á retirar.

Por mas que estuvieran concebidas semejantes variaciones con verdadero espíritu de reforma, no podian, como se supondrá fácilmente, realizarse sin tropezar con mucha oposicion por parte de los torys, que partidarios tenaces del viejo sistema de eleccion, se esforzaron por impedir la traslacion de los privilegios, paliando con todo su poder las corrupciones alegadas. No dejaron de acusar á los wighs de querer con su precipitacion é imprevision comprometer la Constitucion, engañándose ellos mismos en la manera de comprender el espíritu de ella, sin advertir que comprometian mucho mas realmente sus intereses, y menoscababan los privilegios electivos convirtiéndolos en objeto de tráfico susceptible de ser vendido al mejor postor.

Cuando el espíritu de reforma tomaba un carácter tan firme y decisivo, y todos los sentimientos del orgullo lastimado, de la ambiciosa rivalidad y del encono político escitado contra Canning venian á abrirle un vasto campo en que habria podido con mas lucimiento y gloria que nunca desenvolver la grandeza de sus miras y la generosidad de sus principios, sorprendióle la muerte, desorganizándose de nuevo el ministerio, y arrebatando á la nacion las brillantes y gloriosas esperanzas que la habian hecho concebir su noble carácter, su génio y alta capacidad. Atacado repentinamente de una inflamacion de las entrañas, causada por el escesivo trabajo, falleció el 8 de agosto en el mismo aposento en que Fox habia dado el último suspiro. Por el numeroso concurso de las personas que acompañaron sus restos á Westminster, donde fué enterrado junto al sepulcro de Pitt, puede juzgarse de la pesadumbre de la nacion entera, y del alto grado de estimacion y confianza con que era honrado por ella.

CAPITULO CXIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1828.)

Solo habia tenido el ministerio de Canning cuatro meses de existencia, y de una existencia sobrado agitada por las intrigas y susceptibilidades de la aristocracia, para haber tenido tiempo de enseñorearse de la preponderancia de este partido, á quien se habia tornado hostil separándose de él y atacándole en sus fundamentos, á medida que habian crecido sus luces y esperiencia. Revivieron pues con la muerte de Canning las esperanzas de los torys: empero el ministerio formado por él habia resuelto continuar, y en los primeros momentos hubo pocas variaciones: lord Goderich fué creado primer lord de la tesorería, y el duque de Wellington recuperó el mando del ejército. Pero el mérito indisputable del primero, en especial en cuanto á la integridad, carecia de la energía y decision que distinguian á su predecesor, habiéndose advertido muy pronto el inmenso vacío que su muerte dejaba en el ministerio, en el cual, si bien habia todos los elementos oportunos para formar una administracion, estaban como amontonados, y sin ofrecer el órden y la armonía indispensables. No tardó en resultar de aquí tal confusion que lord Goderich, cansado y atemorizado por las dificultades que cada vez le embarazaban mas, se dirigió el 8 de enero á Windsor, y pidió al rey permiso para resignar su empleo.

Jorge IV, que comenzaba á encontrar insoportable el peso de la dignidad real, y así le alarmaba la sola idea de volver á los conflictos de nueva formacion de gabinete, encomendó este cuidado al duque de Wellington, quien con muy poca diferencia restableció el ministerio Liverpool, y á despecho de las protestas que recientemente habia hecho de su indiferencia á la vida pública y á los honores y las dignidades, y de su repugnancia á aceptar funciones tan poco análogas á las que siempre habia desempeñado, dejó el mando del ejército, que fué confiado á lord Hill y aceptó la presidencia del Tesoro. Para el departamento de Negocios estranjeros fué nombrado M. Peel, para presidente del consejo lord Bathurst, para guardasellos privado lord Ellenborough, para el almirantazgo el vizconde Melville, para el Consejo de Comercio M. C. Grant, para la guerra lord Palmerston, y para hacienda M. Goulburn.

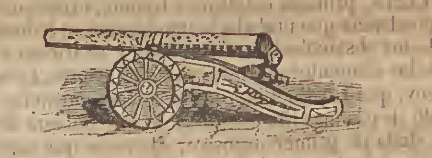
Interin mal sostenidos por lord Goderich, caian á pedazos los últimos restos del ministerio Canning á impulsos de la preponderancia de los torys, llegó la noticia de la victoria de Navarino á Inglaterra, donde produjo efectos los mas opuestos. Una parte considerable de la nacion se regocijaba con toda la cristiandad del triunfo de los griegos; pero la aristocracia, muy lejos de simpatizar en esto con las naciones, afectaba condenar la conducta del gobierno con respecto á Turquía, y deplorar aquella victoria á la que daba el discurso régio el nombre de azaroso suceso. Desde entonces se avivó el partido de la oposicion, que creyó vislumbrar en el ministerio Wellington el pensamiento de apartarse enteramente de la marcha política de Canning, tornándose la nueva organizacion ministerial objeto de ágrias discusiones y de ataques personales. El nombramiento de lord Wellington para primer ministro parecia estraordinario, en especial á M. Brougham, quien tomando la palabra dijo: «Nadie apreciaba en mas alto grado que él el genio militar del duque, y los servicios que habia prestado al

»país como soldado; pero faltaba mucho para que le »viera al frente de la hacienda con tanta confianza como »su soberano, que le encomendaba algo ligeramente la »mision delicada de dirigir el ejército, la Iglesia y el »Estado, y el cuidado de dar constantemente á S. M. »consejos confidenciales.» Tan singular favor le parecia sumamente anti-constitucional, y añadió: «Dícese que »el noble duque es hombre de la mayor importancia en »el Consejo, y que no se limita su capacidad al arte de »la guerra. Esto puede ser; pero no destruye los mu»chos reparos que surgen contra el inmenso poder civil »y militar que acababa de reunirse en su persona. Dí»cese tambien que el noble duque es incapaz de hablar »en público, como es necesario que lo sepa un primer »ministro. Quizá es infundada esta razon, pues yo me »hallaba presente cuando el año pasado tuvo dicho du»que el candor y la modestia de declarar que de nin»guna manera creia haber nacido para ocupar el puesto »de primer ministro, y declaro que creí entonces no »haberle oido hablar mejor nunca, habiéndome parecido »que en aquel momento no patentizaba de modo alguno »la ineptitud que se empeñaba en atribuirse. Por tanto »no son estos los motivos en que estriban mis objecio»nes: repito que encuentro anticonstitucional este nom»bramiento, porque los talentos y la esperiencia del no»ble duque son de naturaleza enteramente militar, nada »mas que militar. No estoy yo dispuesto á exagerar las »cosas y á temer que el poder de la espada arrastre tras »sí consecuencias de esclavitud para el país: para esto »seria menester un genio muy superior al del noble du»que, que puede, si gusta, tomar las fuerzas marítimas »y terrestres, la mitra y el gran sello, y venir espada »en mano á desafiar á la Constitucion, sin que de ello »resulte ningun menoscabo á esta: no solo le someteria »la nacion sin dificultad con su energía, sino que hasta »se reiria de semejantes esfuerzos. Si bien ha habido »una época en que existia en Europa una terrible po»tencia militar, este tiempo pasó ya; y aun cuando »existiera, nada podria hoy dia, en que ha ocupado su »puesto otra potencia, que aunque de menor importan»cia y brillo á los ojos de algunos, ha creado tal órden »de cosas que en adelante es indestructible.»

Este discurso, en que se advertia cierto tono de sátira, fué aplaudido por parte de los wighs, al paso que no pudo menos de ser criticado por todos los adictos al ministerio Wellington, y se hallaban interesados en hacer de él un héroe militar y un profundo diplomático.

Al fin, tras de otros muchos discursos muy notables, sobre todo por las personalidades y acrimonia, tratóse de los asuntos de hacienda. La medida que en 1826 habia vedado la circulacion de los billetes de cinco libras esterlinas abajo, no era estensiva hasta entonces á los de Escocia é Irlanda que habian continuado en circulacion, habiéndose aumentado tanto su número, que era urgente poner remedio. Hízose en consecuencia una mocion que tendia á quitar tal abuso y á retirar poco á poco del comercio dichos billetes: aprobóse, aunque no sin oposicion, semejante propuesta. Las cuentas presentadas por el nuevo ministro de Hacienda M. Goulburn, daban para el año de 1828 un producto neto de 53.902,030 libras esterlinas, y un gasto de 50.104,522 libras, lo cual rendia un sobrante de 3.797,508 libras esterlinas, sobre cuya suma se tomaron 708,000 para invertirlas en los trabajos públicos. La familia de M. Canning fué después de su muerte objeto de consideracion y del mayor interés: además de los honores de la patria que se concedieron á su viuda, propúsose una pension de 3,000 libras esterlinas en favor de su segundo hijo, empleado á la sazon en el servicio marítimo. Lord Althorp, sir Matthew Ridley, Hume, Bankes, Thompson y Harvey y otros combatieron tal proposicion, al paso que profesaban una admiracion sincera á la relevante capacidad del finado primer ministro; pero los reparos que presentaron parecieron absolutamente desnudos de generosidad y justicia hácia un hombre, que al consagrar á su país no solo su vida, sino tambien su fortuna, habia dado un ejemplo de desinterés tan noble y difícil de imitar bajo el influjo terrible del siglo.

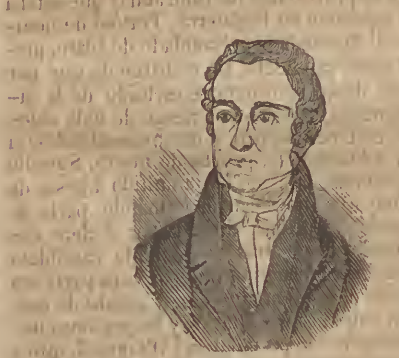
La cuestion de Irlanda volvió á ser la materia principal de los debates de las cámaras: tratábase de revocar la ley del juramento que obligaba á cualquiera que deseara ser admitido á un empleo civil, á recibir el sacramento de la Eucaristía segun el rito de la Iglesia anglicana; y el decreto en virtud del cual tenian que rendir pleito homenaje los que quisieran pertenecer á una corporacion. Sir John Russell abogaba elocuentemente por tal revocacion, reclamada imperiosamente por el liberalismo de las ideas reinantes, y opinaba que si no se abolian por completo semejantes disposiciones, se sustituyera una simple declaracion por parte de los funcionarios elegidos, comprometiéndose á no usar jamás de su autoridad contra los intereses de la Iglesia protestante. Igual era el dictámen de M. Peel. El proyecto así variado pasó á la cámara alta, en que habiendo recibido el asentimiento del primer ministro, se determinaron á apoyarlo los pares eclesiásticos, y por consiguiente fué adoptado. Esto era un paso que tendia á favorecer la causa de los católicos, y animó á sus partidarios á pedir con mas instancias que se atendiera á sus reclamaciones; pero ningun resultado logró por el momento la mocion de sir Francisco Burdett, no habiendo sido acogida favorablemente por la cámara de los pares, donde fué rechazada por una mayoría de cuarenta y cuatro votos.



Cañon turco que está en el parque de Lóndres.

Alarmada entre tanto Irlanda con la formacion del nuevo ministerio que ofrecia por una parte al duque de Wellington, adversario decidido de los católicos, y por otra á M. Peel, representante por sí mismo de la resistencia del alto clero y del partido tory, se agitaba bajo la influencia de su poderoso caudillo O'Connell. Reorganizada la asociacion católica, era mas fuerte que nunca, y tomó de improviso una decision audaz que estaba muy lejos de esperarse en Inglaterra. Tratóse de nombrar á O'Connell diputado por el condado de Clare, presentándose él como candidato, sin embargo de que por la ley existente debia considerarse escluido de la cámara de los comunes, queriendo á riesgo de todo obtener el derecho de tener asiento, y comprometiéndose si era rechazado á intentar la prueba de nuevo. Sucedió lo que habia previsto, pues no fué admitido á pesar de la inmensa mayoría que alcanzó, formando parte de ella toda la gente campesina, dirigida por el clero católico, y dejando muy atrás al segundo candidato M. Vesey Fitzgerald. Pero este, que por otra parte era decidido abogado de la emancipacion, y gozaba de mucha reputacion entre los propietarios y las personas moderadas, fué escogido con preferencia á O'Connell, quien se retiró momentáneamente proponiéndose no omitir cosa alguna á trueque de triunfar completamente en la siguiente legislatura. Esta tentativa sirvió para acreditar la confianza de la asociacion católica, la cual tomó desde entonces un carácter de intrepidez y de audacia que no habia tenido todavía, y juró rechazar en lo sucesivo cualquier candidato que no estuviera dispuesto á apoyar la reforma y á declararse enemigo de Wellington. Irritados cada vez mas protestantes y católicos entre sí, daban con su lenguaje violento, sus amenazas y contínuos ataques un aspecto alarmante á Irlanda. Atemo-

rizados los primeros de los peligros que columbraban, y descontentos de la conducta sosegada del gobierno, formaron asociaciones y asambleas sediciosas, formándolas por una parte los orangistas, cuya gran lógia se hallaba en Dublin, y por otra los Brunswickeses, cuyos clubs se componian de las clases mas influyentes por sus riquezas. Con esto reinó la anarquía en toda Irlanda, que se convirtió en vasta escena de motines y sediciones en que figuraban á la par católicos y protestantes exasperados los unos contra los otros. Habia á la sazon un agitador católico llamado Lawless, el cual contribuia mucho con sus exhortaciones y discursos incendiarios á aumentar la efervescencia de los ánimos: orador ardiente y apasionado, recorria los condados y las parroquias, las ciudades y aldeas, haciendo en todas partes prosélitos, reanimando la entibiada decision de los unos, despertando y estimulando la de los otros, y soplando en todos los lugares por donde pasaba el fuego de la guerra civil. A pocos dias mas se hubiera manifestado esta con terrible estallido, si la asociacion, asombrándose de su audacia y comenzando á reflexionar que acaso habia idó demasiado lejos, publicó una proclama cuyo efecto fué tan pronto, que al instante se disiparon las reuniones sin que tuviera tiempo para intervenir lord Anglesey, lugar-teniente de Irlanda; pero entonces estaba muy próxima á resolverse la importante cuestion de la emancipacion, cuestion que hacia largo tiempo alimentaba la discordia, habiendo el poder del tiempo y la fuerza de las circunstancias causado inmensas modificaciones en las ideas de los adversarios de la emancipacion, sin esceptuar al duque de Wellington. Entre este y el doctor Curtis, primado católico de Irlanda, existia una correspondencia que probaba lo mucho que se habian allanado los obstáculos por una parte, y se habian fortificado los elementos de resistencia por la otra. Lord Anglesey, que tuvo noticia de tal correspondencia, y que habló de ella mas libremente de lo que hubiera deseado sin duda el primer ministro, diciendo que sabia por buen conducto que el duque se hallaba ahora dispuesto á conceder la emancipacion, fué llamado á Inglaterra, y puesto en su lugar el duque de Northumberland. Así, vencido hasta el mismo duque de Wellington por la fuerza de la opinion pública, se veia precisado á seguir el impulso dado por su hábil predecesor y á completar la grande obra por él comenzada. Empero el resto del año se pasó en debates y discusiones que confirmaron la repugnancia del ministerio á ceder: el partido vencido quiso con sus últimos esfuerzos hacer comprar la victoria y retardar su derrota lo mas posible.


Huskisson.

Habia entonces en el ministerio un hombre cuyas opiniones políticas no coincidian siempre con las del primer ministro, quien teniendo además otros motivos especiales de animosidad contra él, no malogró la ocasion que se presentó para alejarle. Era aquel hombre M. Huskisson, que á una con lord Dudley llenaba las funciones de secretario de las colonias. Habiendo herido la delicadeza del mismo Huskisson algunas diferencias sobrevenidas entre ambas cámaras con respecto á la traslacion de los privilegios electivos de Penryn y de East-Betford, dirigió al duque de Wellington en el primer momento de su resentimiento una carta confidencial, en que le decia que creia de su deber renunciar sus empleos ofreciendo de este modo á su gracia el medio de favorecer con ellos á otro. No era el duque de Wellington hombre para desperdiciar tan buena ocasion de remover un cólega que le desagradaba, y por lo tanto puso sin perder tiempo en manos del rey la carta de dimision; pero como M. Huskisson no esperaba que se le cogiese la palabra, y por el contrario se habia figurado que el ministro, en lugar de aceptar su dimision, se empeñaría en que continuara en sus cargos, se desconcertó y declaró á lord Dudley en medio de su chasco, que nunca habia tenido intencion verdadera de retirarse de los negocios, y que su carta habia sido escrita para su gracia únicamente y no para que se comunicara al rey. Lord Dudley corrió á casa del primer ministro, á quien invitó á reparar lo hecho y á presentar á S. M. dicha dimision como efecto de un error. «No es un error, respondió el duque, no puede ser ni será un error.» Debiera haber bastado una respuesta tan clara y esplícita; mas como M. Huskisson no habia perdido todavía la esperanza de ser repuesto, trató nuevamente de justificarse por medio de lord Palmerston, y hasta escribió otra carta al duque, aunque todo en vano. Tal desgracia acarreó la dimision de los lores Dudley y Palmerston, así como la de sir C. Grant, produciendo otros resultados fatales por haber entrado en el ministerio de Negocios Estrangeros el conde de Aberdeen, uno de los enemigos mas obstinados de la libertad continental y de los hombres mas rígidamente fieles á la escuela política de lord Castlereagh. Otra dimision mucho mas ruidosa se siguió muy pronto á las referidas: M. Huskisson, á quien reemplazó sir Jorge Murray, no era el único con quien se hallaba discorde el duque de Wellington, pues tambien el de Clarence era de aquel número. La oposicion que este duque habia hecho en diversas circunstancias, habia dejado en el ánimo de Wellington una especie de resentimiento, habiéndosele hecho tan insoportable la presencia del otro duque, que este dió su dimision de Gran Almirante, siendo sustituido por lord Melville en el consejo del almirantazgo. Las demás plazas vacantes fuéron ocupadas por sir Harry Hardinge que pasó al ministerio de la Guerra, y por sir Vesey Fitzgerald que reemplazó á M. C. Grant en el consejo de Comercio.

Mientras sufria Inglaterra las desagradables consecuencias de la muerte de un ministro á quien ningun otro prometia hasta entonces reemplazar dignamente, iba á ser teatro el continente de un acaecimiento, al cual podia con razon considerarse como otra consecuencia de dicha muerte prematura. Era aquel la guerra entre Rusia y Turquía, cuyas hostilidades habria seguramente cortado Canning con su firmeza, prudencia é inmenso influjo sobre los demás gobiernos; pero el duque de Wellington no supo templar la política feroz de Turquía, como lo hubiera sabido su antecesor, ni impedir con su diestra y activa vigilancia las tentativas ambiciosas de Rusia sobre Oriente, debiendo por lo mismo resultar el choque de estas dos potencias que de repente dejaron de ser moderadas por una mano hábil y enérgica. A la victoria de Navarino siguióse un tratado entre Ibrahin y el almirante Codrington, y el ejército francés en número de diez mil hombres tuvo la gloria de hacer ejecutar sus condiciones, que eran el restituir á los griegos el Peloponeso; y en efecto, sometiéronse Patras, Coron, Modon, Navarino y algunas otras fortalezas, y tomóse el castillo de Morea tras de algunos dias de asedio, quedando así libre el Peloponeso que formaba con el Atico y el Sur de Grecia cuanto poseia el pueblo regenerado. Todo esto era poco sin duda para constituir un estado á los ojos del mundo; pero era mucho para aquel pueblo que apenas habia salido de la esclavi-

tud, estaba hambriento de libertad, y ardia en deseos de tener nombre y puesto entre las demás naciones; y sobre todo era mucho, porque no habria tratado de abandonarlo la potencia otomana, si á la sazon no se hallara tan sériamente ocupada en su guerra con el imperio ruso, guerra que alarmaba á Inglaterra por la posibilidad de que fuera invadida Constantinopla por un ejército cuyas fuerzas se exageraban sobre manera. A pesar de que las legiones rusas eran capitaneadas por el mismo emperador Nicolás, no eran asaz numerosas para vencer á los turcos, siempre formidables detrás de sus murallas; y aun cuando aquellas hubieran sido cuatro veces mas fuertes, probablemente hubieran fracasado todavía delante de Balkam, Silistria, Schoumla, la misma Varna, por mas que fuéron vendidas á los rusos por un traidor, Youssouf Pachá, fuéron teatro de reveses para estos. y mas adelante las lluvias, nieves, heladas y privaciones de toda especie, acabaron de debilitar y desmoralizar el ejército, que repasó el Danubio en completo desórden. Asaltado el emperador en el mar Negro por una horrible tempestad, estuvo espuesto por espacio de cuatro dias á los mayores riesgos, y su regreso á Odesa fué casi inesperado.

Los sucesos que en el ínterin ocurrian en Portugal, nada favorable prometian á los intereses de Inglaterra, que destinada á esperimentar la perfidia de D. Miguel, no halló en lord Wellington, y mucho menos en lord Aberdeen, la energía que acaso debia esperar. Don Miguel á su vuelta de Viena vino á pasar algunas semanas en Inglaterra, donde fué recibido con cierta desconfianza por la nacion, y con complacencia y lisonja por la corte y la aristocracia. A los cumplimientos y halagos de que fué colmado, debió responder como lo hizo con las promesas mas benévolas para lo sucesivo; habiendo á su despedida escrito al rey asegurando la escelencia de sus intenciones para con su hermano y sobrina, y consintiendo de antemano en pasar por usurpador y odioso perjuro, si á su regreso á Portugal cometia la indignidad de olvidar sus compromisos y de atentar á sus derechos ó á los de la Constitucion. Un hombre de la sagacidad y perspicacia de Canning habria apreciado en seguida en su verdadero valor las promesas y los juramentos de un D. Miguel, y no le hubiera permitido abandonar la costa británica sin haber obtenido garantias mas positivas para en adelante; pero el duque de Wellington y lord Aberdeen confiaron en la simple palabra del que habia asesinado al marido de su hermana, conspirado contra la libertad y vida de su propio padre, y patentizado que para él nada eran los vínculos mas sagrados de la naturaleza. D. Miguel partió, y apenas llegó á Portugal se apoderó del trono de Doña María, y haciéndose proclamar rey absoluto, cerró las Cortes, abolió la Constitucion, y amontonó víctimas en las cárceles de Portugal. Irritada la nacion inglesa de tal insulto á la dignidad nacional, hubiera estado pronta á vengarlo. Pero lord Aberdeen se limitó á suspender las relaciones diplomáticas de la Gran Bretaña con aquel país. La jóven princesa que se dirigia entonces á Viena, varió de rumbo al saber tal acaecimiento, y tomó el camino de Inglaterra, mientras que D. Pedro su padre protestó por medio de sus ministros en Viena y Londres contra la usurpacion de D. Miguel.

Jorge IV en esta época no tomaba sino muy pequeña parte en lo que interesaba á la política de su reino y al honor de su corona: habia adquirido un disgusto invencible, una especie de aversion á los negocios y hasta á la representacion de la dignidad real que tanto le habia gustado hasta entonces. Habiéndose hecho casi estraño á su parlamento y á sus súbditos, rechazaba cuanto propendia á interrumpir sus recreos ó reposo; las variaciones de su ministerio ocurrian por decirlo así sin noticia suya, y solo le agradaba la conversacion de sus cortesanos, mientras no se le recordaba la importancia de su jerarquía.

Esta apatía política del rey de Inglaterra estaba léjos de ser imitada por el de Francia, el cual, aferrado en su absolutismo y con su actividad, ya que no con su esperiencia, atendia constantemente á cuanto pasaba en su ministerio. Diestro en hacer frente á los preceptos de una carta que soportaba como á un enemigo de quien no se puede librar, sabia luchar con todas sus fuerzas á fin de escatimar las concesiones, recabar el partido que la opinion rechaza, echar mano de todos los medios para seducir los ministros que le convenian, y aumentar la preponderancia monárquica. El ministerio Martignac habia reemplazado al de Villele, que se hizo impopular por la reduccion de las rentas, la vuelta de Chateaubriand, y en especial por la disolucion de la guardia nacional. Carlos X dijo á los nuevos ministros: «Sabeis que no me he separado voluntariamente de »Villele; su sistema es el mio, y espero que os conformareis con él completamente.» Estas palabras pudieron convencer al nuevo ministerio de la inmutabilidad del monarca en sus opiniones, y de su decidida repugnancia al papel de rey constitucional; así la poca confianza que la nacion tenia en él, decayó rápidamente, y en adelante no hubo entre sí mas que desconfianza y pugna. El partido jesuítico, que llegó á enseñorearse con la mañosa proteccion del monarca, habia vuelto á entrar triunfante en el dominio de la instruccion pública; y esto, si no para la nacion entera, al menos para un inmenso partido enemigo de tal corporacion, era un motivo mas de inquietud y descontento, del cual sacaba ventajas el espíritu de oposicion. La fermentacion siempre creciente que resultaba en los partidos de semejante estado de cosas, hacia desear que algun acaecimiento viniera á distraer los ánimos. Nada era mas á propósito para apartarlos de la política interior del reino, que los asuntos de Grecia y la esperanza de contribuir á su emancipacion: así el gobierno, que conocia cuán necesaria era tal diversion, y que además tenia á honra el prestar á los griegos su apoyo, trató de enviar un ejército á reconquistar el Peloponeso. El general Maison tomó el mando de la espedicion, la cual ya se ha visto que se realizó con fruto para los helenos.

El conde de Liverpool no habia cesado de padecer y de arrastrar una deplorable existencia despues del ataque de perlesía, que trastornándole la cabeza le habia precisado á retirarse de los negocios. Falleció al finalizar este año, é Inglaterra con la espresion de su sentimiento tributó un justo homenaje á este hombre, que habia sabido adquirir y conservar tanta influencia sobre su partido y tanto prestigio sobre su soberano, no tanto con lo aventajado de su génio y la estension de sus medios, cuanto con la prudencia y circunspeccion que eran los rasgos mas marcados de su carácter: á estas cualidades, no menos que á un criterio sano, á una gran lealtad y á una aptitud singular para los asuntos, debió la solidez de su poder y la duracion de su favor. La íntima amistad que le unia á Jorge Canning y que no se terminó sino con la muerte, resistiendo las diferencias de opiniones, el espíritu de partido y todas las consideraciones políticas que por lo regular ejercen tanto poder sobre los hombres, databa desde la época en que estudiaban juntos en Oxford; y seguramente deben atribuirse al imperio de tal amistad los principios que caracterizaron la primera parte de la vida política de Canning, tan opuesto á la segunda. El conde de Liverpool, en aquel entonces M. Jenkinson, no contaba mas que veintidos años cuando tomó la palabra en la cámara para espresar sus sentimientos sobre la conquista de Francia, cuyo asunto estaba en 1794 á la órden del dia en Inglaterra. En el discurso descolló tal espíritu, que provocó la vena satírica de Fox en una respuesta escesivamente mordaz. En virtud de la lealtad incontestable del conde de Liverpool y de su apego á sus opiniones, no puede dudarse que el constante móvil de todos sus actos políticos fué una gran pureza de intenciones; que la resistencia que no cesó de oponer á las mas importan-

tes innovaciones, como la abolicion del tráfico de negros, la emancipacion de los católicos y la reforma parlamentaria, tres objetos inmensos que bastan por sí solos para constituir una de las épocas mas notables y gloriosas de la historia de Inglaterra, hizo que se le considerase por sus numerosos adversarios como un hombre que estuvo muy distante de los adelantos de su siglo, que no comprendió mas que muy incompletamente sus tendencias y necesidades, y no fué en realidad á propósito mas que para figurar noblemente al frente de la aristocracia, y para apuntalar el viejo edificio de las preocupaciones. Nacido en 1770, hallábase todavía en lo mejor de su vida cuando sufrió un ataque de apoplegía y de parálisis de que nunca sanó, falleciendo en Combe-Wood el 4 de diciembre de 1828. Su rostro era hermoso, su esterior noble y distinguido, su espresion grave y pensativa, como la de un hombre completamente abstraido por la preocupacion del espíritu. Casi siempre descuidado en su porte, cuya sobrada sencillez correspondia mal á la dignidad de un primer ministro de Inglaterra, provocaba á menudo la risa de los que le encontraban en las calles de Londres: andaba con aire distraido, inclinada la cabeza hácia el suelo y sin mirar á ninguno de los que tropezaba. Cuando hablaba en la tribuna, al pronto nada prevenia en su favor: sus gestos y posturas eran desagradables, su palabra incierta, y su lenguaje embarazoso y forzado; pero á medida que se engolfaba y le enardecia su pensamiento, animábanse sus acciones y miradas, desarrollábase y gradualmente se hacia poderosa su elocuencia, y toda su persona brotaba una especie de fuego sagrado que con frecuencia producia un efecto irresistible en el auditorio. Quizá es de sentir, tanto por su gloria política como por el interés de su país, que no hubiesen perfeccionado las nobles cualidades de su alma miras mas latas y análogas al espíritu del tiempo; pero es una verdad incuestionable y honorífica para su memoria que fué digno de figurar entre los ministros mas probos é íntegros de Inglaterra, y que jamás hombre alguno de estado justificó mejor esta idea del poeta: «Un hombre de bien es la obra mas noble de Dios.» (*An honest man the noblest work of God.*)

Todo lo concerniente á las islas británicas, tan considerables por su poblacion é importantes por sus riquezas, es hoy dia una parte tan inherente á la historia de Inglaterra, que la una debe ser considerada como el complemento indispensable de la otra. Es pues necesario, antes de adelantar mas en los sucesos de la madre patria, retrogradar un momento para volver á las conquistas de los ingleses en Birmania. Sus triunfos, aunque brillantes, eran comprados á menudo con crueles sacrificios, y los birmanes, pueblo naturalmente bellaco y vengativo, desquitaban con la traicion la ignominia de sus derrotas. A las últimas ventajas alcanzadas por el ejército inglés siguióse el incendio de Rangoon, cuya mayor parte fué devorada por las llamas; pero bien pronto cayó igualmente en poder de los ingleses la ciudad de Soomza, situada en un pais cubierto de magnificas selvas, así como Donoobiew, pérdida tanto mas funesta para los birmanes, cuanto que su poderoso general Bendoola habia allí perecido, y resultado la dispersion total del ejército. Prome, situada en la orilla izquierda del Irawaddy, fué entonces el principal punto de ataque para los ingleses, que se dirigieron sobre esta ciudad ínterin la corte de Ava reunia apresuradamente todos sus recursos, armaba nuevas tropas, y nombraba nuevos generales con el príncipe de Sarawady al frente. La ciudad estaba cercada de estacadas, las montañas circunvecinas se hallaban fortificadas hasta su cima y cubiertas de tropa y artillería: en fin, todo el imperio parecia haberse reunido en aquel solo punto. Empero el ardor de los birmanes parecia resfriarse á medida que avanzaba el ejército inglés hácia Prome: dos mensajes que llegaron al general Campbell durante la marcha, indicaban de una manera cierta el temor que les hacia esperimentar la aproximacion de las fuerzas británicas; mas como el general conocia el valor real de estas proposiciones benévolas en apariencia, y no dudaba que ocultaban alguna perfidia, creyó conveniente no hacer caso de ellas. Los rápidos movimientos del ejército inglés surtieron el efecto deseado, y desconcertaron á los birmanes, que poseidos del terror al ver avanzar con intrepidez las líneas enemigas sobre Prome, se retiraron con precipitacion abandonando sus obras, aunque no sin recurrir á su medio habitual del incendio. Ya era pues presa de las llamas la ciudad cuando penetraron en ella los ingleses, y á pesar de todos sus esfuerzos por cortar el fuego, una gran parte fué destruida. Entre tanto huia el ejército birman, abrasando y devastándolo todo á su paso, viéndose reducidos millares de individuos arrojados de sus moradas á refugiarse en los bosques. Los que tuvieron la acertada idea de acogerse á la proteccion de los ingleses, encontraron un refugio seguro y todos los auxilios de que necesitaban. Ni un paso podia darse sobre aquel suelo arrasado sin tropezar con ruinas, con montones de ceniza y con cuadrillas de perros hambrientos que corrian de aquí para allí, indicando con sus ahullidos desesperados los puntos en que hasta el dia anterior se levantaron pueblos y caseríos. Los ingleses durante su permanencia en aquel país nada omitieron á trueque de reparar tanta desolacion: al cabo de pocos dias volvieron los fugitivos habitantes, reconstruyéronse las casas, reaparecieron muy bien cultivados los hermosos campos de arroz, rehiciéronse los edificios de Prome, limpiáronse y empedráronse las calles, y restableciéronse los mercados y el comercio: la religion recuperó toda su autoridad, volvió á abrirse la gran pagoda Shoé-Shando con pompa, habiéndose dirigido á ella toda la poblacion en tropel: hasta las autoridades comenzaron entonces á tranquilizarse, y el Musghi de Prome que no podia menos de hacer entre la administracion inglesa y el gobierno tiránico de Ava una comparacion muy desventajosa para el último, envió á sir A. Campbell en testimonio de estimacion y amistad nueve elefantes de la mas escelente raza.

Ya no restaba mas por conquistar que la capital del imperio, Ava, denominada la ciudad de oro, á doscientas cincuenta millas de allí. Empero antes de emprender esta espedicion, como el general inglés no se deslumbraba con las consecuencias de ella, y en la conquista de Ava, mas bien que una adquisicion útil, veia un punto de puro amor propio, creyó oportuno intentar un acomodamiento; mas habiendo sido desechadas las proposiciones con desden por aquella corte, el ejército y la escuadra apresuraron sus preparativos. El rey, ocupado en sus nuevas levas de hombres y de dinero, y estraviado por una loca confianza que le hacia olvidar los repetidos descalabros de sus armas, parecia contemplar á su capital como inespugnable: los exagerados discursos de sus ministros y generales, sobrado sumisos para osar contradecir al poderoso soberano del elefante blanco, contribuian á alimentar tal confianza, hallándose convencido después de haberlos oido, que jamás habian sido tan temibles sus ejércitos. Por otra parte acababa de recibir un refuerzo inesperado de quince mil hombres, que le fueron enviados por la tribu de los Shaans, raza vecina de China, que al primer llamamiento del rey de Ava habia acudido á las órdenes de sus chobwas y de sus mugeres profetas, impelida, no por el sentimiento natural de patriotismo que toca al corazon del hombre mas desnudo de civilizacion, sino por el solo deseo del pillaje. En fin, hácia los últimos dias de setiembre de 1825 avanzaron setenta mil hombres bien equipados y mandados por los primeros guerreros de la Birmania: eran estos Sadda-Woon, Kee-Wonghee primer ministro, Maha-Nesulow el mas antiguo general del ejército, y Memiaboo cuñado del rey. Las tropas británicas iban á las órdenes de sir J. Brisbane y del capitan Chads comandante de la armada. El ala derecha del ejército

birman, después de pasar el Irrawaddy, costeaba la orilla occidental con el designio de interceptar la retaguardia del ejército inglés, mientras que el centro en número de treinta mil hombres andaba por la márgen oriental: el ala izquierda, compuesta como la derecha de quince mil hombres, hallábase á diez millas de distancia del rio, y el cuerpo de reserva, regido por el príncipe Memiaboo, ocupaba el puesto fortificado de Melloone. Aseguran los ingleses que ellos no tenian fuera de la guarnicion de Prome mas que cinco ó seis mil hombres de tropas efectivas que oponer á aquellas fuerzas: lo cierto es que les fué fatal el primer encuentro en que perdieron al coronel M. Dowall, viéndose precisados á retirarse, en tanto que enardecido el viejo general Maha-Nemiow por tal ventaja continuó su marcha sobre Prome, llegando muy pronto á pocas millas de distancia de esta ciudad con la mayor precaucion, y mandando levantar estacadas á medida que avanzaba, y que los movimientos de las demás divisiones correspondiesen á los suyos: así apostóse el ala izquierda en Sembike, donde se fortificó, y dirigióse el centro hácia Napadee, que igualmente fué circuida de estacadas.

Sir A. Campbell, para quien era demasiado lenta esta táctica prudente, y veia con inquietud á su retaguardia completamente cercada, resolvióse á embestir bruscamente: tomando el mando de una columna, dió la otra al general Cotton, y al mismo tiempo recibió el comodoro Brisbane la órden de dar la vela hácia Napadee y de cañonear las alturas, á fin de atraer allí la atencion del centro del ejército birman y desviarle del que intentaban atacar los ingleses. Durante este fingido ataque daban uno real y verdadero las otras columnas del ejército sobre el ala izquierda del enemigo, y después de atravesar el rio Nawine se adelantaron en disposicion de poder cercar la retaguardia birmana y cortar la retirada. Aunque la marcha del general Cotton fué interrumpida á cada paso por las contínuas barreras que encontraba en el camino y esponian á sus tropas á un peligroso fuego, logró alcanzar al enemigo y empeñar el combate: los Shaans, alentados con la presencia de su jefe, que demasiado anciano para andar recorria las filas de su ejército en una litera dorada, y estimulados sobre todo por la voz y las exhortaciones de sus mugeres profetas, hicieron una valerosa resistencia; pero la metralla inglesa causaba entre ellos tan terribles estragos, que llegó el espanto á dominarlos, y á pesar de que todavía seguian firmes los Cholswas mas intrépidos, dando espada en mano relevantes pruebas de valor, todo fué inútil: el mismo Maha-Nemiow cayó mortalmente herido: de tres mugeres profetas cuya sola presencia era de un efecto poderoso sobre los Shaans, perecieron dos, no obstante el mágico poder que tenian para neutralizar las balas del enemigo, y esta noticia, mas siniestra todavía que la muerte de su general, acabó de sembrar el terror en su ánimo y de asegurar su derrota. Empeñóse entonces el combate en el centro, y el comandante inglés fué hábilmente secundado por el comodoro Brisbane, quien durante el ataque del ala izquierda habia llegado á apoderarse de todas las lanchas de guerra y de todas las provisiones del ejército birman. Ya no quedaba mas que el cuerpo de ejército mandado por Sadda-Woon y protegido por el Irrawaddy; pero forzáronse en poco tiempo las estacadas, y los soldados birmanes susceptibles de acobardarse y amedrentarse tan luego como no se hallen detrás de sus fortificaciones, huyeron á las selvas. Entre las municiones de guerra y las piezas de artillería que se cogieron, encontróse una bomba enviada por Inglaterra en el reinado de Isabel.

Esto era un feliz preludio para la conquista de Ava, hácia donde se movió el ejército con mas esperanzas y decision que nunca. Empero el enemigo á quien ninguna derrota habia podido someter hasta entonces, se preparaba á una nueva resistencia: Meeday y Melloone, situadas en la márgen occidental del Irrawaddy, hallábanse fuertemente defendidas, y la reserva mandada por el príncipe Memiaboo ascendió á quince mil hombres con los cinco mil que se le agregaron. El 19 de diciembre estaba el ejército inglés delante de Meeday preparándose á ir sobre Melloone, de cuyo punto se hallaba impaciente por apoderarse para llegar en seguida al riñon del imperio, cuando se supo la repentina llegada de Kollein-Mengie revestido, segun se afirmaba, de todos los poderes necesarios para celebrar la paz, habiéndose pedido al efecto una tregua que fué concedida inmediatamente. Kollein-Mengie, anciano decrépito, de rostro arrugado, mirada perspicaz y de aire astuto y doble, iba acompañado de otros tres comisarios. Entabláronse las conferencias, y fuéron notables por los cumplimientos y lisonjas con que los enviados birmanes abrumaron á los oficiales ingleses, cuyas costumbres, modales y traje parecian escitar hasta el último punto su interés y curiosidad, siendo una de las partes del uniforme que mas atraia sus miradas el sombrero con plumas. Pidieron permiso para examinarlas de cerca y tocarlas, lo cual ejecutaron atentamente con singular gravedad y con una especie de temor que dimanaba de la persuasion de tener un encanto secreto aquel adorno reputado entre ellos por tan alta muestra de distincion, que siempre va acompañada del título de Kyet-taon-Bon, es decir, jefe de la pluma del pavo real. Las conferencias duraron tres dias, después de los que tomaron los comisarios birmanes las condiciones convenidas para remitirlas en seguida á la corte de Ava, habiéndose dirigido por su parte el capitan Snodgrass á Calcuta para someterlas al gobernador general y obtener su asentimiento. Entre tanto pareció reinar la mas perfecta inteligencia entre las dos partes; pero los resultados no hicieron mas que patentizar que todas aquellas manifestaciones pacíficas y protestas amigables de los birmanes no eran mas que una astucia para ganar tiempo y preparar mejor la destruccion de las tropas inglesas en los términos que se esperaba sin la menor duda en la corte de Ava. Convencido por fin sir A. Campbell de la perfidia de dicha corte por la altanera carta que recibió de Kee-Wonghee en respuesta á la que le envió para conocer definitivamente las intenciones de su soberano, sin mas dilacion rompió la tregua. Habiéndose apresurado el ejército á pasar el Irrawaddy, encaminóse en derechura sobre Melloone, cuyas fortificaciones embistió con tan buen éxito, que puso en fuga á los birmanes. En su precipitacion abandonaron, además de abundantes provisiones y de municiones de guerra, 40,000 rupias que pertenecian al príncipe Memiaboo. Pero entre los objetos encontrados el que mas admiró al general inglés y acabó de probarle la mala fé de los birmanes, fué el tratado de paz recientemente firmado por los comisarios, que le creia en manos del rey de Ava, con otras cartas que atestiguaban igualmente la falsedad de los enviados y su carencia de intencion á todo acomodamiento.

El 25 de enero de 1826 ocupaba el ejército inglés á Melloone, y entonces pidióse otra tregua por medio de los doctores Saudford y Prince que hacia mucho estaban prisioneros en poder de los birmanes. Otorgóse nueva tregua, mas por doce dias solamente y con la espresa condicion de que si al espirar este plazo no se ratificaba el tratado, se restituian los prisioneros, y se pagaban veinticinco talegas de rupias, se renovarian las hostilidades. Esta tregua, como es fácil prever, no surtió mejor efecto que las otras, toda vez que el rey de Ava la habia demandado con tan poca buena fé como de costumbre, y únicamente por tener tiempo para juntar todas sus fuerzas. El ejército, que contaba entonces cuarenta mil hombres, fué titulado Gong-todoo, ó ejército restaurador de la gloria soberana, habiéndose dado su mando á un feroz guerrero revestido del pomposo

nombre de Ne-Woon-Breen, que significa príncipe de las tinieblas, rey del sol poniente.

Entonces convirtióse en teatro de esta lucha decisiva el vasto territorio de Pagham-Mew, todo cubierto de ruinas antiguas y de espléndidas pagodas, de mausoleos, de columnas destrozadas, de restos de ídolos y de cuanto recuerda la existencia de una poblacion que desapareció. Desplegando el ejército birman todas sus fuerzas en aquella magnífica posicion, sacó partido de dichas ruinas é innumerables pagodas para hacer otras tantas pequeñas fortalezas, presentando un aspecto formidable todas las alturas coronadas de tropas. Al ver al ejército inglés que avanzaba sobre una sola columna, mandado por el mismo sir A. Campbell, las dos alas del enemigo hicieron movimiento para envolverle; pero los ingleses, mas afortunados que discretos, si como dicen, no eran mas que dos mil hombres contra fuerzas tan imponentes, arrollaron á los contrarios, arrojáronse audazmente sobre el centro, que no aguardando una acometida tan brusca, se sobrecogió y fué destrozado. Es probable que como los jefes del ejército británico conocian perfectamente el carácter del soldado birman, pronto á desmoralizarse y amedrentarse, contaban mucho con el efecto de aquella táctica impetuosa; por lo cual, sin dejar á las tropas tiempo para rehacerse, las persiguieron sin descanso, ahuyentándolas de sus obras y sacando tan acertado partido de su corto número, que Pagham-Mew fué ganada por asalto, el ejército de Ava totalmente dispersado, y el terrible Nee-Woon-Breen presa de un terror pánico hasta el punto de volver á tomar el camino de la capital. No bien llegó á ella este personaje, cuando sin ningun miramiento á la alta nombradía que hasta allí habia tenido aquel á quien el mismo rey llamaba el dominador del infierno y del sol poniente, le condenó á morir pisoteado por elefantes. Como el ejército inglés ningun obstáculo encontraba, prosiguió su movimiento hácia Ava, de cuya corte solo distaba cuarenta millas, cuando dos ministros de estado, el Woonghee y el Attweynwoon, acompañados del doctor Price, arribaron al campamento de Yandaboo, anunciando que el rey de Ava accedia definitivamente á un tratado de paz. En esta vez era sincero, porque ya no le quedaba esperanza de levantar á tiempo otro ejército para combatir y rechazar al vencedor, viéndose por fin el soberano vacilante en su trono á punto de perder para siempre la ciudad de las ciudades, la poblacion de oro, y á ser precisado á retirarse á alguna parte lejana de su imperio.

El tratado de Yandaboo, que era poco mas ó menos el mismo de Melloone, á escepcion de algunas ligeras variaciones, fué firmado el 24 de febrero de 1826 entre sir A. Campbell, T. C. Robertson y el capitan Chads, representantes de la Gran Bretaña, y entre el Woonghee señor de Lay-Kaing, y el Attwenowoon ministro de la real hacienda. Por los artículos de este tratado concedíanse á Inglaterra las cuatro provincias de Aracan y las de Tavoy, Merguy y Zea, mientras que los reinos de Assam, Cachar, Zeatoung y Munnipore serian administrados en adelante por príncipes elegidos por el gobierno británico. Comprometiéronse además los birmanes á suministrar todas las lanchas de guerra que fueran necesarias para el trasporte de las tropas británicas á Rangoon, y á indemnizar todas las pérdidas causadas durante la guerra, acordándose tambien que cada potencia tuviera facultad para enviar representante á la corte de la otra.

Terminóse el convenio con un espléndido banquete que sir A. Campbell dió á los embajadores en su tienda, á los cuales, como totalmente estraños á las costumbres europeas, todo les chocaba y despertaba su curiosidad. Ninguno de ellos se permitió comer sin que antes el Kee-Wonghee les diera ejemplo: aceptaron de todo lo que se les ofreció, pero rehusaron beber vino. Habituados á comer con sus dedos, mas conociendo que no lo hacia así la cultura europea, manifestábanse tan embarazados con sus cuchillos y tenedores, que tuvieron que enseñarles á manejarlos los oficiales ingleses. En cuanto á la conversacion, esplicáronse mejor de lo que era de esperar, hablando en inglés con bastante soltura y descubriendo bastante perspicacia, pero todavía mas presuncion y vanidad. El Kee-Wonghee, el mas caracterizado de cuantos allí estaban en honores y autoridad, dijo á sir Campbell después de haberle cumplimentado: «¿Habeis llegado jamás á ver juntos dos hombres tan »ilustres como vos y yo?»



Jardin botánico.

Fué preciso que el rey de Ava, disimulando su vergüenza y resentimiento, consintiera en recibir la diputacion británica, y hasta tuvo la condescendencia de enviar uno de sus barcos reales para conducir á Ava los diputados. A esta noticia pareció alarmarse toda la ciudad, habiéndose apoderado una especie de terror de los ánimos con la sola idea de ver de cerca á los terribles jefes de la artillería volante, y habiendo sido menester que el Kee-Wonghee hiciera prevenir á los habitantes de la costumbre propia de los guerreros europeos de saludar con un cañonazo, exhortándolos á estar completamente tranquilos sin temer riesgo alguno. Al recibimiento de los diputados precedió una série interminable de conferencias y reparos sobre la manera de ser introducidos: los unos pretendian que la etiqueta de la corte no les permitia presentarse con la espada al costado: aseguraban los otros que habiendo tolerado los ingleses que los birmanes llevaran armas en presencia de sus jefes, debia corresponderse con igual proceder. Ya estaban á punto de entenderse, cuando se acordaron de repente que nada se habia determinado sobre el paraje en que los diputados dejarian su calzado. Cada cual dió su dictámen acerca de cuestion tan importante, habiéndose invertido considerable tiempo antes que se decidiera que los embajadores tendrian el honor de descalzarse al pié de la escalera de palacio. Cuando entraron en la sala de la audiencia, no queriendo la etiqueta que marchasen en derechura al trono, viéronse precisados á hacerlo describiendo un semicírculo. Invitóseles entonces á sentarse en el suelo á unos cincuenta pasos del trono, que estaba vacio, aunque rodeado con anticipacion por una parte de la familia real y de los principales jefes de la corona, todos vestidos de blanco. Hojas de té confitado, de betel y otras cosas ordinarias en tales casos ofreciéronse entonces á los diputados al son de una música bastante rara, á la cual sucedió á los pocos momentos un profundo silencio: luego se abrieron de repente dos grandes puertas por detrás del trono, y se vió adelantarse á pasos lentos y mesurados al rey vestido de blanco, y con turbante del mismo color en la cabeza, sin otro adorno que la mag-

nífica cadena de oro, cuyos numerosos eslabones que son siempre á proporcion de la dignidad del que la lleva, descansaban sobre su pecho y hombros. Colocado S. M. en su trono se mantuvo en la mas completa inmovilidad, sin hacer otro movimiento que el estrictamente necesario para abrir de cuando en cuando su caja de betel. Un oficial birman leyó entonces en voz alta el nombre de los tres oficiales ingleses á quienes en aquella ocasion se dignaba el rey del *Pié de oro* conferir las dignidades birmanas. Adelantáronse ellos y se les puso en la frente una medalla de oro en que estaban grabados los títulos y las insignias con que se les honraba: hízoseles en seguida el regalo de una sortija de rubíes, de una pieza de seda, de dos cajas de laca y de cierto número de copas de cristal. Terminada esta ceremonia, hizo el rey un movimiento, é inclinándose hácia el oido de un señor cercano á él, le habló en voz baja, y este último preguntó entonces á los diputados si alguno de ellos tenia que espresar algun deseo. El capitan Lamsden, uno de los que acababan de ser condecorados, tomó la palabra y espresó á S. M. birmana en nombre de la nacion británica la esperanza de que seria duradero el tratado de paz y de amistad que se habia firmado entre dos naciones tan grandes como Inglaterra y Birmania. Así se terminó la audiencia, y levantándose el rey se retiró con el mismo ceremonial y la misma gravedad. La diputacion dejó el 4 de marzo la *ciudad de oro*, y al despedirse mandó el rey entregar al primer diputado para sir Campbell una espresion que se componia de dos sortijas derubíes, de algunas piezas de seda y cajas de betel.

Apenas llegó á Calcuta la noticia de la paz, envió el gobierno anglo-indio á Ava sus representantes, yendo á su cabeza M. J. Crawford, quien con el tratado de comercio que celebró, no acreditó menos talento y habilidad con respecto á la cuestion comercial, que sir A. Campbell con respecto al arte militar; y mientras coronaba el éxito mas completo á las armas inglesas en Ava, ellas obtenian ventajas en otro lado. Lord Combermere encaminóse al frente de veinticinco mil hombres compuestos de europeos y naturales contra Doorjun-Sal, usurpador, que con desprecio de un tratado de alianza efectuado anteriormente entre la Compañía y uno de los rajás aliados de Inglaterra, se habia puesto á la cabeza de una rebelion apoderándose de Burtpoor y del trono de Bulwurt-Singh. La ciudadela de esta plaza, sus fortificaciones, sus alturas y sus gruesas murallas, flanqueadas de baluartes, hacian muy dudoso el buen éxito de esta espedicion. Después de invertir algunos dias en reconocer las obras y en determinar el mejor punto de ataque, queriendo lord Combermere salvar las mugeres y los niños antes de bombardear la poblacion, escribió á Doorjun-Sal invitándole á dejar salir de ella aquella porcion inocente. El usurpador dió al pronto una respuesta asaz oscura, y habiendo insistido el general inglés de una manera mas apremiante, respondió con la negativa mas arrogante y esplícita. Lleno de indignacion contra una tiranía tan bárbara, lord Combermere dispuso el asalto, que fué vigoroso; pero era tal la solidez de las murallas, que la artilleria inglesa, aunque bien servida, nada pudo en mucho tiempo: apelóse á las minas, que tambien salieron mal la primera vez, en términos que hasta el 16 y después de un cañoneo que duró un dia entero, no se logró destruir un baluarte y romper el muro: la esplosion terrible del ángulo nordeste bajo el cual se habian colocado doce mil libras de pólvora, acabó de asegurar la victoria á los acometedores, quienes penetrando por las diversas brechas, persiguieron al aterrado enemigo y barrieron las murallas, apoderándonse entonces sin mucha dificultad de la ciudadela. Doorjun-Sal fué hecho prisionero por el general Sleigh en el momento en que iba á huir. Las fortificaciones de Burtpoor fuéron destruidas, las demás fortalezas sometidas en breve, y el rajah Bulwurt-Sing fué reintegrado en todos sus derechos.

Así se finalizaron las espediciones emprendidas sobre aquel vasto y hermoso territorio, en que Inglaterra tuvo desde entonces posesiones tan numerosas y costosas; pero por pesada que sea esta carga para ella, es preciosa y cara; pues regado aquel país por innumerables arroyos fertilizadores, es rico en producciones de toda especie, y sobre todo en madera para arboladura, tan importante para la marina inglesa. En 1827 hizo el gobernador general, lord Amherst, un viaje á las márgenes del Ganges y recibió el homenaje de los rajahs tributarios de la potencia británica.

Después de haber hablado de esta inmensa parte de la India que vino á ser una de las mas hermosas posesiones de la Gran Bretaña, hay otra tambien importante, cuya historia en cuanto á sus costumbres, instituciones, industria y comercio, debe ser comprendida igualmente en la de Inglaterra, de esta nacion viajera que va sin cesar trasladándose é ingiriéndose en todas las comarcas de la tierra en América, en las Indias, en el seno de los mas desconocidos mares, y hasta en aquellos lejanos parajes á que ha dado el nombre de Nueva Galles ó Australia, y los ha colonizado trasformándolos en una de sus dependencias mas productivas, ricas y moralmente útiles. El vasto continente australiano, cubierto hoy de provincias inglesas y de hermosos caminos, y dotado de instituciones liberales en 1788, época de su fundacion, ningun rastro tenia de viviendas humanas: no se encontraban allí mas que hordas de salvajes disputándose el dominio de las selvas, y nadie hubiera adivinado entonces que la de los seres corrompidos que Inglaterra arrojaba de su seno y desterraba todos los años á aquellas márgenes desoladas para espiar allí sus crímenes y desmontar los bosques, se levantaria mas tarde una poblacion nueva que se lavaria noblemente de su orígen, recuperando entre las demás el rango que sus degenerados ascendientes habian perdido. Ahora el continente de la Australia y la tierra de Van-Diemen ofrecen un aspecto sorprendente de agricultura é industria. Ya en 1824 era mas que doble la poblacion de esta colonia, que creció con una emigracion cada vez mas considerable por el cebo de la fortuna, y las producciones de este país, especialmente en lanas, comenzaban á dar á Inglaterra una ámplia compensacion de sus enormes gastos de colonizacion. Habíase establecido un activo comercio entre las Indias y los países mas remotos: desde 1824 hasta 1828 todo habia ido en progresion rápida, y Bathurs, Sidney, Newcastle, Hobart-Town y otros pueblos industriosos y comerciantes sobresalian por su vecindario y actividad: donde en otro tiempo no se veia ni un solo cuadrúpedo europeo, contábanse mas de cien mil reses lanares é innumerables millares de caballos de magníficas razas; donde jamás se habia recogido una espiga de trigo, vendíanse cada año mas de cien mil fanegas, y en todas partes patentizaban el mas alto grado de industria y prosperidad molinos de agua y de vapor, fábricas, talleres, naves importando y esportando sin cesar inmensos cargamentos de mercaderías de toda especie, bancos, casas de comercio y de beneficencia y establecimientos de todas clases. La Australia en fin, por su gran objeto filantrópico, por el método de reforma empleado con aquella gente díscola, por el sistema adoptado para que se apeteciera el trabajo como un medio de recuperar la consideracion y el honor, se habia convertido, no solo en un teatro favorable para las operaciones de comercio y especulaciones de fortuna, sino que además podia ser reputada como una gran escuela de regeneracion moral.

CAPITULO CXIV.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1829.)

Habia por fin llegado el dia de resolver la cuestion que hacia tanto tiempo dividia á la Inglaterra, y de conceder á los católicos la emancipacion, objeto de todos sus votos y esperanzas. El tiempo habia causado en todas las cosas grandes modificaciones, y la cuestion sin haber variado de naturaleza, era considerada por gran número de sus adversarios de una manera bien diferente que hasta entonces: en unos habíanse amortiguado las pasiones rencorosas y el espíritu de partido; en otros habian cedido á la buena fé las preocupaciones, y se abrieron los ojos; estos obraban con la íntima conviccion de que estaba en el interés de la nacion la fusion sincera de los partidos enemigos; aquellos desistian de la fatigosa guerra y de las molestas discusiones para cuyo sostenimiento no se creian con bastante energía. De aquel número era el rey, cuya repugnancia á otorgar las concesiones pedidas, si bien era la misma, temia como el peor de los males una disolucion de ministerio que infaliblemente hubiera turbado su indolente reposo. En cuanto al primer ministro, su posicion era mas delicada y embarazosa que nunca por causa de los principios que siempre habia manifestado desde su entrada en la carrera política, y por su constante oposicion á los derechos de los católicos: hízose evidente para él que el eludir la cuestion por mas tiempo y pretender someter el espíritu rebelde de Irlanda, eran cosas incompatibles; era preciso decidirla, y decidirla en favor de los católicos, pues todo tendia á tal desenlace y todo debia terminar en él. La influencia creciente de O'Connell, los padecimientos é interminables disturbios de la irritada Irlanda, la simpatía de una inmensa porcion de Inlgaterra, la interrupcion de todos los asuntos públicos y la contínua agitacion de los ánimos, eran otras tantas causas que demandaban imperiosamente un término. Era indispensable optar entre tres partidos: retrogadar á los principios del antiguo torysmo, abandonar el timon del estado al partido wigh que completaria infaliblemente la obra de la emancipacion, ó resolverse á completarla por sí mismo recogiendo toda su gloria. El último partido fué el que eligió el primer ministro. En el discurso de apertura pronunciado á nombre del rey el 5 de febrero, recomendando la supresion de la asociacion católica como medida indispensable para llegar á todas las que deseaba Irlanda, fué fácil entrever la determinacion tomada por el duque; y los adversarios de la emancipacion no pudieron menos de quejarse de lo que llamaban una desercion, una sorpresa pérfida por parte del primer ministro, á quien echaron en cara amargamente el haber ocultado sus proyectos hasta el último momento para mejor asegurar su éxito. Propúsose en seguida un proyecto encaminado á destruir la asociacion católica; y los partidarios de la emancipacion, que conocian lo interesante de esta medida prévia para sus propios intereses, votaron en favor del proyecto que sin embargo no sirvió de cosa alguna, pues O'Connell, hábil en observar la marcha de los sucesos y la disposicion de los ánimos, y mirando su triunfo como asegurado, anticipóse esta vez á los deseos, y así declaróse disuelta la asociacion.

M. Peel habia sido comprendido, asi como M. Goulburn, en el virulento ataque dado al primer ministro, y hasta habia sido acusado de apostasía: por esto tomó el primero la palabra, para declarar que él no habia obrado sino al tenor de la íntima conviccion de que el tiempo habia venido á hacer las concesiones reclamadas, y de que en ellas habia ahora menos riesgos que nunca. Hacia ya mucho tiempo que habia reconocido que con una cámara de los comunes tan favorable á la emancipacion, su posicion como ministro acabaria por no ser sostenible, por lo cual aseguraba haber tomado repetidas veces la decision de dimitir sus empleos; pero á fuerza de observar la marcha de la opinion pública, y habiéndose asegurado que ella era invariable, se habia visto precisado, aunque á pesar suyo, á sacrificar sus opiniones al imperio de las circunstancias, y á anunciar al duque de Wellington que adoptaba las medidas propuestas, con tal que basáran en principios de que no pudieran resultar peligros ningunos á la Iglesia protestante, y confiaba que las razones que habia de hacer valer ante la cámara servirian de justificacion á su conducta, convenciéndola de que una necesidad apremiante arrastraba entonces á los ministros á apoyar la emancipacion. Las cosas no podian continuar en el estado en que estaban, y los males resultantes de la division del consejo habian llegado á ser tan graves, que era absolutamente indispensable remediarlos. Un gobierno uniforme en opiniones, como es preciso, debia una de dos cosas, ó conceder mas ámplios derechos políticos á los católicos, ó revocar los que se les habian concedido; y era absurdo pensar despojarlos de los derechos ya adquiridos, sin que por otra parte se pudiera hacerlo, sin esponer á la Constitucion á peligros mucho mas serios que los que temian de hacerles concesiones latas. En concepto pues de Peel, ningun medio quedaba mas que la emancipacion; y las medidas que él habia meditado debian basar en la abolicion de las distinciones civiles, en el reconocimiento de la igualdad de los derechos políticos, en la exigencia del juramento de fidelidad al estado y á la corona á todo católico capaz de ser miembro del parlamento, funcionario público ó individuo de municipalidad, habiéndose de agregar á este juramento la promesa de no obrar nunca en nada contra el interés de la Iglesia protestante. Las únicas esclusiones que admitia en cuanto á los católicos, eran relativas á las funciones de lord cancilller y de lord lugarteniente de Irlanda, y á los empleos en las universidades y los colegios. Proponia además que se subiera el impuesto electivo de cuarenta chelines á diez libras esterlinas, lo cual ponia el privilegio en manos de personas que gozaban de una posicion independiente, y eran menos susceptibles por lo mismo de estraviarse por medio de influencias corruptoras.

Los mas opuestos á estas medidas eran el marqués de Blandford, tory exagerado, M. Estcourt y sir Roberto Inglis, en la opinion de los que, reconocer la igualdad de privilegios políticos era trabajar en destruir la Iglesia protestante. Irlanda no habia dado mas que pruebas de su tendencia natural á la agitacion y discordia, y ninguna razon mediaba para creer que la admision de sus hijos en la cámara y en los empleos del gobierno mejoraria mucho el espíritu de aquel desgraciado país. Además, el duque de Wellington y M. Peel, en lugar de adoptar bruscamente una línea de conducta tan diferente de la que habian observado hasta entonces, ¿por qué no intentaban atraer á sus cólegas con la conviccion á entrar lentamente en sus miras? Y ya que M. Peel y los demás nuevos convertidos de su género encontraban imposible el resistir por mas tiempo, ¿por qué no trataban de obtener mayoria en la cámara de los comunes? ¿Por qué habian de desechar esta mayoría? ¿Por qué en fin no se habia disuelto el parlamento? Tal era la práctica ordinaria en semejantes casos, y esta manera de proceder era la mejor de adoptar, en especial cuando una cuestion interesaba tan inmediatamente á la Constitucion. Sostenia el marqués de Blandfort que las medidas propuestas por M. Peel serian el atentado mas manifiesto á la Constitucion, atentado que quitaria infaliblemente al pueblo la confianza que tenia en ella.

Los ardientes aprobadores de la mocion eran C. Grant, North, Huskisson y sir Jorge Murray, los cuales ninguna seguridad esperaban para el reino sin la pacificacion de Irlanda, y sin la emancipacion nada de pacificacion habia que esperar. Todas las clases del reino

se interesaban á la sazon en aquella gran cuestion, y todos los ánimos se hallaban penetrados de una verdad que no podia negarse: que á cualquier precio que fuera, era preciso que Irlanda saliera de la situacion alarmante en que estaba sumida, pues ya no se trataba de bordear para ganar tiempo, sino de avanzar ó recular. «Todos »los nudos, dijeron, que enlazan y ligan las diversas »partes de un pueblo en términos de formar un gran »cuerpo social, estan hoy dia relajados ó rotos; ya no »puede mantenerse el órden sino con la espada; la »guerra intestina es el único remedio que puede pre»venir la desorganizacion social que nos amenaza; ¿pero »es aquel bien un medio conforme al espíritu de la Cons»titucion británica? En este caso los ministros solo deben »abrigar un temor, que es el de no poder poner fin á un »estado de cosas tan deplorable, el de verse forzados á »agravar el mal en lugar de disminuirlo, y de restable»cer la union y buena inteligencia, robusteciendo el »imperio saludable de las leyes. ¿Qué otro temor puede »existir que este? Sí, cuando se trata de considerar lo »terrible de los efectos que pueden resultar de la des»union y del encono de partido, es lícito temer, y no »se puede despreciar, sin tornarse culpable, el peligro »que entonces se columbra. El cuerpo protestante co»noce sin la menor duda el estado de esclavitud en que »estan los católicos hace tanto tiempo; sabe que una »multitud cuando está sin armas, es siempre forzada á »someterse, por inmensa que sea. ¿Pero es esto una ra»zon para que esta porcion de la comunidad sea des»truida por la otra, y no está en los deberes del go»bierno el proteger al pueblo entero dándole una par»ticipacion igual en los derechos y privilegios?»

Volviendo M. Peel á la disolucion del parlamento, hizo observar que de nada hubiera servido, y que hubiera dejado la cuestion de la emancipacion y de los derechos electivos de Irlanda en el mismo estado en que se hallaba, sin que hubiese poder para impedirla; y aun cuando se obtuviera una mayoría considerable contra la medida de emancipacion, Irlanda no se tendria seguramente por vencida, ni por lo tanto dejaria de enviar ochenta ó noventa miembros decididos á favor de tal proyecto, los que formarian un cuerpo compacto y fuertemente unido, del cual seria imposible triunfar. Se habia hablado de aumentar la fuerza armada; pero en su opinion semejante medio seria mas perjudicial que útil, pues tenderia á disminuir y rebajar la autoridad del gobierno civil y á sacarla de su verdadera base. En las medidas propuestas por él nada habia que exigiera una apelacion especial al pueblo, empeñándose sin motivo en mirarlas como una violacion de la Constitucion. Habia la misma injusticia en citar lo decretado en 1688 como la base de la Constitucion, porque estas bases remontaban á una época mucho mas antigua, habiendo sido colocadas por manos católicas y cimentadas por sangre católica. Aun tomando el contrato de 1688 como fundamento real de las leyes y libertades británicas, desafiaba al mas ardiente adversario de los católicos á descubrir en él una sola cláusula por la cual pudiera reputarse su esclusion del parlamento como un principio fundamental é indispensable. Dicho contrato no habia tenido en realidad otro objeto que el afianzar las libertades del pueblo y escluir del trono los católicos. Por lo demás, no podia considerarse este principio de esclusion como una verdadera garantía para la Iglesia protestante, que con justo título debia confiar en la adhesion inalterable de la nacion á ella y en la unanimidad con que el pueblo, aunque dividido á menudo por cosas de poca entidad, estaba siempre pronto á desechar las ideas de los romanos, atreviéndose á afirmar que vendria á ser un motivo mas de seguridad el profundo reconocimiento de Irlanda.

Todavía fuéron mas animados los debates en la segunda lectura del proyecto, habiendo sido uno de sus mas encarnizados adversarios M. Sadler, que le condenaba por contener tendencias las mas peligrosas. El proyecto en su entender no era mas que una futilidad completa, un medio nulo contra males intolerables que habian pesado sobre tantas generaciones. «Irlanda, dijo, aban»donada, degradada, oprimida y devastada, es presa de »la turbulencia, de la intriga y del desórden, y vosotros »escuchais las representaciones calculadas é interesadas »de sus agitadores, sin tratar de conocer sus padeci»mientos reales, ni de saber cómo podreis calmar la su»perficie alterada de aquella sociedad, ni prestar nin»guna atencion al abismo sin fondo de miseria y dolor, »cuyas olas pueden de un momento á otro levantarse »todavía amenazadoras y terribles. ¡Y es esto lo que lla»mais patriotismo! ¡Irlanda pide pan, y vosotros la dais »emancipacion, creyendo que así habeis tomado real»mente en consideracion el encargo de S. M. de exami»nar sériamente la situacion de aquel país!» Dirigiéndose en seguida á la memoria de Canning, declaró que se arrepentia sinceramente de haber contribuido quizá á apresurar la muerte de esta ilustre víctima, de este hombre que habia sido el ornamento de Inglaterra, de este diplomático hábil y virtuoso, con quien no pudieron ponerse de acuerdo los ministros actuales por motivos que al presente los condenaban y que suministrarian á la historia nacional una de sus páginas mas deshonrosas. «Paz á su memoria, esclamó: él ya no »existe; pero su gloria le ha sobrevivido y se levanta »para anonadar el pretendido mérito de los que han »ocupado su puesto... ¿qué nombre les daré?... Callo. »Su conciencia se lo dirá.»



Teatro de S. M. en Londres.

La elocuencia y energía de este lenguaje no habian salido de los límites del decoro; pero el procurador general sir Carlos Wetherel habló con mucha animosidad, rayando la vehemencia de su discurso en una especie de furor que no solo recaia sobre el proyecto, sino tambien sobre el que lo propuso. M. Peel, herido por la violencia estraordinaria de tales ataques, juzgó oportuno cerrar los debates, aunque no sin quejarse vivamente y volver á mencionar el estado aflictivo de Irlanda, los motivos poderosos que habian guiado su conducta, la imposibilidad de sus adversarios de obrar mejor, y la injusticia que habia en rehusar por mas tiempo las concesiones demandadas. Manifestando en seguida el vivo pesar que sentia de que de proponer medidas que creia ser del interés de la nacion, perdia la amistad y confianza de sus cólegas, dijo: «Un pensamiento me con»suela, y es la conviccion íntima de que vendrá tiempo »en que los hombres de todos los partidos harán justicia »á las causas que me impelen á obrar hoy, y entonces »se reconocerá que no habia otra alternativa para mí »que el hacer lo que he hecho.» En suma, desestimadas todas las enmiendas, adoptóse el proyecto en su tercera lectura, que tuvo lugar el 13 de marzo.

Tratábase ahora de presentarlo á la cámara de los pares, siempre tan temible, habiendo sido M. Peel quien acompañado de un considerable número de miembros se encargó de tal comision, evacuándola la misma noche sin dificultad; pero la oposicion, que en la primera lectura habia creido deber guardar silencio, manifestóse con estrépito en la segunda, que se hizo el 2 de abril por el mismo duque de Wellington. Su discurso, trazado hábilmente para acabar de subyugar la oposicion y convencer los ánimos de la imperiosa necesidad de otorgar la emancipacion, fué en especial notable por estas últimas palabras, tan diferentes del lenguaje que siempre habia acostumbrado. «Ha sido mi »destino, dijo, ver mas guerras que la mayoría de los »hombres. Desde la infancia hasta la edad en que los ca»bellos se encanecen, ha trascurrido mi existencia en »los activos deberes de la vida militar, en medio de es»cenas de dolor y de muerte, y las circunstancias me han »forzado á recordar por largo tiempo países destrozados »por el azote de guerras intestinas, guerras terribles en »que los miembros de una misma nacion se arman unos »contra otros. Porque he visto de cerca estas calami»dades, preferiria correr todos los riesgos y desafiar to»dos los peligros, antes que presenciar á su vez en el país »que amo los horrores de la guerra civil: sí; por pre»servar á mi patria de tal desdicha, accederia á todos »los sacrificios, hasta el de mi vida.»



Columna de Nelson.

Habia entre los mas ardientes partidarios del proyecto, entre los que se contaba el marqués de Lansdowne, el vizconde Goderich, el conde de Westmoreland y lord Plunkett, hombres cuya posicion era escesivamente delicada, y á quienes era mas difícil que á cualquiera otro dar á su aparente apostasía un color tan favorable como era preciso para que su honor quedará á cubierto. De este número era sobre todo el lord canciller Lyndhurst, quien en todos tiempos se habia distinguido por la habilidad y elocuencia de sus argumentos contra la emancipacion, y por el talento con que habia siempre refutado el proyecto de concesion que se presentaba esta vez con tan buenos auspicios. ¿Cómo conciliar la conviccion íntima que el último año habia espresado con respecto á los peligros inevitables de la emancipacion, con esta otra conviccion que ahora le animaba, en términos que hasta sin ninguna especie de garantía era á sus ojos la emancipacion mas favorable á los intereses de la Constitucion, que lo que entonces le habia parecido con todas las garantías posibles? Nada mas difícil entre opiniones tan divergentes, como conservar una actitud irreprensible y digna. Decíase en secreto que la conservacion de la gran cancillería habia sido el precio de tal infidelidad de opiniones: esto era acaso un error; pero es lo cierto que se atribuia al gran canciller mucha menos conviccion verdadera que cálculo personal y secreta ambicion en esta última manifestacion de sentimientos. Habia otro cuya posicion era mas delicada y penosa todavía: era este el obispo de Oxford, el único entre los pares eclesiásticos que fué favorable á la emancipacion. Los arzobispos de Cantorbery, York y Armagh, y los obispos de Londres, Durham y Salisbury, considerando á los romanos como muy peligrosos, se pronunciaban de la manera mas positiva contra la emancipacion: necesitaba pues el obispo de Oxford una persuasion bien fuerte y profunda de la justicia de tal concesion, para así desafiar la opinion de todo el cuerpo episcopal. ¿Era esto resultado de la influencia de su antiguo discípulo M. Peel, efecto irresistible de sus argumentos, ó no era mas que una concesion de obsequio y de reconocimiento al poder ministerial? No se sabe de seguro; lo que hay de cierto es, que el compromiso en que se vió de refutarse á sí mismo por causa del discurso que habia pronunciado en la legislatura precedente, y la justificacion, mas sofística que racional, que dió de su repentino cambio, le valieron los mas amargos reproches y los mas fuertes ataques, llegándose hasta comparar su conducta con la de los mas cobardes apóstatas de que hace mencion la historia. Tal injuria puso el colmo al efecto punzante y doloroso de la frialdad y alejamiento de sus amigos, de modo que un mes después dejó de existir. Este ejemplo es una de las muchas pruebas de que no se abandonan impunemente las opiniones y los principios que en el fondo de la conciencia forman una religion sincera, y de que cuando la influencia de los hombres, el encadenamiento de las circunstancias ó el despotismo de las consideraciones personales arrastran á quebrantarla, es menester resolverse á no gozar jamás sin amargura de las ventajas compradas á tal precio: es una espina oculta en el fondo del corazon que nadie puede quitarla, y hay que vivir y morir con ella.

Lord Tenderdon era tambien del número de los que consideraban la emancipacion como una violacion de la Constitucion y como un medio infalible de arruinar completamente la iglesia protestante, á la cual estimaba por la pureza de sus principios y por ser la mas favorable á la libertad civil y religiosa: ninguna ventaja vislumbraba que pudiera compensar tan gran sacrificio, y en cuanto á la tranquilidad que se creia deber resultar á Irlanda del proyecto, era locura el esperarla. El conde de Grey era de diferente opinion: aunque no pretendiera afirmar que la emancipacion restableceria la calma inmediatamente, y haria desaparecer los peligros, seria sin embargo segun él un inmenso paso hácia un órden de cosas apetecible. ¿Qué ha producido el sistema de esclusion? preguntaba. Nada mas que revueltas que no se han estinguido mas que con sangre. Subiendo en seguida al orígen del protestantismo dijo: «Esta Iglesia no ha sido es»tablecida sobre la esclusion de los católicos, puesto »que consta que pertenecieron al parlamento desde el »reinado de Isabel hasta el de Carlos II. Cuando se »trató de escluirlos, fué por ocurrir á riesgos políticos »de naturaleza pasajera, que han desaparecido hace mu»cho tiempo: tal esclusion jamás fué parte esencial de

»la reforma, ni de la tabla de derechos: ni el juramento »de la coronacion fué imaginado para impedir que el »rey accediera á las variaciones que el parlamento juz- »gara conveniente introducir en las leyes. Los males »de Irlanda, la insubordinacion y el desórden, habian »crecido indudablemente en términos de ser indispen- »sable mantener allí fuerzas considerables para conte- »ner al pueblo y forzarle ahora á la sumision; ¿pero era »este el verdadero medio de llegar á sacar partido de »aquel país y de conquistar las simpatías de esta na- »cion? En cuanto á los supuestos riesgos que corria el »protestantismo, entre cuyas ruinas estableceria la »emancipacion la preponderancia del catolicismo, ha- »bia un error completo, porque la religion protestante »y sus dogmas prevalecerian siempre sobre todas la »demás creencias.»

Lord Eldon no era hombre de disimular sus opiniones en semejante caso: declaró pues que por mas que estaba convencido de que los ministros al otorgar la emancipacion obraban con arreglo al sentimiento profundo de su deber para con su país, no dejaba de lamentar la medida que adoptaban, y añadió que no podia perdonar al duque de Wellington y á M. Peel el haber inducido á la nacion al error, haciendo con todo cálculo todo lo posible á fin de apartar la atencion de ella de esta cuestion y conduciéndola diestramente á creer que no se llegaria á tal estremo en mucho tiempo todavía. Dirigiéndose entonces á M. Peel, con quien siempre habia estado íntimamente ligado, y manifestando una emocion muy notable, dijo: «Espreso aquí mis sentimientos sin el menor resentimiento ni la mas ligera »animosidad: *idem velle atque idem nolle*, tal es el »fundamento de toda amistad verdadera en la vida pú- »blica, así como en la vida privada, y con arreglo á esta »máxima de que creo no haberme separado nunca, »declaro haber sufrido las mas dolorosas angustias »al contemplar de improviso tanta diferencia de opi- »niones entre las mias y las de aquel en quien por »espacio de quince años he encontrado tantas sim- »patías.»

Después que lord Eldon y algunos otros pares manifestaron estensamente los motivos de su oposicion al proyecto, lord Wellington tomó por fin la palabra para responder en general á todas las objeciones que acababa de oir, calificando de errores y absurdos los temores de todos. En cuanto á las reconvenciones que se le dirigieron á una con sus cólegas acerca de su infidelidad de opiniones, dijo que ni á ellos ni á él se habia ocultado el inmenso sacrificio que se imponian al abrazar semejante partido; que no ignoraban que colocándose al frente de la liga protestante y adoptándose por divisa el grito de «Nada de papistas,» habrian adquirido inmensa popularidad; pero á conducirse así, hubieran obrado en contra de los intereses del país y merecido la execracion de la patria. Con respecto á la reserva de que lord Eldon, su noble y sabio amigo, le hacia cargo, pedia permiso para decirle que no tenia mas que volver las tornas, y que eran infundadas sus quejas, pues él á lo sumo no habia hecho mas que soltar una china contra la enorme piedra que anteriormente se le habia tirado; y por otra parte, ¿tenia él facultad como primer ministro para manifestar nada á quien quiera que fuera acerca de una resolucion semejante, sin que la persona mas interesada del reino en tal cuestion le diera permiso al efecto? Antes de censurarle y acusar su discrecion de inoportuna y culpable, deberia saber el noble lord que un primer ministro no puede abrir la boca mas que cuando está autorizado. En cuanto á la disolucion del Parlamento, era un error el creer que de ella resultaria ninguna ventaja, y los nobles pares no habian reflexionado acerca de los inconvenientes y funestas consecuencias de una disolucion en tan difíciles tiempos. «Pero yo, dijo, que co- »nocia las disposiciones electorales de Irlanda, y tenia »presente el número considerable de individuos que »aguardan con impaciencia el momento de reelegir el »candidato del año precedente; yo que preveia todos »los enojosos resultados de una disolucion para las »nuevas cámaras, y las colisiones que podian conducir »á una guerra civil; yo que sabia todo esto, repito que »hubiera faltado á mi deber hácia mi país y mi sobe- »rano, si hubiese aconsejado á S. M. la disolucion del »Parlamento.»

Así se terminaron estos debates notables por el talento desplegado de una y otra parte, y por la conviccion sincera con que cada cual hizo valer sus argumentos en pró y en contra de una medida, que era segun unos una violacion intolerable y peligrosa de la Constitucion de 1688, y segun otros una consecuencia imperiosa de los tiempos y de las circunstancias. Este proyecto por último, después de su tercera lectura, que tuvo lugar el 10 de abril, recibió la sancion real; pero todavía debia trascurrir mucho tiempo antes de recoger las ventajas de la emancipacion, y de ver que la paz y la satisfaccion reemplazaban entre los irlandeses á la insubordinacion y al desórden. Aunque no existiera ya la asociacion, subsistian siempre los agitadores, sin que se menoscabara su influencia: si la emancipacion habia dejado de ser el pretesto de sus actos violentos, como eran diestros en inventar nuevos motivos, no tardaron en descubrir uno en el aumento del impuesto electoral, que al tenor de la mocion de M. Peel fué elevado de improviso de cuarenta chelines á diez libras, lo cual ponia una especie de equilibrio en la representacion irlandesa, quedando parte de ella en manos de electores protestantes. Otra causa, la reeleccion de O'Connell y la negativa de admitirle á tomar asiento por el condado de Clare, vinieron todavía á inflamar los ánimos; y por la agitacion que reapareció en Irlanda, no menos que por el encono de los discursos pronunciados todos los dias contra los ministros, jamás se hubiera podido creer que aquella isla acababa de obtener la concesion importante reclamada hacia tanto tiempo y considerada como un gran paso hácia todas las demás. Irritado O'Connell mas que nunca contra los que contemplaba como enemigos implacables de su país, los colmó de injurias, acusándolos de haber vendido su propio partido y de ser incapaces de sinceridad en ninguno, y de nuevo apareció pronto á recurrir á la violencia. Volvieron á formarse reuniones sediciosas; en los condados de Armagh, Leitrim, Cavan y Monaghan fué preciso recurrir á la fuerza armada, llegando en Tipperan las cosas á tal estremo, que los magistrados reconocieron la necesidad de reproducir la ley escepcional; mas esto era imposible, habiendo espirado la duracion de dicha ley y no hallándose reunido el Parlamento.

Pero si todavía continuaba Irlanda siendo teatro de trastornos y disensiones, el Parlamento lo era tambien de discordias. La emancipacion no habia podido salir triunfante de la arena de la discusion sin haber sembrado ódio y resentimiento entre los torys, que por despecho y secreto deseo de venganza se incorporaron al partido reformador que hasta entonces les habia merecido la mas invencible aversion. Así se tornaron adversarios resueltos del duque de Wellington, siendo el mas encarnizado de todos el conde de Winchelsea. Exasperado el duque de verse blanco constante de sus sarcasmos y ataques, llegó á pedirle una satisfaccion, habiéndose realizado en seguida un lance, que afortunadamente no tuvo funestas consecuencias. Este duelo no sirvió mas que para distraer un momento los espíritus fatigados de las discusiones obstinadas que mediaron con motivo de la emancipacion durante la legislatura.

Nada mas importante ocurrió hasta la prorogacion del parlamento, que tuvo lugar el dia 24 de junio. En la administracion sobrevinieron algunos cambios: sir James Scarlett, que habia sido procurador general en tiempo de Canning, volvia á serlo en el ministerio We-

llington, y presidió el tribunal de Common Pleas; el justicia mayor Best recibió el título de lord Wyndford; M. Sugden, abogado de conocido mérito, fué nombrado procurador general, y lord Melville volvió al ministerio como primer lord del almirantazgo, habiendo el duque de Clarence dejado definitivamente sus funciones de gran almirante para restituirse á la vida privada. Era bastante satisfactorio el estado de la hacienda, puesto que sobre la recaudacion, que en este año habia ascendido á 51.347,000 libras esterlinas, habia un beneficio neto de mas de 3.000,000 de libras, no habiendo escedido las espensas de 48.333,527 libras. Mas si no habia inquietud en este punto, la habia en otros varios: el fin de este año tomaba un aspecto alarmante para lo sucesivo, pues entre los labradores, fabricantes y comerciantes reinaba una espantosa carestía, que cada partido paciente atribuia segun su propio interés á tal ó cual reforma introducida en el comercio. Afirmaban que el sistema de libertad era una causa perpétua de ruina para ellos, y se hablaba del restablecimiento de ciertos derechos y del sistema prohibitivo, como único remedio de semejantes males, agravados mas y mas por todos los que resultaban de la ley de pobres.

Es muy cierto que una de las causas mas fatales para las manufacturas y el comercio, era la concurrencia establecida después de la paz entre las demás naciones, cuya concurrencia arrebataba á Inglaterra inmensos beneficios, que eran para ella una compensacion de las enormes exacciones por que sufria; y estas calamidades se hacian sentir antes de tener tiempo el comercio para reponerse de la terrible crisis y de las numerosas catástrofes á que habia dado márgen el furor de las especulaciones. No hay duda bajo un punto de vista general que acarrearia grandes ventajas un sistema comercial mas vasto y libre; pero bajo un punto de vista particular, sin abrazar mas que los intereses de Inglaterra, resultaban de él desventajas que no se pueden negar, habiendo habido necesidad, después de una cosecha escesivamente mala y de un invierno de los mas crudos, de economizar por una parte muchos artesanos y obreros que privados de ocupacion habian caido en una deplorable miseria, y por otra parte de realizar tan gran reduccion en su salario, que en muchos distritos no tenian los infelices mas de dos peniques y medio por dia. De tal estado de cosas á los escesos mas funestos no hay mas que un paso fácil para aquel á quien desmoraliza la horrible miseria: concíbese fácilmente que los obreros, clase naturalmente dispuesta á atribuir toda reduccion de salario, no tanto al estado decadente del comercio cuanto á la parsimonia é insensibilidad de sus amos, recurririan á sus medios habituales, la pereza y los insultos: en Spitafields, Bethnal-Green, Macclesfield, Coventry y en todo el Yorkshire, hubo tan tremenda destruccion de máquinas y telares, que fué menester emplear la fuerza militar para apaciguar el furor popular, habiendo sido preciso ejecutar numerosas prisiones.

Estas turbaciones, que se reprodujeron sin cesar por mucho tiempo; este ejemplo tan nocivo para el pueblo de la capital y demás ciudades, y la necesidad terrible de acudir siempre á la fuerza armada, contribuyeron mucho á convencer á las cámaras de la necesidad de poner coto para lo sucesivo á tales tentativas de tumulto, y de consolidar la tranquilidad pública y la seguridad de las propiedades. Desde entonces pues tratóse mas atentamente de la policía interior del reino, y sobre todo de la de Londres, y los reglamentos nuevos que al intento se formaron, probaron por las consecuencias la solicitud que se puso en ellos: distribuyóse Londres en cinco grandes divisiones, cada division en ocho secciones, y cada seccion en otras ocho subdivisiones, con todos los límites perfectamente distintos y marcados por letras y cifras. Los empleados encargados de la policía dividiéronse en compañías, teniendo cada compañía un superintendente, cuatro inspectores, diez y seis oficiales, y ciento cuarenta y cuatro individuos subdivididos en diez y seis compañías, compuestas cada una de un jefe y nueve hombres.

En cuanto á los acontecimientos que ocurrian á la sazon en el continente, ninguno tocaba mas directamente á la Gran Bretaña que los de Portugal, sometido entonces al feroz despotismo de D. Miguel, quien, orillado todo disimulo, no omitia ninguno de los recursos de la persecucion y de la crueldad para afianzar su usurpacion. Las cárceles y los calabozos de la Inquisicion rebosaban de víctimas, y diariamente las prisiones sumian á las familias en el dolor y la desesperacion, sin que ni la edad, ni el sexo, ni el mérito estuvieran á cubierto de las estorsiones de D. Miguel. Oporto y Lisboa tornáronse teatros de fanatismo y de escenas sangrientas; y no satisfecho el tirano de la odiosa celebridad que se habia grangeado conspirando contra los dias de su padre, asesinando á su cuñado y despojando á su sobrina de su herencia, colmó la medida de sus crímenes atentando á los dias de su propia hermana, sobre la cual descargó un pistoletazo. La única posesion portuguesa que quedaba entonces era Terceira, que con tanto mas deseo quiso tambien arrebatar D. Pedro, cuanto que muchos partidarios de su hermano se hallaban allí refugiados, como el conde de Villaflor, el marqués de Palmella y otros. Hiciéronse repetidas instancias al ministerio británico para que se decidiera á prestar su apoyo á D. Pedro, ayudándole á espulsar á D. Miguel; pero por mas que Inglaterra no pudiera prescindir de reconocer la fuerza de los compromisos que anteriormente habia contraido con Portugal, no creyó que debia acceder á tales instancias, y encerrándose lord Aberdeen en el sistema de neutralidad, declaró que no intervendria en aquella discordia intestina. En el ínterin los portugueses refugiados en Inglaterra habian hecho preparativos para una espedicion sobre Terceira; pero el gobierno inglés anunció al ministro de D. Pedro que residia en Londres, que no solo no toleraria la ejecucion de su proyecto, sino que hasta le invitaba á hacer alejar el armamento portugués de las costas de Inglaterra. Confiando el ministro portugués en prevalecer con el disimulo, aseguró que no se destinaba el armamento para Terceira sino para el Brasil: continuaron en consecuencia los preparativos, y bien pronto dieron la vela de Plymouth cuatro embarcaciones con seiscientos cincuenta y dos hombres á bordo, mandados por el conde Saldanha. Como el gobierno inglés no fué juguete de la respuesta del embajador de D. Pedro, apresuróse á armarse por su parte, y una escuadrilla mandada por el capitan Walpole de Rauger recibió la órden de andar de crucero delante de Terceira, donde no se dudaba se presentaria pronto el conde de Saldanha. En efecto, segun habia previsto el gobierno inglés, apareció el armamento portugués á la altura de Terceira con direccion hácia Puerto Praya. Hubo andanadas de una y otra parte: Saldanha parecia resuelto á arriesgarlo todo; pero Walpole logró rechazarle forzándole á retirarse sobre la costa de Brest. Este suceso, que dió márgen á vivos debates en el parlamento, fué mirado de una manera bien diferente por los partidos: unos pretendieron que esta espedicion era el acto mas hostil hácia la reina de Portugal, que á la sazon residia en Inglaterra; que el gobierno al hacer armas contra los portugueses adictos á tal causa, se habia puesto en contradiccion manifiesta consigo mismo, y habia violado su sistema de neutralidad para defender los intereses de D. Miguel; y toda vez que Inglaterra se habia comprometido á ayudar á la reina en reconquistar su corona, ¿con qué derecho se oponia á que ella se sirviera de sus propios súbditos para alcanzarlo? ¿No era la contradiccion mas inesplicable el hostilizar á esta princesa, al paso que se reconocian la justicia y legitimidad de sus derechos? Los otros respondieron con este argumento tan débil: que el gobierno inglés habia procedido á atacar al armamento portugués por haber sido

preparado en un puerto británico, y que lo mismo hubiera obrado á haber sido D. Miguel el autor de tales preparativos; y que era asunto de muy poca importancia el examinar si era justa ó injusta la neutralidad que se observaba entre los pretendientes de la corona de Portugal, llamados el uno por derecho de sucesion y el otro por el voto de las Cortes.

Es probable que si en esta circunstancia hubieran sido consultadas la lealtad y buena fé, no hubiesen tenido entrada razones tan completamente desnudas de generosidad y justicia, cuando se trataba de juzgar entre el legítimo poseedor de la corona y un príncipe bellaco y perjuro que tan audazmente se habia burlado del gobierno inglés, violando abiertamente su promesa de respetar la Constitucion portuguesa, Constitucion dada por instigacion de Inglaterra; pero alegar razones mas satisfactorias era muy difícil al gabinete británico, cuya política no queria otorgar á la jóven reina mas proteccion que la estrictamente precisa para no malquistarse con D. Miguel, quien aunque tirano y cobarde violador de sus juramentos, podia al cabo de todo consolidarse en su usurpacion. Asegúrase empero que se entablaron negociaciones entre el ministerio inglés, el austriaco y D. Pedro, y que nada perdonaban los constitucionales portugueses para estimular á este último é inducirle á tomar un partido decisivo y á obrar activamente. Pero en el momento que se esperaba poder contar con él llamó á su hija al Brasil, ya porque desconfiaba de Inglaterra, ó ya por otras miras, y las reflexiones que el gobierno inglés juzgó oportuno hacerle al efecto fuéron inútiles.

CAPITULO CXV.

FIN DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1830.)

Iba á reinar en adelante entre los torys y el duque de Wellington tanta acrimonia y resentimiento, como conformidad y simpatías hubo hasta entonces, habiendo podido convencerse el primer ministro desde la apertura de las actuales sesiones, que tropezaria en aquel partido en que por tanto tiempo estuvo afiliado, con jueces tan severos é inflexibles, como indulgentes y fáciles habian sido antes. Por lo demás, el discurso régio en lo concerniente á las privaciones de las clases obreras no estaba concebido en términos de calmar la irritacion del partido antiministerial, y la ligerísima mencion que se hacia de la penuria del pueblo probaba el poco calor con que tan triste verdad habia sido presentada á los ojos del rey, habiendo márgen para suponer que el reciente viaje del duque de Wellington á diferentes puntos del reino, no tanto habia tenido por objeto el interés de las provincias que visitó, cuanto su propio recreo. Pretendian sus enemigos, á la sazon en gran número, que si él hubiera estado menos preocupado en las recepciones espléndidas de las opulentas casas en que se habia alojado, y hubiera consagrado mas tiempo á observar la miseria de las clases pobres, habria sin duda conservado una impresion bastante honda para no hablar de ellas como lo hacia, con una tibieza y un tono de incredulidad que parecian dar á creer que eran infundados los rumores de calamidades públicas.

Sir Eduardo Knatchbull propuso una enmienda al mensaje, á fin de persuadir á S. M. que la penuria era general en todas las clases industriales, y lord Blanford pidió que se añadiera al mismo mensaje una saludable amonestacion al trono. Uno de los que se espresaron acerca de los cálculos del duque de Wellington con mas franqueza y severidad, fué sir Francisco Burdet. «Cuando »veo, dijo, al primer ministro de Inglaterra tan vergon»zosamente insensible á las penalidades que se descu»bren en todo el reino con la mas triste evidencia; cuan»do veo que en lugar de aliviar á la nacion de un peso »tan abrumador de calamidades, quien deberia hacer »los mayores esfuerzos para conseguirlo, procura por el »contrario evitar toda pesquisa sobre la materia; cuando »oigo decir que las desgracias que duran hace tiempo »y han tomado una vasta estension, no son mas que »males aislados y pasajeros; cuando veo en fin que la apa»tía ministerial viene todavía á insultar estas desgra»cias públicas, no puedo prescindir de desear ardien»temente que el sistema deplorable que las ha produ»cido desaparezca por medio de algun suceso que sa»ludo de antemano con alegría. Siempre he profesado, »me complazco en reconocerlo, la mas profunda esti»macion y sincera admiracion á las cualidades militares »de quien hoy ocupa el rango de primer ministro; pero »conozco ahora que él no hacia mas que hablar con ri»gurosa justicia al decir hace algunos meses que mere»ceria ser tenido por loco y mas que loco, si alguna vez »llegaba á cargar con un peso como el del ministerio. »Es verdad que yo y la mayoría de los honorables miem»bros aquí presentes le hemos dispensado por largo »tiempo las mayores deferencias, tratándole con afecto »y confianza, porque conocíamos que habia prestado á »su país inmensos servicios y dado cima á la obra que »él solo podia acaso acometer en Inglaterra; mas las »alabanzas y recompensas que ha recibido han sido pro»porcionadas á tales servicios: hoy se trata de ulterio»res actos, siendo tiempo de hacer mas que lo que se »habia hecho.»

Las primeras proposiciones que anunciaban la intencion de remediar las calamidades mas urgentes, fuéron el reducir las contribuciones y espensas públicas, cuyas proposiciones fuéron adoptadas en su mayoría sin mucha dificultad; pero manifestóse una oposicion muy fuerte contra las concernientes al ejército, la marina y artillería, y contra la supresion de ciertos empleos. La demanda que hizo en seguida sir James Graham para disminuir igualmente los sueldos de los empleados del gobierno, provocó tambien largos debates; pero ninguno produjo mas efecto que la mocion de sir Roberto Heron para que se borrasen de los registros de la marina las pensiones concedidas á los hijos de dos ministros, Dundas y Bathurst, que no tenian otros títulos que cuatro años de servicio. «Sábese muy bien, dijo sir Roberto, »que sus padres eran hombres recomendables, que casi »sin interrupcion desempeñaron en gran número de »años empleos importantes en el gobierno; sábese que »el primero, hoy vizconde de Melville, preside el almi»rantazgo como primer lord, y que el segundo es presi»dente del consejo, auditor de hacienda, oficial adjunto »de la corona; sábese además que sus abuelos fuéron »asimismo hombres de muy alta consideracion, pues »uno de ellos ocupó por bastante tiempo la jerarquía »de gran canciller de Inglaterra, y el otro fué una es»pecie de virey de Escocia con empleos que le rendian »enormes emolumentos, habiendo prestado servicios de »una naturaleza bastante equívoca; sábese todo esto: »pero que aquellos nobles caballeros, hartos de dinero »de la nacion, pidan ahora pensiones para sus familias »rebajándose á recibirlas, en un tiempo de tanta mise»ria y privaciones, me parece digno de lástima. ¿Qué »deberá por lo tanto pensar en adelante la nacion de los »empleos ministeriales, y qué idea concebirá de la dig»nidad é integridad de los ministros si han de conce»derse las pensiones en lo sucesivo como las actuales, »sin ningun precedente que las justifique, ni servicio »proporcionado á la recompensa?» Este bochornoso discurso que revelaba escandalosos abusos, fué contestado por el ministro de hacienda y M. Peel, pero de una manera débil y sin ningun argumento real de justificacion. Suprimióse por lo tanto la partida de las pensiones, lo cual fué una victoria de no poca importancia para el partido reformista.

Era mas urgente que nunca hacer reformas de este género en la administracion, y economías en los gastos: habia en los presupuestos un déficit de medio millon,

y era preciso remediar por todos los medios posibles tal penuria de recursos. Ansiosos los ministros de reconquistar la opinion pública, proponian para alivio de las clases pobres, sobrecargadas por el enorme peso de los impuestos, la revocacion de los derechos sobre la cerveza y los cueros, lo cual producia una disminucion de 3.000,000 de libras esterlinas. Pero un inconveniente, inseparable desgraciadamente de este verdadero beneficio, fué causa de que resultara de él quizá mas mal que bien, pues fué inevitable el fomento que recibieron por este medio las tabernas y casas públicas, cuyo aumento fué fatal para las costumbres y los hábitos populares. Ocurrióse á esto imponiendo un aumento sobre los licores espirituosos, lo cual por otra parte compensaba al gobierno el sacrificio que consentia en hacer de una suma asaz considerable.

La oposicion, que repetidas veces habia sido rechazada en sus tentativas para obtener alguna reforma en la representacion parlamentaria y en la trasmision de los derechos efectivos de East-Betford á Birmingham, no habia perdido el valor, y lejos de reputarse vencida, presentóse de nuevo en la persona de sir John Russell, quien reclamaba para muchas poblaciones el derecho de enviar diputados al Parlamento con preferencia á otras que eran mucho menos importantes. El mismo O'Connell apareció en la barra en esta ocasion y presentó un proyecto para que se procediera en las elecciones por la via del escrutinio, lo cual era un medio de poner los electores al abrigo de la influencia del miedo y aun de la corrupcion hasta cierto punto. Esta proposicion fué acogida con tan poco buen éxito como la de la citada trasmision de East-Betford. La oposicion atribuia en gran parte á la influencia del rico y poderoso duque de Newcastle que poseia en la comarca de Newark, comprendida donde se intentaba la reforma electiva, inmensas propiedades que tenia en arrendamiento de la corona: así la reeleccion de M. Sadler, candidato favorecido por el duque, dió márgen como puede creerse á vivas reclamaciones; y no se pudo menos de sostener en el proyecto presentado sobre la materia en la cámara, que M. Sadler no habia sido reelegido esta vez mas que por la persuasion en que estaban los arrendatarios de su Gracia, de que si hubiesen votado contra su protegido, habrian sido echados y despojados de sus tierras. En las elecciones anteriores hubo una prueba de esta naturaleza, y semejante temor fué suficiente para encadenarlos y arrebatar su voto.

El duque no quiso tomar la molestia de declarar si eran verdaderas ó falsas tales acusaciones; sin duda creeria rebajar su dignidad defendiéndose, y por toda justificacion respondió que tenia facultad para hacer en lo suyo lo que le diese la gana. Esto era acaso una respuesta muy noble y orgullosamente concisa: mas no era una razon valedera para la época y el grado de progreso en que se hallaban los espíritus: así, muy lejos de quedar reducido el partido de la reforma al silencio, tornóse mas osado para la réplica y mas intrépido en la lucha, y aquella sola frase, segun un historiador contemporáneo, contribuyó á la causa de la reforma mucho mas que los largos discursos que habian resonado en las paredes del Parlamento. «Tal abuso de la propiedad, se decia, lastima esencialmente el espíritu »constitucional de la representacion parlamentaria; la »influencia del duque de Newcastle estriba principalmente en unos novecientos sesenta acres de tierra que »posee en las cercanías de Newark, arrendados de la »corona en 1760 y después en 1815. Trátase ahora de »examinar las consecuencias políticas de esta concesion »de propiedad, la prodigiosa influencia que ella ha »dado al duque, el cual nunca ha hecho los subarriendos mas que por un año, para que así contara mejor »con los electores; por lo tanto, si es cierto todo lo que »se alega contra él, decia la peticion, la cámara tiene »derecho á intervenir en un abuso de tanta trascendencia.»

No se pretendia con esto atacar y condenar el influjo que es razonable y natural en un propietario sobre sus colonos: lo que se preguntaba era si el poder despótico que este dueño se arrogaba en un caso como el actual, no se asemejaba á la tiranía brutal de un conductor de esclavos, mas que á la influencia noble y digna de un propietario de la Gran Bretaña: un uso tan nocivo y culpable de una propiedad de tal naturaleza acarreaba consecuencias mucho mas graves que las que podian resultar de la propiedad hereditaria. La cámara debia pues adoptar medidas severas para impedir abusos de tal género; y si no era posible remediarlo de otro modo, podia suplicarse á la corona que en lo sucesivo no concediera ni renovara arriendos de tal clase.

M. Hobhouse, que era uno de los mas irritados, tomando la palabra, dijo: «Suponed por un momento »que al espirar el arrendamiento del duque de New»castle supiera el rey que él habia votado contra al»guna medida administrativa ó cualquier otro acto de »un interés inmediato para S. M., y que en conse»cuencia hiciera saber á su Gracia que no le acomodaba »renovar el contrato aunque estaba satisfecho de sus »servicios; suponed que su esclusion proviniera de al»guna oposicion por su parte; ¿semejante hecho no »se denunciaria al instante como un ataque á nuestros »caros privilegios, como una violacion del derecho na»tural mas sagrado para todo inglés, el de emitir li»bremente su opinion y sostenerla? Comparad pues »ahora la conducta de la corona en este caso con la »del noble par: representaos el cuadro de los infor»tunados que por haber osado votar contra los can»didatos recomendados por su poderoso señor, han »sido echados de sus casas, arrojados de sus pa»cíficos hogares, y privados de todos sus medios de »existencia, y ved si la conducta del noble par podrá »soportar ninguna comparacion con la del trono, sin »que fuera mas odiosamente injusta.» Los partidarios del duque, y en especial M. Sadler, el miembro elegido, esforzáronse por desmentir lo alegado contra él, y por justificar su carácter benéfico y humano, que segun aseguraban le habia grangeado un alto grado de consideracion entre los habitantes de Newark. Peel y otros defendieron el principio de la transaccion celebrada entre él y la corona, pretendiendo que tanto derecho habia para que valiera la propiedad adquirida de aquella manera, como cualquiera otra proveniente de herencia. Pero cualesquiera que fuesen los argumentos empleados para defender al duque y lavarle enteramente del abuso de influjo que se le imputaba, no se pudo negar que siete de sus colonos fuéron espulsados y privados de sus recursos. Tal conviccion no fué bastante para que triunfara la peticion; pero estos debates acerca de privilegios de que los unos habian usado con tanta latitud hasta entonces, y con los cuales habian mostrado tanta tolerancia los otros, eran luchas saludables para la reforma parlamentaria, y el espíritu de discusion que ahora se empeñaba tenazmente en cuestiones que apenas hubo valor para tocarlas todavía, comenzaba á ser una especie de espantajo para la intriga y corrupcion que la voz pública denunciaba abiertamente donde quiera que ellas aparecieran.

Con este celo y perseverancia que animaban cada vez mas al partido de la reforma, renovaron las cámaras la proposicion hecha anteriormente con respecto á las franquicias electorales de Penryn y de East-Betford; y sir John Russell pidió que fueran sin mas consideracion trasferidas á las ciudades de Leeds, Birmingham y Manchester, que por su vecindario, industria y riqueza habian adquirido suficiente importancia para gozar del derecho de representacion.

«¿Por qué aguardar, dijo, para conferirles los privi»legios electivos, á que otra poblacion desmerezca los »suyos y se ponga en el caso de ser despojada de ellos? »¿Han comprendido bien las cámaras la poca justicia de

»semejante práctica? Si las ciudades de que se trata han »de esperar á que tal ó cual país pierda sus derechos, »es muy de temer que no logren en mucho tiempo »todavía las prerogativas que las son debidas, toda vez »que hay destreza y facilidad en las cámaras para crear »dificultades. ¿Es razonable por otra parte que la repre- »sentacion parlamentaria á que Leeds, Birmingham »y Manchester son acreedoras, dependa de la buena ó »mala conducta de los electores de Penryn ó de East- »Betford, y que no estriben sus derechos en circuns- »tancias dependientes de sí mismas y de su propia im- »portancia? Y si esta importancia es lo que debe ser, »y estas poblaciones tienen todas las condiciones nece- »sarias para ser representadas, ¿hay alguna apariencia »de buen sentido en pretender que no debe ejecutarse lo »que es justo y razonable, hasta que tal ó cual ciudad »sea acreedora á que por la corrupcion de sus electores »se la prive de sus derechos de representacion? A la »verdad no veo ningun motivo legítimo para que unas »ciudades tan ricas y populosas carezcan por mas »tiempo de facultales electorales, mayormente cuando »el principio de la Constitucion á la par que la práctica »indican el medio de asegurarles su ejercicio.» La medida que al efecto proponia, nada tenia de alarmante; y por el contrario era propia de la política é interés de la nacion, siendo en su concepto el estado actual del continente una razon mas para que fuera acogida favorablemente. «No se pueden, repuso, cerrar los ojos »sobre un hecho seguro, y es que se acerca rápidamente »una tempestad de Francia, y que habrá muy pronto »una terrible lucha entre el trono y el pueblo. Es de sen- »tir acaso que un acomodamiento anticipado y prudente »no ponga á la sociedad al abrigo de las consecuencias »de semejante acontecimiento; y por si se realizase este, »conviene que estemos prevenidos y alerta por lo que »sobrevenga: á nosotros nos toca mantener en juego el »hábil mecanismo de nuestro gobierno representativo. »Sobre todo, los que como yo son amantes de la liber- »tad sin licencia, y de la paz sin sumision ni esclavi- »tud, deben velar sin cesar en una época tan amenaza- »dora como esta, y trabajar sin descanso en adaptar »nuestro sistema gubernativo á los tiempos y á las cir- »cunstancias, á fin de que sea siempre dicho sistema »digno del respeto y de la adhesion del pueblo inglés. »Nuestra Constitucion nos da todos los elementos posi- »bles de bien; por ella poseemos todos los medios de »obrar, y nada mas nos resta que aplicar con acierto »sus principios innovadores. Esta hermosa institucion, »que ni las reformas útiles ni los adelantamientos es- »cluye, no se asemeja como parecen creerlo muchos á »un templo griego, que completo y perfecto en todas »sus partes, no podria sufrir variacion alguna sin que »se alteráran su órden y simetría. Mas bien podria ser »comparada á un monumento gótico, susceptible de »recibir ensanches análogos á la pureza de su arquitec- »tura y á la solidez de su estructura.»

Este discurso hizo sensacion en la cámara por su elocuente energía; pero no causó el resultado apetecido, por mas que fué sostenido poderosamente por varios miembros, entre los cuales se distinguia M. Huskisson, quien hablando en tono profético, predijo á los ministros que se aproximaba el tiempo en que serian forzados á obrar de una manera mas decisiva, si no querian verse precisados á retirarse ignominiosamente: manifestóles que nada era mas insensato para el gobierno que el dar largas cuando se trataba del interés de la nacion, y aguardar siempre para adoptar las medidas mas urgentes é importantes á que la mayoría triunfara y aniquilara á la minoría. Este razonamiento, que era asaz erróneo, además de su contradiccion manifiesta con el espíritu de una cámara representativa, en que siendo la discusion libre, es susceptible de ilustrarse el criterio mejor que de ningun otro modo, y en que es y debe ser omnipotente la voz de la mayoría, no fué contestado por ninguno, acaso porque habia cansancio con los interminables discursos que sobre las materias mas ordinarias habian hecho esta legislatura muy notable. Por lo demás, si alguno pudiera haber reportado ventajas de esta cuestion que afectaba á uno de los intereses mas íntimos de la nacion, hubiera sido sin duda sir John Russell. Con respecto á M. Huskisson, no sufragó su lógica para sacar á los ministros de lo que el partido de la oposicion calificaba como el estado mas marcado de apatía; y así fué nuevamente desestimado el proyecto de Russell.

Hallábanse muy ocupadas las cámaras en refundir el código judicial del país de Galles en el de Inglaterra, del cual habia estado separado hasta entonces, cuando supieron la muerte del rey, cuya salud iba declinando rápidamente hacia algunos meses. Encamado desde el 15 de abril, su enfermedad, que era una osificacion de los vasos del corazon, no tardó en tomar el mas alarmante aspecto. Aumentándose su debilidad y haciéndosele penoso todo movimiento, envió el 24 de mayo una comunicacion á las cámaras, participándolas que por hallarse en la imposibilidad de firmar los decretos, era necesario reemplazarle provisionalmente. Entonces fué fácil observar la indiferencia con que era mirado un monarca que hacia algun tiempo vivia tan aislado del pueblo y tan estraño á él: ninguna muerte causó menos sensacion que la de Jorge IV. El fallecimiento de su padre, á pesar del estado de demencia que le habia reducido á tan larga y lastimosa nulidad, habia afligido sinceramente todos los corazones; por lo cual no habia quien no se acordara de sus virtudes y de la paz ejemplar de su vida íntima, y en sus raros momentos de lucidez encontrábase siempre el rey patriota, el buen esposo y el buen padre: faltaba que Jorge IV hubiera legado recuerdos tan nobles y caros. Murió el 25 de junio de edad de 68 años, tras de once de reinado y nueve de regencia. Cuando los médicos creyeron deber revelarle la verdad y noticiarle que habia llegado el término de su vida, mostró, aunque debilitado, presencia de ánimo y una piadosa resignacion diciendo: cúmplase la voluntad de Dios. El obispo de Chichester le dió los sacramentos y le cerró los ojos.

El nombre de magnífico que los historiadores franceses dan á este príncipe, le es debido con mas justos títulos que el de ilustre que tambien le prodigaron, sin que por ningun hecho notable lo hubiera merecido. Su reinado fué notable, no por él, sino por los grandes acontecimientos que en esta época agitaron la Inglaterra y toda la Europa. No tuvo bastante génio ni las suficientes cualidades para ejercer influencia alguna sobre los hombres de revolucion que existian; pero sí el suficiente talento para comprender el mérito de los que le rodeaban, y para mantener su confianza á cubierto del espíritu de intriga y de partido, habiendo dado una prueba patente de ello, con mucha honra suya, cuando elevó á Canning á la jerarquía de primer ministro. Nada recomendable ofrece su vida de hombre y de rey en cuanto á las costumbres, en las que estuvo en una línea inferior á la ordinaria: esclavo de imperiosas pasiones que nunca supo combatir aquella voluntad enérgica que distingue al hombre superior en la vida privada, y sobre el trono proporcionándole la gloria de vencerse, si no siempre al menos con frecuencia, la primera parte de su vida no descuella mas que por todos los estravíos y locuras que pueden dar á un soberano la menos deseable de todas las celebridades; la última parte no fué mas que voluptuosamente indolente, lo cual no era bastante para lavar los escandalosos desvaríos de la primera. Su proceso fué un borron para el hombre, el esposo, el monarca y el estado. De todos los soberanos de Inglaterra ninguno supo comprender mejor el brillo de la dignidad real: poseyó mas que ninguno de sus predecesores el arte de revestir á su corte de majestad y de magnificencia: amaba la representacion régia y el mágico esplendor de los cortesanos: ponia todo su conato en agradar é imponer admiracion y respeto, y sa-

bia conseguirlo con modales irresistiblemente seductores; y cuando se estinguió en él esta última pasion, perdió pronto la popularidad, que no tanto debia á su mérito real y á las cualidades de su alma, cuanto á su estremada afabilidad y al infinito atractivo de su esterior.

La proteccion que dispensó constantemente á las ciencias, á las artes y á las letras, el regalo que hizo al Museo Británico de la biblioteca de su padre, compuesta de sesenta y cinco mil volúmenes, son otras tantas cosas honoríficas para su reinado, por mas que digan algunos historiadores que no quieren ni siquiera concederle el amor mas sincero á las bellas artes; que si las protegió, fué mas bien que por efecto de este sentimiento, por un cálculo vanidoso, para dar mayor esplendor á la pompa de la dignidad real. Aunque esta última suposicion fuese fundada, cosa harto dudosa, todavía se le debia agradecer lo que hizo. Tales vanidades redundan siempre en gloria y ventaja de una nacion: felices los pueblos que no pueden echar en cara á sus príncipes mas que ostentaciones de este género.

CAPITULO CXVI.

REINADO DE GUILLERMO IV.

(Continuacion de 1830.)

Nada favorable anunciaba el nuevo reinado para los whigs, quienes hasta estaban seguros de antemano de las dificultades con que iban á tropezar por parte de un monarca cuyas opiniones políticas, aunque muy reservadas hasta entonces, debian á lo que podia presumirse con algun fundamento, recibir inspiracion de la reina, conocida generalmente por un torysmo muy marcado. Para los whigs era evidente que el gobierno no cuidaria de averiguar si les convenia ó no el nuevo sistema, pues parecia mirar con indiferencia la asistencia de ellos á las próximas elecciones, y era claro que deseaba libertarse en lo posible de su preponderancia; pero preparados para este suceso, y ejercitados hacia mucho tiempo en la lucha, resolvieron mostrarse inflexibles desde los primeros momentos y aprovechar todas las ocasiones de echar mano de su fuerza. No tardaron en encontrar coyuntura en el segundo mensaje enviado por el rey á las cámaras, esponiéndolas la necesidad de proveer prontamente á las urgencias del servicio público y de cerrar el Parlamento hasta las próximas elecciones. Oponiéndose entonces los wighs, declararon que no podia pronunciarse la disolucion antes de prever con medidas anticipadas el caso de ocurrir la muerte del rey, nombrando la regencia que reclamaba la minoridad de la presunta heredera. Esta cuestion les parecia de naturaleza sobrado importante para que no se tomara en consideracion. Respondieron los ministros que la importancia de la cuestion pedia precisamente madura reflexion, é impedia que se procediera con precipitacion en las medidas que debian tomarse sobre el particular; que la salud del rey por otra parte era sobrado completa para que pudiera temerse la desgracia de que se hablaba, dando todo por el contrario márgen á creer que seria de larga duracion este reinado; que, en fin, era muy inútil crear obstáculos é inconvenientes mas graves para un riesgo imaginario ó al menos muy lejano.

Esta circunstancia probó á lord Wellington que iba tambien á sufrir oposicion por otro lado que el de los wighs; pues el duque de Richmond, el marqués de Londonderry, el conde Goderich, el de Mansfield y los lores Harrowby, Winchelsea, Wharnliffe y Eldon, fué ron de opinion contraria á la suya, habiendo resultado debates y reconvenciones de esta especie de coalicion contra el ministerio. El conde Grey, en respuesta á un ataque algo acre de lord Ellenborough que comparaba su conducta actual con la que habia tenido antes, sostuvo que jamás habia variado de opiniones en cuanto á la presente administracion, que en ningun tiempo le habia inspirado confianza, y que siempre se habia esplicado franca y libremente sobre la incapacidad de los ministros. «Jamás, dijo el duque de Richmond, se han »distinguido los gobernantes mas que por su vacila»cion y perpétua incertidumbre, y son tan incapaces »de concebir y proponer una medida como de soste»nerla.» Pero por mas incapaz que fuera el ministerio, prevaleció por una mayoría de ciento contra cincuenta y seis. Todavía reinaba mayor animosidad y acrimonia en la cámara baja, y la oposicion antes de ceder á los ministros tuvo al menos la satisfaccion de haberlos tratado de la manera mas mortificante: M. Peel fué numerado sin el menor miramiento por el violento M. Brougham entre los aduladores y comensales del duque de Wellington. La disolucion del Parlamento, que fué convocado para el 14 de setiembre, puso fin, al menos por el momento, á estos debates, que se anunciaban con una intencion tan marcada de no guardar ninguna contemplacion, habiéndose preparado cada cual de los partidos á hacer valer en un terreno nuevo sus medios de ataque y defensa.



Guillermo IV.

En los debates de la nueva legislatura no pudo menos de conocer el rey que el ministerio Wellington era enteramente impopular, y difícil que pudiese sostenerse por mas tiempo. El poco éxito que habian obtenido los wighs en la anterior legislatura en sus tentativas de reforma parlamentaria habia acrecentado singularmente su odio al partido tory, que por su parte afectaba atribuir este rencor á despecho y resentimiento por no haber sido admitidos á los empleos públicos. Es probable que no careciesen de fundamento tales imputaciones; porque ¿quiénes son los hombres que en igual caso, y por muy sincero que sea su amor al país, obren con tal pureza que no tengan alguna ambicion personal? ¿Quiénes son los hombres que sintiendo en su corazon un noble amor de la patria y teniendo la suficiente capacidad para poder servirla útil y gloriosamense, admitan sin murmurar y sin cierto despecho interior el olvido y desden que reducen sus talentos políticos á una vergonzosa nulidad? Pero fuese ó no fingido su resentimiento, no por eso es menos cierto que los wighs, determinados á reconquistar la influencia que habian perdido y obtener una reforma que el ministerio se esforzaba por evitar muy á las claras, emprendieron el destruir todos los obstáculos; y atacando intrépidamente al jefe del partido ministerial de la mayor ineptitud para las importantes funciones que desacertadamente se le habian confiado, declararon que habia tomado su empleo con la firme resolucion de rodearse de hombres inferiores á él en talento, para poder tenerlos mas servilmente sometidos á sus caprichos, y obligarles mas fácilmente á ser sus dóciles instrumentos. Folletos y libelos abundantes aparecian diariamente llenos de injurias contra él y sus cólegas, y tanto los wighs como los torys parecian estar de acuerdo para destruir el poder, que habia venido á ser igualmente odioso para ambos.

Pero tenian lugar á la sazon en el continente ciertos sucesos que en el espacio de solos algunos dias iban á servir á la causa de la reforma con mas eficacia que lo habian hecho durante algunos meses los discursos de los mas violentos oradores. Como habia anunciado al concluirse la última legislatura sir John Russell, estaba Francia en vísperas de una catástrofe, y una nueva revolucion iba á terminar por fin la lucha que existia largo tiempo hacia entre la nacion y el trono. La carta era para el imprudente Cárlos X un mal importuno que aguantaba con trabajo, y de la que ansiaba deshacerse. Para conseguirlo, él y sus ministros, cuyo jefe era el príncipe de Polignac, meditaban un golpe de estado que destruyendo la carta por medio de la carta misma, debia restablecer en el mismo pié que anteriormente el poder absoluto que creia el rey ejercer por derecho divino. Mientras que se ocupaban de este proyecto procurando dar al artículo 14 de la carta la interpretacion mas pérfida, hacíanse brillantes preparativos para la conquista de Argel, creyendo que seria esta un medio eficaz para asegurar mejor el buen éxito de la calculada maniobra; era preciso rodearse del mayor misterio, y desviar los ánimos de la política interior del reino, necesitándose presentar un objeto que despertara el amor propio nacional. Nada habia mas adecuado para el objeto que una conquista justificada por una injuria que parecia clamar por la venganza; aunque no era este el parecer de Inglaterra, que no podia dejar de ver esta espedicion con cierto despecho, cuando el mas insignificante triunfo naval obtenido por una nacion rival la inquieta y alarma siempre, haciendo que mire cualquier conquista sobre el elemento en que domina, como una invasion de sus derechos y una usurpacion de su autoridad sobre los mares. Como á pesar de todas las precauciones del rey de Francia y sus ministros, no se habia guardado el secreto tan completamente que no se hubiera barruntado algo, agitábanse los liberales llenos de desconfianza y temor; el banco y el comercio eran presa de un malestar notorio; el rey estaba preocupado y descontentadizo; esperimentaban los ministros estranjeros una vaga inquietud, y reinaba en todo en la córte cierto aire siniestro que parecia indicar la traicion y la trama. Lord Stuart, embajador de Inglaterra, habia preguntado muchas veces á M. de Polignac qué significaban los rumores de *un golpe de estado* que por todas partes se oian. «*Nada*, respondió con enfado, son disparates.» «¿Puedo asegurárselo así á mi gobierno?» replicó el embajador. «Podeis hacerlo si quereis,» respondió el ministro de Cárlos X encogiéndose de hombros.

El dia 23 de julio firmó por fin el rey las ordenanzas que tenian por objeto suspender la libertad de la prensa, disolver la nueva cámara, y anular la ley electoral; y su funesta aparicion, que introdujo en el ánimo de todos la indignacion y el sobresalto, fué la señal de una revolucion que manifestó todo el estrépito é impetuosidad de un rayo. En la bolsa fué donde se manifestó el primer efecto del terror, bajando todos los fondos súbitamente; los periodistas y magistrados protestaron en masa, representados por Dupin, Mauguin, Odilon-Barrot, Barthe, Merithou y Belleyne; los jefes de las fábricas cerraron sus talleres, y entonces una multitud de obreros privados de trabajo se unieron al pueblo irritado y exasperado por los jóvenes, periodistas, impresores y por los estranjeros y desconocidos que aparecen constantemente como por una mágia espantosa al primer amago de revolucion. Muy pronto llega á su colmo la efervescencia popular, y París convirtiéndose en teatro de una vasta insurreccion, se reviste del terrible aparato propio de una guerra civil, cuyo fúnebre grito se percibe; en todas partes son las calles desempedradas, se derriban los árboles de los arrabales, se forman barricadas, se declara en estado de sitio la capital, y el palacio de los reyes de Francia se trasforma en cuartel general de los amotinados. De este modo estalló la revolucion de 1830, revolucion tan rápida como memorable, que dió la victoria al pueblo hiriendo de muerte el principio por tanto tiempo reverenciado de la legitimidad; colocó sobre el trono que habia quedado vacante la segunda rama de los Borbones representada por Luis Felipe, duque de Orleans, y solo terminó con la forzada abdicacion de Cárlos X y de su hijo.

El proscripto rey dirigió su rumbo á las costas de Inglaterra, en las que anteriormente habian encontrado él y su hermano una noble acogida que recordaba la grandiosa hospitalidad que en otro tiempo habian recibido los Stuardos de Luis XIV, esperando que ahora sucederia lo mismo; pero no eran iguales las circunstancias, y la revolucion de 1830 era considerada por los ingleses de un modo muy diverso que la del 89, que solo habia producido en los ánimos horror y espanto, introduciendo entre ambas naciones desconfianza y antipatía, mientras que el presente movimiento, en medio del entusiasmo que produjo, parecia borrar las preocupaciones pasadas, disminuir las rivalidades, y establecer entre ambos pueblos una simpatía desconocida hasta entonces.



Guillermo IV.

Pero no era unánime en Inglaterra este entusiasmo por la revolucion que acababa de efectuarse en Francia; el partido de los torys, en vez de aprobarla, la vituperaba altamente, aunque no eran estos los mas fuertes, y su orgullosa preponderancia tocaba ya á su término. Faltó por tanto mucho para que fuese recibido Cárlos X en Inglaterra por esta vez como lo habia sido en la época de su primera emigracion: la prohibicion que se le impuso de desembarcar en Spithead, las dificultades que tuvo que vencer para obtener el permiso de marchar á Poole y al castillo de Lullworth en el Dorshetshire, y en fin la especie de repugnancia que manifestaban de admitir al ilustre desterrado, debieron convencerle de lo mucho que habia perdido á los ojos del pueblo constitucional, que parecia como si hubiera recibido de rechazo el golpe dirigido á la Constitucion francesa, y mirar como causa comun la particular de los franceses.

Nada habia mas propio para estimular el ardor de la oposicion y acrecentar la fuerza de los wighs que un movimiento popular de esta clase: la energía que la nacion francesa acababa de desplegar repentinamente, habia producido en ellos una especie de exaltacion: quizá por primera vez habia sido saludado en Inglaterra el nombre francés con sinceros trasportantes de alegria; y el partido de la reforma, que conocia toda la

ventaja que podia sacar de tan brillante suceso, tomó desde luego un aire de triunfo que mortificaba al partido contrario. En Londres y en otras muchas ciudades se abrieron suscriciones para los heridos, viudas y huérfanos de julio; vistiéronse los colores nacionales de Francia, y hubo juntas en que se votaron felicitaciones á los parisienses que acababan de reconquistar sus derechos de un modo tanto mas glorioso, cuanto que en los tres dias de revolucion no se habia cometido atentado ninguno, ni habia manchado aquella escena de terrible justicia ningun vergonzoso esceso; lo cual hizo decir á mas de un optimista, que hasta en las revoluciones se conocia el espíritu progresivo del siglo. Pero el fuego de la insurreccion no se habia limitado á sola Francia; y Bruselas, imitando á Paris, consiguió derribar en cuatro dias el gobierno del príncipe de Orange, separar la Holanda de la Bélgica, y dar á este país instituciones libres y una monarquía constitucional.

Concíbese sin trabajo que en sus asambleas no dejarian los whigs de ensalzar fuertemente la conducta de los liberales de Francia y Bélgica, y de escitar con su ejemplo á los partidarios de la reforma para que allanasen los obstáculos que se oponian á su triunfo. El efecto de estas dos revoluciones sobre las elecciones inglesas fué lo mas funesto posible al ministerio, y se volvió á emprender la cuestion de la reforma con una confianza y firmeza que no se habian observado hasta entonces. Acompañaban las mas atrevidas amenazas á las peticiones y á los mensajes dirigidos á introducir mejoras en el sistema representativo, y á hacer participar de las ventajas electorales á una inmensa parte de la poblacion que no las poseia todavía. Principiaron entonces á manifestarse tumultos, pero de un modo enteramente nuevo; no eran como las reuniones ni las insurrecciones que esparcieron el terror en las ciudades y en los campos, sino incendios semejantes á los que habian precedido en Francia á la revolucion de julio y devastado los departamentos de Calvados y de la Mancha, devorando las propiedades, destruyendo las cosechas y estendiendo por todas partes el espanto y la miseria. Los condados de Kent, de Buckingham, de Surrey, de Sussex y el Hamshire, fuéron uno tras otro teatro de tal desolacion. Todas las noches eran presa de las llamas los campos cultivados, y atrevidas cuadrillas de foragidos é incendiarios destruian las máquinas, los instrumentos de labor, y sobre todo los útiles que se emplean en la trilla. Estos desastres se propagaban de un modo tan espantoso, que se hubiera podido creer que era víctima Inglaterra de una maldicion; y para poner remedio á tales atentados fué urgente aumentar las fuerzas militares en los condados en que tenian lugar tamañas atrocidades.

Con estos funestos auspicios se abrió el 2 de noviembre el nuevo parlamento, á cuya apertura asistió el rey personalmente. A pesar de las brillantes promesas que encerraba la régia alocucion en órden á las medidas económicas y al sincero deseo de remediar por todos los medios posibles los males que afligian al país, de mantener amistosas relaciones con la nueva dinastía francesa, y de todas las esperanzas á que podia dar márgen este discurso, no tuvo bastante autoridad para calmar los ánimos, ni consiguió que la oposicion disminuyera su saña contra el ministerio; y así Guillermo no pudo menos de conocer que si no queria enajenarse sin remedio el afecto de sus nuevos súbditos, era necesario que se decidiera á hacer concesiones á los wighs. Aunque los mensajes de entrambas cámaras respiraban el espíritu de oposicion mas marcado, no dudó el duque de Wellington en declarar en su discurso que de ningun modo participaba de las opiniones que segun veia dominaban á la sazon en ellas. Además, segun aseguraba, jamás se le habian presentado argumentos bastante fuertes para inducirle á creer que la reforma parlamentaria fuese indispensable para la representacion nacional; confesaba que ni él ni los demás ministros estaban dispuestos á adoptar las reformas que se pedian, porque nunca las habian juzgado necesarias, y que mientras permaneciese al frente del gobierno, miraria como un deber suyo el resistir todas las tentativas de este género. Sir Roberto Peel, sin hablar con tanta seguridad y altivez como el duque, convenia con él en que veia grandes dificultades para conseguir la reforma solicitada; que por su parte no estaba mas dispuesto que el noble duque para resolver esta cuestion. Tales ideas no eran adecuadas para calmar el descontento de los ánimos y dar popularidad á los ministros. Habia además en el discurso de la corona dos cosas que habian producido gran desagrado, contribuyendo á aumentar la animadversion general que contra los gobernantes existia: era la una el modo con que se habian espresado respecto de la Bélgica, que segun decian, se habia sublevado injustamente contra un gobierno ilustrado; y la otra, la determinacion que habian anunciado de conservar respecto de este país los tratados en que debia estribar el sistema político de Europa. Estas palabras, dijo lord Grey, ¿no suenan al oido como una amenaza de intervencion? ¿Y por qué nos hemos de considerar como interesados en intervenir entre Holanda y Bélgica? ¿Tenemos por ventura derecho para fiscalizar la conducta de los belgas, apoyar el gobierno que han desechado, é insultarlos dándoles el nombre de súbditos rebeldes?



Lord Grey.

Mientras que estas primeras discusiones daban una idea de las disposiciones de ambos partidos entre sí, ocurrió otro incidente que llevó á su colmo la impopularidad del ministerio.

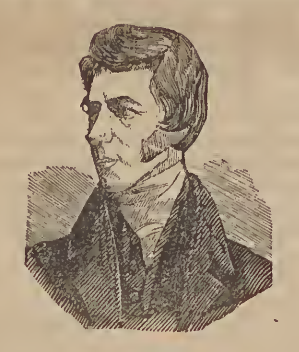
El rey y la reina, que debian concurrir á una espléndida comida que habia dispuesto para ellos el lord corregidor en Guildhall, rehusaron repentinamente asistir á ella, y en el momento en que todas las autoridades de la ciudad se disponian para recibir á sus soberanos, supieron que á consecuencia de las secretas advertencias que les habia hecho sir Roberto Peel, habian cambiado súbitamente de parecer, juzgando prudente aplazar su visita para tiempo mas oportuno, alegando por causa de esta determinacion el temor de que á pesar del fiel afecto de los habitantes de Londres, diese lugar la inmensa multitud que se reunia en esta fiesta á algun tumulto ó desórden; y que si por esta circunstancia sobreviniera alguna desgracia, ninguno de los dos podria consolarse. Habia ciertamente algun motivo para temer, no por el rey, sino por los que debian acompañarle: la malevolencia popular hallábase concitada evidentemente contra el duque de Wellington y sus cólegas; hacia algun tiempo que los folletos y libelos circulaban en tan gran número, que no era posible que ignorasen el riesgo que corrian. El lord corregidor y el regidor Key llegaron á creer que debian advertir al duque de Wellington por medio de una carta, que se proyectaba un ataque contra su persona, cuyo aviso determinó sin dificultad á su Gracia á dejar de concurrir á la fiesta de Guildhall lo mismo que sus amigos; pero como temian que sus

enemigos interpretáran mal su ausencia y los ridiculizáran por ella, sacando consecuencias ofensivas para su amor propio, asustaron al rey, y consiguieron disuadirle de que concurriera á la fiesta, en la que aseguraban con certeza que corria riesgo S. M. y suponia habria sangre. La consternacion y la alarma fuéron para los ciudadanos de Londres el resultado de esta misiva del rey, cundiendo el desaliento por todos al pensar que se trataba sin duda de alguna conspiracion contra su per-



Wellington.

sona; muchos llegaron á creer que estaba á punto de estallar una revolucion, y se siguió una notable baja en los fondos. Desaparecieron todos los suntuosos preparativos destinados á SS. MM., y el aparato de la funcion cedió su lugar á un espantoso apresto de tropas y artillería; llenáronse de agua los fosos de la Torre, á la cual se cercó además con tropa, colocándose mucha mas en diversos sitios, en el Banco, en Hide-Park y en las puertas de la ciudad, y se tomaron finalmente todas las precauciones necesarias para evitar una sorpresa. Este terror pánico que duró dos dias enteros, se desvaneció tan pronto como cundió; se reanimaron los espíritus; pero se dió un motivo mas de resentimiento y rencor contra los ministros que por satisfacer su amor propio habian sido causa de que no aceptara el rey la fiesta que le destinaba la ciudad. El duque de Richmond fué el primero que manifestó su enojo en la alta cámara, diciendo que el rey reinaba demasiado en el corazon de sus súbditos para que tuviera nada que temer; que hubiera podido concurrir sin peligro ninguno á Guildhall, y que aunque no hubiera llevado séquito ni guardia, habria podido recorrer con la mas perfecta seguridad las calles todas de la capital. M. Brougham, con su mordaz y



Lord Brougham.

severa elocuencia, hizo una antítesis sorprendente entre la estremada popularidad del rey y la escesiva impopularidad de su primer ministro, atestiguando un sincero pesar por haber llegado á ver al noble lord empañar con sus vanas tentativas por obtener reputacion de hombre de estado, el brillo de su fama como guerrero y conquistador, y por descender de su verdadera esfera para estraviarse y perderse en el laberinto de la diplomácia y de la política. «Sí, añadió, siento haber vivido »bastante para ver á la nacion olvidarse del mérito del »guerrero, y al guerrero de su verdadera gloria.» Para justificarse los ministros de las recriminaciones que por todas partes les dirigian, presentaron la carta que les habia dirigido el lord corregidor, y muchas proclamas encontradas en varios parajes de la ciudad cuyo objeto era alarmar al pueblo y escitarlo á que se sublevára. Pero estas justificaciones no hicieron gran efecto en la oposicion, que no dejó de continuar en sus mordaces invectivas, burlas y sarcasmos por los imaginarios riesgos que se habian complacido en crear los ministros para salvar su amor propio é impedir al rey que diera á la nacion una prueba de confianza de que hacia siempre ella gran aprecio, declarando que si habian existido realmente proyectos de violencia, no habian sido dirigidos ciertamente contra el monarca, sino contra solos los ministros.

Este suceso acabó de desacreditar y perder al duque de Wellington en la opinion, y desde este punto pareció que tambien él se hababa convencido de lo mismo. La cuestion de la lista civil, que ascendia á 970,000 libras esterlinas, y las discusiones á que dió lugar una pesquisa que obtuvo la oposicion, á pesar de considerarla el ministerio como una ofensiva falta de confianza, puso el colmo á sus disgustos, y al dia siguiente de aquella derrota se presentó al parlamento manifestando en la cámara de los pares que habia presentado al rey su dimision. Lo mismo hizo sir Roberto Peel en la cámara de los comunos, declarando que solo continuarian ejerciendo sus funciones de ministros hasta que fueran reemplazados. De este modo y con la sola fuerza de la opinion pública tuvo efecto la retirada del ministerio Wellington. Este popular descrédito que tan repentinamente recayó sobre el duque, no era efecto de un capricho por parte de la nacion: mientras él dió señales de que simpatizaba con sus ideas y sentimientos, honróle ella con su confianza é hizo justicia á sus intenciones, y nada bastó para destruir su influencia, ni aun la medida de emancipacion, aunque estaba en abierta contradiccion con las preocupaciones del pueblo que eran del todo contrarias á los católicos. Debió su caida á la tenaz resistencia que opuso á la reforma parlamentaria, sobre todo en el último periodo de su ministerio, á la repugnancia que mostró para hacer útiles reformas en la administracion, y á la frialdad que pareció manifestar repentinamente por los principios constitucionales, cuando antes cifraba su orgullo en no separarse de ellos. Desde aquel momento dominaron los wighs en el nuevo gabinete: fué nombrado lord Grey primer ministro; gran canciller lord Brougham; lord Althorp ministro de Hacienda y presidente de la cámara de los comunes; director de correos el duque de Richmond; sir James Graham primer lord del almirantazgo; lord Lansdown presidente del consejo de comercio; sir Ch. Grant presidente del de cuentas; lord Holland canciller del ducado de Lancastre; el duque de Devonshire primer gentil-hombre; sir Agar Ellis director de aguas y bosques; lord John Russel pagador de los ejércitos; M. Poulett Thompson tesorero de marina; sir eduardo Paget y sir Roberto Spencer fuéron inspectores del consejo de artillería; M. C. W. Wygo fué nombrado secretario de la guerra; M. Denmam y Home, procuradores y agentes generales; lord Durham tomó el sello privado; lord Melbourne el ministerio del Interior; lord Palmerston el de Negocios estranjeros, y lord Goderich fué colocado en el negociado de las colonias. El marqués de Anglesey fué nombrado gobernador general de Irlanda; M. Stanley secretario; lord Plunket canciller, y M. Pennefather procurador general de la misma isla.

Bajo la influencia de un hombre que tenia antecedentes tan honrosos como lord Grey, conocido largo

tiempo hacia por su noble desinterés, incontrastable firmeza en el partido de la oposicion y su activo celo por corregir los abusos y vicios de la administracion, se debia esperar que la reforma que constantemente habia encontrado en él un apoyo, adelantaria notablemente, y así formáronse de su advenimiento al poder las mas favorables conjeturas. Todos los sugetos de quienes echó mano eran hacia largo tiempo conocidos como fieles defensores de la misma causa; algunos eran torys, pero demasiado moderados para que diese que temer su oposicion: recordaba por tanto este ministerio el de M. Canning, y todo parecia presagiar que en lo sucesivo reinaria entre los miembros que componian el gabinete la armonía y acierto posibles.

Nada tuvieron de notable los demás hechos que ocurrieron en el curso de aquel año: el mas importante fué el decreto de regencia, por el cual la duquesa de Kent era nombrada en caso de morir el rey regenta de la princesa Victoria, que no podia casarse durante su minoría sin consentimiento del rey, y á falta de este del parlamento, ni desposarse durante la misma minoría con ningun estranjero, sin que cesase al propio tiempo la regencia de su madre. Nombróse en seguida una comision para examinar las reducciones que debian hacerse en los sueldos de los empleos que desempeñaban miembros de ambas cámaras, y en pos de estos últimos trabajos fué prorogado hasta 3 de febrero de 1831 el parlamento.

Un deplorable accidente habia privado durante este año á Inglaterra de uno de sus mas ilustrados, benéficos y distinguidos hijos. En el dia en que se abrió al público el camino de hierro de Liverpool á Manchester, el duque de Wellington y gran número de personas quisieron asistir á este acto. M. Huskisson, que era representante por Liverpool, se hallaba entre ellas, y habiéndose adelantado imprudentemente hácia el carruaje en que marchaba el duque á darle la mano, fué tan violentamente empujado por uno de los coches que venia en direccion opuesta, que le rompió una pierna, destrozándosela de tal manera que fué imposible amputarla, y así murió el desgraciado á las pocas horas.

En cuanto al continente, se resentia todavía de la tempestad política que acababa de estallar en Francia con tal violencia y estrépito. Este suceso produjo en todos los países de Europa una especie de efecto prodigioso: todos los pueblos se creian llamados á hacer su revolucion y á regenerar su Constitucion política, procurando descubrir en los actos de su gobierno algun motivo de legítima resistencia é insurreccion; y así los abusos á que la fuerza de la costumbre habia cerrado los ojos hasta entonces, ó los habia dejado subsistir el respeto á las antiguas instituciones y creencias, tornáronse de repente intolerables, sin que hubiera ninguno que no se tratara de combatir y destruir por el espíritu de la época. Pero entre todos estos pueblos mas ó menos heridos por el contagio revolucionario, habia algunos á quienes terribles motivos parecian autorizar á tan violentos esfuerzos; habia uno sobre todo á quien los poderosos recuerdos de una antigua y querida libertad y los padecimientos reales que por largo tiempo habia sufrido con noble y altiva resignacion, impelian á romper mas pronto ó mas tarde sus cadenas políticas, ó á intentarlo al menos, pues aun en el caso de una derrota todavía resultaria cierta gloria de esta tentativa. Aludimos á los polacos: la revolucion de Paris fué para ellos una chispa eléctrica que cayó en medio de los elementos mas inflamables. Humillados largo tiempo hacia por el yugo de Rusia, y tiranizados por el desapiadado virey príncipe Constantino, se atrevieron á pedir su libertad é independencia y la Constitucion prometida por Alejandro; y mientras esperaban la decision del autócrata que habia venido á ser su señor, declararon vacante el trono de Polonia, nombrando presidente de su gobierno provisional al príncipe Czatoryski. Esta conducta fué considerada en la corte de San Petersburgo como el acto mas manifiesto de alta traicion; y la Polonia, declarada rebelde, tuvo que prepararse á recibir en su territorio regado ya con la sangre de sus hijos y dividido por la invasora mano del colosal conquistador, los ejércitos rusos, contra quienes luchó ella sola sin defensores, sin apoyo, y sin que ninguna de las demás potencias europeas, ni Prusia que tomó partido por Rusia, ni Austria que sin armarse á las claras contra Polonia, no por eso dejaba de trabajar en contra suya, ni Inglaterra, ni la misma Francia que por tanto tiempo fué su aliada y compañera de gloria, diesen un paso para socorrerla é impedir su ruina. ¡Hasta tal punto se habia apoderado de la política de las naciones el mas vil egoismo! Y sin embargo, los mismos gobiernos que se limitaban cobardemente á quejas inútiles por la desgraciada Polonia, evitaban por un justo sentimiento de indignacion toda clase de relaciones directas con D. Miguel, que continuaba impunemente sus sanguinarias venganzas, sus depor aciones á las abrasadas playas de Africa, sus confiscaciones, sus inícuos procesos, sus encarcelamientos y persecuciones de toda especie. Lord Grey, que comprendia en toda su estension el deshonor que resultaria á Inglaterra de contraer una alianza con un tirano de tal clase, guardaba para con él una conducta que venia á ser la reprobacion de la observada por el ministerio Wellington, que constantemente se habia mostrado cuidadoso de tratarlo como á los demás soberanos; y por esto los ministros caidos afectaban vituperar altamente tal modo de obrar, que segun ellos era enteramente impolítico con respecto á Portugal, por tender á comprometer los intereses de Inglaterra. Durante este tiempo continuaba Terceira ocupada por una regencia que gobernaba en nombre de la jóven reina Doña María; y D. Miguel, irritado tal vez por el desprecio que le manifestaba el nuevo ministerio inglés, pasó á bloquear á Terceira, y bajo el pretesto de castigar á los rebeldes que se atrevian á tomar el partido de su sobrina contra él, se apoderó de buques ingleses, sin hacer caso ninguno de las representaciones del cónsul británico. Sin embargo, las amenazas que se le hicieron, y el temor de ver aparecer en el Tajo una temible escuadra, le determinaron á restituir los buques.

CAPÍTULO CXVII.

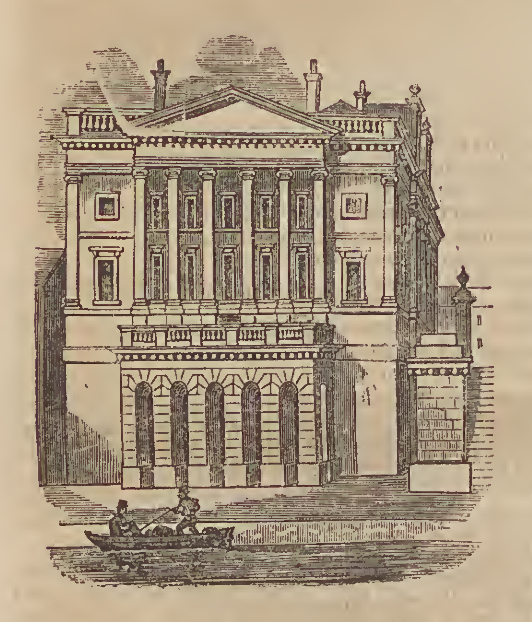
CONTINUACION DEL REINADO DE GUILLERMO IV.

(Año 1831.)

La reforma era en la actualidad el gran objeto á que se dirigian todos los actos del Parlamento, y ninguna medida pública habia reunido jamás tantos sufragios, ni escitado y preocupado de tal manera y con tal ardor los ánimos. Hacia largo tiempo que todo conspiraba á este fin: los sucesos, los hombres, las circunstancias, todo habia concurrido á esta obra, y así habia llegado el momento en que todas las trabas de los tiempos pasados y las mas tenaces preocupaciones debian ceder ante ella. Pero se habian fundado en esta reforma demasiadas esperanzas, para que todas ellas pudieran realizarse con la celeridad que se deseaba: la nacion esperaba resultados tan inmensos y contaba de antemano con tan enormes é incalculables ventajas, que tal vez habia lugar para que un nuevo ministerio se asustara algun tanto de la dificil tarea que se habia impuesto. No solamente debia comprender la reforma el sistema electoral entero, purgar las elecciones de todas las corrupciones que las habian manchado hasta entonces, y purificar hasta á los mismos representantes, sino que debia además regenerar una porcion de ramos administrativos: era necesario que todos los abusos desapareciesen, que se consiguiera disminuir la deuda nacional, aligerar el peso de los impuestos y contribuciones, mejorar el estado de la agricultura y de las fábricas, y sobre todo la existencia de las clases obre-

ras, poner remedio á la postracion del comercio, y acabar con la espantosa miseria de las clases ínfimas. Y entre tantas causas de malestar no habia en el sentir de la multitud una sola que no debiera desaparecer inmediatamente con la reforma; parecia que para desterrar abusos tan arraigados, solo tenia necesidad el ministerio del deseo de hacerlo así, y que el exámen de las medidas que debieran adoptarse y las deliberaciones que exigian era lo de menos momento.

El proyecto de reforma parlamentaria, que habian acordado entre sí los ministros con arreglo al gran número de peticiones que de todas las partes del reino se les dirigian, fué leido el primero de marzo por sir John Russell, que se habia encargado de presentarlo. Tratábase de despojar de la franquicia electoral á todo país que no contara con una poblacion de dos mil habitantes; de conceder esta misma franquicia á las ciudades que habian estado privadas de ella hasta entonces, y á ciertos cuarteles de Londres no comprendidos aun en la ciudad; de aumentar el número de electores, y de rectificar el método de eleccion, quitándole cuando menos todo lo que tenia de vicioso y perjudicial. Pero no se podia esperar que estos cambios deseados por unos y tan anatematizados por otros se lleváran á efecto sin oposicion. Estas solas proposiciones dieron lugar á una gran agitacion en todo el reino; cuanto mas se esmeraban los reformistas por desembarazar el edificio constitucional de todo lo anticuado y vicioso que contenia, mas se esforzaban los torys por defenderle contra los terribles golpes que le dirigia la amenazadora falange de los wighs.



Salon de la pescadería.

El sistema electoral enteramente nuevo que querian los últimos introducir en la representacion nacional, era una monstruosidad á los ojos del partido aristocrático, que bajo el nombre de *partido conservador* hacia resonar en la tribuna desastrosas predicciones, y pretendia ver en el proyecto de reforma la destruccion de todo y la ruina del imperio. A la cabeza de sus adversarios figuraba M. Baring, el primer negociante de Inglaterra, y el duque de Wellington. A esta primera lucha siguióse una derrota ministerial: el proyecto fué desechado despues de violentos debates; pero el parlamento fué disuelto, y convocado para el 14 de junio por el rey mismo que conocia la necesidad de sostener al ministerio, si no queria perder su popularidad. Esta disolucion fué celebrada con iluminaciones y toda clase de desordenadas demostraciones que son habituales al pueblo tanto en su alegría como en su cólera: así los enemigos del proyecto tuvieron que aguantar mas de un ultraje, principalmente el duque de Wellington que vió hechos pedazos á pedradas los cristales de su palacio; y algun tiempo después esperimentaron los torys en ciertas elecciones una derrota, que debió probarles cuán poco debian contar con el triunfo que acababan de conseguir en la cuestion del citado proyecto. El general Gascoyne no pudo ser elegido en Liverpool, ni sir A. Vyvyan en el condado de Cornouailles, ni M. Bankes en el Dorsetshire.

Al volver á reunirse las cámaras renovóse con calor, como se puede suponer, la cuestion del proyecto: sin embargo, como la táctica del partido anti-reformista parecia consistir en valerse de todas las dilaciones posibles para ganar tiempo, solo en la segunda lectura que fué aplazada para el 4 de julio á peticion de sir Roberto Peel, se entablaron formalmente los debates. El discurso mas notable fué pronunciado por M. Macaulay, jóven abogado y candidato propuesto por el distrito de Calne. «Este segundo proyecto sobre derechos electorales, dijo, se considerará en lo venidero como la mas escelente tabla de las libertades inglesas, y el año de 1831 está destinado á presentar al mundo el ejemplo sorprendente de una revolucion llevada á cabo sin violencia, sin actos sanguinarios, sin ultrajes, sin olvido ninguno de las formas ni de la sensatez, sin que la industria fuera interrumpida, ni suspendida por un solo momento la autoridad de las leyes. Un acontecimiento de este género puede con justicia hacer dignos á los ingleses de su siglo y su pais, y debe dar una firme confianza en los destinos futuros de la sociedad, y hacer prever una larga série de años felices y pacíficos, durante los cuales nada turbará la armonía de un gobierno popular, ni la concordia de un pueblo leal y fiel que permanecerá inalterablemente unido, si fuera inevitable una guerra esterior. Tales deberán ser los años que sigan á esta reforma memorable para siempre por la disminucion de los impuestos públicos, la prosperidad de la industria, las mejoras introducidas en la administracion de justicia y por todos los beneficios de la paz, que aseguran la prosperidad de los estados y la gloria de los hombres que los dirijan, mucho mejor que todos los triunfos militares. Animado yo de estos sentimientos y esperanzas, doy mi consentimiento á la reforma, obra perfectamente adaptada al estado de los ánimos, y que la creo indispensablemente necesaria para el reposo del estado y la estabilidad del gobierno.»

Sir Jorge Murray, miembro del ministerio anterior, desplegó asimismo una vigorosa elocuencia, pero en sentido muy diverso. Lejos de mirar el proyecto bajo el mismo punto de vista que M. Macaulay, lo consideraba por el contrario como un espantoso manantial de calamidades. «¡El proyecto de reforma, esclamó, dará lugar á que se levante algun dia, y tal vez muy pronto otro Cromwell! ¡Quién sabe si no se regocija ya en secreto del resultado de esta medida, y se aplica aquellas palabras de la Escritura que se aplicaba Oliverio: *El Señor los ha puesto en mis manos!* Tal vez no haya llegado todavía el dia en que deba aparecer este nuevo personaje, que sin duda no aparecerá segun costumbre hasta el fin del drama. Entonces se le verá reunir á su alrededor los fragmentos de la Constitucion que la reforma habrá esparcido por todas partes, y ensayará el modo de construir con estos restos algun nuevo edificio.»

Sir Roberto Peel, poderosa columna del ministerio Wellington, pretendió á su vez que la franquicia electoral de los pequeños distritos hacia demasiado tiempo que existia para que se pudiera despojarlos de ella sin

riesgo; que en cuanto á los medios de corrupcion que ordinariamente se empleaban para comprarlos, seria muy difícil destruirlos, y solo se podria hacerlo privando al país de gran número de ventajas que compensaban superabundantemente los males de que se trataba. Por muy imperfecto que pareciese el antiguo sistema electoral, era mucho mejor de lo que se creia. es cierto que no se habia hecho reforma ninguna parlamentaria desde cuatrocientos años atrás; pero habia tanta elasticidad en los principios sobre que estaba basado este sistema, y se hallaba tan bien calculado á su modo de ver para prestarse al espíritu del siglo y á las circunstancias, que el país habia sido gobernado por su medio mucho mejor seguramente que los demás estados de Europa. Persistia pues en oponerse á la reforma, porque estaba persuadido de que tendia á disminuir en vez de aumentar la seguridad pública, á la par que la libertad y el bienestar de Inglaterra. En fin, á la tercera lectura se hizo la última tentativa contra el proyecto por sir Cárlos Wetherel, quien citando á la Francia como ejemplo patente de los peligros que resultan de hacer al pueblo concesiones demasiado latas, esperaba que la cámara se daria por advertida y no espondria al país á una destruccion semejante y á la ruina del trono, de la Iglesia y de las libertades públicas. Esta cita tan mal traida, como falsa y sin aplicacion era el ejemplo, no produjo efecto ninguno, y el ministerio triunfó por una mayoría de ciento nueve votos.



Parlamento.

Pero esto no era mas que la mitad del triunfo, y era necesario en seguida volver á principiar el combate en la cámara alta, donde se debia esperar una resistencia mas vigorosa que en la de los comunes. Lord John Russell fué quien acompañado de una diputacion de los comunes presentó al gran canciller el proyecto. Después de la primera lectura, bastante tranquila, se aplazó la segunda para el 3 de octubre, y en este intervalo pudieron convencerse los pares, si acaso no lo estaban ya, del estado de la opinion pública respecto del proyecto por la inmensa multitud de representaciones que llegaron de los condados, las ciudades, las corporaciones, sociedades religiosas, en fin de todas partes, pidiendo unánimemente que fuera adoptado el plán sin enmienda ninguna. El dia designado para la segunda lectura tomó lord Grey la palabra, y después de un corto resúmen de su vida política constantemente consagrada á la causa de la reforma, y durante la cual, es decir, por cerca de cincuenta años, ni las dificultades, ni los peligros, ni las convulsiones políticas habian podido desviarle de su intencion primitiva, se volvió al banco de los obispos: «Las miradas de la nacion estan »fijas actualmente en vosotros, les dijo; á vosotros me »dirijo para conjurar la tempestad que se acerca y des»viarla de nuestras cabezas! Vosotros debeis reflexionar »maduramente lo que podria llegar á ser la opinion del »pueblo, si esta medida en que cifra todas sus esperan»zas se malograse por vuestra influencia. Ministros de »paz, yo deseo que vuestro voto sea conforme á lo que »reclaman la tranquilidad y felicidad del país. ¡Que »vuestras señorías antes de desechar el proyecto medi»ten las consecuencias de semejante decision, porque »pueden ser terribles!» Lord Wharncliffe fué el primero que se levantó para hacer observar que la medida que se solicitaba tendia á conferir á la cámara de los comunes todo el poder y privilegio de los pares y hasta los de la corona, y que era imposible que la Constitucion pudiera marchar jamás con el sistema propuesto en el proyecto, sistema que quitando toda clase de freno á la efervescencia de los sentimientos populares, no le sustituia ningun otro medio de represion. Una cámara de comunes establecida sobre tales bases, daria ciertamente al pueblo una suma de autoridad demasiado estensa, y colocaria á la cámara de los pares en una posicion enteramente falsa y peligrosa; de lo que era una prueba lo que en este momento sucedia, pues solo les quedaba á los miembros de esta cámara el arbitrio de someterse dócilmente al decreto de los comunes, que eran una potencia popular y absoluta. Concluyó por lo tanto pidiendo que fuera desechado el proyecto. Sin embargo, como este proceder podia ser considerado como una falta de respeto y deferencia á la cámara de los comunes, retiró en seguida esta proposicion, limitándose á pedir que se aplazara la cuestion hasta dentro de seis meses. Lord Harrowby, el duque de Wellington, el conde Dudley, el marqués de Landsdown, el de Londonderry, lord Plunkett y otros muchos mas combatieron á su vez dicho proyecto, que en su modo de ver tendia á violar todos los principios constitucionales, á quitar la representacion labradora de los condados, á establecer la democracia entre los representantes de la nacion y á destruir las iglesias de Irlanda é Inglaterra. Sostenian otros que esta medida solo habia sido intentada con el designio de perpetuar la preponderancia de los wighs, haciendo de ella un instrumento de destruccion en manos del pueblo. Lord Brougham tomó por fin la palabra, y reasumiendo todos los argumentos de los oradores precedentes, combatiólos con un tono de ironía y sarcasmo que escitó la risa á costa de los adversarios del proyecto, y concluyendo con un tono mas serio, dijo: «No creais que aun cuando se viera pre»cisado el ministerio actual á retirarse por la desesti»macion del proyecto, quedaríais libre de la reforma, »que es para vosotros una fantasma: no, milores; el »ministerio que nos remplazára no os seria mas favora»ble que el actual, ni dejaríais de ser precisados á acep»tar condiciones que quizá os parecerian peores que las »que ahora os demandamos. Acordaos que descansa en »vosotros la autoridad judicial mas imponente del rei»no: es propio de los jueces el no pronunciarse nunca, »ni aun en la causa mas liviana, sin haberse enterado »de todos los datos é ilustrado acerca de todo lo que »las concierne; guardaos pues de decidiros sobre la »gran cuestion que interesa á la nacion entera, sin oir »y meditarlo todo: desconfiad del espíritu de preven»cion, y no perdereis las simpatías de un pueblo que »lleva en sí el amor de la paz, si bien no puede ser do»mada su firme é inalterable resolucion. Como amigo »vuestro, como amigo de mi país, como fiel servidor de »mi soberano, os invito á que nos ayudeis en nuestros »esfuerzos para mantener la paz y tornar duradera la »prosperidad del reino. Por todas estas razones yo os »ruego y suplico que no rechaceis el proyecto: apelo á »vosotros por todo lo mas caro que teneis, por todos los »vínculos poderosos que ligan á cada uno de vosotros á »nuestra patria comun: os lo pido de rodillas, milores »(y en efecto postróse el gran canciller), no rechaceis el »proyecto.» Pero este discurso, pronunciado con una emocion visible, no surtió efecto: lord Lindurst, el arzobispo de Cantorbery, el duque de Glocester, todos, á

escepcion del duque de Sussex, que opinaba que el proyecto interesaba á la nacion, hablaron en el sentido mas desfavorable; y como el conde de Grey preveia demasiado una derrota, después de combatir todavía los argumentos de aquellos, terminó diciendo: «Yo quisiera no »abandonar al rey, á quien estoy ligado por un reconocimiento mayor acaso que el de ningun otro súbdito »para con su soberano; por un reconocimiento jus- »tificado por la bondad con que me ha dispensado »su confianza y aceptado mis servicios: yo no busqué »el puesto que hoy ocupo y que me fué ofrecido en cir- »cunstancias tales, que únicamente el sentimiento ín- »timo de mi deber y la firme voluntad de desempe- »ñarlo en toda su estension, pudieron decidirme á acep- »tarlo Pero si á pesar del ardiente celo que me anima »por el servicio de mi país, me retiran el parlamento y »la nacion su confianza quitándome así la posibilidad »de ser útil á mi soberano, yo abandonaré el ministerio »llevando á mi retiro el consolador pensamiento de ha- »ber procurado servir á mi rey y á mi patria con todos »mis esfuerzos.»

Por poderosas que fueran las razones del ministerio, no por eso dejaron de prevalecer los adversarios del proyecto por una mayoría de cuarenta y un votos, y así fué aplazado para seis meses después. No bien se divulgó esta noticia que tan mal respondia á las esperanzas de la nacion, cuando se esparció un sordo rumor por toda la capital. Organizáronse inmediatamente reuniones políticas en varios barrios de la ciudad, estableciéndose una en Thatched-house-Tavern, compuesta de todos los reformadores mas exagerados, y otra en Mansion-house, formada de todos los banqueros y negociantes. Allí se redactaban peticiones que en seguida se dirigian al rey suplicándole que conservara sus ministros, y nombrara nuevos pares dispuestos á favorecer el proyecto. El lord corregidor y las corporaciones de Londres pasaron á San James con un mensaje concebido en el mismo sentido, habiéndose engrosado tanto la diputacion en su marcha á palacio, que al llegar allí ascendia á cincuenta mil personas. La exaltacion popular rayaba en lo mas alto: en vano se esforzó lord Melbourne por hacer conocer á los peticionarios la necesidad de combinar la calma y moderacion con la resolucion y la firmeza; en vano los invitó á no dar con sus violencias ningun pretesto á los enemigos de la reforma, pues la irritacion y efervescencia eran tan grandes, que fué imposible dominar á la plebe, la cual atacó á Apsley-house, residencia del duque de Wellington, destrozó todas las ventanas, y perpetró los mismos escesos en la casa del marqués de Bristol, tan detestado como el duque. La muchedumbre que se agolpó al parque aguardaba con impaciencia que los pares que habian estado en sesion estraordinaria toda la noche, salieran de la cámara á fin de saciar su furor en ellos. Muchos prevenidos á tiempo lograron escaparse; pero conocido el marqués de Londonderry, fué apedreado y herido gravemente, sin haberle quedado otro medio para salvarse, que el sacar una pistola del bolsillo y amenazar con ella á las turbas, que poseidas de terror retrocedieron dejando franco el paso al marqués, y espoleando al caballo se echó á escape, ínterin perseveraba el pueblo en apedrearle. El duque de Cumberan fué arrojado de su caballo, y probablemente hubiera sido muerto sin la intervencion de los agentes de la autoridad. Y no solo en la capital ocurrian tales desmanes, sino que tamb en sucedia otro tanto en los condados de Derby y Nottingham, donde se allanaban é incendiaban las moradas de todos los lores torystas. En Bristol fuéron espulsadas las autoridades civiles y militares, se abrieron las cárceles, y se quemó el palacio episcopal con parte de la ciudad. Sir Cárlos Wetherel que se hizo odioso por su decidida oposicion al proyecto, vióse tan frenéticamente embestido por el populacho, que para salvarse tuvo que vestirse de criado y valerse de caminos estraviados para trasladarse á Londres. Rendido de cansancio y sin poder caminar por mas tiempo, entró en una posada á descansar algunos instantes. «En Bristol hay terribles tumultos, dijo al »posadero.—Sí, terribles, respondió este, y la culpa »de todo está en el terco y estúpido Wetherel, á quien »deseo le ahogen.» Descubriéndose entonces sir Carlos, dijo: «Delante le tienes; mira lo que quieres hacer de »él.» Admirado y conmovido el mesonero con tal franqueza, alargóle la mano asegurándole que no sería violado el asilo que habia elegido; y en efecto, veló el huésped junto á él toda la noche, y procuró con la mayor solicitud una fuga segura. En Croydon fué insultado el arzobispo de Cantorbery en medio de una reunion religiosa: en el Sommersetshire foé igualmente escarnecido por el populacho el obispo de la diócesis en el momento de consagrar una iglesia nueva, y quemáronse en efigie muchos prelados conocidos por enemigos de la reforma. La mas temible de las sociedades populares que hubo entonces fué la de Birmingham, denominada *gran union política*, la cual contaba mas de ciento cincuenta mil individuos, todos animados de tal espíritu de insubordinacion y audacia, que las reuniones se celebraban al aire libre y mientras los oficios divinos, pronunciándose los mas incendiarios discursos. Como todas las demás sociedades, votó esta un mensaje al rey, demandándole en el mas enérgico estilo la conservacion de los ministros, una creacion nueva de pares favorables al pensamiento de reforma, y la libertad de todos los presos condenados por los recientes motines de Bristol y Nottingham. La seguridad que dió el rey de su completa confianza en el ministerio logró restablecer por algun tiempo la calma; pero á medida que se acercaba el término de la prorogacion iba reapareciendo la efervescencia popular, hacíanse cada vez mas exageradas las pretensiones del pueblo, reclamábanse en las reuniones políticas el sufragio universal, la votacion por escrutinio, y la abolicion de todos los principios hereditarios, y las asambleas de Londres, Birmingham y Manchester descollaban entre todas por la destemplanza de su lenguaje y por la violencia de sus medidas, propasándose hasta á nombrar autoridades civiles y militares, y organizarse en cuerpos regulares. Conociendo por fin el gobierno la necesidad de poner órden á tal estado de cosas que cada vez era mas alarmante, publicó una disposicion declarando ilegales toda especie de asambleas y asociaciones políticas, é invitando á todos los súbditos leales y fieles á no tomar parte alguna en semejantes manejos, si no querian incurrir en las penas marcadas por las leyes.

Puede presumirse que en medio de tan gran conflagracion moral no estaria pasiva Irlanda bajo la influencia de O'Connell; y así prevalióse de estas circunstancias para pedir la revocacion de la union y la restitucion de sus antiguos privilegios. Como á pesar de la medida que vedaba todas las asambleas políticas no se habian interrumpido las que presidia O'Connell, intervinieron los magistrados y él fué denunciado al gran jurado; mas nada resultó de la acusacion, lo cual hace sospechar á muchas personas que mediaba algun compromiso entre el gobierno y el gran agitador. Los disturbios continuaron á despecho de los esfuerzos de las autoridades por restablecer el órden, y parecia robustecerse el espíritu de resistencia con el vigor que habia precision de emplear contra el pueblo que en todas partes se negó á pagar el diezmo, siendo esto nuevo motivo de pugna y violencias.

El parlamento prorogado el 20 de octubre juntóse el 6 de diciembre, y el rey en su discurso recomendó á las cámaras que se adoptara cuanto antes una decision esplícita sobre la cuestion de reforma, en términos que fuera satisfactoria para la nacion. El nuevo proyecto presentado seis dias después por sir John Russell, era lo mismo con respecto al principio fundamental, sin que hubiera variaciones mas que en algunos detalles relativos al número de diputados y al censo elec-

toral. De nuevo trató la oposicion de aplazar la segunda lectura para seis meses despues, y los oradores torys volvieron á desplegar su preponderancia argumentadora. M. Roberto Peel, que fué quien mas desenvolvió y trazó mas hábilmente la materia, terminó así los debates: «Me opongo al proyecto, y voto contra la segunda lectura con persistencia, no porque yo aguarde »ningun triunfo de mi oposicion, sino porque quiero »protestar pública y solemnemente contra el cambio »mas sorprendente y precipitado que jamás se ha hecho en una Constitucion, que es la mejor que existe »en los anales políticos de la historia. Yo esperaba »que los actuales ministros propondrian algun plan de »reforma razonable, y declaro que me hallaba muy »ajeno de aguardar una medida tan estravagante como »la que presentan, en el momento mismo en que el »país está todavía conmovido y agitado por la reciente »revolucion francesa. Persistiré pues hasta el fin en »mi oposicion, porque creo firmemente que la reforma »reclamada es el primer paso hácia una série de innovaciones que alterarán de la manera mas funesta la »Constitucion del país, darán un golpe fatal á la cámara de los pares, y acarrearán una multitud de »terribles consecuencias. Nosotros podemos hacer una »ley suprema del principio democrático; podemos establecer una república llena de energía, para cuya »direccion no faltarán talentos; pero abrigo en mi »alma la conviccion de que semejante órden de cosas »destruirá completamente todas las leyes y costumbres »á que por tanto tiempo hemos debido la paz y la prosperidad, y que han hecho de este país uno de los mas »gloriosos y poderosos del mundo entero.» Empero fué desestimada la dilacion propuesta, y en pos de la segunda lectura del proyecto fué aplazado el parlamento hasta la época de las fiestas de Navidad.

La cuestion de la reforma era de índole sobrado importante para que todos los demas asuntos no quedáran en suspenso hasta que ella fuera decidida; y así en ningun otro negocio se empleó la atencion de las cámaras mas que en la resolucion que aseguraba á la princesa Victoria, heredera presunta de la corona, una existencia análoga á su dignidad y jerarquía. En virtud de proposicion de lord Althop votó la cámara de los Comunes que se aumentara la renta de la duquesa de Kent con una pension de cien mil libras esterlinas. Por este tiempo se ejecutaban los preparativos de la coronacion; pero como este suceso se resentia de la gravedad de las preocupaciones y de la agitacion de los ánimos, solo distrajo ligeramente. Entre la coronacion de Jorge IV y la de Guillermo IV parecia haber mediado un siglo entero, y tanto como la una descolló por la pompa y el esplendor, descollaba la otra por la modestia, ofreciendo un contraste chocante con la del reinado precedente, en que se desplegaron tanta magnificencia, frivolidad y efímeras galas. Limitóse esta vez la ceremonia al interior de la Abadía, y no se celebró el banquete que seguia siempre á la coronacion, ora porque las circunstancias no parecieran favorables á una fiesta de tal género, ora porque se pensara en evitar un gasto considerable que podia realizarse de una manera mas útil, y acaso porque los espíritus presentian de lejos las calamidades que iban á caer sobre la nacion. Un horrible azote venido de las costas de Asia, el cólera, llenaba á toda la Europa de luto y espanto, é Inglaterra, donde se desarrolló hácia el mes de octubre, vió en poco tiempo diezmada su poblacion de una manera tremenda. Las primeras poblaciones en que la epidemia sembró la desolacion, fuéron Sunderland y Newcastle; el terror que se apoderó súbitamente de los ánimos parecia cooperar al furor del azote mónstruo poniendo anticipadamente bajo su influencia mortífera millares de víctimas, y no tardó la Gran Bretaña en cubrirse como los demás países con un velo fúnebre. Francia, que fué la postrera en ser atacada, hallábase á la sazon atormentada por otras causas. La revolucion de 1830 habia sido rápida y corta; pero sus resultados debian ser largos, y el espíritu de motin y turbulencia, á la manera de una fiebre nerviosa que se arraiga en un cuerpo debilitado é irritado por una violenta enfermedad, impedia que se restableciera el equilibrio y renaciera la calma. Los obreros de Lyon, á quienes un salario escesivamente módico reducia hacia mucho tiempo á la imposibilidad de sostener sus familias, se alzaron movidos quizás por los acontecimientos precedentes. De esta insurreccion se hizo una cuestion política; armáronse los obreros, acudieron los facciosos. Lyon se vió en pocos dias en un estado completo de guerra civil, y hubo que enviar allí fuerzas considerables que sometieron á los rebeldes por la violencia de las armas, aunque no destruyeron la causa de la revuelta: impusiéronse castigos, empleáronse cadenas, pero no medios de remediar el verdadero mal. Bélgica, gobernada por Leopoldo, hallábase en guerra con Holanda: los belgas fuéron vencidos en Hasset y Lovaina; pero merced á la intervencion de Francia, vióse Holanda precisada á retirarse de la última ciudad. Habiéndose firmado entonces un tratado de paz entre las cinco grandes potencias que habian reconocido á Leopoldo por rey de los belgas, Holanda descontenta protestó con la esperanza de que la apoyaria secretamente alguna de dichas potencias. Ninguna parte de Europa se hallaba á la sazon tranquila: España era un deplorable teatro de insurreccion, prisiones y ejecuciones sanguinarias: Portugal presentaba las mismas escenas, aunque las esperanzas de los constitucionales habian revivido con el regreso de Don Pedro y de su hija: Inglaterra comenzaba á cansarse de su tolerancia para con D. Miguel, y á conocer que el arrogante despotismo de este y sus estorsiones con muchos ingleses que habia mandado meter en los calabozos, comprometian el honor de su pabellon; y Francia llegó tambien á convencerse de que tenia contra él muchos motivos de queja, y que era tiempo de reprimir los odiosos escesos de su poder. Encontrábase pues D. Miguel amenazado por todos lados, y hacíanse preparativos en los puertos de Francia é Inglaterra. Parma, Módena y los estados del Papa, que habian vuelto al antiguo órden de cosas, estaban en perpétuo estado de malestar y rebelion, para cuyo remedio empleaba el Austria sus medios habituales, las prisiones y persecuciones. Grecia, en lugar de trabajar sériamente en reconstituirse y en tomar una actitud noble y digna á los ojos de las demás naciones que tanto celo habian manifestado por su causa, casi no era mas que un teatro de discordias, de rivalidades mezquinas y de pasiones rencorosas: el gobierno de Capo de Istria habiase tornado detestable por su tiranía, acusándosele de que no tanto servia á los intereses de su país como á los de Rusia, y de haberse convertido en ministro secreto de los deseos del Czar mas bien que en jefe de un pueblo libre. Terminóse su presidencia por un crímen, pues fué asesinado. Polonia, desnuda de todo apoyo y abandonada sin conmiseracion á su colosal enemigo; Polonia, que no habia podido recibir de Francia los auxilios que deseaban prestarla los franceses, continuaba luchando con un heroismo inútil por desgracia, que solo debia contribuir á su gloria, pues hay derrotas gloriosas á la par que victorias deshonrosas; habiéndose visto un ejemplo de esto en el asedio de Varsovia, que fué tomada y saqueada, al paso que perseguidos sus nobles defensores por la venganza del vencedor, fuéron arrancados de su patria y obligados á ir á demandar refugio á los gobiernos que habian contemplado su desventura con toda la inhumana frialdad de la política.

CAPITULO CXVIII.

CONTINUACION DEL REINADO DE GUILLERMO IV.

(Año 1832.)

Desde la apertura de las cámaras, que ocurrió en 17 de enero, reapareció el torysmo mas decidido que nunca á la resistencia. Aunque el proyecto fué atacado en cuanto á sus detalles en la cámara de los comunes por M. Croker, sir A. Vyvyan, el marqués de Chandos y sir Roberto Peel, prevaleció por una mayoría de ochenta miembros; y en la de los pares renovóse la pelea con toda tenacidad, y pidióse nueva dilacion. Empero los lores Harrowby, Wharncliffe, Haddington y el obispo de Lóndres, que comenzaban á recelar que una resistencia mas larga podia acarrear funestas consecuencias, y temian sobre todo una nueva creacion de pares que en su concepto no podia menos de comprometer el honor y la dignidad de la cámara alta, declararon de improviso que votarian por la segunda lectura, cuya declaracion escandalizó á sus cólegas y los acarreó el epíteto humillante de *Wavereze* (hombres inconstantes). El conde Grey que se levantó el primero para votar la segunda lectura, dirigiéndose á los lores, les suplicó que no se equivocáran sobre el silencio que á la sazon guardaba el pueblo, silencio que no debia atribuirse, como algunos lo hacian sin duda, á indiferencia por la cuestion, cuando cabalmente era efecto de aumento de interés. «Puedo afirmar, dijo, »con certeza á vuestras señorías, que el pueblo nos »observa mas atentamente que nunca.» El conde de Shrewsbury, decidido partidario del proyecto, tomó entonces la palabra para combatir los argumentos de los que temblaban tocar la Constitucion, y preguntó audazmente de qué males habia salvado al país aquella Constitucion que tanto prendaba á algunas personas. «Hemos tenido, dijo, guerras dispendiosas, 800.000,000 »de libras esterlinas de deuda, motines y rebeliones, »crisis comerciales, dificultades rentísticas, y ahora el »estraño y doloroso espectáculo de una poblacion activa »é inteligente sumida en la pereza y muriendo de ham»bre en medio de la abundancia: ¿dónde estan pues »las ventajas de tal Constitucion? Para probar su ver»dadero valor, no hay en mi concepto mas que un reme»dio, que es votar el plan de reforma y adoptar medidas »capaces de patentizar el mérito real de la Consti»tucion: así podrán los pares reconquistar las simpatías »de la nacion y obrar bien, que es lo único que deben am»bicionar. Una de dos: ó ellos hacen justicia al pueblo, ó »el pueblo se hará justicia á sí mismo.» Dirigiéndose en seguida hácia el banco de los obispos, en que tan firme apoyo habia encontrado siempre la aristocrácia, dijo: «Si el clero conociera bien sus propios intereses y del »modo que es capaz de comprenderlos, se convenceria »de la necesidad de conducirse como debiera para cum»plir con sus obligaciones en cuanto al país. Los obis»pos hasta el presente se han mostrado con sobrada »frecuencia enemigos del pueblo, agentes voluntarios »de la tiranía, partidarios y cómplices del despojo y de »la corrupcion. Ya les ha llegado el tiempo de haber de »ofrecer al pueblo una compensacion por tantos años »de injusticias y ultrajes.» Manifestóse entre los pares la mas viva sensacion al escuchar tal lenguaje, que el conde de Limerick no titubeó en denunciar como una de las consecuencias de la emancipacion católica, segun siempre lo habia previsto; aunque confesaba que no pensaba oir al primer par católico del reino semejante filípica, no solo contra la existencia de la cámara de que hacia parte, sino tambien contra el órden de cosas existentes hacia un siglo. Con respecto al duque de Wellington y al conde de Mansfield, condenaron con doble enojo el proyecto después de la declaracion de los lores Harrowby y Wharncliffe.

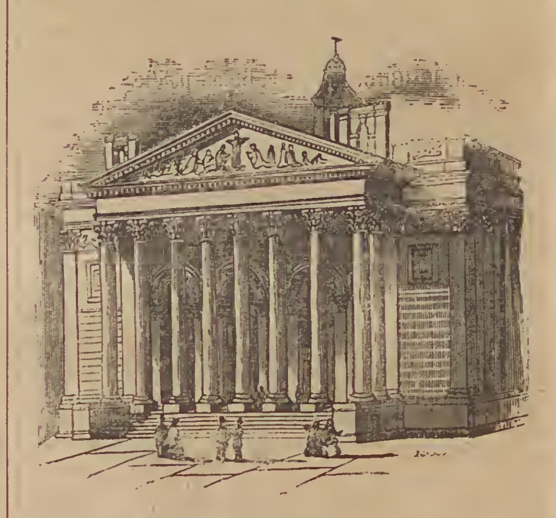
Pasadas dos sesiones en debates de este género, quien abrió la tercera hablando con energía contra el proyecto de nueva creacion de pares, fué el conde de Winchelsea. «Si se adopta semejante medida, dijo, »abandonaré este asiento al instante, é iré á vivir en »el retiro, hasta que mas felices dias me permitan ven»gar las leyes escarnecidas de mi país, y citar ante los »pares á un ministro que se hace reo de una conducta »tan inconstitucional.» El duque de Buckingham habló de una manera mas exasperada todavía: nada era en su entender *el cólera* comparado con el funesto contagio con que amenazaba á la Constitucion el proyecto. El conde de Falmouth, el marqués de Bristol y sobre todo los obispos temblaban á la sola idea del fatal golpe que la reforma podia descargar en su esplendor y riquezas, y así esplicáronse en igual sentido, siendo los de Lincoln y Exeter los mas implacables contra el proyecto y sus partidarios. En la cuarta sesion por fin, lord Duram, después de personalidades bastante vivas entre él y el obispo de Exeter por causa de una frase de este estampada en el *Times*, procuró justificar á los ministros acusados por lord Wellington y lord Mansfield de haber pervertido el espíritu público y escitado á la nacion á pedir la reforma por tanto tiempo rechazada, y adoptada á la sazon hasta por los que mas la habian contrariado. «Esto es una injusta »imputacion, dijo: ¿y en qué hechos la fundan los no»bles pares? Yo lo ignoro. Si en estos quince años se »ha estudiado y discutido una cuestion, es segura»mente la de reforma en la representacion nacional. »Desde la revolucion no ha cesado esta materia de ser »para los hombres ilustrados del país su testo predi»lecto: después de 1783, época en que se presentó la »célebre peticion de Yorkshire, no ha perdido el pue»blo de vista esta cuestion, la cual siempre ha sido »tratada con mas ó menos energía, segun los tiempos »y las circunstancias. Declaro por lo tanto que la im»putacion del noble y valiente duque carece de funda»mento, y que está en un error completo cuando pre»tende que es nueva la idea de la reforma, y que hace »poco tiempo preocupa esta al pueblo: declaro que se »equivoca igualmente al atribuirla á la influencia de »las revoluciones de Bélgica y Francia. Decir que el »espíritu de reforma se ha robustecido y tomado un »aspecto mas temible desde cuatro ó cinco años acá, »no puedo negar que es incontestable; y esto es en gran »parte resultado de la negativa de los pares desde hace »muchos años á conceder privilegios electivos á pobla»ciones considerables como Leeds, Manchester y Bir»mingham, en tantas ocasiones como al efecto se han »presentado; esto proviene además de la inutilidad de »las tentativas tantas veces hechas en el parlamento »para refrenar la corrupcion de las comarcas de Pen»ryn, Grampound y East-Betford, trasladando sus »prerogotivas á otros pueblos que mas las merecieran: »esto proviene sobre todo de que la clase media, parte »tan considerable é importante de la sociedad, se ha »penetrado de esta gran cuestion, la ha estudiado y »meditado, y se ha identificado con ella, bastando tan »poderosa influencia para patentizar la razon de la »preponderancia que ha adquirido tal deseo de refor»ma, y para probar la imposibilidad de satisfacer á la »nacion sin la realizacion del proyecto.

»Después de la revolucion de 1688, añadió, el ob»jeto constante de todos los debates parlamentarios ha »sido el poner trabas al poder despótico del trono: desde »aquella época de menoscabo para la corona, siempre »ha dependido esta de dos partidos rivales é igualmente »poderosos, entre los cuales ha mediado una lucha per»pétua y á veces encarnizada, habiendo sido ellos los »que desde entonces han gobernado el país tan pronto »bien, tan pronto mal, al tenor de los principios de la »faccion dominante. En tan largo tiempo ha consentido »el pueblo en reconocer la supremacía de las altas cla»ses del Estado, habiéndose sometido á quedar escluido

»de todos los privilegios políticos; pero de cincuenta »años acá ha ocurrido un gran cambio en el estado so»cial, cuyos dos estremos, hasta allí tan distantes, se »han aproximado gradualmente. El pueblo, al adquirir »luces, ha concebido naturalmente deseos de lograr las »prerogativas de que carecia, y la continuacion de tal »esclusion ha debido producir un trastorno político de »la mas destructora índole. El derecho y la propiedad »que autorizan á las clases medias á reclamar sus pri»vilegios, son reales y positivos, cualquiera que sea en »este punto la opinion del duque de Wellington, que »quiere pintarlas como pobres y mendigas. Muy lejos »de esto, importan á cada paso sus riquezas el doble y »triple de las de las clases mas elevadas; y en cuanto á »su inteligencia, es fácil convencerse de haberla obser»vado las poblaciones de comercio, las sociedades cien»tíficas y literarias, las asociaciones é instituciones que »aspiran al progreso y perfeccion del espíritu humano. »¿No están sostenidos y protegidos todos los estableci»mientos útiles por el ejemplo, las investigaciones labo»riosas y los recursos de las clases medias, ínterin las »nobles, colocadas en un escalon mas alto y aisladas en »medio de las otras, no ambicionan mas que su lujo y »caprichos, ni se ocupan mas que de gozar sin parar la »atencion en la inutilidad de su existencia?

»Tal es el estado de las cosas. Pregunto en conse»cuencia, continuó lord Durham, si debe entrar en el »espíritu de la Constitucion el escluir de los privilegios »políticos y del poder esa inmensa parte de la sociedad »que posee talentos, capacidades y riquezas: pregunto »si es justo tratarla así, porque en otro tiempo y en cir»cunstancias tan opuestas á las de hoy no haya sido lla»mada á formar parte de la clase privilegiada. ¡Ojalá que »esta Constitucion no produjera en su estado imperfecto »efectos mas funestos! ¡Ojalá que estas clases privilegia»das llenasen fielmente sus deberes para con su país! ¡Qué »cúmulo de hechos no tendria que citar si fuera menester »probar hasta qué punto han faltado á dichos deberes! »Pero no es preciso citar mas que algunos. Cuando des»pués de la revolucion se comenzó á hacer la aplicacion »del sistema parlamentario, sistema lleno de vicios y de »corrupcion, ascendia la deuda nacional á 16.000,000 »de libras esterlinas, y al fin de la última guerra subia á »cerca de 800.000,000 de libras: durante este tiempo se »aumentaron los gastos públicos desde 5.500,000 libras »hasta mas de 94.000,000, y la contribucion de pobres »desde 1.000,000 hasta 7.000,000 de libras. Solo en el »reinado de Jorge III se prodigaron 27.000,000 en sub»sidios á las potencias continentales, habiendo ascen»dido en esta misma época los gastos marítimos y mili»tares á 928.000,000: de modo que este lujo de guerra »que se juzgó oportuno tolerar, costó mil millones á In»glaterra... Y cuando tales gastos y prodigalidades sin »límites acarrearon la carestía y las calamidades de toda »especie; cuando al descubrirse abusos tan monstruosos »se manifestó el descontento y se dejaron oir murmu»llos, ¿qué remedios se emplearon? ¿El de la concilia»cion? ¿El de las concesiones? De nada de esto se echó »mano, sino de los medios posibles de represion y vio»lencias... y viendo el pueblo invadidas sus libertades y »disipados sus recursos por una cámara que solo en teo»ría era guardadora de ellos, principió a fijar su aten»cion en el sistema electoral y en el medio mas á propó»sito para elegir los miembros que hubieran de compo»nerla en lo sucesivo, dando á la nacion representantes »fieles de sus sentimientos, y defensores sinceros de »sus intereses. ¿Qué cuadro se ofrecia entonces á las mi»radas investigadoras del pueblo? Representantes com»prados, unos por los nobles, otros por los pecheros; »estos por magistrados, que traficando impunemente »en las elecciones, vendian los asientos del parlamento »al mejor postor; aquellos procurando su vuelta á la cá»mara por otras corrupciones vergonzosas: aquí se veia »que un castillo del cual apenas dependia un escaso ve»cindario, y á veces ninguno, enviaba dos miembros al »parlamento, y allí una ciudad poblada por millares de »habitantes carecia de representacion parlamentaria.

»Hé aquí, milores, razones suficientes en mi con»cepto para que el sistema de reforma que domina ac»tualmente en las masas, cese de atribuirse á la in»fluencia del ministerio ó de las revoluciones de Francia »y Bélgica, como pretende el noble duque. Pero permi»tidme, milores, que os pregunte si antes de resolveros »á tan tenaz resistencia, habeis comparado las fuerzas »de los dos partidos que estan frente á frente: pensad »que por un lado estan la corona, la cámara de los co»munes y el pueblo, y por otro doscientos pares sola»mente. ¿Habeis calculado todos los riesgos que correis »aislándoos así en medio de la nacion? ¿Aguardais ven»cer el enojo del pueblo fortificando vuestras moradas? »Considerad que el cañon no es siempre un medio se»guro de defensa, como lo prueba lo que últimamente »aconteció al duque de Newcastle. Los soldados pueden »ser fieles guardadores; pero hay momentos de peligro »en que no son mas que defensores impotentes.»



La Bolsa.

Hablaron tambien otros pares y obispos en gran número en un sentido el mas desfavorable al proyecto, y disgustado el de Glocester del virulento ataque del conde de Shrewsbury al banco de los prelados, no dejó pasar la ocasion de replicarle severamente. A su vez recogió el conde Grey ciertas frases del obispo de Exeter, que daban á entender que su conducta habia sido guiada por miras ambiciosas. «Permítaseme, dijo, afirmar al »reverendo prelado, que lo mismo se abriga un corazon »ambicioso bajo un traje sacerdotal que el laical.» Pasando en seguida á la creacion tan temida de nuevos pares, que se le atribuia principalmente, dijo: «Esta es »una medida á que nunca se ha recurrido mas que en »casos muy raros, en que era necesaria para evitar una »colision funesta entre ambas cámaras. Por largo tiempo »y por muchas razones me he opuesto á tal medida; mas »creo firmemente que en el actual caso es de absoluta »necesidad, y que en nada se aparta de los principios »de la Constitucion.» Después de muchas dificultades triunfó por fin el ministerio por una mayoría de nueve votos solamente, y hecha la segunda lectura del proyecto, cerráronse las cámaras hasta despues de Pascuas; pero como el duque de Wellington se hallaba muy mortificado por esta victoria ministerial, hizo insertar en los periódicos una protesta contra esta segunda lectura, habiendo sido firmada aquella por setenta y cuatro pares y seis prelados. En el intervalo que medió entre

el 17 de abril y el 7 de mayo, dia señalado para la nueva reunion de las cámaras, agitáronse otra vez los ánimos por la cortísima mayoría alcanzada por el proyecto, organizándose las asociaciones y reuniones políticas. En Leeds hubo una gran asamblea en que se votó un mensaje al rey, pidiéndole una creacion de nuevos pares: en Birmingham sucedió otro tanto el 27, habiéndose designado allí dia para una junta general en que se reunieron todas las asociaciones de los condados de Warwick, Worcester y Stafford: el lugar escogido al efecto era una vasta pradera situada al pié de la montaña de Newhall. Esta reunion tenia algo de monstruosa: una sola division, la del Norte, se componia casi de cien mil personas: ocupaba en su marcha una estension de cuatro millas de largo, y contaba ochocientas cincuenta banderas, y mas de veinte comparsas de músicos. Tras de muchos discursos que respiraban el mas marcado espíritu de resolucion, y fuéron aplaudidos con el mas ardiente entusiasmo, dirigióse á la cámara de los pares una peticion, suplicándola no entregara á la desesperacion hombres animados por los mas generosos sentimientos; que no les obligara á mayores exigencias rechazando imprudentemente el proyecto de reforma, sino que lo elevara á ley sin introducir en él ninguna variacion. En Birmingham la union política se declaró en sesion permanente hasta la definitiva adopcion del proyecto: otro tanto se hizo en Liverpool, Manchester, Sheffield, Edimburgo, Glascow, Paisley, Dundee y en todo el Sur de Inglaterra. La reforma habia llegado á ser el grito universal, la señal de reunion de todos los condados, de todas las ciudades: esta sola palabra animaba todos los espíritus, despertaba la audacia, y movia como por encanto las poblaciones enteras. En los mensajes y peticiones se llamaba al rey *áncora de esperanza*, *áncora de salvacion*, *refugio en la empestad*, y todo respiraba la espresion de la mas firme confianza en el ministerio. La asamblea de Edimburgo, que se celebró en el parque de Holyrood, contaba cincuenta mil personas. La efervescencia popular era aun mas terrible en Londres que en ninguna otra parte; pues hubo una convocacion estraordinaria de la union nacional presidida por José Hume, y en la peticion dirigida á la cámara de los pares se habló en el tono mas audaz, no titubeando en declarar, que en caso de ser rechazado ó mutilado el proyecto, debian esperar que se les negáran las contribuciones, y que desde entonces consideraria la sociedad anuladas todas sus obligaciones, pudiendo resultar de este paso hasta la estincion de todas las clases privilegiadas y la abolicion de la dignidad de par.

Tal era el estado de los ánimos cuando el 7 de mayo volvió á reunirse el parlamento. A consecuencia de la obstinacion de los torys, la cual, lejos de debilitarse parecia robustecerse con el tiempo, era imposible que el ministerio alcanzara la victoria sin nueva creacion de pares: en virtud de la conducta del rey y la seguridad que repetidas veces habia dado de confianza en sus ministros, creíase poder contar con su firmeza, y en esta inteligencia encamináronse á Windsor el conde Grey y el lord canciller Brougham, á fin de obtener su consentimiento á aquella medida que para lo sucesivo era ya indispensable; pero advirtieron con gran disgusto que el rey vacilaba, y era evidente que le embarazaba la oposicion de los torys, y que temia sus reconvenciones y los resultados de semejante precedente. Entonces declararon los ministros, que si el rey se resolvia á desechar el proyecto, se hallaban dispuestos á resignar sus empleos; Guillermo, todavía incierto, pidió algunas horas para reflexionar, y al dia siguiente por la mañana, ora por efecto de su repugnancia al plan, ora por debilidad y temor de malquistarse con la aristocracia, hizo saber á los ministros que aceptaba su dimision.

Pero ya era demasiado tarde para tratar sin desacierto de resistir al torrente de la opinion pública. Aquella noticia, semejante á un grito siniestro de guerra, hizo levantar á la nacion en masa: por un movimiento espontáneo incorporóse á la cámara de los comunes para obrar simultáneamente con actividad y armonía, y el poderoso partido de la reforma tomó una actitud la mas amenazadora. El mismo dia de la dimision de los ministros púsose en sesion la union nacional, y en el espacio de pocas horas se aumentó con tres mil doscientos el número de miembros. Allí se resolvió por unanimidad, que habiendo sido vendida la causa del pueblo por la mas pérfida y vil cámara, estaban autorizados y recomendados los *meetings* en todos los condados, ciudades, parroquias y en todo el reino, á fin de prevenir los males que pudieran resultar en tales momentos de la indignacion general; que se dirigiera una peticion á la cámara de los comunes para que inmediatamente se nombrasen comisarios para recibir los subsidios, en razon á que no se permitiria á los lores de la tesorería disponer de ellos hasta que se adoptara el proyecto.



Embarcadero del ferro-carril de Birminghan.

En el consejo que se congregó el 10 de mayo en Gildahall, anuncióse, que habiendo negado S. M. á los ministros los medios de hacer pasar el plan de reforma en la cámara, á pesar de que habia pasado en la de los comunes y merecia los votos de todo el pueblo, los que habian aconsejado tal negativa habian comprometido la estabilidad del trono y la tranquilidad del país, y que en consecuencia se hallaban autorizados los comunes á rehusar los subsidios hasta la completa adopcion del proyecto. Declaróse en otra asamblea con el mas independiente y atrevido lenguaje la resolucion de no reconocer ninguna administracion que se atreviera á arrogarse el derecho de gobernar sin el plan de reforma, y desencadenábase el encono principalmente contra el duque de Wellington, á quien se atribuia el secreto deseo de gobernar con la espada. Ni el mismo rey era respetado, pues se le reconvenia abiertamente por haber escuchado malos consejos, y cedido á influencias perniciosas. Pero los ataques mas encarnizados eran los que se dirigian á la cámara de los pares, á quienes se llamaba hombres corrompidos y sin sangre, amigos ardientes de todo despotismo, y representantes de D. Miguel y Fernando. En la taberna del Ancora y de la Corona reuniéronse tumultuariamente los electores de Westminster con O'Connell á la cabeza, el cual sobrepujó á todos los oradores precedentes por la vehemencia de su palabra. No bien se supo en Birmingham la noticia de la dimision, cuando aparecieron cubiertas todas las paredes con carteles que decian: «No se pagará impuesto alguno, ínterin no se adopte la reforma.» Quinientos miembros nuevos acudieron inmediatamente á alistarse en el estandarte de la union, y todos los habitantes de la ciudad y sus cercanías se juntaron á la falda de la montaña de Newhall, á fin de votar una

peticion á la cámara de los comunes para que no se pagáran los subsidios, para que se concediera la facultad de llevar armas, y fuera permitida la defensa en caso de necesidad. Igual peticion se hizo en Manchester el dia que se supo la renuncia del conde Grey, habiendo sido firmada dicha peticion por veinticincomil personas. Realizóse la misma diligencia en Liverpol por la sociedad denominada *Union para la reforma*, la cual se congregó en Claytonsquare, presidida por el vizconde Molineux, hijo del conde de Sefton. Igual efervescencia que en Inglaterra habia en Irlanda y Escocia, y así en todas partes se tropezaba con abierta rebelion, y de todas maneras se trataba de adoptar las medidas mas vigorosas de resistencia.



Teatro de la City.

Animándose desde luego los torys con la caida del ministerio, y regocijándose demasiado pronto por el triunfo que la debilidad del rey acababa de darles sobre sus adversarios, procuraban pintar al conde Grey como hombre obstinado y ciego, que mas bien habia perjudicado que servido á la causa de la nacion, y pensaban que iban á volver ellos al ministerio, sin prever la prontitud con que se frustrarian sus cálculos. El rey, que á pesar de la dimision del conde Grey y sus cólegas no habia salido de su estado de perplejidad, llamó á lord Lindhurst para preguntarle sobre el estado de la opinion con respecto á la medida que acababa de rehusar, y autorizarle para formar un nuevo ministerio que estribara en la reforma. El monarca impuso esta condicion espresa, y lord Linhurst se apresuró á participársela al duque de Wellington; siendo una cosa muy curiosa el que el noble lord, cuya repugnancia á la reforma habia sido hasta entonces tan violenta y manifiesta, apareció de repente muy dispuesto á ceder de sus opiniones y á arrostrar la crítica, afirmando que no deseaba ningun empleo, y mucho menos el de primer ministro; pero que si eran absolutamente precisos al rey sus servicios, estaba pronto á obedecerle y sacrificarse por él de cualquiera manera que se creyera conveniente. Después de muchas conferencias entre los pares, acordóse por fin que se ofreciera el cargo de primer ministro á sir Roberto Peel; pero este no era hombre de dejarse coger tan facilmente en el lazo, y así, menos ambicioso de honores y de mando que solícito por ser consecuente consigo mismo y fiel á sus opiniones, no aceptó, convencido de que con la antipatía sincera y decidida que tenia á la reforma, le seria imposible satisfacer á su rey y á su país. Es cierto que el puesto de primer ministro era delicado y peligroso para un tory, en el estado de exasperacion en que entonces se hallaban todos los ánimos: la nacion parecia estar resuelta á no ceder lo mas mínimo, y era indispensable resolverse, negando las concesiones reclamadas, á una guerra encarnizada que podia terminar de una manera tan desastrosa para la aristocracia: era evidente por lo tanto que los torys, al paso que nada mas ansiaban que ocupar el banco ministerial, abrigaban temor, y que nadie osaba presentarse como jefe y aceptar la responsabilidad terrible de primer ministro. Tras de muchas negociaciones y pasos inútiles, lord Lindhurst participó por fin á S. M. el resultado de su mision, y el rey, que probablemente quiso entonces no haber aceptado tan precipitadamente la dimision del conde Grey, se vió precisado á llamarle. Las negociaciones y conferencias que tuvieron lugar entre el rey y el duque de Wellington antes de la reposicion del ministerio Grey, fueron para los enemigos de su Gracia nuevo motivo de crítica y personalidades, sin que la prensa dejara escapar esta ocasion de ejercitar su sátira. No fué la última la ciudad de Londres en atacar en una peticion de estraordinaria audacia al duque por la intencion que se le suponia de volver al ministerio; y entonces pudo juzgar el acusado hasta qué estremo le habia hecho odioso su oposicion al plan de reforma; habiendo sido tan violento aquel desenfreno, que se creyó obligado en la primera sesion de los pares á dar una especie de justificacion de su conducta en los diez dias de crísis. Quejóse tambien lord Lindhurst del indecoroso encarnizamiento de la prensa, cuya poderosa licencia tomaba cada vez mas osadía, y contestó igualmente á los cargos que en la cámara de los comunes le dirigió sir Francisco Burdett, quien le habia tachado de haber olvidado su deber como juez al obedecer las órdenes de su soberano. «El honorable baron, dijo, deberia saber que como juez soy »miembro del consejo privado y estoy obligado á dar á »S. M. consejos, no solo cuando me los pide, sino tambien siempre que me parezca amenazar al trono ó al »pais algun riesgo.» El conde Grey declaró que nada añadiria á lo que tenia dicho, por no aumentar el resentimiento de los pares; que á ellos tocaba decidir hasta qué punto debian sacrificar sus opiniones; que no pretendia imputarles ninguna intencion vituperable, ni imponerles ninguna regla de política ó de buena fé; que sin embargo no podia prescindir de manifestar su sorpresa de que en una ocasion como esta, en que la cámara y el público aguardaban una esplicacion cuerda y moderada de los pasos en que él y el baron de Lindhurst se habian encontrado, se abandonaron por el contrario á la animosidad y á las invectivas contra los ministros y el proyecto de reforma. Repitiendo en seguida lo que ya habia dicho, añadió: «La reforma para »ser satisfactoria debe ser lata, como lo prueba súficien»temente la misma confesion de sus mas vigorosos ad»versarios.» Y después de espresar su reconocimiento á la bondad de S. M. para con el y sus cólegas, terminó manifestando que el rey no le habia restituido su empleo, sino por la firme conviccion de su celo y poder para asegurar al proyecto un completo triunfo.

La vuelta de lord Grey al ministerio fué celebrada con muestras de júbilo, habiendo sido votados mensajes de felicitaciones y de gracias á los ministros por todos los meetings de la capital y del reino. Ya no podia sostenerse por mas tiempo la lucha, viéndose forzados los lores á ceder si no querian ver al rey crear nuevos pares, como lo habia prometido á lord Grey en el caso de persistir la cámara alta en su oposicion. Reconociendo por fin los antireformistas la imposibilidad de impedir el triunfo del proyecto, adoptaron el partido de retirarse momentáneamente en virtud de una advertencia secreta del rey, en número de cerca de ciento, entre los que se hallaba el duque de Wellington. Los demás prestaron su adhesion en número de setenta y cinco; así contó con plena mayoría el ministerio, adoptóse el proyecto con general satisfaccion, y el 7 de junio dióse por comision la sancion real. Los proyectos que reformaban

igualmente las elecciones de Escocia é Irlanda, pasaron á su vez sin mucha dificultad, el uno el 3 de agosto, el otro el 5, y el 7 se publicó definitivamente la ley; habiendo dado esto márgen á fiestas y regocijos, tanto mas vivos, cuanto que esta victoria habia costado tan cara, y el temor de no obtenerla le daba mas y mas realce. Resolvióse de este modo al gusto de la nacion entera la grande é importante cuestion que hacia tanto tiempo preocupaba á todos los espíritus, tenia paralizados todos los asuntos, y sembraba la discordia y anarquía en el reino. Calmóse poco á poco la pasion que habia exaltado al partido de la oposicion mucho mas que el convencimiento; sobrepúsose la sana razon á la ciega prevencion, y solamente la ignorancia, el absurdo orgullo de bandería ó de mala fé, se obstinaron todavía en negar la justicia y necesidad de la reforma; y de todos cuantos habian resistido mas fuertemente esta medida, ninguno entró mas francamente en su espíritu que sir Roberto Peel, ni comprendió mejor la marcha constitucional que era menester darla para llegar á sus mas apetecibles resultados. Era además este personaje el mas capaz de todos los torys, notables por su mérito y cualidades para apreciar el espíritu de una reforma que habian tornado inevitable la fuerza imperiosa de las circunstancias y el movimiento rápido y progresivo de las inteligencias.



Teatro de la Victoria.

Tratábase ahora de una empresa tan grande y difícil como la de que prevaleciera el plan de reforma, por la cual se intentaba corregir y mejorar todas las instituciones del reino, que mas ó menos habia contaminado el tiempo con abusos y corrupciones. El ministerio wigh conocia la necesidad de manejarse en tal materia en términos de patentizar á la nacion que la obra de la reforma no era ni una vana palabra ni una quimera. «Los torys, dijo lord Jhon Russell en un discurso al »intento, querian hacer del proyecto una especie de »juguete para divertir al pueblo, sin ningun resultado »ventajoso para él ni para su posteridad; mas nosotros »queremos una reforma positiva, y así yo prefiero las »mejoras prácticas debidas á nosotros solos, á todas las »teorías abstractas y á los ejemplos tomados del estran»jero. Queremos que la influencia popular pueda com»batir libremente y reprimir los abusos, disminuir los »gastos exorbitantes del Estado, rejuvenecer y pu»rificar nuestras instituciones, corregir sus defectos y »restituirles su verdadero espíritu: queremos que los »intereses de todas las clases sean pesados con justicia, »no por esas personas llenas de preocupaciones y par»cialidad, que fingen abogar por el pueblo imitando su »lenguaje para mejor usurpar su herencia, sino por los »legítimos representantes del mismo pueblo, por esos »representantes llamados á ser su sosten y el de la mo»narquía, no menos que el reflejo de la nacion ilustrada »que los honra con su confianza.»

Apenas se sancionó la ley de reforma, comenzóse á tratar con actividad de la eleccion general para el primer parlamento que debia organizarse al tenor de dicha ley. Emitiéronse esta vez los sufragios sin tumulto ni desórden, hasta en las ciudades mas populosas, habiéndose terminado todo en el espacio del tiempo prescrito por la ley. Ya se echaba de ver un cambio ventajoso en las elecciones, pues al menos por el momento parecian haberse remediado los antiguos manejos y las intrigas habituales, pudiendo ser mirado este primer ensayo como un presagio para las elecciones futuras. Tres partidos entraban ahora en la liza: los ministeriales, los torys ó *conservadores* y los radicales, faccion siempre exagerada, que con ojo avizor se proponia aguijonear al ministerio, no dejar pasar nada sin censurarlo severamente, y entorpecer con todas sus fuerzas cuanto le pareciera abusivo y reprensible. Casi todas las elecciones fuéron favorables al ministerio; en varios condados prevalecieron los candidatos torys, y en Escocia los wighs; pero en Irlanda, donde estaba por aplacarse la fermentacion, y continuaba O'Connell fulminando contra un plan de reforma que en su concepto propendia demasiado á la aristocracia, y ningun remedio introduciria en el sistema de injusticia bajo que gemia su patria, el ministerio pudo prever una intrépida oposicion en las elecciones de este país, que fuéron puramente irlandesas.

Por mas que la cuestion de reforma absorbió todas las demás cuestiones, la nacion no permaneció indiferente á lo que acontecia en el continente: Inglaterra tenia demasiado interés en observar la política de los demás gobiernos y en estudiar los motivos de su conducta, para no ignorar nada de lo que pasaba en torno de ella, ni olvidar su habitual vigilancia. Ninguna potencia llamaba entonces su atencion é inquieto desvelo mas que la Rusia, que intervenia en la contienda de Turquía y Egipto; y así decidióse el ministerio á fines de junio á enviar al conde Grey en mision especial á la corte del Czar. Habia tambien otro país en el cual se hallaban fijos los ojos de la nacion con dolorosa ansiedad y con una simpatía mayor que la que hasta entonces se habia podido esperar de la fria política de su gobierno. Aquel país era Polonia. Uno de los que con mas elocuencia y habilidad hablaron sobre este punto, fué el coronel Evans; pero su discurso, que tenia por objeto demandar la ejecucion de los tratados firmados por Rusia y las demás potencias europeas acerca de Polonia, no surtió efecto alguno. La conducta actual del gobierno ruso era en su concepto la infraccion mas abierta del tratado de 1815, y él la consideraba como una especie de agresion contra los otros gobiernos, como una violacion manifiesta de la ley de las naciones, siendo las guerras de Persia y Turquía consecuencias que venian en apoyo de esta agresion, y que probaban por parte de Rusia un secreto deseo de engrandecimiento territorial. «Créese generalmente, dijo, que esta potencia ha »sido el principal obstáculo para el establecimiento de »un gobierno constitucional en Nápoles, Piamonte y »otros estados de Italia; es igualmente cierto que la es»pedicion de Francia á España es debida sobre todo á »la influencia de la Rusia, y hoy se coronan todos estos »hechos, que nada puede justificar, con una conducta »atrozmente cruel para con Polonia.» Sir Francisco Burdett habló tambien sobre el mismo asunto con una elocuencia no menos digna de elogio, y combatió á sir Carlos Wetherel, quien inclinándose al partido de Rusia, como verdadero tory de la escuela de Castlereagh, sostenia que ningun tratado habia infringido esta potencia, y que Inglaterra interviniendo para sostener la independencia de Polonia hubiera obrado de la manera mas impolítica. Interin procuraba el gobierno inglés justificar su frialdad y cruel neutralidad en cuanto á Polonia, en los mismos términos poco mas ó menos que Francia lo hacia por su parte, sin que ni la una ni el otro produjeran el menor efecto de conviccion sobre el espíritu público, la ciudad de Liverpool, en otro tiempo

la mas activa de Inglaterra en favorecer y proteger el comercio de esclavos, de que sacaba inmensos beneficios, daba un ejemplo chocante del progreso que ella habia sufrido bajo el aspecto moral y filantrópico. Celebróse en dicha ciudad una gran reunion pública, en que se discutió sobre la necesidad de abolir entera y lo mas prontamente posible la esclavitud de las colonias: M. Thompson, miembro de una de las sociedades filantrópicas de Londres, hizo en presencia de mas de ocho mil oyentes una esposicion elocuente y patética de todos los males provenientes del sistema colonial. M. Peter Borthewich, campeon declarado de la esclavitud y abogado de los hacendados indios, esforzóse, pero en vano, por refutar este discurso y desmentir los hechos citados por M. Thompson: la esclavitud, tachada para siempre como una invencion inmoral y deshonrosa para la humanidad, fué condenada altamente y sellada con la reprobacion por el mismo país en que pocos años antes habia encontrado tanta acogida.

En virtud de un tratado firmado entre Francia é Inglaterra para evacuar á Amberes, ocupada por los holandeses, las escuadras combinadas dieron la vela en Spinthead, bloquearon el Escalda, y embargáronse todos los buques holandeses que habia en los puertos de Francia é Inglaterra. Entre tanto entraba el ejército francés en Bélgica y atacaba á mediados de noviembre á la ciudad de Amberes, bajo las órdenes del mariscal Gerard. Hasta el 24 de diciembre no fué obligado el general Chassé á capitular. Por la negativa del rey de Holanda á restituir los fuertes de Lila y Leifkenshok, y á abrir la navegacion del Escalda, quedó prisionero dicho general, y hasta el 24 de mayo del siguiente año en que se firmaron los preliminares de la paz por Francia, Inglaterra y Holanda, no se alzó el embargo de los buques holandeses, ni se soltó al general Chassé, ni volvió á ser libre la navegacion del majestuoso Escalda.

El heredero presunto, que era la princesa Victoria, á la sazon de edad de 14 años, comenzaba á interesar vivamente á la nacion, la cual cifraba en ella las brillantes esperanzas que su sólida educacion prometia realizar algun dia. En este año visitó dicha princesa una parte de Inglaterra y del país de Galles, acompañada de su madre la duquesa de Kent, y la acogida que tuvo en todas partes debió hacer en su alma una impresion viva y profunda. Después de recorrer sucesivamente Chester, Hardwick, Chesterfiel, Matlock, Alton-Abbey donde fué recibida por el conde de Shrewsbury, Lithfield, donde fué cumplimentada por el cuerpo municipal y el clero, y gran número de castillos en que fué tratada con la mas obsequiosa hospitalidad, encaminóse á Worcester, Droiwich, Bromsgrove, Wytham y Oxford, donde la hizo los honores el conde de Abingdon. Los jóvenes de la ciudad organizados en guardia de honor la escoltaron á la universidad, en que fué arengada por el vice-canciller. Si la duquesa de Kent que respondia por su hija no habló en latin como la sábia y erudita Isabel en otro tiempo, no por eso dejó de hacerlo con toda la oportunidad y dignidad que exigia el caso. «Desearia vivamente, dijo, »que la princesa pudiera ver y observar en cuanto le »permita su juventud todo lo que ofrece de interesante esta célebre universidad. El estudio de la his»toria de su país la ha enseñado que al mérito rele»vante y á los talentos distinguidos de los hombres »educados en esta universidad, debe la patria su rango »é importancia. Vuestra fiel adhesion al rey, y la me»moria que conservais de la proteccion que siempre os »ha dispensado bajo la autoridad paternal de su par»lamento, me aseguraban anticipadamente la recep»cion lisonjera que se haria á su sobrina. Creed que »todos mis pensamientos y afanes tienen por objeto ha»cerla por su educacion acreedora á justificar las es»peranzas puestas en ella por la mas grande y mas »libre de las naciones.»

CAPITULO CXIX.

CONTINUACION DEL REINADO DE GUILLERMO IV.

(Año 1833.)

Tan borrascoso era el principio de este año en Irlanda, como lo habia sido el fin del otro, y el pago de los diezmos continuaba siendo motivo de revueltas y violencias. Solamente en Inglaterra se habian hecho sentir algunos efectos de mejora, pues en Irlanda todavía no pasaban de esperanzas los beneficios de la reforma, hallándose el pueblo irlandés demasiado oprimido, demasiado abrumado de privaciones y padecimientos, y demasiado cansado de las desgracias del presente para abrigar valor y contar con un porvenir que hacia siglos no era para él mas que una quimera. El espíritu de rebelion tomó entonces una estension tan espantosa, que el gobierno juzgó oportuno revestir al virey de poderes estraordinarios. En la primera sesion del nuevo parlamento, que el rey abrió en persona, no pudo menos de hacer alusion á tales disturbios y de esponer la necesidad absoluta de reprimir aquellos escesos de insubordinacion; y esta parte del discurso régio que pasó sin dificultad en la cámara de los pares, fué acogida con la mas viva indignacion por la de los comunes. El fogoso é intrépido O'Connell no



Daniel O'Connell.

vaciló en decir en su destemplado lenguaje, que aquel discurso era tan inconstitucional como brutal y sanguinario, y que siendo además una especie de declaracion de guerra que él siempre habia aguardado, declaraba que todos los agravios que en lo sucesivo se irrogáran á Irlanda, recaerian sobre los wighs, á quienes acusaba de haber violado el tratado de Limerick y de haber sido en todos tiempos enemigos mortales de su país. Encargóles por fin que hicieran justicia á Irlanda, y que probáran de este modo la inutilidad de la revocacion de la union que tanto se demandaba. M. Stanley reconvino al orador con un tono cáusticamente severo, que lejos de hacer volver al agitador á los límites de la moderacion, solo sirvió para provocar mas su acrimonia. Puede creerse que todas las medidas rigurosas que el rey y el parlamento juzgaban oportuno tomar, fuéron rechazadas vigorosamente por el partido radical, que impaciente por desarrollar sus medios y ensayar su influencia, aprovechó con avidez esta ocasion de afilar sus armas, habiendo por lo tanto manifestado los radicales que no se unieran á los ministros para aprobar medidas que tendian á encender la guerra civil en Irlanda. Desde entonces no cesaron de resonar en la cámara de los comunes quejas amargas de los irlandeses y discursos arrebatados de O'Connell. Empero el proyecto que tenia por objeto el apaciguar las

turbulencias de Irlanda y el someter los distritos rebeldes á una especie de tribunal militar, después de ser combatido ardientemente por espacio de seis dias y sostenido por el partido tory que juzgó conveniente ponerse en este caso al lado del ministerio, fué aprobado definitivamente el 10 de abril por una mayoría de doscientos cincuenta y nueve votos. De estos debates resultó que el secretario de Irlanda y M. Stanley, que habian apoyado las medidas de represion, se tornaron mas hostiles que nunca á los irlandeses y á O'Connell, habiendo sido reemplazado el primero por sir John Cam Hobhouse, y habiendo aceptado el segundo el empleo de secretario de las colonias en lugar del vizconde Goderich, que fué nombrado lord del sello privado y creado conde de Rippon.



Cámara de los Comunes.

La principal de las reformas que habia que realizar en Irlanda, era la relativa á las enormes rentas de la Iglesia protestante, cuya opulencia era mirada con igual descontento por los católicos y los espíritus independientes y escépticos, que considerando todo establecimiento religioso como un abuso, pretendian que las propiedades y rentas de cualquiera clase de Iglesia eran otros tantos bienes distraidos de los recursos del Estado. Sin participar de la exageracion envidiosa de los unos, ni de la injusticia impía de los otros, el ministerio se conformó á consecuencia del proyecto presentado por lord Althorp y de resultas del exámen de las rentas de la Iglesia, que ascendian á mas de 800,000 libras esterlinas, con que se estableciera sobre los obispados y algunos beneficios un impuesto proporcionado á su valor, cuidando de esceptuar de tal carga los beneficios de menos de 2?0 libras. Al tenor de estas nuevas medidas, las rentas demasiado considerables del primado y del obispo de Derry debian reducirse respectivamente á 10,000 y 8,000 libras; y la suma resultante de estas reducciones debia invertirse en aumentar las dotaciones de los beneficios pobres, en mejorar generalmente el estado miserable del clero bajo, y en remediar otra multitud de abusos. Comprendia además esta reforma algunas supresiones de cabildos y de empleos inútiles, y la reunion de ciertos obispados, resultando de todas estas innovaciones la economía de 3.000,000 de esterlinas, sin inferir ningun perjuicio á la existencia y al bienestar del clero alto; de suerte que dicha suma podia servir de una manera mas acertada, tanto al Estado como al clero bajo irlandés, á la sazon reducido á un estado tal de indigencia por lo módico de sus asignaciones y por la falta de pago de los diezmos, que cuantos carecian del ánimo y la salud necesarios para soportar el rigor de su suerte y para contentarse por todo alimento con leche y patatas, se veian precisados á abandonar sus beneficios. Pero este proyecto de ley, que tenia por objeto una reforma tan útil é importante, tropezó con poderosa oposicion en la cámara alta, muchos miembros de la cual anatematizaban tal plan por propenso á destruir la Iglesia protestante.

Triunfaron sin embargo los partidarios de la idea de lord Althorp, no habiéndose adoptado después de largos debates mas que un corto número de todas las variaciones propuestas. Segun estas, la suma de 3.000,000 de libras esterlinas procedente de las reducciones y supresiones, en lugar de aplicarse á las necesidades del Estado como marcaba el proyecto de lord Althorp, debia ser depositada en manos de comisionados eclesiásticos, á fin de que siempre que hubiera precision fuera invertida en las urgencias de la Iglesia: los eclesiásticos que actualmente ejercian sus funciones debian ser eximidos del impuesto prefijado á los beneficios, y á él solamente quedarian sujetos sus sucesores. El proyecto, que habia pasado en la cámara de los Comunes por una mayoría de doscientos setenta y cinco contra noventa y cuatro, fué por fin aprobado en la de los Pares el 13 de julio por una mayoría de ciento treinta y cinco contra ochenta y uno. A esta medida se sucedieron algunas otras de auxilios, tales como un empréstito de 60,000 libras esesterlinas, y una suscricion á cuya cabeza se pusieron los nombres del rey, de la reina y duquesa de Kent, cuyo ejemplo imitaron los grandes dignatarios de la Iglesia, y así envióse una cantidad considerable al arzobispo de Armagh, para que la distribuyera entre los eclesiásticos pobres. Nombráronse en seguida dos comisiones para examinar el estado de las corporaciones de Irlanda y de las clases obreras.

Uno de los mas importantes trabajos de esta primera legislatura del parlamento reformado, fué el relativo á la esclavitud de las Indias Occidentales; y la misma disposicion que preceptuaba la estincion definitiva de la servidumbre desde 1.° de agosto de 1834, concedia á los propietarios una anticipacion de 20.000,000 de esterlinas para compensar la pérdida que les iba á dimanar de tal reforma. Ahora se trataba de orillar los graves inconvenientes que no podian menos de resultar de esta emancipacion otorgada repentinamente á la poblacion esclava, siendo menester dar á su libertad un noble intento, y á su inteligencia progresiva una direccion útil y honrosa. No habia duda alguna de que la cesacion improvisada del trabajo de los esclavos acarrearia enormes perjuicios al comercio y á la renta del país: por lo tanto, en virtud de un artículo de la medida en cuestion, todo negro liberto debia permanecer por espacio de seis años de aprendiz con su amo, y sujeto á cierto número de horas de trabajo en la semana.

Así el privilegio de libertad concedido de súbito á unos hombres hasta entonces esclavos, no podia redundar en menoscabo de los intereses de la sociedad; el propietario conservaria una ventaja; y puesto el negro en la imposibilidad de abandonarse á la holganza y de volver á caer en el idiotismo de su vida primitiva, adquiriria poco á poco los hábitos de una existencia laboriosa, haciéndose cada dia mas capaz de apreciar los verdaderos beneficios de la libertad. En el proyecto concebido al efecto por el espíritu generoso y bienhechor de M. Stanley, declarábase que los esclavos se prepararian al completo goce de sus derechos de libertad por cierto tiempo de aprendizaje, durante el cual no estarian sometidos á nada de cuanto tiende á degradar al hombre á sus propios ojos; no serian contrariados ni violentados en su culto religioso ni en su

instruccion, ni serian sujetados á ningun castigo corporal, y su testimonio seria admitido por la ley, y respetada su familia. A fin de completar una obra tan filantrópica, arreglar lo relativo á la instruccion religiosa de las colonias, y determinar de una manera clara y precisa las mútuas relaciones de amos y aprendices, acordóse que se enviáran á aquel país hombres ilustrados é íntegros que habian de ser revestidos de todos los poderes necesarios para obrar como magistrados. Este proyecto, uno de los mas memorables de la época, fué adoptado el 12 de junio.

El objeto de que con la mayor atencion se ocuparon en seguida las cámaras fué el comercio, que bajo una representacion liberal debia necesariamente tomar una vasta estension, libertándose de las trabas que todavía lo encadenaban: disminuyéronse por lo tanto los derechos de importacion de algunos artículos, como el te, ramo de comercio tan considerable. Envióse una comision comercial á Francia, país en que Inglaterra tiene mas que en ninguna otra parte interés en hallar conformidad de ideas y de politica, habiendo resultado de tal comision que las prohibiciones referentes á la esportacion de la seda en bruto, artículo importante para las manufacturas inglesas, fuéron por fin abolidas. La condicion de las clases obreras, siempre olvidadas y descuidadas por el interés mucho menos urgente é imperioso de las clases superiores, fué tambien tomada en consideracion, y por una disposicion del parlamento, en que resaltaba un espíritu verdadero de caridad y humanidad, redújose el trabajo diario de los jóvenes, de quienes se habia abusado repetidas veces en términos de acarrear funestas consecuencias, haciendo víctimas de las desgraciadas criaturas: proveyóse á su educacion y se les proporcionó mas facilidad para instruirse; habiéndose nombrado inspectores para vigilar severamente la ejecucion de las medidas que tendian á asegurar á la nueva generacion las inapreciables ventajas de la salud, instruccion é industria. Distinguióse pues este primer año de reforma, por mejoras, si no grandes, al menos reales en cada parte de la administracion; disminuyéronse los impuestos en 1.545,000 libras esterlinas, y verificóse una reduccion enorme en los gastos del ejército y de la marina. Hiciéronse pesquisas severas en todas las corporaciones, y en especial en las sociedades de compadrazgo y corrupcion dirigidas por los torys, en las cuales mas que en ninguna otra parte habia necesidad de vigilancia de reforma, no habiendo abusos algunos que tan peligrosamente pesasen sobre la poblacion de las ciudades municipales, como los provenientes de dichas corporaciones, cuyo espíritu se hallaba completamente pervertido. Por estas variaciones fué totalmente abolido el antiguo modo de eleccion que hacia cuatrocientos años existia en Escocia, como vicioso y capaz de producir los mas nocivos abusos. En fin, merced al celo que mostró el parlamento en estas sesiones por corregir y mejorar la administracion, refundir y rejuvenecer las viejas instituciones, poner el órden y la economía en lugar de la dilapidacion y de la prodigalidad, y la moderacion y la prudencia en lugar del abuso y de la imprevision, la nacion pudo concebir grandes esperanzas y sentir renacer en sí una confianza á que hacia mucho tiempo no estaba acostumbrada. Así, cuando el 29 de agosto cerró el rey el parlamento, no pudo aquel menos de tributar á este los elogios merecidos por lo árduo y perseverante de sus tareas.

Interin penetraba insensiblemente el espíritu de reforma en el gran cuerpo constitucional, reanimando todos los partidos, no carecian de interés para Inglaterra los sucesos que ocurrian en el continente. Por mediacion de sir Stratford Canning, embajador en Constantinopla, fijáronse definitivamente los límites del reino de Grecia de un modo á propósito para preservarlo de los ataques de sus antiguos opresores; y el príncipe Othon de Baviera, escogido por las potencias mediadoras y aceptado por los griegos, subió al trono de Grecia, repuesta tras de tantos siglos de esclavitud y desdichas en el rango de las naciones europeas. Portugal estaba á punto de sufrir una revolucion que no solo iba á poner fin á la tiranía que tanto le habia hecho padecer desde la usurpacion de D. Miguel, sino que además, con mucha satisfaccion de Inglaterra, iba á restablecer entre ambas naciones las relaciones que con tanta impaciencia deseaba la Gran Bretaña, toda vez que por tanto tiempo habia podido reputar á Portugal como una provincia ó factoría inglesa, por lo dominante que su influencia era en este reino. Llegó por fin el momento del triunfo para D. Pedro y su hija, habiendo sido cogida la armada de D. Miguel por el almirante Napier, levantado el sitio de Oporto, entrado el ejército libertador en el Tajo, y proclamada doña María en Lisboa. Renunciando entonces el gabinete británico á la política incierta del ministerio Wellington, no vaciló en romper la neutralidad que hasta allí habia creido conveniente observar, y envió una numerosa escuadra que mandada por el almirante Parker entró en el Tajo para defender la causa de D. Pedro, quien no tardó en ver que su hija recuperaba todos sus derechos y que D. Miguel era espulsado del trono que habia usurpado y envilecido con sus crímenes y crueldades. Desde entonces quedaron establecidas entre Portugal é Inglaterra las relaciones políticas y comerciales que estaban interrumpidas hacia algunos años; y aunque esta última potencia no podria ejercer una influencia tan grande como antes, fué sin embargo bastante para no vacilar en otorgar al reino de Portugal una proteccion de que estaba segura reportaria grandes ventajas. Mediante tal revolucion, que puso fin á un reinado borrascoso y sanguinario, volvió á ser Portugal uno de los grandes mercados de Inglaterra, logrando así el premio con que de antemano contaba al armar su escuadra. Francia cooperó lo mismo que la Gran Bretaña á la espedicion; mas no debia sacar utilidad alguna: al unirse estas dos pot ncias y tomar las armas por D. Pedro y su hija, ambas tenian su móvil, pero diferente el uno del otro; pues el de los franceses era la gloria y nada mas, y el de los ingleses su interés comercial.

CAPITULO CXX.

CONTINUACION DEL REINADO DE GUILLERMO IV.

(Año 1834.)

Una gran cuestion ocupó la atencion de las cámaras durante esta legislatura, y fué la revocacion de la union de Irlanda demandada por O'Connell. Jamás, decia el agitador, ha cometido Inglaterra un error mas grosero que el suponer que ella tiene el menor derecho de dominacion sobre aquel país: el decreto de union se habia aprobado sin que en su concepto gozara el parlamento de ninguna competencia para tal medida, habiéndose empleado al efecto los mas vituperables y deshonrosos medios, y siendo notorias la mala fé é injusticia que habian presidido á todos los actos relativos á esta union. Su largo y hábil discurso tendia pues á probar el riesgo inevitable con que la continuacion de la union amenazaba á ambos países, y pedia en consecuencia que Irlanda, regida hasta entonces, no por leyes constitucionales, sino únicamente por el espíritu del despotismo, fuera puesta en posesion de su legislacion nacional. M. Spring Rice, de contrarias opiniones, se apresuró, en una réplica notable tambien por su habilidad, á enumerar las muchas ventajas que Irlanda habia logrado con la union. Afirmaba que revocar el decreto de union y esperar mantener la armonía entre las dos naciones, era una idea contraria á todos los principios posibles de gobierno, y desmentida por la esperiencia de lo pasado. Si llegaba á pronunciarse la revocacion, no dudaba que seria destruida muy pronto la monarquía constitucio-

nal, y sustituyéndola la mas imperiosa y violenta democrácia, el pueblo seria estraviado al instante por el espíritu de partido y por el encono terrible que este engendra, y así no tardaría en abusar del poder que se le confiara sin estar preparado, recayendo males sin cuento sobre Irlanda. Terminaba este discurso solicitando que en un mensaje al rey declarara la cámara de los comunes su firme determinacion de mantener la union legislativa de Irlanda y la Gran Bretaña. Sir Roberto Peel usó de la palabra para aprobar las opinionnes de M. Spring Rice, diciendo que lo hacia con conviccion de corazon y de cabeza; y repitiendo una frase pronunciada en otro tiempo por M. Canning, esclamó: «Revocar la union es restablecer la heptarquía.» No titubeaba en afirmar que del mantenimiento de la union dependia la seguridad del reino: sin aquella podria llegar Inglaterra á no poseer algun dia mas que la cuarta parte de su poder, y quizá volveria Irlanda á la barbarie. Para dar á estas islas el carácter de una potencia importante, era indispensable que estuvieran reunidas y gobernadas por un jefe supremo y una legislacion suprema. «La union, dijo, cuenta hoy treinta y tres años de existen»cia, durante los que han pasado tantos sucesos como ca»ben en siglos enteros, y de todos los estados europeos »solo la Gran Bretaña ha quedado intacta de toda agresion »estranjera, merced á sus ejércitos, que reuniendo sus »gloriosos esfuerzos, han trabajado en comun por la »victoria.» Adoptado el mensaje por una mayoría de quinientos veintitres contra treinta y ocho, fué trasmitido á la cámara de los pares, la cual aprobó por unanimidad lo votado por los comunes, entrando completamente en las miras de estos. El rey en su respuesta aseguró á las cámaras con gran satisfaccion de estas, que habia recibido con placer su protesta de conservar inviolablemente la union, manifestando por su parte la firme resolucion de ejercer enérgica y fielmente los poderes de que se hallaba revestido, defender la nacion de toda tentativa encaminada á dividir el reino, y de procurar con el mayor conato el alejamiento de todo motivo de queja, sancionando cualquiera medida concebida en interés y mejora del Estado.

A esta cuestion de revocacion que casi unánimemente era rechazada en Inglaterra, á escepcion de los agitadores á cuya cabeza tronaba diariamente O'Connell, agregábanse otras que versaban sobre varios puntos, y que si tenian numerosos adversarios, tenian tambien numerosos partidarios. Estas cuestiones eran referentes á la Iglesia de Irlanda. Muchas personas, que rechazaban la idea de la revocacion de la union, deseaban la desaparicion de la Iglesia protestante, ó al menos variaciones y economías que consideraban como la causa de las turbaciones y de la miseria que afligian á Irlanda: otros pidiendo la revocacion no se proponian mas que la destruccion de la Iglesia que estaba en oposicion con la suya: otros además entraban en las miras de dichos dos partidos, no porque desaprobáran la union en sí misma ni porque abrigasen encono especial contra el protestantismo, sino porque pensaban que habia como una especie de impiedad en enlazar así una institucion religiosa cualquiera con el Estado, y á sus ojos envolvia la mayor injusticia el forzar á los de una Iglesia á adoptar los principios de otra. Estos últimos nada menos intentaban que atacar las rentas y la existencia misma de la Iglesia de Irlanda. Si en el ministerio hubiera habido uniformidad sobre esta cuestion, indudablemente hubiese dominado pronto á aquellos reformadores turbulentos, mas aptos para destruir que para reformar. Pero hallábanse divididos los ministros: unos admitian la desigualdad de la distribucion de las rentas eclesiásticas; otros condenaban tal desigualdad como injusta y perjudicial, y proponian con razon medidas capaces de impedir en adelante las penalidades, vejaciones y todos los males que necesariamente debian dimanar de semejante estado de cosas. De esta divergencia de opiniones y de los repetidos debates que se suscitaron, resultó un estado de cisma y de confusion tal, que los ministros, á trueque de orillar las dificultades que por todas partes les rodeaban, nombraron una comision para examinar el estado de la Iglesia de Irlanda; y lord Stanley, sir James Graham, el duque de Richmond y el conde de Rippon hicieron dimision.



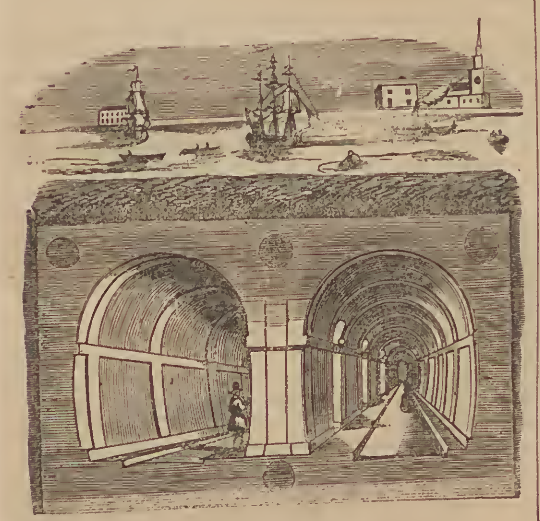
Puente colgante.

Esta especie de desercion alarmó á los amigos de la reforma, y lord Ebrington, uno de los mas decididos partidarios, temiendo probablemente que lord Grey abandonara el ministerio, dirigióle un mensaje firmado por la mayoría de los comunes, invitándole á no dejar su puesto, y manifestándole que la nacion, llena de confianza en él, le miraba como al único ministro en quien podia descansar con seguridad. Lor Grey respondió que jamás sacrificaria ninguno de los principios en que habia basado su administracion; pero que no podia prescindir de los embarazos y dificultades que le imponia el inmoderado deseo de innovacion que trabajaba los ánimos; que se lamentaba de ser apremiado tan viva y constantemente á adoptar medidas cuya necesidad no se justificaba enteramente, y todavía no las habia meditado lo bastante para aplicarlas á la Iglesia y al Estado; y que sin tales principios, ni esta administracion ni ninguna otra podria obrar con seguridad y buen éxito.

Entre las medidas propuestas con respecto á Irlanda, habia una que tendia á variar el sistema del diezmo, á modificar y á facilitar el modo de pagarlo. Esto era sin duda un alivio, ó al menos podia parecerlo tal á los ojos de las personas moderadas; pero á los de O'Connell y otros enemigos inveterados de la Iglesia protestante no era nada, toda vez que no abolia definitivamente el diezmo; por lo cual atacaron con violencia la medida ministerial. Por el plan que proponia O'Connell y que aprobaban O'Connor, Shiel y Grattan, debian abolirse los dos tercios del diezmo; pero esta proposicion que dió márgen á debates muy largos, fué desechada con todas las demás enmiendas, habiéndose adoptado el proyecto presentado primitivamente por el ministerio.

El proyecto represivo que habian hecho necesario los disturbios y desórdenes de Irlanda en el año precedente, vino á ser otro motivo de polémica, y acarreó consecuencias que no se esperaban. Jamás habia preocupado tanto este país la atencion de las cámaras, y apenas se terminaba una cuestion, le sustituia otra: parecia que el parlamento queria por fin indemnizar á la Irlanda de la negligencia culpable con que hasta entonces se habian mirado sus intereses; bien que un defensor tan vigilante y poderoso por la palabra como el fogoso O'Connell, contribuia mucho por sí mismo á la importancia que su país después de tantos años de vergonzoso olvido habia adquirido repentinamente á los ojos de la nacion inglesa y de su gobierno, siendo muy cierto que si se

dispensaba ahora alguna justicia á Irlanda, y se le hacia por fin alguna reparacion, debia ser reputado O'Connell como uno de los elementos mas influyentes. Pero no siempre coronó el triunfo los esfuerzos del intrépido agitador, siendo una prueba de esto lo ocurrido con el proyecto coercitivo. Tratábase de renovar esta disposicion, cuyo término habia espirado en el mes de agosto de 1833, debiendo quitarse de ella la cláusula referente á los juicios en tribunales militares en ciertos casos; pero habia otras cláusulas que los agitadores deseaban quitar con preferencia á aquella, como por ejemplo, la que vedaba toda especie de reuniones políticas, privándoles de este modo de uno de sus mas grandes medios de influir. Los pasos que á este intento dió lord Wellesley mismo cerca de lord Grey, la carta que le escribió para decidirle á borrar la cláusula concerniente á dichas reuniones, hicieron sospechar fuertemente que el lugarteniente general se habia dejado arrastrar por O'Connell á reclamar aquellas concesiones. El conde Grey se pronunció de la manera mas esplícita contra tal demanda, así como el lord canciller; y en tanto que se trataba de esto en la cámara, M. Littleton, secretario de Irlanda, cometió la indiscrecion de conferenciar secretamente con O'Connell, revelándole algunos intentos del ministerio. Abandonándose el agitador á toda su vehemencia natural, dirigió á los electores del condado de Wexford un manifiesto lleno de amenazas y denuncias contra el ministerio wigh, á cuyo jefe denominaba charlatan insensato. M. Littleton, poniendo el colmo á la imprudencia de su conducta, lejos de impedir los clamores de O'Connell, prosiguió comprometiéndose por sus confidencias de una manera irreparable, y fomentándole en sus audaces tentativas. Es verdad que en virtud de las seguridades que le habia dado M. Littleton, de que la cámara no acordaria mas que una simple medida de represion, y que en el caso de juzgarse absolutamente necesario el proyecto coercitivo se suprimiria la cláusula en cuestion, prometió O'Connell refrenar la efervescencia de los ánimos y calmar las turbulencias, y aun retiró la candidatura que habia enviado al condado de Wexford, contando con el triunfo casi seguro; pero el ministerio y la mayoría de la cámara, con gran disgusto de unos y mucha sorpresa de otros, restablecieron en el proyecto la cláusula relativa á las asambleas públicas, viéndose precisado con esto el secretario de Irlanda á desmentir sus promesas. De estas intrigas é indiscreciones en que se comprometieron lord Wellesley, lord Althorp, M. Littleton y algunos otros miembros del ministerio, resultó que O'Connell, creyéndose engañado, dió rienda suelta á su cólera; que M. Littleton hizo dimision, la cual no fué aceptada; que fué materia de discusion en la cámara el cambio ocurrido en las opiniones de lord Wellesley; que O'Connell, irritado, exhibió toda la correspondencia que medió entre él y el lord lugarteniente; que descontento tambien lord Althorp al verse complicado en tal negocio, dió su dimision, y que convencido lord Grey de la imposibilidad de dirigir el ministerio sin el auxilio de lord Althorp, se decidió tambien á retirarse. Debióse por lo tanto á una intriga insignificante el fin de un ministerio que por su orígen y primeros triunfos podia ofrecer mas estabilidad; y el duque de Wellington y su partido, diestros en prevalerse de la ocasion de tan brusca é inesperada caida, dijeron que nunca se habia visto después de la revolucion tanta tergiversacion é inconsecuencia. Entonces fué llamado al ministerio lord Melbourne, secretario del Interior; y las medidas coercitivas que eran la causa de un cambio tan inesperado en la administracion, fuéron presentadas después de modificadas, el 18 de julio por lord Althorp, quien sintió probablemente su demasiado precipitada renuncia, y volvió en el nuevo ministerio á sus funciones de ministro de Hacienda. Aceptado el proyecto por la cámara de los comunes, lo fué igualmente el 29 por la de los pares; pero protestaron en contra los duques de Wellington y Cumberland y otros veintiun pares.



Tunel del Támesis.

Lo primero que llamó la atencion del nuevo ministerio fué la cuestion del proyecto relativo á los diezmos de Irlanda, cuyo asunto ocasionó vivos debates, no habiendo contribuido la manera con que se terminaron á dar una idea favorable de la administracion que acababa de formarse. Desestimáronse las enmiendas de O'Connell, y el proyecto, en concepto de M. Brougham, debia tambien desecharse completamente por la sola razon de haberle aprobado dicho O'Connell. Semejante lenguaje era patentizar hasta la evidencia la obcecacion y estravío de la pasion. Por fin fué rechazado el proyecto por una enorme mayoría, sin que al pobre clero irlandés quedára para subsanar tal contratiempo mas que una suscricion que la caridad nacional abrió en el mismo dia de tan mal resultado.



Lord Melbourne.

A semejanza de la Iglesia de Irlanda, tenia la de Inglaterra sus motivos de disturbios y disensiones: los disidentes que por su número, riqueza é influencia formaban una parte importante de la nacion, podian pretender la participacion de algunos privilegios de que estaban escluidos por diferencia en los dogmas religiosos, y creian ser la mayor injusticia el que se les obligára á sostener una institucion de que no hacian parte. Presentaron en consecuencia muchas peticiones al parlamento para que se les eximiera en adelante de los tributos de la Iglesia, y en muchos casos se les reputara

como separados de la Iglesia y del Estado. Entre todos los motivos de queja enumerados por los peticionarios, sobre ninguno insistian con tanta decision como sobre la ley que les impedia recibir grado alguno en las universidades de Oxford y de Cambridge, en tanto que no accediesen á firmar una declaracion de conformidad con la Iglesia de Inglaterra. Empero hacia algun tiempo que por un sentimiento de tolerancia habia juzgado necesario la universidad de Cambridge desentenderse de tal rigor, y admitir en su seno algunos miembros disidentes, conociendo la ventaja de esta indulgencia para las ciencias; en consecuencia setenta y tres miembros de dicha universidad, entrando en las miras de los disidentes, firmaron una peticion para la abolicion de los artículos condicionales que se presentaban á los candidatos para obtener grados en las artes, ciencias, leyes y medicina. Los disidentes reclamaban en su peticion que se aboliera la cláusula de conformidad á que estaban sujetos, y se les abrieran las universidades.



Bazar de modas.

Pero antes que se presentara el oportuno proyecto en cuya idea entraba gran parte del ministerio, alarmáronse las dos universidades, apoderóse la efesvercencia de los ánimos, y nada fué bastante para calmar la tempestad de la susceptibilidad y del orgullo de partido. Celebráronse juntas diarias, esparciéronse folletos, ocupáronse los periódicos de esta cuestion, y en la cátedra universitaria resonaron anatemas y predicciones funestas. M. Estcourt que queria aplazar la segunda lectura del proyecto por espacio de seis meses, y desaprobaba la admision de los disidentes en los colegios de Oxford y Cambridge, pretendia que introducirian indefectiblemente un sistema de educacion que propenderia á desunir la Iglesia del Estado, y á destruir la Iglesia establecida. Del mismo dictámen era M. Herbert: toda aquella gente, de creencia y denominaciones diferentes, no podia en su concepto enseñar las principales doctrinas de la moral y de la religion, sin tocar cuestiones escesivamente delicadas, y ninguna ventaja habia que esperar de un sistema tan vago como el de su teología, el cual era tan incompleto en todos sentidos; y en resúmen dijo, que el proyecto de que se trataba tendia á escluir poco á poco el clero actual de las universidades. M. Potter y otros muchos favorables al plan, sostenian que este con las alteraciones necesarias seria de tanta utilidad para las universidades como para los disidentes; que el sistema actual ponia contínuos obstáculos á los progresos de dichos disidentes en el foro y en las cátedras de medicina; que los principios esclusivos de las universidades no estaban en armonía con el espíritu de la época, y que debian ser reemplazados por otros. Por el contrario, M. C. W. Wynne hallábase persuadido de que el proyecto no era mas que el principio de una larga série de medidas, que si no se las ponia coto, acarrearian la destruccion de la Iglesia establecida y de todas las instituciones nacionales. Rebatiendo M. Spring Rice los ataques dados al proyecto, decia con razon que nada mas inconsecuente é injusto concebia que el método de la universidad de Cambridge, por el cual eran admitidos los disidentes á estudiar y seguir todos los cursos, siendo escluidos al mismo tiempo de todas las carreras á que debe conducir la instruccion. Al terminarse los estudios y al poder concurrir los disidentes con todos los demás de una manera gloriosa, era cuando se hacia intervenir el odioso principio de esclusion, y se rehusaba al discípulo, distinguido tanto por su conducta como por su instruccion y mérito, la recompensa á que era acreedor, solo porque pertenecia á los disidentes.

Nada habia á sus ojos mas injusto y repugnante. El se hallaba lejos de pensar como los que pretendian que la mezcla de sectarios de diferentes creencias podia ser perjudicial á la universidad y á las instituciones del país, pues la esperiencia probaba lo contrario. En Dublin eran admitidos los disidentes á la direccion interior de la universidad, sin que de ello resultara inconveniente alguno; y preguntaba: «¿Era la universidad menos »ortodoxa en sus principios, menos protestante en el »fondo del corazon? ¿Se habia entibiado por tal cosa el »celo de sus profesores, ni disminuido su poder é in»fluencia? Era sin duda de desear, añadió, que los »disidentes pudieran fundar universidades para los de »su creencia; pero no lo permitirian las universidades »protestantes, segun ya habia sucedido con las innu»merables dificultades que se opusieron á las tentativas »hechas con tal intento.»



Teatro de la reina.

M. Goulburn combatió todos los argumentos favorables al proyecto, y procuró demostrar todas las consecuencias funestas que podian resultar de él, reproduciendo con habilidad cuantas leyes y estatutos habian establecido y marcado el gobierno interior de los colegios. Segun el espíritu del plan propuesto, ninguna razon habia para que no fueran admitidos en las universidades protestantes los judios, turcos, socinianos é infieles de toda clase; lo cual era querer eximir á la juventud venidera de todo respeto y sumision á la religion del Estado, y separar el principio religioso de la educacion; ¿y á qué consecuencias tan terribles no podia conducir tal sistema? «Hubo tiempo, esclamó el honorable miembro, en que semejantes sentimientos hubieran provocado una reprobacion universal.» M. Stanley declaró, que aunque al pronto estuvo dispuesto á desaprobar el proyecto, por no creerle útil al interés de la

Iglesia establecida, no podia prescindir, desde que oyó á los disidentes y se penetró de sus principios, de desear que se introdujera alguna variacion en el sistema de la educacion universitaria, y en particular en los treinta y nueve artículos de fé á que tenia que someterse cualquier estudiante que solicitara su admision en alguna de las universidades protestantes.



Sir Roberto Peel.

Sir Roberto Peel desaprobaba igualmente el proyecto por muchas razones, y lo contemplaba como una disposicion que daria entrada en las universidades nacionales á los judios, á los infieles de toda clase, á los mismos ateos, á todo hombre que profesara una religion cualquiera, y aun á quien no profesara ninguna. «Asi, dijo, después »de haber abolido todas las incapacidades civiles de los »disidentes por la revocacion del juramento de protesta »y de los decretos de corporacion, después de haber »anulado las incapacidades civiles y políticas de los cató»licos por la medida de emancipacion, después de haber »realizado por el proyecto de reforma tan inmensos cam»bios en la constitucion parlamentaria, ¿debemos ó no »debemos mantener la religion establecida? Pero este »proyecto, que es hoy dia objeto de tantos argumentos »é insistencia, no seria útil á los disidentes, para quie»nes la conservacion de la Iglesia establecida es de tanta »importancia como para los demás miembros de la cris»tiandad, puesto que por ella y solo por ella son pre»servados de la supersticion por una parte, y del fana»tismo por otra, y se les aseguran los beneficios de la »tolerancia.» Por fin, tras de algunas enmiendas, leido el proyecto por tercera vez, fué adoptado el 28 de julio por una mayoría de ciento sesenta y cuatro contra setenta y cinco.

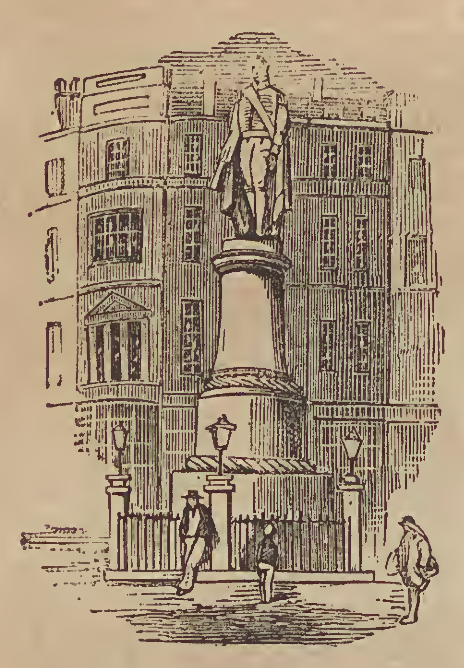
Nuevos y rudos ataques sufrió el proyecto que fué presentado á la cámara de los pares por el conde Radnor: pero hubo allí tambien elocuentes y poderosos defensores, entre los que se contaba el obispo de Exeter, uno de los prelados mas respetables y afamados por su instruccion y por la solicitud con que atendia á la juventud. Uno de los principales puntos de su discurso, lleno de tolerancia y sabiduría, fuéron los treinta y nueve artículos de fé que hacian la admision en Oxford mucho mas difícil que en Cambridge, donde no eran reputados como una condicion espresa de dicha admision. «Después de mas de cuarenta años, dijo, »que yo resido en la universidad de Cambridge, y trato »sin cesar con sus profesores y jefes del colegio, nunca »he visto ni oido decir que resultaria perjuicio alguno »de la facilidad con que ella admite. Allí estan some»tidos los hijos de los disidentes á la misma disciplina, »á los mismos reglamentos y á los mismos deberes re»ligiosos, que aquellos cuyos padres son de la Iglesia »establecida. Yo he visto á los hijos de ministros uni»tarios y de ministros protestantes concurrir juntos al »mismo grado, y alcanzar el mismo éxito y los mismos »honores, lo cual prueba que jamás ha habido entre »ellos injustas distinciones, ni para la instruccion, »ni para las recompensas. Parece por lo tanto absurdo »decir ahora á un disidente: os permitimos asistir á »nuestras lecciones y escuelas; os haremos sufrir los »exámenes necesarios para graduaros; os concede»remos segun vuestros progresos y vuestro mérito los »mismos honores que concedemos á nuestros discí»pulos de la Iglesia establecida; pero realmente no po»seereis el grado para el cual fuéreis examinados, »hasta tanto que os reconozcais miembros de la Iglesia »de Inglaterra. La universidad que proscribe tales con»diciones, obra con mas consecuencia, con mas razon »y verdadera dignidad, que la que engaña y desmo»raliza al discípulo á quien antes ha animado y esti»mulado. En virtud de estos motivos y de una larga »esperiencia estoy resuelto á apoyar la peticion de »Cambridge, que tantos debates ha ocasionado y que »temo será motivo de la mayor divergencia.» En resúmen, probablemente hubieran llegado á triunfar los disidentes, por cuanto los ministros que habian encontrado en ellos un sosten poderoso en las recientes elecciones, se hallaban bastante propicios á patrocinar sus pretensiones; pero el gobierno juzgó entonces oportuno que no pasara la cuestion mas adelante. Nada se decidió por lo tanto; pero aun cuando no se procedió con justicia, no dejaron los disidentes de reportar una gran ventaja de dichos debates, cual fué el haber patentizado sus miras y sentimientos, dando así un paso enorme hácia un triunfo completo.



Salon de Grecia.

Pero esta legislatura debia distinguirse por un hecho todavía mas importante que el relativo á las disidencias religiosas. Hablamos de la ley de pobres. Por el informe de la comision nombrada en la legislatura anterior, constaba que lejos de ser útiles habian sido perjudiciales en muchos casos las medidas al efecto adoptadas, ora por ser viciosas en sí mismas, ora por ser mal aplicadas. Abusábase pues del sistema adoptado acerca de los pobres, como lo acreditaba la pesquisa al intento practicada, probando además que de la mala aplicacion de la ley habian resultado graves inconvenientes á la propiedad, y que las clases laboriosas en lugar de ventajas reportaban continuos perjuicios de ella. Así por causa de los abusos que dimanaban del sistema vigente, y por los peligros que cada vez eran mas inminentes, viéronse precisadas mas de cien parroquias á tomar sobre los pobres una administracion particular, habiendo salido bien este ensayo,

al paso que por el método antiguo el mal se agravaba, el cultivo del suelo era abandonado en muchas comarcas, é iba en aumento con espantosa rapidez el número de mendigos. El plan de lord Althorp, que confiaba la ley de pobres á una comision investida de poderes estraordinarios, fué presentado el 17 de abril en la cámara, y proponia que se prohibiera y reformara el sistema de los donativos y limosnas, que se variara la forma de las juntas parroquiales, que se concedieran poderes discrecionales á las comisiones centrales, que se corrigieran otras muchas cosas que habian degenerado en abusos, que obligara á la madre de un hijo ilegítimo á cuidar de su subsistencia, y no se pusiera en prision al padre á fin de que no careciera de los medios de serle útil. Alzáronse muchas voces contra estas proposiciones, y en especial contra la última, que dejando á la madre toda la carga de la prole podia conducir á terribles consecuencias, y ser causa de infanticidios.



Estátua de Guillermo IV.

Lord Wynford rechazaba el proyecto, no porque aprobara la antigua ley de pobres, que confesaba ser viciosa, sino porque en su concepto eran ineficaces los remedios que se proponian, pareciéndole hasta agresoras y tiránicas varias de sus cláusulas. El benéfico obispo de Exeter tomó la palabra en favor de la desgraciada madre del hijo ilegítimo, pidiendo que no recayera la falta entera sobre ella, que no fuera sola para llevar el peso que la imponian la ley y su carácter de progenitora, y que el padre estuviera obligado á proveer á la subsistencia de su prole. El proyecto sufrió algunas variaciones en estas y otras cláusulas, y por fin fué adoptado después de la tercera lectura. Semejante ley se hallaba lejos todavía de llegar al término deseado, y no satisfacia mas que imperfectamente á quienes mas interesaba; pero aunque no pudiera remediar desde luego todos los abusos, ni disminuir sino poco la suma de miseria que agobiaba al pobre, merecia ser considerada como una gran mejora; y como ella ponia la facultad de obrar y socorrer en manos de un consejo central que habia de cuidar de su aplicacion prudente y bien entendida, debian tambien resultar inmensas ventajas á los labradores y propietarios territoriales. Pero como continuaron quejándose los que estaban impacientes porque se remediara cuanto antes la penuria que hacia algun tiempo los mortificaba, sobre esto presentó el marqués de Chandos una peticion á las cámaras, y entre sus miembros hubo muy poca conformidad acerca de los medios mas oportunos para acallar aquellos motivos de queja. Proponian muchos la reduccion de algunos tributos; y O'Connell, siempre dispuesto á salir de los límites de la moderacion y á aprovechar la ocasion de ofender al gobierno, queria que se atacara á la deuda nacional, declarando audazmente que Inglaterra, al paso que se llamaba la mas discreta de las naciones, habia reducido á la mitad la circulacion del dinero á fin de pagar á razon de treinta chelines por libra el numerario contratado á razon de veinte. Puede concebirse que este discurso provocaria la indignacion de la cámara, y así contestóle sir Roberto Peel dominado de cólera, que con dicho discurso acababa de resolver el negocio de la revocacion de la union. Como parecia imposible restablecer la paz en los campos y poner á los colonos en estado de socorrer á los pobres si ellos mismos no conseguian el alivio que era indispensable; y como por otra parte habia manifestado el ministro de Hacienda con sus cuentas que la renta nacional le dejaba un sobrante que podia ser aplicado á la reduccion de los impuestos, decidióse tras de alguna resistencia, que se adoptara la mocion del marqués de Chandos, y se aboliera el tributo sobre los perros de los pastores y sobre las ventanas de las granjas.

Las tentativas inútiles que se hicieron durante esta legislatura para disminuir impuestos mucho mas importantes que los sobredichos, para revisar las leyes cereales y facilitar la importacion y esportacion del trigo, para remediar en fin el estado de penuria que aquejaba á la agricultura, las manufacturas y al comercio, y las numerosas disputas á que dieron márgen sin cesar todos estos motivos de quejas y padecimientos, fuéron otras tantas causas que contribuyeron lentamente á alterar la popularidad del ministerio, y fuéron armas terribles de que sus enemigos supieron sacar gran partido. Estos se hallaban en sobrada mayoría para que el ministerio, que tenia entonces por jefe á un hombre muy inferior á lord Grey, no acabara por sucumbir; y el rey por otro lado, segun la opinion general, nunca habia deseado tanto como entonces una modificacion ministerial, ya porque estuviera sugerido por los torys que le rodeaban, y cuyos principios se uniformaban con los suyos, ya porque se hallara realmente descontento de las disposiciones del actual gabinete. Pero sus mas terribles enemigos se albergaban acaso mas bien en el partido radical que entre los torys. Los escritos de O'Connell, sus cartas á lord Duncannon, daban golpes mortales al ministerio wigh, no contribuyendo menos ciertos periódicos por su parte á desacreditar á lord Brougham y sus cólegas en el espíritu público. En medio de estas circunstancias acaeció la muerte de lord Spencer, padre de lord Althorp, ministro de Hacienda, y tal suceso, que llamando á este á la cámara de los pares, exigia el nombramiento de nuevo ministro y presidente de la cámara de los comunes, apresuró la disolucion del ministerio.

En esta ocasion fué cuando habiéndose dirigido lord Melbourne á ver al rey para tomar sus instrucciones sobre los cambios indispensables en la administracion, le anunció S. M. su intencion de encomendar al duque de Wellington los nuevos nombramientos. Con esto daba el rey una prueba patente de confianza en lord Wellington; pero no se justificaba debidamente la cesacion del ministerio existente; por lo cual puede inferirse sin errar mucho, que tal confianza régia no tanto era efecto de la suficiencia del gran general como de cierta conformidad de miras políticas, ó mas bien de la influencia de la reina, cuyo torismo se ajustaba perfectamente con el del noble lord. Así volvieron los torys al poder lla-

mados por el rey y favorecidos por el duque, que se apresuró á ofrecerle los servicios de su amigo sir Roberto Peel. Pero como este no esperaba que seria tan pronta la caida del ministerio Melbourne, viajaba á la sazon por Italia; lo cual fué para el duque una escelente ocasion de patentizar al rey su apego á Peel, ofreciéndose á encargarse de la direccion de los negocios hasta su regreso. Así quedó Wellington provisionalmente de primer lord de la Tesorería y de jefe del nuevo ministerio; lord Lyndhurst fué nombrado ministro de Hacienda en reemplazo de lord Althorp, continuando por el momento con el empleo de primer baron de Hacienda, lo cual hizo que lord Brougham se convenciera de una manera asaz mortificante del descrédito en que habia caido el ministerio wigh. Habiendo sabido en Francia, donde entonces se hallaba, el nombramiento del lord Lyndhurst, escribióle proponiéndole que se le creara primer baron de Hacienda, y añadiendo que deseaba este empleo sin ningun sueldo. A tal demanda respondió lord Lyndhurst, que nada podia hacerse en el negocio sin que regresara sir Roberto Peel, y esto dió á entender manifiestamente á lord Brougham que no habia agradado su proposicion; por lo que apresuróse á retirarla. Sir Reberto no titubeó en aceptar las altas funciones que se le habian ofrecido, y en seguida de su llegada entró en ellas, ocupándose inmediatamente de renovar el ministerio, que desde entonces se compuso de lord Lyndhurst, del conde de Roslyn, presidente del consejo, de lord Wharnalp, ministro del Sello privado, del duque de Wellington, secretario de Negocios estranjeros, de M. Goulburn, secretario del Departamento interior, de lord Aberdeen, secretario de las Colonias, de M. Baring, presidente del Consejo de Comercio, de sir G. Murray, gran maestre de Artillería, de E. Knatchbull, tesorero del ejército, del conde Grey, ministro de Marina, y de lord Ellemborough, presidente del tribunal de cuentas. Con respecto al título de primer baron de Hacienda que habia sido solicitado por lord Brougham, fué conferido á sir James Scarlett, quien debió probablemente este favor y el título de lord Abinger, no tanto á su mérito real, como al apoyo que prestó de improviso al partido wigh. Los principios que sir Roberto Peel se apresuró á esponer apenas subió al poder, y la firme declaracion que hizo al través de su sincero torismo, de obrar al tenor del espíritu de la reforma que decia considerarla como la solucion definitiva é irrevocable de la gran cuestion constitucional, aunque á propósito para inspirar confianza, no bastaron sin embargo para agrupar en derredor de él á los que mas deseaba, y no tardó en quedar sin el apoyo con qué habia contado. Los torys, que habian esperado encontrar en él menos patriotismo y mas conformidad de sentimientos, se mostraban poco satisfechos: los wighs no se le acercaban sino con la mayor desconfianza á pesar de su profesion de fé y sus promesas, y semejante ministerio, mal apoyado é incapaz de consolidarse, hallábase destinado á no tener sino muy poca duracion. El rey, en medio de las dificultades que surgian en derredor de él, tomó el partido de disolver el parlamento hasta el 19 de febrero de 1835.

En el trascurso de este año ocurrió un accidente que llenó de inquietud y pavor los ánimos: habiéndose prendido fuego al parlamento, no solo fuéron presa de las llamas las salas de las sesiones de ambas cámaras, sino tambien otras piezas de juntas y la biblioteca: inútiles fuéron cuantos esfuerzos se practicaron para salvar la capilla de San Estéban, curiosa por su antigüedad y estilo gótico, y solo á duras penas se logró preservar el viejo y respetable edificio de Westminster Hall, teatro de tan grandes escenas históricas. Entre los objetos cuya pérdida hubo que deplorar, contábase la sentencia original en cuya virtud fué ejecutado el infortunado Carlos I, una bella coleccion de libros, regalo del gobierno francés, y una tapicería que representaba la destruccion de la famosa armada. De tantos objetos artísticos y curiosos que alimentaron el furor del incendio, uno solo resistió como por milagro y fué encontrado intacto, el cual es la mesa de encina en que estaba apoyado el ministro Percebal cuando fué asesinado: el pueblo observó con una especie de asombro religioso, que las manchas de sangre no habian sido tocadas por las llamas.



Jardines de Vaushall.

Tras de las muchas conjeturas formadas sobre suceso tan deplorable, que muchos quisieron atribuir á intenciones criminales, pareció cierto que solo fué efcto de una imprudencia.

CAPITULO CXXI.

CONTINUACION DEL REINADO DE JORGE IV.

(Año 1835.)

Si bien la disolucion de las cámaras suspendió por un momento los debates entre los partidos políticos, no entibió la marcha de las intrigas parlamentarias; y así, hábiles los torys en usar de todos sus recursos para conseguir la preponderancia que ansiaban reconquistar, pusieron en movimiento todos los resortes poderosos de la riqueza en el intervalo que recorrió desde el 13 de diciembre al 19 de febrero: el clero echó mano de su influencia religiosa: disemináronse agentes por todos los puntos del reino, y nada se omitió á trueque de proporcionar partidarios á la causa llamada conservadora. Los radicales, después que los torys volvieron á mandar, incorporáronse á los wighs, contra quienes se habian desencadenado durante su dominacion; é Irlanda manifestaba no hallarse dispuesta á renunciar á los beneficios de la reforma, sino resuelta á libertarse de las cadenas que por tanto tiempo la habian aherrojado. Suscitóse desde luego una viva contienda por causa de la eleccion de presidente de la cámara de los comunes, para cuyo cargo se presentaban dos candidatos, uno de los que era sir Cárlos Manners Sutton, favorecido por los ministros, y el otro M. James Abercromby, reformador decidido, cuyo nombramiento se aguardaba en vista de la publicacion de una correspondencia entre él y lord John. Reuniéronse los miembros en el dia designado, y hacia mucho tiempo que no se habia visto una asamblea tan considerable. La mocion de sir Francisco Egerton en favor de sir Manners Sutton fué apoyada por algunos, y en seguida fué propuesto M. Aber-

cromby por M. Denison. Emprendióse entonces una larga pugna que se terminó por la eleccion de Abercromby, el cual triunfó de su competidor por diez votos. Esta decision, que era esperada con impaciencia, pudo indicar de una manera casi cierta la opinion que iba á dominar en el nuevo parlamento.

El rey abrió por sí mismo las cámaras, y después de los parabienes ordinarios por el estado floreciente de la hacienda pública y del comercio, recomendó vivamente á la atencion de ellas los intereses de los labradores, la cuestion del diezmo en Irlanda, su conmutacion en Inglaterra y el país de Galles, el mejoramiento de justicia en las causas civiles y eclesiásticas; y como no ignoraba la desaprobacion que se habia dado á la disolucion del parlamento, añadió: «Siento que no con»currais todos vosotros sinceramente conmigo al nuevo »llamamiento que hago hoy á mi pueblo; pero creed »que jamás ejerceré ninguna de las prerogativas que »poseo, mas que con el solo y grande objeto para que »se me han concedido, que es el bien público.»



Teatro de Sadler.

Desde los primeros debates conoció sir Roberto Peel los numerosos obstáculos con que tenia que luchar. En todas partes, y sobre todo entre los radicales que solo contemplaban en él un instrumento dócil del torysmo, descubria tantos elementos de oposicion, que desde entonces pudo esperar pocas ventajas de su ministerio; y sin embargo se determinó á llenar en toda su estension los deberes que se habia impuesto. Después de muchas disputas relativamente á Irlanda y á la corrupcion empleada en las elecciones, suscitóse de repente una contienda, de la cual hacián al parecer poco caso los ministros. Preguntóles M. Finn si era cierto haber sido presentadas al rey el 26 de febrero ciento ochenta y dos esposiciones por las sociedades orangistas, y si en las respuestas dadas á ellas se habia dicho haber sido recibidas con mucho placer por S. M. Dejando los ministros ver su sorpresa, alegaron por toda justificacion, que nunca habia sido reconocida jurídicamente la ilegalidad de las sociedades orangistas, y que á tales esposiciones se habia contestado en la forma ordinaria. M. Shiel, el radical mas exagerado y el orador mas fulminante después de O,Connell, pidió que presentáran los ministros copias de aquellos mensajes y de una carta escrita por lord Manners siendo canciller de Irlanda, á fin de conocer su opinion, y la del procurador y agente general acerca de la ilegalidad de las sociedades orangistas. Los ministros rechazaron esta última parte de la mocion, que fué retirada, y presentaron los mensajes y las respuestas.

En todas las discusiciones que entonces hubo, era fácil conocer la animosidad de los wighs contra el ministerio, los cuales se prevalian de cualquier ocasion para obrar contra los torys, combatiendo sus medidas y presentándolas bajo el punto de vista mas desfavorable. Tratábase de enviar á lord Londonderry de embajador á la corte de Rusia; pero esta proposicion, reputada no sin razon desde luego como un ultraje á la libertad continental, como una especie de aprobacion de los proyectos del despotismo y de la tiranía, como una confirmacion de la política del duque de Wellington y de lord Aberdeen, fué censurada en los términos mas enérgicos, y M. Shiel propuso un mensaje al rey, á fin de que se supiera lo que habia en el nombramiento en cuestion. Los ministros, para quienes habria sido probablemente difícil justificar de un modo satisfactorio aquella medida política, tuvieron la prudencia de no insistir en el nombramiento, y con no menos prudencia declaró lord Londonderry que renunciaba á tal mision.

Conforme á una de las advertencias hechas por el rey en su discurso de apertura, presentó el primer ministro á la cámara un proyecto encaminado á eximir á los disidentes de la obligacion de celebrar sus casamientos en las iglesias protestantes, cuyo proyecto se aprobó por unanimidad. Propusiéronse en seguida otras muchas medidas que tenian por objeto la resolucion de las muchas cuestiones que hasta entonces habian estado suspendidas, tales como las referentes al diezmo de Irlanda é Inglaterra y á los bienes temporales de la Iglesia de aquella. Pero los trabajos y pesquisas acerca de ellos sufrieron frecuentes interrupciones, siendo la última cuestion la que se ventiló con mas perseverancia, pues duraron sus debates tres noches seguidas. A consecuencia de una mocion de lord John Russell, que queria que las rebajas hechas en las rentas fueran destinadas á la instruccion religiosa de los miembros de la Iglesia protestante de Irlanda y á la educacion general de todas las clases cristianas, renováronse los debates, y la mocion fué por fin adoptada. En suma, como los planes que entraban en el sistema administrativo de sir Roberto Peel eran tan contrariados y entorpecidos por el partido de la oposicion, y como los wighs lograban casi en todas partes una mayoría tan decisiva, el primer ministro tomó la resolucion de retirarse, y el 8 de abril anunció á la ¡cámara que su penosa mision estaba terminada; que mientras abrigó la esperanza de contribuir con utilidad á los intereses del país, habia procurado resistir los disgustos y las amarguras que le habia acarreado el actual ministerio, cerrando los ojos á todas las consideraciones personales para no pensar mas que en los deberes que tenia que llenar con respecto á la nacion; pero que toda abnegacion tenia sus límites, y ya era llegado el tiempo en que debia retirarse de la arena de la discusion y de la escena política.



Estátua colosal de Aquiles, erigida por las Ladyes en honor de Wellington.

Así concluyó el ministerio *conservador*, que á pesar del celo de su jefe y de las intenciones puras y honrosas que le animaban, no consiguió inspirar la menor confianza. Lord Melbourne, á quien llamó el rey, recibió de nuevo el encargo de la formacion de otro ministerio, y de la direccion de los negocios. Para los esteriores y las colonias fuéron nombrados lord Pal-

merston, lord John Russell y M. C. H. Grant; lord Lansdowne para la presidencia del Consejo; lord Duncannon para el sello privado y la direccion de aguas y bosques; lord Auckland para Marina; sir J. C. Hobhouse y M. Poulett Thompson para las presidencias del tribunal de Cuentas y del Consejo de Comercio; lord Howick para el ministerio de la Guerra; lord Holland para la cancillería del ducado de Lancastre; M. Spring Rice para el ministerio de Hacienda; el conde de Mulgrave para lugarteniente de Irlanda; lord Morpeth para la secretaría, y lord Plunkett para la cancillería. Ilustrado por la esperiencia, debió este nuevo ministerio tener entendido que era indispensable obrar en adelante de acuerdo con el partido que poseia tanta preponderancia política, y se resolviera á seguir sin desviarse el camino de la reforma. Lord Melbourne podia considerar el corto ministerio de su predecesor como una útil leccion de que debia aprovecharse; bien que no era una empresa cualquiera el mantenerse firme é invulnerable entre las intrigas del partido conservador y las exageradas tendencias del partido reformador, el cual era tan inflexible en sus determinaciones, como tenaz el otro en sus rutinas; y llegar en medio de la borrascosa lucha de los bandos á reparar el edificio de la Constitucion rejuveneciendo su parte anticuada y consolidándola al mismo tiempo, era una obra que por la naturaleza de las circunstancias y por la exigencia de los ánimos parecia tan difícil como gloriosa.



Mercado de cereales.

Así que se terminó la organizacion ministerial, renovó el parlamento sus tareas administrativas el 12 de mayo, siendo la primera la relativa á la reforma municipal. La oposicion del duque de Wellington, y en especial la de lord Lindhurst, que fué poderosa por la habilidad que manifestó como jurisperito y orador, retardaron la adopcion del proyecto, que no se aprobó definitivamente en la cámara de los pares hasta el 8 de setiembre, prévias algunas modificaciones. Este asunto fué el mas importante de todas las discusiones parlamentarias, cuyos resultados fuéron en general mas favorables al ministerio en la cámara alta que en la baja. Cuando el rey prorogó el 8 de setiembre el parlamento, anunció á la nacion que se felicitaba de haber concluido con Dinamarca, Suecia y Cerdeña tratados que tenian por objeto abolir enteramente la esclavitud de los negros, y además espresó su satisfaccion por el principio de reforma que se habia realizado en las corporaciones municipales de Inglaterra. Habló igualmente de Irlanda, de las mejoras que en ella se habian ejecutado, merced á la tranquidad comparativa de que disfrutaba, y de la prosperidad que dentro de poco debia contar con recuperar dicha isla. Mas esta parte de su discurso no fué la que mejor llenó el objeto deseado: tal lenguaje habia perdido desde mucho tiempo atrás la facultad de revivir la esperanza, y así tuvo la suerte de todas las fórmulas vulgares consagradas por la costumbre, siendo por lo mismo su impresion casi nula.

La edad avanzada del rey y lo delicado de su salud le precisaban con frecuencia á abstenerse del placer de fomentar con su presencia las artes, las ciencias y las instituciones nobles y útiles, habiéndose esplicado por lo tanto mas de una vez con pesar sobre el particular. Jorge IV se habia aislado de su pueblo en los últimos años de su vida por indolencia y amor al reposo; pero cuando Guillermo IV tenia que aislarse tambien y renunciar á la vida pública para limitarse á la vida íntima, lo hacia forzado por una necesidad imperiosa. No pudiendo pues marchar este año á la universidad de Oxford para asistir á una gran reunion eclesiástica que debia celebrarse allí por causa del grado de doctor que habia de conferirse á ciertas personas, reemplazóle el 19 de octubre la reina Adelaida, la cual, acompañada de la duquesa de Sajonia Weimar, fué recibida en el teatro mayor de la universidad, hallándose llenas las galerías de mugeres engalanadas, y ocupado el salon por todos los profesores. Como canciller de la universidad, dirigió una alocucion el duque de Wellington á la reina, quien le respondió en términos oportunos. Confirióse entonces el grado de doctor en derecho civil al príncipe Ernesto de Hesse-Philipsthal, á los condes de Howe y Debingh, y á lord Ashley. Después de la ceremonia dirigióse S. M. á la casa consistorial, en la que fué felicitada por las autoridades civiles, y habiendo visitado en seguida la biblioteca, donde fué recibida y tratada magnificamente por el obispo y clero de la diócesis, dejó á Oxford.

CAPITULO CXXII.

CONTINUACION DEL REINADO DE GUILLERMO IV.

(Año 1836.)

La preponderancia recobrada por el partido wigh después del advenimiento de lord Melbourne, y el proyecto de reforma municipal en Inglaterra, habian vuelto á promover hacia algun tiempo las animosidades que por un momento parecieron haberse amortiguado; y otros proyectos semejantes que se presentaron para Irlanda restituyeron bien pronto á la lucha todo su encarnizamiento, y á las discusiones toda su acrimonia, las cuales, en especial en la cámara de los lores, fuéron vivas y animadas. Llamaron principalmente la atencion las quejas del clero protestante de Irlanda, y el duque de Newcastle hizo una mocion para que se sacáran recursos de las iglesias y capillas católicas, cuyo número segun afirmaba, se habia aumentado hacia algunos años en Inglaterra. En efecto, habia esperimentado el culto católico tal incremento de cuarenta años acá, que las iglesias, que antes no eran mas que treinta, ascendian actualmente á quinientas diez, habiéndose trasformado en Douvres y Kidderminster la mayoría de los templos protestantes en católicos.

Tambien eran notables los progresos de este culto en Escocia: en Glascow, donde treinta años antes apenas era conocido el catolicismo, contábanse ahora treinta mil familias de esta religion, siendo por lo mismo importante que el gobierno estimulara el celo del clero protestante y le auxiliara por todos los medios posibles. Interin se aguardaba el resultado de las pesquisas necesarias, abrióse una suscricion en favor del

cro irlandés, siendo el primero el nombre del rey en el catálogo de los suscritores, aunque con la condicion de que una parte de la suma, que no tardó en ser tan considerable como se habia previsto, habia de destinarse á la ereccion de varios templos protestantes. Hacia ya muchos años existia una sociedad organizada con tal objeto bajo la proteccion del arzobispo de Cantorbery, cuya sociedad tenia grandes juntas anuales, en que se distribuian abundantes socorros á la iglesia anglicana, y para aumento de las capillas, cuyo número no sufragaba á las necesidades del culto. Además de estos donativos abrióse otra suscricion por el obispo de Londres, á la cual contribuyó el rey con 1,000 libras esterlinas y la reina con 300, habiendo ascendido en pocos dias á 50,000 libras la suma.



Teatro de la Princesa.

Suscitóse en el ínterin una cuestion de naturaleza bien diferente en la cámara de los comunes á consecuencia de una mocion de M. Stewart para que se pusiera la atencion en la cuarentena establecida por Rusia en la embocadura del Danubio. Semejante medida por parte del autócrata, era en su concepto una violacion de los tratados de Viena y Andrinópolis, que garantizaban la libertad de todos los rios navegables; y así habiendo de improviso interpelado á lord Palmerston sobre su política esterior, este no dió mas que una respuesta poco categórica. Hallábase á la sazon fija la atencion de Europa en las negociaciones abiertas entre Rusia é Inglaterra por causa de la Silistria, cuya evacuacion era reclamada por la Gran Bretaña. Aquel punto era la llave de Constantinopla, por lo cual no solo Inglaterra, sino toda Europa estaba interesada en que dicha potencia cesara de ocuparlo. Lord Palmerston por lo tanto fué escuchado con el mas vivo interés, y aplaudido unánimemente cuando participó á las cámaras el convenio que acababa de celebrarse, y aseguraba la evacuacion de los rusos.

Otra medida de que debian resultar grandes ventajas á Inglaterra y Francia, y que tendia evidentemente á consolidar la buena armonía entre estas dos potencias, fué un convenio particular, por el cual se estipularon, mediante un porte muy moderado, la circulacion de las cartas y en especial de las que contenian valores, y la admision respectiva de los periódicos de ambos países. Este tratado fué firmado por lord Grenville de una parte, y por M. Thiers de la otra. La reorganizacion de las sociedades orangistas, que hacia algun tiempo se habian propagado en mayor número que nunca por todas las partes del reino, era para las cámaras objeto de grave atencion, siendo la inquietud tanto mas fundada, cuanto que los miembros salian principalmente de entre los obreros de las grandes poblaciones manufactureras; pero como dichas sociedades no carecian de numerosos partidarios, el negocio de su supresion originó una efervescencia estraordinaria, y tras de debates sumamente animados, dirigió sobre tal materia la cámara de los comunes un mensaje al rey, quien respondió al instante del modo mas esplícito que su firme resolucion era el no fomentar ninguna de tales sociedades, y que descansaba con confianza en el celo y la fidelidad de sus súbditos para que le ayudasen en aquellas circunstancias. Esta declaracion clara y terminante, no dejaba con gran disgusto de muchos, duda alguna sobre el éxito del proyecto de supresion, y al dia sigiente habló en igual sentido el duque de Cumberland en la cámara de los pares. «Aunque convencido, decia, de la pureza de »los principios orangistas, de ninguna manera se ha»llaba dispuesto á participar ni autorizar medidas que »podian ser interpretadas como testimonios de resis»tencia al gobierno; y así, en consecuencia de la reso»lucion adoptada por la cámara de los comunes, en »union con muchos de sus nobles amigos, aconsejaba »que se tomáran los medios mas eficaces para disolver »inmediatamente las logias orangistas que habia en In»glaterra, Irlanda y las colonias.»

Hasta entonces ningun tropiezo notable habia sufrido el ministerio, y ninguna de las medidas propuestas en notoria utilidad de la nacion habian encontrado mas que una oposicion moderada. Es verdad que fuéron desestimados varios proyectos; pero en cambio habian sido adoptados otros muchos, que eran los relativos al código legislativo, á los diezmos de Inglaterra é Irlanda, á la reduccion de ciertos impuestos sobre los diarios, y á la abolicion de la ley absurda que declaraba nulo todo matrimonio contraido entre los católicos y protestantes. Los esfuerzos pues del ministerio habian sido coronados hasta entonces de un éxito asaz satisfactorio; pero de repente vino un suceso á inspirar al partido wigh la mayor desconfianza: los pares desecharon el plan de reforma municipal de Irlanda, adoptado por la cámara de los comunes en la anterior legislatura, y semejante desestimacion que causó el mas violento descontento, fué reputada como una prueba mas de la mala disposicion de los torys. Desde entonces pudo preverse que nuevamente iban á armarse uno contra otro los partidos; pero esta vez los wighs presentaban un aspecto tanto mas temible, cuanto que se les habian adherido los radicales con el terrible O'Connell á su cabeza, el cual así lo manifestó en una brillante acogida que se le hizo en Hull, adonde pasó con el coronel Thompson, miembro del parlamento. Hombres, mugeres y niños iban engalanados con cintas verdes delante de él, quien en un magnífico banquete pronunció un discurso lleno de vigor, declarando de la manera mas enérgica que su intencion era «el reunir los reformistas en derredor del ministerio actual, porque estaba seguro de su benevolencia para con Irlanda.» Tales palabras eran ciertamente el mas hermoso elogio que hacia mucho tiempo se tributó al ministerio, siendo esta, después del acta de la union, la primera vez que Irlanda daba al gobierno un testimonio tan honorífico de estimacion y confianza.

El 22 de agosto cerró el rey las sesiones, y después de haber dado con las fórmulas ordinarias las gracias á las cámaras por su celo, anunció la óferta de socorro que al tenor del tratado de la cuádruple alianza habia hecho á la reina de España, cuyo reino, despedazado por la mas sanguinaria de todas las guerras de sucesion, se hallaba en tal estado de desorganizacion y le amenazaban tan grandes peligros, que creia necesario poner parte de sus fuerzas navales al servicio de la reina Isabel.

Desde que fiel á sus principios conservadores habia abandonado sir Roberto Peel las riendas del gobierno, se le compensaban satisfactoriamente en Escocia sus reveses ministeriales. Nombrado lord Rector de Glascow, ejercia allí con el encanto y la fuerza de su elocuencia una influencia que servia poderosamente á la causa que hacia tanto tiempo habia abrazado. Dispensósele á su llegada á Glascow la mas lisonjera acogida, habiendo acudido tres mil y quinientos de sus compatriotas á cumplimentarle y felicitarle por los sentimientos políticos que siempre habia profesado. En esta ocasion pronunció sir Roberto Peel un notable discurso, á propósito para hacer viva impresion en cuantos le escuchasen, y para despertar su celo por la defensa de las instituciones nacionales. «Que la gran máquina gubernativa, dijo, sea »dirigida de una manera capaz de llenar su verdadero »objeto; que los encargados de ponerla en movimiento »animen y fomenten la industria, recompensen el tra»bajo; corrijan los abusos y purifiquen cuanto está infi»cionado de corrupcion.» Pero manifestó que temia mucha confusion y muchos errores por parte de unos hombres que sin ningun conocimiento de la estructura de aquel grande y hermoso mecanismo, tenian la temeridad de hacer variaciones en él á pretesto de mejorarlo. Habia combatido por largo tiempo en pro de la causa conservadora; y aunque estuvo retirado de la lucha, jamás habia desconfiado del triunfo, ni dudaba que los corazones de la vieja Inglaterra y de Escocia se concentrarian algun dia en torno de sus antiguas y caras instituciones. «Cuento, dijo, con la influencia moral de »la opinion, que constituye la principal defensa de las »naciones, para restaurar y mantener el sistema de go»bierno que puede proteger al rico contra la espoliacion, »y preservar al pobre de la opresion: cuento además al »efecto con el intrépido y noble espíritu que no se alista »en las locas y rozagantes banderas de la revolucion, »sino en el estandarte que es capaz de desafiar al tiempo »y á las furias de la guerra y de las tempestades. No, »añadió, no abrigo ninguna duda de que este estan»darte ondeará triunfante un dia, y de que la Constitu»cion, cansada de tormentas y adversidades, se hará »pura y mas inalterable que nunca en sus convicciones y »religiosas creencias.» Este pasaje del discurso pronunciado por sir Roberto Peel al ser recibido en Glascow, puede dar una idea de la fuerza y sinceridad de los principios que sirvieron de base constante á su conducta política, la cual al paso que no se conformaba con las miras del partido reformador, le daba por su pureza y patriotismo un lugar distinguido entre los hombres mas notables de su tiempo.



Galería nacional.

CAPITULO CXXIII.

FIN DEL REINADO DE GUILLERMO IV.

(Año 1837.)

Era evidente que el viejo torysmo iba robusteciéndose á medida que la salud del rey declinaba; y como en especial hacia algun tiempo era indisputable su preponderancia, debia en lo sucesivo aguardar el ministerio luchas contínuas. Realizóse por comision la apertura del último parlamento de Guillermo IV, por hallarse S. M. en mala disposicion para presidir esta primera sesion. Tenia el discurso régio por principal objeto los intereses de Irlanda, y recomendaba á la atencion particular de las cámaras el proyecto sobre municipalidades desechado en la anterior legislatura por los lores, el de los diezmos y la condicion de los pobres, que reclamaba la mas pronta mejora, siendo por lo tanto de la mas alta importancia las últimas cuestiones que Guillermo dió á resolver á su parlamento. Es preciso decir para gloria del monarca, que deseaba sinceramente se decidieran aquellos puntos en términos de asegurar la tranquilidad y el bienestar de esta parte del Reino Unido; pero no le estaba reservado el ver el cumplimiento de sus deseos. A consecuencia de tal recomendacion régia presentó lord John Russell el 7 de febrero un proyecto de ley para la reforma de las corporaciones municipales de Irlanda, acerca de la cual hubo debates muy animados. Lord Stanley pretendia que aquel plan no tenia otro objeto que introducir una lucha de predominio entre el catolicismo y el protestantismo, y que los ministros, al paso que afirmaban querer mantener la Iglesia reformada, probaban lo contrario con su lenguaje y acciones: por lo cual declaró que se opondria firmemente á la medida propuesta. Sir Roberto Peel, que contemplaba la cuestion en el mismo sentido y preveia iguales consecuencias, apoyó lo que acababa de decirse, habiendo sin embargo logrado mayoría el proyecto en la tercera lectura.

Pero en la cámara de los pares habia que vencer una oposicion mucho mas numerosa y obstinada que la de los comunes. El duque de Wellington pidió desde luego que se difiriera hasta el mes de junio el exámen y los debates de semejante cuestion, á fin de que la cámara de los pares pudiera reflexionar maduramente sobre los medios que proponia el ministerio. Lord Melbourne se pronunció fuertemente contra la demanda, y se quejó de la injusticia que habia en causar continuas dilaciones cuando se trataba de intereses tan urgentes; pero cualesquiera que fueran sus dotes oratorias y la fuerza de su razonamiento, no podia menos de estrellarse contra la autoridad y la influencia aristocrática del duque de Wellington, cuya propuesta fué aprobada por gran mayoría. El 9 de junio, término de la dilacion adoptada, volvió el primer ministro á la carga, presentando de nuevo á la cámara de los pares el proyecto municipal. Esta vez lord Lindhurst fué quien mas se opuso y creó tantas dificultades, que el ministerio fracasó de nuevo, y así tornó á ser aplazado el asunto para el mes de julio.



Jackson, presidente de los Estados Unidos.

La ley relativa á los pobres de Irlanda, que fué presentada en mayo á la cámara de los lores, tropezó con igual resistencia, habiendo sido vanos todos los esfuerzos del ministerio. Seguro entonces el partido conservador de recobrar su preponderancia, comen-

zaba, segun se ve, á echar mano de ella, mostrándose tan poco dispuesto como antes á someterse á concesiones. Las medidas propuestas con respecto á la Iglesia de Irlanda fuéron tambien materia de polémica y oposicion por parte de los conservadores, á quienos repugnaba la sola idea de un sacrificio impuesto á la Iglesia. La opinion de la cámara, emitida por M. A. Johnson, era que los fondos que debian resultar de una administracion mejor entendida de los bienes del clero, fueran aplicados á la instruccion de los miembros de la Iglesia anglicana, cuya instruccion no era proporcionada á la estension de la poblacion actual. Semejante idea originó la censura de varios: sir Francisco Burdett la consideraba totalmente contraria á los intereses de la institucion religiosa y de la Constitucion: del mismo sentir fué sir Roberto Peel, quien como quiera que desaprobala la sola idea de tocar á una institucion como la Iglesia, y de apropiarse de ninguna manera los bienes del clero, tachó á la medida de destructora de dicha Iglesia que hacia parte del Estado. Resolvióse no obstante la cuestion por una mayoría de cinco votos.

Al través de las perpétuas contiendas políticas y del encarnizamiento con que entrambos partidos se empeñaban en disputar la preponderancia del poder, era evidente é indisputable una verdad; la de que wighs y torys, reformadores y conservadores, todos tenian por norte un mismo objeto, el bien público, aunque cada cual aspiraba á él por medios muy diferentes, pretendiendo los unos encontrar los mas eficaces remedios donde no veian los otros mas que principios los mas déstructores. En medio de tal conflicto manteníase neutral el rey, deseando de todas veras el bien público y manifestándose pronto á admitirlo, ora del lado de los wighs, ora del de los torys: á sus ministros y á las cámaras tocaba el saber distinguir la verdad del error, el saber discernir entre dos sistemas el mas acertado para conducir directa y seguramente al término suspirado. En el círculo dentro del cual vivia desde que era rey, nada respiraba el espíritu de partido, ó al menos se modificaba tanto y se disfrazaba tan sagazmente alrededor del monarca, que muchas veces en las reuniones régias en que entraban hombres de todos los partidos se podia dudar de su existencia, que sin embargo era real, por ser bien notorio el torysmo de la reina y el de su cara hija la baronesa de Lisle y de todos sus hijos que mas ascendiente tenian sobre él.

A la estremada prudencia y sabia imparcialidad de este príncipe era pues á lo que se debia la constante armonía que reinaba en su corte entre tantos elementos heterogéneos; y el respeto, así como la adhesion sincera que á la vez inspiraban su dignidad y bondadosa franqueza, acallaban todas las susceptibilidades y encono de partido. Pero aproximábase el momento en que este monarca iba á dejar el cetro y abandonar el teatro de las grandezas terrestres. Hácia el mes de mayo pareció alterarse su salud completamente, habiéndosele originado de una tos tenaz una estremada debilidad, que no tardó en reconocer signos ciertos de una disolucion cercana. Acometióle, lo mismo que á su hermano, una enfermedad de corazon, incurable por su edad, por mas que su constitucion fuera vigorosa. No equivocándose sobre su estado, llamó al arzobispo de Cantorbery, y el 20 de junio falleció Guillermo IV á la edad de setenta y dos años. Las cualidades y virtudes de este monarca, además de hacerlo querido del pueblo inglés, borraron algunos errores y deslices de la juventud, y compensaron ámpliamente las flaquezas del hombre. Poseia un mérito que mas que ningun otro debia asegurarle las simpatías de la nacion: era marino, y este solo título hubiera bastado para adquirirle inmensa popularidad. Sus facultades, asaz descuidadas en la parte intelectual, propendian completamente á la marina, y tenia una instruccion real en la ciencia especial y práctica del servicio marítimo, al cual se habia sometido rígidamente, habiendo abandonado de muy jóven la molicie y los halagos de su vida de príncipe, para desempeñar con sus jóvenes y humildes compatriotas el rudo oficio de grumete y marinero. Esto es lo que hizo decir al almirante español Lángara, cuando supo que el hijo de Jorge III servia como simple almirante: «La nacion que así hace pasar á sus príncipes por todos los grados mas inferiores de la marina, prueba que es acreedora al imperio de los mares.» Mas adelante fué discípulo de Nelson, quien habla de él en una de sus cartas al capitan Locker en los términos siguientes: «Habreis oido que »el príncipe Guillermo está bajo mis órdenes. Procuraré »que no pierda el tiempo en mi escuela. Tiene sus de»bilidades como todo hombre; pero están mas que con»trapesadas por sus cualidades. En talento es superior »á las dos terceras partes de sus camaradas, y en cuanto »á la deferencia, sumision y respeto á sus jefes, seria »difícil encontrar quien le igualara » Era impaciente, impetuoso é irascible, pero tolerante y generoso. Una de las cualidades mas notables de su carácter era la franqueza y probidad, que contribuyeron á desenvolver mas y mas la vida de los mares y las ocupaciones de su juventud. La independencia de su espíritu y de su conducta, la halagüeña eleccion de él hecha por Canning para colocarle al frente de la marina renovando para él



La Reina Victoria.

el grado de gran almirante, y la prontitud con que aceptó este empleo en momentos en que el torysmo era tan poderoso y estaba tan irritado contra el primer ministro, son motivos que conducen á creer quo abrigaba tendencias señaladas hácia el wighismo, como lo patentizó apenas subió al trono protegiendo abiertamente la reforma; y si en algunos momentos pareció vacilar en hacerlo, es preciso atribuirlo en gran parte á las influencias de la familia que le rodeaba.

En el reinado de este principe fué cuando empezó á realizarse la reforma, al menos bajo muchos conceptos. Penetrado del espíritu de su tiempo, y siendo hombre de mas esperiencia de la que un rey suele tener ordinariamente, no vaciló en reconocer al instante el nuevo órden de cosas establecido en Francia por la revolucion de 1830, y fundó el sistema de la alianza anglo-francesa, que fué un poderoso freno para la Santa Alianza. En su política dominaban la sensatez y la rectitud: por desgracia no poseyó siempre el poder de domar el despotismo arrogante de la aristocracia, enemiga jurada de toda reforma, y de resistir las influencias de familia, en especial las de la reina y de su hija lady Lisle, que eran decididos torys. Sencillo en sus gustos y costumbres, mantúvose estraño por largo tiempo á las prodigalidades de los demás miembros de su familia, considerándose satisfecho con módicos recursos en medio de la profusion que le rodeaba. Cuando subió al trono conservó la modestia de sus gustos y costumbres, y la felicidad doméstica fué siempre para él de mucho mas precio que el esplendor de la soberanía: amaba la dulzura y la paz de la vida privada, no estimando la vida pública sino por los deberes que impone al hombre para con sus semejantes, y no dando sino muy poca importancia á la vanidad y á las satisfacciones del orgullo; menospreciaba la lisonja, y jamás consiguió agradarle ninguna persona por tal medio.



El Príncipe Alberto.

La muerte de Guillermo IV era sin duda de grandes consecuencias para la marcha política del gobierno británico: el viejo torysmo, triunfante en los últimos años de este príncipe, perderá necesariamente de su poderío en el reinado jóven y lleno de esperanzas de Alejandrina Victoria. Ya los wighs y los radicales que se adhieren al inmenso partido de los reformadores, después de pagar el último tributo de homenaje al hombre y al rey, se han regocijado de un suceso que parece anunciarles la próxima humillacion de una aristocracia tiránica é interesada: todo hasta el presente hace esperar que cesará antes de mucho la especie de inaccion que trabaja al poder, y que la obra gloriosa de este reinado será la realizacion definitiva de la reforma, de esa reforma que robustece las instituciones sin destruirlas, descargándolas de los abusos é introduciendo en ellas las mejoras mas útiles y adecuadas.

No bien cerró el rey los ojos, cuando se fijaron todas las miradas en el pequeño palacio de Kensington, residencia habitual de la princesa Victoria y de su madre la duquesa de Kent. A pocos dias se convirtió aquella morada en punto de reunion de las notabilidades del gobierno y de la nacion; y los cortesanos, que son siempre los primeros en encorvarse ante el poder supremo, se apresuraron á inclinarse delante del sol naciente. Con respecto á la jóven reina, criada en el amor de la Constitucion y de la patria, ilustrada por una educacion sólida y liberal, y por estudios serios acerca de la historia y del espíritu nacional de su país, ofrece cuanto puede hacer presagiar un hermoso reinado. Ella es para el pueblo que va á gobernar una brillante promesa de prosperidad: la nacion, que en otro tiempo cifró en la jóven Isabel todas sus esperanzas mas halagüeñas, acaba de fijarlas hoy en la jóven Victoria, quien por todo hace creer que sabiendo usar de los nobles dones que tiene del cielo, se penetrará íntimamente del espíritu de su siglo, de sus tendencias y de sus necesidades, y pondrá todo su conato en dirigir con discernimiento y sabiduría los movimientos de una reforma civil y política, que debe ser reputada como la consecuencia de la primera reforma religiosa de que Isabel supo prevalerse con tanta habilidad para afirmar el poder de la nacion y asegurar su gloria.

FIN.

TABLA DE LAS MATERIAS

DE LA HISTORIA DE INGLATERRA.

A

B

C

D

G

H

I

J

K

L

M

N

O

P

S

T

U

V

W

Y

Z

FIN DE LA TABLA DE LAS MATERIAS.




HISTORIA
DE
INGLATERRA